13528

72
70

BIOGRAFÍA ECLESIÁSTICA

COMPLETA.

TOMO DECIMONONO.

Es propiedad de los Editores.

BIOGRAFÍA ECLESIÁSTICA

COMPLETA.

Vidas de los personajes del Antiguo y Nuevo Testamento;
de todos los santos que venera la Iglesia, papas y eclesiásticos célebres por sus virtudes
y talentos, en órden alfabético.

REDACTADA

POR DISTINGUIDOS ECLESIÁSTICOS Y LITERATOS

BAJO LA DIRECCION

DEL SR. D. BASILIO SEBASTIAN CASTELLANOS DE LOSADA,

Y REVISADA POR UNA COMISION
NOMBRADA POR LA AUTORIDAD SUPERIOR ECLESIÁSTICA.

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE BURGOS

TOMO XIX.

ADQUISICION POR COMPRA
DE LA DIPUTACION.

MADRID: 1864.

IMPRENTA DE D. ALEJANDRO GOMEZ FUENTENEBRO,
Colegiata, 6, bajo.

BIBLIOTECA ECLESIÁSTICA

COMPLETA.

Obra de los principales autores católicos y Santos Padres antiguos,

de todos los cuales posee la Iglesia, papas y concilios ortodoxos por sus verdades

y doctrina, en orden alfabético.

TRADUCIDA

POR DIFERENTES ECLESIÁSTICOS Y LITERATOS

BAJO LA DIRECCION

DE

DON BASILIO SEBASTIÁN CASTELLANOS DE LOSADA,

TRADUCIDA POR LA COMISION

CORREGIDA POR LA AUTORIDAD ECLESIÁSTICA.

TOMO XIX.

MADRID: 1861.

IMPRENTA DE D. ALEJANDRO GOMEZ FUENTENEBRO,
Calle ancha, 4, bajo.

SEÑORES REDACTORES

que han cooperado con sus artículos á la formacion del presente volúmen y explicacion de las iniciales con que los han firmado.

A. C.....	D. Angel Castellanos y Lopez.
A. L.....	D. Antonio Lopez.
C. de la V.....	Caño de la Vega (D. Juan).
C., B. C., B. S. C..	Castellanos (Sr. Director D. Basilio Sebastian).
C. de C.....	Castor de Caunedo (D. Nicolás).
C. de F.....	Excmo. Sr. Conde de Fabraquer.
F. de N.....	Fernandez Navarrete (D. Eustaquio).
G. A.....	Gutierrez Andrés (D. José).
G. P.....	D. Gregorio Perogordo.
J. B. de R.....	D. Joaquin María Bover de Roselló.
M. B.....	D. Manuel Bejar.
N. L.....	D. Nemesio Lasagabaster.
O. y O.....	Ovilo y Otero (D. Manuel).
S. B.....	Sanchez Biedma (D. José).

SEÑORES REDACTORES

que han cooperado con sus artículos á la formacion del presente volúmen y explicacion de las iniciales con que los han firmado.

A. C.	D. Angel Castellanos y Lopez.
A. L.	D. Antonio Lopez.
C. de la V.	Caño de la Vega (D. Juan).
C., B. C., B. S. C.	Castellanos (Sr. Director D. Basilio Sebastian).
C. de C.	Castor de Cannedo (D. Nicolas).
C. de F.	Excmo. Sr. Conde de Fabraquer.
F. de N.	Fernandez Navarrete (D. Eustaquio).
G. A.	Gutierrez Andrés (D. José).
G. P.	D. Gregorio Perogordo.
J. B. de R.	D. Joaquin María Bover de Rosello.
M. B.	D. Manuel Bejar.
N. L.	D. Nemesio Lasagabaster.
O. y O.	Ovilo y Otero (D. Manuel).
S. E.	Sanchez Biedma (D. José).

BIOGRAFÍA ECLESIÁSTICA

COMPLETA.

POP

POPI (B. Torelo), confesor franciscano, que fué convertido á la edad de treinta años y tomó el hábito de la Tercera Orden de S. Francisco, retirándose á un desierto, y vendidos y distribuidos sus bienes á los pobres se fué á hacer penitencia á una cueva, donde construida despues una pobre choza, en la que apénas cabia, comenzó una vida asperísima con admiracion general. Acercándose ya el término de su vida, cuando contaba la edad de ochenta años, se hallaba un dia orando con el mayor fervor y se le apareció un ángel, anunciándole que moriria dentro de treinta dias; por lo que muy alegre empleó los dias que le quedaron en acciones de gracias y en divinas contemplaciones. Hallábase arrodillado haciendo oracion, con las manos elevadas al cielo y dirigidos los ojos á lo alto, cuando entregó su espíritu al Señor el dia 16 de Marzo, en que le recuerda su Orden, del año 1282, siendo sepultado en Canentini, cerca de Pupio, entre los monjes de Valleumbrosa. Se distinguió en vida y muerte por sus muchos milagros, los que refieren unánimemente todos los escritores franciscanos. Las guerras, pestes y otras

vicisitudes de los tiempos habian hecho que se olvidase el lugar donde se hallaban ocultos sus restos; pero en el año 1507 lo supo un monje por revelacion, y se encontraron en el altar dedicado hoy á Sto. Torelo, siendo trasladados á un lugar más honorífico con licencia de los superiores, y levantándose del caso un acta pública.— S. B.

POPI (Vicente de), religioso lego de la órden de S. Francisco, notable por su grande santidad, abstinencia y humildad, no ménos que por su paciencia en sufrir las injurias y trabajos; fué muy asíduo en la oracion, pasando noches enteras en vela consagrado á ella; vivió constantemente en la soledad, huyendo del trato de los hombres. Su comida era pan mezclado con yerbas, su bebida agua. Se le vió muchas veces en éxtasis miéntras hacia oracion, estando todo su cuerpo elevado sobre la tierra. Hallábase dotado de espíritu profético, y manifestó al rey Fernando III de Aragon y de Sicilia algunas de las cosas que debian sucederle en sus guerras en Italia con el Pontífice y Cárlos VIII, rey de Francia. Este religioso, célebre por sus muchas virtudes, murió en 1504, brillando despues de su muerte por innumerables milagros. Exhumado su cuerpo catorce años despues de su muerte, se encontró entero é incorrupto, exhalando el más suavísimo olor; colocado entónces en una urna de cristal, fué trasladado á un lugar más público, ilustrando el Señor su traslacion con muchos milagros, segun consta de los exvotos y tablas colgados junto á su sepultura. El B. Vicente se halla sepultado en el convento de S. Julian de Aquila, y su Orden celebra su memoria en 28 de Abril.— S. B.

POPILIA (Sor María de), religiosa de la Tercera Orden del bienaventurado patriarca Sto. Domingo, fué natural de Popilio, en tierra de Pistoya. Tomó el hábito de la Religion á la edad de treinta años, y el nombre con el de María. Observó con grande pureza el voto de castidad, y vivió en compañía de otras religiosas llamadas beatas por pertenecer á la Tercera, á las que dió el mejor ejemplo. Fué muy aficionada al silencio y recogimiento, negándose constantemente á hablar del prójimo, áun en lo más ligero é insignificante, lo cual es una prueba nada equívoca de su virtud. Su buena conciencia hacia que estuviese siempre tranquila y alegre, manifestando en el rostro el regocijo de que estaba lleno su corazon. Enemiga de la ociosidad, pasó toda su vida orando, leyendo libros de devocion ú ocupada en labor de manos. Cuando hablaba lo hacia en voz baja, no dando voces ni gritos, sino manifestando en lo que decia su afecto á la mortificacion. Todo su entretenimiento era hablar y oir razonamientos de cosas espirituales y santas. Frecuentaba el Santísimo Sacramento, acompañando la comunion con grande abundancia de lágrimas. Distinguióse mucho por su humildad, y habiéndola nombrado priora de la casa, solo aceptó el cargo obligada de la obe-

diencia y tan á disgusto, que á los seis meses se admitió la renuncia que de él hizo, accediendo á sus repetidas instancias. No gozaba de la mejor salud, y sin embargo no usaba otros manjares que los ordinarios, sin buscar otros que fuesen más regalados y conformes á su necesidad. Fué una de las religiosas más obedientes que hubo en su tiempo, uniendo á la obediencia un grande amor á la pobreza, con lo que llegó á tener opinion de santa. Acudian á ella los vecinos de aquel lugar y del país, mirándola como si fuese un oráculo; con ella se aconsejaban y trataban sus negocios, buscaban su ayuda en los trabajos y la salud en las enfermedades, y todos salian consolados de su lado. Resplandeció en esta sierva de Dios la virtud de la paciencia, pues á pesar de sus grandes enfermedades jamás se la oyó exhalar queja alguna. Afligida de la enfermedad más bien que por los dolores, que le impedian ir á la iglesia, suplicó al Señor se sirviese darla fuerza para ir á comulgar, lo que parece se le concedió de una manera maravillosa. Murió en olor de santidad el año de 1569, á 24 de Agosto, habiendo hecho Dios por su intercesion milagros en vida y muerte en testimonio de la santidad de su sierva.— S. B.

POPON (S.), abad. Santa y sublime es preciso confesar que debe ser una religion que tiene el gran poder de sacar al rico de todos sus goces para llevarle á la pobreza á sentir con gusto todas sus privaciones, para cambiar las delicias y grandezas de los palacios por las austeridades de una estrecha celda, para descender voluntariamente del esplendor del mando, y del señor á la humildad del hijo de ciega obediencia y á la condicion del esclavo; y por último, para cambiar con gozo el libre albedrío y la voluntad de que disfruta el poderoso por la sujecion del mendigo al capricho de los demás. Solo en la religion católica pueden encontrarse tan sublimes, tan heróicas virtudes; luego solo ella puede ser la dada por Dios, la verdadera; pues que solo un Dios pudo imprimirle tan sublime, tan santo carácter. Nació S. Popon de una familia ilustre de la Francia, que disfrutaba de las mayores riquezas, de toda consideracion; y habiendo adquirido una sólida instruccion, que se avenia bien con su gran capacidad y natural fecundidad de ingenio, se puso en disposicion de juzgar acerca de lo que más podia convenirle para lograr el bien por que anhela siempre la pobre humanidad. Convencido, despues de reflexionar maduramente, que en vano buscaria en el mundo una felicidad completa, ni áun la tranquilidad que pudiera aproximarle á ella, fiándose solo en la ciencia del hombre, se decidió á buscar la dicha por otro camino, y puso sus ojos en el cielo. Gran claridad debió entónces bajar á despejar en su alma las tinieblas de la ignorancia, cuando conociendo la ruta que debia seguir no titubeó ni un momento en la eleccion, y se separó decididamente de la que le habia marcado el mundo. A fin de hallarse más desembarazado para emprender el nuevo camino, empezó por renunciar á todos sus goces y

riquezas, y abandonando la carrera de las armas, en la que pasó sus primeros años y la que le proporcionaba un brillante porvenir, lleno de amor de Dios, fué cual pobre peregrino á visitar los santos lugares de Jerusalen y despues á Roma, en cuyos puntos edificó á todos por su acendrada piedad y ardiente caridad. Ocupado siempre en santas obras, y dedicado exclusivamente á obrar el bien en todos sentidos y en todas partes, fué una verdadera providencia legada de Dios para cuantos se acercaron á él. Retirado á hacer vida penitente al monasterio de Arras, en Francia, su vida fué ejemplar por su austeridad y por la constante práctica de todas las virtudes cristianas; y despues de prolongada existencia, fecunda en virtudes y milagros, murió el 25 de Enero de 1048, muy llorado de los pobres, de quien fué siempre un cariñoso padre.— C.

POPONACE (Pedro). Nació en la ciudad de Mántua el año 1462, era de pequeña estatura y no se diferenciaba de un enano, pero la naturaleza le dotó de un gran espíritu. Enseñó la filosofía en Pádua y en otras varias poblaciones de Italia, consiguiendo una reputacion extraordinaria. Su libro *de la inmortalidad del alma*, 1534, en 12.°, donde sostiene que Aristóteles no creia en ella y que no podia probarse sino por la Escritura Santa y por la autoridad de la Iglesia, fué causa de que se le atacase vivamente. La primera asercion podrá ser equivocada, y creemos que la autoridad del pedagogo griego es poca cosa en esta materia. Pero la segunda es falsa, pues faltando otra prueba filosófica faltarian tambien á este dogma las nociones de moralidad y la idea inefable del vicio y de la virtud, lo que formaria una demostracion completa. El cardenal Bembo, que tomaron como árbitro en estos sucesos, trató de dar un curso favorable á la obra ó asunto, y Poponace obtuvo un nuevo permiso ú órden para publicar su libro, habiendo encontrado algunos apologistas, pero todavía le aguardaban bastantes adversarios. Teófilo Raynaud dice, que su obra *de la inmortalidad del alma* fué juzgada digna de echarla al fuego por los venecianos, y que fué salvada por su propio padre; mas el Concilio de Letran lo condenó. Parece ser que no contento de presentar las pruebas naturales de una verdad al propio tiempo consoladora que contenida en todas las nociones humanas, Poponace queria hacer una especie de oposicion entre la fe y la razon, dos cosas que en un buen espíritu son siempre iguales y estan en armonía, habiendo un autor protestante renovado esta proposicion en su libro *de los encantamientos*, que no tuvo éxito. El autor quiere probar que todo lo que han dicho de la magia y de los sortilegios no se debe de ninguna manera atribuir al demonio. Pero al mismo tiempo que combate la magia, da un poder grande á los espíritus, y les atribuye todos los efectos milagrosos en el hecho de tomar y aprender las leyes de la religion. Tal es la inconsecuencia del espíritu humano, aban-

donado á sí mismo, que rehusa las verdades conocidas, y las reemplaza por las frívolas de una imaginacion inquieta y errada. La muerte de Poponace fué en 1525, á los sesenta y tres años de edad, la que le provino de una retencion de orina. Hizo que se le pusiera un epitafio, que denota bastante bien su espíritu revoltoso, raro y caprichoso. Una multitud de escritores católicos y protestantes le han acusado de irreligioso, sin embargo, esto no consta de una manera positiva; ántes por el contrario se asegura que tuvo un fin muy cristiano, que llenó de consuelo á cuantos le presenciaron, y su incredulidad, como lo prueban muchos de los escritores que se han ocupado de él, estaba más en su boca y en su pluma que en su espíritu. Las obras filosóficas de Poponace fueron recogidas en Venecia en 1625, en fólio, bajo este título: *Pedro Poponace, trabajos filosóficos.* Esta edicion es rara y por lo tanto muy apreciada.—G. A.

POPPON, arzobispo de Tréveris, que muchos han confundido, muy sin fundamento, con Poppon de Stavolo, de quien abajo hablaremos, vivia en el siglo XI, y ocupaba la sede de Tréveris, cuando hácia el año de 1026 pasó á Jerusalen con permiso del papa Juan XIX. (Estas romerías eran entónces la devocion del tiempo; y contra la regla y disposicion de los cánones, dejaban muy de ordinario los prelados sus iglesias, por satisfacer su gusto en tales devociones.) San Simon, monje del monte Sinaí, acompañó á Poppon en dicho viaje; y á su vuelta, habiendo querido vivir en reclusion, el mismo prelado le encerró con ceremonia en una torre cerca de Tréveris el año de 1028. Luego que murió este santo solitario, que fué el dia 1.° de Julio de 1035, y que comenzó inmediatamente á verse acreditada su santidad con sus milagros, escribió Poppon acerca de este asunto al papa Benedicto IX, tanto en nombre suyo, como en el del clero y pueblo de Tréveris, el año de 1041. En adelante hizo edificar sobre el sepulcro de S. Simon una bella iglesia, que todavía subsiste en el dia de hoy, y que se cree haber sido una fortaleza ó un templo de los antiguos romanos, de que el prelado hizo una iglesia, no obstante algunas mutaciones y mejoras de consideracion. Este edificio es tenido, y con razon, por una de las obras más asombrosas de la arquitectura, tanto por el extraordinario tamaño de las piedras, como á causa de la particularidad de su union, en la cual no media cal ni argamasa. Poppon fundó una colegiata ó reunion de canónigos para el servicio de la referida iglesia, los que eran más estimados que los demás monjes que no habian abrazado la reforma. Este prelado murió en 10 de Junio de 1045, como lo dice su epitafio, en lugar de que Poppon, abad de Stavelo, con quien se ha confundido, no murió hasta el año 1048, esto es, tres años despues. Fué enterrado el arzobispo en la iglesia que habia hecho edificar, y se halló su cuerpo incorrupto y entero á principios del siglo XVI. Estaba revestido de

sus vestiduras pontificales, á saber, una casulla de seda negra, dos estolas de color rojo, un manípulo blanco, y una dalmática de color de aurora. En la mano derecha tenia una patena de oro, y un báculo pastoral de madera adornado por arriba de una plancha de plata, embutidas en la misma muchas florecitas de oro. Tenia un anillo de oro en el cuarto dedo, y en la mano izquierda un pequeño cáliz de la misma materia. Esta minuciosa descripcion nos da á conocer de una manera exacta y exenta de toda duda, el aparato con que se enterraban entónces los obispos, á lo ménos en algunas iglesias. —P. Longueval, *Historia de la Iglesia galicana*, tomo VII.— G. A.

POPULO (S.) mártir. El bárbaro emperador Diocleciano habia decretado la persecucion más espantosa contra los cristianos, porque ignorando la promesa que les tiene hecha Dios de conservar su Iglesia hasta la consumacion de los siglos, creyó poder conseguir extinguirlos. Hallábase la religion en aquella época en el siglo III de su existencia, y ya á pesar de tantas y tan terribles persecuciones como habia sufrido, se habia engrandecido con tantas glorias que eclipsaba la de sus tiranos. Las Galias aumentaban, como el resto de la Europa, los prosélitos de Jesucristo por la predicacion del glorioso S. Saturnino, obispo de Tolosa, y por la de S. Pópulo, sacerdote ejemplar que ayudaba en su mision apostólica al santo prelado, corriendo el Mediodía de la Francia, llamando al santo redil del Señor de las misericordias á las descarriadas ovejas. Sorprendido Pópulo en tan noble tarea por los satélites de Diocleciano, que sedientos de sangre buscaban víctimas que inmolar á su deseo en las aras de sus falsos dioses, en un pueblecillo del Langüedoc, pretendieron obligarle á confesar su ignorancia en adorar á un Dios tan contrario á los romanos, y que prestase adoracion ante los dioses del Olimpo gentílico; pero como por más amenazas que le hicieron y á pesar de los tormentos que le aplicaron, Pópulo confesase cada vez con doble valor y energía la bondad y poder de su Dios, y la nada de los de sus verdugos; éstos, cansados de su santa obstinacion, le cortaron la cabeza el dia 3 de Noviembre en que le celebra la Iglesia, glorificando su dichoso tránsito á la mansion de los justos. —G. A.

POPULO Auxianense (Julio Zornata), religioso franciscano, natural de Nápoles, maestro en sagrada teología y orador muy distinguido. Publicó: *Quæstionem de principio individuationis;* Theate, por Isidoro Facion, 1597, en 4.° —S. B.

POQUET (Andrés Danus), varon elocuentísimo y muy instruido en las sagradas letras. Nació en la villa de Santagny, de una familia solariega del predio *la Talayola*, el dia 5 de Agosto de 1752, y despues de haber cursado los primeros estudios con notable aprovechamiento, pasó á Palma, donde ganó una

beca del colegio de la Sapiencia, del cual era rector cuando el obispo Diaz de la Guerra se declaró antagonista de Lulio; con cuyo prelado le fué preciso luchar y seguir en nombre del colegio un reñido litigio, que despues de muchos altercados tuvo un éxito favorable. En 1776, contando la edad de veinticuatro años, recibió el grado de doctor en sagrada teología: subió más de cuarenta veces al concurso de oposiciones á canongías y curatos, en las que fué tal su lucimiento, que los oyentes le hicieron la justicia de dudar si el que oian era el mismo Pedro Lombardo que se interpretaba á sí mismo; de aquí procedió el sumo aprecio que todos los literatos hacian de sus talentos y persona; de aquí el que el obispo D. Bernardo Nadal le nombrase su teólogo consultor, y de aquí el que el sabio D. Antonio Roig y Rexart no diese dictámen sobre ningun asunto espinoso, sin consultar ántes su parecer. Estas muestras del saber y doctrina del Dr. Danus, unidas al ruidoso caso de haber vencido en unas acaloradas conferencias al P. Raimundo Stranch, le dieron mucha nombradía entre los sabios de su tiempo. Sirvió diez años de vicario en la parroquia de su patria, y en el de 1791 fué nombrado rector de la de S. Lorenzo de Ayalor, en la isla de Menorca. Allí, acreditando su infatigable celo y su incesante aplicacion en lo perteneciente á su iglesia y feligreses, y portándose en todo como dispensero de la multiforme gracia de Dios, en el púlpito parecia un apóstol; en el cuidado de estirpar abusos y corruptelas y enseñar á todos su deber, un Francisco de Sales; en el confesonario un Borromeo; en la asistencia á su iglesia un ángel; en el don de consejo un Licurgo; en la distribucion de largas y discretas limosnas un Villanueva, y en la abstraccion de impertinentes familiaridades un S. Ignacio. Dos años tuvieron los alayorenses el gusto de poseer tan digno pastor, pues promovido en el de 1793 al curato de la parroquia de Santagny le fué preciso pasar á gobernarla, como así lo verificó hasta el dia de su muerte, acaecida en 2 de Setiembre de 1807. Dotado de un talento despejado y de una memoria feliz, conservaba al pie de la letra cuanto habia leido áun despues de veinte años: aunque de una pronunciacion mala, suplia este defecto con su facundia y facilidad en escribir, y lo hacia con tanta prontitud y acierto, áun en los asuntos más árduos, como que dejó admiradas muchas veces á las autoridades y corporaciones que tomaban su consejo en los casos más graves y delicados. Sus virtudes excedian á su extraordinaria capacidad; su afabilidad constante y la igualdad de su carácter, efecto sin duda de la tranquilidad de su alma, se elogiaba como un prodigio, mereciéndole el renombre de *amable* con que era comunmente conocido: su desinterés y el ardiente amor que profesaba á sus semejantes, fueron las virtudes que más le distinguieron, como lo evidencia el haber vivido y muerto en una noble medianía, cuando podia haber disfrutado de

la opulencia por haber dado á los pobres todo el crecido patrimonio de su curato. No sabemos haya dado á luz ninguna de las doctas producciones de su pluma; pero sí que dejó muchos autógrafos excelentes, parte de los cuales nos ha proporcionado nuestro buen amigo y compañero el Dr. D. José Ignacio Alió, catedrático de filosofía y clínica en la extinguida universidad de Cervera, médico de la villa de Santagny, y sugeto de escogida literatura. A más de un tomo de sermones, que prueban la mucha erudicion y grande fervor religioso del Dr. Danus, se han encontrado entre sus papeles un sin número de discursos morales y políticos que pueden servir de modelo á los oradores. Uno *sobre las malas consecuencias que atrae el vicio*: otro *sobre los grandes beneficios que debemos al Omnipotente*, otro *sobre los males que acarrea la murmuracion*, y otro en que sostiene con una erudicion portentosa, *que la gloria es lo que más debemos anhelar los que vivimos en este mundo*, son los que hemos tenido el gusto de leer, admirando en ellos una diccion pura, un lenguaje excelente y una crítica severa. En el *Dictámen* que dió al gobierno contra el estanco del tabaco dejó correr su pluma manifestando con su ingenuidad característica, que aquella institucion habia de ser un borron al reinado de Cárlos III, cuyas virtudes elogia altamente, y concluye manifestando con sabias reflexiones lo perjudicial que es al estado la renta del tabaco, si se hace un cotejo de su producto con el gasto que acarrea su administracion. En otro erudito discurso ventiló la duda que se le propuso de *si es lícito al teólogo el jurar, seguir en un todo la opinion de Sto. Tomás, ó si injuria al Santo el separarse algunas veces de ella.* Dejó tambien una multitud de sermones sueltos de varios santos, innumerables apuntes y apostillas sobre puntos de teología, una hermosa oracion pronunciada en la iglesia de Santagny con motivo de la promocion del Ilmo. Sr. D. Fr. Rafael Verger, hijo de aquella villa, á la mitra episcopal del nuevo reino de Leon, y un *Tratado de la justicia en general*, escrito en un volúmen en 4.°, y con un latin tan puro, que parece que su autor ha nacido en el Lacio. Esta sola produccion, cuando no se tuvieran otros datos de su saber, bastaria para acreditar la alta nombradía de que gozó aquel distinguido eclesiástico, á quien el obispo D. Pedro Rubio llamaba por excelencia el *gran teólogo*. J. B. de R.

POQUET (Bárbara), religiosa agustina del convento de Sta. Magdalena de Palma; tuvo todos los oficios de la comunidad; fué muchas veces priora; salió muy sabia en las materias del espíritu, y murió á 17 de Enero de 1630. Hablan de ella las vidas de la beata Catalina Tomás de Plácido Ruleno, página 190, y del cardenal Despuig, pág. 196, y ambas citan unos apuntes suyos sobre las virtudes de la venerable Tomasa, que sirvieron al P. Valperga para escribir la vida de la misma sor Bárbara que declaró en el proceso

de la beatificacion instruido en 1662, época en que contaba setenta y seis años de edad.—J. B. de R.

POQUI (D. Francisco). Nació este eclesiástico en S. Esteban de Vilacetrú, anejo de Mallen, en el obispado de Vich en Cataluña. Fué rector de la parroquia de Vacarissas, y despues canónigo penitenciario de la santa iglesia de Vich. Fué nombrado adjunto para la causa del canónigo Vilarasan, que dió una puñalada á un presbítero. Falleció el año 1718 y está enterrado en la capilla de S. Benito de la catedral. Las obras que dejó este ilustrado canónigo son las siguientes: *La Palma con ramo de oliva*; sermon predicado en la catedral de Vich con motivo de la paz celebrada en 1698, Barcelona, 1698. Otro sermon impreso en 1690.—*Gleba de discursos en excelencias de la Gleba de oro María Santísima, bajo la invocacion de la Gleba.* Este devoto y frecuentado santuario está en el término de la villa de S. Hipólito de Voltregá del obispado de Vich: es un tomo en 4.°, impreso en Barcelona el año de 1692.—A. C.

PORCARIO (San), abad. Modelo de santidad desde su más tierna edad y perfectamente instruido en los deberes católicos, mereció este heróico varon, ser nombrado para gobernar la célebre abadía de Lerins. Amenazando el año 731 los árabes invadir la isla, hizo Porcario emprender la marcha á Italia á los niños que se educaban en el monasterio y á sus religiosos más jóvenes, que se embarcaron para obedecer sus órdenes. Luego que el santo abad se vió solo con los religiosos, manifestó á la comunidad lo próxima que estaba la llegada de los infieles mahometanos enemigos de Jesucristo y de su santa Iglesia, y los exhortó á presentarse á los verdugos en sacrificio confesando la fe en que vivian y el desprecio que hacian de toda creencia que no fuese la verdadera, y todos los monjes sin excepcion acogieron con entusiasmo tan feliz pensamiento, preparándose á morir por el Señor y en el Señor. Invadieron los sarracenos la isla y dueños de la abadía, sin más ceremonias, degollaron en seguida á San Porcario y á los más ancianos, que se atrevieron á ponerles por delante la fe de Jesucristo como la única y verdadera bandera de salvacion eterna, y como viesen que todos los demás religiosos no quisieron, á pesar de ver el fin que les esperaba, confesar la santidad del falso Profeta, asesinaron inhumanamente á los quinientos religiosos que de todas edades componian aquella venerable comunidad de mártires, á los que celebra la Iglesia el 12 de Agosto que fué el de su sacrificio.—C.

PORCEL (Fr. Buenaventura), maestro en sagrada teología, religioso de la órden de Predicadores en la provincia de Aragon, sujeto eruditísimo. Dió á luz entre otras obras: *Difficultates Sacræ Scripturæ inter SS. PP. controversas.—Commentaria in Concilium primum Cæsaraugustanum.*—A. L.

PORCEL (Fray Enecus), religioso de la órden de la Santísima Trinidad. Habiendo dirigido y siendo prelado en los conventos, tanto de Castilla como del reino de Andalucía. Varon sapientísimo no ménos notable por su religiosidad, piedad y observancia cuanto por su noble orígen, de una familia nobilísima. Entre sus obras notables merece la preferencia por su indisputable mérito el libro intitulado *Florem observantiæ*, que ocupa el primero y principal lugar. Entre los suyos se alaba y celebra sobremanera *in Annalibus Giennensibus*, donde se ocupa y trata con detencion y escrupulosidad del monasterio de la ciudad de Ubeda, como así lo manifiesta Martin de Jimena Jurado.—A. L.

PORCHERON (Plácido), benedictino de la congregacion de S. Mauro. Nació este religioso el año 1652 en Chateauroux, pequeña ciudad del ducado de Berri, en la que era su padre abogado fiscal. Tomó el hábito á los diez y nueve años en la abadía de S. Remigio de Reims, consagrando todas sus horas de descanso al estudio de la historia, de la geografía y de la numismática. Nombrado bibliotecario de S. German de los Prados, se mostró desde el principio digno de este empleo. Fué nombrado compañero de Mabillon para formar el catálogo de los manuscritos latinos de la Biblioteca del Rey, y tuvo parte en la edicion de las obras de San Hilario, que es una de las mejores que han publicado los benedictinos. Murió en París el 14 de Febrero de 1694 á la edad de cuarenta y dos años. Las obras publicadas de Porcheron en francés son las siguientes: *Maximes pour l'education d'un jeune seigneur*, con las instrucciones del emperador Basilio á su hijo Leon, 1690, en 12.°: la traduccion de este libro es anónima, pero está corregida por Porcheron.—*Anonimy ravennati, quæ circa seculum septimum vixit, de Geographia libri quinque*; París, 1688, en 8.° Santiago Gronovius publicó esta obra á continuacion de su *Pomponio Mela*, con una introduccion que contiene invectivas poco exactas y áun contra los franceses, lo cual conservó su hijo en la edicion que publicó del *Pomponio Mela* en 1722; habiéndose servido ambos de un manuscrito de la biblioteca de Leyde. Los editores de los *Geógrafos menores* conocieron otro manuscrito de la Biblioteca del Vaticano, y publicaron las variantes en el tomo tercero de su coleccion en Inglaterra. Montfaucon encontró un cuarto manuscrito en la Biblioteca Ambrosiana de Milan. La obra del Anónimo, que no debe confundirse con la de Guy de Rávena, es una coleccion de trozos de diversos autores en su mayor parte desconocidos, hecha con poco criterio, y cuyos solecismos y barbarismos prueban la ignorancia del compilador. Dió á la obra el título de *Cosmografía*, siendo más propio el que la puso Porcheron dividiéndola en cinco libros y éstos en artículos ó párrafos, en cuyo sistema le siguieron los Gronovius. Observando el sabio Astruc que la ma-

yor parte de los errores del Anónimo, podrian corregirse con ayuda de las *Tablas* de Pentinger y del *Itinerario* de Antonino, se sorprende de que Porcheron, que conocia la conformidad del Anónimo y de las Tablas, no se hubiera aprovechado de este auxilio en el comentario que hizo de este autor, y hubiera deseado que algun sabio geógrafo se hubiese dedicado á darnos una nueva edicion del Anónimo, haciendo uso del indicado recurso, de lo que dió un modelo en el exámen crítico de la descripcion de la Galia Narbonense por el Anónimo, que forma el cap. XI y XII de las *Memorias para la Historia natural de Langüedoc*. A imitacion de Astruc Schoepflin, analizó algunos pasajes del Anónimo de Rávena en el tomo primero de su *Alsatia illustrata*, pág. 570. A pesar de todas las imperfecciones del Anónimo señaladas por Astruc, la obra es sumamente interesante para el estudio de la geografía de la edad media, y debe agradecerse á Porcheron haber sido el primero que ha dado á conocer á este autor, del que se proponia haber hecho una edicion que hubiera sido mucho mejor que la de 1688, si ha de juzgarse por el gran número de notas sobre las *Tablas* de Pentinger, encontradas entre sus papeles segun Weis asegura al hablarnos de este monje benedictino.—C.

PORCHETI (Salvagio), sabio y piadoso cartujo genovés, que vivió sobre el año de 1515 y se ocupó con solicitud en refutar á los judíos en un libro titulado: *Victoria sobre los argumentos de los impíos hebreos*; París, 1520, en fólio, gótico y bastante raro. Dicha obra, de que Raimundo Martin preparó el modelo, y que despues fué copiada por el P. Galatin, arreglando tambien algunos razonamientos mal concluidos, hace honor al celo del autor lo mismo que á su lógica.—G. A.

PORCIANO (S.), abad. En el siglo VI de nuestra era muchos esclavos de los que lograban obtener la libertad, prefirieron volver á esclavizarse á vivir dueños de su voluntad; pero no fué la esclavitud que buscaron al servicio de los hombres sino al de Dios, esto es, quisieron esclavizar el cuerpo para que disfrutase el alma un dia de la verdadera libertad, que solo existe en el cielo entre los justos. Uno de estos sabios esclavos, pues sabios son los que á su tiempo saben escoger el verdadero camino de la bienaventuranza, fué S. Porciano. Esclavo en su niñez, sus méritos le valieron la libertad cuando jóven, y conociendo la nada de las grandezas humanas y lo magnífico de las divinas, se dedicó á buscar el sendero que ántes le proporcionase encontrar el camino de la perfeccion que deseaba: y para ahorrar camino y librarse de obstáculos, tomó el hábito de religioso en un monasterio de Auvernia. Su ejemplar penitencia admiró desde luego á sus compañeros; y en cuanto murió el abad, le elevaron á este alto puesto, muy gozosos de estar bajo las órdenes de quien sabia enseñarlos con

el ejemplo, y practicar las virtudes con tan alto grado de perfeccion. Durante su abaciado, invadió la Auvernia Tierri, rey de Austrasia, con un poderoso ejército, que cometia en el país conquistado muchos atropellos y desmanes, y condolido Porciano de los males que el país sufria de los invasores, y no pudiendo escuchar el llanto de las familias que carecian de sus cabezas, sujetas por el usurpador en crueles encierros, sin consolarlas, se dirigió á ver á Tierri para pedirle la libertad de todos los prisioneros. Recibiéndole el soberano con la mayor atencion y respeto, luego que oyó su pretension, conmovido por sus razones le concedió lo que queria, por lo que obtuvo el santo Abad las bendiciones del pueblo: y despues de verse venerado y querido de todos murió de muy avanzada edad el año de 540.—C.

PORCIOLA (P. Fr. José), de la hospitalaria y sagrada religion del glorioso patriarca S. Juan de Dios, natural de Nápoles, fué varon erudito en muchas ciencias, y especialmente en la poesía vulgar y latina. Sacó á luz un libro, intitulado *Triunfo del amor divino*, dividiendo las rimas en veinte trofeos por las glorias de S. Alejo. Escribió tambien la *Vida del glorioso Padre S. Juan de Dios*, en un estilo sencillo, y compuso el himno y oracion del mismo Santo. Fué religioso de gran penitencia y mortificacion, de mucha oracion y contemplacion. Sus ayunos repetidos y continuos, no ménos que rigurosos; su sustento corto y desabrido. Sus silicios y disciplinas eran crueles. Fué asimismo muy dado á todos los ejercicios de virtud desde sus más tiernos años, y llegó á tocar la línea de la perfeccion. Todo su anhelo y deseo era entender y tomar parte en el alivio y socorro de los enfermos pobres, no solo de sus cuerpos, sino principalmente de sus almas. Tuvo muchos oficios en la religion, especialmente el de procurador general, consiliario segundo, y vicario general de la congregacion de Italia, y lleno de méritos y de años murió en el hospital de Nápoles, dejando un recuerdo inolvidable en todos cuantos le trataban, y siendo su vida ejemplar y santa digna de imitacion bajo todos conceptos.—G. A.

PORCIUNCULA (Fr. Pablo de la), religioso franciscano, guardian del convento de su Orden en Ponte, en Portugal, donde habia nacido. Dió á luz un *Sermon de S. Juan Evangelista*, que habia predicado él mismo, y fué impreso en Coimbra por Diego Gomez, 1622, en 4.°—S. B.

PORCIUNCULA (Fr. Pedro), religioso franciscano, lector de sagrada teología en la provincia de los Algarbes en Portugal, publicó un *Panegírico en la canonizacion de S. Pio V;* Evora, imprenta de la universidad, 1713, en 4.°—S. B.

PORCQ (Juan le), sacerdote del Oratorio. Nació en la diócesis de Bolonia; enseñó por espacio de cincuenta años la teología en Saumur, donde habia fundado un colegio la congregacion del Oratorio, que ha producido

varios sugetos distinguidos. Porcq era muy opuesto á la doctrina de Jansenio, combatiéndola en el siguiente libro: *Los sentimientos de San Agustin sobre la gracia, opuestos á los de Jansenio*; 1682, en 4.° Esta obra dogmática se halla dividida en dos partes; la una que trata de las pruebas, y la otra de objeciones: dedicada al Rey, y presentada ante la aprobacion de un obispo y de varios doctores. En 1700 Porcq dió una segunda edicion aumentada, dando cuenta de sus adelantos en el prefacio, y respondiendo á algunas preguntas de sus adversarios. Los que no le habian tratado hablaron con mucho desprecio de su libro, el cual no nos ha parecido merecer un juicio tan severo. Es una obra de controversia sin ninguna personalidad, el autor se ocupa muy poco de las personas y se limita á tratar el fondo de las cuestiones, y á enseñar que Jansenio ha entendido mal á San Agustin, y que la doctrina del santo doctor es enteramente opuesta á la del teólogo moderno. El padre Porcq murió en Saumur el 5 de Abril de 1722 á los ochenta y seis años de edad. Segun dice el mismo Gouget era un hombre de mucha piedad. El libro del P. Porcq le suscitó enemigos en su Congregacion; pero este libro, que no ofrece otra cosa sino una discusion moderada, no debia herir á las personas sabias y de buena fe. El modo con que el autor habla en el prefacio de la edicion de 1700, anuncia un hombre que queria evitar todo lo que impidiese el espíritu de progreso. No se sabe porqué Dupin no ha citado á Porcq en su tabla de las obras, al final del cuarto volúmen de su *Historia eclesiástica* del siglo XVII.—G. A.

PORE (Guido de), francés, fué décimoquinto abad de los cistercienses; recibió de manos del papa Clemente III el capelo de cardenal, y finalmente fué creado obispo de Palestina por el papa Inocencio III. Hizo grandes servicios á su Orden, y sobre todo reunirla á la de Calatrava, que restableció en los reinos de Castilla y de Leon, lo mismo que las religiosas cistercienses. El papa Inocencio III, lo envió por legado á Alemania, donde confirmó en nombre de Su Santidad la eleccion del emperador Othon IV contra su competidor Felipe. Al mismo tiempo prescribió buenos reglamentos á todo el clero. En Colonia ordenó que en el tiempo en que se eleva el Santísimo Sacramento, ó cuando se lleva á algun enfermo, se tocase una campanilla para advertir al pueblo se diesen golpes en el pecho, y para que se arrodillase, y desde aquel tiempo se ha introducido esta costumbre por toda la Iglesia romana. Era tan dulce y tan afable en su conversacion, como severo para sí mismo. Murió de peste en Gante el dia 20 de Marzo de 1202, ó segun otros de 1206. Sus virtudes y algunos milagros que se le atribuyen dan motivo para que se le mire como bienaventurado por los religiosos de la órden del Cister. Algunos lo confunden con Guido *el Jóven*, arzobispo de Reims, que le sucedió en la abadía del Cister.—G. A.

POREA (Cárlos). Nació este célebre jesuita el año 1675 en Vendu cerca de Caen. Sintiéndose desde muy niño con vocacion religiosa, abrazó la regla de S. Ignacio á la edad de diez y siete años. Dedicado á la enseñanza por sus superiores, fué profesor de humanidades y de retórica en Rennes, con tanto éxito, que logró fijar la atencion de sus superiores. Mandado por obediencia á París, fué nombrado director de los pensionistas de su colegio, y áun cuando este cargo le ocupaba mucho, hizo grandes progresos en el estudio de la teología y se ensayó en la carrera del púlpito, en cuyos primeros pasos dió una ventajosa idea de sus talentos. Con grandes deseos de consagrarse á las misiones de la China, lo solicitó; pero sus superiores le nombraron en 1708 para explicar la cátedra de retórica que habian ilustrado los Petau, los Cossart, La Rue y recientemente Juvanci. Mostróse Porea bien pronto digno sucesor de estos hombres tan justamente célebres, y áun les superó en el arte de formar á los jóvenes en la buena y sabia doctrina. Puso especial cuidado en conocer la inclinacion y disposicion de sus discípulos, y hablando sin cesar á su corazon, les supo inspirar al propio tiempo amor á las letras y á la virtud, y sus discípulos, viniendo á ser sus amigos, se hacian un deber de consultarle en todas las ocasiones importantes de la vida y de dirigirse por sus consejos. El mismo Voltaire, cuyo talento habia adivinado y alentado en sus primeros buenos ensayos, despues de que salió del colegio, continuó por algun tiempo consultándole en sus obras. Remitiéndole las tragedias de Edipo y de Merope, le escribió dos cartas que hacen tanto honor al maestro como al discípulo. Muchos años despues de la muerte del ilustre profesor, escribia Voltaire al P. de Latour. «Nada será capaz de borrar de mi corazon la memoria del P. Porea, igualmente querido de todos los que han estudiado con él. Ningun hombre hizo más agradable el estudio de la virtud. Las horas de leccion eran para nosotros deliciosas, y yo hubiera querido que él hubiese sido establecido en París como en Atenas, que puede asistirse á cualquier edad á semejantes lecciones, porque hubiera ido frecuentemente á oirle.» No obstante de estar dotado el P. Porea de las cualidades que tanto agradan en el mundo, huia de él, y así es que solo salia de su convento cuando no podia prescindir de hacerlo. Dividia las horas entre el estudio, la oracion y los deberes de su cargo, que llenaba con tal celo que ni áun la edad le hizo descuidar. Murió este virtuoso jesuita muy sentido de todos el 11 de Enero de 1741, á la edad de sesenta y tres años, habiendo consagrado los treinta y tres á la enseñanza, siendo su sucesor en la cátedra el P. Bandory. Dice el abate Sabatier, que su latinidad es ménos pura y elegante que la de Juvencio, pero que tenia más elevacion, más fecundidad, un estilo más vivo y sobre todo más nutrido de pensamientos. El P. Porea era elocuente á la manera de Séneca, y buscando

las expresiones ingeniosas y las ideas sobresalientes, dejaba frecuentemente percibir al retórico. Ocupado sin cesar de sus discípulos, compuso comedias de las que nos ha privado su modestia, y que no quiso jamás publicar á pesar de los aplausos que le dieron los ilustrados jueces ante los que se representaron. Pero á pesar suyo apareció en 1735 una *Coleccion de arengas latinas*, dos volúmenes en 12.° Despues de la muerte de Porea, el P. Claudio Griffet llenó los deseos de los amantes de las letras publicando una nueva edicion de los expresados discursos, aumentada con muchos trozos aún inéditos, lo que hizo en París en 1747, en tres volúmenes en 12.° Contiene esta leccion seis arengas sagradas, siete discursos de grande efecto y doce académicos. A estos discursos va unida la traduccion francesa por Marroury de la oracion fúnebre de Luis XIV, pieza que fué objeto de una vivísima polémica entre Porea y Grenau, y la de otros dos discursos por el P. Brumoy, el uno que versa sobre esta cuestion: *¿Cuál de los estados, monárquico ó republicano, es más á propósito y capaz para formar héroes?* Y el segundo *sobre los espectáculos públicos.* Otro discurso en que Porea se propuso vengar á los franceses de la tacha de ligereza que se les echa en cara, fué traducido por Rossel, que le publicó en el sétimo volúmen de la obra de Madama d'Arconville, titulada *Mélanges de Litterature.* El P. Griffet hizo preceder á la nueva edicion de las oraciones de Porea la coleccion de sus tragedias, que publicó en París, en 12.° en 1745. Contiene este volúmen la vida del autor, escrita con elegancia y concision, y se compone de las seis piezas siguientes: *Brutus; el Martirio de S. Hermenegildo; la Muerte del emperador Mauricio; Sennacherib, rey de Asiria; Sebi Mirza, hijo de Abbas, rey de Persia,* y el *Martirio de S. Agapito* Estas dos últimas tragedias estan escritas en tres actos, con intermedios en verso francés que puso en música el maestro Cambra. El volúmen de las comedias *Fabulæ dramaticæ*, que completa la coleccion de las obras de Porea, se publicó en 12.° en 1749; estan en prosa y precedidas de prólogos en verso francés, que explican el objeto. En la primera pintó el autor los peligros del juego; la segunda encierra una severa leccion para los padres que tienen un exagerado cariño ó una ciega adversion á sus hijos; la tercera, titulada *Misopon*, es una sátira contra la ociosidad; la otra pone de relieve el resultado de las vocaciones forzadas; y la última, que tiene por nombre *Philedon*, es el retroceso á la virtud de un jóven desengañado de los vanos placeres del mundo. Aun cuando el P. Porea, segun costumbre de aquella época en la enseñanza que tenia á su cargo, hizo entrar para la instruccion de sus colegiales las representaciones dramáticas, no era de opinion favorable á los teatros, como puede verse por su discurso sobre ellos, titulado *De Theatro Oratio*, el cual pronunció el 13 de Julio de 1733, y cuyo análisis puede verse en las cartas sobre los es-

pectáculos por Despres de Boissi, en la sexta edicion, tom. II, pág. 201. El que desee más detalles, puede consultar el elogio ya citado del P. Porea, en las *Memorias de Trevoux*, tomo correspondiente al mes de Marzo, de 1741; una carta de Bongeant al obispo de Marsella en el tomo IX de la obra *Amusement du cœur et de l' esprit*, y el *Parnaso francés* de Titon de Tillet, pág. 725, 32, y la biografía de Weis, en la general de Mr. Michaud. El retrato de Porea fué grabado en 4.° por el acreditado artista en este género Mr. Bolechon, que quiso honrar á tan excelente religioso con su bien dirigido buril.—C.

POREA (Cárlos Gabriel). Fué este religioso hermano del jesuita Porea, el cual cultivó como él la literatura, si bien no con tan buen éxito ni tanta reputacion. Las exigencias de sus primeros maestros le fastidiaron tanto, que al terminar los cursos renunció al estudio; pero teniendo la desgracia de romperse una pierna á la edad de veinte años, durante su larga convalecencia, la lectura fué su recurso para pasar las horas ménos mal. Luego que se restableció, quiso reparar en lo posible el tiempo que habia perdido, en su instruccion, se afilió en la congregacion de los Padres del Oratorio, de donde le sacó su hermano para que se encargase de la biblioteca de Fenelon, de que fué nombrado jefe. Despues de la muerte de este ilustre prelado, fué nombrado cura de un pueblo de Auvergne, en donde se consagró enteramente á las penosas funciones de su ministerio. El año 1728 le nombró el Rey canónigo de la catedral de Baieux, cargo que desempeñó solo dos años, pues le renunció por el curato de Louvigni, que le acercaba á su familia, el cual desempeñó hasta que su avanzada edad le obligó á descargarse de tan pesado trabajo. Volviendo á Caen, fué nombrado canónigo honorario del Santo Sepulcro, y desde entónces dividió su tiempo entre los deberes de su estado y el estudio, que era en él una necesidad. Murió Porea en esta ciudad á los ochenta y cinco años el 17 de Junio de 1770. Fué este eclesiástico durante treinta años uno de los principales ornamentos de la Academia de Caen en la que leyó un gran número de disertaciones entre las que se distinguen la que tiene por objeto la fabricacion de la sidra y la conservacion del lienzo. Trabajó en las *Nouvelles litteraries*, de Caen; diario que se empezó á publicar en 1742 y que continuaba en 1744, y en fin, se le conocen las siguientes obras: *Histoire de D. Ranucio d' Alétes, écrite par lui même*; Venisy (Ruan), 1736, dos volúmenes en 12.° Es un cuadro satírico de costumbres de monjes relajados, y de los desórdenes de sus conventos. *Le Pour et le Contre de la possession des filles de Landes, diocèse de Baieux;* Antioche (Ruan), 1738, en 8.° En este trabajo le auxilió el Dr. Dudonet, médico muy ilustrado de Caen. *La Mandarinade ou histoire comique du Mandarinat de l' abbé de Saint Martin*; la Haya, 1738,

tres volúmenes en 12.°; obra ya muy rara, cuya primera parte, muy chistosa y singular como toda la obra, que se ha reimpreso en Caen, en 8.°, en 1769, es una coleccion de piezas en prosa y verso, relativas al abad de San Martin, varon recomendable por su piedad y por su celo por el progreso de las ciencias, pero de tan extraordinaria credulidad, que solo puede comparársele con la del pequeño Poisinet. Los amigos de buen humor le dijeron un dia que el rey de Siam les habia diputado cerca de su persona para ofrecerle la plaza de su primer mandarin, y creyéndolo así, hizo todos los preparativos para su marcha; pero en esto vemos nosotros la sencillez del pobre eclesiástico, y la maldad de los que abusaban de ella, más que una tontería. *Lettres sur la sepulture dans les eglises*; Caen, 1745, en 12.° Muy interesante es el estilo en que estan escritas estas cuatro cartas, y por ellas se advierte que Porea fué uno de los primeros que se declararon contra la costumbre de enterrar en las iglesias, cuyo uso duró aún despues mucho tiempo. Para una nueva edicion del *Diccionario* de Trevoux hizo Porea muchas correcciones y adiciones que dejó á su sobrino Lair, secretario segun Weis de la Sociedad de Agricultura de Caen.—C.

PORFIRIO (San), mártir. Por cualquiera parte que se la considere se ve grande sobre todo lo grande y magnífica sobre la mayor magnificencia la omnipotencia de Dios. ¿Quién sino ella eleva al humilde al trono, y hace descender al tirano más poderoso á la condicion de esclavo más miserable? ¿Quién pudo crear de unos hombres rústicos y de la esfera más humilde, los sabios más allegados á su divina inteligencia, elevándolos en poder sobre los tronos más poderosos de la tierra, y haciendo que con solo la fuerza de la persuasion y del ejemplo conquistasen más pueblos que los soberanos han podido conquistar con la espada y derramando á torrentes la sangre humana? Y quién, en fin, hace de un hombre degradado un ser grave, y del sectario de Satanás un santo, cuando así cumple á sus designios? Solo Dios que todo lo ha creado, por quien todo vive y por el que todo morirá en el tiempo para adquirir nueva vida en la eternidad de que dispone, puede obrar tales maravillas, semejantes transformaciones, entre las que es un buen ejemplo la conversion de S. Pablo, uno de los mayores enemigos del pueblo cristiano en un principio, y el más decidido campeon del Crucificado despues. Y no lo es ménos S. Porfirio, que entregado á los placeres y á una vida más aproximada al infierno que á la gloria, vino á ser uno de los bienaventurados que pueblan la mansion de Dios. En el siglo IV de nuestra era, y por los años 363, habia en Constantinopla un famoso cómico, que arrebataba en el teatro la atencion de todos los circunstantes siempre que trabajaba por su buen aspecto, excelente decir y admirable exactitud con que interpretando el pensamiento de los autores dramáticos de aquella épo-

ca, caracterizaba los personajes que representaba. Fanático pagano, se complacia en poner en escena cuantas composiciones hacian los gentiles para poner en ridículo á la religion de Cristo; y así es que era sumamente apreciado y aplaudido de todos los gentiles, que repetian por las calles y las plazas sus dichos y bufonadas, insultando á los cristianos con los dicterios que él les daba, y burlándose de ellos imitando sus diabólicas creaciones. Entre los mil disparates con que maltrataba Porfirio á los cristianos para hacer reir y captarse el aprecio público pagano, aprovechándose de estar presidiendo el teatro un dia el emperador Juliano *el Apóstata*, enemigo irreconciliable de todo el que profesaba la religion católica, inventó Porfirio una escena, en la que para burlarse de los sacramentos y ceremonias de la Iglesia se hizo bautizar ante el público que, lo mismo que el Emperador, aplaudió con indecible entusiasmo tan sacrílega accion. Empero tan pronto como acabó Porfirio de hacer su farsa, se sintió herido en el alma de tal suerte, y alumbrada su razon con tan clara luz, que quedó horrorizado instantáneamente de su propia obra, y cada aplauso que le prodigaban era un agudo dardo que atravesaba dolorosamente su corazon. Quedándose como extático en medio de la escena, fué necesario llamarle vivamente la atencion para hacerle ver que estaba en la presencia del Emperador y de un público respetable, que tenia derecho á exigir la continuacion de sus gracias, pues que le pagaba para ello. Entregado Porfirio unos pocos dias despues de la representacion de su farsa á la meditacion de lo que en su alma pasaba, é inspirado sin duda de aquel que queria salvarle, leyó el Evangelio; y convencido de la verdad que encierra, y de que no hay más que un Dios que buscó entre los que adoraba como tales, acabó por llegar á los pies de un ministro del Señor de los señores á suplicarle que le instruyese en los principios y reglas de la religion predicada por aquel Dios que murió en la cruz para enseñarnos la humildad y la conformidad con su muerte, y su grandeza y poder en su resurreccion. Instruido en pocas horas, á causa de su no comun talento, exquisita penetracion y decidida voluntad, en cuanto podia desear, se decidió á entrar en la comunion cristiana y se hizo bautizar. Hecho cristiano, abandonó el teatro y sus malas costumbres viejas; y adquiriendo el carácter propio del cristiano, no se contentó con creerse de su gremio, si que haciendo gala de la mudanza de su opinion y creencia, confesó en plena escena con la voz fuerte de la conviccion más perfecta, que solo el Dios de los cristianos era el verdadero y que los ídolos eran dioses falsos é incapaces de obrar el bien ni el mal, pues que solo eran miserable materia sin voluntad propia, al paso que aquel era todo espíritu y de tal poder, que todo estaba subordinado á su voluntad en los cielos y en la tierra. Admirado quedó el

pueblo gentil cuando llegándose á convencer de que aquello que decia no era una de tantas farsas como habia hecho, supo por su franca y valiente confesion, que era ya verdaderamente cristiano, y que detestaba á los dioses que ántes habia reverenciado. El *Apóstata* llamó ante sí á Porfirio, al que no podia creer tan obcecado que abandonase los goces que le proporcionaba su profesion gentílica por una vida errante, llena de miseria y combatida por las persecuciones. Empero como Porfirio al publicar y confesar su verdadera conversion, echase en cara al Emperador su apostasía y le predijese las penas eternas que habia de padecer por ella, irritó tanto á éste, que sin reflexionar más le hizo degollar á su presencia en Constantinopla, con lo que el alma de un pobre cómico en la tierra voló á sentarse en el trono de los reyes que no mueren nunca en el cielo.—B. S. C.

PORFIRIO (S.), mártir. El dia 16 de Febrero hace conmemoracion la santa Iglesia católica de un criado de S. Pánfilo, llamado Porfirio, que murió quemado por los gentiles, poco despues de su santo amo, en Capadocia, en union de S. Seleuco, al que degollaron, porque siguiendo ambos las buenas doctrinas cristrianas, prefirieron los tormentos á renegar de su fe y creencia cristiana.—C.

PORFIRIO (S.), mártir. Los umbros tienen un apóstol que les iluminó con la divina gracia, por lo cual le tienen en gran veneracion, este es San Porfirio. Nació este santo varon en Camerino, ciudad de la Umbría, y como en tiempo del emperador Decio se encontrase en Roma, el Pontifice deseoso de propagar la fe le mandó ir á predicar á su patria el Evangelio, en cuya honrosa mision le exhortó á desplegar el ardor de su piedad, su activa caridad y el celo que tan probado tenia por el aumento y prosperidad de la religion cristiana. Emprendió S. Porfirio con tal fe y entusiasmo su predicacion, que familias enteras y áun algunos pueblos cercanos á Camerino se hicieron bautizar, convirtiéndose á la fe de Jesucristo, teniéndole todos por su padre celestial y á Porfirio por el libertador de sus almas, que estaban aprisionadas por el demonio. Advirtiendo los sacerdotes paganos las grandes y progresivas conquistas que Porfirio hacia al cristianismo amenguando los adoradores de los falsos dioses, le acusaron ante el tribunal nombrado de órden de Decio, cuando este tiránico Emperador decretó la persecucion de los que adoraban al verdadero Dios, y como presentado á los jueces confesase que era sacerdote del Dios de los cristianos, y como tal enemigo de los ídolos hechuras del ángel de las tinieblas á quien maldecia, le hicieron sufrir una dolorosa muerte, en los primeros dias de la persecucion del año 250 de nuestra era, y la Iglesia le recuerda el dia 4 de Mayo, que fué tal vez el de su muerte gloriosa.—C.

PORFIRIO (S.). Muy discordes andan los autores sobre si este santo, que

recuerda la Iglesia católica el 20 de Agosto, fué ó no mártir; S. Gregorio, Ferrario y los Bolandistas hablan de él, pero ninguno de ellos asegura fuese mártir, ántes bien son de opinion de que murió en paz y en santidad. Sábese únicamente de S. Porfirio, que catequizó, instruyó en la religion del Crucificado, y purificó con la santa agua del bautismo al glorioso S. Agapito; sin que despues de esto hayan dicho más los autores ni las actas, sino que murió en Roma en el siglo III de nuestra era, diciendo algunos que alcanzó la corona del martirio, sin determinar ni el dia ni el suplicio de modo alguno. — C.

PORFIRIO (S.), mártir, natural de la ciudad de Éfeso. Este Santo en el reinado del emperador Aureliano vivia ejercitándose en actos de piedad pacíficamente entre sus conciudadanos; pero habiéndose sabido que profesaba la religion cristiana, lo que se gloriaba en confesar ante todos los que se lo preguntaban, se le quiso obligar el año 171 de nuestra era á incensar á los demonios en sus imágenes de la idolatría. En vano fueron las súplicas de sus amigos y parientes y las amenazas de sus verdugos para que renegase de su creencia y abrazase la religion del estado; negóse á las primeras procurando atraer á su opinion á los que se las hacian, y despreció altamente á los segundos. En vista de tan acendrada fe, los verdugos perseguidores de la Iglesia le hicieron sufrir mil tormentos, y como ni áun esto hiciese otra cosa que fortificarle más y más en su amor al verdadero Dios, le asesinaron inhumanamente, pasando por delante de la infame cuchilla su bendita alma á las regiones celestes á recibir el galardon que Dios tenia reservado á su virtud y heroismo: la Iglesia le recuerda el dia 4 de Noviembre. — C.

PORION (Pedro José), obispo constitucional del Paso de Calés. Nació este prelado en 1745 en Thiebre, cerca de Saint-Omer, y habiendo seguido la carrera eclesiástica, fué uno de los secretarios del obispo de París Cristóbal de Beaumont. Fué nombrado despues profesor del colegio militar de la Fléche y luego del de Arras, dirigido en aquella época por sacerdotes seculares. Nombrado cura de la iglesia parroquial de S. Nicolás sur les Fosses de Arras, sirvió durante diez años este cargo, y el 30 de Marzo de 1791 fué proclamado obispo del departamento del Paso de Calés por la Asamblea electoral, en virtud de decretos de la Asamblea Nacional, y á consecuencia de la dimision que de este obispado hizo Duflos, cura de Hesmond, que habiendo sido el primero elegido, tuvo la modestia de tenerse por demasiado jóven para aceptar tan importante puesto, lo que le valió á poco ser nombrado administrador del departamento del Paso de Calés, y uno de sus diputados al Consejo de los Quinientos y al Cuerpo legislativo. Porion fué recibido en Saint-Omer, en donde se fijó la silla de la dió-

cesis con el mayor entusiasmo, pues que salieron á recibirle las autoridades, la guarnicion, el club y una gran parte de la poblacion, de suerte que hizo una entrada triunfal en medio de las aclamaciones de la multitud. Cuando se interrumpió el culto cristiano en Francia, renunció á las funciones eclesiásticas, y lo propio hicieron la mayor parte de los sacerdotes ordenados por él, y entónces se hizo defensor oficioso en los tribunales. Olvidando sus votos y entregado á la revolucion completamente, se casó con la señorita Purdhov, hija de un oficial irlandés, y fué nombrado presidente de la Administracion municipal de Arras. Abandonó esta ciudad en 1802, y se fué á vivir á París, en donde no se ocupó en otra cosa que en cultivar las letras, componiendo una porcion de composiciones poéticas en latin y en francés, que dirigió sucesivamente á todos los poderes que se sucedieron. Compuso un comentario de Lhomond, y no se desdeñó en publicar temas que consagró especialmente á la educacion de la hija única que tuvo de su matrimonio. Murió Porion en París el 20 de Marzo de 1830, á los noventa años de edad. — C.

PORLIER (Pedro), señor de los Goupilieres en Normandía, fué el jefe del Tribunal de Cuentas en París, y prestó un servicio importante á la órden de Malta en 1714. Sabiendo los turcos que no habia pólvora en la isla, resolvieron tomarla. Porlier, comprendiendo los padecimientos y desgracias de la religion, y que estaba amenazada de muerte, les favoreció vendiendo toda su vajilla de plata, juntamente con otros objetos preciosos, para poder reunir una buena cantidad de pólvora, que hizo llevar á la isla. Perelló de Rocafull, gran maestre de la Orden, lleno de agradecimiento y reconocido por una accion tan generosa, remitió á Porlier la cruz de la Orden, habiendo muerto en París á una edad bastante avanzada. — G. A.

PORLONDUS (Fr. Ricardo), religioso franciscano, natural de Norfolk, en cuyo convento tomó el hábito, distinguiéndose por su santidad, erudicion, agudo ingenio, sólido juicio y pura frase, cualidades por las que obtuvo el grado de doctor en teología y fué nombrado profesor de su casa de profesion, dando lecciones á los hermanos en los dias no feriados, y predicando al pueblo en las dominicas y demás festividades. Murió hácia 1302, en cuyo año le cita Wadingo, lo mismo que Wite en su *Catálogo de escritores ilustres de la Orden Seráfica*. Escribió gran número de obras, siendo muy notables algunas de ellas, las que se custodiaban en el monasterio de benedictinos de Norwich, hasta que desaparecieron cuando se introdujo la reforma en Inglaterra. Se citan, sin embargo, las dos siguientes: 1.ª *Sermonum*, lib. I.— 2.ª *De passione Christi*, lib. I.— S. B.

PORMORAND (Alejandro Nicolás). Nació en Orleans en el siglo XVII; habiendo abrazado el estado eclesiástico, se consagró enteramente á la instruccion

de la juventud y á la manutencion de los pobres. Los servicios que hacia fueron recompensados con la abadía de Selvepleine, diócesis de Burdeos, en donde su empleo no le servia para otra cosa sino para alimentar á un crecido número de infortunados. Desde el año 1640 fué cura de nuestra Señora de Calés, habiendo administrado esta parroquia por espacio de treinta y cinco años con un celo que la edad no pudo resfriar. Murió el 18 de Setiembre de 1675, llorado de sus feligreses y de los pobres, de los cuales era como un padre. Se tiene de él: *El Triunfo de la caridad*; Paris, 1640.—*Idea de la asociacion de S. José establecida en el arrabal de S. Victor en París*; Paris, 1644, en 12.° Ha publicado otras varias obras de piedad y los *Sermones apologéticos de la censura de la Sorbona*.—G. A.

PORPHIRIO (*Porphirius*), obispo de Antioquía, era muy mal mirado por sus violencias, que describe Palladio en la *Vida de S. Crisóstomo*. Despues de la muerte de S. Flaviano, el año de 404, se colocó en la sede de Antioquía sin observar formalidad alguna canónica, y consiguió le ordenáran Severiano y Antioco, cerradas las puertas de la iglesia y sin concurrencia del pueblo. Corrompió los soldados, se sirvió de todo género de violencias para obligar y precisar á los habitantes á que comunicáran con él, y murió por fin el año de 414, habiendo sido colocado en su lugar Alejandro. — Theodoreto, lib. V; Baronio, *in Annal.*— G. A.

PORPHIRIO (*Porphirius*), obispo de Gaza, nació en Thesalonia, de familia ilustre, hácia el año 350. Pasó los primeros de sus edad en un yermo de Palestina, visitando muchas veces los Santos Lugares. Juan, patriarca de Jerusalen, le confió la guardia de la verdadera cruz. Habiendo muerto el año de 396 Eneas, obispo de Gaza, el clero y el pueblo de esta ciudad pidieron por obispo á Juan de Cesarea, quien lo hizo venir á dicha ciudad y le ordenó obispo de Gaza. Viéndose perseguido por los paganos, que eran los más potentes en la ciudad, no los resistió con otras armas más que con sus milagros y su paciencia, convirtiendo con estas á muchos de ellos. Obtuvo del emperador Arcadio se arruinára el templo de Marnas, muy célebre en Gaza; pero la avaricia de los ministros de este príncipe se opuso á la ejecucion de tal decreto. Porphirio se vió precisado á pasar á Constantinopla, donde obtuvo su demanda despues de un prodigio que acaeció en el bautismo de Teodosio *el Jóven*. Cuando volvió á Gaza, hizo derribar todos los templos de los falsos dioses que habia en esta ciudad y edificar la basílica Eudoxiana. Trabajó en convertir idólatras y maniqueos, y murió en 26 de Febrero de 420. Marcos, diácono de Gaza, dice todas estas cosas en una relacion que inserta el cardenal Baronio, y que Surio y Metaphrastes insertaron en la vida de este santo prelado, cuya memoria celebra la Iglesia en 26 de Febrero.— Baillet, *Vidas de Santos*.— G. A.

PORQUET DE S. JUSTO Y PASTOR (P. Antonio). Nació en Purroy el año de 1713. De jóven, profesó en el instituto de las Escuelas Pias, donde siguió con cuidado y aprovechamiento los estudios, y con el mismo enseñó la filosofía y teología en su provincia de Aragon. Su grande aplicacion á las ciencias vino á disminuirse y á decaer por el mucho trabajo que le agobiaba. Murió siendo rector de su colegio de Zaragoza en 1752. Escribió: 1.° *Schola Pia Aristotelico-Thomistica, seu brevis philosophiæ cursus juxta mentem Angelici Doctoris ad piarum scholarum usum*, en cuatro tomos en 4.° El primero, de Logica, lo imprimió Francisco Moreno en 1745 en Zaragoza. El segundo, de Metafísica, en dicha ciudad por el mismo en 1745; y el tercero y cuarto, de Física y Atomística, en Zaragoza por el mismo en 1747.—2.° *Curso de Teología*, que tenia ya adelantado con igual destino. Su muerte le impidió el cumplimiento de esta obra; siendo aquella sentida especialmente por sus amigos y conocidos, como lo advirtió el doctor D. José Lacambra, catedrático de anatomía que fué de la universidad de Zaragoza, en su *Lexicon Medicum-Historicum-Politicum*, Ms., páginas 89 y 90, donde asimismo afirma y acuerda el cuidado y diligencia que puso para socorrerlo en la enfermedad de que murió.—G. A.

PORQUET (Pedro Cárlos). Nació en Vire en 1728, de padres pobres; hizo buenos estudios en el colegio de su ciudad natal. Ordenado ya pasó á París, en donde con la recomendacion del abate Asselin, su compatriota, obtuvo el destino de caballero ó abad de Buflers. Se hizo amar de su discípulo y le inspiró el gusto de la poesía, la cual cultivó con gran ardor. La proteccion de madama Buflers le valió despues el título de confesor del rey Estanislao, y sirviendo en la corte de Luneville, se hizo estimar de todo el mundo. Despues de la muerte de Estanislao volvió á marchar á París hasta la revolucion; pasó la vida más dulce en medio de los círculos más brillantes, en donde sus talentos y su carácter le hicieron estimar. La tempestad dispersó á sus amigos y le arrebató toda su fortuna, es decir, las economías que habia impuesto á renta sobre el estado. El aburrimiento y la miseria abreviaron sus dias. Se le encontró muerto en su cama el 22 de Noviembre de 1796, á los sesenta y ocho años de su edad. Sus versos fueron publicados en el *Almanaque de las Musas* y en algunas otras obras. Distínguese una *oda* sobre la *Dicha*, y las estrofas sobre la *Esperanza*. Tambien se tiene de él su *Discurso de recepcion de la Academia de Nanci*, en 1746, y otro de las *reflexiones sobre la usura*. Se encuentra una noticia de este hombre y algunas de sus obras en verso en el *Magasin ó Repertorio enciclopédico*, de 1807, tomos II y III. Todas sus obras son de un mérito extraordinario, y por lo tanto dignas de leerse y áun de estudiarse tambien, porque en ellas se encuentra un lenguaje selecto, y pintados los hechos ó

sucesos con unos colores tan claros y sencillos, que por do quiera encantan y extasían á los que las manejan. Esto tiene lugar más particularmente en las obras poéticas que escribió; y se prestaba siempre con gracia á todas las diversiones, á todos los juegos de la sociedad, y reunia á su buen espíritu una bella alma. Murió de la edad que queda dicho, le persiguió en sumo grado la envidia de sus contemporáneos, y dejó, como desde luego se puede inferir y conocer, un vacío inmenso en la república de las letras muy difícil si no imposible de reemplazar.—G. A.

PORRAS (Antonio), maestro en artes, teólogo doctor, canonigo magistral de la iglesia de Plasencia, visitador de aquel obispado, sustituyendo en aquella sede en ausencia de D. Gutierre Carvajal, cuyo obispo era en aquel tiempo. Escribió: *Tratado de la Oracion;* Alcalá por Juan Brocar, en 4.° Se solicitó real autorizacion para una nueva edicion, cuya reimpresion se verificó en 1551.—A. L.

PORRAS (Mtro. Fr. José de), natural de Madrid, monje del órden de S. Basilio, nació el año de 1641, y tomó el hábito el de 1661. Siguió los estudios hasta obtener el grado de maestro del número de la religion. Fué presidente del monasterio de Bárcena; abad del de Madrid, tres veces de su colegio de Alcalá, y en tiempo de su primera abadía se edificó en esta casa la obra que llaman el cuarto nuevo. Tambien fué secretario general, definidor diversas veces, procurador y por último vicario general, que era la cabeza de toda la congregacion de España; desempeñando todos estos empleos con grande satisfaccion y afecto de los religiosos. Tuvo una vida muy religiosa y humilde, y padeció una larga y penosa enfermedad, que le quitó la vida el dia 14 de Agosto del año de 1707 á los sesenta y seis de su edad, edificando á todos en su fallecimiento.—G. A.

PORRAS (Sor Leonor), religiosa dominica natural de la ciudad de Segovia; tomó el hábito en la de Avila, teniendo ya la edad de cuarenta años, con cuyo motivo añade la crónica de su Orden: «Y aunque los que vienen en esa edad á la religion, criados en el cumplimiento de sus gustos y ejecucion de su voluntad, no todas veces aciertan á hacer entera renunciacion de la libertad en que se criaron, esta religiosa, desengañada de los peligros de que el Señor se habia servido sacarla, reduciéndola al puerto seguro del monasterio, fué muy ejemplar y muy devota.» Distinguióse mucho por su paciencia, y habiendo sufrido repetidas enfermedades y trabajos, jamás se le oyó exhalar queja ni lamento alguno. Atacada de perlesía en todos sus miembros, pero en particular en la lengua, de manera que ni áun podia dar cuenta al médico de su enfermedad, jamás se le oyó pronunciar otra palabra sino *Mater Dei*, y si tenia necesidad de alguna cosa, señalándola con las manos, los ojos ó la cabeza, repetia su

acostumbrado *Mater Dei*. Viendo su grande paciencia y que sufria con ánimo risueño lo que es de suyo intolerable, se aumentaba cada vez más el grande crédito que se habia adquirido por su virtud, y la rogaban como á verdadera sierva del Señor que encomendase á Dios algunos trabajos y necesidades, creyendo que por su intercesion obtendrian lo que pretendian, como asegura la *Cronica* que se verificó en efecto en diferentes casos. Tres dias ántes de morir, hallándose ya en la agonía, dió esta religiosa grandes voces, señalando con las manos hácia el cielo y repitiendo su acostumbrado *Madre de Dios*. Acudieron todas las religiosas, y viendo su grande alegría y regocijo, comprendieron que no tardaria en abandonar esta vida, como en efecto se verificó ántes aún de lo que lo habian previsto. Esta religiosa dejó grande opinion de santidad, y es citada con elogio por todos los autores que han escrito la *Historia de la órden de Sto. Domingo*.—S. B.

PORRAS (Fr. Martin de), venerable siervo y religioso de la tercera órden de Sto. Domingo. Nació en la insigne ciudad de Lima, metrópoli y cabeza del Perú, miércoles 9 de Diciembre, el año del Señor de 1579, gobernando la Iglesia universal como vicario de Cristo el pontífice Gregorio XIII, y reinando en España D. Felipe II *el Prudente*. Fué hijo natural de un caballero del órden de Alcántara, llamado D. Juan de Porras, y de una morena libre criolla del Panamá, llamada Ana Velazquez. Parece que fué providencia de Dios el darle tan desiguales progenitores, para que advirtiendo la bajeza de la madre se humillase, y conociendo la calidad del padre se mostrase á Dios agradecido, que todo lo ordena al bien de los que le aman, como dijo el Apóstol, á no ser que digamos que en el color blanco y negro de los padres quiso Dios pronosticar el hábito de Sto. Domingo, que habia de vestir andando el tiempo. Fué bautizado en la iglesia parroquial del invicto mártir S. Sebastian, una de las de la ciudad de Lima ántes mencionada. Con especial providencia del cielo no se hace mencion en las informaciones de la infancia de Fr. Martin, acaso porque tuvo tan poco de niño, que nunca parece que lo fué; grandeza que celebró en el Bautista S. Ambrosio. No se tuvo mucha cuenta con las acciones que ejecutó en su tierna edad; solo se sabe que enviándole la madre á comprar lo necesario para el sustento de su casa, lo repartia entre algunos niños pobres que encontraba, haciéndoles limosna de lo mismo que para sí necesitaba, siendo este proceder tan laudable en aquella corta edad un pronóstico cierto del ardiente volcan de caridad en que se habia de abrasar en adelante. Los primeros años de la niñez los pasó al lado y en poder de la madre, pasando luego á vivir con el padre, quien, como queda indicado, le reconoció y tuvo por hijo, no obstante de ser cosa irregular en caballeros,

que por no descubrir su misma afrenta no conocen por tales á sus hijos. Mas como este habia de servir de rico esmalte al oro acendrado de la nobleza del padre, previno el cielo que lo tuviese por hijo. Se le ofreció á D. Juan hacer un viaje á la ciudad de Santiago de Guayaquil, y llevó consigo al niño, quien aprendió allí á leer y escribir, lo que no dejaba de importar al fin para que Dios lo destinaba. Volvióse con el padre á la ciudad de Lima, patria suya, donde crecia al paso que la edad en Fr. Martin la virtud, y el Señor, que le tenia escogido para sí, quiso fuese tan poco del mundo, que no parece vivia en él. Conoció cuán mal se daban las manos el servicio de Dios y la ociosidad, madre de vicios (madrastra de virtudes la llamó S. Bernardo), y así trató de hacerle cruda guerra, no dándole jamás entrada, por que no le venciese con ella el enemigo. Por este fin aprendió un oficio, y tambien para ganar con su trabajo el sustento, siguiendo la doctrina y ejemplo del Apóstol, y el de aquellos anacoretas santos que en los desiertos de Nitria, Egipto y Tebaida contemplaban al mismo tiempo elevados en Dios con el espíritu, y trabajaban humildes con el cuerpo. Ejercitaba en el oficio su caridad Fr. Martin; lo que ganaba ó le daban sin que pidiese paga alguna no le paraba en sus manos, pues luego lo trasladaba á las de los necesitados su piedad. Vivia entre los de su edad como ninguno, efecto de la divina gracia, que quien supo conservar santo á Abraham en Caldea, á su sobrino Lot justo en Sodoma, sin culpa al paciente Job entre idumeos, y á Daniel y sus compañeros fieles á Dios en el palacio del rey de Babilonia, pudo conservar á Fr. Martin inocente entre los de su color y edad, que, como muestra la experiencia, se dejan llevar ordinariamente de los vicios. Huir de estos era su estudio todo. Para conseguirlo de un modo más completo trató de entrar en religion, pues no hay duda que esta, como casa de Dios, es puerto seguro de los peligros del mundo, remedio de sus daños y enmienda de sus desaciertos. En el monastario, dice S. Bernardo, procede más cauto el hombre, cae ménos en la culpa, se levanta más apriesa, muere con más confianza y es galardonado más abundantemente. Esto alcanzó Fr. Martin con luz divina, y al conocimiento claro de lo bueno se siguió el deseo eficaz de conseguirlo. Deseaba fervorosamente el estado feliz de religioso, y habiéndolo de ser en una de las religiones aprobadas, era el blanco de su aficion la del glorioso patriarca Sto. Domingo, cuya resplandeciente estrella, fija en el cielo de su frente, le servia de norte á sus deseos. Era autor de estos el amor divino, que segun S. Gregorio, no sabe estar ocioso en las almas, habiendo hecho mansion en la de Fr. Martin se hacia desear su aprovechamiento, y le inspiraba tan santos pensamientos que, como dijo S. Pablo, nada bueno podemos pensar los hombres por nosotros mismos, y para todo hemos menester de Dios; y sien-

do las obras de este Señor perfectas, quiso que los deseos que habia encendido en el corazon de su siervo tuviesen dichosa ejecucion. Resuelto pues á dejar el mundo por hallar mejor á Dios, se fué al convento de Ntra. Señora del Rosario de Lima, de la órden de Predicadores, y con mucho rendimiento y humildad pidió el hábito de donado al P. Mtro. Fr. Juan de Lorenzana, sugeto digno de inmortal memoria por su mucha virtud y grandes letras, que entónces era provincial, siendo prior del convento el Ilmo. Sr. D. Fr. Agustin de Vega, obispo del Paraguay, padre de la Observancia regular de aquella provincia, los cuales dieron á Dios las gracias, y á su siervo el hábito con singulares júbilos del alma, dándose el parabien de tenerle en su compañía, ó porque tenian bastante noticia de su virtud, ó porque se la leyeron en su modestia y compostura, que los siervos de Dios tienen en el rostro el sobrescrito de virtuosos. Supo el padre de Fr. Martin su nuevo estado, y mostró mucho sentimiento, no de que hubiese entrado en religion, sino de que vistiese el hábito humilde de donado. Quisieron por esta causa los prelados darle á Fr. Martin la capilla, mas como el siervo de Dios veia las cosas con distinta luz que el padre (que en fin era todo mundo lo que miraba), no quiso aceptar la honra que le hacian, estimando en más vestir hábito con que pudiese humillarse, que traer capilla con que pudiese engreirse, sintiendo y muy bien, que habiendo una vez dejado el mundo, no era justo ni procedente volverse á él estando en religion. Pasó el año de la probacion, que dispone el santo Concilio de Trento con el ejemplo de vida que se deja entender de su virtud: llegóse el tiempo de la profesion, que hizo con notable regocijo de su alma, ofreciéndose á Dios vivo holocausto, dándole repetidas gracias de verse hecho siervo de sus siervos en su casa, señalado con el carácter de los soldados que militan debajo de su bandera; y como le ejecutaba nueva obligacion, y lo es de los religiosos pretender llegar á la cumbre de la perfeccion del Evangelio, para que importan tanto sus consejos, era tan singular su cuidado para llegarlo á merecer, que no parecia novicio en la religion, sino profeso de muchos años, atendiendo y guardando á la letra las constituciones de la Orden; y para acertar en todo procuraba imitar las virtudes que en los demás advertia, deseando ser discípulo de todos, cuando pudiera ser maestro de muchos. Emulaba santamente envidioso las mejoras de espíritu de sus hermanos, como aconseja S. Pablo, de suerte que de uno aprendia humildad, de otro oracion, de otro caridad, y de otros otras virtudes, como del gran Antonio refieren las historias. Sobre todo tenia por dechado de su vida al que veneraba padre suyo, el glorioso patriarca Sto. Domingo, en quien admirando lo que era digno solo de admiracion, procuraba aprender lo que sufria imitarse, entendiendo cuán mal

parece tener el nombre de hijos de Abrahan y no quererlo ser en las acciones. La virtud de la humildad, de que tanto se preció el Hijo de Dios que persuadia le imitasen en ella sus discípulos, diciendo era manso y humilde de corazon, siendo la fortaleza del Padre y el depósito de los tesoros de su infinito saber, resplandeció tanto en el siervo de Dios Fr. Martin de Porras, que se echaba de ver era verdadero discípulo de Cristo, y que habia aprovechado en su escuela, donde la leccion primera que se da es de humildad, que es la base del edificio espiritual y fundamento de la perfeccion cristiana. Ninguna cosa le daba tanto gusto como el desprecio de sí mismo, excelencia que refieren del glorioso patriarca Sto. Domingo, que le pesaba de asistir en Tolosa de Francia donde todos le acataban, y gustaba de ir á Carcasona donde le ultrajaban todos. Acreditábase tanto de hijo suyo en ser humilde, que causaba admiracion su abatimiento. Raras veces le veian levantar los ojos de la tierra, juzgándose indigno de pisarla: cuando entraba siendo llamado á la celda de algun religioso, por más que le instaban á que se sentase, no lo podian conseguir, pues siempre se excusaba con una humildad ejemplar y extraordinaria. Lo que hacia era arrojarse al suelo, y desde él conversaba con los religiosos. Si alguno, estimulado de la opinion de su virtud y prodigioso de su obrar, abonados testigos de su vida, le ensalzaba y decia palabras de alabanza que pudieran lisonjear otros oidos, se afligia notablemente, rogando no le digesen cosas semejantes, porque era el peor del mundo, y merecia por sus culpas el infierno, indicio cierto de su mucho abatimiento; que el verdadero humilde siente más oir alabanzas propias, que el soberbio oprobios y denuestos. Muchas veces le oyeron decir le suplicaba á Dios le hiciese como á cierto religioso ejemplar. Estilo propio de humildes para poder serlo más; no hallar en sí accion que no la comprendan por defecto, ni en los demás tibieza que no la envidiasen por fervor. Humillábase en todo tiempo y lugar, y no porque no tuviese motivos para engreirse; pues era tan estimado de todos, tan acatado de grandes, que de ordinario le visitaban personas de importancia y mucha suposicion, tales eran entre otros el Ilmo. Sr. D. Fr. Pedro de Ortega Sotomayor, obispo del Cuzco, varon doctísimo, de lucidas prendas, y el Ilmo. Sr. D. Feliciano de Vega, arzobispo de Méjico, de conocida virtud y grandes letras, que teniendo estrecha amistad con el varon de Dios hallándose indignos de ella, le estimaban y honraban á porfía: lo mismo hacian muchos oidores de aquella Real Audiencia; y lo que más era, el Excelentísimo Sr. D. Luis de Córdoba y Bobadilla, conde de Chinchon, siendo virey de aquel reino, apreciaba en mucho á Fr. Martin, y otras personas de cuenta le veneraban, pidiendo unas en sus negocios consejo, otras en sus trabajos alivio, y todas para con Dios sus oraciones. Viéndose,

pues, el venerable hermano visitado de príncipes, consultado de superiores, buscado de caballeros, acatado de nobles, aplaudido del mundo, venerado de todos y de todos tenido por santo por sus heróicas obras, como estas suelen ser fomento de altivez, y en el mejor paño de virtud cae la mancha de la soberbia; cuando más le levantaban con loores y alabanzas hasta el cielo, se abatia humilde hasta la tierra, y sumergido en el abismo de la nada, nada se le daba de los hombres del mundo, que tanto aprecian los mundanos, no llegando al cielo de su espíritu peregrinas impresiones de vanidades. Aún más realces se descubrian en la profunda humildad de Fr. Martin; no solo desestimaba las honras que le hacian, juzgándose nada merecedor de ellas, y teniéndose por el más despreciable del mundo, toleraba paciente las injurias que le decian, sino que cada vez que le ultrajaban, le daba á Dios repetidas gracias, diciendo que los que le maltrataban, le habian conocido. El mismo hacia escarnio de sí, porque los demás le tuviesen en poco, y cuando así lo hacian y maltrataban, ni con palabra ni obra mostraba sentimiento, ni la menor descompostura, acreditándose así de muy perfecto, pues segun Santiago, el que ni de palabra ofende á su hermano, llegado ha á la cumbre de la perfeccion cristiana. Estaba el siervo de Dios tan léjos de enojarse, que sentia excesivo contento en verse despreciado; no solo porque las obras de virtud, como dice Aristóteles, deleitan al que las hace, sino porque padecia por Dios á quien amaba, que es lo más dulce del amor, segun S. Agustin. Donde parece echó el resto de su humildad el siervo de Dios fué en llevar con paciencia todos sus trabajos y adversidades. Esta, que interpretó un doctor ciencia de paz, es tan hermana de la humildad, que quien de corazon fuere humilde, por fuerza ha de ser sufrido. Así se vió en el varon de Dios, pues cuando le mortificaba el Señor enviándole trabajos que le labrasen corona en el cielo, y enfermedades que le purificasen en la tierra, entendiendo que en ellos, segun el Apóstol, se perfecciona la virtud, era tan admirable su paciencia que causaba á todo el convento asombro. Solia decir que cuanto padecia era nada respecto de lo mucho que merecia padecer por ser el peor de los hombres. Por mucho espacio de tiempo le afligieron todos los inviernos unas importunísimas cuartanas, pero las sufrió con tanta paciencia, que apénas se daba por entendido de ellas; miéntras le duraba el frio se recostaba un poco, y entrada la calentura se levantaba, y como si no la padeciera acudia á la enfermería con mucha solicitud y diligencia; y como los dolientes, con el desabrimiento del achaque, estaban tan intolerables que áun á sí mismos apénas podian sufrirse, eran continuas las ocasiones de merecimiento y paciencia que al siervo de Dios le daban; todas ellas las recibia con tan alegre semblante, como quien sabia que en cambio de su afliccion temporal,

habia de interesar perpétuos gozos, y que lo momentáneo y leve del afan pequeño de los justos causa en ellos un peso eterno de gloria. Como por la culpa de los primeros padres, que infestó su posteridad, quedaron rebeladas contra la razon las potencias, de suerte que aunque hay composicion entre alma y cuerpo, nunca deja de haber pleito pendiente, trae siempre guerra importuna con el espíritu la carne, como dijo S. Pablo. Para que se sujete, pues, el cuerpo como esclavo al alma como á señora, es necesaria en el camino de la virtud la penitencia. El venerable hermano Fr. Martin, entendiendo la importancia de este negocio, tomó la mortificacion tan á su cargo, que se hacia increible su rigor, y parecia que de penitencia saludable pasaba á sangrienta crueldad, y al parecer de los hombres no era penitente que se mortificaba por sus culpas, sino verdugo fiero que tomaba venganza de sí mismo; tan crueles eran sus disciplinas que no solo molestaba con el azote la carne, sino que afligia con baldones el espíritu. A la media noche solia recogerse en el capítulo, despues de haber tenido mucha oracion, la cual volvia á continuar largo rato delante de un santo crucifijo, vertiendo muchas lágrimas, pidiendo misericordia y perdon de sus pecados. Acabada la prolija oracion, se seguia nuevo derramamiento de sangre, que desperdiciaba gozoso en descuento de sus culpas y servicio de Dios. Se entregaba despues al descanso de la noche en otro no pequeño tormento, porque le servia de cama el féretro ó ataud en que llevan á enterrar los religiosos, representándose á sí mismo difunto miéntras dormia, (por ser el sueño de la muerte), para acertar así á morir. Descansaba de esta suerte un breve rato, ó recostado sobre un escaño del capítulo, ó á los pies de la cama de algun enfermo, con tanta modestia y compostura como si estuviese despierto. Despues de un brevísimo descanso, despertaba á tiempo conveniente de tocar al alba, devocion que tuvo miéntras vivió, saludando fervoroso á aquellas horas á la hermosa estrella de la mañana María Santísima nuestra Señora. Hecha esta devota diligencia, volvia á fervorizar con la oracion el espíritu, y al fin de ella, que es mejor que el principio, como dice el Sabio, se disciplinaba otra vez al amanecer más rigorosamente, por ser por mano ajena. Ejecutaba este tormento unas veces en su celda, y otras en un sótano, teniendo á los negros del convento gratos para su castigo. De todas las disciplinas que se daba, una era en descuento y satisfaccion de sus culpas y pecados, otra por los que estaban en pecado mortal, pidiendo á Dios los sacase por su infinita bondad de la infinita miseria del pecado. Otra disciplina aplicaba por las ánimas que en las voraces llamas del purgatorio padecian, que no siendo parte para ayudarse á sí mismas, han menester les den la mano para salir del rigor indecible de sus penas. Con que eran tres las disciplinas que cada noche se daba, no que-

riendo dejar de imitar al glorioso patriarca Sto. Domingo en la austeridad, pues se preciaba tanto de hijo suyo. Acostumbraba el siervo de Dios, huyendo de que le viesen, entrarse en las bóvedas de los difuntos, hallándose para sus penitencias entre los muertos, teniendo á la vista la nada en que se le habia de resolver el cuerpo, acordándose de la muerte que los helados huesos le mostraban, ponia en más concierto la vida, disciplinándose cruelmente en los horrores de aquel lugar. No habia para el siervo de Dios tiempo reservado al trabajo, y mortificacion de su incansable cuerpo. Los dias festivos de Pascua del Espíritu Santo que los seglares, ménos atentos á lo cristiano, en vez de rendir gracias al cielo emplean en divertimientos profanos, que pasando los linderos de la honestidad se rozan á cada paso con el riesgo, solia irse el siervo de Dios al convento de la Magdalena, y en compañia de su amigo y gran varon de Dios Fr. Juan Massias se entraba á la huerta, donde el recreo y distraccion que por ser pascua tenian, la cifraban toda en continua oracion, lágrimas y penitencias. Al rigor de las disciplinas del venerable hermano correspondia la aspereza del vestido. El hábito era de pañete ó jerga gruesa, debajo del cual traia una túnica de sayal muy basto, que vieron tal vez algunos llena de sangre, y pudiendo ésta por su aspereza servir de bastante mortificacion á todo el cuerpo; no satisfecho el varon de Dios con su dureza, traia ceñido á raíz de las carnes un áspero silicio, que llegándole hasta las rodillas, le atormentaba continuamente. De esta vestidura interior usaba las vigilias y fiestas de Cristo, de su Madre, y de sus santos, celebrándolas con ella, como S. Antonio Abad con la capa tejida de hojas de palmas, que habia vestido S. Pablo, primer ermitaño. Traia además de esto ceñida al cuerpo una cadena de hierro, tan avecindada á las carnes, que le penetraba hasta los huesos. Tenia en su pobre celda una camilla á manera de ataud con una manta raida, y por almohada un madero, donde recostado breves ratos algunas noches, ó en sus enfermedades, más parecia se martirizaba acostándose, que descansaba durmiendo. Tan deseoso andaba de padecer por Dios y tratar como á esclavo rebelde y enemigo mortal al cuerpo, que como verdugo inhumano de sí mismo tenia varios instrumentos de martirios, á que juntaba, como despues se dirá, ayunos, abstinencias raras, y largas vigilias, sin faltar á maitines á media noche. Prodigioso varon por cierto, de quien puede decirse lo que del gran profeta Bautista dijo S. Juan Crisóstomo. Era cosa para asombrar ver en un cuerpo humano tan admirable paciencia. El tiempo de las recreaciones que la Religion santamente permite á los religiosos, para que dando treguas al espíritu vuelvan con más fervor á la virtud, esos intervalos precisos en la vida espiritual los destinaba el varon de Dios para el trabajo, y así se iba á una granja ó hacienda del convento llamada Limatambo, donde el recreo que tomaba era trabajar incansablemente

cavando y sembrando yerbas medicinales para pobres. Despues se retiraba á lo más escondido de la hacienda á sus penitencias y oracion. Solia otras veces irse al convento de la Magdalena, donde en compañía del gran siervo de Dios, Fr. Juan Massías, yéndose á la huerta, hacia sus ordinarios ejercicios, ayudándose como hermanos en el camino de la virtud, siendo para ese fin su conversacion del cielo, en medio de la cual tocaban con las manos y advertian la vileza del mundo, con sus vanidades y deleites, como de S. Agustin y Santa Mónica su madre se refiere. En todos los sentidos se mortificaba el varon de Dios, que no solo el tacto sentia el continuo trabajo de las manos, lo riguroso de los azotes y áspero de los silicios, sino que los ojos tenian su tormento en no mirar lo que pudiera deleitarlos, solo los levantaba del suelo para lo muy forzoso, para ver necesidades de sus prójimos, y como estas le traspasaban el alma y estaba tocado del amor divino, no se contentaba su caridad con mirarlas, sino con remediarlas. Atormentaba los oidos con las injurias y afrentas, que impacientes le decian los enfermos; no le servian para escuchar lisonjas, ántes cuando estas pudieran desvanecer otros oidos, le servia el oirlas de tormento; con que no solo era su martirio percibir injurias que le decian, sino oir loores y alabanzas que le atormentaban. El olfato y el gusto tambien los mortificó con excesivo rigor. En el silencio fué tan extremado y observante, que no le quebrantaba ni movia la lengua sino para lo muy forzoso, sabiendo que en la mucha conversacion no deja de intervenir algun pecado. Todas sus palabras se enderezaban á Dios para mayor gloria suya, persuadiendo á su servicio á cuantos podia, con tan conocido interés de los prójimos, que á los que atendian al venerable hermano se les imprimia tanto su doctrina, y tanto se les pegaba el ardiente espíritu, que salia envuelto en sus palabras, que dejando el miserable estado de la culpa con el favor de la gracia, reformaban en adelante las vidas. Tambien empleaba sus palabras en consolar de dia y de noche á los dolientes, en instruir á los negros bozales y á los bárbaros indios en los misterios de la fe, para que fuesen capaces del bautismo los unos, y los otros se confirmasen en la religion cristiana, para lo cual le ayudaba tan declaradamente el cielo, que se tuvo por cierto le comunicó el Señor el don de lenguas para que así pudiese tener efecto su enseñanza. No es la cosa de ménos importancia en la vida espiritual la abstinencia; al paso que cobra fuerzas contra el espíritu la carne con el demasiado manjar, segun San Gerónimo, se esfuerza el espíritu con el ayuno que es sustento de la virtud. Eso dió á entender la misma verdad ayunando en el desierto tantos dias, no por necesidad suya, sino por enseñanza nuestra. El siervo de Dios Fr. Martin de Porras se esmeró tanto en esta virtud del cielo, que toda su vida fué un ayuno continuado, y pueden en esta

parte compararse sus heróicas hazañas con las de aquellos anacoretas santos de la primitiva Iglesia, que maceraron tanto con la abstinencia la carne, que llenaron de admiracion al mundo; y no fué pequeña la que causó este excelente varon con sus ayunos. Miéntras vivió en la religion, que fué por espacio de treinta y ocho años, jamás le vieron comer carne, las cuaresmas todas era su ayuno á pan y agua. El sustento que le correspondia todo era de los pobres. En saliendo de la comun refeccion, sacaba su racion en una olla, y lo que en el refectorio juntaba, íbase á la enfermería, donde ansiosos del sustento le esperaban muchos pobres españoles, indios, negros y niños con ollas para remediar necesidades de sus madres, entre los cuales repartia la comida echando ántes la bendicion diciendo: Dios lo aumente por su infinita misericordia; lo que parece sucedia así, pues con lo poco que sacaba para repartir comian todos quedando satisfechos. Siendo la libertad la joya de más estima que puso Dios en el hombre, enajenarse de ella por la obediencia, y hacerle al cielo ofrenda voluntaria de lo mismo que nos dió, rindiendo la propia voluntad á la del superior, nivelando por ella las acciones, es uno de los más heróicos actos que puede hacer un cristiano, y en que interesa del cielo gran corona. No quiso privarse de tanto merecimiento Fr. Martin, y así consagró á Dios su libertad, por servirle más con ella, obedeciendo tanto á sus ministros, que aunque hizo como donado voto simple, fué siempre su obediencia muy solemne. No solo se extendia esta á los prelados sino á los demás religiosos, leccion que aprendió sin duda en la escuela del celestial Maestro, que hecho hombre por los hombres quiso obedecer á los hombres no debiendo, por que los hombres obedeciesen á Dios como debian. De ordinario le hallaban los prelados haciendo lo mismo que le venian á mandar, con que no solo ejecutaba el precepto despues de oido, sino que adivinaba el órden ántes de darlo. Tan puntual se mostraba en obedecer, tan pronto en ejecutar lo que mandaban, que venerando á Dios en cada prelado suyo, ni resistió, ni replicó jamás á sus mandatos en cosa grande ó pequeña, fácil ó dificultosa, conforme á razon ó fuera de ella, que no solo negándose á sí mismo habia renunciado la voluntad para querer, sino el entendimiento para juzgar. Teniendo por cierto que órdenes del superior son letras que se han de obedecer, ciega era su obediencia, y no veia lo que mandaban, sino para obedecerlo. Era tan constante y tan extremado en esto, que hasta la muerte prometió obedecer el siervo de Dios, y hasta la muerte obedeció imitando al Salvador del mundo, de quien dijo S. Pablo, que hasta morir habia obedecido al padre que le puso precepto para ello. Tambien se lo impuso en nombre de Dios á Fr. Martin el superior, para que declarase el rigor de sus penitencias á la hora de la muerte. Llegó el varon de Dios á la última en-

fermedad, en que teniendo fin su afliccion temporal, se daba principio á su descanso eterno, y en que anhelando por salir de las cadenas del cuerpo, deseaba gozar libertades del espíritu en compañía de Cristo: y como habia guardado tan extremado silencio en las mercedes que habia recibido del cielo, por que estas no quedasen sepultadas en perpetua ignorancia de los siglos, y no se escondiese la luz flamante de los heróicos actos de tan excelente varon, y quedase oculta y envuelta en la oscuridad profunda para siempre, le mandó en virtud de obediencia el prior del convento, que era entónces el maestro Fr. Gaspar de Saldaña, que para honra de Dios y edificacion de los fieles, le respondiese la verdad de cuanto le preguntaba. Primeramente, si era cierto, como se decia, que todas las noches se daba tres disciplinas, á imitacion del glorioso patriarca Sto. Domingo. Empezó á acongojarse el siervo de Dios, como verdadero humilde, temblando de la vanidad en aquel artículo más que nunca, cuanto amenazaba más el riesgo. Pero resplandeciendo la obediencia más que el temor, le dijo al prior Fr. Martin: *Ay, padre nuestro, cuando Dios quiera se descubrirá todo. Tres disciplinas me daba todos los dias á imitacion de nuestro padre Sto. Domingo.* Acabando de decir estas palabras, le pidió instantáneamente al prior por amor de Dios y de su Santísima Madre, se sirviese de alzarle tan rigurosa obediencia, y no le preguntase más en la materia. Condescendió el prelado con sus ruegos, lastimado de sus congojas, y le alzó al punto el precepto admirado de la penitencia, que obediente habia declarado, y deseoso de saber las que ocultaba humilde. Pidió el arzobispo de Méjico á los prelados se le dejasen llevar para su consuelo. El venerable hermano le tenia muy grande en ir con tan insigne prelado, porque viéndose en Méjico juzgaba tendria modo para pasar al Japon, donde era su designio rubricar con la sangre de sus venas la confesion de la fe que profesaba para ganar la palma del martirio, que excesivamente deseaba; que siendo este el acto de caridad más heróico, claro es habia de apetecerlo quien se esmeró en esta virtud toda la vida: mas como ni los justos, ni los demás escogen muerte, se quedó sin la del martirio Fr. Martin, muriendo dentro de tres meses, no faltándole el galardon y premio esencial de mártir, segun piadosamente se cree, aunque no intervino la espada del tirano, como del santo de su nombre canta la iglesia. Tan avecindada está la observancia regular á la obediencia, que solo añade sobre ella un riquísimo esmalte y perfeccion. La obediencia atiende al mandato de la ley viva en el prelado; la observancia ejecuta lo que la ley muerta, y caractéres escritos le disponen. A todo atendió puntualisimamente el obediente hermano Fr. Martin, no solo á los preceptos del superior, sino á las órdenes precisas de sus leyes, que guardaba con singular solicitud. Tan observante y diligente era en la guarda de su regla, que por

no quebrantar el silencio que tanto encarga, jamás entraba en celda de religioso, sino que de propósito le llamasen para lo muy forzoso. Este cuidado de la observancia era en Fr. Martin tan singular, que no se quedaba en si solo, sino que intentaba pasase á los demás, y cuando por injuria del tiempo, consumidor de las cosas, reparaba descaecida en algunos la religion y olvidadas las ceremonias y estatutos, procuraba con todas sus fuerzas restaurarlos. La pobreza de espíritu, tesoro tan escondido en el mundo, que nunca la tuvieron por virtud los más paganos, si bien algunos sabios la abrazaron, dejó tan encargada el Hijo de Dios en su Evangelio, que para que la apeteciesen los hombres hipotecó en ella el reino de los cielos. No solo por tan conocido interés vivió siempre atento á tan excelente bien el siervo de Dios Fr. Martin de Porras, sino porque siempre le salió de corazon el amor á tan heróica virtud. Era tan sumamente pobre, que no solo se negaba á lo supérfluo, sino que gustaba le faltase lo necesario. Su vestido era el más despreciable y humilde, de pañete ó jerga gruesa. Vióle en cierta ocasion un religioso, que se puso un hábito de cordellate bastísimo, y dándole por burla la enhorabuena, le respondió Fr. Martin: *pues con este hábito me han de enterrar, Padre mio:* y así se cumplió la profecia como el siervo de Dios la habia dicho. Su capa más parecia de mendigo que de religioso pobre: el sombrero era tal, que solo le servia para traerlo colgado á las espaldas, sin que jamás se lo pusiese en la cabeza, aunque los ardores del sol lo demandasen, y cuando alguno, deseoso de remediar tanta pobreza, le ofrecia caudal para el vestido, no le aceptaba, diciendo, por no parecer ingrato ni grosero, que era muy descuidado en guardar su ropa, y que en cualquiera parte la dejaba, seguro de que jamás le faltaria por ser de ninguna codicia, y dársela nueva no le serviria sino de solicitud continua de guardarla. El calzado jamás se le puso nuevo, sino el que los demás religiosos desechaban, á quienes le pedia de limosna, y si acaso se le daban nuevo, juzgándose indigno de traerlo, le pasaban á los pies de los pobres sus liberales manos. Solo una túnica de jerga que interiormente vestia, tenia el siervo de Dios, como discípulo del Maestro soberano, que conversando en la tierra con los hombres, enseñándoles la evangélica pobreza, prohibió tuviesen dos túnicas los suyos. Como el ejercicio ordinario de Fr. Martin era asistir y servir á todos en la enfermería del convento, viéndole por esta causa poco aseado, su hermana le ofreció hacer otra túnica y hábito, para que con más limpieza acudiese á su ministerio cotidiano. Cuando entendió la hermana le agradeciese el servicio que le hacia, por la necesidad con que se hallaba, humilde y discreto la respondió: «Hermana, en la religion no desdicen estameñas y pañetes pobres y remendados, sino costumbres rotas, asquerosas y sucias. Si tuviera dos túnicas, poco sintiera las

necesidades de pobre religioso que advierto, cuando para lavar la túnica me quedo con solo el hábito, y para lavar éste sirve á la modestia la túnica, con que tengo cuanto he menester, verdadero imitador de San Pablo, que dijo se contentaba con tener solamente sustento y vestidura.» La celda, que es vivienda particular, la tenia en la ropería. Solo en sus enfermedades usaba cama, que el tiempo que no las padecia, segun era fama, no se le conoció, imitando en esto al gran patriarca Sto. Domingo que jamás la tuvo, y áun para volverle á Dios la vida que le habia prestado, fué tambien prestado el lecho en que murió. Tan verdaderamente fué pobre Fr. Martin, que jamás tuvo cosa propia, ni áun usó lo que lícitamente pudiera tener de los prelados, ni libro, ni imágen tuvo, solo una cruz de madera y un rosario tenia con licencia del superior; los libros espirituales en que leia, para andar sin tropiezo el camino de la virtud, eran prestados y con permiso del prelado: y finalmente, su ordinario sustento, su celda y vestidura estaban declarando su admirable pobreza, y que le salia muy de corazon el padecerla, siguiendo los pasos del Salvador que, siendo rico, se hizo por nuestro respeto tan pobre, que cuando las raposas ó fieras tienen sus madrigueras, y las aves del cielo nidos en que albergarse, no tuvo en qué reclinar la cabeza el Hijo del hombre. Despues de la pobreza de espíritu, se sigue la castidad singular de Fr. Martin, que aunque todas las virtudes estan encadenadas entre sí, se avienen más, como se deja entender, la pobreza y castidad. Esta fué tan admirable en el varon de Dios, que aunque los combates del enemigo contra esta virtud son ordinarios, y raras las victorias del hombre, como dijo San Bernardo, no se sabe que jamás prevaleciese Satanás contra la limpieza del venerable hermano, ántes debe inferirse que se conservó limpio y puro miéntras le duró la vida, quien desde que empezó á rayar en él la luz de la razon, supo traer tan rendidas al alma las pasiones. Fué tan gran aficionado de esta virtud celestial de la pureza, que se tiene por muy cierto se preció siempre en ser imitador perfecto del glorioso patriarca Sto. Domingo, de quien canta la Iglesia, por blason y timbre de sus glorias, era purísimo marfil de castidad, siendo prueba tambien de la pureza virginal de Fr. Martin lo que el capítulo romano del órden de Predicadores, celebrado el año de 1656, refiere del venerable siervo de Dios, pues entre otros elogios atestigua se conservó vírgen purísimo toda su vida. No fué ménos amante de la caridad que de la pureza, ejerciendo aquella con ardiente celo para con Dios, para con el prójimo, para con los enfermos, y hasta para con los brutos ó irracionales. En cuanto al primer extremo y particular, se esmeró tanto en el amor de Dios, que en sus obras, en sus pensamientos y palabras daba á entender lo mucho que amaba á aquel Señor, que tanto debe ser amado, y como estaba herido de este amor, era tanto el dolor y sentimiento de su espíritu, cuando sabia que Dios era ofendido, que si pudiera estorbarlo á costa de

su sangre, así lo hiciera. No se quedaba su caridad en sí solo, sino que procuraba prendiese en todos el fuego del divino amor, y abrasando sus corazones consumiese en ellos la escoria de la culpa, y quedase el oro acendrado de la virtud. Este era el fin de sus intentos, el blanco de sus deseos; á esto se enderezaban sus obras, sus conversaciones y pláticas; jamás que habia ocasion para este efecto la perdia, y aunque no la hubiese, oportuna ó importunamente persuadia á todos amasen y sirviesen á Dios, en cuya prosecucion se encendia tanto, que causaba admiracion á quien le veia, y cuando conversaba con los religiosos, salian no solo edificados de lo devoto, sino admirados de lo docto: que en fin era su maestro Dios, y él le enseñaba. Moria visiblemente por ser mártir, como hijo, imitador y discípulo del gran patriarca Sto. Domingo, que, como el ciervo herido se abalanza á las corrientes cristalinas, vivia sediento del martirio. Llevado de este excesivo deseo Fr. Martin, quisiera que la fe del Salvador que profesaba se extendiese por todo el mundo, aunque fuese desperdiciando su sangre, y que todas las criaturas conociesen á Dios, y conociéndole le amasen, y amándole le gozasen. Pasaba tan adelante el deseo eficaz de que todos bendijesen y alabasen al Criador, que para despertar en las criaturas motivos de su alabanza, emprendia extraordinarias cosas; solia irse cuando le daban lugar sus ejercicios á una deleitosa salida de Lima, llamada vulgarmente *los Amancaes*, que por estar vestidos de ellos hermosamente los cerros, sirve de apacible divertimiento á la ciudad en tiempo de invierno, y aunque las olorosas flores silvestres y frescas yerbas que producen naturalmente los cerros, pudieran servir de que en medio de la recreacion permitida del cuerpo levantasen á Dios encendido el espíritu los hombres; con todo, su verdadero siervo Fr. Martin tomaba el trabajo de sembrar variedad de bellísimas flores, solo á fin de que los que lícitamente se recreaban, además de apacentar la vista con lo hermoso y regalar con lo fragante el olfato, bendijesen y alabasen al Criador, que no faltando á sus criaturas en lo necesario, les quiso proveer en lo ameno y deleitoso. Por lo que toca al segundo extremo de los anteriormente propuestos é indicados, siendo cierto é innegable que del amor de Dios, como de fuente manantial se deriva el del prójimo, en quien resplandece su semejanza, al paso que amó al Señor Fr. Martin, se esmeró tambien en amar al prójimo en tan heróico grado, que no cabe en la jurisdiccion de los labios el decirlo, ni en la pequeña capacidad del hombre el ponderarlo. No solo se ajustaba á la ley amando como á sí mismo al prójimo, sino aún más que á sí: porque más atendia á conveniencias ajenas que á propias comodidades, como se vió en diferentes casos. Yendo el siervo de Dios un dia á Limatambo, hacienda del convento de Lima, reparó que una india, afligida sobre una bestia cansada, no acertaba á ir atrás ni adelante, porque las vertien-

tes de las acequias inundando los caminos, le hacian ignorar la senda que habia de seguir. Compadecióse Fr. Martin de la miserable, tanto más cuanto era más desvalida, y por ponerla en camino, quitándose el calzado, se entró en el agua, no reparando en el daño que podia sobrevenirle á la salud por acudir al remedio de la necesidad, que á todo le compelia la caridad de Cristo, como á S. Pablo. Acostumbraba tambien socorrer su piedad á los soldados de quienes tenia noticia padecian necesidad, como lo experimentó uno bien pobre en el presidio del Callao, á quien cada dos dias daba para el sustento cuatro reales, siendo tanta su puntualidad, que él en persona iba á llevar la limosna al puerto del Callao, y estando dos leguas distante de esta ciudad, se reparó no haber jamás faltado á los ministerios continuos de su oficio. Asímismo se dice de él, que vivia un eclesiástico de mucha cuenta falto de lo muy necesario, y teniendo el siervo de Dios noticia de su pobreza, procuró remediarla por entónces, remitiéndole cantidad de plata, con obligacion de pocas misas, porque lo que en la realidad era limosna pasase plaza de satisfaccion. Como era tan notoria la virtud de Fr. Martin, y tan experimentada su caridad, muchas personas de caudal se lo daban á manos llenas; pero él, no reservando cosa para sí y poseyendo á un tiempo las haciendas de todos, como decia S. Pablo, hacia liberales limosnas á infinitas personas, socorriendo á cada uno conforme á la necesidad que padecia. Habia recogido para ese efecto en su celda con entrañas de padre á un niño de catorce años, que encontró muy desvalido por pobre y ausente de su patria, que era Jerez de los Caballeros, en la provincia de Extremadura, en España. A este enviaba todas las semanas el venerable hermano á diferentes casas de hombres y mujeres, viudas y doncellas, á unas á ocho, á otras á diez, y á otras á veinte reales, para remediar en parte su pobreza: y era tan crecido el número de los pobres, que llegaban á ciento sesenta, y el dinero que expendia tan cuantioso, que pasaba de cuatrocientos pesos, los cuales juntaba el siervo de Dios los mártes y miércoles, que es cosa para admirar. Fuera de esto, la limosna que jueves y viernes adquiria, la daba á clérigos pobres, por que la extrema necesidad no les obligase á pedir de puerta en puerta, cosa que es indecente y mal vista en tan sagrados ministros, y que la abomina mucho el Concilio Tridentino. Además de lo referido, la limosna de los domingos, que no era mucha, la aplicaba para comprar camisas y frazadas para españolas y negras necesitadas y pobres: y últimamente, el dinero que le daban el sábado y el lunes, le destinaba para mandar decir misas por las ánimas del purgatorio, con que á todos hacia su caridad limosna, á vivos y difuntos, á eclesiásticos y seculares, á hombres y mujeres, á españolas y negras, sin aceptacion de personas, siendo padre universal de todos. Estimulado de su caridad y del ejemplo del santo

de su nombre, no una vez sino dos, no partida sino entera, dió á pobres su pobre capa. No faltó ocasion en que empeñó por dar limosna el sombrero. Pasaba un dia por delante de la reja de la cárcel, donde asisten de ordinario los presos demandando limosna á los que pasan; pidiéronsela al siervo de Dios con más esperanza de alcanzarla de él careciendo de caudal, que de otros que le tenian sobrado. No se hallaba á la sazon con dinero el caritativo hermano, y aunque pudiera, como S. Pedro, excusarse diciendo no poseia oro ni plata, todavía no quiso desconsolar á los necesitados ni perder la ocasion de merecer. Llegóse al primer mercado ó plaza, y empeñando en dos reales de pan el sombrero, quizá no los valdria, lo repartió entre los pobres más menesterosos, remediando su necesidad con esta traza, que es la caridad muy industriosa. Hasta la pobre frazada de su humilde cama no estuvo segura en su poder, pues la llegó á dar á un pobre de limosna, que, como se abrasaba en fuego de amor divino, arrojar de sí la ropa le servia al siervo de Dios de refrigerio. Acogióse á su piedad un pobre, en quien los muchos años, achaques y asqueroso vestido descubrian bastante materia á su misericordia y acomodado ejercicio á su paciencia; acostólo en su despreciable lecho, el cual quedó no muy limpio del contacto del mendigo; advirtiólo, aunque no á la luz de la piedad, un religioso lego, y calificando por demasiada y áun por reprensible la compasion del venerable hermano, se lo significó como en la realidad lo habia juzgado. Sintiólo Fr. Martin, y respondióle discreto: *Hermano, más le quisiera compasivo que aseado: mire, la mancha de la frazada con poco jabon se podrá quitar, mas la crueldad de no agasajar al pobre, con mucha agua no la pudieran lavar mis ojos.* Con que quedó para en adelante el religioso lego reprendido y enseñado. Como era la caridad del siervo de Dios tan singular, le hacia ejecutar cosas extrañas. Empleábase tambien en consolar afligidos y componer rencillas y enemistades, que suelen no acabarse en la vida, y pasan aún más allá de la muerte con detrimento notorio de las almas. En componer, pues, diferencias ponia solicitud notable Fr. Martin. En especial sentia sobre manera hubiese entre casados discordia, como quien sabia era una de las cosas agradables á Dios la conformidad y paz entre marido y mujer. Encargaba esta el varon de Dios con tanta discrecion y peso de palabras, que bastaba solo su autoridad para acabar sangrientas enemistades, y muchas veces, ántes que pudiese tener naturalmente noticia del disgusto, se entraba á remediarlo en las casas con admiracion de todos. Con respecto al tercer extremo de los que se vienen examinando, fué tan esmerado Fr. Martin como en los dos anteriores, teniendo presente que no hay duda que el asistir á los dolientes es piedad de gran merecimiento para con Dios por las ocasiones de paciencia que á cada paso se ofrecen, ya por lo insufrible del enfermo, ya por lo asqueroso del mal, ya por la asistencia contínua que tan necesaria es á los dolientes. Para

todo esto juzgaron convenientísimo á Fr. Martin los prelados, persuadidos de la excesiva y encendida caridad que en su pecho reinaba como superior á las demás virtudes; y así advirtiendo que para su ejercicio sería acomodada materia la enfermería de un convento tan grandioso y principal como es el del Rosario de Lima, que puede competir con los mayores de Europa, despues que profesó el varon de Dios le hicieron enfermero de la casa, á cuyo oficio acudió toda su vida con tanta solicitud y cuidado, que causaba á todos admiracion y asombro. Asistia incansablemente á los enfermos de dia y de noche, curándolos, aseándolos y sirviéndoles de rodillas en todo cuanto necesitaban y estaba en su mano poder darles, como si viese en cada uno á Jesucristo. Cuando el siervo de Dios estaba ausente de la enfermería ocupado en varios ejercicios, que le llamaban por su nombre los dolientes, acudia con tanta puntualidad, aunque no pudiese oir la voz del que llamaba, que era caso para admirar, como aconteció en dos distintas ocasiones al Padre Predicador general Fr. Juan de Ochoa, que viéndose una noche solo, afligido y enfermo, le halló tan presente habiéndole llamado, que le pareció habia sido todo una cosa, desearlo en su afliccion y acudir á su remedio; y áun no era menester muchas veces le llamasen á la necesidad que se ofrecia, porque cuando instaba se la revelaba nuestro Señor, y acudia al punto á remediarla; otras veces de repente se aparecia en el lugar donde era menester para algun ministerio de su persona, y en esta parte parece se hace increible la asistencia del varon de Dios, porque siendo así verdad que solo un enfermo de riesgo es bastante para ocupar muchos sanos, teniendo el siervo de Dios llena la enfermería de dolientes, con ninguno se embarazaba su amor y á todos acudia su cuidado. Cuando los enfermos se hallaban afligidos con sus males y necesitaban de socorro, era cosa para asombrar, porque llamándole con el corazon tan solamente y deseando interiormente que viniese, aunque fuese á deshoras de la noche, luego entraba alabando á Dios en las celdas de los enfermos, curábalos, regalábalos y consolábalos, y despues se volvia á la oracion, de donde se habia apartado, dejando el ejercicio suave de Magdalena por el trabajoso afan de Marta. Estando el P. Fr. Fernando Aragonés afligido en varias ocasiones por sus males, deseando alivio en ellos, afianzándolo en la extremada virtud de Fr. Martin, le llamó en su corazon, y al punto entró por sus puertas á consolarle. El tiempo que asistia en la hacienda de Limatambo, despues de haber empleado en devotos ejercicios todo el dia, se iba de noche donde los negros vivian, y con ungüentos y otras medicinas que en la ciudad prevenia los curaba de los achaques y dolores que tenian, consolábalos y reprendíales sus vicios, diciéndoles á algunos lo que aquel dia habian hurtado. Ibase despues á los aposentos de las negras enfermas y de edad, curábalas y regalábalas como podia, que á todos se

extendia su caridad, porque lo hacia por Dios, á quien amaba. Si acontecia morir algun indio ó moreno en la enfermería del convento, despues de haberle servido con el regalo continuo, remedios forzosos y cotidiana asistencia, se quedaba acostado en el lecho del difunto hasta que por la mañana solicitaba el entierro, que era su caridad tan asombrosa, que habiéndola ejercitado tanto en los achaques, áun despues de morir la continuaba, con que no solo enfermaba con los dolientes, como decia de sí mismo S. Pablo, sino que moria al parecer con los difuntos. Como la fama de la virtud de Fr. Martin iba creciendo cada dia y cobraba más fuerzas al paso que corria más, acudian á él como á fuente universal de medicina enfermos de todas suertes. Españoles, pardos, indios y negros, con llagas envejecidas é incurables y otros diversos achaques, y aplicándoles el siervo de Dios los remedios que se le ofrecian, en poco tiempo sanaban los que habia mucho que padecian, no pudiendo resistir á la virtud de sus manos la protervidad nociva de los males. No se satisfacia la ardiente caridad del siervo de Dios con los enfermos domésticos, ni se estrechaba en los limitados linderos del convento, cuanto tanto afanaba en la enfermería, sirviendo á un tiempo de enfermero y cirujano, sino que buscando su fervor dolientes por el pueblo, acogia en su celda españoles, indios y negros afligidos de varias enfermedades, y cuando por lo contagioso é incurable del mal no podian los hospitales de la ciudad ampararlos, hallaban en sus entrañas abrigo y en su piedad acogida, tanto que temiendo los prelados alguna infeccion y contagio en el convento por ser el número de los enfermos crecido, le mandaron desocupase la casa, lo que sintió sobremanera, y con razones en los labios y lágrimas en los ojos solicitó para curarlos licencia; mas viendo que no la concedia el superior, sacrificó su piedad en aras de la obediencia, escogiendo más obedecer que servir. Sin embargo, por no despedir y dejar sin remedio á los dolientes que su caridad habia albergado buscó un cuarto en casa de su hermana, donde poniendo á los enfermos les acudia con medicinas, médicos y demás necesario. Diéronle á un indio miserable junto á la puerta falsa del convento una peligrosa herida; hallóse Fr. Martin presente á la desgracia, y no quiso dejarla sin remedio, aunque tenia órden del superior para no acoger enfermos en el convento; mas como era tan manifiesto el peligro y tan urgente la necesidad, hubo de atropellar por todo, pareciéndole no le ejecutaba la obediencia cuando la caridad le impelia. Acogió en su celda al pobre herido, le asistió puntualmente con la cura, regalo y medicinas. Llegó el caso á noticia del Ilmo. Sr. D. Fr. Agustin de Vega, que era á la sazon provincial, y para examinar la humildad y rastrear por ella el espíritu de Fr. Martin díjole enojado palabras que pudieran mortificarle, y pasando de estas á la obra, dióle una disciplina por humillarle más. Mostróse tan religioso y rendido el siervo de Dios, que levantándose del suelo en que estaba postrado, se fué

tan lleno de paz, como quedó el provincial de admiracion. Trató al punto de cumplir con la obediencia sin perder la caridad de vista, y así envió al herido en casa de su hermana, acudiéndole con lo necesario cada dia, y llegando en uno de estos el cirujano á curar la peligrosa herida, quitando los apósitos la halló milagrosamente sana con solo la cicatriz, que para muestra del prodigio habia quedado. Vínose lleno de espanto el indio al convento, y le dió á Fr. Martin las gracias de la impensada salud que le habia otorgado el Señor por su respeto; y figurándosele al siervo de Dios que todavía duraba en el prelado el enojo se fué á la cocina, y asando unas sabrosas raíces de tierra de las que aquel clima producia, se las llevó al provincial diciendo: «Desenójese V. P. y coma esto, que ya sé le sabe tan bien como á mí la correccion que he recibido.—Yo no me enojo con la persona sino con la culpa, respondió el provincial; pídale el hermano perdon á Dios, á quien ha ofendido.—Yo, Padre, no he pecado, dijo Fr. Martin.—¿Cómo no? replicó enojado el superior, cuando le mandé no trajese enfermos al convento y contravino á mi órden?—Así es, Padre, respondió Fr. Martin, mas contra caridad no hay precepto.» Admirado el provincial se quedó un rato suspenso, juzgando que respuesta tan á tiempo y á propósito solo en la escuela de Dios podia aprenderse. Adelantábase tanto su piedad, que desde la hacienda de Limatambo, cuando en ella asistia, solia irse á la Pescadería, pueblo que es de los naturales, donde informado de los que estaban enfermos les curaba con indecible amor, teniendo tanto crédito de su virtud, que le daban en cantidad el dinero para que mandára decir misas, dando á los sacerdotes la limosna. Hasta por los caminos fuera de la ciudad sembraba yerbas medicinales, diciendo servirian á los pobres para remedio de sus achaques. Se salia por los campos, estimulado del ardor de su piedad, á buscar necesidades que remediar y enfermos á quienes servir. Cuando parece se dió más á entender el encendido volcan de amor de Dios y del prójimo en que viviendo se abrasaba, fué media hora ántes de su dichosa muerte, término feliz de su admirable vida y principio sin fin de su eterna felicidad. Con relacion al último de los extremos citados que vienen siendo objeto de nuestro exámen, puede decirse que aunque es cierto que la caridad no nos obliga á amar á los irracionales, porque extendiéndose á Dios esta virtud y á lo racional por Dios, careciendo de toda razon los brutos no comunican en lo intelectual con el hombre, y así de caridad no debe amarlos; y porque si ésta se funda en la comunicacion de la bienaventuranza, siendo totalmente incapaces de ésta, lo son tambien de que los amemos como á prójimos. Pero no obstante, todavía, dice Sto. Tomás, puede el hombre de caridad amar al bruto ordenando á Dios dicho amor como de criatura á Criador, alegrándose de la conservacion de los animales para honra de Dios y utilidad del prójimo, como refieren del glorioso S. Francisco

las historias. Así amó Fr. Martin á los brutos, como á criaturas de Dios, llamándolos hermanos suyos por creacion, ó porque empleando en solo Dios y el prójimo el amor, que es lo que manda la ley, no fuese como el siervo inútil del Evangelio, que solo ponia en ejecucion lo que mandaban; ó porque era tanto el fuego de amor de Dios en que Fr. Martin ardia, que de sus desperdicios y calor les cabia no poca parte á los brutos. Excede toda ponderacion y encarecimiento lo que obró con irracionales Fr. Martin, pues se esmeró de una manera extraordinaria en prestarles toda clase de socorros cuando los necesitaban, sustentándolos y curándolos de las enfermedades que padecian. Además de las relevantes cualidades referidas, estaba adornado Fr. Martin de otras muchas virtudes y prendas apreciables y de distincion, y entre ellas, la de huir de toda vanagloria, teniendo presente que los riesgos de vanidad en la vida espiritual son muy continuos, y al más levantado edificio de virtudes suele derribar el viento sutil de desvanecimiento ó jactancia, por lo que deben poner todo recato los hombres en ejecutar obras heróicas, que quien lleva al descubierto el tesoro se pone á manifiesto peligro de perderlo, como dice S. Gregorio, y segun la parábola misteriosa del Evangelio, la semilla que quedó sobre la haz ó superficie de la tierra descubierta, se la comieron las aves del cielo, los demonios, y solo se logró llevando sazonado fruto la que quedó cubierta con la tierra. No ignoraba Fr. Martin lo mucho que importaba esta doctrina, y la sabia ejecutar como quien la habia aprendido en la escuela del Salvador, que tanto huia de los aplausos del mundo, no por necesidad suya, que no podian empecerle, sino por enseñanza nuestra, á quien podian desvanecer. El venerable hermano fué tan discípulo de Cristo en esto como en todo, y así detestaba todo género de vanidad y aplauso transitorio con que pudieran celebrar los hombres sus virtudes, en especial la extremada caridad, y así recataba cuanto podia sus acciones, procurando no llegase á saber su mano izquierda las limosnas que la derecha ejecutaba, como aconseja Jesucristo en su Evangelio, y juntamente ponia singular cuidado en encubrir las mercedes que de mano de Dios á cada paso recibia, como se dió á entender en muchos casos. Atribuia á este Señor, como autor y causa principal de toda maravilla, cuanto obraba, y aunque á Fr. Martin le cogia Dios por instrumento, siempre procuraba disimular que lo era. Padeciendo este santo varon la última enfermedad, de que murió, le mandaron los médicos y prelados, á cuya obediencia deben estar dolientes y súbditos, le quitasen una túnica de jerga basta, que traia á raiz de las carnes. Fué notable el sentimiento que hizo, no tanto porque en aquella ocasion le impedian la mortificacion de que habia usado, cuanto por la ocasion de vanidad que el demonio le ofreceria en trance tan arriesgado; fué por esta causa tan excesiva su pena, que todos los circunstantes, religiosos y seglares, se acongojaron viendo su afliccion, y se afligieron viendo

su congoja. Sabia Fr. Martin muy bien, como enseñado del mismo Dios, hurtar á la vanidad el cuerpo, y así estando en casa del señor arzobispo de Méjico asistiéndole en un grave achaque por órden de los prelados, se venia todos los dias al convento, y se ponia á barrer y á ejecutar otros ejercicios por el estilo, para de este modo humillarse y mortificarse en ellos, en desquite de haber asistido en el palacio del príncipe, donde le estimaban todos. No solamente fué humilde, sino liberal en perdonar agravios, y extremado en guardar un secreto, y esto en tanto grado, que ni áun al confesor descubria las relevantes mercedes que de mano de Dios recibia de ordinario, y en fin, gastaba tan bien el tiempo, que áun para dar al cuerpo el descanso forzoso de dormir no le tenia, porque todo le empleaba en santos ejercicios, y no parece habia por esta causa lugar para que cayese áun en veniales culpas, de que solo la madre del Salvador estuvo exenta, y de que no puede librarse áun el más justo. No por esto es mi ánimo ni mi intento decir no cometia el siervo de Dios culpas ligeras, que en cualquiera no se excusan, digo sí empero tenia tan bien distribuido el tiempo, que excusaria con eso muchas culpas. Con lo que empezaba el dia era con besar la mano al primer sacerdote que encontraba, y esta accion de tanto rendimiento ejecutaba postrado de rodillas. Despues de haber oido misa con singular devocion, se iba á la enfermería, donde le tenia puesto la obediencia, y en ella ejercitaba tanto su piedad, que no habia cosa á que se pudiese extender, que no la hiciere en todo lugar y en todo tiempo, todo el dia y toda la noche entendia sin descansar en obras de ardiente caridad, sangrando, curando y aseando á los enfermos, haciendo á un tiempo oficio de cirujano, ropero y enfermero, acudiendo á tan distintos ministerios con tanta prontitud y cuidado, que se reconocia muy bien tenia á Dios en su alma, y eran aquellos efectos de la divina gracia; andábase de celda en celda buscando en qué servir á los dolientes, y nada encontraba su diligencia que dejase de ejecutar su cuidado; y estando en medio de estos ejercicios, llamándole á la oracion el espíritu, procurando concluir con ellos, pasaba de lo activo á lo contemplativo, poniéndose á orar en lo más oculto de su celda. Daba despues de comer con tanto aseo y limpieza á los enfermos, que podian arrostrar á la vianda, excediendo lo bien sazonado del manjar á lo estragado del gusto del doliente; y como se conocia la voluntad y buen deseo del cariñoso enfermero, por darle gusto en lo mismo que á sí se hacian provecho los enfermos; se alentaban aún más de lo que podian, sabiendo que el regalo que Fr. Martin les traia, lo habia dispuesto la caridad y sazonado el fuego del amor. Acudia despues á la comun refaccion, no tanto para sí, que era bien poco lo que comia, cuanto para los pobres que hambrientos le esperaban, como ya queda arriba referido. Volvia á la enfermería el siervo de Dios, visitaba otra vez á los enfermos, barríales las celdas, aliñábales las camas y cuidaba de su limpieza.

Solia tambien salir fuera del convento á cosas que la obediencia le encargaba, ó á demandar y recoger limosna para los pobres. Lo restante del dia y de la noche gastaba en fervorosa oracion, como despues se dirá, y en maltratarse con rigurosas disciplinas, como arriba se deja referido; en lo que ménos tiempo consumia era en dormir, porque fuera de las partes en que solia descansar un breve rato, segun queda ya advertido, acostumbraba recogerse de noche en unos cajones altos, en que se usaba guardar la ropa de los enfermos, donde puesto en forma de cruz, los brazos sobre el pecho, pendiente la mitad del cuerpo fuera del cajon, más acomodado á mortificar que á dar alivio, dormia hasta que despertaba á tiempo conveniente de tocar al alba, costumbre que observó toda la vida. Repetia despues la disciplina, y volvia á continuar la oracion hasta dar al dia siguiente principio, renovando el círculo no vicioso, sino virtuoso de su obrar. Este era el ejercicio regular de cada dia, mas cuando tal vez, que no era tanta la ocupacion porque los enfermos eran ménos, le sobraba alguna parte de tiempo, se bajaba á la huerta del convento á trabajar incansablemente, cavando, regando y sembrando yerbas medicinales para enfermos y pobres; lo mismo hacia por los campos y salidas de la ciudad, y para tanto como obraba le daba lugar el cielo, con tanto asombro del convento, que parecia, ó que se hacia mucho para todos, ó que alargaba Dios milagrosamente los dias y las noches para dar tiempo á quien tan bien sabia emplearlo. El uso de los sacramentos, que como espirituales medicinas para dolencias del alma nos dejó aquel Maestro celestial, que dijo no tenian necesidad de médico los sanos, y que no habia venido sino á salvar pecadores, es tan necesario en la vida espiritual del cristiano, que si le falta, no podrá arribar en el camino difícil de la virtud. El venerable hermano Fr. Martin, que con tanta felicidad y tanto acierto corrió la senda segura de la perfeccion, no se desatendió jamás de lo que tanto le importaba. Confesábase amenudo, y con tantas muestras de arrepentimiento y contricion, con tanta abundancia de lágrimas y sollozos, que causára en sus confesores confusion, viendo tan excesivo dolor de culpas, que solo llegaban á veniales no advertidas: mas como el siervo de Dios tenia tanto conocimiento de este Señor, á vista de aquella infinita santidad, sus leves imperfecciones le parecian grandes pecados, imitando al glorioso patriarca Sto. Domingo, que ántes de entrar en las ciudades, postrado de rodillas le pedia á Dios instantáneamente no arruinase Su Majestad los pueblos, por entrar en ellos tan grande pecador como él era. Tenia fervorosa devocion con el augusto sacramento del altar, manjar de grandes, regalo de la mesa de Dios, memorial de su pasion, con que tenemos tan buen despacho los fieles, que por él interesamos vida eterna. Recibíale cada tres dias Fr. Martin con notable aprovechamiento de su espíritu y singular júbilo del corazon, que en compañía de su carne se deleitaba

espiritualmente con Dios vivo. Y aunque pudiera comulgar cada dia, pues segun refiere el decreto, la comunion cotidiana de suyo ni es vituperable ni loable, sino segun la mala ó buena disposicion del sugeto que llega á la mesa del altar; no obstante, de pura humildad, y llevado del mucho conocimiento que de sí mismo le habia Dios comunicado, no osaba recibirle cada dia: *Mejor es*, decia el venerable hermano, *aparejarse mucho y comulgar poco;* y así es verdad, que por poco que se comulgue, lo que se recibe es mucho, y por mucho que el hombre se apareje cualquier aparejo es poco. No condenaba Fr. Martin la frecuencia, sino persuadia al respeto, que suele en la continuacion descaecer. Por esta causa, temeroso de ménos reverencia por más reiteracion, se excusaba de la comunion cotidiana el siervo de Dios, y solo cada tercer dia comulgaba, y por ser fuera del término prescripto de quince y ocho dias, que segun el tiempo disponen nuestras constituciones, pedia al superior licencia, que acciones tan de virtud para que tengan merecimiento quiere Dios se sujeten al gusto y voluntad de los prelados. Los dias que nuestro Señor le visitaba, era todo atender al soberano huesped que tenia, retirábase de la conversacion y trato de los hombres por tratar solo con Dios, y por más que en todo el convento le buscasen, no le hallaban sino cuando alguna obra de caridad, y lo muy preciso de su obligacion, le ejecutaba. Luciasele muy bien la reverencia y atencion que á Dios sacramentado tenia, porque con él crecian maravillosamente sus virtudes, en especial la humildad, que es por donde el aprovechamiento y perfeccion puede rastrearse, y así los dias que los coristas, religiosos conversos y donados comulgaban, recibia humilde al Señor el último de todos, juzgándose el más atrasado en merecimientos para llegar á mesa tan terrible. Era sobremanera devoto de la Emperatriz del cielo María Santísima Señora nuestra, devocion que entre todas las de los santos se lleva la primacía; sin esta no hay virtud que lo sea, ni santidad que merezca nombre de tal, pues nadie puede agradar á Dios sin caer en gracia á su Madre, y así escogiendo Dios á Fr. Martin para sí, asentó en su corazon la devocion y afecto de María: visitaba frecuentemente de dia y de noche su altar, rezaba con gran fervor y suavidad de espíritu su santísimo Rosario, oracion tan del agrado de Dios y de su Madre, que por ella han alcanzado y alcanzarán los hombres inestimables favores y mercedes: no dudo se las haria muy grandes á Fr. Martin la Reina de los Angeles, que aunque su mucho recato las supo siempre callar, y nunca acertó á decirlas su extremada humildad, es cierto que algunas veces en compañía de otros santos sus devotos, se le apareció la Emperatriz de lo criado, haciéndole inefables cariños á su siervo, como despues se dirá. Fué asimismo devoto en gran manera del glorioso patriarca S. José, padre putativo de Cristo y singular esposo de

María. Tuvo tambien á fuer de hijo agradecido especial ternura y afecto fervoroso al glorioso P. Sto. Domingo á quien veneraba, padre, maestro y dechado, *padre* de espíritu, *maestro* de virtud y *dechado* de toda perfeccion, de quien recibió especiales favores como se dirá adelante, y lo mismo le sucedió con otros santos devotos suyos. Reverenciaba á Dios en todas partes, sabiendo que en todas partes estaba, y por esta razon, aunque era grande en el reino de la militante Iglesia, pues á un tiempo hacia y enseñaba, nunca quiso cubrirse en presencia del Monarca universal de lo criado, Rey de reyes, y Señor de señores. Asistia con reverencia indecible en el templo, casa de Dios, donde habita sacramentado. Hacia en él oracion de dia y de noche, postradas en tierra las rodillas, cruzadas sobre el pecho las manos, y clavados los ojos en el suelo ó totalmente cerrados para no divertirse en la oracion, por cuya causa le dijo una vez burlando un religioso: «Hermano Fr. Martin, abra los ojos y en la compostura hermosa del altar, suavidad de aromas, variedad de artificiales y naturales flores, y en la brillante multitud de luces, verá un diseño abreviado de la gloria.» A lo que respondió discreto Fr. Martin: «Padre, todo eso y mucho más, que es Dios, estoy viendo con la fe, que no necesitando de ojos, hace ver lo mismo que hace creer.» Frecuentaba ordinariamente el coro, que aunque su profesion no le obligaba, lo llevaba la devocion á aquel sitio. Jamás faltó de los maitines á media noche, sino es que alguna obra de caridad precisa lo impidiese, oia con gran gusto y deleite de su espíritu las alabanzas divinas, convidando á ellas á todas las criaturas, deseando hacerse lenguas para emplearlas todas en alabar á aquel Señor, que es mayor que toda alabanza. Y sobre todo se regocijaba su alma viendo la devocion y grandeza con que el culto divino se celebraba en aquel insigne convento del Rosario, que le servia de morada ó habitacion. Con sobrada razon los santos y doctores empiezan y no acaban alabanzas de la oracion mental, de sus frutos y logro conocido en especial de la gloria extrínseca, que interesa Dios por ella, pues, como dice el Salmista, levantándose el corazon humano á contemplar lo celestial y divino, es exaltado y engrandecido el Señor, cuando ántes estaba como abatido en el hombre por inclinarse cual bruto á cosas de la tierra. La oracion lo libra de la culpa, la oracion encarga el Salvador en su Evangelio, la oracion es camino real para el cielo, dice la maestra del espíritu y doctora de mística teología Sta. Teresa de Jesus, y los que caminan por oracion, dice la Santa, ganan inestimable tesoro. No quiso privarse de este el excelente varon Fr. Martin de Porras, y así toda su vida fué una continuada oracion, ejercitándose en sus grados con acierto, corriendo gloriosamente sus tres vias, empezando como novicio en la purgativa, prosiguiendo como aprovechado en la iluminativa, y acabando como perfecto en la unitiva, sin dejar jamás los ejercicios de todas tres vias, que es lo

acertado en la virtud, como los místicos enseñan. Hacia de ordinario oracion en el capítulo, lugar donde entierran los religiosos, y cuando alguno moria, se ponia á orar sobre la sepultura del difunto. Postrábase otras veces en forma de cruz, y besando la tierra perseveraba en oracion mucho tiempo. Era tan continuo en él este provechoso ejercicio, que tenia las rodillas callosas en extremo, como se escribe de los gloriosos apóstoles S. Bartolomé y Santiago el Menor. Subió el Señor á tan supremo grado de perfeccion, que le comunicó el don inestimable de contemplacion, que solo el espíritu de Dios es quien lo enseña, y así no necesitaba de discursos, preámbulos, leccion ni meditacion, como los que estan en los primeros grados, ó en la oracion que llaman de quietud, porque como tenia tan copiosa luz del cielo, y estaba tan abstraido de la tierra, luego que en oracion se ponia, se levantaba á contemplar misterios soberanos, que como á pequeñuelo le revelaba el Señor. Estando pues así el alma del siervo de Dios bañada en divinas luces, procedidas del Padre de los hombres, anegada en un piélago inmenso de dulzuras, ó ya que fuese en el cuerpo, ó fuera de él, como de sí en su rapto dijo el Apóstol, no sabiéndolo determinar sino dejándolo á Dios solo, que solo lo sabia; dichosamente gozaba en aquel éxtasis, arrobo, ó vuelo de espíritu que todo es uno, de tan suaves delicias, que el mismo que las experimenta aún no las sabe explicar, donde muriendo para el mundo y viviendo para Dios, aprendia la verdadera sabiduría, mostrándole el Señor en aquel tiempo algo del reino que le tenia aparejado. Conociendo pues Fr. Martin las singulares mercedes que la mano liberal de Dios le hacia en la oracion, por huir de los aplausos del mundo, buscaba los lugares más ocultos y retirados donde á solas comunicaba con Dios familiarmente. Fueron muchas las veces que lo hallaron arrobado, y tantas que fuera difícil si no imposible el enumerarlas, si de ello se formára empeño. Tenia presente que la oracion es el todo para que Dios se comunique á los hombres, y que, como dice Sta. Teresa de Jesus, es la puerta de todas las mercedes que hace el Señor á las almas. Esta verdad experimentó en sí el siervo de Dios, porque fueron tantos y tales los favores que le hizo liberalmente el Señor por la oracion, que fuera de las mercedes referidas, que no fueron pequeñas, se esmeró en hacerle otras muchas, que fueron grandes. Aquellas dotes de claridad, sutilidad, agilidad, é impasibilidad, que comunicára Dios mediante el alma en la resurreccion universal á los cuerpos de sus escogidos, por lo que muchos experimentaron, no sin mucha admiracion, parece que se las comunicó Dios á su siervo en esta vida mortal, segun los portentos que á cada paso ejecutaba, en que unas veces resplandecia en él la claridad, otras la sutilidad, la agilidad otras, y otras la impasibilidad. Envió el Señor una noche un terrible temblor á la ciudad de Lima, mensajero cierto de su ira, y despertador de los pecadores dormidos

en la culpa. Se levantó asustado el mozo que asistia á Fr. Martin, y lo halló postrado en tierra en forma de cruz, la boca puesta sobre un ladrillo con el rosario en la mano. Le pareció al mozo que Fr. Martin dormia cuando estaba su corazon velando, y por el riesgo del temblor que amenazaba, lo llamó á grandes voces hasta abrazarse con él, y viendo que á tanta violencia no respondia, le pareció estaba difunto, y dando de ello noticia al venerable hermano Fr. Miguel de Sto. Domingo, llegando á enterarse del suceso, y viéndole no estaba muerto sino en profunda oracion como solia. Durmió de puro temor fuera de la celda de Fr. Martin aquella noche el mozo, y viéndole á la mañana el siervo de Dios, le dió una severa reprension, diciendo que lo que viese en la celda lo callase, y no lo divulgase en el convento; imitando en su recato al Salvador, que cuando obraba portentos en el mundo, encargaba misteriosamente el secreto para enseñar á huir la vanagloria. Tan rara fué la virtud de este excelente varon, que con las acciones fuera del órden natural, que obraba, traia absorto y embelesado al convento. Con estas maravillosas acciones, andaban los religiosos que lo veian y oian con extraño pavor y admiracion. La agilidad con que no obstante la mayor distancia se pone milagrosamente el cuerpo en el lugar más remoto sin consumir tiempo alguno, resplandeció igualmente en este excelente varon, segun los portentosos casos que sucedieron. Asimismo estuvo dotado con el don de hacer milagros, y tambien con el de profecia. Con prendas y cualidades tan relevantes y distinguidas, llegó á tener Fr. Martin un crédito y una estimacion singular y extraordinaria sin él solicitarla, pues fué tan acatado del mundo, que sin reparar en lo humilde de su color, teniendo su virtud solo por blanco, le estimaban, honraban y querian todos tanto, que era para admirar, cuando es tan ordinario hacer estimacion de quien es bueno. Como á oráculo del cielo, interesando en sus respuestas acierto, lo consultaban todos, prelados para el gobierno, doctos para la enseñanza, espirituales para el consuelo, y pobres para el remedio, siendo padre universal de todos. Tanto crédito llegó á tener con los hacendados de la ciudad de Lima, que parece lo habian hecho absoluto señor de sus haciendas. Tan considerable era la limosna que le daban, que llegó á valer la ropería de los enfermos en su tiempo seis mil pesos, de donde su caridad proveia ropa á los religiosos dolientes y á muchos pobres seglares. Saliendo á pedir limosna para ayuda de remediar á una sobrina suya, juntó tan considerable cantidad, que sobrando para el efecto referido, con lo restante compró para el servicio de la comunidad un negro, y asimismo hizo para la enfermería mucha ropa. Tenianle todos en opinion de santo, y aunque era mucho lo que tenian de su virtud concebido, era esta más que la fama y buen nombre, con que era celebrado de todos, grandes y pequeños, nobles y plebeyos, eclesiásticos y seculares. Hacian mucho aprecio de sus virtu-

des heróicas personas de importancia y mucha suposicion; el Ilmo. Sr. Don Feliciano de Vega, arzobispo de Méjico, de quien ya se ha hecho mencion, el Ilmo. Sr. D. Pedro de Ortega y Sotomayor, obispo del Cuzco; los cuales, profesando con el siervo de Dios mucha amistad, lo visitaban de ordinario, teniendo su comunicacion á mucha dicha. Lo mismo ejecutaban muchos oidores de la Real Audiencia de aquel territorio, y lo que más acredita la estimacion que del varon de Dios se hacia en el mundo, es lo mucho que el señor conde de Chinchon D. Luis Gerónimo de Cabrera y Bobadilla, virey entónces que gobernaba aquel reino, lo apreciaba y queria; era tanto el caudal que hacia de Fr. Martin, que tenia á lisonja le pidiese quien tan eficazmente conseguia de Dios favores y mercedes, y así le otorgaba cuanto para socorrer á pobres demandaba; y enterado de su ferviente caridad como príncipe tan virtuoso y cristiano, le hacia entregar todos los meses cien pesos para que á su voluntad los expendiese á las personas que juzgase tener necesidad. Llegó á tanto extremo el aprecio que del siervo de Dios hacia este príncipe, que visitándole una vez en su humildísima celda, se sentó sobre la caja de la ropa de los enfermos, porque no habia otro asiento, deponiendo el señorío y dando á la autoridad de mano para ensalzar más á Fr. Martin por órden de aquel Señor, que honra tanto á sus amigos, que hace los veneren en vida y muerte los príncipes, emperadores y reyes postrando las coronas á sus plantas. No hay duda, sino que á vistas del relevante galardon de la bienaventuranza y del eterno descanso de la gloria hacen buen rostro los amigos de Dios á los trabajos, y contándose entre estos como no pequeños los achaques, padecen con sufrimiento singular los justos. Siéndolo tanto Fr. Martin, mostró en la última enfermedad que Dios le envió los subidos quilates de su admirable paciencia, sufriendo con indecible igualdad de ánimo excesivos dolores, imitando hasta en la muerte al glorioso padre Sto. Domingo, que padeciendo ardientes calenturas, se mostraba regocijado y alegre. Llamóle nuestro Señor para sí enviándole un agudo tabardillo de que murió, sabiendo por revelacion divina habia de ser aquella la postrera enfermedad que padeciese. Y así, el mismo dia que se sintió herido del achaque, le dijo á un religioso grave que ya habia llegado el tiempo de su muerte, que de aquella dolencia moriria, sin que tuviese virtud para impedirlo ninguna medicina, pues era voluntad del cielo que muriese; lo mismo hizo saber al médico que le asistia. Y en consecuencia de que tenia por irrefragable su partida, sentia notablemente quitasen á unos animalillos la vida, para remedios que le aplicaban, diciendo que si no habian de aprovechar, para qué mataban á aquellas criaturas de Dios. Viendo, pues, que cada dia iba creciendo más la enfermedad, aumentándose al paso que los dolores la paciencia, pidió le diesen por viático al augusto Sacramento del altar, que recibió con ardentísima devocion como quien tanta

habia tenido en vida con aquel manjar del cielo. Y porque perdiendo el uso de los sentidos no perdiese tambien la devocion con que se deben recibir los sacramentos, pidió se le diese el de la sagrada extremauncion, para resistir á aquella hora las asechanzas del demonio, que fueron terribles, como desde luego se deja conocer. Pidiendo el discreto siervo de Dios á un religioso que le asistia le trajese la túnica con que solia mortificarse en salud, para morir con aquel consuelo, trayéndosela delante de los circunstantes inadvertidamente, no se la quiso poner temiendo no le sirviese de vanidad en la muerte la vestidura que le habia sido mortificacion en vida. Y añade el Ilmo. Señor D. Fr. Juan de Isturizaga, del órden de Predicadores, obispo de Sta. Cruz de la Sierra, que habiéndole traido la túnica á Fr. Martin, el Sr. D. Pedro de Ortega obispo que fué del Cuzco, que estaba con algunos religiosos graves en la celda del enfermo, saliéndose de ella dijo en voz que pudo oir Fr. Martin: «Suelen los siervos de Dios apreciar mucho los instrumentos que les ayudaron á merecer,» y que dándole la túnica para que se la vistiese, no quiso recibirla el siervo de Dios, ántes sí la despreció, y dijo la pusiesen en el lugar más inmundo, de que se ocasionó notable admiracion en los presentes, advirtiéndo cuán cerradas tenia las puertas á todo lo que era vanidad y pudiera desvanecerle aquella hora. Huyendo tambien la vanagloria en tiempo tan arriesgado, le pidió encarecidamente al prior del convento le alzase la obediencia que le habia impuesto, para que declarase los favores que en el resto de su vida habia recibido de las liberales manos del Altísimo, como queda ya más por extenso referido. Pero al paso que el siervo de Dios disimulaba las mercedes que el cielo le habia otorgado, le quiso Dios honrar en los últimos alientos de su vida. Llegándose á despedir del venerable hermano un grande amigo suyo, que le asistió en su última enfermedad, sacando Fr. Martin el brazo, lo tuvo asido de la cabeza con tan gran violencia, que le hizo sudar miéntras estuvo así, y afirma este testigo, que todo el tiempo que le tuvo asido Fr. Martin gozó de un tan suave y celestial olor, que en su vida habia llegado á su olfato tal fragancia. Si el afan continuo de los justos, su austeridad y rigores no tuvieran afianzada su recompensa en el cielo, y halláran frustrada en Cristo su esperanza, fueran los hombres más miserables del mundo, segun dice S. Pablo, mas como tienen asegurado en Dios el galardon despues del brevísimo espacio de la vida, asímismo se dan los parabienes cuando se les llega el deseado trance de la muerte. No cabia en sí de contento Fr. Martin viendo se le acercaba ya la hora dichosa en que saliendo de las prisiones del cuerpo, fiado en la sangre del Salvador, no ya con las oscuridades de la fe, como en la vida, sino con la luz de bienaventurado como en la patria, habia de gozar del sumo bien que tanto deseaba. Con esta viva esperanza, aumentándose por momentos el achaque, sufria gozoso intensísi-

mos dolores, sin que éstos le sacasen un ay, ni al rostro un desagrado. Vivió despues de recibidos los santos sacramentos sobre las esperanzas de todos, que advertian tan deshecho y atenuado el sugeto, que más parecia insensible cadáver que viviente racional. Si bien el pulso lo tuvo siempre entero, con admiracion extraña de los médicos. No quiso perder tiempo el demonio cuando tan poco le quedaba á Fr. Martin, y así le traia terribles pensamientos contra la fe y la esperanza, dándole Dios licencia aquella hora para que creciese con el merecimiento de su siervo el premio, triunfando de su enemigo hasta morir. Advirtió un P. Maestro, muy amigo del venerable hermano, las sugestiones diabólicas por lo que indicaba Fr. Martin, y díjole avisado: «Astuto es el demonio, Fr. Martin, no se ponga en razones con él, que sabe mucho, sino firme en la verdad de la Iglesia y fiado en la sangre de Jesucristo, muera confesando su santa fe y esperando su misericordia.» A que respondió humilde y advertido el varon de Dios: «P. Maestro, esos argumentos los Padres doctos los rezelen, que como á teólogos ménos que con agudeza de angélica profundidad no replicará la malicia del enemigo, que para un donado es Satanás tan soberbio, que no querrá valerse de agudezas.» Asistiendo al siervo de Dios otro religioso y reparando el riesgo que hasta salir de las cadenas del cuerpo corre el alma, le dijo á Fr. Martin llamase en su favor al glorioso patriarca Sto. Domingo para que como á hijo le ayudase. A lo cual respondió el enfermo: «No era menester llamarlo, que allí lo tenia presente en compañía de la Vírgen nuestra Señora, de su querido esposo S. José, de Sta. Catalina, vírgen y mártir, y de S. Vicente Ferrer, que venian á favorecerle en aquel trance.» Al tiempo pues, de agonizar el siervo de Dios, teniendo la imágen de un santo Cristo en las manos, singular asilo de los fieles en tiempo tan peligroso, viendo el P. Presentado Fr. Francisco de Paredes los ademanes que hacia, que se habia cubierto de un sudor mortal el rostro y que le crugian todos los miembros del cuerpo, entendió eran aquellos efecto de la contienda invisible que todavía tenia el varon de Dios con Satanás, que sin duda advirtiendo el corto período que le faltaba de vida, repetia contra el siervo de Dios las asechanzas, temiéndolas tanto el venerable hermano, que le hacian sudar y crugir los dientes, habiendo sido tan ejemplar su vida. Que como los justos tienen tanto conocimiento de Dios lo aprecian tanto y saben muy bien lo que es gozarle para siempre, ó dejarle de ver toda una eternidad, tiemblan y temen aquel instante de tiempo de que depende su eterno gozo ó eterna condenacion. Eso daba á entender Fr. Martin en los temores que para asegurarlo más le combatian, pues, como dijo S. Bernardo, el medio más seguro para asegurarse es temer la misma seguridad y no darse por seguro; y si nunca más ha de pretender el hombre estar más seguro que en el riesgo forzoso de la

muerte, de donde proviene perpétua seguridad ó perpétua perdicion; muy bien se aseguraba en muerte el siervo de Dios teniendo en ella su misma seguridad. Pareciéndole, pues, al religioso que le asistia que se llegaba ya la hora de Fr. Martin, le preguntó si haria señal para que acudiese la comunidad á ayudarle á bien morir como siempre se acostumbra, á lo cual respondió haciendo señas con la cabeza que no, por cuanto ya se le habia quitado el habla. Y advirtiendo el mismo religioso despues de la tercera batalla que parecia tener con el demonio, que se volvia á cubrir de un sudor frio y se abrazaba con fuerza del santo crucifijo, volvió á preguntarle si haria señal para que se juntase á socorrerle el convento; bajó entónces la cabeza el siervo de Dios, dando á entender ya era tiempo, con que acudiendo los religiosos todos, ayudándole con la oracion comun que es tan agradable á Dios, encomendándole el alma la rindió á su Criador para gozar de él eternamente, segun piadosamente se cree, galardonándose sus grandes merecimientos no ménos que con el mismo Dios á juicio irrefragable de toda la Trinidad, que lo recibió en las eternas mansiones como á morador del cielo. Fué su tránsito dichoso entre las ocho y nueve de la noche, á 3 del mes de Noviembre del año de 1639, teniendo de edad sesenta años y de Religion treinta y ocho, gastados todos en servicio de Dios, utilidad y edificacion del prójimo. Siendo tanta la falta que hacen los justos en la tierra, pues sufre Dios en ella por su respeto á los malos, nunca harán el sentimiento los hombres á medida del trabajo. Por insufrible tuvieron la pérdida de Fr. Martin los religiosos, y cuando ántes con abundantes lágrimas y repetidas penitencias rogaban á Dios alargase la vida de su siervo, habiéndose partido de este mundo no hicieron pausa sus lamentos, como los de David despues de difunto el hijo por cuya vida importunaba al cielo. Continuó los llantos el convento de Lima, acompañando el triste doble las campanas, y fué tan general el sentimiento en nobles y plebeyos, eclesiásticos y seculares, hombres y mujeres, que á hallarse presente á tan comun lamento Isaías no se quejára como antiguamente, diciendo que faltando los justos de la tierra no habia quien sintiese su partida. Parece quiso luego el Señor mitigar la pena universal del monasterio obrando como poderoso maravillas. Entró por la mañana la ciudad aclamando á voces la virtud del varon de Dios, y llegando innumerable concurso á besarle las vestiduras, no solo tocaban con las manos lo suave y blando del cuerpo, sino que sintieron exhalaba de sí un olor tan celestial, que embelesando á los presentes no hallaban en la tierra con qué comparar tan singular fragancia. La misma experimentó una mujer que madrugando por ver y venerar el cuerpo del siervo de Dios, no pudiendo entrar por estar cerradas las puertas de la iglesia, llegándose á ellas sintió un olor tan peregrino, que le pareció del cielo. Afirma otra mujer, llamada

Doña Ursula de Medina, que el dia del entierro del venerable hermano entrando por el cementerio de la iglesia sintió un olor tan suave, que no le tuvo por cosa de la tierra. El mismo prodigio llegó á experimentar un hombre, llamado Antonio de Alarcon, que llegando á alcanzar por dicha suya un jubon del siervo de Dios despues de muerto, advirtió salia de él un olor tan admirable, que era sin duda indicio de la fragancia de sus heróicas virtudes; y otras muchas personas afirmaron habian sentido la misma suavidad de olor estando el cuerpo en la iglesia. Estimulado de este prodigio el pueblo, y de la fama de su virtud singular, despues de haberle besado devotamente las manos le hacian pedazos la ropa, llevándola por reliquias, de suerte que fué necesario vestirle muchas veces, por que estuviese el cuerpo con decencia. Resolviéronse á enterrarlo aquella misma tarde por quitar inconvenientes, y así se hizo el oficio de la sepultura con gran solemnidad. Acudieron á su entierro las personas más calificadas y graves de la expresada ciudad de Lima, audiencia, cabildo y religiosos de todas comunidades, no convidados del convento sino traidos de su devocion y del olor y fragancia que el insensible cadáver despedia, y para honrar en su sangre á Fr. Martin dieron silla en medio de la audiencia los señores de ella á un cuñado del siervo de Dios por ser deuda de quien tenia asiento entre los cortesanos del cielo, segun creemos piadosamente. Asistió lo más de la ciudad aclamando amigo de Dios á Fr. Martin, y llegándose la hora de la sepultura, llevaron desde la iglesia hasta el capítulo en hombros el féretro en que iba el cuerpo difunto, el señor D. Feliciano de Vega, arzobispo de Méjico, el Sr. D. Pedro de Ortega Sotomayor, obispo que fué del Cuzco, el Sr. D. Juan de Peñafiel, oidor de la Real audiencia, y otras personas de cuenta, honrándose todos de llevar el cuerpo de un varon padre de pobres, como los ángeles se regocijaban de llevar al seno de Abrahan el alma de Lázaro *el Mendigo*, como ponderó San Juan Crisóstomo. Así quiso nuestro Señor engrandecer en muerte á quien tanto le habia servido en vida. Acabado de enterrar honrosamente en el capítulo el cadáver, sucedió que con la mucha apretura de le gente se quebraron las andas en que habian traido el cuerpo difunto, y de tal suerte se hicieron pedazos, que no pudieron servir más á otro religioso. Y fué sin duda providencia especial del cielo, porque féretro que habia servido al cuerpo de tan grandioso varon no era bien sirviese á otra persona, ni es nuevo honrar á sus siervos Dios de esa manera, pues acabando de espirar en el desierto el insigne abad Pafnucio se vino al suelo la celda en que vivia quien ya moraba en el cielo, no queriendo Dios sirviese á otro anacoreta de albergue la que á tan gran siervo suyo habia servido. El mismo Señor que en crédito de la virtud de su siervo Fr. Martin viviendo ejecutó raros prodigios, los continuó tambien despues de su muerte y sepultura, para dar á entender que el vene-

rable hermano en cambio de sus desvelos y rigores tiraba en el reino de los cielos gajes de bienaventurados. Así es en verdad, y tanto que desde su tránsito dichoso se hicieron en órden á su beatificacion las diligencias posibles, en las que se halla el informe ó relacion que hizo de la vida y maravillas del siervo de Dios el Emmo. y Rmo. Sr. cardenal Vidoni en la primera congregacion preparatoria celebrada con tal motivo, continuando hasta hoy su devocion y prodigios y en tanto grado, que no ha disminuido en lo más mínimo el respeto y veneracion que los de Lima le tienen. Dicho informe ó relacion es digno de elogio y de tenerse en la memoria, para que de este modo imiten los que le lean las virtudes de Fr. Martin. En epítome ó compendio dice así: «Nació en las Indias Occidentales el venerable siervo de Dios Fray Martin de Porras: tuvo por padres á D. Juan de Porras, caballero de la órden de Alcántara, y á Ana Velazquez, que educando despues del vivífico baño del bautismo al niño en temor de Dios y piedad cristiana, dió en su pequeña edad no pequeños indicios de la excelente virtud y encimada perfeccion á que habia de llegar andando el tiempo. Tomó el hábito humilde de tercero en la órden de Predicadores, donde con ejemplo admirable de virtud, piedad, modestia, devocion, austeridad y oracion, llevando tras sí la atencion de los religiosos todos, como hijo verdadero de Sto. Domingo, le imitaba en los rigores sangrientos de su vida, dándose todas las noches tres crueles disciplinas con tres cadenas de hierro, con que captivaba al cuerpo, haciendo le sirviese á la razon; maceraba continuamente la carne con áspetos silicios y con tan rara abstinencia, que su ordinario sustento era solo pan y agua. Habiéndole encargado la obediencia el oficio de enfermero, resplandeció tanto en él la caridad, que no solo la experimentaron los hombres, religiosos, seglares, indios, pardos y morenos, sino áun los brutos animales, curándoles milagrosamente, y dándole el cielo para remedio de todos tanta mano, que las medicinas que á los enfermos faltaban, maravillosamente las traia; pagándose tanto Dios de su piedad, que parece le habia comunicado en la tierra aquellos dotes peregrinos de agilidad y sutilidad propios del cuerpo glorificado; porque muchas veces, ó volando por los aires, ó penetrando las puertas cerradas de los enfermos y noviciado, conociendo milagrosamente las necesidades que á la media noche padecian los enfermos, las remediaba con suma caridad. Aplaudian los ángeles del cielo sus virtudes, porque levantándose de hacer oracion delante de una imágen de nuestra Señora, vieron los religiosos todos, que yendo al coro Fr. Martin le fueron alumbrando con hachas encendidas dos hermosísimos mancebos, que no pudieron ser sino espíritus bienaventurados. Y en otra ocasion, disciplinándose por el claustro, le iban alumbrando cuatro ángeles soberanos; de donde procedia el respeto y veneracion que los religiosos y superiores todos

le tenian, admirando á Fr. Martin espejo de caridad, vivo ejemplo de religion, y de observancia regular acabadísima idea. Llegóse el término deseado de la vida, en que habia de salir de la mortalidad del cuerpo á gozar de inmortales premios en la patria, y como si hubiesen sido enormes sus delitos, hacia tan repetidos y fervorosos actos de contricion, que compungia y asombraba á los presentes. Alentó el cielo su esperanza, mostrándole á nuestro glorioso P. Sto. Domingo y á S. Vicente Ferrer, á quienes señalaba con el dedo exhalando á aquella hora, que se corrompe el compuesto, tan fragante olor, como en vida acostumbraba andando siempre entre ascos de dolientes y oficinas inmundas del convento; y habiendo recibido devoto los saludables sacramentos, rindió su espíritu purísimo en manos de su Criador, dejando á los religiosos asombrados de su muerte, envidiosos de su dicha, pregoneros de sus virtudes. Conmovióse la ciudad toda teniendo noticia de su muerte, y concurriendo multitud grande de todos sexos y estados, anhelaban por besar las manos y ropa del siervo de Dios, interesando en su contacto salud milagrosa los dolientes, y dando voces el pueblo aclamaba á Fr. Martin varon de Dios, siervo del Altísimo, hijo verdadero de su P. Sto. Domingo, ciudadano del Paraíso y morador feliz de la Jerusalen triunfante. Llevaron en sus hombros el féretro las personas de más autoridad que habia en la ciudad entónces, enterrándole en el capítulo, entierro comun de religiosos, segun queda indicado. En este sitio permaneció mucho tiempo, hasta que despues fué trasladado solemnemente su cuerpo á otro lugar, como luego se dirá, aconteciendo algunos prodigios notables en dicha traslacion. Siendo tan irrefragables é indefectibles las palabras de Dios, que primero faltarán el cielo y la tierra que ellas falten, y siendo las profecías de los santos palabras del mismo Dios, estan siempre tan léjos de frustrarse, que jamás dejan de cumplirse. Quiso el Señor se llegase el tiempo de la traslacion del venerable cuerpo de su siervo, para que la profecia que habia proferido y contado á su amigo el regidor Juan de Figueroa, diciendo se habia de enterrar con él en la celda que entónces habitaba, se pusiese en ejecucion, y cumpliéndose el pronóstico de Fr. Martin, se verificase la palabra de Dios, que en él hablaba. Movió para este efecto al Padre maestro Fr. Juan de Barbaran, que ejerciendo entónces oficio de vicario general de esta provincia del Perú, advirtiendo estaba en perfeccion, y acabada la capilla que en la celda del siervo de Dios se habia erigido á una devota imágen de un santo crucifijo, que adornó con tabernáculo dorado el capitan D. Íñigo Vazquez de Acuña, caballero del órden de Alcántara, yerno del mismo regidor, mandó se sacasen los huesos del venerable hermano, que tanto tiempo habian estado sepultados en el capítulo indicado, para que celebrándole exequias nuevamente, se trasladasen á una bóveda debajo de tierra, que está en la misma capilla de la enfermería,

que para dicho fin se habia labrado. Ejecutóse la traslacion puntualmente, y no dejó de indicar con maravillas el cielo los grandes merecimientos del espíritu heróico, que aquel ya insensible cuerpo habia guardado, porque al desenterrarlo, vieron muchos religiosos que estaban los huesos frescos, con carne y sangre viva, como si se acabase de enterrar, haciendo muchos años que el venerable hermano habia muerto. Declaró tambien un religioso lego, llamado Fr. Tomás Marin, que cavando la sepultura debajo de tierra, al sacar el cuerpo asiéndole del cerebro, se le tiñeron las manos, cosa que causó singular admiracion y espanto en los presentes; y no se quedaron en esto los portentos, porque exhalaban los huesos un fragantísimo olor como de rosa, que suspendió y recreó el olfato de cuantos allí se hallaron. Pusieron despues el venerable cuerpo en el féretro comun, en que llevan los religiosos difuntos á enterrar, y continuando Dios sus maravillas; sin que de parte del convento convidasen á persona alguna, se conmovió tanto la ciudad, que no cabia el gentío en el convento. Celebráronse con mucha pompa y majestad las exequias, á que asistió el señor conde de Santisteban, virey entónces del reino del Perú, los señores de aquella Real audiencia, el cabildo secular y tribunales, muchos religiosos de todas órdenes, caballeros y gente innumerable de todos estados. Acabada la misa, llevaron desde la iglesia en hombros el cuerpo venerable las personas de más suposicion de aquella república, dando principio con ejemplo de todos á tan heróica accion el señor virey con los oidores, siguiéndose despues los tribunales por su órden, y llegando á la capilla nuevamente fabricada, se colocaron los huesos del siervo de Dios en la bóveda que está labrada en ella, con tanto aplauso y conmocion del vulgo, que todos aclamaban á voces su virtud, cumpliéndose á la letra la profecía del varon de Dios, que dijo habia de ser enterrado en su misma celda, no sin mucha gloria suya, que si Solon lacedemonio, uno de los siete sabios de Grecia, juzgó por bienaventurado á Telo Ateniense por haber sido enterrado en el mismo lugar de sus triunfos, á Fr. Martin quiso hacerle tambien feliz el cielo, disponiendo se enterrase en su misma celda, conocido lugar de sus victorias, donde varias veces triunfó de Satanás como se ha dicho. Despues de la relacion de la portentosa vida, virtudes heróicas, dichosa muerte y traslacion solemne de este admirable varon, juzgué conveniente referir aqueste raro suceso, para que por él pueda inferirse no está al parecer muy léjos la honra que esperamos hará la Iglesia católica á Fr. Martin, pues tanto se ha señalado el cielo en su favor, haciendo milagrosamente se apareciese dos veces despues de muerto. Habiendo hace años declarado Juan Vazquez de la Parra en la causa é informacion de la vida del venerable hermano lo que entónces se le ocurria como testigo de vista de las portentosas acciones del varon de Dios, por no haber referido todo lo que habia ex-

perimentado, le sucedió este prodigioso caso. Estando el mismo dia que hizo la declaracion este testigo en su casa, en frente del monasterio de las religiosas descalzas de S. José, de la ciudad de los Reyes, poco ántes de la oracion; teniendo á un hijo suyo en los brazos, se oyó llamar dos veces clara y distintamente por su nombre, salió á la puerta, y vió junto á ella á dos religiosos de nuestro glorioso P. Sto. Domingo, mas como no le hablaron, volvióse á recoger sin hacer reparo alguno, pareciéndole que el llamado sería antojo de su imaginacion y fantasía; pero apénas hubo entrado, cuando lo volvieron á llamar, apellidando su nombre, y saliendo con el mismo cuidado que la vez primera, y preguntando á los religiosos si le llamaban, uno de ellos hablando con él le dijo: Juan Vazquez ¿no me conoces? y haciendo entónces reparo este testigo, advirtió que el que hablaba era el siervo de Dios Fray Martin de Porras, que hacia muchos años que era muerto; pero aunque le tenia delante dudaba de lo mismo que veia, segun le habia ántes profetizado Fr. Martin, y aunque creyendo ya que era el venerable hermano, naturalmente se sobresaltó al principio, se recobró despues comunicándole el cielo valor, porque importaba. Díjole el siervo de Dios entónces, que cómo andaba corto; y no entendiendo el propósito y fin porque lo decia, replicándole que en qué negocio se habia mostrado corto, le volvió el varon de Dios á decir: Declara todo lo que viste y supiste el tiempo que me acompañaste. Dicho esto, le mandó se recogiese en su casa, lo cual ejecutó enternecido por una parte, y por otra absorto de haber hablado con quien ya no vivia en este mundo, y de haber tenido delante al otro religioso, sacerdote ya difunto, y á quien dijo tambien que conocia. No bastó esta manifiesta aparicion de Fray Martin para que se pusiese en ejecucion lo que el siervo de Dios habia mandado, porque se olvidó totalmente este testigo por especial providencia de Dios, como se dió á entender por los efectos. Pasado mucho tiempo despues de lo sucedido, teniendo yo noticia de que por haber asistido dicho hombre al varon de Dios por espacio de cuatro años, tendria mucho que referir de sus virtudes y maravillas, le envié á llamar para que declarase lo que en este particular se le acordaba, y viniendo á este convento de nuestra Señora del Rosario de Lima, del órden de Predicadores, donde asisto, al entrar á la iglesia por la puerta del coro bajo, un dia á las ocho de la mañana, en el mes de Febrero de este año de 1671, se le volvió á aparecer con el compañero que ántes el mismo siervo de Dios Fr. Martin de Porras, el cual le dijo, que cómo habia andado tan protervo y tenaz, no queriendo hacer lo que le habia encargado, que fuese al punto y declarase todo lo que sabia. Lo cual mandó el siervo de Dios sin duda, por cuanto se estaba escribiendo ya su vida, para imprimirse, no solo con caractéres muertos en la prensa, sino en los corazones vivos de los fieles para su enseñanza y admiracion de un varon tan sin-

gular y notable, cuyos portentos no todos quedan referidos por el silencio raro y extraordinario que guardó siempre en su vida; y ahora, que seguro del riesgo de vanidad, segun piadosamente se cree, vive en el cielo, donde no llegan peregrinas impresiones, ha bajado dos veces á la tierra á ser procurador solícito en su causa. Cosa que al parecer nos asegura honrar á Dios en adelante á su siervo, declarándole por santo de su Iglesia. Consta todo de la declaracion de sesenta y seis testigos en el proceso hecho con autoridad del Ordinario. Los legítimos procuradores en la causa de esta beatificacion fueron el padre maestro Fr. Lorenzo Muñoz, del órden de Predicadores, y D. Claudio Bouillaud, patron de esta misma casa. Hanse hecho tambien grandes instancias por la beatificacion y canonizacion del siervo de Dios, cinco de D. Felipe IV, Católico Rey de España, al papa Alejandro VII, de feliz recordacion; del ilustrísimo arzobispo de Lima, D. Pedro de Villagomez, del cabildo eclesiástico de la misma metrópoli de los Reyes, del virey del reino del Perú, de la misma ciudad de Lima en forma de cabildo, de la Real universidad de los Reyes, del órden de nuestro seráfico P. S. Francisco, del órden de nuestro P. S. Agustin, del órden de nuestra Señora de las Mercedes, Redencion de Cautivos, de la religion de la Compañía de Jesus, de la de S. Juan de Dios, del capítulo provincial celebrado en Lima el año de 1641, del capítulo general de Valencia el año de 1647, y del capítulo general de Roma de 1656. Concurren fuera de estas, nuevas instancias de los Reyes Católicos y del maestro general de la órden de Sto. Domingo, de procuradores de diversas provincias de las Indias Orientales y Occidentales del órden de Predicadores.» Hasta aquí la relacion. Y atento á ella, á la vida, virtudes y milagros del venerable hermano, y á tan repetidas instancias de personas calificadas, cabildos y religiones ilustres, expidió nuestro santísimo P. Clemente, papa X, el rótulo y remisoriales para el plenario. Y por que se advierta, finalmente, ser la vida de este admirable varon desde el principio hasta el fin, toda un prodigio; por último refiero el que obró nuestro Señor con los mismos remisoriales, que para prosecucion de causa tan piadosa se despacharon en Roma. Declara el P. Mtro. Fr. Lorenzo Muñoz, del órden de Predicadores, procurador del siervo de Dios, que asistiendo para el efecto de solicitar el rótulo en la Curia Romana, habiéndolo conseguido, cerrado y sellado como en aquella corte se acostumbra, le despachó á estos reinos, y ordenándolo así la Providencia Divina en el puerto de Génova se fué á pique la nave en que el despacho venia: al cabo de nueve ú once dias, á lo que quiere acordarse, se sacó del agua el cajon en que el rótulo venia junto con otros papeles que áun puestos al sol cuatro dias, no quedaron de provecho, á más de despedir un hedor intolerable, por haberse corrompido. Solo el pliego de los remisoriales ó rótulo del siervo de Dios, Fr. Martin, que venia

en una cartera de hoja de lata con otros papeles, salió tan bien acondicionado, tan sin lesion y detrimento, que solo sacó un poco de humedad en demostracion de haber estado en el agua; siendo así que no quedaron de provecho los adjuntos, de que se admiraron no poco cuantos se hallaron presentes, y pareciéndole al P. Maestro, cuando tuvo noticia de esta pérdida en Roma, habria perecido el rótulo en el naufragio, ó que no quedaria de provecho, sacó otro duplicado para suplir el perdido; con que se ve cuánto se esmera el Señor en ilustrar á Fr. Martin con prodigios, pues cuando suelen conjurarse contra otros, se mancomunan al parecer para acatar al varon de Dios los elementos, no atreviéndose á sus imágenes el fuego, obedeciéndole el aire, produciendo plantas en un dia solo la tierra, y no osando corromper su rótulo las aguas. Portentos que bastantemente indican honrar á Fr. Martin la universal Iglesia para gloria de Dios, crédito de su siervo, espiritual utilidad de los fieles, y lustre de la sagrada religion del órden de Predicadores.—G. A.

PORRAS Y MONTUFAR (Lic. D. Isidro de), natural de Madrid, fué hijo de D. Juan de Porras, maestro de escultura, y de Doña María de Montufar, que vivian en la calle del Cármen en casas propias. Siendo ya abogado de los Reales Consejos, protonotario apostólico y sacerdote, en el año 1700 á 21 de Julio, entró congregante de la venerable de Presbíteros naturales de esta Corte, en la que ejerció varios empleos con sumo celo y caridad, y el 1711 el de capellan mayor, que es la cabeza de la Congregacion. En 1714 el Eminentísimo Sr. Arzobispo de Toledo le nombró teniente vicario de Madrid, y despues visitador eclesiástico de la Corte y su partido. Fué tambien juez apostólico del tribunal de la Nunciatura de estos reinos, cuyos puestos obtuvo hasta el año de 1720, que los dejó y se retiró á ser cura de la iglesia de los Hornos de Villanueva, y agente fiscal del Consejo de la Santa Cruzada: y con estos cargos murió á 8 de Diciembre de 1725, y fué traido á sepultar al dia siguiente á la capilla y bóveda de su Congregacion, sita en la parroquia de S. Pedro, en donde se le celebraron honras el 17.—G. A.

PORREA (Gilberto de la), natural de Poitiers, canónigo y luego obispo de esta ciudad en el siglo XII; fué uno de los hombres más grandes de su tiempo. Enseñó casi por espacio de treinta años la filosofía y la teología en las principales ciudades del reino; pero incurrió por desgracia en algunos errores tocante á las personas de la Santísima Trinidad, más segun los Tópicos de Aristóteles que segun el lenguaje de la Sagrada Escritura. Segun su sistema la esencia divina no era Dios: las propiedades de las personas no eran personas; la naturaleza divina no habia encarnado, no habia otro mérito sino el de Jesucristo, y nadie estaba real y verdaderamente bautizado si no se habia de salvar. Sus arcedianos fueron sus acusadores, y S. Bernardo los sos-

tuvo con el papa Eugenio III que se hallaba entónces en Francia. Se trató el negocio en dos conferencias, la una en Aucera y la otra en Paris, y se terminó por fin en una tercera que se celebró en Reims despues del Concilio celebrado el año 1147. El Papa no quiso compareciera este prelado en presencia de tan respetable asamblea, pues prometia someterse en un todo á lo que determinára el Concilio. Condenáronse sus proposiciones, y recibió la sentencia con una sumision y una indiferencia que no imitaron algunos de sus discípulos; así pues, no habiendo defendido tenaz sus errores, es injusto y sin razon lo incluyan algunos autores en el catálogo de los herejes. Gilberto gobernó todavía la iglesia de Poitiers hasta el año de 1154, que fué el de su muerte. Además de su *Tratado de la Trinidad* habia compuesto una *Exposicion de los Salmos y* otra de las *Epístolas de S. Pablo.*—Enrique de Gante: *De Scriptoribus ecclesiasticis*, cap. XVII, *et in appendice*, cap. VIII. — *Othon de Frisingue*; lib. I, cap. XLVI y XLVII, *De Gest. Frid. imp.*—Baronio, tomo XIII, *Annal*, *A. C.* 1146 *et* 1147. — *Sixto Senense*; *A. C.* 1134. — *Sandero*, *Hæres.*, 143. — Santa Marta, *Gallia Christiana*; tomo II, pág. 886. — G. A.

PORREÑO (Baltasar), presbitero de la provincia de Cuenca, que en otro tiempo desempeñó los curatos de Sacedon y de Córcoles, muy conocido por su grande ilustracion en todo el obispado, habiendo sido igualmente capellan y limosnero del prelado D. Pedro Portocarrero, como tambien fué cura de la parroquia de S. Esteban de Huete. Hace mencion de su mérito y de sus obras el fénix de los ingenios y gran poeta Lope de Vega en su *Laurel de Apolo*. Las obras de Porreño son las siguientes: *Los oráculos de las Sibilas*; Cuenca, 1621, en 4.°, por Domingo de la Iglesia. — *Vida y hechos del cardenal D. Gil de Albornoz;* Cuenca, 1625, en 8.°, por el mismo. — *Discurso de la vida y martirio de la gloriosa vírgen y mártir Sta. Librada*, española y patrona de la iglesia y obispado de Sigüenza; Cuenca, 1629, en 8.° — *Dichos y hechos del rey D. Felipe II*; Sevilla, 1639, en 8.°, por Pedro Gomez de Pastrana. — *Elogios de los cardenales de España*. Esta obra es imitacion de la *Biblioteca Pontificia*, que escribió Luis Jacobo, cuyo ejemplo siguió Porreño en los *Eminentes Prelados de España*. —*Libro de la limpia Concepcion de nuestra Señora;* Cuenca, impreso por Domingo de la Iglesia, año de 1620, en 4.° — *Historia de los arzobispos de Toledo;* comprendida en dos volúmenes, que se conservan en la biblioteca de la santa iglesia de Toledo.—*Tratado de la venida de Santiago á España.*—*Vida del cardenal D. Pedro Gonzalez de Mendoza.*—*Elogios de los infantes que han sido arzobispos de Toledo;* dedicado al Serenísimo infante de España D. Fernando de Austria, cardenal. — A. L.

PORREO (Martin), en latin *Porreus*, obispo de Arras, doctor en teología de la facultad de Paris, tomó el hábito de religioso dominico, y fué confesor de Juan, duque de Borgoña. Engañado de sus mismas preocupaciones ó por

la doctrina de Juan Petit, tambien doctor de la facultad de París, al cual supone fraile francisco, aunque sin fundamento alguno, tuvo la audacia de emprender á su ejemplo el justificar el asesinato cometido en la persona de Luis, duque de Orleans. Esta justificacion, que no podia servir de otro provecho que de deshonrar á su autor, agradó de tal manera al duque de Borgoña, que este príncipe le elevó á la sede episcopal de Arras en el año de 1408. Martin Porreo, reconocido en gran manera á su bienhechor, no se contentó con hablar en favor de un suceso que toda la posteridad ha detestado, sino que se determinó á defenderle por escrito. Este fué el argumento de una obra latina, que compuso referente al asunto, y que se conserva manuscrita en la biblioteca del colegio nuevo de Oxford. El título de este manuscrito dice asi: «*Tractatus compositus per episcopum Atrebatensem pro parte ducis Burgundiæ, quod licite fecit occidi ducem Aurelianensem.* A esta obra se respondió con otra, que se encuentra con el mismo manuscrito, y se titula: *Materia responsionis ad tractatum Atrebatensis super interfectione ducis Aurelianensis.* Se ignora el nombre del autor de esta respuesta, que se asegura ser sólida. No era difícil invertir efectivamente las razones y las pruebas de los que sostenian causa tan perversa, empresa que acometió por el mismo tiempo con mucha luz y celo el célebre Gerson, canciller de la universidad de París. El mismo duque de Borgoña envió á Martin Porreo con Pedro Cauchon al concilio general de Constanza, y el dia 26 de Mayo de 1415 estos dos enviados presentaron á los diputados de la nacion galicana al Concilio una carta del mismo duque, con respuesta á dos que habia recibido de esta nacion por manos del obispo de S. Pons y del abad de Monstier-San-Juan, abadía de Borgoña. Como esta respuesta contenia una multitud de dichos picantes, y el duque hacia en ella esfuerzos para justificarse, Juan Gerson y Pedro de Yersallo, benedictino, catedrático de teología y su colega de diputacion, se creyeron precisados á protestar en contra, pero en su propio y privativo nombre, y á pedir justicia al Concilio. Por otra parte declararon el obispo de Arras y Pedro Cauchon se sometian tambien al Concilio y que imploraban su justicia de parte de su amo y señor el duque. En la sesion XIII, celebrada el dia 15 de Junio del mismo año de 1415, habiendo nombrado el Concilio entre los comisarios de la causa de fe á Pedro de Aylli, arzobispo de Cambray, aprobaron todos el decreto, excepto el obispo de Arras, quien protestó contra el nombramiento del arzobispo de Cambray. Dijo que daria razon de esta protesta á su tiempo, pero que ante todas cosas recusaba á Pedro de Aylli en el hecho del duque de Borgoña con los parisienses. Se admitió la proposicion y pidió acta de ella. La razon que el obispo de Arras tuvo para presentar la recusacion era porque Gerson tenia en el Concilio grande deferencia con el cardenal de Cambray, y muy especialmente en lo

relativo al asunto del duque de Borgoña, y porque en casa de este tenia conferencias para hacer condenar las proposiciones de Juan Petit. Fué bien admitida la propuesta, como queda dicho; pero las actas del Concilio no dicen si lo fué tambien la recusacion. Sea como fuere, el obispo de Arras pidió despues que la sentencia del obispo de París y del inquisidor de la fe fuese declarada nula y de ningun valor por el Concilio, tanto porque ellos no habian tenido derecho, segun su dictámen, para sentenciar acerca de una causa cuyo conocimiento aseguraba él mismo pertenecer á la Santa Sede, como porque las proposiciones condenadas eran probables, segun él decia, y las sostenian muchos doctores. Tambien pidió se impusiese silencio al obispo de París, á Juan Gerson y al promotor del Concilio por causa de la irregularidad de sus procedimientos en este negocio. Por último, pidió tambien otras muchas cosas, que pueden verse en las actas que M. Dupin insertó al final de su famosa edicion de las *Obras de Gerson*, donde se encuentran, como lo anota M. l'Enfant en su *Historia del Concilio de Constanza*, en la que consigna muchas particularidades curiosas que hasta hoy se habian ignorado. El dia 25 del mismo mes de Junio, Porreo, obispo de Arras, aprovechando en favor suyo la ausencia del Emperador, que se habia retirado por algunos dias á Uberlingen, villa pequeña distante algunas leguas de Constanza, bien fuese á descansar ó bien para pensar y discurrir allí con más libertad en los negocios de importancia que aún tenia que terminar, presentó á los comisarios una extensa memoria contra Gerson, como si éste hubiera sido enemigo declarado del duque de Borgoña, y pretextando celo por la fe no hubiera tenido presente otra cosa que el marchitar la reputacion de este príncipe. Esta memoria es muy viva y apasionada, y el autor revocaba en ella ó ponia en duda el carácter de embajador del rey de Francia que tomaba Gerson, aunque fuese notorio que se hallaba revestido de tal título. Reconócese bastante cuál era el objeto de las referidas quejas del obispo de Arras. Como no era su ánimo se llevase al Concilio la cuestion que se agitaba, no podia tolerar el que solicitára Gerson la conclusion definitiva de ella con tal ardor; pero el Concilio supo hacer siempre justicia á Gerson y poner la diferencia conveniente entre el acusado y acusador. No fué ésta la última vez que se opuso el obispo de Arras con acrimonía al célebre Gerson; hízolo con más violencia en una sesion del mes de Mayo de 1416. En este dia presentó Porreo un largo pleito fundado en derecho contra el procedimiento del obispo de París, y asímismo contra el de los comisarios de la fe. Fué tan largo su pleito, que en todo el dia pudo decidirse; pero en el siguiente, habiendo obtenido Gerson audiencia á pesar de su adversario, quien aún pretendia ser oido ántes que él, hizo un discurso en el cual respondió á todo lo que el prelado habia alegado contra la sen-

tencia de París, y en el cual reprodujo la apología del duque de Borgoña y las nueve aserciones del Dr. Juan Petit, las cartas del rey de Francia, que solicitaban fuertemente su condenacion, y muchos escritos que se habian compuesto para justificar la sentencia del obispo de París. El obispo de Arras respondió á ellos lo mejor que pudo algunos dias despues, y presentó una carta de la facultad teológica de la provincia de Picardía, por la cual parecia no haber consentido esta provincia en una carta de la universidad de París, que acababa de leer Gerson; pero á la lectura de la expresada carta de la provincia de Picardía se subsiguió instantáneamente tal tumulto, que fué necesario separarse. En otras muchas ocasiones se vió al obispo de Arras parecer en el Concilio manifestando este prelado en todos sus actos que tomaba con gran interés todos los asuntos concernientes al duque de Borgoña, su bienhechor. Despues de la tenuta del Concilio de Constanza fué enviado á Inglaterra con el preboste de S. Donaciano de Brujas; se ignora el asunto de tal viaje. Martin Porreo murió el dia 6 de Setiembre de 1426, y le enterraron en su iglesia, donde se puso sobre su sepulcro el epitafio siguiente:

HIC JACET MARTINUS PORE,
DE CONVENTU SENONENSI
ORDINIS FRATRUM PRÆDICATORUM:
OLIM CONFESSARIUS ILLUSTRISSIMI PRINCIPIS JOANNIS,
DUCIS BURGUNDIÆ, FLANDRIÆ, ARTESIÆ,
ET
BURGUNDIÆ COMITIS,
DEINDE ATREBATENSIS EPISCOPUS.
OBIIT ANNO DOMINI M.CCCCXXVI,
DIE SEXTA SEPTEMBRIS.

Véase acerca de este prelado la *Gallia Christiana* de los Sres. Santa Martha, tomo I, pág. 218, en el artículo de los obispos de Arras; César Egaso de Boulay, en su *Historia latina de la universidad de París*, tomo V, siglo VII hácia el año de 1415 y siguientes; la *Historia del Concilio de Constanza*, por M. l'Enfant, en muchos lugares del primer volúmen, etc.—G. A.

PORRES (Fr. Antonio Montes de). Se ignora absolutamente la órden á que perteneció este religioso, sin embargo compuso y publicó la siguiente obra: *Suma de Antonino Diana, en romance;* Madrid, 1657, en fólio menor.—A. L.

PORRES (Fr. Diego de), religioso mercenario de gran mérito y virtud; dirigió los conventos principalmente el titulado de Santa Cruz de la Sierra, en las Indias Occidentales, consiguiendo copioso fruto de conversiones entre

aquellos naturales con su predicacion y buen ejemplo. Compuso una carta geográfica de aquella provincia, que dedicó y dirigió al rey D. Felipe II, cuyo suceso recuerda el autor Marcos Salmeron en los *Recuerdos historicos de la órden de la Merced*, pág. 329. — A. L.

PORRES (Francisco Ignacio de). Nació en Villaseca, correspondiente á la provincia de Toledo, en cuya ciudad le educó; profesor sobresaliente de lengua hebrea en la Academia Complutense, sumamente docto, y escritor elegante é ingenioso, canónigo de la iglesia de Alcalá. Entre otras muchas obras escribió: *Discursos morales para los domingos, miércoles y viernes de la cuaresma;* Alcalá, en 4.°—*Discursos morales para los lunes, mártes, jueves y sábados de la cuaresma;* Alcalá, 1642, en 4.°—*Discursos morales para los domingos despues de Pentecostés;* Alcalá, por Antonio Vazquez, 1641, en 4.°—*Discursos morales para los domingos de adviento y del año;* Alcalá, 1645, en 4.°—*Discursos en alabanza de diez santos;* Alcalá, 1644.—*Discursos morales aprendidos en las hazañas escandalosas y ruina miserable del príncipe Absalon;* Alcalá, 1646, en 4.°—*Discursos morales aprendidos en las valerosas hazañas y sagradas fortunas del juez, príncipe y capitan general de Israel Gedeon;* Alcalá, 1648, en 4.°—*Discursos funerales;* Alcalá, 1650, en 4.°—*Discursos de alabanza y doctrina para las festividades de Cristo Señor nuestro;* Alcalá, 1650, en 4.° Permanece inédito. — A. L.

PORRES Y TOLEDO (Mtro. Fr. Antonio de), natural de Madrid. Tomó el hábito de la órden de la Merced calzada en el convento de la ciudad de Salamanca, y siguió su carrera con sumo aprovechamiento, siendo colegial de su colegio de Alcalá, de cuya universidad fué rector y juez conservador, maestro del sagrada teología, y definidor de su provincia de Castilla. Falleció en el convento de Madrid el año de 1713. Escribió: *Tratado de Indulgencias y explicacion moral de las de la Religion*, que imprimió en Madrid el año de 1709, en 4.° Y dejó para dar á la prensa dos tomos en fólio de *Privilegios de los regulares*, que se guardaban en el archivo general de la Orden. Fray Ambrosio Arda, *Biblioteca Mercenaria*. Ms., tomo II. — G. A.

PORRETTI (Fernando). Este literato nació en Pádua, hizo sus estudios en el seminario de dicha ciudad, y desempeñó despues la cátedra de humanidades con la mayor distincion. Abrazó el estado eclesiástico y recibió la borla de doctor en la facultad de teología, continuando sin embargo entregándose á la enseñanza de las letras en que los talentos que mostraba decidieron á los magistrados de Pádua á llevarlo al seminario, para ponerle á la cabeza de su escuela, en donde sus lecciones y sus ejemplos contribuyeran á formar un crecido número de buenos discípulos. Murió en el mes de Febrero de 1741, vivamente sentido de sus compatriotas, y fué enterrado en la iglesia llamada el Torresino, con un epitafio que se halla en las *Vidas de*

los hombres ilustres del seminario Patavino, pág. 101. Se tiene de él una *Gramática latina*, de la cual hubo dos ediciones; las *Oraciones fúnebres;* los *Discursos de apertura*, etc. Ha dejado manuscritas varias obras tanto en verso como en prosa. Era miembro de una congregacion de teólogos, conocidos bajo el nombre de Dicobratis. —G. A.

PORRO (Francisco Daniel), algebrista; nació en Besanzon en 1729. Despues de haber terminado sus estudios, abrazó la regla de S. Benito en la congregacion de S. Vannes, recibiendo entónces el nombre de Donato. Obtuvo de sus superiores el permiso de entregarse á las ciencias abstractas, y fué dispensado de todas las prácticas que hubieran podido distraerle de sus meditaciones. La revolucion le sacó de su vida apacible y tranquila del claustro. Tomó una modesta vivienda no léjos de la abadía de S. Vicente, en donde habia pasado tan dichosos dias; y habitando solo en medio de sus libros, continuó aplicándose al estudio de las matemáticas. Este modesto religioso murió casi desconocido en su ciudad natal el 26 de Enero de 1795, á los sesenta y seis años de edad. Publicó bajo el anónimo: *Juego de cartas armonioso y recreativo*. Es un juego ó medio con el cual se puede componer pequeñas arias por la simple distribucion de las cartas y su arreglo en la progresion numérica. *Exposicion del cálculo de las cantidades negativas*; Aviñon (Besanzon), 1784, en 8.° — *El Algebra segun los verdaderos principios*; Lóndres (Besanzon); 1789, dos volúmenes en 8.° —J. G. A.

PORRU (Abad Vicente). Nació en 1768 en Cagliari, en la isla de Cerdeña; se consagró al estudio de la gramática y de la retórica en el colegio de Sta. Teresa, en donde fué prefecto de los estudios y miembro de la Universidad real. Se encuentra un libro suyo bajo el nombre de la *Necesitá della preghiera*. Se le debe una curiosa disertacion sobre el *Patoa logudurese*, *el gallarese y el meridional*; dialectos que se hablan en la isla y que se han formado en el siglo XIII de la corrupcion del latin y el aleman. Ha publicado con este título un *Diccionario universal sardo-italiano*; 1832, pequeño volúmen, en fólio. Este sabio murió en Cagliari el 23 de Marzo de 1836. Su *Diccionario de dialecto sardo* es raro en Francia. —G. A.

PORSIDONIO (S.), abad de Tabenas. Son muchos los milagros que se refieren de este santo padre, y algunos en extremo maravillosos. De su inocencia se asegura que fué tal, que no hubo ninguno que le igualase. Vivió un año en Betlehem, donde se distinguió por sus muchas virtudes, y entre sus hechos miéntras permaneció en aquel lugar se cita el siguiente. Durante todo un año no vió á un solo hombre ni oyó voz humana, careciendo de pan y manteniéndose solo con algunas yerbas silvestres y dátiles. Saliendo en una ocasion á buscar el sustento, no tardó en encontrarse en las habitaciones de los hombres y á distancia de unas dos millas de su gruta. Mirando á su alrede-

dor vió dirigirse hácia el á un caballero, que le aconsejó fuese á una gruta, y habiendo ido á ella, encontró una canasta llena de uvas é higos maduros, con la que regresó muy alegre á su cabaña, teniendo alimento para dos meses. El B. Porsidonio hizo otros milagros en Betlehem. Una mujer, que se hallaba encinta, era maltratada por un espíritu maligno, y cuando llegó la hora del parto, fué cuando el espíritu le hizo padecer más. Su marido fué entónces y suplicó al santo la viese: hízolo Porsidonio, y despues de haber orado, á la segunda genuflexion lanzó el espíritu del cuerpo de la mujer. Sin embargo, levantándose, dijo á los circunstantes: «Orad, pues aunque haya sido expelido el espíritu maligno, conviene tengamos alguna señal para quedar seguros de ello.» Entónces el demonio hizo temblar al salir toda la casa de la enferma, desde los cimientos. La mujer, sin embargo, que no habia hablado en seis meses, en cuanto salió el demonio, parió y habló. — S. B.

PORTA ó PUERTA (Ardicino de la), *el Mozo*, cardenal, obispo de Alesia, sobrino del cardenal así llamado. Apénas se graduó de doctor, cuando le eligieron para provisor del arzobispo de Florencia. Cumplió muy bien todas las funciones anejas á su ministerio, y se distinguió por su vigilancia, equidad y firmeza. Cuando el papa Paulo II hubo declarado la ciudad de Florencia rebelde á la Santa Sede, fué el único que se atrevió á publicar el entredicho en ella, á pesar de las amenazas del populacho amotinado. Una accion tan firme, tan valerosa y arriesgada le adquirió mucha reputacion en la corte de Roma, en donde le empleó el Papa en otros negocios. Despues le dió el obispado de Novara su patria, y luego el de Aleria, en Córcega. Sixto IV le estimó mucho, llenándole de distinciones, pues le hizo sucesivamente refrendatario y datario, y le confió legacías de importancia. Este prelado apaciguó diversas veces las turbulencias que se habian suscitado en Nursia, en Terni, Perusa, Tipherno y en Todi; quitó á los sediciosos los medios de poner en ejecucion sus malos designios; confirmó á los otros en la obediencia, y restableció la autoridad de los magistrados. Poco tiempo despues terminó felizmente las diferencias que mediaban entre el emperador Federico III y Matías Corvino, rey de Hungría, y los persuadió á que se unieran á fin de oponerse á los progresos que por todas partes hacian los infieles. El papa Inocencio VIII descargó en él muchos negocios de importancia, y entre ellos el cuidado de responder á los embajadores de los príncipes, y le creó cardenal por el mes de Marzo de 1489; pero su humildad le hacia mirar con indiferencia todas estas dignidades, y le hacia suspirar por la soledad. Llevado de esta idea fué á ponerse á los pies del Papa, le suplicó admitiera la renuncia de sus beneficios y de su capelo de cardenal, y le permitiera retirarse á la ermita de Camaldoli, en donde habia resuelto acabar el resto de sus dias en el santo ejercicio de la penitencia. Des-

pues de haber obtenido lo que deseaba, salió disfrazado de Roma, sin más acompañamiento ni más séquito que un solo doméstico; luego que lo supieron los cardenales manifestaron tanto disgusto, que se vió el Papa precisado á hacerle volver. Porta escribió del modo más fuerte que puede imaginarse para obtener la libertad de poner en práctica el proyecto que habia formado; pero todo fué en vano, pues se vió precisado á volver á la corte, donde fué el ejemplo de los eclesiásticos, y donde falleció en 4 de Noviembre de 1493. Su cuerpo fué enterrado en la iglesia del Vaticano. VICTORELL y CHACON: *Hist. Pont. Cardin.* UGHELO: *Italia Sacra.* AUBERI: *Historia de los Cardenales.*—G. A.

PORTA (Fr. Constancio), franciscano italiano, natural de Cremona, fué muy entendido en la música, por lo que obtuvo el cargo de maestro de capilla de la casa de Ntra. Sra. de Loreto que desempeñó con grande celo y acierto, sacando muchos y aventajados discípulos. Publicó, segun Wadingo, en 1578 una obra titulada: *Sacra Carmina cum gratu concentu notarum musicarum, quæ passim inter sacra canuntur.*—S. B.

PORTA (P. Mtro. Domingo). Fué este religioso catalan, segun Amat, en sus *Escritores de Cataluña*, monje del monasterio de Poblet en el que por su virtud y saber alcanzó la dignidad de abad. Fué tan elocuente en el púlpito y sujeto de tan basta erudicion, que fué llamado por sus compatriotas pozo de ciencia, y siendo así, no alcanzamos cómo no se hayan conservado más particularidades de su vida y noticia de sus sermones, puesto que solo nos citan un manuscrito en que constan sus obras políticas y morales, cuyo exámen tampoco se hace por Amat ni por ninguno de los que le citan, si bien deben constar más datos en las crónicas del monasterio de Poblet, máxime cuando fué abad.—A. C.

PORTA (Fray Sancho). Nació en Zaragoza á mitad del siglo XIV, y su nombre fué muy conocido en esta ciudad. Recibió el hábito de la órden de Predicadores en su convento de Sto. Domingo, donde obtuvo su magisterio. Consta por una escritura otorgada por esta comunidad á 23 de Marzo de 1385, ante el notario García Martinez Royo, que era lector de filosofía ó maestro de la Natural, como allí se lee, y en el de 1397 asistió á la fundacion del convento de Alcañiz, segun el maestro Diago en su *Historia*. En el de 1403 le hicieron prior de aquel convento, y ya era maestro en teología, como parece de una escritura otorgada por el mismo convento á 9 de Diciembre de 1403, ante el notario Pedro Sanchez de Biel, en la cual se inscribe así: D. Fray Sancho Porta, maestro en sagrada teología, prior de dicho convento, donde tambien fué orador evangélico sabio y celoso. Siendo reconocido el cardenal D. Pedro Martinez de Luna por papa en el reino de Aragon, con el nombre de Benedicto XIII, le creó maestro del Sacro Pala-

cio en 1403, ó principios de 1404, cuyo cargo, y otros que tuvo en los siglos XIV y XV, acreditaron tambien su piedad, prudencia y doctrina. Murió este sabio y devoto religioso en 1429, como consta del epitafio de su sepultura, que está, dice el P. Murillo, trat. 2. de las *Excel. de Zarag.* pág. 287. col. 1, en la iglesia del referido convento de Zaragoza, y en que se lee:

Hic jacet Reverendus Magister Sanctius Porta, Magister Sacri Palatii, et prædicator egregius. Obiit anno Domini MCCCCXXIX. Die XIX Mensis Novembris.

No existe en el dia esta memoria, á causa de la renovacion que tuvo el referido templo. El maestro dominicano Madalena, en el *Manual de Dominicos*, pág. 56, advierte que cuando el referido Benedicto XIII estuvo en Zaragoza, predicó el maestro Porta en el dia y festividad de la Anunciacion de Nuestra Señora, año 1410, en la presencia de dicho Pontífice, y que el título de este sermon es: *Sermo quem fecit Magister Sanctius Porta, coram Summo Pontifice, in sexto Incarnationis, per quem factus est Magister Sacri Palatii.* Este sermon es el quinto *De Incarnatione Verbi Divini*, y sobre este objeto se explica más en la salutacion que empieza *Beatissime Pater, doctrinæ ac scientiæ titulo præstantissimo, etc.*, continuando el citado maestro Madalena, que el referido Porta fué maestro del Palacio Apostólico desde 1410 hasta 1416, en que se apartó de la obediencia de Benedicto, y se retiró al convento de Alcañiz, de donde volvió al de Zaragoza, en el que vivió desde el año 1421 hasta el de 1429, en que murió, como consta de los libros de expensas y gastos del mismo convento. Pero por una escritura de donacion de varios tréudos y censos que hizo Bartolomé Salvador, vecino de la parroquia de San Pablo de Zaragoza á 20 de Junio de 1407, testificada por el notario Juan Blasco de Azuara, á favor del maestro Fray Sancho Porta, se llama D. Fr. Sancho Porta, del órden de los Freyres Preycadors del santo Palacio Apostolical, maestro profeso en la santa teología. De que se infiere que ya este dia 20 de Junio de 1407 era maestro del Sacro Palacio, cargo que lo poseyó desde el 1404, ó al ménos desde el 1405, pues ya en este tiempo no se hallaba en el convento, ni como prior, ni como súbdito, como se colige de una escritura testificada á 7 de Abril de 1405, donde no se nombra al maestro Porta. Desde últimos de Noviembre de 1403 hasta Julio de 1404 estuvo el dicho papa con su corte en Marsella, segun escribe Zurita en sus *Anales*, y conviene Pagi en el *Breviario de los Pontífices*, y así en este tiempo no hay inconveniente en decir que el maestro Porta fuese á Marsella á negocios del convento ó de la Religion, y que estando allí predicase el citado sermon de la Anunciacion y fuese elegido maestro del Sacro

Palacio, cargo que sin duda obtuvo hasta el año de 1414 ó 1415, cuando el rey de Aragon y otros príncipes se apartaron de la obediencia de Benedicto. La memoria de las obras que escribió es: 1.° *Divinum, ac proinde inestimabile, sed et omnium, quæ hucusque de Christiphera Virgine scripta sunt, Mariale.* Obra que reconoció é hizo imprimir el maestro dominicano Fr. Alonso de Castro, en Lyon por Juan Cleyn, aleman de nacion, año 1513, y otra vez en 1517, en 4.° Así se conoce esta obra en las bibliotecas. Se afirma hallarse en la librería del convento de S. Agustin de la Observancia de Zaragoza, de edicion de aquel tiempo; con el siguiente título: *Sanctius Porta conciones de B. Virgine et de Tempore. Rmo. in Christo Patri Domino Fratri Joanni Enguera S. Ord. Præd. Illird. Epis. Inquis. Gener. Aragoniæ à Confes. Catholicæ Majestatis Fr. Ildefonsus de Castro Ordin. Prædic.* etc., y tambien se hallaba dicha obra en la librería del real convento de Predicadores de Zaragoza G. G., 208, edicion de 1517.—2.° *Introductiones sermonicales, seu exordia concionum;* en Lyon por Cleyn, 1513 y 1517 en 4.° Va unida con la obra antecedente la que se publicó ántes en Valencia con este título: *Sermones Festivitatum annualium B. Virginis Mariæ;* en Valencia, por Juan Goffredo, 1512 en fólio. Afirman algunos eruditos han visto dichas introducciones con el citado volúmen, en la referida librería del convento de San Agustin con este título: *Introductiones naturales in sermones tam de Sanctis, quam de tempore Sanctii Porta D. Verbi Prædicatoris admodum servidi et vitiorum impugnatoris accerrimi, quos eidem Sanctio communis fama attribuit;* y en el lugar correspondiente se lee: *Hic optatum sortiuntur finem, impressæ in famossisimo Lugdunensi Emporio in officina libraria probi viri Joannis Cleyn, Alemani Bibliopolæ atque calcographi solertissimi*, en 4.° Estan en dicha edicion en Predicadores de Zaragoza, G. G., 208.—3.° *Sanctis Porta Sermones Æstivales;* en Lyon por Juan Cleyn, en 4.° Esta obra existia en dicha librería en la mencionada edicion. Tambien está en la librería de Predicadores G. G., 208: comprende desde la Pascua hasta la dominica 24 *de tempore.*—4.° *Sermones de tempore dominicales ab Adventu Domini ad Pascha;* En Lyon por Juan Cleyn, 1517 en 4.° El título literal es: *Sermones Hyemales de tempore V. Sanctii Porta Sac. Ord. Prædic. Professoris adjuncta tabula summam sermonum in hac parte contentorum insinuantes;* y esta tabla comprende desde la dominica 1.ª de adviento hasta el domingo de ramos inclusive. Al fin *Anno* 1517, por Cleyn.—5.° *Sermones de Sanctis*: en Lyon por el mismo Cleyn, 1517 en 4.° Hay otra edicion del mismo Cleyn en 1516 en la librería del Real convento de Predicadores de Zaragoza, G. G., 208. Estas obras del número 1.°, 2.°, 3.°, 4.° y 5.°, segun la *Biblioteca Doméstica*, estan en la librería de los reverendos Padres Celestinos de París, con otra edicion de las mismos: *Hagenan por Orignan*, 1515, en fólio, y tambien se

estamparon en Lovayna por Juan Rymman, en 1514, en fólio.—6.° *Figuræ quædam ex Biblia peccata designantes à V. Sanctio de Porta moralizatæ;* está al fin del tomo *de Sanctis* en dicha librería del Sto. Domingo de Zaragoza, *cum quibusdam Collationibus pro Defunctis.*—7.° *Sermones varios, y algunas epístolas y memorias sobre los acaecimientos de su siglo.* Publicaron el mérito del Mtro. Porta, Sixto Senense, en su *Biblioteca*; advirtiendo tambien que su estilo segun el uso del tiempo en que vivió fué sencillo y fácil, y que sus sermones estan llenos de una piadosa moralidad; los PP. Pio y Fernandez en la *Historia del Rosario*; Guillermo Eilseingrein *ad ann.* 1514, como Simlero; el P. Posevino en el *Apparat.*; D. Nicolás Antonio, en la *Bibliot. Hisp. vet.*, tomo II, libro X, cap. III, pág. 140, núm. 108; el Mtro. Diago en su *Hist. del Ord. de Predicadores de la Prov. de Arag.*, libro XIV, pág. 35; Marieta, *Hist. Eccles.*, libro XIV, párrafo 93; y entre otros el maestro dominicano Madalena, en su *Alleg. Hist. Script. Ord. Præd.*, páginas 2.ª, 3.ª y 4.ª, núm. 2, y con extension en su *Manual de Dominicos*, fólio 56; y Don José Rodriguez de Castro, en el tomo I de la *Biblioteca Española*, pág. 204, columna 2.ª, donde advierte que en la disputa de Tortosa, que tuvo Gerónimo de Santa Fe con los rabinos, en ausencia del referido Benedicto XIII, le cometió la presidencia al ministro general del órden de Predicadores, maestro del Sacro Palacio. Trata el referido escritor de estos sucesos en el año 1413, pues es cierto que en 10 de Marzo del referido año estaba en Tortosa el Mtro. Porta con la corte de Benedicto, como se lee en las letras despachadas en aquella ciudad en dicho dia por el provincial Fr. Juan Guerra, á favor del inquisidor general de las tierras sujetas al rey de Aragon, Fray Sancho de Besarán, las que se conservan en el archivo del citado convento de Zaragoza, pues en ellas testificó el notario Juan Bonates: *Præsentibus RR. in Christo Patribus ac viris fratribus Sanctio Porta Sacræ theologiæ egregio professore à Sacri Palatii Apostolici Magistro, et Lupo de Galdo Garcia de Cassarerio in Sacri paginæ Magistris Ord. Prædicatorum, et pœnitentiariis, B. Papæ.* De que consta que el Mtro. Porta fué el maestro del Sacro Palacio, á quien Benedicto XIII cometió la presidencia en las referidas disputas tenidas en Tortosa en el citado año de 1413.—G. A.

PORTA (Simon), napolitano. Fué discípulo de Pomponace, cuyas opiniones y doctrinas siguió. Estudió la filosofía en Pisa, y murió en Nápoles en 1554, á los cincuenta y siete años de edad. Se tiene de él diversos *tratados de filosofía moral*, publicados en Florencia, en 4.°, en 1551. Esta coleccion contiene sus tratados *de mente humana; de placer y de dolor, y del color de los ojos.* Dejó además: 1.° *de las cosas de la Naturaleza;* dos libros, 1553, en 4.° Este libro es raro.—2.° *De la conflagracion del campo puteolani;* Florencia, 1551, en 4.°—3.° *Del trabajo fisiológico;* en el cual se trata, no tan

solamente *del arte de la química*, sino tambien *el método de encontrar el oro;* Mesina, 1618, en 4.°, etc. Ha habido tambien otro Simon Portius, romano, autor del *Lexicon griego de los bárbaros*, 1635, en 4.°, y una *Gramática de la lengua griega vulgar*, 1638, en 4.° —G. A.

PORTA Cortés (Dr. D. Juan de la), presbítero, notario apostólico. Entró en 28 de Junio de 1631 en la Congregacion de S. Pedro, de sacerdotes naturales de Madrid. Fué gran filósofo, teólogo, poeta lucido, y escribió muchos tratados en prosa y verso con gran acierto, y particularmente algunas comedias. Lope de Vega hace mencion de él en su *Laurel de Apolo*, silva VII, diciendo:

Pues mira al Doctor Porta
Para cuya científica Thalía
Toda alabanza es corta:
Con él á pretender el lauro envia,
Verás cómo su frente en Helicona
De verdes esmeraldas se corona.

Montalban, *libro I de Ent. de la Cong. de S. Pedro.*—G. A.

PORTAGELO (Fr. Angelo), religioso dominico, natural de Perusa, á quien otros llaman Fr. Angel Portaloso, desde su nacimiento manifestó el cielo con visibles señales que le tenia designado para uno de sus elegidos; tomó el hábito á la edad de trece años, siendo en él tan frecuentes los nombres de Jesus y de María, que era llamado por lo general Fr. Angelo de Jesus María. Convirtió con sus sermones á gran número de personas extraviadas, reduciéndolas á mejor vida, y atrajo á la fe á muchos judíos. En Florencia compuso odios envejecidos, y volvió al seno de la Iglesia á muchas personas que se habian separado de ella con harta ligereza. Fué penitenciario del papa Juan XXII, quien le nombró obispo, en cuyo cargo dió evidentes muestras de su acrisolada virtud. Profetizó el dia de su muerte mucho ántes de que se verificase, y murió como habia vivido hácia 1335. — S. B.

PORTALEGRE (Fr. Antonio de), religioso de la órden de S. Francisco, provincia de la Piedad, portugués y sacerdote ejemplar, tanto por su religiosidad y observancia, cuanto por sus vastos conocimientos, bellísimo carácter y deleitable conversacion, en tal grado y con tan superiores dotes que mereció el alto cargo de ser el director espiritual de la princesa Doña María de Portugal. Escribió un tratado de grande brillantez y mucha expresion titulado: *A Paisao de Christo metrificada;* escrita en castellano y portugués en 1548. Posteriormente se reimprimió en Coimbra en 1581.—A. L.

PORTALEGRE (Pablo de), religioso presbítero de la Compañía de Jesus.

Era de nacion portugués, muy celebrado en su tiempo, sugeto eruditísimo y de gran capacidad, como lo manifiestan y dan á entender sus muchas obras manuscritas, de las cuales la mayor parte se han extraviado; sin embargo, entre las que existen aún, se conserva una de gran mérito, intitulada *Florem sanctorum*, cuya obra se conserva en el monasterio de S. Eligio, segun las noticias dadas por Cardoso en su *Agiologio*, en el dia 23 de Junio.—A. L.

PORTALÉS (Fr. Luis), natural de Borriol, religioso carmelita calzado, hijo del convento de Ouda. Fué muy amante de la quietud de su celda, y dado al estudio de las santas Escrituras, por cuyo medio adquirió muchas noticias y se hizo benemérito de la estimacion de sus prelados. Habiéndole trasladado al Real convento de Valencia, le eligió el santo tribunal de la Inquisicion en el año de 1694 por confesor de los presos de sus cárceles secretas, cuyo empleo ejercitó hasta su muerte, sucedida en Valencia á 8 de Marzo de 1705. Estas son sus obras: 1.ª *Canticum graduum, sive Psalmi graduales expositi secundum mentem sanctorum, et doctorum, ad clariorem intelligentiam Spiritus Sancti dictatoris;* tres tomos en 4.°—2.ª Otro tomo, tambien en 4.°, que incluye los tratados siguientes. Primero: *Codex Sacræ Scripturæ.* Segundo: *Monotesaron, sive Choronotaxis annorum, et gestorum Christi, in qua quatuor Evangelia recto ordine temporis digeruntur, et inter se ordinantur ut unam vitæ Christi historiam efficiant.* Tercero: *De sensibus Sacræ Scripturæ.* Cuarto: *Codex de legibus.*—3.ª Y otro tomo en fólio, en el cual despues de varios apuntamientos predicables hay notadas estas obras: Primera: *De calice Domini nostri Jesu-Christi, in nocte cœnæ, qui habetur in sancta metropolitana Ecclesia Valentina honorifice. Et tessera sepulchralis D. D. Francisci Fenollet, decani et canonici S. Metropolitanæ Ecclesiæ Valentinæ.* Segunda: *Flos sanctorum quorum corpora jacent veneratione inenarrabili in venerabili parochia S. Catharinæ Martyris Valentiæ dictæ del Cid.* Estos cinco tomos, escritos de manos de su autor, existen en la librería del Real convento del Cármen de la ciudad de Valencia; pero del *Tratado del Santo Cáliz*, solo queda el título, porque lo demás falta del tomo.—A. L.

PORTALLIER (Claudio José). Nació este eclesiástico en Meximieux el 19 de Marzo de 1788. Hecho sacerdote, ejerció el ministerio por algun tiempo en Poncia, habiendo sido despues empleado en diversos seminarios, entre ellos el de S. Ireneo de Lyon. Deseando el obispo de Belley establecer un seminario en Bron, le confió su organizacion nombrándole al propio tiempo canónigo honorario de su catedral; pero Portallier, de débil complexion y pobre salud, no pudo soportar el austero régimen del seminario, y se retiró á Bourg, en donde dirigió el noviciado de las hermanas hospitalarias de San José, en cuyo cargo murió el 22 de Julio de 1831. Han quedado de este virtuoso eclesiástico algunas obras piadosas, entre ellas un *Mes de María* y un

Manual de ceremonias lionesas. Tambien publicó una nueva edicion de la *Historia de la iglesia de Brou.* —C.

PORTARO (Beata Cecilia), llamada tambien Cacciaguerra, religiosa franciscana, hija de Gualtero Cacciaguerra. Tomó el velo en el monasterio de San Damian en que vivió dando grandes ejemplos de santidad. Falleció á la edad de treinta y nueve años, siendo sepultado su cuerpo en la iglesia de S. Jorge de la misma ciudad. Floreció poco despues de Sta. Clara, fundadora de su religion. En su tiempo fueron trasladadas las religiosas clarisas al convento nuevo de S. Jorge, dentro de las murallas de Asís, dejando el de S. Damian para los religiosos menores. —S. B.

PORTE (Bartolomé de la), teólogo, nació hácia 1699 en la ciudad de la. No habiendo querido firmar el formulario, Mr. Colbert, obispo de Montpeller, le confirió las órdenes y le empleó en su diócesis. A la muerte de este prelado, no habiendo encontrado los mismos sentimientos en su sucesor, se quejó indiscretamente y tomó parte en las diferentes intrigas que produjeron su extrañamiento. Desterrado en 1741 á Auxerre, fué enviado dos años despues á Burdeos, muriendo en 1786, despues de haber publicado varias obras bajo el anónimo. Citaremos la *Carta de un burdalés sobre la vida y los santos misterios de la Virgen;* por la Fitari, 1759, en 12.°, en union con el P. Eymar. —*Cartas filosóficas y teológicas*; con la refutacion de una instruccion pastoral de Mr. Beaumont, 1760. —*Principios teológicos, canónicos y civiles sobre la usura;* 1763, tres volúmenes en 12.° En la introduccion examina el autor detenidamente los escritos contrarios. —*Carta instructiva de un teólogo romano sobre la nueva devocion al sagrado Corazon;* 1773. Es la traduccion de un escrito en italiano que habia aparecido en Roma. —*El defensor de la usura confundido, ó la refutacion de la Teoría del interés del dinero*; 1782, en 12.°, con una *Coleccion de ordenanzas*, por Masitrot. —G. A.

PORTE (José de la). Nació este infatigable compilador en Befort el año de 1713, de padres pobres, pero que cuidaron de que recibiese una esmerada educacion. Terminados sus estudios, en los que salió con todo lucimiento, tomó el hábito de religioso en la Compañía de Jesus, pero al cabo de algunos años se salió del convento, y fijándose en París, procuró buscar medios de subsistencia cultivando las letras. Logrando asociarse á Freron, trabajó bajo su direccion en las cartas que éste publicaba sobre algunos escritos que se publicaban en esta época, y en el *Año literario*, pero habiendo descompadrado, La Porte emprendió de su propia cuenta un periódico que no tuvo aceptacion. Al propio tiempo publicó algunas críticas, que sin aumentar en nada su reputacion le atrajeron enemistades; por lo que apartándose de tan peligrosa carrera, se entregó á su aficion de recolectar los trabajos de otros y ordenarlos, y sus compilaciones llegaron á valerle de diez á doce mil li-

bras de renta. Asombrado él mismo de su fortuna, decia frecuentemente, segun Laharpe, que para enriquecerse no era preciso hacer libros, sino imprimirlos, sistema que se ha perfeccionado mucho despues de él. No por esto debe creerse que el abate La Porte careciese de mérito; no le faltaba ni gusto ni buen juicio, y poseia en alto grado el talento analítico, ménos comun y más estimable que lo que á primera vista parece. Por otra parte, era un hombre sumamente tratable, de dulces costumbres y que supo colocarse con modestia en el rango que le correspondia entre los literatos. Segun Laharpe, su compañero en la *Correspondencia Rusa*, murió en Paris el 19 de Diciembre de 1779, con señales manifiestas de gran piedad, habiendo sido el primero que ideó las compilaciones de todos géneros, que puso en contribucion para ellas la literatura francesa, habiendo sido el más fecundo y activo literato en esta materia. En su testamento acreditó el fondo de caridad que le animaba, pues que legó una gran parte de sus economías á los pobres de Befort, y su amistad fué probada como buena y desinteresada por sus íntimos amigos los célebres Clement, Palissot, Chamfort y otros. Además de los *Diarios* de que hemos hablado, escribió en *El Mercurio francés* y en *La Francia literaria*, cuyo primer suplemento escribió él solo. Se conocen de La Porte las siguientes obras: *Observations sur la litterature moderne;* 1749, en 12.°—*L'Observateur litteraire;* 1758, en 8.°—*Les Spectacles de Paris*, ó calendario histórico y cronológico de los teatros, desde 1751 á 1788, en 24.° *Voyage au séjour des hommes;* 1749, en 12.° De esta obra se publicó otra edicion con este título: *Voyage à l'autre monde*, ó noticias literarias de éste; 1752, dos partes en 12.° Es una crítica moderada y divertida de algunas obras que metian mucho ruido en aquella época.—*L'Antiquaire*; comedia en tres actos y en verso; 1751, en 8.°, pieza propia para representarse en los colegios.—*Observations sur l'Esprit des lois*; 1755, en 12.° Clemente de Génova, criticando esta obra, dice que su primera parte es mediana, la segunda muy razonada y la tercera débil, vaga, poco reflexiva y sin consecuencia.—*Tableau de l'Empire Ottoman;* 1757, en 12.° que se volvió á publicar con el título de *Almanach turc;* 1760. Esta obra, segun Weis, es una copia de otra de Alcides de San Mauricio, titulada: *La Cour Otomane*, ó el intérprete de la Puerta; París, 1775.—*L'Ecole de la Litteratture*; sacada de los mejores escritores franceses; 1765, dos volúmenes en 12.°: es una compilacion muy bien hecha y estimada.—*Le Portafeuille d'un homme de gout*; comprendiendo el espíritu de los mejores poetas franceses, 1765, dos volúmenes en 12.°—*Le Voyageur française;* 1765, 1795: cuarenta y dos volúmenes en 12.° Los veintiseis primeros volúmenes de esta obra los dirigió La Porte, los veintisiete y veintiocho pertenecen al abate Fontenoy y los demás á Domairon. Esta obra viene á ser un compendio en forma de

cartas, ó sea en el sistema epistolar de todos los viajes conocidos, escrito en un estilo agradable, que deleita al lector, y á pesar de los defectos que se le atribuyen á este interesante trabajo, tuvo un gran éxito, y áun hoy es una obra utilísima de consulta: nuestro compatriota el escritor español Estala le tradujo aumentándole mucho, y le publicó en cuarenta y tres volúmenes en 8.°, en Madrid el año de 1796: tambien fué traducido al aleman, al holandés, al ruso y en otros idiomas, lo cual acredita su bondad. — *L'Esprit de l'Enciclopedie*, 1768; cinco volúmenes en 8.° Esta es una coleccion de artículos escogidos sacados del *Gran Diccionario* de este nombre. Olivier y Bourlet de Vauselles publicaron un compendio con el mismo título, en doce volúmenes en 8.°, en los años 1798 y 1800, y Mr. Hennequin publicó otro en quince volúmenes. — *Anecdotes dramatiques*; tres volúmenes en 8.°, 1775: esta obra la publicó en compañía de Mr. Dijon. — *Dictionnaire dramatique*; 1776, en 8.° Le escribió en union de Chamfort y es muy estimado y tan buscado como la obra anterior. — *La Bibliothèque d'un homme de gout*; 1777, cuatro volúmenes en 12.° Mr. Chandon habia ya publicado en 1772 una bibliografía con el mismo título, de la que se apoderó La Porte, que la aumentó extraordinariamente, y los errores y omisiones de una y otra han sido corregidos y reparados en gran parte en la nueva *Biblioteca de un hombre de gusto*, publicada por los Sres. Barbier y Desessarts, en cinco volúmenes en 8.°, año de 1808. Débense tambien á La Porte los Pensamientos de Massillon, el Espíritu de Bourdaloue, del P. Castel, del abate Desfontaines, con un prefacio de Giraud. El de los monarcas filósofos Marco Aurelio, Julio, Estanislao y Federico, los Pensamientos del abate Prevost, el Espíritu de Marivaux por Lebrós y el de J. J. Rousseau por el librero Praul. El abate La Porte es editor de los teatros de Regnaud, Legrand y Crebillon; de las obras del abate Lataignan, de Saint Foix y de las obras completas de Pope traducidas al francés en 1779. En la *Francia literaria* de Ensch se hallan aún más títulos que los expresados aquí de obras publicadas que se deben al infatigable La Porte, las que tambien se citan en el *Diccionario de los Anónimos* de Mr. Barbier. Con dos editores como el célebre ex-jesuita La Porte en cada país, las bibliotecas no tardarian en presentar cuantas obras de consulta pudiera necesitar el estudioso. — C.

PORTE DE SAINT-MARTIN (Antonio de la). Nació este religioso en la Bretaña, de padres de la nobleza más distinguida de Anjou. Inclinado á la vida contemplativa desde sus más tiernos años, se dirigieron á este fin todos sus estudios é intentos, y cuando estuvo en disposicion de hacerlo tomó el hábito en la Orden Carmelitana de la más estrecha observancia en el convento de Rennes, en el que profesó el año de 1611 en manos del P. Felipe Thibaut, reformador del mismo convento. Enviado al colegio de Jesuitas

de la Fleche para estudiar teología, La Porte catequizó con sus piadosas exhortaciones á muchos de los miembros de la Congregacion de Sta. María á entrar en el instituto de los Carmelitas. Ya instruido, fué dedicado á la enseñanza, y sucesivamente fué maestro de filosofía y teología en el noviciado de su Orden. Fué nombrado en 1623 prior del convento de Poitiers, que acababa de reformarse, despues del de London, y últimamente del de Angers en 1626. Al terminar en 1629 sus funciones de prior, predicó en la catedral de Angers toda la octava del Santísimo Sacramento en medio de tal afluencia de oyentes, que ningun religioso de su Orden habia sido tan favorecido del público. Desde el año 1631, en que los Carmelitas descalzos de Rennes se establecieron en París en el convento del Santísimo Sacramento, conocido con el nombre de los *Billettes*, hasta el 20 de Setiembre de 1650, época de su muerte, predicó el P. La Porte en las principales iglesias de París. El general de la Orden, P. Strati, le habia nombrado en 1637 su comisario para establecer la reforma en la casa principal de los Carmelitas de la plaza Maubert. Escritor religioso, ha dejado algunas obras que forman su elogio, y le acreditan como uno de los carmelitas que más han contribuido al buen nombre y lustre de esta célebre Orden, que cuenta en su seno tantos sabios religiosos y no pocos bienaventurados siervos de Dios, que ensalzaron con sus virtudes y piadosas prácticas á la religion católica. Sus obras son las siguientes: *La présence de J. C. dans les hôpitaux et prisons;* París, 1640, en 12.°, libro que se publicó con el nombre de un sacerdote pobre.—*Conversation avec J. C. dans le très-Saint-Sacrement de l'autel;* París, 1644, en 12.°—*De la manière de bien vivre dans les compagnies;* París, 1644, en 12.°—*Le Tressor des richeses dans le sein des pauvres;* París, 1644, en 12.°—*Les conduites de la grâce;* París, 1645-1648, en 4.°; id., 1646, en 4.°—*La vie de Madame la Conseillière de Ferrant-Beaufort;* París, 1650, en 8.° El P. Lelong, en su *Biblioteca histórica de la Francia*, hace mencion de esta obra con el título de *L'Idée de la veritable dévotion en la vie de mademoiselle de Beaufort.*— *Les vacances spirituelles.*—*Contemplations amoureuses sur la passion de J. C.* Estas dos últimas obras han quedado manuscritas. La Porte estaba unido en parentesco al cardenal de Richelieu, á su hermano el cardenal de Lyon y á Cárlos de la Porte, duque de la Meilleraye, mariscal de Francia y gobernador de Bretaña; pero á pesar de este parentesco, que tanto hubiera servido á otro ménos humilde para ascender á los más altos puestos de la Iglesia, nuestro La Porte, contento con su vida austera, prefirió buscar en la penitencia el camino del cielo, á medrar en los honores del mundo con menoscabo de su perfeccion si de ello se hubiera valido para llegar á las dignidades á que Dios no le habia destinado.—B. C.

PORTEL (Lorenzo), llamado así por el lugar en que nació. Fué respe-

tado y atendido bajo todos conceptos en la órden de S. Francisco, donde despues de haber enseñado mucho tiempo la teología moral ejerció diversos empleos, y finalmente fué provincial de la provincia de Jabregas. Se tienen de él tres volúmenes de *Resoluciones de casos conciencia*, impresos en Lisboa en los años de 1618, 1619 y 1626; y en Leon en los de 1633 y 1640.—*Dubia regularia.*— *De triplici voto solemni.*—*Sermones para todo el año*, y otras diversas obras. Murió en el convento de Jabregas el año de 1642. *Memorias de Portugal.*—G. A.

PORTELA (Fr. Basilio), religioso de los frailes Menores Capuchinos del Seráfico P. S. Francisco, predicador de la provincia de la Marca, fué uno de los varones más virtuosos y eruditos que tuvo la religion de los Capuchinos en el año de 1627, período en que dicha congregacion produjo muchos religiosos que dejaron en toda la cristiandad el suave olor de sus seráficas y admirables virtudes. Las de Fr. Basilio fueron tantas y tan notorias, que informado de ellas el general que entónces gobernaba la Religion, le envió á París para que con el ejemplo de ellas y el de su apostólica predicacion promoviese y realzase aquella provincia, que estaba todavía en la cuna de sus principios. Habiendo satisfecho su encargo y mision, volvió á la Marca, donde celoso de la salvacion de las almas, se dedicó á instruir en los rudimentos de nuestra santa fe á la clase más ínfima, no queriendo presentarse en los púlpitos más autorizados, y con verdadero y experimentado conocimiento de que la palabra de Dios fructifica poco en las poblaciones y consigue mejores frutos en las aldeas y cortijos, donde rara vez se predica y se oye con mayor afecto. En medio de esta caritativa solicitud llegó su último dia en el convento de Montevetere, desde donde voló á vivir en la eternidad. Las prendas que más le adornaron fueron su sinceridad y docilidad, pues era tanta en este punto su obediencia, que sin ningun exámen ni reflexion alguna ejecutaba con prontitud cualesquiera mandato de sus superiores, mereciendo por esta circunstancia, y otras no ménos distinguidas y dignas de consideracion, el aprecio de todos cuantos le trataban.—G. A.

PORTELLA Y HENRICH (Antonio), natural de Mahon en la isla de Menorca, y no de Vich en Cataluña, como lo supone el Ilmo. Sr. Obispo de Astorga en la pag. 493 de su *Diccionario de escritores catalanes*. Fueron sus padres D. Rafael Portella y Doña Juana Henrich, y tuvo una hermana llamada Eulalia, que habiendo entrado religiosa en el convento de Carmelitas descalzas de Palma murió santamente el dia 8 de Junio de 1767. Provecto D. Antonio en los correspondientes estudios que hizo en varios seminarios de Mallorca, Cataluña y Francia, como así nos lo escribe el Dr. Ramis, y recibido el grado de doctor teólogo, se retiró á su patria la ciudad de Mahon, donde venciendo la preocupacion general de enseñar la gramática latina en un idioma extran-

jero y con el objeto de facilitar su enseñanza, trabajó unos *Rudimentos* para aquella lengua en vulgar menorquin, de que hay tres ediciones hechas en Mahon en un tomo en 8.°; la primera en 1760, la segunda en 1762, en la imprenta de José Payen; y la tercera en 1783, en la de Juan Fabregues, con este título: *Nou método per apendrer la llengua llatina, dedicat al Señor compte de la Union*. Esta obra debe mirarse como incompleta por no abrazar todas las partes de la ciencia que se propuso tratar su autor. Habiendo éste pasado á Mallorca con el Real nombramiento de capellan del hospital militar de Palma, murió en esta capital el dia 27 de Noviembre de 1765.—J. B. de R.

PORTELLIUS (Fr. Pacífico), religioso franciscano, natural de París, predicador de esta provincia y definidor de ella repetidas veces. Se distinguió mucho por la inocencia de su vida, humildad, paciencia, abstinencia y santas costumbres. Estuvo dedicado durante muchos años á la instruccion de los novicios de su provincia, en que manifestó su caridad, mansedumbre y prudencia. Escribió segun el P. Génova: *Praxim animæ devotæ in qua varia pietatis exercitia recensentur;* Paris, 1677, en 8.°—S. B.

PORTERO (Fr. Francisco), religioso franciscano, natural de Irlanda, fué discípulo del colegio de S. Isidoro en Roma, y ejerció en su patria los cargos de ministro provincial, lector dos veces jubilado y teólogo historiador del rey de la Gran Bretaña. Publicó: 1.° *Compendium annalium Ecclesiasticorum regni Hyberniæ;* Roma, por Tinasium, 1690, en 4.°, obra que fué traducida al francés por Sebastian Mambré de Cramoysi, etc.—2.° *Securis evangelica ad hæresis radices posita*, etc; Roma, 1679, en 4.°—3.° *Palinodia religionis prætensæ reformatæ*, etc.; Roma, 1679, en 4.°—4.° *Systema decretorum dogmaticorum ab initio nascentis Ecclesiæ per Summos Pontifices, concilia generalia, et particularia hucusque editorum, in quo insuper recensentur præcipui cujuslibet sæculi errores, adversi impugnatores orthodoxi. Item recursus, et appellationes hactenus ad apostolicam sedem habitæ;* Aviñon, por Francisco Sebastian Uffreuj, 1693, fólio.—5.° *De abolitione consuetudinis præstandi juramentum reis;* Roma, por Cámara, 1696.—6.° *Interpretatio immeri;* Amsterdan, por Jacobo Junior, 1677, en 8.°—S. B.

PORTERO (Fr. Juan), hijo verdadero del glorioso P. S. Francisco en la humildad, sinceridad, pobreza y demás virtudes que constituyen un religioso perfecto y santo. Fué natural de la villa de Guiñesca, reino de Aragon, hijo de Miguel Portero y María Serrano. Tomó el hábito en el convento de San Juan de la Rivera de Valencia, y en el mismo hizo profesion para el coro en 20 de Diciembre de 1589. Su proceder y modo de vida, desde este tiempo hasta que murió, confiesan á una voz los que le conocieron haber sido una veloz é incansable carrera por el camino de la perfeccion. De manera que aún más que con pasos de carne parecia moverse con vue-

los de espíritu, pues jamás le vieron tropezar ni pararse, ántes bien estimularse siempre para seguir á Cristo bien nuestro, é imitar sus altas virtudes. En qué grado y con qué eminencia lo hizo; cuán celoso y observante fué de su regla; cuán puro, casto, pobre, obediente; cuán austero y mortificado; cuán pio y devoto, mejor que con otras ponderaciones, se verá por una relacion sucinta que hace Fr. Antonio Calatayud, que fué su confesor mucho tiempo. Habiendo pues confesado al siervo de Dios el mismo dia que falleció, considerando su perfecta vida y de cuánta edificacion seria el saber los ejercicios santos en que se habia ejercitado en la religion, le rogó que se los dijese para su consuelo. Se excusó el siervo de Dios una y otra vez con grande humildad diciendo, que él no habia hecho jamás cosa buena, que ántes era un gran pecador: mas volviéndole á importunar, como era tan rendido y dócil, no le pudo resistir, y así dijo: ¡Que para honra y gloria de Dios en cuarenta y cuatro ó cuarenta y cinco años que tenia de hábito no le remordia la conciencia de haber quebrantado la ley de Dios, ni la regla en un ápice, á sabiendas: y que por guardarla mejor, aun lo necesario no queria tener! Y en todo este tiempo jamás habia subido ni una sola vez á caballo con haber tenido ocasion para ello, y andado muchos caminos, y tres de ellos cada uno de á trescientas leguas con nieves, recios frios y aguas. Que jamás en invierno ó verano habia llevado más de un simple hábito, habiendo morado en tierras muy frias, como lo es el convento de Sta. Ana del Monte de los religiosos menores descalzos de la regular observancia del seráfico P. S. Francisco, y otros en que tambien habitó. Que en todo este tiempo teniendo salud, el dia que ménos disciplinas habia hecho eran tres, la una á las once con que se preparaba para maitines, la otra despues de ellos, y la otra al alba, y los viernes nueve, por más de veinte años, y otras veces cinco, otras siete, otras diez, y otras doce con diferentes consideraciones: las cinco á las llagas de nuestro Salvador, las nueve á los coros de los ángeles, y las doce á las excelencias de la Vírgen nuestra Señora. Que veinte años continuos habia traido dos silicios de hierro, anchos como la mano, el uno ceñido al cuerpo y el otro como tahalí, que de dia ni de noche se le cayó de encima, y en algunas ocasiones se ponia otros dos en los muslos. Que por espacio de veinte años y más ayunó todas las cuaresmas de nuestro P. S. Francisco, y algunas de ellas á pan y agua, como lo hacia todos los viernes del año. Que despues que tenia el hábito, no se acordaba de haber faltado vez alguna á maitines, ni á las otras horas estando sano; y que despues de ser religioso no habia tenido ni áun pensamiento contra la castidad. Que fué un ejemplo raro y extraordinario de penitencia, sumamente devoto de la Madre de Dios, á quien cada dia rezaba tres y cuatro coronas, y que despues que estaba en la cama, que hacia cerca de tres años, unos dias re-

zaba doce, y otros veinte coronas, sin gran número de estaciones y repeticiones de la oracion del santo sudario por las ánimas del Purgatorio, y otras devociones, y siempre tuvo en su memoria la pasion de Cristo nuestro Redentor, que era lo que más meditaba, y que procuró siempre andar en la presencia de Dios, del cual recibió en la oracion muchos regalos y misericordias. Que estando como estaba enfermo y tullido en la cama, sin poderse mover, todos los dias hizo la disciplina en los brazos y muslos, y los más se ponia silicio, excepto algunos, que le apretaba el dolor de ijada ó palpitacion en el corazon. Esta fué la relacion que hizo Fr. Juan Portero en el artículo de la muerte, que con precepto de santa obediencia depuso su confesor, el cual á todo dió entero crédito, por haberlo el siervo de Dios declarado estando muy en su sentido y acuerdo, y haber visto por sus mismos ojos muchas de las cosas aquí referidas. Especialmente siendo guardian en el convento de Sta. Ana del Monte, y el dicho Fray Antonio corista, dice que le vió ejercitarse en rigurosas mortificaciones entrando muchas veces desnudo en el refectorio, abriéndose la espalda á azotes, no trayendo cosa alguna en los pies, con ser aquel monte tan frio, y guardando muy estrecha abstinencia; en particular dos cuaresmas, que las ayunó casi todas á pan y agua, y toda la comunidad, movida de su ejemplo y exhortaciones, una cuaresma entera ayunó á pan y agua tres dias de la semana con tanto rigor, que entrando en el refectorio y estando la mesa puesta se volvia á salir sin que religioso alguno, por débil ó necesitado que fuese, extendiese la mano á ella. Asimismo les animó á que todos los dias hiciesen dos disciplinas de comunidad, la una ordinaria y la otra extraordinaria por falta de agua, pues era muy grande la sequía que entónces se experimentaba; y acabada la disciplina el siervo de Dios se postraba en el suelo, y con grande humildad y afecto pedia misericordia á Dios y remedio para sus criaturas, y siguiéndole tambien los súbditos hacian lo mismo. Y en veinte y un meses, que allí fué su prelado, casi siempre de dia y de noche le hallaba en el coro ó iglesia puesto en oracion; y muchas veces, ántes y despues de maitines, le acompañaba y hacia la disciplina con él, atraido de su grande ejemplo, y despues que le sucedió la desgracia de la caida, que luego se dirá, en la casa de Yecla, vió resplandecer en él una grande paciencia, quietud de ánimo y alegría espiritual, estando en sus dolores y enfermedades con admirable conformidad en la voluntad del Señor, y recibiendo á los que le visitaban con rostro muy afable y sereno. Hasta aquí dice este religioso su confesor; pero por las deposiciones de otros muchos, que en varios tiempos concurrieron con él, áun sobre lo dicho se hallan otras noticias, que realzan su perfeccion; y la más considerable de ellas es la de su perseverante y ferviente oracion, pues casi siempre desde que tuvo el hábito, además de la ordinaria de la

comunidad tenia cada dia otras seis horas todas de rodillas, quedando en el coro hasta la mañana, que juntaba la oracion de la noche con la del cuarto despues de prima, y con esta preparacion se iba luego á decir la misa. Las mercedes y consolaciones divinas, que en este trato familiar con Dios recibió fueron muchas, y asimismo muy especiales las que le alcanzó el glorioso patriarca S. José, de quien fué gran devoto, y no ménos del bienaventurado S. Antonio de Pádua y de la gloriosa Sta. Ana. En este convento, tan conforme á su espíritu por reformado, quieto y devoto, estuvo diez y seis años sin salir de él, ejercitándose en terribles austeridades, siendo tanto el celo que tenia de padecer por amor de Cristo bien nuestro, que á ninguna hora del dia ó la noche se podia aquietar, y así no pudiendo hacer disciplina en el coro ó iglesia entre dia, se iba á las ermitas que hay en la huerta. Otros religiosos notaron que de cuando en cuando solia darse algunos golpes en la parte que llevaba el silicio, para con eso afligirse más. En la virtud de la santa obediencia en todo el tiempo que fué religioso no se acordaba de haber faltado á cosa alguna que se le mandase, y no hay duda que serían muchas en las que habria dificultad. En la pureza de la conciencia fué de tan singular candidez, que no podia jamás persuadirse á que conociendo los hombres que ofendian á Dios, pudiesen pecar; y así solia decir muchas veces: «¿Es posible que sabiendo los hombres que pecan y que hacen mal, con todo eso se atrevan á hacerlo?» Y ponderaba esto con admiracion. De donde se colige, que él áun en cosa leve deliberadamente nunca pecó, á lo ménos desde que fué religioso. Fué siempre estudiosísimo de dar buen ejemplo así á religiosos como á seglares; acérrimo enemigo de la murmuracion, y en fin ejemplarísimo en toda virtud. Por lo cual la provincia le ocupó en muchas guardianías en que dió á sus súbditos admirable ejemplo, y las comunidades enteras las alentaba á más excelente reformacion, renovando lo que con el curso del tiempo suele caer de su primitivo esplendor. Concluiremos, pues, sus elogios con el dicho de Fr. Luis Martin, guardian que era del convento de Yecla, cuando el siervo de Dios murió. Se alegró mucho (segun dice) cuando fué por prelado á aquella casa, por tener tal religioso en su comunidad, aunque estaba imposibilitado para todo, porque mudándole la obediencia del convento de Sta. Ana del Monte al de Santiago de Almansa, pasando huésped por él de Yecla, dió una caida desde la sala del primer dormitorio á la huerta, de la cual fué milagro quedar con vida. De resultas de este fatal siniestro se le quebró totalmente una pierna, y se le desconcertó la otra, quedando tan estropeado que no se podia levantar de la cama, ni revolverse en ella, sino que de noche y de dia habia de estar boca arriba, medio sentado, y arrimada á la pared la cabeza, y en todo el tiempo que le alcanzó así enfermo, no pudo persuadirle á que se pusiese

camisa, sobreviniéndole algunos accidentes particulares; y no obstante ello era tal su abstinencia que hacia más ayunos que la comunidad, pues ayunaba todas las cuaresmas de S. Francisco, y de ordinario áun en tiempo de carne no le podian convencer la comiese, excusándose con que le hacia mal, y que se hallaba mejor con su acostumbrado alimento, que eran unas yerbas cocidas, porque el pescado ó huevos rara vez lo comia. Conocíase su bondad natural y corazon sincero en su conversacion, que siempre era de cosas honestas y edificantes. Cuando el guardian entraba á verle, por lo regular casi siempre, fuera de algunos ratos que se entretenia en hacer disciplinas para dar á los religiosos, lo ordinario era el hallarle orando en postura muy devota y pia. Habiendo recibido todos los sacramentos con grande edificacion de la comunidad, voló su alma al eterno descanso, dia de Todos los Santos, en la noche, despues de haber dicho el oficio de las ánimas, de quien él era en extremo devoto, año de 1633. Su tránsito fué con tal paz y serenidad, que parecia estar reposando, con el rostro muy hermoso y risueño, tanto que un religioso predicador que se halló á su muerte, para moverse á devocion cuando oraba, dice que traia á la memoria su semblante difunto, pareciéndole que le veia entre los cortesanos del cielo. Quedó sentado, como acostumbraba, y con el manto puesto, sin haber consentido que le mudasen de su pobre lecho, ni que le pusiesen camisa. Lo que se halló mudándole el hábito fué un silicio á raiz de la carne, y todos los muslos y brazos llenos de ronchas y cardenales, y la carne allí atormentada de los golpes que en ellos se daba. Le honró el Señor en su muerte moviendo á mucha devocion el pueblo, tanto que los alcaldes de la villa pidieron que se sepultase su cuerpo en un ataud que mandaron hacer por su cuenta, y la gente más principal le sacó en sus hombros desde el capítulo al túmulo que estaba en la iglesia. Hizo los oficios el clero con muy grande solemnidad, predicando Fr. José Julian las virtudes y excelencias del siervo de Dios con mucho aplauso y edificacion; admirándose todos de haber tenido el tesoro de tan santo varon en su tierra tres años y no conocídole, con que aquel tiempo que podian gozar su presencia, mostraban sus pios afectos venerándole y tocando en él los rosarios; y al llevarle á la sepultura, creció de suerte su devocion, que con cuchillos, tijeras y dagas le cortaron gran parte del hábito, y así fué menester enterrarle con mucha prisa, por que no le dejasen desnudo, y á la noche para componerle y consolar otras personas devotas, fué preciso cortar otro poco del hábito, repartiéndolo por reliquias, y asimismo sus pobres alhajas, que eran las que estrechamente concede la regla, y tres pares de disciplinas, las dos de hierro y las otras de hilo, bañadas en sangre, un silicio tambien de hierro, y otras cosillas pobres y necesarias. La maravilla mayor que el Señor por los méritos de su siervo Fray

Juan Portero obró fué que viendo su cuerpo difunto, y oyendo los grandes ejemplos de su santidad, se compungió de manera la gente que muchos hicieron luego confesiones generales y enmendaron sus vidas, que es el último fruto que hizo la del siervo de Dios. —G. A.

PORTES (Bernardo des), cartujo, obispo de Belley y despues segundo prior de la cartuja des Portes. La mayor parte de los historiadores y de los bibliógrafos confunden á los dos Bernardos que han gobernado sucesivamente la cartuja des Portes en la provincia de Bugey, en la diócesis de Lyon. Nuestro protagonista es el conocido bajo el sobrenombre de des Portes, que fué el segundo, y se le pone en esta historia como el primero, porque murió ántes que el otro, y poco despues de haber entrado en el claustro, contrayendo con cartas una estrecha amistad con el ilustre abad de Claraval. A instancias reiteradas de este gran hombre, compuso su *Explicacion del Cántico de los Cánticos:* «Cedo á vuestras importunidades, le dice, enviando los primeros discursos que he compuesto hasta que llegue el año 1135, en que ya os habré cumplido la promesa que os he hecho. Cuando leais el principio de mi trabajo, os pediré que me envieis vuestro parecer á fin de que sepa si se debe continuar ó no.» Cualquiera que fuese la repuesta, no hay que dudar que le exhortase S. Bernardo á seguir el último camino. La amistad del abad de Claraval hácia Bernardo des Portes, no era ni humana ni ciega, y habiendo llegado á saber que el papa Inocencio II destinaba á este religioso para un obispado de Lombardía, que segun la opinion de Mabillon era el de Pavía, escribió al Santo Padre para impedir de su deseo, no porque juzgase que este sugeto fuese indigno del episcopado, sino á causa de la insolencia é indocilidad de los lombardos. ¿Qué sucederá, dice, de este jóven, débil de complexion y acostumbrado á la tranquilidad de la soledad, si se encuentra solo en medio de un pueblo bárbaro y tumultuoso siempre dispuesto á la revolucion. ¿ Os ruego que le reserveis para otra silla, y para un pueblo que pueda gobernar con más fruto. El Santo Padre tomó el consejo, en lugar de nombrarle para el obispado en Lombardía, fué elegido para el de Belley, en Bugey, que vacó por el mismo tiempo que el abad de Claraval escribia su carta; es decir, en el año 1136. Despues de haberle gobernado por espacio de cuatro años, le dejó nuestro cartujo, no para pasar al de Mauriani, como lo dice el P. Chifless, sino para volver á la cartuja des Portes, de la cual fué prior por los años de 1146 al 1147, por dimision de Bernardo de Varan. Murió desempeñando este puesto con fama de santidad el 16 de Diciembre del año de 1152; y la Necrología de la cartuja de Meiria pone su muerte en estos términos: «El dia 17 de las calendas de Enero ha muerto Bernardo des Portes, monje y obispo de Belley, en el año de 1152.» Este prelado nos ha dejado una carta enviada al prior y á la comunidad de Meiria, en la cual dice que

Gerardo de Benuscia habia sido trasladado á la cartuja des Portes, y que está aprobada solemnemente una donacion hecha por su padre á los cartujos de Meiria. Esta carta, impresa en el apéndice del *Manual de los Solitarios* del P. Chiflet, y se insertó despues en el tomo XXIV de la *Biblioteca de los Padres de Lyon*, su fecha es del dia de Sto. Tomás del año 1147, en que se dice que Bernardo fué prior des Portes, y se hace mencion de su episcopado de Belley, imprimiéndose las cartas del abad de Claraval, en atencion á la alta idea que tenian de las luces y de la capacidad de este gran hombre. — G. A.

PORTES (Felipe des). Nació en Chartres en 1546; marchando á París se unió allí con un obispo con el cual fué á Roma, en donde aprendió la lengua italiana. De vuelta á Francia, se dedicó á la poesía francesa que cultivó con gran éxito. A pocos poetas se les han pagado tan bien sus versos. Enrique III le dió diez mil escudos para publicar sus primeras obras, y Cárlos IX le habia dado ochocientos escudos de oro por su *Rodomonte*. El almirante Joyeuse dió al abad des Portes una abadía por haberle enviado un soneto. Enrique III hizo tambien el honor á Portes de llamarle á su consejo y consultarle sobre los negocios más importantes del Reino. Finalmente, reunió varios beneficios, que parece le producian más de diez mil escudos de renta. Dícese que rehusó varios obispados, y áun el arzobispado de Burdeos. Despues de la muerte de Enrique III abrazó el partido de la liga, y contribuyó á dar la Normandía á Enrique IV; trabajó despues para hacerla entrar bajo su obediencia, y obtuvo la amistad y estimacion de este monarca. Portes murió en 1606, á los sesenta años de edad. Tenemos de él: *los sonetos; las estancias, las elegías, las canciones, las imitaciones del Ariosto, la traduccion de los Salmos en verso francés;* 1598, en 8.° Otras poesías que salieron á luz por primera vez en 1573, en 4.° La musa de Portes tenia una ingenuidad y una sencillez admirables; es el primero entre los poetas franceses que han poseido el inútil y frecuentemente peligroso talento de mezclar lo acre con lo delicado en los versos eróticos. La mayor parte de sus piezas en este género son traducciones de Tíbulo, de Ovidio, de Propercio y de San Nazario. Poseia á todos los poetas, tanto antiguos como modernos, imitándolos frecuentemente. Maslesherbes ha criticado mucho sus obras. Portes era sobrino de Maturino Regnier, y tenia un hermano llamado Joaquin Portes, autor de un *Compendio de la vida del rey Cárlos IX.*—G. A.

PORTES (P. Mtro. Fr. Francisco), hijo del monasterio de Valbuena, tomó el santo hábito en 20 de Octubre de 1567, natural de la villa de Mora, arzobispado de Toledo, abad de los monasterios de Benavides, Belmonte y Valbuena; fué varon docto y uno de los poetas latinos más elegantes de su tiempo, como lo denotan los tres epígramas y un hexasticon que preceden á los tomos I y II de los privilegios de la Orden, que recopiló, coordinó y dió

á la prensa, siendo presidente ó rector del colegio de Alcalá, bajo este título: *Sacri Cisterciensium Ordinis privilegia, tum à Summis Romanorum Pontificibus, tum ab Orthodoxis Principibus, ab anno* 1100 *ad annum* 1489, *indulta, apte concinneque in hoc volumine compilata, atque digesta, tuisque summariis ac numeris luculenter disposita, primus tomus;* Alcalá, 1574, por Juan Íñiguez de Lequerica, en 4.°— *Sacræ Cisterciensis observantiæ (quæ vulgo Divi Bernardi instituti nuncupatur) privilegia à Summis Pontificibus ab anno Verbi incarnati* 1425 *eidem almo Ordini elargita, tomus secundus*; Alcalá, en 4.°—El P. Mtro. Fr. Francisco Pontes murió en Valbuena en el año de 1613.—A. L.

PORTES (Fr. Juan), franciscano francés, célebre por sus conocimientos en los idiomas latino y griego, y tambien en el hebreo. Disputó repetidas veces y en público con los calvinistas de Amberes, triunfando siempre de sus erróneas doctrinas, continuando por algunos años en aquel país como misionero católico, hasta que por último regresó á Francia. Vivia aún en 1584, por cuya época publicó su vida Juan le Masle. Escribió: 1.° *Demonstrationes catholicas;* Paris, por Manuel Felipe Tournai, 1567.—2.° *De verbis Domini: Hoc facite in meam commemorationem, pro œcumenia Synodo Tridentina adversus Matthæi flaces Illyrici nebulas;* Amberes, 1567 y 1586.—S. B.

PORTICELLI (Abate Luis), sabio literato. Nació en 1774 en Lonato Pozzolo; fué en 1803 nombrado profesor de elocuencia en el colegio de esta ciudad, y llegó á ser en 1819, cuando la nueva organizacion de la instruccion pública, censor y prefecto de la universidad de Brera, en Milan, cargo que conservó hasta su muerte, acaecida en 30 de Enero de 1838. Porticelli ha dejado un tratado sobre las *reglas poéticas*, y publicado en la *Coleccion de los clásicos italianos* dos notas muy luminosas sobre Dante, S. Nazario y Lippi.—G. A.

PORTICO (Fr. José), religioso carmelita, natural de Valencia, nació en 1569; tomó el hábito de nuestra Señora del Cármen en 25 de Abril de 1614, á los diez y ocho años de su edad, profesando en igual dia del año siguiente. El general de su religion Arí lo hizo prior de Valencia en 1664; ántes lo habia sido de Orihuela. En las actas de la congregacion general que celebró el referido general Arí en Valencia á 28 de Junio de 1664 se hace mencion de Fr. José Pórtico, el cual murió en 15 de Junio de 1668. Algunos lo nombran Vicente, equivocándole el nombre, como lo hace Villiers, tomo II, *Biblioteca Carmelitana*, pág. 868, hablando de nuestro autor, donde dice: «Fr. Vicente Pórtico, español y valenciano, carmelita de la antigua regular observancia, doctor en sagrada teología y catedrático en la universidad de Valencia, varon célebre por su mucha religiosidad y erudicion, prior de Orihuela.» Escribió: *Antigüedad del Orden de nuestra Señora del Cármen;*

manuscrito. Así lo afirma Luis Jacob en su *Biblioteca Carmelitana*, pág. 415, y el citado Villiers.—A. L.

PORTILLA Y HERRERA (D. Manuel de la), inquisidor general, natural de Santander, bachiller canonista, hijo de D. Juan de la Portilla, originario de Bejoriz en el valle de Toranzo, y de Doña Catalina de Herrera, originaria de Herrera en el valle de Camargo, nieto por línea paterna de D. Juan de la Portilla Castañeda y de Doña Lucía de la Mora, y por la materna de D. Juan de Herrera y de Doña María Trapaga, fué recibido por colegial capellan en el colegio viejo de S. Bartolomé de Salamanca en 13 de Noviembre de 1695, y poco tiempo despues fué nombrado juez metropolitano de la provincia de Santiago, cargo que ejerció con mucho crédito y aceptacion, siendo al mismo tiempo juez ordinario eclesiástico para la cobranza del voto de Santiago en los reinos de Castilla y Leon y en el partido de la chancillería de Valladolid, hasta que en el año de 1700 le nombró el Sr. D. Baltasar de Mendoza, inquisidor general, inquisidor fiscal del Santo Tribunal de Córdoba. Fué uno de los inquisidores de mayor crédito y de los más exactos en el cumplimiento de las obligaciones de su ministerio, y cuando pensaba el Sr. D. Juan de Camargo consultarle para el consejo de la Suprema murió en Córdoba el año de 1732. Dejó al colegio doscientos ducados. Escribió un libro en fólio intitulado: *Establecimiento, reglas y privilegios del Santo Oficio*, que no se ha impreso; obra digna de la luz pública, que se halla en poder de sus herederos.—G. A.

PORTILLO (Fr. Francisco de), venerable religioso de la órden de los Mínimos de S. Francisco de Paula, natural de la villa de su apellido, varon de singular observancia, de robusta complexion y de increible tolerancia en los trabajos; tenia una estatura colosal, caminaba por lo regular siempre á pié y comia tan abstinentemente, que muchas veces se pasaban los quince y veinte dias sin probar más que un poco de pan y alguna legumbre ó fruta que le daban de limosna por aquellos lugares de la sierra que divide la Extremadura de Castilla hácia la Peña de Francia y tierra de Salamanca, donde vivió muchos años y fué de notable aprovechamiento á aquel convento desde sus principios. Fué religioso sumamente pobre; jamás tuvo en los sesenta años que contaba de hábito otros bienes más que su *Breviario*. Siempre observó una vida ejemplar, contemplativa y digna de imitacion. Más de diez años ántes de que muriese le dió nuestro Señor graves enfermedades, las cuales llevó con grande paciencia y admirable resignacion. Donde más demostró esta fué en la curacion de unas llagas rebeldes é inveteradas que tenia en las piernas, ocasionadas á consecuencia de las grandes humedades que habia tomado por dormir en el suelo y pasar arroyos y rios. Aunque así fuera, nunca se quejaba, pues lo que únicamente hacia era darse palmaditas

sobre los paños diciendo: *¿Doleis, doleis? lo llevaré por amor de Dios.* De resultas de estos padecimientos murió este siervo del Señor, lleno de virtudes, el año de 1606 en el convento de Valladolid.—G. A.

PORTILLO (Fr. Pedro de), religioso dominico de la provincia de Aragon, fué natural de la ciudad de Calatayud, é hijo de padres honrados aunque pobres, los que llevaban los nombres de Baltasar Portillo y Catalina Val; nació á 1.° de Agosto de 1549, manifestando desde sus primeros años los grandes progresos que estaba llamado á hacer en el camino de la virtud, pues en su niñez huyó siempre de los juegos y pasatiempos de los demás niños, descubriéndose de tal modo en sus primeras inclinaciones el fin para que Dios le guardaba, que llamó la atencion de todos los que le conocian, prometiéndose los mejores resultados de tan buenos principios. Era en extremo callado y modesto, no levantando nunca los ojos del suelo, y siendo tan comedido en sus acciones, que hubieran merecido elogios, áun en un hombre de más edad. Todas sus costumbres eran en extremo piadosas: en su casa habia hecho un altar, en el que se ocupaba en prácticas religiosas, y reuniendo algunos niños, les enseñaba la doctrina cristiana y hacia cantar cosas devotas y santas. Pasada la infancia, aprendió á leer y la gramática, manifestándose muy aplicado en estos ejercicios y distinguiéndose sobre sus demás compañeros. Estudiaba con un Padre del convento de S. Pedro Martir, que es de la órden de Predicadores, quien le apreciaba mucho por sus raras cualidades, no tardando en captarse el amor de todos los religiosos, los que se le llevaron al convento para que sirviese en la portería, donde comenzó á dar grandes muestras de virtud con el ejemplo y doctrina de aquellos santos religiosos. El tiempo que le dejaban libre sus ocupaciones le consagraba á ejercicios piadosos, visitando los altares y con particular devocion el de nuestra Señora del Rosario, donde no solo rezaba todos los misterios, sino que de vez en cuando y con sumo regocijo cantaba alabanzas á la Vírgen. Desde su niñez habia tenido vocacion de ser religioso, y esta inclinacion le duró siempre, siendo en él muy frecuente el decir que se educaba para fraile de la órden de Sto. Domingo. Pidió con grande instancia el hábito á la edad de quince años, el que le dieron con placer los Padres de S. Pedro Mártir, prometiéndose de sus buenas inclinaciones grandes adelantos para la Religion. Tomó el hábito á 31 de Mayo de 1566, habiéndose despedido de sus parientes y amigos con suma alegría, aunque nunca habia vivido con la aficion que los de su edad tienen á los entretenimientos y diversiones; no le fué por lo tanto difícil al P. Portillo al abandonar el mundo renunciar á todas aquellas cosas á que aspiran los mortales, haciendo cuenta de que al tomar el hábito y encerrarse en una celda, habia de ser sepultura para él todo cuanto no se encaminase á Dios, virtud, penitencia, mortificacion y ejercicios santos. Vivió

el año de aprobacion con el mayor recogimiento y continua asistencia al coro, cumpliendo con todas las ocupaciones que impone la Religion, que á pesar de ser muchas y dificultosas nunca lo fueron para el hermano Pedro, no solo porque su grande pobreza no le habia hecho conocer los regalos, sino en particular porque con los tiernos años comenzaron en él los santos ejercicios. No se contentaba con el rigor de la regla de la Orden, sino que añadia otras cosas de más humildad y mortificacion. Consagróse con frecuencia á los ayunos y oracion, hallándose ocupado en estos y otros ejercicios semejantes cuando llegó el tiempo de hacer la profesion. Hízola en el convento de San Pedro Mártir, donde continuó todavía residiendo por más de dos años. Una de las prácticas de la órden de Sto. Domingo es que no comiencen los religiosos los estudios desde luego, cuando todavía apénas han llegado á su sazon los ejercicios del noviciado, porque es conveniente pase tiempo por ellos, y que no empiece el estudio hasta que los religiosos caminen con seguridad por la senda de la virtud. Esta costumbre se observó con el hermano Fray Pedro, y pasados más de tres años, le enviaron los superiores al convento de Predicadores de Valencia, donde podia perfeccionarse en lo que habia aprendido en el que habia tomado el hábito. Consagróse al estudio en la nueva casa, y sabiendo cuán conveniente es la reforma en un religioso para obtener despues la de los prójimos, se ejercitó con este propósito mucho en todos los actos que hacen á un religioso santo, cual debe serlo para beneficio de los pueblos. Siendo á la sazon el convento de Predicadores de Valencia un santuario de los más señalados que tenia la Orden, halló el hermano Fr. Pedro cuanto necesitaba para poner en ejecucion sus santos designios, pues el buen estado de la casa, los ejemplos de tantos compañeros y la memoria de tan grandes santos como en ella habian florecido, eran el mejor medio para que desease adelantar quien pretendia aventajarse en todo. Tuvo amistad este religioso con el santo Fr. Luis Beltran, con el beato Fr. Domingo Anadon, Fr. Miguel Lázaro y Fr. Martin Suarez, y con otros padres, grandes siervos de Dios: aventajóse mucho Fr. Pedro con su comunicacion, y despues de acabados sus estudios se ordenó de sacerdote, saliendo de aquel convento con grande celo y deseo de enseñar el camino de la salvacion á sus hermanos. Envióle la Orden al convento de Ayodas, y despues al de Castellon de la Plana, donde vivió la mayor parte de su vida, hasta que pasó al de S. Raimundo de Teruel, que se estaba fundando con mucha observancia, y necesitaba de consiguiente hombres que llevasen adelante sus santos principios. Recordando Fr. Pedro las obligaciones de su estado, y que el intento que el bienaventurado Sto. Domingo tuvo en establecerle, fué el celo por la salvacion de las almas; habiéndose ocupado algunos años en la reforma de su conciencia, viviendo retirado en su celda despues de terminar sus estudios,

y habiéndose adelantado mucho principalmente en la virtud, comenzó á dedicarse á la predicacion del Evangelio, en que continuó hasta el fin de su vida. Compadecido el siervo de Dios de las personas que viven en lugares pequeños, que son los que padecen más en materia de enseñanza religiosa, y olvidándose de las grandes poblaciones, acudió á las menores, donde no hay quien distribuya el pan de la celestial doctrina. Era humilde y se inclinaba al trato de personas que eran de su condicion; fué su conversacion sincerísima y de una inocencia celestial, discurriendo muy bien áun en las cosas más difíciles y delicadas, sin que por esto dejase de agradarle más tratarse con gente de poca conciencia y escrúpulos. Salia del convento á pie é iba por los lugares predicando y confesando con tanta paciencia y tal celo, que empleó en este ejercicio la mayor parte de su vida. Enseñaba á los niños la doctrina cristiana, llevando siempre algun regalillo que darles, con lo que se ganaba su afecto, no ménos que el de sus padres, que le miraban como venido del cielo, y guardaban como reliquias las cosas que les daba. Teníanle los niños tal afecto con este motivo, que en llegando á algun lugar de en los que acostumbraba á hacer este servicio, acudian en busca suya los niños en procesion, caminando él en medio de ellos con no pequeña alegría. Era tan grande la caridad y celo que ardia en el pecho del siervo de Dios, que la comunicaba á los que con él trataban, y solo su presencia solia corregir las vidas más desarregladas. Iba por los desiertos y casas de campo, y por las aldeas visitando á los enfermos, consolábalos y animábalos al sufrimiento de sus trabajos; aconsejaba por lo general á todos que enmendasen sus vidas é hiciesen penitencia de sus pecados, palabras tan santas y salidas de un pecho tan santo hacian grande fruto en las almas, de que ganaba muchas para el cielo; ofreciase él mismo á confesarlos y rogar á Dios por ellos, siendo innumerables los que con esta diligencia se convirtieron. Tenia la costumbre de apénas llegaba á un lugar, de entrar en la Iglesia á confesar y dar el sacramento del altar á sus confesados; teniendo en esto una gracia tan especial que algunas veces penetraba con luz del cielo la conciencia del penitente, trayendo á su memoria los pecados más ocultos y olvidados. No obstante la grande atencion con que se consagraba, no por esto dejaba de acudir á las necesidades temporales de sus prójimos, siendo liberalísimo con los pobres, repartiendo con ellos cualquiera limosna que le daban, la que asegura la crónica era tanta, que bastaba para sustentar los conventos en que vivia. La pureza de conciencia y alma fué un don que comunicó el cielo á su siervo, ayudándole para esto con el recogimiento y guarda de los sentidos. Pues si siendo niño y seglar fué tan modesto y deseó tanto huir de las ocasiones que podian dañar su conciencia; siendo religioso se señaló mucho más en esto. Si asistia á alguna conversacion en que se hablaba con licencia y

libertad ó palabras ménos honestas de lo que convenia, dejaba con su autoridad corregidos y enseñados á los demás. Otras veces, si le parecia conveniente, los reprendia con mansedumbre y buen término, manifestándoles el daño que hacian á la conciencia semejantes pláticas. Fué muy recatado en todas sus acciones, sabiendo que la obligacion del cristiano y mucho más del religioso, es vivir de manera que no solo se procure, como dijo el Apóstol, que á los ojos de Dios vayan las cosas bien concertadas, sino que se evite tambien lo que pueda parecer mal á los ojos de los hombres. Tenia en esto tan gran cuidado el siervo de Dios, que jamás se vió en él cosa que pudiese ofender, pues nunca alzaba los ojos de la tierra, siendo su trato dulce y apacible, con lo que se ganaba el afecto de los que trataban con él. Su alegre semblante daba testimonio de la virtud de su alma; tuvo algunas tentaciones, pero las venció todas con la oracion, en que era muy asiduo. Pasando en este ejercicio todos los dias y todo el tiempo que le dejaban libre los negocios, y cuando le detenian ocupaciones precisas, suplia la noche lo que no podia hacer por el dia. Siempre que veia enfermos, les enseñaba la forma de devocion que debian usar y el tiempo que debian emplear en ella. Daba las oraciones escritas, y á otros se las enseñaba de palabra. En cuanto llegaba á algun lugar, reunia á grandes y pequeños, y los llevaba á hacer oracion á la iglesia. En los conventos de la Orden por donde pasaba, juntaba por la noche á los religiosos legos, criados y dependientes que por sus ocupaciones no podian hacer oracion de dia, y se iba con ellos á la iglesia, y los enseñaba á rezar y rezaba con ellos. Visitaba la capilla de nuestra Señora del Rosario, y allí rezaban y cantaban salves, himnos y los misterios del rosario, devocion con que creció, se hizo religioso y murió. Siendo seglar llevaba siempre el rosario en la mano ó al cuello, y siendo religioso jamás le abandonó, teniéndole por defensa y armas. Esto enseñaba, esto predicaba y persuadia, estas eran sus meditaciones, lo que rezaba toda la vida y con lo que vino á morir. Este ejercicio, comun á todos los que merecen el nombre de religiosos de Sto. Domingo, fué muy particular en el siervo de Dios Fr. Pedro, quien se trató siempre con grande aspereza y rigor, siendo en él ordinario el uso de los ayunos y vigilias. Dormia solamente tres horas, consagrando á la oracion el resto de la noche; siendo prelado del convento de Teruel y entrando algunos religiosos en su celda, vieron que dormia vestido; encontróle de esta manera un padre de autoridad, y le dijo: P. Fr. Pedro, no tiene escrúpulo y no ve que es cargo de conciencia que un hombre de tantos años haya de dejar de acostarse. A lo que respondió: No tenga pena, que no siento frio. A pesar de ser viejo nunca dejó los ejercicios de penitencia que comenzó en su juventud, y no obstante sus setenta años llevaba un silicio asperísimo que le cubria la mayor parte del cuerpo. Fué toda su vida muy amante de la pobreza, pa-

reciéndole conveniente desnudarse de todo cuanto puede servir para la curiosidad y regalo para andar con más desembarazo el camino del cielo. Vestia siempre más pobremente que los demás religiosos, y algunas personas viéndole roto y mal vestido le daban hábitos nuevos, pero en cuanto encontraba á algun religioso que llevaba rotos los suyos, los trocaba con él. Llegó al convento de Predicadores de Zaragoza con una capilla de estameña muy grosera y muy rota que debia haber servido muchos años, y preguntándole algunos Padres si hacia mucho tiempo que la llevaba puesta, contestó que treinta años. Era tan grande la opinion de santidad de que gozaba, que se la quitaron y repartieron, poniéndole otra capilla en su lugar. Fué grande su paciencia y tolerancia en los trabajos, recibiéndolos como enviados por el Señor. Edificó la Orden un convento en la ciudad de Teruel, y quiso consagrar sus principios con la vida del Santo. Salió, mandado por la obediencia, de Castellon de la Plana, con tanto sentimiento de los habitantes de aquel país y religiosos de aquel convento, que le nombraron prior á la primera ocasion para volver á tenerle á su lado, pero como su presencia era tan importante en el nuevo convento de Teruel, el provincial y los padres fueron de parecer que se anulase la eleccion. En el capítulo provincial de Valencia de 1609 se le encargó del gobierno del convento de Teruel, aceptando el oficio de vicario que desempeñó hasta su muerte en cumplimiento de la obediencia. En este tiempo fué dos veces á la ciudad de Zaragoza, y no se puede decir el aplauso con que fué recibido; no podia salir á la calle sin gran peligro por la mucha gente de que se veia rodeado, no pudiendo defenderle los religiosos del convento. Cortábanle los hábitos, teniéndose por dichoso el que obtenia alguna parte de ellos. Acudian enfermos, y les daban velas, agua y otras cosas que defendia, con lo que es fama que hizo diferentes milagros. Oian sus palabras y recibian sus consejos como si fueran de un ángel. Representaba en su rostro la santidad del alma, y en las palabras el fuego que ardia en su pecho. Fué de grande importancia su viaje á Zaragoza, pues acudia mucha gente á confesarse con él. En invierno, y á pesar de los rigores del frio, iban á buscarle á las cinco de la mañana, y siempre estaba llena de gente la iglesia de Predicadores, concurriendo no poca principal. Como era grande el concurso de la gente y el Padre de tantos años, se veia muchas veces en peligro, no bastando muchos hombres para defenderle, por lo que se recurrió al espediente de tenerle en una capilla cerrada, verificándose entónces el milagro de que se cayó la reja y no hizo daño á nadie. Despues de otros muchos sucesos, que seria demasiado largo referir, decidió volverse á Teruel, y aunque en el viaje era menor el trabajo por ser los pueblos más pequeños, mas no por esto dejaba de acudir á él gran concurso de gente. Era tanta la caridad del siervo de Dios, que jamás supo decir que nó en cuantas ocasiones se

ofrecian en que hacer algun servicio á sus prójimos. A todos acudia y á todos consolaba, y aunque sus años le pudieran dispensar de andar por caminos y en viajes, la caridad le daba esfuerzo y ánimo y le hacia ejecutar en muchos años cosas que áun en su juventud se hubieran tenido por grandes trabajos. Consagróse á esto hasta que le faltó la vida, la que quiso Dios acabase en los ejercicios en que la comenzó siendo sacerdote. Hallábase en la villa de Albalate, cuando deseoso de verle el arzobispo de Zaragoza, Don Tomás de Borja, le llamó á esta ciudad: era entónces la estacion del calor, y el buen padre se hallaba harto viejo y quebrantado, de manera que este fué el último de sus viajes, pues á su regreso le dió un ataque de apoplejía que no tardó en llevarle á mejor vida. Sufrió su enfermedad con extraordinaria paciencia, no quejándose nunca, no obstante ser tan vivo su dolor de cabeza que le hizo perder la memoria hasta el extremo de no conocer ni á los religiosos de su convento. Confesó diferentes veces y recibió con gran devocion el santo viático, no pronunciando desde entónces palabra ni ejecutando accion que no fuese santa, y acordándose únicamente de rezar. Si le preguntaban qué hacia al verle mover los labios, contestaba: Rezo el oficio de nuestra Señora. Agravándosele por momentos el mal, se le llevó el Señor á la eterna morada premiando una vida que únicamente se habia empleado en servirle y agradarle. Acaeció su muerte en 20 de Agosto de 1610. Acordaron los padres del convento que se hiciese ocultamente el entierro del siervo de Dios, más á pesar de su voluntad, apénas llegó á la ciudad la noticia de que habia muerto el P. Portillo, comenzaron á doblar las campanas de algunas iglesias, con lo que se reunieron en el ayuntamiento el justicia y jurados, y decidieron que en agradecimiento de la merced que el Señor les habia hecho de que viviese entre ellos una persona tan santa y que se honrasen en su muerte con sus venerables reliquias, se debia en recompensa de esta merced asistir todos y tomar la ciudad á su cargo autorizar el entierro. Dieron con este objeto comision al prior del cabildo para que se hallase en el convento con todos los clérigos á dar sepultura al cuerpo, y mandase tocar en todas las iglesias. Accedió con gusto el cabildo, y se dió de parte de la ciudad aviso al convento de lo que habia acordado la municipalidad, reuniéndose entónces tan gran concurso de gentes que los frailes no podian entenderse con ellos. Sacaron el cuerpo amortajado ya al dormitorio, donde entraron tantas personas que les fué á los religiosos muy difícil guardarle. Besaban sus manos y pies de rodillas, y no sin lágrimas; cortaban los hábitos y los repartian entre sí con una devocion muy grande alabando y bendiciendo á Dios y á su siervo. Llegaron los jurados ó regidores, pues con este nombre se los llamaba entónces en la provincia de Aragon, y le besaron todos la mano. El domingo siguiente fué mucho mayor

la concurrencia que en los dias anteriores, no obstante haber sido tan numerosa como ya se ha referido. Eran tan grandes las voces de las mujeres en la iglesia y las instancias que hacian para que les enseñasen el santo cuerpo, que condescendiendo con tan piadosa demanda, le bajaron á la iglesia. Mas aumentando entónces la confusion con la gente, no tardaron en cortarle el hábito, y temerosos los Padres de que continuasen los efectos de esta inocente devocion, le pusieron en una caja que estaba prevenida para el entierro, en la que permaneció hasta el lunes al medio dia en que le dieron sepultura, llevando el santo cuerpo el justicia ó corregidor y los regidores ó jurados y otras personas eclesiásticas y seglares que lo pretendieron por devocion. Celebró los oficios el vicario ó cura de San Sebastian, pronunciándose un panegírico ú oracion fúnebre de este religioso, en que se refirieron los muchos milagros que de él cuentan las crónicas de su Orden y por los que se distinguió tanto en vida como en muerte. — S. B.

PORTILLO (Fr. Pedro de), religioso dominico del convento de Valencia, donde vivia en 1312 con el título de doctor en sagrada teología, prueba de sus no vulgares estudios; hallábase además adornado de otras virtudes y no ménos relevantes prendas, por las que el rey D. Jaime II le nombró confesor suyo, cargo que desempeñaba ya en 1314, siendo muy apreciado de la reina Doña Blanca, hermana carnal de S. Luis, obispo de Tolosa, cuya señora le nombró testamentario suyo en union con Gonzalo García y Vidal de Villanueva. Títulos que constan por un instrumento público del rey Don Jaime, que existió en el archivo del convento de Sto. Domingo de Játiva, en el que despues de la muerte de la Reina, ordenó en Valencia por Abril de 1314, con parecer de Fr. Pedro y los otros dos albaceas, que las doscientas libras que habia dejado la Reina para vestir á los religiosos que estudiaban las lenguas hebrea y arábiga en el convento de Predicadores de Játiva, se entregasen á Fr. Guillermo de Mosquerolis, prior del convento de monjas de Sta. Magdalena de Valencia por no enseñarse ya aquellas lenguas en el referido convento, en conformidad con lo que para este caso habia dispuesto la Reina. En 1337 fué nombrado Fr. Pedro Portillo arzobispo de Sacer en la isla de Cerdeña, cargo que desempeñó con grande acierto y celo, siendo un verdadero modelo de pastores. — S. B.

PORTILLO (Fr. Rodrigo de), religioso de la órden de S. Francisco de la provincia de Santiago. Fué sacerdote muy sabio y entendido, teólogo censor en los concilios supremos en todo lo que se referia á cosas tocantes á la fe y disciplina. Escribió con elegancia y buena diccion una obra titulada: *Libro de los tratados de Cristo y de su Santísima Madre, y de los beneficios y mercedes que goza el mundo por su medio;* Toro, 1630, en folio. Su gran capacidad y eminentes conocimientos le llevaron hasta ser del consejo y

predicador de S. M. el rey D. Felipe IV, y de lo señalado que fué en el ejercicio de este honorífico cargo trata largamente el escritor Wadingo.—A. L.

PORTILLO Y SESA (Jaime del), canónigo de la catedral de Guatemala en la América Septentrional. Sacerdote muy laborioso y sumamente entendido, de religiosidad y costumbres ejemplares. Escribió: *Primera parte de la Crónica general de los templos y casas famosas que tiene la Virgen María por todo el mundo*, etc. Esta obra fué suspendida por algun tiempo, y años adelante fué terminada por D. Antonio de Leon Pinelo, como así lo refiere Alba en su *Militia Conceptionis*. —A. L.

PORTOCARRERO (Francisco), hijo del conde de Medellin, nacido en la misma ciudad, vivió hasta la edad de setenta y ocho años en la Compañía de Jesus, habiendo permanecido en ella el largo período de cincuenta y siete años. Fué un padre muy querido y estimado de todos los de la Compañía, escritor fecundo, religioso inimitable, así es que murió lleno de merecimientos y de virtudes, siendo extraordinariamente sentido por toda la religion. Escribió: *De la descension de nuestra Señora á la Santa Iglesia de Toledo, y vida de S. Ildefonso, Arzobispo de ella*; Madrid, 1616, en 4.° Tradujo al castellano: la *Historia de los Mártires de la legion Tebana*, obra de un mérito reconocido, impresa algunos años despues de su muerte en Toledo en el de 1626. Dos tratados sobresalientes y de un mérito incontestable, titulados: *Del Sacramento de la Eucaristía y de la Virgen nuestra Señora*.—A. L.

PORTOCARRERO (Madre Sor Josefa de Sta. Rosa). Nació en Madrid en 16 de Enero del año 1681 en la calle de las Rejas, en casas propias, y se bautizó el dia siguiente en la parroquia de S. Martin. Fué hija de D. Melchor Portocarrero Laso de la Vega, comendador de la Zarza en la órden de Alcántara, del Consejo supremo de la Guerra, y despues conde de la Monclova, y de Doña Antonia Jimenez de Urrea Clavero y Sesé. Siendo aún muy niña siguió á su padre, que fué sucesivamente nombrado virey de los reinos de Nueva-España y el Perú, en cuya capital de Lima entró en 15 de Agosto del año de 1689. Allí se crió bajo la direccion de sus esclarecidos y virtuosos padres, y de la de sabios y prudentes maestros y directores. Muerto su padre en 22 de Setiembre de 1705, resolvió fundar un monasterio de religiosas del órden de Sto. Domingo, dedicado á Sta. Rosa de Santa María, natural y patrona de aquella ciudad. Manifestó su designio á la Condesa, quien considerando que cumplidos los deseos de su hija, no tendrian efecto los suyos de restituirse á España, porque el grande amor que la tenia no la permitia separarse de ella, procuró inutilizarlos por todos los medios imaginables, siendo uno de ellos prometerla que la fundaria el

monasterio en esta Península. En este conflicto, que aumentó el conde Don Antonio, su hermano, con increible resistencia, inspirada de Dios y dirigida de personas respetables y virtuosas, huyó de su casa la noche del 9 de Octubre de 1706, y se acogió en el convento de Santa Catalina de Sena. Desde él trató de su fundacion sin acobardarse de las dificultades y embarazos que se le oponian; y obtenida la real licencia, pasó á su deseado monasterio con tres religiosas del de Santa Catalina, en calidad de fundadoras, que fueron las madres Leonarda de S. José, María Teresa de Jesus y Catalina de Loreto. Tomó el velo de religiosa en 2 de Febrero de 1708, profesó en 4 de Junio del mismo año; y revalidó públicamente su profesion en 6 de Julio de 1709. Establecidas las cosas, se restituyeron las fundadoras á su antigua casa, y fué electa primera priora, y lo fué repetidas veces, granjeándose por sus talentos, discrecion y virtud, no solo el respeto de las religiosas, sino tambien la veneracion de toda la ciudad que veia con su ilustre estirpe su ejemplar conducta. Acabó su feliz carrera, llena de méritos y heróicos ejemplos, en 21 de Noviembre de 1743, ántes de los sesenta y tres años de edad, manifestándose el general sentimiento que ocasionó tal pérdida el dia 1.° de Febrero de 1744, con suntuosas exequias, á que asistieron el virey marqués de Villagarcía, los tribunales, cabildos, religiones y nobleza, pronunciando la oracion fúnebre el P. Mtro. Fr. Alonso del Rio, exprovincial del órden de Predicadores, y catedrático de prima de teología de Sto. Tomás en la real universidad de San Marcos de Lima, que tambien predicó en la dedicacion de aquel Real monasterio. —G. A.

PORTOCARRERO (Bta. Leonor), religiosa franciscana, hermana del conde de Palma. Estuvo dotada de un grande espíritu y alta contemplacion, en que tenia muchas revelaciones del cielo. Trataba á su cuerpo con tanta aspereidad, que le sometia á toda clase de penitencias, y además de los ayunos ordenados por la Iglesia y por la Orden, hacia con frecuencia otros á pan y agua. Nombrada abadesa del monasterio de Palma y despues del de Constantina, exhortaba á sus súbditas con su ejemplo á la pobreza, humildad y observancia de la regla. Murió en el referido monasterio de Palma, que era el segundo de la provincia de los Angeles, y exhumado su cuerpo quince años despues, fué encontrado entero é incorrupto. Floreció hácia el año de 1570. —S. B.

PORTOCARRERO (Luis), cardenal obispo de Palestina, que nació en el mes de Setiembre de 1629, descendia de una de las más antiguas y nobles familias de España. Su padre usaba del título de Palma, marqués de Montesclaros, de Castel de Varuela y de Aululormala. Su tio D. Alonso Portocarrero, dean del cabildo de Toledo, le hizo declarar su coadjutor. El duque del Infantado, tambien pariente suyo, le procuró el empleo de sumi-

ller de cortina en el palacio del Rey. Despues fué visitador real de la iglesia del apóstol Santiago, cuyo tesoro aumentó con diversos y ricos presentes que le hizo. A la muerte del cardenal Sandoval fué nombrado presidente de la administracion de la iglesia de Toledo, de cuyo cargo tomó posesion despues en nombre del nuevo arzobispo, el cardenal Pascual de Aragon, entónces virey de Nápoles. Durante la ausencia del arzobispo, poseyó el empleo de vicario general. Al mismo tiempo obtuvo la primera capellanía, fundada por la reina Catalina, cuyas rentas eran muy considerables. Los caballeros de Malta españoles le ofrecieron en su capítulo general, tenido en el convento de S. Bartolomé de Lupiana, el arzobispado de Granada, en reconocimiento de los buenos servicios que les habia hecho; pero rehusó constantemente el aceptarle. El Papa, habiendo dado en 5 de Agosto de 1669 la libertad á la Reina viuda y regenta de la monarquía de España, de nombrar un cardenal, nombró á Portocarrero, quien llegó á Roma el dia 19 de Abril de 1670, y asistió á la eleccion de Clemente X. Despues de la muerte del marqués de Castel-Rodrigo, continuando la revolucion de la ciudad de Mesina, fué enviado á Sicilia como virey, y manifestó tanta habilidad como celo por los intereses del Rey. Habiendo muerto el cardenal de Aragon el dia 28 de Setiembre de 1677, Portocarrero obtuvo este arzobispado rico y la primacía de España. Se adelantó mucho en el favor del rey Cárlos II; y aunque rehusó con instancia el empleo de consejero privado que este príncipe le ofreció, no por eso dejó de asistir continuamente á todos los consejos, y tuvo á pecho el contrariar la autoridad de las dos mujeres que tuvo este príncipe. La última era de la casa palatina. Poco ántes de la muerte del Rey dejó enteramente el partido austriaco, y tomó el de la Francia; tuvo mucha parte en el testamento que hizo el monarca el dia 2 de Octubre de 1700, en favor del duque de Anjou, é hizo cuanto pudo para hacer ejecutar el testamento. El rey de Francia le manifestó su reconocimiento, y le envió una cruz de diamantes de gran precio y el collar de la órden de *Sancti-Spiritus*. El duque de Anjou, habiendo ascendido al trono de España bajo el nombre de Felipe V, hizo entrar á Portocarrero en todos los consejos al principio de su reinado; y cuando en el año de 1701 hizo un viaje á Barcelona para salir al encuentro de su esposa, este Cardenal fué puesto al frente del Consejo de Regencia. Habiendo pasado Felipe V el de 1702 á Nápoles y á Milan, la Reina y Portocarrero fueron quienes tuvieron la direccion de los negocios del estado. A su vuelta á España, el Rey nombró al Cardenal coronel de su Guardia, empleo que ya se habia dado en España á los eclesiásticos. En el de 1703 llegó á Madrid el cardenal de Etrées; y aunque la parte que tuvo en los negocios de estado no fué muy del gusto de los grandes de España, y mucho ménos del cardenal Portocarrero, no

se dió á conocer nada en público, ántes al contrario vivió exteriormente en una perfecta armonía con el cardenal francés. Despues de la partida de este cardenal, abandonó Portocarrero los negocios del estado y de la corte, sea por amor al reposo, ó bien sea porque no le gustaba el que Luis XIV se tomára la suprema direccion de los negocios de estado y de la guerra en España. No obstante esto, Felipe V le continuó su favor; y el cardenal por su parte se mantuvo firme en los intereses de este monarca. En el año de 1704 se le ofreció el empleo de inquisidor general. Finalmente, murió en 14 de Setiembre de 1709, á los ochenta de su edad. Era de noble continente, y tenia un aire propio de autoridad. Se dice que era generoso, afable y pronto á servir. Su ciencia política no era grande. Cuando jóven se habia dejado arrebatar de las pasiones propias de su edad, lo cual fué causa de que gastára sumas considerables; pero despues mudó de objeto y ejerció su liberalidad con los pobres, tanto por limosnas públicas como por socorros particulares. Se dice mantenia todos los años cerca de cuatro mil pobres. *Memorias del tiempo.*—G. A.

PORTOCARRERO (D. Pedro), obispo de Cuenca. Fué descendiente de la ilustre familia de los marqueses de Villanueva del Fresno, estudió en la célebre y nunca bastante bien ponderada universidad de Salamanca, donde fué dos veces rector, canónigo de Sevilla, oidor de Valladolid, y de aquí ascendió á ser regente y gobernador de Galicia el año de 1571, cuya provincia administró con mucho celo y prudencia; estuvo en ella nueve años, y el de 1580 le dieron una plaza del Consejo Real y luego de comisario de la Cruzada, y el año de 1588 fué electo obispo de Calahorra. Visitando la universidad de Alcalá le promovieron al obispado de Córdoba, y de esta dignidad ascendió á ser inquisidor general y obispo de Cuenca. Tomó posesion de esta silla en su nombre, y por su poder, el licenciado Tomás de Baeza Polanco, miércoles 13 de Agosto de 1597, la cual le dió D. Pedro Mendoza, arcediano de Huete y canónigo de la santa iglesia de Cuenca, asistiendo todo el cabildo con mucha solemnidad, hallándose presentes la justicia y ayuntamiento de la ciudad y grande concurso de gente. Entró en Cuenca D. Pedro Portocarrero domingo en la noche, á 17 de Octubre de 1599, porque hasta este tiempo habia estado en la Corte ejerciendo su dignidad de inquisidor mayor, hasta que por el señor rey D. Felipe III se nombró á otro, y á él se mandó asistiese en su obispado. Iba con disgusto de que le hubiesen quitado aquel ejercicio, y no con buena salud; llegó de noche y sin recibimiento alguno á sus casas episcopales, sin hacer el juramento que acostumbraban los demás prelados ántes que entran en sus casas; pero luego el mártes siguiente á las diez de la mañana bajó á su iglesia acompañado de toda la justicia y ayuntamiento, que fueron con sus maceros vestidos con sus ropas

de terciopelo carmesí, y sus mazas doradas. Salió toda la clerecía á recibirle, y el doctor Iranzo, canónigo de la penitenciaría de dicha santa iglesia, recibió su juramento con gran ostentacion y solemnidad de música y alegría. Sus tristezas no le dejaron gozar de la vida, ni en ninguna parte hallaba descanso á sus congojas, si bien tuvo tan grande valor, que acompañando la prudencia con la disimulacion, jamás se infirió de sus palabras lo que padecia en lo interior del corazon. Quiso ir á Pareja, villa de la provincia de Guadalajara, y una de las de aquella diócesis, porque los frios de Cuenca eran contrarios á su salud, y allí vivió algunos meses divirtiendo la imaginacion con reparar la casa episcopal; pero siendo forzoso volver á Cuenca, adonde más rendido á sus aflicciones que á la enfermedad, estuvo algunos dias en la cama, y en ella le sobrevinieron nuevos accidentes que anticiparon el límite de sus dias. Le propusieron que hiciese testamento, y respondió: «De qué le he de hacer, que no tengo cosa mia, pues lo debo todo, y así como á pobre me han de sepultar, y no puedo mandar cosa, pues la renta del obispado no es suficiente á pagar mis deudas en dos años, y yo estoy ya en los últimos acentos de mi vida, si no es que mis deudos me saquen de esta obligacion y por mí paguen á mis acreedores.» Murió en Cuenca (lleno de melancolía, que le consumió la vida), miércoles á 20 de Setiembre, entre las once y las doce del medio dia del año 1600, habiendo sido obispo de Cuenca tres años y treinta y ocho dias; su cuerpo fué llevado á Jerez de los Caballeros á un monasterio de monjas, monumento de sus mayores, por su primo D. Francisco Manuel, inquisidor de Toledo.—G. A.

PORTOCARRERO (Fr. Tomás), religioso dominico, sumamente estudioso y sugeto de gran consideracion en su Orden: fué predicador de S. M.; escribió varios *Sermones*, y además la *Declaracion del Salmo LXX*, cuya obra vió D. Tomás Tamayo, y que se conserva actualmente en la Biblioteca de Madrid, perteneciente al marqués del Carpio.—A. L.

PORTOCARRERO Y GUZMAN (Doña María Francisca de Sales), natural de Madrid, y sexta condesa de Montijo, fué hija de Cristóbal Portocarrero, marqués de Valderábano, y de su esposa Doña María Josefa Chaves Chacon, religiosa carmelita en el año de 1789. Su madre la puso para su educacion en el Real convento del órden de S. Francisco de Sales, que en esta Corte fundó la Serma. Reina Doña María Bárbara, cuyo instituto es la educacion de doncellas nobles por las mismas religiosas, y cuyo fruto experimenta ya España. Desde niña mostró esta noble educanda, que dejaria airosas á sus venerables maestras, y así aprendió con facilidad á leer, escribir, contar, traducir y hablar varios idiomas, bordar y hacer otras labores propias de su sexo. Esto y la caridad, amor del prójimo, el cuidado y gobierno de su casa y familia, y el esmero en la crianza de sus hijos, la hi-

cieron acreedora á que se la mirase como un dechado de las señoras de su clase. Entre los libros que leyó para su instruccion, fué uno las *Ilustraciones cristianas sobre el sacramento del Matrimonio*, escritas en francés por el Sr. D. Nicolás de Torneus, y las tradujo en castellano con la mayor perfeccion. Vista esta obra por el Ilmo. Sr. D. José Climent, obispo de Barcelona, y considerando lo útil que seria su publicacion en su diócesis, suplicó á la traductora le permitiese hacerla, como lo ejecutó en aquella ciudad, año de 1774, en 8.° Desde el año de 1763, en que murió el conde, su abuelo, fué esta señora la sexta condesa de Montijo y demás títulos de su casa. Estuvo casada con D. Felipe Palafox, hijo de los marqueses de Ariza, y falleció en 24 de Octubre de 1790, de cincuenta y un años, cinco meses y veinticuatro dias de su edad, dejando una dilatada sucesion.—G. A.

PORTOCARRERO Y GUZMAN (Excmo. é Ilmo. Sr. D. Pedro), arzobispo de Tiro, patriarca de las Indias, capellan y limosnero mayor de S. M., nuncio y legado *à latere* de la Santidad de Inocencio XII, fué natural de Montijo, *nullius* diócesis, bachiller canonista, hijo de D. Cristóbal Portocarrero y Luna, segundo marqués de Valderábano y de Doña Inés Ramirez de Guzman; nieto por línea paterna de D. Cristóbal Portocarrero, tercer conde de Montijo, y de Doña Ana de Luna, condesa de Fontidueña; y por la materna de D. Pedro Ramirez de Guzman, marqués de la Algaba, y de Doña Juana Fernandez de Córdoba. Estudió filosofía y derecho civil y canónico en la célebre universidad de Salamanca, siendo alumno del colegio viejo de S. Bartolomé, de la misma ciudad, en cuyo establecimiento fué recibido por colegial capellan en 25 de Diciembre de 1665, de modo que en un mismo dia se recibieron en las dos becas, capellanes de manto interior los dos ilustres Portocarreros: D. Rodrigo, hijo de los condes de Medellin, en la más antigua, y D. Pedro, hijo de los marqueses de Valderábano, en la de ménos antigüedad. En el año de 1666 salió del colegio para ir á residir una canongía y dignidad de Toledo, de la que ascendió á el arcedianato de Madrid, dignidad de la misma iglesia, y la mayor despues del arcedianato titular de Toledo, la que le dió su tio el cardenal Portocarrero, en cuya ausencia fué gobernador del arzobispado. En el año de 1691 le nombró S. M. por su capellan y limosnero mayor, y por patriarca de las Indias. El de 1692 la Santidad de Inocencio XII le hizo su nuncio de estos reinos de España, con facultades de legado *à latere*, y para servir estos empleos le revistió de la dignidad de arzobispo de Tiro: ni los embarazos que trae consigo la corte, ni los que le producian sus encargos, impidieron su continua aplicacion á los libros, y así juntó una copiosa librería, toda de preciosa encuadernacion de pasta, en la que habia lo más especial de todas las facultades, mucho y lo más selecto de erudicion, historia,

Santos Padres y Concilios, la que dejó en su testamento al colegio, y deseoso de acreditar al público que no habia vivido como otros en la ociosidad, resuelto á escribir sobre asunto que pudiese servir á la comun utilidad, pensó en hacerlo sobre materias espirituales, como él mismo lo asegura en la introduccion de su obra; pero por los motivos que allí expresa, eligió otro rumbo para hacer demostrables las sólidas máximas de estado con que los príncipes católicos deben proceder para mantener y aumentar las repúblicas y los reinos que les confia la Providencia; los medios de aumentar los estados, las máximas de que deben usar para su conservacion, y las que insensiblemente aceleran su ruina: despues de trabajada esta obra dudó mucho en publicarla, pero últimamente lo hizo, siendo uno de los que se la aprobaron el erudito D. Luis de Salazar y Castro, á quien hariamos agravio en quererle formar elogio; pues no puede haber otro digno de su profundo y singular estudio en asuntos genealógicos, sino el remitir á nuestros lectores á la material inspeccion de sus obras, que ellas solas pueden decir lo que fué este célebre escritor de su siglo, á quien deben los anteriores la claridad que han disipado sus tinieblas, y la Nacion Española el mayor esplendor de sus ilustres familias. Poco despues de haber dado á la luz pública nuestro colegial la obra, que referiremos abajo, murió en Madrid el año de 1701, con universal sentimiento de toda la corte por lo amable que le habia hecho su trato. Dejó al colegio, como va dicho, su costosa y singular libreria, compuesta, segun hemos podido llegar á entender, de ocho mil tomos; y aunque muchos de los de que se componia, se hallaban ya en la del colegio viejo de S. Bartolomé, ántes citado, como excedian los nuevamente adquiridos á los antiguos en las impresiones y costosas encuadernaciones, conservándose los que más la hermosean, se vendieron sus duplicados para comprar otros con su producto; y asi le es deudor el colegio á este señor colegial del mayor reconocimiento. Escribió como queda dicho un tomo en fólio intitulado: *Teatro Monarchico de España*, en que se contienen las más puras y católicas máximas de estado, por las cuales, asi los príncipes como las repúblicas, aumentan y mantienen sus dominios, y las causas que motivan su ruina, el que dedicó á la majestad del Sr. D. Cárlos II.—G. A.

PORTOCARRERO Y MENESES (D. Rodrigo Gerónimo), natural de Madrid, hijo segundo de D. Pedro Portocarrero, conde de Medellin, y de su segunda esposa Doña María Beatriz de Meneses, duquesa de Camiña y marquesa de Villareal. Fué colegial capellan en el colegio de S. Bartolomé de Salamanca, recibido en 25 de Diciembre de 1665. En 1670 le dió S. M. plaza de oidor de la chancilleria de Granada, y al año siguiente la fiscalía del Consejo de las Ordenes, y para servirla se puso el hábito de Calatrava. En 1672

se le confirió plaza de ministro del mismo Consejo, y poco despues de el de Castilla, de donde sin duda hubiera sido promovido á los primeros empleos de la monarquía, si en la flor de su edad no le hubiera asaltado la muerte el año de 1680, cuando apénas podia tener cuarenta de edad.—G. A.

PORTOLES (D. Gerónimo), natural de Barbastro, donde su linaje ilustre dió y conservó enlaces distinguidos con otros nobles en este reino. El cronista Andrés, en sus *Arm. y Blas.* ms., dice que su solar es conocido en Lanuza, y que sus armas son: escudo verde con tres portales de plata y en lo alto tres flores de lis de oro, y en su contorno una banda con ocho rosas gules. Estudió la jurisprudencia en la universidad de Zaragoza, recibió en ella el 6 de Noviembre de 1584 el grado de doctor en cánones, y fué su catedrático de sexto. Ordenado *in sacris* se fue á Roma por disposicion de sus tios, los Ilmos Sres. D. Pedro Lunel, obispo de Gaeta, y D. Antonio Lunel, abad entónces de S. Pancracio, y despues prelado en dicha iglesia, que eran estimados en dicha corte. Bajo su proteccion se dió á conocer allí, y lo florido de su ingenio, erudicion y suavidad de costumbres le dieron particular aprecio. Restituido á este reino se dió más á conocer en él por los destinos y empleos de la jurisprudencia, y obtuvo en el arzobispado de Zaragoza la plebanía de Badenas; en este distinguido curato y en otros cargos que tuvo, sobresalió tambien su ciencia y virtud. Con celo de ser útil en su facultad, escribió: 1.° *Tractatus de consortibus ejusdem rei, et fideicomisso legali, Emmo. D. Antonio Peronato à Granvela, cardenali, supremi Italiæ Senatus Præsidi;* en Zaragoza, por Lorenzo y Diego de Robles, hermanos, 1584, en 4.° En Pamplona por Nicolás de Asiain, 1619, en 4.°—*Nova editio hujus operis cum tractatu de successionibus abintestato juxta Aragoniæ Leges in tria capita, descendentium, ascendentium, et collateralium tripartito, ad caliem operis apposito. Auctore D. Andr. Serveto de Animo;* en Zaragoza, por Medardo de Heras, 1591, en 4.°—2.° *Scholia sive Annotationes ad Repertorium Michaëlis Molini, super foris et observantiis regni Aragonum;* en Zaragoza por Lorenzo y Diego de Robles, hermanos, 1587, en fólio. Dedicó este tomo á los Ilmos. Sres. Diputados del reino de Aragon.—3.° *Secunda pars Scholiorum, sive Annotationum ad Repertorium Michaëlis Molini super foris et observantiis regni Aragonum;* en Zaragoza en dicha imprenta, 1588, en fólio.—4.° *Tertia pars Scholiorum, sive Annotationum ad Repertorium Michaëlis Molini super foris et observantiis regni Aragonum;* en Zaragoza por Lorenzo de Robles, 1590, en fólio.—5.° *Tratado del oficio, poder, jurisdiccion y obligaciones que tienen los jurados de los lugares de la comunidad de Daroca, así en las causas criminales como en las civiles.* A los ilustres Sres. el Asistente y Sesmeros de dicha comunidad; en Zara-

goza por Pedro Puig, 1590, en 4.°—6.° *Quarta pars Scholiorum sive Annotationum ad Repertorium Michaëlis Molini super foris et observantiis regni Aragonum;* en Zaragoza por Lorenzo de Robles, 1592, en fólio.—7.° *De Reis requirendis ab inquisitoribus;* en Zaragoza por Juan de Larumbe; 1618, en 4.° Estuvo este tratado impreso, y manuscrito en la librería de D. Gabriel Sora. Véase su Indice, pág. 138, fólio 2.—8.° *Expositio ad nonnullas Constitutiones synodales Archiepiscopatus Cæsaraugustani*, ms. Estuvo en dicha librería, como consta de su estampa, pág. 138.—9.° *Explicationes variæ Bullæ Cruciatæ, cum Sententia Rotali super jure corrigendi Archiepiscopi Cesaraugustani in Capitulare*, ms. Consta en dicha Biblioteca, pág. 138, fólio 2.—10. *Tractatus de remittendis Hæreticis à Judice seculari ad inquisitores hereticæ pravitatis*, ms. en dicha Biblioteca, pág 142, fólio 2.—11. *Varios opúsculos legales, resoluciones, consultas y otros tratados*, ms. Lo elogian: D. Pedro Calixto Ramirez, *Tractat. Anal. de Leg. Reg.*, pág. 218; el Regente Martinez del Villar, *Patron. de Calat.*, pág. 9 y 455; el Canónigo Sessé, *Hist. ms. del obispo de Barbast.*, pág. 294; el P. Murillo, *Trat. 2.° de las Excel. de Zaragoza*, cap. LI, pág. 448, col. 2; y entre otros, D. Juan Lucas Cortés, *Sac. Them. Hisp. Arc.*, § VIII. *Leg. Arag. Glos.*, pág 90 y 91. G. A.

PORTO Mauricio (Beato Leonardo de), franciscano, nació en 20 de Diciembre de 1676 en Porto Mauricio, ciudad ducal del estado de Génova, del cual tomó el nombre, siendo de la ilustre familia de Casa Nueva. A la edad de doce años fué enviado á Roma en casa de un tio que se encargó de su educacion, fué puesto bajo la direccion de un piadoso sacerdote, que le enseñó los primeros elementos de las ciencias: hizo despues sus estudios de humanidades y filosofía en el Colegio Romano, dirigido por los jesuitas. A la edad de veintiun año resolvió dejar el mundo, y tomó el 2 de Octubre de 1697 el hábito monástico de los religiosos reformados franciscanos. Ordenado de sacerdote en 1712, se dedicó á las misiones, y en el espacio de cuarenta años, recorrió el estado de Génova, la Toscana, la Córcega y los Estados Romanos, dejando por todas partes los frutos de su apostolado. Estableció en el Coliseo, á pesar de haber sido frecuentemente bañado con la sangre de los mártires, la santa práctica conocida bajo el nombre de Via Crucis, y murió en Roma en el convento de S. Buenaventura el 26 de Noviembre de 1751, á los setenta y cinco años de edad, con sentimiento de Benedicto XIV, que frecuentemente iba á oirle, y el cual dió un testimonio público de sus virtudes. Se tiene del P. Leonardo: *El Tesoro escondido, ó precio y excelencia de la santa Misa;* Roma, 1737. Esta obra está dedicada á Clemente XII; *Manual sagrado con varios documentos espirituales;* Venecia, 1734.—*Director de la confesion general;* Roma, 1739.—*El camino del*

Paraíso, consideracion sobre las máximas eternas y sobre la pasion del Señor; Bérgamo, etc. Despues de su muerte se ha publicado su *Cuaresma*, cuatro volúmenes; *Ejercicios espirituales y discursos continuados para la comunion*, tres volúmenes, y sus *Obras morales*, dos volúmenes. La reputacion siempre creciente de sus virtudes decidió á la corte de Roma á hacer que se verificase la instruccion que en semejantes casos tiene lugar. El 16 de Febrero de 1792 se declaró que el P. Leonardo habia llevado las virtudes cristianas hasta el heroismo, y el 2 de Agosto de 1795 se declaró que se habian ejecutado milagros por su intercesion. Por último, el 23 de Febrero de 1796, la Congregacion dispuso que merecia ser inscripto entre los bienaventurados, y por un decreto del 19 de Marzo siguiente, se podia proceder á su beatificacion. El P. Rafael de Roma, de la misma Orden, ha escrito su vida en 1793.—G. A.

PORTU (Fr. Antonio de). El P. Fr. Antonio de Portu, uno de los fundadores de la santa Congregacion de la Observancia y convento del Socorro, fué nombrado prior por el P. General en 14 de Julio del año 1512, y reelegido en el primer capítulo provincial de la provincia de Valencia y Cerdeña. Gobernó hasta el año 1518. Murió con gran olor de santidad por los años de 1520.—A. L.

PORTU (Fr. Jacobo), religioso franciscano de la observancia regular, á quien los autores hacen indiferentemente portugués ó italiano, sin que nos saque de esta duda el P. Fr. Juan de S. Antonio, en su *Biblioteca universal Franciscana*, en que únicamente le consagra unas cuantas líneas citando la obra por que es conocido. Su apellido, sin embargo, indica que fué natural de Oporto, y el que se publicasen en Italia sus escritos es cosa hasta indiferente en esta cuestion, pues de ello hay muchos ejemplos, además que el único que dejó, forma parte de una coleccion, cuyos autores no se dice terminantemente fuesen todos hijos de la península Ibérica. Parece que fué un excelente poeta latino, cosa bastante general en el siglo XVI en que vivió y se cultivaba aquel idioma con mucho más cuidado y acierto de lo que se hace en el dia, porque se procuraba sustituir con él, y se sustituia en cierta manera, la falta de una lengua universal que en vano han buscado y buscarán los filólogos, porque esta teoría acabará de morir como otras muchas muy útiles y generosas en la region de las hipótesis, de donde tal vez solo han salido para desarrollar la inteligencia humana y legar aplicaciones en otros sentidos de que se podrán sin duda aprovechar ciencias que estan por nacer; como la química, desconocida é ignorada en la edad media, se aprovechó despues de los principios de la alquimia y de las investigaciones de los llamados mágicos en busca de la piedra filosofal; como otras artes han utilizado en nuestra época descubrimientos hechos entónces con diferentes

motivos, y que ahora son otras tantas verdades que sirven para nuestro recreo ó nuestra ilustracion. En cuanto al P. Portu, tan admirado entónces por sus composiciones latinas, ha quedado hoy en el olvido, y apénas se le cita en alguna bibliografía como una prueba de erudicion de su colector ó muestra del detenido estudio que preside á esta clase de trabajos. Distinguido sin embargo por su talento, laboriosidad y virtudes, fué uno de los mejores ornamentos que su Orden tuvo en el siglo XVI, y era mirado como un oráculo consultándole en las circunstancias más graves que á la sazon ocurrian. Ignórase la época de su muerte, que se halla sin fijar como la de otros muchos sabios que han pasado desapercibidos y muertos, é ignorados en el rincon de un claustro, conociéndosele únicamente por una obra que publicó segun la Biblioteca Franciscana, aunque no se nos diga en qué forma, titulada: *Rytmini S. Bonaventuræ Philomena*, que forman parte de la coleccion italiana, llamada *Expositionem carmine italico*, publicada en Venecia en 1586 y en Florencia en 1585.—S. B.

PORTUGAL (Fr. Alejo de), religioso de la órden de S. Agustin, varon de grandes virtudes segun afirma el dominico Pedro Calvo en la defensa de las lágrimas de los justos, murió hácia el año 1567 en el convento de Oporto.—S. B.

PORTUGAL (D. Alfonso de), nacido en la ciudad de Evora, hijo esclarecido del rey D. Manuel y de la reina Doña María, hija de los reyes Católicos, fué creado cardenal al mismo tiempo que otros treinta prelados en los últimos años de aquel siglo por el papa Leon X. Primeramente obtuvo el título honorario de obispo Targitano, despues de Viseo, y arzobispo de Lisboa, siendo administrador perpétuo y con las facultades más ámplias de la iglesia de Evora. Segun las noticias consignadas por el ilustre escritor Arias Barbosa, que se ocupó con el mayor interés de los sucesos del cardenal D. Alfonso, se encuentra que fué de costumbres irreprensibles, muy estudioso y entendido como lo dan á entender sus famosas pastorales de un mérito extraordinario, y en que fué una especialidad en todo el curso de su vida. Muchos historiadores, tanto portugueses como castellanos, que tratan de los Pontífices, y entre otros Antonio de Macedo en sus *Purpurados portugueses*, dice, tratando de D. Alfonso de Portugal, que escribió mucho y con mucha elegancia, con mucha soltura y buena diccion. Siendo de sentir que por la gran incurria de sus contemporáneos se haya extraviado ó perecido la mayor parte de sus escritos. No existen más que algunos restos de ellos reunidos en un volúmen por Andrés Resendio, insigne anticuario de aquel tiempo, mandados recoger por el rey de Portugal D. Juan. Dios le llamó para sí cuando solo contaba treinta y tantos años de edad, en 21 de Abril de 1540; siendo su muerte muy sentida. Arias Barbosa hace con

su elegancia acostumbrada el siguiente elogio á su gran mérito:

Roma tibi donat, princeps Alphonse, Galerum,
Dat tibi Roma decus, nec minus illa capit.

A. L.

PORTUGAL (Fr. Antonio de), fraile menor capuchino de N. P. S. Francisco. Fué de linaje noble, y habiendo entrado vírgen y puro en la religion cuando Fr. Luis de Fosambruno la gobernaba, salió de ella para el cielo más puro, adornada la flor de la virginidad con la fragancia de infinitas virtudes y perfecciones. Le sacó Dios del siglo, apartándole de los riesgos mundanos tan anticipadamente y con tanto tiempo, que apénas habia cumplido catorce años cuando llegó á pedir el hábito. Viéndole tan jóven el expresado Fr. Luis, rehusó dársele por esta causa, juzgando que no podria llevar la aspereza de la Orden, ni cumplir con lo que ésta ordena en sus estatutos, como lo hacian los demás religiosos. Resentido, aunque modestamente de esta repulsa inesperada, nuestro candidato se le volvió á presentar al dia siguiente vestido de un saco grosero y áspero, y le dijo así: «¿Qué dudas, Padre, de las fuerzas del cuerpo? Poco es lo que hay que vencer con ellas á mayores cosas aspira el ánimo.» Y no quiso desnudarse aquel hábito desde entónces, sino cuando le vistieron el de los capuchinos. Tenia gran pureza de corazon, y sus costumbres eran tan excelentes, que el general Esino le atendia y miraba como á un dechado de modestia y honestidad, y se le proponia á los demás religiosos para que le imitasen. Juntaba con la pureza y sinceridad una obediencia perfectísima, pobreza y penitencia de sumo rigor. Era muy templado en comer y beber, amigo grandemente del silencio y de la oracion, en que recibió soberanos favores del cielo. Apareciósele cuatro veces la Vírgen Santísima, de quien fué en extremo devoto, manifestándole secretos divinos, y entre los demás el dia de su muerte, y que Dios le habia concedido remision plena de sus pecados. Despues de haber estado tres años solos en la Religion, le sobrevino un flujo de sangre tan abundante, que aunque se le aplicaron varios remedios, con ninguno se pudo atajar. Y andando los religiosos solícitos y afligidos, él alegre y riéndose les dijo así: «¿Qué os cansais, mis hermanos, inútilmente? Dios ha determinado que entre mi sangre salga tambien mi vida. Ojalá la derramára por la fe católica y por la Iglesia en tierras de infieles, para que hiciera alguna corta correspondencia á la sangre de Cristo derramada por mí.» Con este fervoroso deseo, habiéndose unido íntimamente á Dios, ya con el vínculo de los sacramentos que se le administraron, y ya con el de la caridad en que estaba inflamado su espíritu, pasó de este mundo á la gloria inmortal á recibir el premio de su pureza. Murió, pues, en el año de 1545 en el convento de San

José de Fulgino, este ejemplar religioso, siendo muy mozo en la edad, pero en la virtud muy lleno de dias, y murió con gran fama de santo, dejando por do quiera rasgos de caridad cristiana y evangélica dignos de imitacion.—G. A.

PORTUGAL (Beato Bartolomé de), confesor, religioso franciscano. Fué el primer guardian del convento de Sta. María de Alberca, cerca de Portugal; fué un varon muy distinguido por su grande humildad y no ménos caridad. era tambien tan austero y penitente que jamás comia ni carne ni peces. No obstante su cargo de prelado, se cuidaba muy poco de proveer de las cosas necesarias para el sustento de la comunidad, aconsejando á todos con mucho celo el amor á la pobreza. En sus viajes á la ciudad de Lisboa manifestaba siempre su grande caridad para con los desgraciados, haciéndoles con frecuencia coloquios espirituales y exhortándoles á la paciencia, porque cuando se olvidaba de llevarlos algun alimento corporal, les daba las mejores esperanzas, con los que los dejaba consolados, de manera que adquirió en todo aquel país una grande opinion de santidad. Dejó otros muchos testimonios y ejemplos de los actos de su santísima vida, y murió en el referido convento el año de 1546. La Orden Seráfica celebra su memoria en 29 de Mayo. — S. B.

PORTUGAL (D. Fadrique de), de nacion portugués, hijo de D. Alonso de Portugal, conde de Faro, y de Doña María de Noreña. Estudió en Salamanca; fué obispo de Calahorra, y testigo del testamento que otorgó la Reina Católica. Asistió en Toledo cuando fueron jurados los reyes D. Felipe y Doña Juana, y estaba en Burgos cuando murió el rey Felipe, y depositó su cuerpo en el convento Real de la Cartuja, donde estuvo tres meses, hasta que fué trasladado el cuerpo á la ciudad de Granada. De esta sede fué promovido para la de Segovia, y de ella para la de Sigüenza, de la que tomó posesion en 12 de Marzo de 1512. Recibió por mandado del Rey Católico, en el puerto del Pasages, al marqués Onse, de nacion inglés, que venia con cinco mil arqueros á favor del Rey Católico, contra Navarra; el obispo le regaló á él y á toda su gente con gasto espléndido. Acompañó á la reina Germana cuando fué desde Lérida á Madrigalejos á visitar al Rey su marido, en la enfermedad de que murió; y fué testigo del testamento que otorgó, y uno de los indivíduos de la junta que se tuvo para avisar de la muerte del Rey al dean de Lovayna. En el año de 1516 asistió á otra junta que se tuvo en Madrid, en que se acordó que el príncipe D. Cárlos se intitulase rey; y fué de los primeros prelados que dieron el parabien del pontificado al santísimo Adriano VI. A este prelado escribió Marineo Sículo una carta, en que responde á una pregunta que el obispo le habia hecho, de cómo llamaba la lengua latina á la tapicería, y el orígen de esta clase de adorno. Respondió que los poetas la llamaban *aulea*, por haber sido el rey Atalo, que lo fué en

el Asia, el primero que usó de esta manera de colgadura en su aposento real, que en latin se llama *aulea*. De esta sede fué promovido para la santa iglesia de Zaragoza, de que tomó posesion en 12 de Abril de 1532. En este año celebró sínodo en Zaragoza el dia 1.° de Julio; y en el año 1533 asistió en las Córtes de Monzon. Fué virey de Cataluña, y murió en 6 de Enero de 1539, mandando en su testamento se le diese sepultura en la santa iglesia de Sigüenza, en una rica capilla que edificó viviendo, y la dedicó á la vírgen y mártir Sta. Librada, donde yace el cuerpo de la santa, y la dotó ricamente; y por su buena memoria se dice todos los dias en el altar de la Santa por uno de sus prebendados una misa. Yace en un nicho de la misma capilla, y tiene un busto de alabastro vestido de pontifical, y ministros que le asisten y el epitafio siguiente: *Hoc tegitur lapide illustrissimus Dominus Fridericus à Portugal. Huius almæ ecclesiæ præsul. potentissimorum principum Ferdinandi et Elisabethæ, Castellæ, et Legionis, et Aragoniæ, et utriusque Siciliæ Regum, invictissimorum servus, et factura.*—G. A.

PORTUGAL (Beato Gonzalo de), religioso agustino, natural de Lagos, en el reino de los Algarbes. Tomó el hábito en el convento de nuestra Señora de Gracia, en Lisboa. Gobernó los conventos de Santaren, Lisboa y Torres, muriendo en este último en 15 de Octubre de 1545. Despues de su muerte hizo diferentes milagros, por lo que fué su cuerpo trasladado á varios lugares, aumentándose siempre su fama de santidad.—S. B.

PORTUGAL (D. Jaime de). Era hijo de Pedro, infante de Portugal, duque de Coimbra, y de Isabel, hija de Jaime, conde de Urgel, nieto de Juan I, rey de Portugal y de la reina Felipina de Lancastre. Estudió las humanidades en Portugal; pero los enemigos y las desgracias del infante su padre no perdonaron al hijo. Pasó á Flandes á ver á su tia Isabel de Portugal, duquesa de Borgoña, mujer de Felipe *el Bueno*; se aplicó á las ciencias, en las cuales adelantó mucho, y fué nombrado obispo de Arras el año de 1453. En 30 de Abril del mismo año obtuvo por proteccion de la duquesa de Borgoña la administracion del arzobispado de Lisboa, lo cual le empeñó á pasar á Italia, donde el papa Calixto III le recibió en Roma con mucha distincion, y le dió en encomienda el obispado de Pafos en la isla de Chipre. Habiendo sido creado cardenal del título de S. Eustaquio el dia 20 de Febrero de 1457, asistió al cónclave, en el cual fué electo papa Pio II, quien le destinó legado *à latere* cerca del emperador Federico III; pero disponiéndose á partir para Alemania, le sorprendió la muerte en Florencia el dia 20 de Agosto de 1459, á los veinticinco años y once meses de su edad. Está sepultado en la iglesia de S. Miniato, en la capilla que él mismo habia hecho edificar, dedicada á Santiago el apóstol y los santos mártires Vicente y Eustaquio. Don Alvaro, obispo de Sylves, hizo construir este edificio el año

de 1466, y se ve el epitafio siguiente sobre un soberbio sepulcro:

REGIA STIRPIS, JACOBUS NOMEN, LUSITANA PROPAGO.
INSIGNIS FORMÆ SUMMÆ, PUDICITIA,
CARDINEUS TITULUS, MORUM NITOR, OPTIMA VITA:
ISTA FUERE MIHI MORS JUVENEM RAPUIT.
VIXIT ANN. XXV. MENS. XI. DIES X. OB. AS.
MCCCCLIX.

G. A.

PORTUGAL (Fr. Juan de), natural de la ciudad de Evora, en el reino de Portugal, hijo de Luis de Portugal y de Aloisa de Guzman; religioso de la órden de Sto. Domingo, y despues obispo de Viseo en el mismo reino. Escribió: *De Spiritu Sancto*, en dos tomos; Coimbra, por Diego Gomez de Lovreiro, 1641. — *De gratia creata et increata*, en cuatro volúmenes, de los cuales los dos primeros se ocupan enteramente de los auxilios de la divina gracia, que fueron prohibidos en segunda edicion; quedan los otros dos impresos en el año 1617. Alfonso Fernandez alaba y celebra sobremanera el modo de decir y el desembarazo que se observa en sus escritos en su obra erudita: *Commentaria ad primam partem S. Thomæ*. Dió igualmente á luz: *Casamento Christao*, ó del matrimonio entre los cristianos. Y tambien: *Louvores de Nossa Senhora*, ó sea alabanzas á Dios y á la Vírgen. Además: *Cathecismo notable y ejemplar*, observado en el monasterio del Sacramento, muy celebrado por todos como lo afirma Manuel de la Resurreccion, religioso agustino. Tambien se atribuye á Fr. Juan de Portugal: *Motivos do divino amor*, que trata *da paixao de Christo*; cuya obra manuscrita se conserva en el monasterio de Santiago. Murió en su iglesia de Viseo, de más de setenta años de edad, el 26 de Febrero de 1629. — A. L.

PORTUGAL (Beata Juana). Nació en 6 de Febrero de 1452, siendo sus padres D. Alonso V, rey de Portugal, y su esposa Doña Isabel; jurada en un principio por heredera del reino, el nacimiento de su hermano el príncipe D. Juan la libertó de esta difícil carga, conduciéndola á la senda de la virtud para que la habia designado la Providencia. Muerta su madre, juraron por heredero al príncipe su hermano, quedándose Doña Juana con el título de princesa. No quiso el rey D. Alonso que se levantase la casa de la Reina, sino que continuase para el servicio de la princesa Doña Juana, nombrándola por aya á Doña Beatriz de Meneses. Con la edad manifestaba la niña muchas más virtudes de las que sus años prometian, y á los nueve comenzó á dar á conocer sus piadosos sentimientos con los continuos rezos á que se consagraba, en particular á nuestra Señora, á quien tenia grande devocion.

Repartió sus ocupaciones por horas, comenzando la divina gracia á declarar lo que sería esta niña en llegando á tener más años. Amábala mucho su padre porque era muy hermosa y discreta, pero Juana solo apreciaba los amores del Rey del cielo, teniendo en poco todas las demás cosas del mundo. A los doce años aumentó sus piadosos ejercicios leyendo continuamente libros de devocion, donde acabó de encontrar el completo desengaño de todo lo que más ama el mundo. Sentia mucho que la enseñasen lo que aprenden en los palacios las hijas de los reyes, y aunque lo disimulaba por no disgustar á su padre, procuraba constantemente ganar algun tiempo para consagrarle á sus santos ejercicios. Recogíase con este objeto en su oratorio, y allí deshecha en lágrimas de amor de Dios, procuraba con sus penitencias compensar el tiempo que habia perdido en vanaglorias y vanidades mundanas. Comenzó en tanto á correr la fama de su hermosura por todos los reinos de Europa, y los príncipes, que deseaban tenerla por mujer, trataron de obtener retratos suyos. Excusábase el rey su padre alegando los pocos años, y llevado, no obstante esto, del amor de su hija, deseaba que se casase y vistiese de la manera que correspondia á su clase y á un reino en que era mirada como su única señora. Pero con mucha dificultad podia obtener que usase galas de ninguna clase, y cuando no podia evitarlo, se las ponia con tanta moderacion, que se comprendian muy bien sus futuras intenciones. Buscó con mucho cuidado una persona de quien fiar sus secretos y pensamientos, pues teniendo que tomar alguna resolucion, no podia ménos de buscar una persona en quien confiarse. Habia en palacio dos señoras muy virtuosas, que habian servido á la Reina su madre, con las que comenzó á tratar sus deseos y propósitos. La primera cosa que encargó á un criado muy anciano de casa de su padre, fué que la comprase un poco de estameña muy áspera y ordinaria, de la cual determinó se le hiciesen camisas semejantes á las que se usan en la órden de Sto. Domingo. Mandó tambien hacer una muy ancha de silicio, que en una persona de su corta edad era grande penitencia. Comenzó luego á retirarse de las fiestas y regocijos con que se entretiene la ociosidad en los palacios, procurando convertir el suyo, en particular en las ausencias del Rey, en un monasterio. Las asperezas, silicios y ayunos no alteraban en nada el rostro de la princesa, pues semejante á Esther sabia acomodar muy bien los silicios y las túnicas con las sedas. Siempre que asistia á alguna fiesta por mandado de su padre, lo hacia con tanta cordura, que se comprendia muy bien el poco gusto que en ello tenia, y apénas se terminaba, se encerraba en su oratorio para suplicar al Señor se sirviese abrirla el camino de salvacion. Hacia ayunos particulares durante los cuales mandaba no se la pusiese mesa de estado, alegando alguna indisposicion. Encerrada en su cuarto pasaba todos aquellos dias sin comer, y los viernes ayunaba á pan y

agua, sin dejarse ver de nadie más que de las dos señoras de quienes fiaba sus secretos. Era muy devota de la pasion de nuestro Señor Jesucristo, y sentia mucho dormir en una cama regalada, acordándose de que el Salvador no tuvo donde reclinar la cabeza. Mandó que en uno de los sitios más ocultos del palacio la pusiesen una cama muy pobre, de sábanas de estameña grosera, donde se acostaba siempre que podia hacerlo con algun secreto. Dormia vestida los viernes, y algunas veces no se acostaba pasando toda la noche en oracion. Hacia muchas penitencias, siendo su mayor cuidado buscar ocasiones para sujetar la carne. Siempre que se predicaba la pasion, derramaba abundantes lágrimas como si se hallase presente al suceso que estaba oyendo referir. Desde el domingo de Ramos hasta el sábado de Pascua se ocupaba constantemente en la meditacion de los misterios de aquella santa semana: no hablaba sino lo absolutamente necesario, y en toda ella no comia más que pan y agua. No se acostaba en las noches del jueves y vie.nes santo, y el primer dia mandaba al caballero en quien tenia puesta su confianza, que buscase doce mujeres muy pobres y las más maltratadas que encontrase, y las condujese á palacio sin decirlas donde iban; y ella, vestida de una manera que nunca la vieron el rostro ni pudieron conocer, les lavaba los pies con mucha humildad y se los besaba y les daba vestidos y una gran limosna, volviéndoselas despues á llevar el caballero que las habia traido. Su devocion á los misterios de la sagrada pasion llegó al extremo de que llevaba la corona de espinas como divisa en una joya con que adornaba su cuello, sirviéndola de armas para adorno de su aposento, de los corporales y otros ornamentos que hacia y regalaba para el culto divino. Era muy compasiva y caritativa con los pobres, teniendo algunas personas comisionadas para repartir limosnas á los vergonzantes, mendicantes, enfermos y encarcelados, peregrinos, eclesiásticos, religiosos, doncellas y huérfanas, pues á todos acudia su grande liberalidad. Temerosa de que su padre desease casarla, y queriendo evitar el peligro y poner en ejecucion el proyecto que tenia de entrar religiosa, comenzó á informarse de la religion en que se vivia con más rigor y de las personas que habia en los monasterios de su reino que tuviesen mayor opinion de santidad. Supo que una jóven muy noble, llamada Doña Leonor de Meneses, hija de los condes de Viana, tenia una vida muy retirada, y poniéndose en correspondencia con ella, convinieron las dos en buscar una casa donde se viviese con toda observancia y rigor. Hiciéronse algunas diligencias con este objeto, y una de ellas fué visitar el monasterio de la órden de S. Bernardo, fundado por el rey D. Dionisio, donde se averiguó el modo de vivir de las monjas, y aunque quedó la princesa satisfecha, no era el lugar aquel ni la órden aquella á que Dios la tenia destinada. Descubrióla así lo que pasaba en el monasterio de Jesus de Aveiro, que pertenecia á la ór-

den de Sto. Domingo. Hallábase allí Beatriz Lectona, cuya penitente vida y grande santidad era muy conocida en todo el reino de Portugal. Esta reputacion hacia que muchas señoras se recogiesen al monasterio de Aveiro, y Doña Leonor de Meneses escribió á la princesa, que se hallaba resuelta á entrar en el convento de Jesus, lo que pensaba hacer con la mayor brevedad, porque la querian casar con el duque de Braganza, por lo que trataban de alejarla, y detenerla en sus santos propósitos, y añadia en la carta que ya que S. A. tenia el mismo intento, no retardase la ejecucion, pues no habia ningun sitio más á propósito que Aveiro, que era donde se retiraban las señoras más principales del reino. Contestó la princesa que confiaba en el Señor venceria muy pronto todas las dificultades y podria llevar á cabo su determinacion. Que la suplicaba que ántes que fuese á tomar el velo, la viese para convenirse en el medio mejor de abandonar la corte. Para irlo preparando todo, comenzó á casar sus doncellas, dándoles dotes correspondientes á su clase, y mandó despues que los caballeros y demás personas que servian en su casa recibiesen pensiones vitalicias. Miéntras se ocupaba la princesa en estos negocios, obtuvo licencia Doña Leonor de Meneses para tomar el velo en el monasterio de Jesus de Aveiro, lo que no quiso llevar á cabo sin verse ántes con la princesa Doña Juana. Hízolo así, y trataron en secreto de lo que convenia para la ejecucion de su proyecto. Sabíase ya el de Doña Leonor, y se rezelaba el de la princesa, viendo que casaba á sus doncellas y arreglaba los negocios de su casa. Convino ésta con su amiga en que cuando tomase el velo la avisase de cómo se hallaba en la religion y el modo de vivir en aquel monasterio que en tan breve tiempo habia cobrado tanta fama. Recibió Doña Leonor el hábito con grande alegría, y empezó desde luego á distinguirse de tal manera por sus virtudes y santidad, que nadie dudó habia entrado religiosa por llamamiento divino, y así fué la segunda priora que tuvo aquella santa casa. No tardó en escribir á la princesa dándole cuenta detallada de todo, manifestando el grande consuelo que tenia y el que comunicaba Dios á las demás religiosas. Aumentóse el deseo de la princesa con tan buenas noticias, é hizo desde luego el último esfuerzo para tomar el velo en compañía de su amiga y vivir entre religiosas que gozaban el nombre de santas. Mas no pudo hacerlo con tanta facilidad como lo pensaba y hubiera querido, pues vivian su padre y hermano, y no habian abandonado el pensamiento de casarla. Muchos príncipes, sabedores de su hermosura y buenas cualidades, pretendian su mano, siendo algunos tan poderosos que era difícil rechazar su peticion. Figuraban entre estos el rey de Francia Luis XI, que la pedia para su hijo el delfin Cárlos, rey de romanos; Maximiliano y Enrique VII de Inglaterra. Instáronla mucho para que diese su consentimiento, alegando razones de estado; pero Juana, cuya voluntad solo era movida por Dios, dice la

crónica que teniendo revelacion de que habia muerto el delfin de Francia dió su consentimiento diciendo, que si vivia se casaria con él, pero que si hubiese muerto no la tenian que hablar más de este asunto. Quedó el Rey muy consolado con esta respuesta, mas á los pocos dias se supo la muerte de Cárlos. En el trascurso del tiempo se renovó el trato del casamiento del rey Enrique VII de Inglaterra. Empleáronse varios medios con la princesa, ya de suavidad, ya de rigor, para hacerla acceder; pero siempre se confirmaba más en su resolucion, siendo los ayunos y las oraciones los que la sacaban victoriosa. Acabaron todas estas fuerzas, continúa la crónica, por un medio milagroso, y fué que estando durmiendo la princesa, vió un mancebo hermosísimo, más resplandeciente que el sol, el cual se llegó á ella y la dijo: «No estés triste, ten por cierto que es muerto el rey de Inglaterra, cuyo casamiento te trae tan fatigada.» Despertó la santa con una celestial alegría, y teniendo por revelacion de Dios las palabras que habia oido, pasó la noche en oracion, dando gracias al Señor de que reducia á fin sus congojas. Otro dia volvió el Rey á visitarla, y quejándose de ella por la resistencia que hacia á un negocio que estaba tan bien á aquel reino, respondió la princesa con mucha humildad, y dijo: «Sepa V. A. que ese Rey con quien tanto deseaba que me casase, es ya muerto. Y si viese que sale cierto lo que digo, crea que se sirve Dios que permanezca en este estado. Salió verdad, porque dentro de seis dias recibieron cartas los embajadores de la muerte de su rey Enrique, y así no la hablaron más de este asunto.» Determinó en tanto su padre hacer una expedicion contra los moros de Tánger y Arcilla, lo que no vaciló en comunicarla. Sintiólo mucho la princesa, y no pudo ménos de hacer presente al Rey el grande peligro que habia en que llevase consigo á su hijo, jóven de quince años y de naturaleza enfermiza. El Rey puso, por último, en ejecucion su pensamiento, y la princesa, llena de sentimiento se vistió de luto, continuando en este traje hasta que volvió su padre de Africa. Quedó la princesa gobernando el reino, y todo el tiempo que permaneció su padre en la guerra, le dedicó á oraciones suplicando al Señor por el buen éxito de la jornada. A su regreso quiso el Rey que hubiese regocijos en la corte, mandando que las damas se vistiesen de gala, y Juana que habia durante su ausencia ofrecídose á Dios, y estaba segura de que la habia admitido en su gracia, cuando se acercó á besar la mano á su padre, le dijo puesta de rodillas: «Señor, del buen fin que ha tenido la guerra, á ninguno ha cabido más parte que á mí, por haber encomendado este negocio á Dios. Hame parecido que merced tan grande pide agradecimiento y remuneracion que tambien lo sea. Y será justo, señor, que cada uno de su parte le haga algun ofrecimiento. Los emperadores romanos cuando triunfaban, ofrecian á sus dioses lo mejor que tenian, y Jepté en reconocimiento de una victoria ofreció á Dios su hija, y así será justo que se me conceda una

cosa que lo sea, que con esto pagaremos entrambos. Lo que pido á V. A. con cuanta humildad y reverencia puedo, es que jamás me hable en materia de casamiento, y tenga por bien que me recoja en algun monasterio, y lo pido agora de nuevo por aquellas santísimas llagas que el Señor recibió.» Escuchó el Rey las palabras de su hija pronunciadas no sin lágrimas ni sollozos, por lo que su afecto y ternura no le permitieron contradecir su propósito y la abrazó diciéndola: «Que se contentaba de hacer lo que en tan buena ocasion con tanta prudencia habia pedido. Que no era razon contradecir la voluntad de Dios, y más sabiendo que no hay poder humano que pueda resistir al divino suyo.» Apénas el príncipe y los grandes oyeron la peticion de la princesa y la respuesta del Rey su padre, cuando dijeron con grande sentimiento: «Que protestaban de parte del reino, que siendo jurada la princesa por los estados del, que en cualquiera ocasion que el reino hubiese menester que se casase, que no fuese de efecto lo que habia concedido.» Requirieron que se les diese en nombre del reino testimonio de esta protesta, á lo que no se negó la princesa, que tenia puesta su confianza en Dios, y besando la mano á su padre por la merced que le habia hecho, se retiró á su oratorio derramando lágrimas de contento para dar gracias á Dios por el próximo cumplimiento de sus deseos. En un principio no quiso retirarse al monasterio de Jesus de Aveiro por no disgustar á su padre, porque siendo una casa muy pobre, de estrecha vida y de grande observancia, conoció que lo llevaria á mal el Rey, mayormente habiendo en Portugal otros conventos fundados por reyes, y de consiguiente de más grandeza; y aunque su padre la habia dado licencia para retirarse, queria que fuese á un monasterio donde pudiera conservar todos los honores correspondientes á su rango y clase. Estos pensamientos tenia la princesa, no porque no aspirase á vida muy reformada, sino por dar gusto á su padre, al que visitándole un dia suplicó que la cumpliese la palabra que la habia dado. Contestóla éste, manifestándola lo mucho que sentia el reino la cumpliese la palabra que la habia prometido, y aunque le detenia mucho esto, creyó que era contradecir la voluntad de Dios, y no quiso hacer más resistencia, sino que permitió á la princesa que pudiese disponer de sí con entera libertad. Puso entónces Doña Juana en práctica sus deseos, saliendo de noche de palacio con un corto acompañamiento, y se retiró al monasterio de Udivelas, de fundacion real, con tan poco aparato y tanto silencio, que ántes que se supiese la noticia se hallaba ya en aquel monasterio de religiosas cistercienses. Vivió allí por espacio de dos meses, siendo visitada con frecuencia por su padre y el príncipe su hermano, suplicándola que ya que queria vivir recogida en un monasterio, no dispusiese al ménos de su persona, ni tomase el hábito, pues sabia lo falto que se hallaba el reino de herederos. Razones de grande peso, pero que no tenian ninguna en el

ánimo de la princesa, que no habia salido de palacio con ánimo de permanecer en el monasterio de Udivelas, sino de pasar al convento reformado de Jesus de Aveiro, donde pensaba residir y acabar su vida en servicio de Dios. Con este intento, y porque en el monasterio de Udivelas carecia de tranquilidad por las continuas visitas que se la hacian, rogó al Rey su padre le diera licencia para buscar un sitio más tranquilo. Alabaron mucho el Rey y el príncipe su proyecto, mas la indicaron pasase al monasterio de Sta. Clara de Coimbra, donde habia mucha observancia y se hallaban las hijas de los principales señores del reino, y donde por otra parte estaria más á mano para consultarla en algunos negocios de gravedad. Parecióla debia suplicar de esta determinacion, pero partió en compañía de su padre y del príncipe su hermano, y acompañada de toda la corte, en el mes de Junio de 1472. Habia escrito á la abadesa del monasterio de Coimbra que preparase un aposento para su hija; pero ésta, apénas tuvo licencia para salir, escribió á la priora de Jesus de Aveiro, rogándola hiciese continua oracion por ella, suplicando al Señor llevase á debida ejecucion sus propósitos. Hiciéronlo así las monjas con grandes intenciones, mirando como su primera y principal dicha la compañía de tan santa y elevada señora. Hallábase ya á una jornada de Coimbra, cuando despues de haber hecho oracion y pedido su auxilio á la Reina del cielo, habló de nuevo con el Rey su padre, suplicándole con profunda humildad no impidiera su deseo de retirarse al monasterio de Jesus de Aveiro, donde vivia con más quietud y con el recogimiento que era público se guardaba en aquella santa casa. Movió Dios el corazon del rey D. Alonso para acceder á la voluntad de su hija, no obstante que el príncipe y una monja tia suya llevaban á mal que se diese esta licencia, pues decian: «Que si bien el convento tenia la opinion de religioso, no era bien que una hija de un rey se desterrase á un lugar, que era más isla que poblado, y más siendo tan pobre.» Pero la princesa respondia á todas las objeciones: que la Reina del Cielo tuvo por casa un pobre establo donde nació el Hijo de Dios, y que aquel caso habia quedado para ejemplo de los reyes de la tierra, considerando lo que hizo el que era señor universal del mundo. Y que no le estaba á ella mal retirarse á la casa pobre que decian. Vencidas todas las dificultades escribió el Rey á la priora de Aveiro, manifestándola cómo su hija queria acompañar á aquellas siervas de Dios en su pobre vida. Llegó á Aveiro el 30 de Julio, acompañada del Rey y de toda su corte, y no quiso entrar desde luego en el convento por no turbar el sosiego de las religiosas; por lo que permaneció cinco dias en el lugar para despedirse de todos los que la acompañaban. En estos dias trató el Rey con la princesa algunas cosas de la mayor importancia, y se despidió al fin de ella con mucho dolor, dejándola señalada renta para su sustento

y empleados para que la cobrasen y sirviesen en todo lo necesario; y la hizo, por último, donacion de la villa de Aveiro con gran parte de su comarca. El dia 4 de Agosto, festividad del P. Sto. Domingo, despues de oir misa la acompañaron todos hasta la puerta del monasterio, donde entró despues de besar la mano al Rey y despedirse del príncipe y demás personas que la acompañaban. Recibiéronla las religiosas con grande consuelo, y como la casa era muy pobre, la dieron lo ménos malo, aunque la princesa como tan humilde creia que era todo demasiado, y aquellas pobres celdas eran en su pensamiento mucho más ricas que los artesonados salones de palacio. La princesa no tomó el hábito desde su entrada en el monasterio, pues andaba entre las religiosas con un vestido sencillo y honesto, sin género ninguno de adorno ni cosa que representase su grandeza. Viendo que la casa era tan pequeña y que ella ocupaba la mayor parte, dijo á la priora que comprase un huerto que se hallaba contiguo al monasterio con la renta que la habia señalado el Rey su padre, y que una parte podia servir para desahogo de las monjas y otra para vivir ella, pudiendo ir al coro, en particular de noche, sin incomodar á las religiosas. Vivió de esta manera tres años siguiendo casi por completo la regla de la casa, mas trascurrido este tiempo sentia mucho la princesa ver los ejercicios de las monjas y su aprovechamiento, por lo que decidió pedir el hábito desde luego. No lo consultó con el Rey su padre, comunicándolo únicamente con la priora Beatriz de Leytoa, la que recibió la noticia con grande consuelo viendo lo mucho que convenia para el crédito del monasterio la determinacion de la princesa. Tomó el velo el dia de la conversion de San Pablo del año 1475, hízolo en el capítulo, á media noche al términarse los maitines, donde entró acompañada de la maestra de novicias. Al llegar donde se hallaba sentada la priora, se puso á sus pies de rodillas conforme á la ceremonia de la Orden; y preguntándola la priora: ¿Qué es lo que pedís? La contestó: La misericordia de Dios y la vuestra. Hizo la priora una plática manifestándola la misericordia que tenia el Señor de ella al sacarla del mundo y llevarla á la religion, en la que segun la crónica, entre otras palabras, la dirigió las siguientes: «Aunque la Orden lo manda, no os representaré las asperezas de la religion, por haberlas ya visto y experimentado, y abrazádolas tan de veras que sería tiempo perdido hablar en ello, habiendo inclinado tan de voluntad el cuello al yugo suave de la religion. Solo suplico al Señor lleve á debida perfeccion la obra comenzada.» A lo que respondieron en alta voz todas las religiosas: Amen. Puesta la princesa de rodillas la cortó la priora los cabellos, la vistió despues el hábito, y postrada luego delante del altar con mucha devocion y alegría, heria sus pechos, ofreciéndose en sacrificio á su Criador y Esposo. Acabadas las ceremonias, quedó la priora en el coro hasta la

hora de prima. La princesa era tan amante de la pobreza, que no habia llevado al convento más que una cruz de oro y un *Agnus Dei* guarnecido del mismo metal con otras reliquias que la habia dejado la Reina su madre; y comprendiendo que su nuevo estado no la permitia tener cosa que pudiera mirarse como riqueza, ni la diferenciase de las demás, se quitó unas joyas que no convenian con su estado de novicia. Esta decision de la princesa estuvo secreta durante algunos dias, pues aunque alguna vez la iba á visitar su tia Doña Felipa, ocultaba el velo de manera que no podia distinguir el hábito. Pero al fin lo descubrió y se vistió de luto, haciéndose lo mismo en la villa; sintióse mucho que se hubiese cortado el cabello, igualándose así á las demás no obstante ser princesa jurada y heredera del reino. Corrió esta noticia por todas las ciudades, que nombraron procuradores para que fuesen á la villa de Aveiro, é hiciesen sus requerimientos á la priora y monjas para que no la admitieran á la profesion. Trataron no muy bien á la priora, llamándola temeraria y condenando su atrevimiento en haber dado el hábito á la princesa sin comunicarlo con el Rey su padre. Mas la priora contestó con mucha humildad diciendo: «Que para servir á Dios en el estado de la religion no era menester licencia del Rey ni del reino.» En los primeros requerimientos pidieron que quitasen desde luego el hábito á la princesa y la entregasen como heredera del reino á falta de su hermano, y que de no quererlo hacer, la sacarian del monasterio si faltase el príncipe, y que no pensaban incurrir en ninguna censura, pues manifestaban con tiempos los inconvenientes que podrian sobrevenir. Todas estas cosas no servian para enfriar los santos propósitos de la princesa, pues como habia renunciado todos sus derechos á la corona, no tenia ningun cuidado de lo que pudiera sobrevenir, aunque para evitarlo dirigia fervorosas oraciones al Señor, suplicándole se sirviese conservarla en el estado que habia tomado. Su tia Doña Felipa regresó á su monasterio de Udivelas, sin querer ver ni hablar á la princesa, obteniendo sin embargo de su superiora que trajese una religiosa cisterciense para que acompañase y sirviese á su sobrina. Este fué el primer disgusto que tuvo la santa novicia, mas no por esto se turbó, ántes manifestaba mayor ánimo, pensando en las dichas que la esperaban conforme continuase gozando de la quietud y compañía de las religiosas. El príncipe su hermano manifestó tambien grande sentimiento por la decision de Juana, aconsejando á su padre mandára quitarla el hábito para obviar los inconvenientes que podrian ocurrir en lo futuro, añadiendo: «Que certificaba á S. A. que si no ponia diligencia en cosa que tanto importaba, que él iria en persona á sacarla del monasterio, y daria órden como se sacase.» Partió á Aveiro con este propósito, acompañado de unos cuantos señores de los más principales de Portugal. Uno de ellos era D. García de

Meneses, una de las primeras personas de la corte. Entró el príncipe en el monasterio, y tomando la palabra el obispo de Evora, manifestó el grande atrevimiento de la priora, y continuando despues el príncipe agravó más el caso, dando á entender que sacaria de allí á su hermana á la fuerza: á lo que contestó la priora: «Que ella y las demás religiosas tenian á S. A. por señora, que en hecho de verdad lo era, y así la respetaban.» Y en cuanto á haberla dado el hábito, añadió, que habia hecho lo que el Señor la habia inspirado.» El príncipe se presentó despues en la celda de su hermana, la que salió á recibirle con su pobre hábito y sin ningun aparato: viéndola en aquella disposicion, perdido el color y bañados los ojos en lágrimas, la dijo: «Grande agravio habeis hecho, señora, al Rey nuestro padre y á todo el reino con esta mudanza, pues veis la falta que tiene de herederos. En vuestra mano está el consuelo del Rey y reino. A esto vengo yo, á rogaros de mi parte y suya que dejeis el hábito, con determinacion que si no quisiéredes responder á tan justa demanda, mi padre determina usar de su autoridad real, y las ciudades enviarán quien os saque de aquí por fuerza. Prudencia es hacer de la necesidad virtud, haciendo lo que al fin ha de ser.» Oyó la princesa con la mayor tranquilidad y sin alteracion alguna todo lo que el príncipe la decia, y luego le contestó con las más humildes palabras: «Por cierto, señor, el poder de mi padre, vuestro y del reino, no se tendria por muy grande, si quisiéredes mostrarle contra esta mujer flaca, que no tiene otras armas más que las lágrimas. Mas con ellas y con las oraciones que tengo hechas, y haré siempre á mi señor Dios, espero que se servirá de conservarme en su santo servicio, y en el estado que le he comenzado; y con el favor de mi padre Sto. Domingo, cuyo hábito visto, podré más que los grandes ejércitos de la tierra: tened por cierto que el estado que he comenzado, no le dejaré por cosa del mundo. No me puedo persuadir que siendo vuestras altezas tan cristianos, quieran hacer resistencia á las ordenaciones de Dios, que ha puesto en mi pecho estos pensamientos. Tampoco parecerá bien escudarse con tanta facilidad de lo que poco ántes permitieron mi padre y el reino, y me dejaron entrar aquí. Y no debian pensar que les pedia yo licencia para salirme luego, sino para perseverar en este estado hasta la muerte. Aquí me recogí, y aquí acabaré mis dias, y ningunas bravatas, ni malos tratamientos, ni la misma muerte será parte para no llevar al fin estos propósitos. El Señor, en quien tengo libradas mis esperanzas, trocará los corazones de los reyes, y aprobará lo que agora contradicen.» Quedó muy triste el príncipe viendo lo poco que podian las amenazas con su hermana, y saliendo de su celda dió cuenta de todo al obispo, suplicándole que la hablase por si conseguia hacerla dejar el hábito. El obispo vió en efecto á la princesa y la dirigió, se-

gun la crónica de Sto. Domingo, el razonamiento siguiente: «Señora, ninguno hay que no sepa que el estado de la religion es más perfecto que el del matrimonio, y que por él se camina al cielo con mayor seguridad. No es V. A. la primera princesa ni reina que ha dejado el mundo; porque muchas hubo y siempre las habrá, que se han encerrado en los monasterios. Pero debe advertir que las cosas que en V. A. concurren no se vieron en las personas de su calidad. Porque las reinas qua dejaron el mundo, fué porque enviudaron como Santa Isabel, mujer del rey D. Dionis. Otras se encerraban en los monasterios habiendo primero con autoridad de la Iglesia celebrado divorcio con sus maridos, como aconteció á las reinas Doña Teresa y Doña Mafalda, hijas del rey D. Sancho de Portugal, que casaron con los reyes D. Alonso de Leon y D. Enrique I de Castilla. Por estas razones se recogieron y tomaron el hábito estas señoras. Así lo hizo Doña Blanca, hija del rey D. Alonso IV de Portugal que tomó el hábito del Cister en Lorban, y despues fué abadesa de Burgos en Castilla. Estas señoras, como tenian muchos hermanos, hicieron cuerdamente sus negocios, sin perjuicio de nadie. V. A. tiene otras obligaciones precisas, muy contrarias á su intento, debiendo acudir al bien comun. Porque V. A. no es suya sino del reino. El peligro le vemos muy á los ojos, porque el Rey nuestro señor ni se ha casado ni trata de ello: el príncipe está muy enfermo, y no sabemos si llegará á tener sucesion. Con lo cual se reducen las cosas al estado que V. A. está obligada á dejar el hábito.» La infanta contestó á estas razones, diciendo: «Obispo, el celo que teneis del servicio del Rey, mi señor, y el bien que llamais comun os hace decir estas cosas, y persuadir una cosa tan contraria á vuestro estado. En los ejemplos que me traeis de tantas princesas que fueron monjas, no corriendo en ellas las razones que corren en mí, todavía no podeis negarme sino que para salvar sus almas buscaron lugares más seguros cuales son los monasterios. ¿He de dejar yo de asegurar cosa en que tanto me va por razones tan flacas como son las vuestras? ¿Dónde hallais vos que yo sea legítima heredera del reino viviendo el príncipe? ¿Y por qué os parece más cierta mi vida que la de mi hermano? El que le dió al mundo que es Dios, ¿no es poderoso para darle salud y vida? Podrá bien ser que el camino que teneis por más cierto para asegurar la sucesion del reino, sea su total perdicion, quitando la vida al príncipe por tan grande pecado como hareis en querer impedir lo que Dios tiene ordenado. Pues señor hermano y príncipe, y vos obispo, no os canseis en persuadirme vuestros intentos, porque de ninguna suerte dejaré de continuar al llamamiento que Dios en mí ha hecho.» Despues de estas palabras, quiso la princesa retirarse á su aposento, mas pareció al príncipe demasiada libertad la de su hermana, y respondiéndola con otra mucho mayor, la dijo que la qui-

taria el hábito y se le haria pedazos. Sufrió la princesa con santa paciencia todos estos agravios; habláronla otras dos veces, y al fin, vista su constancia, se volvieron á la corte aunque muy quejosos. Ninguna de estas persecuciones alteraban en nada los pensamientos de la princesa, mas no por esto dejaba de tener miedo del furor de personas tan poderosas que ocultaban sus pensamientos con el nombre de celo y virtud. Rezelábase así de lo que la pudiera sobrevenir, y de ello trataba con Dios, confiando en que decidiria lo que fuese más de su servicio. De todo lo hasta aquí referido se deduce con facilidad cuánto hizo el Señor para la conversion de esta santa. Pues combatida por dificultades que pudieran rendir el corazon más decidido, supo vencerlas todas mirando desde el puerto las borrascas y alteraciones que traian revuelta la corte del rey de Portugal. Muchas fueron las causas que se presentaron á la princesa para dejar el hábito. Empleáronse con ella ruegos, amenazas, representacion de inconvenientes y escrúpulos, la cosa pública y el bien comun, interponiendo su autoridad el Rey y el príncipe, valiéndose de las razones de los obispos, y saliendo todo un reino en defensa de una causa. Todos estos motivos hubieran podido vencer al más fuerte y contrarestar al más firme; pero Juana dejando reinos y hollando reyes, se abrazó con la cruz de Jesucristo, y tuvo por mayor felicidad la pobreza de Jesus de Aveiro que toda la grandeza de que gozaba en los palacios de su padre. Tres reyes en distintos tiempos instaron por casarse con ella, y á todos los despreció, abrazando la órden de Sto. Domingo como la última del monasterio y en uno tan reformado como el de Aveiro. Todos los actos de mortificacion y humildad que hacian las novicias, eran no imitados sino iniciados por la venerable Juana de Portugal. Ella era la que registraba en el coro los libros, la que léjos de desear mudarse el hábito, procuraba que fuese el suyo el más viejo y gastado: llevaba en verano unos zapatos de dos suelas y en invierno unos zuecos de corcho. Comia en la mesa con las novicias, tomando siempre la misma racion que ellas, ayunaba los siete meses que disponen las constituciones de la órden de Sto. Domingo, además de otros ayunos que hacia por su particular devocion. Tenia en el coro y el refectorio el lugar que designa la Orden, no consintiendo en admitir criada para que la sirviese. Hacia lo mismo que las otras novicias en los oficios del refectorio, manifestando siempre tanta actividad como alegría. No habia en el monasterio monja más pobre que ella, y si la querian distinguir en algo, ó lo despreciaba ó lo tenia en poco. Su igualdad con las demás fué de tal manera, que ni en palabras ni en semblante ni en otra cosa alguna quiso que se supiese que era más que sus compañeras, y el tratamiento de su persona quiso que fuese el que se usaba con todas las religiosas, distinguiéndose mucho por su humildad y menosprecio de su propia persona. Por igualarse más á sus compañeras aprendió á

hilar, coser y bordar, y sabia todo lo que es propio de una mujer particular. Las telas que hacia y bordaba, la servian para construir ornamentos que regalaba á las iglesias. Tambien aprendió á hacer silicios y otros instrumentos de mortificacion, y viendo las demás religiosas el rigor con que se trataba la santa princesa, no podian ménos de imitar sus ejemplos. Desde el dia en que tomó el hábito no permitió la diesen otro nombre que el de Sor Juana, y jamás se firmó de otra manera. La priora mandó sin embargo que se la nombrase *Soror in Jesus Joanna*. Supo granjearse de tal manera el aprecio de todas las religiosas, que cuando en el monasterio se la daba licencia para un dia de recreo, la miraban como hermana. Eran muchas las buenas cualidades de esta religiosa, con que invitaba á las demás y daba lugar á que la amasen por su buen trato y religiosa conversacion. Reunia en sí todo lo que necesita una perfectísima novicia, y en lo principal de la Orden, como es pobreza, obediencia y castidad, fué siempre muy puntual. No eran menores su humildad y penitencia. Frecuentaba los santos sacramentos y ejercicios de la oracion, siendo muy amante del silencio. Vivia cuidadosa de conservar la pureza de la conciencia y de acercarse á las comuniones con particular aprovechamiento, y llevaba siempre consigo un libro de memorias en que escribia todo lo que decia ó hacia que la causare escrúpulo. Por la noche hacia exámen de conciencia, segun acostumbran las personas espirituales, y ayuda mucho para la mejora de vida. Ejecutaba con la mayor alegría todo lo que fuese propio de la obediencia, no negándose á ejecutar los oficios más humildes. Si habia obras en el monasterio en que fuese necesaria su ayuda, se hallaba siempre la primera á ello, cargando con espuertas de tierra, etc. Hasta su muerte se sentó en el último lugar del coro. Desde que entró en el monasterio de Jesus de Aveiro no vió nunca ni habló con ningun grande del reino, ni señoras ó personas distinguidas. Si tenia alguna relacion, era con personas eclesiásticas, como arzobispos, obispos y religiosos, con quienes comunicaba las cosas de su conciencia esperando le dijesen cosas de edificacion. Tuvo grande caridad con sus hermanas, ayudándolas en todas sus necesidades, visitaba las enfermas, las acompañaba, animaba y servia con particular esmero y cariño y hacia lo que las enfermeras con la mayor caridad. No la cansaban las pesadumbres ni las importunaciones de las enfermas. Si veia á alguna afligida y triste, procuraba primero saber la causa, y despues buscaba el remedio para consolarla. Si provenia su tristeza de disgustos ocurridos en el monasterio, las animaba á que llevasen con paciencia, ya que no con alegría, la cruz que habian abrazado. Si eran tentaciones, las decia lo que la parecia más á propósito, representándolas el socorro que en semejantes ocasiones suele dar Dios á sus siervas. Procuraba que hubiese grande conformidad entre las religiosas y que se observase el respeto que se debe á la prelada como á madre de todas. De-

cia que en faltando este respeto faltaria la caridad que es lo que convierte en paraisos á los monasterios. Decia que habia sido con gusto monja por vivir sujeta á la voluntad ajena y renunciar la propia. Eran de tanta fuerza sus palabras en este punto, que con ellas y sus buenos ejemplos quedaban las demás religiosas animadas para sobrellevar con alegria cualquiera reprension ó penitencia, convenciéndose de que era lo más honroso y dulce de la religion el sufrir con alegria lo que parece intolerable á los religiosos. Aunque terminaron con el tiempo las persecuciones que sufrió Sor Juana de su padre, hermano y de los grandes del reino, tuvo otras que la envió el Señor para ejercitar su paciencia y manifestar su santidad. Los muchos ayunos, el cambio de los manjares, tan diferentes de los que habia usado en sus primeros años, el uso del silicio y túnica de lana, la hicieron al fin enfermar. Comenzaron á curarla con mucho cuidado, pero en vez de mejorar empeoraba, por lo que decidieron los médicos que debia cambiar de vida si queria conservar la salud. Con este motivo, y con permiso del vicario general de los conventos que se reformaban en aquel tiempo en Portugal, salió del monasterio de Jesus de Aveiro, llevando en su compañía á la priora del convento, Beatriz de Lectona, con otras monjas, con las que rezaba las horas canónicas en cualquier lugar que descansaban, con las mismas ceremonias que si estuviesen en el coro. Por este tiempo volvió su familia á insistir en sus antiguos proyectos, y hallándose en el monasterio de Alcobaza la aconsejaban que se casase, mas sus diligencias no tuvieron efecto alguno, por lo que el Rey su padre regresó á Lisboa y Sor Juana á Aveiro, mejorada ya y decidida á morir si fuese necesario ántes que abandonar su convento, pues á la sazon se hallaba aquella tierra infestada de una cruel peste, aunque no tan violenta como la que poco ántes habia reinado. Despues de tantos torbellinos, dice la crónica al llegar á este lugar, persecuciones, borrascas y enfermedades, no hallando descanso fuera del monasterio, viendo que no habian cesado las aguas del diluvio con que el demonio habia procurado acabar la virtud de Sor Juana, como una simplicísima paloma se retiró al monasterio, que era el arca que Dios habia fabricado para escaparse de los naufragios que padecen los mundanos. El tiempo que anduvo fuera fué novicia, pero despues de haber vuelto al monasterio, trató este negocio con Dios con muchas veras, y con gran deseo de hacer profesion y de obligarse con el voto de castidad á ser nueva esposa del Señor. Un dia de Sta. Catalina, con quien tenia particular devocion, fué al coro, y hallándose reunidas todas las religiosas, se postró delante del Santísimo Sacramento, é hizo luego los votos de pobreza, obediencia y castidad, obligándose á guardarlos desde entónces lo mismo que cualquiera otra religiosa. Habiendo hecho estos, que ella creia ser los votos solemnes, estuvo un grande espacio de tiempo en oracion puesta

ta de rodillas, suplicando al Señor con muchas lágrimas se sirviese ayudarla y favorecerla para que perseverase y cumpliese lo que habia prometido. Con esto, continua la crónica, comenzó luego á mejorar y cobró salud, de manera que pudo proseguir la primera vida en todo cuanto no era daño conocido á su salud. Su comunicacion y trato eran celestiales, sus palabras ardian como fuego, sus consejos causaban particulares afectos. Su caridad era tan fervorosa que declaraba la serenidad y claridad de su conciencia. Su mejora fué de manera que en todo parecia otra, reformó la vida de muchas religiosas que obraban con un tanto más de ligereza de lo que pedia su estado, y tuvo una particular gracia en esto, porque todas recibian sus avisos con mucha humildad. Si se quejaban á ella de que no se hacia justicia en los tratos y contratos que se hacian en Aveiro y su tierra, y de las sinrazones á que se sometia á los pobres, enviaba á avisar á los jueces, mandándoles que proveyesen lo que convenia, porque de lo contrario daria aviso al Rey. Deseaba que todas las religiosas fuesen verdaderas siervas de Dios, y en sus conversaciones trataba del perfecto estado que tenian, las obligaciones que para con Dios se habian impuesto al salir de los peligros del mundo y retirarse al puerto de salvacion, donde debian vivir muy sujetas y reconocidas, manifestando en las obras la correspondencia que debian á las grandes mercedes que del Señor habian recibido. Preguntaba á cada una de las monjas siempre que habia sermon, sobre los principales puntos que habia versado, haciendo esto para la reforma de su vida. Deseó edificar de nuevo y con grande suntuosidad el convento de Jesus de Aveiro, obra que comenzó y no pudo concluir por su muerte. El tiempo que estuvo en el monasterio proveyó á la sacristía con mucha abundancia de todo lo necesario, teniendo tambien mucho cuidado de que no faltase nada en la enfermería. Porque como eran muy grandes las penitencias que hacian las religiosas, habia muchas enfermedades y era conveniente que no faltase nada de todo lo que era necesario para su salud y restablecimiento. Hacia diez y siete años que esta santa religiosa se habia retirado al monasterio de Jesus de Aveiro, teniendo que vencer todas las dificultades y contradicciones que se han referido, cuando quiso el Señor premiar tan loables y agradables servicios, no faltando señales del cielo y revelaciones con que manifestó la próxima partida de su sierva. Aunque enferma ya de gravedad, no faltaba nunca al coro y tenia largos ratos de oracion, en lo que únicamente encontraba algun alivio. Llegado el dia del nacimiento de nuestro Señor, fiesta con la que esta sierva de Dios tenia particular devocion, aunque la fatigaba mucho la calentura, fué la vigilia al capítulo á oir la calenda y el sermon, que acostumbra á predicarse aquella noche en la órden de Sto. Domingo. Despues de rendir gracias al Señor que se habia servido darla fuerzas para hallarse en aquella santa y devota ceremonia,

suplicándole se sirviese continuar esta merced, para que á la noche siguiente asistiese á la solemnidad de su nacimiento, fué del capítulo hasta el oratorio, donde permaneció hasta la mañana siguiente, preparándose para confesar y comulgar en compañía de las demás religiosas. Despues que comulgó, hallándose muy cansada, la llevaron á la cama, donde permaneció hasta el dia siguiente, hora de tocar á maitines, y aunque con grande debilidad, se levantó y fué al coro, como tenia de costumbre. Estuvo en los maitines cantando los salmos con las demás religiosas, y ocupó el resto del dia en celebrar el santo misterio del nacimiento del Hijo de Dios. Desde este dia tomó tal incremento la enfermedad, que no pudo volverse á levantar de la cama, ni ir á misa al coro con las demás religiosas. Hacian la priora y monjas procesiones y rogativas, suplicando al Señor se sirviese conservar la vida de Sor Juana, conociendo la falta que habia de hacer al monasterio. Mas la enfermedad continuó en aumento durante los meses de Enero y Febrero. Llegada la semana santa, el jueves, dia en que acostumbraba á hacer devociones particulares, se mandó conducir al coro bajo, por hallarse entre las monjas y comulgar como una de las discípulas de Jesucristo. El viernes santo hizo tambien que la llevasen al coro á los oficios, y en particular á la ceremonia de la adoracion de la santa cruz. Despues de adorar la cruz, se mandó conducir frente al atril donde se cantan los salmos durante esta ceremonia, y allí cantaba con las demás religiosas. El sábado santo confesó para comulgar el dia de la resurreccion del Señor. Pusieron un altar en el coro para decir misa y darla la comunion, sabiendo que aquella habia de ser la última vez que se hallase en aquel lugar donde encontraba tanto consuelo. Miró la silleria del coro, y derramando abundantes lágrimas dijo: Quedaos con Dios, asientos de los ángeles, que ya no me veré más en vuestra compañía. Palabras que causaron grande sentimiento en las monjas, y le hubieran causado en corazones ménos tiernos y ménos apasionados. Desde aquel dia no se levantó de la cama, porque se postró de tal manera, que solo las manos la quedaron libres para levantarlas al cielo, y la lengua para bendecir al Señor. Su paciencia edificaba á todos, y su humildad confundia á los que no la tenian. Porque nunca se quejaba, ni sus palabras eran otra cosa sino la confesion de su miseria, protestando que era mujer indigna de todo bien. Todas sus palabras eran de edificacion, pues como próxima á la partida manifestaba las alegrías y placeres de que debia gozar en el cielo. No tardó en esparcirse por Portugal la noticia del peligro en que se encontraba, y muchos señores y personas principales se presentaron á visitarla. Citanse entre estos á Jorge de Acosta, arzobispo de Braga y cardenal despues de la Iglesia romana, el obispo de Coimbra D. Jorge de Almeida y el obispo de Oporto D. Juan de Acebedo, que eran muy afectos á la sierva de Dios y tenian todos licen-

cia para entrar en el monasterio. Consolaban y animaban á la santa religiosa diciéndola la alegría con que debia esperar la partida. Oia Sor Juana con mucha atencion las palabras de aquellos prelados, aunque tenia mucho consuelo, esperando en el cielo el premio de sus trabajos: algunos dias ántes de morir hizo testamento, dejando todos sus bienes al monasterio de Jesus de Aveiro, y añadiendo: De mi cuerpo hágase lo que mandare la prelada, y por mi alma lo que ella hiciera, y suplico al Rey mi señor, que si faltase algo para cumplir lo que yo ordenase, que S. A. lo supla. Despues de haber hecho algunas mandas, no le quedaba otra cosa de que ocuparse más que de examinar todos sus pensamientos para la salvacion de su alma. Llegó el mes de Mayo del año 1490, en que murió, y comprendió la sierva del Señor que la quedaban pocos dias de vida. Comenzó á hablar con grande edificacion, y aunque los grandes dolores de la enfermedad la fatigaban, nunca se la oyó palabra alguna que indicase impaciencia. Hallándose un dia muy de peligro, y reunidas las religiosas en el capítulo, la dió un accidente tan fuerte que perdió el sentido y parecia haber espirado ya. Procuraron hacerla algunos remedios, con los que volvió en sí, y viendo á la priora y á todas las religiosas á su lado, manifestó grande alegría y las dijo: Que rogasen á Dios por ella, porque estaba en tiempo de necesidad. Llegado el dia de S. Juan ante Portam-Latinam, hizo confesion general, y luego oyó misa y recibió el Santísimo Sacramento con mucha devocion. Mandó que no quitasen el altar que habian puesto para decir misa y tenia muchas imágenes, y pidió despues la extremauncion alegrándose mucho de verse tan próxima á la partida. Dijo la confesion, y pidió perdon á las monjas con una profunda humildad, rogándoles la perdonasen la inquietud y desasosiego que les habia causado. No lloraba porque no tenia fuerzas para derramar lágrimas, pero hacia grandes demostraciones de sus interiores sentimientos, y decia á la priora: ¿Qué es esto, madre, que no puedo llorar por mis pecados? Reciba el Señor mi voluntad y deseo, que el cuerpo ya no puede más. Seis dias vivió despues de este acontecimiento, que fueron un verdadero purgatorio, por ser increibles los dolores que sentia en todo su cuerpo. Una religiosa la dijo en aquel trance: Señora, no temais, ni rezeleis de perder la compañía que tanto deseasteis; y ella contestó: «No temo de tal suerte que venga á caer en la desconfianza de que perderé á aquel Señor en quien creo, que es su misericordia tanta, que por lo grande perdonará á los pecadores, de los cuales el mayor soy yo. Pero no se maraville, madre, que muestre tanto sentimiento en esta hora, porque no parto á casa del Rey terreno, sino á la presencia del celestial, á dar cuenta de todo el mal que hice, y mucho bien que pudiera haber hecho. El deseo que tenia de que las religiosas cumpliesen con la mayor exactitud con sus deberes, la animó á darlas algunos consejos saludables á la partida,

diciéndolas: «Los trabajos y penas que yo padezco y padecen los demás cristianos que llegan á esta hora, son escalera para subir muy presto al cielo á gozar de Dios.» Decia que las conciencias limpias, llenas del óleo de las buenas obras, se habian de hallar velando al Esposo, siendo incierta la hora de su venida. Pidió á todas las monjas que no llorasen por ella, porque iba á casa de muy buen Señor, en cuya piedad tenia mucha esperanza. Sentia que no estuviesen muy alegres, viéndola salir de una vida tan miserable. Repetia que los tormentos que padecia, aunque fuesen mayores, eran regalo y merced si con ello se paga lo que ha de pasar el alma en el purgatorio. El mártes por la mañana, 11 de Mayo, fueron á visitarla los médicos, y les dijo que era tiempo perdido, pues eran muy diferentes los socorros de que necesitaba, y mandó llamar á sus capellanes encargándoles dijesen todos la misa de las llagas, para que sirviese de remedio á las penas que merecia por sus trabajos. Lo mismo encargó en el convento de los religiosos de su Orden y en las iglesias de los clérigos. Poco ántes de espirar, dijo á la priora que la encomendaba muy en particular el alma, y que miraria como una grande caridad que la sepultasen en el coro bajo con las demás religiosas, por que se acordasen de ella cuando fuesen allí. Despues de decir estas cosas, llamó á todas las monjas, y las rogó que no se fuesen á descansar, porque estaba segura de que las necesitaria aquella noche. En aquellos momentos hablaba Sor Juana con espíritu divino del estado que gozan los bienaventurados en el cielo. Pidió á la priora y á las demás religiosas que no la desamparasen, ni dejasen sola, y que avisasen al prior de Sto. Domingo y á sus compañeros, que se hallasen advertidos porque los habia de necesitar aquella misma noche para que la ayudasen á bien morir. Estaba la sierva de Dios con todos sus sentidos y tan en sí, que solo la faltaban las fuerzas temporales, debilitadas con tan larga enfermedad. Preguntaba muchas veces qué hora era, pues sin duda de las prevenciones que hizo y mandó hacer, se tuvo por seguro que supo la hora en que habia de morir. Diciéndola que eran las diez de la noche, mandó llamar á los padres confesores que se hallaban en el oratorio, y les dijo: Padres mios, esta es mi postrera hora, ayudadme. Reconcilióse de nuevo, usando de algunas gracias que la habian concedido los soberanos pontífices para aquel trance, y levantando las manos é hiriendo con fuerza su pecho y con robusta voz lo mismo que si estuviera sana, dijo la confesion, repitiendo muchas veces: *Señor, pequé; digo mi culpa, porque soy gran pecadora.* Hizo que la acercasen la cruz, y mirando atentamente al santo crucifijo le besó muchas veces repitiendo aquellas palabras del salmo: *Averte faciem tuam à peccatis meis.* Pidió á los religiosos que la dijesen algunas oraciones: hiciéronlo así, y cuando leyéndola la pasion con la fuerza de sus padecimientos interiores pudo hablar, dijo: ¡Oh Señor,

que tanto quisiste sufrir por los pecadores, perdonadme y salvadme, por que sea del número de los que os alaben para siempre. Estaba muy atenta á lo que se leia, y cuando se referia alguna particular injuria hecha al Redentor del mundo, daba grandes gemidos diciendo: «Señor, perdonadme y habed misericordia de mí pecadora, no entreis conmigo en juicio, que no hay quien se pueda justificar en vuestra presencia. No os acordeis de mis maldades, poned los ojos en vuestra misericordia.» Cuando llegó á oir cómo el Señor espiró, puso las manos en los pechos y rezó un poco; dijo luego el salmo *In te, Domine, speravi*, y terminó con un suspiro diciendo: Siempre esperé en vos, Señor, y os encomendé el alma que criasteis y redimísteis, así lo hago ahora, que la encomiendo á vos y á la Vírgen Santísima María, vuestra madre y señora mia. Luego dijo el himno *Ave Maris Stella*, el Credo y pidió al prior que comenzase la recomendacion del alma. Tomó la vela bendita y no la dejó hasta despues de espirar. Dicha la letanía, levantó los ojos al cielo, y abriéndolos pareció que salia de ellos resplandor. Cuando llegaron á aquellas palabras, *Omnes Sancti Inocentes, orate pro ea*, acabó su dichosa vida en 12 de Mayo de 1490: habia nacido en 6 de Febrero de 1452, de manera que vivió treinta y ocho años, tres meses y cuatro dias. Quedó tan blanca y hermosa que se creyó se valia de este medio la sabiduría divina para manifestar su salvacion. Grande fué el llanto de las religiosas, que hicieron particulares demostraciones por el sentimiento que no podian ménos de tener en tan grande pérdida, siendo su único consuelo quedarse con el precioso tesoro de su cuerpo. Entraron los Padres de Santo Domingo en el monasterio á celebrar los oficios, y puesto el cadáver en el claustro le condujeron á la sepultura yendo vestidos de pontifical los obispos de Coimbra y Oporto. Enterraron el cuerpo, celebrando los oficios el prior de Sto. Domingo, y al dia siguiente dijo misa de pontifical el obispo de Coimbra, haciéndose un panegírico de las virtudes de esta ilustre religiosa, de quien se refieren muchos milagros y revelaciones, habiendo varios soberanos pontífices autorizado á su Orden para celebrar su memoria con culto particular. Su muerte fué atribuida por algunos á su excesivo celo por la salvacion de las almas, refiriendo la crónica su orígen de la manera siguiente: «Sucedió que una mujer demente vivia más libre de lo que convenia á su persona y á su reputacion. Tomó á su cargo Sor Juana persuadirla que dejase el trato que traia, y no fueron de provecho los avisos. De manera que fué necesario desterrarla del lugar donde vivia no hallando otro medio para proveer en el escándalo que daba la publicidad del caso. Quedó de esto afrentada la mujer, que debiera afrentarse de su ruin vida y dar gracias á quien con celo cristiano procuraba sacarla de ella. No fué así, sino que dió trazas de vengarse de la santa religiosa cuándo y como pudiese, y así sucedió que pasando

esta señora por un pueblo donde estaba esta mujer ó cosa suya, pidiendo un jarro de agua se la dieron con ponzoña, y dentro de pocas horas despues de haberla bebido sintió muy embarazado el estómago, hallándose en grande peligro de perder la vida; desde aquella hora hasta que murió nunca tuvo mejoría, diéronla la bebida con tal artificio y preparada de suerte que no obrase con violencia y furia, sino poco á poco. Fué grande la melancolía que la cargó, hinchándosela el estómago y manifestando en otras señales la alteracion y revolucion de los humores que trabajaba su salud, dando muestras de que procedian de alguna causa violenta y accidental. Despues de la muerte de Santa Juana, se divulgó por todo el reino y se extendió que su fallecimiento habia tenido principio en el veneno.» Inútil es decir que la vida de esta venerable religiosa se halla sembrada de sucesos de este género, propios del espíritu de la época en que se escribió y que hemos omitido por evitar proligidad, contentándonos con lo expuesto para dar una muestra, aunque ligera é incompleta, de sus grandes virtudes.—S. B.

PORTUGAL (Beata María de), religiosa franciscana cuya memoria celebra su Orden en 17 de Febrero. Pertenecia esta ilustre monja á la casa de su apellido, que tantos santos ha dado á la Iglesia católica y más de uno á la Religion Seráfica, y desde muy jóven se distinguió por sus heróicas virtudes renunciando las grandezas del mundo y á las ventajas que le ofrecia un matrimonio propio de su clase por retirarse á un claustro, en que dió pruebas de todas las virtudes, no solo de su sexo, sino tambien del claustro siendo tan asídua en la oracion como en la penitencia y demás prácticas regulares. Apreciada de las religiosas hubiera obtenido los más elevados cargos, si no se lo impidieran su excesiva modestia y humildad que desde que tomó el velo la obligó á vivir en medio de las tareas más humildes, sirviendo á las demás religiosas, y no consintiendo lo hicieran con ella como por su clase la correspondia. Apénas en los últimos años de su vida consistió se la diese algun alivio en sus tareas, y áun entónces fué para continuar con más asiduidad sus penitencias y devociones en que fundaba toda su alegría. Refiérese que profetizó la hora de su muerte, y que al caer enferma hizo llamar á las religiosas, pidiéndolas perdon de las muchas fatigas que suponia haberlas dado, y entregándose á otras prácticas humildes y propias de su gran piedad. Sus últimos momentos fueron en extremo tranquilos, citanse diferentes apariciones de ángeles y santos que vinieron para acompañarla á la mansion eterna, donde voló su alma á obtener el premio de sus grandes virtudes. Su muerte fué generalmente sentida no solo de las religiosas, sino de todo Portugal, por donde se habia extendido la fama de sus grandes virtudes. Su entierro fué tan suntuoso como podia esperarse en su elevado rango, aunque se la dió sepultura entre las más humildes religiosas conforme á sus

deseos que habia dejado consignados en su testamento, en que dispuso á favor de su monasterio y religion de los escasos bienes que habia permitido tomar entre los muchos con que para sus alimentos la habia brindado la munificencia de su familia. La Orden Seráfica recuerda desde entónces las virtudes de esta religiosa, que se halla citada en el Martirologio de la religion.—S. B.

PORTUGAL (Miguel de), hijo de Luis de Portugal Vimioso, que tomó el hábito de dominico, consintiendo en ello Juana de Mendoza, su mujer, la cual se retiró al convento de religiosas descalzas del monasterio del Santísimo Sacramento de Lisboa, y hermano de Alfonso de Portugal, IV del nombre, conde de Vimioso, creado marqués de Aguyar el año de 1644: fué obispo de Lamego y se hizo célebre por su capacidad. Luego que Juan IV, duque de Braganza y Barcelos, llamado el *Afortunado*, fué aclamado por los portugueses el dia 1.° de Diciembre de 1640, para que fuese su rey, como tenian motivo para temer que la corte de Roma, impedida del crédito que en ella tenia Castilla, rehusase reconocerlo por soberano, resolvieron solicitar al papa Urbano VIII en favor de su pretension, y para el efecto enviaron en embajada á la dicha santidad á Miguel de Portugal, obispo de Lamego, y á Pantaleon Ruiz Pacheco, inquisidor del Santo Oficio en la suprema de aquel reino y despues obispo de Elvas. Estos embajadores partieron de Lisboa el dia 15 de Abril; llegaron á la Rochela, atravesaron la Francia, se embarcaron en Tolon, y llegaron poco despues á Civita-Vecchia, puerto de mar situado á trece leguas de distancia de Roma. El Papa, que temia desagradar al rey de España, se conturbó no poco luego que supo el asunto de tal embajada; y habiendo llegado á entender que los franceses, los catalanes y los portugueses que estaban en Roma, habian pasado á Civita-Vechia á defender los embajadores portugueses contra los castellanos que querian impedirles llegáran á Roma, y conociendo tambien se hacian de ambas partes provisiones de armas para el caso, encargó al cardenal Antonio Barberini el que batiera la entrada con cuarenta caballeros desde Civita-Vecchia hasta Roma á fin de prevenir todos los accidentes. Los autores portugueses dicen se contentaron los castellanos con amenazar al Papa, saldrian de Roma si acaso permitia entráran los embajadores: pero esto no impidió que el obispo de Lamego entrára en la capital del mundo católico bien acompañado, y fuese á la casa del marqués Fontana, embajador de Francia. Los de España, irritados, hicieron cuanto pudieron con los cardenales españoles, á fin de que no les dieran audiencia, y sobre el asunto presentaron un escrito al Papa, el cual habiendo formado en su interior una fuerte impresion, precisó á los portugueses á que probáran mediante muchas memorias la injusticia que se les hacia. El embajador de Francia presentó un memorial al Papa en nombre

del obispo de Lamego, pidiéndole justicia; pero el dicho prelado nada obtuvo, y al cabo de haber estado en Roma un año y un dia en medio de la confusion y de la turbulencia, se vió precisado á volverse á Portugal, sin haber podido siquiera besar el pie á Su Santidad. Llegó, pues, sano y salvo á Liorna, escapando de muchos peligros. En Liorna se embarcó para Lisboa adonde llegó con felicidad, y allí murió poco despues, que es decir, el año de 1644, lleno de virtudes y sentido de todos. Entónces tenia solo cuarenta años de edad.—G. A.

PORTUGALLO (Hugo de Porto, llamado), fué obispo de la ciudad y puerto de Oporto, en el reino de Portugal, y se le tiene por uno de los autores de la *Historia de Compostela*. Trata de este prelado Vasœus en su *Crónica é Historia*.—C.

PORTUGUES (Fr. Alvaro), religioso dominico, cuyos principios se ignoran, sabiéndose únicamente, que siendo confesor del rey D. Juan II de Castilla hácia 1420, abandonó la corte con permiso de su monarca y se retiró á la sierra de Córdoba, donde fundó un convento á una legua de la ciudad, á que puso el nombre de Sto. Domingo de *Scala Cœli*. Esta casa fué siempre en extremo pobre no teniendo más recursos que las limosnas que obtenia en la ciudad de Córdoba, de manera que despues de la muerte del P. Alvaro, ya por escasez, ya por enfermedades, la abandonaron los religiosos con licencia del obispo D. Fr. Juan de Córdoba, que pertenecia á la misma Orden, y la dió á persuasion de su confesor Fr. Cristóbal, pasando los Padres al convento de los Santos Mártires, que se hallaba dentro de la misma ciudad de Córdoba, donde continuaron hasta que reedificó el de *Scala Cœli* el P. Fr. Luis de Granada. La vida de Fr. Alvaro fué muy áspera y ejemplar, teniendo fama en la ciudad de Córdoba de varon santo por sus grandes virtudes y penitencias, pues todas las noches iba desde el convento hasta una cueva, que conserva todavía el nombre de S. Alvaro y se halla en un monte muy distante del convento, siendo el camino muy fragoso, y delante de una imágen que allí habia de nuestra Señora de la Soledad, se entregaba á sus penitencias sin que dejase de hacerlas en el camino, sobre lo que dice la crónica: «Examináronse testigos así de oidas como de vista, á quien Dios hizo merced de revelar cosas milagrosas de su siervo, que viendo al Santo ir de rodillas á la dicha ermita, vieron ángeles delante de él quitándole las piedras del camino, y otras veces caminando de rodillas le iban sustentando por los hombros, de que por ser cosa tan recibida hay muchas estampas en Córdoba. Y este milagro está pintado en su capilla, de tiempo inmemorial, que es desde que se hizo la capilla donde fueron puestos sus huesos, que se cree que ha más de ciento cincuenta años que se puso allí esta pintura.» Además de otras penitencias visitaba el V. Alvaro las ermitas y cruces que se ha-

llan en los términos del convento, porque le edificó en un sitio y lugar muy parecido á la santa ciudad de Jerusalen y á los demás lugares por que hubo de atravesar en su pasion nuestro Señor Jesucristo, el arroyo de los Cedros, el Calvario y otros, los cuales permanecieron por mucho tiempo y fueron visitados con grande devocion por todas las personas que iban á visitar las reliquias del glorioso Alvaro, que se hallaban en aquel convento en capilla particular: yendo á verlas con frecuencia los obispos de Córdoba y entre ellos D. Pablo de la Laguna concedió cuarenta dias de indulgencia á los que visitaren la cueva de S. Alvaro. La devocion que tenia Córdoba á este Santo hacia que durante todo el año fuesen muchas personas á velar y tocar sus reliquias, esperando curarse por su intercesion de sus enfermedades y dolencias. Por este motivo construyeron los religiosos una pieza junto á la capilla del V. Alvaro, que cae fuera de la casa del convento, para que pudiesen conservar los religiosos su recogimiento apartados del ruido y confusion de los muchos que iban á velar. Los inquisidores de Córdoba fueron diferentes veces á visitar este sepulcro, quedando siempre edificados del buen estado en que se hallaba el cuerpo de un religioso para cuya canonizacion se han hecho todas las pruebas sin que se halla obtenido hasta el presente, no obstante que, asegura el cronista, «va siempre el Señor aumentando los milagros y la veneracion al santo Fr. Alvaro, que no estando canonizado ni beatificado, le reverencian como si lo estuviera.» Pintan su figura como está en su capilla, ayudado de los ángeles para subir á su cueva; no hay en esta casa privilegios ni otra cosa á propósito de la historia, más que el tesoro de este santo sepulcro del P. Fr. Alvaro, que basta para que el convento pase sin otras rentas.—S. B.

PORTUGUES (Fr. Gregorio Bautista). Solo nos dice Amat de este religioso que escribió una obra titulada: *Completas de la vida de Cristo;* de suerte que no podemos manifestar ni á la Orden religiosa á que perteneció, ni la época de su vida, debiendo considerarle catalan, pues que aquel autor le concedió un lugar entre los escritores de este principado.—A. C.

PORTUGUES (Fr. Juan), religioso de la órden de los Minimos de San Francisco de Paula. La provincia de Castilla, segunda en antigüedad entre las de España, á ninguna de las de la Religion Franciscana citada inferior en cosa alguna, siempre ha criado hijos insignes en santidad, ingenios, y todas buenas prendas humanas: si tal cuidado hubieran puesto los antiguos en sus memorias como en su crianza, podriamos hoy ilustrar con muchos la historia de dicha Orden religiosa, si en ello tuviéramos empeño, mas como de esto se cuidaba ménos en aquellos tiempos, me ocuparé solamente al presente de los que han quedado en memorias de los más ancianos. Entre los primeros fué aquel insigne varon Fr. Juan Portugués, que en el siglo

tuvo nombre y obras de uno de los capitanes más señalados y valerosos del rey D. Manuel de Portugal. Despues de haberse hallado en muchas guerras en Africa y España, hombre ya de edad perfecta, trató de hacerla á sus pasiones, como valeroso soldado de Cristo, escogiendo para ello la bandera del humilde padre de los Mínimos, S. Francisco de Paula. Natural fué nuestro candidato héroe de la ciudad de Oporto. Recibió en Andújar el hábito en 6 de Marzo del año de 1512. Hizo profesion al medio del trienio del P. Fr. Jacobo Presenda, sexto provincial de España. Vivió religiosamente algunos años, hasta que al tiempo que se dividieron las provincias de Castilla y Andalucía, fue nombrado provincial, el primero que tuvo Castilla. Su nombramiento hizo el onceno capítulo general de la Religion, primero celebrado en Bolonia. Se le conoció desde luego gran talento y especial gracia para gobernar, y así le empleó siempre en esto la Religion. Cuando dejó el siglo era hombre hecho, y trabajado en la milicia. Como hubiese primero estudiado las artes y la teología, con muy poco trabajo que puso en los principios se rehizo, de manera que salió hombre muy proveeto y aventajado en sus estudios. Era cosa digna de admiracion oirle disputar y predicar elegantemente á aquellos príncipes y soldados con quienes se habia ejercitado en la guerra. Fué hombre de corazon entero, de gran juicio en las resoluciones, sobre todo de irreprensibles costumbres. Resplandeció maravillosamente en él la excelentísima virtud de la oracion, en que empleaba la mayor parte de la noche en el coro, lo que le sobraba del dia en su celda, donde fué notorio haber tenido perpetuas luchas con el demonio. El P. Fr. Juan Portugués, lleno de venerables años y santidad, vino á morir por los del Señor en 1570, en el convento de S. Sebastian de Valencia, donde entre tantos cuerpos santos como tiene la capilla mayor está el suyo esperando la gloria de la santa resurreccion. —G. A.

PORTUGUES (Fr. Leon), de nacion tambien portugués, tomó el hábito de religioso en la órden del seráfico P. S. Francisco en su patria, adonde llegaron las nuevas de la reforma y perfeccion de S. Pedro de Alcántara, y de la pobreza con que fundó la provincia de S. José, á la que se trasladó, entablando en ella una vida muy parecida á la del maestro que escogió. Era muy humilde, enemigo del aplauso popular, y amigo de la soledad y recogimiento. Lo primero que se puede decir de él, es que olvidó su tierra, y vino á perder la memoria de ella y la de los suyos con el trato frecuente y continuo de Dios, supremo hacedor de todo lo criado. Llegó á tan columbina simplicidad y soberana quietud, que parecia niño pequeño con ser hombre de mucha prudencia. Fué tal el punto de su sencillez cándida, que juzgaba por tales á los demás, como se veia á sí, que era estar firme en no ofender á Dios, no pudiendo creer en otros lo que en su alma no le pa-

recia era posible llegar á pensar. Buscaba migajas de pan para darlas á los pajaritos, y ellos se andaban tras él, y se le ponian en los hombros y en las manos. Parece que vivia en el estado de la inocencia. Además de esto tenia mucho ser y nombradía en todo lo que era virtud y perfeccion; y muy buen juicio para las cosas que tocaban á su estado, que es el saber y cordura propia de los santos. Le dotó el Señor de prudencia y discrecion no vulgar. Fué muy sufrido en los trabajos y enfermedades; le sobrevinieron muchas en los setenta años de su edad, de piedra, ijada y riñones, con un raudal de perpétuos dolores; no se le oyó en ellos palabra de queja ó enfado. Por desabrido que estuviese el manjar que le ponian delante, decia que era muy bueno, acordándose de la hiel y vinagre que dieron á Cristo señor nuestro. Era en sumo grado amante de la pobreza evangélica, virtud que es el fundamento de la perfeccion de los frailes Menores, y más pobre de espíritu y de corazon. Con ser tan viejo y estar enfermo, caminaba á pie sin llevar cosa alguna de comer. En un camino despoblado desfallecieron de hambre él y su compañero de viaje, y echados debajo de un árbol, los socorrió el Señor como á S. Pablo primer ermitaño: un cuervo les puso delante un pan blanco y sabroso, con que se satisfacieron, y lo que sobró, repartió á los pajaritos que se vinieron á él como solian, y lo tomaron de su mano. Tuvo don especial de consolar á los afligidos, y de la manera que podia los socorria en sus apuros y aflicciones, que ni le faltaban para esto obras ni palabras. No desechaba penitente alguno, aunque estuviese muy agravado de dolores: á todos los confesaba y consolaba. Decia cuando le llamaban á este santo ministerio: «Vamos á ayudar á salvar las almas;» y cuando por sus enfermedades no se podia levantar ni bajar al confesonario, rogaba al portero que llevase los penitentes á su celda, y los oia en penitencia con tanto gusto como si en ello consistiera el remedio de sus males. Estando muy de mañana de camino para ir á capítulo, y fuera ya del convento, llegó un hombre á pedir que le administrase el sacramento; dejó la jornada hasta otro dia, y todo aquel le ocupó en consolarle, y gastára todo el año si fuera necesario, y mil vidas diera por sacar de pecado á un hombre. Despues de su muerte dijo este penitente, que por aquella confesion remedió Dios su alma, porque habia treinta años que no las hacia á derechas. Siempre traia la muerte delante de los ojos, y enderezaba sus acciones para la vida eterna á que ansiosamente aspiraba. Caminaba á toda priesa por la senda de las virtudes, porque consideraba que de la salud á la enfermedad hay brevísima distancia; de la enfermedad á la muerte una línea indivisible; que todo desaparece, y con el tiempo vuela la vida á su fin. Hoy no son sombra los que ayer parecian exentos de la muerte, segun eran de fuertes. Sobre sus enfermedades le sobrevino una fiebre ardiente. Conoció que se moria, y recibidos devotísimamente los sacramentos,

dió su alma al Señor en el convento de la Viciosa, en el año de 1563, dejando un vacio en la Religion difícil de llenar bajo todos conceptos. En la contemplacion fué este siervo de Dios de los más prodigiosos que se veneraron en aquel siglo: tambien le dotó el Señor del don de la predicacion, y de tal modo, que en algunas ocasiones de las que subió al púlpito hizo en él tan fervorosas pláticas, que llegó á inflamar en el amor divino áun los corazones más empedernidos, dejándolos con experiencias de renovacion interior y singular fervor de espíritu. En una palabra, este virtuoso y ejemplar religioso encontraba todo su placer en ganar almas para Dios nuestro Señor, ya por medio de la confesion, ya tambien explicando á los fieles en el púlpito las saludables máximas del Evangelio santo, sin que por esto dejase, como queda dicho, de ocuparse en otros ejercicios y actos de piedad dirigidos á conseguir el expresado fin.—G. A.

PORTUNAONO (Fr. Federico de), religioso franciscano de la provincia de S. Antonio. Se distinguió tanto por su fervoroso espíritu, que era adornado diariamente de nuevas virtudes y dones celestiales. Fué tambien muy erudito y elocuente predicador de la palabra divina. Despues de haber ilustrado su Orden por su grande santidad y milagros, emprendió por amor de Jesucristo un largo viaje al Asia y la India, y recorrió la mayor parte del orbe predicando la fe y evangelizando con grande celo. Hizo gran número de conversiones, las que en el espacio de diez y siete años que duró su viaje, parece ascendieron al número de veinte mil, que bautizó por sus propias manos é instruyó en las buenas costumbres y santa doctrina, confirmándolos en ella con sus milagros. Murió santamente en el convento de Ufina, en la octava de la Epifanía del año 1331, haciendo despues de su muerte como durante su vida gran número de milagros, por los que fué colocado entre los santos del patriarcado de Aquilea, y es citado por los Bolandos y Arturo en el dia 15 de Enero. Escribió muchos opúsculos de que hacen mencion Tritemio, Wadingo y otros autores; la Biblioteca Franciscana cita los siguientes: 1.° *Sermones diversos.*—2.° *Epístolas sueltas.*—3.° *Chronica compendiosa à Mundi exordio ad finem fermè Pontificatus Joannis XXII.*—4.° *Itinerarium* ó *Historia suæ peregrinationis.*—5.° *De miraculis mundi.* Obra distinta de la anterior, que fué traducida al francés por Juan Le Long, segun Felipe Labbé en su *Nueva Biblioteca de libros manuscritos.* Bolando la publicó tambien con la vida del autor en 14 de Enero.— S. B.

PORZIA DE FRIUL (Leandro). Nació en 22 de Diciembre de 1673, fué monje benito de la congregacion de Monte-Casino, consultor del Santo Oficio y miembro de muchas congregaciones en Roma. Fué electo el año de 1725 abad de la abadía de S. Pablo, extramuros de Roma; asistió como tal al Concilio Romano que se tuvo en S. Juan de Letran, y fué bendecido

el dia 9 de Junio del mismo año de 1725 en su iglesia abacial por el Papa, asistido de los abades de Monte-Casino y de Casamara. Por Enero de 1728 fué nombrado para el obispado de Bérgamo en el estado de Venecia, que se propuso para él en consistorio el dia 12 de Abril siguiente, despues de haberle dispensado el Papa el exámen por causa de haber dado muchas pruebas de su profunda doctrina en el ejercicio de diferentes empleos, por espacio de veinte años de tiempo que habia residido en Roma. Tambien fué creado cardenal en 30 de Abril de 1728, y recibió el mismo dia la birreta de manos del Papa, quien hizo la funcion de consagrarle el dia 2 de Mayo en la iglesia de religiosas de S. Ambrosio, teniendo por asistentes al arzobispo de Trajanópolis y al de Cirena. Su Santidad hizo el dia 4 la ceremonia de cerrarle y abrirle la boca, despues de lo cual le asignó el título presbiteral de S. Gerónimo de los Esclavones, que dejó optando por el de S. Calixto en 20 de Setiembre de 1728. Benedicto XIII, honrándole con la púrpura, á fin de que la mantuviera con el lustre debido le asignó una pension anual sobre la Cámara Apostólica de doscientos escudos de oro, hasta ser provisto en algunos beneficios. El papa Clemente XII lo declaró diputado de la Congregacion de *Propaganda Fide*, y tomó posesion de esta plaza el dia 8 de Abril de 1731. — G. A.

POSA (Pedro). Segun el P. Mendez fué presbítero de Barcelona. Este eclesiástico catalan, dice Amat que fué uno de los principales autores que ejercieron en Barcelona el arte tipográfico, por lo que le da un lugar muy distinguido en su *Biblioteca de Escritores catalanes*, pues que difundió las ciencias con la impresion de obras interesantes que corrian manuscritas con atraso de la literatura. Corrigió é imprimió en 1481 la *Historia de Alejandro*, escrita por Quinto Curcio, y de esta obra dice Amat que habia en su tiempo ejemplares en la biblioteca del conde de Sta. Coloma y en la de D. Fernando de Sagarra. Imprimió tambien las obras de Raimundo Lulio, de Pedro Degui, *lo Libre del Consolat*, y la obra *Pastorale* de Jimenez. Al fin de la expresada obra, *Historia de Alejandro*, se lee: «Emprentada en Barcelona per nos altres Pere Posa prebere catalá e Pere Bru Saboyench companyas.» Continuó Posa imprimiendo varios libros hasta el año 1505, en que tal vez moriria. Creen algunos autores que en 1471 se imprimió ya en Barcelona la *Catena aurea* de Santo Tomás, y de esta opinion es Capmany en las *Memorias del Consulado de Barcelona*. Es de lamentar que no podamos dar más noticias de un español que tanto bien hizo á las letras de su país. — A. C.

POSADA (D. Pedro Junco de), obispo de Salamanca. Tuvo por patria á la villa de Llanes, en las montañas de Oviedo, y por padres á Juan de Posada, y á María Alfonso Diaz de Noriega. Nació á 14 de Abril del año 1528, y estudió los derechos y las leyes en Salamanca. Fué colegial de Sta. Cruz de

Valladolid, y en su universidad catedrático de instituta, código, digesto viejo, en propiedad de vísperas, provisor y vicecanciller, cuando aquel obispado era abadía. Fué canónigo de Palencia, oidor de la audiencia de Granada en el año que los moriscos de aquel reino tomaron armas contra España. Sirvió en este oficio en cosas del aumento del patrimonio real. De este tribunal pasó al supremo de la Inquisicion, y sirvió en él por espacio de ocho años. Fué electo en el año 1590 para la presidencia de Valladolid. Con este cargo descubrió el valor y prudencia de sus letras y excelente expediente que tenia en los negocios, pues hubo año en que despachó más de nueve mil pleitos y autos, administrando justicia con rectitud y entereza. Fué promovido á obispo de Salamanca, y tomó posesion á 20 de Julio de 1598. Consagróse en la catedral de Oviedo, hallándose presentes D. Juan Alonso de Moscoso, obispo de Leon, D. Diego Aponte de Quiñones, de Oviedo, y el de Claipoli, abad de Santander. Murió en este año Felipe II, gran monarca, por la grandeza de su religion, de su potencia é imperio, que ofreció sus fuerzas y tesoros en defensa de la fe católica, sustentando guerras en mar y tierra contra naciones bárbaras y herejes, deshaciendo innumerables ejércitos y armadas enemigas. Fué el que mejor entendió el arte de bien reinar y de premiar á la virtud y valor. Vivió para sí setenta y dos años, para sus reinos cuarenta y siete, siendo señor de toda España y de gran parte del mundo. Dejó asentadas paces entre sus reinos y Francia. Murió en el Escorial, en el convento que edificó. Celebró Salamanca sus exequias, y mandó formar el epitafio siguiente, que dice algo de la gloria de su monarquía católica.

Philippo II Jerosolymæ Hispaniarum, nobi orbis Regi Catholico. Qui majores suos superavit prudentia, æquavit pietate, exceluit potentia, qui regnum exase relictum militari industria adauxit. Cui nemo tam pater, tam pius nemo. A suis post obitum publicis lacrymis summopere desideratus. Ab orbe, ab ore omnium, sive amicorum, sive inimicorum dicas, summis laudibus decantatus, et exaltatus. Obiit anno 1579.

El año de 1600 visitaron los reyes Felipe III y Margarita de Austria la ciudad de Salamanca, que los recibió con la grandeza que á tales majestades convenia. Año de 1601 se fundó el monasterio de la Madre de Dios de la Cruz, de Descalzas de S. Francisco. Celebró el Obispo sínodo, fué vigilante en la provision de los beneficios curados y en acudir al bien de los pobres. Ayunaba dos dias de la semana, viernes y sábado, por ser devoto de nuestra Señora y de la cruz. Murió año de 1602, viernes 3 de Mayo, á las dos de la mañana, á los sesenta y cuatro años de su edad, y mandó se le diese sepultura en Llanes, patria suya, en una capilla que fundó viviendo para sí

Exmo é Yllmo.

S.r D.r ANT.o DE POSADA RUBIN DE CELIS.

Patriarca de las Yndias.

y para sus padres, y la dejó dotada con tres capellanías; y su sepultura tiene este epitafio:

Aquí yace el ilustrísimo y reverendísimo señor D. Pedro Posada y Junco, fundador de esta capilla, Presidente que fué de la Real Chancillería de Valladolid y Obispo de Salamanca. Finó á 3 de Mayo, año 1602, y de su edad sesenta y cuatro. R. I. P.

G. A.

POSADA Rubin de Celis (Excmo. Sr. D. Antonio), patriarca de las Indias. Si en todos tiempos ha producido el episcopado español varones eminentes, sabios prelados y evangélicos pastores para guiar el rebaño de Jesucristo y conducirle por la senda de la virtud y el camino de la salvacion, hay tiempos, hay épocas en que la figura de un prelado es más distinguida y se hace más notable. Los grandes acontecimientos son como los grandes paisajes: empequeñecen al hombre cuando este no es más que un accesorio ó una figura vulgar. Pero cuando el personaje es un gigante por su virtud ó por sus heróicos hechos, el gran paisaje aumenta las proporciones de la figura que le adorna. Esto cabalmente ha sucedido con el venerable prelado, cuya biografía vamos á trazar ligeramente. Nacido en medio de un siglo azaroso y turbulento, en un siglo que habia de atacar con sus nuevas doctrinas y sus erróneas creencias todo lo existente y todo lo establecido, un siglo de escepticismo y corrupcion, precursor de otro más escéptico aún, Posada alcanzó bastante vida para conocer las contrarias épocas, los crímenes terribles, los funestos delirios y las notables asombrosas peripecias que forman el carácter y el distintivo de las generaciones, que vivieran á fines del siglo pasado y en la mitad del presente. Posada, que con harta razon puede llamarse el *Patriarca del siglo*, tanto por su elevada dignidad como por la larga carrera que hizo en los senderos de la vida, vió cuanto puede ver un hombre, sufrió cuanto es dado sufrir á un alma, y ora sumido en la amargura de la proscripcion y de la desgracia, ora colocado en la cúspide de la dignidad y de la grandeza, siempre tuvo merecimientos que llevar á los altares del Señor y penalidades que ofrecerle, bebiendo con resignacion el acibarado cáliz que siempre está lleno para la triste humanidad, y más particularmente para aquellas almas justas que, desnudándose de toda idea mundanal, de toda afeccion terrena, se congregan á seguir los pasos de Jesucristo, ayudándole á llevar su cruz por un áspero camino sembrado de abrojos y erizado de tropiezos. Posada, á imitacion de los Patriarcas de la antigua ley, vivió lo bastante para ensalzar al Señor omnipotente, y para ver, como otro Moisés, la ruina de los mo-

dernos Faraones, que, esclavizando al pueblo elegido, pretendian sustituir el culto de los ídolos al del Dios verdadero; y vivió lo bastante para ver el Arca de la Ley, si no colocada en el *Sancta Sanctorum* de Jerusalen, cobijada al ménos bajo el tabernáculo del desierto, y adorada por la mayoría de los fieles, que, desoyendo halagüeñas aunque pérfidas sugestiones, no accedieran á ofrecer incienso á los becerros de oro de la cismática Samária. Posada, en fin, al entregar al Señor su espíritu, al cerrar sus ojos para dormir el plácido sueño de los justos, pudo decir henchido de júbilo santo: *Señor, Señor, no he perdido por culpa mia ni uno solo de aquellos que encomendasteis á mi cuidado.* Ahora que la tumba guarda sus restos, ahora que la voz de las pasiones y del ciego espíritu de partido han enmudecido delante de la fria losa que le cubre; ahora es tiempo de encomiar sus virtudes y de enaltecer sus recomendables prendas, sin que nuestras palabras puedan tacharse de aduladoras ni de apasionadas. La historia, ese espejo de lo pasado, como la llama un sabio, no cumple dignamente su alta mision ni da á cada indivíduo lo que merece en justicia, sino cuando el indivíduo ha sido ya borrado del número de los vivientes. La muerte es la única verdad de la vida, y todo lo que con ella se relaciona tiene que ser verdadero y efectivo. Sabido es que los elogios tributados en vida á los héroes y á los magnates proceden de un orígen apasionado ó de interés. Mas respecto de Posada, no estamos ya en este caso. Tocamos el punto en que muy acertadamente podemos aplicar aquel principio: *Suum cuique....* Dichosos mil veces aquellos que difuntos merecen los elogios de la historia, pues es señal clara y evidente de que su vida fué honrada, útil y virtuosa.—Nació D. Antonio Posada Rubin de Celis el dia 11 de Febrero de 1786 en el pueblo de Soto, concejo de Aller, en el obispado de Oviedo, cuya poblacion se halla situada á seis leguas de la capital. Fueron sus padres D. Antonio y Doña María Rubin de Celis, natural ésta del concejo de Llanes. El padre de nuestro prelado era descendiente de las antiquísimas casas solariegas de Santiuste y Londines, familias que, procedentes de la Baja Bretaña, vinieron á establecerse á mediados del siglo XIV en el principado de Asturias. Hijo de padres tan ilustres como cristianos, recibió el niño Antonio los primeros rudimentos de la educacion religiosa y civil, tanto pública como privada, con las lecciones de su tierna madre y los sanos ejemplos y consejos del ilustre autor de sus dias. Deseando sus abuelos maternos tenerle en su compañía, llevároнle consigo á la villa de Llanes, donde hizo los estudios preliminares, cursando la gramática y humanidades con toda la extension que era posible en un lugar de no muy gran vecindario. Por su docilidad, dulce carácter y notable aplicacion granjeóse muy pronto el aprecio de sus maestros y el cariño de sus parientes, con especialidad el de su tio D. Ramon Rubin de Celis,

digno eclesiástico, prebendado de la santa Iglesia catedral de Murcia y vicario general del obispado, quien reconociendo las notables disposiciones de su sobrino, que á pesar de su corta edad de diez años daba ya claras muestras de llegar á ser un varon notable, determinó llevárselo consigo á fin de darle una educacion amplísima y de cultivar las buenas cualidades que manifestaba, inclinándose al estado eclesiástico. Llevósele, pues, prévio el consentimiento de su familia, y en el año de 1779, cuando solo contaba once años de edad, tuvo ingreso en el famoso Seminario conciliar de S. Fulgencio, establecido en la ciudad de Murcia y que entónces se hallaba en el mayor apogeo de su gloria literaria. Allí estudió casi simultáneamente la filosofía, las matemáticas, los idiomas francés, italiano y griego y el derecho natural y de gentes, obteniendo siempre las más sobresalientes notas. En seguida pasó á estudiar lugares teológicos, teología moral y dogmática y derecho público eclesiástico, habiendo sido el primero que tuvo el honor de recibir los grados en cada una de estas ciencias en el mencionado Seminario, aprovechando la circunstancia de haber concedido á aquel establecimiento la Majestad de Cárlos III la gracia de poder conferir grados universitarios. Con este motivo escribió y pronunció un elocuente discurso latino, que por su mucho mérito juzgaron los superiores del Seminario era digno de que viese la luz pública, y al efecto le mandaron á Madrid con objeto de imprimirle. Terminados tan brillantemente sus estudios y siendo todavía muy jóven, hizo oposicion á dos cátedras á la vez, una de teología y otra de cánones, que se sacaron á concurso en el colegio, habiendo practicado con este motivo tan sobresalientes ejercicios, que los jueces le dieron á elegir por unanimidad entre ambas cátedras, despues de haber remitido á Madrid, tambien para que se imprimiesen, los trabajos que con este motivo hizo. Optó el jóven Posada por la cátedra de disciplina eclesiástica, la cual desempeñó con notable aceptacion por espacio de seis años, y durante este tiempo opúsose tambien á una de las canongías que quedaron vacantes en la Real iglesia de S. Isidro de Madrid. Practicó sus ejercicios con tan extraordinario lucimiento, que se le antepuso á todos los demás opositores, proponiéndole en primer lugar para la obtencion de la mencionada canongía, no solo por los examinadores, sino tambien por la Cámara de Castilla. Pero no contando aún más que veinticuatro años, y no habiendo sido todavía investido de la dignidad sacerdotal, juzgó S. M. que no se hallaria en disposicion de soportar el peso de las graves obligaciones que á dicho cargo iban anejas, puesto que los canónigos de la referida Real iglesia tenian precision de evacuar diariamente todas las consultas que se les hacian por los tribunales de justicia y por otros altos cuerpos políticos, cuando se presentaban algunos graves y árduos negocios, debiendo acudir además al púlpito y al confesonario y contar sobre todo con

la edad prescripta por los cánones. Recibiendo, pues, una honrosa negativa que en nada disminuia lo glorioso de su triunfo, volvió Posada á Murcia á desempeñar su antigua cátedra. Poco despues le concedió S. M. una prebenda en la santa iglesia de Cuenca, que desempeñó por espacio de dos años. Durante ellos hizo oposicion á la canongía lectoral de Jaen, de la que desistió por haber vacado otra en la antedicha iglesia de S. Isidro, á la que nuevamente hizo oposicion con igual lucimiento que la vez primera, logrando entónces obtener nombramiento, y tomando posesion de la referida plaza el dia 3 de Noviembre de 1796. Durante su permanencia en este destino, que sirvió por espacio de diez y siete años, fué admitido, merced á la fama de su virtud y sabiduría, en varias academias é institutos de Beneficencia. Perteneció á la Academia de Ciencias elesiásticas titulada de S. Isidoro, de la que fué presidente bastante tiempo, y tambien tuvo la honra de ser uno de los fundadores de la asociacion del Buen Pastor, fundada para morigerar á los encarcelados inspirándoles apego al trabajo y amor á la virtud, medios los más á propósito para mejorar física y moralmente su situacion desgraciada. Cuando llegaron los azarosos dias de la invasion francesa, aquellos dias de desolacion y de tribulaciones, Posada, como igualmente sus compañeros, sufrieron toda clase de insultos y vejaciones por su adhesion á la legítima causa del Rey y por sus constantes negativas en admitir y reconocer la autoridad del monarca intrusado en el trono ibero por la voluntad de un tirano usurpador, de un déspota antojadizo. Todos sabemos qué suerte cupo á los empleados y á toda clase de funcionarios, así civiles como eclesiásticos, en aquella época de escasez y de penuria, cuando ocupada alternativamente la capital de la monarquía, ora por los amigos, ora por los contrarios, era imposible atender á la administracion pública con todo el cuidado y arreglo que tan importante ramo merecia. Privado Posada de su consignacion, atenido á sus propios recursos y precisado como sus dignos compañeros de desgracia á sostener muchas veces con su escaso peculio la decencia, ya que no el esplendor del culto divino, en aquellos dias que hasta las luces llegaron á faltar en los templos, Posada no sintió aquellas amarguras por sí mismo, sintiéndolas únicamente por verse en la imposibilidad de socorrer á muchos pobres que todos los dias acudian en demanda de un auxilio que no se les podia suministrar. Sin embargo de todo, como la virtud y el mérito hallan por do quiera amigos y admiradores, Posada tuvo relaciones con algunos altos personajes de la situacion dominante, de los que se valió para prestar mil beneficios y favores á sus amigos y compatriotas. Trabajó mucho y puso en juego todos los recursos de que podia disponer para que no desapareciese el seminario conciliar de S. Fulgencio, que estuvo próximo á ser suprimido con motivo del expediente que se formó contra el rector y otros individuos del mismo á causa de unas conclusio-

nes tenidas con él. Cuando principió á iniciarse la regeneracion política de España en 1810, cuando los venerables patricios de una nacion huérfana, desamparada y sumida en los horrores de la guerra y la desolacion, dieron al mundo el sublime espectáculo de reunirse á legislar bajo el fuego del cañon enemigo y al abrigo de los muros de la heróica ciudad de Hércules, Posada, sintiendo arder en su pecho el santo fuego del entusiasmo patriótico, adhirióse á las ideas nuevas en cuanto estas se hallaban en armonía con las creencias religiosas y los deberes sacerdotales. Afirmándose más cada dia en aquellos principios, que comprendió y aplicó muy bien, considerándolos bajo su verdadero punto de vista, fué siempre un decidido partidario de la causa de la civilizacion y de los adelantos de los pueblos. Distinguióse mucho ínterin permaneció en la régia iglesia de S. Isidro por su elocuencia en el púlpito, y cuando se finalizó la lucha extranjera, cuando el nieto de S. Fernando iba de nuevo á sentarse en el usurpado trono de sus mayores, y cuando las Córtes del reino dispusieron conmemorar dignamente la gloriosa memoria de los *mártires del Dos de Mayo*, Posada fué encargado de pronunciar la oracion fúnebre en las solemnes honras dedicadas á aquellos esclarecidos ciudadanos asesinados alevosamente por su amor á la religion, á la patria y al trono. Hemos tenido ocasion de enterarnos de aquella importante pieza de oratoria sagrada, que su autor conservaba manuscrita y que nunca se decidió á imprimir, no obstante los ruegos de sus numerosos amigos, que deseaban conociese el mundo literario tan excelente obra, bastante por sí sola para formar la reputacion del autor más distinguido. Pero la modestia, virtud que siempre acompaña al verdadero mérito, y virtud que en alto grado adornaba á nuestro prelado, impidióle siempre que la oracion fúnebre viese la pública luz. Ocurrió en 1817 la supresion de la colegiata de S. Isidro, y en la dispersion que de sus canónigos se hizo, destinándolos á diferentes partes, tocóle á Posada ir á desempeñar una de las canongías de la iglesia de Ciudad-Rodrigo, mas no llegó á servirla por haberle nombrado el marqués de Villafranca, que estimaba mucho su virtud y sabiduría, para desempeñar la abadía de aquel título en el Vierzo, iglesia exenta y dependiente sola de la Santa Sede. Sirvióla con celo evangélico y paternal solicitud por espacio de dos años; y para dar una muestra de su actividad y deseo del bien espiritual de sus encomendados, diremos que en tan corto espacio de tiempo visitó detenida y escrupulosamente todas las parroquias de la abadía, que llegaban á sesenta, enterándose muy por menor de su estado, corrigiendo sus defectos y procurando dotarlas de cuanto era útil y conducente para el fomento moral y material de los indivíduos que las componian. Incansable siempre en facilitar á sus prójimos todo género de bienes, y advirtiendo que la mayor parte de aquellas parroquias carecian de escuelas de primera ense-

ñanza, fundó muchos de estos útiles establecimientos, bien convencido de que la falta de educacion es el gérmen de todos los males que afligen á la sociedad. Habiendo sobrevenido los sucesos políticos de 1820, quedó suprimida la dicha abadía, y constándole al Gobierno la virtud, piedad y adhesion del Sr. Posada, fué consultado para una plaza que se hallaba vacante en el Consejo de Estado. Pero S. M. agració con ella al que iba propuesto en segundo lugar, por lo cual el Ministerio, deseando premiar su mérito y utilizar sus servicios, le consultó para la sede vacante de Cartagena. Presentóle el Rey á Su Santidad, y el vicario de Jesucristo, no obstante las dificultades que por aquel tiempo habia opuesto para el nombramiento de otros prelados, despachó favorablemente la peticion, siendo preconizado el Sr. Posada el dia 24 de Setiembre de 1821. Notable júbilo debió llenar en aquella ocasion el alma del virtuoso sacerdote, pues veia cumplidos tal vez sus únicos deseos, y veia con harta claridad que se los cumplia la mano del Omnipotente por una de sus inescrutables y justísimas providencias. En efecto, iba á regir la diócesis en que recibiera la educacion religiosa y donde obtuvo sus primeros y gloriosos triunfos; para que la satisfaccion fuese más completa, su consagracion tuvo lugar en la iglesia de S. Isidro, donde tanto trabajára, efectuándose la solemne ceremonia el dia 5 de Febrero de 1822, domingo de sexagésima. Al tomar posesion de su obispado, pensó ante todas cosas en la rehabilitacion de su cuna literaria, el seminario de S. Fulgencio, cuyo aumento procuró con todo el afan que es propio de un corazon agradecido, como el que en su pecho se albergaba. Cumplido este sagrado deber, y sin que descuidase los que le imponia su elevado ministerio, dedicóse exclusivamente al fomento de la diócesis, y á endulzar sobre todo las amarguras de los pobres, no llegando por desgracia á hacer todo el bien que su caritativa alma le sugeria; pues la marcha de los acontecimientos lanzó sobre él un cúmulo de disgustos y de penalidades. Derrocado el sistema constitucional, desencadenados los odios políticos y los rencores de los partidos, que desgraciadamente no reflexionan ni respetan al hombre justo que cumple sus deberes, acatando y obedeciendo al gobierno constituido, el obispo Posada, notado de ser afecto al sistema anterior, y víctima sobre todo de la ingratitud de un miserable á quien amparára y protegiera, y que no dudó en propalar contra él las más inicuas calumnias, fué insultado, perseguido y puesto en el caso de no poder ni áun presentarse en público sin verse hecho blanco de los más infames dicterios. En este apuro y accediendo á los ruegos é insinuaciones del nuncio de Su Santidad Mons. Justiniani, determinó pasar á Roma, donde por su fama era conocido y estimado, á esperar dias más tranquilos. Condenándose, pues, á una emigracion voluntaria, aunque precisa, y dando un amargo adios á la ingrata patria, que en tan poca estimacion le

tenia, tomó el camino de la ciudad eterna, donde no debia llegar. Habiendo determinado hacer su viaje por Francia, se vió precisado á detenerse en Aix, en cuya ciudad trató de establecerse como lo verificó en efecto, siendo cariñosa y benévolamente acogido por el clero de la iglesia metropolitana, la que sirvió por espacio de algunos años, supliendo las vacantes que ocurrian por muerte ó ausencia de los prelados. Durante su permanencia prestó un eminente servicio á la causa del catolicismo, evitando tal vez á la iglesia francesa un doloroso cisma y las funestas consecuencias que pudieran acompañarle. Fué el caso que habiéndose negado todos los obispos circunvecinos á consagrar á los de Aviñon y Dijon, presentados por el rey Luis Felipe y preconizados por la santidad de Gregorio XVI, fué preciso recurrir á esta autoridad suprema para que su alta sabiduría buscase un medio de atajar los daños que se temian. Enterado el potentísimo Gregorio de lo ocurrido, y despues de recibir exactos informes del antiguo obispo de Cartagena, despachó un breve comisionando á éste para que en union de otros dos obispos elegidos entre los disidentes, consagrase y vistiera el palio á los de Aviñon y Dijon, lo cual tuvo cumplido efecto, terminando así la funesta tempestad que amenazaba turbar el sereno cielo de la Iglesia. Sobrevino en esto la muerte del rey de España Fernando VII y la elevacion al trono de su augusta hija Doña Isabel II, nuestra actual soberana. Todos sabemos los sucesos con este motivo ocurridos, sucesos que turbaron el órden político y moral de España, trastornando completamente las antiguas instituciones y sobre los que en obsequio á la imparcialidad con que el biógrafo debe conducirse, echaremos un denso velo sin permitirnos la más leve apreciacion. Colocada la Reina gobernadora en el más grave conflicto, asediada por la guerra civil, por las exigencias de los partidos que ya empezaban á moverse, y por las excisiones que desgraciadamente surgieron entre el clero español, tuvo necesidad aquella augusta señora de revestirse de toda la fortaleza de la mujer del Evangelio, y comprendió que el único medio de salvacion era rodearse de los varones más eminentes por su virtud, patriotismo y sabiduría, tanto en el órden político como en el religioso. Al efecto, entre otras notabilidades, que aún se hallaban dispersas por el extranjero, víctimas de nuestras lamentables discordias y que fueron llamadas al socorro de la patria, vino el respetable Sr. Posada: respetable por más de un concepto, puesto que se reunian en él la edad, el carácter y una vastísima experiencia en toda clase de negocios; experiencia adquirida en la escuela de la adversidad, que suple y supera muchas veces á la instruccion adquirida en sapientísimas cátedras. Vuelto á España, formó parte de la comision de prelados, establecida en Madrid bajo la presidencia del difunto arzobispo de Méjico, y que tenia por objeto consultar á Su Santidad acerca de las necesidades de la iglesia de España, y

acerca de los medios que podian adoptarse para evitar los males que se temian. Nuestra imparcialidad nos obliga otra vez á no examinar profundamente la marcha y resultados de esta comision, y tan solo diremos que todos los individuos que la compusieran trabajaron con un celo digno de mejores resultados. Al instalarse las Córtes del Reino, el Sr. Posada, cuya adhesion á la causa de nuestra augusta soberana fué siempre tan leal como invariable, obtuvo el alto honor de ser nombrado por la provincia de Murcia para representarla como procurador en el seno de la asamblea nacional, y en la primera sesion celebrada por el estamento de Procuradores en la casa de la Villa fué por unanimidad aclamado presidente, cuyo cargo desempeñó hasta que S. M. se dignó elevarle á la dignidad de prócer, como más tarde debia ser elevado á la de senador del Reino por la provincia de Oviedo con el carácter de vitalicio. No seguiremos paso á paso la vida pública de este venerable y eminente prelado durante la série de acontecimientos que tuvieron lugar en el largo espacio de los diez y nueve años que mediaron desde que regresó á España hasta ocurrir su fallecimiento. Unicamente diremos, que su virtud, su prudencia y su sabiduría le hicieron ser muy estimado de su Reina y muy respetado de todos los partidos. Ligado al trono por afecto y por gratitud, permaneció siempre al lado de la augusta representante de la excelsa casa de Borbon, y más de una vez fueron pedidos sus consejos, logrando evitar de este modo algunos graves conflictos. Explícase cuán grande era la valía de este venerable personaje y el alto grado en que poseyó el espíritu de conciliacion y el don de consejo y sabiduría, viéndole querido y venerado por los hombres eminentes de todas las opiniones y de todos los partidos en que por desgracia se encuentra dividida la gran familia española. Grande es sin duda el varon que por sus prendas se hace digno del aprecio universal, en un tiempo en que la discordancia del más leve principio es motivo suficiente para romper vínculos, quebrar relaciones y concebir antipática prevencion, ya que no mortales odios. Por esta razon vemos siempre al eminente Posada buscado y propuesto para los más altos destinos, sea cual fuere el partido dominante, llámese como quiera el jefe que dirige con su influencia y sus consejos la inquieta nave del Estado. Vémosle por lo tanto en 16 de Setiembre de 1841 electo arzobispo de Valencia; en 7 de Marzo de 1843 presentado para la primada de las Españas, y últimamente, en 17 de Agosto de 1847, para la dignidad de patriarca de las Indias, elevado cargo al que van anejos los de pro-capellan y limosnero mayor de S. M., capellan mayor, vicario de los ejércitos de mar y tierra y gran canciller de las distinguidas órdenes de Cárlos III y de Isabel la Católica. Fué preconizado para la mencionada dignidad en 17 de Diciembre del mismo año 1847, y cumplió tantos y tan diferentes cargos con todo el cuidado, celo y esmero que

requerian y que su natural deseo de hacer bien le aconsejaban. En los cuatro años que trascurrieron hasta su fallecimiento desempeñó varias honrosas comisiones y delicados negocios, siendo uno de ellos el arreglo del clero, de cuya comision fué presidente, y en la que hizo muchos y muy importantes trabajos. Fué tambien frecuentemente consultado para la redaccion de varios artículos principales del Concordato de 1851, y tuvo el consuelo y la satisfaccion de ver terminado aquel árduo negocio, que arreglaba de una vez las diferencias que de tiempo atrás separaban á la Iglesia y al Estado. Finalmente, despues de haber pasado por cuantas vicisitudes prósperas ó adversas pueden agitar la vida de un hombre público, despues de presenciar las continuas revoluciones que en cerca de sesenta años agitaron la Europa entera, y despues de haber asistido á la proscripcion de tres Pontífices distinguidos con el nombre de Pio, á las tribulaciones amargas y al triunfo glorioso de la Iglesia en el siglo XIX, voló al seno del Señor á recibir el justo premio de sus méritos y de sus trabajos. Hasta su feliz tránsito se vió palpablemente la mano de la excelsa Providencia, pues al llamarle Dios á sí para que disfrutára la gloria de sus merecimientos, le evitó las penalidades de la enfermedad y los tormentos de una dolorosa agonía. En la madrugada del dia 22 de Noviembre de 1851, cuando á pesar de su avanzada edad y de algunos leves achaques inherentes á la misma, aún se prometian sus numerosos amigos gozar de su amable trato y de su agradable compañía, un ataque apoplético puso fin á su existencia llenando de consternacion y de luto á cuantos le rodeaban. Volando por la poblacion la noticia de su muerte, llevó á todas partes el dolor y el sentimiento; pues eran muchos los que perdian el amigo tierno, el padre cariñoso, el superior benévolo y el protector caritativo. Entónces se conoció cuánto aprecio merecian sus actos y sus virtudes; pues hombres de todos los colores políticos, de todas las clases y condiciones sociales, acudieron á rodear su lecho mortuorio para darle el último adios y rogar por el eterno descanso de su alma. S. M. la Reina, queriendo ofrecerle un tributo de cariño y de respeto, ordenó que se le celebrasen solemnísimas exequias. Su cadáver, revestido de los ornamentos pontificales, se expuso al público en una de las salas de su casa-palacio, donde se celebraron infinidad de misas, oidas por una devota y numerosa concurrencia. Dispuesta la traslacion de los restos mortales, ordenóse un lucido cortejo fúnebre, y conducido el ataud en hombros de sacerdotes por las principales calles de la Corte, fué depositado en el panteon sito en la iglesia de nuestra Señora de Monserrat, donde yace tranquilo esperando la hora en que, llamados todos los mortales á juicio, le sea confirmado el goce de la eterna gloria, que sin duda alguna se halla al presente disfrutando. —M. B.

POSADAS (Bto. Francisco). Este ilustrado dominico español nació en

Córdoba, antiguo reino de Andalucía y corte de los reyes árabes, el año de 1644. Piadosísimo desde la cuna, por decirlo así, se fortificó en ella el buen ejemplo de su familia, que puso especial cuidado en dirigir por el sendero de la religion y de la virtud su buen natural y sus favorables disposiciones. Haciendo sus primeros estudios con aplauso de sus mismos maestros, pudo esperar en el siglo una ventajosa posicion; pero ardia en su alma el amor de Dios con vivo fuego, y mirando con desden los goces humanos, deseó consagrarse enteramente á aquel Señor á quien todo se debe y por quien todo debe dejarse. Con tan decidida vocacion al servicio de Dios, tomó con ánsia el hábito en la órden de Sto. Domingo, y durante el noviciado se probó lo firme de su vocacion con pruebas que no dejaron duda alguna de su solidez pues que se le humilló hasta con exageracion, encontrando Posadas un verdadero goce en ello y en cuantas penitencias se le impusieron, las que hacia él aún más asperas llevado de su deseo de parecer ante Dios con la mayor perfeccion posible. El dia de su profesion fué para este virtuoso varon de gran contentamiento, pues que se vió sellado con el escudo que deseaba, y cargado de deberes que se propuso llenar estrictamente; contando para ello con el auxilio de Dios y con una ejemplar obediencia. Despues de haber profesado, se aplicó con ardor al estudio de la filosofía, de la teología y de la Santa Escritura, é hizo en esto tan prodigiosos progresos, que desde que recibió las órdenes sacerdotales le encargaron sus superiores de la enseñanza de estas diversas ciencias, empleo que llenó con éxito por espacio de muchos años. Como la predicacion es uno de los principales deberes del instituto dominicano, Posadas se preparó á este ministerio con el mayor cuidado, y en cuanto empezó á ejercitarle, cobró tal fama de orador excelente y privilegiado, que los templos en que predicaba se llenaban de gentes deseosas de oirle, ya predicase en Córdoba, ya en cualquiera de los demás pueblos españoles, pues por todas partes llevó la fama su nombre con aplauso. Como la uncion era el carácter de su elocuencia, y su vida santa y penitente acreditaba su predicacion, nada tiene de extraño que se le siguiese con constancia por los fieles en cuantas partes anunciaba la palabra de Dios. Predicaba en las cárceles y en los hospitales buscando por todas partes pecadores para conducirlos á su Dios; y cuando predicaba algunas veces en las plazas públicas, le rodeaban las turbas, admirándole como á un ángel de gracia mandado por Dios para enseñarles el camino de la gloria y arrebatarles de las garras del demonio que los arrastraba hácia el infierno, seduciendo sus almas con los efímeros goces de la tierra. El tiempo que le dejaban sus deberes apostólicos le empleaba en dirigir las conciencias ó escribir obras piadosas, y áun cuando fué solicitado por personas de alto rango, su humildad le hizo rehusar el obispado de Ciudad-Rodrigo para el que fué

nombrado por el Rey, y lo propio hizo cuando fué presentado para el de Cádiz y de otras diócesis. Nada igualaba á su caridad: aficionado en especial á los pobres, se complacia en catequizarlos, confesarlos y en consolarlos y socorrerlos cuanto podia, y así es que toda España le tenia en consideracion de santo, y como á tal se le respetaba, reverenciaba y amaba. El gran trabajo apostólico á que se dedicaba, no pudo ménos de debilitar su salud, y acortándole los dias en este mundo, le aproximaron á la vida eterna. El dia 20 de Setiembre de 1713, y no de 1720 como pretende Moreri en su *Diccionario*, dijo misa el P. Posadas por la mañana temprano, como lo tenia de costumbre, y á las pocas horas murió casi repentinamente en su convento de Córdoba, no queriendo Dios sin duda que fuese larga la agonia del que habia consolado á tantos en las suyas. Desde el momento de su muerte, que causó en España un sentimiento universal, la voz pública reclamó para el P. Posadas los honores de la canonizacion, é inmediatamente empezaron las informaciones para proceder á ella. Pasándose aún muchos años instando sobre este particular con más ó ménos calor, el 4 de Agosto de 1804 declaró al fin el papa Pio VII que Posadas habia practicado las virtudes cristianas en grado heróico, y el 5 de Mayo de 1817 el mismo Pontífice proclamó dos milagros obrados por intercesion de este santo religioso, declarando el 8 de Setiembre del mismo año que se podia proceder á su beatificacion, lo que fué ejecutado, celebrándose su fiesta en Roma el dia 20 de Setiembre de 1818 con grande alegria de toda la Iglesia católica y para honra de España, y en especial de Córdoba su patria, y gloria de la veneranda órden de Sto. Domingo. Las obras que se conocen de este varon santo son las siguientes: *El Triunfo de la Castidad contra los errores de Molinos*; en 4.° *Sermones doctrinales*, dos volúmenes en 4.°; *Tratados de Teología mística*: estos quedaron manuscritos y puede formarse de ellos seis volúmenes en 4.° Publicada la *Vida del beato Posadas* por un religioso de su Orden, un volúmen en 4.°, Vicente de Castro publicó un *Compendio* de ella en 12.° en Roma, el año 1818, y por ambas puede verse mejor que por esta sucinta biografía extractada de estas obras la vida y virtudes de este santo español. —B. C.

POSIDIO (S.), obispo. La predicacion del sabio y glorioso S. Agustin fué tan fecunda en resultados como debian serlo las palabras dictadas por Dios á aquel siervo escogido, á quien eligió para que diese á conocer al mundo su grandeza y poder, y advirtiese á los pecadores el mal camino que llevaban, mostrándoles á la vez el que debian emprender si no querian encontrar al fin de su viaje la sima desde la que habian de precipitarse al abismo en que no podian encontrar otra cosa que males eternos, que jamás tendrian fin. Entre los muchos fieles que arrastrados de la sublime é irresistible elocuencia de

tan ardiente predicador del reino de los cielos, se alistaron bajo sus santas banderas para militar en el ejército de Dios, y aprender en la cátedra del Espíritu Santo la ciencia de salvacion, que es la que más importa saber al hombre, fué uno de los más celosos y de los discípulos más aplicados el glorioso S. Posidio, que no perdió medio alguno de imitar á su Maestro, practicando las prescripciones de sus consejos con tal exactitud, que su alma padecia extraordinariamente cuando la duda venia á descubrirle, si habria faltado en lo más mínimo á los preceptos de obediencia que él mismo se imponia. Nombrado S. Posidio, por su piedad, obispo de Calamo el año de 397 de nuestra era, se vió precisado á separarse de la Compañía de S. Agustin, lo que hizo con mucho sentimiento, y obligado de la obediencia, para tomar posesion de su obispado. Empezó el gobierno de su diócesis creando un nuevo y seguro redil al que pudieran acogerse sus penitentes ovejas, y este fué un monasterio semejante al de Hipona. Tranquilo en su vida penitente, y haciendo felices á sus feligreses, se hallaba S. Posidio, cuando no pudiendo sufrir los adoradores de los falsos dioses, que constantemente les echase en cara su aberracion, anteponiendo un Dios, en quien no creian, á las divinidades que adoraban en su lamentable ceguedad, empezaron á perseguirle, y le hubieran atormentado seguramente, si por otra parte no estuviesen admirados de la exquisita caridad con que asistia á los enfermos, áun cuando fuesen de los más acérrimos paganos. Invadiendo los vándalos el Africa, cual un furioso torrente que arrasa y destruye cuanto se opone á su paso, se vió precisado Posidio el año 428 á abandonar su iglesia y retirarse á Hipona. En esta ciudad se hallaba S. Agustin, al que volvió á abrazar con el mayor placer, si bien se partió de dolor su corazon al verle ya próximo al sepulcro. Dios habia dispuesto apagar ya aquella clarísima lumbrera del cristianismo en carne mortal, para que le alumbrase mejor su espíritu desde el cielo, en donde le tenia preparado un trono eterno de esplendente gloria para premiar con usura los importantísimos beneficios que habia prestado á la Iglesia con su predicacion y doctrina; y como si Posidio estuviese destinado á ser el feliz discípulo que diese el último adios en este valle de miserias al querido y sabio Maestro, para más santificarse ambos, dispuso sin duda el Señor que se reuniesen al tiempo del glorioso tránsito. Murió S. Agustin el año 430, asistido por su buen discípulo, que pudo solo consolarse de la pérdida de tan gran maestro al considerar que más bien que muerte era su tránsito el principio de la verdadera vida, trocando los pesares de la tierra por las delicias del cielo. Dedicóse S. Posidio en seguida á escribir la *Vida de San Agustin*, que despues en 1731 se publicó con notas en Nápoles y en Ausburgo en 1764, lo que añadió á las sublimes obras que dejó escritas este gran padre de la Iglesia católica, última noticia que se sabe del bendito

S. Posidio, ignorando los biógrafos la fecha de su fallecimiento.—B. C.

POSSEL (Juan), sabio filólogo, nació en 1528, en Parchin, en el ducado de Meklemburgo. Despues de haber acabado sus estudios, fué admitido al santo ministerio, y poco tiempo despues desempeñó la cátedra de literatura griega en la Academia de Rostok, cumpliendo con bastante distincion. Murió el 15 de Agosto de 1591, dejando una *Paráfrasis en versos griegos de los Evangelios; sintáxis griega*; Witemberg, 1560, en 8.°, de la que se conocen á lo ménos veintiocho ediciones hasta la de Leipsike, 1693. *Caligrafía oratoria de la lengua griega;* Franfort, 1582, en 8.° Esta es una coleccion de ejemplos sacados de los mejores autores con las explicaciones. La obra no ha tenido desde luego todo el éxito que merecia, y los libreros encargados de la venta se vieron obligados á renovar varias veces la portada, ántes de haber visto vendida la primera edicion. Ha sido reimpresa despues de la muerte del autor, aumentada en más de una tercera parte, y dos tablas ó índices, el uno griego y el otro latino para facilitar las notas y los catálogos que citan las ediciones de Franfort, Hainau, París, Génova, etc.; y por último, la de Pádua, 1692, en 8.° — *Libelo de los coloquios de las familias, en griego y latin*; 1586, en 8.°; Lóndres, 1652, en 12.°; á lo ménos hay diez distintas ediciones impresas en Alemania. —G. A.

POSSESEUR ó Posesor. Baronio en sus Anales, Noris y Usserius nos dan razon de un obispo de Africa, que lanzado de su silla por los arrianos el año 517 de nuestra era se retiró á Constantinopla. Sábese de este prelado, que algun tiempo despues de salir de su diócesis, consultó al papa Hormisdas sobre el libro de Fausto de Ries, que algunos aprobaban y condenaban otros, entre ellos Juan Alagencio, monje de Escitia, con sus cofrades. El Pontífice le escribió sobre esto una carta, de la que se picaron mucho los monjes, y uno de ellos compuso una apología en la que trata de Pelagiano á Possesor.—C.

POSSEVIN (Antonio). Este célebre jesuita del siglo XVI fué natural de la ciudad de Mántua, y habiendo abrazado la regla del glorioso español San Ignacio de Loyola en 1559, se distinguió entre los jesuitas por su grande erudicion. Tuvo mucha facilidad en hablar las lenguas extranjeras, y así fué que predicó con mucho éxito en Italia y en Francia. El pontífice Gregorio XIII le mandó á Polonia para poner en paz al rey con los moscovitas, y tambien viajó por Suecia, Alemania y otros países. Saliendo felizmente de todas las comisiones que se le dieron, á su vuelta á Roma procuró la reconciliacion del rey Enrique *el Grande* con la Santa Sede, y como tanto celo no agradase mucho á los españoles, mandaron salir á Possevin de la ciudad, cuya órden obedeció sin resistencia alguna. Murió este jesuita en Ferrara el dia 26 de Febrero de 1711, á la edad de setenta y ocho años. Han

quedado de este religioso varias obras, entre las que las más importantes son su *Biblioteca* y su *Aparato Sacro;* Moscovia.—*Miles christianus.*—*De Sanctissimo sacrificio Missæ.*—*Theologia catechetica*, etc. El jesuita P. Dorigni publicó en 1712 la *Historia de la vida del P. Possevin.* Todas sus obras se han publicado en su Biblioteca, á excepcion del *Aparato Sacro.* Rivadeinera, Le Mire, Vossiux, Baillet, Sponde, Alegambe y otros autores, hacen mencion de este erudito jesuita.—C.

POSSEVINO (Fr. Fulgencio), religioso franciscano, natural de Sicilia, fué maestro de sagrada Teología de los Terciarios regulares, y se distinguió por su doctrina tanto como por su erudicion. Aumentó con muchas adiciones la *Historia de su provincia de Sicilia* escrita por Fr. Miguel de Burgio. Murió hácia 1714.—S. B.

POSSI (Fr. Antonio), franciscano italiano de la provincia de Toscana, varon tan notable por su ingenio como por sus virtudes. Fué por muchos años regente de los estudios de su Orden, y era doctor por la universidad de Pádua, ejerciendo además los cargos de procurador general de los Menores conventuales en Roma y de teólogo en el Concilio de Trento. Murió en Monte Ilcino, de donde era natural, en 1580, segun lo indica el siguiente epitafio que existe en la iglesia de su convento:

ANTONIO POSIO, MINOR.
FRANCISCANORUM
CONVENTUAL. PROCURATORI, PHILOSOPHO,
AC SACROSANCTÆ TRIDENTINÆ SYNODI
THEOLOGO PERILLUSTRI, HISPANORUM SACERDOTUUM
PROMOMOTI, LIBRORUMQUE PROHIBITORUM A PONTIFICE
MAXIMO SECRETARIO CONSTITUTO: QUI PLURIMIS
INGENII SUI EDITIS MONUMENTIS, OBIJT A
NATIVITATE SUA AN. LII
A NATIVITATE DOM. MDLXXX,
SEXTO NON. NOVEM.

Publicó: *Tabulam utilem in omnes Averrois libros.*—*Tractatum de obscuris animi motibus.* Sin que nos diga el año ni lugar de la impresion la *Biblioteca Franciscana*, de donde hemos tomado las anteriores noticias.—S. B.

POSTEL (Enrique), jesuita, nació el 28 de Mayo de 1707 en Binche, pequeña ciudad de Hainau, murió el 7 de Noviembre de 1788 en Douai, en donde habia estudiado la filosofía y la teología por el espacio de muchos años. En sus lecciones se nota una solidez, precision y claridad que han hecho desear su publicacion. Ha publicado una parte bajo el título del *Incré-*

dulo conducido á la Religion por el camino de la demostracion; Tournay, 1772, dos volúmenes en 8.°; el primero se dirige contra los ateos y otros incrédulos, y el segundo no es sino un conjunto de *controversias contra los herejes*. La elegancia y la ligereza del estilo no igualan la fuerza que se halla esparcida en esta obra.—G. A.

POSTEL (Guillermo). Este célebre visionario, y á pesar de esto uno de los hombres más célebres de su siglo, segun su tercer biógrafo Weis y lo que se ve en sus obras, nació el 25 de Marzo de 1510 en Dolerie, parroquia de Barenton, en la diócesis de Avranches. Teniendo la desgacia de perder á los ocho años á sus padres á un mismo tiempo, de una enfermedad contagiosa, puede decirse que quedó entregado á la Providencia. Tan luego como aprendió á leer, tomó tanta aficion al estudio, que pasaba dias enteros con un libro en la mano sin acordarse de comer. Obligado á buscarse la vida, como suele decirse, se hizo maestro de escuela, y abrió ésta en Say, en las cercanías de Alenzon, y despues de haber reunido un poco de dinero, se fué á París con el designio de continuar sus estudios. A su llegada á esta capital tuvo la desgracia de que le robasen unos ladrones hasta sus ropas, lo que le costó una enfermedad que tuvo que pasar en un hospital, gracias á personas caritativas que le llevaron á él, y en este asilo de beneficencia pasó dos años ántes que pudiese restablecer la perdida salud. Saliendo de este asilo el desventurado Postel, se fué á Beocia, en ocasion en que se hallaban los labradores en la recoleccion de granos, y ganando en estas faenas para poderse comprar un vestido decente, se volvió á París. Entró de criado en el colegio de Sta. Bárbara con la condicion de que se le permitiese seguir en sus estudios, y habiéndose proporcionado una gramática, aprendió el hebreo sin necesidad de maestro, así como el griego, á pesar del poco tiempo que sus obligaciones le dejaban para poder estudiar. Su docilidad y su pasmosa aplicacion no tardaron en darle á conocer de una manera ventajosa. Convencido de su gran mérito un señor portugués, se empeñó en llevársele á Portugal, prometiéndole una cátedra con cuatrocientos ducados de renta; pero dando las gracias Postel, le dijo que estaba aún más en la edad de aprender que en la de enseñar. Ganó poco despues la voluntad del bailío de Amiens, que le llevó á esta ciudad, en la que pudo entregarse con descanso á sus estudios favoritos, y volviendo á París se encargó de la educacion del sobrino de Juan Raquier, abad de Arras, que le cobró grande aficion y le acreditó amistad, proponiéndole beneficios que su delicadeza no le permitió aceptar. El deseo de adquirir nuevos conocimientos le condujo en 1537 á Constantinopla, adonde siguió á Juan de la Foret, encargado de hacer alianza con Soliman para oponerse á los designios del poderoso emperador Cárlos V. Aprovechóse Postel de esta ocasion para vi-

sitar la Grecia, el Asia Menor y una parte de la Siria, y estudió las diversas lenguas de estos países recogiendo manuscritos que pagó del corto caudal que poseia. Volviendo por Italia, entró en relaciones con el sabio Teseo Ambrosio, que le regaló la oracion dominical en caldeo y en armenio, y algunos alfabetos orientales. Al llegar á París, se apresuró á publicar los alfabetos que habia recogido en sus viajes, y no existiendo caractéres de la mayor parte de estas lenguas, entónces casi desconocidas en Europa, pues que los que habian aparecido en 1486 en algunos viajes á Palestina estaban desfigurados y no en letras movibles, y careciéndose de operarios hábiles para hacer las letras, los hizo grabar en planchas. Este libro, que contiene muy curiosas nociones, fué seguido de un pequeño tratado, en el que Postel trató de demostrar que todas las lenguas, incluso la griega y la latina, se derivan del hebreo, y á fin de satisfacer la impaciencia de los sabios, publicó el mismo año de 1538 una *Gramática árabe*, de la que habia presentado ya el ensayo en su *Coleccion de Alfabetos*. No podia Postel quedar olvidado en la generosidad característica de su rey Francisco I, y en 1539 le nombró profesor de matemáticas y de lenguas orientales del colegio de Francia, y el canciller Poyel, al que se ha reprochado, quizás injustamente, su poco aprecio á las letras, aumentó la gracia del soberano, concediendo á este profesor un beneficio en la iglesia de Angers. Rodeado Postel de una merecida consideracion y colmado de favores de la corte, parecia deberia haber disfrutado en adelante de una vida tranquila, pero su profunda lectura en las obras de los rabinos y la vivacidad de su imaginacion le precipitaron en tan extrañas ideas, que sembraron su vida de amarguras. Llegó á persuadirse de que el reino evangélico de Jesucristo no podia ya sostenerse entre los cristianos, ni propagarse entre los infieles, sino por las luces de la razon; creyó ser él llamado por el mismo Dios para reunir á los hombres bajo la ley cristiana por medio de la palabra y por la espada, con el apoyo del Papa y del rey de Francia, á quien pertenecia de derecho la monarquía universal como descendiente en línea directa del hijo mayor de Noé. Viéndole desvariar de tal modo Francisco I, que tenia una alta idea del mérito de este sabio, le obligó á volver á Levante con La Foret el año 1543, prometiéndole cuatro mil escudos para comprar manuscritos orientales. Ocupado Postel de los proyectos de que acabamos de hablar, rehusó esta honrosa proposicion y dimitió voluntariamente su cátedra para ir á Roma, enteramente persuadido de que los jesuitas, cuyo instituto estaba naciente á la sazon, se apresurarian á prestarle apoyo en la ejecucion de un plan al que llamaba la obra más bella del mundo. Llegando á la ciudad eterna en 1544, corrió á presentarse al fundador de la Compañía de Jesus, el glorioso español S. Ignacio de Loyola, el que ente-

rado de su gran reputacion, no dudó un momento en recibirle en la Comñía. Ya jesuita, empezó á manifestar sus designios y sus ideas extravagantes, y viendo el Santo que no podia convencérsele de sus errores, le echó del instituto, prohibiendo á todos los jesuitas conservar relacion alguna con él. Al salir del convento de la Compañía, Postel fué preso y condenado segun algunos de sus muchos biógrafos á una perpétua reclusion, pero logrando escaparse de la cárcel en 1547, se fué á Venecia, en donde fué nombrado limosnero del hospital de S. Juan y S. Pablo; se nos ha pasado manifestar que Postel, durante su permanencia en Roma, se ordenó de sacerdote en la casa del noviciado de los jesuitas. Nombrándole su director una beata célebre conocida por la madre Juana, las visiones de ésta le acabaron de trastornar la cabeza. Distinguió Postel en la razon humana dos partes, una superior á que llamó *animus*, y otra inferior denominada *anima*. La parte superior, en su opinion, habia sido purificada, rescatada y resucitada por los méritos de Jesucristo de la muerte de las tinieblas; pero que la parte inferior no habia sido restituida, y por lo tanto carecia de capacidad para oir y comprender la verdad. Consistia segun él esta restitucion en una fuerza de razon que ponia á los hombres en estado de penetrar el sentido más profundo de las santas escrituras; debia obrarse esto por la sustancia humana da Jesucristo, esparcida en la sustancia de la madre Juana, que por sus conversaciones con Postel le habia hecho capaz de instruir y convertir á todo el mundo. Dice el abate Saltier, que imaginaba Postel tener una razon tan viva y tan clara sobre los demás hombres, que aseguraba conocia un gran número de verdades que no habian comprendido los apóstoles; muchos otros rasgos de orgullo y de locura como este podrian citarse de aquel célebre visionario. No renunciando á sus primeras ideas, encontró por el contrario en el acrecentamiento de luces que recibió de la madre Juana, el medio de ejecutar el vasto proyecto para el que los jesuitas habian rehusado ayudarle. Estas extravagancias se hicieron tan públicas que el tribunal del Santo Oficio creyó deber entender en este asunto, y sabiendo Postel que le habian denunciado á la Inquisicion, se presentó voluntariamente al tribunal, constituyéndose en prision, provocando él mismo el exámen más escrupuloso de su doctrina y de sus principios, que declaró someteria al juicio de la Iglesia. Vista su causa, el tribunal, disculpándole de toda sospecha de herejía, pronunció que Postel estaba loco y le dió libertad. Viniendo á ser por esto objeto de burlas de todos y perseguido como loco por los muchachos en las calles, se vió obligado á abandonar á Venecia en 1549. Resolvió irse á Oriente para perfeccionarse en la lengua árabe y conocer á fondo las costumbres de los turcos, y volviendo á Constantinopla, pasó despues de algun tiempo á Siria, y satisfizo su devocion visitando los santos lugares de Jerusalen. En aquella sazon

D'Aramon, embajador de Francia, habia acompañado al sultan Soliman en su expedicion contra los persas, y al volver, encontró á Postel en Jerusalen y le propuso le siguiera y le daria cuantos manuscritos pudiera proporcionarse en su viaje. Admitiendo el sabio peregrino tan ventajosa proposicion, volvió á Constantinopla llevando una copiosa coleccion de preciosas obras, y no tardó en volver á Europa con estas riquezas. En 1551 se hallaba en Basilea donde y en sus cercanías pasó algun tiempo, ya para descansar, ya para poderse entender más facilmente con su impresor Oporia. Regresó por fin á París al terminar el mismo año ó á principios del siguiente, y poniéndose á enseñar matemáticas, reunió un prodigioso número de discípulos. Supone maliciosamente Bese que Postel trataba en esta época de abrazar la reforma luterana; pero debe confesarse en su honor que jamás le pasó por la idea el unirse á los protestantes, á los que en todas ocasiones combatió con mucho ardor y celo. Llegó á ser tan numeroso el auditorio cuando explicaba las matemáticas en el colegio de los Lombardos, que no cabiendo en la grande aula en que explicaba, los reunia en el espacioso patio del colegio, y les explicaba desde una ventana. Al siguiente año tuvo Postel una vision de que dió cuenta al público en una obra titulada: *Les très-merveilleuses victoires des femmes*. En este libro manifiesta que la madre Juana habia venido á visitarle á París y dice: «Su sustancia es cuerpo espiritual, dos años despues de su ascension al cielo ha descendido á mí, y por todo mi cuerpo se ha extendido sensiblemente de tal modo, que es ella y no yo quien vive en mí.» Habia muerto la madre Juana en Venecia en 1551 á la edad de cincuenta y cinco años. En una carta dirigida á Masius el 25 de Noviembre de 1563, Postel le dice que la madre Juana le cumplió la promesa que le habia hecho de asistirle cuando estuviese en el cielo, y que al llegar á él, le comunicó su sustancia y le estableció en todos sus derechos de primer nacido de la regeneracion. El escándalo que ocasionó en Francia este libro fué tan grande, que Postel hubiera sido preso si no saliera precipitadamente del país. El emperador Fernando I, rey entónces de romanos, le ofreció la cátedra de matemáticas de Viena con una renta de doscientos escudos, y Postel fugitivo aceptó la oferta como un recurso muy á tiempo llegado para proporcionarle una vida más pacífica que la que hubiera tenido despues de salir de Francia de la manera que habia salido. Muy útil fué á Widmanstadt, que preparaba entónces una edicion del Nuevo Testamento en lengua siriaca; pero informado de que se tramaba alguna cosa contra él, dejó á Viena repentinamente y huyó á Italia. Al llegar á la frontera de los estados venecianos, fué tomado por un franciscano acusado de haber asesinado á uno de sus compañeros, y se le metió en la cárcel; logró escaparse de la prision una noche, y pudo llegar á Venecia; pero enfermo á causa de sus fatigas

en tan penoso viaje. La necesidad le obligó á ceder al duque de Baviera Othon-Enrique, por doscientos ducados, una gran parte de los manuscritos que habia traido de Oriente confiando los demás, que consistian en copias antiguas del Nuevo Testamento, á Antonio Ziepolo uno de sus amigos. Durante su permanencia en Venecia, imprimió y publicó su obra: *La Vergine Venetiana*, produccion no ménos extravagante que la que le obligó á huir de París; pero no excitó la curiosidad de los venecianos, que consideraban loco á Postel. En 1555 fué á Pavía con la idea de comprar los caractéres siriacos de Teseo Ambrosio, que habia muerto hacia tiempo; pero faltándole dinero para ello, se propuso pagarlos con el producto de las lecciones que diese en la universidad de esta ciudad. En el Cremonés encontró un hábil obrero, que le hizo los punzones y matrices de los caractéres árabes, de los que pensó servirse para una edicion del Nuevo Testamento. Créese que Postel se detuvo en Pádua, donde publicó en 1556: *Il libro della divina ordinatione*, obra no ménos ridícula y no ménos rara que la precedente. Yendo á Roma se le arrestó de nuevo y no salió de la prision hasta 1559, y entónces el infortunado Postel, á quien la desgracia ni corregia ni abatia, volvió á París en donde publicó sus Observaciones sobre las costumbres y leyes de los Turcos, cuya primera parte dedicó al rey delfin Francisco II, y la tercera al cardenal de Lorena. En la cuarta, que dirigió al Rey, le recuerda Postel sus derechos á la monarquía universal, y los medios de establecerla; y en la que dirigió al cardenal de Lorena, despues de haberle dicho que todos los pueblos de la tierra tienen por cierto y por sentencia divinamente revelada que es necesario que el rey de la Galia sea monarca del universo, le aconseja servirse de la confianza que le concede su soberano, para ayudarle á llenar sus altos destinos, y manifestando que habia rehusado las ofertas del rey de Polonia, para atraerle á sus estados, termina la carta de este modo: «Preferiria, una vez aceptados mis trabajos, vivir en este país en la pobreza y en el menosprecio de las gentes, que en otra parte con riquezas, placeres y honores. Vióse obligado Postel á volver á Venecia para consumar la venta de sus manuscritos, cuya adquisicion pretendia Paumgartner, patricio de Augsburgo. Viendo que no venia aquel, rosolvió ir á buscarle; pero temiendo que Flaccus Illyricus, el más violento de sus adversarios, hubiese pagado á alguno para asesinarle, tomó el camino por el Tirol, y llegó á Trento en 1561, en donde se detuvo tres meses con la esperanza de ver á algunos de los prelados del Concilio con quienes tener algunas conferencias. Paumgartner estaba ausente de Augsburgo, cuando llegó Postel medio muerto de fatiga. Luego que descansó tomó el camino de Francia áun cuando se hallaba enfermo y sin dinero, y llegó á París á fines de 1562 resuelto á no volver á salir de esta capital. Al año siguiente empezó á dar lecciones públicas que fueron muy concurridas,

pero le inquietaron en ellas sus enemigos. Esparcióse de que continuaba en sus errores sobre la demasiado célebre Juana de Venecia, y para que le dejasen tranquilo, ó porque efectivamente se convenció de su locura, se retractó de cuanto habia dicho en sus obras, en un libro que se conservó entre los manuscritos de la Biblioteca del Rey, cuyo análisis ha publicado Mr. el abate Sellier, en el tomo V de las *Memorias de la Academia de Inscripciones*. Titúlase este escrito: *Retractation de Guil. Postel*, tocante á la madre Juana, llamada la virgen Veneciana. Si se cree á Postel, Catalina de Médicis le eligió entónces para que fuese preceptor del duque de Alenzon, pero él se excusó por motivos honrosos. En 1564 se retiró al monasterio de San Martin des Champs, en donde fué visitado por los principales de la corte y por los sabios más distinguidos, que se admiraban de su pasmosa erudicion y memoria, y de su agradable á la par que satírica y festiva conversacion. Poco favorablemente le juzgó Duverdier en la visita que hizo á Postel; versó su conversacion sobre algunos puntos de filosofía y de teología, y Postel le respondió de manera, que conociese que no tenia la cabeza en buena disposicion, ántes bien llena de locuras, y áun se le expresó de una manera inconveniente, sin duda porque habia sabido que aquel hombre distinguido le tenia en opinion de loco; pero otro autor contemporáneo, Florimond de Remaud, en su *Historia del nacimiento, progreso y decadencia de la heregía*, nos representa á Postel sentado en su cátedra, con una barba poblada y blanca que le llegaba á la cintura, talla majestuosa y tal gravedad en sus sentencias, que cuantos le escuchaban y veian una vez, quedaban con deseos de volver á verle, admirados de haberle oido. Santiago Gautier en sus *Tablas cronológicas* dice: Postel enseñaba aún en 1578 ante un numerosísimo auditorio con tanto talento y saber, que el célebre jesuita Maldonat se admiraba de que pudiese haber un hombre en el mundo, del que saliesen tantos oráculos como palabras. Duverdier y algunos otros autores dicen que Postel habia sido encerrado de Real órden en el convento de San Martin; pero si fuera esto verdad, no se le hubiese permitido dar lecciones públicas ni publicar libros, temiendo continuase esparciendo sus errores. En efecto acreditan la falsedad del expresado aserto los muchos libros que escribió y publicó en el convento á pesar de su avanzada edad y continuas distracciones, sin que se le pusiera obstáculo alguno. Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que en los últimos años de su vida edificó á todos los religiosos por su sincera piedad, por el arrepentimiento de sus faltas, que manifestó, y el gran sentimiento que le afligia por el escándalo que habian causado sus escritos. Murió Postel con extraordinario sentimiento de sus compañeros los religiosos, el dia 6 de Setiembre de 1581, á las nueve de la mañana, y fué enterrado al dia siguiente en la iglesia de San Martin, en donde uno de sus

amigos le hizo escribir un honroso epitafio. No puede ponerse en duda de que Postel fué un prodigio de erudicion; sus costumbres siempre fueron puras, y era sóbrio, laborioso y pasaba los dias y las noches leyendo ó meditando. Sus singulares opiniones le granjearon gran número de enemigos, especialmente entre los escritores protestantes, por lo que es falso y de consiguiente muy injusto y hasta infame que se sospechase por algunos que participaba de sus errores. Cuanto dijo Postel de la madre Juana no es más que una alegoría para descifrar las prerogativas que él atribuia á la raza humana. Sus principales errores fueron segun Tabaraud, que se podian demostrar por la razon todos los dogmas y explicar todos los misterios de la religion; que su razon era muy superior á la de los demás hombres, pues que estaba llamado á convertir á todas las naciones á la fe de Jesucristo. Que el alma humana de Jesucristo habia sido creada y unida con el Verbo ántes de la creacion del mundo. Que se encuentran escritos en el firmamento en caractéres hebreos, formados por la colocacion de las estrellas, todos los secretos de la naturaleza, sistema renovado despues por Gaffarel. Que el mundo solo duraria seis mil años, y que á su destruccion precederia el restablecimiento de todas las cosas en el estado que tenian ántes de la caida del primer hombre, debiendo unirse á esto lo que ya se dijo ántes sobre su sistema de la concordia. Por lo demás, la vivacidad de su carácter, la confusion que se hallaba en sus ideas y en la inmensidad de cosas que llenaban su cabeza, le presentaron vario en sus sentimientos, como cuando se imaginó poder hacer una sola religion de todas las del mundo, que fué lo que dió motivo á que se le juzgase afecto á los protestantes, contra los que tanto habia dicho, porque llevó en este pensamiento la tolerancia mas allá de sus justos límites. Cuantos historiadores han escrito de Postel le han justificado de la acusacion gratuita de ateismo, que le hicieron por su libro de los *Tres Impostores*. Equitativamente, dice el P. Desbillons, no puede mirarse á Postel más que como á un visionario cuyos errores son más ridículos que peligrosos, y demasiado asociados á la piedad, probidad, sencillez y sumision á la Iglesia para que pudiesen aparecer criminales; debiendo tenerse en cuenta que solo los sostuvo por cierto tiempo, pues reconociéndolos hizo una larga penitencia para borrarlos. Además de los grandes conocimientos de las lenguas orientales que tenia Postel, tan poco sabidas en Occidente en aquella época, poseia más ó ménos á fondo la mayor parte de las lenguas vivas conocidas entónces, y así es que se alababa de poder recorrer todo el mundo, haciéndose entender y entendiendo él á todos. Se hizo admirar de sus contemporáneos, y jamás se ha visto tan brillante en ningun hombre de letras la universalidad de conocimientos. Francisco I y la reina de Navarra le consideraron la maravilla de su época; Cárlos IX le llamaba el filósofo por

excelencia, y los cardenales de Touron, de Lorena y de Armagnac y otros grandes señores procuraban su trato por lo mucho que les agradaba su conversacion, siempre amena é instructiva. Descuidaba Postel sus propios asuntos por ocuparse en los de los demás, y partia voluntariamente su fortuna con los necesitados. Cualidades tan recomendables debian contribuir, á no dudarlo, á dispensarle en sociedad sus desvarios que solo ofendian á los teólogos y que divertian á las gentes de buen humor. Todas las obras de Postel son raras y muy buscadas por los curiosos, siendo la lista más completa y exacta de ellas la publicada por el P. Desbillons en seguida de su escrito: *Nouveaux eclaircissements sur la vie de Postel.* Ella contiene los títulos de cincuenta y siete obras impresas, entre las que las hay tan raras que no se encuentra ningun ejemplar. Las principales obras publicadas son las siguientes: *Linguarum duodecim characteribus differentium alphabetum introductio ac legendi modus longe facillimus;* París, 1538, en 4.° Estas doce lenguas son el hebreo, caldeo moderno ó siriaco, caldeo antiguo, samaritano, árabe, creido por Postel igual lengua que la púnica; la etiope, que denominaba india; el griego, el georgiano, el servio, el ilírico, el armenio y el latin: este es el primer ensayo de una gramática poliglotá que se conoce. *De originibus seu de hebraicæ linguæ et gentis antiquitate; deque variarum linguarum affinitate liber;* París, 1538, en 4.°—*Grammatica arabica.* En cuanto á los tipos árabes que se han empleado en ella, manifiestan el nacimiento é imperfeccion del arte, y estan muy desfigurados. *Alcorani seu legis Mahometi et Evangelistarum concordiæ liber;* París, 1543, en 8.° Esta obra está escrita contra los protestantes, á los que designa el autor con el nombre de evangelistas, comparando sus principios á los de los mahometanos. *De rationibus Spiritus Sancti libri duo;* París, 1543, en 8.°: esta fué la primera obra en que Postel empezó sus extravagancias sobre la necesidad de reparar y extender la religion cristiana por los medios que, aunque naturales y humanos, pueden llamarse operaciones divinas, porque el Espíritu Santo es el que debe ponerlas en obra.—*De orbis terrarum concordiâ, libri IV;* Basilea, 1544, en fólio: es la principal y la más razonable obra de Postel. En la primera parte expone á su manera los dogmas de la religion cristiana; en la segunda, despues de algunas pesquisas muy curiosas sobre la vida de Mahomet, examina el Coran y le refuta; en la tercera desenvuelve las nociones de la ley natural y los principios de derecho recibidos por todas las religiones; y en fin, en la cuarta indica los medios que deben emplearse para llevar la religion cristiana á los paganos, á los turcos y á los judíos, de cuyo libro se aprovechó bastante el P. Vives en su Tratado sobre la Religion cristiana. *Absconditorum à constitutione mundi clavis, quâ mens humana, tam in divinis, quàm in humanis, pertinget ad interiora velaminis æternæ veritatis;* Basilea, 1547,

en 16.° Fué reimpresa esta obrita en Amsterdam, en 1646, en 12.°, por un visionario llamado Frankemberg con algunos otros escritos de Postel, edicion preferible á la antigua, segun el P. Desbillons. *De Nativitate Mediatoris ultimâ nunc futurâ, et toti orbi terrarum in singulis ratione præditis manifestandâ opus;* Basilea, 1547, en 4.°: obra singular que dice Postel habia escrito dictándole el Espíritu Santo. *Les raisons de la Monarchie, et quels moyens sont necessaires pour y parvenir;* París, 1551, en 8.°: fué reimpresa en Tours en el mismo año y en la propia forma, y es libro curiosísimo y muy buscado. *L'Histoire mémorable des expeditions depuis le deluge, faites par les Gaulois du Français, depuis la France jusqu'en Asie ou en Thrace et en l'orientale partie d'Europe;* París, 1552, en 16.° Sostiene el autor en este libro, como en el anterior, que luego que los infieles estén iluminados por la luz de la nueva generacion, se someterán voluntariamente á la ley de Jesucristo y al imperio de Francia. Segun Postel, *Gal* quiere decir diluvio, y que los galos descienden de Gomer, uno de los hijos de Jafet, y que el nombre de franceses les fué dado por Francus, hijo de Hector: esta rarísima obra encierra un curioso artículo que trata de la inteligencia de los ángeles custodios de los galos y de otros pueblos. *De Phœnicum litteris seu de prisco latinæ et græcæ linguæ charactere, ejusque antiquissimâ origini et usu commentatinucula;* París, 1552, en 8.°: obra muy rara y que deben tener los caractéres completos, dos grandes hojas de caractéres orientales con sus respectivas explicaciones. *La Loi Salique, livret de la premiere humaine vérité;* París, 1552, en 16.°: es muy raro. *Abrahami patriarchæ liber Jezirah;* París, 1552, en 16.° En el epítome, que está al frente de esta obra, escribe Postel: *Postellus restitutus et jam sextum mensem veræ vitæ agens*, lo que dió lugar á la fábula de su resurreccion. Habiendo reprochado Mathieu d'Antoine la voz *resouscité*, le respondió Postel: «En hora buena quitemos esta palabra: yo debia decir enseñado y sacado del profundo de las tinieblas.» *De originibus seu de variâ et potissimum orbi latino ad hunc diem incognitâ aut inconsideratâ historiâ;* Basilea, 1553, en 8.° *Sybillinorum versuum, Virgilio in quartâ Bucolicorum versuum Eclogâ transcriptorum claviis commentarii instar;* París, 1553, en 4.°: nada más raro que este escrito, dice el P. Desbillons. *Les Très-merveuilleuses Victoires des femmes du Nouveau Monde;* París, 1553, en 16.° Esta obra, conocida con el nombre de la *Madre Juana*, es una de las más raras de Postel; fué reimpresa en el mismo año con caractéres más pequeños y con la Doctrina del siglo de oro ó sea del evangélico reino de Jesus, rey de los reyes; pero los bibliófilos prefieren la primera edicion. Otras dos reimpresiones modernas existen de esta obra que las cita Brunet, en su *Manual del librero. Des Merveilles des Indes et du Nouveau Monde, où est montré le lieu du Paradis terrestre;* París, 1563, en 16.°: obra muy curiosa y rara. *Descrip-*

tion et carte de la Terre Sainte; Paris, 1553, en 16.°: fué unida esta obra á la vida de Jesucristo en la edicion que de esta hizo Luis Miré. *De Linguæ phœnicis sive hebraicæ excellentiâ;* Viena, 1554, en 4.°: Postel se titula al frente de esta obra profesor de lenguas extranjeras y de matemáticas de la Real Academia de Viena. *Le prime nove del altro mundo, cioe l'admirabile historie.... intitolata la Virgine Veneziana;* Venecia, 1555, en 8.°: muy rara. *Il libro della divina ordinatione, dove si tratta delle cose miracolose, le quali sono state et sino al fine hanno da essere in Venetia;* Pádua, 1556, en 8.° *Epistola ad C. Schwenck feldium cum præfactione Math. Flaccii Illyrici;* Jena, 1556, en 8.°: se insertó en el primer volúmen de las Observaciones hallenses de dicho autor. *De la Republique des Thurcs;* Poitiers, 1560, en tres partes, en 4.° En 1575 se publicó por el autor una segunda edicion con su carta dedicatoria al duque de Alenzon, titulando entónces á la obra: *Histoires orientales et principalement des Thurcs ó Thurchikes.—Cosmographicæ disciplinæ compendium, in suum finem, hoc est, ad Divinæ Providentiæ certissimam demonstrationem conductum;* Basilea, 1561, en 4.°: está dedicada esta obra al rey Fernando á quien Postel ofreció la monarquía universal, fatigado de los obstáculos que se oponian en Francia á sus designios. *De Universitate liber, in quo astronomiæ, doctrinæve cœlestis compendium terræ aptatum et exponitur;* Paris, 1563, en 4.° Es interesante en esta obra especialmente la descripcion de la Siria, que puede consultarse siempre con utilidad, pues que la ha purgado Postel de mil errores cometidos por los escritores que le precedieron: está seguida de una segunda parte, titulada *Ptolomeolus.* Dejó Postel además diversas obras manuscritas que se conservan en la Biblioteca Real de Paris y en otras de Alemania, habiendo solo en Basilea treinta y ocho como se ve en el artículo que le consagra Adelung en su *Historia de la locura humana.* Sellengre fué el primero que publicó una noticia biográfico-bibliográfica de Postel, precedida de su retrato, en sus Memorias de la literatura, y el Padre Niceron se contentó con copiarla en el tomo VIII de sus Memorias, pero Mr. Chaufepié, traductor de su Diccionario, ha aclarado muchos puntos confusos por medio de cartas originales de Postel á su amigo Masius, que consultó al efecto por habérselas proporcionado Westeim. El retrato de Postel se ha grabado muchas veces, siendo los mejores los de los buriles de Len y Rabel. El que desee más noticias sobre este autor puede consultar á Ittig, en su *Dissertatio de G. Postello,* en la obra *Opuscula varia,* 1714, en 8.° Hemos dado en toda su extension esta biografía, por lo mismo que hemos hallado tan discordes á los autores en las apreciaciones que han hecho de este sabio eclesiástico, portento de erudicion, y de una memoria tan prodigiosa que habrá tenido pocas iguales en el mundo. Su talento no puede de modo alguno ponerse en duda á la vista de sus obras, ni tampoco su instruccion. Habia leido siempre

con aprovechamiento, y buscado en la lectura la verdad; y á puro buscarla, leer y discurrir sobre ella, cayó en errores que le ridiculizaron sobre manera; pero en los que por más que se buscó por sus encarnizados enemigos, no pudo hallarse ni el ateismo de que le acusaron, ni la herejía que se buscaba para perderle. Las pesquisas exquisitas que hizo para encontrar la razon, le hicieron perder la suya por algun tiempo; pero como jamás perdió la fe, le fué fácil volver al camino de que parecia alejarse, y abriendo la vista del alma á la verdadera luz, conoció por fin sus errores, y arrepentido de sus faltas buscó en la penitencia el remedio á sus males, y seguramente que Dios le otorgaria el perdon con su divina misericordia, siempre grande con los arrepentidos pecadores. — B. C.

POTAMIA (Santa). Véase San Julio.

POTAMIA (Santa), vírgen. En el insigne y Real monasterio de S. Millan de la Cogulla en España moró Sta. Potamia, vírgen, de la cual se asegura que se reza en aquel monasterio á 31 de Enero, y de ella dice el P. D. Fray Prudencio de Sandoval, en el párrafo 18, fólio 38, lo siguiente: «La bienaventurada Sta. Potamia fué una de las sagradas vírgenes que se criaron á los pies del glorioso S. Millan, como dice S. Braulio: y en llamarla vírgen sagrada, es decir que fué monja, y así se ha de contar por una de las monjas santas é ilustres y más antiguas de nuestro P. S. Benito. Sintió esta santa la muerte de su querido maestro, y retiróse, muerto el Santo, á la montaña, donde ahora está el lugar de Santurde, que es S. Jorge, y allí acabó sus dias con continua y rigorosa penitencia. Sepultáronla en la iglesia de S. Salvador, de donde muchos años adelante fueron elevadas sus santas reliquias por los milagros que nuestro Señor obraba por esta Santa, y la trajeron á este monasterio, donde al presente está su santo y virginal cuerpo, en una arca de plata, de hechura muy antigua, labrada á la morisca, con seis tabernáculos de santos á cada lado, y en ellos hay ocho figuras de plata maciza, y las demás faltan, y cada tabernáculo tendrá un palmo de largo; está toda el arca labrada de planchas de plata, y al rededor tiene cinco piedras de cristal, engastadas en plata dorada, las cuatro del tamaño de un huevo, y la otra algo mayor. Trájose á este monasterio del lugar de Santurde, año de 1573. Dicen que era hija de un rey de Francia, no dan razon, bástenos su conocida santidad para ser más que hija de ningun rey de la tierra. Está la arca de esta santa en el altar mayor, dentro de una reja, con las demás de S. Millan y S. Felices.» — A. L.

POTAMIANA (Santa), mártir. Era esta Santa una esclava, hija de Marcela, que la habia educado en los principios de la religion cristiana que ella habia aprendido de Orígenes, bajo cuya direccion puso tambien á su hija, para que la acabase de instruir. Jóven de extraordinaria belleza, Potamiana tuvo la

desgracia de excitar en su amo una violenta pasion, de la que la Santa supo librarse por el pronto. Viendo su amo perdidas sus ilusiones, la entregó á Aquilas, prefecto de Alejandría, con la condicion de que la inclinase á corresponder á su amor, prometiéndole una gran cantidad de dinero si lo conseguia. Viendo el prefecto infructuosos sus ruegos y amenazas, y temiendo perder el premio que se le habia ofrecido, la condenó á varios tormentos, y despues la condujo á la vista de una caldera de pez ardiendo, amenazándola arrojarla dentro si no consentia en lo que de ella se exigia. La Santa no consintió, y solo le rogó no la desnudasen, sino que la hiciese meter poco á poco en la caldera para que se cerciorase de la paciencia y sufrimiento que el Dios, á quien no conocia, daba á sus fieles creyentes. Encargó á uno de los soldados, llamado Basílides, que lo hiciese como Potamiana lo pedia, y así lo hizo, librándola de las insolencias que la prodigaba el bárbaro populacho, que al verla desnuda hubiera aumentado su desenfreno. La Santa dió las gracias al soldado, prometiéndole que cuando estuviese en el cielo, le alcanzaria la gracia de Dios, y dicho esto metió la cabeza dentro de la caldera y de ella salió su bendita alma á los cielos, lo propio que la de su madre Marcela, que fué al propio tiempo quemada en una hoguera á la vista de su hija. Viendo los soldados compañeros de Basílides lo pensativo que éste habia quedado despues del sacrificio de aquellas dos santas mujeres, se empeñaron hiciese un sacrificio á los dioses, y como se negase resueltamente diciendo que era cristiano, le denunciaron al prefecto, y se le encerró en una oscura caverna. Preguntándole algunos cristianos á Basílides qué habia causado en él tan repentino cambio, les contestó que á los tres dias del martirio de Potamiana se le habia aparecido ésta, diciéndole al poner sobre su cabeza una corona, que conforme se lo habia prometido habia obtenido la gracia del Dios verdadero para él y que no tardarian en reunirse en el cielo. Regocijados los cristianos con esta verdadera conversion, le bautizaron, y al dia siguiente despues de haber repetido su confesion ante el tribunal sanguinario, le condenaron á ser degollado, cuya sentencia se llevó á cabo en la misma Alejandría, á los cuatro dias del de Sta. Potamiana y Sta. Marcela, y á los tres recuerda con gloria la Iglesia católica el dia 30 de Junio.—C.

POTAMIO (San). La Iglesia católica, al recordar este santo mártir el dia 20 de Febrero, solo nos dice que murió por la fe de Jesucristo en compañía de otro santo llamado Nemesio, en la isla de Chipre; pero nada hemos podido averiguar acerca de su patria, de su clase, ni de las circunstancias de su martirio.—C.

POTAMON (San), fué obispo de Heraclea, en Egipto; y S. Atanasio dice que fué mártir dos veces, una bajo los paganos, y otra bajo los arrianos. Cuando Maximino Daia ó Daza persiguió á los cristianos en el año 310, con-

fesó este Santo gloriosamente la fe, por la que fué preso, le sacaron un ojo en la prision, y probablemente el nervio de una pierna, como á S. Paphnucio y otros. Asistió al concilio Niceno el año 325, y sostuvo en él la fe ortodoxa contra los arrianos. El año de 335 pasó con S. Atanasio al concilio de Tiro, donde se hizo notable por las señales manifiestas y auténticas de los tormentos, y se vituperó á Eusebio de Cesarea que habia salido de la prision con él, sin haber perdido algunos de sus miembros. Cuando Gregorio *el Tirano* usurpó la silla patriarcal de Alejandría, tan dignamente ocupada á la sazon por S. Atanasio, el conde Filagrio, prefecto de Egipto, apóstata al arrianismo en tiempo de Constancio, viajó por todo el Egipto atormentando y desterrando á todos los católicos; y S. Potamon fué de órden suya apaleado con mazas en las espaldas hasta dejarle por muerto á causa de su distinguido celo contra el arrianismo. No obstante, con la ayuda y auxilio de las medicinas, volvió en sí, aunque murió poco despues mártir en defensa de la divinidad del Hijo de Dios en el año 341, como refiere S. Atanasio. Rufino, lib. XI, cap. 4. S. Epifanio, *De Hæres.*, 64. Baillet, *Vidas de Santos*, 18 de Mayo.—G. A.

POTENCIANO (San), mártir. No podemos decir de este santo mártir, sino que la Iglesia le recuerda como tal el dia 31 de Diciembre, al dar razon de S. Sabiniano, obispo, á quien mandó el Pontífice á predicar el Evangelio á los señonas que le martirizaron, y del que tal vez aquel fuese compañero. — C.

POTERON (Fr. Francisco), franciscano francés, recoleto de la provincia de S. Dionisio, varon tan ejemplar por sus virtudes, que ha merecido especial mencion en el Martirologio de su Orden, dia 14 de Julio. Publicó: *Sanctus Bonaventura selectus, seu Regularis disciplinæ et perfectionis praxis*; París, 1632. — S. B.

POTESTA (Fr. Félix), franciscano italiano, natural de Palermo, lector jubilado de la provincia de Sicilia, consultor del Santo Oficio, teólogo de la Real cámara de Sicilia, definidor y comisario visitador de su provincia. Hallábase meditando la publicacion de un tratado de filosofía cuando tomó á su cargo por mandado del general de la Orden Fr. Buenaventura Poesio una explicacion de la teología moral que no sin erudicion é ingenio habia aplicado á los religiosos observantes á cuya congregacion pertenecia, publicando con este motivo las diferentes obras que citarémos á continuacion. Murió en Palermo en 23 de Agosto de 1702, siendo inhumado en el convento de Sta. María de los Angeles. Dejó las obras siguientes: 1.ª *Manuale Ordinandorum, duos complectens tractatus de sacramento Ordinis, et de sacrosancto sacrificio Missæ*; Palermo, typis Anglese et Leonis, 1694, en 12.°, y en el mismo lugar por Tomás Ricardo, 1697, en 12.° —2.ª *Examen ecclesiasticum*, com-

plectens tractatum de denuntiationibus ad monita Papæ, et Episcoporum ad edicta Inquisitorum, et pro confessariis sollicitantibus, atque examen confessariorum, prædicatorum, et ordinandorum; Palermo, typis Adami, 1697, en 12.° 3.° *Examen prædicatorum, in quo aptæ, atque expeditæ traduntur regulæ ad apostolicum sacræ concionis ministerium rectè exeriendum;* ibid., typis Tomás Aiccardi, 1697, en 12.° — Despues publicó esta misma obra en tres tomos, aumentada con muchas notas é ilustrada con gran número de textos y adiciones bajo el título de *Examen ecclesiasticum adauctum, tres complectens tomos, in quo diversæ materiæ morales, omnesque, ferè et cogitabiles casus conscientiæ, solidè et clarè persolvuntur, cum denuntiationibus ad monitoria Papæ et episcoporum, ad edicta Inquisitorum, ac pro confessariis sollicitantibus. Instructione Sacræ Pœnitentiariæ, propositionibus damnatis, examine Ordinandorum et arti prædicandi;* Palermo, por Miguel Constanzo, y Venecia con nuevas adiciones, 1723, en fólio menor. Dejó manuscritos : *Philosophiæ cursum integrum; theologiam ellysticam*, etc. — S. B.

POTHIER (Remigio). Nació este eclesiástico en Reims en 1727, y dedicado á la carrera de la Iglesia, fué cura párroco de Betheniville, y despues canónigo de la santa iglesia de Laon, en cuyo destino murió el 23 de Junio de 1812. Hermanaba este señor cura á sus extrañas ideas un carácter duro y porfiado; ergotista intrépido, era el terror de todos los eclesiásticos, á quienes trataba de ignorantes cuando no seguian ciegamente su opinion. Segun Pothier, los más célebres traductores de la Santa Escritura no habian entendido la Biblia entrando en esta ágria censura hasta el mismo Bossuet. Se dió á conocer por su obra titulada : *Explication sur l'Apocalypse*, cuyo plan publicó en 1773. Denunció esta obra al Parlamento el abogado general Seguier, como capaz de trastornar los imperios, y en su exámen calificó este libro como una obra maestra de extravagancia humana, y el Parlamento la condenó á ser destrozada y quemada públicamente por mano del verdugo. Respondió Pothier al requerimiento del magistrado Seguier en el prefacio de su libro, que imprimió clandestinamente en dos volúmenes en 12.° en Douay el año 1773. Obligado á abandonar la Francia para librarse de los furores de la revolucion, reimprimió su obra en Lieja el año 1793, y traduciéndola en latin, publicó la tercera edicion en esta lengua y otra en Ausburgo en dos volúmenes el año 1797, apareciendo la cuarta en la misma ciudad en 1798 en un voluminoso tomo en 12.° Hizo Pothier un compendio de esta última edicion titulado : *Les trois derniéres plaies dans lesquelles la colère de Dieu est consommée*, en 12.° En esta obra, que fué traducida al aleman, pretende Pothier que S. Juan ha predicho cuanto ha sucedido y lo que debe suceder en la Iglesia desde Jesucristo hasta la llegada del reinado del Ante-Cristo, cuyo reinado no estaba lejano, pues miraba

á Nápoleon I como á su precursor. En 1808 publicó en latin en Ausburgo una explicacion de los Salmos de David, prometiéndose hacer igual trabajo sobre todos los profetas. En 1809 dió al público un folleto titulado: *Eclaircissement sur le prêt, l'usure et le trafic de l'argent*, en cuyo opúsculo atacó la opinion general de los teólogos, lo cual le ocasionó muchos disgustos. En 1810 y en 1812 hizo imprimir en Reims, sin nombre de autor ni de impresor, otros dos folletos contra los cuatro artículos de la iglesia galicana. Denunciados los folletos al ministerio público, el gobierno mandó recoger en 1812 todos los ejemplares que se encontraron en casa de una hermana de este autor díscolo y amigo de llevar á todos la contraria.—C.

POTHON, monje y sacerdote del monasterio de Prum, en la diócesis de Tréveris, pero no obispo como algunos dicen, vivia en el siglo XII, y escribió en el año de 1152 seis libros de *Domo Dei*, y uno de *Magna Domo sapientiæ*, impresos en 1552 é insertos despues en la Biblioteca de los Padres. Bellarmino, *De scriptoribus ecclesiasticis*; Valerio Andrés, Biblioteca Belga.—G. A.

POTIER (Leon), cardenal de Gevres. Nació en 15 de Agosto de 1656, fué destinado desde su infancia al estado eclesiástico; obtuvo en 1666 la abadía de Bernay de la órden de San Benito, diócesis de Lisieux; y en 1679 la de San Gerardo de Aurillac, de la misma órden, diócesis de San Flour. En su mocedad fué uno de los doce protonotarios apostólicos de la Santa Sede. Habiendo sido nombrado en 29 de Mayo de 1694 para el arzobispado de Bourges, para el que fué propuesto en Roma por el cardenal de Janson el dia 28 de Agosto, se graduó de doctor en teología en la universidad de París el dia 30 de Setiembre siguiente, y el 25 de Enero de 1695, fué consagrado en la iglesia del Noviciado de los Jesuitas de París por el cardenal de Etrées, acompañado de los obispos de Evreux y de Clermont, y en 30 del mismo mes prestó juramento de fidelidad en manos del Rey en la capilla de Versalles. Asistió en calidad de diputado de su provincia á las asambleas generales del clero de Francia, tenidas en París el año de 1705-1710 y 1715, y fué uno de los presidentes en la última. El papa Clemente XI le declaró cardenal por presentacion del rey de Polonia el dia 19 de Noviembre de 1719, y le fué llevada la birreta por Ubaldino, camarero de honor de Su Santidad, recibiéndola de manos del Rey con las ceremonias acostumbradas el dia 26 de Mayo de 1720, y despues prestó juramento de fidelidad en manos de S. M. por causa de su nueva dignidad. La abadía de San Amando, de la órden de San Benito, diócesis de Tournay, le fué otorgada en el mes de Febrero anterior. Tambien asistió á la consagracion del Rey el dia 25 de Octubre de 1722, habiendo sido convidado; y obtuvo además de esto por Julio de 1723 la abadía de San Nicolas de Arovaise, de la órden de San Agustin, en la dió-

cesis de Arras, y habiendo sido propuesto el dia 2 de Febrero de 1724, para que fuese comendador de las órdenes del Rey, recibió la cruz el dia 3 de Junio siguiente. Por Febrero de 1729, hizo dimision de su arzobispado en manos del Rey, quien le dió al mismo tiempo la abadía de San Remigio de Reims, de la órden de San Benito. — G. A.

POTIER (Lorenzo). Llamóse este eclesiástico el de los laureles. Nació en Mans y fué cura de Perigné. Dedicado al estudio de las matemáticas, escribió algunas obras que le dieron nombre, dándose á conocer especialmente por una obra que dirigió al Ministerio del Interior, al Senado y al Instituto, por la que exigia ciento cincuenta mil francos de recompensa, titulada: *Nouvelle découverte qui embrasse toute la géométrie et qui va reculer les bornes de l'esprit humaine, ou Identité geométrique du cercle et du carré*, 1804, en 8.° Como se vé por el título, Potier creia haber encontrado la solucion imposible de la cuadratura del círculo; pero sus pretensiones tuvieron poco éxito para las autoridades y áun ménos para el público, y su descubrimiento fué relegado al olvido, suerte que ha cabido igualmente á las siguientes obras de que tambien fué autor: *Nouvelle découverte sur le mouvement continuel des mers, sur la pureté de leurs eaux, sur le retard des marées;* 1798, en 8.° *Nouvelle découverte, ou Identité géométrique du cercle et du carré, quadrature du cercle;* París, 1806, en 8.° Murió Potier hácia el año de 1810. — C.

POTIN (S.), obispo y mártir de Leon. Si la historia toma á su cuidado el conservar la memoria de los hombres ilustres, y consagrar con elogios las generosas acciones de los que han dado su vida, ó por defender su libertad, ó por el interés de su patria, ó solamente por adquirir una gloria vana y fútil: si sus virtudes, aunque falsas y puramente naturales, se han legado á la posteridad para servirle de ejemplo: ¿con qué elogios no debe ensalzar la muerte de los mártires, puesto que encierra como en compendio admirables ejemplos de una fe viva, y de una piedad sincera, y que su sangre es una semilla preciosa de donde se ve salir la santidad y la vida? Padecieron no por un rey de la tierra, ni príncipe mortal, sino por el Rey del cielo y Príncipe cuyo poder es infinito y eterno. Si se les ha visto entregarse á la muerte, no ha sido en favor de una patria de quien se recibe una vida perecedera, sino por la patria celestial, por la verdadera patria, cuyos fundadores son los santos, y cuyos habitantes son inmortales; en donde se goza de una libertad que el infierno con todas sus violencias no puede quitar jamás, y en donde abunda una gloria toda divina. Pero aunque no se pueda tener una idea á fondo de aquella con que Dios recompensa los trabajos de los Mártires, porque es tan dificultoso el comprenderla como el merecerla, con todo eso, nada hay que sea más digno de pasar hasta los siglos venideros, que los combates y triunfos de los Santos; nada que sea más propio para

excitar en el corazon de los fieles un ardimiento heróico, que los conduzca á emprender una vida pura que imite al martirio, por medio de la continua mortificacion de las pasiones y sentidos. Con este ánimo es con el que hemos emprendido el referir la gloriosa victoria que el bienaventurado Potin obtuvo, en union de otros compañeros, bajo los auxilios de Jesucristo y fomentos de su gracia para aumentar, fortificar y animar con su ejemplo la fe de los cristianos. A los diez y siete años de haber subido Marco Aurelio al trono de los Césares, el furor de los gentiles se extendió como un torrente impetuoso en todas las provincias del imperio contra la Iglesia. Pero particularmente en la provincia de Leon fué donde causó mayores estragos; y las ruinas que dejó fueron tanto más funestas, y tanto más crecidas cuanto más poblada la halló de mayor número de fieles. Los magistrados, jefes, soldados y pueblo, trabajaban de concierto y con igual furor en destruir la religion empleando contra ella toda suerte de tormentos, y persiguiendo sin cesar á todo el que llevaba el nombre de cristiano, sin hacer distincion de edad ni sexo. Ejemplo de esta verdad tenemos en el bienaventurado Potin, que gobernaba por entónces la iglesia de Leon, y que en la edad de cerca de cien años y en un cuerpo débil por la vejez, manifestaba la valentía de una alma jóven y vigorosa, fué llevado por soldados y conducido al pie del tribunal. La vista cercana del martirio habia pintado sobre su rostro una viva alegría. Extenuados sus miembros por el gran número de años y por los rigores de una enfermedad que padecia, se hallaban solamente con alma para hacer triunfar á Jesucristo. Seguiale el pueblo y los magistrados, llenándole de oprobios, como si hubiese sido él el mismo Jesucristo á quien tenian tanto horror. Dió entónces este santo anciano un ilustre testimonio de la divinidad de su Maestro: porque preguntándole el presidente cuál era el Dios de los cristianos, le respondió: «Tú podrás conocerle, si te haces digno de él. Pero apénas habia acabado de hablar, cuando el pueblo se echó sobre él, con el ímpetu de los animales más feroces. Los que se hallaban cerca de él le acometieron á puñadas y á empellones, sin respeto alguno á su edad; y los que estaban distantes, agarraban todo cuanto tenian á mano, y se lo arrojaban, creyendo unos y otros cometer un delito si guardáran alguna moderacion en este acto, y formándose al contrario un mérito para con sus dioses de manifestar una cólera tan opuesta á la razon y á la naturaleza. En fin, estando ya el alma de este santo Obispo próxima á volar al cielo, fué puesto en una prision donde murió dos dias despues, dando ejemplo con su valor y resignacion á los fieles, no solo de su diócesis sino tambien de todo el orbe católico, mereciendo contarse entre los justos que alcanzaron la palma del martirio.—G. A.

POTITO (S.), mártir. El dia 13 de Enero del año del Señor 166, voló

á la mansion celestial el glorioso S. Potito, que despues de haber sufrido muchos y penosísimos tormentos en tiempo del emperador Antonino y del gobernador Gelasio, fué degollado en Cerdeña de órden de este tirano, porque se resistió á prestar adoracion á los falsos dioses, á los que maldijo muchas veces. — C.

POTTEAU (Nicolás). Este ilustrado dominico nació en la ciudad de Lyon de Francia, en el siglo XVI. Recibió su educacion en Lucques, y como desde sus primeros años le llamase la atencion la vida contemplativa de los monjes, se decidió á pasar el resto de sus dias consagrado á Dios en el claustro, y abrazando con entusiasmo la regla de Sto. Domingo, tomó el hábito en el convento de Lyon, en 1585. Sábese que aún estaba en este convento en 1625, pues que en este año publicó una *Coleccion de oraciones sacadas de las obras de muchos santos y graves personajes, como Conversaciones y entretenimientos del amor divino, para delicia de los fieles.* Dedicó esta obra á Marco Antonio Samniati, noble de Luca, establecido en Lyon. Se ignora la fecha y lugar de su muerte. — A. C.

POTTER (Cristóbal). Nació en 1591, estudiando en Oxford. Llegó á ser capellan del rey Cárlos I, dean de Worcester, y vice-canciller de la universidad de Oxford. En su juventud fué celoso puritano, y en una edad más avanzada se unió al partido del Rey, siendo maltratado en las revoluciones que agitaban la Inglaterra. Se tiene de este autor algunos *Tratados sobre la predestinacion y sobre la gracia.* No se debe esperar encontrar allí la justicia ni la ortodoxia. Ha traducido tambien del italiano al inglés la *Historia de las diferencias entre el papa Paulo V con los venecianos.* Potter murió en 1646.—G. A.

POTTER (Juan), arzobispo inglés, nació en Waquefield, en el condado de York, en 1674, hizo grandes progresos en la lengua griega, y fué nombrado arzobispo de Cantorbery; murió en 1745. Se tiene de él *Arqueología griega, ó sea las antigüedades de Grecia:* esta obra inglesa ha sido publicada en Oxford, haciéndose de ella trece ediciones por lo ménos hasta 1715. Las mejores ediciones inglesas son las de 1699, dos volúmenes en 8.°; Edimburgo, 1813-1824, tambien en dos volúmenes en 8.°: revisadas y corregidas por Gerónimo Dumbard, en latin; Leide, 1702, en fólio; Venecia, 1734, dos volúmenes en 4.°; una edicion de *S. Clemente de Alejandría* con las notas; Oxford, 1736, dos volúmenes en fólio; una edicion de *Licofroin*, 1702; las *obras teológicas*; Oxford, 1753, tres volúmenes en 8.°—G. A.

POTTIER (Francisco). Natural de Loches en la Turena, se educó en el seminario del Espíritu Santo de París. Al fin del año 1753 partió á las misiones de la China, en cuyo país trabajó apostólicamente con gran celo y piedad. La provincia de Sse-tchouan fué la que recorrió principalmente, y

áun cuando sufrió en ella muchos trabajos y persecuciones, no cesó de recorrerla predicando el Evangelio, siempre con el deseo de atraer el mayor número de personas posible al gremio de la Iglesia católica. Su piedad y perseverancia le elevaron á la dignidad de vicario apostólico de esta provincia con el título de obispo de Agathopolis, siendo consagrado en 1769 por el obispo y vicario apostólico del Chen-si. Desde esta época, la mision de Sse-tchouan se puso más floreciente, la clerecía nacional se acreditó más sensiblemente, y el Evangelio multiplicó sus conquistas en el país. Murió Pottier en medio de sus trabajos apostólicos el 28 de Setiembre de 1798, como se dice en el elogio que de este virtuoso prelado escribió monseñor de S. Martin, obispo de Caradro, que le sucedió en el vicariato de Sse-tchouan, en la obra titulada: *Nouvelles lettres édifiantes*, impresa en tres tomos en París, en 1818; obra que contiene otras muchas cartas de misioneros que han edificado por su piedad y virtud y admirado por su constancia y sufrimientos por la religion católica.—C.

POTNANIENSIS (Fr. Pedro), religioso franciscano, ministro de la provincia de la Observancia regular en Polonia, varon piadoso y docto que ha merecido grandes elogios á todos los escritores de la Orden Seráfica, murió hácia 1640 despues de haber publicado las obras siguientes: 1.ª *Decisiones totius theologiæ speculativæ et moralis, libri sex*; Venecia, 1629, en 4.°—2.ª *Commentaria in librum primum Sententiarum Schoti*, en que se explica el texto del doctor y se rechazan las objeciones de sus adversarios. Venecia, por Marcos Ginanuno, 1623.—3.ª *In singulas Deiparæ festivitatis sermones ternos.*—4.ª *Institutionum Sacrarum Moralium in Dominicas totius anni*; Ambéres, 1638, fólio.—5.ª *Institutionum Sacrarum Moralium in easdem Dominicas*; tambien en fólio.—6.ª *In secundum librum Sententiarum Quæstiones subtilissimas.*—7.ª *In tertium librum Sententiarum Quæstiones.*—8.ª *In quartum librum Sententiarum Quæstiones.*—9.ª *In singulas anni festivitatis ternos sermones;* segun Simon Starovolsco, en sus Escritores ilustres de Polonia, donde llama á este autor varon docto, agudo y juicioso, elogio que sugirió á Juan Scrobcovicio el epigrama siguiente:

Posna mihi patria est Craciæ, patria altera Athenæ,
Monstravit veram Religio patriam.
Non potiore loco potui, mihi credite nasci,
Non potiore coli, non potiore mori.

S. B.

POU (Agustin), religioso dominico, natural de Llundmayor, colegial en el de su Orden de Orihuela y varon de mucha doctrina. Fué examinador sinodal del obispado de Mallorca; regentó muchos años la cátedra de teología

tomista en esta universidad literaria, y murió siendo prior del convento de Palma á 13 de Julio de 1786. Escribió: *Summa artis rèthoricæ ex insigni opere rethorica ecclesiastica inscripto V. P. F. Ludovici Granatensis ordinis Prædicatorum*, impresa en Palma, año 1769, en 8.° —J. B. de R.

POU (Bartolomé), jesuita, natural de Algaide en Mallorca, nació en 21 de Junio de 1727. Habiendo enseñado filosofía en Calatayud, se dedicó el resto del tiempo que estuvo en España á la enseñanza del griego y del latin, tanto á los jóvenes jesuitas como á otras personas. Y así es que la provincia de Aragon se le confiesa deudora por haber promovido el estudio de la lengua griega en muchos de sus colegios. Tan grande era el crédito de erudito que se habia adquirido en España, que el sabio jurisconsulto Finestre, en su obra *Sylloge inscriptionum*, dando noticia de los que promovieron sus trabajos literarios, hace este elogio del P. Pou: «Entre los cuales (dice) obtiene el primer lugar el Rdo. P. Bartolomé Pou, jesuita, íntimo amigo mio desde que enseñaba con grande aclamacion humanidades en Cervera. Porque este sugeto de singular erudicion y elocuencia, cuando vivia en Tarragona, buscó con mucho cuidado y copió con exactitud los epígramas antiguos que hay esculpidos en mármoles, cuyo original, escrito con mucho cuidado, tuvo la bondad de remitirme poco ántes de ser llamado á Calatayud para enseñar la filosofía; y confieso que me sirvió mucho, ya para enmendar lo que otros habian escrito mal, ya para poder publicar ahora algunas inscripciones halladas de nuevo, y aún inéditas. Por lo que doy muchísimas gracias á este sabio á quien no las debe ménos la república de las letras.» Continuó enseñando con igual celo en Italia á los jesuitas la literatura griega y latina, de suerte que salieron de su escuela muchos y excelentes discípulos. En Bolonia, donde estuvo algunos años, enseñó griego á los nobles españoles del colegio de San Clemente, fundado por el cardenal Gil Albornoz, y con aprobacion de la corte de España. Llamóle desde Roma el Sr. D. Antonio Despuig y Dameto, auditor entónces de la Rota por la provincia de Aragon, y despues cardenal de la Santa Iglesia y patriarca de Antioquía; y allí contó por discípulos, entre otros, á D. Fr. Benito Moxó, monje de la Congregacion benedictina Tarraconense, á D. Javier Argaiz y á D. Juan Despuig Saforteza, sugetos sobresalientes en talento é instruccion. En estas gustosas y útiles ocupaciones se entretenia el P. Pou, cuando por la bondad del Rey fué permitido á los ex-jesuitas españoles volver á su patria. Habiendo, pues, usado de este beneficio, llegó á Palma en donde vivió de una pension que le habia concedido el Rey en 1799, y murió santamente el sábado santo 17 de Abril de 1802. El P. Pou fué de un talento perspicaz y penetrante, de gran memoria y de una aficion incansable al estudio. Floreció en todo género de erudicion, y sobresalia principalmente en la

teología y en la filosofía; fué escritor muy docto en el latin y no ménos en el griego, dos lenguas que escribia correctamente, y mezclaba en sus discursos una y otra con una facilidad admirable. Dispuesto siempre y pronto á coadyuvar y fomentar los estudios de otros, corrigió, mudó, añadió, ordenó muchísimos escritos, y dió como un nuevo ser á las tareas de otros escritores ántes de publicarlas. Al mismo tiempo fué muy piadoso, de arregladísimas costumbres, y sumamente candoroso. Muchos son los que han elogiado á Pou; pero entre ellos, el citado benedictino Moxó da un público testimonio de gratitud á su maestro en el elegantísimo comentario *De vetustissimis philosophis ab atheismi crimine vindicandis*, impreso en Cervaria en 1799, en donde dice entre otras cosas que hasta entónces no habia encontrado ninguno tan docto como el P. Pou en las bellas letras. Raimundo Diosdado dedicó al P. Pou su pequeño *Comentario de lengua evangélica*.—Obras del P. Pou: *Ludi rethorici et poetici in Academia Cervariensi, etc.; Cervariæ per Emmanuelem Ibarra;* 1756, en 4.°—Comprenden estos certámenes un discurso de la causa ó motivo de los certámenes. Siguese la tragedia latina, intitulada *Hispania capta;* despues una oracion latina *De retinenda eloquentiæ gloria;* y últimamente un discurso en griego y en latin: *De lingua græca perdiscenda.* — *Institutionum historiæ Philosophiæ, lib. XII; Bilbili, per Joachimum Stebanum*, 1763, en 4.° Obra que, á juicio de muchos, tanto por la excelente disposicion, como por la elegancia del estilo, aventaja mucho á la historia de Jacobo Bruckeri. *De vita et moribus Joannis Berchmansii; Fulginiæ per Joannem Tomassini;* 1788, en 8.°— *De vita Augustinianæ Virginis beatæ Catharinæ Thomasiæ; Romæ, typis Salomonis;* 1797, en 8.°— La dedica el autor al ilustrísimo Sr. D. Bernardo Nadal, obispo de Mallorca. Es un modelo de buen latin. *Apologiæ pro Jesu Societate in Alba Russia incolumi, etc. libri IV, auctore Ignatio Philareto* (con este nombre se ocultó el P. Pou) *ad Marcum Bolanum; Amsteledami*, 1793. No expresa, ni se ha podido averiguar el lugar verdadero de la impresion; dos tomos en 8.° — En esta obra procura hacer ver á muchos el P. Pou, que los jesuitas de la Rusia Blanca, áun despues de la abolicion, son verdaderos religiosos por haberlos consentido Clemente XIV, y de ningun modo cismáticos, como les han acriminado algunos. *Bassis libri duo; Lauræ Bassiæ Bononiensis academiæ philosophiæ epitaphium græcé ac latine. Bononiæ.* Manuscritos que dejó el P. Pou: *Traduccion española de Herodoto.* De esta obra habia obtenido ya el permiso del Consejo para imprimirla, y gustó en extremo al conde de Campomanes.—*Specimen interpretationum hispanarum auctorum classicorum tam ex Græcis quam latinis, tum sacris tum prophanis.* —*Interpretatio hispanica Demetrii Phalerei.* — *Oratio latina in ortu geminorum fratrum quos Maria Ludovica, Caroli IV uxor, uno felicissimo nixu peperit.* Esta elegantísima

oracion, habia de decirla en público en Roma el P. Pou, á nombre de los ex-jesuitas españoles; pero cierto diplomático tuvo maña para impedir este sincero desahogo de los ex-jesuitas hácia sus reyes, Cárlos III, Cárlos IV su hijo y María Luisa, cuyas grandes virtudes elogiaba el P. Pou. *Alivio de párrocos:* es un pequeño catecismo. *Lógica en español.* El autor de estas dos obritas será tal vez otro; pero al ménos fueron corregidas por el P. Pou. El P. Ceballos, monje gerónimo, valiente impugnador de los incrédulos, envió al P. Pou una eruditísima obra manuscrita: *De obligatione residendi quam habent episcopi titulares etiam in partibus infidelium;* para que la corrigiese, la ordenase y pusiese en buen latin. Existen muchos manuscritos del P. Pou en poder de su discípulo el célebre Sr. D. Juan Despuig. ¡Qué placer daria á los literatos imprimiendo al ménos las cartas latinas del P. Pou, que son muchísimas! Así nos lo hacen confiar los muchos y buenos oficios de la familia de Despuig á favor del P. Pou vivo y muerto. Este religioso, como se deduce de lo expuesto, fué uno de los innumerables varones santos y sabios que ha producido la ínclita Compañía de Jesus; esa madre fecunda, suscitada por Dios para servir de consuelo á la Iglesia atribulada, y ser el más formidable enemigo que jamás ha tenido la reforma; toda vez que los jesuitas, sus hijos, se dedican desde un principio con incansable aplicacion al estudio de las ciencias; marchan al frente de todos los conocimientos; sobresalen en los relativos á las lenguas sabias y á las ciencias naturales; impugnan los errores con admirable sabiduría; resisten á las perniciosas doctrinas con apostólica firmeza; acuden adonde quiera que la fe se ve en peligro; se multiplican para detener el mal, instruyendo al pueblo para que no se deje alucinar, y siendo siempre y en todo el reverso de los pretendidos reformadores, se declaran defensores acérrimos de la Santa Sede, á quien se ligan con un nuevo voto de obediencia. ¿Quién podrá enumerar los inmensos beneficios que á la religion y á la sociedad ha hecho este célebre instituto? En todas partes trabaja sin cesar por extender el reino de Dios y hacer felices á los hombres; y ni la ingratitud, ni la envidia, ni la persecucion son capaces de entibiar en lo más mínimo su ardoroso celo. Los grandes servicios que prestó á la Iglesia y á los pueblos, le adquirieron desde luego una fama sin igual; y los enemigos de la religion católica, al paso que juraron la ruina y exterminio de los hijos de Loyola, cuya existencia era incompatible con sus planes anticristianos, se vieron precisados á confesar su mérito extraordinario. Seríamos interminables si quisiésemos hacer mencion de los ilustres varones que de su seno han salido. ¿Quién no ha oido hablar de los Lainez y Salmerones, teólogos profundos y admiracion del Concilio de Trento? ¿Quién no tiene noticia, tratándose de exposicion de la Sagrada Escritura, de los Alápides, Tirinos, Menoquios, Mal-

donados y otros mil? ¿Quién habrá estudiado á fondo una cuestion dogmática sin consultar al esclarecido Petavio? ¿Y qué dirémos de los Suarez, Vazquez, Toledos, Lugos, Valencias, y esa série no interrumpida de eminentes teólogos, continuada hasta nosotros y que tan dignamente cierran en nuestros dias los Perrones y Pasallas? Belarmino se distingue por la controversia; Bourdaloue hace resonar sus acentos evangélicos en presencia de los monarcas, y es mirado como modelo de elocuencia cristiana; y el Padre Berthier merece la singularísima distincion de ser colocado en el catálogo de los Padres apostólicos por su preciosa exposicion de los Salmos. Ni son los estudios teológicos en los que únicamente se ocupan los jesuitas, sino que escriben tratados, justamente celebrados, sobre todos los ramos que abraza el saber humano. La prueba de esta verdad la tenemos en las obras que dejamos referidas, escritas por el erudito y sabio P. Bartolomé Pou, con cuya muerte perdió la Compañía de Jesus uno de sus más insignes varones, y la república de las letras uno de sus escritores más distinguidos. — G. A.

POU (Francisco), doctor teólogo, hijo de esta ciudad. Profesó en el instituto carmelitano á 3 de Setiembre de 1589. Alcanzó grande opinion de doctrina, prudencia y virtud. Empleóle la Religion repetidas veces en el priorato de su convento y en el vicariato provincial; gobernó el espíritu de la venerable Sor Eleonor Ortiz; trabajó mucho en facilitar la fundacion del monasterio de Teresas, á cuyo efecto pasó á Madrid, y con este motivo le elogia altamente Sor María Desclapez y Montornes en su *Relacion histórica* de aquella fundacion. Murió á 7 de Mayo de 1630. Escribió las siguientes obras, que se conservan autógrafas en la librería de su convento: 1.ª *Conciones, quas anno* 1612 *in Sanctorum festis recitavit magister Fr. Franciscus Pou, Dr. theologus;* un tomo en fólio de 640 páginas. A lo último hay unos tratados sobre el *Miserere*, varios discursos sobre el Salmo XXXI, *Beati quorum remisæ sunt iniquitates*, y otros sobre el Salmo VI: *Domine, ne in furore tuo arguas me*, etc. — 2.ª *Sermones varios y diferentes discursos sobre las dominicas y ferias de cuaresma;* un tomo en 4.° de 127 fólios.—3.ª *Los cuatro primeros Salmos de David expuestos;* un tomo en 8.°—4.ª *Sermones varios para muchos dias de cuaresma.* — 5.ª Un tomo en fólio, que contiene las materias escolásticas que dictó siendo lector, una *De Essentia et attributis*, año de 1621, y otra *De voluntariis et involuntariis*, en 1622. — J. B. de R.

POU ó PUTEO (Jaime), jurista mallorquin, descendiente de una familia nobilísima de la ciudad de Niza, en Italia, é hijo de Misser Antonio Puteo, que en 13 de Setiembre de 1490 obtuvo en esta isla privilegio de prohijacion por haber sido uno de los que vinieron á repoblarla, cuando quedó desolada á causa del contagio, y de Doña Práxedes Berard y Caulellas, que lo fué del ciudadano Luis Berard y Moreto, conseller de Mallorca, y

uno de los miembros de la Morbería, que en el año 1475 tuvo el encargo de reformar los capítulos de aquella corporacion sanitaria. Nació D. Jaime en la ciudad de Palma, á 9 de Febrero de 1497; abrazó el estado eclesiástico, y en 14 de Diciembre de 1540, siendo auditor de la Rota por la corona de Aragon, en cuyo destino sucedió á su maestro, el célebre jurisconsulto Pedro de Accolis, fué elegido canónigo de esta santa iglesia. Poco despues se le dió la mitra arzobispal de Bari, en el reino de Nápoles, á la orilla del golfo de Venecia; fué prefecto de signatura de justicia, posteriormente lo fué de gracia. Siendo protector de Polonia, ocupó la presidencia de aquella respetable asamblea por ausencia del cardenal Seripando, y segun dice Sforcia, por su ventajosa doctrina en derecho canónico, y por las conspicuas ideas que le adornaban, fué creado cardenal de la santa Real iglesia con el título de Santa María *in Via lata* por el pontífice Julio III, en 20 de Diciembre de 1551. El desempeño de tan elevada dignidad no le privó de continuar en la presidencia de las órdenes del Cármen, de S. Juan y del Supremo Tribunal de la Inquisicion. Sus prendas, como dice el P. Cayetano de Mallorca, le hicieron oráculo de la corte romana, que le consultaba en los asuntos de más importancia; con cuyo motivo en 14 de Febrero de 1561 fué nombrado legado de Su Santidad en el Concilio Tridentino, juntamente con Hércules Gonzaga, cardenal de Mántua. Fué uno de aquellos á quienes el papa Julio III cometió la revista y anulacion de las alienaciones de los bienes eclesiásticos. El cardenal de Santa Flora, segun Palavicino, tomo II, cap. VI, pág. 199, y cap. XI, pág. 250, intentó varias veces hacer recaer á su favor la eleccion de sumo pontífice; pero jamás lo consiguió por la oposicion que mostró nuestro paisano á tan elevado ascenso, á pesar de no ignorar de que aceptando la tiara, hacia el gusto de muchos príncipes de Europa. Murió el cardenal Pou en la ciudad de Roma el dia 26 de Abril de 1563, como lo atestigua Alfonso de Ciaconio, y fué sepultado en la capilla de Santa María de la Minerva. Tuvo un sobrino llamado Antonio, que por sus talentos le sucedió en el arzobispado de Bari. Hablan con elogio del mérito de nuestro sapientísimo paisano el cardenal Sforcia Palavicini, en su *Historia del Concilio de Trento*, traducida del idioma toscano al latin por el P. Juan Bautista Giottino, de la Compañía de Jesus, parte 2, lib. III, cap. I, pág. 376; Nicolás Antonio, *Bibliot. Hisp.*, tomo I, pág. 470; Mr. Bayle, Luis Moreri, Domingo Magno, Latino Latinio Viterbiense, Chacont, Mut, Mr. d'Hermilhi, Cabrera, Vargas, Ponce y otros. A más de las dos epístolas escritas á sus parientes, Nicolás y Jaime Montañans, la una en 11 de las calendas de Setiembre de 1555, y la otra en 7 de las calendas de Enero de 1557 que trae Latino Latinio, escribió en un tomo en fólio mayor: *Decisiones D. D. Jacobi Putei, jurisconsulti præcla-*

rissimi, ac Sacri Palatii causarum etc., demum Sanctæ Romanæ Ecclesiæ cardinalis; Lugduni, 1583; obra muy recomendada por el cardenal de Lucco.— J. B. de R.

POU ó PUTEO (Magin), gran teólogo y predicador ejemplarísimo, como lo atestigua el P. Mallorca en su *Lozeta ilustrada*, pág. 105.— J. B. de R.

POU (Fr. Melchor), dominico aragonés. Tomó el hábito en el convento de Lérida, donde se distinguió desde luego por su amor á la observancia regular y sus prácticas piadosas. Hallábase entónces muy en boga en la órden de Sto. Domingo la reforma introducida en algunos conventos de Francia por el P. Michaelis y otros religiosos, que deseaban volver á los tiempos primitivos de Sto. Domingo y sus discípulos. El P. Pou abrazó la reforma con el mayor celo apénas se introdujo en Aragon, y procuró fomentarla por cuantos medios estuvieron á su alcance. Sus grandes trabajos en este sentido fueron premiados con el cargo de provincial en la reforma, que desempeñó durante diez y seis años. Grande fué la lucha que en ellos tuvo que sostener con los conventuales, que salieron al fin triunfantes, desterrando de Aragon el nuevo género de vida, á que juzgaban una especie de cisma en su religion; pero el P. Pou en sus esfuerzos para sostener la reforma dió tales pruebas de buena fe, de amor á su instituto y de deseos por su fomento, que mereció el aprecio de sus mismos enemigos, de manera que á poco de haber dejado de ocupar su puesto, y cuando se le creia alejado para siempre de toda clase de empleos y dignidades, fué elegido nuevamente provincial de Aragon en 7 de Junio de 1541, cargo que sirvió por espacio de cuatro años, siendo muy útil en él para sanar las heridas que las pasadas alteraciones habian hecho en la Orden y conducirla con sus ejemplos á gozar de una tranquilidad de que se la creia muy léjos. Así el P. Pou fué mirado como uno de los religiosos más eminentes de su época, y citado con grandes elogios por todos los cronistas. Su carrera, tan larga como gloriosa, fué un vivo modelo para los demás religiosos que no se cansaron nunca de admirar sus grandes virtudes y de seguir los consejos que les inculcaba con tanta buena fe como religiosidad. Así su fallecimiento fué generalmente sentido, comprendiendo cuantos le conocian la dificultad que tendrian en llenar el vacío que él dejaba. Distinguido como orador, escribió: *Un Marial de sermones*, y otra *Coleccion de discursos sobre las dominicas y demás fiestas del año*, que se ignora si llegaron á ver la luz pública.— S. B.

POU (Pedro Lliteras y), religioso mercenario, natural de esta ciudad. Cultivó con felicidad la poesía castellana, y entre las producciones suyas de esta clase que ha visto el público, merecen el elogio de los inteligentes la *Oda á la Reina Doña María Cristina de Borbon*, con motivo del restablecimiento de la salud de su augusto esposo D. Fernando VII, que se insertó en

el *Diario Balear* de 6 de Enero de 1833, y la que compuso en ocasion de haber oido cantar la ópera *Norma* en el teatro de Palma á las señoras Catalina Mas y Josefa Ferrer. El excelente himno de libertad que dió á luz en el *Diario* de 19 de Noviembre de 1833 concluye con estas estrofas:

¡Oh! valientes que en sangre anegásteis,
Por ser libres, el campo de gloria,
Al esclavo anunciad la victoria
Que el ibero comienza á entonar.
¡Patria! dice, y el eco responde
Patria: entónces la muerte arrostrando
¡Vive, oh patria! repite bañando
Con fiel lloro el nativo solar.
Si el recuerdo inmortal de un patriota
Nunca deja que el héroe sucumba,
Recordad á *Colon*, y en su tumba,
Mallorquines, vereis vuestro honor.
Vos que el arma empuñais, Nacionales,
Vos que el arma empuñais do se mira
Nuestro bien, recordad que os inspira
Isabel, libertad y valor.

J. B. de R.

POU Y COMELLA DE PALAU (D. Sigismundo). Fué natural de la ciudad de Vich, en el principado de Cataluña, y dedicado á la carrera de la Iglesia, fué beneficiado de su catedral. Enseñó retórica y poética en su patria con mucho éxito, y despues fué nombrado domero de las religiosas de Santa Magdalena de Barcelona. Floreció en el siglo XVII. Sus obras son las siguientes: *Extracto de algunas reglas de la lengua latina para evitar los vicios que más comunmente afean la oracion gramatical, dirigido á las aulas de gramática del Real seminario conciliar de la ciudad de Vich*; año de 1779.— *Devoto novenario al Nacimiento del niño Jesus*, que le consagra todos los años la Pia Union establecida bajo el título de la Expectacion del parto de la Santísima Virgen, en la iglesia del monasterio de religiosas de Santa Magdalena del órden de San Agustin; Barcelona, por Torras.— *Relacion de las fiestas que hizo Vich al consagrar su nueva iglesia catedral en* 1803, *y sermon predicado con este motivo*; Vich, 1803, en 4.°— A. C.

BOUCHARD (Julian). Nació el año de 1636 en Normandía, cerca de la ciudad de Domfront. Sus padres le enviaron á seguir sus primeros estudios á Mans, en el colegio de los Padres del Oratorio, y pasó á los doce años de edad á París, donde entró en la comunidad que estableció M. Guillot, doc-

tor de Sorbona, en el colegio de Lisieux, para los estudiantes jóvenes destinados principalmente á la carrera eclesiástica. Despues de haber pasado allí tres años, llegó á ser bastante hábil para enseñar á otros, y rehusó recibir su pension. Continuó residiendo en la misma comunidad, en la cual se perfeccionó en el estudio de las lenguas latina, griega y hebrea, y de la filosofía y teología. Contribuyó mucho á la edicion que Mr. de Thevenot, bibliotecario del Rey Cristianísimo, emprendió de los antiguos matemáticos griegos, compulsando los diversos manuscritos y haciendo traducciones de algunos. Habia principiado la de Julio Africano, pero no la acabó, ni quiso dar á luz lo que de ella habia traducido, bien porque estuviera el texto muy corrompido, ó bien porque este autor trata de cosas que más vale ignorar que saber, como el secreto de envenenar las fuentes y otras invenciones perniciosas á la sociedad. Tambien le emplearon durante algunos años, en que trabajára en los manuscritos de la biblioteca del Rey Cristianísimo, pero no teniendo sueldo en este empleo, para atender á su subsistencia y demás necesidades y urgencias de la vida, se encargó de la educacion del jóven marqués de Coisquin. En tan honrosa ocupacion permaneció hasta que su jóven alumno se halló en disposicion de partir á la guerra, á la cual le acompañó. Habiendo muerto este jóven, volvió á Paris Mr. Pouchard, y le eligieron para ayo de Mr. San-Angelo, hijo de Mr. de Caumartin, consejero de Estado; pero murió tambien este discípulo suyo, y lo sintió tanto Mr. Pouchard que dejó este género de empleos. Despues se mantuvo con sus pensiones, recompensas de sus servicios. Cuando el Rey Cristianísimo dió en su reglamento de 16 de Julio de 1801 una nueva forma á la Academia de las Inscripciones ó monedas, obtuvo Pouchard una plaza de asociado, y en tal ocupacion logró en muchas ocasiones demostrar su profunda erudicion, y aquella fina y delicada crítica en que sobresalia. El discurso que pronunció acerca de la *antigüedad de los egipcios*, el que hizo tocante á las *liberalidades del pueblo romano*, y otros muchos, han merecido el aplauso del público y llenado de honor á tan ilustre corporacion. Habiendo formado el canciller la que redactó durante algun tiempo el *Diario de los doctos*, fué miembro de ella Pouchard, y se le encargó principalmente de la impresion. Ciertos autores, que se creyeron ajados, no tardaron en murmurar contra él; los más irritados eran aquellos cuyas palabras y dictámenes habia referido y desaprobado; pero como ejercia su crítica, quizá con poca precaucion y una entera libertad, toleraba gustoso la de sus contrarios, y menospreciaba sus injurias. *Estan enfadados*, decia él, *de que doy á conocer sus yerros y defectos; y yo lo estoy de ver que dan á luz malos libros.* Su grande sinceridad tenia cierto carácter de dureza, y por mucho afecto que tuviese á sus enemigos, aún le profesaba mayor á la verdad. Su consideracion para las

personas de distincion era grande; pero esta circunstancia no le hacia tomar lo falso por lo verdadero, ni al contrario; ni tampoco el interés ni el temor le impedian menospreciar á los merecedores del desprecio. Su conversacion era graciosa. Disputaba con ardor y facilidad, pero no era acre ni mordaz. No gustaban ménos de su trato y amistad los ignorantes que los doctos. Habiendo quedado vacante la cátedra de lengua griega el año de 1704, pidió el Rey Cristianísimo informe de los sugetos capaces de ocuparla, y nombró á Bouchard. Este docto murió el sábado 12 de Diciembre de 1705, á los cuarenta y nueve años de su edad. Además de las obras de que hemos hablado, compuso una *Historia universal desde la creacion del mundo hasta la muerte de Cleopatra*. Se dice que en ella se refieren los hechos con mucha claridad, y que su estilo es puro, sencillo y conciso, pero esta obra no se ha impreso. *Diario de los Sabios* de 1706. *Memorias de la Academia de las Inscripciones;* tomo I, en 4.° —G. A.

POUGET (D. Antonio), benedictino de la Congregacion de S. Mauro, nació en Bezors el año 1650. Era muy hábil en las matemáticas; poseyó las lenguas griega y hebrea, y profesó esta última con gran suceso. Formó *Tablas Hebráicas* de un método muy fácil. Dió al público, juntamente con el P. Montfaucon, la traduccion latina de un volúmen en 4.° de *Analectas griegas* con sus notas el año 1688. Trabajó con el P. Martianay en la nueva edicion de las *Obras de S. Gerónimo*. Murió en la abadía de Sorezo en 24 de Octubre de 1709, á los cincuenta y nueve años de su edad, dejando un vacío inmenso en la república de las letras. —C.

POUGET (Bertrand del), cardenal legado en Italia del papa Juan XXII y jefe del partido de los Güelfos desde 1319 á 1334. Nació Pouget en el castillo de este nombre, en Querci, de una de las más antiguas y nobles familias de la provincia. Cuando los Papas al principio del siglo XIV renunciaron su permanencia en Roma para establecerse en Provenza, las frecuentes revoluciones del Estado romano, la audacia de los tiranuelos que se habian dividido el territorio de la Iglesia, la insubordinacion de los nobles y la licencia de los plebeyos, se reunian para hacer que el sucesor de S. Pedro desease comprar la paz y la seguridad áun á costa de su propia independencia. Creció este desórden en el pontificado de Clemente V; pero Juan XXII, su sucesor, aprovechándose de que en su residencia no corria peligro alguno, se propuso desde luego recobrar todos los estados de la Iglesia sobre los que sus sucesores hubiesen tenido algun derecho, y áun de extenderlos, aprovechando al efecto la aficion de los Güelfos á la Santa Sede. A fin de ejecutar su plan, eligió en su familia y entre los compañeros de su infancia un hombre jóven y oscuro como él lo habia sido: éste fué Bertrand de Pouget, eclesiástico entónces de Issigeac en Perigord, al que proveyó de una canongía

de la iglesia de S. Salvador de Aix en la Provenza. Pocos años despues de esta eleccion, en 1316, el Pontífice le creó cardenal, nombrándole obispo de Ostia á los pocos meses. En 1319 le mandó á Italia, confiriéndole los más ámplios poderes y encargándole dirigir á su modo la guerra y la política, á cuyo fin puso á sus órdenes un pequeño ejército compuesto en su mayor parte de habitantes de su patria Cahors, y de las provincias vecinas: en fin, empeñó á Felipe de Valois, príncipe de Francia, que no tardó en subir al trono, á tomar las armas en su favor. Dirigió Pouget sus primeros ataques contra Mateo Visconti, el jefe más poderoso de los Gibelinos en Lombardía en esta época, pero siendo este prelado un mal general, y no entendiendo más que él de guerra el príncipe Felipe de Valois, éste se dejó encerrar en 1320 entre dos rios en el Montferrato, y se vió obligado á capitular. Raimundo de Córdoba, que mandó despues á las órdenes de Pouget el ejército de la Iglesia, fué batido en muchos encuentros, y acabó por quedar prisionero de Visconti. El prelado condenó á Visconti como hereje y nigromántico, excomulgó á todos sus parciales, publicó contra ellos una cruzada, y anunció que despues de la victoria, serian confiscados sus bienes y reducidas sus personas á la esclavitud. Viendo que estas medidas no surtian el efecto que se propuso, abandonó este plan, y renunciando por entónces combatir á los jefes más poderosos de los Gibelinos, se internó en Italia y fijó su atencion en las ciudades divididas en partidos entre Güelfos y Gibelinos, dirigiéndose especialmente á las dominadas por los Güelfos. Presentándose delante de Parma, esta ciudad le abrió sus puertas el 24 de Setiembre de 1326, y Reggio siguió su ejemplo el 4 de Octubre siguiente, declarando ambas ciudades se sometian á la soberanía del Legado, durante la vacacion del imperio, interregno que el Papa prolongó rehusando reconocer á los pretendientes á este trono. Bolonia se entregó tambien al Legado el 5 de Febrero de 1327, y Módena el 5 de Junio siguiente, abriéndole tambien las puertas las ciudades de la Romañá. Dice Simon de Sismondi, del que tomamos estas noticias, que el legado Pouget carecia de las virtudes y talento necesarios para conservar los estados que habia adquirido, pues que todo lo sacrificaba á su capricho, y que la fortuna se cansó de protegerle y le castigó con su mano de hierro. Causó, dice este autor, la revolucion de Parma y de Reggio, porque hizo arrestar como represalias en estas dos ciudades á los mismos que le habian abierto las puertas. A fin de no experimentar igual revés en Bolonia, hizo construir una fortaleza en la que esperaba ponerse al abrigo de la insurreccion. La llegada á Italia del rey Juan de Bohemia que se presentó como pacificador, y que además de la confianza de los pueblos era soberano de los principales estados de Lombardía, parecia que debia contrariar los designios del cardenal Pouget; pero reuniéndose

estos dos activos personajes el 16 de Abril de 1331 en una larga conferencia que tuvieron en Castel-Franco, se entendieron perfectamente. Jamás ha llegado á saberse el tratado que hicieron, pero es indudable que el Cardenal se lisonjeó de atraer á sus miras todos los proyectos románticos y filantrópicos de aquel rey aventurero; pero Juan de Bohemia, acostumbrado á emprender bizarras empresas sin calcular las consecuencias, no tomaba en cuenta los obstáculos ni las oposiciones, y tenia un arte admirable para conciliar los intereses de los partidos más contrarios sin hacer otra cosa más que no llegar nunca al fondo de las cuestiones. No obstante este convenio hecho entre un jefe, rey Gibelino, y el legado de la Iglesia, excitó la desconfianza de los italianos, y se reunieron contra ellos cuantos deseaban mantener el equilibrio entre los poderes del país. Creado Bertrand del Pouget por el Papa marqués de Ancona y conde de Romaña, llegó á someter estas dos provincias, en las que sus pequeños príncipes le habian cedido sus estados. En 1333 atacó á Ferrara por sorpresa, á pesar de que habia dado él mismo la investidura de esta ciudad al marqués de Este. Despues de haber batido á los ferrareses el 6 de Febrero en Casandoli, sitiaba ya á esta ciudad cuando fué sorprendido el 14 de Abril por el marqués de Este, que derrotó su ejército. Hechos prisioneros en esta batalla todos los príncipes feudatarios de la Iglesia que servian en su ejército, rehusó rescatarlos canjeándolos con sus propios cautivos, y aprovechándose de esta circunstancia el marqués de Este, les dió libertad generosamente, y los príncipes ofendidos de la ingratitud del Legado, se fueron á sus estados y los revolucionaron contra él. Rímini, Forli, Cesena, Rávena y Cervia, se levantaron casi al propio tiempo y tomaron las armas contra el Legado. Experimentando tambien reveses en Italia por su parte el rey Juan, abandonó el país bruscamente despues de haber vendido á sus antiguos señores las ciudades que aún poseia. Solo Bolonia quedaba sometida por la fuerza á Bertrand Pouget, á la que habia querido hacer su capital, con cuyo objeto la habia fortificado. Tenia en la fortaleza una guarnicion de soldados del Langüedoc; pero los boloñeses, á quien habia entretenido diciéndoles que el Papa vendria á vivir entre ellos, tuvieron aún bastante energía para sacudir el yugo del Legado. Uniéndose los dos partidos que antiguamente se habian disputado el mando en Bolonia para combatir al enemigo comun y reconquistar su libertad, se levantaron armados el 17 de Marzo de 1734 y sitiaron al Legado en su fortaleza. Recurrió entónces Bertrand Pouget á los florentinos, que se habian opuesto ántes á sus designios, para que mediasen en la contienda, y evacuó á Bolonia y todos los estados que habia sometido en Italia. Volviendo á Aviñon, reunió dinero y gentes de armas para volver contra Italia, pero muriendo á este tiempo el papa Juan XXII, su protector, cesó la influencia y el poder del cardenal Pouget, que quedó en

la vida privada olvidado. Murió Pouget el 8 de Enero de 1351, y fué sepultado en la iglesia de las Clarisas del Pouget, convento que habia fundado en 1321 en las tierras de su padre, y cuya superiora con el título de abadesa, era nombrada por la familia del cardenal: los Pouget de Nadaillac han ejercido este derecho en union de la familia de Beaumont hasta la época de la revolucion francesa. El monumento levantado por Pouget fué destruido por los calvinistas, y aún se veian sus ruinas en tiempo de la revolucion. La fama de este Cardenal en Italia no le favorece mucho.—B. C.

POUGET (Francisco-Amato), sacerdote del Oratorio y abad de Chambou, nació en Mompeller. Despues de haberse graduado de doctor en teología en la facultad de París, entró en la congregacion de los Padres del Oratorio, y sirvió últimamente á la Iglesia en las diócesis de Mompeller y de San-Malo. Es autor de las *Instrucciones en forma de catecismo*, donde se explica en compendio la Sagrada Escritura y la tradicion. *La Historia y los dogmas de la Religion, la moral cristiana, los sacramentos, las oraciones, las ceremonias y los usos de la Iglesia*, impresas en París el año de 1702, por órden de Cárlos Joaquin Colbert, obispo de Mompeller, para el uso de los antiguos y nuevos católicos de su diócesis, y de todos aquellos que tienen obligacion de instruirlos, con dos catecismos abreviados para el uso de los niños. Esta obra se dividió en tres partes, y la recibió muy bien el público; se hicieron de ella muchas ediciones, y se tradujo en italiano y en español; en este segundo idioma la tradujo N. Villegas, secretario del marqués de Risburg, capitan general que fué de Cataluña, pero la prohibió el Santo Oficio. El P. Pouget aumentó despues su obra, y la tradujo en latin, y esta traduccion, que no apareció hasta el año de 1725, despues de la muerte del autor, es debida á la solicitud cuidadosa del P. Desmolets, del Oratorio, bibliotecario de la casa de París, muy conocido por su amor á las ciencias. Esta edicion latina corre en dos volúmenes en fólio. El P. Pouget compuso tambien el *Breviario* de Narbona, que se imprimió en París el año de 1708. Dió á luz *Instrucciones cristianas acerca de las obligaciones de los caballeros de Malta*, y una famosa carta que contiene una relacion exacta de la conversion de Mr. de la Fontane. Se halla en las *Memorias de la Literatura é Historia coleccionadas por el P. Desmolets*, tomo I, parte 2.ª Era de la asamblea que el cardenal de Noailles habia establecido para examinar y arreglar los ritos y usos eclesiásticos de la diócesis de París: el P. Pouget murió en París el año de 1723. (Du Pin, *Biblioteca de los autores eclesiásticos del siglo XVII.*) G. A.

POUILLARD (Santiago Gabriel). Nació este sabio arqueólogo en Aix de la Provenza el año 1751. Dedicóse desde muy jóven á la carrera de la Iglesia; pero con una grande aficion á las artes y con un gusto irresistible á las

antigüedades, estudió la pintura bajo la direccion de un discípulo de Vanloo y recibió de Fauris de San Vicente los primeros elementos de las ciencias arqueológicas. Muy estricto sin embargo á sus deberes religiosos, y no teniendo medio alguno de subsistencia, tomó el hábito de carmelita en el convento de Aix entre cuyos religiosos vivian doce como cenobitas. Despues de pasar cuatro años en este convento, solicitó de sus superiores el permiso para ir á Roma en donde deseaba estudiar los monumentos antiguos y de los primeros años del cristianismo, y habiéndoselo permitido hizo progresos rápidos en su estudio favorito en la ciudad santa. Cuatro volúmenes de cartas que dirigió desde Roma á sus antiguos maestros los hermanos Jauris, fueron los primeros resultados de sus pesquisas arqueológicas, viéndose en ellos muchas inscripciones griegas y latinas, medallas y bajos-relieves dibujados por su mano. Sus pesquisas sobre el orígen de la cruz que llevan en el calzado los papas, le condujeron á examinar todas las pinturas de los siglos XV y XVI, en las que se ve este distintivo de los pontífices, y reuniendo todas las noticias y observaciones, compuso la obra titulada : *Dissertation sur l'anteriorité du baisement des pieds des Souveraines Pontifes à l'introduction de la Croix sur leurs pantoufles;* Roma, 1807, obra en la que Pouillard prueba tanta habilidad como erudicion, siendo raro se lea en la portada *Pougard* en vez de *Pouillard*. Compuso tambien un tratado sobre la tiara, que no le permitieron continuar las circunstancias. Además de estos trabajos tenia que llenar los deberes de sacristan de Saint-Martin-du-Mont, en donde habia establecido su hospital el ejército francés, y fué en su cargo tan celoso, que no se limitaba á prestar á los soldados los socorros espirituales, sino que era su verdadero enfermero, prodigándoles consuelos de dia y noche con el mayor cariño. Advirtiendo el cardenal Fesch su celo y saber, trató de hacerle conservador de un museo de pinturas y de una biblioteca religiosa que se proponia establecer en París; pero ántes que Pouillard pudiese ir á la capital á ocupar una plaza tan adecuada á sus instintos y conocimientos, el cardenal le nombró director del seminario que creó en Bugey. No tardó en volver á París en donde los amantes de las artes le vieron en medio de la magnífica coleccion de esculturas, que él mismo habia ayudado á reunir, manifestar con la mayor modestia sus grandes conocimientos artísticos y arqueológicos. La restauracion conservó á Pouillard los honores que le dispensára el gobierno imperial, y quedó con el empleo de sacristan de las Tullerías. Perdiendo á un hermano, que dejó dos niños de corta edad, Pouillard se constituyó su padre, y haciéndoles educar con esmero, se encargó de los gastos de su carrera. Murió este digno eclesiástico en París el 8 de Octubre de 1823, y además de las obras ya mencionadas, dejó segun su biógrafo Emeric David, las siguientes: *Dissertation sur une inscription*

trouvée à Rome dans le jardin de Saint-Martin-du-Mont, que se insertó en el *Magasin encyclopédique de Mellin*, 1806. — *Sur le sceau de la baroche de Dijon*, de Mellin, 1809. — *Sur un ancien as romain;* Mellin, 1809. — *Sur un vase chrétien de terre cuite trouvé à Paris;* Mellin, 1810. — *Sur une medaille de Siris et sur les medailles incuses;* Mellin, 1815. Otras obras manuscritas dejó Pouillard, y entre ellas un *Viaje literario en el interior de Roma;* una *Memoria sobre el estado de las artes en la Provenza en tiempo del rey René*, y una *Instruccion cristiana para uso de los soldados*, compuesta para el hospital de San Martin del Monte cuando él le dirigió. — C.

POULARD (Tomás Justo). Nació en Dieppe el 1.° de Setiembre de 1754, y fué á París en 1772 para terminar sus estudios. A este fin entró en el seminario de los Treinta y tres, que dirigia á la sazon Gros, cura despues de San Nicolás du Chardonnet, y que fué uno de los sacerdotes asesinados por los revolucionarios en San Fermin en Setiembre de 1792. Aunque disfrutaba beneficios y un curato principal en la diócesis de Lisieux, el abate Poulard siguió en París la carrera del púlpito hasta que estalló la revolucion. Creyendo ver en la nueva constitucion del clero la vuelta á la antigua disciplina de la Iglesia, se apresuró á jurarla, y esto le valió ser nombrado vicario general episcopal de Seez. Obligado á dejar esta dignidad cuando se cerraron en Francia las iglesias en 1793, volvió á ella cuando se abrieron de nuevo, en cuya época fué nombrado cura de Anbervillers. En 1799 asistió al Concilio nacional como diputado del Alto Marna, y poco tiempo despues fué elegido obispo constitucional de Saona y Loira. Consagrado en Lyon en Junio de 1800, no se apresuró á dar su dimision en la época del Concordato de 1801. Quedándose en París destituido ó sin cargo alguno, escribió, en union de Gregorio, de quien fué muy amigo, diversos papeles en apoyo de sus opiniones políticas y religiosas, distinguiéndose entre ellos sus *Ephemerides religieuses, pour servir l'histoire ecclesiastique de la fin du XVIII siecle et du commencement du XIX.* Atribúyese tambien á este autor la obra titulada : *Du etat actuel de la Religion en France.* Poco tiempo ántes de la revolucion de 1830 publicó Poulard su obra : *Moyen de nationaliser le clergé de France;* París, 1830, en 8.°; y hácia esta misma época prestó su ministerio episcopal para los más extraños actos; confirió órdenes sagradas á muchos jóvenes sin exámen, sin preparacion y sin dispensa; ordenó dos ántes de la revolucion de Julio y otro al año siguiente. La segunda ceremonia la hizo en la capilla de Chatel, siendo del número de los ordenados el abate Anzon, que reconoció despues sus errores y entró en el seno de la verdadera Iglesia. Murió Poulard sin abjurar de sus erróneos principios el 9 de Marzo de 1833, y como se habia obstinado en rehusar su curato, en vez de enterrarle en su parroquia, fué sepultado en el cementerio público. — C.

POULIAHERT (Fr. Vicente), religioso franciscano, cuya patria se ignora, lo mismo que la provincia y siglo en que floreció; perteneció á los recoletos de la Observancia regular, y publicó: *Exposicion de la regla de los Menores*. Lermovic, por Guillermo Dureau, 1625, en 4.°—S. B.

POULIN (Amable Fidel). Este teólogo nació en 1640 en Bief-de-Bourg, bailía de Salins. Habiendo salido perfectamente instruido en sus estudios y con vocacion para dedicarse á la Iglesia, abrazó la carrera eclesiástica. Despues de haber enseñado durante algunos años la filosofía, se le concedió la cátedra de teología del colegio de Besanzon, en la que se distinguió mucho. El obispo de Lausane premió su mérito nombrándole uno de sus vicarios generales, y el abad de San Gall, dándole el título honorario de física y de matemáticas, le señaló una pension. Llegada la revolucion, siguió Poulin á M. Durfort, arzobispo de Besanzon, que se vió obligado á abandonar su silla, y le prodigó los cuidados y consuelos que dependian de su ministerio. Muerto este prelado, continuó en Suiza entregándose al estudio cuando sus deberes se lo permitian, y obteniendo en 1799 el permiso de volver á Francia, fué á vivir al lado de su familia en Bief-do-Bourg, en donde murió el año 1801 á los sesenta y un años de edad. En las Memorias de la Academia de Besanzon, de la que era miembro, se encuentran disertaciones suyas, y además nos ha quedado como prueba de su capacidad su obra: *De Deo revelante prælectiones theologicæ*, tres tomos en cuatro volúmenes en 12.°, Besanzon, 1787 y 1788; esta obra, segun Mr. Weis, es la primera parte de un curso completo de teología que no le permitieron acabar las circunstancias políticas de su patria.—C.

POULIOTTE (Fr. Victorino), religioso franciscano, elogiado por Fray Miguel Vivien, en su obra *Tertulianus prædicans*, con las siguientes palabras: «¿Quién triunfó más gloriosamente de palabra y por escrito de los calvinistas, que Victorino Pouliotte de la provincia de los recoletos en la Aquitania? De palabra, porque durante casi cuarenta años asistió á los sínodos de la provincia de Poitou, Saintonges, Agen, Bearne, etc.; refutó los sermones de los ministros, y demostró la falsedad de los predicadores. Por escrito, porque publicó muchos libros de controversia, principalmente un memorial de controversias, en que refuta la confesion calvinista de la Sagrada Escritura y la doctrina de los calvinistas.» Pero á pesar de este elogio, no se conoce ninguna de las obras de este autor en él citadas.—S. B.

POULLE (Luis). Este célebre predicador nació en Aviñon. Aficionado á á las letras desde niño, hizo rápidos progresos en sus estudios, distinguiéndose en las aulas por su rica y viva imaginacion. Aún estudiante, se dió á conocer por dos excelentes poemas, el *Triunfo de la Amistad* y *Codrus*, que merecieron el premio de la coronacion en 1732 y 1733 en la Academia de

los juegos florales. Dejando la carrera de leyes, á que se dedicaba, por la de la Iglesia, se hizo sacerdote, y desde que cantó misa abandonó las musas y se lanzó en la carrera de la elocuencia, á la que le llevó su genio poético. Fué á París en 1733, decidido á consagrarse á la predicacion, en una época en que el carácter de la nacion francesa habia enteramente cambiado, desapareciendo tambien las graves costumbres del siglo anterior. Llevada la sociedad del espíritu de frivolidad y licencia que sucedió á aquella época, parecia poco dispuesta á prestar atencion á las austeras verdades de la moral cristiana, si no las acompañaban todas las bellezas y encantos de la diccion, y así es que, como dice el mismo Poulle, los predicadores se vieron obligados, para ser oidos, á desplegar todos los recursos y galas de la elocuencia. Dejóse en un principio el abate Poulle arrastrar por el gusto general de la época, y sacrificándole aún más que otros, dió á la elocuencia sagrada todo el esplendor de la elocuencia académica. Su primer ensayo, de un éxito extraordinario, obtuvo los más vivos y entusiastas aplausos, pero estos aplausos, aunque muy honrosos, no le fueron ménos dañosos, porque le impidieron perfeccionar su talento, lo que comunmente sucede á todo el que al empezar á ejercer una profesion es más aplaudido de lo que debiera, porque posesionado de él el orgullo, se engríe y descuida el estudio, creyendo que ya sabe cuanto necesita y que está en disposicion de ser maestro de todos los demás. Así sucedió á Poullet, desde su entrada en la carrera de la predicacion se creyó un orador perfecto, y no se cuidó ya ni de reglamentar los recursos de su imaginacion, ni de madurar su juicio, ni de pulir su estilo, ni de profundizar la ciencia de la religion convenientemente, y hé aquí, como dice un autor anónimo al hablar de este célebre orador, el principio de los defectos que predominaron en la mayor parte de sus discursos impidiéndole poderlos citar como modelos. Unicamente en dos discursos parece se sobrepuso á sí mismo, los cuales forman su principal gloria como orador sagrado: estos son sus *Exhortaciones sobre la caridad*, predicados el uno en favor de los pobres prisioneros, y el otro en favor de los niños abandonados ó de la inclusa. En estas dos sublimes oraciones, es adonde se presenta verdaderamente elocuente, porque su elocuencia salió toda de su corazon, y es difícil dar una idea del efecto que produjeron estos dos sermones que le dieron un gran nombre en toda la Francia, incluso en París; pero lo que debió lisonjearle más fué la completa victoria que alcanzó al predicar sobre la avaricia y la falta de caridad de la opulencia. En este sermon, dice Laharpe, oyó el orador un ruido más agradable á su oido que el de los aplausos, era el del oro y la plata que caia de todos lados con abundancia, promoviendo una noble emulacion de caridad en el auditorio. Muchos de los asistentes dieron cuanto llevaban, y áun algunos cuanto tenian; jamás se

vió entusiasmo semejante en favor de los pobres. A fin de recompensarle, ó más bien para alentarle, el Rey dió á Poulle la rica abadía de nuestra Señora de Nogent y el título de predicador suyo de cámara, y en 1748 se le llamó á la Academia Francesa para pronunciar el panegírico de S. Luis. Este discurso se calificó de mediano; pero su estilo es más sostenido, más puro, más elegante que en los demás, porque conocia los delicados oidos de su auditorio, si bien careció de esos golpes de efecto que se graban por sí mismos en el corazon de los oyentes. Los sermones del abate Poulle no se prodigaban, y luego que se vió poseedor de una fortuna bastante considerable, ya fuese pereza, ya defecto de celo ó de ambicion, predicó más de tarde en tarde, no dejándose oir más que en ocasiones solemnes, como en la apertura de los Estados de Langüedoc en 1764, en las profesiones religiosas, y en otros actos de esta especie. En el corto número de discursos, que despues de los expresados quedan de él, si se exceptuan algunos fragmentos esparcidos en ellos, en particular en los que versaron sobre el cielo y el infierno, no se nota ningun rasgo de verdadera elocuencia. La invencion es muy débil y casi nula en mucha parte; sus planes vagamente concebidos, y sus divisiones entran frecuentemente la una en la otra, habiendo ocasiones que su pensamiento no se presenta con claridad, y en que su originalidad es extraña y hasta ridícula. En vano se buscaria en estos sermones la plenitud de razonamientos y la abundancia de doctrina que llevan la conviccion al alma; pudiéndose fácilmente entrever en algunos trozos verdaderamente patéticos, el partido que Poulle hubiera podido sacar de los libros santos; pero incapaz tal vez de una séria aplicacion, casi no tocó esta inagotable mina, de suerte que debe considerársele más como un moralista ingenioso que da á su moral alguna vez la sancion de la religion ligera y superficialmente, que como un verdadero orador cristiano. Faltando profundidad á este orador, le falta igualmente variedad y solidez. La rapidez del estilo lo fué todo para él, y así es que todo lo subordinó al empeño de encerrar el pensamiento en el menor número de palabras posible. Lisonjeó y agradó, pero conmovió pocas veces, y por lo tanto los que se dejan seducir por las figuras brillantes han podido comparar á Poulle con Massillon; pero en la comparacion siempre queda la ventaja á favor del último. Massillon abrazó la doctrina evangélica en toda su extension; sus obras forman un curso completo de religion, que nada deja que desear con relacion á las cosas y al estilo; pero Poulle, por el contrario, solo ha tomado algunos puntos, y en los pocos objetos que ha tratado, le ha faltado mucho en las partes de desarrollo y de elocucion. Solo podia comparársele á su contemporáneo el abate Boismont; ambos tuvieron la misma capacidad oratoria, y ambos nos dejaron un corto número de discursos, entre los que uno ó dos fuertes en pensamientos y bien escritos

produjeron prodigiosos efectos. Si se busca la elocuencia en el uno y en el otro, frecuentemente no se hallará más que abuso de imaginacion; si bien es preciso confesar que el abate Poulle, si no contribuyó tanto como hubiera podido á la edificacion, no desmintió jamás con su conducta la moral que habia anunciado. Su vida fué siempre regular, y su fortuna no fué inútil para los desgraciados. Contentóse con la gloria que le proporcionaron sus sermones, pero no buscó la del autor, y lo que, como dice un biógrafo anónimo suyo, es un fenómeno inusitado en la república de las letras, es que conservó en su memoria sus discursos por espacio de cuarenta años. En efecto, hasta el año de 1776, en que cedió á las reiteradas instancias de su sobrino el abate Poulle, vicario general de San Maló, no escribió ninguno; pero consintiendo al fin, dictó once de ellos ya en una edad más que septuagenaria, en cuya correccion empleó cinco meses; se imprimieron en dos volúmenes en 12.°, en Paris, en 1768. Esta coleccion contiene tambien el panegírico de S. Luis, que se habia impreso en 4.° en 1748, y el discurso que pronunció en la toma de hábito de Madama de Rupelmonde, que se publicó en 12.° en 1752: todo fué reimpreso despues en París, en 1781, y en Lyon en 1818. Murió el abate Poulle en París, el 8 de Noviembre de 1781, á la edad de setenta y nueve años, sin haber casi experimentado debilidad alguna en sus facultades morales é intelectuales. El baron de Sainte-Croix escribió su elogio que se publicó en Aviñon, en 8.°, el año 1783, acompañado de una carta suya al cardenal de Bernis y de la lista de sus obras. En las *Memorias* del Ateneo de Vaucluse, impresas en Aviñon el año 1804, se inserta un elogio de Poulle, escrito por el abate Dionisio Miguel, gran vicario de Aviñon, en el que se hace mencion de cuatro bellos versos de una tragedia, cuyo héroe era el célebre cartaginés Aníbal, que empezó á escribir aún muy jóven el abate Poulle.—C.

POULLE (Abate Luis), sobrino de otro célebre predicador del mismo nombre y apellido, nació en Aviñon el 10 de Mayo de 1743, se ordenó de sacerdote á la edad de veinticuatro años, siendo nombrado casi al mismo tiempo por el Papa con el beneplácito del Rey, preboste de la catedral de Orange. El obispo de San Malo, su tio, le nombró provisor de su diócesis y á la muerte del célebre predicador, el Rey le concedió una pension. En 1789 se presentó para asistir á los Estados generales por el clero de Orange, reemplazando al obispo de su diócesis, y se distinguió entre los defensores de los derechos de la religion y del trono. A la muerte del obispo de Orange, el papa Pio VI le nombró para administrar esta diócesis interin estuviese vacante; pero los trastornos de la revolucion le obligaron á alejarse. Habiendo marchado á Italia fué acogido favorablemente por las princesas de Francia en Roma, y de Luis XVIII en Verona. Vuelto á Francia á

la restauracion, fué creado caballero de Malta, nombrándosele vicario general de San Flour, cerca de Aviñon, y sin duda alguna hubiese obtenido un obispado, de que sus talentos y virtudes le hacian digno, si su edad avanzada, sus enfermedades y un temblor convulsivo en las manos no le hubiesen impedido el cumplir las funciones de este importante destino. Nombrado el 10 de Octubre de 1824 canónigo honorario de la catedral real de San Dionisio, no disfrutó más que pocos dias de este honor, habiendo muerto el 23 de Noviembre del mismo año á los ochenta y uno de edad. —G. A.

POULLI (Juan). Este doctor eclesiástico de la universidad de París predicó en el siglo XIV algunas proposiciones arriesgadas acerca de la confesion, y fundado en un decreto del concilio general de Letran bajo el pontificado de Inocencio III, sostenia que los que se confesaban con los frailes estaban obligados á confesarse tambien con su párroco, deber anual del que no podia dispensarle ni áun el mismo Papa. Algunos autores son de opinion de que él queria solo decir, que la confesion hecha sin permiso del cura párroco no libraba de la obligacion de hacerla una vez al año con su pastor natural, que es el que debe responder de las almas de sus feligreses. Los monjes á quienes atacaba eran muy poderosos en el pontificado de Juan XXII, y repitiendo contra él, lograron hacerle condenar como hereje, y hé aquí por lo que se encuentra su nombre en los catálogos de los herejes, si bien muy injustamente, segun Moreri, pues que léjos de tratar de pervertir la religion, solo trató de defender los derechos de la gerarquía eclesiástica. —C.

POULPIQUET DE BRESCANVEL (Juan María Domingo de). Nació el dia 4 de Agosto de 1759 en el castillo de Lesmes de (Finisterre) Plonguerneau. Estudió en el seminario de S. Sulpicio de París, y habiendo salido con éxito, recibió la borla de doctor de Sorbona. Preparábase á nombrarle su vicario general, Monseñor de la Marche, obispo de San Pol de Leon, cuando estalló la revolucion en Francia. Siguió Poulpiquet á su obispo á Inglaterra, y fué uno de los sacerdotes que en 1795 prestaron los auxilios espirituales á las tropas que hicieron parte de la expedicion de Quiberon. Despues de la derrota de los emigrados debió su vida á saber nadar, pues de no ser así hubiera muerto á manos del vencedor. Elevado treinta años despues al episcopado, asistió en Auray á la inauguracion del monumento expiatorio erigido en honor de las víctimas de esta catástrofe, y entónces se dijo en los periódicos. De todas las emociones que causó el aspecto de aquella fúnebre ceremonia y la vista de tantos hombres reunidos para honrar la memoria de los que perecieron en aquella desgraciada jornada, la más general era la que inspiraba la presencia del venerable obispo de Quimper Monseñor de Poulpiquet por quien iba á celebrarse la misa. Deciase de boca en boca que ha-

bia sido vicario general del virtuoso obispo de Dol, Monseñor Hercé, fusilado en Vannes, que se encontraba á su lado en el desastre de Quiberon, y que dos veces en el mismo dia se escapó á una muerte que parecia inevitable; y en fin, se decia que huyendo á nado, llegó su mano á una embarcacion protectora, pero que un soldado, armado de un hacha, iba á descargar sobre él un fatal golpe que le hubiera sumergido en el abismo, cuando otro soldado, cuyo nombre deberia haber conservado la historia, llegó á tiempo de detener el brazo de su furioso compañero y ayudar al valeroso fugitivo á subir á la embarcacion, que le conservó para que fuese el consolador y el apoyo de los desgraciados. Volviendo á Francia en la época del consulado, fué nombrado cura de su parroquia natal, y poco despues vicario general de Monseñor Dombideau de Crouseilhes, obispo de Quimper. Designado el año 1822 para el obispado de Langres, su aficion á la Bretaña le obligó á rehusar este honor. No tardó mucho en tener la dignidad rehusada en su propia patria, pues que fué nombrado sucesor de Monseñor Dombideau en 1824, con alegría de toda la diocesis, en la que se distinguió por su viva fe y su tolerancia é instintos conciliatorios, que habia adquirido en la escuela de la adversidad. Habiendo administrado su obispado con gran sagacidad y triunfado de los obstáculos de todo género que suscitó la revolucion de Julio, murió en Quimper el 1.° de Mayo de 1840, llorado de toda su feligresía. El abate Graveran, su sucesor, publicó en su obsequio la siguiente obra literaria, muy recomendable por todos títulos: *Oraison funèbre de Monseigneur Jean-Maria-Dominique de Poulpiquet de Brescanvel, prononcé dans l'eglise cathedrale de Queimper le 2 Juin* 1840, *par Mr. l'abbé Graveran, chanoine honoraire, curé du Brest et evêque nommé de Queimper;* 1840, en 8.°—C.

POUPART. Sin decirnos el nombre hallamos en la Biografía universal de Michaud un eclesiástico de este apellido, del que solo dice que fué chantre del cabildo de S. Mauro, y que bajo el velo del anónimo publicó una *Disertacion sobre lo que debe pensarse de los espíritus con motivo de la aventura de S. Mauro*, la cual se publicó en París en 12.°, el año 1707: se reimprimió este escrito en las Disertaciones sobre las apariciones de Dom Calmet; y en la Coleccion de Disertaciones sobre el mismo objeto de Lenglet-Dufresnoy.—C.

POUPART (P. Spiridian). Este religioso de la órden tercera de San Francisco de Picpus, del que nada más hemos podido averiguar, escribió una *Disertacion sobre dos sepulcros antiguos de la iglesia de nuestra Señora de Soissons*, la cual se publicó en 12.° en 1710.

POUPART (Vicente). Nació este eclesiástico en Levroux, en el departamento de Berri, sin que nos diga la fecha su anónimo biógrafo. Cuando em-

pezó la revolucion francesa era cura de Sancerre, y adoptando los principios revolucionarios, fué nombrado diputado á los Estados generales en 1789, y al año siguiente prestó el juramento exigido á los eclesiásticos. Elegido obispo constitucional del departamento de Cher, rehusó este cargo á pretexto de su débil salud. En la época terrorista se separó del peligro cuanto pudo, y cuando se restableció algun tanto el órden, fué á fijar su residencia á su país natal, en donde volvió á entrar en el ejercicio de sus funciones sacerdotales. Murió en 1796 en una edad muy avanzada. Este eclesiástico escribió una *Historia de la ciudad de Sancerre*, que se publicó en París en 12.° el año 1777.—C.

POUPART DE BEAUBOURG (Alejandro). Se convirtió al catolicismo y abjuró el protestantismo en 1724, despues de haberse retirado y hecho su noviciado en los jesuitas.—A. L.

POUSSINES (Pedro), jesuita, era natural de Narbona, donde nació el año de 1609. Vivió mucho tiempo en Roma, donde fué muy estimado, y con especialidad de la reina Cristina de Suecia y del cardenal Barberino. Desde sus más tiernos años se dedicó con afan y con una extraordinaria y particular solicitud al estudio de las letras, y en tanto grado, que llegó á ser uno de los más peritos de su tiempo en la lengua griega, siendo tambien muy versado en el estudio de las obras de los Santos Padres. Se aplicó singularmente á hacer correcciones y notas sobre un gran número de autores griegos que vivieron en tiempo de los Emperadores cristianos, y entre otros sobre Nicetas, el sofista Polemon, el emperador Leon, Ana Comneno, Teofilacto, Nicéforo, Brienno, Pachymero, etc., añadió á este último comentarios doctos. Tambien tradujo casi todos estos autores. Le debemos además algunos opúsculos de S. Nilo, que tradujo del idioma griego en latin, en 4.°, en París, el año de 1639. El P. Poussines se hallaba entónces en Tolosa, y aún estaba en esta ciudad á fines del año 1654, cuando dedicó al cardenal Barberino las cartas de S. Nilo, que hizo imprimir en griego y en latin con notas, en la imprenta Real de París el año de 1657; pero parece por su epístola dedicatoria, que se le habia llamado á Roma desde el año de 1654 y que estaba decidido á pasar allá. El año de 1678 estaba en Roma, pero no se sabe donde murió. Tambien trabajó en *Methodio, Teofilacto y otros muchos autores griegos*, y en el de 1678 suministró un *Comentario de los Padres griegos* sobre S. Marcos. Este docto jesuita demostró en todas estas obras mucha erudicion y un grande conocimiento de los negocios eclesiásticos y civiles del imperio de Oriente.—G. A.

POVEDA (Fr. Alonso), natural de un pueblo de este nombre en la sierra y obispado de Cuenca. Fué humildísimo y grande menospreciador de las cosas del mundo. No hacia aprecio de ellas, ni gustaba que ellas

hicieran aprecio de él. Era en esto tan notable, que ni parecia ser del mundo, ni de la comun casta de Adan. Era muy asiduo en el confesonario, manifestando en esto su grande caridad y amor de Dios, porque si es obra de misericordia muy recomendada con premio de la gloria enseñar al sencillo é ignorante, ¿cuánto mayor será enseñar en cosa que va no ménos que la salvacion del alma? Administraba con fervor los santos sacramentos. Llevado de este espíritu y celo santo, decia muchas veces á sus hermanos, que si estuviera en la gloria, para nada pediria á Dios licencia para venir á este mundo sino para confesar. Con este santo espíritu y celo se movió el buen P. Fr. Alonso de Poveda. Y si algunos no sentian tan piadosamente esto, era por carecer del espíritu fervoroso y santo celo que él tenia. Murió este bendito Padre y diligentísimo obrero en el convento recoleto de S. Francisco de Orihuela, año 1598, siendo de ochenta años, y allí descansa en paz. — G. A.

POVERO (Bto. Francisco); religioso de la Orden Seráfica, célebre por su vida y virtudes, y mucho más por su trágica y gloriosa muerte. Siendo todavía muy jóven tomó el hábito en un convento de la Aquitania, donde manifestó su vocacion con sus continuas oraciones y penitencias. Nadie más asiduo en el coro, nadie más constante en los ayunos, nadie más severo consigo mismo ni dado á toda clase de maceraciones. Admirábanse los religiosos y creíanle llamado á superiores destinos, en lo que no se equivocaban, en efecto, pues estaba destinado para recibir la palma del martirio. Pero el P. Povero, humilde y modesto, miraba con indiferencia y apénas creia el asombro de que era objeto, continuando en sus santos ejercicios. Era muy dado á la predicacion, y con sus buenos ejemplos atraia gran número de almas para el rebaño de Jesucristo, lo que era muy necesario en una época en que dominando la herejía en una gran parte de Europa, la religion católica, si bien no sufria grande decadencia, tenia al ménos que luchar hasta verter la sangre de sus más predilectos hijos por conservar incólumes las verdades de la fe y no ver perdidas ó extraviadas sus ovejas. Vigilante predicador el P. Povero, se atrajo, como es natural, el odio de los herejes que deseaban encontrar una ocasion en que acabar con aquella tan preciosa vida. Mas despreciando sus insultos y amenazas, continuaba sus ilustres tareas el ilustre franciscano, confiando en Jesucristo, por cuya grey trabajaba y de quien esperaba el premio concedido á los elegidos. No tardó, en efecto, en concedérsele. En una de aquellas cortas, pero tormentosas épocas en que la herejía pareció dominar á la religion verdadera, entraron los hugonotes en su convento, llevándolo todo á sangre y fuego y persiguiendo de muerte á los religiosos en quienes más celo habian notado contra su falsa secta. Bien hubiera podido huir el P. Povero, mas despreciando la vida y

deseando obtener, aunque le persiguieran, algun fruto de aquellos extraviados herejes, salió á su encuentro, comenzó á predicarlos, y les manifestó su equivocacion y ceguedad. Negáronse ellos á escuchar sus palabras, y alguno más atrevido ó más sediento de sangre, deseoso de comenzar la carniceria, vertió la del ilustre religioso que entregó su alma al Criador con la alegría y tranquilidad propia de los justos. Verificóse este acontecimiento en 1569, probablemente el dia 17 de Noviembre, en que recuerda la Orden Seráfica el martirio de este religioso. —S. B.

POVILLAR (Jacobo Gabriel), sacristan de la capilla Real de las Tullerías, muerto en París el 8 de Octubre de 1823, habia nacido en Aix, en la Provenza, en 1751. Abrazó en su juventud el estado eclesiástico, pero inclinado á la pintura y á las antigüedades, tomó nociones de dibujo y estudió los elementos de la arqueología; pero siendo llamado más sinceramente por los deberes de la religion, tomó el hábito en 1780 en Monte Cármelo, en el convento de Aix. Habiendo pasado algunos años, pidió y solicitó de sus superiores el permiso de ir á Roma. Se dedicó al estudio de las medallas y otros conocimientos antiguos, y la historia religiosa de la edad media fueron el objeto particular de sus trabajos. Desempeñó al mismo tiempo las funciones de sacristan de la iglesia de S. Martin de los Montes, en la que los franceses establecieron un hospital, del que fué nombrado capellan ó limosnero, y en cuya plaza mostró el mayor celo por sus desgraciados compatriotas. Más tarde, el cardenal Fesch le llamó á París para ponerle al frente de su rica galería de cuadros y de una biblioteca religiosa que se proponia formar; pero ántes que Povillard fuese á ocupar este destino, el cardenal le envió á desempeñar el cargo de director en un seminario que acababa de fundar en el Bugey. En 1814 el ministro Talleyrand le dió la plaza de sacristan del palacio de las Tullerías. Dejó este sabio arqueólogo algunas disertaciones en el *Magasin encyclopédique* de Mellin, sobre una *inscripcion encontrada en Roma en el jardin de S. Martin de los Montes*, 1806; *sobre el sello de la jurisdiccion y tribunal de Dijon*, 1809; *sobre una cuestion de cronología*, 1809; *sobre un antiguo as romano*, 1809; *sobre un vaso cristiano de tierra cocida, encontrado en París en* 1810; *sobre una medalla de Siris, y sobre las medallas grabadas en hueco*, 1815; *Disertacion sobre la antigüedad del ósculo de los pies de los sumos Pontífices, y sobre la introduccion de la cruz en su calzado*; Roma, 1807, en 4.° Habiendo dejado manuscritos: *Un viaje literario por el interior de Roma; una memoria sobre el estado de las letras en Provenza; una instruccion cristiana para los soldados; un tratado de los derechos espirituales del confesor de los reyes de Francia*, etc. Su compatriota Emeric-David le ha consagrado una memoria en el *Monitor* del 25 de Agosto de 1823. —G. A.

POVOA (Fr. Juan), franciscano portugués, no ménos notable por su autoridad que por sus virtudes. Fué en efecto este religioso uno de los personajes más ilustres de su época, pues ha sido de una antigua é ilustre familia, recibió una educacion propia de su cuna y de los grandes destinos que estaba llamado á ocupar en la sociedad. Deseoso, sin embargo, de retirarse del mundo, renunciando á cuanto le ofrecia su nombre y buenas cualidades, tomó el hábito en la Religion Seráfica, siendo desde luego un modelo de virtud y santidad. Siguió su carrera bajo los mejores auspicios, distinguiéndose en los estudios de filosofía y teología, y obteniendo los grados con que entónces premiaba la Orden á los más aventajados de sus alumnos. No tardó en ejercer el magisterio, prueba de su capacidad, y en los diferentes años en que fué lector, manifestó que deseaba tanto el adelanto intelectual como el espiritual de sus discípulos. En efecto, el P. Povoa unia á la más severa virtud las prácticas más piadosas y austeras, y se le veia constantemente en el coro y el confesonario consagrado á la oracion, ú ocupado en las tareas propias de su elevado ministerio. Nunca faltó á los ejercicios de la comunidad, y siempre manifestó una modestia y humildad superior á todo elogio. Era, por lo tanto, apreciado de sus superiores y compañeros, y todos deseaban se presentase una ocasion en que demostrase su afecto y respeto. No tardó en presentarse, y en las primeras elecciones que hubo en su convento fué nombrado guardian, cargo que desempeñó con su acostumbrado celo y acierto. De este pasó á otros mas elevados todavía, siendo definidor y custodio, y áun corista de su provincia, de la que escribió con grande abundancia de datos y materiales, aunque por desgracia ha quedado inédito su trabajo. Varios fueron los negocios de importancia que se le presentaron, y todos los evacuó con grande facilidad, siendo por esto mirado como uno de los Padres de su provincia, á la que prestó, como acabamos de decir, grandes servicios en diferentes ocasiones. En los últimos años de su vida se retiró á su celda, negándose constantemente á tomar parte en la gestion de los negocios, para ocuparse del principal, como dice la crónica, que en efecto lo es la salvacion del alma. Difícil y delicada empresa para el que ha tenido parte en el gobierno de muchas personas, y acaso más todavía si pertenecen estas al estado de religion. El P. Povoa, lleno de años, falleció en olor de santidad, dejando grande fama entre los suyos, y una obra, que como ya hemos dicho, no ha merecido los honores de la impresion, pero de la que se han aprovechado los que le han seguido, y tiene el título de *Historia de la Orden Seráfica de Portugal*.—S. B.

POVOAS (Manuel das), portugués; fué canónigo de la santa iglesia de Lisboa, sacerdote muy erudito, y fácil escritor tanto en prosa como en verso: escribió en versos castellanos, en la forma métrica conocida por tercetos:

Vita Christi ó Vida de Cristo, en treinta cantos ó sea libros. Impreso en Lisboa por Pedro Craesbeck, año de 1614, en 4.° — A. L.

POWEL (David), sabio eclesiástico é historiador, nació en el condado de Dubigh, hácia el año 1552. Hizo sus estudios en uno de los colegios dependientes de la universidad de Oxford, y haciéndose sacerdote en 1576 obtuvo diversos beneficios. Ejerció en 1582 el destino de capellan de Sir Enrique Sidnei, presidente del país de Gales, y murió en 1598. Hay dudas sobre el catolicismo de este eclesiástico. Sus obras son las siguientes: *Historia Cambriæ nunc Walliæ dictæ*. Esta historia del país de Gales, compuesta en latin por Caradoc y que comprende desde el año 680 al 1282, habia sido ántes traducida en inglés por Humphrey Lloid; pero murió ántes de terminar su version. Powel corrigió y aumentó el manuscrito, continuó la historia hasta el reinado de Isabel y la publicó toda con notas en Lóndres en 1584, en 4.° En 1697 y 1774 se han hecho otras dos ediciones en 8.°, y en 1725 se publicó una traduccion alemana en Cobourg, en 8.°—*Notas sobre el Itinerarium Cambriæ*, de Giraldo Cambrensis; Lóndres, 1585.—*De Britanica historia rectè intelligendâ, Epistola ad Gul. Fleedwdum*, se imprimió con la obra anterior.—*Pontici Virunnii Historia Britannica*; Lóndres, 1585, en 8.° Asegura Wood que Powel trabajó mucho para formar un Diccionario galés, pero que murió ántes de terminar su obra. — C.

POWEL (Eduardo). Este sabio eclesiástico católico nació en Inglaterra á fines del siglo XVI. Fué instruido en la universidad de Oxford en la que se distinguió extraordinariamente. Fué tan grande su reputacion, que el rey Enrique VIII le encargó escribiese contra Lutero, cuya honrosa mision llenó en la obra titulada: *Propugnaculum summi sacerdotii evangelici ac septenarii sacramentorum numeri adversus M. Lutherum, fratrem famosum et Wickleffistam insignem*; Lóndres, 1525, en 4.° Dice Dood en su *Historia de la Iglesia*, que esta obra ha sido la mejor que se ha escrito sobre esta materia. Existen dos cartas escritas por la universidad de Oxford, la una al Rey y la otra á Audley, obispo de Salisbury, por la que aplaude la eleccion que habia hecho de una persona tan digna y capaz de defender la causa de la Iglesia; llamándole gloria de su establecimiento y recomendándole como á un eclesiástico digno del más elevado puesto. Empero todos estos elogios, por merecidos que fuesen, no pudieron ponerle á cubierto de los resentimientos de Enrique VIII, que no le perdonó el haber escrito en favor de la reina Catalina, y de la supremacía de la iglesia de Roma. Persiguióse á Powel como autor de estas obras, y por este delito fué ahorcado y descuartizado en Smithfield el 30 de Junio de 1540, con los doctores Tomás Abel y Ricardo Fetherstone, á los que se acusó por idéntica causa. La obra que causó la desgracia de este buen católico fué: *Tractatus de non dissolvendo Henrici*

regis cum Catharinâ matrimonio, cuya obra no llegó á imprimirse á pesar de que dice Stow que habia visto un ejemplar en 4.° Atribuyénse á Powel *Sermones latinos* escritos con muy elegante estilo.—C.

POWODOVISKI ó Podovio (Gerónimo), polaco, arcediano de la iglesia catedral de Cracovia, su patria, era filósofo, teólogo, predicador y se hizo muy célebre por su erudicion. Murió el año de 1613 de una edad avanzada, y dejó diversas obras: 1.ª *Instructio confessariorum*.—2.ª *Frenum in hæreticos*.—3.ª *Manuale Sacramentorum*.—4.ª *De cœna Domini*.—5.ª *Christologia*.—6.ª *Sermones y otros tratados en lenguaje polaco*. Escribieron acerca de este prelado los autores siguientes: Starovolski, *in illust. Pol.*; Chilini, *Theat. de Huom. Letter.*—G. A.

POYARES (Fr. Pedro), religioso franciscano, de la provincia de Descalzos de la Piedad, en Portugal, fué profesor de sagrada teología en el convento de Elvas, y publicó: *Dictionarium Lusitano-Latinum de nominibus propriis Regionum, Provinciarum, Urbium, Oppidorum, Castellorum, Marium, Fluminum*, etc.; Lisboa, por Juan de Costa, 1667, en 4.°—S. B.

POYET (Francisco), hijo de una familia ilustre, nació en Angers al principio del siglo XVI, y fué una de las más deplorables víctimas de las venganzas y disensiones religiosas que desolaron á la Francia en esta época. Intimamente unido á la fe católica, siguió las letras sagradas y fué doctor de la Sorbona y prior de la órden de Sto. Domingo en Angulema, cuando el almirante Coligni, al frente de los partidarios de la reforma, se apoderó de esta ciudad en 1568. Continuó Poyet predicando contra él con el mayor valor, y aumentó su celo cuando vió atar y ahorcar de un árbol á su vista al desgraciado Grelet por el delito de haberse atrevido á predicar al almirante, diciéndole que enemigo del verdadero Dios como Jezabel, tendria la suerte de esta mujer impía, y que su cadáver seria arrojado y hollado por los piés de los caballos; profecía que se cumplió. No habiendo podido los herejes intimidar con este horrible espectáculo ni arrastrar á su partido al virtuoso Poyet, le encerraron en un calabozo húmedo y hediondo, en donde le tuvieron largo tiempo haciéndole sufrir extraordinariamente. Juan Chanveau, anciano septuagenario y no ménos celoso católico, murió al lado de Poyet devorado por los gusanos. Se sacó á Poyet á fuerza de muchas súplicas de tan horrible lugar para hacerle sufrir nuevos interrogatorios. Sometiósele á discusiones religiosas, y en ellas desplegó siempre el mismo valor y la misma energía, y cuando ya los enemigos del catolicismo desesperaron de atraerle á su doctrina, conformándose con los principios del Maestro *hæretico jure gladii coercendos*, le pasearon por la ciudad, destrozándole el pecho y las espaldas con hierros ardiendo, y vistiéndole despues como si fuera una bestia de carga, le precipitaron por último al rio Charenta des-

pues de haberle fusilado inhumanamente. El papa Pio V le inscribió en el número de los mártires de la fe de Jesucristo, segun lo expresa Michaud el jóven, al hablar de este bienaventurado. — C.

POYNTER (Guillermo). Este obispo católico nació en Petersfield en el condado de Hamp, en Inglaterra. A fin de que hiciese sus estudios, le mandaron al colegio inglés de Doaui, en Francia, y en él estudió teología. Consagrado sacerdote, profesó en el mismo colegio la filosofía, y al propio tiempo fué nombrado director de los estudios. En la época de la revolucion estuvo preso más de un año con algunos de sus compatriotas en el castillo de Doullens, y cuando recobró la libertad pasó á Inglaterra, en donde su talento, su piedad y sus predicaciones le granjearon un aprecio general, y así es que se le encargó de dirigir la educacion de los jóvenes católicos en el colegio de Egmond, condado de Hertfort. Monseñor Douglas, obispo y vicario apostólico del distrito de Lóndres, le pidió por coadjutor, y Poynter fué consagrado en 1803 obispo de Halie *in partibus*, y á la muerte de Douglas en 1812, tomó posesion de la administracion episcopal que desempeñó con tanto celo como sabiduría. Cuando se agitó la cuestion del *Veto* para el nombramiento de los obispos, no participó de la opinion del vicario apostólico Milner, muy opuesto á esta medida, y se le reprochó de ser demasiado condescendiente con el gobierno inglés; pero á pesar de esto, no se sabe que la Santa Sede desaprobase su conducta en esta importante discusion. Obligado á censurar algunas proposiciones de Gandolphy, sacerdote católico inglés, que le parecieran erróneas, y á condenar los escritos publicados por el abate Blanchard y de otros sacerdotes emigrados contra el concordato hecho entre el papa Pio VII y la Francia, se atrajo Poynter la animadversion de estos eclesiásticos. Los intereses de los católicos de Inglaterra condujeron á este prelado á Roma en 1815, y durante la restauracion hizo muchos viajes á Francia á fin de reivindicar los bienes pertenecientes á su mision; pero no tuvieron buen éxito sus reclamaciones. Murió Poynter de un cáncer en el estómago el 26 de Noviembre de 1827, sucediéndole su vicario general Monseñor Bramston, al que él mismo habia elegido por coadjutor. El reverendo Luis Havard, compañero en las tareas apostólicas de Poynter, pronunció en Maorfields una oracion fúnebre en la que apreció dignamente los talentos y los escritos del sabio prelado. Fué un obispo tan piadoso como ilustrado, y sus profundos conocimientos en la controversia y su elocuencia persuasiva ganaron al catolicismo un gran número de protestantes. Han quedado de Poynter muchas obras de teología en inglés, de las que las más importantes han sido traducidas al francés por Mr. Taillefer, inspector de la Academia de Paris, con el título: *Le Christianisme, ou Preuves et caractères de la Religion Chretienne;* Paris, 1828, en 12.° Dedicada esta traduccion á Mr. de Quelen, arzobispo

de París, se ha reimpreso en el tomo XIII de las *Demostraciones evangélicas* publicadas por el abate Migne en 1843, segun lo asegura Mr. Phyliber al hablar de Poynter.—C.

POYO (Fr. Luis), natural de Valencia, religioso dominico, hijo de hábito del convento de S. Onofre de la órden de Predicadores, donde profesó á 10 de Setiembre de 1681, y murió por los años de 1732. Dejó manuscritas las obras siguientes: 1.ª *Apologia in qua libros duodecim de laudibus B. Virginis Mariæ, non Richardi à Sancto Laurentio, pœnitentiarii B. Mariæ Rothomagensis, uti recentiores critici contendunt, sed B. Alberti Magni opus esse genuinum demonstratur;* en 4.º Ms. Hállase en el tomo XX de *Miscelánea* en el dicho convento. Esta obrita la envió el autor al P. M. Fr. Vicente Ferrer, que queria escribir sobre el mismo objeto, y desistió de ello por una carta que recibió de D. Juan de Ferreras, fecha en Madrid á 13 de Setiembre de 1724, en que le avisaba haber ocupado esta defensa á los PP. Quietif y Echard, en su *Bibliotheca Ord. Prædicatorum*, tomo I, fólio 170. Pero se engañó, porque Echard es contrario en el parecer.—2.ª *Dissertatio juridico-moralis in favorem Regularium: an fruantur privilegio suscipiendi ordines sacros extra tempora à jure statuta;* Ms. en fólio.—3.ª *Index Expositorum Sacræ Scripturæ qui in hac Bibliotheca convent. S. Onuphrii reperiuntur;* manuscrito en 4.º—4.ª *Index generalis alphabeticus ejusdem Bibliothecæ;* manuscrito en 4.º—5.ª *Index alphabeticus Marianus summo studio elaboratus, ostendens auctores omnes et loca operum, quæ aliquid de B. Virgine continenti in Bibliotheca laudata;* en fólio, Ms.—6.ª *Supplementum confirmationum, declarationum, ordinationum, inchoationum, admonitionumque (denuntiationes autem ac comissiones illæ dumtaxat transcribuntur, quæ à nobis agendis vel cavendis faciunt verba) cum capitulorum generalium, tum Magistrorum totius Ordinis ab anno 1650, quo Fontanæ opus pertingit, usque ad 1718, interjectis etiam ordinationibus ac declarationibus Capit. Gen. Papiensis, 1507 inter acta Cap. Gen. Romani, 1656 jam luce donatis, ac ordinationibus Rmi. Thom. Turcian., 1648 pro hac Aragoniæ provincia á Fontana prætermisis, ordine alphabetico et cum indice ad calcem copiosissimo:* en fólio, Ms.—G. A.

POYO (Fr. Pacífico), franciscano lego de la provincia de Roma, notable por su obediencia, pobreza y pureza de costumbres. Fué tan ardorosa su caridad, que nó le retrajo nada para consagrarse al servicio de sus prójimos, en que procuró imitar á S. Félix de Cantalicio, de quien fué compañero durante muchos años en el ejercicio de limosnero, y cuyas virtudes tenia tan presentes, que procuró le sirvieran de modelo en todas sus acciones. Hacia continuamente penitencia, siendo muy prolongadas sus oraciones y continuas sus vigilias. Aprendió de aquel sabio maestro y director la humildad, obediencia y tolerancia, y la reverencia y culto en las demás cosas

divinas, virtudes que conservó siempre áun despues de la muerte de su maestro. Falleció á la edad de ochenta años en el convento de S. Buenaventura, en Roma, que ilustró con sus milagros segun el autor de quien tomamos estos apuntes.—S. B.

POZA (P. Juan Bautista). Fué hijo de Andrés de Poza, sabio filólogo español del siglo XVI, natural de Orduña, en Vizcaya, que á pesar de ejercer su profesion de abogado con grande éxito, se dedicó al cultivo de las ciencias y las letras, dejándonos la obra titulada: *De la antigua lengua, poblaciones y comarcas de las Españas, en que de paso se tocan algunas cosas de la Cantabria;* Bilbao, 1787, en 8.°, y un *Tratado de Hidrografía;* Bilbao, 1583, en 4.°—Con tal padre no podia ménos de salir bien educado el jóven Juan, de quien tratamos con ménos extension que deseáramos por falta de más datos. Habiendo abrazado Poza la regla de S. Ignacio, tal vez en el convento de jesuitas de Loyola, tan cercano á su país natal, llegó por su aplicacion y estudio á ser contado entre los más sabios teólogos de su época. Nombrado en 1612 profesor de filosofía en el colegio de jesuitas de Madrid, llamado Imperial ó de S. Isidro, se acreditó en esta cátedra á satisfaccion de sus superiores y con suma utilidad de sus discípulos. Pero este mismo buen éxito de su enseñanza despertó los celos de profesores ménos entendidos que él, á los que arrebató con su fama sus mal adquiridos laureles, y estos enemigos acecharon la ocasion de perder á un hombre que tanto los humillaba. Publicó el P. Poza, en 1626, una obra titulada: *Elucidarium B. Mariæ Virginis;* Alcalá, en fólio. Apoderándose sus adversarios de este tratado sobre la Purísima Concepcion, rebuscando cargos, descubrieron algunos puntos que podian presentar como sospechoso á su autor, y delatándolos á la Congregacion del Index, ésta suprimió la circulacion de la obra. En vano se sometió el desgraciado Poza á esta decision rigorosa, y en una carta al pontífice Urbano VIII protestó de su inocencia, pues fué condenado por sus superiores á un perpétuo destierro. Desterrado á la ciudad de Cuenca del vireinato del Perú, en América, murió allí olvidado en 1660, y como si áun no fuese bastante aquel terrible castigo, no le concedió el honor de una simple cita el P. Sonthwel en su *Bibioteca de la Compañía de Jesus;* pero si, como él manifestó y es de creer, pecó por ignorancia como escritor, y no fué perdonado por hombres que deben imitar más que otros á Jesucristo en la clemencia, Dios seguramente le perdonaria, vengándole de la injusticia con que se le juzgó por sus compañeros de Religion.—B. C.

POZO (V. Madre Catalina Marcela de S. Gabriel), religiosa carmelita descalza, nació en Madrid el año de 1610, hija de Juan del Pozo y de Agustina Molleda. Tomó el hábito en el convento de la Imágen de Alcalá de Henares, y profesó en 3 de Mayo de 1639. Vivió ejercitada en todo género de

trabajos, y tuvo el de los escrúpulos, por lo que la trataron con sequedad sus hermanas. Estuvo muchos años ciega, pero no por esto cesó en su continua oracion; ayunaba á pan y agua con muchísima frecuencia, en especial las vísperas de nuestra Señora. No faltó jamás á las disciplinas, aunque iba á tientas; no usaba de medias, y lo demás del hábito era muy pobre y de poco abrigo: no se acostaba en cama, y el poco tiempo que daba al descanso, era en el suelo ó puesta en cruz en la pared, para lo que tenia dos clavos grandes á que se asia para sostenerse. De esta suerte vivió esta religiosa cuarenta y cuatro años en el claustro, y falleció con grande opinion de santidad el mártes 7 de Octubre de 1681.—G. A.

POZO (D. Juan de), canónigo de Cuenca, es conocido por haber sido fundador del convento de S. Pablo, de la órden de PP. Predicadores, edificado en las afueras de aquella ciudad sobre unas peñas muy altas. «Comenzóle desde los cimientos, dice la crónica, obra que habia menester el ánimo de un rey para comenzarla. El canónigo le tuvo, labrando convento muy suntuoso, en él un claustro muy grande, y sobre el claustro, dormitorios, refectorio, capítulo, librería, iglesia y sacristía, todo muy grande. Y lo que más admira, labrado sobre peña viva, que para cortarla y disponerla, se dice, que gastó más que en el mismo edificio del convento. Hizo una cueva labrada en la misma peña viva, cosa que siempre parece nueva, y dificultosa empresa, aunque se haya visto muchas otras veces.» Comenzóse á tratar de la fundacion de este edificio en 1523, comprando para ello una huerta de que se tomó posesion, con una procesion solemne en que se fijó la cruz en aquel sitio, dándose entónces principio á la casa y monasterio con advocacion á S. Pablo. El canónigo Pozo envió despues á Roma á pedir licencia, y en Octubre del año siguiente de 1524 impetró otra bula de Clemente VII para unir al convento que se estaba entónces comenzando los beneficios del Provencio y Valera de Abajo y de los tres préstamos de Uña, Tragacete y Yeamur, que gozó hasta su extincion aquel convento. Fué tanta la actividad que desplegó el canónigo para llevar á cabo su construccion, que se bendijo al año siguiente en 16 de Noviembre de 1523 por Don Francisco de Bobadilla, obispo de Coria, con permiso del obispo de la diócesis D. Diego Ramirez, y en presencia del referido canónigo Juan del Pozo y de otros muchos eclesiásticos y seglares. «Siendo tan suntuosa como se ha dicho la fábrica de todo el convento, añade la crónica, que es aún mayor otra obra, que comenzó el dicho canónigo, y la acabaron despues los frailes, que es un puente que va desde la ciudad al dicho convento sobre el rio Huécar. Lo que más espanta es haberse gastado en ella sesenta y tres mil ducados, y que tan excesivo gasto se haya hecho para solo pasar la ciudad al convento; que el intento solo eso fué, y no sirve para otra cosa. Esto

es de importancia y mucha, pues en ello se ve la afeccion que la ciudad tiene al hábito de Sto. Domingo, pues habiendo paso para el convento, como de hecho le habia con trabajo, bajando y subiendo dos cuestas, pareciéndoles que por esta dificultad habia ménos concurso al monasterio á los sermones y confesiones, y que los frailes con pesadumbre irian á predicar á la ciudad, quisieron vencer esta dificultad, aunque fuese con tanto gasto. «En suma, termina diciendo el autor, lo que más espanta es el edificio del puente, que abraza las dos sierras, y está tan alto, que desvanece la cabeza mirar abajo, y está otro tanto de cimiento debajo del agua de los pilares del dicho puente. Obra que dió en ella y vivió hasta verla acabada un religioso lego de la Orden, teniéndose por imposible; tienen de hondo los pilares más de ciento veinte pies, de manera que es famoso en España el puente de S. Pablo de Cuenca.» El canónigo Juan del Pozo fué enterrado en la capilla mayor, poniéndose en la piedra que cubre su sepultura el epitafio siguiente:

Aquí está el cuerpo del indigno canónigo Juan del Pozo, primer fundador de esta casa y monasterio; pide y ruega por reverencia de nuestro Señor Dios, le supliquen haya misericordia de su alma. Murió á 5 de Noviembre del año 1339, dejando grande fama por sus virtudes y caridad.—S. B.

POZO (D. Fr. Juan del), décimo de este nombre, religioso de la órden de Sto. Domingo. Tuvo por patria á Valladolid, y por padres á Francisco del Pozo, y á Antonia de Orta. Le bautizaron en la parroquia de Santiago. Tomó el hábito en el convento de Sta. Cruz de Santiago, de mano del prior Fr. Antonio Osorio, á 25 de Enero de 1595. Leyó artes y teología dos años. Fué presentado y maestro, prior de Segovia, de Toro, Plasencia, y de nuestra Señora de Atocha de Madrid. Dos veces vicario provincial con todos los votos de la provincia; predicador de Felipe IV, calificador del Santo Oficio, y electo obispo de la iglesia de Lugo, á 24 de Enero. Hizo la protestacion de la fe ante el nuncio D. Julio Rospilloso, y le consagró, domingo 14 de Octubre de 1646, en el convento de Sto. Domingo de Madrid, y asistieron los obispos de Siria y de Leiria. Salió este obispo de la corte para su iglesia de Lugo mencionada á 21 del mismo mes. De esta sede, y despues de algunos años, fué promovido para la de Leon en Julio de 1649, en donde permaneció hasta su muerte, siendo el modelo de los prelados en virtud y santidad.—G. A.

POZUELO (Fr. Alfonso de). Este religioso, á quien Wadingo da el apellido de Pozzuelo, perteneció á la órden de Franciscos descalzos de la provincia de San Gabriel. Fué un sacerdote sumamente ejemplar, de santa vida, de costumbres irreprensibles y muy observante; dió á luz la siguiente obra: *Quæstionem theologicam: utrum cuncti fideles Christiparæ Ma-*

riæ Ave dicentes, eo ipso illam ab originalis culpæ labe immunem protestentur; Alcalá, 1616. — A. L.

POZUELO (Fr. Francisco del), religioso de la órden de San Gerónimo, tomó el hábito en el convento de Montamarta de Zamora, en donde profesó. Desde los primeros años de religion dió muestras de su gran capacidad, talento y erudicion, no ménos que de su pureza y sinceridad. Estas cualidades y otras de que estaba adornado fueron causa y fundamento de que llegára á obtener en su Orden los más eminentes y elevados puestos. El monasterio de Santa María de Jesus de Tavara le señaló por su primer prelado. En 8 de Abril del año de 1561 celebró la Orden capítulo general en San Bartolomé de Lupiana, y lo primero que hicieron fué elegir y nombrar superior y general de ella á Fr. Francisco del Pozuelo, planta y verdadero hijo de aquella casa tan santa de Montamarta ántes referida. Este penoso y elevado cargo le desempeñó perfectamente sin que á su término le sucediera lo que á los otros generales más agudos y de más habilidad que le habian precedido, cuales fueron Fr. Juan Azoloras, Tofiño, Ortega y otros, á quienes no faltó que reprenderles, porque estos ingenios vivos y grandes las más de las veces pecan de exagerados y despuntan en sus mandatos, y no pudiendo sufrir ni tolerar que las cosas esten quedas, quieren trastornarlo todo, y que se gobierne el mundo por sus discursos. Pozuelo no pecó de este humor, ni tampoco de remiso; procuró dejar las cosas como estaban, y cultivar bien aquello que traia entre manos. Entendiendo como santo y prudente, que es ménos inconveniente sufrir algunas faltas conocidas, que tentar nuevas disposiciones, que las más de las veces traen consigo mayores dificultades. Así sucedió que con este sistema y conducta ejemplar y extraordinaria gobernó muy en paz su trienio, y no se deslustró la religion en lo más mínimo, mereciendo le dieran las gracias por ello, cuando acabó, como lo ejecutaron. Nacia de esta quietud, que los negocios de la Orden eran muchos ménos, y con esto tenia el siervo de Dios lugar no solo para asistir en el coro mucho tiempo, sino para leer en la celda, y áun para tener grandes ratos de oracion: de aquí procedia acertar tambien en todo, porque el que busca la quietud de su alma, será tambien mucha parte, siendo prelado, para que la haya en la de los súbditos. Mandaron en este capítulo entre otras cosas, pareciéndoles que se iba resfriando algo la devocion, que mirasen en las misas que decian, no se apresurasen mucho, porque aquel divino misterio no tiene cosa que se pueda hacer ni decir de prisa, pues las palabras todas estan tan llenas de sacramentos, y las ceremonias de santidad y consideracion divina; y por mucho que se detengan, es todo poco, si no es que se lleguen allí como autómatas, ó que no distingan ni hagan diferencia de aquella cena del cuerpo de Jesucristo á las otras co-

midas ordinarias. Pecado gravísimo que se trae consigo el juicio y la sentencia. En este capítulo se propuso á la Orden, de parte del rey D. Felipe II, si querian recibir el monasterio de San Lorenzo el Real, que su S. M. queria edificar. Respondió la Orden por medio de su general Fr. Francisco Pozuelo, como muy agradecida á esta merced, «que ordenase S. M. todo lo que fuese servido,» dándole las debidas gracias, y añadiendo que todo el capítulo inclinaba humildemente la cabeza, y aceptaba el favor que S. M. hacia á la Orden, reconociéndose de nuevo por capellanes, y hechura de sus gloriosos predecesores y suya, y de tal modo que todo lo dejaban en sus manos, para que en esto y en lo demás de la Orden dispusiese á su servicio, á su arbitrio y voluntad. En el capítulo general que se celebró en el año de 1564 eligieron por general de la Orden al P. Fr. Gerónimo de Alabiano, profeso de Mejorada, hombre santo, observante, de quien tenian todos mucho crédito, y por consiguiente cesó en dicho cargo con la mencionada eleccion el referido Fr. Francisco Pozuelo. El año de 1567 volvieron á celebrar capítulo general, y sin reparar ni poner duda en nada, tornaron tambien á elegir al santo varon Fr. Francisco Pozuelo, que tenia muy contrario carácter que el buen Fr. Gerónimo de Alabiano, que acabó entónces. Así son los sentires de los santos, cuando no han llegado á la perfeccion que se pretende, ni á la medida de la edad de Cristo Señor nuestro; unos sienten de una manera, y otros de otra. Unos como fuego en su celo, otros quieren curar con agua llorando, hasta que vengan á levantarse sobre todos estos flacos elementos, y sentir una misma cosa en el Señor. Era Fr. Francisco prior de su casa, cuando esta segunda vez le eligieron por general, y á do quiera que estaba, llevaba un mismo término de gobierno, procurando que se cayesen las cosas de su peso, y fuesen con suavidad; y sin duda se parece esta manera de gobierno mucho á la de Dios, y por consiguiente la más acertada. Envió el rey D. Felipe á este capítulo al Dr. Velasco, que era de su consejo y cámara, con algunos negocios de mucha importancia. El primero, la carta de dotacion de la indicada casa de San Lorenzo. El segundo fué proponer á la Orden cómo S. M. tenia intento, y lo habia comunicado con el pontífice Pio V, que se redujesen á la órden de San Gerónimo los religiosos que eran de los Gerónimos de Fr. López de Olmedo, que se llamaban Isidros, y la de los religiosos premostratenses, que si querian admitirlas lo mirasen y considerasen en su capítulo, y respondiesen luego á ello, resolviéndose, para que se pudiesen acabar de hacer las diligencias que en esto fuesen necesarias. Despues de grandes debates y discusiones, y de pesar bien las razones que habia en pró y en contra para admitir dicha union, respondieron los Padres del capítulo, «que la Orden estaba aparejada y dispuesta á servir en todo lo que Su Santidad y S. M. mandasen y quisiesen emplearla.»

A consecuencia de esta contestacion tan explícita y terminante, se ordenó y dispuso entrasen en cada una de las casas de los Padres Isidros, dos religiosos de la Orden, acompañados con los vicarios ó provisores de cada diócesis, y con el auxilio del brazo seglar, porque así lo habia mandado S. M. por si hacian resistencia, cuya entrada tuvo lugar el dia de la Exaltacion de la Cruz á 14 de Setiembre de 1567, bien de mañana por cierto, para evitar escándalos; pero estas medidas de prevencion estuvieron de más, digámoslo así, por cuanto los siete monasterios de la Orden de los religiosos de Fr. Lope de Olmedo, léjos de hacer resistencia alguna, estuvieron modestos, obedientes y humildes, abrieron las puertas, y los recibieron con buenas palabras y halagüeño semblante, diciendo con una piadosa querella se agraviaban de que viniesen á sus conventos de aquella manera, pues bastára para ello que el General les enviara una simple carta para que al punto obedecieran. Despues de esto se leyeron los poderes, breves y cartas del Papa, del Rey, y del General, y luego obedecieron todos como siervos de Dios, dando la obediencia al General de la Orden sin género alguno de contradiccion. No sucedió así con los diez y seis conventos ó monasterios de la Orden de los Padres Premostratenses, quienes invitados á la union ó reforma de que nos venimos ocupando, en el mes de Diciembre del año de 1568, del mismo modo que lo habian sido los Isidros, en ninguna de las casas de su religion recibieron bien á los provisores y vicarios eclesiásticos y jueces seglares que eran los portadores de tal mision, ántes al contrario, protestaron siempre agravio, y fuerza, haciendo requerimientos que la obediencia que daban era contra su voluntad, porque les hacian violencia. Para librarse de ella, y salir vencedores en su empresa y opinion, los Premostratenses enviaron personas á Roma que informasen mal al Pontífice acerca de la órden de San Gerónimo, viviendo entre tanto en una continua lucha y enemistad con los religiosos que de esta última religion se les habian unido, con motivo de la reforma dicha. En esto se pasaron algunos meses, y al cabo de ellos el Rey le envió á decir al General que se tornasen los reformadores á sus casas, porque Su Santidad estaba informado, de suerte que no queria que pasase aquello adelante, y así se volvieron á sus conventos con gran contento y alegría, por verse libres de tan peligrosa empresa. Posteriormente en el año de 1572, pareciéndole al buen Pio V que no era bien dejar aquellas cosas comenzadas, y dando crédito á las causas que habia para tratar de reformar á los premostratenses, volvió á mandar al nuncio que estaba entónces en España, que era el arzobispo de Rosaus, prosiguiese la reforma en cuestion. El nuncio escribió al general de la órden de S. Gerónimo avisándole de esto, y pidiéndole que le enviase dos religiosos de los que se habian hallado en la reforma pasada, para llevarlos por acompañados, y que le diesen luz de los ne-

gocios. Envió el General dos de ellos, y prosiguióse el negocio. Miraron sus constituciones y reglas, que son muy santas y penosas para el cuerpo, y de gran valía para mejorar el alma; hallaron que estaban muy olvidadas, y casi se ignoraban por el poco uso y ejercicio, que como eran tan pocos los religiosos que allí habia, no podian guardarlas: miraron las rentas que las casas tenian, hallaron que eran suficientes para tener más número de frailes, que era un punto en que consistia mucha parte del remedio: vieron que los abades, como eran perpétuos, hacian, ó por mejor decir deshacian los conventos: mandaron que fuesen trienales y tuviesen sus capítulos. Penitenciaron á los más descuidados, y con estas y otras buenas advertencias, quedó aquella religion tan otra, y ha procedido despues acá tan perfecta y armoniosamente con la de S. Gerónimo, que esta última da por bien empleado lo que padeció, á trueque de haberse sacado tanto fruto. En medio de tantos negocios cumplió su trienio de generalato nuestro P. Fr. Francisco del Pozuelo, pasando luego como á descansar de sus fatigas y trabajos al Real monasterio de nuestra Señora del Parral de Segovia. En esta santa casa son tambien muy celebrados los merecimientos de nuestro héroe, que ántes de venir á la religion estuvo algunos años en servicio de la señora emperatriz María, y le estimó mucho por el gran talento y prudencia que notó y experimentó en el. Portóse en aquel convento con gran ejemplo, como hombre que sabia bien tantear cuánto era lo que habia dejado y el mundo le podia dar, comparado con el tesoro escondido que se halla en la religion. Por algunas cosas particulares que le encomendaron, conocieron su gran talento y caudal, y fué arquero mayor con gran contento de todos, que vieron ajustadas las cuentas de la casa como las de la vida, con atencion al tribunal de Dios donde se piden tan estrechas; y que en todo descubria gran capacidad y celo, y otras prendas que le manifestaban apto para cosas mayores. A esta causa, habiéndose ofrecido el tiempo de enviar un religioso al rescate de cautivos (que segun la fundacion de los Excmos. Sres. Marqueses de Villena se hace de diez en diez años), le eligieron á él por redentor para que le fuese á hacer y solicitar. Rindióse á la obediencia y aceptó la comision con mucho deseo de ejecutarla para gloria y honra de Dios y bien de los cautivos; y dispuesto lo necesario para el viaje, se puso en camino el 25 de Mayo del año de 1587. Fué esta la tercera redencion de las que se han hecho por los hijos de aquella casa desde la fundacion de esta obra pia, la cual ejecutó este ilustre y santo varon en Argel, rescatando ochenta y dos cautivos. Los sucesos en estos empeños son tantos como se puede considerar y creer de tan largo viaje, y de una accion tan santa ejecutada en tierra de infieles con gente tan bárbara que en muchas ocasiones está con gran riesgo la vida del redentor sobre los conciertos y contratos; el

valor y constancia que es menester, y espíritu y resolucion apostólica no es fácil ponderarlo, ni los prodigios que obra la Majestad Divina en defensa de sus ministros, librándolos de la ferocidad de los moros y asechanzas, de los judíos, y favoreciéndolos en los peligros y trabajos en que se hallan, así entre tales enemigos del nombre cristiano, como en los caminos y navegaciones. Todo lo venció con su ayuda este varon santo, y volvió á su casa del Parral con el número de cautivos que hemos dicho, habiendo gastado un año en la jornada. Fué recibido de sus hermanos á su regreso con mucha alegría, y de los Sres. Marqueses de Villena, que con demostraciones de grande amor le agradecieron el trabajo que habia tomado en tan peligrosa y larga empresa, y quedaron muy satisfechos de las cuentas que dió, y de lo bien empleada que estaba la memoria que sus abuelos habian fundado en la órden de S. Gerónimo. La Emperatriz, su señora antigua, holgó mucho de verle, que en esta ocasion la fué á visitar este siervo de Dios, y en señal del afecto grande que le tenia, le dió muchas reliquias, de las cuales se hicieron en aquella casa del Parral dos relicarios grandes, y le entregó una cédula sellada con el sello imperial, y firmada de su nombre, que actualmente se guarda en el sagrario, en que da testimonio de quien son las reliquias y de donde se sacaron. Ni el largo camino de Argel, ni la muchedumbre de cosas que se le ofrecieron con todo género de personas, ni la ausencia tan grande de su casa y de sus hermanos, le hicieron olvidar lo más mínimo de sus obligaciones religiosas, resplandeciendo siempre en valor, prudencia y observancia tan constante, que volviendo á seguir el curso de la comunidad, era la edificacion de todos. Hiciéronle prelado de aquel monasterio, y no les pesó, que le gobernó con mucha paz, rectitud y cordura, ganándose el amor de sus súbditos, de modo que los cautivó á todos el que venia de rescatar á tantos. Acabado su trienio estuvo algunos dias enfermo, para purgarse en esta vida, si acaso se le habia pegado alguna escoria de vanidad, y despues se le llevó nuestro Señor á darle el premio de lo mucho que le habia servido en sacar tantas almas del poder de aquellos enemigos de su *fe santísima*, que tan sin piedad ni misericordia trataban á los pobres cristianos. —G. A.

POZUELO (Fr. Juan), religioso de la órden de San Gerónimo. En tiempo que el P. Fr. Hernando de Logroño comenzó á gobernar el monasterio de Montamarca, uno de los de la Orden referida, vivia en dicho convento un religioso llamado Fr. Juan Pozuelo, el cual era ya sacerdote y antiguo en aquella comunidad, y su vida en todo cuanto de él se conoció fué de gran pureza y de una sencillez no afectada, que no parecia en él cosa singular ni notable, aunque siempre tenido en el número de los observantes sin que se viese en él descuido en lo que á ser buen monje pertenecia. Tenia este siervo

de Dios á todas horas el rostro igual, ninguna cosa le sacaba de aquel nivel de su quietud, tan tranquilo estaba dentro, ó tan fuera del miserable naufragio de las pasiones que nos derriban y levantan con sus olas. Era muy compasivo, y sentia en el corazon la afliccion ajena, de donde le nacia acudir al servicio de los enfermos con mucha caridad, como quien sentia adónde llega la obligacion de aquel precepto, que dice: *Amemos al prójimo como á nosotros mismos*. Era tambien muy hacendoso, y aprovechaba mucho á la casa; tenia maña para todos los oficios, y entendia bien de lo que se habia de hacer. Pero vino al fin al puerto y al último trance de la vida, donde quiso nuestro Señor mostrar la santidad de su siervo, el peligro de aquel paso y su gran misericordia. En este punto sucedieron, segun se dice, cosas sumamente maravillosas. Cuenta la crónica de la Orden acerca del particular, y tambien el P. Fr. Pedro de la Vega, general de la misma, en la historia que escribió de ella, lo siguiente. Estando el siervo de Dios Fr. Juan Pozuelo durmiendo en su celda una noche, vigilia de la Epifanía, despertó como á las nueve de la misma con gran congoja y temblor de todo el cuerpo, y hallóse herido de una landre ó tumor glanduloso en la garganta; apretábale mucho, tuvo miedo y llamó á la pared del religioso que vivia junto á su habitacion ó aposento, le rogó que fuese á llamar al prior, y decirle el mal que tenia, por que le viniese á confesar. Vino, y confesóse generalmente, y con todo su mal se levantó y se fué á la iglesia, y recibió de mano de su prelado el santo Sacramento con gran devocion, derramando abundancia de lágrimas. Estuvo así todo el viernes siguiente, que era el dia de aquella fiesta tan solemne, apretándole la enfermedad de manera que entendieron no saliera de ella. Luego, á las diez de la noche del sábado inmediato, entendieron que queria espirar; los religiosos que le velaban fueron á llamar al convento, como es costumbre, para que todos sus indivíduos se hallasen en aquel paso, y le ayudasen con sus oraciones. Cuando vinieron, halláronle traspuesto sin sentido y sin habla, como muerto. Rezaron la recomendacion del alma, y todas las otras devociones que la Orden tiene para aquel extremo; cuando acabaron dieron las doce, vieron que tenia algun pulso, y fuéronse á maitines, quedando allí algunos. Acabados á las dos, tornaron á la enfermería, halláronle ya los ojos abiertos, aunque no veia, porque tenia sobre ellos una tela del humor ó de otra más secreta causa, que no le dejaba ver nada. Volvió de todo punto en sí de allí á poco, y comenzó á decir muchas veces: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum;* y luego comenzó el cántico de la Vírgen, *Magnificat anima mea Dominum*, que muchos santos cuando estan en aquel paso le deben entender bien. Despues de esto hizo algunas conmemoraciones de su devocion, de la Cruz, de la Trinidad, de nuestra Señora, de San Miguel, de San Ge-

rónimo, y otros muchos santos con sus versos, antífonas y oraciones, tornando á repetir el verso, *In manus tuas, Domine*, etc., y en estas oraciones se detuvo algun rato. Despues que acabó, y le escucharon con paciencia, el prior le comenzó á hablar, y le preguntó si le conocia, dijo que sí. ¿Pues quién soy? Respondió: Mi Padre Prior. Diciendo esto se restregó los ojos con la mano, y quitó aquella tela que tenia en ellos, comenzó á mirar y veia muy bien. Luego alzó los ojos al cielo y dijo: Señor, no permitas que yo me vea apartado de ti más tiempo. Pidió á los que allí habia una cruz y una candela, y que rezasen las recomendaciones. Dicho esto, se tendió de espaldas en la cama, quitando la almohada de la cabeza, y tendido así con la cruz y la candela encendida en la mano, de allí á un poco, se comenzó á signar con la misma cruz, y á decir: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum*; añadiendo: yo llevaré esta cruz delante de mi Señor Jesus, porque entró con ella triunfante en el cielo, y se puso en ella por mí. Tambien dijo en aquellos mismos instantes puestos los ojos en el madero santo referido las siguientes palabras: «Señor mio Jesucristo, que padeciste por mí, y fuiste crucificado, muerto, sepultado, y bajaste á los infiernos, resucitaste al tercero dia, subiste á los cielos á sentarte á la diestra de tu Padre, de donde vendrás á juzgar vivos y muertos, recibe en paz este alma que criaste.» Hizo luego una confesion general al Prior delante de los que allí estaban, acusándose de algunos defectos, y de las negligencias que se le podian acordar en que se habia descuidado siendo fraile; le absolvió el Prior, y estuvo así callando por espacio de media hora. Despues de este silencio pidió la mano á dicho prelado para besársela, y le dijo: «Padre, dadme vuestra bendicion, que ya se llega la hora de mi partida.» Dióle la mano y bendíjole, pidióles á todos los sacerdotes que le diesen las manos para besárselas. Se las besó á todos con mucha devocion, y ellos tambien le besaron las suyas como á sacerdote, acompañando la solemnidad de esta tan célebre despedida con muchas lágrimas de amor, devocion y ternura. Con posterioridad á este acto tan notable y significativo, dijo al Prior: Padre por los muchos pecados que hice, de que ya me confesé, quiere nuestro Señor que mi alma se detenga y haga algunas penitencias, que ya me maravillo cómo dura tanto en este cuerpo. Diciendo esto acometió á levantarse con tanto esfuerzo y denuedo, que apénas pudo detenerle el Prior, á quien como vió que le resistia con fuerza y no le dejaba levantar le dijo: Padre, déjeme vuestra reverencia que yo sé lo que hago. Se sentó en la cama, y quitóse la camisa que dan á los enfermos, pidió le diesen la ropa con que le habian de enterrar, se puso la túnica y el escapulario, dijo que tendiesen una manta en el suelo, y se levantó de la cama rogando que le ayudasen. Puesto en pie, sustentado algun tanto de los frailes, levantó las manos al cielo con

gran devocion, y oró en secreto. Se puso luego de rodillas y oró otro poco, tendióse encima de la manta de espaldas, componiendo él mismo el escapulario delante de sus pechos. Tendido así, comenzaron á tratar los religiosos dónde le enterrarian; dijo él (que aunque hablaron muy quedo, les oyó): En el coro. Le dijeron que no era posible, porque no habia tierra, que seria mejor enterrarle en la capilla mayor, y si queria que lo enterrasen allí ó entre los religiosos; replicó otras dos veces que en el coro. Determinaron de hacerlo así, viendo las maravillas que en él obraba nuestro Señor. Estando, pues, tendido en talle de muerto, tomó con sus manos la capilla del escapulario, y se cubrió con ella el rostro de la forma que nos ponen cuando nos amortajan, quitáronsela por que no le acongojase ni le ahogase, y se la tornó á poner. Hizo señal que le atasen los pulgares de los pies como á muerto, no se los apretaban mucho por no darle pena, y juntábalos él con gran fuerza, significando de este modo que se los apretasen, cruzó las manos debajo del escapulario, de suerte que quedó de todo punto amortajado en vida aquel muerto en el Señor. Le pusieron una almohada de paño por cabecera, y otra de lienzo, y no la consintió haciendo señal que la quitasen luego. En todo esto no habló palabra, estuvo así buen rato, hizo despues señal que se queria levantar, ayudáronle, y alzó las manos al cielo con gran devocion, teniendo la cruz en ellas, y orando en silencio que no se le entendió nada. Estando así sentado en el suelo, comenzó á resplandecerle el rostro y á encendérsele como una brasa, lleno de alegría y de contento, que de solo verle regocijó á los religiosos que allí estaban, los cuales dieron gracias á nuestro Señor, comenzando á cantar en alta voz el *Te Deum laudamus, te Dominum confitemur*, etc., y otros salmos alusivos y propios del objeto. Estando en esta alegria embebidos, se tornó á tender en la manta como estaba primero. Cuando llegaron con la música al verso: *Te ergo quæsumus tuis famulis subveni quos pretioso sanguine redemisti*, sacó la mano de debajo del escapulario, y les echó la bendicion estando todos inclinados á este verso como es costumbre. Aquí le volvieron á besar otra vez las manos todos los religiosos. Se levantó otras dos veces, y se puso de rodillas orando, perseverando en él el fuego y resplandor del rostro, de tanta hermosura que no parecia rostro de hombre mortal. Más de dos horas estuvo en el suelo con sola la túnica y el escapulario, y hacia tan grande frio, que áun los que estaban vestidos y abrigados con los mantos se helaban, siendo la sazon del tiempo invierno, de noche y en Zamora, y el que estaba tan en lo último, ni lo sentia, ni se le daba nada, como si ya no tuviera cuerpo pasible. De allí á un rato tornó á hablar, cuando ya pensaron que no tenia espíritu, y les rogó que le llevasen á morir al coro, diciendo *Te Deum laudamus:* tanta aficion le habia tenido en vida, que deseaba fuese allí su muerte y sepultura; no se

atrevieron á llevarle temiendo no se les muriese entre las manos. Entendiendo esto el enfermo, les dijo: Pues marchaos, hermanos, al coro y comenzad el oficio de difuntos, que ya es de dia. Estaban las ventanas muy cerradas, y con las candelas, y con la ocupacion y estar embebidos en lo que veian, ninguno echó de ver si amanecia, abrieron y entró la claridad. Como no espiraba y hacia tan grande frio, le rogó al prior que se dejase tornar á la cama y obedeció. Fuéronse algunos religiosos á comenzar el oficio, miraron atentamente si habia allí en el coro lugar de hacerse sepultura, y vieron que no era posible. Dicha la prima, tornó el prior allá, y díjoselo; y que á su parecer sería mejor enterrarle con los otros religiosos, sus hermanos, en el claustro. Respondió luego: Padre, hágase como vos quisiéredes y fuere vuestra voluntad. A este punto acababan ya los religiosos la misa de la dominica, y cuando dió el reloj las ocho, salió su santa ánima, dejando el cuerpo lleno de un olor suavísimo, y el rostro con grande resplandor. Fué su muerte, como he dicho, en Enero, dia octavo, y en domingo que es la octava, y á la hora octava, todas buenas señas de la eternidad que entraba á gozar, el año de 1447. La cama donde murió quedó tan limpia y tan olorosa, como si no se hubiera puesto alguno en ella. Dijéronle el oficio como él lo habia ordenado, y le enterraron en el claustro del convento con los demás religiosos. Quedaron todos sus hermanos llenos de celestial consuelo y alegría por las maravillas del Señor, que habian visto en la muerte de su siervo Fr. Juan de Pozuelo, encendidos y animados á servir con mayor aliento á un Señor, que áun en la vida presente galardona con tan abierta y larga mano.—G. A.

POZZO (Cárlos Antonio del), sobrino de Casiano del Pozzo, patricio de la ciudad de Biello, señor de Reano y marqués de Romaguano, fué el arzobispo de Pisa de este nombre. Nació en Turin el 30 de Noviembre de 1547. Haciendo sus estudios en Bolonia y tomando la borla de doctor, volvió á Turin, en donde fué admitido á proponer su tesis y defenderla en público, para obtener la agregacion al colegio de doctores de la universidad ducal. Habiendo sido llamado á Roma el cardenal Bobba, se llevó consigo á Pozzo en 1574, el cual aprovechándose de los vastos conocimientos de su protector en derecho canónico y en literatura griega y latina, hizo con su aplicacion que se le nombrase auditor de la Rota por el gran duque de Florencia, y no tardó mucho en ser juez del patrimonio, consejero del Gran Duque, y en fin fué consagrado arzobispo de Pisa en 1582. En los veinticinco años de su episcopado empleó las rentas en obras de caridad, erigió en 1599 en Pisa una gran encomienda de la órden de S. Esteban, bajo el patronato de su familia, cuya encomienda dió á su sobrino Casiano del Pozzo. En 1600 hizo construir su sepulcro en el campo santo de Pisa, y allí iba fre-

cuentemente á meditar sobre la vanidad de los honores y de las cosas humanas. En 1605 fundó cerca de la universidad un colegio, con la denominacion de su familia para los naturales del Verceles, en el que impuso la obligacion de que todos los jóvenes que se educasen en él habian de hacerse doctores, y que de lo contrario habian de pagar los gastos que hubieran hecho en el colegio sus padres. Sobre la puerta principal de este colegio hizo poner la siguiente inscripcion: *Collegium Puteanum pietate et liberalitate Caroli Antonii Putei, Archiepiscopi Pisani, fundatum et dotatum anno MDCV.* Por medio de su testamento erigió un fideicomiso muy considerable, al que llamó los hijos de su tio el primer presidente Casiano, y despues á los del Pozzo de Cremona. Murió este prelado el año 1607 en su arzobispado, en el momento en que el papa Paulo V le creaba cardenal. Fué este arzobispo uno de los prelados más sabios de su época, y dejó las obras siguientes, que acreditan su capacidad, segun Ughelli, del que tomó estas noticias De Gregorii: *Tractatus de potestate principis;* cuya obra conserva la *Bibliotheca Laurentiana* de Florencia. *Tractatus de feudis in XIII libros digestum;* los cuales se conservan en los archivos de Pisa.—*De communibus jurisconsult. opinionibus;* que se hallaba en el archivo de su sobrino el príncipe de la Cisterna.—C.

PRADA (P. Andrés de), religioso clérigo menor, é hijo de la casa del Espíritu Santo de Madrid, ilustre por su cuna y nacimiento, aunque mucho más por sus esclarecidas virtudes y profundo saber. Era tan fervoroso en el amor de Dios, que inflamado en esa hoguera divina, hablaba un lenguaje celestial, que producia sobrehumanas impresiones en el corazon de sus amigos. El rey D. Felipe IV le nombró su predicador, mision elevada que desempeñó con exquisito celo y magnánima elevacion de ánimo. Si bien era corto de vista, apénas necesitaba de ella quien veia con los ojos del alma los secretos de la divinidad pintados en el Verbo. Su religion le condecoró con los empleos más encumbrados, hasta con el de asistente provincial, y segundo Padre espiritual de la congregacion del Espíritu Santo, que fundó el tan piadoso como venerable P. Antonio Velazquez, en cuyo tiempo se hicieron nuevas constituciones, que fueron aprobadas por el ordinario en el año 1669. Murió este varon esclarecido el dia 7 de Julio del año 1681 en su casa de Madrid, donde se conserva su retrato.—N. L.

PRADA (D. Jaime), natural de la villa de Zana, doctor en sagrada teología, rector de la iglesia parroquial de la villa de Arés, en el obispado de Tortosa, que floreció hácia fines del siglo XVI. Educado en las sólidas máximas de la religion cristiana por sus piadosos padres, pasó su juventud en la inocencia y el candor, dedicado á adornar y conservar los objetos de una capilla contigua á la poblacion. Despues de haber estudiado en el seminario

conciliar, pasó á recibir las sagradas órdenes, y una vez constituido rector, dedicóse á escribir algunas obras notables por la piedad y erudicion en que abundan segun el testimonio de Nicolás Antonio. Escribió una obra de alta importancia contra las herejías que en su tiempo surgieron, con el título siguiente: *Historia de la adoracion y uso de las santas imágenes, y de la imágen de nuestra Señora de la Salud de la villa de la Fraygrosa*, publicada en Valencia por Felipe Mey, en el año 1596; un tomo en 4.° Es tambien notable entre sus escritos el *Tratado de la sagrada fuente del Bautismo*. A pesar del celo y de la erudicion que se descubre en la primera parte de estas dos obras, no faltaron personas que, guiadas por impresiones del momento, como Gaspar Escol, Ballesteros, el P. Rodrigo y otros que impugnaron la mencionada obra de la adoracion de las imágenes, encaminada á establecer su culto, refutando las herejías que contra ellas pululaban. Por esta razon no le creemos tan digno de las acres censuras que contra este escritor se han lanzado, mucho más cuando el único fundamento que reconocen es el de haber incurrido en algunas equivocaciones de escasa importancia de datos y fechas. —N. L.

PRADA (D. Vicente), hijo y abad del monasterio de Poblet; fué natural de la ciudad de Valencia; sus padres sumamente honrados y religiosos disfrutaban de una posicion desahogada, y viendo las felices disposiciones del niño Vicente, le dedicaron á los estudios, á los que se entregó con el mayor ardor, correspondiendo á los buenos propósitos de sus padres, pues sobresalió extraordinariamente entre todos sus condiscípulos, debido sin duda alguna á su constante aplicacion y á su grande inteligencia. Siempre ocupado con el ánsia de instruirse, pudo evadirse de las borrascas propias de la juventud y afirmarse en la decidida vocacion al estado religioso. Llegada la edad propia para ingresar en una órden monástica, tomó el hábito de la Cisterciense con el mayor regocijo y satisfaccion, pues vió cumplidos sus laudables deseos. En su nuevo estado religioso se hizo notable por sus virtudes y ciencia; siendo un modelo digno de imitarse por todos los religiosos. Su gran austeridad, su continua oracion, sus ayunos y mortificaciones, le granjearon un puesto muy señalado en el monasterio de Poblet, del que fué electo abad. No pararon aquí sus merecimientos, pues como varon de mucho peso y ciencia, fué nombrado visitador de la congregacion de Aragon, y despues diputado del principado de Cataluña. Escribió por los años de 1669: *Crónica del monasterio de Poblet*. Ms. en fólio. Se conserva en dicho monasterio. Véase la *Biblioteca Cisterciense*. —A. L.

PRADAL (P. Juan Bautista), religioso capuchino de la provincia de Guyenne, floreció en la segunda mitad del siglo XVIII, dándose á conocer en los púlpitos más célebres del Reino por su elocuencia cristiana, que llevaba el

convencimiento al ánimo de los más obstinados, y arrastraba en pos de sí las masas populares. Segun nos lo dice el mismo eminente orador en una de sus obras de más reconocida utilidad, predicó hasta el considerable número de veintiocho cuaresmas en las diferentes provincias de Francia. El P. Pradal es conocido con especialidad por una multitud de bellos discursos piadosos, reunidos en una obra que lleva el título de *Cuaresma*, publicada en la bulliciosa ciudad de París, en el año 1779, en tres volúmenes en 12.° El tercer tomo de esta apreciable obrita termina por un panegírico de S. Juan Bautista, otro del gran monarca de Francia Luis *el Santo*, y un discurso para una profesion religiosa. Es indudable que la oratoria cristiana de seis siglos á esta parte ha florecido con preferencia á todos los demás países en esa activa Francia, cuna de los eminentes oradores Bourdaloue, Massillon, Bossuet, Flechier y otros innumerables, donde nacen tambien hoy dia innumerables legiones de misioneros, que ora evangelizan la parte desmoralizada de Francia, harto considerable por desdicha, ora se trasladan en alas de su celo á los inhospitalarios y selváticos países en pos de almas rescatadas con la sangre preciosa del Crucificado, y no en busca de dinero, joyas y preciosas piedras como sus convecinos los ministros anglicanos. El P. Pradal es enumerado con dignidad entre los apóstoles de Francia.—N. L.

PRADES (Doña Isabel de), religiosa de la órden de la Merced. Fué natural de Villafranca en el principado de Cataluña, nació á principios del décimoquinto siglo, siendo sus padres muy esclarecidos y cristianos. Tuvieron el mayor esmero con esta preciosa niña, ocupándose asiduamente y con el mayor cuidado en su educacion. Su extraordinaria inteligencia se prestó fácilmente á toda clase de instruccion, pero su inclinacion á las cosas santas, y su vocacion, puede decirse innata, á consagrarse al servicio de Dios obró en su alma de tal modo, que con la mayor solicitud suplicó á sus honrados padres le concediesen el señalado favor de permitirla tomar el hábito de religiosa de la órden de la Merced, pues su grande devocion á la Reina de los Angeles la hizo preferir dicha Orden á todas las demás. Desde el momento que tomó el hábito manifestó é hizo patentes á todas las religiosas sus extraordinarias virtudes. Era sumamente afable en su escaso trato, pues le gustaba sobre todo el retiro donde se entregaba á la más ardiente oracion, sumamente exacta en todos sus deberes religiosos, siendo la primera que siempre se presentaba en el coro, y la última que lo abandonaba; sus ayunos y penitencias eran tan continuas, como igualmente todo género de mortificaciones, que aunque de una naturaleza robusta y poco propensa á enfermedades, siempre se conservó pálida y demacrada. Fué un vivo ejemplo á todas sus hermanas, que la querian y respetaban, tanto que sus excelsas virtudes y representacion hicieron fuese nombrada priora en su convento,

que era el Real de Sixena, en cuyo tiempo fueron sus súbditas las insignes religiosas Aldonza y Violante de Villafranca, que gozaron de gran renombre por sus virtudes, dirigidas por la santa priora Doña Isabel. Falleció por los años de 1468, dejando sumidas en la mayor afliccion á todas las religiosas; pero con el gran consuelo de que los grandes méritos y santidad de su ínclita priora tendrian designado un lugar preferente en la mansion celestial.—A. L.

PRADES (Fr. Ramon), religioso del conventual de Zaragoza, perteneciente á la antigua milicia mercenaria, creada por el inclito S. Pedro Nolasco, redentor de cautivos, y á la cual condecoró con el timbre de militar el señor Rey D. Jaime I, y si bien es verdad que habia cesado ya en el bélico ejercicio, despues de haberle ejercitado por espacio de noventa y nueve años, subsiste aún la Religion con la misma intrínseca militar calidad, con que habia sido creada en su ereccion. A propósito de esto dice el Rmo. P. Maestro Fr. Felipe de la Guimera, en su breve *Historia de la Orden*, escrita en el año 1591. Si es cierto que han perecido los caballeros aguerridos de nuestra Orden, no por esto ha perdido nuestra Orden el renombre de militar, ni áun jamás puede abandonarla, siendo su primitiva institucion la de redimir cautivos, de lo que le provino el justo y merecido título de Orden militar. Si hoy no atraviesan los mares caballeros armados con el escudo y la lanza, adiestrados en la pericia militar, para perseguir á sangre y fuego á las infieles gentes opresoras inhumanas de una parte de la descendencia de Adan, marchan en cambio á los paises salvajes doctísimos y venerados sacerdotes, armados con el augusto emblema de la Redencion humana, con el breviario debajo del brazo, la confianza más ardiente en el alma, el celo más fervoroso en el corazon; é internándose estos bienhechores del género humano por los paises peruanos, indios orientales, corren con animosa solicitud en pos de oprimidos, cuyas cadenas desean soltar, y en pos de infieles desgraciados, cuyas almas desean rescatar, arrostrando para esto penalidades innumerables, frio, calor, sed, hambre, reclinándose tal vez á la intemperie, expuestos á ser devorados por las feroces hordas de los antropófagos, ávidos siempre de carne humana, europea ó blanca. ¿No es esta milicia espiritual mil veces más sublime, más heróica, más generosa que la milicia material? ¿Cuánto más ventajoso no es triunfar del hombre, imágen y semejanza de Dios, por medio de las suaves armas de la razon, del convencimiento, del amor, que no someterle con el feroz hierro, la lanza inhumana? No se tienen más noticias del mencionado religioso que su nombre citado con encomio.—N. L.

PRADO (Baltasar de). Nació en la ciudad de Mallorga, diócesis de Leon, y fué canónigo regular de la órden de S. Agustin en el colegio Salmantino de Sta. María de la Vega; donde cultivó los sagrados cánones, y trasladóse más

tarde por disposicion superior al convento celebérrimo de las mismos canónigos regulares, llamado de S. Isidoro de Leon, de donde fué destinado á las islas Baleares primero, y despues á la ciudad de Barcelona en calidad de inquisidor apostólico. En la expresada ciudad dió á la prensa las obras siguientes: *Si is qui pro emptore*, etc.—*De usurpationibus et usucapionibus*, en la que se dilucidan con pasmoso tino y abundantísima erudicion diversas é intrincadas cuestiones sobre la propiedad. Fué publicada esta obra en Barcelona, en casa de Jacinto Andreu, año 1677, en 4.°—*De acquirenda possesione*, un libro del mayor interés, en el que se establecen los principios filosóficos de las leyes de herencia. Fué publicado en la misma capital de Cataluña, en casa de Antonio de la Caballería, en el año 1678, en un volúmen en 4.°— N. L.

PRADO (Gerónimo), sabio jesuita español, nacido en Baeza, enseñó filosofía en Cardona con un aplauso general y poco comun, y terminó los dias de su amada existencia en la capital del orbe católico en el año 1595, á la edad de cuarenta y ocho años. Habia impreso en esta ciudad sus *Comentarios* sobre la Sagrada Escritura. Trabajó en union del P. Villalpando, célebre jesuita, por encargo especial del rey de España Felipe II, en la explicacion de los veintiseis primeros y tres últimos capítulos del profeta Ezequiel, concernientes al templo, por espacio de diez y seis años, que fué impresa en tres volúmenes en fólio, en Roma, 1596. Es una obra la más profundamente sábia que hay sobre los profetas, estimable sobre todo por la bellísima descripcion del templo y ciudad de Jerusalen, para la que se vale de abundantes y brillantísimas imágenes. Publicó tambien Prado los *Comentarios* sobre Isaías, Micheas, Zacarías, las epístolas de S. Pablo á los Gálatas, Efesios, Colosenses y Hebreos.— N. L.

PRADO (Fr. Juan de), religioso de la órden de Menores. Este insigne capuchino, sumamente estudioso y de vastos conocimientos, fué muy querido y estimado en la religion por su ejemplar vida, costumbres irreprensibles y virtudes dignas de imitarse. Era muy notable su compostura y recogimiento, constantemente consagrado á la oracion y al cumplimiento de todos sus deberes religiosos, no omitia por eso el dedicarse igualmente á practicar la caridad para con sus prójimos desvalidos y enfermos; no cuidándose de su persona, en la que claramente se veia practicaba la virtud de la pobreza. Era sobremanera parco en la comida y bebida, ayunando los más de los dias, y muchos de ellos á pan y agua, castigando su cuerpo con frecuentes disciplinas, silicios y otras mortificaciones. Fué un celoso enfermero, cuidando á los dolientes con el mayor esmero y solicitud, siendo muy exacto en las horas para la administracion de las medicinas, procurando el mayor aseo á los pobres enfermos, mitigando sus padecimientos con sus

reflexiones y consejos; así era que todos ellos deseaban permaneciese á su cabecera, pues su sola presencia les parecia procurarles el alivio. Finalmente, lleno de años y merecimientos, falleció en su convento de Málaga en el último tercio del siglo XVII. Dejó escrita la *Vida y muerte de S. Francisco de Paula*, que se imprimió en fólio en dicha ciudad de Málaga en el año de 1669.

PRADO Y MADRID (V. P. Fr.). Fué del ilustre y antiguo apellido de los Prado, caballeros hijosdalgos en Madrid, é hijo de Juan de Prado, que murió por el año de 1463. Tomó el hábito del órden de S. Gerónimo en el monasterio del Parral de Segovia, á los diez y seis años de su edad; tuvo un ingenio muy claro y un gran celo de las cosas del servicio de Dios, por lo que le eligieron maestro de novicios. No faltaba noche alguna á maitines, acudiendo una hora ántes al coro; y guardó siempre la virtud de la virginidad. Algunos religiosos, por lo que les reprendia, le acusaron de crímen de herejía ante Fr. Gonzalo de Toro, general de la Orden é inquisidor, quien le mandó poner preso, cargándole de cadenas. El P. Sigüenza, que da estas noticias, dice que le visitó S. Gerónimo, consolándole en su tribulacion, y que lo mismo hizo otras veces S. Francisco, de quien era muy devoto. En esto revocó la reina católica los poderes al General por algunos desaciertos, y entónces fué conducido Fr. Diego á la Inquisicion de Valladolid, donde vista su causa y conocida su inocencia se le dió por libre, castigando á sus calumniadores. Vuelto á su casa, vivió despues diez años, creciendo en santidad, y al cabo de ellos pidió á nuestro Señor le llevase para sí y no de enfermedad larga, por no ser molesto, súplica que le concedió Su Majestad, dándole un accidente con que espiró. Escribió un *Libro de casos de conciencia*, otro de los *Milagros de nuestra Señora*, y algunas *Vidas de Santos*. — A. C.

PRADO Y MOLINER (Fr. José de). Nació en Zaragoza en 1669, y luego de pasada su juventud en el estudio de los rudimentos de la religion cristiana y en el ejercicio y práctica de las evangélicas virtudes, dando raras y pasmosas pruebas de religiosidad desusada, especialmente en su tierna edad, abrazó el instituto de los religiosos de la Santísima Trinidad. No tardó en sobresalir entre todos sus contemporáneos en la ciencia de la piedad, no ménos que en la de la sagrada teología, escribiendo ya en tierna edad algunos opúsculos, pruebas y testimonios de su futura sabiduría. Extendióse ya la fama de su pasmoso ingenio y sin igual erudicion por las comarcas circunvecinas, cuando fué nombrado maestro de teología en su Orden, lo que contribuyó á aumentar su crédito, á causa de la consideracion que rodeaba á estos preceptores de las Ordenes religiosas, encargados de difundir, por medio de la juventud que ilustraban, las luces de la verdad, de la religion, de la civilizacion, de la ilustracion. Pasados algunos años en el desempeño de este elevado cargo, fuéle encomendado el de secretario

general de su congregacion, habiendo ántes desempeñado en dos distintas ocasiones el de regente de los estudios del colegio de Zaragoza, donde residió muchos años, donde además desempeñó algunos otros empleos, donde recibió tambien el nombramiento de examinador sinodal del Ilmo. Señor obispo de Solsona. Ora en Zaragoza, ora en otros puntos en que residió, dióse á conocer por su amor á la observancia monástica y religiosa de su Orden, por el celo que manifestaba en atraer á los religiosos á la perfeccion. Pasó á mejor vida en el dicho colegio el año 1741. Escribió : *Discurso apologético en favor del Sr. D. José Franco, vecino de Orihuela, diócesis de Albarracin y señor de la villa de Pajarejo.* Además se conserva con bastante veneracion en la biblioteca de su convento la obra intitulada *Hortus Prophanus*, sobre diversas materias.— N. L.

PRADO Ventura (Antonio), y tambien Ventura Prado, religioso trinitario español, nació el 10 de Junio de 1701 de una ilustre y nobilísima familia de Córdoba, en el reino de Andalucía. A la tierna edad de diez y seis años, venciendo la répugnancia de sus parientes esclarecidos y amigos, entró en el convento de los Maturinos de su país natal, en el que, hechas con gran piedad las previas pruebas del noviciado, hizo la profesion canónica y solemne en el tiempo competente. Encargado de la cátedra de filosofía, supo desempeñar este difícil cometido, supo explicar con tanta claridad, solidez y aprovechamiento de sus discípulos las extensas materias filosóficas, que plenamente satisfechos sus superiores de su comportamiento científico, le enviaron á la universidad de Sevilla con el fin de que recibiese en ella los correspondientes grados académicos, como en efecto lo hizo así, recibiendo el grado de doctor en la ciencia sagrada, despues de admirar á sus examinadores en los ejercicios públicos. Poseia á la vez la geografía, la historia, el derecho canónico, la teología, por cuya razon fué algunos años despues nombrado catedrático de la mencionada universidad de Sevilla para explicar la teología, la ciencia por excelencia. Predicaba tambien con aplauso universal, y distinguíase además por su pasmosa facilidad en componer versos. Murió en Córdoba en 1759. De sus obras deben mencionarse : un *Poema del arcángel S. Rafael;* un tomito en 4.° menor.—*Sermones de los Santos;* dos volúmenes en 8.°— La *Vida del mártir Fr. Martin Criado;* un tomo en 8.°— *Oracion fúnebre al cardenal Cisneros pronunciada en la ceremonia de las exequias religiosas que tributó á este prelado la universidad de Alcalá.*—*Diversas consultas;* un tomo en fólio, notable por la pureza de la lengua española.—N. L.

PRADS (P. Raimundo), llamado en lenguaje castellano Prado, era catalan de nacion, oriundo de un pueblo inmediato á la capital del antiguo principado de Cataluña, designado con el nombre de Cucufato, pertene-

ciente á la abadía de los monjes Benedictinos. El nacimiento de este varon ejemplar ocurrió en el año 1557, siendo hijo de padres nobilísimos por su alcurnia y prosapia ilustres, que gozaban además de gran prestigio y autoridad en aquellas regiones cataláunicas. Muerto el autor de sus dias, dividiéronse sus hijos en sangrientas discordias, á causa de las inoportunas disposiciones de su testamento, en el cual disponia que fuesen mejorados los hijos habidos de su primera mujer, con detrimento de los intereses de los segundos. Fueron tales y tan amargas las luchas domésticas, que surgieron á consecuencia de los sórdidos intereses entre los hermanos de Raimundo, que disgustado éste de tanta amargura, y menospreciando la parte que pudiera caberle en la herencia, se alejó del hogar doméstico, retirándose á la ciudad de Barcelona, á casa de uno de los canónigos de la catedral, tio suyo, hombre de relevantes prendas, de erudicion vasta, de conocimientos dilatados, que le recibió con benevolencia, aprobando su noble determinacion de retirarse de la casa paterna, y prometiéndole apoyar sus planes, que eran encaminados á instruirse en las ciencias eclesiásticas, con el fin plausible de consagrarse al bienestar de sus semejantes. Dedicóse al estudio de las humanidades y de la retórica en el colegio de los Rdos. PP. de la Compañía de Jesus, y áun cuando en sus juveniles años se distrajo en demasía y abandonó sus religiosos deberes, arrastrado á los vicios por las malas compañías que frecuentaba, dotado de dócil corazon, sus sabios maestros con la afable delicadeza que les es tan propia, supieron separarle de la funesta senda del vicio, inclinándole á las prácticas virtuosas, á la frecuencia de los santos sacramentos, á la observancia de los preceptos de la caridad cristiana, que nos obligan á mirar con amorosa benevolencia á aquellos de nuestros hermanos desvalidos. Aleccionado en las obras piadosas, no tardó su alma religiosa en sentir poderosas inspiraciones que le impelian á abrazar el santo instituto de a Compañía de Jesus, consagrada toda ella á la educacion de la juventud, á la instruccion de las masas populares en las divinas máximas de la augusta religion cristiana, á la conversion de los pueblos infieles y al alivio de la humanidad desventurada. Luego que se hubo cerciorado nuestro Raimundo del Prado de la importancia de esa divina institucion de la Compañía de Jesus, no vaciló en despreciar y abandonar un mundo que le brindaba con materiales goces, con un porvenir lisonjero, con honores, con dignidades, con riquezas. Persuadido de que un dia empleado en el servicio del Altísimo vale más que mil años pasados en los goces mundanales, se resolvió por fin á vestir el hábito jesuítico, y los religiosos de la Compañía, cautivados por las buenas prendas que habian observado en el jóven Raimundo, no vacilaron en inscribirle en su milicia santa. Hizo su primera probacion en la ciudad de Barcelona, con el rigor y perfecta observancia que entónces

estaba vigente, guardando el silencio absoluto, haciendo los treinta dias de ejercicios aislados, que tan buenos resultados dan en la Compañía, pues que se ve á esos hombres desnudarse del hombre viejo, del hombre corrompido, del hombre mundano, para revestirse de la fuerte armadura de la gracia de Dios. Pasada esta prueba, sometióse gustoso á la segunda, aún más penosa, y sin vacilar cargó con sus alforjas caminando á pie á la ciudad de Gandia, distante sesenta leguas de Barcelona, implorando de los transeuntes una limosna por amor de Dios, sufriendo los desdeñosos modos de algunos, los desprecios de otros, alojándose en hospitales, y llevando con paciencia los modales groseros de los criados de estos establecimientos del dolor, el mismo que algun tiempo ántes estaba acostumbrado en el mundo á estar servido de criados y á que estos adivinasen sus gustos y caprichos. Luego de pronunciados los votos solemnes, entró á estudiar la divina ciencia teológica, en que hizo adelantos considerables, de tal modo que brilló notablemente entre sus condiscípulos y admiró á sus maestros. Como era de natural encogido, acostumbrado al retiro, aficionado al silencio y á la soledad, poco amigo del trato de los hombres, dedicáronle sus superiores á explicar en el seminario, no determinándose á encomendarle el cargo de la predicacion. Despues de haber pasado algunos años explicando latinidad y humanidades, y desempeñando el cargo de superior de la Puebla de los Angeles, cediendo sus superiores á las ardientes exposiciones que hacia nuestro Raimundo, de pasar á las Indias á iluminar á aquellos pueblos que yacian sumidos en las tinieblas y en las sombras de la muerte, fué comisionado para marchar á Méjico al frente de una mision compuesta de tres individuos más de la misma Compañía, animados tambien de los mismos humanitarios deseos. Entró en las Islas Filipinas el año de 1584, y trabajó en ellas gloriosamente por el largo espacio de veintiun años, hasta el de 1605, en que pasó á mejor vida, á recibir la inmortal corona que los Angeles tejen en el cielo para premiar las heróicas virtudes de los evangelizadores. La mayor parte de este tiempo desempeñó el oficio de superior y juntamente de operario, predicando y doctrinando á los españoles, instruyendo cariñosamente á los indios, á quienes enseñaba á amar al Dios de las virtudes, á la Madre de los hombres y á la Reina de los ángeles, á alzar sus manos al cielo, é invocar nombres venerandos. Enumerar una por una sus eminentes virtudes, su austeridad, su oracion continuada, su mortificacion, sus afanosos desvelos, sus fatigas y laboriosidad en extender la mision, de que en cierto modo era fundador, es tarea dilatada é impropia de sus biógrafos, que solo deben limitarse á las noticias generales. No será inoportuno observar, sin embargo, la poderosa influencia ejercida por los misioneros católicos, como Prads, en la civilizacion de los puntos trasantlánticos. Si la historia

eclesiástica es la historia de la providencia de Dios sobre su Iglesia, si esa providencia amorosa vela de continuo sobre el mantenimiento y propagacion del catolicismo, dirigiendo la navecilla de Pedro desde las alturas celestiales, puede decirse que en ninguna otra época se ha mostrado más visible que en el siglo de Prads, á principios y fines del siglo XVI. A Lutero, que fué el primero en enarbolar el estandarte de la apostasía y del sacrilegio, abriendo la puerta á los errores y fomentando los vicios, opúsole la Providencia divina el Patriarca de los clérigos regulares, el gran San Cayetano de Tienne, que fué tambien el primero en sacar al cristianismo de su letargo, excitando al espíritu de santidad y de fe, promoviendo la práctica de todas las virtudes y el desenvolvimiento de todas las verdades. Si entónces se levantaron una multitud inmensa de hombres perversos para escandalizar y contristar á la Iglesia, como Calvino, Mélanchton, Zuinglio, Socino, Enrique VIII é Isabel, la Providencia, para consolarle y edificarle á un mismo tiempo, suscitó tambien un gran número de santos que ninguna otra época viera reunidos: un Gerónimo Emiliano, un Ignacio de Loyola, un Saverio, un Avelino, un Borromeo, un Pio V, un Beltran, un Felipe Félix, Camilo, Calasanz, Alcántara, Teresa, Cayetano de Tienne, de quien decia el grande pontífice Inocencio XI, que habia sido suscitado por la Providencia para refrenar la audaz herejía de Lutero, *ad efrenam Lutheri audaciam compescendum à Deo missum;* ese hombre que imaginó, sugirió y promovió la reunion del gran Concilio de Trento, fué el primero que excitó al clero con su ejemplo y virtudes al ejercicio de la predicacion; y el primer sacerdote secular que en su tiempo ocupó el púlpito en Roma para defender el cristianismo furiosamente combatido, y anunciar á los pueblos las verdades divinas; fué el que inició la idea maravillosa de los seminarios, elevados y autorizados luego por el Concilio de Trento, y establecidos en varios puntos de Italia y Francia á poco; fué el que obtuvo que fuese derogada la disposicion del Concilio Lateranense, que prohibia el establecimiento de nuevas comunidades religiosas, abriendo una nueva puerta al espíritu de las fundaciones con su establecimiento de clérigos regulares, que luego se multiplicaron con las de los clérigos mostenses, barnabitas, jesuitas, escolapios, clérigos de la Madre de Dios, menores, que tantos beneficios han reportado despues á la causa de la religion y de la humanidad. Así como San Pablo, primer ermitaño, es el patriarca de todos los anacoretas, San Benito el patriarca de varios institutos de monjas en el Occidente, San Francisco y Santo Domingo el de varios institutos de frailes; así Cayetano de Tienne de los institutos de clérigos seculares, y su nombre se halla asociado al lado de los grandes hombres que forman época en la historia eclesiástica, porque cada uno abrió un nuevo período religioso. Promovió la reforma del Breviario,

del Misal, del Pontifical Romano, fundó Montes de Piedad, establecimientos para doncellas huérfanas, y en fin, cumplió á la letra el anuncio de Inocencio XI. Mas, volviendo á nuestro asunto, si en aquel siglo la antorcha de la verdadera fe se extinguió en varios puntos del mundo antiguo, la Providencia por medio de estos hombres la hizo brillar con más resplandores fulgurosos en el Nuevo Mundo; en las Indias solo conquistó nuestro Prads y en Filipinas numerosas personas; Saverio conquistó asimismo para la Iglesia más de diez y ocho millones de personas, y en fin, en las Américas asoció un doble y triplicado número al de las almas que en Europa habian sido arrebatadas del seno de la Iglesia. Estos ilustres varones dieron á conocer en las nuevas regiones el espíritu benéfico del catolicismo, internándose entre pueblos supersticiosos é incultos, conquistándolos con los prodigios de la verdadera caridad, y poblando de casas á Méjico y el Perú, como otras tantas ciudadelas para la defensa de la libertad civil de los indios miserables, y como otros santos asilos abiertos siempre para el alivio de todos los infelices desventurados. Por doloroso que sea el manifestarlo, el católico y caritativo celo de estos esclarecidos varones fué en más de una ocasion contrariado por la avaricia y fria barbárie de los mónstruos que Europa vomitaba de contínuo sobre América, dejando aquellas hermosas tierras sembradas de doctrinas deletéreas y ejemplos perniciosos en cambio del oro riquísimo que extraian de ellas. Y como si no bastára la codicia escondida á denigrar, maltratar y hacer desgraciados á los indios, la ciencia misma se prostituyó con asegurar que los indios no eran hombres, que no gozaban de ninguna consideracion en la sociedad, ni debian tampoco sentarse en el banquete de las fruiciones comunes al resto de la humanidad. Para que se vea que no hablamos al aire, óigase al célebre Las Casas, que en su *Historia de la destruccion de las Indias* habla de esta manera. «Esas gentes (las americanas) son en extremo sencillas é incapaces de doblez, muy obedientes y fieles, no solo á los señores á quienes sirven, sino además á los mismos cristianos: de cuantas naciones hay en el mundo, estas son las más humildes, las más pacíficas, las más sufridas, las más opuestas á los tumultos y á la insubordinacion; ni saben aborrecer ni saben vengarse. Su inteligencia es fácil, dócil, clara, capaz de recibir toda buena enseñanza, de manera que son las que ménos obstáculos oponen á nuestra santa fé católica y al triunfo de las virtudes y santidad cristiana. Apénas principian á conocer la fe, á frecuentar los sacramentos de la Iglesia y los ejercicios del culto divino, tienen tantos deseos de enterarse de cuanto concierne al catolicismo, y son tan importunos que los religiosos necesitan estar dotados de una grandísima paciencia para poderlos sufrir. Muchas veces he oido afirmar á españoles seglares, que estas gentes serian las más felices y buenas del

mundo si conocieran al verdadero Dios. Mas entre estas mansas ovejas dotadas de tan buenas cualidades por el divino Pastor, se introdujeron los europeos cual hambrientos y voraces lobos; de cuarenta años á esta parte no hacen más que afligirlas y atormentarlas con crueles tratamientos, destruirlas y hasta matarlas, empleando al efecto los más crueles medios. La matanza ha sido tal, que la Isla Española, que á nuestra llegada contaba unos tres millones de habitantes, hoy apénas cuenta doscientos mil naturales del país.» Esto no necesita de comentarios, confirma esto mismo lo que hablando del apóstol de las Indias, Beltran, nos refiere Manini en su vida, hácia el año 1561; llegó San Luis á las Indias, y por espacio de ocho años se ocupó en cultivar aquella viña silvestre, y en anunciar el Evangelio á aquellas bárbaras naciones. Increibles fueron las fatigas, innumerables los padecimientos que tuvo que sufrir para promover la gloria de Dios y la salvacion de las almas, de las que ganó muchas para Jesucristo, bautizando millares de paganos ó idólatras. Mas porque vió sus grandísimas penalidades, y la gran crueldad de algunos gobernadores y comandantes de las Islas, que muchas veces azotaban á los indios por cosas muy leves, y que con los más frívolos pretextos impedian la predicacion, resolvió regresar á España, como lo hizo en 1569. Esto tampoco necesita demostracion, ¿cuáles serían las persecuciones cuando un santo del mérito de Luis Beltran, se vió precisado á regresar á su nativo país, abandonando aquel campo tan fértil y ameno. Si se quiere todavía una demostracion más elocuente del gran obstáculo que oponian los europeos á la difusion de las ideas católicas, lean este trozo de la carta dirigida en 26 de Enero de 1549 á Juan III, por S. Francisco Saverio, escrita por cierto con verdadera franqueza apostólica. «Tenga por cierto V. M. que el rey de Ceilan es el más encarnizado enemigo del nombre de Jesucristo, y por más doloroso que sea decirlo, vuestro favor y vuestros dones es lo que más le alienta á oprimir cuanto puede la religion cristiana. Esta es una verdad, áun cuando desgraciadamente no sea muy grata á los oidos de S. M.; pero me veo en el deber de participar á V. M., aunque estoy persuadido vivamente, que mi carta no surtirá efecto alguno. Si hemos de juzgar del porvenir por lo que hemos visto en lo pasado, es muy de temer que V. M. honre con un favor más grande y ostensible á ese acérrimo y declarado enemigo de Jesucristo, que el que dispensa á los sacerdotes religiosos queen la isla de Ceilan se afanan en conservar y propagar las luces del Evangelio. Estas cosas, demasiado patentes, dan lugar á que yo, Señor, quizá con demasiada libertad, aunque salvo el debido respeto, os diga que V. M. no procura extender en las Indias el reino de Jesucristo, sino acumular riquezas y aumentar las comodidades y ventajas temporales

y humanas en vuestro provecho y en el de vuestra familia. No se fie V. M. de esas órdenes especiosas insertas en sus reales despachos á los gobernadores, en las que con tanta piedad se les encarga que ante todas cosas favorezcan la religion cristiana; porque yo veo con mis propios ojos cómo marchan las cosas, y estoy convencido de que las referidas órdenes se eluden y no se cumplen. Y no es esta una de las menores causas que me impelen á pasar al Japon, porque en las islas más remotas del Oriente espero llevar las cosas mucho más útilmente que no aquí. Señor, el momento decisivo de la eternidad tal vez llegará para V. M. más pronto de lo que piensa; procurad, pues, que os encuentre devotamente preparado; los reinos y los principados desaparecen, y á ellos sucede un órden de cosas enteramente nuevo y diferente, porque la muerte os despojará de vuestros deminios y os conducirá á otros más tenebrosos y horribles.» ¡Grande hombre! No se dirá que los santos son aduladores. Si quisiéramos registrar las cartas edificantes de los jesuitas con respecto á las misiones filipinas, encontrariamos repetidas tambien estas mismas lamentaciones en órden á lo que nos ocupa del venerable Prads y de otros muchos. Pero esos testimonios, cuya veracidad todo el mundo reconoce, bastan á darnos una idea de la grande oposicion que los europeos hicieron á los triunfos del catolicismo en las remotas regiones americanas con sus vejámenes y persecuciones. La política, que es necia, imprevisora é impotente cuando se sale del círculo de atribuciones que le estan marcadas, quiso oprimir á los americanos, imbuyéndoles la religion cristiana con el estampido del cañon, quiso presentarles el Evangelio en las puntas de las lanzas, ó introducir en sus almas la gracia atormentando los cuerpos; mas con esta conducta, en vez de convertir, exterminó; en vez de formar cristianos verdaderos, formó hipócritas y esclavos. Como decia muy oportunamente Cárlos V al Padre Las Casas, *La religion no se impone*: esta maxima fué olvidada de los europeos que fueron á las Américas, más por sus intereses propios, que por los de aquellas islas. Por fortuna, lo que al poder humano no le fué dado conseguir en el espacio de largos siglos, lo consiguió el cristianismo, el espíritu de Dios, en muy poco tiempo por la eficacia de la gracia y por los prodigios; fuerza muy propia, que no intimida en vano los sentidos, sino que atrae los ánimos y los corazones; fuerza que sin derramar ni una sola gota de sangre ni una lágrima, alcanza un éxito tanto más seguro, cuánto más segura es su accion. ¿Cómo es posible no reconocer el poder de la gracia divina, de la bondad de Dios, que forma esos hombres extraordinarios, que dan al mundo el espectáculo magnífico y grandioso, que los Prads y los venerandos misioneros americanos ofrecieron al mundo al conquistar para Jesucristo reinos enteros, con solas las fuerzas de la gracia y del poder de Dios, que

visiblemente los asistia? Ah! la misma Providencia divina que suscitó á Moisés, para que cubriendo el Egipto de tinieblas, de plagas, de estragos, libertase al pueblo elegido de Dios de las garras faraónicas, suscitó tambien en posteriores tiempos hombres admirables, que sin disponer de la pujanza y poderío de los reyes y de los bélicos ejércitos, propagaron y establecieron sobre bases sólidas y estables los cimientos de la religion en los países idólatras de allende los mares, arrojando de sus templos los ídolos, que recibian en ellos el perfume de las adoraciones, el sangriento olor de víctimas humanas sacrificadas á su infernal voracidad. Estos hombres, no con la palabra, sino con los ejemplos; no con las disputas, sino con las obras; no con auxilios humanos, sino con medios divinos; con la generosidad de su corazon magnánimo, con el esplendor de sus pasmosos prodigios, manifestaron al mundo nuevas verdades consoladoras, en busca de las cuales se fatigaban en vano hacia tantos siglos, y consiguieron triunfos magníficos por medios desconocidos á la prudencia y política humanas. ¿Quién no ve en ese grande y asombroso acontecimiento que tuvo lugar entónces en el mundo, renovada en el Nuevo Mundo la victoria, ya celebrada por S. Juan, de la verdadera fe, que habia alcanzado tantos otros en el antiguo mundo? Eran los tiempos aciagos; los hijos degenerados de la Iglesia habian abandonado á su madre caritativa, y buscaban en las infames calumnias la justificacion de su apostasía, asegurando mentidamente que la Iglesia católica cuanto más avanzaba en años, tanto más se engañaba y corrompia, que con la santidad de las antiguas doctrinas habia perdido la integridad de las antiguas costumbres; que repudiada por eso por su celestial Esposo, ya no tenia apoyo para regirse, ni fecundidad para propagarse; y que, por último, solitaria, estéril é impotente se la veria pronto extinguirse en la más miserable decrepitud. Miéntras el eco insensato de esa blasfemia antigua resonaba todavía en el antiguo continente, Dios, para desmentirla y confundirla del modo más solemne, obraba prodigios maravillosos en el continente nuevo. La Iglesia romana entónces, la misma que en el vigor de su primera edad habia empleado ocho siglos en propagarse por Europa, cuando el error la llama impotente y decrépita en ménos de un siglo conquistó la América. ¿De qué sirven los raciocinios en vista de hechos tan luminosos, tan magníficos, tan elocuentes, para demostrar á los enemigos de la Iglesia la misteriosa juventud de esta, que se renueva de contínuo como la del águila? ¿En vista de esta tan asombrosa fecundidad, será verdad que la haya repudiado su divino Esposo? ¡Ah! posee todavía en sus manos la gracia en toda su abundancia; posee todavía al Verbo humanado; posee todavía la verdad en toda su pureza. Así la fe católica, al confirmarse y extenderse en las Américas, á pesar de los obstáculos que la ambicion de los europeos le opusiera,

confirma y justifica á los antiguos cristianos con los nuevos cristianos; el Nuevo Mundo obra saludablemente sobre el mundo antiguo, y en reconocimiento de la verdadera fe que de él ha recibido, se la devuelve más robusta, más pura y bella, por el nuevo testimonio de la divinidad que le ha dado. ¿Mas concluyó ese pasmo de victoria en el siglo en que comenzára? Ah! no, luégo que la política, penetrando en América por las mismas puertas que le abria el catolicismo, extendió así su dominacion material; pero trascurrido algun tiempo, la obra de la política desapareció, en tanto que la de la religion hace cada vez más estables progresos y triunfos, y donde aquella no cuenta más que enemigos, ésta triunfa de ellos y ve con dichosa complacencia numerosos hijos postrados á sus divinas plantas. Los acontecimientos desagradables que han separado de la madre patria á una parte no pequeña de la América, no han podido desampararla de la madre Iglesia; y al romper los lazos y vínculos políticos, impuestos y sostenidos con la boca de los cañones, se han fortalecido y estrechado más y más los vínculos religiosos con el amor y la fraternidad; y al sacudir el yugo temporal de los europeos, háse afianzado más inmediata y directamente el poder espiritual en aquellos hermosos países. Las manos que derribaron la enseña de la política dominacion, respetaron, á pesar suyo, los monumentos de la predicacion evangélica y las instituciones monásticas, que un ciego fanatismo ha destruido en Europa; y cuando los nombres de Pizarro y de Cortés han caido en el olvido y dejado de influir en las conquistas, los nombres imperecederos de Francisco Javier, de Prads, de Luis Beltran, de Rosa de Lima conservan aún y perpetuan la obra del celo cristiano y de la caridad evangélica, y su espíritu los anima, y su espíritu los santifica, y sus milagros lo acreditan, y su proteccion los defiende; y despues de los siglos es todavia el ministro de la divina misericordia el protector de los pobres, la defensa del imperio, el sosten de la piedad, la columna de la Iglesia, el vindicador de la religion, el fundador, el apóstol, el ángel tutular y la gloria del cristianismo en el Nuevo Mundo. Y obsérvese de paso un hecho digno de fijar sobre él las miradas escudriñadoras del filósofo cristiano, y es la obstinada guerra que estos misioneros hacen en todos tiempos y en todos los lugares á la avaricia, para arrancarla sus víctimas, obligarla á que las trate con más humanidad, empleando todos sus esfuerzos en abolir la esclavitud y mejorar la suerte de los esclavos. Esto es lo que ha hecho el catolicismo en todas partes donde sus luces han irradiado, ha elevado la humana dignidad, ha destruido la esclavitud. El número de los hombres libres en la antigüedad era muy inferior al de los esclavos. Atenas contaba veinte mil esclavos y la mitad de ciudadanos; en Roma á fines de la república se contaban doscientos mil esclavos, y apénas habia dos mil pro-

pietarios, dice Ciceron en su libro *De Opificritia*. Un solo individuo tenia en ocasiones á su disposicion miles de esclavos. Una vez se vió ajusticiar á cuatrocientos esclavos de una misma casa, en virtud de la bárbara ley que ordenaba que cuando un ciudadano romano fuese encontrado muerto violentamente en su casa, todos los esclavos que habitaban bajo el mismo techo fuesen decapitados. Y cuando se trató de dar á los esclavos un traje particular, el Senado, al examinar la proposicion, la desechó, alegando que no convenia darles esa distincion para no conocer el gran número que habia de esclavos. Otras naciones podrian suministrarnos horribles ejemplos en el mismo sentido; mas no queremos ser difusos, porque todo el mundo científico conoce y sabe que el universo hasta la venida del cristianismo estuvo cubierto de esclavos, y que los filosófos nada dijeron en contra de ese uso. Mas, por último, la religion divina apareció en el mundo y se enseñoreó bien pronto del corazon humano, y le transformó de una manera muy propia para llamar la atencion de un observador. La religion comenzó desde luego á trabajar en la abolicion de la esclavitud, cosa que ninguna otra religion, ningun otro legislador ni ningun filósofo se habia hasta entónces atrevido á idear, y mucho ménos á emprender. Este instante ha continuado en todos tiempos, cual lo vemos en nuestro Prads. Un papa declaró, por último, que todos los cristianos debian estar exentos de la esclavitud. Esta sola ley debe hacer grata su memoria á los pueblos.— N. L.

PRADT (Domingo Alfonso de), antiguo arzobispo de Malinas, nació en el año 1759, y despues de haber terminado sus estudios con notable aprovechamiento, abrazó el estado eclesiástico, aprovechándose de la posicion de la noble é ilustre familia á que pertenecia para aprender una multitud de conocimientos, que no se encuentran de ordinario en los libros; y que son, sin embargo, de inmensa utilidad para la vida social. Al mismo tiempo que se consagraba con ansioso afan al estudio importante de la historia, de la política y de otras ciencias de gobierno, cuidaba de cultivar sus alianzas y relaciones con diversos poderosos de la Europa, cual si adivinase lo útiles que habian de serle estos conocimientos con elevados personajes en el curso de su vida, sin que por esto descuidase las ciencias eclesiásticas, indispensables á su sagrado estado, en las que fué laureado con la borla de doctor en el año de 1786. Nombrado vicario general del cardenal de la Rochefoucauld, arzobispo de Rouen, y condecorado con la eminente y honorífica dignidad de arcediano, fué diputado por la clerecía de Normandía de los Estados generales de 1789. Defendió con animoso valor en la Asamblea Constituyente los altos principios religiosos y monárquicos, inclinando con elocuente y arrebatadora palabra todos los ánimos al lado de la razon. Despues de la sesion se retiró á Alemania con el cardenal de la Rochefoucauld y se estableció en

Munster, donde el año 1798 publicó un notable escrito con este título: *Antídoto del congreso de Rastadt;* obra que revela el talento prodigioso y el gran conocimiento que poseia el autor de los intereses y diversos estados de la Europa, y la cual fué seguida de otra, que publicó en el mismo punto, con el epígrafe: *Prusia y su neutralidad*, acogidas ambas con universal aprobacion y entusiasmo. El cardenal de la Rochefoucauld murió en el año de 1799, y el estado de la Francia se calmó algun tanto, y terminaron las discusiones políticas; y el abate Pradt obtuvo la inclusion en la lista de los emigrados amnistiados; y de vuelta á París fué presentado por el general Turba, su pariente, al primer Cónsul, que le recibió con benévolas muestras de simpatías. Más tarde el gran Napoleon le nombró su consejero, haciéndole obispo de Poitiers en 1805. Acompañó el mismo año á Napoleon á la ciudad de Milan, oficiando en su catedral de todo pontifical en la ceremonia de su coronacion como rey de Italia. Nombrado luego en 1809 arzobispo de Malinas, no quiso reconocerle su cabildo. Fué uno de los obispos que solicitaron en 1810 de Pio VII las dispensas de matrimonio que impetró el gran Napoleon. En 1811 formó parte de la comision encargada de señalar las diversas tésis que habian de ser sometidas al concilio. Nombrado en 1812 embajador en Varsovia, llegó á esta ciudad en el mes de Junio y abrió la dieta polaca, pronunciando un discurso que á nadie complació; por lo que no tardó en arrepentirse Napoleon de haberle confiado esta delicada mision, é incurriendo en la desgracia del coloso de la época, recibió órden de destierro, fué depuesto de su silla episcopal, de sus honores y preeminencias, y conducido al ostracismo con una escolta de gendarmería. Se aprovechó de la entrada de los aliados en Francia para regresar á París, donde publicó varios escritos en favor de los Borbones, en los que se lisonjeaba de haber contribuido grandemente por su parte á la restauracion de esas personas augustas. Murió de una apoplejía el 18 de Marzo de 1837. Sus obras son: *Antídoto del Congreso de Rastadt; — La Prusia y su neutralidad; — Las tres edades de las colonias, pasadas, presentes y venideras; — Del estado de la cultura en Francia y de las mejoras de que es susceptible; — Del Congreso de Viena;* y otras ménos importantes. — N. L.

PRÆDICATOR (Fr. Francisco), religioso del órden de Sto. Domingo, designado con este nombre de predicador, por haber desempeñado el encargo de misionero por largo tiempo. Se ignora su patria y su hogar, sabiéndose tan solo que, despues de recibida una educacion brillante y esmerada, ingresó en la órden de los Dominicos, donde se hizo notable por su celo, por su virtud, por sus dotes oratorias y más que todo por los varios, eruditos é importantes tratados en que victoriosamente refutó los errores de la iglesia cismática, de alguno de los cuales nos ocuparíamos con gusto

en este artículo. Versado cual pocos se encuentran en los idiomas latino, griego y árabe, hallábase en disposicion de juzgar con acierto de muchas de las cuestiones espinosas que por desdicha dividen á los católicos de los orientales cismáticos, desde la terrible explosion promovida por el desventurado Focio. Así es que publicó varios tratados, probando en primer lugar que nuestro adorable Redentor, al instituir la sagrada eucaristía la noche ántes de su dolorosísima pasion y muerte, usó el pan no fermentado; hablando en segundo lugar con precision asombrosa de las dobles operaciones divinas y humanas del Cristo, del Dios increado, del Hombre creado, de la aparicion en el monte Tabor, del Espíritu Santo que procede del Padre y del Hijo; del primer trono de la gerarquía eclesiástica, que compete al romano Pontífice; de que el bautismo de los latinos y de los griegos es el mismo, idéntico. Todos estos puntos son tratados en sus escritos con pasmosa lucidez, con gran copia de conocimientos, con visible y ardoroso deseo de convencer á los griegos, y atraerlos al camino de la verdad. Además escribió tambien la siguiente obra: *Animæ sanctorum rectè tendunt in cœlum, et in cœlum receptæ Deum clarè vident.* Mas debemos, por último, citar de este esclarecido escritor del siglo XV al XVI, la obra siguiente: *Ignis purgatorius credendus et admittendus ante ultimum judicium.*—N. L.

PRÆSIMILIA. (Antonio de), religioso del esclarecido órden de Sto. Domingo, natural de su mismo pueblo, cuyo apellido lleva. Se ignora la familia á que pertenecia, así como tambien la época en que vino al mundo, áun cuando por documentos que se conservan en las bibliotecas del órden de los Dominicos, se sabe que era conocido su invento en el imperio Ruso hácia el siglo XVI, época de tormentas literarias en el mundo científico. Despues de haber hecho los años de probatura religiosa marcados por los sagrados cánones, distinguiéndose entre sus connovicios por su piedad y ciencia, fué nombrado vicario general de la Orden en la provincia rusa algunos años despues de su salida del noviciado. Desempeñó con tino y acierto este cargo por espacio de largos tiempos, hasta que el año 1614 al 1619 fué nombrado prior provincial de la Orden, cargo delicado en cuyo desempeño sobresalió tambien, dictando sabias disposiciones por conservar la disciplina religiosa y confirmándola ante todas cosas con su ejemplo y virtudes. Aun cuando parecia, por razon de las continuadas y multiplicadas ocupaciones, estar exento de ciertos actos de comunidad, asistia no obstante á todos ellos, acudiendo el primero á la oracion, al coro, al rezo del oficio divino, bien poseido como se hallaba de que una autoridad debe, más que con las órdenes, dar sus disposiciones con el ejemplo elocuente, aprobado lenguaje que persuade más que todos los decretos. Se ignora tambien á punto fijo la época en que entregó su alma á Dios. Dejó escritas las siguientes obras: *De*

utilitate Ecclesiæ et profectu Ordinis ex divisione provinciæ Rusiæ à provincia Poloniæ. — De Rosario B. Mariæ Virginis.—Conciones varias.—Los hermanos Predicadores de los religiosos del órden de Sto. Domingo, á quienes algunos soberanos pontífices designaron con este nombre, y han sido designados tambien con el sobrenombre de Jacobinos, á causa de haber fundado su primer convento en la calle de Santiago de París, fundados por Sto. Domingo de Guzman, caballero español, que nació en el año 1170 en la memorable ciudad de Calahorra, de la diócesis de Osma en la antigüedad, y hoy de la diócesis de Calahorra y de la Calzada, en el confin de Castilla la Vieja, se distinguieron sobre manera por su celo y energía en combatir á los albigenses que difundian sus doctrinas por todo el Langüedoc, convirtiendo á la fe católica gran número de ellos. Fué aprobada la órden de los hermanos Predicadores en el año 1215 por Inocencio III, y confirmada al año siguiente por Honorio III bajo la regla de S. Agustin, con algunas constituciones particulares. Al principio solo usaban el hábito de canónigos regulares, á saber, una sotana y un roquete; pero en 1219 le cambiaron por el traje que los Jacobinos usan en el dia, que se compone de un saco, de un escapulario y una capucha blanca por el interior de la casa, y una capa negra con capuchon del mismo color para salir fuera. Extendidos en el trascurso de pocos siglos por toda la tierra, tenian á principios del siglo actual cuarenta provincias bajo un general que residia en Roma, y doce congregaciones generales de reformados, bajo la direccion de vicarios generales. Han salido de su seno muchedumbre de santos, de papas, más de sesenta cardenales, muchos patriarcas, considerable número de arzobispos y obispos, legados, nuncios, maestros del Sacro Colegio, contando desde Sto. Domingo que fué el primero que ejerció estas funciones. La teología, el púlpito, las misiones, la direccion de las conciencias y la literatura, son los diversos ramos en que han dado inequívocas pruebas de saber, de talento y de virtud. Hace llamar á sus escuelas teológicas las escuelas de los tomistas, á causa de mostrarse más adictos á las doctrinas de Sto. Tomás, opuestas en algunas particulares opiniones á la de Cleoto y otros teólogos modernos. Hoy ya carecen de importancia todos los sistemas escogitados para explicar satisfactoriamente ciertas espinosas é irresolubles cuestiones de la gracia y de la presciencia divina; mas cuando con más calor se debatian este género de doctrinas, achacábaseles cierta obstinacion en sostener con algun perjuicio de las sanas doctrinas determinadas opiniones. Si hemos de ser imparciales, fuerza es convenir en que su desmedido deseo de penetrar en abismos tenebrosos de la ciencia teológica, donde Dios ha vedado la entrada á la humana inteligencia, ha producido lamentables consecuencias. Con sus teorías acerca de la gracia, que tendian á menoscabar más ó ménos la libertad humana, sen-

taron principios cuyas consecuencias se abstuvieron de deducir por temor á los anatemas de la Iglesia. Mas luego hombres malignos los publicaron abiertamente, sin temores de ningun género y con el marcado designio de introducir el desórden en las costumbres y las doctrinas. Sirva para aclaracion de lo que decimos un ejemplo. Hablando de la gracia eficaz en su accion sobre la libertad humana, decian que prevenia al hombre, ilustraba su inteligencia, movia su corazon y le impelia al bien. La consecuencia legítima de esta doctrina era la destruccion de la libertad humana, puesto que este de un modo irresistible era guiado al bien. Los tomistas no la dedujeron, sin embargo, por temor á los anatemas, y porque es necesario confesarlo, procedian de buena fe. Mas aparecen los luteranos, y al encontrar estas imprudentes teorías, deducen descaradamente las consecuencias, sentando que el hombre es una máquina que, dañada su libertad esencialmente por el pecado, es incapaz del bien, que por lo mismo es juguete de la gracia que le impele al bien, ó de la pasion que le arrastra al mal; y demás horrorosas doctrinas que no es del caso enumerar. Quizá con una prudencia comedida en evitar peligrosas cuestiones, quizá á no haberse obstinado en las luchas escolásticas en hacer triunfar sus peculiares opiniones con detrimento de la pura y santa doctrina del cristianismo, hubiéranse evitado calamidades inmensas que hoy llora la Iglesia con lágrimas de sangre. Estas guerras de pluma, envueltas en el polvo de las escuelas, si bien no traspasaron los límites de los libros, dieron lugar á las contestaciones é invectivas de los protestantes contra los hermanos Predicadores, á quienes acusaban de haberse ensañado con los franciscanos sobre la preeminencia de su Orden, de haberse mostrado poco sumisos á la autoridad de los obispos, que les corregian los abusos que hacian de sus privilegios, de haberse obstinado con la universidad de París en el año 1384 en lo relativo al que hoy es dogma de la Purísima Concepcion de María, á la que negaban este privilegio honrosísimo contra las prácticas usadas en la Iglesia; de haberse ensangrentado en sus acaloradas polémicas con los jesuitas, en el año 1602 y siguientes, por lo relativo á las cuestiones de la gracia, con escándolo de los sencillos creyentes, y no con mucho agrado de la Iglesia católica, que si toleraba fácilmente las luchas fratricidas de sus hijos, no podia ménos de mirar con amargura el verlos divididos en puntos irresolubles; y por último, de haber llevado demasiado léjos sus pretensiones con respecto al clero secular, atacando de este modo la disciplina eclesiástica. Aun cuando reconocemos paladinamente que los enemigos de la Iglesia exageraron con demasía estas guerras escolásticas para sacar de ellas infundados argumentos contra la utilidad de la órden de los hermanos Predicadores, no podemos sin embargo dejar de conocer que algunos de sus ataques eran fundados. ¿Qué

ventajas han producido esas discusiones privadas y públicas en que sutiles teólogos disputaban con acaloramiento sobre oscuras y tenebrosas cuestiones? ¿A qué entrometerse en averiguar la misteriosa concordia de los dogmas relativos á la presciencia y predestinacion divina, con el dogma de la libertad humana? ¿No hubiera sido más preferible y acomodado al carácter templado, que tan bien sienta á los sabios cristianos, el limitarse á demostrar la verdad de la predestinacion divina y la libertad humana, declarando despues con franca ingenuidad la impotencia del hombre para conciliar estos dogmas inconciliables á la humana inteligencia, y hallar el lazo divino é incontestable con que el Eterno se ha dignado unirlos? ¿Acaso no hubiera semejante proceder atraido la veneracion del mundo, tanto de los incrédulos como de los mismos fieles, al ver la grandeza de Dios, que pone límites á la inteligencia humana del modo que le place, y la pequeñez del hombre, que es impotente para abarcar en su pigmeo entendimiento los grandes misterios en los cuales guia los destinos de la humanidad? ¿Cuánta gloria no resultaria al Altísimo de este acto de homenaje rendido por el sabio, que postrado con humilde compostura adora sus arcanos, sin llevar su torpe osadía al extremo de levantar el denso velo que le oculta á la mirada del mortal? En hora buena; investigad las ciencias tanto divinas como humanas; recorred con observadora mirada el cielo poblado de querubes y serafines, el firmamento cuajado de inmensos globos de luz, que con rutilante brillo iluminan la patria de los descendientes del infortunado Adan; estudiad los acontecimientos de los hombres, de las antiguas y modernas naciones, penetrad en los senos de la tierra; y si esto no basta á saciar vuestra voracidad intelectual, si vuestro entendendimiento necesita mayores objetos, más puros, más grandiosos, remontaos al trono mismo de la rectísima Trinidad, contempladla con acatamiento profundo, adorad al Padre Eterno, que sin cesar engendra al Eterno Hijo, reflejo de su ser, al Espíritu Santo, espontáneo efecto de la mirada eterna que recíprocamente se dirigen el Hijo y el Padre, llamado amor. No tratamos de negar su alimento á vuestra inteligencia creada para ver, para conocer. Más cuando en su camino encuentra insuperables barreras, puestas por el Omnipotente, no oseis traspasarlas, no os arrojeis á livianas conjeturas, á hipótesis funestas que os precipiten en un laberinto de dudas y oscuridades, como digno castigo de Aquel, que es celoso de sus adoraciones. La mejor prueba que podeis dar al mundo ilustrado en estas luchas intelectuales, es la de trazar los límites de vuestra inteligencia, la de conocer vuestras posibilidades, la de mostrar las verdades que conoceis, y los dogmas velados por nubes venerandas. Fuera de esto, preciso es convenir en que florecieron en el órden de los hermanos Predicadores las virtudes cristianas, llevadas á su más alta perfeccion, así

como las ciencias, la literatura y las artes, sin olvidar tampoco la cooperacion á la difusion de las luces del Evangelio en los selváticos países donde enviaron multitud de misioneros salidos de su seno, dirigiéndolos ora al Japon, ora á la China, ora á las Islas Filipinas y demás países descubiertos por Colon y sus sucesores y compañeros. Excusado será repetir aquí los admirables frutos que el celo desinteresado y evangélico de estos hombres produjo á la Europa, cuyas posesiones aumentaron, conquistando á los bárbaros sumidos en la ignorancia y las tinieblas del error. Las naciones europeas, conocedoras de los importantes servicios que han prestado los hermanos Predicadores, no solo á la causa de la religion sino á la causa de la patria, tributan homenajes de gratitud á los esclarecidos hijos de Sto. Domingo de Guzman, que abandonando su patria, sus allegados, sus comodidades quizá, atravesaron el Océano, para presentarse en el corazon de bosques inhabitados, á fin de encontrar en ellos al embrutecido salvaje, darle á conocerle su existencia, hacerle adorar á su Criador, elevarle al rango y consideracion de hombre, formar con ellos una sociedad, que con el tiempo ha llegado á ser floreciente, rica, abundosa en frutos de todas clases. A pesar de esto hay en Europa una raza de hombres que abriga en su pecho un corazon dominado por la rabiosa envidia, y el más negro odio hácia las instituciones católicas. Estos malignos seres de raquítica alma, al ver ya organizadas tropas de misioneros dominicos que cruzan los mares para humanizar á los habitantes feroces del Mundo Nuevo, deseando en su rencor desacreditarlos, han repetido que eran esos misioneros «frailes vagabundos, disgustados del recogimiento y silencio, á que sus juramentos los sujetaban, ansiosos de gozar las delicias de una vida más libre é independiente, de carácter inquieto, que se lisonjeaban adquirir más consideracion y dominio en aquellos países que el que gozaban en Europa.» Incapaces estos hombres, declarados enemigos de los grandes sentimientos que emanan de las purísimas fuentes del catolicismo: incapaces, digo, de imitar la conducta nobilísima de los Apóstoles de la verdad, apelaron al medio de desacreditarlos, de suponerles intenciones dañadas, de acusar los medios empleados como demasiado supersticiosos á su entender, de afear en fin sus motivos, sus acciones, sus resultados más asombrosos, con el perverso fin de hacerlos aborrecibles al mundo entero. Preciso es estar animados del odio más profundo contra estos héroes, que la humanidad bendice y áun adora con religioso acatamiento, para atribuirles tan negras imputaciones. Considérense los trabajos fatigosos á que estos emisarios del cielo se dedican en las Antillas y colonias; los azarosos riesgos que de continuo les cercan por parte de las indómitas bestias, por parte de los antropófagos, por parte del inexorable y cruel clima, que de continuo los amenaza con la muerte; téngase

en cuenta que los países á que se trasladan son inhospitalarios en general, que en ellos tienen que procurarse alimentos silvestres, que la inculta naturaleza solo les ofrece en toda la extension de la palabra abrojos y espinas; y véase si con tantos infortunios y penas son compatibles las aspiraciones temporales; véase si las humanas pasiones alcanzan á santos; véase si el deseo de mundanal é incierta gloria humana son bastantes á inspirar tanto celo y caridad cristiana como anima á estos apostólicos varones. ¿Qué puede prometerse del ingrato mundo el modesto religioso, que envuelto en su mortuoria túnica, despojado de provisiones, sin más equipaje que su breviario, sin criados, sin medios humanos de ningun género, vaga por las dilatadas soledades del Mundo Nuevo, sufriendo el calor abrasador de los trópicos, sin hallar albergue que le preserve de la intemperie, y dirigiendo sus amorosas miradas al negro que huye fugitivo y asustado por los matorrales, para acercarse á él, dirigirle palabras celestiales, llamarle hermano, mostrarle un cielo que le es desconocido, un Dios á quien debe rendir sus adoraciones, sin tener en cuenta que tal vez el premio de sus fatigas será la muerte desapiadada é inhumana? ¿Qué pueden, digo, concederle que remunere sus imponderables trabajos? ¿Los aplausos mundanales? ¿La estimacion pública? ¿Los elogios pomposos? Ah! ¿Acaso llega á sus inhabitadas playas ni siquiera el vago rumor de los elogios que tributarle puedan sus paisanos y compatricios? Que un ministro protestante, salido de baja y humilde esfera, cuya codicia se excita con un pingüe sueldo, se arriesgue á partir para el Tonquín ó para el Japon, para la China ó la India, cargado de víveres, rodeado de su esposa é hijos, de sus criados, haciendo el viaje en cómodos buques é instalándose despues en las regiones trasatlánticas en soberbios palacios defendidos por soldados de su respectivo país, con cierta autoridad sobre los caciques y emperadores, y cuyas funciones se limitan á repartir en los ratos de ocio biblias adulteradas, cosa es que se comprende. La seguridad de lograr por este medio una pingüe fortuna, la de gozar de ciertas consideraciones en el país extraño, la certeza de no ver jamás expuesta su vida por riesgo alguno, y la de disfrutar de una vida regalona y muelle á costa de sus riquezas, son motivos que estimulan á los codiciosos para emprender viajes dilatados. Pero que hombres sabios, consumados en las ciencias, orlados con la borla de doctores en las universidades europeas, habituados á climas benignos, al trato íntimo de personajes distinguidos, que gozáran tal vez una posicion holgada, emprendan luengas excursiones á países incivilizados, habitados por hordas de salvajes, hambrientos de carne humana, con probabilidades de perecer en los sombríos bosques, quedando allí sepultada perpétuamente su memoria, sin que ningun mortal vaya á depositar sus homenajes en su tumba, colocada á la intemperie; cosa es que

no se explica por los medios naturales. El comerciante que parte al Brasil, á la Florida, á Chile y á otras poblaciones de América, sabe, es cierto, que el clima de aquellos países es diferente del que disfruta en Europa; teme que el tránsito produzca graves alteraciones en su salud; pero sabe tambien que va á morar en populosas poblaciones, provistas de todos los medios adecuados para la vida, se lisonjea de poder contrarestar los malos efectos de la variacion de temperatura, y una vez acostumbrado á él tiene por segura su prosperidad. Mas el misionero carece de baños, y no dispone de casas espaciosas; quizá no le suministra la inculta naturaleza ni un sorbo de agua para refrigerar sus sedientos labios; no encuentra para su alimento más que yerbas silvestres, y por todo descanso, á lo sumo, la verde yerba, el bosque estéril, é irradiante de calor. Siempre nuestros enemigos chocan con el sentido comun al emitir irritantes acusaciones contra hombres tan venerables como son los evangelizadores católicos. Su odio les ciega hasta el extremo de asegurar que no estuvieron los hermanos Predicadores animados del noble deseo de procurar la eterna felicidad de las idólatras naciones, ni se trasportaron á países desconocidos para anunciar en ellos las verdades más terribles, sino que sus miras fueron interesadas, y que la gloria que adquirieron enviando á sus compatriotas relaciones y pinturas extrañas de un pueblo digno de admiracion, recompensaba abundantemente sus fatigas, é indemnizaba con exceso las persecuciones á que se exponian. Basta exponer estas absurdas teorías para que todo hombre sensato y conocedor del humano corazon dirija menospreciativas miradas á hombres tan apocados y pequeños, que no viendo nada más allá de lo humano, atribuyen á motivos tan frívolos los afanosos trabajos de hombres admirados por sus generaciones. ¡La gloria que se adquirian con enviar sus historias chinescas á los países que los vieran nacer, bastára á remunerar y recompensar sobradamente las vigilias, sudores y desvelos de los misioneros.....! ¡Qué alma tan pequeña muestran los que así hablan! Para ellos lo noble, lo divino, lo grandioso, lo sublime, lo humanitario, no existen! ¡Miserables! Compadezcámoslos, y sigamos venerando á los hermanos Predicadores, que tantos beneficios dispensan al mundo y á la cristiandad.—N. L.

PRÆPOSITIVO. Teólogo ilustre del siglo XIII, calificado de cremonense, en algunas de sus obras y manuscristos. El sabio Alberico, dice que nació en Lombardía; pero Tirabosqui ha incluido su nombre entre los italianos que cultivaron las letras. Se ignora la fecha de su nacimiento; pero hay probabilidades muy fundadas de que viviese en el año de 1206 en la ciudad de París, donde fijó su residencia, llegando á ser chantre de la catedral, como se desprende del acta del obispado de Odon, cuya fecha es del año 1207, y en la cual Claudio Homero, du Boulay, Casimiro Oudin y otros, hacen pom-

posos elogios de un escrito latino debido á su pluma, considerándole como un monumento insigne que honra la memoria del distinguido chantre de dicha Iglesia. Segun el precitado Alberico, fué muy reducido el número de años que gozó de su elevada dignidad eclesiástica, supuesto que el año 1209 ó 1212 se retiró, segun la opinion más acreditada, al lugar de su nacimiento. Su obra principal es una extensa y vastísima Summa teológica, de la cual apénas llegaron á imprimirse algunas páginas en el transcurso de los siglos, entre las cuales son dignas de especial mencion las *Penitenciales de Teodoro*. Aunque la obra inédita es rarísima, las copias manuscritas son numerosísimas, supuesto que se encuentran en abundancia en diversas abadías y catedrales de Italia, Francia é Inglaterra; así como tambien en las bibliotecas de las universidades de Sorbona y de Navarra, y por último subsiste en el palacio del Rey de París, el retrato de Præpositivo entre muchos otros doctores de su tiempo, en actitud de explicar al maestro de las sentencias, Lombardo, en sus libros y públicas lecciones. Compuso además un comentario del *Salterio*, que se halla manuscrito en la biblioteca del rey de Francia, y en la cual, á pesar de ser obra tan distinta de la Summa teológica, se descubren sin embargo los vestigios y formas escolásticas. Tiene además excelentes sermones, un libro sobre los oficios divinos, y varios otros escritos de menor importancia, conservados en la biblioteca de Saltzburgo.—N. L.

PRAM (Jorge, Andrés, Septimio, baron de). Sabio numismático, nacido en Viena en 1701; fué ministro de Estado en la corte de Brunswick, y murió en 28 de Abril de 1786. Las obras de este autor aleman son muy apreciadas, sobre todo por los amadores de la ciencia religiosa y monetaria. Publicó en lengua francesa: *Meditaciones sobre la excelencia de la Religion cristiana*, publicada en París en 1767, en un tomo en 8.° *El tratado de las monedas, y principalmente de las monedas alemanas, antiguas y modernas, unido á un suplemento en el que se estudian las monedas francesas, españolas, holandesas, inglesas y danesas*. La tercera edicion de esta obra curiosa, publicada en Leipsik, en 1748, en un tomo en 8.°, se halla aumentada con las monedas suizas, rusas y polacas. Tiene además diversas colecciones de escritores que se han ocupado de este asunto, y la galería completa de los sellos de Brunswick-Luneburgo, con otras de más escasa importancia.—C.

PRAMMACIO (S.) obispo y confesor. Hace mencion Usuardo al anotar el martirologio, de S. Prammacio, obispo de Autun en el siglo V de nuestra era por los milagros que obró. Consta que este santo prelado se distinguió especialmente contra el gentilismo, y que durante su episcopado se ocupó con perseverancia en limpiar su diócesis de las reliquias del paganismo que aún quedaban, lo que le proporcionó muchos disgustos y le causaron aflic-

ciones y trabajos que sufria con la más santa resignacion por la fe de Jesucristo. Murió este santo Obispo en el año 490, y la Iglesia le recuerda con gozo el dia 22 de Noviembre. — C.

PRANDINO (P. Francisco). En el año 1599 nació al mundo el reverendo P. Francisco Prandino, en la ciudad de la Mirándula, una de las aldeas situadas en los confines venecianos. En la tierna edad de diez y siete años abrazó el instituto de la Compañia de Jesus, en cuyos colegios estudió sucesivamente latinidad, humanidades, retórica, filosofía, teología, ejerciendo despues el cargo de lector ó catedrático de filosofía en Rímini. Vivia en este punto su Ilmo. Obispo el Sr. Angelo, el cual prendado de las virtudes y eminente celo que brillaban en el P. Prandino, ocupado de continuo en el confesonario, en el púlpito, en la asistencia á los hospitales, ejerciendo las humanitarias y divinas prácticas de la augusta religion del Crucificado, se hizo su consejero, valiéndose de su experiencia y talentos en cuantos árduos negocios le ocurrian en el gobierno de su vasta diócesis, de lo que no se apesadumbró, porque con sus consejos y amonestaciones siempre salió airoso en todos sus compromisos y espinosos cargos. Nombrado algun tiempo despues rector del colegio noviciado de Novelara, con gran pesar del obispo Angelo, á quien se privaba de este modo de uno de sus más sabios y leales amigos y consejeros, desempeñó su encargo con suma prudencia y admirable destreza. Era el primero y más exacto observador de las reglas dictadas por el grande Ignacio de Loyola, el verdadero padre de sus novicios, acariciándolos y consolándolos en sus congojas espirituales, y sufriendo sus impertinencias con verdadero amor, cual lo atestigua en su vida el reverendo P. Nieremberg. Seria difuso sobremanera referir uno por uno los acontecimientos de su santísima y piadosa vida, que prueban lo acendrado que en su corazon se hallaba el amor á Jesucristo crucificado y á su santísima Madre. Despues de haber desempeñado por largos años algunos cargos de consideracion en la Compañía de Jesus, en ese ejército denodado del catolicismo, que jamás cede ante los peligros y las adversidades, entregó plácidamente su alma á Dios el dia 27 de Enero del año 1270, al tiempo mismo en que se hacia el ejercicio de la buena muerte en una de las iglesias de la Compañía. — N. L.

PRANDT (Domingo), una de las eminencias del clero francés, en cuya nacion figuró además como escritor político á fines del siglo anterior y principios de este XIX, era descendiente de la conocida familia de los Rochefoucauld, emparentada con la familia del mariscal Duroc. Dedicado desde su tierna juventud al estado eclesiástico, en que se hallaba destinado á hacer tan importante papel, sobresalió en los estudios de la filosofía y de la teología, siendo elevado á las órdenes sagradas desde su adolescencia. Ya

desde entónces dióse á conocer por su ardiente celo en favor de la causa de la religion y de los intereses de la monarquía, unido todo á una vasta erudicion y á una facundia notable; lo que hizo que fuese nombrado diputado general del clero, cargo que desempeñó con gran celo en favor de los intereses de la clase sacerdotal, formulando severas protestas contra todas las innovaciones que los revolucionarios querian introducir en el estado, en cuya digna empresa tuvo constantemente por adalides á los célebres Cazalés y á los Maury. Aunque eran pocas las veces que ocupaba la tribuna, hablaba con calor y elocuencia notables, si bien su elocuente voz era sofocada de continuo por las bruscas interrupciones, por las sarcásticas burlas, por las sandias interpretaciones de los enemigos del órden, vivamente interesados en que no fuesen escuchadas por el pueblo las autorizadas voces de los defensores de la verdad, de la religion, de los elementos de órden, de los verdaderos y caros intereses de los pueblos. Fijóse con especialidad en las tremendas discusiones habidas en el parlamento sobre la supresion de los religiosos, cuya existencia defendió con calor en nombre de la religion y de la libertad, manifestando las monstruosas contradicciones en que incurrian, si levantando con una mano el edificio de la libertad, destruíanle con la otra restringiéndola á los individuos del clero, tan capaces de los derechos de ciudadanía como pueden serlo todos los demás ciudadanos. Sus severos cargos, sus inspiradas palabras, sus sólidos y razonados discursos perdiéronse por desgracia en el vacío, merced á los villanos medios empleados por los que, en nombre de la libertad del pensamiento y de la emision de la palabra, cerraban los labios de los defensores de las ideas justas, sociales, santas. Batido en las discusiones relativas á las órdenes religiosas, no por esto se desanimó para combatir á los revolucionarios luego que, con el mayor desenfado, con la más cínica desvergüenza, se plantearon en las cámaras las discusiones relativas á la monarquía, empezando por ponerla en tela de juicio para luego promover una discusion insolente sobre la conveniencia é inconveniencia de seguir sosteniendo el trono. En estas célebres discusiones, el Abate que nos ocupa figuró en primer término entre los denodados combatientes de la revolucion, entre los leales y nobles defensores de las instituciones monárquicas, y dicho se está que hablando semejante lenguaje á una generacion ébria de sangre régia, que suspiraba hacia tiempo por la horrenda guillotina, se habia de hacer odioso y habia de hallarse en inminente peligro su existencia, su posicion, su fortuna. Así sucedió, en efecto, cuando al promulgarse en la nacion del gran S. Luis la constitucion civil del clero, y rehusando adherirse á sus disposiciones anticatólicas, fué destituido de todo empleo eclesiástico y civil, y precisado á abandonar su ingrata patria, para retirarse al extranjero suelo á

comer con lágrimas de dolor el pan de la emigracion. En su ostracismo halló al ménos el dulce consuelo de la amistad, por haberse unido con vínculos suaves de amistad con los célebres emigrados Rivarol, Canot y otros no ménos ilustres, conocidos por sus ortodoxas y monárquicas ideas, con quienes pudo entablar prolongadas discusiones, que contribuian no poco á recrear sus ánimos, abrumados por la penosa consideracion de los horrorosos desastres que llovian sobre la religion y sobre el estado en su nativo país. Mas este único consuelo le fué quitado inicuamente por el anarquismo; el cual noticioso de las juntas recreativas de algunos emigrados en Bélgica, ordenó á nuestro virtuoso sacerdote abandonar ese punto para pasar á Westfalia, en cuya capital permaneció por espacio de muchos meses, ocupándose sin cesar de la política, y frecuentando la casa del conde de Morey-Argenteau, antiguo embajador de Austria, en Versalles, que se hallaba encargado, en union del conde de Franthmamdorff, de las negociaciones secretas entre el comité ó sociedad de Salvacion pública y la corte de Viena; y sabida es la grande influencia que ejercian sobre los destinos del mundo europeo las gestiones en ese sentido. Sin ser iniciado especialmente el Abate en todos los secretos de esta asociacion, que se proponia grandiosos proyectos, tuvo la sagacidad y astucia necesarias para penetrar en los más importantes. En más de una ocasion se le oyó decir, refiriéndose á lo escuchado de los labios del embajador de Austria, arriba mencionado, que el gobierno de Monsieur de Robespierre le inspiraba bastante confianza á su corte, para que creyese necesario tratar de negociar con él, manifestando que bastaban sus desaciertos para derribar su precaria existencia en la noche eterna del olvido. Hoy no es posible dudar de que la corte de Austria fundaba más esta confianza de humillar á Robespierre en los ejércitos de la coalicion, victoriosos y dueños de las grandes fortificaciones, que habian sido evacuadas en Bélgica, y que por lo mismo favorecian grandemente cualquier ataque que se proyectase sobre las fronteras del vecino imperio. Las negociaciones de Bruselas dieron tambien importantes resultados, y en ellas debió tomar una parte activa nuestro sacerdote, á juzgar lo que nos dice en uno de sus escritos, en la *Bélgica* del año de 1789 hasta el de 1794. Cuando á consecuencia de estas negociaciones, fué de nuevo ocupada la Bélgica por las armas triunfantes del Austria en 1794, el abate Prandt y sus amigos se vieron precisados á refugiarse en Hamburgo, donde continuaron por espacio de muchos años, con Randem, Rivarol y otros en sus intrigas y negociaciones políticas. Por entónces insertó en una *Revista militar* infinidad de notables artículos sobre la guerra, que eran atribuidos por muchos á un antiguo general, y áun concibió el pensamiento de publicar una historia de sus tiempos, renunciando á este pensamiento en atencion á la clase á que perte-

necia, que desde luego haria odiosos los hechos referidos por un clérigo á una sociedad sedienta de sangre eclesiástica, ébria, veleidosa, embriagada con ilusiones semejantes. Por este tiempo publicó, sin embargo, una notable obra con el título siguiente: *Antídoto contra el Congreso de Rastad*, que tanto ruido metió en toda Europa; y como ocultó su nombre, la mayoría de los lectores atribuyen esa obra al autor de las *Consideraciones sobre la Francia*, obra igualmente interesante, y parecida por razon de su objeto á la anterior, y las cuales fueron clandestinamente impresas en Lóndres en un mismo volúmen, bajo la rúbrica fingida del célebre conde de Maistre, con más otras muchas ediciones, que con una celeridad pasmosa se fueron haciendo el mismo año en Suiza, en Alemania, en Inglaterra, siendo leida con suma avidez por los hombres de todos los partidos, de todas las opiniones, de todos los puntos, sin exceptuar de este número los jornaleros de todos los países, que la leian con suma admiracion, consagrando en su encomio muchedumbre de notables artículos, que fueron publicados en el *Diario de los hombres libres*, redactado por Antonelle, uno de los escritores que mostraban en la actualidad mayor exaltacion demagógica, quien en uno de sus artículos declara paladinamente, que es una de las obras más eminentes que engendrar pudieran los enemigos de la revolucion, la contrarevolucion. Mallet de Pau, uno de los pensadores más profundos de la época revolucionaria, poseido de vivísima admiracion hácia esta notabilísima obra, cita algunos fragmentos de ella en su *Mercurio Británico*. Sentimos, dice, no poder trascribir íntegro el último capítulo, escrito con vigoroso razonamiento, con precision y verdad, que no es posible reducir á un extracto. El autor examina con notable viveza de ingenio el sistema defensivo adoptado por los poderosos en el momento en que escribe. Pone de relieve sus demoledoras intenciones, sus horribles intrigas, las huecas y vanas ilusiones que forjan en el orígen y despues del tratado de Campo-Formio. Pinta con vivísimos colores los perjuicios que de su sistema resultarian á la nacion, á la industria, al comercio, á los intereses públicos, uniendo á un vigoroso estilo una extension de conocimientos, una elevacion de miras que aplica á todos los ramos de la humana inteligencia. De notar es que al tributar tan pomposos elogios de esta notable obra, Mallet de Pau no conocia á su autor, quien seguia ocultándose bajo el más riguroso incógnito, á fin de que al describir la vergonzosa política de los revolucionarios, hiciese más efecto sobre la muchedumbre su elocuente voz, envuelta en el misterio; que si el público llegaba á vislumbrar quién fuese el autor de ella, sabiendo que era un clérigo, hubiérale despreciado sin verle. Despues de haber trascurrido medio siglo desde la publicacion de esta obra, es todavía leida con admiracion y asombro por los hombres pensado-

res, que encuentran en ella á cada paso motivos de admiracion, y es bien conocida la influencia que ejerció en el año 14 de nuestro siglo XIX, cuando se trató de formar la terrible coalicion contra el emperador Napoleon, fundada en su parte principal en las exhortaciones dadas por el abate Prandt para impeler á los poderosos y magnates á coligarse contra las fuerzas armadas en contra de los revolucionarios. En fin, la restauracion y las divisiones de territorio indicadas por nuestro Abate en 1798, hallábanse fundadas en las mismas bases y los mismos principios de legitimidad y equilibrio europeo, adoptados por el tratado de París y el congreso de Viena. Débese notar únicamente, que en esta última época los dueños de los destinos de las naciones, los reyes coligados, procedieron con ménos elevacion de miras que lo habia previsto nuestro escritor, porque no podia llegarse á figurar tampoco que la monarquía de Luis XIV debiera ser restablecida bajo bases tan frágiles, ni era dado imaginar que todos los horrendos crímenes de una revolucion desencadenada habian de ser en tiempos posteriores no solo olvidados, no solo perdonados, sino áun honrados, venerados y recompensados por aquellos mismos que eran el principal objeto de los mortíferos dardos revolucionarios. Despues de esta obra, la más notable que se halla entre sus numerosas producciones, y continuando aún en la emigracion, el abate Prandt dió á luz, tambien bajo el velo del anónimo, la obra denominada *La Prusia y su neutralidad*, llena de rasgos admirables; pero esta publicacion fué ménos favorecida por las circunstancias y la fortuna caprichosa, que no la arriba designada con el nombre de *Antídoto*, lo que fué debido, por un lado, á haberse ya disuelto la coalicion contra la revolucion; por otro, á haber mejorado algun tanto la suerte de los realistas con la inopinada subida de Napoleon al poder; y en fin, á las poderosas razones que merced al cambio de circunstancias, obligaban á la Prusia á abandonar el estado de neutralidad que habia adoptado: todo lo cual contribuyó á que hiciese corta sensacion, y fuese apénas conocida en la misma Francia, la obra en cuestion. El abate Prandt, cubierto de entusiastas encomios por el público á causa de sus notables obras, continuó, sin embargo, en el ostracismo, llevando una vida oscura, llena de privaciones, y sostenida tan solo por los exíguos recursos que le enviaban á su destierro los príncipes adictos y emparentados con el monarca Luis XVI. Algun tiempo despues, aprovechando la época en que, calmadas algun tanto las pasiones políticas, se obraba con más tolerancia con los emigrados, escribió á Luis XVIII, que residia á la sazon en Mittau, donde habia pasado para mejor servir su causa, y en vista de lo que, le decia pasó en efecto á París, donde llegó á principio del año 1802 en un estado de extrema miseria y abatimiento, viéndose precisado á hospedarse en una pobre casa de huéspedes, situada en la calle de las Canet-

tes, no léjos de la iglesia de S. Sulpicio, donde un dia habia de ser consagrado obispo por ordenacion del Soberano Pontífice. Siempre sobrecargado de ocupaciones literarias, lleno de actividad extraordinaria, que necesitaba tener la atencion distribuida á la vez en veinte objetos diversos, pasó así algunos meses, sin que los reveses del infortunio, ni las conveniencias sociales con que le brindaba el mundo, sin más que acomodarse algun tanto á sus placeres, bastasen á debilitar en lo más mínimo su heróica constancia, ni á introducir la menor variacion en sus opiniones políticas ni religiosas. Lo que parece extraño es que este hombre, que habia penetrado en la capital del Imperio y abandonado el destierro para prestar más útiles servicios á la causa del monarca Luis XVIII, y que profesaba opiniones tan opuestas á las revolucionarias dominantes, contrajese íntima amistad y frecuentase el trato de los cortesanos, tales como Talleyrand, su antiguo colega, madama de la Rochefoucauldt, y sobre todo de Duroc, que le presentó á su maestro, le habló con encomio de sus opiniones políticas, y aceptó el cargo de limosnero del Emperador con que fué invitado por su pariente Duroc. Sea lo que quiera de esta conducta, lo cierto es que Prandt, admitido en la más brillante y escogida sociedad, asistió á la consagracion imperial hecha por el Papa en Napoleon, que tuvo lugar en la catedral de París el mes de Diciembre del año 1804, y allí le vemos prosternarse humildemente ante el mismo personaje imperial, á quien algunos meses ántes perseguia con sus escritos, y acusaba y censuraba de la manera más acre y amarga. El nuevo Emperador, vivamente satisfecho de esta conducta de Prandt, procuró gratificarle sus homenajes nombrándole obispo de Poitiers, creándole baron y concediéndole una gratificacion de cuarenta mil francos, con lo que el pobre Abate, embriagado por tantas dichas, estuvo á punto de perder la cabeza de contento, segun lo afirma uno de sus historiadores imparciales. Desde entónces, rendido y sumiso adorador de Napoleon, complacíase en mostrar á todos sus amigos una bonita caja de tabaco, que formaba parte del regalo imperial, añadiendo que habia sido el proemio de una obra más considerable, de un regalo más grande, que tenia la honra de ser el limosnero del dios Marte, y en fin, que el universo habia cambiado felizmente de faz. ¡Oh poderosa fuerza de la vanidad y del interés! ¡Tú quebrantas cedros! Este entusiasta delirio hácia el Emperador aumentóse en su agradecido pecho cuando mereció la honrosa distincion de ser señalado para acompañar al preso de Santa Elena á Milan, donde el nuevo Emperador se hizo consagrar el 26 de Marzo del año 1805 en calidad de rey de Italia por el cardenal Caprara, porque el Soberano Pontífice habíale rehusado esta doble merced. El prelado limosnero, admitido con otros personajes á los secretos de Napoleon, en cuya mente bullian las hermosas ideas de repetir tambien la ceremonia

de la consagracion de la catedral de París y de la de Milan en la de Toledo, protesta más tarde de los vivísimos deseos que le animaron de volver á su antiguo estado. En una de sus memorias ha dicho que habia siempre permanecido fiel á sus monárquicas y religiosas ideas; pero no sabemos si son muy sinceras estas aseveraciones, cuando le vemos convertido en fautor de las ambiciones napoleónicas, cuando le vemos recibir continuamente de las imperiales manos donativos pingües, cuando le vemos sonreir con morosa complacencia al verse elevado al arzobispado, sin apénas haber soportado las fatigas episcopales en su anterior diócesis; y cuando, en fin, no satisfecho con las gratificaciones, con las baronías, con los obispados, con los arzobispados, le vemos ostentar con orgullo en su pecho la cruz de grande oficial de la Legion de Honor, rindiéndose humildemente á las exigencias de su liberal protector, de su libérrimo remunerador, á cuyas dulces caricias, á cuyas larguezas no fué dado sin duda resistir á nuestro Prandt, por más que sus apasionados se empeñan en asegurar lo contrario. El vanidoso sacerdote se doblegó á las caprichosas veleidades de su imperial amo, á quien no quiso disgustar en lo más mínimo, llegando al punto de ofrecer con otros varios distinguidos prelados ofrendas al Emperador, y suplicar al Eterno los beneficios de su infinita misericordia para su augusto bienhechor con no ménos celo y humildad que los demás prelados. En las tristes negociaciones entabladas por el preso de Santa Elena con el soberano pontífice Pio VII, de inmortal memoria, fué comisionado nuestro personaje con otras eminencias del clero francés adictas á la situacion napoleónica, para que tratasen con el vicario de Jesucristo las condiciones de un arreglo pacífico, intervencion que honra poco á un sacerdote, á un ministro de la Iglesia católica, entre cuyas cualidades debe siempre figurar en primer término la dócil sumision al sucesor de Pedro. El venerable Pontífice no aceptó en manera alguna las anticatólicas proposiciones de que eran portadores los oficiosos amigos del grande Emperador, á quien se presentaron á dar cuenta de los exiguos resultados de su comision, siendo por lo mismo recibidos y despedidos con desvío por su augusto amo, para quien no hacian falta los hombres que no cedian á toda costa á sus caprichosas é imperiales demandas. Por este tiempo se vió precisado á abandonar los salones de las Tullerías, á consecuencia de algunas severas indicaciones que le hiciera su augusto amo, al decirle con tono sarcástico: «Los obispos deben residir en sus sillas;» por lo que partió á ponerse al frente de su grey; determinacion forzada que fué en alto grado bochornosa al inquieto y móvil prelado. Se resignó, sin embargo, con su destierro, que para él lo era, esperando á que el tiempo mitigase algun tanto la cólera imperial; y despues de algun tiempo, cuando Napoleon meditaba su famosa guerra con Rusia, para donde partia el año

doce, le mandó venir á su lado á toda prisa á Dresde, á fin de darle las instrucciones necesarias para desempeñar el cargo de embajador en Polonia, para que habia sido destinado por rescripto imperial. Siguiendo su aduladora y lisonjera conducta para con su amo augusto, dedicóse en sus ratos de ocio, miéntras estaba de embajador en Polonia, á publicar de un modo interesante las conversaciones habidas por Napoleon en la época de su mayor apogeo y de su gloria; contó su paso por Varsovia, su desastrosa retirada de Moscow, con caractéres vivos, con bellas pinturas, y de esta obra aseguraba Napoleon, en su ostracismo de Santa Elena, que era una de los más notables que se habian publicado en órden á su persona. Como ya iba declinando á la salida de esta obra el astro del famoso guerrero, su obra causó una impresion en alto grado desfavorable en el veleidoso y frivolo público francés, quien dirigió terribles ditirambos á su autor, todo lo cual obligó al embajador polaco á abandonar su destino. Este desgraciado éxito de su publicacion sumió en el descrédito al obispo embajador, quien ya en los tiempos sucesivos no pudo rehacerse en la perdida y desfavorable opinion publica. El polaco Morihs, en una carta intitulada *El abate Prandt*, pinta con amargos colores que desearíamos no ver reproducidos en parte alguna, su conducta durante la embajada, en la cual historia hay con todo exageraciones y áun suposiciones de bulto, por más que en el fondo sean por desgracia asaz verdaderas sus aseveraciones. Vuelto á París nuestro dimisionario embajador, se encontró á su llegada á la capital del imperio francés con una órden superior, que en términos asaz severos le obligaba á partir en el acto á su diócesis. Esta nueva desgracia fué aún más sensible que todas las anteriores á nuestro famoso personaje, por la sencilla razon de que viéndose enemistado con el Soberano Pontífice, preveia como era consiguiente que su cabildo, adicto á las prerogativas del Pontífice, habia de recibirle con fria indiferencia, cuando no con desdeñoso desprecio, no ménos que toda su grey, como en efecto sucedió así, siendo en alto grado embarazosa su posicion en medio de un pueblo amante de la religion cristiana, que veia cubierto de grandes lunares al prelado; y esta fué su situacion embarazosa durante todo el año de 1813, en que residió en su diócesis, entre unos hijos que no podian resignarse con nombrar padre á quien tantas defecciones tenia sobre sí mismo. Al llegar las armas coligadas á Holanda y Bélgica, nuestro personaje pasó á París, y formó parte con todos los descontentos, con especialidad se alió con el célebre Talleyrand, á quien no amaba, pero en quien veia un medio de contener de alguna manera su abatida posicion, despues de haber recorrido toda la escala de las intrigas y defecciones extraordinarias. El ministro de Policía Savary refiere en una de sus Memorias, que durante su gobierno le vió al frente de unos

clubs revolucionarios, armando sérias conspiraciones, y como se ve que á pesar de saber el ministro de Policía que conspiraba, se abstuvo de perseguirle, parece haber lugar á sospechar que hubiese complicidad entre los dos, lo que se halla confirmado por un escrito de nuestro personaje, donde habla del ministro en cuestion en términos asaz lisonjeros. Sea lo que fuere de estas aseveraciones, y descuidando averiguar si eran ó no dirigidas sus conspiraciones contra Napoleon, ó en favor de la causa legítimista á la cual se le supone adicto por algunos biógrafos, es lo cierto que al saberse en Paris la noticia de la primera notable victoria obtenida por Napoleon, intrigó todavía en favor del vencido, áun cuando se le vió más tarde en la jornada del 31 de Marzo figurando entre los borbónicos realistas, que habian triunfado en la capital. Si consultamos la reseña histórica publicada por este autor refiriendo las peripecias de este grande acontecimiento, palpamos en ellas que sus consejos é instrucciones debieron ejercer alguna influencia en el ánimo de los monarcas reunidos, para concertar de comun acuerdo la salvacion de Francia, y áun se indica en ella que fué el redactor de las bases públicas de la famosa declaracion, que en virtud de la cual se declaraba *ex lege* á Napoleon, presentando á los partidarios del antiguo régimen como los únicos salvadores de la Francia trabajada con tantas horrorosas revoluciones, con tantos desastres tremebundos, con tantas guerras, y sus desagradables cuanto calamitosas consecuencias. Ello es innegable que ejerció poderosa influencia, y tomó parte muy activa en este negocio, figurando en calidad de secretario de la antecámara de Talleyrand, quien en union de Mr. Neselrode, venido ex profeso desde Rondi, redactaron el famoso manuscrito conocido con el título de *Proclamacion*, cuya impresion fué revisada por Talleyrand la misma mañana del dia 4 de Marzo del año en cuestion, y á cuyo documento añadió este párrafo el emperador Alejandro de Rusia. «Los aliados respetarán la integridad de la antigua Francia, tal como existe bajo el régimen de los monarcas legítimos, deseosos como se hallan en todas estas resoluciones de procurar la paz de Europa, sin oponerse en modo alguno por esto al engrandecimiento y poderío de la nacion francesa.» Aunque llegada la época de la restauracion, muchos suponen que fuese nuestro personaje iniciado entre los gobernantes que le encargaron libremente del reparto del botin, de la distribucion de los premios, no es creible que fuese verdaderamente unido á esta empresa por la sencilla razon de que habiendo sido Talleyrand el iniciador de los grandes pensamientos, de las admirables mudanzas, de los profundos proyectos, á él más que á nadie pertenecia el designar los personajes que habian de ocupar los puestos principales del gobierno, por más que en esta distribucion tocase una buena parte al que habia figurado como secretario en la junta formada para la redaccion del

célebre escrito que acabamos de mencionar, como dictado por el famoso Talleyrand y Neselrode. Nuestro personaje vióse en la precision de aceptar un destino, que áun cuando era bastante honroso en sí mismo, era ajeno de sus deberes y carácter eclesiástico, que la conciencia de los hombres de esa época tormentosa de Francia no se paraba en pelillos é insignificantes cosas, por cuya razon aceptó el cargo de comisario y gran canciller de la órden de la Legion de Honor. Fué esta una de las primeras torpezas cometidas por la restauracion, nombrando un eclesiástico para el desempeño de un cargo puramente militar, lo que dió lugar á la animadversion pública, á los odios populares que se concitaron contra Talleyrand, contra el Obispo que nos ocupa, y en fin, contra todos cuantos figuraban en esa situacion. Algunos meses despues, bajo pretexto de irregularidades en que se suponia haber incurrido en la administracion de la casa religiosa de San Ciro, fué reemplazado en su cargo por un mariscal. Nada le fué concedido en resarcimiento del empleo de que habia sido privado, fuera de esas lisonjeras fórmulas políticas, empleadas por los astutos diplomáticos cuando destituyen de sus colocaciones á algunos personajes, cuya desgracia quieren mitigar en alguna manera con esos balsámicos inciensos. Disimulando su pesadumbre penosa se retiró de París, donde habia sido víctima de las intrigas palaciegas, de los juegos enredosos de la política, de los odios populares, y pasó á la Auvernia á deplorar en el silencio su triste situacion, y vivió gozando de las dulcísimas delicias que ofrecia esta campiña, hasta que Bonaparte se fugó de la isla de Elva en el año 1815. Este acontecimiento renovó la alegría y las doradas esperanzas en el ánimo del prelado, quien se apresuró á enviar una comision al dios Marte, encargada de mostrarle su afecto y sumision; comision y ofrecimientos que el ilustre prisionero de Santa Elena recibió con soberano desprecio. Entónces fué cuando meditó la publicacion de la obra, en que se referian las hazañas de su antiguo amo, á quien suponia le seria en alto grado dulce y lisonjero ver retratadas con viveza sus situaciones, sus hechos más reservados. En efecto, *la Historia de la embajada en el gran ducado de Varsovia*, obra que tuvo un éxito brillante, merced á las oportunas circunstancias en que vió la luz pública, merced al gran número de anécdotas, á los rasgos satíricos que tenian por objeto ridiculizar á los hombres de gobierno, amagados de sufrir las tristes consecuencias del nuevo órden de cosas. Hiciéronse varias ediciones, muchas de ellas fraudulentas, y se puede asegurar que la venta de esta obra valió á su autor mayores sumas de dinero que cuanto habia ganado en sus embajadas y desempeño de otros empleos. A poco tiempo se oia sin grande extrañeza al antiguo realista, al favorecido de Napoleon, aconsejar á los reyes y á los pueblos la admision de sistemas constitucionales,

con una seguridad y una afectada conviccion en que nadie podrá igualar al autor del Antídoto contra el congreso de Rastadt. Todos estos amaños, unidos á las vivísimas é innobles críticas que publicó de sus amigos antiguos, entrando hasta en la vida privada, en lo sagrado de esta, le valió grandes y entusiastas aplausos por parte de los comprados panegiristas de las ideas liberales, que venian anunciando á la infortunada humanidad una era de libertad y de bienandanza, que no se pudieran imaginar semejante los más entusiastas encomiadores de las prerogativas del hombre: desde aquel dia, viéndose nuestro personaje halagado por una muchedumbre ilusa que le victoreaba, publicó una multitud de folletos, en los que no temia emitir doctrinas y pensamientos diametralmente opuestos á los que antiguamente habia profesado. Así es que escribia todos los dias y sobre todas las cuestiones, y disgusta por lo tanto ver los desaciertos que comete, no solo en materias religiosas, sino áun en las históricas, geográficas, naturales y de otras ciencias en que se precia de ser inteligente. Aunque sus escritos fueron ardientemente impugnados por medio del ridículo y por otras armas, no por esto desistió de su empresa nuestro personaje, ni temió en manera alguna aparecer en contradiccion pasmosa consigo mismo. Poco despues de la muerte del duque de Berri, publicó algunos escritos sobre las leyes electorales en circunstancias asaz peligrosas, y esto le produjo largos y amargos sinsabores, y el gobierno, no viendo otro medio de acallar los gritos del prelado, vióse en la precision de llamarle á los tribunales con gran escándalo del mundo entero, que no se halla acostumbrado todavia á ver sentados en los bancos judiciales á los príncipes de la Iglesia. Omitimos por respeto á la clase elevada y digna de toda veneracion á que pertenece nuestro escritor, el referir las circunstancias todas de estos procesos, limitándonos á advertir á cuantos esto leyeren, que al encontrar hechos poco conformes con las ideas de la Iglesia en este sugeto, no atribuyan por piedad sus desvarios á la Iglesia en masa, que no es por cierto responsable de los extravíos cometidos por un individuo de su seno, extravíos que condena y ha condenado siempre en iguales circunstancias halláranse donde se halláran. Mr. de Prandt hizo grandes cosas, contribuyó tal vez con sus consejos á cambiar la faz del mundo; su genio contribuyó ora á elevar á Napoleon sobre el entusiasmo de las masas, ora á despojarle de la corona; contribuyó asimismo á cambiar el cetro de las manos de Napoleon á las del hijo menor de Luis XIV; si despues de haber prestado eminentes servicios á la causa sagrada de la patria, el orgullo le cegó hasta el extremo de olvidar sus antecedentes, si cayó en el desprecio público, si se vió cubierto por una parte con las compasivas miradas de Roma, por otra con los desprecios de sus conciudadanos, á causa de las desgraciadas equivocaciones en que in-

currió en sus últimos años, respetemos su memoria, veamos de lo que seríamos capaces en las críticas circunstancias de que se vió rodeado, y léjos de arrojar sobre su frente anatemas despreciativos, compadezcamos su triste situacion á los ojos del mundo, aprendiendo en él que no es bueno separarse de la senda de la verdad y virtud. Además es bueno tener en cuenta que los diarios amigos y enemigos del escritor que nos ocupa, toman una parte no pequeña en estos acontecimientos relativos al desgraciado Abate, contribuyendo no poco á que el público formase una opinion desfavorable á su persona. Ciertamente la prensa, en que se ventilan con punible frivolidad todas las cuestiones más trascendentales, en que se abusa de los secretos de la vida privada de un hombre público, para arrojar sobre su frente pura y acrisolada tal vez la amargura y las exageradas y necias é insultantes burlas; la prensa, que desfigura por completo todos los acontecimientos, ocultando lo que hay en ellos de verdadero, no es la más á propósito para juzgar con imparcialidad de un personaje. Las pasiones, por otra parte, estan exaltadas en estas épocas revolucionarias, la razon ofuscada no tiene claridad suficiente para darse exacta cuenta de la multiplicada série de sucesos varios, de los hombres, de las personas que van pasando ante su vista, y no es conveniente por lo mismo formar juicio plenamente deliberado sobre ningun acontecimiento. ¿Quién sabe las secretas razones que habria para que nuestro personaje pasase sucesivamente de las filas monárquicas á las filas napoleónicas, de estas al partido restaurador? Quizá animado de los nobles deseos patrios, ansioso de ver restablecida la calma y la religion en su pais, se fijase en su buen corazon la idea de que cada uno de esos partidos contribuirian á su logro. No es nuestro ánimo absolver por completo al distinguido Obispo de sus defecciones, las confesamos paladinamente, solo deseamos con estas palabras dar á entender á nuestros lectores, que no es oportuno al juzgar de este hombre fijarse tan solo en las fases contrarias que presenta en su vida pública, sino que es bueno tambien descargarle de una parte de su culpabilidad, atendido lo difícil de las circunstancias é ingratitud de los partidos, que apelan á la calumnia y al vituperio contra el personaje que no quiere transigir con todas sus exigencias, y que siempre á lo ménos paga con desagradecimiento los más brillantes y arriesgados servicios. El gobierno de la restauracion, que era débil é impotente hasta el extremo de que no habia cosa más débil, acudió á la estratagema de presentar á los prelados católicos en la pública escena, y con el fin de acreditar la situacion, dándole cierto colorido de religiosidad, y para esto compraba hombres y lenguas que se tomasen el cuidado de elevar en la consideracion pública á esos personajes, y era cosa de ver cómo un auditorio venal formaba corro en torno de un sabio prelado de la Iglesia, batiendo palmas cuando hablaba

en favor de la monarquía y la causa del órden defendiéndolas: dicho se está que esto habia de atraer á nuestro personaje los odios de las gentes sensatas, quienes vivamente penetradas por experiencia y saber de las obligaciones sagradas de los prelados, obligaciones superiores á todas las pasiones y juegos políticos, no podian ménos de ver con amargura á un sabio prelado inmiscuido entre los personajes de una situacion, que si bien tendian al órden con los labios, cometian en la práctica desaciertos demasiado abultados para el logro de sus restauradores fines. En una de estas públicas peroratas de Prandt, rodeado de un auditorio numeroso, habló de la seguridad que inspiraba la situacion, de los planes admirables que meditaba, de las grandezas y beneficios que de ella resultarian. Todo esto lo manifestó con formas tan lisonjeras, con palabras tan seductoras é inexactas, que á pesar de la nube de aplausos que brotára á cada instante de los labios de la muchedumbre que le reconocia como su jefe y cabeza de partido, no desmereció poco su reputacion en el concepto de los personajes sensatos, de las gentes honradas que, escondidas en tiempo de agitacion en el silencio de sus hogares, reprueban con profunda amargura de su alma las noticias desfavorables al clero, á quien desearian ver elevado sobre todas las mezquindades y pasiones políticas. Los oyentes de su discurso habian recibido órdenes del partido liberal para que prorumpiesen en vivas entusiastas al Arzobispo, para que le llevasen en triunfo, para que le tributasen en fin todo género de ovaciones las más lisonjeras y entusiastas, con el doble objeto de estimular al prelado y arrastrar por la senda del error á cuantos formaban parte de sus opiniones. Desde aquel dia Prandt habia figurado al frente de las filas liberales, que hacian viva y cruda oposicion á los partidarios del órden, á quien como siempre acostumbran cubrirse de baldones, vituperios y sarcasmos, ocupando un lugar entre los representantes de las cámaras, y sabido es que en los años de 1827 los electores de Puy de Dome le enviaron sus sufragios para que defendiese su causa en estas cámaras. Desde su llegada á París habia figurado en esta época al lado de Foy, de Benjamin Constant, y en casi todas las cuestiones votó con estas cabezas de partido, y aunque dotado del talento de la palabra, se sabe sin embargo que se abstenia muchas veces de abrir sus labios para pronunciar discursos, por más que predicase en alguna ocasion alguno que otro sermon, como por ejemplo el que pronunció en el año 1811 en Santa Coloma de Bruselas, que segun dicen los que le escucharon respiraba baja y villana adulacion. Nótese además que esos mismos liberales, que de vez en cuando se servian de su persona, la mayor parte de las veces era poca la confianza que en él depositaban, por la sencilla razon de que no podian persuadirse de la sinceridad de las opiniones liberales de un hombre, á quien

habian visto figurar casi siempre en las filas del partido realista, cosa en verdad nada extraña, porque la inconsecuencia de los hombres públicos suele no ser grata áun á los mismos que interesan sus servicios y homenajes. Tuvo entónces bastante elevacion de ánimo para abandonar la situacion, las caricias obligadas ó espontáneas de los crudos partidos, las lisonjas ó vituperios de la prensa, las delicias de la corte, y retirarse en el año 1829 á su país nativo, á Breuil, desde cuyo punto dirigia á la *Gaceta* de Ausburgo artículos notables, donde con acento de amargura, con dolor profundo, estilo digno y elevado exponia las torpezas de sus amigos los liberales, cantando las glorias de la monarquía y de la religion, que áun cuando eran anónimos estos artículos, conociase entre sus amigos al autor por su galano estilo, sus bellas formas, y su elevacion de miras, que como escritor público no le han negado sus más declarados enemigos. Venia á pasar los inviernos en la capital, donde tenia largas entrevistas con sus antiguos correligionarios, renunciando desde entónces á todo comercio con el partido de exaltadas ideas, á quien veia precipitarse y precipitar á la nacion francesa en extraviados y lamentables senderos. Dominado de estas ideas y sentimientos en la época á que nos referimos, habló en público y privadamente de la religion y la monarquía, de una manera digna del antiguo autor de la *Monarquía*, mostrando á las claras que sus extravíos temporales, debidos en su mayor parte á los grandes deseos que le animaban por el bienestar y felicidad de su patria, habian producido en su persona la amarga conviccion de que no eran las más á propósito manejadas por los hombres, para llevar á cabo la reconstruccion de los pueblos sobre las sólidas bases de una felicidad temporal, que era el prenuncio de la eterna prometida á la virtud. Era uno de los hombres políticos más instruidos en la historia contemporánea, no solo de todos los sucesos sino de todos los personajes, por haber presenciado los primeros y conocido á muchos de los segundos; así es que sus conversaciones y escritos eran no solo curiosos é instructivos, sino además sólidos y eficaces para conmover, deleitar y lamentar las desventuras de una nacion mal aconsejada. Murió de un ataque apoplético en uno de sus viajes á París en el año de 1837, mostrando en las cercanías de la tumba los más edificantes sentimientos, y dando muestras de pasmosa serenidad de espíritu en aquellos instantes supremos. Los auxilios espirituales que recibió del Ilmo. Arzobispo de Quelem, y del cura párroco de la Magdalena de París; que asistieron á la cabecera del paciente en sus momentos de agonía, los recibió con muestras inequívocas de que ardia aún en su pecho el amor á las instituciones cristianas, sin que la variada série de acontecimientos en que habia tomado parte tan activa, fueran bastante poderosos para extinguir la llama del catolicismo, que siempre iluminára con vivos resplandores su alma. En

manos de ese eminente prelado hizo la pública y sincera retractacion de cuanto hubiese podido salir de sus labios y de su pluma, que directa ó inderectamente atacase á las divinas enseñanzas de la Iglesia, á las verdades reveladas, declarando que nunca habia sido su ánimo oponerse á las creencias del catolicismo, y pidiendo públicamente perdon á todos sus contemporáneos de las faltas que en instantes de ceguedad hubiese podido cometer contra la ortodoxia cristiana. Cuando le sorprendió la muerte desapiadada, hallábase ordenando los materiales para publicar una obra de grandes dimensiones sobre la historia contemporánea, en la que hacia notables reflexiones á las naciones y á los pueblos para que aprendiesen con el ejemplo de la nacion francesa á evitar todo contagio con los hombres dominados por la falacia y la mentira, con los hombres que siempre meditaban desastrosos planes contra su patria. Sus funerales se celebraron con gran suntuosidad en uno de los templos parisienses, presenciándolos una concurrencia numerosa, que habia visto con placer la conducta cristiana, edificante y digna del sabio prelado en sus últimos instantes: dejó ordenadas en su testamento una porcion de mandas y legados piadosos, disponiendo entre otras cosas que parte de sus bienes pasáran á la propiedad de los inválidos de Auvernia, y el resto de la suma á los veintitantos huérfanos que resultáran á consecuencia de la ponderada batalla de Waterlóo. Citaremos entre sus producciones las siguientes: *El Antídoto contra el congreso de Rastadt, ó plan de un nuevo equilibrio europeo*, dado á luz en Lóndres y en Hamburgo el año de 1798, un tomo en 8.°—*La Prusia y su neutralidad;* dada asimismo á luz en el año de 1800, en Lóndres. Hay tambien una edicion publicada en París en 1817, en la que se hallan incluidas estas dos obras, que tanto influjo ejercieron en los acontecimientos políticos. *Las edades de las colonias, ó el pasado presente y futuro;* publicado en París en el año 1802, dos volúmenes en 8.°—*Del estado de la cultura en Francia y de las mejoras de que es susceptible;* París, 1803, tres volúmenes en 4.°— *Viaje agronómico de la Auvernia, precedido de algunas observaciones sobre el estado de la cultura en los departamentos de la Francia central;* París, 1803, un tomo en 8.°; de ella hay una nueva edicion, corregida y aumentada con las tablas de las mejoras introducidas y de los establecimientos formados en el espacio de algunos años en Auvernia, dada á luz en París, en 1828, y de esta importantísima obra fueron publicadas hasta seis numerosísimas ediciones en un mismo año, y la nona el año de 1829.— *Del Congreso de Viena;* París, 1815, dos volúmenes en 8.°; segunda edicion, 1816, en 8.°, traducida al inglés y publicada en Lóndres en el mismo año, y fué tambien dada á luz en sus respectivos idiomas en otros varios países.—*Memorias históricas sobre la revolucion de España;* París, 1816, un tomo en 8.°—Esta obra,

de la que se hicieron tres ediciones en un mismo año, que fué además traducida al español y publicada en París en el año de 1817, en un tomo en 8.°, es sin disputa una de las pocas obras en que se habla con más imparcialidad de la nacion española, objeto, como es sabido, de las burlas más sarcásticas de los más altivos desprecios de esa nacion, que hoy impone leyes al mundo entero en todos los ramos; en la política, en las ciencias, en las costumbres en fin. — *Consideraciones filosóficas sobre la restauracion del reino monárquico en Francia*, publicada en París en el año de 1816, un tomo en 8.°: dos ediciones hay de ella publicadas en pocos meses. — *De las colonias y de la revolucion actual de América*; dada en París, en 1817, dos volúmenes en 8.°; traducida al español en Burdeos en 1817, en dos volúmenes en 8.° Esta obra ha sido encomiada por unos, aplaudida por muchos y combatida por algunos.—*Carta á un elector de París*, 1817, en que muestra el gran cuidado que se debe emplear en los tiempos revolucionarios para mantener la integridad electoral. — *De los progresos del gobierno representativo en Francia*; dada á luz en París en el año de 1817, un tomo en 8.° — *Los tres últimos meses de la América Meridional y del Brasil*; seguido de los ataques personales y de las cuestiones promovidas por los diarios amigos y enemigos, y estampadas en el *Diario de los Debates* y en el *Cotidiano*; dado en París en 1827, y de la cual se han hecho varias ediciones, con más una traduccion al idioma español, publicada en Burdeos el año de 1820. — *Documentos relativos á la Isla dominica de América; los seis meses de la América y del Brasil*, dados á luz en los años de 1818.— *Los cuatro Concordatos seguidos de algunas consideraciones sobre el gobierno de la Iglesia en general, y sobre el gobierno de la iglesia de Francia en particular, desde el año de 1815*; dada á luz en París, en el precitado año de 1818, en 8.° — *La Europa despues del congreso de Aix-la-Chapelle, seguida del Congreso de Viena;* dada á luz en París, en el año de 1819, y traducida al español por Marcheux, publicada en Montpeller el siguiente año de 1820; un tomo en 12.° — *Pequeño catecismo sobre los negocios de Francia para el uso de los moradores de este país.— La Revolucion actual de España y sus tristes consecuencias;* dada á luz en París y Roma en el año de 1820. El conde Smir ha publicado sabias y eruditas reflexiones sobre estas obras, en Berlin, en dicho año. — *De las leyes electorales;* de las que se publicaron dos ediciones en 1820, un tomo en 8.°; este escrito, denunciado por los tribunales, dió lugar á la publicacion de la siguiente obra por el mismo procesado. — *Proceso completo contra Monsieur de Prandt, Arzobispo, precedido de una instruccion preparatoria en defensa de algunos cargos infundados; sobre los debates; sobre las requisitorias practicadas por el Abogado general; sobre los discursos de Monsieur de Prandt; la declaracion del jurado y la sentencia definitiva;* dado á luz en la capital del ve-

cino imperio en el año de 1821; un tomo en 8.º—*La Europa y la América desde el congreso de Aix-la-Chapelle;* dado á luz en París.—*Exámen del plan de separacion entre América y España, presentado á las Córtes en* 1822. *Paralelo del poderío inglés y del ruso, seguido de algunas consideraciones sobre la Francia;* dado á luz en París, en 1822, y en el cual el autor predice acontecimientos que se han verificado despues de su muerte. Tal es la vida del famoso personaje, del eminente arzobispo, admirable por su vasto talento y sus escritos, digno de los elogios, bajo este punto de vista, de sus contemporáneos, aunque manchado en su vida pública con feos lunares, que expiára quizá con su retractacion pública ante los hombres.—N. L.

PRANDTNER (Leopoldo). Nació en Viena en 15 de Julio de 1685, y despues de haber recibido una educacion esmerada, entró en la Compañía de Jesus en la tierna edad de quince años, donde despues de haber pasado los años de probacion, se dedicó al estudio de las bellas letras y de la filosofía, conforme á la usanza de ese grande instituto de los hijos de S. Ignacio de Loyola: explicó por algun tiempo en calidad de profesor la filosofía y la retórica, pasando más tarde á cultivar el profundo estudio de la sagrada teología, en la que hizo notables adelantos, llegando á ser uno de los más aventajados profesores de esa divina y eclesiástica ciencia, en Viena, y en otros colegios de la misma órden religiosa. Pasó á mejor vida en Gratz en 27 de Mayo de 1738, legando á la posteridad numerosas obras. Entre ellas debemos citar las siguientes: 1.ª *Græcia philosophorum et primorum poetarum patria olim celeberrima, nunc vastata, suis lacrymis expresa, Carmen. Viennæ*, 1716, un tomo en 8.º—2.ª *Monumenta virtutis Austriacæ sanctissimo romanorum imperatori Carolo VI Germanorum, Hispanorum, Bohemarum, etc. Regi, sub ipsum belli exordium de Turcis triumphanti à rhetorica Viennensi calamo et mente posita; inscripta vero honoribus illustrissimorum... Dominorum Alf. SS., et philosophiæ neomagistratum, dum in antiquissima et celeberrima universitate Viennensi, per Gerardum Hillapsaud Societatis Jesu, et philosophiæ doctorem, ejusdemque professorem emeritum necnon inclitæ facultatis philosophiæ seniorem consistorialem, supremæ philosophiæ laurea ornabantur;* año de 1717, Viena de Austria, en casa de Ignacio Domingo Voigt, en 8.º, en verso y prosa.—3.ª *Origo et progressus philosophiæ, variarumque illius elatium et sectarum pars prima et secunda de prima gentium Priscarum philosophia, laureatis honoribus, illustrissimorum Dominorum, cum in antiquissima et celeberrima universitate Viennensi promotore reverendissimus Pater Leopoldus Prandtner, ex societate Jesu.*—N. L.

PRAT (Antonio du). Nació en Issoire en la Auvernia, el 14 de Enero de 1463, descendiente de la familia de los Duprats, señores de Verrieres; ocupó sucesivamente las más encumbradas dignidades de la Iglesia y de la

magistratura, gobernando á la Francia entera durante casi todo el reinado de Francisco I, de cuyo favoritismo y confianza gozó por espacio de toda su vida. Fueron tan rápidos los progresos de Antonio, que ya se hallaba condecorado con las más honrosas insignias y creado teniente general á la edad de treinta años, siendo algun tiempo despues elevado al cargo de presidente de las cámaras, que desempeñó con satisfaccion del Rey. Hallábase presidiendo los destinos del pais, ocupado en las tareas legislativas, cuando contrajo matrimonio con la duquesa de Angulema, Luisa de Saboya, lo que le aumentó la consideracion social, que ya por razon de su ilustre cuna no ménos que por sus grados y sociales dignidades gozaba. Segun los historiadores, el orígen de su pasmosa fortuna política fué el sabio y prudente consejo que dió á Francisco I de no dejarse arrastrar con nimia facilidad por las seductoras gracias y fascinadora hermosura de la Reina, mujer de Luis XII, que lleno de achaques por las fatigas de las numerosas guerras habidas en su tiempo y de las azarosas vicisitudes políticas, no ménos que por su avanzada y decrépita edad, queria desposarle con María de Inglaterra, cuando todavía se hallaba en su hermosura y la vida rebosaba en sus venas. Otros historiadores señalan como causa principal de su sorprendente elevacion á los puestos más principales del Reino, el haber dictado de antemano al jóven príncipe lecciones sábias para arreglar á ellas su sistèma de vida y de conducta, segun las cuales se prometian formar de él un príncipe modelo de inteligencia y de gobierno. Sea la que fuere la causa real de su elevacion, es lo cierto, que á los pocos dias del advenimiento al trono del grande emperador Francisco I, uno de sus primeros decretos depuso de su cargo al venerable Esteban Poucher, magistrado lleno de integridad, con el solo fin de confiarle su empleo al personaje que nos ocupa, Antonio Prat ó Duprat, cuyos méritos y servicios no podian en manera alguna compararse con los del que habia sido depuesto. Entre tanto, lleno de impaciencia Francisco I por darse á conocer, bajó á la Italia, batió á los suizos dirigidos por Marignan, protegió y amparó al duque de Milan, y rompió todos los lazos de la formidable alianza en que se habian concertado contra la Francia, formada por todos los estados de la península itálica, á excepcion del ducado de Saboya. El Soberano Pontífice fué el primero en avenirse á conciliadoras proposiciones, ansioso de restablecer la paz, y hacer que terminasen los horrorosos excesos que consigo traen las guerras ménos sangrientas y más humanitarias. A este fin el Soberano Pontífice, que á la sazon era Leon X, solicitó del vencedor una entrevista para tratar de las bases del tratado de paz. Señalada la ciudad de Bolonia como punto de reunion, y luego de habida la entrevista del Papa con el Emperador y demás altos funcionarios, Antonio Prat, que habia acompañado en toda la expedicion al monarca

francés en calidad de canciller, fué comisionado por Francisco I para seguir las negociaciones importantes que se abrieron en Bolonia, en las que se habian de fijar derechos fundamentales, y cuya consecuencia habia de ser el fijar los derechos de los reyes y del pontificado. Se trataba nada ménos que de abolir la pragmática sancion, que tan vivamente atacaba el poder y los caros intereses del catolicismo, cuyo depositario y defensor neto se hallaba en Roma. Establecida por el monarca Cárlos VII, fué la pragmática expresada en manos de Luis XI, su sucesor, un instrumento flexible, que manejado con destreza atinada, se dirigia á abatir el poderío envidiado de los soberanos pontífices, segun las necesidades y las miras mezquinas de la política. Prat no vaciló en destruir lo que cuidadosamente habian construido los reyes Cárlos VII y Luis XI, y en los nuevos tratados quedaron consignadas las disposiciones siguientes: «Que se privaba del derecho de nombrar obispos y beneficiados á las iglesias particulares y á los obispos y á los capitulares; que este derecho sería exclusivo del monarca, si bien su eleccion no tendria efecto ninguno miéntras no fuese sometida á la aprobacion de la Santa Sede, y confirmada por el vicario de Jesucristo; que el precio de las bulas habia de fijarse en el primer año de haber sido concedidas ú otorgadas; que si el Papa veia desmembrado su tesoro por esta disposicion, el mismo Rey de su costa le resarciria, áun cuando no era temible que los bienes de la Iglesia sufriesen detrimento de gran cuantía por los atrevidos espoliadores, ya porque los intereses de la Iglesia se hallaban garantizados por la fidelidad de ilustres familias ligadas al papado por razon de sus recompensas; ya porque se le permitia reconocer todos los géneros de servicios que tendiesen á no perjudicar los intereses financieros del estado eclesiástico, que fué el motivo grave que inspiró á Duprat esta importante transaccion. No bastaba, sin embargo, el formular estos tratados, no desfavorables en demasía á la corte romana, en el consejo habido en la ciudad de Bolonia, sino que era necesario obtener la aprobacion del Parlamento, y lo que era aún más difícil de lograr, era forzoso obligar al cumplimiento de los nuevos tratados á todos los despojadores de los bienes eclesiásticos, comprendidos en las leyes establecidas. Empresa era esta tanto más árdua, cuanto en aquella época habia marcadas tendencias en todo el errado espíritu público francés á subyugar á Roma, á lo que todavía se creian con más derecho despues que su emperador Francisco I pasó victorioso por los estados de Italia, envainada solo su triunfante espada á la voz de paz, pronunciada por los venerandos labios del Pontífice romano. A pesar de todos los motivos que hacian prever, que no se resignaria la Francia con facilidad á suscribir el tratado en cuestion, á pesar de la obstinada resistencia de los magistrados, del clero y de la universidad, unidos de concierto para rechazar la obra de Antonio

Prats, el celoso y constante canciller consiguió que ocupase un lugar preferente entre las leyes patrias las disposiciones de la bula, en la que se declaraba abolida la pragmática sancion, y áun llegó á garantizar su ejecucion despues de muchos y dilatados años de lucha prolongada. Otro de los grandes acontecimientos del reinado de Francisco I fué la constante y reñida lucha habida entre este monarca y el emperador Cárlos V, que lleno de gloria, de nobles miras, guiado por ideas grandiosas, no satisfecho con ver postrados á sus plantas los súbditos alemanes, los itálicos súbditos, los súbditos españoles, y los índicos vasallos, queria cubrir con su victoriosa bandera á la Europa entera de polo á polo. No era factible ocurrir á los numerosos y crecidos gastos de una guerra hecha en grande escala y de continuo renovada, con solos los recursos ordinarios; y Prat, deseoso de proveer á la subsistencia del ejército, viendo excesivamente gravado con impuestos y gravámenes al país, adoptó medidas inoportunas y vejatorias, que le desmerecieron del concepto del público, ya harto prevenido en contra suya por los tratados de paz firmados en Bolonia. Fomentó la venta de los ministerios judiciales, hizo venal la justicia, impuso rentas gravosas al ayuntamiento de la capital, y dió con su mal ejemplo ocasion á mil escándalos vejatorios, que no bastaban á disculpar los apuros extremados de la nacion. No pararon aquí las desacertadas medidas del canciller, que no contento con abrir una puerta de corrupcion á la magistratura y á la justicia, con imponer vastas y cuantiosas contribuciones á la municipalidad, echó tambien mano de los bienes del clero, atrayéndose de esta manera el odio y la animadversion del público y de los altos personajes del estado. Vino á aumentar el conflicto y los desastres que ya abrumaban á la nacion francesa, el descalabro terrible sufrido por el rey Francisco I en Italia en el año 1525, cuando vencido por las valientes armas españolas, perdió en la famosa Pavía la batalla y la libertad. Esta horrorosa é inesperada catástrofe atrajo sobre Francia desgracias sin número, á las cuales no encontraba alivio ninguno por hallarse confiada la marcha de los negocios públicos á la regente Luisa de Saboya, gobernada por el canciller Prat, que era ya objeto de la indignacion pública hacia largo tiempo. Denunciado públicamente hasta en la tribuna, difamado en su conducta privada por innumerables folletos escritos con el marcado designio de desacreditarle, acusado por el mismo Parlamento en masa, que se hallaba dispuesto á lanzar sobre su frente una sentencia condenatoria, Prat aceleró las negociaciones conservadoras de la monarquía, y con imperturbable serenidad, con pasmosa grandeza de ánimo, se presentó en la ciudad de París. Su presencia disipó con un soplo la horrorosa tormenta política conjurada contra su persona, debatió contra el Parlamento, se defendió con elocuencia y valor de los cargos que se le inferian, consi-

guió anular los procedimientos formados, y llegó hasta á calificar de un atentado la conducta observada por el Parlamento. Dueño absoluto del poder supremo, árbitro de la justicia, director y alma de la parte administrativa y política, la ambicion de Prat no conocia límite alguno, y guiado por su destreza, no vaciló en hacer que el Parlamento, sometido á vergonzosa servidumbre, acatase sus soberanos mandamientos con harto pesar suyo y del país. Poco tiempo despues vióse sin esposa, porque la duquesa de Angulema pasó, todavía en la flor de su edad, á mejor vida. Prat, despreciado de la sociedad francesa, ó á lo ménos no muy querido de ella; Prat sin el dulce consuelo de una esposa cariñosa y amada que mitigase sus pesares con el suave bálsamo del amor; con asombro de todos abrazó la carrera eclesiástica, despreciando sus pasados honores y dignidades. Por mucho que sus propósitos fuesen los de pasar el resto de sus dias en la apacible oscuridad y pacífica pobreza, era demasiado conocida su importancia para que pudiese vivir sepultado en el olvido su nombre. Así es que algun tiempo despues de haber recibido las sagradas órdenes, fué creado arzobispo de Sens, título de una dilatada y rica abadía, y obtuvo además en el año 1527 el capelo cardenalicio que la corte romana acostumbra conceder á los que han sido primeros ministros. Por entónces la monstruosa herejía predicada por Lutero extendíase y esparramábase por la Europa entera, semejante á la lava destructora de un volcan, y las predicaciones y doctrinas comunicadas en las obras de Calvino, encargado de inocular en Francia la mortífera ciencia, habian llegado á echar hondas raíces en corto espacio de tiempo en el suelo francés. Ora fuese por miras políticas, ora le guiase el purísimo celo de conservar íntegra la verdad religiosa, Prat, nombrado legado *à latere* en su patria, persiguió á los nuevos sectarios con encarnizamiento, al decir de los críticos más audaces, y sugirió al príncipe medidas las más atroces, encaminadas á cerrar las fuentes del mal, á extirpar de su seno la secta destructora. No satisfecho con sentenciar á estos sectarios á ser quemados en hogueras encendidas, imaginó el tormento horroroso de arrojar fuego á la boca, encomendar al verdugo la dura comision de retirarlos y aplicarles sucesivamente el fuego, con el bárbaro fin de prolongar su agonía terrible. No entrarémos en la investigacion de la mayor ó menor exactitud de estos hechos horrorosos atribuidos á Prat, aunque ya es precedente sospecha el entrever la saña que anima las palabras vivas de los biógrafos parciales y apasionados de Prat. Sin embargo, conviene emitir aquí algunas observaciones para que el comun de los lectores, que no se cuida de examinar á fondo las cosas, no se deje llevar candorosamente adonde quiera el sagaz autor. Sabido es que los calabozos y las hogueras de la Inquisicion, como tambien la intolerancia de algunos príncipes católicos, ha sido uno de los

argumentos de que se han servido nuestros adversarios para desacreditar á la Iglesia, y hacerla objeto de animadversion y de odio. Y menester es confesar que esta especie de ataque es propio para fascinar á los lectores, que abrigan un corazon sensible y dispuesto á interesarse por el infortunio, y que no pueden ménos de mirar con horror de indignacion el cuadro negro de tenebrosos calabozos, caballetes, sambenitos y hogueras, que el autor con destreza ofrece á su vista. En medio de nuestra tolerancia y suavidad de costumbres, de la benignidad de los modernos códigos criminales, ¡qué efecto no debe producir el resucitar de golpe otros siglos con su rigor, con su dureza, y todo exagerado, todo agrupado, presentando en un solo cuadro las desagradables escenas que anduvieron ocurriendo en diferentes lugares y en largo espacio de tiempo. Teniendo entónces el arte de recordar que todo esto se hacia en nombre de un Dios de paz y de amor, se ofrece más vivo el contraste, la imaginacion se exalta, el corazon se indigna; y resulta que el clero, los magistrados, los reyes, los papas de aquellos tiempos son considerados como una tropa de verdugos, que se complacen en atormentar y desolar á la humanidad entera. Los escritores que así proceden, no se acreditan por cierto de muy concienzudos; porque es regla que no deben perder de vista ni el orador ni el escritor, que no es legítimo el movimiento que excitan en el ánimo, si ántes no le convencen ó no le suponen convencido; y además es una especie de mala fe el tratar únicamente con argumento de resentimientos, materias que por su misma naturaleza solo puedan examinarse cual conviene, mirándolas á la luz de la fria razon. En tales casos no debe empezarse moviendo, sino convenciendo; lo contrario es engañar lastimosamente al lector, hacerse acreedor á la indignacion pública con justísima razon. Al ventilarse este género de cuestiones delicadas, es necesario tener en cuenta que no es regla sábia ni lógico discurrir el deducir de un hecho particular consecuencias generales, el juzgar de la conducta de la Iglesia católica por la conducta de un particular; que las atrocidades que se cometan por individuos aislados en nombre de la religion en nada embarazan á los apologistas de la misma, porque la religion no puede hacerse responsable de todo lo que se hace en su nombre, si no se quiere proceder con la más evidente injusticia. El hombre tiene un sentimiento tan vivo y tan fuerte de la excelencia de la virtud, que áun los mayores crímenes procura disfrazarlos con su manto; sí: ¿y sería razonable el desterrar por esto la virtud de la tierra? Hay en la historia de la humanidad épocas terribles en que se apodera de las cabezas un vértigo funesto; el furor encendido por la discordia ciega los entendimientos y desnaturaliza los corazones, llama bien al mal y mal al bien, y los más horrendos atentados se cometen invocando nombres augustos. En encontrándose en semejantes

épocas, el historiador y el filósofo tienen señalada bien claramente la conducta que han de seguir; veracidad rigurosa en la narracion de los hechos, pero guardarse de juzgar por ellos ni las ideas ni las instituciones dominantes. Estan entónces las sociedades como sus hombres en un acceso de delirio, y mal se juzgaria ni de la idea ni de la índole ni de la conducta del delirante por lo que dice ó hace miéntras se halla en ese lamentable estado. En tiempos tan calamitosos, ¿qué bando puede gloriarse de no haber cometido grandes crímenes? Ateniéndonos, por ejemplo, á la época horrorosa de la matanza de S. Bartolomé, ¿no vemos á los caudillos de ambos partidos asesinados de una manera alevosa? El almirante Coligny muere á manos de los asesinos que comienzan el degüello de los hugonotes; pero el duque de Guisa habia sido tambien asesinado por Poltrot delante de Orleans; Enrique III muere asesinado por Jacobo Clemente, pero éste es el mismo Enrique que habia hecho asesinar traidoramente al otro duque de Guisa en los corredores de palacio, y al cardenal hermano del duque en la torre de Morchiri, y que además habia tenido tambien parte en el degüello del dia de S. Bartolomé. Entre los católicos se cometieron atrocidades feas: ¿no las cometieron tambien sus adversarios? Echese, pues, un velo sobre esas catástrofes, sobre esos aflictivos monumentos de la miseria y perversidad del corazon humano. Recuérdese á este propósito que en España, por ejemplo, durante la temporada del mayor rigor desplegado contra los judaizantes, los encausados por la Inquisicion ó que temian serlo procuran de todas maneras sustraerse á la accion del tribunal, huyen de España y se van á Roma. Quizás no pensarian que así sucediese los que imaginan que Roma ha sido siempre el foco de la corrupcion, de la intolerancia y el incentivo de la persecucion; y sin embargo, nada hay más cierto. Son innumerables las causas formadas en la Inquisicion que de España se avocaron á Roma en el primer medio siglo de la existencia de este Tribunal; siendo de notar además, que Roma se inclinaba siempre al partido de la indulgencia. No sé que pueda citarse un solo reo de aquella época que al pasar á Roma no viese mejorada su situacion. En la *Historia de la Inquisicion* de aquel tiempo, ocupan una buena parte las contestaciones de los reyes con los papas, donde se descubre siempre por parte de éstos el deseo de limitar las funciones inquisitoriales á los términos de la justicia, de la razon y de la humanidad. No siempre se siguió cual convenia la línea de conducta prescrita por los pontífices romanos. Así vemos que éstos se vieron precisados á admitir un sinnúmero de apelaciones, y á endulzar la suerte que hubiera cabido á los reos si su causa se hubiese fallado definitivamente en España. Vemos tambien que solicitado el Papa por los Reyes Católicos, que deseaban que las causas se fallasen en definitiva en España, nombra un juez de apelacion, siendo el prime-

ro D. Iñigo Manrique, arzobispo de Sevilla. Tales eran, sin embargo, aquellos tiempos, y tan urgente la necesidad de impedir que la exaltacion de ánimo no llevase á cometer injusticias, ó no se arrojase á medidas de una severidad destemplada, que el mismo Papa, y al cabo de muy poco tiempo, decia en otra bula expedida en 2 de Agosto de 1483, que habia continuado recibiendo las apelaciones de muchos españoles de Sevilla, que no habian osado presentarse al juez de apelacion por temor de las penas. Añadia el Papa que unos habian recibido ya la absolucion de la Penitenciaria apostólica, y otros se disponian á recibirla; continuaba lamentándose de que en Sevilla no se hiciese el debido caso á las gracias concedidas recientemente á algunos reos; y por fin, hacia notar á los reyes Fernando é Isabel, que la misericordia para con los culpables era más agradable á los ojos del Señor que el rigor de que se queria usar, como lo prueba el ejemplo del Buen Pastor corriendo en pos de las ovejas descarriadas; y concluia exhortando á los reyes que tratasen benignamente á aquellos que hiciesen confesiones voluntarias, permitiéndoles residir en Sevilla ó donde quisieren, dejándoles el goce de todos los bienes como si jamás hubiesen cometido el nefando crimen de la herejía. Baste lo dicho para persuadir á los ánimos imparciales que no es buena regla de lógica el deducir de las rigurosas sentencias fulminadas por Antonio Prat, dado caso de que sean exactas, ni las demás medidas tomadas contra los herejes por los reyes, magistrados ó corporaciones, que sea tal la conducta de la Iglesia. A esta débesela estudiar si acaso en su fuente, en Roma, en aquella ciudad eterna donde resplandecen las luces divinas, donde en todo el tiempo de la Inquisicion jamás llegó á ejecutarse una pena capital, á pesar de que durante este tiempo han ocupado la sede romana papas muy rígidos y muy severos en todo lo concerniente á la administracion civil. En todos los puntos de Europa se encuentran levantados cadalsos por causas de religion, en todas partes se presencian escenas que angustian el alma; y Roma es una excepcion de esa regla general, Roma que se nos ha querido pintar como un mónstruo de intolerancia y de crueldad. Verdad es que los papas no han predicado como los filósofos y los protestantes la tolerancia universal, pero los hechos estan diciendo lo que va de unos á otros. Los papas con su tribunal de intolerancia no derramaron una gota de sangre, y los protestantes y los filósofos la hicieron verter á torrentes. ¿Qué les importa á las víctimas el oir que sus verdugos proclamen la universal y absoluta tolerancia? Esto es acibarar la pena con el más cruel y horrible de los sarcasmos. En lo demás no es nuestro ánimo disculpar de los cargos gravísimos que se infieren al cardenal Antonio Prat, de haber vendido la justicia, de haber corrompido la magistratura, de haber prostituido á los encargados de pronunciar fallos so-

lemnes en nombre de la verdad á los mezquinos intereses de la corte corrompida. Aunque con dolor, vemos que cometió otros actos atroces, inclinando el ánimo de la regenta Luisa de Saboya al extremo de ordenar el despojo de los bienes de algunos particulares, apropiándose despues de una parte considerable en recompensa de sus servicios, desacreditando así la causa de la monarquía, cuya direccion y custodia le estaba encomendada, y la causa del catolicismo, cuyo jefe visible habíale adornado con la honrosa púrpura cardenalicia. El Parlamento se hallaba interesado en una ocasion de absolver de imputaciones á un poderoso personaje de la corte, mas no siendo esto del agrado del canciller, convocó un Consejo Real, en el que hizo triunfar sus deseos, ganando por medio de la intriga y del favor á los encargados de administrar justicia. Los numerosos enemigos que tuvo le acusaron de ignorante, de no poseer siquiera la lengua latina, apoyando sus aserciones en anecdotillas graciosas, pero destituidas de verdad y de autenticidad. La sátira, la calumnia, todos los medios se emplearon para ridiculizarle.—N. L.

PRAT (Antonio del), con el sobrenombre de Chassagny. Fué este religioso dominico de una familia distinguida de Lyon en Francia; el cual se distinguió extraordinariamente entre sus hermanos los religiosos y áun en el público, por la santidad de su vida y por las ediciones que publicó de los escritores de la Orden Dominicana. Murió en Lyon el dia 26 de Abril del año 1703.—A. C.

PRAT (Antonio), presbítero, doctor en sagrada teología; legó á la posteridad la curiosa obrita denominada: *Catonis disthica moralia cum scholiis Desiderii Erasmi Rotherodami;* publicada en Barcelona, en casa de Martin Gelabert, 1692, un tomo en 8.°—N. L.

PRAT (Guillermo de), hijo del canciller Du Prat, obispo de Clermont, asistió al Concilio de Trento celebrado en el pontificado de Paulo III, y en el cual la reunion de los más venerables personajes que contenia el mundo definió los dogmas puestos en tela de juicio por el inconstante protestantismo, dando el golpe de muerte á la abominable y perniciosa secta de Lutero, Calvino y sus secuaces; tomó varias disposiciones reformativas de la disciplina, algun tanto alterada, y reformó en fin los abusos cometidos en la Iglesia. Prat, además de la gloria de haber tomado parte en esta reunion venerable de sabios y doctores de la Iglesia, cuenta la de haber fundado el colegio de Clermont, en París, encomendándole á la direccion de los jesuitas. Murió este sapientísimo obispo en el año 1560, á la edad de cincuenta y tres años, con la reputacion de un prelado sabio, celoso y distinguido. A. C.

PRAT (José Miguel de). Los hombres eminentes cuya larga vida ha sido

consagrada enteramente al cultivo de las ciencias, al desempeño de altos y difíciles deberes, al bien de la humanidad y al servicio de la patria, merecen que su memoria no quede absorbida toda en el sepulcro, sino que permanezca modestamente consignada, no tanto por el lustre de unas personas que ya no existen, como para el estímulo de las que han de sucederlas. No es, pues, la presuntuosa vanidad la que impulsa á buscar este recurso contra la accion del tiempo, que hunde igualmente en el olvido todo lo pasado: es la justicia la que aconseja este tributo debido al verdadero mérito, y es la utilidad la que reclama que se conserven los recuerdos del hombre de bien, del ciudadano infatigable, del modesto sabio y del virtuoso bienhechor. Y cuando estas cualidades enaltecen al digno é intachable sacerdote, la religion y la moral pública tienen un interés muy directo en que sus relevantes prendas y sus buenas acciones queden perennes en la memoria de los hombres. Sin querer, hemos trazado de un solo rasgo el retrato del personaje que nos ocupa. Sinceros admiradores de sus virtudes y talentos, no haremos más que indicar lo que acreditan documentos irrecusables, y lo que nadie podrá negar á un sabio y preclaro sacerdote contemporáneo, cuya pérdida deben sentir igualmente la Iglesia, la ciencia y la humanidad, siendo llorada asimismo por la amistad y por las personas que á él estaban unidas con los dulces lazos de familia. El Ilmo. Sr. D. José Miguel de Prat nació en la ciudad de Barcelona en 19 de Marzo de 1776, hijo del Dr. D. José de Prat de Argeta y Cuadras y de Doña María Ana de Cervera. Su padre, hijo de la casa solariega de Prat de Moyá, sirvió las alcaldías mayores de Camprodon, Berga, Villafranca del Panadés, S. Felipe y Valencia, de cuya última ciudad habia sido tambien corregidor. Dedicado á la carrera de estudios mayores siguió y ganó los cursos siguientes, á saber: tres de filosofía en el Convento de PP. Franciscanos de Berga, diócesis de Solsona, que le fueron incorporados á la universidad de Cervera, y en esta cuatro de teología, cuatro de leyes y dos de cánones. En la facultad de teología defendió un acto mayor de conclusiones, llamadas *Avendrinas*, otro menor, y cumplió con los demás actos públicos de la facultad. En la referida universidad recibió en 20 de Febrero de 1795 el grado de bachiller en teología; en 3 de Enero de 1796 el de licenciado; y el de doctor en 20 de Febrero de 1800, previos los ejercicios literarios de estatuto, que le fueron aprobados en todos *nemine discrepante*; habiéndole dispensado para ello el Real y Supremo Consejo de Castilla un año de pasantía. Defendió unas conclusiones menores, y patrocinó otras en leyes recibiendo el grado de bachiller en esta facultad en la misma universidad, *nemine discrepante ac primæ clasis*, en 16 de Marzo de 1799, y á consulta de la junta de la misma facultad fué nombrado conferenciante de los legistas de tercer año, y por el desempeño de este cargo

ganó uno de pasantía. Tambien defendió un acto mayor de conclusiones llamadas *dominicales*, y patrocinó otras menores en sagrados cánones, recibiendo el grado de bachiller á claustro pleno en dicha facultad, *nemine discrepante ex toto rigore justitiæ ac primæ clasis*, en 25 de Noviembre de 1800, y el de licenciado en 2 de Enero de 1801, previos los ejercicios literarios de estatuto, que le fueron aprobados *nemine discrepante*. En 1802 hizo oposicion á la canongía doctoral de la insigne iglesia de S. Felipe de Játiva, diócesis de Valencia; y aprobados sus ejercicios fué propuesto á S. M. por el cabildo de la misma, compuesto de diez vocales, para dicha prebenda en segundo lugar con siete votos, mereciendo además la gracia de poder usar de los hábitos doctorales propios de aquella iglesia en el púlpito para predicar. En 1806 fué uno de los opositores á las canongías vacantes en la Real iglesia de San Isidro de Madrid, y cumplidos los ejercicios prevenidos y aprobados *nemine discrepante*, mereció la calificacion de buena censura. Habiendo obtenido una capellanía en el Real monasterio de religiosas agustinas de Sta. Isabel de la Corte, se ordenó de presbítero con este título en 1807. Tuvo licencias de confesar, celebrar y predicar en los arzobispados de Toledo y Valencia, en el distrito de la Real parroquia y de la Vicaría de la Corte, y en los obispados de Barcelona, Vich, Mallorca, Menorca é Ibiza. Desde 1802 fué individuo de la Real Academia de Jurisprudencia teórico-práctica y Derecho Real prágmatico, titulada del Espíritu Santo, sita en los Reales Estudios de S. Isidro de esta Corte, á la que asistió con aplicacion, desempeñando exactamente cuantos informes, consultas, votos y exposiciones de leyes, Reales acciones y tribunales se le confiaron, mereciendo los empleos de revisor más antiguo y de promotor fiscal elesiástico. Desde el mismo año fué académico de la Real de sagrados Cánones, Liturgia, Historia y disciplina eclesiástica establecida en los mismos Estudios de S. Isidro, en la que leyó y defendió siete disertaciones sobre varios temas de su instituto, á saber: sobre el ministro en el sacramento de la penitencia, sobre los seminarios clericales, sobre la exposicion del Santísimo Sacramento, sobre el concilio XV de Toledo, una acerca del título 15, libro 4.° de las Decretales pontificias, otra sobre las purgaciones vulgares y canónicas, otra sobre los asilos, especialmente en España, y la oracion inaugural sobre la apertura de dicha Academia en el año 1805. Fué comisionado por la misma Academia para formar un plan de temas de que disertar acerca del libro I de las decretales y para la revision de todos los formados ya sobre cinco libros de estas: desempeñó otras diferentes comisiones y los empleos de vicesecretario, secretario y fiscal, y mereció que la Academia le calificára de *uno de los más ilustrados y beneméritos individuos de este cuerpo literario*. En 23 de Setiembre de 1813 fué aprobado y recibido de abogado en la audiencia

de Valencia, y por decreto del Real y Supremo Consejo de 25 de Junio de este mismo año fué incorporado de tal en la de los Reales Consejos. En 25 de Mayo de 1812 fué nombrado por el Excmo. Sr. Obispo de Valencia para uno de los beneficios titulados *de la Cámara*, el que poseyó y residió. En Octubre de 1817 se le nombró notario de la Subcolecturía de espolios y vacantes de Valencia por el Excmo. Sr. Colector general de los mismos. Por Real despacho de 24 de Agosto de 1818 fué provisto por S. M. en la canongía lectoral de la Santa Iglesia catedral de Barcelona, prévia la oposicion que hizo de esta prebenda, censura y propuestas que obtuvo de aquel cabildo y de la Real cámara. En 26 de Junio de 1819 se le confirió el empleo de comisario, juez apostólico y Real de la Santa Cruzada en el obispado de Barcelona. En 29 del propio mes y año fué elegido por juez ejecutor de la Real gracia del excusado en la propia diócesis de Barcelona. En el mismo año fué elegido por el citado cabildo para vocal de la Junta diocesana del subsidio eclesiástico del obispado. La Academia de Buenas Letras de Barcelona le nombró socio de la misma en la junta general celebrada en 26 de Abril de 1820. En 20 de Agosto de 1821 fué igualmente elegido vicario general capitular interino de la expresada diócesis de Barcelona, cuyo cargo desempeñó hasta el regreso del propietario á dicha ciudad. En 27 de Noviembre de 1820 fué nombrado por el Ilmo. Sr. Obispo de Barcelona, vocal de la Junta de censura religiosa, cuyo cargo aceptó en 4 de Diciembre del mismo año. En 26 de Febrero de 1822 se le nombró por el Excmo. Sr. Patriarca de las Indias teniente vicario general castrense de la misma diócesis de Barcelona, vacante por muerte del que obtenia dicho empleo. En 18 de Marzo de 1822 fué nombrado por la Excma. Diputacion provincial juez de hecho, de cuyo cargo hizo renuncia que le fué admitida en 22 del propio mes. En 9 de Setiembre del mismo año fué nombrado presidente de la Junta del cementerio. En el mismo año, con motivo de la indisposicion del canónigo doctoral, el Cabildo le eligió para que, durante aquella, asistiese en su lugar á la Junta diocesana. Por Real órden de 30 de Diciembre del mismo año se le trasladó á la canongía lectoral de Málaga, que dejaba D. Juan Huelva y Solís por su traslacion á Badajoz; y aunque se vió obligado á salir de Barcelona no se presentó á dicho destino. A consecuencia de lo dispuesto por la Regencia del Reino en Real órden de 5 de Junio de 1823, y de lo que se le previno por el Gobernador de la mitra de Barcelona al transcribirle la misma, se restituyó á servir la citada canongia lectoral de dicha ciudad en 12 de Noviembre siguiente, habiendo merecido que el Excelentísimo Sr. Patriarca de las Indias aprobase su reposicion en la subdelegacion castrense de aquella diócesis, segun oficio del 27 del referido mes de Noviembre. Por Real decreto de 4 de Octubre de 1826 se dignó S. M. nom-

brarle caballero pensionista de número de la Real y distinguida Orden española de Cárlos III, y habiendo la suprema Asamblea de dicha Real Orden examinado prolijamente el proceso de prueba de nobleza y demás que se requerian entónces por los estatutos de la misma, y aprobado en todas sus partes, le fué expedido el correspondiente Real título de dicha gracia en 28 de Abril de 1828 y en su virtud recibió la investidura de tal caballero por el Excmo. Sr. Duque de Almenara Alta, grande de España de primera clase, en 29 de Mayo siguiente. El 17 de Diciembre de 1830 fué nombrado por el Ilmo. Sr. Obispo de Barcelona vocal de la Junta superior de Sanidad de Cataluña. En la propia fecha se le eligió por vocal de la Real Junta de conduccion de aguas de Moncada á Barcelona. El 30 de Enero de 1831 se dignó S. M. nombrarle vocal de la Real Junta del derecho de Cops. Fué vocal de la Real Junta de las obras del puerto de la ciudad de Barcelona, con aprobacion de S. M., en 6 de Febrero del precitado año de 1831. Fué adjunto al patronato y administracion de la causa pia para dote de señoritas nobles de Cataluña, fundada por el Excmo. Sr. D. Manuel de Amat, virey que fué del Perú, en virtud de nombramiento del Ilmo. Sr. Obispo y del Sr. Regente de la Real audiencia del Principado. Fué tambien vocal de las Reales juntas de purificaciones literarias y de obras de la calle de Fernando de la ciudad de Barcelona. En 22 de Agosto de 1849 fué nombrado por S. M. á propuesta del Excmo. Sr. Gobernador civil de la provincia, vocal de la Junta de Beneficencia, cuyo cargo desempeñó por espacio de tres años. En 10 de Diciembre de 1850 fué nombrado por el Excmo. Sr. D. Manuel Lopez Santaella subcolector de espolios y vacantes del obispado de Barcelona, cuyo cargo tuvo que renunciar por tener el de la administracion diocesana, que junto con los deberes de su prebenda de oficio le absorbia todas las horas. En 20 de Mayo de 1852 fué nombrado por el Excmo. Sr. Obispo de Barcelona examinador sinodal. En 12 de Junio de 1850 fué nombrado por dicho Sr. Obispo administrador general de bienes y rentas del obispado de Barcelona, cuyo cargo desempeñó hasta 29 de Noviembre de 1855, en que hizo renuncia, habiendo sido ántes individuo de la comision diocesana. Fué fiscal en *sede vacante* del tribunal eclesiástico de cicha ciudad de Barcelona. El Sr. D. Miguel de Prat dejó de existir el dia 9 de Marzo de 1856, de resultas de una larga y penosa enfermedad, despues de haber recibido los santos sacramentos con todo el fervor de un cristiano fiel y de un sacerdote católico; siendo su muerte sentida por los respetables miembros del ilustre cabildo á que pertenecia y que tantos hombres grandes ha dado en todos tiempos á la santidad y á la ciencia. El Sr. de Prat por espacio de treinta y cuatro años estuvo encargado de su archivo, del cual supo desenterrar varias preciosidades históricas que honran nuestros anales particulares é ilustran la

memoria de nuestros reyes-condes. Tales fueron los méritos, servicios, lauros y honores que llenaron la larga y laboriosa vida del Sr. de Prat y brillaron en su estudiosa carrera. El desempeño de cargos tan importantes como delicados, unidos á los deberes del sacerdocio que cumplió con la mayor rigidez y exactitud, no le dejaban tiempo para ocuparse en trabajos extensos, más propios de una vida ménos activa y solitaria ó de las tranquilas vigilias de un cenobita. La teología, el derecho civil y el derecho canónico con todas sus ciencias auxiliares resaltaron en todos sus actos académicos, fruto de las largas vigilias y detenida meditacion, cuyos restos han desaparecido ya por el largo trecho que de su juventud nos separa. Hay producciones que no pasan del lindero del bufete en que fueron concebidas, de las cuales haria gala la presuncion, pero á las que no da la menor importancia el sabio estudioso y desconfiado. La sola indicacion de los estudios y de los actos públicos del Sr. de Prat supone una aplicacion constante y una asiduidad infatigable, y los laureles que tan repetidas veces ciñeron sus sienes, responden de lo precioso y multiplicado de sus ya perdidos trabajos. Sin embargo, conservamos de él un monumento de gloria científica, que prueba al propio tiempo el exacto y acertado desempeño de otro de los cargos de su dignidad lectoral. Todavía tenemos fresca la memoria de las escogidas y brillantes oraciones inaugurales con que anualmente deleitaba nuestros oidos en el coro de la santa iglesia catedral de Barcelona. Todavía nos agrada recordar, no sin mezcla de dolor, aquel latin correcto y elegante, aquella frase noble y purificada, que servia de brillante forma á una materia hábilmente escogida sobre un punto escriturario oportunamente desenvuelto y esplanado con variadas copias de erudicion y con un criterio y discernimiento no comunes. No nos parece fuera de propósito indicar aquí los asuntos de las inaugurales que han podido recogerse por el órden cronológico con que fueron pronunciadas: *De longevitate Patriarcharum; de Diluvio universali; de Melchisedecho; de voto Jephte; de solis sub Josue admirabili statione; de Jacobi Patriarchæ in Josephum filium prophetica benedictione; de latino nomine hæbreorum juxta Vulgata prolatione conservanda, adversus novellos hæbraizantes; de celebri Isaiæ prophetia:* Ecce Virgo concipiet et pariet filium; *de Sansonis vulpibus; In verba illa Psalmi XXI:* Fodevunt manus meas et pedes meos; *de Babelica turri linguarum confusione deserta; de patientissimi Job excelentia, ipsiusque historiæ veritate; de imprecationibus Psalmi CVIII; de Cepha à Divo Paulo Antiochiæ reprehenso; de miraculosa aquæ in vinum conversione in convivio nuptiali Canæ Galilææ; de Jacob inter Labam pro istius gregibus curandis locationis contratu et exitu; de uxoris Loth metamorphosi.* En la sola enumeracion de los puntos escogidos se deja ver el ilustrado pulso en aclarar parajes difíciles de árdua interpretacion y cuyo sentido, impugnado

ó alterado por una ciencia incrédula, interesa las verdades más augustas de nuestra creencia. Sabido es el tino que exigen tales controversias, la abundancia de datos y de conocimientos que suponen, y las profundas investigaciones y largas lecturas que se necesitan para tratarlas con la delicadeza y maestría con que lo hacia el Sr. de Prat. Estas bellísimas producciones bastarian por sí solas para formar una digna corona sobre su sepulcro. Si del hombre público y estudioso pasamos al hombre privado, basta recordar la inmutable rigidez de sus principios, lo irreprensible de su conducta, la puntualidad en el cumplimiento de sus deberes, el espíritu de consejo y decision en resoluciones difíciles, doble resultado de su vasto saber y de su larga experiencia, la fortaleza de espíritu en críticas y azarosas circunstancias y aquel fino tacto en todos los negocios que le era habitual, y que solo puede conseguirse por el claro conocimiento del hombre y de la sociedad. Si pasamos al sacerdote celoso y desprendido, al cristiano generoso y caritativo, las cuantiosas limosnas con que durante su vida socorrió los apuros extremos y enjugó las lágrimas del indigente, conocidas únicamente de sus domésticos y amigos, revelan las muchísimas otras conocidas tan solo de los favorecidos, y descubren el fondo de una caridad inagotable. Este desprendimiento continuo durante su vida fué coronado con las piadosas distribuciones que dispuso para despues de su muerte, legando una suma de bastante consideracion á la casa de misericordia, otra á las religiosas Terciarias de la misma, otra no ménos considerable al hospital de Santa Cruz, otra á las religiosas Capuchinas, otra á la casa de Caridad y otra no muy reducida á los pobres vergonzantes. No ménos amante de la gloria del Señor que del alivio del pobre, no olvidó el mayor lustre y pompa del culto, y destinó cuantiosas sumas para algunas dádivas á la Sta. Iglesia catedral de Barcelona, cuyo esplendor y magnificencia miraba con una especial afeccion. Ameno en su conversacion, franco y formal en su trato, conciliaba bien las maneras del sabio con la dignidad del sacerdote, mostrándose muy accesible y agradecido á los servicios de la amistad y á las dulces afecciones de familia. En sus modales, en su traje, en su conversacion, en todo lo suyo respiraba siempre aquella finura, aquel noble y delicado carácter que á más de serle natural, adquirió con el trato de personas distinguidas y de alta categoría. Tal nos ha parecido la fisonomía característica del Ilmo. Señor canónigo lectoral D. José Miguel de Prat. No creemos haberle defraudado ni añadido por detraccion ni por lisonja. Ojalá que su rectitud, su laboriosidad y su desprendimiento encuentren numerosos imitadores en este siglo de versatilidad, de indiferencia y de egoismo.—R. y C.

PRAT (Fr. Juan Andrés), del órden de los Predicadores. Esta es otra de las figuras notables que descuellan en ese órden religioso de Santo Do-

mingo, que tantos ingenios ilustres ha producido al cristiano mundo. Nació nuestro religioso Fr. Juan Andrés de Prat en la república veneciana, en el año 1614, época aciaga en que el horizonte moral y religioso, ya notablemente anubarrado, presagiaba la horrenda tempestad que habia de descargar algunos lustros despues sobre el mundo, como en efecto sucedió con las tremebundas y funestas consecuencias que todos sabemos. Refugióse nuestro modesto religioso en el claustro huyendo de la corrupcion de costumbres, que se iba introduciendo por el mundo entero, cual paloma inocente, que asustada de los aulladores perros y del estruendo de la escopeta del cazador, se refugia en las cavernas fabricadas en forma de chozas por la naturaleza, con el fin de entregarse en ese rincon á los dulces y caros afectos del amor más tierno. Destinado por los superiores de la Orden al desempeño de la cátedra de teología, procuró cumplir con este encargo del modo más útil á los que habian de ser un dia los jefes y maestros del pueblo cristiano, y por consiguiente mirando la utilidad de los pueblos. A este fin, separándose de las delicadas y grandiosas cuestiones escolásticas en cuanto le era dable y se lo permitia el grande apego á ellas, se dedicó á fundar á sus alumnos con solidez en aquellos puntos dogmáticos que eran más fuertemente y más directamente combatidos por los vigorosos autores protestantes. Dió á luz una obra, que fué publicada en Venecia el año 1654 con este título : *Summula irregularitatum cuilibet deserviens.*—N. L.

PRAT Rexach y Marti (Francisco de), presbítero, natural de Vich, doctor en sagrada teología; escribió : *Disertacion sobre la antigua obra mosáica que se admira en el suelo de la iglesia parroquial de San Miguel, sita dentro de la ciudad de Barcelona, con una estampa en que no solo se evidencia el cómo estaba ántes. Dedicada al Excmo. Sr. D. Miguel de Guzman, etc., marqués de la Mina, capitan general de Cataluña.—Novenari de S. Bernat Calvó*, en 18.° Vich, por Joseph Tolosa, anno 1764.—A. C.

PRATAY, sacerdote protestante de Josay, que se convirtió al catolicismo en el año de 1625. Este instruido y prudente varon, cuya vocacion y tendencias religiosas fueron siempre su principal aspiracion, educado en las falsas máximas del protestantismo, no pudo ménos de seguirlas, ordenándose con arreglo á aquel falso rito. Pero luego que la madurez que imprime el tiempo, la reflexion y exámen de las verdades de la fe católica romana, se fueron insinuando en aquella alma profundamente religiosa; luego que pudo compararlas, analizando sus notables diferencias, no tardó un punto en hacer una pública y solemne abjuracion de la falsa doctrina que hasta entónces habia profesado, entrando en el gremio de la Iglesia católica con el mayor fervor y acatamiento, procurando borrar con sus virtudes y el cumplimiento de sus nuevos deberes religiosos el mucho tiempo que vi-

vió sumido en el error de que tan plenamente se habia retractado. Vivió muchos años siendo sacerdote católico, y con su conducta, morigeradas costumbres, su caridad para con los enfermos y menesterosos, acudiéndoles, en cuanto estaba á sus alcances, con todos los socorros espirituales y temporales, llegó á granjearse el respeto y el aplauso de sus feligreses, siendo modelo del buen sacerdote cristiano y católico.—A. L.

PRATDESABA (Onofre), jesuita, nació en Vich á 31 de Marzo de 1735. Habia enseñado filosofía y teología en España. Murió en Roma á 16 de Noviembre de 1810, anciano venerado por su piedad é instruccion. Escribió: *Imago optimi Episcopi, sive de vita et virtutibus V. Raymundi Marimonii Vicensis in Ausetanis Episcopis, liber singularis;* Ferrariæ, 1785, typ. Francisci Pomatelli. La dedica el autor al cardenal Alejandro Mattei, arzobispo de Ferrara. Para escribir la vida del Ilmo. y V. Sr. D. Ramon Marimon, obispo de Vich, se aprovechó de la vida que habia escrito en castellano el el P. Codorniu, como lo dice en el prólogo, y casi puede decirse que es la misma puesta en latin flúido, claro y elegante. Pero omitió la relacion de algunos sucesos de la vida del Sr. Marimon, en que este venerable prelado creyó que debia sostener ciertas inmunidades eclesiásticas contra los ministros reales. En el cap. 25 habla sucintamente de uno de estos lances, diciendo: «Nullibi vero zeli istius vigor acrobur invictum manifestius est visum, quam in fortuita quadam cum regio Ministro contentione. Existimabat hic et Regia re esse quod contendebat: persuadebat sibi Raymundus ejus postulatis adquiescere se sine Divina offensione non posse, qua in causa, ut obtestatus alias erat à sententia non discederet, etsi quotquot ubique erant tormenta bellica in animum admoverentur: in eoque consilio perstitit immotus, quoadusque contentio suprema et canonica auctoritate definita est, etc.» *Borsi Aretini primi Ferrariensis Ducis prosopopeja carmine heroico; ibidem. De causis nullius fructus reportati in promovendo probabiliorismo, vocibus, et scriptis pluribus Torquati Firmiani ad Lætium Flaminium dissertatio epistolaris;* Venetiis, per Josephum Rossa, 1786, in 4.° *Sacra Aragoniensia, sive de viris aragoniensibus religione illustribus, etc.;* Ferrariæ, typis Francisci Pomatelli, 1787, in 8.° Los que dedica el autor al Ilmo. Sr. Obispo de Carpio, D. Francisco Benincasa. «Vicennalia Sacra Peruviana, sive de viris Peruvianis religione illustribus, hisce 20 annis gloriosa morte *functis.*» Ibid, 1788 en 8.° «*Pelajum*, sive sceptrum hispanicum divinitus servatum..... Canebat Onuphrius Pratdesaba, etc.» Ibid., 1789. Este elegante poema heróico consta de siete libros con notas eruditas que ilustran la historia de España. «*Ranimirum sive Hispaniam ab infami tributo liberatam.* Canebat Onuphrius Pratdesaba, etc.» Ibid., omnino. Poema tan elegante como *el Pelayo:* consta de seis libros con notas. «Ferdinan-

dum, sive Hispaniam á mauris liberatam.... Onuphrius Pratdesaba..... canebat.» Ibid., 1792, en 8.° Este poema heróico, que consta de doce libros, le compuso Pratdesaba cumplidos ya los sesenta años, como lo dice él mismo al principio del poema en estos versos:

Bis jam terdenas numerem licet ordine brumas
Canentisque diu sortem morbosque senectæ
Experiar, longe patriis distractus ab oris, etc.

De donde se podrá inferir con facilidad, que Pratdesaba nació para la poesía, la que si hubiese cultivado desde la niñez, sin duda hubiera ocupado un buen lugar entre los grandes poetas. *Saggio delle virtu, ed opere prodigiose del P. Giovanni;* «di Santiago della Compagnia di Jesu, morto in Córdoba, 1762; Parma, 1762.—Operum scriptorum aragoniensium olim è societate Jesu in Italiam deportatorum inde est editus in lucem à Josepho Fontio à Valle Ausetano.» (Con estos nombres quiso ocultarse Pratdesaba), sin lugar de impresion, aunque sé que fué en Roma, y sin año, que ciertamente no fué ántes de 1802. Publicó esta obrita bajo el nombre de *Josephus Fontius à Valle Ausetano*, en Roma, año 1803, en un tomo en 4.° que envió desde aquella ciudad al Sr. Amat el P. Buenaventura Prat, para que le sirviese en la recopilacion de su *Diccionario de escritores catalanes*. Dejó los siguientes Ms. «Annus faustus ex diebus fastis quorumdam illustrium virorum S. J. ab hispaniensibus regnis exulum;» dos volúmenes en 4.°, cuya obra le dijo el P. Prat que habia tenido entre sus manos. Describe brevemente las vidas de los jesuitas de cada provincia de España. Para escribir las de los socios de la de Toledo, se valió Pratdesaba del comentario español Ms., que tenia en su poder el P. Prat, compuesto por Sandoval su íntimo condiscípulo: *Carmina varii argumenti exercitaciones sacræ ad D. Ignatii mentem;* en español, tres volúmenes en 4.° *De Religione ac Divina Providentia*, en español. *Sermones adversus incredulos*, en español. *De auctoritate S. Scripturæ.— Philosophia in compendium redacta. Historia sacra* 20 *illustrium virorum Veteris Testamenti. Trattato aritmético*, en italiano. *Epistolæ familiares de erroribus, qui contra religionem continentur in quibusdam libellis*, en italiano. *Historia de hæresi Arriana*, en español. *Historia de Iconoclastis*, en español. Y otras cosas de ménos entidad. — C.

PRATE, cardenal y arzobispo de Rávena, descendiente de una ilustre casa de la Dalmacia, fué creado cardenal en el año de 1378 por el soberano pontífice Urbano VI, y enviado más tarde en calidad de legado cerca del rey de las Romanías, que rehusaba aprobar la eleccion de Urbano VI. A su regreso á Roma, fué creado gobernador de la villa de Orvieto, y se propuso poner

término á las desagradables y enfadosas cuestiones que surgieron entre el Pontífice y el rey de Nápoles Cárlos. Sus esfuerzos, sin embargo, fueron inútiles, y viendo mal parada su posicion, viendo lo infructuoso de sus gestiones, y el mal ceño con que era mirado por Roma á causa de algunas sospechas que se tenian de su conducta, se retiró al punto donde residia el antipapa Clemente VII, bajo cuyo manto rojo se acogió buscando proteccion cerca de la famosa ciudad de Pavía. Como habia sido destituido de sus honores y dignidades cardenalicias á consecuencia de su apostasía, Clemente VII le creó de nuevo cardenal, constituyéndole á la par jefe de una cruzada, con lo cual, convertido nuestro Cardenal en capitan de ejército, consiguió notables triunfos sobre los urbanistas. Mas viendo más tarde su estrella bélica eclipsada, para no aumentar mayores desastres y calamidades sobre sí y sobre sus tropas, se rindió é hizo capitulacion en la villa de Orvieto, cediendo su mando de gobernador á Conrado y Lucas Monaldi, y cargándose con el tributo de llevar en persona él mismo todos los años, el memorable dia de los santos apóstoles Pedro y Pablo, un presente ú ofrenda al venerando pontífice y vicario de Jesucristo. Sintiendo más tarde su ignoble comportamiento para con Roma, que tantos beneficios le produjera, abdicó sus errores, renunció al cisma, é hizo pública retractacion ante el papa Bonifacio XI, á quien junto con el arrepentimiento, entregó una por una todas las ciudades y pueblos que habia conquistado en injusta guerra sobre los príncipes protectores de Urbano pontífice, cuando deponiendo su capelo cardenalicio, habia empuñado el acero y la lanza para perseguir al vicario de Jesucristo seducido por malignas sugestiones. El soberano pontífice mencionado, Bonifacio XIV, viendo su humilde retractacion, le admitió al ósculo de la paz, creándole de nuevo cardenal, y dando así una prueba más de la clemente conducta que siempre observa la corte pontificia con aquellos que, despues de lamentables extravíos, vuelven de nuevo al seno de la Iglesia, admitiéndoles en su paz, á semejanza del Divino Redentor de los mortales, que dijo á sus apóstoles recibiesen al pecador con amorosa indulgencia siempre que, postrado á sus plantas, confesase sus delitos, y no una ni dos veces, sino hasta setenta veces siete, despues de haberles enseñado con su propia conducta lo que habian de practicar, cuando recibió á la Magdalena llorosa en casa del orgulloso fariseo, cuando fué á buscar á la Samaritana, esperándola junto al pozo de Jacob, y en mil otras ocasiones que sería difuso enumerar. Los enemigos de la Iglesia, que no comprenden este espíritu de mansedumbre y dulzura de que se halla animada Roma, criticaron esta conducta del Papa, apostrofando con epítetos indecorosos á este Cardenal, que tres veces habia recibido el capelo cardenalicio, que se habia postrado hasta tres veces, y á los pies de tres papas distintos, aun-

que uno de ellos antipapa, á recibir la púrpura cardenalicia, como si el hombre no llegase á borrar sus pasadas manchas con un sincero arrepentimiento, como si los Davides, Magdalenas y otros santos innumerables, dejarán de brillar con ménos brillo y esplendor en el purísimo y límpido horizonte de la Iglesia por haber tenido algunas páginas de su vida oscurecidas con negras sombras; como si el mismo adorable Salvador de los mortales no hubiese mil veces repetido, que su venida tenia por objeto principal el llamar cariñoso y diligente á los desventurados pecadores; como si en fin no hubiese manifestado que el cielo celebra con festejos é himnos de alegría gozosa el dia de la retractacion del pecador, habiendo entónces mayor contento que con noventa y nueve justos. A pesar de estas declamaciones de los enemigos de Prate, este mereció ser honrado por el soberano pontífice Bonifacio XI con el gobierno de varias provincias que procuró dirigir con atinada prudencia, con celo exquisito, manteniendo ante todas cosas pura é incorrupta la fe católica, fomentando el respeto y veneracion al venerando Pontífice romano, de quien en todas las ocasiones se mostraba celoso y ardiente defensor, dando impulso á las bellas artes, á la literatura, á las ciencias, protegiendo á los genios inmortales, que han recibido del cielo su inspiracion en particular, para recrear con melodiosos acentos, ó con la lira, ó con su fantasía á la humanidad, para endulzar los ratos de amargura que le produce su estancia en este valle de miserias, donde fué condenada á sembrarle con sus mejillas humedecidas, en castigo de su osadía y atrevimiento en haber alargado su mano á la vedada fruta. Más tarde fué creado vicario general de Roma nuestro cardenal Prate, cargo honroso, en que mostró demasiada prudencia y tino exquisito, dejándole para pasar á la eternidad á dar cuenta al Eterno. Fundó en Pádua un hermaso colegio. Los cardenales en su primitiva institucion eran los presbíteros principales ó los curas párrocos de las iglesias más notadas de Roma, por cuya razon llamábase *presbyter-cardinalis* el presbítero principal de una parroquia, que seguia por órden de dignidad inmediatamente despues del obispo. Distinguíanse en este sentido de los demás sacerdotes, que no tenian destino alguno; y estos presbíteros cardenales eran los que ya desde los remotos tiempos del papa Silvestre, que floreció el año 390, segun unos, y desde el año 150 segun otros, estaban únicamente facultados para bautizar y administrar los santos sacramentos. Cuando eran designados obispos, dejaban vacante el cardenalato creyendo más elevada la dignidad episcopal que la cardenalicia, y tal es el orígen y la acepcion de la palabra cardenal. De esta manera siguieron hasta mediados del siglo XI, en que aumentándose de un modo considerable el prestigio y grandeza de los soberanos pontífices romanos, se rodearon de un senado, compuesto de personajes notables, á quienes se les

dió el título de cardenales, aunque con una consideracion mayor que la de los presbíteros cardenales de los tiempos pasados, á semejanza del antiguo legislador del israelítico pueblo, llamado Moisés, el cual tenia un consejo compuesto de setenta y dos ancianos. Luego los cardenales con el trascurso del tiempo fueron recibiendo privilegios extraordinarios; luego que recayó sobre ellos el derecho de la eleccion de los romanos pontífices, su prestigio fué creciendo en términos, que áun cuando fuesen simples clérigos tonsurados, gozaban de mayor consideracion que los mismos obispos, y en este tiempo empezaron ya á usar la púrpura y el capelo encarnado. Como en sus primitivos tiempos las iglesias principales eran las parroquias, las diaconías las de segundo órden, á causa de hallarse agregadas á los hospitales en que servian los diáconos, y las de tercer órden los simples oratorios, servidos por capellanes locales, que para distinguirse de las parroquias y de las diaconías tomaban el nombre de *cardinales*, resultó que las iglesias parroquiales servian de título á los cardenales presbíteros, y las diaconías á los cardenales diáconos, habiendo tambien otros, que no perteneciendo ni á unas ni á otras, tomaban el título de cardenales en general, tambien el título de cardenales simplemente, en razon á que, hallándose adscriptos á los oratorios, querian distinguirse de esta manera de los simples presbíteros, que desempeñaban ciertos servicios en dichos oratorios por comision ó interinamente. Las parroquias que daban título á un cardenal tenian su distrito demarcado, en el cual desempeñaba sus funciones pastorales, habiendo además una pila bautismal, en la que administraban los mismos cardenales en caso de ausencia, enfermedad ó imposibilidad del obispo, á cuya autoridad se hallaban sometidos en materias de jurisdiccion, por lo que firmaban en los actos públicos y solemnes de la Iglesia inmediatamente despues del obispo, como sucedió en el concilio celebrado en Roma, en la capital del orbe católico, en el año de 868. Ni al parecer era esto exclusivo de Roma, sino que hallábanse tambien cardenales en otros puntos del mundo católico, como por ejemplo en París, en cuya descripcion, hecha por Pignaliol, vemos que el obispo de dicha ciudad tenia sus cardenales, que en las festividades determinadas debian asistirle, usando Cetefon de todo pontifical en los dias de Navidad, Pascua y el dia de la Asuncion, que eran comunmente los curas párrocos de S. Pablo y Santiago, S. Severino, San Benito, S. Lorenzo, S. Juan de Gracia y de Charonne, así como los priores de S. Esteban de Gres, de S. Julian *el Pobre*, de S. Morcy y el abad de Vendome, que era tambien designado con este título. Para la mejor armonía, y para evitar la confusion dividiéronse los cardenales por secciones, adscribiéndose unos en Roma á S. Juan de Letran, otros á Sta. María la Mayor, quiénes á S. Pedro in Vaticano, quiénes á S. Pablo, quiénes á S. Loren-

zo. Solo S. Juan de Letran tenia siete cardenales obispos: el de Ostia, el de Porto, el de Sylva-Cándida, el de Albano, el de Sabina, el de Frescati y el de Palestina, los cuales llevaban el título de hebdomadarios, en razon á que asistia el Papa cuando celebraban de pontifical por semanas, ó celebraban ellos mismos de pontifical en el caso en que el Papa no pudiese oficiar. La de Sta. María tomó á su vez siete cardenales presbíteros, el de S. Felipe y Santiago, el de S. Ciriaco, el de S. Eusebio, el de Sta. Pudenciana, el de S. Vidal, el de S. Pedro y S. Marceliano, y en fin, el de S. Clemente. La del Vaticano tenia tambien los cardenales presbíteros de Sta. María Transtiberim, de S. Crisógono, de Sta. Cecilia, de Sta. Anastasia, de S. Lorenzo in Dámaso, de S. Marcos y de S. Silvestre, y así sucesivamente; todo lo cual nos manifiesta el órden admirable de la gerarquía eclesiástica, en la que no hay confusion, sino la más perfecta consistente hermosura, parecida sin duda á la que forman los ángeles y los arcángeles, los querubes y los serafines, que dia y noche sirven al Cordero sin mancha entonando suavísimos cánticos y quemando sus aromas, que suben al trono espléndido, cual aéreas nubecillas. En la actualidad, y despues que en las religiosas épocas de la edad media adquirió el Papa un renombre ilustre y esclarecido, despues que los cardenales viéronse adornados de regias prerogativas, de la eleccion de los soberanos pontífices romanos, dignidad que les concede mayores honores que la de los obispos, arzobispos y primados, trataron de poner en uso un traje más pomposo, que á la par que los distinguiese del resto de las dignidades eclesiásticas y simples presbíteros, los rodease de cierta inusitada consideracion. Todos los individuos, pues, que componen el Sacro Colegio, que son seis obispos cardenales, cincuenta presbíteros cardenales y catorce diáconos cardenales, que forman un total de setenta, con el tratamiento de eminencias, y la consideracion de príncipes eclesiásticos de Italia, son distinguidos por las admirables prerogativas de que gozan, por los muchos privilegios, y por ser los que siguen inmediatamente al Papa, cuyos vicarios son de ordinario. El papa Pio IV, en el año de 1552, fué el primero que dispuso que el senado de los cardenales fuese el que eligiese el Papa, en vez de todo el clero romano, que tenia ántes este derecho, ó al ménos ejercia esta facultad. Segun las decisiones pontificias, en el momento en que muere el Papa, reúnense los obispos cardenales, tratan de la eleccion, designan el nuevo elegido, le presentan á los demas cardenales, piden su consentimiento, y es lo que constituye el cónclave, que procede en todos estos actos con las más severas formalidades. De la misma manera que los cardenales son los únicos que tienen derecho á elegir el Papa, el Papa es el que á su vez nombra los cardenales, si bien esta creacion la hace con el beneplácito del Sacro Colegio, del cual se proponen los nuevos

candidatos en diversos consistorios, acompañando todos estos actos de augustas ceremonias, que contribuyen á realzarlos y darles un carácter de gran solemnidad, que dice muy bien con la grandeza de la Iglesia, tales como por ejemplo, la imposicion del birrete y del capelo, las diversas visitas, el beso de paz, el modo de cerrarles y abrirles la boca, la concesion del título y del anillo, y otras sabias y augustas formalidades. Entre las innumerables prerogativas de estos príncipes de la Iglesia figuran en primer término: el derecho que tienen de las capillas eclesiásticas, en las cuales pueden celebrar el augusto sacrificio de la Misa; el derecho de inmunidad de que gozan sus personas y palacios, considerándose cualesquier atentado como un crímen de lesa majestad; el de librar á los delincuentes del suplicio á que han sido condenados, con solo protegerlos bajo su manto y capelo; el derecho de no residir en sus respectivos obispados, que les concedió el Concilio de Trento; el derecho que tienen de proveer por sí mismos los títulos que les vaquen, sin que el Papa pueda intervenir en la colacion de ellos, siempre que los provean en el término de seis meses, que es una de las prerogativas concedidas á los cardenales, por indulto del papa Paulo IV, en 28 de Mayo de 1555, llamado comunmente *compacta*. Así es que el Parlamento de Paris, conforme á este principio, decidió en 15 de Mayo de 1722, que la colacion de un beneficio hecha por un cardenal en el término de seis meses, que es el plazo que le está fijado, fuese preferible á la colacion del mismo beneficio, hecha por el mismo Soberano Pontífice en el término prefijado de los seis meses, lo que es por cierto atentatorio al Papa y á sus derechos. Alegaron en apoyo de esta decision que la colacion hecha por el Papa en este tiempo era nula por falta de voluntad en el Soberano Pontífice, y por falta de derechos: lo primero, porque es de presumir que el Papa no hubiera procedido á la provision del beneficio, á ménos que se le hubiese mostrado la no colacion del cardenal en el término prefijado; y lo segundo, porque el Papa renunció á este derecho por el indulto compacta con respecto á los cardenales, dejando las cosas en el estado que tenian ántes que fuesen toleradas las prevenciones. Fué motivada esta decision por el priorato de Voison, perteneciente á la abadía de S. Benito de Dijon, que estaban en litigio estos dos, que habian sido provistos por Roma; el uno dentro de los seis meses concedidos al colador, que tenia el indulto de los cardenales; y el otro, despues de haber espirado este plazo, sin que el colador hubiese hecho uso de este derecho, pero en lo demás este privilegio de los cardenales no tiene aplicacion cuando confieren los beneficios por derecho de devolucion. Así se declaró en el gran consejo de 4 de Marzo de 1755, con motivo del deanato de la iglesia catedral de Orens, órden de Cluni, situado en la ciudad de Auch. Habiendo vacado este beneficio en el año de 1755,

el prior de S. Orens, colador ordinario, se lo confirió á un presbítero regular. Antonio Carreros, presbítero secular, logró hacerse con el mismo beneficio en la corte de Roma en 14 de Enero de 1734, por haber quedado vacante por fallecimiento y ser incapaz el sugeto en quien habia recaido la eleccion hecha por el colador ordinario; y el cardenal arzobispo de Polignac, arzobispo de Auch, confirió el mismo beneficio en 21 de Enero de 1734 á un secular por devolucion, atendiendo á la incapacidad del sugeto nombrado por el colador ordinario. Habiéndose elevado la cuestion al Gran Consejo en demanda por las tres partes, el Consejo declaró poseedor á Antonio Carreros, que habia sido provisto en la corte de Roma, con la devolucion de los frutos y la obligacion de pago de costas, ocasionadas en la citada sentencia. Lacombe, que refiere este acuerdo en su Jurisprudencia canónica, copia las razones que expusieron cada uno de los interesados para justificar su legítimo derecho al beneficio. Para que la colacion sea válida cuando los beneficios de que los cardenales son proveedores se resignan, es menester que el resignante sobreviva veinte dias libres despues de admitida la resignacion, sin contar el dia de la admision y el dia de la defuncion ó fallecimiento, segun lo dispuesto por el Gran Consejo en 1682, con motivo de un canonicato de la iglesia de Narbona. Este privilegio de los cardenales les habia sido concedido tambien en virtud de la bula ó indulto llamado compacta. Ni estan sujetos á la reserva de los meses en la Bretaña y en los demás paises sujetos á su obediencia, porque confieren libremente su beneficio en colacion en cualquier tiempo del año que vacare sin atender á que sea ántes ó despues de los seis meses. Antiguamente tenian los cardenales en Francia la preferencia sobre los príncipes de sangre real. Se ve que en los estados reunidos de Tonos, en tiempo de Luis XI, el año 1470, el cardenal de Santa Susana, obispo de Angers, estaba á la derecha del Rey, y el rey de Sicilia á la izquierda. En la consagracion de nuestros reyes y de nuestros pares precedian ordinariamente los eclesiásticos, duques y pares á los legos, aunque fuesen príncipes de régia estirpe, como lo vemos en los antiguos duques de Borgoña; pero despues del edicto de 1576, dado por Enrique III, el rango de príncipes de casa real no era inferior al de los pares, por lo que se les concedió la preferencia sobre los cardenales. Cuando se concedia á un cardenal el título de una abadía con el de una encomienda, tenia jurisdiccion sobre los religiosos, y podia entender en los asuntos de política interior del monasterio, de manera que le era dado admitir y destituir al prior, darle profesion, recibir novicios, nombrar sugetos para ocupar las diversas dignidades del monasterio. Un autor refiere en su tratado del derecho un gran consejo celebrado el año 1575, en el que se confirmó la destitucion de abad del prior claustral de la abadía de Rauliam, hecha por el cardenal de Bor-

bon, que era á la sazon abad comendatario de ella, desestimando la demanda y peticion incoada por los religiosos, pidiendo la correccion del abuso que se suponia, y por otra decision del Parlamento de Paris, de 5 de Febrero de 1558, se declaró que se habian cometido abusos en la eleccion de prior claustral de la abadía de S. Juan de las Viñas, de Soisons, y en la confirmacion que de ella habia hecho el obispo; por no tener conocimiento del asunto el cardenal de Gondi, abad comendatario del referido monasterio, y por haberlo verificado además sin su consentimiento. Fúndase esta jurisprudencia, que todavía rige en los estados de Italia y en algunos otros puntos, en que los cardenales son asesores del Papa, y cuando les confieren los beneficios regulares les conceden las facultades mucho más extensas que á los demás comendatarios; pero segun la disciplina de Francia, en el dia los cardenales que son abades comendatarios no pueden, en calidad de tales, ejercer la jurisdiccion ni corregir á los religiosos de sus abadías. Así se dispuso en la sentencia pronunciada por el Gran Consejo en el 30 de Marzo de 1694 á favor del prior claustral, y los religiosos de la abadía de Auch contra el cardenal Estrees, abad comendatario de la misma. Por esta razon si un cardenal comendatario desea ejercer jurisdiccion sobre los religiosos de su abadía, es preciso que tengan al efecto autorizacion especial del Papa, y sean confirmados por reales decretos, autorizados además por el Parlamento del distrito respectivo y registrados en debida forma. Cuando los diezmos se pagaban en virtud de las bulas de los Papas, los cardenales estaban exentos de pagarlos. La bula de Leon X, de 16 de Mayo de 1516, contiene en cuanto á esto una disposicion terminante. En Francia gozaron de este privilegio hasta la época en que se empezaron á pagar los diezmos, á consecuencia de los contratos hechos entre el Rey y el Clero, en los cuales se les ha impuesto la obligacion de pagarlos como á los demás eclesiásticos; mas el Rey les concedió una suma equivalente para reintegrarlos, la cual habia de pagar al receptor general, suma que en 1643 se fijó en treinta y seis mil libras, y á cada cardenal le correspondian seis mil. Es cierto que el clero reclamó en diversas ocasiones contra la distribucion, y la asamblea de 1655 consiguió del Rey que las treinta y seis mil libras, que se daban á los cardenales, se destinasen en lo sucesivo á los beneficios eclesiásticos y expoliados, sin que pudiesen convertirse en otros usos; pero el cardenal Mazarino pudo lograr en 1657, que se pagase otra vez esta suma á los cardenales, órden que quedó sin ejecucion. La asamblea de 1670 concedió seis mil libras anuales al cardenal de Rovillon hasta la asamblea siguiente, en consideracion á su mérito personal, y sin que ningun otro cardenal pudiese pretender lo mismo por sola su dignidad, añadiendo además expresamente que esta gracia no podia concederse en lo sucesivo. En 1675 el cardenal de Retz obtuvo un despacho real, en el que

se disponia que se le pagase una suma de seis mil libras, comenzando en 1.° de Enero de aquel año, en remuneracion á los dispendios que le ocasionaban los beneficios que dependian de su título cardenalicio. El clero de Francia, por los años de 1680 y siguientes, dispuso que la suma anual de treinta y seis mil libras de que se trataba, se emplease en los beneficios expoliados, y lo que no se invirtiese en estas atenciones preferentes, se concediese á los cardenales que tuviesen despacho ó cédula Real. Como todos los cardenales que obtienen beneficios en el reino consiguen los mismos despachos reales, el clero obró con arreglo á las determinaciones preestablecidas de que acabamos de hacer mencion. En 1725 los beneficiados de la Provenza suplicaron al Rey les dispensase el pago de los diezmos en atencion á los estragos que habian sufrido, y los cardenales presentaron una demanda pidiendo á S. M. que no se tomase sobre las treinta y seis mil libras consignadas ninguna cantidad para indemnizar á los beneficiados de la Provenza del pago de los diezmos. Los agentes generales del clero solicitaron por su parte desestimase la demanda de los cardenales, mandando que los contratos verificados entre el Rey y el clero de Francia se verificasen segun su forma y tenor, con el bien entendido que la suma que se destinase por el gobierno para indemnizar á los beneficiados de la Provenza del pago de los diezmos por razon de la peste, se mandase retener en poder del receptor general del clero del fondo de las treinta y seis mil libras, destinado á este objeto, y con preferencia á las pensiones de los cardenales; pero el Consejo de Estado en 15 de Abril de 1725 denegó esta peticion á los agentes del clero. Resumiendo, pues, todo lo expuesto, resulta que los cardenales que en su primitiva institucion eran cuarenta dignidades, son hoy setenta en número, todos los cuales componen el Sacro Colegio; que desde la bula de Sixto V, fechada en 3 de Diciembre de 1586, sirven de consejeros al Papa en los árduos y graves negocios de la Iglesia, y tienen voz activa y pasiva en la eleccion del Soberano Pontífice; que su distintivo es el birrete encarnado, el capelo y el ropaje del mismo color; que en los primitivos tiempos de la Iglesia habia tres órdenes de iglesias, las parroquias, las diaconías y oratorios; que los sacerdotes locales se diferenciaban de los mas encumbrados con el título de cardenales, los cuales tenian jurisdiccion sobre el término que les habia sido fijado, y derecho de administrar el bautismo y demás sacramentos; que esta distincion estuvo en uso especialmente en Roma, donde estos cardenales asistian al Soberano Pontífice en la celebracion de la misa y en las procesiones, por cuya razon los llama el Soberano Pontífice presbíteros *sui cardinis*, en una asamblea concilio celebrado en Roma en el año 853; que algunos diáconos tuvieron tambien el título de cardenales, ora porque eran los diáconos principales, ora porque juntos con los

presbíteros asistian á los oficios divinos cuando el Papa celebraba de pontifical; que el acto más ilustre de los cardenales consistia en dar su parecer sobre los arduos negocios de la Iglesia en los sínodos y en los concilios; que el Papa elegia de ordinario para estos actos algunos de la gerarquía y rara vez de la de los obispos, como sucedió en el transcurso de los siglos; y que corriendo más los tiempos, los cardenales fueron limitados ó asignados á las siete principales iglesias de Roma, San Juan de Letran, Sta. María la Mayor, S. Pedro in Vaticano, S. Pablo y S. Lorenzo. En los años siguientes el Papa concedió el título y honores de cardenales á algunos otros obispos de dentro y fuera de Italia, entre los cuales fué el primero Conrado, arzobispo de Maguncia, creado cardenal por Alejandro III, que concedió la misma gracia á Galdino Sala, arzobispo de Milan, en el año 1465. Sucedió tambien con frecuencia que alguno de los cardenales fué creado de entre los obispos que fueron adscriptos á algunas de las iglesias de Roma, como por ejemplo Guillermo, arzobispo de Reims, que fué creado cardenal de la iglesia de Sta. Sabina, costumbre que la fueron generalizando los soberanos Pontífices ulteriores hasta que en los tiempos modernos fueron creando cardenales no solo á los obispos y sacerdotes de Roma, sino de los estados de Italia, y lo que es aún más admirable en todas las partes del mundo, como por ejemplo en España en pocos años han sido creados el cardenal arzobispo de Santiago, el cardenal arzobispo de Burgos y el cardenal arzobispo de Sevilla, aunque este último con anterioridad á los otros. Cuando el Papa desea nombrar cardenales escribe los nombres de los que van á ser agraciados, y manda darlos y publicarlos en voz alta en el consistorio, despues de haber dicho á los cardenales: *Habetis fratres*, teneis por hermanos á fulano y mengano. Inmediatamente el cardenal principal va á buscarlos á sus casas, cuando estan dentro de los muros de Roma, y los lleva con fastuosa pompa y ceremonia á la presencia del Papa, el cual con aquestas solemnidades les impone el birrete rojo, y en el primer consistorio les da el capelo; pero si se hallan ausentes, les envia el Papa el birrete con uno de sus camareros, quedando sin embargo en la obligacion de pasar á la capital del orbe católico, donde son recibidos en cabalgata y con diversas formalidades, y donde entran con su sotana, roquete, manteleta, muceta y capa pluvial, que ora son rojos, ora rosa seca, ora morados segun el tiempo, si bien los regulares lo llevan todo del color de su respectiva religion con forros negros y el birrete y capelo encarnado, que son comunes á todos los cardenales, ora sean del órden de los diáconos, ora del de los presbíteros, ora de los obispos, y ora legados *à latere*, que son las comisiones que se les dan cerca de los príncipes, ora en fin pertenezcan á alguna de las cinco legacías de los Estados Pontificios, que son las de Aviñon, Ferrara, Bolonia, Rávena y Perusa.—N. L.

PRATEOLO (Gabriel), designado tambien con el apellido de Pream, y uno de los más ardientes defensores de la fe católica. Oriundo de la casa de Marconsi, y despues de haber recibido una esmerada educacion, despues de haber seguido con notable aprovechamiento la carrera literaria, despues de haber recibido el grado de doctor en la facultad de teología en Paris, fué creado cura párroco de S. Salvador de Perona, cuya posesion tomó hácia los años 1560. No debian ser pacíficos los dias del celoso párroco de S. Sulpicio de Perona, pues que dotado Prateolo de inteligencia despejada, que le daba á conocer la funesta cadena de consecuencias que se seguirian de la predicacion de las doctrinas de Lutero, de un alma grande y elevada, que le hacia amar los carísimos intereses patrios, y más que todo religiosos, ardiente en la fe, lleno de caridad; es fácil, repito, comprender que adornado con tan bellas disposiciones, no podian serle indiferentes las consecuencias que se seguirian del malhadado paso de Lutero; no podia ser ni mostrarse impasible á la furiosa y desoladora tempestad, que ya empezaba á rugir sobre la tierra por los espantosos y atronadores gemidos de los cielos aterrados al escuchar las nefandas blasfemias, las horrorosas imprecaciones que subian de la tierra lanzadas por bocas serpentinas. Deseoso, pues, de deshacer la borrascosa tempestad que rugia en su derredor, deseoso de pulverizar los abultados errores de los heresiarcas de su siglo, publicó varias obras, defendió á la Iglesia contra los herejes, y sobre todo enriqueció la biblioteca cristiana con una *Historia eclesiástica, comenzada en el nacimiento de nuestro Señor Jesucristo y llegada al año* 1580. Antes de fallecer en Perona, en Abril de 1588, á la avanzada edad de ochenta y siete años, dejó escrito este ilustre doctor un *Tratado sobre la autoridad de los Concilios*. Habia pronunciado además una notable arenga contra los calvinistas, examinando con vigorosa elocuencia las vicisitudes de estos sectarios, hasta la época en que, rebeldes á la autoridad eclesiástica y á la autoridad civil, se pronunciaron contra ella, derramando virus ponzoñoso sobre la Europa entera, que cubrieron de luto, sangre y exterminio. En el año de 1559 pronunció otra arenga en idioma latino, que ha salido á luz con el título siguiente: *De jucunditate Francisci secundi apud Remos inauguratione*. Su Historia de la Iglesia, de la que hemos hecho mencion, se publicó en Paris en 1583 en dos volúmenes en fólio, con el título siguiente: *Historia del estado y de las vicisitudes de la Iglesia*. Esta misma obra, junta con una *Historia de Francia abreviada*, que alcanza hasta el mismo año, fué publicada y reimpresa en el año 1604. Su *Catálogo de los herejes* no es el más exacto, porque aumenta mayor número de herejes y herejías de los existentes en realidad. —N. L.

PRATILLI (Francisco María), sabio y laborioso anticuario napolitano;

abrazó el estado eclesiástico, fué algun tiempo despues nombrado canónigo de la santa iglesia catedral de Capua, y consagró su vida entera á las curiosas investigaciones arqueológicas, y al estudio de las inscripciones y de las medallas, pasando á la eternidad á la edad de sesenta años, en el de 1770. Independientemente de la hermosa edicion de la *Historia principum Longobardorum*, enriquecida en la vida de su autor con notas y erudicion copiosa, publicada en Nápoles en el año 1749 al 1754, en cinco volúmenes en 4.°, se conservan del sabio canónigo de Cápua: 1.° *Tres disertaciones sobre la historia.*—2.° *Las cartas eruditísimas sobre diferentes antigüedades, insertadas en la Raccolta Calogerana;* obra apreciable, ya por su exquisita curiosidad, ya por hallarse adornada con numerosos mapas que representan la Via Appia y los planos de las aldeas y poblaciones que se encuentran en el camino precitado, una de las obras más monumentales de los romanos. El autor ha insertado un gran número de inscripciones inéditas, y una multitud de curiosos detalles en la expresada obra, que si bien no se hallan en perfecta relacion con el objeto principal que se propusiera en su publicacion, aumentan sin embargo el número de sus trabajosas investigaciones. El abate Gesualdo le ha reprochado acerbamente, por no haberse aprovechado de las *Memorias* que le habian sido presentadas, para dar á su libro toda la perfeccion de que era susceptible. Se conservan además dos largos extractos de la obra de Pratilli en el *Diario de los Sabios* de 1750.—3.° Así como tambien una extensa epístola, explicando el orígen de la moneda singular del tirano *Juan*, que habiendo sido proclamado emperador de Roma en 423, despues de la muerte de Honorio, asentó bien pronto su sede en Rávena, terminando por decapitar y arrojar del trono al emperador Teodosio *el Jóven* el mes de Mayo de 425. Pratilli defendió tambien en dos disertaciones los derechos de la metrópoli de Cápua, y demostró su preeminencia sobre la de Benevento, contra el sentir de Sannilio y otros.—N. L.

PRATO, cartujo. Nació en Nimes, de padres protestantes, hácia mediados del siglo XVIII. Iniciado en las doctrinas protestantes por los autores de sus dias, que cuidaron de darle una educacion social brillantísima, hicieron tal impresion en su ánimo vivo las lecciones morales que recibiera, que meditando sobre ellas, halló bien pronto su clara inteligencia la necesidad de que hubiese una religion, que sin contradecirse, mostrase al hombre una senda recta y segura, por la cual pudiese llegar á la posesion del bien sumo, á que ardientemente aspiraba el humano corazon, que entre tumultuosas y tormentosas agitaciones, se dirige sin cesar á su centro, á Dios, sol divino, que irradia sobre todas las criaturas, atrayendo á todas á sí mismo. Corriendo desalado en su juventud por la via fascinadora de los placeres, viéndose de continuo burlado en sus más bellas esperanzas, hallando fútil y

frivolo en demasía el mundo material, concibió el grandioso y noble proyecto de consagrar sus dias al servicio del Omnipotente dentro de los muros de un claustro. Sabia muy bien que para esto tenia que abjurar ante todas cosas de sus errores; no se le ocultaba que este paso del protestantismo al catolicismo habia de atraerle el odio de sus parientes y compatricios, habia de sumirle tal vez en la mayor miseria y pobreza, pero la llama divina habia herido con demasiada viveza las fibras de su corazon para que pudiese desistir de su propósito. Sus correligionarios, los protestantes, no abandonaron efectivamente medio alguno para disuadirle de su propósito de abrazar la religion romana, y mucho más aún el de sepultarse vivo en un claustro, cosa que no debemos extrañar en los sectarios de Lutero, cuyo primer paso al reformar como pretendian la Iglesia, fué abrir las puertas del claustro, violar su santidad, contaminar su atmósfera pura con el fétido é infernal hálito del violador de Catalina de Rove. Es verdad que tenia que renunciar además nuestro personaje á una posicion brillante, á la fama que se habia adquirido de sabio é inteligente; pero fija su vista en lo alto, sin atender á las preocupaciones de sus contemporáneos, abandonó el mundo para entrar en un convento de Cartujos, por vivir en él entregado al silencio, á la contemplacion de las verdades divinas, á la vez que para dedicarse al cultivo de las letras, que no se opone la virtud á los estudios. Hay una obra de este escritor, denominada: *Principios razonados de la lengua griega por preguntas y respuestas*, que fué dada á luz en Génova en 1767, un tomo en 8.° No tenemos otras noticias de este personaje, sobre el cual los protestantes han lanzado sus anatemas, así como sobre el autor de sus dias, sobre su confesor católico, sobre cuantas personas contribuyeron á la realizacion de los planes piadosos de nuestro personaje, acusándolos de enemigos de la libertad individual con otra porcion de dicterios tan propios en esos hombres. No puede imaginarse más pasmosa contradiccion que la de esos hombres, que conceden al hombre libertad para todo, excepto para santificarse; excepto para suministrar al corazon humano, para realizar sus aspiraciones más elevadas. Los protestantes han conseguido lentamente destruir en gran parte de Europa las órdenes religiosas, derribando los conventos en unas partes como muro elevado que se hunde por haber sido minado largo tiempo, ó haciéndolos desaparecer en un instante en otras naciones como arboleda arrastrada por el huracan. Los sectarios é imitadores del protestantismo han entronizado la materia extendiendo sus dominios, no consintiendo al espíritu humano un instante de tiempo para recogerse á meditar, y no dejando apénas lugares en la tierra donde no llegue el estrépito del movimiento industrial y mercantil; y se esfuerzan, en fin, en consagrar sus afanes por hacer que el mundo entero aborrezca esa clase de hombres consagrados á la

oracion, al silencio y á la virtud. Mas á pesar de todo, el corazon del católico conserva todavía halagüeñas esperanzas, que se van robusteciendo y avivando cada dia, fundado en la Providencia que así lleva á cabo sus altos designios, burlando los vanos pensamientos del hombre. Calcula ya el filósofo católico el probable porvenir de las comunidades religiosas; columbra la influencia que han de ejercer en los destinos de la sociedad, y apoya sus cálculos en que los institutos religiosos se fundan y tienen su orígen en el mismo espíritu de la religion cristiana, apoyo confirmado por la historia que confirma este juicio y muestra á los ojos del observador que esos institutos han aparecido allí donde ha sido establecida la religion con esta ó aquella forma, con estas ó las otras reglas, con este ó aquel objeto; de lo que podemos inferir, sin dar lugar á que seamos calificados de temerarios en nuestros dias ni de poco raciocinio, que aparecerán de nuevo, allí donde continue floreciendo el catolicismo, pronóstico que puede hacerse con toda seguridad, sin temor de que lo desmientan los tiempos. Vivimos, es cierto, en un siglo anegado en el materialismo más voluptuoso; lo que se llama intereses materiales, ó en términos más claros, el oro y los placeres, han adquirido tal ascendiente, que al parecer hay algun riesgo de que ciertas sociedades vuelvan al antiguo y grosero paganismo, cuya religion venia en el fondo á ser la divinizacion de la materia. Pero en medio de ese cuadro tan aflictivo, cuando el espíritu está angustiado y pronto á desfallecer, nótase que el alma del hombre no ha muerto aún, y que la elevacion de ideas, la nobleza y dignidad de los sentimientos, no estan desterrados del todo de la faz de la tierra. El espíritu humano se siente demasiado grande para limitarse á objetos pequeños; conoce que puede remontarse más que un globo henchido de vapor. Reparad sino lo que sucede con respecto al adelanto material. Esas máquinas humeantes, que salen de nuestros puertos con la velocidad de una flecha para atravesar la inmensidad de los mares; esas otras que cruzan las llanuras, que penetran en el corazon de las montañas, que realizan á nuestros ojos lo que hubiera parecido un sueño á nuestros antepasados; esas otras que comunican movimiento á colosales fábricas, y que, semejantes á la accion de un mago, hacen jugar un sin número de instrumentos para elaborar con indecible precision los productos más exquisitos. Todo esto, por grande, por admirable que sea, ya no nos asombra, ya no llama más vivamente la atencion que la generalidad de los objetos que nos rodean. El hombre siente que es más grande que todas esas máquinas, que esos artefactos: su corazon es un abismo que con nada se llena, dadle el mundo entero, y el vacío es el mismo; su profundidad es insondable; el alma, criada á imágen y semejanza del Altísimo, no puede estar satisfecha sino con la posesion del mismo Dios. La religion católica está avivando

de continuo estos grandes pensamientos, señala sin cesar con el dedo ese vacío inmenso. En los tiempos de la barbarie colocóse en medio de unos pueblos groseros é ignorantes para conducirlos á la civilizacion; ahora permanece entre los pueblos civilizados para prevenirlos contra la horrorosa disolucion que los amenaza. Nada le importan ni la frialdad, ni la indiferencia con que le respondan el desprecio y la ingratitud. Reclama sin cesar, dirige infatigable sus amonestaciones á los fieles, hace resonar sus cariñosas amonestaciones á los oidos del incrédulo, y ella logrará al fin hacer que revivan esos admirables monasterios, estrellas benéficas que quisiera apagar el protestantismo. —N. L.

PRATO (Arnaldo), segundo de este nombre. Fué Aquitania la patria que recogió los primeros suspiros de este escritor religioso, así como se hallaba tambien situado en el mismo país el convento de los religiosos del órden de Sto. Domingo, que le recibió en su seno, le vistió el hábito de su Orden, siendo aún muy jóven y en el año 1255. Instruido con bastante perfeccion en las ciencias humanas no ménos que en la sagrada Escritura y demás ciencias divinas, recibió algun tiempo despues de terminada la época de sus estudios el encargo de explicar esas mismas naturales y sobrenaturales ciencias. Por espacio de treinta años desempeñó este encargo de explicar é interpretar las sagradas Escrituras en las diversas casas de la Orden, áun cuando con más especialidad en las que la Orden tenia en Tolosa y en Montepesulano. En el convento tolosano empleó en ese ministerio treinta años, al cabo de los cuales fué nombrado prior de la Orden, siendo el año siguiente destinado de nuevo á sus escolásticas tareas, en calidad de lector mayor ó lector de prima. Más tarde desempeñó en la misma ciudad el cargo de censor, defendiendo con inusitado calor y autoridad las prerogativas del catolicismo. Trasladado algun tiempo despues al convento de Dominicos de Garona (Garonne) entregó su alma á Dios el dia de santa Eufemia, contando á la sazon cincuenta y dos años de edad, y despues de haber empleado la mayor parte de su vida dedicado á las ciencias y á la literatura. Su cadáver fué trasladado á su nativo país, donde se le dió honrosa sepultura, segun lo que nos refiere Bernardo Guidon, en su catálogo de los hombres notables de la tolosana provincia, del que tomamos estas noticias. Además de algunas composiciones poéticas, atribuidas á este escritor, escribió la siguiente obra: *Officium ecclesiasticum in festo Sancti Ludovici, regis Franciæ, recens albo SS. inscripti cantandum.....* Este oficio se extendió por todas las iglesias de la Galia, y fué el único que se usó en París hasta el siglo XVII, siendo la usada tambien por los hermanos Predicadores ó religiosos Dominicos. —N. L.

PRATO (Baltasar de), bienaventurado mártir. Era natural de la ciudad

de Brianzon, diócesis Ebredunense, en el Delfinado, muy favorecido por el Señor, tanto en dotes corporales como en intelectuales, y de una fortaleza y constancia de ánimo que jamás desmintió; muy dado al estudio de letras sagradas, en las que se hizo notable, y sobresalió en todo el curso de su existencia; adornado de gran piedad y de toda virtud, manifestando el mayor valor en sus controversias con los herejes, haciéndoles entender no temia su malevolencia, sus amenazas, ni los peligros y castigos que le preparaban, pues su grande amor á la fe de Jesucristo le infundian tal ánimo que le hacia desafiar las iras de sus enemigos. Era muy observante de la Orden, siendo vivo ejemplo á los demás religiosos por su fortaleza y exactitud en el cumplimiento de las reglas de su instituto; de tal modo, que era querido y muy respetado, considerándole como valiente adalid y en primera fila de la religion Franciscana. Su capacidad y elocuencia le condujeron á desempeñar distinguidos cargos en su Orden; por dos veces dirigió la provincia de San Luis, siendo su superior provincial, ejerciendo este espinoso cargo con gran sabiduría, adquiriendo gran nombre y general aplauso, y en sus buenos tiempos y florida edad hizo brillar el culto en las iglesias Arelatense, como en las de Narbona, Carcasona y Limoges, difundiendo el Evangelio con su elocuente y fervorosa palabra, siendo el orador más señalado en aquella época, pues el Señor le habia dotado de sobresaliente y singular gracia para hacer triunfar en el púlpito las doctrinas evangélicas. En la ciudad de Nemours fué extraordinaria su fama, ciudad donde habia trabajado sobre manera la impiedad de los herejes para difundir sus falsas doctrinas; así fué que los fieles suplicaron con el mayor ardimiento, que este gran siervo del Señor, á quien habia concedido tan superior talento, y que tan adornado estaba de piedad y celo religioso, fuese á restaurar en todo su brillo la iglesia católica de Nemours, y á difundir y extender con su gran elocuencia las verdades de la religion de Jesucristo, destruyendo la mala semilla que habia desparramado la herejía. El nuevo guardian del monasterio de Nemours atendió á las gestiones y súplicas que se le hacian, y el intrépido P. Baltasar aceptó humildemente, pero con el mayor placer, el desempeño del arriesgado puesto que le ordenaba la obediencia, accediendo á los votos y deseos de los católicos habitantes de la ciudad, y con tanto calor y ardimiento tomó la demanda, que en muy poco tiempo consiguió, aunque con gran trabajo, privaciones y fatigas, restituir á su primitivo esplendor el verdadero culto católico. En el mes de Junio, estando reunida gran muchedumbre, pendiente de su afluente y santa palabra, enfervorizado é iluminado por espíritu divino, predijo: que en muy breve tiempo muchos de los que como él se ocupaban en comunicar la palabra de Dios, serían víctimas en aquella ciudad y mártires; y que por la fe de Cristo y por el lustre de la re-

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE BURGOS

ligion católica sufririan inauditos tormentos, cuyo vaticinio no tardó en realizarse, y el suceso lo manifestó claramente en el próximo mes de Noviembre del año 1568, en que fueron aprisionados Fr. Baltasar de Prato y demás compañeros mártires. Rodeados de soldados, mandados por capitatanes ó más bien cabecillas, y no queriendo algunos de ellos llevar al extremo el castigo, con este objeto trataron de corromper con promesas la firmeza y constancia en la fe de aquellos santos religiosos; no consiguiendo nada por este medio, trataron de atemorizarlos con los muchos trabajos y tormentos que les esperaban; mas nada pudieron conseguir de aquellos varones esforzados, verdaderos atletas de Jesucristo, y á todas sus reflexiones, amenazas, y á todas sus proposiciones, respondian con el mayor valor y energía: *Vade post me, Sathana: Dominum Deum tuum adorabis, et illi soli servies.* Entónces aquellos sicarios é inhumanos herejes, viendo su última y resuelta determinacion, maltrataron con la mayor, más refinada y lenta crueldad, cubriendo de puñadas y bofetones el rostro y cuerpo del bienaventurado Baltasar, y despues de aquel tratamiento ensañado, le echaron al suelo la cabeza, cortándosela completamente por el cuello con una afilada espada, y por último, arrojaron aquellos preciosos restos con la mayor algazara y desprecio á un pozo que habia allí inmediato. En seguida emprendieron con el bienaventurado Juan *Chalveto*, pariente de Baltasar, anciano, débil de cuerpo, de poca salud, pero de alentado ánimo, que rodeado de los agudos y punzantes puñales de los herejes, tuvieron el bárbaro placer de atravesarle con ellos todo su cuerpo en todas direcciones, y conducido y arrojado al mismo pozo, donde le precipitaron con la mayor inhumanidad. El mismo género de muerte dieron con el mayor ensañamiento al bienaventurado Guillermo *Scofre*, sacerdote, y á Juan *Lautret*, presbítero, encargado de la custodia de los objetos sagrados y alhajas del convento. Pasados algunos dias, observaron los herejes que el pozo que contenia los cuerpos de los santos se hallaba iluminado, saliendo por el brocal llamas y luces celestiales, cuya maravilla los llenó de espanto, terror y admiracion, llenando de escrúpulos su perversa conciencia; á pesar de todo trataron de que no se divulgase por la ciudad tan notable y extraordinario suceso, mas no pudieron evitar que sigilosamente se comunicase de unos en otros, causando el asombro y la veneracion á aquellos santos Mártires en todos los católicos. Los herejes, temiendo los efectos de aquella efervescencia, se apresuraron á cegar el pozo, llenándole de escombros hasta el brocal. El escritor Gonzaga, en la tercera parte de su obra, que trata del orígen y de los conventos de la Religion Seráfica, núms. 10 y 11, hablando de la provincia de San Luis, se ocupa extensamente y hace el mayor elogio de estos ilustres Padres, como tambien en la primera parte de los *Mártires de la órden de Me-*

nores. Barezzo tambien los cita en la cuarta parte de la Orden de Menores, libro V, cap. XIX y XX. Severcio, en el libro X, *Antimartirologio de los herejes;* y Nostradamo en la *Historia de la Provincia*, pág. 805.—A. L.

PRATO (Daniel de), religioso dominico, natural de Venecia, varon piadoso, docto, erudito, que gozó de gran reputacion en su Orden esclarecida. Ya era su nombre repetido por las trompetas de la fama el año 1544, y más tarde fué nombrado para definidor de algunos puntos doctrinarios en Roma, donde se halló tambien en los comicios ó juntas generales celebradas por los religiosos del órden de los Dominicos, con representacion de todas las provincias, no solo cuando se trató de reunir eclesiásticos y resolver cuestiones con respecto á la Tierra Santa, sino además en otros diversos sínodos. Domingo Vidaglia, en su Historia de la Isla y monasterio de San Servando de Venecia, nos refiere que dos veces desempeñó el cargo de vicario de la Orden en el citado monasterio veneciano; la primera vez en el año 1548, y la segunda en el año 1552 al 1554, que cuidó de la conservacion regular de la disciplina eclesiástica y del mantenimiento del órden regular. Escribió, segun nos refiere Leonardo de Pogio, la siguiente obra: *Della corone di figlioli di Dio, et delle perseveranza de igiusti...* Fué impresa esta obra en Venecia, en 1544; un tomo en 8.° De este escritor hace mencion, aunque ligeramente, Posevino; así como la hace muy honorífica de la obra que acabamos de mencionar, si bien se olvida que pertenecia al órden de los Predicadores, supuesto que le supone clérigo secular.—N. L.

PRATO (Félix de), llamado tambien *Pratensis*, de orígen hebreo. Este sacerdote era originario de ese pueblo judáico, que vaga por el mundo sin altar, sin patria, sin hogar, y que puebla todos los rincones del globo llenándole de lágrimas, sin que ninguna de esas lágrimas humedezca un palmo de terreno propio. Especie de huésped inhospitalario, camina por la tierra llevando estampada en su frente la horrible marca del deicidio, recuerda á todas las generaciones que le ven que es el descendiente de aquellas turbas, que con frenético entusiasmo clamaron un dia en el pretorio de Pilato: «Crucifícale, crucifícale, y su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos;» *Crucifige, crucifige eum, sanguis ejus super nos et super filios nostros*. Ese pueblo de prestamistas y usureros, apegados á la tierra, sin que le sea permitido clavar sus miradas en el cielo, que se presenta inexorable para con él, cumple los designios de Dios sobre la tierra, y avisa á las naciones que no impunemente se ofende al Dios de los ejércitos, al Dios del Sinaí y del Tabor. Por dicha suya nuestro eclesiástico Félix Prato mereció la honra de ser exceptuado del decreto de proscripcion que pesaba sobre sus compatriotas, y Dios hizo que abriese

los ojos á la luz de la revelacion, que conociese al Salvador del mundo, que pobre y desvalido nació en un pesebre y exhaló su postrer suspiro en un patíbulo, contra las pretensiones del judáico pueblo, que se prometia un conquistador más intrepido que los Alejandros y los Aníbales y los Escipiones, que pasaron por el mundo atronándole con el estrépito horroroso de sus belicosas armas. Aun cuando se ignora la época del nacimiento de Prato Félix, Sisto Senense nos asegura que fué un varon consumado en letras, en virtud y en santidad, que perteneció á la órden ilustre de los hermanos Predicadores de Sto. Domingo, y que en edad muy avanzada murió en Roma en 1619.—N. L.

PRATO (Fr. Francisco Arnaldo de), religioso del órden de los Dominicos. Filósofo distinguido de su Orden, de ingenio claro, de elevadas miras. Floreció en el siglo XVII y principios del XVIII. Dió á luz estas obras: *Opusculum de verbo humano. Tractatus novus de voce univoca, quam composuit et compilavit Fr. Franciscus de Prato, dum actus esset lector Florentini Ordinis Prædicatorum.* Compónese esta obra de tres tomos, en los cuales trata diversas cuestiones filosóficas asaz debatidas en aquella época, tales, por ejemplo, como de la existencia de los universales, de la reduplicacion, y otras muchas cuestiones teológicas, metafísicas y filosóficas: dió tambien á luz una obra con el título siguiente: *Tractatus de connexione accidentis cum substantia.* Nuestros modernos y confusos filósofos, que con tan soberano desden miran á los hombres de la edad media, debian siquiera por amor propio acercarse algun tanto á las venerables figuras, que se encuentran esparcidas por esos tiempos. Si en vez de torturar la imaginacion y perder lastimosamente el tiempo en la disquisicion de los sutiles puntos metafísicos, si en vez de confundir de un modo deplorable las ideas convirtiendo las ciencias en laberintos donde se extravian los más adiestrados en las luchas literarias, acudiesen á uno de esos hombres de faz venerable, de modesto aspecto, de maneras toscas y naturales, de mirada de lince, verian con asombro, descubierta sin grandes esfuerzos la incognita con ahinco tanto buscada. Mas olvidábame al decir esto que el siglo presente se ama á sí mismo con delectacion morosa, que fascinado con algunos nuevos destellos de luz que ha producido la ciencia en los modernos tiempos, no tiene por conveniente dirigir sus miradas atrás, sino en todo caso para borrar las huellas de sus antepasados. ¿Qué sería sin embargo del siglo actual si los anteriores no labráran los diversos elementos de su felicidad? Se ignoran las demás noticias biográficas de Arnaldo Prato.—N. L.

PRATO (Gerónimo de), sabio filólogo, nació hácia el año 1710 en Verona, y despues de haber terminado sus estudios con notable aprovechamiento, entró en la congregacion del Oratorio, llamado de ordinario de los

Filipenses, donde dividió su vida, parte en la enseñanza y parte en el estudio, entregando su alma á Dios el año 1782. Es conocido especialmente por la edicion que publicó de la *Historia de Sulpicio Severo*, dada á luz en Verona en 1741, dos volúmenes en 4.°, y que es lo más selecto en su género. La impresion es muy bella, y el texto comparado y revisado á vista de los antiguos manuscritos, pasa por ser el más puro y correcto. Para completarla y perfeccionarla aún más, el sapientísimo editor de esta obra la enriqueció con notas y disertaciones, en las cuales esclarece con gran copia de conocimientos poco comunes, varios acontecimientos históricos, en contestacion á las acerbas acusaciones del crítico Juan Leclerc. Este trabajo de un mérito innegable de Gerónimo de Prato, ha sido criticado con poca imparcialidad y sobrado rigor por los redactores del *Acta eruditorum Lipsiensium:* de sus producciones debemos mencionar además una disertacion sobre el epitafio de Pacífico, arcediano de Verona, insertada en la *Raccolta Calogerana*, tomos XI y XIV. *De Chronicis libris ab Eusebio Cesariensi scriptis et editis*, juntos con los fragmentos griegos del libro atribuido en la antigüedad al publicista *Syncello*, y reimpreso en Verona, en 1750, un tomo en 8.° Al ver las biografías, llenas de sabios eclesiásticos, no puedo ménos de admirarme de la impudencia de los enemigos del clero, cuando llenos de injusta saña le califican de retrógrado, oscurantista, ignorante, y otras mil lindezas por el estilo. Abrid las historias, declarados enemigos del clero, y decidnos dónde, sino en las abadías y claustros, han sido cultivadas con esmero todas las ciencias. —N. L.

PRATO (Hugo de). Este esclarecido religioso, italiano de nacion, fué muy erudito y entendido en la ciencia teológica, de mucha inteligencia, habiendo empleado su juventud en contínuos y aprovechados estudios, llevándole su inclinacion y vocacion á emprender la vida ascética y contemplativa, para cuyo fin tuvo la satisfaccion de ingresar y tomar el hábito de la Religion Seráfica. Su sencillez y humildad le hicieron por el pronto preferir el estado de lego, pues era muy acomodado á su carácter, pues que su ejercicio unia una vida activa y laboriosa á la mayor austeridad. Su constancia en la virtud fué ejemplar, su abstinencia y sus mortificaciones perpétuas, siendo digno de mencionarse que por espacio de cuarenta años y más tuvo aplicada sobre la desnuda carne de su pecho y espalda una como armadura de hierro que constantemente oprimia y lastimaba aquella parte. Pidió ser empleado en alguna mision con el fin de difundir la fe católica, y hacerse quizás merecedor de la palma del martirio en obsequio del Crucificado. Efectivamente lo consiguió, marchando á medir su esfuerzo y celo religioso entre los Tártaros, donde permaneció bastante tiempo para el bien de muchas almas, facilitándole su mucha idoneidad el haber

aprendido en poco tiempo aquel difícil idioma, en el cual se expresaba con la misma facilidad que en el patrio. Escribió un tratado dividido en doce capítulos, en italiano, en el que para el bien de la humanidad dió á conocer lo eminente y profundo que era en la ciencia teológica. Floreció en el año de 1312. Márcos Ulisiponense, en su excelente obra, titulada *Crónica de Menores*, en su segunda parte, libro VII, capítulos desde el 25 al 28 inclusive, hace una mencion honorífica de este virtuoso franciscano; Tosiniano tambien le cita en su *Historia seráfica Franciscana*, tomo III, palabra Hugo; como igualmente Wadingo, en el tomo III, año 1313, párrafo VIII, en donde le llama Hugo de Prato. — A. L.

PRATO (Fray Hugo de). Llamado así durante su vida, y tambien con el nombre de Prastoflorido, especialmente despues de su fallecimiento. Era natural de Etruria, donde fué por sus modestos padres educado cristianamente, hasta que creciendo en virtud y en edad, descubrieron en él los autores de sus dias vehementísimas inclinaciones al estado eclesiástico. Cediendo pues á los designios que el Altísimo formára sobre este jóven, le condujeron á Florencia, en cuyo convento de Santa María la Nueva, del órden de los Dominicos, hizo su entrada solemne, profiriendo los votos marcados por los cánones. Leandro en el fólio 144 de su obra, hablando de nuestro personaje, se expresa en estos términos. «Veo y contemplo con admiracion al gran Hugo de Prato, lustre de su familia modesta, originaria de la Etruria, que entró en la Orden Dominicana, y figura en ella como uno de los varones mas eminentes por su ciencia, virtud y más que todo por su elocuencia. Véole en el púlpito anunciar los oráculos del Altísimo, rodeado de inmenso concurso de personas, que pendientes de sus labios le escuchan cual si fuera un oráculo, un enviado del Eterno; pero de tal modo, que por mucho que se prolonguen sus discursos, por mucho que permanezca una, dos ni tres horas el auditorio no se fatiga, ántes al contrario siente que cierre sus labios el ilustre orador. Tanta era la dulzura y melifluidad de su acento, tanta era la solidez de su raciocinio, tanta era la grandeza de los asuntos que elegia, tanta en fin la sutileza suya en tratar las materias más difíciles y delicadas, que predicaba con frecuencia en Nápoles, y siempre que lo hacia, su magnífica catedral no bastaba á contener la muchedumbre inmensa de personas que con avidez suma acudian á escucharle, contándose entre ellas las personas más ilustres de la capital del reino napolitano; tales como por ejemplo los maestros y doctores de las universidades y órdenes religiosas, los lectores, los eruditos, los sabios, los ilustres personajes, los más distinguidos. Ni era solo en el púlpito donde gozaba de fama preclara y merecida, sino que además su conversacion, á la vez que instructiva, amena y recreadora, su actividad y celo en servir á todos, su incansable y asidua asistencia

al confesonario, donde hacia utilísimas conversiones, hacíanle á todos amable y querido, por lo que no tenia de particular que el nombre de Hugo de Prato fuese pronunciado con amor, no solo por las clases desvalidas, que miran con mayor y más profunda veneracion al hombre en cuya frente reflejan la virtud y la ciencia, sino por los mismos aristócratas, acostumbrados á mirar con más desdeñosa indiferencia á los ministros del santuario, por más que ostenten y blasonen respeto y consideracion. Intimamente ligado por los vínculos de la amistad con el cardenal Nicolás de Prato, contribuyó no poco con su crédito y autoridad á la creacion del templo Pratense, así denominado. El año 1322 entregó su alma al Señor, con grandes muestras de verdadera devocion y piedad. Su muerte fué por todos llorada, porque todos se apesadumbraban de perder al hombre generoso, al hombre evangélico, que les mostraba las sendas de la virtud, sacrificándose todo para el bienestar de todos. Pruebas dieron de este su sentimiento al concurrir en crecidísimo número los fieles á sus solemnes exequias, á rendir el tributo de sus lágrimas y de su amor. Legó escritos á la posteridad utilísimos sermones de témporas y de los santos.» Así se explica el citado escritor Leandro, cuyas palabras hemos traducido con toda la posible exactitud del latin en que se halla escrita su obra. Los diversos títulos de los sermones precitados son: *Super Evangelia at epistola omnius anni sermones dominicales; Sermones de Sanctis; Sermones quadragessimales; Sermones de gratia.* Fueron publicados en Venecia el año 1578, y tambien en Lyon en 1511.—N. L.

PRATO (Fr. Juan de), religioso del órden de los Dominicos, fué de origen francés, nacido en el departamento de Normandia, áun cuando se ignora á punto fijo el nombre del pueblo que recogió sus primeros albores. Sábese de positivo que desempeñó el cargo de profesor de sagrada teología en la universidad ó en alguna casa de la órden en la capital de Francia, París, puesto que en las actas generales del capítulo celebrado en Nápoles el año 1311, se dice: *Item providemus quantum nostra interest de Fratre Joanne de Prato prosequenti anno legat sententias, Parisii*, y en otras actas se lee asimismo: *Assignamus ad legendas sententias isto anno Fratrem Joannem Prato de provincia Franciæ.* Asimismo en el índice de los maestros de la Orden, despues del nombre del conocido maestro Guidon se lee el del reverendo P. Fr. Juan de Prato. Se sabe además que movido por la fama de su piedad, erudicion y talento el arzobispo de la isla de Santauro Ebroicense le elevó á la augusta dignidad del sacerdocio, confiriéndole las órdenes sagradas en el año 1328. En el año 1332, en el capítulo general celebrado por la Orden en la ciudad de Verona, figura entre sus individuos, en razon á que en las actas de ese capítulo aparece el nombre de nuestro personaje, que segun

lo que aparece por esta firma debia por entónces desempeñar el cargo de capellan y administrador de la iglesia de Santa Genoveva de la misma Veronense ciudad. Hase disputado si el Rdo. P. Fr. Juan de Prato pertenecia al órden de los Mínimos ó de los Franciscanos; pero á juzgar por las razones aducidas en el catálogo de los escritores de la Orden Dominicana, padecerán equivocacion los que tal aseguran, así como se hallan en un error los que dicen que fué penitenciario y canónigo de la diócesis Ebroicense, en que habia sido ordenado. Algunos escritores de la misma Orden Dominicana creen que fué obispo de la mencionada diócesis, cargo que sin embargo dimitió para volver á sus prácticas religiosas. Fué definidor del Santo Oficio por algun tiempo; dejó algunos sermones eruditos y otros escritos algo importantes.—N. L.

PRATO (Nicolás). Mostró desde su juventud piadosas inclinaciones, que cultivadas por sus padres y directores, dieron en lo sucesivo ópimos y excelentes frutos. Llegado á la mayor edad, abrazó el instituto de los religiosos del órden de Sto. Domingo, que pasados los años de la probacion, y descubriendo en él un talento particular, le enviaron á que le cultivase á la universidad de París, donde hizo sus estudios, recibiendo en tan renombrada universidad la borla de doctor en teología, de cuyas materias se mostró sumamente inclinado y áun apasionado. Su admirable grandeza de alma, su vasta erudicion en la teología, le merecieron la honra de ser nombrado catedrático de esa facultad en Roma, cargo que desempeñó á satisfaccion de sus directores y superiores. Estos le designaron más tarde para provincial de la Orden en la provincia de Romanía, de donde fué ascendido á la suprema dignidad de la Orden, siendo nombrado general procurador del instituto dominicano. El soberano pontífice Bonifacio VIII le nombró obispo de Espoleto, cargo en que demostró celo, tino, sabiduría y prudencia. El papa Benedicto XI le elevó á la dignidad cardenalicia en el mes de Diciembre del año 1301. Fué tanta la estimacion que mereció de sus colegas, que fué nombrado á poco legado para que pasase á Florencia, donde se halló en la eleccion de Clemente V, presidiendo á todos los cardenales franceses. Luego que el papa Clemente V ocupó la sede pontificia, mostro las mayores deferencias al cardenal Prato, á quien pedia consejo en los árduos é importantes negocios del estado, quedando siempre satisfecho de sus prudentes advertencias por el buen éxito de las empresas dirigidas por él. El papa Juan XXII consagró al cardenal Prato, que murió en Aviñon, en el mes de Abril del año 1321, despues de una vida de ejemplar virtud y santidad, y dejando á sus hermanos lecciones admirables del desprecio de las cosas humanas. En gracia de esto y de las fundaciones piadosas que hizo, fué su cadáver enterrado en la iglesia de los Dominicos de esta

villa honorificamente. Tales son las escasas noticias que conservamos de este hijo del gran Domingo de Guzman, del caballero español, del canónigo y arcipreste de Osma, del gran enemigo de los albigenses, á quienes combatió de palabra y por escrito, con grande éxito y fruto copiosísimo en el reino de Francia, donde echó los cimientos del célebre y famoso Orden de los hermanos Predicadores, que fué aprobado por Inocencio III. Aun cuando no contáran estos religiosos sabios entre sus miembros sino los dos grandes hombres Domingo de Guzman y Prato, bastaban ellos solos á justificarlos de las torpes é infundadas acusaciones que sobre ellos han lanzado los enemigos de la religion y de las órdenes monásticas, desde los primitivos tiempos de su fundacion. Ya desde esta época algunos incrédulos, amantes del protestantismo, declamaron contra los dominicos de la manera ménos decorosa, pintándolos como predicadores fogosos y fanáticos, que preferian emplear contra los herejes la violencia y la fuerza, en vez de la dulzura y la persuasion; achacándoles ser los fautores de la guerra, promovida contra los albigenses; haciéndoles responsables de la guerra y las atrocidades con que fué acompañada, y llegando su odio al extremo de atribuirles el haber sido los iniciadores de la Inquisicion. Excusado creemos detenernos en refutar tamaños groseros errores, cuando es sabido por todas las personas medianamente instruidas en la historia bellísima de las comunidades religiosas, que los únicos medios empleados por los dominicos contra los albigenses fueron los aconsejados por el Evangelio, los de la caridad: los escritos, la predicacion, la paciencia y demás virtudes cristianas, como que su fundador Domingo es el primero en aconsejar á los abades del Cister, que habian tomado una actitud belicosa en este negocio, que las únicas maneras propias para triunfar de los contumaces herejes, eran aquellas de que se valió el Salvador de los mortales, las de la caridad, dulzura, celo y pobreza de los Apóstoles, á quienes debian en todo imitar; por lo que les suplicaba depusiesen el pomposo aparato de equipajes, criados y vasallos que los acompañaban, para presentarse á los enemigos con el pecho descubierto, lleno de fe y de amor. Véase, pues, cuán léjos se hallaban los dominicos de emplear el hierro y la lanza contra algunos herejes, como falsamente se ha querido suponer. Cierto es que los herejes los habian provocado á una guerra sangrienta, tomando las armas bajo la proteccion de los condes de Tolosa, de Foix, de Cominges, arrojando á los venerandos obispos de sus sillas, á los sacerdotes de sus templos, á los religiosos de sus cláustros, y derramando con sacrílega mano la inocente sangre de los cristianos, que eran víctimas de sus tropelías; pero los dominicos, que condenaban estos atroces actos de crueldad, lo mismo que condenaban los excesos cometidos por los cruzados, distaban mucho de contestar con las propias armas de la

violencia y del exterminio. En órden á lo que infundadamente se asegura tambien de ser los dominicos los promovedores de la Inquisicion, debemos admirarnos de la estupenda ignorancia en materias históricas de los que con tanta ligereza ó mala fe, ó las dos cosas juntas, atribuyen el orígen del Santo Oficio á una Orden, que nació mucho despues que aparecieron los dominicos, supuesto que data su instalacion desde el concilio de Verona, celebrado en el año 1184, que la fundó, no para obligar á los herejes á huir y renunciar sus errores; no para esclavizar, como equivocadamente se afirma, en nosotros el entendimiento humano hasta el punto de obligarle á someter su inteligencia á estos ó á los otros dogmas, que no eran tales los fines propuestos por los fundadores de la Inquisicion, que es necesario tener esto muy en cuenta, sino para descubrir y castigar sus crímenes, que son por cierto cosas muy distintas; en razon á que si la sociedad y la religion puede no obligarles á que se sometan á estas ó las otras creencias, imponiéndoles al efecto severas penas y haciendo fuerza á su libre albedrío, nadie negará, sin embargo, que no puede observarse la misma tolerante conducta cuando se trata de reprimir los abusos y escándalos atroces, crueles y perniciosos al bienestar público, que pudieran cometer, supuesto que todos tienen derecho á ser respetados por sus convecinos, y la sociedad y la religion tienen, á no dudarlo, el alto encargo de vengar los ultrajes que los revoltosos pudieran inferir á este derecho de inviolabilidad mútua, que debe reinar entre los conciudadanos. Ni los dominicos, ni ninguna otra corporacion cristiana, han juzgado jamás oportuno castigar con penas crueles el error y las opiniones, cual si fueran otros tantos delitos; pero se ha de tener muy en cuenta que el robo, el pillaje, el desenfrenado furor, los asesinatos, son males distintos de los errores, y que tienden á convertir en espantoso caos á la sociedad. El robo es cosa distinta del error; el asesinato es muy distinto de una opinion. ¿Reparais vosotros, que cuando algunos hombres desalmados, deseosos de medrar y prosperar, atacan y hostilizan á los indivíduos de una sociedad cualquiera con medios violentos, permanezcan impasibles los defensores natos de las leyes civiles y religiosas, de las constituciones monárquicas, de los sacrosantos derechos que el ciudadano tiene de sus respectivos gobiernos? ¿Quereis que enmudezcan los religiosos, el sacerdocio, el episcopado, cuando un puñado de atolondrados pone en pavorosa consternacion á los miembros sociales? La Congregacion de los dominicos, que se halla extendida por toda la tierra, que no ha mucho tenia cuarenta provincias bajo un general, que reside en Roma, con más doce congregaciones particulares de reformados, gobernados por vicarios generales, siempre ha combatido el error; pero con las nobilísimas armas de la razon y de la verdad, con la virtud y la paciencia, como puede con-

vencerse el curioso lector sin más que recordar con atencion y detenimiento el largo catálogo de sus obras y el número considerable de santos, de venerables pontífices, de numerosos cardenales, patriarcas, obispos, maestros del Sacro Palacio, entre los cuales ocupa un puesto principal nuestro Prato, todos los cuales han cultivado la teología, el púlpito, creado misiones, ora en Europa, ora en las regiones trasatlánticas; dirigido las conciencias, trabajado en las artes, en la literatura y demás ciencias, en las que han dado á conocer sus esclarecidos talentos, combatiendo los errores con vigorosa elocuencia y persuasiva diccion, pero mostrándose enemigos de la violencia y de la opresion. Nunca, sin embargo, perdonarán los protestantes el celo de que los dominicos han estado animados por la conversion de los herejes, ni las funciones de inquisidores que ejercieron en diversos puntos de Europa, ni su constante y no interrumpida adhesion á la Santa Sede. Importa, sin embargo, poco que los sectarios variables del violador del claustro, Lutero, digan que los dominicos y los franciscanos son los que más han contribuido al mantenimiento de la supersticion en los pueblos; importa poco que aseguren con teson y formalidad que ellos son los que divinizando al Papa, hicieron respetar sus decisiones por los pueblos, cual si fueran sentencias y oráculos infalibles; que á causa de esto los colmaron de privilegios extraordinarios y singulares, contrarios á la jurisdiccion y disciplina eclesiástica, y que este abuso produjo en el catolicismo sérios desórdenes. Nosotros, que conocemos ya los villanos medios de que se sirven los protestantes en sus más sérias discusiones; nosotros, que conocemos sobradamente su exquisita habilidad en truncar textos, alterar los pasajes históricos, dar torcidas interpretaciones á las sentencias de los hombres más virtuosos y santos, acreedores á la veneracion y reconocimiento de los pueblos; nosotros, que conocemos todo esto, no podemos extrañarnos de las patrañas que inventan contra los dominicos, así como contra las demás órdenes religiosas. Que los dominicos sostuvieron en 1228 contra la universidad de París sérias polémicas con motivo de las cátedras de teología, que pusieron en juego los medios ménos delicados para atraerse á su favor la pluma de Guillermo de Saint-Amour; que tuvieron con los franciscanos sérios y graves altercados acerca de la mayor ó menor preeminencia de su Orden; que los tuvieron tambien con los obispos, que los amonestaban del abuso que hacian de sus privilegios; que los tuvieron tambien con varias universidades impugnando con crueles y acerados dardos que no fuese inmaculada la Vírgen sin creer en su purísima Concepcion; que fueron tan escandalosas las polémicas habidas con los jesuitas en los años de 1602 con respecto á las cuestiones de la gracia, que allí dieron pruebas de su engreimiento cobarde y villano; que..... Nos haríamos interminables si hubiésemos de enu-

merar los muchos cargos que los protestantes y sus plagiarios los incrédulos del pasado y presente siglo repiten en todos los tonos con respecto á los dominicos, que no parece al oirles, sino que estos religiosos han puesto en una espantosa y terrible confraglacion al catolicismo. Los sutiles protestantes, adiestrados en el manejo de la calumnia y del insulto, conocedores profundos del punto donde se hallan todas nuestras fuerzas y robustez, no han perdonado medio alguno para dividir el campo compacto de la Iglesia, introduciendo el desórden en las uniformes órdenes religiosas, que á semejanza de compactos y aguerridos escuadrones defienden con calor y entusiasmo la santa causa de la religion. Así nada tiene de particular que hayan imitado la conducta artera de mujeres de mala estofa, que cuando quieren malquistar á dos sugetos entre sí, forjan ultrajes y calumniantes embustes para de este modo lograr su intento. Dispensadme, lector benévolo, esta imágen, en gracia siquiera de la exactitud y verdad con que pinta los medios empleados por nuestros enemigos cuando se trata de sembrar la semilla de la discordia en el campo católico. No negamos que fuesen poco comedidas las discusiones escolásticas habidas entre estas dos últimas órdenes religiosas, que guiadas de su apasionamiento á ciertas ideas dieron lugar á contestaciones más ó ménos acaloradas, pero bien examinadas las cosas y en último resultado, ¿fueron estas luchas otra cosa que guerras literarias con la única arma de la pluma, bien inofensiva por cierto considerada aisladamente, verificadas entre el polvo de las escuelas y terminadas en los libros? ¿Quién duda que produjeron beneficios inmensos esas discusiones casi parlamentarias? ¿Quizá pueda desconocer que viéndose precisados ambos partidos á contestar á las sutiles objecciones, érales forzoso ahondar las cuestiones, hacer profundos estudios, examinar todo género de ciencias, y que todo esto produjo sin duda felicísimos resultados en el órden intelectual? Ni negaremos tampoco que tenian pretensiones algun tanto desmedidas sobre el clero secular; son en verdad disculpables, cuando se trata de hombres consagrados al cultivo de las ciencias, avezados en todo género de conocimientos, rodeados de un séquito numeroso de personas conocedoras de su vasta erudicion, de su profundo saber. Mas es lo cierto que todo género de desmanes cometidos en este sentido han desaparecido sin dejar huellas de su existencia y de su vida, y solo ha quedado una cosa, las exageradas declamaciones de los protestantes, que se dirigieron en demasía contra los abusos de las órdenes monásticas en el siglo XVI, con propósito de hacer necesaria la reforma decantada, que léjos de aplacar las disputas que ellos condenaban, las originó más sangrientas y fratricidas: si ántes en el recinto de sus escuelas, con escaso número de personas y testigos oculares, se dedicaban á las nobles luchas literarias, y nobles áun cuando de ellas resultasen algunos

lamentables disturbios, cosa nada extraña si se tiene en consideracion la irascibilidad humana, ahora trasladado el campo de batalla á las ciudades populosas y á las plazas públicas, se disputa con la mortífera bala, el acero horrendo, la destructora pólvora, causando estragos lamentables en los pueblos, provincias y naciones, víctimas de tan horrendos y atroces fautores. ¿Es posible que los protestantes, los hijos de Lutero, que han cubierto el mundo de luto y de sangre, que no convienen en ninguna creencia, que tienen una religion distinta por individuo, que á pesar de sus esfuerzos, sus reuniones y asambleas, jamás han convenido ni áun en los puntos más capitales de su incolora secta; es posible que osen echar en cara los pequeños é inapreciables cargos que puedan fundar en las disputas accidentales del escolasticismo? Guiados de su espíritu hostil á las órdenes religiosas, publicaron y repitieron hasta la saciedad un fraude cometido, segun dicen, en el año 1509, por los religiosos dominicos de Berna, mezcla de impiedad, profanacion, crueldad y malicia diabólicas, recargada con tantas circunstancias increibles, que hace presumir fuesen fábulas inventadas por los enemigos de las órdenes monásticas, con el fin de hacerlas odiosas al público, que justísimamente las tenia en gran veneracion. Segun esta patraña ó historia, fueron quemados vivos en castigo de sus horrendos delitos. Mas áun cuando sea cierto lo que se refiere de los religiosos de Berna, ¿qué probará el hecho alegado? Probará á lo sumo que en la comunidad de Berna habia algunos díscolos y revoltosos, que cometieron un atentado inícuo y poco en armonía con los sentimientos religiosos que les eran ó debian ser propios. Probará que las comunidades religiosas imponian severas penas á los díscolos y perturbadores, que castigaban á los desarreglados y alborotadores ántes que hubiesen comparecido en el mundo esos reformadores, y no probará otra cosa. ¿Sería lógico, sería justo, sería lícito deducir que porque unos cuantos individuos de la corporacion observasen en ocasiones dadas una conducta ménos digna, la Orden entera se compusiese de semejantes religiosos? Esta, sin embargo, es la manía de las revolucionarios; apénas ven en el clero, en las comunidades religiosas, en toda corporacion piadosa, un individuo, que olvidando sus augustos y sacrosantos deberes haya cometido un desliz, basta este solo hecho para deducir inmediatamente que toda la corporacion, todos los miembros que la componen, adolecen de los mismos achaques, cometen los mismos deslices, las mismas faltas, y son en todo iguales á aquel individuo. En cambio, si en la magistratura, en el foro, en la milicia, en todas las demás clases sociales, que no sean clericales, se ven algunos deslices en individuos determinados; nada se desprende, sin embargo, de la poco ajustada conducta de un individuo en contra de la corporacion. ¿Cuál es la causa de esto? Es sin duda el mayor per-

feccionamiento que entre todos los estados pide el clero, la sociedad y la religion. De estos extraños principios deducen inmediatamente la necesidad de suprimir radicalmente las órdenes religiosas; como si fuese oportuna jurisprudencia cortar de raiz un árbol copudo que recrea con su benéfica sombra al fatigado viajero, y le suministra sabrosos frutos, tan solo porque ha producido en determinados años algun fruto dañado; como si fuese oportuno arrancar todas las beneficiosas plantas de un jardin, solo porque algunas de ellas hubiesen salido dañadas. Esta es, sin embargo, la conducta de nuestros innovadores, cuando con énfasis preguntan: ¿á qué tanto número de órdenes religiosas? ¿qué utilidad social ni religiosa reportan al mundo? Aun cuando ningun beneficio produjeran sobre el resto de la humanidad el establecimiento de las comunidades religiosas, áun cuando fuesen completamente estériles, ¿cómo declamais vosotros, apologistas de la libertad, contra las órdenes monásticas, esto es, contra el derecho que cada cual tiene de hacer ó dejar de hacer, de habitar ó dejar de habitar en el mundo, de esconderse en el silencio, ó vivir una vida agitada en los bulliciosos salones de los grandes palacios y de las poblaciones numerosas? Autorizais tácitamente que cada cual viva á su manera, segun sus inclinaciones y caprichos; que el jugador pase las noches en el casino; que las desgraciadas meretrices paseen con inaudito descaro, con escándalo público, por calles y plazuelas, tendiendo redes peligrosas á la juventud, introduciendo el gérmen de la muerte en toda una generacion; que alboroten las calles é interrumpan las ocupaciones del pacífico y sosegado hombre de bien; que una turba de jóvenes vague sin direccion; que en fin, cada cual viva como mejor le plazca, crea lo que se le antoje, piense como tenga por conveniente; lo autorizais, lo predicais y calificais de horrendos tiranos á todos aquellos que atentan contra estos sacrosantos derechos. Conforme á esta jurisprudencia, un individuo que siente su pecho abrasado en fuego divino, concibe el propósito de renunciar á todos los bienes, dar un eterno adios al mundo, y consagrar sus dias á la meditacion y al retiro en el interior de un silencioso cláustro; otro, divinamente inspirado, concibe la noble y generosa idea de formar una corporacion, cuyo fin primordial, despues del fin principal y comun á todos los cristianos, sea el mostrar con todas sus luces esa misma senda á los descarriados, á los ilusos, y para esto gestiona, trabaja, redacta constituciones, y organiza una corporacion, realizando su pensamiento noble y grandioso. En todo esto observa estrictamente vuestras doctrinas de libertad. Mas entónces varian de pensar, exclamando y diciendo: «prohíbanse las profesiones religiosas, que privan al mundo de hermosuras, de brazos, de manos.» ¿Por qué, pues, al dictar vuestras leyes filosóficas, no exceptuasteis estas ó

las otras personas, estos ó los otros indivíduos? ¿Háse de tener libertad para formar asociaciones revolucionarias, lógias masónicas, corporaciones industriales, y no la han de gozar los que deseen reunirse bajo una misma techumbre á orar ó hacer lo que más les acomode? ¿Por qué incurrís en tan monstruosa contradiccion? Esta es, sin embargo, la lógica de los filósofos ilustrados de la época presente; quieren ámplia, absoluta, omnímoda libertad para el mal; quieren esclavitud despótica, absoluta, ámplia, para el bien. ¿A qué ese cúmulo de órdenes religiosas? ¿Y á qué ese cúmulo de sociedades mercantes, mineras, agrícolas, industriales y vanas? La multitud y variedad de las órdenes religiosas ha sido creada para satisfacer de un modo ámplio las exigencias del libre albedrío de cada cual, para contentar y satisfacer todos los gustos é inclinaciones; lo que por cierto se halla perfectamente acomodado á los principios de una libertad bien entendida. El canónigo regular de S. Agustin y el benedictino no tienen vocacion para abrazar la vida austera, rodeada de maceraciones sin fin de los cartujos; pláceles más el canto y cultivo de las ciencias, que la plena abstraccion, el eterno silencio que reina en los pavorosos recintos de una cartuja. Los modestos mendicantes encuentran más acomodada á sus inclinaciones la vida de pauperismo y de abnegacion, y no les agrada tanto la vida más desahogada de los monjes, con rentas pingües para sostener de un modo espléndido y decoroso el culto debido al Supremo Hacedor. El religioso del órden de los Predicadores, que encuentra todo su placer en anunciar las verdades eternas á un público numeroso en el recinto del templo, que le instruye con vasta erudicion en los dogmas de su religion augusta, que le aconseja á que varíe de conducta, abandonando los vicios y entrando por la hermosa senda de las virtudes, que conduce á la vida perdurable, no se aviene al tétrico y sepulcral silencio á que se entrega el austero ermitaño en las asperezas de las rocas escarpadas, en las hendiduras de los montes, ó en las dilatadas y estériles llanuras. Querer averiguar la causa de esta variedad de inclinaciones y sentimientos religiosos en el órden moral, equivale á querer averiguar la causa de la diversidad de fisonomías en cada indivíduo, de tal modo, que apénas, y sin apénas, hay ninguno de un completo parecido en el órden físico y natural; es querer averiguar en el órden intelectual por qué uno tiene inclinacion á la poesía, otro á los graves estudios filosóficos, quién á los literarios, quién á la literatura, éstos á las mecánicas artes, aquellos al estudio de la naturaleza. El Criador, que comunicó á cada una de sus hechuras un semblante distinto, una inteligencia más ó ménos desarrollada, un gusto más ó ménos exquisito, es tambien quien ha inspirado á los fundadores de las órdenes monásticas sus multiplicadas y variadas formas, ora severas, ora blandas, ora humildes, ora pomposas, ora opulentas, ora

mendigadoras, ora ilustradas y sabias, ora humildes y modestas en sus conocimientos y saber. El Eterno, que, como dice el texto divino, lo dispone todo con número, peso y medida, ha apropiado, ha acomodado estas órdenes á las diversas necesidades de la Iglesia, á los diversos climas y temperamentos y á las diversas buenas obras á que son destinados, mostrando así una exigua muestra de sus inmensas riquezas y variedad de dones divinos, los cuales por una virtud prodigiosa, no porque se comuniquen en abundancia, agotan sin embargo los tesoros inagotables del cielo. Así es que los fundadores de las órdenes religiosas solo consultaron sus épocas, sus climas, sus inclinaciones, sus intereses diversos; unos vivieron en Oriente, otros se extendieron por las poblaciones del Occidente; los que nacen en el siglo IV al VI tienen distinto pensar de los que aparecen en los siglos XII y XIII, y estos de los que aparecen en los siglos modernos. Miéntras los nuestros visten modesta sotana de paño, aquellos arrastran el hábito con multiplicados pliegues, ó bien una estera áspera y tosca como los ermitaños de la Tebaida. El que instituye un órden religioso en Inglaterra, solo consulta la utilidad, los usos, el clima, el temperamento y los gustos de su país, para luego acomodar á ellos sus reglamentos é instituciones; los fundadores españoles no se cuidaron de si su instituto agradaria á los alemanes ó si sería del gusto de los italianos. S. Benito tiene presente al componer su regla á los monjes de la Tebaida; pero comprendiendo que es demasiado austera é insoportable en otros climas, introduce en ella modificaciones que le mitigan. Los que plantearon sus instituciones en los países del Norte en los que el frio y otras causas hacen más necesario el alimento, hubieran sido imprudentes si les obligáran á la observancia de los multiplicados, ásperos y rigorosísimos, que observaban los griegos y los asirios. Así es que tambien los papas, guiados por el mismo espíritu, solo atendieron á las necesidades y utilidad de la Iglesia al formar y custodiar el establecimiento de las comunidades religiosas. ¡Bendita y hermosa religion del Crucificado! ¡Recibe los plácemes de tus hijos! Tu grandeza, tu conocimiento de las inclinaciones humanas, tu carácter suave y acomodaticio á todas ellas, bastará, aunque otros no hubiera, á probar que eres hija del Cielo! ¡Bendita seas!—N. L.

PRATO (Fr. Ramon María). Nacido en la apetecida isla de Sicilia, floreció á fines del siglo XVII, siendo testigo de las deletéreas y convulsivas revoluciones, que trabajaron á su país en esa como en la mayor parte de las épocas que registra la historia de los tiempos. Situadas las islas sicilianas en el Mediterráneo, gozan de un cielo claro, de hermosos y deleitosos paisajes, abundan en gratas producciones, encierran monumentos notables, y se prestan por su posicion bellísima á la industria y al comercio. De aquí el que estas codiciadas islas sean en todos tiempos el descanso de los via-

jeros de todos los países, de todas las religiones, de todas las sectas, de todos los partidos, que van á buscar en ella el oro y las ricas producciones, ó á gozar de su benigno clima. Esto en ocasiones ha sido desfavorable á la causa moral de los sicilianos, que con el roce de extranjeros que hablaban distintas lenguas, que abrigaban en su pecho extrañas creencias, veian debilitado sobre manera el sentimiento religioso y católico. Conocia muy bien Fr. Ramon María de Prato los peligros espirituales que de continuo amagaban á sus compatricios, y como por otra parte ardia en su corazon la llama del amor á Jesus crucificado, no vaciló en consagrar sus servicios al bien de sus semejantes. Guiado de tan nobilísimos pensamientos, abandonó el mundo que por espacio de algun tiempo le habia seducido con sus vanidosos fantasmas, y abrazó la órden de Sto. Domingo. Pasado el noviciado y terminados sus estudios teológicos, desempeñó algunos años el cargo de profesor de la divina ciencia teológica, dedicándose más tarde á la predicacion evangélica. Su celo ardiente en amonestar á los fieles que evitasen todo comercio con los enemigos del órden y de la augusta religion del Crucificado, le atrajo algunos pesares y disgustos, que ofrecia con amor en el altar del Señor para expiacion de los pecados del mundo. Publicó esta obra: *La Vida eterna comparada con la temporal;* se ignora el tiempo de su muerte. Lo que es cosa puesta fuera de toda duda, son los admirables triunfos que obtuvo contra las potestades del Averno en la sagrada cátedra del Espíritu Santo, cultivada de un modo especial entre los institutos y órdenes religiosas por los hijos del gran Sto. Domingo, y que quisiéramos ver imitado y repetido en nuestros dias. Es cierto que en los primitivos tiempos del catolicismo, las funciones de la predicacion las desempeñaban los ministros revestidos al efecto con una mision legítima, á semejanza del amado Redentor de los mortales, de S. Pablo y de los demás coadyuvadores del Señor en el apostolado, que se reservaban á sí mismos la facultad de anunciar á los pueblos los ordenamientos divinos, considerándola como la más importante de las funciones eclesiásticas, y encargando á los diáconos y otros ministros inferiores el desempeño de otras funciones de menor entidad, cual nos lo atestiguan las palabras de S. Pablo, cuando dice: *Nos autem orationi et verbo vacamus;* nos reservamos la oracion y la palabra divina: así tambien muertos los apóstoles, los grandes obispos que les sucedieron, eran los que anunciaban á sus respectivas iglesias los ordenamientos del Altísimo. Las brillantes lumbreras que florecieron en la Iglesia oriental, Orígenes y S. Juan Crisóstomo, y en la Iglesia occidental, S. Félix de Nola y el eminente San Agustin, son los primeros ejemplos de sacerdotes ó presbíteros simples consagrados á la predicacion, que nos presenta la historia de los fastos de la Iglesia. Ni debe parecernos extraño el que se alterasen las formas estableci-

das tratándose de hombres tan eminentes por su ingenio, virtud, saber, erudicion y dotes oratorias, mucho más si nos fijamos en el aumento que ya experimentaban los católicos, y la necesidad que habia de multiplicar tambien los órganos de la palabra divina. Las diversas y continuadas luchas que acaecieron en el curso de los siglos en la Iglesia occidental, que embargaban el ánimo de los obispos, distrayendo su atencion á mil otras atenciones, determinaron á estos pastores del catolicismo á confiar el ministerio evangélico de la predicacion á los simples presbíteros, á los más reconocidos por su piedad, ciencia y erudicion vasta. Creciendo con la poblacion cristiana las necesidades espirituales de los pueblos, los soberanos pontífices romanos, los padres del linaje humano, regenerado en las límpidas aguas bautismales, deseosos de que no careciesen del sustento espiritual para sus almas, tan necesario como el corporal, fueron sucesivamente facultando á los religiosos de todas las órdenes para predicar en los templos á que fuesen llamados por sus legítimos pastores, únicos á quienes de derecho compete la instruccion de los pueblos, y fueron poderosos auxiliares de los párrocos en sus afanes espirituales, en dirigir el rebaño confiado á su pastoral solicitud y cuidadosos desvelos. La ilustre Orden Dominicana, surgida en dias aciagos para la Iglesia, fué instituida con preferencia para la investigacion de la verdad, y para la publicacion de ella por todos los ámbitos del globo, por lo que son conocidos con el nombre modesto *de hermanos Predicadores.* Que estas funciones en todos los pueblos del mundo en que han posado su benéfica planta, las han desempeñado con grande encarecimiento y utilidad de los fieles, no hay para qué repetirlo, cuando en esta misma *Biografía Eclesiástica* que nos ocupa, encontramos á cada paso tantos personajes venerables por sus virtudes, por sus talentos, por su vida ejemplar, de todos los países, de todos los puntos, de todos los hemisferios, en los hielos del Norte como en las abrasadas zonas tropicales, en los áridos países como en las selvas habitadas por hordas indomables. Desgraciadamente el devastador torrente de las revoluciones arrastró en algunos puntos de Europa en pos de sí esta como otras instituciones benéficas, creadas por el catolicismo para el bienestar de los descendientes de Adan, y desde entónces las cátedras de la verdad evangélica no resuenan con la elocuencia el grandor de los mandamientos del cielo. Hacen sentir sobremanera la falta de esos apreciables hombres en el púlpito, porque, mal que nos pese el decirlo, el clero secular empobrecido, imposibilitado de poder adquirir una educacion conveniente, no basta á satisfacer las espirituales necesidades de los pueblos. Desde la funesta época de la supresion de los conventos, los venerables pastores han autorizado á todos los diáconos y presbíteros para que se consagrasen á anunciar la palabra divina, y creemos

que, si ántes se concedia rara vez este género de facultades, hoy se conceden con tal facilidad, que tememos no sea ya un abuso perjudicialísimo. No son muchos oradores sagrados lo que nos hace falta, sino buenos oradores. No se comprende á qué conduce esa precipitacion de los jóvenes eclesiásticos por consagrarse á las difíciles y espinosas tareas de la predicacion, que exigen para ser desempeñadas dignamente larga experiencia, profundos y variados conocimientos, y un vasto estudio de las ciencias y de las artes. Verdad es que la escasez del clero, los pocos jóvenes de alguna aptitud que ingresan en él, la necesidad de atender á la vez á mil negocios, hace que no puedan los clérigos fijar su atencion en un objeto principal, sino que distraidos en torno de sus funciones, disipan lastimosamente el tiempo en cosas transitorias y de ninguna estabilidad. Mas, ¿por qué no adoptan los príncipes de la Iglesia disposiciones enérgicas? ¿Por qué no plantean seminarios, regidos con arreglo á los modelos de otros paises? ¿Por qué extinguen el ardoroso fuego de entusiasmo, con que cien jóvenes escolares se presentan en las aulas eclesiásticas, ávidos de instruirse y ser útiles al clero, á los intereses del pueblo, con sistemas ineficaces para dar una educacion mediana? ¿No sería preferible emplearlos durante algun tiempo en adquirir vastos conocimientos sobre las modernas y antiguas, las divinas y humanas ciencias, sobre el corazon humano, impidiéndoles en una juventud prematura acercarse al desempeño de las árduas funciones de la predicacion, en vez de concederles ámplias facultades apénas son iniciados en el sacerdocio y recibido han las órdenes sagradas? Empleándose en sus primeros años en el estudio de la meditacion de las verdades divinas, conocerian la grandeza del ministerio que van á desempeñar, las sérias obligaciones que impone, los inmensos beneficios que á los pueblos reporta la exacta observancia de los preceptos humanos y divinos. Así no es dable que se formen idóneos oradores sagrados, que puedan atender á las numerosas necesidades espirituales de los pueblos, hoy más que nunca sumidos en la más horrible ignorancia en lo relativo á las materias religiosas, á causa de la escasez del clero laborioso, y del gran vacío, difícil de llenar, dejado en la oratoria cristiana por la extincion de las comunidades religiosas. Pasando ya al género de composiciones usadas en la Iglesia católica desde los tiempos más remotos, debemos mencionar ante todas cosas el sermon entre una de las primeras composiciones de la oratoria cristiana, que propiamente era un discurso en que se anunciaba á los herejes al Evangelio, exponiéndoles detalladamente las verdades cristianas, y descendiendo á la interpretacion más ó ménos natural de los pasajes oscuros de las divinas Escrituras. El objeto primordial de los sermones es alimentar la piedad é inteligencia de los fieles con esas verdades y excitarlas á la virtud y á la perfeccion. El género usado con grande

éxito por los santos padres y doctores del catolicismo es la homilía, discurso familiar en el cual no es de absoluta necesidad el guardar unidad, en el que por lo mismo se pueden tratar á la vez diversos puntos, ora dogmáticos, ora morales, y en el que sobre todo se recomendaba, interpretaba y comentaba el Evangelio. Esta es la razon porqué los concilios ecuménicos y especialmente el Concilio de Trento recomienda eficazmente este género de predicacion, como la más adecuada para la instruccion y aprovechamiento de los pueblos, por la variedad, amenidad y abundancia de materia que suministra al predicador cristiano para su composicion, y á los pueblos para su instruccion y demás prácticas religiosas. No vemos en nuestros dias, por cierto no los más á propósito para la elocuencia cristiana, que salgan grandes modelos de ella, y por el contrario no podemos ménos de lamentarnos de los abusos llenos de inconvenientes que de ella se han hecho. No es nuestro ánimo erigirnos aquí en censores ni apologistas de los oradores cristianos; reconocemos que en la série de los tiempos ha habido en el seno del catolicismo muchedumbre numerosa de dignísimos sacerdotes, que han desempeñado honrosamente este cargo delicado satisfaciendo los deseos de la Iglesia, y excitando las más vivas y entusiastas demostraciones de gratitud y admiracion á los pueblos, ilustrados con su enseñanza, santificados con su celo y ejemplos, reformados con su palabra y tareas apostólicas. Los inmortales nombres de Bourdaloue, Massillon, Bossuet, Neuville, Fenelon, dignos sucesores de los Bernardos, Crisóstomos, Agustinos, Ambrosios, permanezcan hondamente grabados en la memoria de los pueblos y de la madre Iglesia que se digna aún recomendar con especial ternura sus inimitables y bellísimas producciones para nutrir la piedad de los fieles y alimentar las inteligencias de los pueblos. No desconocemos tampoco que áun en nuestros mismos dias, en estos dias de depravacion general, de depravacion literaria, religiosa y artística, han florecido los Venturas de Ráulica, los Lacordaire, los Ravignan, los Félix y muchos otros talentos verdaderos, que sobreponiéndose á las groseras preocupaciones de sus contemporáneos, saben fijar su vista en el punto verdadero, y combatir sin tregua ni descanso la devastadora corriente de los malos libros, de las malas ideas, de las malas doctrinas, desenvolviendo con majestad y grandeza los dogmas augustos y sublimes del catolicismo, á un siglo atolondrado en que vivimos. Previas estas salvedades, debemos emitir nuestra modesta opinion acerca de la oratoria cristiana de los padres, de la de los hermanos Predicadores, de los hombres en fin que han florecido en el seno del catolicismo, con el fin de contestar de un modo idóneo, imparcial, desapasionado, verídico, á los poco comedidos ataques que lanzan sobre los católicos los sectarios de Lutero: áun con amargo y profundo dolor de nuestra alma confesamos paladinamen-

te, dando así una muestra de imparcialidad á nuestros enemigos, que en la série de los cristianos siglos haya habido personas y oradores cristianos, que han adoptado un sistema de predicacion á todas luces defectuoso y antievangélico, arrastrados sin duda por la debilidad y guiados por los estrepitosos aunque inoportunos aplausos de la muchedumbre poco sensata y ménos inteligente en estas materias religiosas. El deseo de seguir el mal gusto de la época, el de ventilar cuestiones ajenas de ellos, solo por no desagradar á su auditorio, que parecia hastiado de la sublimidad y grandeza de los dogmas cristianos, de la bella moral católica, siempre encantadora, ha hecho que muchos de nuestros oradores católicos hayan abandonado la hermosa senda de la verdad, que conduce á la morada de Sion directamente trazada por nuestros sabios y santos admirables en la predicacion evangélica. Quiérense algunos disculpar de esta gravísima falta á los ojos de la religion, alegando que el público, dado con demasía á la literatura y á la filosofía, rechaza el género de predicacion usado en otros tiempos, pero á nuestro entender no basta alegar que los filosofastros deseen escuchar una moral natural, ó más claro, una moral conforme con sus pasiones ó inclinaciones perversas, para abandonar por completo los preceptos divinos, la moral evangélica, que se hallan si en armonía con la moral natural, pero que está en abierta oposicion con las pasiones perversas del hombre. ¿No es monstruoso error alegar para justificarse de cargo tan severo, el que es ese el gusto de los oyentes, de los filósofos? ¿Por ventura la moral evangélica que viene á arrancar las pasiones humanas, ha de hallarse en armonía con ellas? ¿Dónde estará su grandor y belleza, si no estuviese en abierta oposicion con las inclinaciones del hombre prevaricador, del descendiente de Adan, que osó largar una mano para comer un fruto prohibido? ¿Hanse por ventura los evangelizadores del pueblo de acomodar al gusto depravado de cierta parte de la sociedad, entregada á los ensueños de una filosofía delirante, de una literatura impregnada en el paganismo ó en el materialismo? ¿Hanse de convertir en cómicos que solo halaguen los oidos del auditorio con frases desusadas y quizá estrambóticas, con palabras bellas, con imágenes floridas, con vocablos inusitados, dejando á un lado las profundas verdades evangélicas? ¿Quién no vé que semejante conducta convertiria la respetable, augusta, divina cátedra del Evangelio en un semi-teatro, donde solo concurria la muchedumbre á admirar las bellezas oratorias profanas, la habilidad del orador, su talento más ó ménos privilegiado, su ingenio más ó ménos agudo, sus dotes más ó ménos agradables, su pronunciacion expedita, su lenguaje puro y castizo? ¿Quereis que el evangélico predicador solicite el perfume de las admiraciones populares para su misma persona, cuando pesa sobre su alma la grande obligacion de dirigir al trono del Altísimo el incienso y los homenajes de los pueblos? ¡Ah! Esto

seria profanacion sacrílega, impía, abominable. En hora buena; usad un lenguaje puro, guardad las formas literarias, que eso se merece el respeto debido al público, á cuya presencia es bueno presentarse revestido con pompa; revestid vuestros pensamientos cristianos de una poesía delicada y de buen gusto, emplead, en fin, todos los artificios nobles de la humana elocuencia, supuesto que decís que son indispensables esos medios para que podais ser escuchados con algun interés; mas no prescindais del Evangelio, no os abstengais de pronunciar el excelso y bendito nombre de Jesus, no os avergonceis del divino Redentor de los mortales en el punto mismo destinado para su engrandecimiento extrinseco, no prescindais de lo esencial, no autoriceis el mal gusto en vuestro auditorio, no le acostumbreis á que se presente en los mismos templos, en que pone el Altísimo su divina planta al lado de Querubes, con el corazon frio, con un aire de petulante indiferencia, que se asemeje á la de los concurrentes á los teatros, no le enseñeis directa é indirectamente las fábulas humanas, llegando á hacerle formar idea de que aquello es lo bueno, lo amable, lo divino, lo santo, que deben reverenciar y acatar; no hagais en fin traicion á vuestro santo ministerio, colocado en una altura muy superior á este terreno en que luchan con horrenda porfia las pasiones humanas, los mezquinos intereses del mundo; no prediqueis en fin una moral filosófica, ni pronuncieis arengas académicas en vez de sermones cristianos: sobre ese público superficial y frivolo, que insensato os prodiga necios aplausos, hay otro público sensato y dócil á las amables insinuaciones de la verdad; y ese público reprueba altamente vuestro sistema, se lamenta de que no empleeis vuestros talentos de un modo más útil á los pueblos, y desea encontrar en vosotros, no al filósofo, ocupado en frias y áridas discusiones, sino al apóstol, al intérprete fiel y verídico de Jesucristo y de su doctrina saludabilísima? ¿Cuántas veces al escuchar un sermon hemos oido á personas juiciosas condolerse de la pequeñez del hombre, que así degrada al augusto ministerio, acomodándole á las falsas delicadezas, á las fútiles y frivolas aspiraciones del filosofismo moderno? No alcanzamos á comprender cómo puede hallarse tranquilo el corazon, la conciencia de estos hombres, al ver los equivocados frutos que sacan de sus arengas, de sus composiciones poéticas, de sus trozos de literatura, de todo ménos sus sermones. ¿Es posible que busqueis el aura popular, ese incienso efímero que como el humo se disipa, á costa de vigilias, de inquietudes, de pesadumbres, de corromper las santas máximas de la moral divina y esplendente? ¡Oh! si desearais la gloria del Altísimo, el exacto cumplimiento de vuestros deberes, os daria poco cuidado el que el público aplaudiese ó dejase de aplaudir vuestro trabajo. Persuadidos de la grandeza de vuestra mision, y de que en el tremendo dia de las justicias no habia de ser vuestro censor, seguiriais con paso firme la senda de la verdad, de la rectitud, de la

justicia. «Deplorable es, en verdad, dice un juicioso y erudito publicista moderno, que nuestros oradores cristianos, renunciando en alguna manera á los principios de la religion, perdiendo de vista el Evangelio, desterrando á Jesucristo de la cátedra de la verdad, invoquen el nombre de Séneca ó Platon; se atrevan á posponer la moral evangélica á la moral pagana; prefieran figurar en las listas de los discípulos de Platon á ser discípulos de S. Pablo y del divino Redentor de los mortales, que trajo en sus divinas manos desde el cielo el bienestar de los pueblos, la gloria de las naciones. La humana filosofía es demasiado tétrica y fria, para que pueda servir de pábulo y alimento al corazon humano, que anhela de continuo el sumo bien; es demasiado débil para oponer un dique á las pasiones humanas; demasiado estéril para derramar sobre la atribulada alma del mortal un bálsamo vivificante, que encubra y disipe la melancólica tristeza, que cual funesta y fatídica sombra abruma al corazon del hombre, como el rocío de la mañana disipa la sequedad de la tierra; demasiado limitado para manifestar á los pueblos el verdadero orígen de sus desórdenes, á fin de que puedan remediarlos; demasiado pobre para aplicarles oportunos remedios. Solo la fe goza de todos estos augustos privilegios; solo la fe puede iluminarnos y fortificarnos en el escabroso sendero de la vida; solo la fe nos suministra las fuerzas necesarias y los grandes motivos que nos hacen preferible la virtud á todos los pasajeros objetos de la tierra, infecunda, desabrida, dolorosa. Los santos padres, vivamente persuadidos de estas verdades anunciaban en las horas del dia las máximas evangélicas que meditaban en el silencio de la noche. Abstenianse de citar las autoridades filosóficas del paganismo; sus discursos tenian toda la verdad y la fuerza de la divina palabra, por cuya razon obraban pasmosas conversiones, y transformaban la faz de los pueblos, atacándolos con sus doctrinas y edificándolos con su ejemplo. «Jesucristo, decia el grande Apóstol de las gentes, el modelo de los oradores cristianos, es quien me ha enviado á predicar sus doctrinas divinas, no las fábulas humanas, ni á hacerlo con los artificios de la humana elocuencia para no debilitar y destruir la fuerza de la cruz de mi divino Maestro; he venido á anunciaros la doctrina de Jesucristo, no con el talento de los sabios, pues no sé más que á Jesucristo y á Jesucristo crucificado. Mis predicaciones y mis discursos no van acompañados tal vez de la elocuencia y literatura terrestres, mas en cambio son autorizados por los signos del espíritu y el poder del Altísimo. Para que vuestra fe no fuese fundada sobre la autoridad de la humana sabiduría, sino solo sobre la autoridad divina. (Epístola I á los Corintios, cap. I y II.)» Uno de los argumentos más poderosos empleados por nuestros apologistas cristianos, es la inutilidad de las absurdas teorías filosóficas del paganismo por corregir los vicios, y hacer virtuosas las sociedades. Estos hombres, consa-

grados al asiduo y constante cultivo de la literatura y de la elocuencia, jamás consiguieron corregir á las sociedades de un solo vicio, ni generalizaron una sola virtud, porque solo en el Omnipotente reside fuerza necesaria para cambiar los corazones; por cuya razon impetraba David en sus vigilias: «Señor, cambiad mi corazon:» *Domine, munda cor meum, et spiritum rectum innova in visceribus meis.* En cambio, la moral de Jesucristo, anunciada por los rústicos labios de modestos y humildes pescadores, ha convertido á los pueblos, cambiado y suavizado sus bárbaras costumbres, suprimido los desórdenes más arraigados en el corazon de los pueblos, transformado, en fin, la faz del universo. ¿Se pretenderá por lo mismo despojar á nuestra augusta religion de esa fuerza conmovedora, de esa uncion que arrastra á los pueblos obligándolos á doblar su rodilla ante el Eterno, para sustituirlo con las paganas creencias? Ni es tampoco digna la conducta del ministro evangélico que, guiado por un sentimiento censurable de baja adulacion, lisonjea á los grandes y á los gobernantes, absteniéndose por debilidad reprensible de reprender los vicios, haciendo amables y gustosas las cristianas virtudes. Si las venerandas funciones oratorias han de ser desempeñadas con el debido acierto y la gloria de Dios, es necesario que el predicador se halle dotado de un talento especial para la palabra; que sea orador naturalmente; que posea extensos conocimientos de la moral cristiana, fruto del estudio asiduo de la sagrada Escritura y de los Santos Padres, claras ideas de las costumbres que versan en la sociedad, á la cual dirige su palabra, de las pasiones y vicios del linaje humano, de los medios para conocer la virtud y la piedad, de los peligros y tentaciones en que puede precipitarse la fragilidad humana. Los confesores y pastores de almas, que aprenden en los sagrados tribunales de la penitencia las variadas y tortuosas sendas que en su marcha desoladora sigue el vicio, son más aptos para instruir á los pueblos cuyas llagas conocen, y pueden por lo mismo aplicar los oportunos remedios; así como los jóvenes inexpertos y dotados de instruccion, no es nada dificultoso se vayan por sendas inimaginables, perdiendo lastimosamente el tiempo. Entre los innumerables censores de los anunciadores del Evangelio, hay algunos que desearian que se limitasen á dar lecciones de moral, convirtiendo los sermones en enseñanzas prácticas puramente. No consideran los que así hablan que el Evangelio no se ciñe á instruirnos en lo que hemos de hacer, sino que se extiende además á remontarnos á las verdades que hemos de creer, que no solo tiende á satisfacer nuestro corazon, mostrándole el bien supremo á que de continuo aspira como una necesidad de su ser, y los medios más adecuados de llegar á él, sino además satisface tambien la inteligencia, mostrándole la verdad que constituye todo su alimento. Así es que ni los santos padres de la Iglesia, ni los apóstoles, ni todos los grandes

hombres, jamás han separado el dogma de la moral; sin olvidar el dirigir las acciones, procuraban satisfacer las inteligencias, enlazando la moral con el dogma de un modo tan delicado, que convencida la inteligencia con la hermosa vista de la verdad, fácilmente se deja en pos de ella arrebatar el corazon. Obsérvese, con el fin de confirmarse cada vez más en la necesidad de proceder de esta manera, que si leemos con algun detenimiento la historia, no encontramos una sola época en que haya sido negado un dogma, que á la vez no se hayan presentado las costumbres en toda su horrenda corrupcion; jamás se ha negado un artículo sin que en el acto se hayan resentido las costumbres públicas, la moralidad de los pueblos. Hoy, por ejemplo, que las inteligencias estan poco afianzadas en las creencias católicas, basta dirigir una mirada escudriñadora por la faz de los pueblos, para adquirir un pleno convencimiento de la verdad que anunciamos. La base de todas las oraciones cristianas ha de ser la sagrada Escritura; y el sermon que parta de este principio, el que explique, exponga claramente el dogma, el que haga sentir con viveza sus consecuencias morales, será siempre sólido, útil, provechoso, edificante, aprobado por las personas que tengan el gusto depravado, lo mismo que por las que le tengan exquisito. Esto sucederá, áun en el caso de que poseyendo el predicador las dotes oratorias, posea el espíritu y las virtudes de su estado, y esté él mismo bien penetrado de la doctrina que anunció á los demás. Preguntado el Padre Maestro Avila, el insigne apóstol de Andalucía, acerca de las cualidades y reglas más adecuadas para predicar con acierto, dijo esta contestacion tan edificante como oportuna. «No conozco otras reglas que el amor de Dios y el celo por su gloria.» Despues de esto, no se nos podrá achacar con justicia, al ménos por nuestros enemigos, que la pasion nos impida conocer todos los abultados defectos que reinan entre el clero destinado á la predicacion evangélica. Hemos confesado que hay depravacion en el buen gusto, que algunos por debilidad, otros por ignorancia, han pervertido la cátedra cristiana, que caminan por sendas opuestas á las trazadas por el Evangelio y la tradicion. ¿Qué más se quiere pedir de nosotros? Mas en lo que no podremos jamás convenir, por no podernos aliar con el absurdo, es con las aserciones que los protestantes, por boca de Barbeirac, uno de sus órganos más autorizados, han osado emitir al decir que encuentran tan defectuosas las producciones de los padres de la Iglesia, de esos hombres que se han conciliado la veneracion y entusiasmo de los cristianos pueblos, que extrañan que los maestros de oratoria y literatura cristiana los hayan propuesto como modelos de retórica y oratoria cristiana. Segun las apasionadas opiniones de estos protestantes, los sermones de los santos padres, además de contener abultados errores en puntos de moral, son tan desaliñados, que no se ve

arte ninguno en ellos. Tacha de viciosa y afectada su elocuencia, encuentra hinchado y pomposo su estilo, adornado además de figuras supérfluas é inoportunas, considerándolos más bien unas huecas declamaciones de retóricos presumidos, que no como unos discursos edificantes, sensatos y juiciosos, dirigidos por personas constituidas en el alto puesto de directores de los pueblos. Prescindiendo de la insufrible presuncion contenida en estas palabras, encaminadas á mancillar la acrisolada reputacion de unos hombres venerados por las generaciones numerosas que han pasado por el globo en estos diez y ocho siglos, debieran nuestros enemigos no incurrir en contradicciones tan de bulto cuando se proponen desacreditar nuestras augustas instituciones. Los censores de estas refulgentes lumbreras de la Iglesia, al ver algunas producciones de los santos padres, con especialidad de los antiguos, que dicho sea con ingenuidad, no se distinguen por su correccion y pulidez, sino por una sencillez gustosa, dèducen de esto que esos hombres eran unos idiotas, ineptos para instruir á los pueblos y mostrarles la senda de la verdad, porque siguen contra su respetable parecer las huellas trazadas por Jesucristo y los apóstoles, que no fueron por cierto á dar lecciones de elocuencia humana, sino de moral elevada. En tanto que así atacan á los santos padres, que así con modesto é ingénuo lenguaje han explicado los más augustos y elevados dogmas del catolicismo, acusan de retóricos pomposos y sofísticos á los que de entre ellos se han consagrado al estudio de las artes y de la elocuencia humana, empleándolas con éxito brillante en la defensa de los dogmas sacrosantos de la religion apostólica, con grande admiracion de sus contemporáneos, inclusos los mismos paganos filósofos. Con semejante género de adversarios, en cuyo pecho hierve el odio, que les ofusca hasta el extremo de negar y desconocer el extraordinario mérito de los rasgos de elocuencia que se encuentran en sus producciones, no es posible sostener una discusion razonable y templada, porque califican su sencillez de idiotismo, su sabiduría de orgullosa jactancia. Si el santo padre emite sus conceptos con estilo candoroso, es un ignorante, á quien los pueblos no deben escucharle. Si por el contrario presenta sus imágenes con belleza, con estilo puro y castizo que seduce y arrebata, son insufribles, orgullosos, llenos de vanas pretensiones. Este es y ha sido siempre el sistema de los protestantes; el odio que profesan á las venerandas instituciones católicas, la pasion vehemente que los domina, les ofusca hasta el extremo de desconocer las bellezas sublimes y encantadoras, de que se hallan llenos los santos padres y oradores cristianos. Si les mostramos su fluidez, su naturalidad, la elegancia de sus formas, son inaguantables, soberbios; si les presentamos la tierna y arrebatadora sencillez de los otros, los tildan de ineptos. ¿Cómo fijarlas? Bástenos por lo mismo saber que esos hombres célebres, tan osa-

damente deprimidos por los enemigos del catolicismo, han sido venerados, seguidos, escuchados, respetados y admirados en sus respectivos tiempos; que sus discursos, léjos de ser estériles, han producido asombrosas trasformaciones en los individuos, en las familias, en los pueblos enteros, cual lo atestigua la historia desde la más remota antigüedad; lo cual prueba á lo ménos que los santos padres poseian el género de elocuencia que más se adaptaba á sus designios, al cumplimiento de su elevado ministerio. Ni se diga que la depravacion del buen gusto á la literatura y á las artes, la ignorancia en que yacian sumidas todas las ciencias, el mal gusto de la época, arrastraba á los eminentes doctores del catolicismo; porque han pasado una larga série de siglos, han ocurrido en la sociedad trasformaciones radicales, ha llegado á poseer la Europa moderna una suavidad de costumbres, cual no se conocieran en el mundo en tiempos pasados, se han ilustrado las ciencias y las antigüedades, y hoy, todavia hoy, el público de Europa, amante del verdadero buen gusto, considera los escritos de los Santos Padres como los más notables monumentos literarios que nos han legado los siglos, de tal modo que hoy son repetidos en nuestros púlpitos, y recibidas sus teorias con profundo respeto. Esto nos probará que esos escritos llenos de solidez y buen gusto, no son tan dignos de desprecio como los presentan nuestros enemigos, cuando la época civilizada, el mundo ilustrado del siglo XIX los tiene en tan alta estima. En cambio ¿hay entre los ministros anglicanos de la actualidad uno solo que ose repetir en sus discursos los pensamientos livianos y groseros de los Luteros, Calvinos, Zwinglios y demás fautores de la pretendida reforma á quien suponen profesar una gran veneracion? El soplo del tiempo ha sepultado en el desprecio las inmundas producciones de esos despreciables hombres, que se contradicen á cada palabra. El buen sentido ha sabido discernir en todos tiempos y edades el mérito del demérito, el buen gusto del gusto depravado, y pasados los tiempos, el buen sentido de los pueblos se complace en coronar de gloria á los verdaderos hombres inmortales, miéntras arroja el baldon y el desprecio ignominioso sobre la frente de los insensatos, que asi han osado seducirle. Si una pluma erudita y delicada se tomase el improbo trabajo de comparar los absurdos, los errores las sándias necedades de que estan plagados los escritos de los santos imaginarios de los protestantes, imitando en esto á los escritores de la Iglesia anglicana, que revuelven con ardoroso afanamiento los archivos de todo el mundo, en pos de nuevos cargos y acusaciones contra los santos padres, y haciéndose eco de las aserciones y blasfemias de los herejes de todas las edades cristianas, lanzan severos cargos sobre lo más augusto del catolicismo; si, repito, se parangonasen los escritos de los católicos con los de los protestantes, nuestras producciones

con sus producciones, nuestras leyes con sus leyes en lo relativo á la religion, apareceria claro el contraste de pasmosa diferencia entre la sublimidad, la elevacion de ideas, la grandeza de ánimo de los doctores del catolicismo, y la rusticidad, grosería y barbarie, desparramadas por los escritos de los protestantes y herejes. Consideran sin embargo á sus doctores como los admirables apóstoles suscitados por el cielo para establecer un cambio radical en las costumbres sociales, en tanto que los nuestros solo profieren sus labios palabras insultantes, odiosas denigrativas. Repetimos que un paralelo, hecho con imparcial veracidad, entre los oradores más distinguidos de los protestantes y algunos más venerados de entre los católicos, tales como los Basilios, Gregorios Naciancenos, Crisóstomos, Atanasios, Agustinos, siempre que el decoro consintiese poner en paragon monstruos abominables con venerados y santificados varones, nos demostraria bien á las claras de qué lado estaba la verdad, el saber y la virtud, los pensamientos más elevados, los más nobles conceptos, la elocuencia más verdadera. Este trabajo ha sido en parte realizado en nuestros dias por un instruido y sabio sacerdote italiano, que con el título de *Roma y Lóndres* ha dado á luz una bellísima publicacion, hija de la más vasta experiencia, y en la cual pone de relieve los vicios del protestantismo así como sus beneficios, los beneficios del catolicismo, aunque sin omitir tampoco los males que á su sombra se han cometido. Viene esta publicacion á coronar los trabajos del gran Bossuet, que dió ya el golpe de muerte á ese espectro que vaga aún inquieto por Europa; del español Balmes, que le atacó bajo otro punto de vista; del americano Eizaguirre, que tambien combatió el mismo protestantismo con Augusto Nicolás, el P. Perrone, y muchos otros esclarecidos varones, que han salido á la defensa de los carísimos intereses de la Iglesia con denuedo sin igual, con éxito tambien brillante. Bossuet dijo: «Varías, no eres por lo mismo la verdad, porque esta es inmutable.» Balmes, Augusto Nicolás y Eizaguirre han dicho: «No eres adecuado, oh protestantismo, para llevar la felicidad y civilizacion á los pueblos, porque por do quiera que has pasado ha resucitado el paganismo, y si todavía conservas un resto de felicidad y de bienestar lo debes al catolicismo, del cual conservas fragmentos.» El autor de la obra *Roma y Lóndres* establece una comparacion bajo el aspecto moral, científico, literario y de costumbres entre una y otra poblacion, ó lo que es igual entre el catolicismo y el protestantismo de hoy, y deduce de aquí consecuencias contrarias al protestantismo, que se admira el lector de que todavía no haya el engendro de Lutero exhalado el postrer suspiro. Ante todas cosas en los protestantes países falta la union necesaria de absoluta necesidad para desempeñar las funciones de la predicacion, para imponer leyes á los pueblos, para anunciarles los orde-

namientos divinos. Importa poco que reunida la concurrencia en los templos londinos, comenzados los servicios, suba á la que en tiempos anteriores fuera cátedra de la verdad el protestante ministro, muy puesto de frac, de guantes, y con la indispensable *Biblia* en la mano. Importa poco que con los rasgos de la más seductora elocuencia humana vaya pintando é interpretando los diversos pasajes de la Sagrada Escritura, deduciendo de ellos deberes que deben practicar, ejercicios que deben ejecutar, porque cada uno de los que le escuchan se halla en el pleno derecho de preguntarle: ¿Quién os ha autorizado para subir á ese augusto púlpito á imponerme las verdades católicas? ¿Dónde estan las credenciales que me manifiestan la legitimidad de vuestra mision, la facultad que os asiste para hablarme en nombre del Altísimo? Descended de esa cátedra, porque os asiste el mismo derecho para ocuparla como á cualquiera de nosotros. No sabemos qué podria replicar el buen ministro, afrentado de tal manera, á estas palabras verídicas de los oyentes. Mas no así entre los católicos: interrogado entre nosotros un orador cristiano acerca de la legitimidad de su mision, os contestaria con la mayor sencillez sacando de la faltriquera las licencias en las cuales tiene su autorizacion para desempeñar las funciones eclesiásticas, y entre ellas la de la predicacion, que le han sido concedidas por el Obispo, el cual á su vez las recibió de la Iglesia y del vicario de Jesucristo, á quien Dios expresamente dijo: «Id, predicad á las naciones, anunciadles el Evangelio, y todo aquel que convertido fuese regenerado por las aguas bautismales logrará la salvacion eterna. *Euntes prædicate Evangelium omni creaturæ; qui crediderit et baptizatus fuerit, salvus erit; qui vero non crediderit, condemnabitur.* Estas son las palabras testuales y verídicas. Además parécenos cercano el dia venturoso en que los protestantes, ya tan gastados y fastidiados de caminar por senderos inciertos, vuelvan á la Iglesia católica, que cual madre cariñosa recibe con tanto mayor entusiasmo y alegría á sus hijos, cuanto más profundos habian sido sus errores, más funestos y lamentables sus extravíos. Nos fundamos para hablar de esta manera en que la Iglesia establecida carece á estas fechas de creencias fijas, se halla subdividida en infinitas sectas, de las cuales no hay una tan robusta que parta de ella la primacía bajo ningun concepto, ó además nos fundamos en el sesgo católico que en estos últimos años se está dando á la enseñanza pública en algunas universidades, en los trabajos importantes de muchos doctores, tales como Pusey, Neuman y otros acérrimos defensores del catolicismo si no en su totalidad. Uno de sus mismos escritores ha dicho: Inglaterra camina á Roma, ya se halla en la via Apia: ¡Oh qué dulcedumbre experimentará el vicario de Jesucristo cuando llegue al Capitolio! —N. L.

PRATO (Rdo. P. Fr. Hugo de), distinto del que hemos biografiado poco

ha con el nombre de Fr. Hugo de Prato. Son escasas las noticias que tenemos de este escritor y religioso del órden de los Dominicos, sabiéndose tan solo que era varon piadoso, exacto observador de las reglas sapientísimas dictadas por el grande Domingo, erudito sobre manera en las ciencias eclesiásticas y literarias. Estas noticias nos las suministra el P. Tomasino, digno por su venerable carácter de crédito, que hablando de este personaje en su *Biblioteca Patavinense*, pág. 52, le tributa entusiastas encomios y distinciones honrosas. Entre las obras de este escritor cuéntase como la más notable la siguiente: *Sermones itinerarii dicti anno 1499, die tertia Julii.* Por escasas que sean, sin embargo, las noticias que tenemos de este esclarecido miembro del órden de los Dominicos, basta lo dicho para ver la grandeza y fecundidad de esa órden monástica de los hermanos Predicadores, cuyos individuos han seguido constantemente las huellas trazadas por el ilustre Domingo. Si la consideracion de la marcha providencial seguida en la série de los tiempos por Aquel, en cuyas manos está la direccion de la navecilla de Pedro, no bastára á excitar en nuestras almas sentimientos de admiracion y entusiasmo; si el ver en la série de los tiempos cristianos cuál se presenta Agustin á combatir las herejías pelagianas, cuál se levanta Gerónimo, el penitente y austero Gerónimo, á combatir á Donato y á los arrianos; cuál se levanta en ulteriores tiempos Cayetano de Tienne, San Ignacio de Loyola, S. José de Calasanz, S. Vicente de Paul, contra los Luteros, Calvinos, Zwinglios, Melanchton; cuál se levantan en siglos algo anteriores los Franciscos de Asís, los Domingos, los Bernardos á convertir al mundo de la marcha que seguia la humanidad, impulsada por las herejías que sucesivamente han combatido la Iglesia; si ésto no excita la admiracion del filósofo, creemos no poder ménos de ver la mano de Dios en la pasmosa organizacion de esta Orden Dominicana, admirable por más de un concepto. N. L.

PRATS (Antonio), sacerdote natural de la ciudad de Valencia. Fué maestro y dos veces catedrático de artes en esta universidad, en la cual le promovieron al grado mayor de teología, y obtuvo una pavordía de la santa Iglesia metropolitana con cátedra y examinatura de la misma facultad. En el dia 15 de Julio del 1686 ascendió al canonicato magistral de la misma santa Iglesia, y fué juez y examinador sinodal de aquel arzobispado. Deseaba el cabildo eclesiástico de dicha metropolitana acordar á todos los residentes de su gravísimo y numerosísimo coro las obligaciones que les incumbe de cantar y asistir con atencion á los oficios divinos, para que se conservarse en su iglesia el culto divino, sin descaecer de aquella observancia y majestad que le distingue entre los demás de España; y habiendo logrado incorporar en su ilustre gremio á este sabio varon, le ordenó escribiese un tratado so-

bre estas obligaciones, y él lo ejecutó sacando á luz el que luego referiré, ajustado no solamente á las leyes comunes de la Iglesia, sino á las particulares de aquel Arzobispado. Sucedió su muerte en la villa de Albayda, dia 22 de Enero del año 1706. Publicó las obras que se siguen: *Oracion fúnebre á la memoria del carísimo Padre y maestro de espíritu el V. P. Fr. Francisco Climent, doctor teólogo, presbítero de la congregacion del Oratorio;* en Valencia, por Vicente Cabrera, 1689, en 4.° *Tratado moral de la obligacion que tienen los eclesiásticos de cantar en el coro, y estar con atencion á los divinos oficios;* en Valencia, por Jaime de Bordazar, 1691, en 4.° Divide la obra en cinco parágrafos. En el primero y segundo explica la obligacion que tienen los beneficiados de cantar en el coro, y estar con atencion exterior á los divinos oficios. En el tercero resuelve lo mismo en órden á los canónigos y prebendados. En el cuarto trata de la atencion interior, así cuando se reza privadamente, como cuando se canta en el coro; y en el quinto de la obligacion del vicario de coro ó presidente. *Sermon en las fiestas de la ciudad de Valencia á la canonizacion de S. Pascual Bailon;* en Valencia, por Francisco Mestre, 1692, en 4.° *Lamentables suspiros del Real convento de Predicadores de Valencia, por la muerte de su sapientísimo hijo y V. P. M. Fr. Marcelo Marona, catedrático de teología en la cátedra de Sto. Tomás de la insigne universidad de Valencia, electo obispo de Orihuela;* en Valencia, por Diego de la Vega, 1695, en 4.° *Oracion fúnebre en las exequias que en 11 de Julio del año 1699 hizo la Santa Metropolitana Iglesia de Valencia al Excmo. Señor D. Fr. Juan Tomás de Rocaberti y Peralada, su dignísimo Arzobispo, Inquisidor de la monarquía de España;* en Valencia, por Jaime de Bordazar, 1699, en 4.° *Sermon gratulatorio en la fiesta de gracias que hizo la muy ilustre ciudad de Valencia en la santa Iglesia Metropolitana, por haber llegado á España el Sr. D. Felipe IV de Aragon y V de Castilla, nuestro Rey; y entrado ya con salud y feliz viaje por sus reinos y señoríos;* en Valencia, por Vicente Cabrera, 1701, en 4.°—O. y O.

PRATS (P. Buenaventura), jesuita. Nació en Tarragona á 11 de Marzo de 1749. Cursó el latin y griego bajo la direccion del doctísimo maestro Padre Bartolomé Pou, haciendo progresos famosos en el cultivo de estas lenguas, hasta el punto de competir con su mismo sabio maestro. Despues de haber estudiado en Italia filosofía y teología, divulgóse la fama de su erudicion de tal modo, que las más renombradas universidades le brindaron con cátedras, dotadas con pingües sueldos, pero ávido de ciencia, rehusó tan ventajosas proposiciones, y pasó su vida en la capital del orbe católico, donde sin cesar se vió rodeado de admiradores y entusiastas literatos, cuyos trabajos ó corregia ó ilustraba ántes de encomendarlos á la prensa, hasta el año 1779, en que fué otorgada licencia á los jesuitas para volver á España. Es-

cribiendo en 15 de Marzo de 1805 desde Roma, adonde habia vuelto por mandato de sus superiores, el Rdo. P. Amat, catedrático entónces de sagrada Escritura en Tarragona, y despues de hablarle del estado político de Italia, de los fundados temores que inspiraban las tropas belicosas de Napoleon, prosigue en estos términos que dan mucha idea de sus eruditas cartas castellanas. «¿Qué podré yo contestar á lo que Vmd. me dice del gusto con que vive en su destino? Tengo fiera envidia á la cátedra y envidiabilísimo empleo de enseñar las sagradas Escrituras. ¡Ahí sí que emplearia yo con inexplicable placer toda mi vida, todas mis fuerzas! ¡Qué tecla esa para mí! ¡Toda el alma, al pensarlo solo, se me inflama! ¡Ahí sí que sacrificaria con gustosa dulcedumbre á los pies del Arca del Testamento eterno á Platon, Homero, Xenofonte, historia, crítica, metafísica, lógica, teología, física, erudicion, ingenio, genio, gusto y vida en holocáusto al Dios de la verdad! Así es, mi carísimo amigo, todo esto es muy poca cosa, y muy corto aparejo para estar mas expédito y manejar con franqueza, tino, gusto y acierto la inmensa biblioteca del Dios de las ciencias, y apreciar y estimar las preciosas joyas de que abunda esta galería divina. ¿Quereis, les diria á mis oyentes, encanto de elocuencia narrativa? Reios de Herodoto, aunque ninguno hasta ahora le ha negado ser sumo é inimitable en esto. Coged esa mitad última del Génesis, especialmente desde la vuelta de Jacob hasta acabar todo lo de José y los suyos; cotejad lo admirablemente escrito de esa verdad ingénua con los afeites postizos de toda aquella tropa de frias mentiras. ¿Quereis poesía? ¿Cuál? Escoged: entrad por esos cánticos y salmos epinicios; ¿cuál de los de Pindaro ó Sófocles iguala al de María Profetisa, al de Débora, al *Diligam te, Domine* de David? ¿Epitalamios? ¿Cuál más delicado, mas sublime, más lleno de elocuencia, arte y gusto que el admirable *Eructavit?* Y al magnífico *Misericordias Domini*, rey de los cánticos, llenísimo de todas las gracias del arte, qué pieza poética puede oponerse? Y los himnos y odas exegéticas, ¿quién los hizo jamás como David? ¿Qué descripcion de Homero, Hesiodo, Apolonio Photio, fué jamás parecida á las pinturas sublimísimas, delicadísimas, nada pesadas, adornadísimas de figuras, de que abundan Isaías, Habacuch, David, pintando las epifanías, ó parosías, ó venidas del Dios de los ejércitos, que viene en auxilio de los suyos? Y el muelle Anacreonte, ¿que tiene que ver con los pasajes delicadísimos de muchos, breves, dulces, amenos salmos de David, pasos de los cánticos, de Isaías, que respiran en cada palabra inefable y arrobadora ternura? ¿Y la historia? Cuanto queda de historia humana oriental desde casi Alejandro, sin la Escritura sagrada, les haria ver y tocar con las manos, con evidencia gustosa, es todo un caos de disfrazados y mal embozados embustes. Pero ¿dónde voy? Le aseguro que me hierve el pecho en este momento: ni en un

mes acabaria este asunto: no solo *dies*, *ut in proverbio est*, ó *nox*, pues es noche y tarde, *me deficeret*; por esto, amigo, etc.» Sigue despues hablando de los autores que preparan al estudio de la Escritura y dice: «Aconsejaré siempre empezar por los antiguos. Los doctísimos prolegómenos de las Políglotas todas, y los de varios y doctísimos autores del siglo XVI, máxime españoles. ¡Buen Dios! ¿A dónde hallar hombres más sabios, más sanos que aquellos? Un Luis de Leon, un Maldonado, un Mariana, no hacian tomazos, pero enseñaban más que muchos que los hacen. ¡Oh pobres españoles! ¡Cuán mal os conoce y reconoce vuestra patria!» Y despues de hablar de un gran número de obras sobre la Escritura, concluye: «Matthey es docto en letras humanas, griegas por excelencia; pero como escritor eclesiástico es un temerario, pésimo para quien no sepa más que él. Lo bueno, de que hace fastuoso alarde, lo hallará Vmd. en Arias Montano, en Fr. Luis de Leon, en Fr. Juan de Soto, en otros innumerables autores españoles antiguos.—Carta latino-græca.—Suavissimæ mihi fuerunt tuæ litteræ, quas ad me ipsis kalendis Junii Tarraconense dedisti; mihi quidem carissime insigne, nisi me omnia fallunt, amantissime Felix. ¿Quod vero me hispanum amicum tuum *tus Mados* potius voluisti, alloqui et veteris Latii verbis quam hoc nostro hispano sermone quod vis? Sub ipsum initium putari jam magni momenti aliquid ibi latere quod tu tamquam..... aliquid existimasses exoticarum vocum involucris esse tegendum. Itaque tuas illas increditi quadam aviditate animi voravi litteras. Quod reliquum igitur tuum est hortor vehementer, ut facias; incumbe toto animo divinis precibus, lectioni, scriptioni, sed post preces, ut dixi, assiduas date vel maxime lectioni optimorum veterum scriptorum. Patres græcos ama plurimum, Basilium, Athanasium, Nazianzenum, Theodoretum, si vere ex doctrina apostolica proficere quidque amas adde etiam hisce sapientiæ causa et eloquentiæ Chrisostomum, cujus libros de sacerdotio nisi tu integros et sæpissimè pervolutaberis, et memoria adeo tenueris non recte facies. Lege etiam poetas, oratores, Platonem, Plutarchum, clariores historicos Polybium et Halicarnaseum.» Sigue despues enumerando las obras más notables de los Santos Padres y apologistas de la religion católica, y dice: «Hi igitur tibi sint amici et optimi monitores. Interest dum illud fiat, quod te tantopere desiderare ostendis, ut simul sinum, audi quid Timoteo Paulus dicat *evos exjomai proseche tee anagnosei*, ut tibi á me dictum puta. Quod ais de imminentitus *tantee tee Acadeemie Kakois*, illud memineris à Persio verissimè dictum; ¿Invidiam vitare paras, virtute relicta? Contemnere miser..... Quod superest video, mi Felix, video et plane intelligo eo te in loco esse ut ubi singulos circumspexeris, illud tibi *conceteon epifram* lit; ¿quid credas jam aut cui credas? Itaque *neefe kai mnmeson*. Sed illud redeo;

quamdo coram alloqui, mi bone non licet; quid causæ est cur non id sæpissimè per litteras libentissimè agamus. Da igitur ad nos *vo Macariæ*, longissimas et creberrimas litteras, te, tuoque, amore, rebusque adeo tuis omnibus plane refertas. Nam nihil hoc uno est quod mihi abs te possit accidere. Ego vero, mi Felix, ante hyemem, Neapolim omnino cogitos nisi si insignis aliqua rerum publicarum commutatio fiat, quæ nobis et retro vela dare, et huic consilio supersedendum suaserit. Tuum igitur esto, siquid interea dum res est integra inaudieris, aut investigare poteris, quod non ignorasse mihi profuturum credas; tuæ inquam erunt partes ut quam citissimè fieri possit *kai kata acribeian* me certiorem faciam *tou treion* meis verbis solvere jubebis. Vale igitur, mi *Macariæ* suavissime, *kas ton son Entychion antifiles.*» Al tenor de estas cartas son todas las restantes, llenas siempre de erudicion vastísima, expresada con viveza de imaginacion, que, especialmente en la conversacion familiar, sabia comunicar á todos sus amigos. Vivió más tarde por espacio de cuatro años en la ciudad de Valencia, desempeñando la cátedra de humanidades en el colegio que tenia la Compañía de Jesus en la expresada poblacion del Cid, donde dió á luz las dos brillantes oraciones de apertura de curso, que fueron aplaudidas; y cuyo título es: *Oratio de humaniorum studiorum præstantia habita ad Senatum et Academiam Valentinam, 15 kal. Novemb. anni* 1816, *edita ex decreto et impensa ejusdem perillustris Valentini Senatus.—Oratio de lectione et imitatione veterum classicorum habita.....* 15 *kalend. Nov.* 1819. Las dos contienen notas muy eruditas. — Obras impresas. — *Ode græca*, en elogio del cardenal Romualdo Braschi, publicada en Ferrara por los herederos de José Rinaldi en 1787, y además impresa en varios diarios literarios de Florencia, Módena, Madrid y Pisa, los cuales publicaron tambien varios dictámenes y extractos literarios hechos por el P. Prats, ó como anónimo, ó bajo la sola letra de P., y alguna vez con la palabra *Prats.*—Dió tambien á luz varias importantísimas obritas en griego, en latin, en español, italiano, así en prosa como en verso, ocultando siempre su nombre y tomando para disfrazar su modestia el de Philomolphi ó Philitbs. — *Oracion que en la festividad de S. Francisco de Borja, cuarto duque de Gandía, tercer general de la ilustre Compañía de Jesus*, pronunció en la ciudad de Gandía, el dia 10 de Octubre de 1817, el P. Buenaventura Prats, catedrático de retórica en el colegio de San Pablo de Valencia, publicada por Monfort en la misma ciudad en el año 1817. — *Panegírico de S. Felipe Neri, pronunciado en la iglesia de la Congregacion de la mencionada ciudad de Valencia* el 28 de Mayo de 1819. — Son tambien dignas de elogio las obras *Conjecturæ de poesi et musica veterum*, dividida en tres partes, en la primera de las cuales se aclaran los dichos de los antiguos, en la segunda se proponen las conjeturas del autor, ilustra-

das con sabias disertaciones, y en la tercera se impugnan con vigorosa elocuencia las temerarias opiniones de Vossio, Burette, Arnaudo, Beutler, y otros.—*Rhytmice antiquorum græcorum illustrati*; con dos disertaciones, llenas de extraordinarios conocimientos sobre el metro y el rythmo.—*Plutarchus et musica*, traducido del griego é ilustrado con notas y disertaciones, junto con el Luciano, y la 17.ª seccion de los problemas de Aristóteles.—*Observationum in veteres classicos*, en las cuales se ilustra á Platon, Plutarco, Luciano, Ciceron, Quintiliano, Teodoreto, Taciano, Clemente Alejandrino, Basilio, Dionisio Halicarnasio, Laercio, Phocio, Plinio, y otros muchos.—*Emendationum et elucidationum Athenei, libri duo.*—*Terentianus Maurus emendatus et illustratus.*—*Dissertatio de vita Terapeutarum secundum Philonem.*—*Prochichrestomachia ex Photio versa, et illustrata.*—*Jonis Chii, et dityrambicorum, fragmenta collecta et illustrata.* Todos estos interesantes manuscritos, de cuya impresion se hubo encargado el célebre impresor Bodoni, no vieron sin embargo la luz pública, á causa de la abominable revolucion francesa, que deshizo todos los planes de innumerables sabios.—Emprendió, por último, por consejo del eruditísimo Cayetano Marino, la interpretacion de la obra intitulada: *Inscriptio Rosetensis græca latinæ reddita, notis illustrata et quatuor commentariolis exornata*, que no pudo terminarla por haberle sobrevenido una larga y penosa enfermedad, que por último le envió al sepulcro en el año 1825, despues de haber derramado las luces de su vasto ingenio á sus contemporáneos.—O. y O.

PRATS (Francisco), poeta mallorquin del siglo XV, sacerdote sabio y virtuoso. Vivió mucho tiempo en el colegio de Miramar con el doctor Bartolomé Caldentey, como se ha dicho en el artículo de este, dedicándose ambos á la enseñanza de la doctrina de Lulio y á otras útiles tareas. Caldentey publicó en 1485 el *Tratado del maestro Carson*, de que se ha hecho mérito en su lugar; y en 1488 un *Breviario* propio de la iglesia de Mallorca, que cita Mut, pág. 133. Este último escritor, en la pág. 355, hace á Francisco Prats autor de la *Vision deleitable:* el P. Pascual, en su *Aguja náutica*, páginas 160 y 252, le atribuye un *Poema* impreso en alabanza de Raimundo Lulio, que se cantó en el certámen celebrado en S. Francisco de Asís el 15 de Mayo de 1502, y el erudito Arnaldo Descós, en sus epístolas, habla de Prats con mucho elogio. *Su devota contemplació y meditacions de la Via Sacra, estampada en casa de Trinidad de Miramar de la vila de Valldemosa per mestre Nicolau Calafat nadit de dita vila á I calend. Febre anys de salud M.CCCC.LXXX.VII*, es un libro muy fervoroso, del que hemos visto un ejemplar en la biblioteca del marqués de Campo Franco. Lo dedica su autor á su hija espiritual, la sierva de Dios Sor Angelina Monroy, religiosa agustina del Puig de Pollenza, y empieza la dedicatoria en estos términos: *Francesch Prats, indigne prevere,*

:

á la contemplativa serventa é spose de Jesu Crist per vot solemne en lo heremo del Puig de Pollensa conmorant sor Angelina Monroya, moltas saluts, dire devotissimo á Jesus é filla mia en las sagradas fonts del batisme, etc. Está escrito en verso y prosa, con estilo humilde y mucha erudicion, y á lo último pone otra obrita que intitula: *Del sagrament de bona gracia*, escrita en verso vulgar.—J. B. de R.

PRATS (Fr. Jacinto), religioso dominico. Fué natural de Antella, en el arzobispado de Valencia, de familia esclarecida y muy notable en aquella localidad. Desde sus primeros años manifestó una grande inteligencia, que se desarrolló y perfeccionó con su aplicacion al estudio; adquirió vastos conocimientos que le pudieron hacer aspirar á desempeñar altos puestos en cualquiera de las carreras científicas; pero su inclinacion al retiro y al mismo tiempo de huir de la falacia y falsedades del mundo, le decidieron á tomar el hábito en la religion de Sto. Domingo, donde dió marcadas y señaladas pruebas de su sabiduría y altas prendas religiosas. Descollaba entre todos los PP. Dominicos por su ciencia y virtudes; desempeñó muchos años la cátedra de teología. Fué prior del convento de la villa de Lombay, y compañero y muy amigo del Rmo. P. Mtro. Fr. Tomás Severo Auter, obispo que fué de Gerona, de donde le promovieron á Tortosa, y allí murió el año de 1700. Además fué visitador de los conventos de Mallorca, y vicario general de la provincia de Aragon. Escribió: *Sermon de las Honras del muy Rdo. P. Mtro. Fr. Francisco Fajardo, religioso dominico, celebradas en el Real convento de Predicadores de Valencia el dia* 29 *de Octubre de* 1672; en Valencia, por Gerónimo Vilagrasa, en dicho año, en 4.°—A. L.

PRATS (Nicolás José), cronista general del reino de Mallorca. Vistió muy joven el hábito de mercenario en el convento de Palma, pero no llegó á profesar, sino que salió y siguió asimismo la carrera eclesiástica hasta ordenarse de sacerdote. Doctoróse en sagrada teología, y por su laboriosidad y aficion á las cosas públicas de la isla, le nombró el ayuntamiento de esta ciudad cronista general de la misma. Murió á 13 de Marzo de 1823, y está enterrado en el cementerio rural de Palma. Escribió: 1.° *Historia del reino de Mallorca*, cuya publicacion anunció por medio de un prospecto, pero no llegó á imprimirse. La vimos autógrafa en el convento de Capuchinos.—2.° *Sermon de S. José, predicado en la Merced el dia* 9 *de Abril de* 1815; Palma, imprenta de D. Felipe Guasp, en dicho año.—3.° *Tratado de la Historia romana;* un tomo en 4.°, manuscrito. Lo hemos visto, y á lo último lleva la censura y licencia para su publicacion.—4.° *Oratorio sacro de la beata Maria Ana de Jesus;* impreso en esta ciudad en 8.°—5.° *El Triunfo de los mártires en las persecuciones de la Iglesia;* un tomo en 4.°, manuscrito. Existe original en la biblioteca del palacio episcopal.—6.° *Sermon del Ecce Homo de Santa*

Eulalia, predicado en la solemnidad de su colocacion en la nueva capilla de S. Vicente Ferrer; Palma, imprenta de Guasp, año de 1816. Ha publicado tambien varios gozos de santos y otras poesías sagradas, y entre los escritores que hablan con elogio de su mérito, puede contarse el doctor D. Juan Ramis en su *Historia de Menorca*, pág. 9.—J. B. de R.

PRATS (P. Mtro. Fr. Sebastian), de la Orden de los Dominicos, sabio teólogo, y sumamente adicto y entusiasta por las obras del admirable Bossuet, catedrático además que fué por espacio de muchos años de la sagrada teología en Cervera, desde cuyo punto mantuvo correspondencia literaria con varios sabios renombrados de España y Francia, sobre diversos puntos de las ciencias eclesiásticas. Véase la oracion dirigida á la Academia de Cervera con el título siguiente: *Fr. Sebastiani Augustini Prats et Cabrer, ordinis Prædicatorum, doctoris Cervariensis, oratio ad Pontificem et Regem academiam habita in Maximo Theatro;* 1782. El título siguiente indica ya algo del buen gusto del P. Mtro. Prats: *Die vero septimi Octobris, quem Senatus Academicus honoratum esse voluit, ob factam potestatem à muniis publicarum lectionum vacandi Scholæ jure servato R. A. P. M. Fr. Sebastiano Pico, philosophiæ et sacræ facultatis doctori, tertio ex ordine pridie, primario Cervariensi emerito theologiæ professori. Cervariæ Lacetanorum, typis academicis, in* 4.° Falleció este esclarecido varon en la misma ciudad de Cervera.—O. y O.

PRATS (P. Mtro. Fr. Tomás), religioso agustino. Fué natural de la ciudad de Gandía, hijo de Gildardo Prats y de Juana Burgos, y estos buenos y cristianos padres le dieron la mejor educacion que cabia en su posibilidad, dirigiéndole por el camino de la virtud y de las cosas santas. Desde muy niño manifestó sus buenas inclinaciones y vocacion á la vida religiosa, así es que teniendo apénas quince años, tomó el hábito en el convento de San Agustin de Alcira, y profesó cumplido el año de su noviciado á 30 de Noviembre del año 1633. En seguida que profesó se dedicó al estudio con tanto afan y solicitud, que aprovechó de tal suerte, que siendo aún corista se opuso á una lectura, la cual obtuvo, haciendo justicia á su sobresaliente mérito y capacidad. En seguida leyó filosofía en el convento de S. Leandro de Cartagena, donde con su escogida y excelente enseñanza creó famosos estudiantes. Era tan servicial, tan amante de la humanidad y tan amigo de sus amigos, que por favorecer á un religioso, leyó otro curso en el convento de Ntra. Sra. del Socorro de Valencia con grande aceptacion y aplauso de todos. Era ya sacerdote en este tiempo, y acabado el curso se pasó al convento de S. Agustin de la misma ciudad de Valencia á leer teología, donde manifestó muy en breve hasta dónde rayaba su alta sabiduría y gran caudal de conocimientos, así pues era tenido su argumento por uno de los mejores y más concluyentes en los teatros de esta ciudad. Era de elevada estatura,

un poco moreno y enjuto de carnes, de ojos vivísimos, de mirada penetrante, bastante calvo; pero sobre todo de grande y feliz ingenio, su natural sumamente afable, benévolo, caritativo, piadoso, humilde, y siempre llevaba delante de sí, y por norte de sus acciones el crédito del hábito que vestia y religion que profesaba, procurando por todos los medios que estaban á su alcance sus mayores aumentos y lustre. Si bien como escolástico lució sobre manera, resplandeció mucho más en la predicacion, pues fué considerado como el fénix de los predicadores de su tiempo; como era tan extraordinaria la viveza de su ingenio, le hacia ser sutilísimo en sus discursos, elocuentísimo en sus palabras, admirable en sus acciones, grave en su aspecto, eficaz en persuadir á los oyentes, en fin, poseia todas las partes que constituyen un peritísimo y excelente predicador. Estudiaba mucho, sin desperdiciar momento, apreciando demasiado el tiempo, del que nunca quiso desaprovechar ni un instante; así es que concedia al sueño el muy preciso y necesario, y pasaba las noches estudiando la mayor parte de ellas. Fué muy afecto al angélico Doctor Sto. Tomás, habiéndole elegido por su patron, leyendo sus obras con la mayor frecuencia y atencion. Siendo aún lector, le envió la provincia á la corte de España para ciertos negocios de la comunidad y de la religion, donde con su florida peroracion y eruditos sermones honró á la nacion valenciana. La causa verdadera de todo esto fué que teniendo los Padres del convento de S. Felipe el Real algunas noticias de los grandes talentos del P. Mtro. Prats, quisieron probar su ingenio; encomendáronle una noche un sermon de mucho empeño para el dia siguiente por la mañana, diciéndole el apuro en que se hallaban, pues que habia hecho falta el predicador; lo aceptó, y aquella noche se estuvo en conversacion con los Padres hasta muy tarde; á todos causaba admiracion el que no se retirase para idear y madurar alguna cosa en una oracion tan árdua y de tan difícil desempeño; mas Prats, muy sereno, ántes de despedirse para descansar les dijo: Quiero comunicar mi sermon á vuestras Reverendísimas. Le oyeron los Padres con la mayor atencion y quedaron maravillados de su discurso, al que no tuvieron voces para alabarlo y ensalzarlo. Por fin se retiraron, y por la mañana les comunicó otro sermon mucho mejor, diciendo: Miren vuestras Reverendísimas, he pensado este otro, ¿qué les parece? Le aplaudieron en gran manera; despues subió al púlpito, y predicó otro sermon enteramente distinto de los otros dos que habia comunicado á los Padres, dejando pasmado y suspenso en admiracion al numeroso el auditorio. Este sermon fué ocasion de que predicase otros muchos, y todos con la mayor aceptacion en toda la corte. Le hicieron muchas honras y agasajos, suplicándole con el mayor interés para que se quedase en el convento de S. Felipe, pero el amor á la patria y su predileccion por su país le obligaron y decidieron á

volverse á Valencia, concluidos los negocios que se habian fiado á su inteligencia. En Valencia prosiguió predicando con tanto aplauso, que era de todos venerado, y aplaudido por el más célebre y distinguido predicador que se conocia en aquella época. Pero al paso que descollaba entre todos, le salian émulos de todas partes, triste pasion del corazon humano, y en particular se le oponian los predicadores de la Corte y de otras partes, que en aquel tiempo venian á Valencia á predicar la cuaresma; pero de todos triunfaba de tal manera, que muchas veces, cuando terminaba la predicacion, era saludado y clamoreado por el gran concurso del pueblo con vítores, como el triunfador y sin par de todos los predicadores. Fué muy notable y célebre poeta, y el descanso de las fatigas y tareas de su contínuo estudio, lo consagraba á su única distraccion que era el cultivo de las musas. De la purísima Concepcion de la Virgen María fué acérrimo defensor, y muy á menudo solia tocar este interesante misterio en sus sermones, por correr en aquellos tiempos tan encarnizadas contiendas sobre este punto; y era tanto lo que la gente gustaba de oirle, que á las cinco de la mañana ya no se podia entrar en la iglesia donde predicaba, tal era el concurso, y si en el púlpito indicaba el templo en que iba á predicar en aquel mismo dia ó en otro, se atropellaban por las calles para ir á tomar puesto para oirle con más placer. Sus émulos, viéndole tan aplaudido y cortejado de todos, solicitaron, con el fin de oscurecer su buena opinion y fama, que viniese á predicar á Valencia la cuaresma en la parroquia de S. Juan del Mercado el rector de Canilejas, que era el mejor predicador que se conocia en la corte, al cual con el objeto de conseguirlo y decidirle á venir, le dieron mil ducados, y la costa hecha en el viaje de ida y vuelta. Llegó á Valencia el insigne predicador Canilejas, y predicó la cuaresma con grandísimo aplauso. Concluida ésta, hicieron unas fiestas lucidísimas los PP. Mercenarios á la renovacion de su iglesia; encomendaron el primer sermon al dicho Rector de Canilejas, el segundo al P. Mtro. Prats, y el tercero al insigne pavorde Guerau. Predicó el Canilejas su sermon con grande energía, erudicion y elocuencia; entró despues el P. Mtro. Prats, y tomando el mismo sermon de Canilejas por asunto, con sus mismas pruebas, probó todos sus discursos en contrario, con tal destreza y sutileza de ingenio, y con tan grande sabiduría, que virey, arzobispo, universidad, religiones, nobleza y toda la ciudad, que asistieron á este sermon, quedaron pasmados y atónitos; y el buen cura se fué bien admirado de Valencia. Siendo todavía bastante jóven, le hicieron prior del convento de Ntra. Sra. del Socorro de Valencia en el año de 1651, y aunque tan mozo, era notable el gobierno que tenia, el carácter de que revestia aquella dignidad, y lo muy respetado que era por su justicia y rectas determinaciones. En este convento movió la obra del

claustro tan curioso y admirable en que está pintada la vida de Sto. Tomás de Villanueva. Despues en el de 1652 le nombraron prior del convento de S. Agustin de Valencia, donde tambien hizo muchas obras. Se graduó de doctor en teología en la universidad de Valencia, y se opuso á una cátedra de teología, y la alcanzó en el año de 1653, la cual regentó hasta que murió con el mayor aplauso, y sacando discípulos muy aventajados. De suerte que el P. Mtro. Prats era famoso filósofo, excelente teólogo, eruditísimo escritor, gran retórico y poeta, legista, canonista y músico; y hasta en lo mecánico era célebre el gobierno que tenia y la buena direccion que daba á las obras que emprendia. En la cátedra y argumento era el primero, en el púlpito sin segundo, en el gobierno singular, en lo político maestro, y en las juntas el director. Todos le buscaban, todos le pretendian, y todos le preguntaban: los doctos en sus dudas, los nobles en sus razones de estado, y los religiosos en sus consultas para seguir su parecer. Razones todas por las cuales era muy estimado y apreciado de todos, en particular de los Excelentísimos Duques de Gandía, arzobispo, virey, y demás personas de calidad. En lo mejor y más florido de sus años le llamó el Señor para que le diese cuenta de los talentos que le habia otorgado; cayó enfermo con unas rebeldes tercianas en el convento de su P. S. Agustin de Valencia, y en esta prolongada enfermedad fué visitado del virey, arzobispo, condes, marqueses, y de todas las personas de mayor suposicion de Valencia. Continuaba padeciéndolas por espacio de cinco meses, y viendo que no podia recobrar la salud, ni curarse en Valencia, por consejo de los peritos, marchó á Gandía, su patria, para ver si con el cambio y mudanza de lugar y de alimentos, y respirando los aires nativos podia desechar tan molesto é incurable padecimiento; pero no fué Dios servido, y más bien se le aumentaron la fuerza é intensidad de las accesiones, sin que ningun medicamento pudiese cortarlas, de modo que se le agravó la enfermedad, que ya casi tenia destruida su naturaleza; así fué que habiéndose preparado cristianamente, y recibido con la mayor devocion los santos sacramentos, murió en Gandía á 17 de Junio del año 1656 á los treinta y nueve de su edad, siendo prior del convento de nuestro P. S. Agustin de Valencia. Su cuerpo fué traido á dicha ciudad cuyos habitantes sintieron tanto su muerte, que no hubo persona de calidad, que no viniese á dar el pésame al convento. Se hicieron grandes exequias; asistieron á ellas la universidad y todas las religiones. Predicó sus honras el insigne pavorde Fuster, catedrático de prima de la universidad de Valencia, y canónigo magistral de la Seo de Valencia; concluidas las exequias, le enterraron en la sepultura de los religiosos, donde espera la universal resurreccion. — A. L.

PRAVIA (Fr. Pedro de), religioso del Orden de los Dominicos. Este reli-

gioso español, descendiente de familia distinguida, era natural del concejo de Pravia, poco distante de la ciudad de Oviedo, en el principado de Asturias. Habiendo tenido la desgracia de perder á los autores de sus dias en su tierna edad, y viéndose aislado por las afecciones humanas, sintió en sí la inclinacion al estado religioso, á cuyo fin abrazó la órden esclarecida de los hijos de Sto. Domingo, todavía jóven, tomando el hábito en el convento de la ciudad de Oviedo. No tardó en darse á conocer por la inocencia de su vida, por la candorosa pureza de sus costumbres, y por su aplicacion asídua á las ciencias eclesiásticas. Deseosos sus profesores y superiores de cultivar las felices disposiciones que descubrian en el jóven religioso, enviáronle á Salamanca, cuya universidad era en aquella época el centro comun de los sabios de todas clases, con el fin de que cultivase sus talentos, ampliando sus estudios teológicos y filosóficos, captándose pronto la benévola estimacion de sus maestros, que admiraban en el aplicado Fr. Pedro un ingenio penetrante y vivo, unido á una gran modestia. Por esta razon, luego que hubo terminado sus cursos académicos, fué destinado de lector en sagrada teología al colegio de Sto. Tomás de Avila. Desempeñó por largo tiempo este cargo, dedicándose á la vez á las tareas evangélicas y á la predicacion de la divina palabra, en la que producia grandes frutos, atrayendo para el Altísimo numerosas almas. El celo por la salvacion de los hombres, que ardia vivo en su pecho, el deseo de aumentar la extrínseca gloria del Altísimo y el de ser útil á sus semejantes, le impelieron á exponer ante sus superiores los deseos ardientes que le animaban de trasladarse á las índicas y mejicanas regiones con el nobilísimo fin de derramar en aquellos lejanos países el buen grano del Evangelio, despues de regar con sus sudores y afanes los áridos y desiertos países americanos. Apénas hubo obtenido el anhelado permiso de trasladarse á tan remotas naciones, despidiéndose de su patria, de su hogar, de sus íntimas afecciones, lanzóse en los mares, llevando en su corazon á Dios; y despues de larga y bonancible navegacion, aportó á las mejicanas playas. Aun cuando todo su afan hubiese sido el predicar á Jesucristo en las calles y en las plazas, en los desiertos y en las poblaciones, en los campos y en las habitadas regiones, á semejanza de los Apóstoles, no pudo, sin embargo, dedicarse á la consecucion de su intento, por haber sido contrariado en sus planes por órdenes superiores, á las cuales no podia desatender, á no infringir el voto de obediencia y el juramento de sumision absoluta que habia prestado al ingresar en la Orden mencionada. Fué destinado al poco tiempo de su arribo á explicar la filosofía á los jóvenes alumnos, tanto internos como externos, que concurrian á los colegios fundados en los países de América por los celosos religiosos del órden de Sto. Domingo. Más tarde desempeñó el primer cargo en la grande academia litera-

ria, establecida en el mismo punto, donde se ventilaban las más árduas y delicadas cuestiones, tomando parte en ellas los sabios de todas las órdenes religiosas y demás que se contaban en la social gerarquía. El dia en que aparecia en los anuncios el nombre del erudito religioso Fr. Pedro Pravia, llenábanse los escaños de la asamblea por una muchedumbre compuesta de personas de todas clases y condiciones sociales, que escuchaban absortos las inspiradas oraciones del religioso dominico. Sobresalió entre sus discípulos el religioso Tomás de Mercado, el cual tomó parte muy principal y activa en esas discusiones escolásticas, haciendo extractos de las doctrinas emitidas en ellas, y formando luego un volúmen grueso, que publicó andando los tiempos en Sevilla con el siguiente título: *De contractibus*. Jamás aprobarémos el abuso en que hácia los últimos tiempos de la edad media especialmente cayó el escolasticismo. Más de una vez hemos manifestado la inconveniencia del empeño obstinado que reinaba en aquellos eternos discutidores al someter al exámen de la razon todo género de cuestiones por delicadas y graves que en sí fuesen; parécenos que muchos de los dogmas católicos sufrieron notablemente con la desmedida templanza en la discusion; el temerario empeño de querer discutir y ahondar en cuestiones espinosas y delicadas produjo terribles, fatales consecuencias; el no plantear con la debida claridad y precision las cuestiones, por ejemplo, de la predestinacion, de la libertad humana, de la gracia, y mil y mil otras no ménos espinosas, fué, á nuestro entender, causa de que más tarde hombres osados y temerarios descorriesen el velo sagrado y profanasen misterios venerandos. ¿Qué inconveniente podia haber en que se presentasen deslindadas las cuestiones? ¿En qué se presentáran las verdades innegables, como innegables verdades; los misterios impenetrables, como impenetrables misterios; las cuestiones dudosas, como dudosas cuestiones, sin necesidad de ambrollarlo todo lastimosamente? ¿Por ventura era consejo tan inoportuno el decir al discípulo: «Esta es la verdad; apóyase en estos fundamentos; este es el misterio; nos es conocido de él esta parte; la otra ha sido ocultada á nuestras miradas como la luna nos oculta sus fases, presentándonos solo una parte y rara vez oponiéndose á nuestra vista llena y hermosa; cuando llegueis á este arcano, inclinad vuestra frente y pasad con reverencia, reconociendo la grandeza soberana del Dios, que extendió como una piel el majestuoso manto del firmamento, adornado de muchedumbre de luceros brillantes?» Mas por mucho que reprobemos los abusos del escolasticismo, fuerza nos es reconocer en esas libres discusiones utilidades inmensas, de las que resultaban innegables ventajas á las ciencias y á las artes. La primera é inevitable verdad que deja consignada la historia del escolasticismo, es lo amante que en todos tiempos ha sido la Iglesia católica de las discusiones, de la discusion tem-

plada, de la discusion razonada, que respetase siempre las verdades y dogmas sancionados por la Escritura sagrada, por los concilios, por la tradicion y los Santos Padres, á quienes considera como otros tantos oráculos del Espíritu Santo. Jamás ha estampado una sola palabra el catolicismo en su credo, sin haberla ántes sometido al exámen de los doctores y de los sabios, que en todos los tiempos y edades han florecido en su seno. Cuando los ánimos aparecian divididos en la inteligencia de una verdad, cuando las contrarias opiniones fluctuaban en torno de la verdad, la Iglesia ha reunido sus concilios, esas grandes academias, en las cuales prévia la invocacion de la asistencia del Espíritu divino, discutíanse las verdades, atendíase á los razonamientos alegados por unas partes y por otras, dejábase definido y establecido el dogma, mirando siempre á la utilidad de la Iglesia y sin jamás tener en consideracion, al resolver cuestiones de entidad, miras particulares, mezquinos intereses. En comprobacion de esta verdad, la historia eclesiástica nos presenta esa muchedumbre de escuelas creadas en todos los puntos del globo, los colegios de las órdenes religiosas, muchas de las cuales tenian por reglamento el aducir datos y noticias que pudieran contribuir al esclarecimiento de las cristianas virtudes y de las católicas verdades. Parécenos por lo mismo llena de ignorancia y de inexactitud la conducta de los modernos filósofos, que acusan á la Iglesia de enemiga de la discusion, de obstáculo para el progreso de las ciencias, de ignorancia y de otros mil calificativos con que tienen á bien designarla los orgullosos sabios del dia. ¿Qué institucion ha habido en el mundo que fomentase más la discusion y el exámen de las verdades? ¿Dónde se hallará una sola asociacion, que haya llamado amistosamente á sus mismos calumniadores al concilio, para que expusiesen en él sus razonamientos, para que presentasen sus verdades, para concederles la victoria y el triunfo en el caso de aparecer ciertas, evidentes é inconcusas ante el tribunal de la razon sus aserciones? La Iglesia quiere la discusion, ama la prensa, se sirve de ella, no puede rehusarla porque no la teme, porque posee la verdad. Lo que condena es el atrevimiento, el descaro de los charlatanes, que se abrogan facultades indebidas, que examinan cuestiones asaz vidriosas, que aseguran y afirman, y niegan y rechazan, lo que no saben apreciar, lo que no entienden quizás. Preséntense plumas instruidas, hombres sabios: razonen y discutan templada, sosegadamente; la Iglesia no los teme, la Iglesia los escuchará, la Iglesia los ilustrará en sus dudas, los aclarará en sus abstrusas opiniones, los pondrá en posesion de la verdad, los dejará plenamente satisfechos, siempre que se presenten con las disposiciones requeridas, con el deseo de abrazar la verdad, con la sumision necesaria. Así como condenamos con la Iglesia los inconvenientes modos empleados en la discusion en la edad media, la polvareda levan-

tada por aquellos sutiles escolásticos, que muchas veces querian hacer triunfar sus inexactas opiniones, así tambien condenamos la algarabía de los modernos sofistas, que viéndose vencidos en el terreno de la lógica y de la filosofía, apelan al de la fuerza, arma vedada, que jamás dice bien en el defensor de la verdad hermosa, apacible, sosegada. La verdad no se defiende como los fortificados castillos, ni se la impugna con la espada, el fuego y el acero. Mas reprobando los abusos, admitimos, publicamos, aplaudimos el uso de la discusion, de la prensa, contenida en los debidos linderos. —Fr. Pedro de Pravia, despues de haber empleado la mayor parte del tiempo de su permanencia en América en las discusiones académicas, despues de haber prestado eminentes servicios á las ciencias y á las letras, murió en el Señor en el mes de Diciembre del año 1589, segun unos, y en el dia 12 de Enero de 1590 segun otros. Agustin Dávila, historiador del órden de los Dominicos en la provincia de Méjico, asegura en su Historia de Méjico, libro II capítulo LXIX, pág. 584, que el inmortal rey de España Felipe II le propuso un obispado que constantemente rehusó el humilde, el modesto, el virtuoso religioso Fr. Pedro de Pravia. Pedro de Moya Contreras le atribuye la publicacion de la obra siguiente: *Quorumdam librorum censura*, impreso por órden de la Inquisicion en 1589. —N. L.

PRAXAGORAS, de Atenas, floreció hácia el año de 345 de la era cristiana. A la edad de diez y nueve años dió á luz: *La Historia de los monarcas de Atenas*, escrita en elegante y flúido á la vez que ameno estilo; y á la de veintidos años publicó: *Vida del gran Constantino*, pintando con deleitosos colores su conversion y los magníficos triunfos que obtuviera contra la idolatría, destruyendo templos diabólicos y fijando el Lábaro santo de la cruz sobre hacinados escombros. Focio nos ha conservado algunos de sus fragmentos, llenos de autoridad y de fuerza vigorosa de elocuencia, de los cuales se han servido con éxito feliz en siglos posteriores los apologistas católicos para pulverizar las sátiras inmundas de los pretendidos filósofos del siglo XVIII, que tuvieron la avilantez de arrojar soeces blasfemias sobre la tersa frente del primer príncipe cristiano. —N. L.

PRAXEDES (Sta.), vírgen. Natural de Roma Sta. Práxedes, fué hija de Pudente, senador noble, y hermana de Navaro y Timoteo, á todos los que venera como santos la Iglesia católica. Ardiendo el corazon de la Santa en el vivísimo y santo fuego de la caridad, además de pasar su vida en la oracion, y mortificando su cuerpo con ayunos y penitencias, se ocupaba diariamente en hacer obras de caridad gastando sus riquezas con los pobres, y muy especialmente con los que eran perseguidos por profesar la religion cristiana. Visitaba á los enfermos y á los encarcelados, consolándoles y socorriéndoles con el mayor amor, y despues de los martirios, se com-

Sta PRAXEDES.

placia en ir á los lugares del suplicio, á recoger la sangre de los mártires y enterrar sus cuerpos, envidiando la suerte que les habia cabido de morir por la fe de Jesucristo. Los cristianos virtuosos y los peregrinos tenian en su casa un cómodo hospedaje, y en ella encontraban cuanto podian desear para el consuelo de sus almas y de sus cuerpos, pues que se les decia la santa misa, comulgaban y se les mantenia hasta con regalo. Condolida la Santa de la mucha sangre cristiana que costaba la inicua persecucion del tirano é impío emperador Marco Aurelio Antonino, suplicó en sus oraciones al Dios de las misericordias la librase de las calamidades de la vida y la concediese la gracia de ir á servirle en el cielo, á fin de no ver las víctimas que amontonaba á su vista la impiedad diariamente, por las severas órdenes de Antonino y Lucio Vero. Tuvo el Señor á bien recibir la suplica de su sierva, y para complacerla, la llamó á sí el 21 de Julio del año 194. Al siguiente dia de su feliz tránsito, Pastor, virtuoso sacerdote cristiano que escribió su vida, la dió sepultura en el mismo sitio en que estaban enterrados su padre y hermanos, que, como ya hemos anunciado, gozaban de las delicias de la gloria.—C.

PRAXEDIS. Correspóndenos ahora formar la biografía de una emperatriz, de una abadesa, de una mujer admirable, modelo de paciencia, de grandeza de ánimo, de elevacion de ideas, que no vaciló en descender las gradas de su imperial trono, desde cuya cúspide dirigia miradas dominadoras sobre una muchedumbre de personas súbditas suyas, para cambiar su trono por una modesta celda, su corona y diadema por una humilde toca, su púrpura y cetro por una despreciable cogulla; su fastuoso palacio, donde tenian las pasiones entrada libérrima, por un convento, en cuyos muros las oleadas de las pasiones humanas se estrellan como las balanceadoras ondas de los mares se deshacen al tocar los linderos que les marcára la Providencia bienhechora desde lo alto. El que quiera estudiar la poderosa influencia que el catolicismo ejerce sobre el hombre, haciendo sus ojos cosas de poco valer, las que el mundo tiene en grande estima, es necesario que el observador fije su mira atenta en esas conquistas asombrosas que ha conseguido sobre los que empuñaban el cetro y vestian la régia púrpura. Jamás hasta la aparicion del cristianismo se habian visto en el mundo personajes elevados que, rodeados de opulencia, abundancia, estimándola en cosa indigna de su amor, la despreciasen y se redujesen á tal extremo de miseria que no pudiesen disponer libremente de un solo maravedí. Si los Augustos, los Alejandros, los Césares, hubieran abandonado el imperio con sus grandezas para esconderse en el retiro aislado, hubiérase quizás calificado de locura su conducta, porque no era dado á aquellas generaciones ver otros goces que los materiales, ni otra felicidad que la pre-

sente, ni otras delicias que las de la tierra. El cristianismo abrió horizontes vastos al corazon y al entendimiento humano: púsoles delante de los ojos objetos dignos de su amor y atenciones, y les aconsejó á que lo re nunciasen todo si querian poseerlos. Entre los incontables personajes que la Iglesia nos presenta en su catálogo de los que abandonaron las delicias presentes por amar las venideras, es uno nuestra emperatriz abadesa, hija de Jarislaw, rey de los russos ó rusos, que floreció hácia el siglo XI, en esa época de tan diversos caractéres y apreciaciones de religiosidad y de barbárie, de rusticidad y de finura, de nobleza y de villanía. Tuvo la desgracia de contraer matrimonio con el emperador Enrique IV, hombre de carácter indomable, y cuyas ideas y sentimientos religiosos no eran puros y tiernos como los de la virtuosa Práxedis, habiendo además entre ambos consortes gran divergencia en materias religiosas, pues miéntras el Rey se mostraba rebelde á los ordenamientos é insinuaciones del Soberano Pontífice, la humilde Práxedis obedecia en cuanto estaba de su parte todos los mandamientos promulgados por el Santo Padre, por el vicario de Jesucristo en la tierra. Esta divergencia de ideas fué bien pronto manantial fecundo de hondas y sensibles desavenencias entre el indomable Enrique y la dócil Práxedis, llegando las cosas al extremo de que ésta fuera en más de una ocasion víctima de los desafueros y malos tratamientos de aquel hombre grosero y bárbaro, que todavía conservaba toda la aspereza selvática. Fueron las cosas agriándose en tales términos, que no podia ya sufrir por más tiempo la santa y augusta Emperatriz los impetuosos y fogosos tratamientos de su esposo, por lo que, aconsejada por doctas y sensatas personas, abandonó el régio alcázar para trasladarse a Italia, entrar en Roma, presentarse en el Vaticano, postrarse á los pies del gran vicario de Jesucristo, en aquella época Urbano II, monje benedictino, darle cuenta de su conducta anterior, de su situacion angustiosa, y pedirle sus instrucciones soberanas para lo sucesivo. Todo el mundo sabe que el Pontífice y los verdaderos ministros del Altísimo han sido en todas las edades cristianas los consejeros de la humanidad dolorida, los que han enjugado en nombre del Dios de las misericordias las lágrimas del infortunio, refrigerado el alma atribulada mostrándole al través de las nubes tenebrosas de la desgracia, horizontes luminosos, rodeados de luz esplendorosa, donde reside aquel que nunca abandona al doliente, aquel que vino á mostrar con caridad á la descendencia de Adan la senda de la verdad, de la que se habia extraviado. Esta es la causa porqué no debemos extrañar que el soberano pontífice Urbano II recibiese á la virtuosa y apenada Emperatriz con benevolencia, dándole inequívocas pruebas de respetuosa consideracion, debidas á su rango y prosapia ilustre, así como tambien demostrando su pesadumbre por las tribulaciones que la rodeaban.

¡Qué dulce es ver á una Emperatriz amargada de dolor buscar y hallar consuelo para sus penas en el representante de Dios, en el intérprete de sus divinas máximas, en el que pesa en su mano soberana los destinos del rey y del menestral! Luego de observadas las cumplidas manifestaciones debidas á una Emperatriz ilustre que padecia por conservar pura é intacta en su corazon la llama religiosa de la virtud, Urbano II la aconsejó que amase ya únicamente al Soberano de los cielos y de la tierra, en el cual no encontraria ciertamente ni desdeñosos tratamientos ni despreciativos modales. Partió despues de esto Práxedis á su patria Rusia, adonde algun tiempo despues tomó el hábito de la órden de los Benedictinos, pasando el resto de su vida saboreando las dulzuras de la vida que se experimenta en el servicio del Omnipotente, y caminando de virtud en virtud hasta llegar á la cúspide de la perfeccion. Llegó á ser abadesa de aquellas siervas del Señor, ocupando ese cargo hasta que pasó á mejor vida el año 1093, y fué elevada algun tiempo despues al catálogo de las heroinas del cristianismo. — N. L.

PRAY (Jorje), sabio y laborioso historiador, nació el 11 de Enero de 1723, en el condado de Neyton, en Hungría. Los biógrafos alemanes no estan conformes acerca de la fecha y lugar del nacimiento de este célebre jesuita, por lo que hemos tomado las siguientes noticias de la biografía auténtica de su compañero Caballero, en el apéndice número 2.° al Suplemento de la Biblioteca de escritores de la Compañía de Jesus, así como hemos consultado tambien la biografía especial de Jorje Pray, compuesta por Miguel Paitner. Así que hubo terminado sus estudios, abrazó nuestro personaje el instituto de S. Ignacio de Loyola, donde enseñó sucesivamente la retórica, las bellas letras, la filosofía, la teología en diferentes colegios, distinguiéndose sobre todo en calidad de profesor de poesía en el colegio *Teresiano* en Viena. A la fecha de la supresion de los jesuitas fué nombrado director de la Biblioteca real de Buda, é historiador sagrado del reino de Hungría, con una honrosa distincion y honoríficas consideraciones. Las extraordinarias disposiciones intelectuales, de que dió inequívocas pruebas, le atrajeron bien pronto la estimacion de ilustres personajes, que se declararon sus más decididos protectores. Fué colmado de beneficios por parte de la emperatriz María Teresa y del príncipe de *Kaunitz*, y nombrado más tarde por el emperador Leopoldo canónigo del gran vaivoda, y obtuvo del emperador Francisco II la viceabadía de *Tormova*. Pray falleció en edad bastante avanzada en Pesth el 23 de Setiembre de 1801. La Academia de esta poblacion celebró sus funerales con desusada magnificencia y pompa. Además de las obras polémicas y de los versos latinos, entre otros el poema dedicado á la emperatriz de Rusia, que le mereció en recompensa la medalla de oro,

publicó las obras siguientes: 1.° *De institutione ac venatu falconum*, de que hablan con elogio los críticos alemanes.—2.° *Annales veterum Hunnorum, Avarum, et Hungarorum ab anno ante Christi Nat.* 210 *usque ad annum post Christi Nat.* 997, publicada en Viena en 1761, y en cuyo prefacio declaró el autor, lleno de candorosa modestia, que ha sido grandemente ayudado en su publicacion por su compañero el sabio Erasmo Froelich; y que ha tenido tambien á la vista la Historia de los Hunnos por *Guignes*.—3.° *Dissertationes historico-criticæ in annales veterum Hunnorum*, volúmen que contiene hasta diez discursos, en los que abundan curiosas y eruditas noticia.—4.° *Annales regum Hungariæ ab anno Christi* 997 *usque ad annum post Christi Nat.* 1564 *deducti*. Tres obras que, aunque se hallan separadas, debieran estar unidas, por tratar idénticas y muy semejantes materias.—5.° *Epistola responsoria ad dissertationem apologeticam Inocentii Desericii de initio ac majoribus Hungarorum*.—6.° *Vita Sanctæ Elisabethæ viduæ et Beatæ Margaritæ virginis*, publicada en 1770, en Tyrnau.—7.° *Dissertatio historico-critica de sacra dextra divi Stephani, primi Hungariæ regis;* publicada en Viena en 1771, un tomo en 4.°—8.° *Dissertatio de prioratu Aurand.*—9.° *Dissertatio de Sancto Ladislao rege*, publicada en Pesth, en 1774, un tomo en 4.°—10. *Dissertationes historico-criticæ de Sanctis Salomone rege et Hemerico, duce Hungariæ*; ibidem, un tomo en 4.°—11. *Specimen hierarchiæ Hungariæ; ibidem*, en 1776, dos volúmenes en 4.°—12. *Index variorum librorum Bibliothecæ universitatis Budensi*; publicada en Buda, 1780, dos volúmenes en 4.°—13. *Imposturæ; doscientas diez y ocho disertaciones de Benedicto Cetto* acerca de las imposturas y errores de los chinos, descubiertas y desechadas. Van unidas á esta obra las cartas inéditas del Rdo. misionero P. Hallerstein, que recorrió gran parte del Imperio Celeste, arrostrando innumerables penalidades y trabajos. En la duodécima respuesta dada á Cetto, y publicada en 1789, Pray emite ideas claras sobre los ritos chinos, tratando poco despues en correcto aleman el mismo asunto con grande extension y detalles en una obra compuesta de tres volúmenes en fólio, y publicada en 1791 en la ciudad de Augsburgo.—14. *Historia regum Hungariæ, stirpis Austriacæ*.—15.° *Historia regum Hungariæ, cum notitiis prævis ad cognoscendum veterem regni statum pertinentibus*, que es el compendio muy encarecido de la grande obra de Pray.—16. *De sigillis regum et reginarum Hungariæ, pluribusque aliis syntagma*. Estas tres últimas obras, así como varios manuscritos suyos, que se hallan en la Biblioteca del archiduque José, en el palacio de Hungría, y la Oracion fúnebre, pronunciada en sus honras por el abate Leopoldo de Schaffradh, fueron impresas con el mayor esmero en Augsburgo.—N. L.

PRE (Juan de), célebre ermitaño en el canton de Friburgo en Suiza.

Además de haber sido muy respetado y venerado por su vida ascética, sus austeridades y virtudes, se extendió su nombre y se hizo notable por una admirable obra, única en su género, que prueba su gran constancia y laboriosidad, y que es la admiracion de todos los viajeros y transeuntes; tal es un monasterio tallado y abierto en la roca, en el cual se empleó y cuyo trabajo le ocupó con indecible paciencia por el largo espacio de veinticinco años, ayudándole únicamente su criado. (Véase el Diccionario geográfico, en la descripcion del artículo *Friburgo* y *Ermitaño.*) Habia nacido en la villa de Gruyeres, y despues de una vida tan laboriosa, en la que alternaba el trabajo físico, diario y constante con la oracion y prácticas religiosas, pereció desgraciadamente en el rio Sane en 1708, con otros dos estudiantes de Friburgo, que habian venido á celebrar el dia de la advocacion de su nueva iglesia. El V. Juan de Pré les pasaba el rio en un barquichuelo, que volcó sin saber cómo sumergiendo á los tres navegantes. — A. L.

PRE (Pedro de), arzobispo de Aix, nació en Guerey, y despues de varias vicisitudes durante la carrera de sus estudios, pasó á Roma, donde se dió á conocer, más que por sus propios merecimientos y virtudes, más que por su ciencia y erudicion, por la proteccion que le dispensára el Soberano Pontífice, entónces reinante, con quien le ligaban vínculos de amistad. El papa Juan XXII, que era paisano suyo, le elevó á las dignidades eclesiásticas sucesivamente, desde simple prebendado hasta la dignidad suprema cardenalicia. Fué creado primero obispo de Reims, despues arzobispo de Aix, y por último cardenal en el año 1320, y por fin vicecanciller de la Iglesia católica. Hallábánse por entónces divididos los dos imperios de Francia é Inglaterra por divisiones sangrientas, y el Papa, con esa benéfica proteccion que dispensaba sobre el mundo cuando las voluntades de los reyes se hallaban sometidas á sus sapientísimas decisiones, deseoso de restablecer la armonía, fuente inagotable de delicias sin cuento para las sociedades; deseoso, repito, de restablecer la paz entre el rey francés Francisco de Valois, y Eduardo III, rey de Inglaterra, designó á los cardenales Pré y Ceccan para que presentándose entre los dos soberanos enemistados, interpusiesen su valimiento á fin de hacer cesar el fuego, los destrozos sangrientos, las demás consecuencias desagradables, que resultan á los pueblos de las enemistades de los reyes, cuyos deslices expian de ordinario con tremebundos desastres las masas infelices, por medio de un afectuoso ósculo de la paz y amor. El cardenal Pré, despues de haber prestado en sus últimos años algunos servicios no de exigua importancia á la Iglesia, despues de haber merecido la honra de ser el mediador entre dos enemistados y poderosos pueblos, que disputaban rencillas y cuestiones indecorosas, despues de haber sido empleado en otros negocios igualmente importantes, murió en Aviñon en el mes de Marzo del año

de 1361 de la era cristiana. Al leer los detractores de la Sede Apostólica y del Sacro Colegio parajes como los mencionados, en que Roma interviniera tan directamente en la gestion de los negocios puramente temporales si se quiere, repiten hasta la saciedad que era la ambicion, el deseo de engrandecerse y dominar á los pueblos, el deseo de abrogarse á sí misma una autoridad ilimitada y de avasallar el universo de parte á parte, de Occidente á Poniente y de Norte á Sur, el móvil que la impulsaba á obrar de esta manera y ejercitar una dominacion absoluta en contra de los respetables derechos y régias prerogativas de los monarcas. A esto se puede contestar, en primer lugar, que los elevados personajes del clero nunca se han entrometido en la gestion de los negocios temporales, ordinariamente han dado sus decisiones cuando se les ha consultado, y han dictado leyes cuando se ha recurrido á ellos por necesidad, como que el mundo se hallaba convencido de que solo allí en Roma residia el consejo, la sabiduría y la prudencia, y los monarcas en sus disensiones y contratiempos acudian cual hijos enemistados á su padre. Es un error atribuir á estas dispensas ó intervenciones pontificias la relajacion de las costumbres y de la disciplina; siendo así que la ignorancia y la corrupcion de costumbres son las que han producido esos funestos resultados; y si el clero no las hubiere reprimido, sin duda ninguna fueran violadas del modo más escandaloso las leyes más venerandas. No se crea, sin embargo, que nosotros seamos defensores de una autoridad ilimitada en Roma. Así como la autoridad paternal debe ser más ó ménos extensa segun la edad, segun la capacidad, el carácter y estado de sus hijos, así los soberanos pontífices y el Sacro Colegio han ejercido siempre sus funciones paternales segun las diversas exigencias y el bien comun de las sociedades. La autoridad de los pastores de la Iglesia ha variado segun las exigencias, segun las revoluciones acaecidas en los pueblos en los diferentes siglos. Cuando el rebaño era poco numeroso y la fe ardiente, y vivian aquellos venturosos cristianos con la dulce esperanza del martirio, claro es que entónces los obispos y soberanos pontífices habian de suprimir, ó al ménos no hacer un uso tan frecuente de las censuras y de los anatemas, sino contentarse en ser los modelos y ejemplares acabados de la tierna y dócil grey, asistirles cuando subian las gradas de los potros y de los patíbulos, y dirigirles piadosas exhortaciones. A medida que crece y se aumenta el número de los fieles, se multiplican los abusos, sobrevienen los desgarradores cismas, los excesos, las disputas, las herejías, es bien claro que la vigilancia de los pastores ha de ser más activa: han de oponerse á los emperadores, que inconsideradamente prestan su regio apoyo á los innovadores; han de anatematizar á los príncipes, que con ligeras nociones del cristianismo, sin ninguna autoridad, se entrometan á decidir puntos capitales

de fe y de disciplina; han de resistir absolutamente á los monarcas poderosos, que considerándose demasiado grandes, se creen absolutamente libres de todas las leyes divinas y humanas, usando unas veces de la prudente y cariñosa amonestacion, otras de la severa amenaza, otras de la fulminante excomunion, segun el carácter más ó ménos pacífico, más ó ménos díscolo y enredador de los infractores. Fué, es innegable, llevada á su apogeo la autoridad de Roma cuando los bárbaros, saliendo de sus madrigueras, devastaron la Europa, dividiéndola en trozos de soberanía, y sumiéndola en la ignorancia y anarquía del feudalismo, perdiendo de esta manera sus costumbres, sus leyes, sus hábitos y su civilizacion, y acostumbrándola á reverenciar como señores á los que, examinadas bien las cuentas, solo eran guerreros más feroces y viciosos, que no conocian otro derecho que el de la fuerza brutal. Hágasenos el favor de decir si con monarcas tan agrestes, y despojados al parecer de sentimientos de nobleza y de pundonor, hubieran producido un resultado favorable las súplicas y las exhortaciones, los consejos paternales y los medios más propios, en fin, para conmover y ablandar sus corazones. Como quiera que, á pesar de su rusticidad, veian en el Vaticano la imágen de la divinidad, la sede del vicario de Cristo, en quien Dios habia depositado su confianza, éste debia presentarse con aspecto más imponente y severo, poniendo en juego las amenazas y las censuras; resistiendo á veces la fuerza con la fuerza; armando en ocasiones dadas á los unos contra los otros, á la manera que el Dios de Israel se manifestaba á este pueblo bajo el aterrador aparato de los fulgurantes rayos, de los horrendos truenos del Sinaí, y castigaba sus deslices apelando al medio de sublevar contra ellos los pueblos y comarcas circunvecinas. Incurriríamos en crasísimos errores, si juzgando nuestros tiempos por aquellos, si creyendo que se hallaban desarrollados en el seno de aquellas semibárbaras sociedades los sentimientos de honor, delicadeza y pundonor, creyésemos que convenia entónces el mismo régimen de gobierno que en nuestra época; y cuando así juzgamos, nos engañamos del modo más miserable, dando una prueba de ligereza y frivolidad, cuando nos desahogamos en vanas declamaciones contra la tirantez del poder de Roma en aquellos tiempos, y fundándonos en principios evidentemente falsos. Hoy que el órden social ha cambiado, hoy que merced á la sábia conducta observada por los romanos pontífices y clero, hoy que merced á la buena semilla que fuera sembrada en Europa, ha germinado la civilizacion, se han ordenado las clases sociales, reglamentado el clero y la sociedad civil, hoy el poder de los papas y autoridades eclesiásticas es más limitado. Ellos mismos comprenden que cuanto las costumbres vayan siendo más suaves, más dulces, de las que reinaban en los tiempos de la edad media y en los aciagos tiempos de los emperadores romanos, de los

tiranos del nombre cristiano, tanto más les conviene el volver á adoptar el sistema de la tierna y cariñosa caridad, de las insinuaciones paternales que atrajo adoraciones á los Apóstoles y primitivos pastores de la parte de su dócil rebaño, y esta es la única causa, y no los pretendidos abusos de la limitacion de la autoridad del clero y de los pastores y pontífices. Cuando los enemigos de la gerarquía eclesiástica atribuyen á miras ambiciosas todos sus benéficos actos, incurren en la más inexacta aseveracion, haciéndonos ó queriendo hacernos creer que entre doscientos cincuenta pontífices que han ocupado la silla de S. Pedro, entre un sin número de cardenales, de arzobispos y obispos que han desempeñado las funciones elevadas del magisterio, no se ha hallado ninguno capaz de obrar por miras religiosas, áun obrando bien. Semejantes suposiciones exageradas se hacen increibles á causa de la misma exageracion. Aun cuando supusiéramos exactos los alegatos de los protestantes y demás enemigos del clero; áun dado caso que les concediéramos que obraban por miras de ambicion, todavía tendriamos que bendecir esa ambicion noble, que tan felices resultados nos ha producido, que ha conservado un rayo de luz esplendorosa en medio de las sombrías y tenebrosas oscuridades de la ignorancia europea, en los tiempos de los bárbaros y de la edad media; que con sus misiones continuas ha hecho cristianos, y por lo mismo suaves á los pueblos agrestes, venidos de las selvas del Norte; que nos ha librado de sus vandálicos actos de pillaje; que valiéndose de medios si se quiere severos, ha impuesto una barrera á las exigencias dominadoras de príncipes viciosos y feroces, incapaces de obrar el bien y acomodarse á la justicia y á la razon, á no ser por temor; que ha trabajado, en fin, sin tregua ni descanso para abolir la corrupcion, las reliquias del paganismo, y conservar las buenas costumbres y la disciplina. Cuando se ve á los pastores de la Iglesia combatir unas veces con los filósofos, para quien las épocas paganas eran las épocas en que la perfeccion social y política habia llegado al más alto punto, que hasta en religion prefirian mil veces sus fiestas y sus fábulas á los dogmas y al culto de la religion cristiana, á cuyos ojos el cielo del Apocalipsis no podia sufrir parangon con el cielo de los Campos Elíseos; que consideraban la majestad de Jehová inferior á la de Júpiter; que miraban las más altas instituciones como legados de la ignorancia y del fanatismo, los establecimientos más santos y benéficos obra de miras torcidas, expresion y vehículo de sórdidos y mezquinos intereses; el poder público, como atroz tiranía; y que reputaban solo bellas, solo justas, solo saludables las instituciones paganas; que para ellos allí todo era sabio, todo abrigaba designios profundos, altamente provechosos á la sociedad; y que conceptuaban desgraciados á los pueblos modernos por no poder disfrutar del bullicio del foro, ni poder oir á oradores como

Demóstenes y Ciceron, ni poder asistir á los juegos Olímpicos, ni poder presenciar las luchas de los pugiladores, ni poder gozar de una religion, que si bien mentida é ilusoria, tenia sin embargo un interés dramático, animando sus rios, sus fuentes, sus cascadas, sus mares, poblaciones de ninfas hermosas, los campos, las praderas y los bosques, dando al hombre dioses para compañeros del hogar doméstico, y sobre todo haciendo la vida agradable con dar rienda suelta á todas las pasiones más bastardas y groseras, supuesto que las divinizaba bajo las formas más galanas y hechiceras. Cuando veo á los pastores de la Iglesia oponerse á estas funestas preocupaciones de los filósofos, que todo lo querian perpetuar de los pueblos paganos, lo mismo lo poético que lo duro y religioso; cuando vemos á los pastores de la Iglesia crear un espíritu público más suave, más digno, con su poderoso influjo, no podemos ménos de exclamar: «Si decís que la ambicion ha creado tan saludables instituciones, ¡feliz y dichosa ambicion! ¡Ojalá pudiéramos inspirársela á todos los soberanos! ¡Feliz ambicion, que ha hecho desaparecer de entre los hombres aquellos hábitos feroces que horrorizan! Decidme: si el magnate más poderoso, si el opulento más grande, si el mayor monarca, se entregase hoy á los excesos y execrables abominaciones de Neron, de los Tiberios, Calígulas y otros monstruos que mancharon los sólios de los imperios, ¿no es verdad que el grito de reprobacion saldria de todos los labios, que el monstruo caeria abrumado bajo el desprecio y la execracion pública, y que seria poco ménos que imposible que existiese sobre la superficie de la tierra ni dos instantes seguidos? Esto, pues, que hoy nos parece un anacronismo, un absurdo, porque ahora se estrella contra las costumbres universales, y porque nos parece que un escándalo semejante no podria ser tolerado por la conciencia pública moderna, era mirado con ojos serenos, impasibles en épocas calamitosas, quizá era aplaudido, quizá el autor de crímenes tan horrendos era recibido con víctores y aplausos en las más cultas sociedades de Grecia, de Roma, el dia de las ovaciones públicas. Si á un general de nuestra moderna Europa, vencedor de una plaza tomada por asalto, le presenta la soldadesca triunfante una ilustre señora, esposa de uno de los principales jefes del bando enemigo, ¿no exigirian hoy todos que se guardasen todo género de miramientos con la hermosa prisionera, que debia dejársela en libertad para que fuera á reunirse con su esposo, si esta era su voluntad? Esta sin duda seria la conducta en nuestros tiempos de un general, la considerariamos obligatoria, acomodada á nuestros sentimientos é ideas, y no encontrariamos un mérito particular en que así lo hubiera obrado, limitándonos á decir que el general vencedor habia cumplido con uno de sus más rigurosos deberes, de los más sagrados, de los que era imposible prescindir si no queria cubrirse de bal-

don y de ignominia, y por cierto que no nos cuidariamos de encomendar á la historia un hecho semejante, dejándole pasar desapercibido en el curso regular de los sucesos comunes. Pues bien, en tiempos antiguos esta ilustre prisionera hubiera sido el instrumento del placer del brutal vencedor, que la hubiera llevado atada al carro de su triunfo, para mostrarla con el resto del botin al pueblo romano ó griego, apiñado en torno del vencedor. Escipion en la toma de Cartagena dejó libre á la mujer de Alucio, y la historia antigua nos presenta este acto como un heróico hecho y rasgo de generosidad, como un monumento eterno de las virtudes del héroe. Tal es el inmenso progreso de las costumbres y de la conciencia pública bajo la influencia cristiana, que se halla explicado por este parangon mejor que por todo otro comentario. No podemos, pues, ménos de bendecir la *ambicion* de los pastores de la Iglesia que han predicado ideas más elevadas sobre la dignidad del hombre, han dado á conocer más claramente las verdaderas relaciones sociales, han predicado una moral más pura, más fuerte, porque está asentada sobre cimientos eternos. No podemos ménos de bendecir esa noble ambicion, que ha puesto insuperables barreras al hombre, cuando dando rienda suelta á sus pasiones, quisiese cometer atrocidades como las que nos presenta la historia antigua, y que cubrieron de luto y de sangre los pueblos, las ciudades, las provincias, los reinos enteros, de los cuales salian víctimas innumerables, sin que fuera lícito á sus deudos desahogar su honda pena aliviándola con las lágrimas. No discutiremos con nuestros enemigos acerca de los medios más ó ménos prudentes empleados por el sacerdocio para llegar á este resultado tan feliz. Bástenos hacer notar, en contestacion á los infinitos cargos que se nos hacen, que si ha habido entre los pastores católicos algunos que descuidasen sus deberes hasta un extremo lamentable, lo que no negamos, en cambio ha sido mucho mayor el número de los pastores virtuosos, á quienes con toda propiedad podemos llamar hombres grandes, que reunieron á la vez las luces, los talentos y las virtudes religiosas y civiles. Parécenos inaguantable abuso el de nuestros enemigos, cuando deseosos de vituperar las instituciones y personajes católicos, incurren en el absurdo y villano extremo de hablar siempre de los ménos adictos á sus obligaciones, de pintar sus deslices con vivos colores, de exagerar el mal que hayan podido hacer los unos, y ocultar los beneficios dispensados por los otros, sin dignarse apénas levantar el velo de los inmensos servicios que prestáran los virtuosos. No es buena manera de juzgar el artístico mérito de un cuadro el contemplarle solo por un lado. El imparcial investigador mira el conjunto de las partes, fíjase en los puntos de mayor mérito, discierne éstos de los de escaso y mediano valor, y rechaza lo que puede haber en él de mal gusto. ¿A qué su obstinado empeño en traducir y publicar los tratados

de los griegos cismáticos, plagados de calumnias y erróneas aseveraciones contra Roma, que se ve en nuestros enemigos? ¿A qué incurrir en el villano extremo de ensalzar al patriarca de Constantinopla, concediéndole el título de patriarca ecuménico, miéntras negaban sus títulos y prerogativas á los legítimos vicarios de Jesucristo, á los pontífices romanos? ¿A qué emplear medios tan bajos é innobles para atraerse asímismo á los griegos cismáticos á formar ligas con ellos, y atacar de este modo á los pastores del catolicismo y sobre todo el pastor de los pastores, el romano Pontífice? Han sido, sin embargo, vanos sus esfuerzos, porque hasta los mismos griegos los han torpe y escandalosamente despreciado á los protestantes. Han sido vanos todos sus extraordinarios esfuerzos en presentarnos el episcopado y sacerdocio como viciosos, y fautores de los más horrendos delitos. Han sido vanos los esfuerzos del fogoso protestante, autor del libro intulado *Cuadro fiel de los Papas:* sí; en vano, despues de agotar todos los esfuerzos de la inventiva, ha podido citar nominalmente á lo sumo veintiocho papas, á quienes ha presentado como los séres más escandalosos; se le ocultaba al infeliz que todavía quedaban doscientos veinte y dos, en cuya intachable conducta nada pudo hallar su inventiva y sutileza! En vano, repetimos, ha escudriñado la historia de diez y siete siglos para entresacar de ella todos los crímenes, falsos ó verdaderos, que han sido achacados á los papas por sus enemigos, tergiversándolos y exagerándolos hasta un extremo inaguantable, omitiendo con cuidado sus buenas obras, sus numerosos servicios hechos á la humanidad, de los que al cristianismo le son deudores de un modo incontestable; en vano han presentado á la consideracion de los modernos católicos el desfigurado é inmenso cúmulo de sofismas y de calumnias, de cargos hechos á los pastores universales y particulares, porque el público, que tiene bastante sensatez para separar la verdad de la mentira, para discernir á sus bienhechores de sus verdugos, sabe á qué atenerse en este punto. La caridad, el valor heróico, la vida humilde y retirada de los pastores de los primeros siglos del cristianismo, son hechos positivos, de que los monumentos de aquellas edades dan elocuente testimonio. Las luces, el talento, la vigilancia, el celo y laboriosidad de los pastores de la Iglesia en los siglos IV y V son hechos incontestables. Los trabajos empleados en los siglos VI y VII para disminuir en lo que les fuera dable los horrorosos estragos ocasionados por las hordas de bárbaros, que todo lo asolaban; el cuidado empleado entónces para salvar los restos de las ciencias, de las artes, de las leyes, de las costumbres del universal naufragio, son cosas que nadie puede ponerlas en tela de juicio, supuesto que los historiadores ménos amantes del catolicismo de aquellas épocas dan testimonio de ello. Los admirables resultados producidos por la influencia de los pastores de la

Iglesia en los siglos VIII y IX para humanizar á los pueblos del Norte, despojarlos de sus salvajes maneras, educarlos, hacerlos sobre todo religiosos, amantes de lo bello, de lo sublime, de lo grandioso, haciendo que insensiblemente depongan la mortífera daga, instrumento en sus manos de horribles atrocidades, que los mismos enemigos nuestros no han podido ménos de confesarlas, cediendo á la evidencia de estos hechos, por más que despues, despojados completamente de su odiosidad, hayan querido explicarlos, atribuyéndoles en la ejecucion de esas vastas empresas miras bastardas é intenciones particulares, y tachando de imprudentes los medios al intento empleados. Ni debemos ocultar en el mismo siglo IX los incalculables beneficios dispensados á las sociedades europeas por los pastores de la Iglesia contra la irrupcion de los mahometanos, que intentaban subyugarlo todo á la media luna. El público sensato conoce estas inmensas mercedes de que es deudor á la Iglesia, y desprecia á los protestantes é incrédulos, que prevalidos de hechos aislados, quieren desacreditarla y arrojarla y exterminarla de Europa. Ni son solo las gentes iliteratas y fanáticas las que así aplauden á los pastores católicos, mal que les pese á los enemigos encarnizados de la Iglesia de Jesucristo. Ni son solo los alucinados cristianos los que saben apreciar los horrorosos abismos de que ha librado á las sociedades modernas el benéfico influjo de los pastores. Leibnizt, protestante instruido, en el libro III, pág. 3.ª hasta la 6.ª, de su obra intitulada *Espíritu de Leibnizt*, ha convenido en que la vigilancia del sacerdocio y episcopado católico por la observancia de los antiguos cánones y el sostenimiento de la disciplina, ha producido resultados asombrosos en pro del mundo, evitando multiplicados desórdenes, y que en tiempos de ignorancia y estupidez las luces de su consistorio han sido recurso poderoso, que evitára la anarquía, de lo que paulatinamente fuera creciendo la autoridad de los pontífices hasta el punto de constituirlos los soberanos árbitros en sus contiendas y litigios. Inocencio I, separando á Alarico, S. Leon hablando á Atila y moderando los furores de Genserico, serán siempre considerados por los italianos sensatos como dos genios tutelares, que los libraron con su autoridad del exterminio de los bárbaros. El papa Esteban, auxiliado por Pipino, que dueño de la Francia entera atraviesa los Alpes, desafia á Astolfo, rey de los longobardos, en el año 774, y le obliga á renunciar la posesion del exarcado de Rávena; el papa Adriano, que auxiliado de Carlomagno vence á Didier, sucesor de Astolfo, y libra á Italia; son genios que nunca olvidarán las generaciones venideras, que los bendecirán con entusiasmo, y desearán ver realizado el pensamiento de Chateaubriand, cuando recordando los tiempos venturosos en que la voz de los papas evitaba las guerras sangrientas, y las catástrofes horrorosas, exclama: «Si exis-

tiese en medio de Europa un tribunal que juzgase en nombre de Dios á las naciones y á los monarcas, que evitase las guerras y las revoluciones, este tribunal sería la obra maestra de la política, y el último grado de perfeccion social. Este hermoso pensamiento, no ha sido un sueño, ha sido una realidad, sin cansarnos en citar en prueba de ello otros datos, bástenos ver á nuestro biografiado personaje y cardenal Pre, partir en nombre y con poderes del Papa á la corte de dos príncipes malquistados, empeñados en sangrientas guerras, pronunciar algunas palabras en nombre del vicario de Jesucristo, y obligarlos á deponer sus rencillas en aras del amor. ¡Qué espectáculo! Dos poderosos monarcas ceden al momento, y se abrazan á las insinuaciones de un pontífice supremo. Esto es, pues, lo que el catolicismo ha hecho; estos los resultados beneficiosos de la odiada influencia de los pastores de la Iglesia: ha introducido con su predicacion cierta suavidad de costumbres, que en tiempos de guerra evita grandes catástrofes, y en los bonancibles tiempos de paz hace la vida más tranquila, más dulce y apetecible. Ha abolido la esclavitud, ese horrible privilegio que en la organizacion de las sociedades antiguas tenia un hombre de arrojar á las murenas á otro hombre semejante suyo, castigando así con la muerte el haber quebrado un vaso; ha evitado esa odiosa desigualdad, en cuya virtud unos cuantos centenares de hombres, viviendo siempre entre la algazara de un festin, se acostaban en blandos lechos con los halagos de la voluptuosidad y el esplendor de una suntuosa magnificencia, sabiendo que innumerables hombres se hallaban encerrados y amontonados en lóbregos subterráneos por su interés y por sus placeres, y que escuchaban sin conmoverse el gemido de tantos desgraciados que demandan un pedazo de pan para atravesar la noche cruel, que enlazára las fatigas y vigilias del dia siguiente con las vigilias y sudores del dia que pasó; abolió el derecho de vida y muerte concedido por las leyes á la potestad patria sobre los hijos, fuente inagotable de duros tratamientos, supuesto que, en primer lugar, el hijo que puede ser muerto no goza de la consideracion debida, y en segundo lugar, está expuesto á los caprichos y ratos de mal humor de un padre despótico, que en momentos dados desahogue su furor, poniendo término á la existencia del fruto de sus entrañas, inocente quizá. Ha prohibido los juegos públicos, elementos de dureza y de crueldad, porque no es dado mirar friamente centenares de hombres que perecen en la arena, luchando entre sí y con las bestias, sin contraer hábitos sanguinarios. Ha adoptado, en fin, medios que han trasformado á la sociedad. ¿Qué extraño es, pues, que esta lo bendiga?
N. L.

PREADAMITAS. Designanse con este nombre los Preadamitas, pretendidos habitantes de la tierra que algunos autores han supuesto haber existido

ántes de la creacion de Adan. El año 1655 Isaac de la Perreyre mandó imprimir en Holanda un libro, en el cual quiso probar que ha habido hombres ántes del padre comun del linaje humano, absurda paradoja que no dejó de encontrar numerosos sectarios en un principio. Mas el sabio Desmarais, profesor de teología en Groninga, refutó esta obra al año siguiente, ahogando este sueño en su orígen. Fundado en el testimonio de la sagrada Escritura, demostró con evidentes razones que Dios creó al hombre, á Adan, el primero de todos los hombres, con aquel divino poder con que al decir *Hágase la luz*, la luz fué hecha. Despues de crear todas las producciones sucesivamente con solo el mágico influjo de su palabra omnipotente, como dice muy oportunamente Salomon: *Habló y todo fué hecho: mandó y todo fué creado;* y como lo expresa el mismo Dios al decir por Isaías: *He llamado al cielo y á la tierra y han aparecido;* despues de haber concluido este magnífico edificio, el soberbio palacio del hombre, adornándole con una hermosa techumbre, en cuyo purísimo azul osténtanse resplandecientes globos de luz esplendorosa; alfombrándole con verdes yerbas, rodeándole de magníficos jardines, galanas praderas, hermosas vistas, con árboles frutales de todo género, que brindáran al Rey de la creacion con sus sazonados frutos; despues de todo esto la Beatísima Trinidad, formando divino consejo, se dijo á sí misma: *Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza: Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram.* Y Dios tomó un poco de gredoso barro, sobre el que formó al primer hombre, presentándole despues de la mano al palacio suntuoso que de antemano le tenia preparado, para que tomase posesion de él, reconociese á sus servidores los animales, á las plantas, á los arbustos de toda la creacion, séres todos criados para que tributasen homenajes de vasallaje y veneracion al monarca del universo, á la primera figura de la creacion, al hombre. Mas si bien recreado este gran ser del universo por las brisas dulces del Paraíso, por las auras suaves del Eden, por el refrigerante céfiro de la tarde; si bien acariciado por los osos, los leones, las panteras y todos los demás animales domésticos ó indómitos que hoy conocemos con esta denominacion; si bien recreado su oido por los trinos armoniosos de las ligeras avecillas que revoloteaban en torno suyo, cumpliendo el encargo que les diera el Omnipotente; si bien gustosamente deleitado por los balsámicos perfumes, por los suaves frutos, los trinos armoniosos con que los séres inferiores de la naturaleza servian al hombre; faltábale sin embargo un ser semejante á sí, que tuviese un corazon capaz de latir bajo el influjo de impresiones puras, cándidas, fervientes; faltábale una compañera. Por esta razon Dios dijo: *No es bien que el hombre se halle solo, hagámosle una compañera.* En efecto, infundió un sueño soporífero al padre comun de los mortales, durante el cual extrajo de su costado una cos-

tilla, sobre la cual formó á la mujer, que al verla Adan, exclamó alborozado: *Eres hueso de mis huesos y carne de mis carnes: Os ossibus meis et caro ex carne mea.* Estos dos séres venturosos, en cuya frente reflejábase la inocencia y el candor; estos dos séres, que paseaban en amorosa compañía los floridos vergeles del Eden, dulcemente entretenidos en arrobamientos castos, en pueriles diversiones, que sentábanse ambos en verde estrado de rosas y de flores, donde recibian las caricias de los hoy fieros animales, escuchaban las músicas celestiales de los pajarillos que cruzaban el firmamento encima de sus cabezas, deleitándose en la contemplacion de las maravillas sin número que veianse en los hermosos jardines; estos dos séres, que conversaban con los ángeles purísimos, bendecian al Ser Supremo, levantaban de continuo alborozados sus manos al cielo para alabarle por los beneficios que les dispensára su benéfica mano; que enviaban cánticos sonoros al trono del Altísimo, velado por legiones de querubes en nombre de sí mismos y en nombre de la creacion entera, que carecia de corazon para alabarle y de voz para bendecirle; estos dos séres fueron creados por el mismo Dios, padre de todos los vivientes. Esta ha sido constantemente la creencia del humano género, ora en el pueblo judío, ora en las adulteradas tradiciones de los pueblos incultos, ora sobre todo en el pueblo cristiano; todas las naciones con más ó ménos claridad, con más ó ménos fijeza de ideas, han creido constantemente que habiendo pecado el hombre, se inoculó su pecado en la venas del nuevo linaje, de tal manera que todos sus descendientes nacian viciados, como las ramas macilentas de un árbol dañado en su raiz, participan de la malicia de ese gérmen. Si todos los hombres no procediéramos del tronco comun Adan, sería falsa esta universal creencia, supuesto que deberianse encontrar vestigios de hombres, que no participáran de la iniquidad del habitante del Paraíso, y miéntras no se presenten hechos en comprobacion de este aserto, no tenemos obligacion alguna de asentir á los delirantes sueños de un visionario. Por otra parte, de notar es que la redencion del linaje humano por Jesucristo fúndase en esta creencia, de que todos procedemos de Adan. En este sentido dice S. Pablo: «Así como todos fuimos muertos en Adan, así todos hemos sido vivificados en Jesucristo.» Adan es el padre de todos los vivientes; Jesucristo es el autor de todos los reengendrados por el bautismo... En esta comparacion reconoce el Apóstol bien á las claras que todos los séres proceden de Adan. Así como no conocemos otra fuente de la vida espiritual sino al Salvador del mundo, y así, despues de Dios, el orígen de la vida natural es Adan. No hubo más que un solo Jesucristo, ni ha habido por lo mismo más que un Adan; un solo reparador, para remediar los males ocasionados por un solo prevaricador; un solo autor de la vida, para volvernos la que habiamos perdido por

un solo autor de la muerte, que la introdujo en el mundo por su condescendencia fatal en comer la vedada fruta. Con estas demostraciones quedó plenamente refutada la obra de la Perreyre, el cual sin embargo reimprimió de nuevo su necia publicacion. Da este escritor el nombre de adamitas á solo los judíos, á quienes únicamente supone descendientes de Adan, y designa con el epíteto de *preadamitas* á los gentiles, caldeos, persas, idumeos y demás pueblos esparcidos por la superficie de la tierra, á quienes supone anteriores á Adan, primer padre, como hemos demostrado, del linaje humano, de todos los mortales. Convencido Perreyre de que el Antiguo Testamento lo mismo que el Testamento Nuevo, los libros del Pentateuco, de Job, de los Jueces, de los Profetas, de los Proverbios, el Eclesiastés, el Eclesiastico, el de Tobías, el de los Macabeos, los cuatro Evangelios, las Epístolas de S. Pablo, de S. Pedro, de Santiago y de todos los demás agiógrafos, con más las tradiciones del pueblo hebreo y de la nacion católica, eran desfavorables á su sistema, que contradecian manifiestamente, tomó el improbo trabajo de registrar las fabulosas historias de los egipcios y de los caldeos, sacó de ellas testimonios frívolos en que apoyar su doctrina, que es combatida en nuestros dias con las mismas razones, con los mismos argumentos, por los incrédulos del siglo; y todo este conjunto de mentidos alegatos, unido á las ridículas y extravagantes visiones de algunos rabinos del pueblo judío, que suponian quiméricamente la existencia de un mundo anterior al de que nos habla Moisés, fueron los argumentos, bien efímeros por cierto, que adujo en su segunda publicacion; sin tener en cuenta que las visiones de los hombres son sombras que se disipan al aparecer la luz de las verdades manifestadas en las Escrituras divinas. La Inquisicion, que velaba ya en sus dias sobre la pureza de la verdad, le emplazó en su tribunal, donde examinado y preguntado acerca de su creencia, viéndole obstinado en ella, le impuso entre otras penas la sentencia de permanecer el resto de sus dias encerrado en una prision, como así lo verificó aprisionándole en Flandes. Mas valiéndose del derecho que esta clase de culpables tenia de apelar á un tribunal superior, apeló de la sentencia de los inquisidores á Roma, donde fué llamado por Su Santidad, y donde fué recibido con bondadosa y paternal ternura por el soberano pontífice Alejandro VII. Conmovido por esta conducta amorosa del padre comun de los fieles, postróse á sus sagradas plantas, y bañado en lágrimas protestó de sus errores, pidió público y espontáneo perdon del escándalo que hubieran podido producir sus escritos; y no satisfecho con esto, hizo imprimir en la ciudad eterna una retractacion sincera de su libro. Verdaderamente arrepentido de sus extravíos, se retiró á pasar el resto de su existencia á nuestra Señora de las Virtudes, á pedir perdon al Altísimo de sus

yerros, llorar con lágrimas perpétuas sus extravíos, practicar todas las virtudes bajo el amparo de la Reina de todas ellas, de la Vírgen Santísima, madre de los pecadores, que llegada la hora postrera de su siervo cerró sus ojos en la paz del Señor. El autor de un artículo publicado en la *Enciclopedia* bajo este nuevo título: *De Preadamitas*, ha incurrido en una grave equivocacion al asegurar que el patriarca Clemente de Alejandría, en su obra denominada *Hipotiposeos*, ha enseñado las mismas doctrinas de la Perreyre, que ha creido en la materia eterna, en la metempsícosis y en la existencia de varios mundos ántes de la aparicion de éste, poblado por Adan y su descendencia infortunada, que es el único de que nos habla el divinamente inspirado escritor Moisés. Cierto es que Focio habia acusado á Clemente de Alejandría de haber profesado estos tan abultados errores; pero ténganse en cuenta los antecedentes de Focio, del díscolo é intruso patriarca constantinopolitano, del que era poco delicado en reparar en los medios cuando conducian á su intento de ridiculizar personas é instituciones venerandas; no se olvide, por otra parte, que es hoy evidente que los cargos dirigidos por Focio á Clemente de Alejandría estan todos fundados en un ejemplar del citado *Hypotiposeos*, que fué tomado y alterado por los herejes ansiosos de desacreditar á Clemente Alejandrino, y las ortodoxas doctrinas que defendia, y se verá lo infundado de semejantes gratuitas acusaciones. Esta era tambien la opinion de Rufino, contemporáneo del citado Padre; y, lo que es aún más singular, si bien se observan las acusaciones de Focio, se ve que este escritor no se hallaba muy seguro de que fuesen las opiniones que pretendia refutar de Clemente Alejandrino, cuando dice estas notables palabras: « Ya vengan estas doctrinas del autor citado (Clemente de Alejandría), ó ya procedan de algun otro que hubiese tomado su nombre...» Reconoce además que este doctor del catolicismo, en su Código, páginas 109, 110 y 111, confesaba haber sido creada la materia, al decir Dios *Hágase*; y reconoce además que su estilo es muy diferente del autor de esta obra, de la que saca sus acusaciones. En efecto, este P. Clemente de Alejandría, en su *Exhortacion á los gentiles*, capítulos IV y V, enseña claramente la creacion de la materia, la inmortalidad de las almas, las penas y premios eternos, establecidos por el Altísimo para los cumplidores y prevaricadores de sus santas leyes; la descendencia del humano linaje todo de uno sola rama Adan, la existencia de un solo mundo, cual nos la describe Moisés; y en una palabra, todo el conjunto de verdades anunciadas por medio de los votos sagrados, cuyo conjunto forma el catolicismo. En vista de estas sólidas é irrefragables razones, tenemos incontestable derecho á concluir que el pretendido libro de los *Hypotiposeos* ha sido finalmente supuesto y publicado con el nombre de Clemente de Alejandría, que no pro-

fesaba en verdad tan absurdas creencias, como lo demuestra más por extenso Tillemont, en sus Memorias, libro II, pág. 191 y siguientes. Aun cuando las pruebas y razonamientos alegados por Perreyre son demasiado absurdos para que merezcan ser difusamente refutados; sin embargo, para que no parezca incompleto este artículo, nos creemos en el deber de hacer ligeramente mencion de ellos. Isaac de la Perreyre publicó el año de 1655 un libro, con el título siguiente: *Præadamitæ sive exercitatio super versibus duodecimo et decimo tertio, capitis quinti, epistolæ divi Pauli ad romanos.* Acompañado de otra con el título siguiente: *Sistema theologicum, ex præadamitarum hypotesi.* Muéstrase respetuoso á la autoridad de la Iglesia católica, protesta que se somete á la autoridad y la censura de los padres y doctores de la Iglesia, sin duda para inocular su veneno con más facilidad y arrastrar en pos de él con más prontitud á los amantes de novedades, porque en el fondo la obra es un conjunto de impiedades heréticas y extravagantes. Dice en primer lugar, que el sexto dia de la creacion Dios crió al hombre y á la mujer juntamente, esto es, segun su explicacion, que Dios crió á los hombres y á las mujeres en un dia dado, poblando de ellos todos los ángulos del mundo, bien así como hizo fructificar en todas las partes del globo tantos árboles y animales de todas especies y géneres. Sostiene, en segundo lugar, que pasado largo espacio de tiempo, Dios procedió á la formacion de Adan con intencion de que fuese el padre y el primer hombre del pueblo particular que en su divina mente habia concebido, con el propósito de que fuese su especial servidor, y que este pueblo se llamó judío. En tercer lugar, dice que esta creacion de Adan, que se nos refiere en el segundo capítulo del Génesis, es distinta de la creacion de todos los demás hombres, de que segun él nos habla Moisés en el primer capítulo del mismo libro. Sostiene, en cuarto lugar, que los gentiles, esto es los pueblos diferentes de los judíos, eran los hombres de la primera creacion, y que Adan, de quien proceden solamente los judíos, fué una nueva produccion de Dios, destinado á ser el jefe supremo de un pueblo subordinado á Dios. Sostiene tambien que siendo la intencion de Moisés describir solamente la historia de su pueblo, no hace mencion de la primera creacion del hombre sino muy raras veces por no separarse del objeto principal de su intento. Sostiene tambien, en sexto lugar, que el diluvio universal no fué general en todos los pueblos, sino que se limitó á sumergir tan solo á los individuos del pueblo hebreo, á quienes Dios, segun sus vaticinios, quiso castigar de este modo sus innumerables prevaricaciones, siendo así que Dios dijo: «Toda carne ha corrompido sus caminos; voy pues á destruirla.» Dedúcese de aquí que es erróneo el afirmar que todos los pueblos extendidos por la superficie de la tierra desciendan de Noe, ó bien de sus tres hijos, Sem, Cam y Jafet; que

esto es opuesto al sentir de las historias. De estos principios concluye, que si es verdad que los gentiles se abandonaron á todos los vicios; pero que Dios no se dignó imputárselos, en consideracion á que nos les habia dado ley alguna, y sus vicios y acciones depravadas y malvadas no eran por lo mismo dignas de culpa ni de penas, sino meros actos indiferentes, sin mérito ni demérito, como los de las bestias, que se refocilan en los campos, pero de ninguna manera pecados. Estos absurdos son todavia exíguos comparados con los enormes que de ellos se desprenden: dice además que los gentiles morian, es cierto, se hallaban obligados á pagar este tributo, mas no por haber pecado é incurrido en esta pena como los descendientes de Adan, sino por un efecto natural de la corrupcion de su ser. Y sostiene, por último, que así como en la segunda creacion, esto es, en la de Adan, formó Dios un patriarca que sirviese de caudillo á su pueblo; así tambien en la plenitud de los tiempos Dios mismo se manifestó á todos los hombres, así á los de la primera como á los de la segunda creacion, así á los gentiles como á los desendientes de Adan, con el fin de formar de unos y de otros una Iglesia y un cuerpo homogéneo, una necesidad íntima en que viviesen unidos hasta la consumacion de los siglos, para partir unidos del mismo modo á las regiones eternas preparadas para los fieles. El autor de semejantes patrañas aduce como principal fundamento á sus teorías extravagantes diversos pasajes de la epístola quinta de San Pablo á los Romanos, pero con especialidad estas palabras tomadas de la misma epístola, versículos 12, 13 y 14, en que dice, hasta la aparicion de la ley no hubo pecado en el mundo; no se imputaban los pecados ni habia leyes. Fundado en este pasaje, razona de este modo: esta ley, de que aquí habla el Apóstol, fué dada primeramente ó á Moisés ó á Adan; si se la dió por vez primera á Moisés, para que éste la comunicase al pueblo, se sigue que hasta los dias de este legislador no hubo pecados en el mundo, ó si los hubo, Dios no se los imputó á los hombres; mas esto no puede sostenerse, supuesto que la historia sagrada nos habla del castigo de Cain, del horroroso fuego que descendió del cielo en castigo de sus voluptuosidades sobre las ciudades de Sodoma, Pentápolis, y demás, de otros muchos que sería difuso enumerar. Luego la ley de que nos habla Moisés fué dada primero á Adan, ántes de cuyo tiempo no se nos refieren crímenes ni pecados de ninguna especie, por lo que, prosigue, no existieron pecados en los preadamitas, ni les fueron imputadas sus acciones naturales por mucho que fueran perversas y malvadas en sí. Estas monstruosas contradicciones bastan por sí solas para juzgar del genero de esta herejía. Los que han escrito contra los errores de los preadamitas han notado con oportunidad, que es sistema de todos los herejes, y tambien del que nos ocupa, el fundar sus falsas opiniones en los textos de San Pablo,

truncándolos, separando unas partes de otras, segun convenia á sus miras. Ya en los dias de S. Pedro habian comenzado algunos herejes el mismo sistema, por lo que advirtió el supremo apóstol Pedro que en las epístolas de San Pablo habia muchas cosas y pasajes difíciles de entender, de los cuales los ignorantes y necios abusarian para hacerlos servir en propalar muchas herejías. Así responden á esos extravagantes errores los apologistas cristianos. La única ley de que habla San Pablo es la ley de Moisés, que es simplemente llamada ley en las divinas Escrituras. En este sentido dice el Apóstol: «Yo no conozco el pecado, sino porque la ley me lo hace notar; ignoraria lo que es concupiscencia si la ley no me dijera: *no forniques.*» El Apóstol no dice que ántes de la ley de Moisés habia pecados que Dios no imputaba; sino que ántes de la ley de Moisés no imputaba Dios los pecados á los séres que no tuviesen ley, lo que es necesario entenderlo bien. Antes de Moisés hubo una ley dada á Adan, por cuya transgresion entró el pecado en el mundo, y con el pecado la muerte. Antes del legislador Moisés, habia pecados en el mundo que no se imputaban; esto es, siguiendo á los escritores católicos, habia pecados de pensamiento y concupiscencia que no estaban vedados por la ley natural, dada ya á todos los hombres, junto con Adan. De cualquiera manera que se explique este pasaje de San Pablo, es cierto que por estas palabras, *hasta la ley*, no entiende hasta la ley de Adan, sino simplemente hasta la ley de Moisés, caudillo del pueblo israelítico. No será inútil dirigir una mirada sobre la historia de las fabulosas antigüedades de los caldeos, de los egipcios, de los chinos, supuesto que en esas antigüedades es donde especialmente se apoya el autor del anónimo que refutamos, despues de haber sentado en el prefacio de su obra que todos los que tienen un poco de talento no pueden ménos de convenir en que la época del orígen del mundo no es ni puede ser la señalada á la creacion de Adan, se remonta hasta la investigacion del orígen de los caldeos, egipcios, chinos, etíopes y escitas. Mas ya en el tercer libro solo habla de los caldeos y de los egipcios, quienes segun Diodoro, creian que el mundo existia desde toda la eternidad, y que las tradiciones de sus antepasados averiguaron ya con hechos que tenia de edad más de cuatrocientos diez y seis mil años. Las personas sensatas no ignoran la necia vanidad que dominaba á los anticuarios caldeos, al forjar un número fabuloso de años con el que querian adornar su alcurnia, y el mismo Ciceron ya en su tiempo conocia el flaco de los caldeos, cuando los apellidaba vanidosos visionarios. Véase una prueba convincente de la ninguna veracidad de estas aserciones. Cuando el hijo de Filipo, cuando el grande Alejandro aprisionó á la célebre Babilonia, iba en su compañía Calistenes, famoso filósofo de la villa de Olintho. Rogó á un amigo suyo de Babilonia se dignase mostrarle los tan ponderados mo-

numentos que acreditaban la antigüedad del pueblo caldeo, y éste le condujo á los más renombrados observatorios que existian en las comarcas circunvecinas de Babilonia. Observando exactamente las tablas que encontró en dichos astronómicos observatorios, halló que segun ellas solo tenia de existencia tres mil años ántes de Alejandro el pueblo caldeo, tan exagerado en sus años, y que deseaba pasar sin duda por ser el decano de las naciones. Simplicio refiere este hecho en sus comentarios sobre Aristóteles, despues de haber leido los libros de Porfirio: segun el cálculo de los setenta autores de la version de la Biblia, estos datos y observaciones empiezan en el reinado de Semíramis, que subió al trono mil doscientos veinticinco años ántes de la venida de Jesucristo. Berasio, en su *Historia de los Caldeos*, cuenta diez generaciones desde Aloro, que es el Adan de Moisés, hasta Xiustro que es el mismo Noé, y cuenta otras diez generaciones desde Xiustro hasta los dias de Abrahan. De lo que se desprende sin grandes esfuerzos que la manía de los caldeos ha sido la de aparecer por los más antiguos de los pueblos, dando á sus veinte generaciones una extension mas desmedida, y multiplicando sus patriarcas hasta un número fabuloso que la escudriñadora crítica se ha encargado de reducir á sus justos límites. Hoy es cosa sabida por todos los versados en la historia antigua que los babilonios y caldeos comienzan un poco ántes de la formacion del pueblo hebreo, y de su precipitada salida de la tierra de Faraon, que los perseguia á muerte, para pasar á la tierra de promision, que Dios les prometiera á sus padres y antepasados. Terminantemente está declarado en las Escrituras sagradas el orígen de este pueblo, al decir de Moisés, que habiendo los descendientes de Adan bajado de las montañas en que posáran su planta y fijáran su estancia despues de haberse bajado las aguas del diluvio, viendo que eran ya numerosos en demasía para poder habitar con desahogo en los bosques, bajaron á las hermosas y extensas llanuras, dando el nombre de Senaac al primer pueblo que edificaron, y procediendo en seguida á la fabricacion de la torre y pueblo babilónico. De la misma manera los egipcios pretendieron ser los pueblos más antiguos del mundo, pero ya es hoy bien sabido que su orígen está cubierto de fabulosas y poéticas imágenes. Sus historiadores remontaban ya la edad del pueblo egipcio hasta el número fabuloso de treinta y seis mil y tantos años, hasta poco ántes de la monarquía de Alejandro Magno; sus dioses, héroes y semidioses, reinaron en el trono egipcio nada ménos que por espacio de treinta y tantos mil años, y á los dioses sucedió el reinado de los reyes, entre quienes el primero fué Menes. Es ya cosa averiguada que los pretendidos reinados de los dioses y semidioses no pasan de ser fábulas inventadas por los egipcios, por igualar su antigüedad á la de los caldeos, que eran naciones ambas celosas por llevarse

la palma de la antigüedad, inventando á este fin príncipes imaginarios y supuestos observatorios. En cuanto á la antigüedad de los chinos es sabido, segun el cómputo de los setenta, que comenzó su reino quinientos años despues del diluvio. De este modo quedan pulverizadas las necedades del autor de *Los Preadamitas*.—N. L.

PREAUX, hermanos. Hé aquí dos personajes elegidos por el Altísimo para plantear esos monasterios, esas casas de recogimiento y oracion, bajo cuyas sombras misteriosas se cobijan las grandes almas, que no encontrando en el mundo pábulo digno de sus corazones, ó no viendo en sus contemporáneos sino desdeñosas personas, se entregan enteramente á Dios. En un siglo ébrio de goces, lleno de un orgullo llevado al apogeo, no acertamos á explicarnos la conducta y los actos maravillosos de esa inmensa muchedumbre de personas, que rodeándose de cuatro sagrados muros, sacrificaban sus intereses, sus grandezas, sus mismas halagüeñas esperanzas. Cosa es, sin embargo, fuera de toda duda, que más que á ninguna otra época conviene á la nuestra agitada y viciosa, esa multitud de retiros, donde el alma reposa de su acelerado movimiento, de donde salgan grandiosos ejemplos al seno de las sociedades, que la reformen y santifiquen, como sucede con los países áridos cuando hermosas y fecundantes avenidas los refrigeran y embellecen. Si ha de marchar nuestra generacion por la senda verdadera del progreso, necesario es que no descuide sus grandes intereses morales, que no olvide su alma, su espíritu, por multiplicar los goces de la materia que la asimilarian á los brutos, que hacen consistir su felicidad en pacer en el campo. No es tanto el marchar adelante lo que á nuestro siglo le hace falta, cuanto el caminar hácia arriba. Hacer consistir el progreso en la aglomeracion de los placeres, en convertir los pueblos en centros de sibaritismo, en revestir las naciones de ese infestante aire de voluptuosidad, que ya parece notarse en nuestras poblaciones, es medio ya harto sobradamente desusado y desastroso, cual lo pueden atestiguar Babilonia y Nínive, muertas de tísis gastadora. El fijarle, como quieren otros, en introducir en las modernas ciudades, grandes academias y concursos, donde los flamantes sabios se reunen á discutir sus utopías ó los delirios de su imaginacion, como sucedió en los pueblos de la antigua Roma y Grecia, bien se ve que no es el progreso, supuesto que nos traslada y hace retroceder veinte siglos. El fijar el perfeccionamiento progresivo en la multiplicacion de vías férreas, en la perfecta organizacion de los telégrafos, en fomentar en fin las famosas invenciones de nuestros dias, es medio no adecuado por sí solo para satisfacer todas las necesidades del hombre, de los pueblos, de la humanidad. Menester es acudir á esos asilos planteados con estas ó las otras formas, en cuyos frontispicios ha ya mucho tiempo estampado el catolicis-

mo estas hermosas palabras: «Sed perfectos como lo es vuestro Padre celestial; adelantad en las vias del perfeccionamiento, progresad, caminad siempre en tanto que llegueis á la perfeccion del Padre Eterno, en quien reside la dicha, la felicidad, el bienestar.» *Estote perfecti sicut et Pater vester cœlestis perfectus est.* De los monasterios saldrian los regeneradores del pueblo, los hombres animados del mayor celo en pro de los verdaderos intereses de las naciones; se presentarian en su seno á mostrarles la senda más recta, más segura, más fácil para llegar á ese feliz resultado á que todos aspiramos, católicos y no católicos, impulsados por una necesidad de nuestro ser. Luego de pasadas las serenas horas de la noche en la meditacion de los arcanos divinos, luego de inspirados por el amor del mundo, de los grandes destinos de la humanidad, esos héroes presentarianse en el mundo como ángeles tutelares, como blancas columnas que guiasen á la infortunada descendencia de Adan á los países de Canaam. Mirados bajo este aspecto, creemos todavía dignos de estimacion y de loa los enviados del cielo, los hombres privilegiados que construyeron casas de oracion, redactaron constituciones asombrosas, dignificaron el indivíduo, organizaron formidables batallones espirituales, que combatieron con los incansables enemigos que de continuo encuentra la especie humana en su marcha progresiva. Si las exigencias modernas reclaman nuevas formas, nuevas constituciones, el catolicismo jamás se opondrá á las que quepan dentro de la ortodoxia, que pruebas tiene dadas en la série de los siglos de acomodarse en cuanto le es dable á las conveniencias de sus hijos. Mas es siempre bueno no separar la vista de los que nos precedieran en estos trabajos, hay en ellos grandes enseñanzas, sólidas máximas, elementos poderosos para llevar á cabo reformas considerables. Véase porqué entre las cosas buenas de la época, debe ser estimable el celo de los iniciadores del pensamiento de la publicacion de una *Biografía universal Eclesiástica*, de una obra en la que se encontrasen reunidos los hombres más distinguidos de la Iglesia. Véase tambien aquí uno de los motivos que nos impelen á dedicarnos gustosos á dar á conocer á esos hombres celebrados, como diciendo á las generaciones: *Ved, examinad, estudiad, copiad lo conveniente, rechazad lo innecesario.* Pasando despues de estas consideraciones al objeto principal de nuestro artículo, de saber es que los dos hermanos que hemos mencionado á la cabeza del mismo fueron fundadores de monasterios. El mayor, llamado tambien Humfroi, se dedicó durante su infancia á la milicia, luchando en la Normandía con los todavía semibárbaros habitantes de ella, hácia el siglo XI. La menor fué consagrada por sus piadosos antepasados á la vida religiosa desde sus más infantiles y tiernos años, para lo que ingresó en un monasterio, dedicado á la invocacion de María Santísima. El primero abandonó más tarde la coraza y escudo

:

para trocarlos por el modesto hábito de una de las órdenes religiosas, miéntras su hermana, caminando de virtud en virtud, adquiriase gran crédito de santidad. Más tarde, estos dos hermanos dichosos promovieron algunas fundaciones, en las que florecieron las ciencias, las artes, la devocion y las virtudes. Llegaron á contar entre sus filas gran número de personas de todas clases y condiciones, que se dedicaban como los monjes de S. Benito, cuya regla habian adoptado, á trascribir obras importantes para perpetuarlas á las generaciones sucesivas, en desmontar terrenos por sus propias manos y en la práctica de las virtudes. El hermano, primer abad del monasterio de los hombres, y la hermana, primera abadesa del convento de mujeres, sobrevivieron poco tiempo á la época de la fundacion, llevada á cabo á costa de tantas vicisitudes y amarguras. Mas semejante al árbol que plantado por el campesino se alimenta despues de su muerte por sí solo, ofreciendo sus frutos y su agradable sombra al viajero extraviado por las escabrosidades, estos dos monasterios no decayeron de su primitiva observancia, que se conservó íntegra, produciendo largo espacio de tiempo ópimos frutos, apacibles retiros, de los cuales manaban las virtudes y los beneficios para todos los pueblos. Nunca aplaudiremos bastante la sabiduría divina que ha presidido en la formacion de los diversos monasterios que han florecido en la Iglesia en sus diez y ocho siglos de existencia. Ya en sus albores aparece el anacoreta, que huye de la compañía de los tiranos á las selvas, á mendigar de las fieras el amparo que le niegan los hombres desnaturalizados, y á poco los desiertos más áridos vense poblados. Viene despues Benito en el Occidente y otros santos padres en Oriente, crean los monasterios, guardan en ellos la sagrada ciencia del cristianismo. El franciscano y dominico vienen en siglos posteriores á detener á los herejes en su marcha destructora, y poner freno poderoso á los vicios. Si Lutero sale clamando destruccion y encuentra eco en Calvino, Zuinglio y Melancton....., S. Cayetano de Tienne, San Ignacio de Loyola, innumerables más salen á defender con sus personas é instituciones los intereses caros del Altísimo. ¡Haga el cielo que nuestro siglo, que ha visto al hijo de Vicente de Paul y á la hermana de la caridad, vea por su medio contrarestados los armados esfuerzos del impío filosofismo.—N. L.

PRECES (Fr. Miguel), religioso descalzo franciscano, natural de la ciudad de Valencia, que pasó á Filipinas, llevado de un ardientísimo celo por la conversion de los infieles. En las islas del Japon le tuvieron preso por espacio de tres años, durante los cuales vióse expuesto á los rigores de la inclemencia, de la sed, del hambre, de todo género de horrorosos padecimientos, que sobrellevó con la mayor resignacion. Los carceleros y muchas otras personas, noticiosas de la imperturbable serenidad de ánimo con que sufria

los rigores de la adversidad, pasmados de tanta constancia, sintiéronse movidos á adorarle y venerarle. Valido nuestro religioso de estas felices disposiciones, les mostró la religion del Crucificado, la cual abrazaron, entrando á formar parte en el número de las almas rescatadas por el Cordero inmaculado. No por esto se mitigó el odio que las autoridades del Japon profesaban al catolicismo y á sus hijos, sino que más ensañados con este nuevo triunfo, obtenido por el Cristo, le condenaron á muerte afrentosa, sentencia que despues conmutaron por la de perpétuo destierro, con gran dolor del invicto y esclarecido religioso, que ansiaba la corona del martirio. Libre más tarde de sus prisiones, volvió al convento que su Orden tenia en la provincia de S. Gerónimo, ó segun otros S. Gregorio, donde desempeñó los empleos de guardian y definidor, siendo al mismo tiempo confesor de la venerable madre Sor Gerónima de la Asuncion, modelo de penitencia, y fundadora del convento de Clarisas de Manila, de cuya beatificacion se ocupaban hace algun tiempo en la Curia Romana; vuelto á España en calidad de comisario de la mision, despues de empleados algunos años en apostólicos trabajos, pasó á mejor vida en el convento de S. Gil de Madrid en el año 1639, despues de pasada la mayor parte de su existencia en las regiones americanas, donde publicó algunos catecismos y obras en lengua japonesa.—N. L.

PRECIPIANO (Humberto Guillermo, conde de), uno de los más ilustres prelados del siglo XVII; nació en Besanzon en 1626, de una noble y antigua familia establecida en la Borgoña hacia dos siglos. Despues de haber hecho sus primeros estudios con notable aprovechamiento, continuó la sagrada teología en las universidades de Constanza y Lovaina, bajo la direccion del celebrado profesor Dole. Elegido primero para el desempeño de uno de los beneficios más pingües, que radicaban en la catedral de Besanzon, y elevado despues á la dignidad de canónigo, Precipiano supo bien pronto captarse la benevolencia de sus colegas con su dulce trato, su elevado talento y loables prendas. Nombrado más tarde consejero del clero, mostró un celo ardiente en la defensa de los intereses de este y de su provincia, lo que hizo que le nombráran diputado, encargado de pasar á Madrid para concertar con el ministerio español las disposiciones adecuadas, con el fin de garantizar el condado de Borgoña contra una nueva invasion de franceses. La acertada direccion que supo dar á los negocios en esta ocasion le mereció la honra de ser elegido miembro del Supremo Consejo, encargado de la gestion de los negocios de la Borgoña y de los Países Bajos. Recompensados más tarde sus eminentes servicios con un obispado, se consagró exclusivamente en su nuevo destino con afanosa solicitud y diligencia á la reforma de las costumbres y al cultivo de las letras. Fué tal y tan grande la vigilante solicitud que ejerció sobre el rebaño, que la divina Providencia se

habia dignado confiarle, que pasado algun tiempo se vió santamente forzado por órden expresa de Su Santidad, el soberano Pontífice entónces reinante, á aceptar el arzobispado de Malinas, plagado entónces por los errores perniciosos de Quesnel, á quien procuró atraer al camino de la verdad, empleando todos los medios de dulzura y prudencia, inspirados por su celo, asi como tambien publicó innumerables pastorales y escritos, encaminados á apartar á sus diocesanos de las heréticas doctrinas del susodicho Quesnel, hasta que por fin entregó su alma á Dios en Bruselas, á 9 de Junio de 1711, y fué enterrado en la catedral de Malinas, con este epitafio: *Non in gladio sed in nomine Dñi.* — N. L.

PRECONIO (Octavio). Nació en Mesina, y floreció en el siglo XVI. Tomó el hábito en la Orden de S. Francisco, y despues de haberse distinguido por su saber entre los conventuales, fué elegido sucesivamente obispo de Monópoli, de Ariano y de otros puntos; y el papa Pio IV le elevó al arzobispado de Palermo. Asistió al Concilio de Trento, y segun Pirras Rochus, en sus Cartas de Sicilia, murió el 18 de Julio de 1568, dejando diversas obras de que no nos da noticia Moreri de quien tomamos estos apuntes. — A. C.

PREGY (Pedro), fecundo escritor religioso, que floreció en el vecino Imperio francés hácia fines del siglo XVIII; recibió una educacion esmerada, consagrándose desde sus más tiernos años á las prácticas religiosas y á la publicacion de obras cristianas, prestando de este modo un servicio importante á la causa de la religion, como ministro y defensor acérrimo que era de ella, servicio más importante aún tratándose de una época, que en momentos de delirio habia jurado el exterminio del nombre cristiano. *El Amigo de la Religion*, obra harto conocida en nuestros dias, áun en lengua española; *Los Mártires*; una imitacion de otra obra publicada por Chateaubriand; *el poema histórico del mundo*; la traduccion del francés de la *Odisea*, de la *Anti-Lucrecia* del célebre cardenal de Polignac; el poema *Abel* y el *Prædium Rusticum*; los *Salmos*; la *Demostracion evangélica sobre el plan de Fenelon*, y un notable libro *sobre la influencia del cristianismo en los pueblos de la edad media*; tales son las brillantes producciones de este ilustre escritor, que falleció en 22 de Junio, á principios de este siglo, hácia el año de 1820 ó 1822. Esta materia de la poderosa influencia ejercida por el cristianismo en los primeros y medios siglos, además de ser de actualidad en aquellos tiempos, en que genios maléficos negaban los beneficios del catolicismo sobre el mundo, se brindaba de suyo á sérios y amenos estudios. A la primera ojeada que se echa sobre el estado social de Europa en esa época, nótase que á pesar de la rudeza de los espíritus, rudeza que al parecer debia sumir á los hombres en una postracion abyecta y silenciosa, hay no obstante una inquietud que conmueve los ánimos profundamente. Hay una

ignorancia, pero es una ignorancia que se conoce á sí misma, que se afana en pos del saber; hay falta de armonía en las relaciones é instituciones sociales, pero esa falta es sentida y conocida por do quiera; ese continuo sacudimiento está indicando que esa armonía es deseada con ánsia, buscada con ardor. No sé qué carácter tan singular presentan esos pueblos europeos; jamás se descubren en ellos síntomas de muerte; son bárbaros, ignorantes, corrompidos, todo lo que se quiera; pero como si estuviesen oyendo una voz que los llama á la luz, á la civilizacion, á la nueva era, se agitan sin cesar por salir del mal estado en que les sumergieron circunstancias calamitosas. Nunca duermen tranquilos en medio de las tinieblas; nunca viven sin remordimiento en la depravacion de costumbres; el eco de la virtud resuena continuamente á sus oidos; ráfagas de luz se abren paso al través de las sombras. Mil y mil esfuerzos se hacen para avanzar en la carrera de la civilizacion; mil y mil veces se frustran las tentativas, pero otras tantas vuelven á emprenderse; nunca se abandona la generosa tarea; el mal éxito nunca desanima, se les acomete de nuevo con un aliento y un brio que jamás desfallecen; diferencia notable que los distingue de los demás pueblos, en que no ha penetrado la religioñ cristiana, ó donde se ha llegado á desterrarla. La antigua Grecia cae, y cae para no levantarse; las repúblicas de las costas del Asia desaparecen, y no vuelven á alzarse de sus ruinas; la antigua civilizacion del Egipto es hecha pedazos por los conquistadores, y la posteridad ha podido á duras penas conservar un recuerdo; todos los pueblos de la costa del Africa no presentan ciertamente muestra alguna que pueda indicarnos la patria de S. Cipriano, de Tertuliano y de S. Agustin. Todavia más, en una parte considerable del Oriente se ha conservado el cristianismo; pero el cristianismo separado de Roma; y héle aquí impotente para regenerar ni restaurar. La política le ha tendido su mano, le ha cubierto con su égida; pero la nacion favorecida es débil, no puede tenerse en pie; es un cadáver que se hace andar, no es el Lázaro que haya oido la voz todopoderosa. Esa inquietud, esa agitacion, ese ardiente anhelo de un porvenir más grande y venturoso, ese deseo de reforma en las costumbres, de ensanche y rectificacion en las ideas, de mejoras en las instituciones, que forman uno de los principales distintivos de los pueblos de Europa, se hacia sentir de un modo violento en la época á que nos referimos. Nada diré de la historia política y literaria de aquellos tiempos, la cual nos suministra pruebas abundantes de esta verdad; terrible energía de ánimo, gran fondo de actividad, simultáneo desarrollo de las pasiones más fuertes, espíritu emprendedor vivo, anhelo de independencia, fuerte inclinacion al empleo de medios violentos, extraordinario gusto de proselitismo; la ignorancia combinada con la sed del saber, y hasta con el entusiasmo y fanatismo por todo cuanto lleva el nombre de

ciencia; alto aprecio de los títulos de nobleza y de sangre, junto con espíritu democrático y con profundo respeto al mérito donde quiera que se halle un candor infantil; una credulidad extremada, y al propio tiempo la indocilidad más terca, el espíritu de más tenaz resistencia, una obstinacion espantosa, la corrupcion y licencia de costumbres hermanada con la admiracion por la virtud, con la aficion á las prácticas más austeras, con la propension y licencia de costumbres las más extravagantes; hé aquí los rasgos que nos presenta la historia en aquellos tiempos. Ahora bien, ¿era dable ilustrar, civilizar, lanzar por las vias del saber y de la suavidad á estas sociedades, en que reinaba tan singular mezcolanza, formada bajo el influjo de ciertos principios y de particulares circunstancias, que les comunica la índole y el carácter, y determinan su fisonomía? ¿Era dable determinar por los senderos de la ilustracion á estos pueblos europeos, en que la concurrencia de muchedumbre numerosa de causas formaban un conjunto de influencias, de que resultaban las calidades más diferentes y á veces contradictorias? Sí, y este tránsito, esta notabilísima mejora en las costumbres se verificó á no dudarlo por el catolicismo, cual lo demuestra el sabio escritor y filósofo Precy, que biografiamos. Jamás, desde la caida del Imperio romano se habian realizado en el mundo europeo sucesos más varios, á pesar de hallarse en abierta oposicion con la índole y situacion de los pueblos los principios morales que presidian su desarrollo, porque los principios eran puros por naturaleza, invariables como Dios mismo que los habia establecido, luminosos como emanados de la fuente de toda luz y de toda vida, en tanto que los pueblos eran ignorantes, rudos, movedizos como las olas de la mar, corrompidos como resultado de mezclas impuras; y á pesar de la terrible lucha que hubo de sostenerse entre los principios y los hechos, á pesar de las contradicciones más singulares, conforme lo traia el respectivo predominio alcanzado, ora por el bien, ora por el mal. Pues bien, las doctrinas cristianas habian infiltrado, merced al constante celo de la Iglesia, en las venas de esa sociedad, que tenia una buena dósis de barbarie, debida á una larga cadena de acontecimientos trastornadores y de la extraña mezcla de razas, y de las ideas y costumbres de los conquistadores entre sí y con los conquistado, y esas ideas católicas derramábanse cual balsámico jugo, tendiendo á suavilizarlo y endulzarlo. Es verdad que el espíritu tropezaba á cada instante con la materia, la moral con las pasiones, el órden con la fiereza, la caridad con la anarquía, el derecho con el hecho; y de aquí una lucha, que si bien es general en cierto modo á todos los tiempos y á todos los países, como fundada en la naturaleza del hombre, era á la sazon más recia, más ruda, más estrepitosa, á causa de hallarse en la misma arena, cara á cara, sin ningun mediador, dos principios tan opuestos como son la barbarie y

el cristianismo. Observad atentamente aquellos pueblos, leed con reflexion su historia, y vereis que esos dos principios se hallan en lucha constante, se disputan la influencia y la preponderancia, y que de ahí resultan las más extrañas contradicciones y los contrastes más raros. Estudiad el carácter de las guerras de la época, y oireis la incesante proclamacion de las máximas más santas, la inversion de la legitimidad del hecho, de la razon, de la justicia, sin que se apele de contínuo al tribunal de Dios; hé aquí la influencia cristiana. Pero afligirán sí vuestra vista al propio tiempo innumerables violencias, crueldades, atrocidades, el despojo, el rapto, la muerte, el incendio, desastres en fin; hé aquí la barbarie. Dando una mirada á las Cruzadas, notareis cuál bullen en las cabezas grandes ideas, vastos planes, altas inspiraciones, designios sociales y políticos; sentimientos nobles y generosos rebosan en todos los corazones, un santo entusiasmo tiene fuera de sí todas las almas, haciéndoles capaces de las empresas más heróicas: hé aquí la influencia del cristianismo. Pero atended á la ejecucion, y vereis en ella el desórden, la imprevision, la falta de disciplina en los ejercitos, los atropellamientos, las violencias; echareis ménos el concierto, la buena armonía entre los que toman parte en la arriesgada y gigantesca empresa: hé aquí la barbarie. Una juventud deseosa de saber acude desde los países más remotos á escuchar las lecciones de maestros muy famosos: el italiano, el francés, el aleman, el inglés, el español, se hallan mezclados y confundidos al rededor de las cátedras de Alberto Magno, de Abelardo, de Pedro Lombardo, del doctor de Aquino; una voz poderosa resuena á los oidos de aquella juventud, llamándola á dejar las tinieblas de la ignorancia, y á remontarse á las regiones de la ciencia; el ardor de saber la conmueve, los más árduos viajes no la arredran, el entusiasmo por unos maestros más distinguidos es una exaltacion que no puede describirse: hé aquí la influencia cristiana, que acudiendo é iluminando de continuo el espíritu del hombre, no le deja dormir tranquilo en medio de las sombras, sino que le incita contínuamente á que ocupe su entendimiento en busca de la verdad. Pero, ¿veis esa juventud que manifiesta tan hermosas disposiciones é infunde tan halagüeñas esperanzas? Es esa misma juventud licenciosa, inquieta, turbulenta, que se entrega á las más lamentables violencias, que anda de contínuo á estocadas por las calles, y que forma en medio de populosas ciudades una pequeña república, una democracia difícil de enfrenar y donde á duras penas puede alcanzarse que dominen las leyes y el órden: hé aquí la barbarie. Aún hay cosas más extrañas. Nada hay más conforme al espíritu de la religion, que el hombre culpable, cuando ofrece á Dios un corazon contrito y humillado, manifiesta el dolor y la pesadumbre de su alma con actos externos, procurando además refrenar sus malas inclinaciones y empleando contra la carne

los rigores de una austeridad evangelica; pero que esto se exagere hasta el punto de que anden divagando por la tierra penitentes desnudos, cargados de hierros, causando horror y espanto como sucedia en aquellos tiempos, hasta verse obligada la autoridad á reprimir tal abuso, esto lleva ya la marca del espíritu duro y feroz que acompaña al estado de barbarie. Nada más bello y saludable á la sociedad, que suponer á Dios tomando la defensa de la inocencia, protegiéndola contra la injusticia y la calumnia, y haciendo que tarde ó temprano salga pura y radiante de en medio del polvo y de las manchas con que se haya querido oscurecerle y afearle; este es el resultado de la fe en la Providencia, fe dimanada de las ideas cristianas, que nos presentan á Dios abarcando con su mirada al mundo entero, llegando con ojo penetrante hasta el más recondito pliegue del corazon humano, y no descuidando en su paternal amor la más infima de sus criaturas. Pero ¿quién no ve la distancia que va de semejantes creencias hasta las pruebas de agua hirviendo, del fuego, del duelo? ¿Quién no descubre aquí aquella rudeza, que todo lo confunde; aquel espíritu de violencia que se empeña en forzarlo todo, pretendiendo en alguna manera obligar al mismo Dios á que se ponga de continuo á merced de nuestras necesidades y caprichos, dando por medio de milagros un solemne testimonio sobre cuanto nos conviene ó nos place averiguar? En dos palabras, hé aquí retratada la época que examinamos; la barbarie templada por la religion, la religion afeada por la barbarie. —No tardó el cristianismo en suavizar la aspereza grosera de esa indomable y religiosa sociedad; y ahí está el movimiento religioso surgido en una época de violencias sin cuento, que á la sazon era extraordinario; ahí estan los institutos cristianos, tachados ligeramente de simpleza y extravagancia; ahí estan todos esos medios poderosos de que la Providencia se valió para salvar la religion y con ella la sociedad. Sí, el ilustre español Guzman, el hombre admirable de Asis, cuando no ocupáran un lugar en los altares recibiendo por su eminente santidad el homenaje de acatamiento de los fieles, merecerian que la sociedad y la humanidad agradecidas les hubiesen levantado estátuas. ¡Qué! ¿os escandalizais de estas palabras los que no habeis leido la historia, ó no la habeis mirado sino al través del mentiroso prisma de las preocupaciones protestantes ó filosóficas? ¡Oh! No seais necios eternamente: esos hombres que predican á todos la verdad católica, procuran con todos esfuerzos la destruccion del error y la reforma de costumbres, que inspiran á los pueblos el debido respeto á las autoridades legítimas, así eclesiásticas como civiles; esos hombres consagrados al remedio de los males de la Iglesia y de la sociedad, que no se contentaban con estériles veleidades, no se daban por satisfechos con algunos discursos ni con esfuerzos pasajeros, no encierran el designio en la esfera de las per-

sonas, sino que extendiendo su ojeada á todos los paises y edades del porvenir, fundan institutos cuyos miembros puedan esparcirse por toda la faz de la tierra, y trasmitir á las generaciones venideras el espíritu apostólico, que les infunde tan elevadas miras, que se condenan á la pobreza más extremada, que se visten con groseros y miserables hábitos. Si no comprendeis ninguna de las profundas razones de semejante conducta, recordad que se proponen limpiar la sociedad, renovar el espíritu evangélico á la sazon tan olvidado; que van á encontrarse cara á cara con emisarios de sectas corrompidas, y que estos emisarios se esfuerzan en remedar la humildad cristiana, afectan un extremo desprendimiento, y hacen gala de presentarse al público con el traje de mendigos; recordad que van á predicar á pueblos semibárbaros, y que para apartarlos del vértigo del error que ha comenzado á enseñorearse de las cabezas, no bastan palabras, aunque vayan acompañadas de la regularidad de la vida ordinaria, que se necesitan ejemplos sorprendentes, un modo de vida edificante en extremo, y todo acompañado de un exterior que hiera vivamente la fantasía. ¡Ay! ¿á no ser por esas órdenes religiosas, á no ser por el cristianismo, qué fuera hoy del mundo europeo? ¿Florecieran en él las artes y las ciencias? Si á pesar de los repetidos golpes del filosofismo é incredulidad, si á pesar de los esfuerzos aunados de todas las potestades del mundo, empeñadas en los anteriores siglos XV, XVI, XVII y XVIII, se conserva hoy el catolicismo en nuestro suelo, y con él la suavidad de costumbres, la moderacion, la dulzura; debido es todo á la religion cristiana, á la aparicion de esos nuevos institutos, que fueron la obra de Dios, que queria salvar la sociedad, sosteniendola contra los nuevos ataques, y escudando la autoridad pontificia, ese instituto salvador que existió en el seno de la Iglesia y la condujo á crear aquellas santas instituciones que le eran necesarias para salir airosa de la terrible crisis en que se encontraba. Los filósofos que no miran los objetos á la luz de la fe, podrán explicar el fenómeno con los términos que fueren de su gusto; pero no podrán ménos de convenir en que en el fondo de los hechos hay una sabiduría admirable, la más elevada prevision. Si se empeñan en no ver aquí el dedo de Dios, en no descubrir sino el fruto de planes bien concertados, imposible les será el negar á esos planes, á esa organizacion, el homenaje debido: y así como confiesan que el poder del Pontífice romano, áun mirado con ojos puramente filosóficos, es el más admirable de todos los poderes que jamás se vieron en la tierra, así tampoco les será dado el negar que esta sociedad, llamada Iglesia católica, muestra en su conducta, en su espíritu de vida, en su instinto por sostenerse contra sus enemigos, el más incomprensible conjunto que jamás se vió en sociedad alguna. — N. L.

PREIGNEY (Lucas José Mhatevot, más conocido con el nombre del abate

de), ingenioso físico y uno de los que ha suministrado á la ciencia más útiles descubrimientos, nació á principios del siglo XVIII, de una familia patricia. Condecorado con la dignidad eclesiástica de canónigo, consagró sus talentos y sus ratos de ocio al estudio de la física, á un gran número de experimentos, especialmente lumínicos. El año 1744 presentó á la Academia francesa de Ciencias un modelo de una linterna de reverbero, con la que se proponia sustituir á las que hasta la fecha habian servido para iluminar las concurridas calles de París. La Academia declaró que la linterna del abate Preigney era la más notable que se conocia en este género; pero no pudo inclinar el ánimo de la municipalidad parisiense á admitir el uso de invencion tan útil, áun cuando preocuparon por algun tiempo la atencion de los franceses los reverberos dichos, llegando á componerse algunos memorables poemas en honor del laborioso eclesiástico, aunque no faltaron tampoco espíritus envidiosos que le trataron de un modo poco decoroso y digno. No por esto se desanimó el abate Preigney, sino que prosiguiendo sus útiles investigaciones, presentó en 1748 á la expresada Academia su *candelero de aceite*, acompañado de una sucinta descripcion de su uso. Esta lámpara ó candelero es el mismo que usamos todos los dias, designado con el nombre de *quinqué de bomba*, que tan importantes servicios nos presta, aunque nadie se acuerde de tributar al autor el homenaje de su reconocimiento. El gobierno, justo apreciador de los trabajos del abate Preigney, le recompensó sus desvelos, concediéndole la abadía de San Cheroi, pero por desgracia gozó poco tiempo de este beneficio, en cuya posesion se disponia á hacer nuevos ensayos, porque le sorprendió la inexorable muerte, que en la flor de su edad le llevó al sepulcro el año 1758. — N. L.

PREISS (Francisco Erasmo), jesuita polaco, que vivia en Posen hácia la época de la supresion de los jesuitas, ocurrida en el siglo anterior. Cuando dejó el claustro era ya conocido muy ventajosamente nuestro personaje por su elocuencia, virtud, sabiduría y otras dotes recomendables que le adornaban. Esto hizo, que á poco de ocurrida la desdichada catástrofe de la Compañía de Jesus, debida á las ambiciosas miras de algunos célebres personajes, que no es del caso nombrar, encontrase Francisco Erasmo Preiss favorable acogida entre las personas sensatas, que sobreponiéndose á las mezquinas miras de la muchedumbre, sabian estimar el mérito verdadero, por más que la frente en que brillára el genio se viese humillada y afrentada por la calumnia y la adversidad. Desempeñó en Rezi el cargo de superior de un colegio de jóvenes, de examinador sinodal, y tambien fué canónigo por algun tiempo, hasta que Dios le llamó á su gloria eterna á recompensar sus virtudes, ciñendo sobre su preclara frente la diadema inmarcesible de la eternidad, preparada para todos aquellos de recto corazon, de espíritu ino-

cente, de alma candorosa. Entre sus obras son dignas de especial mencion las siguientes, escritas en latin y á lo que creemos traducidas tambien al castellano, por cuya razon las citamos traducidas á este hispano idioma. 1.ª *Medios que debe emplear el jóven aspirante al elevado estado del sacerdocio para adquirir el amor de Dios, é instruirse en el espíritu de la perfeccion cristiana, así como para conservar y aumentar esta misma perfeccion adquirida en los seminarios, luego de haber sido iniciado en el estado eclesiástico.* La primera edicion de esta obra fué publicada en Posnonia, en el año 1725.— 2.ª *Argumentos claros y evidentes que demuestran que la Iglesia católica es la única verdadera entre las diversas sectas cristianas.* Obra traducida del aleman y publicada en Posnonia en 1766. *Sermones para todas las dominicas y festividades de todo el año;* dadas á luz en Varsovia en el año 1809. Y por último, *Verdad de la Religion católica, apostólica, romana, demostrada con argumentos irrefutables y método sencillo y claro.* Hay diversas ediciones de esta obra. — N. L.

PREISSLER (José). Nació en el ducado de Bohemia, de familia distinguida, no solo por lo ilustre de su prosapia, sino tambien por las esclarecidas virtudes que habian brillado en sus antepasados, que hacian consistir su gloria en mostrarse adictos á los triunfos del catolicismo, á diferencia de muchos otros grandes, que tomaban parte en las luchas religiosas en contra de la augusta religion del Todopoderoso, que se dignó descender del cielo á la tierra á derramar con abundante y copiosa mano los beneficios de su amor. José Preissler vino al mundo el 20 de Enero del año 1748, época asaz calamitosa para aquellos en cuyos pechos ardia la llama religiosa. Afortunadamente sustraido del mundo depravado y corrompido, nuestro ilustre personaje tuvo la venturosa dicha de ser instruido en las primeras ideas de su educacion en uno de los colegios de los jesuitas, los que sacaron gran partido de su dócil corazon, muy inclinado á la virtud y á la piedad, y de su claro entendimiento, que comprendia con claridad las cosas más abstrusas de la teología cristiana, descartando lo que habia de sustancial de lo que era puramente opinable. Crecia con su edad su amor á la Compañía de Jesus, de esa venerable congregacion de hombres distinguidos, que por la elevacion de sus miras, por la universalidad de sus ideas, por la pureza de sus sentimientos, por sus nobilísimos deseos encaminados á conquistar los mundanos para la milicia cristiana, no pueden ménos de cautivar á todo hombre de corazon católico. Este amor le indujo á solicitar el ser admitido en el número de los discípulos del admirable S. Ignacio, lo que consiguió, siendo alistado en las filas de esos soldados de Jesus. Despues de pasado el noviciado, despues de haber ejercido el ministerio de la predicacion evangélica y del confesonario, despues de consagrar sus ratos de ocio á la pu-

blicacion de varias obras, fué trasladado á Dresde en el año 1781, y en este punto pudo conseguir reorganizar las escuelas católicas, algo abandonadas. Entregó su alma á Dios desempeñando el cargo de superior en uno de esos colegios, siendo además confesor de la Reina. Escribió varias obras en aleman. —N. L.

PREMARE (P. José Enrique), sabio jesuita francés, y uno de los misioneros más célebres de la China, que hizo grandes progresos en la hermosa y variada literatura del celeste Imperio, y el que mejor ha profundizado la teoría de la lengua y las antigüedades chinescas. Se ignora el lugar y la época de su nacimiento; mas se sabe que formó parte de los jesuitas que partieron de la Rochela, en 7 de Marzo de 1698, para difundir las luces del Evangelio por la China. Hizo su viaje en siete meses, en el buque *Anfitrion*, en compañía de los Rdos. PP. Bouvet, Domenge, Raborier, juntándose hasta once misioneros jesuitas, entre los cuales muchos habian sido ya ántes colonos evangélicos de la China. El P. Premaré arribó á Sancian en 6 de Octubre, y el 17 de Febrero del año siguiente escribia una *carta edificante* al P. la Chaisse, haciendo relacion extensa de su viaje, y refiriéndole algunas curiosas y detalladas observaciones sobre el cabo de Buena Esperanza, de Batavia, de Achen y de Malacca. En los primeros meses de su llegada á aquellos países desconocidos, debió de ocuparse en el estudio de la lengua únicamente para hallarse en estado de desempeñar sus elevadas funciones en las provincias del Imperio celeste, como se desprende de una carta dirigida al P. le Gobien en 1.° de Noviembre de 1700, fechada en *Yovan-tcheon-fou*, en el *Kiangsi;* en la que manifiesta tambien las impresiones de un viaje, hecho á costa de fatigas, sudores y trabajos. Hasta entónces habian sido miradas por los viajeros con harta indiferencia, ligereza y superficialidad las sabias instituciones chinas; pero el docto misionero, que nos ocupa, concibió de los chinos una idea más favorable, y no puede ménos de reconocer paladinamente la falsedad de las prevenciones de sus antecesores, cuando refuta en una de sus cartas las absurdas fábulas de que se hallaban atestadas las *relaciones* traducidas del árabe por el abate Renaudot, y cuyas notas y adiciones estan léjos tambien de hallarse limpias y exentas de errores. Esta obra, harto celebrada por la abundante coleccion de cuentos árabes que contiene, era ya hacia tiempo mirada con indignante desprecio por los más celosos misioneros de la China, entre los cuales hubo muchos que en más de una ocasion tomaron la pluma para corregir sus muchas inexactitudes; pero la refutacion del P. Premaré es sin disputa la más completa y sólida. Este sabio se habia consagrado al estudio de la lengua y literatura chinescas, no meramente para cumplir los deberes ordinarios de la predicacion, como el resto de los misioneros, que se daban por satisfechos con superfi-

ciales nociones, sino como hombre que deseaba, á imitacion de los más ilustres evangelizadores, ponerse en estado de hablar en lengua china sobre los asuntos religiosos, y buscar é inquirir por sí mismo en los monumentos nacionales armas victoriosas para confundir el error y hacer que triunfase la hermosa verdad. Fueron tan sobresalientes los progresos que hizo en esta carrera nueva, que al cabo de algunos años componia en chino libros curiosos y estimables por la elegancia y pureza de su estilo. Ocupándose en las profundas investigaciones sobre las antigüedades chinas, el Padre Premaré se vió á poco embarazado por un obstáculo, en el que habian tropezado tambien muchos de los misioneros de aquellos países; y, cosa singular, precisamente incurrieron en esta desgracia los más versados en el estudio de los antiguos autores chinos. Consistia su sistema en buscar en el *King* y en los monumentos literarios de los siglos anteriores al incendio de los libros, vestigios de las tradiciones que se suponian trasmitidas á los autores de estos libros por los venerandos patriarcas, fundadores del Imperio chino. El sentido algo oscuro de ciertos pasajes; las diversísimas interpretaciones que daban á los monumentos de diferentes épocas; las alegorías contenidas en el libro de los *Versos;* los enigmas misteriosos del libro de las *Suertes;* el análisis de algunos logogrifos simbólicos; eran para los misioneros preocupados con cierta clase de ideas poco exactas, los argumentos más adecuados para fortificarlos en su opinion, que consideraban favorable á la difusion y propagacion de las luces del Evangelio; que esta era, á no dudarlo, la mira de esos hombres evangélicos al consagrar sus penosas vigilias á la adquisicion de estas nociones extraordinarias, y no meramente la de satisfacer su curiosidad, lo que aparece ostensible leyendo las palabras que el precitado P. Premaré en una de sus cartas á Fourmont, estampa: «Amigo mio, el fin principal á que se consagra esta noticia, como todos los demás escritos que público, es el de hacer conocer á los hombres que la religion cristiana es tan antigua como el mundo, y que el Dios-Hombre ha sido indudablemente conocido por los que inventaron los geroglificos chinos, y compuesto el *King*. Solo un motivo tan elevado, caro amigo mio, pudiera darme valor y fuerzas para dedicarme á fatigosos estudios por espacio de treinta años.» Mas la perseverante constancia del P. Premaré y sus compañeros en hacer triunfar estas ideas, fué mal agradecida por algunos escritores del mismo género, destituidos de la elevacion de miras, de la grandeza de sus sentimientos, y dedujeron consecuencias extrañas de sus escritos, lo que más tarde dió lugar á polémicas acaloradas entre jesuitas y dominicos, sobre el espíritu de los ritos y ceremonias chinescas, y sobre el pretendido sentido ateístico de las arriba mencionadas cartas; todo lo cual produjo amargos disgustos al P. Premaré, que tan mal veia recompensados

sus afanes. Las personas ménos apasionadas desaprobaban las opiniones de los jesuitas sobre las antigüedades chinas; y el mismo literato Fourmont, á quien el P. Premaré habia de antemano comunicado sus ideas sobre el particular, declaró solemnemente que no le parecian verdaderas, alegando por toda razon que las *antigüedades chinescas no eran oráculos proféticos*. Era natural por lo mismo que fuesen recibidos con gran desconfianza sistemas tan extraños, de los que parecian surgir consecuencias gravísimas; pero era altamente injusto sospechar de la buena fe y de los vastos conocimientos de hombres tan respetables, que no eran ménos venerables por su ciencia que por su probidad. Hubiera sido más equitativo examinar los hechos sobre los cuales versaba la controversia, y ver si estos hechos eran susceptibles de interpretaciones más naturales que las propuestas, lo que muy pocas personas pudieran hacer en esta época, y lo que se ha ensayado más tarde de una manera que justifica plenamente al P. Premaré y sus compañeros, pulverizando los injustos y apasionados alegatos de que habian sido objeto, supuesto que, despues de leeer con mayor imparcialidad sus estimados libros, se ha reconocido que contenian en efecto numerosos vestigios de las opiniones y de las doctrinas nacidas en el Occidente, y trasmitidas á la China en épocas antiquísimas; aunque todavía falta ver si estas opiniones y doctrinas, que el P. Premaré ha creido descubrir en las tradiciones sagradas, son realmente noticias anticipadas del cristianismo, pertenecientes á aquella teología oriental, de la que Pitágoras, Platon y todos los neoplatónicos han hecho numerosos comentarios. Los PP. Premaré, Bouret, Fouquet y otros, se dedicaron á investigar en las ideas y dogmas análogos á los del cristianismo, contenidos en los libros chinos, muchos puntos de semejanza de los referidos por Eusebio, Lactancio, S. Clemente Alejandrino, y otros historiadores y apologistas del catolicismo, y no cabe duda que muestran en estos trabajos una vasta erudicion y profundos conocimientos de las obras filosóficas chinas. Los hechos aglomerados por el P. Premaré eran de una exactitud innegable; su manera de aplicarlos se resentia solo de la influencia bajo la cual habia emprendido sus trabajosas investigaciones. Creemos que con estas explicaciones será recibida de un modo más favorable la obra intitulada: *Investigaciones sobre los tiempos anteriores, de que nos habla el Chon-King; y sobre la mitología chinesca*, insertada por Deguignes en forma de discurso preliminar en la obra del P. Gaubil. El P. Amiot ha tratado con excesivo rigor y severidad esta obra, juzgándola solo por los cortos extractos dados de ella por Deshautes, donde las personas que ignoran el lenguaje chino, pueden hallar algunos extractos de los más antiguos libros y tradiciones fabulosas de la China, especialmente leyendo con atencion las numerosas citas con que adorna y apoya las investigaciones. Segun el ci-

tado Amiot se ve de un solo golpe de vista, que dos ó tres autores poco voluminosos han dado lugar á la formacion de la expresada obra; pero aunque esta inocente supercheria es harto comun en las Memorias de muchos misioneros, y especialmente en el P. Cibot y en el P. Amiot mismo, es necesario confesar que el P. Premaré no tuvo necesidad de acudir á estos medios. Las inmensas lecturas y la variedad de conocimientos, contenidas en los libros chinos antiguos y modernos, de que se hallan atestadas, así como la *Notitiæ linguæ Sinicæ*, que es la más notable é importante de sus obras, y la mejor sin contradiccion de todas las que sobre este particular han compuesto hasta el presente los europeos, se hallan manifestando la falsedad de las aserciones del crítico precitado. Esta obra no es una simple gramática, como modestamente la ha titulado el autor, ni una retórica, como da á entenderlo Fourmont, sino en realidad un tratado de literatura casi completo, donde el P. Premaré no solo ha reunido todo lo que estaba admitido sobre el uso de las partículas y reglas gramaticales de la China, sino que ha introducido además un gran número de observaciones sobre el estilo, las locuciones particulares de la lengua anticuada y del idioma comun, los proverbios, los signos más usuales, todo apoyado con una copia crecida de ejemplos citados textualmente, traducidos y comentados cuando lo juzga necesario. Separándose de los métodos observados en sus gramáticas latinas, los celebrados Var, Montigny, Castorano, que pudieran servir de modelos, el autor ha seguido un método enteramente nuevo, ó más bien ha descartado todo lo supérfluo del método de los demás, sustituyendo á las reglas las frases mismas, en comparacion de las cuales nada se puede decir que sea más bello. Esta sola importante novedad, á la vez que constituye el elogio más brillante del Rdo. P. Premaré, es tambien la crítica más fundada de su trabajo. El autor, juzgando á los demás por sí mismo, ha creido que consentirian mejor en aprender el chino prácticamente, que no alcanzar tan solo un imperfecto conocimiento histórico. En lugar de detenerse en pesadas enumeraciones acerca de casos particulares, el autor los ha reunido en forma de observaciones generales que pudieran servir de excelentes materiales para una obra de perfeccion en el ramo que nos preocupa. Esta forma de opúsculo ó *noticia* que el P. Premaré ha dado á su obra, hace que no se pueda propagar con tanta facilidad por el mundo, á pesar de contener en tres pequeños volúmenes en 4.° más de mil ejemplos y cincuenta mil caractéres chinos. Acaso el plan seguido por el ilustre misionero no convenga del todo á una obra elemental, destinada á comunicar los primeros rudimentos; pero una vez en posesion de ideas generales del chino, en esta obra pueden hallarse las nociones de literatura, que no se adquiririan con la asidua lectura de los mejores escritores chinos, continuada y practicada

por largo espacio de tiempo. El P. Premaré, que despues del año 1727 mantuvo una no interrumpida correspondencia epistolar con Fourmont, en la que le comunicaba cuantas noticias reclamaba de su laboriosidad la lengua, creyó causarle un inmenso placer al anunciarle en 1728 que tenia el gusto de remitirle una gramática, con la que pudiera hacer rápidos progresos en el estudio de la lengua china. Desgraciadamente el caballero Fourmont habia publicado hacia algun tiempo una gramática, ó por mejor decir, habia traducido del español la del P. Varo. El fruto que habia obtenido de sus trabajos, los méritos que creia haber contraido con su publicacion, todo iba á ser anonadado en un momento por la gramática que le era enviada de allende los mares, lo que fué causa de que recibiese con poco agrado el regalo que con tan placentera generosidad le hiciera el autor de la más notable gramática china publicada hasta entónces. Además de la mencionada gramática, el P. Premaré publicó, en compañía del P. Hevrien, un diccionario latino-chino. Esta obra, que forma un grueso volúmen en 4.°, contiene en chino casi todo lo que se contiene en *Danet*, sin olvidar una sola frase que dé á las palabras diverso sentido y un uso enteramente nuevo, y que se ignora si ha sido enviada á Europa. Premaré tradujo asimismo del chino un drama intitulado *Tchao chi Kou-cul*, que quiere decir: *El Huérfano de la casa de Tchao*. Esta pieza, de la que Voltaire ha sacado la mayor parte de las escenas de sus *Huérfanos de la China*, ha sido coleccionada por Duhalde, y es la que unida á la comedia traducida en inglés por M. Davis, forma toda la coleccion que poseemos en Europa como una débil muestra del teatro chino. Se debe tambien al P. Premaré la adquisicion de un gran número de libros chinos enviados al señor de Fourmont para depositarlos en la Real Biblioteca, y entre los cuales descuella en primer término la coleccion de cien piezas de teatro, compuestas bajo la dinastía de los *Iovan*, los trece libros clásicos, muchos romances y trozos poéticos, etc. etc. La correspondencia del P. Premaré es sumamente extensa; y á juzgar por las cuatro primeras cartas, y por los extractos de otras que han visto la luz pública, debe contener muchos detalles interesantes. Por desdicha Fourmont, á quien el laborioso misionero habia comunicado la mayor parte de sus noticias, no ha conservado ninguna de sus estimadas epístolas, ó al ménos no se ha encontrado nada entre la multitud de sus papeles. Conocemos tres obras del P. Premaré, escritas en elegante chino, al decir de los versados en la materia, y se titulan: *La vida de S. José*, que habia compuesto en 1718 al 1719; el *Lon chou-chi-i*, en que expone el verdadero sentido de seis clases de caractéres, discurriendo largamente sobre el orígen de algunos caractéres simbólicos chinescos, de los cuales nos habla más arriba; y en fin, un pequeño *Tratado sobre los atributos de Dios*, insertado

en la ya mencionada *Notitiæ linguæ Sinicæ* como un modelo de la manera de escribir en lenguaje chinesco sobre materias religiosas. Además se conservan en la Biblioteca Real algunos manuscritos y disertaciones en latin y en francés en que se propone por objeto establecer, defender, desenvolver y justificar los sistemas de explicacion de los caractéres de las antigüedades chinas, extendidos por los PP. Bouvet y Premaré. Muchos de estos tratados se hallan escritos de la mano de Premaré sobre los materiales reunidos en abundancia por el primero. Hay tambien los originales de algunas cartas dirigidas al confesor del rey Luis XV, tres de las cuales han sido publicadas en el Boletin de las *Cartas edificantes*, y la cuarta, encontrada al acaso entre los borradores de Fourmont, fué entregada á M. Klaporth, que la insertó en los *Anales enciclopédicos*, y que contiene un juicio muy severo y fundado sobre la gramática de Fourmont, dedicada al mismo autor, y escrita con un candor y una sinceridad dignos de elogio. Tuvo tres continuados ataques apopléticos, que más tarde degeneraron en paralisis completa de todos sus miembros, atribuida á la asiduidad con que se consagró al estudio del chino, y murió en China hácia el año 1739, despues de confiar varios curiosos escritos á uno de sus compañeros. —N. L.

PREMIER FAIT (Lorenzo), llamado tambien en latin *Laurentius de Primo-facto*, orador y poeta cristiano, que floreció hácia el siglo XV, bajo el reinado de Cárlos VI de la nacion francesa. Es el autor de la primera edicion del *Bocacio* y de las *Económicas de Aristóteles*, que más tarde, correctamente impresas, se publicaron por Simon de Rois y de Varleza, individuo de la Real cámara, en el año de 1417. Cuando todavía se hallaba esta última en manuscrito cayó en manos del arzobispo, que por entónces ocupaba la silla episcopal de Viena, el que entusiasmado con su lectura se apresuró á recomendarle á personajes distinguidos en las letras, que fomentaron su publicacion. La publicacion que se daba á luz en Francia con el título de la *Cruz de Manila* aseguró que nuestro personaje floreció el mismo siglo XV, pero hácia los años de 1485, bajo el reinado de Cárlos VIII, y lo contrario se halla demostrado por el manuscrito en cuestion. Fundábase para esta asercion dicho publicista, en que la denominacion de Rey cristianísimo no habia empezado á ser uno de los títulos de los monarcas de Francia hasta los dias del rey Luis XI, puesto que este escritor y orador cristiano ya le prodigaba en sus escritos ese mismo título. Mas leyendo con alguna atencion las susodichas producciones, se observa que es el mismo Cárlos VI el que es designado por Lorenzo con este título; de manera que se halle, digámoslo así, identificada la persona misma, y desmentida con esto la asercion de los que pretenden fijar la época de esa denominacion en los dias de Luis XI. Este personaje murió en la capital de Francia, en París, hácia el

año 1418, siendo enterrado en el cementerio de los Santos Inocentes, con un epitafio honorífico. En las Cartas del secretario de Cárlos VI Juan Monstrolio, se hallan algunas dirigidas á Lorenzo Primo-facto, que dan testimonio de su ciencia. —N. L.

PREMISILIANIS (Bartolomé de), religioso y maestro de teología, del órden de los Dominicos, era natural de Polonia, de esa nacion tan entusiasta de las glorias de la Inmaculada Vírgen María, á la cual considera como su reina y señora. Despues de haber cursado la filosofía y teología en el convento de Predicadores de Cracovia, divinamente inspirado, hizo profesion de religioso dominico, en cuyo Orden sapientísimo fué nombrado maestro de sagrada teología. Los escritores contemporáneos de Bartolomé Premisilianis no escasean sus encomios á nuestro modesto religioso, en quien se unian una vasta erudicion, una inteligencia penetrante y sólida, un sentimiento muy vivo, una imaginacion rica y variada, y más que todo una acendrada virtud, que venia á coronar estas tan relevantes cualidades, segun el testimonio de sus mencionados contemporáneos. Entre estos distínguese Starwolscio, quien ligado con vínculos de amistad á Bartolomé, se hallaba tambien más cercano, y conocia mejor las cualidades que adornaban á nuestro personaje. Su profesor Bartolomé Medina nos refiere que Premisilianis era eclesiástico agregado á la catedral de Cracovia, y ordinario predicador de esta misma metropolitana iglesia. Segun lo aseverado por el mismo autor, por largo espacio de tiempo desempeñó el dificilísimo ministerio de la predicacion, fijándose con especialidad para la eleccion de asuntos en los puntos controvertidos y negados por los herejes, cuyas artería é inícuos modos ponen de relieve, y á quienes con sus palabras y con sus hechos refutaba victoriosamente. Con este fin publicó las siguientes obras: *Commentaria in Evangelia totius anni de tempore et de sanctis... Conciones in eadem Evangelia... Opusculum de confraternitate nominis Dei.* Floreció á fines del siglo XVI. —N. L.

PREMONTRE (Adan), canónigo. Hizo sus estudios en la antiquísima ciudad y universidad de la Sorbona, donde ya desde sus más tiernos años demostró las más precoces disposiciones, cultivándolas con tanto aprovechamiento, que pronto llegó á descollar entre sus condiscípulos, y fué luego el más sabio de los laureados en su tiempo en la dicha universidad. Más tarde abrazó la órden de S. Norberto, fundador de los Premostratenses en 1158, y llegó en él á ocupar las más encumbradas dignidades. El Santo fundador, viéndole instruido en las ciencias eclesiásticas, con especialidad en la sagrada Escritura y los Santos Padres, le envió á uno de sus monasterios de Escocia en calidad de abad, y además de profesor para que explicase la tradicion y la Escritura, en la cual tan vastos conocimientos adquiriera.

Adan Premontre era originario de la Escocia, y áun cuando al entrar en la Orden habíase ya despojado de sus dignidades y afectos patrios y de familia, no dejó de serle placentera la estancia entre sus compatricios, quienes le miraban con grande estimacion, y le tenian en gran concepto de virtud y de piedad. Segun Casimiro de Oudin, nuestro sabio doctor Adan fué sacado de su retiro para concederle en premio de sus importantes servicios prestados á la Iglesia, el cargo de obispo de Wittern, palabra que significaba cándida morada, y cuya catedral se hallaba unida á la órden de los Premostratenses. Aun cuando hemos visto desmentida esta especie en algun escritor ó biógrafo suyo, debemos sin embargo notar, en apoyo de la asercion de Casimiro Oudin, que el nombre de Adan Premontre se halla enumerado en el *Catálogo* de los obispos del punto expresado despues del nombre de varios obispos no ménos esclarecidos del mismo punto, tales como Wautier, Molanus, Aubertus de Mira, Posebino y otros varios. En lo que creemos que iba efectivamente desacertado el arriba mencionado escritor Casimiro Oudin, es en asegurar que fué nombrado tambien general de la Orden fundada por el gran santo Norberto en el año 1518. La razon en que nos fundamos para esto, es la de que no se encuentra semejante especie en ninguna de las crónicas de la Orden, ni nada que nos autorice á creerle ocupado en la direccion general de los negocios de su Orden en ninguno de sus biógrafos, exceptuando, como es de suponer, al mismo Casimiro Oudin. Mas dejemos esto á un lado. En medio de sus numerosas y embarazosas ocupaciones no dejó Adan de Premontre de hallar sobrado tiempo para dedicarse á sus favoritas inclinaciones, al cultivo de las ciencias, y publicó otras muy estimadas en su época, á juzgar por lo que hallamos esparcido en sus contemporáneos, pues que ninguna de ellas ha llegado á nuestros dias. El P. S. Amado, abad regular de Chambre Fontaine, del mismo Orden de los Premostratenses, hizo imprimir alguno de los libros ménos importantes, que sobrevivieron á los demás en 1518, en uno de los puntos de la diócesis de Meaux. El P. Godofredo de Ghiselbrecht, canónigo premostratense de la abadía de S. Nicolás de Turner, y cura párroco de la misma villa, á instancias del capítulo de su Orden, formó una nueva y elegante edicion, que corregida y con notas fué publicada en el año 1659, en Ambéres, en casa de Pedro de Reller. Esta edicion fué dada á luz, precedida de un largo y difusisimo prefacio, que si bien es molesto por su excesiva extension, es sin embargo estimable por las notas curiosas y abundantes que en ella se encuentran. El P. Pez, benedictino aleman, ha hecho tambien imprimir dos antiquísimos manuscritos suyos en el primer tomo de piezas anécdotas, página 336, titulado los *Soliloquios de Adan Premontre*. Parece ser que algun tiempo despues, segun asegura uno de sus más fieles

biógrafos, se hallaron, si no todas, muchas de sus obras, tales como por ejemplo, cuarenta y siete sermones suyos de témporas y de los santos, en los que desenvuelve con asombroso atractivo y elevacion de ideas las grandes máximas del cristianismo; un tratado de la Orden, del hábito y de la profesion de los canónigos Premostratenses, agregado á una explicacion de la sábia regla de S. Agustin; un tratado del triple tabernáculo mosáico, en el cual con especialidad muestra profundos y solidísimos conocimientos escriturarios; un tratado de los tres géneros de la contemplacion cristiana; algunas de sus cartas; de sus tratados sobre diversos fundamentales dogmas del cristianismo, tales como la creacion, redencion, libertad y voluntad del albedrío del hombre, y otros puntos no ménos interesantes. Muchos de sus sermones morales háuse sin duda extraviado, de aquellos mismos de quienes se hace mencion honorífica en las obras de escritores notables de su época. Entre éstos hay alguno tan entusiasta de nuestro canónigo premostratense, que llega á calificarle y colocarle entre los más distinguidos Santos Padres de la Iglesia. Quien desee adquirir noticias más extensas sobre esta gloria científica del órden de los Premostratenses, puede consultar entre otros muchos escritos, con especialidad á Casimiro Oudin, en sus *Comentarios latinos sobre los autores eclesiásticos*, en casi todas las ediciones que han sido publicadas de sus obras, y al Rdo. P. Pez, que hemos citado, en su *Tratado de derecho*. A continuacion damos una idea del Orden premostratense, que honró con su virtud y talento Adan Premontre. La órden religiosa, llamada Premostratenses, abreviado del latin *præmonstratum*, en la diócesis de Laon en Picardía fué donde se estableció, por haber sido mostrado en una vision por el Omnipotente, que deseaba se estableciera en este punto con preferencia á otro cualquiera. Sentaron, pues, sus reales en dicho sitio en el año 1121, época en que dominaba el elemento religioso, y en que abundaban los fundadores de monásticas órdenes que, guiados de ardiente celo, querian santificarse y santificar á los demás con sus ejemplos admirables y virtudes cristianas. Era su traje majestuoso: componíase de un hábito blanco, formando pliegues que se ocultaban bajo un manto tambien del mismo color, símbolo de la pureza. El soberano pontífice Calixto II, despues de examinadas con detenimiento sus constituciones, confirmó esta Orden, dándoles el título de canónigos regulares. Aunque los abades de todas las órdenes monásticas usaban mitra y guantes, el de los Premostratenses no podia usarlos por vedárselo la regla, que entre sus máximas principales aconsejaba el evitar con suma diligencia las insignias y condecoraciones. Ni los religiosos podian ni debian mantener dentro de sus muros, ni caballos, ni bueyes, ni carneros, ni tórtolas, ni aves, ni otros animales de diversa especie, sin incurrir en la fea nota de escandalosos.

Todos los abades, por sí mismos ó por medio de sus diputados ó comisionados, estaban obligados á visitar cada año, ó los bienios, las casas de sus canónigos Premostratenses, para conferir los cargos de la Orden á los más idóneos, lo que se practicaba con severa puntualidad y exquisita y prudente exactitud. Si alguno de los abades incurriera en alguna falta, los otros abades pueden imponerle una penitencia, de la que ni el confesor ordinario, ni el obispo, ni el arzobispo, podria absolverle, sino solo el mismo soberano pontífice romano. El gran santo Norberto fué el fundador de esta Orden, así como tambien su primer abad y general de la Orden. Le sucedió el bienaventurado Hugo de Fotser, que formó una congregacion de hombres sabios, virtuosos y dignos. Esta Orden ha producido célebres, ilustrados, santos religiosos y virtuosos indivíduos en abundancia. En general los fundamentos de esta Orden esclarecido fueron echados en el año 1120 por el virtuoso y santo sacerdote Norberto, natural de Santen, en la diócesis de Colonia, y despues arzobispo de Magdeburgo. Afectado este piadoso sacerdote de la relajacion que se habia introducido en la mayor parte de los cabildos de canónigos, se propuso el árduo proyecto de reformarlos, restableciendo en su seno las observancias religiosas, la abstinencia, el ayuno, el despojo de toda propiedad, la asídua asistencia á los augustos oficios divinos, la oracion y el recogimiento, con más el celo por la salvacion de los prójimos. Por más que empresas de esta naturaleza se hallen erizadas de espinosas y graves dificultades, nuestro sabio y virtuoso sacerdote, ayudado de los sumos pontífices y de los reverendos obispos que acariciaron la elevada idea de Norberto, la consiguió ver realizada en gran parte, y en Alemania y en casi toda la Francia introdujo una observancia severa en todos los cabildos, convirtiendo á poco sus casas y colegios en renombrados planteles, en los cuales recibian su educacion religiosa los jóvenes que aspiraban al sublime y elevado estado sacerdotal, formándose en ellos gran número de operarios evangélicos. La primera de estas casas fundóse en la diócesis de Picardía, cerca de Laon, en un lugar que el ilustre reformador designó con el nombre de *Premonstrado*, de que viene á estos órdenes religiosos la denominacion de Premostratenses. A los treinta años de trabajo celoso é incansable habianse multiplicado estos institutos reformados en tan crecido número, que solo en el reino de Francia y el de Alemania poseia mas de cien abadías, dentro de cuyo recinto empleábanse los canónigos regulares en los servicios de la iglesia, en el cumplimiento de sus deberes, dividiendo el tiempo entre el canto de los salmos y las alabanzas al Omnipotente, la oracion, las vigilias, la educacion de los nuevos levitas, y los desvelos y afanes de los prójimos. Estos clérigos reformados no tardaron en pasar de la extrema pobreza á que los habia sometido su santo é ilustre

reparador al más alto grado de la opulencia, á causa de las donaciones y multitud de ofrendas que eran presentadas ante unos hombres que consagraban su vida entera al servicio de la humanidad, lo que hizo que fuesen tomando un acrecentamiento tan grande y un ascendiente tan poderoso entre los pueblos, que á poco dominábanlo todo. Estas empresas santas del piadoso Norberto fueron aprobadas por el soberano pontífice Honorio II, y confirmadas más tarde por varios papas. Como esta época tenia señaladamente el carácter religioso, como por corrompidas que fuesen las costumbres, nunca las creencias se hallaban adulteradas en las masas, resultaba que todo género de fundaciones, encaminadas al mayor acrecentamiento y gloria del catolicismo, tomábanse con un empeño decidido, tenian eco las inspiraciones de Dios comunicadas por sus siervos, y no tardaban en arraigarse profundamente en el seno de las sociedades tan bienhechoras instituciones. Esta es la razon porqué no debemos extrañar que en el reducido espacio de treinta años tomasen tanto incremento las asociaciones piadosas de los reformados norbertinos, que extendiesen sus dominios por casi toda la dilatada extension de los vastos reinos de Francia y de Alemania: los príncipes con su poder y ascendiente, los soberanos pontífices con sus auxilios y aprobaciones, los obispos y demás dignidades seglares y regulares del mundo, embebidos en las ideas religiosas, por mucho que sus costumbres no fuesen tan perfectas como fueran de desear, coadyuvaban á los virtuosos y extraordinarios séres, á quienes Dios confiára elevada y extraordinaria mision al presentarse en este mundo. Por desgracia el corazon humano no siempre se halla en armonía con el entendimiento. Nuestra inteligencia está repetidas veces convencida de la bondad y utilidad de un objeto, y sin embargo el corazon, demasiado inconstante para obedecer las amistosas insinuaciones de la razon, léjos de amarla la desprecia. No podemos dudar de esta verdad si observamos al hombre en cualquiera de los actos de su vida, en los que se repite con harta frecuencia por desgracia y en un sentido más lato lo que el Apóstol decia hablando de sí mismo con esa ingenuidad tan propia en los grandes hombres: «Hago lo malo, que detesto; no hago lo bueno, que amo con frenesí.» El jugador hállase convencido hasta la saciedad de la perjudicial y aciaga y deplorable tendencia de su profesion: si en momentos de calma le ois hablar sobre los efectos desastrosos del juego, hallareis un hombre tan convencido de todos sus inconvenientes, que los pinta con aterradora viveza, de tal modo que formais idea triste y os compadeceis de los miserables que son víctimas de esta funesta pasion. Mas á pesar de sus promesas y convencimiento, llegada la hora en que sus amigos se reunen al rededor de la mesita cubierta con el paño verde, abandona si es preciso sus más sérias y graves ocupaciones, olvídase del alimento,

de la familia, de la mujer, de los hijos, á quienes es deudor de sus desvelos y compañía, para presentarse en la silenciosa sala, en que varias personas, taciturnas unas, alegres las otras, segun las diversas peripecias que va presentando el juego, hállanse embebidas, abstraidas en su juego. Toma asiento en su butaca, maneja la baraja, pone, pierde quizá gruesas sumas en las que hallábase cifrado su porvenir y el porvenir de toda su familia, y sale despues de terminada la noche y agotados los recursos de su inventiva y la existencia de su caja, mustio, cabizbajo, atolondrado por el pesar, que le pone en las puertas de la desesperacion; entónces si una persona amiga consigue con sus amorosas exhortaciones resignarle con su aciaga suerte, forma sérias y formales resoluciones de no volver de nuevo á la funesta casa, de evitar toda compañía y compromiso que le pudiera volver de nuevo á sus anteriores y extraviados senderos. Mas á pesar de todo, si todavía no toma precauciones para no pasar por determinados parajes, para no verse con sus amigos, causa de sus desgracias, para vivir entregado á ocupaciones dignas, sus propósitos se estrellarán en la primera coyuntura más leve, y quizá quizá venga á ser su situacion de cada vez más lamentable y gemebunda. ¿Qué os dice este ejemplo? ¿Por ventura este hombre no está perfectamente convencido de lo útil que le sería abandonar esa profesion pecaminosa que le arrastra á los más horrorosos escandalos? ¿Que pone en tortura su crédito, su honor, su reputacion, su hacienda, y el honor y reputacion de su familia? Sin duda ninguna: carece sin embargo de la resolucion y grandeza y generosidad de ánimo para levantarse un dia y decir con decision: «renuncia.» Esta es la triste condicion, la lucha contínua del hombre desde Adan hasta nuestros dias. Al principio de su ingreso en la senda del vicio conócele, y á pesar de ese conocimiento, se entrega á las más torpes y desenfrenadas acciones que en momentos de lucidez le horrorizan á él mismo, hasta que paulatinamente las pasiones van extendiendo su dominacion en términos que la inteligencia y la razon proscriptas de sus legítimos dominios, embotadas por los sentidos, siguen silenciosas y dóciles las temerarias sacudidas del hombre carnal. Cuando el hombre llega á este punto, embótanse sus sentidos, y le ponen en el borde del precipicio. ¡Desgraciado de él entónces! Meditando sobre estas inconstancias del hombre nos explicaremos de un modo satisfactorio el asunto que nos ocupa. En las épocas de la edad media dominaba entre los hombres el sentimiento religioso, eran esencialmente religiosos; las justicias de Dios hacian eco en los descendientes de los bárbaros del Norte, que tenian fija constantemente su mirada en las regiones eternas, y esto por más que sus indómitas pasiones les arrastrasen algunas veces á torpes vicios, vedados por el espíritu del catolicismo. Cuando un hombre enviado de

Dios, en cuya frente reflejáran la autoridad y la penitencia, en cuyo corazon ardia vivo el sentimiento religioso, removia con sus inspiradas palabras el fuego sagrado de la religion, oculto entre el polvo y los vicios, recordando las amenazas del Dios de los ejércitos cuando entre fulgurantes rayos y aterrador estruendo habló á Moisés, y haciéndoles presente la perentoria necesidad de la penitencia y el arrepentimiento, si querian aplacar los enojos del Altísimo, y evitar á la par su propia ruina; sus palabras, escuchadas con tembloroso acatamiento, producian mágico efecto entre las masas ilustres y las poco esclarecidas, las cuales, poseidas de reverencial temor, volvian en sí, adoptaban un género de vida más acomodado con las divinas máximas de la religion, formaban votos para hacerse adictos á sus obligaciones, amantes del recogimiento y de la oracion que abandonáran. Esta sociedad conservaba aún el respeto á la autoridad, creia en Dios, amaba la religion, y por esto es que al escuchar los llamamientos divinos, al presentarse hombres como Norberto, revestidos de virtud y deseosos de reforma, encontraban prosélitos, y lograban plenamente sus intentos, cual lo vemos en el ejemplo que antecede. La presente sociedad del siglo XIX, en cuyo seno han germinado en demasía la indiferencia religiosa y materialista, acaricia las grandes empresas sociales, las asociaciones mercantiles, los negocios bursátiles, por ser esta su tendencia, la tendencia apasionada por el oro y los metales. Dudamos que nuestra época descreida, que ha osado mofarse del mismo Dios despues de haber pisoteado y cubierto de ignominioso baldon á sus representantes en la tierra, los soberanos pontífices, los monarcas; dudamos que nuestra calamitosa generacion, viciada por el indiferentismo, y en la que se hallan extinguidas ó amortiguadas las creencias, que desprecia cuanto hay en el cielo y en la tierra de más santo y venerable; dudamos, repito, que escuchase con agrado á los enviados extraordinarios de Dios, que no los expulsase de su seno, obligándolos á partir de él, sacudiendo el polvo de sus piés para ir á iluminar á más sumisas y dóciles naciones. ¿Qué será de la actual generacion, que rehusa dar crédito al Dios de la majestad, que se mofa de sus sacrosantos misterios, que hace ostentoso alarde de descreimiento, motejando de fanáticas las piadosas generaciones que la precedieron? ¡Oh! Haga el Eterno que varíe el curso de sus ideas y pensamientos! De otro modo la antigua é ilustrada Europa, empeñada en apagar hasta la última centella del fuego divino del catolicismo, se halla amagada de la perdicion y de la ruina! Volviendo á nuestro asunto, viendo S. Norberto que el exito más feliz coronaba sus proyectos en órden á la reforma de los canónigos regulares, ideó reformar tambien y extender sus afanes á las demás órdenes de los religiosos que practicaban las mismas observancias que los canónigos regulares, y

merced á sus trabajos apostólicos pudieron evitarse grandes catástrofes, alteraciones trascendentales en los Países-Bajos, donde los errores de algunos herejes entronizaron doctrinas deletéreas, ocasionando grandes cambios y alborotados sacudimientos. Nuestros enemigos los incrédulos, que saben copiar con admirable lucidez todos los infundados cargos que el protestantismo ha acumulado con el intento de derribar el soberbio edificio del cristianismo, al ver la preponderancia que tomó la órden de los Premostratenses y de los canónigos regulares, envidiosos aún de que las sociedades, originadas en el catolicismo tengan influencia sobre las diversas clases de la sociedad, han vomitado con exquisita lindeza y suavidad acusaciones graves contra el Orden respetable de los reformados por el virtuoso Norberto. A este fin el autor de una *Historia eclesiástica*, publicada en Lóndres, afectando imparcialidad, comienza á enumerar y describir la grandeza de los Premostratenses, refiriendo que en los tiempos de su prosperidad poseian mil abadías, trescientos prebostazgos, un gran número de prioratos, y quinientos conventos de religiosos, treinta y cinco casas en Inglaterra, y cinco abadías en Italia; achacan á esta opulencia su estado de extraordinaria relajacion, que pintan con vivos y exagerados colores, aduciendo inexactos casos aislados, de los que forman cargos generales faltando á todas las leyes de la lógica y del buen sentido. No podemos en verdad negar que hubiesen sido relajados los Premostratenses, degenerando de su primitiva institucion, ora fuese por el inmenso cúmulo de riquezas que la piedad de los fieles les fué legando, ora por otras variadas causas que no es del momento examinar: somos los primeros en confesar paladinamente esta deplorable relajacion, en el supuesto de que fué necesaria una reforma, y en el supuesto de que no se reforma sino lo que ha sido deteriorado. Pero una vez consabido esto, á fuer de imparciales defensores de la verdad, no podemos tampoco conceder á nuestros adversarios lo que pretenden asegurar, cuando nos pintan á esos hombres entregados á todo género de goces voluptuosos, y que apelaban á los medios ménos delicados y más criminales cuando se trataba de conseguir sus feos intentos. Si tan profundas hubieran sido las raíces que echára la pretendida relajacion, ¿cómo es dable que en el brevísimo espacio de treinta años fuesen coronados con el más brillante éxito los afanes y desvelos del virtuoso Norberto? La rapidez con que su reformada Orden se propagára, el inmenso número de cabildos que variáran su aspecto en muy contados lustros, los parabienes y auxilios que recibió de los soberanos pontífices y de los reverendos obispos, inducen á creer que en el siglo XII del cristianismo no estaba el clero secular tan corrompido como se pretende, ni tan engolfado en inmundos y soeces vicios, como nos le presentan los obispos, el clero y los escritores protestantes y más tarde sus descendientes los incrédulos. Unos

eclesiásticos sin principios ni costumbres, sin vergüenza ni religion, entregados á los más cínicos y brutales vicios, ¿hubieran, por ventura, consentido tan fácilmente en estrecharse de tal modo, que en un instante se resolvieran á abrazar una vida austera, á la renuncia de sus propiedades, á los ejercicios de la mayor abnegacion, á la enseñanza de la juventud, al cultivo de las ciencias y de las virtudes más ejemplares? ¿Tan asequible es, por ventura, santificar en un dia dado, no ya á un individuo determinado sino á millares de ellos? ¿Tan óbvio es trasladar á una Orden numerosa de los confines del vicio á los confines de la virtud, mucho más cuando esos individuos ocupan cierta posicion social, que les rodea de aplausos y consideraciones? En un siglo á todas luces corrompido era imposible que un reformador austero hallase tanto apoyo ni obtuviese tan felices resultados. Ni se diga que el virtuoso Norberto puso en juego para lograr su elevado intento la sátira, ni el ridículo, ni la violencia, ni la declamacion denostante, ni los recursos insidiosos, ni la calumnia infamante, ni otros medios duros, con los cuales pudiese sujetar á la fuerza al órden á los eclesiásticos. Demasiado sabido es que estos medios en el órden religioso, léjos de conducir al fin y consecucion de las empresas reparadoras, irritan los ánimos, alejándolos de las vías de perfeccion trazadas por la divina mano del Salvador de los mortales, ocasionando serios disturbios. La templanza, el talento, la moderacion, la dulzura, la caridad, las exhortaciones paternales, el buen ejemplo, las fervorosas oraciones para alcanzar de Dios la ilustracion de los espíritus obcecados y pertinaces, son las armas que el divino Redentor de los mortales puso en las manos de sus discípulos, á los que prohibió los medios severos, á ménos que sean empleados con tino y prudencia en ocasiones dadas. Jesucristo mostróse siempre afable y compasivo, dulce y benévolo con el pecador, ora cuando se le postró humillado á sus plantas, ora cuando desdeñó sus súplicas como en el ejemplo de la Samaritana; aunque esto no obstase para que á la vista de los corazones hipócritas y fementidos de los fariseos y de los escribas, cambiase su faz divina de mansedumbre en cólera, lanzando anatemas tremebundos y aterradores sobre la frente de los inicuos impostores, y denominándolos con los duros epítetos de generacion serpentina, de raza de víboras, de sepulcros blanqueados. A poco que sondeemos el corazon humano, hallarémos estos medios dulces y caritativos, que son sin duda los más adecuados para insinuarse en el corazon, especialmente de hombres ilustrados, que tienen conciencia propia, y que ven con irritacion y desenfado al que se acerca á amonestarles con frente altiva, con semblante áspero, ostentando irritante superioridad, que choca y enoja, sin que por esto creyese la conveniencia de emplear en circunstancias determinadas, y con otro género de personas ménos

ilustradas, de la dureza y severidad. Estas fueron las únicas armas de que se valió Norberto para reformar á hombres, que si bien abandonados á la apática indiferencia, y extraviados de la senda de los deberes, conservaban en su corazon el saludable temor de Dios, de que supo delicadamente sacar partido nuestro héroe para llevar á cabo su reforma, por más que digan en contrario los violentos reformadores protestantes del siglo XVI. Verdad es que el inmenso bien que produjera este héroe católico con sus apostólicos trabajos no fué muy duradero, en razon á que el año 1245, siglo y medio despues de introducirse la reforma, ya el papa Inocencio IV se quejaba del abandono de algunos Premostratenses en el cumplimiento de sus deberes, recordándoles los ejemplos de sus antepasados, exhortándoles paternalmente á que no degenerasen de su primitivo instituto, en una epístola dirigida al capítulo general; pero no podemos dudar tampoco que estas advertencias paternales produjesen instantáneo remedio, supuesto que los abades y priores de la Orden se dedicaron á corregir los abusos que introdujeran la incuria de los tiempos y el roce con el mundo que no podian evitar por razon de su instituto y funciones sacerdotales, encaminadas al aprovechamiento de sus semejantes. Algunos años despues el general Guillermo, en vista de los penosos trabajos que sus gobernados se veian precisados á arrostrar por razon de sus institutos, pidió y obtuvo del soberano pontífice Nicolao IV el permiso para comer carnes, no para toda la Orden en general, sino únicamente para los religiosos que estuviesen de viaje, lo que prueba de un modo concluyente, que léjos de estar tan relajados como nos los pintan nuestros enemigos, conservaban aún la más estricta observancia, supuesto que guardaban la abstinencia, no solo de las carnes, sino además en los caminos y en los viajes. En el año 1460 concedió el papa Pio II, á peticion de la Orden, el permiso general para que pudieran comer carne todos los dias, exceptuando desde Septuagésima hasta Pascua de Resurreccion, lo que prueba que en todo el largo espacio de cuatro siglos fueron superficiales los abusos que se introdujeron en la Orden. Como en todos los países de Europa, y singularmente en todos los tiempos, los alimentos secos han sido siempre más raros, mas apreciados que la carne, y por lo mismo más costosos, la pobreza de los monasterios ha sido con frecuencia la causa de haberse dispensado el uso de los alimentos más fáciles de obtener. Si pues ha habido en los Premostratenses frecuentes relajaciones, estos hechos alegados prueban hasta la evidencia, que ni han sido tan radicales como pretenden nuestros adversarios, ni tampoco muy continuadas, supuesto que ha habido tambien, tanto en Francia como en España y otras naciones, frecuentes reformas hijas de la variacion de los tiempos, aprobadas respectivamente por los soberanos pontífices Paulo V, Gregorio XV, Urbano VIII, Inocencio X,

Inocencio XI, Gregorio IX, Eugenio IV y algunos otros que no recordamos. N. L.

PREMORD (Cárlos Leonardo), antiguo capellan de Cárlos X, gran vicario de Strasburgo y de Quimper, nació en 10 de Julio de 1760, de padres recomendables por sus ilustres virtudes, y que gozaban de la estimacion pública. Despues de haber terminado sus estudios con grande aprovechamiento en París en el seminario de Stata Magloria (Sainte-Magloire) ejerció las funciones de catequista en algunas parroquias, y por su laboriosidad y virtud fué elevado en 7 de Enero de 1789 á la dignidad de canónigo del cabildo de San Honorato. La revolucion, que nada dejó subsistente, le obligó á buscar en 1792 un asilo hospitalario en extranjera tierra. Retirado á Inglaterra, despojado de todo, y careciendo de los medios para atender á las primeras necesidades de la vida, lo mismo que sus compañeros, se consagró á enseñar el francés á algunos jóvenes de casas distinguidas. Nombrado más tarde capellan de las Benedictinas inglesas, dirigió esta comunidad hasta el año 1816, en cuya época, mitigadas algun tanto las furias revolucionarias, empezaron á volver las mayor parte de los eclesiásticos desterrados á su nativo suelo, y junto con ellos volvió tambien Premord, que fijó definitivamente su residencia en París, donde el cardenal Talleyrand Perigord le nombro canónigo honorario de Nuestra Señora. Mr. Asseline, obispo de Bolonia, prelado tan distinguido en estos últimos aciagos y calamitosos tiempos por su saber y virtud, habia dejado al morir sus manuscritos al abate du Brean, su provisor y vicario, el cual á su vez al morir, algun tiempo despues de la restauracion, los confió al abate Premord, su íntimo amigo. Conformándose con las intenciones del virtuoso prelado, publicó en 1285 una edicion de las *Obras inéditas de Mr. Asseline*, en Paris, en seis volúmenes en 12.°, y precedida de una noticia, por desgracia incompleta, sobre la ejemplarísima vida privada del virtuoso prelado, en la que da noticias de sumo interés. Nombrado en 1829 capellan del Rey, ocupó este destino hasta el año 1830, sin dejar de ejercer con aplauso general las funciones elevadas de su ministerio, y protegiendo con celo á las humilladas comunidades religiosas. Los funestos acontecimientos que tuvieron lugar al finar este último año, le obligaron á emigrar de nuevo de la agitada Francia, y poniéndose otra vez al frente de las Benedictinas inglesas que habia dirido en su primer ostracismo, comió por espacio de largos años el pan del destierro, humedecido en lágrimas. Esta religiosa comunidad trasladó su residencia en el año 1836 á Monte Pavilion, y el Rdo. Padre Premord, aunque agobiado por sus muchos padecimientos y por los achaques de la ancianidad, no vaciló en seguir á sus religiosas á ese nuevo punto, donde, apénas llegado, y aunque enfermo, se vió precisado á de-

fender en los tribunales los derechos que les asistian sobre el lugar que habian comprado, contra algunos violentos enemigos de la Religion, y usurpadores además que le disputaban su claro é incontestable derecho á la posesion del lugar. Falleció en 26 de Agosto de 1837, entre los sentimientos más piadosos, legando todo cuanto poseia á las religiosas y á los pobres menesterosos de la parroquia. Además de la obra titulada *Reglas de la vida cristiana*, se conservan de este ilustrado y piadoso sacerdote numerosas *Cartas*, llenas de uncion y vastos conocimientos, dirigidas á un protestante recien convertido, cuya duodécima edicion ha sido publicada en París, en 1838, en tres volúmenes en 12.°, aumentada con las curiosas *Cartas* sobre *el matrimonio*, sobre *la eleccion de estado*, las reflexiones sobre *los institutos monásticos*, en las que se extiende en oportunas consideraciones sobre *la utilidad social, religiosa y política de las comunidades religiosas*.—N. L.

PREMYLZ. Este eminente escritor del órden de los Jesuitas floreció en la provincia de Polonia, en cuyo colegio desempeñó varios destinos importantes. De sus muchas obras, algunas de las cuales vamos á enumerar, la primera fué publicada en el año 1680, en la Sarmatia.—2.ª *De sex diebus, quibus mundus conditus est, disputatio;* dada á luz el año 1772.—3.ª *Thesis ex logica, phisica, methaphisica et theologia naturali sive theodiceæ, in collegio Societatis Jesu defensa;* fué publicada en el año 1755. —4.ª *Sublimitas sagittæ... Panegyricus Wenceslao Hieronymo, episcopo præmisiliensi, sub nomine Rochi Gozdavo;* dada á luz en 1754.—5.ª *Dialogus scholasticus scena sumpta ex capitulo nono libri Indianu.*—6.ª *De illustrissimo, excellentissimo et reverendissimo Domino Athanasio, Dei et sedis Apostolicæ gratiæ episcopi præmisiliensis, semibolicensis et sanocensis, optimarum artium propagatori, patrono et defensori amplissimo solemnia planus in honorifico cathedræ pontificiæ ingressu, per theses theologicas in publico certamine suo munificentissimo nomine conservatas delatus, à devinctissimis theologiæ scholarum præmisialiensium domum professæ, ex collegii Societatis Jesu auctore,* año 1763.—7.ª *Umbra luctus publici sub clypeata romanorum arbore terris scisa fulmine ex fatalissimo fato serenissimi Joannis tertii, projecta in theatrum orbitati Patriæ, dolori Poloniæ, honori, tertii, serenissimi nominis et sanguinis hæredis Joannis Sobieski, Priscernæ regnis, Prefecti Cracoviarum,* etc., dada á luz en el año de 1696.—Además hay otras diversas obras, que no reputamos de tanta importancia, ora porque el asunto de ellas es el describir la vida de algunos personajes de escasa importancia, ora porque el estilo empleado adolece de imperfecciones bastante conocidas ya, como propios del lenguaje que se usaba en aquellos tiempos. No ha sido nuestro ánimo deprimir por esto el mérito de este personaje, que no pudo sustraerse al mal gusto de su época.—N. L.

PREUCE (Natham). Solo se conservan de él las siguientes noticias, á saber, que estudió en el colegio de Harbadd por el año de 1748, donde despues de haber cultivado la filosofía, la teología y las bellas artes, recibió las órdenes sagradas, abandonando más tarde la Europa para atravesar los mares, oyendo bramar el huracan y contemplando en silencio la majestad del firmamento, para luego internarse en las Indias Orientales, y que por último pasó á mejor vida en Ratlan el año 1764 ó 1765. Debió dedicarse á la meditacion de la filosofía cartesiana, así como al estudio de las ciencias naturales y de la teología, á juzgar por algunos fragmentos de obras, que se encontraron manuscritas, y de las cuales citan los títulos sus biógrafos, como puede verse por extenso en Michaud, en Moreri y en el *Diccionario Biográfico* recientemente publicado por el reverendo abate Migne, en París, tres tomos en fólio. Débese tambien á la pluma de este escritor la curiosa obra designada con el título siguiente: *Noticias de la constitucion y gobierno del Colegio de Harbadd, desde su fundacion en el año 1636 hasta el año 1742*, que más tarde fué publicado por un amigo suyo, conocido como nuestro personaje Natham Preuce por su odio y aborrecimiento á la secta protestante. Natham Preuce, que debió hacer grandes progresos en el estudio de la filosofía y de las matemáticas, publicó además de la obra mencionada, otra de la que sus amigos se muestran encomiadores en gran manera, y de la cual nos han conservado los biógrafos una reseña bastante extensa. Su título es: *Ensayo sobre la solucion de las dificultades relativas á la Resurreccion*, que fué dado á luz en principios del próximo pasado siglo XVIII, y de la cual en tiempos posteriores se han hecho varias ediciones. No puede negarse la importancia de esta obra, mucho más en la azarosa época presente, en que el descreimiento parece haber restablecido ya el reino de la materia, la formacion de una sociedad para cuyos individuos todo termine en la fria y solitaria tumba como para el bruto que pace en el campo sin cuidarse de su sucesor. En prueba de la resurreccion de los que espiran, registra todas las edades, lo que han sentido sobre el particular todos los pueblos, evoca de la tumba las sombras de los difuntos, y en el seno de todas las sociedades cree ver escrita con indelebles caractéres esta luminosa verdad. Ve al pueblo egipcio levantar colosales pirámides, sepulcros inmortales, cavernas misteriosas, que todavía hoy causan la admiracion de los viajeros, los cuales se extasian al contemplar en pavorosa soledad, en las altas horas de la noche, entre el silencio del desierto hoy mismo esa larga série de obeliscos monumentales, iluminados por los plateados rayos de la reina de la noche, de la compañera del navegante, del viajero y del afligido, que levantándose por detrás de las colosales pirámides, esparce sobre ellas inefables y melancólicas bellezas. Ve á las na-

ciones Indias, dotadas de imaginacion poética, levantar soberbios edificios, rodearlos de jardines magníficos, y en medio de esas bellas florestas, embalsamadas por el perfume deleitoso de la ambrosía, construir soberbios mausoleos, destinados á depositar los restos mortales de sus antepasados, como si quisieran vivir rodeados de las venerandas sombras de sus abuelos; escuchar á cada momento el gemido y sollozar de un padre, vivir circundado de dulces y gratos recuerdos evocados á su memoria por la vista de aquellos elevados túmulos, en cuya cúspide posan su planta delicada las aves del cielo, y reúnense en su centro multitud de esas avecillas para entonar dulces y sentimentales gorgeos, cual si cantáran los ayes de los difuntos, siendo contestadas por sus compañeras que vagan por las enramadas del bosque. Ve á los pueblos griego y romano enterrar con cuidadosa solicitud á sus difuntos, ora en la Via Appia y en los caminos que guian á las ciudades públicas, ora en las orillas de los mares, como sucedia con sus héroes, á fin de recordar á los pasajeros y á los vivientes la estancia mortuoria de sus antepasados; y oye de los labios de sus legisladores admirables disposiciones encaminadas á aumentar la veneracion respetuosa debida á los difuntos. Ve en las inmediaciones de la ciudad celebérrima de Tebas monumentos funerarios de los antiguos reyes y personajes notables, de tan bella arquitectura, de formas tan delicadas, que las generaciones sucesivas no han podido rivalizar en construccion y en adelantos. Ve colocados, diez estadios más allá de los primeros sepulcros, el monumento de reyes determinados coronado con una elevada columna de piedra de considerable altura, con otras estátuas colocadas á su puerta, de las cuales la una representa un jóven sentado, y las otras dos, una matrona y una hija suya, la una al un lado y la otra al otro del jóven, como derramando lágrimas sobre la tumba solitaria, que contiene los restos de la prenda cara de su corazon. Ve las tumbas de los Faraones, obras inmensas y llevadas á cabo con penosos trabajos, que debieron principiarlas durante su misma vida, como si al subir al trono el cuidado de estos hombres fuera el de pensar ante todas cosas en el palacio de su muerte, y uno de los cuales representa á un Faraon cubierto de regias púrpuras, presentándose ante un Dios fabuloso, en medio del dia, cuando el sol está en lo más alto de su carrera, el cual dirige á su representante en la tierra estas palabras: « Te concedemos larga série de dias para reinar sobre el mundo, para que despues de ejercidos los régios atributos, vengais á morar en los senos de la inmortalidad.» Ve entre los mismos pueblos descubiertos por el genio asombroso de Cristóbal Colon, tributarse honores pasmosos á los difuntos, como si se creyese que todos viven en la memoria de los difuntos. Ve á los otaitinos, en las selvas americanas, desnudos de cuerpo, viviendo en un país abundoso en pastos y deliciosos

manjares, donde el cielo parece haber derramado gracias muchas, entre bellas florestas, bosques sombríos, que á pesar de la barbarie que los rodea, sin embargo se reunen ciertos dias al año, señalados en su calendario, en torno de las tumbas de sus mayores, recitando canciones lúgubres, pensando en las terribles convulsiones de la muerte, repasando por su memoria el pavoroso instante. Ve en fin á todos los pueblos de la tierra ofrecer sacrificios á los dioses ficticios por los individuos que pasaron de la vida, quemar el incienso, recitar oraciones aplacando á la Divinidad, y como suplicandole que se digne recibir propicia en sus manos el alma del que ha espirado. Halla á los sectarios de Brahma, rodeados al pié de una montaña, echando en un brasero encendido granos de arroz empapados en manteca líquida, y ofrecer un carnero coronado de flores en la tumba de sus antecesores, regalando despues sus víctimas á los sacerdotes, á quienes ofrecen tambien agua al salir el sol, para que oren á Dios por los hermanos que fallecieron, á fin de que sufran pronto una transformacion gloriosa, conforme á lo dispuesto por su brahma. Halla á los budhistas, reunidos asímismo en torno de las tumbas de sus mayores, introduciendo un ramo en un vaso de agua, rociando con ella á la multitud, y despues de purificados de esta manera, quemando papel dorado ante los ídolos levantados en derredor de sus tumbas. Halla á los discípulos de Zoroastro presentando al genio Hom, para que mire con benignidad á los difuntos, toda especie de aves criadas en el cielo y en la tierra, ofreciendo sacrificios, presentando flores y frutos, granadas, dátiles, semillas odoríferas y perfumes, y en ocasiones un prisionero al cual dejaban satisfacer sus oraciones ántes del suplicio, le rociaban y le purificaban, para que despues fuese grato á los dioses, segun lo establecido en sus leyes. Halla asímismo á los discípulos de Confucio ofrecer sacrificios al espíritu del cielo, al de los rios y al de los montes, al de los astros, al de los hombres que pasaron de la vida, presididos todos por el Emperador, quien presenta en paz al Dios fabuloso un puñado de arroz, una botella de vino, cerdos, ovejas, carneros y otros animales, que luego son públicamente inmolados, para que el humo majestuoso del sacrificio suba á los cielos, segun las instrucciones recibidas al intento por Confucio. Recorre, en una palabra, todos los pueblos de la tierra, los ve á todos ocupados en honrar á sus difuntos, y argumenta de esta manera: ¿Son al polvo del cadáver á quien tributan los pueblos esos honores, ó son á un alma que no ha muerto á quien se los tributan? Pero si es por ventura digno de homenajes un monton de polvo, ¿háse ocurrido jamás tributar honores á los perros y á los brutos? ¿Por qué se los tributan al hombre? Ah! Porque ven que existe en él un ser más noble que el que aparecia á nuestros ojos, una parte inmortal, una parte imperecedera, una parte destinada á sufrir una

transformacion gloriosa, que hay en fin un alma. Mas como el hombre no es hombre sino en cuanto consta de cuerpo y de alma, esto es, de una parte espiritual, unidas entre sí por vínculos misteriosos y respetables; y como por otra parte, el hombre no le constituye ni el cuerpo solo, ni el alma sola, resulta que si estos elementos se separan, solo se pueden separar temporalmente, de lo que se deduce que un dia volverán á reanudarse con vínculos indisolubles para morar en el cielo, ó sufrir en el infierno unidos los que unidos cometieron el crímen ó unidos fueron á practicar las virtudes cristianas. Esto se confirma con la resurreccion de Jesucristo, modelo de la resurreccion del hombre. Si preguntais cómo unos átomos, los átomos disgregados de un cadáver reducido á la nada, podrán reunirse de nuevo, os contestaremos que esta será la obra prodigiosa de aquel que tomó un dia un poco de barro en sus manos, sopló sobre el primer hombre, padre y rey de toda la humanidad, le inspiró el hálito divino, y de este modo quedó formado el hombre, compuesto de alma y de cuerpo. ¿Qué dificultades hay insuperables para Dios?—N. L.

PRENCE (Sir Thomás), el hijo menor de Elder Jhon, príncipe de Hulfo, que pasó á establecerse en las colonias inglesas de la América Septentrional en el año 1633. Nació en Sandwich en 15 de Mayo de 1687, y en su adolescencia abrazó la carrera eclesiástica, haciendo sus estudios en el colegio de Harvad. En 1709 pasó á Inglaterra, en donde se dedicó á la predicacion evangélica con tan brillante éxito, que le rogaron con vivas instancias se detuviese en aquel país, cosa á que no pudo acceder en manera alguna por el deseo que tenia de volver á su patria nativa, á cuyo deseo sacrificó un halagüeño porvenir. Pocos años despues de su regreso á América, fué nombrado cura párroco de la iglesia de Boston en el año 1718, funciones parroquiales que desempeñó hasta su muerte, ocurrida el 22 de Octubre del año 1758. Tomás Prence es considerado como un hombre laborioso é incansable en el desempeño de sus funciones literarias y eclesiásticas, amante de las ciencias y consumado en el conocimiento de las lenguas antiguas. Desde el año 1703, en que salió del colegio, hasta el de 1754, sus ocios y tareas las absorbió en la composicion de una historia civil y religiosa de la América nueva, y otra de la Nueva Inglaterra, que fué publicada junto con la coleccion de una muchedumbre de documentos preciosos, que esclarecian algunos puntos de su historia, y especialmente de la última guerra. Además de un gran número de sermones, seis de los cuales fueron publicados despues de su fallecimiento por el doctor Juan Ersdrine de Edimburgo, se debe á la pluma de este personaje la *Historia del restablecimiento de la religion en Boston*, dada á luz en 1744. *El libro de los Salmos*, explicados y anotados, publicado en 1758. Estas dos obras han sido insertas en la *Historia cristia-*

na, publicada en 1744, dos volúmenes en 8.°, por su hermano Prence Thomás. —N. L.

PREPEDINA (Sta.), mártir. Fué esta Santa mujer de S. Claudio y de San Máximo, mártires, y madre de los santos, tambien mártires Alejandro y Cucias. Rugia sobre la santa Iglesia de Dios la persecucion del tirano romano Diocleciano, cuando advirtiendo sus verdugos que esta familia, una de las más distinguidas de Roma, protegia á los cristianos, la denunciaron al Emperador como sospechosa. Presos de órden del César, los santos confirmaron la sospecha con su confesion, y negándose á la adoracion de los ídolos que se les puso delante, fueron sentenciados á salir desterrados de Roma. Estableciéndose en Ostia, continuaron allí dedicados á sus piadosos ejercicios, pero como estaban muy vigilados por los agentes del Emperador, éste al saber persistian en sus prácticas, los mandó prender y quemar vivos, cuyo suplicio sufrieron con el mayor valor, entonando en coro himnos de alabanza al Señor que recogió sus benditas almas. Quisieron arrojar al rio sus cenizas los sayones; pero recogidas por los fieles, las depositaron en un sepulcro cerca de Ostia, en donde fueron veneradas. La Iglesia los recuerda el 18 de Febrero. —C.

PRESANA (Fr. Juan de). Las crónicas especiales del muy austero y penitente órden de los PP. Capuchinos hacen memoria en el año 1606 de un jóven religioso que floreció en Cataluña, de donde se supone natural, llamado Fr. Juan de Presana. Parece no desempeñaba otro cargo que el muy modesto de *corista;* pero que era tanta la pureza, honestidad é inocencia de su vida, que parecia angélica más que humana, y en muestra de lo agradables que fueron á Dios tan excelsas virtudes, permitió que en su dichosa muerte se oyesen los cánticos de los ángeles que celebraban su entrada en el Paraíso. —C. de C.

PRESENTACION (P. Fr. Alberto de la), religioso de la órden reformamada de Descalzos de Ntra. Sra. del Cármen. Perteneció al convento de Caravaca, de la expresada Orden, donde su memoria es sumamente venerada por sus muchas virtudes y santidad, por su mucho celo religioso, por su constante y buen ejemplo; siendo muy señalada principalmente por su innata y ardiente caridad con los pobres necesitados y enfermos; considerándole todos los religiosos como un ángel en todas sus operaciones, porque su humildad, oracion y modestia, testificaron siempre la inocencia y bondad de su alma. Murió siendo prelado de la misma casa, y para demostrar lo favorecido que estaba por el Señor este siervo suyo, bastará el manifestar que en su muerte se advirtieron algunas señales del cielo, con las cuales se conocia y comprendia era convocado y llamado al consorcio de los bienaventurados. Como lo fueron unos golpes que se oyeron con distincion y muy

claramente en la celda inmediata, donde poco ántes habia muerto otro religioso muy santo, que fué el P. Fr. Juan de la Ascension. Estaba reunida la comunidad en la celda de su bendito prior P. Fr. Alberto, para encomendarle el alma, y á este tiempo sonaron por dos ó tres veces los golpes sobredichos, lenguas mudas que avisaban su cercano tránsito, y como que el súbdito difunto poco ántes le esperaba para cortejarle en su partida; lo que así debe creerse de la virtud y santidad de ambos insignes religiosos. Se refiere un caso auténtico de este siervo de Dios, de singular edificacion y ejemplo, y es el siguiente: en cierta ocasion hubo necesidad de un seron para el servicio de la huerta; y no habiendo á la sazon en el monasterio quien pasase á recogerlo á la casa del espartero, donde estaba ya hecho y esperando fuesen por él, el siervo de Dios tomó su capa, y marchó á traerlo, y cargándole sobre sus espaldas, se presentó así con él en la casa, y en esta disposicion, triunfando de sí mismo y de los reparos y crítica del mundo, pudo responder á los que les preguntasen por la honra de su dignidad lo que el V. P. Fr. Antonio de Jesus á Sta. Teresa: que maldecia el tiempo en que habia adorado ese ídolo, que tanto impide y estorba para entrar en la gloriosa provincia del desengaño. Estas son las señales indudables del verdadero espíritu, como decia S. Bernardo, porque solo el que ama la ignominia del Crucificado, imita la de su cruz y su desprecio. Así fué que por el que el santo varon hizo siempre de sí mismo, le estimó mucho la Orden, exaltando su humildad con varias prelacias de Uclés, Ciudad-Real y Caravaca, en las que siempre procedió como vigilante pastor, dando resplandores y grandes ejemplos de mucha perfeccion y santidad. Murió, como viene antedicho, siendo prior en su convento de Caravaca por los años de 1655, dejando eterna é imperecedera memoria por sus muchas virtudes y santidad.—A. L.

PRESENTACION (Fr. Dámaso de la), natural del reino de Portugal; perteneció á la religion reformada de S. Francisco en la provincia de San Antonio. Varon insigne por su gran capacidad, ciencia y dotes oratorias. Fué un sacerdote muy señalado además por su vida ejemplar, intachables costumbres y grande observancia; sus virtudes, su laboriosidad y amor al prójimo le adquirieron un merecido renombre. Fué religioso dotado de suma piedad, muy limosnero y sumamente rigoroso y exacto en la observancia de las prácticas establecidas en su Orden. Sus vastos conocimientos y su respetable carácter le llevaron á desempeñar altos puestos y cargos religiosos; fué definidor y superior de varios conventos, censor teológico para las dificultades que pudieran oponerse al esclarecimiento de nuestra santa y católica fe. Escribió: *Obrigaçao do frade Menor*; en cuya obra se ocupa con la mayor latitud en dar instrucciones para la mejor observancia á todas las comunidades religiosas de los Franciscanos. Dicha obra fué fruto de su

laboriosidad y la escribió en el convento de Carnota, y fué impresa por Antonio Alvarez en 1627. —A. L.

PRESENTACION (Fr. Diego de la). Sin decirnos el Sr. Amat nada de la vida de este religioso, ni siquiera la Orden á que pertenecia, nos dice que fué el que publicó en Barcelona en 1724 las *Cartas de Santa Teresa;* por lo que suponemos sería carmelita. —C.

PRESENTACION (Fr. Diego de la), natural de la villa de Puebla de Montalvan, en el reino de Toledo, religioso de la órden de los Carmelitas descalzos del convento de Pastrana, donde enseñó por espacio de largo tiempo filosofía y teología, hasta que en atencion á sus singulares virtudes, á su vasta erudicion, á su sólida y profunda ciencia, fué unánimemente proclamado general de la Orden, despues de haber sido en diversas ocasiones prefecto del colegio. Al inaugurar sus tareas de general de la Orden, publicó en obsequio de sus religiosos, una *Carta pastoral á los religiosos del órden del Cármen descalzo*, en la que, despues de examinados los medios maravillosos de que Dios se sirve en sus adorables é inescrutables designios para llamar á su servicio á las personas, las exhorta con ardoroso celo á que perseveren en su vocacion, siendo fieles á las gracias extraordinarias que el Altísimo se sirve derramar sobre ellos, teniendo en cuenta que la apática indiferencia en el cumplimiento de sus sacrosantos deberes, es en ellos tanto más punible y criminal, cuanto es mayor y más singular la preferencia y distincion con que los señalára el Redentor del mundo, por medio de su Espíritu Santo. Consumó su carrera evangélica con una muerte dichosa. Carecemos de otras noticias biográficas de este religioso. —N. L.

PRESENTACION (Rdo. P. Juan de la). Nacido de modesta familia, en una humilde villa de Zaragoza, cultivó en su infancia las virtudes cristianas, dedicándose á las trabajosas tareas del campo. Mas como en aquellos tiempos calificados de ominosos, por quienes miran con prevencion las santa instituciones del catolicismo, hallábanse esparcidos por las ciudades y por los campos, por las aldeas y por las montañas, por las poblaciones y los desiertos, las mansiones solitarias, habitadas por los venerables personajes, que muertos al mundo y á la vida de los sentidos, entregábanse á la contemplacion de los inescrutables arcanos de la Divinidad, de las adorabilísimas perfecciones del Eterno; como, repetimos, en esos siglos, que el nuestro califica de ignorantes, oscuros, retrógrados y apáticos, veíanse en las campiñas numerosos monasterios, cuyos moradores despues de pasadas las nocturnas vigilias, extasiados en el cielo, vagaban por el dia por las soledades y las cabañas, acercándose al lecho del labriego enfermo á consolarle en su abandono, entablando familiares y piadosas conversaciones con el labrador, que pasando el dia encorvado bajo el peso de su arado, encon-

traba un consuelo indecible en el religioso que, señalándole el cielo, le mostraba la patria del bienestar y del reposo eterno, donde son premiadas las virtudes practicadas en el hogar doméstico; como, repetimos por tercera vez, en aquellos tiempos el campesino no estaba olvidado como en los presentes, resultaba que aquel padre que veia en sus hijos disposiciones piadosas, inclinaciones á la virtud, vivo ingenio, penetrante inteligencia, acudia al rector del vecino monasterio, haciéndole presentes las cualidades que vislumbraba en el fruto de sus entrañas. Recibíale gozoso el presidente de los religiosos en su seno, educábale bajo la sombra de la religion, fomentaba sus inclinaciones con gran consuelo de su familia. Hé aquí con ligeras variaciones la historia de Fr. Juan de la Presentacion, del órden de los Carmelitas descalzos, conocido por su vida ascética, y de quien se conserva la siguiente obra: *Suma de varias materias espirituales*, dedicada á la Santísima Trinidad. Se ignoran otras noticias de este religioso. —N. L.

PRESENTACION (P. Juan de la). Aun cuando lleva el mismo nombre y apellido este modesto religioso del que anteriormente hemos biografiado, débese cuidar no confundirle con él, como lo han hecho algunos compiladores, incurriendo en una equivocacion, hija sin duda de la ligereza é impremeditacion, nada loables cuando se trata de presentar al mundo los hombres que han descollado entre sus semejantes, ora por su virtud, ora por sus talentos. Fr. Juan de la Presentacion, que ahora nos ocupa, era natural de la villa de Fuentes de Ebro, hijo de honrados artesanos, en quienes brillaban sin embargo las virtudes cristianas, siendo por esta causa apreciado y estimado por sus convecinos y amigos; que en todos los países y en todas las épocas la hermosura y venerable aspecto de la virtud hácese respetar, áun de aquellos que blasonan de viciosos, y áun cuando sea tosca y tostada del sol la frente en la cual se ostenta. Deseosos sus piadosos padres de consagrar al cielo el fruto de bendicion que Dios les habia deparado, haciendo algunos esfuerzos pecuniarios, y validos de la amistad de algunos virtuosos clérigos, lograron que se dedicase al cultivo de las letras en una de las universidades de Castilla. Luego de concluida su literaria carrera, fiel el jóven Juan á las lecciones que habia mamado en el seno de su madre, abrazó el instituto de mercenario descalzo, en cuyo órden religioso brilló por sus virtudes y letras, hasta el punto de merecer la honra de ser nombrado, andando los tiempos, cronista general de la misma Orden. Captáronle la estimacion y benevolencia de sus hermanos su vasta instruccian, la naturalidad y sencillez de sus formas, su humildad y demás virtudes. Estas son las noticias más principales que encontramos de este virtuoso varon en los historiadores de su Orden. Atribúyenle las siguientes obras: *Vida del V. S. Pedro Nolasco*, impresa en Cádiz el año 1669, en un tomo

en 4.° *La Guirnalda mística*, segun lo asegura D. Nicolás Antonio, en el libro VIII de su *Biblioteca Hispana*, tomo I, pág. 763; y D. José Antonio Alvarez, en el tomo IV de su obra, denominada *De los Hijos de Madrid*, página 74. —N. L.

PRESENTACION (Rdo. P. Fr. Luis), natural de Andalucía, religioso carmelita descalzo, profesor en sagrada teología, doctísimo con especialidad en la teología moral, reformativa de las costumbres, de cuya consumada ciencia nos legó una prueba eminente en su obra titulada: *Excelencias de la misericordia divina y frutos saludables de la confianza cristiana*, publicada en el año 1621, en un tomo en 8.°, y reimpresa más tarde. Dió tambien á la estampa en lengua porguesa: *Vida y muerte del P. Fr. Esteban de la Purificacion, religioso del órden de nuestra Señora del Cármen, en la provincia de Portugal*, impresa en Lisboa en el año 1625, en 4.°, y traducida despues en lengua castellana. —N. L.

PRESENTACION (M. Magdalena de la). Esta admirable religiosa, llamada así en la religion y en el siglo Doña Magdalena Gavilá, nació en la ciudad de Denia, de padres no ménos virtuosos que nobles; y al paso de la santidad que lució en ellos, criaron á sus hijos con tanta perfeccion, que fueron santos, como á continuacion se verá. Tambien tuvo la virtuosa Magdalena un tio y una tia, que murieron acreditados de todo el pueblo por santos; el tio fué el V. P. Fr. Pedro Esteve, de la religion del Seráfico Padre S. Francisco, varon tan insigne, que le llamaban *el Santo;* fue comisario general de Jerusalen, y su cuerpo está depositado en el Real convento de S. Francisco de Valencia. La tia fué la V. Madre Catalina Ferrer, beata que fué de la tercera Orden de la misma religion de S. Francisco, cuyo fin fué tan santo como su vida, y su cadáver está depositado en el convento de S. Antonio de Denia. De este árbol tan dilatado en ramas de santidad salió Magdalena tan sobresaliente en frutos de buenas obras, que jamás se vió ociosa en los jardines de Dios desde que abrió los ojos á la razon. Criósc con la buena educacion de sus padres, tan inclinada á la virtud, que siendo aún muy niña determinó imitar en el retiro, soledad, oraciones y penitencia á su buena tia Catalina, que siguió tan fervorosa y humilde, viviendo en casa de sus padres, que ya en aquella tierna edad todos cuantos la trataron la tenian por santa. Dirigió su espíritu cuando era seglar un varon docto, que cuando dispuso Dios que tomase el hábito de la religion de S. Agustin, fué á asistir á la funcion de dársele; y cuando ella entró en la iglesia á presentarse al Santísimo Sacramento, segun el estilo que se observaba en las que para esposo le buscaban, dijo las siguientes palabras: *Esta entra en chapines;* con lo que quiso manifestar, que ya en el siglo la habia Dios levantado á estado de oracion más que ordinario. Con este tesoro

apreciable enriqueció el cielo la religion de S. Agustin, tal fué el crédito de virtuosa con que entró Magdalena en el convento de Denia á vestir el hábito del gran P. S. Agustin, en donde desató Dios con tanta abundancia rocíos de gracia sobre su alma, que la fecundaron de suerte, que todas las flores de virtudes que llevaba en boton, lozanas se desarrollaron en pobladas hojas de lucimiento tan prodigioso, que tuvieron mucho que admirar las religiosas. Y no cabiendo la admiracion en el convento, en breve cundió entre los ciudadanos; pero no les causó novedad por la espectacion en que los habia dejado, de que iba al convento á ser sol entre los brillantes astros de santidad de que ya estaba adornado. Todas las virtudes florecieron en ella con ventajas imponderables, pero en la de la humildad sobresalió más que en todas. No se tenia en nada, las imperfecciones de sus hermanas juzgó por de más perfeccion que las grandes virtudes en que ella se ejercitó; y la causa fué, porque no tuvo ojos para ver defectos ajenos, sino los propios; ni oidos, sino para oir los preceptos de la obediencia y voz y mandatos de la prelada. De cuantas faltas se hicieron en el convento se hizo ella cargo, confesándose culpada en las que otras habian cometido. En una ocasion dejó un vaso en parte que un gato le quebró; fué al refectorio á decir la culpa, y rogó que no castigasen al gatito, que él no habia tenido la culpa, sino ella, que no le habia puesto con el cuidado que debia. En la oracion fue tan continua y fervorosa, que vivia abrasada de amor de Dios como un serafin. Supo negarse á sí misma, y despreciarse de modo que Dios la llenó de su amor; y así no tenia aficion á criaturas, ni á cosas del mundo, sino á solo Dios; y como el Señor con los que finamente le aman es tan liberal, fueron muchos y grandes los favores que la hizo en la oracion, de que no se tiene noticia por descuido de los que la trataron; pero sí de de la gran gloria que goza por la negacion y menosprecio que tuvo de sí misma. Con este grande aborrecimiento que se tenia á sí, no trataba á su cuerpo con regalos, sino con rigor como á vil esclavo y grande aspereza, cercenándole la comida y bebida con contínuos ayunos que hacia, y castigándole con disciplinas de gran rigor, ásperos silicios, y otras mortificaciones de no menor aspereza. Entre las espinas de estos rigores, con que maltrataba su delicado cuerpo, conservó ilesa la cándida azucena de su virginal pureza, de suerte que murió como un angel. Llegada la hora en que el Señor la llamó para las bodas de la gloria, que ella esperó y deseó toda la vida, como virgen prudente, prevenida con las lámparas encendidas de las buenas obras, cayó enferma con un padecimiento mortal; se armó piadosamente y con regocijo con los santos sacramentos, que recibió muy devota, edificando á sus hermanas con los fervorosos actos de amor, fe y esperanza que hacia; despidióse de todas con grande humildad, pidiéndoles perdon

del mal ejemplo que las habia dado, y luego toda llena de amor, y de ánsias de verse con su enamorado esposo Jesus, le entregó su alma por los años de 1660 y á los treinta y cinco de su edad, quedando tan hermosa como un serafin, publicando la belleza de su rostro el feliz estado á que su alma habia pasado. Tenia un hermano, que en juicio de todos era tambien santo, y fué Dios servido de llevársele por aquel mismo tiempo. Despues de la muerte de entrambos, estando en oracion la V. M. Catalina Ferrer, su tia, de quien se hizo mencion, la mostró Dios al sobrino y á la sobrina, con tan apuestas y lucidas galas de gloria, que la llenaron de alegría el corazon; mas vió que el resplandor de la gala de Magdalena, sin comparacion era mayor que el de su hermano, y que subió en el cielo mucho más alto, y le dijo: Magdalena, ¿cómo sube más alta que su hermano, y viste gala de más lucimiento que él? A que la respondió, que por la negacion y menosprecio que habia hecho de sí misma, le excedia á su hermano en gloria, y en diciendo esto desapareció. Su muerte fué extraordinariamente sentida, tanto por sus hermanas las religiosas como por toda la poblacion, dejando brillantes é imperecederos recuerdos sus grandes virtudes y ejemplo, siendo en el monasterio el modelo en el cumplimiento de todos sus deberes, tanto para con Dios como para con el prójimo. Era notable su puntualidad para todos los actos religiosos. Siempre fué la primera que se presentaba en el coro y la última que lo abandonaba, su caridad con los pobres era extremada, lo mismo que su asídua asistencia á la enfermería, siendo el consuelo y procurando el alivio de sus hermanas dolientes, siendo infatigable para facilitarles el aseo y puntualidad en la administracion de los medicamentos, animándolas con la mayor dulzura á que sobrellevasen aquellos trabajos por el amor de Dios. —A. L.

PRESENTACION (V. M. Sor María Catalina de la), una de las fundadoras del convento de Mercenarias de S. Fernando de la villa de Madrid. Criada desde sus más tiernos años en compañía de sor Isabel Trinidad, beata del órden de S. Francisco, y tia suya, recibió una educacion sólidamente piadosa, inclinándose á hacer más tarde profesion de religiosa; de tal modo que á la edad de quince á diez y seis años tomó el hábito de la órden de la Merced en el conocido convento de D. Juan de Alarcon de la villa y corte de Madrid, en el mes de Mayo de 1657. Fué muy dada á la oracion mental y al trato é íntima comunicacion de Dios, modelo consumado de la más heróica y perfecta caridad para con sus hermanos y conocidos, y muy especialmente para con los pecadores; cuya conversion pedia dia y noche al dulcísimo Redentor de los hombres, pronta y activa en la obediencia y humildad para con sus superiores, y exactísima en el cumplimiento de los oficios mayores y menores de su religion, así como en el cargo de prelada,

que desempeñó con admirable tino por espacio de tres años. Era su penitencia continua y austera; mortificábase con ásperas disciplinas y silicios, hasta verlos cubiertos de sangre; usaba de mordazas de hierro; su lecho era el duro y helado suelo; su cabecera un leño, y llevaba ciertos dias á cuestas un pesado madero, deseosa de imitar en lo posible á su caro esposo Jesus, que subiera la escarpada pendiente del Gólgota, cargado del peso enorme de las iniquidades del mundo, entre congojosas fatigas y suspiros. Todas estas eminentes virtudes la hicieron acreedora á que en el año de 1676 la eligiesen los prelados de su Orden para ser una de las fundadoras del convento de S. Fernando de esta Corte, donde vivió por espacio de veinticuatro años, sembrando la fecunda semilla de las más sólidas virtudes en aquel santo edificio, que habia de producir en el trascurso de los siglos almas elevadas y dignas. Despues de una dilatada enfermedad, que puso á prueba su paciencia, entregó su espíritu á Dios el dia último de Diciembre, á las cuatro de la tarde, del año 1700.—N. L.

PRESEPIO (Maria de), portuguesa; vírgen consagrada á Dios en el monasterio de Sta. Marta. Esta ejemplarísima religiosa floreció á fines del siglo XVI. Desde su niñez manifestó sus disposiciones é inclinacion á la vida monástica, siendo notable su devocion y afecto á las cosas santas, abandonando las distracciones y juegos propios de la infancia. Constante en su propósito de dedicarse al servicio del Señor, todos sus conatos fueron el prepararse é instruirse para tomar el hábito de religiosa algun dia, pues que era el complemento de sus más vivos deseos. Con tan decidida vocacion, no debe extrañarse fuese recibida en el monasterio de Sta. Marta con el mayor gusto y satisfaccion de todas las religiosas. En su nuevo y ambicionado estado dió las más relevantes pruebas aquella vírgen de sus raras y extraordinarias virtudes. Su gran modestia y honestidad, su constante oracion, sus ayunos y mortificaciones, bien pronto la conquistaron de todas las religiosas el aprecio, estimacion y lugar á que era acreedora por sus relevantes prendas. Era inimitable en el templo por su compostura y devocion, muy observante de las reglas é instituciones de aquella santa casa, las cuales se conservan y fueron dadas á luz y publicadas en 4.° en la ciudad de Lisboa, en el año de 1583. Esta sierva del Señor falleció por los años de 1595, siendo muy sentida y llorada su falta de todas sus hermanas, pasando á gozar de mejor vida, granjeada por sus muchas virtudes y santidad. A. L.

PRESIDIO (S.), mártir. Seis obispos de Africa celebra la Iglesia católica como mártires el dia 6 de Setiembre, y entre ellos se cuenta S. Presidio: los demás fueron S. Donaciano, German, Fúsculo, Leto y Mansueto. Abrazando el arrianismo el rey Genserico, quiso imitar á los crueles Emperadores ro-

manos en su persecucion contra los cristianos católicos, y como estos santos prelados no hiciesen caso de sus amonestaciones y siguiesen publicando la pureza de la fe de Jesucristo y oponiéndose á la herejía, se les aprisionó y cargó de cadenas por órden del mismo Rey. No pudiendo conseguir el Rey que abjurasen de su fe, los hizo azotar cruelmente con varas, y los mandó desterrados á diversos puntos, ménos á S. Leto, que teniéndole por el jefe y concibiendo contra él mayor rencor, le quemaron vivo, todo lo cual tuvo lugar el año 486 de nuestra era. —C.

PRESLAWITZ (Fr. Juan), religioso del órden Dominicano, natural de Bretaña, iniciado en los rudimentos de la religion católica en el colegio del órden de los hermanos Predicadores lipzenses, varon sumamente versado en las ciencias, tanto eclesiásticas como profanas, en alto grado conocedor de los clásicos latinos, de criterio agudo y veridico, de ingenio perspicaz, dispuesto y hábil, no solo para las disertaciones y discusiones escolásticas, que tanto ocupaban en la edad media á los sabios, como para explicar á los pueblos las augustas máximas de la religion, que tiene sus divinas raíces en el cielo. Segun las afirmaciones de los biógrafos de su Orden, fué Preslawitz tan instruido en los estudios filosóficos, tan hábil en la enseñanza de las artes y de las ciencias, que no se encontró en sus dias quien pudiera competir en argucia y sabiduría con su persona, por lo que mereció notables encomios de los que florecieron en su época ilustre. Más tarde, elevado al desempeño de profesor de la cátedra de teología, supo conciliar sus deberes de profesor con los espinosos deberes de orador cristiano, que sin faltar en lo más mínimo á los primeros, cumplió con acierto los segundos; y miéntras nutria en sus aulas las tiernas inteligencias de los jóvenes escolares con el sólido alimento de la verdad, alimentaba asímismo á la muchedumbre de fieles que con avidez le escuchaba, mostrándole la religion en toda su hermosura esplendente, haciéndole conocer el sendero de la virtud que rectamente conduce á la patria bienaventurada, y previniéndola de los escollos, tropiezos y seductores lazos tendidos por el enemigo del bien en el camino del cielo. Ni se limitaron a esto sus tareas, sino que desempeñó por espacio de algun tiempo el encargo de instruir y dirigir los ejercicios espirituales del clero de su diócesis. Entre las muchas obras que dejó, parécennos las más importantes las siguientes: *Tratado contra los Valdenses.* — *Comentarios sobre los ocho libros de los físicos.* — *Comentarios sobre la epístola canónica de S. Pedro y la de S. Juan.* — *Orationes ad clerum, et sermones varios.* —N. L.

PRESLES (Raoul de), tercero de este nombre. Se consagró con esmerado afan al cultivo de las letras, que le proporcionaban los medios necesarios para su subsistencia, alcanzando un nombre distinguido entre los más re-

putados literatos. Una composicion latina, intitulada la *Musa*, le dió á conocer al rey Cárlos V de Francia, llamado *el Sabio*, de quien mereció tan benévolas demostraciones de simpatía y aprecio, que se dignó fijar en él los ojos para llevar á cabo la traduccion de la admirable obra del eminente doctor de la Iglesia católica S. Agustin, y cuyo título es *La Ciudad de Dios;* por cuyo trabajo le concedió una pension de cuatrocientas libras de oro, cuya cantidad fué más tarde elevada á la suma de seiscientas libras, en vista del éxito cumplido de la produccion encomendada al esclarecido literato Presles. En 1373 mereció ser nombrado maestro de los pajes de su corte, más tarde recibió las letras de su legitimacion de parte del magnánimo Cárlos V. Solo dos años sobrevivió Presles á la muerte edificante de su bienhechor, pasando á la patria eterna en 10 de Noviembre de 1383, á la edad de sesenta y siete años. Hase pretendido, aunque erróneamente, que dirigia la conciencia de este príncipe, sin tener en cuenta que los únicos que entendian en la direccion de sus negocios espirituales, eran los religiosos dominicos. Las obras que se conservan de este escritor son: 1.ª *La Ciudad de Dios*, traducida y acompañada de un extenso comentario, en el que asombra al lector con la copia de conocimientos y erudicion que ostenta. Presles comenzó esta obra en 1371, y la acabó en la ciudad de S. Martin, en el invierno de 1375, siendo impresa en 1486, en dos volúmenes en fólio, y reimpresa en París, en la misma forma, en 1531. Reunió para perfeccionar este escrito treinta manuscritos, en cuyos comentarios se hallan contenidos interesantes pormenores sobre la historia de Francia.—2.ª *Compendium morale de republica*, obra escrita en sus juveniles años, que no ha merecido la luz pública, y cuyo manuscrito se encuentra en la Biblioteca Real.—3.ª *La Musa*, de que hemos hecho mencion más arriba, obra compuesta igualmente en su juventud, en la cual refiere algunos trozos de la historia privada y criminal de los aventureros que tenian horrorizada la Francia hácia los años de 1368, alegoría asaz complicada y atrevida de aquellos aciagos tiempos.—4.ª *Discurso sobre la guerra:* bajo este engañoso título publicó una paráfrasis de unos versos de la *Biblia*, junto con una alocucion piadosa dedicada á Cárlos V, que volvia cargado de laureles de una guerra sostenida contra Inglaterra, el año 1369.—5.ª *Tratado del poder eclesiástico y secular*, cuyo redactor, segun las voces más autorizadas, se creia era Songe, fundándose los que así opinaban en que el Rey se habia dignado encomendarle la publicacion de algunas obras secretas; pero esta razon es insuficiente, y hoy todos atribuyen el mérito de esta obra al sabio Presles. Existian además otras dos obras del mismo autor, que han desaparecido por desgracia, intituladas la una, *el Rey Pacífico*, y la otra, *Crónicas*, que comprendian la historia desde el principio del mundo hasta los dias de Tarquino *el Sober-*

bio, arrojado de su trono por haber osado mancillar la cándida frente de una doncella romana. Se le atribuye, por último, la traduccion de una *Biblia* hecha con esmerada correccion, y dedicada á su monarca Cárlos V, de feliz recordacion por haber tendido su régio manto á los genios de su época; Presles ha merecido tambien una mencion honorífica de parte de la Academia Francesa.—N. L.

PRESSIGNY (Gabriel Cortois de), arzobispo de Besanzon y par de Francia. Nació el 11 de Diciembre de 1745 en Dijon, originario de una distinguida familia, que ha producido grandes celebridades en el episcopado, en la magistratura y en la milicia. Educado por su pariente Cortois de Quincey, obispo de Belley, terminó sus estudios con grande aprovechamiento en el seminario de S. Sulpicio, tan célebre por los hombres ilustres que ha producido. Despues que fué elevado á la carrera eclesiástica y recibió las órdenes sagradas, el cardenal de la Lucerna le eligió para desempeñar el destino de vicario general. Posteriormente fué nombrado abad de Santiago, en la diócesis de Bezières, y asistió á la asamblea general que celebró el clero para tratar cuestiones de transcendental importancia. Creado obispo de San Maló en el año 1785, desempeñó este alto é importante cargo con grande acierto, consagrándose á tareas desusadas, á extender por todas partes los grandes centros de instruccion, bajo grandes planes que revelaban elevacion de miras y fines generosos. El año 1787 pronunció un magnífico discurso para inaugurar la grande Asamblea del clero, que debia celebrar sus últimas y postreras reuniones. Se adhirió, junto con su hermano, el obispo de Nimes, Cortois de la Balore á la exposicion de los principios redactados por los obispos en defensa de las sanas doctrinas en la Asamblea general, que hemos mencionado. Como quiera que era sobremanera aciaga la época revolucionaria por que atravesaba, no dejó medio que estuviese á su alcance para oponer un dique al torrente desvastador de los embozados ataques y de las públicas amenazas con que los partidarios de la revolucion se proponian, en sus delirantes y horrendos conciliábulos, derribar hasta sus cimientos el magnífico edificio de la Iglesia católica, sin tener en cuenta que se halla fundada sobre inquebrantable roca, y que en su majestuosa cúpula ostenta estas hermosas y consoladoras palabras, para todo el que en su pecho abrigue el sentimiento católico, esculpidas por la misma mano divina del Supremo Hacedor: «Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella:» *portæ inferi non prevalebunt adversus eam.* Si bien el concienzudo y profundo observador no alcanza á comprender cómo pueden los hombres cegarse hasta el lamentable extremo de atacar una Iglesia que está defendida por el potente brazo del Altísimo, siendo así que estan convencidos de la divina y benéfica influencia que la dispensa; supuesto que se halla esta verdad con-

signada evidente y manifiestamente en las sagradas Escrituras; si bien no se concibe cómo pueden los infelices descendientes del prevaricador del Paraíso congregarse en infames conciliábulos, nada ménos qué para destruir las obras más delicadas é indestructibles del mismo Dios; ello es cierto por desgracia, y la experiencia nos convence de su verdad, que en los aciagos dias del siglo pasado, y del presente con especialidad, organizadas con gran cuidado las infernales sociedades, hánse reunido en mazmorras y subterráneos, huyendo al parecer de la claridad del sol, de la vista de los hombres y de la vista del cielo, cual si presintieran que ni el cielo, ni el género humano sensato, ni los astros luminosos, ni ninguna criatura podria ménos de lanzar sus anatemas de reprobacion sobre la desalmada frente de hombres, que osan con estúpida arrogancia mirar al Dios de la majestad sentado en ebúrneo trono, y amenazarle con insultante y cínico modo. Verdad es que el cielo ha desbaratado en todas ocasiones los necios designios maquiavélicos de los hombres con un solo soplo de su poder excelso, como destruye el huracan las exiguas y modestas casas del campesino, construidas para guarecerse del frio y de la intemperie; verdad es que en el exordio del mundo, vió el Excelso desde lo alto del firmamento la insolente empresa de los hijos del anciano Noé, que levantando una torre pensaban poner límites á la diestra del Excelso, y que con un simple acto de su voluntad suprema, desbarató todos sus planes con tanta insensatez formados, dispersándolos por los cuatro vientos, como el aire dispersa la menuda arena; verdad es que sorprendió con formidable castigo al rey Baltasar, al profanador del templo hierosolimitano, en el momento mismo que cometia los mayores excesos con respecto á los objetos consagrados á su divino culto; verdad es que hizo aparecer un momento solemne la fatídica mano, que recorriendo las paredes de la estancia fastuosa, escribiese sentencia formidable; verdad es que se ejecutaron en el acto sus órdenes supremas por el gran conquistador que fraguaba planes extraños para asediar la ciudad, reputada por inexpugnable; verdad es que han desaparecido de la tierra los pueblos todos, que ora con sus errores, ora con sus crímenes voluptuosos, han llenado la medida de la indignacion de las divinas iras, dejando á las generaciones sucesivas, cubiertos de la ira del cielo, los puntos en que sus pueblos existieran, y diciendo á Sodoma, y á Gomorra, y á Pentápolis, y á Babilonia, y á Menfis, y á Cartago, y á Jerusalen, la ciudad de las cien puertas, que anuncien á los siglos lo tremendo de la justicia del Eterno; verdad es que, cuando los grandes genios, los Alejandros, los Césares y los Carlomagnos, y los Napoleones y tantos otros, que abusando torpemente de las nobilísimas facultades que del cielo recibieran para emplearlas en beneficio de la humanidad, con arreglo á los designios del Omnipotente, han querido traspasar los límites trazados á su paso,

Dios los ha detenido con invisible mano en la carrera de sus triunfos, mostrándoles una solitaria y oscura tumba, destinada para que fuesen en ella depositados sus huesos, sus glorias, sus triunfos, en justo castigo de quien deseó abarcar con sus ambiciosos brazos el mundo todo de parte á parte, de polo á polo; verdad es que en todos los siglos cristianos aparecen como meticulosas y rezelosas sombras los restos de un pueblo, que osó poner sus nefandas manos en el ungido del Señor; verdad es que vaga ese pueblo disperso por toda la superficie de la tierra, mostrando á los pueblos estampada en su frente con caractéres de sangre la marca ignoble de su deicidio; verdad es que constituye esa errática nacion una constante y elevada leccion que amonesta de continuo á todos los hombres la severidad de los juicios de Dios; verdad es que la historia de la humanidad está toda ostentando muestras terribles de la grandeza de los juicios de Dios, y que nadie comete impunemente amenazantes ultrajes contra el Eterno. Sin embargo de esto, pasma el ver cómo se reunen los hombres para conspirar contra el Altísimo; cuál vomitan de sus labios insultantes blasfemias, cuál forjan tenebrosos planes para deshacer las obras de sus manos divinas. Al ver organizados cual sociedades legítimas á los emisarios del infierno; al verlos con sus leyes é instituciones, con sus pragmáticas y sus costumbres; al verlos autorizados y consentidos por los mismos monarcas y príncipes, que no ven en toda su intensidad los maliciosos y serpentinos designios del enemigo y á quien estrechan con efusion y ternura, diríase que el infierno habia recibido órden del cielo para entregar el mundo á la perdicion. Viniendo sin embargo al XVIII siglo, fijando la atencion en ese suelo francés, viéndole regado en sus campos y en sus ciudades, en sus desiertos y en sus populosas capitales con la sangre de los que se suponian admiradores, adoradores de la religion del Crucificado, guillotinados á centenares del modo más horroroso, cúbrese el corazon de espantoso horror, y detiénese á preguntar: ¿A dónde van esas turbas frenéticas, que llevan delante de sí un trono, donde antiguamente posaba su divina planta el Altísimo, y donde ahora ostentan desvergonzada, desenvuelta, descocada mujerzuela pública? ¿Qué vértigo se ha apoderado de esta nacion que así ruge y atormenta, y asesina y destruye, y envia al cielo lamentos, é invoca el infierno? ¿No veis los crueles decretos que de su seno salen, ordenando la secularizacion del clero, anunciando con placentero tono la muerte de la religion comenzada en el sepulcro del Gólgota, manifestando que en lo sucesivo ha de establecerse un nuevo órden de cosas, en cuya virtud desapareciesen hasta los últimos y más remotos vestigios del cristianismo, para ser sustituido por otra religion, ó por mejor decir, por la idolatría más abyecta? Oh! ¿Cómo es posible que sean desterrados todos los obispos, gran parte del clero, todos los creyentes, ó gui-

llotinados ó enviados al suplicio? Ese cuadro desolador de la historia revolucionaria francesa, ese paréntesis tristísimo del catolicismo en la vecina nacion, esa espantable y sangrienta carniceria, hiela el alma de espanto y terror. Es la fortuna que en medio de tanta amargura como rebosa el presenciar tan horrorosas y sangrientas escenas, descubríanse en lontananza los grandes héroes, que sin temor á los insultos y escarnios del vil populacho, que así amenazaba á Dios y sus ministros, muestran en la una mano el azote de las divinas venganzas, presentan en la otra el emblema de la misericordia, brindando á todos los buenos á la constancia, y mostrando á todos los malos el fin desastroso que por término de su carrera les aguarda. Entre estos hombres de corazon elevado, de alto temple, figura el personaje que nombramos al frente de esta biografía, el cual publicó grandes trabajos protestando contra los desmanes del gobierno revolucionario, sin temer sus desaforadas iras. Entre otras cosas publicó una *Carta pastoral*, en la que con desusado denuedo amonestó á su grey que rehusase la sumision y acatamiento á los intrusos pastores nombrados por el gobierno. Esta pastoral fué publicada en 24 de Abril de 1787. Obligado algunos dias despues á emigrar á lejanos países en compañía de su amado hermano, fijó su residencia en los campos frondosos del conocido Chambery, donde deploraba en el silencio de la oracion los insondables males que sobrevinieron sobre su patria. En 6 de Abril del año 1792 publicó desde su retiro una magnífica exhortacion, en la que amonestaba á los reverendos curas y vicarios de su diócesi á que permaneciesen constantes en la fe que profesaban, y diesen toda la posible publicidad al famoso breve publicado en Roma por el virtuoso cuanto desgraciado soberano pontífice Pio VI, en 6 de Marzo, concerniente á los intereses de la Iglesia, contra los cuales se habian conjurado todas las potestades infernales, fijando su plan central de operaciones en la capital de Francia. A la entrada de las tropas suizas, capitaneadas por generales franceses, en el reino de Saboya, los dos hermanos, que no se separaron en todo el tiempo de la emigracion, se refugiaron en Constanza, despues en Baviera, hasta que en el año 1800 volvieron al seno de la Francia, que les abrió sus puertas, sosegado ya el furor revolucionario, y despues de comer por espacio de algunos el amargo y desabrido pan del destierro. Hicieron en su entrada de comun cuerdo dimision de sus respectivas sillas, rehusando admitir otras dignidades episcopales, á pesar de las reiteradas instancias que les hicieron los constitucionales, deseosos de organizar bajo bases conservadoras y de dar crédito á su sistema antireligioso, antisocial y antihumanitario. En recompensa á tan señalados servicios prestados á su Iglesia, en atencion á tan noble y constante teson, despues de la restauracion, Cortois de Pressigny fué nombrado por el desgraciado monarca

Luis XVIII su embajador en Roma, para cuya capital pontificia se encaminó el mes de Julio de 1814. La aproximacion de las tropas napolitanas en 1815 obligó al perseguido vicario de Jesucristo á abandonar la capital del orbe católico para trasladarse á Génova y otros estados, y el embajador francés Pressigny tuvo el honroso placer de ir en seguimiento del Soberano Pontífice á todos los estados en que residió, suministrándole consuelos en su afliccion, sus auxilios, y más que todo su proteccion. Durante su permanencia en Roma se hizo amar y respetar por el pueblo romano, que miraba con veneracion al venerable Obispo, que tantos trabajos habia pasado por amor á la religion del Crucificado. Si las negociaciones de cuyo arreglo fué encargado el Obispo embajador no procedieron con la ligereza que hubiera sido de desear, no fué tanto por falta del representante francés en la capital del mundo católico cuanto por la imposibilidad en que se hallaba la corte romana de entregarse á un maduro exámen de todos los negocios pendientes con Francia, embarazada como se hallaba por las divisiones intestinas. Aunque, como llevamos dicho, Roma estimaba á Mr. Pressigny por su carácter franco, noble y generoso, no le concedió sin embargo el capelo cardenalicio por mezquinas rivalidades que no quiso ocuparse en rebatir, por considerar esta conducta opuesta á su nobleza y generosidad, chismográficas mezquindades que triunfaron en el Consejo de ministros. Sustituido más tarde en su cargo por el duque de Blacas, que pasó á ocupar su puesto, Mr. Pressigny pasó á la cámara de los Pares, siendo nombrado miembro de ella por un decreto honorífico del monarca, que estimaba debidamente las relevantes prendas é integridad que dominaban en el virtuoso Obispo. El año 1817 quedó vacante la silla arzobispal de Besanzon, por fallecimiento del digno prelado que la ocupaba, Mr. Lecoz, y propuesto para sucederle el personaje que nos ocupa, que fué admitido por la corte romana, si bien no tomó posesion de su cargo encumbrado hasta el año de 1819. Sobresalió en diversas ocasiones en la cámara de los Comunes, uniéndose una vez á los reverendos obispos que hacian digna oposicion al apático ministerio, de incierta conducta, y otra vez en la célebre discusion sostenida sobre la libertad de la prensa, en la cual apoyó la enmienda del duque de Fitz-James, pronunciando un magnífico discurso, por el que pedia que fuese establecido por ley que los ultrajes inferidos á la religion cristiana fuesen castigados con las penas más señaladas contra los transgresores y violadores de la moral pública. El año 1821 fué nombrado para representar á los comisionados de los negocios relativos á los intereses generales del clero, y de las pensiones de los individuos particulares, y en el mismo discurso que pronunció con este objeto hizo honorífica mencion del ilustre cardenal de la Lucerna, su amigo y antiguo protector. Consultado

por un miembro de la Cámara sobre el precio que pudiera exigirse en el préstamo del dinero, publicó una obra que lleva este título: *El precio del dinero, distinto de la usura*. Fué publicado este opúsculo en Lyon, el mismo año de 1821, en un tomito en 8.° Declaraba en él que podia tomarse el interés marcado en los límites legales, siguiendo en esto la opinion del ilustrado cardenal de la Lucerna, que en una obra publicada con este intento vino tambien á declarar esto mismo. La obligacion que en calidad de miembro de la cámara de los Comunes le impelia á residir en París, y el estado delicado de su salud, le precisaron á pedir un coadjutor, que desempeñase las funciones pastorales en su ausencia, pretension que á pesar de las veces raras que se concedia le fué otorgada. Mas en honor de la verdad, su ausencia, por dilatada que fuera, en nada perjudicó á los intereses de su diócesis. No solo sus cuantiosas riquezas sino tambien sus rentas y obvenciones las empleó en su mayor parte en la creacion de escuelas eclesiásticas, en las cuales recibiesen gratuita educacion los jóvenes de todas clases y condiciones, y en fomentar tambien la creacion de los hospicios y casas de recogimiento, donde fueran acogidos los menesterosos é indigentes, á quienes en más de una ocasion servia con sus propias manos, lleno de ejemplar y edificante caridad, sin guardar más que lo estrictamente necesario para su sustento, para el decoroso sostenimiento de su palacio y de sus familiares. Este prelado murió en París en 1825, el 2 de Mayo, despues de una vida empleada toda en la defensa de los caros intereses del catolicismo. Uno de los directores natos de la Academia literaria francesa publicó en encomio de este personaje un magnífico opúsculo, en el que mostraba en brillantes páginas la historia secreta de las virtudes heróicas y generosas de nuestro ilustre Arzobispo de Besanzon. Este elogio con algunos otros fué archivado en la misma Academia en el año 1825. El Consejo municipal de Besanzon construyó á sus expensas una estatua del Arzobispo de Besanzon, cuya memoria grata quiso perpetuar por este medio; ese busto se conserva hoy en la Academia de la misma ciudad de Besanzon. Su oracion fúnebre la pronunció Mr. Therny, uno de sus vicarios generales, que fué impresa. Existe tambien en los museos de Francia un retrato de este personaje por Indres. —N. L.

PRESSY (Francisco José Gaston de Partz de), obispo de Bolonia, nació en 1712 en el pueblo de Esquires, y terminó sus estudios de una manera distinguida en el seminario de S. Sulpicio. Nombrado obispo de Bolonia en 24 de Diciembre de 1742, fué consagrado en 13 de Setiembre del año siguiente, gobernando su diócesis por el largo espacio de cuarenta y seis años con un celo constante y apostólico. Fomentó durante este tiempo establecimientos útiles, mantuvo la disciplina eclesiástica entre su clero, dió sabias

ordenaciones, creó conferencias que él mismo presidia, fundó un pequeño seminario, veló sobre la instruccion de los clérigos jóvenes, que admitia despues de probada su vocacion á las sagradas órdenes, sin abandonar ninguno de los medios que pudieran contribuir á la sólida enseñanza de los aspirantes al sacerdocio. Su caridad y liberalidades para con los pobres no conocian límites. Era muy frecuente verle en las miserables chozas del indigente, abandonando toda su pompa episcopal exterior. Ocupábase tambien con asídua constancia de los catequistas destinados á las misiones extranjeras, contribuia con sumas considerables á la redencion de los cautivos, y no habia en fin obra alguna piadosa para la cual no prestase su apoyo y cooperacion. En 1752 se adhirió á la carta de los veintiun obispos, fechada en 11 de Junio, en la cual se exponia al Rey la injusticia de las usurpaciones del Parlamento sobre la autoridad eclesiástica, y escribió además con vigorosa energía sobre el mismo asunto en una de sus pastorales, que fué recogida de órden de la autoridad. Miembro de la Asamblea general del clero en 1760, contribuyó con sus esfuerzos á detener los progresos de la incredulidad, y publicó diversas pastorales, dictando sapientísimas disposiciones con el objeto de librar á su diócesis del contagio. Creó, entre otras piadosas instituciones, la festividad del sagrado Corazon de Jesus, y la adoracion perpétua del Santísimo Sacramento; procedió tambien á la informacion sobre la vida del V. Benito José Latre, nacido en la diócesis de Bolonia, y solicitó de la Santa Sede su beatificacion. Este digno prelado terminó la carrera de su vida ejemplar en el mes de Octubre de 1789, y sucedióle en su silla episcopal el abate Asseline, que la revolucion desterró inhumanamente de la Francia. Entre las pastorales de Mr. de Pressy distínguense las siguientes: *Pastoral para la renovacion pública y anual de los votos del Bautismo;* año 1758.—*Pastoral sobre las conferencias eclesiásticas;* 1763.—*Sobre la obligacion de instruir y sobre la festividad del sagrado Corazon de Jesus;* 1766.—*Sobre la adoracion perpétua del Santísimo Sacramento;* 1775.—*Práctica para meditar la vida y pasion de Jesucristo.* Consérvase tambien del mismo sapientísimo é ilustrado Obispo: *Estatutos sinodales*, publicados en 1747; un *Ritual*, en 1780, en 4.°; la notable obra titulada: *Instrucciones pastorales y disertaciones teológicas sobre la armonía de la fe con la razon humana en los misterios del cristianismo, considerados en general y particular,* que consta de dos volúmenes en 4.° En las mencionadas instrucciones se tratan con fechas diversas los misterios en general, y en particular de la presciencia divina, de la gracia, de la eucaristía, de la creacion, de la encarnacion, etc. Las materias se hallan establecidas con cuidado, y las razones expuestas con solidez y claridad. Una crítica severa las calificará tal vez de excesivamente difusas, y algun tanto oscuras en las partes metafísicas; pero

fuera de que la naturaleza misma de las indicadas materias les hace ser abstrusas, es preciso no olviden que este sabio prelado se dirigia al pueblo, á quien es necesario hablar con sencilla claridad. No pueden dispensársele sin embargo algunas opiniones algun tanto extraviadas, que habia emitido en sus escritos.—N. L.

PRESTET (Juan), sacerdote del Oratorio, ingresó muy jóven en el servicio del celebrado P. Malebranche, quien descubriendo en su cliente ventajosísimas disposiciones para el cultivo de las ciencias exactas, se dedicó á fecundarlas con su admirable destreza, haciéndole penetrar en el santuario de las ciencias y enseñándole las matemáticas, hasta que al fin le admitió en su Congregacion el año 1675. Fueron tan rápidos sus progresos, que apénas frisaba en los veintisiete años de su edad cuando publicó su obra inmortal de los *Elementos de Matemáticas*, y sucesivamente se dió la segunda edicion á luz en Holanda en 1689, y la tercera en París en 1694, en dos volúmenes en 4.°, aumentada y corregida. El prefacio de esta obra contiene la refutacion de los calumniadores de Prestet, en la que este distinguido matemático se disculpa y defiende de la negra acusacion que se hacia de él, diciendo que habia robado á su compatriota Hariot casi toda la parte del Algebra. El autor sigue en esta obra las huellas trazadas por Descartes; mas como este autor solo habia escrito para los sabios, se propone Prestet, separándose de la senda elevada del gran filósofo, hacer más asequible la importante ciencia matemática á los no tan favorecidos por la Providencia en disposiciones intelectuales, de modo que su obra es recomendable por el sin número de curiosos problemas, destinados á ejercitar la tierna inteligencia de los jóvenes matemáticos. Encargado por sus superiores de una cátedra en Nantes, fueron tantos los escrúpulos que opuso, que fué necesario dispensarle de la mision de enseñar matemáticas, que le habia sido confiada. El P. Prestet, atormentado con la infundada idea de que sus compañeros no le guardaban las consideraciones debidas por haberse hallado al servicio del P. Malebranche, salió del Oratorio, de cuya resolucion se arrepintió, entrando de nuevo en la Congregacion, donde murió.—N. L.

PRET (Pedro de), escritor de la Compañía de Jesus, de quien solo refieren sus biógrafos la noticia de que entró en la Compañía de Jesus, y se dedicó al estudio de las letras; señálanle tambien sus cronistas como el traductor de la obra que lleva el título siguiente: *La Cruz espiritual*, escrita en latin por el Rdo. P. Santiago Gretzer, doctor en sagrada teología, de la misma Compañía de Jesús. Esta obra, como decimos, fué traducida correcta y esmeradamente por nuestro Rdo. P. Pedro Pret, é impresa en 1609. Es el tratado quincuagésimo de la voluminosa obra del citado P. Gretzer, denominada *Jacobi Gretzeri Societatis Jesu, sacræ Theologiæ in Academia In-*

golstadiensi professoris de Cruce Christi. El tomo I de esta obrita, á la cual dan gran importancia los biógrafos de su autor, fué impreso en diversas ocasiones, despues de haber sido revisada, aumentada y corregida en las ediciones sucesivas, y se halla distribuida en cinco libros diferentes, en los cuales se trata de la misma cruz, de su historia desde que exhaló pendiente de ella el postrer suspiro el Redentor de los mortales hasta su invencion en los dias de Sta. Elena, y de las circunstancias, que en el libro I son minuciosamente descritas. En el libro II trata con gran difusion de las imágenes de esa misma cruz, de la reverencia y honor que les es debida, de la veneracion en que han sido tenidas las imágenes del Redentor crucificado en todas las edades cristianas, de la antigüedad remota de que proviene el colocarlas en los altares cristianos, y de varias otras noticias curiosas relativas al mismo asunto. En el libro III se ocupa asimismo extensamente de las oposiciones ó persecuciones que en la série de los siglos cristianos ha sufrido por parte de los enemigos del cristianismo. En el libro IV trata del signo de la cruz, de la remota antigüedad de la costumbre que ha reinado en el mundo de formar la señal de la cruz; y por último, de los muchos monumentos hallados en la antigüedad cristiana.—N. L.

PRETEXTATO, obispo de Ruan, sucedió en la silla episcopal el año de 544 al santo Evodio, y asistió al concilio tercero de París, celebrado el año 557, y al segundo de Tours, celebrado en 567, donde habló con evangélico desembarazo de los desórdenes y conducta desarreglada de Fredegunda, en cumplimiento de su ministerio elevado, que le imponia el deber sacrosanto de protestar contra el crímen allí donde se encontrase, ora fuese en los dorados palacios de los príncipes, ora en los artesonados suntuosos de los grandes, ora en el modesto tugurio del desventurado artesano, que come el pan empapado en el sudor de su rostro, y ora se presente al vicio cubierto con sedosas galas de apariencia, ora con haraposos y andrajosos vestidos, sin tener en cuenta, sin respetar el carácter más ó ménos augusto, más ó ménos elevado, más ó ménos distinguido de las personas que escandalizasen con sus desórdenes licenciosos. Solo el sacerdocio católico ha tenido bastante dignidad y elevacion de ánimo para sobreponerse á las mentidas honras humanas, á los suplicios más horrorosos, cuando se trataba de cumplir con su deber. Habíase unido por medio de los lazos del matrimonio el año 576 la reina Brunechilda con Meroveo, su pariente. Irritado Childerico con este matrimonio, reunió un concilio en París, compuesto de cuarenta y cinco obispos, en el año 577, en el cual fué Pretextato acusado por haber bendecido, segun se suponia, aquel enlace. Aun cuando el eminente S. Gregorio de Tours le defendió con calor, convencido de la inocencia de su cliente Pretextato; esto no obstante, no queriendo disculparse por humildad ó por

debilidad de los horrorosos crímenes que se le imputaban, fué condenado por el sínodo, encerrado en lóbrega prision, cargado de crueles cadenas; y despues que hubo pasado innumerables y angustiosos tormentos, sed, hambre, frio, padecimientos de todo género en la lóbrega prision, fué sacado de nuevo y conducido entre cadenas en calidad de desterrado á Constanza, cual si fuera un público malhechor, no siendo más en realidad que víctima de las caprichosas é injustificables iras de Childerico y de los demás individuos del seno del concilio, que, unos por debilidad, otros por temor, otros por adular al poder, se abstuvieron de protestar contra tan vandálico proceder, cuanto ménos de oponerse á la ejecucion de tan violenta medida. Mas como la inocencia, por abatida que se halle, triunfa siempre; como los golpes que se dirigen al hombre justo, al hombre honrado, al hombre probo, al exacto cumplidor de sus deberes, caen de rechazo sobre sus adversarios; como importa poco que la virtud pase por la tribulacion, que la purifica y acrisola más y más; pasada la tormenta, sucédense los dias bonancibles y refrigerados por auras deliciosas y primaverales, y entónces la virtud, sentada en su lecho de perfumadas rosas, viendo en su alrededor los abatidos enemigos, destrozadas las huestes adversarias, goza de pacífico y tranquilo sosiego, que resarce con creces las amarguras y dolores sufridos en la adversidad. Así fué que pasada la tormenta horrorosa de la persecucion, brilló sereno el dia para nuestro atleta, en cuya frente tersa y pura quisieron arrojar inmundas y soeces calumnias los adversarios de todo lo grande y bueno. Muerto Childerico, fué levantado el ostracismo de Pretestato, que en el año 584 volvió á París, donde fué recibido con deferencias desusadas por el rey Gontran, que le honró con la rara distincion de sentarle á su mesa, elegirle confidente de sus más íntimos secretos, y volverle al seno de la Iglesia, enviándole á su diócesi con honores y grandeza. Fué recibido en medio de entusiastas aclamaciones por sus fieles de entre quienes le habia arrebatado la calumnia pérfida é ignoble. Despues de haber asistido al concilio de Macon en el año 585, volvió á su diócesis, en cuya metropolitana fué bárbaramente asesinado el dia 25 de Febrero del año 586, volando así su alma purísima entre alados querúbes á la mansion eterna. En nuestros dias irritanse los enemigos del clero al ver, por ejemplos como los aducidos en este artículo biográfico, la intervencion que tomaban en los negocios temporales, y mucho más cuando se trataba de corregir los abusos de los príncipes y magnates, los obispos y pastores de la Iglesia. Es bien sabido por todos los que tienen algunas nociones de la teología sagrada, que los pastores fueron instituidos para dirigir los destinos de la Iglesia, supuesto que fué á ellos á quienes en la persona de sus Apóstoles dijo el Salvador: «Os sentareis en las doce sillas para juzgar á las doce tribus de Israel. Apacienta mis

corderos; apacienta mis ovejas. Como yo he sido enviado por mi Padre, así yo os envio á vosotros. Lo que atareis ó desatareis en la tierra será atado ó desatado en el cielo. El que os oye á vosotros, á mí me oye.» A falta de estas tan terminantes palabras, declara el Apóstol de las naciones, que el Espíritu Santo, y no la congregacion de los fieles, es el que ha establecido obispos para gobernar la Iglesia católica, que Jesucristo mismo es el que los ha intituido pastores y doctores de su rebaño; que nadie debe aspirar á este eminente honor sino aquel que por el mismo Dios es llamado como Aaron; que él mismo, dice con admirable y humilde verdad el Apóstol, ha sido creado apóstol por Dios y no por los hombres; que por tanto tiene el derecho de castigar y separar á los fieles del cuerpo de la Iglesia, cuando por sus actos y obras se hagan indignos de pertenecer á tan santa congregacion; por lo que dice á los fieles: «Obedeced á vuestros prepósitos y á vuestros pastores, y sedles sumisos porque velan continuamente sobre vuestras almas, como que han de dar cuenta de vuestros actos en el tribunal supremo: *Obedite prepositis vestris et estote sumissos illis; ipsi enim pervigilant quasi reddituri de animabus vestris curam.* Y débese notar que el mismo Apóstol, que así habla á los fieles, concede á Tito y á Timoteo la facultad de ordenar presbíteros y demás ministros para ejercer con ellos las funciones pastorales. En consecuencia de estas prescripciones los obispos primitivos, siguiendo las huellas de los Apóstoles, recomiendan á los fieles la misma sumision, como lo vemos en S. Ignacio, obispo de Antioquía, uno de los inmediatos sucesores de los Apóstoles, quien recomienda continuamente en sus tiernas y piadosas cartas á los fieles que esten sometidos á los obispos, exhortándolos á que les consulten en todas sus cosas, y que nada hagan sin su permiso, suponiendo y probando con estas palabras por la órden del mismo Jesucristo, que corresponde á los obispos el gobernar y el mandar, así como es propio de los fieles el obedecer y someterse á las insinuaciones amorosas y caritativas de aquellos. En el concilio de Jerusalen los Apóstoles y los presbíteros, esto es, los antiguos, no se cuidan de consultar la opinion de los fieles para la solucion de las graves contiendas que habian promovido la reunion, y en cualidad de autoridades que han recibido de lo alto una mision, declaran al mundo entero que se abstenga de comer carnes sacrificadas, de la sangre, de las carnes sofocadas, de la fornicacion. El siglo III, el gran S. Cipriano sostuvo estos derechos, prerogativas y autoridad del episcopado con notable teson contra los herejes, que ya acusaban en estos tiempos á estos venerables mártires el ser demasiado aferrados á las prerogativas de su cargo y eminente dignidad, como si este pretendido gobernamiento fuese otra cosa que el cumplimiento de uno de los deberes más sacrosantos, que les impusiera el Salvador del mundo al elevarles á ese emi-

nente rango. Fácil nos fuera seguir recorriendo paso á paso todas las edades cristianas para confirmar con testimonios y hechos de todos los siglos que la autoridad de los obispos, de divina institucion, ha sido ejercida por estos en todos los tiempos y edades, no limitándose á las cosas meramente espirituales en el ejercicio de sus eminentes funciones episcopales, sino extendiéndola tambien á todo aquello que tiene relacion más ó ménos directa con lo espiritual, ni consultando para esto las opiniones de los fieles, por mucho que fuesen reyes ó emperadores poderosos, como han pretendido los protestantes, sino pronunciando sus inapelables fallos con autoridad propia, legítima, inalienable, en virtud del mandato expreso de Jesucristo. No sé qué hubiera sido de la Europa moderna sin el benéfico y saludable influjo de este poder suave, á la vez que enérgico, de los pastores de la Iglesia, ejercido constantemente en todos los siglos, en los cuales con plan fijo, con unidad de accion, con denodada fortaleza, ha encaminado sus esfuerzos á plantar los medios regeneradores, para cambiar la faz de una sociedad corrompida y muelle, ó bárbara y feroz, en una sociedad de costumbres suaves y moderadas, en la que los hombres, dejando de regirse por la espada y el hierro, se guiasen más por la palabra y la razon, ilustradas en la religion del Crucificado. La sociedad moderna distinguiríase á la sazon, como es muy probable, por su dureza y barbarie, crueldad de sus costubres, á no ser por la influencia de los pastores que, como nuestro Pretextato, contestaban con un soberano *non licet* á las exigencias caprichosas y feroces de los emperadores semibárbaros, pues que siendo un resto de la sociedad de los romanos y de la de los bárbaros, debió heredar la dureza de aquella y la barbarie y crueldad de esta. ¿Quién ignora la atrocidad y ferocidad de costumbres de los bárbaros del Norte? Los historiadores de aquella época nos han dejado narraciones horrorosas en que solo su lectura nos estremece. Llegóse á pensar que estaba cercano el fin del mundo, cuyo tremendo acontecimiento predicábase por doquiera, y á la verdad que tales presagiadores eran harto excusables en creer que estaba próxima la mayor de las catástrofes, cuando eran tantas y tan horrendas las que afligian á la pobre humanidad. No alcanza la imaginacion á comprender lo que hubiera sido de aquella sociedad en semejante crisis, si el cristianismo no hubiera existido y derramado su mágico destello de luz por la superficie de la tierra; y áun suponiendo que se hubiera de nuevo llegado á organizar la sociedad bajo otra forma, no hay duda en que las relaciones, así públicas como privadas, habrian quedado abandonadas á un estado deplorable y funesto, tomando además la legislacion un sesgo injusto é inhumano. Por esta razon, en vez de encontrarnos desgraciados y vituperar la intervencion saludable de los pastores de la Iglesia en todos los actos sociales y mucho más en las regio-

nes científicas y legislativas, debiéramos aplaudirla; y la misma prepotencia de los obispos, que tanto irrita á nuestros enemigos, fué una salvaguardia contra los desmanes del poder vandálico é inhumano y de los más altos intereses de la sociedad. Mucho se ha dicho contra ese poder temporal de los obispos, y contra ese influjo de los pastores de la Iglesia en los negocios temporales; pero ante todo, y prescindiendo de las robustas razones que acabamos de alegar, es menester tener en cuenta que ese poder y ese influjo ha sido consecuencia necesaria de las mismas causas sociales, y traido por la naturaleza misma de las cosas, es decir, que fueron naturales, y por lo mismo el hablar contra ellos es un estéril desahogo contra la fuerza de acontecimientos cuya realizacion no era dada al hombre impedir. Ese poder y ese influjo eran además legítimos; á ménos que se niegue que nuestro Señor Jesucristo no tenia poder para autorizar con misiones especiales á aquellos que eligiera en su divino consejo. Fuera de esta mision divina, es evidente en apoyo de esta misma verdad, que cuando la sociedad se hunde es muy legítimo que la salve quien pueda; y en la época á que nos referimos, solo podia salvarla la Iglesia, esto es, los soberanos pontífices, los obispos, el clero. Como que la institucion hecha por Jesucristo del episcopado y del clero no es un ser abstracto é ideal, sino una sociedad real y sensible, debia obrar sobre la sociedad por medios tambien reales y sensibles; supuesto que se trataba de los intereses materiales de la sociedad, los ministros de la Iglesia debian tomar parte de una ú otra manera en la direccion de los negocios. Estas reflexiones, que prueban y confirman lo que Jesucristo dejó establecido, son tan óbvias y sencillas que basta el simple buen sentido para conocer su veracidad. En la actualidad, conformes como se hallan sobre este aunto cuantos estan medianamente versados en historia, sería ridículo el que se quisiera negar estas verdades, apelando á los sandios recursos usados por los protestantes. Si no supiesemos cuánto trabajo cuesta al humano entendimiento el entrar en el verdadero camino, y sobre todo cuando la mala fe ha entrado en mucho en este género de cuestiones, difícil fuera el explicar cómo el mundo todo ha tardado tanto tiempo en ponerse de acuerdo sobre un punto que salta á los ojos con la simple lectura de la historia. Como decíamos pues, esta informe mezcla de crueldad y dureza de un pueblo culto, pero corrompido con la ferocidad atroz de un pueblo bárbaro, orgulloso además de sus triunfos, abrevado de sangre vertida en tantas guerras continuadas por tan largo espacio de tiempo, que dejó en la sociedad europea un gérmen de dureza y de crueldad que se hizo sentir por largo espacio de siglos, y cuyo rastro ha llegado hasta épocas recientes, y que sin el protectorado de los pastores de la Iglesia se hubiera perpetuado quizá hasta las venideras edades, impidiendo la exten-

sion de las luces intelectuales y morales, así como materiales, que ha derramado la moderna civilizacion en el mundo europeo. El precepto de la caridad cristiana y de los deberes conyugales estaba en la cabeza, pero la crueldad de los romanos, combinada con la ferocidad de los bárbaros, dominaba en el corazon; las ideas eran puras, benéficas, como emanadas de una religion de amor, pero hallaban una resistencia terrible en los hábitos, pasiones, en las costumbres, en las instituciones, en las leyes, porque todo llevaba el sello más ó ménos desfigurado de los deletéreos principios que acabamos de señalar. Reparando en la lucha continua, tenaz, que se traba entre la Iglesia católica y los elementos que la resisten, se conoce con toda evidencia que las ideas cristianas no hubieran alcanzado á dominar la legislacion y las costumbres, si el cristianismo no hubiera sido más que una idea religiosa, abandonada al capricho de un individuo, si los obispos no se hubieran encargado de inocularle en el seno de la sociedad, imponiendo ante todo con digna elevacion á los príncipes, que sustentaban entónces en sus manos un cetro de hierro, y castigándoles con severas penitencias cuando querian deshacerse de sus instituciones tan venerandas; si en fin no se hubiera realizado en una institucion robusta, en una sociedad fuertemente constituida cual es la Iglesia católica. Si se quiere convencer el curioso lector de que sin grandes esfuerzos no hubieran podido los obispos llevar á cabo su alto cometido de regeneracion social, estudie las enemistades particulares que tenian á la sazon un carácter violento, cuando el derecho se resolvia por el hecho, y el mundo estaba amenazado de no ser otra cosa que el patrimonio del más fuerte; cuando el poder público ó no existia, ó andaba como confundido en el torbellino de las violencias y desastras que su endeble mano no acertaba á reprimir; cuando los poderes civiles eran impotentes para dar á las costumbres una direccion pacífica, haciendo que los hombres se sujetasen á la razon y á la justicia; en esta época los obispos, además de mostrarse atentos á la enseñanza de los jóvenes, para ilustrarlos y moralizarlos, además de reprimir con amonestaciones rigorosas las atrocidades de los poderosos, adoptaban en aquellos tiempos ciertas medidas para oponerse al torrente devastador de tantas violencias, que todo lo asolaba y destruia. El concilio de Arlés, celebrado á mediados del siglo V, hácia los años 443 y 452, disponia en su cánon L, que no se debe permitir la asistencia á la Iglesia á los que tienen enemistades públicas hasta que hubiesen sido reconciliados con sus enemigos. El concilio de Angers, celebrado en el año de 453, prohibe en su cánon III, las violencias y las mutilaciones. El concilio de Agda, en el Langüedoc, celebrado en el año 506, ordena en su cánon XXXI que los enemigos que no quieran reconciliacion sean desde luego

amonestados por los sacerdotes, y si rehusáran seguir los consejos de estos, sean excomulgados. Procedia de este uso el que los bárbaros, para quienes el cristianismo era objeto único de profunda veneracion, contenian sus sanguinarios impulsos por temor al castigo de los cánones. Ni se limitan á estas las disposiciones de los obispos, ora separadamente promulgadas, ora reunidos en concilio. Contra la costumbre que los galos tenian de andar siempre armados, entrando con su cota y su coraza hasta en los mismos templos, lo que, como es fácil comprender, traia graves inconvenientes, haciendo no pocas veces de la casa de oracion y de recogimiento teatro de venganzas y de sangre, celebró la Iglesia un concilio, el de Chalons, en el siglo VII, en cuyo cánon XVII se impone la pena de excomunion contra todos los legos que promuevan tumultos y saquen la espada para herir dentro de los templos ó de sus recintos. Esto nos indica la prudente prevision con que habia sido ordenado en el concilio de Orleans, celebrado en el año 538, donde se dispone que nadie pudiese asistir con armas á la celebracion del augusto sacrificio de la Misa ni de las vísperas. Este ha sido el sistema, por cierto uniforme y de identidad de miras, de los obispos católicos en toda la série de siglos cristianos. Oye uno de continuo el eco prolongado, que se trasmite al través de los siglos, de aquellas palabras que fueron dichas á los pastores: *Clama vocem;* levanta tu voz como sonora trompeta. Con santa energia triunfa de todas las resistencias, y cuando no puede ejercer predominio sobre la voluntad de los hombres, hace resonar de continuo su voz, como nuestro Pretextato contra Childerico y Fredegunda en las sombras del santuario; allí vénse siete mil que no doblaron la rodilla ante el ídolo Baal, y al paso que los afirma en la fe y en las buenas costumbres, protesta contra los que resisten al Espíritu Santo. Tal vez durante la disipacion y las orgías de una sociedad populosa, penetramos en un sagrado recinto donde reinan la gravedad y la meditacion en medio del silencio y de las sombras; un ministro del santuario, rodeado de un número escogido de fieles, hace resonar algunas palabras sonoras y solemnes; hé aquí la personificacion de la Iglesia en épocas desastrosas por el enflaquecimiento de la fe ó por la corrupcion de costumbres. Digno es de notarse, por otro lado, que la Iglesia católica jamás se ha doblegado ante las exigencias del poderoso, sino que al proclamar una ley, la ha proclamado para todos, sin distincion de clases ni gerarquías. En las épocas de prepotencia de los pequeños tiranos, que bajo distintas denominaciones vejaban á los pueblos, esta conducta contribuyó sobremanera á hacer populares las leyes eclesiásticas; porque nada más propio para hacer llevadero al pueblo una carga que ver sujeto á ella al noble y al rey. En el tiempo á que nos referimos prohibianse severamente las enemistades y las violencias entre los plebeyos; pero la misma ley se ex-

tendia tambien á los grandes y áun á los mismos reyes. No habia mucho que el cristianismo habiase introducido en el país de los bretones, en la moderna opulenta Albion, cuando ya encontramos un ejemplo curioso que confirma el aserto anterior. Nada ménos que tres príncipes fueron excomulgados en un mismo año y en una misma ciudad, y obligados á hacer penitencia de los delitos cometidos, sin que sus insignias reales ni sus blasones y títulos bastasen á dispensarlos de las severas leyes de la Iglesia, ni cediesen los obispos ante las súplicas de los purpurados señores. En los tres concilios, celebrados en el año 560 en la ciudad de Landaff, en el país de Gales, en Inglaterra, en la metrópoli de Cantorbery, fué excomulgado Monrico, rey de Clamargon, por el crimen horrible de haber dado muerte violenta al rey Cineibas, á pesar de la paz que se habian jurado sobre las santas reliquias; en el segundo concilio se excomulgaba al rey Morcante por haber asesinado á Friaco, su tio, despues de haber jurado igualmente la paz; y en el tercero se excomulgó al rey Guidnerto por haber dado muerte á su hermano que le disputaba la corona. Hechos son estos elocuentes, que prueban la grandeza de la Iglesia y de sus pastores, que, como lo vemos en la biografía trazada poco ha de Pretextato y en las asambleas de obispos reunidos que acabo de mencionar, condenaban el crímen allí donde le veian, ora fuese una testa coronada, ora fuese un modesto plebeyo, sin dejarse abatir por el pomposo aparato del bárbaro monarca amenazador, ni guiarse de la compasion por la humilde y triste situacion del andrajoso villano. Espectáculo bellísimo es en verdad el que ofrecen los jefes de los bárbaros, que convertidos en reyes, se asesinaban tan fácil y atrozmente, que no reconocian consideraciones de ningun género, ni las de justicia humana, obligados á reconocer la autoridad de un poder superior que los precisaba á hacer penitencia de haber manchado sus manos con la sangre de sus parientes y haber quebrantado la santidad de los pactos. ¡Espectáculo bellísimo que prueba los saludables efectos que de esto debian seguirse para crear un género de cosas más suave, más dulce, arrojando del seno de la sociedad los bárbaros modales y asperezas. Véase otro hecho asombroso, que á la vez que justifica más y más la conducta de Pretextato, fundada en el Evangelio, confirma la verdad de lo que acabamos de probar, y con el cual cerramos este artículo biográfico. Reinaba sobre todo el mundo conocido un emperador, cuyo nombre era acatado en los cuatro ángulos del mundo, y cuya memoria es respetada por la posteridad y los siglos modernos. En una ciudad importante del imperio, el pueblo amotinado degüella al comandante de la guarnicion, y el emperador en su cólera manda que el pueblo todo sea exterminado. Al volver en sí el emperador revoca la órden, pero era ya tarde; millares de víctimas habian sucumbido en una carnicería horrorosa.

Al esparcirse la noticia de tan atroz catástrofe, un santo y venerando obispo se retira de la corte del emperador, y le escribe desde la Campania estas graves palabras: «Yo no me atrevo á ofrecer el sacrificio si vos pretendeis asistir á él: si el derramamiento de la sangre de un solo inocente bastaria á vedármelo, ¡cuánto más siendo tantas las muertes inocentes y sin culpa!» El emperador, confiado vanamente en su poder y suntuoso rango, no se detiene por esta carta y se dirige á la iglesia. Llegado al pórtico, se le presenta un hombre venerable, que con ademan grave y severo le detiene prohibiéndole la entrada. «Has imitado, le dice, á David en el crimen; imitale en la penitencia.» El emperador cede, se humilla, se somete á las disposiciones del santo prelado; y la religion y la humanidad quedan triunfantes. La ciudad desgraciada llamábase Tesalónica; el emperador humillado era Teodosio *el Grande*, y el prelado era S. Ambrosio, arzobispo de Milan, distinguido y sabio. Ved aquí la justicia triunfante de la fuerza, porque el representante de la justicia habla y obra en nombre del cielo; porque las vestiduras sagrados, la actitud admirable que detiene al Emperador, recuerdan á éste la mision divina del santo Obispo, y el ministerio que ejerce la sagrada gerarquía de la Iglesia. Protestantes, poned uno de vuestros mercenarios obispos en lugar de Ambrosio, ó uno de vuestros filósofos y sabios; ¿creeis que conseguirá detener á un emperador...? No blasoneis por más tiempo de civilizadores; no negueis este título al episcopado. — N. L.

PRETEXTATO (S.) mártir. Véase Trason; véase Ponciano (S.)

PRETEXTATUS ó Pretextato (obispo de Barcelona). Este ilustre prelado tuvo la poca fortuna de no haberle conocido los que formaron los catálogos más antiguos, tanto el general que se escribió en tiempos apostólicos, como en el de Fr. Francisco Diago, siendo de extrañar que este ilustre dominico, que en su obra se ocupaba de la historia de los condes de Barcelona, escribiéndola en esta ciudad con el mayor esmero y diligencia, no mencionase á este prelado, ni tampoco se encontrase en el conocido y propio de Gerónimo Paulo, y solo y ligeramente el fingido, ó que se tiene por tal, bajo el nombre de Dextro, y todos ellos no reconocieron las actas del concilio Sardicense donde consta su nombre y dignidad. Con la muerte de muchos santos padres del concilio de Nicea celebrado poco ántes, en el año de 325, revivieron los blasfemos conatos de los arrianos, protegidos de los emperadores Constancio y Constante, hijos degenerados del grande y magnánimo Constantino, y principalmente del primero, que gobernaba el Oriente, y para ocurrir á estos daños y destruir la mala semilla que sembraban aquellos sectarios, logró el papa S. Julio celebrar un concilio en Sárdica, ciudad de la Iliria, al cual concurrieron cerca de doscientos ochenta obispos del Occidente y setenta y seis del Oriente, y entre ellos el gran pa-

dre S. Anastasio. Presidió Osio, obispo esclarecido de Córdoba, y con él asistieron otros cinco obispos de España, uno de los cuales fué el de Barcelona, llamado *Pretextato*, el cual firmó todo lo decretado, suscribiendo *Pretextatus ab Hispaniis de Barcilona*. Este acontecimiento fué en el consulado de Rufino y Eusebio en el año 347 de la era cristiana, en que se sabe presidia Pretextato en Barcelona; pero la falta de documentos de aquel tiempo dejan un gran vacío respecto á noticias individuales, sin tenerlas del principio ni del fin de su pontificado, pero aquella misma da la seguridad de que existia la pureza de la fe católica y de que reinaba en Barcelona, cuando el mundo padecia tantas persecuciones por el cruel Diocleciano. Es tambien muy importante para los fastos de Barcelona, el que lograse la seguridad de haber tenido un prelado, no conocido por otros, sabiéndose con toda certeza el nombre y el tiempo en que regentó aquella silla, que fué á mediados del siglo IV, y por lo mismo debe suponerse continuada la série de obispos en su sucesor S. Paciano, si bien se ignora el nombre de su antecesor, aunque desde el martirio de S. Severo cesaron las persecuciones, y empezó la Iglesia á florecer en paz y con libertad para sus elecciones. A pesar de todo sábese que este ilustre prelado concurrió á dicho concilio Sardicense, contribuyendo con su mucha energía y gran caudal de conocimientos á las notables decisiones que en él se tomaron, siendo de gran peso su voto y dictámen para el esclarecimiento de los hechos que en dicho concilio se ventilaron. Créese con bastante fundamento que el emperador Constante asistió al concilio de Milan, y que á su conclusion determinó escribir á su hermano Constancio para la convocacion de un concilio ecuménico, como el único y seguro medio de remediar los males que por entónces afligian á la Iglesia católica; lo cierto es que permanecia en Milan, cuando escribió sobre este particular tan interesante al bien de la religion, cuatro años despues de la llegada á Roma de S. Atanasio, es decir, por el año de 345, y que dió este paso, no solo voluntariamente, sino tambien aconsejado de bastantes obispos que todavía permanecian á su lado. Siendo de estos los que más contribuyeron á hacerle adoptar aquella resolucion el papa Julio, Máximo ó Maximino, obispo de Tréveris, y el famoso Osio, obispo de Córdoba, á quien acompañaba Pretextato, obispo de Barcelona. Todas estas noticias se encuentran en los historiadores de la Iglesia, manifestando que el mismo S. Atanasio y los demás prelados citados, convinieron en hacer la pretension del concilio, como único medio de hacer triunfar la verdadera fe, cuyo lustre habia empañado la maldad de los tiempos, y así fué que su demanda no llevaba otro objeto ni interés que limpiar la mala semilla que se oponia al crecimiento y desarrollo de la fe católica y de la doctrina de la Iglesia. El emperador Constancio, no habiendo podido negarse á su

hermano en una peticion tan justa y fundada, convinieron de ambas partes reunirse, tanto los de Oriente como de Occidente, y los ordenaron el que este concilio se celebrase en Sárdica. Esta ciudad, que corresponde á la Iliria, era capital de la Dacia, y tanto más cómoda y favorable para la ejecucion de aquel designio, cuanto que estaba situada entre el Oriente y el Occidente, en los límites de los dos imperios. Se conocen bastantes leyes y decretos dados y firmados por Constantino, que prueban que hacia bastante tiempo que esta ciudad era muy considerable, y que este gran príncipe tuvo en ella muchas veces su asiento. El Concilio se abrió, como ya viene dicho, en el consulado de Rufino y de Eusebio, once años despues de la muerte del gran Constantino, es decir, en el año de 347 hacia el 22 de Mayo, época en la que Constancio estaba en guerra con los persas desde principios de aquel año. Dicho Concilio le constituyeron los obispos de más de treinta y cinco provincias, sin contar los orientales, que se retiraron. Allí se encontró representada la España, la Francia, la Italia, la Campania y la Calabria, como tambien la Pulla, Cerdeña, el Africa, la Pannonia, la Misia, la Dacia, como igualmente vinieron de la Nórica, de Liscia, de Dardania, de Macedonia, de Tesalia, de Acaya, del Epiro, de Tracia, de Rodas, que pertenecia á la anterior, de Palestina, de Arabia, de Candía, de Egipto, de Asia, de Caria, de Bytinia, del Helesponto, de las dos Frigias, de Pisidia, de Capadocia, de Ponto, de Cilicia, de Pamfilia, de Lydia, de las Cícladas, de Galacia, de Tebas, de Libia, de Fenicia, de Siria, de Mesopotamia, de Isauria, de Paflagonia, de Asia, de Europa, de la provincia de Tracia y de la Masilia, que no se las conoce entre las provincias romanas. Por el número de obispos que asistieron á este Concilio no puede dudarse el que fuese muy considerable, siendo tantos y de tan diversas provincias los que llegaron; sin embargo, no ha podido saberse el número justo de estos prelados, por omision de los autores contemporáneos. Sócrates y Sozomeno fijan ó señalan al rededor de trescientos del Occidente y sesenta y seis de Oriente, y S. Atanasio limita el número á ciento setenta, tanto de Oriente como de Occidente, bien es verdad que no comprende en esta cuenta á los eusebianos, que seguramente se presentaron en Sárdica en número de ochenta, pero que rehusaron asistir al Concilio, y de este modo no se aleja mucho del escritor Teodoreto, que en todo suman doscientos cincuenta, como lo declaran los antiguos monumentos segun el mismo. El esclarecido y grande Osio de Córdoba, como ya se dijo, ha sido considerado como el padre y el jefe de este Concilio. S. Atanasio unas veces le nombra el primero, otras el padre, como afirma Teodoreto: Sozomeno, queriendo marcar ó indicar los ortodoxos que habia en este Concilio, dijo que eran todos aquellos que estaban con Osio. El mismo Concilio hace sobresalir su

preeminencia é indisputable mérito sobre todos los demás obispos, haciendo de él un elogio magnífico. El prelado de Calcedonia dice que era el jefe y el principal que dirigia y arrastraba los votos y sentimientos de esta asamblea Fué igualmente el primero que firmó el primer despacho ó circular, y tambien la que dirigió el Concilio al papa Julio, y el modo con que se expresan los eusebianos respecto á Osio, indica y al mismo tiempo prueba que presidió este Concilio. Los sacerdotes Archidamo y Philoxenes son los más nombrados despues del prelado anterior, puesto que firmaron á nombre del papa Julio. Unese á estos un diácono, nombrado Leon, que tambien parece era legado del Pontífice; sin embargo, se cree no asistió á las deliberaciones con esta cualidad, así es que el cardenal Baronio no reconoce otros legados de la corte de Roma que Archidamo y Philoxenes. Es seguro que al pontífice Julio se le habia suplicado encarecidamente que se encontrase en Sárdica con los demás obispos, pero se excusó, manifestando el temor de los males que con su ausencia podrian sobrevenir á la Iglesia, y el Concilio acordó estar satisfecho de las poderosas razones que alegaba el Papa. El V. Protógenes, obispo de Sárdica, sigue con S. Atanasio, despues de los legados de Su Santidad. Era el más considerado entre los occidentales, con el citado Osio, segun Somozeno, y los orientales citan reunidos diversas veces á Osio y Protógenes, considerándolos como los principales representantes de aquel Concilio. Es posible que se le concediese esta preeminencia ó prerogativa por celebrarse el Concilio en su ciudad, y tambien ser muy considerado lo mismo que Osio por su antigüedad; por lo ménos consta que el emperador Constantino le habia dirigido un rescripto en favor de la Iglesia; en el año de 316 habia asistido al concilio de Nicea, donde se cree que fué uno de los más principales que obtuvieron un lugar señalado. Los eusebianos le echan en cara y le atribuyen crímenes, con muy escasas pruebas, como lo es el asesinato de Arsenio, lo que habia sido causa, segun ellos dicen, de que Juan de Tesalónica jamás quiso relacionarse con él, por creerle manchado con aquel crimen; pero su verdadero delito era que habiendo firmado, como ellos pretendian y deseaban, la condenacion de Marcelo de Ancira y de S. Pablo de Constantinopla, despues los admitió á su comunion y patrocinó en su causa, como igualmente en la de San Atanasio. A la cabeza de treinta y cuatro obispos franceses, que firmaron los decretos del Concilio Sardicense, S. Atanasio pone á Maximino y á Verisimo, de los cuales el segundo era obispo de Lyon, y el primero era indudablemente el célebre S. Maximino de Tréveris, que sin duda alguna vino á sostener la verdad en esta célebre asamblea, como lo habia hecho en otras muchas. Los anatemas lanzados con el mayor encono contra él por los eusebianos, suministran la principal y mayor prueba de sus esfuerzos en favor

de la fe. Pueden señalarse entre los demás obispos que asistieron á este concilio á S. Proto de Milan, Fortunato de Aquilea, S. Severo de Rávena, S. Lucilio de Verona, Vicente de Cápua, todos obispos de Italia; Grato de Cartago, el más principal entre todos los obispos de Africa; Alejandro de Larisa, metrópoli de la Tesalia; Aecio de Tesalónica, capital de la Macedonia; Gaudencio de Naise, en la Dacia, que sufrió tambien los anatemas de los eusebianos, porque no habia condenado á sus émulos y enemigos, como Ciriaco su predecesor, y que habia defendido con el mayor ardimiento y generosidad á S. Pablo de Constantinopla. Los griegos dicen que Regino, obispo de Escopelo, en el Archipiélago, del que los arrianos despues hicieron un mártir, asistió igualmente al concilio de Sárdica. Arsenio, cuya muerte por asesinato se ha atribuido á S. Atanasio, tambien concurrió, para atestiguar con su existencia contra las infames calumnias lanzadas á las virtudes de este Santo. Además de los obispos ortodoxos que casi todos eran de Occidente, llegaron á Sárdica, segun unos, ochenta y segun otros, sesenta y seis de diversas provincias del Oriente; pero unidos muchos de ellos al partido de los eusebianos, algunos por pasion, otros por temor, y puede ser lo fuesen tambien por ignorancia. Sus nombres se leen y constan, aunque con bastante corrupcion, al concluir la carta cismática que escribieron para justificar su separacion del concilio de Sárdica. Los principales eran: Teodoro de Heraclea, Narciso de Neroniado, Estéban de Antioquía, Acacio de Cesaréa, en Palestina, Menofanto de Efeso, con Ursacio de Singuidon, en Mesia, y Valente de Mursa, en Panonia, que aunque occidentales, estuvieron siempre unidos con los eusebianos de Oriente. Pueden agregarse á estos, Mario de Calcedonia y Macedonio de Mopsuesto, que habian sido diputados para el concilio de Tiro, encontrándose todos con igual representacion y carácter en Sárdica, exceptuando solamente á Teogenio de Nicea, que para entónces habia muerto. Hállanse igualmente entre los firmantes de aquel libelo á Quintiano, usurpador de la silla de Guta, Marcos de Aretusa, Eudoxio de Germanía, Basilio de Ancira, Dion de Cesaréa, que es el mismo que Diano de Cesaréa en Capadocia; Vital de Tiro, Prereso de Sinope, Bitinico de Zelonia en Armenia, Olimpio de Dorica, en Siria, Calinico de Pelusa, este grande enredador, que tuvo el atrevimiento de declararse acusador de S. Atanasio en el concilio de Tiro; Demofilo de Coë, Eutiquio de Philippópolis, todos los cuales estaban reunidos cuando escribieron aquella infame epístola; y últimamente el famoso Isquiras, á quien en recompensa de sus calumnias y maldades le habian dado el título de obispo de Marcotis. El mismo Concilio confirmó plenamente y con la mayor claridad, que él habia venido á Sárdica amparado por los eusebianos. S. Atanasio se halló igualmente en Sár-

dica, del mismo modo que Marcelo de Ancira, Asclepias de Gaza y otros varios, tanto pertenecientes á los que acusaban los eusebianos, como de los que venian á devolverles la acusacion y acusarlos á ellos mismos, por las violencias que habian ejercido, y lo mucho que habian hecho sufrir á la Iglesia. Encontrándose en aquel punto, no solamente á todos aquellos que habian desterrado y perseguido, sino tambien, como vivo testimonio, las cadenas y los hierros con que ellos habian cargado á tantos inocentes. Además de los obispos habia muchas personas principales y de toda clase, que venian á presentar las quejas de sus parientes y de sus amigos, que permanecian en el destierro, y de los que habian hecho perder la vida en patíbulo afrentoso el encono y la animosidad de los eusebianos, procurándoles de este modo el honor y la gloria del martirio. Teodulo de Trajanópolis habia muerto á consecuencia de los disgustos y trabajos que le habian hecho pasar huyendo de su crueldad para evitar el suplicio á que aquellos le habian condenado por infames calumnias. Entre los varios obispos que habian sido el blanco de su rabia y persecucion, habia uno presente en el Concilio, que manifestaba las cadenas y los hierros con que le habian cargado y hecho llevar sin la menor consideracion; creése que este prelado fuese S. Lucio de Andrinópolis; otros manifestaban las heridas que habian recibido de sus dagas ó puñales, y muchos se quejaban de haber estado expuestos á morir de hambre y necesidad. Diversas iglesias habian mandado comisionados para representar contra las violencias que habian sufrido por la espada de los soldados, por los insultos de una multitud armada de palos y cachiporras, por el terror y las continuas amenazas de los jueces, y por las muchas cartas que habian fingido y les habian supuesto, como le sucedia á Teogenio, con el fin de irritar á los emperadores contra S. Atanasio, Marcelo y Asclepias, como realmente experimentaron sus efectos todos aquellos que habian sido sus diáconos. Tampoco se echó en olvido el despojo de las vírgenes, las iglesias quemadas y sus ministros perseguidos y aprisionados, no teniendo otro objeto estos atropellos que el encono y la desesperacion que les producia el no querer someterse y reconocer la herejía de los arrianos y de Eusebio, como se probó en el Concilio. La iglesia de Alejandría habia representado al Concilio con la mayor energía sobre todos estos particulares, acudiendo á Sárdica con aquel objeto varias personas, tanto de la ciudad de Marcotis como de otros puntos de Egipto; notándose particularmente dos sacerdotes de esta iglesia, que habiendo sido en otro tiempo del partido de Melecio, pero que despues habiendo sido admitidos y recibidos por S. Alejandro, permanecieron unidos á S. Atanasio. Esta fué sin duda la causa de este gran concurso y afluencia de gente, que los eusebianos quisieron hacer tan notable, cuando dicen con su acostumbrada falsedad, que se veia

llegar á Sárdica desde Alejandría y de Constantinopla una multitud prodigiosa de malvados, facinerosos y de hombres perdidos, culpables de homicidios, de asesinatos, matanzas, de robos, de pillos y ladrones, en una palabra, de séres que eran la hez de la sociedad, dotados de todos los crímenes y del desenfreno mayor; que habian destruido los altares, quemado las iglesias, saqueado las casas de los particulares, profanado los misterios de Dios, hollado con sus inmundas plantas las formas y los sacramentos de Jesucristo, y asesinado con la mayor barbarie y crueldad los más sabios y entendidos entre los obispos, diáconos y sacerdotes, para establecer la doctrina impía de las herejías contra la fe de la Iglesia; sin embargo, añadian los eusebianos, que exceptuaban de aquel número á Osio y Protógenes, que los admitian en sus juntas y asambleas y los trataban con honor y consideracion. No puede dudarse que los eusebianos, á pesar de todo, no temiesen mucho al concilio de Sárdica; siendo muy dudoso para ellos el resultado que pudiese tener; lo que fué causa de que se abstuviese de presentarse Jorge de Laodicea, despues que ellos trataron de la convocacion de este Concilio, considerándolo como un paso que iba á darse muy criminal, y cuyo resultado sería la perturbacion de casi todo el Oriente y el Occidente. Se quejaban altamente de que habian sido forzados y precisados todos los obispos á abandonar sus muchas ocupaciones eclesiásticas, el pueblo de Dios y la predicacion de la doctrina; que habian hecho emprender, sin la menor consideracion, un largo viaje á ancianos cargados de años, valetudinarios y áun postrados por enfermedades incurables; que se les habia arrastrado por unos y por otros, obligándoles á abandonar en el mayor desamparo á sus hermanos, que quedaban enfermos en los caminos en una travesía tan larga. Sin embargo, se lisonjeaban con que sus adversarios no se atreverian á presentarse en el Concilio, imaginándose que podrian dominar al obispo que hiciese de cabeza ó presidiese, contando para este objeto con el favor y con el poder del conde Musiniano, y el de un jefe de la armada, llamado Hesico; habian comprometido á estos dos personajes en sus miras para que les sirviesen de protectores y defendiesen su causa, al paso que sus adversarios contaban con ellos solos, no teniendo quien los dirigiese y gobernase más que al obispo Osio. Los eusebianos, contentos y satisfechos con estas esperanzas, partieron para el Concilio con la rapidez posible. Pero habiendo deliberado durante el viaje, y convencidos de que las determinaciones que se tomasen procederian siempre de un juicio puramente eclesiástico, en donde los soldados ni los condes no tendrian lugar, y viendo en seguida que sus contrarios, en vez de retirarse y huir, se presentaban con el mayor júbilo, y que eran mandados de todas partes para acusarlos y convencerlos, entónces los remordimientos de su conciencia les hicieron temer un acuerdo y un

juicio, que tendria por regla la ley de la verdad, y no acomodado á su capricho y antojo. Así fué que se encontraron en una situacion sumamente embarazosa, que les obligó á tener en diversos parajes y en el mismo camino varias conferencias y consultas. Tenian vergüenza, mayormente en su altivez, de confesar los crímenes de que se reconocian culpables, lo que ciertamente no podian evitar si se presentaban al Concilio, no encontrando medio posible para rehusarlo. Acordaron como el mejor y único medio el llegar efectivamente á Sárdica, pero sin comparecer al juicio ni asistir al Concilio, y que tan pronto como llegasen, que exigirian acta de su diligencia y presentacion, se escaparian con la mayor prontitud. Añadieron á esta resolucion grandes amenazas, de ejecutar las mayores violencias sobre aquellos que se separasen de su dictámen, y para quitarles todo pretexto y ocasion, obligaron á todos los obispos de Oriente á vivir reunidos en un mismo local, sin permitir que saliese ninguno solo ó en particular. A pesar de todo, muchos se les segregaron en los caminos, alegando no podian seguir por el mal estado de su salud. Sozomeno refiere que estando reunidos en Philippópolis, ántes de llegar á Sárdica, escribieron á los occidentales, que si trataban de recibir en su comunion á Atanasio y los demás condenados, no podrian reunirse ni asociarse con ellos. Pero esta circunstancia no se lee en ninguna otra parte. Cuando llegaron á Sárdica, se alojaron en el palacio, y permanecieron en tal reclusion y encierro, que no dejaron la menor libertad á ninguno de ellos, ni de asistir al Concilio, ni de entrar en la iglesia, donde era creible se celebrase el Concilio. Con todo eso, hubo dos entre ellos que, más generosos que los demás, abandonaron su impiedad y se reunieron al Concilio, donde despues de haber deplorado la violencia que se les habia hecho, descubrieron la mala voluntad y peores designios, y la debilidad de los eusebianos, añadiendo que muchos les hubieran acompañado que estaban en muy buen sentido, pero que no se atrevian por las frecuentes amenazas que se les hacian. Estos dos obispos eran Macario de Palestina y Astero de Arabia; los dos han sido calificados de obispos de Petra ó de los Pedros. Efectivamente, se conocian dos ciudades de Petra, la una en la primera Palestina, y la otra en la tercera, que en algun tiempo hizo tambien parte de la Arabia. Macario ha sido casi siempre llamado Ario, y se cree fuese este su verdadero nombre. Asterio es llamado igualmente Esteban por S. Hilario. La generosidad y bella conducta de estos dos obispos les hizo merecer bien pronto despues del Concilio el ser desterrados á la alta Libia, donde fueron cruelmente maltratados, consiguiendo la gloria de ser honrados por la Iglesia y de ser colocados en el número de los santos, Asterio el 10 de Junio, y Macario el 20 del mismo mes. Los eusebianos, como se ha dicho, no habian venido sino con el fin de marcharse al momento, bus-

cando todos los pretextos imaginables. Los Padres del Concilio habian recibido en su asamblea á S. Atanasio y á los demás acusados, permitiéndoles no solamente que estuviesen en sesion con ellos, sino que tambien pudiesen celebrar los misterios de la religion. Los eusebianos tomaron de esto ocasion para protestar, manifestando que ellos no podian comunicar con el Concilio á ménos que no se separase del mismo á los obispos condenados. Con este motivo volvieron á repetir y hacer presentes sus antiguas acusaciones contra S. Atanasio, principalmente en el delito de homicidio, pero sin poderlo probar ni justificar. El Concilio tambien esta vez desechó su proposicion como inadmisible, despues del juicio y del parecer tan auténtico, suministrado por el Papa en favor de este Santo, fundado sobre el testimonio de ochenta obispos de Egipto, que le habian declarado inocente. Debia tenerse tanta ménos consideracion á la demanda de los eusebianos, cuanto que los emperadores habian permitido al Concilio el discutir de nuevo todas estas causas desde su fundamento y orígen; debiendo colocarse los acusadores en el mismo estado en que se encontraban ántes del principio de la disputa, es decir, antes de celebrarse el concilio de Tiro. Esto fué aparentemente lo que los Padres querian decir, cuando ellos sostenian con referencia á los eusebianos, que ellos se constituan en jueces de los mismos jueces, pues que debian examinar de nuevo todo lo que los otros habian ya juzgado. Sozomeno dice que el Concilio declaró en su respuesta, que el Occidente no se habia separado jamás de S. Atanasio y sus compañeros. Los orientales no solamente pedian que se castigase á Atanasio y á Marcelo, sino que además extendian sus iras y querian tambien que se ocupasen de Dionisio de Edica ó sea Elida, en el Poleponeso, y Basso de Diocleciano en Macedonia. Alegaban que el primero habia sido depuesto por los mismos occidentales, y el segundo habia sido nombrado obispo por ellos despues de haber sido desterrado de Siria por los crímenes de que se le habia convencido, habia incurrido despues en desórdenes mucho mayores, lo que obligó á los occidentales á deponerle igualmente. No se sabe ciertamente si estas acusaciones eran bien fundadas, pero sí que aquellos que las hacian disfrutaban del título de falsarios y embusteros. Hé aquí los prelados que los eusebianos pedian con tanta instancia se les hiciese salir del Concilio, si se queria que ellos concurriesen á su celebracion. Como tenian necesidad de un pretexto cualquiera para sus fines, insistieron obstinadamente, y sostuvieron por muchos dias la misma pretension. Los Padres deseaban ardientemente que compareciesen en el Concilio, donde podrian sostener y probar sus acusaciones, y á este fin los exhortaron cuanto pudieron, tanto de viva voz, como por escrito, no una sola vez ni dos sino muchas, haciéndoles presente que habian venido al lugar del juicio y que no podian rehusar el com-

parecer, pero que habiéndose presentado, no era fácil pudiesen ocultar su llegada, que en el mero hecho de obrar de aquel modo, ellos mismos se condenaban. Que Atanasio y los otros que acusaban en su ausencia, se hallaban presentes, y que si poseian pruebas contra ellos, era la ocasion y el momento de producirlas; que si así no lo hacian, no les serviria de nada el decir que ellos no lo habian querido, pues mucho mejor se creeria que era por impotencia, y que pasarian en la opinion pública por calumniadores; finalmente, que el Concilio no podria juzgar ni obrar de otra manera, y que se veria obligado á reconocer por inocentes á Atanasio y demás acusados, y á concederles su proteccion. Además les hacian presente que violaban las órdenes del Emperador, por su resistencia, siendo al mismo tiempo deshonroso su cisma á aquella ciudad, y se exponian á una sublevacion del pueblo contra ellos. San Atanasio, por otro lado, con Marcelo y Asclepias, suplicaban ardientemente á los eusebianos compareciesen, exigiéndoselo con lágrimas, protestándoles que no solamente se purgarian de todas sus calumnias, sino que igualmente les convencerian de haber oprimido á las iglesias con sus violencias y desafueros. Osio y los demás obispos les manitaron muchas veces esta confesion y deseo de Atanasio y compañeros, y ellos mismos no podian ménos de reconocer que estos ilustres acusados solicitaban ser juzgados en presencia de ellos mismos. Los eusebianos, á todo esto, no mejoraron sus pretensiones, sosteniendo lo que habian manifestado anteriormente, y solo modificaron con sutilezas sus grandes exigencias, como se lee en la epístola que escribieron poco despues á Philippópolis, cuyos dos principales puntos eran, el uno afirmando que se introducia una nueva ley en la Iglesia, haciéndose una injuria y un gran menosprecio con querer que las determinaciones y juicios que habian dado y fallado los de Oriente fuesen revocados y nuevamente examinados por los occidentales; El otro era que los testigos y acusadores habian muerto, únicos que podian nuevamente esclarecer los hechos. El papa Julio habia respondido satisfactoriamente al primero; respecto del segundo ellos mismos declaraban y debian reconocer la nulidad, puesto que por otro lado manifestaban que de los seis obispos que habian informado en la causa en Marcotis, existian cinco que estaban en Sárdica en aquellos momentos. Los eusebianos concluian con esta proposicion; que de ambos lados se enviasen obispos á las ciudades y sitios donde pretendian que Atanasio habia cometido los crímenes de que se le acusaba, para hacer una exacta informacion de la verdad de los hechos, y que durante esta exploracion ellos permanecerian depuestos é inhabilitados, sin poder quejarse, ni al Emperador ni al Concilio ni á los obispos, si se les justificaba la falsedad de sus deposiciones; pero á condicion igualmente, que si por el contrario se probaba fuesen aquellas

verdaderas, todos los que habian comunicado con Atanasio, Marcelo y demás que los defendian serían tratados del mismo modo y sufririan el castigo á que ellos mismos se sometian. Proponian este partido con la mayor seguridad y confianza, porque estaban bien penetrados que ni Osio, ni Protógegenes ni los demás, aceptarian aquel medio solapadamente propuesto, por las dilaciones á que daba orígen, tendiendo á disolver el Concilio, siendo por otra parte bien inútil, puesto que todas las personas interesadas y necesarias en aquel juicio estaban presentes, y S. Atanasio no reclamaba otras. Habia además de eso gran peligro de aceptar aquel parecer, puesto que el crédito inmenso de que gozaban los eusebianos en Egipto, por su poder y por el terror que infundian, les hubiera facilitado y sido muy fácil violentar á la justicia, proporcionándose una informacion conforme á sus deseos, y del mismo modo que habian hecho la primera. Si se hubieran limitado á pedir la paz, bien pronto hubieran consentido en aceptar la proposicion que generosamente les hizo Osio, cuando le tuvieron en la iglesia entre ellos, en el local donde se alojaban; siendo así que este benemérito prelado les exhortó y suplicó en dos diferentes ocasiones, á que expusiesen sin temor todo aquello que tenian que decir contra S. Atanasio, asegurándoles de nuevo que absolutamente nada tenian que temer, pues no se decretaria nada que no fuese justo; que si no querian proponer sus acusaciones en pleno Concilio, que á lo ménos se las declarasen á él solo y reservadamente, prometiéndoles que si por el exámen detenido de aquellas, resultaba culpable Atanasio, los mismos occidentales le abandonarian y excomulgarian; que áun en el caso de que se encontrase inocente y que convenciese á sus adversarios el haber sido unos calumniadores, sin embargo conociendo la repugnancia invencible que tenian de admitirle entre ellos, le persuadiria y aconsejaria que se marchase con él á España. S. Atanasio accedia á esta proposicion, mostrando en ello su aquiescencia y que no buscaba absolutamente sino el bienestar de los intereses de Jesucristo y de la Iglesia; pero sus contrarios lo rehusaron todo; su conciencia les hacia temer demasiado este exámen, y además se les precisaba á justificar sus quejas, y la imposibilidad en que se encontraban de conseguirlo, les confirmaba en la resolucion que habian tomado de retirarse, confesando con esta huida vergonzosa que verdaderamente eran unos calumniadores, prefiriendo todos los medios al de verse confundidos y convencidos en presencia de todo el Concilio. Respecto á los resultados que pudiera tener aquella retirada, sabian muy bien, que áun cuando se les pudiera condenar en su ausencia, tenian en Constancio un poderoso protector, que no permitiria que los pueblos los arrojasen de sus iglesias, y con este apoyo encontrarian siempre medio de sostener y defender su herejía. Despues que

hubieron pasado muchos dias, dedicados á disputar acerca de los prelados que los eusebianos querian excluir del Concilio, y habiendo trascurrido el término marcado para decidir los negocios sometidos á aquella asamblea; inventaron un pretexto para no permanecer más allí, si cabe más ridículo todavía que aquel de que se valieran en Antioquía para no venir al concilio de Roma. Publicaron que el Emperador les habia participado que venia y acababa de conseguir una victoria considerable sobre los persas, y en seguida no tuvieron verguenza de mandar decir al Concilio, por un sacerdote de Sárdica nombrado Eustatio, que este motivo les obligaba á retirarse. No se atrevieron sin embargo á alegar aquella razon en la carta que escribieron poco despues para su justificacion, en la cual se limitaron y se contentaron con decir, que ellos habian querido y querian retirarse á causa de que los Padres rehusaban y negaban separarse de Atanasio y sus compañeros, añadiendo que se habia conmovido al pueblo, y se habia excitado una sedicion contra ellos en la ciudad. A pesar de todo el Concilio se mofó de un pretexto tan impertinente, y les escribió en términos precisos, que se presentasen á sostener y probar las calumnias y demás crímenes de que eran acusadores, ó que reconociesen á Atanasio y demás por absueltos y enteramente inocentes. Pero el temor que les infundia su conciencia, era más fuerte que el contenido de esta carta; el terror que les causaba la presencia de aquellos virtuosos prelados, á quienes habian tratado tan indignamente, no les dejó ni áun la libertad de contestar y de volverse hácia aquellos que les hablaban de parte y á nombre del Concilio, no dominándoles otro pensamiento que el de huir con la mayor presteza y diligencia durante la noche, lanzando en su vergonzosa huida mil dardos envenenados contra la inocencia y la verdad. Entre tanto pasó lo siguiente y despues de su huida en el Concilio. Habia tres puntos principales que discutir y tratar, el primero respecto de la fe, el segundo era relativo á los prelados acusados por los eusebianos; y el tercero á los crímenes y violencias de que los mismos eusebianos estaban acusados. Para tratar del primer punto, pidieron algunos que se ocupasen de nuevo de la fe, como si el Concilio de Nicea no le hubiese esclarecido lo bastante. Así fué que se declaró no debia escribirse más sobre el particular, debiendo contentarse con el símbolo de Nicea. Esto no impidió que poco tiempo despues se hiciese circular un escrito tocante á la fe, atribuido al Concilio de Nicea; pero San Atanasio y los demás obispos reunidos en el Concilio de Alejandría el año de 362, declararon que este escrito era supuesto, y prohibieron su lectura y el que se hiciese jamás uso de él. San Eusebio de Verceil, que firmó en este Concilio, hizo un artículo expreso para condenar este escrito; y es bien extraño que despues de una declaracion tan auténtica, Teodoreto, Sócra-

tes, Sozomeno y Vigilio no hayan dejado de admitir este falso documento; el primero le ha conservado entero al fin de la carta circular del Concilio, y Sozomeno añade que Osio y Protógenes escribieron al papa Julio, para justificar esta confesion de fe, y hacer ver que no habia sido hecha sino por necesidad. Hay casi la seguridad de que esta carta es un documento aún todavía más apócrifo y falso que el anterior, pues que en la historia y exposicion del Concilio, y en la carta dirigida por éste al Papa no se encuentra una palabra relativamente á este asunto. La huida de los eusebianos produjo el convencimiento de la falsedad de los crímenes que imputaban á sus adversarios, y de la verdad de los que á ellos mismos se atribuian y acusaba. Sin embargo, el Concilio no quiso contentarse con aquella demostracion solamente, temiendo no tomasen un nuevo pretexto de persecucion y de calumnia; invitando á S. Atanasio y demás obispos acusados á probar su inocencia; examinó con el mayor detenimiento y exquisito celo todo lo relativo á aquel asunto, para distinguir y conocer la verdad, siéndole muy fácil el encontrarla. La existencia de Arsenio era la prueba más manifiesta de la impostura de aquellos que declaraban que Atanasio le habia asesinado, puesto que, como ya se ha dicho, Arsenio estuvo presente en este Concilio. Bien fácil era el juzgar por esta acusacion de qué naturaleza serian las demás. Pero el Concilio trató de convencerse particularmente de la falsedad de la del cáliz roto, primeramente por la deposicion de diversas personas venidas de Alejandría, entre otras de dos prelados de Melecia, cuyos testigos fueron careados y confrontados con el Santo; segundo, por el testimonio de ochenta obispos, que así lo manifestaban en su carta al papa Julio; y tercero, por la misma informacion procedente de Marcotis, que no solamente carecia de autoridad por ser muy pocos los presentes, y los que se consideraban como comisarios no merecian ningun crédito, y los demás testigos eran incapaces de deponer acerca del hecho, por cuyas razones se rebatia y se destruia la calumnia por sí misma, y últimamente, por la resistencia que los eusebianos habian hecho á venir á Roma, aunque el Papa les hubiese escrito y mandádoles llamar por sacerdotes delegados. El Concilio se sorprendió y admiró de una impostura tan visible y tan grosera, reconociendo entónces que en efecto los eusebianos habian tenido poderosas razones para huir, y la equidad del dictámen que el Papa habia dado en favor de Atanasio pareció tan clara y tan manifiesta, que todos los obispos le confirmaron sin la menor dificultad en la comunion de la Iglesia. Le reconocieron como un obispo injustamente perseguido, y de este modo afirmaron más que nunca la paz y la caridad. Los Padres de Sárdica reconocieron del mismo modo y declararon inocentes á cuatro sacerdotes de Alejandría, que habian sido desterrados por los eusebianos, viéndose precisados á huir para evitar la

muerte de que estaban amenazados. Estos sacerdotes fueron Apthonio, Atanasio, hijos de Capiton, Paulo y Plotion, cuyos nombres se encuentran entre los demás que protestaron contra la informacion de Marcotis. El Concilio les declaró dichosos y dignos de muchas alabanzas, por haber merecido el sufrir aquellos trabajos de parte de los herejes, por el honor y el culto debido á Jesucristo. Se examinó tambien la causa de Marcelo de Ancira, que sus adversarios reducian á un libro que habia compuesto contra ellos, hacia mucho tiempo. Se leyó cuidadosamente este libro, y el Concilio no encontró en él nada de heterodoxo. Respecto á Asclepias se sabe solamente que él produjo los actos hechos en Antioquía en presencia de sus acusadores; y de Eusebio de Cesaréa, que hizo patente su inocencia por las sentencias de aquellos que le habian juzgado. Por todo lo cual el Concilio declaró inocentes á estos tres obispos, y quizá á algunos otros de que la historia no conserva memoria. Habiendo sido tan justificados los obispos á quienes habian denunciado y acusado los eusebianos, era consiguiente que se tratase de castigar á los autores de tantas calumnias. Pero esta no fué la sola razon que obligó al Concilio á proceder contra ellos. Estaban acusados de multitud de crímenes, cuyas pruebas tenian los Padres delante de los ojos, en las personas de aquellos mismos que tan cruelmente habian perseguido, y que habian venido de todas partes á Sárdica para quejarse. Además se hizo ver que Theognis habia supuesto cartas para animar á los emperadores contra Atanasio, Marcelo y Asclepias, cuya circunstancia fué probada por ellos mismos, que habian sido entónces sus diáconos. El Concilio no pudo sufrir por más tiempo que los eusebianos hubiesen, no solamente recibido á la comunion aquellos que habian sido depuestos y castigados á causa de la herejía de Arrio, sino el que tambien hubiesen elevado á los diáconos á la dignidad del sacerdocio, y los sacerdotes al episcopado, sin otra razon que el hacer cundir y extender su herejía, y el de corromper la fe. Creyó que no debia tolerar más tantos desórdenes, ni dejar sin castigo á los obispos que calumniaban á sus hermanos, que aprisionaban, que desterraban, que mataban, que destruian, que falsificaban cartas, que extrañaban y despojaban las vírgenes, que arruinaban y quemaban las iglesias, que pasaban de un pequeño obispado á otro mucho mayor, como habia querido hacer Valente, y que se esforzaban en extender y ensalzar la herejía detestable de Arrio. Ordenó respecto de Gregorio, de Basilio y de Quinciano, que habiendo entrado como lobos en las iglesias de Alejandría, de Ancira y de Gaza, que no se tuviese ninguna comunicacion con ellos, que no se les escribiese ni se recibiesen sus cartas, que no se les mirase como obispos, ni áun como cristianos, y que sus órdenes fuesen desobedecidas, sin que se mentasen jamás. Respecto de los principales eusebianos, á saber, Teodoro de Heraclea,

Narciso de Nerionade, Acacio de Cesaréa en Palestina, Esteban de Antioquía, Ursacio de Singidon, Valente de Mursa, Menophante de Efeso y Jorge de Laodicea, no solamente fueron depuestos á una voz ó por aclamacion, sino tambien anatematizados, privados de la comunion de los fieles y enteramente separados de la comunion de la Iglesia, del mismo modo que ellos separaban al Hijo de la sustancia y divinidad del Padre. Jorge no habia venido á Sárdica con los demás, pero habia sido depuesto en otra ocasion por San Alejandro, y no era ménos arriano ni ménos criminal que los otros. S. Atanasio puso en la misma línea á Patrophilo de Scytople, entre los que fueron depuestos en Sárdica; pero su nombre no se encuentra en el catálogo de aquellos de que se acaba de hacer mencion. Teodoreto añade que Mario, Ursacio y Valente presentaron sus excusas al Concilio para pedir perdon por la falsa informacion que ellos habian hecho contra S. Atanasio en Marcotis. Despues que el Concilio hubo juzgado todos estos asuntos del modo que se acaba de referir, hizo diversos cánones de disciplina, que fueron propuestos la mayor parte por Osio, y algunos otros por Gaudencio, Aecio de Tesalónica, Alipo de Megara, y Olimpo, que se cree sea el conocido por Enos. Se han conservado veinte de aquellos, segun el texto griego, y veintiuno, segun el latino. Los dos primeros estan dedicados y son referentes á la traslacion de los obispos; el tercero prohibia el pasar los obispos de una provincia á otra, donde hubiese obispos. La determinacion de este cánon constituye el cuarto, segun la version de Isidoro. El quinto y sexto, segun la version griega, determina que todos los obispos de la provincia deban encontrarse reunidos para la ordenacion de un obispo electo: si alguno faltase á este deber por omision ó negligencia, el metropolitano debe escribirle sobre aquel particular y esperarle, y si no viniese ó contestase manifestando las causas que se lo impedian, se tuviese presente, y se llamase á otro que ocupase su puesto. Añadiase que para elegir el metropolitano debia convocarse á los obispos de la provincia limítrofe. Se prohibia igualmente establecer sillas episcopales en las ciudades pequeñas y en los lugares donde no existiesen de antiguo, á ménos que no lo exigiese el aumento de poblacion; debe observarse que este cánon se subdividia en dos, segun Dionisio *el Menor*. En el sétimo se hacia mérito de los largos y frecuentes viajes que emprendian los obispos para ir á la corte, y Osio lo propuso así: «Nuestra importunidad y asiduidad y nuestras injustas peticiones nos quitan el crédito que tan interesados estamos en conservar, pues hay obispos que no cesan de venir á la corte, particularmente los africanos, despreciando los saludables consejos de nuestro hermano Grato (que era el obispo de Cartago), presente al Concilio. Los negocios que los llevan á la corte no son de ninguna utilidad para la Iglesia, limitando sus gestiones á pedir empleos y dig-

nidades para personas seculares; ordenad, si os parece bien, que los obispos no vayan á la corte por tan livianos motivos, á no ser llamados por el Emperador.» Así se acordó. El décimo ordena que aquellos que fueren electos obispos, deben ser considerados como neófitos, y no ser consagrados hasta que probasen haber ejercido las funciones de lector, de diácono y de sacerdote, y de haber permanecido el tiempo necesario en cada uno de aquellos grados, á fin de asegurarse de su fe, de sus buenas costumbres, de su firmeza, de su dulzura y afabilidad. El cánon once y doce eran referentes al mismo particular. El décimotercio prohibia á los obispos dar la comunion á los clérigos, de la que hubiesen sido privados por sus obispos, bajo la pena de responder de aquella falta delante del Concilio. Los demás cánones son referentes á estos particulares, que fueron tratados y discutidos con la mayor atencion por todo el Concilio, atendiendo á las proposiones de los ilustres prelados Osio, Gaudencio, Pretextatus, etc. El concilio de Sárdica, queriendo justificar delante de todo el mundo el juicio que habia dado y formado en la causa de S. Atanasio y demás obispos acusados, escribió varias cartas sinodales, una á los emperadores, otra á los obispos, otra al papa Julio, y además bastantes á las iglesias cuyos obispos habian sido restablecidos y rehabilitados, conviene á saber, á las de Alejandria, Ancira y de Gaza, con el objeto de asegurarles y confirmarles en la inocencia de sus respectivos obispos, exhortándolos á que absolutamente rehusasen y despidiesen á los que les habian usurpado sus sillas. S. Atanasio ha conservado la que fué escrita á la iglesia de Alejandria, que debia ser comun á todo el Egipto y la Libia, y su contenido viene á ser una exacta relacion de todo lo que pasó en el Concilio, en la huida de los eusebianos, en la justificacion de S. Atanasio, de Marcelo y de Asclepias, y en la condenacion de los principales protectores del arrianismo. En la carta dirigida al Pontífice le suplicaban, hiciese saber á los obispos de Cerdeña, de Sicilia y de Italia, todo lo que se habia determinado, temiendo no se remitiesen algunas órdenes á los obispos depuestos. Además el Concilio declaró que todos aquellos que habian perecido ó muerto violentamente por consecuencia de las persecuciones de los eusebianos, habian adquirido indudablemente la gloria y el honor del martirio. En las cartas á los emperadores, el Concilio da á entender su gran dolor y compasion al considerar tantos fieles y tantas iglesias oprimidas por la tiranía de los eusebianos, suplicando á aquellos príncipes pusiesen en libertad á todos aquellos que todavía sufrian aquella tiránica opresion. Suplicaban que la fe fuese libre, y que las iglesias no se infestasen con el contagio de los arrianos, suprimiendo las cadenas, los tribunales, y las nuevas torturas y tormentos que se habian establecido. Se suplicaba particularmente á los emperadores, que prohibiesen á los jueces que no se ocupasen de

otros negocios sino de los civiles, sin mezclarse á juzgar á los eclesiásticos, ni emprender persecuciones contra los fieles, bajo el pretexto del mejor servicio de la Iglesia. En tan árduos y espinosos asuntos se ocupó aquel Concilio en que tanta parte tomaron los sabios y esclarecidos prelados españoles Osio y Pretextato. — A. L.

PRETI (Matías), pintor religioso calabrés, nació en 1613 en Taverna, pequeña aldea de la Calabria. Sus disposiciones excelentes para la pintura empezaron ya á mostrarse en la edad de diez y siete años, en cuyo tiempo pasó á Roma, bajo la proteccion de un hermano suyo llamado Gregorio, que cultivaba el mismo arte con notable lucidez, habiendo obtenido el título honrosísimo de presidente de la Academia de S. Lucas. Gregorio le hizo estudiar las más bellas figuras antiguas, y los modelos más celebrados de Roma, alcanzando para su caro hermano la proteccion del gran pontífice Urbano VIII. Habiendo pasado por este tiempo á Roma el célebre La Guerchin, autor del famoso lienzo de Sta. Petronila, que ha figurado en primer término en el museo de Louvre por espacio de muchos años, el jóven Preti tuvo ocasion de escuchar á este hábil artista, quien no tardó en dispensarle su más íntima amistad. Deseoso de perfeccionarse en el arte, no quiso empezar á pintar hasta la edad de veintiseis años, en que profundamente versado en la ciencia, tomó por primera vez los pinceles en su mano. Su primera bellísima produccion fué un cuadro de la *Magdalena*, tan acabado y perfecto, que su mismo maestro Guerchin se complacia en mostrarle admirado á sus amigos. No satisfecho aún con tan precoces adelantamientos, Preti recorrió casi toda Europa para estudiar las bellas producciones de las diferentes escuelas. Despues de una ausencia de seis años, regresó á la capital del orbe católico, donde ejecutó un *Cristo* ú *Ecce homo delante de Pilato*, pero tan bello y admirable, que los más se lo atribuian á su maestro Guerchin. Sus protectores, admiradores de su genio superior, obtuvieron del Soberano Pontífice su admision en el órden de los caballeros de Malta, institucion veneranda por los grandes servicios que ha prestado á la religion y á Europa. Apénas habia sido recibido como caballero, una aventura desagradable le obligó, con gran pesar suyo, á abandonar á Roma, y refugiarse en la isla de Malta, donde supo captarse la benevolencia del gran Maestre, á quien dedicó un hermoso cuadro, pintado en la misma isla, representando la *degollacion de S. Juan*. Pero esta proteccion que le dispensára el gran Maestre duró poco tiempo, porque víctima de negras calumnias, fué desterrado, conforme á los estatutos de la Orden, á servir en las galeras con otros varios caballeros. Ofendida su nobleza y amor propio con tan duro tratamiento, cuya memoria conservó hasta la muerte, tuvo la destreza necesaria para salvarse en una falúa, que se encaminaba á Liorna, en cuyo punto tuvo la

feliz ocasion de encontrar al nuncio que la corte Romana enviaba á Madrid, quien le presentó en los círculos de la capital de España con entusiastas recomendaciones. Habiendo vuelto el nuncio de Su Santidad á la capital del mundo cristiano, despues de la muerte de Urbano VIII, pasó tambien Preti en su compañía á Roma, donde ocupaban los rangos más elevados Lanfranc y Pedro de Cortona, quienes le ocuparon en importantes trabajos. Luego recorrió diversas capitales de Italia, tales como Bolonia, Módena, Toscana, Florencia, hasta que á la muerte de Lanfranc pasó á Roma á pretender el cargo de pintor de S. Andrés del Valle. Preti fué preferido á sus contrincantes; pero uno de sus rivales, asaz incomodado por la crítica que hiciera de sus pinturas, le hirió peligrosamente en un duelo, obligándole á refugiarse en Nápoles. Una funesta casualidad hizo que á su arribo á esta capital, la encontrase asolada por la peste y circuida de un cordon, que impedia la entrada á todo forastero; pero Preti le traspasó, recibiendo por su osadía un golpe terrible de uno de los soldados que se hallaban de guardia. Preti, enfurecido, dió muerte á su golpeador, y desarmó á otros que le amenazaban, por lo que fué encerrado en un lóbrego calabozo. Noticioso el virey del infausto suceso, y justo apreciador del gran mérito del artista, supo salvarle de un juicio peligroso, imponiéndole por todo castigo la obligacion de pintar las ocho puertas de los templos de los santos protectores de Nápoles. Aunque los dias eran harto aciagos para los artistas, recibió sin embargo el encargo de producir varios lienzos de parte de algunos ricos hacendados, y bien pronto adquirió un renombre extraordinario en la capital de las Dos Sicilias. Llevados de su fama, los religiosos de S. Pedro de Mayela le encargaron la decoracion de su iglesia, en cuyas paredes debia representar varios pasajes de la vida de Sta. Catalina; y habiendo hecho un trabajo de gran mérito, calculando el efecto del modo más delicado, los monjes, viendo su obra, creyéndola un mamarracho, rehusaron aceptarla y pagarle lo estipulado, hasta que llevado el negocio á los tribunales, y colocados los lienzos en el sitio destinado, los mismos monjes fueron los primeros en admirar el efecto de los cuadros, que representaban *la disputa de la Santa con varios doctores, y su heróico martirio*. Reconciliado más tarde con los religiosos caballeros de su Orden, volvió á Malta, donde le fueron encargadas las pinturas de la catedral, en las que empleó trece años, quedando tan satisfecho de ellas el comandante de la Isla, que le galardonó con una pension considerable. Su barbero, afeitándole un dia, le hizo una herida profunda, que gangrenada, le condujo por fin al sepulcro en el año 1699, despues de diez meses de horrorosos sufrimientos, en la avanzada edad de ochenta y seis años. Los años habian cambiado enteramente su carácter, y en la última época de su vida consagró todo el producto de sus pinturas á

los pobres, contestando á los que no aprobaban que emplease tantos ardorosos afanes en favor de las clases menesterosas: ¿qué será de los pobres si yo no trabajo por ellos? Sentimiento tierno, que honra al insigne pintor, que ha llenado la España, Malta, Alemania, Francia, con sus innumerables frescos, con sus grandes composiciones al óleo: especialmente sus cuadros el *martirio de S. Andres*, y el *S. Antonio Abad visitando en el desierto á S. Pablo Ermitaño*, que figuraban en el museo de Louvre, eran dignos de hallarse al lado de las más atrevidas concepciones de Dominico y de Rafael. En el mismo establecimiento se muestra á los curiosos un tercer cuadro, trasladado de la galería de Viena, y que representa la *negacion y arrepentimiento de S. Pedro*. Se distingue este insigne artista por un conocimiento perfecto de la ciencia de los detalles, aunque, fuerza es tambien confesarlo, es mayor su rigor que su gracia y delicadeza en los contornos, degenerando en ocasiones en nimiamente sobrecargado. Su colorido nada tiene de dulce ni amable; pero maneja tan bien el claro oscuro, que hace destacar perfectamente los objetos. Se nota tambien que los asuntos de su mayor estimacion y preferencia son los trágicos y melancólicos, por lo que casi el mayor número de sus producciones versa sobre horrorosos martirios, pestes, actos de arrepentimiento, y otros de la misma especie. Su método consiste en pintar de corrido, aunque siempre con naturalidad, sin detenerse gran cosa en la correccion y expresion de los sentimientos, todo lo cual es aprendido sin duda en la escuela de Carvaches, Dominico y Rafael, en el tiempo en que los artistas comenzaban á degenerar de sus grandes modelos. Solo teniendo en cuenta su longevidad, su actividad y rapidez en el trabajo, es como se explica que haya engendrado la fabulosa suma de frescos y grandes composiciones al óleo, que todavía se conservan en las galerías más conocidas de Europa, causando la admiracion de los viajeros. ¡Qué bellos son los asuntos que la divina religion católica ofrece al genio! ¿Hubieran llegado Rafael ni Miguel Angel al grado de perfeccion que alcanzaron en sus respectivas artes, sin los grandes asuntos del cristianismo? No, sin duda.....—N. L.

PRETI DE SERRAVALLO (Fr. Vicente). Aun cuando son escasas las noticias que tenemos de este personaje, se sabe sin embargo que floreció hacia mediados del siglo XVII, siendo muy conocido en Roma como erudito literato y profundo teólogo, de que dió pruebas repetidas en las diversas consultas que le fueron hechas, y más que todo en las obras que dió á luz, de las cuales haremos mencion especial por su importancia al fin de este artículo biográfico. Educado como alumno agraciado con una plaza en el Colegio Pontificio situado en la capital del orbe católico, sobrepujó en sabiduría y conocimientos á todos sus condiscípulos, mereciendo la honra de ser elegido

para regentar una de las cátedras más distinguidas de teología. Más tarde, impulsado por los vivísimos y ardientes deseos que le animaban de adoptar una vida más perfecta y santa, ingresó en el órden religioso de los Dominicos, donde tambien se distinguió por su piedad y por su ciencia. Sucesimente desempeñó el cargo de profesor en los estudios generales, como los designaban antiguamente en las órdenes religiosas, en el regio Colegio Dominicano, situado en Nápoles, y otros varios puntos. Fueron encomiados sus escritos y obras en el capítulo general de la Orden celebrado en Tolosa, y se le llamó á Bononia á sustentar diversas tesis. Más tarde fué trasladado á Roma, donde se le enumeró entre los diversos miembros que componian el tribunal santo de la Inquisicion, encargado de velar inmediatamente sobre la pureza de la doctrina y de la ortodoxia, segun consta de las actas del capítulo general celebrado por entónces en la capital del orbe cristiano, debió nuestro personaje Fr. Vicente Preti de Serravallo desempeñar el cargo de definidor que, como es sabido, era uno de los más importantes que existian en el tribunal del Santo Oficio. Trasladado de nuevo á Bononia, dióse á conocer en esta capital á causa de su saber, de su erudicion vastísima y de sus cualidades particulares de mando. Segun refieren algunos de sus cronistas ó biógrafos padecia un pequeño entorpecimiento en la lengua, que le hacia desagradable al pronunciar alguna peroracion, y que eclipsaba en parte sus brillantes cualidades. En 1649 fué nombrado comisario general de la Orden, cargo espinoso y de trascendental importancia, que desempeñó por largo espacio de tiempo, con gran contentamiento y placer así de sus superiores como de sus inferiores. Hallábase ya en edad harto avanzada, abrumábale ya el peso de los años, los achaques contraidos á causa de sus fatigosas vigilias científicas y literarias, todo hizo que se fuese paulatinamente acelerando el término de su vida. Postrado al fin de sus dias en el lecho del dolor, agobiado por los pesares, oíasele exclamar con frecuencia que solo anhelaba el momento ansiado en que, rotas las ligaduras de la culpa y del pecaminoso cuerpo carnal, pudiese volar á la patria eterna. Ocurrió su fallecimiento en 31 de Julio del año 1664, siendo llorado por sus discípulos y compañeros, que le amaban como á un padre generoso y á un amigo sincero, y siendo enterrado en el cementerio comun á los religiosos de su Orden. Fué uno de los once consultores elegidos en el mes de Setiembre del año 1652 por el soberano pontífice Inocencio X, para fallar en la causa del famoso heresiarca Jansenio. Sus obras son: *Commentaria philosophica de Analogis, de materia prima, et de principio individuationis.* — *Theologia de prædestinatione, et de præscientia, de peccato angelorum, de divinis auxiliis et de gratia Christi, de legibus et censuris.* —N. L.

PREUSCHEN (Agustin Teófilo), nacido en 1734 y muerto en 24 de

Marzo de 1803, abrazó con verdadera vocacion el estado eclesiástico, fué condecorado con la dignidad de arcediano de Grunstandt, y más tarde de Carlsruhe, donde en 1792 fué promovido al rango de consejero eclesiástico. Publicó diversos escritos sobre materias teológicas y filosóficas, entre los cuales merecen un lugar preferente los intitulados: *Monumentos sobre las antiguas revoluciones físicas y políticas en Alemania, sobre todo las verificadas en el Rhin*, obra publicada en Francfort, en 1787; un tomo en 8.° — *Compendio de las principales revoluciones que han tenido lugar en los estados del Rhin, especialmente bajo la despótica dominacion de los romanos y de los germanos*, que salió á luz en el mismo punto en 1788, un tomito en 8.° Mas lo que le adquirió merecida reputacion en el mundo científico fué su última invencion de la *Tipometría*, ó sea arte de imprimir en planchas sobre tipos movibles, de la que dió cuenta en la Academia Alemana, presentando su precioso libro, intitulado *Compendio de la historia tipométrica*, publicado en Basilea, el año 1778, en un volúmen en 8.° Amplió los conocimientos reunidos en la citada historia en un libro, cuyo título es: *Monumento consistente en una carta tipométrica de la provincia de Saúsemberg*, dada al público en 1783. Habia ya ántes publicado la misma obra en hermoso lenguaje francés con el título siguiente: *Ensayos preliminares sobre la Tipometría, ó medio de formar cartas geográficas á la manera de los impresos*, que fué publicada en Carlsruhe, en el año 1776, en un volúmen en 8.° Manifiestan la más supina ignorancia de la historia de la humanidad los enemigos del clero, que con la mayor sangre fria del mundo le imputan el dictado de grosero é ignorante. ¿Hubieran por ventura llegado las ciencias al grado de perfeccion que tienen, sin la cooperacion del clero? — N. L.

PREUSCHOFF (Juan Antonio). Nació en Varmia en 15 de Agosto del año 1663, de padres honrados y nobles, que con asíduos cuidados dieron al fruto de bendicion que el cielo les otorgára una educacion religiosa y cristiana, imbuyendo en su tierno corazon máximas sólidas, y enseñándole en sus juveniles años á levantar sus manos al cielo é invocar el dulcísimo nombre de Jesus, nombre bendito, y el amable nombre de María, madre de los descendientes infortunados del prevaricador del Paraíso, cuya culpa puédese dar por bien empleada en cambio de esta Madre divina, que Dios nos legára al pie de la cruz á consecuencia de ella. Como un jóven imbuido en estas salvadoras máximas, difícilmente se separa de la senda hermosa de la verdad al abrir sus ojos al mundo de la corrupcion, por ardientes que sean sus pasiones, por numerosos que sean los lazos que en su camino tienda el infernal enemigo del género humano, nuestro jóven Juan Antonio, al llegar á la adolescencia, vió el mundo en todo su fascinador aspecto, que le brindaba con goces seductores, si no fueran tan pasajeros, y descubrien-

do al través de sus doradas superficies la necedad vanidosa de los livianos placeres de la vida, no tardó en dar un eterno adios á sus pomposas grandezas, en renunciar á sus ofrecimientos seductores, para consagrarse desde su juventud á la observancia de los evangélicos preceptos, á la práctica del amor de Dios, al estudio de ciencias sólidas, que alimentasen su alma sin desvanecerla. Por dicha suya entabló por entónces relaciones de amistad verdadera con los padres de la esclarecida Compañía de Jesus que, á semejanza del Redentor de los mortales, atraviesan la tierra derramando abundantes beneficios sobre ella. El año 1679 abrazaba la regla de S. Ignacio de Loyola el jóven Juan Antonio, dedicándose desde entónces con afanosa diligencia á la vida del espíritu, dulcísima en verdad y fecunda en goces innumerables. Despues de haber pasado algunos años en el estudio de las ciencias divinas y humanas, en las silenciosas moradas del claustro, consagró el resto de su vida á las misiones y á la enseñanza de la teología, en Vilna y otros puntos, hasta que falleció en Brunsberg, en 15 de Diciembre de 1729, dejando escritas algunas obras. — N. L.

PREIZDELLI (Gerónimo), natural de Reggio, hijo de modestos padres, dedicados á las faenas campestres, mostró desde sus tiernos años disposiciones precoces, un carácter inquieto, amante de novedades, que no se avenia ciertamente con las monótonas ocupaciones á que los autores de sus dias querian dedicarle. Apénas llegó á la adolescencia huyó á una capital de Italia, donde, refugiado bajo la sombra de un monasterio de religiosos, y protegido por estos hombres consagrados al servicio del Todopoderoso, siguió sus estudios, se dedicó á la teología y á la jurisprudencia, en cuyas ciencias hizo notables progresos, que le atrajeron bien pronto una reputacion brillante de sabiduría é inteligencia. Cruzaban por este tiempo, el siglo XV, metéoros fatídicos por el firmamento de la Iglesia, exhalaciones fatales nacidas de una sociedad corrompida, y que el Eterno permitió estallasen con explosion horrorosa: las doctrinas de Lutero y de Calvino, de esos cometas de mal agüero arrojados al firmamento y al espacio para derramar por todas partes la corrupcion, el terror, el veneno y la muerte, iban adquiriendo derecho de ciudadanía, y penetrando por todos los palacios de los monarcas. Coincide con esto el nacimiento de una pasion violenta en el pecho del monarca Enrique VIII, antiguo defensor de los derechos del pontificado, que olvidó sus antiguas creencias, dando de mano á sus pasadas doctrinas y obedeciendo solo á los gritos infernales de su amorosa delectacion. Este hombre orgulloso llega á prevalecerse de sus servicios á la Iglesia, para solicitar de su jefe supremo la dispensa de casacion para repudiar á Catalina de Aragon, cosa á que el pontificado, acérrimo defensor de la monogamia y de la indisolubilidad del matrimonio, no podia acceder á

ménos de renunciar á las bases más fundamentales del cristianismo. Gregorio Casali, en cuya casa habia ejercido Previdelli el cargo de preceptor de sus hijos, recibió el encargo de Enrique VIII, rey de Inglaterra, para que hiciese valer toda su influencia en la corte romana, á fin de que ésta autorizase el ansiado divorcio entre Enrique VIII y Catalina de Aragon, no alegando los verdaderos pretextos fundados en el odio que surgian en el pecho del inconstante monarca contra su virtuosa esposa Catalina. En este negocio ruidoso nombráronse de una y otra parte abogados ilustres y distinguidos, que defendiesen respectivamente la causa de Enrique VIII y la de la inocente Catalina de Aragon. Por inverosímil que parezca, por lo que despues diremos, es cosa puesta fuera de toda duda, que nuestro personaje Gerónimo Previdelli, ya á estas fechas elevado á la dignidad sacerdotal, tomó por su cuenta el cargo de defender la antijurídica y la anticatólica causa de Enrique VIII, teniendo por contendiente á Bernardo de Santi, abogado de Rieti, defensor de la reina de Aragon. Despues de varias y sólidas explicaciones que mútuamente se dieron, el papa Clemente VII los citó á su presencia, formó consistorios, y allí entre los príncipes de la Iglesia, entre los cardenales, explicaron cada uno de los defensores las razones que tenian para defender á sus respectivos é ilustres clientes. Véase cómo procede la Iglesia en todos los negocios más árduos, esperando que se calmen las pasiones, que se vean las cosas con el prisma de la fria razon, y consultando á los hombres que por su posicion, sus eminentes cualidades, sus profundos conocimientos sobre el corazon humano y del mundo, dotados además de sentimientos piadosos, amantes del bienestar de la humanidad, á la cual desean guiar por verdaderas sendas, y por consiguiente los más adecuados para decidir las cuestiones más trascendentales que atañen al bien del linaje humano. Por más que Previdelli, guiado segun algunos de la mejor buena fe en este negocio, lo que se nos resiste grandemente el creer, atendida la claridad de su inteligencia, alegó razones especiosas; por más que miró la gravísima cuestion por el lado más favorable á su defendido régio, no consiguieron sus argumentaciones rodear de inocencia la inícua frente del monarca, que aborrecia á su esposa, y este hombre inconstante, voluble, indigno de la corona dorada que ceñia su frente, apareció en el consistorio á los ojos de todos los cardenales como el altivo enemigo de la virtud, que estaba pronto á sacrificar los más altos intereses, ántes que cejar en su propósito, empleando al efecto amenazas horrendas, caricias villanas, promesas y desdenes; como si el vicario de Jesucristo, el hombre que habla á los pueblos en nombre de la Divinidad, pudiese dejarse intimidar ni por las amenazas, ni por los desdenes; como si no prefiriese el martirio y las más hediondas mazmorras ántes que renunciar á sus derechos, á la justicia, ántes

que hacer traicion á sus venerandas tradiciones, ántes que pronunciar una palabra, que halagando de pronto al enemigo, arrojase el baldon de la ignominia humana y divina á la faz de la Iglesia docente. Publicó además nuestro personaje Gerónimo Previdelli un tratado, en el que incluia todo el célebre proceso, y cuyo título es el siguiente: *Consilium pro invictissimo rege Anglio, una cum responsione ad consilium divi Bernardi Bectini, pro illustrissima regina, editum in Bolonia, anno* 1531; un tomo en 4.°, y dedicado á su antiguo protector Gregorio Casali, amigo además del Rey anglicano, que anunciaba una era de persecucion y de muerte á la Iglesia y á las sociedades. Además de esta obra, dió á luz otra con el mismo intento, intitulada: *Prima disceptatio pro illustrissimo rege Angliæ in sacro publico consistorio Sanctissimi Domini Clementi septimi et sacri ejus senatu, habita die decimo mensis Aprilis* 1532: *secunda disceptatio habita*, el 17 de Abril del año 1532; *Schoti allegatio privatim dicta*, el 27 de Mayo de 1532; publicadas estas últimas piezas en Roma un tomo en 4.° Además, estas publicaciones, que forman el argumento más invencible contra el protestantismo, han sido impresas en la *Coleccion de consultas* dada á luz en Francfort en el año de 1571, donde puede acudir el curioso lector, seguro de que las curiosísimas noticias que en ellas se encuentran, le harán aborrecible el protestantismo, nacido de una pasion impura. Como es bien sabido de todos, á pesar de los esfuerzos de Gerónimo Previdelli, á pesar de los manejos y poderosos personajes que influyeron en este grave negocio, apoyando la defensa de Previdelli, para obtener la casacion del matrimonio de Enrique VIII con Catalina de Aragon; esta union fué declarada válida por sentencia pontifical del 23 de Marzo de 1534, despues de oidos todos los alegatos del desventurado Emperador. Muchos han querido disculpar la conducta anticristiana de nuestro personaje, alegando que no incurrió en los anatemas ni en la animadversion del Pontífice por haber tomado sobre sí mismo el encargo de defender una causa á todas luces condenada, pretextando además que su buena fe y la creencia en que se hallaba de ser verdaderos los ficticios ó al ménos exagerados impedimentos del Rey, alegados por sus viles consejeros, y diciendo que así como un abogado que en los tribunales civiles defiende una causa de un criminal condenado por todas las leyes, no por esto incurre en el odio de los magistrados ni del monarca, así no pudo tampoco incurrir en el desprecio de la corte romana el que deseoso de defender á un cliente, se presentaba al Papa en su consistorio. Miéntras así disculpan los unos á Previdelli, alegan otros que serían atendibles estas razones á no haberse nuestro personaje dejado sobornar por el oro régio; á no haber mostrado una tenaz insistencia en que triunfase su causa; á no haber publicado con este intento las obras y folletos que arriba dejamos

mencionados. Nos abstenemos de pronunciar fallo ninguno sobre este personaje, limitándonos á consignar los hechos, para que en vista de ellos juzguen los lectores. Murió Gerónimo Previdelli en Bolonia, hácia el año 1549 al 1550, dejando estas obras: *De teste et ejus privilegiis; de consanguinitate et affinitate;* dada á luz en el mismo Bolonia.—N. L.

PREVOST (Claudio), canónigo regular y bibliotecario de Sta. Genoveva, en París, nació en 1699, en Auxerre, y murió el 15 de Octubre de 1752, despues de haber publicado abundantísimas colecciones, curiosas obras literarias, entre las que debemos mencionar una *Biblioteca de los Canónigos regulares*, una coleccion de *Vidas de Santos canónigos, así seculares como regulares*, publicadas por órden alfabético. *Historia de todas las casas de los Canónigos regulares.* Dejó casi terminada una *Historia sobre la abadía de Santa Genoveva*, y la descripcion de casi todo lo que se encuentra en esta casa en el tomo VII de la *Nueva Galia cristiana.* Le suministró abundantes materiales el laborioso abate Lebeuf para el completo catálogo de los más renombrados escritores de la provincia de Auxerroix, que forma parte de la historia de Auxerre.—N. L.

PREVOST (Juan), clérigo beneficiado de Strasburgo, nació en 4 de Julio del año 1585 en dicho país, situado cerca de Basilea, y luego de pasados sus infantiles años en el seno de su familia cristiana, dedicados á la piedad, escuchando las santas lecciones de la religion, ora de los labios venerables de sus padres, ora de los sagrados labios de los religiosos que concurrian á su casa nativa, fué destinado á los estudios en el Colegio de los jesuitas de Dole, donde regido bajo la direccion de tan sabios y entendidos preceptores, hizo notables progresos en el estudio de las humanidades, de la retórica, y más que todo en el de las virtudes cristianas. Pasó más tarde á Molsheini, donde cultivó la ciencia filosófica bebiéndola de fuentes puras, y de aquí se trasladó á Dillingen con el proyecto de ampliar sus estudios literarios y filosóficos, en cuyo punto recibió el título de maestro en artes en el 1603. El archiduque de Austria Leopoldo, á la sazon obispo de Strasburgo, noticioso de las relevantes prendas que concurrian en nuestro jóven estudioso, le dispensó su proteccion, acogiéndole en su palacio en calidad de paje, y más tarde, deseoso de cultivar en beneficio de la Iglesia los talentos extraordinarios que mostraba el jóven Prevost, resolvió enviarle á España, en cuyas celebérrimas universidades de Salamanca y Alcalá florecian á la sazon los estudios teológicos de un modo brillantísimo y admirado por el resto de las universidades de Europa, á fin de que estudiase teología como es de suponer, costeándole él mismo los gastos de universidades, viajes y demás que ocasionaba su educacion. Despues de haber escuchado por espacio de muchos años en las mencionadas universidades á los famosos profesores

consumados en la divina ciencia de la religion católica, ansioso de adquirir mayores y más variados conocimientos, abandonó la Península Ibérica, centro entónces de la civilizacion, para dirigirse á Génova, para cuyo punto se embarcó en el año 1605, es decir, visitando al paso las más notables ciudades de la bella y fértil Italia, deteniéndose con especialidad en Pádua, donde asistió á escuchar las explicaciones de sus profesores universitarios, especialmente los del famoso médico profesor Hércules de Lanssonia, que gozaba en la actualidad de gran reputacion en la paduana ciudad y en los contornos itálicos. Por una de esas extrañas vicisitudes que ocurren en la vida de los sabios, al escuchar las explicaciones médicas del Dr. Sassonia, sintióse nuestro jóven vivamente aficionado al cultivo de la medicina, tanto que guiado por sus deseos de instruirse en ese oscuro y tenebroso ramo del saber humano, suspendió su viaje proyectado á Génova, deteniéndose en Pádua, con el fin de poder asistir más de cerca á la cátedra del médico Hércules, áun cuando esta medida y determinacion le pusiese en el riesgo de perder la estimacion honrosa y beneficiosa para su porvenir de que gozaba por parte del obispo de Strasburgo, á cuyas órdenes estaba sometido, como clérigo que era de esta diócesis con arreglo á los cánones disciplinares eclesiásticos, en virtud de los cuales ningun eclesiástico puede abandonar la diócesis en que se halle adscripto sin las prévias recomendaciones y licencias de su Obispo. Como en Pádua carecia nuestro Juan Prevost de conocimientos y amistades; como por otra parte no abundaba en recursos pecuniarios, que le suministrasen lo necesario para su sustento; como no podia prometerse además que su familia enviase recursos al que así desvanecia en un momento las más bellas ilusiones que se formáran acerca de su porvenir, renunciando á la amistad del generoso y noble archiduque, veíase en la precision de trabajar si habia de procurarse el sustento necesario para la vida. Aceptó, pues, el partido de consagrarse á explicar filosofía y bellas letras, dando además lecciones particulares, lo que si bien le robaba algun tiempo en sus estudios favoritos, en cambio le proporcionaba un mediano pasar en la ciudad de Pádua. Bien pronto logró adquirir una reputacion vasta entre los entusiastas paduanos, quienes saludaron al jóven y elocuente clérigo con afable amor, manifestándole sin rodeos el placentero gozo que experimentaban en verle habitar en tan amada ciudad; y esta, rodeando de cierta lisonjera y grata atmósfera á nuestro personaje, le valió además abundantes recursos pecuniarios, por el aumento que sufrieron sus alumnos. Entre estos, un rico personaje de Pádua le renumeró la educacion brillante y esmerada que diera á su hijo, con un pingüe regalo, consistente en una gruesa suma de dinero, á la vez que otros objetos de mayor valor. Así es que Juan Prevost vióse bien pronto rodeado de riquezas, en una posicion muy desemba-

razada, que le permitia dedicarse con más amplitud á sus favoritos estudios médicos. Ni el incienso adulador de la lisonja, que tantos cerebros desvanece, ni las abundantes riquezas, fueron bastante á extinguir en la mente de Juan su ardoroso apasionamiento por las ciencias, de manera que por el deseo de ampliarlas y descubrir esos lazos secretos y misteriosos que unen á las unas con las otras, emprendió el estudio de las matemáticas bajo la direccion del celebérrimo é ilustre Galileo, que habia de inmortalizar más tarde su nombre, legando á las generaciones venideras invenciones útiles, cuya práctica habia de hacer brotar de los labios de sus sucesores palabras de bendicion para el genio que así empleára sus facultades, recibidas de Dios, en beneficio de sus semejantes. Fácil es comprender el entusiasmo que suscitarian en su mente, ávida de novedades, ansiosa de descubrir nuevos horizontes de luz, las doctrinas inusitadas de Galileo, que abrian una era de nuevos conocimientos á la ciencia. Estableciéronse íntimas y amistosas relaciones entre el maestro y el discípulo, que continuaron en todo el curso de la vida de Galileo, á quien en sus persecuciones y adversidades prestó servicios importantes, vertiendo en su alma apenada los bálsamos consoladores de la amistad, la cual en ninguna ocasion se muestra más digna y grandiosa como en los tiempos de reveses que privan al hombre de las consideraciones sociales sumiéndole en una especie de desprecio, hijo las más veces de la pérfida ingratitud. Esta amistad, sin embargo, arreglada por las sabias máximas de la religion, jamás condujo á nuestro héroe al extremo de consentir con todas las opiniones de Galileo, algunas de ellas no muy acomodadas á las máximas del catolicismo, obrando en esto segun el consejo de Platon, que profirió la digna sentencia de que la amistad solo debia llegar *usque ad aras*, y que el hombre nunca debia sacrificar los sagrados intereses de la verdad augusta en el altar de la amistad: *magis amicus veritas*. Por lo demás fueron tambien rápidos los progresos de Juan Prevost en las ciencias médicas, cuya carrera terminó recibiendo la borla de doctor en la precitada universidad paduana el año 1609, dedicándose además, previo permiso especial requerido en los clérigos para desempeñar las funciones de la medicina, á la curacion de algunas enfermedades, aunque prestó más importantes servicios á la ciencia médica en el terreno teórico que no en el práctico, ora consagrando sus vigilias á la meditacion de los recónditos misterios de la ciencia y arte de curar, ora publicando obras notabilísimas para esclarecer algunos puntos, cuya enumeracion haremos más abajo, ora en fin explicando de viva voz muchos de sus arcanos con admirable y desusada lucidez. Por entónces pasó á mejor vida el famoso Próspero Alpin, profesor que era de botánica y director del jardin de las plantas de Pádua, dejando á su fallecimiento vacante la plaza de profesor. Entre los varios opo-

sitores que se disputaron la honrosa profesion de catedrático de botánica, mostrando en ejercicios públicos sus variados conocimientos, mereció la preferencia nuestro personaje Juan Prevost, quien por lo mismo tomó posesion del cargo de profesor de botánica junto con la direccion del jardin de las plantas en el año 1617, desempeñando sus funciones con aplauso universal por espacio de largos años. Al cabo de ellos fué invitado para que pasase á Bolonia, brindándole al efecto con pingües ofrecimientos; pero lleno de gratitud á la adoptiva patria, que habia protegido sus inclinaciones, aplaudido sus talentos, admirado su saber y concedídole pingüe patrimonio, rechazó las ofertas lisongeras y continuó pacíficamente en el desempeño de sus funciones profesorales. Más tarde una peste horrorosa, cual no se viera en largos años en las regiones de Italia, cubrió de luto y de terror la ciudad de Padua, causando la consternacion y espanto en todos los habitantes, durante los años de 1631, 1632 y 1633. Este desagradable acontecimiento obligó á las familias pudientes á abandonar la ciudad de Padua para buscar un asilo seguro á la vida en otros climas más benignos, más puros, no infestados por la peste mortífera, que producia estragos aterradores en la ciudad. Aun cuando nuestro Juan Prevost gozaba de buena posicion para huir como el resto de sus compañeros á climas no castigados por Dios, prefirió sin embargo permanecer en la paduana ciudad con el noble propósito de prestar sus servicios espirituales y temporales á los apestados, hecho heróico que enaltece á los ojos del mundo á los hombres, que despreciando riesgos azarosos, se dedican al alivio de la humanidad, exponiendo si es necesario su vida, sus intereses, todo. Todos sabemos que hombres de alma tan elevada son dignos de que sus generaciones coetáneas les levanten estatuas y quemen un grano de incienso á la memoria ilustre del que así ama á sus semejantes con amor divino, con la hermosa caridad, que desconoce los peligros, desafia las tempestades, rompe los mares, atraviesa impávida y serena las aguas y furiosas tempestades del Océano, y parte á los selváticos bosques, poblados por indios y hordas errantes, á aliviarlos en sus dolencias, á curar sus llagas, no solo espirituales, sino además las temporales. Este celo produjo en Juan Prevost una enfermedad, que le tuvo postrado largo tiempo en el lecho del dolor, hasta que degenerando despues en lenta fiebre, fué paulatinamente cavando su existencia, suerte que al fin le terminó el 3 de Agosto del año 1632 ó 1633, contando á la sazon la edad de cuarenta y seis años. Celebráronse con honroso aparato sus funerales, y el cuerpo colegiado de los profesores consagró á la memoria del sabio y virtuoso profesor honoríficos epitafios, magníficas dedicatorias, esculpiéndolas en la fria losa de su mausoleo para grabar de esta manera con indelebles caractéres las virtudes religiosas y cívicas del ilustre finado,

no ménos que la tristeza profunda que produjera en el ánimo de los paduanos la prematura muerte de Juan Prevost. Entre sus obras, la mayor parte versan sobre las ciencias exactas, sobre la medicina, sobre la historia natural, sobre la física, algunas hay filosóficas, y un escaso número de fragmentos dedicados á tratar algunas cuestiones teológicas. Las denominadas: *De remediorum usu simplicium, tum compositorum materia; De calculi vesicæ sectione, consultatio;* con otras ménos notables, fueron publicadas en Venecia, en el año 1611, dos tomos en 8.°, reimpresas despues en Leyden, en 1638. Segun los inteligentes es tambien uno de los puristas de la lengua latina, y parece que cultivó con especial predileccion la literatura romana y griega, dedicando sus vigilias á la lectura de las obras de Ciceron, Quintiliano, Horacio, Virgilio y demás clásicos griegos y latinos, que han atravesado cubiertos de coronas de laurel veinte siglos, recibiendo en su transito por la senda de las edades los justos encomios de sus conocedores. Hoy nuestra ilustrada época hace alarde de mirar con soberano desprecio las sombras venerandas de los grandes hombres de la antigüedad, porque la enfermedad de nuestra época, más cruel que la de ninguna otra, es el orgullo, el orgullo satánico, que tiende al odioso extremo de arrojar del mundo al Dios de las naciones, derribar sus altares divinos y colocar en ellos los ídolos satánicos. Nunca hasta la aparicion de Prudhomme habian salido de labios humanos las abominable palabras, estampadas en sus obras, y en las cuales brinda por el triunfo del ángel de las tinieblas. Cuídese de no confundir el nombre de Juan Prevost con el de Nicolás Prevost, que floreció tambien por la misma época, en la ciudad de Tours, dejando tambien algunas obras que adornaron las ciencias exactas y la literatura. — N. L.

PREVOST (Juan). Nació en Arras en 1570. Inclinado al claustro, entró en la Compañía de Jesus, en donde dedicado á la enseñanza, profesó mucho tiempo la filosofía y la teología escolástica en Douai y en Lovaina. Recibió el grado de doctor en 1617, y murió en Mons el dia 8 de Junio de 1634. Compuso unos *Comentarios en latin sobre la Suma de Santo Tomás*, que se imprimieron en fólio en Douai el año 1629 y 1631. — C.

PREVOST (Juan el). Nació el año 1600. Primero fué cura párroco de S. Herblaud, y despues canónigo y bibliotecario de la catedral de Ruan, en la que murió el año 1648. Se ocupó mucho de las antigüedades de su provincia y dejó un manuscrito titulado: *Historia eclesiástica de Normandía.* Es autor del *Calendario histórico*, impreso al frente del Ritual de Ruan en 1640, y de la *lista de los arzobispos de Ruan, impresa en la Coleccion de los Estatutos sinodales de la diócesi de Ruan*, en 8.°, en 1653. Prevost publicó, en union de sus cofrades Jorge Bidel y Santiago Malet, una edicion del libro *De Officiis ecclesiasticis* de Juan de Bayeux, obispo de Avran-

ches y despues arzobispo de Ruan, enriquecida con notas, en 8.°; Ruan, en 1642. Lebrun Desmarettes ha publicado una nueva edicion con notas, conservando las de los primeros editores, la cual se dió en 8.° en Ruan en 1679. — C.

PREVOST (Nicolás), monje benedictino, descendiente de una familia distinguida de Orleans, donde nació en el año 1641, siendo educado por sus piadosos é ilustres padres en las sabias y hermosas máximas del catolicismo. Desde sus más tiernos años empezó á mostrar desvío desdeñoso, desprecio soberano de las pompas y grandezas con que el mundo le brindaba, mirando con indiferencia las vanas diversiones y extravagantes como ridículos alardes de grandeza y lucimiento, que tan propios eran en los jóvenes de su edad y alcurnia. Miéntras ellos corrian desalados en pos de quiméricos fantasmas con que alimentar su imaginacion, nuestro personaje, fija la vista en objetos elevados, en los únicos capaces de satisfacer el corazon humano, especie de abismo sin fondo, que el mundo entero no basta á llenar, abandonaba las reuniones aristocráticas, donde se respiraba venenosa atmósfera, para dedicarse al cultivo de las prácticas religiosas, para retirarse á la oracion y al recogimiento, para pasar largas horas ante el augusto Sacramento del altar, entregado á dulcísimos coloquios con el que se digna habitar entre los hombres, para emplearse en las obras de caridad, en el alivio de los pobres, en el consuelo de los desvalidos, en enjugar las lágrimas de la indigencia. Semejantes disposiciones espirituales no eran las más adecuadas para que nuestro jóven hallase encantos en la mentida vida de los ficticios placeres mundanos, por lo que concibió en su mente el nobilísimo proyecto de consagrarse al servicio del Altísimo y al bienestar de sus hermanos, sepultándose con sus timbres y títulos nobles en la oscuridad del claustro, entre cuyas sombras misteriosas pudiera dedicarse á las dulces contemplaciones de la virtud. Así es que vistió la cogulla de los Benedictinos en la abadía de Noyon, en la Turena, pasando el resto de sus dias en la oracion y el estudio de las sagradas Escrituras, en la práctica de la humildad y de las demás virtudes cristianas, que abatiendo en la apariencia al hombre, le engrandecen y elevan á los ojos del Altísimo. Dejó escritas en latín dos obras, *sobre las obligaciones de los monjes*, *sobre los bienhechores del monasterio*, etc. — N. L.

PREVOST (Pedro Roberto el). Nació en Ruan en 1675. Abrazó el estado eclesiástico y se hizo un lugar distinguido en el púlpito por su talento y elocuencia. Deseando perfeccionarse en la elocuencia sagrada, fué á París á oir á los oradores más célebres de su época, y él mismo obtuvo en su predicacion un brillante éxito. En 1705 pronunció el panegírico de S. Luis en la capilla del Louvre en presencia de los miembros de la Academia Francesa,

segun la costumbre entónces de esta asociacion. Predicó muchas veces ante la corte en Versalles, y fué encargado de los sermones de Adviento en 1714 y en 1725, y de los de Cuaresma en 1718, todos los cuales le valieron el título de predicador del Rey. Nombrado canónigo de la iglesia de Chartres en 1718, sostuvo dignamente la reputacion que habia adquirido en esta ciudad, en la que murió el año 1736. Su elogio, compuesto por el canónigo Cheret, su cofrade, que fué despues cura de S. Roque en Paris, se encuentra en el *Mercurio* de Francia, del mes de Octubre de 1736. Además de sus sermones, dice su biógrafo Philbert, en la parte suplemento de la *Biografia Universal* de Michaud, se han conservado de Prevost cuatro oraciones fúnebres, que se imprimieron por separado, á saber: la del cardenal Funstemberg, obispo de Strasburgo, pronunciada en 1704 en la abadía de San German de los Prados en Paris, y de la cual hace mucho elogio Fléchier en sus cartas. La de Godet des Marais, obispo de Chartres, pronunciada en 1710 en la catedral de esta ciudad. La de Luis XIV, pronunciada en 1715 en Beauvais y en Ruan, y la del duque de Berry que la dijo en la abadía de San Dionisio. Reunidas todas, se publicaron con el título de *Recueil des oraisons funébres de l'abbé le Prevost;* Paris, 1765, en 12.° Este volúmen contiene tambien el panegírico de S. Luis, y el editor A. M. Lotin le empezó con un extracto de la vida del autor, y puso una noticia histórica á la cabeza de cada oracion fúnebre. —C.

PREVOST (Renato), nacido en Doullens en 1664, abrazó el estado eclesiástico, dedicándose al estudio de la literatura cristiana, en la cual hizo progresos notables. El mes de Marzo de 1705 tomó posesion del curato de S. Mauricio, de considerable número de vecindario, al cual supo encaminar con su sabiduría y celo consumado por las sendas de la virtud y del bien. Dedicado casi exclusivamente al desempeño de las delicadas funciones de su cargo, era constante en el púlpito, desde donde anunciaba á los fieles las tremendas verdades del cristianismo; refutaba con uncion evangélica los errores que ya cundian por toda Francia; atraia al seno de la Iglesia muchedumbre copiosa de herejes, á quienes cautivaba con la dulzura y encanto de su conversacion, con sus formas insinuantes y delicadas. No olvidaba tampoco la parte doliente de su rebaño, prestando los socorros espirituales y materiales en abundancia á las clases desvalidas y menesterosas, consolando á las abandonadas viudas, procurando decorosas colocaciones á los huérfanos y pobres despreciados del gran mundo, que acudian llenos de amorosa gratitud al cura de S. Mauricio, seguros de encontrar en él benévola acogida. Del curato de S. Mauricio pasó al de Amiens, y murió el 21 de Diciembre de 1736. Escrita en los dias de su juventud, se conserva de él la siguiente obra: *Fábulas de Fedro*, traducidas al francés, con el latin

al márgen, aumentadas con ocho fábulas, explicadas de un modo fácil é inteligible, y con eruditas notas. — N. L.

PREVOST DE LAYANNES (Miguel), descendiente de una antigua familia originaria de la Gran-Bretaña, nació en Orleans en el año 1696, época aciaga en que ya empezaba á brotar la semilla disolvente, cuyos frutos habian de ser tan amargos á las naciones todas del orbe. Sus padres, atentos á preservarle del contagio de las malas doctrinas que cundian en universidades y colegios, encomendaron su educacion á los padres de la Compañía de Jesus, y entrando en el colegio que los jesuitas tenian en esa misma poblacion de Orleans, hizo el jóven Miguel Prevost notables progresos en los primeros estudios, hasta el punto de que sus maestros le deseasen para colaborador de sus trabajos científicos y literarios. En efecto, deseoso de complacer á sus maestros y á los autores de sus dias, ansioso además de caminar en las sendas de la perfeccion, ingresó en el noviciado de esta Compañía ó instituto de los jesuitas. Distinguióse por el fervor de su piedad, por su obediencia y docilidad á las insinuaciones de sus directores espirituales, por sus austeridades y penitencias, edificando á todos los jóvenes hijos de Loyola con tan edificantes virtudes y esclarecidas prácticas. Su debilidad de temperamento, la delicadeza de su contextura no le permitió sin embargo continuar con vida tan rígida y penitente, y no pudiendo sobrellevar las reglas ásperas de la Compañía, volvió á su hogar paterno, con gran pesar suyo y hondo sentimiento de los padres jesuitas, con los cuales tuvo amistad íntima y relaciones literarias á causa de su gran mérito, de su talento extraordinario, que cultivado por los antedichos religiosos produjo ópimos resultados, obras selectas, en las cuales, si bien adoptaba principios y doctrinas sólidas, separábase sin embargo en lo meramente opinable del sentir y parecer de sus mismos maestros, haciendo uso de esta manera, y por cierto el más nobilísimo, de sus facultades intelectuales. Ojalá que los entusiastas por la libertad del pensamiento, tan cacareada en estos tiempos, hiciesen un buen empleo de esa doctrina ó teoría. Mas causa grande extrañeza ver á escritores y sabios que se someten con candorosa docilidad, y sin tomarse apénas la molestia de reflexionar sobre la veracidad ó falsedad de las doctrinas de un autor, seguir al pié de la letra todas las opiniones más ó ménos absurdas, más ó ménos exactas del escritor que se han propuesto por modelo, siguiéndole con la misma mansedumbre que si fueran su esclavo. Todos sabemos que en política, como en economía, literatura y demás ciencias, hay contadas y sobresalientes plumas, que llevan el estandarte, figuran como oráculos, se les mira como unos simidioses, se les tributa incienso, se copian hasta la saciedad sus escritos, se camina en fin en pos de sus huellas con encantadora docilidad; y luego se proclama en todos los

tonos y de todas maneras la necesidad de establecer el imperio ó reinado de la libertad del pensamiento. ¿No veis cuántas veces y por cuántos labios han sido repetidas las doctrinas económicas del inglés Juan Bautista Say? ¿Qué hemos oido á casi la mayoría de nuestros hombres de estado en el espacio de largo tiempo, sino las opiniones y teorías vertidas por los escritores Mr. Coussin y Mr. Guizot, que si no cabe duda eran distinguidos en la materia, es innegable tambien que no merecian el culto idolátrico que les ha sido tributado? ¡Infelices! ¡Y luego acusan á la Iglesia de esclavizar el pensamiento humano....! Aun cuando fuera fundada la acusacion, preferiríamos en todo caso seguir y engastar nuestro pensamiento con el pensamiento infalible de Dios, que con el falible del hombre. Luego que abandonó los claustros de la Compañía de Jesus, fué condecorado el año 1720 con el cargo de consejero de Orleans, mereciendo por su reputacion literaria el elevado honor de ocupar los bancos en que aún se sentaba con merecida honra su padre. El cultivo de esta clase de negocios excitó en su ánimo el deseo de consagrarse al estudio de la jurisprudencia, deseando reunir al cargo de aplicar las leyes como magistrado, el de consagrarse al ramo difícil é importante de la enseñanza en calidad de profesor. Obtuvo el año 1731 la cátedra del derecho francés en la universidad de Orleans, y dos años despues mereció ser agraciado con una plaza de doctor en la misma universidad. Se dedicó en su nuevo estado aún con más ardiente empeño al estudio del derecho, ciencia que queria enlazar con el de las bellas letras y el de las otras ciencias que poseia. Amamantado y nutrido en las doctrinas de Domat, estableció para base de sus trabajos este principio tan fecundo y de grandes consecuencias, que la jurisprudencia no podia ser bien enseñada, ni elevada á su perfeccion, miéntras no se la fundase en el derecho divino y en las sanas reglas de la equidad natural. Considerada bajo este aspecto sólido la jurisprudencia, la encuentra más susceptible de demostracion, más clara que las matemáticas y demás ciencias exactas, supuesto que las ideas de lo justo y de lo injusto no son ménos inmutables que las figuras geométricas y la extension matemática. Este pensamiento es la clave magistral, poseyendo el cual se comprenden con admirable y gustosa facilidad sus lecciones de derecho, explicadas con un método enteramente nuevo, que algunos años despues perfeccionó su antiguo colega y amigo Pothier, que le sucedió en su cargo. La imperiosa necesidad de una nueva clasificacion de las leyes del *Digesto* proporcionó á Prevost de Layannes pábulo abundante; y su genio exacto, sólido, observador, brilló en la ejecucion de esta obra, que clasificó en su mayor parte. Supo apreciar todas las espinosas dificultades de una empresa tan vasta, lo que unido á su carácter modesto á la vez que celoso, que es la nobilísima falta que reconoce en su persona Pothier, al encomiar

la extension y universalidad de su vasto talento y constante perseverancia, fué la causa de que quedasen por su parte sepultados en triste olvido sus apreciables trabajos. Honrado con la estimacion del ilustre canciller d'Agues-seau, con quien mantenia continuada correspondencia, Prevost se propuso entablar relaciones amistosas con el ministro francés Papinio, cuyas juiciosas observaciones y elevada proteccion pudieran serle de suma utilidad para llevar á cabo su proyectado trabajo de la restauracion de las Pandectas. Dotado de un corazon generoso, lleno de grandes ideas, jamás negó Prevost de Layannes su proteccion, sus consejos, sus investigaciones, sus esfuerfos y servicios al mencionado Pothier, cuyo nombre por esta razon puede ser inscripto con honra en la lista de los de los sabios, que han tomado parte y contribuido con sus trabajos á la perfeccion de la jurisprudencia más sana y acomodada á las ideas católicas. Persuadido Prevost de Layannes de lo mucho que pudiera contribuir al adelantamiento de su facultad el cultivo de la literatura antigua, se dedicó á ella, sin abandonar por esto el estudio de la filosofía y de las matemáticas y todo género de ciencias que pudieran ser provechosas á la ciencia de las leyes, obrando siempre por conviccion propia. Así es que todas sus composiciones se distinguen por un órden y método analítico admirables, por la pureza de su estilo, por la gracia de su diccion, caractéres todos que hacen amenas las obras de derecho publicadas por este autor, y que rara vez se encuentran en los demás escritores. Conservó todo el curso de su vida íntimas relaciones con los padres jesuitas más distinguidos, con los literatos y sábios más renombrados de su época, y fué además uno de los miembros más asíduos y laboriosos de la sociedad literaria de su país natal. Conservando vivas en su corazon las ideas religiosas, los sentimientos piadosos, las sólidas virtudes que poseyó y adquirió en el claustro, fué uno de los magistrados más rectos de su época, buen cristiano, juez íntegro, profesor esclarecido de su tiempo. No contrajo nupcias, y murió célibe en su país de Orleans el 20 de Octubre de 1749, dejando numerosas obritas y manuscritos sobre las materias de derecho y literatura, que su muerte prematura le impidió llevar á la debida perfeccion. Sus obras más conocidas son: *Costumbres de Orleans, esclarecidas con notas de Fourrier y Desmoulins, y con nuevas observaciones*, trabajada en union de Pothier, Jouse, y publicada en Orleans, en 1740, dos volúmenes en 12.° *Discurso histórico sobre las costumbres en general y sobre las de Orleans en particular.* — *Elogio de Lalande*, impreso juntamente con las *Memorias del P. Niceron.* — *Tratado de los derechos señoriales.* — *Notas sobre los títulos de tutela, de prescripciones, donaciones y testamento, trabajado solo por Prevost de Layannes.* — *Principios de la Jurisprudencia francesa, expuestos segun el órden de diversas materias y acciones, que se ventilan y siguen en justicia*, pu-

blicada en París, en 1750, dos volúmenes. Entre sus manuscritos figuran: *Historia de la vida y de las obras de Juan Tousat*, que no salió á luz por haberse opuesto á ello el censor real, exigiendo numerosas correcciones que desfiguraron completamente la obra. Este manuscrito, unido á dos preciosas obras inéditas de Prevost, forma parte de la rica Biblioteca pública de la villa de Orleans. *Exposicion abreviada del sistema general de leyes de Francia, ó lo que viene á ser lo mismo, Plan de las leyes civiles francesas, fundadas en el derecho divino y natural.—Disertacion sobre los principios constitutivos y distintivos de los dos poderes, del espiritual y temporal.* Esta disertacion está formada teniendo á la vista los mejores autores que han escrito en defensa de los intereses de los soberanos, en lo relativo á la administracion de la Iglesia. Algunas de las opiniones emitidas no se hallan en armonía con el parecer y sentencias de los santos Padres. *Discurso sobre los deberes concernientes al uso de la palabra*, donde se examinan las cuestiones más curiosas que puedan imaginarse. *Discursos en latin y francés, pronunciados en diversas ocasiones solemnes, en la universidad de Orleans, en los años 1725 y hasta 1749.* Tal es la vida de Miguel Prevost de Layannes, piadoso jesuita, recto magistrado, profesor ilustre, juez íntegro, escritor vasto. Los frutos preciosos producidos por este distinguido letrado, honran sin duda al clero, de quien recibió su educacion, y son una prueba más de la beneficiosa influencia de las comunidades religiosas y del clero sobre la sociedad y las letras.—N. L.

PREVOT ó más bien Prevost de Exiles (Antonio Francisco), escritor fecundo del siglo XVIII, nació el año 1697, en Hesdin, pequeña aldea de Artois, en el reino de Francia, de un honrado procurador del Rey. Despues de haber hecho sus estudios en un colegio de la Compañía de Jesus, tomó la sotana de jesuita, de la que se despojó algun tiempo despues para sustituirla con las insignias militares. Abrazó la profesion de las armas, sentando plaza en calidad de simple soldado voluntario, pero viendo que eran exiguos los progresos que hacia en la carrera de las armas, de nuevo volvió al claustro, pidiendo otra vez la sotana jesuítica, del que segunda vez salió algun tiempo despues. Su gusto por las hazañas militares volvió á inflamarse en el silencio del claustro, de donde salió para tomar las armas, y pasó algunos años en medio de los frívolos placeres de la sociedad, entregándose á toda la abandonada disipacion de un soldado. Algunas aciagas calamidades vinieron á turbarle en la florida senda de sus vicios, y esto le impelió á entrar en el convento de los benedictinos de S. Mauro, donde despues de hechos los ejercicios del noviciado y demás pruebas, se dedicó á la enseñanza y despues á la predicacion de las verdades divinas, con gran aprovechamiento de sus oyentes. Enviado más tarde á la abadía de S. Ger-

man, de la misma Orden, tomó parte activa en los trabajos de la obra famosa intitulada *La Galia cristiana*, de la que compuso un volúmen casi entero. Aunque el laborioso estudio á que se dedicaba, amortiguó algun tanto el fuego voraz de sus fuertes pasiones, todavía su corazon era fuego ocultado bajo un puñado de cenizas, y revolvia en su mente atormentadoras ideas de abandonar de nuevo su congregacion, su hábito, su vida religiosa. Habia obtenido el ser trasladado al monasterio de Cluni, pero el obispo de Amiens, á quien venia encomendada la ejecucion de la dispensa, segun lo juzgase oportuno ó inoportuno, exigió del inquieto Prevost razones más poderosas que la de su instabilidad, de lo que enojado el interesado, salió del monasterio, y viendo el aspecto poco favorable del obispo, se alejó de su patria pasando á la Holanda en 1729. Hallándose exhausto de recursos, apeló á su talento y laboriosidad para proporcionarse los medios necesarios para atender á su subsistencia. Habia compuesto en S. German las dos primeras partes de su obra intitulada *Memorias de un hombre de carácter elevado;* y terminada la obra, la dió á la prensa con feliz éxito. Fijado en el Haya, trabó amistad íntima y poco honesta con una mujer, de cuya alianza resultaron algunos deshonrosos desórdenes, que le obligaron á partir á Inglaterra al finar el año de 1733, adonde tambien le siguió la mencionada mujer. Lóndres hubiera sido para él el punto delicioso donde brillase su talento con utilidad inmensa de la religion, si su frente no se hallára mancillada con el doble borron de fraile apóstata y literato vagabundo. Tomó parte en la redaccion del periódico intitulado *El Pro y el contra*, donde mantuvo opiniones católicas con ardoroso acaloramiento, manifestando á todos los que le contradecian, que «iria á Constantinopla, y de allí pasaria al Japon á instruir en su religion á los que se hallaban todavía sumidos en las sombras de la muerte.» Despues de sostener empeñadas y continuas luchas por sus escritos y ocasionadas por sus autores, ansioso de volver de nuevo á Francia, impetró la dispensa conveniente al efecto, la que le obtuvieron sin dificultad alguna los patrocinadores que se habia adquirido durante su vida literaria en Lóndres. Volvió á París en el otoño de 1734, y vivió tranquilamente bajo la proteccion del príncipe de Conti, quien le honró además con el doble título de limosnero y secretario particular suyo. La eleccion que el canciller d'Aguesseau hizo más tarde de su persona para redactar la *Historia general de los viajes*, le enalteció aún más, dándole nueva y desusada consideracion. Su muerte fué acompañada de una circunstancia trágica: ocurrió en 23 de Octubre de 1783, hallándose en la casa de campo de Chantilly, donde le dió un inesperado ataque de apoplejía, á los sesenta años de su edad. Creyéndole cadáver se le trasportó á la casa ó parroquia más cercana, donde la justicia mandó proceder á la autopsia del cadáver:

un grito agudo que lanzó el paciente dió á entender al operador ó anatómico que todavía se hallaba con vida el abate; se quiso remediar la imprudencia, pero era ya tarde, porque le habian asesinado. Accidente funesto, parecido enteramente al que ocurrió al célebre cardenal Espinosa, y cuyas circunstancias son exactamente las mismas. El abate Prevot no murió sin embargo en el acto, fué trasladado á París, y encomendada su curacion al célebre cirujano Mr. Luis, en cuya ocasion salió en el Diario general una anécdota, publicada por Mr. La Fontaine el año 1792, en el número 188, digna por cierto de la filosofía entónces dominante. «Antiguo amigo del abate Prevot, Mr. Luis le abandona por la sola y única razon de que habia resuelto consagrar los últimos años de su vida azarosa al cultivo de la religion cristiana, ya que algunos inconsiderados extravíos de corazon le habian alejado de ella por algun tiempo dejándole morir de su enfermedad.» Esto se estampaba en los periódicos franceses en 1792, época funesta, y digna de la universal execracion. Sus obras son: *Memorias de un hombre distinguido que, despreciando las humanas pompas, se retiró del mundo;* dada á luz en 1729, en seis volúmenes en 12.°, y la cual contiene muchos pasajes interesantes, reflexiones delicadas ó finas, y algunas historietas agradables, y cuya moral es elevada y útil, aunque las más de las veces inoportuna, y siempre pesada. *Historia de Mr. de Cleveland, hijo natural de Cromwel,* publicada en 1632, en seis volúmenes en 8.° Aunque los detalles de esta obra son recatados y honestos, la obra en general no es demasiado circunspecta y grave, ni puede por lo mismo recomendarse como lectura de buenas costumbres. *Historia del caballero de Grieux:* el héroe de esta novela es un jóven virtuoso en sus sentimientos y vicioso en sus acciones, amable por sus ideas, detestable por sus actos; alternativas, que tampoco contribuyen gran cosa á la reformacion de las buenas costumbres y á la edificacion del prójimo. *El pro y el contra,* obra periódica, en la cual se explican libremente las materias científicas, artísticas, etc., empezada á publicar en 1733 y siguientes: consta de veinte volúmenes en 12.° Este diario es ménos interesante que las gacetillas del abate Desfontaines, donde se encuentra copiosa erudicion y literatura variada. *Historia universal de Mr. de Thou,* traducida al idioma francés, en 1733, en 4.° No conocemos de esta voluminosa obra sino un volúmen, porque el abate Desfontaines trabajaba al mismo tiempo en la traduccion de esta historia, lo que hizo que no mereciese tanta reputacion la del abate Prevot, fuera de que carece tambien del mérito de la anterior, por hallarse en esta el texto oscurecido con un copioso y luengo comentario. *La muerte de Antonio y Cleopatra,* traducida del ingles, en 1739, en un tomo en 12.° El estilo de esta obra es animado, pomposo, elegante sin afectacion, y la ver-

sion á la lengua francesa está hecha con bastante exactitud y fidelidad. *Historia de Margarita de Anjou, reina de Inglaterra, que contiene además las guerras de Lancaster contra su casa de Yorck*, publicada en 1740, en dos volúmenes en 8.° La narracion de esta obra es agradable, y grandiosos los hechos que en ella se refieren, y ha sido buscada con ahinco, y leida con avidez. *Historia de un griego moderno*, publicada en 1742, en dos volúmenes en 16.° brillante romance. *Campañas filosóficas, ó bien Memorias de Montcalm, ayudante de campo del mariscal de Schomberg, que abraza tambien la interesante historia de la guerra de Finlandia*, publicada en 1741, en dos volúmenes en 8.°; es una bellísima mezcla de ficciones y verdades, algunas mal coordinadas, aunque presentadas siempre con agrado y belleza. *Memorias para la historia de Malta*, publicadas en 1742, en dos volúmenes en 12.° *Historia de Guillermo el* Conquistador, *rey de Inglaterra*, publicada en el mismo año de 1742, en dos volúmenes en 8.° Con la noble sencillez, que es el más bello ornamento de la historia, refiere nuestro autor en estas obras las intrigas de los gabinetes, los galanteos de los reyes, y las embestidas y elucubraciones políticas. *Viaje del capitan Roberto de Ladi á diferentes partes del mundo, á las regiones africanas, asiáticas, americanas, que contiene la historia de sus hazañas, y sus observaciones sobre las colonias y comercio de España, Inglaterra, Holanda y otros países:* obra traducida del inglés, en dos volúmenes en 12.°, en el año 1744, y relacion asaz curiosa é interesante. *Cartas de Ciceron á Bruto*, traducidas del latin al francés, en 1744, un tomito elegante, en 12.° *Historia de la vida de Ciceron*, sacada de sus elocuentes escritos y de los más notables monumentos de su época, con las correspondientes pruebas y aclaraciones, compuesta sobre la obra inglesa de Mr. Middleton, publicada en 1749, en cuatro volúmenes en 12.° Esta obra, hecha bastante á la ligera, exigia más método, más precision, más cuidado y más gusto. *Memorias de un hombre honrado*, publicadas en 1746; obra de escaso interés. *Historia general de los viajes, desde el principio del siglo XV, que contiene cuanto en esta materia hay más curioso, más útil y mejor ejecutado en todas las naciones del globo;* obra traducida del inglés, y continuada despues de la interrupcion de los primeros autores por órden del señor canciller de Francia, que la dió á la estampa en 1745 y siguientes, en diez y seis volúmenes en fólio y sesenta y cuatro volúmenes en 4.° prolongado. La tabla de materias contenidas en esta magnífica historia ha sido compuesta por Mr. de Chompré. Esta historia ha sido continuada por Querlon, y seguida más tarde por Deleire. Laharpe ha publicado un bellísimo compendio de ella en París, en 1780, junto con un pequeño volúmen de *Cartas de Ciceron*, llamadas vulgarmente familiares, traducidas al francés, teniendo á la vista las ediciones de Grovio y del abate Olivet, con notas eruditas; 1746,

cinco volúmenes en 8.° *Diccionario portátil, que contiene las voces ménos usuales de la lengua francesa, y cuya significacion no es familiar á la mayoría de las personas, sumamente útil á las personas que deseen escribir y hablar la lengua francesa con correccion y pureza;* 1751, un volúmen en 8.°; nueva edicion de la misma obra, adicionada con una gramática francesa. Este es uno de los mejores diccionarios que han visto la luz pública en estos últimos años, y contiene unas definiciones etimológicas las más claras y precisas. Mr. de Boille, canónigo regular, quiso dar una nueva edicion de ella, que salió muy desfigurada por el gran número de defectos tipográfidos. *Historia de Sir Cárlos Grandisson, que contiene algunas de sus cartas, publicadas en vista de los originales por el editor de Pamela y de Clarisa;* obra traducida del inglés, en 1755, compuesta de ocho partes en 12.° *Memorias ó apuntes para la historia del corazon humano;* publicada en 1760; cuatro volúmenes en 12.° *Historia de la casa de los Stuardos en el reino de Inglaterra;* traducida del inglés por Mr. Hume, publicada en 1760; tres volúmenes en 4.°, ó seis volúmenes en 12.°; y de la que hay varias ediciones. El original de esta obra, como lo hace notar en su prefacio, es el fruto del protestantismo y del filosofismo. La traduccion francesa tiene un aire de extranjerismo, un estilo tan embarazoso, lleno de anglicismos, de frases, poco francesas, de términos duros, frases mal ordenadas y demasiado pesadas. *Memorias para la historia de la virtud;* publicadas en 1762, en cuatro volúmenes en 4.° *Almoran y Hamet;* obra selecta del género romancesco, publicada en 1780, en dos pequeños volúmenes en 8.° *Cartas de Master á un caballero jóven;* publicadas en 1764, en dos volúmenes en 12.° poco abultados. Estas tres obras, de las cuales la última es póstuma, han sido traducidas con esmero del inglés y acabadas de perfeccionar por la pura correccion hecha en ellas por un autor de nota. El abate Prevot ha sido un escritor de una imaginacion, rica, bella, variada. Deplorable es que un hombre dotado de ingenio claro, de corazon magnánimo, de gusto exquisito, haya consagrado una parte de su vida á la publicacion de producciones de un género opuesto á la escuela de la virtud, y que son el oprobio de la razon, y el delirio de la imaginacion, cuando con tan útiles obras podria haber adornado las bibliotecas cristianas. Hemos callado en esta biografía aquellas de sus novelas que se hallan poco en armonía con la honestidad, en que se explican los diversos géneros de galantería, y en las que por último la virtud es algun tanto deslucida, cuales son sus obras intituladas *Telémaco*, *Setos*, y otras varias, que solo una mal entendida indulgencia literaria pudiera no condenar escritos tan frívolos, cuya vivacidad de situaciones, cuya ternura de sentimientos son capaces de despertar en el alma las pasiones más funestas y peligrosas. El abate Prevot hace hablar á

algunos de sus héroes como un Séneca ó un Santo Padre, pero en sus obras y actos son desalmados. Diríase que ha querido pintar las diversas escenas de su inquieta vida, en la que habia sin duda creencias verdaderas, pero contradichas con una conducta poco digna de un jesuita, de un monje, de un sacerdote. Acaso Dios, apiadado de su siervo, permitió la ligereza del anatómico, que le despertó de su sueño moral y corporal, para trasladarle á París, donde su alma iluminada con los resplandores de la celestial gracia que se concede á todos suficientemente, rechaza sus desvaríos pasados, anatematiza sus errores para reconciliarse con el Dios de la paz y de la misericordia. —N. L.

PREXANA (Fr. Bononato). En el año 1317 era comendador de S. Pedro de los Griegos, y uno de los vocales en el capítulo general de dicho año, en su órden de la Merced. Descendia de ilustre familia, y hallábase emparentado con el caballero D. Bernardo Prexana, uno de los militares más peritos que en el año de 1248 proseguia la guerra contra la morisma, invasora del reino de Valencia, en cuya batalla se distinguió por su bravura, por su valor y por su destreza. —N. L.

PREXANA (Sta. Teresa). Cita el Sr. D. Félix Amat en su *Diccionario de autores catalanes* á esta religiosa como escritora, sin citar sus obras, refiriéndose á Dalmau que tampoco las da á conocer, y solo nos dice de su vida que fué monja del convento de los Angeles de Barcelona. —C.

PRIAMO (San), mártir de Caller y uno de los cuatro protomártires. Este Santo glorioso nació en Caller el año 44 de la era cristiana, lo que se acredita por haberse verificado su martirio en el año 69, teniendo veinticinco cumplidos; é igualmente se confirma por la inscripcion labrada en la losa de mármol que cubria su sepultura cuando hubo tan feliz hallazgo. Priamo se convirtió al cristianismo por la predicacion de S. Clemente; y cuando el apóstol S. Pedro vino á Caller el año 68, le bautizó, entregándose este bello y virtuoso jóven á la perfeccion del espíritu y vida contemplativa; y como era jóven y fuerte se ocupó sin descanso, discurriendo por toda aquella comarca, predicando la fe por su mucho amor al prójimo, y por la salvacion de sus almas, confirmando constantemente la verdad de su doctrina con muchos milagros. Mas habiéndose presentado repentinamente en Caller el presidente Félix, enviado por Neron para ejercer sus crueldades, trató de averiguar y traslucir, sin reparar en los medios, quiénes eran los que habian abrazado la fe cristiana, para perseguirlos con el mayor encono. Así es que entre otros pudo apoderarse de Priamo, de este santo mancebo á quien aherrojó y encarceló junto con S. Emilio, y no pudiendo conseguir ni recabar de ellos que abandonasen su nueva creencia, y que sacrificasen y venerasen á sus falsos dioses; á pesar de sus terribles amenazas, los santos

permanecieron en su creencia, perseverando incontrastables en la fe; y el gobernador, viendo su firmeza, enfurecido, mandó cortar á Príamo la cabeza, quedando su hermoso cuerpo truncado y destrozado, pero muy rico de gloria y hermoseado con su sagrada sangre. Los cristianos le recogieron sigilosamente, y como su martirio ocurrió en el mismo dia que el de S. Emilio, le dieron sepultura junto á este Santo, en cuyo punto y por sus muchas virtudes obró el Señor bastantes milagros; y si bien permanecieron ocultos y como perdidos algunos siglos, no pudiendo gozar los que en ellos vivieron de la dicha de su encuentro, quiso Dios á los venideros tuviesen esta dicha, pues se halló su sepulcro en el año 1620 el 14 de Marzo: despues de sacado el cuerpo de S. Luciano, cavando á sus inmediaciones, hallaron una losa de mármol con las letras siguientes:

✠ B. M. PRIAMVS
QVI VIXIT ANN.
P.L.M. XXV REQVI-
EBIT IN PACE
V. KAL. IVNII.

Que descifrada dice esta inscripcion: *Beatus Martyr Priamus, qui vixit annis plus minus viginti quinque, requievit in pace quinto Kalendas Junii.* El bienaventurado mártir Priamo, que vivió veinticinco años poco más ó ménos, reposó en paz en 28 de Mayo: cosa admirable por concordar tan puntualmente este letrero con los Martirologios. Increible fué el alborozo y júbilo que experimentó esta ciudad con el hallazgo é invencion de este Santo protomártir suyo y de su reino, como lo demostró acudiendo al punto el venerable arzobispo D. Francisco de Esquivel, el conde D. Alonso de Eril, virey y capitan general, los jurados, algunos del consejo, los personajes más ilustres, la flor de la caballería, los ciudadanos, los canónigos Francisco Martú, vicario general; los doctores Cosme Escarxoni y Melchor Pirella, y muchos religiosos, constituyendo un numeroso concurso, pues sin encarecimiento pasaban de dos mil personas; y á presencia de todos y con el mayor cuidado se levantó la losa sepulcral, y abierta la sepultura fabricada de losetas por todos lados, hallaron el santo cuerpo, que sacado con la mayor reverencia y devocion, se colocó en un arca bien aderezada y ricamente forrada, y en hombros de cuatro sacerdotes de elevado carácter fué conducido á la catedral, con todo aquel numeroso cortejo y acompañamiento, llevando muchas hachas de cera blanca, cantando el himno de los mártires, tronando la artillería continuamente desde el sitio en que partió el acompañamiento desde la Basílica Constantiniana, á cuyas inmediaciones

se encontró el santo cuerpo, hasta que llegó á la catedral. Se colocó aquella preciosa y santa reliquia en el santuario mayor, donde perpétuamento quedase expuesta á la veneracion de los fieles. Se hallan en todo el reino de Cerdeña muchas iglesias dedicadas á este Santo mártir, y en particular la de Sarrabus, que tiene tres cuevas debajo del altar, y en una de ellas milagrosamente mana y destila un agua cristalina, que de inmemorial cura muchas dolencias, algunas inveteradas, y otras abandonadas como incurables. Se celebra en la catedral iglesia de Caller la invencion de este Santo el dia 14 de Marzo, y el de su triunfo y dia natalicio en el 28 de Mayo.—A. L.

PRIANTES (Fr. Juan Bautista), del órden de los hermanos Predicadores. Era oriundo de ese país privilegiado por naturaleza, de esa hermosa Italia, en la que tantos y tan diversos acontecimientos se han verificado en la série de los siglos, siendo el centro donde en ocasiones se han resuelto cuestiones de grande interés, no solo para el país del Lacio, sino además para toda Europa. Su cielo sereno y apacible, sus hermosas producciones hacen que los habitantes se hallen dotados de una imaginacion rica y variada en lo general, sin que por esto deje tambien de haber inteligencias penetrantes ó ingenios vivos en todo género de ciencias y artes. Sea por su aficion tradicional á la cultura de las letras, sea por su carácter apacible y sosegado, domina en los naturales del país una tendencia marcada á la publicacion de obras de todo género, aunque especialmente del género religioso, á causa del poderoso ascendiente que entre los habitantes tiene la religion del Crucificado, á la cual son deudores de una parte no exigua de sus glorias patrias. Por esta razon nada tiene de particular, que personajes tan modestos como el que actualmente nos ocupa, Fr. Juan Bautista Priantes, despues de haberse establecido en Verona, y á pesar de no haberse dedicado gran cosa al estudio de las ciencias, publicase algunas obras, en las cuales se nota su piedad y fervorosa devocion á la Reina de los Angeles, Maria Santísima, de quien han sido tan defensores los dominicos. El año 1661 escribió Priantes la obra que lleva el título siguiente: *Compendio de la vida del esclarecido S. Pedro de Verona, martir, religioso del órden de los Predicadores.* Algun tiempo despues dió tambien á la imprenta algunas obritas destinadas especialmente á fomentar la devocion y culto de la Vírgen del Rosario. Carecemos de más noticias.— N. L.

PRIBEW (Fr. Vicente), natural de Dalmacia, oriundo de Lerina, isla hermosa en el mar Adriático, llamada tambien Pharos. Despues de haber recibido una educacion religiosa en el hogar paterno, despues de haber sido educado en los principios del catolicismo por su piadosa madre, por esa mujer que, luego de comunicarnos el dulcísimo nectar de la vida, luego de acariciarnos con dulce encantamiento estrechando nuestras manos entre las

suyas, cariñosa y amable, nos enseña á pronunciar el nombre dulcísimo de Jesus, á invocar el amabilísimo de la Reina de los ángeles, y nos enseña á alzar las manos al cielo, á impetrar las bendiciones del Eterno sobre nosotros y nuestros descendientes; despues, digo, de haber sido Pribew educado cristianamente por su piadosa madre, ingresó en el convento de los Dominicos, situado en el mismo pueblo de su nacimiento. Apénas sus maestros y profesores le iniciaron en la piedad católica y en las ciencias eclesiásticas, mostró el jóven Fr. Vicente desusadas disposiciones para cultivarlas, empezando á demostrar una elocuencia y una dulzura de expresion, que le hacia propio para anunciar las ordenaciones de Dios desde la cátedra de la verdad. En efecto, ya adulto, perfeccionado en los estudios teológicos, versado en los amenos estudios de la literatura y elocuencia cristiana, hácia mediados del siglo XVI dióse á conocer á causa de su verbosidad, de su facundia y de su celo por la salvacion de las almas. Ni estas evangélicas tareas, á las cuales se consagró con especialidad, fueron impedimento para que destinase sus ocios á estudios profanos. Producto fué de sus vigilias y trabajos la siguiente obra: *Oratio latina de origini et successibus Slavorum*, dada á luz en Venecia, en 1532, un tomo en 4.° Es muy elogiada esta obra por algunos de sus contemporáneos. Se ignora la época de su muerte. —N. L.

PRICE (Juan), llamado en latin *Pricœus*, nació en Lóndres en 1600, época funesta para la religion católica, cuyos ministros fueron ó desterrados ó asesinados, cuyos altares fueron derribados, cuyos templos fueron demolidos por la piqueta herética, cuyas iglesias fueron profanadas con excesos escandalosos, que nos horrorizan al leerlos en la historia de esos calamitosos tiempos, en que todavia humeaba la inocente sangre de los mártires cristianos, víctimas de la ferocidad sanguinaria del emperador Enrique VIII, de la inmunda Isabel y sus respectivos palaciegos, que ocultaban el odio más negro á las venerandas instituciones del catolicismo, bajo el sedoso ropaje del cortesano, y cuyas funestas consecuencias arrancan aún hoy, en pleno siglo XIX, lágrimas de sangre á Europa y á Roma, que, cual madre cariñosa, no puede ménos de lamentarse al contemplar los aciagos extravíos de sus hijos amados, de aquellos hijos á quienes alimentaba con la purísima leche de la verdad y del amor divino. Price, huyendo del horroroso aspecto que presentaba su país natal, se retiró á Florencia, donde abrazó la religion católica, despues de haber adquirido el conocimiento necesario de las verdades del cristianismo y el amor de Dios. De Florencia pasó á Roma, donde abrazó la regla del eminente y esclarecido doctor de la Iglesia S. Agustin, entregando su alma á Dios en el mismo convento el año 1676. Entre sus sabios escritos descuellan las *Notas eruditas sobre los divinos Salmos*, *sobre el Evangelio de S. Mateo*, *sobre las actas de los Apóstoles*, *y sobre algunos otros*

libros sagrados del Antiguo y Nuevo Testamento, todos los cuales se hallan en los *Críticos sagrados* de Pearson. Se le atribuye tambien la obra titulada *Historia de las herejías*.—N. L.

PRIERIA (Luis Friola), escritor piadoso, religioso del órden de S. Francisco. Se ignoran la cuna, los padres y el lugar donde nació de este piadoso varon, sabiéndose tan solo que en sus primeros años mostró ya inclinaciones en alto grado religiosas, que ya desde la infancia encontraba solo su plácida calma en la práctica de la oracion mental, en las religiosas meditaciones, en el cultivo de la piedad, uniendo sus espirituales ejercicios á las más austeras penitencias, al ejercicio de la más heróica caridad para con las clases menesterosas, á semejanza de su divino Maestro que tendia una mano cariñosa á los desvalidos hijos de Adan. Abrazando más tarde la religion de los Franciscos, la órden más observante, despues de cautivar en el noviciado á sus maestros y compañeros con la ejemplar mansedumbre, con la modestia, con la más profunda humildad, hija del conocimiento de la nada de sí mismo, se consagró á la enseñanza de la teología mística, que profesó en casi todo el curso de su vida, dando á luz algunas obras, que muestran los adelantos que habia hecho en el camino de la perfeccion cristiana, y de las cuales haremos mencion en su correspondiente lugar. Su acendrada virtud le mereció la distincion de ser nombrado para desempeñar algunos cargos delicados de los respectivos colegios que la seráfica Orden de S. Francisco tenia en el reino de Italia, tales como por ejemplo el empleo de custodio de la provincia romana, confesor y director de personas encumbradas en la sociedad, entre ellas algunas princesas y otras notabilidades, á quienes, más con sus ejemplos elocuentes que con sus epístolas y exhortaciones espirituales, encaminó por la senda de la perfeccion. En este tiempo dió á luz una obra singular, en la que se encuentran cosas de suma utilidad espiritual y religiosa, y que era una especie de compilacion de las innumerables revelaciones, apariciones, documentos curiosos, obras espirituales contenidas en doce tomos, que se custodiaban en la biblioteca del convento de San Francisco, situada al otro lado del Tíber, en la capital del orbe cristiano. Publicó además: *El tratado de la vocacion de los pecadores.—Escala de los treinta y tres grados, por la que los Santos han subido al cielo.—Veintidos consideraciones sobre la última cena del divino Redentor de los mortales.—Remedios contra las tentaciones.—Juicio particular que espera á todas las almas al salir de la vida*.—N. L.

PRIETO (Fr. Gaspar), natural de Burgos, hermano gemelo de Melchor, de quien hablamos en su respectivo lugar, religioso mercenario, creado obispo despues de haber administrado los destinos de su Orden en calidad de general de la misma, representante en varias ocasiones del rey de Aragon,

hombre piadoso en gran manera, y sumamente misericordioso y limosnero para con las clases desvalidas y menesterosas. Escribió: *Duas Allegationes in materia celebrationis comitiorum regni Aragoniæ, quæ Cortes generales audiunt pro Philippo, rege IV*, en abultado tomo en fólio.—N. L.

PRIETO (Fr. Melchor), natural de Burgos. Despues de haber cultivado las ciencias eclesiásticas en el colegio de Santa Cruz de Salamanca, enseñó la sagrada teología, hasta que fué enviado á las Indias Occidentales, encargado de desempeñar las veces de vicario general apostólico en las provincias peruanas. Despues de haber ejercido su comision con aplauso universal, volvió cubierto de honra de los países trasatlánticos, permaneció por algun tiempo en Madrid, en la casa profesa de su Orden, donde fué invitado con el altísimo puesto de obispo del Paraguay, despues de haber obtenido para ello el permiso de sus superiores, y concluyó el resto de sus dias de provincial ó prefecto de las casas de su religion, sitas en Castilla. Figuran entre sus obras: *Josefina Evangélica literal y mística de las excelencias y prerogativas del glorioso patriarca San José; Psalmodia Eucarística; Vida de S. Pedro Nolasco; De las obligaciones de los obispos; la Oracion dominical; Las grandezas de la ciudad de Burgos; Monumentos históricos de su Orden y casa religiosa;* y otras varias, publicadas casi todas en Madrid el siglo XVII.—N. L.

PRIETO (Nicolás). Nació en Santa María de Monterey, en el antiguo reino de Leon, en 1679, y fué recibido en la Compañía de Jesus: despues de haber pasado muchos años en la difícil y costosa enseñanza de la vida espiritual y las recreativas ciencias humanas, estudió la divina ciencia de la teología, empleándose á la vez en la predicacion del santo Evangelio, en el confesonario, guiado por su ardiente celo y virtud acendrada. Más tarde fué enviado á Méjico, en cuyo país se ocupó en explicar filosofía, pasando de allí á Goatemala, donde á la vez fué nombrado profesor de teología, en cuya ciencia divina sacó nobles y muy aventajados discípulos. Andando el tiempo fué nombrado rector de ese mismo colegio, cargo que desempeñó con esa atinada prudencia que es tan propia en los hijos de Loyola, á quienes parece haber concedido el Altísimo el don de la prudencia y del gobierno. Prueba son de esta verdad la escasez de clérigos que se nota para desempeñar los seminarios, ese importantísimo cargo de rectores de los seminarios, decimos importantísimo, porque de su celo y prudencia depende en gran parte el que salga un clero aventajado en santidad y en virtud, y por consiguiente el bienestar de los pueblos, en los cuales se conservará la moralidad y florecerá la virtud segun las cualidades que dominen al eclesiástico. *Sicut sacerdos sic populus*, pudiéramos decir variando algun tanto el texto escriturario: el pueblo es como el sacerdote. Desempeñó tambien el cargo de examinador sinodal, y murió en Yucatan año 1751. Sus obras son: *Sermon moral,*

predicado á la Audiencia de Goatemala, y dado á luz por Melendez en la misma ciudad, el año 1759, en 8.° *El Argos de su Iglesia; elogio fúnebre del Ilmo. Sr. D. Fr. Antonio Guadalupe Lopez Portillo, Obispo de Comayagua. Elogio fúnebre del Sr. D. Felipe V* el Animoso, *Rey de las Españas, en las honras celebradas en Goatemala. Cursus Fhilosophiæ integer.*—N. L.

PRIEUR (Felipe de). Nació en la Normandía, profesó las bellas letras con éxito extraordinario y poco comun en la célebre universidad de París, y murió el año 1680. Se conserva entre sus obras una magnífica edicion del famoso Tertuliano, publicada en 1664, en un tomo en fólio, la que ilustró con numerosas notas, de su propio fondo unas, y sacadas otras de varios compiladores católicos, especialmente de la edicion de Rigault. Hizo tambien una edicion de los más distinguidos sabios y santos Padres del catolicismo, tales como de S. Cipriano, del apologista Minucio Félix, del crítico Arnobio, de Firmico Materno, de Comodianus, Gazæus, publicadas todas en París, en 1666, en fólio. El año 1679 dió tambien una edicion de Optato. Además de estos estimables servicios que prestó á la religion católica, ilustró las ciencias eclesiásticas con un tratado de fórmulas de las cartas eclesiásticas, con este título: *Dissertatio de litteris canonicis, cum appendice de tractoriis et sinodicis*, publicada en 1675 en un volúmen en 8.° Un tratado en lengua latina con el nombre de *Eusebio Romano*, en el que rebate, con gran copia de raciocinios teológicos y observaciones físicas, las falsas aseveraciones de Perreyre sobre la delicada cuestion de los preadamitas. Este tratado se titula: *Animadversiones in librum preadamitarum, in quibus confutatur nuperus scriptor, et primum omnium hominum fuisse Adamum defenditur*, publicada en París, en 1656, en un tomo en 8.°—*Epistola gratulatoria ad Pereyrerum, de ejus conversione ad Romanam fidem*, publicada en 1658, en un volúmen en 8.° Mereció numerosos elogios nuestro escritor sagrado de parte de personajes distinguidos, por su celo en pró del cristianismo.—N. L.

PRIEZAC (Daniel de). Nació en el castillo de Priezac en Limousin, en el año 1590, y falleció en París en 1662; fué tambien honrado con la borla de doctor en la facultad de jurisprudencia en la ciudad de Burdeos, ejerció la abogacía, reuniendo su bufete numerosísima clientela, enseñando además por espacio de diez años el derecho en varias universidades con gran estimacion pública. El canciller Seguier, protector de los hombres ilustrados y de los amantes de la ciencia, le hizo trasladarse á París, donde algun tiempo despues, fué creado consejero de estado ordinario, siendo más tarde nombrado miembro de la Academia Francesa en 1639. Sus principales obras son: *Vindiciæ gallicæ adversus Alexandrum, patricium Armachanum*, publicada en París en 1638, en 8.°, y traducida en francés, por Beaudoin,

bajo este título: *Defensa de los derechos y prerogativas de los reyes de Francia*, que fué impresa en París, en 1639, en un volúmen en 8.° Además publicó una *Respuesta*, refutando los errores contenidos en la obra de Jansenio, intitulada *Mars gallicus;* los *Discursos políticos*, escritos con poca preparacion, con estilo abandonado, poca exactitud en las citas y llenos de numerosas inexactitudes, hijas más de la premura con que publicó esta obra que de mala intencion, que, fuerza es confesarlo, fué siempre recta en Priezac. Consta esta obra de dos volúmenes en 4.° Dos libros de *Miscelánea*, en que se hallan varios escritos de política, religion, ciencias, artes, literatura, etc., publicados en idioma latino, en 4.° Una *Paráfrasis correcta de cinco Salmos, y del Ave Maris Stella*, publicadas en París, en 1643, en 12.° Tres tomos en 8.° de los *Privilegios de María Inmaculada, Madre de Dios*, publicados en la misma capital de Francia, sucesivamente en los años 1648, 1650 y 1651. *El camino de la gloria*, y las *poesías*, que salieron á luz en 1650, un tomo en 8.°—N. L.

PRILESZKY (Juan Bautista), jesuita. Nació en 16 de Marzo de 1709, en la villa de Priley, situada en el reino de Hungría; fué doctor en sagrada teología, profesor de filosofía en la famosa universidad de Tyrnau, y director de Kaschan, en Cassovia, en 1773. El Rdo. P. Prileszky es autor de numerosas obras eclesiásticas, de varias historias de la Iglesia, y de algunos opúsculos científicos religiosos. Entre sus variadas producciones debemos mencionar: *Acta Sanctorum Hungariæ ex Joanne Bolandi continuatoribus, aliisque novem scriptoribus excerpta;* publicada en Tyrnau en 1744. *Notitia Sanctorum Patrum, qui duobus primis Ecclesiæ sæculis floruerunt;* ibidem, 1753, en 4.° *Sancti Cipriani Cartaginensis acta et scripta omnia in summam redacta, etc.;* ibid., 1761, un tomo en fólio. *Acta et scripta Sancti Teophili, Patriarchæ Antiocheni et martyris, Minucii Felicis in summam redacta, etc. etc.;* ibid., 1764, un tomo en 8.° Ha sido reimpresa esta obra. *Sancti Justiniani acta et scripta, annotationibus illustrata*, y publicada en Kaschan, en 1765; un tomo en 4.° *Acta et scripta sancti Gregorii Neocæsariensis, Dionisii Alexandrini, et Methodii Licis illustrata;* ibid., año 1766. Se ignora el año en que pasó á la otra vida este distinguido sabio escritor de la ilustre Compañía de Jesus, que tantos hombres eminentes ha producido. Ya que la ocasion nos convida, dispensadme, benévolo lector, que os detenga aquí un instante en defender una ilustre clase que ha estado proscripta, de la que era dignísimo individuo el biografiado P. Prilezky, y á la cual es deudora la Europa de numerosos beneficios; muchas de las regiones trasatlánticas de su regeneracion religiosa, política, social; las ciencias exactas de numerosos descubrimientos, las ciencias morales y teológicas de su perfeccion. Esta clase, que ha pasado por la tierra haciendo bien, derramando

beneficios, es sin embargo juzgada con poca imparcialidad, con grande severidad, y tiene enemigos interesados en vilipendiarla, inventando calumnias soeces y groseras para mancillar su reputacion, y haciéndolas circular por medio de novelas, periódicos, sátiras y mil otros inventados por la malicia humana. El jesuitismo, la Compañía de Jesus, es acremente perseguida por los enemigos del órden, por los revolucionarios, por los indivíduos de las lógias masónicas. Muchos incautos se han dejado enredar en sus lazos, concibiendo poco exactas ideas acerca de esa institucion bienhechora. ¿Y no ha de ser permitido al amante de la verdad y del bien, exponer con sencillez la organizacion, los trabajos, los bienes reportados á los dos hemisferios por esa Orden virtuosa y perseguida? Nada os diré, carísimo lector, que no haya visto con mis propios ojos ó leido en autores tan respetables como Muratori, en su obra intitulada *El Cristianismo felice;* y Lozano, *Historia de la Compañía de Jesus en la provincia del Paraguay*, ó bien en el renombrado publicista Montesquieu en su escrito intitulado *Esprit des Lois*, autores todos por cierto nada sospechosos. Extrañábame yo hace algunos años, cuando todavía mi inteligencia jóven, poco avezada al discurso, sorprendíase de todo lo que por vez primera heria su vista, de que el instituto de los Jesuitas hubiese producido relativamente mayor número de literatos, sabios, teólogos, físicos, geógrafos, hombres en fin dedicados al cultivo de las ciencias todas, que los padres del Oratorio, los clérigos regulares de las Escuelas Pias, los Dominicos, los religiosos del órden de S. Francisco, y quizá más que los mismos Benedictinos, reputados por el mundo como los depositarios de las ciencias, y en honor de la verdad con justísima razon, y todas las demás órdenes religiosas. Mas luego que tuve la venturosa dicha de penetrar en algunos colegios de los hijos del grande Ignacio de Loyola, luego que visité sus casas y residencias; luego que tuve la honra de establecer un trato íntimo con algunos padres jesuitas, virtuosos, sabios, abstraidos de la sociedad, fué disipándose lentamente mi asombro y extrañeza infantil, y me expliqué de un modo satisfactorio el motivo de haber hombres más universales en la Compañía de Jesus, que en los demás claustros. Ví á la Compañía de Jesus dividida en tres grados: los estudiantes aprobados, los coadjutores formados y los coadjutores profesos. He visto que el aspirante sufre ante todo la si se quiere penosa prueba de diez años de noviciado, durante los cuales se ejercita el corazon de los neófitos en ensayos de amor de Dios, la inteligencia en discurrir sobre las verdades anunciadas en el Evangelio, y la memoria en retener las frases y escritos de los santos Padres y reverendos ascetas, con cuyo lenguaje llegan á familiarizarse, sin permitírseles dedicarse á ningun estudio particular en los dos primeros años de su ingreso en la Orden, y de este modo observé que se

descubria la inclinacion de su genio y su talento. Al cabo de este tiempo, para acostumbrarlos á amar la humanidad doliente y enferma, hacerles presenciar el espectáculo de los dolores humanos, y disponerles á las fatigas de las misiones, hacianles servir á los enfermos por un mes en el hospital, ó bien se les aconsejaban algunas peregrinaciones á pié, con la alforja en el hombro, la modesta túnica, pidiendo limosna de puerta en puerta, cual menesterosos, que han sacrificado en aras del amor de Dios sus haberes y riquezas. Entónces concluia sus estudios, ó profundos ó brillantes, destinando á ellos la parte de la vida, en que las facultades intelectuales estan en su mayor lozanía, y en que el cuerpo, vigoroso y jóven, puede soportar las molestias é incomodidades que exige siempre el cultivo profundo de las ciencias, lo que contribuye grandemente al mayor aprovechamiento de los jóvenes en el estudio. Si solo se descubrian en el alumno los talentos propios de la alta sociedad, era enviado á la capital, ó la corte de los grandes, en cuyos palacios espléndidos pudiese, ora educar el tierno corazon de los hijos de la casa é ilustrar con solidez, variados y útiles conocimientos su jóven inteligencia, ora dirigir con sus prudentes y meditados consejos las conciencias de los señores, ora en fin consagrarse á las benéficas operaciones evangélicas en el púlpito, en el confesonario, en el altar con el ejemplo, en las cabeceras de los enfermos opulentos, en las alfombradas salas de los grandes, en los palacios del monarca. Si se advertia que era inclinado á la soledad y el recogimiento, se le retenia en lo interior de la Compañia, destinándole á las bibliotecas, ó bien á formar en la piedad las almas de los novicios, cargo espinoso y delicado, para el cual siempre se eligen los más mesurados, los más conocedores del corazon humano. Si sobresalia en la elocuencia, se le abrian las puertas del púlpito, desde el cual pudiese anunciar las tremendas amenazas del Omnipotente, y las consoladoras verdades de la fe, con ese acento de dulzura, con ese estilo tierno y grave, patético y majestuoso, que constituye el distintivo de los predicadores de la Compañía, cuyo género de oratoria, cultivado por los Crisóstomos, Ambrosios, Basilios y Bourdaloue, Massillon, Bossuet, Flechier, Frayssinous y otros innumerables, es sin duda el más adecuado, digámoslo con más exactitud, el único apropiado para el púlpito, de donde debe desterrarse el humano decir, para sustituirlo en cuanto sea dable con el lenguaje divino. Si era un entendimiento despejado, justo, sufrido, se le hacia profesar los colegios, en cuyo silencioso recinto pudiera cultivar las ciencias, á las que sintiese mayor inclinacion, ó dedicarse á la enseñanza de las ciencias físicas, filosóficas, teológicas, al de la lengua y demás ramos del humano saber. Si su carácter era fogoso, intrépido, lleno de celo y de fe, destinábasele á las misiones, é iba á sufrir penalidades innumerables, á correr selváticos paises,

muriendo por último bajo el inhumano acero del mahometano ó del salvaje, cuyas almas se proponia salvar, derramando con gustoso placer, ya que no le era dado conseguir su objeto, la inocente sangre de sus venas que pudiera regar el estéril suelo, y subiendo entre querubines alados al cielo, donde el Rey de la gloria le ciñera la preciosa diadema del martirio, y donde postrado de hinojos, con humilde compostura, ante el trono de las misericordias, impetraba bendiciones para sus mismos verdugos, que le habian proporcionado la inmarcesible corona con preferencia. Si, por último, mostraba talentos de gobierno, la Orden le retiene en la direccion de las casas, concediéndole el cargo de rector, de provincial, asistente general, ó bien el Paraguay le llamaba á sus selvas, para formar en ellas, de seres envilecidos, una forma de gobierno, una floreciente nacion, una república ordenada, cuya base era la religion, cuyo medio eran las observancias religiosas, el trabajo, y cuyo resultado era la armonía y dulcísima paz. Siguiendo mis curiosas investigaciones, observé que el general de esta Orden numerosa, extendida por todo el universo y ligada á un vínculo fuerte, el vínculo de amor de Dios, residia en la capital del mundo cristiano, cercano al vicegerente de Dios en la tierra, á quien se dirigen en sus trances apurados todos los católicos del universo. Todos los provinciales que se hallaban en Europa, se hallaban obligados á escribirle una vez al mes, dándole cuenta de las variaciones acaecidas, del movimiento del personal, del estado de los fondos, del de las defunciones y demás notables y áun indiferentes sucesos de las casas sometidas á su direccion. De este modo el general veia desde su gabinete todos los sucesos de todas las casas de la Compañía. ¡Admirable gobierno! Los jefes de las misiones extranjeras le escriben tambien siempre que el vapor, el buque, el bajel ó la caravana cruzaban por las soledades del mundo, describiéndole las costumbres del país que acaban de saludar, el carácter pacífico ó belicoso de los habitanzes, sus disposiciones en el órden moral, las producciones del país, el clima, y en fin cuantas noticias pudieran desearse. Para los casos urgentes habia misioneros que iban de Pekin á Roma, de Roma á Pekin, de Persia á Turquía, á Etiopía, al Paraguay, y á cualquiera otra parte de la tierra conocida. Y si tan inmensos eran los trabajos más allá de los mares, ¿cómo apreciar los beneficios que derramaban sobre Europa? ¡Ah! Europa sábia ama á los jesuitas, ha llorado las persecuciones de que tantas veces han sido víctimas, y en el tiempo de su ostracismo volvia la vista de nuevo á los claustros de los Jesuitas, porque no se encontraban hombres idóneos á quienes confiarse pudiera la educacion de la juventud noble, como que durante el tiempo de su extincion se resintió profundamente este ramo, y todavía no se ha repuesto desde que ellos decayeron en la estimacion del mundo europeo. Prosiguiendo mis

investigaciones, llamóme la atencion en gran manera el carácter de afabilidad de estos hombres consagrados al bien de la humanidad y al servicio del que durmiera el sueño de la muerte sobre un leño por amor al linaje humano. Sus modales corteses, su conversacion amena, su caballerosidad, producia sobre mi una dulce impresion que me apegaba, permítaseme la frase, á los hijos de Ignacio, y pareciame que ese tono cortés, dulce, que quita á sus lecciones la pedantería, que repugna y como que disgusta á la infancia, era muy propio para insinuarse y hacerse amar de los jóvenes alumnos. Como la mayor parte de los profesores eran unos sabios, unos literatos, unos hombres consumados en el arte difícil de manejar el corazon é inclinarle por la senda de la virtud, de la verdad, del buen gusto, y escogidos entre los más sobresalientes del mundo, los jóvenes se creian estar con ellos en una ilustre academia, literario-científico-religiosa. Habian sabido además establecer entre los escolares una especie de patrocinio, diferentes categorías, sometiendo á los ménos instruidos bajo la inmediata inspeccion de los más aventajados, á los de más elevacion de miras sobre los de corazon más empequeñecido, todo lo cual redundaba en provecho de los mismos discípulos, que así se estimulaban más al cultivo de las ciencias, á la vez que contraian relaciones indisolubles de amistad los unos con los otros. Estos lazos, formados en una edad en que el corazon recibe con agrado los sentimientos generosos, impresionándole fuertemente, no se rompian ya en lo sucesivo, ántes bien solian establecer entre el príncipe y el literato, entre los maestros y los alumnos, entre los discípulos unos con otros, aquellas antiguas, imperecederas y nobles amistades, que se admiráran entre los Escipiones y los Lelios. Utilizaban tambien aquellas venerables relaciones entre discípulos y maestros, tan apreciadas entre los antiguos académicos, en las escuelas renombradas de Platon y Pitágoras, en beneficio á la vez de las órdenes mismas de los Jesuitas, á las cuales suministraban honores, distinciones, dádivas; y de los mismos discípulos, á los que, luego de constituirse en las altas posiciones sociales, dirigian con tierna libertad cariñosas amonestaciones, sabios consejos, prudentes avisos, que en más de una ocasion los detenian en la calamitosa carrera de sus extravíos, de sus vicios y errores. Engreíanse de tener un hombre extraordinario al frente de los ejércitos, ó en los sillones del gobierno, dirigiendo los destinos de la nacion, ó en la judicatura, administrando justicia con arreglo á las eternas leyes de la equidad, ó en la tribuna discutiendo sabios proyectos, cuya realizacion fomentase la prosperidad de su patria, ó bien en las sillas arzobispales, cardenalicias, y quizá en la sede romana, cuyo genio habian dirigido ellos mismos durante sus juveniles años, y parte de cuya gloria reclamaban ahora, que le veian rodeado de consideracion social. El mismo Voltaire, en

las profundidades de cuyo maligno corazon habia vislumbrado muy de antemano su maestro el P. Porée la semilla, que cultivada habia de producir tanta zizaña en el campo católico y tanta yerba venenosa, cuando aún no se habia plenamente desbordado, dirigia á su maestro su obra titulada *Mérope*, llamándole su viejo y querido maestro; lo que por cierto es cosa tan bella, que seria apetecible verla practicada por los jóvenes modernos, que en el umbral del colegio despiden para siempre todas sus afecciones hácia sus maestros, que inoculaban en sus tiernas almas los primeros rudimentos de las ciencias morales y exactas. Los PP. de la Compañía de Jesús los veian dedicados, unos al estudio de la naturaleza, otros al de la química, estos á la botánica, aquellos á la astronomía; unos eran maquinistas, otros matemáticos; sin que faltasen tampoco los poetas, los lingüistas, los historiadores, los traductores, los anticuarios, los diaristas; en suma, no hay ramo alguno en las ciencias que no hayan cultivado los Jesuitas con esplendor. ¿Quién no conoce su diario, titulado la *Revista Católica*, que se publica en Roma, publicacion que es sin disputa la única en su género, por la universalidad de materias que abraza, por la elevacion, profundidad, erudicion con que las trata? Dicen algunos de sus implacables émulos, que encargados los Jesuitas de dirigir las conciencias de los reyes y monarcas de la tierra; solo se hallaban satisfechos cuando sentados en las gradas del trono emitian ordenamientos á su placer, por los labios de los príncipes, convertidos en dóciles instrumentos suyos. Pudiera contestarse á esto en primer lugar lo que decia un moderno publicista hablando de los Padres Jesuitas: «Siempre será admirable el gobernar á los hombres haciéndolos dichosos y felices en la tierra.» Y ¿quién duda que hayan sido estas constantemente las nobles aspiraciones de los ilustres Jesuitas? Si han apetecido elevarse, no ha sido su intento avasallar á los pueblos con férreas cadenas, sino derramar sobre ellos desde aquella altura fecundantes bendiciones celestiales, como las negruzcas nubes derraman desde lo alto del firmamento bienhechor rocío sobre la tierra esterilizada? Considérense los inmensos bienes que los Jesuitas han hecho en todas las clases de la sociedad: en las menesterosas, acudiendo á los hospitales para dirigir palabras de consuelo al llagado enfermo; en las opulentas, en la juventud, en la adolescencia, en las chozas, en todos los climas, en todos los países. Fijemos la atencion en los escritores célebres que la Compañía ha producido en todos los ramos del saber humano, ó los que se han formado en sus escuelas; recorred con la memoria los reinos enteros que conquistaron á nuestro comercio con su destreza, sus sudores, su sangre, su dulce y bienhechora palabra. Recordemos los milagros de sus misiones en el Canadá, en la China, en el Paraguay, y aparecerá á los ojos del ménos imparcial, que los infundados, falsos, y en último re-

sultado insignificantes hechos de que son acusados por ciertos filósofos, mal avenidos con las venerandas instituciones, son nada comparados con los beneficios que han hecho á la sociedad. Séanos permitido, ántes de concluir esta biografía y sucinta historia de los Jesuitas, citar algunos hechos en comprobacion de lo manifestado. Así que los portugueses descubrieron el derrotero de las Indias, se establecieron en Macao, y el P. Ricci, de la Compañía de Jesus, resolvió penetrar en aquel imperio de Cathai, del que tantas maravillas asombrosas se referian, aplicándose ante todo al fastidioso estudio de la lengua chinesca, que es sin disputa una de las más difíciles del mundo, ya por la grande oposicion que tiene con todas las lenguas europeas, como por hallarse poco cultivada, al ménos científicamente, por los naturales del país, lo que le hace irregular. El ardoroso afan con que el P. Ricci se consagró á este estudio le hizo superar, sin embargo, todos los obstáculos, y despues de familiarizarse con los hábitos, costumbres é idioma del país, obtuvo en diversas ocasiones el permiso de los mandarines para fijar su residencia en alguno de los puntos del celeste Imperio, y despues de muchas peligrosas persecuciones y repulsas alcanzó por fin en 1682 de los magistrados chinos el permiso que solicitaba para establecerse en Chovachen, donde fijó el centro de sus operaciones científico-religiosas. Era Ricci discípulo de Cluvio, sobresalia en las matemáticas, y merced á esta ciencia, se adquirió protectores entre los mandarines, y dejando el hábito de los bonzos ó gente inculta, tomó el de los letrados. Daba lecciones de geometría, en las cuales mezclaba con arte las más preciosas enseñanzas de la moral cristiana, cosa por cierto difícil para quien no poseyera como el P. Ricci un celo ardiente por los grandes intereses del catolicismo, á la vez que una inteligencia clara para apreciar los diversos caractéres de los habitantes del Imperio celeste. En estas tareas religiosas y científicas se empleó por espacio de algun tiempo, recorriendo alternativamente las ciudades de Chovachen, Nemchan, Pekin, Nankin, en cuyos puntos era unas veces maltratado del modo más feroz y bárbaro, otras recibido entre vítores y entusiasta alegría, por los inconstantes salvajes. A todos estos reveses de la veleidosa fortuna supo oponer el P. Ricci una invencible paciencia, abrigando siempre en su pecho la esperanza vivísima de hacer fructificar la palabra de Jesucristo. Fué tal, sin embargo, la destreza de los Jesuitas, tal el amor que mostraron á sus neófitos, que el emperador mismo, admirado de las pasmosas virtudes y universales conocimientos de los misioneros guiados por el P. Ricci, les concedió la facultad de residir en la capital del imperio, adornándoles con otros innumerables privilegios á todos los encargados de dirigir los trabajos apostólicos. No abusaron los Jesuitas de estas distinciones; muy léjos de esto, observaron una conducta muy prudente y circunspecta, mostrando un

conocimiento profundo del corazon humano, respetando los usos de los chinos, y acomodándose en lo posible y en todo aquello que no era opuesto á las prescripciones de su instituto y á las leyes evangélicas, á los usos dichos. No obstante, la envidia opuso á sus grandes proyectos obstáculos que eran difíciles de superar, trastornando las más bellas ideas, concebidas por los laboriosos operarios evangélicos. Aunque el incansable Ricci respondia con grandeza y dignidad á las envidiosas acusaciones de sus enemigos de Europa; aunque velaba con exquisito cuidado sobre las nacientes iglesias de la China; aunque daba lecciones de matemáticas á un gran número de discípulos; aunque escribia en correcto chino libros de controversia contra los letrados que le combatian; aunque cultivaba la amistad del emperador y se granjeaba el afecto de los cortesanos pulidos y de los grandes orgullosos con su hábil política; aunque empleaba las vigilias silenciosas de la noche y las horas intranquilas del dia en su intento; sin embargo, Ricci era un solo operario, cuyas fuerzas, por mucho que se multiplicáran, no alcanzaban ni bastaban á todo. Así es que cansada su existencia por tantas fatigas, abrevióse el número de sus dias, y terminó en Pekin una vida de cincuenta y siete años, de los cuales habia invertido la mitad en los trabajos del apostolado católico. Despues del fallecimiento del P. Ricci, los trabajos apostólicos de sus compañeros de mision quedaron interrumpidos, y sufrió la religion cristiana por espacio de largo tiempo numerosas y sangrientas persecuciones, siendo raras las épocas de sosiego y calma que disfrutaba. Brilló, sin embargo, un dia claro y resplandeciente para los intereses católicos en aquellos países. Subió al trono el jóven príncipe Cang-hi, que se mostró muy propicio al P. Verbiest, jesuita tambien y sucesor de los anteriores misioneros. Hizo examinar el cristianismo por una junta de letrados que, despues de un maduro exámen y detenidas deliberaciones, decretaron que era loable y buena la religion católica, y que nada habia en ella opuesto á los intereses patrios, por el contrario, que la observancia de sus máximas podia contribuir en gran manera á la prosperidad del imperio. Poco tiempo despues el P. Verbiest, deseoso de prevalerse de la publicacion para extender las enseñanzas católicas por el Imperio chino, llamó de Europa una muchedumbre de celosos y sabios jesuitas, que partieron veloces para la China, llevando el símbolo de la redencion humana bajo el modesto hábito, armados del telescopio y del compás, con cuyos instrumentos se presentaban en la corte de Pekin, llenos de urbanidad, y rodeados del honroso cortejo de las ciencias y de las artes. Luego de atravesados los mares insondables, luego de habituados en aquellos países, empezaban á ejercer sus operaciones sobrehumanas, y desarrollando los mapas geográficos, rodando los globos con admirable manejo, enseñaban á los estupefactos y absortos mandarines el ver-

dadero y majestuoso curso de los inmensos globos de luz que giran en los espacios inconmensurables, el nombre verdadero de los astros, y el del Altísimo, que con su omnipotencia dirige los astros de sus órbitas, sin permitir que jamás salgan de sus esferas respectivas. ¿Puede darse cosa más sublime, idea más bella que la de los Jesuitas, los cuales, á imitacion de su divino Maestro, que para atraer á los hombres á su amor acomodábase á las inclinaciones de los que queria salvar, presentándose á Pedro, el pescador, sobre las olas de los mares, que alborotadas por la deshecha tempestad le dieron ocasion de amansarlas con su divino poder, y darse á conocer por medios tan maravillosos al futuro príncipe de la Iglesia; se acomodaban tambien á los usos de los chinos para convertirlos en adoradores de Dios? Jesucristo dióse á conocer á los magos, enviándoles su llamamiento por medio de una estrella de brillo esplendente, que aparece encima del observatorio de los opulentos de la Arabia, convidándolos á que pasen á una gruta, donde yacia el autor de los astros que observaban. Del mismo modo los Jesuitas, para destruir los errores del órden natural entre los chinos, empezaban por destruir los errores astronómicos y físicos, desterrando de sus corazones el altivo orgullo de la ciencia, para inspirarles con sus costumbres y su saber una profunda veneracion hácia su Dios y una grande estimacion hácia su patria. ¡Cuántas veces los magnates chinos, maravillados ante las explicaciones de los modestos hijos de Loyola, se prosternarian ante el Ser Supremo, autor de tan inmensos prodigios! El pueblo, los mandarines, los letrados, todos afanados abrazaban la nueva doctrina, y practicaban las ceremonias del culto, doblando así su cerviz salvaje ó altiva ante un débil jesuita, aunque poderoso por la gracia divina que rebosaba en su pecho. ¡Tierno es por cierto el espectáculo que ofreceria el Imperio celeste al ver millares de chinos prosternados, como nos lo describe el P. Fouquet, ante los altares católicos, recitando las oraciones preparatorias de la comunion, y acercándose á recibir aquel divino sacramento con una devocion y compostura, que seria de desear fuese imitada por los católicos europeos. «Lonkang (añade el mismo misionero citado en una de las cartas edificantes que se acostumbran á escribir mútuamente los PP. Jesuitas, y que, sea dicho de paso, son modelos de literatura acabada), Lonkang me habia inspirado el gusto por las misiones del campo, para donde salí con afan, encontrándome al poco tiempo todas las pobres gentes que trabajaban por una y otra parte; y llegando á uno de ellos, que me parecia de fisonomía agradable, le hablé de Dios, pronunciándole algunas palabras encomiadoras sobre este asunto. Parecióme complacido de lo que le decia, hasta el punto de que me concedió el honor de pasar á la sala de sus antepasados, que es la casa más bella del lugar, habitacion comun á todos sus moradores, donde muchos

acudieron con religiosa veneracion á escuchar la santa doctrina, abandonando al intento sus faenas campestres.» Fuera de los admirables servicios prestados á la ciencia por estos hombres célebres por sus conocimientos, por su sabiduría, su carácter, que hablaban el chino, el tártaro, que poseian la cronología, la historia, la astronomía, la historia natural, que suministraban asunto á discusiones curiosas y sabias entre Europa y China; que traducian libros chinos en lenguas más familiares á los europeos, y los europeos en chino. Fuera de estos y otros innumerables beneficios, ¿no es lo más grande que concebirse pudiera ver á un imperio vastísimo, que observaba dos mil años hacia unas costumbres arraigadas en su seno, que cede á la voz de un pobre religioso, de un modesto jesuita, que partió solo, sin más acompañamiento que sus instrumentos religiosos ó científicos, con su inteligencia llena de saber, con su corazon lleno de celo ardiente, de Europa, y que desvaneciéndose los usos más antiguos, las creencias religiosas más arraigadas, para sustituir todo ello con las creencias católicas, para que no resonára en los vastos dominios del Imperio otra voz que la de las alabanzas al Ser Supremo, al Redentor de los mortales? Oh! ¿quién, que alimente aún en su pecho una centella del amor al catolicismo, no concibe una profunda veneracion, un respeto de asombro hácia los hijos de Loyola, hacia los descendientes de Francisco de Borja, de Rodriguez, de Salmeron, de Suarez, de tantos otros que han inmortalizado el país, en que respiráran los albores de la infancia, el instituto que profesáran, la ciencia que cultiváran? Mas el hecho referido es solo una débil muestra de los beneficios reportados al mundo por los sabios Jesuitas, séame permitido referir otro que dé á conocer aún más á fondo las prendas apreciabilísimas, que adornan á los individuos de la Compañía de Jesus, para que á su vista se disipen las infundadas prevenciones de los poco adictos á ese célebre y bienhechor instituto, sin duda por haber carecido de ocasion propicia para conocerlo de cerca. Cuando la Europa católica, ingrata á los beneficios del Eterno, proscribe de su seno las órdenes religiosas, despoja al clero de sus bienes y haciendas, de sus honores y preeminencias, y no satisfecha con esto le conduce tal vez al pié del cadalso para sacrificar á su furor muchedumbre de víctimas; cuando la Europa libertina quiere apagar el fuego sagrado del cristianismo, desterrando á los obispos, encendiendo hogueras, proscribiendo á los Jesuitas, queriendo en fin aniquilar el espíritu católico, sin tener en cuenta que la verdadera religion, á diferencia de las cosas humanas, crece y se fortifica en la adversidad, por estar así decretado en los arcanos divinos, ¿qué partido juzgais que toman en caso tan aciago los soldados espirituales de Jesus llamados Jesuitas? Oh! Repléganse en retirada cual escuadron aguerrido y fortísimo, y supuesto que Europa les niega

el campo necesario para combatir por la fe sacrosanta del Crucificado, y concibiendo en su mente una idea bienhechora, surcan los mares, sacudiendo sus piés al abandonar las infecundas tierras europeas, conforme al consejo del Evangelio, y parten unos hacia el Japon, se dirigen otros á la corte de los sultanes, sin que falten tampoco entre estos esforzados campeones quien se arriesgue á penetrar en los nidos de las selvas del Paraguay, para amansar á aquellas tribus indias, que vivian como pájaros en las ramas de los árboles. Ved á esos humildes Jesuitas, á quienes las antiguas relaciones nos los pintan con el breviario debajo del brazo, una cruz grande en la mano derecha, una gran confianza en el corazon, que han concebido el vasto designio de formar una república evangélica en el corazon de los desiertos, que hubieran envidiado los antiguos legisladores Minos y Licurgo; vedlos, digo, abriéndose camino por en medio de las selvas, caminando por tierras pantanosas, obligados frecuentemente á atravesar á nado rios de magnitud, trepando rocas escarpadas, entrando á rastra en las cuevas y precipicios con peligro de encontrarlos habitados por serpientes y bestias feroces que los devorasen. Vedlos recorrer las vastas y con frecuencia encantadoras regiones del Paraguay, en cuyos parajes encontraban indios, raza indolente, estúpida, feroz, que mostraba en toda su fealdad el hombre del bosque, degradado por la caida primitiva, expuestos de continuo á ser devorados por estos salvajes en sus montes. ¿Qué medios juzgais que adoptan para suavizar sus costumbres y despojarlos de su ferocidad? Oh! unos medios divinos; ya un jesuita se detiene en medio de una muchedumbre, á la cual habla de Dios en un lenguaje inspirado, obligándolos á levantar sus ojos al cielo; y si poseidos de espanto extraordinario, mirando al apóstol como un encantador, huyen de él, extendiendo sus brazos los sigue con amor. Ya planta su cruz en un paraje aislado y descubierto, se oculta en el seno del bosque inmediato, y cuando los salvajes, atraidos por una fuerza secreta, se acercan temblorosos al estandarte divino de la redencion, levantado en medio de las soledades, sale de pronto el jesuita de la emboscada, toma ocasion de su arrobamiento y sorpresa, para anunciarles verdades sublimísimas, cuyos ecos jamás resonáran por aquellos dilatados valles, convidándolos á la vez á dejar una vida miserable, para gozar de las inefables dulzuras de la vida comun pacífica, de la vida social. Ya conocedores de lo amantes que eran los salvajes de aquellas riberas de los acentos músicos, embárcanse los Jesuitas y sus neófitos en toscas canoas, y caminan por las orillas del rio Piraguas, entonando suavísimamente cánticos sagrados, cuya dulce melodía parecia más armoniosa cuando deslizándose con placidez por las aguas del rio, llegaba á herir los incultos oidos de los indios que se hallaban en las riberas enajenados por el inaudito concierto ¡Qué escena tan

bella! ¡Si los poetas soñadores de la antigüedad la hubieran conocido! Los plateados y macilentos rayos de la luna, que alumbraba con sus pálidos reflejos la pequeña embarcacion, daba mayor interés á esta escena dulcísima, que llegó á enternecer los corazones indios, los cuales, no pudiendo resistir á los dulces y arrobadores reclamos de los cazadores, cayeron por fin en las redes. ¡Oh! Ved cómo se les suelta el arco y la flecha de la mano; cómo su alma empieza á latir tiernísimamente bajo la influencia benéfica del amor cristiano; cómo sus mujeres é hijos lloran de alegría; cómo bajan de las montañas, corren á la orilla de los rios; cómo se arrojan al agua; cómo siguen á nado á aquella navecilla para mejor gozar de las tiernas melodías; cómo, por último, subyugados por un atractivo irresistible, caen en tierra á los piés de la cruz, pidiendo al jesuita con voz inarticulada y tosca, con torrentes de lágrimas, su proteccion, sus consuelos, su regeneracion. Luego que los PP. Jesuitas hubieron conquistado con las armas del arte y del amor algunos millares de indios, formaron pueblos é iglesias, cuyo número en pocos años llegó ya hasta treinta, dando lugar de este modo á la *república cristiana*, basada en la religion católica. ¿Cómo referir los incalculables trabajos de estos hombres apostólicos en educar á aquellos séres envilecidos, en enseñarlos á manejar el azadon, la pica, la construccion de la flauta, del arpa, de los órganos, la arquitectura, las letras, en infundir en sus estériles almas sentimientos humanitarios y religiosidad, en educarlos, en fin, moral, física y socialmente? ¡Qué medidas tan sabias escogitaron estos hombres extraordinarios! Para evitar la corrupcion de costumbres puras é intachables de estos cristianos prohibíase la permanencia á los extranjeros por más de tres dias, durante los cuales se los obsequiaba con cariño y amor. Cada pueblo era gobernado por dos misioneros, especie de cónsules, que entendian en la direccion de los negocios espirituales y temporales, alternando en sus funciones. Habia dos escuelas en todos los lugares, la una en que se enseñaba la música, el manejo del órgano, de la flauta, de la guitarra; la otra en que se instruian en la danza ó el baile honesto. Tocábase al amanecer la campana, á cuyo tañido se juntaban los habitantes en la iglesia, entonando allí su concierto matutino, cuyos acentos confundíanse con los trinos armoniosos de los alegres pajarillos, que saludaban al majestuoso monarca de los astros en su refulgente aparicion. Oida despues la misa con religioso recogimiento, partian los hombres á ocuparse en las labores del campo, bendecido por el cielo, y las mujeres, separadas de los hombres, dedicábanse á manejar el huso é hilar el algodon, que se les habia repartido el lunes anterior, para entregarlo ya elaborado el sábado próximo. En dias señalados repartian con proporcion al número de los individuos de cada cabaña el pan, las legumbres y demás menesteres de la vida, lo que

hacia innecesarios los mercados públicos. Divididos los campos en porciones ó suertes, confiábase el cultivo de ellos á las familias, cuidando siempre no aglomerar un trabajo excesivo á unos individuos, y un trabajo exíguo á otros, sino igualando en lo posible las faenas campestres. ¡Qué descripciones tan interesantes hallamos en las mencionadas cartas edificantes de la armonía, de la paz, de la dulce alegría que reinaba en el corazon de estos inocentes agricultores, visitados con frecuencia por los misioneros Jesuitas, á quienes veneraban como unos héroes venidos del cielo, y los cuales distraian agradablemente á los cultivadores del campo con sus dichos oportunos, sus anécdotas interesantes! Luego que la noche extendia su tenebroso manto por toda la tierra, de nuevo la campana invitaba á los nuevos ciudadanos y venturosos repúblicos al templo, cuyas bóvedas resonaban otra vez con los acentos de la música cantada por aquellos corazones fervorosos, que enviaban al trono de las misericordias tiernos suspiros, al rezar la oracion de la tarde y despedirse del Hacedor Supremo hasta que el siguiente dia viniese á interrumpirlos en su sueño con sus auras matinales. La prevision de los Jesuitas llegaba á tanto, que destinaron un campo, llamado *Posesion de Dios*, á las escaseces, á las malas cosechas, al mantenimiento de las viudas, de los huérfanos, de los pobres, y áun servia tambien para atender á los gastos de guerra, aplicándose el resíduo de sus producciones al culto, que era espléndido y majestuoso, así como tambien á la satisfaccion del escudo de oro, que cada familia venia obligada á pagar en calidad de tributo al monarca de España. ¿Pudiera imaginarse medio más adecuado para sufragar los gastos ocasionados por la porcion paciente y gastadora de la sociedad, cuyas necesidades se hallaban plenamente satisfechas, sin necesidad de apelar á los medios penosos de los tributos, gravámenes y contribuciones? ¿Pudieran los más afamados economistas, los Juan Bautista Say, resolver con más acierto, con tino más delicado la difícil cuestion de los medios indispensables para atender en todo país á los gastos extraordinarios de guerras inopinadas, á los ordinarios del culto y demás? ¿Y todavía hay personas perversas, que quieran humillar vuestra frente con inmundos sarcasmos, sabios y esclarecidos hijos del gran Loyola? La educacion era otro de los ramos importantes, que miraban con más cuidado los cónsules Jesuitas, vivamente persuadidos de que pendia de la buena enseñanza la felicidad y estabilidad en el órden de las cosas. Apénas los niños frisaban en la edad de siete años, estudiaban los dos jefes las inclinaciones, observaban su genio, y despues de infundir en su tierna alma los sentimientos religiosos, bajo la sombra del santuario, destinábanlos segun la índole de cada cual á los oficios de platero, dorador, relojero, herrero, carpintero, tejedor, fundidor, en obradores instituidos por los mismos Jesuitas, muy

adiestrados en las artes útiles. Si veian en los niños inclinaciones piadosas, unidas al despejo del entendimiento, reservábanlos para el cultivo de las ciencias morales, para la filosofia, teologia, administracion, poesía, convencidos de la imperiosa necesidad que hay, si han de prometerse adelantos en los jóvenes, de acomodarlos el papel á su génio, puesto que no será buen poeta el que ha nacido para filósofo, ni sobresaldrá en las artes mecánicas el que se halle destinado para cernerse en las elevadas regiones de las ciencias abstractas y metafisicas, por mucho que se le quiera empujar por esa carrera. Para que la máquina sea una obra perfecta, es necesario que cada pieza ocupe el lugar que la corresponda. Esta ley es aplicable al órden moral y material lo mismo que al mecánico. El sistema gubernamental era tambien asombroso. Los cónsules tenian bajo su inmediata inspeccion varios magistrados, encargados de los diversos ramos de la guerra, de la administracion de justicia, de la policia urbana. El *cacique* ó jefe de guerra entendia en la instruccion y organizacion de la milicia; el corregidor, sentado en su silla, al aire libre, administraba justicia, á semejanza de los tiempos antiguos; el regidor y alcalde eran los encargados de dirigir los trabajos públicos y cuidar del aseo de las poblaciones. Además de estos magistrados, nombrados siempre por los votos de los ciudadanos, habia un *censor* llamado *fiscal*, elegido por los ancianos, el cual tenia un registro ó matrícula de los hombres que se hallaban en estado de tomar las armas segun su edad; y por último, un *teniente* cuidaba de los niños, conduciéndolos á la Iglesia, y acompañándolos á las escuelas con una varita en la mano, siendo además de su cargo el dar cuenta á los misioneros de las observaciones que hacia sobre las costumbres, carácter, cualidades y defectos de sus tiernos discípulos. Si el órden moral era brillante, no se le iba en zaga el órden material de las poblaciones. Regularmente se hallaban á las orillas de un rio, ocupando una posicion frondosa, fértil, agradable. Las casas en su mayoría eran de piedra, uniformes, de un solo piso, cuya multiplicidad formaba las calles rectas, anchas, tiradas á cordel, que estaban además empedradas y cuidadas con esmero. En el centro de la poblacion estaba la iglesia, hermosa, muy adornada, cuyas paredes, pintadas en el fondo, ostentaban en los contornos festones de flores y ramos entrelazados de hojas de un verde natural. Delante y al rededor de las iglesias estaban la plaza pública, la casa de los cónsules ó misioneros, el granero comun, el arsenal, la casa de refugio para las clases ménos opulentas, y el hospicio para los extranjeros, donde eran servidos, obsequiados por los afables y religiosos moradores; el cementorio ó dormitorio temporal de los muertos, que formaba un cuadrilongo de paredes de vara y media de alto, rodeado todo él por su parte exterior por calles de palmeras y cipreses, y atravesado en su interior por

largas hileras de limoneros y naranjos, que sombreaban la capilla colocada en el centro, y las sencillas cruces diseminadas por acá y acullá. Los PP. Jesuitas habian tratado de armonizar las sublimes observancias de la religion con los encantos y poesía del culto, formando unos ciudadanos sólidamente religiosos, pero sin que por esto ostentasen un rostro tétrico, ni les faltase el solaz necesario para sus cuerpos. Comprendiendo la imperiosa necesidad de que los pueblos, especialmente los meridionales, tuviesen dias destinados á las espansivas y mútuas demostraciones de jubilosa alegría, que tanto contribuyen á hacer perfecta la armonía de los conciudadanos, á ligarlos con vínculos indisolubles, habian creado numerosas fiestas religioso-cívicas que eran anunciadas con pompa inusitada y extraordinaria, encendiéndose la víspera muchedumbre inmensa de luminarias en señal de regocijo, iluminándose las calles, que eran transitadas por numerosas parejas de honestos y recatados jóvenes bailarines. Cuando las áuras ténues de la mañana anunciaban la aparicion majestuosa del rey de los astros, que venia á extender sus doradas madejas por la superficie de la tierra, se presentaba la milicia perfectamente uniformada, guiada por el cacique ó magistrado de guerra, montado en arrogante corcel, y llevado bajo un dosel, cuyas varas eran tenidas por dos distinguidos caballeros, cual si el fabuloso dios Marte caminase al frente de los escuadrones pintados por la mitología. Despues de las evoluciones de ordenanza, despues de la solemnidad religiosa, á la que asistia con humilde recogimiento toda la poblacion, escuchando los acentos graves de la música salmódica, y las suaves instrucciones del orador sagrado, que trasportaba á aquellos inocentes corazones con su sencilla elocuencia, despues de terminados los oficios divinos, congregábase toda aquella piadosa familia para obsequiar con un modesto festin á los extranjeros que se hallaban de paso, y permitíaseles en estos dias festivos algunos desusados recreos, el beber un poco de vino, el hacer carreras de caballos, concediendo premios de sortijas, dijes y objetos de algun valor, que eran siempre distribuidos por los padres ó los misioneros á los que habian vencido en la lid. Por la tarde, á la hora convenida, reunianse de nuevo en el templo, ante el adorable Sacramento del altar, estando separados siempre los dos sexos, para lo cual habia bancos distintos y puertas diferentes, para que entrasen y saliesen sin confundirse. Luego de concluidos los ejercicios, formábase la patética procesion, que caminaba á las capillas y ermitas situadas en las inmediaciones de la poblacion, rompiendo la marcha los caballeros militares, magníficamente adornados; seguian á estos las diversas corporaciones del Corazon de Jesus y del Corazon de María, de S. Luis Gonzaga, cuyos indivíduos, vestidos á la antigua española usanza, y de púrpura los que se habian distinguido por algunas proezas de virtud y valor, formaban dos

rectísimas hileras, caminando con paso grave y mesurado, llevando en sus manos el blanco cirio, los estandartes, pendones, imágenes, etc. Seguian luego los ancianos con su cabeza blanqueada, los magistrados con las respectivas insignias de mando, los clérigos vestidos con ricas telas, y rodeando el adorable Sacramento del altar, que era llevado en sencillas y bellísimas andas por los jóvenes de la congregacion, que eran educados en los seminarios, acostumbrados á observar el silencio y el retiro con toda rigidez, y avezados á las fatigosas vigilias del estudio, cual convenia á los que con el tiempo habian de ser sacerdotes, magistrados, héroes del pueblo. Cerraban la marcha las modestas y recatadas mujeres y niñas, sencilla y graciosamente vestidas, llevando una simple túnica ceñida por la cintura, con los brazos y piernas descubiertos, el cabello tendido, de manera que pudiera servir de velo. ¿Cómo describir el celestial efecto, que hacian estos sencillos indios, llenos de ternura y compuncion, contestando con dulce acento á los cánticos tiernos y patéticos que entonaban las angelicales voces de los niños? Oh! ¡sin duda que los serafines debian asistir á estas hermosas funciones religiosas con invisible recogimiento! Luego que se acercaba la noche, terminadas las fiestas del dia, la sonora campana hacia la señal de retirada, y era cosa de ver, por cierto, todas aquellas sosegadas familias caminar venturosas y apacibles á gozar de las dulzuras del sueño, rezando la tierna salutacion angélica. ¡Qué bella es nuestra religion cuando se la conoce y se la ama! Ni la perversion venia á turbar la inalterable paz de estos sencillos habitantes, ni los excesos los alteraban, ni los remordimientos los aquejaban al terminar estas fiestas alegres, como sucede en las corrompidas sociedades europeas, de cuyas reuniones resultan siempre celosos odios, atroces venganzas, horribles duelos, crímenes nefandos, asesinatos, homicidios..... Adormecianse plácidamente los repúblicos paraguayanos, rebosando en alegria, repasando por su mente las agradables impresiones recibidas en aquel dia. Pero el espectáculo más extraordinario que presenciaban estas selvas, era el que ofrecia la fiesta del Santísimo Sacramento, la del Corpus ó dia del Señor. Oigamos la descripcion que de ella nos hace uno de los autores citados en el prefacio de este capítulo. « Todas las bellezas de la naturaleza estan dispuestas con tanta sencillez (dice el testigo ocular mencionado) y variedad, que la representan en todo su esplendor y hermosura. Los elegantes, á la par que sencillos arcos triunfales, por donde pasa el Santísimo Sacramento, formados de flores y verdes hojas, ostentan en sus ramajes numerosas bandas de pajarillos de todos colores, atados por las patitas con unas hebras de hilo tan largas, que parece se hallan sueltos, y que mezclan sus trinos y gorgeos con el armonioso canto de los músicos y de todo el pueblo, bendiciendo así todos de comun, los hombres, las aves del cielo, los

ruiseñores, al Dios cuya bienhechora providencia vela sobre todos ellos. Vense de trecho en trecho, amarrados con fuertes sogas, tigres y leones; hermosísimos y coloreados pescados, que revolotean en unos grandes vasos llenos de agua, de manera que asisten toda clase de séres vivientes á tributar al Ser Supremo los homenajes de su veneracion en su nombre y el de su respectiva especie. Ni faltan tampoco para completar la decoracion todos los grandes elementos de que se sirven en los regocijos públicos. Parejas de jóvenes doncellas presentan al Ser Supremo las primicias de todos los frutos, como vasallos obedientes y sumisos que quieren reconocer el supremo dominio del augusto Sacramento sobre todas las criaturas, animadas ó inanimadas. Otros jóvenes, vestidos con rústico y limpio traje, detienen la comitiva, para presentarse postrados de hinojos ante el Dios de la bondad, ofreciéndole el grano que ha de sembrarse en el año inmediato, con el fin de que se digne bendecirle. Y el canto sonoro de las aves, y el rugido espantoso de los tigres y el de los leones, y las armoniosas voces de los músicos instrumentos, forman un solo concierto que se oye sin confundirse, y cuyos acentos deben sin duda elevarse al cielo, cual vaporosa y blanca nube. Luego que el Santísimo Sacramento entraba de nuevo en la iglesia entre los regocijadores sonidos del órgano solemne, grave y majestuoso; luego que el ministro del Altísimo derramaba las bendiciones del Empíreo sobre la inocente muchedumbre, presentábanse á los misioneros las ofrendas que habian estado expuestas en el tránsito, de lo que lo mejor se repartia entre los enfermos, dándose lo demás á los habitantes del pueblo..... Esta es la hermosa república formada por los PP. Jesuitas, sin más elementos que las armas poderosas de la religion católica y los ingeniosos medios de su industriosa inteligencia El estado del Paraguay no tenia los funestos inconvenientes de una constitucion enteramente bélica y guerrera como la de los antiguos Lacedemonios, convertidos en perpétuos soldados, ni tampoco los tristes y sencillos riesgos de una sociedad pacífica completamente y muelle, como la fraternidad soñada por los quákeros. Si en altas regiones del Paraguay habia fábricas de cañones, molinos de pólvora, habia tambien graneros de trigo, de distintas producciones del país. Si los portugueses ambiciosos, en lugar de cobardes, tímidos y dispersos individuos, se encontraron con batallones aguerridos, adiestrados en la guerra para pelear con los que venian á turbar su paz; que los destrozaban y perseguian hasta el pié de sus fortalezas, sin que la nueva tropa retrocediese jamás, y reuniéndose sin confusion bajo la metralla misma del enemigo; veian tambien á esos mismos indios, tan ardorosos en la batalla, cultivar el campo, sembrar los campos, manejar los arados al frente de su director el jefe de agricultura, que se hallaba encargado de visitar las tierras, corrigiendo con man-

sedumbre á los indolentes y desidiosos, é imponiendo por toda pena á los perezosos la obligacion de cultivar una porcion más grande del campo ó *posesion de Dios*, sábia economía, que sabia utilizar los defectos mismos de estos hombres inocentes en beneficio de la prosperidad pública. Si todos los lunes el cacique ó magistrado de guerra juntaba los destinados á la milicia en la planicie designada al efecto, para pasarlos revista, enseñarles el ejercicio, ejercitarlos en las evoluciones bélicas más indispensables, adiestraerlos en tirar al blanco, señalando premios estimuladores á los que sobresalian entre los ballesteros, los honderos, artilleros y mosqueteros; todos los domingos los reunia el sacerdote en el templo para instruirlos en obras piadosas y ensayos de amor de Dios, ejercitarlos en vencer los temibles enemigos del alma, en hacer frente á las asechanzas del tentador del Paraíso, en adiestrarse en fin en salvar los escollos de la vida, obligándolos á reconciliarse con el Dios de las bondades, y alimentándolos con el pan de vida. Si su ardor en los ejercicios militares se exaltaba hasta el punto de que era necesario en ocasiones interrumpirlos, temiéndose alguna consecuencia funesta; su entusiasmo en los ejercicios espirituales se inflamaba tambien hasta el extremo de que los misioneros veíanse precisados á moderar en ocasiones el rigor de sus penitencias y austeridades por temor de que fuesen dañosas y perjudiciales á su salud corporal. De este modo, educando en la piedad, en la virtud, infundiendo sentimientos nobles y elevados en sus almas, y ejercitando sus fuerzas corporales en las faenas del campo, en las labores domésticas, con los ejercicios militares, alimentando su inteligencia con verdades sólidas y divinas, su corazon con los sentimientos puros del amor divino, sus imaginaciones jóvenes y ricas con el variado esplendor y las majestuosas escenas del culto católico, su memoria con los dulces recuerdos de un Dios, que llevado de su inmensa bondad á los mortales, crea el mundo con solo el poder de un monosílabo; que luego se apiada del extravío de su hechura, concibe el grandioso proyecto de vestirse de humana vestidura carnal, para tender una mano amiga al desdichado tullido del Paraíso, con todas las enseñanzas sublimes del catolicismo; y dando tambien el pábulo conveniente á los cuerpos para no languidecerlos en la inaccion, resolvian los PP. Jesuitas todos los grandes problemas sociales, que han sido infructuosamente discutidos en las antiguas y modernas edades, reuniendo la religion, que ilustra, dignifica, hace humano al hombre, le eleva, le engrandece, con la agricultura que funda y las armas que conservan. La religion sola, sin la agricultura y la milicia, hubiéralos convertido en ascetas ó cartujos; la agricultura sola, sin la religion y las armas, hubiéralos hecho demasiado groseros, como la inerte tierra que cultivan; las armas sin la religion y la agricultura hubiéralos hecho feroces guerreros. Pero tomando

lo más de la religion, un poco de la agricultura, y otro poco de la guerra, de las letras y el comercio, y haciéndola abundar en fiestas y solemnidades, se conseguia la formacion de una república ni tétrica como la de los espartanos severos, ni demasiado interesada y metálica como la de los modernos ingleses, ni excesivamente frivola como la de los renombrados atenienses, ni afeminada y muelle como la de los romanos y potencias orientales, ni en fin, esclava y agobiada con el peso desmedido del trabajo, como la de las tribus musulmanas y salvajes. El hombre en el Paraguay no era visionario, ni arrogantemente serio, ni estaba hinchado con su literatura, ni se hallaba embrutecido con sus brutales pasiones, ni era en fin esclavo; el hombre del Paraguay era el hombre cristiano, el hijo de Dios, la imágen de la Trinidad. Beatísima, el hermano de Jesucristo; prerogativas preciosas, cuya acertada combinacion le elevaba sin infatuarle, le hacia amable evitando la frivolidad, generoso sin vanidad, humilde sin afectacion, sabio sin engreimiento que irrite. La mujer paraguayana, bajo el influjo benéfico de la religion, no era una cosa venal como en las sociedades paganas, ni una ilustre esclava como entre los cultos romanos, ni una deidad como en las sociedades corrompidas, ni un ídolo como en los aciagos tiempos modernos; la mujer paraguayana en su infancia era doncella recatada, cuyo pudor nadie osaba violar; en su adolescencia, modesta mujer, modelo de fidelidad conyugal, con cuyo dulce vínculo ligábasela en su tierna edad para evitar el libertinaje; en su lozanía madre de familias modelada á las prescripciones del catolicismo, que con su ejemplo, sus consejos y máximas regia á la familia que Dios la concediera; en su viudez, una persona sagrada, sobre la cual tendia su manto protector la religion, acogiéndola bajo su dulce amparo; en su vejez, matrona venerable, que era mirada con profunda veneracion. El niño, que al exhalar sus primeros suspiros, era bautizado el domingo por la tarde, con el antiguo bautismo de las tres inmersiones, y los cantos y la vestidura de lino, pasaba del regazo de su madre al regazo de la religion, á quien despues de iniciarle en los rudimentos de la religion, si la Providencia le habia dado disposiciones para altos destinos sociales, segregábasele de entre la muchedumbre para dedicarle al cultivo de las ciencias eclesiásticas, de las letras ó de los ramos á que mostrase mayor inclinacion, encerrándolos en los seminarios, en los que, ejercitándose en los espirituales ensayos y en las luchas literarias, haciendo reinar entre ellos una emulacion tan grande, que bastaba amenazarles con que serian enviados á las escuelas comunes, para que se entregasen á pundonoroso abatimiento, noble sentimiento que contribuye á formar más perfectos sabios, más consumados teólogos, más literatos, mejores sacerdotes, magistrados más rectos. La legislacion penal ¿á qué se reducia? Oh! á repren-

siones paternales. La primera falta reprendíase en secreto por los misioneros, castigábase la segunda falta con una penitencia pública en las puertas de las iglesias, á semejanza de los primitivos tiempos del cristianismo; y la tercera, con la pena algo más tormentosa y sufrida de los azotes. Mas apénas hay ejemplo, en siglo y medio que duró aquella católica república, de que ningun indio necesitase semejante penoso castigo, por ser sus defectos, dice uno de los mismos misioneros, llamado Charlerois, pueriles, propios de niño, como lo son en casi todas las cosas de la vida, sin que por eso les falte ninguna buena cualidad religiosa y cívica. No era entre ellos conocida esa inmensa muchedumbre de crímenes, infanticidios, envenenamientos, asesinatos, homicidios, suicidios, que son tan comunes en las modernas, corrompidas sociedades, con especialidad entre los protestantes, y entre estos con preferencia en Inglaterra, cuyas estadísticas criminales asombran por su número fabuloso. ¿Consistia acaso en que el temperamento de los habitantes fuese linfático? Conocida es de todos la ardorosa vivacidad de los que, tostados por un sol casi tropical, parece tienen una sangre inflamada. Debíase esta paz octaviana al influjo benéfico de la religion católica, en cuyo sacramento de reconciliacion hallaban los resentimientos pesarosos un respiradero natural de su pena, sin necesidad de comunicarle á los espacios inconmensurables, como algunas de las hordas chinas, ni de acudir al puñal ó al veneno para poner límite á una existencia dolorosa y opresora. Un indio paraguayano, cuando su corazon rebosaba de amargura, acudia instintivamente al confesor, el cual como padre cariñoso y amigo fiel, descargábale de su pena, volviéndole la paz que perdiera un instante. El protestante, el unitario, el presbiteriano, y todos los demás individuos de las infinitas sectas anticatólicas, no encuentran á su paso ningun confidente amoroso, ningun amigo tierno, por lo que nada tiene de particular apelen al suicidio el dia en que, perdida la honra, el interes, las riquezas, se encuentran inopinadamente en las puertas de la desesperacion. Esta es la milagrosa mudanza de costumbres que los PP. Jesuitas obraron entre los indios, dándoles un gobierno paternal y conforme al carácter sencillo y vanidoso del salvaje, llegando á ser por estos medios tan suaves, los cristianos nuevos, los más candorosos, los más nobles, los más puros, los más venturosos de entre todos los hombres, que habitan la superficie del globo. Solo el planteamiento de una religion, bajada del cielo, coronada del trono de la Beatísima Trinidad, podia ser capaz de desterrar el espíritu de crueldad y de venganza, el indolente abandono á todos los vicios más groseros y deshonestidades más brutales, que caracterizan de ordinario á las tribus indias, trocando tan bestiales cualidades en espíritu de mansedumbre cariñosa, de actividad, amor al trabajo, paciencia en las tribulaciones, castidad y reca-

to, que es el juicio formado de estas en tiempos anteriores selváticas tribus por el obispo de Buenos-Aires, segun lo que se desprende de una de sus cartas, dirigida al soberano de España, Felipe V, en la que entre varias otras cosas le dice lo siguiente: «Señor, en estas numerosas poblaciones compuestas de indios, naturalmente inclinados á la apatía, á la deshonestidad, á la venganza, al odio más cruel, á todos los vicios más repugnantes y antisociales, reina sin embargo una inocencia tan grande que no creo se cometa un solo pecado mortal con deliberado conocimiento de causa. Así como en los primitivos y venturosos tiempos del cristianismo aquellos fervorosos fieles desprendíanse espontáneamente de sus haberes y haciendas, como se desprende de los multiplicados ejemplos referidos en los Hechos apostólicos; de la misma manera desconocíanse entre estos católicos nuevos los pleitos y rencillas, las discordias intestinas, las querellantes disputas que tantos y tantos desgarradores y funestos resultados atraen en pos de sí á las sociedades. No se conocia allí la fria palabra de *tuyo* y *mio*, porque la religion, sin destruir la propiedad, base de las sociedades, hacíalos desprendidos, generosos, de modo que hallábanse siempre dispuestos á partir sus haberes con el necesitado y menesteroso. Provistos de ordinario sus graneros abundantemente con los frutos de una tierra feraz, que el cielo se complacia en bendecir; gobernados de un modo patriarcal por aquellos mismos héroes religiosos, que les habian sacado de la barbárie y hécholes gustar las ventajas de una sociedad civil, sin haber abandonado los goces del desierto y las maravillas suaves de una fraternidad cristiana, sin haber perdido las encantadoras, pacíficas y tranquilas de la soledad, y á quienes consideraba como una especie de séres sobrehumanos; gozaban aquellos indios en sus familias y en su patria de los sentimientos más dulces de la naturaleza, de manera que pudieran alabarse de disfrutar una felicidad desconocida hasta entónces en la morada de los infortunados descendientes de Adan. ¿Qué extranjero se acercaba á sus playas que no recibiese afectuosa hospitalidad? ¿Qué indigente llamaba á sus puertas que no recibiese prontos y eficaces socorros? ¡Cuán dulce era la amistad que nunca se interrumpia en aquel país, cuyos habitantes no conocian el rencor, ni la envidia! ¡Cómo brotaban de sus corazones los elevados sentimientos de justicia, de piedad, de misericordia y amor á la voz de la religion, como caen los frutos sazonados de las ramas de los árboles, agitados por el céfiro de la tarde y por los apacibles vientos del mediodia. Siéntese, al escuchar las relaciones de los viajeros, un deseo vivísimo de atravesar los mares insondables, y alejarse de nuestros bulliciosos y corrompidos círculos, para ir á esconderse en las cabañas de los afortunados salvajes, y buscar un oscuro y apacible sepulcro á la sombra de sus palmeras! Pero ay! nada de esto existe ya.

¿Es posible que toda la felicidad de la tierra termine por una catástrofe...? Descritos sucintamente los beneficios prestados por los Padres de la Compañía, ora en las naciones europeas, educando á la juventud con dulzura y afabilidad é inspirándola ideas grandes, elevadas; instruyendo á las masas en el púlpito con su sólida y nutrida elocuencia; asistiendo á las clases desvalidas en el lecho del dolor con amorosa ternura; presentándose en los salones de los grandes y en las cámaras de los reyes, para derramar por do quiera beneficios sin cuento; consagrándose á la publicacion de periódicos de reconocida utilidad religiosa y social; cultivando todos, absolutamente todos, los ramos del saber humano, ora en las naciones y países trasatlánticos, caminando por estériles desiertos en pos del salvaje, para desterrar de su persona los hábitos de la crueldad y de la barbarie, y formar de él un ciudadano pacífico, religioso, civilizado, amante del trabajo, de las artes, de la agricultura, de la literatura; soldado perito en los ejercicios militares, hospitalario, benéfico, adornado en fin con todas las prendas sociales las más perfectas, cual lo hemos visto en los ejemplos citados de la China y del Paraguay, y cual pudiéramos verlo en otros innumerables escritos, repito con la ligereza propia de un biógrafo de eclesiásticos y corporaciones religiosas, los innumerables bienes que los Jesuitas han atraido al mundo con su virtud, madurez y sabiduría universal; digasenos con sinceridad si esta veneranda institucion es digna de los sonrojantes epítetos, de las sátiras de maledicencia, de las horrorosas persecuciones de que ha sido víctima por espacio de luengos siglos, de parte de los incrédulos que apénas saben mentar al catolicismo sin permitirse algunos ataques contra los colegios de Jesuitas. ¿Qué mal os han hecho los discípulos de Jesus, oh vosotros, que con tan virulento modo los denostais? Su historia es la historia de los beneficios que han dispensado á los hombres; han pasado por la tierra haciendo bien, á imitacion de su Divino Maestro. Y entónces ¿por qué los perseguis tan acerbamente? ¿Por qué coartais su libertad de modo tan tiránico. Nunca he podido comprender qué fundamento puedan tener los sistemas restrictivos en lo tocante á la vida religiosa de los Jesuitas. Los que tienen dinero pueden disfrutar de ámplia libertad de gastarle como mejor les acomode, sin que nadie se meta con ellos, aunque lo hagan lo más alegremente del mundo. Los aficionados á placeres los gozan sin más restricciones que los límites de su bolsillo ó sus previsiones higiénicas. Los aficionados á los festines los celebran cuando les place, sin que nadie se lo impida, aunque la algazara de los brindis y el ruido de la orquesta atruenen la vecindad. Los que gustan habitar espléndidas moradas, lucir soberbios trenes, dar bailes magníficos, lo ejecutan sin guardar para ello más formalidades que las indispensables de consultar las existencias de su caja ó la longanimidad

de los acreedores. Ni siquiera falta libertad para la corrupcion de las costumbres, y las autoridades toleran el más descarado libertinaje bajo distintas formas, sin cuidarse de que las calles de las grandes capitales se vean frecuentadas por numerosas bandadas de prostitutas inmundas, que con su desenvoltura y cinismo pervierten la juventud, que un dia debiera brillar en los encumbrados puestos sociales. Se permite insultar con harta impudencia el decoro público: el pródigo derrama, el inquieto se agita, el curioso viaja, el erudito estudia, el filósofo medita, y cada cual vive conforme á sus ideas, necesidades ó caprichos. Hay completa libertad para todo el mundo; se forman compañías de comercio, sociedades de fabricantes y de operarios; asociaciones de fomento para este ó aquel ramo; sociedades de beneficencia, de ciencias, de literatura, de bellas artes; y ¿ no dejarémos en libertad á algunos individuos, que sintiendo bullir su mente en ideas elevadas y sublimes aspiraciones, mudan su traje ordinario en modesta y negra sotana, creyendo en esto hacer una obra buena, servir á Dios, ser útiles á sus semejantes, obedecer á un llamamiento del cielo, reuniéndose bajo determinadas leyes y reglas formadas por un héroe católico en una cueva misteriosa, con tales ó cuales obligaciones, con este ó aquel objeto? ¿Qué razon hay para alejarlos de su patria, de sus claustros, del seno de las familias cristianas, para obligarlos á emprender dilatados viajes en pos de habitantes más agradecidos, de tierras más hospitalarias, en las cuales derraman más de una vez su sangre al golpe del enemigo, ó espiran saludando entre sus últimos suspiros su amada patria? ¡Oh santo cielo! ¿Por qué permitis ese flujo y reflujo que se observa entre los hombres, de los cuales la mitad parece ser encarnizada enemiga de la otra mitad? Jamás he podido comprender esa jurisprudencia peregrina que restringe una cosa conocidamente buena, y que áun cuando no aparezca como tal á los ojos de los preocupados y prevenidos contra ella, lo es ciertamente y á lo ménos inofensiva. Comprendo que cuando las comunidades religiosas crecieron en demasia si se quiere, se usase para con ellas algunos medios restrictivos, violentando los principios de tolerancia y libertad, aunque dicho sea de paso, nunca serán justificables las violencias en este sentido; pero cuando ni el número exiguo de los Jesuitas puede perjudicar las atenciones de la agricultura, de las armas y demás sociales; cuando su escasez de medios de subsistencia no puede ni remotamente introducir perjuicios en la propiedad y en la riqueza; cuando un jesuita nada cuesta á la nacion, llegando su desinterés al extremo de mendigar él mismo, poco ménos que de puerta en puerta, una limosna por el amor de Dios; cuando no existen los cacareados peligros de su dominacion decantada, siendo estas hoy á lo sumo armas de partido para revolver y gritar; cuando

no hay nada de esto, me parece sumamente injusto é impolítico negar á los hijos de Loyola su establecimienta en los puntos en que lo reclamen para la mayor utilidad pública, emplear una violencia opresiva que no conduce á nada. Ciertamente que el espíritu de esta época, esencialmente metálica y militar, no es el más favorable á los institutos jesuíticos, y me parece que por este lado pudieran los gobiernos fomentar las asociaciones de los Jesuitas, siquiera por amor á las sociedades mismas modernas, amenazadas más bien de ser disueltas por los goces positivos, que esterilizadas y heladas por los silicios y ayunos como en épocas anteriores. Yo bien sé que los colegios de los Jesuitas no son esenciales al catolicismo, puesto que este ha subsistido vigoroso y lozano por espacio de luengos siglos ántes que aparecieran los Jesuitas. Yo bien sé que en la Iglesia católica la unidad en la fe, los sacramentos, la autoridad de los pastores legítimos, distribuidos en la conveniente gerarquía, todos bajo el primado de honor de S. Pedro y vicario de Jesucristo, el Romano Pontífice, son las cosas esenciales, de manera que puede vivir con sus dogmas, con su moral, su disciplina, su admirable gerarquía, con su autoridad divina, y sin necesidad de los Jesuitas. Esta es una verdad muy sabida, y si en este sentido se afirma que los colegios jesuíticos no son necesarios, se afirma una cosa muy sabida, que ningun católico niega ni puede negar. Mas ¿cómo evitar que una tierra en la que el sol esparce en todas direcciones el calor y la luz, vivificada por aires vivificantes, regada con abundantes lluvias, vegete en árboles frondosos, en yerbas aromáticas, en flores perfumadas? Es tambien punto ménos que imposible que en la Iglesia católica, que nos enseña sublimes verdades sobre los destinos del hombre, unas terribles, otras consoladoras; donde hay la esperanza que nos eleva en sus alas divinas á las celestiales regiones, inspirándonos fortaleza en las adversidades de un momento que sufrimos en la tierra, y comunicándonos una santa moderacion en la deleznable fortuna, que ora nos sonrie, ora nos sume en tristeza desoladora, haciendo que veamos las cosas de la tierra en toda su pequeñez, en toda su volubilidad, cuando las comparamos con el bien eterno é infinito á que debemos aspirar; donde hay la caridad, que nos hace amar á Dios sobre todas las cosas, inclusos nosotros mismos, que nos hace amar á todos los hombres en Dios, y que por consiguiente nos inspira el deseo de ser útiles á nuestros semejantes, derramando en su beneficio, si necesario fuera, la sangre de nuestras venas, y sacrificando en todo caso nuestro reposo, nuestra tranquilidad, nuestros haberes, nuestras riquezas; donde hay un Evangelio, que á más de los preceptos, cuyo cumplimiento es de todo punto necesario para entrar en la vida eterna, contiene los sublimes consejos de venderlo todo y darlo á los pobres, de llevar una vida casta como los ángeles en el cielo, de despojarse

completamente de la propia voluntad, de abrazar la cruz, cargar con ella sobre los hombros y seguir á Jesucristo, sin mirar hácia atrás; donde además hay un Espíritu vivificante que ilumina los entendimientos, domeña las voluntades, ablanda los corazones, trasforma al hombre entero y le hace capaz de heróicas y sublimes resoluciones, que ni siquiera podria concebir la humana flaqueza; nada tiene de particular, repito, que en una Iglesia católica en la que hay una fe, una esperanza, una caridad, un Evangelio, un espíritu divino, haya tambien hombres elevados, que no queriendo limitarse al cumplimiento de los preceptos de necesidad absoluta para conseguir la bienandanza eterna, como dicen los teólogos, y deseando tomar por regla de conducta no solo los preceptos, sino además los consejos del Evangelio, recordando las palabras de Jesucristo, en que recomienda la perfeccion indefinida para asemejarse á la perfeccion del Padre que está en los cielos; recordando las augustas costumbres de los primitivos y venturosísimos tiempos de la Iglesia, en los cuales los fieles vendian sus propiedades y llevaban su precio á los pies de los Apóstoles; recordando lo muy agradable que es á los ojos de Dios la virtud hermosa de la castidad, lo muy acepta que es á Jesucristo la obediencia, pues que El se hizo obediente hasta la muerte; se reunan bajo una misma techumbre para animarse y edificarse recíprocamente, prometan al cielo observar las virtudes de pobreza, castidad y obediencia, ofreciéndole de esta manera en holocáusto lo que el hombre tiene de más caro y apreciable, que es la libertad, y precaviéndose al mismo tiempo contra su propia inconstancia. Y cuenta que de esta clase de hombres ha habido en el mundo católico desde casi los tiempos de su primitiva existencia, puesto que para el caso importa poco que fuesen designados con los nombres de ascetas, ermitaños, anacoretas, Antonianos, Hilarianos, Basilianos, Franciscanos, Dominicanos, Trinitarios, Jesuitas, ó que se abandonasen los unos á las mayores austeridades, se entregasen los otros á incesante contemplacion, se dedicasen estos á la educacion de la niñez, á la instruccion de la juventud aquellos, al ministerio de la palabra divina los otros, al rescate de los cautivos, al consuelo de los enfermos, al cuidado de los menesterosos, ó abrazasen todos estos ramos, el consuelo del mendigo, el rescate del cautivo, la predicacion del Evangelio, la enseñanza, la educacion, la contemplacion, el estudio, como los Jesuitas, los más universales sin duda de cuantas órdenes religiosas aparecieron en el mundo. Diríase que Dios en lucha con las fuerzas del Averno, habia querido mostrar en el curso de los siglos la superabundancia de su poder, creando su Compañía predilecta, que atendiese á todas las necesidades, venciese al enemigo comun en todos los puntos, en el campo de la ciencia, en el de la tentacion, en todas partes. Importa poco que huracanes transitorios hayan devastado la her-

mosa campiña, impidiendo que la vegetacion germine, que los árboles florezcan, y que produzcan sus frutos, y que los campos se cubran de mieses. Importa poco que las furias revolucionarias, coligadas contra la causa de Dios, derriben los colegios jesuíticos, envien al ostracismo á sus dignos individuos; luego que se serene el horizonte, luego que brille esplendoroso el luminar del dia, renacerá la vegetacion, animará á la tierra, mostrándose de nuevo al espectador vigorosa, fértil, cubierta con el hermoso manto verdusco, salpicado de flores aromáticas, de mil producciones variadas; luego que las tempestades del Averno sean desvanecidas, aparecerá otra vez el jesuita, radiante de modesta refulgencia, de sabiduría lozana, vigorosa, purificada en el crisol de la tribulacion. Es un fruto natural que ha nacido espontáneamente en el campo de la fe y de la esperanza, bajo el soplo vivificante del amor de Dios, y si le arrancais, sus raices ya hondas brotarán de nuevo; y si le destrozais, sus miembros dispersos, será fecunda semilla que resucita bajo distintas formas, igualmente bellas y lozanas. Esto es lo que nos atestigua la historia y la experiencia. Yo no comprendiera tampoco un catolicismo que no inspirase á algunos hombres privilegiados el deseo de llevar á cabo resoluciones heróicas, de ejecutar acciones sobrehumanas, consagrándose al bien de sus semejantes y á la utilidad del mundo. Un catolicismo semejante sería frio, helado, endeble árbol, cuyas raices no penetran en el corazon de la tierra, que se seca á los primeros ardores del estío, ó es arrancado fácilmente por el soplo del aquilon. Oh! al dirigir una mirada observadora por la moderna sociedad, al ver en medio de una corrupcion casi universal elementos de vida, de reaccion, confírmome en que el Omnipotente, que dirige los destinos del mundo, permitirá que dure hasta la consumacion de los siglos la ilustre y bienhechora Compañía de Jesus, animándola con su espíritu divino, haciéndole producir, además de los frutos necesarios, los que contribuyen á realzar su lozanía y hermosura, ya que sea indispensable hacer algunas modificaciones en sus accidentales formas. Sus grandes ejemplos de moralidad, el asombroso espectáculo de sus heróicas virtudes, de su abnegacion, de su desprendimiento sin límites; su amor á la cultura y la ilustracion, deben prometerse que serán altamente útiles á la moderna civilizacion. La educacion de la infancia, y particularmente la de las clases pobres, la organizacion del trabajo, el espíritu de asociacion para los grandes intereses procomunales, toda clase de establecimientos de beneficencia, no dejan de ofrecer problemas sumamente complicados, de presentar gravísimas dificultades, de necesitar del auxilio del desprendimiento, del amor de la humanidad desinteresada y ardiente, ¿y quién duda que ese desinterés, esa abnegacion, ese ardiente amor de la humanidad, que solo son hijos de la caridad cristiana, se encuentran en grado muy subido en los in-

divíduos de la Compañía de Jesús? ¿Por qué, pues, no se han de personificar esos grandes sentimientos en instituciones tan sábias como la de la Compañía de Jesus, que vivirá largos siglos, y en el cual no figuran para nada las personas, sino como en el cuerpo humano las moléculas que entran y salen incesantemente con el movimiento de la organizacion? Repito, tengo una viva esperanza en la Compañía de Jesus, en las asociaciones de S. Vicente de Paul, en las heróicas hermanas de la Caridad, en tantas saludables instituciones, que serán elementos poderosos de conservacion en medio de la destruccion que nos amenaza, los lenitivos á los crueles sufrimientos de la moderna sociedad, los remedios á sus males terribles. Contra egoismo, caridad cristiana. Miéntras haya salvajes que instruir, bárbaros que civilizar, ignorantes que instruir, hombres corrompidos que corregir, enfermos que aliviar, calculistas metálicos, serán indispensables en el mundo los hombres desinteresados, desprendidos, caritativos, afables, sabios, civilizadores, ¡Desgraciado del mundo el dia que se viese sin esos hombres! Dispensadme, bondadoso lector, si va tomando extension desmedida esta biografía del célebre jesuita Prilezky, indivíduo de esa Orden famosa, que á los pocos años de su existencia habia tomado ya tanto incremento, que se presentaba con las formas de un coloso y desplegaba las fuerzas de un gigante; esa Orden, que si por momentos se eclipsó, lo hizo sin que ántes sintiese el desfallecimiento, que no siguió el curso regular de las demás, ni en su fundacion, ni en su desarrollo, ni tampoco en su caida; de esa Orden, que, como se ha dicho con mucha exactitud y verdad, no tuvo ni infancia ni vejez. Creo disculpable esta digresion en gracia de la suma importancia del asunto, puesto que no es factible dar una mirada á la historia religiosa, literaria y política de Europa de tres siglos á esta parte, sin tropezar á menudo con los PP. Jesuitas; es imposible viajar por tierras las más remotas, surcar mares desconocidos, abordar á playas las más distantes, penetrar en los desiertos más espantosos, sin que se ofrezcan al paso las huellas del jesuita; y siendo esto así, bien podeis dispensar, amados lectores, que se fije la atencion por unos momentos en un instituto que ha llenado al mundo con la fama de su nombre; y si no os hubiera presentado esta biografía y sucinta reseña acerca de la organizacion admirable, de los vastos proyectos regeneradores, de la laboriosidad é industria de los Jesuitas, hubiérame parecido á aquellos viajeros ignorantes é insensibles que pisan con estúpida indiferencia las más notables é interesantisimas ruinas. Notable, es por cierto, la grande animosidad y saña que han mostrado los enemigos del órden contra los Jesuitas, á diferencia de los demás institutos religiosos, á quienes han tratado con más indulgente blandura, fuera de algunos casos excepcionales. Apénas nacieron, y ya se vieron rodeados de numerosos enemigos, sin

que jamás se viesen libres de ellos ni en su prosperidad, ni en su caida, ni en su grandeza, ni en su abatimiento, ni cuando dirigian, al decir de algunos poco exactos, los destinos de las naciones, ni cuando perseguidos á muerte fueron arrojados al ostracismo; nunca, nunca ha cesado la persecucion ó por mejor decir el encarnizamiento. Hoy mismo la fundacion de un colegio de Jesuitas produce mayor alarma en esos ánimos inquietos, que si se tratase de una irrupcion de vándalos. A los Jesuitas no se les desprecia, se les teme; quisieron algunos esgrimir la innoble arma del ridículo contra esa institucion veneranda, pero en vano, porque la misma zozobra é inquietud manifiesta que el que los ataca no se cree estar en presencia de unos adversarios de poca monta, pues que la bilis se le exalta, se le contraen las facciones, y sus palabras salen bañadas de una amargura terrible, como destilan las gotas de una copa emponzoñada. ¿Qué significa esto? ¿Por qué tanta crueldad, tanto rigor, tanta execracion, cuando se trata de un puñado de hombres inofensivos? ¿Por qué se los teme? Ah! Ved quiénes son sus principales enemigos; ved cómo los protestantes y los incrédulos figuran en primera línea, caminando en pos de ellos todos aquellos hombres, que con más ó ménos claridad, con mayor ó menor decision se muestran poco adictos á la Iglesia católica. Esta persecucion constituye á la vez la más plena justificacion de la santidad de la causa de los Jesuitas, y la confesion más explícita de que no pueden negar en esos hombres un mérito extraordinario, puesto que las nulidades no se combaten, ni las iniquidades son perseguidas por los inicuos. Oh! Sí, la Compañía de Jesus es grande, tiene sus raíces en el cielo. Ved cuándo y con qué ocasion apareció en la tierra. Empleábase el protestantismo en combatir con lujoso aparato de saber y de erudicion los más venerandos y augustos dogmas del cristianismo, usando de todo género de armas, del conocimiento de las lenguas, del brillo de las letras humanas, del gusto por los modelos de la antigüedad para enflaquecer la Iglesia, desacreditar, y si posible fuera, destruir la autoridad pontificia. Cundia el mal con velocidad terrible, circulaba el mortífero tósigo por las venas de una considerable porcion de pueblos europeos, y amenazaba propagarse el contagio á los países que habian permanecido fieles á las verdaderas creencias; y para colmo de infortunio, el cisma y la herejía atravesaban los mares yendo á corromper la fe pura de los sencillos neófitos en las regiones del Nuevo Mundo. ¿Qué hacer en lance tan apurado? ¿Dónde hallar remedio á tantos males? Todas las almas, en las que todavía ardia una centella del amor católico, dirigianse al cielo en pos de un bálsamo para sanar las mortales heridas que los sectarios de Lutero producian en el corazon de las sociedades. El Todopoderoso, que veia el desbordamiento de una crecida porcion de los hijos de la Iglesia; Dios, que al castigar los cri-

menes de los pueblos lo hace siempre con misericordia, contestó desde su trono celestial á las suplicantes miradas de los buenos, convirtiendo un aguerrido militar en el sitio de Pamplona, postrándole en el lecho del dolor, inspirándole allí ideas elevadas y de un órden enteramente nuevo, mostrándoles horizontes puros. Ese valiente soldado, restablecido de su herida, cuelga la lanza y el escudo, pónese en peregrinacion, llega á la cueva de Manresa, donde el Espíritu de Dios le sugiere planes asombrosos de una batalla singular. Eran pasados algunos años cuando ya los discípulos de ese hombre singular difundíanse por toda Europa, estudiaban las lenguas orientales, hacian grandes trabajos bíblicos, revolvian las obras polvorientas de los antiguos Padres, los monumentos de las tradiciones y decisiones eclesiásticas, producian en sus colegios obras de sobresaliente mérito, promovian controversias sobre los dogmas católicos, y cultivaban todas las ciencias, y con la teología y las matemáticas, la astronomía, las ciencias naturales, comienza el ataque más formidable contra los protestantes, marchando compactos á pesar de la velocidad de su carrera, ordenados como las masas de un grande ejército. No se dejan envolver por la inconstancia, volubilidad y estratagemas de sus adversarios, sino que cuando descubren en sus enemigos la irregularidad de una conducta vacilante, ellos siguen su rumbo sin extraviarse, sin ladearse, y marchan con paso seguro que se endereza á su objeto, semejantes al planeta, que recorre bajo leyes constantes su órbita. Si la autoridad pontificia, es hostilmente rodeada de enemigos del campo protestante y del campo mismo católico, los Jesuitas agrúpanse en torno del Vaticano, se muestran adictos al Pontífice, le defienden donde quiera que se halle amenazado, y cual celosos atalayas velan siempre por la conservacion de la unidad católica, sin que su saber, su influencia, sus riquezas, disminuyan su profunda sumision á la autoridad de los papas. No satisfechos con perseguir con ardoroso valor al enemigo en sus fortalezas de Europa, parten á lejanas tierras, se presentan en las recien descubiertas regiones del Oriente y del Occidente, familiarízanse con las lenguas, los usos, los hábitos de las salvajes tribus, y despues de desparramarse por todo el globo predicando el Evangelio á todas las naciones, no olvidan el estudio de cuanto pueda interesar á la cultura de Europa, regresan de sus colosales expediciones cargados de preciosos tesoros para enriquecer el caudal de ciencia moderna. ¿Qué extraño, por lo mismo, que los protestantes se desencadenáran con tanto furor contra ese instituto, viendo en él un adversario formidable, un muro de bronce, en que se estrellaban sus ataques al catolicismo, haciendo inútiles sus esfuerzos? ¿Qué extraño, que para conseguir el efímero triunfo de su causa, se coligasen todos los esfuerzos, manchasen con mil crímenes groseros, inmundos,

soeces, la tersa frente de los hijos de Loyola, se propusiesen minar el muro, derribarle, y al fin lo consiguiesen á fuerza de forjar combinaciones de personajes renombrados de diversas naciones europeas, los cuales no dejaron medio alguno, ni el ridículo, ni la mentira, ni el insulto, ni la maledicencia, ni ningun otro, por odioso y repugnante que fuera, como puede verlo con latísima extension, el que, deseoso de sondear esta materia de la conspiracion de los Jesuitas, quiera consultar la erudita obra del sabio Cretineau Joli, donde, con gran copia de documentos, pulveriza los errores de los incautos sobre el particular, demostrando al mundo entero la negra y horrible perfidia de sus encarnizados enemigos? Los incautos, que de buena fe han dado crédito á insidiosas calumnias, consulten esa obra que les demostrará que los grandes crímenes que se les achacaban, eran solo proyectos divinos, permítaseme la frase, para derramar beneficios innumerables por la tierra toda, y de que las riquezas, el saber, la influencia, la pretendida ambicion de los Jesuitas, que por cierto jamás hubieran volcado un trono, ni decapitado en el cadalso ningun rey, no les hubiera sido tan dañosa como las malévolas obras de los falsos regeneradores del mundo. Lástima es que entendimientos esclarecidos, que por cierto no necesitan para adquirirse renombre quemar incienso á vulgares preocupaciones ni á pasiones mezquinas, hayan dicho «que los Jesuitas perdieron á los reyes en Inglaterra y á los pueblos en España.» Nada más atrevido por cierto que esas plumadas, que en brevísimo rasgo encierran una grande historia, y que hacen pasar á los ojos del lector, y con la velocidad del rayo, una infinidad de hechos agrupados y confundidos, sin dejarle tiempo siquiera para mirarlos, y mucho ménos para deslindarlos como sería menester. Nada más sencillo que hacer aseveraciones completamente erróneas, que más bien que herir á un adversario, demuestran la infortunada torpeza del enemigo, cuando ataca instituciones y levanta polvareda en el campo contrario para distrarse del flanco más adecuado para dirigir los ataques, que por cierto han sido siempre venenosos contra los Jesuitas. «Que los Jesuitas derribaron y perdieron á los reyes en Inglatarra.» Y ¿es posible que esto lo asegure con serenidad de ánimo el que blasona de conocer á fondo las revoluciones religiosas y políticas que han trabajado aquel desventurado país, revoluciones que, desfiguradas y adulteradas por los protestantes, han dado ocasion á que los ménos entendidos en la materia las hayan achacado á los católicos, y como corolario indispensable á las pretendidas intrigas de la Compañía de Jesus? Como quiera pasemos en silencio la refutacion de esa solemne vulgaridad, y felicitémonos de paso del movimiento católico que se despliega en ese país, de los grandes trabajos que se estan haciendo en vindicacion del catolicismo y la Compañía de Jesus, que disipando las calumnias inmundas con que los

habian afeado; bien pronto, Dios mediante, si el cielo se muestra propicio, la verdad ocupará el puesto que le corresponde. «Que los Jesuitas perdieron al pueblo en España, que ellos fueron la causa de que perdiésemos la libertad política.» ¿Cuándo? ¿cómo? ¿á qué perdicion se refieren los enemigos del Jesuitismo? ¿á que época aluden? ¿Quién ignora, sean por otra parte cuáles fueren los juicios sobre las causas que acarrearon la pérdida de la libertad política en España, y sobre los grandes acontecimientos del tiempo de los Reyes Católicos, de Felipe *el Hermoso*, de Doña Juana *la Loca*, y de la regencia de Cisneros; quién ignora, repito, que el golpe decisivo contra la libertad política española fué la guerra de las Comunidades, y que la batalla de Villalar y el suplicio de Padilla contribuyeron á humillar el pueblo, afianzando y engrandeciendo el poder regio, disipando las esperanzas de los amantes entusiastas de las antiguas libertades patrias? ¿Quién ignora que la batalla de Villalar se dió en 1521? ¿Quién ignora que á esta fecha los Jesuitas no existian aún, y S. Ignacio, su fundador, no era más todavía que un gallardo caballero, que peleaba como un héroe en los muros de Pamplona? Ah! la filosofía y la elocuencia, por poderosas que sean, no alcanzan á borrar las fechas. El lenguaje de las fechas no tiene réplica valedera. Todavía más; es más claro que la luz del dia que durante el siglo XVI, el poder real lo avasallaba todo, que nada era capaz de resistirle, y la desgraciada tentativa de los aragoneses cuando la persecucion de Antonio Perez, es claro indicio de que no se conservaban más vestigios de libertad antígua, sino los que no se oponian á la voluntad de los reyes. Cárlos V dió, algunos años despues de la guerra de las Comunidades, el último golpe á las famosas Córtes de Castilla, excluyendo de ellas el clero y la nobleza, dejando tan solo el estamento de procuradores; débil valla contra las exigencias harto desmedidas, si se quiere, y contra las meras insinuaciones de un monarca en cuyos extensos dominios no se ponia el sol. La fecha de esta exclusion se verificó el año 1538; S. Ignacio se hallaba en aquella época ocupado en la fundacion de su instituto, los Jesuitas apénas habian dado aún el primer suspiro de vida; luego mal pudieron influir en nada de lo que, con tanta ligereza, se les achaca. Y áun despues de establecidos los Jesuitas en la hispana nacion, ¿cómo osan los malévolos enemigos de la Compañía de Jesus asegurar que ejercieron su influencia en beneficio de los reyes, de sus franquicias y prerogativas, y en contra de la libertad política de los pueblos? ¿Quién no sabe que en sus cátedras evangélicas, léjos de enseñar doctrinas favorables al despotismo y la tiranía, recordaban con elocuencia vigorosa á los reyes los deberes sacrosantos que pesaban sobre ellos de mostrarse benévolos, compasivos, amantes de las prosperidades patrias, consagrándose con preferencia al bienestar de los que el cielo

confiára á su custodia, haciéndolos en parte responsables de las faltas que cometer pudieran en este sentido? ¿Quién no sabe que la mayor parte de sus sermones impresos, y que todo el mundo puede consultar, estan cuajados de sólidas enseñanzas, encaminadas á abatir el orgullo infatuante de los monarcas, que en ocasiones, fascinados por la lisonja, se desdeñan dirigir miradas de benevolencia á los desgraciados, á los ménos favorecidos por la veleidosa fortuna? En las épocas mismas en que los reyes encontraban á su alrededor muchedumbre de frentes que se inclinaban con respetuosa reverencia; millares de rodillas que se postraban á su presencia, ¿quién sino el Jesuita se atrevia á levantar su voz elocuente en nombre de la religion, para avisarle de que, con todas sus púrpuras, diademas y demás cetros, era polvo, y que aquellos sobre quienes ejercia su dominacion llevaban estampada en su modesta frente el símbolo de la redencion humana, el sello de la beatísima Trinidad, de la cual eran imágenes? ¿Quién sino los Jesuitas mostraban sus deberes al pueblo, haciendo concebir su grandeza, la obligacion que el cristianismo le imponia de someterse á los decretos del soberano, mirando en él, no al hombre que mandaba á su capricho, sino al confidente de Dios, que debiera imponer las ordenaciones acomodadas á las eternas leyes de la equidad y de la justicia? El Jesuita queria sí que los inviolables derechos del monarca fueran respetados con veneracion; pero en manera alguna sufria que fuesen pisoteados los derechos respetables del pueblo y de las clases desvalidas, de las cuales era acérrimo defensor. En confirmacion de esta verdad, apelo al testimonio de los que hayan leido los escritos de los Jesuitas de aquella época sobre materias de derecho público. Esta es la sucinta historia de esos hombres que han honrado la religion profesada por Descartes, Malebranche, Bossuet y Fenelon, con la grandeza de sus empresas religiosas, con la publicacion de obras de todo género, llenas de sabiduría profunda, con sus colosales proyectos científicos y literarios, con sus viajes dilatados y peligrosos, con las misiones, erizadas de riesgos inminentes, con su espíritu atrevido, emprendedor, elevado, que les ha granjeado el más alto renombre y la mayor veneracion. El mundo sensato júzgalos y venéralos; el malo los acrimina, pero sus persecuciones son glorias que enaltecen. —N. L.

PRIN y Gassol (Dr. D. Juan). Fué este ilustrado español catalan, natural de Verdú y cura párroco de Fondarella, diócesi de Solsona y ántes de la de Vich. Escribió lo siguiente: *Carta sobre el juramento de fidelidad á Napoleon, dirigida á los eclesiásticos catalanes;* impresa en Berga en 1811.—*Carta al señor Canónigo penitenciario de Lérida, Dr. D. José Vidal*, fechada en Turana á 1.° de Abril de 1812.—*Reconvencion amistosa á los reverendos curas párrocos y demás eclesiásticos del distrito señalado por el gobernador*

francés de Lérida, el baron de Henriod, que han tenido la debilidad de prestar el juramento de fidelidad y obediencia al invasor de la España Napoleon; impresa en Berga por la Junta superior en 1812. Este patriota eclesiástico hizo un importante servicio en la gloriosa guerra de la Independencia con sus escritos, arrostrando todos los peligros por ilustrar á sus compatriotas para que no se dejasen seducir de los halagos del invasor, ni temiesen sus amenazas, ejemplos que en casos tales deben seguir los buenos sacerdotes que tengan en algo el amor de la patria, razon por lo que le consideramos como español benemérito que honró á su país, y llenó sus deberes de sacerdote y de ciudadano. — B. S. C.

PRIMADIZZI (Bienaventurado Jacobo de). Era natural de Bolonia, y nacido de familia nobilísima, de vida ejemplar en la religion, adornado de profundos conocimientos y de buenas doctrinas, confesor y predicador incansable. Su extraordinario mérito, su celo por la fe católica y sus muchas virtudes, llamaron desde luego la atencion de sus superiores, siendo uno de los seis predicadores escogidos, y que eligió el pontífice Eugenio IV, para predicar y convocar á los fieles contra las empresas de los turcos. Concluida esta comision, el mismo Papa en el año de 1446 le nombró comisario apostólico, para publicar una cruzada por toda la Italia, para animar á sus habitantes y que prestasen auxilio al emperador Constantinopolitano. Hay muchas bulas pontificias dadas en diversas ocasiones que prueban el favor y el gran aprecio que hacia el papa Eugenio IV de este eminente religioso, como tambien otros documentos que se conservan en el convento de San Pablo del Monte, que testifican la brillantez con que desempeñó muchas legaciones apostólicas; siendo preclarísima y notable entre todas la que ejerció en Palestina. Antes habia sido vicario general de la familia ultramontana de observantes, elegido por el sufragio de todos los Padres vocales, reunidos en el capítulo Aracelitano en el año de 1446, habiendo sido sus predecesores en tal dignidad S. Bernardino de Sena y el santo y bienaventurado Juan Capistrano, cuyo destino y el de ministro general fueron instituidos por mandato del Sumo Pontífice: este alto cargo desempeñó por espacio de tres años. Acompañó á la bienaventurada Catalina de Bolonia y á sus compañeras religiosas hasta Ferrara para que se estableciesen y ocupasen el nuevo monasterio que se habia fundado por muchos nobles patricios de esta ciudad, secundados con los deseos y esfuerzos de los Padres en aquel tiempo, principalmente por Fr. Juan Bautista de *Levante*, entónces vicario general de la órden de Menores Observantes, y por el bienaventurado Márcos de Bolonia, vicario provincial de la provincia de Bolonia, y por el bienaventurado Jacobo de Primadizzi, que sostuvo, y á sus esfuerzos sin tregua se debió el llevar á cabo aquella honorífica y santa obra en el año de 1456. En el camino y miéntras

se trasladaba á su convento de San Pablo del Monte y ya cerca de Bolonia, le alcanzó la muerte, y fué conducido y sepultado con la distincion á que se habia hecho acreedor tan eminente y religioso varon en el centro de aquella iglesia, en la misma ciudad donde habia nacido y visto la primera luz. Tratan de este inclito religioso Marcos Ulisiponense, en la parte tercera, libro I, capítulo 52, en el libro II, capítulo 29 y en el 3.° capítulo 52, donde manifiesta lo célebre que se hizo por los milagros obrados en muchos que visitaron sus restos. Gonzaga le menciona del mismo modo, en su primera parte, en la série que trata de los vicarios generales ultramontanos, y Wadingo en su tomo I de *Anales de Menores*, hasta el año de 1220. — A. L.

PRIMAEL (Presbítero confesor). Es á los solitarios desiertos, carísimo lector, donde trasladar deseo vuestra imaginacion cristiana, para que allí, donde reina una árida y estéril naturaleza, solo interrumpida en su silencio por los graznidos de las aves rateras y cazadoras, por el lejano murmurio de los pálidos arroyos, contemplareis á uno de esos séres dichosos, que despues de haberse despedido con generoso á Dios del mundo que les convida con pomposos ofrecimientos, huyéronse á la soledad, trocando la compañía ingrata de los hombres cubiertos de pasiones y oscuridad por la de los purísimos ángeles resplandecientes de hermosura, trocando las mezquinas y raquíticas conversaciones de los hombres por las íntimas comunicaciones elevadas, sublimes, hermosas, con el Dios que habita en los espacios inconmensurables en ebúrneo trono, rodeado de querubes alados, de abrasados serafines, de tronos, dominaciones, potestades, ángeles, principados, arcángeles, mártires que ostentan en sus manos las auréolas de su martirio, apóstoles vestidos con el manto de la evangélica caridad, vírgenes purísimas, que llevan en su frente la corona de laurel, símbolo de la inocencia que intacta conservaron toda su vida, de patriarcas venerandos, de profetas inspirados, que tambien tienen en sus manos los libros de las profecías, donde con suave ó severo acento, con amorosa ó triste armonía se hallan vaticinados los castigos ó las recompensas, las caricias ó terrores, las amenazas que el cielo ha derramado sobre los mortales en la série delos siglos todos. Si vislumbrar deseas, si apeteces saborear en esta frágil vida una pequeña porcion de esa inenarrable grandeza del Excelso, que es rodeado en la mansion celestial por todos los espíritus bienaventurados y por todos los santos innumerables del Antiguo y del Nuevo Testamento, que sin cesar dia y noche entonan sempiternos cánticos, postrándose en la presencia del objeto de sus delicias, y diciendo con alborozado acento: *Santo, santo, santo, Señor Dios de los ejércitos;* sea dada la bendicion y la claridad, la gloria y el poder del universo, la adoracion y el homenaje al Dios de las virtudes, que nos ha redimido con su sangre

preciosa, sin distincion de tribu, ni de lengua ni de nacion, y ha formado de todos homogénea y perfecta reunion: *Sanctus, sanctus, sanctus, benedictio et claritas, et gratiarum actio, et gratia et gloria Deo nostro; redemisti nos, Domine, in sanguine tuo omni tribu et lingua et populo et natione, et formasti nos Deo nostro regnum;* si, repito, quieres saborear en aqueste mísero destierro de los infortunados descendientes del prevaricador Adan una parte de las dulzuras eternales, menester es que posponiendo por instantes los breves y enredosos negocios que os abruman, despegándote de todo afecto y pasion humana, dejando á un lado las fruiciones humanas, la idea de las grandezas pasajeras, de los placeres terrenos, de los goces sensuales, de los ficticios y terrestres lazos con que os hallais ligado, os trasladeis con vuestra imaginacion á uno de esos solitarios lugares, donde no suena el mundanal ruido, donde sus solitarios habitantes entréganse á descansada vida, libres del mortal contagio que á los mundanos acongoja y apena. Allí el alma eleva su mirada al cielo, allí de su seno salen puras las aspiraciones, allí solo anhela lo eterno, allí solo se acuerda de los mundanales placeres para despreciarlos como cosa baladí, allí el cielo, la creacion y los astros, y la grandeza del hombre, y la inconmensurable maravilla del orbe, engalanado con vistosas flores y adornos variados, y la contemplacion del cielo y de los arcángeles y la armonía celestial, y todo agranda el espíritu, eleva el corazon, entusiasma y arrebata la mente, trasportándola á regiones purísimas de luz y de amor, cuyo aire es suave, cuyo clima encantador, y en el cual el hombre siente un respiro descansado y apacible. Ved si no á ese anacoreta, de poblada cabellera, de barba blanca, de rostro alegre, por cuya frente surcan las arrugas, cubierto con modesta túnica de pieles á semejanza del precursor Juan Bautista, que postrado en tierra con humilde compostura, ora al Eterno por la salvacion del linaje humano, y luego levantando su frente, fija la vista en el claro azul del cielo, al través de cuyo trasparente descubre hermosuras indecibles, que le extasian de gozosa dulcedumbre. Cuando el rey de los astros sube majestuoso por Oeste á iluminar el orbe, disipar las densas tinieblas, obligar á que de nuevo se alberguen en sus selváticos bosques á las horrorosas fieras, que los abandonáran al oscurecer para hacer sus correrías: cuando la superficie de la tierra presenta alegre y hermosa vista á los ojos del espectador; cuando arrulla con ardiente anhelo la cándida tortolita en su nido, cuando las aves amorosas entréganse á suaves conciertos; cuando cruzan por las enramadas de los árboles esparciendo gustosas armonías por el mundo; cuando el labrador modesto parte con su arado al campo á pedir un pedazo de pan para el sustento suyo y el de su familia; en esa hora hermosa, deleitosa, en que se reanima la naturaleza, en esa hora aparece

la ermita del santo Celestino, situada en los lugares solitarios de Inglaterra, cual una cúpula hermosa y brillante que adorna ese soberbio edificio, bañado por los lumínicos rayos del sol. Y dentro de esa ermita, un presbítero piadoso, un Primael, en cuyo rostro refleja alegría celestial, despues de haber pasado la noche arrobado en éxtasis, dispónese á celebrar el augusto sacrificio de la misa, primeramente por aquellos que en el mundo duermen todavía en el sueño letárgico de la culpa, mecidos en brazos del impuro placer, y de las injusticias y del pecado, insensibles á las divinas hermosuras con que la naturaleza les brinda al recreo purísimo y honesto de sus virtudes. Hace luego conmemoracion por los fieles difuntos; pide el crecimiento en la virtud de los justos y piadosos; eleva la sagrada hostia; adoránla á falta de seres visibles los invisibles seres de los ángeles y bienaventurados, y luego que ha interpuesto la víctima expiatoria entre el cielo y la tierra, luego que ha detenido los rayos de la cólera del Omnipotente, luego que ha impetrado abundantes gracias para el mundo, póstrase de nuevo en tierra para de nuevo abismarse en la contemplacion de Dios. Ni se cuida de su alimento, ni de su ropa y vestir se ocupa, ni de las criaturas se cuida, el que en la adoracion privilegiada de Dios el dia entero pasa y la noche completa. Alguna vez detiénese en la contemplacion de cristalinos arroyos, otra á las fieras interroga por su Hacedor, y de contínuo el santo anacoreta eleva su mirada al cielo con deleitoso afan. Ah! Es que allí posa el deseado objeto que ama su corazon; es que su corazon, hecho para amar, pregunta á las estrellas que giran en los espacios dónde está su esposo, dónde su amor, cuándo podrá ser interrumpida la gasa cerúlea que le separa del cielo para que á sus ojos luminoso aparezca todo lo que oculto se halla al través de tan denso velo. Si el crédito de su santidad atrae numerosos curiosos y admiradores en torno de la ermita habitada por Primael, sobre todos destila palabras de amor, de agrado, de santidad, á todos conforta en sus padecimientos; á todos exhorta á la virtud, á todos muestra la senda del bien; si cual otro Antonio á S. Pablo pasa á visitarle en su soledad Martin Turonense, entónces embriáganse en divino coloquio, y para no interrumpir la gozosísima conversacion de las virtudes empezada, ángeles vienen á mostrarles alimentos, y comunícase á su báculo virtud prodigiosa para que haga manar aguas cristalinas y puras, donde solo hay al parecer estériles y entristecedoras llanuras. Y pasan la noche en contínua oracion, y entonan ambos divinas alabanzas, y extasíanse ambos, y el sueño desaparece, y solo reina el gozoso amor que por fin arrebata á la patria de los elegidos al virtuoso Primael. — N. L.

PRIMARIO. Este venerable ermitaño del órden de S. Agustin, conduce naturalmente nuestra imaginacion á los yermos de Oriente, á los arenales

y riscos de la Arabia, á los lugares inaccesibles de la Tebaida, á los desiertos del Africa, donde floreció en los primeros tiempos del cristianismo, y donde el gran genio de S. Agustin, despues de encontrar la verdad, echó los fundamentos del Orden de sus ermitaños; nos recuerda, en fin, esos desiertos que recibian las tropas de fugitivos que se acogian á las mansiones de las fieras, á los sepulcros abandonados, á las cisternas secas, á las hoyas profundas, no demandando sino un asilo para orar y meditar, leer el Evangelio y pasar las vigilias de la noche y las tranquilas horas del dia, ora en la contemplacion de las sagradas Escrituras, ora entonando suavísimos cánticos y alabanzas al Dios que reinaba en sus corazones purísimos. Si los filósofos, que miran con desprecio, ó cuando ménos con desvío desdeñoso, los institutos religiosos, considerándolos como cosa dañosa, ó al ménos como inútil, se fijasen en la lectura de las vidas de estos ermitaños y solitarios monjes, como en la de Primario que vamos á extractar, encontrarian satisfechas unas de las más grandes necesidades del espíritu humano, y explicado uno de los más grandes y profundos sentimientos y delicados de nuestro misterioso corazon, en las reuniones de hombres y de mujeres que se congregan con la mira de santificarse á si mismos, ó de consagrarse al socorro de la necesidad y al consuelo del infortunio, si no estuviera desecada su alma por el espíritu del escepticismo. El renunciar para siempre á todos los placeres de la vida, el sepultarse en una mansion solitaria para ofrecerse en la austeridad y en la penitencia, como un holocáusto en las aras del Altísimo, horroriza sin duda á esos filósofos que jamás han contemplado el mundo sino al través de sus preocupaciones groseras; pero la humanidad piensa de otro modo; la humanidad siente un atractivo por los mismos objetos, que los mismos filósofos escépticos encontraron tan vacíos, tan desnudos de intereses, tan aborrecibles. Ah! Sedientos de placeres y disipados con su loco cortejo de danzas y de risas, apodérase de nosotros una emocion profunda á la vista de la austeridad de costumbres y de la abstraccion del alma. La soledad, la misma tristeza, tienen para nosotros un indecible hechizo, y prueba es de ello harto elocuente lo que vamos á referir del ermitaño Primario. Este discípulo de S. Agustin, en cuyo monasterio vivió por espacio de algun tiempo, pertenece al número de aquellos venerables padres, cuyas costumbres pinta el grande hijo de santa Mónica, en su libro I *De Moribus Ecclesiæ*, cap. XXXI, en estos términos: «Esos padres no solo santísimos en costumbres, sino muy aventajados en la divina doctrina y excelentes en todos sentidos, viven entregados á las prácticas piadosas, comen legumbres, visten el saco y el silicio, se ocupan en los trabajos de manos, y los que de entre ellos gobiernan á los demás, á quienes llaman con razon padres, por la mucha autoridad de los que mandan y por la pronta voluntad

de los que obedecen, lo hacen sin soberbia ni arrogancia. Al caer el dia, estando todavía en ayunas, acuden todos, saliendo cada cual de su morada, para oir á su respectivo superior las colaciones espirituales, que todos escuchan con increible atencion en profundo silencio, y segun los sentimientos que excita en el ánimo el discurso del que habla, lo manifiestan con gemidos ó con llantos, ó con gozo modesto y reposado.» En estas palabras se manifiesta harto claramente la vida de nuestro Primario, que despues de haber empleado algunos años en la práctica de la humildad, acompañado del ejercicio constante de la oracion y de la contemplacion de las divinas Escrituras, dotado de ingenio agudo, de dulce y arrobadora conversacion, vióse precisado á dejar su amada soledad para ocupar una de las sillas episcopales de la antigua cristianísima Africa, bello jardin donde florecieron plantas olorosas, que hoy por altos é inescrutables designios del Altísimo se halla convertido en árido y estéril desierto, en que no se encuentra el bello aroma del cristianismo. Desempeñó su cargo episcopal con grande acierto, dando muestras inequívocas de su santidad y ejemplares virtudes, y publicando varias obras para utilidad de los fieles confiados á sus cuidados y solicitud pastoral. Gozaba este varon ilustre de tanto prestigio, que los pueblos se dejaban arrastrar como por encanto tras de la huella del hombre salido de la soledad, que lleva pintada en su frente la abstraccion de su alma, cuyas facciones indicaban la austeridad de su vida, el desprecio de las mundanas vanidades, y cuyo traje y modales revelaban el decaimiento de todo lo terreno, el olvido del mundo. Combatir el arrianismo, dominante en su época (últimos del siglo IV y principios del V) haciendo ver á los enemigos de la verdad, con gran copia de raciocinios y ejemplos, lo extraviadas que eran sus doctrinas, é induciendo á muchos con su ejemplo y sus escritos á abrazar de nuevo el cristianismo, entrando en el gremio de la Iglesia católica. Estas son las principales noticias que tomamos de este piadoso varon de la *Crónica de los ermitaños de S. Agustin*, donde no se fija la época de su muerte, hablándose solo del llanto y pesar general que produjo su fallecimiento entre los que conocian sus virtudes y su ciencia. Es imposible leer las vidas de estos eminentes hombres solitarios, que, como lo vemos en nuestro personaje, abandonaban de tiempo en tiempo el yermo para derramar beneficios considerables sobre el mundo; es imposible recorrer las páginas de sus acontecimientos, dirigidos casi siempre por vias extraordinarias, sin que esa vida pura en austeridades, esas visiones, esos milagros, nos den una alta idea de esas asociaciones de hombres en una época en que todo el mundo se hallaba en una conflagracion, en que al parecer se habia ordenado en el cielo que todo cambiase de leyes, hábitos, costumbres, monumentos, artes, ciencias, y en que toda la civilizacion y cultura, amontonadas en

muchos siglos, iban á cambiar de faz. En una época en que los bárbaros asomaban por las fronteras de Europa, como manadas de lobos carnívoros, atraidos por las exhalaciones de un cadáver; en que la vida del imperio romano se habia extinguido plenamente; en que los síntomas de la corrupcion del colosal gigante que dominára el mundo, infestaban el mundo; en que la energía de los robustos hijos de las selvas habia dominado la muelle afeminacion de los pueblos sentados en las praderas del Mediodía; esos asilos de hombres grandes, que contemplaban impávidos el curso de los rarísimos acontecimientos, y de los cuales salieron hombres como nuestro personaje Patricio, y los Rufinos, y los Paladios, y los Gerónimos, y los Juanes Crisóstomos, y cuantos personajes florecieron en aquellos tiempos, no hay duda que debieron ejercer con sus lecciones y austeras virtudes poderosa influencia sobre las costumbres del mundo que se trasformaba. Los hombres más eminentes florecian en aquellos monasterios, y aleccionados en la divina escuela, en el claustro, salian al mundo, publicaban obras en que revelaban el alcance y amplitud de conocimientos á que entónces habia llegado el espíritu humano, trasladaban las ideas de la soledad del desierto á las ciudades, ora porque ellos se acercaban al mundo, ora porque las crecidas poblaciones se ponian en comunicacion con ellos. Cuando no quiera verse en hechos tan extraordinarios la accion de la gracia, ni reconocerse en este movimiento religioso ningun efecto sobrenatural; todavía más, áun cuando se quiera suponer temerariamente que la mortificacion de la carne y la elevacion del espíritu se llevaban hasta una exageracion reprensible, siempre será necesario convenir en que una reaccion semejante era muy á propósito para espiritualizar las ideas, para despertar en el hombre las ideas intelectuales y morales, para concentrarle dentro de sí mismo, dándole el sentimiento de esa vida íntima, moral, que hasta entónces nunca le habia ocupado. Con esto la frente, ántes hundida en el polvo, debia levantarse á la Divinidad; campo más noble que el de los goces materiales se ofrecia al espíritu humano; y el brutal abandono, autorizado por el escandaloso ejemplo de las mentidas deidades del paganismo, se presentaba como ofensivo de la alta dignidad de la naturaleza humana. Bajo el aspecto moral, dicho se está que el efecto debia ser inmenso. Hasta entónces el hombre no habia imaginado siquiera que le fuese posible resistir al ímpetu de las pasiones; en la fria moralidad de algunos filósofos se encontraban algunas máximas de conducta para oponerse al desbordamiento de las inclinaciones peligrosas; pero esta moral se hallaba solo en los libros, el mundo no la miraba como posible; y si algunos se propusieron realizarla, lo hicieron de tal manera, que léjos de darla crédito lograron hacerla despreciable. ¿Qué importa el abandonar las riquezas y el manifestarse desprendidos de todas las cosas

del mundo como quisieron aparentar algunos filósofos, si al propio tiempo se muestra el hombre tan vano, tan lleno de sí mismo, que todos sus sacrificios no se ofrecen á otra divinidad que al orgullo? Esto es derribar todos los ídolos para colocarse á sí mismo en el altar, reinando allí sin dioses rivales; esto no es dirigir las pasiones, no es sujetarlas á la razon, es criar una pasion mónstruo, que se alza sobre todas las demás y las devora. La humildad, piedra fundamental sobre la que levantaban los hombres eminentes que arriba llevamos expresados el gran edificio de la virtud, los colocaba de golpe en una posicion infinitamente superior á la de los filósofos antiguos, que se entregaron á una vida más ó ménos severa; así se enseñaba al hombre á huir del vicio y practicar la virtud, no por el liviano placer de ser visto y admirado, sino por motivos superiores, fundados en sus relaciones con Dios y en los destinos de un eterno porvenir. En adelante sabia el hombre prácticamente que no le era imposible triunfar del mal en la obstinada lucha que siente de contínuo dentro de sí mismo; cuando se veia el ejemplo de millares de personas de ambos sexos sometidos á una regla de vida tan pura y tan santa, la humanidad debia cobrar alientos y adquirir la conviccion de que no eran impracticables para ella los caminos de la virtud, de la inocencia y del amor de Dios. Esta generosa confianza, inspirada al hombre por la vista de tan sublimes ejemplos, nada perdia de su vigor por razon del dogma cristiano, que no le permite atribuir á las propias fuerzas las acciones meritorias de la vida eterna, y le enseña la necesidad de un auxilio divino, si es que no ha de extraviarse por senderos de perdicion. Este dogma, que por otra parte se halla muy en armonía con las lecciones de la experiencia de cada dia sobre la fragilidad humana, tan léjos está de abatir las fuerzas del espíritu, ni de enervar su brio, que ántes bien se alienta más y más para continuar impávido al través de todos los obstáculos. Cuando el hombre se cree solo, cuando no se siente apoyado por la poderosa mano de la Providencia, marcha vacilante como un niño que da los primeros pasos, fáltale la confianza en sí mismo, desconfia de sus propias fuerzas, y en viendo demasiado distante el objeto á que se encamina, parécele la empresa demasiado árdua, y desfallece. El dogma de la gracia, tal como le explica el cristianismo, no es aquella doctrina fatalista, que llena de desesperacion, y que como se lamentaba Grocio, ha helado los corazones entre los protestantes; sino una doctrina que, dejando al hombre la entera libertad de su albedrío, le enseña la necesidad de un auxilio superior; auxilio que derramará sobre él en abundancia la soberana bondad de un Dios que vino al mundo para redimirle, que vertió por él su sangre entre tormentos y afrentas exhalando el último suspiro en la cima del Calvario. Hasta parece que la Providencia se complació en elegir un clima particular

donde la humanidad pudiese hacer un ensayo de sus fuerzas, vivificadas y sostenidas por la gracia. En Africa, en las regiones meridionales, tostadas por los rayos verticales del sol, en los pueblos abrasados, más pestilentes para la corrupcion del alma, allí donde la relajacion de los cuerpos conduce naturalmente á la relajacion de los espíritus, allí donde el aire mismo que se respira está incitando á la voluptuosidad, allí fué donde se desplegó la mayor energía del espíritu, donde se practicaron mayores austeridades, donde los placeres de los sentidos fueron arrancados y extirpados con más rigor y dureza. Los solitarios y ermitaños fijaron su morada en los desiertos, á los que llegar podian los embalsamados aromas que se respiraban en las comarcas vecinas, y desde sus montañas y arenales alcanzaban sus ojos á mirar las amenas y apacibles campiñas, que convidaban al goce y al placer; semejantes á aquella vírgen cristiana, que dejó su oscura gruta para irse á colocar en la quiebra de una roca, donde contemplaba el palacio de sus padres, rebosante de riquezas, de comodidades y de regalos, miéntras ella gemia allí cual solitaria paloma en las hendiduras de una peña. Desde entónces todos los climas eran buenos para la virtud, no habia excusas que alegar, ni por el intenso frio, ni por el sofocante calor; la austeridad de la moral no dependia de la mayor ó menor aproximacion á la línea del Ecuador; la moral del hombre era como el hombre mismo, podia vivir en todos los climas. Pues que la continencia más absoluta se practicaba de un modo tan admirable en los países más voluptuosos, bien podia establecerse y fijarse en ellos la monogamia del cristianismo; y cuando en los arcanos del Eterno sonase la venturosa hora de llamar un pueblo á la luz de la verdad, nada importaba que este pueblo viviese entre las escarchas de la Escandinavia, ó en las ardorosas llanuras de la India. El espíritu de las leyes de Dios no debiera encerrarse en el estrecho círculo que un hombre se imaginára. Fuera de esto, áun cuando esos asilos venerandos no hubieran reportado utilidades tan inmensas sobre el mundo, no solo en la época que examinamos sino en todas las del cristianismo, serían todavía dignos de la más alta estima, por los arrebatadores encantos que su vista produce en el alma humana, entre cuyos misteriosos sentimientos hay el de la tristeza, el del amor que experimenta á todo lo que lleve un colorido de melancolía. Cabalmente, lo mismo que parece contrario á primera vista y repugnante al corazon, es decir, esa sombra de tristeza derramada sobre el retiro y silencio de la vida religiosa, es lo que más encanta y atrae. La vida religiosa es solitaria y triste; será pues bella y amable y su belleza será sublime, y esta sublimidad será muy adecuada para conmover profundamente nuestro corazon y dejar en él grabadas hermosas, dulces, seductoras impresiones. Si la hermosura no ha de carecer de su más hechicero realce, menester será que fluya de sus ojos una

lágrima de angustia, que oscile en su frente un pensamiento de amargura, que palidezcan sus mejillas con un recuerdo doloroso. ¿Las aventuras de un héroe han de excitar vivo interés? La desdicha ha de ser su compañera; la recompensa de sus méritos la ingratitud y el infortunio. ¿Un cuadro de la naturaleza ó del arte, ha de llamar vivamente nuestra atencion, embargar nuestras potencias, absorber nuestra alma? Necesario es que vague entónces por nuestra mente un recuerdo de la nada del hombre, una sombría imágen de la muerte. Sentimientos de apacible tristeza han de brotar de nuestro corazon? Necesitamos ver el color rojizo de un monumento que amenaza ruina, la cruz solitaria que nos señala la mansion de los muertos; los paredones musgosos que nos indiquen los restos de la antigua y fastuosa morada de un grande, que pasó algunos instantes sobre la tierra y desapareció. La alegría no nos satisface, no llena nuestro corazon; lo embriaga, lo disipa por algunos momentos, pero el hombre no encuentra en ella su dicha, porque la alegría de la tierra es frívola, y la frivolidad no puede agradar á un viajero, que léjos de su patria camina penosamente por un valle de lágrimas. Esta es la razon de que miéntras la tristeza y el llanto son admitidos, mejor diremos, cuidadosamente buscados, siempre que se trate de producir en el alma impresiones profundas, la alegría y hasta la más ligera sonrisa son evitadas cuidadosamente, desterradas inexorablemente. La oratoria, la poesía, la escultura, la pintura, la música, se han dirigido constantemente por la misma regla, ó por mejor decir, se han hallado dominadas por el mismo instinto. Mente elevada y corazon de fuego tenia seguramente quien dijo que el alma humana era naturalmente cristiana; pues que acertó á encerrar en tan breves palabras las inefables relaciones que enlazan el dogma, la moral y los consejos de esta religion divina con todo lo más íntimo, con todo lo más delicado y más noble que se alberga en nuestro corazon. Ahora bien, ¿conoceis la tristeza cristiana, ese sentimiento austero y elevado, que se retrata en la mente del fiel como un recuerdo de dolor, en la sien de un proscripto, que templa los gozos de la vida con la imágen del sepulcro, que ilumina la lobreguez de la tumba con los rayos de la esperanza; esa tristeza tan sencilla y consoladora, tan grande y severa, que hace despreciar el esplendor y las grandezas mundanales como ilusion pasajera? Esa tristeza, pues, llevada á toda su perfeccion, vivificada y fecundada por la gracia y sujetada á una santa regla, es la que presidió á la fundacion de los cenobitas, de los ermitaños de S. Agustin, de los institutos todos religiosos, la que los acompaña siempre, miéntras conservan el fervor primitivo que recibieron de hombres guiados por la luz celestial, y animados por el espíritu de Dios. Esa santa tristeza, que consigo lleva la abstraccion de las cosas terrenas, es la que

procura infundirles y conservarles la Iglesia, cuando rodea de inspiradoras sombras sus calladas mansiones. En vista de todo, no acertamos á comprender cómo se atacasen unas instituciones venerandas con sangre fria, con calma inalterable. Que en medio del furor y exaltacion de los partidos la sacrílega mano de un frenético, secretamente guiada por la perversidad, clave en un pecho inocente su puñal homicida, ó arroje sobre una pacífica vivienda la tea incendiaria, bien se concibe; porque desgraciadamente la historia del hombre ofrece abundantes ejemplos de crimen y frenesí; pero que se ataque la misma ciencia de la institucion, que se la quiera estrechar en los límites apocados de la pequeñez del espíritu, despojándole de los nobles títulos que honran su orígen y de la belleza que decora su historia, esto no pueden consentirlo ni el entendimiento ni el corazon. Oh filósofos mentidos, contemplad las vidas de los hombres eminentes del yermo, que conducen la fantasía á elevados pensamientos, á meditaciones profundas; y luego enmudeced. — N. L.

PRIMASE, obispo de Andrumeta, en Africa, que tuvo la felicidad de encontrarse en el año 1553 en el quinto Concilio general habido en Constantinopla, en el cual se opuso á la condenacion de tres capítulos. Digna es de observarse la fecha del Concilio precitado contra los que quieran oponerse á la validez de sus decisiones, alegando que han sido instituidos muy posteriormente al tiempo de los Apóstoles, lo que por cierto es asercion destituida de todo fundamento, supuesto que se celebraron nada ménos que tres Concilios generales ya en tiempo de los Apóstoles, ora ántes, ora despues de la venida del Espíritu Santo, y ántes de la dispersion de aquellos á sus respectivas regiones, en cumplimiento de las órdenes recibidas de lo alto y con el fin de atraer adoradores á la grey del Crucificado. Tenemos, pues, que mucho ántes que Primase, el autor de los Comentarios sobre las notables epístolas del apóstol de las gentes S. Pablo, y sus profundas, sólidas, elevadas consideraciones sobre el misterioso libro del Apocalipsis, profecía simbólica de la era cristiana, como lo fueron las antiguas ya realizadas en la vida de Jesucristo, y en el establecimiento de la Iglesia católica, obras todas de grande y merecida estimacion, que se conservan perfectamente encuadernadas en la Biblioteca de los Padres; ántes que Primase, el autor del Compendio de los pasajes más oportunos de S. Agustin y otros santos Padres sobre los divinos libros de la Escritura Sagrada, que fueron impresos en Lyon en el año 1543; ántes de que se publicase su *Tratado de las herejías*, y ántes que asistiese al Concilio quinto; ya en el catolicismo se habian celebrado diversos Concilios generales, ora por los Apóstoles, ora por los santos Padres, de los que me creo en el deber de hacer mencion siquiera sea sucintamente. Sabemos que el nombre de Concilio es

comun ó aplicable á cualquier asamblea sagrada ó profana, de magistrados, que se junten á consultar y tomar determinaciones sobre ó concernientes al gobierno público; áun cuando el uso de la Sagrada Escritura y la inveterada costumbre de la Iglesia ha consagrado en cierto modo esta palabra Concilio, empleándola casi siempre para significar la sagrada reunion de los ministros del santuario. De manera que en la Iglesia solo se llama Concilio á la reunion de los obispos que se juntan por causas religiosas ó morales, denominándose Concilio ó Sínodo diocesano cuando solo se reunen los párrocos y demás prelados con el obispo de aquella diócesis; provincial, cuando se juntan los obispos de una sola provincia; y ecuménico ó general, cuando á todos los congrega el vicario de Jesucristo. Para estos es tambien sabido es necesaria la previa convocacion del Soberano Pontífice, la presidencia suya directa ó indirecta por medio de sus delegados, y últimamente, la confirmacion de sus decisiones por la Santa Sede, sin cuyos tres requisitos indispensables son nulos los actos del Concilio ecuménico. Antes del Concilio ecuménico de Nicea, en el que los santos Padres todos ostentaban en su rostro las señales y cicatrices del martirio, ántes de todos los demás Concilios, incluso el quinto á que asistió el obispo de Andrumeta Primase; ántes de todo, los Apóstoles celebraron ya en Jerusalen tres Concilios ecuménicos por haberse reunido en ellos todo el cuerpo de la Iglesia con S. Pedro, que intervino en calidad de pastor de los pastores. Son dignos de atencion los motivos de estos tres Concilios. El primero fué ántes de la venida del Espíritu Santo. Estaban los Apóstoles y discípulos en el cenáculo de Sion, pasando en oracion los dias y esperando el prometido Espíritu paráclito, cuando Pedro, levantándose en medio de ellos, y callando los demás, habló en estos términos: «Sabeis, hermanos, lo acaecido con el inicuo Judas Iscariote, y cómo por su execrable traicion dejó de pertenecer á este apostolado, para el cual le habia elegido nuestro divino Maestro, y cómo el furor y desesperacion de su pecado le arrastraron á quitarse la vida por sí mismo, ahorcándose y reventando por medio. Mas como las profecias deben cumplirse enteramente, y el profeta David, vaticinando tan lamentable acontecimiento, dijo: *Episcopatum ejus accipiat alter;* reciba otro su obispado; y débese llenar en nosotros el número duodenario de los Apóstoles establecido por Jesucristo, y figurativamente prefijado en la divina Escritura, nos cumple ejecutar lo que manda Jesus y el Espíritu Santo; y ahora que estamos aquí reunidos todos, es necesario que en lugar de Judas pongamos en el apostolado uno de estos que han sido discípulos de nuestro señor Jesucristo desde el principio de su predicacion hasta su muerte y resurreccion, á fin de que pueda ser testigo ocular de todas sus maravillas.» Dignas son de observacion estas palabras y proceder del príncipe de los Apóstoles; en primer lugar, al

ponerse Pedro en pié en medio de sus hermanos, no solamente demostró la primacía que tenia y ejercia sobre los demás, sino que de una reunion privada de hermanos suyos, con la causa que propuso, hizo un Concilio público de Padres. En segundo lugar, proponiendo á la asamblea la eleccion de un apóstol, es decir, de un obispo, manifiestamente declaró que ocupaba el lugar del mismo Jesucristo. En tercer lugar, aunque él propuso el punto y no lo decidió; sin embargo, decidió la necesidad de la definicion, ó sea la eleccion del nuevo apóstol, y señaló la singularidad de su apostolado, diciendo: *Oportet fieri unum ex istis.* Todos asintieron, como debian, á sus palabras; y se puso en tela de juicio quiénes entre los discípulos hubiesen oido las palabras, seguido los pasos y presenciado los prodigios de Cristo, desde el dia en que fué proclamado por el Espíritu Santo, cuando Juan precursor le bautizaba, hasta el dia de su Ascension á los cielos; y entre todos escogieron á dos, llamado el uno José Barnabas el Justo, y el otro Matías; era el primero, segun creen los expositores, hermano de Santiago el Menor, primo de Jesucristo, y el nombre del segundo significaba el don de Dios, como presagiando su futura eleccion ó elevacion al apostolado. Sentado que uno de estos dos debiese suceder á Judas en el apostolado, Pedro y los demás estuvieron unánimes en que si ellos habian hecho, por decirlo así, el nombramiento de las personas se dejase á la sabiduría de Dios la eleccion. Escritos por tanto ambos nombres, pusiéronse en una urna para sacar por suerte uno de ellos y consagrarle apóstol. Aun cuando más adelante fué prohibida por la Iglesia católica, bajo las más severas penas, la eleccion por medio de las suertes hasta de un simple clérigo, los Santos Padres defienden sin embargo sábiamente á S. Pedro, por haber buscado el arbitrio de las suertes, alegando en primer lugar, el que cuando los Apóstoles lo hicieron, aún no habian recibido el Espíritu Santo, del cual debian aprender todas las verdades relativas al ordenamiento de la Iglesia; y diciendo además, que ellos ni siquiera erraron, puesto que no encomendaron á la suerte el juicio del mérito, lo que sin duda ninguna hubiera sido un error, sino que lo único que determinaron decidir por la suerte, fué la distincion de la paridad, como que habian escogido á dos que eran igualmente dignos del obispado. Y sobre todo, no se fiaron de una especie de suerte que podríamos llamar ciego acaso, sino que conceptuaron que en aquellas suertes declararia el Altísimo su voluntad santísima, como que S. Agustin dice á este propósito: *Sors res est in dubitatione humana divinam indicans voluntatem,* en el salmo XXX. Por lo cual todos los que se hallaban reunidos, arrodillándose ántes de acudir á la urna, exclamaron llenos de confianza en su Dios: «Tú, Señor, que penetras todos nuestros corazones, dignate manifestarnos á cuál de estos dos tienes escogido.» Hecha la fervorosa oracion,

sacaron la suerte, y ésta, gobernada por la divina sabiduría, no recayó en José, primo hermano de Jesucristo, sino que señaló á Matías, para denotar que las dignidades eclesiásticas no deben darse por relaciones de parentesco ni por otras causas puramente humanas y mundanales. S. Dionisio, S. Antonino, el cardenal Belarmino y otros varios autores respetables, manifiestan su persuasion de que Dios con un rayo de luz ú otra señal sensible, declaró que aprobaba la eleccion de Matías ántes que se sacase su nombre de la urna de las suertes. Como quiera que sea, Matías, obtenido el sufragio universal de los que se hallaban presentes, agregóse al colegio apostólico, reemplazando dichosamente al pérfido y desventurado Judas. Celebróse el segundo Concilio algunos meses despues de la venida del Espíritu Santo. Como ya se ha dicho, en comunidad todos los fieles de entónces, á fuer de pobres, que voluntariamente se habian despojado de todos sus haberes, mantenianse con lo que era de todos, pasando sobre la tierra como peregrinos que en el cielo tenian sus riquezas. Pero como entre los hombres, por bien ordenada que esté una corporacion, acontece que alguna vez haya cosas que enmendar, el repartimiento que se hacia de vestidos y de alimentos vino á resultar algun tanto desigual, y como en las comunidades la desigualdad produce lamentaciones, quejáronse los que no eran de Judea de los que lo eran, porque sus viudas se veian desatendidas en la distribucion cotidiana, causa por la cual se perturbaron la paz y la concordia, que son las más hermosas flores, que brotan naturalmente en los jardines de la pobreza evangélica. Habiendo llegado á los oidos de los Apóstoles las querellosas murmuraciones de los descontentadizos, apresuráronse á remediar el mal, convocando la muchedumbre de los discípulos, como dice el texto sagrado: *Convocantes multitudinem discipulorum:* reunieron, pues, el Concilio general ó ecuménico, y se expresaron en semejantes palabras: «Nosotros, á quienes Jesucristo ha encomendado su Iglesia, hemos oido que hay necesidad de establecer más órden en la administracion de lo temporal, por el acrecentamiento y multiplicacion de los creyentes por lo cual os hemos juntado para ordenar de tal manera todos los negocios en estos principios de la cristiandad, que entre nosotros no haya cosa alguna que pueda introducir desconcierto en nuestro apacible sosiego, y todas nuestras acciones resplandezcan hasta á los ojos de nuestros más declarados enemigos. Pero como no es conveniente que nosotros, que somos los Apóstoles del Evangelio y los pastores de las almas, nos distraigamos del ministerio de la predicacion de la divina palabra, para atender al mantenimiento corporal de los fieles, vosotros, caritativos hermanos, ocupáos en proponernos siete de vosotros mismos, que sean de purísima conciencia y llenos del Espíritu Santo, y hombres de consejo y sabiduría, á fin de que les encarguemos ese repar-

timiento del pan cotidiano, y además la sustentacion del alma, que es la divina palabra. Sobremanera complacidos asintieron á lo dicho cuantos allí se hallaban congregados, y presentaron á los Apóstoles siete varones escogidos de entre toda la muchedumbre, como los más sobresalientes y consumados en prudencia, doctrina y santidad. Fué el primero S. Esteban, quien poco despues tuvo la inestimable honra de colocar sobre sus sienes la inmarcesible corona del martirio. Fué el segundo Felipe, al cual sin que transcurriera mucho tiempo saludó la Samária por su apóstol, y de cuya mano recibió el santo sacramento del bautismo el etíope eunuco. Fué otro de los siete un Nicolás de Antioquía, que pocos años despues se hizo autor de la herejía de los Nicolaitas. Es de observar que en cada uno de los órdenes de la gerarquía eclesiástica permitió el Señor un ejemplo de apostasía escandalosa; en el apostolado el de Judas traidor, en el diaconado el de Nicolás hereje, entre las discípulos el de Cerintho blasfemo judaizante, y entre los legos el de Simon Mago. A nadie es dado penetrar en los abismos de los juicios divinos, sin embargo, con entera certidumbre digo que estos tristísimos ejemplos de la cristiandad primitiva nos enseñan á no condenar toda una órden respetable, toda una familia veneranda, por los lamentables y temibles extravíos de un solo individuo ó miembro de ella. ¿Serán el sacerdocio y el apostolado ménos dignos de estima, porque haya en su seno algun miembro indigno de pertenecer á ellos? Presentados los siete por la asamblea de los fieles, los Apóstoles haciendo oracion los impusieron las manos, lo que generalmente se hacia al administrar el sacramento de la confirmacion y al conferir las órdenes sagradas, por lo cual los doctores y padres afirman comunmente que estos siete fueron entónces ordenados diáconos, y que el primer diácono de la Iglesia fué entónces el protomartir ínclito S. Esteban, que rogó por sus apedreadores, á imitacion de Jesucristo. Esta es opinion general de los expositores. Eutimio, Durando y el P. Mariana no la admiten, dando por razon el que S. Lucas dice: que la asamblea de los fieles eligió al glorioso S. Esteban y á sus compañeros para gobernar las cosas temporales, como eran esas distribucionea que se hacian del alimento y de todo lo demás necesario á la vida, y que á tal ocupacion los destinaron los Apóstoles. Pero á esto se responde que áun cuando en el Concilio se trató de subvenir á una necesidad general, no obstante los Apóstoles añadieron la ordenacion espiritual y sagrada; lo cual sin ningun género de duda se desprende del mismo texto, porque en primer lugar, los Apóstoles requirieron que tuviesen los siete que habian de nombrarse tales dotes de sabiduría y santidad, que manifiestamente mostraron que no querian establecer una magistratura puramente civil. En segundo lugar con la imposicion de las manos quitaron á la presentacion cuanto podia tener de puramente humana. En tercer lugar, el nombre de diácono, que significa

ministro, siempre ha tenido en la Iglesia una significacion sagrada, y todos convienen en que semejante denominacion comenzó en el cristianismo por S. Esteban. En cuarto lugar, porque, como enseña el Concilio de Aquisgran, en el capítulo VII, los diáconos en la Iglesia son lo que eran los levitas en la Sinagoga; y el diácono S. Lorenzo se llamó tambien levita; por tanto, si era sagrado el órden de los levitas en la Sinagoga, es igualmente sagrado el órden de los diáconos en la Iglesia. En quinto lugar, porque la Iglesia tomó de estos primeros siete diáconos, no solamente la denominacion sino tambien el ministerio del diaconado. Ahora bien, así como los diáconos en Roma, cuando la fe se introdujo en aquella ciudad celebérrima, juntamente con el gobierno de las siete diaconías romanas, es decir, de los bienes que poseia la Iglesia en los siete distritos de la ciudad, tenian tambien la incumbencia de asistir al Pontífice y á los obispos en el sacrificio, y de servirles en el altar, y en tiempo de S. Simaco, en el año 499, fueron llamados cardenales; de esta misma suerte los siete primeros diáconos de la iglesia de Jerusalen, junto con la obligacion de atender al repartimiento de lo necesario á la vida de los cuerpos, tuvieron tambien el carácter y el órden de procurar lo necesario al mantenimiento del alma, y de asistir á los Apóstoles en el sacrificio del cuerpo y de la sangre de nuestro Señor Jesucristo. Además, nos atestigua la antigüedad eclesiástica que el principal oficio de los diáconos era cuidar del alimento espiritual, esto es, de predicar tambien ellos el Evangelio, como en Jerusalen lo hizo S. Esteban inmediatamente despues de su ordenacion; de bautizar á los catecúmenos en ausencia de los obispos y de los sacerdotes, como en Samária lo hacia S. Felipe; de presentar á los sacerdotes el pan y el vino que habian de consagrarse en el sacrificio, como refiere S. Dionisio en el capítulo II del libro intitulado *Gerarquía eclesiástica*. Ejercian además otras funciones que manifiestan sin género alguno de duda que el diaconado no fué un empleo ó dignidad meramente laical; luego cuando los Apóstoles, en su segunda reunion ó Concilio, ordenaron á los siete diáconos para que fuesen del vicario de Jesucristo en la tierra lo que son en el cielo los siete más excelsos serafines, ministros y ejecutores de las supremas órdenes del Altísimo, celebraron un verdadero Concilio general ó ecuménico. Tales fueron los dos primeros Concilios; el uno para la eleccion de un apóstol, y el otro para la eleccion de siete diáconos, verificados con todos los requisitos, y ambos manifiestan con cuánta cautela, atencion y sabiduría se gobierna la Iglesia en la eleccion de sus ministros. El tercer Concilio apostólico se celebró diez y seis ó diez y nueve años despues de la venida del Espíritu Santo. Ya los Apóstoles habian recorrido una considerable parte del mundo evangelizándola. Ya S. Pedro habia trasladado la Santa Sede desde Antioquía á Roma, y erigidas ya muchas

iglesias y ordenados sus pastores, resonaba gloriosamente el adorable nombre de Jesucristo, cuando en Antioquía, donde predicaban S. Pablo y San Bernabé, se suscitó una cuestion que turbó la cristiandad que florecia en aquella populosa metrópoli, y el primer motor del tumulto, como afirman S. Epifanio, S. Gerónimo, S. Agustin y otros, fué un hebreo llamado Cerinto, el cual, junto con Ebion, decia á los gentiles bautizados que no bastaba el bautismo para la salvacion, y que no se fiasen de Pablo y Bernabé, que era necesaria la circuncision y la observancia de la ley de Moisés además de la que trajo Jesucristo al mundo. Estos fueron los principales puntos de la herejía de los Nazareos, de los cuales fué cabeza Cerinto. Aquellos pobres neófitos, aterrorizados con semejantes discursos sediciosos, recurrieron á Pablo y Bernabé, que eran sus maestros; de lo cual se originó tal discordia, que los cristianos resolvieron enviar á Jerusalen á Pablo y Bernabé, á fin de que haciendo presente á Pedro la suscitada controversia, éste, que por aquellos dias, disponiéndolo así la Providencia divina, habia vuelto de Roma á Jerusalen, definiese lo que se debia creer y observar en la materia. Llegaron los comisionados á la capital de la Judea, y divulgada la causa de su venida, algunos de la supersticiosa secta de los fariseos que se habian bautizado, pero que conservaban afecto á su antiguo orgullosisimo judaismo, se alegraron del disturbio nacido en Antioquía; y para echarla ellos tambien de doctores, decian arrogantemente: «No hay que dudarlo, la ley de Moisés no es ménos necesaria que la de Cristo, y es locura esperar salvarse sin la circuncision.» Decianlo sin recordar que Job vivió sin la ley de Moisés, y sin embargo la misma Biblia le llama santo. Por entónces no se hallaban en Jerusalen más Apóstoles que Pedro, que habia venido de Roma, Santiago el Menor, que habia quedado de obispo en la ciudad, y Juan, á quien se cree se le llamó de Efeso con este fin. Convocando estos tres á todos los obispos y sacerdotes de las iglesias inmediatas, se juntaron en Concilio para definir este punto gravísimo. Grande era la espectacion de los partidos; pero cuando con más ardor se discutian las proposiciones de los judaizantes, levantándose Pedro, como cabeza y pastor de todos, sentenció la causa de esta manera: «Bien sabeis, hermanos, cómo desde los primeros años de nuestra predicacion de hecho, y desde la eternidad con su decreto, el Señor entre todos los Apóstoles *elegit per os meum audire gentes verbum Evangelii et credere;* me eligió ántes que á ningun otro como á su vicario para evangelizar la gentilidad y abrir las puertas en el centurion Cornelio á la conversion de los incircuncisos. Y cómo despues del Señor, que penetra todos los corazones, cuando yo instruia al Centurion con su familia preparándole para el bautismo sin la circuncision; ya en esta ciudad lo dije para instruccion de todos, y el mismo Centurion bauti-

zado en Cesaréa lo ha manifestado á otros. Sentado, pues, que Dios con su mismo espíritu ha santificado á los incircuncisos del mismo modo que á nosotros, que somos de la circuncision, y que de unos y otros hemos formado en unidad la Iglesia, ¿por qué ahora quereis tentar á Dios con nuevas inquisiciones, como si no hubiese declarado bastantemente su voluntad? ¿Y por qué, sin que sea necesario, quereis imponer á los bautizados el duro yugo de la ley mosáica, que ni nuestros antepasados ni nosotros mismos hemos sobrellevado sino gimiendo y suspirando de pesadumbre? Nosotros, pues, celestialmente iluminados, creemos y todos con nosotros deben creer, que nuestra salvacion no se cifra ni en la circuncision ni en la ley de Moisés, sino que proviene solamente de la gracia de Jesucristo, que se recibe en el bautismo y en los demás sacramentos. Por la fe en esta gracia se salvaron cuantos en el pueblo antiguo fueron salvos, y por ella se salvan los incircuncisos que renacen por medio del bautismo.» Todos escucharon con profundo silencio y unánime acatamiento las graves palabras de S. Pedro, sin replicarle nadie; y Pablo y Bernabé, animados con la definicion del Pastor de los pastores, refirieron en el Concilio los muchos milagros que el Señor habia obrado entre los convertidos del gentilismo sin la circuncision; y Santiago, como obispo de Jerusalen, tambien se levantó á confirmar semejante doctrina con los proféticos testimonios de las Sagradas Escrituras, y concluyó diciendo: «Juzgo que los gentiles que se convierten á Jesucristo solo deben obligarse á abservar la ley de gracia, y que la ley de Moisés guarden solamente de ella tres cosas, no porque se hayan ordenado en la ley escrita, sino porque ó provienen de la ley natural, ó deben ahora considerarse cual leyes provisionales de la Iglesia. Y es la primera, que se abstengan de comer viandas consagradas á los ídolos para que no se aparente cierta connivencia con los idólatras. La segunda, que se abstengan de la fornicacion, que los gentiles han creido locamente que era lícita en la ley natural. La tercera, que se abstengan tambien de comer sangre de animales y los mismos animales ántes de que se les haya sacado la sangre, y esto con el fin de que los judíos bautizados, acostumbrados desde niños á odiar y desterrar semejantes manjares, no rehusen las mesas ni las viandas de los gentiles convertidos, y con lesion de la caridad cristiana les pongan gesto asqueándolos, ó bien huyan de ellos como de gente bárbara y sanguinaria.» S. Pedro, que habia definido el punto, aprobó este ordenamiento de Santiago *el Menor*; y todo el Concilio aplaudió la definicion de la cabeza de la Iglesia y el ordenamiento ó reglas del primer obispo de Jerusalen. Escribiéronse á nombre del Concilio las *cartas sinodales* que se entregaron á los discípulos Silas y Judas, para que con S. Pablo y S. Bernabé fuesen á Antioquía y las presentasen á la fluctuante cristiandad. Fueron estas perfecta-

mente recibidas; y es de notar que decian en ellas: «Ha parecido al Espíritu Santo y á nosotros no imponeros más carga.» Donde se ve claramente la asistencia del Espíritu Santo. Usó el Concilio de una especie de condescendencia ó miramiento en pro de los judíos bautizados, como entónces lo aconsejaba la prudencia. Pero más adelante, cuando ya no estuvo la Iglesia en el caso de guardar semejantes consideraciones, declaró que no solamente no era necesaria la circuncision, sino que debia tenerse por execrable cosa el querer observar las sombras de la ley antigua en medio de los resplandores luminosos de la nueva. Tal fué el tercer Concilio apostólico, del cual refiere el soberano pontífice S. Clemente otras muchas constituciones. Entre tanto de observar es que en estos Concilios, no solamente tuvo S. Pedro preeminencia en proponer las cuestiones, no solamente mostró su autoridad decidiéndolas, no solamente definieron y se adhirieron á su dictámen todos los demás, sino que merece alta consideracion el que el Apóstol de las gentes S. Pablo y S. Bernabé, aunque apóstoles que habian formado en Antioquía la más florida cristiandad, no pensaron en definir cosa alguna en sus Concilios, sino que á Pedro y á su Concilio encomendaron la definitiva sentencia de la controversia propuesta. Observacion es esta tanto más importante, cuanto de ella se deducen naturalmente las consecuencias siguientes. Primera: que ningun Concilio, sin la autoridad del vicario de Jesucristo, puede hacer constituciones universales para toda la Iglesia católica, ni definir en nada de lo relativo al dogma. Segunda: que áun cuando los obispos reunidos en Concilio tienen como jueces derecho para votar y sentenciar; sin embargo, su sentencia carece de infalibilidad, hasta que aprobándola se la dé el supremo Obispo, el Pastor de los pastores, el Príncipe de la Iglesia universal, el sucesor de S. Pedro; pues áun cuando es verdad que dijo el Salvador que Él estaria en medio de los que se congregasen á su nombre; estas palabras *congregati in nomine meo* deben entenderse, como explica el profundo y doctísimo escritor Maldonado, que los congregados esten reunidos en nombre de Cristo; es decir, con la autoridad de Cristo, dada á Pedro, y estando autorizados por Pedro para decidir lo que deciden. En tercero y último lugar, que aunque Pedro estaba iluminado en sus acertadas sentencias por el Espíritu Santo, y aunque los Concilios congregados en nombre de Cristo estan asistidos por las iluminadoras é inequívocas inspiraciones del Espíritu Santo; sin embargo, este divino Espíritu quiere que Pedro y los Concilios discutan la causa, escuchen las razones de una y otra parte, se informen de todo, aleguen datos, testimonios y documentos, y en suma, se arreglen en todo como cualquier otra asamblea bien ordenada, pues aunque su sentencia no está sujeta á error por la asistencia divina, no obstante, deben precederle todas las diligencias humanas. ¡Admirable me-

canismo el de la Iglesia! Una Iglesia, una monarquía universal confiada á unos pobres pescadores, se halla tan perfectamente arreglada, que en diez y nueve siglos no se ve en ella un solo acto que no respire sublime inteligencia, ninguno que no se eleve sobre la humana sabiduría, y que no pueda mantenerse en la plácida seguridad de no errar en nuestras creencias como hijos de una Madre santa y celestialmente iluminada. El Concilio que el soberano pontífice Pio IX celebra hoy, en pleno siglo XIX, tiene lugar bajo los mismos auspicios, bajo la proteccion del mismo Espíritu divino, bajo la autoridad del mismo romano Pontífice, y el exámen de las cuestiones hecho por los obispos, que se verificaron los tres primeros tres Concilios generales y apostólicos. Es, pues, destituida de todo fundamento la asercion de que los Concilios son posteriores á los tiempos apostólicos, ó introducidos en la Iglesia por los amantes de las novedades. Es falsa igualmente la especie aducida de que los obispos puedan condenar algunas decisiones, como parece querérsenos decir aduciendo el ejemplo de Primase, obispo de Andrumeta, haciendo inválido y falible el resultado de estas reuniones generales. El Papa, el sucesor de Pedro, es el único á quien ha sido permitida la infalibilidad. Miéntras no sancione en los puntos dogmáticos, las decisiones de los Concilios carecen de infalibilidad. De todas estas cuestiones se ocupa extensamente, aunque no siempre con la mayor verdad, Primase, el obispo de Andrumeta, en su ya mencionada coleccion de los *Pasajes más selectos de S. Agustin y otros santos Padres*; obra reimpresa en Lyon en el año 1543. Carecemos de otras noticias de este Rdo. Obispo. — N. L.

PRIMAT (Claudio Francisco Maria). Vamos á trazar la biografía de un arzobispo de Tolosa en Francia, en el que se encuentran extravíos lamentables y conversion ejemplar. Si, amamantado en las ideas revolucionarias de su siglo, recibió una educacion poco sólida, si tomó parte más ó ménos directa en los antireligiosos negocios de la revolucion francesa, su vida arrepentida, virtuosa, ejemplar de los últimos años de su azarosa existencia, sus trabajos apostólicos, su celo y actividad, con que se propuso borrar las manchas y deslices de sus edades juveniles, le merecieron que la Iglesia católica, siempre benévola y misericordiosa, le recibiese de nuevo al ósculo de su paz, y no es indigno por lo mismo de ocupar un puesto distinguido entre los hombres que, condecorados con las primeras dignidades y cargos de la Iglesia, desplegaron sus talentos, mostraron vasta erudicion, causando admiracion á la Europa. No puede negarse que en la vecina nacion francesa, si hubo algunos prelados poco adictos á las ideas ortodoxas en estos últimos tiempos, si guiados de miras bastardas abandonaron en parte el cumplimiento de sus elevadas funciones, en cambio la mayoría de los obispos de Francia fueron ejemplo de moderacion y de virtud. Los que no sean in-

sensibles á las tiernas impresiones de la virtud, los que amen con sinceridad la celestial y divina religion católica, no podrán ménos de acordarse con agrado del edificante espectáculo de más de sesenta obispos católicos, que por no desmentir su amor al catolicismo, abandonaron su hogar, su patria, sus riquezas, sus allegados, sus amigos, y dando un triste á Dios á su patria, partieron al destierro, para dirigir desde allí votos suplicantes al cielo, en beneficio de su desdichado país, ofreciendo en holocáusto para aplacar al cielo enojado por tantos crímenes, sus dolores, sus padecimientos y su amargura. Reconcilióse Primat en sus últimos años con todos estos obispos católicos, que se hallaban fugitivos por enemigas tierras, por países protestantes, conciliándose la veneracion y respeto de esos pueblos con su modestia ejemplar, su incansable laboriosidad, sus virtudes eminentes, á pesar de las preocupaciones religiosas, de los odios de secta, y de las poco favorables prevenciones que concebirse suelen contra el desgraciado, que llora su pena en ajeno país; con esos obispos romanos desterrados, de cuyos labios no se desdeñaban escuchar los mismos discípulos de Lutero y Calvino en el retiro oscuro de algun oratorio privado, las grandes enseñanzas de la religion sobre el amor á la humanidad, sobre el perdon de las ofensas; con aquellos venerandos obispos, en fin, que imitando á los antiguos Cipria-nos, á los animosos Crisóstomos, no vacilaban en sacrificar sus haberes, las dulzuras de la patria vida, su misma existencia, ántes que contravenir en lo más mínimo á las insinuaciones de la Iglesia; con aquellos dichosos pastores, que supieron sacrificar por la paz de su rebaño su prosperidad y doce penosos años de ostracismo, de penalidades y sufrimientos, de los que hoy gozarán el mérito en las eternas regiones de la vida, ostentando en sus frentes inmarcesibles coronas, y mereciendo la altísima honra de quemar su grano de incienso ante el ebúrneo trono del Cordero celestial. Nació Claudio Francisco María Primat en Lyon, el año 1747, entrando en su tierna juventud en la Congregacion de PP. de S. Felipe Neri, en cuyos claustros adquirió una educacion irregular, hasta que el estruendo de la revolucion francesa le obligó á salir de su retiro. Poco conocedor del mundo, en una edad todavía jóven y veleidosa, encontróse al salir de la casa de oracion y de recogimiento con mil ideas disolventes, aunque doradas con seductores colores, que le llegaron á fascinar hasta el extremo de abrazar algunos de los principios horrorosos, dominantes entónces en la agitada Francia, á ejemplo de algunos otros desgraciados hermanos suyos, lo que, unido á su despejo poco comun, á su vivacidad extraordinaria, á la finura de sus modales, le atrajo bien pronto la poco estimable amistad de algunos de los más furibundos revolucionarios, que, para ligarle más á su causa, le nombraron cura constitucional de la parroquia de Santiago de Douai. Ni se limitaron

á esto sus progresos en la carrera eclesiástica, en el nuevo estado al que se habia ligado con ardientes votos, sino que fué elevado á poco á la dignidad episcopal del departamento del Norte, fijando su sede en Cambrai en 10 de Abril de 1791, dia en que recibió la consagracion con inusitada pompa, tomando posesion de su cargo en el siguiente mes de Mayo. Instruido aunque ligeramente en la historia eclesiástica, recordaba las grandes lecciones de los Padres de la Iglesia sobre el episcopado, especialmente de S. Ignacio Mártir, que exhortando á los de Magnesia, les aconsejaba á obrar de comun acuerdo con el soberano Pontífice, que ocupa el lugar de Jesucristo; y al repasar por su memoria estas enseñanzas, y al ver la conducta de los Atanasios, Agustinos, Ambrosios, Ireneos, que tan en abierta oposicion se hallaba con la suya, sintió un peso enorme en el alma, que atormentada por remordimientos crueles acerca de la validez ó nulidad de su eleccion para ocupar la dignidad de obispo, dudó de la canonicidad de su mision, y áun cruzaron por su mente ideas generosas, que le impelian á abandonar espontáneamente el báculo pastoral, para evitar de esta manera el mal ejemplo que pudiera dar á la Iglesia católica. Bien pronto sin embargo se disiparon de su corazon estos salvadores sentimientos, perdiéndose entre el humo de las lisonjas y adulaciones de los enemigos declarados del órden, y adoptó el sistema horrendo llamado del *terror*, que á la sazon dominaba, remitiendo las cartas de adhesion á la Convencion francesa, que fueron leidas en su asamblea el 20 de Noviembre de 1793. Cinco años despues Claudio Francisco María Primat cometió tambien la enorme falta de asistir al Concilio de los obispos constitucionales, celebrado en París el año 1798 en la famosa iglesia de Nuestra Señora, y en el cual fué exonerado de un modo poco decoroso el sabio y virtuoso obispo de Lyon. Como quiera que la deleznable condicion humana, entre los multiplicados defectos de que adolece es uno la ingratitud, esta conducta de Primat es vituperable, no solo por la ofensa inferida á los principios religiosos, á la mitra que adornaba sus sienes, al báculo pastoral que ostentaba en sus manos, sino tambien por mostrar poca nobleza de corazon, gran pequeñez de ánimo en depositar su voto contra la persona venenerable de un antiguo amigo suyo, de un pastor venerable, descendiendo hasta el miserable terreno de las rencillas y animosidades indignas de elevados corazones. Esta, sin embargo, es una leccion elocuente de los desvarios que el hombre comete, cuando víctima y juguete de sus pasiones, abandona el norte de la verdad, de la religion. Luego que en el año 1802 se calmaron algun tanto las iras revolucionarias, luego que empezó á despejarse un poco el nebuloso horizonte de la Francia, regada con la inocente sangre de los mártires, luego que se firmó el concordato con Su Santidad, en el cual

se concedia alguna vida, aunque escasa, al catolicismo, que se habia querido proscribir con tan sañudo afan, Claudio Francisco María Primat supo granjearse tambien la estima de los que componian el nuevo estado de cosas, y merced á esto fué incluido su nombre entre los que iban á ser promovidos á las dignidades eclesiásticas, siendo elevado al arzobispado de Tolosa. Favorecido por Luis Napoleon Bonaparte, y protegido por el célebre Fouché, antiguo amigo suyo, fué nombrado en 29 de Mayo de 1806 miembro del Senado conservador, cuyo cargo desempeñó hasta la época de la restauracion. En el año de 1816, cuando ya la estrella de Napoleon se iba eclipsando, en un cambio de pares, fué creado miembro de ese Consejo, en cuyas funciones pasó todavía alguna temporada. Ya en las cercanías del sepulcro, hastiado de la futilidad de los honores, de las consideraciones sociales, convencido de la errada y falsa senda que hasta entónces habia seguido, lamentándose de las desgracias numerosas que sus partidarios habian ocacionado á la santa causa del catolicismo, despidióse del mundo político y diplomático, en cuya atmósfera habia vegetado por largo tiempo, y abandonando sus amigos, se retiró á su arzobispado. Meditando en su retiro y recogimiento el abandono de su vida, recordó los primeros años de su infancia, comparó las ideas de virtud, que en aquellos infantiles años le dominaran, con las ambiciosas y erradas de que más tarde se dejára arrastrar, y levantando sus ojos suplicantes al cielo, confesóse culpable, arrepentido, pidiendo al Dios de las misericordias el perdon y el amor. El cielo no se mostró insensible á su suplica, sino que accediendo á ella derramó bendiciones abundantes sobre su alma. Entónces Primat, fortificado en sus resoluciones, pensó sériamente en escribir al soberano Pontífice romano, mostrándole su arrepentimiento é impetrando de su clemencia la reconciliacion con la Iglesia católica, su madre. Poco tiempo despues remitió á la capital del mundo cristiano la solemne retractacion de sus errores, declarándose sometido á todas las decisiones de los cánones y santos Padres, y borrando todas las páginas equívocas de su pasada vida. Su conducta ulterior no desmintió su arrepentimiento. Aunque tarde, se consagró al estudio y cumplimiento de las elevadas funciones episcopales, veló con asiduidad sobre el rebaño que le habia sido confiado, dictó sabias disposiciones, edificó al clero con sus virtudes, fomentó multitud de institutos de beneficencia, de caridad, de misiones extranjeras, y pasó á la otra vida el 10 de Octubre de 1816, á consecuencia de una fuerte apoplejía, muriendo en brazos de Villaume, á quien niño aún habia administrado el santo sacramento de la confirmacion, dejando en su diócesis el renombre de piadoso y bienhechor. Esta es la sucinta historia de Claudio Francisco María Primat, del sacerdote del oratorio de S. Felipe Neri, del cura párroco de Santiago de Douai, del obispo de Cambray, del miembro de la Conven-

cion francesa, del arzobispo de Tolosa, de la misma nacion, del senador conservador, del par de los Cien dias, del miembro de la Academia de Tolosa, del católico prelado, que consagró los últimos años de su varia y azarosa existencia el cumplimiento de sus elevadas funciones episcopales, muriendo reconciliado con Roma y protestando de haber renunciado á sus pasados errores. No me se oculta que escritores poco amantes de la verdad, enemigos más ó ménos embozados del catolicismo, han querido fundar en la conducta de algunos obispos católicos cargos severos contra la gerarquía eclesiástica, sin tener en cuenta que los deslices de algunos miembros no deben extenderse á todas las corporaciones. ¿Dejaban de ser los Apóstoles ménos amantes de su divino Maestro, porque uno entre ellos, guiado de diabólicos y sórdidos intereses, cometiera una felonía inicua, lleno de ingratitud y perfidia? ¿Sería lógico deducir de las faltas y poco recatada conducta de unos cuantos magistrados la inconveniencia de esa institucion salvadora de las sociedades? ¿Qué argumentos quereis sacar de la inobservancia de algunos eclesiásticos? ¿Es mesurado decir en vista de ellos: debe ser abolida la gerarquía eclesiástica? Segun eso, desde el momento en que veamos en el foro, en la milicia, en todas las carreras sociales individuos indignos de administrar la justicia, de ocuparse en la defensa de los grandes intereses del mundo, tendremos derecho á concluir que deben ser abolidos los tribunales, suprimida la milicia, abandonados á sus caprichos criminales los malhechores del mundo, entregada en fin la humanidad á los brutales antojos de los malvados. Aunque parece una vulgaridad, esta es ni más ni ménos la manera de razonar de muchos escritores modernos, acostumbrados á fijarse tan solo en los defectos del sacerdocio y del clero, sin dignarse fijar sus miradas en las virtudes que resplandecen en la mayoría de los obispos católicos, de los sacerdotes de la romana Iglesia, modelos de abnegacion, de desinterés, de celo. Sería de desear que cuando se nos presentan las biografías de hombres distinguidos en el clero, no se hiciese ostentoso alarde de pintarnos solo sus defectos, sino de enumerar al mismo tiempo sus retractaciones y virtudes, como por desgracia lo veo practicado por muchos que osan manejar la historia en beneficio de sus falsas teorías, sacrificando de modo indebido la verdad, la hermosa verdad, la venerable verdad, á las mezquinas ideas que abrigan en su corazon. Sería de desear que al reflexionar las vicisitudes del clero, se pintasen no solo los que han errado, como se practica en más de una ocasion, sino tambien los que con su saber profundo, su erudicion, su piedad, han enaltecido el nombre católico. ¿Es manera digna de describir un objeto el presentarle solo por la parte fea, ocultando la brillante y esplendorosa? ¡Insigne mala fe demuestran los que se sirven de armas tan indignas para conseguir el triunfo de su causa, mos-

trando á las claras que abrigan poca seguridad de su victoria! Atacadnos en descubierto terreno con armas no vedadas, con la razon, con la justicia, con la lógica, con la verdad. Entónces no evitaremos vuestras embestidas, confiados en la verdad de nuestra causa. Mas nuestra religion, nuestra gerarquía eclesiástica, nuestras ideas y aspiraciones, son demasiado grandes para que puedan ser debatidas en el miserable terreno de los intereses humanos. No podemos descender á ese terreno sin ultrajar la santa causa de la verdad, que, cual sol luminoso, ocupa el punto más céntrico, más elevado entre todos los rutilantes astros del firmamento. El episcopado católico subsiste en la Iglesia desde el tiempo de los Apóstoles, los cuales desempeñaron tan augustas funciones, convirtiendo alguno de ellos en un solo sermon cinco mil personas. Cuando todavía reinaban los Césares romanos, ya caminaba á tientas al pié de un trono un apóstol, á quien habia sido encomendado el cargo de echar los sólidos é indestructibles fundamentos del poder eclesiástico en la capital del Imperio romano. La gerarquía comenzó. Lino sucedió á Pedro, Clemente sucedió á S. Lino, y esta bella cadena de Pontífices, herederos de la autoridad apostólica, no interrumpida en el trascurso de diez y ocho siglos, ha creado siempre y preconizado muchedumbre de obispos, segun las respectivas necesidades de sus tiempos, aumentándose su número á medida que se ensanchaban los límites de la Iglesia. Ya en el Sínodo ó Concilio de Nicea se habla de los arzobispos, considerándola como una eminente dignidad de la Iglesia, como puede verse en la carta de S. Ignacio, obispo y mártir, á Magnesia, núm. 6. S. Atanasio en sus Cánticos, y en la obra titulada *De Sententiis divinis;* S. Agustin, en su *Brevis collatio, tertia die*, cita metropolitanos, que existian ántes de la época de este Concilio, áun omitiendo á los Titos, Timoteos, creados por los mismos Apóstoles. Desde el segundo siglo está calificada Lyon de ciudad metropolitana, y S. Ireneo, que era su obispo, gobernaba toda la Iglesia galicana, segun lo que nos refiere el historiador Eusebio, en su *Historia eclesiástica*, libro III, cap. 4.°, y el admirable Dr. S. Juan Crisóstomo en su homilía primera *in Titulum*. Ahora bien; enumerad en toda esa série de arzobispos y obispos, no interrumpida en el largo espacio de diez y ocho siglos, los innumerables que han brillado por sus apostólicas virtudes padeciendo en más de una ocasion tormentos atroces en defensa del catolicismo; traed á la memoria aquel hermoso grande Concilio, que figura entre los primeros, adonde cada uno de los Padres que le componian ostentan en su rostro honrosas cicatrices recibidas en los furores de las persecuciones, algunos de sus miembros mutilados, como que parecia que sus tribulaciones les daban derecho de sentarse en aquella asamblea general de toda la Iglesia; no olvideis los innumerables que han vertido gustosos su sangre para

comprar con cada gota de ella adoradores para Jesucristo, los que han cultivado las ciencias, fomentado las artes, civilizado los pueblos, educado á los reyes, sido en más de una ocasion censores de poderosos monarcas, ante quienes nadie se atrevia á acercarse sino con profunda reverencia, educado las naciones, edificado casas religiosas, de beneficencia, hospitales, derramado en fin no escasas bendiciones sobre la tierra, y luego con sinceridad decid si porque en esa interminable série se encuentran algunos más oscuros, es regular ni filosófico derribar de un golpe tan veneranda institucion, mucho más si los que extraviados una parte de su vida, cual sucedió al inconsiderado hijo pródigo, más arrepentidos despues de sus lamentables pasos, deseosos de reconciliarse con su madre cariñosa la Iglesia católica, vuelven de nuevo á sus hogares, al seno materno, renuncian sus errores y protestan vivir en lo sucesivo adictos á sus creencias, como sucedió al arzobispo Primat, de quien acabamos de tratar. —N. L.

PRIMATICIO, designado tambien en lengua latina con los apellidos de *Primatitius* ó *Primaticis*; Fr. Gregorio Primaticio nació en la Etruria, patria de sus antepasados, donde tambien vistió el hábito del órden Dominicano, en el año 1501, en la edad de doce años. Viósele en su juventud sumamente aficionado al estudio del grande y esclarecido teólogo Petavio; luego que hubo terminado sus estudios teológicos y filosóficos, fué graduado de doctor. Habiendo vuelto á su patria nativa despues de concluidos sus estudios, fué en ella recibido con grande entusiasmo y gratulatorias felicidades á causa de la fama que con su ciencia se habian granjeado sus maestros y condiscípulos. Agregado más tarde al claustro de los teólogos, recibió de sus superiores el honroso encargo de dirigir una de las cátedras de metafísica, en cuyo desempeño pasó cerca de veinticuatro años, ejerciendo á la vez durante este tiempo varios otros ministerios de su Orden. Ordenado de sacerdote, distinguióse por su facundia y elocuencia, que más tarde hizo que le destináran al ministerio de la predicacion evangélica en varios institutos de su Órden. No tardó en extenderse su fama de cristiano orador por las más célebres ciudades de Italia, por Venecia, Nápoles, Florencia y otros puntos. Hasta siete cuaresmas continuadas predicó en diversos puntos, con grande aplauso de las gentes, con grande concurso de las mismas, y con no menor fruto y aprovechamiento espiritual de las almas. Asegúrase que asistió al Concilio de Trento en union con el arzobispo de su diócesis nativa, y que algunos cardenales y arzobispos consultaron con él sobre diversas cuestiones espinosas, de las muchas que fueron discutidas en esa venerable reunion de hombres admirables. Escribió la siguiente obra: *Expositio litteralis omnium epistolarum divi Pauli*. Es sumamente encomiado por Posevino, Altamura y otros. — N. L.

PRIMIAN (San). Solo se dice en los Martirologios que fué este Santo martirizado en Africa, con los santos Domingo, Victor, Liborio, Saturnino, Crescencio, Segundo y Honorato, y la Iglesia los recuerda el dia 29 de Diciembre, ignorándose el año de su martirio y las circunstancias de su vida. —C.

PRIMITIVA (Santa), mártir. Solo puede decirse de esta Santa que la celebra la santa Iglesia católica el dia 24 de Febrero, pues que se ignora el estado que tuvo, qué clase de martirio sufrió, ni el tiempo en que sucedió, pues que solo la presenta el Martirologio como mártir en Roma. —C.

PRIMITIVA (Santa), mártir. Tampoco puede decirse de esta Santa más que derramó su sangre en Roma, segun el cardenal Baronio, puesto que en ninguna de las actas que coleccionaron los antiguos, constan las de su martirio. La Iglesia la reverencia el dia 23 de Julio. —C.

PRIMITIVO (San), mártir. Véase Santa Engracia, con quien padeció el martirio en Zaragoza. Véase Publio, mártir español aragonés. —C.

PRIMITIVO (San), mártir. Véase Getulio, esposo de Santa Sinforosa, con quien padeció el martirio. La Iglesia le celebra con aquel y los santos Cereal y Amancio, que fueron sacrificados en Roma en el año 124, el dia 10 de Junio. —C.

PRIMITIVO (San), mártir. Véase la biografía de su santo hermano San Facundo, que con él padeció el martirio el 27 de Noviembre en que los recuerda la Iglesia del año 304, junto al rio Cea, en cuyo sitio se fundó el célebre monasterio de S. Benito de Sahagun. — C.

PRIMO (San). Solo se sabe de este Santo por el Martirologio Romano que murió en el Helesponto, y que la Iglesia le recuerda con gloria el dia 3 de Enero con los santos Cirino y Teógenes. —C.

PRIMO (San), mártir. Tampoco se sabe más de este Santo cuyo nombre se lee en todos los martirologios, que la Iglesia le recuerda con S. Cirilo y S. Secundario el dia 2 de Octubre, no faltando autor que pretende que su martirio fué en Antioquía. — C.

PRIMO (San), mártir. Solo hallamos de este Santo que el 9 de Febrero del año 362 de nuestra era, en que le celebra la Iglesia, hallándose custodiando el altar con S. Donato en la iglesia del castillo Semelense en Africa, fueron sacrificados bárbaramente por los donatistas. — C.

PRIMO Y FELICIANO (Santos mártires). Fueron caballeros ilustres de Roma, en donde vivian prodigando bienes y practicando la virtud. El demonio, que se complace en acosar á la virtud por todos los caminos para hacerla retroceder y afiliar a sus banderas á los que de ella se separan, hizo que los sacerdotes de los falsos dioses con que este enemigo de Dios tenia preso en sus redes al pueblo romano, advirtiesen la piedad y recogimiento

cristiano con que vivian los dos hermanos. Acusáronles los sacerdotes ante los emperadores Diocleciano y Maximiano, enemigos irreconciliables de la religion del Crucificado, y para mejor moverles, les manifestaron que los dioses estaban tan ofendidos del poco caso que los dos hermanos les hacian, que en vano respondian de que fuesen bonancibles á los romanos, ni les concediesen lo que les pidiesen, en tanto que Primo y Feliciano no hiciesen un sacrificio ante ellos, confesándolos al propio tiempo por patronos y protectores celestiales del pueblo romano. No bien se manifestó esto á los dos tiranos del cristianismo, cuando inmediatamente mandaron aprisionar, cargar de cadenas y encerrar en una oscura cárcel á los dos hermanos, que fueron sorprendidos por los soldados en su pacífico retiro. Muy gozosos entraron en su prision Primo y su hermano, que veian queria Dios concederles morir en defensa de su causa; pero cuando aquella noche le daban gracias por tan grande beneficio, vieron entrar un ángel del Señor, lleno de luz y de majestad, que consolándolos y fortaleciendo su esperanza, rompió sus cadenas. Agradecidos los Santos á la misericordia de Dios que tan á las claras los protegia, suplicaron al ángel, que así como tambien los libró de la cárcel, los fortificase concediéndoles su espíritu para pelear con heroismo hasta la muerte por el amor de Dios. Pasados algunos dias, los emperadores mandaron llevar á los santos hermanos á su presencia, y ya en ella, procuraron atraerlos al reconocimiento de los dioses paganos con mil halagos, y despues con terribles amenazas; pero como ellos venciesen siempre al demonio que dictaba las unas y las otras dentro de las almas de los dos emperadores que le pertenecian, mandaron estos los condujesen al templo de Hércules, para que le ofreciesen un sacrificio, y que si se resistian los atormentasen cruelmente. Presentáronse los dos hermanos ante la estatua de aquel dios, y como en lugar de adorarla como se les mandaba la escarneciesen, los desnudaron y azotaron cruelmente, avisando al propio tiempo á los emperadores, que ambos hermanos decian moririan mil veces ántes que ofender á Jesucristo, prestando veneracion á los demonios. Llenos de cólera los emperadores al ver tal locura en su diabólica opinion, mandaron se los entregasen á Promoto, gobernador de la ciudad de Nomentana, ordenándole que de no someterlos á los dioses los castigase con el mayor rigor. Conducidos á Nomento, que está cuatro leguas de Roma, se los entregaron al gobernador expresado, que por primera providencia los hizo encerrar en la cárcel. Contentos los dos hermanos, no cesaban de cantar himnos y alabanzas al Señor de las misericordias, cuyos ángeles les consolaban y acompañaban en sus cánticos y oraciones. Llamados por Promoto á su severo tribunal, les hizo saber la órden de los emperadores, y lo dispuesto que estaba á complacerlos, por lo que esperaba le evitasen tener que usar con ellos del

rigor, lo que podian conseguir adorando á los dioses, deber en que estaban como ciudadanos de Roma. Los Santos respondieron que ellos no servian más Dios que el de los cristianos, cuya religion profesaban, y que se cansaban en vano en exhortarles á que rindiesen adoracion á aquellos pedazos de metal fabricados por Satanás para perdicion de los que se dejaban alucinar de sus promesas y mentiras. Viendo esto el juez, juzgó que serían más fáciles de vencer uno á uno que no reunidos, pues que de este modo se fortificaban mútuamente, y los hizo separar, mandando volviesen solo á Primo á la cárcel, y dejando á Feliciano en el tribunal. Cruel fué para ambos hermanos esta separacion, pero sus almas estaban en Dios y los afectos fraternales, por más vivos que fuesen, cedieron sin resistencia ante aquel fuerte poder que tenia embargados todos sus sentidos y potencias, máxime cuando debieron considerar, que si ya en el mundo no podrian tal vez volver á verse, no tardarian sus almas en reunirse en el cielo para no volver jamás á separarse, y gozar de la verdadera dicha por toda la eternidad. Solo ya Feliciano en la presencia de Promoto, empezó éste su tarea diciéndole mil cosas, y entre ellas que reparase que era ya viejo para resistir los tormentos y morir entre acerbos dolores. A estas observaciones respondió Feliciano con la mayor serenidad y compostura: «No me toca á mí mirar por mi vejez, sino á Dios que se ha dignado llegue á ella. Ochenta años cuento de edad, y hace treinta me hizo Dios dichoso mandando á mi alma un rayo de su divina gracia para que le conociese, en cuyo caso juré vivir solo por Jesucristo, y confío que este divino Señor me librará de tus manos.» Rabioso el juez á tal respuesta, le mandó azotar terriblemente con disciplinas de plomo, y como el Santo persistiese en su propósito sin que le hiciera mella alguna este castigo, le hizo clavar en un madero, traspasando sus pies y manos con agudos clavos, y terminada la crucifixion, el Santo con alegría que se pintaba en sus venerandas facciones, decia cantando y elevando sus ojos al cielo: *In Deo speravi; non timebo quid faciat mihi homo.* «Tengo en Dios puesta mi esperanza, y nada temo de lo que el hombre pueda hacerme.» Atormentándole de nuevo, le dejaron crucificado durante tres dias sin darle de comer ni de beber, para que ó se rindiese ó pereciese; pero Dios, á quien agradaba el sacrificio de su siervo, no le desamparó, y haciéndole refrigerar y consolar por los ángeles, cobró tanto vigor que se llevó los tres dias cantando himnos y orando con la mayor alegría y con más serenidad que si lo hiciese en blando lecho. Mandando llamar el pérfido Promoto al paciente Primo, le dijo que ya su hermano Feliciano habia cumplimentado la órden de los emperadores, los que le habian recibido en su palacio y colmádole de honores. S. Primo, que sabia cuanto podia haber sucedido, pues que estaba seguro de la fe de su hermano, contestó al juez: «No obstante de que eres

padre de la mentira é hijo de Satanás, dices verdad puesto que mi hermano ha obedecido al Emperador del cielo, no al tuyo: sé los tormentos que ha padecido, pues que todo me lo ha revelado el ángel del Señor, y en este momento está en la cárcel como si estuviese en el Paraíso, disfrutando de los favores de Dios.» Ensoberbecido el juez, mandó que le apaleasen con varas nudosas, y hecho esto, le extendieron de su órden en el ecúleo, en donde le abrasaron los costados con teas encendidas, á cuyo tiempo gozoso el Santo de su martirio cantaba: *Igne nos, sicut examinatur argentum.* «Bendito seais, Señor, que me purificais con fuego como á la plata, tal es el placer que me dais, que los tormentos me son dulces, Dios mio.» Echóle el juez en cara, que aquella resignacion y loca alegría era efecto de encantamientos; pero Primo le replicó: «Esta no es arte mágica, Promoto, es la misericordia de Dios usada con sus fieles servidores para gloria de su nombre.» Ahora lo veremos, dijo el malvado é inhumano juez, y mandando bajarle del ecúleo y tenderle en el suelo, hizo le echasen por la boca plomo derretido en presencia de Feliciano, á quien trajeron para que presenciase el suplicio de su hermano. Un suavísimo licor fué para el Santo el plomo derretido que ningun daño le causó, y así es que pudo decir al juez lleno de alegría al ver á su hermano cerca de sí: «Ya ves cuán mentiste cuando me dijiste que mi hermano habia sacrificado á los dioses; firme en Cristo está como yo, y espero que pronto este divino Señor nos librará de tu poder.» No sabiendo ya Promoto qué hacer con los Santos, para los que habian sido ineficaces todos los tormentos que los habian dado, siempre en la creencia de que se libraban por hechizos, quiso probar si tendrian estos virtud con las fieras, y los mandó arrojar á los leones feroces que tenia en sus jaulas. Estos animales al salir al circo espantaron con sus bramidos á todos los habitantes de Nomentana, y á todos los espectadores que vinieron de todas partes á presenciar este bárbaro espectáculo, anunciado como una gran fiesta; pero al ver las fieras á los Santos mártires, léjos de acometerlos, se echaron á sus pies, halagándolos y lamiéndolos como si fueran inocentes y mansos corderillos. Soltaron despues tres enormes osos para que los despedazasen, pero estos hicieron lo mismo que los leones, en lo que obedecian la voluntad de Dios unos y otros. Alzando la voz los Santos teniendo delante al presidente de aquella bárbara fiesta y las fieras á sus piés, gritaron: «Malvado juez, al ver que las fieras reconocen á su Criador, ¡tú te obstinas en desconocer al que te formó á su semejanza! Quinientos espectadores, conmovidos por lo que habian visto y convencidos por estas palabras, se convirtieron á la fe de Jesucristo, y desesperado Promoto, mandó degollar á los Santos y arrojar á los perros y á los buitres sus cuerpos, lo que se ejecutó inmediatamente, volando sus benditas almas al seno de Dios que los aguardaba

en la majestad de su gloria, para premiar con dos excelsos tronos su heróica virtud y santidad, el 9 de Junio en que los celebra la Iglesia, del año 363 de Jesucristo. Muchos dias estuvieron á la intemperie los cuerpos de S. Primo y S. Feliciano, pero fueron respetados de los animales carnívoros, hasta que pudieron recogerlos y ocultarlos los cristianos, que los sepultaron en el arenal en que estan los arcos de Nomento, de donde el papa Teodoro los hizo trasladar á Roma, y colocó en la iglesia de S. Esteban en el Monte-Celio, llamada hoy S. Esteban Rotundo, sobre cuyo sepulcro se ven sus imágenes de mosáico. Beda, Usuardo, Surio, el P. Abdon, varios *Años Cristianos* y el *Martirologio Romano*, dan razon de estos Santos mártires, y de sus noticias nos hemos valido para escribir esta biografía.—B. S. C.

PRIMO Ammonio (Juan Bautista), sacerdote, más conocido con el sobrenombre de conde de Saint-Majole, era hijo de un modesto artesano de Bolonia, en el reino itálico, donde nació el año 1740. Educado, á lo que se cree, en un convento de religiosos, mostró desde su más tierna juventud disposiciones extraordinarias poco nobles, inclinadas á la intriga, encaminadas siempre á la elevacion y engrandecimiento propio, al deseo de elevarse y subir á puestos honoríficos, no pertenecientes á su rango modesto, como si le diese cierto rubor la humilde cuna que recogió sus primeros albores, la venerable aunque indigente figura de los honrados autores de sus dias, como si el hogar doméstico fuese demasiado estrecho para contenerle. Luego que recibió las órdenes sagradas, despues que pudo disponer de algunos escasos medios de fortuna, empezó á formar en su mente ardorosos planes de engrandecimiento y elevacion, no reparando en emplear los medios ménos delicados y justos con tal de que le condujesen al logro de sus ambiciosos fines, sin tener en cuenta que la grandeza obtenida por medios villanos é ignobles es pequeñez despreciable, y que el mundo mismo mira con desvío desdeñoso al hombre que ocupa un elevado puesto, cuando á él ha ascendido por medio de la seduccion y de la perversidad. Contaba vanamente con su bella y agradable figura, con sus modales seductores, con su espíritu vivo, con su ingenio agudo, con su talento particular para las intrigas y mistificaciones odiosas, para conseguir la realizacion de sus dorados sueños, de sus fantásticos planes. Pasó á la capital del vecino imperio francés, á París, á ese centro de todas las maquinaciones humanas, donde es misteriosa é inexplicable la vida de la mayor parte de sus moradores, y artificiosos los alardes de aristocratismo y opulencia, con su mente henchida de vanidosas y ambiciosas ideas, y con la ficticia conviccion de ver satisfechas sus necias aspiraciones, de riquezas, de autoridad, de mando, de honores. En el trayecto de Bolonia á París llegó por casualidad á entablar relaciones de amistad con un personaje de posicion, denominado Duval, á

quien comunicó sus ideas, sus proyectos, bajo el punto de vista que creyó más oportuno para el logro de sus intentos, valiéndose del candor de su compañero de viaje, y de las ideas que abrigaba en órden á los italianos, suponiéndoles adivinos y nuncios de los futuros acontecimientos, para conseguir sobre su inocente compañero una influencia poderosa. Duval le dirigió algunas preguntas, y le manifestó algunos secretos, que fueron escuchados por el abate Primo con afectada gravedad, cuidando de dar cierto aire misterioso á todas las palabras que le dirigia. Despues de haber permanecido en contemplacion abstracta sobre la revelacion que habia escuchado á su compañero de viaje, el abate Primo abrió sus labios, á manera de oráculo que va á pronunciar vaticinios asombrosos, é hízole una detallada relacion de todos los acontecimientos y sucesos más notables, de aventuras imaginarias, en vista de las cuales el inocente Duval llegó á formar la idea de que adornaban multitud de extraordinarios conocimientos á su amigo, mirándole desde entónces con profunda veneracion, cual si fuera uno de esos fabulosos genios que presiden los destinos del hombre, auguran los sucesos de su vida, y leen en el gran libro del porvenir los recónditos destinos del hombre. Las contiendas entabladas en el mismo viaje por Primo Ammonio con otros pasajeros, á cuyas preguntas curiosas contestaba con un gran número de noticias satisfactorias al parecer, llegaron á aumentar el improvisado prestigio de sabiduría y de grandeza de ánimo que formáran todos de su compañero de viaje, á quienes sedujo con su dulce conversacion y misteriosas revelaciones. Creció con esto la admiracion de Duval, el cual confirmándose cada vez más en la halagüeña idea que formado se habia de los talentos de su cliente, le llegó á garantizar una pronta y fácil fortuna, un gran prestigio y consideracion social en París, siempre que se dejase regir en su conducta por sus consejos y proteccion. Es cuanto deseaba nuestro eclesiástico italiano, que, despues de mil corteses y gratulatorias expresiones, no vaciló en ponerse por completo en manos de su cándido, de su entusiasta, de su decidido protector y amigo, que pisaba elegantes salones, gozaba de gran reputacion en los altos círculos, y éra su nombre bien mirado. Llegados á París, Duval se apresuró á presentar á su protegido en los salones aristocráticos, y entre otros personajes dióle á conocer con grande encomio á La Baume, arzobispo de Embrun, que era bastante conocido en el círculo de damas nobles y religiosas, sobre las cuales gozaba de poderoso ascendiente por su característica amabilidad, por su vasta erudicion y modales dulces y encantadores. El arzobispo, que le acogió con muestras de alegría y contento mal disimulados, considerando haber encontrado en Primo Ammonio un hombre que pudiera servirle para sus designios grandemente, le retuvo en su compañía por espacio de algunas semanas,

durante cuyo tiempo llegó nuestro italiano á entablar relaciones de amistad con el duque de Vandoma y el gran prior de Francia, personajes ambos que se prendaron de la modestia, amena conversacion y cualidades relevantes que mostraba Juan Bautista Primo Ammonio. Durante su permanencia en el palacio del arzobispo La Baume, vió y conoció el abate Primo al mundo parisiense, formó ideas de las historias y genealogías de las principales familias, de las varias raras aventuras que tenian lugar todos los dias en el mundo privilegiado de la fortuna temporal, de los odios, de las relaciones íntimas, de las maquinaciones, de los artificios de la villa y de la corte, todo lo cual miraba con aparente extrañeza el que del modesto hogar de un artesano se vió de golpe trasladado al mundo de las bellas ilusiones, de las mentidas ficciones, aunque seductoras á la vista de los incautos. Despues que el arzobispo La Baume hubo formado ideas algo exactas de nuestro personaje artista, habló de él con entusiasmo á Enriqueta de Inglaterra, á cuya señora le presentó como un hombre extraordinario, que gozaba del privilegio de la adivinacion, aconsejándola hiciese una prueba de ello y le preguntase sucesos del porvenir con respecto á su persona ú otra extraña, seguro de que habia de ver satisfechos sus deseos plenamente. En esta época de nimia credulidad, la destreza, la circunspeccion, los variados conocimientos adquiridos por el observador y lince eclesiástico lograron fácilmente rodearse de la entusiasta consideracion de la corte, de la villa, de las más distinguidas damas, de los personajes más nombrados, que admiraban con extrañeza sus raras habilidades, juzgando como revelaciones inspiradas las que solo eran conjeturas más ó ménos verídicas, fundadas en el conocimiento de algunos hechos de la vida particular de sus adivinandos, cosa en verdad que no se explicaria á no tener en cuenta la credulidad, la poca instruccion, el fanatismo que reinaba en aquellos tiempos en los palacios lo mismo que en las chozas, en los círculos aristocráticos lo mismo que entre las personas de humilde posicion. Buscado con afanosa diligencia, protegido por la condesa de Soissons, ésta oyó de los labios de Primo revelaciones particulares acerca de los sucesos más reservados de su vida, á los que le creia completamente extraño, no pudiendose figurar que durante su permanencia en el palacio del arzobispo La Baume, donde llegaban las noticias más secretas de las notabilidades parisienses, pudiese adquirir esos conocimientos una inteligencia aguda y á la par astuta. Viendo la condesa de Soissons, que sin haber desplegado sus labios en presencia del eclesiástico Primo, éste le habia revelado las noticias más minuciosas acerca de sus relaciones amorosas con el conde de Guiche, llena de admiracion y entusiasmo hácia su profeta, fué á palacio, donde habló de él á Luis XIV como de esos hombres extraordinarios, y le instó

á que hiciese una prueba en su misma persona por ver si se confirmaban sus anteriores vaticinios. Accediendo el Rey á las suplicas de la Condesa, bien pronto le remitió un billete, suponiéndole escrito por su mismo puño y letra, y presentado en pseudónimo. El *inspirado* vate, conocedor como era de la letra del monarca, se apercibió del engaño, y exclamó con aire de afectada modestia: «Este escrito es de un avaro anciano, de un hombre entregado al culto del oro, de un hombre en fin incapaz de hacer nada absolutamente bueno ni digno de loa.» Esta respuesta llegó á debilitar la admiracion de la Condesa, que veia con sorpresa que esta vez salian fallidos los vaticinios del eclesiástico, por la profunda conviccion que abrigaba de que aquel escrito era del monarca, y no tardó en manifestarle sus sentimientos; mas viendo que el abate Primo Ammonio insistia en la veracidad de sus aseveraciones, no conceptuó prudente entrar en más graves contestaciones con la inspirada persona del vate. Inmediatamente remitió el billete en cuestion al monarca, manifestándole la contestacion que habia recibido del hombre singular, de quien le habia con tanto encomio hablado, y dándole cuenta de lo pronta que se hallaba á desdecirse de sus aseveraciones. El Rey, por el contrario, miró con inusitada sorpresa la contestacion del vate, y sin más pruebas rechazó de su mente las dudas que abrigára del encomiado Primo Ammonio. Efectivamente el escrito en cuestion presentado al exámen del eclesiástico italiano habia sido redactado por el presidente Rose, que ciertamente no gozaba fama de abrigar espíritu elevado, ni ideas generosas ni corazon noble. El presidente Rose, que era secretario privado del rey Luis XIV, y que tenia la habilidad y el talento de imitar perfectamente la letra del Rey, por cuya razon éste se servia de la pluma de Rose cuando queria contestar á las preguntas ó comunicaciones donde le conviniese suplantar su letra, cosa que, dicho sea de paso, no redunda en beneficio ni en honor de la cacareada y engrandecida figura del rey de Francia. Todo el mundo se extrañó grandemente de esta conducta del eclesiástico, excepto el mismo abate italiano, que, instruido como se hallaba minuciosamente por el duque de Vandoma sobre ambas formas de letra, pudo pronunciar un fallo seguro con gran conocimiento de causa. Sorprendido de la respuesta, el monarca encomendó á su primer camarero Bontemps amenazar al italiano con el destierro si no resolvia un enigma que le fuese propuesto satisfactoriamente. «Primo, le dijo éste cumpliendo su comision, debo deciros dos palabras: si acertais mi secreto os prometo dos mil libras de pension, pero en caso que lo erreis, contad desde luego con el más ignominioso de los destierros. El abate, que durante su permanencia en Paris adquirió el conocimiento de todas las interioridades del mundo y corte parisiense, pronunció sin vacilar el fallo dejando á todos asombrados y entre ellos

especialmente al monarca. En vista de todo el Rey de nuevo le envió á decir, que le prometia una nueva y crecida cantidad siempre que le revelase su historia particular, amenazándole con el destierro si rehusaba hacerlo: como es natural Primo optó, entre la pension y el destierro, por la pension, y sin vacilar le dió una circunstanciada noticia de su pasada vida, de sus aventuras, de su viaje, de sus relaciones contraidas en París, de su encierro ú hospedaje por espacio de seis semanas en el palacio del arzobispo arriba mencionado. En vista de todo le designó hora y dia en que se presentára en su corte, y una vez en ella, le dijo ante toda la muchedumbre de cortesanos: «Al fin he sucumbido al deseo, por mucho tiempo resistido, que tenia de conoceros; me complazco en conocer á un hombre tan extraordinario, que me ha revelado cosas singulares.» Dicho se está que esto contribuyó á rodear de crédito y elevado prestigio á nuestro abate, el cual desde aquel dia llegó á ser el asunto de todas las conversaciones en tertulias, en todas partes, de ese frívolo pueblo parisiense, que dobla sus rodillas y presta sus homenajes, y quema su incienso ante el primer ídolo que consigue seducir á la muchedumbre. Nuestro afortunado hombre vió plenamente realizados todos sus antiguos dorados sueños, merced á la casualidad, á la ignorancia, á la tendencia por todo lo misterioso de aquel pueblo superficial, y llenas sus gavetas de oro, gozando de la estimacion y admiracion pública, ¿qué más se podia prometer? Desde entónces solo pensó el abate en conservar la posicion considerada y elevada que se habia creado en la corte de uno de los más poderosos monarcas de Europa, y al efecto puso en juego medios graves, honestos, circunspectos, para conciliarse á la vez la estimacion y el aprecio de sus cortesanos adoradores. Fuéle recomendado por el monarca el encargo de escribir sus memorias é historia particular, pasando á ocupar la plaza de historiógrafo italiano, vacante por defuncion de Victor Siro, con la renta de tres mil francos anuales, no despreciable por cierto. Estos honoríficos empleos le proporcionaron la amistad de varios distinguidos personajes de la corte, entre ellos con Dangeam, con Rose y con el abate Chroissy, á quien habia sido encomendado el encargo de traducir al francés los trabajos históricos y literarios del abate Primo Ammonio, que solo escribia en idioma italiano. En el año 1672 fué autorizado por el monarca para seguir al ejército destinado á la conquista de Holanda, durante cuya memorable campaña escribió la *Historia de Holanda*, publicada algun tiempo despues con la denominacion siguiente: *Historia della guerra de Ollanda nell anno* 1672, que fué impresa en París en el mismo año, un volúmen en 12.°; apareciendo á poco tiempo la traduccion francesa en el mismo año y lugar que habia sido publicado el original, y de la cual mucho tiempo despues se hizo una edicion en inglés, que fué insertada en la coleccion de los tratados

políticos, dada á luz en Lóndres el año 1702, un tomo en fólio. De este opúsculo, publicado despues en dos libros, que solo contenian la historia del comienzo de la campaña de Holanda, solo se imprimieron pocos ejemplares, sesenta y siete de la obra original italiana, y ochenta y ocho de la traduccion. Sirvióse de él para una intriga política cerca del rey de Inglaterra Cárlos III, puesto que por su docilidad y odio á los ingleses habia logrado la estimacion y cuantiosos intereses de parte de Luis, á quien se le amonestaba á seguir miras más morales y dignas. El gabinete de Versalles, viendo con desprecio el cambio brusco del monarca inglés, imaginó un medio de debilitar la monarquía inglesa, á cuyo fin se trató de dar mayor publicidad á la obra de Primo, que ponia de relieve todas las negociaciones é intrigas, los tratados secretos y el viaje de Mme. de Doubres en 1660. Esta intriga, provocada por Luis, no fué del agrado de Mr. de Chroissy, ministro de Negocios extranjeros, quien habiendo visto el libro el mes de Julio del año 1682, poco tiempo despues de su aparicion, dióle á conocer secretamente al embajador de Inglaterra acompañado de oportunos consejos. Viéndose descubierta la tentativa hecha por el monarca con el propósito de ultrajar al rey de Inglaterra, se vió en la precision de descargar su cólera en Primo Ammonio, para de este modo dejar su honra á cubierto y arrojando sobre el escritor toda la culpabilidad, mandó fuese encerrado en una prision, quemados sus papeles, y puestos en venta los bienes de su propiedad. Poco despues de esta satisfaccion dada al mundo, infringiendo todas las leyes fué de nuevo puesto en libertad nuestro personaje, que obtuvo además una pingüe gratificacion en cambio de sus antiguas pérdidas. Despues de estos acontecimientos empezó á denominarse nuestro personaje con los epítetos de vizconde Primo, conde de Saint-Majole, y luego de todo Ammonio. Parece ser que despues de todo, sus intrigas, sus relaciones, los favores de la corte, las atenciones del monarca, léjos de realizar las esperanzas altas y halagüeñas de engrandecimiento que en tiempos no remotos ideára, no satisfacieron su corazon, el cual no se alimenta en verdad de ilusorios goces, y despues de haber sido elevado á algunas dignidades eclesiásticas, murió en 1814 en París, despues de haber predicado en diversas ocasiones en la corte. Entre sus escritos, amigos y enemigos convienen todos en atribuirle talentos financieros. Los que de las supercherías de Primo Ammonio, que hemos referido con exactitud, quieren formar un argumento contra el catolicismo, dan una prueba de poca cordura al atribuir á la Iglesia las maquinaciones de un indivíduo sobre una tonta y crédula sociedad, y frívola y superficial. — N. L.

PRIMO (Luis Pareja), natural de la ciudad de Valencia, doctor en sagrados cánones, beneficiado en la iglesia parroquial de la universidad de

Canals, sacerdote ejemplarísimo, autor de la *Historia de los varones célebres, que oriundos de Canals han brillado en la universidad de Valencia;* que floreció hácia el año 1720. — N. L.

PRIMUS. Dupin, en su *Biblioteca de autores eclesiásticos de los tres primeros siglos de la Iglesia*, nos da á conocer este nombre diciendo que fué el de un obispo de Alejandría que gobernó esta iglesia desde el año 110 hasta el 119, del cual hace mencion Eusebio en su Historia sin darnos más detalles, no haciendo Moreri en su gran *Diccionario histórico y geográfico* sino repetir lo dicho por Dupin. — A. C.

PRINCE (Madama de), llamada tambien, Mad. Beaumont de la Prince, nació en Ruan en 26 de Abril del año 1711, y murió en París el de 1780, á la edad de sesenta y nueve años. Educada desde su más tierna edad á la sombra de la religion, dirigida por la ilustre madre que empleó los más asiduos desvelos, mostró Mad. Beaumont de le Prince desde sus juveniles años un amor ardiente por cuanto decia relacion con los objetos venerandos de la religion cristiana, una agudeza de inteligencia, una claridad de razon, una imaginacion rica y variada, un corazon sensible, cualidades todas poco comunes y ordinarias en las personas de su sexo. Observando el abandono de la educacion de la juventud, abandonada á la direccion de preceptores poco celosos y amantes de la religion cristiana; observando la estúpida ignorancia de las clases menesterosas de su tiempo, se propuso consagrar sus vigilias y hacer cuanto estuviera de su parte para remediar tamaños desoladores males, ocasionados en parte por la incuria de los tiempos, por las agitaciones populares y por la ninguna proteccion dispensada al clero y á las órdenes religiosas, maestras de las masas. Publicó á este fin un número considerable de obras, que fueron acogidas con grande aceptacion, destinadas todas á la educacion é instruccion de la juventud, en las cuales supo inocular las máximas más severas de la religion con las formas más encantadoras de la poesía, las ideas más elevadas del catolicismo, las expresiones más delicadas, con frases las más elevadas, con períodos los más tiernos y sentimentales, de manera que se encuentran en sus obras perfectamente enlazadas la severidad de los preceptos evangélicos con las dulzuras de la poesia, los encantos del estilo florido, oportuno, elegante, ameno. Las mencionadas obras llevan los títulos siguientes: *Manual de los niños;* — *Manual de los jóvenes;* — *Manual de las Señoritas;* — *Manual de los pobres;* — *Carta de Mad. Dismoutier, matrona venerable y religiosa de su tiempo;* — *Educacion completa, ó bien Compendio de la historia antigua;* — *El Mentor moderno;* — *Los Americanos, ó bien la Religion cristiana, demostrada por las luces de la naturaleza y de la razon.* Esta última obra, que consta de seis volúmenes en 12.°, contiene razonamientos elevados, miras grandes, sérias y madu-

ras observaciones sobre la existencia de Dios, sobre la benéfica influencia de la Providencia en el mundo y en la marcha de los acontecimientos humanos, encaminados por el Supremo Hacedor á un fin último, término de todas las cosas humanas; sobre la inmortalidad del alma; sobre la necesidad de una justicia vindicativa en la otra vida, que resarza al desgraciado de las opresiones y violencias de que es objeto en esta vida y haga sentir el peso horrendo de sus multiplicados crímenes al delincuente y malhechor, al transgresor de las leyes humanas y divinas. Aunque de vez en cuando se eleva á consideraciones especulativas, internándose en el laberinto de mil intrincadas cuestiones, impropias de un talento femenil aunque elevado, podemos sin embargo decir que en general sus doctrinas son sanas, sábias, útiles, ó á lo ménos irreprensibles. Además de las precitadas y oportunas obras, producidas por efecto de un celo honroso, contiénese entre sus producciones un libro intitulado la *Devocion ilustrada, ó bien Manual del devoto;* en el cual, en honor de la verdad sea dicho, hay algunas teorías poco sanas, y que tal vez pudieran dar pábulo á la crítica, por lo que nos creemos en el deber de aconsejar un poco de circunspeccion en su lectura.—N. L.

PRINCE (Juan), teólogo y biógrafo, natural de Inglaterra, de gran reputacion, miembro de la sociedad de los amantes de las antigüedades religiosas. Elevado al sacerdocio ya de una edad avanzada, puede decirse que pasó la mayor parte de su vida dedicado á los estudios históricos y literarios, dándose á conocer en 1701 por una biografía notable que compuso de la provincia en que vió los albores de su vida, de la cual solo fué publicado el primer tomo, pues áun cuando no carecia de importancia á causa de las numerosas y curiosísimas citas, su estilo frio, las descripciones lánguidas de que adolecia, contribuyeron á que tuviese poco éxito la obra en cuestion; lo que obligó á nuestro personaje á suspender la publicacion del segundo tomo, que ya tenia dispuesto para darlo á luz. Esta indiferencia con que fué recibida su obra mereció á nuestro personaje una mencion especial en la curiosa obra publicada por Diteralice con el título de los *Infortunios literarios*, cosa que amargó en gran manera la vida de nuestro autor. Prince murió en 1720, dejando escrita una obra muy buscada y estimada por los amantes de las investigaciones históricas, impresa dos veces con nuevas adiciones y láminas elegantes, en Lóndres, año de 1809, un volúmen en 4.°, y cuyo título es el siguiente: *Los grandes hombres del condado de Devons*. Entre los muchos sermones que dejo escritos merecen una mencion especial los que llevan el extraño título siguiente: *De la imprudencia y sinrazon de las razones de prudencia alegadas por la revolucion para lograr la abolicion de las leyes penales, acompañada de una carta á un jóven teólogo, que contiene algunas instrucciones breves sobre la pronunciacion, la*

composicion de los sermones en la que desenvuelve los grandes principios de los santos padres y elocuentes oradores cristianos sobre la oratoria sagrada. No es ménos notable su discurso sobre la restitucion, donde expone con admirable lucidez los principios cristianos sobre punto tan delicado. Los antiguos fariseos, pretendidos reformadores, de comun concierto con algunos personajes de la corte herodiana, dirigieron al Salvador una pregunta, á la que juzgaban no podria responder sin incurrir en algun crímen de lesa majestad. ¿Es permitido, le dijeron, pagar el tributo establecido en Judea al emperador romano? *¿Licet censum dare Cæsari an non?* San Mateo, capítulo XXI, versículo 21. Si aprueba este impuesto oneroso pónese en abierta contradiccion con los intereses del pueblo judío, á quien de continuo predicaban los fariseos que el pueblo de Dios no debia sujetarse á las leyes de los hombres como las demás naciones de la tierra. Si, por el contrario, apoyaba la exencion de los judíos de este tributo, se expone á ser tratado como sedicioso por los partidarios de Herodes, que siguiendo las máximas y proyectos de la corte y senado romano, se esforzaban en predicar á los pueblos, que pues los romanos protegian la nacion judáica manteniendo en ella la paz y tranquilidad por medio de las armas, no podia negárseles sin marcada injusticia el tributo de reconocimiento. En trance tal, ya sabemos cuál fué la contestacion del Salvador del mundo; miró la moneda que le presentaron, vió en ella estampadas la imágen de Tiberio, y dijo: *Hipócritas, dad al César lo que vosotros mismos confesais que es del César, y á Dios lo que es de Dios.* Respuesta divina, que confundió á los judíos, quienes al decir del Evangelio, se admiraron del Redentor: *Et audientes mirati sunt.* Si bien, como observa S. Gerónimo, no por esto cedieron de su obstinada dureza y odio encarnizado contra Jesus: *infidelitatem cum admiratione reportantes.* Partiendo de estas palabras de Jesus, de esta máxima divina, que explica y contiene una de las más admirables obligaciones del cristianismo, y sin detenerse en las explicaciones místicas de algunos santos padres, se fija en el sentido más natural de esta palabra del Salvador: *Reddite.* Dad los unos á los otros lo que os debeis; sed fieles con el prójimo como deseais que lo sea con vosotros; reparad prontamente sus derechos, si es que con vuestras injusticias los habeis vulnerado, y luego podreis dar á Dios lo que le pertenece. *Reddite Cæsari, quæ sunt Cæsari, et quæ sunt Dei Deo.* Mas ¿no debemos pensar primero en los intereses de Dios que en los del prójimo? ¿Pueden entrar los intereses de Dios en paralelo con los de nuestros hermanos? Toda operacion debida á su justicia, ¿no ocupa el primer lugar entre nuestras obligaciones? ¿Por qué, pues, Jesucristo establece un órden enteramente diverso? No, contesta Sto. Tomás, porque el interés del prójimo debe sobrepujar al interés de Dios, sino porque el interés de Dios está necesaria-

mente contenido en el interés del prójimo, sin que sea posible cumplir con él sin cumplir á la vez con Dios, que es su protector y tutor. S. Juan Crisóstomo, hablando de las injusticias que se cometen contra el prójimo, y particularmente de las usurpaciones y de los fraudes que turban á la sociedad de continuo, dijo con solidez que la injusticia era el mayor de todos los desórdenes, el que más se reprobaba, el que más se detestaba, el que se temia más en los otros; pero al mismo tiempo el que más se descuidaba, el que más se toleraba, el que más se fomentaba en sí mismo. Es bien singular ver las muchas precauciones que tomamos para no dejarnos sobornar de la mala fe de los hombres, miéntras tenemos tan poca desconfianza de nuestra mala fe contra ellos; velamos para que nadie nos infiera el menor agravio pecuniario, y apénas pensamos en el agravio que hacemos. La caridad nos manda creer que es equitativo nuestro hermano, y la prudencia humana nos obliga á tomar precauciones tales como si no tuviera equidad; porque puede ser injusto, nos guardamos de él como si en efecto lo fuera; por el contrario, áun cuando el conocimiento que tenemos de nosotros mismos nos obliga á reconocer que hay en nosotros inagotable fondo de iniquidad, el amor propio nos ciega hasta el punto de que apénas desconfiamos de nosotros mismos; y es no obstante evidentísimo que el fraude que con nosotros se usa, nos es mil veces ménos perjudicial que el que nosotros usamos con los demás, porque, segun las máximas de la religion, es un mal mucho mayor engañar que ser engañado, hacer injusticia que sufrirla, despojar al prójimo que ser despojado. El mundo juzga en este punto de distinto modo; pero la fe, que es nuestra regla, establece este punto de moral como infalible verdad, de que no nos es lícito dudar. De aquí se sigue que el cristiano que quiere seguir los principios de la religion divina que profese, debe ser más delicado y escrupuloso en no ofender los intereses de su hermano, que en conservar los suyos propios; y que su principal estudio no debe ser el estar en continua vela contra la mala fe de las personas con quienes trata, cuanto en preservarse á sí mismo del fraude. Esta consecuencia pasa en el mismo paganismo por indudable, juzgad si puede ser contestada en la religion cristiana. Debemos, pues, ser exactos de conciencia, guardar con todos fidelidad inviolable, mirar con horror toda injusticia. En primer lugar por la extraordinaria facilidad que hay en apropiarse los bienes ajenos injustamente; en segundo lugar, por la inmensa dificultad en restituir estos bienes ocupados; en tercero, por la imposibilidad pretextada que se usa al tratarse de esta restitucion; y en cuarto, por la absoluta imposibilidad de salvarse sin esta restitucion. ¿Tan raro es por ventura apoderarse contra la conciencia de los bienes del prójimo? ¿Tan fácil es la restitucion despues de haberlos usurpado? ¿Y no es indispensable la obligacion de hacerlo? Nada más fácil

que hallarse delante de Dios culpable de una injusticia, y nada mas difícil que repararla; nada más falso que la imposibilidad que aparenta la mayoría de los hombres para hacer esta reparacion, y nada más cierto que la imposibilidad de salvarse sin esta reparacion. No hay hombre alguno, por exiguo que sea su trato en el mundo, que no deba de continuo temblar, y citarse á sí mismo todos los dias ante el tribunal de Dios para dar allí cuenta exacta de todo lo relativo á este asunto. Aclarando despues otras ideas, de notar es que el mundo se gloría de una equidad aparente, y por fina que sea la prudencia del siglo para preservarse de la injusticia y usurpacion, repito que nada es más fácil que hallarse sin pensarlo cargado con los bienes ajenos. S. Juan Crisóstomo, examinando de qué pueda proceder esta facilidad desgraciada, dijo muy bien que tenia su orígen en los principios de la codicia que está con nosotros, y de las ocasiones continuas que hay fuera de nosotros. La codicia nos hace mirar con envidia los bienes ajenos, y las ocasiones en que nos hallamos nos suministran medios de despojárselos, y esta posibilidad, unida á nuestra envidia, es lo que mantiene en el mundo la injusticia y lo que nos la hace tan fácil. En efecto, si en el cuidado de adquirir y en el uso que hacemos de los bienes de la tierra, obráramos con arreglo á los sentimientos de la gracia, ó simplemente por la luz de la razon, ó áun por la sencilla inclinacion de la naturaleza, este pecado, cuyo desórden es tan general no lo tendriamos que temer, porque la naturaleza, que no pide más que lo necesario, se contentaria fácilmente con lo poco que tiene; la razon, que hace justicia á cada uno, no ansiaria lo que no le pertenece, y la gracia, que nos guia hasta despojarnos de lo propio, estaria muy léjos de autorizarnos lo que es de los demás. Pero en el dia no es la gracia, ni la razon, ni la naturaleza, lo que nos gobierna, sino la pasion, la concupiscencia, que dice la Sagrada Escritura que infesta todo el cuerpo de nuestras acciones, y usando de la expresion del Espíritu Santo, que inflama todo el círculo de nuestra vida: *Inflamat rotam nativitatis nostræ;* Jacob, cap. III, v. 6.° Es imposible leer el discurso fundado en esos principios que acabamos de mencionar, sin adoptar medidas eficaces para reparar las injusticias ó resignarse á sabiendas á morir en la desgracia del Altísimo.—N. L.

PRINCIPATO (Francisco). Este distinguido escritor y fecundo literato, que figura en la lista de los escritores de primer órden, de sabios eminentes, de santos sacerdotes, elocuentes oradores, grandes prelados, salidos en tanta abundancia de las filas compactas, valerosas y aguerridas de la distinguida Compañía de Jesus, nació en las islas sicilianas, donde fué iniciado por los autores de sus dias en las sublimes enseñanzas del cristianismo, y más tarde instruido en las altas verdades de la religion por los ilustres

profesores de la Compañía de Jesus. La religion, que con su grandeza y encantadoras lecciones arrebata á los genios, abstráelos en su estudio, y forma el objeto de sus dilatadas contemplaciones, fué bien pronto estudiada por nuestro esclarecido varon en todas sus formas, en sus relaciones sociales, en sus relaciones con Dios, en su bella sublimidad, en sus poéticas y dulces emociones; y este espectáculo grandioso del mundo moral y religioso es el que en sus meditaciones se proponia presentar á la contemplacion y admiracion de un mundo, que empezándose á rebajar, miraba ya el cielo con apática indiferencia. A este fin ingresó, renunciando sus bienes, á sus conveniencias y á sus parientes, en el colegio que los jesuitas tienen en Palermo, donde amplió sus estudios filosóficos, sus estudios sobre la cristiana teologia, se afianzó más en la virtud, se fortificó con las armas de la oracion, cual valeroso atleta que se preparaba á luchar con enemigos temibles por su pericia en el arte de combatir bien, por su larga experiencia, y como séres superiores, aunque degradados por sus superiores talentos. Su celo, su virtud, su saber, su elocuencia, adquiriéronle presto una merecida reputacion de santidad y erudicion, que no tardaron en prosternarse á sus plantas los hombres más abandonados en las costumbres y creencias cristianas, sobre cuyos corazones habia hecho descender nuestro elocuente orador una centella de amor divino, y cuyas inteligencias iluminó con luces celestiales. Despues de haber defendido con calor los más augustos dogmas, fijándose con especialidad en el de la Inmaculada Concepcion, murió en Palermo en 1666. Entre sus obras merece una detenida mencion la *Defensa de la Inmaculada Concepcion*, donde defiende con calor y celo este divino misterio, hoy ya declarado como dogma por la Iglesia católica, acogido con tanta alegría por todos los verdaderos hijos del catolicismo, así como ha excitado vivamente las furiosas invectivas de la incredulidad, inspirada por el enemigo capital de la Vírgen del amor, que á tiempo aplastó su infernal cabeza. Dios, en consideracion á su santidad, no ha permitido en manera alguna que su Madre fuese sometida ni un instante al dominio de Lucifér, y como Dios no es Dios sino porque es santo, como el cántico *Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos (Sanctus, Sanctus, Sanctus, Domine Deus Sabaoth)* que de continuo resonó en las bóvedas de la Jerusalen celestial, es la confesion que hacen incesantemente los espíritus bienaventurados del primero y más excelente de sus divinos atributos; como por otra parte, segun la hermosa expresion de la Sagrada Escritura, el ornato propio de la casa de Dios no es el mármol ni la piedra, sino la santidad *; domum tuam decet sanctitudo;* como si Dios no pudiera hallarse de una manera conforme á su dignidad, sino allí donde reina la santidad, ni parece puede unirse á criatura que no se halle adornada con el bello y misterioso adorno

de la santidad. Hed ahí la razon porqué María en el instante de su Concepcion fué exceptuada del pecado original, y Dios no pudo consentir que aquella de quien Él habia de nacer fuese tan pobre, que Israel pareciese avergonzarse de contarla entre sus hijas. La falta de todos los bienes de la tierra puede muy bien hacer á la criatura indigna de la consideracion de los hombres, inclinados á honrar el oro y los metales; pero no podia hacerla indigna de Aquel, ante quien las riquezas de la tierra son heno y basura. Pero la mujer que Él queria fuese su madre y de quien queria tomar su humanidad, para habitar en ella en la plenitud de su divinidad; en una palabra, no consintió que María fuese ni por un solo instante la conquista de Satanás y la esclava del pecado; hé ahí lo que segun la Sagrada Escritura Dios no podia permitir, sin perjudicar á su propia grandeza y á su propia dignidad. *Non intrabit spiritus in malevolam animam, neque habitabit in corpore subditi peccatis;* y esto es lo que segun la tradicion y la fe universal y constante de la Iglesia, basada en los oráculos de los libros santos, Dios no ha permitido; pero por una excepcion única á la ley del pecado, que alcanza á todo hombre que nace de una manera humana, Dios quiso que el pequeño cuerpo de María fuese formado sin el pecado, y que la madre del Verbo se hallase adornada de todas las gracias de santidad, no solo desde el instante de su nacimiento, sino desde el instante de su Concepcion. Por consiguiente el Dios que hace este prodigio es, segun la Escritura, el Altísimo, celoso de arreglar de una manera digna de su infinita grandeza el tabernáculo vivo que debia habitar, adornándole con todas las riquezas y todas las glorias de su santidad: *sanctificavit tabernaculum unum Altissimum:* y segun el lenguaje de la Iglesia no es más que Dios preparando, con la cooperacion del Espíritu Santo, el alma y el cuerpo de la gloriosa vírgen y madre María, con el fin de que esta mereciera ser digna habitacion del Hijo de Dios, que debia encarnar en ella. Nótese, pues, que en su pensamiento caritativo de hacerse hombre por salvar al hombre, el Verbo eterno no estaba obligado á elegir á María más bien que otra mujer por madre suya; y que recayendo su eleccion para tan alta dignidad en María, la prefirió á todas las demás mujeres, haciéndola la única mujer bendita entre las mujeres, y la concedió el privilegio más espléndido que una criatura pura fuese capaz de recibir de la liberalidad del Criador; pero no sucede lo mismo con la Concepcion Inmaculada de esta augusta Vírgen. Si el Verbo divino hubiese elegido por madre suya á otra mujer que á María, aquella, y no María, hubiera sido la exceptuada de la mancha original. Asi pues, la maternidad de María es un privilegio verdadero que la bondad de Dios concedió á María, al paso que su Concepcion Inmaculada es un prodigio obrado por su diestra para proteger su dignidad. El Dios que se digna atender á

la humildad de su sierva María, obligando de este modo á todas las naciones á llamarla bendita, es el Dios que prefiere á María á todas las demás mujeres, que manifiesta su predileccion por María, y que obra en cierto modo en interés de la grandeza de María. Pero el Dios que preserva á María del contagio universal del pecado, porque ha de ser su madre, y que haria lo mismo por cualquiera otra mujer que hubiese elevado á la maternidad divina, es el Dios que obra exclusivamente en beneficio de su propia grandeza y de su propia gloria; es el Dios celoso de las altas conveniencias, de las atenciones que le son debidas. María, Madre de Dios, no porque siempre hubiera sido extraña al pecado, sino porque estaba predestinada de toda eternidad á ser la Madre de Dios, porque nunca habia pecado, y porque desde el instante mismo de su Concepcion aplastó la cabeza de la serpiente, en vez de ser su esclava. Así pues, la prueba más sencilla, más clara y más sólida de que María fué concebida sin pecado, es que ha sido la Madre de Dios, y que es conveniente en sumo grado, y áun diria que de toda necesidad, que la Madre de Dios no tuviera que ruborizarse de haber sido, ni un solo instante siquiera, enemiga de Dios. Y es así cómo estos dos misterios se aclaran, se explican, se demuestran y se atestiguan mútuamente. Este es el misterio en virtud del cual, segun la profecía que Él mismo hizo desde el orígen del mundo, María, la mujer sin nombre propio, la mujer en el sentido absoluto, la mujer por excelencia, la mujer perfecta, aplastó la cabeza de la serpiente declarándola impotente para hacer otra cosa más que tender vanas asechanzas á sus talones: *Inimicitias ponam inter te et mulierem... et tu insidiaberis calcamo ejus.* Pero como María no logró semejante victoria sobre el espíritu del mal, sino por medio de Jesucristo, que le aplicó de antemano los primeros efectos de su redencion, esta victoria de la Madre no es en el fondo sino la victoria del Hijo, la primera hazaña con que el Hijo divino despojó, segun la bella expresion de S. Pablo, á los principados y á las potestades, alcanzando en sí mismo un brillante triunfo: *spolians principatus et potestates, palam triumphans ipsos in semetipso.* No es más que el primer efecto de su cruz, con el cual sustrajo la primera criatura humana al imperio de Satanás, ó hizo en ella la primera conquista de su rescate; no es más que el primer frúto que germinó de su sangre divina, y por lo tanto la primer prueba de su divinidad. Un hijo Dios no podia ni debia tomar otra madre que una mujer concebida sin pecado, y una mujer concebida sin pecado no debia tener otro hijo que al mismo Dios. Así como la divinidad del Hijo es la razon y la prueba de la Inmaculada Concepcion de María, así tambien la Inmaculada Concepcion de María es un nuevo testimonio de la divinidad de Jesucristo. Así como saludar á María con el título de *Santa María, Madre de Dios*, es afirmar que fué concebida sin pecado;

así tambien decir á María que es la Reina concebida sin pecado ni mancha original, es confesar que es Madre de Dios, y que el Salvador de los mortales es Dios, como que Dios solo podia ser concebido sin pecado, como solo el hijo de una mujer concebida sin pecado es Dios. Admitiendo que María ha sido siempre santa, y nada más que santa siempre, hay que concluir que el Hijo que ella ha engendrado será santo, el santo por excelencia, y áun la santidad personificada: *quod nascetur ex te sanctum*; y el santo por excelencia y la santidad personificada no es más que Dios. Por eso el misterio de la Inmaculada Concepcion, ó el misterio de la santificacion del primer instante de María, es al mismo tiempo tiempo el misterio de la magnificencia de Jesucristo, esto es, la confesion y el testimonio de su divinidad: *Sanctimonia et magnificentia in sanctificatione ejus*. De aquí es que solo por la inspiracion del cielo, y por una providencia especial de Dios, el augusto pontífice Pio IX, que felizmente gobierna la Iglesia, ha proclamado dogma de fe de la Iglesia la Inmaculada Concepcion de María Santísima. Con este grande acto, por el cual se trasmitirá á la posteridad su nombre inmortal rodeado de esplendor y de gracias particulares, ha confundido para siempre la doctrina de los herejes, que disputan el alto privilegio de la infalibilidad doctrinal al jefe de la Iglesia; y ejerciéndolo en grande escala ha afirmado la grandeza y la autoridad de la misma. Mas el doctor de los doctores no ha procedido á esta declaracion solemne, que tendrá inmenso eco en los siglos venideros, sino despues de haber consultado á la Iglesia, y de haberse asegurado, por la voz de los testigos naturales de las crencias de los pueblos cristianos, de que tal era la fe constante y universal de la Iglesia católica; no ha hecho otra cosa que comprobar lo que cree la Iglesia, aprobar un voto de la Iglesia, asociar á toda la Iglesia al canto de este nuevo himno que la Iglesia acaba de entonar á la gloria de su celestial Esposo, formando un acto de fe de una de las primeras grandezas de la Vírgen inmaculada. El vicario de Jesucristo ha dado en esta ocasion una prueba ardiente del gran celo que le anima por la gloria del Señor de los ejércitos. Ha comprendido que en estos dias nefandos en que el infierno parece haber tramado una nueva conspiracion contra la divinidad del Salvador, y en que todo lo que no es cristiano parece haber recibido esta órden expresa: «Guerra á muerte contra el dogma fundamental de la religion:» nada podia hacerse más propio que aumentar las pruebas y testimonios de él, y empeñar á todo el que es católico á declarar altamente que María fué concebida sin pecado, porque es la Madre de Dios, á fin de que con esta nueva confesion de que Jesucristo es Dios, todos los hijos de la Iglesia puedan ahogar y confundir el grito blasfemo salido del infierno, de que Jesucristo no es Dios. Todo esto explica perfectamente lo que á primera vista podria parecer inexplicable, es decir, los arrebatos

furiosos, las invectivas, burlas y sarcasmos infernales que han vomitado los labios de todos los herejes con motivo de la proclamacion del dogma de la Inmaculada Concepcion de María Santísima, Reina de los ángeles, Madre amorosa de los hombres. Nunca ni contra ningun dogma católico habian estallado con tanta insolencia y ceguedad; nunca ni contra ningun dogma católico habian vomitado más groseras injurias, más sangrientas burlas; nunca ni contra ningun dogma católico habia sido tan blasfemo ni tan furioso como al presente en que se ha avergonzado el mismo infierno. Sin embargo, si bien se considera, para hombres que empiezan sus negaciones por la negacion del pecado original, de la prevaricacion de un hombre, del hombre primitivo, bien se ve que debia ser cosa completamente indiferente el que la Reina de los ángeles fuese ó no concebida sin mancha de culpa original; para hombres que se hallan fuera de la Iglesia debia ser cosa completamente indiferente el acto de sumision que todos los católicos hemos prestado á la autoridad del romano Pontífice, asintiendo gustosísimos al mandamiento hermoso que nos ha impuesto de creer á María en lo sucesivo exenta de todo pecado. El dogma de la Inmaculada Concepcion es una doctrina en sí misma teórica, que no impone nuevos deberes prácticos, que no tiende directamente á modificar la licencia de las costumbres como otros augustos dogmas encaminados á reprimir los vicios, ora sean debidos á la concupiscencia, ora á otras vituperables pasiones. Por lo mismo la encarnizada guerra que por do quiera se ha suscitado contra la declaracion de este dogma hermosísimo no puede ser en manera alguna ocasionada por las faltas que corrija, ni por las rebeldes pasiones que tiende á enfrenar, mucho más cuando el hombre caido, entregado á su réprobo sentido, por grande que sea su perversidad, no podria descender solo hasta el odio tan horrendo de una criatura inofensiva, modelo de hermosura, prodigio de pureza, de gracia y de amor. ¿Cómo, pues, se concibe que se haya atacado de tantas maneras el dogma que nos ocupa, el Pontífice que le ha promulgado, los obispos que le han sancionado, los innumerables católicos que le han aplaudido, los santos mismos que despues de haberlo inspirado lo han victoreado en el cielo? Muy sencillo; de todos los dogmas de la religion, el que más aborrece Satanás, el que le inspira odio más profundo, es el dogma de la divinidad de Jesucristo, y hé ahí porqué toda herejía, que no es otra cosa que sombrío relámpago del infierno, como toda verdad es la irradiacion del Espíritu de Santo, no es en el fondo otra cosa más que la negacion más ó ménos directa, más ó ménos explícita, de que Jesucristo sea Dios. El nestorianismo, por ejemplo, que se escandaliza de que se tribute á María el hermoso cuanto real título de Madre de Dios, es la negacion disfrazada de la divinidad del Salvador del mundo; porque no se puede rehusar á una

madre verdadera los títulos de su hijo sin negárselos al hijo mismo; por consiguiente, así como disputar su grandeza á la madre de un hombre-rey es disputar al hijo su reino, así tambien disputar sus prerogativas á la Madre del Hombre-Dios, es disputar á su Hijo el mando, es disputar á su Hijo la divinidad. Y cuenta que lo que decimos de los nestorianos es tambien aplicable á los iconoclastas, declarados enemigos de las imágenes de María y de todos los santos; porque si el vedar los homenajes respetuosos á los retratos del monarca, es negárselos al monarca, es negar sus cualidades, prerogativas y derechos que tiene al obsequio de sus vasallos; de igual modo, negar á las imágenes de Jesucristo y prohibirles las respetuosas adoraciones del mundo, es negar la existencia de Jesucristo, de María y de los santos, es negar que Jesucristo sea Dios, que María sea su madre, y que los santos sean sus siervos. Y por último, Jesucristo instituyó los sacramentos y fundó la Iglesia en virtud del poder y de la autoridad que le pertenecia como á Dios, y por lo mismo el protestantismo al negar los sacramentos y la Iglesia, las obras más grandes que obró Jesucristo como Dios, le disputa indirectamente el poder de Dios, y por consecuencia necesaria el ser augusto de Dios. Ahora bien; el dogma de la Inmaculada Concepcion es una prueba más brillante, una confirmacion más, una demostracion evidentísima de la divinidad de Jesucristo, y no fué menester más para que su declaracion excitase de un modo horroroso las rabiosas declamaciones, las invectivas furiosas y horrendas, criminosas blasfemias contra el inmortal Pontífice romano, quien en pago de su ardiente celo en favor de la Vírgen inmaculada recibe del infierno persecuciones tremendas, desoladores conflictos que abatirian por completo su existencia, ya avanzada, á no hallarse sostenida por las gracias interiores, las consolaciones celestiales, que el cielo derrama sobre su grande alma con tanta mayor abundancia cuanto es más cruda la guerra de sus enemigos encarnizados, apasionados. Jesucristo no ejerce su accion santificadora sino por conducto de los hombres de la Iglesia, de sus ministros; y tambien Satanás, eterno remedador del Eterno, ejerce su accion destructora por medio de los enemigos del catolicismo y del órden, como nos impele á creer el magnífico testimonio que de ello nos da el Salvador de los mortales cuando hablando á los judíos les dice: «Vosotros sois hijos de Satanás, y en todo lo que osais contra mí no haceis más que cumplir sus órdenes; *Vos ex patre diabolo estis, desideria ejus vultis perficere;* y es de notar que solo les habló de esta manera cuando más se obstinaban en negar su filiacion divina. Es, pues, evidente segun este testimonio que todo aquel que impugna su divinidad, coopera á los deseos satánicos, figura en las filas del príncipe de las tinieblas, y es su hijo, su servidor, su cómplice, que ayuda á tirar piedras á lo alto, al trono de la Beatísima Trinidad; es el ministro de Sata-

nás, si se ha de hablar de este modo sin profanar los términos cristianos, el dispensador de los misterios del rey del infierno, así como los Apóstoles, Evangelistas, Doctores, Santos, defensores de la verdad, obran por inspiracion de Jesus, y son, segun el apóstol de las gentes S. Pablo, ministros de Jesucristo y dispensadores de las gracias de lo alto: *Sic nos existimat homo ut ministros Christi, et dispensatores mysteriorum Dei;* los abogados de Dios en la tierra, los encargados de militar contra las huestes enemigas y luceferinas, que á pesar de ser siempre batidas, nunca cejan en su propósito, nunca retroceden, jamás desfallecen, hasta que suene la hora en los decretos de la Providencia divina para exterminar al gran Lucifer con todos sus secuaces, encadenarlos con férreas cadenas, sepultarlos en las lóbregas prisiones infernales, de donde no salgan jamás bajo pretexto ninguno, ni á perseguir el mundo, ni á atacar á Dios, ni á respirar las auras balsámicas del Edem, ni en fin á ser dichosos. Esto sentado, nada más fácil de comprender que la causa impulsiva de los odios recrudecidos, las delirantes blasfemias, las desesperantes maldiciones lanzadas por los herejes contra María Santísima concebida sin pecado, contra la Iglesia universal, que acaba de sancionar esta consoladora verdad, y contra todos los cristianos, que nos complacemos en confesar tan bella prerogativa á la Reina de los Angeles, no ménos honorífica á la Madre que al Hijo. No son otra cosa que hijos de Satanás que, sin sospecharlo apénas, contribuyen á la persecucion de la Iglesia, y repiten con todas sus fuerzas blasfemias que Satanás pone en sus labios. Son satélites de Satanás que trabajan, sin intencion tal vez, en la obra infernal, propagando y cooperando á establecer su reinado entre los hombres. Es, pues, justa, nuestra miedosa y tímida pusilanimidad al ver los odios concitados del infierno; es comprensible la persecucion que se nos asesta por todos lados, pero atendidas las razones que llevamos expuestas, no hay porqué admirarse de su causa. Como los prodigios famosos obrados en distintas épocas y lugares por los santos y escogidos de Dios se explican perfectamente sin más que darnos cuenta de la comunicacion del espíritu y del poder de Dios, por más que sus efectos sorprendentes nos causen maravillosa admiracion, del mismo modo los horrendos crímenes que los malvados cometen, las atrocidades inhumanas á que contribuyen los hombres que van más allá de lo que ellos mismos quieren, no tienen otra explicacion satisfactoria que la comunicacion de Satanás con sus sectarios, la union íntima con el demonio, quien preside sus asambleas nocturnas, donde se fraguan de continuo planes devastadores para la demolicion de la obra de Dios, para el hundimiento de la silla pontificia, para la destruccion de los tronos régios, para la extirpacion de los monarcas, para la extincion de todo derecho, de todo poder

legítimo, de toda obediencia, todo género de amaños y contrariedades que vemos verificarse en el mundo, y más en el actual. Es en vano que los rabinos, los mentidos maestros de ese pueblo deicida, errante ha diez y nueve siglos por la superficie del globo, el cual ha regado con sus lágrimas, aseguren que la Inmaculada Concepcion de María se opone á la pureza de la fe y de las creencias, probando de esta manera que la razon se halla en ellos tan debilitada como la fe, porque no es fe por ellos defendida la fe de Dios, la fe que ama y espera, sino la fe de Satanás, que odia y tiembla, como se nos asegura en las divinas Escrituras : *Dæmones credunt et contremiscunt;* no es la suya la razon de arriba, digámoslo así, la razon que discurre, la razon que medita, sino la razon de abajo, la razon que delira. En vano es que ostenten cierto vanidoso orgullo, encomiando la libertad del espíritu, la libertad de pensar, que nuestros enemigos aparentan tener, porque bien examinada la cosa, en último término basta examinarlos de cerca para adquirir la más amarga y triste conviccion de que estan sujetos bajo el dominio de la esclavitud más horrorosa de un espíritu extraño, de que son juguetes y esclavos de un poder infernal, y de que, enemigos de Jesucristo, no son al mismo tiempo otra cosa más que los hijos, los ministros y los sacerdotes del demonio : *Vos ex patre diabolo estis; desideria ejus vultis perficere.* Una profecía más en que el mismo Dios le encargó anunciar al mundo las grandezas de María : «Estableceré, dijo entónces á la serpiente, enemistades entre ti y la mujer, entre tu raza y la suya; la mujer quebrantará tu cabeza : *Inimicitias ponam inter te et mulierem, inter semen tuum et semen illius; ipsa conteret caput tuum* (lib. I del *Génesis*, cap. III). Es evidente, segun esta profecía, que la humanidad entera se halla dividida en dos grandes razas : la raza de la serpiente, ó la raza de los impíos, y la raza de la mujer, que aplasta la cabeza de la infernal serpiente, esto es, la raza del Hijo de María ó del pueblo cristiano, empezada, por decirlo así, en el dintel mismo del Paraíso por Adan, y continuada en toda la série de los siglos desde entónces hasta nuestros dias. Es evidente que la eterna enemistad entre estas dos grandes razas solo tiene su razon de ser y su motivo en la mujer; que una de estas dos razas la hubiera aceptado ó venerado, tanto como la otra la hubiera aborrecido y odiado, y por consiguiente que la diferencia de los sentimientos de los hombres con respecto á esta mujer de los prodigios constituye la verdadera naturaleza, la verdadera legitimidad de estas dos razas, el verdadero criterio para distinguirlas, la verdadera señal para reconocerlas. Sensible nos es el decirlo, mas fuerza es deducir la consecuencia natural y legítima, necesaria del grande oráculo de Dios, promulgado á las puertas del Eden. Todos los que se declaran contra el dogma de la Inmaculada Concepcion, que es dogma de la mujer que aplasta la ca-

beza de la serpiente, todos los que de esta manera se ponen en flagrante enemistad contra esta mujer misteriosa, se revelan, se afirman y se anuncian como pertenecientes á la raza de la serpiente, como sus hijos legítimos y naturales, que se hallan poseidos de su mismo espíritu, y que trabajan en la realizacion de sus planes demoledores. Basta consultar la historia del error para encontrar en ella abundantes pruebas de esta conclusion desconsoladora. El historiador Eusebio, segun Clemente Alejandrino, afirma que los demonios inspiraban á los teólogos y doctores del paganismo, y que en la escuela de Satanás aprendian todo lo relativo al culto de los ídolos; las fórmulas con que se les debia invocar, los sacrificios que es necesario ofrecerles, los lugares más adecuados para tributarles estos homenajes, y hasta los más pequeños detalles de la liturgia que debia observarse en todas las paganas solemnidades. (Eusebio, *apud Reltum*, t. I, pág. 124.) La Sagrada Escritura nos dice que los dioses de las naciones no eran realmente sino los mismos demonios: *Dii gentium*. Pudiéramos, en una palabra, aducir pruebas numerosas para demostrar, que ora hable por los labios de Lutero, de Calvino, Zwinglo y demás herejes, ora por los medios escogitados en su diabólica fantasía, siempre es Satanás el que dicta las horripilantes blasfemias, que los modernos herejes han lanzado contra todos los católicos en general, y contra el culto de María Santísima en particular. Verdaderamente presenciamos hoy el satanismo, el concierto infernal de blasfemias contra la Vírgen Santísima; presenciamos una reproduccion de odio y de error desconocidos en los tiempos antiguos contra la Iglesia católica; todo esto coincide en los momentos presentes con las horripilantes manifestaciones de simpatía en favor de Satanás, con votos espantosos que nunca se habian formulado hasta ahora de una manera tan cínica por su rehabilitacion y por la sustitucion de su culto al culto de Dios. Sabido es que con el grito de *¡viva el infierno!* se degollaban en 1793 los sacerdotes, se demolian las iglesias, se profanaban los santuarios, sustituyendo con el emblema de la impudencia, la diosa Razon, las santas imágenes de María, tipo de virginidad y de casto pudor. Sabido es que este grito salvaje resonó en las calles de París despues del asesinato del duque de Berry, y que se repitió en 1848 al estallar la revolucion socialista. ¿Qué quiere decir *¡viva el infierno!* sino *viva el diablo y su imperio?* En la Bélgica católica, el diario de Lieja, órgano el más furioso de la revolucion, ha hecho recientemente la apología de la serpiente del *Génesis*, esforzándose en vengarla, segun su expresion, de las calumnias de la Biblia. Segun el redactor en jefe del periódico, la serpiente seductora, á quien entona líricos acentos, es el ideal del progreso. Apuntad estos datos, filósofos, y no olvideis que Proudhon ha dicho: *Ven, Satanás, ven, calumniado de los sacerdotes y de los reyes; yo no*

tengo para servirte más que una pluma, que vale por millones de boletines.— N. L.

PRÍNCIPE (Pablo). Al leer los hechos más notables de este literato afiliado á la Compañía de Jesus, hijo de Nápoles, que nació en 1560 é ingresó en la Compañía jesuítica en 1562, que pasó la mayor parte de su vida en la misma capital de Nápoles, donde murió en 1613; al ver la guerra que hizo de palabra y por escrito al protestantismo entónces naciente, que amenazaba arrojarse cual manada de fieras devoradoras sobre la grey cristiana: al ver los servicios que prestó á las letras, de que son elocuente testimonio su tragedia del *Angel Custodio*, sus *Ejercicios de la vida espitual*, y su *Tesoro de la Doctrina cristiana;* al contemplar en fin los eminentes servicios que éste como la inmensa mayoría de los jesuitas prestan á la humanidad, salvándola de horribles precipicios con sus ejemplos y predicacion; no me extraño de que los enemigos de la Iglesia fijen como blanco principal de sus ataques entre todas las instituciones cristianas á la Compañía de Jesus, nacida en la modesta y veneranda cueva de Manresa, donde su fundador recibiera altas inspiraciones del cielo. Al jesuita Pablo Príncipe, como á todos los de su Orden, se le dirigieron ataques infundados, persecuciones horrorosas, no porque existiesen en su persona vicios vituperables, supuesto que adornaban su alma las virtudes más acrisoladas, sino meramente porque era una insuperable rémora á los activos planes del protestantismo. Es innecesario que digamos más sobre el particular, porque sabido de todos es que á los jesuitas se los desprecia, ó por mejor decir, se los teme; que se alarman más algunos por la fundacion de un colegio de jesuitas, que se alarmarian de una irrupcion de vándalos; que en ocasiones se trata de ensayar contra ellos el ridículo, viéndose luego que el que emplea esa arma villana no goza de bastante calma para esgrimirla felizmente; que en fin, se los atrae, pero de un modo particular, con la inseguridad rezelosa de quien está convencido de que no pelea con adversarios de poca monta; y que si no se guarda comedimiento ninguno con ellos, si se usa del rigor, de la execracion, de la dureza, es porque caminan al frente del cristianismo fomentándole. No es necesario añadir más.—N. L.

PRINCIPIA (Sta.), vírgen romana, y reconocida como tal santa en la Orden del máximo Doctor S. Gerónimo, de quien fué una de sus más queridas discípulas. Fué su maestra Sta. Marcela, siendo sus compañeras Asela, Fabiola, Sophronia y otras santas vírgenes, discípulas predilectas de Marcela. Se consagró á Dios muy niña, lo mismo que Asela de edad de doce años, cultivando en ellas el gérmen de sus inmaculadas virtudes. Floreció Principia á fines del siglo IV, y áun cuando algun tiempo vivió en casa de sus padres, observaba religiosamente los preceptos de su santa y sabia maes-

tra. Consta que por el año de 397 poco más ó ménos, habia vivido reclusa con Marcela y Asela el largo período de veinticinco años, pues siendo aún muy jóven y á imitacion de su condiscípula é íntima amiga Asela, se recluyó con ellas el año de 372. En el de 382 vino S. Gerónimo á Roma, hallando tan dispuesta esta semilla para establecer el monacato, y al mismo tiempo tan arraigada, que trató desde luego de cultivarla y adelantarla; y por este modo tuvieron la felicidad de ser discípulas del máximo Doctor S. Gerónimo todas las que alcanzaron jóvenes á S. Atanasio. Principia fué una de las más esclarecidas de las muchas vírgenes que dice este Santo que frecuentemente le rodeaban, porque las iba á enseñar y doctrinar en su clausura. Habiendo tenido S. Gerónimo precision de ausentarse de Roma, dejó á sus monjes bajo la direccion de S. Domnion, Océano, Rogaciano y otros Padres; y sus monjas, bajo la de las santas Marcela, Asela, Marcelina y otras. Principia se reclusó fuera de la ciudad en una casa de campo, que á ella y á Marcela, que de ella cuidaba, servia de monasterio; aquí el santo y máximo Doctor alentaba su espíritu con obras espirituales, despues envió á visitarla á su querido discípulo Eusebio, con órden de que la comunicase sus Comentarios, por esto se cree con el mayor fundamento que Principia fué la religiosa con quien tuvo Serapion el coloquio que refiere Palladio, conviniendo de este modo y confirmándose el que ella le manifestase que hacia veinticinco años que no salia de aquel encerramiento, entendiéndose por tal la clausura, que por aquel tiempo no profesaban ni guardaban las monjas. Tanto Principia como Marcela mostraron el mayor interés y acudieron á la silla pontificia para implorar de Su Santidad la condenacion de los errores de Rufino y de los origenistas. Así lo manifiesta y da á entender S. Gerónimo en sus epístolas, en el pontificado de S. Anastasio, pues dice: «que Marcela y Principia fueron por sus esfuerzos los principales fundamentos para conseguir la condenacion de los herejes, presentando testigos, que seducidos por sorpresa y enseñados por los últimos, y arrepentidos despues de sus errores y de las falsas máximas que trataban de inculcarles los herejes, no tuvieron dificultad en declarar la verdad á la multitud de engañados, mostrando los impíos volúmenes del Periarchon, corregidos y enmendados por mano del impío, lengua de escorpion (Rufino), que corrian por todas partes; y aunque fueron llamados y emplazados y pregonados los herejes para que se defendiesen, no se atrevieron á presentarse, y tanta era su sinrazon y lo que les argüia la conciencia, que prefirieron por medio mejor el ser condenados ausentes, que argüidos en persona. El orígen de esta tan gloriosa victoria fué Marcela, etc.» Prosigue el Santo hablando con la vírgen Principia, donde da á atender la alta estimacion en que tenia las relevantes virtudes de la discípula más querida de Sta. Marcela, pues dice así: «Y

tú, cabeza principal en estas cosas y causa de los bienes adquiridos, sabes que digo la verdad, y conoces que digo pocas cosas de muchas por no hacer odiosa la narracion al que leyere, y que parezca á los malévolos que explico mi sentimiento propio con la alabanza ajena, etc.» Todo esto prueba la gran parte que tuvo en esta victoria y en este triunfo Principia, como discípula de tal maestra, pues la llama cabeza y causa de los bienes. Era nobilísima y santa y pudo ayudar mucho para que consiguiese Marcela esta victoria. Relativamente á este mismo asunto, consta que cuando llegaron á Roma Eusebio y Pauliniano, ya se ventilaba sobre los errores del Periarchon, que habia dado á luz Rufino, y cuyas doctrinas habian inficionado á muchos; que Marcela, Principia y los discípulos de S. Gerónimo se oponian á los origenistas; y que Eusebio tuvo en sus manos los originales griegos del Periarchon que poseia Rufino; y se comprobó que la traslacion que habia hecho Gerónimo era la verdadera, y falsa la de Rufino, habiéndose demostrado sus falacias; y dicho Rufino, con el pretexto de ir á ver á sus padres, se salió de Roma y le siguieron sus discípulos; en seguida Marcela, acompañada de Principia le delataron al Pontífice, y estas virtuosas santas y los discípulos de Gerónimo, probaron los errores que enseñaban Rufino y sus secuaces, acreditándolo con el testimonio de los mismos que habian engañado, los cuales detestaban el haberles creido. Se hizo plena demostracion, de que el Periarchon de Orígenes era herético, valiéndose de los mismos cartapacios de Rufino y translacion genuina de S. Gerónimo, al mismo tiempo que se declaró, que la doctrina de Rufino era falsa, porque modificaba aquellos errores, para infiltrarlos con la mayor solapa, con otros no ménos nocivos, en las almas cándidas y fáciles á dejarse seducir. Penetrado de todo el sumo pontífice S. Anastasio, tan celoso de la fe católica, viendo que el mal cundia y hacia prosélitos aquella falsa doctrina, trató de atajarlo, juntando un Concilio. Habiendo entendido aquellos reformadores lo que en Roma pasaba, la delacion que pesaba sobre ellos, las averiguaciones que se hacian, y que S. Anastasio tenia convocados á los obispos para examinar en un Concilio con la circunspeccion que acostumbra la Iglesia romana, mayormente en una causa tan grave, se valieron de todas sus artes para conjurar el nublado que contra ellos se preparaba y defenderse á todo trance. Lo primero que hizo Rufino fué escribir una epístola á S. Anastasio, que llamó báculo fuerte con que el obispo de Roma ahuyentase sus ladradores canes. Créese que esta carta fué escrita por Rufino cuando fué citado para dar razon de su fe en el Concilio Romano, y se excusó de comparecer con razones tan falsas y frívolas como en sus apologías lo prueba S. Gerónimo. Dicha epístola se escribió en el año de 400 á fines del mismo, haciéndose mencion de ella, para que se penetrasen los ardides con que pensó Rufino evadirse de la acu-

sacion de las Santas, injuriándolas, y llamando Jezabel á Marcela, y canes á los discípulos de S. Gerónimo. El escritor Paladio confirma y refiere la reclusion voluntaria de estas vírgenes, pues hablando de Serapion Sindonites dice que recibió de su maestro S. Domnion una instruccion muy cristiana como varon que era adornado de muchas virtudes y erudicion, y habiendo sabido é inquirido Serapion que habia cierta vírgen que vivia en silencio y quietud retirada en una celda hacia veinticinco años, y que jamás habia comunicado ni hablado con persona alguna, habiendo sabido su casa se fué á ella y dijo á la viejezuela que la servia: que dijese á aquella vírgen que tenia necesidad de hablarla, porque era enviado por Dios. Casi en los mismos términos lo refiere Heráclides, añadiendo que la vírgen no le quiso contestar ni acceder á su pretension hasta pasados dos ó tres dias. Esta vírgen romana tan conocida de S. Domnion, y celebrada por la más austera y religiosa de su tiempo, no pudo ser otra que Sta. Principia, discípula de Sta. Marcela, conviniendo las señas que da el máximo Doctor con las que da Palladio. De ella dice el Santo, hablando con Principia de Marcela: «Al punto oimos que en nuestro lugar te habias juntado al consorcio de ella, no apartándote un solo instante de Marcela, usando de la misma casa y de un mismo aposento: de modo que en la ciudad clarísima fué manifiesto á todos, que tú habias hallado madre y ella hija; la casa de campo os sirvió de monasterio, y la heredad elegida de soledad, y así vivisteis mucho tiempo, de tal suerte que por vuestra imitacion y conversion de muchos, nos alegramos de que Roma se hubiese hecho Jerusalen, siendo contiguos los monasterios de vírgenes, é innumerable la multitud de monjes, de suerte que por la frecuencia de los que sirven á Dios, lo que ántes servia de ignominia fuese despues gloria, etc.» En esta misiva del Santo se pinta una vírgen solitaria, asistida de una santa anciana, á cuyo ejemplo se conmovió Roma, y pudo señalarla S. Domnion, padre del monacato romano en ausencia de S. Gerónimo, por la más ejercitada de todas las vírgenes, segun Palladio, y segun Heráclides, que por ser una vírgen tan devota, fuese la más nombrada y estimada en Roma. Tuvo una constante é íntima comunicacion por cartas con el máximo Doctor, y así lo manifiesta el Santo cuando dice: «Entre tanto consolábamos nuestra ausencia con mútuos coloquios, y lo que no podiamos con el cuerpo, lo pagábamos con el espíritu, siempre nos saliamos al encuentro con epístolas, nos sobreponiamos con agasajos, nos preveniamos con salutaciones, y no perdia mucho la ausencia, que se suplia con cartas continuas, etc.» De esta santa comunicacion se conservan clarísimos monumentos en muchas obras á Marcela, y en otras manifestó esta Santa el grande amor y cuidado que tenia de Principia, subsistiendo la explicacion del Salmo 44 propio para vírgenes, pues es el epitalamio de Cris-

to, con su esposa la Iglesia; en el principio de esta explanacion la dice: «Sé, ¡oh Principia, hija en Cristo! que soy reprendido de muchos, porque algunas veces escribo á mujeres, y antepongo á los hombres el sexo más frágil, y así debo primero responder á mis murmuradores, y luego venir á la disputacioncilla que me pediste: si los varones me preguntáran de las Escrituras, no hablára yo con las mujeres, etc.» Pasa despues á enumerar las hembras célebres de la Escritura, que á los varones se antepusieron superándolos en virtud, y prosigue: «Estos ejemplos y cosas de este modo ¡oh hija! resumí brevemente para que ni te pese de tu sexo, ni su nombre ensoberbezca á los varones, en cuya condenacion en las Escrituras santas se elogia la vida de las hembras. Me alegro, y mi ánimo sale de sí como con un cierto regocijo, cuando en Babilonia se halla Daniel, Ananías, Azarías y Misael, ¡oh cuántos son los ancianos y jueces de Israel á quien frie en su sarten el rey de Babilonia! cuán muchas son las Susanas, que con la virtud del pudor componen guirnaldas al Esposo, y la corona de espinas la mudan en gloria del triunfante! Ahí tienes para el estudio de las Escrituras á Marcela y á Asela, y para la santidad de alma y cuerpo, de las cuales la una te llevará por los prados amenos y varias flores de los divinos volúmenes, al que dice en el Cántico: *Yo soy flor del campo y lirio de los valles*, etc.» Expone el Santo todo el Salmo con divina erudicion, y le concluye con estas cláusulas: «Cuando tambien tú ¡oh hija Principia! mezclada en el coro de los Santos, fueres llevada al Rey entre las vírgenes, y desde las casas ebúrneas deleitares al Esposo en su honor; entónces, acuérdate tambien de mí, que te dí la inteligencia de este Salmo, revelándomela el Señor, para que habiendo entendido parte del cántico, si Dios me diere vida, entiendas todo el contenido en los Cantares.» Muchas cosas aclara esta epístola, como el haber expuesto el Santo este salmo con revelacion divina, asegurar á Principia la dicha de ser bienaventurada, ofrecerla como á esposa querida de Cristo la exposicion de los Cantares, mas no todo lo puede abarcar y digerir la historia; pero relativamente á Santa Principia, bien se conoce que fué hija predilecta y querida de S. Gerónimo, y que cuando el Santo salió de Roma, la dejó encomendada á las santas Marcela y Asela, y que ésta aún vivia cuando el Santo escribió la exposicion del Salmo 44, siendo más las epístolas que faltan del Santo, con gran detrimento de la erudicion y de la historia, que en las que en la actualidad se conservan; pues el mismo S. Gerónimo, numerando sus obras hasta el año 14 de Teodosio, pone un libro de epístolas escritas á Marcela, y entre ellas, y despues sin duda alguna, se perdieron muchas dedicadas y dirigidas á Principia. Por este tiempo, al mandar á Roma el Santo á su querido discípulo S. Eusebio Cremonense, no queriendo éste partir sin alguna prenda de su maes-

tro, le dictó los Comentarios sobre S. Mateo; y en el proemio, despues de distinguirle los verdaderos Evangelios de los falsos, le dice: «Tú en dos semanas, acercándose ya la Pascua y empezando á respirar los vientos, me fuerzas á dictar de modo, que no sé cuando los notarios se encarguen de copiar las planas, en qué espacio se pondrán en limpio despues de enmendadas, principalmente sabiendo tú que por espacio de tres meses he estado enfermo, y que al presente empiezo á andar y convalecer, y que no puede compensarse con la brevedad del tiempo la magnitud del trabajo; supuesto esto, y omitiendo la autoridad de los antiguos, á los cuales no se me da espacio, ni de leer, ni de seguir, digerí brevemente la interpretacion histórica, que principalmente me pediste, y algunas veces mezclé las flores de la espiritual inteligencia, reservando obra más perfecta para en adelante. Si acaso mi vida fuere más larga, y tú en volver cumplieres tus promesas, entónces procuraré llenar lo que falta, ó por mejor decir, echados los fundamentos, y edificadas en parte las paredes ó muros, le ajustaré un hermosísimo techo ó pavimento, para que distingas y sepas la diferencia que hay entre la súbita audacia de dictar, y la trabajada diligencia de escribir; y además sabes ciertamente (y tuviera vergüenza de traerte por testigo de mi falta de veracidad) que dicté el presente opúsculo con tanta celeridad, que juzgáras que más leia cosas ajenas que dictaba las propias; ni juzgues que esto lo digo por arrogancia, satisfaccion ó confianza del propio ingenio, sino que deseo mostrarte cuánto puedes conmigo, y que más quiero peligrar en la opinion de los doctos, que negar nada á tu deseo, que con tal ánsia me pides. Por lo cual te ruego, que si el estilo no es limado y la oracion no tiene la acostumbrada cadencia, lo atribuyas á la prisa y precipitacion y no á la impericia; y cuando llegáres á Roma, dés los ejemplares á la muy amada vírgen de Cristo Principia, que me ha rogado escriba sobre los Cantares, de la cual obra excluido por mi largo padecimiento, dilaté su esperanza para lo futuro, sujetándote á la condicion, que si tú negares á Principia mis escritos á ti encaminados, no extrañes que tambien ella guarde en su escritorio los escritos á ella dirigidos.» En todo lo que va expuesto puede verse la extraordinaria estimacion que el máximo doctor San Gerónimo hacia de esta santa vírgen, probándose con la frecuencia con que la escribia epístolas, enviándola además todas las obras; y que en aquel tiempo que vino Eusebio y estaba en Roma, quiso le comunicase sus Comentarios; y es de inferir que S. Domnion se la recomendó á Serapion por estar persuadido de que Principia era la religiosa más singular que entónces habia en Roma; lo que se comprueba, pues en la historia no se halla en todo aquel tiempo otra vírgen celebrada que Santa Principia, concurriendo en ella las señas que da Palladio, y que eran: una vírgen reclusa,

cuidada y asistida de una viejezuela, pues así consta que vivian Marcela y Principia; y áun debe creerse que no las cita, nombra y encumbra como á otras dicho Palladio, por juzgarlas enemigas de su secta, como se observa en la condenacion del Periarchon, naciendo de esta enemiga la desestimacion con que las trató, diciendo de Principia que presumia mucho de sí, porque no quiso arrostrar la deshonesta impasibilidad de que en seguida se hará referencia y que tanto él afectaba, y á una santa como Marcela, tan ilustre de sangre y santidad, aplicada á servir y á asistir en su reclusion á la vírgen Principia, solo la nombre con el despreciativo apodo de viejezuela. Hay que salvar una dificultad y es la siguiente: cuando esta vírgen dijo al Syndonites que hacia veinticinco años que no salia de su reclusion, debe suponerse no entraria en ella tan niña, que no tuviese algunos años; habiéndose verificado esta conferencia con Serapion, y con la cual terminará esta historia, por los años de 397, año más ó ménos, debe inferirse fué su reclusion por el año de 372 en que aún no habia venido S. Gerónimo á Roma la última vez, á que puede satisfacerse con el cómputo ajustado en la vida de Sta. Asela; esta la escribió el Santo en Roma el año de 384, siendo la Santa de edad de cincuenta años: como en ella consta, de la temprana edad de doce renunció al mundo y se consagró á Dios, por lo tanto corresponde el nacimiento de esta Santa al año 334 y su consagracion á Dios al de 346, que fué cuando S. Atanasio vino la primera vez á Roma, y con su santa conversacion, y la de los monjes presbíteros Alejandrinos, muchas personas ilustres se encendieron en el deseo de imitar la vida de S. Antonio y los padres de Egipto, y la que más se anticipó y fué la primera santa Marcela entre las grandes señoras, á quien siguieron entre otras Melania y Sta. Asela, aquella viuda jóven, y esta última tierna vírgen en edad de doce años; todas estas se quedaron en la casa de sus padres, viviendo apostólicamente hasta que Gerónimo, con la práctica y la experiencia, dió la forma y reglas de la vida monástica, que despues del Santo se extendió tanto en Roma; lo mismo puede decirse de Principia, de quien por los años de 398, poco más ó ménos, consta que habia vivido reclusa veinticinco años; niña como Asela y á imitacion suya y de Marcela, á quienes tuvo por maestras, se recluyó con ellas el año 372. Volviendo, para concluir, á la conferencia que con Principia tuvo Serapion Syndonites, y que la Santa rehusó por espacio de tres dias, accediendo únicamente porque decia venia en nombre de Dios; estando en su presencia la preguntó: ¿qué hacia allí sentada, adónde caminaba, y que si por ventura vivia ó estaba muerta? La Santa con la mayor humildad contestó: «que aunque parecia estaba sentada andaba, que su camino era dirigido al Señor, y que creia en Dios que estaba muerta, porque el que vivia en carnes no podia andar.» Entónces Serapion volvió á decirla: «que para asesorarse y estar

cierto de que estaba muerta, que le imitase é hiciese lo que él hacia;» á lo que Principia contestó: «que mandase, que lo que fuera factible lo haria de buena voluntad.» Entónces la dijo: «Desciende y camina,» á lo que la vírgen replicó: «Que hacia veinticinco años que no salia de allí, y que por qué razon habia de salir de allí ahora.» «Si estás muerta para el mundo, la dijo Syndonites, y el mundo para ti, lo mismo te da salir de tu reclusion que permanecer en ella, y no hay motivo para que no debas obedecer.» Entónces Principia con la mayor vergüenza y humildad siguió á Serapion, y la condujo á una iglesia, donde la manifestó: «que si queria probarle y hacerle cierto que verdaderamente estaba muerta y que no queria en lo sucesivo agradar á los hombres vivos, que hiciese lo que él, y le probaria que estaba muerta; que se desnudase de todos sus vestidos como él lo iba á verificar, poniéndoselos en el hombro, y que en este estado pasease por medio de la ciudad, dándole él ejemplo y marchando delante de ella en la misma forma.» Ofendido el pudor y castidad de Principia con una exigencia tan extravagante y deshonesta, no pudo ménos de contestarle: «Que con aquella accion tan inmodesta ofenderia á cuantos la viesen, juzgándola loca ó endemoniada;» á lo que Serapion contestó: «Qué cuidado la daba el concepto ó juicio que de ella formasen estando muerta para todos.» La Santa, no pudiendo tolerar ni sufrir tal porfía, con la mayor entereza le dijo: «Que mandase otra cosa la que quisiera, siendo conforme á su propósito y que lo haria, pero que á aquel extremo de vida todavía no habia llegado, mas que rogaba llegar á él alguna vez.» Entónces Serapion la dijo: «Que no se jactase ni se creyese más pia que todos y muerta al mundo, que él sí que verdaderamente estaba más muerto que ella, y lo demostraba en aquella coyuntura, pues aquel acto lo ejecutaba sin ninguna perturbacion ni empacho.» Y en diciendo esto y creyendo darla una leccion de humildad, quebrantando su arrogancia, se apartó de Principia. El haberse hecho Serapion discípulo de S. Domnion, y el haber tenido esta conferencia con la vírgen romana, tiénese por muy cierto, siendo muy hacedero que por medio de S. Domnion viniese en conocimiento de ella y quisiese probar su espíritu; bien porque en tan alta perfeccion no se desvaneciese, ó bien por si era dominada por alguna sugestion de vanagloria se humillase, pretension bien exagerada por cierto. El espíritu de esta vírgen era bueno y superior, conociéndose en el género de vida que profesaba, y mayormente en su obediencia, puesto que sin conocer á Serapion, le obedeció como á varon de Dios, y únicamente manifestó invencible repugnancia al precepto de su desnudez, por parecerla, como efectivamente lo era, accion altamente deshonesta y causa de escándalo, y por lo tanto se humilló, confesando que no habia llegado á tal grado de abnegacion de sí propia. Debe creerse piadosamente, que si hubiera empezado á dar muestras

de arrostrar el precepto de ir de aquel modo desnuda por medio de la ciudad, el sindonita no se lo hubiera permitido, pues la sana razon dicta que la desnudez en un hombre pudiera hacer reir, pero una vírgen en carnes pudiera provocar; y citando este caso, no se puede ménos de reparar en la malicia de Palladio, que se vale de este suceso para hacer lícita su apatía é impasibilidad. Era uno de los errores de este hereje, que la señal de estar un hombre muerto al mundo y vivo para con Dios era el permanecer tan impasible á todo, que ni áun padeciese el afecto de empacho, vergüenza y pudor; y de puro abstraidos, queria á todos desvergonzados, y así vivia él con sus consortes, que de origenistas pasaron luego á pelagianos; pues en una epístola que le escribió Isidoro Pelusiota, le culpa de que siendo obispo andaba siempre entre mujerzuelas, manifestando entre ellas su impasibilidad. De todos modos aquel suceso vino á confirmar las grandes virtudes de Santa Principia, en quien se observa supo conciliar su obediencia extrema con su gran honestidad y pudor. —A. L.

PRINCIPIO (San), obispo y confesor. Tuvo el bendito S. Remigio un hermano llamado Principio, instruido como él en el monasterio de Lerins, en donde aprendió las ciencias y las virtudes cristianas, y fortificó su fe para prepararse á la perfeccion, á que llegó como su santo hermano. Veamos lo que nos dice de este bienaventurado S. Sidonio Apolinar. Se observaba en Principio un fervor increible por su santificacion, por la gloria de Dios y por la salvacion de las almas. Consagrado obispo de Soissons, honró aquella iglesia con la práctica de las virtudes apostólicas. En su largo episcopado asistió á varios concilios, promovió con laudable celo los intereses de la religion, y muy amigo del rey de Francia Clodoveo, le dió utilísimos consejos para bien de la Iglesia y del Estado. Murió tan santo prelado llorado de su diócesi, que tiene en él un glorioso protector en el cielo, en los primeros años del siglo VI, y la Iglesia católica le celebra el dia 26 de Setiembre. — C.

PRIOR (San) ermitaño y confesor. Solo se sabe de este Santo que fué ilustre anacoreta del siglo IV de nuestra era, al que recuerda la Iglesia el 17 de Junio. Véase Pyon (San). — C.

PRIOR (Filipe), intitulado en lengua latina *Priorius*, *Philippus*. Este hábil y religioso crítico, que floreció en el siglo XVII, era natural de Normandía, donde al parecer se instruyó en las ciencias eclesiásticas, y donde ya empezó á prestar sus servicios á la Iglesia católica. Entre los diversos servicios literarios que prestó al catolicismo, debemos mencionar su laboriosidad en fomentar la edicion correcta en fólio de las obras del gran Tertuliano, que fueron dadas á luz en París en 1675, así como tambien la edicion de las obras del Padre de la Iglesia S. Cipriano, dadas tambien á luz

en la misma capital de la nacion francesa en el año 1666 por Mr. de Rigault, á las cuales añadió algunas notas ilustrativas de no escaso mérito científico y literario. Compuso tambien un elegante *Tratado de fórmulas de exposiciones eclesiásticas*, con la denominacion siguiente: *Philippi Priorii dissertatio de litteris canonicis, cum appendice de tractoriis et synodicis*, dada á luz en Paris en 1675; un tomo en 8.°—Además de tan importantes servicios prestó otro muy notable, refutando las doctrinas de Isaac la Perreyre, autor del libro de los *Preadamitas*. La refutacion de esta perniciosa obra fué intitulada por Mr. de Priorio del modo siguiente: *Animadversiones in librum Præadamitarum pro Eusebium Romanum*, dada á luz en 1656, en 8.°—El autor en su modestia se ocultó bajo el nombre de Eusebio, y dos años despues dirigió una carta felicitatoria á Isaac la Perreyre, autor de esos errores, por su retractacion. Remitimos á nuestros lectores al artículo *Preadamitas*, donde se hace una ligera reseña de la obra de Perreyre, que suscitó tan extraña cuestion.—N. L.

PRISCA (Santa), vírgen y mártir. Murió el emperador Galieno, y le sucedió Claudio II, que peleó contra los godos, de los que alcanzó grandes victorias, por lo que entró en Roma cargado de ricos despojos de sus vencidos. Advirtiendo los progresos que habia hecho en Roma el cristianismo, y creyendo, como fanático pagano, que esto podia ofender á los dioses, que en su opinion le habian ayudado tanto á vencer á sus enemigos, decretó el exterminio de los que profesaban la religion del Crucificado, y Roma se regó con la sangre de muchos mártires. Presentando al Emperador una jóven hermosa de trece años de edad, llamada Prisca, y perteneciente á una familia patricia, acusándola de cristiana, la ordenó venerase á la estatua de Apolo; pero como ella se resistiese diciendo que solo adoraba á Jesucristo, y que sus dioses eran hechura del demonio que los tenia seducidos, el Emperador la mandó dar terribles bofetadas hasta que la bañaron en sangre y desfiguraron su angelical rostro. Encerrada despues en una cárcel entre facinerosos, sostuvo Dios su virginidad y su fe dándola resistencia suficiente para desechar el halago y despreciar la amenaza. Despues la azotaron cruelmente; derritieron grasa sobre sus delicadas carnes; la condujeron al anfiteatro, en donde á vista del pueblo que se divertia bárbaramente con tales espectáculos, la echaron un feroz leon para que la devorase; pero esta bestia, más humana que los hombres, se echó á sus pies y se los lamió con el mayor cariño. No ablandándose el Emperador con una escena que asombró á todos los que la presenciaron, la hizo encerrar en la cárcel de los esclavos, prohibiendo la diesen de comer, y por último, la descoyuntaron, rasgaron sus carnes con uñas aceradas y garfios de hierro. Hecho una carneceria el bendito cuerpo de santa Prisca, la arrojaron á una grande ho-

guera; pero no permitió Dios que se quemase para confusion de sus verdugos. Y en fin, creyendo el infame Claudio, en su frenético fanatismo, que Prisca se libraba de los tormentos por arte de magia, la mandó cortar la cabeza fuera de la ciudad, en donde murió la Santa bendiciendo al Señor, que la recogió en sus brazos para recompensar su heroismo. Su cuerpo fué sepultado en la Via Ostia, á tres leguas de Roma, el 18 de Enero, en que la Iglesia la venera. —C.

PRISCIANO (San), mártir. Recuerda la Iglesia católica al glorioso San Prisciano el dia 12 de Octubre, del que solo se sabe por el cardenal Baronio que derramó su sangre en Roma en tiempo del emperador Decio, el año de 250, por confesar la fe de Jesucristo; teniendo por compañeros de martirio á los santos Evagrio y otros compañeros mártires. — C.

PRISCIANO (Priscianus), célebre gramático de Cesaréa, floreció al principio del siglo IV de la Iglesia. Hizo sus estudios bajo la direccion de su famoso maestro Teoctisto, á quien designa con encomio, llamándole «el honor de la elocuencia,» *omnis eloquentia decus*, y á quien despues de Dios se muestra deudor de sus extraordinarios progresos y brillantes adelantos en la cultura de las bellas letras. Iluminado por las luces del Evangelio, abrazó el cristianismo, segun lo que se desprende de multiplicados autores coetáneos suyos y además de algunos de sus escritos. Aunque se ignoran las minuciosas particularidades de su vida, asegúranos el conocido escritor Casiodoro, que en el año 525 Prisciano dirigia en la entónces celebérrima capital Constantinopla una escuela pública, justamente renombrada por la multitud de sabios y hombres distinguidos que salieran de su seno. Su principal obra es un *Tratado de Gramática* en diez y ocho libros, dedicada, no al emperador Juliano como equivocadamente han asegurado Agustin Dati y otros respetables autores, sino al cónsul Juliano, su protector. Prisciano, dice un filósofo aleman, es entre los gramáticos latinos, por las bellas producciones suyas que nos son hasta el presente conocidas, uno de los más importantes; la simple ojeada de su publicacion, denominada *Index auctorum*, da á conocer la multitud considerable de autores, así griegos como latinos, qua le eran familiares, y de los cuales cita y copia literalmente en ocasiones numerosos trozos, con una oportunidad que hace lamentar el extravío de algunos de los más notables é importantes. Nadie ha tratado la gramática latina con tanta extension y conocimiento de causa como este cristiano lingüista; conocia y parece haber consultado con sosegado detenimiento todos los gramáticos anteriores á su época, desde el famoso orador Varron y Varrio Flacco, hasta Donat y Nono Marcela; así es que con mucha frecuencia trascribe sus opiniones con admirable criterio. En sus meditados exámenes filosóficos sobre la lengua latina, en el sin número de reglas

claras gramaticales, en su atinado acierto, sagacidad, conocimientos literarios, estilo, sobrepuja á todos sus antecesores, á quienes aventaja además en conocer la lengua griega que le daba más conocimiento en la latina. Establece con frecuencia oportunos paralelos entre las dos lenguas griega y latina, haciendo notar con tino exquisito los puntos de contacto y las diferencias de ambas. Mas lo que sobre todo le concede indisputable mérito y merecida nombradía á Prisciano, es la multitud de fragmentos griegos, que nos ha conservado. Su *Gramática* ha servido de norma para la enseñanza de la lengua latina hasta la época del renacimiento de las letras; de manera es que la mayor parte de los gramáticos de la edad media, tales por ejemplo como Juan de Garlande, Alejandro de Villanueva y otros, se han limitado á copiar ó compendiar la obra de Prisciano. Esta *Gramática* ha sido reimpresa lo ménos diez y seis veces en los quince siglos que median desde que floreció su autor hasta nuestros dias, y junto con ella han sido tambien reimpresas otras varias obras de Prisciano. La edicion que se reputa como la más antigua es la que en el año 1470 se dió á luz en la imprenta de Vindelin de Spira, en la capital de la república de Venecia; este reputado impresor publicó diez años despues otra edicion correcta en fólio, lo mismo que la anterior. El Rdo. P. Audifredi cita en una de sus publicaciones una edicion, distinta de la anterior, que la cree impresa en Roma por Hulrico Han, hácia los años de 1772, acerca de lo que puede consultarse el *Catalogus Romanorum scriptorum*, edicion primera, página 399. Existen además otras dos ediciones en la citada capital de Venecia, del año 1476. Las ediciones posteriores á esta fecha no son de tanta estimacion, ni tan buscadas por lo mismo por los amantes de los estudios lingüísticos como la anterior, y entre las del siglo XVI, que son numerosisimas, apénas se ocupa nadie de las ediciones de Florencia, publicadas en casa de Giunti por los años 1525, en 4.° mayor, y de las de Venecia, publicadas en la de los Aldos, por el año 1527, en el mismo reducido volúmen. Todas estas estan impresas en vista de manuscritos incompletos, y la correccion es en exceso imperfecta y exigiria más esmero. El sabio Elio Vinet, que se propuso dar á la estampa una edicion más correcta, buscó por espacio de veinticinco años en bibliotecas antiguas y modernas, públicas y particulares, un antiguo manuscrito que contiene las palabras griegas de que se sirvió el mismo Prisciano; pero sus dilatados trabajos é investigaciones no dieron resultado, porque al fin no tuvo la fortuna de encontrar el estimado manuscrito. El escritor Putschius ha publicado en Hanau, el año 1605, en un tomo en 4.°, una obra denominada: *Grammaticæ latinæ auctores antiqui*, que contiene la mayor parte de las obras de nuestro autor, con las correcciones de José Scaligero, de Gruter, de David, de Hoerchel y de Rittershuzius; y

esta edicion, superior á las anteriores, ha sido muy estimada por largo tiempo por los sabios. Mas el P. Boudam señaló en el año 1709 las numerosas inexactitudes y lo imperfecto de la correccion de esta obra, probando por multiplicados ejemplos, que de todos los autores contenidos en la coleccion famosa de Putschius, Prisciano cita el que habia merecido ménos esmero y correcion por parte del autor y del editor. Así es que actualmente nadie se ocupa apénas de ella, merced al servicio prestado por el Rdo. P. Boudam en notar sus imperfecciones. Encuentra tambien tratadas en estas obras las siguientes materias: 1.ª *De octo partibus orationis, libro decimo sexto, deque constructione earumdem, libro secundo.*—2.ª *Partitiones versuum duodecim Æneidos principalium;* extenso y erudito comentario gramatical sobre el primer verso de cada libro de la Eneida.—3.ª *De accentibus liber.*—4.ª *De declinationibus nominum liber.*—5.ª *De versibus comicis liber.*—6.ª *De Præexercitamentis rethoricæ ex Hermogene liber;* tratado poco luminoso, publicado por primera vez en la continuacion de la obra de Juan Sulpicio, denominada: *De componendis et ornandis epistolis*; dada á luz en Roma en el año 1491, un volúmen en 4.°; insertada de nuevo por Pithou en la obra titulada *Rhetores latini*, dada á luz en 1559; un volúmen en 4.° prolongado. En la edicion más reciente de las obras del autor Prisciano, que nos ocupa, el texto griego de Hermógenes, publicado por vez primera por Heeren, ha sido impreso teniendo á la vista la traduccion latina de Priscien.—8.ª *De figuribus et nominibus numerorum et de nummis et ponderibus liber.* El mencionado Elías Vinet ha publicado este opúsculo con las oportunas correcciones en su *Coleccion de tratados sobre pesos y medidas de los tiempos antiguos*, dada á luz en Paris el año 1575; un pequeño volúmen en 8.°—Ha sido reimpresa la precitada obra junto con la produccion de Hontmann, titulada *De re nummaria Romanorum;* Paris, el año 1585, en 8.°, é insertada de nuevo por el escritor Grœvius en el tomo XI de su *Thesaurus antiquitatum romanorum.* El notable y curioso publicista Luidemann ha dado á la estampa, en Leyda, el año 1818, una edicion perfectamente corregida y esmerada de las *Opera minora de Prisciano*, libro V, un tomo en 8.° Hay además un pequeño opúsculo con el título siguiente: *De ponderibus et mensuris*, publicado bajo el nombre de Fannius, que es una desdichada compilacion hecha sin crítica ninguna, y teniendo solo á la vista algunos comentadores poco entendidos, en vez de acudir á las fuentes, que son los autores clásicos, griegos y latinos. Onat atribuye á Prisciano la erudita obra denominada *Expositio in Theophrastum de sensu, fantasia et intellectu;* que ha sido insertada en una coleccion de tratados filosóficos, publicados por los Aldos en los años de 1497 y 1516; un tomo en fólio. El mismo Onat tradujo, el año 1808, en versos latinos hexámetros, el poema de Denys, y esta version,

ménos poética y más exacta que la de Avieno, ofrece ó presenta algunas adiciones interesantes, áun cuando tiene unos cien versos ménos que el texto. Se halla tambien un opúsculo en verso de nuestro autor y gramático sobre la *astronomía*, en una obra de Reda denominada: *De ratione computi*. Una edicion completa de las obras de Prisciano, coleccionada sobre los antiguos manuscritos, ha sido dada á luz con notas en Leipsick, por Monsieur Krehl, con este título: *Prisciani Cæsariensis opera*; 1819, dos volúmenes en 8.°—El filólogo Schneider ha tratado con un lenguaje severo y con una crítica punzante esta nueva edicion, que en honor de la verdad preciso es confesar que adolece de algunos defectos á causa de la precipitacion con que se hizo. Sea lo que fuere de esto, fuerza es tambien dejar sentado que esta edicion, á pesar de los lunares que los críticos severos y poco indulgentes encuentran en ella, es sin disputa la más acabada, la que reune mayores ventajas sobre las precedentes publicadas con anterioridad, ya por las numerosas correcciones que con sumo cuidado han sido hechas en ella, teniendo á la vista para compararlos los mejores manuscritos que se conocen, ya tambien por lo importantes que son estas correcciones, sobre todo cuando se trata de fragmentos de autores antiguos citados por Prisciano. Se puede ver en la *Gaceta literaria* de Viena, mes de Diciembre de 1822, números 234 y 236, un análisis muy extenso y detallado de la mencionada edicion. Nicolás Frischlin ha publicado una comedia satírica, con el extraño título siguiente: *Priscianus rapulans*, que es la crítica más completa, la burla más perfecta que puede hacerse de los perversos y pésimos gramáticos de su tiempo. Tales son las noticias que tenemos de Prisciano, cristiano piadoso, gramático ilustre, y cuya memoria, unida á la de los más ilustres publicistas, se recuerda aún con encomio despues de tantos siglos como han pasado desde la época en que floreció hasta nuestros dias.—N. L

PRISCILA ó PRISCA. Cristiana ilustre, esposa de Aquila, y muy conocida en el mundo católico por las numerosas veces que es nombrada con encomio en el libro de los *Hechos de los Apóstoles*, y en las epístolas del doctor de las gentes S. Pablo. Vamos, pues, á hacer la biografía de una mujer cristiana, bien diferente por cierto de una mujer pagana, pues miéntras esta es á lo sumo una ilustre esclava del varon, aquella es la señora, la compañera del hombre, á quien da una parte de su corazon para participar de sus penas, y con él divide las dulzuras y las tristezas, las alegrías y los pesares. No es mi ánimo establecer un parangon entre la mujer cristiana y la no cristiana, ni recordar tampoco lo que era la mujer en los antiguos y ominosos tiempos del paganismo, ni lo que es todavía en los pueblos no católicos; la historia, y aún más la literatura de Grecia y de Roma, nos darian tristes testi-

monios de la vileza de la mujer y de su vergonzosa abyeccion; y todos los pueblos de la tierra nos ofrecerian abundantes testimonios y pruebas de la verdad y exactitud del célebre dicho, de que donde quiera que no reina el cristianismo, hay una marcada tendencia á la degradácion de la mujer. Solo quiero hacer notar la altura á que ha sido elevada la bella mitad del humano linaje, desde que á María Santísima fué concedida la honra inestimable de ser vírgen-madre de un Dios-Hombre, y para ello, omitiendo los ilustres nombres de las Martas, Magdalenas, Folignos y otras innumerables, que merecieron oir palabras de consuelo de los mismos labios purísimos del Redentor de los mortales, me fijaré con especialidad en Priscila ó Prisca, objeto de los más lisonjeros encomios de parte de los agiógrafos, y su esposo Aquila, matrimonio cristiano, en cuyo seno principiáran á realizarse las grandes ideas católicas y que se hicieron célebres por el ardiente celo que manifestaron ambos esposos por la difusion de las luces del Evangelio, por los progresos de las sublimes doctrinas del Crucificado. Fijaron primero su residencia en la capital del orbe católico, que por entónces veia destrozarse á girones la púrpura de los Césares. El horrible edicto de proscripcion, publicado por el emperador Claudio, los obligó á abandonar á Roma para trasladarse á Corinto, donde se ejercitaron en el arte de la fabricacion de la seda y la elaboracion de los magníficos tapices. Durante su permanencia en esta capital, tuvieron la inestimable honra de recibir y dar hospitalidad al grande apóstol S. Pablo, á quien prestaron otros eminentes servicios, hasta el extremo heróico de exponerse á la pérdida de sus riquezas, de sus bienes, de su vida misma por salvar la preciosa existencia de este Apóstol, víctima de la más encarnizada persecucion. Cuando este insigne Doctor de las gentes se vió precisado á abandonar á Corinto, Priscila, amante del insigne Doctor, le acompañó hasta Éfeso, prestándole los cuidados más fervientes, de los que se muestra altamente reconocido el antiguo ciego de Damasco, el antiguo perseguidor de los cristianos, cuando dice hablando de Priscila y Aquila en una de sus epístolas: *Qui pro anima mea suas cervices supposuerunt*. De Éfeso partieron algun tiempo despues á Roma, donde S. Pablo en el año 58 de Jesucristo escribió su epístola á los romanos. Más tarde regresaron todos de nuevo á Éfeso, donde asimismo escribió S. Pablo su epístola á Timoteo. La tradicion romana nos asegura que el mencionado Apóstol consagró un altar en casa de Priscila, lo que viene á confirmarse con la mencion honorífica que hace S. Pablo de esta ilustre cristiana al decir en su epístola á los romanos: *Salutate Priscam et Aquilam et domesticam ecclesiam eorum*. Tales son las consideraciones que el Apóstol guarda con la mujer católica. Vemos pues aquí el modelo de la mujer y del matrimonio cristiano. De esta manera, predicando el catolicismo ideas grandiosas sobre la huma-

nidad, que comprendiendo al varon como á la hembra sin diferencia ninguna, protestaban vigorosamente sobre el estado de abyeccion y envilecimiento en que se retenia á la preciosa mitad del linaje humano, al bello sexo, es como principió el enaltecimiento de la mujer, ser abyecto desde Adan hasta María Santísima, con marcadas excepciones. La religion cristiana dijo al mundo: «La mujer es hija y coheredera de Jesucristo, compañera del hombre y no vil esclava, ni triste instrumento suyo de placer.» Estas ideas luminosas desvanecieron para siempre las preocupaciones contra la mujer; la mujer entró en la participacion de los derechos divinos y humanos con el hombre; fué igualada al varon en la unidad de orígen y destino; admitida, en fin, en la fraternidad universal de los hombres entre sí y con Jesucristo, dador de celestiales dones. Al escuchar tan severas lecciones la necia y petulante filosofía, que con obstinado empeño se propuso degradar á la mujer, se vió precisada á enmudecer. La literatura procaz, que con tanta insolencia osaba desmandarse contra las mujeres, halló un freno en los preceptos cristianos y una reprension elocuente en el modo, lleno de dignidad, con que á ejemplo de la Escritura hablaban de ellas todos los escritores eclesiásticos, y la mujer principió á levantar su frente de la abyeccion en que la tuviera sepultada. Esta es la conducta iniciada por Jesucristo y seguida por los Apóstoles, cual lo vemos en Priscila, que anunció una era más feliz á la esclava del hombre, haciéndola divisar en lontananza tronos, coronas, púrpuras y dignidades encumbradas que un dia, no lejano, habia de ocupar. Mas para hacer estable y duradera esta reforma, era imprescindible que la Iglesia con teson constante llevára á cabo la organizacion del matrimonio, imponiendo al hombre por medio de este sacramento derechos y obligaciones que le impidieran atentar jamás contra los sacrosantos derechos y prerogativas que el cristianismo concedia á la mujer. No se ocultó á la Iglesia esta imperiosa necesidad, y así proveyendo á ella, dijo en voz elocuente al mundo entero: «Uno con una, y para siempre.» No satisfecha con predicar la doctrina, deseosa de realizarla con firmeza inalterable, oponiendo un dique á las pasiones desencadenadas que contra ella pudieran sublevarse; teniendo en cuenta la Iglesia católica que las pasiones, especialmente las del varon, habian de bramar contra semejante doctrina, que la pisotearian sin género alguno de duda, opuso á todo esto un insalvable valladar en que se estrellarán sus tiros, sin dejarle vislumbrar ni en los más remotos dias la más remota esperanza de victoria y triunfo. Así es que basta recorrer con un poco de atencion la *Historia eclesiástica*, para ver cómo los ministros del santuario en medio de los siglos bárbaros, en medio de la más asquerosa corrupcion, en medio de la ferocidad y violencia por do quiera dominantes, tanto en el período de la fluctuacion de los pueblos invasores como en el del feudalis-

mo, como en el tiempo en que ya descollaba prepotente el poderío de los reyes, han impedido que el matrimonio, verdadero paladion de la sociedad, fuese doblegado, torcido, hecho trizas, y que el desenfreno de la voluptuosidad no campease por toda Europa con todo su ímpetu, con todos sus caprichos, llevando en pos de sí la desorganizacion más profunda, adulterando el carácter de la civilizacion europea, y lanzándola en la honda sima en que yacen desde muchos siglos los pueblos infortunados y desventurados del Asia. Importa poco que los escritores apasionados, los cuales, á semejanza de los astrónomos y observadores, que miran por lentes coloreados, todo lo ven del color que les place; importa poco, repito, que revuelvan archivos y sacudan polvorientos manuscritos, y registren historias eclesiásticas para encontrar datos, documentos y razones en que fundar las primeras desavenencias de los papas con los príncipes; importa poco que acusen á la corte romana de *tercamente intolerante* en órden al matrimonio, sin tener en cuenta que si un solo momento hubiera aflojado en la terca intolerancia, si el soberano pontífice hubiese retrocedido un solo paso ante la amenazadora impetuosidad de las desencadenadas pasiones, hubiera encontrado despues del primer paso una horrorosa pendiente, y despues de la pendiente insondables abismos; importa poco que de un modo descarado y cínico nieguen el espíritu de verdad, la honda conviccion, la viva fe de que está animada esa augusta cátedra, y que nunca la hicieron enmudecer ni las consideraciones, ni los halagos, ni las promesas, ni los temores, ni las guerras, ni las más horrendas persecuciones, cuando se trataba de recordar á todo el mundo, y muy especialmente á los potentados, á los magnates, á los purpurados y á los monarcas esta profunda sentencia del Evangelio: *Erunt duo in carne una; quod Deus conjunxit homo non separet.* Serán dos en una sola carne; lo que Dios unió con suavísimos lazos el hombre no osará desunirlo. Importa, en fin, poco que esos filosofastros impremeditados atribuyan al protestantismo el ennoblecimiento de la mujer cristiana. ¡Qué horror! al protestantismo, que con vociferadora algazara aplaudió el horrendo escándalo causado por el caprichoso y sanguinario Enrique VIII; que se doblegó tan villanamente á las exigencias voluptuosas del landgrave de Hesse-Cassel. Importa poco que se desconozca la lucha terrible y pavorosa que el catolicismo, la Iglesia católica, ha sostenido por espacio de muchos siglos, en medio de las más variadas circunstancias y en ocasiones terribles, con las desenfrenadas pasiones de los potentados para sostener sin mancilla, y tal cual la instituyeron Dios en el Eden, y Jesucristo en medio de los siglos, la santidad del matrimonio; importa poco que se desconozca esta verdad, porque la historia y el universal testimonio de los hombres proclamará siempre con voz muy enérgica que la Iglesia ca-

lica, sin atender á compromisos, sin temer malquistarse con ningun príncipe y potentado del mundo, sin ceder nunca, sin humillarse jamás, sin hacer traicion á su conciencia, sin permitir nunca que nadie abriese la puerta á las pasiones violadoras del matrimonio, santidad que es la prenda más segura del bien de las familias, la primera piedra sobre que debe cimentarse la verdadera civilizacion; siempre será, repito, una verdad que los soberanos pontífices romanos, en cumplimiento de los altos deberes que les impusiera Jesucristo al confiarles y declararles sus representantes en la tierra, se han mostrado inflexibles en este punto, áun á riesgo de los desmanes caprichosos de los reyes, realizando así la obra maestra política, que los antiguos Licurgos y Minos jamás hubieran imaginado, y contribuyendo grandemente al sosiego y bienestar de los pueblos, porque sabido es que los casamientos de los príncipes forman una parte considerable de los destinos de los pueblos, y nunca se ha visto una corte libre y desembozadamente entregada á la prostitucion sin que de ella hayan resultado catástrofes lamentables, revoluciones aterradoras, sediciones penosas en los pueblos. Dijo en sus dias Voltaire, en su *Ensayo general sobre la Historia*, tomo III, cap. CI. Escritores poco morigerados quisieran oponerse á esta social y humanitaria conducta de la Iglesia diciendo que son sus doctrinas en órden al matrimonio sobrado duras, demasiado rigurosas; que esas doctrinas prescinden de la flaqueza y volubilidad natural del corazon humano, que le exigen sacrificios superiores á sus fuerzas; que es inhumano sujetar á la rigidez de un principio las afecciones más tiernas, los sentimientos más delicados, las inspiraciones más livianas; que es dura, en una palabra, la doctrina que se propone y empeña en mantener unidos, amarrados con el lazo fatal, á dos seres que ya no se aman, que ya se causan mútuo fastidio, que ya se aborrecen el uno al otro, quizá con odio profundo; que responder á estos seres, que ya no se aman y que preferirian la muerte á la union sucesiva, con un *eterno jamás*, con un *para siempre*, mostrándoles al mismo tiempo el sello divino que grabó en su lazo en el momento solemne de recibir el sacramento del matrimonio, es olvidar todas las reglas de la prudencia, es entregar á los esposos á la más rabiosa desesperacion, y otras mil inconsideradas teorías del filosofismo, á cual más disolventes y perniciosas. No se me oculta que por desgracia estas perniciosas doctrinas son proclamadas en nuestros dias, en el aciago, orgulloso y caprichoso siglo XIX, que por desdicha nuestra atravesamos, con aire arrogante por hombres que parecen haber abandonado las ideas de lo grande, de lo divino y de lo sublime. No se me oculta que ya no es raro ver en la sociedad europea generalizadas las consecuencias de esas doctrinas, supuesto que es rara la familia, por decirlo así, de alguna consideracion, en que el varon no mire con indiferencia

á la que Dios le concediera por compañera de su vida, y á la mujer, llena de petulancia, seguir tambien este mismo pernicioso sendero. Mas prescindiendo de las abominables consecuencias, que palpamos, para la sociedad, la familia y el individuo, hijas de este horrendo desprecio de las disposiciones eclesiásticas relativas al matrimonio; digasenos ante todo qué hubiera acontecido si los reyes bárbaros de la edad media, en quienes el esplendor de la púrpura no bastaba á encubrir al hijo salvaje de las selvas, si esos fieros señores encastillados en sus fortalezas, cubiertos de hierro desde la cabeza hasta los piés, rodeados de viles esclavos, no hubieran encontrado á sus desenvueltas pasiones un dique en la Iglesia católica. Si esos hombres, al echar á alguna belleza una mirada de fuego, si al sentir con el nuevo ardor que se engendraba en su pecho el fastidio por su legítima y fiel esposa, no hubiesen tropezado con el recuerdo imponente de una autoridad inflexible y de una doctrina inquebrantables. Podian, es verdad, guiados por sus semibárbaros é indómitos instintos, cometer una tropelía con el obispo; aún más: podian hacerle enmudecer con los halagos seductores ó con las aterradoras amenazas; podian violentar, si se quiere, los votos de un concilio particular, ó hacerse prosélitos con la intriga, la perfidia y el dolo; pero ¿qué importa? si luego, en oscura lontananza, se les aparecia la sombra majestuosa del sumo pontífice, que postrado de hinojos bajo la relumbrante cúpula del Vaticano como una vision aterradora, condenaba con divino teson los actos de la violencia, cerrando toda puerta á la esperanza, haciendo inútil el combate, las intrigas más mañosas, los ruegos más humildes, y no obteniendo jamás otra respuesta que la digna y severa de Jesucristo: *Erunt duo in carne una; quod Deus conjunxit homo non separet:* serán dos en una carne sola; lo que Dios unió el hombre no desunirá. Ah! si la Iglesia católica no se hubiera opuesto como un muro de bronce al desbordamiento de la voluptuosidad, el hombre bárbaro, que forcejeaba por quebrantar los lazos que pretende imponerle la civilizacion cristiana, que suspiraba por hacer pedazos los suaves y sagrados vínculos del matrimonio católico, que quizá soñaba delirante en hacer víctimas de sus tropelías y caprichos á las venerables doncellas consagradas al Señor en la silenciosa soledad del retiro, interrumpiendo las inspiradas y purísimas oraciones de la vírgen cristiana con los impuros acentos de la impureza; si la Iglesia no se hubiera opuesto con sobrehumana constancia á los desmanes del bárbaro, los palacios de los príncipes y los murales castillos de los señores se habrian visto convertidos en un serrallo y en un harem; y como el ejemplo es tan contagioso, siguiendo la misma disuelta corriente las demás clases de la sociedad, quedára la mujer europea en el mismo abatimiento que habia quedado la musulmana; se borrára de su cristiana frente las señales de su dignidad,

de su elevacion al rango sublimísimo de señora, compañera del hombre, de hija del cielo, de coheredera de las bienaventuradas fruiciones celestiales, viniendo á ser un vil instrumento de la voluptuosidad del varon, un juguete caprichoso de sus miserables y brutales antojos. ¡Infelices escritores, que así hollais en novelas y escritos las encumbradas prerogativas de la mujer, las grandes ideas del catolicismo sobre materia tan importante! ¿Cómo osais calificar de duras unas doctrinas que han impedido el que Europa y las naciones todas en que floreciera el catolicismo se sumieran en la inmunda y degradante barbarie del sectario de Mahoma? Interpretan pésimamente esos malhadados escritores las ideas y sentimientos de los pueblos católicos, guiados en ocasiones por el necio afan de novedades, de mezquinos intereses, prostituyendo sus plumas hasta un extremo repugnante. Fortuna es que la Europa y las naciones católicas, la parte sensata de ellas, profesa gratitud eterna al catolicismo por haberles conservado con dignidad admirable la monogamia, precioso don, fuente inagotable de inenarrables felicidades, y que á no dudarlo ha sido una de las causas que más han contribuido á la buena organizacion de la familia y al realce de la mujer. Asómbrase de horror la imaginacion al contemplar cuál sería hoy la situacion de las naciones cristianas, cuál sería la situacion tristísima y aflictiva de la mujer, si por desdicha hubieran prevalecido en ella las horribles ideas que rechazaban las doctrinas católicas acerca del matrimonio. Lutero, el fraile impuro, que abrió el templo de la santidad con osada mano para arrebatar de él víctimas santas á su frenética pasion; ese hombre desalmado ha dicho: «Por lo que toca á saber si se pueden tener muchas mujeres, la autoridad de los antiguos patriarcas nos deja en completa libertad; esto no se halla ni permitido ni prohibido; yo por mí no decido en la contienda.» ¿Hubieran podido estas doctrinas resistir al torrente invasor de la voluptuosidad salvaje y bárbara de los siglos medios? Oh! ¡Desgraciado del mundo si semejantes palabras, salidas nada ménos que de la boca de un hombre que arrastró en pos de su secta tantos pueblos, se hubiesen pronunciado algunos años ántes, cuando todavía la horca veíase en las puertas de los viejos castillos! ¡Desgraciado del mundo si al pronunciarse esas doctrinas no se hallaran ya muy formadas las costumbres, y si la buena organizacion dada á la familia por el catolicismo no hubiera echado ya profundas raíces, para que no pudieran ser arrancadas por la mano desapiadada del hombre. ¿Hubieran servido de algo por ventura para contener la impetuosidad de las pasiones del bárbaro señor, de los pueblos corrompidos, la fe vacilante, la incertidumbre, la cobarde flojedad, las débiles y villanas consecuencias que usáran los declamadores de la severidad del catolicismo en todo lo relativo al matrimonio, acostumbrados á ceder y doblegar la cabeza

servilmente ante las exigencias hediondas de un príncipe? ¡Santo cielo! ¡y estos hombres acostumbrados á hundir sus villanas frentes en el polvo á la sola vista de una testa coronada, reprueban la conducta elevada, nobilísima de la Iglesia que contesta con soberana negacion á las horripilantes y desenvueltas demandas del poderoso! ¿Qué doctrina fuera esa tan elástica, tan acomodaticia, que cediera á la sola insinuacion de un desalmado príncipe? ¿Hubiera ostentado en semejante modo de comportarse las inequívocas señales de su orígen divino? ¿Sostuviera por ventura una lucha encarnizada de dilatados siglos, si se rindiera cobardemente al primer amago de combate, si ya se quebrantára ántes del choque? No, mil veces no; las grandes máximas del matrimonio católico han bajado del cielo; y no temen ni podian temer los flechazos de los hombres. Mas, áun prescindiendo de que por duras que aparezcan las ideas católicas sobre el matrimonio, sin ellas no se hubieran realizado los grandes planes del catolicismo en órden á la familia y á la sociedad; pasando por alto que se hubieran sin su constancia y rigor, si así se quiere, estrellado en la barbarie de los tiempos medios; prescindiendo de esto, queremos contestar directamente al argumento que se nos hace. Entre los varios argumentos que pudieran aducirse en contestacion á ese grosero error, muy adecuado para inducir á errado juicio á los ménos descuidados, debemos anotar ante todo que no pasa de ser una mera y gratuita exageracion el asegurar que con el sistema católico en órden al matrimonio se reduzca á extremo tan desesperante á los esposos desgraciados, asercion destituida de fundamento, supuesto que hay casos en que la prudencia demanda que los consortes se separen, y es equivocada aseveracion decir que en tales ocasiones se opongan á la separacion ni las doctrinas ni las prácticas de la Iglesia. Nadie podrá negar que los tribunales eclesiásticos apelan en casos tan extremos al divorcio, al divorcio, que es un remedio peligroso de que el legislador echa mano á duras penas, y tan solo por condescender con la malicia ó flaqueza del hombre. Cierto es, en primer lugar, que el multiplicarse en demasía los divorcios acarrearia á la sociedad numerosos males y de grandísima cuantía, y que para prevenirlos en aquellos países en que las leyes civiles consienten este triste abuso, la religion rodea la permision de las mayores precauciones imaginables. Mas áun cuando sea una verdad que no por autorizar legalmente la separacion se consiente á los esposos el contraer segundas nupcias, que no por esto se disuelve el vínculo del matrimonio, que subsiste la indisolubilidad conyugal, motivo que ejerce poderoso ascendiente sobre el humano corazon, y que es un preservativo eficaz para evitar en lo que sea dable la corrupcion de las costumbres é impedir que las pasiones sigan la resbaladiza pendiente del mal, que es una garantía de las familias, un firme reparo contra gravísimos males que vendrian

sobre la sociedad; áun cuando esta sea una verdad palmaria, es tambien innegable que con este remedio se sueltan ya algun tanto los esposos en casos de cruda desavenencia; que hay lo suficiente para que no se les pueda suponer tiranizados á ninguno de los dos; que no se les obliga en fin á vivir juntos, y de consiguiente no sufren ya el tormento, en verdad duro é intolerable, de permanecer siempre reunidas dos personas que se aborrecen. ¿Qué puede decirse en vista de esta sabia prevision de la Iglesia en órden al matrimonio? Ella dice al hombre: «Si tus lomos se sienten abrasados por el fuego de la concupiscencia, contrae matrimonio, que es el augusto sacramento santificado por el Redentor de los mortales para fomentar la conservacion y multiplicacion de la especie y para proveer de ministros idóneos y dignos al santuario. Ten siempre en cuenta con todo que el esposo ha de amar á la esposa, y ésta á aquel, con amor soberano, que sufra las impertinencias mútuas, prevenga los odiosos resentimientos y sea garantía sólida y segura de paz, don precioso que dulcifica las amarguras de la vida, convirtiéndola en paraíso.» Despues de estas saludables amonestaciones, continua diciendo: «El matrimonio es la union de un hombre con una mujer sola; esta union es perpétua, indisoluble, eterna. A pesar de todo, si sucediese que cualquier incidente viniese á turbar el tranquilo reposo del hogar doméstico, la felicidad de los cónyuges; si estos llegasen á aborrecerse por cualquier incidente; si entónces se viese que era perjudicial la continuacion de la vida unida de los esposos, ya visto y examinado el caso, autorizaré la separacion, aunque sin desatar nunca el lazo conyugal, para lo que no tengo facultades, porque mi divino Esposo dijo: *Erunt duo in carne una; et quod Deus conjunxit homo non separet.* No puedo por lo tanto desunir lo que Dios ha unido con celestiales y suavísimos lazos.» Estas son las predicaciones, estas las doctrinas de la Iglesia en todos los dias de su preciosa existencia sobre la tierra; acomodada á ellas ha sido la conducta que ha seguido en todas las edades. Baste para probarlo un ejemplo histórico. Un monarca inglés, llamado Enrique VIII, defensor ardiente al principio de las doctrinas de la cristiandad, á la que escudó contra las agresiones del abominable Lutero, mereciendo por ello el título del romano Pontífice de *defensor ilustre de la fe;* este purpurado y opulento monarca, olvidándose de las severas prescripciones del catolicismo sobre la fidelidad conyugal, fija un dia voluptuosa mirada en ajena mujer, derrama sobre su alma el amor que dedicára á la esposa que el cielo le deparára, concibe aborrecimiento contra esta su propia esposa, la odia, la desprecia, la vilipendia, quisiérala escarnecer y aniquilar si dable fuera. ¿Qué hacer en caso tan extremo? Impelido por su ardorosa pasion, solicita del Papa, no solo la separacion y el divorcio, sino además la facultad de contraer segundo enlace con la que era

objeto de su voluptuosa complacencia, Roma contesta: «Lo que Dios ha unido, nadie puede desunirlo.» Al escuchar tan acerba contestacion Enrique VIII, obedeciendo á su ciega y obstinada pasion, amenazó á Roma con descargar una nube pavorosa de desgracias sobre el catolicismo, si su Pontífice no accede á su demanda. Mas el Pontífice contesta de nuevo: «Uno solo con una sola, y para siempre; á lo sumo autorizaré la separacion, no la solucion del matrimonio; y esto será un medio de calmar los furores de vuestro monarca, impidiéndole siempre bajo pena de excomunion el que contraiga segundo enlace miéntras viva su primera esposa.» Ya sabemos el efecto que contestacion tan digna y noble produjo en el exaltado ánimo del antiguo *defensor ilustre de la fe*, quien abandonando todo sentimiento de dignidad, de decoro, de gratitud, grandeza y elevacion, llama á sus estados á Lutero, acaricia las doctrinas de este desalmado, las plantea en sus reinos, expulsando luego á las comunidades religiosas de sus estados, declarando guerra á muerte al clero que se opusiera á sus determinaciones sanguinarias, confiscando los bienes, derribando los templos del catolicismo, en que resonaban los dulces ecos de los Salmos del Profeta Real, elevando patíbulos en todos los sitios frecuentados de las poblaciones, en los cuales eran asesinados á centenares innumerables sacerdotes, obispos, cristianos; y no dejando, en fin, de remover medio alguno para extirpar hasta las raíces del catolicismo en sus dominios. Laméntase la Iglesia con lágrimas de sangre de esta impremeditacion de su amado hijo Enrique, pero viendo perdida toda esperanza, despojóle de todos sus honrosos títulos, lanzando sobre su inmunda frente las más severas excomuniones. Así es como la Iglesia ha defendido en todos tiempos y ante todos los poderes de la tierra con heróica dignidad las sacrosantas instituciones del matrimonio, persuadida de que en ello velaba tambien sobre los caros intereses de la mujer, de esa bella mitad del linaje humano, que sin la indisolubilidad del matrimonio perderia su dignidad y alteza á que Jesucristo la elevára. Estas son las sapientísimas doctrinas del catolicismo acerca del matrimonio y de la mujer. ¿Qué puede oponerse en vista de ellas? Tal vez se nos replique: «Si grande era el tormento de los cónyuges, cuando bajo una sola techumbre veianse precisados á mirar la frente anublada de su compañero aborrecido; si duras eran las penas del matrimonio todavía unido; es ahora mayor la pena que se les causa con privárseles la licencia para pasar á las segundas nupcias, vedándoles una pasion devoradora que abrigar pueden en su pecho, causa tal vez del fastidio y aborrecimiento y de la discordia y desdicha quejumbrosa. ¿Para qué, pues, se permite la separacion de su primera mujer, si miéntras está viva se les priva de poder seguir las afecciones de su corazon en pos del objeto cuya vista les hiciera concebir tal vez dias más felices y venturosos?

No niego que sea grave esta dificultad, y que para desentrañarla sea preciso fijarse en los motivos que ha tenido presentes el catolicismo para establecer esas máximas, tan severas á primera vista, no solo en lo tocante al matrimonio, sino tambien en todo lo relativo al corazon humano. Examinémoslos, sin embargo, con ánimo reposado. Dos medios hay para dirigir las pasiones del hombre. Consiste el uno en condescender, en no oponerles nunca un obstáculo invencible, en no privarles siempre de la esperanza, en señalarles sí una línea para que no pasen de ciertos límites, pero dejándoles vislumbrar que si se empeñan en pisotearla, esta línea se retirará un poco más; en hacer, en fin, de manera que la condescendencia esté en proporcion con la energía y la obstinacion del que la exige. Consiste el segundo en señalar á las pasiones una línea fija, inmóvil, resguardada en toda su extension por un muro de bronce, de la que nunca puedan pasar; en no dejarlas sombra siquiera de esperanza; en hacerlas comprender que el principio que las resiste jamás se doblegará, ni cederá, ni concederá transacciones de ningun género; que no les queda ningun recurso, á ménos que inconsideradamente quisieran pasar por el único camino que nunca puede cerrarse á la libertad humana, el camino de la maldad. ¿Cuál de estos dos sistemas es el más adecuado para conseguir la buena direccion de las pasiones humanas? ¿El desahogo, que prevenga la explosion, ó el no permitir que principie el incendio para no verse obligado á contener su progreso? ¿El permitir el nacimiento de las pasiones con la confianza de limitarlas cuando hayan crecido, ó el arrancarlas de raiz á su aparicion, conceptuando que si no es fácil contenerlas cuando sean tiernas plantas, será ménos hacedero el cortarlas cuando sean árboles corpulentos? ¿El disiparlas ó debilitarlas con el desahogo, ó el creer que no se sacian satisfaciéndose, y que ántes bien se hacen más sedientas? ¿Cuál de estos dos medios, repetimos, es el más conveniente para dirigir al hombre, agitado por las turbulentas pasiones? ¿La dureza desmedida ó la desmedida blandura? El catolicismo de ordinario tiene por regla constante atajar las pasiones en sus primeros pasos; dejarlas, en cuanto cabe, sin esperanza alguna; ahogarlas si es posible en su misma cuna, sin que esto sea decir que se muestre severo con el hombre. No: jamás transige con la pasion, áun cuando se muestre benévolo é indulgente con la persona apasionada: es inexorable con la culpa, la aborrece con aborrecimiento eterno; pero sufre benigno al culpable, le ama con entrañable y cordial amor, le busca en su extravío lamentable, le conduce, si en ello es gustoso, á la grey de que se habia separado. Este es tambien el sistema que con tan digno teson ha observado en órden al matrimonio: no deja de entrever á los esposos ni siquiera la más remota esperanza de que pueda venir un caso en que sea factible la disolucion; se les veda absolutamente sin restriccion alguna;

se le declara imposible y tiene en su mano un sello divino, con el cual imprime en el lazo conyugal el signo de la perpetuidad. Si albergáramos en nuestra mente elevados conceptos; si vibráran en nuestro pecho armoniosas cuerdas, que dan un conocimiento claro y exacto de las pasiones del hombre, y que inspiran los medios más á propósito para dirigirlas, veriais, sentiriais, que el sellar con este signo de perpetuidad el matrimonio, sustrayéndole de toda esperanza de disolucion, era embellecerle, rodearle de hermosísimo encanto, en razon á que se colocaba bajo inviolable salvaguardia, guardando la religion con ademan severo los umbrales del tálamo nupcial, para que nadie sino el único y legítimo esposo profane jamás, ni con actos ni con miradas, el tesoro precioso que con levísimo aliento se empaña. Mas volvamos á nuestro exámen. ¿Es filosófico y conveniente este sistema de dureza y severidad adoptado por la Iglesia con preferencia al de suavidad? ¿Cuál de los dos sería más apto? Basta sondear el corazon humano, basta consultar la experiencia diaria, para convencerse de que el medio más útil para enfrenar las pasiones es el dejarlas sin esperanza; y que el condescender con ellas, el permitirles desahogos, es incitarlas más y más, es juguetear con el fuego al rededor del combustible, dejarle que prenda en él una y otra vez, con la vana esperanza de que siempre será fácil apagar el incendio voraz. En efecto. ¿Veis á ese hombre dominado por la horrenda pasion del juego, dominado por un desasosiego indefinible, de una codicia insaciable, á la vez que por el más extraño contraste de la prodigalidad más ilimitada, que ni se contenta con la más inmensa y fabulosa fortuna, ni vacila aventurarla al azar de un momento crítico; que en medio de los mayores desastres sueña todavía con adquirir grandes tesoros, que corre afanoso y sediento en pos de un objeto que parece oro, y que sin embargo no le satisface? ¿Le veis con el corazon inquieto; que solo le es grata la vida incierta, dudosa, arriesgada; que siempre está gustosamente suspenso entre el temor horrible y la dulce esperanza; que se complace en esa rápida sucesion de vivas sensaciones, que ora le sacuden con violencia, ora le atormentan, ora le sonrien, ora le afligen? ¿Cuál es el sistema más adecuado para curarle de esa enfermedad, de esa cruel sed devoradora? Condescended con él, decidle: «Jugad sí, pero con moderacion, no más que cierta cantidad, á ciertas horas, en determinados lugares; esta conducta morigerada volverá la calma á vuestro espíritu; gozareis de más salud; vuestro rostro, mustio ahora y penoso, adquirirá cierta lozanía rejuvenecedora; os es conveniente moral y físicamente el obrar de este modo. ¡Oh! cuántos sinsabores os ahorrareis.» ¿Lograreis algo con estos paliativos y consejos saludables? Nada, absolutamente nada. ¿Qué jugador hay que no se haya hecho mil veces esas mismas consideraciones filosóficas? ¿Quién, que al partir de su morada con la mano y la imagina-

cion fijas en su oro para pasar al punto de la partida, no se haya dicho mil veces á sí mismo: «Jugarás no más que hasta tal hora; no más que en esta mesa ó en el otro lugar; no más que sobre tal cantidad?» ¿Qué le sucede, sin embargo, al desgraciado? Que olvida las máximas y reflexiones de su razon despejada, que se acerca al círculo, que se ceba en el juego, que derrocha su fortuna, que se estrellan sus propósitos, que puesto á las puertas de la desesperacion, al contemplar su desgracia piensa tal vez en el veneno ó el puñal para poner límite á su existencia precaria. ¿Quéreis curarle radicalmente? Prohibidle absolutamente el juego; privadle de todos los medios que pueden recordarle sus antiguos hábitos. Esto será al principio doloroso, pero lo facilitará admirablemente la práctica continuada; cuando la pasion vea cerrada la puerta de toda esperanza, empezará á debilitarse, concluyendo por extinguirse paulatinamente. El mejor medio es, pues, ahogar esa formidable pasion, quitarla todo pábulo en que quisiera cebarse, dejarla sin esperanza. Otro caso. ¿Veis á ese hombre señoreado por el amor, que pasa las vigilias dilatadas de la noche y las horas penosas del dia en tormentosa inquietud y meditacion acerca de los medios que ha de emplear para eludir la vigilancia de los condenadores de su pasion, para ponerse en comunicacion directa con el objeto de su frenético pensar, para saltar toda valla, entregarse con desenfrenado modo en brazos de su locura? ¿Creeis que para curarle será conveniente consentirle algun desahogo, concederle ocasiones, por poco frecuentes que sean, para que pueda de este modo tener sus entrevistas amistosas con la persona amada? ¿Juzgais que de este modo se amortiguará, se apagará la llama que arde en su pecho? ¡Engañoso error si lo creeis: la compresion misma multiplicará su fuerza y energía asombrosa; el pábulo, por escaso que sea, que se le va dando aumentára su extension; si le dejais un respiradero por donde pueda desahogarse, ensanchará en términos ese respiradero, que al fin alcance á desembarazarse del obstáculo que le resiste. Mas, por el contrario; cerrad la esperanza á la pasion; haced que el amante emprenda un largo viaje; empeñadle en negocios y ocupaciones que le absorban la atencion; interponed entre la amada y el amante impedimentos poderosos que hagan no solo improbable, sino de todo punto imposible el logro de su deseo, y estad persuadido de que triunfareis de él, logrando primero la distraccion, más tarde la indiferencia, y por último el olvido, salvas algunas ligeras excepciones que no es del caso mencionar. Esta es la conducta que diariamente vemos practicada; la misma necesidad sugiere este remedio todos los dias á los padres de familia. Ve una madre al hijo amado de su corazon extraviarse por difícil y escabroso sendero; le ve empeñar solemnemente su palabra; le ve amarrado por los seductores manejos de las perso-

nas que quisieran robarle, por decirlo así, llevando tal vez en ello miras interesadas y poco nobles. ¿Qué hace en situacion tan angustiosa el padre apesadumbrado y la madre afligida y llorosa? Disponen un viaje dilatado por extranjeras tierras; cierran la puerta á toda comunicacion; velan con exquisito celo sobre el hijo de su corazon, hasta que al fin consiguen desviarle totalmente de sus amoríos inoportunos. Las pasiones son fuego: si les echais agua con abundancia, se apagan; mas si el agua es poca é insuficiente, se enardecen, se hacen más vivas. Otro ejemplo más general. ¿Veis en determinadas épocas tormentosas cuál se excitan las pasiones con enérgica virulencia, cuál resuenan en las calles los vítores y aclamaciones de una multitud frenética en pro de este ó del otro renombrado héroe, cuál aplauden la prensa y las masas al designado, cuál vilipendian á su enemigo, cuál le destierran y le cubren de baldones, denuestos é injurias? ¿Por qué corren en tropel por las plazas, arma al hombro, lanza en ristre, sable en mano, entonando himnos patrióticos, y haciendo resonar por la alborotada poblacion un ruido y estruendo estrepitoso? ¿Cuál es, pues, la causa de que en épocas tormentosas, como las acabadas de mencionar, se contemple la exaltacion de las enérgicas pasiones políticas, simbolizada en multitud copiosa de turbas, que poseidas de entusiasmo, guiadas por un distinguido azuzador de las masas, recorran las calles paseando los emblemas del patriotismo y de la libertad, entonando al son de bélicos instrumentos canciones populares? Es que todos conciben esperanzas de empinarse un escalon más alto del que ocupan en la pirámide de la fortuna; es que vislumbran, no con vaguedad, sino con claridad, en esos instantes de efervescencia, en más ó menos lontananza, las auras matinales sonriendo sobre sus cabezas; es que todos desean medrar y encaramarse; es que han visto volcadas las clases elevadas, despojadas del prestigio que las rodeaba, destruidas las instituciones más antiguas y colosales, reemplazadas por otras que ántes eran imperceptibles; es en una palabra que las pasiones ven el camino abierto para prosperar en la confusion borrascosa. Las muradas barreras que ántes parecian insuperables, insalvables, han desaparecido por arte de encantamiento; la sola vista de esas barreras hacia é impedia que naciese cualquier turbulenta pasion; si por acaso nacia, era ahogada al exhalar su primer suspiro; mas ahora todo está abierto, han desaparecido los guardias y con ellos los temores; solo se necesita ya el valor y la constancia necesarios para saltar intrépidos en medio de los escombros y ruinas amontonadas con el derribo de todo lo antiguo. El primero que dé el golpe, aquel será sentado en la silla presidencial. Estas son las gemebundas consecuencias de las monarquías electivas, de las repúblicas, de los gobiernos consulares. Cuando el presidente, el jefe de la sociedad, el cónsul, se halla en las cercanías del se-

pulcro, comienza en el acto la agitacion bulliciosa, el espantoso desórden de las masas. ¿Quereis evitar tan lamentables catástrofes? Cerrad la puerta del poder; haced la monarquía hereditaria; castigad con mano fuerte al que ose atentar contra los venerandos derechos del príncipe. Partiendo de ese conocimiento, la mayoría de los pueblos, ora antiguos, ora modernos, han confiado el cetro, vestido la púrpura, ceñido la diadema en las sienes de una familia ilustre. De esta manera se impedian radicalmente las desastrosas fermentaciones populares. Bien es verdad, que considerada la monarquía hereditaria en abstracto es un absurdo inaguantable, indecoroso si así lo quereis para la dignidad de los pueblos. Asegurada la corona, entregada en propiedad la púrpura á una familia, hay la continua exposicion de que se siente en el sólio régio, al frente de las ciudades, presidiendo los destinos del pais, un niño imberbe, á cuya sombra dilapiden los magnates jugando con su corona, ó un imbécil cuya necia incuria atraiga á los pueblos horrendos males, ó bien un malvado cuyo desatentado corazon esclavize á los pueblos. A pesar de estos inconvenientes, si miramos la cosa con tranquila é imparcial mirada, hallaremos que en la práctica la monarquía hereditaria es lo más sábio, lo más prudente, lo más previsor, cual lo enseña la larga experiencia de los siglos, cual lo muestra la razon ilustrada con esos datos, cual lo conocen tambien, y por cierto bien á las claras, los desventurados é infelices pueblos, trabajados con los tristes escarmientos, con los vandálicos procederes, con las inhumanas y horrendas dilapidaciones ocasionadas por las monarquías electivas. Con la monarquía hereditaria, que ahoga en su mismo nacimiento toda ambicion desmesurada, que cierra la puerta á las pasiones, arráncase del seno de las sociedades el gérmen eterno de las revoltosas agitaciones, ocasionadas y promovidas de ordinario por todos aquellos que conciben la dulce esperanza de empuñar un dia en sus inhumanas manos el mando supremo, y que, conocedores además de las delicadas fibras de las masas, saben agitarlas con oportunidad para hacerlas producir las armonías que más sean de su agrado. ¿Quién en tiempos sosegados sueña en ser rey, por valiente, por sábio, por ilustrado, por apreciado que se halle en las naciones? Si alguien concibiera pensamiento tan insensato, si asomára á la mente de algun hombre tamaña necia idea, sería calificado de demente, necio, insensato. Por el contrario, abrid una sola rendija á la puerta del poder, introducid la probabilidad, la más remota é insignificante probabilidad, y pronto vereis cómo pululan por do quiera fervientes candidatos regios, forcejeando la entreabierta puerta del poder. En vista de estas sólidas consideraciones, nadie que tenga dos dedos de frente podrá negar que la conducta rígida si se quiere adoptada por la Iglesia en órden á la indisolubilidad del matrimonio, es la más prudente, la

más sábia, la más previsora, supuesto que cuando se trata de sojuzgar cualquiera pasion en el hombre, sea del género que se quiera, la experiencia acredita que el mejor medio es oponerle muralla insuperable, no dejarle vislumbrar esperanza alguna. Entónces la pasion se agitará quizá algunos momentos en el pecho férvido del paciente, quizá le producirá insomnio soporífero, tal vez le llevará al borde de la desesperacion, se rebelará á menudo contra el obstáculo insuperable, contra el insondable valladar que le resiste; y viendo que es inmutable, viendo que nada puede contra su inmovilidad, retrocederá, se abatirá, y murmurando entre dientes, concluirá por acomodarse al nivel que por la Providencia le ha sido señalado, como las olas alborotadas y embravecidas del Océano retroceden ante el imponente é invisible poder que vela sus orillas, y que sin cesar las repite: *De aquí no pasareis*. Otro ejemplo para corroborar aún más lo anteriormente establecido. Una pasion formidolosa, de feo parecer, aunque seductora é ilusoria cuando viste ropaje de engañosos colores; una pasion encarnada en el ser humano, y que en ocasiones labra la infelicidad y la desgracia, las cadenas del paciente; una pasion, que tiene por objeto necesario la propagacion de la especie, la multiplicacion del linaje humano; una pasion que se encuentra, si quereis, en todos los séres vivientes de la naturaleza, en la pantera que lame en los campos silvestres á sus cachorros, en la leona que acaricia á tiernos hijuelos, en la avecilla que besa en el nido á su madre, en el recental manso que salta de gozo al lado de su madre oveja, en el pacífico buey que agradecido lame la mano de su señor, en el águila majestuosa que eleva su vuelo y posa en la cumbre de los Apeninos y alimenta á sus aguiluchos con su propia sustancia, en la gallina en fin que los cobija bajo su sombra, en todos se halla encarnada; esa pasion tiene tambien su asiento en el hombre, se abriga en el alma inteligente, aunque con un carácter particular, pues miéntras el instinto le guia en los brutos animales, limitándole á lo necesario para la conservacion de la vida, en el hombre esa pasion es atizada, nutrida, avivada por su fantasía fogosa, refrenada por los poderosos recursos de su noble inteligencia, veleidosa é inconstante á causa de su libre albedrío, como el hierro que colocado en forma de saeta en las cúpulas de los templos sírvenos para señalar las variaciones atmosféricas, si reina el aquilon ó sopla el furioso vendaval. Pues bien, esa pasion impura, que recibe formas diversas segun sean las impresiones más ó ménos caprichosas que recibe el corazon y hieren los sentidos, aparece en el alma del hombre al principio como un sentimiento fluctuante, vago, descontentadizo, voluble, inquieto, insaciable. Es el malestar desazonado de un enfermo calenturiento, es el frenesí de un desventurado delirante, que ora divaga por un ambiente perfumado de purísimos y balsámicos aromas, ora se agita

convulsivo con las ánsias de la agonía. Observadla en su nacimiento, seguidla en su carrera, id con ella hasta las cercanías del sepulcro si quereis observar la infinita variedad de formas que presenta, la multitud de lazos que tiende á los pies de la infortunada descendencia de Adan. ¿Veis ese jóven, en cuyo rostro asoma apénas el leve bozo, que dora graciosamente su faz tierna y sonrosada? En su pecho brota un sentimiento indefinible y misterioso, que le inquieta y desasosiega, sin que él mismo conozca la causa de su malestar. Dulces melancolías deslizan por su corazon, divagan por su mente jóven pensamientos desconocidos, revolotean por su fantasía sombras seductoras, obra y ejerce atractivos sobre su alma un mirar secreto, toma una extraña seriedad su semblante, y todas sus juveniles inclinaciones toman un derrotero opuesto á las seguidas hasta la presente. Ya los juegos de la infancia le hastían, abandona sus pueriles entretenimientos; el dulce regazo de su madre, que besaba cariñosa su frente, ha dejado de tener dulzuras para su alma, y todo augura una vida nueva, ménos tranquila, ménos sosegada. La tormenta no ruge aún, el cielo está encapotado y anubarrado todavía; pero los rojos celajes que le matizan son triste presagio de lo que está por venir. Esa pasion, que ahora es vago, misterioso sentimiento, llegada la adolescencia es más pronunciada, ve ó presenta los objetos con más claridad, tales cuales son en sí, siguiendo todavía siendo tan vana, tan voluble, tan caprichosa, como los multiplicados objetos que van presentándose ante sus ojos, y las ilusiones en pos de las cuales corre exhalado, y las sombras que persigue, y las satisfacciones que busca sin jamás encontrarlas, y las esperanzas, en su mayor parte infundadas, que abriga en su agitado pecho; son su alimento, su ocupacion, su vida en esta edad azarosa en que exaltada la fantasía, hirviendo el corazon, arrebatada el alma entera, rodéase el ardiente jóven de las más brillantes ilusiones, á las cuales comunica fulgores esplendentes, revistiendo la faz de la tierra con verdor más lozano, con más vivos colores, esparciendo por do quiera el reflejo de su propio encantamiento. Todavía esa pasion misteriosa se agita en el corazon del hombre, todavía le atormenta con incesante inquietud en la edad del vigor, en la virilidad, en esa época de la vida en que ya las ilusiones se disipan, en que el pensamiento es más grave y fijo, el corazon ménos frívolo é inconstante, la voluntad más firme, los propósitos más duraderos. La pasion entónces, con el mayor desarrollo de la organizacion física, es más robusta y enérgica; la pasion entónces es más osada, más valiente, más intrépida, como que el hombre se halla ya orgulloso con la independencia de su vida, como que el sentimiento de sus propias fuerzas es mucho mayor que en la adolescencia, como que los medios son más poderosos y enérgicos. Quizá esa pasion se ha hecho cautelosa, astuta, previsora, merced á los

rudos tratamientos que ha recibido en el decurso de su vida. Quizá sabe aliarse con el cálculo, sabe caminar por sendas encubiertas, sabe echar mano de medios más acertados, no acude ya acompañada de la candidez de la infancia. En fin, esa pasion de la impureza sigue al hombre en todos los momentos de su vida, desde la cuna al sepulcro, desde el brazo de su madre cariñosa hasta el horrendo de la muerte; esa pasion es más enérgica que todas las demás, más poderosa, más astuta, consume la existencia del hombre, que dominar se deja de ella, en una agitacion febril; si no acaba la vida en la flor de su edad, en el verdor y lozanía de sus años, de tormenta en tormenta, de inquietud en inquietud, llega á la vejez esclavizado todavía por ella; muere abrazándole, acariciándole; baja con él al sepulcro con las formas groseras y repugnantes con que se pinta en su rostro surcado por los años, en unos ojos velados que auguran la cercania de la muerte. Ahora bien, sentada de un modo indudable esta verdad, sabido que las pasiones humanas de ningun modo se refrenan mejor que ó ahogándolas en su nacimiento, ó atajándolas en su marcha para impedirles la continuacion por peligroso camino, probado además experimentalmente que entre todas las pasiones humanas ninguna hay mas poderosa, más general, más ardiente, más impetuosa, y por lo mismo más temible que la de la impureza, sentado todo de un modo irrefragable, digasenos con imparcialidad si el sistema de represion adoptado por el catolicismo en órden al matrimonio y para conservar la dignidad de la mujer no es el más sabio, el más conveniente, el que cura más radicalmente las humanas miserias, el que encierra la pasion en sus justos límites, impidiendo que no acarree al individuo la desdicha, á la esposa la desolada y desamparada prematura viudez, á las familias la desordenada confusion, á la sociedad el cáos más horrendo. Dios ha declarado culpable al varon que mirára á la mujer con impuro pensamiento, como lo vemos repetido por el maestro de nuestra eminente Priscila. Llevando la prohibicion hasta el extremo de vedar el fijar la vista en la mujer, ha adoptado inequívocamente el catolicismo el medio mas adecuado para ahogar, cortar en su raíz tan deshonesta pasion. El hombre que no ve la faz de la mujer, no la verá tampoco retratada en sus ensueños en su calenturienta imaginacion, ni de allí baja al corazon un deseo vedado. De este modo se evita el pensamiento, el deseo, la obra, el desórden del individuo, el desarreglo de la familia, el trastorno social. Es mil veces más factible impedir al hombre el que se complazca en malos deseos, que una vez amamantados, impedirle que deje de satisfacerlos, despues de haberlos dado cabida en su abrasado corazon; es más facil evitar que las fuentes cristalinas arrojen el primer borboton del agua, que recogerle una vez desaguado. Así alcanza además la tranquilidad del alma más perfecta, im-

pidiéndole que, cual sediento Tántalo, sufra dolorosas penas á la vista del agua cristalina, que huye de sus ojos para ir á perderse en las insondables honduras del Océano. ¿Para qué quieres ver lo que no te es lícito poseer? Estas dos palabras de Kempis compendian la sabiduría que encierra en sí la severidad cristiana con el cónyuge. La religion cristiana, ligando con lazos conyugales el deshonesto hervor de las pasiones humanas, ha enseñado al hombre con lenguaje sublime que la hermosura es flor de Agosto, lozana en la madrugada, ajada en el ocaso del astro rey; que la belleza es gracia efímera, que está á merced de una enfermedad inoportuna, ó del polvo del sepulcro; que la riqueza, los timbres, la fortuna, la nobleza son el recurso prestado de almas vulgares; que solo la virtud tiene apacibles encantos para el alma elevada, sublime, cristiana; que las ilusiones son fantasmas que se disipan, que los hechizos seductores desaparecen; que ciertas aspiraciones son, luego que llega la realidad, bellos y delirantes sueños de jóvenes y fogosas y atolondradas imaginaciones; que pues no existe el ideal que se imaginaba, que pues así se ven burladas las más seductoras esperanzas del hombre, reprima su pasion, impidiéndole si es dable los primeros desahogos. ¿Quién no ve á la simple vista la profunda y divina sabiduría de este precepto y modo de dirigir la conducta del hombre en órden á sus pasiones? El fastidio llegará sin tardanza, la discordia será viva y ruidosa, si dais rienda suelta á las pasiones, si le dejais alimentar ilusiones desmedidas de hacerse feliz con otros matrimonios y enlaces. Entónces, cuando en su abrasado corazon arde el recuerdo de una mujer ajena, si no tiene por cierto que está indisolublemente unido á su mujer primera, á la compañera de sus dias, si no está vivamente persuadido de que solo la tumba pueda separarlos, entónces los lazos formados se aflojarán, y habreis abierto una brecha horrenda en el corazon humano, porque saciada su pasion, su inconstancia le impelerá á nuevos objetos, dejará la segunda, tomará la tercera, la cuarta y con ninguna será satisfecho. Si quereis evitar tamaños horrorosos males, enseñad al mundo el lazo del matrimonio sellado con divino é inquebrantable sello; proclamad la indisolubilidad para todas las clases, sin distincion de pobres ni de ricos, sin distincion de posiciones bajas ó altas, decid al monarca y al magnate, que habitan en fastuosas estancias, lo mismo que al miserable indigente, que reposa tranquila su cabeza en el recinto de un modesto tugurio, que «ha sido establecida en los eternales decretos la indisolubilidad del matrimonio, que ha dicho el Verbo divino, á quien es debido el vasallaje y la obediencia: *Serán dos en una sola carne; lo que Dios ha unido, nunca el hombre podrá desunir*. Si osa cometer tan horripilante atentado, el rayo de la cólera divina herirá su frente. Hablad así á las humanas pasiones; decid que no

hay otro camino para ellas que el de la inmoralidad; que todo otro camino ha sido vedado por el Omnipotente; que la puerta de ese camino se halla velada por el custodio divino el cual blandiendo el brazo de la cólera, impide el paso por ella á todo mortal, ora ostente en sus sienes refulgente diadema, ora vista harapientos andrajos; que ese custodio jamás doblegará su mando y autoridad ante humanas consideraciones, que jamás cubrirá con velos sagrados las infracciones del precepto divino; que jamás dejará á la culpa sin el remordimiento y el castigo. Este elocuente lenguaje del catolicismo hará enmudecer á las pasiones; las pasiones abatidas se humillarán, se resignarán; el buen órden, la tranquilidad de la familia reinarán por todas partes; las hijas del honrado propietario podrán pasear por las calles sin peligro; atraerá abundantes, inmensos beneficios sobre la sociedad, y la sociedad agradecida alzará sus manos al cielo y bendecirá al Dios de las mercedes. Esto es lo que en el decurso de estos diez y nueve siglos ha procurado el cristianismo; á esto se dirigian los consejos, las simpatías, las severas lecciones dadas por S. Pablo á causa del matrimonio cristiano de Aquila y Priscila. Que en su mayor parte ha conseguido el catolicismo el objeto de sus predicaciones, dícenlo así á voces, cántanlo en armonía los poetas, los historiadores, los literatos de las edades cristianas. Esto ha hecho el catolicismo en órden al ennoblecimiento de la mujer pagana; como primer medio ha instituido el matrimonio; ha rodeado despues de velos sagrados ese acto sacramental; y dádole ha, por último, un lazo indisoluble, procediendo todo con tino asombroso, con unidad de accion, en perfecta conformidad con el conocimiento de las pasiones. Ha prescrito al hombre un objeto fijo: le ha dirigido hácia él. Si le hubiera dejado vacilar entre varios objetos, si no le hubiera mostrado una marcha fija, una norma segura, el punto adonde se encamina, el principio de donde parte, nada hubiera conseguido; sus fuerzas agotáranse, su energía relajárase, y abatido y macilento hubiérase rendido áun ántes de penetrar en el laberinto. El que no tiene el objeto fijo delante de sus ojos, el que no le ve con claridad, el que no le busca con firmeza, con esperanza animosa, con fe viva, sin vacilaciones, sin rodeos, nunca llega á ser aventajado en nada. Unidad y variacion en la unidad, este es el gran principio de las grandes instituciones, de las grandes obras, de los proyectos colosales de los grandes hombres. Unidad y variacion en la unidad es el pensamiento culminante que descuella en ese asombroso universo, que nos admira con su grandor, con sus prodigios, con su encantadora belleza y variedad de flores, de campos silvestres, de rios, de arenales, de desiertos, de frondosas llanuras, de elevados y majestuosos montes, de débiles y lánguidas colinas. Unidad y variacion en la unidad es la norma del Criador al sacar de los abismos de la nada esos globos lumino-

sos, que sujetos á leyes fijas y constantes, giran con asombrosa regularidad en torno de nuestras cabezas, rindiendo sus homenajes y adoraciones al rey de los astros, de quien muchas veces ellos reciben su vida. Unidad y variacion en la unidad es el principio de los grandes héroes de la tierra, que á su paso atronáran á sus coetáneos con horrendo estruendo, cuyo eco ha llegado hasta nosotros trasmitido por la historia de las edades y por la tradicion. Un plan fijo, un pensamiento constante é inalterable, fué el que engendró un carácter firme, denodado, enérgico, aterrador en estos genios superiores de la guerra. Alejandro pasó el Gránico, llevó á cabo la prodigiosa conquista del Asia; César pasó el Rubicon, ahuyentó á Pompeyo, venció en Farsalia, se hizo señor del mundo; Napoleon dispersó á los habladores que estaban disertando sobre la suerte de Francia, venció en Marengo, ciñó la diadema de Carlomagno, aterró, asombró al mundo con los triunfos portentosos de Austerlitz y de Jena. ¿Cómo obraron tanto estupendo prodigio? Porque su elevado talento concibió un solo pensamiento. Por esto ha dicho el catolicismo: *Uno con una y para siempre.* Por eso ha resistido á esa pasion desenfrenada; por eso ha negado bajarse á condescendencias. Ha recibido del cielo el encargo de ennoblecer á la mujer, y para lograrlo le ha dicho: *Sé decorosa y serás compañera del hombre;* y para engrandecer á este rey de la naturaleza le ha dicho: *Ten unidad.* Queda, pues, sentado que la Iglesia católica es la única que ha trabajado por elevar á la mujer al rango de coheredera del cielo y compañera del hombre, del estado de abyeccion profunda en que se halló sumida desde el Paraíso hasta el Calvario, desde Eva hasta María inmaculada, predicando al efecto al hombre doctrinas dignas para que viese en ella no la esclava de los antiguos tiempos, sino la señora del cristianismo, y que hizo estable esta obra restauradora con la creacion de la monogamia, ó por mejor decir, con el afianzamiento de la monogamia establecida ya en el Paraíso, cuando Dios, al extraer la mujer de la costilla del varon, le dijo: *Es hueso de tus huesos y carne de tu carne. Pues bien, vivireis siempre unidos; lo que Dios ha unido, el hombre jamás osará desunir.* A estas palabras dió su sello divino Jesucristo al decir: *Serán dos en una carne; la mujer y el hombre abandonarán sus más caras afecciones al ser sus manos enlazadas por el vínculo del matrimonio.* No sería decoroso en este lugar una circunstanciada relacion del estado abyecto y vergonzoso de la mujer en los antiguos países paganos y en los modernos, á quienes por secretos juicios del Omnipotente ha sido ocultado el Evangelio, yaciendo sumidos en las tinieblas y sombras de la muerte. No era solo el vulgo el que deliraba de una manera increible al tocarse este punto, sino los más reputados doctores y sabios de la antigüedad. El grave y mesurado Solon queria prestar las mujeres cual se puede prestar un mueble, con el fin de mejorar la raza humana. Se ruboriza la frente al leer

tan escandaloso y vituperable parecer. Enciéndese la ira al leer en el famoso Platon, en su obra denominaba *República*, las reglas que da acerca de la conveniencia y la manera más adecuada de hacer que las mujeres tomen parte en los juegos públicos para excitar las impúdicas pasiones de la multitud con su desnudez é indecencia. Si así pensaban los sabios y los legisladores, los sabios como el neciamente llamado divino Platon, ¿cómo pensarian las ínfimas clases? ¿cómo obrarian? ¡Oh bendito catolicismo que has traido al mundo la pureza en manos angélicas! Sabido es tambien por cuantos han hojeado la historia del romano pueblo, la ilimitada, la omnímoda, la absoluta y horrible potestad que el varon tenia sobre la mujer, lo que hacia tan dolorosa y gemebunda la posicion de la bella mitad del linaje humano, que en casi todas partes venia á ser una verdadera esclava, una cosa. Dejemos á un lado la historia sembrada de vergonzosas relaciones de otros pueblos, y fijémonos en el pueblo romano, con cuya decantada cultura, ilustracion, saber y grandeza nos han atronado los oidos en los colegios y universidades. El marido romano se creia facultado para dar la muerte á su mujer, estrangulándola, no por motivos de gran cuantía, sino hasta en ocasiones por cosas de ningun valer, sin más juicio que el antojo de su fantasía más ó ménos oscurecida ó clara, sin más apelacion que su mayor ó menor rigidez. ¿No conoceis á Egnacio Mecenio? Egnacio Mecenio ¡horrorizáos! dió bárbara y sangrienta muerte á su esposa. ¿Sabeis cuál fué la causa? Su mujer, al bajar un dia á la bodega, tuvo la debilidad, bien perdonable en una madre de familias, de probar el vino de uno de los cántaros. Ni es esto solo. Egnacio Mecenio fué despues absuelto de este atentado en pleno tribunal, en los dias de Rómulo. ¡Rasgos crueles que pintan la historia toda de un pueblo! No cabe duda alguna; el orgulloso romano cuidaba con cautelosa escrupulosidad el que su mujer no se diese al vino, para que una matrona romana no se viese en el estado inepto de ébria. ¿Pero qué consecuencia quereis sacar de ese hecho? Costumbres tan bárbaras envilecen hasta el polvo la dignidad de la mujer. Refiere Plinio que el celoso y austero Caton estableció entre los parientes y allegados la costumbre de demostrar sus simpatías por medio de un beso afectuoso, y que lo hizo con el fin de conocer si las mujeres olian á vino. Pero el severo Caton hacia por cierto alarde ostentoso de severidad con semejante medida, pero ultrajaba villanamente la reputacion de las mismas mujeres, cuya abstinencia celaba con tan rigurosas medidas. Esto hacia el pueblo pagano con la mujer. Comerciar con su pudor; asesinarla innoblemente cuando la arruga surcaba su frente, y las bellas formas, ó sea la hermosura, desaparecian de su rostro. ¡Que horror! ¡Bendito sea otra vez el catolicismo, que ha enviado en purísimas y angélicas manos á la tierra la santa pureza, que

une con estrechísimo lazo á la mujer y al hombre como el ángel y el serafin. Pero he dicho que esto sucedia no solo en los pueblos paganos de la antigüedad, sino tambien en los modernos, privados de la luz del cielo. Voy á probarlo. Entre muchos y muy decisivos testimonios que alegar pudiera, me limitaré á trascribir el siguiente de Mad. Stael, tomado de su obra intitulada *La Alemania*, primera parte, cap. III. Dice así: «El amor es una religion en Alemania, pero una religion poética, que tolera con demasiada facilidad todo lo que la sensibilidad puede excusar. La facilidad del divorcio ataca la santidad del matrimonio en los paises protestantes. Se cambia de esposa con tan tranquila indiferencia, cual si se tratase de arreglar los incidentes de un drama; el buen natural de los hombres y de las mujeres hace que estas separaciones se lleven á cabo sin amargura; como en los alemanes hay más imaginacion que verdadera pasion, los acontecimientos más extraños se realizan entre ellos con la mayor tranquilidad del mundo. Sin embargo, esto hace perder toda la consistencia á las costumbres y al carácter; el espíritu de paradoja conmueve las instituciones más sagradas, y no se tiene en ninguna materia reglas bastante fijas.» Excusado es decir nada, ni comentariar este testimonio de la célebre escritora. ¿Quién no se espanta? La santidad del matrimonio atacada por el divorcio, el fácil y tranquilo cambio de esposo, la pérdida de la consistencia de las costumbres y del carácter, el desmoronamiento más horrible de las instituciones más sagradas, la falta de reglas fijas en todas materias. Esto dice una mujer protestante, de su amado país, con ánimo desapasionado, sin exageracion, luego basta para darnos una ligera idea de la horrenda manera con que la mujer es tratada en esos paises. Todo esto lo ha corregido el catolicismo, estableciendo la indisolubilidad del matrimonio. Ni este solo es el medio poderoso adoptado por el cristianismo para enaltecer á la mujer. Ha predicado además la dignidad. Ha cubierto con tupido velo los secretos del poder. Ha rodeado de moralidad y de recato la pasion más procaz; ha dado importancia suma á la abstinencia completa de los placeres sensuales; ha rodeado con fulgente auréola las sienes de la jóven doncella en cuyas mejillas brillára el candor. Los pueblos antiguos no conocian, ni creian posible esta virtud celestial, que segun el Evangelio, asemeja á los mortales con los espíritus angélicos, los cuales ni se casan ni contraen nupcias. Importa poco que los espíritus fuertes de nuestro siglo, las criaturas más ridículas que bogan por la superficie de la tierra, los corazones guiados por las impuras inspiraciones de un corazon lleno de voluptuosidad, nieguen la suma importancia de esta virtud. Los entendimientos elevados comprenden cuánto tiende esta doctrina á elevar al apogeo de la delicadeza el sentimiento del pudor, á fortificar la moralidad, á presentar á una parte considerable de la bella mitad del linaje

humano como dechado de virtudes, á levantar á la mujer sobre la turbia atmósfera de las groseras y brutales pasiones humanas, á presentar á la mujer ante el hombre, no como un mero instrumento de placer, sino como una cosa sagrada, santa; á hacer en fin que sin disminuirse ninguno de los atractivos con que el Criador ha dotado al sexo femenino, no pase repentinamente de triste víctima del libertinaje al objeto de menosprecio y fastidio como sucederia en otro caso. Los espíritus fuertes de nuestro siglo aquí no comprenden la grandeza que ofrece á los ojos de la religion una vírgen cristiana, una hermana de la caridad; esos mensajeros de la Providencia en la tierra; esas criaturas sublimes que el mundo admira, respeta y bendice; criaturas que forman la transicion del reino de la materia á la patria feliz de los bienaventurados. Los espíritus fuertes de nuestro siglo, que, como he dicho ya, son las criaturas más ridículas que la superficie del globo alimenta, no saben el orígen y prosapia de esas afortunadas criaturas, de esas hijas del cielo, de esas madres de los desvalidos, de esas hermanas de la caridad que viven en todos los países donde hay lágrimas que enjugar y males que compartir, y las lágrimas son rocío que fecunda toda la tierra, y los males son herencia de que participa toda la humanidad entera. Diremos con un escritor y poeta de nuestros dias: «Los espíritus fuertes de nuestra época no saben que la santa vestidura de esos ángeles del amor flota lo mismo en las regiones heladas del polo, como en las abrasadas llanuras del Ecuador; que en el campo de batalla es la enseña gloriosa de la misericordia; que en las poblaciones es el emblema de la ternura y de la beneficencia. Los espíritus fuertes de nuestro siglo, que atacan la virginidad católica, ignoran que se han sucedido en el globo horribles cataclismos, entre cuyas ruinas perecieron instituciones venerandas; que hace un siglo que el soplo de la revolucion tiene como envenenada la atmósfera en que se agita la desdichada sociedad del siglo XIX; pero que sobre las ruinas que amontonaron los cataclismos, sobre el torrente desbordado de las revoluciones, ha prevalecido incólume esa raza de heroinas, magnífico monumento del catolicismo, prodigio perenne de la caridad cristiana que el Redentor trajo á la tierra en sus purísimas manos, puesto que á sola la caridad cristiana era dado obrar prodigios tales. Esos espíritus fuertes y ridículos de nuestro siglo no saben que su cacareada filantropía ama en el hombre al hombre, á su poder, á su trabajo; miéntras la caridad, y por lo tanto sus hermanas, aman en el hombre á Jesucristo, y en la figura del mendigo, del huérfano y del desvalido, ven con los purísimos ojos de la virtud la sacrosanta, la divina figura del Salvador de la humana descendencia de Adan y de Eva. Esos espíritus fuertes son demasiado groseros para comprender, que si la filantropía da lo que le sobra, la caridad suele dar lo que no tiene, lo que recibe del cielo, lo que

suministra el amor; y que la caridad parece que renueva diariamente el pasmoso prodigio de la multiplicacion de los panes y de los peces. Los espíritus fuertes son demasiado flacos para entender que la filantropía compadece las desdichas que ve ú oye, que los ojos y los oidos son sus mensajeros; pero que la caridad se compadece de las desdichas sin verlas ni oirlas, que las siente en el fondo del corazon. Esos espíritus fuertes son débiles en demasía para entender, que si la filantropía remedia los males y consuela las aflicciones que la salen al encuentro, la caridad busca los males para remediarlos y las aflicciones para consolarlas. Esos espíritus fuertes son débiles en extremo para comprender que la filantropía reside solo en los grandes palacios, pisa alfombras de subido valor, mora en estancias fastuosas, cobíjase bajo techumbres doradas; pero la caridad vive más modesta, más humilde, más mortificada en los hospitales y en los asilos, aspira el fétido y pestilencial hedor de una atmósfera impregnada de pútridos miasmas, pisa el desnudo suelo, sobrelleva la suciedad, la inmundicia, y no se acercan á su olfato los perfumados aromas de las esencias olorosas. ¿No habeis visto jamás á la hermana de la caridad en el hospital, en el asilo del indigente? ¡Oh qué figura tan sublime la de esta mujer! ¡Qué grande es el catolicismo que la ha sublimado á tanta altura! ¡Que la ha inspirado tan elevados pensamientos! Allí, junto al lecho del moribundo, ó junto á la cama del recien nacido, bosquéjase en todo su grandor la figura de la mujer, cuya existencia está consagrada al bienestar de sus semejantes. Su rostro apacible y sereno como su corazon, muestra las huellas del insomnio y de la austeridad. Cuando en las horas lentas del padecer no hay apénas para el mísero mortal un rayo de esperanza, preséntase á sus ojos la heróica hermana de la caridad, la cual le muestra al cielo con dulcedumbre encantadora, y de cuyos labios brotan palabras de resignacion y de consuelo, y entónces el alma del paciente, tranquila y sosegada como el aura apacible de la mañana, vislumbra en lontananza venturas y felicidades, de que no es dado hablar á la humana lengua. Cuando la mano de una madre monstruo deja caer sobre la cuna de la pública caridad el fruto de sus entrañas, la mano de otra madre más tierna le recoge, y esta madre besa con amor la frente del abandonado, y estrecha sus infantiles manos, y le acaricia y cuida de su existencia, cual si fuera el niño Jesus de Belen; y cuando el leve bozo sombrea su rostro, le enseña á perdonar, á orar y á ser feliz en el valle de las miserias y de la eternidad. Ah espíritus fuertes, ¿cómo osais preguntar aún con arrogante y desdeñoso modo, para qué sirve esa mujer que no contrae enlace? ¿Para qué sirve? Oh! vedla en el hospital, vedla en el asilo del indigente, vedla salvar las distancias y atravesar los mares, si es que en remotas tierras ó al otro lado de los mares hay lágrimas que enjugar

y penas que compartir, porque como la caridad no tiene patria, tampoco la tienen las hermanas de la caridad. Y estas hermanas salvan asimismo las distancias, y cruzan el Océano en busca de los pobres y de los afligidos; y donde quiera que el sol deja sentir su influencia, y donde quiera que alienten los séres racionales, allí se llora, allí está la caridad, allí estan sus hermanas. Prodigios son de ternura y de amor santo, y su paso por la tierra semeja al del astro esplendoroso que ilumina sin quemar, al de una ráfaga que purifica sin destruir, al de un arroyo que fecunda sin inundar. No hay en la tierra premio para sus beneficios ni corona para su heroismo; su premio y su corona estan más altos. Solamente en el corazon de una mujer puede esconderse ese tesoro de caridad y de sentimiento; ella, que está organizada para compadecerse y para sentir, es la única que puede menospreciar las grandezas y los aplausos, los triunfos de la hermosura y los halagos de la opulencia fastuosa, para ocultarse en el fondo sombrío de un hospital como perla de valor inapreciable en el fondo de una concha. Ella, que ha nacido para amar, y para amar puramente, por más que el hombre ponga asechanza en su camino; ella, que cuando esposa y cuando madre dulcifica en el hogar tranquilo de la familia las horas tristes de la vida; ella, cuando madre del desvalido y hermana de la caridad de todos los que padecen, dulcifica y atenua los infortunios en el recinto de la gran familia, en el seno de la sociedad. Si la idea de madre hace inconcebible y absurdo el ateismo, la idea de hermana de la caridad hace inconcebible y absurdo el escepticismo. ¡Oh vosotros espíritus fuertes! Toda vuestra soberbia y arrogancia se confunde ante el pobre sayal de una mujer que se sacrifica heróicamente en bien de la humanidad, y si los guerreros y los conquistadores producen el llanto y lloran en los hospitales, una mujer cristiana, una mujer piadosa, cura las heridas y enjuga el llanto; y si los guerreros tienen más fuerza material, la hermana de la caridad tiene más fuerza moral, porque tiene tambien más corazon. ¡Oh vosotros, los que calificais de necio y bárbaro el catolicismo, porque predica la virginidad, porque realza á la mujer, porque la equipara casi con los ángeles, con su sábia conducta, con sus atinadas medidas! ¡Vosotros, los que denigrais por sistema al sexo que llamais débil; los que os burlais ridículamente de todas las mujeres, devolviendo quizá con creces á todas las ofensas que una sola os hizo, acordaos de vuestra propia madre, de aquella mujer en cuyo regazo posasteis tranquilos vuestra cabeza en las apreciables horas de la infancia, de aquella mujer que os acariciaba, que os estrechaba vuestras manos infantiles entre las suyas, de aquella mujer que besaba sin ruborizarse vuestra frente, de aquella mujer que veló vuestro tranquilo sueño, contó por segundos las horas de vuestro padecer, os enseñó á alzar las manos al cielo, á bendecir al Dios de las mercedes; de

esa mujer en fin, que os enseñó los senderos de la virtud, os señaló los precipicios; acordaos de vuestra propia madre, y si habeis tenido la desgracia de perderla, acordaos de esas criaturas sublimes que son madres de todos los desgraciados y hermanas de la caridad; vedlas en las campiñas y en los mares teñidos por la sangre vertida por la guerra homicida; ved cuál ondea en todas partes el santo ropaje de esas mujeres como la enseña del bien, como la bandera santa de la ternura y de la caridad cristianas; ved en los dias del contagio y del conflicto, cómo esas mujeres se multiplican y aparecen como ángeles de consuelo en medio de la humanidad afligida desolada; ved todo esto, cesad ya de blasfemar, y postrados en tierra con humilde compostura bendecid á la mujer, á la hermana de la caridad, con el resto de la humanidad, y dad gracias al Omnipotente porque ha sublimado á tanta altura la antigua esclava, la antigua cosa, venal, despreciable, víctima de los antojos, de los caprichos, la moderna señora, símbolo del bien, apreciable, venerable, encantadora. Si luego al recuerdo de estas verdades sentis latir vuestra alma con indefinibles sentimientos, acercaos al trono de la misericordia excelsa de Dios, que de humildes cosas sabe sacar inmensos resultados, bendecidle por haber inspirado á la humanidad la monogamia y la virginidad, dos poderosos medios que han producido los pasmosos resultados que observais en vuestro alrededor. Mas el obligado tema de las personas ménos libertinas es el siguiente: «Sí; la hermana de la caridad, la hospitalaria, son útiles á la sociedad: preciso es confesar que el catolicismo sería digno de estima á los ojos de los hombres, áun cuando solo contára entre sus triunfos é invenciones esta portentosa creacion verificada en un sexo débil, al cual le ha fortificado hasta elevarle á una altura tan considerable, despojándole en cierto modo de su natural delicadeza, para hacerle superior á los malos humores, á los fétidos y cadavéricos olores, á las desgracias ajenas. Todo esto es admirable. Bajo este punto de vista el catolicismo ha hecho de la mujer una heroina. Pero ¿cómo ella, la religion cristiana, siendo tan sábia, consiente el absoluto é inútil encerramiento de una mujer, que se entrega en el seno del claustro, quizá á la ociosidad, quizá á las querellas y disputas con sus hermanas, sin poder jamás romper las férreas cadenas, los perpétuos votos con que la ligára la religion? ¿Qué utilidad saca Dios ni el mundo de esas desgraciadas, sepultadas en vida?» Este lenguaje es harto comun en el mundo: lo oimos en ocasiones hasta de labios que blasonan de católicos. ¡Infelices! ¿Sabeis lo que es esa jóven, notable por su mérito tal vez y por su condicion social, que ha concebido el pensamiento de sepultar en el claustro su belleza y sus encantos? ¿Conoceis su elevacion de miras? Hay en el mundo una clase de héroes que pasa para él casi desapercibida. No son héroes que aprisionan ejércitos ni destruyen ciudades, ni visten

la cota férrea, ni empuñan de contínuo los bárbaros instrumentos de matar. Estos héroes no pelean en el campo, pero pelean con enemigos más poderosos que los ejércitos aguerridos y las fortalezas al parecer inexpugnables. El sol no tuesta sus mejillas, pero las marchitan la abstinencia y la mortificacion; una blanca túnica y una vestidura larga constituyen su arreo marcial, sus armas son la oracion, su enseña de victoria es la corona inmarcesible de la inmortalidad. Estos héroes de pálida tez y de tranquila mirada viven en la clausura, léjos de la muchedumbre, como se acogen las palomas en el hueco de una roca, *in foraminibus petræ*, donde no alcanzan los furores de la tempestad ni el choque horrible de las olas que se ensoberbecen. Que tambien las pasiones de la humanidad son olas gigantescas que se elevan en el mar de la vida y se estrellan contra el muro de sus conventos. Y el dintel de su puerta es la línea divisoria de la carne y del espíritu; como la frontera del mundo material lo es del tiempo y de la eternidad. Un paso más acá reinan los sentidos, un paso más allá reina la virtud; de este lado los placeres y el bullicio, de aquel la penitencia y la soledad. Ese paso es una conquista más difícil que las empresas y conquistas de los guerreros y las victorias de los héroes de la tierra; es despedirse de las esperanzas del mundo, para extasiarse de gozo en la esperanza del cielo; es el paso de magnanimidad y de ternura, cuya contemplacion arrancó de los labios de un poeta insigne este verso: «Ojos que te ven entrar, no te verán salir...» Pues bien; ¿sabeis quiénes viven dentro de los muros de esas solitarias mansiones, que llamamos conventos y que vosotros mirais con tan irracional indiferencia? Las que dieron ese paso, dejando á la parte de afuera el mundo y sus atractivos, sepultando en el olvido y para siempre los ensueños de terrenal felicidad, las doradas ilusiones de ayer, renunciando su corazon al amor de un hombre para llenarlo del amor de Dios, y es que ese corazon era demasiado grande para que pudiera llenarlo el inconstante amor del hombre. Esas heroínas se llaman en el lenguaje católico *religiosas*. Conocieron la pequeñez del mundo, la compararon con la grandeza de Dios, y no vacilaron; conocieron bien la majestad, la dulzura, la gracia del esposo que aceptaban, y se sintieron movidas, cual Teresa de Jesus, á dirigir todas las llamas de su gran corazon hácia su trono inmaculado. No solo sacrificaron la belleza, que siendo extremada podia ser sacrificio de gran consideracion, aunque en último resultado la belleza es don tan efímero y gracia tan pasajera, como que está á merced de una enfermedad inoportuna, de la suma de años, del polvo del sepulcro. No solo sacrificaron su nobleza y su posicion, que al fin la nobleza y la posicion son el recurso prestado de las mujeres vulgares, y son armas de que debe hacer poco uso el talento y la virtud; sacrificaron además sus afectos más íntimos, sus esperanzas más halagüeñas, sus recuerdos más dulces. Hoy, fuera de los ries-

gos que evitaron con resolucion decidida, se consideran felices en ese alcázar santo, de mas precio y suntuosidad que los palacios de oro y de zafiro, porque en él mora la paz del cielo. El huertecillo escondido, rico de aromas y de melancólica poesía, esmaltado de flores virginales, dividido en dos por el arroyo que lo fecunda, es una morada más deleitosa y tranquila que los magníficos jardines, obra del arte, donde la atmósfera embriaga, donde apénas crece una flor que no esconda entre sus hojas espinas muy punzantes. Cuando la noche serena, de clara y esmaltada luna, viene á confundir sus destellos pálidos con los destellos de su frente blanca, eleva su corazon al cielo, adora á su divino Esposo, el cual baña su alma de consoladores recuerdos, de bellas esperanzas, quizá de anticipados goces celestiales. Cuando el aura mansa juguetea á la tarde en su ventana, figúrase ver en ese elemento el mensajero de su Esposo celestial, que la vaticina augurios felices, cual si la recordára que más allá del azul purísimo del cielo, los ángeles tejen corona de laurel para su constancia y amor. ¡Oh que dicha! ¿No la veis caminar por el fondo del claustro, de ese alcázar de la humíldad y de la castidad, de la pobreza y de la oracion, con planta segura? ¿No veis tranquila y resignada en el fondo de su alma, á la que cambiára sus galas terrenales por un tosco sayal, á la que diera un adios eterno al mundo de los sentidos para volar á la region de la purísima idealidad, cuál contempla con fria mirada á cada instante las florecillas que cubren la que ha de ser su sepultura, y el alto cipres que ha de servirle mañana de centinela sombrío? ¿No veis cómo esos ángeles tutelares de la humanidad, á quienes el mundo sensato admira, respeta y bendice, cuál elevan sus manos al cielo, cuál oran por el mundo, cuál piden misericordia para los impíos, cuál impetran luz para los escépticos, cuál la oracion de esas almas virginales se eleva en el espacio y penetra en las regiones de la armonía suprema, cuál detiene el rayo de la ira del Omnipotente, que venia á desolar la tierra en castigo de sus nefandas iniquidades, miéntras el mundo se agita en confuso torbellino, miéntras conmueve á las sociedades el huracan de la impiedad y del escepticismo, miéntras tal vez conspiran contra esas virginales moradas, calificando á sus moradoras de almas pobres, víctimas de la ignorancia, de la preocupacion, del fanatismo? ¡Esto es lo que ha hecho el catolicismo con la mujer, con la esclava del antiguo romano, con la cosa del bárbaro moderno! Ha formado de ella una hermana de la caridad, y una religiosa. ¡Desgraciados de vosotros, pueblos, que impedis á una parte del bello sexo que se entregue á la austeridad y á la penitencia! ¡Desgraciados de vosotros, pueblos, que privais á las doncellas y á las matronas tengan siempre á la vista un modelo de virtudes, un sublime tipo de su más bello adorno, que es el pudor, que por cierto seria de la mayor utilidad, sin que por esto esas vír-

genes sean defraudadas á la familia y á la sociedad, puesto que una y otra recobrarian con usura lo que os imaginabais que habia perdido. ¿Alcanzais por ventura á medir la saludable influencia que deben haber ejercido sobre la mujer las augustas ceremonias con que la Iglesia solemniza la consagracion de una vírgen al Altísimo? ¿Quién puede calcular los santos pensamientos, las castas inspiraciones que habrán salido de esas silenciosas moradas del pudor, que ora se elevan en desiertos retirados, ora en populosas ciudades? ¿Creeis que la doncella, en cuyo pecho se agitára una pasion ardorosa, que la matrona que diera cabida en su corazon á inspiraciones livianas, no habrán encontrado mil veces un freno á su pasion al solo recuerdo de la hermana, de la parienta, de la amiga, que allá en silencioso albergue elevaba al cielo un corazon puro, ofreciendo en holocausto al Hijo de la Vírgen todos los encantos de la juventud y de la hermosura? Esto no se medita; pero es innegable que del seno de esos alcáceres santos no brotan inspiraciones livianas, pensamientos frívolos, que allí no se inspiran pensamientos de voluptuosidad; ni se calcula la saludable influencia que deben ejercer sobre las plantas los fecundantes rocíos de la madrugada, la accion vivificadora de la luz sobre la naturaleza, del agua que se filtra en las entrañas de la tierra, la fecunda y fertiliza, haciendo brotar de su seno vistosas y embalsamadas flores, y sabrosos, suculentos y regalados frutos. ¡Oh vosotros, míopes, que solo acertais á mirar los objetos bajo un aspecto, que no veis en la fuerza otra direccion que la de la línea recta, que no veis que así como el mundo moral y el físico es un conjunto de relaciones infinitamente variadas, de influencias secretas, que obran á veces con más eficacia que las relaciones directas, que todo forma un sistema de correspondencia y armonía, donde no conviene aislar las partes, sino lo necesario para conocer mejor las partes, los lazos ocultos y delicados que las unen con el todo; donde en fin es necesario que obre el tiempo, elemento preciso é indispensable de todo desarrollo cumplido, de toda obra duradera, vosotros teneis (permitid á un amante de la verdad estas frases) la vista demasiado corta para alcanzar las misteriosas relaciones que unen á una religiosa con el mundano, relaciones divinas, en cuya virtud el mundano es salvado del naufragio por la oracion de la sencilla monja. Importa poco que los espíritus fuertes de nuestro siglo, con la más insigne de las ceguedades, miren un convento como una casa sombría, donde se albergan séres desgraciados, séres que no pueden percibir la dicha del amor; como si para el alma humana, que tiene sus misteriosas raíces en el cielo, no hubiera otro género de amores que los poco estables, los muy groseros, que existen entre los hijos de los hombres. A pesar de todas sus soñadas y sensuales alharacas, siempre á los ojos de la religion, de la razon y del buen sentido,

será un convento el arca misteriosa que flota sobre el torrente de las pasiones y preserva de la general inundacion el gérmen santo de la virtud, y el lugar sagrado, en que habitan séres afortunados que perciben en toda su pureza la dicha del amor más elevado, más puro, del amor divino, entre cuyo amor y el amor de los mundanos media abismo insondable. No satisfecho el cristianismo con elevar al grado más eminente de la perfeccion el estado de la religion, ha ideado tambien magníficas enseñanzas para dignificar y perfeccionar el estado de la mujer en el matrimonio. *La esposa*, este es uno de los puntos en que más se ha fijado el Evangelio, como que es la base de la felicidad y bienestar de las familias y de las sociedades. Todas las ciencias morales y políticas han consagrado un capítulo extenso á este sacramento, en cuya virtud dos almas se unen perfectamente con vínculos suaves é indisolubles. La jurisprudencia, considerándole como un contrato, ha fijado las leyes oportunas para la defensa de los intereses de entrambos esposos y cónyuges. La economía política fijádose ha en las consecuencias sociales, para deducir de aquí la mayor ó menor conveniencia y utilidad que resulta á los pueblos de la union del varon con la mujer. La literatura lo ha estudiado, ha cantado el amor, ha pintado con poéticos colores las fruiciones dichosas de dos séres que se aman y entre los cuales hay homogeneidad de miras, afecciones y sentimientos. Pero la teología, esa ciencia divina que abraza en sí misma todas las otras ciencias, como Dios abraza en sí todos los séres, de los que es architipo divino, como el Océano recibe en sus vastos dominios á todos los rios que cruzan el globo terráqueo; la teología, elevando más alto sus miras, comprendiendo en toda su vastísima extension la ciencia del matrimonio, le ha elevado á la gran categoría de sacramento, ha dado sabias reglas á la mujer para la eleccion de marido, la ha enseñado á emplear el pudor, la honestidad, el honesto recogimiento, para acertar en la eleccion de su esposo; le ha enseñado á amarle, no en sí y por sí solo, sino en Dios y por Dios, de manera que su union con el esposo fuese el preámbulo de la union más perfecta y duradera que ha de contraer su alma con el celestial esposo de todas las almas, con Dios. La teología ha dicho á la mujer por el gran teólogo S. Pablo: «es mejor casarse, que abrasarse; si la soltería es preferible al casamiento, esto no obstante, si no podeis contener vuestras pasiones, contraed enlace, buscad un respiradero por el cual pueda desahogar ese fuego abrasador.» No es bien que el hombre esté solo, dijo Dios ya en el exordio del mundo, le daré una compañera. Y Dios crió crió dos seres en el principio, y los crió para que se amasen, se unieran y vivieran de consuno, y los crió para que luego de terminada la peregrinacion terrestre, partieran unidos á la patria bienaventurada. El aura del Paraíso llevó en sus alas el primer suspiro del

amor; el primer lecho nupcial fué un lecho de flores nacidas á impulso de una palabra del Eterno, y acariciadas dulcemente por su hálito soberano. La obra del Dios criador ha sido confirmada perfectamente por el Dios redentor, que vino á completar no á destruir, y el matrimonio atraviesa los siglos y salva las distancias, y desde entónces en todas las naciones honradas se presenta el varon teniendo á su lado una compañera, una esposa. Si no era bien que estuviese solo el hombre en medio de un paraiso de delicias, á la vista y contemplacion de la vírgen naturaleza, rica de galas y esplendente de hermosura, ménos habia de serlo despues, cuando al estado de gracia sucedieron las pasiones y debilidades humanas, y al amenísimo jardin donde crecia el árbol de la inmortalidad reemplazó el arenoso desierto de la vida. Conforme á estas doctrinas la Iglesia, al enlazar el corazon de la mujer con el corazon del hombre, sella su union, llevando á los dos esposos al pié del altar, donde hace resonar á sus oidos estas hermosas palabras del apóstol S. Pablo: «Hermanos mios, esten las mujeres sujetas á los maridos cual si fuera su señor.» Léese despues el Evangelio, que dice así: «En aquel tiempo se llegaron los fariseos á Jesus para tentarle y le dijeron: ¿Puede el hombre dejar su mujer? Y les respondió: Está escrito que abandonará el hombre á su padre y á su madre, y se unirá á su mujer.» Luégo el ministro del Altísimo implora las bendiciones del cielo sobre los nuevos cónyuges con esta oracion: «Oh Dios! unid, os suplicamos, los espíritus de estos esposos y derramad sobre sus corazones una verdadera amistad. Mirad con ojos propicios á vuestra esclava. Haced que su yugo sea coyunda de paz y de amor, que siendo casta y fiel siga el ejemplo de las mujeres fuertes; que se haga amable á su marido como Raquel; que sea sábia como Rebeca; que goce de larga vida y sea fiel como Sara; que logre una dichosa fecundidad; que sea su vida pura é intachable, para que llegue al descanso de los santos y al reino de Dios. Haced, Señor, que vean entrambos los hijos de sus hijos hasta la tercera y cuarta generacion, y que lleguen á una ancianidad venturosa.» Esta oracion compendia todas las grandiosas y elevadas ideas del catolicismo acerca de la esposa. Así ha sublimado la dignidad de la mujer, de la esposa, encargándola la fidelidad con su esposo, haciendo cifrar la felicidad temporal en la union de dos almas. Si un poeta latino, que segun es fama, dijo: *cave à nuptiis;* si Alejandro y Aníbal, Platon y Homero, Virgilio y Horacio, hubieran conocido á la esposa cristiana, ni prorumpieran en denuestos contra la mujer, ni permanecieran en la solitaria y aislada soltería, sino que hubieran convenido con mil otros poetas que el matrimonio anticipa en la tierra la felicidad del cielo, y hubieran doblegado su cerviz bajo la coyunda del himeneo, como lo han hecho millares de héroes cristianos por cada Alejandro y Aníbal, un millar de filosófos por cada Platon, y muchos millares de

poetas por cada Homero y cada Horacio y cada Virgilio. Para las almas grandes una mujer, que era una cosa, debia tener pocos encantos. En la remota civilizacion del antiguo Oriente la mujer ofrece los caractéres de la más humillante degradacion, la poligamia domina por todas partes. El mismo pueblo hebreo, grosero y carnal, pide al cielo una dispensa de la ley, que en el Paraíso unió el corazon de un solo hombre con el corazon de una sola mujer. En la culta Roma la esposa desciende en el termómetro de la personalidad hasta cero, y en varias ocasiones más abajo aún que cero. La doctrina celestial del Salvador devolvió á la esposa sus derechos, hizo de la esclava compañera, sancionó la union con el hombre de una manera solemne y puso el cimiento á la nueva sociedad, que se alzó robusta sobre las ruinas de la sociedad antigua. El matrimonio cristiano es la insignia del progreso de la sociedad. Nada hay más vituperable y opuesto al espíritu de la Iglesia que la doctrina sobrehumana de los sacrificios impuestos, que las torpes miras de sensualidad, de la ambicion y de la avaricia. El cristianismo ha dicho á los esposos: « No unais vuestras almas ni enlaceis vuestros corazones con lazos de carne, ni con lazos de metal, ni con lazos de grosera pasion.» Así es que el esposo y la esposa entre los cristianos viven y mueren, y renacen juntamente, á la par crian los frutos queridos de su vientre y union, á la par se reducen al primitivo polvo, y unidos vuelven á hallarse, en fin, más allá del sepulcro. Todos los pueblos de la tierra han querido, es cierto, rodeado el matrimonio de solemnidades más ó ménos fastuosas, de ceremonias más ó ménos imponentes; pero la sencillez cristiana contrasta de una admirable manera con la prolijidad de las fórmulas gentílicas y paganas, que más hablaban á los sentidos que al espíritu, que más se referian á la existencia material que á la existencia íntima de los dos séres que se unian. Entre nosotros una demostracion sensible de mútua adhesion y unas palabras del sacerdote producen el vínculo, que solo la muerte es capaz de disolver. Nuestros sacerdotes imploran la bendicion del cielo; nuestro epitalamio es un salmo tiernísimo, en que se pinta á la mujer como vid fecunda en los costados de la casa; á los hijos como renuevo de olivo al rededor de una mesa, y al hombre bendecido por Dios viendo á sus nietos en medio de la paz más dulce y de la dicha más santa. El tipo de la desposada leal, como el de la doncella pudorosa, no ha de buscarse en las leyendas de Grecia y de Roma: hemos de buscarlo y adorarlo en la santísima é inmaculada María, madre de los afectos puros y de los amores castos, modelo acabado de la doncella, de la célibe, de la esposa, de la madre, de la viuda, de la religiosa. Tal es la santidad del matrimonio católico. Se han dicho estúpidas sandeces de la mujer que debe ser esposa. Quién cree, fundado en un proverbio antiguo, que es tan difícil hallar una mujer buena, como sacar de un cán-

taro donde hay noventa y nueve culebras y una anguila, por casualidad la anguila. Se ha contado tambien con ditirámbico estilo, que Pitágoras, habiendo dado su hija en matrimonio al mayor y más capital enemigo que tenia, reconvenido por conducta tan extraña, contestó: «No puedo darle mayor prueba de rencor ni ocasionarle mayor mal;» de cuyo hecho podrá deducirse á lo sumo, cuál sería la hija de Pitágoras, áun concediendo, que ya es mucho conceder, la veracidad del acontecimiento atribuido á ese filósofo. Diz tambien que el orador Ciceron, pronunció enfáticamente estas palabras: «No es posible casarse á un tiempo con la filosofía y con la mujer;» y la historia de Roma nos dice que Ciceron fué gran filósofo y buen marido. Además de estas vulgaridades y sandeces de los sabios, hay otras sandeces y vulgaridades entre el vulgo, que dice por ejemplo: «que casarse es perder la libertad y entrar en la esclavitud;» contra todas estas sandeces protesta la razon, el buen sentido y la religion, diciendo: «Casarse es adquirir la santa libertad del espíritu y sacudir la tiranía de las pasiones, cuando los cónyuges han preparado su alma para recibir la gracia del cielo.» No negamos que en el matrimonio puede hallarse un infierno; mas ¿cuándo sucede esto? Cuando caminais al santo himeneo guiados solamente por la cabeza, por el cálculo. Cuando para vosotros, hombres, el casarse es un negocio como otro cualquiera; cuando para vosotras, mujeres, el casarse es adquirir un marido, tener derecho de salir sola á la calle, y cambiar el título de señorita por el de señora. Entónces, no cabe género alguno de duda, el matrimonio es una horrible tempestad en el puerto, para la cual no hay pararayos, ni en la religion, ni en la razon ilustrada, ni en la ley, ni en la sociedad; para la cual no hay otros pararayos que la union tormentosa de dos corazones enemigos, ó el triste divorcio, ó la muerte espantable. Si entrais en el matrimonio por la puerta falsa del interés, preservada para los séres más abyectos, para toda clase de gente ordinaria, no es extraño que la justicia del cielo vengue con perpétuo tormento vuestra sacrílega profanacion del más augusto sacramento, ya que la justicia de la tierra no establece en sus códigos cadenas ni presidios para vosotros, como para el resto de los malhechores; vosotros mismos agarrais la cadena y el presidio mas atroz, cuando profanais arrogante y atrevidamente el honor de vuestro compañero y el sello divino de la religion santa. No niego que el matrimonio es un purgatorio, pero ¿para quiénes? para los que no miden bien las proporciones del alma que desean unir á la suya; para los que no meditan que la palabra solemne pronunciada ante Dios al pié de los altares, es palabra cuyo eco misterioso se extingue solo en la eternidad; para los que no piensan que el dia de la boda puede ser dia de gloria, ó dia elegíaco y fúnebre; principio de un dia de ternura y felicidad, ó hermosa aurora de un dia anubar-

rado, de amargo llanto ó aflicciones, el comienzo de una vida alegre ó de una agonía lenta; para los que solo entran por la puerta de un amor, que no debieran profanar ni de pensamiento, para los que no educan á su mujer, la enseñan á adornarse, á ser ó parecer bella, á tener únicamente amor, para los que no saben distinguir de amores; para los que enseñan á sus consortes á conocer á los hombres por las galanterías que les dirigen, ó tal vez por las asechanzas que ponen séres desalmados á su inocencia; para los que abusando de la superioridad de sus recursos de una manera cobarde, añaden el insulto á la crueldad, llamando á las mujeres arteras, arteras, cuando todo su arte se reduce tal vez á poner asechanzas á su mujer, á esperar un malvado que las engaña; para los que llaman á las mujeres diabólicas, cuando por cada infidelidad que el hombre las perdona, despues de publicarla á son de clarin entre sus amigos y conocidos, perdonan ellas al hombre más de ciento; y en silencio, sin hacer ostentacion de su indulgente perdon. En estos casos, cuando el hombre quiere hollar la dignidad de la mujer, haciéndola juguete de sus celos; cuando quiere convertirla en esclava, que solo respire su mismo delito, sin tener en cuenta que Dios la dotó de inteligencia, de corazon, de voluntad, nada extraño es que el matrimonio sea un purgatorio, cuyo fuego, léjos de purificar, enturbia sus almas. Mas si adaptais la mitad de vuestra alma con la mitad del alma de vuestra consorte, si vais al matrimonio guiados por la cabeza y el corazon, si educais cariñosamente á vuestra compañera; entónces el matrimonio será un paraiso, las virtudes del varon se reflejarán en la frente de la esposa, no serán corazones de oro unidas á hombres de corazones de barro, no serán mártires verdaderos del juramento conyugal, serán el bálsamo de los sufrimientos, el paño de sus lágrimas, la gota de rocío que mitigue la inmensa amargura de la vida. Cuando un hombre y una mujer de talento se estrechan con el doble vínculo de virtud y de amor, el amor y la virtud forman la barca en que apaciblemente bogan por el mar de la vida; un ángel les sirve de piloto; su rumbo es la inmortalidad; su puerto el cielo. Esto quiere el catolicismo; esto pide al esposo; esto demanda á la esposa: virtud y amor. La filosofía pidió solo el interés; la poesía pidió solo el amor; la religion del Crucificado pide virtud y amor; y muestra en lontananza el paraiso. Fuerza es convenir en que el cristianismo, en esto como en todo, parte del profundo conocimiento del hombre y de la mujer; es una religion la más acomodada á la humana naturaleza. ¿Qué hace la religion en órden al matrimonio? ¿Qué dice á los esposos? Les muestra las avecillas bulliciosas que cantan en la enramada, las tórtolas que se arrullan tiernamente, la mariposa que revolotea en torno de las flores, y les dice: «Ved aquí la felicidad; desgraciado de ti si ultrajas las leyes de la naturaleza.» Esta amarga y descon-

soladora amenaza se verifica á la letra, cuando degradado de su altura, se le puede decir con sobrada razon: «Tú solo, rey de la creacion, objeto predilecto del Criador, tú solo te has rebelado contra la ley eterna que rige los espacios; tú solo has podido hacer del amor un comercio y del matrimonio asqueroso juego de azar.» El cristianismo condena los matrimonios de familia, esas absurdas combinaciones que imagina la codicia, favorece el orgullo, y lleva á cabo el espíritu diabólico de vanidad, sacrificios impuestos que traen en pos de sí raudales de llanto y largas séries de penalidades y conflictos; condena á esos séres abyectos que ajustan las bodas y las descomponen por sus más ó sus ménos en la operacion aritmética que se llama contrato matrimonial; de esas sociedades mercantiles que distan mucho del santo consorcio, base del edificio social consagrado por la Iglesia. El cristianismo no aprueba esos matrimonios ridículamente desiguales, en que al lado de un tronco carcomido se planta una azucena esbelta y vigorosa, que son el testimonio más repugnante que puede ofrecer una sociedad corrompida y sin creencias. El cristianismo, que aplaude el matrimonio de los felices, cuyos enlaces y amores proceden de los nobles impulsos del corazon, parecidos á los de las aves del campo, á los amores puros y sencillos de la próvida naturaleza, reprueba con tono elocuente la horrenda idea de convertir el matrimonio en venta de libertad, en bastarda especulacion. El cristianismo condena á los que dan su mano á una persona guiada solo por un amor ciego, que no advierte los defectos que se hallan en ella, de ese letargo del alma ocasionado por una pasion violenta; porque la pasion violenta nunca puede ser buena consejera, y los matrimonios que de ella broten no pueden contar por años, ni quizá por meses, la duracion de su dicha, supuesto que nada que sea violento es estable. El cristianismo condena á los maridos rigoristas, que no perdonan á su mujer una sola mirada, miéntras ellos se permiten quizá licencias criminales; condena á los espiadores de su mujer en los actos más sencillos de la vida, hasta en sus pensamientos más íntimos, manifestándoles que ofrecen una idea lastimosa de sus actos propios y de sus secretos pensamientos. El catolicismo condena á los maridos altaneros, que tienen siempre en los labios la voz de mando; porque esta especie de señores maridos suele domesticarse mal de su grado, y ofrecen entónces una apostura ridícula, sin que por esto quiera rebajar la dignidad del varon hasta el punto de convertirle en doncella de su mujer, en marido casero que abunda en algunas partes, ni obligarle á desempeñar el papel de galan constante de su mujer; extremos ambos que deben evitarse, procurando la amistad más estrecha entre ambos consortes, sin el exagerado empleo de formas que desdicen del cariño conyugal, ni incurrir en el abandono completo de las formas sociales. El catolicismo condena á los maridos

que maltratan á su mujer, maridos que, á falta del talento y de la destreza, adoptan medios groseros, que son la degradacion de la especie, y que estan fuera de la ley como lo estan los malhechores, orígen fecundo de las horrorosas contiendas matrimoniales, que á ningun resultado positivo pueden conducir, como no sea al de la molestia. El catolicismo, en fin, condena los infundados celos de los maridos, dándonos á entender que un marido celoso aparece á los ojos de la razon como el ser más ridículo de la tierra, como el ser más desgraciado además, puesto que desgracia es siempre hallar más de lo que se busca; desgracia es sufrir y hacer sufrir al mismo tiempo; desgracia es luchar con dos ojos, pues no tienen más los celos, contra ciento que tiene el amor; y puesto que los celos no son más que temor que abriga el hombre de que su compañera emplea para con otro la misma benevolencia que para sí mismo desea y solicita quizá de otras esposas, y es injusto que le parezca justa y natural la benevolencia social y exterior ajena, miéntras la benevolencia de su casa que vigila, le parece criminal y horrenda; manifestándoles, por último, que el juramento de fidelidad no lo toma Dios á sola la mujer, sino al hombre y á la mujer juntamente; que ambos se hallan por lo mismo ligados á la fidelidad; que no hay razon ninguna para que las infracciones de esta ley conyugal de parte del hombre se llamen calaveradas, miéntras las infracciones de la misma ley por parte de la mujer se llaman horrendos delitos, como si fuera buena jurisprudencia práctica el reconcentrar el honor de los cónyuges solo en el marido, y que por lo mismo si la mujer perdona sus deslices al marido, el marido debe asimismo perdonar algunas ligerezas de su mujer, cuando en uno y otro caso no sean de tal gravedad que hieran la honra de los cónyuges, en la firme inteligencia, que el no obrar de esta manera es dar lugar al aborrecimiento, y sabido es que un matrimonio que se aborrece es la imágen más aproximada del infierno, contra el cual nuestra sociedad ha creado la separacion de los cónyuges, que ofrece la mutua desventura, puesto que dos esposos que se separan, son como dos hojas sueltas de unas tijeras, para nada sirven, ninguna aplicacion pueden tener; al desgregarse sus corazones no se separan propiamente, sino que se desgarran, puesto que el matrimonio de tal manera identifica las condiciones, que unidos ó separados, les acompaña hasta más allá de la tumba la especie de fuerza de gravedad física que se apodera de los indivíduos, y que tiende siempre á aproximarlos: es poca cosa el hombre para separar á los que Dios ha unido. De esta manera, elevando hasta la eminente dignidad de sacramento el matrimonio, dando consejos saludables á los esposos, inspirándoles ideas grandes y generosas sobre el acto más grandioso de la vida del hombre, sellando sus corazones con sello celestial y divino, prohibiendo

al hombre el despotismo, la veleidad, la sutileza para con su mujer, aconsejándole el respeto, la caridad, el sufrimiento, y mostrando á la mujer el recato y honestidad, es como ha ennoblecido el carácter de la esposa cristiana, de la compañera del hombre, de la hija del cielo, de la madre de familias. Solo ha declarado felices el catolicismo, solo ha prometido bendiciones, para los cónyuges que despues de convencidos de la virtud y del amor de su respectivo compañero, han unido sus manos y sus corazones con lazo íntimo, estrecho, indisoluble, para criar hijos para el cielo, y no para convertirse en instrumentos mutuos de placer; para santificarse mutuamente, y no para perder las coronas que estan preparadas en la inmortalidad á los practicadores del Evangelio. A estos les ha dicho el catolicismo: Felices vosotros, los que al cruzar el desierto de la vida habeis aspirado el aroma de una rosa, ó habeis visto brotar una fuente cristalina, ó habeis escuchado, en fin, el eco murmurador del céfiro que mece á la rosa sobre su tallo, y esparce las gotas de agua, donde se reflejan los rayos del sol, como una lluvia celeste de rubíes y esmeraldas. Felices vosotros, los que en medio de vuestra peregrinacion aspirasteis el aroma de pureza de una mujer sensible y apasionada; y visteis, rodar por sus mejillas una lágrima de ternura, perla caida del tesoro del amor. Felices vosotros, que escuchasteis el primer suspiro de su casto arrobamiento, eco venturoso que solo cede en dulzura y armonía á los cantos angélicos, que vagan por las mansiones apacibles de la gloria. Felices vosotros una y otra vez. Ni solo se han limitado los cuidados del catolicismo á la religiosa, á la esposa. Van aun más allá; cuida tambien de la madre. ¡Qué dulce, qué natural, que hermoso es el catolicismo! ¡Qué placer se experimenta al ver la exquisita vigilancia de que ha rodeado á la madre, á ese ser que ama el hombre más fiero, al ser que nos dió la vida, al ser que nos acarició, entre sus cariñosas manos! ¡Ah! no hemos conocido por desgracia á nuestra madre, pero su recuerdo, ese ensueño dorado, produce nuestra felicidad. Cuando el astro de la noche envia pálidos resplandores sobre la tierra, figúrome que el resplandor pálido de la noche es la mirada tranquila y cariñosa que nuestra madre nos dirige desde el cielo. Cuando vemos en la region del firmamento una blanca nube que flota cual ténue gasa sostenida en sus extremos por los ángeles, parécenos ser el alma de nuestra madre que al mirarnos sonrie de cariño desde el cielo. Cuando á la caida de una tarde melancólica sentimos en el valle un eco vago que se pierde en lontananza, y que no es el canto de las aves ni el murmurio de las fuentes, parécenos que es el rumor de la oracion que por nosotros dirige nuestra madre, arrodillada ante el trono purísimo y esplenderoso de Dios. Cúando en noche apacible del estío acaricia nuestra frente una brisa consoladora, que no es la

brisa de los campos, ni el hálito embalsamado de las flores, parécenos que es el beso de pureza y de ternura que nos envia desde el cielo nuestra madre. ¡Bendita religion, que así ennoblece á la inolvidable madre del hombre! Esa religion amada ha formado de la madre cristiana el ser providencial, encargado de velar nuestra existencia en los primeros años de la vida, de ser nuestra maestra primera, de enseñarnos á alzar las manos al cielo, de bendecir al Dios de las mercedes, de enseñarnos á coordinar las palabras misteriosas de nuestras primeras oraciones, de esos primeros é infantiles himnos que el alma eleva á la Reina de los ángeles, de señalarnos en nuestra adolescencia los senderos de la virtud, de avisarnos los precipicios, de consolar nuestra amargura, de mostrarnos, en fin, una patria que siempre debemos amar y bendecir; en una palabra, de esculpir en nuestro corazon de cera la ley de Dios inmortal publicada en el Sinaí con fragoso estruendo. Esa religion adorable enseñó á las madres el sistema que habian de seguir en la educacion de sus hijas, evitando el reprensible extremo que las conduce á la hipocresía, vedándoles el que pierdan muchas veces la memoria de la que les diera el ser, á causa de la horrible esclavitud á que condenar podian á sus hijas cuando les vedan los recreos más lícitos, olvidando así su propia historia; esa vigilancia indiscreta, que en ocasiones es causa lamentable de los casamientos indiscretos y los vergonzosos expedientes de disenso. Esa religion amada muestra asímismo á las madres que si una esclavitud rigurosa y mal entendida es un mal gravísimo, cuando se trata de la educacion de las hijas no es ménos espantoso y temible el extremo opuesto, que consiste en darles una condescendencia exagerada, que relaja los vínculos más estrechos y pone en ridículo á la madre y á la hija; porque si bien lo observais, la antigua educacion represiva hacia que las hijas se nivelasen con las madres en gravedad y afectacion, miéntras las costumbres de la moderna cultura hace que las madres se nivelen á sus hijas en ligereza y coquetería. La amada y bendita religion cristiana corrige con divinas enseñanzas el vicio de las madres, que consiste en la impaciencia por colocar á sus hijas, que tiene la mala circunstancia de que suele salir á la cara, y la juventud superficial, que limita todos sus estudios á los que se concentran en la cara, descubre luego ese vicio, lo que es causa de que los inconstantes y poco recatados jóvenes vayan publicando por todas partes que es buena presa la que se arranca con armas iguales á la astucia y á la sagacidad, que las alhajas de gran precio se despachan muy bien en los bazares, y que contra el vicio de la impaciencia es muy buen antídoto la virtud de la calma; todo lo cual hacénselo presente con el fin de que cuiden las madres en la educacion de sus hijas de su propio honor, de la virtud y honor de sus hijas amadas. La religion cristiana, en fin, lanza sus más horrendos anatemas sobre

la frente de las madres mónstruos (que por cierto no deben estar organizadas como el resto de los mortales, debe faltarles una víscera) que comercian con la maternidad. Dejan tal vez á sus propios hijos á la ventura para alquilarse á los hijos de otra mujer, para vender por dinero el jugo de su pecho; séres horribles, dignos de compasiva repugnancia, y que son los responsables de todos los crímenes que cometan sus hijos así maltratados en la série toda de su vida, supuesto que fueron ellos los que con nefanda mano abrieron las negras y asquerosas puertas del crímen. De esta manera el cristianismo ha embellecido y sublimado á la madre, respetable en todos los países y en todos los tiempos; pero que existe una diferencia notable entre la madre de los pasados tiempos y la madre de los modernos tiempos, puesto que si en la Andrómaca de Homero se descubre una madre al gusto griego y romano, en la Andrómaca de Racine se descubre una madre, pero más sensible, más interesante, más tierna, como que es la madre corregida, la madre más hermosa, la madre evangélica. ¡No es infeliz, no, el hombre, por pesadas que sean sus amarguras en la tierra, si encuentra la mano de su madre para enjugar su llanto, ni es nunca desgraciado el hombre que adora á su madre! Pueblos que rebajais la dignidad de la mujer, considerándola como un ser despreciable ¿cómo os atreveis á profanar de tan villano modo la frente pura y digna de la mujer, de la madre cristiana, sin recordar que una mujer fué la que os enseñó á pronunciar los nombres, para vosotros venerandos, de Dios, de religion, de patria, cuando vuestros labios empezaron á articular sonidos; la que os imbuyó vuestras creencias, la que os mostró al Ser Supremo, á quien debiais adorar; la que os dijo que habia una patria que debiais amar, y la cual debias ilustrar con el brillo de vuestro nombre ó con el mágico resplandor de vuestro talento; la que creó vuestros héroes y vuestros sabios, vuestros Alejandros y vuestros Homeros, vuestros Césares y vuestros Virgilios, vuestros Milthon y vuestros Tassos, vuestros grandes hombres, en fin, á todos los cuales, cuando comenzaban los azarosos dias de su infancia, una mujer los alimentaba con el jugo de su pecho, una mujer los adormecia con el mágico arrullo de su amor, una mujer los enseñaba á pronunciar nombres venerandos, una mujer los acariciaba en su regazo, una mujer, en fin, los consolaba, enjugaba su llanto ponia bálsamos en sus heridas. Tambien la religion divina del Crucificado extiende su bienhechor influjo á otro género de personas del sexo femenino, acogiéndolas bajo su salvador manto con el fin de mitigar la honda pena que en las viudas dignas produce la pérdida de su esposo, del hombre en quien fundaba sus esperanzas, y al cual sigue con su corazon y su alma hasta el borde de la tumba, para volver despues á su hogar á llorar su desolacion y desamparo, elevar al cielo fervientes votos por el alma del que fué su compañero en este infortunado

valle de los desterrados de Eva, y realzar el mérito de su dolor, hijo siempre de la magnanimidad y del sufrimiento hondo. Al derramar sobre su angustiada alma consuelos eficaces que evitan su desfallecimiento prematuro, que en ocasiones arrastra lentamente hasta la muerte á la mujer de corazon y de talento, muerte que es una especie de suicidio ménos vulgar que el del veneno y el de la pistola, pero al fin suicidio cobarde y repugnante; al derramar, repito, la religion del Crucificado bálsamos suavísimos sobre el alma de la viuda desamparada, para evitar su excesivo decaimiento, le ha mostrado un cielo, una patria bienaventurada, donde pasadas las tribulaciones del sepulcro habia de reunirse con su difunto esposo, con un verdadero vínculo de amor elevado y purísimo, en cuya virtud sus dos almas, engastadas con engaste misterioso, habian de confundir eterna y perpétuamente sus suspiros en uno, como se confunde el aroma de las flores nacidas de un mismo tallo en la honrosa compañía de los espíritus celestiales, cuyas almas, arrobadas en éxtasis amoroso, velan dia y noche ante el inmaculado trono del Cordero sin mancilla. La religion ha inculcado á las viudas, que si aspiran á dicha tan suprema deben cuidar cautelosamente la castidad de su estado, que, segun el sentir de S. Gerónimo, es la castidad más difícil y meritoria, supuesto que la religion le impone sérios deberes, la sociedad se los impone tambien, y se los impone además el hombre á quien se halló unida con vínculos solubles tan solo por la muerte. Si es desgraciada á los ojos del mundo la viudez, porque sus amores solo tienen á lo sumo los atractivos de una dalia, que es agradable, pero carece de perfume, y su hermosura es la lozanía y fragancia de la rosa, que cautiva en primavera y muere en el estío; si á los ojos de los hombres una viuda es ser despreciable, á los ojos de la religion, una viuda de corazon elevado y de talento considera su estado como una ausencia más ó ménos prolongada, puesto que las almas que en la tierra fueron una, deben esperar serlo tambien en el cielo; ausencia que procura pasar en la sombra del santuario, expiando los deslices de sus juveniles años, rogando al Omnipotente reciba sus votos con amor en pro de su alma y de la de su esposo. Entónces la viudez es decorosa, es el estado más respetable de cuantos puede alcanzar la mujer en la tierra, por cuya razon la Iglesia las consagra un lugar privilegiado en los libros de sus oraciones y rezos divinos. Esto ha hecho el cristianismo en beneficio de la mujer. A la doncella le ha enseñado el recato de modestia, hijo de la bondad y de la regularidad en los pensamientos y en las acciones, que como todo lo conveniente y verdadero, que emana de la humildad, de la caridad, de la justicia, que es la línea divisoria entre las virtudes y los vicios, que aprecia los merecimientos ajenos y menosprecia los merecimientos propios, que es el hermoso anteojo que abulta los objetos distantes y hace

casi imperceptibles los más próximos, achica á los grandes, engrandece á los pequeños, que da realce y dignidad á un semblante de mirada tranquila y honesta, á unos labios por los cuales vaga la sonrisa de la inocencia, á unas mejillas teñidas por el inclasificable carmin del pudor cristiano, que olvida en fin el camino por donde se llega á las fútiles alabanzas y á las glorias pasajeras, ni conoce sus propios atractivos y encantos, ni se acuerda de su buen nombre, porque, como dice S. Francisco de Sales, la caridad y la humildad bastan por sí solas para conservar el buen nombre. A la religiosa y á la hermana de la caridad, creaciones, digámoslo así, de la religion cristiana, ha infundido el catolicismo ideas tan elevadas, alma tan grande, corazon tan generoso, que no es dado hablar dignamente de tan relevantes cualidades al modesto mortal. A la esposa le inculca máximas severas y dulces; á la madre la ha enseñado á levantar sus hijos al cielo; á la viuda la ha mostrado la patria bienaventurada, donde habitan los corazones puros y las almas no mancilladas, al decir del sabio David, para que su dulce recuerdo alivie las amarguras de su soledad. Esto ha hecho la religion con la mujer. En todos sus estados, ora se halle vestida de seda, ó de sayal, ó con el manto negruzco, en todos la ha hecho respetable á los ojos del hombre. ¡Oh cristianas! si sabeis conteneros en los límites de vuestros deberes, si conforme á las divinas enseñanzas de nuestra adorable religion brilla la piedad en vuestra frente, la caridad en vuestro corazon, la dignidad en vuestra alma, sereis respetadas, consideradas por los hombres, á quienes la Iglesia prohibe con teson cualquier género de desman en desdoro vuestro! Si algunos os han deprimido hasta los mónstruos, si otros os han elevado hasta los ángeles; la religion, para evitar vuestra humillacion no ménos que vuestra hinchazon, hase colocado en el término medio, donde se halla de ordinario la verdad. No teneis porqué engreiros cuando os ensalzan; recordad los nombres de Eva, de Helena, de Cleopatra; ni teneis tampoco porqué envileceros cuando os deprimen; entónces fijad los ojos de vuestra alma en la figura celestial de María, y si quereis, no olvideis tampoco para imitar sus virtudes las Cecilias, las Isabeles, las Priscilas. En suma, si unos han dicho: la mujer, como obra posterior es más perfecta; si otros han dicho: criado el universo y el hombre, el edificio estaba concluido; faltábale solo la veleta, y Dios hizo á la mujer; Dios ha dicho: «Por la mujer abandonará el hombre á su padre y á su madre.» ¿Puede darse elogio más sublime de la mujer? La Iglesia, pues, ha celado la santidad de las velaciones conyugales, ha creado en el seno de las familias la bella dignidad de matronas, ha cubierto con velo misterioso la faz candorosa de la vírgen cristiana, ha guardado las esposas de Jesucristo en la augusta y solitaria oscuridad del claustro, cual prenda de valor inestimable, cual depósito sagrado. La Iglesia ha hecho recatada la

frente de la doncella, ha hecho venerable la frente de la esposa, ha hecho digna la frente de la madre, ha hecho sagrada la frente de la religiosa. ¿Qué es una mujer no cristiana? Es una mujer sin pudor; es el cebo de la voluptuosidad; no existe en su alma el misterioso sentimiento que arrastra, apellidado *amor*. El deseo de agradar es el deseo más imperioso que se abriga en el corazon de la mujer, y tan luego como se olvida del pudor, desagrada, ofende. El castigo de su falta es el que hiere más vivamente su corazon, Ah! el pudor, ese delicado sentimiento realza á las mujeres, las hace grandes, las embellece, las da predominio sobre el corazon del hombre, las señala un lugar más distinguido así en el hogar doméstico como en el órden social. ¿Y os atreveis todavía á condenar la virginidad? Si esta virtud no es esencial para el pudor, es al ménos su bello ideal, su tipo de perfeccion; desterrad de la tierra ese modelo, negadle su belleza, condenadle como perjudicial, y habreis arrojado la honestidad del mundo, y con la honestidad los encantos más suaves del espíritu; es esa flor tan delicadísima, de colores tan hermosos, de fragancia tan suave, de tan exquisito aroma, que arrebata en pos de sí el espíritu; pero por lo mismo que es delicadísima no puede sufrir el leve soplo del aura más apacible; su belleza se marchita con extrema facilidad, sus olores se disipan como exhalacion pasajera. Contra esta virtud tan hermosa, creada por decirlo así por la Iglesia para ennoblecer á la mujer, hanse rebelado las potestades humanas é infernales, queriendo apagar esa luz esplendorosa no solo los protestantes y detractores de la fe, sino, lo que es aún más sensible, los mismos que se precian y blasonan de católicos, de amantes de la civilizacion, aunque desmienten en la práctica tan elevado renombre con la más grosera y estúpida contradiccion. Voy á hacerme cargo de sus ataques y groseras objeciones sucintamente contra esa esplendorosa y divina virtud. Un fraile apóstata, desconociendo la profunda y delicada sabiduría de la religion cristiana, profanó groseramente la santidad del claustro, arrancando de su seno á Catalina Rove, hará cosa de tres siglos y medio. Este fraile apóstata no se contentó con haber hecho pedazos el augusto sello religioso del tálamo nupcial, sino que osó tambien desgarrar con infernal mano el sagrado velo de las vírgenes consagradas al Señor. La dureza de sus entrañas llegó al horrendo extremo de hostigar las groseras pasiones de los príncipes, para que se lanzáran sobre los bienes inalienables de las desvalidas doncellas del Señor, las arrojáran de sus moradas, atizando luego la voluptuosidad, y quebrantando todas las leyes sacrosantas de la moral, para que, cual bandadas de palomas sin abrigo, cayesen en las garras crueles del libertinaje. Y el fraile apóstata, y los encomiadores del amigo de Catalina Rove, dicen que así aumentaba el respeto debido al bello sexo, acendraba el sentimiento del pudor, pro-

gresaba la humanidad, daba impulso robusto á las venideras edadas, brio al espíritu humano, medro y lozanía á la cultura y á la civilizacion. Los discípulos de Lutero dicen todas estas aberraciones. Estremécese el pecho, en cuyo interior esté aún el catolicismo, el amor á lo grande, de tanto descoco. El que ha leido las bellísimas páginas de los Cipríanos, de los Ambrosios, de los Gerónimos y demás lumbreras de la Iglesia sobre los altos timbres de una mujer cristiana, no puede soportar las desenvueltas peroratas del apóstata fraile, que tenia la inteligencia demasiado grosera para comprender el divino encanto de esas moradas solitarias, donde se albergan las esposas del Señor, preservando su corazon de la corrupcion del mundo, ocupadas perennemente en levantar sus manos al cielo para atraer hácia la tierra el rocío de la divina misericordia. Ese fraile no comprendia que si en medio de unos siglos bárbaros y feroces gustaba el alma encontrar en su camino esos oasis purificantes y embalsamados, en los tiempos mismos civilizados gusta encontrar el asilo de la virtud más pura y más acendrada entre el piélago inmenso de disipacion y libertinaje. Ese fraile y sus secuaces han creido que eran esas moradas un legado funesto de la ignorancia, un monumento de fanatismo, cuya destruccion debia considerarse como un deber en cuantos venian al mundo predestinados á regenerarle. Oh! Protestemos, dijeron, contra todo lo interesante y bello, ahoguemos en nuestro corazon todo entusiasmo por la virtud, no conozcamos otro mundo que el que se encierra en el círculo de nuestras sensaciones groseras, que el pintor tire su pincel, que el poeta arroje su lira; y desconociendo su grandor y dignidad, embrutecidos como las bestias, exclamaron: «¡Comamos y bebamos, mañana moriremos!» Ay! fortuna es que los hombres de todas las edades arrojaron á la inmunda frente del protestantismo el baldon de la ignominia y del desprecio, por haber ejecutado esa obra inmoral é impía, por haber violado el santuario del pudor y de la inocencia, por haber procurado con todas sus fuerzas que desapareciese del mundo el respeto á la virginidad, por haber pisoteado un dogma que, á ser conocido, reverenciára todo el linaje humano, por no haber acertado lo que acertaron los griegos en sus sacerdotisas de Céres, los romanos en sus vestales, los galos en sus donidelas, los germanos en sus divinadoras; por haberse adelantado hasta á los inmundos pueblos dominados por el mahometismo del Asia, y los corrompidos del nuevo continente. Si la sociedad sensata, el hombre elevado de todas las épocas, protesta contra tamaños ataques á la virtud preciosa del pudor, diciendo en voz muy alta que es mengua para un pueblo que presume de ilustrado destruir lo que ha respetado en todas partes el hombre verdaderamente culto, calificar de preocupacion despreciable una creencia del género humano entero, sancionada, elevada, santificada por

el cristianismo. Qué horrores! ¡Qué barbarie! Compréndese que los vencedores de una plaza fuerte, entre el ardor del combate, se arrojen con desenfreno sobre las moradas de las vírgenes consagradas al Señor; si bien horrendo, se concibe muy bien. Mas perseguir por sistema estos santos establecimientos, concitar contra las esposas del Señor las iras populares, atacar en obras, en escritos, en papeluchos groseramente la institucion en su orígen y en su objeto, esto parécenos inhumano, brutal, hipócritamente irónico, cuando lo hacen los hombres que se precian de reformadores, de amantes del Evangelio puro, discípulos de aquel que en sus sublimes consejos señaló la virginidad como una de las virtudes más hermosas para esmaltar la auréola del discípulo del Evangelio, de un cristiano. Execrable es, pues, por lo mismo el protestantismo. Mas no nos demos por satisfechos con vituperar su conducta. A fuer de amantes de la verdad, examinemos las razones alegadas para autorizar su proceder violento. «Combatimos, dicen, la virginidad, porque acarrea inmensos perjuicios á las poblaciones; las ofrendas que se hacen en las aras de la virginidad defraudan al mundo de la multiplicacion del linaje humano.» ¡Qué discurso! Bello raciocinio, expresado con tanta formalidad por hombres ilustrados. ¡La virginidad es causa de la escasez de habitantes del mundo! Leed los economistas más afamados é imparciales de nuestros tiempos, y os convencereis de lo grosero que es semejante discurrir de los protestantes y de los incrédulos del siglo XVII. Ellos os convencerán de estas dos palmarias verdades. Primera: la felicidad de los pueblos no está en proporcion necesaria con el aumento de la poblacion. Segunda: que tanto el aumento como la disminucion de los pueblos depende de mil otras causas tan varias, que el celibato religioso, si es que deba ser enumerado entre ellas, debe considerarse de una influencia insignificante. Despues que os hayais convencido de esa verdad inatacable, renegad de esa mentida filosofía, que equiparando los secretos de la multiplicacion de la humana especie con los demás irracionales vivientes, solo ha visto en el linaje humano un vasto plantel, en el que nada convenia dejar infecundo y estéril, y ha convertido al individuo en una máquina de la que debe sacarse el mayor producto posible, abandonando las sublimes enseñanzas del Evangelio sobre la encumbrada dignidad y los destinos del hombre, de manera que se ha convertido todo en industria, lo mismo que la organizacion del trabajo dispuesto y organizado sobre bases tan materiales, que aumenta sí el bienestar de los opulentos, pero amenaza terriblemente su porvenir, á causa del empobrecimiento en que las clases ménos acomodadas vienen á quedar con semejante horroroso sistema. ¿Quereis convenceros de esta verdad? ¿Quereis convenceros de que esos hombres han trastornado la misteriosa armonía de la creacion, deseando establecer como dogma que

el hombre ha nacido para solo procrear, que es solo una rueda colocada en su punto para funcionar en la gran máquina del mundo, olvidando que es la imágen de Dios, que tiene un destino superior á cuanto le rodea sobre la tierra? Quereis convenceros? Dirigid una mirada observadora sobre nuestras actuales y crecidas poblaciones. ¿Qué veis? En ellas solo se estima el hombre por su valor físico, momentáneo. La nacion misma que más ha profesado estos funestos principios es la que hoy se halla agobiada de mayor número de hombres sin ocupacion, y de mayor número de mujeres ocupadas en indignas ocupaciones. Penetrad en los zaquizamis ingleses, y si vais con vuestro corazon en el pecho, os estremecerá la espantosa miseria que devora á las clases menesterosas, sin que la habilidad de sus hombres de Estado baste á salvarla de los horrores del más horrendo paganismo que allí vive. Leed, escudriñad, meditad sobre las horrendas llagas de esas sociedades, y os convencereis una vez de que no impunemente se rebaja el hombre de su altura, inclinando su frente al suelo, alimentándola solo con terrenos pensamientos; de que no impunemente se priva á su corazon el gustoso alimento de sentimientos virtuosos y elevados, no dejándole otro manjar que el hediendo de los goces materiales; de que no impunemente se deprime á la mujer, negándola inspiraciones elevadas, cuando su fantasía exaltada, su corazon apasionado, su corazon ligero, necesita aún más que el varon de pensamientos sérios, graves, que contrapesen la volubilidad con que recorre todos los objetos, recibiendo con extrema facilidad impresiones en cuanto toca, y comunicándolas á su vez á cuantos la rodean. Desgraciados de vosotros, pueblos, si bajo pretextos frívolos negais la expansion divina, de que necesita el corazon humano! Despues de ventilar en este artículo biográfico la inmensa importancia que á los ojos del catolicismo tiene la mujer, despues de haber mostrado los medios estupendos y sencillos de que se ha servido la religion del Crucificado para elevar á la mujer de la abyeccion y envilecimiento en que se hallaba ántes que el sol de la verdad esparciera sus dorados rayos por la superficie de la tierra; despues de haber examinado las sublimes enseñanzas del apóstol S. Pablo y de los Santos Padres de la Iglesia en órden á la mujer, hemos puesto, á nuestro humilde entender, de relieve la gran figura de la hermana de la caridad, consagrada al alivio de la indigencia, la modestia y candor de la religiosa, que con sus fervorosas oraciones detiene en su camino los rayos de la colera del Excelso, prontos á descargar sobre el culpable mortal; hemos visto las doctrinas admirables del catolicismo en órden á la esposa, las severas leyes que impone al esposo para impedir que nunca sea la mujer su esclava; hemos visto á la veneranda figura de la madre de familia desempeñando una mision de misericordia y dulzura á los ojos del catolicismo, el cual la da reglas sapientísimas para no

abusar de su poderosa influencia sobre sus hijos, y en particular sobre sus hijas, anatematizándola si los convierte en instrumento de sus caprichos, de sus miras ambiciosas, de sus pasiones bastardas. Hemos visto además el recato que la religion augusta del divino Salvador de los mortales impone á la viuda, manifestándola que el luto, el llanto y las lágrimas, dulcificadas por las apacibles auras del cielo, dicen mejor con su cualidad de desolada viuda, que las galas, los adornos y las gracias. De este modo creemos haber mostrado el inmenso beneficio dispensado por el catolicismo á la sociedad, creando, por decirlo así, la doncella pudorosa, la simpática y dulce hermana de la caridad, la austera religiosa, la respetable esposa, la venerable madre de familia, la desamparada viuda, digna de toda compasion y misericordia y de amor. En todas estas condiciones el sexo femenino, que se conforma con las sapientísimas prescripciones del catolicismo, aparece á los ojos del hombre respetable; y el libertino siente latir en su corazon ideas de distinto genero al ver el pudor cristiano retratado en la frente tersa y pura de la doncella; y el filósofo verdadero admira la grandeza de la hermana de la caridad, de esa sublime criatura; y el creyente saluda á su paso á las vírgenes del santuario, que oran por su alma; y el marido altanero depone sus iras al ver en su esposa el sufrimiento y la virtud; y el hijo atolondrado cede á las insinuaciones de la madre para separarse del camino de sus vicios; y en fin, ningun malvado insulta la sombría y enlutada frente de la viuda. Antes de terminar este artículo biográfico de la mujer, para completar cuanto en él hemos dicho, creemos de nuestro deber refutar con la razon y la historia en la mano las sinrazones alegadas por los filósofos de principios de este siglo XIX y fines del pasado con la marcada tendencia de negar la poderosa influencia del cristianismo sobre la mujer. Se ha dicho con maligna saña por lenguas maldicientes que el feudalismo fué la causa de la alteza y enaltecimiento de las mujeres. Para que se vea que no queremos huir el cuerpo, como vulgarmente se dice, á esta cacareada dificultad, que es meramente especiosa, queremos trascribirla en toda su fuerza: despues de haber oido á nuestros enemigos, y despues de oírsenos á nosotros, el pensador juzgará de parte de quién está la razon y la verdad. El feudalismo, se dice, ha dado grande importancia á la mujer. Este es un hecho de tal magnitud que se ofrece á la vista ménos perspicaz. El gallardo caballero, que brotó del seno del feudalismo, produciendo las acciones más heróicas, dando lugar á una literatura más rica, variada, sentimental, contribuyó á suavizar y amansar las costumbres feroces de los pueblos en órden á la mujer. ¿Qué no hiciera el caballero de la férrea cota por su Dios y su dama? Este era el pensamiento eterno de su alma, el que embriagaba sus facultades, el que ocupaba todos sus instantes, el que llenaba toda su existencia.

¿Creeis que habrá sacrificio que le sea costoso, viaje que le sea fatigoso, empresa que le arredre, negocio que le desanime, si en el momento en que lucha con la hueste agarena é infiel, su viva y exaltada imaginacion, su corazon ardoroso, divisa miéntras un soporífero ensueño á la señora de sus pensamientos, á cuyos piés ha de ofrecer dentro de poco los trofeos del combate, los laureles de la victoria? A este recuerdo su corazon se entusiasma, se inflama, y lucha, y rinde como un leon en los campos de la Bética y de la Palestina á su bárbaro enemigo, y carga con sus despojos, y vuelve sus amorosos ojos á la patria, y se embelesa durante la navegacion con el solo pensamiento de que pronto se verá al pie del castillo de su señora, y de que podrá quizá recoger en su alma una seña amorosa ó una mirada fugitiva; y su corazon, fiero como el de la pantera en el campo de batalla, se ablanda como cera al solo mágico y encantador recuerdo del ídolo de su corazon. ¿Creeis que si un temerario, un insensato, un indiscreto osase disputarle su tesoro, fijára sus ojos en las almenas de donde espera ver descender una seña misteriosa, perdonará entónces su atrevimiento osado? Oh! Veréisle entónces inflamarse su corazon, y partir con el veloz corcel, lanza en ristre, los ojos arrojando llamas de fuego, como una leona á quien hubiesen arrebatado sus cachorros, como el bosque azotado por el aquilon; inquieto, frenético; partir, digo, en pos de su rival; manifestarle su venganza, el deseo que tiene de arrojarla toda sobre su alma, formarse el duelo, y en lid azarosa, ó darle muerte á su rival, ó recibirla él mismo. Estas son las ideas de los caballeros y de los señores feudales en órden á la mujer, á la cual respetan tanto, que consideran como punto de honra sacrificar su vida, sus intereses, su salud, cuando sea necesario vindicar su posesion. El señor feudal encontraba siempre dentro de los muros de su castillo á su mujer, á sus hijos, eran su compañía perpétua, participaba con ellos de sus placeres y de sus penalidades, compartia con ellos sus intereses y destinos, y si algun intruso osaba poner su temeraria planta en el umbral del señor, y si algun osado atreviase á profanar el santuario de su mujer, mostrábale el señor el hierro y la lanza, á cuyo influjo sucumbia expiando con digno y merecido castigo su atrevimiento en dirigir significativas miradas á la compañera de su existencia. Era un sagrado para ellos la mujer. Esto contribuyó á desenvolver las costumbres domésticas, á que tomasen un grande y poderoso ascendiente las ideas acerca del sexo débil sobre el hombre, sobre el jefe de familia. Aquí principió sin duda el enaltecimiento de la mujer. Una sola pregunta haremos para destruir toda esta mole de inexactitudes monstruosas y locas. Y ¿quién hizo que al volver el señor feudal, con su armadura de hierro, con su lanza y su caballo al castillo, se encontrase en el hogar doméstico una

sola mujer, recatada, pudorosa, honesta, virtuosa, si así lo quereis, y no muchas mujeres celosas, voluptuosas, escandalosas como sucede en la corte de los sultanes? ¿Quién le contuvo para que no abusase de su feroz poderio, de la fuerza de sus brutales é indómitas pasiones, para no convertir su casa en un harem, como sucedia en las lejanas tierras musulmanas que visitaba, ora triunfador, ora vencido? ¿Quién le enfrenó para que no dando rienda suelta á sus pasiones, no convirtiese las más hermosas doncellas de sus estados, las hijas de sus rendidos vasallos, de sus semi-esclavos, en víctimas de su voluptuosidad, de cuya frente candorosa arrancase con brutal y osada mano el santo, el sagrado, el noble, el puro sentimiento del pudor? ¿No fué por ventura la Iglesia católica, cuyas leyes severas opusieron firme valladar al desbordamiento de las pasiones, y cuyas doctrinas ó influjo benéfico sobre las costumbres se conocian en el mundo europeo mucho ántes que apareciesen en la superficie de la tierra los castillos con sus almenas, sus torreones, sus horcas homicidas y bárbaras, y sanguinarias y horribles? Examinad la historia; aprended cronología, y luego contestadnos lo que conteste la historia y la verdad: que el feudalismo encontró ya enaltecida á la mujer por la Iglesia católica, la cual ostentaba ya á estas fechas en sus altares innumerables vírgenes y santas innumerables. Por lo que hace al caballero andante, que concentraba todos sus pensares en su dama, debemos recordar que lo que exaltaba su fantasía, la fantasía de este hombre descendiente no lejano de los salvajes venidos de las selvas, y en quien se hallaban las pasiones más violentas, que lo que producia ese encanto fantástico al hijo de los que habian venido de las selvas á plantar su tienda ensangrentada sobre las ruinas de las ciudades que habian derrumbado, no era ciertamente la antigua esclava de los romanos, la cosa mujer de los pueblos llamados cultos en la antigüedad, sino la mujer realzada, rodeada de consideraciones por la augusta religion del Crucificado, la belleza de la vírgen cubierta con el velo del pudor cristiano, la hermosa y virtuosa matrona, la compañera del hombre, la madre de familia, la mujer única en quien se concentran todas las afecciones del marido y de los hijos, la esposa cristiana. Esto era lo que exaltaba su delirante imaginacion, esto era lo que le impelia á concebir árduas empresas; esto era lo que le embriagaba al vislumbrar que podia alcanzar tanta dicha; esta era la causa de su respeto, de su veneracion, de la especie de culto, que tributaba á la mujer; la hermosura del pudor, el recato de la honestidad, la grandeza que veia retratada en su semblante por la religion católica, apostólica romana. Véase, pues, cuan léjos se hallaba el caballero andante, ni el señor feudal, de enaltecer á la mujer. Parécenos que sin la religion, que encantaba su fantasía con la grandiosidad y esplendor de sus templos, con la majestad y pompa del culto, y asombraba su exaltada

mente con los bellos, con los sublimes ejemplos de heróicas virtudes, desusadas en los bosques, y que enfrenaba en fin con sus preceptos y enseñanzas divinas las pasiones groseras de estos hombres semi-indómitos, en vez de ese profundo respeto y veneracion, hubiese sido á sus ojos la mujer el juguete de sus pasiones; en vez de ennoblecerla, la hubiera despreciado; en vez de venerarla, la hubiera vilipendiado; al ménos es esta deduccion lógica, si se atiende á las cualidades groseras de que se hallaban tan adornados los hijos de los hijos de los bosques. Atribuyen otros detractores del catolicismo el enaltecimiento de la mujer á los antiguos germanos, y pulverizada la anterior objecion, que le atribuye á los caballeros andantes y á los feudales señores, creemos tambien de nuestro deber hacernos cargo de esta objecion especiosa como las anteriores. Los que así hablan, fúndanse en el siguiente pasaje del historiador Tácito, tomado de su libro intitulado: *More Germanorum*. «Llegan á creer, dice el historiador Tácito, algunos pueblos germánicos, que en las mujeres hay algo de santo y de profético, por lo que ni desprecian sus consejos ni desoyen sus pronósticos. En tiempo del divino Vespasiano vimos que por largo espacio Vellade fué tenida por muchos como diosa; y esta doncella, de la familia de los Bructavos, tenia gran dominio, á causa de la antigua costumbre de los Germanos, que miraban á muchas mujeres como proféticas, y andando en aumento la supersticion, las llegaban á adorar como si fueran diosas.» Preciso es ser muy extraño á las costumbres de la antigüedad para no conocer que Tácito no habla en el mencionado pasaje de la mujer, de la madre de familias, ejerciendo su benéfico influjo sobre las costumbres del hogar doméstico, contrapesando con su blandura natural la natural ferocidad del hombre, sino de la mujer ensalzada por la supersticion hasta la idolatría, lo que por cierto es bien diferente, puesto que no hay inconveniente ninguno en asegurar que unas mujeres sean elevadas al rango de diosas, miéntras la generalidad de ellas estan reputadas en la sociedad como séres abyectos, despreciables, como esclavas, como cosas, distando mucho de ocupar el puesto que las corresponde en la gerarquía social. No negamos que las sacerdotisas de Ceres tenian grande importancia en Atenas: no negamos que eran como adoradas las vestales de Roma; no negamos que tenian los pueblos como signo fatídico en ocasiones, y tratándose de algunas mujeres, el no estar en armonía con ellas, cual lo manifiesta la historia de las Pitonisas y de las célebres Sibilas; pero ¿qué se quiere desprender de este hecho? ¿Que la mujer gozase en su totalidad, y lo mismo en la fastuosa estancia del príncipe como en el tugurio modesto del indigente, lo mismo en la aldea silenciosa que en la poblacion bulliciosa, de la consideracion que hoy tiene en los países católicos y cristianos? Probará á lo sumo que en las grandes capitales, en

cuyo seno bulle siempre una sociedad ávida de inventos y novedades, por su constitucion física, por sus gracias naturales, por sus seductoras prendas, ó por otras causas que la fisiología podria explicarnos quizá, habia mujeres que llegaban á fascinar á sus contemporáneos, los cuales las ponian en los altares y doblaban su rodilla ante ellas, y quemaban el grano de incienso, miéntras luego al volver á su propio hogar apaleaban á sus esclavas, ó las condenaban al tormento de los azotes por tener la enorme osadía de probar un sorbo de vino de la bodega, ó las maltrataban, ó las llevaban al mercado público con el cartel al hombro, ó en fin las asesinaban bárbara y cruelmente, sin tener en cuenta que la mujer que asi maltrataban era del mismísimo sexo, de la misma masa, quizá de las mismas hermosas cualidades, que aquella otra á quien ha poco habian tributado entusiastas aclamaciones, fervientes adoraciones. Esto es lo único que probará. ¿Se ven en los países católicos tamañas monstruosas contradicciones? ¿No veis cómo los tribunales vengan al momento la profanacion, los golpes, el asesinato que el varon ose cometer sobre su mujer? ¿Y quién ha establecido esa legislacion, defensora de los derechos de la mitad bella del linaje humano? ¿Y quién ha creado esa transformacion de las costumbres europeas, haciéndolas pacíficas, de sanguinarias que eran? Ah! lo repetimos una vez más, el catolicismo! Sin él la mujer yacia postrada á las plantas del varon, sin osar levantar su frente para oponerle una frente digna á un rostro airado. Oh! ¡cuanto debeis al catolicismo, personas del sexo femenino! El mismo Tácito dice: «Si la flaqueza natural de la mujer impelia en momentos de desliz á la infidelidad, el germano, el marido, encargábase del castigo de su falta; y rapado el cabello, échala de casa el marido en presencia de sus parientes, y desnuda la azota por todas las calles del lugar.» Lo dice el mismo Tácito en su libro de las costumbres de los Germanos. ¡Esto hacian con la mujer los que adoraban como diosa á la mujer! ¡Qué ignominia! Enhorabuena, sea vengado el horrible adulterio; pero ¿no hay otras penas más decorosas? ¿no hubiera sido mejor el apedreamiento de los judíos? ¿Cómo es posible que nuestros modernos innovadores, ávidos siempre de encontrar sofísticas dificultades para envilecer el cristianismo, olviden que el historiador Tácito estaba acongojado y exasperado por la corrupcion espantosa de costumbres, que á la sazon dominaba entre los vencedores del mundo; no conozcan que miéntras así enaltece el matrimonio de los germanos, tiene á la vista, le impresionan viva y ardientemente, aquellas voluptuosas matronas que, al decir de Séneca, contaban los años, no por la sucesion de los cónsules, sino por el número de maridos que cambiaban; aquellas damas sin rastro de pudor, entregadas á la disolucion más asquerosa; aquella sociedad en fin tan depravada, en donde el vicio hacia reir, y la corrupcion no era siquiera disfrazada con el

manto de la moda? Nada tiene, pues, de extraño que el historiador Tácito, comparando las impúdicas costumbres romanas con las ménos escandalosas de los pueblos germanos, excitada su indignacion, lanzase severas reprensiones sobre la impura frente de los señores del mundo, en tanto que se muestra encomiador de las costumbres germánicas. Mas esto no declara inocentes á los germanos, así como porque de dos objetos malos el uno sea de peores condiciones que el otro, no prueba que éste se halle adornado de buenas y relevantes cualidades. En comprobacion de esta verdad, y de que entre los germanos no era tanta la delicadeza como suponer se quiere, ni entre ellos desconocida la poligamia, bástenos citar á Julio César, testigo ocular y nada apasionado por cierto por los pueblos germánicos, el cual en su libro *De Gallorum bello*, libro I, nos refiere que el rey germano Ariovisto tenia dos mujeres. El mismo Tácito, poco despues de los períodos arriba trascritos, dice que algunos pocos entre ellos tenian varias mujeres, no tanto por liviandad, cuanto por nobleza; y áun cuando Tácito parece mostrarse benévolo hácia estos nobles que hacian ostentoso alarde de nobleza teniendo varias mujeres, disculpa por cierto bien peregrina, ello será siempre verdad que los reyes y los nobles se tomaban siempre alguna mayor libertad de la que convenia. Importa poco que nuestros enemigos agucen la inventiva para presentarnos tanto á los pueblos germanos, como á los demás que habitaban los bosques selváticos, con colores más ó ménos poéticos, idealizando sus hábitos entremezclados con los cantos de las avecillas que cruzaban por las enramadas de los laberintos, y mil otras ficciones agradables que no conducen al caso. La poesia dista mucho en casos dados de la filosofia, y cuando se trata de inquirir la verdad, forzoso es apagar el sentimiento y la imaginacion para escuchar las frias inspiraciones de la razon. El medio más adecuado para disipar los ilusorios y mezquinos coloridos con que han querido los poetas antiguos y modernos, y estos fundados en aquellos, realzar la pureza de costumbres, es leer la historia de la irrupcion de los bárbaros, sobre todo de los testigos oculares, y el cuadro, léjos de aparecer poético, se hace en extremo repugnante, porque ve el lector desfilar ante su vista una série de pueblos, como una vision espantosa en un sueño angustioso, y entónces no se encuentran ciertamente en los pueblos invasores los vestigios de la civilizacion de los tiempos coetáneos, de aquellos pueblos de quienes decia Sidonio, que no escribia á larga distancia de los bárbaros, que los veia, los hablaba, los sufria: «Me encuentro en medio de unos pueblos de larga cabellera, precisado á oir el lenguaje del germano y á aplaudir, mal que me pese, el canto del borgoñon borracho, y con los cabellos engrasados con manteca ácida. ¡Felices vuestros ojos que no los veis; felices vuestros oidos que no los oyen! Ni son estos los únicos testimonios que adu-

cirse pudieran si necesario fuese para comprobar la espantosa corrupcion de los bárbaros y de los germanos, y lo distantes que se hallan de civilizar al mundo, ni mucho ménos realzar á la mujer. Si quisiéramos discurrir sobre las costumbres de los pueblos del Norte, si fundados en sólidos y robustos testimonios quisiéramos demostrar que los bretones, por ejemplo, de diez en diez años ó de doce en doce, tenian las mujeres comunes, y hermanos con hermanos mayormente, y padres con hijos, de modo que para distinguir las familias tenian que andar á tientas, atribuyendo los hijos al primero que habia tomado y cohabitado con la doncella, cual nos lo refiere el citado Julio César en su obra mencionada *De Bello Gallorum*, libro IV; si quisiéramos detenernos en robustecer con mayores pruebas que las aducidas que la monogamia, la union de un solo hombre con una sola mujer, no era tan respetada, ni entre los germanos, ni entre los demás pueblos selváticos, como se ha querido suponer; si quisiéramos demostrar que los nobles y los poderosos tenian privilegios ó dispensas en este particular, lo que por cierto bastaba á desvirtuar y arruinar la ley, supuesto que en materias tan vidriosas limitar la ley con excepciones odiosas equivale á abrogarla del todo, y que desde entónces queda envilecida, degradada, vacila el mismo principio moral que le sirve de base, y se convierte en objeto de animadversion para aquellos que se ven forzados á atacarle; si quisiéramos, repito, detenernos á probar todo esto, apareceria la verdad comprobada de que léjos de realzar esos pueblos á la mujer han contribuido á envilecerla, y de que la causa, cuya defensa tomaron los ilustrados doctores del filosofismo, salia bastante mal parada, resultando verdad que á solo el catolicismo es debida la gloria de haber enaltecido y sublimado á la mujer. Cierto es que la poligamia, el derecho de tener á un tiempo varias mujeres era exclusivo al poderoso, al noble, al opulento; pero ¿quién duda que no hubiera tardado en generalizarse ese disolvente principio, atentatorio de los derechos de la mujer por todas las clases más ínfimas del pueblo, mucho más cuando saliendo de sus heladas madrigueras pasasen á ocupar por derecho de conquista paises más templados, climas más feraces, más muelles, más excitantes, que les proporcionaban mayores medios y más fáciles de atender á las más urgentes necesidades, que por lo mismo fomentaban su amor al ócio, gérmen de vicios innumerables, si la Iglesia católica no hubiera prevenido tan grave mal con su inflexible severidad, conteniendo á los nobles á duras penas en su todavía fuerte inclinacion ó privilegio, que creian fundado en los títulos de sus antecesores, reprimiendo en fin sus pasiones violentas? ¿No veis, vosotros los que os empeñais en atribuir al germano el ennoblecimiento de la mujer, las fuertes luchas, los choques violentos que con este motivo se suscitaron entre los poderes seculares y la Iglesia, entre los

príncipes, inclinados á la poligamia, y el soberano Pontífice defensor de la monogamia? ¿No deducís de esas luchas el teson con que la Iglesia ha defendido á la mujer, que, como ser el más débil, ha atraido siempre los cuidados más exquisitos de la madre Iglesia, la cual, á semejanza de una madre que entre muchos de sus hijos cobra mayores simpatías al más desgraciado de entre ellos, al raquítico, al imposibilitado, al contrahecho, vela tambien de un modo especial sobre aquellos de sus hijos que más necesitan de sus maternales cuidados, impidiendo con mano fuerte que las bestiales pasiones los conviertan en juguetes de sus antojadizos caprichos? ¿Es posible que no se degrade vuestra frente noble al atribuir la civilizacion moderna, especialmente en lo relativo á la mujer, á pueblos incultos, que se lanzan sobre el Mediodía, sin monumentos, sin historia, sin recuerdos, con escasísimos indicios sobre el estado social de aquellos? ¿Cómo hubieran podido construir tan magnífico edificio unos hombres groseros, incultos, ignorantes, si una maestra generosa, si la Iglesia católica, no los adiestrára, en todo lo relativo á la vida y á las costumbres? ¿Cómo habia de resultar la moralidad de tanta supersticion, de tanta ignorancia, de tanta barbarie? ¿No conoceis que es empresa asaz arriesgada buscar en la más monstruosa barbarie el orígen del embellecimiento de la mujer, uno de los más hermosos florones que adornan el grande edificio de la moderna civilizacion, y explicar por sentimientos supersticiosos, vagos, lo que por espacio de muchos siglos forma el estado normal de un conjunto grande de pueblos, los más adelantados que se vieron jamás en los fastos de la civilizacion, de todo lo que nos refieren las historias de las griegas, de las indias, de las chinas, en su mayor parte fabulosas, de las romanas en fin? ¿Cómo es que en medio de las tremendas trasmigraciones, de los portentosos trastornos, que más tarde ocurrieran, sobrevinieron esos nobles sentimientos, que quereis presentar como dimanados de los bárbaros? ¿Serán cabalmente esos sentimientos lo único que ha quedado de aquel estado social, y no como quiera, sino despojados de las groseras supersticiones, de las asquerosas y repugnantes costumbres, purificados, ennoblecidos, trasformados en un sentimiento racional, justo, saludable, caballeresco, digno de pueblos civilizados, hermoso, radiante, cual se ostenta en los mejores tiempos del catolicismo? ¿Cómo decís que esas preciosas perlas fueron traidas á nuestros benignos climas envueltas en lodazal por manos groseras, incultas, que luego con el tiempo han sido purificadas de su escoria, quedando solo la perla de inestimable valor? ¿No conoceis, sois tan candorosos que no veais que tamañas paradójicas aserciones presentan á la primera ojeada el carácter de falsedades atrevidas, de paradojas insufribles? ¿Es filosófico querer explicar el orígen de los grandes fenómenos sociales en ideas que hayan

ejercido por largo tiempo vigorosa y opuesta influencia en las costumbres, que hayan emanado de esas ideas, en leyes que han sido reconocidas y acatadas por muchos siglos como establecidas por un poder divino? ¿Es buena manera de razonar querer explicar el orígen del calórico, del lumínico, por causas totalmente opuestas y destructoras, digámoslo así, del lumínico y del calórico? ¿A qué pues nos conducís á los templos de Germania, donde se halla adornada con honores divinos, al ménos sobrehumanos, la doncella Velleda, Auvinia, Gamu, ó cualquiera otra, por todo un pueblo numeroso, que dobla su rodilla ante el ídolo vivo, y dobla su inculta frente ante ella, para decirnos despues que del templo de la supersticion y de la mentira nació la consideracion que hoy disfrutan las mujeres europeas, atribuyendo de esta manera á veneraciones horrendas y repugnantes y bárbaras, afectos encantadores, sublimes y pasmosos? ¿Quién que tenga dos dedos de frente, un poco de buen sentido, la razon medianamente organizada, no diria en el acto que el verdadero orígen del fenómeno que examinamos no es el indicado, supuesto que nunca han dimanado cristalinos arroyos de fuentes asquerosas, sucias y gredosas, y que es por lo mismo indispensable buscar en otra parte el conjunto de causas que han contribuido á producirle? ¿Por ventura no está ahí la historia, fuente de verdad, que nos muestra innumerables hechos, de los cuales ha dimanado sin género alguno de duda la saludable y trascendental influencia que nos ocupa, diciéndonos y mostrándonos de un modo palpable que ántes de los venturosos dias del cristianismo, la mujer hallábase oprimida bajo el tiránico yugo del varon, poco ó nada elevada sobre el rango de esclava; como débil que era, veíase convertida en triste víctima del más fuerte, que siempre parece ley constante en los pueblos no civilizados el horrendo derecho de sucumbir bajo el férreo yugo del más poderoso y de más hercúleas fuerzas los débiles y ménos poderosos? ¿No os manifiesta la historia con visible evidencia que al derramar el sol del cristianismo fulgores y resplandores celestiales sobre la superficie de la tierra, anunció el dia venturoso para la mujer, en que iba á verse libre de las cadenas que le habia impuesto el sexo fuerte, guiado por la más monstruosa de las ingratitudes, y sin quererle perdonar jamás la solidaridad que tener pudiera en el pecado de Eva? ¿No os muestra la historia que fué el catolicismo quien inició una era de venturas para la envilecida mujer con sus eminentes doctrinas de fraternidad en Jesucristo, de igualdad ante Dios, sin distincion de sexos ni condiciones, enseñando al hombre que desde que la inmaculada María habia sido encumbrada sobre el ebúrneo solio de los serafines, que no debia ser la mujer su esclava sino su compañera, su dulce consoladora en las amarguras, y que habia de sentarse no á los pies sino á la diestra del varon en el gran banquete de la vida? ¿No empezó entónces á

sentirse en los pueblos alumbrados por el cristianismo la mejora de la condicion de la mujer, la veneracion que concibiera hácia ella el varon? ¿No siguieron los Apóstoles el ejemplo y las instrucciones del Salvador en este punto, cuando lo vemos en nuestra biografía con S. Pablo, doctor de las naciones, y Priscila, mujer cristiana, léjos de separarlas de la comunidad cristiana, hacianlas figurar en primera línea, llegando al extremo de nombrarlas diaconisas, elegirlas para los ágapes, darlas la preferencia en ciertos casos, consagrar sus más solícitos desvelos apostólicos á la proteccion de las viudas? ¿No desaparecieron bien pronto, en vista del bienhechor influjo de esta nueva enseñanza, las bárbaras costumbres que dominaran hasta la venida del adorable Salvador de los mortales? ¿No empezó entónces á escuchar sublimes lecciones, que venian á arraigar su nueva existencia de un modo estable y sólido? ¿Habíase por ventura recomendado hasta entónces á la mujer el pudor, el honesto recogimiento, la virtud, el recato, la educacion esmerada que el catolicismo la enseña? ¿Habíase visto por acaso en la tierra hasta entónces pedir la mujer su autorizacion á los autores de sus dias para consagrarse á Dios, ora en calidad de servidora de Jesucristo en el lecho del enfermo, ó en la cabecera del llagado, ó en la cuna del recien nacido, abandonado por su monstruosa y legítima madre, ora en calidad de esposa íntima en el seno del claustro para pedir bendiciones para el mundo prevaricador, tomándose por sí misma, en uso de su libre albedrío, la resolucion de huir del hogar de sus padres, caso de que estos se negáran á concederle el solicitado permiso para esconderse en las solitarias y pacíficas mansiones del claustro, ó de las hediondas y repugnantes salas del hospital? Habia por ventura presenciado el mundo hasta los dias de Jesus el hermoso espectáculo, digno de las miradas de los ángeles y del asombro respetuoso de los hombres, de innumerable muchedumbre de vírgenes candorosas que, renunciando libre y espontáneamente á la mano de un jóven distinguido, á los honores, á la adulacion halagüeña de la vanidad femenil, entran en modesta y oscura vivienda para ser elevadas al rango de esposas de Jesucristo? Qué más grados de enaltecimiento podria dar el catolicismo á la mujer? Qué más? ¿Habia presenciado el mundo hasta la venida de Jesus el hermoso espectáculo de una mujer, de una esposa consagrada por el ministro del Altísimo, que al unir sus manos y sus corazones con lazo indisoluble, decia al varon solemnemente: « En nombre de Dios te entrego esta mujer; es hija del Altísimo, lleva estampado en su frente el signo de la filiacion divina. No oses profanar su augusto y sagrado carácter; guárdala consideracion; no abuses de su debilidad aparente, porque el Dios de los ejércitos, que fija con especialidad sus miradas cariñosas en los débiles, fulminaria en caso de transgresion sobre tu frente el rayo de su cólera.»

¿Garantizaron jamás las legislaciones de Licurgo, Minos y demás encumbrados legisladores de la antigüedad los derechos de la mujer con tan sólidas leyes? ¿Habia por ventura dispensado ninguna de las sectas filosóficas ó religiones gentílicas la alta proteccion que el catolicismo ha dispensado al pudor, corrigiendo y purificando las costumbres, realzando considerablemente á la mujer, cuya dignidad es de todo punto incompatible con la licencia y la corrupcion desenfrenada y de peligrosos efectos? ¿Habíase atrevido hasta los dias del catolicismo ningun guerrero, ningun legislador, ningun poderoso, ningun sacerdote sumo, á poner un freno represivo á las pasiones del varon, concentrando sus afecciones y sentimientos con su única, inseparable esposa, por medio de la indisolubilidad del matrimonio y la monogamia, que conservó y defendió con tanta firmeza, con tanta energia, con tanto teson, contra el señor feudal, el despótico monarca, el brutal conquistador? ¿Habíanse impuesto prescripciones tan severas como las inculcadas por el catolicismo á la madre, á la esposa, á la doncella, á la religiosa, á la viuda, para contenerlas dentro del círculo de sus deberes, á los cuales se halla ligado su enaltecimiento en dignidad, en gravedad, en consideracion? Detractores sistemáticos de la religion y de la mujer, reconocedlo; este es el conjunto de causas que han contribuido á que la mujer pasára del estado de esclava al rango de compañera del varon; de instrumento de placer en digna matrona de familia, rodeada de la consideracion y respeto de sus hijos y dependientes, en criatura sublime, en hermana de la caridad, acreedora á la veneracion de todos los ciudadanos, en venerable religiosa, respetable por la auréola de virtudes que adornan su frente. Detractores sistemáticos de la religion y de la mujer, reconocéos! Esta es la satisfactoria explicacion que da la historia del orígen del realce y dignidad de la mujer; de ahí ha venido esa admirable organizacion de la familia que reina entre los católicos, y es conocida sin ser estimada. El catolicismo ha enaltecido á la mujer; sin él yaciera vilipendiada aún. No blasfemeis, pues, en lo sucesivo, atribuyendo su encumbramiento social á las costumbres brutales de los bárbaros, que, como os he demostrado, apénas tenian un velo para el pudor ni para los secretos del tálamo nupcial. —N. L.

PRISCILIANO (San), mártir. Perseguidor de los cristianos el emperador Juliano, aumentó considerablemente el número de los mártires, entre los que deben contarse, segun Usuardo y Natal y el Martirologio, S. Prisciliano, que con los Stos. Prisco, Presbítero, Levita, y la gloriosa Benita, murió decapitado en Roma por no querer incensar á los ídolos el año 362, dia 4 de Enero, en que la Iglesia celebra su tránsito glorioso.—C.

PRISCO (San), mártir. Véase S. Prisciliano, su compañero de martirio; la Iglesia le recuerda el 4 de Enero.—C.

PRISCO (San), mártir. La rabia de Juliano, emperador romano apóstata, se cebó contra los cristianos horrorosamente, é hizo cuantas víctimas pudo para dar pábulo á su venganza. La Iglesia recuerda el dia 4 de Enero á este Santo, que fué martirizado en igual dia del año 362 de nuestra era por los sectarios del impío déspota, en union de S. Prisciliano y de Sta. Benita, á la que llama *religiosa* el Martirologio Romano, y *gloriosa* Natal, Usuardo y otros autores. San Prisco fué presbítero de la Iglesia católica y de ejemplar vida y gran virtud.—B. C.

PRISCO (San), mártir. Vivian en un arrabal de la ciudad de Cesaréa en la Palestina, en el año 259 de nuestra era, época de la persecucion del emperador Valeriano á los cristianos, los Stos. Prisco, Mateo y Alejandro. Llenos de fe y deseosos de imitar á los que derramaban su sangre por la religion del Señor de los señores, se presentaron al juez destinado á sentenciar á los cristianos, y con el mayor valor se dijeron iban á confesarle voluntariamente que eran discípulos de Jesucristo, y que maldecian al demonio representado en los falsos dioses, que en su insensatez adoraban los romanos. Indignado el juez al ver tan audaz confesion, sin más proceso que su deseo de acabar con los que tan descaradamente insultaban la religion del estado, les mandó arrojar á las fieras para que les sirviesen de pasto, y así lo hicieron los verdugos, con gozo de los tres bienaventurados, que pasaron á la mansion de los justos el dia 28 de Marzo en que los recuerda la Iglesia.—C.

PRISCO (San), mártir. Viajaba el emperador Aureliano por las Galias, y sabiendo al pasar cerca de Auxerre que en aquel punto se habia organizado una sociedad de cristianos para propagar su religion y arrebatar creyentes á los falsos dioses, se hizo conducir al sitio en que estaba reunida la congregacion. Viendo cuando entró en el aposento que en él se hallaba Prisco, dirigiendo salmos y alabanzas al Crucificado en medio de muchos fieles, que embebidos en sus cánticos sagrados no habian ni áun advertido su llegada, se encolerizó extraordinariamente, y dándose á conocer preguntó á Prisco con qué motivo y para qué fin se hallaban allí reunidos. Prisco con la serenidad del justo al frente de su verdugo le contestó: que todos los que allí veia daban alabanzas al verdadero Dios, y le pedian confundiese los falsos dioses que él y los suyos, poseidos del demonio, adoraban. Oyendo esto el Emperador mandó á sus guardias degollasen á todos sin excepcion, y verificado esto inmediatamente, mandó arrojar sus cuerpos á un profundo pozo, sobre el que despues se edificó una iglesia que aún subsiste. El sacrificio fué á 26 de Mayo, dia en que recuerda la Iglesia á estos mártires del Evangelio.—C.

PRISCO (San), obispo y confesor. En la irrupcion de los bárbaros que tuvo lugar en el siglo V de nuestra era, fueron atormentados bárbaramente

muchos sacerdotes por defender la pureza de la religion católica contra el cisma de Arrio. Entre los que tan malos tratos sufrieron, se encuentran San Prisco, Castremo, Tomaro, Heraclio, Adjutorio, Rosio, Secundino, Márcos, Augusto, Elpidio, Canion y Vidonio, los cuales, despues de ser atormentados, fueron echados de Africa en un barco muy deteriorado, con ánimo de que los tragasen las olas. Dios, que no queria que Prisco ni sus compañeros fuesen pasto de los peces, hizo que aquel mal barco arribase milagrosamente á las costas de Italia. Esparciéndose despues los santos por aquel país, fueron propagando en él la religion cristiana sin mezcla de otra alguna. Prisco fué consagrado obispo de Capua, y otros gobernaron diversas iglesias, sin que podamos añadir más noticias que la de que la Iglesia los recuerda el dia 1.° de Setiembre.—C.

PRISCO (San) mártir. En el mismo dia que el anterior recuerda tambien la Iglesia otro Santo del propio nombre. Este Prisco fué uno de los setenta discípulos de Jesucristo, el cual viniendo á Occidente con S. Pedro príncipe de los Apóstoles, fué enviado por él á Cápua, de cuya ciudad se cree fué el primer obispo, muriendo mártir de la fe en tiempo del sanguinario y bárbaro emperador Neron.—C.

PRISCO (San), mártir. Otro de igual nombre venera la Iglesia el 20 de Setiembre, el cual fué natural de Grecia. Conociendo este Santo la verdad del Evangelio, se hizo bautizar; y en seguida empezó á predicar para convertir á los infieles. Preso como sedicioso le llevaron ante el prefecto, y como ante él confesase la verdad de la fe de Jesucristo y la mentira de los dioses del paganismo, le condenó al martirio, que sufrió primero viendo agugerear su cuerpo con punzones, y siendo despues degollado.—C.

PRISCO (San), mártir. La Iglesia recuerda el 1.° de Octubre otro Santo de este nombre que padeció el martirio con los Stos. Crescente y Evagrio, de los que solo se sabe que murieron degollados por los gentiles en Tomis, ciudad del Ponto, en los primeros siglos del cristianismo. Trasladadas sus santas reliquias á España se veneran en Cuellar, pueblo de la provincia y diócesis de Segovia.—C.

PRITZ (Juan Jorge), denominado en latin *Pritzius* y tambien *Pritius*, célebre y consumado teólogo. Nació en Leipsick en el año 1662, y luego de concluida su carrera teológica, se consagró con notable utilidad del pueblo al desempeño del ministerio evangélico. Su sabiduría extraordinaria, su claro talento, su indisputable mérito le valieron el honor de ser elegido en el año 1707 profesor de teología en la universidad de Gripswald, desempeñando al propio tiempo las espinosas funciones de consejero eclesiástico, y de consejero del Obispo. Su honradez, su acierto en el desempeño de este cargo, hizo que fuese nombrado en el año 1711 superintendente del Ministerio ecle-

siastico en Francfort, á cuyo punto se trasladó, abandonando la enseñanza de la juventud, que sintió con profundo pesar la separacion de tan hábil maestro. En todos los puntos en que fijaba su residencia, á pesar de sus numerosas ocupaciones científico-literarias, consagrábase á la evangelizacion de la palabra divina, ministerio que desempeñaba produciendo grande efecto, contando siempre un auditorio selecto, á cuyo ánimo llevaba el convencimiento, arrancando frecuentemente de sus corazones resoluciones heróicas, disipando las tinieblas que oscurecieran las inteligencias de muchos, manteniendo en fin con grandeza la dignidad del púlpito. Así que era estimado de la multitud, la que idolabraba en él, defendiéndole con calor contra las acusaciones que lanzáran sobre su tersa frente mal avenidos enemigos de la religion, de la moral, del dogma, de la verdad, de la justicia, de todos los sentimientos magnánimos y generosos. Siempre el hombre recto, probo, ha de probar en esta infortunada patria de los descendientes de Adan el cáliz de las amarguras producidas por espíritus apocados, á quienes repugna lo grande y lo divino. Juan Jorge de Pritius es autor de numerosas y estimadas obras. Entre ellas debemos mencionar: sus *Sermones*, publicados en lenguaje aleman; una *Introduccion latina á la lectura del Nuevo Testamento*, de la que son multiplicadas las ediciones que existen; la mejor es la publicada en 1724, un tomo en 8.° *De la inmortalidad del alma humana contra un abogado inglés llamado Asgill*, que habia dado á luz una obra extraña y errónea, sentando entre otras máximas perniciosas que el hombre podia ser trasladado de esta vida mortal á la vida eterna, á gozar de la amable compañía de los bienaventurados sin pasar por la muerte. Publicó además una bellísima edicion de las *Obras del gran S. Macario*, en griego y en latin, que fué impresa correctamente en Leipsick, en los años de 1698 y 1699, y consta de dos volumenes en 8.° frances. Una edicion del *Novus Testamentus græcus*, adicionada con diversos discursos tan oportunos como eruditos, y de notables cartas geográficas, y fué publicada en Leipsick, en los años 1707-1724, en 12.° Una edicion de las *Cartas de Milton.—Del estado de la religion católica, apostólica, romana, en el Imperio celeste ó en sus vastísimas regiones; historia curiosa, escrita con lenguaje correcto.—De usu rationis.—De causis finalibus, in rerum essentiis explicandis, attendendis, et dilucidandis.* Hay, por último, una obra que nos pone al corriente de todo lo acaecido en la célebre controversia habida entre el grande Bossuet y el insigne Fenelon, titulada: *De amore Dei puro, in causa Fenelonis.* Además de estas notables producciones, Pritz, como redactor del diario famoso que se publicaba en Leipsick, dió á la imprenta desde el año de 1687 hasta el de 1732, en que falleció, numerosos y muy notabilísimos escritos.—N. L.

PRIULI, cardenal. Este distinguido clérigo de Roma, conocido con el

nombre de Pedro, nació en la república veneciana el 14 de Marzo de 1669. Despues de haber sido educado por su piadosa madre en las máximas cristianas, despues de haber adquirido en el país de su nacimiento las primeras nociones de las ciencias eclesiásticas pasó á la capital del orbe cristiano, centro comun de los sabios durante muchos siglos, y de donde fluian las luces á todas las naciones del orbe. Se perfeccionó en los colegios romanos en la teología y en el estudio del derecho bajo la direccion de grandes maestros, que siempre ha tenido el pontificado en torno suyo. Luego de haberse incorporado al clero romano, distinguióse tanto entre sus compañeros, que en el año 1701 fué nombrado presidente de la Cámara apostólica, tomando posesion de ese importante destino algun tiempo despues de su nombramiento. Como quiera que la importancia de ese cargo honorífico dice mucho en favor de Pedro Priuli, excusamos repetir aquí los numerosos encomios que algunos de sus contemporáneos le han tributado, dándonos por satisfechos con observar que la curia romana solo confiere empleos tan elevados á personas reconocidas por su virtud, piedad, honradez y ciencia. Hubo de cumplir con las altas funciones de su delicado encargo con grande acierto y aceptacion, cuando fué creado cardenal de la santa Iglesia romana el 15 de Mayo de 1706 por el pontífice romano Clemente XI, que en el mes de Junio del año siguiente le concedió el título y los honores de arcediano de S. Adrian. En el mes de Abril de 1708 fué nombrado obispo de Bérgamo, y proclamado para ocupar esa sede episcopal en el consistorio celebrado en Roma en el mes de Mayo del siguiente año, recorriendo como se ve con suma celeridad y asombrosa rapidez todos los rangos de la carrera nobilísima de la Iglesia. No tardó en pasar del órden de los cardenales diáconos, á que pertenecia, al de los cardenales presbíteros, obteniendo el título de cardenal de S. Marcos, que habia quedado vacante á consecuencia del fallecimiento del cardenal Luis de Priuli, y el 9 de Mayo de 1720 fuéle concedido por el Soberano Pontífice el cargo de abad de S. Zenon, que tambien habia quedado vacante por muerte del mismo cardenal Luis. El papa Inocencio XIII le concedió en Junio del año 1721 el cargo de gran penitenciario de Venecia, y no satisfecho aún con haberle concedido para premiar sus virtudes y servicios importantes á la Iglesia todos esos honores y dignidades, confirmándole en la posesion de los que venia disfrutando desde los dias de sus antepasados, le concedió el título de nobleza, no solo para su persona, sino además para toda su familia que residia en Venecia, y era conocida con el nombre de Conti. Desde entónces entre los blasones que brillaron en la casa de Conti, ocuparon un lugar preferente estos estimables títulos obtenidos por las virtudes y servicios de uno de los miembros más esclarecidos de su seno. Habiéndose trasladado á Roma con el fin de restablecer su sa-

lud alterada, pasó á mejor vida en esa capital en la edad de cincuenta y nueve años, á las dos horas de la madrugada, y á los veinticuatro de su cardenalato. Su cadáver fué trasladado más tarde á la iglesia catedral, que habia sido confiada á sus pastorales cuidados, á Bérgamo, donde fué luego embalsamado y enterrado despues de haberse celebrado suntuosos funerales en su obsequio. A medida que profundizamos más en la conducta observada con todos sus hijos, pero con especialidad con los más virtuosos y santos por la corte romana, por la Iglesia católica, por esa madre cariñosa, por ese gobierno benigno y dulce, nos complace el ver cuál se esmera en premiar las virtudes de sus miembros y la aplicacion de sus talentos. Es propio áun de la madre más vulgar el gloriarse, el felicitarse en la prosperidad y bienestar de los frutos de su vientre; solo ella ama al hombre á quien llama hijo, y á quien ve encumbrado á un puesto importante en la sociedad, con amor sincero, sin parcialidad, sin envidia; entre los demás no es extraño encontrar mezquinas persecuciones contra el favorecido por la Providencia. Mas si es grande el alborozo de una madre ordinaria al ver que brilla el genio en la frente de su hijo, al ver que presta eminentes servicios á la humanidad, es aún mayor el gozo que la madre Iglesia experimenta en las bellas disposiciones de sus hijos. No comprime sus talentos, los fomenta é impulsa, dándoles acertada direccion; no lo mira con indiferencia cuando sus enemigos levantan nubes de insultos contra su persona, deseando aniquilarles bajo el peso de su lenguaje; sobreponiéndose á todas las vulgaridades del mundo sabio ó del mundo ignorante, sigue con atenta y escudriñadora mirada la marcha del sabio, premiándole cuando es puro su celo, coronándole de gloria cuando son rectos sus deseos, encumbrándole á elevadas posiciones cuando brilla en su ancha frente el talento, cuando lleva en su corazon la religion, cuando se ve su espíritu inflamado por el amor de Dios y por la humanidad, que no pueden subsistir separados jamás. ¡Detractores de Roma, calumniadores de la corte más prudente en sus determinaciones, más sábia en sus consejos, más elevada en sus miras, mas digna en sus formas diplomáticas, más consecuente en sus doctrinas, más celosa y grande en sus fines; vosotros no habeis visto Roma, no habeis estudiado con imparcial mirada la admirable organizacion de esa corte modelo, de esa corte que difunde las luces en derredor del orbe. Si fijárais vuestro discurrir atento, si estudiárais la historia de la Iglesia, si viérais uno por uno á todos sus grandes hombres, el Vaticano os admiraria más que el antiguo Capitolio; la gran figura de los venerables pontífices, que se cobijan bajo su magnífica techumbre, os embelesaria más que todo el informe conjunto de ficticias deidades traidas del mundo conquistado cual trofeos de victoria por los cónsules; la delicadeza con que Roma trata á sus fieles servidores os pasmaria. Ah! vuestros gobiernos no

aprecian al hombre, al genio, al virtuoso, al honrado; honran solo al libertino, al adulador, al inicuo. En vuestros países, los venerables personajes encanecidos en el servicio del estado reciben quizá en su ancianidad desdeñosos insultos, renovando doblemente el dolor de las cicatrices adquiridas en los campos de la lealtad, defendiendo la patria. En vuestros tronos siéntase á menudo la perfidia, en vuestros decretos vence con frecuencia la injusticia y el engaño; en vuestros contratos internacionales domina la doblez y seduccion; en la eleccion de vuestros servidores no os guia el mérito verdadero, sino la bajeza, la torpe adulacion. El que mejor os adule, es el que para vosotros tiene más talento; el hombre honrado, que no sale jamás de la senda del deber, ni prostituye sus labios con indebidas alabanzas, es á vuestros ojos un mentecato. Los ostracismos entre vosotros son frecuentes y casi siempre injustos. Ved si hay en Roma nada de eso; ved á esos hombres que salen de la oscuridad y llegan con su virtud y talento á la cúspide de los honores y dignidades, cual sucede con la mayor parte de los esclarecidos varones de Roma y..... no insulteis neciamente á la madre Iglesia. Si en vez de cubrirla de baldon y de oprobio la escuchárais con docil atencion, la consultárais con amor la resolucion de las graves cuestiones que os agitan, en vez de perderos en el laberinto de inciertas máximas que os rodean, fácilmente encontrárais la verdad que buscais, con la antorcha luminosa que esa madre cariñosa pusiera en vuestras manos. Si en vez de buscar la fórmula del progreso, como el equivocado y sabio publicista francés, en el acrecentamiento de la vida, de la vida física por la multiplicacion de fuerzas, de la vida moral por la multiplicacion de sentimientos, de la intelectual por la multiplicacion de las ideas; si os acercárais sumisos y obedientes á la maestra de las naciones, infalible, divinamente inspirada, puesta por Jesucristo en la tierra para alumbrar al mundo moral é intelectual, pidiéndola sus consejos, sabriais que es errado el camino que seguís en la investigacion de la verdad del progreso, porque reducir el progreso á la multiplicacion de la vida, es en último resultado una operacion aritmética. Entónces saliendo de ese terreno mezquino, elevando la idea del progreso de los estrechos límites de vuestras actuales contiendas, sin necesidad de enlazarle con el doloroso tema de los intereses políticos ó de las formas de gobierno, veriais que el verdadero progreso puede realizarse con todas las formas, porque la cuestion no es de formas de gobierno; que por lo mismo su realizacion no ha de buscarse ni en la democracia, ni en la libertad, ni en los derechos imprescriptibles, ni en las evaporadas teorías de ciertos filósofos soñadores, ni en cálculos materiales de otros filósofos utilitarios; que el progreso no es ninguno de esos principios, á no empequeñecerlo de una manera deplorable y lastimosa. Sabriais entónces que el único progreso es el que los espíritus

elevados, los corazones generosos aman y reverencian, es el propuesto por el catolicismo, el sostenido y fomentado por el pontificado, el que conduce al término de un gran destino, el que es la realizacion de un gran mandato, de un mandato divino. Sed perfectos, cómo es perfecto vuestro Padre celestial: *Stote perfecti sicut et Pater vester cœlestis perfectus est.* El perfeccionamiento que ponderan los optimistas del siglo, no es el perfeccionamiento que la humanidad necesita para ser feliz. Si proponen para resolver el perpétuo problema del progreso el multiplicar los manantiales del placer, el embriagar á la sociedad en la atmósfera del regalo y del lujo, como dicen muchos, el sentido comun religioso muestra que así lo hizo ni más ni ménos Babilonia, y que Babilonia pereció; que por tanto el medio es poco original y por demás funesto. Si, como otros desean, tienden á convertir el estado en una inmensa cátedra, donde todas las opiniones tengan sus defensores y todos los absurdos sus partidarios, es necesario no olvidar que este medio es muy antiguo y por demás desdichado, cual lo publican con mudo y elocuente lenguaje los pueblos griego y alejandrino. Si, como otros sueñan, le haceis consistir en proclamar á todo trance el reinado de la materia, en aplacar la sed de riquezas, en querer vencer los imposibles y vencerlos, en tener más sed y seguir luchando, en anhelar dominios y conquistar una tras otra todas las naciones, en delirar por la gloria y ceñirse la corona del universo, necesario es tener en cuenta que el medio es pobre y evidentemente desastroso, cual lo atestiguan las cenizas confundidas hoy con la tierra y revueltas por el azadon del campesino, de Alejandro Magno y de César Augusto, que vieron realizado este sueño, vieron reunido bajo su cetro los ámbitos del mundo; y sin embargo, luego de salidos del mundo, vieron tambien sucumbidos los imperios. Si quereis, por último, hacerle consistir en traer á un tiempo sobre las sociedades modernas, todas, absolutamente todas las plagas de las viejas y antiguas sociedades; en permitir á los usurpadores que mirando á las fronteras del mundo sueñan con poseerlo; en autorizar tambien al seducido labriego, que mira con pena el último surco de su labor y el primero de la ajena, el que desee y trabaje por todos los medios imaginables, justos ó injustos, en ensanchar sus dominios; en autorizar á todos, á los discípulos y á los maestros, á los artesanos y á las clases medias, á las aristocráticas, el que rompan los vínculos poderosos que los ligan á su puesto, produciendo esas terribles ondulaciones que crecen y se agrandan amagando envolverlo todo en horrorosa inundacion, de saber es que ese es medio sobremanera anárquico, y que en vez de asentar una sociedad sobre sólidas bases, tiende á quebrantar todos sus fundamentos para destruirlo y aniquilarlo todo. Los hombres pensadores y discretos laméntanse con dolor de su alma de los estragos de esa borrasca que asoma en los horizontes del porve-

nir; y entre tanto los hombres religiosos conduélense á su vez de que esa generacion aturdida, embarazada con las enredosas ocupaciones que le producen la construccion de millares de caminos de hierro, de navíos, de cañones sin cuento, no se detenga á escuchar en su vaporosa y rápida marcha los consejos de la sábia madre Iglesia, encaminados todos á su bienestar y felicidad. Convencidos de que el catolicismo, aceptando todo lo bueno, todo lo útil, todo lo fecundo y saludable del progreso material, guarde para el sepulcro la felicidad verdadera, dulce, augusta, no pueden ménos de mirar con pena esas generaciones que marchan precipitadas á hundirse en el precipicio, en el abismo insondable, en el cáos material, sin detenerse un momento á reflexionar en las salvadoras máximas de su cariñosa, de su afectuosa y tierna madre la católica Iglesia. Por dicha nuestra oimos en otras partes voces elocuentísimas, que aunadas á las del clero, que ocupa como siempre un puesto de honor, y á las del venerable episcopado que sábia y santamente difunde la buena doctrina, se esfuerzan en convencer á la sociedad que es en vano el que corra, si no camina asida á la fe católica. Estos hombres, que salen á la palestra deseosos de servir á su patria y de proteger su hogar, y más que todo de defender la verdadera civilizacion contra la civilizacion falsa, dignos son de encomio, de que sean estudiadas sus obras, de que todos nos esforcemos en darlas á conocer á esa generacion aturdida. Colocados en la cima del monte Calvario, el punto de vista más elevado, más culminante sin disputa, que se descubre en todos los caminos de la historia, muéstrase á los modernos adoradores del adelanto desde la cumbre de ese monte el mundo antiguo del lado de allá, el mundo moderno del lado de acá. Allá en las altas regiones en que nace el sol, rodeado de nubes misteriosas, bañado de luz, donde parece que, como en un inmenso sepulcro ó sarcófago se depositan las cenizas de recuerdos venerandos, donde se guarda alguna verdad, se depositan las venerables cenizas de algun suceso magnífico. Allí nos muestran el monte Ararath, el puerto donde descansó una nave cuyas trazas habia dado el mismo Dios, y en cuyo recinto se salvó del naufragio universal el gérmen de la creacion animada. Siguiendo la marcha progresiva de las antiguas sociedades, divisamos á poco el pie de las montañas de la Armenia, cuyas purísimas auras mecieron la cuna de la humanidad, las vastas y hermosas llanuras del Sennaar, y situado en ellas el moderno observador del moderno progreso, divisa en lontananza el Jordan, de limpia corriente y aguas deliciosas y deleitosas márgenes. Desde la llanura del Sennaar, correspondiente al Asia Central, partieron un dia en direccion del Indus y del Ganges los descendientes de Rus, y formaron las dos grandes peninsulas del Indostan. Allí se alcanzaron á ver las opulentas ciudades, que daban mercancías de oro á los reyes de Judá; allí Lahore y Ma-

dure con su industria y sus templos; allí la isla de Ceylan, donde se crian los elefantes; y al otro lado del Ganges, el Parnaso de oro, la célebre y renombrada península del Malaca. Diríase que el Indostan aparece como un robusto gigante dormido entre dos rios; sus habitantes, hijos de Brahma, adoran al mundo, porque para ellos bajo la figura del mundo, el Dios se hace hombre; y el Dios-hombre, ó segun ellos el Dios-mundo, mira por la pupila del sol, respira los huracanes, tiene rayos por cabellos, y habla por los libros sagrados; pero en frente del Dios creador hay otro Dios destructor, el Dios que seca las hojas de los árboles y trae de la mano el invierno con todos sus horrores, estacion de la tristeza, para que reemplace al estío y al otoño, estaciones de la alegría y del placer; el que acerca los mares para que en ellos mueran los rios; el que empuja á la juventud en las sombras de la vejez. Por el Dios criador de los indios, todo vive; por el Dios destructor, todo moriria; mas hay en su teodicea un Dios mediador, que se trasforma para reparar, á medida que el Dios destructor se trasforma para destruir; Brahma, Chiva y Vichnu. Más adelante el Brahma, que es la luz en el sol, el resplandor en la luz, el perfume en las flores, la eterna semilla del universo, el espíritu de la creacion, su principio, su medio, en fin, el Brahma, que es lo más noble en cada especie, entre los astros el sol, entre los elementos el fuego, entre los montes el Himalaya, entre las aguas el Océano, entre los rios el Ganges, entre las serpientes la eterna serpiente que se enrosca al rededor del universo; más adelante ese Brahma se perderá en los laberintos de la mitología; de las espumas que alzan las flotas de Bengala no ha brotado aún la Venus india; el Dios del mal, que destruye lo que edifica el Dios del bien, no es aún el Saturno que devora á sus hijos; el genio de la fuerza no se llama todavía Marte; ni Bahar, la ciudad de los filósofos, está consagrada á Minerva; el politeismo en todo su desarrollo aparecerá, ya se escuchan los poemas Ramayana, Ilíada y Odisea del Indostan; Valmiki, su Homero, canta por órden del Brahma las glorias de Rama el guerrero; Brahma le ha dicho: *Canta las glorias de Rama;* y miéntras los montes descansen en sus cimientos, miéntras los rios sigan su carrera, el Ramayan será repetido por boca de todos los hombres; «y miéntras Ramayan dure, mil mundos infinitos te servirán de asilo; el poema de Rama da ciencia al sacerdote, al noble mayor nobleza, al comerciante mayores riquezas, y si por acaso le oyese el esclavo queda al punto ennoblecido.» Pasará el período épico de la India; sus cuatro castas, la de los sacerdotes salida de la boca de Dios, la de los guerreros salida de los brazos, la de los comerciantes de los muslos, y la de los artesanos de los piés; sus cuatro castas, repetimos, sometidas á un panteismo religioso, serán gérmen de una organizacion social fomentada por la poligamia. La filosofía india, el budhismo, enseña que el bien, la salud

suprema, se encuentran en la inaccion, en el sueño perpétuo, en el insondable seno de la eterna sustancia. Es inútil que en el pueblo índico busquemos individualidad, moral, conciencia, ni actividad ni libertad; es inútil que busquemos progreso; su progreso consiste en venir de su independencia primitiva al poder de Ciro, de Ciro á Alejandro, de Alejandro á los partos, luego á los tártaros y más tarde á otros habitadores de Europa ó de Africa. Recórrase con atenta mirada la historia de los antiguos pueblos, y en todos, en el índico, en el chino, en el egipcio, en el asirio, áun en el mismo griego y romano, se ofrecen á los ojos del espectador esas sociedades apáticas, sin dar grandes pasos en la senda del verdadero progreso, hasta que el Hijo-Dios, muriendo en infame patíbulo, establece una separacion radical entre los viejos pueblos y los nuevos, y con el último hálito de vida mortal que exhala entre el cielo y la tierra, impele á la humanidad á marchar con agigantado paso por la senda verdadera, inequívoca del progreso verdadero. La Iglesia, regida invisiblemente por su divino fundador y visiblemente por un vicario suyo, recibe la plenitud de los poderes para guiar á la humanidad en su marcha progresiva. Si consultais la historia de los últimos diez y nueve siglos, vereis que la Esposa de Cristo ha cumplido, al través de los siglos y á despecho de las vicisitudes, la gran mision de maestra de las sociedades, procurando su salvacion en lo eterno por el camino de su mayor perfeccionamiento en lo temporal. Habia recibido con la doctrina del Salvador los gérmenes del desarrollo del progreso científico, literario, artístico, social, y su ocupacion constante en estos diez y nueve siglos es el aplicarlos, el desenvolverlos, el cuidar de su crecimiento, de su florescencia, de su fruto, regida siempre por el romano Pontífice. El huracan de las continuas revoluciones no ha logrado aún derribar ese elevado trono; hace ya diez y nueve siglos que la barca de S. Pedro flota en el Océano de la humanidad sin que las horribles oleadas, que apellidan guerra, la hayan jamás sumergido; la navecilla boga, y boga remando por el espíritu de verdad, llevando por brújula el espíritu del Omnipotente, que desde lo alto le señala el derrotero de la gloria. Esta maravillosa asociacion, cuyos poderes se hallan admirablemente distribuidos, esta máquina, cuyas ruedas con tal destreza engranadas jamás alteran el movimiento que plugo darles al Omnipotente, obra de estudio para los sabios, siempre fatigados tras de nuevas teorías, y perpétuamente empeñados en el viejo problema de la humana felicidad. Empieza la Iglesia miéntras los tiranos rugen por acatar y practicar ante todo el mismo principio de autoridad, y adopta una forma de organizacion, una política externa, que no es rigurosamente la monarquía, ni la aristocracia, ni la república, y tiene, sin embargo, lo bueno de todas esas formas, y evita lo malo que dentro de esas formas pudiera contenerse y con

dolorosa frecuencia se contiene; es monarquía, por cuanto el poder reside en uno; es aristocracia, por cuanto á los mejores puestos son llamados los mejores; es democracia, por cuanto para todos los puestos, incluso para el supremo pontificado, son aptos todos por razon de su origen; tiene del absolutismo la centralizacion; tiene del constitucionalismo la discusion; tiene del republicanismo el sufragio. Como dentro del orbe católico hay naciones regidas por todas las enunciadas formas de gobierno, la Iglesia, que es maestra de la verdad, puede enseñar á todas con su ejemplo, mostrando á todas su accion saludable, por lo que se refiere á su sistema orgánico, á su manera de ser. A los reyes enseña la Iglesia con su poder electivo que el poder se recibe primero en el mundo y Dios luego lo confirma en el cielo; que la eleccion ó la herencia no modifican la naturaleza del poder; una vez aceptado, sometidos una vez los súbditos, el poder es la representacion de Dios en el cielo: *Omnis potestas à Deo est;* toda potestad viene de Dios, ora llegue por conducto de los que eligen, ora por la sucesion hereditaria. La Iglesia con sus congregaciones, y sobre todo con sus concilios, ha enseñado á los pueblos desde los rudimentos los sistemas representativos; les ha enseñado á discutir, á deliberar, hasta á votar. La Iglesia, elevando á las prelacías, al capelo, y áun á la tiara á los hijos del pueblo, que de tal honor se hacen dignos por su virtud y sus letras, ha definido y explicado la aristocracia, aniquilando los privilegios de raza que tanta sangre costaron á la corte voluptuosa de los Césares. La Iglesia, acatando en el último presbítero la misma potestad de consagrar el pan y el vino que en el mismo soberano pontífice, cabeza de toda la gerarquía; la Iglesia reconociendo en cada cristiano católico un súbdito, sea cual fuere su condicion, contando el número de almas, y jamás apreciando la condicion de ciudadanos ó extranjeros, de nobles ó de plebeyos, de ricos ó de menesterosos, define y explica la democracia como la santa igualdad de los espíritus ante Dios, alterable solo por la diferencia de pruebas, de obras, y el caudal de los merecimientos. La Iglesia, en fin, legislando ha dado la norma de legislar. La Iglesia, gobernando con formas peculiares, no definidas, propias suyas, con formas que no son las de los poderes temporales, y sin embargo los abarcan todos, ha dado la norma de gobernar. La Iglesia ofreciéndonos el pasmoso espectáculo de un pontífice, que se sienta en la grada más alta de la gerarquía, y se intitula siervo de los siervos, sumo sacerdote, cuya misa tiene el mismo valor que la misa celebrada por el presbítero más oscuro, da á los que mandan una leccion solemne de que no se estiman de mejor condicion que sus subordinados, ni con otra alma distinta favorecidos. La Iglesia, ofreciéndonos el espectáculo asombroso de su pontífice, que recibe la absolucion de manos de un ministro que es súbdito suyo en la gerarquía,

da un alto testimonio á todos los súbditos de que en serlo no hay ninguna humillacion; pues obedeciendo al poder justo, sea este espiritual ó temporal, obedecemos á Dios, y á Dios todos debemos obediencia, desde el pontífice sumo hasta los infelices que se agitan en las postreras capas de la sociedad. Nunca en sus actos se ha mostrado inconsecuente la Iglesia; condenando la esclavitud elevó al indivíduo; santificando el matrimonio, regularizó la familia; declarando obligaciones de conciencia la sumision al poder, y pecaminosas todas las insubordinaciones, ordenó la sociedad; ponemos á la historia por testigo de esta verdad, solo desconocida por los calenturientos espíritus que cierran los ojos á la luz esplendorosa que brilla en el azulado firmamento. La Iglesia, inspirando el sentimiento de la dignidad humana, dió la clave del progreso; porque la dignidad humana, el valor del hombre como hombre, eran ideas desconocidas en la antigüedad y del paganismo. La Iglesia no armó el brazo del esclavo contra el señor, á pesar de estarle confiado el encargo de abolir la esclavitud, porque ella condena las insurrecciones. La Iglesia quiso más bien desarmar el brazo del señor, armado de continuo contra el esclavo, porque ella condena todas las opresiones. La esclavitud no habia de abolirse con el triunfo de Espartaco; ha de abolirse con el triunfo de la cruz: no ha de hacerse el milagro con la fuerza, ha de hacerse con la doctrina, y el milagro se queda hecho. Si comparamos la esclavitud en tiempo de los emperadores cristianos, la esclavitud á contar desde Constantino, con la esclavitud de los tiempos anteriores, áun la del mismo siglo de Augusto, llamado comunmente el siglo de oro, observamos un cambio consolador, un paso felizmente dado en la senda de la justicia y de la razon. El inhumano derecho de vida y muerte ha desaparecido; se acrecientan y facilitan los medios de manumitir; se mejora la condicion de los manumitidos; se destruyen finalmente aquellas horribles fronteras que separaban unas de otras á las clases sociales; entre el ciudadano y el imperante, la frontera de la persona á Dios; entre el ciudadano y el esclavo, la frontera de la persona á la cosa. Para el ciudadano el imperante era Dios; para el ciudadano el siervo era cosa; para el imperante ménos que cosa. La predicacion y el ejemplo de los cristianos filtrándose, digámoslo así, en todas las capas sociales, realizan una felicísima regeneracion, y cambian en buen hora la faz de las familias, la faz de los pueblos, la faz del mundo entero. ¡Bendita religion que tales maravillas has obrado en la tierra! Nos haríamos interminables, si descendiendo á los detalles recorriéramos una por una las llagas profundas que ostentaba la humanidad á todas las cuales ha aplicado el bálsamo oportuno el catolicismo, presentando á la ignorante inteligencia la fe, al depravado corazon la gracia, al espíritu el amor, al rico el tesoro del cielo, al pobre el de la tierra y el cielo, imponiendo la dulzura al

imperante, la sumision á los súbditos, la libertad al indivíduo, la servidumbre al gobierno, reformando en fin todas las clases, todas las condiciones. Basta lo expuesto para convencernos de que solo al catolicismo es debido el progreso verdadero en todas las artes, ciencias, legislacion, usos, costumbres. El mundo antiguo precipitábase de abismo en abismo, y ya llegaba al borde del abismo; entónces aparece en lo alto de un monte un Redentor divino, que muestra á la descendencia de Adan el camino del verdadero progreso, y dícela: «Marcha por esa senda; las manchas de mi sangre te guiarán en ella; cuando te fatigue tu paso, fija los ojos en la cruz, y llegarás con felicidad al término deseado. A tu frente camina cual luminosa columna de nube mi Iglesia; hállase en ella mi espíritu, sigue sus pasos, obedece sus armas salvadoras; si unido á ella llegas á la eternidad, mis ángeles trasladarán sobre sus delicadas manos tu alma virtuosa al trono donde me asiento, para que sea en él coronada con la inmarcesible corona de la inmortalidad.» Hed aquí el progreso; fuera de la Iglesia se retrocede: con ella se progresa. Entended, pueblos, esta verdad.—N. L.

PRIULI (Luis), auditor de la Rota en Roma. Este ilustre personaje era tambien natural de Venecia, de la misma familia esclarecida que el anteriormente biografiado Pedro de Priuli. Sus talentos cultivados con esmero y la proteccion de sus parientes le dieron un lugar importante entre el clero de la capital del orbe cristiano, adonde se habia trasladado en su juventud, consagrando su vida al cultivo de las ciencias, y dedicándose además á las prácticas virtuosas. Ordenado sacerdote, y creado más tarde auditor de la Rota, fué elevado al rango de cardenal de la santa Iglesia romana por el soberano pontífice Clemente XI en 12 de Mayo de 1712. Recibió el capelo cardenalicio en el consistorio celebrado en 21 del mes siguiente, y el mismo romano pontífice presidió la ceremonia llamada de cerrar la boca en 1.° de Junio, y la de abrirla el 11 de Julio del mismo año. Obtuvo el 4 de Junio de 1714 el título de cardenal de S. Marcos, que habia quedado vacante por haber pasado á mejor vida el cardenal Juan Radeoto, que dignamente la ocupára por largo espacio de tiempo. El resto de su vida lo dividió entre el cumplimiento de sus funciones cardenalicias, el cultivo de la virtud, y la práctica de las obras de caridad. Segun el sentir de algunos de sus contemporáneos, si como hombre público era intachable en su conducta, como hombre privado era ejemplar modelo de las cristianas virtudes. No se desdeñaba de deponer su elevacion y grandeza para acudir á las miserables chozas donde la indigencia yacia entregada al abandono, aliviando con frecuencia su miseria con limosnas materiales, y con espirituales consuelos. Murió en Roma en 15 de Marzo de 1720, á la edad de setenta años.—N. L.

PRIVADO (S.), obispo y mártir. Los emperadores Valeriano y Galieno

que dirigieron juntos los destinos de Roma, persiguieron con tal encarnizamiento á los cristianos, que los hicieron cazar como á alimañas, buscándolos sus esbirros por todas partes que sabian podian encontrarlos para llevarlos á que su sacrificio sirviera de diversion al fanático pueblo y á sus inicuos tiranos. Los circos y los anfiteatros presentaban todos los dias espectáculos de sangre, en los que lanzados á las fieras los cristianos, solo por confesar la fe de Jesucristo, ofrecian una bárbara fiesta que aplaudia la plebe, santificaban los malvados sacerdotes de los falsos dioses, y sancionaban con su presencia los bárbaros soberanos, dignos de aquel pueblo inhumano y cruel. Queriendo el Dios de las misericordias y de la suprema justicia castigar tanta maldad, consintió que los pueblos bárbaros del Norte invadiesen el imperio cual torrente desolador, reduciendo á escombros y ceniza las ciudades de Oriente y Occidente por donde pasaron. Fueron tantos los bárbaros que salieron de Alemania con su rey Croco ó Herodes, como le llaman otros, que inundando la Francia, parecia una extensa nube de langosta que nada dejaba en pié. Retirados los habitantes de las Galias al monte Gredon, en él hubieran podido resistirse durante mucho tiempo y acaso haber vencido á aquellas hordas salvajes, si les hubiese sido conocida la estrategia; pero ya que no pudieron caer desde allí sobre los invasores, les sirvió de seguro asilo algun tiempo. Presidia á los cristianos á la sazon en esta region el glorioso obispo S. Privado, que habitaba en un pueblecillo situado á la falda de dicho monte llamado por los naturales Mimat, sitio ameno y delicioso, en el que se habia establecido la silla prelacial. Deseoso de ejercitarse en la penitencia este santo Obispo, habia dejado el pueblo y vivia en una cueva que se habia cavado por sus manos en el monte, de la que solo salia para decir misa. Cuando sus feligreses se retiraron al monte, Privado se quedó en su cueva y en ella le encontraron los bárbaros invasores. Despues de que estos incendiaron todos los lugares vecinos, sitiaron el monte y allí acamparon por espacio de dos años esperando que la necesidad les obligaria á salir de él; y que entónces los acabarian con mayor facilidad y sin riesgo suyo. Sabiendo la cueva en que se guarecia Privado, fueron gozosos á prenderle, en la persuasion de que viendo los fieles preso á su Obispo se rendirian por librarle. Prendiéronle en efecto y le encerraron en una fortaleza que habian hecho sobre un collado, entre el monte y la iglesia del prelado, diciéndole, que si querian que respetasen su vida, hiciese á sus feligreses que se entregasen. Resistióse con palabras evangélicas el virtuoso Privado, por lo que enfurecidos los bárbaros le hicieron azotar y apalear cruelmente, llevándole despues á su casa con ánimo de que variase de opinion. Como esto no sucediese, ántes por el contrario el Santo les quitase toda esperanza, le atormentaron de nuevo, y como le dijesen que adorase á los ídolos, respondió: que

solo á Dios verdadero es debido el culto, y que quien no habia querido entregarles su pueblo, ménos podian esperar dejase á Dios por los demonios. Quisieron los bárbaros convencerle, diciéndole que los soberanos y jueces que tenian, compelian á los cristianos que adorasen á los ídolos; pero confesando el Santo con verdadero sentimiento ser así, les dijo que por eso mismo habia permitido Dios que viniesen ellos para castigarlos, pues que debian tener por cierto, que la conquista y desolacion que hacian no la debian á su valor, sino á los pecados de los emperadores y á la falsa religion que profesaban. Les advirtió que era tan grande el poder del Dios de los cristianos, que podia aniquilarlos en un momento; y que así él despreciaba sus amenazas y castigos, porque importándole poco la vida en este mundo, aguardaba otra más cierta y eterna. Cansados los bárbaros de sufrir tanta tenaz resistencia, inventando mil tormentos, le martirizaron cruelmente hasta dejarle como muerto. A los ruegos del santo Obispo, que dirigió á Dios sus plegarias en este sentido, sitiados y sitiadores llegaron á entenderse y á confraternizar, y luego que ya se estableció la paz, fueron á dar las gracias á su Obispo por los beneficios que ellos mismos confesaban le debian, y todos le abrazaron llenos de entusiasmo, procurando curarlo de sus heridas. Completamente desangrado y lleno de gozo al ver libre á su pueblo, voló el alma bendita de Privado á las mansiones del Eterno, en donde solo hay goces que disfrutar y ninguna pena que padecer, ni peligro de que librarse, el dia 21 de Agosto en que la Iglesia le celebra, del año 280 de nuestra era. Los gavalitanos, inspirados del cielo, le sepultaron en su misma cueva, en donde se han verificado muchos milagros obrados por Dios, por la intercesion de tan glorioso varon, y así se ve con su vida y martirio en S. Gregorio Turonense, en las obras de Beda, Usuardo, Baronio, el Martirologio Romano y en otras.—B. S. C.

PRIVADO (S.), mártir. El dia 20 de Setiembre recuerda tambien la Iglesia otro S. Privado que fué martirizado en Perga de Panfilia, en el reinado del emperador Antonino. Véase Teodoro (S.). —C.

PRIVADO (S.), mártir. Otro S. Privado celebran los católicos como mártir el 28 de Setiembre, del cual se sabe que viviendo en Roma en los primeros años del siglo III de Jesucristo, tuvo una enfermedad que cubrió todo su cuerpo de asquerosas llagas, que le curó milagrosamente el papa S. Calixto. Sumamente piadoso, se empleaba frecuentemente en la oracion, y procuraba atraer almas al cielo con su buen ejemplo y persuasion. En la persecucion contra los cristianos del reinado de Alejandro Severo, advirtieron los gentiles su conducta cristiana y prendiéronle por sospechoso. Confesando el Santo su religion en cuanto fué preguntado, quisieron obligarle á prestar adoracion á los ídolos; pero como se resistiese á los ruegos y á las

amenazas, y maldijese á los falsos dioses, llamándoles hechuras del demonio, encolerizados los verdugos, le sacaron á las puertas de Roma y le azotaron con nervios emplomados, hasta que espiró dejando el cuerpo en el mundanal desierto en que habia recibido el ser, y volando su alma al seno de Dios para recibir el premio de su virtud. —C.

PRIVERNO (Fr. Reginaldo de), natural, á lo que se cree, de las islas sicilianas, en las cuales pasó su juventud, trasladándose más tarde á Nápoles, en uno de cuyos conventos, del órden de los Dominicos, tomó el hábito, siendo una de sus más florecientes lumbreras. Como prueba de la alta estima en que por razon de su saber, de su virtud y su elevada ciencia era tenido por los indivíduos de su Orden religiosa, bástanos decir que hallándose explicando en el colegio de Santa Sabina de Roma una de las cátedras, por el año de 1260, en ocasion en que el grande ingenio Sto. Tomás de Aquino volvió de Francia á la capital del orbe cristiano, mereció la honra de que este filósofo eminente y este profundo teólogo, este príncipe de la filosofía cristiana le dispensase la honra de elegirle por su confesor, su confidente y amigo. Refiérennos las actas de la Orden Dominicana que era tan íntima la amistad que existia entre Fr. Reginaldo Priverno y el nunca bien ponderado Sto. Tomás de Aquino, que éste comunicaba todos sus proyectos, todos sus progresos en la ciencia teológica, todas sus meditaciones sobre los arcanos divinos, á Fr. Reginaldo, miéntras este su confesor, siempre unido al grande Tomás de dia y de noche, cuidaba de que descansase el profundo teólogo, prevaliéndose de su autoridad de padre espiritual, para obligarle á distraerse de sus abstracciones metafísicas y de sus profundas meditaciones. Unas veces era Priverno el director de Tomás, otras era su amanuense, otras era su padre, otras su confidente y amigo. Acompañó á Tomás en sus expediciones á París, á diversos puntos de Italia, de Nápoles, á Roma, sin dejarle un solo instante durante su vida, y publicando despues de su muerte la *Oracion fúnebre del santo Doctor*. Miéntras Tomás regia los estudios en Nápoles, Reginaldo era su lector, es decir, uno de los catedráticos en el colegio. Entre las muchas obras que Fr. Reginaldo dió á luz, fundadas en las conferencias que tuvo con el Santo eminente, merecen citarse : *El Compendio de Teología; Tractatus de Angelis; Tractatus de Judiciis astrorum*. Este eminente depositario de los secretos más íntimos del gran Tomás de Aquino, este su director de conciencia, contribuyó en gran manera á dar á conocer muchas de sus conferencias orales, que no cuidó de perpetuarlas por medio de la escritura. Entre las numerosas que se conservan merecen leerse los escritos relativos á la Providencia divina en el gobierno del mundo, porque, despues de probar sólidamente la accion de esa bienhechora Providencia sobre todas las cosas, por los argumentos fi-

sicos y del órden moral, contesta brillantemente á las objeciones que contra ella hacen los impíos quejumbrosos y los cristianos desconfiados, ó poco reconocidos á los inmensos beneficios de su bondad. Concluida por Dios la grande obra del universo, dió una mirada á todas las cosas que acababan de salir de sus divinas manos, y las aprobó, asegurando que todas ellas eran buenas. Hé aquí pues, dicen los defensores de la Providencia, la misma sabiduría divina confundiendo de antemano las quejas ó insolencias de los que hallan que censurar en sus obras admirabilísimas. ¿Y cuál testimonio es comparable con el suyo? Muéstrenos los títulos de su autoridad científica el hijo del polvo, que se atreva á poner su sacrílega lengua en las maravillas de su Criador. Ayer nació, y mañana se esconderá en la tumba. Tiene un dia de vida, empléelo en manifestar las riquezas de su saber, y díganos cómo estarian mejor todas las cosas. Pero el arcángel San Miguel grita en los cielos: ¿Quién como Dios? ¿quién como el Altísimo? Pues si nadie se le puede comparar en sabiduría y en omnipotencia, prevalezca por los siglos de los siglos su inefable juicio. Dios ha dicho que todo está bien, y su palabra debe bastarnos. Confiemos, pues, en ella y adoremos su Providencia infalible. Por más que no sea del agrado de lectores remilgados este género de pruebas en la Escritura y la razon combinadas, el hombre sensato no ignora que no podemos darnos ligera cuenta de las cosas de Dios de otra manera más que esta, por lo que ha de sernos permitido el que con ellas defendamos la Providencia. Oigamos ántes las vanas alegaciones de los insensatos enemigos de la Providencia: dicen que hay males sobre la tierra, y que la pobreza y las enfermedades son la plaga del hombre. Mas se niega que semejantes cosas sean un mal, pues acrisolan la virtud y forman el único camino que al cielo nos conduce. El pecado es el único mal verdadero. ¿Y quién diria que este ultraje de la Majestad divina viene de ella? ¿Quién lo atribuirá á Dios, siendo así que lo prohibe y castiga con una eternidad de suplicios? Así pues, no siendo obra de la Providencia el único mal verdadero, de nada tienen que acusarla sus infelices detractores. Atrévense algunos á motejar varias obras de la divina Providencia, unas como inútiles, y otras como perjudiciales. Empero son dignos de compasion por su ignorancia. El Real Profeta les enseña que todo ha sido creado para gloria de su Criador; y recorriendo con detenimiento la naturaleza, fija su atencion particularmente sobre aquellos objetos que á primera vista parecerian inútiles ó peligrosos, y exclama: «Montañas y colinas, serpientes, dragones, animales feroces; alabad, bendecid al Señor.» Ni es verdad que haya ninguna cosa inútil, pues todo sirve para levantar el pensamiento al que las hizo; y además, no porque sean negadas y ocultas á los hombres las ventajas ó utilidades de estas ó de otras cosas, puede asegurarse que carecen de

ellas, pues la experiencia misma nos enseña que con el tiempo se descubren admirables secretos, que hasta las mismas plantas venenosas se necesitan para nuestro provecho, y de las cuales saca nuestra salud la medicina. Si hay animales feroces que son el terror del hombre, en otro tiempo no lo fueron; ántes de su pecado le hacian la corte en el paraíso como vasallos suyos dóciles y sumisos. Pero áun en ellos debemos admirar la bondad de la divina Providencia, que los cria y mantiene léjos, muy léjos de nuestras habitaciones, pueblos y ciudades, señalándoles para morada suya los bosques y los desiertos. Con esta bienhechora disposicion impide el daño que pudieran hacernos, y nos permite dormir tranquilos, sin temor á su ferocidad ni á sus garras terribles. El cuidado que tiene de mantenerlos debe tambien sernos una leccion utilísima, que nos haga confiar en que jamás nos faltarán los solícitos cuidados de su paternal Providencia para con nosotros. Y efectivamente, el mismo Señor nos alienta para esperar y confiar en ella, poniéndonos el ejemplo de los pajarillos del aire, que no siembran, ni cosechan, ni guardan cosa alguna en los graneros, sino que nuestro Padre celestial los alimenta. ¿Y qué no hará con nosotros, que somos sus hijos predilectos, mostrándose tan solícito en la manutencion y vestido de unos séres de ménos valía é importancia? Al observar algunos que no habia cabal exactitud en comparar al hombre con los pajarillos del aire, se han manifestado escasos de buen gusto y faltos de respeto á la palabra de Dios. Si aquellos obran llevados solo de su natural instinto, nosotros no podemos imitarlos con el libre movimiento de nuestra voluntad, en lo que, como el volar, es propio de su naturaleza, sino en lo más encantador y hermoso de su vida, que es el apacible abandono con que reposan en brazos de la bondad de su divino Hacedor, sin cuidarse de lo que comerán mañana. Y nosotros, que tenemos el mismo Padre celestial que esas inocentes avecillas, debiamos cual ellas no inquietarnos por el dia venidero y confiar más en aquel Dios amoroso que de conservarnos y mantenernos ha cuidado más que una madre de los hijos de sus entrañas. Otro motivo de queja contra la divina Providencia son las quejumbrosas aflicciones, que nos envia como azote de su indignacion justísima. ¿Pero cuándo se ha visto que se vitupere á un padre porque castigue á su hijo para corregirle? Si no lo hiciese, faltaria á los deberes de padre. Y no sé con qué derecho nos quejamos de Dios cuando nos castiga. Otras veces le acusamos de excesiva indulgencia si al instante no vibra el rayo de su justicia. Ora nos parece demasiado severo, ora demasiado indulgente: donoso modo de juzgar al que es dechado de sabiduría infinita! Él, para ejercicio de su justicia, tiene la eternidad, y nosotros un solo dia para ser justos. ¿Mas qué sabemos durante ese soplo de vida de los arcanos de la Divinidad? Quisiéra-

mos que castigase al punto á los que usurpan lo que no les corresponde. ¿Y querríamos que con igual celeridad se vengára de nosotros en el momento en que le ofendemos? Ah! presto olvidamos nuestras propias iniquidades. Además es un error insigne pretender comparar y regular la conducta del Dios altísimo con la pequeñez con que los míseros mortales nos medimos los unos á los otros. De Dios á nosotros, que somos barro vil, hay una distancia infinita, que ningun humano entendimiento puede salvar. Ni está el Señor obligado á poner en juego á un mismo tiempo todos los resortes de su omnipotencia. Bastábale descubrirnos de cuando en cuando algunos de ellos. Temeraria locura sería aspirar á tener delante de los ojos todo el insondable tesoro de su omnipotencia. Más alta es que los cielos y más profunda que los abismos. No obstante, á sus amigos de limpio corazon y humildes se complace en descubrirles algunas de sus adorabilísimas disposiciones; pero resiste á los soberbios, los oprime con el peso de su gloria, los ciega con sus resplandores, y se oculta en el audaz vuelo de la investigadora impiedad, que en vano le desafía. Habia el Señor impreso en el universo brillantes huellas de su poder y sabiduría, de modo que para no verlas era preciso tener oscurecidos los ojos del alma; pero muchos los cerraron con ciega obstinacion, y no reconocieron la maravillosa obra de sus manos omnipotentes. Algunos se forjaron un Dios del conjunto de materias formadas por el divino Hacedor, y otros no quisieron descubrir más que defectos en sus obras maravillosas y las atribuyeron á maléficos genios. Estos y aquellos desvariaron locamente, y en la guerra que se hacian dejaron vengada á la divina sabiduría, dejando patentizada la insania de sus propios delitos. La verdad es que el Señor en la creacion del universo se propuso ponerle un sello de grandeza y magnificencia, que revelase la sabiduría de su Hacedor soberano, y por otra parte dejó algunos como vacíos ó aparentes faltas en prueba de que no podian subsistir por sí mismos, y de que les seria necesario el concurso de la Omnipotencia divina para su conservacion, vida y gobierno. Algunos de miope entendimiento chocan con los desórdenes particulares que reinan en el mundo, porque los consideran aisladamente, y fuera del magnífico conjunto cuya armonía constituyen. No reparan en que miéntras mayores sean aquellos desórdenes y más opuestos entre sí los elementos de que se compone el mundo, más pronto debian acarrearle su postrer ruina, si no velára por su conservacion la vilipendiada Providencia. El oculto lazo que los liga y que de su misma oposicion mútua hace que resulte el órden constante y majestuoso que por do quiera admiramos, es sin duda una prueba clara é inequívoca de aquella augusta, soberana é inteligente Providencia, que lo ha establecido y conserva sin alteracion ni menoscabo, en tanto que se hunden y desaparecen las monarquías y colosales

imperios mejor cimentados en autorizadas leyes, riquezas y poderío. Pero el primer fundamento de los ataques á la Providencia son los desórdenes morales de que el mundo está lleno. Es innegable que los hay, mas su misma denominacion de desórdenes nos dice que necesariamente existe una Providencia autora del órden, al cual ellos se oponen. Y en efecto, ¿por qué son desórdenes? ¿Por qué parecen desórdenes, sino porque son contra el órden y repugnan al órden? Ahora bien, ¿quién es ese órden al cual contradicen sino la Providencia? Se insiste en que si hubiese una Providencia no se verian en el mundo tantos desórdenes, de que los hombres se escandalizan. Pero semejante objecion se disipa cual polvo, con solo considerarse que ese mismo hecho de escandalizarse los hijos del pecador Adan por lo malo que suceda, es una prueba auténtica y viva en favor de la Providencia, que no permite que la maldad se entronice impunemente y tenga autoridad de reina, sino que, como á infame esclava, la señala con un sello de ignominia, haciendo que siempre aparezca como un objeto de horror y escándalo. Veis á aquel hombre que se entrega á todos los excesos de sus pasiones? Le oireis echar la culpa á la fatalidad y á no sé qué fuerza superior con que el demonio le arrastra á la depravacion y al mal. Dios, el autor de la naturaleza, es, segun dice, quien así lo quiere. Y si le hablais de la Providencia y de su bondadosa equidad, prorumpe en blasfemias impías, porque no cree en ella y hace alarde de negarla. Pero no temais sus audaces baladronadas; si no se rinde á vuestros razonamientos, habladle de la lógica de los hechos; presentadle el ejemplo de otro hombre justo, que arregla su conducta á las leyes divinas y adora á la Providencia. ¿No es ese justo, hombre como vos, de la misma naturaleza, habitante del mismo globo, compuesto de los mismos elementos que forman vuestro sér? ¿Por qué, pues, esa diferencia en la norma de vida? Todo en el justo respira paz, bondad, dulzura y sabio ordenamiento de conciencia y de conducta. Y en vos se advierte al exterior la gangrena de vicios, que os corroe el alma, haciéndoos perder la fama y el bienestar. ¿De dónde tal diferencia? ¿No es el mismo vuestro Dios y el de ese justo? Las fuentes de su misericordia corren para todos; luego el que no bebe en ellas los raudales de las virtudes es solo porque abusa de su libre albedrío. Los buenos son para los malos un venero de gracias, que por medio de ellos quiere la Providencia comunicarles, y por lo mismo permite que vivan juntos á fin de probar á los buenos con la guerra que les hacen aquellos, y de atraer al camino de la virtud á los perversos, con el luminoso ejemplo de los que observan su santa ley. En este sentido escribia el Apóstol (*I á los Corintios, capítulo XI, versículo* 19), «que debe haber herejías para que se descubran los que tienen una virtud probada.» Si la de Noé nos parece admirable, no es tanto porque era

un justo, que fidelísimamente cumplia todos sus deberes, cuanto porque lo era en medio de una generacion muy corrompida. Mucho necesitó esforzarse para resistir al torrente de depravacion que le arrastraba á todo. Ni es ménos la ganancia de los pecadores en esa mezcla de buenos y de malos. Los ejemplos de los justos siempre alguna impresion producen en los corazones más obstinados; son para la maldad un freno que la contiene, una acusacion permanente, un aguijon por cuyo medio penetra el remordimiento en los pechos culpables y disminuyen los escándalos, obligando al delincuente á ocultarse en las sombras para cometer su crímen. El justo es para el impío una reconvencion viva de su proceder inicuo, y muchas veces es el principio y la causa inmediata de su conversion. El tema más comun de las objeciones que se hacen á la divina Providencia es la prosperidad de los malos y el estado aflictivo en que con frecuencia se ven los buenos. Pero nada la justifica tanto, nada prueba de un modo más evidente su bondad, sabiduría y justicia, como esas transitorias y fugitivas prosperidades de sus enemigos en esta vida breve y perecedera; porque es preciso que aquí reciban algunas muestras de su bondad infinita aquellos infelices á quienes su justicia castigará en los años eternos. Así como es propio de esa misma justicia inescrutable el hacer sentir su mano poderosa en su rápido tránsito por este mundo á los justos que algunas culpas tienen que expiar, y que en los cielos gozarán sin término de una felicidad completísima, en la abundancia de todos los bienes y desterrada para siempre la más ténue sombra de todo mal. ¿Y quién ménos que nosotros debiéramos quejarnos de esa admirable conducta de la divina Providencia, pues nuestro adorado Salvador nos lo predijo al decirnos: *En verdad, en verdad os digo, vosotros os entristeceréis y lloraréis, y el mundo se regocijará.* Tal es la historia de todos los siglos. Babilonia, que no conocia al verdadero Dios, era rica y prepotente, y Jerusalen lloraba en las cadenas del cautiverio. Lázaro, que ahora está en posesion del reino y de las inmortales delicias de la gloria, cuando peregrinaba por este valle de lágrimas padecia hambre cruel, y su cuerpo, lleno de llagas, no hallaba conmiseracion sino en los perros, que se llegaban á lamerle las úlceras. Entre tanto el rico Epulon, rodeado de numerosa servidumbre, comia opíparamente y se regalaba en medio de la molicie deliciosa. Mas luego cayó en el abismo, y ahora ningun alivio prestan á sus eternos dolores la opulencia y el lujo de que gozó un instante, y de que ahora para siempre está privado. Lázaro, por el contrario, ahora bendice sus harapos, su hambre y sus llagas, que le han proporcionado una felicidad eterna. Hombres hay que se lamentan de los rigores de la divina Providencia para con ellos, creyéndolos excesivos, y comparándolos con otros que padecen ménos. Esto es querer entrar en los abismos del inescrutable gobierno del Altísimo, atreverse á tomarle cuentas, llevar

la audacia de los propios juicios á una altura adonde no puede llegar humano entendimiento. No, mil veces no. Nuestra pecadora ignorancia no debe escudriñar los arcanos del Altísimo; ¿por qué hemos de fijar á Dios las leyes con que ha de gobernarnos? ¿Quién nos ha dado autoridad para decirle: *De aquí no pasarás en tus pruebas y castigos?* Cierto que el Señor no está obligado á conducirse con todas sus criaturas del mismo modo, ni se hallan todas en la misma situacion, aunque las necesidades sean las mismas, que no todos los enfermos que padecen un mismo mal han menester idénticos remedios, pues los métodos curativos no son aplicables á todas las naturalezas, y así varían segun las especiales condiciones de los enfermos. Y ved aquí el motivo porqué diversifica la Providencia sus pruebas, y á éste envia enfermedades prolongadas, á aquél persecuciones infamantes, á unos abisma en la pobreza, á otros humilla con los desprecios que de ellos hacen sus inferiores ó iguales, y ora arrebata los hijos al padre, que en ellos tenia puesta su esperanza y consuelo, ora derriba con repentino golpe al poderoso, que se pavoneaba en la cúmbre de esplendorosas dignidades. Lo singular es que todos creen que sus padecimientos é infortunios son mayores que los de los otros. Pero áun suponiendo que todos tuviesen razon al afirmarlo, á cada uno de los que así creen se les podria decir: ¿Juzgais que vuestras penas exceden á las de todo el mundo? Pues felicitáos, porque vuestra esperanza puede estar segura de hallar abierto el seno de la misericordia divina. Cuanto más se padece se puede merecer más, y cuanto mayores son las pruebas son mayores las recompensas, si á ellas nos hacemos acreedores con nuestra humilde paciencia, nuestra resignacion y nuestra filial y amorosa confianza en la bondad de Dios. ¿Quién ha tenido que sufrir más que S. Pablo? ¿Y quién se le ha aventajado en santidad? ¿Quién se imaginará valer más que él para no pasar por el mismo crisol de duras tribulaciones? Si hay personas que no se purifican en ellas, no es porque el Señor no lo haya intentado al enviárselas, sino porque ellas no han correspondido á sus adorables designios, recibiéndolas sin la debida sumision y sin sacar el fruto que el Señor se proponia en sus impenetrables arcanos. Frecuentemente levantamos el grito del dolor cuando la Providencia nos priva de los bienes que nos ha dado, y hasta parece que la acusamos de injusta. ¡Ceguera inconcebible! Como si no fuese suyo cuanto poseemos; como si no fuesen suyas cuantas riquezas hayamos recibido de su mano benéfica; como si no estuviese en su arbitrio el recogernos lo que nos pertenece y corresponde con toda propiedad. Si tenemos dinero ajeno á préstamo, llegado el plazo convenido se lo devolvemos á su dueño, dándole las gracias; y estamos léjos de pensar que obre mal nuestro acreedor al volver á tomar lo suyo. Y el Señor de todo lo criado ¿no ha de tener al ménos igual derecho? Negárselo

fuera demencia. Job nos enseña que debemos dar gracias á Dios, no solo cuando nos enriquece sino tambien cuando nos despoja. *El Señor me lo dió, el Señor me lo quitó; sea en todos los siglos bendito su nombre.* Si en las adversidades y prosperidades debemos mostrarnos agradecidos á Dios, porque tanto con estas como aquellas nos manifiesta su infinito amor, encaminándolo todo al eterno bien de nuestras almas, nos hacemos altamente criminales cuando en vez de adorar sus bienhechoras disposiciones murmuramos de ellas, y no las acatamos con la debida sumision. De las desigualdades que reinan en este mundo entre pobres y ricos, forman los enemigos de la piedad un argumento contra la Providencia divina. Pero si hicieran el debido uso de su razon, advertirian que esa decantada desigualdad es como la base y el vínculo de las sociedades. Ella es quien liga á los hombres unos con otros, haciendo que se presten mútuos servicios; ella es la madre del trabajo y de la industria, ella quien á los hijos de los pobres destina desde la infancia á aprender un oficio; ella quien levanta las casas y las ciudades con la mano de las clases menesterosas pagadas por los ricos; ella quien desafia las tempestades en las atrevidas personas de los marineros, y rompiendo las olas con la frágil quilla, lleva los alimentos y las mercancías á las naciones más distantes, poniéndolas en estrecha comunicacion unas con otras, y haciendo cosmopolitas los frutos de la tierra. ¿Qué seria de la sociedad si todos los hombres fuesen igualmente ricos? No habria quien trabajase, no habria quien se dedicase á ocupaciones mecánicas y laboriosas; los campos estarian sin cultivo, y reinando en las ciudades la ociosidad, el comercio, las artes y la sociedad perecerian. ¿Y aún se acusa á la divina Providencia de no haber criado á todos iguales? Nada prueba tanto la sabiduría y eficacia de los resortes que emplea en el gobierno y conservacion de la sociedad humana como esa recíproca dependencia que ha establecido entre los hijos de Adan por medio de las desigualdades de fortuna. El rico para comer, para el laboreo de su hacienda, para vestirse, para viajar, y en una palabra, para todo necesita del concurso, de la industria y de los buenos oficios de los pobres; y así no vive ni goza si no los mantiene. ¿Y quién sino la Providencia estrecha ese lazo firmísimo é indisoluble, por medio del cual el rico vive á expensas del pobre, y el pobre á expensas del rico, y el rico con el sudor del pobre? Motivo era este para alabarle, engrandecerle y admirarle. Callen, pues, y escondan su audaz frente en el polvo sus necios detractores. Si bien se considera, la mencionada desigualdad en nada afecta á los intereses principales del hombre. Lo que más importa á su mantenimiento, á sus mejores goces y á la conservacion de su vida y salud, es comun á todos los habitantes del globo. Para todos brilla el sol, su luz vivificante y su calor son para todos. El aire no está encerrado en el palacio de los poderosos; el fuego no es propiedad exclusiva

de los opulentos; la salud y las fuerzas escasean ménos entre los pobres. Dios y los beneficios de su santa religion son para todos; ¿por ventura el cielo se ha prometido á los ricos? ¿No son los pobres los predilectos del Altísimo? ¿Pues á qué se reducen las quejas y murmuraciones sobre una desigualdad que á nadie priva de sus intereses, de sus verdaderos bienes y de todo lo necesario á la vida y á la consecucion de la felicidad eterna. Aun en las miserias de esta region de infortunio cabe á los pobres la mejor parte, pues las riquezas muchas veces estragan la salud con el excesivo regalo y con la misma abundancia de los manjares y de los vinos, de los cuales se hallan sus poseedores en ocasion continua de abusar con grave daño muy lastimosamente. Por el contrario, la comida frugal del pobre le preserva de nocivos excesos, y su pobreza es guardadora de su salud y conservadora de su complexion robusta. A nadie falta el agua refrigerante, que no es peligrosa cual los licores de las mesas de los grandes, y Dios la ha puesto y la hace correr en montes y colinas, en valles y collados, en campos y aldeas, para que todos, sin excepcion alguna, apaguen su sed y se saboreen con su exquisita frescura. ¿Pues qué diré del sueño reparador de sus fuerzas y adormecedor de los cuidados punzadores? Más pronto llega á los párpados del pobre fatigado; y cuántas veces vela el potentado en un lecho de dolores, miéntras el jornalero duerme plácidamente! No sé en verdad adónde estan los privilegios de los señores de la tierra, cuando sus inferiores son con tanta frecuencia superiores á ellos en felicidades, y no veo porqué haya de acusarse á la divina Providencia por una desigualdad que tantas compensaciones ofrece al pobre, cuantos son los cuidados que del oro nacen como de una venenosa fuente. Ni se prevalga nadie de la impunidad en que algunos crímenes quedan en la presente vida para murmurar contra la Providencia divina, porque jamás la divina justicia deja sin castigo el crimen, que si no se venga siempre en la vida presente, es porque reserva su formidable justicia para la eternidad. Os quejais de las plagas que siembran desolacion en los campos y ciudades, de la enfermedad que lentamente consume los principios de la vida y anticipa la vejez dolorosa, de las desgracias inesperadas, de los reveses ruidosos que desde la cumbre de la opulencia precipitan en un abismo de miseria; pues creed que todas esas calamidades y atormentadores infortunios son otros tantos golpes de la justicia divina. El pecado, quien los ha provocado; el pecado, quien concita las iras del Eterno; el pecado, padre de todos los males que afligen á la sociedad. El vicio, considerado en general, tarde ó temprano sufre el merecido castigo, y cuando del cielo vemos descender el castigo, cual nube fulminante, sobre un pueblo prevaricador ó sobre un potentado culpable, reconocemos la justicia con que Dios lo envia y la admirable proporcion que guarda con los delitos, que lo

han llamado de lo alto. ¿Y nuestra vida se halla por ventura libre de esos merecidos castigos? ¡Oh cuántas veces hemos sentido la pesada mano del Señor, que nos corregia por este ó aquel desliz! Abstengámonos de murmurar de la Providencia, en vista de lo que nos dice la razon teológica.—N. L.

PRIX. Designado en latin con el nombre *Prejectus*, y tambien con el de *Projectus*, obispo de Clermont en la Auvernia, en el siglo VII, época de agitaciones europeas, á causa de las hordas salvajes que iban descendiendo en tropel de los bosques del Norte. Estos indomables bárbaros, de los cuales segun los designios de la Providencia debia formar el catolicismo una sociedad cristiana, oponian con su rústica ignorancia y sus salvajes instintos grandes dificultades al adelanto y civilizacion de los pueblos. Si habian ya descendido de los tronos del imperio romano los tiranos emperadores que mancharon su púrpura con sangre cristiana, que hicieron horrendamente aborrecible su nombre con la barbarie y horrorosos asesinatos; si los discípulos del Crucificado no sentian ya sobre su cuello la homicida cuchilla de los verdugos romanos; si habian desaparecido los potros y las parrillas; si en fin con el triunfo de la Iglesia en los dias de Constantino, quedó para siempre hasta la consumacion de los siglos ondeando el blason santo sobre las cúpulas de los templos; no por esto habian desaparecido por completo los obstáculos que estorbaban y hacian dificultoso el establecimiento del cristianismo en toda su pureza y admirable extension. Los instintos feroces de las salvajes hordas hallábanse en abierta contradiccion con los caractéres de dulzura, de mansedumbre, que ostentaba la hermosa y divina religion, que traida en manos del mismo Dios, venia á pacificar los pueblos, á dulcificar bárbaras costumbres, á hacer que los hombres fuesen mútuamente amables. Pero la ejecucion de este grandioso pensamiento solo podia hacerse á costa de la sangre de los mártires; era necesario sacrificar víctimas inocentes y puras en aras del Eterno, para conseguir el triunfo completo de las ideas católicas sobre las pasiones humanas, que se hallaban tan distantes del espíritu cristiano como el espíritu se halla distante de la materia; porque sabemos que entre el espíritu y la materia media insondable abismo. Esta es la razon porqué el santo obispo Gnesto de Clermont, el director del monasterio de Félix, el maestro de Prix, despues de haber sido elegido primero arcediano y despues obispo en el año 665, fuese asesinado á los cuarenta dias, víctima de su celo por conquistar y catolizar, digámoslo así, á las todavía indómitas gentes que poblaban ya el Mediodía de Europa. Nuestro personaje Prix fué en su lugar aclamado para sucederle, pero á poco tiempo de creado obispo de Clermont, cuando partia á una expedicion, unos asesinos enviados por los parientes de Hector Patricio, que habia sido condenado á muerte por Childeri-

co, le dieron muerte afrentosa concediéndole la palma del martirio.—N. L.

PROAÑO (Licenciado Don Isidoro), natural de Daroca, vicario de la iglesia parroquial de esa misma villa, antiquísima por cierto y conocida con el nombre de San Pedro por el año 1687. Este esclarecido eclesiástico dedicóse con especialidad al estudio de la literatura y de las investigaciones de la antigüedad, en cuyos conocimientos brilló sobre manera, siendo una de las notabilidades científicas de fines del siglo XVII. Consérvanse de su pluma algunos escritos que nos dan á conocer sus variados conocimientos, á la vez que honran á la ilustre y elevada clase del estado eclesiástico á que perteneció, siendo á la vez un testimonio de lo desacertados que andan los literatos de nuestra época, al achacar crasísima ignorancia al clero, á quien miran con ceño poco cariñoso y poco amable. Si esos sábios, formados en los Ateneos, en los periódicos y otras publicaciones de este jaez, procediendo de buena fe se tomasen la molestia de registrar algunos de los muchos catálogos de hombres eminentes que han sido publicados; convencerianse, bien á pesar suyo, del error en que se hallan al calificar de ignorante y enemigo de las luces científicas á la respetabilísima clase del sacerdocio, puesto que hallarian en esos catálogos cincuenta sábios entre el clero por uno que encontrasen en el estado secular. Como prueba de lo mucho que ilustró Proaño su patria, basta citar las siguientes obras: *Indice de las concordias, sentencias, y firmas que tienen de preeminencias algunas iglesias de España, y entre otras las parroquias de S. Pedro, S. Andrés, Santiago, S. Juan de la Cuesta, Sto. Domingo de Silos, S. Miguel de las Parroquiales de la villa de Daroca, en concurrencia con la santa Iglesia colegial de los Santos Corporales, con memorias y noticias de las antigüedades, y cosas memorables de la misma ciudad y otros puntos.* Esta obra, publicada en Zaragoza en Abril de 1689, parecerá á nuestros pedantuelos de escasa importancia, como que prueba la asercion de que el clero es la clase más ilustrada de todas las que descuellan en la historia; mas no así á los ojos de las personas sensatas, que estiman cual se merece la constancia y laboriosidad que requieren estos trabajos.—M. L.

PROAZA (Alfonso de), sacerdote y natural del principado de Asturias. Fué varon muy señalado por sus profundos conocimientos y grande ciencia, que adquirió con su laboriosidad, habiendo consagrado su juventud á un asiduo y constante estudio, consiguiendo brillar entre sus contemporáneos por su mucha elocuencia, buen criterio y sana moral. Fué ilustrado escritor, como lo prueban las pocas obras que se conservan de tan sábio sacerdote. Está considerado como uno de los más ardientes partidarios de la filosofía y doctrina de Raimundo Lulio, reputándosele en su época como uno de sus principales defensores en apoyo de sus doctrinas. Guillermo Raimundo de

Moncada, obispo Turiaconense, examinó sus obras sigilosamente, y le alaba sobremanera. Segun Escolano, en la *Historia de Valencia*, libro V, capítulo 29, párrafo 4.°, fué profesor del arte retórica en la ciudad de Valencia; con todo eso se equivoca ó engaña al nombrarle Peraza, haciéndole oriundo de Andalucía, siendo así que por todos los demás autores se le nombra Proaza, y se le hace natural de Asturias. Las obras que se conservan de su entendida pluma son las siguientes: *Oratio luculenta de laudibus Valentiæ*, que con aprobacion de las autoridades que entónces habia, se publicó con grande aplauso en el mismo Valencia en el año de 1505, impresa en 4.° en la tipografía del aleman Lorenzo Butz, en el año dicho. Tambien se publicó: *Raymundi Lullii cum Homero Sarraceno Disputationes*, que se ocupa minuciosamente en el exámen de las doctrinas lulianas, que tanto llamaban la atencion en aquella época.—A. L.

PROBO (S.), obispo. Solo hemos podido averiguar de este Santo que recuerda la Iglesia el dia 12 de Enero, que murió en este dia del año 450 entre sus ovejas; que fué sexto obispo de Verona, y muy ilustre por su santidad, y célebre por los milagros que obró Dios por su intercesion, en aquel país que fué testigo de su virtud.—C.

PROBO, obispo. El dia 15 de Marzo recuerda la Iglesia á este santo obispo de Rieti en donde falleció el año 570, habiendo asistido visiblemente á su muerte los santos mártires Juvenal y Eleuterio, de los que fué apasionado devoto.—C.

PROBO (S.), mártir. Natural de Panfilia, y de una familia rica; despreció la fortuna para poder dedicarse mejor al servicio de su Dios en la pobreza, y confesando la fe de Jesucristo, fué degollado en la ciudad de Anazarbo el dia 11 de Octubre, en que le recuerdan los católicos; del año 304, en union de los santos Tarraco y Andronico, sus amigos y compañeros. Véase Tarraco.—C.

PROBO (S.), obispo y confesor. Obispo de Rávena S. Probo, á pesar de los muchos trabajos que sufrió en la persecucion que se le hizo, logró extender la luz evangélica á muchos países cercanos á su diócesis, y despues de haber fervorizado á los fieles con su austera penitencia, murió el 10 de Noviembre, en que se le recuerda, del año del Señor 175.—C.

PROBO (S.), mártir. Tambien la España cuenta un Probo en el catálogo de sus mártires, pues que pasando al Africa, y no queriendo pasar por los errores del heresiarca Arrio, ni blasfemar de Jesucristo como queria el rey de vándalos Genserico, fué martirizado el dia 13 de Noviembre, en que se le recuerda, del año 457, en union de sus compatriotas los mártires Arcadio, Pascasio, Pablito y Eutiquiano. Véase Pascasio.—C.

PROBO. El recuerdo de los hechos de este monje nos traslada de nuevo

á esos asilos monásticos, habitados por varones no solo santísimos en costumbres, sino muy aventajados en la divina doctrina y excelentes en todos sentidos, cuyos superiores no gobernaban con soberbia á aquellos á quienes con razon llaman sus hijos por la mucha autoridad de los que mandan y por la pronta voluntad de los que obedecen, segun la pintura que de ellos hace S. Agustin: de nuevo nos vemos trasladados á esas moradas de la inocencia y de la virtud, cuyos moradores, al caer el dia, estando todavía en ayunas, acuden todos saliendo cada cual de su habitacion á oir á su respectivo superior, superior que tiene bajo su direccion tres mil á lo ménos, porque á veces es aún mayor el número, y escuchan con increible atencion, en profundo silencio, y segun los sentimientos que excita en el anciano el discurso del que habla, los manifiesta ó con gemidos, ó con llantos, ó con gozo modesto y reposado. El antiguo escritor Pithou nos presenta al monje Probo en uno de esos monasterios entregado á la oracion, á la contemplacion continuada, á la mortificacion, á la lectura de la sagrada Escritura, pintándonos su carácter con estos dos versos: *Quam prudens, humilis, sapiens, castusque fuisset, — litterâ vel lingua multa referre potest.* Ninguna lengua puede exactamente describirnos cuán humilde, cuán prudente, cuán casto, cuán sabio era nuestro monje Probo. Su conversacion, continua diciendo el mismo precitado escritor, era edificante: ilustró por algun tiempo la iglesia de Maguncia con sus escritos y predicacion de la Escritura divina; fuera larga cosa enumerar los afanosos desvelos con que se consagró á redimir almas del poder del infierno, y ganarlas para Jesucristo; no causó jamás incomodidad á nadie, ántes trabajó con gusto de todos, y dió muestras de hallarse muy favorecido por Dios. Estas son las únicas noticias que nos da Pithou. — N. L.

PROBST (Pedro), jesuita, nació el 17 de Abril del año 1699. Despues de haber abrazado el instituto de la Compañía de Jesus, se dedicó al cultivo de la lengua hebrea, considerándola como indispensable para juzgar con acierto de ciertos pasajes de la Escritura sagrada, y saber apreciar en lo que se merece la copiosa multitud de bellezas literarias y poéticas como se encuentran á cada paso en las sagradas Escrituras, escritas con todo el fuego y vivacidad del genio poético, especialmente los Salmos, los Cánticos, los libros de Job, las lamentaciones de Jeremías. Aun los ménos amantes de la religion y tradiciones de ese pueblo judáico, convienen en la necesidad que tenemos de conocer á fondo la pronunciacion y lengua hebrea, para ponernos en estado de juzgar del número y cadencia de sus poesías, del metro de sus versos, añadiendo en lo demás que no hay poetas que se semejen á los inspirados autores del hebraismo, que nos ofrecen una poesia majestuosa, que hiere con delicadeza las ocultas y sensibles fibras del humano corazon, pero sin

desvanecerle, que nos produce emociones gratas y dulces sin apelar para ello á nuestras debilidades groseras, que nos deleita sin necesidad de echar mano de cuentos ridículos, que nos da á conocer á Dios sin presentarnos jamás imágenes que sean indignas del Altísimo, que es útil por sus expresiones, noble por sus armoniosas y elevadas frases, por sus figuras vivas y animadas, y que emplea lenguaje divino y anuncia verdades divinas. Convencido nuestro distinguido jesuita Pedro Probst de la conveniencia de contribuir al conocimiento del hebreo, despues de haber empleado algunos años en la explicacion de ese antiguo idioma en los colegios jesuíticos de Gratz y de Viena, se consagró casi exclusivamente á su estudio durante la mayor parte de su vida, y dió á luz las dos obras siguientes: *Radices linguæ Hebraicæ in textu biblico frequentius occurrentes et incipientibus magis necessariæ;* dada á luz en Viena en el año 1748, y la otra denominada: *Tabulæ Grammaticæ linguæ Hebraicæ;* dada á luz en el mismo punto, en 8.° Permaneció tambien algunos años en la corte de la reina de Polonia, y desempeñó el cargo de rector de los estudios en Viena; murió en 15 de Febrero de 1750. — N. L.

PROCESO (S.) Hallamos en el gran *Diccionario histórico y geográfico* de Moreri, en el artículo que así empieza, refiriéndose al *Calendario* de Fronton, á las *Homilías* de S. Gregorio, al tomo VII de los *Bollandus*, y al tomo II de las *Memorias para la historia eclesiástica*, de Tillemont; que S. Proceso fué mártir con S. Martiniano en la ciudad de Roma en los tiempos de San Pedro y S. Pablo, es decir, bajo la persecucion del impío emperador Neron. Añade que fueron honrados en Roma como mártires del siglo IV, si es cierto lo que dice el autor del libro titulado *Prædestinatus*, que un sacerdote de la secta de los tertulianistas de Africa se apoderó en esta época de su sepulcro. Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que su nombre se encuentra en el Calendario romano del siglo IV, y que S. Gregorio el Grande pronunció una homilía el dia de su festividad. Las actas de su martirio no tienen autoridad alguna, y los martirologios señalan su fiesta el 30 de Mayo ó el 2 de Julio. — C.

PROCESO (S.), mártir. Presos en Roma en la cárcel Mamertina los santos Apóstoles S. Pedro y S. Pablo por órden del infame emperador Neron, guardaba su prision un destacamento de soldados. Entre estos habia dos, llamados el uno Proceso y el otro Martiniano, los cuales maravillados al ver los milagros que los Santos hacian en la prision sanando á cuantos enfermos de cualquier mal se llegaban á ellos, pusieron atencion á la celestial doctrina que enseñaban. Convencidos de la verdad que predicaban, la luz del Evangelio encendió sus corazones, y por un movimiento espontáneo se arrojaron á los piés de aquellos hombres celestiales, suplicándoles que los bautizasen y que saliesen de la cárcel, que ellos se quedarian en su lugar para sufrir la

pena que quisiesen darles. Acogiendo el príncipe de los Apóstoles su conversion, les confirmó en su buen propósito, y como careciese de agua para bautizarlos, hizo la señal de la cruz sobre el peñasco en que está fundada la cárcel, y brotó la fuente de agua viva que aún subsiste desde entónces, y en la cual beben cuantos visitan aquel santo lugar de gloriosos recuerdos. Bautizados con esta agua Proceso y Martiniano, quedaron afiliados desde luego en las banderas de Jesucristo, y por su consejo acudieron á recibir las aguas de la gracia otros cuarenta y siete entre hombres y mujeres. Delatados los dos soldados de haberse hecho cristianos al juez Paulino, los mandó prender y llevar á su presencia, y procuró persuadirles á que borrasen la locura que habian hecho, volviendo á venerar los ídolos; pero como no solo se resistiesen sino que apostrofaban á los dioses como demonios, les mandó golpear las bocas con piedras, quebrándoles las muelas y los dientes, á lo que los santos soldados contestaban bendiciendo á Dios. Colocado el ídolo de Júpiter sobre un altar, se les mandó le adorasen, y ellos le escupieron y apostrofaron. Irritado Paulino, les hizo desnudar y estirar cruelmente sus nervios en el tormento; pero ellos, léjos de producir gritos de dolor, cantaban alabanzas al Señor. Despedazaron sus carnes con garfios, sin que esto privase á los Santos de gozosos cánticos, y estando en esta tarea se le saltó á Paulino un ojo, y de resultas de los grandes dolores que experimentó, murió este impío á los tres dias. Pomponio, hijo de Paulino, dió cuenta al emperador Neron del suceso, diciendo que aquellos réprobos soldados por sus artes mágicas habian matado á su padre. Neron, que queria á Paulino, mandó al instante á Cesáreo, prefecto de Roma, hiciese morir inmediatamente á los dos soldados, y sacándolos á la via Aurelia, fuera de las murallas de Roma, se les cortó la cabeza. Abandonados los santos cuerpos de Proceso y Martiniano en el campo para que se los comiesen los perros, acudió á evitarlo la santa noble matrona romana Lucina, que los habia animado en los tormentos, y recogiéndolos, los ungió con preciosos aromas y ungüentos, y los enterró en una hacienda suya, desde la que los llevó á una capilla que les fabricó, y en ella estuvieron hasta que fueron trasladados á la famosa iglesia de S. Pedro, donde se conservan. Su glorioso tránsito fué el 2 de Julio, en que los venera la Iglesia, del año 69 de Jesucristo. S. Gregorio en su homilía 32 da razon de los muchos milagros hechos por Dios en los que visitaban la sepultura de estos Santos, de que tratan en sus obras el cardenal Baronio, el P. Surio, Abdon, Beda, Usuardo y todos los martirologios. —C.

PROCHORO y tambien Prochorus, discípulo de los Apóstoles y uno de los siete primeros diáconos. (Véase Berriozabal, *Instituciones de los diáconos.*) Se cree que fué autor de una *Vida de S. Juan Evangelista*, que se conserva en la Biblioteca de los Padres, pero hoy es cosa averiguada que ninguna

intervencion tuvo en su redaccion. Basta leer esta obra, que por cierto se halla atestada de innumerables fábulas, para convencerse plenamente de que ha sido escrita en tiempos posteriores, y no en la remota antigüedad, como pretenden algunos. Además Prochoro, diácono de iglesia distinta, separado del Evangelista S. Juan, ocupado en las funciones multiplicadas de su cargo, no es posible que pudiese disponer ni de los datos ni del tiempo necesario para publicarla; al ménos así parece.—N. L.

PROCLE, y segun otros Procula ó Proscula, ó Claudia Procla. Generalmente se tiene y conoce por este nombre á la mujer de Pilato. Vicente de Beauvais cita el falso Evangelio de Nicodemus, donde se la da el nombre de *Procla*. Pero en el ejemplar de este Evangelio que Mr. Fabricio hizo imprimir, en todo él no se encuentra bajo este nombre, dice únicamente: *Matrona ipsius Pilati procul posita*. Sin embargo, Malelas en su *Crónica*, Nicéforo y el falso Lucio Dextro, la nombran *Procula*. Algunos padres de la Iglesia dan á entender que creian que esta matrona temia á Dios, y que se habia salvado. Otros admiten que abrazó la fe de Jesucristo, y que se encuentra entre el número de los santos, y que durante un sueño se la apareció el Salvador del mundo; en sentido opuesto, otros creen que fué sugerida por el demonio, que la hacia dudar de todo, y al que temia no destruyese su imperio; y otros, como los primeros, la atribuyen buenos sentimientos y decision por la fe cristiana que habia abrazado.—A. L.

PROCLO (S.), obispo y confesor. Natural de Constantinopla, este Santo dedicado á las sagradas letras, logró aún siendo muy jóven, se le nombrase y ordenase de lector de la santa iglesia de su patria, y que S. Juan Crisóstomo le eligiese para secretario suyo. Promovido al sacerdocio, se santificó ante sus conciudadanos por su pureza y doctrina, y por el gran celo con que combatió la herejia en todas sus distintas fases. Esto le valió ser consagrado obispo de Cícica, en el Helesponto, el año 426; pero no llegó á tomar posesion de su episcopado, porque el año 427 fué elegido patriarca de Constantinopla, eleccion á que se opuso y turbó despues Nestorio, que le tenia por su mayor enemigo, de suerte que no pudo tomar posesion del patriarcado hasta el año 434. Suave y dulce de carácter, se distinguió por su amor á la religion del Crucificado, la que defendió siempre con ardiente celo. Amante piadoso de la Santísima Vírgen, contra la que dirigian sus tiros los nestorianos, tomó su defensa con tal calor y uncion evangélica, que logró vencer á sus enemigos, por lo que la Reina de los Angeles le honró con especiales favores. Apasionado al misterio de la Santisima Trinidad, cuyo culto queria aumentar, compuso en su obsequio el sagrado *Trisagio* que ha sancionado la Iglesia, y que los fieles cantan en todas sus mayores tribulaciones para implorar la misericordia de Dios, cuyo himno de alabanza se em-

pezó á cantar en Constantinopla durante su pontificado, con motivo de unos terribles temblores de tierra que acaecieron, diciéndose que S. Proclo tuvo una vision por la que vió que los ángeles en el cielo le cantaban ante la presencia de Dios. Su virtud y santidad le hicieron amigo de todos los sumos pontífices que hubo en su época, á los que ayudó á mantener las ovejas del Señor en la paz de la conciencia, que es un bien que solo conocen las almas justas. Murió este santo Obispo en el año 447, el dia 24 de Octubre, en el que le recuerda la Iglesia católica. —C.

PROCOPIO (S.). Natural de la ciudad de Decápolis, entró de monje á servir al Señor en un convento de Constantinopla, en el que se distinguió por su piedad y virtud. Declarándose el emperador Leon Isauro contra el culto de las imágenes, S. Procopio en union de S. Basilio, su compañero de monasterio y penitencias, combatieron la herejía de los iconoclastas con el mayor calor, por lo que sufrieron mucho de esos impíos fanáticos; pero no tuvieron la dicha de padecer el martirio, concediéndoles Dios morir en paz y sentidos de cuantos conocian su virtud, el año 750 de nuestra era. La Iglesia los recuerda el 27 de Febrero. —C.

PROCOPIO (S.), mártir. La ciudad de Alejandría se pronunció contra el emperador Diocleciano, y él en persona fué á castigar su desobediencia. Satisfecho el tirano de haberse vengado, se dirigió á Antioquía, en donde cometió mil atropellos contra los cristianos, á los que de todas veras aborrecia, y dispuso una gran fiesta, en la que honró á los dioses falsos, prometiéndoles exterminar á los secuaces de Jesucristo. Una señora de lo más ilustre de la nobleza, llamada Teodosia, que habia sido mujer de un caballero cristiano ya difunto, se presentó al Emperador con su único hijo Neanías, jóven hermoso y de grandes disposiciones físicas y morales, y ofreciendo á Diocleciano una gran cantidad de dinero si empleaba á su hijo, el Emperador aceptó el dinero y nombró á Neanías gobernador de Alejandría, mandándole extinguiese completamente á los cristianos, á cuyo fin puso tropas á sus órdenes. Neanías, que aborrecia á los amigos de Jesus, recibió con el mayor placer tan bárbara comision, y corriendo á ponerla en ejecucion, le sobrevino por la noche en el camino un temblor de tierra y tempestad tan espantosa, que los que le acompañaban cayeron al suelo medio muertos. Entre el estruendo de los truenos oyó Neanías una voz que le dijo: «¿Contra quién vas con tanta prisa?» Y como contestase que iba por órden del Emperador á acabar con los cristianos, le dijo la voz: «¿Tú tambien contra mí?» A lo que preguntó Neanías: «¿Quién sois vos?» En esto se apareció una cruz resplandeciente de fuego y oyó: «Soy Jesus crucificado, Hijo de Dios.—¿Cómo es posible que seais Hijo de Dios habiendo muerto con tantos dolores y afrentas?— Morí por mi voluntad y cargué con los pecados

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE BURGOS

de los hombres para librarlos de la muerte eterna.» Quedó Neanías tan lleno de amor á Dios, que en cuanto llegó á la ciudad de Scytópolis mandó secretamente á un platero le hiciese una cruz de oro, en la que por milagro de Dios y con asombro del artífice, se presentaron tres imágenes con inscripciones hebreas, que decian *Emmanuel* en el palo, y Miguel y Gabriel en los brazos, cuya cruz guardó cuidadosamente en su seno. Como los sarracenos robasen á cada paso las mujeres é hijas de los vasallos imperiales, emprendió la guerra contra ellos; y como oyese en el camino aquella voz misteriosa que le decia: «Confia, que soy tu Dios y estoy contigo,» arremetió contra los infieles, y sin perder uno de sus soldados les mató seis mil. Tan luego como Teodora supo la victoria alcanzada por su hijo contra los sarracenos, vino á encontrarle, deseosa de abrazarle y de acompañarle á dar gracias á los dioses por tan señalada victoria, trayéndole ídolos de plata y de oro para que los venerase. Neanías, en cuyo corazon ardia ya la llama de la divina gracia, trató de disuadir á su madre del error en que estaba adorando falsas divinidades, á las que él despreciaba; y como asombrada Teodora del lenguaje, le quisiese obligar á doblar la rodilla ante aquellos pedazos de metal, los arrojó al suelo y los pisoteó, y haciéndolos fundir, dió su importe á los pobres. La fanática Teodora, olvidada del amor maternal, acusó á su hijo ante el Emperador, diciéndole cuanto habia sucedido. Irritado Diocleciano de que se le hubiese vuelto aquel en quien más habia confiado para acabar con los cristianos, mandó al cruel italiano Justo, presidente de Palestina, que reduciendo á prision á Neanías, le obligase á adorar á los dioses, y que si no lo hiciese, le diese los más atroces tormentos hasta que perdiese en ellos la vida. Ejecutó Justo la órden del Emperador, y como viese lo inútiles que fueron sus ruegos y amenazas, le hizo atormentar en su presencia y despues volverle á la prision, donde quedó descuidado. Visitáronle los ángeles aquella noche, á los que para cerciorarse de si lo eran sacó su cruz y les hizo adorarla, lo que hicieron, y alzando su vista al cielo para darle gracias de un honor del que no se creia merecedor, vió á Jesucristo rodeado de luz, que rociándole con agua le decia: «En adelante te llamarás Procopio, no temas; pelea como buen soldado, para dar ejemplo á otros que por ti alcancen la corona del martirio.» El Santo se prosternó á los piés de Jesucristo, pidiéndole perdon de todos sus pecados, y en el momento quedó sano de todas sus heridas, y más bueno y fuerte que ántes de recibirlas. Asombrado el Presidente de verle sano cuando tan mal parado le habia dejado, achacó este milagro á sus falsos dioses, y así lo dijo á las personas que le acompañaban; pero el Santo, que queria desmentirle con un hecho público, pidió le llevasen al templo para que supiesen cuál de los dioses le habia salvado. Alegre el Presidente, creyendo que Procopio se habia convertido á los dioses, le

dejó ir solo al templo; y orando el Santo en él, rogó á Dios de todas veras que destruyese aquellas hechuras de Satanás, é inmediatamente cayeron y se hicieron pedazos todas las estatuas, lo que visto por los soldados que le habian escoltado, se convirtieron á la fe de Jesucristo. Sabido el caso por el Presidente, mandó á sus maestres de campo Antíoco y Nicostrato con órden de asesinar á los soldados que habian renegado; pero en cuanto se acercaron á S. Procopio se echaron á sus piés, heridos del amor de Dios, suplicándole les hiciese cristianos; y acompañándoles en casa de Leoncio, obispo de la ciudad, fueron bautizados, despues de lo cual murieron martirizados el 21 de Mayo, habiendo recogido sus cuerpos un cristiano llamado Eulalio, que los enterró decorosamente. Preso de nuevo Procopio y cargado de cadenas, le encerraron en un lóbrego calabozo, en el que le visitaron dos señoras cristianas, á las que se martirizó por ello. Presenciando Teodosia, madre de S. Procopio, el martirio y muerte de estas señoras, se asombró tanto del heroismo con que á pesar de los tormentos confesaban la fe de Jesucristo, que persuadiéndose que tanta constancia y tal heroismo no podia ser cosa humana sino excelencia de la religion cristiana, encendida repentinamente en amor de Dios, proclamó á voces que ella tambien era cristiana. Atónito el Presidente al ver la repentina mudanza de aquella mujer, que hacia poco que por amor á los dioses habia sacrificado á su propio hijo, lleno de ira la mandó apalear, despedazar con garfios de hierro, y por último cortarla la cabeza, en lo cual experimentó su hijo un gran placer, pues que le llenó de gozo ver morir santa á su madre. Doblemente indignado el Presidente al ver la alegría del Santo por el suceso de su madre, mandó se le diesen nuevos tormentos, como azotarle la cara con disciplinas de hierro y surcar su cuerpo con puntas agudísimas; y como nada de esto hiciese perder al Santo su valor y serenidad, enfermó y murió desesperado el impío Presidente. Sucedióle Flaviano, tan cruel como él en el empleo, y lisonjeándose poder convencer al Santo con su elocuencia y viendo que fué ineficaz, lleno de furor mandó á su criado Arquelao que le atravesase con su espada; pero al alzar éste el brazo para herirle, le faltaron las fuerzas y cayó al suelo como herido del rayo. Flaviano, desesperado, mandó volver á la cárcel al Santo, y sacándole de ella, de allí á seis dias le hizo despedazar con nervios, quemarle el cuerpo con planchas hechas ascuas y salarle las llagas, todo lo cual sufria Procopio con suma alegría. Enfurecido el juez, imaginó un ardid, mandó que sosteniéndole la mano derecha tendida hácia un altar de los dioses, le echasen en ella ascuas encendidas é incienso sobre ellas, para que vencido por el dolor menease la mano y pareciese que sacrificaba á los dioses incensándoles; pero las esperanzas del Presidente fueron fallidas, pues que sostuvo el Santo la mano como si fuera de mármol sin

menearla, cantando alabanzas al Señor que se la sostenia. Colgaron despues de los brazos al Santo, atándole enormes piedras á los piés para descoyuntarle, y despues le arrojaron en un horno encendido; pero por la virtud de la santa cruz que hizo al fuego, éste no le dañó á él y quemó á sus verdugos. Sentenciado, por fin, á muerte, le mandó Flaviano degollar, y haciendo el Santo oracion en el suplicio, pidiendo por la salud de todos los presentes, y por todos los que despues de su muerte le pusieran por intercesor, en cuyo caso oyó una voz del cielo que le dijo que Dios habia oido su oracion, tendió el cuello y le fué cortada la cabeza y con ella la vida de muerte, á la que reemplazó la vida eterna con que premió Dios su heróica santidad el 8 de Julio, en que le celebra la Iglesia católica, como lo acreditan todos los martirologios griegos y romanos. En las actas del segundo sínodo Niceno y en las obras de Nicéforo, Eusebio, cardenal Baronio, Surio y Metafraste se dan noticias de este ilustre mártir de la religion cristiana.— C.

PROCOPIO (S.), abad y confesor, religioso de la órden de S. Benito. Fué S. Procopio natural de Praga, ciudad de Bohemia, nacido de padres honestos y muy honrados, que segun su posibilidad más que mediana, le criaron y educaron en sanas máximas y virtudes, aprendiendo las letras y primeros rudimentos en Wisegrado, donde sus padres le enviaron desde Praga con aquel objeto, donde salió tan aventajado é instruido, que produjo grande envidia y emulacion á todos los estudiantes de su edad. Al cumplir los veinte años, los canónigos y clérigos de Wisegrado, que segun la costumbre recibida de la primitiva Iglesia vivian en comunidad, para mayor perfeccion en el ejercicio religioso, le admitieron en su gremio con el mayor placer, juzgándose por dichosos con tal compañía. En ella pasó algunos dias siendo ejemplo y dechado á todos; acudia con la mayor puntualidad y compostura á las horas canónicas, velaba de noche, asistiendo muchas horas á la presencia del Santísimo, cogiéndole los más de los dias en oracion los primeros rayos de la aurora, permaneciendo en ella desde el punto en que la comunidad terminaba los maitines. Era sumamente parco en su alimentacion, y áun así de su moderada porcion aún tenian los pobres mucha parte. De noche dormia poco, siendo muy limitado su sueño, y sobre una dura tarima, y cuando se anticipaba á levantarse, que era siempre, no llevaba más fin que prevenir los maitines con disciplina y oracion. Pasado algun tiempo, reflexionó que para conseguir su intento y sus virtuosos deseos la comunidad á que pertenecia no era la más á propósito, siendo muy escaso el número de los que aspiraban á la perfeccion, obrando Procopio como un ser singular, entre los que por ceremonia y forzosa obligacion pasaban la vida comun; por lo tanto se despidió del siglo y de los clérigos de aquella iglesia, se presentó en el monasterio de Breunoviense, de la ór-

den de S. Benito, casa observantísima, y donde se trataba de la perfeccion con voluntad y vocacion verdadera. Aquí estuvo, llevando adelante sus antiguos ejercicios, porque los profesaba con ánimo religioso, y no por cumplimiento ó ceremonia. Era sumamente humilde y rendido, sometiéndose á los ejercicios y obras más groseras, aunque en el camino de la perfeccion no hay bajeza, ni se pierde dignidad, porque los más humildes trabajos y ocupaciones acortan el camino y son atajos para llegar los santos á la más consumada perfeccion. Nunca desdeñaba el barrer, fregar y demás ocupaciones de este género que se ofrecian en el monasterio, pareciéndole que en su desempeño se construia una corona, y ciertamente no andaba engañado. Jamás tuvo réplica ni torció el semblante á todo cuanto le ordenaba el superior; siendo en esta virtud tan notable como en la anterior. Viéndole tan consumado varon, con tan felices disposiciones y tan rara virtud, sus superiores le mandaron ordenar hasta ser sacerdote, y el Señor comunicó y dió á su siervo tanto amor y devocion, que cuando celebraba, vertia copiosas lágrimas, recordando el mucho amor que el Salvador tuvo á los hombres y que tan fácilmente se representa con la asistencia corporal de Cristo en aquel tan sublime misterio soberano. Muchísimos dias continuó haciendo la vida cenobítica, y deseoso de entregarse á la soledad aislado en un yermo, costumbre permitida y tolerada en la órden de S. Benito, pidió humildemente licencia al abad para llevar á cabo su propósito, y se la otorgó con la mejor voluntad, porque bien comprendia la santidad y virtudes del sugeto á quien se la concedia, si bien al mismo tiempo le fué muy doloroso y sintió el privarse y carecer de tan buena compañia. Habia junto al rio Susacha una gruta ó cueva, que era muy á propósito para los fines que se habia propuesto, mas infamaba aquel local la persistencia en permanecer en él con su horrible presencia un demonio, que habia sido venerado en aquel abrigo muchos siglos de gentilidad, y aunque en aquella actualidad estaban convertidos los bohemos á la santa fe católica, el espíritu del enemigo perseveraba y acometia á los que pasaban por la ribera, y sus espantosas voces resonaban por todo aquel ámbito extendiéndose á larga distancia. En sitio tan poco adecuado tuvo el Santo valor para entrar y establecerse, y si bien le temieron en los principios, el demonio se rindió viendo el modo penitente de portarse el Santo Procopio; y así fué que un dia, despidiéndose despechado de aquel retiro del que pretendia el derecho de posesion, fué tanto el ruido y espantosa confusion que causó en lo cóncavo de aquellas peñas, que parecia un terremoto que conmovia todo aquel terreno en disposicion de desquiciarlo todo, y de destruir á los hombres con el derrumbamiento de las colinas y de los peñascos. A pesar de este simulado trastorno de la naturaleza, el Santo permanecia sosegado é impasible, como

si lo que se ofrecia á su vista fuese efecto de los fabulosos encantamientos que cree la ignorancia. De todos modos las luchas y batallas á que tuvo que hacer frente y que á solas le ofrecia el enemigo infernal, solo pudo vencerlas con las penitencias excesivas, el dormir constantemente sobre el duro suelo, el rigoroso ayuno, sustentándose solo con yerbas y raices, ayudándole al mismo tiempo los favores que el cielo le dispensaba y que regala á sus siervos, que le sostenian en aquella amarga afliccion y conflicto. Acostumbraba un ciervo llegar á la cueva, y hacia al Santo compañía en aquellas soledades, con quien pasaba muchos ratos alabando al Señor, observando y viendo en estos irracionales el reconocimiento á los beneficios que se les hacia, el cual suele faltar la mayor parte de las veces en los hombres. Ocurrió un dia que estando paciendo el ciervo, en ocasion que el príncipe Viderico de Bohemia habia salido á esparcir el ánimo con el ejercicio de la caza, cansado de recorrer aquellas selvas, se paró á la sombra de una haya, sin haber podido este monarca y sus monteros descubrir caza en todo el dia. Cuando más cansados y descuidados se hallaban, se presentó repentinamente el ciervo y dió con la gente de Viderico que, aunque rendidos, al punto se levantaron, codiciosos por seguir y hacerse dueños del ciervo; mas éste cruzando rápidamente entre las malezas, llegó veloz á ampararse donde estaba su santa compañía. Siguiendo el rastro, llegó el príncipe y halló al Santo, que por ejercicio estaba cortando los brazos de una encina vieja, y junto á sí el ciervo domesticado, echado junto al breviario á la vertiente de un arroyo; más aquejado venia el príncipe de la sed, que deseoso de la caza, y así saludando al Santo, cortés y con veneracion á su hábito, le pidió un vaso para beber de las cristalinas aguas de aquel arroyo. Sacó el siervo de Dios uno de corcho muy capaz, y llenándole de la apetecida agua, se le presentó á Viderico, que con ánsia le tomó de sus manos; entónces S. Procopio le echó la bendicion, para que su frescura no perjudicase á la salud del príncipe, que venia sudando y fatigado de aquella carrera; bebióla en seguida, y se encontró que el agua con aquella señal saludable se habia convertido en excelentísimo vino, y afirmó con todas veras que jamás en ningun convite ó festin lo habia bebido tan superior ni delicado, que con aquel pudiera compararse. Se pagó mucho y agradeció la accion de S. Procopio, y tan liberal como religioso, edificó allí mismo un monasterio de la misma órden de S. Benito, al gran precursor de Cristo, dotándole con mano real y gran ostentacion. En seguida acudieron al magisterio de S. Procopio varios discípulos, á quienes dió el hábito y enseñó la vida monástica y observancia regular, siendo este nuevo convento de los más observantes y ejemplares de aquel reino. Era este Santo muy afable y humilde, ejerciendo tal influencia para inclinar á sus religiosos al camino de la penitencia,

que como era el primero que por él discurria, con facilidad suma le hacian los demás compañía. Si les faltaba alguna prenda de vestir, al punto se despojaba de ella para cubrir aquella falta, desterrando de este modo la odiosa murmuracion. Nunca se mostró ni presentó á sus monjes con semblante desabrido, con todos era afable y alegre, y de este modo poseia sus corazones y su voluntad. Con los seglares que acudian á su casa era agasajador y muy urbano, consiguiendo que todos le quisiesen y respetasen; sanaban sus enfermos, que acudian en grande número y con frecuencia para conseguir el beneficio de mejorar de sus dolencias y volver al apetecible estado de salud, presentándose para este objeto con la mayor fe y devocion. Entre otros llegó un sugeto, que habia consumido su hacienda y sus recursos para procurarse medicinas, sin haber conseguido otra cosa que exacerbar su dolencia, que consistia en unos dolores profundos é internos, que muchas veces le privaban de sentido. Pidió al Santo socorro á su afliccion y pena, y suministrándole un vaso de agua, al que echó su bendicion, se halló en breve espacio sano y libre de sus tormentos. El doliente agradecidísimo, se arrojó á los pies de su médico para besárselos; pero la humildad del siervo de Dios no lo permitió, alargándole sus brazos con el mayor amor, atribuyendo esta maravilla á la señal de la cruz. En otra ocasion le llevaron un hombre que se habia hecho pedazos una mano á consecuencia de una caida, extendiéndose el quebranto al brazo, cuyos huesos estaban triturados y como demolidos; se los juntó y conformó el Santo, y en seguida tomando aceite de la lámpara que alumbraba al Santísimo, le uncionó desde el codo hasta las puntas de los dedos, y conforme iba pasando la mano, se fortalecia el brazo, de tal suerte que quedó aquel miembro como si nada le hubiera acaecido. Tambien dió vista á un ciego, que reclamaba por su intercesion tan gran beneficio, con solo hacerle la señal de la cruz sobre los ojos; y si hubieran de referirse sus muchos milagros, seria ocupacion casi interminable; por lo tanto bastarán los manifestados para conocer la gran predileccion con que le estimaba el Señor. Le dió igualmente el Altísimo gracia para saber y anunciar lo que estaba por venir, y siendo poseedor de este espíritu de profecía, manifestó cuando estaba próxima su muerte, y tres dias ántes mandó llamar á dos discípulos suyos, Bilo y Emerano, á quienes declaró su cercana partida, y en seguida les ordenó algunas cosas que habian de ejecutar cuando él llegase á faltar y abandonase esta vida terrenal. Luégo mandó llamar á la comunidad, y con lagrimas recíprocas previno su partida, anunciándoles que miéntras durase el reinado del príncipe Bratislao, aquella casa seria respetada y muy favorecida; pero que muerto este monarca, entraria un lobo de la Iglesia, el cual con máscara de necesidades supuestas de sus súbditos, les destruiria con gabelas, contribuciones y pedidos cuanto

les habian dado sus devotos antecesores: les dijo igualmente que este príncipe se llamaba Espigtineo, que sería mónstruo rigoroso y cruel para con la Iglesia, á pesar de su brillante porte, aparato y favorable aspecto; pero que se consolasen, que despues le sucederia otro príncipe que volveria su lustre y esplendor á aquella casa; todo lo que pasado el tiempo vieron confirmado por experiencia. Hechas estas advertencias, recibió con edificante piedad los santos sacramentos, y dió su alma al Señor el dia 1.° de Abril del año 1053. Pasados algunos años, ocurrió que un favorito del rey de Bohemia principió á ser perseguido de sus émulos, sin causa aparente ó conocida, de modo que le fué forzoso escaparse á uña de caballo; sus contrarios le perseguian sin descanso para darle muerte en los dias más calorosos del mes de Agosto. Llegó el desgraciado perseguido al rio Susacha, y acordándose de S. Procopio, le pidió ayuda para atravesar el rio, que es muy rápido y profundo; en el momento ocurrió la gran maravilla de helarse el rio, y apeándose el caballero, llamado Libassa, tomó de las riendas al caballo, y pasó á la opuesta ribera á vista de sus burlados enemigos, los que viendo un caso tan raro é incomprensible, y desanimados en su persecucion, se volvieron atrás furiosos por no haber conseguido su propósito. El caballero refirió detalladamente el caso á los monjes, y este suceso se autorizó para gloria del Señor y honra de S. Procopio. Algun tiempo despues se apareció el Santo á Blasio, prior de aquella casa, y le mandó fuese á Roma y pidiese al Pontífice le canonizase, porque deseaba y era gusto del Señor se le diese esta honra. Partió el prior á Roma y se avistó con el Papa, que á la sazon lo era Inocencio III, á quien pidió la canonizacion de S. Procopio Abad. El Pontífice, sin otros antecedentes, se detuvo y manifestó muy remiso para tomar en consideracion lo que se le pedia, y despidió á Blasio sin la menor promesa ni consuelo; mas aquella misma noche se le apareció al papa Inocencio S. Procopio, y le repitió la misma peticion que el prior Blasio, diciéndole que era gusto de Dios le hiciese aquella honra. Sorprendido y maravillado el Pontífice, al otro dia trató muy de veras y con el mayor ardimiento de esta causa; y en el acto y estando presentes trece cardenales, despues de hechas las diligencias acostumbradas y haber celebrado la misa, puso en el número de los Santos á S. Procopio. En seguida despachó á Guido, presbítero cardenal, á Bohemia, para que pusiese en ejecucion honor tanto, año de 1204, celebrando en Roma la fiesta con suma alegria y alborozo. Llegó el Cardenal legado á Bohemia, y se aposentó en el monasterio de S. Juan, y exhumando las reliquias, fué tan admirable el olor que exhalaban, que embalsamaron la atmósfera. Se verificaron en este dia, y á presencia de Guido, muchos y maravillosos milagros, porque tocando las santas reliquias, algunos ciegos recobraron su vista, pies los cojos, brazos y manos los man-

cos y tullidos, los enfermos salud, y áun algunos endemoniados que asistieron á aquel acto quedaron libres del enemigo. Todo se autorizó con la presencia del Cardenal, que fué honroso testigo. Dijo la misa, y concedió como legado indulgencias á los que visitasen el santo cuerpo, y despues el ornamento con que se hizo el oficio, que era riquísimo, mandó el Cardenal se conservase y fuese para servicio de S. Procopio. Fué hecha esta canonizacion á 2 de Junio, como trata y dice Hubion, año de 1204. Así fué que este Santo fué ilustrísimo en fama de santidad y milagros, y muy célebre por los méritos de su predicacion apostólica que tanto bien y fruto conseguia en las almas. Pero como ni áun los Santos pueden huir de la licencia y desenfreno de las lenguas del ignorante vulgo, tampoco se eximió San Procopio de las saetas envenenadas de las malas lenguas; y así jugando con el vocablo y pervirtiéndole y mudándole, le llamaron Protcorbio, en latin *Protcorbius*, y en aleman *Prodforb*, nombre muy injurioso, recibiendo este baldon en pago de los muchos beneficios que hizo á los habitantes de Moravia. Pero cuanta mayor fué la paciencia y resignacion del Santo, tanto más grande fué el castigo que Dios obró en aquella mal aconsejada gente; porque estando un dia haciendo burla, befa y chacota del Santo públicamente y con el mayor descaro, envió su Divina Majestad un fuego del cielo que, apoderándose de la ciudad de Olmutz, redujo gran parte de ella á cenizas, y amedrentados aprendieron con tan rudo castigo á tenerle el respeto y agradecimiento debidos, venerándole como á Santo. Puede agregarse al número de los milagros referidos, uno, quizá el más digno de conservarse á la posteridad, que en resúmen se reduce á que caminando una vez este Santo en un carro, el demonio le quitó una rueda pensando estorbar con aquella estratagema el buen fin y el aprovechamiento de su predicacion. Pero el Santo conociendo su malicia, le mandó imperiosamente, y por virtud de Dios, que hiciese el oficio de la rueda; y Satanás, á pesar suyo, sufriendo la afrenta, suplió é hizo el oficio de la rueda, prosiguiendo el Santo su viaje sin otro contratiempo. Su feliz tránsito, como viene dicho, se verificó en 1.° de Abril, y el 4 de Julio se celebra la traslacion de su santo cuerpo. Es patron de la sobredicha ciudad. — A. L.

PROCOPIO (S.). De este nombre señalan los martirologios un Santo que padeció martirio á principios del siglo IV por los sectarios del cruel emperador romano Diocleciano, porque no quiso doblar la rodilla ante los falsos dioses, y profesaba la religion cristiana confesando á Jesucristo. — C.

PROCOPIO DE CESAREA. Fué arzobispo de esta ciudad en Capadocia, y solo se sabe de él que tomó partido por Photius en el concilio que se celebró en Constantinopla el año 879 de nuestra era. — C.

PROCOPIO (diácono). Fué diácono y autor de algunos panegíricos de

Santos que quedaron manuscritos, á excepcion del de S. Márcos, que se insertó en la *Coleccion de los Bolandistas* y en la *Biblioteca de Predicadores de Cambesis.* — C.

PROCOPIO (El sacerdote). Hace mencion Daunou de este eclesiástico diciendo en su artículo de los *Procopios* de la *Biografía universal francesa*, que parecia ser el verdadero autor de un *Tratado sobre los doce Apóstoles y los setenta y dos discípulos de Jesucristo*, que se atribuyen generalmente á Doroteo, obispo de Tiro. — C.

PROCOPIO. Emprendemos la biografía de uno de los primeros y más ilustres mártires de la Iglesia católica, que llenos de fe ardorosa, derramaron hasta la última gota de sangre de sus venas en defensa de la verdad del Evangelio, mereciendo de este modo el título de testigos, título por cierto que les cuadra perfectamente, en razon á haber sellado con su propia sangre y existencia la verdad que juraron, y constituyendo uno de los argumentos más incontrastables en pro de la religion que defendian; argumento poderoso que unido á los de la Iglesia, la tradicion y demás llamados teológicos, dejan fuera de toda duda la indisputable veracidad del catolicismo. Nuestro personaje y santo Procopio nació en Jerusalen, antigua metrópoli del pueblo rebelde, acariciado por Dios. Pasada su infancia contemplando los lugares santificados por la presencia y sangre inocente del Salvador, en visitar los sitios en que el adorable Salvador de los mortales oró, fué arrastrado, abofeteado, sentenciado, crucificado, azotado, muerto, resucitado y ascendido al cielo entre alados querubines; Procopio se retiró en su adolescencia á Rethlan, llamada tambien Scytopolis, donde prévias las competentes instrucciones, fué ordenado de lector y exorcista. En vista de sus profundos conocimientos en las lenguas y muy especialmente en la hebrea y siro-caldea, fué encargado de la enseñanza de estos dos idiomas hebreo y siro-caldeo en calidad de profesor ó catedrático. En todos los actos de su vida se nos muestra este personaje modelo de sublimes virtudes y heróicas acciones. Su delicadeza de conciencia en la enseñanza hizo que los discípulos fueran aventajadísimos; su virtud fué sublime, dice un encomiador suyo; guardó perpétuamente continencia, virtud tan hermosa y que brilla tanto en la frente del católico; fué paciente, sobresalió en la práctica de las más austeras virtudes y en las primeras maceraciones. Si bien era eminente y profundo en los conocimientos relativos á las costumbres é idioma griego, todavía descollaba más en el estudio y conocimiento de las Escrituras divinas, cuya lectura y contemplacion eran su ocupacion favorita, á la vez que el alimento y sosten fortísimo de su alma, para arrostrar las innumerables penalidades de la vida azarosa, que por sus tiempos arrostraban los católicos, á causa de la negra y horrible persecucion de los tiranos. Los horrendos

é inhumanos y bárbaros edictos del emperador Diocleciano, fulminados en odio del cristianismo, le obligaron á abandonar á Rethlan para refugiarse de nuevo en la Palestina, á cuyo punto pasó en el mes de Abril del año 303. Fué, como ya lo hemos indicado, el primero entre los discípulos del Crucificado en aquella época, durante la horrenda persecucion diocleciana, el que derramó su sangre por Jesucristo, al pie de cuya cruz bendita habia exhalado su primer suspiro y pasado los hermosos años de la juventud. Conducido entre soldados á Rethlan en compañía de una muchedumbre copiosa de cristianos fervorosos, despues de haber sufrido tormentos crueles en este punto, fueron de allí conducidos á Cesaréa, donde se les intimó la órden de quemar incienso ante los ídolos, ó por mejor decir ante los emperadores, que tenian la horrible presuncion de hacerse adorar como dioses, exigiendo de las innumerables frentes que se humillaban en su presencia villanamente homenajes y adoraciones profundas. Era su solo placer el ver que á su presencia las rodillas del mundo se doblaran; junto con la crueldad les habia comunicado el gran revolucionario del cielo, Lucifer, ese orgullo desmedido, que para saciarse le era preciso la adoracion. Procopio, en su nombre y en el de sus compañeros, protestaron contra tan vandálica exigencia, rehusando no solo las adoraciones, sino hasta las deferencias á los despóticos emperadores, y confesando con elocuente voz la religion del Crucificado. Como estaban acostumbrados á no encontrar resistencia en parte alguna, como por otra parte tenian en uso asesinar miles de personas por solo un antojo, nada tiene de particular que Procopio, que se habia opuesto con tanto teson á las exigencias crueles del cacique, fuese inmediatamente dispuesto que le condenasen á la pena de la decapitacion, como así se efectuó. La Iglesia griega honra á S. Procopio con el título y distintivo de *gran mártir*. El historiador Eusebio ha escrito las actas de su martirio, refiriéndonos como testigo ocular cuanto pasó en su ilustre y distinguida existencia, siendo de esta manera elevado á la categoría de los mártires cristianos en calidad de un campeon de primer órden entre ellos. Es sin género alguno de duda, cual lo hemos manifestado en el comienzo de este artículo biográfico, el mártir que ostenta honrosas cicatrices en su rostro, uno de los argumentos más sólidos é incontrastables en apoyo de la verdad de nuestra santa religion, y así al escudriñar las razones, ó sean los motivos de credibilidad que los que nos preciamos de discípulos del Crucificado podemos tener para afianzar nuestra fe, debemos parar mientes algun tanto en esas nobilísimas personas de ambos sexos y de todas condiciones, que convencidas de una idea, ilustradas por ella, mueren con heróica fortaleza por no profanarse ni con un solo acto, que no estuviese conforme con la augusta religion del Crucificado. Aun cuando solo miráramos la fortaleza de ánі-

mo, el heroismo del sufrimiento, que es sin duda mucho más sublime que el heroismo del combate; áun cuando proscribiéramos del número inmenso de mártires, de sus atroces tormentos, de su invicta constancia, de la cualidad de estas víctimas divinas, que eran en ocasiones ancianos decrépitos, viejos caducos, débiles mujeres, tiernas doncellas, tiernos y meticulosos niños, cuando marchan impávidos á morir por su fe, cual denodados guerreros, á quienes no intimidan los más tormentosos peligros; áun cuando quisiéramos emprender la enojosa y desagradable tarea de aducir ficticios testimonios para negar que haya sido tan crecido el número de los mártires, como lo han hecho, en estos últimos años especialmente, los detractores de la fe santa, sin tener en cuenta que sus negaciones no bastan á borrar las eternas páginas de la historia, ni conduce más que al ridículo el combatir hechos confirmados por numerosas pruebas, y que es temerario empeño querer apagar de un soplo el sol eterno de la verdad; áun cuando negáramos todo esto, oponiéndonos á las luces de la filosofía y de la historia, todavía sería digno de atencion mesurada y grave de parte de los pensadores ese acontecimiento, ese espectáculo portentoso, presenciado en los primeros siglos de la Iglesia, de una inmensa muchedumbre de personajes, opulentos y menesterosos, fuertes y débiles, que derraman á raudales su sangre en defensa de una idea. ¿Cómo se concibe fenómeno tan extraño? ¿Qué explicacion puede aducirse satisfactoria para darnos cuenta de esta maravilla, si no elevamos nuestra razon á superiores regiones, pidiendo al cielo nos ilustre para explicárnosla? Hase dicho, ligera y frivolamente, que el entusiasmo por una idea puede producir semejantes maravillas y estos desusados efectos... Hase dicho que la rápida y pasmosa difusion del catolicismo se debió, entre otras cosas, muy principalmente á la persecucion de los tiranos, puesto que es bien sabido que el mágico secreto de prosperar una causa es precisamente el hallarse combatida, contrariada, el poderse presentar sus defensores con honrosas cicatrices que acrediten profundas convicciones, ó invicta constancia en sostenerlas. Conviene ante todo que nos hagamos cargo de este argumento efímero y especioso, que se nos presenta por los enemigos del catolicismo con aire de triunfo. Las actas de los mártires no son devotas leyendas, inventadas para entretener el ocio de los desocupados, para nutrir la piedad de los fieles, ó adornar los estantes de los sabios, son documentos que han pasado por el crisol de la crítica más severa. Ahí estan Ruinart, Mabillon, Natal Alejandro, Fleury, Tillemon, Papebrochio Holstenio, y muchos otros críticos, nada sospechosos por cierto de excesivamente cándidos, de crédulos en demasía, y que eran sin duda muy competentes para éste género de trabajos, á causa de su vasta erudicion, de su refinado discernimiento. Ahí está la inmortal ciudad de Roma, que ella sola

es un argumento irrefragable en confirmacion de la inmensa muchedumbre de mártires católicos. Oigamos, ántes de pasar á otra cosa, lo que nos dice el historiador y poeta Prudencio, que nos habla ya en su tiempo de los subterráneos de la ciudad eterna, que son por cierto digna peana de la cátedra de San Pedro, que descansa sobre una tierra bañada con sangre inocente, y sobre unos sepulcros habitados por los puros de corazon, cándidos de alma, limpios ó inocentes. «Vimos, dice Prudencio en hermosos versos latinos, en la ciudad de Romulo, innumerables cenizas de santos. Si preguntas, oh emperador Valeriano, por las inscripciones de los túmulos y los nombres de las víctimas, difícil se hace el responderte: ¡tan grande es el número de los justos sacrificados por el furor impío de Roma idólatra! Hay en muchos sepulcros algunas letras que nos indican el nombre del mártir ó contienen breve alabanza; pero hay tambien mármoles mudos que encierran silenciosa muchedumbre, y que solo significa el número. ¡Cuántos cúmulos de cadáveres sin ningun nombre! Acuérdome que en solo un lugar ví las reliquias de sesenta, cuyos nombres solo conoce Cristo.» El insigne poeta español, nuestro compatricio Prudencio, hablaba ya así en los dias de Valeriano, esto es, en el siglo IV de la Iglesia, por donde se desprende sin grandes esfuerzos, que ya en aquella época causaban los subterráneos de Roma la profunda y religiosa veneracion que producen en nuestros dias al viajero, que visita la estancia majestuosa del soberano Pontífice que ostenta en sus angélicas manos las llaves del paraíso. Neron, Domiciano, Trajano, Antonino Vero, Severo, Maximiano, Decio, Valeriano, Aureliano y Diocleciano, son diez tiranos, que simbolizan otras tantas persecuciones, en que se cometieron horrendas atrocidades; y nótese bien que no se limitaba la sangrienta persecucion á este ó al otro punto determinado, sino que se extendia por el ámbito entero del imperio, por todas cuyas partes eran enviados emisarios sanguinarios, con una mision de sangre y de horrores, con órdenes terminantes y expresas de asesinar bárbaramente á cuantos se oponian al culto de los ídolos y obediencia á los emperadores y lo relativo á asuntos religiosos. ¿No os habeis estremecido jamás, con estremecimiento horroroso, al leer en los autores contemporáneos las tremendas escenas que ofrecia á cada paso la crueldad de los perseguidores luchando con la firmeza de los mártires? No os habeis sentido poseidos de justa y santa indignacion al contemplar sentados en trono de marfil, rodeado de mares de sangre, tiranos como Neron, verdadero aborto del infierno, destituido de todo sentimiento noble, de toda ternura, de toda compasion, que contra todas las leyes y prescripciones naturales, aborrecia á su misma madre, en cuyo seno bebió el dulcísimo néctar de la vida, asesinando diabólicamente á la mujer que en los placenteros dias de su infancia le habia acariciado, le habia velado,

y no satisfecho con tamaña barbarie, tiene la horrible complacencia de contemplar impasible y sereno el incendio general de toda la ciudad de Roma, que él mismo habia ordenado; y no contento con esto, dispone con órdenes apremiantes la dispersion de todos los que ostentasen en su frente purísima el honroso distintivo y emblema del catolicismo. ¿De dónde salieron mónstruos tan espantables y aborrecibles? Vióse jamás religion alguna sometida á tan dura prueba? ¿No os habeis arrobado en innumerables ocasiones al escuchar las vidas de los héroes del catolicismo, el teson admirable, la extraordinaria indiferencia con que estos ilustres atletas miraban los mayores tormentos, la severa dignidad con que contestaban á los dioses del mundo: No es lícito, Jesucristo es nuestro Dios; ese que á vuestros ojos es infame malhechor ha rescatado al mundo con su sangre preciosa, ha bañado la tierra con suavísimo rocío, ha hecho germinar esa multitud de pueblos que hoy adoran su bendito nombre por haber traido á la patria de los infortunados descendientes de Adan, la paz, el amor, la dicha, la ventura; adoradle vos? ¿Mostróse jamás la humanidad elevada á una altura tan inmensamente superior á sus frágiles é impotentes fuerzas? ¿Quién ponia palabras de fuego en los labios de esos niños, que apénas sabian balbucear? ¿Quién mantenia firme la planta de la tierna doncella ante el formidable aparato de un mónstruo cubierto de hierro, velado por inhumanos verdugos, á la vista de los potros, de las parrillas, de los estremecedores instrumentos del martirio? ¿Quién impelia á la madre veneranda á despojarse de su amor maternal, que tanta fuerza tiene sobre ella, á consentir y autorizar gustosa la pérdida del fruto de su vientre, cuya crianza la costára vigilias penosas, momentos, dias, años, temporadas tormentosas, con tal de que pudiese presentar en aras de una idea un óbolo, el sacrificio más generoso de lo que ella amaba con frenesí, de lo que era su consuelo, su dolor, su placer, la mitad de su existencia? ¿Quién reanimaba la frente anublada del anciano, que al oir el pregon del emperador abandonaba su hogar para siempre, se presentaba á los pies del emperador, le apostrofaba con modo desusado, todo por una idea? ¡Qué admirable! Sentada esta verdad con las ligeras observaciones que preceden, veamos qué es lo que hay de cierto cuando nos dicen: El entusiasmo por una idea puede producir estos efectos asombrosos. Ciertamente; no negamos que en casos dados una persona pueda exaltarse de tal manera por una idea, afecto ó interés, que llegue á sacrificar cuanto tiene más caro en defensa de sus convicciones, su misma existencia. No nos sería nada dificultoso enumerar cien ejemplos históricos, ora anteriores á las edades cristianas, ora posteriores, que apoyasen esta verdad. Mas no se trata de averiguar la mayor ó menor intensidad, el mayor ó menor grado de fuerza y energía moral de un indi-

viduo determinado, poseido vivísimamente de una idea, que llegase al extremo de sufrir atroces tormentos, á dar gustoso la vida por su triunfo. No disputamos acerca de esto, que todavia podria ser discutible. Lo que nosotros aseguramos con firmísima resolucion, sin temor de ser desmentidos, es que humanamente, atendida la flaqueza del hombre, y sin una asistencia especialísima del cielo, es moralmente imposible que por espacio de tres siglos en los puntos del mundo conocido se hayan encontrado tan copiosa muchedumbre de personas de todas edades, sexos y condiciones, que hayan perdido alegres su hacienda, su honor á los ojos del mundo, y acabado, en fin, entre inauditos y no conocidos tormentos su vida, ántes que apostatar y abandonar á Jesus crucificado. Si quereis contradecirnos la verdad de esta aseveracion, exigiremos de vosotros que nos mostreis en los fastos de la humanidad numerosos ejemplos de esta naturaleza, en la firme persuacion de que no nos daremos por satisfechos con este ó el otro ejemplo aislado, sino que demandaremos que se nos presenten millones de millones, como podemos presentarlos nosotros á la faz de todo el mundo y sin más que abrir el dilatado catálogo de los héroes que ostenta en su seno el catolicismo. Miéntras no nos deis satisfaccion cumplida de esto que pedimos, nadie al ménos podrá disputar el derecho de asegurar que nuestra religion tiene un carácter de que estan destituidas todas las otras mal llamadas religiones, supuesto que no son sino sectas ó partidos. Cierto es que todo pais ha tenido sus mártires, que llenos de entusiasmo sacrificábanse en aras de la patria, y nadie podrá negar el título de mártires á los que mueren por la independencia de su patria, sacrificando generosamente su existencia por el bienestar de sus compatricios, los cuales, llenos de gratitud, han levantado á su memoria estatuas que inmortalizáran su egregio nombre. ¿Ha sido, sin embargo, necesario, se nos dice, un auxilio especial del cielo para triunfar de sí mismo, abandonar carísimos intereses de familia, de hogar, de tranquilidad, de vida misma en beneficio de la patria? No podemos ocultar que este raciocinio es muy propio para seducir al que no haya meditado atentamente sobre el corazon humano en sus relaciones con los sacrificios, y confunda las ideas lastimosamente. Este género de argumentos, presentados con cierta maña, seducen en más de una ocasion á los incautos; mas asuntos de tamaña trascendencia no se ventilan con dirigir solo miradas frívolas y ligeras. Meditemos. No es lo mismo valor que fortaleza. El valor lo tiene el amante de la patria; la fortaleza la tiene el mártir cristiano. El valor acomete con denuedo un peligro; la fortaleza espera con calma inalterable el peligro; el valor arrostra un peligro pasajero; la fortaleza sufre resignadamente una dilatada série de infortunios, una larga cadena de trabajos y tormentos. Los valientes abundan en todos los países, en todas las condiciones

si se quiere en todos los sexos. Los fuertes, los magnánimos, escasean en todos los paises, en todos los estados, cual lo muestra la experiencia. Veamos algunos ejemplos del valor. Un militar en el campo de batalla, á la vista de sus compañeros de armas, testigos de su valor ó de su cobardía, enardecido con el aparato guerrero, con el son de las músicas marciales, de los tambores y clarines, sediento de venganza contra un enemigo que está diezmando en las inmediaciones á sus caros amigos y compañeros, no debe parecer tan extraño que con denodado ímpetu se lance al combate exponiendo y áun perdiendo gustoso la vida por adquirir aplausos imperecederos, mayormente conservando, como siempre conserva, al lanzarse á la lid azarosa, una esperanza de salir salvo y de conquistar con su valor el aprecio y la admiracion de cuantos le rodean. Entónces vemos desplegados en este bravo militar el amor de la patria y el de la gloria, la ambicion halagada con el premio, obrando á la vez todas estas pasiones sobre un ánimo exaltado por lo crítico de las circunstancias, por la presencia de un riesgo inminente, estando además el cuerpo en la situacion más adecuada para mantener en actividad y viva efervescencia las pasiones con la agitacion y el calor de la refriega. Hay en semejantes casos una verdadera lucha entre inclinaciones é inclinaciones; y es lo natural que prevalezcan aquellas que estando más en armonía con su situacion, son más á propósito para ponerse en vivo movimiento, influir sobre la voluntad, y sofocar las demás que tiendan á parar, á templar ó moderar el impulso. Esto manifiesta cómo en ocasiones los hombres desprecian sus más caros intereses y la vida en defensa de una causa, guiados por una pasion que no es mala, que por la buena direccion produce ópimos resultados. Otro ejemplo. Tampoco es necesario que se encuentre el ánimo en ese grado de exaltacion para que el valor ú otra determinada pasion dé resultados pasmosos; la calma puede en circunstancias dadas hacer que se verifique el raro fenómeno de un modo más ó ménos sensible. Un jóven se halla empeñado en uno de esos funestos lances que se llaman de honor, y por cierto no está en el mismo caso de un militar en el campo de batalla; con todo, si fijamos algun tanto la atencion, encontramos que, por mucho que en apariencia la situacion sea distinta, no lo es tanto en la realidad si la examinamos en sus relaciones con las causas que le impelan al desprecio de la vida. Una preocupacion funestísima, pero que no por esto deja de estar profundamente arraigada en algunos espíritus desgraciados, le hace creer, que si no acepta el duelo que se le ofrece, ó si él á su vez no desafia á su adversario, segun es la ofensa recibida, así es la ignominia y el baldon, y no podrá presentarse en sociedad ni entre sus amigos sin la deshonrosa nota de cobarde, sin que estos inconsiderados compañeros le dirijan miradas burlonas y apostrofadoras, diciéndole: *Es V. un*

simple; un baduluque; carece V. de dignidad... Por una parte la muerte más ó ménos segura, por otra la afrenta; ¿qué hacer en lance tan apurado? Cierto, en esta alternativa no aparecen tan de bulto los motivos que le impulsan á la muerte como en el soldado; no se nos muestra tan patente la agitacion del ánimo fluctuando entre el temor y la esperanza, entre el amor de la vida y del honor; pero no por eso deja de existir la lucha tan viva quizás y tan agitada como puede existir en el campo de batalla. Por más vanidad y frivolidad que tome parte en estos lances de honor, no puede negarse que ejercen sobre nuestro ánimo una influencia tan viva, tan agitada, tan mágica, que ni la salud ni la fortuna producen en nuestro espíritu un efecto tan instantáneo y poderoso. En el caso propuesto hay, pues, una verdadera exaltacion de ánimo, una pasion fuerte que sojuzga á las demás, sometiéndolas á su tiránico imperio, y arrastrando al corazon dominado, hasta el deplorable extremo de poner la vida como cosa liviana. Estos dos ejemplos parecen, á mi entender, la línea divisoria que separa el valor de la fortaleza. El valiente acomete intrépido un peligro por inminente que se le ofrezca, el fuerte sufre con inalterable calma los mayores tormentos, marchando seguro á una muerte inevitable y cierta, erizada de los más atroces padecimientos. El ánimo del valiente está sostenido por mil motivos que le impulsan, y que á la vez le distraen de lo que pudiera apartarle de dar cima cumplida á su empresa, sin que vea los padecimientos, ó si los vé los reputa breves ó compensados con alternativas de recreo y de esperanza, de placeres y de gloria. La razon y la voluntad luchan en el fuerte, el hombre superior se halla en oposicion con el hombre inferior. El valiente arrostra la muerte convencido de la idea del deber, é impelido con la esperanza de un grande objeto; el fuerte lucha con los atractivos, los intereses, las amenazas, que se agolpan en su corazon, cual los torbellinos y los rayos centelleantes, y los fulgorosos resplandores, y las tormentosas nubes en una region tempestuosa. Se dirá tal vez: Esos ejemplos que aducís, esos raciocinios que formais prueban con evidencia lo contrario de lo que deseabais demostrarnos, á saber, que supuesto que en el órden puramente natural son tan asombrosos los ejemplos de desprendimiento, y supuesto que hay actos heróicos en el órden meramente natural, no hay necesidad de la gracia sobrenatural, de una asistencia especial del cielo, para darnos una explicacion satisfactoria de las proezas de los mártires... No negamos en efecto que los mismos gentiles, sin necesidad de esa gracia divina produjeron asombrosos y heróicos hechos, que al leerlos hoy en los historiadores, nos asombran; no negamos que las mismas falsas sectas han tenido sus héroes; no hay duda son sorprendentes en alto grado, entusiasman, admiran algunos rasgos y heroicidades históricas. ¿A qué negarlo? ¿A qué empeñarnos en apagar la luz del sol, cuando

á pesar de nuestros esfuerzos continuará brillando en el firmamento? ¿No prueba esto, por otra parte, nuestra imparcialidad? ¡Sí, lo confesamos de buen grado! Régulo, de un consejo que le ha de costar la vida, vuelve á Cartago con la frente serena, con la conciencia tranquila por el cumplimiento dificilísimo de su deber. Régulo en el Senado romano asombra; Scévola pone la mano en el fuego por salvar la patria, y estos otros semejantes rasgos de grandeza que nos muestra la historia antigua, son en verdad indicios evidentes de que puede ejecutar mucho el hombre abandonado á sus propias fuerzas; mas tenemos el pesar gustoso de manifestar y probar que todo este argumento, presentado por nuestros enemigos con aire de triunfo, va á quedar muy pronto pulverizado, porque en nada destruye lo que decimos á propósito del mártir Procopio y demás mártires del catolicismo. En efecto, observad en primer lugar que los héroes de que se nos ha hablado eran por lo comun hombres formados, endurecidos con los trabajos de la guerra, agrandado su espíritu con la intervencion en los negocios públicos y en el manejo de las cosas del estado, ávidos de gloria, colocados en circunstancias críticas, en que el peligro de su amada patria daba vuelo á su entusiasmo y energía á su denuedo; entre los mártires católicos se ven achacosos, ancianos, tímidas mujeres, débiles niños, hombres de las condiciones más humildes, que jamás habian ocupado puestos distinguidos, y que por tanto no habian podido adquirir aquel fiero orgullo, que siendo una de las pasiones más poderosas de nuestro corazon, nos comunica á veces una firmeza de que sin él no fuéramos capaces. Observad, en segundo lugar, que los héroes patrios, los gentiles, los de las sectas supersticiosas, son muy escasos y contados; los héroes católicos, los mártires son incontables. Solo de los que sufrieron tormento y muerte por la fe de Jesucristo en Lion, con San Ireneo, bajo el imperio de Severo, se cuentan diez y nueve mil setecientos; la legion tebana, tan ilustre y renombrada, que espiró toda á consecuencia de las horrendas órdenes expedidas por el emperador Maximiano, componíase, como es bien sabido, de seis mil setecientos setenta y seis soldados. Refiérenos Sozomeno, nada sospechoso por cierto en esta materia, que durante la dominacion de Sapor XI perecieron en la Persia doscientos mil de los que llevaban señalada en su frente preclara la noble insignia del cristianismo, y de ellos diez mil eran conocidos; y consta tambien que no terminó en ese imperio pérsico la bárbara persecucion y carnicería de los cristianos cuando bajó á la tumba el cruel monarca Sapor II, sino que continuó con igual furor en los reinados de sus sucesores Ildegarde ó Jazdegarde, y bajo la dominacion de Roboam. El reverendo é ilustrado padre Papebroquio refiere en su obra titulada *Acta Sanctorum*, hasta el crecido número de diez y seis mil mártires en el país abisinio y una copiosa mu-

chedumbre en los demás países del mundo. Es pues increible el número de los mártires católicos, es exiguo y casi imperceptible el de los héroes gentiles. Por cada dos que nos presenta la historia profana nos ofrece centenares de millares la historia eclesiástica. Ya sé que para eludir la fuerza de este incontestable argumento en comprobacion de la verdad que sostenemos, se ha apelado al ya vulgar medio de la negacion, triste efugio que manifiesta la impotencia de los enemigos del catolicismo. Ya sé que entre nuestros modernos filósofos no faltan personas que se precian de graves y elevadas, que con toda su gravedad y elevacion se han propuesto probar que todos estos números fabulosos de mártires, que presenta el catolicismo, son arbitrarias exageraciones de sus alucinados apologistas. Ya sé en fin que nuestros incrédulos, ó hipócritas que desean ser incrédulos, aplauden y confirman con sus sufragios la opinion de los que han sostenido que el número de los mártires cristianos en la extension del imperio romano ha sido mucho menor de lo que se cree, se cuenta y se piensa. Sería de desear ante todas cosas que nuestros enemigos se guiasen de acuerdo consigo mismos, porque miéntras copian en apoyo de su aseveracion textualmente las palabras de Orígenes en el libro I, núm. 8, contra Celso, que es fácil averiguar el número de los que han muerto por amor al Crucificado, porque la persecucion habia sido corta y por intervalos, en razon á que Dios no quiso en su altísima sabiduría que aquella raza de hombres ilustres pereciera enteramente entre las garras de los fieros verdugos; si miéntras refieren una por una las atroces persecuciones que ha sufrido la Iglesia desde Neron, Domiciano y demás emperadores hasta Diocleciano, asegurándonos con grave formalidad que fueron estas borrascas momentáneas, limitadas á puntos determinados, que hubo largos intervalos de pacífica tranquilidad; que muchos de esos emperadores fueron de carácter dulce, apacible, que se mostraron muy benévolos en pró de los cristianos; miéntras luego á renglon seguido, sin observar la pasmosa contradiccion en que incurren, nos aseguran que la mayor parte de estos cristianos corrian exhalados al martirio y al potro; que era un verdadero fanatismo el que habia por el martirio, inspirado por los santos y venerables Padres de la Iglesia; que los discípulos del Crucificado eran gente discola, turbulenta, sediciosa; que insultaban á los magistrados, que alteraban y profanaban el órden de las ceremonias paganas, que provocaban con descoco inaudito la crueldad de los bárbaros verdugos, poco aficionados á sufrir denuestos de parte de los hombres, y mucho ménos de parte de los cristianos, reputados ante el público como cosa baladí, despreciable, abyecta; miéntras en fin hacen la apología de los verdugos de los mártires, disculpándolos y hasta ennobleciendo su despótica y cruel conducta; despues que afirman todas estas co-

sas contradictorias, que son sin duda la prueba más elocuente é inequívoca de la inmensa é innumerable masa de cristianos, que arrostraron inauditos padecimientos por defender la santa causa de la religion cristiana, nos vienen diciendo con estupenda formalidad, que á pesar de todo ha sido muy escaso el número de los atletas y defensores de la verdad, que derramáran la ilustre sangre de sus venas. ¡Inaguantable desfachatez! Ya se ve, los emperadores, los gobernantes, los magistrados eran tan insensatos que se dejaban insultar á presencia del mundo entero por gente baladí y grosera, que no estaba admitida en sociedad por las leyes, miraban impasibles las turbaciones trascendentales armadas por el cristiano en el órden público: y lo que es no ménos singular, se mostraban indiferentes á los tumultuosos gritos del pueblo, que penetrado de sañudo odio contra los cristianos, los acusaban de ateos, impíos, trastornadores del órden público, pidiendo su exterminio con estas frenéticas voces: *los cristianos á las fieras! á las fieras los cristianos!* A estos extremos lamentables, á estos errores tan manifiestos conduce á las inteligencias más esclarecidas y claras el ciego y temerario empeño de negar cosas más probadas que la luz del dia, para fundar en esas negaciones un aparato de argumentos en contra de la Iglesia católica. ¡Triste situacion la de esos hombres, abandonados á sus propias preocupaciones! ¡Que los emperadores, que persiguieron al cristianismo, se caracterizaban por su dulzura, por su amor al órden armonioso que siempre reinára entre los romanos! Impudencia es por cierto descarada asegurar que los mónstruos de crueldad, que horrorizan la historia y el mundo entero, que los Nerones, Calígulas, Domicianos, Maximianos, Maximinos, Licinios y demás eran de carácter apacible, dulces, enemigos de sangre, cuando con su nefanda cuchilla regaron todos los ámbitos del mundo conocido con la fecunda sangre de los cristianos, sin que quedase apénas un palmo de terreno en toda la superficie de la tierra que no fuese bañado en sangre. Cierto es que hubo algunos entre estos emperadores ménos crueles, á los cuales se califica de clementes, aplaudiendo su clemencia en demasía; pero obsérvase que durante la dominacion de esos mismos emperadores, los gobernadores de provincia, que recibian sus inspiraciones del Capitolio, gozaban de la mayor libertad para hacer cuanto les pluguiese en contra de los cristianos, y es ya sabido que por complacer al pueblo, por congraciarse con la multitud, permitianles con extrema facilidad saciasen su furor derramando á borbotones, á riadas, sangre inocente. Plinio escribe á Trajano estas palabras: «No hay regla establecida para los juicios: no hay límite fijo para los suplicios con que se atormenta á los cristianos.» ¡Bella clemencia, la que se complacia en ver correr rios de sangre, pudiendo evitarlo con una emision de su palabra! ¿Qué importa despues de esto que las persecucio-

nes publicadas á son de clarin, anunciadas en los carteles y pregon, sean más ó ménos en número, si no cesaba jamás, si en los intervalos sufrian el martirio innumerables cristianos? Con respecto á esa prueba fundada en el testimonio de Orígenes, no podemos ménos de lamentar el torpe é indecoroso abuso que hacen de los pasajes de escritores tan venerables como Orígenes, cuyas últimas palabras, que son las que terminan el sentido, suprimen. Orígenes dice que el número de los mártires fué poco considerable, en comparacion del crecidísimo número de cristianos que ya en sus dias florecian, porque Dios no queria que aquella raza de hombres fuese totalmente destruida; de lo que por cierto no se sigue que este número dejase de ser grande. De observar es, por otra parte, que Orígenes floreció en el año 250 de la era cristiana, mucho ántes por lo mismo que apareciese en el trono de los Césares Decio, el cual hizo más horrible carnicería, y despues por espacio de sesenta años, siguió haciéndose más general la persecucion. Además de esto, digno es de notarse que Orígenes, habitante en Palestina, no podia tener una relacion y noticia circunstanciada del número de los mártires que habia en el Occidente, mucho más en aquellos tiempos en que aisladas las provincias y hasta los pueblos unos de otros, eran más difíciles las comunicaciones, todo lo cual unido á lo que dice el mismo Orígenes, en su citado libro, cap. 14, nos da á conocer que preveia que no seria duradera la tranquilidad de que gozaban los cristianos; lo que basta para darnos á conocer una vez más los innobles y villanos medios de que se valen los enemigos de la fe católica, al asegurar tan mentidamente cosas destituidas de fundamento. ¡Es pequeño el número de los mártires! ¡Qué blasfemia! ¡Hé aquí numerosas pruebas positivas! El martirio de S. Pedro, S. Pablo, los dos Santiagos, S. Estéban, S. Simeon, estan probados que ocurrieron en el primer siglo de la Iglesia, mezclándose su sangre con la divina que habia poco derramára el Salvador por los mortales. Las actas de los Apóstoles dan de ello inequívoco testimonio; los primitivos santos Padres lo confirman; citarémos entre otros á S. Clemente, que despues de hablar del martirio de S. Pedro y S. Pablo, se expresa en estos términos en su Epístola I, número 6. «Estos hombres divinos han sido seguidos en el martirio por un gran número de elegidos, que han padecido ultrajes y tormentos.» S. Policarpo, siguiendo la conducta de su antecesor, propone tambien á la veneracion, á imitacion del pueblo cristiano, los ilustres mártires Ignacio, Zósimo, Brito, y todos los que con ellos padecieron, *cum quo passi sunt*. S. Clemente Alejandrino, en su *Stromata*, libro IV, cap. V, dice que los Apóstoles han muerto por Jesucristo para bañar con su egregia sangre los altares que levantaron y las iglesias que fundaron, á fin de que ostentasen los divinos indicios de que procedian de lo alto; por cuyos tres inevita-

bles testimonios, y algunos más que por amor á la brevedad omitimos, se ve lo engañados que se hallan los que aseguran que los Apóstoles no sufrieron el martirio. El historiador Tácito, de quien nadie podrá rezelar que fuera apasionado, ha estampado estas palabras en sus *Anales*, libro XV, capítulo XIV. «Neron hizo morir con suplicios refinados y nunca oidos á hombres detestados por sus crímenes; y que el vulgo llamaba cristianos.» Su supersticion, contenida ya una vez, pululaba sin embargo por todas partes; se castigó por primera providencia á los que se confesaban cristianos, y sus revelaciones mostraron una gran multitud, *multitudo ingens*, que fueron ménos convencidos de haber dado fuego á Roma, que de ser los séres odiados por el linaje humano, considerados como cosa despreciable y baladi, y baja ó inaguantable; esto en órden al siglo I. En el inmediato siglo II, el arriba citado Plinio escribia á Trajano, manifestándole explícitamente que si persistia en su empeño de persecucion y odio á los cristianos, se creia en el deber imperioso de hacerle presente, que una copiosa multitud de personas, de todas edades, sexos y condiciones, complicadas en el cristianismo ó secta del Cristo, que tenia extendidas sus raices por innumerables ciudades y pueblos, deberian ser víctimas del hierro, del cuchillo y del potro. En vista de estas consideraciones, Trajano le contestó, que no hostilizase á los cristianos hasta el extremo de buscarlos en sus chozas, albergues ó moradas, mas que si eran acusados y presentados en los tribunales, procediese en semejante caso con arreglo á las leyes del imperio, imponiendo las penas oportunas á los cristianos. (Plinio, libro X, epistolas XCVII y XCVIII.) Es tal la benignidad de este príncipe, que mira sin embargo á pesar de ello con estupenda indiferencia la multitud de los que perecieron, y seria de desear la averiguacion de si á pesar de los consejos templados de Plinio dejó de hostilizarse á los cristianos, si dejaron de presentarse en lo sucesivo en el tribunal mismo de Plinio hombres detestados por el género humano, en los cuales confiesa el mismo procónsul tributando un homenaje á la verdad luminosa, no encontraba crímen por el que mereciesen la muerte ni castigo alguno. En el mismo siglo II, á juzgar por lo que se desprende de la *Carta de Esmirna*, *números* 17 y 18, los fieles cristianos de esta poblacion, excitados á sufrir el martirio á ejemplo de su ilustre obispo S. Policarpo, sufrieron en tropel cruelísima persecucion un copioso número de fieles, siguiendo la leccion de su maestro, que partió el primero en el aciago momento del peligro á recibir el golpe homicida de las desapiadadas manos del verdugo, y la inmarcesible corona de las manos purísimas de los querubines. Si consultamos la *Crónica de los samaritanos*, hallamos que Adriano, sucesor del *piadoso* Trajano, hizo morir en Egipto un inmenso número de cristianos. Orígenes, en

su libro contra Celso, libro VIII, cap. 39, nos refiere que Celso escribia á su madre que era grande el número de cristianos que perecieron bajo la dominacion de Marco Aurelio, en cuyo reinado entero se mantuvo vivo el fuego de la persecucion y odio sañudo, lo que se halla confirmado por un cronologista judío, el cual habla tambien circunstanciada y detalladamente de la persecucion de los dias de Cómmodo. ¿Y si los suplicios no hubieran estado levantados en los dias más bonancibles en verdad de los Antoninos, Justinianos y Athenágoras; si los potros y los cadalsos no hubiesen mostrado á los discípulos de Aquel que espiró en la cima del Gólgota, si no hubieran horrorizado la vista los espectáculos horrendos preparados para cualquiera que osára confesar á Jesus; si nada de esto hubiese sucedido ¿cómo es posible que lanzasen en esos mismos dias hondos quejidos los cristianos, lamentándose con plañidero acento de los bárbaros tormentos á que se los sometia? ¿cómo pedirse con voz continuada se ejerciese con ellos la misma justicia que se practicaba con los demás hombres? ¿cómo suplicaban reverentes desapareciese el continuo amagar en que se hallaban? «Os suplicamos, decian á los Emperadores, que no consintais que unos impostores nos quiten las vidas bárbaramente despues de habernos despojado de nuestras haciendas y haberes, á los cuales renunciamos voluntariamente, despues de habernos convertido en juguete y objeto de persecuciones, de desprecios, de depredaciones.» Esto consta en el libro de Athenágoras, intitulado: *Legatio pro Christo, núm.* 1. Digasenos, en vista de esto, si es razonable asegurar que las pretendidas virtudes y exagerada dulzura de los mencionados príncipes, contribuyó en nada á la extincion del fuego atizado en contra de los soldados del Crucificado. Si pasamos al siglo III, encontrarémos en él sangrientas, aterradoras escenas, porque áun pasados en silencio los horripilantes decretos publicados por los feroces y sanguinarios Septimio Severo, Caracalla, Heliogábalo, Maximino, los que fueron ménos crueles y sanguinarios, no por esto dejaron de maltratar y perseguir á los cristianos. Son necesarias bien pequeñas nociones de historia para no conocer las consecuencias funestas que produjo lo que nos refiere Lampridio, cuando dice que Alejandro Severo deseó levantar un templo á Jesucristo; pero noticiosos los áulicos de esta novedad, llegaron á disuadirle la inconveniencia de realizar semejante pensamiento, alegando por toda razon que si tal hacia, el mundo entero se haria cristiano, prosternándose humillado á las plantas divinas de aquel Redentor, que espiró en afrentoso patíbulo por amor al linaje humano. A consecuencia de esto, Esparciano refiere que el Emperador le dejó en libertad de profesar la religion ó secta que más fuese de su agrado, dándoles á elegir entre las innumerables que simbolizaban el infinito número de falsas deidades, agrupadas en derredor del Capitolio. Lo

disturbios que á este permiso se siguieron no son por cierto calculables; solo diremos que en tiempo de su sucesor y enemigo acérrimo Maximino, fueron tan crueles las persecucionos, tan general el exterminio, que el grande Orígenes creyó conveniente publicar su exhortacion al martirio á fin de reanimar el espíritu de los fieles, y es tambien sabido que él mismo fué atormentado bajo la dominacion de Decio, como que su muerte, acaecida tres ó cuatro años despues, fué consecuencia de los tormentos sufridos en la prision. Ni vale asegurar que esa persecucion, pintada con viveza por el historiador Eusebio, en su *Historia eclesiástica*, libro III, pág. 39 y siguientes, es excesivamente exagerada por los apologistas cristianos, supuesto que cuanto nos refiere Eusebio está fundado sobre el testimonio de testigos oculares. A falta de mayores datos bastaria ver cómo en ese siglo, llenos de pavoroso estremecimiento, huyen los cristianos de Egipto, encaminándose para la Arabia, miéntras otros se albergan en tristes y áridos desiertos, sin más compañía que las bestias salvajes en cuyos senos espiran, ora extenuados por la miseria, ora devorados por las mismas fieras, en tanto que otros son condenados á tormentosos suplicios por los magistrados y jueces, y destrozados, en fin, los últimos, en las garras de los furiosos paganos, cuya sed de sangre cristiana no bastaba sin duda á saciar la vista de los vándalos que por do quiera corrian de ella. Si esto era en el Egipto y en la Arabia, allí en aquellas remotas provincias del mundo, á cuyos confines acercábase apénas el culto romano y el sábio griego, ¿qué sería en las comarcas circunvecinas á la capital del mundo católico, entónces del mundo pagano? ¿Es acaso imaginable lo que entónces sucedia entre los cristianos por los procónsules y gobernadores que escudados con los horripilantes decretos del emperador Decio, que dicho sea de paso, no fueron revocados por sus sucesores, cometian todo género de atrocidades, de violaciones, de exterminio? A fines del siglo III y principios del IV arreció en términos la persecucion, que el lector, pasmado de tanta atrocidad, pregúntase atónito: ¿cómo es dable que el odio del hombre hácia el hombre llegue á tan degradante extremo? Diocleciano, despues de grandes fluctuaciones, despues de contestar á los que pedian sangre, que no era lícito derramarla inútilmente, ni promover un tumulto en la poblacion, á causa del gran prestigio que ya tenian los discípulos de Jesucristo; despues de haber resistido por largo tiempo, cediendo por fin á las instigaciones de Maximiano, decreta la horrenda y más sangrienta de todas las persecuciones. Lanzó el Emperador tres edictos á cual más bárbaros; el primero dispone que sean destruidas todas las iglesias, quemados todos los libros cristianos, privados todos los discípulos del Crucificado del derecho de optar á los cargos públicos y á las dignidades, y reducidos á tormentosa y horrenda esclavitud; este edicto reune y

compendia todas las bárbaras atrocidades de los pasados tiempos. El segundo edicto dispone que todos los sacerdotes fuesen aprisionados, llevados á los templos de las deidades ficticias, gentilicas, y obligados por los medios que fueren realizables á quemar incienso ante esas necias divinidades. El tercer edicto ordena que todos los cristianos, sea cualquiera su rango y posicion, fuesen obligados á sacrificar á los dioses, y condenados en caso de contravencion á los tormentos más atroces y diabólicos. Eusebio, historiador conocido por los sabios, y Lactancio, escritor y apologista, nos refieren que á consecuencia de órdenes tan horrendas la ciudad populosa de Frigia fué llevada toda entera á sangre y fuego, tan solo porque se hallaba habitada por cristianos, y asesinados uno por uno todos sus moradores. Parece que tanta crueldad, tanta carnicería, tanto exterminio, tanta sangre cristiana, llegó por fin á saciar la devoradora sed de venganza y escenas sangrientas de estos dos emperadores, puesto que se vanagloriaban de haber exterminado el nombre cristiano, estampando en sus medallas é inscripciones las siguientes palabras : *Nomine christianorum deleto*, *superstitione Christi ubique deleta*; sin tener en cuenta que lo único que habian hecho era sembrar semilla fecunda de cristianos, que pasada esta era de los mártires, como la llaman los autores eclesiásticos, habia de poblar la superficie de la tierra, á la manera que el laborioso campesino cubre de dorada mies las campiñas, sin más que enterrar en los senos de la tierra algunos granos de trigo. Oh! necios verdugos de la humanidad, persistís en vano en vuestro temerario empeño de destruir el nombre cristiano! Sois impotentes contra aquel Supremo Hacedor, que vela sobre esos cristianos dóciles. Si quisiéramos revolver aún la historia eclesiástica de Eusebio, el libro *De morte persecutorum* de Lucio Cecilio, hallariamos que Maximino, Galerio y Maximiano Hercúleo, herederos del furor de sus antecesores contra el nombre de Jesus, despues de haber renovado sus impios y abominables edictos, despues de haber ordenado innumerables homicidios, se vieron obligados á ceder, mandando cesar la persecucion, porque segun lo que les enseñaba la cotidiana experiencia, los cristianos permanecian adictos á sus supersticiones y no habia medio alguno para despojarlos de sus sentimientos. ¡Magnífico triunfo! El cuchillo del verdugo pagano cae, se rinde, se humilla, declara que ya no puede asesinar. ¿Qué es esto? Ah! Amanecen dias bonancibles para el cristianismo, va á disiparse la nebulosa tormenta, la infernal tempestad ha descargado ya sobrado sobre la cuna cristiana; no ha podido con todo el diluvio de centellas y de rayos ahogar los suspiros de ese robusto niño vaticinado por Isaías, que habia de llenar el mundo, extendiendo sus brazos gigantescos por los ámbitos de la terrestre superficie, cual los extendiera una vid colocada en el ecuador, cuyas frondosas ramas cobijáran bajo su

sombrío manto á los habitantes de la tierra; es que llega el año 311, llega Constantino, llega Licinio, enviados por el cielo con el encargo de enarbolar sobre las cúpulas de los templos y de los alcázares el Lábaro santo de la cruz, que ondeará triunfante por los ámbitos del valle de los hijos de Adan. Cierto que aparece despues el apóstata Juliano, que si en la apariencia se contentaba con vejar á los cristianos sin dar muerte directamente á ninguno; pero fomenta y atiza el furor y odio de los paganos, los cuales, como lobos sobre su presa, arrójanse sobre las inocentes víctimas, que se inmolan al Eterno para expiar los crímenes del mundo. Cierto que esos paganos, áun en los dias mismos bonancibles y pacíficos de los emperadores Constantino y Constancio, destruyen muchos de los templos católicos, llevando su rabioso furor al nauseabundo extremo de comerse las entrañas de muchos cristianos. Cierto es que los bestiales habitantes de Gaza, despues de abrir el vientre de los sacerdotes católicos y de las cándidas vírgenes consagradas al Altísimo, mezcladas sus entrañas con cebada y paja, arrojábanlas á los puercos para que les sirviesen de alimento, llevando así el desprecio de los cristianos á su último y repugnante extremo. Cierto que el infame Juliano, en vez de oponerse á esos actos de barbarie, dispone severísimas penas á los gobernadores que habian osado oponerse á su ejecucion, como consta de las *Memorias de la Academia de las Inscripciones*, título setenta, cap. XII, pág. 266 y siguientes. Cierto es, en fin, que al espirar el siglo IV coloreado de sangre, y al principio del V, Sapor, Jerdedgerd y Barhram, reyes de Persia, decretaron exterminar de todos sus vastos dominios á los cristianos, haciéndolos perecer á millares; cierto que todos estos monstruosos tiranos querian hacer cosa duradera la persecucion, destruir la obra del gran Constantino, arrojar el madero de la cruz del Capitolio, donde habian ya fijado su asiento sobre las destrozadas ruinas de las innumerables idolátricas deidades, que fueron hasta entónces las habitadoras de sus alcázares. Pero la hora habia sonado; Dios dijo: *Triunfe mi causa; salga la Iglesia de las catacumbas, extiéndase por el orbe.* ¿Y qué pueden las potestades infernales en contra de los mandamientos de Dios? Volviendo á reanudar la planteada cuestion, creemos haber probado de un modo irrefutable la verdad asentada, es á saber, que los cristianos ostentamos en nuestro seno millones de millones de incontables mártires, miéntras son muy reducidos, muy escasísimos los que cuenta el paganismo; que miéntras los decantados héroes del paganismo eran hombres formados, avezados á los peligros, sedientos de gloria, de honores, de laureles, y que caminan á la muerte con el corazon henchido de ambicion, los cristianos son débiles, padecen solos, no buscan glorias humanas, aman los vilipendios, los buscan, sin distincion de edades, de sexo, de condiciones, supuesto que el jóven tierno y el achacoso anciano, la don-

cella tímida y la venerable matrona, todos parten presurosos á la lid azarosa. ¿Qué puede contestarse á razones tan poderosas? Son innumerables los mártires cristianos, son de todas condiciones; luego no es solo la humana pasion la que los impele, no la emulacion, no la gloria humana, no los móviles naturales, sino los impulsos celestiales que les inspiran ideas elevadas, grandiosas miras, les comunican teson, constancia y fortaleza de ánimo. ¿Por qué no presentais tambien otros tantos héroes, tan desinteresados, tan nobles? Miéntras solo os limiteis á las mezquinas negaciones de la verdad, tenemos incontestable derecho á apostrofaros, á lanzar sobre vosotros miradas severas y deciros con teson noble: Apostrofadores del catolicismo, venid, contemplad esta sublime y encantadora escena! Contemplad! Un preso ilustre, un desgraciado á los ojos del mundo, aunque feliz á los del cielo, se halla detenido, encerrado en horrible calabozo. Su nombre se ignora, su categoría es oscura, su cuna humilde. ¿Qué motivos se alegan para condenarle á tormento cruel? Cree que un hombre que murió ajusticiado en la Palestina, en un dia de gran concurso, en medio de unos malhechores, con pasmosas señales, es Hijo de Dios y verdadero Dios, que tomó la naturaleza humana para satisfacer por nuestras deudas á la inflexible y airada justicia del Eterno Padre. ¿Qué veis en su derredor? El desprecio ó la compasion, ó quizá el odio de cuantos le contemplan; unos le miran como insensato, otros le califican de fanático, estos le apellidan de iluso, aquellos le achacan feos y denigrantes crímenes. No busqueis en su situacion nada que pueda confortarle, haciendo que su naturaleza obre por reaccion sobre los males que les abruman. Todas sus pasiones se hallan amortiguadas por el abatimiento y postracion á que se halla reducido su extenuado y macilento cuerpo; y si el orgullo quisiera levantar su erguida frente, nada ve en torno de sí que pueda halagarle ni sostenerle. ¿Qué semejanza se encuentra entre el héroe de la religion cristiana y el héroe del mundo? El primero, insultado por una multitud inmensa, compuesta de personajes distinguidos, reputados por sabios, que con toda su gravedad y ciencia le apostrofan, llamándole fanático, supersticioso, blasfemo, despreciable, brindándole por otra parte con un lecho de flores, con las delicias más exquisitas del mundo, si renuncia su profesion, y ondulando el incensario ofrece incienso á los ídolos. El segundo, enardecido por la presencia de un enemigo, que ha insultado el pabellon de la patria que le viera nacer, rodeado de multitud copiosa de bravos campeones, que con sus aplausos y parabienes, ó con su desaprobacion y pésames, le comunican estimulante fuego para arrostrar las mayores calamidades, los más aciagos tormentos, para cuya recompensa le prepara la patria agradecida coronas de laurel, que derraman sus compatricios sobre su victoriosa frente, cuando penetra por las calles de la capital

entre los víctores y aplausos de la multitud apiñada en los balcones, calles y plazuelas. El primero nada espera del mundo, despues de la muerte bochornosa, sino el desprecio, el vilipendio más amargo, el olvido de todos. El segundo, al arriesgar su vida á infortunados azares, siempre lleva probabilidades de triunfos, de ascensos, de formarse una posicion desahogada, y en el caso de que la muerte le sobrevenga, sabe que la patria, llena de reconocimiento, levantará á su preclaro nombre mausoleos soberbios, que digan con muda y elocuente voz al pasajero: « Aquí se hallan sepultados los restos ilustres del héroe inmortal, que derramára su sangre en pro, en beneficio de la patria.» ¿Hay, pues, paridad entre el mártir católico y el valiente patricio? ¿Hay semejanza posible entre los móviles que impulsan á entrambos? ¿No es para esto del martirio necesaria una poderosa gracia celestial? Verdad es; la esperanza de una vida mejor hace al mártir llevaderos los padecimientos, agradable la muerte; mas cabalmente en esa misma heróica resolucion de sacrificar lo presente á lo futuro, de sobreponerse á todas las inclinaciones de la naturaleza, se descubre sin duda la accion sobrenatural de la gracia divina, pues que á tanto no alcanza la humana flaqueza abandonada á sus propias fuerzas. Nótese en apoyo de esto que hay en el hombre una fortísima inclinacion á dejarse arrastrar por las impresiones del momento, y todo lo que mira en lontananza, ni le infunde miedo, si es en mal, ni produce grande interés si es en bien. Ved en prueba de ello gran número de cristianos, convencidos de las verdades augustas, que les muestran en los umbrales de la vida increibles venturas, si se someten á exíguos sacrificios, caminar sin embargo por senderos opuestos á los que conducen á la vida. Luego al ver tan crecido número de personas de todas edades, sexos y condiciones, que se hace superior á la natural debilidad, que contraría á sus inclinaciones con decision tan heróica, es necesario concluir en que hay aquí algo que se eleva sobre la razon natural, algo en que el Omnipotente se complace en manifestar de cuánto es capaz lo débil cuando su brazo todopoderoso se propone hacerlo fuerte. El entusiasmo es sentimiento asaz pasajero para que pudiera sostenerse por el dilatado espacio de tres siglos, ni para propagarse por todo el mundo conocido. La gloria humana aquí no existia, puesto que muchos al morir ni siquiera dejaban su nombre. Y si no ¿qué afan de gloria es este que así atrae al fogoso jóven como al caduco anciano, á la matrona como á la doncella, al adulto como al niño, al sabio como al ignorante, al magnate como al mendigo, al rico como al pobre? Jamás la gloria humana alcanzó un efecto tan grande, tan universal, tan memorable como el descrito, luego hay razones de un órden superior.—N. L.

PROCOPIO DE GAZA, retórico y teólogo griego, nació hácia fines del siglo V en Palestina, no la santificada con la augusta planta del Salvador

del mundo, sino un pueblo conocido con esta denominacion en Grecia. Recibió el segundo apellido de *Gaza*, por distinguirse su nombre del de otros eclesiásticos y personajes ilustres llamados tambien Procopios. Ejerció las funciones de rector, ó como se decia en aquellos tiempos de *sofista*, hácia el año 520, bajo el reinado del piadoso emperador Justiniano I, y desempeñó este cargo hasta la muerte del mencionado Emperador. Carecemos de otras noticias sobre su vida, áun cuando poseemos la oracion fúnebre del personaje que nos ocupa por Choricius, su discípulo y sucesor, y el cual encomia el vasto talento, los profundos conocimientos y las sólidas virtudes de Procopio de Gaza. Fabricio ha publicado este elogio en el tomo VIII de su antigua *Biblioteca griega*. Procopio de Gaza habia formado sobre Homero algunas oraciones ó declamaciones, que se han extraviado, excepto dos que han sido publicadas, la una por Villoison, en sus *Anecdota græca*; y la otra por Iriarte, en el *Catálogo de manuscritos griegos*, publicado en Madrid. El primero es un bellísimo elogio del emperador Anastasio, y el segundo una sentimental lamentacion, llena de encantos poéticos, inspirada por la vista de las amontonadas ruinas del magnífico templo de Santa Sofía de Constantinopla, que, como es sabido, se derrumbó á causa de un horroroso temblor de tierra. Sesenta epístolas del mismo Procopio de Gaza se conservan, en idioma griego, en la *Coleccion de cartas*, publicadas por Aldos en la ciudad de Venecia, en el año 1499, en un tomo en 8.° Las mismas epístolas en lenguaje griego y latino fueron dadas á luz en la ciudad de Génova, en un magnífico tomo en fólio, en el año 1606. Además de estas epístolas existen tambien otros importantes manuscritos del autor que nos ocupa, en Madrid y en Florencia, como puede verse en Baldini, *Catálogo unitagógico griego*, *Biblioteca Lauretana*, tomo II, págs. 185, 351 y siguientes. Uno de los personajes con quien Procopio de Gaza mantuvo correspondencia seguida, fué Gerónimo. Isaac Vossius, fundado en algunos testimonios poco verídicos, ha asegurado que Procopio era contemporáneo del insigne y esclarecido doctor de la Iglesia católica S. Gerónimo, que ilustró la cristiandad con sus magníficos y notables comentarios sobre la Biblia, sus estudios lingüísticos y sus austeras y eminentes virtudes, pasando á mejor vida el año 420, despues de la muerte afrentosa de Jesus. Dom Martianay refutó esta aseveracion, probando hasta la evidencia que era erróneo y falso el aserto de Isaác Vossius, si bien al refutarlo incurrió á su vez en otro error al asegurar que el penitente S. Gerónimo jamás habia estado en Egipto, lo que es ciertamente falso, como puede verse en la *Biblioteca elegida* de Juan Leclerc, tomo XXVII, págs. 143 á la 146. Como Procopio de Gaza ejerció tambien la profesion de rector ó sofista, muchos han atribuido con excesiva y nimia ligereza á este autor las epístolas de que hemos ha-

blado arriba; mas para convencerse de la inexactitud de esta aseveracion infundada, basta consultar con un poco de atencion los manuscritos del autor y teólogo que nos ocupa, todos los cuales llevan al pie expresado explícitamente el nombre de Procopio de Gaza. Las demás obras de este escritor versan todas sobre la Biblia, son comentarios extensísimos, ora del Nuevo ora del Antiguo Testamento. La obra intitulada *Octateuco* contiene comentarios del hermoso libro del *Cantica canticorum*, de los Proverbios y de Isaías. Tanto en la exposicion del poético y tierno Cantar de los cantares, como del filosófico y grave de los Proverbios, como en el inspirado del profeta Isaías, vaticinador de los acontecimientos más interesantes del porvenir, nuestro Procopio de Gaza reunia una uncion inimitable, grandeza de ideas, elevacion de miras, oportunidad y exactitud. Con el mismo nombre de *Octateuco* se designan tambien los comentarios de los ocho primeros libros del Antiguo Testamento; pero como observaba Casimiro Oudin, convendriale mejor el término de Heptateuco, supuesto que en él se hallan solo comprendidos los comentarios de los cinco libros de Moisés, ó sean del Pentateuco, y los de los libros de los sábios, esto es, intitulados de Josué y de los Jueces. Es innegable, que además de estas publicaciones Procopio de Gaza ha dejado otras muchas producciones y comentarios sobre *el libro de los Reyes*, que son en número de cuatro, y sobre los dos libros de los *Paralipómenon*; mas todos estos se hallan incluidos en trece tomos, en los que estan comprendidos además los ocho anteriormente mencionados. Los comentarios sobre los siete primeros libros y sobre el Cantar de los cantares, solo se encuentran traducidos al idioma latino por Conrado Clauser y Hambergens, y fueron publicados en Janrich en el año 1555, en un abultado tomo en fólio, y es esta edicion muy estimada por los aficionados á este género de estudios, por lo correcta, por lo elegante y esmerada. Menomis ha publicado en griego, y con la traduccion latina del célebre Luis Lavater, los *Escolios sobre el libro de los Reyes y sobre el Paralipomenon*, que fueron publicados en Leyden el año 1620, un tomo en 4.°; y además incluidos en las obras de Mansuit, que constan de varios tomos en fólio, en cuyo tomo VIII, página 1 á la 124, se hallan los expresados comentarios; *la explicacion de los Proverbios de Salomon*, de los que solo nos es conocido un manuscrito, se conservan en París en la biblioteca del Rey; mas el *comentario sobre Isaías* fué publicado en griego y en latin por el librero Juan Courtier, en París, el año 1580 en un tomo en fólio. Focio al examinar los escritos y producciones de Procopio de Gaza, le acusa de demasiada prolijidad, alaba su asombrosa sabiduria y su elegante decir, ese flúido y ameno lenguaje, demasiado puro y elegante segun él para un comentario, donde la verdad con no más que honesto ropaje se muestra más bella á los ojos del piadoso

lector que con desmedida profusion de joyas y adornos. Los trabajos bíblicos de nuestro autor son citados como uno de los ejemplos más notables en su género, y cuyos escolios y consecuencias, formadas en tiempos asaz remotos, ofrecen reunidos un magnífico conjunto. A pesar de esto, y como quiera que en el mundo es rara la reputacion en cuya frente no encuentran tacha los hombres, Moshein ha asegurado que el tan renombrado Procopio de Gaza no pasó de ser un mero compilador de ideas ajenas. Ni faltan tampoco entre los críticos severos de las obras de este autor, otros escritores que afirman ser cosa innegable que sus trabajos se componen más de ideas tomadas de otros autores, que de las emitidas de su propia mente. Sea de esto lo que fuere, debemos recordar que los robos literarios son hasta cierto punto lícitos, mucho más cuando el usurpador lleva en ello miras celosas, ideas de difusion de las buenas doctrinas. Luego que las producciones de un escritor cualquiera son anunciadas al público, luego que el público las compra, son propiedad suya hasta cierto punto, por lo que no cabe el robo ni el latrocinio. Aunque en ocasiones se pone á explicar sobre los Salmos las operaciones místicas, áun cuando le es muy grato sacar utilidad práctica espiritual de sus trabajos, fíase ordinaria y especialmente en el esclarecimiento y explicacion del sentido literal. Sus escritos, despues de largo tiempo que han estado ocultos, han vuelto á ser buscados con afanosa diligencia, y fuerza es convenir en que léjos de revelar á un hombre vulgar, á un talento mediano, manifiestan en Procopio de Gaza vasta instruccion y talento fecundo de invencion. Pueden adquirirse más extensas noticias sobre nuestro escritor en la *Historia literaria y eclesiástica*, tomo I, edicion del año 1504, publicada por Gaza; en la *Historia de las antigüedades eclesiásticas*, de Ceiller, tomo XVI, página 320; en Fabricio de Harles, en su obra intitulada *Bibliografía griega*, tomo VIII, páginas 565 y 567, en las cuales se transcriben muchos pasajes íntegros de los más notables de sus comentarios y producciones.—N. L.

PROCOPIO (Templio). Es un luterano convertido á la religion cristiana de quien vamos á formar la presente biografía, el cual despues de haber pasado su juventud entre el laberinto de las oscuridades y variaciones del protestantismo, sin poder hallar jamás pábulo sólido para su alma, inquietada con el error, tuvo por fin la venturosa dicha de abrazar el catolicismo, llegando á ser uno de los más ejemplares y celosos defensores de la verdad, como lo vamos á ver en las noticias biográficas sacadas de los cronicones de la Orden capuchina que profesó. Templio Procopio, natural de Génova, hijo de padres que vivieron en la herejía, fué educado en las máximas del protestantismo con el más exquisito cuidado, con las más grandes precauciones, por maestros y directores de infancia acérrimos y

declarados defensores de las absurdas doctrinas de Lutero, Calvino, Zwinglio y demás patriarcas del protestantismo. Su alma tierna, sin embargo, nacida para la virtud, su inteligencia clara hecha para la verdad, no tardó en descubrir al través del odio de sus profesores al catolicismo y de su fanático amor por la secta religiosa, emanada del voluptuoso cerebro de un fraile apóstata, que por primer argumento de su secta violó el santuario de la inocencia, y contrajo escandaloso enlace con una jóven consagrada al cielo; no tardó, repito, en descubrir la falsía de la secta protestante y la verdad del catolicismo. Por dicha suya llegó á contraer íntima amistad con un eclesiástico católico, ilustrado á la par que virtuoso, quien compadecido del lastimoso estado del jóven luterano, fatigado en vano en busca de la verdad, le mostró con amor los fundamentos de nuestra religion, los motivos de credibilidad que nos impelen á considerarla como venida del cielo, como la única verdadera, y los poderosos motivos que tenemos para amarla, no solo porque las creencias católicas satisfacen la investigadora inteligencia humana, no solo porque solo en el cristianismo se halla el bien supremo, la antorcha luminosa que guia al hombre con acierto al través del sendero escabroso de la vida, sino porque ella es la única que derrama sobre el alma amargada bálsamos de consuelo, la única que enseña á amar y respetar á los semejantes, la única que hace columbrar en lontananza una mansion bienaventurada, destinada para morada eterna de la virtud é inocencia. Su generoso corazon, apénas conocida la verdad y el bien, sintióse determinado á entregar á ellas todo su ser, á costa de los más penosos sacrificios, dando muestras de una docilidad admirable á los llamamientos del Todopoderoso. Era necesario para renunciar al luteranismo arrostrar la animadversion odiosa de sus semejantes, sacrificar tal vez sus intereses, y lo que aún es más doloroso, exponerse á llevar sobre su alma el odio desdeñoso de sus padres, de los autores de sus dias, de su madre amada de corazon. Todo lo estimó de pequeña cuantía nuestro Procopio Templio, que, sobreponiéndose á las humanas miras, renunció con ánimo generoso el luteranismo, dando de mano á sus placeres, á sus amigos, á sus parientes mismos, á las dulces afecciones de familia, para consagrarse todo entero al servicio del divino Pastor, que se valia de tan portentosos medios para atraerle á su redil y rebaño. Luego de abrazado el catolicismo, no satisfechas aún sus nobles y elevadas opiniones, entró en la Orden seráfica de S. Francisco, jóven aún, llevado del noble deseo de hacer mayores adelantos en la perfeccion cristiana, con el estímulo del silencio del claustro y del ejemplo fervoroso de sus compañeros. A su debido tiempo se dedicó con afanosa diligencia á los estudios teológicos, terminados los cuales se consagró todo entero con plausible celo á la predicacion del Evangelio, y por espacio de nu-

merosos años recorrió las más ilustres ciudades alemanas, anunciando en todas ellas la verdadera religion con grande encomio y entusiasmo de las masas, entre las que consiguió pasmosas conversiones al catolicismo, con su elocuente, fácil y piadosa palabra, que llena de uncion penetraba en los corazones, arrebatando de ellos las simientes del error y del mal, y sustituyéndolas con las semillas benéficas de la gracia y del amor á Dios. Sus fervorosas y evangélicas costumbres, su humildad encantadora, su modestia y mansedumbre, produjeron maravillosas trasformaciones en los diversos puntos de Alemania, especialmente entre aquellos de sus antiguos correligionarios, que visto el afanoso ardor de nuestro apóstol, luterano convertido, entraban dentro de sí mismos, consideraban la historia eclesiástica y la protestante, inclinándose por fin á abrazar la divina religion, planteada en el mundo por Jesucristo. Por aquel mismo tiempo, lleno de religiosa conmiseracion por los estragos que causaban en numerosas personas de las regiones septentrionales las herejías que las infestaban, obtuvo el título de misionero apostólico, y previo el consentimiento de sus superiores, recorrió multitud de ciudades, villas, aldeas de los diversos estados alemanes, abrazando francamente las discusiones religiosas más reñidas, invitando á los luteranos á congresos, en los cuales mútuamente defendiesen sus doctrinas, y obteniendo no escasos triunfos sobre los defensores de la verdad. Aun cuando por efecto del sistema que á falta de razones adoptan siempre los ciegos adoradores del amor propio, tuvo que arrostrar las burlas y ridículos sarcasmos de los sectarios de Lutero, su infatigable celo, su caridad verdadera, léjos de entibiarse por los rudos ataques de sus enemigos, se excitó más y más, y semejante á un guerrero distinguido que derriba á su paso informes montones de enemigos y avanza despreciando las murmuraciones y lamentos de los heridos con el filo de la palabra de Dios, penetró en las capitales más importantes, en los centros del saber humano, evangelizando á las masas, provocando los odios de los sabiondos y poderosos que de ordinario resisten más los llamamientos divinos, á causa de la vida muelle y goces voluptuosos que los rodean, y los que deberian renunciar al ingresar en las filas del catolicismo. Convencido como se hallaba de que los desprecios son el más noble blason de los defensores de la verdad, recordando que el mismo Jesucristo murió entre infamias, abrumado de oprobios, sin que por esto haya dejado de ser la cruz el objeto de la adoracion de millones de millones de hombres, siguió impávido combatiendo á los defensores del error, á los ministros del protestantismo, á quienes cubria de confusion vergonzosa siempre que se resignaban á una discusion franca é ingenua de las cuestiones que dividen el catolicismo del protestantismo, lo que contribuyó no poco para aumentar el número de los multiplicados herejes, que dando

de mano á sus herejías abrazaban gustosos la verdad, aumentando de esta manera el número de los hijos de la Iglesia y el de los adoradores del Altísimo, que miraba con agradable complacencia desde las alturas celestiales las conquistas de su siervo. Terminó la carrera de su apostolado en edad ya provecta, descendiendo á la solitaria tumba cargado de laureles, de las bendiciones de sus convertidos, de virtudes preclaras, que le merecieron sin duda la inmarcesible corona del apostolado y de los doctores en la patria de la virtud. Las numerosas obras que dió á luz, guiado de sus deseos de defender el catolicismo, y destinadas con especialidad á ayudar en sus tareas apostólicas á los reverendos curas párrocos y ecónomos, son tenidas en grande estima por los eclesiásticos encargados de anunciar á los pueblos las misericordias, las verdades y los consuelos de una religion divina, que tiene bálsamos amorosos para todas las enfermedades espirituales del hombre. Entre estas obras son aún más estimadas las que tienen por objeto contestar á las objeciones de los protestantes, de cuyas artimañas y sandeces se muestra profundo conocedor el escritor cuya biografía nos ocupa y cuyas noticias extractamos de la *Biblioteca Franciscana*. Citarémos algunas de estas obras importantes. *Le Predestinationel*, que se compone de treinta discursos sobre las vidriosas materias teológicas de predestinacion, de la justificacion, de la gracia, del libre albedrío. *El Eucaristial*, compuesto de unos veintiseis discursos sobre el augustísimo sacramento eucarístico. Despues de sentar en uno de esos discursos que el augusto sacrificio de los altares es á la vez eucarístico, propiciatorio é impetratorio, combate rigorosamente á sus antiguos correligionarios los luteranos, que rehusan admitir la Eucaristía, alegando que este sacrificio sería injurioso á la dignidad y mérito del que sobre la cruz ofreció Jesucristo, que no es impetratorio ni propiciatorio, que no debe ser ofrecido por el perdon de los pecados, ni por los vivos, ni por los muertos, ni áun siquiera en honor de los santos; que no hay otro modo de ofrecer á Jesucristo á su eterno Padre sino recibiéndole en la sagrada Eucaristía, y que esta accion solo puede aprovechar al que comulga; que en la ley nueva el único sacrificio digno de Dios son las acciones de gracias, las alabanzas y las oblaciones. De todo cuanto infieren que el cánon de la Misa está lleno de errores, que las ceremonias usadas por la Iglesia son en su mayor parte supersticiosas, que es un verdadero abuso la costumbre de celebrar en una lengua que el pueblo no entiende; todos los cuales horrendos y heréticos artículos fueron condenados por el Concilio de Trento, como diametralmente opuestos á los sacrosantos dogmas de la Iglesia, que se hallan fundados en multiplicados pasajes de la sagrada Escritura, en las tradiciones constantes de la Iglesia universal, en el testimonio de todos los pueblos cristianos y de los santos Padres. An-

tes de pasar á rebatir estos abultados errores, prueba así las cualidades excelentes del sacrificio eucarístico. Este sacrificio es el medio más adecuado para honrar á Dios y glorificarle como soberano Señor. Esta fué la mira con que María Santísima, despues de haberse purificado en el templo, presentó en Jerusalen á Jesucristo, obedeciendo á la ley que ordenaba que todo recien nacido fuese ofrecido á Dios, para ensalzar su dominio supremo, reconocer solemnemente que todo nos viene de Dios, y de consiguiente que todo es de Dios, y que por todo se le debe la gloria. Precisamente al sacrificar en nuestros altares todos el cuerpo y sangre de Jesus, repetimos la conducta de María Santísima, supuesto que en él se halla el sacerdote, la víctima, oblacion, consumacion, altar, sin que nada falte. Ofrecemos ¿qué? Al mismo Jesúcristo. ¿A quién? A Dios todopoderoso é inmortal. ¿Para qué? Para dar un supremo honor á la Divina Majestad, porque el mayor honor es el del sacrificio, y por esto solamente es debido al mismo Dios. Aún hay más; como el sacrificio no consiste solo en la oblacion, sino además en la consumacion en que se destruye la víctima, el mismo sacerdote despues de haberla presentado y consagrado, la consume, de tal modo que Jesucristo, por decirlo así, segun su ser sacramentado muere en este momento y es en cierto modo destruido para hacer la protestacion al Eterno Padre, formulada en estos términos: «Dios del cielo y de la tierra, sois el ser de los séres, y en vuestra presencia desaparece y es nada toda criatura.» Protestacion siempre gloriosa para Dios, de cualquiera parte que viniese, ¿y qué será cuando se hace á costa de todo un Dios y por un Dios? ¡Qué leccion tan grande para nosotros! Además, comunicándose la infinita bondad de Dios á nosotros por medio de tantos beneficios, era conveniente que hubiese en la religion católica un sacrificio de accion de gracias, y este sacrificio es el de los altares, donde el mismo sacerdote en medio del sacrificio nos avisa que demos gracias al Excelso, porque es muy equitativo, continua diciendo, que en todos tiempos y lugares sea bendecido y loado vuestro nombre. Por otra parte, habiendo sido el sacrificio cruento de la cruz un sacrificio de propiciacion, en el que el Salvador de los hombres derramó su sangre preciosa y murió por borrar los pecados del mundo, y apaciguar á su Padre justamente irritado; y siendo el sacrificio de la Misa el mismo de la cruz, por ser la misma la hostia, el mismo el cuerpo y la misma la sangre del Hombre-Dios, y por una consecuencia necesaria de la misma eficacia y virtud, con sola la diferencia de que el sacrificio de la cruz fué sangriento miéntras no es así el del altar, era más natural que fuese un sacrificio de propiciacion para los vivos. Así lo decidió en términos formales el santo Concilio de Trento, enseñándonos que no quiso Jesucristo que su sacrificio terminase en la cruz, sino que siendo

sacerdote por toda la eternidad, y sacerdote segun el órden de Melquisedec, se propuso, en primer lugar, que se perpetuase en la Iglesia el mismo sacrificio hasta el fin del mundo, y en segundo, que se verificase bajo las especies de pan y de vino, del mismo modo que se verificó con pan y vino el ofrecido por el sumo sacerdote Melquisedec; doctrina toda apoyada en las palabras del Hijo de Dios, referidas por S. Pablo en su epístola á los Corintios: «Siempre que comiereis este pan y bebiereis este cáliz, anunciareis la muerte del Señor.» Es además sacrificio de propiciacion para los muertos, como lo prueba de un modo indubitable la práctica constante de la Iglesia, que en todos tiempos ha ofrecido sacrificios por los difuntos, y de siglo en siglo produciamos sobre esto los más innegables testimonios, y áun recurriendo á los tiempos antiguos hallamos esta misma costumbre en la antigua ley, el ejemplo de Judas Macabeo, y de los sacrificios que ordenaba por los que de su pueblo habian espirado en el campo de batalla. Más solícita y cuidadosa la Iglesia que la sinagoga, ofrece sacrificios por sus hijos de mayor valor que las víctimas inmoladas en el templo de Jerusalen, porque como sabe que dispone de medios muy eficaces y seguros para hacerlos participantes de los ricos tesoros de que es depositaria, por lo que dispone que al celebrarse el sacrificio, los ministros hagan particular conmemoracion especial por los difuntos, diciéndole: «Acordaos, Señor, de los siervos y siervas que nos han precedido á la sepultura y descansan en el sueño de la paz,» en lo que se muestra con nosotros madre cariñosa. Es, por último, sacrificio de impetracion, ora para alcanzar de Dios gracias espirituales, ora gracias temporales. Todo lo que la Iglesia pide á Dios se lo pide y alcanza por los méritos de Jesucristo, por cuya razon acaba siempre sus oraciones de esta manera: «Por nuestro Señor Jesucristo, que vive y reina por los siglos de los siglos.» ¿Y en dónde puede mejor ni más eficazmente emplear los méritos y mediacion de Jesucristo que en el sacrificio del altar, en que Jesucristo en persona es la víctima, y en el cual ofrece el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de este poderoso mediador? En los dias de su vida mortal fué oido, dice S. Pablo, por la reverencia y atencion que le era debido. ¿Es por ventura ménos digno en ese sacramento de esa atencion por su divinidad, y cuando en calidad de sacrificador y sacrificio se interesa y ruega por nosotros? ¿Hay cosa alguna que no tengamos derecho á prometernos ni cosa que se nos pueda negar? Y especialmente si las gracias que pedimos por su intercesion son segun las intenciones y el espíritu de Dios, porque hay gracias de diferentes especies, y las que miran al alma y á su provecho espiritual son superiores incomparablemente á las temporales que tienden á impetrar solo gracias temporales. Por esta razon ella pide ante todas cosas por el rebaño de todos los fieles, especialmente por los que asis-

ten al tremendo sacrificio, que sean admitidos en el número de los escogidos y preservados de la condenacion eterna, que entren algun dia en la sociedad de los Santos, y que Dios desde este mundo les colme de bendiciones celestiales; que por medio de una conducta pura é inocente eviten todo lo que podria separarlos de él, y que una fidelidad inviolable hasta el último aliento de la vida les haga observar sin interrupcion ni intervalo todos sus mandamientos. Mas como estas oraciones son generales, y en diversas ocasiones tenemos necesidad de una gracia mejor que de otra, la Iglesia en el discurso de su sacrificio tiene oraciones particulares para pedir á Dios, ya una fe viva, ya un ardiente amor á Dios, ya la caridad con el prójimo, ó la humildad en los sentimientos, ó la paciencia en los trabajos, ó la fortaleza en las tentaciones, algunas veces la extirpacion de los vicios y de los hábitos viciosos, otras la extincion de los cismas y herejías, cada cosa en particular segun es más necesaria y precisa en las actuales circunstancias. Esto no obsta para que las gracias temporales sean tambien objeto de nuestras oraciones, ni Dios nos prohibe el pedirlas, sino ántes al contrario, á la manera que en la antigua ley habia sacrificios, hostias pacíficas, ya para agradecer á Dios los beneficios recibidos, ya para alcanzar otros nuevos, y estos beneficios no eran por lo comun en esta ley de servidumbre sino intereses y provechos temporales, y David alcanzó por medio de sus sacrificios libertar á su imperio de la peste que le asolaba, y Onías alcanzó tambien la salud de Heliodoro, y de este modo otros muchos de quienes se trata en las sagradas Escrituras, y como segun el dictámen de S. Agustin y de S. Juan Crisóstomo, el sacrificio de la ley nueva contiene eminentemente las cualidades de todos los antiguos sacrificios, no hay razon para dudar que Dios le reciba agradablemente aunque se le ofrezca por bienes temporales, siempre que no sean opuestos á los designios de su providencia divina. Sentadas de esta manera las nociones de la Iglesia sobre el augusto sacrificio de la Misa, refuta algunas de las innumerables absurdas preocupaciones de los protestantes contra la costumbre de celebrar el sacrificio augusto. En primer lugar, condenan las misas que se dicen en honor de los Santos, como derogatorias del honor supremo debido á Dios y á su hijo Jesucristo, lo que solo se funda en una grosera equivocacion, supuesto que la intencion de la Iglesia al celebrar estas misas, es el de dar gracias á Dios por los dones que se dignó conceder á los Santos, y singularmente por la felicidad eterna que poseen, y alcanzar de esta manera misericordia del Altísimo por medio de su intercesion. En vista de esto, ¿cómo han de ofender á Dios las misas y oraciones, que tienen por objeto principal rendirle un homenaje de adoracion como fuente y manantial fecundo que es de todo género de gracias, como árbitro supremo de la felicidad eterna, como la suma bondad que se digna

apiadarse en vista de las humildes plegarias de sus siervos. Nunca ha ofrecido la Iglesia el sacrificio del altar sino dirigiéndolo al mismo Dios, y por lo mismo á él solo refiere toda la gloria, todo lo que alcanza, todo lo que pide, por cuya razon jamás pide nada sin añadir estas palabras: «por nuestro Señor Jesucristo que vive y reina en los siglos de los siglos. Amen.» Otros protestantes y falsos católicos, animados de un celo mal intencionado, llegaron á decir que sería preferible suprimir la frecuencia de las misas, fundándose en que si fuesen raras, celebrarianse siempre con la misma pompa que en los primitivos siglos de la Iglesia, lo que contribuiria en gran manera á aumentar la devocion de los fieles, asistirian estos por lo mismo con profundo respeto, y los mismos sacerdotes le celebrarian con mayor y más profunda veneracion. Mas el santo Concilio de Trento, despues de haber examinado este punto con madura reflexion, no condenó las misas privadas, ni condenó tampoco la frecuencia de ellas, fundándose para esto, entre otras muy poderosas razones, en las siguientes, bien atendibles en verdad. Si es cierto que en las ciudades, donde residen habitualmente los señores obispos, asiste el pueblo con más gusto á la misa que celebra el obispo en las fiestas de mayor solemnidad con toda la pompa y el aparato religioso; pero esta devocion momentánea, si bien produce gratas y religiosas impresiones, son en cambio muy momentáneas y pasajeras. En los pueblos secundarios no es posible esta pompa y aparato religioso en el sacrificio tremendo, y si guiados por esta razon se suprimiera la celebracion del sacrificio, probablemente los habitantes de las villas rurales pasáran los dias festivos sin practicar ningun ejercicio de piedad, sin acordarse del Dios de la majestad á quien es debido todo honor y toda gloria, á ménos que pasasen á las grandes poblaciones y episcopales, cosa que nadie se atreverá á exigir ciertamente. En los monasterios obligados á guardar perpétua clausura, contribuye no poco á mantener la piedad interior la costumbre de oir una misa, cosa que desapareceria si se privase la celebracion del augustísimo sacrificio. En las ciudades y aldeas hay una infinidad de almas santas que desean oir el santo sacrificio diariamente, y le oyen en efecto, y lo hacen siempre con la misma atencion y el mismo respeto, y nos parece que son estas almas virtuosas más dignas de consideracion que los cristianos indevotos y libertinos que desprecian estas santas prácticas mirándolas con indiferencia, cuando no con desprecio soberano. Otro de los beneficios que produce la celebracion cotidiana del augusto sacrificio, es contener al clero en la devocion y en la piedad, dado caso, que no es suponible siquiera, que no contenga al sacerdote en los límites del deber la especie de costumbre contraida de celebrar, á ménos que sea el sacerdote uno de esos hombres que hayan abandonado por completo las máximas religiosas. Agréguese á todo

lo dicho, que ordinariamente la causa de los abusos en este punto, es más bien la indevocion y malicia de los seglares que los defectos de los sacerdotes, quienes son frecuentemente víctimas de acusaciones desapiadadas é injustas por parte de los que miran con desdeñoso desvio al clero y cuanto á él atañe. En semejante caso la cuestion de si deben autorizarse las celebraciones frecuentes y cotidianas de las misas, viene á ser cuestion equivalente á la de si conviene ó no permir la comunion frecuente, y uno y otro, si bien se considera, producen multiplicados beneficios al pueblo cristiano, en el cual hay una parte no reducida que teme á Dios y mantiénese en el fervor cristiano con la práctica de la comunion frecuente. Que si algunos abusos se originan de la celebracion continua del sacrificio de la misa, así como de la permision de la comunion cotidiana son tristemente deplorables, pero en cambio hállanse contrarestados por los muchos beneficios que producen ambas costumbres piadosas. Además, en órden á la dificultad que presentan los luteranos de la conveniencia de que el pueblo comulgue en todas las misas rezadas, no desearia otra cosa el Concilio de Trento, sino que todos los fieles se hallasen continuamente en disposicion de acercarse á recibir el cordero sin mancilla; mas ¿hase por ventura de vedar á los clérigos la continua celebracion del sacrificio augusto, porque esté enfriada la piedad y entibiado el celo de la mayor parte de los cristianos? Esta seria ridícula é intolerable exageracion. La misa no solo es oracion de la Iglesia, sino el sacrificio que se ofrece en nombre de toda la corporacion de los fieles; está instituida no solamente para recibir al Señor en cuerpo y alma, sino tambien para rendirle el culto supremo, tributarle homenajes de gracias por sus beneficios, suplicarle derrame otros nuevos sobre nosotros, pedirle con especialidad la remision de las culpas y pecados mortales, y no es ménos necesaria á los fieles la asistencia á la misa, al sacrificio que en sí tiene comprendidos tan inmenso número de beneficios. En verdad que los protestantes que niegan la verdad del sacrificio porque no comulgan los fieles, no negarán que fuese realmente un sacrificio el ofrecido á Dios en el Calvario; y sin embargo, siendo consecuentes, deberian á no dudarlo confesar tambien esta verdad. La causa fundamental de todos los abultados errores de los enemigos de la Iglesia en este punto es que no quieren reconocer la misa como un sacrificio, ni áun tampoco como una oracion, sino simplemente como una comida, como un convite público, y porque S. Pablo le llamó un dia la cena del Señor se empeñan en no darle otro nombre, infiriendo neciamente de aquí que cuando no hay una asamblea ni convite comun, es de todo punto nula la ceremonia. Por la misma razon debian tambien deducir que es nula cuando no le preceda un ágape ó un convite de caridad, como en tiempo de S. Pablo; mas ¿por ventura, los cristianos de los siglos II, III y IV de la

Iglesia habian perdido toda idea del sacrificio eucarístico, tal como se la trasmitieron los santos Padres cuando vemos que emplean para designarlas los epítetos de eucaristía, oblacion, sacrificio, liturgia? A estos absurdos disparatados conduce á los enemigos del catolicismo su necio empeño de negar arbitrariamente los más venerandos dogmas del cristianismo, sin respetar la memoria de innumerables generaciones que los han profesado, sin tener en cuenta que son dogmas revelados por el mismo Dios. Nosotros confesamos paladinamente que en los siglos de ignorancia se introdujeron abusos supersticiosos en todo lo relativo al sacrificio de la misa; mas el nombre mismo de abuso indica suficientemente que no es culpable de ellos la doctrina que autoriza el uso y veda el abuso, y cortarle allí donde le encuentra, como ha sucedido desde los tiempos en que el venerando Concilio de Trento, esa grande y sapientísima congregacion de todas las notabilidades religiosas del mundo europeo, reunidas para examinar los puntos fundamentales lo mismo que los disciplinares, dejó establecido lo que habia de practicarse acerca del particular, encomendando la custodia de las leyes sagradas á los señores obispos. En otro discurso notabilísimo acerca del augusto sacrificio de la Misa, muestra su excelencia sobre todos los sacrificios de la antigüedad, cuya bella enumeracion establece. El sacrificio, la ofrenda presentada é inmolada ante Dios para honrarle y reconocer su dominio supremo sobre todas las cosas, es el acto esencial de la religion, la expresion del culto supremo, la adoracion propiamente dicha: es tan antiguo como el mundo, sin que jamás haya habido pueblo alguno que no tuviese sus sacrificios destinados á confesar el soberano dominio de Dios sobre todas las cosas. Los hijos del gran prevaricador del Paraíso, Abel y Cain, el uno labrador, pastor el otro, levantan en los desiertos un altar al Omnipotente, presentan en él los frutos de la tierra, y ofrecen las primicias de sus rebaños y el humo de las ofrendas sube al cielo, impetrando la expiacion de las culpas, si bien solo son recibidas con agrado en lo alto las víctimas escogidas de Abel como dice S. Pablo. Terminado el diluvio con que Dios habia castigado á la humana progenie que se extraviára por los senderos de la iniquidad, Noé, el venerable patriarca sale de su arca, y rodeado de su familia privilegiada, levanta un altar donde ofrece á Dios en holocausto animales, y el olor de este sacrificio sube cual perfume gratísimo á las bóvedas eternas, segun la sagrada Escritura. Cuando Abraham volvia conquistador, despues de haber obtenido una victoria sobre cuatro poderosos monarcas, Melquisedec, rey de Salem, le detiene en su camino, le ofrece el pan y el vino, en cualidad de sacerdote del Altísimo bendice á Abraham, ofreciendo de esta manera un verdadero sacrificio al Altísimo segun el mismo S. Pablo, que considera á Melquisedec como la figura del Altísimo, de Jesucristo,

sacerdote eterno; y para confirmar la alianza que el venerando patriarca Abraham habia hecho con Dios, y en confirmacion de sus promesas, Dios le ordena que le ofrezca una víctima, la divide en dos partes, comunicando la una al fuego y ofreciendo la otra al sacerdote, lo que es luego erigido en costumbre entre los orientales, como sucede con Jacob y Laban, que sellan su alianza de paz, inmolando una víctima y comiendo entrambos de ella, mandando ántes purificarse á toda su gente, limpiar sus vestidos, arrojar sus ídolos, quemar al lado de un árbol todos los objetos que les inducian á la supersticion; y como sucede tambien con Job, que ofrece todos los dias un holocausto por los pecados de sus hijos, preparándose ántes para este solemne acto por medio de grandes purificaciones y purgaciones. Este culto religioso de los patriarcas es ratificado y sujeto más tarde á reglas por el sabio legislador del pueblo hebreo, el cual ordena el ceremonial de todos los sacrificios, dividiéndolos en sangrientos y no sangrientos; entre los primeros figuraba el holocausto en que la víctima era por completo consumida en el fuego, sin que fuese permitido reservar nada de ella, por ser este sacrificio destinado para reconocer la suprema majestad del Altísimo, ante quien todo se anonada, y para enseñar al hombre que todo entero y sin reserva debe consagrarse al que todo lo ha concedido. Entre estos mismos figuraba además el sacrificio de la hostia pacífica, destinada para dar gracias al Eterno por los beneficios que se habia dignado otorgar al hombre, y para impetrar otros nuevos de su liberalísima mano, y de ella eran quemados los intestinos y la grasa, quedando el resto para alimento de los sacerdotes. El sacrificio por el pecado, llamado sacrificio expiatorio ó propiciatorio, en el que era derramada la sangre de la víctima al pie del altar y regados con ella los costados del santuario. Mas es necesario no olvidar lo que S. Pablo asegura sobre estos sacrificios, á saber, que la sangre de los toros, de los bueyes y de otras víctimas no bastaba para borrar los pecados del mundo; que las judáicas ceremonias eran impotentes á este fin; que la ley no podia dar á los hombres la verdadera justicia. Es conforme á lo que ya se habia dicho á los judíos, que era su culto grosero y puramente exterior, que queria ante todas cosas la obediencia y piedad interior, la justicia hácia sus prójimos, la caridad, las buenas obras, la conversion del corazon del pecador. Esta misma tradicion, aunque errónea, domina en órden á los sacrificios en los pueblos indios, chinos, persas, caldeos, egipcios, griegos, romanos, cartagineses, escitas, los habitantes de las Gaulas, los germanos, los pueblos americanos y casi todos los del mundo; en todos encontramos vestigios de la misma tradicion, en todos reconocida la misma necesidad de aplacar á Dios por medio de las ofrendas y víctimas, por más que ninguno de estos sacrificios bastasen por sí mismos para aplacar las iras

del Eterno, siendo necesario para aplacar dignamente al Altísimo que una hostia pura, inmaculada, santa, fuese ofrecida en expiacion por los pecados del mundo, y esta fué Jesucristo, sacrificio nuevo y digno de Dios. Además de estas obras consérvanse de nuestro escritor: *El Penitencial*, ó sea veinticinco discursos del sacramento de la penitencia y confesion. — *El Oracional*, que son veintiseis discursos del ejercicio de la oracion.— *El Decalogal*, compuesto de treinta y dos discursos sobre los diez preceptos del Decálogo.— *El Conyugal*, compuesto asímismo de treinta discursos sobre el matrimonio.— *El Juventual*, ó sea algunos escritos sobre la educacion de los hijos y de los jóvenes.— *El Threnal, comentarios sobre los Trenos de Jeremías.*— *David profeta y penitente*, con algunos comentarios sobre sus salmos, tales como el *Miserere mei, Deus.*— *La vida de Sta. María Magdalena.*— *La muerte feliz ó desdichada del hombre.*— *Treinta discursos sobre el Juicio, el Purgatorio y el infierno.*— *Ciento sesenta sermones para las diversas festividades de la Beatísima Virgen María.*— *Otros ciento sesenta sermones sobre los Santos en los respetivos dias de sus festividades.*— *Otros discursos notables sobre Juan Bautista, precursor del Mesías.*— *Diez y ocho discursos de la Encarnacion de nuestro Señor Jesucristo, sobre el nacimiento de Jesus, sobre la Epifanía.*— *Diversas pláticas para todos los domingos, desde el primero de Adviento hasta el de Septuagésima inclusive; y desde este hasta el domingo de Resurreccion, desde el dia de Resurreccion hasta el último despues de Pentecostés*, que forman seis séries ó tomos separados. — Hay además: *El Cuaresmal de ferias.*— *El Pasional, ó sea de la muerte y pasion ignominiosa del Salvador de los mortales.*— *El Funeral*, que contiene multitud de discursos fúnebres, pronunciados el dia del fallecimiento de distinguidos personajes, segun es costumbre en el reino aleman.— *El Encenial*, para los dias de la dedicacion de las iglesias.— *El Patrocinal*, para los dias y festividades de los patronos de las iglesias.— *Pláticas sobre diversos puntos de doctrina cristiana.*— *Sermones sobre asuntos del Cantar de los Cantares; sobre la Confraternidad del Santísimo Sacramento; sobre la Cofradía del santo Rosario, el Escapulario y otros varios puntos.* Un escritor contemporáneo del que hemos biografiado dice: «Dios, que concedió especial facilidad para componer obras religiosas á Templio Procopio, movió tambien los ánimos de los lectores, á juzgar por la rapidez con que se expendieron las dos ediciones.»— N. L.

PROCOPOWITZ, arzobispo ruso. Al formar la biografía del personaje cuyo nombre acabamos de mencionar, perteneciente á la iglesia de Oriente, separada de la comunion católica desde los malhadados tiempos de Focio, nos vemos precisados á dirigir algunas miradas observadoras á esa parte poderosa del mundo, y examinar siquiera sea ligeramente las más notables causas de su separacion del seno del cristianismo, sus vicisitudes, su organizacion

y los vaticinios consoladores que algunos amantes del órden y del bienestar han proferido, relativos á la más ó ménos remota reconciliacion del Oriente con el Occidente. Esperanzas tan consoladoras hállanse fundadas en la actitud propicia al Santo Padre, á la corte romana y á los intereses católicos, que en estos últimos tiempos han mostrado los czares, si bien han sido poco estables y duraderos á causa de la fluctuacion é inconstancia del moderno Emperador, de quien los partidarios de las antiguas instituciones se prometian grandes y halagüeños resultados, áun cuando creemos que no han sido cumplidas sus esperanzas. Previo este preámbulo, biografiemos al arzobispo Procopowitz, que simboliza las doctrinas y vicisitudes de los cismáticos de su época. Riev fué la patria que en el año de gracia de 1681 recogió los primeros suspiros de este personaje de oscura cuna, hijo de un comerciante, sus padres no quisieron, sin embargo, forzar la inclinacion del fruto de su bendicion dedicándole al ramo de mercader, cual hubiera sido su gusto por hallarse más acomodado á los intereses de su familia. Apénas hubo recibido la primera educacion del modo más esmerado, le destinaron á la Academia del pueblo de su nacimiento, donde siguió sus estudios con bastante aprovechamiento, aunque sus preceptores veianse en ocasiones precisados á usar de modales severos para corregir la traviesa inclinacion del jóven Procopowitz. Apénas hubo terminado su carrera científica, fué creado rector de la Academia de su villa Riev, y despues de haber desempeñado este cargo á satisfaccion de todos, resolvió abandonarlo por realizar el pensamiento que hacia tiempo abrigaba de pasar á la capital del orbe católico, con el doble objeto de continuar y ampliar sus estudios, y el de cerciorarse por sí mismo de la organizacion política de los monumentos, del manejo de las cosas religiosas y adquirir por este medio noticias más exactas, para corregir las trasmitidas por los viajeros, siempre odiosos al Sumo Pontífice y á la corte pontificia. Durante su permanencia en Roma estudió teología y filosofía, dedicándose con preferencia al cultivo de las lenguas, á las cuales tenia particular aficion. De regreso á Rusia, le invitó el metropolitano de Riev con la cátedra de poesía, que desempeñó por espacio de algunos años. El año 1705 se ligó por medio de votos monásticos, y entónces recibió el sobrenombre de Theóphanes, con el cual es conocido el dia de hoy. Los años sucesivos explicó alternativamente la retórica, la filosofía, la metafísica, la moral, y áun la física y las matemáticas, cosa en verdad notable, porque son muy reducidos los talentos que abrazan á la vez tantos ramos diversos del saber humano; porque si es cierto que ha existido un Sto. Tomás de Aquino, que cual águila majestuosa, que remonta su vuelo y posa sobre las cumbres de los Apeninos, para dirigir desde aquella eminencia observadoras miradas sobre los valles, sobre las llanuras pobladas de ciudades, sobre los rios y campos fértiles, elevó

tambien su vuelo á la cúspide de las ciencias, dirigiendo desde aquella altura miradas atinadas sobre todas las ciencias y artes conocidos; si es cierto que de siglo en siglo aparecen en la tierra hombres extraordinarios, encargados de mostrar los senderos de la ciencia á los hombres, lo ordinario y más comun es encontrarnos con mediocres talentos, que hacen algunos progresos en el vasto campo del saber humano, si una mano inteligente les recomienda con entusiasmo el genio, bajo cuyas banderas han de cobijarse si quieren hacer adelantos en las vias científicas. Luego que hubo pasado Procopowitz la mejor parte de su vida cultivando las mencionadas ciencias, tomó á su cargo la enseñanza de la teología, que enseñó con diferente espíritu que los demás teólogos rusos, con más imparcialidad, sin tanto apasionamiento contra las venerandas instituciones católicas, lo que unido á su desusada elocuencia le mereció una fama extraordinaria y una gran reputacion. Sabido es que en la ciencia teológica el punto capital de la desunion entre los católicos y cismáticos consiste en la diversa creencia que ambas iglesias profesan en órden á la procesion del Espíritu Santo, pues miéntras los católicos confesamos y creemos que la tercera persona de la Beatísima Trinidad, el Espíritu Santo, procede del Padre y del Hijo, y es consustancial con el Hijo y el Padre, los cismáticos no admiten esta doctrina, desde Focio que la rechazó, por cuya razon adoptando la Iglesia términos más explícitos inscribió en su Credo estas palabras: *Et in Spiritum Sanctum Dominum et vivificantem, qui ex Patre Filioque procedit, qui cum Patre et Filio simul adoratur et conglorificatur;* creamos en el Espíritu Santo, Señor vivificante, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo es glorificado y honrado. Abajo expondremos la manera con que trató Procopowitz estas doctrinas. Obligado en cualidad de prefecto de la Academia á dirigir una alocucion al czar Pedro I, á su viaje por Riev, verificado en 1706, Teóphanes despues de dirigir palabras felicitatorias al Emperador, recordó las épocas gloriosas para la Rusia, tales como la victoria de Pultawa, la creacion de la flota rusa, el regreso del Czar y varios otros sucesos memorables. Mereció tambien del mismo Czar la honra de ser nombrado en diversas ocasiones para predicar en la régia capilla, y sus discursos eran muy aplaudidos y acreditados. Acompañó tambien al Czar en su famosa expedicion contra las huestes musulmanas, en la que mostró conocimientos vastísimos en el arte militar, en la pericia de las armas, en la construccion de las fortificaciones; el gran Pedro I, mereció este dictado á consecuencia de sus pasmosos triunfos militares. Al volver á San Petersburgo el Czar de todas las Rusias, cargado con los laureles de la victoria obtenida sobre los mahometanos, y deseoso de remunerar al célebre Procopowitz, le nombró abad del monasterio de Bratakou, y poco despues presidente de la Academia de su país natal Riev,

cuyo punto veíase precisado á abandonar con frecuencia para pasar á las cámaras del palacio de San Petersburgo, donde era llamado para ser consultado en los árduos negocios del estado. Celoso protector el czar de todas las Rusias, Pedro I, de sus sabios servidores, quiso recompensar los servicios que le habia prestado de un modo aún más honorífico, y no satisfecho con haberle condecorado con el cargo de consejero del imperio, con la abadía mencionada, con el honorífico cargo de presidente de la Academia por su amor á las letras, le elevó en el año 1718 á la silla episcopal de Pleskov, en Nawa. No desmintió las esperanzas que al elegirle obispo concibiera el czar Pedro *el Grande*, porque trabajó con ardoroso ahinco por civilizar é instruir en lo posible á las semibárbaras gentes que pueblan algunos puntos del imperio ruso, aunque el éxito de sus laboriosas tareas no fué tan cumplido como hubiera sido de desear, ya porque un hombre solo, por sabio por instruido, por digno que sea, es incapaz de obrar una súbita y estable trasformacion en pueblos avezados á sus costumbres, apegados á sus inveterados hábitos, como porque el cisma, bien así como todas las sectas protestantes y de otras innumerables denominaciones, no tienen en su seno los elementos regeneradores que tiene el catolicismo, el cual, semejante á la benéfica lluvia que fertiliza los agostados campos, hermosea los bosques sombríos, vivifica las plantas marchitas por los rayos abrasadores del astro luminoso del dia, así tambien fecunda las naciones, introduciendo en sus senos gérmenes de vida, que producen resultados benéficos, apénas es admitido en la sociedad. La India, la China y la Rusia, como Inglaterra, que abruma á ocho millones de irlandeses virtuosos con el peso de las armas y de las contribuciones, las Américas y todos los países, en fin, en que no vive el catolicismo, descubren resabios del paganismo, porque ora miran impasibles á la mayoría de las poblaciones convertidas en esclavas y siervas, como sucede en esa tan poderosa Rusia, ora las creencias toman una marcada tendencia á los positivos y materiales intereses, como acontece en esa Inglaterra, cuya grandeza tanto se cacarea, ora en fin, vense esparcidas hordas embrutecidas, sin gobierno, sin régimen, sin enseñanza, conservando todos los vestigios de las más brutales costumbres, como sucede en las llanuras abrasadas de la América. Dos años despues de su elevacion á la dignidad episcopal de Pleskoy, el mismo Pedro I le ascendió á la más honrosa aún dignidad arzobispal de Nowogorod, de que no tomó posesion ni ejerció sus funciones hasta la muerte de su protector y bienhechor Pedro *el Grande*, primero de este nombre entre los czares de Rusia. Aun cuando era uno de los miembros más distinguidos del clero ruso, secundó los planes de Pedro I, que se encaminaban á debilitar y menoscabar la prepotente influencia y la autoridad y prestigio de que gozaba el sacerdocio cismático en sus

tiempos, conducta en verdad reprensible cuando se trata de hombres constituidos en el mismo clero, si bien mirada la cosa con algun detenimiento se explica bien la débil y aduladora conducta de un obispo, cuando se ve precisado á guardar los deberes de gratitud para con el príncipe que le elevó á la suprema dignidad del clero. En sus últimos años fueron sus opiniones en materias religiosas distintas de las del resto del clero ruso. Su tolerancia mal entendida llegó al extremo de admitir todos los cultos, ora el católico, ora el protestante, ora el mahometano, ora el indo, y áun el paganismo, poniendo todo su empeño en desterrar de Rusia ciertas preocupaciones, llamadas funestas por los moradores. Llevando adelante sus monstruosas aberraciones, publicó una historia eclesiástica en la que se propuso probar que la religion griega se hallaba compuesta y mezclada de los dogmas de todas las religiones extranjeras, y empapado en tan absurdas ideas publicó una instruccion religiosa para el uso del pueblo. Las lecciones, que habia explicado durante el tiempo de su profesorado, fueron impresas por sus escolares, y circularon por toda la vasta extension del imperio con admirable y prodigiosa profusion. Theóphanes era el primer orador eclesiástico que la Rusia habia producido, lo que unido á la exquisita y fina elocuencia, compuesta del antiguo eslavon y entrelazada con frases anticuadas, que poseia, le elevaron á una considerable altura á los ojos de la opinion pública. Amante y entusiasta de las letras, Theóphanes formó una biblioteca tan vasta y numerosa, cual no se conociera jamás en los dilatados dominios del czar de todas las Rusias, biblioteca que á la muerte del precitado Pedro *el Grande* se trasladó, por disposicion de su arzobispo, á la universidad de Nowogorod. Guiado del mismo infatigable y ardoroso celo por las letras, compuso una coleccion de las obras, que habian aparecido en las devastaciones de la Livonia, con cuyos tesoros literarios formó grandes librerías, que empezaron á formar las bibliotecas de su imperio. Ni fué esto solo, reformó la instruccion pública, y áun la del mismo clero, para cuyo fin fundó en Nowogorod un magnífico seminario, con suficiente capacidad para ciento sesenta alumnos. Hizo además traducir al idioma ruso varios libros extranjeros, levantó muchos y muy bellos edificios, que se distinguen por su arquitectura y buen gusto, suministró medios pecuniarios y auxilios de todas clases á los estudiantes menesterosos y á los profesores indigentes. Sin duda son estas protecciones dispensadas á las letras dignas de un talento elevado, de un corazon amante de las letras, y es sensible que el ilustrado arzobispo de Nowogorod incurriese en tan monstruosas contradicciones y absurdos en materias religiosas, á la par que se mostrase tan bajo y adulador de las prerogativas imperiales, lisonjas indignas de almas de buen temple, cuando se hallan bien regidas. Ambos extremos son, sin embargo, asaz temibles entre

los cismáticos y en general en todas las sectas religiosas, exceptuando la augusta y divina religion del Crucificado, cuyos pontífices nunca se postran á los pies de los príncipes de la tierra para adularlos, ántes al contrario admiten á su osculo, al beso de sus pies sagrados, á las testas coronadas de todas las naciones; solo la religion católica, apostólica, romana, que predica la humildad, es la que sabe conservar la dignidad de sus miembros, de sus sacerdotes. La humildad no es bajeza; la humildad no se opone á la dignidad; mas en las iglesias cismáticas y protestantes el lugar de la humildad lo ocupa la bajeza villana, y el lugar de la dignidad la adulacion ignoble y rastrera. Por esto es que no hay entre ellos hombres bastante elevados para hablar con teson y la cabeza erguida á los soberanos á cuyas plantas se postran humillados, especialmente cuando, como sucede en muchos casos, reciben de las manos régias beneficios, dádivas y mercedes. ¡Qué diferencia tan notable entre el arzobispo Procopowitz y el obispo Massillon! Este habla á los reyes el desagradable lenguaje de la verdad, les reprende sus vicios y los vicios de los grandes de su corte, les fulmina los anatemas del cielo, les muestra las horrorosas consecuencias de sus extravíos, les presenta en último término un Dios armado del rayo de su cólera, pronto á castigar sus deslices y extravíos, y en fin los amenaza con perder el reino eterno, si apegados á las humanas cosas abandonan la justicia y la equidad en el gobierno del reino temporal. Aquel ensalza las virtudes, las cualidades, las victorias, los triunfos del czar, y se le muestra benévolo, acomodando la religion á los caprichos, en ocasiones brutales, en ocasiones feroces, del czar. El primero no transige con el vicio del rey, porque no teme sus iras, porque profesa una religion que le impone elevadas obligaciones, y agranda su alma con pensamientos eternos, por lo que reputa pasajeros los trabajos y pasajeras las tribulaciones terrestres. Aquel adula al soberano, cuyas iras teme, cuyos dones espera, cuyas recompensas busca con ahinco, porque profesa una religion que carece de base, de unidad y es incapaz de fortificar el ánimo con miras ulteriores á las de este mundo pequeño, frívolo y pertinaz. ¡Qué diferencia tan notable entre los oradores cristianos que hablan sin rebozo ni ambages el lenguaje de la verdad, y los oradores cismáticos que hablan sin ambages ni rodeos el lenguaje de la mentida adulacion, de la necia lisonja! De notar es, sin embargo, que este arzobispo de Noworogod era reputado entre los griegos como el orador más eminente, el filósofo más entendido, el sabio mayor que conocieran los fastos del clero ruso, el hombre dotado, en fin, de cualidades tan poco comunes, cual no se conocieran jamás en la Iglesia de Oriente, como que en atencion á tan eminentes cualidades fué encargado de redactar la contestacion á la célebre universidad de la Sorbona, que habia presentado una exposicion al czar de todas las Rusias Pedro I,

durante su permanencia en París, impetrando su proteccion para llevar á cabo la obra deseable de la reunion de las dos iglesias griega y latina, como que muerto el gran Pedro mereció la confianza más íntima de las czarinas Catalina y Ana, las cuales no procedian en ningun negocio de alguna trascendencia sin oir ántes el parecer del arzobispo de Nowogorod, como que fué llamado á ocupar la primera dignidad eclesiástica del imperio, como que fué designado para verificar el acto de la coronacion de los tres soberanos, la emperatriz Catalina I en el año 1724; la del czar Pedro II en el año 1728, y la de la emperatriz Ana en 1730, como que á su muerte, acaecida el año de 1736, fué objeto de llanto universal, habiéndosele hecho las demostraciones más ardientes de cariño y de pesar por su pérdida, magníficas exequias y pomposos funerales. Así obró el príncipe de la iglesia de Rusia, el hombre reputado por el más sabio de todos. Adoró el poder, aduló á los czares en las conversaciones particulares, en los campos de batalla, en las recepciones públicas, en el mismo púlpito, en ese sagrado lugar en que solo deben resonar los acentos de la verdad, en que solo debieran hablar hombres exentos de pasiones humanas, puesto que allí ejerce el augusto y elevado ministerio de anunciador de los ordenamientos del Excelso, de profeta que intima con los castigos más severos á los pueblos si se separan de la senda del bien. Muchas de sus obras teológicas han sido impresas en Alemania despues de su fallecimiento, entre las cuales debemos especialmente citar en primer lugar: *Miscelanea sacra*, obra publicada en Breslaw en el año 1745. En segundo lugar: *Christiana orthodoxa doctrina, de gratia gratuita, de justificatione peccatorum per Christum;* publicada tambien en el mismo Breslaw en el año 1768 al 1769. En tercer lugar: *Tractatus de processione Spiritus Sancti;* publicada en Gotha en 1762. En el *Tratado de la justificacion del pecador* adopta en todas sus partes las erradas máximas de los protestantes, los cuales, segun es sabido, atribuyen todo el mérito á la fe viva y ardiente, teniendo la cual pueden todos los indivíduos entregarse libérrimamente á cualquier género de horrorosos atentados y cometer los más horrendos crímenes, en la firme persuacion de que no le será imputado ninguno siempre que no vacilen en su fe. Conocidos son los disparatados sistemas predicados por los sectarios de Lutero, el cual, habiendo perdido el rumbo, vióse en la precision de dar mil coloridos diversos á sus doctrinas, acomodándolas á las pasiones humanas. Todos estos horrorosos sistemas fueron admitidos plenamente por el arzobispo Procopowitz, probando una vez más los tremendos precipicios en que se hunden los que abandonan la unidad de la Iglesia, y con ella la sancion é interpretacion de los santos Padres y doctores del catolicismo. Quizá se brinde más adelante ocasion de mostrar el enérgico teson con que á tan monstruosas y contradictorias doctrinas se ha

opuesto la Iglesia, bien persuadida de que cualquier género de consideraciones en este punto contribuyera directamente á socavar los cimientos del augusto y hermoso edificio católico, sumiendo en un laberinto de dudas á la humana naturaleza. Fortuna que el cielo vigila de continuo sobre su grey, sin permitir que en los funestos dias de sus extravíos lamentables desaparezca de la tierra el arca salvadora de las verdades y tradiciones venerandas. Publicó además de las obras de que acabamos de hacer mencion, otra intitulada: *Christianæ ortodoxæ theologiæ;* en Kœnisberg, en el año 1773, compuesta de varios volúmenes, que fueron reimpresos en los años siguientes. Forma en ella la exposicion de las verdades y dogmas cristianos, ó por mejor decir de los cismáticos, empezando por demostrar la existencia de Dios, sus atributos, su providencia, la existencia y creacion de los ángeles, la del mundo material, la del hombre, la de su primera figura en el gran panorama del mundo y de la creacion, que juntando en un ser el espíritu y la materia, sirve de seno estrechísimo á la materia inerte, y á la espiritual naturaleza angélica. Excusado creemos observar que tanto estas verdades como las relativas á la Encarnacion, á la vida del Salvador de los mortales, á los sacramentos, al infierno, purgatorio, paraíso, limbo y demás, se hallan entremezcladas de errores de gran bulto. Deseoso de formar la opinion pública, y de preparar los espíritus á la supresion del patriarcado y á las demás reformas que el Czar meditaba en desdoro de la jurisdiccion eclesiástica, Procopowitz dió á luz un opúsculo con el título siguiente: *Disquisitio historica bini quæstionum;* publicada en S. Petersburgo en el año 1741, un tomo en 8.°, donde el arzobispo de Nowogorod, olvidando los caros intereses de la Iglesia, pinta con vivos colores lo perjudicial que era la prepotencia del clero, si no estaba sometido á la autoridad civil. Merecen tambien particular mencion entre el resto de sus obras, un tratado publicado sobre *el Matrimonio*, refutando la opinion generalizada en toda la Rusia de que era inválido el matrimonio contraido entre uno que profesase las creencias cismáticas, y otro que profesase las católicas, protestantes, mahometanas, etc. Figuran además entre sus escritos políticos algunos escritos polémicos, algunas piezas en incorrecto verso latino, y en fin algunas sátiras mordaces. Este talento universal era muy propio para fomentar y secundar los vastos y en ocasiones grandes proyectos del Czar en órden á su soberbio bárbaro imperio, por lo que le hacia todavía más útil su adulador carácter, que se sometia gustoso á las despóticas exigencias del Czar. Es singular en extremo la explicacion de una ley fundamental publicada por Pedro I, arreglando á su fantasía la sucesion al trono, que aparecia escrita por Theóphanes, con este título: *Verdad de la voluntad soberana*. Redactó además unas ordenanzas para los monjes, que no se publicaron hasta la venida de la

emperatriz Catalina. Despues de la muerte de Pedro I se publicó tambien una obra intitulada: *Lacrymæ Proxoleme;* en Revel, en el año 1726, oracion fúnebre recitada en los funerales del Emperador, que mereció grandes elogios, y fué traducida al francés por un literato, que la publicó en el *Diario de los sabios* en Diciembre de 1726. Poseia además este genio el idioma latino, que le era familiar, aunque es poco conocido por el clero ruso. Tales son las obras y publicaciones del arzobispo de Nowogorod, tan renombrado entre los cismáticos griegos. Débese no confundir la Iglesia moderna griega con las iglesias de Grecia fundadas por los Apóstoles, así en las regiones europeas como en Corinto, Tesalónica, Filipos y otras varias, como en la parte de Asia, tales como Esmirna, Efeso y otras, en las cuales era la lengua griega la ordinaria en el trato comun y en la religion, exceptuando tan solo Antioquía, la Siria, que hablaban el siriaco, y el Egipto donde hablaban el copto. Nada habia más respetable en los primeros siglos de la Iglesia que las tradiciones de las iglesias griegas, fundadas en su mayor parte por los Apóstoles mismos, que fueron sus pastores primitivos. Baste citar en prueba de esto á Tertuliano, que apelaba al autorizado testimonio de las iglesias griegas para confundir á los herejes de su tiempo, considerándolos como argumento incontestable, por mucho que al nacer despues entre ellos, y extenderse las conquistas del arrianismo, nestorianismo y eutiquismo, perdiese gran parte de su autoridad y brillo esa luminosa antorcha del cristianismo, que pasaba iluminando las tenebrosas oscuridades de los velados dogmas cristianos, y por mucho que los cismas griegos han venido á perder el prestigio á todos sus documentos, aumentando la confusion hasta que al fin las conquistas de los sectarios de Mahoma extinguieron hasta la última centella el fuego católico, que tan floreciente se encontraba en esas regiones. Así pues, propiamente hablando, la Iglesia griega compónese en la actualidad de los cristianos cismáticos, sometidos en cuanto á lo espiritual á Constantinopla, y en cuanto á lo temporal á la dominacion del sultan, y todos los cuales se hallan esparcidos por la antigua Grecia, en las islas del Archipiélago, en el Asia menor y en otras regiones orientales, en las cuales gozan la más ámplia libertad en el ejercicio de su religion, con más algunas iglesias de Polonia y todo el vasto imperio sujeto al absoluto dominio del sultan. De notar es, sin embargo, que en el reino de Polonia hay algunos griegos que profesan las mismas creencias que la Iglesia católica, sin que se diferencien de los latinos en otra cosa que en el idioma. Prescindiendo de las erróneas aserciones del autor incrédulo Voltaire, para quien nada habia respetable ni santo, mucho más cuando se trataba de atacar á la Iglesia católica, si queremos hallar el origen de esta desastrosa confusion y division que reina en las iglesias griegas cismáticas, preciso es remontarnos

hasta el siglo IV, para explicarnos de un modo satisfactorio tan funestas causas, que venian ya desde entónces preparando la funesta discordia que tanto lamentamos. Apénas Constantinopla fué creada capital del imperio vastísimo del Oriente por el grande Constantino, apénas ondearon en las cúpulas bizantinas las insignias de la augusta religion católica, la silla episcopal de esta ciudad, que habia sido poco considerada y se habia hallado sometida hasta estos venturosos tiempos á la metropolitana de Heraclea, fué tomando una tan considerable importancia que los obispos, validos del favor de la corte, proyectaron abrogarse las mismas prerogativas y autoridad que el mismo soberano pontífice romano, como que ya empezaron á intitularse obispos universales. Meditando con un poco detenimiento, en esta época hallamos ya funestas semillas de la más ó ménos escandalosa division, que habia de arrebatar á la Iglesia católica una parte considerable de sus hijos, en la miserable vanidad, en la villana envidia, en el soberano desprecio con que los griegos tratáran siempre en los primeros dias del cristianismo á los fieles. Desde esta época empezaron ya á crecer las disensiones, cuya no extincion habia de producir un dia funestos resultados, como las tempestuosas y anubarradas nubes del nebuloso invierno producen horrorosos destrozos en los campos despues de haberse reprimido algun tanto. Siguióse aumentando la animosidad en tales términos, que ya el siglo VII de la Iglesia se suscitaron acaloradas disputas entre los bizantinos y los romanos relativamente al culto de las imágenes. Vióse ya empleada la sátira, la maledicencia entre los que eran hermanos, rescatados con la misma preciosa sangre del Salvador. Los latinos acusaban á los griegos de idólatras en punto á la adoracion que defendian para los santos, miéntras á su vez los griegos echaban en cara á los latinos la fea nota de herejes, por el modo como aplicaban la procesion del Espíritu Santo del Padre y del Hijo, y por haber alterado el símbolo Niceno interpolando algunas palabras. Fúndanse en este desagradable litigio, ocurrido entre unos y otros, algunos historiadores eclesiásticos de entre los más autorizados, para dejar sentado que ya en esta época los griegos sostenian la herética doctrina de que el Espíritu Santo procedia del Padre y no del Hijo; asercion en verdad que no conceptuamos destituida de fundamento. De nuevo volvió á agitarse la cuestion y á renovarse la animosidad en los siglos ulteriores en órden á la adicion de la palabra *Filioque*, y tomó mayores y más sérias proporciones en tiempo de Carlomagno, en el siglo VIII, en el mismo año de 809. Más tarde, en el año 857, subió al trono el emperador Miguel III, *el Ebrioso*, lleno de vicios, entregado á la afeminacion más voluptuosa. No pudiendo sufrir las severas amonestaciones que, lleno de celo, le hacia el sabio y virtuoso patriarca de Bizancio, le desterró, le calumnió, le llenó de impro-

rios y ultrajes indignos, hasta obligarle á poner la dimision de su alto cargo. ¡Triste carrera de todos los viciosos, que no pueden consentir á nadie que les ponga dique en el horrible camino de sus pasiones desbordadas! Como el tristemente célebre Focio, hombre de talento y sabiduría, aunque ambicioso é hipócrita, supiese insinuarse con sus despreciables y villanos medios en el corazon del Emperador, éste le nombró patriarca de Constantinopla en lugar de la víctima de sus furores. Los obispos que lo consagraron, deseosos de complacer al Emperador, en el cortísimo espacio de seis dias le hicieron pasar todos los órdenes; primero clérigo, en seguida lector, luego subdiácono, diácono, presbítero, obispo y patriarca, y en un concilio celebrado en Constantinopla Focio se hizo reconocer como tal patriarca, haciendo declarar á los obispos que eran válidas y legítimas sus órdenes. El celoso Ignacio, injustamente perseguido, apeló á la capital del orbe cristiano, donde el pontífice Nicolao I, al frente de un concilio celebrado en Roma en el año 762, excomulgó públicamente á Focio, no solo á causa de la irregularidad de su ordenacion, sino tambien por el crímen de intrusion. No deseaba Focio malquistarse con el sucesor de S. Pedro, por cuya razon tomó el partido de disculparse cerca de Su Santidad, alegando entre otras cosas el ejemplo de S. Ambrosio, quien de simple lego fué súbitamente elevado hasta la encumbrada dignidad de obispo de Milan. Pero fueron vanos estos alegatos, ni habia punto de comparacion entre el uno y el otro, ya porque se hallaba vacante á su eleccion el obispado de Milan, ya tambien porque el pueblo milanense aclamaba á Ambrosio por obispo suyo, miéntras Focio subió á la metropolitana de Constantinopla sobre las ruinas de otro, ocupando de un modo intruso el lugar de un pastor venerable y legítimo. Pasando en silencio las injustas acusaciones que se lanzan sobre la frente del papa Nicolao I, convencidos como nos hallamos de la justicia y oportunidad de su conducta, Focio irritado con Roma, excomulgó á su vez al Papa, tomando el pomposo título de patriarca ecuménico, y declarando herética á la Iglesia romana, en primer lugar, porque no guardaba el ayuno del sábado; y en segundo, porque permitia el uso de la leche y del queso en las primeras semanas de cuaresma; en tercero, porque prohibia el matrimonio á los presbíteros; en cuarto, porque reservaba á solos los obispos la uncion del crisma que se hace en el bautismo; y en quinto, porque habia añadido al símbolo la palabra *Filioque*, y además declarado que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, con mil otras ridículas acusaciones, á las cuales se encargaron de contestar algunos obispos católicos, que pusieron bien manifiesta y probada la injusticia de tamaños cargos, declarando al mundo entero la extraviada senda que seguia el desventurado y temible Focio. Deseando adquirirse popularidad y prestigio el desgraciado patriarca, y fijando

como norma de sus acciones en este hecho, detuvo á la puerta del templo á Basilio de Macedonia, emperador de Constantinopla, que habia subido al trono sobre la sangre de sus predecesores, á quienes habia asesinado, y en las puertas del templo le afeó su crimen. Mas Basilio, hombre de temple enérgico, restableció en su silla al venerable y virtuoso Ignacio, mandando encerrar en su monasterio al infame Focio, y ejecutando de esta manera una accion justa guiado por miras vengadoras. Aprovechándose de esta coyuntura favorable el papa Adriano, reunió el año 869 el octavo Concilio ecuménico, compuesto de trescientos obispos, presididos por los legados pontificios, los cuales unánimemente declararon intruso á Focio, imponiéndole penitencia pública, pero sin que se hiciese mencion alguna ni de los sentimientos ni de las creencias de los griegos en órden á los puntos que servian de acusacion á los romanos, lo que parece probar que todavía entónces daban poca importancia los católicos á los puntos mencionados, por hallarse sin duda poco arraigados en el seno del pueblo griego. Mas este triunfo de la causa de la verdad fué poco duradero, porque muerto el patriarca Ignacio valióse Focio de su destreza y villanos medios para hacerse restablecer en la silla patriarcal nada ménos que por el mismo Basilio. Noticioso de esto el papa Juan VIII, así como tambien conocedor del carácter díscolo de Basilio y de Focio, creyó oportuno no agriar los ánimos en un momento en que cualquier via dura produjera un cataclismo, por cuya razon dejó obrar al tiempo y consintió en el restablecimiento de Focio. En el año 879 el concilio de Constantinopla celebró públicas sesiones, en las cuales declaró patriarca legítimo á Focio, sin que por esto sea verdad que anulase las disposiciones del octavo Concilio ecuménico, que le declaraban intruso y no hereje, supuesto que no lo era en verdad, ni se pusiesen sus disposiciones en contradiccion con las del Concilio, porque muerto Ignacio y consentido su restablecimiento por el Papa ya no era intruso, ni mucho ménos absolviese al criminal de la sentencia fulminada contra él en el dicho Concilio ecuménico, sentencia que permanecia siempre vigente, puesto que el crímen cometido no fué borrado por la muerte del venerable Ignacio. Este Concilio Constantinopolitano solo se ocupó del restablecimiento de Focio en el patriarcado, sin ocuparse empero de la cuestion de la procesion del Espíritu santo ni de atacar los usos de la Iglesia latina, ni de censurar sus costumbres, supuesto que ni áun era necesario en razon á no haber sido aún reformada, digámoslo así, la herejía. A pesar de las dulces formas empleadas en este trascendental negocio por el papa Juan VIII, no cedió Focio de sus ambiciosas miras, sino que considerándose legítimo patriarca de Constantinopla, aspiró al patriarcado ecuménico que ya habia años formaba sus dorados sueños. A este efecto empleo todos los medios más ignobles y poco delicados, renovando

las acusaciones que habia injusta é indebidamente lanzado sobre Roma, suponiendo un Concilio ecuménico Constantinopolitano, dando odiosas interpretaciones á una carta que se habia dignado escribirle el mencionado Pontífice soberano, y valiéndose y halagando las crueles animosidades de los griegos contra los romanos, y hasta que al fin consiguió su nefando intento separándose de Roma, y haciéndose cismático, y cismático al pueblo griego, para todo lo cual reunia gran fondo de destreza y de malas cualidades. Su triunfo no fué sin embargo duradero, porque el emperador Leon, denominado *el Filósofo*, hijo y sucesor de Basilio, le depuso de su cargo y le confinó á un monasterio, donde murió víctima de sus remordimientos, despreciado por todos, infeliz, desgraciado é impenitente. Despues de estos desgarradores acontecimientos, por espacio de ciento cincuenta años duraron todavía las discusiones, y durante todo ese tiempo los patriarcas constantinopolitanos persistieron en su deseo de ser patriarcas ecuménicos, sin tener en cuenta que Dios habia establecido en sus eternos decretos que Roma habia de ser la sede de Pedro y de sus sucesores, hasta que tomó más temibles proporciones en el patriarcado de Miguel Cerulario, que renovó varias inculpaciones al Papa en pliego cerrado, á las que por toda contestacion Leon IX, que á la sazon regia los destinos del catolicismo, envió á Constantinopla sus legados, los que no fueron recibidos por el orgulloso patriarca, el cual haciéndose temible al mismo emperador, por el dominio que tenia sobre el espíritu de las masas, fué desterrado muriendo de pesar en el año 1059 despues de diez y seis años de patriarcado. Agrióse esta vidriosa cuestion con las cruzadas, y cuando los latinos llegaron á dominar á Constantínopla, establecieron en su silla patriarcas latinos, á lo que los griegos opusieron otros patriarcas de su seno, que residian en Nicea, de manera que ya tocaba á su término esta tremenda y temida desunion que tantos males habia de traer al mundo. Por último, en los dias de Miguel Paleólogo se consumó el cisma, pues á pesar de los buenos y católicos deseos de este emperador, el clero, los monges y el pueblo se opusieron á toda avenencia con Roma, prefiriendo la dura dominacion de los turcos, que en el año 1453, al mando de Mahomet II, subyugaron á Constantinopla, y las duras exacciones que les imponen, para poder gozar del derecho y libertad de practicar su cismático culto, á la union con el soberano pontífice romano, que vió perdidas sus esperanzas con este funesto golpe y animosidad de los griegos. Desde entónces siguen separados los católicos de los cismáticos. En vano los doctores de la Iglesia católica les han probado hasta la saciedad con irrefutables testimonios de la sagrada Escritura, y con los testimonios de los primitivos y esclarecidos padres de la misma Iglesia griega, que el Espíritu santo procede del Padre y del Hijo; obstinados en sus odiosas prevenciones acusan al catolicismo de

alimentar errores groseros, fundando sobre todo sus ataques en la adicion de la palabra *Filioque* que el concilio de Nicea y el de Constantinopla añadieron al Simbolo, para expresar su creencia, incurriendo en la contradiccion de creer á pesar de todo en la divinidad del Espiritu, en cuyo nombre y en el de las otras dos personas divinas administran el santo sacramento del bautismo, si bien con ceremonias especiales que han inventado para expresar su creencia infundada. En vano se les prueba con multiplicados testimonios la primacía del Papa sobre todas las iglesias; sin negar las escrituras y los decretos de los Concilios y disciplina primitiva, en su intolerable orgullo atribuyen todas esas prerogativas al patriarca y á los obispos griegos, cuyas excomuniones temen sobremanera, porque les privan de los derechos civiles y de toda afeccion hasta de los parientes más cercanos. Cierto que los mismos emperadores cismáticos han hecho varias tentativas para agregarse á la Iglesia romana; cierto, como difusamente lo prueba el P. Papebrochio, que la Rusia y la Transilvania, Siria, Persia y algunos otros puntos, permanecieron aún despues del cisma adictos á la Iglesia de Roma, como á la madre y reina de las demás iglesias; cierto es que la Iglesia griega, de quien puede decirse que se halla en la más vergonzosa esclavitud, ha perdido el principio de la fecundidad prometida por el Salvador á los apóstoles, supuesto que no es comparable el crecido número de hijos que la Iglesia católica romana cuenta en sus pobladas regiones de Europa, en sus extensísimas llanuras de América, y las varias convertidas del Japon, de la China, de las Indias, sin contar aún las que tiene en el inmenso imperio otomano, con el exiguo número de los cismáticos; cierto es en fin que se han cometido enormes abusos, grandes trastornos en la Iglesia griega, debidos á la estúpida ignorancia, á las groseras costumbres de este pueblo esclavizado, que no ha tenido en el transcurso de los siglos ni un solo doctor célebre, ni un concilio notable, supuesto que es verdad que Besarion, Alercio y Arcadio han sido adictos á la Santa Sede romana, mas á pesar de todo siguen creyendo aún el dia de hoy que la consagracion debe hacerse con pan ácimo y no con pan fermentado, en tanto que confiesan válida la consagracion de los latinos, y creen la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía y el misterio de la transustanciacion, sin diferenciarse en más de los latinos, sino en esa pequeña diferencia disciplinar, que en nada obsta por cierto á la union tanto tiempo deseada; y miéntras siguen tambien aplicando sufragios, misas y oraciones por los fieles difuntos, por mucho que sus opiniones en órden al purgatorio se diferencian de las nuestras, puesto que profesan la idea de que no se decidirá hasta el tremendo dia del juicio la suerte de los difuntos, áun cuando, segun algunos doctores griegos, puede alcanzarse misericordia de Dios en beneficio de las

almas que yacen en el lugar de la expiacion. Fuera, pues, de la procesion del Espíritu Santo, del pan ázimo, de la creencia en el purgatorio y de la falsa aplicacion que dan ó hacen á los patriarcas de la jurisdiccion del papado, estamos conformes con los griegos en todo lo demás. Solo celebran una misa diaria y dos á lo sumo los dias de fiesta, usando en ellas distintas vestiduras sacerdotales que las nuestras, porque no emplean ni bonetes cuadrados, ni sobrepellices, ni casullas, sino albas, estolas y capas pluviales, y la con que celebran el augusto sacrificio de la misa está cerrada por delante, levantándose por los brazos á la antigua usanza. Hacen la señal de la cruz llevando la mano de la derecha á la izquierda, clasificando de herejes á los que de otro modo procedan, alegando que Jesucristo extendió primero la mano derecha sobre el santo madero de la cruz. Sus liturgias y oraciones son mucho más dilatadas que las nuestras, y sus ayunos rigurosísimos, porque consideran el ayuno como una de las más esenciales obras del cristianismo, por cuya razon tienen establecidas cuatro cuaresmas: la una la de Adviento, compuesta de cuarenta dias, la otra la de pascua de Resurreccion, la otra la de S. Pedro y los Apóstoles, y la otra la de la Asuncion, compuestas estas dos de quince dias. Gozan de la más profunda veneracion los patriarcas y obispos, que son todos del órden de S. Basilio ó de S. Juan Crisóstomo; guardan el celibato; deciden en los pleitos sin apelacion; temen la excomunion, de que los obispos hacen frecuente uso, porque produce grandes resultados sobre el pueblo, el cual cree que no solo les priva este anatema de la asistencia de los vivos, sino que produce terribles efectos áun entre los muertos, por cuya razon ni se dejan instruir en los dogmas religiosos del cristianismo, ó para hablar con más propiedad del catolicismo, cuyos misioneros han visto constantemente estrellados sus loables esfuerzos en ese miedo del pueblo á la excomunion. Los viajeros más imparciales é instruidos, que además han morado algun tiempo entre los griegos, convienen unánimes en atribuir crasísima ignorancia al pueblo, el cual solo se alimenta en órden con el pomposo aparato de las ceremonias, las iglesias, los altares, los monasterios, las oraciones públicas, sin que pueda decirse que los patriarcas y obispos saben mucho más, porque á excepcion de unos pocos, que han viajado y hecho sus estudios en Italia, sin dejar por esto sus prevenciones contra Roma, como sucede con nuestro arzobispo de Noworogod, todos los demás apénas tienen noticias exactas ni de los dogmas cristianos ni de la moral, como sucede entre nosotros los católicos, que siempre tenemos la dicha de ver resplandecer en nuestro seno eclesiásticos respetables é ilustrados en todas las materias del culto. Como la supersticion es hija de la ignorancia, nada tiene de particular que los cismáticos griegos sean muy amigos de fábulas, y atribuyan gran virtud y mara-

villosos efectos á ciertas fuentes, rios y objetos muy venerados. Los protestantes querian defender cualquier secta ó religion siempre que de su defensa resultase inculpaciones á la Iglesia romana; han acusado á los papas de entrometidos y tercos por los ardientes deseos que han mostrado de reconciliar á las dos iglesias separadas por no muy considerables motivos, por haber fomentado las misiones en Oriente, por los triunfos que han alcanzado, por haber mostrado en fin grande amor por el bienestar temporal y eterno de la Iglesia griega, como si un padre cariñoso y amante del bien de sus hijos pudiera mirar impasible la condicion desgraciada de una porcion numerosa de sus hijos. Los protestantes son las criaturas más ridículas cuando se proponen atacar á la Iglesia católica; entónces no hay en ellos ni compasion natural, ni elevacion de miras, ni nada, en fin, que revele en ellos á hombres grandes y elevados, sino mezquindades, ridiculeces, bajezas pequeñas é indignas del talento y de la elevacion. Esto se explica, sin embargo, con solo recordar el odio que profesan al nombre católico y romano, á quien insultan en todas ocasiones. Estos sectarios de Lutero, que querian congraciarse con los cismáticos griegos para malquistarlos con los católicos, para hacer de cada vez más imposible las ideas reconciliadoras, tienen la osadía de pretender que sus creencias en nada difieren de las de los cismáticos, alegando para probar su dicho varios documentos, ó apócrifos, ó adulterados. Esto dió ocasion á una obra, en la que se pulverizaban los errores de los protestantes, que deseaban asegurar que algunos partidarios griegos profesaban las doctrinas de Calvino, en la cual se han reunido los diversos monumentos griegos en órden á las creencias griegas; el testimonio de varios autores griegos que escribieron despues del siglo IX, que fué la primer época del cisma; las profesiones de fe de muchos obispos metropolitanos y patriarcas; la declaracion de dos ó tres concilios que ellos celebraron con este motivo; los testimonios de algunos obispos de Rusia; las liturgias, los arcologos y los demás libros litúrgicos de la Iglesia griega. Con estos documentos se ha probado hasta la saciedad que en todo tiempo, lo mismo que en el dia, han admitido los griegos los siete sacramentos, y atribuídoles la virtud de producir gracia; que creen la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, la transustanciacion y el sacrificio de la Misa; que invocan los santos; que honran las reliquias y las imágenes; que aprueban la oracion por los difuntos, la oracion y las misas aplicadas en sufragio de ellos; y en suma todos los dogmas de la Iglesia, exceptuando el primado del Papa, la procesion del Espíritu Santo del Padre y del Hijo y algunas otras verdades, no precisamente dogmáticas ni meramente disciplinares. Con respecto á lo que los protestantes alegan del patriarca Cirilo de Lucar, que habia viajado por Holanda y Alemania, y alimentádose con los errores protestantes, de haber

publicado una profesion de fe calvinista, adoptando en todas partes las doctrinas de esta secta; sabido es que sus doctrinas, pulverizadas y anatematizadas por los griegos, no son las profesadas ni por el clero, ni por la aristocracia, ni por las gentes del pueblo, léjos de eso al tenerse noticia de este acto de Cirilo fué depuesto y sentenciado al infame suplicio de la horca; y sabido es tambien que tres concilios sucesivos en los dominios cismáticos anatematizaron las opiniones y la conducta del patriarca Cirilo. Mas los protestantes, á quienes rara vez se los encuentra templados en su discusion, ni admiten ninguna de estas pruebas ni ven los objetos sino por la parte más adecuada á sus miras, empleando las ignobles armas de la envidia y de la calumnia para conseguir el triunfo de sus ideas interesadas y egoistas. Esto nadie medianamente versado en los usos de las sectas protestantes lo ignora en el dia. Tal es en suma la historia del arzobispo de Noworogod, del defensor de las ideas cismáticas, del adulador del poder, que ascendió de dignidad en dignidad por el camino de la adulacion y de la baja impostura, y defendió las ideas y opiniones que fueron del mayor agrado de su protector el czar Pedro I. Tal es la triste historia simbolizada en su arzobispo de las vicisitudes de los cismáticos griegos. ¿Cuándo volverán al seno del catolicismo? Pidamos al cielo que se realicen los vaticinios de algunos modernos sabios. — N. L.

PROCORO (S.), mártir. Entre los primeros diáconos hechos por los apóstoles en el siglo I de Jesucristo se cuenta al glorioso S. Procoro, que despues fué nombrado obispo de Nicomedia en Bitinia. El apóstol S. Juan, que le tenia mucho cariño, le mandó á la ciudad de Antioquía con la honrosísima comision de predicar allí y en toda su tierra el santo Evangelio, lo que hizo con tal entusiasmo y celo, que se atrajo multitud de alucinadas ovejas al redil de la gracia, en el que recobraron la razon, y abriendo los ojos á la verdadera luz, repararon las espantosas tinieblas en que habian vivido ántes de ser iluminados. No pudiendo sufrir los gentiles que este fanático nazareno, como llamaban en aquel pueblo á los cristianos, amenguase el número de los creyentes paganos, le dieron una muerte cruel, con la que elevaron sin pensarlo su bendita alma á los cielos, en donde Dios le tenia dispuesto un esplendente trono para premiar su santidad. La Iglesia le celebra el 9 de Abril. — C.

PROCULO (S.), mártir. Solo nos dicen las actas de los Santos, de este que recuerda la Iglesia el 14 de Febrero, que estando con sus compañeros Efebo y Apolonio en la ciudad de Terni velando el cuerpo del santo obispo Valentin que habia sido martirizado, fueron los tres degollados por órden del procónsul Leoncio, enemigo irreconciliable de los cristianos. — C.

PROCULO (S.), obispo y mártir. Fué este Santo de nacion griego, y muy

celoso gentil; pero convertido por S. Valentin á la fe de Jesucristo, se arrepintió de tal modo de sus delitos como pagano, y se aplicó con tanto celo á las máximas evangélicas, que mereció del mismo S. Valentin ser consagrado obispo de Terni, en Hungría. Como su pasion favorita fueron la literatura griega y romana, sus pláticas eran tan floridas y elocuentes, que hasta los gentiles más obcecados le oian con gusto, y así es que logró convertir á muchos á la fe cristiana, entre ellos al hijo del prefecto de Terni. Sabida la conversion de éste por su padre, fué tanto lo que se irritó, que desentendiéndose de toda afeccion y pudiendo más su fanatismo por los falsos dioses que su cariño paternal, mandó degollar sin piedad al obispo San Próculo, á su hijo y á otra porcion de cristianos, cuya sentencia tuvo lugar en la misma ciudad el año 272, tal vez el dia 14 de Abril en que los recuerda la Iglesia. — C.

PROCULO (S.), mártir. El dia 1.° de Junio nos recuerda la Iglesia á este Santo, del cual solo se dice que fué natural de Bolonia en Italia, en cuya ciudad murió martirizado por profesar la religion cristiana, el año 303 de nuestra era. — C.

PROCULO (S.), mártir. Vivian en la ciudad de Ancyra, en el reinado del emperador Trajano, dos virtuosos varones llamados Próculo é Hilarion, ejercitándose en la penitencia, camino seguro que conduce á la perfeccion que proporciona la vida eterna. Habiendo sabido Máximo, gobernador de la ciudad, que ambos eran cristianos muy celosos de su religion, les llamó á su presencia y les ordenó incensasen á los ídolos que les hizo poner delante, y como no pudiese conseguirlo por más promesas y amenazas que les hizo, los condenó á sufrir crueles tormentos. Apoderados de ambos Santos los verdugos, les hicieron pasear enteramente desnudos por la ciudad, y cuando ya se cansaron de divertir al público con este escandaloso espectáculo, los arrojaron dentro de un horno encendido, cuyo fuego consumió sus cuerpos; pero sus benditas almas volaron al cielo á recibir de manos de Dios la corona gloriosa que se habian sabido conquistar con su constancia y heroismo. La Iglesia los recuerda el dia 12 de Julio todos los años. — C.

PROCULO (S.), mártir. Véase Floro en su biografía. Fué este Santo natural de Constantinopla, en cuya ciudad ejercia la profesion de cantero, de cuyo oficio fué maestro de los gloriosos santos hermanos Floro y Lauro, y como fuese acusado con su compañero de oficio S. Máximo de ser cristianos, y ellos lo confesasen con alegría delante de los jueces, fueron condenados al martirio que sufrieron en la ciudad de Bizancio (Constantinopla) en el siglo II de nuestra era: la Iglesia recuerda su nombre al dia 18 de Agosto. — C.

PROCULO (S.), mártir. El dia 19 de Setiembre se recuerda á este Santo,

del que solo se sabe que padeció martirio con S. Genaro ó Januario, obispo y mártir, patron de Nápoles, en el mismo dia citado del año 305 del Señor, reinando en el imperio romano Diocleciano y Maximiano. Véase San Genaro. — C.

PROCULO (S.), mártir. Señalando á este Santo la Iglesia el 4 de Noviembre, solo nos dice de él Usuardo que floreció en Autun durante los primeros siglos de la Iglesia, y que acusado y convicto de cristiano, fué degollado por los gentiles, irritados por su confesion. — C.

PROCULO (S.), obispo y mártir. Las virtudes cristianas de Próculo le valieron ser consagrado obispo de la ciudad de Narni, en Italia, en el siglo VI de nuestra era, y despues de haber gobernado su Iglesia durante muchos años con el mayor acierto, y de haber fervorizado á sus diocesanos con su piedad y demás virtudes, Totila, rey de los godos, enemigo de los que no profesaban la religion del heresiarca Arrio, le mandó degollar, con lo que le puso en el caso de merecer la corona del martirio que deseaba: la Iglesia católica le recuerda el 1.° de Diciembre. — C.

PROCULO (S.), obispo y confesor. Otro S. Próculo nos recuerda la Iglesia el 9 de Diciembre: fué éste el cuarto obispo de Verona, varon de especial virtud y santidad que dejó un nombre esclarecido en el país que edificó, el cual le recuerda con gloria. Decretada por el emperador Maximiano la persecucion contra los cristianos, y sabiendo habian preso á los santos Fermo y Rústico, se fué á la cárcel ansioso de padecer con ellos el martirio, y confesó ante los jueces la fe de Jesucristo, blasfemando contra los ídolos como hechuras del demonio, por lo que sufrió torturas y otros tormentos horribles á que le condenaron los sectarios de Satanás. Empero no le estaba reservada la palma del martirio, y por más esfuerzos que hizo por conquistarla, se la negó Dios. Visto esto, se dirigió á Jerusalen, en donde visitó los santos lugares en que se verificó nuestra redencion, sujetándose con esta ocasion á una severísima penitencia. Volviendo á Verona, edificó á sus diocesanos con su ejemplo santo, y murió en la paz de los justos en los primeros años del siglo IV. — C.

PROENZA (Antonio de). Nació en Fundai, y abrazó el instituto de la Compañía de Jesus en el año 1554. No satisfecho con asistir á los apestados en Coimbra con laudable celo, pidió á sus superiores la licencia para ir á las misiones del Oriente, para cuyo punto partió en 1703, donde concluyó sus dias, legándonos la *Relacion de los sucesos que acontecieron en Coimbra en tiempo de la peste del año* 1599, publicada en lengua portuguesa, é impresa por el P. Antonio Franco, del noviciado del mismo Coimbra. — N. L.

PROENZA (Antonio de), natural de Remela, se entregó al servicio de

Dios en el año 1643, contando á la sazon diez y nueve años, y comenzó su vida en las misiones del Maduré, donde murió el 14 de Diciembre de 1666. Sus obras son: 1.ª *Cinco relaciones de los acontecimientos más notables de la mision del Maduré*, citadas por Machado: se conservan en la famosa biblioteca del Vaticano, en Roma, y de ellas ha sacado el P. Beltrand una traduccion esmerada de la lengua portuguesa, en que se hallaban escritas, al idioma italiano.—2.ª *Carta del P. Antonio Proenza, de la Compañía de Jesus, al Rdo. P. Gozoni Nikel, general de la misma Compañía*, dada á luz en Tironchapili, en el año 1659.—3.ª *Carta del P. Antonio de Proenza al Reverendo P. Gozoni Nikel, general de la misma Compañía, sobre diversos sucesos de la mision, sobre algunos misioneros y algunos cristianos, sobre algunas obras que habian sido compuestas*—4.ª *Vocabulario Tanúdico con la significacion portuguesa al márgen*, libro notable, impreso en Malabar en 30 de Julio de 1669, por Ignacio Malabar, bajo la sábia direccion de los jesuitas. Además hay entre sus manuscritos algunos de ese mismo género, en los que describe la situacion topográfica de los paises que frecuentaba y las costumbres dominantes en el país, el idioma que se hablaba, y en fin cuantas noticias pudieran desearse para poder formar idea sobre aquellos remotos países. —N. L.

PROGGIALI (Cristóbal). Nació este sabio biógrafo italiano en Plasencia el dia 21 de Diciembre de 1721, de una familia honrada. Abrazó el estado eclesiástico y profesó las bellas letras en el Seminario episcopal con mucho éxito. En 1754 fué nombrado preboste del capítulo de Sta. Agueda, y conservador de la Biblioteca ducal. A imitacion de su colega el canónigo Campis, reunió una porcion de documentos históricos y los publicó desde 1757 á 1766 con el título de *Memorie storiche di Piacenza*, doce volúmenes en 4.°, edicion esmeradisima, costeada por algunos señores placentinos. Empieza en la fundacion de Plasencia por una colonia romana, y acaba en la extincion de la línea masculina de los príncipes de la casa de Farnesio, en el siglo XVIII, y está escrita en un estilo agradable y con veracidad en los hechos que presenta. No la libraron estas cualidades de la severa crítica que de ella se hizo en las cartas publicadas bajo el nombre supuesto de José Andreneci, á la que contestó Proggiali en verso en el tomo XII del *Diario de Venecia*, sin que su despecho le impidiese hacer correcciones y adiciones á su obra, que desgraciadamente han quedado inéditas. Si bien el carácter sumamente vivo de Proggiali le exaltaba fácilmente, admitia la discusion pacífica y razonada, y hacia se olvidasen sus arrebatos involuntarios por su presteza y finura en repararlos. Dotado de un talento natural para la poesía, componia en el género Berniesco piezas satíricas y artículos que comunicaba á sus amigos, sin más pretensiones que la de distraerles, y tuvo la suerte de conser-

var hasta una avanzada edad el gusto á la literatura, y la facultad de poderse dedicar á ella. Rodeado del aprecio de sus conciudadanos, murió Proggiali el año 1811, á los noventa años de edad. Además de la obra ya citada, dejó las siguientes: *Memorie per la storia della letteratura di Piacenza;* Plasencia 1789, dos volúmenes en 4.°; en cuya obra se hallan cincuenta noticias sobre literatos de los siglos XV y XVI nacidos en Plasencia ú originarios de esta ciudad. Tiraboschi los cita frecuentemente en su *Storia della letteratura italiana.—I Proverbi, molti, etc. del popolo piacentino del vernacolo recati nella Toscana favella in tanti distici;* coleccion que puede considerarse como uno de los entretenimientos de su vejez. Publicó en Plasencia, en 8.°, el año 1814, el abogado Luis Bramicci el elogio de Proggiali, haciendo justicia á sus talentos y virtudes.— C.

PROMPRAULT (Juan Enrique), erudito y sabio francés, nació el 7 de Abril de 1798, en Montelimar, donde recibió su primera enseñanza, pasando más tarde en la época de su adolescencia al pequeño seminario de Valencia, donde fué ordenado de sacerdote en el año 1821. Despues de haber desempeñado la cura de almas en distintas parroquias de su diócesis, se dedicó á la enseñanza de la filosofía en el colegio de Tournon, en los años 1827 al 1829, en cuyo tiempo trasladó su residencia á París, donde fué nombrado capellan del Hospital por Mr. de Ervi, permaneciendo en la famosa capital el resto de su vida. Sumamente versado en la literatura romana, mantuvo una vivísima y animada polémica, en el año 1835, sobre los errores contenidos en la funesta obra de Mr. Crapelet. En ella mostró nuestro personaje grande elevacion de miras, un criterio sin igual, vastísimos conocimientos, y una templada moderacion en las literarias lides, que le granjearon la estimacion hasta de su mismo adversario. Conocedor de lo excitados que se hallaban los ánimos en su época contra todo principio religioso y de buen gusto en bellas letras, supo con destreza presentar la belleza de la literatura cristiana, absteniéndose en lo posible de las enojosas discusiones, no muy fecundas en buenos resultados, á pesar del carácter polémico de su publicacion. Fueron impresos los diversos artículos que publicó nuestro personaje refutando los errores de sus adversarios en el *Boletin de la Censura*, que por entónces se publicaba en la capital del imperio francés. Además del considerable número de obras piadosas que compuso y publicó el abate Promprault, cuya enumeracion detallada omitimos por considerarla de escasa importancia, dió á luz una edicion correcta y esmerada de las *Obras de Villons*, en 1832; una *Gramática razonada de la lengua latina*, dada á luz en 1844, tres volúmenes en 8.°; se publicó otra edicion esmerada y corregida de esta misma obra en el año 1845, seguida de una nueva obrita, que venia á completar la anterior, con el título de *Prosodia*. Entre todas sus

obras merece una especial mencion la que es conocida con este título: *Asiento del poder eclesiástico en la Iglesia de Jesucristo*, que fué dada á luz en 1854, un tomo en 12.° Acrece la importancia de esta obra con motivo de los ataques inferidos al pontificado en nuestros dias por los enemigos del nombre católico, los cuales, despues de arruinar una por una todas las partes del magnífico é inquebrantable edificio católico, intentan hoy en dia derribarle por sus cimientos, á cuyo fin dirigen sus mancomunados tiros al pontificado, sin el que no es comprensible la existencia del catolicismo. A todos estos ataca nuestro personaje, que ha poco ha pasado á mejor vida dejando algunas biografías sacras. — N. L.

PROPERCIO, hijo de una familia noble de Nápoles, educado en su infancia por su virtuosa madre en las saludables máximas de la religion cristiana, al llegar á la adolescencia, se extravió algun tanto en el tortuoso laberinto de la vida, entregándose con extrema ligereza al goce de los placeres frívolos y mentidos, con grande y profundo pesar de la esclarecida mujer que le diera el ser, de la que velára su sueño, de la que le enseñára á elevar sus ojos y su corazon al cielo, de la que le mostrára las verdades consoladoras de la religion, de la que en fin le enseñó á balbucear entre los momentos de la infancia los dulces nombres de María y de Jesus. Como quiera el alma humana es naturalmente cristiana, y como no es dado al hombre cristianamente educado olvidarse de las amadas afecciones de madre y de las más gratas aún de la religion, por más que fascinado por los vanidosos y aéreos goces de la vida, se embriague en la voluptuosidad, sucedió que parándose un dia Propercio en la senda de sus vicios, reflexionando sobre sus extravíos, viendo de un lado una juventud empleada y agostada en el placer, y por otro un porvenir desesperante, repasó por su memoria las dulces y amorosas instrucciones de su piadosa madre, cuyo recuerdo asomó lágrimas de ternura á sus mejillas, levantó su abatida mirada al cielo, imploró clemencia del Altísimo, y resolvió variar de modo de vivir para consagrarse el resto de sus dias á expiar con la penitencia y las obras de caridad sus pasados desórdenes. No se le ocultaba la dificultad de poder llevar á cabo sus generosos propósitos en medio del mundo, por lo que resolvió abandonarle con intrepidez, sintiéndose débil en demasía para admitir el reñido y desigual combate, que le presentaban el dragon infernal, las pasiones humanas, y en fin todas las potestades coligadas del averno. Por esta razon vistió el hábito de los religiosos menores, en cuyos claustros pasó la mayor parte de su vida entregado á la perfeccion cristiana, hasta que le interrumpió en sus meditaciones la eleccion de obispo de Geruntina (*Geruntinensis*) hecha de su persona, y entregó su alma á Dios en el desempeño de su cargo el año 1602. — N. L.

PROPERIIS (Luis). Al fólio 89 de las *Actas capitulares* de Lion se hace mencion de este eclesiástico como canónigo y conde de Lion, y se cuenta de él que habiendo caido en el error y siendo por ello excomulgado, se arrepintió y fué absuelto públicamente por Huberto de Villeneuve, custodio de Santa Cruz, lo que da á conocer esta práctica de la disciplina de la iglesia de Lion á fines del siglo XIII y principios del XIV, y con este y otros ejemplos prueba Mr. Pernetti, en sus *Hijos de Lion*, que los canónigos de su santa iglesia catedral, los custodios de Santa Cruz y los eclesiásticos de cierta consideracion se sepultaban en S. Ireneo, tierra regada con la sangre de muchos mártires. En efecto, no hace muchos años que se encontraron allí las cenizas de Poype, preceptor de la iglesia de Lion, enterrado en el siglo XIII, las que fueron trasladas á la capilla del sepulcro de la iglesia de S. Juan.—A. C.

PROSDOCIMO (S.), obispo y confesor. Griego de nacion este ilustre prelado, era gentil como toda su familia; pero habiendo tenido la dicha de ser convertido á la religion cristiana por S. Pedro, principe de los Apóstoles, acompañó á Roma á este primer pontífice y vicario de Jesucristo, el cual despues de haberle consagrado obispo, le mandó á ejercer sus funciones pastorales á la ciudad de Pavía. Deseoso de la salvacion de las almas y hallándose encendido de amor divino é inspirado del Espíritu Santo, empezó á predicar el Evangelio con la mayor fe y entusiasmo, y no tardó en lograr convertir á la fe del Crucificado multitud de personas, entre ellas á Vitaliano, prefecto de la ciudad, su mujer y toda su familia, que recibieron la doctrina cristiana de sus labios y el agua bautismal de la gracia por sus manos. Los milagros que para confirmar su santidad hacia Dios por su mediacion, le hicieron famoso en aquellos países y muy querido de sus diocesanos que se juzgaban felices de tener á su frente tan buen pastor, así como tuvieron por la mayor calamidad que podian experimentar su muerte, ocurrida á principios del siglo II de nuestra era, á los noventa y tres años de su edad, en los que gobernó muchos la iglesia de Pavia con santo celo y piedad. La Iglesia le recuerda el dia 7 de Noviembre.—B. C.

PROSERPIO (Fr. Roque de). Aunque este piadoso lego de la religion de los Capuchinos, de la provincia de Milan, no debió al siglo la instruccion de ciencia alguna, siguió en la religion tan sobrenaturales luces de la divina sabiduría, que confesaban al escucharle los varones más doctos que era su voz eco del Espíritu Santo, por lo que tiene un lugar distinguido entre las lumbreras de la religion Franciscana. Consérvanse varios de sus escritos, en que se hallan explicadas, examinadas y decididas materias de inspeccion difícil á la humana capacidad, con que se mostrára notoriamente la particular asistencia de Dios, que impulsaba la pluma de aquella

mano ignorante. Disponíase á estos estudios Fr. Roque santamente, con total abstraccion de todo asunto profano, con oracion contínua y perpétuo silencio, que tan solo rompia cuando la caridad, la gloria de Dios y utilidad de los prójimos le podia obligar á tratar y conversar con alguno. Era muy escaso su alimento, aunque se reducia tan solo á pan, y así se admiraban sus hermanos del vigor y fuerza con que desempeñaba los más penosos ministerios que le imponian el precepto severo de la obediencia y su humilde condicion de lego. Llegado á la edad de la decrepitud, en que se veia imposibilitado de acometer las tareas corporales, se consagró exclusivamente á las morales de la oracion y contemplacion, y concediendo breves instantes á la imprescindible necesidad del sueño, ántes de la hora de los maitines, permanecia siempre hasta la de prima en elevadísimas y suaves meditaciones que le servian de preparacion para ayudar á todas las misas que se celebraban en el dia, y á las que asistia con la más profunda devocion y acendrada piedad, que causaba la admiracion general. Los espíritus malignos, irritados de tan sólida virtud y tan continuados y santos ejercicios, le inquietaban frecuentemente con molestas y horribles representaciones, y á veces con crueles tratamientos, intentando arrojarle del coro; pero fortalecido Fr. Roque de Proserpio con el favor de Dios, se mantenia en oracion con heróica constancia, prefiriendo ántes conservar su peligroso puesto cual soldado valeroso, por más que padeciese tan terribles acometidas, que libertarse del enemigo por el cobarde medio de la fuga. Cumplido al fin el término de prueba, murió santamente en el convento de la Concepcion de Milan, y fué, segun piadosamente se cree, á gozar en el cielo la bienaventuranza de los escogidos, como justo premio á sus heróicas virtudes.—C. de C.

PRÓSPERO (S.), obispo y confesor. Pasaba el siglo V de nuestra era, siglo en que se varió la faz del mundo, por decirlo así, y en que terminado el poder romano tan colosal hasta entónces, dieron principio las monarquías y muchos de los estados que aún se conservan, cuando fué consagrado obispo de Orleans el año 454 el glorioso S. Próspero, cuyo lugar y fecha de nacimiento y muerte no han podido descubrir los autores. Terror de los herejes pelagianos, los confundia con la fuerza de su elocuencia católica y con la santidad de su vida y costumbres. Solo esto se dice de este Santo, habiendo algunos autores que añaden que obró muchos milagros, y que estuvo dotado del don admirable de profecía; que asistió á varios concilios que se celebraron en las Galias á fines del siglo V, y que fué tanto el amor que le profesaron sus diocesanos, que en la mayor parte de las poblaciones de este obispado vistieron de luto por su muerte los fieles, que le lloraron como á su más cariñoso padre y amigo.—C.

PRÓSPERO, designado con el epíteto de Aquitania, para distinguirlo del Africano y otros del mismo nombre que figuran en las historias eclesiásticas. Es uno de los santos más distinguidos del catolicismo, á la par que uno de los escritores más profundos y celebrados de los dias del gran S. Agustin, que, como es bien sabido, trató del modo más perfecto y acabado las vidriosas cuestiones teológicas relativas á la gracia. El aquitanio y santo Próspero, coadyuvó en sus planes de exterminio de los pelagianos al ínclito S. Agustin, ora defendiendo á este escritor ilustre contra las infundadas acusaciones que lanzaban sobre su tersa frente, ora esclareciendo las intrincadas cuestiones de la gracia y del libre albedrío. Por esta razon merece ser conocido el ilustre Próspero detalladamente, ora en las vicisitudes de su vida, ora en sus escritos religiosos. Segun la opinion más autorizada, Próspero vió la luz primera en Aquitania el año de gracia de 403. Habiéndose aplicado desde sus más tiernos años al estudio de las bellas letras, y en particular de la poesía, para lo cual reunia una imaginacion rica, hizo grandes progresos. Más tarde se retiró á la Provenza, donde permaneció por espacio de algunos años, dejando despues este punto para pasar á Marsella, donde S. Agustin habia remitido á la clerecía de esta ciudad los libros de la *Correccion* y de la *Gracia*. Luego que se hubieron propagado por varias partes estas dos obras, no faltaron frívolos entendimientos que hicieron de ellas amargas, severas é inmerecidas críticas, especialmente de los mismos eclesiásticos, los cuales alegaban que las producciones de S. Agustin destruian la libertad humana. Testigo Próspero de tantas infundadas acusaciones como se dirigian al eminente obispo de Hipona, creyó un deber imperioso poner en su conocimiento cuanto en Marsella pasaba con ocasion de sus dos obras mencionadas, admirabilísimas. Le confirmó en esta noble y generosa resolucion el consejo prudente del V. Hilario, hombre tan ilustre por su piedad como por su ciencia y sabiduría, con el cual hacia tiempo habia contraido estrechísima amistad, fruto espontáneo de la armonía é identidad de sentimientos que reinaba entre estas dos grandes almas. Así pues, dirigió al grande Agustino una detallada y circunstanciada relacion de cuanto sucedia entre los eclesiásticos de Marsella, de las divisiones amargas que eran ocasionadas por la mala inteligencia de su obra, y de la exaltacion de los ánimos prevenidos en contra del autor de tan inmortales escritos. El obispo de Hipona no tardó en contestar al virtuoso Próspero del modo más placentero, y remitiéndole además los libros de la *Predestinacion* y de la *Perseverancia*, que contienen las más vigorosas y sólidas refutaciones de los errores de sus adversarios. Como la naturaleza de la gracia, sus secretas operaciones y sus armonías con la libertad humana son dogmas venerandos de nuestra sacrosanta religion, velados con sombras misteriosas, por lo que nada tiene de

extraño, que deseando los sabios cristianos, inclinados fuertemente á la curiosidad, explicar tan recónditos arcanos, hayan incurrido en groseros errores, inventando sistemas opuestos, y cayendo en fin en los más repugnantes extremos. A nuestro humilde entender, el partido más prudente en esta delicadísima y sobrehumana cuestion deberia consistir en lo siguiente: Dios preve los acontecimientos futuros; esta es una verdad de la que no me es lícito dudar; las escrituras, las historias, las tradiciones, la naturaleza misma perfectísima é inmutable de Dios, exige que sea presciente y predestinante. Por otra parte, el hombre es completamente libre, con la libertad llamada por los filósofos y teólogos de contrariedad; esta es una verdad de la que tampoco me es lícito dudar un momento por hallarse esculpida en mi interior, puesto que el sentido íntimo me asegura que soy dueño de hacer ó dejar de hacer una cosa, puesto que en esta libertad se hallan fundadas todas las legislaciones de la tierra, puesto que el hombre progresa en virtud de ella á diferencia de los animales que permanecen estacionarios, puesto que sería necesario borrar todas las páginas de la historia, de la legislacion, si despojásemos al hombre de esa nobilísima facultad que se llama libre albedrío. Es, pues, una verdad, puesta fuera de toda duda, que hay en Dios presciencia y predestinacion, y eficacia en la gracia; es otra verdad puesta tambien fuera de toda duda, que el hombre es libre. Hasta aquí todo es luz y claridad. Mas ahora se pregunta: ¿cómo se concilia esta predestinacion inequívoca en sus juicios, con esta libertad dueña de sus acciones? ¿Cómo es libre ejecutar esta ó la otra determinada accion, si la realizacion de ella no ha de encontrar obstáculo alguno, siempre que haya sido decretada en los consejos eternos? ¿Cómo Baltasar es libre, miéntras Dios le anuncia fatídicos vaticinios? ¿Cómo S. Pablo es libre bajo la influencia del torrente de gracias eficaces que el Eterno derrama sobre él, al derribarle del caballo y desarmarle? Aquí San Pablo, el Apóstol, que remontó su vuelo á las alturas eternas, donde vió cosas estupendas, de que no es lícito hablar á ningun mortal, exclamaria humildemente: «¡Oh alteza de los arcanos de Dios!» Pero los pelagianos, semipelagianos, los arminianos y socinianos más ilustrados ó al ménos más atrevidos que San Pablo, el gran maestro de la teología, niegan la necesidad de la influencia de la gracia, por no despojar al hombre de su libre albedrío, de su libertad, convirtiéndole en una máquina. Los predestinacianos, los wiclefitas, los luteranos, los calvinistas rígidos y los gomaristas, Bayo, Jansenio y sus secuaces, ensalzan en términos la eficacia de esta prevision y gracia divina, dicen en términos tan absolutos que la operacion de la gracia es tan poderosa é irresistible, que destruyen completamente la libertad del hombre, dejándonos á todos unas estátuas con movimiento, que caminamos en la direccion que nos marca el mayor motor.

Además de estos dos grandes campos enemigos : el de los que conceden al hombre tanta libertad, que sea capaz de resistir á Dios, y los que se la niegan de tal modo que bajo la influencia de la gracia divina es el hombre dócil instrumento de las órdenes de Dios, hay otros dos campos, que no estan separados del seno de la Iglesia, pero que pelean hace siglos entre sí de un modo encarnizado y en ocasiones poco humilde, poco cristiano y poco caritativo. Los molinistas y algunos otros son acusados de que favorecen los errores de los pelagianos; los agustinianos y tomistas, por el contrario, de que se inclinan en demasía en pró de las doctrinas de los calvinistas. Creemos que esta cuestion, que viene hace siglos ejercitando los ingenios humanos, estremeciendo á los hombres de timorata conciencia con su nebuloso y espantable aspecto aterrador, no será resuelta en esta vida por la inmensa dificultad que hay en fijar el verdadero sentido de las escrituras, en los parajes que se refieren á este punto espinoso. ¿Por qué ese temerario empeño en querer levantar con osada mano el tupido velo que oculta los impenetrables arcanos de Dios? ¿Acaso ignoramos que Dios preve todas las cosas? ¿Por ventura no sabemos que el hombre es dueño absoluto y omnímodo de su libertad? ¿Hémonos olvidado de lo que nos dice Jesucristo: *Si quieres salvarte, guarda los mandamientos?* ¿A qué desafiar despues de esto á las inteligencias celestiales para que nos comuniquen sus radiantes luces sobre el particular? Despues que falleció el eminente obispo de Hipona, Próspero, en compañía del virtuoso Hilario, emprendió un viaje á Roma con el plausible propósito de enterar por menor al Papa de los funestos progresos de los semipelagianos. El soberano pontífice Celestino, que á la sazon ocupaba la sede apostólica, recibió á nuestro personaje con manifiestas demostraciones de deferencia, encargándole que combatiese los nuevos errores, que publicó por medio de una epistola dogmática, dirigida é los obispos de los gaulas. Cediendo á las instancias de S. Hilario, Próspero se resolvió á combatir y refutar la doctrina pelagiana y semipelagiana, publicando á este efecto su poema *de los ingratos*, titulo apropiado, supuesto que en él demuestra la ingratitud de los semipelagianos á las mercedes y gracias de Jesucristo crucificado. Esta obra, prescindiendo de lo importante de la materia, se halla escrita con una elegancia y un calor notable. A instancias del romano pontifice Leon *el Grande*, S. Próspero volvió de nuevo á Roma en el año 440, donde acabó de pulverizar los errores del pelagianismo que por este tiempo empezaban á levantar de nuevo su osada frente en la capital del orbe cristiano. Los pelagianos, que negaban la tranmision del pecado original á todos los descendientes infortunados del colono del Paraíso, sostenian que el libre albedrío se hallaba en todos los hombres tan sano, tan vigoroso y expédito para inclinarse al bien, cual pudiera encon-

trarse en el mismo Adan, cuando todavía inocente, jugueteaba con los leopardos y las panteras, y gozaba de las suavísimas y recreadoras auras del Paraíso, por cuyos principios venian á concluir que el hombre no tenia necesidad alguna de la gracia. La libertad del hombre, segun ellos, consiste en una equitativa igualdad, tanto para lo bueno como para lo malo, en un equilibrio entre lo uno y lo otro: si la gracia, concluian, inclina la balanza á un lado, se impele al hombre al bien, este pierde en todo ó al ménos en gran parte su libertad. Esta era la doctrina de los pelagianos segun lo que nos dice S. Agustin en su obra intitulada *de opere imperfecta*, libro III, números 109 y 117. Mas como la Sagrada Escritura contradecia con innumerables pasajes esta doctrina ó teoría, apelaron al medio para salvar esta dificultad de llamar *gracias* solamente á las fuerzas naturales del hombre, y á los medios exteriores de salvacion que Dios se digne concederle, sin que jamás quisiesen reconocer la necesidad de la gracia actual interior ó íntima; de esto los acusa S. Agustin en su arriba mencionada obra, libro I, capítulo 94 y 95; libro III, capítulo 114; y libro V, número 48. El gran Bossuet, muy versado tambien en los errores de estos herejes, reconoció este mismo importantísimo hecho en su obra denominada: *Defensa de la tradicion y de los Santos Padres*, libro V, capítulo IV, página 339. Hacemos, y dicho sea de paso, mencion especial de estas obras, porque es de la mayor conveniencia tener estos errores y sistema muy presentes, si ha de formarse idea cabal y exacta de la doctrina de S. Agustin y de S. Próspero y de los concilios que refutaron y condenaron á los pelagianos. Los pelagianos decian: «Dios no niega la gracia al que hace lo que puede» mas con esta frase solo entendian que Dios no niega el conocimiento de Jesucristo y del Evangelio, el bautismo y el perdon de los pecados, al que por su parte hace lo que puede y se halla digno de merecer este favor por el buen uso natural de su libre albedrío. Si leemos atentamente la arriba citada carta de S. Próspero dirigida á S. Agustin, nos convenceremos de que los semipelagianos profesaban con muy corta diferencia las mismas ideas en órden al libre albedrío que los pelagianos; pues áun cuando no negaban la necesidad de la gracia divina para hacer buenas obras, pero tampoco sostenian que no era necesaria la gracia divina para el principio de la salvacion, para desear la fe buenamente, y que Dios daba la gracia á cuantos se hallaban dispuestos á recibirla. De manera que segun ellos, la gracia no era preveniente, sino prevenida y merecida por las buenas obras del hombre; el cual, añadian, no necesita de una gracia especial para perseverar en la fe y en la caridad, una vez que haya recibido la primitiva gracia, y Dios le haya unido á su amistad. Segun estos dos sistemas, quedaba plenamente abolido el profundo é inescrutable misterio de la predestinacion divina. Dios

predestina, segun ellos, á la fe, á la justificacion, al bautismo, á la penitencia, á la perseverancia, á todos aquellos que en la série de las edades ve que se harán dignos de estos beneficios por su buena voluntad y disposiciones naturales, así como reprueba á todos aquellos que anticipadamente comparecen en el purísimo espejo de su presencia divina, con disposiciones viciosas y mala voluntad. Los santos Prospero y Agustin combatieron estos errores con felicísimo éxito, mereciendo que la Iglesia confirmase con sus decretos las doctrinas de estos santos Padres, que establecieron en primer lugar, que la gracia interior actual es necesaria al hombre, no solo para que haga obras meritorias, sino tambien para desear hacerlas, y que el simple deseo de obtener del Altísimo un beneficio, es ya por sí mismo una gracia. En segundo lugar, que siendo toda gracia gratuita, nunca puede concederse en cualidad de galardon, ó salario, ó recompensa de nuestras disposiciones ó de nuestros esfuerzos *naturales*, palabra significativa que conviene no perder de vista. En tercer lugar, que para preservarse del mal el hombre hasta su postrera hora, necesita de un auxilio especial del cielo, que se llama la gracia de la perseverancia final, de cuyas tres proposiciones concluyen que Dios predestina á la gracia, á la fe, al bautismo, á la justificacion y á la perseverancia, no á los que preve que tendrán buenas disposiciones, sino á los que juzga oportuno conceder gratuitamente estos dones divinos. Dejando sentado que el hombre puede ejecutar en el órden puramente humano algunas obras moralmente buenas y loables, como el hecho que se aduce de las panteras egipcias que libraron de la muerte á muchos niños hebreos, condenados por Faraon, guiadas solo por un impulso natural de compasion, sin el auxilio de la gracia, prueba en primer lugar la necesidad de la gracia actual interior, fundándose en las palabras del Salmista que dice: «Cread en mi un corazon puro; brille vuestra luz sobre nosotros; conducid y dirigid todas nuestras acciones; convertid mi corazon á vuestros mandamientos; encaminadme por el sendero de vuestros preceptos; socorredme, dadme la vida, é inspiradme vuestro temor para que yo guarde vuestra ley.» Lenguaje divino del salmo 118, en el que, como observa el papa Inocencio I, invoca David con invocacion contínua la gracia divina, no solo para conocer su ley adorable, sino tambien para cumplirla, venciendo la repugnancia que las pasiones oponen á su práctica. «Convertíos á mí, y yo me convertiré á vosotros,» dice Malachías en nombre de Dios que habla al pueblo. «Convertidnos, Señor, y nos convertiremos» dicen los judíos á Dios. «Yo les daré un espíritu nuevo y un corazon nuevo; yo les quitaré el corazon de piedra, y les daré un corazon de carne para que anden segun mis preceptos y los cumplan,» dice Dios por Ezequiel: fundándose en cuyas palabras aseguran S. Agustin y S. Próspero, que cuando un pagano hizo

una buena obra, Dios mudó el corazon de este hombre, le convirtió, le abrió el corazon, é inoculó en él este pensamiento, por lo que deben reconocer todos que Dios produce en el hombre no solo las verdaderas luces, sino tambien los buenos deseos, por más que frivolos entendimientos apelen al ignoble efugio de decir que estas son metáforas y figuradas expresiones. ¿Quién puede impedir al Dios que ilumina interiormente nuestro entendimiento y mueve nuestra voluntad? ¿Qué importa que el hombre solo pueda obrar sobre otro hombre exteriormente, digámoslo así, por medio de los consejos, persuasiones y exhortaciones? Por ventura Dios no cuenta los latidos del corazon? ¿Acaso no ve los más profundos senos del humano corazon? Dios abrió el corazon de Lydia para que entendiese el Evangelio anunciado por S. Pablo. Dice el Testamento Nuevo: *El que planta y el que viaja nada son. Dios da el acrecentamiento*, ha dicho S. Pablo. Luego la gracia exterior sin la interior de nada sirve; es como el árbol sin la savia, es como la tierra esterilizada por la falta del rocío benéfico. «No soy quien hizo todo esto, sino la gracia de Dios conmigo, dice el mismo Apóstol hablando á los Filipenses. El que principió en vosotros la buena obra sabrá tambien perfeccionarla y concluirla. No solo se os dió el que creyeseis en Jesucristo, sino el que sufrieseis por su amor. Es Dios quien obra en vosotros el querer y la buena voluntad por la buena voluntad hácia vosotros. Excite Dios vuestros corazones, y confírmelos en las buenas obras. Conduzca vuestros corazones en el amor de Dios y en la paciencia de Jesucristo. Dios ha dicho: «Yo pondré mis leyes »en su entendimiento y las escribiré en su corazon.» Dios os haga capaces de todo bien para que cumplais su voluntad, y para que hagais vosotros por Jesucristo lo que sea de su agrado. Que la gracia de Dios permanezca en vosotros, con vosotros, en vuestro espíritu, en vuestros corazones.» Así habla el Apóstol de las gentes, el doctor de la teología en numerosos pasajes; nos hemos contentado con copiar meramente sus palabras; meditadlas; recordad despues que Jesucristo nos ha inculcado el precepto de la oracion, dignándose enseñárnosla por sí mismo, con el propósito de que solicitemos humildemente del Eterno las gracias que sean necesarias; meditad todo esto, y despues si no es de todo punto necesaria al hombre la gracia actual interior; si os obstinais en negarnos todavía su necesidad, tened en cuenta que desmentis el Evangelio. No hay medio. O retractaos de vuestras erróneas aserciones, ó borrad el Evangelio y las Escrituras; ó Dios miente ó mentís vosotros. Con este sólido dilema estrechaban Próspero y Agustin á los pelagianos y semipelagianos, pulverizando al paso los copiados y groseros errores de los socinianos y arminianos, que junto con los pelagianos, negaban la necesidad de la gracia, que de error en error vienen á incurrir en los más groseros, precipitándose de abismo en abismo hasta los más profundos y

escabrosos, desde donde insultan á Dios, haciéndole autor de sus torpes desaciertos. ¡Triste condicion la del hombre! ¡Apénas se aleja de Dios, solo sabe insultarle! Despues de probar á los pelagianos, y en ellos á los socinianos, la necesidad de la gracia, despues de manifestarles que esta no destruia el libre albedrío, despues de mostrarles que el pretendido equilibrio del hombre entre el bien y el mal es una necesidad; despues de convencerles que el hombre, heredero de una culpa primitiva, tenia mayor propension al mal que al bien; despues de establecer que por lo mismo tiene el hombre necesidad de la gracia para restablecer el equilibrio inclinándole al bien, como es innegable; despues de todo esto ataca su segundo error, oponiéndoles esta proposicion: *La gracia es enteramente gratuita;* esto es, no es una recompensa del bien, sino que se hizo de la gracia anterior. Adviértase. Esto no lo negamos, el Evangelio dice que Dios recompensa nuestra fidelidad en aprovecharnos de las gracias recibidas anteriormente; el Padre de familias dice á su aprovechado doméstico: *Porque fuiste fiel en lo poco, yo te confiaré cosas mayores; le daré mucho al que ya tiene y vivirá en la abundancia.* Dios no debe de justicia una segunda gracia eficaz al que usa bien de la primera, á pesar de lo establecido, supuesto que si el hombre principiase á corresponder fielmente á la gracia se seguiria una sucesion y una interminable cadena de gracias eficaces, que infaliblemente conducirian al justo á la perseverancia final, y esta es un don de Dios que en rigor no se puede merecer, y un don especial de pura misericordia, cual lo enseñan los concilios. Cuando el hombre es fiel á la gracia merece otra gracia; pero no rigurosamente, no por via de condigno, sino por via de cóngruo. Será esa concesion un don concedido por la bondad y misericordia de Dios, pero no fundado en su justicia. En este sentido la gracia es puramente gratuita, ó lo que es igual, no es la recompensa ó paga justa de las buenas disposiciones del hombre, ó de los esfuerzos naturales que hace para merecerla, como lo pretendeis vosotros, pelagianos, y como lo pretendeis vosotros, socinianos, pudiéramos añadir nosotros. «Yo tendré piedad de quien quisiere y haré misericordia á quien me agrade;» luego, concluye el Apóstol con inflexible lógica hablando de la vocacion de las gentes y fundándose en esas palabras de Dios, luego esta gracia no la alcanza el que corre ni depende del que la quiere, sino exclusivamente de la voluntad de Dios; si esta es una gracia, ya no es resultado de nuestras obras; de lo contrario ya no sería gracia. Todos pecaron y tienen necesidad de la gloria de Dios; se justifican gratuitamente por la redencion de Jesucristo. Así habla el Apóstol. La justificacion, en vista de lo que antecede, no sería gratuita si el primer movimiento de la gracia que Dios concede al hombre fuese en galardon y recompensa de sus buenas disposiciones naturales. Esto no es exacto, replican Pelagio y sus

partidarios. Los dones naturales son puramente gratuitos; sin ningun mérito de parte del hombre hace Dios que uno nazca con el entendimiento más recto y más dócil, con un corazon más sensible y mejor inclinado que el otro; el buen uso, pues, de los dones naturales debe atribuirse á Dios, como el uso de una gracia sobrenatural, y el hombre no tiene más derecho á envanecerse contra Dios y á serle ingrato por lo uno que por lo otro. Los que así discurren estan en oposicion con S. Pablo, que fué convertido en un momento en que no tenia otras disposiciones que el odio y furor contra los discípulos de Jesucristo, que bien sabida es la mision de exterminio y de sangre que le dirigia á Damasco. El punto capital de la doctrina de Jesucristo consiste en que la salvacion, tanto en su orígen como en sus medios, es el fruto de la voluntaria muerte del Salvador y de la gracia de la redencion. Si en una sola ocasion los dones naturales pudieran ser cáuces de la justificacion y de la salvacion «entónces habria muerto en vano Jesucristo;» esto se halla en armonía con lo que dice el Salmista: «La misericordia de Dios me prevendrá:» si es ella quien nos previene, quien favorece las disposiciones naturales del hombre inclinándolas y variándolas de lo malo á lo bueno, se sigue que no nos previno por nuestras buenas dotes naturales, por nuestros deseos, ni por nuestros esfuerzos en merecerlas, sino «la misericordia de Dios nos previno espontáneamente, gratúitamente.» Si en vista de esta doctrina osais preguntar: ¿por qué Dios predestinó tan pocos á la fe de Jesucristo, siendo absolutamente necesaria para salvarse? A esto contestamos: ¿Y por qué asegurais vosotros que nazcan muchísimos hombres con tan malas disposiciones que por ellas podemos más temer la eterna perdicion, que esperar su salvacion eterna? Preciso es apelar siempre á la solucion del gran S. Pablo. «Oh hombre! ¿quién eres tú para pedir cuenta á Dios de la distribucion de sus dones naturales ó sobrenaturales? El vaso no tiene derecho á preguntar al fabricante, ¿por qué me hiciste de este modo?» Reconozcamos la importancia de esta respuesta, y humillémonos con tembloroso acatamiento ante la excelsa majestad de Dios omnipotente. Deduce además contra los semipelagianos que lo niegan, que la gracia es siempre gratuita, áun en el sentido de que Dios no determinó el darla por el buen uso que previó haria de ella el hombre, supuesto que Jesucristo dice en el Evangelio que los tirios y los sidonios hubieran hecho penitencia, si les hubiera sido dado conocer los prodigios que su excelsa diestra habia obrado en la Judea. De manera que á pesar de haber previsto Dios el buen uso que los tirios harian de esta gracia, no se dignó sin embargo concedérsela, y en cambio hizo presenciar los portentos de su diestra á los judíos, cuya rebelde resistencia á todas las gracias y beneficios le era de antemano conocida. Si esto sucede con las gracias exteriores, con más razon aún con las gracias inte-

riores, sin las cuales son inútiles las primeras. Si el buen uso de la gracia interior es un efecto de la misma gracia, ¿cómo puede ser un motivo que determine á Dios á concederla? Cualquiera, á poco que fije su consideracion en este punto, se convence de que esto es un imposible, por ser metafísicamente imposible. Así es en efecto, no hay situacion ni circunstancia alguna imaginable en que Dios no conozca que si fuesen concedidas tales gracias al pecador, se convertiria sin duda alguna en virtud de ellas. Admitiendo, pues, las absurdas hipótesis de nuestros adversarios, estaria Dios obligado á conceder gracias eficaces á todos los hombres y en todas las circunstancias de su vida. Se concibe que Dios, al conceder una gracia segunda, se propone recompensar el buen uso de la primera, áun cuando Dios no está obligado á concederla; pero que ántes de darla quiera con ella recompensar el buen uso de la que todavía no existe, esto manifiestamente es un horrendo absurdo, que es sin embargo lo que echan en cara los defensores de un sistema á los defensores acalorados de otro, en sus altercados poco caritativos y cristianos. Así prueba la necesidad de la gracia que todo hombre tiene para conseguir la salvacion eterna. No se alcanza á comprender cómo haya habido teólogos frívolos que se hayan ocupado con tal exaltacion de las confutaciones contra las herejías relativas á este punto, cuando tan explícitamente se expresan sobre el particular los libros sagrados, ora del Antiguo, ora del Nuevo Testamento. S. Juan dice en el capítulo VI, v. 44: «Nadie puede encaminarse á mí, á ménos que mi Padre, que me envió, le atrajese;» en cuyas palabras manifiestamente se declara la absoluta necesidad que tiene el hombre del auxilio divino para ejecutar cualquiera accion meritoria en órden á la vida eterna, lo que se halla confirmado por estotras palabras del mismo Evangelio, cap. XV: «Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que permanece en mí y yo en él, éste producirá abundantes frutos, porque sin mí, sin estar unido á mí, nada puede hacer nadie.» Si nada absolutamente podemos hacer en órden á la salvacion abandonados á nuestras débiles fuerzas naturales, se sigue de aquí por rigurosa é inmediata consecuencia que nos es de todo punto indispensable la gracia para toda buena accion, sin la cual no podemos adquirir mérito alguno para la salvacion eterna. Para que nadie presumiera que pudiera practicar acciones virtuosas en órden á la vida eterna, al ménos en pequeña escala, Jesucristo no dijo: «Sin mí poco es lo que podreis ejecutar;» sino declaró terminante y explícitamente: «Sin mí nada absolutamente podreis practicar.» Luego ya sea poco, ya sea mucho, no podemos practicarlo sin Aquel sin cuyo auxilio nada podemos practicar. Conforme á esta misma doctrina, el gran doctor S. Pablo, el predicador de la gracia, como le denominan los Santos Padres, dice escribiendo á los Filipenses, epístola II: «Procurad vuestra salvacion con

temor y temblor; Dios es quien obra en vosotros el querer y obrar.» Les exhorta á que sean humildes, á ejemplo de Jesucristo, recordándoles «que Jesucristo se humilló hasta la muerte, y muerte de cruz.» Luégo les advierte que es quien obra en ellos el querer, recordándoles esta sabia sentencia de S. Pedro, que dice: «Dios resiste á los soberbios, y acaricia y da gracia á los humildes.» En una palabra, S. Pablo, en toda la série de esta hermosa epístola nos persuade con vigorosos razonamientos la absoluta necesidad de la gracia para obrar acciones meritorias en orden á la eterna salvacion, aconsejándonos que el medio más adecuado para que lluevan sobre nuestras almas beneficios abundantes del cielo, es el adquirir la hermosa virtud de la humildad, que hace agradables á todos á los ojos purísimos del Omnipotente. Como si hubiera previsto el grande Apóstol que en la série de los siglos cristianos nacerian hombres inquietos, que se gozasen en contradecir los más luminosos y evidentes dogmas de la divina religion de Jesucristo; como si hubiera previsto que un dia los pelagianos tratarian de eludir la fuerza de estas palabras, alegando que ellas solo probaban la necesidad de una gracia en general, absoluta, y necesaria solo para obrar más cómoda y fácilmente el bien, añade en seguida el santo Apóstol: «Ni áun pronunciar el nombre dulcísimo del Señor Jesus podeis sin el auxilio del Espíritu Santo.» ¿Si pues ni áun podemos pronunciar el augusto nombre del Salvador de una manera provechosa á los intereses eternos de nuestra alma sin el auxilio del Espíritu Santo, ¿cómo podremos obrar la salvacion sin el auxilio de esa misma celestial gracia? Para refutar tambien de antemano el error de Pelagio, que afirmaba osadamente que nos basta la gracia de la ley, declara S. Pablo que no es suficiente esa gracia, sino que necesitamos de la gracia actual para poder cumplir con la ley, por medio de estas terminantes palabras: *Si per legem justitiæ, ergo gratis mortus est Christus.* Si el hombre puede observar los preceptos de la ley con el solo auxilio de la ley, entónces en vano ha derramado Jesucristo su sangre preciosa por amor al género humano. No sabemos qué pueda contestarse á tan incontestables argumentos. La ley, léjos de favorecernos en el cumplimiento de sus prescripciones, es una ocasion, como declara el mismo doctor de las naciones, de traspasar los preceptos y violar sus observancias, supuesto que por las prohibiciones de la ley entró la concupiscencia en nosotros. Si observamos con detenimiento el corazon humano, fácilmente hallaremos la explicacion de este logogrifo aparente del Apóstol, ¿cómo la ley puede ser ocasion del pecado? Hay en el fondo de nuestro ser una perversa inclinacion que nos impele siempre al mal, mucho más aún cuando ese mal nos es vedado. Establece Dios á Adan que goce del fruto de todos los frondosos árboles del Edem, cuya benéfica sombra le recreaba, y esto basta para que sintiéndose el hombre herido en la liber-

tad, se hastie del fruto sabroso y exquisito que le ofrecen los demás árboles, apeteciendo solo con morosa complacencia el árbol de la vida, que le causó la muerte. El ejemplo de Adan y de Eva tiene por desgracia muchos imitadores. Basta que se nos prohiba una cosa bajo severas penas para que experimentemos una fortísima inclinacion á ella. Tal es el amor que tenemos á la libertad, que nos inclinamos con preferencia á las cosas prohibidas que á las permitidas. Es por lo mismo beneficio de la gracia el hacernos amar y practicar el bien, que conocemos debemos ejecutar, como expresamente lo declara el Concilio de Orange por medio de estas palabras: *Et quod faciendum cognovimus, per gratiam præstamur, etiam facere dirigamus, et valeamus.* Despues de tantas luminosas demostraciones, suscitadas por labios santificados de hombres en cuyo pecho ardia viva la fe, no sería necesario detenernos más en convencernos de la inmensa dificultad que habria en cumplir el primero y más importante de todos los preceptos de la ley santísima de Dios, que consiste en amarle sobre todas las cosas y sobre nosotros mismos, cuando es indudable que no podemos hacer nada meritorio en órden á la vida eterna sin la gracia del cielo. La caridad es purísimo don de Dios, que no nos es dado obtener por nuestras propias fuerzas, supuesto que declara el inmortal S. Pablo: «La caridad de Dios ha sido derramada sobre nuestras almas por el Espíritu Santo que nos la ha dado;» y como dice S. Agustin: «El amor de Dios, por cuyo medio nos encaminamos á Dios, solo proviene del mismo Dios.» ¿Ni cómo podemos vencer las continuas asechanzas que nos prepara el infernal dragon, que dia y noche circuye nuestras almas, sin la gracia divina, que nos da fuerzas para oponer á sus malignas sugestiones frente serena y tranquila? David dice á propósito de esto: «Fui impulsado para que me cayera, pero el Señor me sostuvo.» Salomon añade: «Nadie puede guardar continencia á ménos que Dios le conceda esta virtud;» esto es, segun la interpretacion de los Santos Padres, nadie puede vencer los primeros movimientos de las pasiones sin la asistencia divina. Por esta razon el tantas veces citado Apóstol, despues de triunfar de las asechanzas que las potestades infernales le tendian sin respetar su eminente calidad de apóstol, advierte que si triunfaba era por Jesucristo: *Sed in his omnibus superamus propter eum*; por lo que al conseguir semejantes victorias nos aconseja que elevemos nuestras manos al cielo, y nuestro corazon, llenos de gratitud, diciéndonos: *Deo gratias, qui semper triumphat nos in Christo Jesus.* Si pues no fuéramos deudores á Dios de estas gracias y victorias, ¿á qué postrarnos en su presencia adorabilísima para tributarle las gracias? ¿Cómo es posible dar gracias si no hay beneficios recibidos? Serían ridículas y supérfluas estas acciones de gracias, si la victoria no la debiésemos al mismo, todo lo cual nos muestra cuán necesaria es la gracia, ora para hacer el bien, ora para evitar el

mal. Si no bastasen las poderosas razones aducidas para convencer á nuestros enemigos de la necesidad de la gracia, escuchemos á nuestra propia razon ilustrada y guiada por la fe. Es axioma constante que los medios deben ser siempre acomodados al fin que obtener se desea. El fin supremo á que hemos sido creados, consiste en gozar de la inefable vista del Dios purísimo en la bienaventurada compañía de los ángeles, querubines y serafines, que arrobados en éxtasis admirables, le ofrecen dia y noche sus homenajes afectuosos y purísimas adoraciones, enviando al trono del Cordero sin mancha el tributo de aromas olorosos y perfumes suavísimos. El ver y contemplar á Dios sin enigmas es, á no dudarlo, un fin que pertenece al órden sobrenatural y ocupa un rango sobrehumano. Por legítima consecuencia los medios que nos encaminan al logro de esta bienandanza sempiterna han de ser sobrenaturales lambien, si es que ha de haber la debida relacion entre los medios y el fin. Luego ó la lógica es una palabra sin sentido, ó se desprende inflexiblemente de estos principios incontestables que nuestras fuerzas naturales no bastan por sí solas para hacernos obrar acto alguno por el que merezcamos la bienaventuranza celestial, á ménos que sean elevadas por la gracia á un órden sobrenatural ó superior, supuesto que la naturaleza no puede por sí misma lo que es superior, como son los actos del órden sobrenatural. Hácese aún más robusto é incontestable este argumento si contemplamos que á la debilidad extrema de nuestras fuerzas exíguas naturales, se agrega la funesta corrupcion de nuestra naturaleza, que nos desvía de los senderos de la vida, ocasionada por el pecado del Paraiso, lo que nos hace sentir aún más la necesidad de la gracia. Luego se sigue tambien de un modo riguroso que la doctrina de los pelagianos, opuesta á la de la Iglesia en órden á la gracia, es herética, perniciosa. Estas son las incontestables razones aducidas por los Santos de que nos hace mencion S. Próspero, en órden á la necesidad de la gracia, que tan de mal humor ponia á los descontentos de su tiempo. Ni es esto solo. La gracia es tambien gratuita; fruto espontáneo de la misericordia de Dios, no depende de nuestros esfuerzos naturales. S. Pablo ha dicho: *Vobis donatum est pro Christi non solum, ut in eum credatis, sed ut etiam pro illo patiamini.* Os ha sido concedido por el Excelso la inapreciable dicha, no solo de creer en Dios y su Hijo divino el Salvador de los hombres, sino tambien la gozosa ventura de que padezcais por su amor. Si, pues, el conocer á Jesucristo y el sufrir tormento por su amor, es un don concedido libérrimamente por Dios, ¿cómo puede ser resultado de nuestros esfuerzos naturales? Dice tambien S. Pablo: *¿Quis te discernis? ¿Quid habes quod non accepisti? Si autem accepisti ¿quid gloriaris quia si non accepisses?* ¡Hombre, que al verte sublimado al rango de hijo del Excelso te infatuas y engríes! ¿cuál es la causa de tu engreimiento? ¿en

qué fundas tu hinchada presuncion? ¿tienes algo por ventura que no hayas recibido? Y si todo lo has recibido, incluso la existencia, ¿por qué te engríes como si no lo hubieras recibido? Se desprende de estas palabras admirables, que si el hombre pudiese obrar la salvacion por sí mismo, si le fuera dado ejecutar obras meritorias de la salvacion eterna, evidentemente distinguiríase en semejante supuesto el hombre laborioso en alcanzar su dicha suprema, se discerniria del apático y holgazan que nada ejecutaria contentándose con vivir entregado á muelle ociosidad. Mas el Apóstol dice que no se distingue, ni tiene en qué fundar orgullo el que trabaja, lo mismo que el que no trabaja, y la razon que para esto se deduce es que ambos se hallan con iguales motivos de humildad, en razon á que si es verdad que el uno ha sido favorecido por el Altísimo, miéntras el otro no ha recibido dones divinos, en el fondo no tiene motivos para envanecerse, supuesto que solo es debido á Dios el haberse dignado mirarle con ojos propicios, y solo hay razon para que le tribute fervorosas acciones de gracias. Si Dios se limitase á concedernos el libre albedrío, en cuya virtud pudieramos permanecer indiferentes en medio del mal y del bien, sin inclinarnos más á lo uno que á lo otro, si hiciesemos buen uso de ella, y suponiendo que la voluntad viniese de nosotros y no de Dios, resultaria entónces que lo que procediese de nosotros sería mejor que lo que procediese del mismo Dios. Mas no sucede así, supuesto que el Apóstol nos enseña que todo lo tenemos de Dios, que se ha dignado concedernos la existencia y todas las dotes naturales y sobrenaturales, que puedan adornarnos, por cuya razon léjos de haber motivo alguno para engreirnos, los hay muy poderosos para humillarnos, al contemplar que nada somos por nosotros mismos, y que todo nos viene de las bienhechoras manos de aquel Señor, que podia libérrimamente haber concedido las mismas distinciones de que somos objeto á otro cualquiera de nuestros semejantes. Por último, el dogma de la gracia se halla perfectamente confirmado por estas palabras del mismo Apóstol, que dice expresamente: «Así es que en estos tiempos las reliquias han sido salvadas por un efecto de la pura eleccion del Salvador.» El corto número de los judíos que creyeron, corto en comparacion del grandísimo número que permanecia en la incredulidad, es lo que el doctor de las naciones entiende aquí por esta palabra reliquias. Continua: «porque si es su resultado un galardon ó recompensa de la obra, ya no es una gracia, sino una paga.» Con tan admirables palabras deja San Pablo perfectamente establecida esta hermosa verdad católica, que consiste en profesar que la gracia es don puramente gratuito de Dios, y que no depende de los méritos de nuestro libre albedrío, sino puramente de la liberalidad fecunda del Señor. Hállase confirmada esta doctrina por las decisiones del concilio de Cartago, hablando del cual nos

dice S. Próspero, en la obra arriba mencionada: «Con los doscientos catorce sacerdotes, cuyas decisiones y doctrinas relativas á la gracia de Dios han sido recibidas por el mundo todo, debemos confesar y confesamos que necesitamos de la gracia de Dios, comunicada por medio de Jesucristo nuestro Señor, no solo para conocer, sino tambien para practicar la justicia, y no solo para practicarla en general sino para cada uno de sus actos, como que sin ella no nos es dado, ni hacer, ni pensar, ni hablar, ni practicar accion alguna que sea verdaderamente y santamente piadosa. Esta misma doctrina ha sido confirmada por los santos padres, S. Cipriano, S. Ambrosio, S. Juan Crisóstomo, S. Gerónimo y otros innumerables que omito por amor á la brevedad. Citaré sin embargo las textuales palabras del grande y eminente orador S. Juan Crisóstomo, que, como los anteriormente citados, ha condenado el pelagianismo, pulverizando sus sofísticos argumentos: *Quia in nostra voluntate totum post gratiam Dei relictum est, ideo et peccantibus supplicia proposita sunt et bene agentibus retributiones. Igitur quod accepisti habes, nec hoc tantum, aut illud, sed quidquid habes, non autem per tua merita hæc tibi sunt, sed Dei gratia, quamvis fidem adueas, quamvis dona, quamvis doctrinæ sermonem, quamvis virtutem, omnia tibi desuper provenerunt. ¡Quid igitur, quæso, habes quod acceptum non habeas? Num ipsa per te recta operatus est? Non sane, sed accepisti. Propterea cohibearis oportet, non enim tuum ad munus est, sed largiata.* Así habla S. Juan Crisóstomo en su décimatercia homilía sobre los evangelios de S. Juan. «Como todo se halla puesto á vuestra disposicion, una vez os haya sido concedida la gracia de Dios, esta es la causa porqué han sido propuestos eternos suplicios á los transgresores, miéntras han sido ofrecidas grandes mercedes y dones á los cumplidores. Todo lo que habeis recibido es lo que poseeis y teneis como usufructo; no está solo aquello, sino todo abundantemente cuanto teneis, supuesto que no son el resultado de vuestros méritos, sino fruto espontáneo de la munífica liberalidad de Dios, ora se refiera á la fe, ora se refiera á los dones, ora se refiera á la doctrina y sermones, ora se refiera á las virtudes, todo ha provenido de la gracia. ¿Decidme, os ruego, qué teneis que no lo hayais recibido? ¿Son por ventura ganancias adquiridas con vuestro sudor? No ciertamente, sino que todo lo habeis recibido; luego conviene que reconozcais con amor y gratitud la mano que os lo ha concedido.» Los concilios condenaron tambien á los pelagianos, aprobando por lo mismo el proceder de Próspero y de S. Agustin. El concilio de Orange dice en el sínodo segundo, cánon sétimo: *Si quis per naturæ vigorem bonum aliquod, quod id salutem pertinet vitæ æternæ cogitare, aut eligere posse confirmet, absque illuminatione et inspiratione Spiritus Sancti, hæretico fallitur spiritu. Si quis sicut augmentum, ita etiam initium*

fidei; ipsumque credulitas afectum, quod in ipsum creditum, qui justificat impium, et ad generationem sacri baptismatis per omnium, non per gratiæ donum, sed per Spiritus Sancti, corrigentem voluntatem nostram de infidelitate ad fidem, de impietate ad pietatem, sed naturaliter nobis inesse dicit, apostolicis documentis adversarius approbatur evidenter et constanter. «Si alguno asegura que por solas las fuerzas de la naturaleza puede pensar ó elegir alguna cosa en órden á la salvacion eterna sin la iluminacion del Espíritu Santo y sin la inspiracion del mismo divino Espíritu consolador, se halla poseido por el espíritu herético, y es enemigo de la Iglesia católica, apostólica, romana. Si alguno asegura que el aumento de la fe, no solo el principio de la fe, es el mismo deseo de creer que suponemos en él, y que es el que justifica al impío y nos conduce al sacramento augusto de la regeneracion, no se verifica por la gracia de Dios, esto es, por la iluminacion del Espíritu Santo, que corrige nuestra voluntad, inclinándola de la incredulidad á la credulidad, de la impiedad á la piedad, sino que se halla en nosotros mismos, se pone en abierta contradiccion con los apóstoles.» Ni son únicamente los sagrados concilios los que se expresan en estos términos, agréganse además los santos y soberanos pontífices que aprobaron las doctrinas de los Stos. Próspero y demás, reprobando las de los pelagianos. El papa Inocencio I, aprobando las disposiciones de los Padres del concilio Milivitano, les escribe en estos términos: *Cum in omnibus divinis paginis voluntati libero, nomini adjutor Dei legimus esse nectendum, namque nihil posse cœlestibus auxiliis destitutum præsidiisque, quoniam modo solam posibilitatem hanc, pertinaciter defendentes sibimet, cum plurimos Pelagius, Cœlestiusque persuadent.* «Como quiera que consta en las sagradas páginas que la libre voluntad humana solo puede inclinarse á la ejecucion de las buenas obras con el auxilio de la gracia divina, y que destituida de los socorros celestiales se halla en la imposibilidad de practicar las acciones loables, cual pertinaz y obstinadamente lo quisieron persuadir Pelagio, Celestio y otros sectarios suyos, declaramos que se hallan fuera de la comunion católica los defensores de tan herética idea. Esta es la doctrina de la Iglesia en todos tiempos y edades, desde que el apóstol San Pablo nos declaró explícitamente que *Non quod sufficientes simus cogitare aliquid à nobis, quasi ex nobis, sed sufficientia nostra ex Deo est:* que no somos capaces por nosotros mismos ni áun de formular un solo pensamiento, sino que toda nuestra suficiencia y capacidad proviene del mismo Dios; declarándonos con ellas que el principio de la fe no es que sea propia de nuestro entendimiento, que ve naturalmente la verdad de nuestra fe, sino la piadosa mocion de la voluntad en creer que todavía no es la misma fe, puesto que no es más que un pensamiento de querer creer, que precede siempre á la fe; este buen pensamiento proviene del mismo Dios, segun lo

declara el Apóstol, interpelado por el sabio S. Agustin. Confirma esta misma doctrina el Apóstol cuando dice en otra parte: *Gratia enim salvati estis per fidem, et hoc non ex nobis, Dei enim donum, non ex operibus, ut ne quis glorietur:* que somos salvados por la gracia de Dios, no por efecto de nuestras buenas obras, sino por efecto de la munificencia de Dios, no por nuestras operaciones, para que de este modo nadie tenga motivos para envanecerse en lo que no es producto de su trabajo. A lo cual da todo su complemento el mismo Salvador cuando declara: *Sine me nihil potestis facere*: sin mi auxilio nada podeis hacer. Con todos cuyos pasajes se demuestra que solas nuestras fuerzas naturales son impotentes áun para disponernos á recibir de Dios las gracias actuales que nos disponen á la vida eterna, supuesto que estas gracias son de un órden puramente sobrenatural, y no puede haber proporcion entre unas gracias de un órden puramente sobrenatural y unos medios puramente naturales. Tambien ha sido condenado el error de los semipelagianos, que dice que la gracia es necesaria para hacer el bien y no para perseverar en él, lo que se opone terminantemente á este dicho del apóstol S. Pablo: « El que comienza en vosotros la buena obra, será tambien el mismo que la concluya y perfeccione hasta el dia del Señor.» Estas son en resúmen las ideas emitidas por Próspero al refutar los errores de Pelagio y de los semipelagianos por insinuacion de los soberanos Pontífices y los santos Hilario y Dámaso. Despues de dados á luz estos trabajos, muchos críticos han juzgado que Próspero de Aquitania fué nombrado secretario de S. Leon *el Grande*, bajo cuya direccion escribió esta obra, pero Buonamici ha declarado falsa semejante especie, haciendo notar la diferencia marcada que hay entre el estilo conciso, vigoroso y nervioso de S. Próspero, y el de las cartas de S. Leon *el Grande*, como puede verse más extensamente en las obras intituladas: *De claris pontificiarum epistolarum scriptoribus*, del mismo Buonamici. Ni se limitaban á solo la Escritura Sagrada y la teología, entónces informe aún, los vastos conocimientos de Próspero, supuesto que mostró además extensos conocimientos en las matemáticas y en la cronología, con motivo de la contestacion que recibiera en la proximidad de la Pascua del año 444. Compuso además el *Ciclo pascual* para el largo espacio de 424 años, que es sin duda el monumento más curioso que nos ha llegado de aquella época, segun la *Crónica de Marcelino*, se juzga que S. Próspero vivió aún algunos años hasta el 463. Las obras de S. Próspero han sido reimpresas en diversas ocasiones, siendo las mejores ediciones la de París, el año 1711, en fólio, publicada por Mangeant y le Brun des Maretts, y la de Roma, publicada en 1732 por Fogini, sobre la cual ha sido formada otra, publicada en París en 1760. Sus sabios editores la han ilustrado con un índice muy extenso, y

con una vida del mismo S. Próspero, sacada del tomo XVI de las *Memorias* redactadas por Tillemont para servir á la historia eclesiástica. Contienen las cartas de S. Próspero y de S. Hilario á S. Agustin y á los Rufinos, con los dos tratados que la sirven de respuesta. El poema *contra los ingratos*, de que hemos hablado extensamente, y que ha sido traducido al francés por Sacy, publicado en Paris en 1646, con la traduccion en prosa por el mismo de la *Carta de Rufino*. El epitafio de las herejías de Nestorio y Pelagio, seguido de algunas pequeñas piezas en verso. Varias respuestas á los partidarios de Pelagio, entre otros á Casiano. Una parte de los *Comentarios sobre los Salmos*, *Compendio de los de S. Agustin*. Una *Coleccion de sentencias* de este mismo doctor, sacadas en verso y traducidas en latin; y por último, su *Crónica* que termina el año 455. Se puede consultar para más detalles la *Historia literaria de Francia*. — N. L.

PROSPERO INTORCETTA. Este venerable misionero del instituto de la Compañía de Jesus era natural de la ciudad de Plasencia, donde nació al declinar el siglo XV, de padres en alto grado ilustres por su piedad y nobleza. Contaba á la sazon diez y seis años cuando fué enviado á Catania con el propósito de comenzar en sus institutos la carrera literaria, en la que hizo progresos desusados, sin que su aplicacion asidua á las ciencias naturales le privase del tiempo necesario para consagrarse á los ejercicios de la piedad y á la devocion de la inmaculada Vírgen María, á quien consideraba y amaba como á su madre. Algun tiempo despues, sus ardientes deseos de consagrarse exclusivamente al servicicio de Dios y al bienestar de sus semejantes, abrazando á este fin la órden de los Jesuitas, quienes esperaba le facilitarian en lo sucesivo los medios necesarios para partir á las misiones indicas, que era todo su ensueño dorado, le impelieron á dirigirse á Mesina, donde habia una casa religiosa, dirigida por los hijos de S. Ignacio de Loyola. Luego de conocidas sus santas inclinaciones por los Rdos. PP. de la Compañía, y prévio el consentimiento de los autores de sus dias, fué admitido efectivamente como miembro de esa Orden esclarecida que tantos y tan eminentes servicios ha prestado á la Iglesia y á la humanidad, en las ciencias, en las artes, en las invenciones, en el descubrimiento de paises desconocidos, en los hospitales, en los campos de batalla, en la educacion, en el púlpito, en el confesonario, en todas partes donde habia lágrimas que enjugar, dolores que curar, infortunios que remediar; y sabido es que las lágrimas, los dolores é infortunios son la triste herencia de la desgraciada progenie de Adan. Despues que terminó su noviciado, fué destinado á los estudios teológicos en el año 1622, y luego que hubo terminado con aprovechamiento el estudio de la sagrada ciencia teológica, fué designado en cualidad de compañero del Rdo. P. Martino de Martinio, quien con diez y seis indi-

viduos más de la Compañía partió á la trabajosísima mision de la China el año 1646. Surcaron las aguas del Océano con el corazon henchido en amor de Dios, la mente llena de generosas ideas, contemplando absortos en el silencio la majestad del firmamento, oyendo bramar el furioso huracan, viendo el rayo sobre sus cabezas y el abismo abierto en más de una ocasion, atormentados por violentas tempestades que les pusieron con frecuencia al borde de la tumba. Por fin, despues de una navegacion trabajosa, en la que el ángel de los buenos aquietó las tempestades, nuestro esclarecido varon llegó á Macao, donde pronunció solemnemente el cuarto voto de su profesion religiosa, y separóse luego de sus compañeros para internarse en las espesuras de los bosques en el interior de la China, hasta que llegó á Riamsi, cuya provincia, desprovista hacia tiempo de ministros evangélicos, rigió por largo espacio de años. El mejor encomio que podemos hacer de los trabajos opostólicos de este varon inflamado en celo por las almas, es el referir lo que nos aseguran sus compañeros, los cuales afirman que en el breve espacio de dos años de su permanencia en Riamsi levantó un templo católico al Señor, ayudado solo de algunos fervorosos neófitos, y aumentó el número de adoradores del Crucificado en ese espacio de tiempo en dos mil cristianos; cosa pasmosa por cierto si se tiene en cuenta que era solo para todas estas operaciones evangélicas, que se hallaba en un país cuyos moradores, si bien dóciles, eran los más apáticos y ménos activos de todos aquellos remotos países. El infierno no podia contemplar con impasibilidad estas conquistas hechas para el reino de Jesucristo por un modesto y humilde religioso, que solo disponia de los auxilios divinos, por lo que suscitó contra el piadoso varon una persecucion la más ignominiosa y horrenda. Devastaban el país cinco facinerosos que tenian consternadas aquellas pacíficas comarcas con sus latrocinios y fechorías, y el virey llegó á imputar á nuestro Próspero la odiosa calumnia de ser el agente secreto de los malhechores, cuyas depredaciones fomentaba, con el fin de erigir nuevos templos, y fomentar la despreciable secta cristiana, segun la denominaba el dicho virey, llevado de su odio al catolicismo. Por esta razon especiosa mandó perseguir al hombre de Dios, conducirle maniatado á su presencia, y despues de haberle formulado severísimos cargos ante las hordas selváticas acusándole de ser el capitan, la cabeza y el corifeo de los malhechores, fué encerrado en una prision horrorosa, en la que sufrió con gusto por amor de Dios los más terribles padecimientos, las más duras penalidades, considerándolas como hermosas espinas, que constituirian un dia la corona del martirio que anhelaba. Más tarde, sin embargo, derribó el templo que habia sido erigido por la laboriosidad de Próspero, y satisfecha con esto su voracidad vengadora, mandó desatar las férreas cadenas al hombre

evangélico, y abrióle las puertas de su mansion, no creyendo prudente aplicarle la pena del Talion á que le habia sometido, por temor sin duda de una insurreccion del pueblo, que amaba al apóstol Próspero Intorcetta. A pesar de todo, algunos años despues se suscitó una horrorosa persecucion contra los predicadores del Evangelio en aquellos países, á consecuencia de la que nuestro Próspero fué conducido entre militares á la ciudad, metrópoli de aquella provincia, y trasladado de allí á Pekin, capital del celeste imperio, donde los jueces y magistrados, despues de un largo interrogatorio, le condenaron á la pena de quinientos azotes, y si sobrevivia á esta atrocidad, al destierro perpétuo durante todo el tiempo de su vida en la Tartaria desierta. Dios, sin embargo, no podia mirar con indiferencia á sus siervos, velaba con solicitud paternal sobre ellos, y dispuso las cosas de manera que los jueces, ora aterrados por maravillosos prodigios que presenciaron, segun aseguran unos, ora por otros motivos particulares, mudaron la sentencia, relegando á nuestro personaje con más algunos otros compañeros, á la Cantonia, ciudad situada en la parte austral de la China. Próspero con otros veinticinco misioneros de distintas corporaciones religiosas, fueron pues, conducidos á ese punto, y fueron alojados todos juntos en una misma casa, donde establecieron por algun tiempo una vida religiosa bajo los cimientos de la virtud, edificando con sus ejemplares virtudes á todos los convecinos, quienes no pudieron ménos de fijar la atencion en la vida inocente de los varones apostólicos. A poco los padres de la Compañía, deseosos de dar cuenta circunstanciada de sus trabajos apostólicos y vicisitudes á los padres de Europa, se reunieron en consejo para elegir un procurador que partiese á Europa con esta espinosa y árdua comision, por las grandes dificultades que se presentaban en el trayecto, y las grandes probabilidades de encontrarse en la via hordas salvajes que atentasen contra la vida del que emprendiese su viaje á Europa. La eleccion recayó en el P. Próspero, quien acompañado de un coadjutor que con este fin se habia llamado de Macao, donde residia, partió para Europa. Emprendió, pues, el largo y penoso viaje, llevando consigo únicamente veinte monedas de plata que le habia dado la provincia de Macao, exhausta como se veia de todo género de recursos, y confiando solo en Dios, quien no abandona jamás en las ocasiones á sus amigos y leales servidores. Despues de un feliz viaje, despues de una hermosa é inesperada navegacion, arribó á la capital del orbe cristiano, donde residia el general de la Compañía de Jesus, á quien despues de hacerle una relacion detallada de las vicisitudes que habia sufrido la mision cristiana, le suplicó destinase á la misma provincia de la China otros cuarenta operarios, cuya laboriosidad rehabilitase al reinado de Jesucristo en aquellas comarcas, entregadas en su mayor parte á la potestad del príncipe de las tinieblas.

Al volver de nuevo á la China, recibió en el camino la fausta noticia de haber sido puestos en libertad sus antiguos compañeros, de habérseles autorizado á emprender de nuevo sus evangélicas tareas de predicar el Evangelio en las mismas comarcas en que habian sufrido alternativas tan varias, persecuciones tan horrorosas, todo esto merced á la mansedumbre y benignidad del nuevo rey que habia subido á ocupar el sólio del celeste imperio por defuncion de su antecesor, nada adicto al cristianismo. La Biblioteca de escritores y hombres célebres de la Compañía de Jesus, de donde tomamos estas noticias biográficas, nada nos dice de la época ni del punto donde falleció nuestro personaje, concluyendo la parte relativa á él con decir que durante su permanencia en el imperio chino interpretó en lengua latina las doctrinas de Confucio, príncipe de los filósofos chinos; que más tarde fué examinado su trabajo por varios padres de la misma Compañía, entendidos en la lengua china, los cuales dieron su aprobacion más completa á la obra en cuestion, que luego, el año 1669, fué publicada con el título siguiente: *Sinarum sententia politico moralis cum characteribus sinensibus et latinis;* junto con una breve reseña de las misiones, dada á luz en Roma en 1671.—N. L.

PRÓSPERO MALAVOLTA. El distinguido orador cristiano, del órden de los Jesuitas, designado con el nombre que encabeza este artículo, era italiano de nacion, natural de Ferrara, y despues de una educacion piadosa é ilustrada recibida de sus padres, abrazó la Compañía de Jesus, entrando en uno de los colegios de Roma el año de 1553, y llegó á pronunciar los cuatro votos solemnes, que, como es sabido, alcanzan pocos en la Compañía expresada. Enseñó las letras, y con especialidad la retórica, por espacio de cinco años en diversos colegios jesuíticos, y más tarde se dedicó á la oratoria sagrada con notable éxito, recorriendo en calidad de misionero apostólico diversos puntos del reino italiano, y anunciando la palabra divina en algunas cuaresmas en las principales iglesias de dicho reino. Luego de haber empleado la mayor parte de su juventud y edad viril en el apostolado, obteniendo la conversion de muchos pecadores y áun de algunos herejes, le fué ordenado por sus superiores el que se retirase á Milan, donde se dedicó á los ejercicios de piedad en el silencio del claustro, llorando sus propios defectos en la presencia de Dios el que habia consagrado toda su vida al servicio del Omnipotente. ¡Qué ejemplos tan heróicos y edificantes! Cubiertos de gloria, llenos de aura popular, estimados de los pueblos, idolatrados por muchos, estos hombres aparecen todavía pequeños á sus propios ojos, y se anonadan en la presencia del Altísimo. Regentó por algunos años con amor, prudencia y caridad varios colegios, la casa profesa de Milan, y algun tiempo despues fue elevado al cargo de provincial en el mismo reino italiano,

dando siempre muestras inequívocas de virtud y austeridad. Severo consigo mismo, amantísimo de la pobreza y de la modestia cristiana, lleno de trabajos y merecimientos, murió en Génova el 4 de Diciembre del año 1604, á la edad de sesenta y seis años, dejando algunos escritos piadosos y sermones en lengua italiana. — N. L.

PROSPERO Ruthenense, designado con este epíteto. Son escasas las noticias que tenemos de este fecundo escritor, que ha legado á la posteridad obras literarias de alguna importancia, curiosos trabajos genealógicos de diversos príncipes de Europa y de otras familias distinguidas, prestando de esta manera un servicio de no escasa importancia para los compiladores de la historia, los cuales ven facilitado por este medio los caminos para seguir paso á paso las vicisitudes de una nacion, de un pueblo, de una familia reinante. Aun cuando este género de trabajos literarios eran en cierto modo ajenos de la órden religiosa de los Capuchinos, á que pertenecia nuestro escritor, no por esto han de ser desestimadas sus obras, llevadas á cabo á costa de penosas vigilias, afanosos desvelos, dilatados y fatigosos trabajos, como son los que requieren el ocuparse en la investigacion de polvorientos manuscritos, en confrontar fechas, en conciliar dificultades abultadas de la historia, para dejar expedita la senda al que quiera presentar al mundo con gran provecho y utilidad suya la historia de las humanas vicisitudes: si la ingratitud del hombre vulgar y áun del sabio, que al parecer debiera abrigar en su pecho nobles pensamientos, llega al pasmoso extremo de olvidar el laborioso investigador que le facilita el camino de la gloria, hágase al ménos la debida justicia á los hombres y á las instituciones monásticas, que se consagran á albergar en su seno las noticias, los datos y acontecimientos de las épocas del oscurantismo, teniendo en cuenta que sin los trabajos é investigaciones de esos hombres, difícilmente hubieran alcanzado la tan decantada ilustracion moderna. Las fatigosas investigaciones históricas y cronológicas no le impidieron á Próspero consagrarse con alguna asiduidad á la predicacion de la divina palabra, en la que si no fué un apóstol, sobresalió por sus bellas formas literarias, por la unidad de sus composiciones, por la solidez de sus discursos, y por la delicada ternura y uncion de sus palabras evangélicas. Falleció este escritor en el convento de religiosos Capuchinos de Tolosa de Francia, ya de una edad avanzada, dejando algunas obras poco conocidas escritas en su nativo idioma. — N. L.

PROSPERO (Urbano). Solo sabemos de este escritor que era natural de Pisa; que abrazó el órden de los conventuales de S. Francisco; que dedicado á las ciencias, fué en su tiempo considerado como un teólogo eminente; que desempeñó el encargo de primer regente ó general de su Orden; que murió en una ciudad de Italia á la edad de cincuenta y cinco años. De sus

publicaciones, en su mayor parte teológicas, tenemos algunas noticias extensas, especialmente de la que lleva el título siguiente: *In Simbolum sancti Athanasii uberes commentarios;* publicada en Pisa, en la biblioteca de Bartolomé y Simon Ragussio, hermanos, el año 1604; un tomo en 4.° El cronista de la *Biblioteca Franciscana*, de quien tomamos estas ligeras noticias, asegura haber leido con detenimiento esta obra, donde le admiró, á su decir, los profundos conocimientos teológicos revelados en ella por su autor; la elevacion de sus miras, la grandeza con que trata esas importantes cuestiones que se rozan con los misterios relativos á la beatísima y augustísima Trinidad, al de la encarnacion, al sacramento de la Eucaristía, á todos los principales de nuestra adorable religion cristiana. Conocemos además de este personaje la obra intitulada *Apología de los venecianos*, dada á luz en Italia; en la *Biblioteca Barberina* se conservan algunas de sus ediciones, segun asegura el citado escritor, quien dice que ensalza su autor en esta obra á los republicanos de Venecia por su buena organizacion, por su comercio, por sus inventos útiles, relativos especialmente al ramo marítimo, llegando en ocasiones á la exageracion en su deseo de presentar á los venecianos como los modelos de buen gobierno, de la buena administracion, del respeto individual y demás cualidades. Debemos por fin citar entre las obras del escritor que nos ocupa, otra publicada en Urbina, en 1664, con el título siguiente: *Compendio de la Suma teológica de Alejandro Ayanis*, hecho por Urbano Próspero, de la que hay otra edicion en latin con el título siguiente: *Summa theologiæ Alexandri Aianis, in compendium redacta.* Aun cuando en ella ventila las principales cuestiones del dogma y de la moral cristiana, esta obra es calificada de pesada por el cronista de su Orden por las muchas cuestiones secundarias, en cuya investigacion se detiene largamente. — N. L.

PROSTIVOG, canónigo de la colegial de Praga, cura de la parroquial de S. Mateo de dicha corte, y mártir esclarecido. Era hombre de vasta erudicion, sólida virtud y ardiente celo por la conversion de las almas, é imitaba en su vida y predicacion á los Apóstoles que difundieran el Evangelio. En ocasiones se le vió salir lleno del espíritu de Dios por las calles de la ciudad y las comarcas circunvecinas, buscando adoradores para el verdadero Dios, arrobado en cuya contemplacion, pasaba extasiado las vigilias solitarias de la noche, para comunicar despues á las naciones y á los pueblos el fuego del amor divino en que ardia su pecho. Lleno de celo por la destruccion de la más abyecta de todas las idolatrías, que era el fetichismo, presentóse en repetidas ocasiones en los templos idolátricos, en los cuales sepultó con sus exorcismos y conjuros á las esfinges y serpientes, adoradas en algunas comarcas, con grande admiracion de los bárbaros incivilizados, que

creian ver en su persona un ser superior al resto de los mortales. De este modo logró bautizar y reducir al gremio de la Iglesia católica apostólica romana gran número de paganos, á quienes libró de la vergonzosa esclavitud en que los tuviera el enemigo de los hombres, Lucifer, cuya inteligencia ilustró con las eternas verdades, y en cuyos corazones dóciles encendió el amor divino. Tantos méritos y virtudes no fueron desestimados por el cielo, que se dignó conceder en premio de ellos á nuestro esclarecido Apóstol la corona del martirio, que adornó sus sienes. Fué desusado el modo que se empleó en su martirio, que puso término á su dichosa y feliz existencia. Irritado contra el apostólico misionero, que tantas almas atraia al redil de Jesucristo, un esclarecido é ilustre personaje, cuyos vicios habia reprendido con evangélica libertad y sin guardar consideracion á las prerogativas é ilustre alcurnia de que hacia orgullosa ostentacion, lleno de ceguedad contra su severo bienhechor, le invitó á que pasase á su aldea de Liboez, so pretexto de que queria instruirse más á fondo en los altos deberes del cristianismo y darles el debido cumplimiento. Candorosa como es la virtud, Prostivog accedió gustoso á la demanda, viendo en el cumplimiento de ella un medio de atraer al redil de la religion un atleta más. ¿Quién hubiera imaginado que cupiese villana traicion en un pecho que blasonaba de noble y elevado? Los criados del magnate, que habian recibido de su señor órdenes rigurosas para proceder al exterminio del esclarecido Apóstol, saliéronle al camino, y despues de lanzar sobre su tersa frente sarcasmos y blasfemias hediondas, despues de mofarse livianamente de sus actos más acrisolados, infiérenle bárbara y penetrante herida en la frente, que con otras varias que le asestaron, le arrancaron inhumanamente la vida, el año 992, dándole sepultura con gran secreto al pie de una encina, donde quisieron tambien sepultar perpétuamente la memoria de su horrendo y atroz crímen, sin tener en cuenta que Dios, cuya penetrante y clara vista no conoce límites, era testigo ocular que presenciaba el bárbaro asesinato cometido en la persona de su siervo. Mas el Altísimo, que ha prometido solemnemente en innumerables pasajes de la Sagrada Escritura hallarse cerca de sus amadores, asistirlos y protegerlos con su diestra de un modo especial, obrar, si necesario fuere, estupendos prodigios para que más ó ménos tarde triunfen de sus desapiadados enemigos, dispuso que su cadáver herido fuese descubierto algunos años despues al pie del mismo árbol, cuyas frondosas ramas velaron de su conservacion íntegra, y para que brillase la gloria del Excelso, y resplandeciesen las preclaras virtudes del santo mártir, impulsó el corazon de Boleslao II, rey de Bohemia, para que con fastuosa pompa exhumase el cadáver sagrado; y este piadoso monarca, dócil á las insinuaciones del cielo, ántes de su fallecimiento, ocurrido en el año 999, tuvo el gozo inex-

plicable de ver extendido el culto del ignorado patron y mártir por todas las comarcas circunvecinas, de todas las cuales afluyen inmenso número de personas á honrar las cenizas venerandas del evangelizador celoso. La iglesia de S. Mateo de la expresada ciudad ostenta dentro de sus muros un elegante y soberbio altar de piedras marmóreas, construido por el mismo piadoso monarca, donde se hallan depositados los restos mortales del Santo, que recibe en él los homenajes y las súplicas de los hombres para luego trasladarlas al seno de la Trinidad beatisima. —N. L.

PROT ó PROTTE (Juan). Nació hácia el año 1420 en la ciudad de Brottes, cerca de Chaumont, en Brassigni, y siendo aún jóven fijó en él sus ojos el maestro de las escuelas de su ciudad, que le instruyó en su casa de un modo más esmerado que á los demás. Enviado más tarde á París á la casa de enseñanza religiosa llamada de Santa Catalina, siguió en ella su carrera científica, y recibió más tarde los grados en la universidad de la Sorbona. Despues de haber recibido la investidura, volvió al lugar de su nacimiento en el año 1452, donde habiéndose agregado á una de las órdenes religiosas, tomó más tarde el hábito, y luego fué elegido prior por unanimidad de votos por su talento y vasto saber. El año 1454, lleno de celo por establecer la pureza de costumbres primitivas en su Orden, convocó un capítulo general, que discutiese los estatutos relativos á la reforma de su Orden, que más tarde fueron públicados bajo el nombre de nuestro personaje. En 1456 los definidores le confirieron por vias extraordinarias la jurisdiccion ámplia sobre la casa de Santa Catalina, situada en París, y perteneciente á su Orden, adonde se trasladó para fijar la residencia y desempeñar las funciones de su nuevo encargo. Recibió el grado de doctor que le faltaba en la universidad de Sorbona el 11 de Enero de 1462, y á poco tiempo comenzó sus lecciones públicas de teología sagrada, sobre las más delicadas y debatidas cuestiones. Las supo tratar con tanta erudicion y saber que fué su cátedra muy concurrida y sus explicaciones interrumpidas casi todas las veces con numerosos aplausos. Estos trabajos científicos, que le merecieron la fama más vasta y extensa, le dieron á conocer cerca del rey de Francia Luis XVI, el cual se declaró su protector, y tambien Renato, rey de Sicilia, amante de las ciencias y de las letras. Este príncipe, guiado por sus consejeros le nombró en 1469 su confesor, su limosnero y su predicador, cargos todos que desempeñó por espacio de largo tiempo con notable aprovechamiento, y sin atraerse la enemistad de los palaciegos, lo que por cierto es cosa difícil de alcanzar á no estar dotado de inteligencia particular y una dulzura característica. En el trascurso de este mismo año el soberano pontífice Paulo II le confirmó en todos los privilegios que le habian sido concedidos de antemano, concediendo tambien otros á la Orden de que era prior en el año 1463. Le

eximió de la jurisdiccion de los reverendos obispos, le nombró abad de San German, conservador de las inmunidades que habia otorgado á la comunidad, pruebas todas de deferencia que manifiestan la alta estima en que por razon de sus virtudes y de su extensa sabiduría le tenian los soberanos pontífices romanos, los reyes y los altos dignatarios. Habiendo fijado su residencia en los estados del rey de la hermosa Sicilia, murió Prott en Marsella en una de sus expediciones á París en el año de 1474 el dia 17 de Julio. Aunque no dejó escritas obras ningunas notables, inmortalizó su memoria Mauponi, prior de Santa Catalina, inscribiendo un epitafio pomposo en su tumba.—N. L.

PROTADIO, obispo de Besanzon, de una familia ilustre, era, segun algunos críticos, hijo ó á lo ménos pariente muy cercano de Protadio, maestro en el palacio de Borgoña. Desde su juventud mostró las más buenas y piadosas inclinaciones, siendo de un natural apacible, tranquilo y sosegado, de una inteligencia clara, de imaginacion rica, de un corazon asaz sensible. Estas buenas disposiciones fueron cultivadas con esmero por sus padres y por los profesores á que los autores de sus dias habian encomendado su educacion, los cuales sacaron gran partido de las intelectuales y felices disposiciones del jóven Protadio. Se consagró casi desde su más tierna edad al servicio de los altares; entró en una casa de enseñanza eclesiástica, donde se distinguió entre sus condiscípulos por su aplicacion, por su exactitud, sumision á los profesores, y más que todo por su extraordinaria piedad. Era ya en tan tierna edad ferviente devoto de la inmaculada María, á la cual, como á madre cariñosa, confiaba todas sus penas, todas sus amarguras, todos sus pesares, suplicando á la madre de los cristianos le concediera del Altísimo, de su adorable hijo Jesus, las disposiciones y gracias requeridas para el acertado desempeño de las funciones eclesiásticas, á que habia consagrado su existencia y afanes. Elevado á poco tiempo á la dignidad del sacerdocio, lamentábase del abandono, disipacion y áun corrupcion de las costumbres del clero de su tiempo; y despues de pedir al cielo concediese á la tierra un sacerdocio piadoso, celoso, instruido, consagraba sus afanes á corregir con la palabra y el ejemplo tan lamentable abandono, con que Dios suele castigar los extravíos de los pueblos, á los cuales el mayor castigo que puede sobrevenirles es, sin género alguno de duda, un clero abandonado, porque como dice la Escritura «como es el sacerdote así es el pueblo: *Sicut sacerdos sic populus.*» ¿Cómo es posible que las masas, de ordinario ignorantes y hasta groseras, aprendan los escabrosos caminos de la bienaventuranza eterna, los laberintos tenebrosos de la vida que es preciso atravesar para llegar á tan feliz término, si no tienen idóneos ministros del Altísimo, que mostrando á su inteligencia la hermosura de la verdad, á su

corazon la belleza y encantos de la virtud, les guien por los senderos de cielo? ¿Y cómo conseguirán esto los ministros del Señor si son ciegos que guian á otros? ¿No es lo más probable que ambos, clero y pueblo, caigan en la olla? A la perfeccion, pues, del clero se encaminaban los esfuerzos del ilustrado y piadoso presbítero Protadio, convencido de la inmensa utilidad moral, social y política, que resulta á los pueblos de poseer un clero instruido, sabio y celoso. Sin el sacerdote sabio las masas carecen del conocimiento de la verdad, porque es sabido que los políticos y los hombres de Estado ó no se la muestran, ó la enseñan corrompida, porque carecen de ordinario de la templanza en el discurrir, de la elevacion é imparcialidad en el pensar, del celo por consagrar sus vigilias afanosas al bienestar de los pueblos; y es cosa probada que la gracia de la difusion de las ideas solo se comunica á personas contadas en el número de los seglares, los cuales además carecen de la autoridad necesaria para imponer doctrinas y prescripciones en nombre de Dios, autoridad que solo compete á la Iglesia docente, que mereció oir de los labios del Salvador de los mortales estas admirables palabras: «Id, enseñad á todas las naciones, predicadles el Evangelio; y el que os creyere, reputadle digno de figurar en el número de mis hijos; bautizadle en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo: *Euntes, docete omnes gentes; qui crediderit et baptizatus fuerit salvus erit, qui vero non crediderit condemnabitur; baptizantes eos in nomine Patris, Filii et Spiritus Sancti.*» Esta sola piedad, este desinterés y abnegacion, estas luces superiores que mostró Protadio en favor de la Iglesia, le merecieron el aprecio y la amistad más íntima del obispo Nicot, que le contaba entre sus amigos más íntimos, en cuyo corazon encontraba un dulce consuelo, y en sus consejos una guia cierta y segura. Habiendo quedado vacante la sede episcopal de Besanzon hácia el año 608 por fallecimiento del obispo Nicot, fué elegido por aclamacion unánime para sucederle el jóven y virtuoso presbítero Protadio, que se dispuso á la aceptacion de cargo tan espinoso por medio de ejercicios espirituales, de austeridades, ayunos y maceraciones. Ocupó la silla de Besanzon el año 612 al 613, en medio de las públicas ovaciones, símbolo de regocijo que produce en los pueblos la acertada eleccion de un virtuoso y santo prelado, en quien fundar sus más lisonjeras esperanzas. Atento constantemente á mantener la disciplina eclesiástica en su diócesis, fijó especialmente su atencion en los simoniacos, recordándoles en diversas y evangélicas pastorales ó cartas que publicó las severas disposiciones de la Iglesia en órden á este punto delicado, y fulminando sobre los transgresores de estas disposiciones venerandas del catolicismo los terribles y formidolosos anatemas establecidos por los cánones, lo que en gran parte hizo que no penetráran en el rebaño confiado á su cargo pastoral las peligrosas opiniones

que pululaban acerca de la misma materia en las provincias y reinos circunvecinos. Por más que los abusos quisieran prescribir contra las disposiciones de la Iglesia contra la simonía, siempre serán justificables y dignas de encomio las leyes de la Iglesia en órden á los que dilapidan y malversan y comercian con los empleos y dignidades eclesiásticas. Fundado el catolicismo sobre bases divinas, ha profesado desde su constitucion el admirable principio, el grande, el divino principio, el que nadie por idóneo que sea entre á ocupar ningun grado en la gerarquía eclesiástica sin ser llamado al efecto por llamamiento divino, por eleccion suprema, manifestada en la que en vista de su aptitud y demás cualidades pueden hacer de su persona los prelados respectivos. El mundo moral, lo mismo que el físico, es una gran máquina que nunca funcionará ordenadamente si cada una de las piezas no ocupa el lugar que le corresponda, y solo el divino artífice de la Iglesia, de este grande edificio, tiene acertado conocimiento del mecanismo admirable de ella, por lo que solo compete á él la eleccion de personas para regir los destinos del mundo católico, señalamiento que ha solido manifestar por medios visibles en el Antiguo Testamento como en la nueva alianza, ora presentando al sumo sacerdote por medios maravillosos el predestinado para vestir la púrpura y aspirar al cetro, como sucedió con el jóven Saul elegido rey del pueblo de Dios, ora manifestando sus poderosos y sobrehumanos designios á las autoridades constituidas, como ha sucedido en una infinidad de casos que registra la historia eclesiástica. El catolicismo es un gran cuerpo místico segun las divinas Escrituras, y ¿cómo es dable que haya órden en las funciones respectivas de ese cuerpo, si los pies ocupan el lugar de la cabeza, si los ignorantes y corrompidos que deben figurar en la línea de la clase ínfima usurpan por medios pecuniarios las clases elevadas y superiores? ¿No será evidentemente una monstruosidad tamaño desórden? ¿Y cómo es posible que la Iglesia en nombre de Dios, enemigo de los ambiciosos, no proteste contra los que osan alterar tan venerandas disposiciones, apelando á innobles medios para escalar puestos que no les competen, y ocupar rangos y dignidades para los cuales no tienen otra razon ni otro derecho que el del vil y hediondo oro que presentan? ¿No recordamos por ventura las amenazas de S. Pedro sobre Simon Mago, que queria comprar la facultad de obrar milagros á precio de oro para luego comerciar con los espirituales derechos? Si bien, como es natural, entre los perversos se atrajo Protadio numerosos enemigos con la predicacion de semejantes doctrinas, pero mereció el aprecio público de las personas sensatas, entre las cuales el rey Clotilde, admirado de su celo, le consultaba con frecuencia, y á ejemplo de este príncipe acudian á pedir instrucciones al ilustrado prelado los más distinguidos señores y nobles. Protadio, con el fin de poner

término á las acaloradas disputas de los diversos cleros sobre las ceremonias, compuso un *Ritual*, que viene citándose con el nombre del prelado, aunque las numerosas variaciones que ha sufrido en la série de los tiempos le han transformado en tales términos que parece obra nueva por completo. Fué publicado por Hunvel en las *Pruebas de la Historia de la Iglesia de Besanzon*, pág. 18 á la 61, inmediatamente despues de la *Historia del primer reinado de Borgoña*, y en seguida de un manuscristo del siglo XII, que ha desaparecido de los archivos de la metrópoli de Besanzon, junto con otra multitud de monumentos notables. Protadio falleció en 10 de Febrero del año de gracia de 624, dia en que celebra la Iglesia católica, apostólica, romana su fiesta, por haber sido canonizado por el soberano Pontifice en vista de sus heróicas virtudes y apostólicos trabajos. La mayor parte de sus venerandas reliquias se conservan en la iglesia de S. Pedro, junto con los restos mortales de su predecesor Nicot, y suelen ser expuestas á la veneracion de los fieles en las calamidades públicas. Su vida, escrita por el Rdo. P. Chiflet, ha sido insertada en las *Acta Sanctorum*, y el Dr. Rivet le ha consagrado una extensa y detallada noticia, que publicó en la *Historia literaria de Francia*, tomo III, pág. 531. Esta es la vida del ilustre y santo obispo de Besanzon, Protadio. Carecemos de más noticias. —N. L.

PROTASIO (S.), mártir. Solo nos dice de este Santo la *Leyenda de oro*, que es venerado en la ciudad de Colonia desde los primeros siglos, y que los Bolandistas son de parecer que es el mismo S. Protasio que se celebra con S. Gervasio el dia 19 de Junio. —C.

PROTASIO (S.), obispo y confesor. Aún lloraba la Iglesia las consecuencias de las feroces persecuciones que sufriera en los primeros siglos del catolicismo; aún se enrojecia la tierra con la sangre de los mártires, cuando levantó su negra cabeza la herejía, genio del mal, aborto del demonio, que introduciéndose entre los cristianos, procuró dividirlos para vencerlos en detall; y lo lográra indudablemente si la palabra de todo un Dios no hubiera prometido sostener su Iglesia hasta la consumacion de los siglos á pesar de las asechanzas y del poder del infierno. Infiltráronse en el cristianismo en el siglo IV de nuestra era herejías propaladas y defendidas por aquellos á quienes viniéndoles estrecha la santa ley del Evangelio en algunas de sus partes, desearon ensancharla más, para que al ménos á la vista del mundo pudieran pasar por buenos, siendo en realidad viciosos y poco observantes de la ley. Empero al paso que la herejía tomaba bríos, Dios que solo queria probar la fe de los fieles permitiendo la herejía, pero no confundirlos y hacerlos esclavos á todos de ella, dió fuerzas á sus elegidos para combatir los errores, y el suficiente poder evangélico para vencer á los que se separaban del verdadero camino que conduce á la vida eterna. Entre los elegidos por el

Dios de las misericordias para tan honrosa mision, no puede ménos de contarse en el siglo IV al glorioso obispo S. Protasio. Educado en la religion cristiana y para la religion, se aleccionó perfectamente en la ciencia que enseñó el divino Maestro en su famosísima cátedra del Calvario, y lleno de fe, y deseoso de dirigir á los que se extraviasen por el camino de la gracia divina, abrazó el estado eclesiástico consagrándose enteramente al servicio de Dios y al bien de las almas. Nombrado obispo de Milan, se hizo admirar en toda Italia por su virtud y profundo saber, y llegó á rayar tan alto en la elocuencia sagrada, que los herejes, contra los que peleó sin tregua, llegaron á temerle de tal modo, que huian de entrar con él en polémicas ni discusiones. Sus declamaciones constantes por la mejora de las costumbres y su energía para defender la doctrina católica, llamaron la atencion de los hombres más sabios de Italia y del gobierno; y así es que se le respetaba considerándosele un fuerte campeon con quien no podian medirse las fuerzas fácilmente. Asistiendo al Concilio de Sárdica en Iliria, que se celebró en el año 347 á instancias del emperador Constancio, defendió en él con calor y decision la causa de S. Atanasio, y propuso cánones tan excelentes para el bien de la Iglesia católica, que indignados los herejes, se separaron del Concilio no creyéndose con fuerzas bastantes para combatirlos. El emperador Constancio se honró con la amistad de este santo prelado, y el papa Julio I le manifestó muy ostensiblemente su afecto y cariñosa amistad, que tambien obtuvo de los prelados más notables de su tiempo. Querido de todos por sus virtudes, y puede decirse venerado de sus ovejas por su santidad y caritativo celo, murió este digno pastor del rebaño de Jesucristo el dia 24 de Noviembre del año 338 en que le recuerda la Iglesia, afirmándose por los autores piadosos que ha sido glorioso en milagros su sepulcro. — C.

PROTASIO, arzobispo de Tarragona, á quien el Rdo. P. Masdeu coloca entre los escritores de mayor celebridad del siglo VII, diciendo: «Protasio, obispo de Tarragona, del siglo VII de la era cristiana, escribia á lo que parece con estilo puro, correcto y elegante, supuesto que el soberano pontífice Eugenio III, versado en la prosa y en el verso, le colma de elogios pomposos por la dulzura de su lenguaje,» como puede verse en la *Historia crítica de España*, tomo XI, página 327. Protasio, arcediano de la santa Iglesia de Urgel, despues abad de S. Andrés de Exalata en el Conflen, y del cual fué su primer abad, brillando en este honroso puesto por sus eminentes virtudes y profunda ciencia. Es digna de mencionarse entre sus diversas producciones el curioso *Testamento* que hizo el año 878, y que fué impreso y publicado por Balucio en la *Marca Hispánica*, número 38. — O. y O.

PROTASIO. La epístola de este santo Padre de la Iglesia, dirigida á su hermana Marcelina, es la única acta auténtica de la que podemos entresacar

algunos detalles y circunstancias, no de la vida y de la muerte, sino de la exhumacion de los cuerpos de estos santos mártires Gervasio y Protasio. Despues de la conducta observada por Ennodio, que refiere como sucedido bajo el ominoso imperio del monstruo Neron el martirio de S. Nazario, y viendo el escaso número de mártires y víctimas de la fe que cuenta la Iglesia de Milan, ha tenido por conveniente colocar á los distingidos héroes del catolicismo, Protasio y Gervasio, en el rango de los más antiguos mártires de la ciudad de Milan, no podemos ménos de examinar si son exactas las apreciaciones de este escritor. La necrología de los griegos, que se remonta á una época muy atrasada, y la coleccion de los Bolandistas, siguen la misma opinion que Ennodio, autorizando que fué en efecto Milan el teatro del martirio de los mártires que nos ocupan. Es digno de consultarse sobre el particular la disertacion apologética publicada en Bolonia en el año 1709, y cuyo autor es Juan Antonio Lassi, que trata extensamente y con gran copia de datos esta cuestion oscura. Lo que hay de cierto ó innegable es que se ha perdido la memoria de estos mártires, y se habian olvidado sus nombres, cuando en el siglo IV del catolicismo por una casualidad feliz, ó por una disposicion providencial, se descubrieron sus cuerpos santos. En esta época, en que el mundo gemia de verse arriano, segun la enérgica frase del penitente y sábio Gerónimo, la emperatriz Justina, madre de Valeriano, perseguia á los católicos por complacer á los arrianos, y S. Ambrosio impugnaba los sofismas de esos sectarios orgullosos, oponiendo con su dignidad, su penetracion, su sutileza, su constancia y entereza un fuerte valladar contra el que se estrellaban las maquinaciones de los arrianos. San Ambrosio, deseoso de fomentar más y más el catolicismo, valiéndose al efecto del gran prestigio que le concedian sus virtudes y talentos, edificó un magnífico templo, y luego de construido, buscó por todas partes reliquias de santos mártires para consagrarlas, segun lo que se venia practicando desde las más remotas edades del cristianismo. Una vision que tuvo su secretario é historiador Paulino, le dió á entender segun lo que nos refiere S. Agustin, el punto en que se hallaban sepultadas las venerandas reliquias de los santos mártires Gervasio y Protasio, en vista de lo cual mandó practicar varias excavaciones delante de los sepulcros de los santos mártires Félix y Nabon. A pocos pies de profundidad halló efectivamente dos esqueletos bastante grandes y enteros, los cuales se hallaban aún en estado natural, con la cabeza separada del cuerpo, y con otras señales del martirio, tales como las señales de la sangre, por cuyos indicios se vino en conocimiento de que habian sido decapitados. Aun cuando algunos aseguran que se hallaron inscriptos sus nombres en el epitafio, nos parece que esto no está averiguado; y áun nos inclinamos á creer que no fuesen tan claras las inscrip-

ciones mencionadas, ya por hallarse sepultados más bien en la tierra que en una tumba determinada, ya tambien porque de ser así no se hubiesen empleado tantas diligencias en averiguar á quién pertenecian los referidos esqueletos. Sea de esto lo que fuere, los venerandos cuerpos fueron el mismo dia trasladados á la basílica de S. Fausto, hasta que se dispuso una gran ceremonia, y uno de los inmediatos dias fueron depositados en medio de un gran número de fieles en la basílica Ambrosiana. Durante la traslacion procesional y pública, segun lo atestiguan S. Ambrosio, S. Paulino y San Agustin, ocurrió un sorprendente milagro con el que Dios quiso manifestar á la atónita muchedumbre la grande estima y veneracion que deseaba el cielo se profèsase á los insignes mártires, á los santos cuerpos, cuyas nobilísimas almas gozaban de las delicias sempiternas en la patria de los bienaventurados. Un ciego, conocido por toda la poblacion de Milan y llamado Severo, tocó con el brazo á uno de los que conducian las reliquias venerandas y en el acto recobró la vista. El santo obispo Ambrosio, con el fin de perpetuar este acontecimiento fastuoso, colocó el ciego maravillosamente iluminado en una de las dependencias de la misma basílica para que fuese un vivo monumento que atestiguára la predileccion manifestada por los cielos sobre los cuerpos de los santos mártires Protasio y Gervasio, que fueron honorificamente depositados en medio de las plegarias fervientes del pueblo en un lugar decoroso preparado de antemano con este fin. El elocuente orador S. Ambrosio, fijándose en este hecho asombroso, improvisó un discurso en honra de los mártires, en que probó la divinidad del catolicismo con esa fuerza de raciocinio, que tanto se nota en los inspirados Padres de la Iglesia. Este discurso ha sido insertado en la carta dirigida á su hermana Marcelina. Las ignobles y raquíticas maquinaciones ejercidas por los arrianos, que llenos de odio sañudo prepararon conspiraciones espantosas contra S. Ambrosio y el pueblo de Milan, fueron completamente desbaratadas y cubiertos los sectarios de Arrio de ignominioso baldon. Desde entónces se estableció que se celebrase la fiesta de los santos mártires anualmente en la Iglesia católica, y el Occidente la celebraba el 19 de Junio, dia de la traslacion de sus cuerpos, ocurrida el año 386, miéntras la Iglesia griega los honra el dia 14 de Octubre, dia en que se presume fueron decapitados. Entre las varias iglesias establecidas bajo la advocacion de estos ilustres mártires debemos hacer mencion de un templo levantado en Roma hacia el V siglo á expensas de los donativos y legados de una dama romana. Otro templo levantado en París bajo la misma advocacion existia ya en los tiempos de S. German, hácia los años de 550. Mil cien años despues, cuando la época del renacimiento de las artes, apareció fundada en la tradicion la historia de S. Gervasio y Protasio, que fué inscrita en seis tablas que

adornan la nave majestuosa de esta iglesia. El primer lienzo, pintado á lo que se cree por Lesueur, nos representa á los dos Santos, segun lo que se refiere en la epístola atribuida á S. Ambrosio, conducidos por órden del emperador á la presencia del ídolo de Júpiter, y obligados en su templo á que tomasen en sus manos el incensario para derramar incienso ante los altares de la fabulosa deidad. El segundo lienzo, pintado bellísimamente por el hermano del anterior, figura á S. Gervasio espirando bajo los crueles golpes de los desapiadados verdugos, áun cuando fueron los dos mártires decapitados, por lo que nos parece inexacta la pintura, por haberse fijado en la epístola arriba mencionada. La tercer tabla ó el tercer lienzo, que representa la degollacion de los santos mártires, es debido al pincel de Sebastian Bourdon, á quien habia sido encomendada la composicion de los seis cuadros; pero viendo las dudas que este artista abrigaba sobre los milagros de los santos Protasio y Gervasio, se le limitó el encargo ordenándole que solo construyese un lienzo. Puede consultarse sobre el particular las consideraciones sobre la vida y muerte de Sebastian Bourdon por Javier Adager, publicadas en un tomo en París en el año 1808. Los otros tres lienzos representan: la aparicion de los Santos al sábio obispo de Milan Ambrosio, la invencion de sus reliquias, y su solemne traslacion, por Felipe Champagne. De estos seis lienzos se han sacado varias copias, de las que algunas fueron cedidas á la misma iglesia, otra se halla en el museo del Louvre, y todas difieren bastante de los originales por la verdad, el colorido y la expresion. Sin género alguno de duda los enemigos del catolicismo al escuchar las relaciones históricas, que como la presente nos refieren la institucion de algunas festividades cristianas, exaltado su odio exclaman con acento nada comedido: «¡Esto es un abuso! Es un mal gravísimo el sin número de festividades creadas por el catolicismo; cada mártir, cada santo, cada individuo distinguido tiene su fiesta; el número es excesivo, el pueblo ve cercenados los medios de ganar el sustento, es por lo mismo indispensable, no solo el reducir las fiestas á todos los domingos, sino además el permitir el trabajo los mismos domingos al ménos medio dia.» Excusado es manifestar que el razonar de este modo es muy ligero razonar, sin atender á datos, sin tener en cuenta lo venerandas que son las festividades cristianas, ora por su institucion, ora por otras muchas causas. Las festividades cristianas, instituidas ya por los apóstoles, que las rodearon de augustas sombras y las fundaron en motivos sublimes, celebradas tambien por los primitivos fieles, cual nos lo demuestran todos los documentos de aquella época, tienen por objeto primordial conservar viva la memoria de un Dios Criador, próvido, benéfico, legislador supremo, protector de los pueblos, y sobre todo salvador y santificador de los hombres. Era de suma importancia consagrar con imperecedero y eterno

monumento la memoria del gran milagro sobre el cual ha sido fundado, digamoslo así, el cristianismo, la memoria de la resurreccion del Señor. Asi es que desde los tiempos apostólicos, desde la cuna misma del cristianismo, el domingo ha sido celebrado por los apóstoles, y llamado por esto el dia del Señor por excelencia. Los mismos testigos del grande acontecimiento fundaron la maravillosa fiesta celebrada ya en sus tiempos por millares de hombres, que podian comprobar la verdad del hecho é informarse minuciosamente de sus circunstancias, á ménos que supongamos el absurdo monstruoso de que todos estuviesen apoderados de un acceso de demencia, no pudieron determinarse á reunirse de consuno para testificar con un hecho público, con una ceremonia universal, el pasmoso milagro de la resurreccion, si no estuvieran profundamente convencidos de la verdad del caso. Esto mismo sucede con la fiesta de Pentecostés, con la festividad del Nacimiento de Jesucristo, instituida tambien por los apóstoles en conmemoracion de la venida del Espíritu Santo sobre el colegio apostólico, de la Epifanía, de la Ascension, establecidas tambien en los primeros tiempos para recuerdo de los respectivos misterios. Como segun las ideas purísimas de fe y cristiana esperanza que se abrigaban en el pecho de los primeros fieles, la muerte del mártir era el dia de su triunfo, el dia de la victoria de la causa de la religion, el dia en que la diadema cristiana era orlada con un nuevo ramo de laurel; como la preciosa sangre de este testigo, con tan heroica generosidad vertida, cimentaba, digamoslo así, más y más el edificio católico, nada tiene de particular que comenzasen tambien á celebrar la fiesta de los mártires, á solemnizar el dia de su muerte, reuniéndose en sus aniversarios al rededor de su tumba, donde celebraban los santos misterios, reanimándose mútuamente en la fé y el valor, y adornando con flores puras sus modestos aunque respetables sepulcros. Ni podemos abrigar la menor duda de que fuese ya esta la práctica de la Iglesia desde el segundo siglo, á ménos de negar su probada autenticidad á las memorables actas de San Ignacio y de S. Policarpo, como tambien á las historias eclesiásticas, que estan contestes en afirmar que se practicó lo mismo en Roma, poco despues del martirio de los santos apóstoles Pedro y Pablo, en cuyas catacumbas aquellos fervorosos cristianos veneraban con piadoso recogimiento los restos de sus progenitores en la fe, separándose despues para solazar un poco sus afligidos cuerpos con el alimento, que con el título de ágapes se servia á los concurrentes. ¿Podia darse nada más bello, ni más precioso para reanimar la fe de los tímidos y alegrar el corazon de los robustos, que el ponerles á la vista el testimonio de los apóstoles y de los discípulos, sellado con su propia sangre? Ah! aquellas humeantes cenizas tenian una poderosa eficacia para alentar á los débiles y hacer germinar ideas generosas en el cora-

zon de los neófitos y de los tiernos hijos, siendo por otra parte su dulcísimo pasatiempo el reunirse en torno de los solitarios mausoleos donde yacen entregados á temporal sueño los fundadores del catolicismo. Dícennos, sin embargo, los filántropos que son excesivas las fiestas critianas, como si fuera una desgracia para el cristianismo el poder ostentar en su seno tan gran número de valerosos fieles, que se entregáran gustosos á los tormentos y á la muerte, ántes que incurrir en el nefando crímen de apostasía; como si fuera preferible que hubiese más apóstatas que mártires; como si fuera una falta el mostrarse adictos hasta entregar su vida al yugo de los crueles perseguidores, que decretáran el exterminio del nombre cristiano, oponiendo á sus delirantes proyectos un muro de bronce, en el cual se estrelláran sus infernales maquinaciones, y del que resultase imperecedera gloria al católico nombre. Cuando los sentimientos de gratitud de un pueblo consagran la memoria de sus héroes por medio de sepulcros, lápidas pomposas, inscripciones magníficas, ceremonias anuales, nuestros enemigos, léjos de vituperarlas, aplauden la creacion de esas festividades; pero cuando los fieles se reunen en torno de los mártires, de esos héroes de primer órden entre todos los héroes del cristianismo y del mundo pagano, no á honrar en ellos hazañas humanas, servicios temporales de pasajera importancia prestados al mundo, invenciones ó glorias de este órden puramente humano, sino un valor sobrehumano inspirado por la divina gracia, un mérito coronado por Dios con inmarcesible y eterna gloria, un poder de intercesor que se ha dignado concederles su patria bienaventurada, entónces sus labios vomitan blasfemias horrendas que el oido ménos escrupuloso recibe con sobrecogedor espanto. ¿Es posible que llegue á tal extremo vuestro odio? Mas no se crea que eludimos la fuerza de la dificultad huyendo el bulto, como vulgarmente se dice; ántes al contrario, abrigamos la íntima conviccion de que en este género de cuestiones el medio más acomodado para salir airosos es el entrar con entereza en la lid y defender el terreno hasta donde las fuerzas alcancen, hasta donde la verdad tenga extendidos sus límites. Ante todas cosas, y como sea forzoso partir de un principio fijo, menester es convenir en que los dias festivos son de indispensable necesidad á los pueblos, sea cualesquiera la religion que profesen, por otra parte, supuesto que es necesario conceder un pábulo á su alma, un alimento á su inteligencia, un solaz á su cuerpo, que no siempre ha de estar doblado bajo la coyunda de las labores campesinas. En un estado civilizado no son ménos necesarias la religion y las virtudes morales que el sustento, el trabajo, el dinero, el comercio; en un reino floreciente ha de haber hombres y no brutos ó autómatas. ¿Qué seguridad tienen los intereses comerciales, las arcas del propietario, donde la religion es relegada al olvido, y donde la probidad y la virtud son desconocidas? ¿Bastan por ven-

tura á contener en los límites de su deber al díscolo ciudadano el freno del gobierno, su accion represiva, sus tribunales, sus presidios, sus calabozos, sus mismas horcas y sentencias de muerte? ¿Cuántos medios no encuentran los malhechores para burlarse quizás del gobierno? Pues bien, el cristianismo ha establecido las fiestas cristianas con este fin, con el de reunir á los cristianos, instruirlos en sus deberes, manifestarles sus obligaciones mútuas, inspirarles al pie de los altares sentimientos de mútua caridad y fraternal amor, ya que estaban precisados á vivir en sociedad. En los tiempos antiguos el israelita piadoso, fiel á su Dios, obedeciendo las prescripciones de la ley que establece en el Deuteronomio: «No hareis trabajo ninguno el dia del sábado, ni vosotros, ni vuestros hijos, ni vuestros siervos, ni vuestro ganado, ni el extranjero que se halle entre vosotros, para que descansen lo mismo que vosotros;» celebraba sus solemnidades con la lectura de los libros santos, con oraciones, sacrificios, acciones de gracias, seguidas siempre de un festin, al que eran invitados los parientes, los amigos y los vecinos. Los más acomodados estaban obligados á sentar en sus banquetes no solo á su familia, sino tambien á los sacerdotes, á los pobres, á los extranjeros, á los esclavos, y no es para ponderado lo que estas comidas fraternales contribuian á la union de los diversos ciudadanos. El santo varon Tobías celebraba sus fiestas áun en los dias de cautividad en Babilonia, y se lamentaba de que estos dias de alegría se hubiesen convertido en dias de luto y afliccion. Judit, que en su estado de viudez habia adoptado un género de vida retirada y austero, interrumpia su ayuno y soledad los dias festivos para tomar parte en la comun alegría. El cristianismo autorizó esta costumbre de unir una honesta recreacion á las prácticas religiosas y á las buenas obras. ¿Quién ignora las juntas piadosas de los primeros fieles, que despues de la participacion de la sagrada Eucaristía sentábanse á las mesas de caridad, llamadas *ágapes*? Es encantadora la descripcion que S. Justino nos hace de estas reuniones de los fieles primitivos. El dia que llaman del Sol, dice, todos los que habitan en la ciudad ó en el campo se reunen en un sitio, y allí se leen los escritos de los apóstoles y de los profetas. Despues de la lectura de los libros santos, el pastor en sus homilías explicaba las verdades que acababan de oir, exhortándoles á ponerlas en práctica; luego se recitaban las oraciones en comun, á lo que seguia la consagracion del pan y del vino, que se distribuia á los pobres y á todos los fieles, terminándose la ceremonia por la recepcion de las voluntarias limosnas que los fieles depositaban en las manos del pastor, á fin de que este las distribuyese á los pobres, á los enfermos, á los prisioneros, y en fin á todas las clases menesterosas. Estos ágapes, que al principio solo tenian lugar en las festividades de los mártires al rededor de los sepulcros rodeados de veneracion, luego

llegaron tambien á celebrarse en las populosas ciudades, dándoseles un aire de jovialidad, que se conciliaba perfectamente con el candor de los primeros cristianos. S. Gregorio Taumaturgo, obispo de Neocesarea el año 285, permitió á los fieles recien convertidos de la idolatría el que mezclasen algunos festines y regocijos honestos con las fiestas de los mártires, ordenacion que fué por cierto aplaudida por S. Gregorio Niceno, historiador de la vida del santo Padre anteriormente citado. A fines del siglo VI concedió el mismo permiso S. Gregorio Magno á los bretones, que habian sido regenerados por las limpidas aguas bautismales, merced en gran parte á la solicitud y laboriosidad de esta refulgente lumbrera del catolicismo. Esta es la economía admirable del cristianismo en órden á sus festividades religiosas, á las cuales reviste de ciertas encantadoras bellezas, que templan alguna cosa las tétricas impresiones que en el ánimo producen la contemplacion de la muchedumbre de miserias humanas, de los tremebundos destinos del porvenir, de la infelicidad, en fin, que es la triste herencia de los que vagamos por este valle de abrojos y de espinas. Teniendo en cuenta el carácter del hombre, ha evitado la excesiva austeridad para que no le abatiese, y cuidado tambien de la nimia libertad y desenfreno que le entregase á la relajacion. A esto último se encaminaban las exhortaciones y paternales consejos de los obispos y pontífices romanos, cuando al aprobar las honestas recreaciones despues de satisfechos los deberes de la religion, les prohibian con toda severidad todo género de excesos en las comidas sagradas, y mucho más aún los espectáculos teatrales, los juegos públicos y demás placeres criminosos, en los que se viese manifiesto el peligro de romper los vínculos de la caridad fraternal, que debia unirlos entre sí, y los de la gracia divina, que los unia con su Dios. No se limitaban á ordenar que en esos dias consagrados al Señor de un modo especial se abstuviesen de las obras serviles, sustituyéndolas con los deberes y prácticas de la piedad, con el culto público y ostensible y con honestas recreaciones, sino que eran graves las penas que imponian para evitar los abusos que pudieran introducirse en estas diversiones, que fuesen encaminados á corromper la pureza de costumbres. El gran Constantino, despues que elevó el santo emblema de la redencion á las elevadas cúpulas de los edificios, de los subterráneos y catacumbas en que se hallára sepultado por espacio de tres siglos, acomodándose al parecer de los romanos pontífices y obispos, mandó que las oficinas permaneciesen cerradas durante todo el dia de las solemnes festividades, exceptuando las que son de urgente necesidad, ó las operaciones dictadas por la caridad cristiana, tales como la de autorizar la libertad de los esclavos. Más tarde hízose extensiva esta misma prohibicion á los trabajos del campo, á los de los artesanos y demás oficios, declarando siempre exentos de esta ley los que eran de necesidad abso-

luta y que no podian diferirse sin peligro, cual puede verse en el *Código Teodosiano*, libro I, título VIII, *De feriis legum*, y en el *Código Justiniano*, libro III, título XI. Ni pudo permitir la Iglesia católica los bárbaros juegos de los gladiadores, ó los espectáculos del teatro, en los que se apiñase la multitud ávida de contemplar escenas sangrientas y propias para crear un carácter sanguinario, ó á entretener sus oidos con las lúbricas imágenes cantadas con arte por sus poetas fascinadores y perjudiciales al alma, por cuya razon mandó en varios de sus concilios fuesen cerrados en los dias feriados, aprobó la prohibicion de los espectáculos y de los juegos del circo, que se halla expresada en el *Código Teodosiano*, libro XV, *De spectaculis*, y en el *Código Justiniano*, libro III, título XIII. Disposiciones todas dignas del mayor encomio, que tenian por objeto purificar las diversiones y evitar todo peligro de que padeciese detrimento la fe de los cristianos, pura é intachable. Preciso es, si habian de alcanzarse los fines elevados de la predicacion evangélica, separar al hombre de todo cuanto pudiera rebajarle á la vida de los sentidos, para ennoblecerle, haciendo que fuesen sus diversiones inocentes y puras, y su vida un ensayo continuo de la eterna vida, que aguardaba á su fidelidad en el cielo. Si pues es una imperiosa necesidad el conceder al hombre algunos dias en que, interrumpidas sus ordinarias tareas, libre de los cuidados domésticos, sociales, de negocios, se consagre al reposo de su fatigado cuerpo, á la contemplacion de sus grandes fines, á fomentar y estrechar los vínculos de cariño y amistad por medio de reuniones honestas y recreativas, no vemos que haya recurrido á esta necesidad ninguna corporacion humana, ninguna sociedad civil, de modo más digno, sublime y decoroso que lo ha hecho el catolicismo. ¿Puede haber nada más adecuado á las innatas inclinaciones que los hombres tenemos de amar á los que son de nuestra especie, por más que se hallen con frecuencia contrariadas por bastardas y groseras pasiones, que el reunirlos en torno de la Divinidad ó del héroe en quien tienen cifradas sus esperanzas, dirigirlos allí amorosas exhortaciones, cortar las intestinas discordias por medio del abrazo fraternal dado en nombre de Jesus, hacer que las opulentas clases compartan con amor con las clases ménos acomodadas, y terminando por último las funciones con festiva é inofensiva algazara de públicas diversiones, en que explayado el ánimo adquiera nueva vida y robustez para dedicarse á los campestres trabajos, y reanudar el inmediato dia despues del tranquilo sueño sus interrumpidas tareas? ¿Es por ventura decible el mágico ascendiente que ejerce sobre el pueblo reunido en gozosa alegría el honrar á los santos que vivieron en los lugares que frecuenta, cuyas acciones heróicas le son conocidas de un modo auténtico, cuyas santas cenizas tiene á la vista, cuyo sepulcro parece decirle con inspirado lenguaje : El alma nobilísima

de este esqueleto, ante quien presentas tu ofrenda, ve desde el cielo tus necesidades, y ruega al Omnipotente derrame sobre ti y tu familia bendiciones con largueza? ¿No veis cuál parte á sus moradas, terminada la romería, la festiva muchedumbre, recordando con placer las virtudes del Santo que han honrado, refiriendo sus proezas, contándose mútuamente los beneficios que por medio de su intercesion el cielo les ha concedido? Su alma rebosa de alegría; anímase á imitar á su venerando héroe; ve que sus proezas, léjos de ser impracticables, son suavísimas y fáciles de sobrellevar, y confiando en el auxilio de la gracia, propónese quizá imitar escrupulosamente á su bienhechor y abogado cerca de Dios. Yo bien sé que nuestros espíritus fuertes no se hallan conformes con estas festividades cristianas, que conceden al hombre reposo, al alma paz y amor. Quisieran que en las festividades religiosas, caso de haberlas, dominase la severidad, la frialdad, y que ni los acordes y armoniosos sonidos de la música, ni el festivo y alegre cantar de los inocentes niños que envian sus primeros acentos al cielo, ni nada que pudiese interrumpir la monótona gravedad, alterase las festividades cristianas. Ni ceremonias, ni alegría, ni pompas, quieren los protestantes, que vituperan á los cristianos en sus festividades. Por esto encuentran viciosos los dias festivos instituidos por la Iglesia, se detienen en enumerar los abusos largamente, y como si el modo de cortar los abusos fuese el suprimir las instituciones útiles, piden con tono de imperio la abolicion de todas las fiestas, alegando además que son en gran manera perjudiciales á la industria, á las artes y á las ciencias. Creemos que, como dice el gran Leibnitz, el modo de corregir los abusos, es el quitar éstos, pero dejando subsistentes las instituciones y las cosas, y no el aumentarlos cual lo han hecho los modernos regeneradores de la humanidad, al autorizar el fausto orgulloso, al lisonjear la irreligiosa impiedad de los grandes, al fomentar el libertinaje de los pueblos, con especialidad en las grandes ciudades, al desdeñar el culto público, quedándose solo con algunas prácticas exteriores del cristianismo en sus palacios. Prefieren ver al pueblo rodear los dias festivos el altar de la disolucion, que el templo venerando en que pone su divina planta el Altísimo, rodeado de las imágenes de los mártires; han conseguido en gran parte con sus vociferaciones huecas, con declamaciones perversas, separar al pueblo del vestíbulo del templo, donde despues de cumplir con sus deberes religiosos, ventilaba sus negocios, pero ¿á dónde lo han conducido? ¿qué festividades han creado para suplir la falta de las cristianas festividades? A dónde? Ah! Quereis saberlo? Oid, y concluyo: «Es el 10 de Noviembre de 1793; una muchedumbre numerosa, compuesta de personas de todas gerarquías y condiciones, con infernal algazara se encamina procesionalmente al templo de Nuestra Señora de París; la multitud, que

contempla desde los balcones la comitiva que atraviesa las calles, entonando impuras y democráticas canciones, fija su vista en una actriz, conocida por sus desenvueltas costumbres en los teatros y círculos de salones de París por su obscenidad, por su voluptuosidad; es llevada en andas, sostenida en los hombros de los más dignos en aptitud de triunfo; las masas ébrias y delirantes dirígenla felicitaciones, aplausos, plácemes, adoraciones. Inúndase la catedral de un sin número de personas; es colocada la dignidad que se ha creado en su fantasía ese pueblo en el altar. El impío acompañamiento se prosterna á sus plantas, le tributan los honores debidos solo á Dios, queman incienso ante el ídolo vivo; suben á la cátedra de la verdad alternativamente los más celebrados oradores de la multitud; la tributan pomposos elogios, ensalzan sus acciones, y estaban mudas aquellas paredes en que acostumbráran resonar los ecos de los cánticos divinos que se alzáran en otro tiempo al trono de la beatísima Trinidad, y los ángeles tutelares que custodiáran el templo de Nuestra Señora de París, cubiertos de asombro, habíanse apartado léjos de aquel lugar á consultar entre sí si sería conveniente arrojar sobre el templo el fulgurante rayo, aplastará la impía muchedumbre bajo las ruinas del profanado templo, ó si sería más oportuno detener las iras del cielo sobre los miembros de la Convencion, que alternativamente, ¡qué horror! iban adorando á la prostituta pública, á la diosa Razon. Ah! ved aquí las fiestas que han creado los filósofos al vituperar el culto de los mártires y de los santos; en lugar de Dios, han colocado una mujer pública; en lugar de templos, han creado salones de espectáculos, teatros de bailes escandalosos; en lugar de los templos, donde se enseñaba la virtud, escuelas para el vicio, lugares de disolucion desenfrenada. En otro tiempo el pueblo pasaba gozoso el dia del Señor y del mártir en el templo, retirándose tranquilo á saborear las suaves emociones que el cielo le inspirára en el recogido silencio del templo católico; hoy, pasado el dia festivo en el salon del placer y de la disolucion, vuelve en hora intempestiva acariciando en su mente pensamientos de lujo, de orgullo, de independencia, de pillaje tal vez y de libertinaje, que en su dia producen amargos frutos. El jefe de una secta numerosa que poblaba la vecina nacion francesa, Robespierre, decretó fiestas públicas consagradas á la naturaleza, al género humano, á la libertad, á la igualdad, á la república, al odio, á los tiranos y á los traidores. Estas amargas burlas al buen sentido de la humanidad, estos sangrientos ultrajes á Dios, fueron sin embargo admitidos sin oposicion por aquella multitud. «El 8 de Junio de 1794 una música marcial anunció la apertura de las sesiones de la Convencion; á poco, en medio de los gritos del amotinado pueblo, Robespierre, que preside la sesion, baja con paso majestuoso de la silla presidencial y se encamina al jardin de las Tullerías,

seguido de toda la Asamblea. Colocáronse los convencionales debajo de su asiento, elevado sobre un alto andamio ó trono. Robespierre, vestido á la polaca, con arreglo al figurin pintado por David, ostentaba un ramillete en sus manos. Aparecen tres maniquíes, de los cuales el uno representa el poder de los reyes, el otro el fanatismo, y el tercero la discordia. Prendióle fuego el presidente, y luego que hubo sido consumido por las llamas el grupo, apareció á los ojos del pueblo la colosal estatua de Minerva. En seguida Robespierre pronunció un pomposo discurso, declarando que quedaba reconocida la necesidad del Ser Supremo, la de la inmortalidad del alma, y que aquel dia sería una de las festividades principales consagradas al Ser Supremo. El revolucionario tribunal, que diariamente enviaba á la guillotina centenares de víctimas, suspendió aquel dia sus horripilantes homicidios y asesinatos. La festividad se celebró en todas partes, hasta en las cárceles.» Hed aquí las fiestas creadas por los enemigos del culto que los católicos tributamos al augusto, al mártir, al santo, á Dios. No son fábulas inventadas, son hechos reales.— N. L.

PROTERIO (S.). Solo sabemos de este Santo que recuerda la Iglesia el dia 28 de Febrero, que fué ordenado de presbítero por S. Cirilo, y que considerado patriarca, murió mártir por la fe de Jesucristo.— C.

PROTO (S.), mártir. El dia 25 de Octubre hace conmemoracion la Iglesia católica de S. Proto, del que solo se sabe que fué sacerdote, y que confiado el papa S. Cayo en su piedad y saber, le mandó con S. Genaro, diácono de la iglesia de Roma y con S. Gabino, á predicar el Evangelio á los habitantes de la isla de Cerdeña. Habiendo obedecido con mucho gusto las órdenes del Pontífice, emprendieron su honrosisima mision en aquella Isla, en la que lograron ganar para Dios muchas almas; pero sabido que fué despues por el gobernador de Sicilia, llamado Bárbaro, lo mal parados que estos misioneros dejaban á sus falsos dioses, cumpliendo con las severas órdenes que tuviera de su tirano amo el emperador Diocleciano, carnívoro perseguidor del cristianismo, los hizo prender; y conduciéndolos á Torres, ciudad de la Isla expresada, viendo que por más esfuerzos que hizo en contrario, confesaban la religion cristiana é injuriaban á los ídolos, los hizo degollar desapiadadamente. —C.

PROTO (S.), mártir. Aun cuando en la vida de S. Jacinto, su compañero, se haya dado noticia de este Santo, nos parece no esté demás el ampliarla en este lugar, que es el que corresponde á su nombre en esta obra. De condicion física eunuco y criado de la doncella romana Eugenia, hija del senador Felipe, fué con sus amos á Alejandría de Egipto, adonde se mandó de prefecto al senador. Muy aficionada Eugenia á la lectura, cuya ocupacion no le impedia su madre Claudia, inclinó á leer y á estudiar á sus dos cria-

dos Proto y Jacinto, que no tardaron en instruirse lo suficiente para poder distinguir lo bueno de lo malo, la verdad de la mentira. Asistidos de Dios, que abrió como á su ama los ojos del alma á la verdadera luz, corrieron á merecer las aguas de la gracia, que no tardaron en obtener por manos de un sacerdote. Ya cristianos, concertaron con Eugenia dedicarse al servicio de Dios fuera del estruendo y de las vanidades del mundo; y poniendo en práctica su deseo, para lo cual la virtuosa Eugenia se vistió el traje de varon, salieron de la casa del prefecto, y entrando en un monasterio del que era abad Heleno, tomaron juntos el hábito de religiosos, en cuya condicion se hicieron notables por su austeridad y por la constante oracion en que se ocupaban. Muerto Heleno y elevada á abad Eugenia por los religiosos, que ignoraban su sexo, dirigió con el auxilio de sus dos compañeros con tal acierto el monasterio, que admiró á todos los que concurrian á él á las prácticas piadosas. Así siguieron los santos compañeros hasta que, como se dice en la vida de Sta. Eugenia, la ingrata Melancia, acusó á la Santa, á quien creia hombre, de haberla querido hacer fuerza, porque enamorada de él no quiso consentir en sus depravados deseos; y fué presentada al prefecto su padre, que ignoraba el paradero de su hija. Cuando esto sucedió, fueron conducidos tambien á aquel tribunal Proto y Jacinto, y como su ama, el fingido abad, reprendidos de haber querido hacer fuerza á una dama honrada, siendo así que se ostentaba en aquella religion la más severa castidad. Despues de que el fingido abad sufrió la reprension del prefecto delante de su acusadora, queriendo confundir á esta, llamar á Dios el corazon del juez sobre todo, y cubrir su honra propia con la verdad, rompió sus hábitos y descubriendo sus pechos, dejó á todos admirados al ver el sexo á que pertenecia. Reconociendo el prefecto á su hija, y enterado de su historia desde su desaparicion con los eunucos Proto y Jacinto, se vió alumbrado de repente por un rayo de luz divina, que encendió su corazon, y se convirtió á la fe de Jesucristo con toda su familia, agradeciendo mucho á Proto y á Jacinto hubiesen acompañado á su hija en su piadoso designio. Habiendo vuelto á Roma los tres compañeros, lograron hacer muchas conversiones, y noticioso de esto el emperador Galieno, que aborrecia el nombre cristiano, mandó prender á los tres catequizantes, y despues de atormentarlos en vano para que adorasen á los falsos dioses, los mandó degollar el dia 11 de Setiembre del año 275 de nuestra era, en que recuerda la Iglesia á S. Proto y compañero, habiendo pasado la fiesta de la Santa al 29 de Diciembre, no obstante haber muerto los tres en aquel dia, como sienta el *Martirologio Romano*, Adon, Beda, Usuardo y otros autores. — C.

PROTO (S.), presbítero y mártir. Aunque el *Códice* manuscrito, conocido por el Turritano, no afirma que este Santo fuese natural de Torres,

porque dice que Proto y Januario respondieron á Bárbaro: *Nationem, si quæris, in Sardinia nati sumus et in hac Turritana civitate nutriti;* cuyo texto da ocasion y motivo muy poderoso para dudar, supuesto que pudieran expresar en lugar de la palabra *nutriti*, *nati*, del mismo modo que lo dicen ántes de Cerdeña y no de Torres; á pesar de todo, y faltando más señaladas pruebas, no puede contradecirse ni tampoco afirmarse que S. Proto fuese de Torres, ni que aquí fuese su patria y lugar de su nacimiento, y sí únicamente lo que puede inferirse es que teniendo conocimiento de la fe de Cristo que se habia anunciado y predicado en algunas partes del reino, Proto se convirtió, si bien muchos sostienen que fué convertido por el pontífice romano San Cayo. Con todo eso es muy posible que este Santo tuviese de antemano alguna noticia é inteligencia de la ley de Cristo, mayormente perteneciendo á una parte del reino en donde estaba difundida y muy extendida la doctrina del Crucificado hacia más de doscientos años. Mayor certeza se tiene de que pasando Proto á Roma, en donde conocidas sus buenas partes, virtudes y merecimientos, fué ordenado sacerdote por el sumo pontífice Cayo, advirtiéndose no se tome por sacerdote obispo, atendiendo á algunas palabras de S. Inocencio, papa, en la *Epístola ad Decentium*, pues si bien al principio de la predicacion evangélica y de los Apóstoles y fundacion de las primeras iglesias, llamaron sacerdotes á los primeros obispos que ordenaron por todo el ámbito de la tierra, esa duda debió terminar, con lo que dice y expresa S. Clemente, papa, en su epístola primera *ad Jacobum Fratrem Domini*, como se halla insertada y conserva en los decretos, cap. II, dist. VIII, pues que además en ella manifiesta la distincion y diferencia que habia de unas ciudades á otras, y el título que se habia de dar á los sacerdotes que se ordenasen para servir las iglesias de tales ciudades, advirtiendo, que al fundarlas de allí en adelante y proveerlas de prelados, se entendiera que en las capitales de provincia donde existiesen las principales autoridades, se estableciesen sillas ó sedes episcopales, que tuviesen el título de primados, por tener las primeras y principales sillas de los reinos; en las demás ciudades que no eran primarias, y tenian asiento autoridades subalternas, ordenó se estableciesen prelados con título de arzobispos y no primados, y en las demás ciudades ordinarias en que habia solamente flamines, sin tener archiflamines, títulos que se daban á los diferentes grados de sacerdotes y doctores de la ley que se seguia y observaba en el siglo de la gentilidad, mandó se les dieran obispos. Las palabras de esta epístola son las siguientes: *In illis vero civitatibus, in quibus olim apud ethnicos, primi flamines eorum, qui primi legis Doctores erant, episcoporum primates, vel patriarchas Beatus Petrus præcepit, qui reliquorum episcoporum causas; et majora quoties necesse fuerit, negotia in fide agitarent, etc. In illis autem civitatibus, in quibus dudum*

apud prædictos erant archiflamines, quos tamen minores tenebant quam memoratos primates, archiepiscopos institui præcepit, etc. In singulis vero reliquis civitatibus singulos episcopos constitui præceperat, etc. Todo lo cual va conforme y quedan en su lugar sin interpretacion las palabras de S. Inocencio, papa, en la citada epístola, y son las siguientes: *Nullum hominum instituisse ecclesias, nisi eos, quos venerabilis apostolus Petrus aut ejus successores instituerunt sacerdotes.* Y cualquiera otro autor ó lugar de Santos Padres queda saldado con el decreto de S. Pedro y distincion que hace de títulos de prelados, por cuya razon no fueron llamados los obispos con otro nombre, pues si bien el genérico de sacerdotes les comprendia, con todo les llamaba obispo, y si Proto lo fuera, ordenado por S. Cayo, ni todos le conocieran con el genérico de sacerdote, ni dejára de haber algun martirologio que le llamára obispo, mayormente en tiempos que en este reino se habian fundado muchas iglesias, como lo era la Sulcitana y otras, y la Calaritana, que en la misma época estaba gobernada por un arzobispo, que fué S. Juvenal, y lo habia sido por otros desde S. Clemente su primer pastor; y supuesto que no existe memoria, ni cuadro antiguo en que se halle retratado este Santo con las insignias y ropaje de obispo, no tienen razon los autores modernos para afirmar que fué primer obispo de Torres, infiriendo en su perjuicio su falta de veracidad. Volviendo á S. Proto, despues de ordenado de sacerdote vino á Torres, y predicó con el mayor fervor la fe de Cristo; pero como en igual tiempo vino por presidente el cruel Bárbaro, orientado é informado de los efectos que producia su predicacion, le prendió y le llevó y extrañó á una de las islas adyacentes, juzgando que con su ausencia se olvidaria la buena semilla que habia esparcido en favor de Jesucristo, y que S. Januario se apartaria de la fe cristiana; pero cuando se desengañó y conoció que no habia logrado el objeto que se habia prometido, mandó se volviese al Santo mártir y se le condujese á Torres, y con la mayor publicidad para atemorizar á todos los que se inclinaban al cristianismo, le mandó atar, y que enteramente desnudo le rasgasen las carnes con garfios y peines de hierro, y despues le mandó encerrar en lóbrega prision con su compañero Januario en la cárcel, difiriendo el ejecutar la sentencia capital, hasta tanto que llegáran á Torres los ministros que habian de confirmar la sentencia y los sayones que la habian de ejecutar. Siendo Gabino uno de los principales jueces, á quien se recomendó la pronta aplicacion de la sentencia, juzgando fuesen los santos presos delincuentes de atroces delitos, pasó á asesorarse á la cárcel, donde informado de que solamente pesaba sobre ellos el cargo de ser cristianos, se acercó á ellos y se presentó, no con fieras amenazas ó persuasiones para que desistieran de la fe que profesaban, ántes bien con humilde y apacible voz y con mucho afecto les interrogó, pre-

guntándoles qué ley profesaban; y habiendo contestado que la de Cristo, fué preguntándoles muchas cosas acerca de aquella doctrina, y satisfecho, les manifestó que podian salir de la cárcel; porque él no estaba autorizado ni podia mandar ejecutar sentencia mal ordenada contra personas justas y santas. Proto en seguida se salió de ella, y se escondió en una cueva, en la cual permaneció hasta el siguiente dia, en el cual pidiendo Bárbaro que le llevasen al tribunal, y sabiendo que Gabino le habia soltado y facilitado la libertad, enfurecido degolló á éste, y mandó buscar á Proto con la diligencia más exquisita, el cual permanecia escondido, pero muy consolado por Gabino, que despues de su muerte y suplicio se le apareció glorioso, animándole y fortaleciéndole para la carrera del martirio. Proto, que hasta entónces conservaba la mayor constancia y firmeza, se le acrecentó mucho más entónces, y apareciendo con mayores brios ante el presidente Bárbaro, ofreció su garganta al cuchillo, y se ejecutó la sentencia capital, que exigia la crueldad del que la ordenó. Su cuerpo fué arrojado y lanzado al mar con los de Gabino y Januario, pero su Divina Majestad permitió fuese sacado del fondo de las aguas para darle tierra y sepultura más digna. En el reino de Cerdeña se celebra el triunfo de este Santo con el de sus colegas á 25 de Octubre.—A. L.

PROTÓGENES (S.), obispo y confesor. Bajo el imperio de Valente se hizo valer por su predicacion Protógenes, que defendiendo con admirable filosofía y con una energía que pocos sabian sostener en aquella época las verdades del Evangelio, la religion santa del Crucificado, logró convencer á los más incrédulos y hacer abjurar á muchos de sus erróneas creencias. Nombrado obispo de Carres en la Mesopotamia, tuvo que asistir á diferentes Concilios que se celebraron en su época en el Oriente, y en todos ellos hizo brillar su celo, saber, virtud y piedad, arrebatando en sus discursos la admiracion de los que le escuchaban. Despues de haberse creado un distinguido lugar como orador sagrado y como celoso pastor de su grey, falleció en el reinado del emperador Teodosio el jóven, causando su muerte tanto sentimiento en toda la Mesopotamia, cuanta era grande la estimacion en que por sus dotes se le tenia en toda ella.—C.

PROTOGENES (El Venerable), arzobispo de Caller. En remotos tiempos se llamaron los arzobispo de Caller obispos de Cerdeña, por la superioridad y jurisdiccion que, como primados de todo el reino, tenian, y este título grande y honroso concedió el papa S. Gregorio á S. Januario por la razon antedicha; así es que Protógenes, llamándose obispo de Cerdeña, se sobreentiende arzobispo de Caller. Fué Protógenes natural del citado Caller, y por la muerte de Claudio fué promovido á la dignidad y cargo de arzobispo de su patria por su virtud y relevantes prendas. Este insigne prelado fué

convocado para asistir á dos concilios, el uno fué el año de 325, y el otro en el año de 347; el primer concilio fué el Niceno contra Arrio, y el segundo el Sardicense por la causa de S. Atanasio; así lo espresa el escritor Fara cuando dice: *Anno 325 in synodo universali prima Nicena 318, Episcoporum contra Arrii blasphemias mense Aprili collecta præsens fuit Protogenes insignis vir, qui non erat Episcopus Sardicensis Provinciæ Daciæ, ut quibusdam in locis mendose scribitur, sed erat Episcopus Sardiniæ, ut etiam tradit Illescas in vita Julii I. Nam Ecclesia Sardicensis nuncupata non reperitur in Dacia, sed ea est in Lydia, et illius Episcopus qui etiam in ea adfuit Synodo Arthemidorus appellabatur ut in primo Conciliorum tomo constant.* Por este contexto parece que Protógenes, obispo de Cerdeña, se halló presente al Concilio Niceno primero celebrado en el año 325, en cuyo Concilio se halló tambien Artemidoro, obispo de Sárdica, en Lidia; por lo tanto cesa la duda de muchos que quisieron hacer á Protógenes obispo de Sárdica, y por no poder decir de Lidia, supusieron serlo de Dacia. Tambien se halló este prelado en el sínodo y Concilio Sardicense el año 347, como viene dicho, y lo afirma el mismo Fara con estas palabras: *Anno 347, in magna Sardicensi Synodo in causa Sancti Athanasii congregata convenit Protogenes Episcopus Provinciæ Sardiniæ, ut ex Epistola ejusdem Concilii, et ex Theodoreto constat.* Hay la certeza y seguridad de que al convocar concilio se expedian letras convocatorias para los patriarcas y primados de los reinos, los cuales avisaban á los prelados de la provincia que acudian en su compañía al sínodo, y como el arzobispo de Caller, como primado y que tenia jurisdiccion en todo el reino, era convocado con el título de obispo de Cerdeña, es seguro que aquellos que callan ú omiten el título de arzobispo de Caller y le dan el de obispo de Cerdeña, se han de entender de Caller, segun se colige de San Januario y otros. Y esto mismo se confirma con hallarse convocado en casi todos los concilios con el título de arzobispo de Caller ó bien con el de obispo del reino de Cerdeña; y además porque el arzobispo de Caller como patriarca menor precedia á los demás prelados de Occidente en este Concilio Sardicense, dice Baronio que el primer lugar tuvieron Osio y Protógenes, expresándolo así: *Ozius et Protogenes qui principem locum inter Episcopos Occidentis, qui Sardicæ convenerant, obtinebant.* Sozomeno en el libro III, capítulo 11.° Algunos autores modernos (como parece en el Sínodo Turritano del año de 1625) han querido suponer que este Protógenes fuese obispo de Torres, tan solo por quitarle á Caller, y es bien cierto que no lo pensaron ni meditaron bien, puesto que en los escritos de los autores Sassareses se impugna de esta manera. Es particular muy averiguado que en Torres no hubo cristianos hasta que S. Proto predicó la fe el año de 295, y en Caller no solo hubo cristianos, sino tambien iglesia desde el año 35, como tambien

obispo desde el año 36 de la era cristiana; y aunque los autores modernos digan de S. Proto por mero capricho que fué obispo, no hay autor antiguo que tal diga, y repugna á los Martirologios Romanos, á las tradiciones y pinturas antiguas que existen de este Santo. Añaden aún que Gaudencio obispo fué el sucesor de S. Proto, arreglando un catálogo por falta de otro, y suponiendo y diciendo, que sería el que se halló en el sínodo romano comenzado en tiempo de S. Liberio papa en los últimos de su pontificado, en confirmacion del Niceno, segun dice Panuino; las palabras del P. Pintu son las siguientes: *Martyrem Protum Ecclesiam Turrium rexit, ut habetur in antiquo manuscripto Antistitum Turritanorum Cathalogo in archivio ejus Ecclesiæ asservato, et Affricano cuidat Concilio, et item Romano à S. Sylvestro Papa cœpto interfuit.* Este Pontífice murió el año 335, segun Baronio, y doce años ántes, que fué el de 323, segun Fara, Protógenes fué al Concilio Niceno con título de obispo de Cerdeña, y el año de 347 se halló en el Sínodo Sardicense con el mismo título, y de todo esto se infiere que si Gaudencio fué obispo de Torres, en el mismo tiempo no pudo serlo Protógenes, y mucho más suponiendo Baronio que se hallaron juntos en el Concilio, y dando á Protógenes el título de obispo de Cerdeña, en cuyo caso fuera Gaudencio obispo Turritano: el título de obispo del reino de Cerdeña, por serlo del primado, se dió al de Caller, que fué Protógenes, y no al otro. No puede ménos de causar admiracion el ver cuán sin fundamento el dicho escritor Pintu hace á Gaudencio obispo de Torres, y sucesor á S. Proto, pues al tiempo del martirio de este último, solo su compañero Januario era cristiano, y si contestar ó replicar quisiesen, manifiesten ó nombren los santos ó fieles que hubo en Torres ántes de Proto, y siendo cosa muy averiguada que por entónces no los hubo, al mismo tiempo que los tenian las iglesias Sulcitana y de Pausanias, y fueron martirizados en esa era muchos cristianos con S. Simplicio, hay algun fundamento para creer que fué obispo de Sulcis ó de Pausanias, sucediendo á S. Simplicio, y ninguno para lo que pretenden de Torres. Pero volviendo al asunto, escribe Baronio que en el Concilio Sardicense acudieron obispos de las iglesias de Cerdeña, y de todos ellos tan solamente á Protógenes da el título de obispo de la provincia, como primado y patriarca, y esto acredita que verdaderamente fué la causa por la cual tuvo puesto y lugar tan preeminente, como fué el primero ó segundo segun asegura el autor. Los sínodos turritanos del año 1625 y del año 1634, ponen el catálogo con los nombres de algunos prelados de aquella iglesia con Gaudencio en tercer lugar, y en cuarto á Protógenes, y procurando cada cual acreditar este catálogo, el arzobispo dice que es de la Vaticana, sacada por Leonardo Rede Olivas, y el P. Pintu, que sabia las muchas repugnancias que habia para admitirlo, se colocó en mejor situacion y á

menor peligro, manifestando que este catálogo fué hallado en el archivo Turritano. Fué Protógenes varon muy docto y erudito, y dió muestras de su gran capacidad en los concilios Niceno primero y Sardicense, defendiendo con singular espíritu y fervor las verdades de la Iglesia y á los católicos, y es creible fuese maestro de S. Lucífero, arzobispo de la misma Iglesia, y el discípulo siguió en todo al maestro, tomando sus brios para ocasiones semejantes, como los mostró en la de Milan contra Constancio. Protógenes dió su espíritu al Señor de vuelta del Concilio Sardicense, poco despues del año 347.—A. L.

PROTOLICO (S.), mártir. Solo sabemos por Baronio que este Santo con S. Bass y S. Antonio, á los cuales conmemora la Iglesia el 14 de Febrero, fueron ahogados en Alejandría por confesar la fe de Jesucristo.—C.

PROU (Claudio). Así se llamó verdaderamente este religioso, y no Proust como le denominó el autor de la historia de los Celestinos de Francia. Fué natural de Orleans y profesó en la órden de los Celestinos el dia 15 de Noviembre de 1666. Desde esta fecha se distinguió por su regularidad y por muchas estimables obras. Murió en el monasterio de Verdelays el dia 20 de Diciembre de 1772, á los cincuenta años de haber profesado. Las principales obras que se conocen de este autor son las siguientes: *Los sentimientos de una alma conmovida por haber abusado mucho tiempo de la santidad del Padre*; Orleans, 1691, en 8.°; Dupin habla de una obra de este mismo título que dice fué impresa en 1684 por Nicolás Fontaine, pero Moreri cree que se engañó: esta obrita de Prou fué aplaudida con mucha justicia, y aún se la busca con interés.—*La vida de San Lié, solitario de Beaussé*; Orleans 1794, en 8.° —*Reflexiones importantes sobre la virginidad.*—*Guia de los peregrinos de nuestra Señora de Verdelays*; Burdeos, 1700, en 8.° Este monasterio es un lugar de devocion en la diócesi de Burdeos.—*Disposiciones necesarias para ganar el Jubileo del Año Santo*; Burdeos, 1700.—*Instrucciones morales por lo que respecta á la obligacion de santificar los domingos y las fiestas*; Burdeos, 1703, en 8.° Pueden consultarse además las *Memorias de su tiempo y la Historia de la Congregacion de los Celestinos en Francia.*—C.

PROUDHON (Juan Bautista Victor), sabio teólogo, escritor religioso á la par que distinguido jurisconsulto, nació en 1.° de Febrero del año 1758, en Chauam, de una modesta familia de artesanos, que cargados con siete hijos, procuraron sin embargo dar una esmerada educacion á cada uno de ellos. El jóven Proudhon, el menor de los hermanos, recibió la instruccion primaria en una de las escuelas del departamento de Dresde, y apénas se habia perfeccionado en las primeras nociones elementales de algunas ciencias, cuando tuvo la desgracia de perder á su padre. Este acontecimiento desagradable contrarió en gran manera sus aspiraciones por seguir una

carrera literaria y científica, y despues de recibida la instruccion primaria, despues de haberse perfeccionado en el estudio de la latinidad y humanidades, vióse en la triste precision de abandonar sus primeros estudios para consagrarse al cultivo de la agricultura, y reemplazar de este modo en las modestas faenas campestres al difunto autor de sus dias. A pesar de todo, á la edad de diez y nueve años pudo abandonar sus ocupaciones domésticas y agrícolas, y ponerse á cultivar el estudio de la filosofía en el colegio de Besanzon, entrando más tarde en un seminario á estudiar la sagrada ciencia teológica en calidad de interno, y por lo mismo con el distintivo propio de los alumnos de ese seminario, que eran todos de sotana. Uno de sus maestros, Santiago, abate, sabio teólogo, distinguió al jóven Proudhon con su más cariñosa amistad, contribuyendo no poco á los pasmosos adelantos que hizo en las ciencias eclesiásticas nuestro personaje. Por este tiempo rugia en Francia, cual sordos rumores que presagian inminente catástrofe, los preludios de la horrible revolucion, que se proponia borrar el nombre de Jesucristo de sobre la haz de la tierra para sustituir el culto del verdadero Dios con el de los ídolos despreciables; y una generacion entera corria frenética á arrojar su piedra al templo del Dios vivo, para luego prestar sacrílegos homenajes á los pies de una prostituta. Estas circunstancias aciagas retardaron por largo tiempo su elevacion al sacerdocio, aunque no por esto olvidó el jóven Proudhon los conocimientos vastísimos que habia adquirido en teología, los que en todo el curso de su vida constituyeron una de sus ocupaciones favoritas, por la inclinacion especial que tenia á esa ciencia divina. Los estudios teológicos, á los que se habia dedicado con docilidad, ejercieron, como él mismo lo confiesa en una de sus obras, una grande influencia sobre su conducta, que, á no dudarlo, se extraviára del sendero de la verdad en los calamitosos tiempos que atravesaba el reino francés, á no estar bien cimentado en los principios de la religion cristiana, contra la cual se encaminaban los tiros de la espantable revolucion. Nunca renunció á los sólidos y piadosos sentimientos religiosos, que habia impreso en su corazon el virtuoso teólogo Santiago, y afirmado así en las salvadoras creencias religiosas, púdose dedicar sin rezelo al exámen de las árduas cuestiones, de los graves asuntos que habia puesto en tela de juicio una insolente filosofía, que empezó por negar la existencia de Dios, para luego descender á la negacion de la obediencia debida á los soberanos, autorizar á los pueblos para que libremente pudiesen destronar á sus reyes, á sus superiores, y destruir en fin toda subordinacion. Siendo aún seminarista escribió nuestro jóven Proudhon una curiosa obra, que lleva el título siguiente: *Suma de los Concilios*, en diez y ocho volúmenes en fólio, que más tarde mostraba á sus amigos con morosa complacencia como una prueba

de su laboriosidad y de sus adelantos literarios, durante su estancia en el seminario de Besanzon, uno de los mejor surtidos en todo género de obras, así como fecundo en maestros y profesores de primer órden. Aún era jóven, y ya se mostraba acérrimo defensor de las instituciones religiosas, ridiculizadas viva y mordazmente por los revolucionarios, empeñados en destruirlas. Más tarde estudió el derecho en la universidad de Besanzon por espacio de seis años, y en la misma recibió el grado de doctor en 7 de Agosto del año 1789, teniendo por maestros á Courvoisier, padre del ministro de este nombre, y Seguin, autor de una obra elemental sobre las instituciones, que fué dada á luz precedida de un *proemio* compuesto por el jóven Proudhon siendo todavía escolar. Sus hábitos de estudio fueron arraigándose cada vez más conforme avanzaba en las ciencias, así que llegó á perder el gusto por las diversiones y placeres del mundo, siendo entre sus condiscípulos uno de los pocos que preferian las fatigosas vigilias del estudio á las gustosas veladas, empleadas en los placeres y diversiones mundanales. Supo ordenar su vida de tal manera, que ni conciliaba jamás el sueño sin ántes haber terminado sus tareas diarias, ni malgastaba sus ganancias, de modo que era su vida arreglada á los principios de la religion y de la justicia, cosa digna de notarse tratándose de un jóven simpático, de agradable presencia, de ingenio vivo, que vivia en una ciudad llena de mil obstáculos para cultivar la virtud. Ya desde los primeros años habia conseguido captarse la benevolencia de sus profesores por su docilidad y aplicacion, y áun cuando la proteccion de estos se hubiera extendido, á no dudarlo, hasta presentarle como una notabilidad en los círculos más elegantes, jamás quiso en esta parte su modestia acceder á las invitaciones de sus maestros, ni se cuidó nunca de adquirir los modales finos y atentos que se requieren para florecer en el gran mundo. Ni se imaginaba siquiera que fueran indispensables las maneras sociales para vivir en el mundo parisiense, donde jamás se perdona el abandono de las exterioridades, llevadas á la mayor frivolidad. Al abandonar los umbrales de la universidad de Besanzon, nuestro clérigo Proudhon vióse repentinamente lanzado á la vida pública, al desempeño de las funciones más espinosas en aquellas circunstancias, tal como la del cargo de juez del distrito de Bontarlier, para el que fué nombrado en vísperas de la famosa revolucion, en Agosto del año 1791, y el cargo de diputado suplente de la Asamblea Constituyente y Legislativa. En diversas ocasiones, siendo consultado por la Constituyente sobre la constitucion civil del clero, mostró su enérgica oposicion á semejantes ideas, y por toda contestacion mandó á decir á la Asamblea que en manera alguna se inmiscuia en los asuntos religiosos, añadiendo que consideraba un enorme atentado contra la religion el que los mismos constituyentes tomasen entre

manos semejantes vidriosas cuestiones. Y siendo juez, dió inequívocas pruebas de lo vivas que alimentaba en su pecho las creencias religiosas, favoreciendo á los sacerdotes, que cubiertos de odiosas calumnias, eran conducidos al tribunal. Así en la célebre causa de los dos sacerdotes Jannin y Pichot, acusados de haber excitado con sus predicaciones á las masas populares á la rebelion, de haber conmovido las conciencias, de haberse en fin opuesto á la ejecucion de la constitucion civil del clero, Proudhon, á quien en calidad de director ó presidente del jurado competia exponer el objeto de la acusacion y explicarla á los jueces, hizo un discurso el 13 de Marzo de 1792, en el que no temió pronunciar estas palabras: «Voy ante todo á disipar una de las preocupaciones más groseras que motiva en gran parte la acusacion de estos ministros del santuario, preocupacion tanto más perjudicial, cuanto se halla entronizada por la opinion de la muchedumbre, extraviada en este punto. Procede con injusticia enorme el vulgo en acusar de enemigos declarados de la patria y de las instituciones á los sacerdotes, solo porque rehusan suscribir á la constitucion civil del clero. Vosotros, que proclamais que el hombre no debe dar cuenta de su religion á sus compatricios, ¿cómo incurrís en la absurda contradiccion de condenar á dos sacerdotes, porque defienden los intereses de una religion augusta que profesan y de que son ministros, siendo así que segun vuestros propios principios no infieren en ello el menor agravio á sus conciudadanos? Es enorme injusticia; es indigno de vuestra ilustracion el condenar á dos hombres, guiados solo por los chismes groseros del pueblo, que ciegamente apasionado contra la respetable clase á que pertenecen, solo juzgan al hombre por el hábito que viste, mostrando así á los ojos del público sensato que el móvil de estas negras acusaciones es el de la irreligion cubierta con la máscara de un falso patriotismo.» Este discurso, pronunciado con calor y repetido por todo París, atrajo á su autor los odios de los poderes constituidos, quienes á consecuencia de él dispusieron que fuera depuesto de su cargo de juez, por cuya razon partió luego de la perdida sociedad parisiense, y fijó su residencia en el canton de Nods, su país natal. Proudhon, que ocupado en sus tareas literarias no habia aún fijado con atenta mirada las horrendas consecuencias que se desprendian de los principios de 1789; luego que vió que la revolucion se ensangrentaba en los objetos é instituciones más venerandos, unió su voz á la de todos los hombres enérgicos, que concibieron la generosa idea de oponer un dique al torrente devastador que amagaba destruirlo todo y secar la vida religiosa y moral del pueblo francés, semejante á las lavas del Vesubio, que esterilizan los más fértiles terrenos que en su paso encuentran. Con este fin compuso un libro notable en su retiro, demostrando los pasmosos inconvenientes de la aglomeracion bajo los mismos mu-

ros de populosas ciudades, donde cada cual libremente, á favor de la confusion, pudiera conspirar y trabajar en minar los cimientos de toda sociedad religiosa. Señalaba tambien los medios más adecuados que se pudieran emplear para diseminar la sociedad parisiense, corrompida por todos los vicios y por todas las pasiones, sentina hedionda de donde manaban deletéreos miasmas, que contaminaban el resto de los departamentos. Terminado este libro en vísperas del año 93, en vísperas de la época del terror, nuestro clérigo, intimidado con las amenazas de los terroristas, temió publicar su obra; por lo que la arrojó á las llamas. A pesar de sus acertadas y prudentes precauciones, fué acusado por algunos antiguos amigos suyos, que habian adoptado las ideas dominantes, y contado en el número de los sospechosos por la multitud alborotada, temió con razon por su libertad y por su vida, porque sabido es que en esa época era muy corto el trecho que habia de la sospecha á la prision, y de la prision al suplicio. En tan crítica posicion ensayó poner en juego una tentativa, de cuyo éxito feliz ó desdichado pendia en gran manera la restitucion de su seguridad y de su honra. Decidido á reclamar el reintegro de algunos de sus haberes y derechos, que por decirlo así le fueron secuestrados, presentóse en Pontpelier el mismo dia en que se celebraba la instalacion del representante Prost, y admitió el obsequio que le hizo un amigo suyo, convidándole á comer aquel dia. Presentado despues por este mismo amigo suyo al convencional, éste le recibió con alguna prevencion, preguntándole: «Ciudadano, ¿venís á pedir alguna gracia?—En manera alguna, replicó Proudhon; vengo á pedir la reparacion de una injusticia cometida en mi persona; he desempeñado el cargo de juez de plaza en el canton de Nord, he sido destituido sin motivo; pido ser restablecido en el mismo cargo.—Es imposible, contestó secamente el convencional; juzgais que estoy aquí para corregir los actos públicos de mi predecesor?—Estais aquí, replicó con firmeza nuestro personaje, para defender á los ciudadanos contra las calumnias de los malos patricios; reclamo una cosa justa, no callaré hasta que me deis una contestacion honrosa y satisfactoria.» Despues de varias amargas cuestiones, logró por fin nuestro sabio jurisconsulto mostrar á los ojos del mundo entero la injusticia de los convencionales, que deponian á los funcionarios públicos sin más razon que la de oponerse á sus designios deletéreos y destructores. Nombrado algunos meses despues profesor del Colegio central de Doubs, se distinguió en la enseñanza por la firmeza de sus principios, hasta que los acontecimientos del 2 de Setiembre de 1797, amagando nuevas y más bárbaras proscripciones, le obligaron á tomar una actitud enérgica. Una comision militar habia venido á establecerse permanentemente en Besanzon con el encargo de juzgar y fusilar á todos los emigrados que, unidos á un número considerable de sacerdotes virtuosos,

eran todos los dias llevados al patíbulo y sacrificados al furor de los vandálicos revolucionarios. Proudhon publicó entónces lleno de celo una obra notabilísima, haciendo ver la atroz injusticia, la indigna ilegalidad de tan sangrientas y bárbaras persecuciones; la hizo imprimir, la repartió por el pueblo, la presentó él mismo al comisario, y consiguió hacer que dejase de correr por algun tiempo la sangre inocente. Animado con este triunfo, envió varios ejemplares de su memoria al Directorio y á muchos miembros del Cuerpo Legislativo con este título: *Opinion de un jurisconsulto de Besanzon sobre si un sacerdote alistado en el número de los emigrados puede y debe ser considerado y tratado como tal emigrado.* Este celo osado y digno de toda loa en una época en que el amor á la novedad y el odio á toda creencia proclamaba la proscripcion de todo culto, valió á su autor honrosos destierros y persecuciones. Fué acusado del horrendo crímen de favorecer la religion católica, y de apartarse en la enseñanza del derecho civil de los nuevos principios sentados por los convencionales para sustituirlos con los antiguos, con los que se hallaban conformes con los principios de la religion, y por lo mismo conformes tambien con los principios de la justicia y equidad natural. Sobre esta honrosa acusacion Proudhon no creia deber sincerarse, porque alimentaba en su pecho creencias cristianas, se gloriaba de ellas, y en todo el curso de su vida habia puesto especial cuidado en no mostrarse indiferente á los grandes y venerandos dogmas del catolicismo. En cuanto al segundo punto, relativo á la enseñanza de la legislacion, contestó por medio de una memoria dirigida á la Administracion central de Doubs, en Agosto del año 1798, haciendo ver lo ridículo de la imputacion. En la série de esta acusacion, que copia el mismo Proudhon en una obra escrita más tarde para defenderse de ciertas acusaciones, hallamos estas palabras: «El ministro de lo Interior mandó celar mi conducta en la cátedra despues de haber en tiempos antiguos aprobado con encomio mis lecciones. A este fin fué enviado á Besanzon un comisario con el fin de informarse secretamente, entre otras cosas, de las doctrinas que vertia en la cátedra, y asistió á mi cátedra por espacio de seis semanas, oyendo mis explicaciones con riguroso incógnito. Al volver á París pasó á visitarme, y entónces me dió cuenta de la parte de mision relativa á mi persona, que habia venido á desempeñar á la capital, reiterando las pruebas de su estimacion y aprecio.» El comisario en cuestion propuso al ministro de lo Interior la deposicion de los acusadores de Proudhon, mostrándole á este como un hombre extraordinario, no tanto porque sus ideas estuviesen acordes con las dominantes actualmente en el agitado reino, cuanto porque conocia la inmensa utilidad que podria sacarse de los talentos de este personaje si lograba hacerle formar parte de las filas revolucionarias. Cuando en 1802 fueron suprimidas todas las escuelas centrales

y rechazadas las instancias encaminadas á contrariar los efectos de esta órden furiosa de los consejeros generales de los tres departamentos del Jura, del Alto-Saona y de Doubs, continuó enseñando él solo todas las partes de la legislacion, sin recibir honorarios de parte del gobierno ni de sus alumnos. Su reputacion se hallaba tan extendida, que venian á escuchar sus lecciones de las más remotas provincias y áun de los países extranjeros, entre otros desde Alemania. En tanto que duró este órden de cosas, á saber desde el año 1803 hasta el de 1806, puso especial cuidado en abrir un registro particular, en el que anualmente hiciese constar por medio de la autoridad municipal, y en el cual se inscribiesen los nombres de los jóvenes escolares que asistian con más asiduidad á sus lecciones, con el loable propósito de suplir de esta manera la falta de los registros públicos. Así es que, merced á la prevision de este laborioso profesor, los jóvenes escolares, en vista de las certificaciones del municipio autorizadas por el profesor, pudieron conseguir que tuviesen efectos académicos los cursos seguidos en ese interregno de tiempo, cuando calmadas algun tanto las pasiones se logró la reapertura de la universidad. Por un decreto imperial publicado en Munich en 11 de Enero del año 1806, Proudhon fué encargado del desempeño de la cátedra del derecho civil en la ponderada y célebre escuela de Dijon. Este nombramiento fué debido al mismo Napoleon, quien al presentársele la lista de los candidatos para la cátedra antepuso por inspiracion propia el nombre de Proudhon, que se hallaba en segundo término, para fijar la eleccion en la persona del justamente celebrado profesor del derecho civil. Nombrado el 4 de Abril del año siguiente director del nuevo colegio, pronunció en esa cualidad el dia de la inauguracion, 25 de Noviembre del año 1806, un discurso elocuentísimo, que podia muy bien servir de introduccion al estudio del derecho, y el cual fué impreso y publicado con comentarios encomiadores. En 1809 el gobierno establecido le confirió el empleo ó cargo eclesiástico de dean de una catedral; porque Proudhon, defendiendo con teson y energía las opiniones y doctrinas religiosas y mostrándose indiferente á los acontecimientos que no tuviesen inmediata conexion con el dogma religioso, logró captarse la benevolencia y estimacion de las autoridades constituidas, las cuales admiraban en él, además de su carácter firme, su vasta ciencia. A esta conducta fué debido el que, á pesar de las opiniones que profesaba, á pesar de la clase á que se mostró siempre dignamente adicto, á pesar del odio de que el clero era objeto, consiguió atravesar incólume al través de las vicisitudes horrorosas de la república y del imperio, y consiguió que la restauracion no le destituyese de la cátedra que desempeñaba como lo hemos visto. Cuando el nuevo desembarco de Napoleon en Cannas, los estudiantes de Dijon hicieron una manifestacion pública mostrando sus simpatías por el

Emperador, y entónces Proudhon, valido de la autoridad que le concedia su ciencia, reunió el 11 de Marzo de 1815 á todos los profesores de la escuela de derecho á fin de poner en su conocimiento las disposiciones de los jóvenes escolares, y concertar de comun acuerdo los medios oportunos para mantenerlos en órden. «Los funcionarios públicos, les decia, jamás deben dejarse guiar por las exigencias de los que á ellos deben estarles subordinados. Nosotros, como todos los funcionarios públicos del monarca Luis XVIII, no solo debemos respetar y acatar personalmente su causa, sino que además nos hallamos en el imperioso deber de impedir que los jóvenes escolares se opongan por medio de ruidosas aclamaciones al órden de cosas establecido.» En tanto, cuando el Emperador parecia de nuevo afianzado en el trono imperial de Francia, Proudhon, consecuente con su sistema de seguir siempre sumiso á las autoridades constituidas, pronunció una oracion el 12 de Abril de 1816 delante de la estatua del héroe que los estudiantes habian establecido solemnemente. Este discurso, impreso y circulado con profusion por los diversos departamentos del imperio, le atrajo al desgraciado Proudhon una terrible calamidad á la vuelta del monarca Luis XVIII. El 9 de Octubre del año 1815 un decreto del monarca, publicado en el *Diario oficial*, le depuso de sus funciones de profesor, sin consideraciones de ningun género. Era tal sin embargo la estimacion que le profesaban sus comprofesores, que ninguno quiso aceptar el desempeño del cargo que dejaba vacante, hasta que Mr. de Sousse fué obligado á encargarse, á lo ménos interinamente, del cargo de profesor, y aun este mismo lo hizo con el título y condiciones de que habia de poner íntegra la dotacion de Proudhon en manos de este, rasgo de amistad y honradez de que se encuentran pocos ejemplos en la historia. Deseoso de justificar su conducta, se presentó nuestro personaje en París, y merced á la benévola acogida que le hizo el grande y sapientísimo Frayssinous, como tambien á las recomendaciones que traia del colegio de Dijon y del clero en masa de Besanzon, le fué de nuevo otorgada su cátedra el año 1816 el 11 de Setiembre. Elegido más tarde jefe del colegio de abogados, y encargado de llevar el baston de S. Nicolás, que presidia como abogado la congregacion del órden de los abogados, desempeñó estas funciones consecutivamente por espacio de diez años. El 12 de Marzo del año 1831 fué nombrado caballero de la Legion de Honor, y el 9 de Junio del año inmediato obtuvo otro empleo más encumbrado aún. Este famoso escritor, qué fué testigo presencial de los acontecimientos trascendentales ocurridos en el vecino reino de Francia en el último tercio del siglo anterior y principios de éste, que pasó los ocios de su vida notando las vicisitudes del humano corazon, que arrastrado por bellas ilusiones le dejaba conducir á los mayores errores, en sus últimos años, agobiado por dolorosas enfermedades, no podia manejar la pluma

ni áun estampar con ella su nombre. Esto le obligó á renunciar la cátedra y retirarse al hogar doméstico, á la vida privada, donde vivió rodeado de la más respetuosa consideracion de sus amigos y condiscípulos, quienes le veneraban como á un hombre de genio y dotado de virtudes heróicas. Por largos años practicó sus deberes religiosos con escrupulosa exactitud, siendo á la par modelo acabado de las virtudes cristianas y de sabiduría desusada. Murió el 20 de Noviembre del año 1838. Las opiniones que siempre mantuvo sobre el divorcio, sobre los impedimentos del matrimonio y sobre los votos religiosos, enteramente de acuerdo con las doctrinas de la Iglesia católica, y contrarias en alto grado á las sostenidas en muchas escuelas teológicas y de derecho en las universidades mismas de Francia, promovieron la publicacion de multitud de folletos inpugnando sus teorías, que amargaron la última parte de su vida con dolorosos y sensibles disgustos ocasionados por la contemplacion de los desvarios lamentables de que eran víctimas los genios más ilustrados del mundo europeo. Las obras más notables de Proudhon son: *Curso de legislacion y de jurisprudencia francesa sobre el estado de los personas*, dado á luz en Besanzon, en el año 1799, dos gruesos volúmenes en 8.° Este tratado, aunque incompleto, debia abrazar casi todas las materias del derecho, fundado en la actualidad sobre las injustas leyes revolucionarias, sobre los ordenamientos y costumbres extraordinarios, que se proponia contrarestar oponiendo el afianzamiento del derecho romano, en cuya tarea se esforzó en gran manera. La distribucion general de materias es casi en todo parecida á la que despues adoptó en el libro del derecho civil. Cada uno de esos libros se halla precedido de una rápida reseña histórica sobre el orígen histórico y filosófico de los diversos asuntos contenidos particularmente en la obra, refiriendo á la vez las diferentes revoluciones acaecidas, las consecuencias que resultan para la civilizacion y las costumbres, y se halla destinada á prevenir la confusion y el error en que tan fácilmente se incurre tratándose de épocas transitorias. *Tratado de los derechos de usufructo, del uso, de la habitacion y de la superficie*, dada á luz en Dijon el año 1823 al 1825, nueve volúmenes en 8.°; y una segunda edicion en el año 1836, aumentada con los comentarios de Mr. de Courvaison. Esta obra, la principal del autor que biografiamos, es considerada por todos los jurisconsultos y canonistas teólogos como uno de los más bellos monumentos de la ciencia del derecho. Un juez competente, Mr. Toulier, que contrajo vivas simpatías hácia Proudhon áun sin conocerle, escribió estas palabras en la aparicion del primer volúmen de la obra mencionada. «Esta es una obra perfecta en su género, que no sobresaldrá otra ninguna á ella. *El dominio público, y la distincion de los bienes considerados principalmente en sus relaciones con el dominio público*,» dada á luz en Dijon,

en el año 1833, cinco volúmenes en 8.° Establece en ella el carácter peculiar del dominio público; la distincion entre los objetos que le componen y los bienes productivos que forman el dominio de propiedad del estado y de los comunes; la línea separatoria del poder administrativo y del poder judicial; las reglas concernientes á los establecimientos y edificios públicos, los caminos reales y los departamentales, los caminos vecinales y las vias agrarias; el uso de las aguas, desde las aguas del mar, desde las aguas de los aluviones, hasta las de los simples riachuelos; tal es el objeto primordial de este tratado destinado á servir un dia de guia para la redaccion de un código administrativo. Proudhon examinó sin rebozo las más espinosas cuestiones sobre el dominio público, así como tambien las relativas al dominio privado; pero estas últimas no pudieron ser publicadas hasta despues del fallecimiento del autor, con el título siguiente: *Del dominio de propiedad ó de la distincion de los bienes considerados especialmente en sus relaciones con el dominio privado*, publicado tambien en Dijon el año 1839, tres volúmenes en 8.° No es dable ponderar debidamente el inmenso servicio que prestó á las ciencias y á las costumbres el clérigo Proudhon, dejando asentadas las bases de la propiedad en una época en que otros filósofos, conocidos por el mismo nombre, destruian la propiedad, declarándola impiamente un robo hecho al comun de los ciudadanos, y socavando de este modo los cimientos de toda sociedad, supuesto que esta es imposible sin la propiedad. Sentados tambien estos salvadores principios, reconocidos los derechos que todo ciudadano tiene sobre lo que ha adquirido por cualquiera de los títulos de adquisicion señalados en los códigos de las naciones, le fué dado deducir de aquí que todo atentado ejercido contra la ajena propiedad era ni más ni ménos que una usurpacion sacrílega, y declarar ante la faz del mundo entero que por lo mismo el usurpador se hallaba en la imperiosa obligacion de restituir lo injustamente adquirido. El mismo principio de equidad natural, que exige y proclama que no es lícito despojar á nadie de lo que posee, enseña tambien que el que incurra en este horrendo crímen está expresamente obligado á repararle, volviendo lo que quitó, ó su equivalente, y que dura su injusticia miéntras no se verifica la restitucion completa. El principio *non remittam peccatum nisi restituatur ablatum*, es sagrado entre los teólogos moralistas, y solo la completa imposibilidad de realizar la reparacion, puede dispensar de esta obligacion sagrada. Contestada quedaba de esta manera la acusacion lanzada inconsideradamente por los incrédulos sobre los sacerdotes, porque absuelven á los malhechores, á los ladrones públicos, sobre todo á la hora de la muerte, sin exigir de ellos la reparacion de las injusticias cometidas, sin más que exigirles algunas limosnas ó legados piadosos, sin tener en cuenta que en la imposibilidad de

hallar las personas objeto de las injusticias, no hay otro medio de reparacion que el someterse al cabeza y jefe del catolicismo, en cuyas manos una vez depositada la cantidad usurpada se derrama en beneficio de todos los miembros sociales. Nadie por ignorante que sea deja de reconocer el principio de la restitucion, ni hay sacerdote alguno tan abandonado que desconozca la obligacion en que se halla su confesado de restituir. ¿Qué importa que esta restitucion se haga por las limosnas, ó por medio de los legados, ó por medio de la condonacion de la cantidad usurpada á la persona á que se infirió el agravio, caso de ser hallada é identificada? ¿Estas modificaciones podrán jamás alterar la esencia de la restitucion? Mas se pregunta: ¿por qué habiendo tantas injusticias se ven tan pocas restituciones? Por la sencilla razon de que los que tienen la conciencia tan pervertida que se arrojan á cometer crímenes de este género, no se cuidan luego de darse cuentas exactas á sí mismos de los cometidos, no se acusan, rehusan repararlos. El arte de paliar y justificar ganancias ilícitas jamás estuvo tan adelantado como en nuestros dias, puesto que parece autorizado por el mal ejemplo y la perniciosa costumbre, y no parece que haya hoy necesidad de sacerdotes para tranquilizar á los hombres cargados con cien crímenes. Seria preciso un voluminoso libro para hacer la completa enumeracion de todos los casos en que la restitucion es absolutamente necesaria, y es difícil entre todas las cuestiones de moral hallar una sola, cuya solucion ofrezca tan embarazosas dificultades como la árdua que actualmente nos ocupa. Lo mismo se puede decir de las reparaciones debidas al prójimo cuando se infiere una injusticia á su honor ó reputacion, reparaciones tan indispensables como las restituciones, supuesto que la reputacion es uno de los bienes más principales, y su pérdida es capaz de afligir más profundamente el alma que la pérdida de todas las más pingües fortunas, así como es más irremediable que la de los cuantiosos bienes que recibimos de nuestros padres, ó adquirimos por medio de nuestro trabajo. Es innegable que en una infinidad de ocasiones es casi impracticable esta reparacion por las inmensas dificultades que á ella se oponen, porque produciria mayores males que bienes, porque renovaria las sangrientas heridas la renovacion y recuerdo de un discurso injurioso, de una injusta sospecha que ya estaba sepultada en el olvido, por otras mil dificultades que no es posible fijar con acierto. Mas, ¿por imposible que sea la realizacion de restituir los bienes adquiridos, se negará por esto la existencia de la injusticia, la verdad indisputable de la propiedad, la obligacion sagrada de restituirla? Esto equivalia á establecer el comunismo, á proclamar las más disolventes y destructoras doctrinas, á sancionar todos los crímenes, dando de mano á la moralidad, á los principios fundamentales del órden y de todo bienestar. No, la justicia natural, impresa en el

seno de todas las sociedades, ha siempre reconocido la propiedad, y por consiguiente ha calificado de inicuos á los defraudadores y usurpadores, y los ha obligado, ó á reparar las pérdidas ocasionadas, ó en caso de imposibilidad á expiar su crimen en la prision ó en el patíbulo. Importa poco que los modernos Proudhonistas proclamen el comunismo, la justicia natural, los preceptos del Evangelio no por esto retrocederán.—N. L.

PROUSTEAU (Guillermo), jurisconsulto y sacerdote, segun algunos de sus biógrafos é historiadores nació en Tours en 1626, descendiente de un opulento mercader, que atento á la educacion de los hijos que el cielo le concediera, le confió desde su más tierna edad á la vigilancia de los sabios jesuitas, los cuales inculcaron en el dócil corazon de Guillermo las suaves máximas de la religion cristiana, las ideas de nobleza y grandor de miras, en el colegio de la Fleche y en el de S. Luis el Grande. Terminada su primera enseñanza en el colegio de los jesuitas pasó más tarde á Poitiers y á Orleans, en cuyas dos universidades siguió su carrera de jurisprudencia, concluida la cual, y recibidos los grados de licenciado y doctor, fijó su residencia en ese último punto de Orleans, donde abrió el bufete y desempeñó la abogacía por espacio de cuatro años. Su avidez y deseo de perfeccionarse en la carrera de jurisprudencia y de aumentar sus ya adquiridos conocimientos, le obligó á emprender un dilatado viaje por Holanda, por Alemania, por Italia y por España. En este último punto, en este país ibérico, en esta nacion eminentemente católica y grave que en aquella época marchaba al frente de las naciones y de la civilizacion, trabó íntima amistad con varios de los más notables jurisconsultos, que florecian en los diversos puntos del reino. A su vuelta á Orleans hizo oposicion á una cátedra de derecho, que en vista de sus poco comunes disposiciones, le fué adjudicada por unanimidad de votos en el año 1668. Sus vastos conocimientos, su filosofía práctica, la solidez y profundidad de sus discursos, y el uso que hacia de su pingüe fortuna, de las numerosas riquezas que poseia de su padre, le merecieron justamente la más honrosa estima de los pueblos, los que le designaban con el epíteto ó sobrenombre de *Padre de los pobres*, por su largueza y caridad; epíteto con que mereció tambien ser designado en un discurso publicado en una asamblea de sabios en el año 1709. Además de tan relevantes prendas como adornaban á nuestro sábio Prousteau, poseia extensos conocimientos en la ciencia bibliófila, como que deseoso de saciar su voracidad literaria, séanos permitida la frase, empleó todo el considerable patrimonio que le habia legado un hermano suyo en comprar una selecta biblioteca, la del sábio Enrique de Valois; mandó reimprimir en Leyde, en 1662, las notas de este estudioso é inteligente investigador de antigüedades sobre las lecciones del lexicon griego de Harpocration, y las observaciones de

Mansac, notas que en manuscrito habian caido en sus manos al comprar la celebrada biblioteca. Deseoso de propagar el amor á las ciencias y la literatura en 1694, Prousteau legó su vasta coleccion á los Benedictinos de Bonne-Nouvelle de Orleans, con la única condicion de que la tuviesen abierta tres dias á la semana al público, á fin de que los amantes de las letras pudiesen saborearse en la contemplacion de las bellezas literarias contenidas en su biblioteca. Pensamiento de una alma noble y elevada, que debiera ser imitado por tantos opulentos eruditos, que en vida consagran sus vigilias á la cultura de las letras, y abandonan sus preciosos volúmenes en la hora funesta de la muerte al capricho de sus herederos iliteratos, que los enajenan por insignificantes maravedises, viniendo á ser empleadas obras magistrales en usos para los que por cierto no las consagráran sus autores, al consumir las dilatadas horas de la noche y las horas presurosas del dia, su vida entera, á ilustrar á la humanidad, trasmitiéndola las luminosas inspiraciones que en sus silenciosas meditaciones recibian del cielo, siempre propicio á instruir al que ama la verdad para practicar sus sabios consejos y máximas. Leon Mery, conservador de esta estimada biblioteca, publicó el catálogo de los volúmenes que la componen en 1721 en Orleans, un tomo en 4.°, que luego ha sido reimpreso en dos distintas acasiones en el año de 1777, y en él tributa Leon Mery justos y merecidos elogios al digno Guillermo de Prousteau, que consagró su vida á la cultura de las letras, y coronó sus trabajos con honrosos actos de generosidad. Esta biblioteca se compone próximamente de veinticinco mil volúmenes, y es sin duda entre las bibliotecas de particulares que se conocen, una de las más numerosas. Mr. Petit Radel, en sus *Investigaciones sobre las Bibliotecas*, pág. 335, la enumera entre las veinticuatro más numerosas que en género de bibliotecas particulares existen en Francia. El nuevo *Diccionario histórico y bibliográfico* avanza á decir que la biblioteca de Guillermo de Prousteau es la más rica que se conoce despues de la de París, aun entre las nacionales y provinciales, lo que se ve bien á las claras es una inconveniente y exagerada lisonja tributada por alguno de los poco verídicos y mesurados biógrafos del personaje que nos ocupa, llevado quizá de su excesivo amor á las letras y vida de Guillermo Prousteau, del eminente literato. Falleció nuestro insigne profesor en Orleans de un ataque apoplético en 11 de Marzo de 1705, rodeado de las lágrimas y sentimientos de pesar de sus amigos, y más aún de las muchas infelices viudas, de los huérfanos abandonados, de los pobres y andrajosos que veian con dolor bajar á la solitaria tumba al que habia enjugado sus lágrimas, aliviado su miseria, derramado suavísimo rocio sobre su abatida alma, consolado su infortunio, y socorrídoles en todas las ocasiones y del mejor modo posible. Así mueren entre los tristes sollozos

de la humanidad todos los que de algun modo generosa, desprendida, magnánimamente se dedican á aliviar sus miserias, ocultando tal vez con la siniestra mano los beneficios que la mano diestra derrama sobre el infortunado, y no buscando jamás el vanidoso perfume de las adoraciones y homenajes. En cambio los avaros, léjos de obtener bendiciones de la generacion que los ve pasar al sepulcro, reciben las maldiciones exhaladas de los labios de las personas á quienes han esquilmado con sus exacciones, á quienes han gravado con sus tributos, á costa de cuyo sudor tal vez han credo una fortuna considerable, para pasarla, no entre goces puros y satisfactorios, sino consumidos por los contínuos sobresaltos y temores, hijos de su inseguridad, que en cada persona les hace ver un enemigo, por cuya razon solo osan abrir sus sepultadas gavetas en las silenciosas y altas horas de la noche; miéntras el resto de los mortales, sosegado y tranquilo, se entrega al descanso, el avaro inquieto y desvelado parte con su lucerna con lento paso al lugar del oro, y allí postrado le acaricia y le adora. Infeliz!... Entre las obras de este sabio se encuentran las siguientes; en primer lugar: *El elogio fúnebre de Desmolais, canónigo de Orleans*, publicado en el año 1779, un tomo en 8.°, en latin. Tres discursos latinos sobre la penitencia cristiana, en los que remontándose á los primeros tiempos del mundo hace descender la penitencia como hecho desde Adan, á quien presenta impetrando misericordia del Altísimo, y sometiéndose á la pena que le impone Dios despues de borrar su delito de desobediencia. Fué publicada en Orleans, en el año 1780, un pequeño tomo: *Recitationes ad legem vigessimam tertiam contractus de regulis juris*, publicada en la misma ciudad, en el año 1684, un tomo en 4.° Sonmaise, lleno de pretensiones, refuta esta obra mostrándose en sus observaciones poco imparcial, y más filólogo que jurisconsulto, tal como aparece en su tratado *De Mutuo*. La parte de la ciencia de la jurisprudencia, en el catálogo que hemos citado, honra en gran manera á Guillermo de Prousteau, por la inteligencia que ha presidido en el método que observa en él, por el tino y elevacion con que trata las cuestiones y por el punto de vista previsor en que siempre se coloca. Puede consultarse sobre el particular y si se desea adquirir mayor copia de noticias, el catálogo de los manuscritos de la biblioteca de Orleans, por Antonio Saptrin, aleman, publicado en una esmerada y correcta edicion en el año 1820, un tomo en 8.°—N. L.

PROUVERE (Fr. Marino). Escritor fecundo y religioso del órden de Santo Domingo. Era francés de orígen, y segun las noticias que tenemos trasmitidas por los historiadores de su Orden religiosa, ingresó en edad muy prematura en la Orden Dominicana, siguió sus estudios en un convento de los mismos religiosos, situado en la Normandía, donde desempeñó el cargo

de rector en dos diversas ocasiones, la primera vez el año 1603, y la segunda en 1608; en el cual entregó tambien su alma á Dios hácia el año 1633 al 1636. Este virtuoso y esclarecido varon fué muy dado á las investigaciones de la antigüedad, de los escritos clásicos, de los monumentos, de las ciencias cultivadas por los que habian precedido al establecimiento de la religion cristiana en el mundo. Publicó entre otras obras las siguientes: *Historia de la Normandía, y en particular del Condado de Alenzon, y las genealogías de muchas familias de esta provincia.* Además de esta obra dió á luz la que lleva el título siguiente: *Historia eclesiástica de la diócesis de Seez.* Merece tambien particular mencion la conocida con el nombre de *Crónica de la Congregacion Galicana, y en particular del convento de Argentam.* Todas estas obras, que nos dan á conocer lo útiles que eran los institutos religiosos, no solo bajo el punto de vista político y económico, en razon á que esa multitud de monjes que se refugiaban en los claustros solitarios, evitaban sus cuidados á los poderes políticos, cultivaban los incultos países, fomentaban la agricultura y la industria, y en fin, tendian una mano amiga á las artes, sino tambien bajo el punto de vista literario, por ser, si es la frase permitida, cada convento un puerto, donde hallaban refugio los hombres ilustres y sus producciones; todas estas obras, repito, consérvanse en las bibliotecas de la Orden mencionada.—N. L.

PROVANCHERES (Bartolomé). Nació en Langres, en la segunda mitad del siglo XVI, descendiente de una familia distinguida, y era hermano además de Pablo de Provancheres, médico distinguido, que junto con otro hermano suyo y nuestro personaje, fijó su residencia en Sens. Miéntras Pablo Provancheres se dedicó á la carrera de la medicina, y su hermano á la abogacía, Bartolomé optó por la carrera eclesiástica, para la cual tenia disposiciones bellísimas y grande inclinacion. Despues de haber seguido la carrera eclesiástica y recibido los órdes sagrados, obtuvo por el crédito de que gozaba su familia, más que por sus méritos personales, una canongía en el cabildo catedral de Sens, donde además fué declarado por los capitulares tesorero de la misma iglesia metropolitana. Por más que no fuesen grandes sus talentos ni disposiciones literarias, animábale sin embargo un vivísimo y ardiente deseo por resucitar el buen gusto de la literatura, que ya en su tiempo habia decaido considerablemente, y con este fin publicó varias obras y diccionarios, encaminados especialmente á dar á conocer á sus contemporáneos las bellezas de los antiguos autores. Dedicóse tambien con afanosa laboriosidad á la trasformacion de la oratoria sagrada, notablemente corrompida en su tiempo, dando reglas sábias, aunque en su mayor parte compiladas de autores distinguidos, para mostrar á los jóvenes eclesiásticos la verdadera senda por la que debian caminar si querian imitar á los gran-

des modelos del catolicismo, si deseaban como ellos adquirirse un alto renombre entre los hijos del catolicismo, y aspiraban á ilustrar las inteligencia y presentar á los corazones la seductora y hermosa verdad. En diversas ocasiones solemnes fué designado para pronunciar las oraciones fúnebres de diversos personajes distinguidos, que le adquirieron algun crédito, y le merecieron la honra de ser tambien llamado á París. Dió en los púlpitos de la capital de la nacion francesa inequívocas pruebas de poseer talentos oratorios, señalándose especialmente como panegirista en los notables rasgos que se encuentran en sus sermones, dedicados á mostrar los designios de la Majestad divina y el modo como los hombres deben corresponder á ellos, fijándose tambien con detenimiento en los pasajes relativos á las majestades de la tierra. Estos pensamientos se hallan en ocasiones revestidos de grandiosas imágenes, de movimientos felices de oratoria, aunque no se nota sino raras veces en sus composiciones el patético, que tan propio es en este género de oratoria cristiana. Aunque quiso oponerse al gusto oratorio depravado de su época, como es tan difícil desarraigarse de las preocupaciones de la educacion, se dejó arrastrar tambien por el torrente de la depravacion, cual se deja notar en el uso demasiado frecuente que hace de las antítesis, en el empleo de metáforas extrañas y ridículas, en las multiplicadas citas de personajes mitológicos, y de los poetas y filósofos de la antigüedad. Entre los muchos ejemplos que pudiéramos aducir en comprobacion de esta verdad, bástenos citar el siguiente, tomado de su oracion fúnebre en el fallecimiento de la duquesa de Nevers, pág. 9.ª, que comprueba esta verdad desconsoladora: «La muerte, dice, es un horrible mónstruo, de disformes cuernos, que son de tal magnitud, que se extienden por toda la tierra. Con sus crueles cornadas abate los grandes de la tierra, derriba los cetros, las coronas, las diademas, las mitras, las tiaras; y con sus ménos crueles cornadas no se desdeña de herir á los pequeños y sumirlos en las oscuras regiones del infierno.» Bartolomé de Provancheres sobrevivió á su hermano Simeon, que pasó á mejor vida en el año 1616, aunque se ignora cuántos pudieron ser los que vivió sobre la tierra despues del fallecimiento de su hermano. Se conservan de sus escritos, además de algunos sermones, las siguientes oraciones fúnebres: *Oracion fúnebre en el aniversario de Enrique* el Grande, *cuarto de este nombre, rey de Francia y de Navarra, con el título de Cristianísimo, predicada en la iglesia de Sens el* 16 *de Junio de* 1610, impresa por Jorge Nivers el mismo año de 1710, un tomo en 8.° No se encuentra, sin embargo, la mencionada publicacion en la *Biblioteca histórica de la Francia*, publicada por el P. Selong, ni tampoco en las *Adiciones* de Feret de Fontenelle. El segundo lleva este título: *Discurso fúnebre de la muy alta y muy poderosa señora Catalina de Lorena, duquesa de Nevers, pronun-*

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE BURGOS

ciado en el dia de sus exequias en la iglesia de Sens, el 31 de Mayo de 1618. Fué impreso en la misma ciudad en dicho año, un tomo en 8.°, con una epístola dedicatoria al duque de Nivernois. Este discurso ha sido reimpreso el mismo año en París, con el sencillo título de *Oracion fúnebre.* Además de las mencionadas se encuentran: *Oracion fúnebre del cardenal Jacobo Dary.* N. L.

PROVENZALIS (Gerónimo de). Era natural de Nápoles, donde se dedicó al estudio de las primeras letras, y donde desde muy niño adquirió una extraordinaria reputacion de sabio por la diversidad de sus talentos y por su admirable y vasta erudicion en diferentes ciencias, en la filosofía, en la teología, en la medicina y otras muchas. Cuantos se ocupan de este personaje le tributan los mayores encomios, diciéndonos que se aplicó con asiduidad á las ciencias filosófica, teológica y médica, llegando á ser una notabilidad de su tiempo. Créese que, viéndose escaso de fondos pecuniarios, apeló al ejercicio de la noble profesion de la medicina por algun tiempo, para procurarse los medios de subsistencia necesarios, y sobresalió tanto en este arte que el pontífice Clemente VIII le llamó á Roma, nombrándole su médico y además su favorito, ó por mejor decir el depositario de sus más íntimos secretos. Viendo su recto y digno comportamiento, le colmó de grandes bienes de fortuna, concediéndole despues que hubo recibido las órdenes sacerdotales el arzobispado de Sorrento en el reino de Nápoles. Ughelli, escritor de aquel tiempo, afirma que este prelado juntaba una gran política á una profunda y vasta sabiduría; enumera varios hechos de su episcopado que confirman su asercion; observa que en ocasiones difíciles fué consultado en Roma, y obtuvo grandes resultados con su atinada prudencia y acierto y calma. Dotado de imaginacion rica y variada, de corazon generoso, de noble alma, no solo retrató estas bellas cualidades en sus obras científicas, sino tambien en los importantes trabajos y reformas que emprendió para embellecer su iglesia, adornarla, aumentar sus fondos, haciéndola magníficos presentes y dádivas. Supo corresponder dignamente á los favores que el vicario de Jesucristo le habia otorgado en los trece años y siete meses que gobernó la iglesia sorrentana, en la cual esparció los beneficios de su bondad, á semejanza del Redentor de los mortales, que segun el evangélico texto pasó haciendo bien, y con las esplendorosas luces de su clarísima inteligencia. Él mismo se hizo construir la tumba en que habia de ser sepultado despues que hubiese inclinado su cabeza á los inhumanos y fieros golpes de la muerte, mostrándonos de esta manera lo presentes que tenia los misterios de la eternidad, áun en medio de sus embarazosas ocupaciones y del desempeño de sus cargos pastorales. Despues de trece años y medio de vigilar sobre el rebaño que Dios le habia confiado, despues de haber cons-

truido piadosos y magníficos monumentos en utilidad pública, despues de alimentar por sí mismo á su grey con frecuencia con el dulce y sólido alimento de la predicacion evangélica, entregó su alma en manos del Eterno el año 1612, en ocasion en que el pontífice soberano Paulo V meditaba su eleccion para nuncio apostólico cerca del rey de Polonia. Entre las numerosas obras con que durante el curso de su vida adornó las ciencias, la mayor parte de las cuales han desaparecido en el cáos de los tiempos, conocemos un tratado curioso que lleva el título siguiente: *De sensibus*, publicado en Roma en 1597, en un tomo en 8.° Muchos escritores hacen mencion honorífica del médico napolitano, del secretario de Clemente VIII, del arzobispo sorrentano, de Gerónimo Provenzalis. — N. L.

PROVIN (Godofredo). Nació en Austria el año 1707, fué recibido en la Compañía de Jesus, en Bohemia, el 20 de Octubre del año 1723, y despues de enseñar filosofía y humanidades, desempeñó sucesivamente algunos encargos honrosos de su Orden religiosa, llegando á ser provincial del mismo instituto en Bohemia. Le sorprendió la supresion de la Compañía desempeñando ese cargo, y cuatro años despues este varon eminente en ciencia y virtud, en el año 1777, murió de un ataque apoplético en el convento de los Celestinos de Praga, en 20 de Noviembre. Bastaba el mérito de este hombre ilustre á condenar la malévola y pérfida conducta de los declarados y encarnizados enemigos del catolicismo y de los jesuitas, á quienes en un momento de frenesí, ébrios de ira arrojaron de la faz de Europa, sin tener en cuenta los inmensos servicios que prestáran á las naciones europeas. A los esfuerzos reunidos de los discípulos del Crucificado, unidos bajo los mismos votos, bajo régimen idéntico, bajo leyes semejantes, es debida casi en su totalidad la pujanza de que gozan aquellas, la superioridad de su inteligencia, la sobreabundancia de su poblacion, su carácter emprendedor y valiente, sus arranques de generosidad y heroismo, su espíritu comunicativo y propagador. Si no se hubiera dado el golpe desacertado, pensado en los clubs revolucionarios, sugerido por el diablo, de barrer del suelo europeo los órdenes monásticos, las instituciones religiosas, las corporaciones bienhechoras, quizá á estas fechas no estaria la barbarie á nuestras puertas, no conservaria aún el islamismo, con mengua de la Europa ilustrada, un campamento en uno de los sitios más deleitosos de Europa, hubiera dado quizá gigantescos pasos para salir de la postracion en que se halla ese Asia, ese país de mesénicos, con su inmovilidad, su postracion, su despotismo, su degradacion de la mujer, con todos los oprobios de la humanidad; y las costas de la Palestina, del Egipto y del Africa no estarian delante de nosotros en la situacion deplorable, en la degradacion lastimosa, que contrasta con sus grandes recuerdos. Ni la América estaria tan

atrasada. ¡Ved lo que haceis con vuestros sabios sistemas, ilustrados revolucionarios! —N. L.

PROVINS (Fr. Enrique de), religioso del órden de los hermanos Predicadores, llamado así del lugar de su orígen y á causa de la profesion de sus antepasados, que eran naturales de la ciudad de Provins. Descendiente de modestos padres, que sin embargo le iniciaron en el amor del catolicismo, se dedicó en su juventud á las faenas domésticas y agrícolas, entrando más tarde en calidad de lego en la órden de los religiosos Dominicos. Como su maestro de novicios y superiores viesen en el modesto jóven disposiciones felicísimas para el cultivo de las letras y de las eclesiásticas ciencias, en vez de destinarle á sus habituales ocupaciones, propias de los legos, le dedicaron á los estudios. Aunque ya era bastante avanzada la edad en que emprendió la cultura de sus facultades intelectuales, suplió en gran parte su industria y aplicacion á la prematura edad, haciendo rapidísimos y pasmosos progresos en el estudio de la filosofía, de la teología, de la retórica y algun otro ramo del saber humano. Ordenado más tarde de subdiácono y diácono, desempeñó algunos empleos literarios, hasta que elevado á la dignidad del sacerdocio, se consagró á las tareas evangélicas con no escaso aplauso y utilidad de los fieles. Se ignora la época de su muerte. Consérvanse con alguna estimacion en los archivos de la Orden dominicana cinco de sus sermones, cuyos títulos son los siguientes: *Sermon del domingo segundo de adviento*, predicado por la tarde en S. Gervasio, sobre este tema: *Erunt signa in sole et luna.* — *Sermon para el tercer domingo de adviento*, predicado asimismo despues de la comida en S. Gervasio, y sirviéndole de tema el pasaje de la Sagrada Escritura que dice: *Tu es qui venturus est.* — *Sermon para el segundo domingo despues de la Epifanía*, predicado en S. German sobre este tema: *Nuptiæ factæ sunt.* — *Sermon de S. Vicente*, predicado en la Magdalena.— *Sermon de Septuagésima*, sobre este tema: *voca operarios.* — N. L.

PROVINS (Rdo. P. Pacífico), misionero capuchino que se cree nació en la ciudad que lleva su nombre, fundándose para esto en la costumbre de los religiosos de este Orden que al profesar cambiaban su apellido por el del pueblo de su naturaleza. Despues de recibida una educacion religiosa y esmerada de sus padres, obedeciendo á los llamamientos del cielo, abrazó la órden de los religiosos Capuchinos, distinguiéndose por su virtud y austeridad en el tiempo del noviciado, y más tarde durante el tiempo de los estudios por su constante aplicacion. Créese que fué uno de los capuchinos que en el año 1622 fué enviado á las misiones de Levante, donde su ardiente celo encontró vastísimo campo en la conversion de los infieles y adoradores del fetichismo, de esa abyecta idolatría que tantos y tantos hombres ha reducido al servil estado de los brutos. Despues de haber recorrido diversas

regiones evangelizando á los pueblos, difundiendo las luces esplendorosas del Evangelio, volvió á Italia, en cuyo hermoso país concibió un vasto pensamiento encaminado, como todos los suyos, á la mayor gloria del Excelso, y con el fin de realizarlo pasó á la Persia. El superior general, que le habia concedido las necesarias facultades para el conveniente desempeño de sus nobles y apostólicas tareas, le amonestó á la vez levantase altares católicos, templos, y ejecutase otras obras que conceptuase oportunas, siempre que, cual confiaban en la Providencia divina, fuese fecunda su mision. En efecto, llegando nuestro apóstol á la Persia, logró despues de largos y dilatados trabajos inscribir gran número de salvajes é idólatras en el libro de los hijos de la Iglesia, consiguiendo bautizar además multitud de distinguidos personajes, entre quienes figuraban varias autoridades constituidas, que al ingresar en las filas cristianas depositaban todos sus secretos más íntimos, y encomendaban sus más árduos y graves negocios á la prudencia y discrecion de los dignos sacerdotes que habian disipado las tenebrosas nubes que habian ocultado la verdad á sus inteligencias oscurecidas. La influencia de que el P. Pacífico llegó á gozar en aquellos remotos países, le permitió emprender útiles obras para que el culto del Dios verdadero fuese rendido con pomposa magnificencia. Así es que edificó varios suntuosos y admirables conventos para los religiosos de su Orden, entre los cuales son dignos de mencion especial los constituidos en Ispahar y Bagdad, obteniendo cartas comendaticias del monarca Lus XIII, en las que este digno rey brindaba con su amistad y proteccion al nuevo príncipe, que merced á las tareas apostólicas del P. Pacífico habia sometido su inteligencia al suave yugo de la verdad. Luego que hubo organizado una colonia católica, digámoslo así, en el pérsico país, luego que los cánticos religiosos y las diversas alabanzas resonaban en sus magníficos templos, luego que aquella jóven y nueva grey se halló en disposicion de ser regida por pastores ménos adiestrados, los superiores del austero órden de los Rdos. PP. Capuchinos enviaron una órden al celoso P. Pacífico Provins, ordenándole que pasase á las Antillas francesas en calidad de superior general, como en efecto lo verificó, trasladándose en el acto al hermoso país descubierto por el insigne Colon, protegido por la generosidad de la magnánima Isabel. Una vez en el país de las Américas dedicóse con todo afan á impulsar y promover con actividad é incansable celo las misiones, ya establecidas habia tiempo en aquellos dilatados y extensos países. No tardó en dejarse sentir el influjo de su presencia en las reduplicadas tareas á que los misioneros, los evangelizadores de un Dios de paz se consagraban, y más que todo en el copioso y abundante fruto que sacaban con sus predicaciones, levantando nuevos templos á la gloria del Altísimo, construyendo en las vías públicas y en las ciudades más in-

significantes suntuosos *via crucis*, para que en todas partes fuese por el extranjero conocido que aquel país se hallaba consagrado á la gloria del Excelso, y atendiendo en fin considerablemente al reinado del Dios crucificado por todos los ámbitos que habian sido señalados á su jurisdiccion. De nuevo recibió órdenes para que volviese á la capital de Francia, donde despues de algun tiempo pasó á mejor vida el año de 1655. Son dignas de mencion entre sus obras las que á continuacion enumeramos. *Carta sobre la extraña muerte del Gran Turco, emperador de Constantinopla, Oman I*, que fué dada á luz en París en 1622, un tomo en 12.°—*Viaje por la Persia*, con curiosas apuntaciones sobre distintos puntos de la Tierra-Santa, y algunas extrañas observaciones sobre el testamento de Mahoma, que tambien va incluido en la obra; publicada en la ciudad ya citada de París en el año de 1631, un tomo en 4.°, y reimpresa en el año de 1642, un tomo en 12.° La descripcion de los Santos Lugares ocupa la mayor parte del volúmen. Se le atribuye tambien la *Biblioteca de los Capuchinos*.—N. L.

PROYART (Buenaventura), historiador notable del catolicismo, nació hácia el año 1745 en la provincia de Artois. Despues de haber terminado sus estudios en el seminario de S. Luis de París, resolvió abrazar el estado eclesiástico y dedicarse á la enseñanza de la juventud. Desempeñó por espacio de mucho tiempo el destino de vicedirector en el colegio de Luis el Grande; y en vista del talento que demostrára en el desempeño de su cargo, se le confió más tarde la comision de organizar el colegio naciente de Puy, que merced á su direccion acertada, llegó á ser uno de los colegios más florecientes del reino. Consagrado tambien al estudio en sus ratos de ocio, publicó algunas obras literarias que le dieron alguna celebridad y nombradía, hasta que la revolucion, la horrorosa revolucion francesa vino á interrumpir el silencio de su gabinete, á interrumpir las ocupaciones ordinarias á que se consagraba. Unido al corto número de escritores que abrigaban en sus pechos vivos aún los sentimientos de la religion y el amor á la monarquía, que estaban dispuestos á defender tan sacrosantos intereses, si menester fuera, á costa de su propia sangre, combatió con ardiente celo los revolucionarios proyectos de los novadores, que quitada ya la máscara declaraban en la prensa abiertamente sus depravadas intenciones de derribar el trono y los católicos altares. Su celo fué premiado con un canonicato de la catedral de Arras, aunque por desdicha fué corto el tiempo en que pudo gozar de este distinguido beneficio atendido á sus méritos y virtudes, á causa de los horrorosos progresos que la revolucion hacia en su marcha destructora. Fué condenado al destierro por la única causa de negarse á presidir un acto, en el cual podrian intentarse ó ejecutarse actos poco conformes con su conciencia. Retiróse entónces á los Países-Bajos, y á pesar de los muchos

contratiempos, de las privaciones propias del ostracismo, de las desgracias que vinieron á aumentar su infortunio, el destierro no le privó de su aficion al estudio y al trabajo. El abate Proyart tuvo la honra de cumplimentar en nombre de los sacerdotes Franciscos al emperador Francisco II á su llegada á Bruselas, á quien tributó en aquel momento palabras felicitatorias, manifestándole la fidelidad y amor que profesaba á su dinastía. Los horrores de la guerra, que llegaban tambien á su solitario destierro, le obligaron á buscar otro nuevo asilo en la Franconia, donde fué recibido con agrado por el príncipe Hohenlohe-Bartenstein, quien prendado de sus delicadas maneras, de su finura y saber, le atrajo á su amistad nombrándole su consejero eclesiástico, y encargándole sobre todo el cuidado de distribuir los necesarios socorros á los infelices soldados que tuvieran la desgracia de quedar prisioneros á causa de los azares de la guerra. Cumplió con este encargo con un celo admirable, siendo el dechado de la caridad en la asistencia á los desgraciados prisioneros. Imponíale este cargo, como es natural, el deber de penetrar en los hospitales, donde yacian los enfermos atacados de contagiosas enfermedades; y áun cuando el temor embargaba áun á los mismos soldados, nuestro abate y ejemplar eclesiástico Proyart corria de cama en cama, de cabecera en cabecera, prestando á todos no solo los socorros materiales sino además los auxilios espirituales, que son sin duda mucho más estimables que los primeros. El concordato terminado entre el gobierno francés y la Santa Sede concedia á los eclesiásticos que se hallaban deportados á extranjeras tierras la facultad de volver á su país, y haciendo uso de tan anhelado privilegio, el virtuoso Proyart volvió á Francia, estableciéndose en San German. Entónces revisó varios apuntes que en sus vigilias y destierro habia formado, y puestos en órden, los dió á la prensa con el título de *Luis XVI y sus virtudes*, dirigiendo al jefe del gobierno uno de los ejemplares lujosamente encuadernado. A pesar de las cautelosas precauciones que habia tenido en cuenta en la publicacion de su escrito, la obra fué detenida por la policía en 17 de Febrero del año 1808, y el autor encerrado en un lóbrego calabozo, donde en tenebrosa oscuridad, privado de todo auxilio humano, y sufriendo la crueldad de los frios intensos de aquel rigoroso invierno, adquirió una crónica y penosa enfermedad que le puso al borde del sepulcro. Informados sus amigos de la triste situacion del virtuoso abate, consiguieron á fuerza de instancias que el gobierno le permitiese pasar al seminario de Arras, donde pudiese recibir á lo ménos los auxilios que reclamaba el estado de su salud deteriorada y los consuelos de los amigos. El abate Proyart, ya casi exánime y bajo la salvaguardia de un gendarme, emprendió el viaje al seminario de Arras, de noche y con las más exquisitas precauciones; mas no pudo llegar al punto de

su destino, sino que viéndose obligados los acompañantes á quedarse en el camino por las pocas esperanzas de vida que daba el virtuoso encarcelado, le alojaron en casa de uno de sus parientes, que le dió gustosa hospitalidad, y en cuya casa murió á los pocos dias en 22 de Marzo del año 1808, á la edad de sesenta y cinco años. Sus exequias fueron celebradas con toda la pompa y magnificencia que permitian las circunstancias. Entre las obras que legó á la posteridad el abate Proyart debemos hacer mencion de la denominada *El Escolar virtuoso*, que es la vida edificante de un estudiante pintada con todos los encantos de la cristiana literatura y uncion santa, que seduce al lector en favor de su personaje y le hace fácil y amable la virtud. La primera edicion de esta obra hízose en París en el año 1778, y despues se han repetido las ediciones. Figura tambien en el catálogo de sus obritas una muy curiosa intitulada: *Historia de Loango, de Cakongo y otros desconocidos reinos del Africa*, publicada por primera vez en el año 1776, un tomo en 12.° acompañado de una carta geográfica, y ha sido traducida al aleman y al sueco. Habia compuesto esta curiosa obra teniendo á la vista las memorias de los Sres. Belgarde y Descourrieres sus condiscípulos, los cuales habian estado varias veces en la Cochinchina en calidad de misioneros. La primera parte de esta obra contiene una descripcion del país y de las costumbres de los habitantes, con algunas nociones generales de su lengua; la segunda parte contiene la historia de la mision francesa de 1766 á 1773. Además de estas obras hay la *Vida del Delfin, padre de Luis XIV*, escrita en 1780 en 12.° Proyart publicó en esta obra, para optar al premio en el certámen abierto por la Academia Francesa, un elogio del mismo príncipe. Hay tambien: *Vida del Delfin, padre de Luis XV*, dada á luz en 1783, dos volúmenes en 12.°— *Historia de Estanislao, rey de Polonia, duque de Lorena y de Var;* dada á luz en 1784, dos volúmenes en 12.°; obra interesante y bien escrita: puede ser citada, segun lo que atestiguan los inteligentes, como un modelo de composicion histórica, de este género importante de literatura.—*De la educacion pública y de los medios de realizar la reforma, que fué proyectada en la última reunion de la Asamblea del Clero de Francia*; publicada en el año 1785 en 12.°— *Vida de Luis Gabriel de Orleans de la Motte, obispo de Amiens*, publicada en 1788, en un tomo en 12.°— *El modelo de los jóvenes en la vida de Claudio Peletier de Sansi, muerto el 3 de Julio de 1685.*— *Vida de Madama Luisa de Francia.*— *Vida de María Leuzinska, reina de Francia.* —La *Vida de Luis XVI*, destronado poco ántes, fué dada á luz en Lóndres en 1800; un tomo en 8.° Estas últimas obras son de grande utilidad para ser consultadas, áun cuando se hallan escritas con ménos correccion y pureza que las primeras publicadas por el autor, el que muestra en ellas un candor y credulidad excesivos. La última sobre todo contiene una porcion de

digresiones difusísimas, en las cuales combate con detenimiento y revela los planes de los filósofos, de los iluminados y de los fracmasones. Manifiesta en ellas hablando de los fracmasones, que lo mismo que los estatutos de los antiguos templarios, descubiertos á fines del último siglo, no regian más que para el comun de los caballeros, y no estaban destinados sino para mejor ocultar una doctrina secreta á la que no se llegaba sino por iniciacion, así tambien el objeto aparente de los fracmasones es el de embaucar con ideas de filantropía á los incautos, ocultando el objeto real que se proponen y las graves consecuencias de esta secta perniciosa. La fracmasonería, ocupándose más ó ménos directamente de la religion, de la moral, de la política, ataca las creencias sociales, y por su accion intelectual efectúa una revolucion en los entendimientos, modificando incesantemente las opiniones en las lógias masónicas y atrayéndolas á los fines secretos de la asociacion. Divididas en cuatro fracciones principales, las lógias del rito moderno, las del rito escocés antiguo y aceptado, las del rito de Miorhanis y la asociacion de los templarios, tienen sus intereses particulares, de que surgen las querellantes rivalidades, pues además de que toda institucion humana tiene en sí misma abundantes gérmenes de discordia, estos gérmenes son numerosos en la fracmasonería. Por una parte el espíritu de libertad y de igualdad, que por razon de su instituto vense obligados á hacer que reine entre individuos de distintas gerarquías, obliga á los de inferior clase á soportar el yugo de los altos dignatarios con secreta impaciencia, miéntras los más dignos reciben su oro de las contribuciones de las lógias, cuyo empleo suele no ser las más de las ocasiones el más acomodado á los fines de la institucion, que, al decir de ellos, son ante todo los del filantrópico socorro mútuo. Como por otro lado ni todos los ánimos tienen el mismo sistema, ni todos los caractéres la misma energía, unos más prudentes y moderados quisieran las revoluciones sin violencia, miéntras otros no titubean en caminar por sendas cubiertas de sangre al logro del objeto deseado. Mas, por trabajadas que se hallen por disensiones intestinas, siempre estan acordes en el objeto de su comun aborrecimiento, y áun cuando no convengan en los medios de destruccion, todos convienen en el fin, en la destruccion. Así es que el sistema adoptado entre ellos es que todas las opiniones, todos los intereses, por opuestos que sean, son excelentes siempre que conduzcan á la destruccion del catolicismo y trastorno de las sociedades. En Francia, donde el espíritu de impiedad se ha extendido por todas las clases sociales, donde no existe el respeto á las clases superiores de la sociedad, ha fomentado y favorecido los intereses democráticos. En España, por el contrario, encontraba una fe inalterable, y el filosofismo dominando en las clases elevadas, y por esto han apoyado los intereses de la aristocracia contra la autoridad del monarca,

á quien han reducido á instrumento dócil de las banderías, que firma y decreta cuanto á ellas place, permitiéndole estas por lo demás que disfrute de las comodidades de la vida, pero quitándole toda iniciativa en los negocios, á semejanza del espíritu del mal, cuyo único objeto es alterar el órden y la paz en el mundo, sean cuales fueren los medios. No hay una sola falsa opinion de que no hayan usado, ni un pensamiento de insubordinacion que no hayan acogido, ni odios ni resentimientos de que no hayan hecho uso para el logro de sus depravadas intenciones. Ya los venerables pontífices romanos Clemente XII y Benedicto XIV, por las constituciones *In eminenti*, del 28 de Abril de 1738, y *Providas*, del 28 de Mayo de 1751, condenaron y prohibieron la asociacion *de i Liberi muratori*, ó *franc-masones*, lo mismo que las sociedades designadas con otros nombres, segun la diferencia de las lenguas y de los países. Hablando despues de los iluminados, es de saber que fueron unos herejes aparecidos en España hácia el año 1575, y á quienes en lenguaje español se les designaba con el nombre de *alumbrados*. Eran sus iniciadores y jefes Juan de Villalpando, natural de Tenerife, y una religiosa carmelita, llamada Catalina de Jesus. Muchos de sus discípulos fueron presentados á la Inquisicion, que los condenó á la pena de muerte, que sufrieron en Córdoba, y otros abjuraron de sus errores, que habian abrazado de buena fe. Los principales errores que se les atribuyen son el de la oracion sublime, á la cual llegaban por medio de ejercicios designados al intento, y una vez en este estado de perfeccion elevada, ya vivian fuera de las regiones ordinarias, sin que necesitasen ya ni de los sacramentos ni de ningun género de buenas obras, y podian por lo mismo entregarse á cualquier género de acciones, por infames que fueran, seguros de que nunca ofendian á Dios. Esta secta fué renovada en Francia en 1634, y los guerineros, ó discípulos de Pedro de Guerin, se agregaron á estos sectarios, pero fueron destruidos merced á la persecucion eficaz y constante de Luis XIII. Pretendian que Dios habia revelado á uno de ellos, llamado Fr. Antonio Bacquet, una práctica de virtud tan excelsa y supereminentemente desconocida hasta entónces en la cristiandad, que hacia santos á todos, de tal manera que podia llegarse por este medio en pocos meses al mismo grado de perfeccion y excelsitud que los santos y la Virgen María, quienes, en concepto de estos herejes, solo habian tenido virtudes de órden comun. Añadian que este método conducia á una union tan íntima con Dios, que una vez alcanzada, las acciones de los hombres quedaban desfiguradas, y que en este estado deificado era á Dios á quien solo competia obrar en nosotros, permaneciendo nosotros impasibles ó pasivos. Sostenian que todos los doctores de la Iglesia ignoraban lo que era la verdadera devocion; que S. Pedro, hombre sencillo, ni S. Pablo entendian una palabra de la espiritualidad, y que toda la Iglesia permanecia en las más profundas

tinieblas en órden á la práctica del Credo. Decian que nos era permitido todo lo que nos dicta nuestra conciencia; que Dios á nadie ama fuera de sí mismo; que era preciso que su doctrina se extendiese dentro de diez años por el mundo; y que entónces ya no habria más sacerdotes, ni religiosos, ni obispos, ni superiores eclesiásticos. ¡Triste condicion la del linaje humano! ¡Cuántas aberraciones en el órden religioso, en el científico, en el literario y en todos los órdenes! Ni se crea que quedase sepultada en el olvido la secta de los iluminados, despues que las persecuciones de la Inquisicion de España y la constante vigilancia de Luis XIII la hubieron desterrado de sus paises respectivos, porque fué esa secta á buscar asilo en otros países, donde fué recibida con acariciadoras formas. Pernety, benedictino, abad de Burkol, bibliotecario del rey de Prusia; el conde de Grabianha, Brumore, hermano del químico Guyton-Morbeau; Meruval, empleado en hacienda; y algunos otros distinguidos personajes, se habian reunido en Berlin para ocuparse de ciencias ocultas. Buscando los secretos de lo porvenir nada decian sin consultar ántes la *Santa Cábala*, nombre con que designaban el arte ilusorio de obtener del cielo respuestas satisfactorias á las preguntas que le dirigian. Algunos años ántes de la revolucion creyeron que una voz sobrenatural, emanada del cielo, les ordenaba pasar á Aviñon. Obedeciendo á las ilusorias órdenes, Pernety y el Conde pasaron á la ciudad mencionada, donde llegaron á adquirir algun crédito, y fundaron una secta de iluminados, que tuvo prosélitos en abundancia, asi dentro como fuera de la expresada ciudad. Bajo el nombre del P. Pani, dominico, comisario del Santo Oficio, se publicó en Roma, 1791, una coleccion de documentos concernientes á esta secta, que tomó el nombre de *iluminados aviñonenses*. En ellos dice el P. Paris que Aviñon vió nacer una secta que pretendia estar destinada por el cielo para reformar al mundo, estableciendo un pueblo destinado al servicio especial de Dios, como el pueblo antiguo de Israel, elegido entre los circunvecinos pueblos. Sus miembros, sin distincion de edad ni de sexo, se distinguen, no por sus nombres respectivos, sino por una cifra. Los jefes, que residen en Aviñon, son consagrados por medio de un rito supersticioso, y pretenden estar muy adheridos á la católica religion; tienen, al decir de ellos, una especial asistencia de los ángeles, reciben en sueños inspiraciones para interpretar la Biblia. Llámase patriarca ó pontífice el que preside las operaciones cabalísticas. Hay tambien un rey, destinado á gobernar este pueblo privilegiado de Dios. Octavio Capelli, sucesivamente criado y jardinero, que estaba en correspondencia con estos iluminados, pretendia tener respuestas con el arcángel S. Rafael, y deciase tambien autor de un rito que habia compuesto para la recepcion de los diversos miembros. La Inquisicion le formó un proceso y le condenó á siete años de prision, sentencia que es

extensiva al resto de la sociedad, por atribuirse apariciones sobrenaturales, sospechosas de herejía, y prohibe á todos el agregarse á ella, el tributar elogios á los afiliados y doctrinas profesadas por ellos, y ordena que sus resoluciones sean denunciadas á los tribunales eclesiásticos. Pernety, nacido en Ruan en 1716 y muerto en Valencia en 1811, tradujo del latin *Las maravillas del cielo y del infierno*. Los sewdenborgianos se jactaban de tener correligionarios en Aviñon; pero esta esperanza se desvaneció al saber que los iluminados aviñonenses adoraban á la Santísima Vírgen, á la cual suponian la cuarta persona de la Santísima Trinidad, error que no era nuevo, porque los coliridianos atribuian la divinidad á la Santísima Vírgen, á quien además ofrecian sacrificios. Plotzio habla de un iluso que pretendia que la Santísima Vírgen era Dios, que el Espíritu Santo habia encarnado en el seno de Sta. Ana, que la Vírgen Santísima, contenida con Jesucristo en la Eucaristía, debia por consiguiente ser adorada como él; y Borri fué quemado en efigie en Roma, y sus escritos lo fueron en realidad el 2 de Enero de 1761. Dícese tambien que los iluminados aviñonenses renovaron las opiniones de los milenarios; se les ha acusado de admitir hasta la comunidad de mujeres; la clandestinidad de sus asambleas parece favorecer tal imputacion, sin ser por eso una prueba fundada. Habiendo muerto Pernety, la sociedad que en 1787 se componia de un centenar de individuos, se halló reducida en 1807 al escaso número de seis ó siete. De este número era Beaufort, autor de una traduccion con comentarios del salmo *Exsurgat*, donde sostiene que el arca de la alianza, el maná, la vara de Aaron, ocultas en un rincon de la Judea, reaparecerán un dia cuando los judíos entren en el seno de la Iglesia católica en el fin de los tiempos. Por último, el bávaro Weishanpt, nacido en 1748, iniciado en las doctrinas del filosofismo de su época, publicó los principios de una sociedad de individuos, que llegó á ser vastísima, denominada *iluminismo*, y la cual no reconocia la legitimidad de ninguna ley política ni religiosa. Compuso pues un sistema, un repugnante conjunto de los principios antisociales de los antiguos iluminados y de los principios antireligiosos del moderno filosofismo. El medio que empleó para rodear de crédito su secta fué agregarla á los fracmasones, hombres exentos ya de las preocupaciones religiosas, de lo que es permitido inferir que la vasta sociedad masónica estaba ya iniciada en los tenebrosos misterios y horrorosas doctrinas de la secta. Celebrábase á la sazon una asamblea de masones, la más numerosa por el número de afiliados que á ella fueron convocados, y la mas varia por las muchos sectas que en ella se reunian. Aprovechó el fundador del iluminismo esta coyuntura favorable para dar nombradía á su secta, agregándola á la gran sociedad masónica, y luego que hubo alcanzado sus deseos, fueron portentosos y rápidos sus progresos. Asombra el ver las gigantescas proporciones de esta vasta y

destructora asociacion, que por desdicha contaba en su seno algunos eclesiásticos, segun las listas contenidas en los archivos de la Orden, la cual contiene varios nombres de eclesiásticos, de curas párrocos y hasta del prelado Hoelesin, vicepresidente del Consejo espiritual de Munich, obispo de Rherson, desde su santuario de Ingolstadt presidia á todos los conjurados, y á manera de emperador de los abismos subterráneos, tuvo bien pronto más ciudades sujetas á su cetro demoledor, que el jefe del santo imperio romano tenia bajo su dominio temporal. Explícase esta admirable y rápida extension por la facilidad con que los iluminados se introducian en las lógias masónicas y la preponderancia que los misterios de Weishanpt adquirian de dia en dia en ellas. ¡Increible parece lo que vamos á decir! Además de los afiliados de diversas clases, el iluminismo llegó á contar entre sus miembros muchos príncipes y soberanos del mundo. Estos ilustres tontos no conocian sin duda la aversion que el fundador de la secta en que se alistaban tenia á las testas coronadas, probablemente los dispensaria de los juramentos que hacia prestar á los miembros de inferiores clases de detestar con todo su corazon y aborrecer con todas sus fuerzas á los monarcas; solo les revelaba lo que conceptuaba podia revelarles sin ofender la susceptibilidad de los príncipes coronados, esto es, los proyectos de la asociacion hostiles á la religion y su horror á los sacerdotes y al clero. Tal era la ceguedad de estos príncipes, que cuando el fundador de la secta, proscripto de su patria como traidor á su soberano, tuvo que buscar un asilo fuera de la Baviera, fué acogido y colmado de honores y pensiones, con el título de consejero honorario, en la corte de Ernesto Luis, duque de Sajonia-Gota. El fundador del iluminismo no ha muerto hasta estos últimos tiempos, de avanzada edad, y despues de haber sembrado en las modernas sociedades los disolventes gérmenes que han puesto en la cruel conflagracion que hoy vemos á la sociedad europea vacilante y trémula. Hé aquí el resúmen del sistema, que con ligeras variaciones puede decirse es el de las tres sectas de fracmasones, iluminados y filósofos iluministas. «La igualdad y la libertad son los derechos esenciales que el hombre recibió de la naturaleza en su perfeccion originaria y primitiva. El primer ataque á esta igualdad fué dado por el llamado derecho de propiedad; los únicos fundamentos de la propiedad y de los gobiernos son las leyes civiles y religiosas. El primer ataque á la libertad fué el de los gobiernos ó sociedades políticas. Para restablecer al hombre en sus derechos primitivos de libertad é igualdad es preciso empezar por destruir toda religion, toda sociedad civil, y acabar por la abolicion de toda propiedad.» Si Weishanpt hubiese conocido los fundamentos de la verdadera filosofía, sabria que los derechos y las leyes promitivas del hombre primitivo, solo todavía en la tierra, ó padre de una generacion poco numerosa, no fueron

ni debian ser los derechos y las leyes del hombre sobre la tierra poblada ya de sus semejantes. Sabria tambien que Dios, ordenando á su hechura que se multiplicase, poblase la tierra, y la cultivára, le anunciaba por este solo hecho que su descendencia estaba destinada á vivir sobre la tierra sometida á las leyes civiles y políticas. Le hubiera tambien enseñado la sana filosofía que sin propiedad quedaba el orbe terráqueo sin culto y desierto; que sin leyes religiosas y civiles, este inmenso desierto sería á lo sumo guarida de hordas salvajes y vagamundas esparcidas aquí y allá y cuya única ocupacion consistiera en destrozarse las unas á las otras. Si esto hubiera sabido, concluyera entónces que su igualdad y libertad decantadas, léjos de ser los derechos esenciales del hombre en su perfeccion, no son más que un principio de embrutecimiento y degradacion, una vez que no pueden subsistir sin sus anatemas relativos y contrarios á la propiedad, la sociedad y la religion. Pero este sistema es por sí tan absurdo, y lleva tan marcadas las tendencias demoledoras de todo órden doméstico, social y religioso, que es en vano cansarse en refutarlo por medio de una discusion séria. Si á los católicos no estuviera vedada la ofensiva, en ciertos casos los mejores argumentos que emplearse pudieran para destruir los sistemas de nuestros enemigos serian la lanza, la metralla y el hierro. No hay otros medios de convencerlos. La obra en que el abate Proyart combate á los filósofos, á los iluminados y á los fracmasones ha sido reimpresa en diversas ocasiones. La coleccion de sus obras completas ha sido publicada en Paris, en 1822, en diez y siete volúmenes en 8.° Se encuentra al frente del segundo volúmen una noticia sobre el autor, en la que se le atribuye una historia de Robespierre, inédita, porque no se halla contenida en el catálogo. Una de sus publicaciones más interesantes es el *Compendio de Historia eclesiástica*, continuada hasta el Concordato de Pio VII, y publicada en Lyon en 1806, en 12.° El *Elogio de Luis XVI*, que ha sido impreso varias veces, es aún buscado y leido con afan. —N. L.

PROYECTICIO, arcediano y mártir de Bérgamo en Italia, floreció á principios del siglo IV del catolicismo, y en la época precisamente en que ya disípanse las tenebrosas nubes del paganismo, para dejar paso á los benéficos rayos del sol luminoso de justicia y de verdad, cuyas centellas habian sido esparcidas en el cenáculo, para de allí desparramarse á todos los demás puntos del orbe conocido. Ya se habian erigido templos, ya la religion del divino Crucificado del Gólgota habia adquirido en el mundo derechos de ciudadanía, ya no era necesario ocultarse en las lóbregas catacumbas para enviar al cielo por medio del Redentor de los mortales el tributo de las adoraciones, el incienso de las oraciones purísimas, las súplicas ardientes impetrando del Salvador la curacion de las llagas mortíferas que aquejan al

mundo, anegado en llanto desde el funesto dia en que una mujer dichosa y feliz labra su infelicidad y la de toda su vasta progenie alargando su osada mano á la vedada fruta, haciendo temblar de espanto á la tierra entera, atrayendo sobre ella desgracias innumerables y continuadas hasta la consumacion de los siglos. Ya los ídolos derrumbábanse en casi todos los puntos del orbe más conocidos, y replegábanse las enemigas huestes avergonzadas y confusas de verse derrotadas por la humilde planta, aunque poderosa, del Hijo del hombre, y desde entónces estableciόse en la tierra un signo vil en la apariencia, aunque de eficacísima virtud, ante cuya presencia huyeran despavoridas todas las potestades del horroroso averno, y fuesen allí encerradas en lóbregas cavernas, y no molestasen con sus temibles ardides á la triste y humillada progenie del prevaricador Adan. Ya tambien los cristianos, los depositarios de la virtud y del saber, empezaron á perpetuar la divina religion del Crucificado por medio de la enseñanza cristiana, de la creacion de una literatura tan original como sublime, la literatura sagrada, en la cual el lenguaje del hombre se mezclaba con el lenguaje de Dios hablado en las sagradas Escrituras, y las ciencias, saliendo de esa abyeccion en que se encontráran postradas, sin saber á punto fijo el límite de los conocimientos trazados á su saber, ignorando de dónde venian, á dónde iban, y los medios de que disponian para lograr su bienaventuranza eterna. Un Dios hablando á la ofuscada mente del hombre resolvió con una sola palabra todos los embrollados problemas á que el género humano no sabia dar una solucion satisfactoria, y entónces se supo que el mundo no era un resultado fortuito de la agregacion de los átomos, ni un producto espontáneo de la materia que se suponia increada, ni el resultado del acaso, sino el efecto de un acto espontáneo y eficaz, de un Dios omnipotente, que dijo una palabra y todo lo sacó del cáos, de los abismos inexplicables, de la nada. Se supo tambien que el hombre, dotado de una inteligencia y de una razon, no era el ser que salido de la naturaleza habia empezado por ser imperceptible pólipo, pasando sucesivamente todos los grados de la gerarquía animal, vastísima y extensa por cierto, hasta llegar á adquirir la supremacía entre todos los séres, hasta empuñar el cetro de la naturaleza, hasta mandar á todos los séres. En esta época apareció, pues, al mundo nuestro personaje, á quien desde sus primeros años consagraron sus piadosos padres al servicio de la Iglesia y de los ancianos y de los presbíteros. Viendo estos la virtud acendrada y las disposiciones brillantes para la defensa de los intereses de la religion amada del Crucificado, que vilmente eran atacados por los enemigos del nombre augusto de la cruz, le iniciaron en las sagradas letras, le dieron parte en la explicacion de los arcanos divinos, á poco le confirieron la tonsura eclesiástica, y los sagrados órdenes menores de ostiariado, exorcistado, acolitado,

lectorado, subdiaconado, hasta que al fin el obispo de Milan S. Materno, en vista de sus méritos y virtudes, le confirió el diaconado, que desempeñó conformándose en todo á la conducta de los esclarecidos varones que le habian precedido en esta dignidad. Elevado más tarde al cargo honrosísimo, y mucho más aún en los primeros siglos de la Iglesia, de arcediano de la catedral de Bérgamo, despues del inexcusable cumplimiento de sus funciones canonicales, consagrábase á la predicacion de la divina palabra, á la conversion de los herejes, á la ilustracion de las pagánicas turbas, á la santificacion en fin del mundo entero, y segun los biógrafos de su tiempo fueron tan fecundos en copiosos frutos y buenos resultados sus apostólicos trabajos, que merced á ellos se aumentó considerablemente el número de fieles católicos, que se reunia dia y noche en los venerandos templos á rendir sus homenajes y ofrecer sus corazones á Dios que reinaba en sus fervorosas almas con exclusion de todo otro afecto terrestre y humano, de toda pasion, de todo lazo de familia. Aquellas almas, abismadas en la contemplacion de Dios, no era extraño que fuesen regaladas por el Excelso, por aquel que guiado de amor tiernísimo á los hombres ha declarado solemnemente que sus delicias se hallan cifradas en habitar y conversar con los hijos de los hombres. No satisfecho con dedicarse al trabajo ímprobo de la predicacion cristiana, cuidó tambien de introducir mejoras notables en las iglesias cristianas, de las cuales pocas habian sido construidas todavía con arreglo á los magníficos planos proyectados en los sucesivos siglos por los grandes artistas cristianos. Además de varios altares, mandó labrar un púlpito elegante de marmóreas piedras donde ordinariamente predicaba, y además construyó en las inmediaciones de la iglesia un hermoso edificio, en el que habitaba en compañía de otros virtuosos clérigos, á quienes dirigia con ardoroso celo, encaminándolos por las hermosas y floridas sendas de la virtud, y haciendo que ellos á su vez mostrasen cariñosos y solícitos á los desgraciados el camino de la bienaventuranza feliz. Con tantos heróicos trabajos, que arrancaban numerosas almas al enemigo luceferino, húbose de enconar el ánimo de las potestades del averno, supuesto que fomentaron la más triste aunque corta persecucion contra los cristianos, en la que abrumado de palos y pedradas, semejante al protomártir Estéban, desfalleció el ya debilitado cuerpo de nuestro Santo, muriendo el 4 de Mayo, y siendo enterrado en S. Jacobo de Bérgamo. —N. L.

PROYECTO (S.), obispo y mártir. Nació este bienaventurado en Claramonte de las Galias, en el siglo VII de nuestra era; y dedicándose al servicio de Dios, fué elegido por su piedad obispo de su misma patria, en cuyo alto destino, de ménos ostentacion mundana entónces que despues, fué una de las lumbreras de la santa Iglesia católica. Mucho tuvieron que trabajar

los fieles, y en especial los eclesiásticos, para que admitiese el episcopado en el año 672 en que fué electo, pues que contento en su vida contemplativa y con su humildad, pretextó su ignorancia para desempeñar tan elevado puesto, y sus poquísimas fuerzas para poder soportar carga tan pesada; pero el empeño de sus compatriotas y el amor que le demostraron fué tan grande, que no pudo ménos de tomar el gobierno de su iglesia y el cayado prelacial para guiar el rebaño que el Señor se dignaba fiar á su cuidado. Si la piedad y las buenas costumbres estaban infiltradas en los corazones de los pobres de su feligresía, cuyas almas alimentaba con el manjar delicioso de la piedad con su ejemplo y buena doctrina, no sucedia otro tanto con los poderosos que la escandalizaban comunmente con sus vicios, santificando con su mal ejemplo, á su modo, la inmoralidad, para que se creyesen ménos punibles sus desórdenes. Deseando el santo Obispo detener el contagio que iba produciendo la irreligion de los magnates, y poner un freno que los detuviese en la carrera de perdicion en que corrian desbocados al precipicio, al que podrian arrastrar á la multitud, que por lo general sigue siempre el mal ejemplo de sus señores, emprendió la noble tarea de convencerlos de su mala vida. Celoso de la gloria de Dios, y con verdadero amor á la justicia, reprendió primero con dulzura y despues con severidad evangélica los excesos de los grandes y poderosos señores de Claramonte; pero estos, léjos de temer la cólera divina anunciada por la santa boca de su prelado, no pudiendo sufrir que un pobre obispo contrariase sus intentos y los perturbase en sus criminales goces, faltando á Dios, á los hombres y á sí mismos, juraron librarse de sus exhortaciones á toda costa. Firme el santo Obispo en su predicacion, y obstinados los grandes en su persecucion, lograron infamarle de tal modo, que se le condenó á muerte, la cual sufrió con la más santa alegría en compañía de su amigo S. Marino, víctima como él de la perfidia de los impíos, el dia 25 de Enero del año 681 de Jesucristo, por cuya causa fueron sacrificados. — C.

PROYECTO (S.). El Martirologio presenta otro Santo llamado Proyecto, al que con S. Tirso conmemora la Iglesia el dia 24 de Enero; pero nada se dice en los autores relativo á este Santo ni á su compañero de festividad ó de recuerdos. — C.

PROXITA (Fray Luis Sanz). Natural de la ciudad de Valencia, de estirpe nobilísima, despues de haber sido en cuna ilustre mecido, cuando un mundo lisonjero aunque falaz le brindaba con sus goces frívolos, sobreponiéndose Proxita á todas las vanidades humanas, abandonó la sociedad ilustre en que era estimado y halagado, y entró en la órden ilustre y religiosa de los Carmelitas descalzos. Ni su orígen noble, ni su sangre azul, ni su costumbre de pasar una vida cómoda y tranquila, fueron motivos para que el piadoso

Proxita abandonase el más mínimo de los deberes de su Orden. Fué ejemplarísimo en el noviciado, amante de las humillaciones y austeridad, arrastrando al resto de sus compañeros, cuya veneracion se habia captado con sus formas apacibles, á las prácticas religiosas ménos usadas. Desempeñó sucesivamente los cargos siguientes: el de maestro en artes, el de doctor en sagrada teología de la universidad valenciana, el de regente de estudios del real colegio de la valenciana capital, el de prior de Orihuela, y definidor ó calificador del Santo Oficio. Dió inequívocas pruebas de sabiduría y elevacion de ánimo en la cátedra, que desempeñó con grande encomio por muchos años; en el púlpito, donde se le veia con frecuencia anunciando las evangélicas doctrinas; en el confesonario, en que era incansable y laboriosísimo, no ménos que en la prudencia que mostraban sus actos de gobierno. Adornó además las ciencias eclesiásticas con numerosas poesías latinas, mostrando en ellas fluidez en la diccion, entusiasmo en el pensamiento, é inspiracion, por cuyas razones fueron en alto grado elogiadas. Despues de su fallecimiento, que se ignora en que época ocurrió á punto fijo, halláronse algunos manuscritos, entre los cuales merece designarse *la oracion fúnebre en las honras que hizo el convento del Cármen de Valencia al obispo de Orihuela.*— N. L.

PRUDENCIO (S.). Entre los benditos en el Señor de que nos hace conmemoracion la santa Iglesia católica el 6 de Abril, se halla este Santo, del que solo se sabe que fué obispo y confesor, que rigió la sede episcopal de Troyes, y que murió el año 881.— C.

PRUDENCIO (S.), obispo. Visitado el Aragon por la Vírgen Santísima en carne mortal, excelencia de que solo nuestra España puede blasonar, ¿qué de extrañar será que el divino ambiente embalsamado de gracia que dejó la Madre de todo un Dios hombre á su paso, fecundizase la tierra protegida de santidad para que produgese ópimos frutos al cielo? Por esta razon no debe admirarnos que Aragon cuente tantos y tan esclarecidos santos entre sus hijos desde que la luz del Evangelio disipó las tinieblas del infierno sobre esta tierra de promision, para que el sol que sobre el Gólgata comunicó sus ardientes rayos á la divina luna que los refleja á la cristiandad entera, brillase en todo su esplendor vigorizando con su sacro fuego los corazones de los fieles. Entre los bienaventurados que nos recuerda la Iglesia el 28 de Abril, y entre las glorias que enorgullecen á la provincia de Alava, se cuenta el glorioso S. Prudencio, uno de los obispos más célebres en santidad de la nacion española. Nació Prudencio en Armentia, pueblo de la provincia de Alava, de una familia rica, ilustre y muy considerada en el pais, á fines del siglo VI de nuestra era. Criado por sus padres, que eran cristianos muy celosos, en las santas máximas de esta religion, se vigorizó tanto en esas ideas

desde sus más tiernos años, que desde luego conoció lo perecedero y miserable de las cosas humanas, y despreciándolas altamente, emprendió con pie firme el camino más derecho que podia conducirle á encontrar la verdadera riqueza, esa riqueza que solo concede el Ser Supremo á los que más interés le ganan del caudal que en ellos deposita. Firme en su propósito de buscar á Dios por el atajo más corto, apénas cumplió los quince años, abandonó la casa paterna, que le proporcionaba cuantas comodidades y grandezas aprecia el mundo, y dirigiéndose á la otra parte del Ebro, deseoso de encontrar un desierto lejano del mundo en que poder vivir solo para Dios, tuvo la dicha de encontrarle y en él al virtuoso Saturio, que hacia austera penitencia en aquel solitario país. Nueve años vivieron juntos alabando al Señor los dos anacoretas; pero habiendo llamado al fin de ellos el Señor al virtuoso Saturio, despues que Prudencio le dió sepultura y oró en aquellos lugares santificados por sus oraciones, abandonó el desierto, y dirigiéndose á Calahorra, emprendió la tarea de predicar á los gentiles, y lo hizo con tanta elocuencia y persuasion, y con tan buen éxito, que fueron muchos los que convirtió á la fe católica. Ofendida su santa modestia del aura popular que alcanzó con su predicacion, á fin de huir de los aplausos que se le prodigaban, lo cual creia ofensivo á su humildad, se retiró á Tarazona; y escarmentado de los elogios que le atraia la predicacion, no quiso continuarla y prefirió la humilde condicion de ayudante del sacristan de aquella santa iglesia á la dignidad en que le colocaba la oratoria sagrada. Ayudando al sacristan en las tareas de su ministerio, su santidad, virtud y ciencia fueron descubiertas por más que su humildad procuró ocultar estas excelencias, y el prelado le nombró arcediano. Ocupado en las funciones de su cometido, á satisfaccion del cabildo y de todo el pueblo, ocurrió la muerte del obispo de aquella santa Iglesia, y aprovechándose el pueblo de Tarazona de esta circunstancia, le proclamó por unanimidad obispo, dignidad que por más que fué porfiado en sus ruegos para que le dispensasen de ella, se vió precisado á aceptar. Dedicado exclusivamente á llenar lo mejor posible las funciones de su alto ministerio, rigió su iglesia con el mayor acierto, no omitiendo medio alguno que pudiese procurarle el bien espiritual y temporal de sus ovejas. Sabedor Prudencio de las diferencias que en daño de la buena moral mediaban entre el obispo de Osma y su clerecía, deseoso de avenir á ambas partes y de evitar los males que estas disensiones, siempre peligrosas, pudiesen ocasionar, se dirigió á la ciudad, y es fama de que á su entrada en ella se tocaron milagrosamente todas las campanas. Ya cercano á la muerte, cuya hora profetizó, el arcediano de su iglesia Pelagio le preguntó en qué parte deseaba se le diese sepultura; á lo que contestó: «Pelagio, mi Señor Jesucristo dispondrá el punto en que quiere que yo sea enterrado; y por lo tanto es mi

voluntad que luego que haya muerto, se ponga mi cadáver sobre mi mula, y allí en donde ella se pare sin violencia alguna, allí se me entierre. Habiéndose hecho así el 28 de Abril del año 634, en que fué su glorioso tránsito, la mula se paró cerca de la villa de Arnedo, y en aquel mismo sitio se le construyó la sepultura, que fué respetada y mirada siempre con cierta clase de veneracion por los naturales del país y por cuantos deseaban interponer para con Dios la mediacion de este Santo, por cuyo conducto se obraron muchos milagros.—C.

PRUDENCIO. No es de Aurelio Prudencio, poeta cristiano español, de quien vamos á hablar, ni tampoco del santo designado con este nombre, sino de un obispo, cuya sede no está bien averiguada y que floreció hácia el siglo X, segun el comun sentir de críticos muy autorizados. Aun cuando Mr. Dupin no hace mencion de este prelado en la *Biblioteca de autores eclesiásticos*, el respetable cardenal Tomaso habla de él con encomio en el prefacio de la obra que publicó en Roma el año 1685, *El doble Salterio*, recomendándole por la pureza de su estilo, por la fecundidad de su imaginacion, de que brotaron luminosas poesías, dignas del siglo de Augusto y de los Ovidios y Homeros. Es verdaderamente un fenómeno el encontrar en esa época tenebrosa de la edad media, en que fué tanta la decadencia de las bellas letras en el seno mismo de la Iglesia, personas que cuidáran de conservar floreciente el idioma del Lacio, en que se hallaban escritas sus hermosas producciones. El citado cardenal presenta algunas frases y elegantes versos tomados del libro que, segun sus aseveraciones, publicó el obispo Prudencio con el título de *Flores Psalmorum*, que cuidadosamente ha sido conservado en la famosa y justamente celebrada biblioteca del Vaticano. Es esta obrita una coleccion hecha con grande inteligencia de los admirables pasajes con que el lector tropieza de continuo al leer las sagradas páginas, cuya belleza divina, cuya sencillez encantadora, cuya asombrosa grandeza, son tan inimitables. Deseoso sin duda de dar á conocer esos trozos de divina literatura hebrea, describió y notó los principales, que se encuentran esparcidos, ora en los cinco libros del Pentateuco, ora en los libros de los Jueces, ora en los inspirados profetas, ora en los Macabeos. La lucha generosa sostenida con tan heróico valor por estos ilustres hijos del pueblo hebreo; las admirables descripciones hechas por los Davides é Isaías, que más bien que el vaticinio de la pasion del Redentor de los mortales es la circunstanciada y detallada historia del Salvador del mundo, la magnífica historia del pueblo hebreo, sus más notables vicisitudes. Abraham, el padre de los creyentes, subiendo al monte Mória á sacrificar en aras de su sumision al único objeto idolatrado de su corazon; el pasaje portentoso por las improvisadas sendas del mar Rojo por el pueblo

elegido; los cánticos maravillosos entonados al Omnipotente por María y Moisés al ver sumido en lo profundo de las aguas al ejército de Faraon; el establecimiento de esa nacion probada en cuarenta años de transmigracion; las diversas fases y vicisitudes del pueblo privilegiado de la antigüedad; las portentosas escenas del Paraíso, y mil y mil otros acontecimientos referidos con candor elevado por los escritores sagrados; son ciertamente asuntos que maravillan, y donde el genio puede hallar grandes pábulos á su imaginacion, á su inteligencia y á su corazon. Mas nada hay que iguale á la hermosura de los salmos, de esos breves cánticos, en que se refieren los misterios más recónditos del mundo y del hombre, de esas inspiradas lecciones, en que el alma, ora se ruboriza ante el Eterno al ver el triste estado de sus pasiones, ora entra en familiar conversacion con el mismo Hacedor del universo, ora se indigna en su presencia adorable al ver las iniquidades humanas, y pide fuego para destruirlas; ya se ofrece como víctima expiatoria para aplacar las iras del cielo, y conseguir la benéfica lluvia de gracias, que vuelva su lozanía y verdor á la humanidad agostada en el crímen y por el impuro fuego de la concupiscencia. Tal es el magnífico asunto que se propuso el obispo Prudencio al componer esa obra tiernísima y útil de *Flores Psalmorum*, cuya lectura, siguiendo siempre el parecer del cardenal Tomaso, embelesa y arrebata. Segun las afirmaciones que encontramos en esa obra, parece que en esa edad, en esa época de carácter esencialmente religioso, acostumbraban las personas piadosas cantar diariamente ó recitar el Salterio, á semejanza de los Santos Padres y antiguos anacoretas, que en el fondo de los desiertos y miéntras el resto de los mundanos se entregaba al descanso en las tranquilas horas de la noche, hacia resonar los eriales y montes circunvecinos con los dulces cánticos, cantados al son de las armonías líricas por el Rey profeta, y formando coro con los espíritus angélicos, que de dia y de noche entonan en el cielo cánticos, que segun el autor del *Apocalipsis* no es dado al hombre adivinar. Para mantener vivo el espíritu de estas piadosas personas, se compuso la obrita del obispo Prudencio, que interpretando fielmente el sentir de los inspirados vates y comentando los lugares oscuros, se proponia hacer aún más deleitosa y recreativa la salmodia. Observa, sin embargo, el autor que la recitacion de todo el salterio, tan usada por los monjes solitarios en los desiertos de la Tebaida, no era lo que se practicaba en sus tiempos. En vez de esas largas oraciones se publicaban, cantaban ó recitaban oraciones breves, cortas, fervorosas, que eran interrumpidas al llegar la hora de comenzar los trabajos de manos.— N. L.

PRUDENCIO, por sobrenombre *el Jóven*, dejó el nombre de Galindo, con el que desde sus primeros años fué designado, para tomar el de Prudencio, por la gran estimacion que profesaba á Aurelio Prudencio *el Poeta*, á quien

quiso de este modo asemejarse hasta en el nombre. Nació en España, á lo que se cree, algo ántes de la irrupcion de los sarracenos, y consta que se fugó á la vecina nacion francesa por no tomar parte en el culto de los mahometanos, que llenos de sañudo odio querian, despues de dominar el país, dominar tambien las inteligencias de sus habitantes, que habian quedado aún al rededor de sus respectivos hogares. Nuestro jóven Prudencio, deseoso de consagrar al Señor toda su existencia, se retiró al lado de virtuosos sacerdotes y sabios eclesiásticos, que le iniciaron en los fundamentos de la religion cristiana de un modo aún más sólido. Enamorados de su encantadora hermosura, y merced á los méritos extraordinarios que contrajo y á las relevantes pruebas que dió de talento admirable y de espíritu cristiano, fué elevado á la silla episcopal de Troyes hácia el año de 840 al 845. Ilustró su sede episcopal con sus luces y virtudes, distinguiéndose sobremanera por su celo en combatir las doctrinas de los heterodoxos, que á pesar de las circunstancias azarosas por que pasaba la conmovida Europa, obligada á luchar con denuedo contra el mahometismo, que amagó anegarlo todo en el inmundo cáos de su ceguedad é ignorancia, no dejaban de atacar la sacrosanta Iglesia católica en los mismos momentos dichosos en que meditaba los medios más adecuados para destruir la maléfica influencia producida en las católicas naciones por las seductoras doctrinas del falso profeta. Sobre todo se distinguió nuestro personaje en el negocio de Gotescalco, fijó uno por uno los diversos artículos de la doctrina cristiana establecida en el concilio de Quierci contra un monje obstinado, y se mostró al mismo tiempo aguerrido impugnador de las doctrinas de las escasas reliquias del pelagianismo y del semipelagianismo, que aún quedaban en el mundo despues de haber sido herida de muerte esa desventurada secta por los sólidos é irrefragables argumentos del grande S. Agustin. Han pretendido algunos sabios que llevó demasiado léjos su celoso afan por la defensa de la verdad, y que al tratar de proscribir el error, envolvió tambien en los mismos anatemas la verdad, que era objeto de sus defensas. Mas atendido lo odioso de la materia, teniendo tambien en cuenta que en momentos de lucha acalorada es fácil pronunciar algunas palabras poco acertadas y técnicas; atendido tambien á la poca malicia que entónces aún reinaba entre los hombres, creemos que nuestro personaje es acreedor á la benevolencia de los sabios por su lenguaje adecuado, mucho más si á lo dicho agregamos el celo santo y las puras y rectas intenciones que le animaban al mostrarse tan acérrimo defensor de esas ideas. Sabido es que Pelagio apelaba á equívocas y falsas interpretacionas para lograr el triunfo de su perversa causa. Era pues necesaria una alma calmosa y templada para que no pudiese alterarse su habitual sosiego ante las pérfidas intenciones, los inicuos amaños, las torpes acusaciones lanzadas sobre la frente de los

católicos por los sectarios de Pelagio. No está, por otra parte, reñida una digna severidad con la templanza cristiana, que si bien nos enseña que combatamos las ideas sin ofender en lo más mínimo á las personas criadas á imágen y semejanza del Eterno, y sobre el cual velan los ángeles con exquisito cuidado, hasta el punto de que el mismo Dios, declarándose tutor y defensor del hombre, declara que castigará las ofensas que le fueran inferidas como ofensas hechas á él mismo, á Dios, como si le hirieran en su misma pupila; si bien es cierto que nuestros hermanos son acreedores de nuestra parte á una profunda veneracion y respeto, esto en nada se opone á la exaltacion justa y sensata del ánimo á la caridad y mansedumbre cristianas. La admirable sumision á la Iglesia católica de que dió inequívocas pruebas, el profundo respeto y amor al Pontificado, que tambien mostró en todo el discurso de su vida, patentiza la rectitud y pureza de las intenciones de nuestro santo compatriota. Agréganse á lo dicho los pasmosos trabajos que consagró á la reforma de algunos monasterios que se habian relajado en Francia, los ópimos resultados que obtuvo, triunfando de los enemigos de la Iglesia, y se podrá adquirir un conocimiento de la injusticia de los cargos severos en demasía, que han dirigido los sabios á este esclarecido español, que murió el 6 de Abril de 861. Entre sus escritos, insertados en la famosa Biblioteca de los Padres, encuéntranse algunos muy notables. Sobre todo hay un opúsculo en el cual prueba la necesidad de la gracia para obrar actos meritorios de vida eterna, fijando ya de un modo preciso y admirable las ideas en su época. Nada podemos sin el auxilio de Jesucristo en el órden sobrenatural; nadie pida al Padre sino por medio del Hijo, esto es, por los auxilios que se digne conceder al Hijo; nadie puede hacer ni operar acto ninguno meritorio ni digno de Dios, si no es auxiliado por la gracia divina, así como el sarmiento separado de la vid, que le comunica su jugo, no es otra cosa que estéril ramo propio solo para arrojarlo al fuego, así el hombre sin estar unido á Dios no puede llevar fruto ninguno que sea propio para Dios. Despues de sentadas las ideas principales acerca de la gracia en general, viene á descender á los casos particulares. En nada se oponen sin embargo las ideas emitidas á las opiniones, atendibles por cierto, de los que juzgan que el hombre por sí solo, si bien es cierto que no puede operar actos y obras dignas de Dios, pero puede sin duda obrar actos buenos puramente en el órden natural. El ejemplo de las piadosas parteras, que guiadas por sentimientos de digna compasion, desobedecieron las órdenes bárbaras y tiránicas del Rey, recompensadas despues por el mismo, viene á corroborar estas verdades, que aunque opinables tienen ya gran contacto con el dogma ahora especialmente en que la verdad se ha fijado con términos precisos sobre este debatido punto. — N. L.

PRUDENCIO CLEMENTE (Aurelio). Experimentamos una vivísima complacencia en formar la biografía de este ilustrado poeta y escritor católico español, que es una de las glorias literarias de nuestra religiosa patria, tan fecunda en eminentes literatos, sabios profundos, poetas cristianos, filósofos admirables. Nosotros, que desearíamos ver cultivada de nuevo en el presente siglo la hermosa y bella literatura española; nosotros, que suspiramos con anhelo por que vuelvan á suscitarse en nuestro suelo querido cantores religiosos, consumados filósofos, literatos amenos, que perpetúen la memoria inmortal de los Fr. Luis de Leon, Fr. Luis de Granada, Luis Vives, y mil y mil como han adornado nuestras letras, no podemos ménos de gozarnos en ver ya en el siglo IV de la era cristiana cuál se levanta Aurelio Prudencio Clemente á entonar himnos sublimes, á pulsar la lira cristiana, haciéndola producir acentos armoniosos, que enajenan en dulcísimo arrobamiento á todo el que sienta latir en su pecho la llama religiosa y el patrio amor, á contestar y pulverizar los sofísticos argumentos de los marcionitas y otros herejes de su tiempo, á defender con calor la causa de la verdad, ora en el terreno filosófico y teológico, mostrando al mundo entero las necias é infundadas acusaciones con que los enemigos de la Iglesia católica han querido mancillar la purísima y encantadora hermosura de la augusta religion del Crucificado, ora en el terreno poético presentando al mundo entero la grandeza de los mártires, su admirable constancia en los tormentos, su fe ardiente que los llevaba al patíbulo más infame, y deduciendo de sus sobrehumanas proezas, cantadas con divino acento, la verdad y la divinidad de la religion, sellada con la sangre egregia é ilustre de innumerables héroes, que hoy venera el universo, entusiasmándose en la contemplacion de sus portentosas hazañas. No desconocemos el pérfido interés que los enemigos del órden científico, religioso, social y literario han tenido aún en nuestro país de oscurecer la gloria del ilustre compatricio, cuya biografía nos proponemos hacer, queriendo sustituir nuestra envidiable é incomparable literatura cristiana, que eleva al hombre, haciéndole concebir ideas superiores y despreciar y combatir las pasiones, con una perversa literatura importada de extraños países, sembrada de disolventes pensamientos, encaminada á corromper la pureza de nuestra fe, introducir la zizaña en el campo religioso español, extinguir en los ibéricos pechos los proverbiales sentimientos de honradez, gravedad, grandeza de ánimo que tanto armonizan con el espíritu del catolicismo, y corromper las candorosas é inocentes costumbres que reináran hasta los principios de este siglo en la mayoría de las hespéricas provincias. Por desgracia no han sido infructuosos sus esfuerzos; la generacion presente, abandonando las preciosas concepciones de nuestros religiosos escritores, de nuestros jovíales y donosos hablistas, de

nuestros inspirados poetas, de nuestras envidiadas y admiradas obras, busca un pábulo á su perturbada mente en las literaturas extranjeras, complaciéndose en las que se distinguen por su irreligion, por su odio al órden, por sus deplorables tendencias. Como consecuencia de esto rechazan nuestra bellísima poesía y literatura, celebrada por los genios más eminentes de todos los países, que no han podido ménos de concedernos que dominan en el escritor español cualidades no comunes en los de otros países, una inteligencia perspicaz, una imaginacion rica y variada, un corazon de fuego, un sentimiento religioso sobre toda ponderacion. Es nuestro deber hacernos cargo de las acusaciones lanzadas sobre la tersa frente de Prudencio Aurelio, manifestar el indisputable mérito de este escritor, y dar á conocer algunos de sus escritos. Si la generacion de hoy no recibe con placer nuestras palabras por tener el gusto depravado, confiamos en la Providencia, que tanto ha velado por los más sacrosantos intereses de España, volverán tiempos más bonancibles luego de pasado el turbion revolucionario que reina por do quiera, y con la paz volverán á renacer en nuestra patria el gusto de la literatura cristiana, el amor á los notables escritores patrios. Nuestro cristiano poeta nació en la provincia de Tarragona en el año 348, de padres ilustres y honrados, los cuales cuidaron de darle una educacion esmerada, consagrándose á cultivar las precoces disposiciones que el niño Prudencio mostraba ya en sus infantiles años para la poesía y las bellas letras. En su juventud ejerció con gran crédito la abogacía, siendo más tarde nombrado juez, y luego gobernador de algunas villas, segun la autorizada opinion de Tillemont y varios otros escritores. Merced al carácter belicoso de su época, abandonó á poco la carrera judiciaria, y desnudándose de la toga, tomó la espada, dedicándose casi exclusivamente al ejercicio de las armas, y pasando en la calidad de militar á la corte del emperador Honorio, el cual le confirió algunos empleos honoríficos hasta el punto de nombrarle cónsul de una de las provincias sujetas á su dilatado imperio, si hemos de creer á algunos autores. Dió inequívocas pruebas de lealtad, de desprendimiento y de generosidad no comunes en el desempeño de sus empleos, cuyas obvenciones las derramaba con profusion y largueza sobre las clases desvalidas y menesterosas, por socorrer á las cuales vió en diversas ocasiones considerablemente mermada su fortuna pingüe. Contribuyeron tambien á este cercenamiento de sus intereses las querellas y enemistades de sus émulos, que con mezquinas acusaciones quisieron empañar su reputacion acrisolada, costándole grandes dispendios la recuperacion de su vulnerado honor en los corrompidos é interesados tribunales, y por causa de los jueces, ménos amantes de la justicia que del interés en aquellos tiempos. Dios, sin embargo, que vela desde lo alto del Empíreo sobre la inocencia vilipendiada,

tejiendo coronas inmarcesibles para aquellos de sus siervos que triunfan de la inconstancia y odiosas enemistades de los hombres, se complació en ver serena é inalterable, pacífica y llena de confianza, el alma de Prudencio, á quien concedió en remuneracion de su valerosa fe y constancia innumerables riquezas, que dividió al recibirlas con los hijos privilegiados del Altísimo, con los pobres andrajosos, con los mendigos expuestos á todos los desdeñosos embates de los hombres y de los elementos. Por motivos que no son bastante conocidos, áun cuando nos inclinamos á creer que sería por dar explicaciones satisfactorias é impetrar el apoyo del Emperador, emprendió un viaje á la capital del mundo antiguo, á Roma, en el año 407 de la era cristiana, y prolongó su estancia en la cabeza y centro del catolicismo para contemplar con detenido recogimiento los sepulcros de los santos mártires, que llenos de ardiente fe, derramaron su sangre preciosa por testificar la divinidad de la religion cristiana, traida desde el cielo por Aquel que derramára la suya gota á gota en el patíbulo infame del Gólgota. Luego que hubo satisfecho su ansiedad religiosa, visitando los venerandos monumentos del catolicismo, poseido de asombrosa veneracion, abandonó sus funciones militares para retirarse á la soledad de una quinta, que se adquiriera con este intento en España, y pasar el resto de su existencia en comunicacion con el cielo, en la oracion, en los actos de piedad, y en el cultivo de las letras, cual si comunicar quisiera á los hombres por medio de rasgos atrevidos, de magníficas poesías, de inspiradas composiciones, las elevadas ideas que el cielo le comunicára en los momentos de su contemplacion arrobadora. Tal fué la conducta observada por Prudencio Aurelio Clemente en la postrera mitad de su vida, y se ignora la época de su fallecimiento. Si en sus juveniles años, llevado de la inconsideracion propia de su edad, de su carácter vivo y fogoso, se entregó á algunos excesos impropios de un cristiano, ni son tan abultados como lo han querido suponer algunos malignos críticos, ni merecia que se fundasen en pueriles ligerezas cargos tan severos é injustos como son los lanzados sobre la conducta de Prudencio, que es sin duda acreedor á la indulgencia de los hombres honrados, cuando pasada la época de su ardor juvenil se le vé consagrado exclusivamente á las prácticas cristianas, siendo el modelo acabado de virtud y honradez, que bastáran á expiar sus exagerados desvarios. Cuando todavía frisaba en los cuarenta años resolvió no consagrar en lo sucesivo su pluma y su talento sino á las composiciones religiosas, ni buscar otros asuntos para sus poesías sino los muy fecundos y grandiosos que el cristianismo presenta á los genios más ávidos de pensamientos sublimes, de grandor, de inspiraciones bellas. Publicó dos libros llenos de celo por la santa causa de la religion, llenos además de profundas observaciones y vasta erudicion, en los cuales com-

batió con sin igual denuedo los proyectos de Símmaco, encaminados á resucitar prácticas y costumbres contrarias á la nueva religion del Crucificado, cuya victoriosa bandera ondeaba ya triunfante y vencedora en las cúpulas del Capitolio, y que habian sido abolidas á su aparicion, cual se disipan las ligeras nubes del estío al ser agitadas por el furioso vendaval. Pidió asimismo la abolicion de los bárbaros juegos de los gladiadores, de esos espectáculos nefandos, que suprimidos á lo que se cree en el año 403, se deseaban restablecer. Los cánticos, los himnos magníficos, que todavía hoy despues de largos siglos resuenan en las bóvedas de nuestros templos, la refutacion de las herejías de su tiempo, forman las demás obras del poeta Prudencio, las cuales llevan casi todas títulos griegos. En su *Cathemerinom* ha reunido todas las diversas oraciones, llenas de uncion y de amor, y otros himnos, que la Iglesia repite en sus divinos y solemnes oficios todos los dias. La obra intitulada *Harnartigenia*, que quiere decir *orígen de los pecados*, contiene la refutacion de los groseros errores de Marcion y sus secuaces. El denominado *Perytephanom*, que significa *las dos coronas*, es una hermosa coleccion de los himnos de los mártires, y principalmente de los que florecieron en España. La *Psicomachia*, ó el *combate del alma*, es la descripcion de las diversas luchas morales que experimenta el hombre, ocasionadas por las pasiones; y el denominado *Dittochaion*, ó *manual*, es una coleccion de tratados sacados de diversos lugares de la Sagrada Escritura, escritos en tantos otros cuadernos. No falta tambien quien le atribuya otras dos obritas, denominadas, la una, *Exhortacion al martirio*, y la otra, *Hexameron*, *ó comentarios sobre los primeros capítulos del Génesis*; todas ellas de reconocido mérito literario, y apreciadas por los cristianos literatos. De propósito nos hemos abstenido de mencionar otra de sus más importantes obras, intitulada *Apotéosis*, en la cual refuta victoriosamente las objeciones de los enemigos del catolicismo en órden á ciertas verdades, y en particular con respecto al culto de los santos, y de la que creemos oportuno hacer una bibliografía por considerarla importante en nuestros tiempos. Aun cuando nada hay profano en sus poesías, pues todas respiran virtud y piedad, dándonos á conocer lo instruido que Prudencio Aurelio Clemente se hallaba en las tradiciones y creencias del cristianismo, por confesion de algunos de los mismos protestantes, entre quienes debe ser citado Leclerc, esta última obra impone silencio á cuantos quieran sostener que es irracional el culto de los santos, y que no se practicaba en la Iglesia católica en los primeros siglos. Los trozos magníficos de poesía sublime escrita en un latin, en que se encuentran pasajes dignos de figurar al lado de las composiciones de los buenos tiempos de la literatura latina, de los siglos de Augusto, en que sorprendido el lector con grandiosas concepciones, entremezcladas con tier-

nas concepciones, son una victoriosa y acabada refutacion de los sándios errores emitidos por los protestantes y sus antepasados en la herejia con respecto al culto de los santos y de las imágenes sagradas, á todos los cuales contesta satisfactoria y elegantemente nuestro cristiano poeta. La invocacion de los santos, el culto de las reliquias y de la cruz, la costumbre que habia de colocar sus imágenes en los altares, eran usuales ya en aquellos tiempos venturosos del cristianismo segun lo asegura nuestro compatricio, que por razon de sus sentimientos cristianos ha sido considerado por sabios de nombradía digno de figurar al lado de los doctores más eminentes y distinguidos, ó al ménos entre los testigos de la tradicion. Fundábase esta costumbre en la creencia general en toda la Iglesia de la intercesion que los bienaventurados que gozan de la vision intuitiva de la beatísima Trinidad ejercen en favor de los infortunados descendientes de Adan, de la Iglesia militante, creencia comun á los judíos y á los católicos, apoyada en innumerables testimonios de la Sagrada Escritura. «Aun cuando Moisés, decia Dios al profeta Jeremías en la antigua ley, áun cuando Moisés y Samuel se presenten ante mi trono intercediendo por este pueblo grosero y carnal, desoiré sus súplicas y arrojaré al pueblo de mi presencia, que ha profanado con sus blasfemias injuriantes. ¿Quién se apiadará de ti, desventurada Jerusalen? Quién intercederá para aplacar las iras del cielo y restablecerte en la gracia del Altísimo?» Notables palabras, que indican bien á las claras la inveterada costumbre que habia entre los santos de interceder por los pecadores, cual lo vemos sucedió con el mismo legislador Moisés, que viviendo aún, ántes de que la corona de la inmortalidad ciñese su frente venerable, alcanzó gracia de Jehová sobre el pueblo ofensor, cuando interponiéndose entre el Dios de las justicias y el transgresor pueblo, le dirigió estas palabras llenas de sublime caridad: «Señor, si no perdonais al pueblo, cuya guia me habeis constituido, borradme del libro de la vida.» Ante esta actitud tan magnánima de Moisés, Dios perdonó al pueblo, no queriendo herir á la hebrea gente, que tenia un caudillo de tan relevantes y heróicas cualidades. Cautivos los israelitas en Babilonia, recordaban con melancólico placer su patria amada, de la cual el Dios de los ejércitos los expulsaba en castigo de sus nefandas abominaciones; y el consuelo y la esperanza de estos desventurados en su cautiverio era el de exclamar: «Señor, vos sois el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, nuestro único padre y Redentor, confiamos en la intercesion de esos nuestros venerandos antepasados, que templado el rigor de vuestra justa cólera, nos concedereis la venturosa dicha de volver á nuestra amada patria.» Absurda é inconveniente fuera esta oracion si no se halláran persuadidos los judíos de que Abraham y Jacob podian protegerlos ante Dios por medio de sus oraciones. Caminando los tiempos, vemos en los

dias de Judas Macabeo, expresada tambien á las claras esta misma intercesion en el sueño misterioso en que el sumo sacerdote Onías, que ya gozaba del eterno descanso, apareció á sus ojos postrado ante el trono de Dios pidiendo por su nacion abatida, y cómo el profeta Jeremías, mostrándole al valeroso Macabeo, le dijo estas palabras: «Hé aquí el que siempre ha amado á sus hermanos y al pueblo de Israel, interesándose por ellos y por la restauracion de la santa ciudad de Jerusalen.» Omitiendo los innumerables pasajes del Antiguo Testamento y los numerosos hechos que vienen á confirmar esta misma verdad, si con detenimiento contemplamos la nueva ley, hallamos en ella innumerables testimonios, que prueban tambien el interés que los celestes bienaventurados toman por nosotros, que somos sus hermanos en la tierra. «Adquirios, dice por esta causa Jesucristo, amigos en el cielo por medio de vuestras temporales riquezas, á fin de que os tiendan una mano amiga desde el cielo, cuando gocen en la eterna mansion de las fruiciones divinas.» En otra ocasion nos representa el réprobo, que rodeado de voraces é inextinguibles llamas, viéndose en lamentosa y triste situacion, pide gracia á los santos, y en medio de sus atroces tormentos, se interesa por la salvacion de sus hermanos que se hallan en el mundo, suplicando le envie áun muerto á alguno de sus hermanos, con el fin de hacerle presente su situacion, que se corrijan y arrepientan. Si estos deseos dominan aún en el lugar del contínuo é inacabable padecer, donde la caridad no reside, ¿cuánta diligencia y empeño no tendrán los santos, los hombres consumados en la caridad, en el celo por nuestras almas, allí donde sus aspiraciones son puras, allí donde es el amor divino, allí donde todos se interesan por la gloria de Dios, que se engrandece, por decirlo así, con las conversiones de los pecadores y el perfeccionamiento de los justos? ¿Cómo no se han de interesar por los miserables descendientes del prevaricador del Edem, que vagamos por los sombríos y tenebrosos senderos de este valle de infortunio, los que mostraron tanto anhelo por nuestra causa en su vida? Yace en la tierra una familia entregada á triste desolacion; el dolor embarga su ánimo; los demás séres hállanse bañados á su vista por la tristura y el pesar; en medio de sus distracciones, asáltales el aterrador pensamiento, causa de su penoso padecer. ¿Qué les contrista? ¡Ah! es que el jefe de la familia, el padre, el esposo, el hijo, vaga quizá errante y fugitivo por desconocidos y salvajes países; tal vez el hambre le asedia; quizá víctima de horroroso naufragio, ha sido arrojado por las inhumanas olas á inhospitalarias playas; quizá espire entre tormentos indecibles, encomendando á los espacios el encargo de trasmitir su último suspiro al seno de su angustiada familia; quizá corra riesgos azarosos en los campos de batalla, hallándose expuesta su vida con frecuencia á los percances del bélico ardor. En conflicto tan tremendo ¿cuál

es la inspiracion de su madre, de su esposa, de sus hijos, de su familia? Ah! elevan sus manos y su corazon al alto cielo, piden con las mejillas arrasadas en lágrimas un puerto seguro para el infeliz náufrago, una mano cariñosa y desprendida para el menesteroso, un corazon sensible que, apiadado de sus dolencias, derrame bálsamos saludables de consuelo sobre su entristecida alma, piden su salvacion. Y si esto hacemos los hombres acá en la morada del infortunio, guiados por un sentimiento terrenal de amor, ¿qué no harán en beneficio nuestro los dichosos justos, en cuyo corazon rebosa el fuego de la más viva y ardiente caridad, en cuya inteligencia sobreabunda luz clarísima, que les da á conocer nuestras necesidades más ocultas? Arraigada se hallaba ya desde los más remotos tiempos del cristianismo esta creencia en el mundo católico, confundida con sus sentimientos más naturales é instintivos. Cuando la persecucion desolaba los estados cristianos, cuando el hambre, la sed, la peste, las fratricidas guerras diezmaban á los discípulos del Crucificado, cuando los aterradores y tumultuosos elementos amagaban descargar deshecha tormenta, que arrasase campiñas, valles y collados; cuando, en fin, las calamidades privadas y públicas herian á las naciones, ¿caen al primer impulso de estas? Oh! semejantes al abatido náufrago, que agitado y balanceado por las tremendas olas, agárrase de la tabla primera de salvacion que la Providencia le deparaba, acudian en tropel al templo, donde prosternados ante el Eterno con humilde compostura, invocaban el auxilio y la proteccion de los santos, los cuales no se mostraban insensibles á sus ruegos suplicantes. ¿Cuántas veces la temible nube, henchida de fulgurantes y amenazadores rayos, de atronadores truenos, de chispeantes relámpagos, agitada por el soplo del Omnipotente, movido á piedad por las oraciones de sus adoradores, era trasplantada á remotos países para que allí descargase el terror de su furor sin gran detrimento? ¿No habeis visto obrarse maravillosos tránsitos por la intercesion de los santos patronos de las ciudades? ¿En qué se funda si no esa fe encendida, que los pueblos, las clases ilustradas como las menesterosas, ha tenido constantemente en sus abogados del cielo? Importa poco que los malamente denominados filósofos miren con desdeñoso y soberano desprecio estas prácticas, estos sentimientos y estas costumbres de los pueblos: su opinion prevalecerá siempre sobre los ditirambos de los despreocupados; aparecerán siempre esos filósofos como los hombres más soberanamente ridículos, como las almas más despreciables á los ojos de los graves y de los sensatos. Si convencernos quisiéramos de que esta es la constante y no interrumpida costumbre de los pueblos, ora en el hebreo, ora en el católico, bástenos consultar el testimonio de los hombres, de los ilustres héroes, de los consumados sabios, de todos los santos Padres. S. Ignacio, amigo y contem-

poráneo de los Apóstoles, próximo al martirio, por el que suspiraba con ardiente anhelo, escribia estas notables palabras en su epístola á los Efesios, núm. 4: «Seré una víctima de purificacion para la Iglesia y de expiacion de las faltas de los habitantes de Efeso.» Y sabido es que un mártir solo puede ser víctima de expiacion y de purificacion por medio de su intercesion. Hegesipo, que murió á fines del segundo siglo, hablando de los parientes de Jesucristo que sufrieron por su causa el martirio, compáralos á los obispos que presiden las congregaciones de los fieles, por cuyo bienestar eterno y temporal dirigen al cielo suplicantes oraciones, añadiendo estas palabras, que nos han sido trasmitidas por el historiador Eusebio en su libro III, capítulo XXXII: «Esten presentes y presidan la Iglesia universal, velando sobre ella como mártires de Jesucristo y sus inmediatos parientes.» Orígenes, en el libro *De las oraciones*, núm. 11, se expresa en estos términos: «El Pontífice no solo se une á los que oran, supuesto que los ángeles purísimos y los bienaventurados que gozan de Dios interceden tambien por ellos, sino que además presenta sus oraciones y sacrificios por su bienestar;» y pruébalo con el pasaje de los Macabeos, que arriba hemos citado. En la obra intitulada *Exhortacion al martirio*, que atribuyen muchos á Prudencio, núm. 30, se hallan tambien estas frases: «Las almas de los que sufrieron el martirio por Jesucristo no se presentan inútilmente en el altar del Cordero celestial, y obtienen la remision de los pecados por aquellos por quienes presentan sus oraciones. Aborreciendo á vuestra esposa, á vuestros parientes y amigos, segun el consejo de Jesucristo y en el sentido expresado por la Iglesia, obtendreis un dia el poder de hacerlos bien, cuando vuestra amistad con Dios sea eternamente ratificada; de esta manera al separaros de este mundo recibirán de vosotros mayores y más importantes beneficios que les pudiérais dispensar continuando en el mundo. Entónces, conocedores profundos de los inescrutables designios del Eterno, conocereis cómo debeis amarlos; y si fuesen fieles imitadores de vuestras virtudes y conducta religiosa, pediriais por sus almas con más seguridad y constancia.» La sangre de los mártires, como la de Abel, preséntase en el trono de las misericordias divinas, dirige allí sus fervientes plegarias, ¿y quién duda que esa sangre, con tanta generosidad derramada por la santa causa de la fe y de la religion, no conseguirá redimir á algunos hombres, como consiguió la divina sangre del Salvador de los mortales, vertida por desapiadadas manos en la cima del Gólgota, rescatar los innumerables pueblos y naciones que hoy ostentan en sus almenas los emblemas del catolicismo, del poder de Satanás ominoso y degradante? La sangre de los mártires, si bien recibe todo su mérito de la participacion con los méritos infinitos de la sangre del Salvador, es, sin embargo, más eficaz que la sangre del inocente Abel, pues si esta, derramada por el primer fra-

tricida, alcanzó la justa venganza que clamaba desde la tierra, aquella, derramada por los encarnizados enemigos del nombre dulcísimo de Jesus, tiene un poder extraordinario para impetrar del Eterno gracias abundantes sobre los hombres. Una vez seguros de la benevolencia de Dios con respecto á nosotros, sin género alguno de duda, podemos tambien complacernos en que nos aman con ardorosa efusion los ángeles, los espíritus bienaventurados y las celestiales inteligencias, puesto que son todos amigos, entrañablemente amados por el Eterno, conocen á los que son dignos de la inestimable y preciosa amistad del Eterno, protegen á los que le honran y se muestran dóciles á sus inspiraciones, y unen sus súplicas fervorosas á las nuestras lánguidas para conseguir beneficiosas gracias sobre nosotros. De otro modo faltaria el órden y la armonía en el cielo, sin lo cual no sería el lugar de todas las perfecciones inaccesibles, de todos los goces sempiternos, con plena exclusion de todo mal é imperfeccion. Si los astros, que giran y reciben su centelleante luz del luminar del dia en el cerúleo firmamento, discrepáran en sus movimientos de los marcados por este astro irradiador, como secundarias causas resultaria pasmoso desórden en el sistema planetario, porque rotos los vínculos de atraccion que, digámoslo así, los ligan á su centro, resultaria el desencadenamiento de las partes, la confusion, el desórden. Si los querubes y demás bienaventurados comprensores, que rodean el trono purísimo de luz y de amor en que reside Jehová, velado por los serafines, discrepan en sus pensares y afecciones de las afecciones y pensares del supremo gerente del universo, claro que resultaria de esto desórden monstruoso, que haria amargos los eternos é indecibles placeres de la vida eterna. Si estas tan luminosas é irrefragables razones no bastasen á convencernos de la costumbre veneranda de la Iglesia en órden á la invocacion de los santos, escuchemos á S. Cipriano, venerable figura del catolicismo, que escribiendo á los confesores de Jesucristo, se expresa de este modo en su epístola LVII, dirigida á Cornelio: «Si uno de vosotros, por la misericordia de Dios, tiene la dicha de abandonar el primero este lugar del combate, que nuestra caridad dure siempre ante el solio augusto del Omnipotente, que nuestras oraciones y plegarias, solicitando lluevan bendiciones del cielo sobre los mortales, jamás cesen ante el trono del Padre de las misericordias.» Al fin de su magnífica obra intitulada *De immortalitate*, manifiesta que nuestros padres, parientes y amigos nos aguardan en los umbrales del cielo para tendernos desde aquellas eternales moradas una mano amiga el dia de nuestro tránsito á la patria divina: seguros de su felicidad, no teniendo que ocuparse de su imperdible bienestar, toman con vivísimo interés la causa de nuestra salvacion. Confírmalo con el testimonio de S. Juan Evangelista, que refiriéndose á sus trasportes y éxtasis, nos presenta á los bienaventurados en

el cielo adorando de continuo al Cordero, que se sacrifica por el mundo, formando una nacion selecta de todos los países, sin distincion de tribus, de lenguas, de provincias ni de pueblos, entonando dia y noche suavísimos y armoniosos cánticos, y presentando, por último, en preciosas copas los odoríferos aromas que manan de los corazones puros, esto es, las oraciones de los santos y de los justos que esperan la resurreccion. Agrégase á todos estos testimonios el de los mismos heresiarcas Juan de Hus, Gerónimo de Praga, Lutero y Calvino, que confiesan que los santos piden en el cielo por la Iglesia en general, si bien incurriendo en una de esas contradicciones tan comunes entre los protestantes, no quieren conceder que intercedan por cada fiel en particular, como si las autoridades y testimonios, que prueban de un modo incontestable la intercesion general, no estuviesen contestes además en comprobar tambien esta intercesion particular; como si pudiera impugnarse por lo mismo y abolir la intercesion particular, sin que por inevitable y necesaria consecuencia se destruyese tambien la intercesion general. Mas no debemos extrañar tan monstruosas contradicciones en una secta fundada sobre la contradiccion. Ni debe echarse en olvido que no son los católicos los únicos que abrigáran constante y perpétuamente esta creencia, sino que, á pesar de la oposicion que hay en otros puntos entre la Iglesia católica y las separadas de ella, abundan en los mismos sentimientos é ideas con respecto á la intercesion de los santos las sectas de los orientales cristianos, los cismáticos griegos, los jacobitas y nestorianos, hecho por cierto tan elocuente como incontestable en la actualidad, en que ha sido confirmada por numerosos testimonios, y que en vano han querido negar los protestantes, obstinándose algunos de ellos en sostener que el dogma de la intercesion de los santos es nuevo, que era ignorado por los fervorosos cristianos de los primitivos tiempos del catolicismo, y que por tanto debe ser abolido. Estos protestantes, lo mismo que sus copistas los filósofos, blasonando de ilustrados, hacen consentir su decantada ilustracion en chocar con los sentimientos más arraigados en el corazon de la humanidad. Mas á pesar de sus inconvenientes rugidos, nosotros estamos persuadidos de que son indiferentes á nuestras necesidades, ora espirituales, ora temporales, los bienaventurados, que ostentando en sus purísimas frentes inmarcesibles coronas, y en sus manos las palmas del martirio, extasíanse en la contemplacion del Verbo increado, en el que, como en espejo clarísimo, ven reflejadas las necesidades de sus hermanos, segun lo que nos enseña la teología sagrada, de sus hermanos que bogan aún por esta patria del infortunio. Hállase esta consoladora verdad en perfecta consonancia con los fundamentos más esenciales del cristianismo, que enseña la comunion de los santos, cifrada cabalmente en que un miembro de la Iglesia católica comunique á otro, no el mérito que es propio y

peculiar de cada uno, sino la impetracion y satisfaccion que consigo lleva ese mérito, el cual por la misericordia divina puede difundirse á todos los que de él necesiten y sean capaces de recibirlo. ¡Magnífica economía! Los comprensores celestiales extienden sobre nosotros, que vagamos aún por esta tierra maldecida, una mano amiga, en tanto que nosotros podamos á nuestra vez ser beneficiosos á las almas de nuestros hermanos, que expian sus deslices en el lugar del temporal tormento. Quisieran nuestros enemigos destruir con el catolicismo esos dulces y consoladores amigos, que el dia de la tribulacion encuentra el alma humana en el cielo, sin más que dirigir su mirada á la patria de los querubines. Quisiera privarnos del bálsamo suavísimo que destilan sobre nuestras dolencias los patrocinadores de la humanidad. Quisieran condenarnos á no depositar nuestra esperanza ni fijar nuestras miradas más que en este país espinoso, habitado por hombres que quisieran destrozarse los unos á los otros. ¡Oh crueles! Mas no; la Iglesia se regocijará con las festividades de los que triunfan ya en las alturas del firmamento, depositaria de copiosas luces, iluminada y asistida por el Espíritu Santo, puede declarar sin temor de ser engañada cuáles son los hijos de sus entrañas, de cuya eterna felicidad se halla completamente segura, como que el que pusiera la menor duda en la verdad de estas declaraciones, mereceria que no se le tuviese por católico. Así es que la Iglesia siempre celebra sus alegrías y solemniza la gloria de sus hijos. S. Clemente, coetáneo de los apóstoles y tercer pontífice despues de S. Pedro, creó en Roma siete notarios, cuyo oficio fuese escribir la vida y la muerte de los mártires, apuntar el dia y la clase de sus martirios, y ordenó que habiéndose reconocido y aprobado la relacion, se hiciese conmemoracion de estos mártires en el sacrificio augusto de la Misa. De este modo el santo Pontífice, en el exordio mismo del catolicismo, ocurria ya á los abusos que en la série de los tiempos pudieran cometerse en este punto, y daba una cumplida satisfaccion á los herejes, que fundándose en esos abusos han querido abolir el culto, la invocacion y la intercesion de los santos, como si fuera equitativo y justo el abolir por ejemplo la magistratura, porque hubiese en esa corporacion un magistrado corrompido, como si fuera justo suprimir instituciones venerandas por los abusos que algunos de sus indivíduos hubiesen cometido. En la Epístola VI de S. Cipriano, vemos que en Africa se observaban puntualmente las disposiciones del romano pontífice Clemente. Este fué el primer modo de canonizar á los santos que tuvo la Iglesia en la antigüedad, y desde entónces comenzaron los martirologios griegos y latinos; y eran reconocidos por santos aquellos cuyos nombres se hallaban inscritos en esos catálogos, ora fuesen mártires, ora confesores, ó vírgenes célebres por su santidad. Como quiera que los herejes exageran los abusos cometidos en este

punto por los que guiados tal vez de las más sanas intenciones elevaron á los altares á personajes supuestos ó indignos de figurar entre los santos, conviene que nos detengamos en este punto para esclarecer la verdad de los hechos, y ver los infundados y virulentos ataques que el protestantismo dirige al catolicismo fundándose en abusos, los que la Iglesia constantemente se ha mostrado empeñada en combatir. No negamos que algunos obispos pusieron en sus catálogos los nombres y las actas de varios mártires y santos, cuya santidad no era del todo auténtica; mas deben tambien con la misma imparcialidad confesar nuestros adversarios que por esta razon el papa Alejandro III, reformando los martirologios particulares, por una constitucion prohibia á todas las iglesias el inscribir á nadie entre los santos sin la autoridad de la Iglesia romana. Leon III fué el primero que hizo solemne canonizacion, y Luiverto el primer santo á quien tocó esta honra; para ello se enteró de la fama de su santidad, leyó su vida y sus milagros, y despues de muchas oraciones y ayunos, á peticion del emperador Carlomagno, procedió á esa solemnidad, que tanto por la magnificencia de sus ritos como por el poderio espiritual que despliega el sucesor de S. Pedro, no tiene igual sobre la tierra. ¿Y qué pretende la Iglesia con semejantes solemnidades, qué se propone al celebrar la memoria de los que murieron en infames patíbulos ó vivieron en medio de los desiertos en tristeza ú oscuridad? Ah! Nada dice, nada hace que no respire santidad y sabiduría excelsa. En primer lugar, procura la gloria de su divino esposo, y como la de sus hijos es la de su esposo, y redunda todo en honra del Señor el culto que se tributa á sus esclarecidos siervos; la Iglesia honra á sus hijos y les da celebridad y alteza de puesto para que en ellos resplandezca la majestad del Rey de los reyes y sea glorificado su santísimo y benditísimo y adorable nombre. En segundo lugar, desea la Iglesia para sus hijos lo que cualquiera buena madre desea para los suyos, es decir, verlos honrados y engrandecidos; y por tal causa los canoniza é inmortaliza sus nombres, alegrándose sobre manera cuando ve arrodillados á los piés de sus altares príncipes y monarcas. En tercer lugar, desea con el mayor ahinco acreditar y ensalzar la doctrina de Jesucristo y las verdades cristianas; y como para hacer amables cosas que por sí mismas se elevan tanto sobre nuestra naturaleza contradiciéndola en su parte sensual, conviene mostrarlas coronadas de resplandores, enaltecerlas colocándolas sobre los altares, engrandecerlas con encomios y panegíricos, y descubrir la bienaventuranza y el triunfo á que conducen; la Iglesia consagra á los que por Jesucristo y su Evangelio hollaron las riquezas, honores, placeres y comodidades, sacrificando por abrazarse con su cruz hasta la sangre y la vida; y regocíjase sobre manera cuando en los altares coloca sus imágenes, preconiza sus virtudes y hazañas, y en su honra derrama flores, enciende

cirios, quema odorífero incienso, canta himnos y eleva fervientes oraciones. Alégrase la Iglesia, se engalana y triunfa con estos venerandos ritos, porque conoce que cuanto más se honra á los santos, tanto más hermosa comparecerá la santidad, y tanto más con apacible dulzura brillará á nuestros ojos, que no pueden ver al descubierto las virtudes en su interna y nativa hermosura. En cuarto lugar, como anhela vivamente que todos sus hijos se parezcan á los que tiene en la gloria, y segun S. Agustin, las solemnidades de los mártires son exhortaciones al martirio, hace alarde de sus héroes y festeja su memoria pomposamente para movernos á imitarlos. Por último, sabe cuánta necesidad tenemos en esta amarga y peligrosa vida de que los cielos nos protejan y amparen, y á fin de multiplicar nuestros protectores, va aumentando el número de los santos y distribuyéndolos en todos los dias del año, para que no haya dia que no tengamos, por decirlo así, muchos protectores, á los cuales honrando particularmente como por turno, tambien como por turno nos los hagamos propicios y dispuestos á oir los suspiros que brotan de nuestros apenados corazones. Y á la verdad que es rito magnífico de nuestra madre la Iglesia el convertir en lecho, alimento y doctrina de sus hijos presentes, las virtudes, los trabajos, las heroicidades, la vertida sangre de los ilustres hijos que tuvo en siglos que ya pasaron. Hermoso es por cierto para nuestra cristiana alma el ver la tierna y cariñosa solicitud de nuestra madre la Iglesia, que varias veces al dia desde las encumbradas torres despierta nuestras almas con el grave sonido de las campanas, y nos llama, ora á consagrar los albores del naciente dia con la memoria de los sublimes misterios de la fe, ora á saludar á la Reina de los querubines y á encomendarle nuestra vida y muerte como á estrella de la salvacion, ora á interrumpir ó terminar nuestras ocupaciones diarias con la visita de los santuarios, ora á que nos acordemos de la tétrica é inevitable muerte cuando las sombras de la noche ya han envuelto la tierra, y á que enviemos algun sufragio de oraciones á nuestros hermanos, que suspiran por él entre las llamas del purgatorio. ¿Y cuánto no alegra ver el lugar distinguido que hace ocupar á la Iglesia, á los bienhechores de la humanidad, á los que pasaron por la tierra haciendo bien, á los que revestidos de las mismas cualidades que nosotros supieron arrostrar con heróica paciencia los trabajos y las adversidades infortunadas, consagrándose al bienestar de sus semejantes? ¿No es justo que éstos agradecidos se prosternen ante sus venerandas tumbas, á implorar sus auxilios y pedir su perdon? ¡Oh qué consuelo derrama sobre el alma ver el dia del patrono de un pueblo regado con la sangre del santo que festeja, cuál se conmueven las turbas contentas y alborozadas, cuál resuena conmovedora música en los templos, cuál ostenta el clero junto á sus altares esplendorosas vestiduras sacerdotales, cuál es lle-

vado procesionalmente á recorrer las calles públicas, entre un gran número de personas que elevan preces y cantan salmos para alcanzar del cielo las lluvias anheladas, ó el término de las aterradoras calamidades, ó las demás bendiciones del cielo! Dedúzcase de estas observaciones que acabamos de transcribir, tomadas de un piadoso é ilustrado literato español, lo infundado de las acusaciones que nuestros enemigos lanzan sobre la Iglesia católica, tachándola de idólatra en el culto que tributa á los santos, á sus imágenes y á sus reliquias, y acerca de cuyo punto no será inoportuno emitir algunas ideas, entresacadas de las obras del cristiano poeta ibero Prudencio. Necesario es estar destituido de razon para acusar de idólatra á la congregacion de los fieles cristianos, entre quienes, por ignorantes que sean, ninguno hay que no sepa el símbolo de los apóstoles y la oracion dominical. Creo en Dios Padre todopoderoso, criador del cielo y de la tierra: es imposible que incurra en el politeismo ó la idolatría quien penetre el sentido de este artículo de fe, en el cual profesamos crer en un solo Dios todopoderoso, un solo Omnipotente, un solo Criador, y por lo mismo un solo supremo Señor y gobernador del universo, y que cuando le sucede algun bien ó algun mal no puede atribuirlo sino á la providencia de Dios, porque si alguna vez acusa al príncipe de las tinieblas de sus males, esto sucede solo en momentos de pasajera irreflexion, y luego se retracta de sus necias ligerezas en los momentos de reflexion. El cristiano que en sus necesidades acude á Dios, dirigiendo ante su excelsa presencia esta sublime oracion: «Padre nuestro, que estas en los cielos... hágase tu voluntad... El pan nuestro de cada dia dánosle hoy, perdónanos nuestras deudas...» por mucha confianza que tenga en un bienaventurado, está bien persuadido de que éste no puede por sí mismo concederle la solicitada gracia, sino que su poder solo se extiende á recomendarle la peticion, y abogar cerca del trono de las divinas misericordias para que sea otorgada. Jamas se le ocurrirá el poner en parangon al santo que invoca con el Dios de las eternidades, ni mucho ménos atribuirle la omnipotencia divina, ni creerle dueño absoluto de la creacion, ni considerarle como absoluto distribuidor de todos los bienes de la tierra, cuyo autor es solo Dios, creador y conservador del universo. No concebimos cómo pueda incurrir en la nota de idolatría y de politeismo el hombre que en los albores de su vida, en las apacible horas de su infancia, oyó de los dulces y cariñosos labios de una madre cristiana las suaves enseñanzas de los dogmas cristianos. Por más que nuestros obstinados adversarios nos aseguren que todo culto religioso no referido directamente á Dios, es una idolatría, nosotros sabemos que no solo hay un culto religioso, supremo y absoluto llamado por los teólogos de latría, que termina en el objeto á que se dirige, en Dios, sino que hay además un culto subordinado y relativo que no termina

en el objeto inmediato, sino en Dios que le aprueba y manda. No pudiera Dios exigir el culto supremo y absoluto para sí, no ordenando á la vez el honor, el respeto y el culto á todo lo que sirva para honrarle, á sus cristos, á sus santos, á sus venerandas imágenes, á los sitios respetables bañados con su divina sangre, sin contradecirse á sí mismo. ¿Cómo se comprende que fuese Dios adorado, y no fuesen objeto de veneracion y respeto el templo en que residia, los ministros por cuyos labios se comunicaba á los pueblos? «Temblad, dice por esta razon, delante de mi santuario, esta tierra es santa, será santo este dia, mis sacerdotes serán santos, santo será el óleo de su consagracion y santos sus vestidos; el sumo sacerdote llevará inscriptas en su frente estas palabras: *el santo del Señor*, ó *el consagrado del Señor*. Este respeto, esta veneracion, este honor que Dios ordena para los ministros y servidores y amigos suyos es lo que nosotros apellidamos un secundario aunque verdadero culto, un culto religioso, que forma parte de la religion misma, y que usando del técnico lenguaje de la sagrada ciencia teológica, llamamos *culto de dulia* cuando se dirige á los ángeles y á los santos, *culto de hiperdulia* cuando es encaminado á la que es la verdadera reina de todos los séres de la creacion, de los comprensores celestiales, de los hombres, y áun de los ángeles. A ménos, pues, que se abuse del sentido de las palabras y se trastornen lastimosamente todas las ideas no podemos ser calificados los católicos de idólatras, ni confundidos con los paganos, adoradores de las ficticias divinidades, cual lo han querido hacer malignamente los protestantes. Nunca los pueblos politeistas pensaron en reconocer un Dios supremo del cual fuesen ministros solamente los demás dioses, ni creyeron que Júpiter estuviese subordinado á un espíritu superior, eterno, fundador del universo, y á quien debiese dar cuenta de la administracion de sus facultades, y cerca de cuyo trono no tuviese otra representacion ni categoría que la de medianero é intercesor. Ni esta idea la concibieron los más aventajados filósofos de los tiempos anteriores al de la cristiandad, y mucho ménos el vulgo de los paganos, que no tenian ideas de ningun Ser Supremo, ordenador y bajo cuya dependencia inmediata estuviesen todos los séres de la creacion. Este dogma, no revelado por cierto por los filósofos, los que consideraban en su mayoría á los dioses de la misma categoría, y á quienes directa y únicamente acudian en sus necesidades, á los cuales solos atribuian la potestad omnímoda de concederles los beneficios pedidos, fué descendido del cielo. Es por lo mismo imperdonable en nuestros enemigos la conducta que observan al comparar el culto que nosotros tributamos á los santos con el que rendian los idólatras á sus pretendidas y ficticias deidades. ¿Qué es culto católico? El que fundado en la creencia de un solo, único é infinito Dios, le adora prosternado en tierra de un modo directo, ó bien le tributa sus ho-

menajes indirectamente honrando á sus santos. En este culto siempre el término final es Dios. ¿Qué es culto idolátrico? El que los paganos tributan á su Júpiter, ó á Marte, Venus, etc., terminando sus reverencias en cada una de esas adoradas divinidades imaginarias. En este culto hay multiplicidad; en el nuestro unidad. Los intercesores no son dioses: los santos no son dioses, son hechuras del Supremo Hacedor, quien en vista de su heróico proceder se ha dignado sentarlos á su lado en la patria bienaventurada. Véase, pues, cuánto distan de ser exactos siquiera los herejes en sus comparaciones, mostrando una pasmosa ignorancia en cuanto escriben y hablan, y solo revelando á las claras el odio mortal que profesan á la Iglesia católica. Excusado nos parece despues de lo que llevamos dicho insistir en la notable diferencia que hay entre la dignidad y carácter que atribuimos á los santos, y el que los paganos atribuian á sus dioses, entre las prácticas con que honramos á los que por sus virtudes merecieron la dicha inefable de vivir eternamente en la amada compañía del Eterno, y las usadas por los paganos en el culto de sus falsos dioses. Honramos en los santos los dones y gracias de Dios, las virtudes heróicas y sobrenaturales, los beneficios espirituales y temporales que dispensaron á la humanidad, la gloria y la bienaventuranza con que han sido recompensados por el Eterno remunerador de la virtud. Los paganos celebraban en sus bacanales los incestos de Júpiter, la vanidad y los celos de Juno, las deshonestidades de Venus, los furores y venganzas sangrientas de Marte, los robos de Mercurio, los actos vandálicos de otros dioses, el humor satírico de Momo, y en fin, todos los vicios más nefandos, todos los crímenes, todos los excesos, todas las acciones horrendas, de que el pervertido hombre es capaz, y de que el hombre honrado no puede ménos de avergonzarse. Sabido es, y no necesitamos insistir en ello, que divinizaban todos los vicios personificados en sugetos que más que objeto de veneracion debian serlo de la indignacion pública, la que deberia vengarlos haciéndolos espirar en los patíbulos. No es para ponderado lo que contribuia á corromper la moralidad pública y privada este culto detestable, así como no es imaginable lo mucho que sirve para santificar al mundo el culto que nosotros tributamos á los héroes católicos, y los innumerables hombres que su ejemplo ha convertido, purificado, santificado y hécholos felices. Despues de estas explicaciones, encaminadas á mostrar cuánto dista de ser idolátrico el espíritu del catolicismo, que desde su aparicion en el mundo no ha cesado de demoler los templos de los ídolos, de arrojar sus imágenes al polvo, creeríase tal vez que nuestros enemigos, satisfechos con tan filosóficas y claras razones, se declararian rendidos, confesando humildemente el error en que se hallaban y dando muestras de querer renunciar á él. Mas quien tal creyese llevaríase solemne chasco al ver á nuestros enemigos que, léjos de enmudecer, léjos

de abandonar el campo mustios y cabizbajos, léjos de manifestar con nobleza su derrota, toman de nuevo su espada, blandiéndola con aire de triunfador, que ve ya postrados en tierra á sus adversarios, levantan de nuevo su voz, cual si en momento de inspiracion hubiesen evocado recuerdos que les proveyeran de invencibles armas. Vamos á ver cuál es su nuevo argumento sin retroceder, porque es firme y sólido el terreno de la verdad que pisamos por dicha, defendiéndola con nuestras escasas y débiles fuerzas..... «Bien; el culto católico tributado á los santos decís que no es idolátrico; pero ¿y el de las imágenes de esos santos que reciben vuestros homenajes? ¿Cómo tributais vuestras reverencias á las efigies y esculturas, cuando Dios lo tiene prohibido expresamente? Leed el Levítico; leed el Exodo; leed el Deuteronomio; allí dice Jehová bien á las claras: no hareis ídolo, ni escultura, ni imágen; no los honrareis.... Decidnos ahora vosotros, católicos, que diariamente haceis esculturas é imágenes, las elevais á los altares, os prosternais ante ellas, si esta vuestra conducta se conforma con lo preceptuado por el Altísimo, si no os cuadra de medio á medio el calificativo de idólatras en el culto que tributais á los santos.» A juzgar por el tono de triunfo, por el ingenio que en el modo de presentarse demuestra este argumento, de temer sería que se figurasen algunos de los nuestros que era perdida nuestra causa, que nos las habiamos con un gigante colosal, el cual con la fuerza de sus argumentaciones amenazaba deshacernos entre sus fornidas manos cual si fuéramos de materia deleznable. Sin embargo, analicemos el razonamiento, veamos en qué se funda, y luego se conocerá, que su aparente robustez es parecida á la del arrogante Goliat, el cual sucumbió ante la fortaleza de David. Así sucumbirá tambien ante la luminosa fuerza de la verdad nuestro contrincante. Confesamos con lisura que en efecto hay una ley en el Antiguo Testamento, promulgada por Dios al hebreo pueblo, en virtud de la cual se prohibia á éste la construccion de las imágenes é ídolos. Mas si observamos la circunstancia en que la ley fué publicada, el carácter del pueblo que la promovió y el sentido de esa misma ley, explicado por lo que antecede y sigue, nos convenceremos de que esa prohibicion ni era absoluta ni se extendia á todos los tiempos, sino que pasados aquellos habianse de levantar estatuas é imágenes que recordasen á los pueblos con su vista la memoria de los héroes que á su paso por la tierra la colmaron de bendiciones, y á quienes ellos amaban agradecidos. Siguiendo el sistema adoptado universalmente por los teólogos católicos y los protestantes, de apelar al buen sentido, á la recta razon, cuando se trata de explicar algun pasaje oscuro de las divinas Escrituras, decimos ante todo que esa prohibicion de no construir imágenes no es absoluta, en primer lugar, porque el texto dice así: «Vosotros no tendreis más dioses que á mí;» y luego el segundo versículo: «Vosotros

no hareis ídolo ni escultura ni los honrareis;» cuyo sentido equivalé por lo mismo á este otro: «Vosotros no levantareis imágenes para adorarlas cual si fueran unos dioses.» Se vé, pues, que la tan cacareada objecion pierde toda su fuerza explicado el genuino sentido de la ley, y que léjos de contrariar el culto de las imágenes, parece querer fijar el sentido en que han de ser reverenciadas. Que es este el sentido en que ha de entenderse la mencionada ley, confírmalo la conducta del venerable legislador Moisés y el sábio Salomon, los cuales, á pesar de la prohibicion que existia de no construir imágenes, colocaron, el primero, dos querubines sobre el arca de la alianza, y el segundo los hizo pintar en las paredes del templo y en el velo del santuario. Parécenos esta inequívoca prueba de que no era el objeto de la ley vedar absolutamente el culto de las imágenes, sino ántes al contrario, fijar su inteligencia y oprimirla por algun tiempo, para quitar á los judíos todo pretexto que alegar pudieran de incurrir en la idolatría. Esta prohibicion, que siendo temporal era sábia, justa, necesaria, si se tiene en cuenta la invencible propension de los judíos á la idolatría, los numerosos ejemplos que á ello les excitaban, y porqué toda imágen en aquel tiempo era mirada como una divinidad, considerada como absoluta tendiera á ahogar una de las más caras é íntimas inclinaciones que se encuentran en el fondo del corazon humano, que tiende á representarse por medio de retratos y de figuras los objetos y personas que le son amados. ¿Quién de nosotros no se extasia ante la tosca pintura que nos representa nuestra querida madre, que enjugó nuestro llanto en las horas tranquilas de la infancia, y que terminados los dias de su peregrinacion en la tierra pasó, á lo que juzgamos, á la patria de los bienaventurados á recibir la corona que Dios tiene preparada para la virtud? ¿Cuántas veces en ocasiones semejantes, evocando nuestra mente mil recuerdos de agradable melancolía, no se han arrasado en lágrimas nuestras mejillas á la memoria de aquella madre pintada en el lienzo? No podia en verdad ahogar Dios este dulce sentimiento de nuestra alma, mucho más dulce y justo cuando se considera en los santos los patronos de las familias, los bienhechores de la humanidad, los protectores del mundo. Nuestra alma tiene cierta necesidad de imágenes que la representen los objetos amados de su alma, que ya desaparecieron de su vista; gózase en su recuerdo; la impresion que producen sobre los espíritus es más poderosa que la del discurso, y en ocasiones la vista percibe en el lienzo cosas secretas que la pluma más sagáz no acierta á describir, y esto de un solo golpe de vista, sin necesidad del largo espacio que necesita la escritura. Por esta razon dijo un sábio profundo hablando de las imágenes del cristianismo, que la pintura es para los ignorantes el catecismo mas ámplio y mas verídico. Además no es por cierto presumible que Dios quisiera proscribir de la tierra la escritura y la pintura, bellí-

simas artes que quedarán sin duda abandonadas por este medio. ¡Oh! ¿Cómo quereis que se privase á los pueblos el cultivo de esas artes preciosas? ¿Y no privándole de ellas, deseais que aquellos no estampen en el lienzo para perpetuar su memoria las facciones del amigo cariñoso que les abrió la senda de la eternidad con sus oportunas reflexiones, ó tal vez con el derramamiento de la preciosa sangre de sus venas? ¿Hay nada más instintivo, más espontáneo en el hombre que el desear tener siempre á su lado el que le protegió de cualquier manera? Un misionero, vestido con tosco hábito, con el breviario bajo el brazo, el crucifijo en el pecho, atraviesa los mares y aborda á desconocidas playas, en las cuales encuentra mil séres de humanas formas, pero á quienes el salvajismo los tiene degradados. Este modesto religioso, que tiene las pretensiones de elevar al rango que se merece la abandonada raza, prepara su plan, emplea ora el ardid, ora el discurso, ora la emboscada, para conseguir su objeto. Si, como ha sucedido con harta frecuencia, el salvaje llega á conocer su grandeza, forma ideas elevadas, se agranda su alma, y su inteligencia llega á poseer la verdad, ¿cuál os parece que será en lo sucesivo el objeto del mayor aprecio, de la más profunda veneracion, de los más humildes y reverentes respetos, despues de Dios y de los santos que ha aprendido á venerar, á los ojos del salvaje civilizado y elevado al rango de hijo de Dios? Ah! mirará á su generoso amigo y bienhechor con grato amor, le amará como á su padre, ocurrirá á sus necesidades, y si despues de terminadas las vigilias de su vida le ve volar entre alados querubines á la patria de la ventura, seguirále con sus ojos cual otro Eliseo á su maestro Elías, y despues que su bienhechor se haya ocultado más allá de las nubes, arrebatará los objetos de su uso, besándolos y acariciándolos con gustosa y melancólica alegría. Véase cómo este sentimiento es propio no solo del ilustrado europeo, sino del hotentote, del bárbaro y de todos los individuos y naciones. Estimamos relativamente la figura ó retrato del objeto que nos es caro, y que á cada momento crea recuerdos dulcísimos para nuestra alma. En vista de esto nos parece en alto grado reprensible la tenacidad de nuestros adversarios, que llegan al extremo de sostener que es pernicioso el uso de las imágenes en sí mismo, y áun prescindiendo de las funestas y deplorables consecuencias que aduce en pos de sí. Para dar á este absurdo algun aire de probabilidad, alegan que no se hallan vestigios de ese culto de las imágenes en los cuatro primeros siglos de la Iglesia, queriéndonos hacer creer que si en los siglos sucesivos se han sostenido y tolerado los que tributaban el culto á las imágenes, ha sido con la oposicion de la inmensa mayoría de los pueblos cristianos. Conviene ántes de dar crédito á estas aserciones de nuestros enemigos, examinar si se hallan fundadas en la historia, conformes con la sana filosofía y en armonía con los sentimientos de

nuestra alma. Para examinarlos, nos haremos cargo por partes y sucintamente de cada uno de los miembros de esta objecion. Hemos sentado ya que el modo instintivo y natural que el hombre tiene de mostrar su respeto á las personas ausentes, es el de conservar su retrato, el de mostrarle aprecio, imprimiendo afectuosos ósculos en él. Todos los dias se ofrece á nuestra vista el tierno espectáculo de una madre, domeñada por el dolor que le causára la pérdida de un objeto carísimo, del hijo de su vientre, que pasó á deshacerse en el polvo del sepulcro. No es para ponderado las innumerables veces en que pasa al aposento de su difunto hijo; no la priveis el que entre en su morada mortuoria, quiere verlo todo, quiere recordarlo todo, quiere evocar recuerdos que la exciten al dolor y á la pena templándola. ¿Juzga, por ventura, que su retrato es su hijo? ¿Confunde la imágen con el original? Si tal sucediera, eran excusadas las lágrimas y el dolor quejumbroso. Mas nó; aquel retrato es solo un llamativo, que excita en su corazon tiernos sentimientos, haciéndola elevar al recuerdo de su hijo, cuyas facciones contempla, cuyos movimientos observa, cuyos chistes recuerda, cuyos pasos todos se la pintan en su imaginacion. Véisla á poco en aptitud suplicante y llorosa; levanta sus miradas al cielo, y con humilde compostura, en ademán de quien suplica, ruega al Eterno por el bienestar del amado de su corazon, le pide derrame en su apenada alma una gota de bálsamos celestiales, y que acelere los dias de su tránsito por la tierra, para poder abrazarse cuanto ántes con el que ama su alma. Ahora bien, ¿no nos será permitido emplear los mismos medios que usamos para perpetuar la memoria de las personas á quienes nos unian los lazos de parentesco ó de la amistad, para inmortalizar tambien las de los que nos fueron allegados por los vínculos de la religion? Si es propio del hombre que ha perdido su amigo procurarse su imágen, si una de las pruebas de fidelidad y amor entrañable de una esposa consiste en amar á los objetos que fueron amados por su esposo, ¿por qué no hemos de dar libre curso á esos sentimientos de nuestra alma, cuando se trata de los objetos y personajes religiosos, de órden más noble y elevado que lo son los primeros? ¿Ha de ser un crímen en un cristiano el conservar con veneracion, respeto y amor las imágenes del Salvador de los mortales, que derramára la sangre preciosa de sus venas por nuestro amor, de la Madre purísima del amor, de la Vírgen de la pureza y de los santos? Cuantos en su pecho abrigan sentimientos de religion convienen en que es necesario multiplicar á nuestro alrededor los símbolos de la divina presencia, y no creemos que entre estos símbolos y figuras haya otras más adecuadas que aquellas en que Dios se representó á los hombres. Ni es ménos infundada la especie de los que aseguran que esta práctica, si no es mala en sí, lo es al ménos por los peligros á que se halla expuesto. El

vulgo no tiene bastante penetracion para discernir el culto absoluto del culto relativo; no ve más allá de la imágen; su entendimiento no alcanza á más; á la imágen se limitan sus votos y toda su veneracion; este es un abuso cuyo preservativo es casi imposible. Los que así hablan, manifiestan groserísima ignorancia en punto á achaque de costumbres de los pueblos. No hay duda; todos los dias vemos en nuestros templos postradas las personas del sexo femenino ante las imágenes sagradas, ante ellas exhalan suspiros; al parecer, de ellas esperan el remedio de sus necesidades. ¿Creeis, sin embargo, que esa pobre mujer cifra toda su esperanza en aquel busto de madera, en aquel lienzo pintado? Por ignorante que la supongais, por atrasada que la veais en materias religiosas, no la juzgueis á lo ménos privada del necesario talento para distinguir que no es el pedazo de lienzo que tiene delante el santo cuya proteccion implora, sino una representacion de él. Cuando un ignorante se detiene ante la estatua del monarca, sería por cierto demasiado suponer que en aquel instante cree hallarse delante del rey; demasiado sabe, áun cuando nadie se lo haya insinuado, que no es aquella la persona del rey, sino su efigie. ¿Y por qué hemos de creer al pueblo ménos instruido en materias de religion que en estas cosas? Es ridículo en demasia querer evitar errores privando á la humanidad de sus más íntimos sentimientos. Acomodándose á estas tiernas inclinaciones del hombre, y á las inspiradas lecciones de la Sagrada Escritura, de la tradicion, de los santos Padres y doctores de la Iglesia, ordenó el Concilio Tridentino á los obispos y á los párrocos, que en sus instrucciones á los fieles les enseñasen que se deben guardar y conservar, especialmente en los templos, las imágenes de Jesucristo, de la Santísima Vírgen, y los santos, y darles el honor y la veneracion que les es debida; no porque resida en ellas alguna divinidad ó especial virtud, por la cual deban ser honradas, ni porque se pida á ellas algun beneficio ó se deposite plenamente en ellas toda la confianza, cual lo hacian los paganos con sus ídolos, sino porque el honor que es tributado á las imágenes no termina en ellas, sino que se refiere á los originales que representan, de tal modo que imprimiendo en ellos ósculos, prosternándonos en su presencia, dirigimos en realidad estos obsequios á los originales que representan, á Jesucristo, á la Vírgen Santísima, ó á los santos cuyas sean las imágenes. Despues de estas exactas y escrupulosas palabras, el Concilio entra en detallada enumeracion de los abusos que en este punto puedan cometerse, previniendo á los obispos y demás ministros encargados de anunciar á los pueblos los ordenamientos divinos, que velen y repriman las faltas en que incurrir pudieran los pueblos en este punto. No vemos que haya lugar á las soñadas idolatrías que pretenden los protestantes en vista de estas tan sabias y meditadas decisiones del santo Concilio; bien que es sabido por todos que el espi-

ritu de nuestros enemigos no es tan razonador cómo tampoco sólido é imparcial. El Concilio, esa veneranda congregacion de los sabios más consumados de aquel tiempo, se funda en el uso admitido en la Iglesia católica, apostólica, romana desde los primeros tiempos del cristianismo, en el sentir de muchos Padres, desde los decretos del Concilio de Nicea. Nuestros enemigos aducen aquí testimonios infundados para probarnos que el culto de las imágenes era desconocido en los cuatro primeros siglos de la Iglesia, lo que en verdad es inadmisible exageracion, que debemos rechazar. No cabe duda, el culto de las imágenes se extendió poco en los primitivos tiempos del cristianismo; esta es una verdad que nos apresuramos á dejar consignada. Si el divino fundador del catolicismo y los apóstoles hubiesen poblado de imágenes el mundo, cuando aún conservaba la idolatría levantados sus altares, vivos sus recuerdos de inmundas y groseras bacanales, no amortiguada la inclinacion á concurrir á los templos de las ficticias deidades; si ántes de abolir el idolátrico culto se hubiera intentado instruir á los pueblos en el objeto del culto de las imágenes, es más que probable que los paganos juzgasen que los cristianos adoraban á las imágenes como ellos á sus falsas deidades. Presuncion es esta tanto más fundada, si se atiende la sangrienta persecucion de que era objeto el cristianismo, el odio con que fueron recibidas sus primeras demostraciones, el marcado empeño que habia en inventar todas las calumnias de que es capaz el sañudo odio. Hé aquí la razon que obligó á los santos pontífices de los primeros siglos á no dar grande impulso al culto de las imágenes. Consignada esta verdad, consideramos sin embargo de nuestro deber que no por esto se crea que estuvo absolutamente ignorado el culto de las imágenes en esos venturosos dias, ni que la Iglesia no pensaba dar el debido en los venideros tiempos, y cuando ya desapareciese todo peligro, á los héroes del cristianismo. Con este fin habíanse creado notarios encargados de formar las biografías de los que en los suplicios y las hogueras vertian su sangre por la fe, ó por los que admiraban al mundo con el encanto purísimo de sus virtudes. No vemos que fuese de grande utilidad el tomar detalladas noticias de los personajes del catolicismo, si luego de pasados los tormentosos dias de la persecucion y del ostracismo, no se pensaba darlos al mundo como objeto de profunda veneracion, presentándolos como modelos de quienes debiera copiar ejemplos de acciones grandiosas. Así es que se encuentran numerosas imágenes en los primeros siglos del catolicismo, á pesar de la prudente cautela y sobriedad que era preciso emplear. Tertuliano, que admiraba al mundo hácia principios del siglo III, nos refiere en su libro *De Pudicitia* que Jesucristo se hallaba ya retratado en los primeros tiempos anteriores á los suyos, en forma de buen pastor, en los

vasos sagrados. El historiador Eusebio, en su *Historia Eclesiástica*, libro VII, capítulo XVIII, asegura haber visto numerosas imágenes de Jesucristo, de los santos apóstoles Pedro y Pablo, construidas en sus dias. S. Basilio asegura en su epístola CCCLX, *ad Julianum*, que el culto de las imágenes es de tradicion apóstólica, lo que parece apoyarlo en la profesion que hacian los primitivos Concilios y Padres, de no creer ni practicar nada que no estuviese fundado en la tradicion. Despues de este tiempo se extendió de un modo considerable el culto de las imágenes, y fué progresivamente aumentando hasta la célebre y triste guerra de tan funestas consecuencias promovida contra las imágenes. El siglo VII, unidos de consuno judíos y mahometanos que no podian aprobar el culto de los santos, ni permitir que ningun hombre, por grandes y heróicas que fuesen sus hazañas, fuese propuesto como objeto de veneracion al mundo, declararon exterminadora guerra á los honradores de las imágenes y á las imágenes mismas. A principios del inmediato siglo VIII, Leon Isáurico, á quien la historia califica de ignorante y estúpido, y que, merced á su valor, de simple soldado se elevó hasta la altísima dignidad de emperador, penetrado de las mismas groseras procupaciones, expidió un decreto prohibiendo bajo severas penas el culto de las imágenes, calificándole de idolátrico, y mandó quitarlas todas de las iglesias, que quedaron desmanteladas. Este bárbaro emperador durante el tiempo de su reinado llenó el imperio de asesinatos, de horrores, de sangre, deseoso de obligar á los obispos y á los pueblos á que ejecutasen sus injustos y necios decretos, y vino á continuar esta série de crueldades, animado de las misma ideas, su hijo y sucesor en el trono Constantino Coprónimo. Este emperador, usurpando atribuciones que en manera alguna le competian, reunió en Constantinopla un concilio, compuesto de trescientos obispos, á quienes obligó á que publicáran un decreto prohibiendo el culto de las imágenes, como en efecto lo hicieron. Los prelados y fieles que se conformaron con estas medidas, tomaron el nombre de *iconomachos* y de *iconoclastas*, es decir, de enemigos de las imágenes y abolidores de las imágenes; siendo llamados los ortodoxos que permanecieron fieles á las creencias de la Iglesia, *iconódulus* é *iconólatras*, que quiere decir, adoradores y siervos de las imágenes. No faltaron brillantes plumas, tales como la de S. Juan Damasceno, que pusieron la verdad á salvo. El furor de los iconoclastas continuó en el reinado de Leon IV, sucesor de Constantino Copránimo, aunque fué á poco mitigado en los dias de Constantino Porfirogénito, el cual, siguiendo los piadosos consejos de su madre Irene, de acuerdo con el romano pontífice Adriano, hizo que se celebrase en Nicea en el año 787 un concilio de trescientos setenta y siete obispos, los cuales anularon el decreto del celebrado en Constantinopla en el año 726. Los Padres de este Con-

cilio declararon que el culto de las imágenes era lícito y loable, y en él se retractaron de su anterior proceder muchos de los Rdos. Obispos que asistieron á Constantinopla más por coaccion que de buena voluntad. Ni se contentaron con decidir el dogma católico, sino que además lo probaron en la tradicion de los Apóstoles y constante de la Iglesia, explicando además en qué consistia el culto que se debia dar á las imágenes, y mostrando la diferencia que hay entre el culto debido á los santos y el que tributamos á Dios, repitiendo en cierto modo lo que ya el papa Gregorio III habia hecho en Roma el año 632. Hácia el año de 747, despues del fallecimiento de la virtuosa emperatriz Irene, Constantino Porfirogénito, separado de la senda trazada por su madre, y arrepentido al parecer de sus actos pasados, publicó una ley ordenando que no debia ser que se negase la obediencia á las decisiones sabias del Concilio Niceno. Empezáronse á recrudecer de nuevo las luchas entre los iconoclastas y los iconólatras, y corrió en abundancia cristiana sangre, y viéronse otra vez en el Occidente las ardientes guerras religiosas en todo su furor. Este órden de cosas subsistió con ligeras alternativas en los reinados de Nicéforo, Leon V, Miguel *el Balbuciente* y Teófilo, hasta que amaneció tiempo bonancible para el catolicismo en el año 852. La piadosa emperatriz Teodora desterró por completo este partido, que por el largo espacio de trescientos años cubrió el Occidente de luto y de horrores, y restableció de nuevo, ó hablando con más propiedad, protegió el restablecimiento del loable culto de las imágenes, conforme á la sábia enseñanza de la Iglesia católica. Excusado nos parece advertir que en medio de todas estas alteraciones ocurridas en el Occidente, en medio de todas estas luchas sangrientas empeñadas entre pueblos diversos y promovidas en parte por los mismos emperadores, por los mismos encargados de mantener el órden y la armonía en los pueblos, la Iglesia latina permanecia tranquila y pacífica tributando el culto bajo la custodia y direccion de los romanos pontífices, los cuales velaban con celoso modo sobre los caros intereses del catolicismo, ora en su parte oriental como en su parte occidental, por mucho que fuesen vanos sus esfuerzos en el Oriente. Véase, pues, cuál quedan malparados los enemigos del culto de las imágenes y de los santos, que, como hemos demostrado, y nos lo atestiguan innumerables pasajes de la historia eclesiástica, y entre otros nuestro biografiado personaje y cristiano y español poeta Prudencio, data de la más remota antigüedad, se halla autorizado en las sagradas Escrituras, atestiguado en los escritos de los venerandos Padres de la Iglesia, y en completa armonía con los sentimientos más íntimos del corazon humano. Rogamos y tributamos culto á los santos, porque á ello nos estimula Jesucristo, porque la comunion de los santos, dogma fundamental del cristianismo, enseña que en el cuerpo místico unos miembros sirven á

los otros, que los bienaventurados que gozan de las inacabables fruiciones celestiales, viendo reflejadas nuestras necesidades en el Verbo divino, cual en espejo purísimo, y hallándose por otro lado animados de la más viva y ardiente caridad para con nosotros, que aún bogamos por este valle de miserias, interceden cerca de Dios por nosotros, y que por esta razon las rendimos culto, así tambien por sus egregias virtudes, de que nos legaron ejemplos admirables. Veneramos asimismo las imágenes de estos bienhechores de la humanidad, no en sí mismas, sino dirigiendo nuestros homenajes reverentes á los santos que representan, y no limitándolo á los pedazos de madera. En lo demás acusan los remilgados poetas modernos al cristiano poeta del siglo IV de nuestra era de usar un estilo demasiado tosco y grosero, sin tener en cuenta la época en que escribia, ni perdonar algunos deslices motivados por su ligereza ó por otra causa. Fuera de estas acusaciones despreciables, todos convienen en que sus escritos respiran cristiano entusiasmo, y que ningun poeta cristiano ha mostrado tan vastos conocimientos en la historia y en las antigüedades. Han sido numerosas las ediciones que se han hecho de sus poesías cristianas, áun en estos últimos tiempos, en Hanau, en Amsterdam, en París, en Colonia, en Roma, en Parma y varios otros puntos. Esta última se hizo en vista de los manuscritos que se conservaban en el Vaticano, añadiéndosele muchos comentarios, y publicándose en dos volúmenes en grueso fólio en el año 1789, y es la más buscada por los sabios.—N. L.

PRUDENCIO Franco (D. Diego). Nació en Belmonte despues de la mitad del siglo XVII, y cuando tenia la edad conveniente para dedicarse á los estudios con la solidez que entónces se acostumbraba en los colegios mayores, se trasladó á la universidad de Huesca, donde consta que en el año de 1691, en 15 del mes de Febrero, defendió brillantemente algunas conclusiones de jurisprudencia en union con su estimado maestro, el Reverendo y Excmo. Sr. D. Antonio Ibañez de la Riva, arzobispo de Zaragoza y del Consejo de Estado de S. M. Despues de recibido el grado competente en la facultad de derecho, con gran gozo de sus profesores, que le estimaban á causa de su grande aprovechamiento, desempeñó con aplicacion constante la abogacía, mereciendo la honra de que la expresada ciudad le eligiese para abogado defensor de sus intereses en 1713, desempeñando tambien algun tiempo el cargo de diputado del reino, el de asesor ordinario, y por fin el de tesorero de la Junta del mismo punto. Siguiendo su carrera, llegó á ser más tarde auditor general de guerra, corregidor interino de la misma ciudad de Huesca, lugarteniente del gobernador político, miembro efectivo del Consejo de S. M., oidor de la Real audiencia de Aragon y consejero honorario de Hacienda. Teniendo, sin embargo, en poco los timbres y dignidades huma-

nas, las renunció todas en el fondo de su corazon, prometiendo á Jesucristo crucificado consagrarse el resto de su vida á su servicio particular, como en efecto lo hizo, cambiando de vida y de estado, recibiendo las órdenes sagradas, y sirviendo al Señor en el augusto ministerio sacerdotal con gran celo, desinterés y virtud. Los Rdos. PP. Escolapios de la ciudad de Zaragoza le tenian en grande estima á causa de su virtud y relevantes cualidades, y en su colegio se conserva su retrato, en la calidad de protector y bienhechor. Murió en la misma ciudad el 4 de Enero del año 1749, dejando numerosos escritos á la posteridad. — N. L.

PRUDENCIO Rubio y Bazan (D. José), licenciado en sagrada teología. Nació en la villa de Daroca, dando muestras en su más tierna infancia de poseer precoces y desusadas dotes intelectuales. Aun cuando la modesta posicion de los autores de sus dias no se avenia muy bien con desprender del seno del hogar doméstico y de los trabajos agrícolas á su hijo, viendo en él las más felices disposiciones para la cultura de las letras, resolviéronse á enviarle á la universidad de Zaragoza, para que instruido en ella en las letras, fuese un dia útil á sus compatricios. La organizacion que entónces dominaba en las universidades, el ver las puertas del santuario de la ciencia abiertas á los individuos de todas las clases y gerarquías sociales, los exiguos dispendios que á la familia ocasionaba la educacion de uno de sus miembros, hacia que las fortunas ménos acomodadas pudiesen sufragar los gastos universitarios. Por más que aseguren lo contrario los ilustrados de nuestra época, este sistema sacó de la oscuridad á hombres eminentes, que brillaron en la Iglesia y en el foro, y fueron la honra de la ciencia y el ornamento de la patria, que recogió sus primeros albores. Los modernos arregladores de la enseñanza universitaria, partiendo sin duda del falso principio de que el talento es un privilegio de las clases ilustradas, implícitamente han cerrado las puertas de la ciencia á los hijos de los menesterosos, como si en su frente no rutilase la inspiracion y el genio de un modo más eminente quizá que en las de los opulentos. Si entónces dominára este exclusivismo en la enseñanza, no contariamos hoy entre nuestros literatos al jóven José Prudencio, que estudiando aún en Zaragoza publicó sus conocidos *Discursos morales*, y su curiosa obra denominada *Lelio instruido por Jacinto*, dada á luz en la misma capital en el año 1691, un tomo en 8.°, adornada además con elegantes versos. Hay además una *Glosa de décimas*, estampada en el certámen fúnebre celebrado en la misma capital de Aragon en la muerte del príncipe D. Baltasar Cárlos de Austria, debida á la inspiracion de nuestro literato, de quien se ignoran otras noticias. — N. L.

PRUDENCIO (P. Fr. Juan), natural de la ciudad de Zaragoza, religioso del órden de los Mercenarios, reputado por los sabios é ilustrados de su

época como el profesor que llevára la primacía en la famosa universidad de Alcalá, donde brilló por su doctrina y vastísimos conocimientos, por su memoria singular y fácil, por su pronunciacion suave y expedita, y en fin, por sus singulares prendas oratorias, con las que arrebataba en más de una ocasion á la venerable reunion de los sabios de aquella universidad literaria y eclesiástica con las magníficas oraciones, pronunciadas ora en romance castizo y puro, ora en latin correcto y elegante. Escribió la obra intitulada *De Incarnatione Verbi in tertiam partem Sancti Thomæ Aquinatis*, en la que muestra conocimientos no comunes en la física, lógica, matemáticas, filosofía y teología, que le atrajeron una gran veneracion de parte de sus contemporáneos. Fué publicada en Lyon el año 1634, en un tomo en fólio, junto con algunos opúsculos de ménos importancia. Espiró el año 1660.— N. L.

PRUDENT (José Hipólito Agustin Vauchot, más conocido con el nombre de Padre), capuchino. Nació en 1745 en Francougney, pequeña y poco considerable aldea del Franco Condado. Despues de haber pasado su niñez en la práctica de la virtud y de la piedad, abrazó la vida religiosa en la tierna edad de diez y seis años, mostrando ya en su noviciado y probacion disposiciones poco comunes y desusada inclinacion á la austeridad y práctica de la virtud. Luego que hubo concluido sus estudios teológicos con grande aprovechamiento, fué elevado á la sublime y excelentísima dignidad del sacerdocio, á que se preparó con grandes maceraciones y penitencias inusitadas. Apénas hubo recibido los órdenes sagrados, fué nombrado maestro de novicios, cargo sin duda el más espinoso y delicado en una comunidad, por el gran tino que requiere en la direccion de los jóvenes, por la prudencia y conocimiento del corazon humano y de las inclinaciones funestas del hombre, de cuyo acierto pende en gran parte la estabilidad y buen régimen del órden, supuesto que aquellos jóvenes son los que han de sustituir á los religiosos existentes como una generacion sucede á otra generacion. ¿Quién ignora que la juventud es en todas las sociedades, así profanas como religiosas, políticas como monacales, el objeto primordial de las atenciones de los superiores, que ven la trascendencia de su buena ó mala educacion? Bien pronto, dirigido por los sabios consejos del Rdo. P. Donnad, se dedicó casi exclusivamente al estudio de la historia, consagrando sus vigilias á consultar los más celebrados y verídicos historiadores. No tardó en descollar entre todos sus coetáneos historiadores, poniéndose luego en estado de competir con los más sobresalientes que entónces ostentaba Europa, por cuya razon fué nombrado académico de Besanzon. En el año 1776 obtuvo el primer premio de elocuencia, dado ó propuesto por la Academia al que mejor compusiese un elogio del canciller del emperador Cárlos V, Nicolás de Perrone.

El siguiente año obtuvo dos premios: el uno por historia, por haber publicado una *Noticia de los monumentos romanos existentes en el Franco Condado*, y el otro por una *Disertacion de Agricultura*, que publicó, examinando las causas características y naturaleza de una pestilencial enfermedad que atacaba á las viñas en todas las comarcas de la provincia. Esta disertacion fué impresa en Besanzon en el año 1700, en un tomo en 8.°, por disposicion de la Academia, y repartida con profusion por las campiñas, para que en su vista procuráran corregir la terrible peste. Pero el magnífico triunfo obtenido por el P. Prudent fué poco duradero, como lo son de ordinario todas las ovaciones del mundo, cuyos laureles nacen marchitos. Un anónimo contestó á sus justas y acertadas observaciones con el folleto *Reflexiones á los viñadores*, impreso en Vesoul en 1778, en 8.°; y ridiculizaba con todas sus fuerzas al autor de la obra que habia sido premiada por la Academia. El P. Prudent descubrió al través de las soeces invectivas y de las ignobles vulgaridades, á un tal Baverel, que murió en Besanzon el 18 de Setiembre de 1822. No osando luchar con un enemigo que apelaba á tales indecorosos medios para saciar su envidia, y cuya causticidad, cuya mordaz lengua le hacia temible, mostróse indiferente hácia el autor, despreció el anónimo sin querer hacer otra cosa que declararlo injurioso á la Academia é injurioso tambien al órden de los Capuchinos. Esta salida original, que fué conocida por todas las personas ocupadas en la cuestion, léjos de producir el resultado que se propuso Prudent, produjo precisamente el contrario. Como sucede con frecuencia en el mundo que los espíritus poco humildes toman alas con el silencio de sus adversarios, como es este el funesto carácter de algunas personas, sus consecuencias suelen ser en extremo funestas. Engreido Baverel con la silba que habia experimentado el autor de la disertacion agrícola de parte del público que se le mostró indiferente, viendo que hasta el mismo parlamento académico rehusó tomar parte ni defender al Padre Prudent, considerando que se rebajaria su dignidad si tomaba parte en una querella literaria, Baverel tomó de nuevo la pluma y publicó un folleto más mordaz aún que el primero, que fué publicado con el título siguiente: *Observaciones sobre la disertacion, en el año* 1779, *en* 8.°, con el cual acabó de humillar hasta el polvo al Rdo. Padre Prudent, que perdió con estos insultos la aspiracion ambiciosa que hasta entónces habia tenido por las palmas académicas, por los premios, por las ovaciones literarias y científicas, de las cuales se habia pagado en demasía, reposando sobre sus laureles. Una prueba más si ya no bastasen las innumerables que nos suministra la experiencia de lo exíguos y deleznables que son los goces y felicidades de esta vida, entremezclados casi siempre con amarguras, acibarados con tristeza desoladora y amarga. Avezado el Rdo. P. José Hipólito Agustin de Prudent

en la adversidad, se retiró del mundo de las ilusiones, despreció las humanas ovaciones, se encerró en el círculo de sus santos deberes, y se dedicó al desempeño de las funciones de su estado, que llenó con cumplida deferencia y notable celo. Luego que la revolucion arrastró y suprimió las órdenes monásticas, arrancando los conventos como el furioso huracan asola las campiñas, los prados deleitosos, las campestres y frondosas arboledas, se retiró al lado de su familia, en cuyo seno vivió ejercitando las virtudes religiosas, hasta que falleció en Fontaine en 28 de Agosto del año 1792. Entre el número de memorias y disertaciones que publicó, y que fueron coleccionadas por disposicion de la Academia de letras de Besanzon, se conservan algunos escritos que muestran su amor á las letras, sus vastos conocimientos históricos, sus extensos estudios teológicos, adquiridos bajo las sombras de esos cláustros tan escarnecidos, y cuyas silenciosas mansiones se brindaban tanto sin embargo á la prosecucion de planes vastos, altamente benéficos y humanitarios. Se conservan de él: *Curso de la lengua latina*, los *Tratados de Teología*, los *Sermones*, los *Panegíricos*, que los retiene en manuscrito su Orden religiosa. Las dos únicas y aplaudidas obras que publicó fueron: *Disertacion en que se exponen las apreciaciones y juicio de la Academia de Besanzon, publicada en 1774, sobre la materia que sigue: Caractéres y causas de la enfermedad que ataca á los viñedos de algunas provincias y departamentos del Franco Condado, y algunas instrucciones sobre el modo más útil y acomodado de prevenir esa enfermedad y curarla;* publicada en Besanzon en el año 1774, un tomo en 8.° La segunda es la mencionada obra, que fué objeto de tantas acusaciones y sátiras por parte de Baverel. *Teatro de la agricultura*, que sale á luz en 1804. Publicó además la *Vida de Santa Clara*, París, 1782, 12.° — La inutilidad de las órdenes mendicantes, compuestas de los religiosos que por practicar la pobreza evangélica vivian de limosna encomendando su subsistencia y alimentacion á la Providencia y la piedad de los fieles, entre quienes se encuentran los carmelitas, dominicos, franciscanos y agustinos, pero muy especialmente los capuchinos, mínimos y recoletos, es uno de los lugares más comunes, sobre el que nuestros políticos y filósofos descargan más rudos golpes alegando que estos religiosos son los hombres, no solo más inútiles sino los más onerosos á los pueblos, que esquilman con sus exacciones. Nada hay en su entender más ridículo que uno de esos hombres cubiertos con su tosco sayal, con el rostro de piedad y de mortificacion, con ficticia austeridad, que se presenta á las puertas del ciudadano implorando una limosna interponiendo la hipocresía y santidad exterior para conmover las almas cándidas, que acostumbran juzgar las cosas por meras apariencias. Ni son estas las quejas que alegan contra esos venerables religiosos nuestros incredulillos, educados en las escuelas protestantes, sino que exagerando

hasta un indecible extremo sus aserciones, consideran los privilegios y dispensas que han obtenido de los soberanos pontífices como fuente inagotable de desórdenes y horrorosos atentados, entre los cuales enumeraban en primer lugar las cuestaciones injustas, que han sido para ellos ocasion próxima de desarregladas costumbres, de bajas é ignobles perfidias, de fraudes piadosos y horrendos. Si ya no estuviéramos acostumbrados á oir los denostantes insultos de nuestros enemigos, poco amantes de la imparcialidad y moderacion cuando se trata de las instituciones cristianas, cuyo solo recuerdo exalta su bilis, horrorizarianos semejantes despropósitos y sándios cargos. Mas el hábito de escucharles parece ya haber embotado nuestros sentidos, haciéndolos insensibles é impidiendo que se irriten al ser heridos por cargos tan infundados. Esto no obsta para que á fuer de sinceros y leales defensores de la verdad, hagamos algunas observaciones, encaminadas á examinar hasta qué punto son ciertas las acusaciones de nuestros enemigos, y si en efecto son sentinas de ociosidad, de abandono y corrupcion, esos monasterios consagrados con augustas ceremonias, y reputados hasta la presente por misteriosos asilos en los cuales moraban las virtudes más acrisoladas, las más heróicas, las más sublimes. Es sabido que el orígen de las órdenes mendicantes data del siglo XII, época desventurada en que la Europa entera veíase infestada por inmenso cúmulo de sectas diferentes y herejías desusadas, que con un exterior de pobreza, de austeridad, de humildad y desprendimiento, mostrando en su rostro la más completa abnegacion y abandono de todas las cosas, seducian á los incautos pueblos, y fascinaban á las masas inocentes, arrastrándolas en pos de sí con su poderoso influjo, con ese mágico iman que áun las apariencias de la virtud ejercen sobre el hombre, cuya alma, como dijo concisamente el gran Tertuliano, es naturalmente cristiana, y cuyo corazon, como observó el profundo y eminente genio de S. Agustin, tiene una fuerte propension á todo lo sobrehumano, á todo lo divino. Los cataros, los valdenses, los pobres de Leon, los poplicanos, los frerotes, y otros muchos sectarios, conocedores de estas tendencias del hombre, innatas en él, á la virtud y las superiores ideas, se valieron de ellas, y fundaron en este conocimiento su sistema para captarse la popularidad de las masas, atraer la veneracion y las simpatías del público, y tener por este medio ocasion de esquilmarle con exacciones más ó ménos fraudulentas y piadosas. Ni es de extrañar que pareciese esta zizaña en el frondoso campo de la Iglesia, donde desde los tiempos apostólicos han nacido constantemente, al lado de la buena semilla, las malas yerbas que roban el jugo destinado para alimentar aquella; y que esto durará hasta la consumacion de los siglos parece predecirlo el Salvador de las naciones cuando manifiesta á sus apóstoles que no era tiempo aún de separar la zizaña del buen trigo,

que los dejasen crecer entremezclados, porque al fin de la sementera, al terminar el mundo, enviaria el padre de familia sus jornaleros para que pudiesen recoger el fruto bueno en los graneros y arrojar despues el malo á las tinieblas exteriores, lo que entónces se podria hacer sin peligro de que fuese perjudicado el buen grano. Deseosos los santos varones que florecieron en aquella época de preservar á los fieles de lazos tan insidiosos, que desdoraban la religion del Crucificado, concibieron el feliz pensamiento de oponer á sus ficticias y falsas virtudes virtudes reales y sólidas, á su hipocresía la verdadera santidad, para que del parangon de la una con la otra conociesen los incautos cuál era la verdadera virtud que debian amar y cuál el detestable y feo vicio de la hipocresía que debian detestar, como se conoce más el oro falso cuando es colocado al lado del verdadero, y las piedras preciosas se distinguen de las falsas cuando se las aproxima y junta. Como ninguno de estos santos varones, iniciadores del admirable pensamiento que contribuia á hacer que los hombres hiciesen por puro amor á la religion y á Dios lo que los falsos sectarios hacian por amor á su bienestar y guiados del deseo de seducir las masas, hubiera sido escuchado, ni tuviera prestigio á no ostentar un exterior mortificado y austero, á no mostrar pobreza y austeridad en el semblante y en el ropaje, fué necesario formar hombres en cuyo pecho se uniesen con divina lazada la pobreza que Jesucristo santo habia encomendado á los discípulos y seguidores de su cruz con un verdadero celo, que tendiese á convertir á los innumerables sectarios de las falsas virtudes, sin irritar los ánimos, sin empeñar á los discípulos de Jesus con los emisarios del infierno en una funesta lucha, que léjos de remediar los males conciliando los espíritus, hubiera solo contribuido á agriarlos más, y á hacer más lamentosa la situacion de la Iglesia. Nadie, que sea amante de las virtudes verdaderas y del bien podrá negar que era plausible este pensamiento, al que muchos se afiliaron, adoptando el propuesto género de vida por voto, y tuvo gran séquito é imitadores. ¿No son éstos dignos de gratitud por haberse sobrepuesto á las preocupaciones de su época y realizado tan admirable pensar? Aun cuando el suceso no correspondiera á los fines de la institucion y á las miras de los fundadores y de los papas que le aprobaron, no habria derecho para que se les hiciera responsables de su éxito poco acertado, supuesta la sinceridad con que procedian, de que sin género alguno de duda es prueba concluyente el ver que podian adoptar el sistema que los falsos sectarios y no someterse real y voluntariamente á las desventajas de una vida pobre, abatida, humillada, careciendo de todos los temporales recursos que sus enemigos buscaban con su falsa piedad y necia virtud, que se proponian desacreditar. Este es el orígen de las órdenes mendicantes, segun lo atestiguan muchos de los sabios mismos del protestantismo, por más que críticos

ligeros y frívolos atribuyan su institucion á la ignorancia de los siglos bárbaros, á una piedad mal entendida, á una falsa idea de perfeccion, supuesto que es bien averiguado que fueron efecto de la necesidad, de las circunstancias y de la predisposicion de los pueblos. No ménos contribuyó á la fundacion de estas admirables instituciones el espíritu del cristianismo, que en su admirable fecundidad produce en todas épocas y en todos los países y climas grandes virtudes y sublimes sacrificios, cubriendo la superficie del mundo religioso con la honrosa variedad de todo género de virtudes, á semejanza de la variedad de flores aromáticas, sabrosos frutos, encantadores países; con que vemos cubierta la superficie del mundo físico, merced á la asombrosa fecundidad de la tierra. Son aún ménos felices en sus conjeturas los que de entre nuestros enemigos atribuyen el planteamiento de las órdenes mendicantes á la sábia política de los papas, cuya astuta sagacidad, al decir de nuestros cavilosos filósofos, veia en esas numerosas congregaciones una fortificante milicia que en casos dados servir pudiera para ejecutar sus órdenes, favorecer sus miras ambiciosas, y extender de este modo la prepotencia y poderío que tanto enfurece á nuestros enemigos. ¿Qué apoyo podian prometerse los soberanos pontífices de los indefensos y tímidos discípulos de S. Francisco y de los reformadores de las órdenes religiosas cuya existencia dependia de la voluntad de los pueblos? «Ah! se dice, esos hombres con su exterior modesto, infundian á las masas una veneracion profunda, y los pueblos capaces eran de perder su vida á la simple insinuacion de un fraile, que con el crucifijo en la mano, la poblada barba, les arengaba en nombre de la Divinidad. Estas miras de ambicion y avasallamiento fueron las que presidieron el orígen de las órdenes monásticas.» Vamos á hacernos cargo por partes de tan infundadas acusaciones, siquiera sea con la rapidez que exige un artículo biográfico, y veremos que los santos fundadores se hubieran engañado torpemente si á sus institutos hubieran presidido miras de ambicion, y hubiéranse en supuesto semejante equivocado en órden al porvenir, quedando malparado el espíritu profético que se les atribuye. En primer lugar, los fundadores de las órdenes mendicantes, los bienhechores de la humanidad, léjos de proponerse la formacion de congregaciones inútiles de hombres ociosos, es evidente que tuvieron el noble intento de consagrarse á la conversion de los herejes y santificacion é instruccion de los fieles, á cuyo fin trabajaron todos de consuno, con el celo más ardiente, con mucho fruto, dedicando sus vigilias y austeridades á la mayor perfeccion de las masas. Degradado entónces el clero secular, sin prestigio alguno sobre las masas á causa de su ignorancia, comun en aquellas oscuras edades á todas las clases de la sociedad, era necesario llenar el vacío con hombres piadosos y ardientemente celosos, que ocupasen los púlpitos,

los confesonarios, asistiesen á la cabecera de los moribundos, acompañasen al último retiro y cementerio á los cadáveres, consolasen las familias desoladas, y extendieran, en una palabra, los beneficios de la divina religion cristiana por todas las gerarquías sociales, ora fuese en las bulliciosas poblaciones, ora en los miserables pueblos entregados á las campestres faenas. Nadie niega, ni áun los mismos protestantes imparciales y de talento, que aún en el dia de hoy, á pesar de haberse aumentado considerablemente el clero, á pesar de hallarse dotado en general de una instruccion no escasa, hay una infinidad de pobres parroquias, situadas en los campos y en las aldeas, que no encuentran quien las sirva sino con suma dificultad, y en las cuales se palpa la necesidad del auxilio de los religiosos. La diferencia de educacion, las diversas necesidades y hábitos contraidos entre el clero secular y regular, hacen que miéntras las fuerzas de los religiosos se ven multiplicadas á causa de ser su exclusivo objeto las ordenes y ocupaciones religiosas, los individuos del clero secular, precisados á dividir sus atenciones en innumerables objetos, no pueden disponer ni del tiempo necesario, ni del sosiego y recogimiento de los silenciosos claustros para dedicarse á los ministerios. Todos sabemos el tiempo que nos absorben las atenciones de sociedad, en cuyo servicio empleamos repetidas veces la mayor parte de nuestros dias. El religioso, que tiene todas sus horas consagradas al servicio de la Iglesia, que por otra parte se halla en completa incomunicacion con el mundo, es innegable que puede aumentar de un modo considerable sus fuerzas para emplearse en las elevadas funciones del sacerdocio. Y no creemos necesario detenernos aquí en una detallada enumeracion de la inmensa multitud de hombres apostólicos, de sabios de primer órden, de literatos aventajados, que produjeron en todos tiempos las órdenes mendicantes, que, como el personaje Prudent de nuestra biografía, honraron la Iglesia con sus estudios y ciencia no ménos que con sus eminentes virtudes. ¿Qué extraño, por lo mismo, que mereciesen la más alta consideracion del pueblo? Observemos en confirmacion de lo expresado, que las reglas de S. Francisco y de S. Agustin, que son las que siguen las más de las comunidades pobres que nos ocupan, establecen y manifiestan el deseo que animaba á sus fundadores de que sus conventos se estableciesen con preferencia en las aldeas y en las soledades campestres, mejor que en las ciudades populosas, con el fin sublime de que los religiosos consagrasen con especialidad sus desvelos al alivio de los pobres campesinos, que más lo necesitan, de esa parte de la sociedad que es mirada con desdeñosa indiferencia por la otra parte á quien alimenta con el fruto de sus sudores. No podrá imaginar y mucho ménos realizar por sí solo el hombre una idea tan social, tan humanitaria, tan benéfica, tan en armonía con la predicacion y las

divinas máximas del Evangelio, del amante de los pobres, nuestro adorable redentor Jesus, como el de formar grandes asociaciones de individuos virtuosos, contemplativos, ilustrados, que tuviesen por objeto principal la instruccion de los campesinos, apegados á la tierra ingrata, que solo regada con el sudor de su frente es como les proporciona un bocado de pan para reparar las fuerzas. ¡Qué idea tan bella, digna de la lira de los más renombrados poetas, de los Horacios, de los Virgilios, la de un venerable religioso, que despues de pasadas las horas en comunicacion con el Altísimo se acerca al campo donde trabaja el sencillo labriego, le predica doctrinas saludables, le resigna con su trabajosa suerte, enjuga las lágrimas de sus infortunios, socorre sus necesidades en la penuria, le enseña á amar á sus enemigos é injustos exactores, arrebata el odio de su corazon, le hace humilde, le muestra el azulado firmamento, tras el cual el Eterno se halla ocupado con sus querubes en tejer coronas de laurel para la virtud, y llegado el último momento le cierra los ojos, enviando su alma limpia y pura al seno de la Divinidad, y sepultando en modesto cementerio su tosco cadáver, ennegrecido por los abrasadores rayos del sol. ¡Oh! Si la religion del Crucificado no inventára más prodigios divinos y encantadores que este, bastára sin duda para atraerle la veneracion y gratitud de los pueblos. ¿Quiénes son los culpables de que hoy no se cumplan las admirables instituciones de esos santos fundadores? ¡Ah! Sin duda alguna los cómodos señores, que posponiendo sus antojos á las necesidades de los pueblos, multiplicaron los conventos en las ciudades por el deseo que tenian de encontrar cerca de sus moradas iglesias más cómodas y aseadas que las parroquias, donde pudieran hallar obreros evangélicos más humildes, más complacientes y mortificados que los que servian los curatos, capillas, sepulturas y fundaciones pias, y en último resultado atraidos á sus cercanías para satisfacer con esta piedad igualmente su vanidad y su molicie. No era dado que los religiosos, amantes de la humanidad doliente como de la afortunada, dejasen de prestar estos servicios, so pena de incurrir en el desagrado de los señores, que todo lo querian avasallar, castigando severamente á los que se opusiesen á sus miras y caprichos. Se desprende de lo dicho que la causa principal de los abusos y consecuencias de que los enemigos y filósofos antimonacales acusan á las órdenes religiosas de los mendicantes, fueron ellos mismos, que tendieron redes insidiosas á los pacíficos religiosos empleados en los solitarios campos en el desempeño de las elevadas funciones de su cargo. Luego es marcada injusticia acusarlos solo á ellos del mal que cometieran en enredarse en sus lazos engañosos, y hacerlos responsables únicamente á ellos de los males que de esto se originaran, cuando son ellos los que los pusieron en contacto con los mundanos, y el polvo mundano, que todo lo mancha y dete-

riora por santo y divino que sea. La estupenda falsedad de los que atribuyen la relajacion de las órdenes pobres á los mendicantes, manifiéstase evidentemente por la observacion de que igual desórden se introdujo en los monasterios de los monjes dotados de pingües rentas y grandes heredades, cuya riqueza, áun el dia de hoy, es objeto de codiciosa envidia de parte de esos insufribles y malhumorados personajes, que no perdonan ni la opulencia á los discípulos de los benedictinos, ni la pobreza á los hijos de Francisco de Asís; no les place más la vida solitaria, mortificada, laboriosa y edificante de los monjes de la Trapa, que á nadie son onerosos, ni tienen sino sarcasmos para los que ellos llaman ociosos, disipados y vagabundos religiosos mendicantes y pobres. El mal no sería de tan grandes proporciones si los mismos seglares no se hubieran introducido en los monasterios, mezclándose en todos sus negocios, distrayéndolos de sus santas tareas con frecuentes é inoportunas visitas, censurando su régimen, fomentando las divisiones y los partidos entre los religiosos, atizando la tea de la discordia, y preparando, en fin, su descrédito y exagerada relajacion. ¿Por qué apadrinasteis, concediéndole vuestra proteccion, á un fraile díscolo, rebelde, inquieto, enemigo de los superiores y de sus disposiciones, aburrido con su estado, poco resignado con las voluntades de sus superiores, que sembró la disension, corrompió un miembro, luego otro y otros, hasta que por último gangrenado el cuerpo monacal fué necesario un hombre superior, enviado por la Providencia, que sanase la terrible enfermedad, volviendo las cosas á su primitivo estado? ¿Por qué vosotros, padres de familia, deseosos de descargaros algun tanto del peso de vuestros numerosos hijos, hollando tal vez las inclinaciones de estos, los forzasteis á entrar en el claustro, obligando á Dios que aceptase los desperdicios de vuestra casa, los desechos de la sociedad, privando al Ser Supremo el derecho que tiene de elegir servidores conforme á las leyes de su providencia divina, introduciendo los ménos á propósito para adquirir el espíritu religioso, y cumplir con los multiplicados deberes de su estado, que exigen una vocacion especial y una asistencia particular del cielo? ¿Cómo es posible que la virtud más acrisolada resista á la influencia de hombres irreligiosos, que ponian directa ó indirectamente, inocente ó maliciosamente, su empeño en desacreditarlos, en hacerlos irreligiosos, comunicándoles el virus ponzoñoso de la corrupcion, que siempre ha abundado en el mundo? ¿Qué extraño es pues que este veneno sutil penetrase hasta en los mismos asilos encargados de preservar de su influjo á los hombres? Hemos infestado, debeis decir, con nuestros vicios el claustro y el estado religioso. Cuando veais que la ira del cielo enojada descarga los rayos de la justicia sobre la tierra, cuando veais que corre á torrentes la sangre de los religiosos, que el huracan furioso de la cólera di-

vina arrase de la superficie de la tierra los más admirables y grandiosos institutos, cual pudiera hacerlo el huracan y el vendaval con los vetustos árboles seculares; cuando veais que la justicia del cielo, por medio de su ángel exterminador, arranca de sus moradas á los religiosos, priva á los pueblos de sus servicios benéficos, ved allí al Omnipotente airado, que castiga primero á los impíos pueblos, privándoles de sus resplandecientes luces en castigo del desprecio que hicieron de sus servidores y del contumaz empeño que pusieran en gangrenar los cuerpos monásticos, y luego á las mismas comunidades, que olvidando sus ministerios y elevada comision, sentáronse á nefandos banquetes con los mismos á quienes no se atrevieron á desengañar y corregir. No culpeis solo á los discípulos de los sábios fundadores; culpáos ante todo á vosotros mismos, que así habeis puesto vuestras manos en asilos santificados por la mano del Omnipotente. Todos sois culpables; todos debeis llorar; no teneis derecho á acusaros los unos á los otros; solo teneis opcion á humillaros con modesta y compungida compostura ante el Eterno, pidiéndole postrados clemencia, perdon y amor. Esta oracion humilde podrá desenojar al cielo, detener el rayo chispeante de su ira y realzar las órdenes religiosas abatidas; todavía entónces, la virtud que hoy se ve proscripta y avergonzada, precisada á ocultarse, sin licencia para presentarse en público, á causa del extenso dominio conquistado por su capital enemigo el vicio, podrá brillar reluciente y esplendorosa, podrá recobrar sus estados perdidos, podrá presentarse á la sociedad y á la faz del mundo en toda su esplendente hermosura y brillantez. Todavía hay desiertos quizá tan ásperos como los de los tiempos de los Hilariones, Pacomios, Pablos ermitaños, Antonios; todavía la humanidad tiene hondas llagas que curar, nieblas espesas que alumbrar, grandes empresas morales que realizar, para cuya ejecucion son indispensables los hombres desprendidos, los hombres desinteresados, los hombres heróicos, los hombres virtuosos. Si la generacion presente se humilla ante el Eterno, si confiesa su pecado, puede prometerse aún su salvacion; el Dios de las misericordias está siempre deseoso de perdonar; si viese su pueblo humillado, inspiraria aún elevados proyectos, humanitarios pensamientos, á los elegidos que viven sumidos en la oscuridad; suscitaria pobladores de desiertos en los cuales manasen fuentes de dulcísimas aguas que fecundáran la agostada tierra. Veríanse pronto resplandecer las virtudes, de las que tanto necesita la época presente materializada, y sus enemigos, cubiertos de oprobiosa confusion, veríanse precisados á tributarle homenaje. Solo un rasgo extraordinario de clemencia por parte del cielo, y un rasgo de profundo dolor y arrepentimiento de parte de la tierra, pueden salvar á la presente generacion y desviarla del borde fatal del abismo en que se halla avocada. Si en vez de lanzar á los espacios imaginarios la-

mentaciones quejumbrosas por una parte, quejándose de la desaparicion de las órdenes monásticas, é insultos acriminadores por otra parte, acusando de inútiles y haraganes á los religiosos; si en en vez de agotar las fuerzas en desahogos infructuosos se hallase el medio de hacer útiles á la muchedumbre de haraganes que abundan en todas las clases sociales infestando el mundo con sus vicios; si se llega á convencer á los nobles que el trabajo no es un patrimonio de los plebeyos, ni un resto de esclavitud que degrada la nobleza; si se llega á convencer á ciertas clases que es mas honroso trabajar que mendigar, adquirir el sustento con la industria y no con la corrupcion; entónces labrareis vuestra felicidad decantada y podeis suprimir como innecesarias las órdenes mendicantes. Pero miéntras las calles, las plazas de nuestras poblaciones numerosas, los palacios de los grandes, se vean atestados de ilustres haraganes ejerciendo una mendicidad más vergonzosa que la de los frailes, fomentando todos los vicios, siendo instrumentos de todos los crimenes, con tal que los espere al caer la tarde una mesa opípara y gratuita; cuando esto hagais, creeremos vuestros cargos sobre la mendicidad frailesca fundados. Miéntras no, optaremos siempre entre la mendicidad elegante y la religiosa, por esta última.—N. L.

PRUDHOMME DE LA VOMIEUR DE LA VALLE (Jacobo Francisco Renato Guillermo de) Obispo. Nació en el año de 1728 en S. Cristobal, obispado de Mans, ó sea diócesis de Mans, y terminó sus estudios en la capital del vecino imperio francés; tomó el grado de licenciado en la universidad de la Sorbona y la investidura de doctor en 1760; fué creado cura párroco de la parroquia del Crucifijo de Mans, que desempeñó por largo espacio de tiempo. El 25 de Marzo de 1767 pronunció en la iglesia del hospital un pomposo elógio del célebre Mr. Frouley de Lezzé, cuyos restos habian sido allí depositados. Exaltado el orador justísimamente por las imposturas de los jansenistas, que con sus exageradas prescripciones y horribles máximas hacian imposible la práctica de la virtud y de la piedad, ponian en tembloroso y desesperante estado á los menos espantadizos, y cerraban en fin la puerta del cielo para todos los hombres, pronunció en su discurso algunas palabras acres contra los jansenistas, calificándolos de espíritus inquietos y turbulentos. Los enemigos de la verdad tienen por costumbre, cuando se ven tildados por los ministros del Evangelio, cuando se hallan comprendidos en los anatemas de la religion, apelar al ridículo y desprecio soberanos, y siguiendo esta línea de conducta, propia de todos los heresiarcas, fué el discurso de nuestro Prudhomme calificado de producto monstruoso del fanatismo en una crítica odiosa que de él hicieron los redactores de las *Novedades eclesiásticas*, en el número publicado en 16 de Julio de 1767. Las persecuciones son honrosos timbres que debe ostentar con noble orgullo y digna altivez el defensor de la verdad.

¿Qué honor mayor que el de ser perseguido por la causa de la religion y de la verdad, por la causa del que por nuestro amor derramó hasta la última gota la sangre toda de sus venas? Nuestro digno párroco gozó de gran crédito y reputacion en su parroquia á causa del celoso interés que mostró en la defensa de la verdad, hasta que modificadas desgraciadamente sus opiniones con el advenimiento de la funesta y nunca bien deplorada revolucion francesa, vino á dar de mano, so pretexto de adoptar términos medios, á la santa causa de la verdad, perdiendo entónces gradualmente la consideracion y estima pública de que antes gozára. El sacerdote Gregorio habia sido nombrado por aquella época obispo á la vez de la diócesis de Mans y de la de Blois, y optó por esta última sede, siendo presentado para ocupar la que resultaba vacante Jacobo Guillermo Prudhomme, que fué consagrado en París el 11 de Marzo de 1791, siendo promovido á su silla en el 10 del mes de Abril del año inmediato, en que tomó posesion de su cargo pastoral. Separado de la hermosa senda de la verdad, abandonando los grandes principios que hasta entónces habia profesado, deseoso de complacer ántes que al Ser Supremo, ántes que á Jesucristo crucificado, á sus patronos díscolos, que halagaban su talento únicamente para tener en su persona, cuando llegase el caso, un poderoso y servil instrumento á sus planes impíos y devastadores, inauguró su episcopado con actos, que le atrajeron la indignacion pública. Apénas habíase sentado en su silla, cuando publicó una carta pastoral, en la cual absolvia á todos los fieles, sobre los cuales pesaba el decreto aterrador de la excomunion, digna y oportunamente lanzada sobre sus corrompidas almas por su antecesor, el célebre Mr. Joufroy de Cousens, lo que dió lugar á que uno de sus diocesanos escribiese un folleto titulado: *Una palabrita de amistad á Mr. Prudhomme.* No por esto se corrigió de sus pasados errores, sino que marchando con obstinado y pertinaz paso por la misma senda errada y tenebrosa, el dia 5 de Enero del año 1792 publicó otra carta pastoral, intitulada: *El Catolicismo de la Asamblea Constituyente, demostrado por la disciplina del primer siglo y por los procesos verbales del clero, con la contestacion ó instruccion pastoral dogmática del Sr. Obispo de Sartha, sobre las disidencias que separan entre sí á los que componen la Iglesia francesa;* un tomo en 8.° Fué insertada en el *Amigo de la Religion*, núm. 1660, en 7 de Julio de 1830, como se ve, mucho despues de haber sido publicada. No pensaba el desdichado Prudhomme servir de instrumento con la publicacion de estas doctrinas á la causa de sus antiguos enemigos, los jansenistas; pero estos no carecieron de la destreza necesaria para hacerle servir á su causa, presentándole como un ilustre abogado y defensor de su triste doctrina, que tiende á secar el corazon y entregar el alma á la más horrible de todas las desesperaciones. Ya por esta

época la revolucion crugia con horroroso estridor, y la nube tempestuosa que pasaba por el horizonte parisiense, amagó descargar sobre esa ciudad, llena de horrendos crímenes, los castigos de Dios, á semejanza de los pueblos antiguos que el dia de las venganzas divinas deploraban como la mayor de las desgracias el verse privados del fuego sagrado, destinado al parecer por Jehová á inflamar los corazones de aquel pueblo material y grosero que tan mal correspondió á los regalados y tiernos cariños del Dios omnipotente. Debemos decir, en honor de la verdad, que Prudhomme no figuró, sin embargo jamás en las filas de los revolucionarios más exagerados, ni como se ha querido suponer tomó parte en las tenebrosas lógias, en que se fraguaba la perdicion de las sociedades, la destruccion de los tronos, el destronamiento del Redentor, de Jesucristo, del Rey de los corazones, que tenia hacia tantos siglos dulcemente sometidos á su benéfico yugo los corazones de todos los hombres buenos que poblaban la superficie de la tierra. Mas áun cuando no tomase parte en las secciones directivas de las lógias masónicas el obispo constitucional Mr. Prudhomme, fuerza es confesar que no por esto dejó de influir considerablemente al triunfo de las malas ideas, con sus palabras, con su autoridad, con su episcopal dignidad. Desgárrase el alma de pena al ver desviados de su hermoso sendero á los ministros del santuario, encargados de velar por la custodia de los reverendos dogmas de la religion del Crucificado; pero consuélanos, sin embargo, la idea de que á pesar de todas las alteraciones que se experimenten en el seno de la Iglesia, hay en ella una roca, contra la cual las oleadas de las humanas pasiones se estrellan con estruendo horrísono. Se ha querido tambien presentar á Prudhomme como defensor del matrimonio de los clérigos, y enemigo del celibato eclesiástico; pero nos complacemos en consignar que se opuso con entereza á estas doctrinas, cual se vió en el proyectado matrimonio de uno de sus vicarios generales, antiguo benedictino, que algun tiempo despues contrajo sin embargo matrimonio, siendo desposado en la misma catedral de Mans, á pesar de haberse opuesto, como decimos, el obispo. Prudhomme le hizo dimitir, en castigo de su accion criminosa, de las altas funciones que desempeñaba. Aunque con dolor confesamos tambien paladinamente que este desalmado pastor se adhirió á las dos enciclicas publicadas por los reunidos en el año 1795; que asistió á los pretendidos concilios nacionales de 1797 y 1801, y que formó él mismo en su diócesis otro conciliábulo provincial, en el cual fueron redactadas las actas del sínodo, en nada conformes con las doctrinas profesadas por la Iglesia. Más tarde se reunió al comité ó asamblea del metropolitano, convocado por Leccoz, en la ciudad de Rennez, é hizo dimision de su cargo en 1801, pasando á mejor vida el 9 de Febrero de 1812, á la avanzada edad de ochenta y tres años. Fué asistido en sus úl-

timos momentos por un canónigo, amigo personal suyo, de quien no se ha podido averiguar cuál fuese su conducta postrera. El último año de su vida lo pasó en su mayor parte en su posesion de Ranne, donde fueron sepultados sus restos. La inscripcion puesta sobre la fria losa que cubriera su tumba no hace mencion de sus títulos episcopales. Triste es el recuerdo que pesa sobre nuestro personaje de haber contribuido más ó ménos directamente á la expulsion, digámoslo así, de las sanas doctrinas. En su tumba las mustias flores anuncian con amarga tristeza que yace allí el hombre, que por debilidad ó por ambicion, demostró simpatías á los hombres que estaba obligado á resistir, por hallarse personificados en ellos todos los atentados contra el cristianismo, que se desenvolvieron desde entónces en todas sus horrendas consecuencias. Luego que los nuevos y fogosos reformistas introdujeron la uniformidad en lo civil, en lo político, en lo administrativo, en lo judicial, quisieron tambien introducirla en lo eclesiástico. Para esto necesitaban coadyuvadores entre los personajes del mismo clero, y áun cuando parece que ninguno entre ellos cooperaria al inicuo plan, que tendia á destruir la unidad y someter al ministro del santuario bajo la coyunda fiera de la autoridad civil, no vacilaron algunos miembros en adherirse á los funestos principios, entre los cuales figuraron especialmente algunos obispos, tales como el de Autum, ó sea Tayllerand, Prudhomme y otros. Filosofía, religion, libertad, bien público, igualdad, se levantaban de consuno en contra del clero, y si bien la mayor parte de los eclesiásticos protestaban con dignidad desde sus destierros contra tamaños atentados, otros contribuian al hundimiento del edificio católico, sin tener en consideracion que los primeros que serían sepultados en sus ruinas serian los mismos clérigos. Los diputados jansenistas, que con el espíritu afectado de órden que por do quiera descubre torpes abusos, y que habian fomentado la revolucion, quisieron á lo ménos salvar los altares, y Camus, su jefe, con la constitucion civil del clero pensó en poner en armonía la religion del estado con las nuevas leyes publicadas. Habiendo asignado mil doscientos francos de sueldo á los párrocos, habiendo dispensado á los regulares de sus votos, dejando sin embargo en el convento á los que quisieron y concediéndoles una pension, los bienes del clero fueron declarados bienes del estado, propiedades del gobierno, y de ellos se vendieron los bastantes para producir cuatrocientos millones de francos; y para que su gran número no envileciese su precio, se obligó á los pueblos á que los compráran por medio de cédulas que despues debian rescatarse, y á las cuales se puso en circulacion como si fuese moneda. Aunque en honor de la verdad creemos que Prudhomme no fué el que más participacion tomó en estos asuntos y negocios, encaminados á perjudicar al clero; sabemos, sin

embargo, que se preciaba de ser amigo de los principales firmantes del decreto de supresion de los bienes del clero, entre los cuales, como es sabido, figuran por desdicha algunos prelados de la Iglesia. En esa época veíanse cumplidas las tristes profecías atribuidas al célebre jesuita y orador cristiano Beauregard. «Sí, vuestros templos, Señor, serán saqueados y derruidos, serán abolidas vuestras fiestas, se blasfemará de vuestro nombre, se proscribirá vuestro culto, y vuestros mismos ministros, aquellos mismos que han formulado solemnes juramentos al pié de vuestros altares, os abandonarán vilmente. Mas ¿qué oigo, gran Dios, qué veo? A los sagrados cánticos que resonaban dulcísimamente en las bóvedas de vuestros templos, sucederán canciones lúbricas y profanas; y la infame divinidad del paganismo, infame Venus, acude descaradamente á usurpar el puesto del Dios vivo, á sentarse en el trono del Santo de los santos, á recibir el culpable incienso de sus nuevos adoradores.» Despues de leidas estas proféticas palabras, viendo algunos años más tarde reducida la Francia á un objeto de compasion lastimosa y sensible para todas las naciones, solitarios los palacios de sus monarcas, salpicadas en sangre inocente las calles de sus poblaciones populosas, amenazadas todas las propiedades ó no reconocidas, paseando con aire de triunfo el latrocinio por todos los departamentos, obligados á dispersarse á lejanos países los ciudadanos honrados de la francesa nacion, insolentes y díscolos á todos los pueblos que no quieran someterse á los decretos de los gobiernos, á no ser que lisonjeen sus pasiones; al leer primero los vaticinios terribles de un Dios, que lo ve todo en su eterna inmutabilidad, anunciados por los labios de su predicador, y leer despues las páginas sanguinarias de la historia francesa de la última mitad del pasado siglo, que seria preciso arrancar para que sus descendientes no viesen jamás ese pueblo que solo deseaba libertad para cometer bestiales delitos, que no conocia la sumision á las leyes, ni subordinacion, ni tribunales, ni ejército, miéntras se veian un millon doscientos mil hombres que tenian las armas en la mano sin saberse de un solo enemigo; al hacer, repito, este parangon entre la profecía y la realidad ó cumplimiento de ella, levanta el pensador involuntariamente los ojos al cielo, que en sus mismas venganzas hace brillar rayos de esperanza, y adora la mano que castiga: mas al ver los defensores del trono y del altar manchar sus manos en la misma inmunda orgía, al ver teñidas las sacerdotales vestiduras con sangre en momentos de furor vertida, siéntese congojada el alma, y solo acierta á balbucear palabras de súplica en favor de los que así olvidaban la alteza de su ministerio. —N. L.

PRUMEDA (Juan de Dios). Hé aquí otro de los cultivadores de los remotos y admirables países de la América, patria noble y feliz, si los europeos no se mostráran tan crueles con ella, y si procuráran más sus felicidades, ora espiri-

tuales, ora temporales, en vez de convertirla en campo de batalla donde se litigaban con ardorosa manera los ricos productos de sus minas. ¿Cuál es la causa de que América, despues de cuatro siglos de perenne comunicacion con nosotros, se halle aún en tan lamentable atraso, que gran parte de sus intereses, de sus fuerzas intelectuales, de sus recursos naturales estén aún por explotar? Leamos con atencion las biografías de estos hombres que nos ocupan, y nos convenceremos, bien á nuestro pesar, de que las Américas estan hoy postradas en la barbarie, en parte empeñados en las sangrientas luchas, en parte degradados los más por haberse restringido ó coartado enteramente la libertad de que los evangelizadores del Señor de las alturas gozáran en otros tiempos, y de que tan buen uso hicieran creando repúblicas como las del Paraguay, conquistando naciones enteras sin recursos, con estratagemas y solo á costa de su sangre. Juan de Dios Pruneda, natural de Cadercita, en el nuevo reino de Leon, discípulo y miembro de la Compañía de Jesus, donde entró en el siglo pasado, donde enseñó humanidades, filosofía y teología, muriendo en el de 1737, siendo á la sazon rector de Puebla de los Angeles, segun unos, y segun otros en Méjico, en el año 1754, lamentábase ya en su época con libertad y celo evangélico, de que la Europa, llena de vida, rica de medios, rebosante de vigor y de energía, usase tan mal de sus cualidades imperiosas en lo relativo á las regiones mejicanas, de que llevase á un extremo tan repugnante su codicia, de que mortificase tan desapiadadamente á los pobres indígenas, sus paisanos, concediéndoles apénas la consideracion debida á todo ser en cuya frente se ostenta el santo y augusto emblema de hijo del Altísimo, y de que deshiciese con una mano inícua el trabajo asíduo que con mano benéfica empleaban los religiosos en aquellos remosos países. Ah! Desde que en Europa desapareció la unidad de pensamiento y accion, perdió en parte esa fuerza grandiosa transformadora.—N. L.

PRUP (Benito), sacerdote, doctor en sagrada teología, canónigo y secretario de la iglesia de S. Nazario de Lyon, pasó en su juventud cuatro ó cinco años en los colegios de los congregantes, que tuvo que abandonar por causa de su salud. Sostuvo vivas y ardientes polémicas sobre el sacrificio de la Misa, sobre la obligacion que pesa sobre todos los fieles de asistir á ella, así como en la defensa de los privilegios de los religiosos, con más sobre otros puntos de grande interés, especialmente en lo tocante á la disciplina eclesiástica. Publicó á este propósito una obra con el siguiente título: *Teófilo parroquial sobre el sacrificio de la Misa*, por el Rdo. P. Rascon, capuchino, predicador, traducido del latin, en Lyon, en 1649; un tomo en 12.° El sábio jesuita, Rdo. P. Albi, combatió enérgicamente al personaje que nos ocupa en una de sus publicaciones sobre puntos de disci-

plina. Benedicto Puys publicó á poco otro folleto en contestacion á las observaciones del jesuita, dedicado al clero francés, y publicado en Lyon en 1616; un tomo en 8.° El P. Albi, con poca moderacion, volvió á la carga dando á luz una obra, en la que pretendia refutar las afirmaciones del canónigo Benito, apelando á medios poco decorosos y calificativos repugnantes, y diciendo que eran injustas é injuriosas las aseveraciones del canónigo Benito. Esto no es de extrañar, atendida la manía de aquella época en querer discutir sobre opiniones y palabras con un infructuoso calor y ardiente celo, aunque indiscreto en más de una ocasion. Se debe tambien á la pluma de Benedicto de Puys una obra con el título siguiente: *La ciencia de la salvacion*, dedicada al cardenal Alfonso Luis de Richelieu, arzobispo de Lyon.—N. L.

PRUSIA (Fr. Pedro de), del órden de los religiosos dominicos. Entre las escasas noticias que tenemos de este al parecer ilustre escritor, hallamos en la Biblioteca de los escritores del órden de los Hermanos Predicadores algunas que nos hacen entrever debia ser fecundo escritor y orador distinguido. Créese, en primer lugar, que nació en uno de los departamentos de la nacion prusiana, donde debió florecer, segun los datos que vamos á alegar, hácia el siglo XV de la era cristiana. Cuando el Rdo. P. Mtro. Salvador Casseta fué enviado á la Alemania en calidad de delegado del soberano pontífice romano Sixto IV, nuestro Fr. Pedro de Prusia hallábase en el convento de la órden de los Dominicos de Colonia, estudiando las ciencias sagradas, y en el mismo enseñó más tarde filosofía y teología. Todo esto consta segun lo arriba dicho en las actas de la órden esclarecida de Santo Domingo que nos ocupa, que se conservan en la casa religiosa de la misma Orden situada en Colonia. Cuándo fuese la época de su fallecimiento es cosa de todo punto ignorada, puesto que ni Leandro Alberto, ni Pio, ni Fernandez, escritores de la Orden, que se detienen en analizar sus obras, nada nos dicen acerca de la época de su muerte. Entre sus importantes obras debemos enumerar las siguientes: *Vita venerabilis Alberti Magni, Ordinis Prædicatorum, episcopi Ratisponensis*, que dió á luz en Alemania. Más tarde fué de nuevo reimpresa esta obra con el opúsculo del mismo Alberto Magno, que lleva este título: *De adhærendo Deo*. Esta notable obra y el opúsculo no ménos importante, segun declaracion hecha por el mismo autor, lo tomó de las siguientes obras, ó fué compuesto en vista de las obras que enumera. *Ex libro de Apibus Fratris Thomæ cantinpretani.—Ex Fratris Bernardi in castris sancti Vincentii.—Ex compilatore legendæ Beati Thomæ Aquinatis*, y de otras varias. El cap. XX de la obra precitada habla con bastante extension de la obra que se hizo en el sepulcro de Alberto Magno, del punto que ocupa y otras diversas noticias.—N. L.

PRYME (Guillermo), más celebrado por su carácter denodado y fogoso que por los numerosos escritos que dió á luz, nació en 1600 en el condado de Somerset. De la escuela de Bath y de la universidad de Oxford pasó al colegio de jurisprudencia de Lincoln-s-hire, situado en Lóndres. Mostró una rigidez extremada en sus principios religiosos, haciéndose puritano por haber dado crédito á las sugestiones de un ministro de esta secta, que supo halagar su extraordinaria vanidad, y catequizarle por este medio. No tardó en publicar un escrito en que censuraba con gran celo la perversidad de las públicas costumbres, el uso que se hallaba en boga de empolvarse el cabello, el papismo y el arminianismo. Sus escritos contra la jurisdiccion de los obispos le atrajeron el odio de estos, que encontrando en sus obras algunas frases condenatorias de los usos de las señoras, se presentaron á la Reina, de quien, por medios capciosos, obtuvieron la sentencia de condenacion, que obligaba al desgraciado Pryme á pagar una multa de cinco mil libras esterlinas, á salir de la universidad, á perder una oreja, y vivir encerrado perpétuamente en una horrorosa prision. No se crea, sin embargo, que á pesar de tan duros tormentos corrigiese su conducta Pryme, ántes bien manifestando una serenidad y una calma inalterables, que hicieran creer á todos se hallaba pura su conciencia, derramó su odio en el calabozo escribiendo multitud de insultantes folletos, en los cuales dirigió los epítetos más groseros á los obispos, llamándolos discípulos y amigos de Lucifer, hombres sin conciencia, traidores, malos amigos, y otras horrendas lindezas de este jaez, y pintando tambien con risibles y extravagantes colores sus actos. Los injuriados, que gozaban del favor de la corte, apelaron de nuevo al tribunal contra las bufonadas y ultrajes de Pryme, que por segunda vez fué condenado á pagar otra multa de cinco mil libras, sin que por esto dejase de mostrar una faz inalterable, que seducia compadeciendo á cuantos le contemplaban, por creerle inocente y sin culpa. La revolucion política que sobrevino en Inglaterra en el año 1640 le levantó el ostracismo, abrió las puertas de su prision en medio de unánimes aclamaciones, y fué conducido en triunfo á la capital. Fué al pronto creado miembro del Parlamento, cargo en que se distinguió por su elocuencia y severidad de principios, atrayéndose con semejante conducta, multitud de correligionarios, que afiliados á su bandera, le convirtieron en casi un objeto de veneracion. Creado más tarde comisario para la direccion de las reformas literarias que se proponian introducir los pares en la universidad de Oxford, mostró algunos conocimientos variados, se inclinaba en sus opiniones por la secta de los presbiterianos, y entre otras reformas que introdujo, fué una la de que se enseñase en la expresada universidad esa falsa secta del presbiterianismo, una de las innumerables que brotaron de los principios disolventes, prin-

cipios sentados por el apóstata fraile Lutero, por el violador del santo asilo consagrado á las vírgenes y esposas del Cordero sin mancilla; fecundo manantial, del que han resultado tantas variadas y confusas aguas, que hoy sumen al mundo entero en un tenebroso laberinto de incertidumbres, de dudas, de ambages y escabrosos rodeos, sin que sea dado atinar con la senda salvadora. Desterrado de nuevo en la época de la restauracion, halló en la pluma un consuelo á sus penas, escribiendo multitud de volúmenes sobre asuntos religiosos, científicos y literarios, hasta que espiró en el ostracismo el 24 de Octubre de 1669. La vasta extension de sus conocimientos adquiridos con increible paciencia, su portentosa memoria y facilidad de concepcion, hubiéranle dado un lugar entre los más distinguidos escritores, á no faltar el juicio claro é imparcial, que obras de la especie de las que eligió demandáran. Entre el inmenso fárrago de obras que publicó este escritor, que no han servido siquiera para perpetuar su memoria, debemos citar los ménos conocidos de sus libros, tales como por ejemplo: *El Compendio de los archivos de la Torre de Lóndres; — Observaciones sobre la cuarta parte de las leyes eclesiásticas inglesas; — Historia de Inglaterra;* y otras sobre materias teológicas y eclesiásticas, en las que emite opiniones tan extravagantes y absurdas, que repugnáran á los oidos mismos de los estóicos, de los indiferentes, de los apáticos protestantes ingleses. Solo se ve en todas las obras de este autor una marcada tendencia á dar muestras de saber, de profundidad, de erudicion, hija de su vanidad, que le hace insoportable. Si en las costumbres ordinarias se mostraba vano, esta vanidad subia de punto en los escritos y producciones suyas. — N. L.

PRZANWISCHI (Matías), religioso de la Compañía de Jesus, en la que ingresó en el año 1731, á lo que se cree, sobresaliendo en la práctica de la virtud y en los estudios clásicos de la literatura romana, en el de la sagrada teología, y más que todo en lo relativo á la oratoria sagrada, sobre cuya importante materia dió explicaciones acertadas, encaminadas á dirigir á los jóvenes oradores, á fin de que, en vez de convertir la cátedra divina en un Ateneo donde se ventilasen cuestiones filosóficas, impropias de la cátedra del Espíritu Santo y en una academia donde se va de ordinario á hacer alarde de conocimientos literarios y de investigaciones más ó ménos útiles y curiosas, se conservase la tradicion de los Padres de la Iglesia, que hablaban y discurrian en el púlpito fundados siempre en la autoridad de los Santos Padres y concilios, genuinas fuentes de la oratoria cristiana. Desempeñó el cargo de prefecto de los estudios de Cracovia, en Posen y otros varios puntos, así como tambien el cargo delicado de rector de algunas casas profesas del instituto de la Compañía de Jesus, que cifra en la eleccion de hombres para el desempeño de las autoridades uno de los fundamentos de sus sabias cons-

tituciones. Despues de una vida de méritos y virtudes, despues de haber empleado la mayor parte de ella en el estudio de las ciencias sagradas, en el ejercicio de la predicacion, en la direccion del noviciado, en el régimen de los seminarios, murió en el Señor el 14 de Junio del año 1764, dejando grabada su memoria en el recuerdo de sus numerosos amigos, que le estimaban no solo por su saber, sino además por su bondadoso corazon, que en todas las ocasiones disponia de bálsamos y consejos acertados para los multiplicados infortunios, que son la triste herencia del hombre sobre la tierra. Entre sus escritos, publicados todos en aleman, consérvase un notable discurso sobre el entónces debatido tema en las escuelas de la *Inmaculada Concepcion de María Santísima*, en el cual, inclinándose al lado de la tradicion eclesiástica, defiende ese que hoy es un dogma inconcuso, contra los temerarios empeñados en negar esa prerogativa dulce á la Virgen del amor. —N. L.

PRZEBOROWISCKI (Adam), natural de Polonia, donde fué conocido en su juventud por sus notables adelantos en las ciencias profanas, que luego miró con algun desvío desdeñoso por consagrarse á las ciencias divinas, y especialmente á la dificultosa ciencia de sí mismo, que tan pocos poseen. Con este propósito abrazó el instituto de la Compañía de Jesus, dándose á conocer en su seno por su piedad singular, por su humildad profunda, que en más de una ocasion admiraba á los mismos compañeros, bien acostumbrados por cierto á este género de austeridades. Ni nadie se sorprende de que nuestro personaje amase la oscuridad, se dedicase á los oficios más humildes y pobres, cuales son los de fregar el suelo, los de comer á los pies de los demás compañeros, los de creerse indigno de las miradas de sus hermanos, que esos son precisamente los medios eficaces en el seno del catolicismo de adquirir imperecedera gloria, supuesto que su divino fundador, que escribió en su Evangelio, dictó estas palabras: «el que entre vosotros quiera ser mayor sea vuestro ministro: *qui major est in vobis, fiat ministrator*; dándonos ántes ejemplo en repetidas ocasiones de su vida santísima, de esta misma consoladora verdad. Jesucristo murió rodeado de ignominias, pero no por esto su cruz, su patíbulo, deja de ondear en los alcázares de los príncipes cristianos, ni deja de ser adorada por un gran número de hombres que cifran su gloria en la cruz. Esto sucedió á Adan; cuanto más amante se mostró de la oscuridad, tanto más quiso el cielo rodearle de gloria. Fué elegido confesor del rey Juan III de Polonia, en cuya corte predicó en más de una ocasion varios sermones con grande aceptacion de los cortesanos, y no pequeño aprovechamiento de las almas, y además acompañó al rey en todos sus viajes y expediciones, no dejando por esto en manera alguna sus piadosas prácticas. Murió en 1683, en 30 de Setiembre; se conserva un nota-

ble sermon sobre *Santa Mónica*, en que presenta á esta ilustre mujer como modelo de la madre cristiana.—N. L.

PRZIBAM (Juan), párroco de la iglesia de S. Gil de Praga. Siguió su carrera eclesiástica con brillante éxito, y se distinguió con especialidad en los estudios teológicos, áun cuando por ahondar demasiado en cuestiones vidriosas de esa ciencia teológica, incurrió al principio en erradas aserciones, que más tarde llegaron á ser graves y profundos errores. Descuidó las reglas dictadas por los sabios; al tratar de emprender con ahinco el estudio de una ciencia, necesario es ante todas cosas fundarse en ella, en sus principios, en sus fundamentos, de otro modo es construir un edificio sobre flacos y deleznables cimientos, que los vientos y las tempestades hacen bambolear, inclinándolos á todos lados. La descuidada inobservancia de estas sábias máximas fué causa de que el párroco Juan, que atravesaba la época de las sutilezas escolásticas, se entregase á la defensa de principios inadmisibles, y que obstinándose en ellos, despreciando los prudentes consejos de los entendidos en materias eclesiásticas, le precipitasen en abismos y errores lastimosos. Habiéndose hecho partidario de los husitas, defendió las exageradas opiniones de estos herejes con harto temible acaloramiento, lo que le produjo el descrédito de los verdaderos creyentes, aunque no escasearon sus aplausos hácia los escritos del párroco Juan sus partidarios. Más tarde, sin embargo, abjuró sus errores, escribiendo un voluminoso tratado contra los defensores de las absurdas teorías de Juan de Hus y de Gerónimo de Praga. Mas algun tiempo despues, habiendo publicado una profesion de fe al frente de la universidad, apareció poco explícito en la manifestacion de sus creencias, lo que dió lugar á creer que si bien habia mostrado que abjuraba los errores profesados, que si bien abandonaba el husismo, no por eso habia abrazado de lleno el catolicismo, y que habíase quedado aún con algunos capitales errores. Publicó una *Historia de los Husitas*. Murió en el año 1447.—N. L.

PRZYNUCHI (Santiago). Era natural de Polonia, amante de la independencia de su cara patria, piadoso y devotísimo de la Vírgen María, á cuyo amor le impulsaron sus padres, dedicados á las prácticas piadosas como casi todos los habitantes de Polonia, donde, como es sabido, florece la religion cristiana con gran vigor, á pesar de los atentados y maquinaciones de los sectarios de Lutero, del filosofismo y panteismo aleman, y donde entre otras cosas se distinguen los habitantes por su amor acendrado á la Reina de los ángeles la purísima María, á la cual la denominan reina de los Polacos, y tambien emperatriz de la Polonia. Santiago Przynuchi abrazó la Compañía de Jesus á una edad ya bastante avanzada, hastiado de la falacia y mentira del mundo, donde habia vivido por espacio de algun tiempo. Viósele en

el instituto de la Compañía de Jesus, durante el noviciado, imitar las virtudes de los ángeles Luis Gonzaga, Estanislao de Koska, y tantos otros eminentes santos como han florecido en la Compañía de Jesus, y cuyos nombres, si bien desconocidos por los hombres, se hallan sin embargo escritos con caractéres indelebles en el cielo. Terminados los dos años de la probacion, establecidos por el reglamento ó constituciones de los jesuitas para obtener la purificacion del hombre carnal, se consagró al estudio extenso de las humanidades con afanoso entusiasmo, pero sin que la admiracion y entusiasmo que producian en su ánimo las magníficas oraciones clásicas de los Cicerones y Varrones, las poesías de los Virgilios y Homeros, y en fin de todos los clásicos latinos y áun algunos griegos, debilitasen en lo más mínimo su espíritu religioso y fervor en las prácticas cristianas. Despues desempeñó por algun tiempo el cargo de profesor de humanidades, hasta que dedicado á la filosofía, las graves meditaciones de Platon, S. Agustin y tantos otros eminentes filósofos, le abstrajeron por algun tiempo, dedicándose ya en edad muy madura al estudio de la divina ciencia teológica, en cuyo estudio pasó casi toda su vida hasta que espiró en el Señor el año de 1709 en Locke, despues de escribir en aleman una obra de escasa importancia al decir de su bibliógrafo.—N. L.

PSALMODIO (S.), ermitaño: fué descendiente de una ilustre familia escocesa é irlandesa, hijo de padres nobles muy honrados y sumamente religiosos. Desde su edad más tierna le encaminaron por la senda de la virtud, en la cual hizo notables y rápidos progresos. Se esmeraron cuanto pudieron en darle buena educacion, presidiendo siempre en ella el conocimiento de la verdadera religion. La gran imaginacion y el talento de este niño hizo fructificase en su ánimo la buena semilla sembrada por sus ilustres progenitores, y desde luego dió las más relevantes pruebas de las virtudes que le habian de engrandecer y hacerle contar entre el número de los santos y de los siervos favorecidos por el Señor; su decidida inclinacion á la oracion, á la abstraccion y al retiro produjo desde luego una marcada vocacion al estado religioso; así fué que sus padres, conociendo sus vivos deseos á dedicarse al servicio de Dios, acogieron con el mayor placer su decision por la vida eremítica; así fué que, renunciando al mundo, á sus vanas pompas, honores y distinciones, para perfeccionar más su educacion religiosa, é instruirse en la escuela de la virtud, se puso bajo la direccion y disciplina de S. Brendan. Este varon justo conoció en seguida las felices disposiciones de Psalmodio para el estado que habia preferido, y cultivó con el mayor esmero aquellas, juzgando no serían perdidos sus cuidados, y que aquel jóven espiritual y religioso sería el ornamento y el ejemplo más señalado de la vida ascética y contemplativa. Basta hacer una ligera enumeracion de su

vida, costumbres y ocupaciones para conocer sus sobresalientes virtudes. A pesar de su extraordinaria actividad, pues jamás se le vió un momento ocioso, pasaba, tanto de dia como de noche, muchas horas entregado á la más fervorosa oracion, siendo tanto más afecto á ella por los muchos consuelos y fruicion que experimentaba en la oracion, dispensándole el Señor señalados favores. Esta frecuencia en la oracion no le hacia desatender todos los demás deberes que reclamaba su religioso estado y propensiones para facilitar á sus prójimos todos los consuelos y servicios que reclamaban sus enfermedades, pobreza y falta de recursos. Su cuidadosa solicitud en el servicio de los dolientes era tan pública y tan deseada, que todos acudian á él, pues creíanse salvados de las molestias que les causaban sus padecimientos con solo que se les presentase y atendiese Psalmodio: su esmerada asistencia y su celo por la limpieza y buen régimen, hacia que efectivamente se mitigasen y calmasen sus dolores; sus buenos consejos contribuian á lo mismo, recomendándoles la resignacion y que suplicasen á Dios les restituyese al estado de salud. Estos y otros saludables consejos contribuian poderosamente al logro de sus deseos, consiguiéndose muchos triunfos que parecian milagrosos. Era tan afecto y tan misericordioso con los pobres y desvalidos, que jamás se apartaron éstos de su presencia, sin recibir limosna ó algun consuelo á su desventura. Su ayuno era frecuente, lo que realmente no le costaba gran violencia, siendo extraordinariamente parco en su alimentacion, y tanto, que parecia imposible pudiese alimentarse y existir con tan escaso sustento, y áun este generalmente era lo más simple, y reducido siempre á sustancias vegetales; y este género de vida, si bien le conservaba sano y sin padecimientos, no podia ménos de hacerse presente en su gran demacracion, falta de color y avejentamiento, á lo que mucho contribuian las demás mortificaciones, como lo eran la continua flagelacion y uso de ásperos silicios. Todos los que tuvieron la dicha de conocerle, le veneraban y respetaban como á santo, y sobre todo su prelado San Brendan, el cual constantemente hacia mil encomios y elogios de Psalmodio, presentándole á todos los demás religiosos como el mejor y principal modelo de una vida santa y ejemplar. Por consejo de este varon santo, conociendo los quilates de su gran mérito, y deseando se hiciese más extensivo el notable ejemplo de sus inimitables virtudes, le ordenó pasase á Francia y se pusiese bajo la direccion de S. Leoncio, obispo de Saintes, por los años de 630 de la era cristiana. Efectivamente, se puso en marcha y se presentó á dicho S. Leoncio, bajo cuya direccion espiritual esperaba hacer mayores progresos, si era posible, en la perfeccion cristiana. A poco tiempo se extendió por toda aquella comarca la fama de la gran santidad y virtudes de Psalmodio, granjeándose la buena voluntad y veneracion de aquellos natu-

rales con las altas prendas que le distinguian. Continuó el género mismo de vida que hasta entónces habia observado, desviviéndose por socorrer á la humanidad desvalida y menesterosa, como igualmente dedicándose al servicio, alivio y curacion de los pobres enfermos, adquiriéndose aún mayor nombre que en su país, por los muchos favores que continuamente dispensaba á los enfermos y necesitados. Esto sin descuidar sus demás prácticas religiosas, haciendo oir tambien la palabra de Dios, y volviendo á la buena senda con su enérgica y sonora voz, enseñando la buena doctrina á los muchos remisos é indiferentes, que descuidaban el cumplimiento de los deberes que prescribe la ley católica y la religion de Jesucristo. Finalmente, lleno de años, y habiendo hecho inmensos servicios á sus prójimos, deseoso de mayor retiro para poder entregarse á la oracion y contemplacion de los sublimes misterios de la religion, gastó la última parte de su vida en estos ejercicios espirituales, retirándose á una pequeña celda, situada en el bosque ó floresta de Grie, en el territorio de Limoges. Allí pudo entregarse con más constancia al ejercicio favorito de una oracion ferviente; allí continuó en sus ayunos y mortificaciones; pero á pesar de todo, no le sirvió su retraimiento, pues su gran fama de santidad, extendida por muchas leguas, hacia de su celda un santuario adonde acudian las gentes en continua romería, unos para tomar su acertado y buen consejo para remediar los achaques y contratiempos que proporciona la sociedad, otros para que remediase sus padecimientos físicos, habiendo conseguido muchos enfermos y algunos desahuciados el que con solo hacerles la señal de la cruz, y apelando á la poderosa intercesion del Señor, se viesen libres de sus dolencias, la mayor parte de las veces en el acto, produciéndose estas maravillas por el Señor en obsequio de su siervo. Habiendo alcanzado larga vida, á pesar de sus abstinencias y mortificaciones, se dispuso con la mayor tranquilidad y sosiego á esperar el próximo término de sus dias, confiado en que la misericordia de Dios tendria presente en su juicio su intachable vida, á la que no habia empañado ninguna mancha; y recibidos con la mayor devocion los santos sacramentos para consuelo de su alma, voló esta al cielo, á la mansion destinada por el Altísimo á sus predilectos. Grande duelo produjo en todo aquel país la falta de aquel varon santo, tan venerado, querido y respetado por los muchos y constantes beneficios que habia hecho en favor de sus prójimos. Así es que honraron sus restos como se merecian, siendo extraordinario el concurso que asistió á sus exequias. Sus reliquias se conservan con gran veneracion en una urna ó caja de plata, en la iglesia colegiata de S. Agapito, en Langüedoc, y es honrado en el dia 6 de Agosto. Véase á Colgan, en 14 de Junio. — A. L.

PSALMODIO, monje y solitario. Cuando tomamos parte en la redaccion

de la *Biografía eclesiástica*, más impulsados por el deseo de procurarnos ocupacion honrosa, y con franqueza, algo instructiva, nos ocurrió la consideracion del trabajo molesto que íbamos á echar sobre nuestros hombros. ¿Quién desconoce la molestia del traducir material de los hechos de los personajes de un idioma á otro idioma? Ofrecimos, sin embargo, á Dios este trabajo, y desde entónces pusimos manos á la obra. Mas á poco notamos la variedad recreativa de que era capaz este género de literatura, por las profundas consideraciones que cada personaje ofrece. Revolviendo autores, hoy encontramos uno, que vive en una época cercana á la nuestra, mañana otro que nos recuerda antiguos tiempos, ora nos vemos trasladados á los modestos retiros de los monjes, como nos sucede con el presente personaje, ora los vemos florecer en las sociedades; ora es un obispo, ora un fraile humilde; cuando una emperatriz, cuando una religiosa; aquí un sabio, allí un rústico; tanta variedad vimos, en fin, que empezó á sernos gustoso el trabajo. Empezamos á notar el íntimo enlace que estos personajes tenian con los acontecimientos públicos, y nuestra inteligencia vió las relaciones que al anacoreta podian unir con el bárbaro, al santo con el hereje, al sabio padre con el no civilizado pueblo. Ahora, por ejemplo, el monje Psalmodio nos traslada á aquella época horrorosa en que amenazaba estrepitosa ruina al imperio romano, en que la decrépita vida se iba extinguiendo por instantes, en que ya habian entrado los bárbaros por las fronteras del imperio, como los carnívoros suelen aproximarse á los campos de batalla despues de la accion atraidos por las exhalaciones de los cadáveres. Ya habia tiempo que el lábaro santo flotaba en las cúpulas de los edificios públicos; ya las virtudes de los cristianos habian salido de la oscuridad de las catacumbas; miéntras brillaban en las sociedades los cristianos por sus virtudes eminentes, en los espantosos desiertos de la Tebaida, en las abrasadas soledades de la Arabia, de la Palestina y de la Siria veíanse unos hombres toscos y ásperos, un manto de pelo de cabra cubria sus espaldas, un grosero capuchon sus cabezas, y con este lujo pasan el dia ocupados en las labores de manos, y la noche elevados en la meditacion y en los cánticos sublimes; educado es entre esos venerables ancianos, cuyo alimento es la yerba del campo, cuya ocupacion es la lectura de los libros santos, cuyos intereses no les inquietan, un hombre extraordinario que algun tiempo despues, semejante á un ángel de luz que surge de entre las tinieblas, aparece fomentándo institutos asombrosos, reglamentándolos conforme á las ideas que en los desiertos ha adquirido; y sin más armas que sus virtudes, con solo la elocuencia de su ejemplo, se presentó en una sociedad, por cuyos poros habia tiempo penetraba la corrupcion, la ignorancia, la podredumbre. Benito es el nombre de este personaje superior á su siglo, que ardiendo en celo, lleno

por otra parte de prudencia y discrecion, funda un instituto que ha de permanecer al través de los trastornos de los tiempos, como una pirámide inmovil en medio de los chilladores huracanes del desierto. Oh! ¿qué idea puede imaginarse más grande, más benéfica, más llena de prevision y de sabiduría? Ese hombre ofrece un puerto de salvacion á las virtudes y al saber, que hostigadas por la corrupcion y la barbarie de la época, no saben donde refugiarse; ese hombre levanta un asilo al infortunio, un depósito y honrosa morada á los restos de las anticuadas sombras venerandas de los escritores griegos y romanos de todos los paises, de todos los tiempos; ese hombre llama á los jóvenes destinados á figurar un dia en el torbellino de los humanos negocios á sus escuelas, les muestra las bellezas encantadoras de la ciencia y los vitales encantos de la virtud; y pronto el pensador de aquella época contempla la silenciosa mansion de los benedictinos, y ve que se dirigen allí de todas partes hijos de las familias más ilustres, unos con la idea de permanecer siempre, otros para recibir una esmerada educacion y llevarse luego en medio del mundo un recuerdo de las graves inspiraciones recibidas por el santo fundador en el desierto de Sublac; y ven que los monasterios de la Orden van multiplicándose por do quiera, que se establecen como grandes centros de actividad en las campiñas, en los bosques, en los lugares más inhabitados, y no pueden ménos de sentir una profunda veneracion hácia el varon extraordinario que concibiera tan elevados pensamientos. Los monjes desmontan terrenos inmensos, secan los pantanos, construyen calzadas, encierran en su cauce los rios, levantan puentes, es decir, que en una sociedad y en unas regiones que habian pasado por una especie de diluvio universal, hacian lo mismo en cierto modo que ejecutaban los primeros pobladores, cuando procuraban devolver al globo desfigurado por el primer diluvio su faz primitiva. ¿Cuánto no debe la Alemania á los trabajos de los monjes? ¿No fueron ellos los que desmontaron sus tierras incultas, haciendo florecer la agricultura y creando poblaciones considerables? ¿Cuánto no les debe la Francia? ¿Cuánto la España, cuánto la Inglaterra? A buen seguro que la soberbia Albion no llegára jamás al elevado punto de civilizacion de que hoy se muestra tan ufana, si los trabajos apostólicos de los misioneros, que penetraron en ella el siglo VI, no la hubieran sacado de las tinieblas de una grosera ignorancia. ¿Y quiénes eran esos misioneros? ¿No fué el principal un celoso monje, llamado Agustin, enviado por un papa, que tambien habia sido monje, S. Gregorio *el Grande*? Al atravesar la confusion de los siglos medios, ¿dónde encuentra el lector los grandes centros del saber y de la virtud, sino en aquellas mansiones solitarias de las que salen venerandos pontífices, arzobispos, obispos, hombres admirables, tales camo los Isidoros de Sevilla, los Urbanos papas, los Bonifacios, Bedas, Dio-

nisios, S. Pedro Damiano y otros innumerables, que forman una clase privilegiada de hombres, que en nada se parecen á los demás hombres? Ni el mérito de estos monjes en lo relativo á las ciencias se limita al de meros copiantes, puesto que muchos de ellos se elevaron á una altura, á un puesto de sabiduría, adelantándose algunos siglos á la época en que vivian. No contentos con la penosa tarea de conservar y ordenar los manuscritos antiguos, dispensaban á la historia un beneficio importante con las crónicas: con estas, al paso que cultivaban un ramo importante de estudios, recogian la historia contemporánea, que quizá sin sus trabajos se hubiera perdido. Ocúrrennos estas breves consideraciones acerca de la importancia de los institutos monásticos, sin los cuales no se conocieran hoy los hombres esclarecidos, que á cada paso nos presenta la historia, sin los cuales hubiéranse perdido las ciencias y las artes, sin los cuales hubiera sido muy escaso el número de seglares que hubiese sabido leer y escribir; ocúrrennos estas consideraciones, repito, á propósito del monje benedictino que encabeza este artículo, llamado Psalmodio, hombre de modesta cuna, de oscuro linaje, de quien los discípulos del gran S. Benito supieron formar un sabio útil á las ciencias, y un santo útil á la humanidad. Despues de haber recibido la educacion científica y literaria en uno de los monasterios de esa Orden esclarecida, despues de haber sido inscrito en las filas de los hijos de Benito, ordenado de sacerdote, dedicóse á las ciencias, á las letras, al ejercicio de la predicacion, á la direccion de las almas. Referir aquí los provechosos trabajos científicos de este venerable varon, las numerosas conquistas obtenidas sobre las infernales potestades, convirtiendo con su evangélica palabra muchedumbre de bárbaros y de extraviados católicos, seria un trabajo prolijo en demasía, que no reputamos necesario, mucho más cuando confundiéndose, por decirlo así, en las asociaciones monásticas la vida del individuo con la vida de la corporacion, basta enumerar las ocupaciones, las hazañas, los trabajos, los beneficios producidos por el órden monástico en comun, para formarse una idea de las ocupaciones y trabajos habituales del individuo. Réstanos advertir despues de esto que nuestro monje ilustre, despues de haber encanecido en el servicio del catolicismo y del humano linaje, viendo en su ancianidad que no podia ya prestarla otros servicios, á causa de la debilidad de sus fuerzas, se retiró del monasterio para esconderse en una soledad espantosa donde pasar el resto de sus dias, llorando los pecados del mundo y pidiendo á Dios misericordia sobre la descendencia extraviada del prevaricador del Paraiso. Dícennos sus historiadores que pasaba su vejez en la soledad entregado á horrorosas austeridades, á penitencias rigorosas, poniendo todo su cuidado en no ser conocido por el mundo, lo que, sin embargo, no se verificó, pues cuanto más empeño

ponia en ocultar sus virtudes á los ojos del mundo, tanto más parece que se complacia el Omnipotente en darle á conocer á los hombres. Los milagros que hizo le atrajeron gran veneracion de parte de las numerosas personas que acudian á su humilde choza, á las cuales hablaba de Dios con tan fervoroso celo, con tan ardiente frenesí, que les obligaba á mudar de vida. En este humilde lugar murió por el año de 600.—N. L.

PSAUME (Nicolás), denominado en latin *Psalmeus*, piadoso y sabio prelado, nació el año 1518 en Chaumont sur Aisne, en el Barrois, y era hijo de un pobre labrador. Habiendo notado un pariente suyo disposiciones poco comunes en el jóven indigente, le sacó de su oscuridad, con el fin de darle una carrera científica, con cuyo objeto le mandó sucesivamente á las universidades de París, de Orleans y de Poitiers, y terminó con brillante éxito su carrera literaria en el año 1538 en la abadía de S. Pablo de Verdun. Dos años despues nuestro modesto jóven abrazó la regla de los Premonstratenses, y ordenado de presbítero pasó á la ciudad de París á explicar un curso de teología, donde sostuvo varias tésis con grande aplauso de cuantos le oyeron, comenzando de esta manera su reputacion. A consecuencia de estas ovaciones obtenidas en la populosa capital de la nacion francesa, se adquirió gran prestigio nuestro jóven teólogo entre los individuos de su Orden, los cuales, al congregarse en capítulo general para proceder á la eleccion de superior, dieron sus votos y sufragios en su mayor parte al distinguido Nicolás Psaume, que no pudo sin embargo tomar posesion de su elevado empleo hasta despues de pasado largo tiempo, por impedírselo la oposicion que le hacian algunos de sus intrigantes compañeros. Una vez en posesion de su dignidad, se consagró al desempeño de las obligaciones inherentes á ella, tomando con decidido empeño la reformacion de varios abusos que se habian introducido en el seno de su comunidad. Algun tiempo despues pasó á Roma, con el laudable deseo de solicitar y activar la canonizacion del ilustre S. Norberto, y á su regreso pasó por Trento, donde reuniase por entonces el célebre Concilio de este nombre, compuesto por las eminencias científicas de la Europa y del mundo, de los hombres más encumbrados en la virtud, de las notabilidades de la época, que se reunian con el nobilísimo propósito de poner un dique á los errores que devastaban la Europa, de reprimir los vicios que se habian introducido en las comunidades religiosas y en el clero, y de tomar otras disposiciones no ménos importantes, encaminadas á reformar la disciplina eclesiástica y conservar la pureza del dogma contra algunos libertinos que deseaban contaminarla con el impuro hálito de sus inmundos labios. Nicolás Psaume tomó parte en las importantes sesiones del Concilio de Trento, dictando sábias disposiciones, que tenian por objeto reformar el relajamiento que se habia introducido en

las comunidades religiosas. En 1548 el cardenal de Lorena, profundo conocedor del talento, del celo, de la prudencia, de la encumbrada virtud y demás cualidades excelentes que adornaban á nuestro personaje, le propuso para el obispado de la diócesis de Verdun, que hacia tiempo se hallaba sin pastor. Despues de tomar posesion de su nuevo empleo Psaume asistió el año siguiente al Concilio provincial ó sínodo de Tréveris, en el cual por unanimidad de votos fué diputado para que asistiese al Concilio de Trento, en calidad de representante de todos los venerables personajes del clero reunidos en Tréveris. Pronunció dos notabilísimos discursos en las asambleas del Concilio Tridentino; el uno encaminado á corregir los abusos de los beneficiados que lo eran por encargo, ó sea por mandas pias, y el otro sobre los derechos de los obispos, demostrando en él la institucion divina del episcopado en las personas de los apóstoles, á quienes el divino Salvador de los mortales dirigió un dia memorable estas sacrosantas palabras: *Omnis quæcumque ligaveritis super terram erit ligatum et in cœlis; et quæcumque solveritis super terram erit solutum et in cœlis, et docete omnes gentes; qui crediderit et baptizatus fuerit, salvus erit, qui vero non crediderit condemnabitur.* Id, recorred el mundo del Aquilon al Septentrion, de Occidente á Poniente, enseñando á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; todos los que creyeren serán admitidos en el reino de los cielos, mas los que no creyeren, serán condenados; lo que atareis en la tierra quedará atado en el cielo, y lo que desatareis en la tierra será desatado en el cielo. Algunas reflexiones de los obispos italianos sobre el mencionado discurso acerca de la institucion divina del episcopado católico, dieron lugar á la famosa y celebrada contestacion, que si bien algunos atribuyen á Danes, otros estan conformes en asegurar que fué de Psaume. Las crecientes y perentorias necesidades de su diócesis le obligaron á partir de nuevo á su sede episcopal, ántes de terminar las numerosas disposiciones del Concilio Tridentino, en el que no habia perdonado medio alguno para hacer frente á la multitud de doctrinas perniciosas y deletéreas que tan lamentables frutos habian de producir en época no lejana. Combatió con la palabra, con la predicacion, con el ejemplo, con la pluma, en el púlpito, en las privadas conversaciones, en las tertulias, en todas partes que la ocasion le brindaba, las horrorosas máximas del luteranismo, calvinismo y zwinglianismo, guiado de ardiente celo, que muestra todo su amor á las creencias católicas, apostólicas, romanas. Ni son estas las únicas relevantes pruebas que el celoso Nicolás Psaume legó á la posteridad de sus virtudes religiosas y cívicas. Habiendo el emperador Cárlos V fijado su asiento por espacio de algun tiempo en Metz, en el año 1552, los habitantes de Verdum enojados resolvieron más tarde restablecer las forta-

lezas y aumentar las fortificaciones de esta villa. En esta circunstancia mostró su obispo grandeza de ánimo, amor á su patria, contribuyendo á las obras de utilidad comun, primero, con números sacrificios pecuniarios, y más tarde con tomar á su cargo la direccion de la obra, poniéndose al frente de los obreros, y descendiendo al extremo de llevar los materiales sobre sus hombros, cual si fuera el más modesto y ménos inteligente de sus peones. Juzgóse necesario para la conveniente defensa de la ciudad la antigua abadía de San Pablo, que habia sido demolida, y no tardó en dar su más pleno consentimiento para que se procediese á su reconstruccion contribuyendo con sus donativos para formar de ella un magnífico castillo, que hoy todavía es la admiracion de los viajeros. Nada habia que igualase al celo y vigilancia de este sabio y virtuoso prelado, que salido de modesta cuna y elevado á encumbrada dignidad, supo cumplir con delicadeza las espinosas funciones del episcopado en época tormentosa como fué la suya, reprimiendo á los alborotadores y sediciosos que forjaban proyectos disolventes, antireligiosos y antisociales, y obligándoles á respetar la paz inalterable, el envidiable sosiego de que gozaba su diócesis, á pesar de las violentas sacudidas revolucionarias, de que era objeto en sus dias la Europa toda, merced á la publicacion y violenta circulacion de las abominables teorías de los llamados reformadores del siglo XVI. Como quiera que los sectarios de la herejía del apóstata Lutero, no empleaban solo la pluma y la palabra para difundir sus doctrinas, sino que apelaban al hierro, al fraude, á la violencia para diseminarlas, siguiendo su bélico sistema resolvieron tomar por asalto la ciudad de Verdum en la noche del dia 2 al 3 de Setiembre del año 1562, pero el celoso prelado Nicolás Psaume tomó medidas tan oportunas, previó tan acertadamente los crueles y sanguinarios proyectos de los declarados enemigos del nombre cristiano, que los ejércitos obstinados de los herejes viéronse precisados á replegarse en retirada, despues de haber experimentado una considerable pérdida en sus tropas. Poco despues de haber obtenido este triunfo contra los enemigos de la Iglesia, destrozando sus tropas belicosas en justa defensa, volvió Psaume al Concilio de Trento, en compañía del cardenal de Lorena, y mereció la inestimable honra de ser nombrado secretario de la congregacion encargada de presentar los decretos encaminados á la reforma de los obispos, encargo que desempeñó tan sabia y prudentemente que los venerables Padres de aquel gran Concilio admitieron sin vacilar sus disposiciones y tan profundos como acertados consejos y determinaciones. Luego que la veneranda congregacion Tridentina hubo publicado sus inspirados decretos, expresando con fijas palabras los dogmas sacrosantos del catolicismo, sobre los cuales habíanse promovido contestaciones temerarias, dictando sapientísimas disposiciones para reformar la

disciplina eclesiástica; luego que hubiéronse terminado las importantes discusiones, en que tomaron parte tantos héroes de virtud, tantos genios eminentes, tantos sabios profundos, tantos hombres admirables, nuestro Nicolás Psaume volvió á su diócesis, donde se consagró con incansable paciencia á corregir los desórdenes y licencia que los herejes habian introducido durante su ausencia, semejante á la solícita y laboriosa araña que, sin desanimarse porque una mano inconsiderada destruya con un ligero movimiento el trabajo de muchos dias, comienza de nuevo su tarea con constancia digna de imitarse. Publicó á poco una *Coleccion de las principales disposiciones emanadas del Concilio Tridentino*, dedicando su obra á su bienhechor honorable el cardenal de Lorena, é hizo además que fuesen admitidas las nuevas leyes de la Iglesia en todos los puntos de su diócesis, á pesar de la oposicion que encontraron en algunos otros puntos. Este dignísimo prelado murió en el año 1575 el dia 9 de Agosto, entre los sollozos y pesadumbre de sus amados diocesanos, los cuales hicieron inequívocas demostraciones de cariño hácia su benéfico y laborioso padre y pastor, al concurrir en masa á sus pomposos y magníficos funerales, al depositar sus restos en soberbio mausoleo erigido en la catedral, y al expresar en fin su gratitud en el epitafio de su tumba, donde con elegantes versos imprimieron con letras de bronce los trabajos de este sapientísimo prelado, para que la posteridad, al visitar su sepulcro y leer en su frontispicio la biografía de este hombre, tributase sus respetos y homenajes, á quien en nombre del catolicismo habia celado los caros intereses de la humanidad y de la religion. Ni son únicamente sus trabajos apostólicos los que al obispo Nicolás Psaume le atrajeron la veneracion de sus contemporáneos, sino además las numerosas obras con que enriqueció y adornó las cristianas bibliotecas. Entre estas sus publicaciones debemos hacer mencion, en primer término, *de los Estatutos del Concilio de Trento*, de las *Actas del mismo Concilio; del Misal*, y de algunas otras obras compuestas para el uso de sus diocesanos, de las que se hicieron varias impresiones. Otra de sus obras lleva el título siguiente: *Preservativos contra los innovadores en materias religiosas*, publicada en Verdun el año 1563 al 1564, en un tomo en 4.° Denominase otra de sus publicaciones: *La verdadera y purísima doctrina de la Iglesia católica*, que fué publicada en Reims el año 1574, un tomo en 8.° Hay tambien otra que se denomina: *Medulla votorum et sententiarum Patrum Concilii Tridentini super præcipuis materiis propositis in congregationibus ab adventu cardinalis Lotharinginei cum episcopis gallis ad finem Concilii*. El *Diario de los trabajos del Concilio de Trento*, compuesto por el biografiado Nicolás Psaume, fué publicado despues de sus dias por Hugo, abad del Estival, en el tomo III de su coleccion intitulada: *Sacra antiquitatis monumenta*, precedida de una vida del autor. El Dr. Cal-

met no aprueba este paso dado por Estival, al imprimir un manuscrito que le habia sido comunicado, y que se conservaba en la abadía de S. Vannes. Además de estas obras y otras varias que se conservan manuscritas por el mismo Nicolás Psaume, y acerca de las cuales se puede consultar la vida de este prelado en la *Historia de la ciudad de Verdun*, consérvase otra denominada *Exposicion de la Misa*, publicada en 1554. Gózase el alma en recordar los beneficiosos resultados producidos por los celosos pastores del catolicismo, que, como nuestro infatigable Nicolás Psaume, no perdonaron medio ni diligencia alguna para oponer un freno á las devastadoras doctrinas del protestantismo, cuya funesta aparicion anunciaba el quebrantamiento en la unidad, sobre la cual giraba la civilizacion europea, introduciendo en su seno la discordia, y debilitando su accion física y moral sobre el resto del mundo. En la época del mayor desarrollo de la inteligencia, en la época en que Erasmo revolvia todas la fuentes de la erudicion, asombraba al mundo con sus talentos y su saber, y paseaba de un extremo á otro de la Europa su gloriosa nombradía; en la época en que el insigne español Luis Vives rivalizaba con el sabio Roterdam, y se proponia regenerar las ciencias dando nuevo curso al entendimiento, en que fermentaban en Italia las escuelas filosóficas, apoderándose con avidez de las luces atraidas de Constantinopla; en que el genio del Dante y del Petrarca se iba perpetuando en distinguidos sucesores; en que la patria del Taso hacia resonar sus acentos como trina el ruiseñor á la venida de la aurora; en que la España, embriagada de sus triunfos, ufana y orgullosa con sus conquistas, cantaba como un soldado que reposa sobre un monton de trofeos en el campo de la victoria; cuando la Europa llena de vida, rica de medios, rebosante de alegria, de vigor y de energía, recogiendo el largo fruto de incesante trabajo é inauditos esfuerzos, se presentaba robusta, vigorosa, espléndida, y levantada como un gigante descubria nuevos mundos, tocando con una mano el Oriente y con otra el Occidente, enviando á Vasco de Gama á que doblase el cabo de Buena Esperanza para abrir el derrotero á las Indias Orientales, y ponerse en comunicacion con pueblos desconocidos; á Cristóbal Colon á que surcase los mares del Occidente, á que descubriese un mundo, á que plantease en lejanas y desconocidas tierras el lábaro santo; á Hernan Cortés á que penetrase en el corazon del Nuevo Continente con solo un puñado de bravos soldados, á que se apoderase de la capital, á que emplease armas nunca vistas por aquellos naturales, á que se les presentase como un dios vestido de rayos; cuando la Europa desplegaba en todos los puntos una actividad inmensa, el espíritu emprendedor se desenvolvia en todos los corazones, cual si hubiese sonado la hora en que se abriese á los pueblos europeos un nuevo horizonte de poder y de gloria, cuyos límites no alcanzaba la vista;

cuando enviaba á Magallanes para que atravesase impávido el estrecho que habia de unir el Oriente con el Occidente; y á Sebastian de Elcano para que tornase á las playas españolas despues de dar vuelta al rededor del mundo, cual si quisiera simbolizar que la civilizacion europea tomaba posesion del mundo de un modo sublime y portentoso; cuando arrojaba con denuedo á las agarenas huestes de los muros de Granada, campando los ejércitos españoles en las costas de Africa, haciendo tremolar el pendon de Castilla en las almenas de Orán; cuando, en fin, la Europa pujante y poderosa emprende la colosal obra de civilizar al mundo, la América, el Africa, el Asia, puesto que los numerosos descubrimientos que se hacian por do quiera indicaban ya que era llegado el momento oportuno; cuando la Europa grande del cristianismo, formada con diligencia cuidadosa por la Iglesia católica, enviaba innumerables flotas que conducian los conquistadores guerreros y los misioneros apostólicos que iban á sembrar el precioso grano, que desenvuelto con el tiempo, debia producir el frondoso y copudo árbol, á cuya benéfica sombra se acogieran las nuevas naciones, regeneradas, civilizadas, hechas católicas; entónces, en esa época gloriosa del mundo europeo, preparada por el cristianismo, óyese en el corazon de la Germania una voz apóstata, cuyo eco estremecedor resuena instantáneamente por los ámbitos del universo civilizado, conmoviéndole profundamente. Esa voz funesta viene á sembrar la discordia en el seno de pueblos hermanos. Comienza la disputa, los ánimos se exaltan, la irritacion llega á su colmo; se acude á las armas, la sangre corre á torrentes, y el hombre encargado por el abismo de atraer sobre la tierra ese mismo cúmulo de calamidades, puede contemplar ántes de su muerte el horrible fruto de sus esfuerzos, é insultar con impudente y cruel sonrisa á la humanidad lastimada y herida. El genio del mal abandona su lóbrega morada, y un trono sentado entre horrores, preséntase de improviso sobre la faz del globo, derrama por todas partes la desolacion y el llanto; pasea su mirada atroz sobre un campo de desolacion, y ántes de hundirse en las tinieblas eternas, amaga destrozar los elementos salvadores que á su paso destructor oponerse quieren. Entre el miedo espantoso que sobrecoge entónces á la Europa, que en instante no esperado parece perder su vigor, solo una voz conjura al genio del mal, solo el catolicismo le dirige fulminantes amenazas, solo los pastores reunidos en Trento le asestan excomulgadores anatemas, solo los obispos como Nicolás Psaume abrigan en su pecho la grandeza de alma necesaria para defender con una mano á sus amados hijos y atacar con la otra el monstruoso lobo que amaga devorarlos en sus fauces. Comprendiendo la situacion tristísima de la Europa en el siglo XVI, es como podemos estimar en su valor el desinteresado celo, el generoso corazon del gran Nicolás Psaume, que sin vacilar un momento,

defiende su diócesis contra las invasiones armadas del protestantismo. ¡Ah! si la Europa hubiera imitado la conducta de los dóciles diocesanos del obispo Psaume, si hubiera seguido la senda trazada por los sabios del Concilio de Trento, evitárase en gran parte el horroroso desquiciamiento de las hasta entónces aunadas fuerzas de las europeas naciones, y hubiera podido seguir llevando á cabo sus colosales triunfos, siendo su carrera la de un triunfo continuado. Pero acariciado Lutero y sus máximas por los gobiernos, la accion de los europeos sobre los pueblos del resto del mundo se debilitó de tal manera, que las halagüeñas esperanzas que habian podido concebirse se disipaban en un momento como vanas ilusiones. La mayor parte de las fuerzas intelectuales, morales y físicas quedaba condenada á emplearse y consumirse dolorosamente en la lucha trabada entre pueblos hermanos. Las naciones que querian conservar su existencia veíanse precisadas á concentrar todos sus recursos, toda su accion y energía, y en los momentos de vértigo los pueblos, contagiados con la inficionante semilla, solo veian unos enemigos declarados en todos los católicos; solo consideraban empresa digna de sus esfuerzos el abatimiento y destruccion de la cátedra de Roma. Sus pensamientos ya no se ocupan en escogitar medios para la mejora de la suerte de la humanidad; el horizonte inmenso ofrecido á una noble ambicion en los nuevos descubrimientos, no consigue siquiera que le dirijan sus miradas; solo hay para ellos una obra santa, justa y necesaria, y es el echar por tierra el augusto edificio del catolicismo, que habia siglos venia siendo la admiracion de los pueblos todos del conocido universo. Debilitados los ánimos, cuando las naciones europeas abordan á las nuevas playas, ya no se encuentran allí con hermanos, sino con enemigos implacables y encarnizados, y que por diferencias de religion se estaban librando tan sangrientas batallas, como hacerlo pudieran jamás cristianos y musulmanes. Ya el misionero católico, que regaba con su sudor y su sangre los bosques de la América y de la India, léjos de encontrar la proteccion de los europeos para coronar su obra, encontraba á su paso un número considerable de ellos que le insultaba y le calumniaba sin cesar, discurriendo todos los medios imaginables para que el grano del Evangelio no prendiese en el nuevo campo, y aumentase en algun sentido la reputacion de la Iglesia católica y el poder de los pueblos. De este modo el nombre de la religion cristiana, que habia sido por espacio de tantos siglos el símbolo de la paz, y que en la víspera del combate sabia presentarse entre los adversarios, obligarlos á deponer su rencor, y á convertir en abrazo fraternal el odio y la venganza; el nombre de la religion divina, que habia servido á esos pueblos de bandera para triunfar de las huestes musulmanas; ese mismo nombre desfigurado, rasgado por sacrílegas manos, convirtióse entónces

en enseña de enemistad y de discordia. Despues de cubierta la Europa de luto y de sangre, se lleva el escándalo á incautos pueblos, que presenciaban aturdidos las miserias, el espíritu de division, los rencores, la maledicencia, reinante entre esos mismos hombres á quienes ellos habian llegado á mirar como de una raza superior, como unos semidioses. Así el colosal gigante, que sentia animadas sus penas por el fuego de la vida, que divisaba con su dominadora mirada horizontes vastísimos, amenazando avasallarlos bajo sus plantas, vió en un momento debilitado su poder, introducida la division entre sus miembros por haber abandonado el norte ominoso que guiára sus pasos. ¡Oh pueblos católicos! si no hubiérais desoido la voz de la Iglesia, si os hubiérais mostrado dóciles á las insinuaciones amorosas de la Iglesia, cual lo hicieron los diocesanos del obispo Nicolás Psaume, vosotros, que estabais destinados á regenerar al mundo por la superioridad de vuestra inteligencia, la sobreabundancia de la poblacion, vuestro carácter emprendedor y valiente, vuestros arranques de heroicidad y grandeza, vuestro espíritu comunicativo y propagador, veriais hoy avasallados á vuestras plantas todos los ángulos del universo, transformados en europeos todos los pueblos de la tierra, asimilados á vosotros en ideas, sentimientos, leyes, costumbres é instituciones, y la barbarie no estuviera hoy llamando á vuestras puertas, ni el islamismo hubiese conservado su campamento en terrenos fértiles de Europa, ni el Asia os hubiera insultado con su inmovilidad, con su postracion, su despotismo, su degradacion de la mujer, y con todos los oprobios de la humanidad; ni las costas de la Palestina, ni el Egipto, ni el Africa entera yacieran hoy en la degradacion lastimosa, que tan vivamente contrasta con sus grandes recuerdos, destinados á ser los monarcas del universo; habeis rehusado el auxilio que el catolicismo os prometia para subir las gradas de vuestro encumbrado solio. Pues bien: el cielo, enojado por el desaire, viendo colmada la medida del sufrimiento del Altísimo por tantos estrepitosos escándalos, como ultrajan la justicia del Dios de los ejércitos, clamando venganza, ha lanzado sobre la tierra una mirada de fuego, ha suscitado un hijo de perdicion, un mónstruo, que recorre con su flamígera espada la superficie del globo y derriba asesinados á los príncipes, y amaga derrumbar el edificio del catolicismo y lleva en sus negras alas siniestros rumores. ¡Felices vosotros, pueblos, si reconociendo en estos castigos la mano del Todopoderoso la besais humillados! — N. L.

PSELLUS (Miguel), que fué alternativamente favorito de príncipes distinguidos, escritor fecundo y de gran celebridad y monje. Nació en Constantinopla á mediados del undécimo siglo, de una familia patricia, aunque ya en esta época se hallaba eclipsado su esplendor. Su misma madre cuidó de la educacion de sus tres hijos, dos de ellos hembras y un varon. Psellus nos

enseña que al venir á este mundo no derramó ni una sola lágrima, asegurándonos que en las circunstancias más azarosas por las cuales atravesó en el curso de su vida, conservó constantemente secos los ojos y sereno é inalterable el rostro. Enviado á un colegio de primeras letras en la edad tierna de cinco años, bien pronto la lectura llegó á constituir una de sus ocupaciones principales, olvidándose del juego y entretenimientos de la infancia. En vista de sus rápidos progresos, su madre, que á la sazon atravesaba una situacion asaz precaria, hizo esfuerzos extraordinarios con el fin de utilizar el talento y preciosas disposiciones de que daba inequívocas pruebas en tan prematura edad. Así que estudió filosofía, teología, matemáticas y la medicina, contribuyendo no poco con su buen gusto al cultivo de las bellas letras harto abandonadas entre sus compatriotas. No tardaron en ser recompensados sus talentos, su laboriosidad y su celo literario. Dióse á conocer al emperador Miguel Stratónico, que le confirió la encumbrada dignidad de senador, que le comisionó cerca de Isaac Conneno, el cual habia sido llamado por su militar pericia para el trono de Oriente en 1057. Psellus no abusó jamás de la proteccion generosa que le dispensára Isaac, y á pesar de las intrigas de los envidiosos cortesanos, conservó el favor de Constantino Ducas, que, prendado de las buenas cualidades y prendas que concurrian en nuestro literato, le confió la educacion de su hijo Miguel, designado con el sobrenombre de Parapinacio. La historia severa é imparcial reprende con sobrada razon á Psellus por haber desempeñado cerca de su discípulo más bien el cargo de maestro de gramática, que el de profesor que formase su corazon para regir los destinos del imperio. Cuando Miguel subió á ocupar el trono que le correspondia en el año 1077, Psellus, su maestro, fué sin género de duda su primer consejero, áun cuando no tuvo la habilidad política necesaria para conjurar el terrible peligro que amagaba al maestro y al discípulo. Miguel fué destronado por Nicéforo Botoniato, y Psellus, despojado de sus bienes y dignidades encumbradas, abandonó al pérfido mundo que así pagaba á sus servidores, para entrar en un monasterio, donde terminó sus dias, pasando á mejor vida hácia el año 1079, en una edad ya bastante avanzada. Son numerosas las obras que ha legado á la posteridad sobre diversas materias, señalándose con especialidad en las ciencias teológico-filosóficas, matemáticas y otras ciencias exactas. De todas ellas trae Fabricio los títulos en su *Biblioteca greca*, tomo X, de la nueva, correcta y esmerada edicion. Entre sus obras es muy singular la que lleva el título siguiente: *De operatione dæmonum dialogus*, escrito en griego y latin y publicado en Paris en 1563 en un tomo en 8.° Esta palabra *demonio*, que significa genio, espíritu, inteligencia, se deriva de *daimon*, palabra griega que significa conocer, por suponerlos dotados de extraordinarios conocimientos, razon que

les obligó á los antiguos á tributarles sus respetos y profundas veneraciones. Es preocupacion generalizada en todo el mundo pagano el creer animada toda la naturaleza por genios ó espíritus que dirigian todos sus movimientos, sin que sea peculiar esta creencia al vulgo, sino que áun los mismos filósofos, los pitagóricos y los orientales admitian dioses, genios ó demonios á quienes suponian dotados de un poder y conocimientos inmensamente superiores á los de todos los hombres, que influian en los prósperos y adversos acaecimientos de los mundos, á quiénes por lo mismo los dividian en genios del bien y en genios del mal, y en lo cual se fundaban los respetos, las ofrendas y los sacrificios para conservar propicios á los primeros y aplacar la malignidad é ira de los segundos. De aquí provino el politeismo, la idolatría, las prácticas supersticiosas, la adivinacion y otros varios errores. Al parecer, los filósofos no consideraban á estos genios como puros espíritus, sino como inteligencias médias entre el alma humana y la divinidad, revestidas al ménos de un cuerpo sutil y aéreo. Aun cuando algunos los creian inmortales reputándolos otros como mortales, todos convenian en el contradictorio absurdo de atribuirles inclinaciones parecidas en mayor ó menor escala á las de los hombres, si bien es fuerza convenir en que no habia uniformidad de pareceres sobre un hecho tan oscuro y en el cual tenia la imaginacion tanta parte. Veian sucederse en el mundo multitud asombrosa de sorprendentes fenómenos, cuya explicacion satisfactoria no acertaban á idear en el atraso en que entónces se hallaba la humana inteligencia; y como por otra parte no creian digno de la grandeza de Dios el suponerle ocupado en producir esas obras, poco en armonía, á su entender, algunas de ellas con las perfecciones divinas, se vieron en la precision de crear en su fantasía imaginarios agentes que eran inferiores á Dios, si bien superiores al hombre, ocupando un lugar intermedio entre Dios y el hombre. Los judíos, alumbrados por la revelacion, tenian sobre el particular ideas fijas y exactas, puesto que distinguian dos especies de espíritus, los unos buenos y fieles á Dios, denominados sus ángeles y mensajeros; los otros malos, infieles á Dios, enemigos del hombre. Aun cuando Moisés no haga mencion expresa de los infernales espíritus, sin duda por no inducir á inconvenientes errores á los judíos, dice sin embargo en el Génesis que la primera mujer fué inducida á desobedecer á Dios por las instigaciones del pérfido enemigo oculto en el cuerpo de una serpiente. Segun se nos refiere en el libro de Job, Satanás, el espíritu á quien Dios permitió lloviese amargas aflicciones sobre el paciente patriarca, era tambien maligno espíritu, á quien más tarde el profeta Zacarías designó tambien con el nombre de Satanás, que es sinónimo del griego *diabolos*, que significa el que nos cruza, nos mortifica, nos atraviesa, y al cual, segun lo que se manifiesta en el libro de los Reyes, se atribuye la

muerte de los siete primeros maridos de Sara, como tambien el colocarse y hablar por los lábios de los espíritus engañosos, de los falsos profetas. Si exceptuamos el pasaje de las *Actas de los Apóstoles*, capítulo XVII, versículo XVIII, en todos los demás del Nuevo Testamento se designa á estos espíritus con el nombre de demonios, enemigos de Dios y de los hombres. Jesucristo y los apóstoles les atribuyen complicidad en los crímenes de más trascendencia, en la obstinada incredulidad de los judíos, en la traicion de Judas, en la ceguedad de los paganos, en las crueles enfermedades que atormentan á los hombres, como tambien en las posesiones y obsesiones. El padre de la mentira, el príncipe de este mundo, el príncipe del aire, la antigua serpiente, Satanás, el diablo, son los epítetos con que los rebeldes ángeles son designados en el Evangelio, los mismos que eran objeto de las adoraciones de los pueblos paganos, y de quienes los judíos tuvieron noticia ántes de haber imaginado sus pasmosos sueños los pueblos caldeos, chinos y demás, á quienes los incrédulos han querido atribuir la existencia de estos espíritus ó su invencion, diciendo que son parto de su imaginacion fecunda; como si fuera factible el que los salvajes de la América, los lapones y demás posteriormente descubiertos y entre cuyas creencias ocupaban un distinguido lugar estas otras relativas á los malignos espíritus, conviniesen en las opiniones de los caldeos, á no haber un fundamento sólido á sus creencias. El divino Salvador de los hombres permitió ser tentado por el demonio, sobre el cual ejercia sin embargo su omnipotencia, como cuando le arrojaba del cuerpo de los poseidos, y cuando comunicaba á los apóstoles el poder de hacer otro tanto. En diversas ocasiones manifestó que su muerte sería el triunfo más completo sobre el infierno, que aquel dia tremebundo empezaría á debilitarse el poder de Satanás. S. Pedro, S. Juan y S. Judas nos dicen que los demonios son ángeles prevaricadores, á quienes Dios arrojára del cielo en castigo de su orgullosa rebeldía, precipitándolos en los abismos infernales, donde son atormentados y conservados hasta el tremendo dia del juicio final, en que serán desposeidos del poder que hoy, por permision divina, ejercen en el mundo, y confirmados, digámoslo así, en su tormento inacabable. Por risibles que parezcan á los ojos de los hombres descreidos en materias religiosas, no son del todo infundadas las opiniones de los que, á semejanza de los antiguos judíos, atribuyen al demonio las enfermedades extraordinarias y rebeldes, tales como la epilepsia, la catalepsis, el frenesí, las convulsiones de los lunáticos, supuesto que léjos de combatirla Jesucristo parece más bien confirmar esta creencia, al disponer y mandar á los demonios que saliesen de los cuerpos que poseian, permitiéndoles apoderarse de una piara de puercos, y atribuyendo á estos impuros discursos y acciones que no convienen á los hombres. Si esta creencia fuera errónea,

Jesucristo, verdad increada, enviado para instruir á los hombres, en vez de confirmarla, hubiera manifestado su error y desengañado de él á los descendientes de Adan á quienes venia á instruir. De notar es, como han observado oportunamente los Santos Padres y doctores de la Iglesia, que durante la venida y la vida de Jesucristo sobre la tierra, fué cuando el demonio gozó de amplisima y más lata libertad para ejercer su malignidad y odioso imperio sobre los hombres, cual si quisiera mostrar el poderío que el prometido Mesías tenia sobre todas las potestades del mundo en las brillantes y asombrosas victorias que Jesucristo y sus discípulos obtuvieron del príncipe de las tinieblas, mostrando así á las claras, en primer lugar, que era incuestionable la existencia de los espíritus malignos; en segundo lugar, que estaban asimismo fuera de duda las violentas exacciones que ejercian sobre los hombres atormentándolos; en tercer lugar, que esto sin embargo su poder está subordinado á la omnipotencia de Dios, en términos que nada podian sin su divina permision; en cuarto lugar, que era un error el de los saduceos y una ceguedad la de los paganos el creer que eran los demonios una especie de dioses, cuando solo eran meras rebeldes criaturas, que incurrieran por sus monstruosidades en el alto desagrado del Dios de las justicias, que en castigo de sus crímenes los expulsó de las eternas regiones, arrojándolos en las cavernas, donde fraguan aterradoras conspiraciones contra los buenos y santos proyectos del bien. Aun cuando nuestros enemigos hayan opuesto al catolicismo que Dios no puede jamás permitir á los demonios el que sean los atormentadores y verdugos de unas criaturas destinadas por el Altísimo mismo á la bienaventurada felicidad, necesario es no olvidar que la adquisicion de esa felicidad interminable depende del buen uso que el hombre, auxiliado por la gracia divina, hace de su libertad, y que en la eleccion del bien y del mal, en la lucha que experimenta para practicar el bien y aborrecer el mal, consiste el mérito ó demérito que le merezca el eterno premio ó el eterno castigo. Conforme á esto, si Dios no les concede á los demonios la ilimitada y absoluta libertad que los paganos les atribuyen, si restringe la libertad y se la concede segun place á su divina Majestad, concede en cambio al hombre las gracias necesarias, fortificado con las cuales puede siempre triunfar de los ardides del enemigo, por grande que sea el poder que ostente. ¿Es acaso indigno de Dios el castigar á los delincuentes, á los infractores de su ley santísima? No en verdad. ¿Por qué, pues, ha de serlo el purificar y probar la virtud de los justos, á quienes en cambio de su constancia les muestra inmarcesibles coronas? ¿Y qué importa que sean las diabólicas sugestiones ó las calamidades de la naturaleza el medio escogitado para purificarlos? Sobre todo, menester es no olvidar que son demasiado exiguas las luces de la naturaleza y de la filosofía para poder

fijar los límites del poder de permision de Dios en órden á la accion de los malignos espíritus, así como tambien que no es á la filosofía á quien compete dictar el sistema á que Dios ha de sujetarse en sus operaciones divinas. No conviene exagerar el poderío de los infernales espíritus desde que Jesucristo abrió con su muerte la gloriosa era de los triunfos sobre el Averno que el cristiano, reengendrado en las bautismales aguas, habia de obtener sin más que la sencilla invocacion del dulcísimo nombre de Jesus, ante cuya imágen retroceden despavoridos los infernales espíritus. El nimio exagerar podria producir en el hombre dos efectos lastimosos, el de persuadir á su débil imaginacion que se halla de continuo acosada por sañudos enemigos, y el de hacer creer á su espíritu incrédulo que es inducido por fuerza al mal, deduciendo de aquí que son obligatorios sus pecados. Todo el mundo, dice el apóstol Santiago es tentado por su misma concupiscencia. Resistios al demonio y huirá de vosotros: palabras consoladoras ciertamente que impiden alegar inculpabilidad en sus propios actos al hombre. Jesucristo nos ha librado con su preciosa sangre del ominoso yugo de los crueles señores, á quienes estábamos sujetos en otro tiempo aciago, dice S. Clemente de Alejandría, libertándonos de nuestros pecados, cometidos por sus instigaciones. S. Agustin nos enseña tambien que cuando la Sagrada Escritura nos dice que resistamos á nuestros enemigos y combatamos al demonio, debemos sacudir el dominio de nuestras desarregladas pasiones, que son los medios empleados por los espíritus diabólicos para separarnos de las sendas del bien é inclinarnos por las tortuosas sendas del mal. Atado con férreas cadenas nuestro enemigo, sujeto con inrompibles cuerdas, como dice S. Agustin, nada puede contra nosotros á ménos que temerariamente nos acerquemos á él, entregándonos á sus garras leoninas, en cuyo caso á nadie ciertamente sino á nosotros mismos debemos achacar el mal que nos haga. Además de la mencionada obra se encuentran en la coleccion del autor que nos ocupa las siguientes: *Paraphrasis in Aristotelis librum perihermenias*; publicada en Venecia en 1515.—*Commentarii in octo libros Aristotelis de phisica auscultatione*; publicada en el mismo punto en 1554.—*De victus facultate deque rationibus et succi qualitate libri duo.*—*De quatuor mathematicis scientiis; arithmetica, musica, geometrica, et astronomia compendium.*—*De omnimaria doctrina, capita et quæstiones ac responsiones* 193 *complectens.* Este tratado ha sido publicado por Fabricio á continuacion de un manuscrito de Hamburgo, con una version latina, en el tomo V de la Biblioteca griega, página 60 á la 186. *De mysteriis ægiptiorum*; Pedro Moral ha traducido esta obra en francés y en latin, dándola á luz en París, el año 1577; un tomo en 8.°—*Expositio metrica in Cantica canticorum*; publicada por un erudito escritor, con notas, y añadido de las paráfrasis de Eusebio sobre el mismo cántico.—*Opusculum de terræ situ,*

figura et magnitudine. Además de todas estas citadas obras ha publicado Allacio una coleccion con el título siguiente: *de Psellis et eorum scriptis diatriba;* en el que prodiga pomposos elogios á este escritor, sin conseguir empero el restablecer su decaida antigua reputacion. Además de la Biblioteca de Fabricio puede consultarse, si se desea hallar mayores detalles, al conocido Oudin en su *Comentario de los escritores eclesiásticos*, tomo II, página 648.—N. L.

PSERT (Fr. Rodulfo de). Por los años de 1611, habiendo sobrevenido en el imperio de Alemania el terrible azote de la peste, con tal intensidad, que solo en el reducido territorio de los Esguizaros arrebató más de doscientos mil hombres, los PP. Capuchinos, siempre fieles y obedientes á su santo y caritativo instituto, acudieron presurosos y sin demora á los lugares apestados, y se distribuyeron en ellos para asistir y consolar á los moribundos. Uno de los religiosos que más se señalaron por su santo celo y eficacia en aquellos momentos angustiosos, fué Fr. Rodulfo de Psert, que fué una de las primeras víctimas de su ardiente caridad, en la ciudad de Friburgo, donde contrajo el contagio, y muriendo en el Señor, fué á recibir en el cielo el premio de sus heróicas virtudes cristianas.—C. de C.

PTOLOMEI (Bto. Buenaventura). Este santo religioso dominicano era natural de Italia, y su vida es una de aquellas que ofrecen el ejemplo y contraste más admirables. Su infancia y su adolescencia fueron las de un ángel; su juventud, por espacio de cuatro años, la del más libertino y disoluto sacrílego; y lo restante de su vida hasta la tumba, la de un santo y austerísimo penitente. Fueron tan eficaces y fervorosas sus lágrimas, que María Santísima (cuya devocion le trasmitiera con la leche su piadosa madre) le aseguró la eterna bienaventuranza y continuamente sus especiales favores y mercedes; le vino á alimentar repetidas veces por mano de los ángeles, y algunas el mismo Jesucristo le alimentó con un celestial maná, especialmente en los advientos y cuaresmas, en los que no tomaba otra vianda más que la sagrada Eucaristía. Para mayor satisfaccion de sus culpas y pecados, además de las disciplinas diarias, cadenas y silicios con que se mortificaba, visitó á pie y sin provision alguna los principales santuarios de Italia, España, Palestina y Egipto, en donde alcanzó el gozo singular de que una multitud de pecadores gentiles, mahometanos y judíos, dóciles á sus elocuentes discursos, en que les explicaba las sublimes máximas del Evangelio, se convirtiesen á la fe de Jesucristo. Consagrado á la asistencia y alivio de los infelices acometidos del terrible contagio de 1348, fué tambien una de sus víctimas, volando al cielo á buscar la recompensa de su arrepentimiento y excelsas virtudes, con las que borró sus faltas. Murió de rodillas y con los ojos y manos alzados al cielo. Pasados algunos dias, colocaron dentro

de su sepulcro á un religioso difunto, y al sacar el santo cuerpo, recobró la vida con admiracion y asombro de todo el pueblo, que desde entónces comprendió que el Bto. Buenaventura Ptolomei era un nuevo santo que brillaba en derredor del alto trono de Dios, y se le debia tributar culto, como se hizo con extremada devocion, continuando Dios en honrar á su siervo con prodigios para hacerle más glorioso en el mundo. Su santa muerte fué á 27 de Diciembre del citado año de 1348. Uno de los devotos del Beato Buenaventura Ptolomei le dedicó esta sentencia: *Las lágrimas de la penitencia son el único precio con que se compra la gracia de Jesus y de su Santísima Madre.* — C. de C.

PTOLOMEO (S.). Fué soldado, y probablemente natural de Egipto, como indica su nombre. Derramó su sangre por confesar la fe de Jesucristo, y en el *Martirologio Romano* se le consagra un recuerdo el 20 de Diciembre. Hay otros varios mártires y santos de este mismo nombre Ptolomeo. — C. de C.

PTOLOMEO (S.). Este bienaventurado varon fué uno de los primeros obispos que florecieron en la Iglesia. Discípulo querido del príncipe de los apóstoles S. Pedro, fué enviado por este á la Etruria ó Toscana, para sembrar allí como digno obrero la semilla santa del Evangelio, y en la ciudad de Nepi, del mismo país, confirmó las verdades que predicaba con tanta elocuencia, derramando su sangre por Jesucristo. Su memoria, muy querida para los toscanos, se celebra el dia 24 de Agosto, segun nos instruye el *Martirologio Romano.* — C. de C.

PTOLOMEO, sacerdote egipcio de la ciudad de Mendes, que escribió una *Historia de Egipto* dividida en tres libros. Segun Clemente Alejandrino, Eusebio y Taciano, esta obra fué cronológica, y le citan los expresados autores con motivo de hablar de Amósis, antiguo rey de Egipto que echó á los pastores de su reino, y de la salida de los israelitas de Egipto, acontecimiento que parece haberse confundido con la expulsion de los pastores por algunos autores. Puede creerse que muchos datos importantes y exactos, contados por S. Clemente de Alejandría, y relativos á la historia de los egipcios, vienen de este autor cuando no se derivan de las sagradas Escrituras, que son las únicas fuentes verdaderas de la historia en que debe beber el buen católico. No podemos fijar, porque ningun autor lo ha hecho á lo que sabemos, la época en que vivió este sacerdote egipcio. El padre de la Iglesia, ya citado, dice Mr. Saint Martin, en la *Biografía universal de Michaud*, cuenta que el célebre gramático Apion habia ya alegado como testimonio de sus asertos á Ptolomeo, en el libro IV de su *Historia de Egipto*, por lo cual es probable viviese al ménos en el reinado de Augusto, pues que Abion escribió en el del emperador Tiberio. — C.

PTOLOMEO, hijo de *Abubi* ó *Abobi*. Era yerno de Simon Macabeo, y gobernador del castillo de *Dog*, ó *Doch* ó *Dagond*, sito en la llanura de Jericó. Este hombre, llevado de un insoportable orgullo, aspiró al gobierno de todo el país de Judea, y con este objeto concibió el criminal designio de deshacerse de su suegro Simon Macabeo. Hallábase éste á la sazon ocupado en visitar todas las ciudades de Judea, y á su llegada á Jericó, con sus dos hijos Matías y Judas, fué á alojarse en casa de su yerno en el castillo de *Dog* ó *Dagond*. Ptolomeo le dió las más señaladas muestras de cariño, y cuando estaban sentados á la mesa del banquete, varios hombres, que estaban apostados de antemano, entraron en la estancia y dieron muerte á Simon, á sus dos hijos, y á algunos de los que los acompañaban. — Dió el asesino cuenta del suceso en el momento á Antíoco Sidetes, rey de Siria, pidiéndole al mismo tiempo le enviase prontamente socorros para libertar el país del yugo de los ambiciosos Macabeos y poder tomar posesion de él á nombre del rey de Siria. En el acto envió tambien gentes á Gazara para dar muerte á Juan Hircano, hijo mayor de Simon, y otros á Jerusalen para que se apoderasen de la ciudad y del monte santo de Sion; pero Dios no permitió que tan malvados designios se consumasen. Juan Hircano fué advertido con tiempo, se puso en defensa, y logró fuesen muertos los enviados de Ptolomeo. Tornó en seguida presuroso á Jerusalen, y llegó bastante á tiempo para impedir que cayese la ciudad en manos del tirano, que aunque se presentó á sus puertas no pudo penetrar en ella, merced á la actitud de los habitantes. Lo redactado es lo que refiere el historiador Josefo. El primer libro de los Macabeos no nos enseña cuáles fueron las consecuencias de la muerte de Simon; pero el libro conocido con el título de *cuarto de los Macabeos* dice que Ptolomeo, habiendo hecho asesinar á Simon y sus dos hijos, marchó con todas sus fuerzas en persecucion de Hircano, que informado del acontecimiento, se habia retirado á Gaza (verisímilmente *Gazera* ó *Gadera)*. Mas los habitantes de Gaza, habiendo abrazado el partido de Hircano, cerraron las puertas á Ptolomeo, que se vió obligado á retirarse. De allí marchó Hircano á Jerusalen; fué reconocido por sumo pontífice y príncipe de la nacion de los judíos; reunió un poderoso ejército y marchó contra Ptolomeo, que se habia encerrado en su fortaleza de Dagond. Hircano formalizó el cerco, y dió principio á batir la muralla con el ariete. Muy próximo el momento de hacerse dueño del formidable castillo, Ptolomeo hizo asomar á las almenas á la madre y á los dos hermanos de Hircano, mandando los golpeasen sin compasion á vista de aquel, y amenazándole con la muerte de aquellas personas queridas si continuaba en el asedio. Hircano no pudo dejar de enternecerse, y suspendió el ataque; pero su amorosa madre le excitaba á continuarlo, pues debia estar persuadido que su

muerte y la de sus dos hijos era inevitable, y que á él nada debia detenerle en la justa venganza del vil asesinato de su padre Simon. Reanimado Hircano con estos discursos, continuó el ataque vigorosamente; pero continuando tambien Ptolomeo en golpear furiosamente á la madre y hermanos del sitiador, que no pudo resistir tan bárbaro espectáculo, y se retiró á su campamento, contentándose con convertir el sitio en bloqueo. Habiendo llegado por aquellos dias la fiesta de los Tabernáculos, hubo precisamente Hircano de marchar á Jerusalen, adonde le llamaban las funciones de su alta dignidad de sumo sacerdote, y entónces, utilizando su ausencia Ptolomeo, huyó á un lugar retirado, donde no podia ser perseguido. Esto es lo que refiere el autor del IV libro de los Macabeos, y tambien Josefo en sus *Antigüedades judáicas*, lib. XIII, cap. XIV, XV, etc., y en el libro I *de las guerras de los judíos*, cap. II, pág. 110; pero añade que Hircano se vió obligado á alzar el cerco de Dagond, á causa del año Sabático, que á la sazon empezaba, y que Ptolomeo se retiró cerca de Zenon, por sobrenombre Cotila, que era rey de Filadelfia, capital de los amonitas. Mas todas estas circunstancias fueron perfectamente refutadas por Saliano, en sus Consideraciones sobre el año 3919 del mundo; y por Userio, sobre el año 3869. El primer libro de los Macabeos que la Iglesia ha recibido como canónico nada habla referente á la madre de Hircano, y expresa claramente que Ptolomeo hizo matar en el banquete no solo á Simon, sino á sus dos hijos, lo que hace conjeturar á Calmet y otros que lo demás que se refiere es fabuloso. — C. de C.

PTOLOMEO V, Epíphanes. Este rey de Egipto, quinto de su dinastía, era hijo de Ptolomeo-Philopator, y contaba tan solo cuatro años, segun Justino, ó cinco segun S. Gerónimo, cuando ascendió al trono. Apénas los ambiciosos reyes Antíoco *el Grande* de Siria, y Philipo de Macedonia, vieron el rico país de Egipto en poder de tan tierno niño, tomaron secretamente sus medidas para deshacerse de él, y dividir entre sí los estados que poseia. Antíoco se arrojó sobre la Cele-Siria y la Judea, y se apoderó de uno y otro país sin dificultad; mas al poco tiempo, Scopas, distinguido guerrero, acudió en nombre de Ptolomeo-Epiphanes con grueso ejército, y recobró muy en breve las ciudades y provincias que habia conquistado el grande Antíoco; mas éste en el año siguiente volvió á hacerse dueño de nuevo de aquellas. Entónces fué cuando los judíos se rindieron á Antíoco, y le conservaron siempre decidida adhesion, por lo que el monarca Ciro les dió, en ocasiones repetidas, muestras muy señaladas de su buena amistad y confianza por medio de cartas de que Josefo ha conservado los traslados. Cuando corria el año 3812 del mundo, ó sea 176 ántes de Jesucristo, Antíoco dió en matrimonio su hija llamada Cleopatra á Ptolomeo Epiphanes, con la mira interesada de dominar por este medio al jóven príncipe egipcio; pero

sus celosos tutores se apercibieron de estos designios y redoblaron su celo y cuidado; y la misma Cleopatra, prefiriendo los intereses de su esposo á los de su padre, los hizo fracasar. Al fin, Ptolomeo Epíphanes emprendió la guerra contra Seleuco, rey de Siria, y preguntándole uno de sus generales con qué fondos contaba para sostener sus ejércitos, contestó que no tenia otros que los que contenian las bolsas de sus amigos. Hízose pública esta respuesta, y temiendo los magnates principales del reino que los despojasen de sus riquezas para continuar la guerra, previnieron esta contingencia envenenando al rey. Quedaron de él dos hijos, Ptolomeo Philometor, que le sucedió, y Ptolomeo Phiscon, que era el menor. El reinado de Ptolomeo Epiphanes tuvo de duracion veinticuatro años, segun Eusebio, Clemente de Alejandría, Porphirio y S. Gerónimo, por lo que debe inferirse que su muerte tuvo lugar el año 3824 del mundo, 176 ántes de Jesucristo.—C. de C.

PTOLOMEO III, Evergetes. Este sobrenombre con que se distingue al tercero de los Ptolomeos que reinaron en Egipto, quiere decir el *benéfico*, y es sin duda uno de los más gloriosos con que puede honrarse un monarca. Era, pues, Ptolomeo III, *Evergetes*, hijo de Ptolomeo II, Philadelpho, y ascendió al trono egipcio el año 3758 del mundo, 242 ántes de Jesucristo. El rey su padre, despues de haber hecho por largo tiempo porfiada guerra á Antíoco, *el Divino*, rey de Siria, le dió como prenda de paz la mano de su hija Berenice, aunque estaba casado con Laodicea, y de la que tenia dos hijos. Celebróse este matrimonio con extraordinario esplendor, y Philadelpho donó á su hija tanta cantidad de oro y plata en dote, que esta princesa fué desde entónces llamada *Phernophoros*, es decir, *la muy dotada* (1); pero no por eso fué dichoso aquel consorcio. Antíoco fué envenenado por su antigua esposa Laodicea, que dispuso tambien se diese muerte á Berenice y al tierno niño que hubiera de Antíoco. Durante estos sucesos ocurrió la muerte de Ptolomeo Philadelpho, y Evergetes, instruido del peligro que amenazaba á su hermana Berenice, que estaba encerrada en el asilo de Daphne, corrió á Siria á la cabeza de un grueso ejército para libertarla; pero no logró llegar á tiempo, pues Berenice y su hijo habian sido asesinados. Mas un gran número de ciudades del reino de Siria se habian sublevado, y se entregaron de buen grado á Evergetes, que fué desde entónces el monarca más poderoso y opulento de Oriente. El historiador Josefo nos instruye que este príncipe hizo un viaje á Jerusalen y ofreció sacrificios al Señor, en accion de gracias de tantas mercedes como le habia dispensado, de lo que habla tambien S. Gerónimo. Como su padre Ptolomeo Philadelpho, se distinguió Ptolomeo Evergetes por su amor á las letras y á los sabios. Galiano re-

(1) Véase S. Gerónimo sobre Daniel, cap. XI.

fiere que este príncipe hacia copiar cuantos libros llegaban á su noticia y merecian alguna consideracion. Apénas aportaba un navío á Alejandría, se apoderaba de los libros que tuviese; y una vez hechas las copias y depositadas en la biblioteca, devolvia los originales á sus dueños. Habiendo en cierta ocasion obtenido de los atenienses las poesías de Eurípides, de Sophocles y de Eschilo, con promesa de devolucion tan luego como estuviesen copiadas, dejó en garantía de su palabra la muy crecida cantidad de quince talentos; devolvió sí unas copias exactísimas, pero retuvo los originales abandonando los quince talentos. Durante el reinado de Ptolomeo Evergetes, Onías II, sumo sacerdote de los judíos, hombre pusilánime y que tan solo se ocupaba en allegar tesoros, rehusó satisfacer al rey de Egipto la suma de veinte talentos que le adeudaba como tributo, y fué á éste necesario enviar á Judea numerosas fuerzas para asolar el país. Mas Josefo, hijo de Tobías y sobrino del sumo sacerdote, marchó en seguida á Alejandría para conjurar la tempestad que amenazaba á su patria; satisfizo al Rey, obtuvo su gracia y el arrendamiento de los tributos de la Cele-Siria, la Fenicia, la Samaria y la Judea. Hízose acompañar de dos mil soldados, para poder obligar á los morosos al pago; reunió gruesas sumas para sí, y puso en manos del Rey la enorme cantidad de diez y seis mil talentos, en lugar de ocho mil que recaudaba ántes. Como era de esperar, estaba el Rey muy satisfecho de tan buen servidor, y le conservó veintidos años en su empleo de recaudador general. Murió Ptolomeo Evergetes despues de veinticinco años de reinado, el año 3783 del mundo, 217 ántes de Jesucristo. Tácito afirma (1) que en este reinado se vió en Egipto el ave *Phœnix*, que apareció acompañada de multitud de pájaros, atraidos por la novedad del espectáculo, de verle abrasarse en las llamas y renacer de sus cenizas. Polibio dice que Ptolomeo Evergetes falleció de enfermedad; pero Justino asegura le hizo morir violentamente su hijo y sucesor Ptolomeo-Philopator, y esta asercion parece ser la verdadera.—C. de C.

PTOLOMEO, Lago. El nombre de *Ptolomeo* fué comun á todos los reyes de Egipto, así como en tiempos muy antiguos lo era el de Faraon, desde la conquista de aquel país por Alejandro *el Grande* hasta la de los romanos. Muchos de los Ptolomeos se mencionan en las sagradas letras, y el primero es el hijo de Lago, que llevaba el sobrenombre de *Soter*, que quiere decir *Salvador*, y era uno de los generales de Alejandro. A la muerte de este jóven rey, condujo su cadáver á Egipto el año 319 ántes de Cristo, para sepultarle en la ciudad de Alejandría, que habia fundado y á la que diera su nombre. En la division que los generales sus compañeros hicieron de los estados y

(1) Tácito, lib. VI Ann.

conquistas del rey Macedonio, tocó el Egipto á Ptolomeo Lago; pero más modesto que los otros generales, se contentó con el título de gobernador, no tomando el de rey hasta que murieron todos los príncipes de la familia de Alejandro. Sin embargo, trató de captarse las simpatías, y de preparar los ánimos en todos los pueblos de Egipto y países vecinos, con objeto de cimentar sólidamente su futuro poder. Pocos años despues de haberse Ptolomeo establecido en Egipto, intentó apoderarse de la Fenicia y de la Cele-Siria, sobornando con dinero á Laomedonte, que gobernaba estas provincias á nombre de Antipatro y de Pérdicas; mas no logrando ver realizado su indigno proyecto, envió á aquellas comarcas á uno de sus generales llamado Nicanor, muy valeroso capitan, que hizo prisionero á Laomedonte y se hizo en muy breve tiempo dueño de la Fenicia y de la Cele-Siria. El mismo Ptolomeo se dirigió á la Judea, acaudillando un fuerte ejército, y entró sin obstáculo en Jerusalen; pues los judíos, por no quebrantar el descanso y reposo del sábado (1), no le opusieron resistencia alguna. Appiano dice (2) que habiéndose apoderado de la ciudad demolió sus murallas, y Josefo (3) y despues Aristeo (4), añaden que el príncipe egipcio transportó desde Palestina á Egipto cerca de cien mil judíos, de los que eligió treinta mil para incorporarlos en sus ejércitos, y para confiarles la custodia y defensa de sus fortalezas, persuadido á que los judíos eran religiosísimos observadores de su palabra. Los cautivos restantes los abandonó á sus soldados para que se sirviesen de ellos, como vilísimos esclavos, en todas sus necesidades. Desde entónces tuvieron origen el gran número de judíos que en tiempos posteriores se veian en Egipto, en la Libia y en la Cirenaica. Dos años ántes de la muerte de Ptolomeo Lago, y cuando corria el de 281 ántes de Jesucristo, que era el trigésimo noveno de su reinado, asoció al trono á su hijo Ptolomeo Philadelpho, que habia tenido de Berenice, y con él reinó en buena union. El historiador Justino añade que no solo Ptolomeo Lago Soter asoció su hijo al reino, sino que se redujo él mismo á la modesta categoría de simple guardia suyo, teniendo más orgullo en ser padre del rey, que en reinar por sí mismo: *Pater ei regnum, non tantum publicè tradidit, sed etiam privatim officium regi inter satellites fecit; omni regno pulchrius regis esse patrem dicens.* Asegúrase que Demetrio Phaleriano le habia aconsejado dejar el reino, no á Ptolomeo Philadelfo, hijo de Berenice, sino á otro de sus hijos, que tenia el mismo nombre, y cuya madre era Euridice, y que esta fué la causa de que el primero desterrase á Demetrio. Ptolomeo Lago Soter

(1) *Agatharides Cnidus, apud Joseph.*, lib. I *contra Apion*, pág. 1050.
(2) *Appian. Syriac.*, pág. 119-121.
(3) *Joseph., Antiq.*, lib. XII, cap. II.
(4) *Aristea Hist. 70 Interp.*

murió, como ya se ha indicado, dos años despues de la asociacion de su hijo al reino, cuando corria el 3721 del mundo, el 279 ántes de Jesucristo, y el 40 desde que reinaba en Egipto.—C. de C.

PTOLOMEO, Lathuro. Era el octavo de los reyes de Egipto de los llamados Ptolomeos, y tuvo por padres á Ptolomeo Physcon y á Cleopatra. Su reinado dió principio el año 3888 del mundo, 112 ántes de Jesucristo, y desde luego envió seis mil hombres de su ejército á Antíoco de Cízico, que habia venido en socorro de los samaritanos, sitiados por Juan Hircano, príncipe y sumo sacerdote de los judíos. Mas Antíoco se vió obligado á retirarse, y las tropas egipcias fueron derrotadas y deshechas en diferentes encuentros, de modo que el tal socorro fué del todo inútil á los samaritanos, y Juan Hircano se apoderó de su ciudad, despues de un año de riguroso asedio. Ptolomeo Lathuro no ciñó por mucho tiempo la corona de Egipto. Su madre Cleopatra, cansada de tenerle por asociado en el trono, sublevó contra él al pueblo de Alejandría, y le obligó á retirarse á Chipre. Durante su permanencia en esta isla los habitantes de Ptolemaida le pidieron socorro contra Alejandro Janneo, rey de los judíos, que los cercaba. Ptolomeo Lathuro se embarcó en seguida con su ejército, mas los cercados cambiaron súbitamente de resolucion, y dándole las gracias, le manifestaron no necesitaban ya sus auxilios. Sin embargo, continuó en su ruta Ptolomeo Lathuro, y desembarcó con sus tropas en Sycamino, muy cerca de Ptolemaida, y Alejandro Janneo levantó entónces el sitio de Ptolemaida, y miéntras que pedia socorros á Cleopatra para combatir á Ptolomeo Lathuro, fingia querer la paz con este y le presentó proposiciones muy ventajosas, ofreciéndole cuatrocientos talentos de plata si convenia en entregarle las plazas que Zoilo tenia en el país. Mas habiéndose apercibido Ptolomeo Lathuro de la doblez de Alejandro Janneo y de sus secretos tratos con Cleopatra, rompió con él bruscamente y le causó cuantos daños le fué posible. Invadió la Judea con una parte de su ejército, en tanto que la otra restante continuaba el sitio de Ptolemaida. Fué Alejandro Janneo en su busca con gruesas fuerzas, y le presentó la batalla en las cercanías de Japha, á las orillas del Jordan. Estuvo muy dudosa la victoria, pero al fin Ptolomeo Lathuro rompió y derrotó al ejército de los judíos, y los persiguió en tanto que sus soldados tenian fuerza para matar á los fugitivos. Hácese subir á treinta mil, y por algunos á cincuenta mil, el número de judíos muertos en aquella sangrienta batalla. Añaden algunos escritores que Ptolomeo Lathuro, habiéndose retirado por la tarde á algunas aldeas cercanas, donde no encontró más que mujeres y niños, ordenó á sus soldados que los despedazasen en menudos fragmentos, que debian cocerse en calderas, para que cuando los judíos volviesen se llenasen de horror y de espanto con tan horrible carniceria, y creyesen que los egipcios se alimen-

taban de carne humana. Cleopatra, alarmada con los progresos de las armas de su hijo en Palestina, pues se habia apoderado de una gran parte del país y de la ciudad de Gaza, muy cercana á la frontera de Egipto, puso sobre las armas un poderoso ejército de tierra y equipó una flota para contrarestar su poderío, que temia tanto. Puso al frente de sus tropas á dos judíos, llamados Chelcías y Ananías, hijos del gran sacerdote Onías, que habia fundado en Egipto el templo Onion, y envió á su hijo Alejandro con la escuadra á Fenicia. Apoderóse éste de muchas ciudades, pero Ptolemaida le cerró las puertas y resistió. Chelcias, que dirigió sus tropas á la Celé-Siria, murió allí; y en tanto Ptolomeo Lathuro se arrojó sobre Egipto, creyendo encontrar el país desguarnecido de soldados, mas fueron burlados sus intentos. Opusieron los egipcios á su antiguo monarca una porfiada resistencia, y la reina Cleopatra envió contra él algunas tropas, que le obligaron á retirarse de Egipto y volver á Gaza, donde pasó el invierno. Murió Ptolomeo Lathuro el año 3923 del mundo, 77 ántes de Jesucristo, cuando contaba treinta y seis años de reinado desde la muerte de su hermano Ptolomeo Philometor.—C. de C.

PTOLOMEO, Macron. Era este egipcio hijo de Dorymenes, y le fué confiado el gobierno de la isla de Chipre por Ptolomeo-Philometor, rey de Egipto. Durante la minoría de este príncipe retuvo todos los productos de aquella fertilísima isla sin enviar cantidad alguna á los regentes del reino. Mas tan luego como llegó el monarca á la mayor edad, presentó detallada cuenta de todo lo que habia recaudado en todo el tiempo de su gobierno. Poco despues, habiéndose malquistado con el rey, entregó la isla de Chipre á Antioco Epifanes, rey de Siria. Este príncipe le contó en el número de sus amigos, y le dió el mando de las tropas que guarnecian la Fenicia y la Celé-Siria. En el libro II de los Macabeos se lee que Menelao, usurpador de la soberana sacrificatura, habiendo sido acusado en el año 3834 del mundo ante Antioco Epifanes, y estando en peligro de sucumbir á esta acusacion, ofreció una gruesa suma de dinero á Ptolomeo Macron, rogándole tomase su defensa. Hízolo así éste á la sazon que el rey estaba en Tiro, y logró que Menelao, á pesar de ser muy culpable, fuese declarado inocente, y condenados á muerte sus acusadores. Despues que Judas Macabeo hubo vencido y derrotado á Apolonio, gobernador de Samaria, y á Seson, gobernador de la Celé-Siria, Filipo, que gobernaba á Jerusalen á nombre del rey Antioco Epifanes, pidió socorro á Ptolomeo Macron, cuando corria el año 3839 del mundo, 161 ántes de Jesucristo. Macron hizo partir á Nicanor y Gorgias, experimentados y hábiles capitanes, quienes fueron tambien derrotados por el intrépido general judío, como nos enseña la Biblia en el libro I de los Macabeos, cap. CXI, vs. 38 y siguientes. Despues de la muerte de

Antíoco Epifanes, Ptolomeo Macron no siguió gozando el favor y la privanza que ántes. Sus particulares enemigos le malquistaron con el jóven rey Eupator, y declaraban públicamente que un hombre, que una vez habia faltado á la fidelidad á su príncipe, no merecia se le devolviese nunca la confianza. Habíase hecho sospechoso á los cortesanos, porque en ocasiones repetidas habia asegurado y dado muestras de no aprobar la conducta que se observaba con los judíos. No siéndole posible soportar por más tiempo las reconvenciones y desaires que se le hacian, se suicidó con veneno el año 3840 del mundo, 160 ántes de Jesucristo. El autor de la version latina del libro II de los Macabeos, cap. X, v. 12, da á Ptolomeo el sobrenombre de *Macer;* pero como debe nombrarse es *Ptolomeus-Macron*. *Macer* es una palabra latina que significa *el Flaco*, y *Macron* es griega y quiere decir *el Largo*. Es posible le convinieran ambos adjetivos al gobernador de Chipre.—C. de C.

PTOLOMEO, Philadelpho. Era hijo de Ptolomeo-Lago-Soter y de Berenice, reyes de Egipto, y fué asociado por su padre al trono el año 3719 del mundo. Un historiador grave (1) asegura que el rey su padre se entregó enteramente en sus manos, y que se honraba en figurar entre los simples guardias de su hijo. Mas otros escritores no ménos eminentes creen que continuó reinando en compañía de Philadelpho hasta el año 3721, que fué el de su muerte, y primero que se cuenta del reinado de Ptolomeo Philadelpho. Este renombre con que se distingue á Ptolomeo II quiere decir *amante de sus hermanos*, y le fué sin duda aplicado por ironía, pues que con distintos pretextos hizo quitar la vida á dos hermanos suyos: el más jóven, que tenia por nombre *Argeo*, y era, como él, hijo de Berenice, y el otro hijo de Euridice. Fué Ptolomeo Philadelpho uno de los más poderosos príncipes que gobernaron á Egipto; mas nada hizo tan glorioso su reinado como su amor á las letras, de lo que son irrecusables testimonios la famosísima biblioteca que fundó en Alejandría, y la celebrada version de la Biblia hecha por los *setenta intérpretes*, que, segun se afirma, pidió él á los griegos. S. Epifanio dice que empezaron los trabajos de esta traduccion el sétimo año del reinado de Philadelpho, esto es, el 3727 de la creacion, y 273 ántes de Jesucristo. Aristeo (2) refiere de este modo la historia de la tal traduccion. «Demetrio de Phalerio, bibliotecario del rey Ptolomeo Philadelpho, habiendo consagrado toda su aplicacion y cuidados á reunir en la biblioteca de Alejandría una infinidad de libros, fué preguntado por el Rey con cuántos contaba ya, y le respondió ascendian á doscientos mil; mas

(1) Justino, lib. XVI, cap. II.

(2) Aristeo estaba presente á lo que aquí refiere, como guardia que era del Rey, y recordó entónces un pensamiento concebido mucho ántes, y que habia manifestado á Sosibio de Tarento y á Andrés, ambos amigos suyos y jefes superiores de la guardia del Rey, que era suplicar á éste diese libertad á los judíos que cautivára su padre Ptolomeo Lago, lo que tuvo efecto.

que no descansaria hasta completar el número de medio millon. Añadió tambien que convendria adquirir el libro de la ley de los judíos, digno bajo todos conceptos de formar parte de tan selecta coleccion, pero que era necesario traducirlo primero del hebreo al griego. Convino el Rey, y dispuso se escribiese al sumo pontífice de los judíos para que le remitiese los libros santos. Dió en aquella ocasion libertad á los judíos cautivados por su padre, cuyo número ascendia á la sazon á cien mil, disponiendo se distribuyesen á todos los que poseyesen esclavos judíos veinte dracmas por esclavo, para que los emancipasen. El sumo pontífice Eleázaro recibió cuál era de esperar con gratitud á los embajadores de Ptolomeo, que le pidieron el libro de la Ley, y que eran portadores, no solo de una carta del Rey, sino de riquísimos presentes, y con las santas Escrituras que se le pedian, envió setenta y dos judíos, hábiles en las lenguas griega y hebrea, para que hiciesen la fiel traduccion deseada. Escribió Eleázaro al mismo tiempo al rey de Egipto, dándole gracias por sus regalos, y alabando su piedad y amor á Dios, y la liberalidad que habia usado con los judíos, que eran siervos en su reino (1).» Sin poder presentarse testimonios que acrediten la exactitud de esta relacion, no puede dudarse que bajo el reinado de Ptolomeo Philadelpho los escritores judíos tradujeron del hebreo al griego las santas Escrituras en todo ó parte; es decir, que los judíos de Egipto tradujeron al ménos el Pentateuco para aquellos de sus hermanos que no comprendian ni el hebreo ni el caldeo. Los historiadores antiguos presentan, pues, como muestra del amor de Ptolomeo Philadelpho á las ciencias, su cuidado en reunir libros y formar la más rica biblioteca conocida, mas ningun otro que Aristeo y sus copiadores dicen que Demetrio de Phalerio fuese su bibliotecario. Sábese sí que este filósofo, no habiendo sido favorable á la eleccion que Ptolomeo Lago Soter, para su compañero en el trono, hizo de Ptolomeo Philadelpho, fué por éste desterrado, y que no siéndole posible resistir á la tristeza que este castigo le causó, se suicidó haciéndose picar por un áspid. En cambio Vitruvio habla de Aristóphanes Suidas de Zenodote, que fueron bibliotecarios de la biblioteca de Alejandria bajo el reinado de Philadelpho. El historiador judío Josefo da á este príncipe treinta y nueve años de reinado; S. Clemente de Alejandría, treinta y siete; y finalmente, Ptolomeo, Porphirio y Eusebio, treinta y ocho. Usserio intenta conciliar estas aserciones, poco divergentes, señalándole diez y ocho años y ocho meses, y fija su muerte en el año 3758 del mundo, 242 ántes de Jesucristo. Tuvo por sucesor á su hijo Ptolomeo, por sobrenombre *Ever-*

(1) Estas circunstancias y otras milagrosas que se refieren como la de haberse hecho la version en setenta y dos aposentos separados, y de haber salido sin embargo igual en todos los ejemplares, se lee no solo en Aristeo, sino en Josefo y Pinton, y es sin embargo muy dudosa.

getes ó *el Benéfico*, hijo de Arsinoe, cuyo padre era Lisímaco. Ptolomeo Philadelpho tuvo tambien una hija llamada Berenice, que se casó con Antioco *el Divino*, rey de Siria.—C. de C.

PTOLOMEO VI, Philometor. Este, que fué el sexto entre los reyes de Egipto que llevaron el nombre de Ptolomeo, era hijo de Ptolomeo Epiphanes y de Cleopatra, y reinó durante el largo espacio de treinta y cinco años, desde el año 3824 del mundo hasta el 3859, ó sea desde 176 ántes de Jesucristo hasta el 141. Como á la sazon no estaba la Judea sometida á los reyes de Egipto, los sucesos acontecidos en general á los judíos no tuvieron tanta relacion con Ptolomeo Philometor como con otros monarcas egipcios; sin embargo, tuvieron alguna. En tiempo de este príncipe se edificó en Egipto el templo denominado *Onion* dedicado al verdadero Dios con esta ocasion. El gran sacerdote de los hebreos llamado *Onías*, hijo de otro del mismo nombre, fué excluido de la dignidad del pontificado por la ambicion de sus tios Jason y Menelao y la injusticia de los reyes de Siria que dominaban en Judea. Aguardó, sin embargo, hasta la muerte del pontífice Menelao; pero al ver que Antioco Eupator le diera por sucesor á *Alcimo* ó *Jacimo*, que si bien del linaje de Aaron no pertenecia á la familia de Onías, y que Lysias, regente del reino de Siria, aconsejaba al Rey no dejase por más tiempo la soberana sacrificatura en esta familia, juzgó Onías que nada podia ya esperar en Judea, y se refugió en Egipto bajo el amparo del rey Ptolomeo Philometor por los años de 3842 del mundo. Desde luego ganó la confianza del rey y de su esposa Cleopatra, de tal modo que llegaron á conferirle el mando de su ejército. Onías aprovechando su valimiento, pidió á Ptolomeo licencia para construir un templo en Egipto en la prefectura de Peliopolis, á imitacion del de Jerusalen, y establecer en él sacerdotes y levitas de su nacion. El pensamiento de esta creacion fué principalmente un pasaje de Isaías (1), que más de seiscientos años ántes profetizó que el Señor tendria un dia un templo en Egipto, construido por un judío. El discurso que Onías dirigió á Ptolomeo-Philometor para indicarle su pensamiento, expresaba: que durante el tiempo que acaudillára su ejército, habia recorrido muchos países, y observado que los judíos poseian templos en la Cele-Siria, en la Fenicia, y en la ciudad de Leontópolis, situada en el Nome de Heliópolis en Egipto: que esta multitud de templos podia ser el orígen de muchas divisiones de los judíos entre si y áun entre los mismos egipcios: que habiendo encontrado en la fortaleza denominada Bubasta la Desierta, cierto lugar muy á propósito,

(1) Hé aquí la version de esta profecía: «En este tiempo se hablará la lengua de Canaam (el hebreo) en cinco ciudades de tierra de Egipto, y que jurarán por el nombre del Señor de los ejércitos. Una de estas ciudades se llamará *Ciudad del Sol*. Entónces se alzará un altar en la tierra de Egipto, que será monumento erigido en honra del Señor sobre las fronteras de este país.»

provisto de excelentes materiales y de animales sagrados (1) le suplicaba le cediesen las ruinas de un templo que allí habia, aunque el Dios á que estuviera dedicado se habia olvidado, y construir en su lugar otro al Dios de los judíos sobre el modelo y siguiendo las proporciones del de Jerusalen, donde los judíos de Egipto pudieran celebrar sus religiosas asambleas, con lo que se conservarian unidos y bien dispuestos á emplearse en servicio del Rey. Ptolomeo Philometor y Cleopatra concedieron á Onias cuanto les pedia, aunque manifestándole les seria muy sensible que Dios no mirase con agrado un templo erigido en un lugar impuro y lleno de animales; pero toda vez que aseguraba que el profeta Isaias lo habia anunciado, venian gustosos en acceder á la demanda. Onias levantó, pues, la nueva fábrica que de su nombre se dijo *Onion*, segun el tipo del templo de Jerusalen, aunque más reducido y ménos magnífico, y encontró tambien sacerdotes y levitas poco escrupulosos, que se consagraron al servicio de este templo donde se hacian las mismas ceremonias que en el de Jerusalen (2). El Onion no duró más que doscientos veintiseis años, pues fué mandado derribar por el emperador Vespasiano despues de la toma de Jerusalen, por los años de 73 de Jesucristo. No fué sola la que se acaba de referir la muestra de afeccion que Ptolomeo Philometor y su esposa Cleopatra dieron á los judíos; pues segun el testimonio de Josepho les confiaron la guarda de todo el reino, y que el hebreo Dositheó fué, como Onías, general ó jefe superior del ejército egipcio. Tambien refiere que habiéndose levantado la ciudad de Alejandría contra Cleopatra y en favor de Ptolomeo Phiscon, la defendieron los judíos y reprimieron la sublevacion. En el reinado de Ptolomeo Philometor apareció tambien en Egipto el filósofo peripatético Aristóbulo, judío de nacion, del cual San Clemente de Alejandría y Eusebio han conservado algunos escritos. Por aquel tiempo ocurrió una grave controversia en Alejandría entre los judíos y los samaritanos. Los primeros pretendian que el templo de Jerusalen era el único donde debia adorarse á Dios, segun la ley de Moisés, y los segundos sustentaban la misma doc rina respecto al que poseian en el monte de Garizin. Llevaron la decision al rey Philometor y á sus áulicos, y unos y otros controversistas juraron por los nombres del Dios y del Rey, que cuantas pruebas y razones expusieran, serian tomadas precisamente de los libros sagrados, y suplicaron al monarca juez hiciera morir á aquel de los abogados ó representante de cada partido que faltase á su juramento. Atendidas

(1) Calmet, en su excelente Diccionario histórico de la Biblia, cree que estos animales serian aquellos que los egipcios consagraban á sus dioses como las serpientes, ibis y cocodrilos, y que no podian ser muertos los que ocupaban la comarca de Bubasta la desierta, y por consecuencia este lugar era inculto y carecia de poblacion.

(2) El historiador Josefo describe detalladamente este templo en el libro séptimo de su Historia de los Judíos.

las razones alegadas por una y otra parte, el Rey y su consejo pronunciaron en favor de los judíos, y condenaron á muerte á Sabas y Theodosio, abogados de los samaritanos. Jonatás Macabeo, que vivia en aquel tiempo, habia abrazado el partido de Alejandro Balés, rey de Siria, yerno de Ptolomeo Philometor, contra Demetrio, y habia sostenido porfiadamente la guerra contra Apolonio que Demetrio Nicanor, hijo de Demetrio Soter, habia enviado á Palestina con un grueso cuerpo de tropas. Jonatás, ayudado de su hermano Simon, le derrotó y mató gran número de sus soldados, asaltó y quemó la ciudad de Azoth y el templo de Dagon, donde Apolonio y los suyos se habian refugiado, y volvió triunfante á Jerusalen. Dos años despues (el 3856 del mundo) Ptolomeo Philometor marchando á Siria con el objeto aparente de auxiliar á su yerno Alejandro Balés contra Demetrio, pero en realidad para hacerse dueño de sus estados, pasó por la Palestina. Los habitantes de Azoth le mostraron su ciudad y su templo derruidos, y una infinidad de huesos de muertos con que habian pavimentado el camino, pidiéndole justicia y desagravio contra Jonatás, por los males que les habia causado; mas Philometor no les dió oidos, y habiendo venido Jonatás á felicitarle á Joppe con numerosa comitiva, fué recibido muy benévolamente por el rey de Egipto. Jonatás le acompañó hasta el rio Eleuthero, y despues regresó á Jerusalen. En cuanto á Ptolomeo Philometor, habiendo sido recibido como amigo por todas las ciudades del reino de Balés, hizo su entrada en Antioquía, y habiendo sido reconocido por rey, ciñó su cabeza con dos diademas. El año siguiente, que era el 3859 del mundo, 141 ántes de Jesucristo, murió en manos de los médicos que intentaron hacerle la operacion del trépano para curarle una herida mortal que habia recibido en la cabeza en una batalla contra el rey de Siria.—C. de C.

PTOLOMEO IV, Philopator. Este rey de Egipto, cuarto de los de su raza, era hijo de Ptolomeo Evergetes, y comenzó su reinado el año 3783 del mundo, 217 ántes de Jesucristo. Diósele el sobrenombre de *Philopator*, que quiere decir *amador de su padre*, por ironía ó antífrasis, puesto que habia hecho morir al suyo, como asegura el historiador Justiniano en las siguientes palabras: *Huic ex facinoris crimine cognomentum Philopator fuit.* Conócesele tambien por los epítetos de *Trifon*, esto es, *voluptuoso*, ó de *Gallus*, porque solia usar de las marcas ó señales y de la corona de hiedra, que distinguian á los *Gallos*, sacerdotes de la gran diosa Egipcia, agradándole tambien coronarse de hiedra en las fiestas y ceremonias de Baco. Pasaba este príncipe toda su vida en la disolucion, entregado al vino y al más desenfrenado libertinaje, como si no hubiese sido rey sino para entregarse á todo género de excesos. Antíoco *el Grande*, rey de Siria, le hizo cruda guerra; y ántes que él se apercibiese, pues abandonaba del todo los nego-

cios públicos á sus ministros, se apoderó de muchas ciudades en la Cele-Siria y Palestina. Mas al año siguiente, que era el 3787 del mundo, habiendo Antíoco avanzado hasta Raphia, se encontró con Ptolomeo-Philopator, que acaudillaba un poderoso ejército. Dióse la batalla, y como toda la ventaja estaba de parte de Antíoco, que además de ser valeroso capitan, llevaba en pos de sí excelentes soldados, Arsinoe, hermana y esposa del rey Ptolomeo-Philopator, con los cabellos esparcidos y los ojos bañados en lágrimas, se precipitó entre los combatientes y animó de tal modo á los egipcios, que alcanzaron sobre los sirios una completa victoria. Antíoco hubo de retirarse con los restos de su ejército, y todas las ciudades de Siria y Palestina, que se le habian sometido, volvieron por sí mismas al dominio y obediencia de Ptolomeo-Philopator, no perdonando medio de acreditarle su adhesion y celo por su servicio. Los judíos más principales le enviaron diputados para felicitarle y ofrecerle presentes, y le encontraron predispuesto á venir personalmente á Jerusalen. Vino en efecto, y habiendo visitado el templo, quedó admirado de su belleza y magnificencia, y del buen órden que en él se observaba. Intentó penetrar en el santuario, cuya entrada no era lícita sino al sumo sacerdote una vez al año. Apénas fué conocida esta resolucion impía, resonaron en todo el recinto del gran templo los gritos y los lamentos, y se extendió en breves instantes la consternacion y el espanto por toda la ciudad. El gran sacerdote Simon se postró á orar entre el templo y el altar de los holocaustos, y apénas se terminó su plegaria, se sintió el Rey herido de tan gran terror, que empezó á temblar de un modo terrible sin poder sostenerse, de tal modo que sus servidores se vieron obligados á sacarle medio muerto del templo. De regreso en Alejandría, se entregó como ántes á todo género de disipaciones y excesos, y se convirtió en decidido perseguidor de los judíos de Egipto, intentando violentarlos á que abandonasen su religion. Hizo fijar en Alejandría edictos ignominiosos contra ellos, llenos de blasfemias contra Dios, y ordenándoles sacrificar á los dioses del país, bajo las penas de ser despojados de sus privilegios y de los derechos de vecindad, de ser colocados en el rango de los más viles habitadores de Egipto, y reducidos á la servidumbre. Imponia finalmente la pena de muerte á todo el que rehusase obedecer tan despóticos mandatos. Mas aunque hubo algunos judíos débiles que obedecieron y se sometieron á tan inicuas exigencias, no por eso encontraron gracia en el cruel Ptolomeo-Philopator; pues no tan solo los privó de sus antiguas prerogativas, sino que los hizo marcar con un hierro candente, que representaba una hoja de hiedra, y los apartó de los vecinos de Alejandría, como que los redujo á la condicion de los más viles siervos. Para conservar sus privilegios, tenian precision de hacerse iniciar en los misterios de Baco. Por entónces hizo grabar en la

torre que se alzaba en la entrada de su palacio: *Ningun hombre podrá entrar aquí, si antes no sacrifica á los dioses patrios.* Muchos judíos fueron víctimas de la persecucion. Otros donaron gruesas sumas de dinero á los ministros del Rey, para libertarse de la opresion que sufrian; pero noticioso Ptolomeo, juró la pérdida de los judíos, no tan solo de los de Alejandría, sino de todos los de Egipto. Expidió, pues, un nuevo edicto en que ordenaba á todos los gobernadores de las provincias y ciudades le enviasen cargados de cadenas á cuantos judíos se encontrasen en sus distritos, como tambien sus hijos y sus mujeres, á fin de hacerlos morir á todos en Alejandría, como enemigos del estado. Prohibia en el mismo edicto, bajo pena de la vida, ocultar ó acoger á ningun judío, abandonando la confiscacion de todos los bienes del encubridor en favor del denunciador. Apénas fueron recibidas tales órdenes en las provincias tuvieron cumplimiento, siendo llevados á Alejandría todos los judíos, sin consideraeion alguna de sexo ni edad, y conforme iban llegando, ordenaba el Rey se enumerasen. Colocados todos en el hipódromo, sin permitírseles entrar en la ciudad, fueron muy en breve á acompañarlos todos los judíos que moraban en Alejandría; pues se apercibió Ptolomeo que enviaban secretamente socorros á sus desgraciados hermanos. Los encargados de hacer la enumeracion ó empadronamiento emplearon cuarenta dias enteros sin poder terminarlo; y despues de este tiempo declararon al Rey que no les era posible presentarle un padron exacto, pues era inmenso el número de los judíos reunidos. Se hicieron, pues, dos catálogos de estos infelices judíos; uno comprendia aquellos que se habian sometido á sacrificar á los dioses egipcios, á los que se les dejaba la vida, aunque se los despojaba de sus antiguos privilegios de vecinos de Alejandría, de que estaban en pesesion; y el otro de aquellos que habian rehusado cambiar de religion, los cuales debian ser condenados á muerte. Dispuso Ptolomeo-Philopator que estos últimos permaneciesen encerrados en el hipódromo, donde debian ser expuestos á los elefantes que habian de hollarlos con los piés. Hermon, que era el gobernador de aquellos temibles cuanto inteligentes animales, los emborrachó con vino puro, mezclado con incienso, para evitarles el sentimiento y el horror de esta matanza. Mas Dios permitió que el Rey, que habia bebido con más exceso que acostumbraba, se quedára profundamente dormido sin despertarse hasta las diez de la mañana del dia siguiente. Entónces vino su intendente á llamarle, para que fuese á la mesa, que estaba ya servida. Duró el banquete hasta la caida de la tarde, y terminado hizo venir á su presencia á Hermon, al que reconvino con cólera por no haber ejecutado sus órdenes relativas á los judíos en el dia que acababa. Hermon y varios cortesanos que estaban presentes le hicieron ver que todo se habia preparado desde muy temprano; pero que no se habian

atrevido, ni á despertarle, ni á cumplir su voluntad en su ausencia. Ptolomeo-Philopator dispuso entónces nuevamente estuviesen preparados los elefantes para el dia siguiente. Hermon se le presentó al amanecer y le manifestó estaba todo dispuesto para llevar á cabo su bárbaro mandato de hacer morir á los judíos; mas el estúpido príncipe, olvidando lo que ordenára la víspera, trató á Hermon con extremada dureza, y elogió mucho la fidelidad que los judíos le habian guardado siempre, como tambien á los reyes sus predecesores. No obstante, apénas hubo bebido con exceso con sus compañeros de orgía, hizo llamar de nuevo á Hermon, y le preguntó porqué no se habia ejecutado lo que ordenára. Hermon y todos los convidados le recordaron atónitos lo que habia pasado poco ántes, y Ptolomeo hizo entónces juramento de enviar á la tumba á todos los judíos, y acordó que en la mañana siguiente estuviesen prontos los elefantes. Añadió tambien que despues de haber exterminado á los judíos de Egipto, marcharia á la Judea, y entregaria todo á sangre y fuego, arrasaria las ciudades, quemaria el templo de Jerusalen, y daria muerte á los sacerdotes que le habian negado la entrada. Instruidos los judíos de cuanto pasaba, acudieron á Dios con muy fervorosas súplicas, pues tan solo de él pudieran esperar auxilio; y en efecto le encontraron. Al dia siguiente salió Ptolomeo-Philopator de la ciudad, con sus guardias y la manada de elefantes que debian aplastar á los hebreos, y tras él casi todo el pueblo de Alejandría, ansioso de presenciar el terrible espectáculo. Habia llegado el Rey muy cerca del hipódromo, y los infelices judíos renovaban sus gritos y lamentos, cuando de repente se dejaron ver dos ángeles, de terrible aspecto y rodeados de resplandor majestuoso, á los ojos de la asombrada multitud, mas los hebreos nada percibieron. La aparicion sobrenatural de aquellos mensajeros celestes hirió con tal espanto al tirano que hubo de permanecer inmóvil; un horrible temblor conmovió todo su cuerpo, y por un milagro de Dios sintió repentinamente cambiado su furor en la más tierna compasion, y los elefantes volviéronse contra sus conductores y soldados que los guardaban, y los aplastaron bajo sus piés. El Rey dirigiendo su cólera contra sus áulicos se lamentó del modo como habian tratado á los judíos, como si hubieran obrado por voluntad propia, y mandando que en el momento se les desatase, los dejó en completa libertad. Mandó tambien se les donasen víveres suficientes, para que celebrasen banquetes en señal de regocijo, y accion de gracias durante siete dias, y les permitió tomar cumplida venganza de aquellos de sus hermanos, que habian tenido la flaqueza de abandonar su religion. Efecto de esta cruelísima concesion fué la muerte de trescientos apóstatas. Despues de estos sucesos, obtuvieron los judíos un rescripto del rey de Egipto, por el cual los declaraba inocentes y los autorizaba para

regresar libremente á su país. En aquel notable instrumento se elogiaba excesivamente su no desmentida fidelidad, que tanto ellos como sus antepasados le habian guardado á él y á los otros reyes de Egipto que le precedieran, y se ordenaba á los gobernadores de las provincias la más decidida proteccion á los judíos, y que se tratase como enemigos del Rey y del estado á todo el que intentase algo contra ellos. Antes de separarse para volver á sus hogares erigieron los judíos una columna, y construyeron un *Prosenque* ó sea oratorio, en el lugar donde fueron tan milagrosamente libertados de una muerte horrible. Retiráronse, pues, á sus casas, y se les devolvieron todos sus bienes que habian sido confiscados en beneficio del Rey. Todos estos acontecimientos tuvieron lugar el año 3788 del mundo, 212 ántes de Jesucristo, durante los meses egipcios Pachon y Epichi, que corresponden á los de Mayo y Junio. Ptolomeo-Philopator murió despues de diez y siete años de reinado, y dejó la corona á su hijo Ptolomeo-Epifanes, á la sazon muy niño.—C. de C.

PTOLOMEO, Physcon. Era el sétimo de su dinastía entre los reyes de Egipto, hijo de Ptolomeo Epifanes y hermano de Ptolomeo Philometor. El sobrenombre de Physcon se interpreta por *barrigudo*, pero ántes se le diera tambien el de *Evergetes* ó *benéfico*. Su reinado duró cincuenta y tres años, parte en compañía de su hermano y parte solo, desde el año 3859 del mundo. Tuvo grandes desavenencias con su hermano Philometor, que no terminaron hasta la muerte de éste. Cleopatra, su viuda, procuró conservar la corona egipcia á su hijo contra las asechanzas de Ptolomeo Physcon, que intentaba y logró apoderarse del trono. El judío Onías, fundador del templo llamado Onion, en Egipto, tomó la defensa de la reina y de su hijo y pupilo, y aprestó un pequeño ejército en Alejandría. Physcon se preparó á marchar contra él, y resolvió al mismo tiempo entregar todos los judíos de Alejandría al furor de los elefantes. Pero Dios permitió que estos terribles animales se volviesen contra sus conductores y les diesen muerte bajo sus pies. El mismo Ptolomeo Physcon vió un hombre sobrenatural, de aspecto terrible y amenazador, que le prohibió causar el más mínimo daño á los hebreos. Tambien aquella de sus concubinas que más preferia, nombrada por unos Ithaca y por otros Irene, le conjuró por su amor á que perdonase á los hebreos, les diese libertad y los reintegrase de los perjuicios que les habia causado. El historiador Josefo asegura que en su tiempo los judíos de Alejandría celebraron una fiesta anual en memoria de este suceso. Sin embargo, algunos eruditos, como el P. Calmet, creen que Josefo confundió á Ptolomeo Physcon con Ptolomeo Philopator, pues en la historia de este príncipe se refiere un hecho semejante de haber sido los judíos condenados á ser expuestos á los elefantes y luego perdonados. Ptolomeo Physcon, deseando

terminar sus diferencias con Cleopatra, que era su hermana y viuda de su hermano Philopator, la hizo proposiciones de casarse con ella, las que fueron aceptadas desde luego, y celebrado el consorcio, fué Physcon recibido en Alejandría con muestras de regocijo y proclamado rey. Sin embargo, no creyendo aún muy afirmado su poder, hizo quitar la vida al jóven príncipe su sobrino en los brazos de su madre la noche misma de sus bodas. Tan bárbaro asesinato, que le hizo odioso á los egipcios, fué seguido de otras muchas maldades de toda especie. Repudió á Cleopatra, se casó con una hija de esta princesa, y despues de haberla poseido dió muerte á su propio hijo mayor, por temor de que el pueblo de Alejandría le aclamase rey en su lugar. Tambien hizo morir á otro hijo suyo, que habia tenido de la reina Cleopatra, su hermana y esposa, como se ha dicho, y para colmo de atrocidad le hizo cortar la cabeza, las manos y los piés, y envió estos sangrientos restos á la reina, madre del jóven príncipe, en un canastillo cubierto, como un presente que la hacia en celebridad de su natalicio. A pesar de tan horribles crueldades, Ptolomeo Physcon murió pacíficamente despues de haber reinado veintinueve años desde la muerte de su hermano, el año de 3875 del mundo, 125 ántes de Jesucristo, dejando tres hijos. El gobierno del reino le dejó á la reina Cleopatra, aunque repudiada, con la facultad de elegir por rey á aquel de sus tres hijos que juzgase más á propósito para reinar. Cleopatra hubiera querido ceñir la corona á Alejandro, que era el más jóven, esperando le estaria siempre sometido; pero los habitantes de Alejandría la obligaron á nombrar á Ptolomeo Lathuro, que era el mayor, y que reinó en compañía de Cleopatra por espacio de diez años.—C. de C.

PTOLOMEO (Juan Bautista). Nació en Pistoya, territorio de Toscana, y despues de recibir una educacion esmerada en el seno de su familia, mostrando disposiciones bellísimas para la virtud y la ciencia, que revelaban el futuro cardenal, el modesto religioso, el sabio consumado, entró en la distinguida congregacion de los Jesuitas, haciendo su noviciado y pronunciando sus votos en el celebérrimo Colegio Romano, de cuyo seno han salido hombres tan eminentes para el bien de la sociedad y de la Iglesia. Despues de haber cursado los estudios de la filosofía y teología en ese famoso colegio, se dedicó á la enseñanza de la ciencia filosófica, dándose bien pronto á conocer por sus profundas y sólidas producciones en el mundo europeo, entre cuyos sabios se distinguió como uno de los filósofos más claros, más sencillos, á la par que más profundos pensadores. Clemente XI, soberano pontífice romano que á la sazon gobernaba el catolicismo, prendado de las virtudes, de la modestia y sabiduría de Juan Bautista Ptolomeo, le elevó á la alta dignidad cardenalicia, á pesar de la obstinada resistencia que el modesto jesuita opuso á la recepcion del capelo. Modelo acabado de la humildad

cristiana, la nueva y encumbrada dignidad en nada cambió sus costumbres y hábitos sencillos, edificando de esta manera á sus mismos compañeros de Orden, que si bien se hallaban harto acostumbrados á presenciar admirables actos de virtuosa sumision y obediencia, no podian, sin embargo, ménos de sorprenderse al ver un cardenal, un príncipe de la Iglesia, que despreciaba la púrpura y su dignidad para dedicarse á la práctica de las más austeras y humillantes virtudes cristianas. Era cosa por cierto digna de loa ver en el Colegio Romano uno de sus más distinguidos sabios, un cardenal, obsequiado por la más brillante y escogida sociedad, que en nada se separaba de la marcha de la comunidad, que no rehusaba someterse á las más pequeñas observancias del instituto, que se contentaba con dos frugales y sencillas comidas, que en ocasiones abandonaba el alimento para besar con amor los piés de sus hermanos, á semejanza del divino Redentor de los mortales. Pasó este virtuoso sabio á recibir la inmarcesible corona debida á sus virtudes el 20 de Enero del año 1726. Figuró como uno de los sabios más distinguidos de su época, confirmando esta opinion con sus admirables obras, con especialidad con la que lleva el título de *Curso de Filosofía*, en la que descubre los más abundantes conocimientos, y en la cual explica los más elevados conceptos de la manera más sencilla é intelectual y clara. Es muy digna de notarse la introduccion que precede á esta publicacion, en la que recorre las vicisitudes de la ciencia filosófica en los diversos pueblos, mostrando á las claras la desconfianza con que deben ser recibidas las más abstrusas sentencias de los filósofos. Remontándose á las edades más remotas, descubre en medio de la progresiva civilizacion del mundo antiguo al pueblo, que menospreciado por el resto del linaje humano, vive aislado en un rincon del mundo, apegado á sus creencias, rodeado de majestuosas ceremonias y simbólicos sacrificios, que evocan á su mente mil recuerdos elevados y misteriosos. Ese pueblo no se ocupa en disputar al resto de las naciones las gloriosas coronas literarias ó científicas; no enumera entre sus moradores prolongada série de filósofos célebres y consumados artistas, coronados de la auréola inmortal de la gloria, como otros pueblos. Extraño al movimiento que agita en sus inmediaciones á los pueblos griegos y orientales, sumido en la ignorancia al parecer, se creeria que no podia desarrollarse en su seno el pensamiento humano, ni salir jamás del estado de la infancia. Mas si bien se observa, en ese pueblo se conoce una cosa, una sola cosa, la única digna de ser conocida, que se oculta á la hinchada sabiduría y al orgullo de los orientales, es á saber, la existencia eterna y suprema de un Dios, en quien han tenido principio todas las cosas contenidas en el cielo y la tierra; y solo él habla del Altísimo, á quien menosprecian las demás naciones, de una manera digna de su grandeza; solo él conserva un lenguaje, cuyas modulacio-

nes son escuchadas con agrado por el Omnipotente. Miéntras los genios inmortales del paganismo, encargados de cantar las glorias del Todopoderoso, ultrajan su nombre adorable con mezquinas concepciones; miéntras que los sabios le buscan con ansiosa solicitud, sin serles dado encontrar al que se oculta á los que le buscan, el pueblo judío adora un solo Dios, el único digno de ser adorado por todas las naciones del globo, el único ante quien puede prosternarse el hombre conservando y enalteciendo su dignidad. ¡Extraño contraste! El pueblo judío, al parecer el más ignorante de todos, mecido en la cabaña pastoril, guiado por un modesto pastor venido de Madian; que solo ha recibido lecciones de los maestros de la idolatría; que ha pasado cuatro siglos oprimido con férreas cadenas por los monarcas egipcios, cuyos dioses habitaban en los establos, y nacian y crecian en los jardines; es el solo que ha conocido la verdad más importante, la base sólida de todos los humanos conocimientos, la existencia del verdadero Dios. ¿Ha por ventura descubierto esa verdad al acaso? ¿Débelo quizá á su propia sabiduría? No, ciertamente; aunque parezca algo humillante decirlo, es el resultado que el hombre no pudo dar con esa fundamental verdad por sí mismo. Moisés, con maravillosa sagacidad, habla á unos hombres groseros, acomodándose á sus necesidades, evitando el hacer concesiones, la discusion de oscuras é impenetrables cuestiones, y mostrando las nociones más sublimes del Ser eterno, consustancial y único. El célebre legislador de los judíos evita cuidadosamente las cuestiones de mera curiosidad, no investiga, como los sacerdotes de la India y del Egipto, ó como los filósofos de la Grecia, de qué sustancia se compone la Divinidad, cuál sea su extension, qué existe fuera de ella, si es finita ó infinita, si ha conocido principio, si espera tener fin, si la existencia del mundo es eterna, si es necesaria ó si es la obra instantáneamente salida del cáos á impulsos de una voluntad inexplicable. El venerable profeta del Sinai evita además cuidadosamente el dar oscuros pábulos que desarreglen las imaginaciones, que derramen sobre los cultos populares ó sobre la tersa frente del sacerdocio oscuras manchas, que un dia pudieran presentar á sus ojos á tan grandes instituciones cubiertas con el velo del ridículo y de la burla, como sucediera á los indios y otros pueblos idólatras, á quienes la sutileza teística ha sumido en un laberinto profundo, cuyo término ha sido el ateismo ó el panteismo. En su historia maravillosa de la creacion no empieza poniéndose de acuerdo con los hombres, no razona, no habla de sustancias inertes ni rebeldes, ni de misteriosas combinaciones, ni de átomos sutiles, ni de combinaciones y alianzas absurdas y delirantes, ni del acaso, ni de las fuerzas naturales, sino con sencilla elevacion, con grandeza sin igual, revela la verdad de los misterios de un modo que asombra, y con un lenguaje no usado por el hombre hasta entónces. Esos oscuros hijos de la

Palestina hablan constantemente de Jehová, de su omnisciencia, de su poder, de su unidad, de su infinidad, de todas sus adorables perfecciones, sin que por esto merezcan otra cosa que desprecios de parte de las belicosas naciones, que se fatigan en vano en busca de Dios. Ni este conocimiento del verdadero de Dios es exclusivo en el pueblo hebreo á ciertas clases distinguidas, sino que es popular, comun, como el sencillo lenguaje de sus libros, como las ceremonias y sacrificios simbólicos, á los cuales todos asisten poseidos de profunda veneracion, y donde todos reciben inspiraciones del Altísimo. Sus profetas les hablan un idioma lleno de exactas y reales imágenes, claro, inteligible, fácil, en tanto que los filósofos, rodeados de sombras, enuncian sus oscuras tesis filosóficas de una manera tan abstracta, que no es fácil preveer si ellos mismos comprenden lo que dicen. No es dable leer á sus escritores sagrados, cuando hablan de Dios, sin que el asombro se apodere del alma. Dios habita una region inaccesible, bañada de luz inefable; si ascendemos al cielo, allí se le encuentra; si se desciende al infierno, está presente en él; si tomando veloces alas nos trasladamos á los confines del mundo, allí tambien se le encuentra presidiendo el huracan y el rayo; en todas partes se halla; no es dable al hombre huir á region ninguna donde no se encuentre Dios, Jehová, en toda su majestad y grandeza. Su justicia es como las más elevadas montañas; sus juicios son un abismo profundo é impenetrable; ha criado los cielos con una sola palabra; ha extendido el hermoso manto del horizonte con una simple emision de su voluntad; ha dicho: *Sé*, y todo ha salido del cáos, todo ha sido. Es un Dios que se irrita y envia asoladores rayos; un Dios, que se aplaca, y llueve el maná; un Dios que se arrepiente, y abraza al hombre; que cuida de sus hechuras con mayor solicitud que la gallina de sus polluelos. Llenos estan los libros sagrados de grandiosas figuras, de imágenes, ora espantables, ora tiernas, del Dios del Sinaí, que hablan á la vez á la inteligencia, al corazon, á la imaginacion, con palabras propias, con exactitud filosófica, con variada poesía, que contrasta visiblemente con el lenguaje ambiguo, vacilante, dudoso, oscuro, de los paganos pueblos. Solo un pueblo que recibiera sus inspiraciones de lo alto, podia permanecer obstinadamente adicto al teismo, viviendo rodeado de naciones en las cuales se encontraban dioses en el campo, en el hogar doméstico, en los templos, en las alcobas, en las encinas y en todas partes. La conservacion del teismo en un pueblo por otra parte todo grosero, todo material, apasionado además vivamente por la idolatría, en ocasiones dominado y vejado por los pueblos idolátras, en tanto que los discípulos mismos de Anaxágoras y de Aristóteles, doctores de la Grecia sabia, dejan sumir prontamente en el olvido la centella de los humanos conocimientos que recibieran de sus respectivos maestros, cosa es que no se

explica por medio de los humanos raciocinios. Preciso es reconocer en ese hecho la veleidad é insuficiencia de las delirantes ilusiones filosóficas del mundo gentílico, que se evaporaban como el humo, como que eran humanos conceptos, elucubraciones del hombre cuya capacidad es limitada, y la estabilidad y fijeza del filosofismo hebreo, que procedia del Dios santo é inmutable; preciso es reconocer la gran desconfianza con que debemos recibir los filosóficos sistemas de los hombres, no ménos que la imprescindible necesidad de acudir al catolicismo y la revelacion en pos de datos positivos para hallar el fundamento de todas las ciencias. Téngase muy en cuenta que los filósofos no han inventado las ideas ni las verdades, sino que les han sido á ellos trasmitidas por sus antepasados. Téngase muy en cuenta que esos filósofos no solo no las han inventado, sino que ni áun las han perfeccionado por medio de sus filosóficas investigaciones, siendo verdad indudable, por el contrario, que han contribuido con absurdos y desatinos á que el género humano en su mayoría olvidase esas mismas verdades que las antiquísimas tradiciones habian esparcido en el seno de todos los pueblos. Los filósofos griegos hacen ostentoso alarde de ignorar las sombras de la verdad, los destellos de la luz divina que se encontraban en sus pueblos, y que los poetas, intérpretes divinos de los sentimientos de las naciones, cantaban con su lira y desfiguraban horriblemente las nociones más sencillas, dándoles giros necios que por fin conducian á la negacion, universal. Si alguno entre esos hombres ha vislumbrado á Dios, piedra fundamental de progreso filosófico y científico, lo ha hecho de una manera tan oscura y misteriosa, que casi era ininteligible. El Dios de Platon, por ejemplo, es un Dios inaccesible, frio espectador de cuanto sucede en la creacion, que mira con grandeza sin igual á sus hechuras, que se desdeña formar al hombre, cuidar de su existencia y conservacion, fijar en él su amorosa mirada; que le reputa como esclavo; y que, en todo caso, en ocasiones dadas, le dispensa la gracia de alguna criatura suya inteligente para dirigirle una palabra de amor. El alma, es verdad, tiene un orígen más noble y elevado, y emana de Dios; pero emana de un modo necesario, como el rayo del sol luminoso, como el calor del fuego, sin que por lo mismo deba caber en el corazon del hombre ninguna sombra de amor ni gratitud. Horrenda teoría que priva al principio de todos los séres de voluntad y de amor, y que se opone abiertamente á la nocion que Moisés y el cristianismo nos da de Dios, formulando entre sus primeros preceptos «Amarás al Señor: tu Dios.» Platon, que pinta á este Dios elevado en solio sublimísimo, sin corazon, sin solicitud paternal, muestra inteligencia; pero el mismo Platon que no alcanza las sublimes nociones de la caridad, la hermandad y mútua fraternidad, que se limita á formar una sociedad sometida á leyes, que no pro-

curan el bien, que tal vez favorecen el crimen, que autorizan al hombre para que sea ejecutor de ese crimen sin guardar consideraciones con el público decoro siquiera, con el pudor mismo, que de este modo ultraja al hombre y al buen sentido, es un palpable y brillante ejemplo de lo que es capaz por sí mismo el hombre en órden á la creacion de filosóficas ciencias. Bástenos citar estos apuntes para persuadirnos de que sin la revelacion no hay filosofía posible, de que fuera de la filosofía cristiana no hay otra ciencia que merezca ese nombre, y de que los más distinguidos filósofos que se separan de esa senda, en último resultado hablan un lenguaje más confuso y contradictorio que los constructores orgullosos de la torre de Babel.—N. L.

PTOLOMEO (Lucas), natural de Luca, segun algunos historiadores, nació en esa ciudad hácia mediados del siglo XIV, de una familia distinguida, en el seno de la cual recibió una educacion esmerada, con especialidad en la parte religiosa. Este hombre, despues de haber amamantado las más sanas ideas religiosas en el hogar doméstico, abandonó su país nativo y trasladóse á una ciudad vecina con el fin de ingresar en la órden de Sto. Domingo, donde pasados los años de la probacion, se aplicó al estudio de las ciencias profanas y religiosas. Menester es tener en cuenta el carácter de esta época para explicarnos satisfactoriamente cómo un religioso, dotado sin duda de claro talento, educado á la sombra de la religion dominica, pudiera sufrir un lastimoso extravío en las ideas más fundamentales del catolicismo, por dedicarse con exceso al escudriñamiento de los velados misterios del misticismo, y guiado sin duda por el ánsia de ennoblecer los objetos y personajes de la cristiandad. Al fijar los ojos en la Europa de entónces, se descubre en distintos puntos no sé qué gérmen funesto, indicio aciago de los mayores desastres. Doctrinas horribles brotan del seno de aquellas masas que comienzan á agitarse; desórdenes espantosos señalan sus primeros pasos en la carrera de la vida. Al ver que han penetrado en aquel informe conjunto algunos rayos de calor y de luz, el corazon se ensancha y se alienta, pensando en el nuevo porvenir que espera al linaje humano; pero tiembla tambien de espanto al reflexionar que aquel calor podria producir una fermentacion espantosa, acarrear la corrupcion, y cubrir de inmundos insectos el campo feraz que prometiera convertirse en jardin encantador. Las extravagancias del espíritu humano preséntanse á la sazon con un carácter tan alarmante, con un aspecto tan turbulento, que los pronósticos en la apariencia más exagerados podian fundarse en hechos que les daban mucha probabilidad. Seános permitido recordar algunos sucesos que pintan el estado de los espíritus en aquella época, y que se enlazan con el punto que nos vemos encargados de desenvolver, relativo al extravío religioso de nuestro personaje. Habia pocos años aún que el famoso Tanquelino, enseñando los más absurdos deli-

rios, cometiendo los más odiosos crímenes, habia sin embargo arrastrado en pos de sí un pueblo numeroso, aquel pueblo religioso y bárbaro, piadoso y semisalvaje, supersticioso y belicoso, en cuya mente bullian mil ideas al parecer contradictorias, en cuyo pecho notábase una agitacion pasmosa, cuyos resultados no era fácil adivinar con exactitud. Pues bien, ese miserable propalaba con la mayor formalidad que era más digno del culto supremo que el mismo Jesucristo; pues si Jesucristo habia recibido al Espíritu Santo, Tanquelino tenia la plenitud de ese mismo Espíritu, añadiendo á esto que en su persona y en la de sus discípulos estaba contenida la verdadera Iglesia. El pontificado, el episcopado y el sacerdocio eran segun él meras quimeras. En su enseñanza y peroratas dirigíase á las mujeres de un modo especial; el fruto de sus doctrinas y de su trato era la corrupcion más asquerosa. Sin embargo, el fanatismo por ese hombre llegó á tal punto, que los enfermos bebian con afan el agua en que se habia bañado, creyéndola muy saludable remedio para el cuerpo y para el alma. Conociendo este malvado el ascendiente que habia llegado á ejercer sobre los ánimos, no descuidaba el explotar el fanatismo de sus secuaces, siendo una de las principales virtudes que procuraba infundirles la liberalidad en favor de los intereses del Tanquelino. Artificios tan groseros, tan sórdidos, tan repugnantes como los empleados por este hombre monstruoso, solo parecian propios para concitar la indignacion del pueblo; los resultados empero correspondieron á la prevision del célebre impostor. Los regalos se hicieron en grande abundancia, de subido precio; y las mujeres, siempre celosas del afecto de Tanquelino, excedieron en larguezas á los hombres, despojándose frenéticas de sus collares, pendientes y demás joyas preciosas, todo merced al exagerado sentimiento religioso, mal dirigido, dominante en las masas. Apénas comenzó á sentirse bastante fuerte, no quiso contentarse con la predicacion; procuró formar en torno de sí una reunion armada, que le presentára á los ojos del mundo como algo más que un apóstol. Tres mil hombres le acompañaban por todas partes; rodeado de tan respetable guardia, vestido con la mayor magnificencia y precedido de un estandarte, marchaba con la pompa de un monarca. Cuando se paraba á predicar, estaban en su alrededor los tres mil satélites con las espadas levantadas en alto. Ya esto era fatídico prenuncio del carácter horroroso, violento y agresor de las falsas sectas, que tanto daño habian de causar al mundo. Nadie de los muchos partidarios que algun tiempo despues llegó á tener en pos de si Eon, á quien se le calentó la cabeza por haber oido repetir varias veces aquellas palabras, *per eum qui judicaturus est vivos et mortuos*, llegando á persuadirse y á propalar que él era ese juez de vivos y de muertos de que se hablaba; y conocidos son tambien los disturbios excitados por los discursos sediciosos

de Arnaldo de Brescia, así como el fanatismo iconoclasta de Pedro de Bruis y de Enrique, no ménos que las otras escenas repugnantes que tan al vivo pintan el espíritu de las sectas de aquellos tiempos, y la funesta predisposicion que hallaban en los ánimos, amantes de novedades, sedientos de espectáculos extravagantes, y tocados de no sé qué vértigo fatal para dejarse arrastrar á los más extraños errores y lamentables excesos. Nos referimos á las sectas de los cátaros, valdenses, patavinos de Arrás, albigenses y pobres de Leon, sectas que, á causa de haber tenido no pequeña influencia en los desastres de aquellos tiempos y en los sucesivos acontecimientos de la Europa, sirven muchísimo para aclarar los puntos en cuestion del extravío en sentido contrario de algunos religiosos, entre quienes figura nuestro Ptolomeo. Ora los sectarios se apellidan los hombres apostólicos, y se distinguen por su horror al matrimonio, en tanto que se entregan por otro lado á la más grosera y desenfrenada licencia voluptuosa; ora esos sectarios se apellidan valdenses ó pobres de Leon, llamados así por su extremada pobreza, su desprecio á todas las riquezas, y por su traje andrajoso; unos y otros perversos imitadores de otra clase de pobres que practicaban la verdadera humildad y el desprendimiento verdadero. Esos hombres protervos distinguíanse por un alto desprecio de la autoridad eclesiástica, y llegaron á formar un cúmulo de mónstruosos errores, presentándose en fin como contrarios á la religion, como dañosos á la buena moral, é incompatibles con la pública tranquilidad. Vestidos sin embargo con el manto de la hipocresía comun á todos, esas odiosas sectas presentándose bajo la más rígida austeridad y en un traje muy miserable, conseguian seducir á los pueblos ignorantes y groseros, siendo acogidos sus extravíos de un modo favorable en las masas, que escuchaban á los pseudo-profetas donde quiera que los hablaban, y bajo las diversas formas que lo hacian los fautores de la iniquidad. No es necesario encarecer los innumerables perjuicios que acarreaban á la causa de la religion estos monstruosos errores, gérmen de tantas calamidades y turbulencias, que se iban arraigando más y más en todos los puntos de Europa, de tal manera que ponian en el mayor conflicto á los pueblos y ciudades, reinos y naciones enteras. Además, en una organizacion política, donde el trono no tenia bastante fuerza para ejercer la necesaria accion enfrenadora, donde los señores conservaban todavía los medios suficientes para resistir y atropellar á los reyes; cuando difundido por todas partes un indócil espíritu de agitacion y movimiento en las masas, no se veia ningun medio para contenerlas excepto la religion; cuando cabalmente el mismo espíritu y ascendiente ejercido por el catolicismo y las ideas religiosas, era aprovechado por los fanáticos y los perversos para extraviar la muchedumbre con violentas peroratas, en que se hacia una confusion y mezcla torpísima de religion y de política, y se

afectaba hipócritamente un espíritu de austeridad y desinterés; cuando los nuevos errores no se limitaban á sutiles ataques contra este ó aquel dogma, sino que empezando por trastornar las ideas más fundamentales de la religion, penetraban hasta el santuario de la familia, condenando el matrimonio, y provocando de otra parte abominaciones infames; en semejante conjunto de funestas circunstancias, consignadas en la historia de una manera incontestable, ¿no era negro, no era proceloso el porvenir de la religion y la Europa? ¿No existia el inminente peligro de que tomando las ideas y las costumbres una direccion errada, quebrantados los lazos de la autoridad, rotos los vínculos de la familia, arrastrados los pueblos por el fanatismo y la supersticion, no volviese la Europa á sumergirse en el cáos de que iba saliendo á duras penas? Cuando las grandes naciones se iban formando bajo la influencia católica, ¿era conveniente que la Europa perdiese su unidad religiosa, que cundiesen los nuevos errores, sembrando por todas partes el crímen, y con él la discordia y la guerra? Tantos elementos de civilizacion y cultura creados por el catolicismo, ¿debian dispersarse, inutilizarse para siempre, debia todo corromperse, adulterarse, perecer, con la alteracion de las nuevas creencias? ¿Debian ver las naciones disipadas en un momento las esperanzas más halagüeñas y volver á retroceder lastimosamente á la barbarie? La Providencia divina salvó á la sociedad del inminente riesgo que la amagaba de precipitarse de nuevo en el cáos apagando la hermosa luz de la revelacion, y resolvió el problema suscitando institutos y hombres cuyas doctrinas eran las del Evangelio, á cuya elevacion y santidad se han visto precisados á rendir solemnes homenajes los siglos posteriores, y cuya vida era pura, sin tacha, santa, heróica, conforme en un todo á su enseñanza, y que se proponian por objeto, al salir de la oscuridad de sus hogares, únicamente el predicar á todos los hombres las verdades católicas, el procurar con todas sus fuerzas la destruccion del error y la reforma de las costumbres, el inspirar á los pueblos el debido respeto hácia las autoridades legítimas, así eclesiásticas como civiles, es decir, encontrareis en ellos la firme resolucion de consagrar sus dias y sus afanes al remedio de los males de la Iglesia y de la sociedad. No se contentan para esto con estériles veleidades, no se satisfacen con algunos discursos ni con esfuerzos pasajeros, no encierran el designio en las personas; sino que extendiendo su mirada á todos los tiempos y países de lo porvenir, fundan institutos cuyos miembros puedan esparcirse por toda la haz de la tierra, y trasmitir á las generaciones venideras el espíritu apostólico que les inspira miras tan elevadas. La pobreza á que se condenan es extremada, los hábitos con que se cubren son groseros y miserables; pero si no comprendeis la profunda razon de semejante conducta, recordad que se proponen renovar el espíritu

evangélico á la sazon tan olvidado; recordad que van á encontrarse muy á menudo cara á cara con emisarios de sectas corrompidas, y que estos emisarios se esfuerzan en remedar la humildad cristiana, afectan un extremo desprendimiento, y hacen gala de presentarse al público con el traje de mendigos; recordad que van á predicar á pueblos semi-bárbaros, y que para apartarlos del vértigo del error que ha comenzado á señorearse de las cabezas, no bastan palabras, áun cuando vayan acompañadas de la regularidad de una conducta ordinaria; necesitamos ejemplos sorprendentes y un modo de vida edificante en extremo, y todo acompañado de un exterior que hiera vivamente la fantasía. Estos hombres, ó por mejor decir estos héroes, son conocidos con el nombre de Dominicos y Franciscanos, y áun cuando no tuviesen otros motivos que el haber concebido ideas tan encumbradas, bastaria esto para ser acreedores á la estima de los pueblos. Si luego de sentadas esas venerandas instituciones, luego de adquirir, digámoslo así, los derechos de ciudadanía, la estimacion de los pueblos, animados del deseo de elevar las ideas religiosas á un órden más puro, ansiosos de sacarlas del cenagoso fango en que las sumieran sus adversarios, algunos de sus indivíduos, algunos de esos religiosos, incurren en el extremo contrario, pecar por exceso de más; cosa es, si, bien lamentable, pero que se explica perfectamente entendido el carácter del hombre; y esas ligeras manchas, esos defectos cometidos por el mismo deseo de purificar las ideas, en nada deben contribuir á mancillar el carácter y santidad de las órdenes dominicana y demás. Prévias estas explicaciones, compréndese el extravío de Lucas Ptolomeo, quien despues de consagrarse con afanoso ardor al estudio de las sagradas Escrituras y de la historia de las pasadas edades, preséntase en público predicando un sermon, en el cual avanza la extraña proposicion de que Jesucristo no habia encarnado en las entrañas de la purísima é inmaculada Vírgen María por virtud del Espíritu Santo, conforme lo habia enseñado como artículo de fe la Iglesia en toda la série de las edades cristianas, sino que ese prodigio de los siglos habíase verificado en el corazon de la Vírgen inmaculada. Si luego que se le prohibe por sus superiores el que suba á la cátedra del Espíritu Santo, insiste en propalar otros varios errores vituperables en el mismo sentido por medio de sus obras, esa es una obstinacion reprensible y contraria á la santidad y á la virtud en el indivíduo, pero que en nada ataca la esencia de la religion é instituto dominicano, cuyos superiores en el mero hecho de combatir con todas sus fuerzas los errores del iluso religioso, prohibiéndole el que predique doctrinas erróneas, muestran bien á las claras que animaba al instituto el espíritu de la santidad y de los fines grandiosos para que habia sido creado. ¿Nos serviremos de ligeros deslices cometidos por el indivíduo de una corporacion para estigmatizar á toda la

asociacion de esos hombres evangélicos, salidos del pueblo, que viven en comunicacion continua con el pueblo, que visten groseramente como el pueblo, que son pobres como el mismo pueblo, y que todo eso lo hacen por el deseo de procurar el bienestar del mismo pueblo? ¿No seria absurdo monstruoso proscribir á una reunion de hombres, que viven sin morada fija, que huyen los placeres, que tan pronto se hallan en la miserable aldea como en la ciudad populosa; que hoy se encuentran en el seno del continente, mañana estan á bordo de una nave que los conduce á peligrosas misiones en los países más remotos; que así se les ve en el palacio de un monarca, ilustrándole con sus consejos y tomando parte en los altos negocios del estado, como en el hogar de una familia oscura consolándola en sus infortunios, apaciguando discordias, ó dándola parecer sobre los asuntos domésticos; y que ora figuran con lustre en las cátedras de las universidades, ora enseñan el catecismo á los niños en humilde pueblo; que se les encuentra en fin de continuo ocupados en derramar bendiciones celestiales sobre todas las clases de la sociedad? Abstengámonos de incurrir en tamaña grosera injusticia. En lo demás algunos escritores de la Orden dominicana aseguran que el espíritu dócil de Lucas Ptolomeo se retractó pronto de sus errores en vista de las amonestaciones de sus superiores, publicando más tarde dos obras en latin; la una titulada *De los Anales*; y la otra, *Crónica de los Papas y de los Emperadores*, obras estimadas por los sabios; pasando á mejor vida en el año 1355.—N. L.

PTOLOMEO (Menderiano). Este antiguo historiador escribió la vida de los reyes de Egipto, su patria. Apiano de Alejandría asegura que este Ptolomeo escritor era sacerdote en Egipto, y que recopiló en tres libros todos los sucesos notables de los famosos reyes de aquel país. Mr. Dupin, en el tomo I, página 46, de su Biblioteca universal de historiadores profanos, presenta un acertado juicio sobre algunas circunstancias de su vida.—C. de C.

PUBITSCHRA (Francisco). Este sabio jesuita aleman, historiador, tuvo por patria á Commotan, y fué su nacimiento el 19 de Agosto de 1699. Inclinado al estado de la Iglesia, ingresó en la Compañía de Jesus el dia 9 de Octubre de 1739. En el claustro se dedicó con afan al estudio, y llegó á ser profesor de historia y humanidades. Despues de la extincion del instituto á que pertenecia, fue decano de la facultad de Filosofía en la celebrada universidad de Praga. Se le deben varias publicaciones importantes; he aquí las principales: 1.ª *Oratio de Sancto Joanne Evangelista*; Olmutz 1756, en fólio.—2.ª *Oratio de Sto. Joanne evangelista*, 1758; es distinta de la anterior aunque el epígrafe es idéntico.—3.ª *De Sancta Catharina*; Olmutz, 1757, en fólio.—4.ª *Séries Chronologica rerum Slavo-Bohemiarum ab ipso inde Slavorum in Bohemiam adventu, usque ad baptismum Porzoboli*; Praga, 1768, en 4.°

5.ª *De antiquissimis sedibus Slavorum*; Leipsick, 1771, en 4.°—6.ª *De venedis, vinidis seu winidis itemque de Enetis, nenetis seu venetis veteribus;* Olmutz, 1772, en 8.°—7.ª *Chronologische Geschichte Bohemens unter den Slaven. Erster Theil, wetcher das heidnischne Bohme enthalt;* Leipsick, 1770, en 4.°—C. de C.

PUBLIA (Sta.), abadesa. Admirable y magnífico se presenta el cristianismo en sus primeros siglos. Fortificados los fieles en la fe, nada les arredra, los tormentos los entusiasman, y los suplicicios embriagan su alma con la idea de que ellos son el más cercano escalon del cielo, cuando se muere en ellos confesando á Jesucristo, y sellando con su sangre el contrato que exige la ley proclamada en el Calvario. Mala, malísima política siguieron los idólatras para hacer callar la voz del Evangelio, que exterminó sus falsos dioses; pues su crueldad, léjos de amedrentar á los creyentes del verdadero Dios, los alentó á la pelea, y por cada mártir que sacrificaron á su venganza, se reprodujeron millares de fieles, que acabaron por confundirlos, sin más armas que la fe en la buena doctrina y su constancia en ofrecerse al sacrificio. Entre las santas mujeres que se distinguieron por su verdadera piedad en el siglo IV de nuestra era, nos presenta la historia sagrada á Sta. Publia, dama de la ciudad de Antioquía, célebre entre sus conciudadanos por su virtud. Casada esta señora, fué modelo de buenas esposas, y quedando viuda, supo educar á sus hijos en el santo amor de Dios, enseñándoles con su ejemplo la práctica de la virtud. Luego que colocó á sus hijos y quedó libre de los cuidados maternales, quiso consagrar su viudez al Señor; y para mejor satisfacer su deseo, fundó un monasterio en el que logró reunir porcion de vírgenes, que amaestradas por ella en las delicias que ofrece la vida contemplativa, se persuadieron de lo efímero de los goces mundanos y de lo magnífico de los eternos, y vendieron al mundo por el cielo. Encerrada Sta. Publia con las vírgenes, hizo solemne voto de no volver al mundo por nada y para nada. A pesar de que su cualidad de fundadora y sostenedora de aquella santa casa le daba derecho á dirigirla como superiora, pretendió por el contrario su humildad ser la última de sus hermanas; empero su gran virtud y extraordinaria prudencia la hicieron tan necesaria al buen régimen del nuevo monasterio, que fué elegida á pesar suyo abadesa por todas las religiosas. Destinada esta fundacion religiosa á alabar al Señor y pedirle misericordia, la Abadesa ocupaba constantemente á la comunidad en cantar salmos y alabanzas al Señor, tarea que practicaba con el mayor fervor y sin jamás fatigarse, porque las mantenia á todas el divino maná de la oracion, que es el manjar más nutritivo y delicado para las almas de los justos. Hallándose un dia las religiosas cantando muy gozosas los salmos de David, acertó á pasar por delante del monasterio el impío emperador romano Ju-

liano *el Apóstata*, y preguntando qué cánticos eran aquellos, luego que se le instruyó de lo que era y de que la dama Publia, que habia fundado aquella casa de recogimiento y contemplacion, era la que dirigia las alabanzas al Señor que oia, puso doble atencion para entender los religiosos cantares. Entre estos oyó claramente el versículo en que David, dirigiendo su voz para enseñanza del pueblo le dice: *Plata y oro nada más son los ídolos de los gentiles: que los que los fabrican y adoren sean semejantes á ellos.* Irritado el Apóstata al oir aquella verdad, hizo abrir las puertas del monasterio y mandó abofeteasen y castigasen con el mayor rigor á la venerable Abadesa, lo que se ejecutó, llenándola al propio tiempo de improperios é insultando de palabra y obra los satélites del tirano á las inocentes corderillas, que en aquel redil santo se apacentaban con el manjar dulcísimo de la divina gracia. Léjos de intimidarse la abadesa Publia con tan tiránicos tratamientos, ansiosa de volar á abrazar á su Dios en sus celestes mansiones, al tiempo que la golpeaban repitió en alta voz el salmo, y pasando á otro, exclamó llena de entusiasmo: *Levántese el Señor y confunda á sus enemigos;* y exhortando á sus hijas á imitarla en el amor de Dios, logró enfurecer de tal modo á sus verdugos, que la atormentaron cruelmente. Perseguida desde entónces la santa Abadesa y atormentada constantemente, murió por fin con la mayor alegría, cantando alabanzas al Señor de las misericordias, el dia 9 de Octubre del año 364 de la era vulgar, dia en que la celebra la Iglesia, que la venera en sus altares.— C.

PUBLIO (S.), obispo y mártir. El apóstol S. Pablo es llamado con razon el catequista por excelencia por algunos autores, pues que solo con su vista convertia á la fe de Jesucristo, y poquísimos pudieron resistir al poderoso imperio de su divina elocuencia. Descendiente Publio de una familia ilustre de Mitilene, y rigiendo su casa y familia á causa de una terrible enfermedad que tenia enteramente incapacitado para todo á su padre, vivia tranquilo en la expresada ciudad, en la que era muy respetado por su virtud; pero no habiendo llegado aún á conocer la verdad del Evangelio, estaba sumido en las tinieblas de la idolatría. Conducido el Apóstol de las gentes prisionero á Roma por los perseguidores del cristianismo, que temerosos de la propaganda que ejercia aquel santo varon querian acabar con él para que no se extendiese su doctrina, hizo parada en Mitilene, más porque sus verdugos quisieron detenerse por sus miras particulares, que no para proporcionar descanso á su víctima, ó mejor dicho, porque Dios lo condujo de este modo para obrar nuevas maravillas por mediacion de su Hijo predilecto. Al llegar S. Pablo, se apresuró Publio á ofrecer su casa para hospedaje del prisionero; movido sin duda del ruido de su nombre, si no fué ya, como piadosamente debemos sospechar, iluminado de la gracia de Dios para bien suyo y de su

familia. Al llegar el bienaventurado Pablo á la casa de Publio, que le informó del miserable estado en que se hallaba su padre, hizo el Santo que le condujesen al lecho del enfermo, y tan pronto como se presentó en la habitacion, puso las manos sobre la cabeza del que apénas respiraba, y dirigiendo una ferviente súplica al Todopoderoso, oró un rato, é inmediatamente el enfermo se reanimó y se levantó sobre el lecho, lleno de salud y de vida. Admirado Publio del prodigio que acababa de ver, recibió en su corazon un rayo divino, que haciéndole abrir los ojos del alma á la verdadera luz, le puso en disposicion de advertir las tinieblas de que estaba rodeado, y una luz sobrenatural que le arrastraba, cual á la mariposa la artificial, á abrasarse en ella. Acudió, deseoso de instruccion, á Pablo, contándole lo que pasaba en su alma, é instruyéndole el Santo en la verdadera doctrina en los tres dias que estuvo en su casa, acabó por conquistar aquella alma para el cielo, arrancándola de las garras del príncipe de las tinieblas que la poseia. Ya instruido Publio en la santa doctrina del Evangelio, convencido de su error y de la falsedad de los dioses, á quienes habia prestado culto hasta entónces, y codicioso de la vida eterna, que veia claramente desde que S. Pablo despejó las tinieblas de la ignorancia con la antorcha de la divina gracia, abjuró de los ídolos y abrazó con la mayor fe y con el más extraordinario celo el cristianismo. Estudiando las máximas del Evangelio y ocupado continuamente en santas prácticas, predicó con fruto y fervor á sus conciudadanos la ley de gracia, á la que conquistó muchos prosélitos; y su virtud y santidad le valieron suceder en el obispado de Atenas al célebre Dionisio Areopagita. Prelado de gran santidad, apacentó á sus ovejas con el mayor fervor, distinguiéndose por su humildad y por lo ardiente de su caridad; y cuando su santidad estuvo ya bien fundamentada, quiso Dios que la confirmase con el martirio, en el que acabó su vida material el dia 21 de Enero del año 125, para pasar á ocupar el trono que le tenia preparado en premio de su virtud.—C.

PUBLIO (S.). Entre los santos de este nombre que celebra la Iglesia, se encuentra uno con los dictados de abad y confesor, que floreció á mediados del siglo IV de nuestra era, sabiéndose que en el año 369 era abad del monasterio de Zeugma, que gobernó con el mayor acierto, edificando á los monjes con su ardiente caridad, su gran piedad, y por el exquisito celo que tuvo en que todos sus subordinados viviesen arreglados estrictamente á la santa ley del Evangelio. Se refieren algunos prodigios obrados por su intercesion. Hace conmemoracion de este Santo la Iglesia el dia 25 de Enero, que debió ser sin duda el de su glorioso tránsito.—C.

PUBLIO (S.), mártir español. Rigiendo el imperio de los Césares los emperadores Diocleciano y Maximiano, gobernaba en su nombre parte de la

España el feroz presidente Daciano, que ciego adorador de los ídolos, persiguió con el mayor y más cruel encarnizamiento á los cristianos. Sacrificando en Barcelona á la vírgen santa Eulalia, llegó á Zaragoza deseoso de encontrar víctimas que ofrecer á sus falsos dioses para saciar su sed de sangre y de venganza, y no satisfecho con los espantosos tormentos que hizo padecer á la hermosa y virtuosísima Sta. Engracia, al verla insultar á los ídolos y confesar con entusiasmo, en medio de los mil tormentos que invento para prolongar su martirio, la fe de Jesucristo, tan luego como murió aquella heroina española y del cristianismo, continuó el bárbaro presidente su ferocidad con la familia de la Santa. Componíase ésta en Zaragoza, en donde estaban de paso por haber ido á acompañarla, de diez y ocho caballeros parientes ó familiares de Sta. Engracia, entre los que se contaba S. Publio, y á todos ellos hizo degollar Daciano á su presencia fuera de la ciudad el dia 16 de Abril del año 304 de Jesucristo, que fué el mismo en que murió la Santa, y en este dia hace de todos conmemoracion la Iglesia católica. Conservándose el cuerpo de Sta. Engracia y de sus diez y ocho compañeros mártires en Zaragoza, luego que imperó por completo en España la religion católica, se les puso á la veneracion pública en 1389 en su iglesia, labrándoseles, de órden del rey católico D. Fernando V de Aragon, un suntuoso monasterio sobre la capilla subterránea que conserva tan santas reliquias, en el que estableció monjes de la órden de San Gerónimo para que procurasen la mayor reverencia de la Santa y de sus compañeros. Aun cuando el monasterio está en ruina desde el año 1809 en que le bombardearon y destruyéron los franceses en los célebres sitios de Zaragoza, se conserva aún la capilla subterránea á la que van continuamente los fieles á venerar las cenizas de tan esclarecidos mártires. —C.

PUBLIO (S.), mártir. Entre los muchos mártires que confesaron la fe de Jesucristo en la terrible persecucion contra los cristianos que en el siglo III de nuestra era mandó hacer el emperador Decio, hallamos en el catálogo de los que fueron sacrificados en Africa, á los santos Publio, Victor, Hermeto y Papias, de los que hace conmemoracion la Iglesia el dia 2 de Noviembre, que debió ser el de su martirio. —C.

PUBLIO (S.). Los vándalos, arrianos y no arrianos, persiguieron cruelmente á los católicos en Africa durante su dominacion, y entre los mártires sacrificados por estos bárbaros á causa de su fe y de no querer cejar en el conocimiento del verdadero Dios, se cuenta á S. Publio, que con S. Julian, S. Marcelo y otros nueve compañeros, murieron confesando la fe católica entre los espantosos tormentos que les prepararon sus verdugos. El cuerpo del Santo y los de sus once compañeros, fueron llevados en 1192 á Bolonia, y en su iglesia de los Bernabitas son veneradas por los fieles sus santas reli-

quias, miéntras que sus benditas almas ruegan ante el trono de Dios por los que las honran en la tierra. —C.

PUBLIO FONTANA (V. Marco), cura de su patria Peluscio, aldea de la diócesis de Brescia, en donde nació en 1548 este hombre inmortal, *cujus laudes nulla umquam ætas æquare poterit*, dice el erudito Sr. Marangoni; y lo dice con sobrada razon, porque en virtudes y letras fué de los sugetos más aventajados de su siglo. La admirable sabiduría de este ilustre párroco fué sobre manera notoria; pues no solo poseyó con elegancia los idiomas latino y griego, sino que sobresalió en matemáticas, medicina y botánica. Supo igualmente la astronomía y la música, así vocal como instrumental; tuvo fama de más que m diano pintor y estatuario, pero en lo que excedió á sus contemporáneos fué en la poesía: «Compuso bellísimos versos latinos, y es de los poetas latinos el que más se acercó á Virgilio» segun Moreri, razon porqué á un retrato suyo le puso Sillano Licinio por adorno este distico:

Nomine te, Publi, afflato dixere parentes.
Publius, et siquidem carmine Virgilius.

Era muy estimado de los literatos y señores, que le consultaban como su oráculo en los negocios más árduos, y cultivaron su amistad tributándole elogios. No le impidió nada de esto seguir la práctica de las virtudes, tan propia de sus elevados y generosos sentimientos y sus progresos en la ciencia de los santos. Habiendo abrazado el estado eclesiástico se hizo sacerdote en 1569, siendo nombrado cura de su propia parroquia. La gobernó como debia un celoso y buen pastor, hasta que en 1609 dejó esta por mejor vida. Brilló por la caridad; mejoró las costumbres de su rebaño con exhortaciones y ejemplos; y con estas obras, hijas de la religion pura y sacrosanta que profesaba, guió por el camino de la salud eterna las almas que estaban á su cargo: «Quisieron algunos cardenales, refiere Ramirez Luque, tenerle junto á si en Roma; pero su humildad huyó, contento con la soledad y probreza.» Fué hombre verdaderamente piadoso, sincero y muy exacto en el cabal desempeño del ministerio pastoral, «puesto que nada excusó conducente á cumplir con las obligaciones inherentes á su profesion,» asegura el citado Moreri. Sus escritos son los mejores monumentos de su mérito literario; corren suyos impresos quince poemas latinos y uno italiano, de los que se reputa por el mejor la *Delfinada*, aunque todos estan llenos de mucha nobleza y elevacion de estilo. Aún se guardan inéditas quince obras suyas. MARANGONI, tomo II; MORERI, artículo *Fontana;* y RAMIREZ LUQUE, tomo IV.—O. y O.

PUBLIO LENTULO. Es conocida cierta carta de un pretendido *Publius Lentulus*, á quien se supone gobernador de Judea ántes que Poncio Pilato, en la cual presenta al Senado romano un testimonio muy ventajoso de Jesucristo. Encuéntrase este instrumento en muchos manuscritos y libros impresos. Empieza por estas palabras: *Apparuit temporibus istis, et adhuc vivit, vir prædictus, potentia magna, nomine Christus, Jesus, etc.* Mas este escrito es notoriamente apócrifo y desconocido de los antiguos escritores, y tan solo digno de desprecio. Publio Léntulo no fue jamás gobernador de Judea, y Pilato desempeñó este cargo durante todo el tiempo de la predicacion de Jesucristo. Antes de ser bautizado en el Jordan por S. Juan, no se habia Jesucristo dado á conocer en la Judea, como consta del Evangelio.

PUCCI (Antonio). Este cardenal de la santa Iglesia romana era hijo de un patricio florentino llamado Alejandro Pucci, y sobrino de Lorenzo y Roberto Pucci, que habian tambien vestido la sagrada púrpura cardenalicia. Hizo sus estudios en la renombrada universidad de Pisa, y de allí volvió á Florencia, su ciudad natal, donde le fué conferido un canonicato, y dió á conocer los grandes talentos que le adornaban para el difícil ministerio de la predicacion. Su tio el cardenal Lorenzo Pucci le llamó á Roma á su compañía, obtuvo para él la mitra episcopal de Pistoya, y le procuró un alto cargo entre el clero de la Cámara apostólica. Hízose notable el obispo Antonio Pucci en un elocuente discurso latino que pronunció en la novena sesion del Concilio de S. Juan de Letran. Poco despues fué nombrado nuncio apostólico en Suiza, y despues en Francia. Hallábase en Roma en 1527 cuando esta ciudad cayó en manos de los soldados del emperador Cárlos V, y fué hecho prisionero. Destinado, como otros prelados, á servir de rehen, recibió el más duro tratamiento, y fué conducido ignominiosamente con sus compañeros al campo de Flora, donde debia quitárseles la vida. Mas lograron durante la noche huir de sus guardias y reunirse á Clemente VII, que envió á Pucci á España, y despues á Francia, con misiones importantísimas. Recompensóle el mismo Papa sus señalados servicios con el capelo rojo de los cardenales, que le confirió en el mes de Setiembre de 1531, con la sucesion de los beneficios que gozaba su tio, y con el distinguido cargo de gran penitenciario. Cumpliendo siempre escrupulosamente los santos deberes de prelado, murió en Bagnarea, ciudad de la Toscana, el año 1544, cuando contaba la edad de sesenta años. Habia dado á la prensa en Bolonia el año 1541 varias de sus principales homilías en número de catorce, que se referian á las palabras de la consagracion. Sobre la vida y sucesos del cardenal Antonio Pucci escribieron: Moreri en su gran *Diccionario histórico;* Guichardin, en el libro VIII, págs. 14 y 16; Pablo Jove, *in Leone X, et hist.;* Onuphrio, Ughel, Auberi y otros.—C. de C.

PUCCI (Francisco). Es por más de un concepto interesante el artículo biográfico que vamos á componer sobre el personaje cuyo nombre acabamos de escribir. Los diferentes estados de comerciante, protestante, disputador, teólogo católico, presbítero, por los cuales pasó alternativamente, muestran la inconstancia y ninguna fijeza de los que, por mucho que se hallen dotados de inteligencia clara y ardiente amor á la causa de la verdad, han tenido la desdicha de abandonar la religion del Crucificado, en quien se halla tan solo unidad y fijeza en los principios, verdad en los sistemas, y á la cual es necesario acudir siempre que desee el hombre ver satisfecha su inteligencia, ansiosa de la verdad, y su corazon, ansioso del bien. Despues de haber recorrido con ligero y vacilante paso el campo enemigo, no hallando en él sino destrozos de la verdad, se ve á Francisco Pucci volver al seno maternal de la Iglesia arrepentido y contrito, y reposando su frente apaciblemente en el regazo de esa madre cariñosa, óyesele exclamar alborozado, que la paz anhelada por su alma hacia luengos años, la ha encontrado por fin en la mansion de los discípulos del Crucificado, desde la cual rechaza todos sus errores y amonesta á imitar su ejemplo á los antiguos compañeros de sus ataques á la religion divina. Es consolador para el alma católica ver cómo los genios más distinguidos que abrigáran en su pecho sentimientos de noble generosidad, rinden sus férvidos homenajes de amor y de veneracion á la religion católica, apostólica, romana, reconociéndola como la depositaria de la verdad, como la esposa de Jesucristo, como el único medio infalible y seguro de alcanzar la inacabable felicidad. Mas dejando á un lado los preámbulos, pasemos á narrar algunos de los más notables acontecimientos de la vida de Francisco Pucci. Descendiente de una antiquísima, noble y virtuosa familia de Florencia, mostró desde sus más tiernos años las más precoces y felices disposiciones para el estudio, aun cuando despues de llegado á la edad de la adolescencia vióse precisado á abandonar sus inclinaciones favoritas, á contrarestar sus gustosas ocupaciones literarias para pasar á Lyon y dedicarse en esta populosa y animada ciudad al comercio. Más tarde, sin embargo, consiguió dar de mano á la carrera comercial, y comenzó á frecuentar la compañía de los más aventajados literatos, en cuyas discusiones filosóficas hallaba un placentero gusto, especialmente cuando las controversias se fijaban entre los protestantes y los católicos. Naturalmente curioso y ávido de novedades, y merced á las sugestiones insidiosas de los literatos protestantes, no tardó en inclinarse á adoptar sus opiniones, al principio con tardo temor, hasta que por fin se declaró campeon decidido de la ya entónces desprestigiada causa de los sectarios de Lutero. Pasó más tarde á Inglaterra, y se le vió á poco ocupar y figurar en los bancos de las cátedras de teología de la universidad de Oxford, donde

en 1574 recibió el grado de licenciado en dicha facultad. Inconstante sin embargo por naturaleza, nada satisfecho de las doctrinas contradictorias de los calvinistas, decidió combatirlas publicando á este fin una obra con el título siguiente: *De fide in Deum, quæ et qualis sit*, en la que desembozadamente atacaba las opiniones de los calvinistas, que dominaban á la sazon en la universidad, lo que le atrajo numerosos y denodados enemigos, privándole además de la posesion de una cátedra de profesor, cuya propiedad habia obtenido conforme á las leyes. Viendo tan mal parada su causa y reputacion en Oxford, se retiró á la ciudad de Basilea, donde trabó íntima amistad con Fausto Socino, que profesaba en teología sus mismas erradas opiniones. Luego que se hubo dado á conocer en esta poblacion por sus vastos conocimientos en la ciencia teológica, los teólogos de esta universidad le obligaron á manifestar paladinamente las creencias que abrigaba sobre la entónces debatida cuestion de la gracia universal, que venia siendo aún, ora entre los católicos, ora entre los protestantes, ora en las acaloradas cuestiones habidas entre los ortodoxos y heterodoxos, el blanco de todas las miras, el punto dificultoso que preocupaba todas las inteligencias. Expuso sus opiniones sobre el particular en una tésis denominada así: *Universum genus humanum in ipso matris utero, efficaciter particeps esse beneficiorum Christi et vitæ immortalis et beatæ.* Pucci, que creyó encontrar más tolerancia en Lóndres, vióse sorprendido cuando al ser conocidas sus extrañas proposiciones en la capital de Inglaterra, se decretó la prision del autor, que con tal desenfado atacaba á una de las innumerables sectas del protestantismo, dando así inequívocas pruebas de la clase de tolerancia que domina en ese país, en que tanto alarde se hace de ella. Terminado que fué el tiempo de su prision, se refugió en la Holanda, desde cuyo punto mantuvo continuada correspondencia con su antiguo amigo Fausto Socino, quien amando la verdad con preferencia á la amistad, á semejanza del antiguo filósofo Platon, refutó en algunos puntos los sistemas de Francisco Pucci en su tratado *De immortalitate naturalis primi homini ante peccatum.* Despues pasó á Ambéres, donde entabló sérias polémicas con los teólogos de todas las religiones ó sectas religiosas, hasta que cansado de disputas se trasladó á Cracovia, en cuyo punto conoció dos alquimistas ingleses, que le iniciaron en sus secretos misterios, prometiéndose sacar utilidad no pequeña de su reputacion y de su vasto saber. A lo que se cree, llegáronle á persuadir que por el comercio y mediante la comunicacion con ciertos espíritus, llegaria á conocer cosas pasmosas y desconocidas al resto de la humanidad. La carta latina que le fué dirigida en 1585 atestigua hasta qué punto se dejó sorprender por los fascinadores halagos de los interesados alquimistas, que se proponian especular con las relevantes dotes de su nuevo adepto. Por fortuna halló la feliz ocasion de co-

nocer al obispo de Plasencia, nuncio de Su Santidad el soberano Pontífice romano en Praga, con quien tuvo largas polémicas y conferencias, que le abrieron los ojos á la luz, le dieron á conocer el erróneo sistema que defendia, las tinieblas de la secta á que presumia pertenecer, la hermosura de la verdad, que solo residia en el catolicismo; y despues de algunas vacilaciones retractó por fin públicamente sus errores en manos del nuncio de Su Santidad en el año 1595, volviendo de nuevo á abrazar el catolicismo, en cuyo seno tuvo la venturosa dicha de nacer y ser bautizado en su niñez. Algunos años despues dedicó al pontífice romano Clemente VIII la siguiente obra: *De Christi Salvatoris efficacitate omnibus et singulis hominibus quatenus homines sunt, assertio catholica*, publicada en Gand en 1592, un tomo en 8.° En ella se propone probar el autor, valiéndose al efecto de la razon, de los Santos Padres y de la Sagrada Escritura, que Jesucristo al morir satisfizo por todos los hombres, de tal manera que todos aquellos que tienen un conocimiento natural de Dios obtendrán la salvacion de su alma, áun cuando no hayan llegado á conocer á Jesucristo, opinion por cierto opuesta directamente á las palabras mismas del Salvador de los mortales, que explícitamente declara en el Evangelio de S. Juan, cap. XIV, vers. 6, y en el Evangelio de S. Marcos, cap. XVI, vers. tambien 16, que nadie puede llegar ni acercarse al Padre Eterno sino por medio del Hijo, y que los que no creen en el Hijo serán condenados. *Nemo novit Patrem*, etc. Basta estudiar la constitucion de la Iglesia católica para llegarse á persuadir de que es consecuencia forzosa de sus principios esenciales la innegable verdad de que fuera de la Iglesia no hay salvacion posible; es decir, que todo infiel que conoce la Iglesia y se resiste á entrar en ella, que todo hombre educado en su seno, que se separa del rebaño de Jesucristo por el cisma ó la herejía, se pone fuera del camino de la salvacion, haciéndose culpable y reo de la pertinacia más obstinada. Jesucristo no promete la vida eterna sino á las ovejas que escuchan su voz, y declara en el Evangelio de S. Juan, capítulo X, versículo 12, que las que se separan ó huyen de su redil serán presa de las fieras devoradoras. Con el fin de hacer odiosa esta máxima, suponen los herejes é incrédulos que, segun nuestra doctrina, los que viven en el cisma ó la herejía por desgracia de su nacimiento ó por ignorancia invencible, y por lo mismo sin culpa propia, son tambien excluidos de la vida eterna. A esta falsa acusacion tratándose de los miembros separados de la Iglesia contesta Nicole en su *Tratado de la unidad de la Iglesia*, libro II, diciendo: que todos los que por su voluntad y con conocimiento de causa no participaron de la herejía ó del cisma, forman parte de la Iglesia católica, opinion autorizada además por lo que dice el mismo doctor de la Iglesia S. Agustin, en su obra *De la unidad de la Iglesia*, sin que esto obste para que algunos teólogos de

no gran nombradía se opongan á estas fundadas aserciones. Con el fin de evitar lastimosas aberraciones en materia tan delicada y trascendental, necesario es tener en cuenta que Dios, padre comun del linaje humano, es bueno para con todos los culpables é infortunados descendientes del prevaricador del Paraíso, aun cuando esto en nada obsta para que su benevolencia se muestre más propicia para con algunos de los hijos de Adam. Ni debe parecernos extraña esta desigualdad en la distribucion de los dones y de los favores hecha por el Altísimo con sus hechuras, supuesto que observamos el mismo sistema en el repartimiento de los temporales en las sociedades civiles, en el órden natural y áun en el simple hogar doméstico. Basta dirigir una mirada observadora por el mundo para convencernos de esta ley del mundo moral y material. ¿No veis al débil sujeto bajo la coyunda más ó menos cariñosa del fuerte? ¿Cuántos indigentes no atraviesan macilentos y taciturnos por el lado de las casas habitadas por los opulentos? ¿Cuántos Lázaros no imploran una limosna á las puertas de los avarientos señores del mundo? En medio de los felices se ven los infortunados, y miéntras aquellos embriáganse en todo género de goces, estos, abatidos por el hambre y la miseria, gimen en el silencio de sus chozas, elevando de vez en cuando sus férvidas plegarias al cielo en demanda del alivio deseado para tantos males. Miéntras se presenta á vuestra vista el hombre, en cuya frente irradia el talento, oscila el genio, estais continuamente molestados por un gran número de los que no han sido tan favorecidos en luces y talento por la Providencia. Ahora bien; preguntar porqué las esplendorosas luces de la revelacion no alumbran á todos los hombres, equivale á preguntar porqué no sucede lo mismo con las luces de la razon y de la ley natural. Si somos los privilegiados, nuestros quejumbrosos murmullos solo sirven para poner de relieve nuestra monstruosa ingratitud uniendo á ella la blasfemia. ¿Qué pensariais de un hijo, que colmado de beneficios por su espléndido y generoso padre, se lamentase de ver á sus hermanos con la misma liberalidad, formando de ello acusaciones enojosas contra la munificencia del autor de sus dias? ¿Qué idea formariais del sabio que lanzase nefandas acusaciones al trono de Dios, porque el Omnipotente le hubiese distinguido entre tantos otros de mediano ingenio? Dia llegará en que sea plenamente justificada su conducta ante el universo entero congregado en su augusta presencia, y entónces todas las criaturas se verán obligadas á tributar férvidos homenajes y adoraciones á un Dios, que muestra tanta misericordia y equidad en el repartimiento de sus gracias. Entre tanto, y para satisfacer de algun modo las investigaciones de una razon débil y curiosa, es bueno no perder de vista que es cosa reconocida que la mitad de la especie humana muere ántes de llegar al uso de la razon, pasando á la posesion de la eterna felicidad si

por dicha han sido regenerados con las aguas bautismales, y entrando, segun opinion de S. Antonino y otros Padres de la Iglesia, los no bautizados en el lugar, donde ni el fuego los atormenta, ni la pena los acongoja, ni la pérdida de una miserable felicidad los apesadumbra, por la sencilla razon de que les es desconocida esa bienandanza sempiterna, y mal pueden sentir la privacion de un bien cuya existencia ignoran; esto si es que ya no gozan de una felicidad ménos perfecta de la que tienen los santos en el cielo. Si averiguar se desea la suerte que pasados los linderos de este mundo espera á los cristianos de todas las comuniones ó sectas religiosas separadas del catolicismo, no creemos sea tan difícil manifestar la equidad de los juicios de la increada justicia. Una de dos, ó esos individuos separados de la Iglesia católica se engañan de mala fe, en cuyo caso es muy justo sean castigados, ó estan en sus extravíos de buena fe, en cuyo caso sus errores no les serán en manera alguna imputados. ¿Qué hay en esto de injusto? ¿En qué se pueden fundar las osadas y sacrílegas acusaciones al Altísimo? ¿Se trata por último de los infieles? Si no han podido conocer el Evangelio, solo serán juzgados con arreglo á la ley esculpida en la conciencia de todo el género humano, sin que sean castigados más que por las faltas que cometieran pudiéndolas evitar. No vemos que haya en esto nada repugnante, mucho más si se considera la consoladora doctrina del angélico doctor Sto. Tomás, que manifiesta en su Suma, que si los infieles se muestran dóciles y sumisos á las gracias que Dios misericordioso concede á todos, y practican con su ayuda todos los deberes, Dios los traerá poco á poco, y por medios que no dejará de encontrar su misericordia omnipotente, al conocimiento de la verdad. Doctrina sólida y hermosa, que en nada se opone al principio arriba mencionado de que no hay salvacion fuera de la Iglesia, y de que nadie puede llegar al Padre eterno sino por medio del Hijo divino. En el primer caso hemos declarado que los disidentes de buena fe pertenecen á la Iglesia, y que los paganos fieles á las inspiraciones divinas entrarán en ella, si á Dios place en su infinito conocimiento concederles la bienaventuranza eterna é inacabable. Esta es la doctrina de la Iglesia. En época aún muy reciente, preguntado el famoso orador Frayssinous sobre cuál era la doctrina positiva de la Iglesia en órden á la salvacion de los protestantes, contestó diciendo: «La Iglesia católica se cree sola la verdadera sociedad establecida por Jesucristo, y la única depositaria de toda la doctrina revelada por el divino Salvador. A sus ojos, todas las demás comuniones estan más ó ménos en el error; mas los niños bautizados en su seno son miembros de la Iglesia católica por el bautismo, que le pertenece como propio, y no hay la menor duda en que estos niños, si mueren ántes del uso de la razon, obtienen la salvacion eterna. Aun entre los adultos de bue-

na fe y de todas edades, todos los que se hallan en la ignorancia invencible de la verdadera fe, no serán culpables de sus errores, sino que la buena fe los excusará delante de Dios. Los católicos consideramos la Iglesia compuesta de un cuerpo y de un alma, constituyendo el cuerpo de la Iglesia los lazos exteriores, la profesion de la fe, la participacion de los sacramentos, la sumision á sus prelados; y formando el alma de ella los dones interiores del Espíritu Santo, la fe, la esperanza, la caridad y las otras virtudes. Será, pues, del cuerpo de la Iglesia el que hace profesion pública de ser cristiano, y pertenece al alma el que en su vida privada es además cristiano. Los herejes distan mucho de formar parte del cuerpo de la Iglesia; mas los pequeñuelos niños, reengendrados en las bautismales aguas, y los adultos que creen en los puntos principales, siempre que sea invencible su ignorancia con respecto á los demás, y cuando son fieles á la ley evangélica, pertenecen al alma de la Iglesia, y por lo mismo no estan fuera de la salvadora senda, sino que caminan á la eterna felicidad. La aplicacion de estos principios á la cuestion propuesta es bien clara y factible, dejando sentado como cosa positiva, que entre los protestantes los niños pequeños y los adultos tal vez, en el sentido que acabamos de suponer, estan seguros de su salvacion. Verdad es que todos los teólogos y sacerdotes enseñaron que no hay salvacion fuera de la Iglesia, y que se está fuera de ella por la herejía; mas no podemos ménos de reconocer al propio tiempo que en la presencia de Dios no es tanto el error como el apego obstinado á éste el que constituye el crímen de la herejía, y que solo este último hace á uno culpable y digno de condenacion. A pesar de todo, como la Iglesia no conoce las disposiciones interiores, condena en masa las sociedades disidentes, dejando á los rectos juicios de Dios el juzgar á los individuos. Ni se funda en estas verdades cargo alguno para acusar de intolerante á la Iglesia católica, porque es calidad esencial de la verdad el ser intolerante, el no consentir á su lado el reinado del error, el no aliarse ni enlazarse con él. Toda iglesia, pues, que fuera indiferente á las opiniones que combaten su doctrina, que amalgaman en su seno el error y la verdad, la falsía y la veracidad, el sí y el no, dicho se está que esa asamblea ó iglesia llevaba impreso en su frontispicio el sello de la mentira. Por esta razon, el carácter de la verdadera Iglesia es condenar todo lo que no se halle en armonía con sus principios, oponerse á toda doctrina errónea, á cuyo fin en todos los siglos que lleva de existencia en el mundo ha reunido concilios ecuménicos y provinciales, ha fulminado anatemas, ha fijado el sentido preciso, claro, inteligible en que habian de ser comprendidas sus verdades. En este sentido no vacilamos en admitir el calificativo de intolerante, que con demasiada frecuencia se emplea al examinar su proceder, y creemos que es el epíteto más honroso que dirigir-

sela puede, puesto que siendo una verdad esa su intolerancia, muestra que ella sola es la depositaria de doctrina pura, santa, emanada del seno mismo de la increada verdad. Una vez que los innumerables motivos de credibilidad me persuaden de que el catolicismo es verdadero, abrigo la íntima conviccion de que es imposible que enseñe otras verdades ni se conduzca de otro modo de la conducta observada hasta aquí. Menester es confesar entónces que él solo posee la hermosa y encantadora verdad, la fe verdadera, los sacramentos verdaderos, el verdadero ministerio pastoral, y que á sus ojos nadie se excusa de pecado sino el que está separado de su seno de buena fe. Aún queremos exponer más clara y satisfactoriamente este dogma augusto, convencidos como nos hallamos con los entendimientos más ilustrados de que la mejor demostracion de la religion católica, la defensa más elocuente que hacerse puede de ella, es desarrollar, explicar, desenvolver con lisura y con fidelidad, con claridad, con vigorosas descripciones cada uno de sus dogmas, pues que es tanta la belleza, la sublime armonía, el asombroso grandor que en sí contienen, que basta ofrecerlos á los ojos del imparcial y desapasionado espectador, para que arrebatado éste por tan inefables hermosuras se extasie ante ellas, las venere, las acate y respete; bien así como no puede ménos de doblar su rodilla é inclinar su frente el hombre que tiene su alma en paz, y contempla el magnífico espectáculo de la naturaleza, ese gran panorama que agranda su corazon, le trasporta á superiores regiones, y con mudo lenguaje alza su vista instintivamente al cielo para bendecir á Aquel que con una sola palabra y en instante inapreciable desplegó el azulado firmamento, suspendió en los inconmensurables espacios lumbreras y globos de luz, tapizó la superficie de la tierra y produjo inenarrables maravillas. Fundados en esta sólida creencia, desearíamos que inteligencias sensatas, en vez de emplear sus fatigosas vigilias en estudiar los caprichosos movimientos de un enemigo obstinado, para atacarle, le sorprendiesen con el bello libro de la religion, con la vista asombrosa y divina de las bellezas espirituales, seguros de que entónces el humano linaje prosternaríase atónito ante el Creador de maravillas tantas. Por más que se diga lo contrario, se halla harto generalizada la ignorancia en materias religiosas, áun entre aquellas mismas clases que se precian de ilustradas y sábias, en cuya comprobacion nos limitaremos á observar que es para muchos sorprendente descubrimiento, doctrina nueva, invencion pasmosa, la insigne verdad católica, sencilla y pura, como se nota todos los dias en el trato comun de las gentes, á quienes el simple anuncio de una verdad religiosa sorprende. Partiendo de este principio, y deseosos de aplicar este sistema al importante punto que ahora nos ocupa, no será destituido de oportunidad el fijar el sentido genuino de este dogma, el mostrar su equidad, el presen-

tar además la santidad que en sí contiene, con lo que se verán completadas é ilustradas las opiniones de nuestro personaje Pucci. A poco que estudiemos el sublime contenido de las sagradas Escrituras, expresion exacta é inequívoca de la voluntad de Dios en lo relativo á los hombres, observamos que el mismo Dios ha promulgado solemnemente la ley universal, que obliga á todos los hombres á entrar en el seno de la Iglesia católica, como condicion precisa para lograr su salvacion sempiterna, fin último de la peregrinacion del hombre por este valle de miserias. Nadie logrará la bienaventuranza inacabable, si no forma parte de la Iglesia católica, ó de hecho y en realidad, ó por medio de los deseos ardientes y los fervidos votos del corazon. Ni hay necesidad de que este deseo sea explícito y formal, ni el efecto del positivo conocimiento de la verdadera Iglesia, basta que contenga la disposicion del corazon que se incline á abrazar la religion, formulando á lo ménos implícitamente el voto de unirse á la Iglesia. Será suficiente este deseo para obtener los anhelados fines, siempre que exista el error de buena fe, ó, lo que viene á ser lo mismo, la imposibilidad de conocer la Iglesia, condicion precisa é imprescindible; conforme á estos principios, el protestante que se cree sinceramente en la posesion de la verdad, si por otra parte procura acomodar sus actos y su conducta á los principios naturales, y las prescripciones de la revelacion que más ó ménos imperfectamente le son conocidas, obtendrá la eterna salvacion, supuesto que la ignorancia invencible no es en sí misma una causa de condenacion, cual lo manifiesta el apóstol S. Pablo, y lo ha declarado la Iglesia al condenar la proposicion de Bayo. Ni por lo mismo el infiel y el pagano serán reprobados por lo que no les fué dado conocer, practicadas por su parte las diligencias convenientes y aconsejadas por la misma prudencia natural, ni serán sujetados á interminables tormentos por lo que ignoraron de un modo invencible. ¿Cuáles son, pues, los individuos que se hallan incluidos en esta proposicion: Fuera de la Iglesia no hay salvacion?» ¿Quiénes son los comprendidos en ella? Los que por error voluntario y culpable en sí mismo ó en su causa, contesta la positiva teología católica, se separan de la preciosa unidad por un efecto de su voluntad, incurriendo en culpa; los que resisten á la verdad conocida, ó al ménos ya percibida; los que dudan voluntariamente sin hacer esfuerzo ninguno por salir de ese estado, ó por mostrarse negligentes en buscar la verdad, cuyas esplendorosas luces á nadie que proceda con sincero deseo dejan sumido en tinieblas. Supongamos, por ejemplo, una persona que se conserva toda su vida pura é inocente, que abriga la mejor buena fe en medio de la idolatría ó del paganismo, sin que jamás haya tenido ocasion de ser regenerado por las aguas bautismales, ni de disipar la tenebrosa ignorancia en que se halla acerca de las verdaderas primeras y necesarias nocio-

nes del catolicismo, llamadas en lenguaje técnico *de necessitate mediis ad salvandum*. ¿Qué suerte le espera más allá de esta vida á este hombre? Oigamos al angélico y elevado Sto. Tomás, que interpretando fielmente las ideas del catolicismo, fundadas en la Escritura y el dictámen de la razon, dice con varios otros eminentes teólogos: «Débese tener por muy cierto, *certissime tenendum*, que el infiel, criado por ejemplo entre los bosques y bestias selváticas, que ha seguido la senda natural y verdadera dictada por la razon, obtendrá la salvacion eterna, en razon á que Dios le mostrará lo necesario para formular á lo ménos el voto y el deseo de recibir el bautismo y unirse á la Iglesia.» Digasenos qué tiene de repugnante y cruel la doctrina de la Iglesia, «de que fuera de ella no puede lograrse la salvacion eterna,» así explicada y entendida. El sensato escudriñador de los dogmas revelados por Dios en la sagrada Escritura, y declarados tales por su vicario apostólico, se abstiene en vista de tan poderosas aserciones de hombres inspirados, y de las máximas dictadas por la revelacion y la razon, de abrogarse un derecho que no le compete y afirmar positivamente la reprobacion de nadie en particular, cualesquiera que sea su profesion religiosa, cualesquiera que sea la patria en que haya exhalado su postrer suspiro, cualesquiera que sea, en fin, su proceder; sin que esto se oponga en nada para declarar réprobo, por mucho que no sea absolutamente, á los que espiran balbuciendo insultos y blasfemias horrendas contra el Dios, cuyo pensamiento les estremece, señales todas infalibles del odio de su divinidad en que mueren. En el momento en que el alma llega á los umbrales de la eternidad, verifícanse en ella misterios divinos de justicia rigorosa sin duda alguna, pero tambien de misericordia y de amor. Sería indiscrecion temeraria y osada querer sondear los consejos del Dios, á quien solo cumple pronunciar un fallo en vista de los méritos ó deméritos, de las virtudes ó defectos del nuevo habitante de la eternidad. Carece el hombre de la autoridad, de la integridad y del conocimiento necesarios para decidir de la suerte postrera de todos los hombres individualmente considerados, por más que, como llevamos indicado, pueda formar una opinion más ó ménos fundada y razonable en vista de indicios ciertos. Así, pues, podemos decir en resúmen que el error, la duda, la voluntaria negligencia y culpable indiferencia excluyen de la salvacion eterna, cual nos lo enseña la Iglesia católica en la proposicion mencionada, y cuyo genuino sentido explicamos. Fuera de esto no podemos ménos de convenir en que este principio debe ser inherente, por no decir esencial, al catolicismo, que debe mostrarse intolerante, á ménos de incurrir en evidente contradiccion con sus mismas creencias y aseveraciones, por más que los enemigos de esta verdad quieran obstinadamente asegurar lo contrario. ¿Qué es catolicismo? Es la Iglesia soberana, infalible en su fe, gobernada por un

soberano Pontífice, á cuyas decisiones inapelables rinde homenaje y sumision, por estar persuadida de que es infalible en sus sentencias. Establecida y probada esta verdad, ¿no es ligero y deleznable acusarla de intolerante? ¿Cómo quereis que no haya una obligacion estrecha, un deber absoluto de someterse y unirse á la Iglesia divina é infalible? ¿No es por lo mismo lógica al declarar excluidos del reino de los cielos á cuantos rehusan cumplir con tan imperioso deber? La Iglesia es el Evangelio, es el redil, es el reino, la ciudad, la casa, el cuerpo; fuera del reino ningun derecho tienen los individuos; fuera de la casa estan exentos de los bienes que se gozan dentro de ella; fuera de la ciudad hállanse rotos los compromisos que obligáran al individuo con la sociedad; fuera del redil no tiene derecho á la solicitud y vigilancia del pastor; fuera del cuerpo, el miembro separado no tiene opcion á recibir los medios de conservar la vida. Así tambien fuera de la Iglesia es uno extraño, y no oyendo su voz es como pagano, dice el mismo Jesucristo. Mil pasajes pudieramos aducir de la sagrada Escritura, en los cuales se proclama la obligacion de obedecer á la Iglesia, á los pastores que enseñan sus verdades, ó formar en fin parte del cuerpo de Jesucristo, medio único de evitar el anatema de separacion pronunciado por el apóstol S. Pablo. Nunca ha dejado por lo mismo la Iglesia, en el largo período de existencia que lleva, de usar este derecho de condenar y de separar de la participacion de los dones todos, de todos los bienes, de las gracias todas, á los que obstinadamente perseveran en el error, conducta que en último resultado es el ejercicio y aplicacion de este principio: «Fuera de la Iglesia no hay salvacion.» Si tratáramos de apoyar en irrecusables y venerandos testimonios nuestro aserto, remontándonos á los primeros tiempos del catolicismo, hallaríamos un S. Ireneo, que escribia estas terminantes palabras: «El Señor vendrá á juzgar á los que estan fuera de la verdad, esto es, fuera de la Iglesia.» Algun tiempo despues decia S. Cipriano en su epístola XXXII á Pomponio: «Ellos, los paganos, no pueden vivir fuera de la Iglesia, porque es una sola la faz de Dios; y no hay salud para nadie fuera del seno de la Iglesia.» S. Agustin ostentaba en su tiempo estas mismas ideas, diciendo: «Nadie consigue la salvacion eterna, á ménos que forme parte del gran cuerpo místico de Jesucristo, que es la Iglesia.» Y como quiera que la Iglesia de S. Ireneo, de S. Cipriano y de S. Agustin, así como la de todos los santos Padres antiguos y modernos, cuyos testimonios omitimos por no ser prolijos en demasía, y porque cualquiera puede consultarlos en las obras destinadas á este fin, es la Iglesia católica, apostólica, romana, nos vemos en la precision, ó de admitir el principio de que nadie puede salvarse fuera de su seno, ó de negar y destruir el catolicismo, supuesto que este no puede existir consintiendo el error y áun mostrándose indiferente con los que no

son ella. Además de estos luminosos testimonios, que nos muestran bien á las claras la conformidad de este dogma con todos los demás del catolicismo, y la profunda conviccion con que en todos tiempos la ha predicado, no es dificultoso demostrar que esta verdad de fe está en armonía con las luces de una razon recta é ilustrada. Observemos para convencernos de ello que la ciencia, la política, y la filosofía consideran á la verdad como única, y por lo mismo como exclusiva; todas admiten lo verdadero, y por la misma razon excluyen lo falso. El exclusivismo está en todas partes; ¿y quereis que no se halle en la religion y en la Iglesia? ¿Quereis que sea indiferente, ora en la religion, ora en la ciencia, el sí y el nó, lo verdadero y lo falso? ¿Quereis que no admitan verdad alguna absoluta? ¿Quereis que sea igualmente del agrado de Dios la mentira como la verdad, la falsía como la veracidad? Y no siéndolo, ¿cómo sosteneis que debe ser tolerante y mostrar apática indiferencia al que adora la verdad como al que la calumnia? Ni es solo sencilla, justa y aceptable esta verdad, ni es solo arreglada y fundada en las demás verdades de la Iglesia, ni solo es cierto que se halla apoyada por el testimonio de los Padres de todos los tiempos, sino que además es santa, supuesto que se halla en perfecta conformidad con los divinos atributos, que son, sin género alguno de duda, los tipos de todo lo santo y de todo lo bueno, y es en lo que consiste la santidad. Para convencernos de esta proposicion téngase en cuenta que nosotros defendemos, que hallándose ya absolutamente hablando harto anunciada y conocida la Iglesia por todo el universo, es un deber imprescindible el entrar en ella, si es que se quiere alcanzar la dicha bienaventurada, proclamando de este modo la obligacion de tributar á Dios un culto uniforme, que pesa sobre toda la sociedad, de toda la cual es autor el Omnipotente. ¿Puede darse nada más santo ni elevado que el pensamiento de unir á todos los hombres por medio de lazos divinos y celestiales, reorganizarlos como hermanos, formando de todos una familia universal, para que todos los momentos convenientes entonen de consuno himnos armoniosos, alabanzas uniformes al Dios de la majestad, protestando una misma fe, una misma creencia, unos mismos sacramentos, una misma verdad? ¿No es esto lo que tiende á realzar á la humanidad, haciendo que sus votos unidos suban al trono esplendoroso de la Beatísima Trinidad, que sus cánticos y loores unísonos asciendan tambien á la patria de los Querubes, á confundirse con los que de continuo entonan las gerarquías espirituales, proclamando la grandeza, ensalzando la bondad, bendiciendo la mano benéfica, rindiendo gracias al libérrimo bienhechor de toda la humanidad? ¿Puede darse nada más santo y grandioso que este fin á que aspira la Iglesia? De notar es, por otro lado, que al enseñar la Iglesia el dogma de la unidad exclusiva tiende á librar al hombre de errores voluntarios ó culpables, á

derramar claridades destellantes sobre su anublada inteligencia, á disipar en su mente la duda, la mala fe, la ignorancia consentida, á someter la libertad y la razon á la sabia direccion, ó si se quiere al suave yugo de una autoridad emanada del cielo, á librarles de un gran número de errores, del estado vacilante, de las fluctuaciones, de las angustias é incertidumbres; á ofrecer consuelos para sus males, á proteger á la pobre humanidad contra la desesperacion furiosa; en una palabra, á santificarla inculcándola dogmas santos, preceptos santos, máximas santas, que es el deber que contrae todo católico al inscribirse en las filas del Crucificado y prometer por medio de solemnes juramentos someterse á la observancia de unas máximas, que debidamente ejecutadas, elevan al hombre sobre la region de las pasiones, le enseñan á vencer los obstáculos que se opongan á su perfeccionamiento, á implorar los auxilios, cuando se siente débil, del Omnipotente, con los cuales logrará el fin anhelado sinceramente. Sabida cosa es que solo la Iglesia católica tiene poder suficiente para obtener este inmenso é imponderable éxito, uniendo al hombre con Dios y con sus semejantes por medio de suaves lazos, y reconciliándole consigo mismo, porque todos sin excepcion han dicho que el catolicismo es senda segura para conseguir la salvacion, á lo que Pascal añade, que fuera de la Iglesia católica puede llegarse á lo sumo al triste y aflictivo estado de la duda. Luego podremos concluir que esa maravillosa unidad, que impone al hombre la dulce obligacion de seguir la única senda que guia al cielo, está en armonía con los divinos atributos, que es santa por lo mismo; así como nos será permitido asegurar que el clamar contra la intolerancia es querer substraer á la humanidad de ese sendero santo, separada del cual solo encuentra escollos y precipicios, que le abisman en simas profundas. La conciencia recta y la razon ilustrada nada oponen. Sea que á este proceder se llame intolerancia, derecho, deber, necesario es convenir en que es santo y que es el carácter esencial de la verdad, que por su naturaleza rechaza todo consorcio con el error. No se opone en nada esa intolerancia ó derecho á los miramientos delicados de la caridad, que tolera á las personas, que si se quiere las ama, en cuanto desea amanezca un dia venturoso, en que disipadas las densas tinieblas que oscurecen su inteligencia, conozcan la verdad y la abracen con efusion y diligente amor. Los Franciscos de Sales, Franciscos Javier, los Vicentes de Paul, los Ignacios de Loyola, en alto grado persuadidos de este derecho que asiste á la Iglesia, como que derramáran con gustosa complacencia la ilustre sangre de sus venas por defenderle, si la ocasion lo exigiera, mostraban sin embargo ardiente amor á sus hermanos extraviados, como que cabalmente esta misma creencia fué el móvil que les obligó á imponerse sacrificios tan costosos, la causa de los inmensos beneficios que derramaron sobre la humanidad, á cuyo bienestar

consagraron sus comodidades, sus riquezas, su descanso, su pingüe y honorífica posicion, su vida misma, y fueron los primeros y más denodados en aconsejar á los reyes la dulzura, la clemencia, la bondad, la tolerancia más ámplia, cuando se trataba de defender los caros intereses y verdades, con respecto á las personas. En vista de las consideraciones expuestas, creemos poder concluir que el principio de unidad exclusiva, proclamado como una cualidad inherente de su ser en todos los tiempos y en todas las edades por el catolicismo, es santo, no solo porque sus dogmas y prescripciones en sí considerados son santos, sino porque tiende á elevar á la humanidad entera, reuniéndola bajo un mismo soberano, una misma fe, unos mismos sacramentos, sobre la region de los sentidos, á perfeccionarla, á santificarla. Es además consecuencia que espontáneamente se desprende de nuestros principios, que es opuesta á la santidad y perfeccionamiento del humano linaje la indiferencia en órden á todas las religiones, pues que de admitir tan absurda proposicion seria necesario concluir que Dios habia dejado al hombre entregado á sus perversas inclinaciones, sin guia, sin una norma fija de sus actos y creencias, abandonado á todas las aberraciones monstruosas de su espíritu y de sus sentidos, lo que le indujera á crear de continuo pasmosa multitud de sectas religiosas, segun lo que le dictase su propio capricho é interés. Rebélase la razon ante la grosera idea de que un Dios justo, santo, pudiese justificar de la misma manera al mahometano como al católico, al indio como al protestante; al que abismado en la vida sensual y voluptuosa pasára los dias de su efímera existencia con la vista fija en la tierra, sin levantar jamás sus ojos á la purísima region en que velado por querubes mora el divino Redentor de los hombres, lo mismo que al austero penitente que pasára las fatigosas vigilias en arrobamiento contínuo, lo mismo que al hombre virtuoso, en cuya frente reflejase la inocencia candorosa, el pudor virginal. Jamás puede Dios aprobar del mismo modo la conducta criminal del pagano embrutecido, como la justa y virtuosa del católico perfeccionado; no puede abrir las ebúrneas puertas del cielo al indiferentemente idólatra de sus pasiones y de sus sentidos, como al verdadero y puro adorador del Altísimo. No sé que se pueda oponer nada sólido á tan obvias, claras y convincentes razones, á ménos de estar apasionados en contra de la verdad. En vista de esto ¿por qué se proclama en todos los tonos y en todas las formas, con obstinado empeño, que la salvacion bienaventurada puede obtenerse en todas las sectas religiosas del mismo modo que en la Iglesia católica, cualesquiera que sean las creencias que se profesen, cualesquiera que sean las sendas que se sigan? Ah! el hombre huye de contínuo de la verdad; en ocasiones la rechaza de su presencia, cuando se ofrece á su vista hermosa y galana, brindándole con purísimas é inefables delicias si abandona los goces de

sus sentidos; si cuando le saluda la recibiera con amorosa dulcedumbre, si la diese asiento preferente en su mente, ésta se veria al instante iluminada, desaparecerian las tenebrosas oscuridades, y seriale grato el imperio del sol de la verdad, como es grato al habitante de los polos ver cuál se eleva al través de los nevados montes el rey de los astros, extendiendo plácidamente madejas de luz por la helada superficie terrestre, para fecundarla, fertilizarla, disipando todas las densas tinieblas, que por espacio de meses cubrieran el mundo que habita. El remordimiento secreto que inquieta el fondo de nuestra conciencia, áun sin percibir en ocasiones con claridad sus punzantes latidos, advierte de continuo al anticatólico el extraviado camino que sigue, mostrándole en oscura lontananza los hórridos precipicios que terminan la funesta senda, y entónces vuelto en sí con terrorífico espanto, busca una excusa á su extravío, hácese la ilusion de que es digno de perdon, diciendo en alta voz que los hombres deben mostrarse indiferentes á la verdad ó al error. Nosotros en cambio, que tenemos la inefable ventura de vivir en el seno de la luz, lamentamos con profundo dolor la precaria situacion de nuestros enemigos; pero vivamente persuadidos de que vivimos en posesion de la verdad, la amamos, la respetamos, la veneramos, la adoramos, la defendemos con todas nuestras fuerzas, celamos de continuo para que el fantasma del error jamás penetre en el templo do habita la esplendorosa verdad emanada del cielo, y si alguna vez, guiado por innoble sentimiento de envidia, osa penetrar el error en la morada santa de la verdad, protestamos contra tamaño descaro, excluyendo y condenando todo lo que excluye y condena Dios por medio de su vicario y pastores en la tierra. Esta dulce conviccion que abrigamos de la unidad exclusiva, de la imposibilidad de poder obtener la salvacion eterna fuera del redil católico, inflama en celo á nuestros apóstoles, comunicalos sentimientos compasivos, ardores caritativos, impulsos vehementes en beneficio de sus hermanos sumidos en las tinieblas y sombras de la muerte, en busca de los cuales atraviesan mares salpicados de escollos, bosques poblados de fieras, arenales desiertos y abrasadores, derramando su sangre, consagrando su vida preciosa en pro del extraviado. Oh! es sublime la vida del apóstol; mas quién le inspira tan elevados pensamientos, tan nobles y heróicas empresas? La profunda creencia de que el salvaje en pos de quien corre, no tendrá la salvacion eterna si postrado no adora á Dios, á Jesucristo, derribando el ídolo que ántes veneraba. Si estuviese convencido el linaje humano de que todas las creencias, todas las verdades, errores y religiones eran igualmente aceptos al Altísimo, seria imbecilidad ridícula la de ese hombre al correr en pos de un hereje, de un infiel, de un pagano, si podia conseguir lo mismo el venturoso fin anhelado, adorando á Júpiter ó á Minerva, al buey ó al sol, á Dios ó á sus criatu-

ras. En semejante caso, la humanidad en masa condenaria el ligero proceder de quien iba á las selvas á molestar en sus indolentes ó pacíficas ocupaciones al hombre de las selvas; y no solo sería digno de execracion pública el apóstol católico del siglo XIX, sino que no se ve entónces la conveniencia de la venida del Salvador de los mortales á fundar una religion divina, que condujese á la vida, si es que todas las ya establecidas en la tierra conducian del mismo modo al término feliz, suspirado por los infortunados descendientes de Adan. ¿Por qué vais, protestantes, á luengas tierras á esparcir las biblias truncadas y derramar con abundancia el oro de la seduccion, si han de ser igualmente convenientes todas las religiones, si es igual que el hombre invoque al exhalar sus postreros suspiros á Confucio ó á Mahoma; á Dios, á Jesucristo, ó á Venus y Júpiter? Considerad bien esta innata tendencia que hay en los hombres de procurar la felicidad de sus semejantes, atrayéndolos al recinto que ellos creen de la verdad, y por poco que en él se medite, se observará que este sentimiento es una prueba inequívoca de la conviccion que abriga el linaje humano de que es una sola la verdad, de que es uno solo el culto que recibe propicio el Dios de la majestad, de que no pueden serle aceptas todas las veneraciones. Si el mundo estuviera firmemente convencido de un cabo al otro de que esta verdad única es la profesada y predicada por el catolicismo, no vacilaria en abrazarla y adorarla. Réstanos aún mostrar que este dogma del catolicismo es además de verdadero, además de santo, además de sencillo, el más justo, el más conforme de equidad humana y divina, como quiera que es un acto de justicia el condenar el error voluntario y culpable del que rehusa admitir la verdad que se presenta á sus ojos; como quiera es evidentemente un acto de justicia el imponer al hombre, que alcanzar desea su dicha eterna, como condicion precisa para lograrlo, deberes religiosos, que le encaminen por el sendero más seguro para llegar á la vida eterna; como quiera que es un acto de justicia apartar al hombre del horroroso abismo de duda é indiferencia, en donde tiende á sepultarle su extraviada inteligencia y mal dirigido instinto religioso, facultades nobilísimas del alma; es tambien justo el aplicar el único remedio que contra tamaños penosos males existe, el medio de la unidad exclusiva, el medio de la intolerancia religiosa. Sin ella en el hombre gozan de ámplia y funesta libertad las pasiones y el error, pero el hombre yace sumido en vergonzosa y abyecta servidumbre. Es además justo que se cuide, por cuantos medios nos sean dables, de la pureza é integridad revelada, y supuesto que no podria conservarse autorizando el libre exámen, que destruiria la revelacion, secaria las fuentes de la verdad y del bien, como sucede de contínuo en los países en que domina ese sistema pernicioso, necesario es poner un dique á ese torrente devastador, necesario y justo es pro-

hibir la libre discusion. Es justicia conservar la admirable organizacion de la Iglesia católica, velar sus leyes, procurar su observancia; sin Iglesia reconocida, nada de esto se consigue; sin la imprescindible obligacion de entrar en ella, todo es en vano. El cielo es la unidad; Dios, que se ostenta en él sentado en esplendente trono, es el principio y el fin de las adoraciones y de los goces de los innumerables espíritus bienaventurados que en él habitan, el infierno es el desórden; pero aun allí ostenta Dios su potente brazo y el hombre culpable sufre la inacabable y expiatoria pena de su pecado. La tierra debe ser el principio de la felicidad de que se goza en el cielo; es necesario proceder y establecer ó conservar en ella la unidad. En el firmamento azulado, que nos muestra á la vista sorprendente cúmulo de globos luminosos, hay sin duda variedad asombrosa, pero si observais con atencion, vereis tambien allí en medio de la multiplicidad la unidad. El sol, que comunica su luz á los astros, su calor á la tierra, su animacion á los hombres y las plantas, representa en el cerúleo firmamento la unidad más exclusiva. Si los astros fuesen capaces de variar su giro, de alterar el órden que desde la eternidad les ha sido fijado, el sol obligaríales á conservar su posicion, á no salir de su centro, á no disgregarse. Allí es el monarca revestido de facultades omnímodas; es el depositario de la luz que comunica á los astros, el motor que les indica sus movimientos; de este modo el órden es asombroso; sin la unidad, el desórden sería monstruoso. Si la humanidad se apresurase á unirse con lazos íntimos á la Iglesia, si los miembros de esta conservasen el puesto que les ha sido señalado en la gerarquía con equidad; ese gran cuerpo, unido en masa, despues de gozar de felicidad temporal, tomaria posesion de la eterna que le está prometida; entónces no veria disgregados miembros que le corresponden por haberse corrompido. Oh! elevemos nuestra inteligencia, comprendamos en todo su grandor los planes asombrosos y uniformes del Criador, y entónces no osaremos murmurar de las acertadas disposiciones del Eterno. ¡Infeliz pequeñez la de nuestra inteligencia! Limitada por todos lados por el más reducido horizonte, pretende en ocasiones medir al mismo Dios inmenso; vislumbra el infinito, que no comprende, que no cabe en su inteligencia finita; mide, pesa, desmenuza, adopta y rechaza lo que le parece de ella. ¡Ah! si se hubiera confiado á los hombres el gobierno del mundo, hubiérase este á la hora presente convertido en informe cáos, porque hubiera desaparecido el órden. ¡Filósofos, no lleveis vuestra temeridad al funesto extremo de aconsejar al humano linaje que discuta libremente con Dios de los medios más adecuados para arreglar las sociedades! Inculcad si sus divinas leyes; entónces la sociedad honrará vuestra memoria en todas las edades sucesivas. Aclarado así el sentido de las proposiciones aventuradas del personaje que nos ocupa, de-

bemos añadir que Francisco Pucci, despues de haber dado un adios al mundo que le brindára con sus honores, dignidades, empleos y riquezas, se retiró á la soledad, á deplorar allí en el silencio sus pasados errores, impetrar perdon y clemencia del cielo misericordioso por sus extravíos y culpas. Con el misterioso influjo de la soledad, su alma sosegada y tranquila pudo mirar de frente con ojo sereno la vanidad necia del mundo, á quien consagrára sus desvelos y vigilias fatigosas, comparando sus aéreos goces, con los goces reales, las sempiternas dichas del mundo de la verdad, que á su vista se mostraba bello, armonioso, encantador, inefable, divino. Más tarde se hallaron estos dos lindos versos, que atestiguaban la verdad sincera de su conversion: *Inveni portum, spes et fortuna, valete; nihil mihi vobiscum; ludite nunc alios.* Estos versos latinos fueron más tarde grabados en su tumba, para mostrar al pasajero la varonil grandeza del hombre que desprecia el seductor polvo de la tierra. Luego que abandonó su retiro, pidió ser ordenado de sacerdote, á cuya elevada dignidad fué encumbrado, siendo poco despues nombrado secretario del cardenal Pompeyo de Aragon, en cuyo palacio murió el año 1600. Despues de haber estudiado con alguna detencion los distintos biógrafos de Francisco Pucci, podemos declarar infundada la idea emitida en el *Diccionario histórico y bibliográfico*, donde se asegura que Pucci, despues de su conversion, volvió á sus antiguos errores, siendo por esta causa desterrado más tarde por órden del obispo de Saltzburgo, quien le envió á Roma para que allí fuese juzgado. No hemos hallado ningun dato real que apoye y justifique esta acusacion. Puédese consultar la disertacion publicada por el doctor Ittigo: *De Puccianismo;* y la disertacion de Juan Bautista de Gaspari, *De vita, fatis, operibus, et opinionibus Fratris Pucci Filidius*, en la obra italiana que lleva por título: *Nuova Raccolta Calogerana*, tomo XXX de la edicion publicada en Venecia en el año de 1776. — N. L.

PUCCI (Lorenzo). Este príncipe de la santa Iglesia de Roma nació en Florencia en el siglo XV, y floreció en el XVI. Fijándose en Roma despues de sus estudios, ejerció los cargos de abreviador, clérigo de cámara y datario del pontífice Julio II, que le confirió la coadjutoría de Pistoya. Intervino en el V Concilio Lateranense, en el que se distinguió. Fué tambien datario de Leon X, y este papa le nombró primero su secretario, y despues le creó cardenal sacerdote en 23 de Setiembre, y segun otros en 1.° de Octubre de 1513, con el título de los Santos, obispo de Melfi y administrador en 1515, en cuyo año tambien obtuvo el obispado de Montefiascone. Nombrado obispo de Pistoya en 1518, cedió la silla á su sobrino Antonio. El pontífice Adriano VI, en 1522, le preconizó para la iglesia de Capaccio. Clemente VII le nombró obispo de Palestrina en 1524 y penitenciario mayor. Ju-

lio II, conociendo su sublime ingenio, no permitió que se alejase de su lado, sino cuando le mandó á los florentinos para coligarlos contra los franceses, en cuyas circunstancias pronunció en el Senado una elocuente oracion. El mismo afecto le tuvieron los pontífices Leon X y Clemente VII, los cuales le ocuparon en los negocios más graves de la Santa Sede, y en decidir las causas más árduas é interesantes de la Curia romana. No faltaron émulos que le acusasen de haber abusado de su poder en tiempo de Leon X, cuando fué culpado por Adriano VI de venalidad, pues que exigiendo el Papa diese cuenta de su ministerio, le libró con su crédito el cardenal de Médicis, que vino á ser despues pontífice con el nombre de Clemente VII, el cual le restableció en su primera autoridad. Su inocencia fué probada despues, y la calumnia no pudo confundirle, como lo intentó. Asistió este cardenal á dos cónclaves; Erasmo le dedicó sus *Anotaciones* sobre las obras de S. Cipriano, y Bautista *el Mantuano* su vida de S. Basilio. Murió este cardenal en 1531, á los setenta y tres años de edad, y fué sepultado en la basílica Vaticana, desde donde fué trasladado á la iglesia de Santa María de Minerva, cerca del mausoleo de Leon X, con un magnífico elogio. — C.

PUCCI (Roberto). Este cardenal de la santa Iglesia romana, obispo de Pistoya y hermano del cardenal Lorenzo Pucci, ejerció los principales cargos de la república de Florencia, su patria, como los de *confalonier* y *prior de la libertad*. Mereció á Alejandro de Médicis, que era á la sazon duque de Florencia ó de Toscana, ser uno de los cuarenta y ocho prohombres que aquel príncipe eligió para ser sus consejeros de entre las primeras familias de la nobleza. En este nuevo cargo mostró Roberto Pucci, como acostumbraba, señales evidentes de su experiencia, celo y probidad; y despues de la terrible pérdida que sufrió con la muerte de su esposa, la bellísima *Leonora Leuza*, á quien amaba mucho, abrazó el estado eclesiástico. El sumo pontífice Paulo III le confirió el obispado de Pistoya, y le condecoró con el capelo cardenalicio en 1542. Pocos años gozó Pucci de esta elevada dignidad; pues murió el 17 de Enero del año 1547, cuando contaba la avanzada edad de ochenta y tres años. — C. de C.

PUCCIO (Helcia), vírgen y religiosa de la órden de Franciscos menores. Esta santa y virtuosa jóven floreció á fines del siglo XIII y principios del siguiente. Desde niña fué el embeleso de cuantos la conocieron y la alegría de sus padres, por las relevantes dotes con que al Señor plugo favorecerla, y el gérmen de todas las virtudes que desde luego se echó de ver en su tierna edad. Desde luego se inclinó á la práctica de la oracion y á la asistencia á la santa misa, que siempre oyó con la mayor compostura y devocion. Era ejemplo y modelo á todas las demás niñas de su época, haciéndose notar por

la grande obediencia á sus padres, y su aplicacion, no permitiéndola su desarrollada inteligencia entregarse á los juegos y distracciones propios de la edad. Llegada á la época juvenil no ocultó su vocacion y gran deseo de emplearse en el servicio de Dios y apartarse de los peligros del mundo, haciéndose religiosa; efectivamente, aún muy jóven tomó el hábito y fué admitida en el monasterio de *Monticello* de Florencia. En este religioso retiro fué donde pudo dedicarse con toda amplitud al género de vida que habia sido siempre su mayor deseo, y donde hizo sobresalir sus grandes virtudes y mérito entre todas sus hermanas. Siempre fué la primera que entraba en el coro, y salia mucho despues que las demás religiosas, y no bastándole á su fervoroso y constante afecto á la oracion las horas señaladas y que exigia la disciplina del monasterio, ocupaba además algunas horas de la noche en tan santa ocupacion; sus ayunos y mortificaciones eran constantes, y parecia imposible que aquella naturaleza no se destruyese y arruinase en vista del escasísimo alimento de que hacia uso. Su comportamiento con sus hermanas era el más ejemplar, si bien tenia el menor trato y comunicacion y solo el indispensable, prefiriendo la soledad y el retiro; sin embargo, era sumamente afable y cariñosa con todas ellas, siendo indecible su modestia y humildad, y sobre todo su extraordinaria obediencia á las prescripciones y mandatos de la superiora, no desdeñando nunca el hacer los oficios más humildes del monasterio, y principalmente el de enfermera, cuidando con la mayor solicitud y esmero á las que entraban en la enfermería, acompañándolas contínuamente, procurando tuviesen el mayor aseo, y siendo sumamente exacta en la administracion de los alimentos y medicinas que las ordenaban; todo esto unido á sus saludables consejos, recomendándolas la conformidad con la voluntad del Altísimo, y que esperasen de su magnanimidad su pronto alivio y curacion; contribuia poderosamente á su restablecimiento, siendo deudoras de tan gran beneficio, despues de Dios, á los cuidados y asidua asistencia de tan virtuosa hermana, de tal modo que llegó á granjearse la admiracion y el cariño de todas, no cansándose de repetir que era la más perfecta de todas y la más favorecida por su divina Majestad. Se desvivia por que todas las alhajas y efectos destinados al culto estuviesen bien conservados y resplandeciesen en los oficios divinos. Siempre ocupada en aquellos ejercicios de piedad y religion, alcanzó una vida dilatada, viendo acercarse el término de su existencia como el de la triste peregrinacion de esta vida, esperando recibir favores más inmediatos de Jesus y de su santísima Madre en las mansiones celestiales. Su extraordinario mérito y grandes virtudes dejaron memoria de lo muy ilustre que fué esta santa religiosa por su doctrina, santidad y espíritu profético. Murió en el año de 1320, con la mayor tranquilidad y sosiego, habiendo recibido los

santos sacramentos con la mayor devocion y lágrimas de alegría. Se despidió de todas las religiosas una por una, suplicándolas con el mayor anhelo no la olvidasen y la encomendasen á Dios en sus oraciones, y abrazándose á un crucifijo, que siempre fué en su compañía, voló su espíritu á disfrutar de la presencia de su Criador; quedó su cuerpo de un exterior tan agradable que parecia dormida, y que la huella de la muerte no se habia atrevido á desfigurar el color y facciones de aquella santa virgen. Fué enterrada en el mismo monasterio de Monticello de Florencia, habiendo dejado un gran vacío en el convento donde era tan querida y estimada, y donde habia sido el modelo y ejemplo de todo lo perfecta que puede ser una religiosa. De ella trata extensamente Marcos Ulisiponense en la segunda parte de la *Crónica de Menores*, libro VII, cap. XXXV. Tosiniano tambien menciona á tan esclarecida religiosa, y la nombra *Helia Pulcia*. —A. L.

PUCELLE (Renato), abad de Corbigni, consejero del Parlamento, nació en Paris el 1.° de Febrero de 1755: era hijo de un famoso abogado, y sobrino por parte de su madre del mariscal Catinat. Llegado á su adolescencia, abrazó la profesion de las armas, hallándose en calidad de voluntario en diversas campañas, en las cuales empezó á ser conocido por su destreza en la direccion de los que le habian sido confiados y por su palabra fácil y seductora. El deseo de instruirse y adquirir conocimiento del mundo le impelió á emprender dilatados viajes por toda Italia y Alemania, observando con curiosidad detenida las costumbres, el lenguaje, los hábitos, las formas de los gobiernos, el estado de las ciencias y adelantos de las artes por los diversos países que recorria. A su regreso á la capital de Francia se inclinó á la magistratura, abandonando la milicia en que habia pasado sus primeros años, y algun tiempo despues entró en el seminario de Bons-Enfants, donde se consagró á las ciencias eclesiásticas y al estudio de los sagrados cánones, recibiendo algunos años despues el órden sagrado del subdiaconado. Luego de inscrito entre los ministros del santuario, mereció por su reputacion justamente adquirida, por su talento y vastos conocimientos, el ser nombrado para desempeñar el cargo de consejero del clero en el parlamento, confiándole además la defensa de los caros intereses de la Iglesia, que en aquellos tiempos de regalismo exagerado no eran mirados con el más profundo respeto y veneracion por los mismos soberanos que protestaban de palabra de su adhesion á la Santa Sede, arrebatándole despues en beneficio propio derechos y franquicias onerosas. En todo el curso de su larga vida observó una conducta recta, íntegra, laboriosa, exacto cumplidor de los deberes de su cargo como magistrado y como eclesiástico. Merced á tan relevantes cualidades, pasó el año 1702 á la cámara, y algun tiempo despues del fallecimiento de Luis XIV fué nombrado por los miembros de esta asamblea admi-

nistrador y defensor de los negocios eclesiásticos, cargo en verdad honorífico que desempeñó con celo denodado y sin temor á los ataques de los enemigos de la Iglesia, á la cual demostró que cuando se trataba de la defensa de sus sagrados derechos no conocia su alma el miedo ni las enemistades envidiosas de la corte, por cuya razon se adquirió una honrosa reputacion entre las personas juiciosas y sensatas. El duque de Orleans le nombró algun tiempo despues, y á pesar de las desfavorables prevenciones que abrigaba contra Pucelle, miembro de un consejo creado para la gestion de los negocios espirituales y de conciencia, que se hallaba en contacto con la Penitenciaría de Roma. Disipadas más tarde las injustas sospechas que le hicieron contraer con respecto á la persona del ilustre eclesiástico y magistrado Puccelle al duque de Orleans, éste le llegó á adquirir una estimacion grande, haciéndole depositario de sus secretos más íntimos, y concediendo muchos favores de utilidad pública por su medio. Además del privilegiado talento que Dios le concediera para la gestion de los negocios, tenia el don de la palabra que era en sus labios dulcísima y seductora, la expresion viva, la imaginacion fecunda, el arte difícil de conciliar los ánimos, disipando de ellos prevenciones injustas contra el trono, contra los altos funcionarios, ó contra sí mismo; todo lo cual unido á su presencia agradable le hicieron el objeto de la atencion pública. Adornado con gracias no comunes por la Providencia, favorecido por los bienes cuantiosos de fortuna que le legaron sus antepasados, acariciado con honores y dignidades por la sociedad, supo sin embargo no abusar de sus talentos y privilegios, manteniéndose constantemente en la senda del deber, del decoro y de la religion. No cabian en su pecho noble las ideas villanas, ni la adulacion é incensadoras lisonjas á los grandes fluian de sus labios, ántes al contrario mostrábase inexorable censor de los actos vituperables y poco conformes á la equidad y á la justicia de la corte voluptuosa y de los ministros no íntegros en demasía, haciéndose sin embargo, á pesar de sus recriminaciones amargas, respetar por los mismos que eran objeto de sus anatemas. A pesar suyo se encontró de pronto constituido en jefe de una oposicion creada en el seno del parlamento, que se fué formando poco á poco, y que llegó á acrecentarse y hacerse temible por haber dado lugar á ello los ministros con sus disputas, variaciones y enormes desaciertos en la marcha de los altos negocios del estado. Esta oposicion parlamentaria fué por largo tiempo alimentada á causa de las acaloradas discusiones y divergencia de pareceres que reinaba en la cámara en lo relativo á los intereses eclesiásticos, de los que, como hemos dicho, mostrábase nuestro magistrado denodado defensor. Como quiera que él dirigia principalmente á estos oposicionistas, llenos de los mejores deseos, animados de los más puros sentimientos, esto dió lugar á que con-

trajese amistades y relaciones íntimas con un gran número de personas, cuyos hábitos, carácter y costumbres no aparecerian al público como las más comedidas y honradas. Se avino en el año 1720 á una conciliacion pacífica, concertada de antemano con el partido de oposicion, presidido por Puccelle, y despues de varias luchas parlamentarias con más ó ménos éxito, consiguieron de consuno destruir el ministerio y cambiar la faz política de Francia. Los diarios de las cámaras de aquellos tiempos conservan sus extensos y vigorosos discursos, que muestran la importancia que en las cámaras y el público tenia el abate Puccelle, puesto que el dia en que pronunciaba sus arengas, arremolinábase el público tumultuosamente al rededor del edificio de las cámaras. Cometió la debilidad, algunos años despues, de dejarse seducir por un partido herético ó sectario, presidido por un diácono llamamado París, el cual decia ser autor de ficticios milagros, con los que pretendia probar la legitimidad de su mision extraordinaria. El calor que su recto y ardiente corazon mostró en la defensa de esta causa fascinadora, le atrajo el descrédito ante muchas personas y el destierro. Recibió la órden de retirarse al convento de su abadía, en la diócesis de Autun, en el año 1732, de donde fué más tarde llamado á París, despues de pacificadas las cuestiones acaloradas que dividian los ánimos entre los miembros del Parlamento y la corte. A pesar de su avanzada edad mostró la misma viva energía en los debates, el mismo atinado acierto en los asuntos que examinaba, hasta que sus penosas enfermedades le obligaron á dar de mano á los negocios temporales para consagrar en el retiro el resto de sus dias á la meditacion de los grandes misterios de la eternidad. Murió nonagenario el 7 de Enero de 1745, siendo el decano de los consejeros del clero, y el más antiguo de los magistrados. Los ánimos habíanse dividido ya á la muerte de Puccelle con respecto al aprecio unánime que se le habia profesado, por cuya razon fué objeto de aplausos, de crítica severa y de envidiosos ditirambos su conducta pública, por mucho que conviniese la multitud en reconocer las virtudes privadas que le adornaban. Su privilegiado talento y extraordinarias cualidades como magistrado le hicieron siempre acreedor á la pública estimacion, áun cuando lenguas mordaces y poco acostumbradas á disculpar lunares de escasa importancia, las abultasen hasta un punto exagerado. El obispo de Senez, Mr. Senen, publicó una carta, en la que se propuso disculpar al respetable Puccelle de las acusaciones lanzadas sobre su vida pública. —N. L.

PUCH (Ausias del). Este cardenal de la Iglesia romana nació en la ciudad de Játiva del reino de Valencia, de una de las familias más antiguas y nobles. Despues de haberse condecorado con la borla de doctor, recompensa debida á su ciencia y talentos, obtuvo la dignidad de chantre de la santa

iglesia catedral de Barcelona, y luego el alto cargo de consejero del rey Don Juan II de Aragon. Este príncipe, que estimaba en lo que valia al distinguido chantre de la santa iglesia de Barcelona, le procuró el arzobispado de Montreal en Sicilia, y le confió, en union con la reina su esposa, la direccion de los negocios públicos del principado de Cataluña, que á la sazon estaba conmovido con turbaciones y banderías. Fué tambien en compañía del referido monarca á la conferencia que este celebró en Salvatierra de Bearne el año 1462 con Luis XI, rey de Francia, y contribuyó en gran parte á la alianza que entónces se concertó entre ambos soberanos. El año 1462 mereció el obispo Ausias Puch la honrosa eleccion para el cargo de embajador en Roma, para rendir, en nombre del rey de Aragon y Sicilia, la obediencia debida al papa Sixto IV, que en el año siguiente le condecoró con el birrete cardenalicio, y con el nombramiento de vicecamarlengo de la santa Iglesia romana. Poco despues se le designó para tratar con los embajadores de los soberanos de Italia, con objeto de formar una liga contra el gran turco, y pasó en seguida á Alemania para excitar al Emperador á tomar parte en esta santa empresa. El Papa habia designado al cardenal Ausias del Puch para el arzobispado de Zaragoza; pero el rey de Aragon, que habia pedido esta mitra para Alfonso, hijo natural de su hijo Fernando V, rey de Castilla y Leon, se vió desairado por el Pontífice, que dió por justo motivo de su repulsa la tierna edad del bastardo Alfonso, que no pasaba de seis años. El rey aragonés, lleno de rabia y despecho, amenazó al cardenal Puch con privarle de sus rentas, y tambien á su tio Luis del Puch, gran maestre de la órden militar de Sta. María de Montesa, en caso que aceptase el nombramiento que en su favor hiciera el sumo Pontífice. El prelado hubo, pues, de renunciar á la mitra de Zaragoza, y permaneció en Roma, ocupándose en embellecer y aumentar la iglesia de Sta. Sabina, de la que tomaba el título y donde fundó varios beneficios. En la misma fué sepultado. La muerte del cardenal Ausias del Puch ocurrió el 7 de Setiembre de 1483, á la edad de sesenta años.—C. de C.

PUCHE ó Puig (Jacobo). Nació en Cervera, Cataluña, el año de 1581, y contaba diez y nueve de edad cuando vistió el ropon de la Compañía de Jesus, y siguió sus estudios en la ciudad de Lérida. Dedicado al profesorado, enseñó la filosofía en Gandía y la teología en Barcelona, siendo rector en los colegios de ambas ciudades. Designado por sus hermanos para el importante cargo de provincial en la isla de Cerdeña, las turbaciones políticas de que aquella era teatro le impidieron desempeñarlo, y hubo de trocarlo por el de visitador de Cataluña. La muerte de este erudito jesuita acaeció en Barcelona el 25 de Enero de 1646. Quedan de este escritor: 1.° *Concio funebris in obitu monialis cujusdam nobilissimæ simul ac piissimæ.*—2.° *Conciones duæ*

panegiricæ de inventione altera, altera de exaltatione S. Crucis.—3.° *Liber de miraculis S. Crucis.* Fué publicado bajo el nombre de Pedro de Guiscarredo. 4.° *De casibus difficilioribus in articulo mortis occurrentibus.*—5.° *Commentariorum in libros Machabæorum*, tomo I. De este sabio jesuita se ocupó tambien el célebre Nicolás Antonio, en su conocida obra titulada *Biblioteca de escritores españoles.*—C. de C.

PUCHOL ó PUJOL (Fr. Agustin). En el siglo XVIII floreció este digno religioso franciscano, natural de la ciudad de Valencia. En su religion y fuera de ella mereció por su virtud y ciencia varias distinciones, como lector jubilado, colegial en el mayor de los santos apóstoles S. Pedro y S. Pablo de la universidad de Alcalá, calificador de la suprema y general Inquisicion de España, vocal de sus juntas secretas y del tribunal de Valencia, examinador sinodal de este arzobispado, definidor y custodio. Tambien fué elegido provincial de su Orden el 4 de Febrero de 1747. En tan variados é importantes cargos se hizo notable por las sobresalientes dotes que le adornaban, las que le hacian amable y respetado entre los demás religiosos sus hermanos. Era afluente, de espíritu elevado y recto, modesto, generoso y accesible siempre á cuantos buscaban su amistad. Su genial afable y la especial facilidad con que daba el más oportuno giro á los negocios que se le confiaban, le hicieron alcanzar un poderoso ascendiente en el ánimo de cuantos le trataban; y las personas más notables de Valencia sometian sus opiniones al ilustrado fallo de aquel varon insigne. Entre los admiradores de su raro ingenio se distinguió el sabio arzobispo de aquella ciudad D. Andrés Mayoral, que consultaba con él los más difíciles negocios. Murió Fr. Agustin Pujol en su convento de Valencia el dia 13 de Junio de 1764, y fué llorado y bendecido por cuantos llegaron á conocer sus evangélicas virtudes y el vivo ingenio de que el Supremo Hacedor quiso dotarle. Sobre su humilde tumba se leia el siguiente epitafio, que fué destruido por los invasores franceses en la guerra de la Independencia, y que habia escrito su discípulo el P. jesuita Manuel Lassala.

HIC JACET
R. A. D. M. P. FR. AVGVSTINVS PVCHOLIVS,
COMPUT. COLLEGIISS. SS. PETRI ET PAULI ALUMN.
PHILOSOPH. ET THEOL. PROFESSOR EMERITUS,
APUD SVOS
DEFINITOR, CVSTOS, MINISTER PROVINCIÆ VALENTIÆ
DIGNUS ERAT.
QUI AD ALIA DEINCEPS MUNERA ASSUMERETUR
QVÆSTIONUM FIDEI CENSOR, ET A SECRETIS CONSILIARIUS

IN TRIBUNALI FIDEI SUPREMO
EXAMINATOR SINOD. ARCHIEPISCOPATUS VALENTIÆ,
DIGNUS NUPER HABITUS ERIT,
QUI EPISCOPATUS AQUARUM CALLIDARUM INFULIS ORNARETUR
OMNI VIRTUTUM GENERE,
SVMMORVM HOMINUM LAUDES VBIQUE ADEPTUS,
DUM UNA EAS DESPEXIT
NOVVM SIBI SPLENDOREM ATTULIT ET ORNAMENTUM,
AGENS VNVM SUPRA SEXAGESSIMUM ÆTATIS ANNVM.
MAXIMO VALENTIÆ URBIS DOLORE
OBIIT
DIE XIII JUNII ANNI MDCCLXIV.
HÆC SCRIBEBAT
IN PERPETUUM AMORIS ET REVERENTIÆ
MONUMENTUM
EMMANUEL LASSALA, S. J.

Muchas hubieran sido las obras que nos legára el P. Pujol, si su modestia por una parte y por otra los graves acontecimientos ocurridos despues de su muerte, no lo hubieran impedido. Figuraban en primer término una rica *Coleccion de sermones*, de los que solo se conservan dos, debidos á la circunstancia de haberse dado á la estampa casi contra la voluntad de su autor. Hélos aquí: 1.° Una *Oracion fúnebre que en las reales exequias de la Reina Doña María Bárbara de Portugal hizo la Audiencia de Valencia en* 10 *de Noviembre de* 1758 *en la iglesia del Cármen de dicha ciudad;* Valencia por José Tomás Lucas, dicho año, en 4.°— 2.° *Oracion fúnebre que en las reales exequias y honras á Fernando VI celebró el Colegio de Corpus Christi de Valencia en* 7 *de Diciembre de* 1795; en dicha ciudad, por el mismo impresor, en 4.° Las escasas noticias aquí consignadas son las únicas que restan de aquel insigne religioso, que supo conquistar tan alto renombre. Entre otros que le son deudores de su gloria debe contarse el célebre jesuita P. Manuel Lassala, que alcanzó gran fama, en particular por sus excelentes obras literarias; los gérmenes de su talento y desarrollo los debió sin duda á la experiencia de su sabio maestro el P. Pujol, que cifró su dicha en consagrarse al consuelo de los desgraciados. Las lágrimas de estos cayeron sobre su sepultura, realizando la única aspiracion de su alma, y sirviendo de galardon á sus altas virtudes.—C. de C.

PUDENCIANA (Sta.). Algunos autores llaman Potenciana á esta gloriosa romana; pero en los más acreditados libros la vemos con el nombre que aquí la expresamos, que es el que más le conviene como hija de Puden-

te. Este virtuoso senador de Roma que, como decimos en su lugar, habia sido bautizado por los apóstoles, aleccionado en la fe cristiana por S. Pablo, que dió hospedaje á S. Pedro cuando fué á Roma este príncipe de los apóstoles, y que convirtió en iglesia su propia casa, tuvo la dicha de ver á su hija Pudenciana practicar la virtud desde sus más tiernos años; felicidad que aumentaron, siguiendo su ejemplo, sus demás hijos Novato, Timoteo y Práxedes. Muerto el padre de Pudenciana y su madre Priscila, señora romana de esclarecido linaje y singular virtud, hizo aquella virtuosa jóven voto de pobreza con su hermana Práxedes; y vendiendo sus grandes haciendas, repartieron á los pobres su importe, no quedándose con otros bienes que su santificada casa y lo indispensablemente necesario para llevar una vida penitente y contemplativa. Encerradas ambas santas en su casa, y mortificando sus cuerpos con ayunos y penitencias, se dedicaron á la oracion, y tomaron por oficio obligatorio animar y consolar á los cristianos, recoger la sangre de los mártires y dar sepultura á sus cuerpos. Adquirió Pudenciana, inspirada de Dios, tan persuasiva elocuencia evangélica, que logró convertir á la fe de Jesucristo á todos los de su familia, los cuales en número de noventa y seis, recibieron el agua del bautismo de manos del pontífice S. Pio I. El emperador Antonino dió un edicto por el que se prohibió con severas penas á los cristianos tener templos en que se celebrase públicamente el Oficio divino, lo cual contristó mucho á Sta. Pudenciana; pero el Papa la consoló viniendo á su casa á decir misa, la que venian á oir ocultamente muchos cristianos que recibian de manos de Pio I en aquel lugar el pan eucarístico. Ardiendo en el corazon de la Santa la caridad con todo su fuego, daba á los pobres cuanto tenia y podia adquirir para ellos. Tanta piedad, tan ardiente caridad y tan extraordinaria virtud en el alma de Sta. Pudenciana engrandeció á esta de tal modo, que, no cabiendo ya en un cuerpo terreno y perecedero, voló á las regiones celestes á espaciarse en el vastísimo seno del Eterno, el dia 19 de Mayo de 164 segun el Martirologio Romano, en sus anotaciones á este y en los anales del cardenal Baronio.—C.

PUDENTE (S.). Fué Pudente uno de los senadores principales y más ilustres de Roma por su alcurnia, y siendo por su virtud considerado hasta por los más sabios romanos, llegó á tener una gran preponderancia entre sus conciudadanos. Si hemos de dar crédito á la tradicion, cuando el príncipe de los apóstoles llegó á Roma se hospedó en la casa de Pudente, con quien sin duda como hombre piadoso estaria en relaciones. Estaba casado Pudente con Priscila, dama noble romana, de especial virtud, de la que tuvo á sus hijos Novato y Timoteo y á sus hijas Potenciana y Práxedes, á todos los que educaron con el mayor celo y aleccionaron en las buenas costumbres.

Cristiana toda esta virtuosa familia, de la que puede considerarse el maestro al apóstol S. Pablo que instruyó á Pudente, segun se nota en la carta que el Santo escribió á su discípulo Timoteo, recibió de S. Pedro el complemento de su instruccion cristiana, y millares de bendiciones que santificaron sus piadosas almas. Bautizado Pudente por mano de los apóstoles, conservó hasta su muerte inmaculada la gracia bautismal. Logró Pudente disfrutar la dicha, no solo de ver santificada su familia en la opinion de los buenos, si que tambien la gloria de que su propia casa se convirtiese en la primera iglesia que hubo en Roma con título, el cual fué el de Pastor, en memoria del ángel que en esta figura se apareció al sacerdote Hermes al consagrarla, si bien el vulgo la denominó de Pudente con referencia á su piadoso dueño, denominándose hoy de Sta. Potenciana, que fué su hija mayor. La Iglesia celebra el tránsito dichoso de S. Pudente é hijos el 19 de Mayo.—C.

PUENTE (Fr. Francisco de la). Tuvo por patria la antigua villa de Saldaña, diócesis y provincia de Leon, donde nació el 2 de Abril de 1779. A la temprana edad de diez y seis años, tomó el hábito en la religion de Santo Domingo en el renombrado convento de S. Pablo de Valladolid, donde hizo sus estudios con singular aprovechamiento y asiduidad, y llegando á ser lector de la Orden, fué nombrado el 19 de Noviembre de 1819, por el duque de Medinaceli, catedrático de prima para una de las de instituciones de teología de Sto. Tomás, que eran de su patronato en aquella universidad y la de Alcalá. Dióse allí á conocer no tan solo como excelente teólogo escolástico, sino como buen humanista y buen orador, pero era más notable por su doctrina y fuerza de raciocinio que por lo florido del estilo. De modo que ya en la época del ministro Calomarde, sus notorias y relevantes cualidades hicieron fuese consultado por tres veces por la cámara de Castilla para varios obispados. Mas ni todas sus dotes, ni su carácter dulce, candoroso y amable, ni sus largos años de enseñanza, le libertaron de persecuciones que soportó con resignacion cristiana; viéndose privado de su cátedra desde el año 1836 al 40, agobiado de pobreza y de desgracias, y reducido á servir un modestísimo curato de entrada para atender á su precisa subsistencia. Acalladas algun tanto las contiendas políticas que afligieron á España, fué repuesto en su cátedra, en la que continuó hasta que al hacer el escalafon de profesores en 1846, quedó sin clasificacion con el extraño pretexto de no llevar diez años de enseñanza, siendo así que contaba más de treinta que ejercia el profesorado, y volvió á encontrarse pobre y olvidado, pero sin que la desgracia hiciera mella en su ánimo, siempre firme y resignado. Finalmente, convencido el gobierno de la Reina de España de las singulares dotes que adornaban á Fr. Francisco de la Puente, que á la sazon regentaba una cátedra en la universidad de Valladolid, le consultó para

obispo de S. Juan de Puerto-Rico, y fué consagrado en Madrid el 28 de Octubre de 1846, en la iglesia de S. Francisco el Grande, por el Patriarca de las Indias D. Juan José Bonell y Orbe, asistido por los obispos de Coria y Valladolid, siendo padrino en la ceremonia el duque de Medinaceli, antiguo protector del ilustre Doctor D. Fr. Francisco de la Puente. No conviniendo á su quebrantada salud el mortífero clima de las Antillas, fué presentado en 4 de Febrero de 1848 para la mitra de Segovia, vacante por muerte de Don Fr. Joaquin Briz, tambien de la órden de Sto. Domingo, y poco despues fué condecorado con la gran cruz de la órden americana de Isabel la Católica. En Segovia fué tan querido y venerado cual cumplia á las brillantes dotes que le adornaban, y murió allí en 1860, llorado de todos.—C. de C.

PUENTE (Fr. Gerónimo de la). En la celebrada ciudad de Salamanca tenia la religion de los Trinitarios un antiguo convento, y habia tambien un hospital con la advocacion de la *Santísima Trinidad*, que aunque no fundado por los religiosos de este nombre, solia ser servido por estos. Uno de los padres que más se distinguian por su ardiente caridad en favor de los enfermos era el V. Fr. Gerónimo de la Puente, hijo de hábito y profesion del referido convento de Salamanca. Este religioso por su virtud y sabiduría se hizo digno de memoria. No solo servia á los pobres enfermos, haciendo cuanto cabe en lo humano para su alivio y consuelo, sino que extendiendo el círculo de su caridad, les predicaba con frecuencia, les decia misa y los exhortaba con fervor á que recibiesen con más frecuencia que de ordinario los santos sacramentos, para lograr la salud espiritual y temporal, la del cuerpo y la del alma. A todos, sin distincion de personas, prodigaba sus cuidados con la solicitud y cariño de una tierna madre. Admitia tambien en aquel hospital á los peregrinos, les lavaba los pies, y preparaba comida y lecho para que reposasen de las fatigas del viaje. Si alguna vez le faltaban los objetos que necesitaba para la cura ó asistencia de los acogidos, salia por la ciudad y expresaba su urgencia á los nobles y poderosos, que siempre le dispensaban socorros con mano franca. Tenia tambien Fr. Gerónimo de la Puente especial don para conciliar y pacificar las discordias, como se acreditó en la que surgió entre los peregrinos alemanes, naturales de la ciudad de Colonia. Unidos en el estrecho lazo del amor de Cristo, intentaron venir desde su país á visitar el sepulcro de Santiago, en Galicia. Con fraternal cariño hicieron su larga jornada, pero llegados á España, por una causa leve contendieron porfiadamente, y se golpearon con los bordones hasta romperlos, quedando uno de los dos peregrinos mal herido en una mano; sin embargo continuaron su viaje juntos, acaso por no atreverse á caminar aislados en una tierra extraña y desconocida. Llegados al hospicio de Salamanca, Fr. Gerónimo que ya tenia sobre el hecho aviso particular del cielo, los con-

dujo á un oratorio, donde los exhortó santamente para que se arrepintiesen de sus culpas y amasen de corazon la paz y concordia turbada por el comun enemigo. Desde luego la palabra divina pronunciada por el venerable varon produjo fruto, pues arrojándose á sus pies ambos romeros, pidieron perdon á Dios, y luego se abrazaron, pidiéndose uno al otro satisfaccion é indulgencia. Reconciliados entre sí, los reconcilió con el cielo, confesándoles y dándoles la comunion. Tomó con la suya la mano herida del un peregrino, y sin otro medicamento que hacer la señal de la cruz, quedó al punto sano. Con este prodigio se unieron aún con más estrecho amor, y encargándoles Fr. Gerónimo de la Puente el mayor silencio sobre lo acontecido, les prodigó los alivios corporales que necesitaban. Por largos años subsistió en aquel benéfico asilo el Santo trinitario, dando continuos testimonios de su heróica virtud en notabilísimos actos de caridad, hasta que fué llamado por el voto de sus hermanos para ministro del antiguo convento de nuestra Señora de Bascones, sito en las cercanías del lugar de Villanueva de las Carnetas, cuatro leguas de Burgos. Por más que en su humildad lo rehusase, hubo de aceptar el cargo por la exigencia de sus superiores, y atendiendo á la consideracion de que, si bien mudaba de residencia, no le faltarian en la que iba á ocupar medios de ejercer su caridad, pues que habia muy cercano un hospital. Allí consagraba el tiempo que le dejaba libre su cargo y otros ejercicios de oracion y penitencia al cuidado de los dolientes y menesterosos. Tambien tenia ocasiones repetidas de ejercitar su celo con los muchos peregrinos que de Francia y otras regiones remotas venian á satisfacer su devocion visitando el sepulcro de Santiago en Compostela. Llegado por fin el dia en que, extenuadas sus fuerzas con tan repetidas penitencias y piadosos ejercicios, cayó desfallecido en el lecho de muerte, armado su espíritu con los santos sacramentos, voló al cielo á recibir la recompensa que Dios prepara á los elegidos. Fué llorada su muerte por cuantos le conocian, y todos tributaron á su yerto cuerpo los honores debidos al que vivo fuera vaso purísimo y templo del Espíritu Santo. — C. de C.

PUENTE (D. Gregorio de la). Fué la patria de este distinguido eclesiástico la villa de Santa María del Campo, diócesis de Burgos, donde nació el dia 30 de Julio del año 1787. Fueron sus padres D. Gregorio de la Puente y Doña Luisa Arce, residentes en la época del nacimiento del D. Gregorio menor en la citada villa, donde aquel era organista y maestro de primeras letras; pero ambos naturales de Sasamon, de la misma diócesis y provincia de Burgos. Deseando desde sus primeros años consagrarse al estado eclesiástico, siguió la carrera de teología en el seminario conciliar del Burgo de Osma, donde sobresalió por su aplicacion y buen talento, obteniendo en el mismo colegio una beca de gracia por oposicion, y allí regentó tambien una

cátedra de la misma ciencia. En la muy renombrada universidad de Valladolid continuó sus estudios superiores, ganando con lucimiento los años correspondientes de concilios, religion y sagrada Escritura, y obteniendo allí el grado de licenciado, y el de doctor en la universidad de Avila, en el año de 1816, con la honorífica cláusula, entónces en uso, de *nemine discrepante*. El año anterior habia hecho oposicion á curatos en el obispado de Segovia, y se le adjudicó el de Mojados, donde cautivó de tal modo el aprecio, estimacion y respeto de sus feligreses, que áun despues de haber obtenido la dignidad de abad mitrado, continuaron llamándole siempre cariñosamente *señor Cura*. El año 1819 obtuvo por oposicion la canongía magistral de Lerma, y poco despues compitió para la de la catedral de Palencia con el Sr. Cos y Soberon, que andando el tiempo debia precederle en la silla episcopal de Calahorra y La Calzada, el que la obtuvo. En 1831 alcanzó D. Gregorio de la Puente y Arce la dignidad de dean de la colegiata de la villa de Pastrana, y en el siguiente mereció que el duque del Infantado, patrono de la insigne iglesia colegial de Lerma, le presentase para abad *mitrado* de la misma, con jurisdiccion casi episcopal, y territorio exento *vere nullius;* cuya dignidad desempeñó con singular acierto y prudencia todo el resto de su vida. El 30 de Marzo de 1849 fué presentado por la reina Isabel II para el obispado de Calahorra, pero ántes de ser preconizado en Roma, falleció el 1.º de Octubre del mismo año, á las ocho de la mañana, despues de una penosa enfermedad y agonía, que soportó con admirable resignacion y edificante piedad. Su muerte fué muy llorada en Lerma, donde se habia conquistado el cariño y respeto general por su afable carácter y profundo saber. —C. de C.

PUENTE (Fr. Juan de la). Era natural de Castilla la Vieja, y recibió esmerada educacion que fué fructuosísima en su raro talento y grande imaginacion; así fué que áun siendo adolescente descollaba entre todos sus compañeros y condiscípulos. Su inclinacion al estudio y al sosiego de una vida retirada, que le alejase del ruido y de las pasiones del mundo, motivaron su vocacion al estado religioso, tomando el hábito de la Orden y religion de Santo Domingo, haciendo notables progresos en el conocimiento de las sagradas letras y en la historia, siendo muy celebrados sus escritos por el sano juicio, buen criterio y estilo limado, que en todas ellas sobresalia; siendo en la religion muy querido y respetado por su ciencia, religiosidad, buen corazon y otras muchas dotes relevantes que producian admiracion en sus hermanos y el deseo de imitarle. Sabedor de sus altas prendas y mucha ciencia el rey católico D. Felipe III, le llamó y le honró con su amistad y confianza, encargándole con el mayor interés, como tan entendido en la historia, escribiese y fuese un fiel narrador de los sucesos ocurridos duran-

te su reinado. Muerto este soberano, no le honró ménos, manifestándole la misma estimacion y aprecio, su sucesor D. Felipe IV, nombrándole censor y presidente de los jueces que intervenian en las cosas de la fe, y cuyo tribunal estaba establecido en el Colegio matritense de Sto. Tomás, con otros muchos cargos honoríficos que desempeñó, debidos á su gran ciencia y conocimientos. Publicó el primer tomo de su sobresaliente obra, al que debieron seguir otros tres, titulada: *La conveniencia de las dos monarquías católicas, la de la Iglesia romana y la del imperio español, y defensa de la precedencia de los Reyes Católicos de España á todos los del mundo;* Madrid, año de 1612, en fólio. — A. L.

PUENTE (Juan Gonzalez de la), natural de la Torrecilla de los Cameros, nacido de padres acomodados y virtuosos, que se ocuparon con el mayor esmero en la educacion de aquel hijo, cuya buena índole correspondió á los deseos de sus progenitores. Desde luego manifestó una grande vocacion al estado religioso. Llegado á la edad conveniente, tomó el hábito de religioso de la órden de S. Agustin, en cuyo nuevo y feliz estado hizo notables progresos en la virtud, en la devocion, en la oracion, y en todas las obras de piedad y misericordia. Su extraordinario amor al prójimo y su gran deseo por la salvacion de las almas, fué el principal motivo para ser escogido para pasar á Méjico á difundir la fe cristiana entre los indios de aquellas comarcas, que permanecian en la barbarie y en la idolatría. En aquel país fué incansable su celo para instruir á aquellos idiotas y hacerlos admitir la doctrina del Crucificado, teniendo la satisfaccion y el placer de que sus trabajos apostólicos no fuesen infructuosos, consiguiendo la salvacion de muchas almas, sumidas en la oscuridad de la ignorancia. Escribió la *Historia de San Agustin de la provincia de Mechoacan;* año de 1624. — A. L.

PUENTE (Luis de la), de la Compañía de Jesus, natural de Valladolid, sugeto eminente, fué el ornato y lustre de su religion, y una de las principales columnas de aquel instituto que hizo florecer con su sábia doctrina, su vida ascética y contemplativa, siendo el antemural de las opiniones y mala voluntad de los enemigos de la Compañía, calmando con sus sabios consejos las contrariedades de sus émulos. Mucho contribuyó á este resultado su impecable vida, pues era tal su santidad, que nunca pudo observársele la culpa ó falta más venial, siendo el modelo más digno de imitarse por sus acrisoladas virtudes, evitando con su compostura y grande honestidad los acontecimientos á que expone la fragilidad humana. Así es que en su tiempo el autor de la *Biblioteca de la Compañía*, dice *que jamás pudo notársele ni hacer constar la más leve falta que fuese digna de reprension*. Enumera minuciosamente sus grandes virtudes, de las cuales y de su santa vida, en la cual no se encuentra la menor mancha, hace los mayores elogios igualmen-

te Francisco Cachupin, escritor y religioso de la Compañía. Por el mismo tiempo está consignado por la Congregacion de Sagrados Ritos el exámen de su notoria santidad y de sus intachables costumbres. Fué fecundo y erudito escritor, como lo manifiestan sus obras inspiradas por la más grande piedad, aconsejando con sus profundas y religiosas máximas el encumbramiento de la fe católica, y de las cuales las siguientes son las más principales: *Meditaciones de los misterios de nuestra santa fe con la práctica de la oracion mental sobre ellos;* en dos tomos, dividida en seis partes. Se imprimió por la primera vez en Valladolid, en el año de 1605. Obra tan notable y de tanta aceptacion, como lo prueban las muchas reimpresiones que de ella se hicieron, y el haber sido vertida ó traducida en varios idiomas. Otra edicion se conoce de 1609, hecha en Barcelona, y otra en el año de 1613 en la imprenta de Godinez. En seguida fué traducida al italiano por Julio César Braccini, que con algunos comentarios se imprimió en Roma en el año 1620 en el establecimiento de Andrés Fei. Además se tradujo al francés por Antonio Balinghen, valiéndose del texto de Valerio Andrés de la *Biblioteca belga*, é igualmente por Renato Gaulthier, consejero real y abogado general del grande Concilio en el año de 1612, en 4.°, y en París por la viuda de Guillermo de la Nove; en Bélgica, por Santiago Susio. Versiones latinas hicieron de la citada obra Melchor Treviño y Ricardo Gibbon, uno y otro Padres de la Compañía de Jesus. Tambien se dió á luz un *Compendio* de esta obra en idioma francés por el citado consejero real Renato Gaulthier; París, año de 1645, en 8.° En inglés se dió á luz en 1623, por Tomás Everardo. En Valencia se hizo una edicion en 8.° en 1617 por Nicolás de Arnaia, religioso de la Compañía, cuya edicion, segun una mala interpretacion francesa, quiere atribuirse á Fr. Berlangar, religioso de la órden de Menores observantes. De esta misma edicion de Arnaia se hizo en Flandes una traduccion por Teodoro Kievit, en Roterdam por Turano Vekiti, de la que hace mencion Alegambe. Hay otra de D. Martin de Bonilla, bajo el nombre de Francisco de la Cruz. Además otra latina por Pedro Jimenez, tambien jesuita, impresa en Colonia por Juan Kinckio en el año de 1623, y despues la misma en 8.° en 1629. *De la perfeccion cristiana*, en cuatro volúmenes, cuya obra tradujo al idioma latino Melchor Treviño, del mismo instituto ó de la Compañía de Jesus, cuya edicion fué dada en Colonia por Kinckio en el año de 1614, obra igualmente muy celebrada y traducida al francés por el ya dicho Renato Gaulthier, y dada á luz en París en 1612 por el impresor Dionisio de la Nove: fué igualmente traducida por Francisco de Rosset, doctor en derecho y abogado del Parlamento de París, cuyo primer tomo comenta, y se imprimió tambien en París en el establecimiento de Lorenzo Sonni, en 1614. Se dió tambien á luz en 4.° en la misma imprenta en el año

de 1613 por Fr. Tomás Jaurimont, como igualmente en 4.° por Bernardino de Montereul, jesuita, el que dió la obra completa en París, por Sebastian Lare, 1645 en 12.°, en seis volúmenes. En España se dieron á luz los siguientes tomos por separado. Tomo I: *De la perfeccion cristiana en todos estados sobre la historia de Ruth;* Valladolid, por Juan Godinez, año de 1612, en 4.° — Tomo II: *De la perfeccion del cristiano en los estados y oficios de las tres Repúblicas, seglar, eclesiástica y religiosa; trátase más particularmente de la seglar;* Valladolid, en la tipografía de Francisco Fernandez de Córdoba, año de 1613, en 4.° — Tomo III: *De la perfeccion cristiana en los estados de continencia y religion, y en la guarda de los consejos evangélicos;* Pamplona, por Nicolás de Asiain, año de 1616, en 4.° — Tomo IV: *De los sacerdotes, confesores, maestros, predicadores, obispos y prelados;* Valladolid, por Cárlos de Sabayen, año de 1616, en 4.° — *Guia espiritual de la oracion, meditacion y contemplacion; de las divinas visitas y gracias extraordinarias; de la mortificacion y obras heróicas que la acompañan;* Valladolid, por Juan Bustillo, año de 1609, en 4.° En Madrid, por Alfonso Martin, año de 1614, en 4.° En latin, traducida por el mismo Treviño; Colonia, año de 1613, en 8.° En francés, por el citado Francisco Rosset; en París, primero en el año de 1612 en 8.°, y despues en el de 1627, igualmente en 8.° En italiano se hizo una magnífica version de esta obra por el preclaro y muy ilustre varon Alejandro Sperelli, que murió algunos años despues, siendo obispo Eugobino, sugeto muy erudito é ilustrado, de grande y notoria fama por sus obras muy celebradas. Esta obra la tradujo cuando era protonotario apostólico y vicario general en Parma; se imprimió en Roma por los herederos de Zanneti en 1628, en 8.°, y de cuya obra hace una mencion honorífica, y la celebra sobre manera la Ilma. Sra. Catalina Gymnasia, pues haciendo su elogio dice: Que es la quinta esencia del espíritu místico de la teología, por la claridad y fuerza de sus argumentos, y por la verdad tan depurada de su doctrina y fe religiosa. — *Vida del P. Baltasar Alvarez;* Madrid, por Luis Sanchez, año de 1615, en 4.° — *Directorio espiritual para la confesion, comunion, sacrificio de la Misa,* ó sea *del recto uso de los sacramentos;* impreso en Sevilla por Andrés Grande, año de 1625, en 8.° — En idioma latino dió la siguiente obra, á saber: *Expositionem moralem et mysticam in Canticum Canticorum, quæ continet exhortationes sive sermones de omnibus religionis christianæ mysteriis atque virtutibus;* en dos tomos; Colonia, año de 1622, en fólio; impresa despues en París por Cramoysi, en el año de 1646 tambien en fólio. — Además se ocupó en escribir la *Vida, cosas notables y hechos de Marina de Escobar, virgen admirable, elegida del Señor,* continuada hasta el año de 1624, en que murió el santo y esclarecido autor, cuya obra continuó hasta que se verificó la muerte de la virgen

Marina, ocurrida en el año de 1633, el Padre de la misma Compañía de Jesus, Miguel Oreña, que fué el religioso que sucedió al P. Luis de la Puente para gobernar y dirigir la conciencia de aquella santa vírgen. La primera parte, que es la que pertenece á este artículo, se dió á luz en Madrid, impresa por Francisco Nieto en el año de 1665, en fólio. Este notable y sabio jesuita murió en Valladolid, como viene dicho, en 18 de Febrero del año de 1624, siendo de edad de setenta años, y llevando cincuenta en la religion, dejando imperecedera memoria sus virtudes religiosas, su gran capacidad y talento que demostró en muchos y notables escritos. — A. L.

PUENTE (Fr. Mansueto de la). Cual la tierra fértil, trabajada por la mano del hábil labrador, brota incansable los más ópimos frutos, que en la semilla le demandaron, así la austerísima religion de los PP. Capuchinos, santa ya por constitucion y naturaleza, y alcanzando la esmerada cultura de prelados insignes por su santidad y doctrina, ha producido tantos y tantos hombres predestinados, que son la honra de la numerosísima congregacion franciscana y de toda la Iglesia católica. El siglo XVII es el más fecundo en estos varones ejemplarísimos. El año de 1618 pasó á mejor vida en la provincia de Bresa el religioso lego de la órden de Capuchinos Fr. Mansueto de la Puente, á la avanzadísima edad de noventa y seis años, de los que pasó sesenta y seis atesorando en tan largo espacio riquísimo caudal de eminentes virtudes y merecimientos. Acrecentólos con singularidad entre los demás santos ejercicios el de una oracion continua, á la que se consagró de tal modo, que encendido con la meditacion, como cantó el Rey profeta, el fuego del amor divino, no tan solo embargaba su alma, sino tambien su cuerpo, que se habia hecho insensible á los frios rígidos del invierno. Sucediale frecuentemente abrasarse de tal modo en aquel inefable incendio, que para encontrar algun alivio se despojaba en parte de sus hábitos para que el aire templase algun tanto el ardor de su pecho. Sobre todo cuando se acercaba á la santa mesa de la Eucaristía, que no siéndole posible tolerar el incendio que alimentaba su devocion y piedad profundísima, llegaba á desfallecer, y tal vez, segun la inquietud y sobreexcitacion que le aquejaba, parecia haberle abandonado la razon. Así herida su alma del amor divino se arrebataba con violencia á unirse más y más con su amado. Desprendido, pues, de todo lo terreno el santo siervo de Dios, que le amaba con corazon tan sincero y puro, volaba sobre todas las cosas criadas, elevándose en continuos éxtasis á gozar de las delicias celestiales. No tan solo alcanzaba estos favores del Altísimo en el misterio de la soledad, pues áun cuando caminase, iba absorto en la contemplacion de Dios. Navegando cierto dia con el vicario general Fr. Apolonio de Bresa, varon ejemplarísimo, alzó los ojos al cielo, permaneciendo así por el largo espacio de tres horas, sin que bastáran las

voces y áun golpes que se le daban para hacerle volver en sí. Llegada la nave al puerto, fué necesaria gran violencia para que Fr. Mansueto lograse apercibirse que era tiempo de tomar tierra. Molestóle con frecuencia el espíritu inmundo de la lujuria, incitando al santo lego á faltar á la pureza, representándole imágenes obscenas á la imaginacion y á los ojos, ante los que le mostraba mujeres bellísimas casi desnudas, que le incitaban con torpes palabras. Pero acudiendo el varon de Dios á la defensa de su virtud, primero con la señal de la cruz, y luego con prolongadas flagelaciones y otras penitencias, conseguia ahuyentar al ángel prevaricador, y alcanzaba siempre cumplida victoria. Sus ayunos eran tan frecuentes como austeros, contentándose con yerbas desabridas y escasas porciones de pan, teniendo el agua por única bebida. El que era para sí mismo tan rígido y severo, era extremadamente benigno para con sus prójimos, en especial los que estaban dolientes ó achacosos, asistiéndoles con todos los oficios domésticos que pide la caridad, con ternura y cuidado filial. La fama de las excelsas virtudes del humilde lego capuchino resonó en breve en los oidos de varios príncipes y prelados distinguidos. Fué uno de estos Milano, obispo de Bérgamo, varon de ilustres prendas y santidad, que, como habia venerado en vida á Fray Mansueto de la Puente, quiso despues de su muerte y pidió con grande instancia poseer un pedazo de su hábito, que colocó entre sus reliquias más respetadas. El vicario general del referido prelado, llamado Horacio Federico, no tan solo creia firmemente la fama que volaba del santo lego, sino que la acrecentaba, asegurando que por sus oraciones Dios le habia libertado de una grave y penosísima enfermedad, que le llevó á los confines de la vida. Tambien el ilustre conde de Fuentes, gobernador por el rey de España del estado de Milan, muy devoto de la órden de los Capuchinos, estimaba en tanto á Fr. Mansueto de la Puente, que le visitaba frecuentemente, y abrazándole con cariño encomendaba á sus oraciones los más graves é importantes negocios, y le enviaba de comer de su mesa diariamente. Mas no era falaz ó engañosa la fe del Conde y de los demás en las virtudes y valimiento en el cielo del humilde lego capuchino. Varias personas alcanzaron de Dios mercedes señaladas por su mediacion, como Gerónimo Albano, noble borgoñés, que carecia de sucesion despues de muchos años de matrimonio, y que la obtuvo, y un cierto jóven libertino y encenagado en todo género de vicios, que debió su conversion á las plegarias de Fr. Mansueto, invitado á esta santa obra por otro religioso. Hallándose en el convento de S. Victor de Milan el año 1584, estalló cierto dia una terrible tempestad, que amenazaba con su furor á aquel numeroso pueblo, destruyendo todos los frutos prontos á recolectarse. Miró al cielo el venerable religioso, y haciendo con el libro de la regla franciscana, que en la mano

llevaba y que contenia una reliquia de un *Agnus Dei*, la señal de la cruz, se deshizo instantáneamente la tormenta, sin ningun resultado funesto que lamentar. Convencido Fr. Mansueto de que la humildad es el más seguro fundamento de todas las virtudes cristianas, la practicaba con el más solícito afan, y de todos los admirables efectos que, ayudado de la gracia, conseguia para la salud, ya espiritual, ya corporal de sus prójimos, sacando estos motivos de veneracion, él deducia tan solo empacho y rubor por verse tan favorecido de Dios. Cuando multitud de personas se arrojaban á sus piés suplicándole hiciese sobre sus cabezas la señal de la cruz, las remitia á los sacerdotes, diciéndoles que era no más que un pobre lego, que debia rendirse á todos. Habíale pedido una noble señora milanesa, por medio del guardian de S. Victor, un rosario de madera que traia consigo. Fr. Mansueto se resistió todo lo posible; pero obligado por el severo precepto de la obediencia, dió á la señora no el rosario pedido, sino otro formado de pedazos de su propia piel. Aunque la ancianidad y continuas penitencias menoscabáran notablemente su salud, y le privaran casi del todo de la vista y del oido, no disminuia su asistencia al coro y el fervor y duracion del tiempo que ocupaba en la oracion. Su última enfermedad fué penosísima, y no duró ménos de tres años, en los que no pudo abandonar el lecho. Llagado en mucha parte de su cuerpo, y atacado con inexplicables dolores, ostentaba más y más los ricos tesoros de paciencia que guardaba aquella alma, tan resignada como fuerte y animosa. Tenia siempre una cruz en la mano, con cuyo contacto encontraba siempre no solo aliento sino alegría para sufrir los terribles tormentos que le ocasionaba su enfermedad. Esperaba, pues, la muerte como desposorio feliz y puerto de salvacion, asegurado por una voz celestial que le dijo: *Ya estan perdonadas tus culpas.* Murió, en fin, Fray Mansueto de la Puente en el convento de Bérgamo, y fué sepultado con inmenso concurso de gentes de todas clases y condiciones, tanto de la ciudad como de los lugares cercanos, ansiosos todos de besar el cadáver y conseguir alguna reliquia. Mas lo que causó la admiracion general, fué que estando ya el cuerpo del varon de Dios en la iglesia entraron doce peregrinos, y hecha oracion ante el Sacramente rodearon el féretro, rezaron de nuevo y desaparecieron, sin dejar rastro de su presencia, lo que hizo creer piadosamente que los doce peregrinos eran los doce apóstoles, de quienes era devotísimo el V. Fr. Mansueto de la Puente.—C. de C.

PUENTE (Salvador de la). La ciudad de Coria, en Extremadura, fué la patria de este erudito eclesiástico, que nació por los años de 1625. Entró muy jóven en la Compañía de Jesus, y pasó á Méjico con objeto de evangelizar y convertir á los indios. Por espacio de doce años fué profesor de teología moral, y obtuvo el cargo de rector en varios colegios de su Orden en

aquella provincia. Su fallecimiento tuvo lugar en la casa profesa de Méjico el 1.° de Diciembre de 1689. Queda de este Padre un *Compendio de los siete tomos de la glosa ordinaria de la Santa Biblia*, manuscrito.—C. de C.

PUERTA (Fr. Agustin de la). Este religioso de la órden de S. Agustin floreció en el siglo XVII. Alcanzó varios cargos de importancia en su congregacion, y hallándose con el de presentado en el convento de la Vírgen del Socorro de la ciudad de Valencia, fué elegido prior del mismo el año 1692 por muerte del P. Mtro. Fr. José Ruiz. En el capítulo celebrado en el año siguiente de 1693, á 9 de Abril, fué reelegido. Gobernó con reconocido acierto y prudencia hasta 1696. Falleció en el indicado convento del Socorro á 23 de Abril de 1703. No se saben otras circunstancias de su historia.—C. de C.

PUERTA (Francisco Rus de la), doctor en filosofía, sugeto de un gran mérito por su ilustracion y grandes conocimientos, lo que le hizo obtener un lugar muy señalado en la iglesia de Bailen, y habiendo sido llamado por el obispo de Jaen, sabedor de su raro talento y sus laudables circunstancias, de moralidad á toda prueba, su fidelidad y exactitud en el cumplimiento de los deberes de su estado, le prefirió dicho prelado á otros muchos eclesiásticos de reconocido mérito, para encargarle se ocupase de escribir un tratado de la historia eclesiástica de aquella silla, en cuyo trabajo se empleó con el mayor esmero y asiduidad, cuya obra en parte se publicó con el mayor aplauso de los inteligentes; su título era el siguiente: *La Historia eclesiástica del reino y obispado de Jaen: primera parte, que contiene sus principios y progresos en la religion cristiana*. Jaen, impreso en 4.° por Francisco Perez de Castilla, año de 1634. La continuacion, ó sea segunda parte, se conserva manuscrita en el archivo de la santa iglesia de Jaen, como lo dice y manifiesta D. Martin Jimenez Jurado en sus *Annalibus Giennensibus*, pág. 509, donde celebra extraordinariamente y aplaude sobre manera la doctrina, piedad y gran caudal de ilustracion y conocimientos que poseia el sabio autor Francisco Rus de la Puerta. Este entendido y ejemplar sacerdote murió, mayor de sesenta años, el dia 25 de Marzo del año de 1649. A. L.

PUERTO (Fr. Antonio del). Este insigne religioso de la órden de la Trinidad nació en el siglo XV, en la antigua y renombrada villa de Talavera de la Reina, donde existia convento de la expresada Orden ántes de 1383, de cuyo año, con fecha 10 de Abril, hay una bula del papa Clemente VII en que le menciona. Fecundo siempre en hijos notables por sus virtudes y letras, miro como uno de los que más le ennoblecieron á Fr. Antonio del Puerto, hombre doctísimo, varon clásico en observancia religiosa, distinguido maestro y digno bajo todos conceptos del aprecio y es-

tima que le dispensaron sus contemporáneos. El año 1507 era Fr. Antonio ministro de Sevilla; y celebrándose á la sazon capítulo provincial en Talavera de la Reina, en la dominica *in cantate* obtuvo varios votos para provincial, y tenaces en tal empeño los que le distinguieron con sus sufragios, quisieron mantenerle en el indicado cargo, en oposicion del V. Mtro. Fray Francisco Palacios, canónicamente electo. Originánronse de aquí graves discordias en la Orden, hasta que intervino el sumo Pontífice que sometió la decision al arzobispo de Toledo, el cual falló á favor del P. Palacios. Distinguíase Fr. Antonio del Puerto por su celo por el rescate de los infelices cautivos que gemian en las mazmorras de los musulmanes, objeto principal del filantrópico instituto á que pertenecia; y cuando era prelado, excitaba á sus súbditos para que recaudasen las limosnas y cuantos frutos destináran para tal objeto los reyes y los pontífices, demandando personalmente al ménos una vez por semana socorros para atender á esta santa obra. Nombrado redentor general, pasó á Marruecos, y dió allí libertad á ciento cincuenta cautivos, habiendo al efecto recaudado veinte mil ducados en los conventos de Andalucía, y treinta mil en los de Castilla. Llegado á Burgos en ocasion en que la ciudad estaba alteradísima con la guerra de las *Comunidades*, unido con el V. Gayangos, trabajó con señalado fruto en la pacificacion de los ánimos, y alcanzó que aquella ciudad, cabeza de Castilla, volviese á la obediencia del emperador Cárlos V, de que se habia sustraido. A la sazon que Fr. Antonio del Puerto era ministro en la ciudad de Ubeda, tuvo ocasion de prestar eminentes servicios á la causa de la religion. Muchos de los judíos convertidos en apariencia al catolicismo, por eludir el destierro que les impusieran los Reyes Católicos, vivian en Ubeda, y Fray Antonio del Puerto se consagró á convencerlos con continuos discursos en que resplandecia, al par que la elocuencia, la caridad y la fe, logrando copiosos frutos. Los habitantes de la cercana ciudad de Baeza, conocedores de las virtudes del P. Puerto, suplicaron al obispo de Jaen D. Alfonso Suarez, les enviase para la reduccion de tanta oveja descarriada como habia en su ciudad, al apostólico varon, del que esperaban el feliz logro de su piadoso deseo. El digno prelado rogó á Fr. Antonio pasase allí, y no tuvo el buen religioso que forzar en nada su voluntad para llevar la palabra de Dios á los que la pedian. Llegado á Baeza, se disputaron porfiadamente todos los habitantes el honor de hospedarle en su casa; pero como el siervo de Dios no iba á disfrutar regalos sino á defender la causa santa de su dueño y señor, dió gracias á los piadosos ciudadanos, pero no aceptó sus obsequios, y se alojó en una ermita dedicada á Sta. Catalina. Allí acudian los *antiguos judíos ó cristianos nuevos*, á los que un biógrafo de Fr. Antonio llama *rapantes lobos con piel de oveja*, impelidos por los ministros del Rey y los de

la Iglesia, y oian del varon apostólico la explicacion de los sagrados dogmas, de las sentencias y parábolas de los profetas, del cumplimiento de sus vaticinios en Cristo, supremo autor de la ley de gracia y verdadero Mesías prometido, por cuya fe se salvaron Abel, Moisés, Aaron y cuantos justos alcanzaron la bienaventuranza. Grande y preciosa era la palabra del misionero trinitario, que con el don de persuasiva que poseia en alto grado, con su explicacion clara y sencilla, su celo por la conversion de los pecadores, su caridad y dulzura, atraia, cual el imán al hierro, á los más duros y obstinados judaizantes al gremio de la Iglesia católica. Fueron, pues, innumerables las conversiones que alcanzó, con lo que Dios premió sus trabajos apostólicos. Entusiasmados piadosamente los habitadores de Baeza, quisieron perpetuar estos espirituales triunfos de Fr. Antonio del Puerto, convirtiendo en convento de la órden de la Trinidad la ermita de Sta. Catalina. Vencidos, pues, los obstáculos que se opusieron á este santo propósito el dia 26 de Agosto de 1502, el digno misionero, con la autorizacion debida del obispo de Jaen, tomó posesion, á nombre de la Orden, de la ermita referida para que sirviese de iglesia al nuevo convento. El maestro Fr. Antonio del Puerto, siempre sediento de la conversion de las almas, continuó sus santas predicaciones en Ubeda, Baeza y otras varias poblaciones de aquel territorio, atrayendo al rebaño de Cristo muchas almas perdidas, y siendo el más perfecto tipo de las virtudes cristianas, méritos gloriosos, que le atrajeron en recompensa una dichosa muerte que aconteció en Ubeda el 17 de Julio de 1533. El P. Baronio (*in Annalib.*, fól. 176, núm. 3) hace honorifica mencion de Fr. Antonio del Puerto como de un doctor insigne y excelente maestro; transcribe á la letra el epitafio escrito sobre su sepulcro, y asegura obtuvo la dignidad de obispo dinatense. El muy erudito Jimena, en sus Anales de Jaen, inserta tambien la tal inscripcion de su tumba, sita en el claustro del citado convento de Ubeda, que ántes fuera como se ha dicho ermita de Sta. Catalina, y en tiempos más antiguos sinagoga de judíos segun Jimena, que señala su situacion muy cerca del Alcázar. El mismo escritor nos instruye que Fr. Antonio del Puerto, al que califica de uno de los varones más ilustres de España en virtud y letras, tuvo á su cargo los cuatro conventos que la religion de la Trinidad poseia en el obispado de Jaen, y que alcanzó la dignidad de obispo de Tremecen *in partibus*. La inscripcion que se leia sobre el busto de Fr. Antonio, esculpido en mármol, es la siguiente:

Sub hoc gelido lapide iacet in theologia Doctor Frater Antonius á Portu, huius Cœnobii Minister, et Episcopus Tremecensis, qui charitati fervens requievit in Domino anno 1533.

Otro testimonio de haber sido Fr. Antonio del Puerto obispo se encuentra en cierta pintura antigua, que se ve en el altar y capilla de S. Blas, que está debajo del coro en la iglesia del convento de Trinitarios de Baeza, y servia de retablo en el altar mayor del primitivo convento de Sta. Catalina: vese allí al venerable doctor Fr. Antonio del Puerto, revestido con ornamentos pontificales al lado de de un crucifijo que sirve de remate al retablo, y detrás de él muchos religiosos trinitarios, y uno de ellos tiene en las manos la mitra del digno obispo. Como prelado titular se supone sería auxiliar de los de Jaen, ausentes muchos años de su diócesi, como consta de D. Alfonso Suarez de Fuente el Saz y su sucesor D. Esteban Gabriel Merino, que murió cardenal en Roma, uno y otro contemporáneos del venerable religioso Fr. Antonio del Puerto.—C. de C.

PUERTO (Diego del), capellan y cantor de la capilla del colegio y escuela de S. Bartolomé en la ciudad de Salamanca, y beneficiado en la ciudad de Laredo. Este virtuoso sacerdote, de una vida ejemplar y de intachables costumbres, fué muy profundo en los conocimientos de la música sagrada, habiéndole dotado el Señor de un timbre de voz privilegiada que era el encanto de cuantos le escuchaban, produciendo sus acentos en el alma de los que acudian á las funciones religiosas, donde ostentaba su maravillosa voz, la ternura y el afecto más reconcentrado á los misterios divinos, siendo su talento músico y su expresion la que elevaba el ánimo en aquellos cantos sagrados, de tal modo que llamaba la concurrencia, siendo generalmente muy querido y estimado, al mismo tiempo que religiosa y silenciosamente aplaudido. Escribió una obra en 4.° titulada: *Arte del Canto llano*; Salamanca, año de 1504. Esta obra, de indisputable mérito, fué despues corregida, aumentada y publicada por D. Alfonso de Castilla, rector de la misma referida Academia.—A. L.

PUERTO (Fr. Sebastian del). Este religioso trinitario, redentor general, y consejero del emperador Cárlos V, nació en la villa de Talavera de la Reina á fines del siglo XV, y era sobrino del ilustre y venerable Mtro. Fray Antonio del Puerto, honra y prez de su Orden y de su patria. La piadosa educacion que recibió de sus padres, su inocencia de costumbres y buen natural, le impulsaron á huir del mundo y refugiarse en el claustro. Protegido en tan santo propósito por su expresado tio, recibió el hábito de los trinitarios en el Real convento de Burgos. Dióse desde luego á conocer el venerable novicio como un perfectísimo modelo de religiosos, entregándose de contínuo al ayuno, flagelacion, oracion y toda clase de prácticas piadosas, con lo que logró la más cumplida victoria sobre las pasiones, que son el mayor enemigo del hombre. No solo era heróico Fr. Sebastian en las virtudes de la castidad y mortificacion, sino en la primera de todas, la

caridad, que ejercia con el ardor de un insigne santo. Por obedecer á sus superiores, se entregó al estudio de las ciencias con aplicacion y eficacia, y obtuvo por recompensa la borla de doctor, que le confirió la célebre universidad de Salamanca. El convento de la Trinidad de Jaen fué el primero que gozó del beneficio de verse gobernado por este siervo de Dios, que mereció el nombramiento de ministro. No ménos se hizo notar como prelado que ántes como simple religioso; pues supo guiar á sus súbditos por el camino áspero y difícil de la virtud, para que pudieran llegar sin obstáculo al reino de Dios, marchando él el primero. La más exquisita observancia de la regla, la severidad en todas las acciones, el amparo cariñoso de los enfermos y menesterosos, el púlpito y el confesonario, eran los cuidados que llenaban la vida de Fr. Sebastian del Puerto. Los gemidos de los infelices cautivos traspasaban su corazon paternal, y le impulsaban á buscar los medios de socorrerlos, que encontraba con facilidad en el pueblo, admirado de sus virtudes y santa vida. Además de las limosnas diarias, que para el rescate de los encadenados cristianos recibia Fr. Sebastian, solia reunir en un dia solemne del año á las personas más notables por su fortuna ó nobleza; y formando con ellas y los religiosos una extensa procesion, recorria toda la ciudad, y predicaba despues y exhortaba al auditorio á auxiliar á los desdichados que lloraban su libertad perdida, gimiendo bajo la terrible tiranía de los bárbaros. Los religiosos trinitarios de Ubeda quisieron tener tambien en su compañía á tan santo varon, y le eligieron por ministro. No agradó mucho esta honra á Fr. Sebastian, cuyo único deseo era entregarse á Dios en la soledad de su celda, pero fuéle preciso aceptarla por el expresivo é irrevocable mandato del provincial. Continuó en Ubeda la misma práctica de admirable vida que ántes en Jaen, y alcanzó como aquí gloria y renombre. Rigió tambien con no ménos acierto el convento de Sevilla, para donde le llamó la unánime voluntad de sus hermanos y el severo precepto de la obediencia á sus prelados. En la opulenta capital de Andalucía encontró Fr. Sebastian más copiosos elementos con que sustentar su santa codicia en favor de los cautivos, y pidió se le permitiese pasar á Argel para tener el consuelo de rescatar por sí mismo á los que flaqueasen en la fe por la crueldad de sus dueños. Presentó al mismo tiempo con lágrimas la humilde renuncia de su cargo, que otras veces habia intentado; y aunque con decidida repugnancia de los dignatarios superiores de la Orden le fué aceptada. Nombrado, pues, Fr. Sebastian del Puerto redentor general, llegó con felicidad á Argél, donde á la sazon gobernaba en ausencia del famoso corsario Barbaroja un renegado sardo llamado Azán-Agá, que recibió bien á los religiosos. Corrió Fr. Sebastian presuroso á las infectas prisiones, á prodigar consuelos y socorros á los desdichados cristianos. Confesó á muchos, exhor-

tándolos á perseverar en la fe que habian profesado en el bautismo, y robusteció sus almas con la gracia de los sacramentos, que suministró á todos. Algunos meses gastó el venerable siervo de Dios en tan piadosas tareas, hasta que reunido suficiente caudal, tuvo el inefable gozo de rescatar á doscientos cautivos, número muy considerable si se atiende al precio excesivo que los argelinos exigian por cada uno. Envió Fr. Sebastian los recien libertados á España con su compañero, y permaneció en Argel para seguir prestando sus auxilios espirituales y temporales á los que aún gemian en las cadenas. Mas un decreto del emperador y rey Cárlos V, que le llamaba para ocupar una plaza en su consejo, le hizo con sentimiento abandonar la tierra de Africa. La virtud, ciencia y abnegacion del digno religioso habian llegado á oidos del Emperador de dos mundos, que sintió vivo regocijo al verle en su presencia, pues contaba encontrar en él un poderoso auxiliar para llevar adelante la difícil mision de gobernar á los hombres. Continuó en Castilla Fr. Sebastian del Puerto hasta el año 1541, en que dispuesta por el Emperador la conquista del reino de Argel, llamó desde Italia á su fiel y virtuoso consejero, de cuyas luces no queria privarse en tan grave empresa. La escuadra, que se componia de sesenta y cuatro galeras, doscientos buques armados y otros ciento de transporte, con veinte mil hombres de armas, arribó á las playas africanas el 8 de Noviembre del citado año 1541. Sabidas son las contrariedades y obstáculos insuperables que malograron los intentos del Emperador, y los graves padecimientos morales que allí le afligieron. El santo Fr. Sebastian le consoló y animó á sobrellevar con ánimo real, cual convenia á su estirpe y á su notoria magnanimidad, las repetidas pruebas á que Dios le sometia. Los religiosos trinitarios, que acompañaban al ejército imperial por disposicion de Fr. Sebastian del Puerto, no cesaban de entregarse á la oracion en la azarosa vida del campamento, para que el cielo aplacase el furor de los elementos desencadenados. «No hay consejo contra Dios, decia el venerable Redentor general; besemos el azote, y limpiemos nuestras conciencias para que el Señor temple sus justas iras. Conformes con su divina voluntad, pidámosle misericordia, rogándole con humildad admita el sacrificio, aunque por altos fines é inescrutables juicios, despues de tan molesto afan, no ha llegado á cumplirse nuestro deseo. No todo lo que el hombre intenta lo aprueba el cielo, aunque parezcan justísimos los motivos, y las empresas sean de varones justos. Santo era el glorioso S. Luis, y llevado del ardor de su fe, habiendo pasado á Palestina á vengar los insultos que los bárbaros otomanos hacian en oprobio de nuestra religion católica en aquellos lugares sagrados, que nuestro Redentor y Maestro consagró con su preciosa sangre, y santificó con su presencia, llegando á la práctica de sus gloriosos intentos, admitió el sacrificio,

pero no le concedió el Señor ver cumplidos sus votos, y perdió el santo rey la fuerte escuadra que habia aprestado para esta gloriosa empresa. La numerosa tropa de católicos, que pasó á esta conquista, ó perdió la vida á manos de los sarracenos, ó la libertad, y pasando adelante la desgracia, se halló cautivo el santo Rey, por altos juicios de Dios, que veneró y adoró sus altas permisiones, sacrificándole de nuevo su voluntad. Años despues, llevado del mismo ardor en obsequio de la santa fe, se dirigió con otra armada á Túnez; y habiendo saltado en tierra con sus tropas, embarazó el Señor sus pasos enviando pestilencia mortal á tan lucido y numeroso ejército, azote que obligó tambien al santo Rey á rendir su aliento á la Parca, entregando su espíritu al cielo. La victoria que negó el Dios de los ejércitos al Rey Cristianísimo, concedió á V. M. Cesárea los años pasados; ahora, alternando el Señor con sabia providencia los sucesos, ha puesto entredicho á sus pasos moviendo este soberbio huracan, con la tempestad de lluvias y ceño desapacible con que causa terror á las gentes el erizado invierno. Si por altos fines no gusta al cielo conceder á V. M. los triunfos, sea en buen hora, abracemos con resignacion esta tragedia que el Señor con alta providencia nos envia, y sirva de mérito lo que de necesidad se ha de padecer, por más que lo intente desmentir el arbitrio humano, pues contra lo ordenado y dispuesto por Dios no hay consejo.» Con tan doctas y piadosas palabras del venerable Fr. Sebastian se fué dilatando el acongojado ánimo del Emperador, que se resignó á los rudos golpes de la fortuna, y se confesó con su consolador y consejero. Volvió Fr. Sebastian del Puerto á España, siempre en la comitiva del Emperador, y tomó tierra en Cartagena, donde pidió y obtuvo licencia para pasar al convento de Burgos, y allí en la tranquilidad y retiro de su humildo celda, pudiera dedicarse exclusivamente á la obra de su salvacion. No sin grave repugnancia accedió el invicto Cárlos V á separarse del varon santo á quien destinaba para uno de los principales obispados de los inmensos dominios de España; pero Fr. Sebastian del Puerto, con humildad profunda y vertiendo copiosas lágrimas, procuró desvanecer el alto concepto en que le tenia el Emperador, y arrojándose á sus pies le suplicó desistiese de su proyecto, pues él no era más que un gran pecador, la más vil sabandija del mundo. Obligado, pues, con tantas instancias, acedió por fin el César, rogándole le encomendase á Dios y le hiciese digno de gozar de su presencia, y besándole la mano Fr. Sebastian, salió de Ocaña, donde esta escena tenia lugar, y se dirigió á Burgos. Allí fué recibido con las mayores muestras de alegria por los religiosos sus hermanos, y á despecho de su avanzada edad se entregaba á los ejercicios y quehaceres que la regla le imponia con el ardor y actividad de sus primeros años, sin arredrarle el rigor de la

testacion ni el grave peso de los años y de los achaques que traen en pos de sí. El Señor le avisó de su cercana muerte, y se dispuso santamente y con alegría para tan solemne momento. Fortificada su purísima alma con los sacramentos, voló al cielo. Apénas sabido en la ciudad el acontecimiento, acudieron en tropel casi todos sus habitantes á honrar los restos del que tanto amáran en vida, pagando el tributo de sinceras lágrimas al santo siervo de Dios, cuya vida fué modelo de todas las virtudes cristianas. —C. de C.

PUEYO (Alberto), natural de Palma, á los veinte años de su edad vistió el hábito de carmelita en el convento de esta ciudad; motivos que ignoramos le obligaron á dejar aquella religion, y en 10 de Junio de 1625 entró en la de cartujos en el monasterio de Jesus Nazareno de Valldemosa. Fué prior y una de las personas de nombradía de aquel tiempo; declaró en el proceso formado en 1626 para la beatificacion de la beata Catalina Tomás, y murió á los cincuenta y seis años de edad á 23 de Diciembre de 1644. Escribió en un tomo en fólio, adornado con escudo de armas, una crónica de su monasterio que lleva este título: *Fundació y succesin estat de este real manastir sagrada cartuxa de Jesus de Nazareth de Mallorca, son glorios principi per le serenisim rey D. Marti de Aragó añy del Senior* 1391. Esta obra la acabó de escribir en 16 de Setiembre de 1641, manifestando en el prólogo que empezó este trabajo en 1631 á instancia de su amigo el cronista D. Juan Dameto, y que lo tuvo interrumpido todo el tiempo que le fué preciso pasar á la cartuja de *Ara Christi*, reino de Valencia. El Padre visitador D. Andrés Alvaro se lo hizo continuar y poner en órden en 1634; sin embargo, esta crónica tiene falta de método, altera algunas veces la cronología, y en los puntos de que quiere hablar por incidencia es sobradamente difusa. A lo último de ella hay un *Catalogus Monachorum, fratrum, ac doctorum hujus sacræ Cartusiæ Majoricarum à serenissimo pissimoque Martino Aragonum Rege in honore sanctissimi Jesu Nazareni Dei ac Redemptoris nostri fundatæ: die* 15 *Augusti anno* 1599. Este necrologio lo trabajó el P. Puig en 1638. —J. B. de R.

PUEYO (Alberto), jesuita mallorquin, hermano del antecedente: nació en esta ciudad á 1.° de Noviembre de 1671: creemos que aún se conserven algunos escritos suyos. —J. B. de R.

PUEYO (D. Domingo). Natural este eclesiástico de la villa de Sariñena, reino de Aragon, despues de recibir la instruccion necesaria ingresó en la universidad de Lérida, en donde recibió los grados de artes y de teología. Nombrado en la misma universidad catedrático de vísperas, cuyo profesorado desempeñaba en 1626, en este mismo año incorporó los expresados grados en la de Zaragoza, en la que obtuvo la cátedra de filosofía, y despues

desempeñó la de teología como catedrático extraordinario el año 1632 y siguiente. Siguiendo los concursos sinodales, fué vicario de la parroquial de S. Pedro de Zaragoza, y de este puesto ascendió en 1633 á la rectoría de Blancas del mismo arzobispado. Escribió las obras siguientes, que fueron muy elogiadas por sus censores: *Primus tomus disquisitionum logicalium subtilioris doctrinæ, quæ nunc floret in universitate cæsaraugustana, miro ordine dispositarum, vel disquisitiones logicæ;* Zaragoza, por Verges, 1628, en 4.°: dedicó esta obra al arzobispo de Zaragoza Fr. Juan de Peralta.—*Compendium totius philosophiæ rationalis;* Zaragoza, por Dormer, 1631, en 4.° Murió muy sentido de sus feligreses el 10 de Agosto de 1640, y se hace mencion de su capacidad en la vida del cronista Andrés, en Latassa, de Escritores aragoneses, y en otros autores.—C.

PUEYO (El Mtro. Pedro). Nació en Roda este eclesiástico, sin que podamos citar la fecha. Consta que fué doctor en teología, rector de Beranuy, diócesis de Lérida, y orador sagrado muy celoso en el siglo XVII. Venerándose en el pueblo de su naturaleza el cuerpo del obispo S. Ramon, en la iglesia de S. Vicente, fué muy devoto de este Santo, en cuyo elogio pronunció oraciones sagradas de verdadera uncion evangélica. Se ignora tambien la fecha de su nacimiento; y la obra que acreditó su mérito y que fué muy alabada por sus contemporáneos y áun por los que despues la han conocido, es: *Sermon de S. Raimundo, obispo de Roda y de Barbastro*, donde se refiere su historia hasta ahora oculta á muchos, y engrandece las alabanzas de dicha ciudad de Barbastro, en cuya iglesia catedral lo dijo, impreso en Lérida por Enrique Castan, en 4.°, el año 1632.—C.

PUEYO Y ABADIA (Fr. Francisco). Fué este religioso franciscano, hermano del obispo de Albarracin D. Fr. Luis, de quien nos ocupamos á continuacion. Tomando el hábito en el convento de observantes de S. Francisco de Zaragoza, llegó á ser padre de la provincia de Aragon, despues de haberse jubilado de lector de su convento, y mereció por su ciencia y virtud ser predicador del rey D. Felipe V. Escribió una obra intitulada *Espejo evangélico*, fabricado de todas las festividades mayores y menores con sus dominicas desde ceniza hasta resurreccion, con variedad de sermones panegíricos, que dedicó al obispo su hermano, cuyo libro se imprimió en Madrid en fólio el año 1703, en el que fué muy bien recibido de los eclesiásticos entendidos y alabado por algunos de ellos. Murió este virtuoso religioso en su convento de Zaragoza el año de 1722.—C.

PUEYO Y ABADIA (D. Fr. Luis). Entre los nobles del reino de Aragon se cuenta la ilustre casa de Pueyo, de cuya estirpe nació en Zaragoza en 1640 D. Luis Pueyo. Con vocacion á la vida contemplativa desde su infancia, tomó el hábito de la órden Carmelitana en el convento de su patria el año

1655, y profesó en su regla de observancia en el siguiente. Pasando con aprovechamiento los estudios de artes y teología, se graduó en la universidad en ambas facultades, y fué nombrado por su mérito catedrático de filosofía de aquel liceo literario el año de 1670. En los anales de la expresada universidad de Zaragoza consta, con relacion á los cursos escolásticos de los años 1673, 1676 y 1681, que era lector en las cátedras de Escoto y de Sto. Tomás; que en 1685 explicaba la sagrada Escritura; que en 1691 desempeñaba la cátedra de vísperas y en 1692 la de teología, despues de la cual se jubiló, habiendo enseñado en esta universidad por espacio de veintitres años sin interrupcion. Al propio tiempo desempeñó los graves cargos de maestro en su religion, de examinador sinodal del arzobispado de Zaragoza y de otras diócesis, calificador del Santo Oficio en Aragon, prior de varios conventos de su Orden y provincial de este reino. Las graves tareas mencionadas no le impedian dedicarse á la oratoria sagrada, y fué muy famoso predicador. Llegando á la corte la fama de su virtud, piedad y privilegiado talento, el rey D. Cárlos II le presentó para el arzobispado de Sacer, en Cerdeña, y poco despues para la mitra de Albarracin, para la cual fué consagrado obispo con toda solemnidad. Laboriosísimo en todos sus cargos, dejó escritas muchas obras, que acreditan su gran capacidad y literatura, entre las que aparecen como las principales, segun los elogios que por ellas le tributan en las suyas el cronista Rodriguez, Sousa, Latassa y la Universidad en sus *Memorias y Crónicas*, las siguientes: *Analogías del púlpito;* Zaragoza, por Ibar, 1676.—*Proporciones predicables en las fiestas de la Vírgen y de S. José;* Zaragoza, por Dormer, 1694.—*Sto. Tomás de Aquino contra los errores y la impureza;* por id, en id, 1695.—*Elogios del angélico Doctor Sto. Tomás;* Zaragoza, por Gascon, 1694.—*Sermon en el ingreso de religiosas en las Capuchinas de Doña María Andrea de Moncayo;* Zaragoza, por Dormer, 1695.—*Primera de la Cátedra de Sto. Tomás de Aquino y despues hasta la sexta;* por id., id., en 1697 y 1698.—*Crepúsculo matutino del sol Sto. Tomás de Aquino;* en id., por id., 1699.—*Cátedra manual de Sto. Tomás de Aquino;* Zaragoza, por Magallon, 1698. De esta obra se publicaron otros tomos en el año siguiente por Magallon y por Martinez.—*Tiempo y eternidad, consejeros fieles del hombre;* Zaragoza, por Gascon, 1700.—*Enigma, pobre y rico, religioso y príncipe, desatado en la vida del célebre carmelita Fr. Domingo Lumbier;* Zaragoza, por Gascon, 1687.—*Oracion fúnebre* del expresado carmelita, fué impresa en aquella obra.—*Respuesta política y moral a los Cartujos de* Aula Dei *de Zaragoza;* Zaragoza, 1682.—*Filosofía económica, política y moral;* Zaragoza en 4.°—*Oracion encomiástica al rector Marta, arcediano de Tarazona;* Zaragoza, en 4.°—*El hombre es la mejor y peor criatura que hay fuera de la omnipotencia;* obra póstuma, que publicó

su hermano el Mtro. Carmelita Fr. Tomás Pueyo y Abadía en Zaragoza, por Martinez y Larumbe en 1706. Además, segun la *Memoria* escrita y publicada por su referido hermano, dejó otras obras importantísimas manuscritas, que se conservaban en el palacio episcopal de Albarracin. Fué tal la laboriosidad de este venerable prelado, que, segun afirma Latassa, áun el mismo dia en que murió, se levantó de la cama para corregir, como lo hizo, un pliego de pruebas de una obra suya que se estaba imprimiendo. Hallándose en Zaragoza, le atajó la muerte en medio de sus laboriosas tareas el año de 1704, habiéndosele dado sepultura en el convento de su Orden. Queriendo la universidad de Zaragoza honrar debidamente la memoria de tan esclarecido hijo, y trasmitir á la posteridad, en lo posible, con las noticias de su sabiduría y virtud, sus agradables facciones, hizo colocar su retrato en su paraninfo, é imitando á este cuerpo literario la órden Carmelitana, le expuso de cuerpo entero en los claustros y escaleras del convento de la misma en Zaragoza.—B. C.

PUEYO Y ABADIA (D. Fr. Tomás). Hermano este ilustre religioso del señor Pueyo, obispo de Albarracin, del que hablamos en esta obra, le alcanzan todas las excelencias de familia que allí mencionamos. Naciendo en Zaragoza, entró como aquel en el mismo convento del Cármen á 9 de Mayo de 1658, y profesó en 1660. Dedicado al estudio de las letras sagradas, obtuvo en la órden del Carmelo el grado de maestro, y se graduó de doctor en las universidades de Zaragoza y de Huesca, habiendo desempeñado en esta las cátedras de filosofía y teología por espacio de algunos años. Completó la obra del obispo, su hermano, intitulada: *El hombre es la mejor y peor criatura que hay fuera de la omnipotencia*, escribiendo desde el cap. XVIII de la primera parte hasta el fin de la segunda, dedicando el cap. XXV á dar razon de la muerte, méritos y memoria de su citado hermano y prelado. Escribió tambien la oracion predicable intitulada: *A la Emperatriz de los cielos María santísima del Pilar*, que se imprimió en 4.° en Zaragoza en su tiempo, y otros sermones que se conservaban en su convento. Fué el P. Mtro. Tomás Pueyo prior del mismo convento, provincial de Aragon, calificador de la Inquisicion, definidor general y examinador sinodal del arzobispado de Zaragoza y de otras diócesis; y despues de haber llenado con el mayor celo los deberes de todos sus graves cargos y edificado á todos con su devocion á la Vírgen del Pilar, murió en su convento el 28 de Marzo de 1717, sentido de cuantos le conocian.—C.

PUEYO Y DAMETO (José), presbítero, doctor en sagrada teología y ambos derechos, canónigo y tesorero de esta santa iglesia catedral, vicario general de este obispado, nombrado por el obispo D. Juan Fernandez Zapata en 25 de Octubre de 1722, y canciller, juez de competencias del reino de

Mallorca. Nació en Palma, de la esclarecida familia de los Pueyos, antiguos infanzones de Aragon, justicias, regentes y presidentes de aquel reino, el dia 17 de Febrero de 1677, y fueron sus padres los señores D. Francisco Miguel de Pueyo y Suñer, caballero de la órden de Calatrava, y Doña Isabel Dameto y Rocaberti. Hizo los estudios en Salamanca, recibiendo en aquella universidad todos los grados literarios, y regresado á su patria, abrazó el estado eclesiástico, cediendo el derecho de progenitura á los mayorazgos de su abuela Doña Catalina Suñer y Cantillas, esposa del Sr. D. José de Pueyo Muñoz y Mendez de Sotomayor, caballero del hábito de Santiago, regente del Consejo de Aragon y del de la Santa Cruzada, á favor de su hermano segundo D. Antonio de Pueyo y Dameto, á quien la majestad del rey D. Felipe V, en 27 de Agosto de 1718, concedió título de Castilla con denominacion de marqués de Campo-Franco. El cronista D. Ventura Serra elogia altamente el talento y doctrina del canónigo Pueyo: nos han asegurado que en el archivo de su casa existen excelentes producciones de su pluma; pero no hemos podido ver más que un papel en fólio, impreso en dicha ciudad en 1744, con este título: *Sententia perillustris domini D. Joseph de Pueyo, etc., in causa contentionis exortæ inter curias ecclesiasticam et secularem regiæ Audientiæ. Super eo videlicet. An cassanda, revocanda, et anulanda sint procedimenta in dicta curia ecclesiastica facta, tam super reintegratione doctoris Antonii Serra, Matthæi Ferrer, Gabrielis Clar, et Joannis Serra, in collegio B. M. V. Sapientiæ Matris, quam super carceratione in carceribus ecclesiasticis (de ordine vicarii generalis capitularis sede episcopali vacante) de personis collegialium Petri Josephi Pons, ejusdem collegii præsidis, Francisci Vicens, et Cristofori Torelló Acolythi, etiamque super sæcuestro facto in bonis, et redditibus dicti collegii prætextu expensarum processus, et provisionis in curia ecclesiastica factæ 13 Julii labentis anni 1744. Tamquam gessa, et attentata contra sententiam dicti domini perillustris cancellarii prolatam. I Aprilis ejusdem anni.* Murió D. José de Pueyo el dia 15 de Marzo de 1755, y está enterrado en la capilla del Corpus Christi de la santa iglesia catedral, en cuyo sepulcro se lee el epitafio que sigue:

D. O. M.
JACET HIC
D. D. JOSEPHUS DE PUEYO PRESBYTER
QUEM NOBIS CUNA NOBILISSIMUM
PHILOSOPHIA SOPHUM, THEOLOGIA DEDERAT
MAGISTRUM
JURIS JURE DOCTOR JUS DICERE DIDICIT,
ET EXEQUI,

AD CANONICUM ET THESAURARIUM ASSUMPTUS
THESAUROS NON ALIBI CONDIDIT
QUAM SACCULIS QUI NON VETERASCUNT.
VICARIUS GENERALIS ET OFFICIALIS ET GUBER
NATOR FACTUS
EPISCOPUS VISUS EST
NEC AD INFULAS MERITA SED SOLÆ INFULO
MERITES DEFUERE
COMPETENTIARUM JUDEX DESIGNATUS,
QUID SIBI COMPETERET CLARIUS MANIFESTANS
A CATHOLICO REGE.
REGIUS BALEARIUM CANCELLAR. CONSTITUTUS
TOT PUBLICIS CURIS DISTRACTUS.
A SE IPSO NON ABIVIT
SED ÆTERNUM DIEM ADIIT DIE XV.
MENSIS MARTII ANNI M.DCCLV.
ÆTATIS SUÆ LXX.VIII.

J. B. de R.

PUGA (Gregorio Vazquez de). Era natural de Compostela en la Nueva Galicia (América), y vió la luz el 15 de Julio de 1677. Deseando consagrarse á Dios, vistió la sotana de la ilustre Compañía de Jesus en Tepozotlan el año 1698. Por espacio de nueve años enseñó filosofía en la Puebla de los Angeles y en Méjico y despues teología. Tambien mereció ser elegido para el cargo de rector de varias casas de su Orden, y murió en la referida ciudad de la Puebla de los Angeles el año 1747. Dejó escritos: 1.° *Philosophia ad usum scholarum Societatis Jesu, 4 tomis contempta.* Envió á Europa el original de esta obra para que se imprimiese, pero no llegó á verificarse.—2.° *Dissertationes principes Marianæ.* — 3.° *Disputationes in octo Aristotelis lib. Physicorum.* Los dos manuscritos que acabamos de mencionar se conservaban en la biblioteca de la universidad de Méjico, y el que sigue en la posesion de Beristiano de Sousa.— 4.° *Libellus apologeticus super lacrymabili homicidio P. Nicolai de Segura, in mexicana professorum domo Societatis Jesu præpositi.* — C. de C.

PUGANDIO (Fr. Félix de). En la provincia de Nápoles y á fines del siglo XVI floreció el santo religioso capuchino Fr. Félix de Pugandio, de nacion italiano, y sacerdote tan agradable á Dios por su oracion continua y admirables virtudes, que habiéndosele aparecido el alma de un religioso que muriera poco ántes, llamado Fr. Jácome, y pedídole que con sus sufragios le aliviase de las penas que en el purgatorio padecia, tan solo con rezar por

él tres veces la corona de la Vírgen le libró del purgatorio. Llegó Fr. Félix á la postrera vejez, y lleno de años y virtudes durmió en el Señor en el convento de la Concepcion de la citada provincia de Nápoles.—C. de C.

PUGET (Francisco Amado). Nació este doctor de Sorbona en Mompeller el 28 de Agosto de 1666. Dedicado á la carrera de la Iglesia, fué vicario de San Roque en París. Cuando desempeñaba este cargo fué llamado á auxiliar al célebre Lafontaine, que se hallaba atacado de una grave enfermedad; y logrando convencerle de sus errores, tuvo una gran parte en su conversion, como lo escribió al abad de Olivet; relacion curiosísima, que se publicó en el primer tomo de las *Memorias literarias del P. Desmolets*, de donde se ha tomado en otras varias obras en que se ha insertado. En 1696 entró en la congregacion del Oratorio. Mr. Colbert, de quien era amigo, le hizo ir al año siguiente á Mompeller, en donde le puso á la cabeza de su seminario. Llevábale este prelado en su compañía cuando visitaba pastoralmente su diócesis, valiéndose de sus luces para mejor gobernarla. Despues de permanecer muchos años Puget en su patria, se decidió á ir á París, en donde practicó con gran éxito conferencias públicas sobre casos de conciencia en el seminario de Saint-Magloire, lo que le valió ser nombrado por el cardenal Noailles miembro de la comision encargada de hacer la reforma de la liturgia de la diócesis de París. Murió Puget en el expresado seminario el 14 de Abril de 1725. Hizo célebre su nombre el *Catecismo de Mompeller*, compuesto de órden del prelado Colbert para la instruccion y enseñanza de los recien convertidos, libro que une á la sencillez y claridad una vasta doctrina razonada de la Iglesia, en la que se dilucidan y explican con precision cuestiones controvertibles entre los teólogos. Dogma, moral, sacramentos, oraciones, ceremonias, usos y costumbres de la Iglesia se explican en esta obra con tanta sencillez como elegancia. Toda la Francia adoptó este catecismo, y no habiendo país católico que haya dejado de traducirle, aún conserva entre nosotros en el presente siglo XIX una gran reputacion. La primera edicion se hizo en 4.° en París el año 1702, y en 1725 hizo reimprimir en Aviñon separadamente el compendio de este catecismo, que estaba unido al grande, Monseñor Charency, sucesor en la diócesis de Colbert, pero se recogió á causa de las duras observaciones que se le hicieron por los demás prelados, por las alteraciones que se permitió hacer en esta edicion. Existen una porcion de ediciones del catecismo grande, en las que han hecho los editores adiciones en diversos sentidos, segun sus diferentes opiniones. El mismo P. Puget hizo una adicion en la publicada en 1710; pero habiendo desagradado al prelado Colbert, se convino entre ambos que la suprimiria en la edicion latina, que estaba preparando cuando le sorprendió la muerte, en cuya ocasion estaba ya impreso el primer volúmen y muy

adelantada la del segundo. Apénas murió Puget, cuando esta obra, á solicitud del cardenal Bissy, fué retenida, á pesar de haber obtenido privilegio del Rey, y el impresor Simant no pudo terminarla ni publicarla hasta que el Dr. Claver, contra la renuncia de otros muchos censores, no mutiló algunas oraciones del texto, y de este modo se publicó en 1725 á solicitud de Mr. Desmolets, con el título de *Institutiones catholicæ*, en dos volúmenes en fólio. En esta edicion se ven enteros los pasajes de la Escritura y de los Padres, que solo se hallan indicados en las ediciones francesas. Fué reimpresa esta edicion en Venecia en 1769. En las *Lettres curieuses*, publicadas en París en 1768, se da una razon de las diversas ediciones que se han hecho del catecismo del P. Puget hasta 1820. Conócense de Puget, además de su precioso catecismo, las obras siguientes: *Lettre á Mr. de Colbert*, acerca de la asignatura del formulario.—*Lettre á M. le Cardinal de Noailles*, sobre la bula *Unigenitus*.—*Instruction chretienne sur la Prière*; París, 1728, en 12.°; viene á ser en lo general la traduccion del tratado de los Padres, sacada de su catecismo.—*Instruction sur les principaux devoirs des chevaliers de Malte;* París, 1712, en 12.° De esta obra solo es el P. Puget el revisor y editor.—*Memoire d'un docteur de Sorbonne*, consultada por los comisarios del Consejo de Regencia, encargado de resolver las cuestiones propuestas, con relacion á la oposicion que hace el Papa al Rey, negándose á dar las bulas á los obispos nombrados por el soberano. Esta memoria se imprimió en el primer volúmen de la obra titulada *Avis aux princes catholiques*, publicada en 1769.—*Lettre au president Bon*, á continuacion de la *Disertacion* de éste sobre la seda de las arañas. Además dejó sin imprimir el P. Puget los manuscritos siguientes: *Cartas dirigidas á M. Bossuet, general de los lazaristas*, en las que hace la apología del sistema de Law.—Una *Carta á Mr. Perier, clérigo del capítulo de Clermont*, sobre la composicion de un nuevo Breviario y un trabajo sobre el de Narbona. Mr. Tabarad escribió la biografía del P. Francisco Amado Puget en la *Biografía Universal de Michaud*.—C.

PUGLIESE (Benedicto), religioso de la órden de Menores, fué un varon muy ilustre por su santidad y virtudes, natural de Apulia, y ornamento de la religion católica. Era notable por su modestia y humildad, muy dado á la oracion y exactísimo en el cumplimiento de los deberes de su instituto. Su pobreza era suma, usando siempre el hábito muy deteriorado, pero siempre muy limpio y aseado. Era muy parco en el uso de alimentos y bebidas, siendo muy frecuentes sus ayunos á pan y agua, mortificando su carne con ásperos silicios y frecuentes disciplinas, siempre dispuesto á refrenar y castigar los deseos y exigencias de la carne. Su gran piedad y su grande amor á Dios y al prójimo era ejemplar, condoliéndose de los trabajos

y penalidades á que está sujeta la humanidad. Celoso defensor de la fe de Jesucristo, lo que le valió la corona del martirio en compañía de otros santos mártires, hermanos suyos, en la ciudad de Bitinia, en el reino de Bulgaria, en el año de 1369, siendo cruelmente maltratados y ejecutados por defender y sostener incólume la sacrosanta fe que profesaban, llevados del santo objeto de la salvacion de las almas, y de difundir la religion de Jesucristo en aquellos bárbaros é incivilizados búlgaros, que estaban sumidos en la más crasa ignorancia y supersticion. Fueron compañeros en el martirio del santo Benedicto los bienaventurados religiosos sacerdotes Fr. Andrés, natural de Hungría, Fr. Gregorio de Jadera, Fr. Nicolás de la Marca y el lego Fr. Tomás de Fulgino, como lo refiere el bienaventurado Fr. Bartolomé de Pisa en la parte segunda de la *Historia de los Frailes Menores*, que ilustraron su Orden con sus virtudes y santidad. Igualmente hacen conmemoracion de este múltiple martirio Gonzaga en la primera parte del *Orígen y varones ilustres de la Religion Seráfica;* Tosiniano, libro I, *Historia Seráfica;* Picqueto, en el *Catálogo de los varones ilustres de la órden de Menores;* y Algeciras, en su *Arbol Epilógico de toda la Orden Franciscana.*—A. L.

PUGLIOLA (Bartolomé), religioso del órden de los Conventuales menores, nació en Bolonia en 15 de Octubre de 1378, entrando en la religion á la edad de quince años. Descolló sobre manera entre sus colegas durante sus estudios en el cultivo de la filosofía y teología, explicando estas dos ciencias en diversas ciudades de Italia, mas su estudio favorito fué el de la historia. Dióse á conocer en la capital del orbe cristiano por su aptitud é idoneidad en la predicacion, que practicó por espacio de muchos años, explicando con gran solidez y erudicion los augustos dogmas del catolicismo, refutando á los herejes de su tiempo, pero sin dar grande importancia á las sutiles cuestiones escolásticas que ocupaban á los teólogos en sus dias para enmarañar más las vidriosas cuestiones religiosas y crear en las inteligencias dudas sospechosas en órden al catolicismo. Ni se limitaron solo sus predicaciones á la dilucidacion y magnífica exposicion de las hermosas verdades de la religion cristiana, sino siguiendo la conducta y ejemplo de los Padres de la Iglesia, cultivó tambien la parte moral, no ateniéndose solo á mostrar con encantadoras formas la grandiosidad del catolicismo, sino procurando además inclinar á su amor á todos los corazones creyentes. No imitó la conducta de nuestros oradores modernos que, guiados por un espíritu punible de ostentosa vanidad, blasonan, en la cátedra donde la humildad debe resplandecer ante todas cosas por ser ella la verdad, de sabios, de ilustrados, de entendidos en todas las materias ajenas al lugar sagrado, sin tener en cuenta que el público sensato no busca en la iglesia los discursos académicos, ni arengas polémicas, ni oraciones poéticas, que para esto acude si le place

á los salones parlamentarios, á los ateneos, á los teatros ó academias, sitios todos en los cuales puede saborearse en admirar las bellezas literarias, los rasgos de imaginacion. Triste es y lamentable la conducta de los que alejan del lugar cristiano el nombre más amado del cristianismo, el que constituyó la esencia del cristianismo, Jesucristo, sin cuya autoridad son estériles é infecundas las palabras humanas. ¿Por qué no escudarse en todo caso con el Evangelio? Por qué no ceñirse á la magnífica exposicion de sus leyes y máximas? ¿Porqué no presentar, ora con encantadoras formas, ora con acento tremebundo, ora mostrando á la religiosa muchedumbre en lontananza dulces esperanzas, consolador porvenir, la corona y el laurel inmarcesible con que los ángeles aguardan al virtuoso en los umbrales de la eternidad; ora anunciando sin exageracion, pero con tono severo, las terribles amenazas fulminadas por el Dios del Sinaí á los transgresores de sus divinas ordenaciones, á quienes el espectro horrendo del infierno aguarda en las cercanías de la tumba, de los instrumentos horripilantes, en actitud calmosa parecida á la del gigante que espera en una emboscada, pronto á sofocarle con su planta desapiadada? Creemos poco digna la conducta de los sacerdotes destinados al ministerio altísimo de la predicacion, que por transigir con el depravado gusto de su auditorio, por halagar sus oidos, por no inquietar su conciencia, por dejarlos sumidos en su letárgico adormecimiento, no osan pronunciar las bendiciones ó los anatemas del Omnipotente, los premios ó los castigos, ni manifiestan los precipicios, ni reprenden los vicios, ni en fin cumplen con ninguno de sus sacrosantos deberes, deshonrando las cátedras del espíritu con las historias y pasajes de filósofos incrédulos ó paganos, que no son dignos de que sus nombres resuenen en las bóvedas sagradas. ¡Ah qué desgracia tan lamentable! avergonzarse de presentar á Jesucristo, ora caminando al Gólgota cargado con un leño enorme, emblema de los vicios ó iniquidades de la humanidad entera, ora glorioso y cubierto de resplandores en la cima del Tabor, dando á sus siervos una ligera muestra de sus glorias y grandezas. ¿Qué asuntos puede inventar el hombre tan grandiosos, tan magníficos, tan sublimes, tan divinos, que puedan ser comparados con la grandeza, con la sublimidad, con la divinidad verdadera de los asuntos religiosos? ¿Qué puede pensar que seduzca y arrebate fuera del dilatado campo del cristianismo? ¿Por ventura la region del mundo sobrenatural no abunda en mayores y más inequívocas bellezas que el mundo natural? ¿Qué semejanza puede haber entre Dios y el hombre, entre el cielo y la tierra? Otra de las importantes secciones que vemos descuidadas en la oratoria sagrada moderna es la exposicion de la verdadera, de la sólida piedad, en que tanto se distinguió nuestro esclarecido orador Bartolomé Pigliola, no desdeñándose en seguir las seguras huellas trazadas por los santos Padres y doc-

tores de la Iglesia, por esos hombres inspirados que despues de extasiar al público con la exposicion de los grandes dogmas cristianos, no creian indigno de su grandeza, ántes al contrario considerábanse en el deber imprescindible de hacerlo, el enseñar minuciosamente los fundamentos del verdadero misticismo. Como quiera que el público no siempre discurre con acierto, como quiera que áun cuando sepa y esté perfectamente imbuido en los principios fundamentales de la religion, no siempre deduce las consecuencias con respecto á la vida privada con acierto y rectitud; como puede haber lugar en las delicadas materias de la virtud á grandes y monstruosas ilusiones que extravian del verdadero sendero á los creyentes, preciso es que el ministro del Evangelio recurra á todas estas necesidades, si quiere evitar el lastimoso estado de angustias y de espirituales penalidades á las almas piadosas, expuestas quizá á su perdicion eterna. No solo es deudor el ministro del Altísimo al publico del pan de la inteligencia, del pan del corazon; no solo debe esforzarse en ostentar la verdad en toda su amable y hermosa sencillez; no solo debe fijar su atencion en elevar las inteligencias y los corazones más allá de ese cerúleo firmamento, donde reina la suma dicha rodeada de purísimos séres, que se extasian de gozo ên su presencia, sino que debe además dar consejos minuciosos para rechazar las sugestiones enemigas. ¿De qué sirve que mostreis el bien supremo que mora en las elevadas regiones eternales, si no indicais los medios más adecuados para llegar á su perfecta posesion? El cumplimiento de estas máximas generales de la oratoria cristiana dió á Bartolomé Pugliola una grande y merecida fama. A consecuencia de sus afanes apostólicos fué promovido al cargo de general de la Orden, que desempeñó por largo espacio de tiempo con atinada prudencia. Pasó á mejor vida en 10 de Febrero de 1436, á la edad de cincuenta y tres años. Es el principal redactor de la *Crónica de Bolonia*, extractada más tarde por Jacobo Blanchini, y que fué publicada hácia los años de 1372 al de 1407. Ha sido continuada hasta fines del siglo XV, y dada más tarde á luz por Muratori en diez y ocho tomos.—N. L.

PUIG (Fr. Ambrosio), del órden de los Mínimos, natural de Tarragona, lector jubilado, examinador sinodal y calificador del Santo Oficio. Escribió: *Sermones en las fiestas del altar mayor de Sta. María del Mar de Barcelona*; en 1782, por Benito Pla.—*Poesías sobre la muerte de la reina de Francia*, manuscritas.—*Oratio gratulatoria in electione præpositi generalis ordinis Minimorum*, 1788. *Bib. episc. Misc.*, tomo XXII.—O. y O.

PUIG (Fr. Antonio de). Este religioso de la órden militar de nuestra Señora de la Merced y Redencion de cautivos, obtuvo notables y distinguidos cargos en la religion, como el de maestro en sagrada teología y procurador general en Roma. A sus vivas instancias levantó el sumo pontífice Calix-

to III la inhibicion de la colecta de las limosnas, para el rescate de los infelices cautivos, que en 1478 el obispo de Barcelona, delegado de la Santa Sede, habia impuesto para destinarlas á otros usos. Por lo demás son desconocidas las circunstancias de la vida de este mercenario, que segun su apellido debió de ser de familia ilustre del principado de Cataluña ó del reino de Valencia. — C. de C.

PUIG (Fr. Arnaldo), dominico. Escribió y dedicó á D. Hugo, obispo de Tortosa: *Arte de predicar* (*Ars prædicandi*), que tenia D. Antonio Agustin en su Biblioteca, núm. 150. Echard y Quetif le colocan entre los escritores del siglo XIV.—O. y O.

PUIG (Fr. Francisco). Este venerable Padre franciscano, aunque de patria y padres ignorados hasta hoy, consta que tomó el hábito y profesó en el convento de Jesus de Barcelona. Por su erudicion y ciencia, en union de sus virtudes, mereció que apénas terminados sus estudios, fuese instituido lector en teología del mismo convento ya nombrado, en el que leyó esta ciencia sagrada algunos años con gran aprobacion y crédito. Pareciéndole despues más provechosa al bien de su alma la práctica de la teología mística, que lo especulativo de la cátedra, dióse á la lectura de los libros espirituales y devotos, y encontrando en ellos su desengaño, renunció la lectura, pasándose á la santa recoleccion. Apénas estuvo en ella, sediento de mayores mortificaciones, se despojó de toda especie de calzado, y reservándose tan solo un hábito pobre y deteriorado con que cubrir su desnudez y ocultar á los ojos de todos el silicio con que maceraba su cuerpo, añadiendo á tan áspero instrumento las más crueles flagelaciones, solo con el santo objeto de contener los estímulos violentos de la carne. Era tambien muy fervoroso y contínuo en la oracion, asistiendo al coro dia y noche y quedándose allí orando despues de los maitines hasta la mañana. Ayunaba frecuentemente, y con singularidad los sábados, en honra de María Santísima, de la que fué muy fervoroso devoto, empezando el ayuno el viernes al medio dia hasta la misma hora del domingo. Fué muy celoso en observar el voto de pobreza, por lo que aborrecia las cosas supérfluas en los religiosos; no odiaba ménos la ociosidad, la más terrible enemiga del espíritu; por cuyo motivo, celoso del bien de las almas, salia á las villas y lugares situados en los sitios más fragosos, á llevarles la palabra de Dios, despreciando el rigor de los elementos, pues solo atendia al bien de sus prójimos, reduciéndolos á la penitencia y no á sus propias comodidades. Habiendo entrado el ejército de Felipe IV, con motivo de la guerra que ardia en Cataluña, por la parte de Tortosa, se vió afligida esta ciudad y sus cercanías por el terrible azote de la peste, muriendo en el hospital multitud de personas. Corria á la sazon el año 1639, y vista por el venerable siervo de Dios Fr. Francisco Puig la

carencia de sirvientes que se notaba en aquel benéfico asilo, inspirado por el cielo, se ofreció á servir y asistir á los apestados, y con licencia de sus prelados corrió allí. Acometido del contagio, y viéndose llamado por Dios el que se ofreció víctima de la caridad, recibió con ferviente devocion los sacramentos, y falleció en el referido año. Fué sepultado en el entierro de los religiosos del convento de Jesus de Tortosa, donde estaba la enfermería. C. de C.

PUIG (D. Francisco), rector de Ayguafreda, natural de Vich. Escribió: *Pronostich nou del any* 1605, *en vers.* Se hallaba, dice el Sr. Amat, en la Biblioteca de Carmelitas descalzos. — O. y O.

PUIG (D. Jaime). Nació en Argensola, término sufragáneo de Castellon de Bages, en la baronía de Balsareny, obispado de Vich. Se distinguió como eclesiástico de ejemplar conducta y gran celo por la religion y la prosperidad de los pueblos. A su ingenio natural se agregaba su aplicacion á los estudios, y un entendimiento muy claro y muy despejado y libre de preocupaciones. Trabajó mucho en la Congregacion de S. Vicente de Paul, y obtuvo no pequeño fruto en los pueblos donde hizo sus misiones. Vivia retirado en la casa-parte, y no obstante su espontáneo alejamiento del servício público, hacia algunas excursiones, especialmente para visitar al ilustrísimo obispo de Vich, Sr. Veyan, con quien consultaba sus benéficos proyectos. Fué uno, sin duda el más importante, la saludable reforma del clero secular y regular, á cuyo fin cooperaban tambien en aquel tiempo celosos monjes del monasterio de S. Feliu de Guixols, los PP. Juan y Fr. José Font, y tambien el P. Mtro. Mas, del famoso monasterio de Poblet. «El Sr. Puig, dice su erudito biógrafo Amat, dejó todos sus manuscritos á su buen amigo el licenciado D. Félix Abeyá, hijo de Sampedor, beneficiado de dicha iglesia y cura párroco de la vecina parroquia de Sta. Ana de Claret, sita en el término de dicha villa, eclesiástico muy digno de la íntima amistad que contrajo con el Sr. Puig por su angelical candor, suma aficion al estudio y evangélica caridad con el prójimo, en cuyo elogio bastará decir que fué de la familia del Sr. Amat, á quien sirvió de sub-bibliotecario en Barcelona y por quien fué dirigido en los estudios, hasta que de catedrático de latinidad en el colegio de Tarragona pasó á beneficiado de Sampedor, donde volvió á reunirse al fin de la vida con su amado mentor. Encargado el Sr. Abeyá por el Sr. Puig de entregar los manuscritos al Ilmo. Sr. Amat, dispuso éste que se remitiesen á Madrid, en donde el Ilmo. Sr. Castrillo y otros sabios eclesiásticos, despues de haberlos leido, celebraron muchas de las ideas de reforma que contenian, muy conducentes al bien de la Iglesia y del estado. Ultimamente los ha destinado á la *Biblioteca de autores catalanes* del Seminario episcopal de Barcelona. Entre dichos manuscritos son particularmente dignos

de leerse los siguientes: *Catecismo grande de la Religion*; cuatro tomos en 4.°—*Proyecto para la direccion de colegios tridentinos; explicacion del monasterio de nueva planta, mapa, edificios y varios puntos relativos á las ciencias y facultades que en él se enseñarian*; obra del P. Mas.—*Tratado del modo de vivir y de saber que el P. S. Benito mandó observar á sus monjes*, del mismo P. Mas.—*Archivos para papeles de presbíteros.—Milicias tridentinas.—Necesidad de estar veinte años en los colegios.—Reglamentos puestos en varios códices. Reflexiones y notas de un eclesiástico sobre el proyecto de los colegios tridentinos. Reforma del clero y de las costumbres de los fieles.—Adicion al discurso sobre educacion clerical para misiones y conversion de fieles.—Reglas por mayor para poner en obra lo que contiene el discurso sobre colegios tridentinos.—Primeras reglas generales de la proyectada congregacion encargada de los colegios tridentinos.—Carta del P. Mas al P. Diego de Cádiz*, fecha 21 de Setiembre de 1781; y otra *al Excmo. Sr. D. Luis de Borbon, arzobispo de Toledo*, á 18 de Diciembre de 1801.—*Escrutinio de pestíferas ignorancias.— Sobre las exenciones de los regulares.—Resúmen del discurso presentado al Rey sobre colegios tridentinos. Propuestas resumidas de los fines y medios de la proyectada congregacion para colegios tridentinos.—Prefacio para el catecismo.—Original educacion de muchachas.—De modo supplendi capitula religionum eligendique earum supperiores. Tractatus miscellaneus cujus aliquæ extensiones specie in tabula indicantur.—Plan de demarcacion ó báculo prudencial de los terrenos que corresponden á cada uno de los monasterios proyectados.—Coadunacion de los católicos entre sí y el Papa.—Motivos y medios de aceptar las elecciones de empleos.—Apuntamiento del órden diario de los proyectados colegios y varias cartas sobre otros puntos.—Plan económico relativo á la reforma de las órdenes monacales, útil sumamente á las mismas órdenes, á los pueblos y á toda la santa Iglesia.—Union de rentas monacales ad effectum.—Modo para efectuar en poco tiempo el proyecto monástico.—Medios para juntar limosnas.—Explicacion de los mapas de edificios proyectados.—Importancia de vivir en la soledad.—Carta de Felipe V cuando renunció la corona á favor de su hijo en 1724.—Coleccion de mapas ó diseños alusivos al proyecto ó índice de los enviados al Excmo. Sr. Conde de Floridablanca, ántes está el diseño de la enfermería y casa de campo.—Misterios del Rosario, con notas.* Hay en estas obras, en concepto del Sr. Amat, escasa crítica, si bien abundan en buenas ideas y recto criterio, ideas que algunos trataban de jansenistas, porque en aquella epoca, como decia el Sr. Veyan se abusaba sobre manera del significado de aquella palabra.— O. y O.

PUIG (P. Jaime), jesuita, natural de Cervera. Enseñó gramática en Lérida, filosofía en Gandía y teología en Barcelona. Fué despues rector del colegio, y últimamente procurador de su provincia en Roma. Entró jesuita en 1600. Escribió: *Commentaria in Machabæos*, t. II.—*De casibus diffici-*

lioribus in articulo mortis.—De miraculis S. Crucis.—Sermó fúnebre de Luis XIII lo just, rey de Fransa y de Navarra, compte de Barcelona, y relació de las exequias celebradas en esta ciutat en 1643. Dos sermones de Santa Cruz; uno de la *Invencion*, y otro de la *Exaltacion*, ambos con el nombre de Pedro Guiscart. *Sermon de Sor Hipólita Rocaberti:* se halla al fin de las obras de esta escritora.—O. y O.

PUIG (Fr. Juan de), dominico, inquisidor en Tolosa de Francia. *Collectanea*, vol. 1.°, P. Mendez. Esta es la única mencion que hemos hallado de este monje catalan.—O. y O.

PUIG (D. Juan), canónigo penitenciario de Tarragona, de la universidad ó Real estudio, y administrador del seminario arzobispal por el Ilmo. señor Llinás. Escribió: *Catalogus archiepiscoporum Tarraconensium*, que se puso al principio de las sinodales del mismo prelado, impresas en Barcelona por Rafael de Figueró en 1704, viviendo el autor.—O. y O.

PUIG (D. Leopoldo Gerónimo), beneficiado del Pino. Fué este escritor catalan el autor del *Diario de los literatos*. Escribió tambien, entre otros trabajos, el titulado *Carta al autor del dia grande en Navarra.—Censura de la Biblioteca Matritense de Iriarte.—Aprobacion del Estudiante pregunton*, y un *Soneto* que vió la luz en el anti-teatro crítico de D. Salvador Mañer. Consigna Amat que en la Biblioteca Real se halla un volúmen de cartas y papeles pertenecientes al Diario. Letra T., 108.—O. y O.

PUIG (Fr. Miguel de). Pertenecia este religioso á la órden militar de nuestra Señora de la Merced y Redencion de cautivos. Floreció en el siglo XVI, y es mencionado en las crónicas particulares de aquella religiosa Congregacion con motivo de haber concurrido siendo prior del convento de Barcelona y definidor del capítulo celebrado en la ciudad de Valencia el 18 de Octubre de 1544, donde tomó parte en la resolucion de que se tomase dinero á censo sobre la baronía de Algar, para acudir á la ruina que amenazaba al castillo de este nombre, sito en las riberas del Palancia, y que era pertenencia de la órden de la Merced por donacion del noble caballero Don Ramon de Morelló, que lo debiera á la munificencia del rey D. Jaime I y de su esposa Doña Violante.—C. de C.

PUIG (D. Pablo), clérigo menor en la casa de S. Sebastian de Barcelona, prepósito y regente de estudios, calificador del supremo Consejo y del Santo Oficio de la Inquisicion de Barcelona, examinador general de su obispado y de otros muchos. Fué de un talento extraordinario, dice el erudito Sr. Amat; pero se dejó arrastrar del vicio dominante entónces de usar continuamente de conceptos agudos, y muchas veces pueriles, de metáforas bajas y de aplicaciones acomodaticias de los textos de la Escritura. El Sr. obispo Climent, despues de haberle oido el primer sermon, le envió á llamar

y le alabó su ingenio, y le dió la Retórica de Granada, traducida por encargo suyo por el P. Mtro. Alberico Rubia, monje bernardo de Valldigna; y al cabo de pocos dias predicó un sermon en la catedral enteramente arreglado á ella: quedó tan prendado el S. Climent, que le convidó á comer, y quejándose de que no predicase siempre como aquel dia lo habia hecho, le respondió el buen anciano con aire respetuoso, pero festivo, encogiéndose de hombros: «Ilmo. Sr., yo he de predicar á gusto de quien paga.» No obstante, desde entónces se abstuvo de aquellas agudezas que cabalmente eran la causa de que muchos fueran á oirle. Hasta pocas horas ántes de morir conservó su genio festivo, y dijo: «Hasta ahora he sido el P. Puig, ya comienzo á ser el P. Puf, y luego seré el P. Fuig.» Fué tambien buen poeta. «Mi hermano D. Ignacio recogió una gran parte de sus sermones y de pláticas para el misterio del Rosario, que he mandado encuadernar con varias poesias catalanas y castellanas, y se hallan entre los Mss. de mi librería.» Se publicó del P. Puig un *Sermon del divino Redentor* en la colocacion de su imágen con la cruz á cuestas en la iglesia de S. Sebastian de Barcelona, en 7 de Enero de 1767; Barcelona, por Cárlos Sapera. — *Oracion fúnebre en las exequias que celebró la Real Junta de Comercio y consulado de Barcelona por el Sr. D. Cárlos III en 16 de Enero de* 1789; Barcelona, por Suria y Bergada. — *Sermon en accion de gracias por los socorros concedidos por el Rey á la casa de Misericordia de Barcelona;* 1772.—*Fragmentos del Salmo CXIII que canta la Iglesia en la procesion de la Assumpta.*— *Sermon de la Virgen de Monserrat en* 1747.—O. y O.

PUIG (Fr. Pedro), mártir, del órden de S. Agustin; natural de Barcelona. Publicó: *Tesoro manual de las salutaciones con que la Iglesia nuestra madre alaba á María Santísima todos los dias del año y en sus cuatro tiempos, segun uso del Breviario romano, añadido un novenario de nueve sábados sobre la Salve mayor.* Un tomo en 8.° Barcelona, por Juan Nadal, 1760. O. y O.

PUIG (Pedro), natural de Cataluña y autor del trabajo literario intitulado: *Vida de la V. madrona Clarina.*—O. y O.

PUIG (D. Salvador), capellan mayor de la iglesia del Palau de Barcelona. Fué socio de número de la Real Academia de Buenas Letras de dicha ciudad, examinador sinodal del obispado y del de Solsona, etc. Hé aquí las obras que escribió y menciona en su *Diccionario de escritores catalanes* el señor Amat. *Gramática castellana para uso del Seminario episcopal.—Oracion fúnebre que en las exequias celebradas en los dias 10, 11 y 12 de Marzo de 1774 por el Excmo. Sr. D. Antonio Alvarez de Toledo, marqués de Villafranca, dijo éste en la iglesia del Palau de la condesa de Barcelona.* Bib. episcopal, Misc. t. I.—*Oracion fúnebre del Dr. Bolló en* 1754.—*Sermon de la*

expectacion en 1754. Es muy sensible, dice el mismo autor, que esté sin imprimir la alocucion latina desde el siglo VII al XII, en que demuestra eruditamente la sucesiva variacion de estilo y frase de aquella época. Se hace mencion de ella en el t. I de las *Memorias* de la Real Academia de bellas letras de Barcelona, pág. 488. —O. y O.

PUIG Y BLANCH (D. Antonio). Escasas son las noticias que se han reunido para formar la biografía de este benemérito escritor catalan. El apreciable arcipreste Sr. Corminas, al dedicarle un artículo en su *Suplemento*, se lamenta de que han sido infructuosas las diligencias practicadas para poder extenderle como lo reclamaba tan excelente literato y hablista. «Buscaremos sus trabajos, dice, como quien va recogiendo cosas perdidas en una vasta llanura que no es dado seguir en todas sus partes. *La Inquisicion sin máscara*, que dió á luz en Lóndres, con el pseudónimo de Natanael Jomtob, y despues la publicó en Lóndres en idioma inglés.» Tenemos entendido que tambien tiene una *Gramática hebrea*, impresa en Alcalá de Henares en 1808. *La Revista de España de Indias y del Extranjero*, en su núm. 42, insertó del Sr. Puig y Blanch una *fábula* en verso, inédita. Los datos que el Sr. Amat consigna en su *Diccionario* son que nació en Mataró, y fué algun tiempo novicio en la cartuja de Montealegre. En 1807 era catedrático de lengua griega en la universidad de Alcalá, en la cual estudió leyes y cánones, é hizo brillar su gran talento y singular aplicacion, habiendo presentado durante el mismo año á S. M., por conducto del Sr. Ceballos, la traduccion de una obrita árabe de agricultura. Al siguiente fué elegido redactor de la *Gaceta*, cuando estaban ya entrando las tropas de Napoleon, y cuyo destino no llegó á servir. En 1821 fué nombrado diputado á Córtes por Cataluña. «Creo ha publicado varias obritas en prosa y tambien en verso, alguna de estas en catalan: solo he visto la *Historia de las Comunidades de Castilla*, y una oda *á la supersticion*. Escribió y publicó en Lóndres una obra filológico-filosófica, que impugnó D. Joaquin Villanueva; al cual respondió Puig y Blanch, con la obrita titulada: *Falsedades y renuncios del Dr. D. Joaquin Villanueva, eclesiástico de campanillas, en su crítica del proyecto de la obra filológico-filosófica del Dr. Puigblanc, puestas de manifiesto por el interesado.* Lóndres, en la imprenta de Gutrie y Lovell, 1829.» Por lo demás, dice el Sr. Corminas, no podemos añadir otra cosa á los datos de las memorias que las siguientes noticias relativas á sus estudios. Aprendió las primeras letras, humanidades, filosofía y matemáticas en la escuela pia de Mataró, y siendo muy jóven hizo oposicion á la cátedra de retórica en el seminario tridentino de Gerona, que le fué aprobada. Cursó en el seminario espiscopal de Barcelona cuatro años de instituciones teológicas y dos de sagrada Escritura é historia eclesiástica. En todos los cursos, desde los primeros estudios, me-

reció el premio de los más aventajados; dejó buen nombre por el lucimiento de sus ejercicios, y mereció la estimacion de sus maestros. Pasó á Madrid, y en el colegio de Sto. Tomás siguió dos cursos de moral; despues cursó leyes en la universidad de Alcalá, y dos años de disciplina eclesiástica en los reales estudios de San Isidro. Impidiéndole la asistencia á las cátedras de los estudios mencionados concurrir á las de hebreo y griego, se aplicó á estos idiomas privadamente; y habiéndose presentado á exámen ante los catedráticos de San Isidro, le hallaron tan adelantado que le calificaron como si hubiese cursado dos años de aquellos idiomas. Despues asistió por espacio de seis meses á la cátedra de lengua hebrea de San Isidro, y ganó un curso de lengua griega en la universidad de Alcalá, donde sustituyó las cátedras de hebreo y griego. Hizo oposiciones á los curatos de Cuenca y á las plazas de cura y penitenciarías de los hospitales general y de la Pasion de esta corte. La falta de fecha de unas testimoniales del Sr. Puig y Blanch, que tenemos á la vista, nos prohibe determinar estos datos como era regular. — O. y O.

PUIG Y FORT (D. Jaime). La patria de este ilustre prelado fué la villa de Llivia diócesis de Urgel, y su nacimiento tuvo lugar en 1.° de Febrero de 1765. Siguió su carrera escolástica en la universidad de Cervera, y estudió teología en el seminario conciliar de Barcelona, y moral en el de Urgel. Fué vicario y coadjutor de los párrocos de Añoras, Figuerola, Gasol y Peramola, por concurso sinodal, oficial eclesiástico de los partidos de Tremp y Oliana, examinador sinodal en ejercicio, y gobernador de la diócesis de Urgel. Como justo premio á sus relevantes méritos y servicios fué presentado por el rey Fernando VII para la mitra de Barbastro en el 20 de Junio de 1828, y preconizado en Roma en 15 de Diciembre del mismo año y consagrado en Zaragoza en 8 de Marzo del año siguiente. A despecho de sus virtudes y avanzada edad, el digno obispo de Barbastro hubo de sufrir las persecuciones que muchos de sus hermanos en los tristes dias de la revolucion, y se vió obligado á buscar un refugio en país extranjero, viéndose reducido en Francia á vivir casi en la indigencia. Por fin el año de 1846 fué autorizado para regresar á su diócesis, é hizo su entrada en Barbastro el 25 de Mayo del citado año, en medio del júbilo y regocijo de sus diocesanos, que le compensaron con creces las tribulaciones y sinsabores que algunos pocos extraviados le ocasionáran en aquellas épocas de fiebre y anarquía. Aunque el gobierno habia dispuesto se ayudase al prelado para sus urgencias con veinte mil reales, y se le tributasen los debidos homenajes por las autoridades, el celo del pueblo de Barbastro, representado por su ayuntamiento y personas notables, fué aún más allá, haciendo cuantos dispendios fueron necesarios para el obsequio de su digno pastor,

uno de los más venerables y ancianos de la Iglesia española. Al poco tiempo bajó al sepulcro, llevando tras sí las lágrimas de sus diocesanos, que le amaban cual tiernos hijos, y en él terminó la série de los obispos de Barbastro; pues conforme al último Concordato, esta antigua sede fue suprimida y agregado su territorio al de la inmediata de Huesca. —C. de C.

PUIG-MOLTÓ (Fr. Nicolás de). Nació este venerable Padre maestro de la órden de San Agustin en la villa de Alcoy, reino de Valencia, en el siglo XVI, de padres piadosos y nobles, que le educaron en todo género de virtud y buenas letras, en las cuales hizo notables progresos, que fueron anuncio de los que habia de hacer en adelante en la religion. Temiendo, pues, el piadoso jóven anegarse en las turbulentas olas del proceloso mar de las pasiones, se acogió á la religion como seguro puerto, y tomó el hábito de San Agustin en el convento de su villa natal, y cumplido el año de su noviciado, hizo solemne profesion con gran contento y alborozo. Señalóse por su aplicacion y puntualidad en asistir al coro y oficios divinos, y su amor á la soledad y retiro, para consagrarse á la oracion, mortificacion y penitencia, de tal manera que llenaba de admiracion á sus hermanos. Era observantísimo de la humildad, obediencia y castidad, y resplandecia, en fin, en todas las virtudes, siendo el espejo y ejemplo de la religiosa comunidad de que formaba parte, y que en aquellos tiempos contaba con tantos santos hijos como la historia muestra. No ocultándose á los prelados y dignatarios de la Orden las raras prendas de virtud que resplandecian en Fr. Nicolás Puig-Moltó y su buen talento, le ordenaron que estudiase la filosofía y teología, en que aprovechó tanto como era de esperar, y le confiaron el grado de lector y luego el de maestro en justa recompensa de su aplicacion. Era, pues, el P. Puig-Moltó un famoso filósofo y teólogo, un célebre escriturario y un insigne predicador; y como era natural, alcanzó en la religion muchos y graves cargos. En el año 1571 era prior en Játiva, y en el de 1575 en Alcoy. Miróse como una justa preferencia que Dios hizo á su siervo el haberle elegido para ser el consuelo de los habitantes de Alcoy, cuando aconteció el sacrílego robo que hizo Juan Cresol: el caso fué de esta manera. El tal Cresol, de nacion francés, dominado por el demonio de la codicia, robó en la iglesia parroquial de Alcoy el jueves 29 de Enero de 1578 el Santísimo Sacramento. Comulgó sacrílegamente, despues de haber cenado, todas las formas que contenia el copon, y enterró este y otros vasos sagrados en el establo de su casa, poniendo sobre ellos gran monton de piedras, y sobre estas un haz de leña. Los muy católicos alcodianos buscaron con lágrimas de dolor el celestial tesoro que habian perdido, durante tres dias, por todo el término de la villa, obrando el cielo en este tiempo estupendos prodigios; pues ni el pan se coció en los hornos,

ni los niños tomaron el pecho de sus madres, ni los lobos acometieron los ganados, que los pastores abandonaban en los montes, y otros muchos que se refieren en la historia particular de este sacrílego hecho. Pasados los tres dias, inspiró Dios á cierto hombre sencillo, llamado Juan Esteve, que en casa de Juan Cresol estaba escondido el sagrado robo, y demandando licencia á los magistrados para reconocer la casa del robador, la examinó cuidadosamente al principio sin fruto, pero al fin con el gozo de encontrar los ocultos vasos sagrados. Prorumpió en lágrimas de ternura y en gritos llamando á sus compatriotas para presentarles, como otro S. Juan Bautista, el *Agnus Dei* que habia encontrado. En aquel momento terminaba el santo sacrificio de la misa el P. Fr. Nicolás Puig-Moltó, y daba gracias á Dios y suplicaba consolase á los fieles vecinos de Alcoy, devolviéndoles el sagrado tesoro que buscaban. Oyó entónces una voz interior que le ordenaba imperiosamente saliese á la calle. Obedeciendo al impulso divino, oyó las voces de Juan Esteve, que clamaba: Misericordia! Misericordia! y guiado por ellas, llegó al establo de Juan Cresol, donde vió al Sacramento descubierto y á Juan Esteve y otros varios vecinos arrodillados, adorándole y tributándole copiosas lágrimas en hacimiento de gracias. Tomando, pues, en sus manos el venerable religioso los vasos sagrados, fué llevado en hombros, en una solemne procesion, á la iglesia parroquial, cantando el *Te Deum*, donde el párroco, al colocar el copon en el sagrario, observó estaban allí tres formas milagrosamente conservadas. De la parroquia partieron todos al convento de San Agustin á dar gracias á María Santísima de Gracia. En memoria, pues, de este suceso el patriarca D. Juan de Ribera, arzobispo de Valencia, fundó en la casa de Juan Cresol un convento de religiosas Agustinas descalzas, con el título del Santo Sepulcro. En él se celebra todos los años el 31 de Enero, en memoria del hallazgo, una solemne fiesta, y sale de allí lucida procesion, en que se lleva el Santísimo por las mismas calles que recorrió el ladron cuando huyó con el sacrílego robo. Durante algunos años, era el Santísimo llevado en manos del prior de Agustinos, por haber sido de esta Orden el religioso descubridor el venerable Puig-Moltó, pero despues fué sustituido por el cura párroco. Continuó, pues, Fr. Nicolás Puig-Moltó en sus santos ejercicios de oracion y penitencia hasta el fin de su vida, que tuvo lugar por los años de 1590, en el mismo convento de Alcoy que tanto habia ilustrado con sus virtudes y santidad. —C. de C.

PUIG DE PASQUES (Sor Josefa). Fué su nacimiento en la antiquísima villa de Murviedro, en el reino de Valencia, de padres nobles y virtuosos, llamados D. Jacinto Puig de Pasques y Doña Francisca Marza, en el siglo XVII. Apénas contaba cuatro años, cuando la llevaron al convento de religiosas

Agustinas de Morella, y en él se educó al cuidado y sombra de su excelente y virtuosa tia la M. Sor Elena Marza. Crióse con tan digna compañía tan temerosa de Dios y tan recogida y devota, que era el modelo del convento. Asistia al coro y demás actos de la comunidad con exquisita puntualidad. Desde su primera edad profesó la más tierna devocion á su patrono San José, y empezó á celebrarle una solemnísima fiesta todos los años con asistencia del ayuntamiento de la villa, que continuó toda su vida, y dejó encargado no se interrumpiese despues de su muerte, como se verificó. Tan luego como llegó Sor Josefa á la edad de quince años, vistió solemnemente el hábito de S. Agustin, que ya usaba por devocion; y terminado su noviciado, profesó el 3 de Marzo de 1646, con gozo singular de su alma pura y cándida. Fué, pues, desde aquel para ella venturoso instante, espejo de virtudes y tipo de perfeccion, no tan solo al convento sino tambien á la villa. Sobresalia en la humildad y amor á la pobreza evangélica y caridad con los pobres, pues ninguno que llegase á demandarle socorro dejaba de obtenerle, ya en moneda, ya en trigo, ya en vestidos, despojándose á veces de los muy precisos con que contaba para su uso. Todo su crecido caudal le consagró al mayor esplendor del culto divino, ó al alivio de los menesterosos, y vivia pobre y estrechamente, de tal manera que en su última enfermedad hubo que buscar prestada la exigua cantidad de veinte reales para comprar los medicamentos á aquella que habia poseido considerable fortuna. Su comida ordinaria eran yerbas, sus hábitos pobrísimos y groseros, su tocado muy modesto, que adoptó toda la comunidad, excluyendo el de seda, que ántes usaba; su celda pobre y desalhajada. En cambio invirtió gruesas sumas en la fábrica de la nueva iglesia de su convento, en el altar mayor y otros que hizo, de modo que la órden de S. Agustin es deudora á esta santa religiosa de uno de los más bellos templos que posee en la antigua corona de Aragon. Fundó tambien y dotó en la misma santa casa la Misa de la renovacion todos los terceros domingos del año, que se celebra con desusada solemnidad, la fiesta anual á S. José y otras. Concedióle tambien el Señor el don de pureza en el más alto grado, y para guardar tan rica joya maceraba su delicado cuerpo con silicios, ayunos y disciplinas y oracion continua. Mostró tambien su heróica paciencia tanto en las terribles dolencias que padeció como en las graves contradicciones que por mirar por la honra de Dios le suscitaron. Obtuvo en la Religion los cargos de procuradora, sacristana y dos veces priora, desempeñándolos todos con tanta prudencia como celo. Siendo tornera y priora se oponia á los que inquietaban á las religiosas con frecuentes visitas; y aunque tan santo celo le ocasionó repetidas pesadumbres, no cejó nunca en su santa empresa. Era observantísima de la regla y constituciones de la Orden, pero de natural afable, ge-

neroso y santo, y por tanto querida de todos y muy venerada de los prelados de la Orden, que miraban en ella una verdadera sierva de Dios. Por sus excelsas virtudes se le permitia comulgar todos los dias. Llena de años y merecimientos, murió con la paz del justo el 23 de Enero de 1691. Es tradicion en la órden de S. Agustin que el V. P. Pascual, su confesor, tuvo revelacion divina de la gloria de sor Josefa Puig de Pasques.—C. de C.

PUIGÆRCOS ó DE PODIO CERCOSO (Fr. Bernardo), del órden de Predicadores, inquisidor de Cataluña en 1320. Escribió la *Respuesta á la cuestion de Raimundo de Arca:* An violaria et censualia sint honesta? Hállase esta obra al fin del tratado de Arca, Ms., en el archivo de S. Cugat del Vallés, en papel y en pergamino.—A. C.

PUIGSERVER (P. Andrés), de la Compañía de Jesus. Nació en la ciudad de Alicante el 1.° de Diciembre de 1701. Entró en la Compañía á 27 de Mayo de 1717, y habiendo leido filosofía en el colegio de Gandía, en cuya universidad recibió el grado de doctor teólogo, profesó solemnemente el dia 15 de Agosto de 1735, y poco despues fué destinado para leer teología en el colegio de S. Pablo de Valencia, donde desempeñaba cuando escribió Jimeno la cátedra de Escritura. Imprimió: *Sermon dedicado á S. Luis, rey de Francia, el dia sexto de la dedicacion del nuevo templo de PP. Mínimos; fiesta de la nacion francesa;* en Valencia, por José Esteban Dolz, 1739, en 4.°—*Oracion fúnebre en las reales honras que por el Rey nuestro señor D. Felipe V celebró la Real Audiencia de Valencia en el convento del Cármen de la misma ciudad, el dia 10 de Setiembre de* 1746. En Valencia, por la viuda de Antonio Bordazar, dicho año, en 4.°— O. y O.

PUIGVENTOS (B. Juan de). Este religioso de la órden de Sto. Domingo era natural del reino de Valencia, y ofreció en su santa vida el más noble ejemplo de los que quieran consagrarse á la santa empresa de trabajar por el bien de las almas. Encendido, pues, en el celo de la conversion de los moros á la fe católica, los combatió denodadamente no solo predicándoles de continuo con tanto fervor como elocuencia, sino tambien enseñando el idioma árabe, que poseia con perfeccion, á muchos de sus hermanos, para que pudiesen ocuparse en su conversion. Tambien tomó á su cargo afirmar en las creencias cristianas á los moros recientemente convertidos, lo que practicaba con tanto fervor y caridad que el rey D. Pedro III de Aragon le concedió privilegio especial, en que ordenaba á todos los oficiales reales asistiesen al B. Juan de Puigventos en tan santo ministerio, en que alcanzó copiosos frutos. Célebre, finalmente, por los prodigios que obró, murió devotamente en el convento de su Orden de Valencia el 13 de Noviembre de 1301, manifestando el Señor su gloria con frecuentes milagros despues de su muerte. Su cuerpo se venera en el camarin de S. Luis Beltran. Un cro-

nista de la órden de Sto. Domingo termina la biografía del B. Fr. Juan de Puigventos con esta santa sentencia : *El que se fatiga por la salvacion de los demás alcanza la propia.*— C. de C.

PUINOIX (Juan de). Es nombrado en latin, de *Podionucis*, por el lugar de su nacimiento, en el Limosin, país de Francia. Impulsándole su virtud y devocion al estado eclesiástico, tomó el hábito en la órden de Sto. Domingo, y era prior del convento de Limoges el año 1399, á la sazon que los religiosos de las provincias que obedecian al papa Benedicto XIII le eligieron general de la Orden. El especial cuidado que mostró en sostener la más rígida disciplina, acreditó lo acertado del nombramiento que habia merecido á sus hermanos; y el papa Benedicto dió muestras de conocer lo que valia y lo mucho en que le estimaba, enviándole el año 1408 con un cardenal y tres arzobispos á Liorna, para tratar el gravísimo asunto de la paz de la Iglesia con los representantes de Gregorio XII. Los cardenales, mejor intencionados que los dos pretendientes á la tiara, habian encontrado medio de inutilizar las medidas que ambos habian tomado, reuniendo un concilio en la ciudad de Pisa el año 1409. Juan de Puinoix, muy adicto á Benedicto XIII, cuyo nombre anterior era Pedro de Luna, no conservaba bajo su dependencia más que las tres provincias que formaban el reino de Aragon; pero en fin, habiéndose sometido en 1416 al Concilio general de Constanza, tan célebre en los anales de la Iglesia, y habiéndose Puinoix manifestado con lucimiento por su ciencia y virtud en repetidas ocasiones, renunció el generalato de la Orden en 11 de Noviembre de 1417, y en cambio le fué conferido el obispado de Catania por el nuevo papa Martino V. Nombróle éste tambien su confesor, y le excitó á que provocase con un sentido discurso la clausura y disolucion del Concilio, que en efecto pronunció el 22 de Abril de 1418. El mismo Pontífice le dió dos años despues una nueva muestra de su predileccion, nombrando al obispo Juan de Puinoix nuncio apostólico en Sicilia. Tambien mereció á Alfonso V, rey de Aragon, el nombramiento de gobernador de aquella isla, en union de Nicolás Cataneo de Messina, cargo que desempeñó por espacio de tres años, á 24 de Setiembre de 1422, con nombre y honor de virey. La muerte de este ilustre prelado, que tanto figuró en los principales acontecimientos de su época, ocurrió en 1431. C. de C.

PUIS (Dionisio du). Fué uno de los trescientos franceses que, obcecados con ciertas doctrinas peligrosas, habian abrazado el protestantismo, y se convirtieron de nuevo á la santa religion católica por las predicaciones de Veron, en el año de 1330, en la ciudad de Caen. —C. de C.

PUISSEGUR (Juan Antonio), arzobispo de Bourges, nació en Reabanteim en 11 de Noviembre de 1740, y fué nombrado en la tierna edad de treinta

y tres años obispo de S. Omar, siendo solemnemente consagrado el 29 de Junio de 1775. Tres años despues fué trasladado al obispado de Carcasona, siendo elevado en 1788 al arzobispado de Bourges. Nombrado el siguiente año diputado y representante de los estados generales, distinguióse en el cumplimiento de su mision elevada por las numerosas y enérgicas protestas que hizo en defensa de la verdad y del derecho, formando tambien parte de los treinta obispos que suscribieron la elocuente protesta que llevaba por título: *Exposicion de los principios* contra las ideas emitidas por los modernos filósofos, que llenos de maligna consideracion abogaban por la constitucion civil del clero, idea absurda y monstruosa que tendia evidentemente á la subversion de los principios católicos y de la eclesiástica gerarquía. Recibió además una atenta carta de los electores de uno de los departamentos del imperio, nombrándole su representante, que por motivos particulares no pudo aceptar, por cuya razon los electores le escribieron suplicándole designase un sucesor. Obligado á salir del reino á causa de las persecuciones azarosas y difíciles circunstancias por las que atravesaba el clero francés, viajó por Inglaterra y Alemania, dándose tambien á conocer en esos dos puntos por algunas importantes publicaciones. Fué uno de los firmantes del manifiesto publicado en vindicacion de las buenas ideas, con este título: *Instruccion sobre los atentados cometidos contra la religion del Crucificado*, que fué dado á luz con fecha 15 de Agosto de 1798 por los obispos franceses desterrados por los constitucionales. A principios del siglo actual el arzobispo de Bourges hizo dimision de su silla, y vino á Francia donde entregó su alma á Dios, agobiado por el doloroso penar ocasionado por los triunfos de los enemigos de la Iglesia, el mes de Agosto de 1815. Atribúyesele la publicacion de una importante obra, que tiene por objeto vindicar la verdad de la constitucion de la Iglesia, compuesta de diversos miembros, que son todos los que han tenido la dicha inefable de ser regenerados por las aguas bautismales, sometidos á un jefe, á una cabeza invisible. Demuestra en ella la necesidad de que los prelados todos de la Iglesia estén sometidos á un superior, el vicario de Jesucristo, cuyas preeminencias, derechos y jurisdiccion más ámplios y excelentes que los de todos los prelados católicos, defiende con calor rechazando las sandias objeciones presentadas por los obispos para negar esta verdad, que funda en la sagrada Escritura y en la institucion de Jesucristo. Despues de aducir multiplicados pasajes de la sagrada Escritura y de la tradicion, así como los lucidísimos y copiosos testimonios de los santos Padres, pasa al terreno del raciocinio y discurre de esta manera. No es dable la existencia de un reino de alguna consideracion sin un jefe; sin un centro de unidad no es tampoco posible conservar la certidumbre y solidez en la fe; sin una sede suprema no puede haber concierto ni armonía entre todos los obispos.

Dios, que estableció esta asombrosa constitucion, la ha dado tal solidez que resistió por espacio de diez y ocho siglos las más temibles y tormentosas borrascas. Mas ¿cómo se sostuviera en toda su firmeza el catolicismo, en toda su fortaleza incontrastable, si el privilegio honorífico de presidir al catolicismo, dado á S. Pedro, hubiera sido personal, y no se propagára á sus sucesores? ¿Cómo pudiera la fe de S. Pedro impedir que las puertas del infierno prevaleciesen contra la Iglesia, si esta fe no se perpetuase en sus sucesores? Más adelante dice: «Basta considerar, como dice el gran Leibnitz, la reunion admirable de todos los obispos bajo un solo metropolitano, todos los prelados de la Iglesia subordinados al Pontífice romano, para convencerse de que este es el modelo realizado de un gobierno perfecto; y sin necesidad de mayores pruebas, bastaria esto para convencernos de que es este el plan elegido por Jesucristo. Así es que áun cuando se supusiera falsamente que el pontificado es una institucion puramente humana, los diez y ocho siglos que lleva de existencia en la tierra le daban derechos á la veneracion estimable y honrosa de los pueblos, sobre los cuales en todo el decurso de su vida ha hecho llover abundantes beneficios. Considérense además las desgracias que por combatir temerariamente esa incontrastable roca han sobrevenido sobre la frente de los osados; véase á las sectas orientales, que sacudieran su yugo, sumidas en la ignorancia y vergonzosa esclavitud de los mahometanos; véase cuál caminan con agigantados pasos á su ruina, y algunas de ellas á su próxima destruccion; véaselas descender rápida y velozmente correr á la más innoble de las abyecciones. ¿Cuál es su suerte miserable? El embrutecimiento. En cambio la Iglesia occidental, siempre unida á la Santa Sede, lozana siempre y vigorosa, fuerte é inquebrantable como los elevados montes que internados en el seno de los mares resisten el contacto de las destructoras olas por espacio de luengos siglos, ha visto disueltos todos sus enemigos, postrados á sus plantas los bárbaros que salieran del Norte forjando proyectos de exterminio y de sangre; ha resistido inundaciones horrorosas. El mismo cisma de los protestantes, que se presentó cual tenebrosa y amenazadora nube, preñada de relámpagos y truenos, prontos á destruir el orbe, hase disuelto en términos que ha servido para fijar de un modo más estable el catolicismo, para conseguirle mayor número de magníficas conquistas. Dios continua cumpliendo por su parte la consoladora profecía que ya Santiago aplicaba en sus tiempos á la iglesia de Jerusalen. «Yo volveré á edificar la casa de David que se desmorona, volveré á levantar las ruinas y las restableceré, para que el resto de los hombres busque en ella al Señor, y todas las naciones invoquen en ella á su santo nombre.» Miéntras tanto los protestantes, divididos hasta lo infinito en sectas numerosas, hállanse en apariencia ostentando algun sosten, fundados solo en

el interés político; que si este desapareciese, veríanse muy pronto sometidos á la misma vilísima degradacion de los sectarios orientales. Pasando luego á establecer las consecuencias que se siguen de su doctrina, dice: «que una sociedad, cuyos miembros tienen una misma fe, reciben los mismos sacramentos y estan sujetos á unos mismos pastores bajo un solo jefe, es sin duda una sociedad visible; y es preciso que lo sea para que pueda así cumplirse la magnífica profecía que acabamos de citar, segun la cual todas las naciones deben buscar al Señor é invocar su santo nombre. No basta tener una fe puramente interior, es preciso profesarla y dar un testimonio público de que se profesa. «Se cree en el corazon, dice S. Pablo, para justificarse, y se confiesa con la boca para conseguir la salvacion.» Jesucristo dice que desconocerá delante de su Padre, no solamente á los que le niegan delante de los hombres, sino tambien á los que se avergüenzan de él y de su doctrina. Los sacramentos son la parte principal del culto público, y la sumision á los prelados debe ser tan conocida como lo es el ejercicio de la autoridad y de su ministerio. Deduce además como legítima consecuencia de los precitados principios, la perpetuidad ó indefectibilidad de la Iglesia, ya porque jamás puede enseñar una doctrina distinta de la predicada por la Iglesia misma, ni puede dejar en olvido un solo artículo de ella, ni puede profesar errores de ningun género, en cuyo doble caso se verificaria que las puertas del infierno prevalecerian contra ella; ya tambien porque de admitir tamaño absurdo resultaria que Jesucristo abandonaria á su esposa faltando á la palabra que le habia dado de no dejarle jamás hasta la consumacion de los siglos, de concederle el espíritu de verdad para siempre, y de enseñarle toda verdad. A pesar de la claridad con que todas estas verdades se hallan anunciadas en la sagrada Escritura, sostienen los protestantes que la Iglesia puede caer toda entera en el error: un simple fiel, segun el sentir de ellos, ó una iglesia particular puede errar en algunos puntos, sin dejar por esto de ser miembro de la Iglesia universal; luego la Iglesia universal puede tambien caer en el error, sin dejar de ser una verdadera Iglesia, porque al fin la corrupcion de un cuerpo y su total destruccion nunca fueron una misma cosa. Basta meditar con algun detenimiento este sofístico argumento para convencerse de la falsedad que en sí mismo envuelve. Cuando un simple fiel ó una iglesia particular incurren en un error, puede ser corregido por la Iglesia universal, sin que por esto sufra esta detrimento alguno; y siendo herejes todos aquellos que rehusan obediencia á esta legítima autoridad. Mas si incurriese en los errores toda la Iglesia universal, ¿quién sería el encargado de corregirla y mostrarla el verdadero sendero? ¿Por ventura algunos particulares? La Iglesia católica no sufre, ni jamás puede sufrir, la correccion de todos los particulares, ni juntos ni separados, considerada en su totalidad, miéntras

todos estan ligados á la sujecion de ella. Es por cierto desatinado modo de pensar el figurarse que algunos miembros han de tener autoridad sobre todo el cuerpo, á ménos de recibir al intento una uncion especial del cielo, en cuyo caso habia de ser conocidamente probado que el hombre, dotado por el Criador de inteligencia y de razon, habiéndosele encomendado además cuidase de no dejarse arrastrar por todo viento de doctrina, tiene derecho á que se le muestre con pruebas de órden sobrenatural la mision sobrenatural, cual se dignó hacerlo el mismo Jesucristo. Por esta razon la Iglesia tiene siempre indisputable derecho para condenar á todos como herejes, impostores y rebeldes á cuantos de su égida bienhechora se separen. Si la Iglesia fuera factible que se corrompiera en su totalidad, en su universalidad, no le serían apropiadas con tino aquellas hermosas palabras de la sagrada Escritura, que nos la presentan sin mancha ni arruga. Si quisiéramos detenernos en refutar la copiosa multitud de visionarias calumnias inventadas por los protestantes para mancillarla y suponerla entregada de plano á la corrupcion desde los más remotos tiempos, nos hariamos prolijos en demasia, y fatigariamos quizá con nuestros argumentos al benévolo lector. Al decir de ellos, ya desde el siglo II de la Iglesia, su esposo divino empezó á mostrarse indiferente hácia ella, porque inmediatamente despues de la muerte de los apóstoles el oficio de enseñar recayó en manos de doctores y maestros incapaces, sin estar dotados de la necesaria penetracion, de los convenientes conocimientos, de la justicia y equidad en los juicios, y ni áun de la sinceridad necesaria. Estas aserciones, aunque demasiadamenta insufribles por lo orgullosas, han sido con toda seriedad promulgadas por los Padres y doctores santísimos del protestantismo, tales como por ejemplo, Senstel, Dailhe, Barbeiraiy, Le Clere, Mosheim y varios otros, que para muestra bastan los citados. Aseguran con filosófica gravedad, que si los primitivos herejes mezclaron los purísimos dogmas cristianos con las absurdas creencias tomadas de la oriental filosofía, así tambien los santos Padres y doctores del catolicismo alteraron la pureza del dogma cristiano, queriendo conciliarle con las creencias de Platon y de los filósofos griegos; y el concepto de estos venerables y profundísimos pensadores fué de aumento de siglo en siglo, de tal manera que ya en el siglo XV no parecia la Iglesia de entónces la actual Iglesia de los primeros tiempos. Algunos entre ellos, pretendiendo pasar plazas de más moderados en sus pensamientos, aseguran que si bien el cristianismo venia subsistiendo el mismo en el fondo, pero hallábase su brillo tan oscurecido por las nieblas del error, tan ofuscadas sus brillantes luces por las monstruosas supersticiones y errores de bulto, que ya apénas era conocido. Ni faltó tampoco quien entre estos ilustradísimos señores asegurase, que habiendo ya en el siglo IV de la Iglesia incurri-

do esta casi en su totalidad en el arrianismo, veniamos trasmitiendo en los posteriores siglos doctrinas equivocadas y erróneas. Ocúrrese al escuchar tantas blasfemias una pequeña consideracion: si tamañas aserciones fuesen exactas, parece extraño que Jesucristo hiciese con su excelsa diestra los portentosos milagros que obrára, que derramase su sangre y la sangre de sus seguidores los mártires, y cambiase la faz toda del universo con las luces de su doctrina, para construir un edificio que luego al subir á los cielos se derrumbase y arruinase. ¿Para qué tantas fatigas, si luego hubiese el fruto de ellas sido tan exiguo? En semejante caso tendriamos algun fundamento para dudar si era verdaderamente el Hijo unigénito del Dios de las alturas, cual nos lo persuadian todas sus obras maravillosas, ó si habia sido un sabio y divino legislador quien estableciera un órden de cosas tan poco subsistente en el mundo. De este cuadro de la Iglesia, trazado por los protestantes y adoptado por los socinianos, partieron los deistas para blasfemar de su fundador; tal es el prodigioso fruto de la famosa reforma. Queriendo ó pretendiendo reformar la Iglesia, la destruyeron desde sus cimientos más hondos, y aprobando la conducta de los herejes que en la série de los siglos fueron desgarrando á girones la túnica de Jesucristo, consumaron la obra de la iniquidad arrojándola á las llamas.—N. L.

PUIVECINO DE CASTRO (D. Felipe). Nació en la villa de Castro, del reino de Aragon, segun se ve por una de sus obras, de ilustre linaje, y afirman Blancas y Andrés en sus escritos que fué ingenioso literato, perito de gran valía en derecho público y en las antigüedades de Aragon, y muy sobresaliente en historia; razon por la que le elogia el segundo en su *Obelisco histórico*. Haciendo sus estudios en la ciudad de Huesca, consta ya como doctor en derecho en 1569, en cuya época era oficial eclesiástico de esta ciudad por su prelado D. Pedro Agustin, al que acompañó en la extraccion que hizo de las reliquias de los santos mártires Justo y Pastor, veneradas en la iglesia de S. Pedro *el Viejo* de Huesca, para trasladarlas á la ciudad de Alcalá de Henares, segun lo refiere Ayuso en la *Historia de Huesca*, y Andrés al tratar de los santos mártires. Nombrado dignidad de dean de la catedral de Huesca, dice el cronista que en 1570 fué vicario general de la diócesis, y en este cargo resulta en la obra *Ordo canonicarum regularium*, que publicó en Zaragoza en 1571 D. Juan Trullo, prior de Sta. Cristina. En la obra titulada *Coleccion de epitafios sepulcrales de los españoles que vivieron y murieron en Roma*, que se conserva en la Biblioteca Pontificia, consta por uno suyo que en 1577 estuvo en aquella capital. Muy aficionado al estudio y á las antigüedades, llegó á reunir una rica biblioteca de impresos y manuscritos, y un copioso monetario. La fecha de la muerte de este ilustrado eclesiástico se ignora; pero debió ser ántes del año 1615, pues que en este año consta ya

como dean de la referida iglesia D. Domingo Urban de Iriarte, siendo las últimas noticias que se tienen de Puivecino del año 1607, en el que murió el obispo D. Diego de Monreal, por cuya falta resulta le nombró el cabildo vicario general del obispado sede vacante. Si los autores citados y otros que hemos callado no hubieran elogiado cual se merece el mérito de este sabio eclesiástico, bastaria leer cualquiera de las obras siguientes, que dejó escritas, para convencerse de su gran capacidad y para colocarle entre los más ilustres hijos de Aragon. *Discurso y alegacion sobre el privilegio de XX de la ciudad de Zaragoza*, publicado sin fecha en esta ciudad por el impresor Lopez Lusitano.—*Monumentos históricos de la ciudad de Huesca*, en latin, de cuya obra se valió Ayuso en su historia en que le cita. —*Discurso sobre medallas antiguas*, el que dió á conocer Pujades, cronista de Cataluña. —*Escolios y advertencias sobre los comentarios de las cosas de Aragon*, del cronista Gerónimo de Blancas, publicado como comentario á la obra de este autor, y citado por Ayuso en su historia, á la pág. 16. —*De officio litterarum*, citado por aquel autor y por Nicolás Antonio. —*Parecer sobre la sucesion de los bienes de Sabina de Ayuso*, impreso en Zaragoza á continuacion del libro *Responsum pro Sabina*, que publicó su autor el Dr. Ibando de Bardagí. Y por último, se conocen muchas cartas eruditas, y en el colegio mayor de Santiago de Huesca habia una preciosa coleccion de las que escribió en Roma.—C.

PUJADES (D. Francisco Martí de), sacerdote, natural de la ciudad de Valencia. Este autor fué un modestísimo caballero, de familia muy conocida en esta ciudad, llamado D. Francisco Ferragut, doctor en leyes; que siendo el primogénito de sus hermanos, se hizo eclesiástico y residió un beneficio en la iglesia parroquial de S. Andrés apóstol. Su modestia le hizo disimular su nombre en el frontispicio del libro que veremos, usando de los apellidos que tenia por razon de un vínculo que disfrutaba. Era hermano de D. José Ferragut y Sanguino, referido en el año 1732. Sucedió su muerte á los sesenta y tres de su edad, dia 25 de Febrero de 1744. Sacó á luz un libro con este título: *Avisos saludables de cómo deben portarse los padres y madres en la educacion cristiana de los hijos, para que cumpliendo con esta obligacion puedan salvarse;* en Valencia, por José Garcia, 1735, en 8.°—O. y O.

PUJADES (Dr. Miguel), natural de Figueras y oriundo de S. Feliú de Guixols, célebre jurisconsulto. Fué discípulo del sabio Dr. Cosme Damian Hortolá, en la universidad de Barcelona, como dice su hijo el Dr. Gerónimo Pujades en su *Crónica general de Cataluña*. Además de este célebre hijo tuvo otro del mismo nombre, que fué beneficiado de la catedral de Barcelona, como se ve en el lib. IX, cap. XIX de la *Crónica*, obteniendo el beneficio cuarto *de Corpore Christi* por espacio de siete años. Escribió en idioma catalan una obra intitulada: *Tratado de las precedencias de los reyes de Aragon*

contra los de Francia, que escribió en 1546, segun dice su hijo el Dr. Gerónimo en uno de los capítulos de la Crónica. Marcillo se equivocó llamando á éste D. Miguel *hijo* en lugar de *padre* de Gerónimo. —A. C.

PUJADES (D. Nicolás). Vivió este sacerdote, que era de familia muy ilustre del principado de Cataluña, en el siglo XV. Fué canónigo de la catedral de Barcelona, y arcediano de Sta. María del Mar de la misma ciudad. Parece haber sido muy estimado del rey de Aragon D. Jaime II, que le eligió por su consejero. En un escrito de este monarca, fecha en Murviedro á 24 de Julio de 1459, por el que nombra su caballerizo mayor y embajador cerca del rey de Francia á Felipe d'Albert, se lee que en esta concesion obró de acuerdo con el parecer de varios de sus consejeros, los más sinceramente fieles y leales que allí nombra, y entre ellos el canónigo D. Nicolás Pujades. — C. de C.

PUJALETE (Miguel), sacerdote natural de la villa de Guardamar, fué ántes notario público y secretario del ayuntamiento de aquella villa. Hallándose casado y en dichas ocupaciones, le eligió nuestro Señor para proteccion y asilo de una desvalida y pobre viuda, hija de la misma villa, llamada Beatriz Ana Ruiz, de quien hice memoria en el año 1735, y cumplió la divina inspiracion con tan constante y fiel solicitud, que aunque conspiraron contra él todas las furias del infierno para apartarle de los oficios de la caridad que ejercitaba con aquella inocentísima mujer, no salieron con su intento, porque jamás la desamparó. Muerta su mujer, resolvió ser eclesiástico, y de allí á tres años se ordenó de sacerdote y fué ejemplarísimo en sus costumbres. Manifestó nuestro Señor á la venerable Ruiz, á quien revelaba altísimas doctrinas para beneficio de las almas, que era su voluntad las perpetuase por escrito, segun se lo habia mandado su director; y no sabiendo ella leer ni escribir, la sirvió Mossen Pujalete de secretario y amanuense, con cuyo motivo escribió despues un resúmen de sus hechos. Murió este ejemplar sacerdote en aquella villa por Setiembre del año 1737. Compuso la obra que sigue: *Resúmen de la vida y virtudes de la V. Beatriz Ana Ruiz.* El original estaba custodiado en el archivo del convento de S. Agustin de la ciudad de Orihuela, juntamente con el códice original de las doctrinas de la venerable, con una aprobacion de ambos escritos dada por el ordinario de Orihuela, y con los demás papeles que el Mtro. Fr. Tomás Perez tuvo presentes al escribir su vida; quien añade que de todo se sacó copia, y se puso en el archivo de Guardamar. El resúmen de Mossen Pujalete se halla repartido á modo de texto en el libro I de la *Vida del Mtro. Perez*, y el mismo resúmen manifiesta á primera vista la legalidad y verdad con que está escrito. — O. y O.

PUJASOL (Esteban), presbítero aragonés, natural de la ciudad de Fra-

ga, fué sugeto de genio vivísimo, muy decidor, al mismo tiempo que un sacerdote ejemplar. Era sumamente apreciado por su carácter festivo y sus originalidades, al paso que un severo censor de las malas costumbres y de los vicios de la época en que vivia; tenia un tacto y un conocimiento profundo acerca de las inclinaciones de los sugetos, y su gran sagacidad le facilitaba el poder corregir y aconsejar para la enmienda, sin prévia confesion ó declaracion de los amonestados. Escribió una obra con el título siguiente original y peregrino: *El Sol solo y para todos Sol de la Filosofía sagaz y anatomía de ingenios*, ó sea *axiomas del arte fisionomónica*; impreso en Barcelona en el año de 1637, en 4.º En esta pequeña obra prueba y manifiesta su profundo conocimiento é investigaciones acerca de las funciones intelectuales, sacadas de los rasgos particulares del semblante y conformacion del cráneo; de modo que este ilustrado sacerdote precedió en muchísimos años á Gall, diciendo muchas cosas que despues este último vendió por nuevas y de su cosecha.—A. L.

PUJALT (Fr. Guillen de). Este religioso mercenario, cuyo apellido suele leerse tambien *Podio alto*, que tiene la misma significacion que la palabra catalana *Pujalt*, esto es, *monte alto*, vivió en el siglo XIII, y fué uno de los que vistieron primero el hábito de la Merced. Era de nobilísima estirpe del principado de Cataluña, y uno de sus antepasados del mismo nombre se halló en una conferencia que en 1134 celebraron S. Olegario, arzobispo de Tarragona, y D. Ramon, conde de Barcelona, para tomar bajo su proteccion á los caballeros de la ínclita órden de S. Juan de Jerusalen, al que se le nombra como á otros, *terræ magnatibus*. Fr. Guillen de Pujalt es mencionado en un instrumento, fechado á 2 de las nonas de Febrero del año 1281. C. de G.

PUJOL (D. Alberto), canónigo de la insigne colegial de Sta. Ana, profesor de teología y disciplina eclesiástica. Tambien lo fué de literatura española, individuo de varias academias y sociedades económicas del reino, uno de tres editores de la *Crónica universal de Cataluña*, autor de varios discursos sobre la instruccion primaria, particularmente de los pobres, para quienes arregló un catecismo de urbanidad. Se imprimieron algunos sermones morales, y los *elogios fúnebres* de las ocho víctimas sacrificadas en Barcelona en la guerra de la Independencia, del caudillo de Gerona Don Mariano Alvarez de Castro y del Sr. D. Fernando VII. La Academia de Buenas Letras de Barcelona publicó la inauguracion leida en la apertura de la cátedra de literatura, historia y lengua española. Dejó escrito un *Curso elemental de oratoria* y algunos manuscritos interesantes. Fué religioso de la órden de S. Agustin, de la cual se secularizó hácia el año 1822. Habiendo sido nombrado para las conclusiones que se defendian con motivo

de la celebracion del capítulo general, imprimió un grueso cuaderno, consignando en él un gran número de proposiciones sobre puntos capitales de historia y disciplina eclesiástica. Se señaló en la carrera de la predicacion, y brilló en la del profesorado, siendo catedrático en derecho de la universidad de Barcelona al ocurrir su muerte en 1847. En 15 de Noviembre del mismo año la Academia de Ciencias naturales y artes celebró sesion para oir el discurso necrológico que de este sugeto hizo D. Antonio Lloleat. En este trabajo literario, bien acogido por la numerosa concurrencia que le escuchó, supo el autor elevarse sobre los intereses de bandería, sin herir susceptibilidad alguna. —O. y O.

PUJOL (D. Bernardo), doctor y catedrático de sagrada teología en Perpiñan en 1596, canónigo de la santa iglesia de Elna. Escribió: *De sacro adorationis cultu disputationes IV*; *Perpiniani*, 1608. *Auctore Bernardo Pujol. S. Th. Doctore ejusdemque in antiquissima Perpinianensium universitate professore, et eccl. cath. Elnen. canonico*, año 1608, en 8.° Perpiñan, por Bartolomé Mas. N. A. B. Ep. S. Felipe el Real de Madrid. Bosch, 366.—O. y O.

PUJOL (Esteban Amorós y) natural de Artá. El cronista de Mercenarios de Palma dice que nació en 1596; que sus padres fueron Juan Amorós y Margarita Pujol; que vistió muy jóven el hábito de religioso en el convento de nuestra Señora de la Merced, del cual fué comendador en 1649; que publicó en esta ciudad varias obras literarias; que compuso el *Te Deum* de San Pedro Nolasco, y que fué muy elogiado en la predicacion. —J. B. de R.

PUJOL (Gabriel Anselmo), religioso trinitario, célebre por sus escritos y virtudes, nació en Ciudadela por los años 1630, segun afirma el P. Cervera en su crónica manuscrita de los Trinitarios de Mallorca, de donde hemos sacado las noticias de este artículo. Vistió el hábito en el convento de *Sancti-Spíritus* de Palma el dia 2 de Setiembre de 1646. Concluidos los estudios de artes y filosofía, pasó á Valencia para cursar teología donde defendió las conclusiones del capítulo provincial, acto en que hizo brillar su talento, y le valió el ser promovido á lector de filosofía. Ascendido despues á presidente del convento de Mallorca, asistió al capítulo provincial celebrado en Valencia en 1662, donde sirvió de actuante de conclusiones por parte de Cataluña, cometido que desempeñó con tanto aplauso y satisfaccion, que fué constituido lector jubilado y maestro de número de los de primera. Encargado de defender conclusiones por parte de la de Mallorca en el capítulo general de la Orden que se tuvo en Roma en 1665, lo ejecutó en presencia de muchos obispos y del cardenal vicario de Su Santidad D. Marcio Ginotti, protector de la religion Trinitaria, quien hizo tanto aprecio del P. Pujol, que le tomó por su especial teólogo y familiar. El pontífice Alejandro VI le confirió el dictado de padre de provincia, y la Orden el de definidor general. Su

lucimiento en el púlpito y en la cátedra fué felicísimo: sus conocimientos eran vastos, y tanta fué su fama, que era inmenso el concurso que acudió á oir sus sermones, de suerte que se le llamaba por excelencia el *rey de los oradores*. Con estos antecedentes no es extraño se le calificase de *clásico maestro*, y se le consultasen los negocios más árduos é importantes de su religion: fué visitador y ministro de los conventos de Mallorca, y atareado con una repetida aplicacion, murió en el de Palma á 15 de Agosto de 1684. El cronista de Trinitarios Fr. Juan Cervera, en la pág. 118 de su *Crónica* manuscrita, que tenemos á la vista, cita una *carta* escrita por el P. Pujol en 1682 al P. José Rodriguez, en que le comunicaba varias noticias biográficas para la formacion de su *Biblioteca Trinitaria*: en la pág. 187 cita unas *conclusiones* suyas, dadas á luz en Roma en el año 1665, en las que propuso toda la teología escolástica con adiciones de controversias contra herejes y cismáticos, y las dedicó al rey D. Felipe IV, con una oracion panegírica y el retrato y escudo de S. M.: en la pág. 188 afirma que el P. Pujol imprimió en Roma dos excelentes *sermones*, uno de S. Félix y otro de la Purísima, y en Mallorca cuatro de diferentes santos. Dió tambien á luz dos *memoriales*, que cita el doctor Ramis, presentados al nuncio apostólico en desagravio de la persecucion que sufria de su provincial, de la que salió victorioso; y dejó treinta y tres tomos en 4.° manuscritos de *sermones morales panegíricos*, entre los cuales los habia predicados en Madrid, en particular uno del nombre de María, que citó el P. Arcos en el tomo II de la *Vida del P. Rojas*, haciendo un elevado elogio de su autor. En tiempo del P. Cervera, de los treinta y tres tomos de sermones solo se conservaban veinticuatro en la librería de *Sancti-Spíritus*, y algunos otros tratados de varias materias.—J. B. de R.

PUJOL (Fr. Joaquin), monje cisterciense del monasterio de Lavaix, Dr. teólogo de la universidad de Lérida. Escribió: *Opus morale de restitutione et contractibus in quo resolvuntur omnes casus occurrentes*. Tomo I: Tolosæ 1700: tiene 336 páginas *de restitutione in genere*, y 238 *de restitutione in particulari*: despues hay en el mismo tomo *summa resolutionum*, de uno y otro tratado, en forma de diálogo, que contiene cincuenta y cuatro páginas. En el prólogo divide la obra en cinco tomos; pero yo no he podido ver más que el I impreso, que contiene el tomo I y el II, que tratan de la restitucion en general, y en particular de la de los bienes espirituales, fama y riquezas. El III debe tratar de los contratos, y por fin *de mutuo et usura*: el IV proseguirá la misma materia de contratos y restitucion, y el V tratará de los testamentos y legados. Así lo promete B. Ep. I. XXXIII. II.—O. y O.

PULAUSKI (Cárlos). Floreció este docto jesuita en el siglo XVIII, y

pertenecia á una distinguida familia de Polonia. Ingresó en la Compañía de Jesus y profesó la teología en Calisz y Posen. Las crónicas particulares de los jesuitas le nombran como varon sapientísimo y muy eminente en la filosofía y teología. Desempeñaba el cargo de prefecto de los estudios en Lemberg, cuando acaeció su muerte el 19 de Abril de 1758, á los cincuenta y dos años de su edad, y treinta y seis que entrára en la religion de los jesuitas. Dejó una obra que no llegó á imprimirse, titulada: *Oratio de quinque libertatibus, divina, theandrica, mariana, angelica et humana.*—C. de C.

PULCI (Bernardo). Compuso un poema sobre la *pasion de Jesucristo*, é hizo una traduccion en verso de las *Bucólicas* de Virgilio.—C. de la V.

PULCI (Lucas), hermano de Luis Pulci, se distinguió tambien en la poesía. Es conocido principalmente por sus dos poemas: *Il Ciriffo calvaneo*, cuya mejor edicion se hizo en Venecia, y por *Il Driaded.*—C. de la V.

PULCI (Luis), canónigo, poeta italiano. Nació en Florencia en el año de 1432 de una ilustre familia, que habia tiempo era muy respetada en dicha ciudad, no solo por sus timbres y honoríficos títulos, sino además por eminentes virtudes y heróicos hechos de armas en que se habian distinguido los diversos indivíduos que la componian. Es autor nuestro canónigo florentino de un poema que lleva el siguiente título: *Morganta Maggiore*, especie de poema épico bastante notable por la abundancia que hay en él de rasgos admirables de imaginacion, de juegos caprichosos, de figuras retóricas, aunque de poco delicado gusto, y en el cual el autor forma una informe miscelánea de asuntos sérios, jocosos y triviales, en los que no siempre preside el más exquisito y selecto gusto. Hay algunos de sus versos detestables sobre manera, por permitirse en ellos el autor chocarrerías groseras y calificaciones bastardas sobre asuntos religiosos, entremezclados alguna vez de obscenidades indecorosas y repugnantes, tanto más cuanto se ve en ellas al escritor, que debiendo ser el modelo de la circunspeccion, de la cautela y de la pureza por razon de su carácter sagrado, desciende de ese terreno al más vil lodazal de inmundos y viles géneros. Si la poesía es bella en sí misma, es divina cuando se propone cantar, presentándolos con viveza de colorido, asuntos elevados y de un órden purísimo y celestial; mas cuando el genio olvida sus deberes, cuando prostituye las dotes agradables que el cielo se ha dignado otorgarle, empleándolas en cantar asuntos groseros, en inspirar ideas poco puras y en nada conformes con las máximas severas que sobre este punto delicado profesa el catolicismo, entónces hácese objeto de menosprecio, de odiosos rencores, y áun los ménos escrupulosos no reparan en lanzar sobre su frente el anatema tremendo de la reprobacion. A pesar de todo, algunos críticos italianos, entre quienes figura

Verchi, osan elevar al canónigo poeta Pulci hasta la altura de los más encumbrados genios. No falta quien le compare con el famoso Ariosto, cosa en verdad que no le honra mucho, porque basta hojear las obras de este poeta, de este pretendido cantor de los amores purísimos, para persuadirse que no eran las más sanas las intenciones que abrigaba al estampar en el papel con vivísimos colores los retratos de personas y objetos cuya omision hubiera sido más oportuna y conveniente. Algunos críticos de los mismos italianos aseguran que es plausible en Pulci el arrojo, el atrevimiento y la osadía con que presenta sus objetos, aunque en nuestra humilde opinion nos parece que el atrevimiento propiamente dicho, el descaro y la osadía son más detestables que plausibles, más dignos de reprobacion que de loa, más odiosos que amables. Cuantos poetas se han distinguido en este género, cuantos han querido cantar con suavísimas voces los groseros asuntos del vicio más ó ménos desembozado, han sido despreciados por la humanidad sensata, por mucho que los libertinos hayan saboreado con voluptuosa y morosa complacencia las ideas en sus obras emitidas. En cambio son y serán siempre respetados y amados los que han ostentado con bellezas indecibles los grandes asuntos de la religion y de la moral, haciéndolos estimables, para que enamorados los espíritus de sus encantos, se dejen arrebatar en pos de ellos. Entónces el poeta desempeña delicadamente las funciones del apóstol cristiano, entónces suavísimamente eleva las almas del ignoble terreno de las pasiones humanas á las purísimas regiones de luz y amor; entónces el genio trasporta insensiblemente al hombre á regiones donde es grato el respirar, donde el alma encuentra su sosiego, donde el corazon encuentra nobles pábulos á su amor, donde la inteligencia halla la verdad; y suele ser amado por las venideras generaciones. Sus escritos brillan con más dulcísimos destellos, su inteligencia admira, sus sentimientos enamoran. La Academia *della Crusca*, olvidando que el canónigo poeta descuidó todos estos deberes sagrados que pesan sobre el poeta, declaró clásica la obra titulada *Morganta*, de Pulci, encomiando no solo su composicion, sino que tambien, y de un modo especialísimo, el estilo toscano en que se hallaba escrita. Tambien publicó el mismo Pulci algunas otras obritas, que han sido impresas despues de su fallecimiento, tales como por ejemplo la denominada *El Credo*, que es un tomo en 4.°; la que es conocida con el nombre de *Confesion á la Vírgen*, que es un pequeño poema en tercetos, seguido de algunas poesías piadosas, dadas á luz en Florencia en 1597, un tomo tambien en 4.° Aunque no nos son conocidas estas publicaciones, que acabamos de mencionar, parécenos que no han de ser muy notables, á juzgar por la poca estima y áun indiferencia con que son miradas por los amantes de los genios y de los poetas. Se ignora el año en que acaeció su muerte. Zi-

lioli, autor de una historia manuscrita de las *Vidas de los poetas italianos*, ha dicho, aunque sin alegar convincentes ni satisfactorias pruebas, que este poeta entregó su alma en la ciudad de Pádua, y que se le rehusó sepultura eclesiástica como á un excomulgado. Esto dió lugar, segun el mismo autor, á sérias y graves contestaciones entre los partidarios del poeta y los encargados de cumplir con las disposiciones eclesiásticas, cuestiones que son renovadas de continuo por los enemigos del catolicismo, y hoy dia aún con mayor obstinacion y encarnizamiento que en la época de la edad media y en el comienzo del siglo XV, en que todavia quedaba algun respeto á las autoridades de la Iglesia y á sus venerandas decisiones. Es muestra inequívoca de exígua capacidad la que dieron los defensores y partidarios de Pulci, y la que dan en el dia los enemigos del catolicismo al acusar á la Iglesia católica y á los obispos de crueles, intolerantes é ilógicos cuando niegan la sepultura eclesiástica á los que han muerto fuera del seno del mismo catolicismo. Esos cementerios, esos dormitorios sombríos y silenciosos, en que yacen las generaciones pasadas entregadas á un sueño temporal, han sido bendecidos y consagrados por medio de augustas ceremonias por la Iglesia católica para que en ellos morasen sus amados hijos, bajo la tutela tambien de la religion y del amor. ¿Y cómo se quiere exigirla que conceda las mismas franquicias y privilegios al hijo leal, que despues de empleada su vida entera en el cumplimiento de las sagradas máximas del Evangelio, ha exhalado su postrer suspiro entonando himnos de alabanza al Eterno, en cuyas manos confiaba su alma, lo mismo que al hijo desleal, que empezó á sembrar zizaña, se rebeló contra su madre, que le habia amamantado con dulzura en la religion, y formando conciliábulos inícuos, rehusó las amonestaciones cariñosas, se mofó de las severas amenazas, murió, por último, aborreciendo á la que le hiciera hombre, por decirlo así, á la que le realzára en su decaida dignidad humana, vomitando blasfemias horripilantes contra el poderoso Señor del universo? ¿Han de ser de igual condicion el hijo cariñoso y fiel que el traidor y asesino de su misma madre? El hereje ha sido proscripto por la Iglesia: no pertenece ya al número de los fieles, no participa de su compañía ni de sus sacramentos; no tiene ya derecho á entonar en comun las alabanzas del Eterno, miéntras no pida perdon humillado ante el Eterno y ante su esposa la Iglesia. Si muere en este estado, tampoco tiene opcion á exigir la sepultura eclesiástica, es muy justo castigo el privar al blasfemo y enemigo de la Iglesia el poder reposar en compañía de los fieles muertos, ya que no quiso gozarla en vida de los que eran sus hermanos. Nada hay en esto de repugnante. Mas se dice: segun los principios de la religion cristiana, basta un acto de perfecta contricion hecho en un instante para obtener la gracia y el perdon del cielo; es muy posible que el iluso en vida, que caminaba por sende-

ros extraviados, al verse á las cercanías de la eternidad haya reconocido su error, haya impetrado de su ofendido Dios clemencia y amor, haya vuelto al seno de la Iglesia, haya exhalado el último de sus suspiros siendo miembro de la Iglesia católica; luego de ser esto así, resulta que la misma Iglesia se expone á lo ménos á incurrir en lamentable contradiccion condenando á quien quizá está arrepentido y es por lo mismo digno de perdon. Si se presenta en el cielo con las manos ligadas, como quiera que se haya dicho por el Redentor de los mortales que todo aquello que hubiese sido atado en la tierra será atado en el cielo, así como todo lo que fuere desatado en la tierra será desatado en el cielo, es consecuencia forzosa que la Iglesia en semejante caso sepulta en las eternales é inacabables llamas del infierno á quien tal vez debiera trasladársele al Paraiso eterno. Un ladron público hallábase próximo á espirar: en tan angustiado momento dirige una mirada observadora sobre su alma cargada de crímenes, los detesta, los aborrece; mira en seguida al Redentor, inocente y manso, enclavado en ignominioso patíbulo, le expone su situacion aflictiva y desdichada en estas dos palabras: «Acordaos de mí cuando estuviereis en vuestro reino: *Memento mei dum steteris in regno tuo;*» y en el acto contesta el Señor: «*Hodie mecum eris in Paradisso*: Hoy mismo entrarás conmigo en el Paraíso.» No se nos tachará de precipitados en interrumpir á nuestro adversario; no se dirá que queremos ahogar en un torrente de palabras sus dudas y observaciones; creemos haberle dado todo el tiempo necesario para que presentase un argumento razonado, fundado y confirmado además, á su entender, con ejemplos indubitables. Hemos querido ver en toda su fuerza el peso de las razones; las dificultades se conocen mejor examinándolas con detenimiento, que abandonándolas apáticamente. Nadie se hace cargo de la verdad de un hecho sin ántes destruir los obstáculos que encuentra en la senda escabrosa que conduce al templo de la verdad. Dejándonos ya de digresiones, parécenos, en primer lugar, que el sofisma, fuerte en apariencia, no es sin embargo tan difícil de resolver como á primera vista se cree. Meditemos. ¿La Iglesia católica no puede negar la sepultura eclesiástica á los herejes? ¿Por qué? Por la sencilla razon de que se expondria á perder una alma, quizá digna de la eterna gloria, á sepultarla en los infernales y hórridos abismos en que mora Lucifer, siendo quizá acreedora á la posesion del cielo por la penitencia que hubiese hecho en sus postreros instantes. En primer lugar, ¿tanto importa acaso que el cadáver de un hereje sea sepultado en el terreno sagrado ó profano, para que esta sola circunstancia decida de su suerte eterna, feliz ó infeliz? ¿Por qué se presenta en la eternidad con las manos atadas materialmente? ¿Acaso Dios no se habrá reservado á sí mismo el cuidado de desatarlas, á pesar de haber concedido esa facultad de atar y desatar á la Iglesia católica romana?

La Iglesia solo puede juzgar de los actos exteriores, á ellos debe atenerse al pronunciar sus anatemas; es axioma inconcuso *que de internis non judicat Ecclesia*; Dios es infinitamente misericordioso; si sucede que el alma se arrepiente en los últimos momentos, su omnipotencia, que no tiene límites, acogerá con agrado su arrepentimiento. En semejante caso la Iglesia misma absolveria al penitente. Mas á pesar de todo creemos que es difícil la verdadera penitencia, el arrepentimiento sincero, en el que abraza la muerte blasfemando de Dios, confirmándose en sus errores. El sacerdote, el ministro de Dios, el representante de la Iglesia, observa su conducta en los últimos momentos, le brinda con su reconciliacion, con el ámplio perdon de todos sus delitos; pero el desgraciado rehusa el perdon, vomita blasfemias, y se obstina en no dar señales de su arrepentimiento, aleja de sí al sacerdote, al crucifijo, al perdon, á la indulgencia, y qué arrepentimiento hay en semejantes casos? ¿Y cómo es dable que en ese inapreciabilísimo instante formule un acto de contricion perfecta, cuando su razon ofuscada, su entendimiento adormido, sus potencias todas medio apagadas, le impiden conocer siquiera á los circunstantes y á sí mismo? Y quereis que sean confundidos con los justos que yacen sepultados en el cementerio, los obstinados que mueren rechazando los sacramentos? Medítese con detencion sobre el particular, y digasenos si esto es justo, si es equitativo que la Iglesia pronuncie sus salvadoras preces para pedir al Señor que le conceda la venturosa dicha de ser admitido en el reino de los cielos al que ha muerto protestando que odiaba la presencia de Dios, en cuya inefable vista consistia la bienaventuranza, para que sea recibido por los purísimos ángeles y los coros de los bienaventurados, al que en sus últimos instantes maldecia á los bienaventurados y á los ángeles. Es muy justo y natural respetar los restos mortales de un alma santificada por el bautismo y los demás sacramentos, de un cuerpo santificado que, segun la bellísima expresion del apóstol San Pablo, ha sido el templo del Espíritu Santo, y que un dia se levantará del polvo de la tumba para unirse á un alma bienaventurada. Por esta razon, dice el abad Fleury, los cristianos de la Iglesia primitiva cuidaban con grande esmero de las sepulturas, y hacian gastos en adornarlas segun su haber y sus posibles. No quemaban los cadáveres como los griegos y los romanos; ni los conservaban como los egipcios, embalsamados y expuestos á la vista de sus moradas, sino que dejando á un lado estas despreciables y ridículas supersticiones, los enterraban con cuidado como los hebreos, si bien ya desde aquellos tiempos negaban este honor á los que se habian separado del gremio católico. Se envolvia en lienzos finos á los cadáveres de los justos, los adornaban alguna vez con vestidos de seda preciosos; los exponian durante tres dias velándolos y reuniéndose á hacer oracion ante ellos, im-

petrando del cielo la pronta entrada en la patria bienaventurada del alma de aquel cristiano, acompañábanlos despues al sepulcro con cirios, y entonando himnos en que se prometian y excitaban á la confianza en la resurreccion futura, á la par que glorificaban al Señor, que habia cortado el hilo frágil de la existencia de aquel miembro de la Iglesia para abrirle las puertas de la eternidad. Se oraba por ellos, se ofrecia el augusto sacrificio, se daba á los pobres la comida llamada ágape y las limosnas, la memoria era renovada todos los años, y se continuaba haciendo conmemoracion de su persona diariamente en el santo sacrificio de la misa. En ocasiones dadas se enterraban con los cadáveres las insignias de su dignidad, los instrumentos del martirio, botellas ó esponjas llenas y empapadas en su sangre, su nombre, medallas, esponjas, hojas de laurel, cruces, el Evangelio mismo, y se cuidaba además de colocar su cuerpo de espaldas, y de cara al Oriente. Era natural que los separados de la Iglesia, los que tenian su alma cargada de crímenes y anatemas, no participasen de estas magníficas y augustas ceremonias, emblemas de la futura y dichosa resurreccion. Más tarde estableció la Iglesia griega un órden de clérigos inferiores que cuidasen de los entierros, llamados copiatos, ó fosarios y sepultureros, y tambien lecticarios, porque conducian á los muertos desde la habitacion mortuoria hasta el cementerio ó dormitorio en una camilla ó lecho. Estos ministros de la Iglesia cuidaban ya de no desempeñar sus funciones sino con los que habian muerto en la fe de la Iglesia católica. El P. Goar, en sus notas sobre el elogio de los griegos, insinua que estos copiatos se hallaban ya establecidos en el catolicismo desde los tiempos apostólicos, y que á ese número pertenecian los que cuidaron de dar honrosa sepultura á los venerandos restos del insigne protomartir S. Estéban, así como tambien los enterradores de los que osaron mentir al Espíritu Santo, guiados por el espíritu de ambicion, Ananías y Safira, observando además que estos defraudadores de los deberes de la Iglesia, fueron enterrados en lugares profanos ó al ménos no venerados, miéntras el magullado cadáver de S. Estéban fué sepultado en bendecido y honorífico lugar; con lo que se queria demostrar que los primeros se hallaban disgregados de la Iglesia, cuya disciplina, como es sabido, era entónces muy rigurosa, miéntras se tenia indudable certeza de que pasaba al cielo á ceñir la corona de la inmortalidad ese esclarecido protomártir que en sus últimos suspiros pronunció palabras de clemencia y perdon para aquellos mismos que le apedreaban, á semejanza de su divino Maestro Jesucristo. Con el tiempo, establecidos en las iglesias los cementerios, se fijaron tambien sapientísimas leyes oportunas para que fuesen á ellos conducidos con pompa religiosa los que habian muerto en la fe del Crucificado, pura, inmortal; así como privaban de todas estas honras funerales á los que habian

espirado fuera de su gremio, siempre consecuente con sus principios. El que desee sobre el particular adquirir una conviccion, consultando toda la tradicion eclesiástica, puede hacerlo en las numerosas obras que á este propósito han sido publicadas. Cuando aún vemos en nuestras católicas ciudades, donde todavía rigen las piadosas costumbres de nuestros religiosos antepasados, cuál camina la procesion funeraria llevando al frente el símbolo de la humana redencion, seguida de venerables sacerdotes, que caminan con paso grave y mesurado entonando las alabanzas divinas, implorando las misericordias del Altísimo; nuestro instinto religioso, nuestra alma naturalmente cristiana, detiénese un momento al ver cruzar la mortuoria comitiva, y descubierta la cabeza, dirige una mirada de veneracion al cadáver que es trasportado en modesta y reducida caja: la creencia que abrigamos de que aquel cadáver ha sido purificado en la última hora de todas sus manchas, hasta de las reliquias de la culpa, nos induce á concederle y rendirle estos homenajes piadosos. Si abrigáramos la persuacion de que ese cadáver es el del hombre que murió blasfemando, insultando, despreciando al Omnipotente, ¿no es verdad que miraríamos con indignacion la honra que se le tributaba? Véase, pues, cómo no es tan absurdo el proceder de la Iglesia en negar á los impenitentes herejes su sepultura.—N. L.

PULINIANO (Fr. Antonio de). La santa memoria de este ejemplarísimo religioso capuchino lego vive aún y vivirá siempre en la provincia de San Angel, en Italia. Dios le ejercitó largo tiempo con terribles y prolongadas adversidades; pero le concedió tambien un tesoro de invencible paciencia para hacer frente á sus trabajos. Viendo los religiosos, sus hermanos, que le aquejaban sus acerbas dolencias, le traian de distintas partes médicos que pudiesen aliviarle; pero él en su santa abnegacion repugnaba los auxilios de la ciencia, regocijándose en padecer por Cristo, mirando en su acendrada piedad por único antídoto de sus males el padecer en la tierra con resignacion á vista del que habia de recompensarle en el cielo. En su juventud hubo de sufrir grandes acometidas su acendrada pureza, pues prendadas lascivamente muchas mujeres de la belleza de su rostro y gentil disposicion de su cuerpo, le solicitaban. A una de estas pecadoras, que cerca de un horno le explicó su mal deseo y el amor que habia encendido en su pecho, respondió Fr. Antonio Puliniano, imitando lo que en ocasion semejante dijo el insigne S. Francisco de Asís: «Persuádete, que ántes me arrojaré á la ardiente llama que miras, que dé lugar en mi corazon á la menor centella del torpe fuego con que me provocas.» Confundió, pues, al enemigo comun, y le humilló á sus pies en tan gloriosa victoria; pero ni esta ni otras muchas que alcanzó, produjeron en él descuido alguno en guardar sin mancilla su castidad. Con disciplinas, vigilias y abstinencias, pedia

en continuas instancias el favor y amparo divino, y en especial con el santo ejercicio de la oracion, á que se consagrára dia y noche. Reducianle ya sus porfiadas y penosas enfermedades al último extremo, y reconociéndolo y muy condolido el prelado, llamado Fr. Antonio, envió unos religiosos á un lugar cercano, á que buscasen en él algo de regalo para reparar, si pudiese ser, aquella cansada y muy gastada naturaleza. «No os ocupeis, padre Antonio, decia el moribundo al guardian, en solicitar alivios para mi mal, puesto que ya tan solo me restan dos dias de vida.» Admiróse el prelado de tal vaticinio, pues no encontraba en el santo lego señales de próxima muerte; pero como conocia muy á fondo sus excelsas virtudes, no rehusó la fe al terrible presagio, que se vió cumplido en el término prefijado por Dios y revelado por su siervo. La muerte, pues, de Fr. Antonio Puliniano tuvo lugar en el convento de Torremayor, Italia, por los años 1619. —C. de C.

PULLEN (V. Peregrino), presbítero. Párroco de Pruremunda, en Holanda, y célebre por su austeridad, pobreza y piedad, y superior acierto en la direccion de espíritus. Estimáronle mucho los más distinguidos personajes de su tiempo, y hay suyos muy doctos *Comentarios sobre los Cánticos y el Apocalipsis, y varios tratados místicos*, que se publicaron en Bruselas. Llorado, pues, de todos, murió muy santamente á 20 de Julio de 1608. O. y O.

PULQUERIA (Sta.). La historia de Roma nos presenta en las vidas de sus emperadores tantas miserias y tantos errores que la virtud parece como asustada y escondida para no contaminarse con los hediondos miasmas del vicio. Sin embargo, de vez en cuando se la ve en medio de aquellas espesas tinieblas asomar un instante su clarísima antorcha como para cambiar tan lúgubre escena; pero volviéndola á sofocar el voraz fuego de las pasiones, vuelve á ocultarse, en cuyo caso la ausencia de su luz aumenta la oscuridad por la que gusta caminar el vicio. Vencidas por fin las tinieblas del infierno por la clarísima luz del Evangelio encendida sobre la cima del Calvario, en el que sobre un madero le dió vida y vigor la muerte del Redentor, la virtud, si no exterminó el vicio, carcoma y pesadilla de la raza humana, le avasalló con tal energía que, haciéndole rodar de su infernal trono, le redujo á mendigar su existencia miserablemente valiéndose de la ignorancia y del engaño para albergarse en corazones pequeños y apoderarse de almas perdidas para el bien ó dispuestas á perderse para la vida eterna. Desde aquel famoso *Consummatum est*, que conmovió hasta los cimientos de la ciudad deicida, de la perjura é ingrata Jerusalen, el poder del infierno, que mantenia su imperio por medio de los ídolos, del ejército de falsos dioses que creára la aberracion humana sugerida por el demonio, huyó á ocultarse en sus tenebrosas cavernas, de donde solo sale por la voluntad del verdadero Dios para

ejercitar y probar á sus criaturas, las que suficientemente instruidas y con el libre albedrío que se les deja por el Hacedor, son dueñas de abrazarle ó de rechazarle, en cuya eleccion les va nada ménos que la vida ó la muerte eterna. En lo más empeñado de la pugna que sostuvo la religion del Crucificado contra el paganismo, que hacia los últimos esfuerzos para sostenerse sobre el trono de los Césares, que por tantos siglos avasallára con su impura planta, y cuando ya la púrpura de los emperadores, pasada por la podredumbre del vicio, descendia, por decirlo así, de su altura para servir de humilde alfombra á los pies del vicario de Jesucristo, vemos aparecer en medio del lodazal de las pasiones, de los adoradores del Dios de las tinieblas, una preciosa margarita cuyos clarísimos destellos embellecen el denegrido solio de los Césares, presentándole iluminado con los rayos de la divina gracia: esta joya de inestimable precio, gloria de la religion católica y honor del imperio, fué la virtuosa emperatriz Pulqueria. Nació esta santa vírgen en la antigua Bizancio, confirmada con su nombre por Constantino *el Grande* cuando trasladó á ella la silla de su imperio el año 398 de nuestra era. Hija del emperador Arcadio, se crió con el regalo y ostentacion propia de su elevada alcurnia; pero desde su más tierna edad, la piedad y la caridad cristiana dominaron en aquella alma creada para el cielo. Hermana de Teodosio *el Jóven*, en sus juegos infantiles descollaba siempre por su amor á todo lo que podia ser agradable á su Dios, y por este camino procuraba hacer marchar á éste, que sin duda la seguia seducido del encanto de su virtud y procuraba imitarla. Las santas prácticas á que con tanto fervor se entregaba no pudieron ménos de llamar la atencion de los fieles, que desde muy niña empezaron á considerarla como una cariñosa madre. Su ardiente caridad la presentaba como la providencia de los pobres, que jamás salian desconsolados de su presencia, bendiciendo á aquella bella niña, á la que consideraban como un ángel enviado del cielo para socorrer sus necesidades y consolarlos en sus aflicciones. Nombrada Augusta Pulqueria el año 414, cuando solo contaba diez y seis años, compartió con su hermano Teodosio el poder imperial, y entónces se vió brillar la caridad sobre el trono de los Césares con tan radiante luz, que no pudo ménos de ocultar con sus reflejos las manchas que le ennegrecieran en los pasados siglos. Treinta y seis años imperaron juntos los dos hermanos, y en tan largo período se afirmó en el imperio la fe católica, y se confirmaron las creencias en los fieles; pues siendo los soberanos espejos en que se miran sus súbditos, el buen ejemplo los arrastra al bien ó al mal acabando por imitarlos. Muriendo Teodosio *el Jóven* el año 450, la virtuosa Pulqueria se halló sola dueña del trono de los Césares, y jamás emperatriz ni soberana alguna hasta entónces logró mayor imperio sobre el corazon de sus vasallos; pues obedeciendo con voluntad, y subyugados

por los lazos del amor y de la gratitud, cadenas más fuertes y duraderas que las férreas con que sujeta el despotismo y el terror, las cuales siempre acaban por romperse en daño y justo castigo de los tiranos, todos se hacian un deber de acatar y áun de venerar cuantas órdenes dictaba su santa soberana. No obstante el amor que veia Pulqueria la tenian sus súbditos, y considerándose débil para sostener por sí sola el peso de los graves negocios del estado, pues que la humildad no se apartó nunca de su corazon, reconociendo siempre el verdadero poder y la sabiduría en Dios, y no en la mísera humanidad por elevada que esté, quiso dar á sus pueblos un hombre que con el auxilio de Dios la ayudase á gobernarlos y los defendiese en caso necesario. Solo con esta idea asoció al imperio á Marciano casándose con él; pero deseando mantener su virginidad, que habia consagrado al Señor, y hacer ver que más que un esposo habia elegido un compañero con quien compartir los trabajos que trae consigo la corona á los buenos soberanos, puso por condicion á Marciano ántes de su matrimonio, guardaria con ella continencia perpetua, y bajo tal protesta, que fué cumplida, abrazó un estado que á no ser emperatriz nunca hubiera tomado. Pulqueria y Marciano, imitadores en la castidad de la Virgen Santísima y de su glorioso esposo San José, vivieron con la tranquilidad y paz de los justos, dando ejemplo de virtud conyugal á sus pueblos, y enseñando al mundo que el fausto, la elevacion ni las riquezas y dignidades estorban para nada cuando se tiene fe y voluntad para alcanzar la perfeccion cristiana, único camino que conduce á la vida eterna. Descargando Pulqueria en su continente esposo la mayor parte de los graves negocios del estado, y reservando para sí solamente lo que podia empeñarla más en el servicio del Dios de las misericordias, se ofreció en medio de las mayores grandezas á su Señor, como la más humilde de sus siervas, viéndose en ella un modelo acabado de todas las virtudes. Celosa por la gloria de Dios, no perdonó nada de lo que pudiera glorificarle más y más en su pueblo, y para conseguirlo, le obsequió con magníficos altares y con suntuosas fiestas, propagando el culto con magnificencia imperial y de la manera más digna al Señor de los señores, al Creador de lo visible é invisible: su piedad no tuvo límites, y los fastos de la historia sagrada y profana de aquellos tiempos la presentan como una de las mejores servidoras del cielo, en el que la esperaba un trono más resplandeciente y rico que el que disfrutaba en la tierra, trono divino que jamás tendrá fin. Su grande modestia y notable humildad, asociada á su grandeza, hacian resaltar la belleza de un alma que habia sabido asociar tan opuestos polos en el mundo, sin que ninguna de estas cualidades la impidiesen prestar decidida atencion á la instruccion y prosperidad de sus pueblos, de los que fué una cariñosa madre y una tiernísima maestra, que supo enseñarles con el ejem-

plo de la práctica el camino más corto que conduce directamente á la vida eterna. Bendecida de sus vasallos, amada de su marido y admirada de todo el mundo por su virtud, dispuso Dios llamar á sí á aquel ángel de su gracia, para recompensar en el cielo los servicios que le habia hecho en la tierra, y el dia 10 de Setiembre del año 454 voló su alma en alas de su piedad al seno del Eterno. Murió Sta. Pulqueria á los cincuenta y siete años de edad con la inocencia y pureza angelical en que quedára despues de recibir las purificantes aguas del bautismo, y cuando ya el supremo Señor de todas las cosas habia manifestado su poder en los milagros que obró por su mediacion. Convocado el Concilio de Calcedonia por órden del papa Leon *el Grande*, á instancias del emperador Marciano, el año 457, es decir, el tercero despues de la muerte de Pulqueria, se tributaron en él á mujer tan grande como santa cuantos elogios se merecia; y como los milagros se sucedieron entre los fieles que la eligieron por su gloriosa protectora en el cielo, la Iglesia nos la presenta en los altares entre las heroinas cristianas que más se distinguieron en el servicio de Dios, y la historia profana como una de las mujeres más dignas de ser imitadas por su virtud, y como una reina modelo de grandeza, de santidad, de buen gobierno y de caridad cristiana. Escrita esta biografía hemos visto lo que sobre esta Santa dice en su precioso libro *La Colegiala*, el piadosísimo Excmo. Sr. D. Antonio María Claret, arzobispo de Trajanópolis y dimisionario de Cuba, confesor de S. M. la reina Doña Isabel II, y no queremos privar á nuestros lectores de las noticias que contiene, aunque algunas se repetirán necesariamente, y sobre todo de la bellísima doctrina evangélica que encierra para la educacion y enseñanza de las colegialas y para todas las niñas y mujeres de la cristiandad, á quienes se dirige este hoy justamente célebre prelado por su uncion evangélica, su erudicion, predicacion incansable y práctica de todas las virtudes cristianas. Dice así: «Como prueba de esta grande é interesante verdad (se refiere al bien que hacen al estado las buenas mujeres católicas) citaremos algunas, y sea la primera santa *Pulqueria*, hija, nieta, hermana y esposa de emperadores. Sus padres Arcadio y Eudoxia murieron dejando un hijo y cuatro hijas, todos pequeños. Pulqueria era la mayor, y á los diez y seis años de edad fué creada Augusta: durante la menor edad de su hermano Teodosio *el Jóven*, se hizo admirar por el don de sabiduría de que Dios la habia llenado desde sus más tiernos años. S. Pablo dice que el que siendo padre no supo mantener el órden en su familia, cuando sea obispo no podrá gobernar la Iglesia. Aquellos que como padres no gobiernan bien su familia, ménos gobernarán bien el estado, que es una familia más numerosa y más difícil de gobernar. Sta. Pulqueria supo gobernar bien el estado, porque supo bien gobernar su casa. Celadora exacta y guarda vigilante de su disciplina do-

méstica, estableció un órden y un género de vida tal entre los suyos, que el palacio imperial se convirtió en una casa de religiosos, y que el pueblo no lo llamaba más que convento. Pulqueria, como era la mayorcita entre sus hermanos, se consideró en el deber de hacer con ellos el oficio de madre, y así puso el mayor cuidado en instruirlos y en educarlos en la santa religion y en las costumbres cristianas. Dios bendijo sus trabajos é intenciones, y llenó sus deseos, Flaccila, Arcadia y Macrina, sus hermanas, se consagraron á Dios solemnemente, como ella, por el voto de virginidad, y se hicieron un objeto de admiracion y de edificacion para el pueblo y de gloria para la Iglesia. Pero sobre todo tenia un especial cuidado de su hermano, y nada omitió para hacer de él un verdadero cristiano y un príncipe perfecto. Todo era admirable en Pulqueria, tanto el entendimiento como el corazon; era tan sábia en todos los conocimientos humanos, como perfecta en el cumplimiento de la divina ley. Ella misma fué quien trazó el plan de los estudios y ejercicios para la instruccion de su hermano en la gramática, literatura, historia, filosofía, y en la ciencia del estado; y las materias de que el jóven príncipe debia ocuparse estaban tan bien dispuestas en este plan, y el tiempo tan sabiamente distribuido, que parecia obra de un sabio y experimentado doctor y no de una jóven de diez y seis años; y para dar cumplimiento á dicho plan, llamó á los más sabios y acreditados maestros del Oriente. Mas en cuanto á la religion, á las costumbres y al arte difícil de gobernar, ella misma tuvo cuidado de instruirle, y por cierto que en estas materias no podia darle mejor maestro. Ella le enseñaba el modo de presentarse en público con dignidad, de arreglar su aspecto y continente, de preguntar á tiempo y á propósito, á hablar con precision y sabiduría, y á mostrarse afable ó severo segun las circunstancias. Ella descendia hasta las más pequeñas particularidades, por manera que nada escapaba de su vigilancia y cuidado. Al subir Teodosio al trono, quiso que su hermana reinase con él, tanto por reconocimiento como por afecto que la profesaba. Miéntras esto duró y él siguió fielmente los consejos de su hermana, fué el perfecto modelo de un verdadero y grande soberano cristiano. Mas los envidiosos y mal intencionados cortesanos procuraron indisponer al hermano con la hermana, y lo consiguieron. Teodosio no quiso escuchar más á Pulqueria, se manifestó celoso de su ascendiente y de su poder, y la dió á entender que queria reinar solo. Como el único deseo de hacer bien era lo que la retenia en palacio, dejó sin disgusto un lugar que habia ocupado sin ambicion. Al momento se retiró con sus hermanas á Hebdom, en los alrededores de Constantinopla, donde observó una vida puramente monástica, dividida entre el recogimiento de la oracion, ejercicios de penitencia y obras de misericordia. Lo mismo fué salir de palacio Pulqueria, que desaparecer

del imperio el órden, la paz y la felicidad. El gobierno cayó en la confusion, y la autoridad en el descrédito. Los herejes empezaron á moverse, y los bárbaros amenazaban el imperio. Hallándose el poder sin energía, á nadie inspiraba confianza, y todos los hombres de bien y de valor se retiraron. Espantado el Emperador de tal situacion, llamó á toda prisa á su hermana, y puso en sus manos las riendas del gobierno. Todo varió de aspecto en un instante. Ningun soberano jamás desplegó mayor celo y energía. Mandó cartas y órdenes por todas partes, excitó la fidelidad con sus exhortaciones, é intimidó la rebelion con sus amenazas. Fuerte con su fe en Dios, se pone ella misma, cual otra Débora, al frente de sus ejércitos. Su presencia devuelve el valor á los soldados, los enemigos retroceden, los abusos se destruyen, las injusticias se reparan, el órden se restablece, el vicio oculta su cara, y la herejía confundida se esconde, recuperando la Iglesia su tranquilidad, y el estado su felicidad. Despues de algun tiempo de bonanza volvieron á renacer los disturbios, por haberse dejado fascinar el Emperador del malvado Crisafio y del heresiarca Eutiques; y estaba tan terco y obstinado en las malas máximas que le habian imbuido, que ya no hacia caso de los consejos de su hermana Pulqueria, ni de las cartas que el papa S. Leon le enviaba. Pero Dios nuestro señor se dignó poner fin á tantos desórdenes y escándalos, que ya los hombres no podian remediar, y fué permitiendo la muerte del Emperador, pues que habiendo ido á cazar se cayó del caballo, se rompió la espina dorsal, y espiró en la noche siguiente de la caida, dia 29 de Julio de 450. Habiendo sido Pulqueria declarada emperatriz muchos años ántes, tomó al momento las riendas del gobierno. El primer acto de su gobierno fué echar fuera de palacio al malvado Crisafio, y entregarlo á los magistrados para que le juzgasen. Pocos dias despues hizo llamar á Marciano, el personaje más distinguido del imperio por sus talentos administrativos y políticos, por su valor, probidad y religion, y á fin de tener un compañero fiel que la ayudase en el gobierno del imperio, se casó con él; pero con la condicion, que le hizo firmar con juramento, de que la habia de dejar guardar el voto de virginidad que habia prometido á Dios, y que á todo trance queria conservar por toda su vida. De este modo hizo ella de su esposo un ángel por las costumbres, lo mismo que el padre de los pueblos y el sosten de la fe católica. Se repartieron entre los dos los negocios. Marciano cuidaba de la administracion y de la guerra, y Pulqueria de los negocios de la religion y de las obras de caridad. Dios bendijo sus trabajos. Jamás la Iglesia fué más libre, ni el estado más feliz; los impuestos odiosos fueron abolidos, el vicio castigado y la virtud recompensada. Este reinado fué llamado la edad de oro del imperio. Santa Pulqueria recibió con las mayores muestras de amor á los legados que el Papa acababa de enviar. Hizo volver

á sus sillas á los obispos católicos que habian sido desterrados; hizo que volviese al seno de la Iglesia el clero, los monjes y religiosas de la Palestina, que extraviados por Dioscoro, se habian separado. Ella fué quien, ayudada de su marido, hizo cesar un gran cisma que desolaba el Oriente, é hizo triunfar la religion. Dice el historiador de aquellos tiempos, que en el papa San Leon, Pulqueria y Marciano, habia un solo espíritu en tres personas, y que los tres serán eternamente el modelo de la perfecta armonía entre la Iglesia y el imperio para el bien de la una y del otro. Pero lo que más se admira en santa Pulqueria, es que entre los cuidados del gobierno de tan vasto imperio, y de los trabajos que tuvo que padecer para defender la Iglesia y llevar á cabo los grandes concilios de Efeso y de Calcedonia, que la autoridad de los sumos pontífices habia convocado, sabia no obstante hallar tiempo suficiente para dedicarse á todos los ejercicios de piedad cristiana; porque ella consagraba muchas horas á la contemplacion de las cosas celestiales, á la lectura de libros sagrados, á las prácticas de la mortificacion y de la penitencia corporal, á las alabanzas del Señor y al canto de los salmos, que abandonando el lecho á media noche, cantaba en comunidad con las princesas imperiales. Siempre comia con ellas, y jamás salia sino con ellas. Nadie igualaba su devocion, ni la veneracion y culto que rendia á los santos y á sus reliquias, que procuraba propagar por todas partes. Tenia una singular devocion á María Santísima, vírgen y madre de Dios; y se esforzaba en publicar sus grandezas y en defender sus privilegios. Se valió de todo su poder imperial y de toda su influencia para asegurar á María Santísima contra las blasfemias de los nestorianos, el grande y magnífico título de madre de Dios. De este modo dispuso Dios, por su admirable providencia, que la más grande dignidad de la Vírgen María le fuese conservada intacta por el celo de una vírgen; pues, como hemos dicho, Pulqueria guardó la virginidad completa en el matrimonio, imitando á la Vírgen María, casada con S. José. En honor de María Santísima erigió altares y edificó templos magníficos, que enriqueció con largueza. La caridad y misericordia que tenia con los pobrecitos estaban á la altura de su devocion y fervor; baste decir, que á todos amaba como madre y socorria como reina. Al tiempo de morir, aunque no tenia mucho, porque todo lo habia dado, instituyó á los pobres por herederos de lo que le restaba, cuyo testamento fué escrupulosamente ejecutado por Marciano, su digno esposo. Murió á la edad de cincuenta y ocho años, y jamás muerte alguna excitó un sentimiento más profundo, más sincero, ni más universal. La Iglesia creyó perder en ella una tierna madre, y el imperio su sosten y su gloria. Todos los santos Padres y escritores contemporáneos hicieron de ella los más grandes y magníficos elogios. Ningun príncipe cristiano hizo más por el catolicismo que santa Pulqueria, ni recibió testi-

monios más brillantes de parte de la Iglesia. Los PP. del concilio de Calcedonia la proclamaron unánimemente la guarda de la fe, la conciliadora de la paz y el azote de los herejes. Por cierto que la vida de santa Pulqueria da lugar á observaciones importantísimas. En primer lugar, como dice S. Pablo, que la verdadera piedad es buena y útil para todo; pero la admirable historia de santa Pulqueria nos manifiesta que la verdad de estas sublimes palabras se verifica particularmente en la mujer. Segun lo que acabamos de ver, no basta decir que la mujer verdadera y sólidamente piadosa es buena hija, buena hermana, buena esposa y buena madre. Santa Pulqueria ha enseñado al mundo entero que una mujer como ella es tambien una buena reina, que puede no solo educar á sus hijos; sino tambien conducir á los pueblos; que puede no solo gobernar una familia, sino tambien gobernar un estado y áun un vasto imperio y hacerle feliz. En segundo lugar, la vida de santa Pulqueria nos presenta una mujer vírgen y esposa, devota y grande, justa y caritativa, firme y discreta, modesta y sublime; una mujer que reune en sí, en el más alto grado, los encantos de la jóven y el valor del guerrero, la delicadeza de conciencia del alma piadosa, y la decision, el cálculo y el talento del hombre de estado; todas las virtudes del claustro y todas las glorias de la soberanía; una mujer, en fin, en la cumbre del poder, hija dócil de la Iglesia, que vive como una gran santa, y que gobierna como una gran soberana. ¡Oh cuánta luz arroja esta estrella! ¡Oh cuánto enseña!... Aprended todos de santa Pulqueria, pero singularmente vosotras, jóvenes cristianas.» ¿Puede darse mejor doctrina evangélica y mayor uncion para enseñanza de la mujer católica que la que se desprende de este bello escrito? B. S. C.

PULQUERIO (S.). Este Santo se encuentra entre los bienaventurados de Irlanda, como abad y confesor, á la mitad del siglo VII de nuestra era, señalándose su tránsito el 13 de Marzo del año 665, en cuyo dia le recuerda la Iglesia católica. —C.

PUNTER (D. Gaspar), obispo de Tortosa, natural de la noble villa de Morella en este reino. Fué doctor en ambos derechos y famoso letrado; obtuvo primeramente la rectoría de Villalba en el principado de Cataluña, en donde fundó renta para la sacristía; de allí obtuvo un curato y comensalía en aquella santa Iglesia, despues la dignidad de prior, y en 2 de Octubre de 1585 fué nombrado por su cabildo, sede vacante, oficial y vicario general. A instancia del rey Felipe II fué elegido visitador apostólico del real monasterio de nuestra Sra. de Monserrate, santuario insigne de la Orden de S. Benito en el principado de Cataluña; y habiendo terminado felizmente su comision en servicio de ambas majestades, le presentó el mismo católico monarca para el obispado de Vich, como dice su pariente D. Gaspar de Figue-

ra, aunque debió serlo poco tiempo, porque obtuvo la mitra de Tortosa en el año 1590, como lo afirma Rodriguez. Colocado en la prelacía, llenó las obligaciones de pastor y padre de sus súbditos. Alimentaba á todos con el pasto de saludable doctrina, y remediaba á los necesitados con limosnas cuantiosas. A favor de los pobres labradores fundó un monte de piedad para socorrerlos con trigo al tiempo de la siembra; y no hubo hospital en todo su obispado, que no experimentase su liberal beneficencia y misericordia. Con igual celo promovia el culto divino, y cuidaba de la curiosidad, decencia y aseo de los templos. Enriqueció á su catedral de alhajas muy preciosas; erigió en ella una capilla de comunion, añadió renta á los cuatro curatos de la misma, hizo diferentes dotaciones para aumentar la solemnidad de algunas fiestas; y en todas las iglesias del obispado mandó fundar aniversarios perpétuos por su alma, y que excediesen á la mayor distribucion. Murió este insigne obispo en el dia 13 de Mayo del año 1600. Yace en la catedral, y en su sepulcro grabaron estos versos, que señalan el tiempo que gobernó aquella iglesia y el dia y año de su muerte.

Gaspar obiit en Punterius qui rexerat annos
Bis quinque hanc sedem, hic illius ossa cubant.
Mille sequebatur jam sexcentessimos annos,
Lux decima et maii tertia mensis erat.

Escribió.—*De recta subditorum visitatione*, en fól. D. Hipólito de Samper copia un pasaje de esta obra en su Mont. ilustr., y la llama libro doctísimo: *De la explicacion de los misterios y doctrinas de nuestra santa fe*, en 8.° Refieren las dos obras D. Gaspar de la Figuera y Rodriguez; pero no ponen la impresion, aunque le parece al segundo que se dieron á la estampa.—O. y O.

PUONTE CORVO (Beato Lucas de). Este ejemplar religioso dominicano, natural de Italia, todo lo sacrificó por la salvacion de sus prójimos, confesando á los pecadores, visitando y asistiendo á los enfermos, consolando á los moribundos, enjugando las lágrimas de los afligidos, instruyendo á los ignorantes, y predicando sin cesar á todos la palabra de Dios. Cuán gratos fuesen sus trabajos apostólicos á los ojos de Jesucristo, se mostró con los repetidos milagros que hizo por la mediacion de este su siervo. Combatióle el infierno con terribles tentaciones, y moviendo contra él deshecha tormenta de persecuciones, injurias y agresiones; mas de todo salió triunfante el siervo de Dios con las armas de su heróica paciencia y con aumento de la gloria de Dios. Pero lo que más sobresalió en el Bto. Lucas, fué la singular devocion que tuvo al santísimo Rosario, la cual quiso autentizar la

Vírgen con un raro prodigio; pues acaecida su muerte, se halló sobre su cuerpo una bella rosa, formada de su propia carne, que exhalaba una suavísima fragancia. Tuvo lugar este suceso el año 1460. Esto hizo prorumpir á un devoto escritor en las siguientes palabras al hablar de este bienaventurado: «Los verdaderos devotos del santísimo Rosario son, como dijo la Vírgen, sus hijos y hermanos de Jesus; por eso llegan á ser santos.—C. de C.

PUPAQUIO (S.). Nació este bienaventurado confesor en la ciudad de Caller, capital del reino é isla de Cerdeña, y vivió en tiempo del cruelísimo emperador Diocleciano, gran tirano y perseguidor de la Iglesia de Cristo. Cuando contaba la edad de cuarenta y un años, se desarrolló la décima y más terrible persecucion contra los cristianos; y habiéndose negado con heróica y santa resolucion á tributar culto á los ídolos y falsos dioses, recibió la palma del martirio en su patria, con otros muchos compañeros de su martirio y de su inmarcesible gloria, el dia 5 de Febrero. Su alma pura voló al cielo, y el cuerpo fué escondido por algunos fieles, y luego trasladado á la basílica de Caller con los de otros cinco mártires, llamados Gesino, Bonifacio, Emiliano, Pedro Tribuno y Teodosia. Erigida la actual catedral de Caller, se llevaron á ella estas santas reliquias. El epitafio antiguo del santo mártir Pupaquio decia:

Hic iacet Beatus Martir Pupaquius; vixit annis plus XLI; requievit in pace, sub die nonarum Februarii.

Que dice traducido al castellano: «Aquí yace el bienaventurado mártir Pupaquio; vivió más de cuarenta y un años, y reposó en paz á los cinco de Febrero.» Estaba la tumba de este Santo con las de sus compañeros de martirio, segun refiere el P. Esquirro, y de ella fué sacado solemnísimamente y conducido á la catedral, que celebra su glorioso tránsito el 5 de Febrero, y su hallazgo ó invencion el 7 de Octubre.—C. de C.

PUPULO (S.). La Iglesia celebra á S. Pupulo el 28 de Febrero, dia en que fué martirizado con sus compañeros S. Cereal, S. Cayo y S. Serapion. Y áun cuando al hablar del primero queda hecha mencion de este bienaventurado confesor de la fe de Jesucristo, bueno será que demos en este lugar algunos detalles que esclarezcan lo más posible las pocas noticias que tenemos de este Santo. Cuéntase la persecucion del feroz Diocleciano por una de las más atroces persecuciones de los cristianos en los cuatro primeros siglos de la Iglesia. Alejandría puede considerarse la ciudad de los mártires en esta terrible persecucion, puesto que fué el teatro en que se representaron las escenas más sangrientas de los sectarios de tan bárbaro emperador. En esta ciudad vivia Pupulo dando ejemplo de virtud á sus conciudadanos,

cuando no pudiendo sufrir la tiranía de los adoradores de los falsos ídolos, abjuró de cuanto podia halagarle en este mundo, y se propuso confesar la doctrina de un Dios, que recompensaba con una vida eterna y llena de delicias la pérdida por su causa de otra vida perecedera, llena de aflicciones y de miserias. Confesando públicamente y sin temor alguno la fe de Jesucristo, no pudo ménos de llamar la atencion de los idólatras, quienes ofendidos de que Pupulo insultase tan abiertamente á sus dioses, le delataron á sus sacerdotes como sacrílego y perturbador de las costumbres del pueblo. Llevado ante los jueces, á quienes estaba encomendado juzgar á los cristianos por el perseguidor, léjos de intimidarse, su fe le dió nuevos brios para confesar á Jesucristo, con lo que, indignados aquellos, le condenaron al tormento. En este no se amortiguó con el sufrimiento el valor cristiano de nuestro Pupulo, ántes bien creció de tal modo, que enfurecidos los verdugos, buscaron cuantos medios juzgaron más á propósito para hacerle padecer; y llegó á ser tan bárbaro el tormento, y á manifestar Pupulo y sus compañeros tanta entereza de alma, que algunos de los que los atormentaban, creyéndolos divinizados y por lo tanto con una fuerza sobrenatural, abandonaron el suplicio, y se convirtieron á la fe que aquellos confesaban llenos de gozo en medio de tan atroces tormentos. Despues de tan espantosa escena, viendo los verdugos que no pudieron conseguir dejasen de alabar al verdadero Dios, los hicieron degollar, y sus dichosas almas volaron al cielo á recibir la recompensa de su martirio de manos del mismo Dios.—C.

PURBACH (Jorge), llamado en latin *Purbachius*, nació en 1525 en la villa que lleva su mismo nombre de Purbach, situada entre la Baviera y Austria, y despues de haber terminado sus estudios en diversos seminarios fijó su residencia en Viena, en una de cuyas universidades enseñó filosofía y teología, haciéndolo ó desempeñando esta cátedra con notable aprovechamiento. Mas no habia sido creada la inteligencia de nuestro personaje para el cultivo de las ciencias filosóficas y teológicas, sino que tenia una inclinacion particular á la astronomía, y con el fin de adquirir dilatados conocimientos en su ramo, emprendió diversos viajes al reino itálico, donde consultó y contrajo íntima y estrecha amistad con los hombres más notables dedicados á contemplar las variaciones atmosféricas y el asombroso curso de los astros, ciencia entónces sepultada aún en la ignorancia y llena de innumerables errores. Hubiera deseado fijar su habitual y ordinaria residencia en la ciudad de Polonia, pero el digno y amante de las ciencias emperador Federico III de Austria le dispensó tan reconocidas muestras de aprecio, que le obligaron los sentimientos de gratitud, tan propios en los hombres elevados, á regresar á su patria anterior, á Viena. Ni fué obstáculo el gran número

de ocupaciones que le embarazaban en la capital del austriaco imperio para que consagrase los momentos más oportunos y dilatados del dia al cultivo de su favorita ciencia astronómica, de la observacion de los astros, en la cual hizo grandiosos y agigantados progresos, ora reformando los instrumentos de los antiguos astrónomos, ora inventando otros nuevos, con lo que fué preparando insensiblemente el camino para el gran dia, que no se hallaba lejano, en que se fijasen los conocimientos vastos que encierra esa ciencia, equivocados ó completamente ignorados hasta la época del siglo XV. Formó tambien dos tablas astronómicas, y perfeccionó la trigonometría y la gnomonía. En medio de sus trabajos deseaba siempre tener una traduccion fiel de la obra famosa atribuida á Ptolomeo, titulada *Alonagesta*, escrita en idioma griego, y que no podia enterarse de ella con profundidad por ignorar este idioma del antiguo griego. El cardenal Bessarion, protector tambien decidido de las ciencias, acertó á pasar á diversos negocios á la capital del imperio austriaco, donde conoció al eminente teólogo y laborioso astrónomo Jorge de Purbach. Previendo lo útil que podria ser para la ciencia astronómica el que este personaje estudiase á fondo las obras de Ptolomeo, le brindó con destinos y dádivas á fin de que abandonando su residencia vienense pasase á Italia á estudiar el idioma griego. No supo resistir á los eficaces y delicados medios que el cardenal protector empleó para persuadirle que emprendiese este estudio, por cuya razon pasó á Italia, donde por espacio de algunos años estudió la lengua griega, consultando despues las obras de Ptolomeo y algunas otras notables dedicadas al mismo asunto astronómico. Constante en sus propositos, dedicóse más tarde á formar un magnífico compendio de las obras del antiguo autor del Sistema planetario; y lo publicó en seis tomos. Despues de otros trabajos importantes, que le adquirieron merecido renombre entre los hombres más ilustres, atacado de una penosa y terrible enfermedad murió el 8 de Abril de 1462, á la edad, harto avanzada si se atiende á que llevó una vida de penosas investigaciones, de sesenta y tres años. Sus obras más notables son: *Theoricæ novæ planetarum.* — *Observationes hassiacæ.* — *Tabulæ eclipsium*, por el meridiano de Viena; que han sido en mayor parte publicadas por Mullcer. A medida que continuamos en escribir la biografía de los personajes notables que existieron en todos tiempos en los diversos puntos de la gerarquía eclesiástica, segun vamos notando los grandes trabajos, los servicios importantes prestados por los individuos del clero á las ciencias y á las artes, nos convencemos más y más de la marcada y notoria injusticia, de la mala fe, del contínuo abuso de la palabra, del talento, de la pluma, de la credulidad de los pueblos, que han hecho los que se han propuesto desacreditar el estado eclesiástico, tachándole de ignorante, de enemigo de las ciencias y de los adelantos

científicos. Por fortuna ya hoy todo el mundo está poseido de la misma verdad, convencido hasta la saciedad de que solo el amor al libertinaje, el temor que inspiraba á los corazones pusilánimes el venerando clero, fué la causa de los denuestos y denigrativos desdenes empleados contra él. Ni puede ser otra cosa. Cualquiera que al leer la historia eclesiástica se encuentra en todas las épocas y en todas las edades pontífices y cardenales, que deponiendo su elevacion, descienden hasta la altura de los modestos personajes en cuya frente brilla el genio, se digne conversar con ellos, sentarlos á su mesa, mostrarles su bolsillo, su proteccion, poner á sus órdenes todos los medios que les concede su fortuna y su posicion, para que los empleen en beneficio de las ciencias y de las artes; al ver esos grandes hombres que hacen consistir toda su grandeza en promover obras utilísimas á la Iglesia y á la sociedad; que sin su bondadosa proteccion yacieran hoy muchísimos de los adelantos de que tan orgulloso se muestra el siglo, sepultados en el olvido; al ver todo esto no acertamos á comprender el odio sañudo de los hombres del siglo XIX contra las venerandas figuras que con tanta frecuencia se les presentan en las tinieblas de la edad media. Aun sin distraer nuestra atencion á otras ciencias, áun limitándonos á la que cultivó con tanto esmero nuestro insigne teólogo Purbach, dígasenos á quién es debido ese asombroso impulso dado á esta ciencia importante; quien fijo sus principios, tan trastornados é invertidos; quién mostro al mundo el maravilloso sistema en toda su esplendente totalidad y explicó mejor el sistema planetario. Los físicos y astrónomos de la antigüedad abrigan las ideas más groseras sobre el particular; quién suponia á ese cerúleo firmamento, que en la aurora alegra nuestra vista, cual inmensa campana de cristal con distintos agujeros esparcidos aquí y acullá, y sostenida toda esa mole asombrosa por medio de unas estacas fijas en las extremidades de la tierra; quién hacia descender de la region bienaventurada, donde los espíritus se extasiaban en la contemplacion del Eterno, todas las mañanas á un ángel que cargaba con el globo luminoso del sol sobre sus hombros, y saliendo del Oriente recorria toda la órbita solar hasta ocultarse en el Occidente, volviendo sin duda despues á descansar de su ímprobo trabajo, de su larga y fatigosa caminata; otros más delicados suponian que este ángel, sin necesidad de tomarse tan incómoda molestia, daba un impulso al astro luminoso del dia, el monarca del firmamento, poniéndole en movimiento, que no se alteraba merced al límpido espacio, á los ningunos obstáculos, al apénas perceptible roce ó rozadura que encontraba en su majestuosa marcha por los espacios imaginarios. No habia para los antiguos en el cielo esa inconmensurable grandeza que nuestros ojos se complacen en descubrir; el mundo para ellos era una magnífica sábana, cubierta con toldo cerúleo

esplendente; despues de esto nada habia, ó si habia algo, todo estaba subordinado á la tierra. Así es que los ingeniosos sistemas que se inventaron por Tico-brahe, por Ptolomeo, y por algun otro ménos conocido, distaban mucho de agradar al alma, dándole magníficas ideas acerca de las obras de Dios como lo ha hecho tan bellamente Copérnico: considérese la enorme distancia que hay del sistema de Tico-brahe y de Ptolomeo al de Copérnico; véase si, aunque no sea sino hipotéticamente, no es mil veces más preferible considerar el sistema planetario, con el sol, con el monarca de los astros colocado en el centro, y todos los demás soles y planetas segundarios trazando majestuosamente sus órbitas al rededor del foco de luz que les comunica su influencia, mayor ó menor segun su mayor ó menor proximidad, revelándonos una portentosa variedad sujeta á la unidad mas rigurosa, ó considerar la tierra con su toldo de cristal, y con inconmensurables espacios vacíos despues. Ah! el sistema de Copérnico eleva como digo el espíritu del hombre, le hace adorar á Dios, le obliga á prosternarse con humilde compostura al ver las grandes maravillas que ha obrado. Recordando las sublimes palabras, en que el apóstol San Pablo comparó al cielo que vemos, azulado y lleno de lumbreras rutilantes, con el cielo donde los bienaventurados gozan extasiados de la vista de Dios inefable, recordando estas hermosas palabras pronunciadas por quien vió el cielo de los bienaventurados y el cielo de los astros, se siente uno inclinado á bendecir al Dios, que lleno de clemencia se ha dignado mostrarnos una imágen de nuestra patria amada, de la bienandanza eterna, donde el Sol divino, la luz deslumbradora muéstrase en trono de marfil, inmenso, inconmensurable, teniendo á su alrededor los santos refulgentes, ora agrupados, ora esparcidos. Adoremos á Dios en el silencio de la meditacion. Volvamos á nuestro asunto. Uno de los hechos que alegan para probar que el clero y la Iglesia católica son enemigos de las ciencias humanas es la pretendida persecucion que experimentó Galileo á causa de sus descubrimientos astronómicos y su condenacion en el tribunal de la Inquisicion romana. Felizmente está ya en la actualidad probado hasta la saciedad, especialmente en las cartas del célebre marqués de Nicolini, y de Guichardini, embajadores de Florencia, amigos, discípulos y protectores de Galileo, y además por las cartas y manuscritos del mismo célebre astrónomo, la falsedad de las aserciones de los filósofos enemigos del clero, y la verdad amarga y triste de que estos hombres han prostituido sus talentos y su pluma para emplearlos en engañar al público miserablemente. Este filósofo no fué perseguido por sus estudios é invenciones astronómicas, que fueron admirados por las mismas dignidades del clero, sino por sus erradas aseveraciones en materias teológicas, y por sus explicaciones poco exactas y genuinas de la sagrada Biblia; como

astrónomo fué respetado, es más, protegido; como mal teólogo fué reprendido, condenado; como intérprete de la sagrada Escritura juzgado con equidad y justicia nada más. No cabe duda en que sus descubrimientos le suscitaron enemigos entre los partidarios del antiguo régimen, cosa en verdad disculpable si se tiene en cuenta las ideas raras y extravagantes que sobre las ciencias naturales se enseñaban con toda formalidad en las escuelas y en los libros. Mas solo su pertinacia en forzar los textos de la Escritura sagrada para conciliarla con los sistemas astronómicos, para enlazar la Biblia con Copérnico, fué lo que dió lugar á que se le juzgase, y su petulancia fué el orígen de sus disgustos y desazones. No es bueno llevar la admiracion al hombre, por eminente que sea, hasta el extremo de santificar y sublimar todos sus actos, mucho más cuando estos son de inmensa trascendencia á las naciones y á los pueblos. Apláudanse enhorabuena sus grandes invenciones, sus trabajos laboriosos, su celo por las ciencias; mas no se incurra en el extremo de suponerle intachable en su conducta, exento de errores, de odios y de animadversiones. En aquella época vivian y florecian el Tasso, Ariosto, Maquiavelo, Bembo, Torricelli, Guichardini, Fra-Paolo, y otros, y no podemos ménos de confesar que todavia, á pesar de brillar con sus luces esos genios, queria la barbarie esparcirse por Italia. En el año 1611, durante su primer viaje á la capital del orbe cristiano, Galileo fué admirado y colmado de honores y dignidades por los cardenales y los grandes señores, los cuales complaciéronse en examinar sus descubrimientos. En el año 1615 volvió á aparecer por Roma, siendo anunciado por una nube de acusaciones que fueron lanzadas sobre su frente, y esas acusaciones formadas contra él se disiparon al presentarse en Roma con las explicaciones que dió satisfactorias, lo que dista mucho de ser un dato para acusar de inicuos á los clérigos de Roma. El cardenal del Monte y diversos miembros del Santo Oficio se le acercaron cariñosamente para amonestarle sobre la conveniencia de no salir en sus investigaciones del criterio religioso, trazado por la prudencia misma; dándole á entender que fuera de las ideas católicas no habia invencion real, ni digna de encomio: consejos acertados, que en vez de coartarle en sus investigaciones en la marcha científica, iban encaminados á trazarle una senda segura en esos mismos descubrimientos, á purificarlos, á hacerlos verdaderamente útiles á la sociedad. Nadie, que conozca imparcialmente la decantada prudencia que reina en la corte romana, nadie podrá negar que esta ha sido siempre la conducta del pontificado; aconsejar, dar elevacion á las ideas, trazar sendas fáciles y seguras al saber, evitar su perdicion sensible; que no puede ménos de ser doloroso á una madre ver á sus hijos, que han prestado inmensos servicios, caminar al precipicio. Fueron inútiles las amonestaciones; su

ardorosa pertinacia; la favorable y ventajosa idea que tenia de sí mismo; el orgullo, en una palabra, no pudo mostrarse sereno ante la hermosa prudencia, revestida con el manto de la caridad. Exigió, dice el citado y nada sospechoso Guichardini, en sus despachos del 4 de Marzo de 1616, que el Papa y el Santo Oficio declaráran que el sistema de Copérnico se hallaba fundado en la Biblia; son sus palabras textuales; nada decimos de la petulante pretension, no necesita comentarios. Escribió memorias sobre memorias: el pontífice Paulo V, cansado de sus instancias, resolvió por fin que esta controversia fuese juzgada por una congregacion especial. Galileo, añade Guichardini, llevó hasta el extremo este negocio; hacia más caso de su opinion que de la de sus amigos, creia que todo debia doblegarse á sus exigencias; Papa, Cardenales, Obispos, Congregaciones. Fué llamado á Florencia en 1616 en el mes de Junio, y él mismo declaró en las siguientes palabras, tomadas de una carta suya, que no se hallaba incurso en ningun anatema, por mucho que sus opiniones no fuesen plenamente aceptadas por la Iglesia. Hé aquí sus palabras textuales; téngan-las presentes nuestros enemigos para discutir con verdad: «La congregacion, dice, solo ha decidido que la opinion del movimiento de la tierra no está de acuerdo con los pasajes bíblicos; yo no estoy personalmente comprendido en el decreto de condenacion.» Antes de su partida de Roma tuvo una conferencia amistosa con el soberano Pontífice, que deponiendo su habitual dignidad, hasta se dignó dirigirle palabras cariñosas y jocosas. Belarmino fué el único que tomando el nombre de la Santa Sede, le aconsejó á que se abstuviese en lo sucesivo de hablar de la pretendida y perfecta armonía entre los pasajes de la Sagrada Escritura y los descubrimientos de Copérnico, mas sin obligarle por esto á que renunciase á ninguna de sus hipótesis astronómicas. Quince años despues, ó sea el año 1632, Galileo imprimió sus celebrados diálogos, denominándolos *Delle due mazzime systeme del Mondo*, bajo el pontificado de Urbano VIII, con una aprobacion y permiso supuestos, y contra la cual nadie se atrevió á declararse, á pesar del enorme crímen cometido en suplantar firmas y autorizaciones. Volvió á dar á luz sus memorias, escritas el año 1616, en las que se esforzaba en erigir en dogma la rotacion del globo sobre su eje, pretension por cierto que, como se ve, es bien absurda. No sé con qué fundamento se dice que los Rdos. PP. Jesuitas, incomodados con Galileo por mezquindades, trataron de malquistarle con el Papa, cosa en verdad increible, tratándose de hombres dedicados preferentemente al estudio de todas las ciencias. Lo que sí se sabe de positivo es que el marqués de Nicolini dirigió á Galileo estas significativas palabras, más significativas aún en los labios de un amigo: «Es preciso tratar este negocio con prudencia, con razonamientos sólidos, con dulces formas; no

hay necesidad de incomodar al romano Pontífice; no es enemigo de vuestros descubrimientos; abstenéos en lo posible de polémicas acaloradas, indignas de vos.» En los despachos del citado Marqués de Nicolini, del 5 de Setiembre de 1632, se encuentran estas palabras; todo el mundo puede leerlas en su original. En 3 de Febrero de 1633 fué citado á Roma, donde se presentó á los pocos dias, no á responder de sus descubrimientos astronómicos, sino de sus palabras, de sus obras y de sus escritos contra algunos individuos de la Curia Romana. Mas es inexacto que se le alojase en la cárcel inquisitorial, siendo así que le fué concedida habitacion en el palacio del embajador de Toscana. Un mes despues se le encerró, no en las cárceles de la Inquisicion, como falsamente aseguran algunos autores, sino en el departamento del fiscal, concediéndosele ámplia libertad para comunicarse con el embajador y otras personas, para pasearse, para que entrasen y saliesen sus criados. Parécenos que no se pueden guardar mayores y más delicados miramientos con un procesado, por ilustre que sea su alcurnia, por encumbrado que sea su puesto social, por admirables que sean sus talentos. Diez y ocho dias fueron los únicos que así estuvo detenido en el palacio de Minerva, enviándole despues al del embajador de Toscana, su protector y amigo decidido. En las diversas sesiones habidas no se trató de la esencia de sus sistemas, sino de su pretendida conciliacion con los pasajes de la Biblia. Despues de pronunciada la sentencia definitiva, despues de hecha la declaracion por Galileo de su adhesion á la santa Iglesia católica, apostólica, romana, fué absuelto, y se le concedió la libertad de poder hacer lo que fuere de su mayor agrado, de volver ó no á su patria. Confírmase lo dicho por las siguientes palabras, tomadas de una carta escrita por el mismo esclarecido ó insigne astrónomo al P. Recaners, su discípulo, que dicen de esta manera: «El Papa me creia digno de su estimacion. Estuve alojado en el delicioso palacio de la Trinidad del Monte. Cuando llegué al Santo Oficio, dos religiosos dominicos me invitaron con mucha bondad á formar mi defensa. Me encontraba en la obligacion de retractar mis opiniones como católico. Para castigarme, solo me impusieron la pena de prohibirme los diálogos, y me dejaron en libertad de hacer lo que mejor me conviniera, despues de cinco meses de permanencia en Roma. Como reinaba la peste en Florencia, por temor de que fuese contagiado me dieron para mi residencia el palacio de mi amigo mejor, Monseñor Piccolomini, arzobispo de Sienne, en donde gocé de la mayor tranquilidad. En el dia estoy en el campo de Arcatres, de mi propiedad, donde respiro un aire puro, cerca de mi cara patria.» El que desee confirmarse en estas noticias y adquirirlas más extensas, puede consultar *El Mercurio de Francia*, del 17 de Julio de 1784, núm. 29, donde verá plenamente refutados todos los inexactos datos en que fundan sus acu-

saciones nuestros enemigos declarados. Júzguese, en vista de lo expuesto, de la inexactitud y mala fe de los escritores numerosos, especialmente entre los protestantes, que han asegurado con la mayor seriedad que Galileo fué perseguido, aprisionado, maltratado, tan solo por haber sostenido que la tierra gira al rededor del sol. Ni con esto se dan por satisfechos, sino que pasando aún más adelante aseveran que ese sistema, hoy reconocido por los sabios de todas clases como el más grandioso, el más conforme con las ideas inspiradas y elevadas del catolicismo, fué reprobado y condenado por el tribunal del Santo Oficio, como falso, erróneo y contrario al sentir de la Biblia. Lo sensible es que esos desventurados partidarios del mal, careciendo de la buena fe necesaria para entablar todo género de discusion, no solo cierran los ojos á la luz de la verdad luminosa cuando se trata de disipar las sombras, sino que procuran á la vez aglomerar tenebrosas nubes ante el sol luminoso con el descarado propósito de que nadie se aperciba de sus rayos consoladores. Esto es lo que sucesivamente, y unos despues de otros, vienen haciendo los incrédulos de tres siglos. Por otra parte, escribiendo folletos y obras, en las cuales estampan aseveraciones conocidamente falsas, sin cuidarse gran cosa de ocultar la deformidad de sus errores, porque cuentan siempre con un dato seguro, con la nimiedad, con la credulidad de sus cándidos lectores; este género de hombres son mil veces detestables, no solo porque tienden á subvertir el órden, sino porque además engañan torpemente al público, negándole el alimento de la verdad, de que le son deudores, en cumplimiento de la mision que recibieran del cielo. ¡Desdichados mil veces los pueblos que se ven obligados á escuchar á mentidos oráculos, y más desdichados aún los mismos genios, que así engañan á las masas! Asombra el ver el cinismo descarado con que estos hombres, lanzados por el infierno, sostienen que ha sido perjudicial el establecimiento del cristianismo en la tierra á los progresos de la ciencia; que ha detenido siempre el curso majestuoso del carro civilizador, y otras aserciones semejantes, hijas no tanto de la prevencion que abrigan contra el catolicismo, cuanto de su dañada mala fe. Fortuna es que hoy ya repugnan estas doctrinas, chocan al sentido comun, no gustan, porque ni estan en moda siquiera, estan gastadas. Hoy todos estamos persuadidos que en estos diez y nueve siglos las ciencias solo han sido cultivadas en los países alumbrados por las refulgentes y esplendorosas luces del cristianismo, miéntras los pueblos destituidos de ellas yacian sumidos en las tinieblas de la ignorancia y en la barbarie, segun la bella frase de la sagrada Escritura. ¿Qué comparacion cabe entre la Europa culta del siglo XIX y los pueblos de la India y de la China, presentados como los modelos del saber, de la perfeccion, de la cultura, por los que hacen inauditos esfuerzos por encontrar en la tierra un pueblo solo que

ofuscára con sus luces y adelantos el catolicismo? ¿No escuchan esos mismos indios y habitantes del celeste imperio con sorprendente asombro las sencillas explicaciones de las grandes cuestiones teológicas, físicas, astronómicas, matemáticas, que les hacen los misioneros que parten de Europa ávidos de cautivarlos por estos medios nobilísimos al yugo de la fe? Qué opimos resultados no han obtenido nuestros evangelizadores con solo emplear con destreza ese arma, ese instrumento de la ciencia? Ciertamente que si hubiesen sido esos pueblos los más adelantados de la tierra, si hubiesen estado orientados en las grandezas y vastos conocimientos de la ciencia, no les hubieran sorprendido, ni lográran tampoco esa veneracion que en ocasiones les hacia presentar al europeo como un semi-dios. Los mismos mahometanos, en los siglos once y doce, llegaron sin duda á adquirir alguna leve tintura en las ciencias; pero es cosa bien reconocida por cuantos no sean del todo profanos á las historias, que esos conocimientos científicos los recibieron de aquellas mismas naciones cristianas á quienes habian avasallado con sus armas belicosas, abrumándolas bajo el plúmbeo peso de sus ejércitos. Triste es verlos, sin embargo, despues de poco tiempo abandonar los preciosos legados de la ciencia que adquirieran en los pueblos católicos, y verlos sumidos siempre en la ignorancia, allí donde establecian su reinado. Y en fin, á qué fatigarnos? Los mismos incrédulos de buena fe hacen coro á todos los profundos pensadores que aseguran que la Europa misma yaceria hoy sumida en las densas tinieblas de la ignorancia de los pueblos asiáticos, á no haber opuesto el catolicismo constantemente una rémora fuertísima á la barbarie, á no haber abierto públicas escuelas, á no haber protegido á los sabios, á no haberles dado grandes medios, á no haber, por último, velado por la educacion de sus hijos. Diríjase una mirada veloz y rápida por los siglos medios, por los castillos feudales; estúdiese el carácter brusco de aquellos señores encastillados en sus torres; véaseles inclinados siempre al despótico dominio, á las ideas groseras, á las atrocidades, sin que reinase entre ellos la suavidad, la delicadeza de sentimientos que entre nosotros reina, y se podrá adquirir un convencimiento de los inauditos esfuerzos que la Iglesia católica ha hecho por fomentar y conservar las ciencias. Sin esa constante y decidida vigilancia, el siglo XIX se hallaria separado de los siglos en que florecieron Roma y Grecia por insondable abismo. El recuerdo de Roma y de Grecia tráenos á la memoria la objecion capital en que nuestros adversarios fundan sus ataques al catolicismo al tacharle de enemigo de los adelantos científicos. «Las ciencias, dicen, no fueron cultivadas con tanto esplendor ni con tan brillante éxito entre los romanos y los griegos desde el establecimiento del cristianismo. Apagóse entónces en esos dos pueblos, cuyos destellos han llegado hasta nosotros, el foco de la luz que iluminaba á las naciones de

la antigüedad.» Los que así hablan, ignoran los acontecimientos que precedieron y siguieron á esa grande época de la historia. Desde los dias del sanguinario Neron hasta los del piadoso Teodosio *el Grande*, en este espacio de trescientos años, fueron asoladas todas las vastas provincias, que se habian hallado sometidas al imperio romano, en las guerras civiles promovidas por los diversos pretendientes al imperio. Ya los bárbaros con ademan hostil habian salido de las selvas impelidos por la Providencia divina, que viendo cubierta de crímenes y de sangre la vasta extension del imperio romano, se proponian purificarlo por medio de esos habitantes de los bosques. Eran ya en esta época continuas las irrupciones de los germanos, de los sármatas, de los cuados, de los escitas, de los persas, de los partos, que cual si obedecieran de consuno á las órdenes de un jefe, salieron de las diferentes extremidades del imperio romano, desmembrándole en grandes porciones y estrechando de tal modo las distancias, que ya llegaron á subir al mismo Capitolio, sin respeto á los fabulosos dioses, que por tantos tiempos habian sido el magnífico maniquí empleado por los cónsules y los emperadores para guiarle por el sendero que más les conviniese. Las victorias obtenidas por algunos emperadores solo opusieron á este torrente devastador un obstáculo pasajero y asaz deleznable, que era arrastrado en los dias de las grandes avenidas. En el año 275 de la era cristiana cayeron sobre las Galias un gran número de pueblos venidos del Norte de la Alemania, tales como los francos, los borgoñones, los vándalos, que se apoderaron de setenta ciudades, dominándolas por espacio de dos años. Si al cabo de dos años consiguió lanzarlos de ellas Probo, fué apelando al horrendo medio de asesinarlos en número de cuatrocientos mil, destruyéndolos por decirlo así. Mas como observa un publicista del siglo pasado, estaba la órden dada en el cielo, y nada importaba que los hombres se empeñasen en demorar su cumplimiento. Despues de muertos en la refriega estos hombres, salian nuevas y temibles bandadas de bárbaros de sus bosques con todo su carácter de sangre. En el siglo V los godos, los francos, los hunnos, los vándalos, los lombardos, con su sola espantable presencia, hicieron alejar á los súbditos del imperio hasta llegar á dominar casi todo el Occidente. En el siglo VII los árabes asolaron el Oriente entero para establecer allí el mahometismo, para arrancar el lábaro santo de la cruz de la cúpula de los edificios y sustituirle con la media luna. En una palabra, hasta que se obtuvo la conversion de todos los pueblos invasores, hasta que la añeja sociedad se vió sustituida por otra más jóven y vigorosa, hasta que el catolicismo no vió plenamente asentados sus dominios en toda Europa, desde el Septentrion al Mediodía, y desde el Oriente al Ocaso, Europa no fué sino un vastísimo campo de batalla, donde se disputaban los poseedores antiguos y los mo-

dernos emperadores, aquéllos sus derechos, éstos sus pretensiones. ¿Pudieran florecer las ciencias con esplendor, pudieran hacer pasmosos progresos en medio de esta continua asolacion de pueblos ambulantes, que no habian fijado sus reales ni establecido sus leyes y constituciones? Dedúzcase de aquí el admirable modo como discurren nuestros enemigos. Agréguense á lo dicho las inquietudes y desazones ocasionadas en los dominios del antiguo imperio romano por las pestes, por las hambres y demás calamidades que aquejaron al mundo en la época en que los apóstoles del cristianismo luchaban con las potestades del infierno. Segun cálculos de varios historiadores de aquellos tiempos, de cuya exactitud no respondemos, en los dias del Pio Justiniano, el número de habitantes del imperio, incluyendo el de las provincias ya disgregadas, era ménos de la mitad del de la época de Augusto. Aun cuando haya alguna exageracion en las fechas, áun cuando se quieran reducir las víctimas de las plagas, todavía nos queda un crecido número para juzgar del estrago causado. No se achaque, pues, al cristianismo el no haber fomentado entónces las ciencias, cuando la historia nos muestra tiempos tan calamitosos, nada adecuados en verdad para las investigaciones de los sabios ni para las curiosidades de los literatos. Pero ¿qué decimos? En esa misma época de agitadoras convulsiones, en esos mismos dias de efervescencia de Europa, cuando las familias y las naciones estaban en movimiento contra los ejércitos en los campos de batalla, de continuo molestados por el enemigo; la Iglesia sola es la que impulsa á sus discípulos á instruirse, con el fin de refutar las objeciones de los filósofos, de convertirlos y convencerlos. ¿Conociéronse en los tres primeros siglos autores profanos que igualasen en conocimientos filosóficos á los santos Padres, á los sabios que brotaron del seno de la Iglesia, á pesar de la coyuntura poco favorable que presentaba el mundo para dedicarse con madurez á los estudios? Cuando en el siglo inmediato Constantino sancionó, por decirlo así, el cristianismo, cuando le abrió las puertas del mundo, viéronse en la Iglesia doctores, cuyos conocimientos eran sin disputa superiores á los sabios del espirante paganismo. El mismo Juliano, declarado enemigo del dulcísimo nombre de Jesus, conocia perfectamente el ascendiente de los católicos, cuando tomaba las disposiciones necesarias para privar á los católicos de la intervencion en la enseñanza de la juventud, cuando prohibia á los cristianos enseñar las letras, cuando mandaba arrojar á la hoguera los libros de los que apellidaba galileos. Podemos asegurar, sin temor de ser contradichos, que no hubo en aquel siglo filósofos fuera del catolicismo que alcanzasen en conocimientos de física é historia natural á los santos Padres, á S. Basilio, que publicaba su *Exameron*; á Lactancio, que daba á luz su *Opificio Dei*; á Teodoreto, que tan asombrosamente discurria en su obra de *los Discursos sobre la Provi-*

dencia. El medio de perfeccionar las ciencias naturales era establecer comunicaciones entre las diferentes naciones que ocupaban el mundo entónces conocido; enseñar á conocer el suelo, las riquezas, las costumbres, las leyes, la índole, el genio, el lenguaje de los diversos pueblos: hoy gozamos de todos estos conocimientos. Bástanos acudir á una biblioteca medianamente provista, para que queden plenamente satisfechos nuestros más exigentes deseos. ¿Pero á quién somos deudores de esta inmensa é inapreciable ventaja? ¿Acaso á los filósofos, que tenian en sus labios el celo por la humanidad, áun cuando la detestasen en el fondo de su corazon? ¿O es á los misioneros inflamados por la caridad, los que han levantado monumentos tan grandiosos? El cristianismo en el Norte hace germinar la agricultura, las artes, la civilizacion, las ciencias. Transforma en magníficas y dilatadas regiones, donde nace el trigo y los frutos, donde la vegetacion es lozana y vigorosa, donde el pasajero recorre hermosos panoramas con su vista, donde ve sentadas admirables y ricas ciudades; los campos que en otro tiempo solo estaban cubiertos de bosques espantosos, donde rugian el leon y la hiena, de lagunas intransitables, y si acaso de algun contado rebaño de ovejas. Los misioneros, y no los filósofos, son los que han civilizado á los bárbaros, los que nos han dado á conocer los países y naciones de los confines del Asia, los que nos han descrito las costumbres, leyes, el carácter de los habitantes de la América. Ningun filósofo penetrára en esos incultos países, donde se encuentran peligros á cada paso, si ántes no le abrieran una senda segura y espaciosa los misioneros con intrépido celo y admirable grandeza de ánimo. A ellos son deudores la geografía y la historia natural de los asombrosos progresos que han hecho en estos últimos siglos, y cierto es que si en sus trabajos no tuvieran otras miras que las de recibir los agradecidos encomios de las sucesivas generaciones, si no les impulsáran motivos más nobilísimos y elevados, entónces tuvieran hoy de qué arrepentirse al ver de este modo desestimadas sus trabajosas investigaciones, sus pasmosas y sobrehumanas empresas. Allí donde el cristianismo ha sido recibido, ora fuese entre los glaciales frios del Norte, ora en los ardorosos climas del Mediodía, ha llevado consigo las ciencias, las costumbres suaves, la civilizacion. Luego que sus luces esplendorosas han sido sofocadas en algun país por los esfuerzos del enemigo de Cristo, allí las tinieblas se han esparcido por la superficie de la tierra, la civilizacion ha desaparecido, la barbarie se ha entronizado, la debilidad y la esclavitud hanse proclamado. Véanse en corroboracion de esta verdad los pueblos derruidos de las costas del Africa y de las del Egipto; allí hubo ilustracion miéntras duró el Evangelio; pero vino la profunda noche con sus terribles espectros, luego que dejó de esparcir sus resplandores la antorcha divina. La Grecia, fecunda en los dias de la antigüedad en sabios,

en grandes legisladores, en filósofos excelentes, hoy está reducida á la nulidad completa; allí no reinan las ciencias, allí yacen sumidos en la estupidez. ¿Es que ha cambiado su naturaleza ó su clima? No, es el mismo; el genio de los griegos no ha sufrido alteraciones. Pero la tiranía de sus últimos gobiernos, tan enemigos de las ciencias como de los cristianos, los ha reducido á ese lamentoso estado. Necesario es en fin perder todo pudor para atreverse á publicar en son de triunfo que esta religion ha retardado los adelantos del entendimiento humano, y que se ha opuesto al perfeccionamiento de las ciencias, cuando se sabe que sin ella la Europa entera estaria hoy sumida en la ignorancia que consigo trajeron los pueblos bárbaros del Norte; cuando es sabido que lo único que tiende á la extincion de las ciencias es la pertinacia y depravado método de los filósofos; cuando es cosa puesta fuera de toda duda que no tendriamos datos fijos, ni ideas exactas de los primitivos tiempos del mundo á no haber sido por los cuidados y vigilancia empleados por la Iglesia en conservar íntegros los libros santos; cuando es sabido que los sabios que han querido remontarse á los primeros orígenes de las ciencias, de las leyes y de las artes, se han visto obligados á tomar la historia santa por base de sus investigaciones; cuando sabemos que los que han seguido una senda opuesta á la trazada por la Iglesia, nos han legado bajo los pomposos nombres de filosofía de la historia, y de historia de la filosofía, la historia más bien de los sueños de una imaginacion desarreglada, la historia de las aberraciones lamentables del hombre, aumentadas y corregidas; cuando, en fin, estan hoy persuadidos los amantes del progreso, que no es posible construir en el órden científico ni literario nada sólido y estable si no se asientan sus fundamentos en las sólidas bases, en los inequívocos é indestructibles cimientos del cristianismo. ¿Qué puede prometerse la humanidad y el catolicismo de esos hombres anticuados, que pasan el tiempo en suscitar controversias de ayer, y que abandonando todo camino recto, descuidando el estudio de las lenguas, de la crítica, de la filosofía, de la literatura antigua y moderna, que consideran supérflua, aspiran á ser creadores, todos se lisonjean de que en su cerebro brota la verdad, y repiten sin saberlo los errores filosóficos, que ya causan náuseas? ¿Qué se puede prometer de esos hombres que olvidan todos los principios del arte de raciocinar, blasonan de carecer hasta de las primeras tinturas de lógica y metafísica, considerándolas como un obstáculo para la impetuosidad de su genio, á semejanza de los antiguos epicúreos, que sacudieron como un yugo esas ciencias? ¿Qué puede prometerse, repetimos de nuevo con acento doloroso, de esos hombres que, en vez de raciocinar, declaman, se contradicen, ignorando si han partido de algun principio, ni si se han trazado rumbos fijos? ¡Oh! si esta filosofía asoladora durase algun tiempo más, si

la juventud continuase sometida á la educacion de los filósofos, que en todo piensan ménos en formar hombres laboriosos, útiles, sabios; si continuasen mucho tiempo esos verdugos de la ciencia en considerar la historia como un tejido de conjeturas, un sistema de pirronismo, una serie de libelos infamatorios, en no admitir otros hechos que los que esten en armonía con sus ideas, en denigrar á todos los personajes cuya virtud les incomoda, en llamar héroes y grandes hombres á los insensatos y atrevidos que llevan sobre sus hombros los anatemas de maldicion de todos los siglos, en desear solo ser los únicos legisladores, los únicos árbitros de todas las naciones, en atacar la idea de un solo Dios, en minar por su base todas las sociedades mejor constituidas, en proscribir la moral razonable y divina, en prescribir la moral de los brutos, en fundar su política sobre bases anárquicas; si, repetimos, se prolonga algun tiempo más el reinado de estos pretendidos sabios, desgraciadas de las ciencias, desgraciadas de las artes, desgraciada de la sociedad entera. Angústiase de pena el espíritu al ver el porvenir oscuro y tenebroso... Solo confiamos en que la Providencia divina, que de un soplo puede aniquilar los cálculos de los hombres, y hacer brotar de las mismas tinieblas la luz esplendorosa, se apiadará de nuestros enemigos y de nosotros, atrayéndolos al camino de la verdad, del bienestar, de la completa felicidad.—N. L.

PURBRICH (Eduardo). Era natural de Worcerster, en Inglaterra. Estudió las ciencias con aprovechamiento en la universidad de Oxford, y dedicado á la carrera eclesiástica, fué ministro ó sacerdote de la iglesia anglicana, hasta que en el año 1850 se convirtió á la religion católica.—C. de C.

PURES (Miguel de). Fué hijo este abate de Antonio de Pures, señor y baron de Belmont, caballero de la órden del rey de Francia, consejero en todos sus consejos, mayordomo de palacio y preboste de los comerciantes de Lion en 1634. Fué el abate un distinguido literato, dedicado exclusivamente á la traduccion, y de él han quedado: primero, *las obras de Quintiliano*; segundo, la *Historia de las Indias*, de Maffé; tercero, la *Historia de Africa*, de Binago; y cuarto, la *Historia de Leon X*, de Pablo Jove. Escribió la *Historia del mariscal de Gassion*, y la del *Cardenal Alfonso de Richelieu*, la cual hizo en lengua latina; y en fin, dejó un romance *sobre los Preciosos*, y una tragedia de *Ostorius*, dedicada al cardenal Mazarino. Murió Pures en Paris en Abril de 1680. El abate Marolles, en su obra *sobre los Autores*, Loret en muchas partes de su *Gaceta*, y Debizé en su *Mercurio* de 1680, correspondiente al mes de Abril, elogian mucho al abate Pures, al paso que Despreaux le criticó con sus invectivas en su sátira segunda, sexta y novena con notable injusticia, vengándose de él este celebre poeta porque le creyó propagador de un libelo que

se escribió en contra suya, pues fué tan vengativo contra las personas que tenia por enemigas, cuanto vengador del buen gusto. La familia del abate Pures subsiste aún con distincion en Lion, en donde se estableció al principiar el siglo XVI, llevada de Florencia por Leonardo de Pures, de donde se origina. Segun las memorias de esta noble familia, se estableció primero en Berry, en donde casó Leonardo, y viniendo á Lion su hijo mayor Miguel de Pures, al que dejó grandes bienes, casó en 1537 con Juana de Poulveret. Nombrado consejero de la ciudad en 1588, continuó por más tiempo de lo ordinario en este honroso cargo á causa de las turbulencias políticas, habiendo sido uno de los más ricos ciudadanos. Despues de la reduccion del consulado en 1546, fué nombrado uno de los cuatro representantes de la ciudad. Todos los sucesores de esta noble familia, hasta el que causa este artículo, fueron distinguidos caballeros de Lion.—A. C.

PURICELLI (Francisco), literato distinguido, nació en Milan hácia el año de 1657, é hizo sus estudios en el célebre colegio de Brera, dirigido por los Rdos PP. Jesuitas. A la edad de veintidos años volvió á Roma, deseoso de perfeccionarse en el conocimiento de las lenguas y de las antigüedades romanas. Despues de permanecer algun tiempo en esta capital del orbe católico, fascinado por la ilustracion y esmerada educacion de los hijos de San Ignacio de Loyola, á quienes veia sobresalir por la universalidad de sus conocimientos, por el vasto campo á que se dedicaban sus tareas apostólicas, y por sus mismas sábias instituciones entre todas las demás órdenes religiosas, creadas por la fecundidad asombrosa de la religion católica, abandonó el mundo, sus riquezas y familia, y tomó la sotana en la Compañía de Jesus. Despues de su noviciado, vióse precisado con harto pesar suyo á abandonar los colegios de la Compañía de Jesus, por impedirle su salud debilitada continuar sus laudables proyectos. Luego de recibidas las sagradas órdenes pasó á Milan, en cuya religiosa ciudad consagró el tiempo á los deberes eclesiásticos y al cultivo de las letras. Algun tiempo despues fué admitido en la academia titulada de *Inquieti*, como habia sido admitido en la de los arcedianos de Roma anteriormente, y ayudado de los auxilios de algunos literatos, formó una sociedad que tenia por objeto adquirir noticias importantes de todos los puntos del globo. Puricelli rehusó formar parte en toda su vida de los partidarios de la poesía, denominada por los italianos *Bernicsca*, á la cual tenia grande aversion por reconocerla enemiga de la buena literatura, contraria al buen gusto, y que á pesar de tan malas dotes, fundada por Berni, no dejó de tener algun séquito y fama. Murió Puricelli en 17 de Octubre de 1738. — N. L.

PURICELLI (Juan Pedro), uno de los escritores que se han ocupado con éxito más brillante en aclarar la embrollada historia y las fabulosos oscuri-

dades de la ciudad de Milan, nació en Gallarata en 1589. Desde sus más tiernos años mostró unas precoces disposiciones para el cultivo de las bellas letras, y un vivísimo y ardiente deseo por instruirse, y adquirir conocimientos sólidos en todas las ciencias. Despues de haber terminado sus estudios en el colegio de Brera, bajo la sábia y acertada direccion de los Rdos. Padres de la esclarecida Compañía de Jesus, abrazó la carrera eclesiástica, siendo á poco tiempo promovido al cargo de profesor de filosofía; más tarde al más importante aún de teología sagrada, juntamente que á la explicacion de la elocuencia cristiana, en el famoso seminario de Milan, donde tantos sabios de reconocido mérito é indisputable nota florecieron en todos los tiempos, y entre los cuales descuellan en primer término los Ambrosios, los Agustinos, los Cárlos de Borromeo y muchos más aún de renombrado y alto mérito. El cardenal Federico Borromeo, arzobispo de esta ciudad, en remuneracion á los dilatados servicios prestados por nuestro personaje, le fué concediendo alternativamente los empleos más honoríficos, hasta que en el año 1629 le condecoró con la dignidad de arcediano de la basílica de S. Lorenzo. El inmediato año de 1630 la desoladora peste que surgió en Milan, haciendo horrorosos estragos y causando numerosas víctimas, impelió á Juan Pedro Puricelli á consagrarse con celo y caridad laudable á la asistencia de los contagiados, sin que providencialmente fuese inficionado por la pestilencial enfermedad, á pesar de haber sucumbido casi todos sus compañeros canónigos á los rudos golpes de la cruel y desoladora enfermedad. «Yo mismo, dice el gran Tiraboschi, he leido en los manuscritos conservados en la Biblioteca Ambrosiana la deplorable y desconsoladora historia, en la que se muestran con vivos colores los horrorosos y lamentables estragos causados por la funesta epidemia, dia por dia, que ha sido legada á las generaciones venideras por el eminente canónigo arcediano. Los compiladores del *Nuevo Diccionario histórico y bibliográfico* ponen en duda esta asercion del doctor Tiraboschi, si bien confiesan con los demás biógrafos, que es el único entre los canónigos de la basílica de S. Lorenzo que se dedicó con el mayor celo y caridad más ardiente al servicio de los apestados, miéntras embargados los ánimos por un vergonzoso miedo, yacia el resto del clero sin atreverse á salir de sus casas. Ni eran obstáculo las funciones de su estado eclesiástico, á cuyo cumplimiento se dedicaba con tanto afan y ardiente caridad, para que dejase de publicar curiosísimas investigaciones históricas, científicas y literarias, que luego han sido muy estimadas por los sabios. Consagróse con especialidad á coleccionar un gran número de cartas y diplomas, registrando los polvorientos estantes de los archivos y bibliotecas, donde yacian sepultados en el olvido por parte de los desagradecidos y perezosos custodios de las letras, y nuestro laborioso escri-

tor se sirvió con gran utilidad de ellos para esclarecer é ilustrar los puntos más oscuros de la historia eclesiástica en las edades medias. Escribió un gran número de obras, todas útiles, segun la asercion de los que han consultado sus producciones, y que no han tenido la honrosa dicha de ver la luz pública muchas de ellas; así como otras han sido publicadas y reimpresas en diversas ocasiones. Consérvanse en la célebre Biblioteca Ambrosiana muchos de estos preciosos manuscritos. Es digno de consultarse á este propósito el catálogo que de ellos ha publicado Argelati, con el siguiente título: *De los escritores distinguidos de Milan;* dos tomos, dados á luz en 1637 al 1638, donde se puede admirar la sorprendente y vastísima erudicion del arcediano Juan Pedro Puricelli. Despues de una vida empleada en las investigaciones literarias, en la práctica de las virtudes cristianas, en el alivio de la indigencia y de los pobres desvalidos; este sabio murió en la mencionada ciudad de Milan, desempeñando aún su cargo el 27 de Noviembre de 1659. Además de la edicion que ha sido publicada de sus dos primeros libros de *Historia* en Milan, por Residuo Calchi, 1644, un tomo en fólio, se citan además del arcediano Puricelli las obras siguientes. Primero, *Ambrosianæ Mediolani Basilicæ monumenta;* dada á luz en Milan en 1645, un tomo en 4.°, y reimpresa por Freytag en los *Anales literarios* en 1648, un tomo en fólio: segun el arriba citado Argelati, fué además insertada por Grovius en el tomo IV de la obra que lleva por título *Tesoro de las antigüedades.* Tiraboschi, en su *Historia de la literatura italiana*, tomo VIII, página 397, cita esta obra como un tesoro de erudicion y de sana crítica, recomendándola á aquellos de sus compatricios que, dedicados al cultivo de las letras, quieran adquirir noticias verídicas y curiosas de las antigüedades de ese país hermoso, cuya historia es una magnífica y dulcísima epopeya. Otra de las obras del autor que más nos ocupa, lleva el título siguiente: *Vida de Lorenzo Litta, natural de Milan y arzobispo de la misma ciudad,* publicada en el mismo punto el año 1653; un tomo en 4.° Brillante es esta obra por el estilo castizo, puro, genuino que dominó en ella, á lo que debe en su mayor parte que se haya conservado entre los manuscritos y obras selectas de la Ambrosiana Biblioteca. Otra obra hay con el siguiente título: *Disertacion histórica de los santos mártires Gervasio y Protasio, Nazario y Celso;* publicada tambien en Milan en 1656, un tomo en fólio, y muy estimada por los naturales del país, porque se ven defendidos y esclarecidos en ella, contra los charlatanes enemigos de los milagros de los Santos, los maravillosos que fueron obrados por estos santos, que con tanta veneracion respeta el pueblo mediolanense. Por último, figuran tambien en el catálogo de sus obras las siguientes: *Historia de los santos mártires Arialdo, Alciato y Herlembaldo Cotta,* cuatro libros, en los cuales se ilustra la historia hasta en-

tónces envuelta en las tinieblas; *Historia del pueblo de Milan*, que fué publicada tambien en Milan, el año 1637 en un tomo en fólio. La obra lleva este título: *Sancti Satyri confessori et Sanctorum Ambrosii et Marcelianæ tumulus luci restitutus;* dada tambien á luz en dicho punto en 1658, un tomo en 4.° Todas estas obras segun Tiraboschi se hallan llenas de una erudicion selecta, áun cuando adolecen de algunos errores. Tambien se propuso escribir Puricelli la *Historia de los Humillados*, que no pudo realizar por haberle sorprendido la muerte.—N. L.

PURIFICACION. (La de la Vírgen Santísima.) Habiendo hecho á mayor honra y gloria de Dios y de su Santísima Madre la Vírgen María artículo especial de las excelencias de esta gran Señora, no podia dejar de hacerlo nuestra devocion y tierno amor de su Purificacion, cualidad que enaltece tanto á la más pura de las mujeres, que hallándose sin pecado original y más pura que el sol, tuvo la ejemplar humildad de ir al templo á purificarse para darnos ejemplo de su sumision y obediencia á las prescripciones de Dios, del que fué hija, esposa y madre á un tiempo, por providendencia de su mismo Criador y Señor. La Reina de las reinas, la Vírgen de las vírgenes, la Señora de las señoras y la más pura de las puras, se presenta cual si fuese pecadora al templo para purificarse. Misterio admirable inconcebible y de grande enseñanza, que acredita su excelencia y enaltece su divinidad, y que no ha podido dejar de celebrar la Iglesia católica con regocijo, señalando el dia 2 de Febrero de cada año para recordarlo con gran pompa y festividad religiosa. Queriendo Dios dar á conocer á los hombres que los hijos de Adan eran concebidos y nacidos en pecado, estableció que la mujer que pariese fuese considerada impura, y que durante su impureza no apareciese en público ni tocase ninguna cosa sagrada en cuarenta dias despues del parto si habia tenido varon (algunos dicen que treinta y tres), y ochenta si lo que habia dado á luz era hembra (otros aseguran que sesenta y seis). Al cumplirse este término, la madre debia ir á situarse á la puerta del templo con un cordero de un año, que ofrecia el sacerdote en holacausto en reconocimiento del soberano dominio de Dios, y para darle gracias del feliz parto de la madre. Debia esta además presentar un pichoncillo ó una tortolilla, que se ofrecia por el pecado; y despues de este doble sacrificio quedaba purificada de su legal impureza y en posesion de sus primitivos derechos. Las pobres, que no podian suministrar el cordero, suplian este con otro pichoncillo ú otra tortolilla, que daban para el holocausto; y como María Santísima era pobre, acudió á este acto al templo con dos tortolillas. Estaba establecido tambien por otra ley que el primogénito debia ofrecerse al Señor con ceremonias particulares, rescatándole despues con una ofrenda en metálico de corta entidad. A este fin llevó María al templo á su divino

Hijo para ofrecérsele al Señor por manos del sacerdote, y dió cinco siclos para redimirle, razon por la que celebra tambien la Iglesia en este mismo dia la fiesta de la presentacion de Jesus en el templo. La ceremonia de este dia se completó con un tercer misterio, que fué el encontrarse en el templo el anciano Simeon y la profetisa Ana con Jesus y sus parientes, razon por la que los griegos llamaron á esta fiesta *Hypante* ó *Ipapante*. Tomando Simeon en sus brazos al celestial Niño, lleno de entusiasmo y del más vivo reconocimiento, entonó aquel santo himno que nos recuerda la Iglesia diciendo:

Nunc dimittis servum tuum, Domine, secundum verbum tuum in pace;
Quia viderunt oculi mei salutare tuum.
Quod parasti ante faciem omnium populorum,
Lumen ad revelationem gentium, et gloriam plebis tuæ Israel.

Como acaba de verse, bendijo lleno de gozo el anciano Simeon á Dios por haberle concedido el consuelo de ver al Mesías por tanto tiempo esperado, prediciendo á María que sería traspasada por la espada del dolor al pie de la cruz en que habia de morir su querido hijo, el que seria á un tiempo ocasion de salvacion y alegría para los que hubiesen creido en él, y de reprobacion y ruina para los que hubiesen rehusado reconocerle, ó para los que habiéndole reconocido, no hubiesen vivido guardando sus mandamientos. Uniéndose Ana á las alabanzas del anciano, reconoció y alabó al Señor, y á todos los espectadores les hablaba de Jesus y de la redencion. Era esta santa profetisa una viuda, la cual desde que murió su marido servia á Dios en el templo de dia y de noche, orando y haciendo penitencia. Entre todos los hebreos, solo Simeon y Ana tuvieron la ventura de conocer entónces la divinidad de Jesus. Hallamos en el núm. 12 del *Diario de Roma*, correspondiente al año 1830, que en la iglesia de Santiago Scossacavalli se ve una piedra en forma de ara, en la que enseña la tradicion fué colocado Jesus cuando fué presentado en el templo, que transportó á Roma desde Jerusalen la gloriosa emperatriz Sta. Elena, madre del emperador Constantino Magno; y otro tanto repiten varios autores. Empezó á celebrarse esta fiesta en la Iglesia griega en los primeros siglos de la Iglesia; y segun Nicéforo, en el lib. XVII, cap. XXVIII de su *Historia eclesiástica*, el pontífice Justiniano I, el año de 527, la declaró solemne para todo el mundo. Ya desde la mitad del siglo anterior estaba en uso en la iglesia de Jerusalen, segun se ve en la *Vida de Teodosio el abate*. Muchas son las homilías que se conocen de los Padres de la Iglesia griega relativas á esta fiesta, que empezó en la Iglesia latina por órden del papa S. Gelasio I el año 494, segun Baronio y Novaes, por la abolicion de las reprobadas fiestas lupercales, que habia recibido la supers-

ticion por Evandro, las cuales se celebraban en Febrero al dios Pan, llamado *Luperco*, porque se creia por los gentiles que guardaba y libraba á los ganados de los lobos. Consistian estas fiestas en correr desnudos y otros disfrazados por la ciudad (por lo que algunos derivan de estas fiestas el carnaval) sacudiendo con pieles de cabra el vientre de las mujeres, que llevaban antorchas ó candelas encendidas, en la creencia de que esto contribuia mucho á su fecundidad y á la felicidad del parto. Esta opinion de Baronio fué contradicha por muchos graves escritores sagrados y profanos, que dicen que las fiestas lupercales se celebraban el dia 15 de Febrero, y que más bien que en vez de estas, la fiesta de la Purificacion se instituyó en lugar de la llamada *Amburbiale* por los gentiles, en la que el pueblo con candelas encendidas recorria la ciudad en memoria de las pesquisas que hizo Ceres buscando á su hija Proserpina cuando fué robada por Pluton, cuya parodia se representa aún en Roma por las calles la última noche de carnaval, en la que se llevan candelas encendidas, que se apagan al primer toque de la media noche, en que entra la cuaresma con el miércoles de ceniza, en que se recuerda á los mortales la nada de su ser, pues que hijos del polvo al polvo han de volver. De esta misma opinion fué el pontífice Inocencio III acerca de la institucion de la fiesta de que tratamos, pues que dice que en los primeros dias de Febrero creian los sicilianos que habia sido robada Proserpina por Pluton, y que fué buscada en aquella noche por todas partes con haces ú antorchas encendidas, por lo que los gentiles todos los años establecieron en su memoria las fiestas Amburbiales. Y que viendo los santos Padres la dificultad de extirpar esta costumbre gentílica sin sustituirla otra que se le pareciese, la conservaron; pero dedicada á la Vírgen Santísima, cambiando en devocion católica la que era desórden y bacanal gentílica, de cuya opinion fueron tambien Durando, Rábano y Beda, añadiendo que ya cristiana esta fiesta, se denominó *Candelora* ó *Candelaia*. Beda, en el libro *De Temp.*, atribuye á S. Gregorio I la procesion que hoy se usa en estos dias en nuestras iglesias, y Zacarías, en su *Disertacion quinta sobre las fiestas en honor de María Santísima*, dice que ya recuerda esta el *Martirologio Geronimiano*, como ya conocida en los tiempos de Casiodoro; y tambien se encuentra en los *Sacramentarios* de S. Gelasio I y de S. Gregorio I. Como se ve en Butler, á 2 de Febrero, Sergio I desde el año 687 aumentó la procesion, llevando en las manos candelas encendidas; y Baronio, en las *Anotaciones al martirologio de S. Eligio, obispo de Noyon y de Tournay, y de otros santos*, pretende que la fiesta de la Candelaria es aún más antigua que S. Sergio I. Atribúyese la misma ceremonia y procesion al propio S. Eligio, que murió el año 665. Celébrase en Roma esta fiesta con ayuno, por voto solemne hecho por un siglo en 1703 por Clemente XI y el pueblo romano, por haberle librado Dios del terrible terre-

moto de que se hace mencion en una lápida inscripcional de mármol, que se ve en el Capitolio; y el papa Pio VII perpetuó este ayuno en 1802; y por este mismo motivo, celebrándose en este dia en la capilla pontificia, entona despues de la Misa el Papa el solemne *Te Deum*. El Papa en esta fiesta dice dos solas oraciones en la bendicion, y en 1640 fueron motivo de una congregacion, que las juzgó suficientes; el Papa distribuye las candelas cuando asiste á esta fiesta. Antes del pontificado de Pio VI, desde el gobernador hasta los ministros que se hallaban al rededor del trono pontificio, se les repartia una candela de cera de una libra al pasar por delante del altar, y todas las velas que sobraban eran gajes del prefecto de los maestros de ceremonias, que acostumbraba á dar cuatro á cada uno de estos; y despues de la funcion se repartian tambien candelas por el mayordomo de Su Santidad á la familia pontificia. Aun cuando esta fiesta se titula de la Purificacion de la Vírgen María, viene tambien reconocida por la iglesia ambrosiana ó milanesa como fiesta de la Presentacion de Jesus en el templo, segun la reconoce la griega, que celebra el encuentro ó *hypante*. Y cayendo tambien en domingo, si nó es una de las tres que preceden á la cuadragésima, se recita el oficio y la Misa. Lo que obliga más á la observancia de esta solemnidad es la bendicion de las candelas y la procesion, encendiéndose las candelas no en el fuego comun, sino en el fuego consagrado en la iglesia por la bendicion del sacerdote, y era muy singular la manera con que antiguamente se practicaba por el rito ambrosiano esta funcion. Prescríbese en la órden de Beroldo de 1130, que en la vigilia de la Purificacion de la Vírgen distribuyese el arzobispo las candelas á todo el clero de la metropolitana, comprendiendo la escuela de S. Ambrosio, ó sea *de los viejos y viejas*. Debia además suministrar siete candelas para la cruz de oro, otras tantas para la de plata, y otras tantas para la de los viejos. A la siguiente mañana de la fiesta asistia el arzobispo y el clero á la iglesia de Sta. María Bertrade, llamada *Sta. María Cerealis*. Era privilegio de los sacerdotes de esta iglesia hacer la bendicion de los cirios, muchos de los cuales se daban por el arzobispo para que se distribuyesen; y encendidos todos, empezaba la procesion á la metropolitana. Precedia la cruz de los viejos con cuatro candelas, despues la de plata delante del primiciero con siete luces, despues la de oro delante de los sacerdotes, y por último seguia la imágen de la Vírgen sujeta con correas á una escala, conducida por dos asistentes que habian asistido al bautismo del último sábado santo, que esperaban volverla á Sta. María Bertrade, cuya imágen se llevaba con candelas encendidas en procesion el mismo dia por la metropolitana. En lo antiguo se prescribió una sola oracion para la bendicion; despues se añadieron varias por las decretales sinodales de S. Cárlos, además de los cánticos de diversas antífonas durante la distribucion y la procesion

de las candelas. En la Iglesia latina, tanto para las iglesias mayores cuanto para las menores, se advierte que si la fiesta cae en domingo de septuagésima, de sexagésima ó de quincuagésima, se celebrase la bendicion y procesion de candelas, pero se dirá la misa de la dominica, pasándose la de la Purificacion al siguiente dia por decreto de Clemente VI, á no ser que la iglesia esté erigida con el título de la Purificacion, en cuyo caso se dirá la Misa de su festividad. Introdújose en la Iglesia la piadosa costumbre de que asistan las mujeres á la iglesia despues del parto para que imiten á la Vírgen Santísima, la cual fué al templo á purificarse sin tener necesidad de ello, porque era y estaba purísima, y con el fin de que den gracias á Dios por su feliz parto y le pidan que crezca su prole en su santo temor y obediencia. Esta purificacion de las mujeres cristianas no es de precepto, sino de consejo y devocion, razon por la que no se la ve prescrita en muchos rituales, como el romano de Paulo V; pero sí se halla en el Ritual Romano, aumentado y corregido por Benedicto XIV: *De benedictione mulieris post partum*. Es tan conocida la ceremonia de esta purificacion por la multitud de veces que se repite, que nos dispensa el describirla, debiendo solo advertir que, segun la declaracion del papa Inocencio III, no pecan las mujeres que entren en la iglesia á orar ántes de ser purificadas. Existe en Roma, en Monti sobre el Esquilino, un monasterio cuya iglesia se pretende por Galletti que ha sucedido á la antiquísima de Sta. María *in Monasterio*, ó Sta. María *ante venerabilem titulum Eudoxiæ*, que existia en 1014 como una de las más célebres abadías de Roma, ó sea de las veinte privilegiadas, cuyos abades intervenian en las funciones de los papas. Dice el mismo Galletti que cree que este monasterio estuviese en donde ahora el de la Purificacion, teniendo por vestigio de la iglesia antigua una pequeña capilla, que está delante de la moderna; y que cerca del monasterio estaba la habitacion del cardenal obispo de Albano, en la que daba de cenar la víspera de la Natividad del Señor, al Papa y á toda la curia, que se quedaba allí toda la noche. Este monasterio é iglesia parece que fué dada por Onorio III al cardenal obispo de Frascati para su residencia, y de este modo permaneció hasta el pontífice Martino V, que dió la iglesia y el monasterio á los Gerónimos. El P. Casimiro, en sus memorias de Araceli, dice que la iglesia de Sta. María *in Monasterio* fué destinada otras veces para los obispos de Tusculano, y que pertenecia en su tiempo á las monjas de Sta. Clara, llamadas de la Purificacion. Pancirolo, en su obra *Tesori nascosti*, llama á esta iglesia obra santísima de Mario Ferro Orsini, noble romano, que en 8 de Febrero de 1589 compró este sitio para hacerle monasterio de religiosas de Sta. Clara, y le dedicó á la Purificacion de la Santísima Vírgen por haber nacido en el dia de esta festividad, y por conservar su dedicacion á la Vírgen que siempre

habia tenido. El año santo de 1600 se posesionaron de esta casa las religiosas de Sta. Clara, en cuyo convento desde su fundacion se reciben las monjas sin dote ni limosna alguna, pues que se fundó para doncellas pobres, pero nacidas de legítimo matrimonio y de nobles padres, en la ciudad de Roma. Dejó Orsini y su mujer Julia Cinquina, señora de notable piedad, las rentas necesarias para que se sostuviesen las monjas de la Purificacion, que se hallan en lo temporal bajo las órdenes de una congregacion de diputados, entre los que debe ser uno barnabita de S. Cárlos, teniendo un cardenal protector para lo espiritual. Esta iglesia, que es muy linda, recibe cada cuatro años en la fiesta de la Purificacion de la Vírgen, la oblacion de un cáliz de plata con cuatro hachas de cera. Segun Piazza, estas monjas, á las que solo se permiten los gastos de la profesion y del vestido, se abstienen de comer carne los lunes y los miércoles, ayunan este último dia y los viernes desde la fiesta de Todos los Santos hasta la Pascua, por obligacion de su regla. Segun sus constituciones, deben ser todas coristas; pero se las permite recibir algunas doncellas pobres para asistir á las enfermas. Gregorio VI protegió mucho á las monjas de la Purificacion en memoria de que en el dia de esta fiesta de la Santísima Vírgen, de quien fué siempre muy devoto, fué elevado al pontificado, y por lo tanto estas monjas Franciscanas le debieron muchas atenciones. En Arona, pequeña ciudad de los Estados Sardos, célebre por haber sido la patria de S. Cárlos Borromeo, se instituyó una comunidad de vírgenes con la invocacion de la Purificacion de la Vírgen María, á la cual dieron principio los hermanos Juan Antonio y Juan Bautista Serafini de Arona, los que lo hicieron para que se dedicasen á la educacion de las niñas, y las cuidasen hasta que estuviesen en estado de abrazar la vida religiosa ó de casarse. A este fin ofrecieron su casa al P. Juan Mellini, rector del colegio de los Jesuitas, que hizo las constituciones en el espíritu sublime de la Compañía de Jesus, las cuales fueron aprobadas por el arzobispo diocesano en 1590, en que puso veinticuatro profesas, y seis sirvientas ó legas. Tomaron estas señoras el nombre de Hijas de la Purificacion, las que solo hicieron el voto de castidad, prometiendo vivir siempre en este estado y en la congregacion, observando la pobreza y la obediencia, pero sin guardar clausura. Tomaron á pension diversas niñas para instruirlas, y otras pobres para enseñarlas cuanto conviene saber á una doncella cristiana. El hábito de estas religiosas es negro, sin adorno alguno, con un cuellecillo y bocamangas blancas; cubren la cabeza con un velo blanco terminando en punta por la espalda, y cuando van á la Iglesia, usan un ancho manto negro que las cubre todas, no dejando ver más que la mitad del rostro. El primer convento de monjas de Sta. Clara que ha habido en España, es el de la ciudad de Gandía en la provincia y antiguo reino de Valencia,

del que es patrono hoy el Excmo. Sr. Duque de Osuna y del Infantado como duque de Gandía, nieto y sucesor del glorioso S. Francisco de Borja, y de la familia de los papas Calixto III y Alejandro VI, que tanto protegieron á las primeras Clarisas; de aquel convento vinieron á fundar en tiempo de Cárlos V el monasterio de las Descalzas Reales de Madrid, debido á la piedad de piadosas reinas y princesas que hicieron vida santa en él; y la Purificacion de nuestra Señora adquirió nueva celebridad, que se aumentó con otro monasterio de Clarisas en la Corte, que ya no existe, y en cuya casa se escribe este artículo, por estar dedicada á Escuela Normal Central de primera enseñanza del reino, de la que tenemos la honra de ser director, y en ella conservamos la memoria de la Purificacion de la Vírgen Santísima en el bonito Oratorio de la escuela que hemos tenido el grande honor y dicha de establecer en ella para las prácticas religiosas de los alumnos del Seminario de maestros normales, de más de trescientos niños que acuden á las escuelas prácticas para la mejor enseñanza de aquellos; de más de mil jóvenes niñas y sirvientas que asisten á las escuelas dominicales, que bajo la inspeccion de las señoras más ilustres de la grandeza de España, hemos acogido y protegemos en lo que podemos para moralizar esta clase de la sociedad, que aprenden la doctrina cristiana, á leer y escribir y contar los domingos, en vez de acudir á los bailes y diversiones en que puede peligrar su virtud; y por último, á más de cuatrocientos aprendices de oficio y trabajadores adultos, que bajo la enseñanza y esmerada asistencia de la pia Asociacion de S. Vicente de Paul, vienen todas las noches despues del trabajo á aprender la doctrina, leer, escribir y contar, que descuidaron cuando niños. Todas estas personas confiesan y comulgan, y oyen misa los dias de fiesta en el Oratorio que nos concedió establecer la Santidad de Pio IX, nuestro virtuoso Pontífice, dándonos indulgencias, y que nos permitió fundar el religioso gobierno de S. M. la Reina Doña Isabel II, la Caritativa (q. D. g.), y cuya piedad es públicamente reconocida como la esclava más fiel y amante de la Reina de los Angeles. Muchas damas y mujeres españolas se honran en España en llevar el nombre de la Purificacion de la Vírgen Santísima, y su festividad es muy celebrada en toda esta católica nacion, habiéndose hecho doblemente célebre por la fiesta real que nuestra Reina celebra todos los años en el templo de Nuestra Señora de Atocha, en su dia 2 de Febrero, por haberla librado Dios de la puñalada que la asestó hiriéndola en el vientre un mal sacerdote regicida, llamado *Merino*, en este dia del año 1852, al salir con todo el regio aparato de la Real Capilla, para purificarse despues de haber dado á luz á la Infanta Doña Isabel Francisca de Asís, cuyo regicida murió cual debia en el patíbulo, á pesar de que le perdonó la piedad de Isabel II.—B. S. C.

PURIFICACION (Venerable hermano Andrés de la), religioso de la reforma de la Orden de Carmelitas descalzos, santo ermitaño que buscó animoso la soledad y las breñas del desierto del Cardon, huyendo generoso de los placeres y del trato humano que proporciona la sociedad. Este venerable religioso vivió en aquellos montes cuarenta y cuatro años. Fué natural de Gijo, lugar del obispado de Avila en Castilla la Vieja; su apellido fué Sanchez, aunque sus padres se ignoran. Encendióse en su pecho desde su más tierna edad, una llama de amor divino, que naturalmente le apartaba de las criaturas, para no encontrar motivos de trato ó enlace con ellas, que le declinase del objeto de sus ansias y deseos. Para vivir libre de estos accidentes y compromisos se hizo pastor; y en aquel retiro y soledad se ocupaba en mirar al cielo, donde tenia su corazon y su tesoro. Parecióle todavía aquella vida poco á propósito para el cumplimiento y logro de sus deseos, decidiéndose con el mayor calor á hacerse y ser ermitaño, tomando este estado tan de veras, como lo pide la palestra eremítica. Para conseguir aquel objeto se concertó con otro compañero suyo en los deseos, y se fueron á una ermita en la cual habitaba un buen clérigo, y oian su misa con gran devocion y con él confesaban, dirigiéndoles acertadamente el virtuoso sacerdote con sus lecciones doctrinales y sus exhortaciones. Siete años vivieron en aquella soledad, en cuyo tiempo se les agregaron otros ermitaños; mas no fueron subsistibles, porque se espantaron de aquellos rigores, y se fueron á Roma en peregrinacion; quedaron los dos solos, y se ocupaban en labrar canastos de mimbres, que vendian para sostenerse con su producto. Los primeros cuatro años se sustentaron con solo pan y agua; los tres últimos añadieron algunos dias unas yerbas cocidas; no comian todo el pan necesario á su sustento, limitándose á una sola libra, y una vez que Andrés quebrantó esta frugalidad, hizo voto de no comer en cuarenta dias otra cosa, y así se confirmó más en la abstinencia, y sacó de la pérdida ganancia para su alma. Despues de los siete años, considerando que aquello no podia durar sin mayor sujecion y obediencia, se decidió Andrés á entrar en una religion que le escudase y armase con su penitencia, y para conseguirlo pasó á Cataluña. Vió en Tarragona á los religiosos descalzos de la Orden Mercenaria, y desde luego conoció y comprendió que aquella profesion correspondia á sus intentos, y pasando al convento, pidió el hábito de hermano donado, que le dieron con mucho gusto. Era en tiempo que se fundaba el santo desierto del Cardon, y pidió y suplicó á los prelados lo enviasen á él, porque en el retiro era donde encontraba consuelo su espíritu. No se lo dificultaron, y se fué al Cardon, donde hizo sus profesiones, y vivió cuarenta y cuatro años, tan sin desmentir ni variar de sus antiguos fervores, que jamás retrocedió ni dejó de caminar. Fué hombre incansable en el trabajo, y sabiendo

que habia nacido para él, como el ave para volar, jamás tuvo rato ocioso, y despues que con la edad le cargaron y trabajaron graves achaques, que no le permitian estar de pie sin el arrimo de dos muletas, cavaba las eras de la hortaliza de rodillas. Cuando ya no pudo ni hacer esto, se aplicó á sus antiguos canastos de mimbres, y surtia la casa de cuantos habia menester. En el silencio fué admirable, y aunque en aquella Sion santa se observaba con tanta entereza, todavía era el suyo tan extremado, que hacia reparar en él á seglares y religiosos. Los primeros se valieron algunas veces de precisiones y artificios, por ver si podian ó conseguian sacarle una palabra, mas el bendito hermano, á quien el silencio daba fortaleza para vencerse á sí mismo, los dejó vencidos y desengañados. Su mortificacion asombró á aquellos penitentes Padres, y como el siervo de Dios habia tenido principios tan ilustres, concluyó la carrera con más acendrados rigores. Era un espectáculo digno de consideracion verlo en el refectorio caminar con sus dos muletas primero que todos, á pedir las mortificaciones que allí mandaba el prelado, y cuando le man laba estar á la puerta del refectorio de rodillas, no se podia levantar despues; mas él luchaba sobre el suelo, asiéndose de lo que podia, y con este trabajo añadia mérito y buen ejemplo, dejando edificados á los circunstantes, que alababan á Dios, porque veian aquel monton de tierra casi sin movimiento, donde aún brotaba flores la divina gracia. Sus ejercicios en la ermita eran los de todos los años, ni los muchos de su edad le dispensaron en esto. Su comida consistia allí tambien en pan y vinagre con unas gotas de aceite, uniendo el fin con el principio, esto es, la abstinencia de la ermita con la de su primer choza. En lo demás de la vida comun del yermo fué puntualísimo, no notándosele en ella jamás la menor falta, ni por inadvertencia, ni por cansancio. El Señor le probó con muchos dolores y accidentes, que le encaminaron á su última enfermedad; y viéndose ya como á las puertas del cielo, fué imponderable su júbilo. Estaba con tal paz y alegría que no parecia moribundo, sino que estaba descansando en el lecho. Tenia hacia bastante tiempo noticia de su fin, y por esto algunos dias, cuando se veia mas agravado de sus dolores, solia decir: «presto se acabarán mis trabajos.» Aun sin esta noticia lo podia decir con respecto á su mucha edad; pues como decia S. Gerónimo: *El mozo puede vivir poco, mas el viejo no puede vivir mucho.* Recibió con viva fe y amor los santos sacramentos, y absorta en delicias su bendita alma, reclinado el rostro sobre el costado de un crucifijo, subió del desierto á la region de los ángeles, con ochenta y ocho años de edad y cuarenta y cuatro de religion, aunque la vida que observó en la Orden fué la misma que en la demás edad; voló al cielo en el año de 1662, siendo su memoria inmortal en aquella santa casa y estímulo para la imitacion de su santa vida.—A. L.

PURIFICAZAON (Miguel da). De origen portugués, nacido en la ciudad de Tarapora en las Indias Orientales; tomó el hábito en la Orden Seráfica de la provincia de Sto. Tomás, de la que fué procurador y guardian, y además misionero apostólico, destinado al reino de Mogor. Fué un religioso sumamente ilustrado, siendo por lo tanto muy considerado y respetado en aquellos remotos climas por sus grandes virtudes y por el celo que siempre manifestó por la propagacion de la fe del Crucificado, facilitando con su perseverancia en los trabajos apostólicos la conversion de muchas almas sumidas en la oscuridad de sus errores y de su idolatría, objeto predilecto de sus deseos y de la bondad de su buen corazon, y de tal modo llegó á granjearse el afecto de aquellos indígenas que era generalmente adorado y reverenciado, y no solo les inculcaba los misterios de la religion Católica, sino que tambien los ayudaba con sus buenos consejos en sus trabajos y necesidades, socorriéndolos y amparándolos, prestándoles toda la asistencia en sus padecimientos, tanto espiritual como temporal. Les profesaba un cariño paternal, y parecia connaturalizado con ellos. Escribió la siguiente obra, tanto en portugués como en castellano, pues poseia á la perfeccion ambos idiomas. *Relaçao defensiva dos filhos da India Oriental, é da provincia de Apostolo S. Thome dos Frades menores da regolar observanza da mesma India.* Obra impresa en Barcelona por Sebastian y Juan de Mathevaud, en el año de 1640, en 4.° Este escrito pudo servir de contestacion á los religiosos portugueses de la misma Orden y de otras, que creian y aun negaban que tuviesen semejantes dotes y buena ilustracion, ni que fuesen idóneos para ninguna cosa los sugetos oriundos y naturales de aquel país y de aquella provincia. Además escribió en idioma castellano: *Vida evangélica y apostólica de los frailes menores en Oriente, ilustrada con varias materias morales y anotaciones predicables.* Publicada en Barcelona por Gabriel Nogues, año de 1641.—A. L.

PURULICH (Matías). Nació este P. jesuita escritor el 2 de Febrero del año 1726, en la ciudad de Agram, en la Croacia, y fué admitido al noviciado en Viena el año 1742. Enseñó en su ciudad natal la filosofía y la teología dogmática, y en Gratz desempeñó la cátedra de controversia y sagrada Escritura, y falleció en esta ciudad el 16 de Abril de 1768. Quedan de él: I. *Sermo panegyricus B. V. Mariæ sine labe concepta, Viennæ ad S. Stephani coram Cæsarea Majestate in senatu academico dictus. Viennæ, Kaliwoda*, 1754, en 4.—II. *Dissertatio de Paschate ultimo Cristi; Græcii*, 1748.—C. de C.

PUSEY (Eduardo), eminente teólogo inglés, convertido al catolicismo en época muy reciente. Hoy, que ya el protestantismo, carcomido por las divisiones intestinas, se deshace como la sal en el agua, ó como un manto

picado por la polilla al contacto de la mano, no debemos extrañar que las inteligencias más brillantes y esclarecidas acudan al magnífico alcázar del catolicismo, donde solo se conservan íntegras las creencias, donde solo encuentra la inteligencia verdad y el corazon el bien. Nos complacemos en ver la pasmosa y providencial reaccion religiosa que hace algunos años se está obrando en la Inglaterra, en ese país de santos que fué regado con la sangre de tantos inocentes vertida por las manos crueles y sanguinarias de Enrique VIII. Los altos personajes, las damas nobles, las ilustres princesas, los sabios eminentes, todos acuden en tropel á ingresar en las filas del Crucificado, implorando misericordia y alabando á Dios, que ha iluminado su inteligencia para conocer la verdad, y movido su corazon para abrazarle. Con las protestaciones sinceras de estos sabios, todo el mundo ha comprendido ya que el protestantismo, que por espacio de tres siglos ha sido la bandera de los enemigos del catolicismo, está exhalando los últimos ayes de su larga agonía. Pronto será enterrado. Eduardo Pusey hizo sus estudios en la célebre universidad de Oxford, donde descolló sobre todos sus condiscípulos considerablemente, y luego de concluida su carrera literaria, abrazó el estado eclesiástico, siendo además destinado al desempeño de una cátedra de teología, en la que brilló por su elocuencia y su saber. De acuerdo con sus colegas, en su mayoría convencidos de la mentira del protestantismo, así como tambien con varios elocuentes y distinguidos oradores de Oxford, tales como Mr. Balmer, Mr. Nawman, Mr. Wilferforce, Roble, Perceval, Ward y otros no ménos notables, empezó á propagar, más por medio de la enseñanza que por medio de los escritos que publicára, la nueva reaccion religiosa, ó más bien la nueva exegesis de la teología anglicana, á que se dió el nombre de puseysmo, formándose en poco tiempo un numeroso partido, en torno del cual se agruparon los hombres más capaces é instruidos, por más que no todos estuviesen animados del valeroso espíritu del fundador, para dar un abrazo generoso al catolicismo, á causa de los intereses materiales que veian creados en torno suyo. Con la publicacion y pasmosa circulacion de multitud de pequeños tratados, encaminados á mostrar el presente tristísimo estado del protestantismo, consiguieron atraerse numerosos prosélitos, que viviendo sumidos en las sombras tenebrosas de la ignorancia, ansian la verdad. Ya estos trabajos iban produciendo no esperados y felices resultados, cuando salió el doctor Nawman con su magnífica obra, en la que marcadamente se mostraban las tendencias de los sabios afiliados, cuyas mancomunadas fuerzas se encaminaban á derribar todo el enmarañado y asqueroso sistema levantado por los protestantes. Atacaron unánimemente lo que en Inglaterra se llama la alta iglesia, y el doctor Pusey con todos sus sectarios rompió lanzas con el estado, separándose de su

influencia, librando á la iglesia de su inaguantable y ominosa dominacion. Segregó lo espiritual de lo temporal, y remontándose hasta el siglo XVI, pretendió, lleno de celo plausible, reformar las costumbres, establecer la pureza de las adulteradas creencias, en una palabra, proclamó el restablecimiento de la iglesia apostólica. Suficientemente fué anunciado su cambio al catolicismo; bastante declararon su resolucion de abrazar los dogmas y disciplina de la Iglesia al proclamar esta máxima con desembarazo: «No puede alcanzarse la bienaventuranza eterna en una iglesia sin tradiciones y sujeta á la servidumbre onerosa del estado.» Consecuencias fueron de estas máximas renovadoras todas las medidas de restablecimiento adoptadas por los nuevos sectarios, tales como la supresion de la libre y arbitraria lectura de la Biblia por los legos, la enseñanza de que la consagracion episcopal y la sacerdotal ordenacion se hallaba reservada á los obispos; la declaracion de que los sacramentos y las oraciones constituian una parte esencial del culto, la celebracion del augusto sacrificio de la misa, el restablecimiento de la penitencia y de la confesion auricular, la eficacia absoluta de la gracia y la creencia en el purgatorio. No tardó en rebelarse contra los sabios y generosos profesores, que anhelaban con todas sus fuerzas disipar las tenebrosas y sombrías nubes que encapotaban el horizonte religioso en los paises protestantes para que brillára refulgente y esplendoroso el sol de la verdad, y mil voces, parecidas á los últimos aullidos desgarradores del feroz gigante que espira, protestaron contra la conducta seguida por la congregacion de los sabios mencionados. Sin embargo, los bienhechores de Inglaterra, despreciando los anatemas de sus conciudadanos, sobreponiéndose á mezquinos intereses, no flaquearon en la senda que seguian, y llegaron hasta el punto de predicar denodada y públicamente la necesidad de una reconciliacion con Roma, con la capital del orbe católico. El obispo de Oxford, tomando por su cuenta la defensa de la carcomida Iglesia anglicana, prohibió la circulacion de las obras de los nuevos apóstoles, lanzando todos sus anatemas sobre la frente de sus autores, y amenazándoles con las iras del gobierno. Era ya tarde; no podia remediarse el desmoronamiento del edificio protestante construido sobre la mentira y la contradiccion; el celo por la difusion de la verdad, que animaba á los puseistas, fundábase en la inquebrantable caridad evangélica; la universidad renombrada de Oxford estaba llena de jóvenes estudiosos, cuyo anhelo constante era el de la verdad; la hermosura de la verdad, bellísimamente pintada por los grandes oradores, habia seducido á la mayoría de esa juventud generosa, que descubria en lontananza una nueva y dichosa era para su país natal, recibiendo ella misma la grata mision de destruir lo pasado y restablecer lo nuevo bajo sólidas bases. Así es que léjos de retractar los puseistas ninguna de sus proposiciones, pre-

conizaron la invocacion de los santos, el culto de la dulcísima María, el celibato eclesiástico, la organizacion monacal y la liturgia romana. En la todavía reciente época del año 1845, Pusey predicó elocuentemente en favor de la transustanciacion del cuerpo y sangre del Señor en el adorable sacramento eucarístico, oponiéndose por consecuencia legítima á las insulsas máximas de los Luteros, Calvinos, Zuinglios y Melancton. Probó su posibilidad, alegando los innumerables casos de transustanciacion, que nos presenta la historia, y que todos los dias nos muestra la historia mas verídica aún de la experiencia. La microscópica semilla de trigo, que fecundada por el rocío suave y la tierra, se trasforma á poco en exquisito y sazonado alimento: las diversas sustancias alimenticias que entran en nuestro estómago, para trasformarse en él en carne, sangre, huesos, piel; la no interrumpida trasformacion de sustancias que está ofreciendo fenómenos extraños y pasmosos al hombre; el agua que es convertida en vino en las bodas de Caná de Galilea, la vara mágica de Moisés que asímismo se trasforma en serpiente en un instante inapreciable; son casos sorprendentes que vienen á mostrar la posibilidad de la transustanciacion del pan y del vino en cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo. Además, al ver al Omnipotente que con un monosílabo, con solo pronunciar una palabra saca los mundos con encantadoras hermosuras, cria los globos luminosos que adornan los espacios, extiende el movible y azulado firmamento, crea en fin las innumerables bellezas que adornan el magnífico palacio, creado para el rey de la naturaleza; al ver, repito, cuál salen de los abismos de la nada esos bellos y encantadores cuerpos, no me sorprende que á la palabra del mismo Criador de los cielos y de la tierra desaparezca de las manos del católico sacerdote el pan y el vino que tiene en sus manos para luego instantáneamente venir á ser ocupado por el cuerpo y adorable sangre del Señor. Si Dios ha criado el cielo, ¿por qué no podrá obrar semejante maravilla en la tierra? Si concedeis por una parte que su omnipotencia no tiene límites, ¿por qué la limitais á renglon seguido, diciendo que no es dado á su excelsa diestra obrar cambio tan pasmoso en la mesa eucarística, á un mismo tiempo en todas las iglesias católicas, en todos los altares en que es celebrado el sacrificio augusto, en todas las formas que son consagradas por el sacerdote del Altísimo? Si vuestra escudriñadora inteligencia halla tenebrosos y venerandos misterios en la investigacion de estas verdades, adorad los misterios y creed las verdades. Por humillante que sea este consejo, por desagradable que os sea el adoptar este partido, considerad que es una imperiosa necesidad de vuestro ser, de vuestra inteligencia limitada, de vuestra debilidad y miseria. Tened en cuenta que no es dado contener y abrazar á la inteligencia finita del hombre las innumerables verdades contenidas clara y distinta-

mente en la suprema, en la infinita inteligencia, como no es dado contener en un vaso de cristal, por voluminoso que sea, la inmensa cantidad de agua en el Océano, en los mares, en los rios y lagunas contenida. No olvideis tampoco que fué castigado con repentina y espantable muerte el religioso Oza, que osó tocar para sostenerla el arca del Señor de los ejércitos, que bamboleaba. Cuando al tomar en mis manos un espejo veo en él retratado mi semblante, me admiro de su virtud prodigiosa; pero cuando fraccionó esa luna en mil partes, cuando me miro en cada una de ellas, cuando en todas veo reflejado mi semblante con la misma precision y claridad que en uno solo; cuando contemplo esta maravilla, pido explicaciones á la ciencia; la ciencia satisface mi curiosidad en lo relativo al modo de construir esas lunas, pero no me señala la causa, no me explica cómo sucede el prodigio: entónces digo, esto es sobrehumano; aquí hay misterio; lo confieso, inclino mi frente, le adoro. Cuando contemplo en la hostia consagrada el Dios de la majestad humanado, me admiro de que su bondad y amor inmenso le traslade á tan reducido espacio; pero cuando le veo contenido del mismo modo en cada una de las fracciones de la consagrada hostia, cuando me le imagino comunicándose con cada uno de los cristianos que en el mundo se acercan á sus altares, creo la verdad, me asombra el misterio, y no acertando á expresar las diversas emociones que por mi alma vagan, digo: ¡Dios mio, cuán poderoso es vuestro poder, no solo quiebra los cedros del Líbano; sino que obliga dulcemente á quebrar el orgullo del inteligente ser, del hombre! ¿Quién no cae humillado á sus plantas al contemplar los rasgos de su diestra? Ni debe parecernos tan imposible la continua realizacion de este misterio. ¿Veis á ese hombre, en cuya despejada frente brilla el saber, en cuyos animados ojos vese retratada la fantasía y sentimiento, en cuyos ademanes muéstrase el convencimiento de una verdad, cuyas palabras ansian comunicársela á los demás? Habla á un concurso numeroso; arrebata al auditorio con su elocuencia, con su saber, con sus bellas formas, con sus luces superiores. ¿Qué sucede en ese momento? ¿Qué extraños fenómenos se verifican entónces entre el público, que embelesado escucha, y el orador que elocuente perora? A los ojos del ignorante pasa todo desapercibido; á lo sumo es este mundo un acto respetable, cuyo último fin es el ventilar negocios de más ó ménos cuantía. Pensad sin embargo; ese hombre comunica su pensamiento tal cual le concibe á cada una de las personas que forman su auditorio; si dable fuera que los seiscientos millones de habitantes le escucháran, á cada uno de ellos comunicaria sus ideas, pero de un modo íntegro, entero, inquebrantable, y sin que por la mucha comunicacion perdiese nada de sus propiedades. Cuando veo el pensamiento de Dios, el Verbo divino, á Jesucristo, comunicarse á sus apóstoles en el ce-

náculo, dar la órden á estos para que repitan la ceremonia en los siglos futuros, comunicarse despues en la série de los tiempos á los innumerables millones de cristianos, que han pasado por la tierra predicando á Dios, lejos de parecerme esto imposible, lo encuentro realizado, y mi alma embargada de mil grandiosos sentimientos eleva su mirada al cielo y adora al que sentado á la diestra del Eterno, mora sin embargo con cada uno de sus hermanos. Pusey al emitir estas doctrinas fué declarado hereje, prohibida su obra, y suspendido por espacio de dos años en la cátedra. Hoy es canónigo de la Iglesia del Cristo, y profesor de griego en la universidad de Oxford. —N. L.

PUSINIANO (Fr. Antonio). Entre los religiosos de la austera órden de Capuchinos, ilustres en virtudes y santidad que florecieron en el siglo XVI, mencionan honorificamente las crónicas particulares de aquel santo instituto, á Fr. Antonio Pusiniano, al que denominan *religioso santísimo*. Parece ser era natural de Italia, y consta que acaeció su muerte en el año 1568, en el convento de Rudios, de la provincia de S. Nicolás en Italia. Al lamentarse un ilustre historiador de los Capuchinos, Fr. Antonio de Madrid, de los escasos datos biográficos que se conservan del piadosísimo Fr. Antonio Pusiniano, dice, y se repite aquí, que al ménos es justo *se escriban los nombres de aquellos varones santos, que viven en memoria eterna con Dios, para que no mueran entre nosotros en el olvido.* —C. de C.

PUSINNA (Santa). Muy piadosa esta virgen italiana, se retiró despues de la muerte de su padre á la poblacion de Bausion en la Picardía, y allí se la reunieron un gran número de doncellas que deseaban vivir en la perfeccion; pero dice Moroni, en su *Diccionario histórico eclesiástico*, que no consta fundase ningun monasterio. Fué sepultada en Bausion el año 860, y como hubiese muerto en olor de santidad, fueron llevadas sus reliquias á la abadía de Herwoden en Westfalia, y se la venera como santa en Francia, en donde se celebra su fiesta principal el dia 23 de Abril. —C.

PUSTERLA (Bartolomé). En la ciudad de Milan, Italia, nació este piadoso y erudito jesuita, de familia noble. A la edad de diez y nueve años entró en la Compañía, y obtuvo los cargos de rector de los colegios de Mondovi y Milan, y maestro de novicios. Hábil en extremo para conducir las almas en el santo camino trazado por el dedo de Dios, ejerció largo tiempo la mision sagrada de confesor y padre espiritual. Llenó su larga vida con sus virtudes, y cargado de años y dolencias, pasó á mejor vida en su ciudad natal el 22 de Agosto de 1740. Quedan de él los siguientes escritos, de los que tan solo llegó á imprimirse el primero: 1.° *Regole delle Suore della Presentazione di Morbegno del Padre Bartolomeo Pusterla gesuita*; Milano per il Malatesta, 1679, en 8.° —2.° *Della Perfezione cristiana*; in fo-

lio.—3.° *Pensieri sani*; dos volúmenes en fólio.—4.° *Sermoni morali*, cinco volúmenes en 4.°—5.° *Physica particularis, et Metaphisica examinata;* en 4.°—C. de C.

PUTEOBENELLI (Domingo María), maestro del Sacro Palacio romano, era natural de Saboya, y se ignora la época fija de su nacimiento. Educado por su anciana madre en el temor de Dios, despues de haber aprendido á alzar sus manos al cielo, á invocar el dulce nombre de la Reina de los ángeles, bien pronto empezó á notar en su corazon vehementes inclinaciones al estado religioso. Vaciló por mucho tiempo en la eleccion de la órden particular á que el cielo le destinaba; cosa era de extrañar en verdad, porque si bien es cierto que en todas las clases sociales puede llegarse al perfeccionamiento espiritual, y en todas las comunidades religiosas puede tambien alcanzarse el ser virtuosísimo religioso, mas no todas se acomodan á todos los caractéres, por cuya razon la religion cristiana tiene creadas diversas comunidades para todos los géneros y caractéres. Abrazó por fin la Orden Dominicana, cuyo instituto se halló con especialidad destinado á la instruccion de los pueblos por medio de la evangélica predicacion, y á la dilucidacion de las grandes cuestiones teológicas. Despues de pasado su noviciado, empezó á darse á conocer en las diversas cosas de la Orden en las que habia desempeñado los ministerios que le confiaron los generales por su piedad y vasto saber. El soberano pontífice Alejandro VII le llamó á Roma, con el fin de nombrarle comisario del santo oficio de la Inquisicion, cargo que desempeñó con celo por espacio de largo tiempo. Inocencio XI le nombró más tarde maestro del Sacro Palacio romano. Habiendo brillado por espacio de veintitres años en la corte de Roma, siendo venerado profundamente por todos á causa de sus obras y talento, pasó á mejor vida en el año 1688. Entre sus obras merece citarse la siguiente: *Tractatus de Ente supernaturale philosophicus.* Dignas son de tenerse muy presentes las poderosas razones que la filosofía cristiana presenta en apoyo de la existencia de un ente sobrenatural, y de su accion bienhechora sobre todas las criaturas. Cierto es que el hecho solo de existir el mundo constituye por sí solo una irrefragable prueba de la verdad de la providencia. Preguntad si Dios existe á los que niegan la providencia, y si os responden que nó, sellad los labios y volvedles las espaldas, pues con semejante especie de hombres, que entregados á la demencia de sus pasiones desoyen las voces claras de su razon, lo único factible es huirlos para que no contagie su locura. Sabido es que Dios lo sostiene todo con la fuerza de su poderío; y que todas las cosas volverian á la nada si su diestra dejase de sostenerlas. Así el conservar el mundo es un prodigio en nada inferior al de la creacion misma. La providencia que lo conserva es quizá aún más admirable que la omnipotencia que lo creó. Cuando Dios creó

el mundo, de la nada sacó sustancias que no existian; empero conservar en armonía aquellas sustancias enemigas unas de otras es obra y milagro diario de la omnipotencia. Si hubiese una providencia, claman los hijos de la depravacion, todos los hombres gozarian de bienes iguales, mas en la sociedad humana se ven todas las cosas repartidas de una manera muy varia y desigual. Para estos enfermedades desde la infancia, para aquellos miserias y padecimientos hasta en la decrepitud; miéntras un malvado duerme en los brazos de la molicie y se regala, acariciado por lisonjera opulencia. Respuestas hay para directamente confundir ese clamor impio. Pero lo ahoga con su muda elocuencia el universo entero, lo ahogan los inmensos beneficios que resultan de su admirabilísima organizacion y compostura. El inagotable foco de una luz que todos los dias brilla á nuestros ojos, y el órden y la constancia de las leyes, que gobiernan la naturaleza entera, ¿existirian sin una inteligencia que les diese la direccion y la vida? Si son obra del ciego acaso, pruébese que este ciego acaso ha desplegado y extendido sobre nuestras cabezas y por cima de las aguas el magnífico cielo tachonado de estrellas esplenderosas y adornado de brillantes luceros. Pruébese que el ciego acaso ordena las estaciones y les señala el tiempo en que han de darnos sus frutos, que nos mantienen; pruébese que le deben su virtud generativa las plantas y las semillas. Ninguna imágen ofrece de órden ni de método lo que sucede por obra del ciego acaso. Y por el contrario, lo que tiene el sello del órden supone método é inteligencia. Todos los dias vemos la prueba de esta verdad: cuanto acontece por los caprichosos juegos del acaso, sale por lo regular en confusion, y está mostrando la falta de regla y designios; y añado que áun las obras de manos imperitas en el arte, participan de ese desórden é incuria. Póngase á construir un edificio quien no haya estudiado arquitectura, y se admirarán los resultados de su temeraria empresa; tome el gobierno de la nave quien no sea piloto, y asustados los pasajeros la abandonarán para no caer en los abismos del mar. ¿Y se pretenderá que la tierra, masa pesadísima, colocada sobre vacíos espacios, y circundada de aguas, subsiste siglos y más siglos firme y constante en sus movimientos sin un poder regulador, al cual sea deudora de su conservacion? Volved los ojos á los diversos fenómenos de la naturaleza y examinadlos. Buscar en la física las razones más ingeniosas para examinarlos seria en vano; dado caso de que en todas hubiese completa certidumbre, no harian más que presentarse como otras tantas pruebas de la Divinidad. Si no se reconoce en todas ellas la accion de la Providencia, señálesenos la causa, dígasenos quién es su autor. Descúbrase de quién otro puede ser obra el universo. Aun los que estuviesen privados del sentido de la vista, hallarian en eso mismo irrefragables testimonios de que existe un poder sábio y

divino, al cual designamos con el nombre de Providencia. Mas no dejemos de apelar á la autoridad de las sagradas Escrituras para confundir á los que le niegan. Por grandes que sean sus extravíos son nuestros hermanos; y su miseria y su ignorancia reclaman nuestra caritativa solicitud por curarlos de su intelectual ceguera. Sigamos en esto el ejemplo del mismo Dios, que en nada se interesa tanto como en la salvacion de las almas; su Apóstol nos lo asegura. «Ah! si dudais que hay una Providencia divina, preguntadselo al sol, á la luna, á las diversas especies de animales, á las plantas, á las semillas, á los mudos peces, á las avecillas cantoras, á las rocas, á los bosques, á las montañas, á las colinas, al dia y á la noche. Por do quiera se ostenta con más brillo que los rayos del sol que nos alumbra. En todas partes, ora recorrais espantosas soledades, ora los sitios poblados, en las playas incultas y en las riberas habitadas, sobre el ámbito de la tierra y sobre el piélago insondable, por donde quiera se manifiesta á los ojos; por do quiera descubrireis los testimonios antiguos ó nuevos de su existencia, de su bondad y sabiduría, por do quiera oireis voces que os declaran la tierna solicitud de la amorosa Providencia.» Y á este elocuente lenguaje de la naturaleza aludia el Rey profeta, cuando con inspirado acento decia: «No hay nacion alguna, no hay pueblo donde no se oigan aquellas voces. Nuestro idioma no lo entienden sino los que lo saben: empero todos los pueblos que habitan las diversas zonas del universo, comprenden las voces de las criaturas todas, el lenguaje unísono y universal de todas las mudas y armoniosas criaturas, que en armónico concierto pregonan la gloria de la Providencia.» ¿Y qué mayor prueba de locura ó embrutecimiento que el desconocer el órden bellísimo, que en el mundo reina, y pretender que no hay Providencia y que no regula todas las cosas una sabiduría suprema é incomprensible? ¿No se tendria por loco al que afirmase que el sol no tenia luz ni calor? Pues aún es mayor locura y atrevimiento más criminal solo el poner en duda que existe una Providencia divina, porque la luz del sol no se muestra mas claramente. Ha tantos siglos que el sol viste de resplandores la bóveda del firmamento, y no pasa dia, en que al amanecer no arrolle con sus vencedores rayos las sombras fugitivas del universo, que le cubrieran durante la noche. Los demás astros hacen periódicamente sus antiguas y acostumbradas revoluciones; la luna preside el espectáculo de las estrellas claveteadas en el majestuoso manto de la noche. Todo en los cielos y en la tierra obedece leyes fijas y determinadas, cuya constante armonía jamás sufre la más ligera alteracion. Basta, pues, fijar los ojos en la naturaleza, basta una sola mirada para convencerse de que existe una Providencia divina; mas como hay corazones abrasados y entendimientos que resisten á la razon, y solo juzgan por los sentidos, es necesario demostrar esta verdad por el tes-

timonio de las obras que la patentizan. ¡Ni me propongo pasar revista al universo entero, que seria dificilísimo sujetar al exámen del hombre. Mas lo pequeño y lo grande, lo que de él se descubre y lo que se oculta á las investigaciones humanas, rinden igual homenaje á la Providencia augusta. ¡Hijo de Adan! ¿para quién se ha hecho ese magnífico conjunto de la creacion? Para ti solo. Sí: para ti esas maravillas eternas é innumerables, cuya vida parece eterna, y cuya fecundidad te paga un tributo diario y generoso, contribuyendo al mantenimiento de tu cuerpo y á la instruccion de tu alma. Gradas son por donde subas al conocimiento de Dios. No las crió el Señor para los ángeles, que de ellas no han menester aquellos espíritus sublimes; existian ántes de que la diestra del Altísimo las sacára de la nada. Cuando creaba yo los astros, dice el Señor por Judit, me alababan los ángeles y me entonaban cánticos en alta voz. Es decir, que admiraban extáticos la muchedumbre y la variedad, la belleza, el órden, la armonía, el brillo y la magnificencia, el primor y el encanto, y en una palabra, las multiplicadas perfecciones de esas obras maestras de la mano de Dios, de las cuales tienen ellos un conocimiento muy superior al nuestro. Solo las estrellas si no hubiese en el cielo otra hermosura, constituyeran su ornato. ¡Pero cuánto lo embellece la presencia del sol y de la luna, que para regla tuya, para descanso tuyo, y para delicia tuya se dividen en tiempos! ¿Y dónde se hallará espectáculo mas bello que el cielo iluminado por el sol y la luna, escoltado de un ejército de estrellas, cuyos rayos reverberando sobre la tierra, se fijan en ella con apacible complacencia, disipan sus tinieblas, dirigen los pasos del viajero y el rumbo del navegante? Guiado por su luz desafia el impávido piloto las olas y las tempestades, y se rie del furor de los vientos y de la oscuridad de la noche? Cerca de él parece estar aquella estrella, que sin embargo está á grandísima distancia suspendida en lo más alto de los cielos, como pequeña lámpara del templo de la gloria; él la observa preguntándole lo que hacer debe: ella le responde señalándole el rumbo que ha de seguir, los mares que han de ir rompiendo con la atrevida proa, en qué tiempo ha de aprisionarse la nave con la atrevida y pesada áncora, y cuándo la ha de sacar al puerto y qué borrascas amenazadoras harán peligrosa la navegacion. Al modo que el sol preside al dia, preside la luna á la noche, y su bienhechora influencia nos proporciona la plácida temperatura del aire y del rocío fecundante, con que nutren las semillas, á las cuales debemos el alimento necesario á la conservacion de nuestra vida! Admirable economía que nos pone de manifiesto la omnipotencia de Dios obrando prodigios cotidianos, y su sabiduría que con tanta superabundancia ha provisto al remedio de todas nuestras necesidades, y su bondadosa munificencia, que hasta en nuestros mismos placeres y goces se interesa.

Para el alma que lo observa con atencion religiosa, el universo es un himno á la gloria de la Providencia. ¿Quién no contemplaria con asombro ese hermoso cielo, que ora ofrece el aspecto de un pabellon de luz suspendido y desplegado sobre nuestras cabezas, ora el de una pradera toda sembrada de infinidad de flores, que se ostenta con el rico ornato de una corona brillante? Mas aquellas son flores, que jamás se marchitan, y esta es corona cuya eternal belleza jamás se amengua. ¿Cómo es posible contemplarle sin encanto y sin admiracion, cuando la noche va vencida y el dia aún no ha llegado, y el sol asoma con toda la pompa de la aurora, y luciendo rico manto de encendida púrpura y zafiro? ¿Y hay cosa más encantadora que el aspecto de ese mismo sol, cuando á manera de gigante sube rápidamente al despuntar el dia sobre el horizonte, y lo recorre todo abrasando con sus fuegos los mares y los rios, las cumbres de los montes, la espesura de las selvas y las profundidades de estas? Ha hecho replegarse sobre sí mismas á las tinieblas de la noche, y se diria que su vuelta cada dia reproduce la obra de la creacion, para de nuevo invitarnos al suntuoso banquete de sus hermosas riquezas. ¿No es admirable sobre toda ponderacion el órden y la regularidad de su curso, siempre el mismo en tan dilatada sucesion de siglos, y su belleza que sin cesar se renueva ostentando viva y florida su juventud, y el limpio brillo de sus rayos, que se mezclan á tantos cuerpos extraños sin que jamás los manche su contacto impuro? Fijad principalmente la atencion en la multitud de beneficios que derrama sobre la naturaleza, contribuyendo á que las plantas se reproduzcan, dando el necesario calor á nuestros cuerpos, y en cierto modo vida y fecundidad á todos los séres, sin exceptuar á los que viven bajo las aguas, y el aire mismo que hace más sutil, más puro y trasparente. Así para expresar David los perpétuos resplandores de su belleza, su fuerza irresistible, la majestad y gracia de su régio atavío y el ministerio, que ha tantos siglos desempeña con nunca interrumpida fidelidad, dice que el Señor puso su tabernáculo en el sol. Ora nos le presenta como un esposo, que ricamente engalanado sale de su cámara nupcial; ora como un gigante, que lleno de impetuoso brio emprende la carrera; imágenes galanas con las cuales nos da á entender cuánta es su velocidad y su hermosura. Luégo para recordarnos que él solo basta al universo entero, parte (nos dice) de un extremo del cielo, y vedle ya tocando el otro extremo, no hay quien pueda hurtar el cuerpo á su calor. Tan universal es el influjo de sus beneficios sobre todo el linaje humano. Muéstrase al entendimiento la Providencia divina en la formacion de las nubes, en el órden de las cuatro estaciones del año, en la periódica reaparicion de los solsticios, de los equinoccios, en la armonía de los vientos, de los mares y de los infinitos peces, que pueblan sus insondables senos, de la tierra y de los muchos animales

que alimenta, unos que por el suelo se arrastran, otros que vuelan por los aires, y otros anfibios. ¿Qué no podria decirse de los lagos, de las fuentes y de los rios, de las regiones habitadas y de las que no consienten moradores? ¡Qué infinidad de tesoros y de maravillas ofrecen á los ojos del observador esas innumerables familias de árboles, de plantas y de vegetales, que nacen ya en los lugares cultivados, ya en los desiertos, en las campiñas ó en los valles, en las cimas de los montes ó en las pendientes de las colinas, brotando por sí mismos, ó pidiendo para hacerlo el auxilio del hombre y la mano del labrador! ¿Nos detendremos á describir los animales domésticos y las bestias feroces y salvajes de tan diversas especies, ora grandes, ora diminutas, unas que andan ó se arrastran en la tierra, otras que nadan en las aguas, y otras que agitan con sus alas los aires? ¿Hablaré de las plantas que salen en el estío ó en el invierno, ó durante el otoño, de las cosas que se ven cuando más luce el dia, ó de las que solo se descubren en la noche; de la lluvia, de la medida de los años, de la muerte ó de la vida; del trabajo, que ha venido á ser nuestra herencia; del temor y de la alegría; de la bebida y del alimento; de los estudios y de las artes; de las maderas, de las piedras, de las montañas de que se sacan los metales; de los mares navegables y de los que no lo son; de las islas, de los puertos y de las riberas; de la superficie del mar y de la profundidad de las aguas; de los cuatro elementos de la naturaleza, de los cuales el mundo se compone; de la enfermedad y de la salud, de los miembros de nuestro cuerpo y de la constitucion de nuestra alma; del talento y de la sabiduría, que Dios atesora en las mentes privilegiadas para bien de sus semejantes; ó de lo útiles que son al hombre las plantas, los cuadrúpedos y las demás criaturas hechas para nuestrs servicio? ¿Puede darse cosa más vil que la abeja, más mezquina que la hormiga, ó más despreciable que la cigarra? Y sin embargo, esos insectos tienen una voz clara y perceptible, que publica y alaba la Providencia de Dios, su poderío y su sabiduría. Asombrado por esto el Real profeta, despues de haber recorrido toda la naturaleza, exclama: «¡Cuán grandes son vuestras obras, oh Dios mio! Todo lo habeis hecho con sabiduría infinita.» No temo repetirlo; para ti, hombre ingrato, se hicieron todas estas maravillas. Si hay vientos, son para provecho tuyo, á fin de que su salutífera frescura alivie la fatiga de tu cuerpo, y le entone y vivifique; para que su soplo te limpie la atmósfera de nocivos vapores, temple el ardor excesivo del sol, contribuya al desarrollo de las semillas y al crecimiento de las plantas, para que hinche en el mar tus velas y al través de las ondas vaya empujando tus naves, y te lleve á las regiones más distantes; para que coadyuve á la tarea del labrador, separando la paja del buen grano; para que impida la corrupcion de las aguas poniéndolas en movimiento; y para

que satisfaga tus necesidades al mismo tiempo que te regala y halaga plácidamente. Tambien la noche nos hace reconocer la existencia y la bondad de la divina Providencia. Dios nos la da para reposo de nuestros cuerpos quebrantados por los afanes del dia, para alivio de nuestras penas y cuidados, y para tregua de muchos males vencedores de los inútiles esfuerzos de la medicina. Si quereis conocer y apreciar sus ventajas, suponed que no ha de llegar noche en que el sueño os cierre blandamente vuestros ojos; faltará al cuerpo su vigor, y trabajará sin fuerzas y sin buen éxito. Jamás acabaria si quisiera recorrer una por una las variadas escenas que componen el inmenso cuadro de la naturaleza. Lo que no cesaré de repetir, es que para ti, débil mortal, se ha hecho toda ella; para ti las artes y las ciencias; para ti las ciudades y las cabañas; para ti el sueño, la vida, la muerte; para ti la creacion tal cual ahora la admiras en sus diversas partes, y tal cual debe ser en el siglo futuro, que lo será más excelente y más perfecta, porque esto nos da á entender el Apóstol cuando dice: «que la criatura se ha de librar de su actual sujecion á corromperse.» ¿Pero qué bienes ó qué provecho habia de sacar Dios con darnos el dominio del universo? Ninguno absolutamente, su intrínseca gloria en nada se aumentaba; ninguna necesidad tenia de nuestros servicios ni de nuestras pobres adoraciones. ¡Pero cuán viva no debe ser nuestra gratitud, cuán encendido nuestro amor, y cuán sincero y fervoroso el culto que estamos obligados á tributarle, no solo por habernos creado, sino por habernos dado un alma racional y espiritual, poniéndonos en el sublime rango de sus más excelentes criaturas y entregándonos el cetro del universo! De todo somos deudores á su inmensa bondad, pues el Altísimo, ántes de darnos el ser, y ántes de dárselo á los ángeles y á las virtudes celestiales, se hallaba en plena posesion de su excelsa gloria y de toda su completísima felicidad incomprensible. Mas no perdamos de vista las razones en que, prescindiendo de nuestra fe, nos fundamos para creer en la divina Providencia. Sin ella, ¿cómo subsistiria sin alterarse el mundo, que lleva en sí tantos gérmenes de muerte y disolucion? ¿Cómo entre los muchos elementos diversos y contrarios que le constituyen, ninguno de ellos declara la guerra á los otros, y causa la ruina del conjunto? Considerad el humano cuerpo; es pequeño, le dirige un alma que arregla todos sus movimientos; el arte y la experiencia le enseñan cómo ha de conservarse; la naturaleza toda está á su servicio y le paga tributo; y con todo eso no puede mantenerse largo tiempo en un estado de perfecta salud, y decae y muere víctima del desarreglo? ¿Y cómo el mundo, máquina mucho mayor y complicada, conserva siempre igual lozanía y robustez su vigorosa constitucion? ¿Quién ha compaginado sus diversas partes desde un principio, y las ha puesto en tan duradera armonía y concierto? ¿Qué fuerza omnipotente

las encadena? En el cuerpo humano reconocemos un alma, principio de la vida que le anima; y en el momento en que le abandona, se disuelven y aniquilan las diversas partes que le formaban. Y lo propio sucederia á este mundo si la Providencia benéfica de Dios le abandonase, puesto que es autora y conservadora de su maravilloso mecanismo. Una nave sin piloto, hecha juguete de las olas y de las tempestades, no tardaria en naufragar; y el universo, combatido por continuas borrascas, subsiste miles de años con el admirable órden que en el tiempo ha establecido las alternadas visitas del dia y de la noche, y la sucesion de estaciones y de los frutos que estas consigo traen. ¿Y asi habia de subsistir sin que hubiese una Providencia que le gobernára? Poned los ojos en el magnífico espectáculo que la naturaleza ofrece, en las flores, en la fragancia, en su belleza, en sus variadas formas; considerad los árboles que nos regalan sus ricas frutas, y los que no son más que gala y adorno de los campos y de los alrededores de las ciudades; fijaos en los metales; haced un estudio profundo de los animales que pueblan el mar, la tierra y los aires; contemplad ese esplendoroso cielo que parece que ayer hubiera salido de las manos de su Hacedor; esa tierra, madre fecunda, vestida del brillo y hermosura de una juventud eterna; esas aguas cristalinas, que manan de hermosas fuentes dia y noche desde el principio de los siglos; y adorad en todas esas maravillas el arte sobrenatural, la Providencia divina. ¡No la insulteis, negándola neciamente! —N. L.

PUTEUS (Jacobo). Fué auditor de la Rota romana y abogado en el mismo alto tribunal de la santa romana Iglesia. Su patria era la ciudad de Niza, en Italia, y no la isla de Mallorca como algunos pretenden, y de cuya iglesia catedral afirma fué canónigo Vicente Mut, en su *Historia del reino Baleárico*, lib. XI, cap. III. Era muy docto en las ciencias y elegante escritor. El sumo pontífice Julio III, deseando recompensar sus eminentes dotes, le creó cardenal de la iglesia de Roma. —C. de C.

PUTIERS (Fr. Hilario de), religioso capuchino, presbítero de la provincia de Tours, en Francia. Desde muy jóven se ejercitó de tal manera en la práctica de las virtudes, que ántes que la religion le aplicase á la filosofía humana, se hallaba ya muy versado en la mística teología. Su ingenio en extremo perspicaz, y tanta aplicacion en la temprana edad, causaba la admiracion de sus prelados y profesores. Aunque concedia escaso tiempo al estudio, consagrando la mayor parte á la devocion, era el más aventajado de sus compañeros. Extrañando estos cómo hubiese logrado adquirir tanto caudal de ciencia estudiando tan escaso tiempo, á uno de ellos, muy su amigo, dió la explicacion del método que seguia para encontrar fruto de sus tareas literarias. «Cuando encuentro, decia el prudentísimo jóven, alguna dificultad en lo que estudio, á cuya solucion no alcanza mi entendi-

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE BURGOS

miento, me acojo á aquella luz, que todo lo penetra y descubre; y disponiéndome á su participacion é influjo con obras de virtud, y especialmente de humildad y despues con oracion continua, me reconozco tan ilustrado y superior á lo que se me habia representado como difícil, que encuentro claridad en la niebla más espesa. La imitacion de Cristo humanado abre la puerta para participar del tesoro de la sabiduría y la ciencia de Dios; y así cualquiera que se dedicare á seguir este soberano ejemplo, mediante el ejercicio y práctica de las acciones virtuosas y santas, alcanzará en breve las ciencias todas.» No se dejaba el siervo de Dios arrastrar de la vanidad al expresarse así, pues que su humildad era ejemplarísima. Todos los dias, y muy en especial los festivos, ocupaba la mañana hasta la hora de la comida, ya ayudando á misa, ya cantando en el coro, para lo que se excusaba en cuanto le era posible de otras tareas, por la acendrada devocion con que miraba los sagrados misterios; y así contemplando en ellos á Dios con vivísima fe, veneraba á todos los que habian comulgado en aquel dia, como tabernáculos vivos. La disposicion con que recibia el pan eucarístico, aseguraban sus hermanos era tal, que más que hombre se asemejaba á un ángel; tal era su modesto ademan y devotísima compostura. Despues del tributo á Dios, se ocupaba en ayudar á los demás religiosos en las tareas más humildes, en todo lo que tuviera relacion con la caridad y amor al prójimo, las que le interesaban más que los adelantos en las ciencias. Preguntándole cierto dia uno de sus hermanos cómo habia progresado tanto en las letras, contestó que quitaba del sueño el tiempo que consagraba al estudio. Deseaba con ánsia la conversion de los infieles, y para poder predicar el Evangelio en Asia, en ocasion de hallarse enfermo su profesor de filosofía, se dedicó con desvelo al estudio del idioma griego, pues pensaba ir en compañía de Fr. José de París, prefecto de las misiones de Oriente. Mas el encargo expreso de su prelado de asistir al doliente maestro, le impidió seguir su buen propósito, que sacrificó al precepto de la obediencia, resignándose gustoso á lo que sus profesores le exigian, aunque fuese siempre contra su gusto, teniendo muy en la memoria aquella máxima de S. Gregorio: «La obediencia es preferida con mucha razon á las víctimas, porque en las víctimas muere la carne ajena, en la obediencia se sacrifica la voluntad propia.» El resultado de su santa vida, toda de oracion y prácticas virtuosas, fué tal que todos sus hermanos de hábito afirmaban que jamás observaron en tan santo varon nada que pudiera calificarse de pecado, ni áun venial. De aquí nació que, habiendo llegado por sus virtudes á la última perfeccion y merecimiento, quiso Dios llevarlo para sí. Apénas se sintió enfermo, dijo á los religiosos que ya habia vivido bastante en este siglo, y que era ya tiempo de abandonarlo. Al oir la campana que anuncia la salutacion angélica,

quiso arrodillarse, más no permitiéndole su debilidad esta humilde actitud, pidió á los circunstantes le ayudasen, pues queria en sus últimos momentos ostentar más y más la tierna devocion que siempre habia profesado á María Santísima. Ya en la agonía, empezó á recitar el Salmo: *Todo espíritu alabe al Señor*, y murió como habia vivido, esto es, con el nombre de Dios en los labios. — C. de C.

PUTIFAR (La mujer de). La mujer, así como tiene vicios, tiene tambien virtudes que le son peculiares, organizacion viva y delicada, su sensibilidad es profunda, sus pasiones son ardientes y tumultuosas. Poderosa por la debilidad y no por la fuerza, ataca por debajo de tierra ó por el flanco; apela á la astucia para conjurar la tempestad; huye, vuelve y desaparece para volver todavía y luchar siempre hasta que triunfa por la importunidad, que es un remedo de la constancia. Su fin siempre es el mismo, pero cambia de medios y sabe engañar sobre la fijeza de sus deseos por la multiplicidad de sus evoluciones. Encubre y protege sus más hábiles estratagemas con un aire de apacible y sosegada indiferencia, y disfraza con una calma aparente y una estudiada ignorancia aquellos artificios en que cifra sus más gratas esperanzas. Su imaginacion sutil, á manera de prisma, descompone el pensamiento con tintes tan numerosos como delicados, para que no os llegue hasta el grado y bajo el colorido que ella quiere; y en efecto, esos visos de que se vale para deslumbrar, vienen al instante y como por un encanto á confundirse en la rápida influencia de sus palabras, y sobre su móvil fisonomía, hasta el punto de que nadie sospechára el menor estudio donde hay tanta espontaneidad, ni la menor reserva donde se ve toda la desenvoltura de la franqueza. Lo bueno, al pasar por ella, parece tomar ciertas proporciones angélicas; pero en el mal parece obedecer á las satánicas inspiraciones: nacida para compadecer, se da entónces á sí misma un corazon sin piedad; dulce y tímida por carácter, se transforma en arrebatada y furibunda. Dios la habia revestido del pudor, y ella hace ruborizar la frente del hombre. En sus grandes odios, que son sordos y pérfidos, siembra escollos por vuestro camino, y su lengua se despedaza con mordeduras secretas y envenenadas. Si quiere vengarse de vosotros, no podreis romper la red de mañosas imposturas en que os habrá envuelto. Su venganza toma mil formas, su furor se multiplica; no, no vencereis, porque áun cuando saliereis de la lucha con la virtud de un ángel, vuestros destinos quedan, no obstante, los de un hombre, y serán perseguidos y fatigados sin fin por las cobardes y negras fechorías de un demonio. La mujer, pues, que es el ornamento de la humanidad por la delicadeza de sus formas, que revelan un alma aún mas delicada por la viveza de sus sensaciones, por la frescura de su fantasía, por el esmalte de sus virtudes apacibles, por la ternura in-

agotable y por la constancia de su corazon, que la lleva á veces hasta el heroismo, cuando deja hollar su noble índole y degradar su dignidad por un desnivelado orgullo ó por una pasion indomable, es el ser más repugnante y monstruoso; y por el abuso criminal de sus bellas y seductoras calidades, se transforma en un tipo de deformidad moral, que nos hace recordar alguna idea del infierno, como las furias del antiguo Tártaro. Tal aparece la mujer de Putifar; sigue con un vergonzoso frenesí los malos instintos que la asaltan; su propia dignidad, sus deberes de esposa, la condicion de un esclavo, la natural y atractiva belleza de la virtud, nada llama ni reanima el honor que sucumbe en este corazon atacado, como pueden serlo todos los corazones, pero vencido, como son todos los flacos de espíritu. Toda pasion, á ménos de ser brutal, debia extinguir sus fuegos al sosegado menosprecio y á las púdicas resistencias de José; toda alma elevada hubiera concedido, ya que no una estimacion generosa, el beneficio del perdon á las graves lecciones de aquel jóven y á la pureza de sus nobles sentimientos. Mas la odiosa mujer se indigna é irrita; cubre su crímen con el manto de la fidelidad conyugal; la calumnia arma sus labios; en sus manos hipócritas los testimonios de inocencia dejados por la víctima, se convierten en pruebas de culpabilidad; hasta su venganza trae la marca de cobardía y de degradacion; la orgullosa señora, libre, poderosa, respetada, no halla en su corazon burlado para castigar á un esclavo virtuoso otros recursos que la infamia de la mentira y el desquite, la crueldad, las solas cosas sin duda que se hallan en los ángeles destronados y en el pecho de una mujer envilecida. De todos los hijos de Jacob era José el más virtuoso y el más amable. No siempre la belleza del alma se trasluce en lo exterior por la pureza y gracia de las formas; porque desde que el hombre, por un acto libre de su voluntad, turbó la primitiva armonía de los mundos, la parte que se ve ha quedado como el signo y la cubierta, pero no el fiel espejo de la parte invisible; y la naturaleza moral, lastimada y empobrecida al caer de su elevacion original, perdió el poder de prevenir ó de reparar completamente las deformidades ó las falacias de la naturaleza física. Sin embargo, hombres hay privilegiados, en quienes se encuentran todavía, por decirlo así, vestigios del órden desvanecido; dijérase que su alma, al entrar en la mansion del cuerpo, quiso pagar la hospitalidad que en él recibia, cubriéndole con un reflejo de su propia dignidad y de la magnificencia de sus virtudes; tan profundo es el sello que sobre los sentidos dejó el espíritu. Y lo que más admiramos en tales hombres, no es tanto la elegancia ó suavidad de sus perfiles y la delicadeza de sus contornos, como aquel inexplicable encanto que sale de lo interior, aquella feliz armonía entre las maneras, la actitud y los movimientos con la inteligencia, el sentimiento y la belleza moral, que

aquellos expresan. Lo que más embelesa en ellos es la trasparencia de la fisonomía y la revelacion de una alma bella en una pura y brillante mirada y en una frente noble y majestuosa. Tal pareció José, y si llegó á ser el objeto de la particular ternura de Jacob, fué tanto por el conjunto de sus eminentes cualidades, como por su título de hijo de Raquel, la esposa querida. Aunque legítima en sí misma, la predileccion del viejo patriarca no dejaba de tener sus inconvenientes. No podia disimular del todo su preferencia, y los hermanos de José podian, cuando ménos, advertirla, pues por una parte las afecciones de los viejos son ya de propósito indiscretas, y por otro la mútua envidia de los hermanos es suspicaz é intratable. A más de otras muchas muestras de exclusiva benevolencia, dió Jacob á su hijo querido una túnica de lino de diversos colores, y desde aquel entónces José solo advirtió en sus hermanos sentimientos de odio y aspereza de palabras, pues basta un ligero soplo para levantar en el corazon del hombre la tormenta de las más violentas pasiones. El sencillo y virtuoso José aumentó, áun sin quererlo, este odio, participándoles los sueños gloriosos que habia tenido. «Pareciame, dijo, que estabamos atando gavillas en el campo, como que mi gavilla se alzaba y se tenia derecha, y que vuestras gavillas, puestas alrededor, adoraban la mia. He visto entre sueños que el sol y la luna y once estrellas me adoraban.» Y exclamaron sus hermanos: «Es decir, que tú has de ser nuestro rey, y nosotros estaremos sujetos á tu imperio?» Hasta su padre le reprendió, tal vez con el fin de calmar la irritacion de sus demás hijos, pues en su pensamiento pesaba las misteriosas palabras de José, procurando penetrar el sentido de ellas. Porque, en efecto, lo más bello que hay en el mundo, un jóven dotado de corazon puro y de noble inteligencia, ¿no pudiera ser el órgano de la verdad, y alguna vez la luz del viejo? Y no puede Dios excitar en nosotros el presentimiento de nuestros destinos, y mostrarnos vagamente las realidades del porvenir al través del embolismo de un sueño? Cierto dia en que los hermanos de José habian conducido sus ganados hácia la parte de Sichem, Jacob le envió adonde estaban. Partió José y encontró á sus hermanos en los campos de Dothain; cuando de léjos le descubrieron, dijeron entre sí: «Ved ahí al soñador que viene: vamos, matémosle, y echémosle en esta cisterna vieja; diremos que una fiera lo ha devorado, y así se verá lo que le aprovechan sus sueños.» Ruben, el mayor de ellos, se horrorizó de semejante crimen, y propuso bajar á José á la cisterna con la secreta intencion de salvarle la vida y volverlo á su padre. Al momento en que llegó José fué despojado de su túnica, objeto de fatal envidia, y lo echaron en la cisterna que estaba seca. Poco despues algunos ismaelitas y madianitas pasaron por aquel lugar con direccion á Galaad en Egipto, conduciendo camellos cargados de perfumes, de resina y de mirra; entónces Judas, uno de

los cómplices, tomó la palabra: «¿De qué nos servirá matar á nuestro hermano y ocultar su muerte? Mejor es venderlo á estos ismaelitas y no manchar nuestras manos, pues es nuestro hermano y nuestra sangre.» Prevaleció esta opinion, José fué sacado de la cisterna y vendido por veinte piezas de plata: ¡Vender por dinero la sangre de un hermano! Los culpables hermanos empaparon la túnica de José en la sangre de un cabrito, y la enviaron á Jacob diciendo: «Ved ahí una túnica que hemos encontrado: ved si es la de vuestro hijo.» Y habiéndola Jacob reconocido, exclamó: «¡Es la túnica de mi hijo! ¡una fiera cruel se le ha devorado! ¡una fiera se ha devorado á José!» Rasgó sus vestidos, cubrióse con un silicio, y lloró por largo tiempo á su hijo. Reuniéronse sus hijos para ver si podian aliviar su dolor, pero quedó inconsolable y les dijo: «Lloraré hasta que la muerte me una otra vez con mi hijo.» Y continuó derramando abundantes lágrimas, porque José acababa de serle arrebatado, y Benjamin era la única prenda que le quedaba de la afeccion de Raquel. Entre tanto José fué conducido á Egipto y vendido por los Madianitas á Putifar, uno de los primeros oficiales del rey. El jóven esclavo habia encontrado gracia delante de Dios, que si envia á los hombres la prueba de una tribulacion pasajera, es para darles una ocasion de virtud y un manantial de gloria. Sus bellas cualidades le hicieron tan apreciable á su dueño, que éste le confió la administracion de su casa, depositando sobre él el cuidado de sus negocios. No quedó engañado el egipcio con esta confianza, pues Dios le bendijo á causa de José; sus bienes se aumentaron sensiblemente, y la prosperidad coronaba todas sus empresas. Indudablemente la riqueza estará siempre repartida con desigualdad en el mundo, á causa de los privilegios naturales y de las incorregibles diferencias de genio, de fuerza y de moralidad: la absoluta comunidad de bienes, y hasta el equilibrio entre las aptitudes y las atribuciones, son sueños y quimeras de todo punto irrealizables. Si la prosperidad debiese andar unida á una cosa, como un salario á un mérito, vendria á ser exclusivamente el estipendio de la virtud, que es el solo mérito del hombre. Y de hecho permite Dios alguna vez que esta ley tenga su cumplimiento, y hasta creando entre hombres un mérito personal muy á propósito para nutrir en ellos los sentimientos de una dulce y estrecha fraternidad, extiende en torno de nosotros y á gran distancia el beneficio de los dones generosos que nos aplica. Así es como José atrajo el más próspero y apetecido éxito sobre todas sus obras personales, y por consecuencia un acrecentamiento considerable de fortuna sobre su amo, hasta verse éste elevado á los honores, despues de haber sufrido nuevas y dolorosas persecuciones. Mas estas recompensas y estos castigos á las buenas y á las malas acciones, ni se disciernen tan rara vez que estemos dispensados de temer la justicia divina en el tiempo, ni con tanta

frecuencia que podamos prescindir de aguardar de la justicia de Dios un fallo ulterior y definitivo. Habia ya algunos años que José desplegaba y hacia brillar en la oscuridad de un servicio ingrato una inteligencia y una virtud superiores, cuando la mujer de su amo fijó en él una mirada culpable, y le solicitó para el crímen. El noble cautivo permaneció fiel á Dios y á su honor, y respondió con tanta moderacion como firmeza. Porque la verdad y la virtud, á pesar de su carácter independiente, no borran las distinciones sociales, y la correccion que va de inferior á superior no debe asemejarse en su forma á la correccion que desciende de superior á inferior; de otra parte, es quizás la señal más preciosa de una conviccion profunda y de una virtud bien comprendida el enlazar la dulzura con el celo, y la mansedumbre hácia las personas con el respeto por los principios; pues nada hay tan sosegado como las conciencias fuertes, y nada tan generoso y fecundo como la misericordia. Si sois mejor que vuestro hermano, no os desembaraceis del cuidado de su alma por medio de inculpaciones amargas y de cómodos anatemas: cubridla más bien con dulce y afanosa solicitud, y envolvedla con la ternura de vuestras afecciones, á fin de que Dios la perdone por causa vuestra. Pensad que el hombre, áun cuando se engañe ó se corrompa, queda un ser digno de toda consideracion, pues fué rescatado al precio de una sangre divina, y puede en uso de su libertad volver al estado que por el abuso de su misma libertad ha perdido. Dijo pues, José: «Ya veis que mi amo me ha confiado todo lo suyo, hasta el punto de ignorar él mismo lo que tiene: nada hay que no esté en mi poder, y que no lo haya puesto en mis manos, reservándose solo á vos, que sois su mujer. ¿Y podria yo cometer una tal iniquidad y pecar contra mi Dios?» Semejante respuesta, léjos de desalentar la pasion, pareció animarla y darla mayores creces de despecho. La graciosa gallardia del jóven esclavo, su noble y hermosa fisonomía, embellecida con el colorido de la sorpresa y del pudor, enardeció más el voluptuoso instinto de la mujer burlada, y la altivez del amor propio se mancomunó con la violencia del deseo. El hombre, bien sea por arrogancia varonil, bien sea por su carácter firme y bullicioso, avanza casi siempre con seguridad ó retrocede oportunamente; por lo general aparece más circunspecto ante los obstáculos; la mujer al contrario, parece más ardiente para vencerlos, como si quisiese suplir la fuerza por la pertinacia, ó tal vez como si se abrigase en ella alguna cosa que se parece al espíritu de contradiccion. De otra parte, el esclavo recordando á la soberbia egipcia la idea del deber, ganaba en valor moral mucho más de lo que perdia por su despreciada condicion; él no podia vencer sino con gloria, y ella no podia sucumbir sin un cruel oprobio. Por mucho tiempo le importunó con sus palabras; pero él como se habia mostrado más grande que la desgracia, mostróse más fuerte que el placer, triun-

fando así de las más graves pruebas á que puede verse expuesta la juventud, la cual en sus dorados sueños, se erige palacios encantados de felicidad, y en su ardiente necesidad de vivir para gozar, inclina tan gustosamente el oido á la voz seductora del placer. Hallándose un dia José solo en el aposento de la casa, la mujer de su amo tanteó el último esfuerzo, y le cogió por la capa. Cuando una mujer pierde todo el respeto que á sí misma se debe, y ha merecido perder la estimacion de otro, ya no atiende más que á sofocar á fuerza de goces sensuales la memoria de su perdida dignidad, y á todo se atreve para humillar en la complicidad del crímen al que desde la eminencia de su virtud amenaza quedar siempre su acusador y su juez. No, no es posible pintar el borrascoso despecho y la enfurecida confusion con que la mirada de un hombre puro hiere, llena y aterra el alma de una mujer sin honor. Porque Dios ha armado el corazon de la mujer de un sentimiento profundo y delicado de virtud para protegerla contra su propia flaqueza, y le ha marcado sobre la frente el pudor como una señal de consagracion augusta y un título de parentesco con los ángeles, á fin de protegerla contra la temeridad y la tiranía del hombre. Cuando, pues, en desprecio de estas salvaguardias hace ella una declaracion de guerra á la virtud y provoca la malicia de otro, léjos de poder invocarla por excusa, no es raro que Dios la castigue con ese furor contra naturaleza, entregándola á una despechada vergüenza, de la que se venga obedeciendo á toda la fogosidad de sus malos instintos, como si se sintiese impelida por algun aguijon del infierno. José poseia juntamente la inteligencia y el valor del deber. Dejó su capa en manos de la impúdica mujer, y huyó, único modo de vencer en tal peligro; pues aunque el espíritu tenga sus convicciones y su pronta decision, los sentidos tienen sus momentos de oscilacion y de desfallecimiento. Figúrese cualquiera los transportes de la tentadora despreciada, pues por bellos que sean los nombres con que las pasiones sensuales pretenden decorar sus victorias de ignominia, saben tambien avergonzarse de sus insolencias frustradas, porque entónces no pueden sofocar el sentimiento de la afrenta debajo de sus repugnantes fruiciones. Con su pasion burlada, con su imperio desconocido, la mujer de Putifar tenia que temer; pero sobre todo tenia que vengarse. Fuerza le era prevenir las quejas posibles de José; pero más que todo le era preciso hacer pagar á su esclavo la pena de su virtud. Llamó á gritos á sus domésticos para que le diesen socorro, y se lamentó con un aire de púdica altivez de que aquel extranjero hubiese osado llevar hasta su persona su temeridad delincuente. Sus gritos la habian salvado, y habia podido arrancar aquel vestido como cuerpo de delito contra José. Y cuando estuvo de vuelta su marido, hizo subir hasta él el origen de toda aquella desgracia y le envolvió mañosamente en el acta de acusacion, á fin de que te-

niendo él mismo que justificarse de sospechas de imprudencia pensase ménos en acusarla á ella de infidelidad. «Este esclavo que tú trajiste aquí, ha venido para insultarme; y cuando ha oido mis clamores, me ha dejado esta capa entre mis manos y se ha escapado.» La calumnia le salió muy bien. Putifar no se mostró asaz hábil para escapar de los artificios de su mujer, y sorprender la verdad bajo las estudiadas apariencias con que se cubria la impostura. Sin reflexionar que mal se prepara un hombre para grandes crímenes por medio de diez años de virtud y de solícitos servicios, y que la violencia podia venir tanto de la que habia arrebatado la capa, como del que la habia dejado, se indignó hasta el último punto contra su mayordomo, y le hizo encerrar en una cárcel. Mas el Señor estuvo con José: pues al imponer un trabajo, Dios da la fuerza necesaria para sostenerle, y mediante su gracia, no hay pruebas tan duras que no pueda superar un generoso esfuerzo. Aun en el seno de aquellos reveses cuya aparicion en esta vida maldicen las almas débiles y cuyas angostas sendas no impiden sus maravillosas relaciones con el porvenir, manifiesta y despliega el hombre grande todo el poder de que está dotado, y segun la idea de un antiguo, ofrece al espíritu del mal el más bello y precioso espectáculo para confundirle, un justo luchando á brazo partido con la adversidad. Así consuela Dios á aquellos que de este modo soportan el peso de unos castigos que no merecen: y miéntras se aguarda la hora de su justicia pública, hace bajar en la sosegada serenidad de su conciencia algunos de aquellos goces y dulzuras de su cielo. Permitió además el Señor que José se captase la benevolencia del alcaide, el cual, compadecido del jóven cautivo, y no reparando en él cosa que dejase traslucir una alma abyecta y criminal, depositó en él su confianza y le encargó en gran parte el cuidado de los demás presos. Una mañana reparó José á dos de sus compañeros más abatidos de lo que solian, y la causa de su abatimiento eran los sueños que habian tenido. Les hizo explicar aquellos sueños, y predijo al uno de los condenados que sería crucificado dentro de tres dias, y al otro, que dentro de tres dias tambien recobraria su libertad y sería repuesto en el cargo que ántes tenia, suplicando en seguida á este último que no le olvidase en el tiempo de su prosperidad. El suceso justificó esta interpretacion: al cabo de tres dias el uno de los proscriptos fué crucificado, y el otro puesto en libertad y restablecido en su antiguo cargo, que era el de copero mayor de Faraon, pero olvidó á José, pues la felicidad suele borrar la memoria de los beneficios recibidos. Dios lo permitió así en aquella coyuntura, á fin de que su elegido confiase en el socorro del cielo y no en el de la tierra, y que destinado como estaba á mandar á los hombres aprendiese ántes á conocerlos. Como nos hallamos ya en nuestro cuadro biográfico á punto de abandonar las tiendas de los patriarcas

para pasar á los palacios de los reyes, observemos de paso los adelantos que habia hecho la civilizacion en el Egipto desde los tiempos de Abrahan. Entónces los Faraones tenian ya corte, pero mucho más sencilla y con ménos aparato. En tiempo de José vemos en la corte de Egipto grandes dignidades, camareros, superintendentes, coperos mayores, panaderos, un gran visir, policía, cárcel del estado, médicos de los grandes y un ceremonial de mucha pompa. El escritor moderno que hubiese inventado la historia del Pentateuco usurpando el nombre de Moisés, hubiera hecho probablemente progresar de nuevo la civilizacion por medio de Jacob; y hubiera faltado sin querer á la verdad. Pero el historiador del Pentateuco es más fiel á la realidad, á la verosimilitud de la historia, como hace observar muy oportunamente un crítico reciente. Vuelve atras la civilizacion cuando Jacob, dejando la Palestina, pasa veinte años en Mesopotamia, en la vida errante y en las costumbres pastoriles. Avanza empero con Esaú, porque se queda en Palestina y se hace aliado de los cananeos. En tiempo de Abrahan no se ve cambiar el trigo entre Egipto y Canaan, y el patriarca, para librarse del hambre, se ve precisado á trasladarse con todos los suyos á las orillas del Nilo. En tiempo de Jacob principia este comercio, construyendo en el camino, consultando á la mayor comodidad, grandes paradores públicos para las caravanas. Las de los ismaelitas desde Arabia llevan á los egipcios, como hemos visto ya, especies, resinas y bálsamo, compran y venden los esclavos en ciertas ocasiones. Pero el Egipto, constituido desde mucho ántes que las naciones vecinas, se lleva como es justo la preferencia en civilizacion y lujo. Abimelec, rey de una colonia egipcia entre los filisteos, imitó en pequeño á los reyes de la metrópoli, teniendo como ellos criados y cortesanos. En Palestina, por el contrario, el rey de Salem vive como un simple particular. En el corto tiempo que media entre Abrahan y Jacob, vemos los progresos que hace el lujo en el Egipto, y lo veremos aún más en el engrandecimiento de José. Dos años á corta diferencia habian transcurrido desde que este interpretó los sueños de los dos presos, cuando el rey de Egipto tuvo otros dos sueños que le llenaron de terror. Era otra de las supersticiones del paganismo antiguo el buscar siempre algun misterio en los sueños; y Dios, que en el gobierno de los hombres toma por su misericordia en cuenta hasta sus errores y debilidades, daba algunas veces una significacion profunda á lo que por lo comun no pasa de un juego del organismo ó de un capricho de la imaginacion. Estos sueños del rey de Egipto entraban en el plan de la sabiduría divina, y por esto eran como un símbolo del porvenir; y como debian preparar el triunfo de José, por esto su explicacion fué á él solo reservada. En vano se acudió á todos los intérpretes vulgares, el rey estaba desconfiado de la ignorancia de sus adivinos. Entón-

ces la tristeza del monarca reprodujo el nombre de José en los labios del cortesano que le habia aprendido en la desgracia y que no se habia acordado más de él en la prosperidad. El copero mayor de Faraon habló al monarca del que le habia tan perfecta como proféticamente interpretado su sueño tres dias ántes en la cárcel. José fué llamado desde ella á la presencia del Rey, el cual le contó sus dos sueños, y José explicó los dos en el mismo sentido, anunciando que siete años de abundancia serian seguidos de siete de esterilidad. Propúsole nombrar para todo el Egipto un hombre de acreditada prudencia y destreza, que en tiempos de fertilidad reservase una parte de los granos para que al venir la carestía no quedase el pueblo sin recursos. Creyó el Rey, y con razon, que nadie podria remediar mejor los males del porvenir que el hombre á quien Dios tan clara y anticipadamente los revelaba. Sometió, pues, todo el Egipto á José, no reservando más para sí sobre el jóven favorito que la majestad del trono. Hizo, pues, vestir á José con un traje magnífico, con un manto de finísimo lienzo, le dió un collar de oro en señal de su nueva dignidad, y le puso en el dedo un anillo real. Le hizo subir en un carro de triunfo, mandando á su heraldo que anunciase al pueblo el reconocer la autoridad de José; le llamó con otro nombre egipcio que significa salvador del mundo, y para coronamiento de tan magníficas distinciones, le dió por esposa á la hija de un sacerdote de Heliópolis, para enlazarle de este modo con la clase más ilustre y poderosa de sus estados. Así acabaron los infortunios de José, que fueron como el gérmen fecundo de las prosperidades y de la gloria que llenaron el resto de sus dias. Pudieron haberle oprimido sus contrarios, porque la fuerza no siempre va aliada del derecho; pero no le habian envilecido, pues que la tirania no tiene poder sobre la dignidad humana, que escapa de todos los ultrajes por la libertad, y que no sucumbe sino por una abdicacion voluntaria. Víctima de la envidia de sus hermanos y de la asquerosa hipocresía de una mujer, salió por fin vencedor de esta doble prueba; los hombres y las cosas le fueron hostiles por un momento; pero los hombres y las cosas se transformaron en favor suyo, doblados y modificados por Dios, que le fué siempre propicio; y por otra parte la posteridad lo ha vengado de algunos años de persecucion y de oprobio por medio de un tributo de alabanza y de admiracion. Sus envidiosos hermanos y su impura enemiga debieron, por el contrario, expiar muy presto su ciega y cruel injusticia, y fulminados con la execracion de la posteridad, su castigo continua todos los dias, y esta es una especie de penitencia pública que Dios suele imponer á los grandes crímenes. Los poderosos serian demasiado libres si pudiesen lisonjearse con la seguridad de que su vida y su memoria pasarian impunes, y los débiles serian inclinados en demasía á rebelarse, si alguna vez no se in-

teresase el cielo en sus quejas y sufrimientos. Para la conservacion del órden preciso es que sepa el universo que la causa de los oprimidos es la causa de Dios. No se sabe si las calumnias de la mujer de Putifar quedaron desde entonces patentes; ignórase asímismo lo que fué de ella despues de aquella época; se diria que se disipó y desapareció como una débil sombra al resplandor de la súbita y gloriosa elevacion de José. La historia no la hace figurar sino en el oprobio de su burlada pasion y de su cobarde venganza; y despues de haberla presentado como el tipo de la mujer más malvada, aunque débil, la cubre con el olvido, semejante á la mar que arroja de vez en cuando algun mónstruo desconocido en sus orillas, y un momento despues lo arrastra huyendo hacia sus abismos, de donde no volverá á salir jamás. Por un lado los hermanos de José iban á ser conducidos á sus pies para prestarle homenaje. Sus proféticas palabras tuvieron su cumplimiento: siete años de abundancia fueron seguidos de siete de esterilidad. El azote habia alcanzado tambien á los países vecinos, y Jacob, acosado por la carestía, envió sus hijos al Egipto de cuyos recursos tenia alguna noticia, dejando solo á su lado á Benjamin. No se vendia el trigo sino por órden de José; sus hermanos le fueron pues presentados, y le adoraron postrándose delante de él al uso de los orientales. Reconocióles él sin dificultad, pero ellos no le conocieron, porque la edad viril y tal vez la desgracia habian cambiado el aspecto que tenia en su adolescencia. A la vista de sus hermanos inclinados delante de él, José se acordó de los sueños de otro tiempo. Usó un lenguaje severo, y manifestó creer que aquellos extranjeros habian venido como enemigos. Los tuvo detenidos por tres dias, y despues sabiendo que tenian otro hermano, les despachó con órden de traérselo, quedándose con uno de ellos como en rehenes. Creyéndose ellos no ser entendidos del ministro egipcio, que les habia hablado hasta entónces por medio de intérpretes, se acusaron mútuamente su antiguo fratricidio. Entónces José no pudiendo resistir á la ternura, se retiró para llorar, y volvió despues á salir manifestando su voluntad de quedarse por garantía con Simeon, otro de los extranjeros, y los demás se volvieron tristes al país de Canaan. Su padre cayó en una afliccion profunda, cuando se le dió la noticia de la cautividad de Simeon y de la órden formal de llevar á Benjamin á Egipto, y estuvo perplejo largo tiempo ántes de consentir en exponer tambien á este hijo querido y el último fruto de su vejez. Entre tanto el hambre continuaba en sembrar sus estragos, y Jacob se vió precisado á ceder al imperio de las circunstancias. Volvió á enviar á sus hijos al Egipto, confiándoles con dolor de su alma á Benjamin, de quien respondió Judá con su cabeza. Viéndoles José llegar con su jóven hermano, mandó introducirlos en palacio y darles un banquete. Esperaban ellos en la sala del convite, cuando al fin pareció José.

Inclináronse todos á su presencia. El los acogió con bondad, y les hizo preguntas acerca de su anciano padre. Levantando despues los ojos dijo: «¿Este es vuestro jóven hermano de quien me hablasteis? Hijo mio, añadió, séate Dios propicio?» Y se dió prisa á salir, pues á vista de su hermano conmoviéronse sus entrañas y no podia contener las lágrimas. Cuando hubo dado libre curso á su llanto, volvió, y haciendo un esfuerzo para dominar su emocion, tomó la comida en compañía de sus hermanos, pero en otra mesa, pues los egipcios miraban á los extranjeros como profanos. Sirvióles él mismo distinguiendo á Benjamin, que fué tratado con más miramiento que los otros, lo cual no dejó de causarles alguna sorpresa, y todo el festin se pasó con regocijo. A la mañana siguiente los hermanos debian partir. José hizo ocultar su copa de plata en el costal de provisiones de Benjamin, y apénas habian vuelto á emprender su camino, cuando él envió sus criados en su alcance. Alcanzáronlos en efecto, y les acusaron de haber cometido un robo. Defendiéronse ellos de esta acusacion, pero la copa fué hallada entre las provisiones de Benjamin. José hizo la amenaza de quedarse con él, como si fuera un esclavo, y entónces Judá expuso toda la repugnancia que habia mostrado Jacob en dejar partir á Benjamin, y el golpe terrible que el cautiverio de este hijo tan tiernamente querido iba á descargar al padre en su ancianidad. Al nombre de su padre no pudo ya José contenerse por más tiempo; mandó salir á todos los egipcios que le rodeaban, y exclamó derramando lágrimas: «Yo soy José: ¿vive aún mi padre?» Pero sus hermanos, despavoridos, no pudieron responderle. «Acercáos á mi, les dijo con dulzura, yo soy José, vuestro hermano, á quien vendísteis...» Consolóles diciendo que Dios habia permitido todo aquello para mayor bien; les ordenó que informasen á su padre de todo cuanto veian, y que lo trajesen consigo á Egipto, en donde serían todos alimentados durante los cinco años que habia de durar el hambre todavía. Y echándose al cuello de Benjamin para abrazarle lloró, y Benjamin lloró tambien al recibirle en sus brazos. José dió despues á sus hermanos las mismas demostraciones de ternura, y volviendo en sí del mudo espanto que les habia sobrecogido, osaron por fin hablarle. A tan feliz nueva, que le llevaron sus hijos, Jacob pareció dispertar de un profundo sueño, y rehusó por algun tiempo creer en su palabra. Pero al fin, recobrado de su estupor é inundado de alegría, exclamó: *Si mi hijo José vive aún, ya no quiero más; iré y le veré ántes de morir.* En efecto, partió para el Egipto con todas sus gentes y sus bienes. José salió á su encuentro, y al verle corrió á él y le abrazó estrechamente, derramando copioso llanto. «Ahora sí que moriré alegre, le dijo su padre, pues que he visto tu rostro y te dejo despues de mí.» Jacob fué tambien presentado al Rey, y obtuvo el permiso de establecerse con sus hijos en el país de Gessen, el más fértil de Egipto, y el que más convenia á un

pueblo pastor. Diez y siete años despues murió profetizando los magníficos destinos de su privilegiado linaje. Adoptó en el número de sus hijos á Manasés y á Efraim, hijos de José, y pidió que sus cenizas fuesen reunidas un dia con las de sus padres. Volvamos á notar de paso en la tierna narracion de esta historia interesante el grado de civilizacion á que habia llegado el Egipto ántes de la muerte de Jacob. José, en su entrada al empleo, recibe en su traje y en sus adornos una magnificencia propia de un gran visir ó de un allegado al monarca; come aparte y se le sirve en otra mesa, y los egipcios que comen en su casa se sientan en la de su camarero. Faraon no quiere admitir á Jacob en conversacion familiar, como habia hecho uno de sus antecesores con Abraham, sino en una audiencia formal, con tanta vanidad y afabilidad, mezclada de orgullo, como lo manifiesta el estilo mismo del relato, y son varias las solemnidades para la instalacion de los funcionarios reales. José vió los hijos de sus nietos. Cercano á morir, pidió que sus huesos fuesen trasladados á la tierra de promision, y espiró despues á la edad de ciento diez años. Su cuerpo fué embalsamado y puesto en un ataud, que los israelitas en su salida de Egipto llevaron al país de Canaam. Tal fué José, ejemplo célebre de las dificultades que aguardan á la virtud, del valor que debe ésta desplegar y del triunfo que puede obtener. Los tiempos antiguos no vieron una imágen más perfecta de aquel justo, que vendido traidoramente por sus hermanos y desconocido en sus obras, fué condenado como un criminal, y salió del cautiverio del sepulcro para alimentar la tierra con el pan de la verdad evangélica, y conquistar por todos los dones de su caridad divina el glorioso título de Salvador del mundo. Así el nombre de José ha quedado grande en la memoria de los pueblos cristianos. Los siglos de fe pintaron y grabaron su historia sobre la vitela de las Biblias manuscritas, sobre las telas de los más ricos museos, y en las vidrieras de las góticas catedrales, en la piedra y en el acero, en S. Marcos de Venecia, en el baptisterio de Florencia, en Roma, en Pisa, en Ruan, en Bourges, en mil otros lugares, como si hubiesen querido repetirnos sin cesar y hacernos leer en todas partes la máxima de que lo inminente del peligro no justifica nuestras caidas, que Dios ha puesto más recursos en la libertad humana, que fuerza en los atractivos y en las tentaciones del mal, permitiendo que el sentimiento de los placeres ilícitos quede como sofocado y muerto con el grave pensamiento del deber. Y esta leccion conviene así á los tiempos modernos como á la edad media; y nos hemos decidido á escribir estas líneas para recordarla á aquellos de nuestros jóvenes contemporáneos para quienes el mundo actual, á causa de la venalidad y de la corrupcion, se parece con frecuencia á los campos de Dothain y á la casa de Putifar. — *J. Roca y Cornet.*

PUTSCHIUS (Elías), eclesiástico y célebre filólogo, nació en Ambéres y

es contado por Blefcker en el número de los sabios más precoces y de talento más extraño. Originario de Hamburgo, de una familia patricia, nació el 26 de Noviembre de 1580. Sus padres, que se vieron por la fuerza de las circunstancias relegados á los Países Bajos, no pudieron darle una educacion brillante, ni atender en sus primeros años á la enseñanza siquiera de las primeras letras. Era, sin embargo, tal su precoz disposicion para todas las ciencias y las artes, que no frisaba aún en los catorce años, y ya enseñaba por sí mismo los autores latinos; mas luego que se mejoró algun tanto su posicion le fué dado ocupar varias plazas sucesivamente en los colegios de Embden y de Hamburgo, donde bajo la sábia y acertada direccion de maestros sobresalientes hizo sorprendentes y pasmosos progresos en las artes, en la lengua y en la literatura latina. De este último colegio pasó á Leyden, donde por espacio de algunos años escuchó las lecciones de José Scalígero, que bien pronto le distinguió entre sus más aventajados discípulos, dándole inequívocas pruebas de afecto singular y extraordinario. Durante su permanencia en Leyden, compuso una hermosa publicacion de la historia del conocido y célebre Salustio, que salió á luz en 1602, un tomo en 8.°, con notas del citado José Scaligero y de Sigiberto Habercamps, que ampliadas y corregidas se han publicado en las bellas ediciones que en estos últimos tiempos se han hecho de este historiador celebrado. La demasiada laboriosidad del personaje que nos ocupa, su extraordinaria actividad y aplicacion, debilitaron su vista en tales términos, que los facultativos le aconsejaron se privase de la lectura y emprendiese largos viajes para recobrar el uso de ese órgano precioso. Recorrió pues casi toda la Alemania, detúvose largo tiempo en Jena, despues pasó á Leipsick, donde contrajo amistad íntima con Godofredo, Jungermann y Conrado Zeltner, ambos, segun conjeturas muy fundadas, redactores y correctores de la obra publicada en Wechal, de la que pueden hallarse más extensas noticias en el Teatro de varones ilustres y eruditos, publicado en el año 449. Putschius consagró desde entónces la mayor parte de su vida á reunir los materiales necesarios para componer la obra ó coleccion de los principales escritos y pasajes más brillantes de los antiguos gramáticos, y su amigo Godofredo Jungermann le ayudó en estas tan laboriosas tareas. La impresion de esta vasta y colosal obra fué publicada y terminada hácia fin de Setiembre de 1605. El año anterior, nuestro laborioso é inteligente publicista tuvo la dolorosa desgracia de perder á su hermano Juan Putschius; y aunque con amargo acento, no quiso ceder á nadie el privilegio de pronunciar su oracion fúnebre, que es una de sus más tiernas y bellas composiciones, dada á luz en el año 1604 en un tomo en 8.°, en Leipsick. Las enfermedades y las fatigosas vigilias que consagró á las investigaciones literarias debilitaron extraordinariamente

la salud de Putschius, que viéndose cada dia más abatido, tomó la resolucion de buscar un descanso á su debilitada salud en Stadio, en el ducado de Brema; mas al cambio de clima y de temperatura no lograron introducir ninguna ventajosa mejoría en su salud, hasta que falleció por fin abrumado por ella el 9 de Marzo de 1636, segun las aserciones de algunos de sus biógrafos, en la florida edad de treinta y cinco años, empleados todos en los más asiduos trabajos. Su coleccion de los antiguos y célebres gramáticos lleva este título: *Grammaticæ latinæ auctores antiqui*; dada á luz en Hanau, por Wechel, en 1602, dos tomos en 4.°, y del que pueden adquirirse noticias más detalladas en su descripcion insertada en el *Manual del librero*, que publicó Mr. Bernard. Este volúmen, dedicado á José Scalígero, es muy estimado por los entusiastas de las investigaciones históricas. Hay además de esta edicion otra que se dió á luz con el siguiente título: *Auctores latinæ linguæ in unum corpus, adjectis notis Dionisii Godofredi*; publicada en Génova el año 1702, en un tomo en 4.° Esta coleccion sin embargo, sobre la cual se hallan extensas y detalladas noticias en la famosa biblioteca de Fabricius, no contiene muchos de los autores publicados en la primera por Putschius. La misma contiene treinta y tres gramáticos de nota, sobre cada uno de los cuales remitimos al lector curioso y amante de este género de estudios al ya varias veces citado Fabricio en su *Biblioteca*; muchas de sus obras encuéntranse inéditas en este autor, y todas ellas han sido revisadas y corregidas por varios autores de algun renombre, y fundadas casi todas las apreciaciones en los manuscritos de Rongers, de Pithou, de Douza, de Welser, de Gruter, Hoeschel, Ritterhm, etc. Por más que haya algunas imperfecciones en esta obra, sin embargo es tal su importancia, que basta á conceder á su autor un ilustre y esclarecido nombre, y justificar el hondo sentimiento que su prematura muerte produjo en los amantes de las antigüedades. Foppeus, en su *Biblioteca belga*, y algunos otros bibliógrafos, citan con entusiastas elogios las poesías del autor que nos ocupa, y su vida ha sido compuesta por Conrado Ritterhm.—N. L.

PUTNER. Nació este erudito jesuita el año 1619 en Purkstall, Austria, y fué admitido en la Compañía en el de 1639. Fué sucesivamente profesor en Gratz de humanidades, filosofía, hebreo, teología y derecho canónico. Su muerte acaeció en Millestad el año 1686. Dejó las siguientes obras: 1.ª *Dies gentilitius novo Castore è Poluce, seu virtute et sapientia illustratus*; Græci, typis Widmanstadii, 1636, en 8.° — 2.ª *Maximæ juris celebrioris, deductæ ex jure canonico, civili, glossa, illustrata exemplis, rationibus limitationibus*; Græcii, typis Widmanstadii, 1662, en 8.° — 3.ª *Tractatus theologicus de jure et justitia*; Græcii, typis Widmanstadii, 1666, en 8.°—C. de C.

PUXET (Fr. Juan). Este religioso agustino, cuyo apellido se encuentra

frecuentemente en Valencia y Cataluña, vivió en el siglo XV. Consta de las crónicas de aquella Orden que el 30 de Octubre de 1442 desempeñaba el cargo de prior del Real convento de la villa de Castellon de la Plana, que debia su fundacion á S. Guillermo, duque de Aquitania, y que trasladára al recinto interior de aquella villa el rey D. Jaime I en 1251. Las escasas noticias que aquí se dan, son las únicas que se encuentran de Fray Juan Puxet.—N. L.

PUY (Claudio du), natural de París, hijo de un abogado del Parlamento, estudió bellas letras bajo la direccion de Turnebe, y el derecho bajo la de Cujas. Despues de hacer un viaje á Italia, fué recibido en el Parlamento como consejero, y empleado despues en diferentes empresas importantes. Murió en París, á los cuarenta y nueve años de edad, en el de 1594. Su hijo mayor, Cristóbal du Puy, nació tambien en París hácia 1580. Hizo sus estudios en Tours y acompañó hasta Roma al cardenal de Joyeuse, en calidad de protonotario suyo. En aquella ciudad se encontraba precisamente cuando la Congregacion del Indice quiso incluir en el número de libros prohibidos la primera parte de la historia del presidente de Thou, alegando la mucha inclinacion que el autor manifestaba de parte de los protestantes, y la pasion que descubria en contra de los católicos. En vano du Puy trabajó por impedir el decreto, que fué dado por último en 7 de Noviembre de 1609. De vuelta á Francia, se hizo cartujo en Bourg-Fontaine, y llegó á ser procurador general de su Orden en Roma, donde murió en 1654, á los setenta y cuatro años de edad, siendo prior de la Cartuja de aquella ciudad. Miéntras fué limosnero del rey, y gozaba del valimiento del cardenal du Perron, escribió la *Perroniana*, coleccion llena de osadías, cuyo libro y algunas otras anécdotas suyas dan claro á entender que no poseia suficientemente el espíritu de su estado. Su hermano Pedro du Puy, hijo tercero de Claudio, nació igualmente en Paris en 1582. Dedicóse con afan á la investigacion de los derechos reales, y al inventario del tesoro de cartas ó privilegios; lo cual le dió un conocimiento grandísimo de la historia de Francia. Creyendo el rey tener algunos derechos que hacer valer en las dependencias de los obispados de Metz, Toul y Verdun, encomendó á du Puy esta comision en compañía de Le Bret y de Lorme; mas él solo fué el que llevó el peso, y el que preparó todos los trabajos necesarios para aquel asunto (que en el fondo puso más bien en claro el poderío y espíritu de conquista que animó á Luis XIV, que no las luces é ingenio de los sabios). Recibido luego en el Parlamento como consejero y conservador de la biblioteca del rey, se distinguió en ambos cargos por su amor á las letras, y murió en París á los sesenta y nueve años de edad, en el de 1651. Sus escritos principales son: *Traités touchant les drois du roi sur plusieurs états et seigneuries*. El cardenal

de Richelieu encargó esta obra tan interesante al gobierno y tesoro real, á Teodoro Goffredo, el cual trabajó en ella de concierto y en union de du Puy. *Recherches pour montrer que plusieurs provinces et villes du royaume sont au domaine du roi*; libro escrito con el mismo fin que el anterior; un *Comentario* sobre el tratado de las libertades galicanas de Pithou, con un prefacio de Nicolás Lenglet du Fresnoy.—*Preuves des libertés de l' Eglise gallicane*, en el *Tratado sobre las libertades*. Este libro no solo disgustó á la corte de Roma, sino que tambien mereció las censuras de veintidos obispos ó arzobispos de la Iglesia galicana.—*Histoire véritable de la condamnation de l'ordre des Templiers*; coleccion muy curiosa é interesante, de donde se desprende que merecia la supresion, si bien no son de creer todos los horrores que se les atribuyen, ni pueden aprobarse los suplicios del Gran Maestre é infinidad de caballeros.—*Histoire générale du schisme qui a été dans l' Eglise depuis 1378 jusqu'en 1428*.—*Mémoires de la provision aux prélatures de l'Eglise*.—*Différends entre le Saint-Siége et les empereurs pour les investitures*.—*Histoire du différend entre le pape Boniface VIII, et le roi Philippe le Bel*.—*Traité de la loi salique*.—*Histoire des favoris*.—*Du concordat de Bologne entre le pape Leon X, et le roi François I*.—*Traité des régences et de la majorité des rois de France*.—*Traité des contributions que les ecclésiastiques doivent au roi en cas de nécessité*.—*Mémoire du droit d'aubaine*.—*Traité de l'interdit ecclésiastique*.—*Mémoires et instructions pour servir à justifier l'innocence de messire François Auguste de Thou*.—*Apologie de l'Histoire de Mr. le président de Thou*; etc. Du Puy se dedicó en casi todas sus obras á deprimir la autoridad eclesiástica; mas preciso será confesar tambien que en su favor ofreció testimonios brillantes que le arrancó la fuerza de la verdad, como por ejemplo cuando dice: «Lo que atañe á la religion y asuntos de la Iglesia debe ser examinado y resuelto solo por los eclesiásticos, y de ningun modo por los seglares, principio que unos y otros reconocen...» Y prosigue más adelante: «Así como en el mundo hay dos estados, el de los clérigos ó sacerdotes y el de los seglares, tambien hay dos poderes con derecho cada uno de hacer leyes y castigar á los contraventores, el eclesiástico y el seglar.» Jaime du Puy, hermano de Cristóbal y de Pedro, y quinto hijo de Claudio, llegó á prior de S. Salvador y guardian de la biblioteca del rey. Continuó en la biblioteca las conferencias que tanta gloria dieron á su hermano y de tanto provecho fueron á los literatos. Murió en 1656, despues de haber publicado el mayor número que pudo de las obras de su hermano.—C. de la V.

PUY (Clemente), jesuita, nació en París y se educó en el colegio de la Compañía de Jesus. Dotado de una inteligencia clara, de un hermoso y noble corazon, de un espíritu elevado, de bellísimas disposiciones en fin, dió

pronto pruebas inequívocas de que poseia en alto grado miras elevadas. Dirigido hábilmente por sus sabios maestros los jesuitas, que con tanto acierto estudian las inclinaciones del joven escolar, para no violentarlas, sino dirigirlas por los espacios á que tienden, hizo rápidos y pasmosos progresos en las artes y en las ciencias, en los estudios serios lo mismo que en la poesía, en la literatura y en la filosofía lo mismo que en la evangélica cátedra. Más tarde abrazó el instituto de la Compañía de Jesus, se inscribió en esa milicia cristiana dirigida por el grande Ignacio de Loyola, en cuyas filas llegó tambien á mostrarse intrépido defensor de la verdad, celoso, virtuoso, prudente, sabio. Eran escuchadas sus tiernas predicaciones con avidez por un público numeroso, que anhelante de la palabra de Dios, y no de las figuras humanas, deseoso de aprovechar en la senda de la virtud más bien que de deleitarse en escuchar poemas frios é impropios del púlpito, iba á escucharle con profunda y agradable veneracion. Sus talentos y virtudes le merecieron bien pronto el ser nombrado para diversos puestos honoríficos de la Orden, hasta llegar por último á provincial de la provincia de Francia. Trabajó con todas sus fuerzas para combatir con denuedo á los herejes defensores de los inciertos dogmas, ó por mejor decir, de las dudosas opiniones de los protestantes. Pasó á mejor vida en Burdeos en 1598.—N. L.

PUY (Felipe du). Estaba este bienaventurado todavía en el seno de su madre, cuando S. Antonio de Pádua predijo su martirio. Pasó su infancia y su juventud en una inocencia verdaderamente angelical; tomó el hábito en la órden de los Hermanos Menores de S. Francisco, y se dirigió á predicar el Evangelio á la Tierra Santa. Hallábase en Azot, capital de los antiguos Filisteos, cuando esta ciudad fué entregada por traicion á los musulmanes, que condenaron á muerte á los cristianos que allí se encontraban y que ascendian al excesivo número de diez mil, y Felipe suplicó ser martirizado el último. Los musulmanes, con la esperanza de que abjurase el cristianismo, accedieron á su demanda; pero tan solo se aprovechó de esta concesion para animar á los otros cristianos á morir con valor, confesando á Jesucristo. Cuando se informó el sultan de la heróica conducta de Felipe, le mandó cortar una á una todas las articulaciones de los dedos de las manos y los pies, en presencia de los cristianos que esperaban el martirio. Mas á pesar de tan terrible tormento, el generoso y esforzado mártir no cesaba un momento de exhortar á sus compañeros á sufrir valerosamente la muerte, para recibir la corona de gloria de manos de Jesucristo, que con ella recompensaba á los que morian por confesar su santo nombre. El bárbaro sultan, viendo la persistencia de este heróico soldado de Jesucristo, le hizo desollar vivo hasta la parte inferior del cuerpo, y que le cortasen la lengua. El modo con que sufrió tan horribles tormentos, llenó de santa alegría á los cristianos

é inflamó más y más el furor de los sarracenos. Como su lengua mutilada no podia pronunciar ya palabras, todavía animaba con expresivos gestos á los compañeros de su martirio. Fué por fin degollado con los demás, y su alma voló al cielo en busca de la recompensa que Dios le reservára. La vida de este glorioso mártir se encuentra en la Crónica de los Hermanos Menores, tomo I, pág. 215.—C. de C.

PUY (Francisco), general del órden de los Cartujos. Brilló por su saber profundo en los estudios teológicos, y además fué reputado como uno de los jurisconsultos de su tiempo. No se limitó tan solo á dar lecciones de elevada teología, defendiéndola contra los perpetuos ataques de los herejes, sino que sentó además grandes principios para ilustrar muchos puntos de derecho. Rodeado de pompas, honores, aplausos y dignidades, pasó por el mundo algun tiempo respirando el incienso grato de la adulacion, que le era prodigado con abundancia por los entusiastas del gran canonista, del profundo teólogo, del sabio literato, del erudito filósofo. Mas su inteligencia, asaz despejada, no tardó en conocer la futilidad de los aplausos humanos, de las pompas terrenas, de los honores y dignidades. Inclinóse al estado eclesiástico, y fué pronto elevado al cargo de obispo de Grenoble y Valencia, dos distintos departamentos de Francia, ó por hablar con más propiedad, dos distintas diócesis de la vecina nacion francesa. Conociendo luego el enorme peso de los deberes episcopales, la terrible responsabilidad que deben ante Dios los que reciben el encargo de guiar sus ovejas á los pastos eternos, formó la noble resolucion de abandonar sus amigos, sus encumbrados puestos, sus dignidades, sus grandezas, sus afecciones todas, para consagrar el resto de sus dias al servicio del supremo Hacedor de cielo y tierra. Entró en la Cartuja, recibió el humilde hábito de esa austera Orden creada por S. Bruno, cuidóse de asentarla sobre bases más sólidas, y fué más tarde general de la misma: escribió una obra sobre los *Salmos*, *y la Vida de S. Bruno*; trabajó y obtuvo que fuese canonizado este santo patriarca cartujo, y murió en 1521.—N. L.

PUY (Gerardo du). Este cardenal, que tuvo por patria el país de Limosin, en Francia, se consagró muy jóven á Dios vistiendo la cogulla de San Benito, de la célebre congregacion de Cluni, en la que tenia un hermano abad del monasterio de S. Florencio, cerca de Marmontier. Al cabo de algun tiempo sucedió á su hermano en la misma abadía, á la que hizo grandes beneficios, y marchó á Roma con objeto de visitar los Santos Lugares. El papa Gregorio XI, que por entónces residia en Aviñon, le dió cartas de afectuosa recomendacion, y poco despues le eligió por su vicario general en los gobiernos de Perusa, la campaña de Roma y algunas otras provincias vecinas. Gerardo du Puy sirvió este alto cargo con especial acierto y fideli-

dad á la Santa Sede, y fué honrado con el capelo de cardenal en recompensa de sus servicios eminentes el año 1375. Segun Arnulfo de Wiong, obtuvo Puy tambien los obispados de San Flour y de Carcasona, pero este erudito escritor padeció una equivocacion al asegurarlo. Gerardo du Puy, concurrió en su calidad de cardenal á las elecciones de los pontífices Urbano VI y Clemente VII, y murió en obediencia de este último, en Aviñon, el dia 14 de Febrero del año 1389. Algunos han confundido al cardenal Gerardo du Puy con Imberto du Puy, natural de Mompeller, y pariente del papa Juan XXII, que le creó cardenal en 1327. Villani le supuso equivocadamente natural de Cahors; pues aunque era de la noble familia de los Puy de Cahors, habia nacido en Mompeller como se ha dicho. Onufrio y Ciaconio señalan su muerte en 1347, pero consta que murió en el año siguiente. — C. de C.

PUY (Imberto de). Fué su patria la ciudad de Mompeller, en Francia, y pertenecia á la muy noble familia de los Puy de Cahors, lo que hizo asegurar equivocadamente á alguno de sus biógrafos que habia nacido en esta última ciudad. Inclinado desde muy jóven á la carrera de la Iglesia, y relacionado por parentesco con el papa Juan XXII, obtuvo la alta dignidad de cardenal en 1327. Algunos escritores señalan el fallecimiento del cardenal Imberto de Puy en 1347; pero sin embargo, aparece su firma en una bula de Clemente VII, que lleva la fecha de 30 de Abril de 1348. Balucio fija su muerte el dia 26 de Mayo siguiente. Pueden consultarse sobre la vida de este cardenal á Arnulfo de Wiong, *in ligno vitæ*. Thierry de Niem, L. de Schismat, cap. II. Villani, lib. X, cap. LIII. Bosquet, *in not. ad vit.* Joan XXII. Auberi, *Hist. des Cardinaux;* y Baluzzi, *Vita pap. Aven, et hist. de Tul.* C. de C.

PUY (Jacobo de). Fué denominado este cardenal, originario de Alejandría, Puteo. Nació en Niza de Provenza, de padres nobles, y sobresalió tanto en el estudio de las leyes, que fué tenido por uno de los más excelentes abogados de su época. Situándose en Roma, el cardenal Accolti le tomó por auditor, y el pontífice Paulo III le agregó al tribunal de la Rota, el que durante quince años ilustró con sus célebres decisiones y vino á ser su decano. Julio III, que siendo cardenal habia sido muy amigo suyo, le promovió el año 1550 al arzobispado de Bari, y tomó una parte muy principal en los negocios más árduos é interesantes de este pontificado, lo que recompensó este mismo Papa, creándole cardenal preste de S. Simeon, el dia 20 de de Diciembre de 1551. Paulo IV le hizo prefecto de las dos signaturas, le agregó á la congregacion del Santo Oficio, y le confirió el protectorado del reino de Polonia y de las órdenes de Jerusalen y del Cármen. Asocióle luego al cardenal Cicala para examinar y abolir el allanamiento de los bienes

eclesiásticos hecho contra la constitucion de Paulo II, á fin de librar los bienes enfitéuticos y los censos del patrimonio de la Iglesia romana. Nombrado por Pio IV legado al Concilio de Trento, se disponia para hacer este viaje cuando le alcanzó la muerte, y murió en Roma el año 1563 á los sesenta y nueve años de edad. Fué honrosamente sepultado en la iglesia de Sta. María de Minerva delante de las gradas del altar mayor con un notable epitafio, que le puso su sobrino Antonio, su sucesor en el arzobispado de Bari. Gobernó esta diócesis doce años, siempre ausente, y la regaló preciosas alhajas ántes de cedérsela á su sobrina. Asistió á los cónclaves de Marcelo II, Paulo IV y Pio IV, habiendo faltado poco en este último para ser elegido papa por la gran reputacion que tenia en el cónclave y fuera de él, por el candor de sus costumbres y por lo eminente de su doctrina. Escribió algunas obras, y una especialmente sobre *la variacion de la moneda*; una *Aclaracion del derecho canónico y civil*, la que fué muy aplaudida por diversos escritores. —C.

PUY (Juan de), religioso del órden de los Agustinos, profesor de teología en la universidad de Tolosa, donde por espacio de largos años explicó con gran séquito y reputacion las delicadas cuestiones y el dogma católico. Antes habia enseñado filosofía en Saint-Cenis, de donde le enviaron sus superiores á Burdeos á explicar retórica, pasándole más tarde á la capital de la nacion francesa, donde comenzó á explicar sus cursos teológicos. Ora fuese á causa de las laboriosas tareas á que se hallaba dedicado, ora á que el bullicio de la corte de las Tullerías alterase su salud, ó por no probarle el clima, ó por otras causas, vióse acometido de una peligrosa enfermedad, que le puso al borde del sepulcro, por cuya razon los médicos le aconsejaron volviese á la capital de Tolosa. Como habia impugnado en sus escritos y en sus predicaciones á los hugonotes, herejes sandios que atacaban á la Iglesia, éstos, animados por el vil é indigno espíritu de venganza, tuvieron la terrible y la cruel complacencia de aguardar ese triste momento en que el paciente Puy era trasladado á su país natal para aprehenderle en el camino, cubrirle de denuestos, llenarle de insultos, abrumarle de golpes y dejarle por fin tendido en tierra, cual si ya hubiese exhalado el último hálito de su vida. Aunque afortunadamente no espiró en aquel momento, aunque pudo llegar con trabajos al término de su desgraciado viaje, su salud se alteró sobre manera á consecuencia de los vengadores golpes de los hugonotes. A pesar de todo habia sido elegido en 1593 profesor real de teología, que desempeñó por algun tiempo, hasta que pasó á mejor vida en 1623, dejando ejemplos de virtud al mundo. —N. L.

PUY (Raimundo de Podio), gran maestre del órden célebre de San Juan de Jerusalen, que tantos y tan eminentes servicios prestó al catolicismo en

su tiempo, defendiendo los estados católicos contra las irrupciones vandálicas de los sarracenos y mahometanos. El año 1120 sucedió en su honorífico cargo de gran maestre de la órden de S. Juan de Jerusalen al distinguido Gerardo, fundador de ella, viniendo á ser de este modo el segundo gran maestre de la Orden. Su permanencia más ordinaria fué en el Delfinado y más tarde en el Langüedoc, país entónces de no escasa importancia por la afluencia de extranjeros y de toda clase de viajeros, que por efecto de la movilidad de la época concurrian á esos departamentos. Acrecentó esta valerosa y heróica milicia cristiana, destinada exclusivamente á la defensa de los intereses cristianos contra sus enemigos, alistando en sus filas gran número de gentiles hombres, de hidalgos y otros personajes de ilustre alcurnia, habituados al manejo de las armas, todos los cuales habian sido atraidos á la órden religiosa por el trato simpático, por las maneras delicadas, y más que todo por el celo religioso que animaba á Raimundo Puy. Una vez aumentado el número de los caballeros de S. Juan de Jerusalen, reunió un capítulo general con el fin de acordar la redaccion de unas nuevas constituciones que abarcasen las necesidades nuevas creadas, y al cabo de varias sesiones que se celebraron fueron publicados los nuevos reglamentos, despues de haber sido examinados, aprobados y encomiados por el soberano pontífice romano entónces reinante Calixto II, en el año 1123, cuyas decisiones venerandas fueron más tarde, el año 1130, ratificadas por el romano pontífice Inocencio II. Luego de organizada su Orden, luego de formadas disciplinadas tropas y belicosos ejércitos, ofreció sus servicios y su espada al rey de Jerusalen Prandovin, quien le señaló el departamento de Ascalon, donde se hizo notable el gran maestre que nos ocupa por lo acertado de sus disposiciones, por su ardor y valentía, adquiriéndose un lugar eminente entre todos los personajes célebres de la milicia. Una vez en las cercanías de la mencionada villa la atacó con tan buen éxito, que á los pocos dias entraba triunfante y victorioso por sus calles y plazas entre el estrepitoso aplauso de los vítores de sus subordinados, y entre los humildes agasajos de los vencidos. Noticioso el soberano pontífice Anastasio II de esta conquista, otorgó el año 1154 numerosos privilegios á la valerosa Orden, que con denuedo tan digno de loa defendia los grandes intereses de la religion, y dirigió á la par lisonjeras felicitaciones y palabras cariñosas al gran maestre, á cuya pericia se debió en su mayor parte la conquista. Despues de este acontecimiento dividió en tres distintas secciones la Orden ilustre: en capellanes, destinados con especialidad al culto, en caballeros, destinados con preferencia al ejercicio de las armas, y en hermanos, encargados de cuidar de la hospitalidad de los extranjeros. En general estas tres secciones fueron consideradas despues como dos distintas únicamente, la de los clérigos y la de los seglares. Rai-

mundo, cubierto de gloria, despues de haber realzado considerablemente su Orden, pasó á mejor vida el año 1160. Aun cuando, como arriba hemos dicho, fué el segundo gran maestre de la órden de San Juan de Jerusalen, fué el primero en fin designado con este título. Gerardo su antecesor se habia contentado con llamarse modestamente el *Rector del hospital de San Juan de Jerusalen*. El Bravo Montbrum era de su familia. —N. L.

PUY-HERBAULT (Gabriel de), llamado en latin *Putherbæus*, religioso del órden de San Francisco y del convento de Fuenterrabía, y doctor de la célebre universidad de la Sorbona, uno de los más ponderados predicadores de su tiempo y de los más hábiles controversistas de su época. Los protestantes, que se hallaban entónces en todo su naciente ardor, le miraban como su mayor enemigo. Ni carecian de razones sobradas para ello, porque, dotado de un talento perspicaz, de una imaginacion rica y variada, empleó con tal oportunidad y con tanta nobleza el ridículo contra esos ilusos sectarios de Lutero, que les causó grandes destrozos en su campamento desordenado. Ni se dió por satisfecho con estas generales embestidas, sino que examinando uno por uno todos los dogmas tomados, rechazados ó admitidos por los protestantes, mostró sus errores fundándose en la Sagrada Escritura, en los santos Padres y doctores del catolicismo, en la tradicion, preparando con sus argumentos irrefutables el camino para que plumas no ménos ilustradas diesen el golpe de muerte á ese fantasma que ha tres siglos viene turbando el reposo de la Iglesia católica con sus variadas, caprichosas y espantosas formas. Despues de consagrar todos sus afanosos desvelos al cultivo de la buena semilla y á sepultar la mala sembrada por el enemigo, pasó á mejor vida en el año 1566, en el monasterio de nuestra Señora de Colignance en la Picardía. Le son acreedoras las ciencias eclesiásticas de varias obras de alguna importancia con que enriqueció los estudios eclesiásticos. Debemos hacer mencion entre otras de la que lleva el título siguiente: *Evangelica Tetranomon; de tollendis et expurgandis malis libris;* Paris, 1569. —N. L.

PUYLAURENS (Guillermo de). Nació á principios del siglo XIII, en Francia, en la ciudad de donde tomaba el apellido, y de la que su familia, que era muy noble, poseia el señorío feudal. Habiendo ingresado en el estado eclesiástico, fué nombrado capellan de Raimundo VII, conde de Tolosa, al que fué siempre muy adicto, y con el que dividió la buena y adversa fortuna. Este príncipe envió á Puylaurens á Roma el año 1243, en calidad de embajador, con objeto de solicitar las correspondientes dispensas, que necesitaba para casarse con Margarita de La-Marche. Despues de la muerte del Conde, permaneció en la casa de la condesa Juana, su hija, y la sirvió con celo y fidelidad largos años, pues que su muerte no acaeció hasta el

de 1295. Testigo y casi actor en las guerras de los albigenses, que tan funestas fueron á la Francia y á la cristiandad, quiso tambien ser su historiador y cronista. Compuso, pues, una crónica sobre aquel acontecimiento, que es muy estimada de los eruditos por la verdad con que está escrita, por lo cual inspira la más justa confianza. Gatel prestó á las letras el servicio de publicarla, insertándola en la *Historia de los condes de Tolosa*, y forma parte del tomo V de las historias de Francia, por Duchesne. Guizot la colocó tambien en la coleccion de memorias relativas á la historia de Francia, edicion de 1828. La crónica de Guillermo de Puylaurens, de que hablamos, está escrita en latin.—C. de C.

PUYS (Benito). Este distinguido eclesiástico francés era doctor en sagrada teología y canónigo y secretario en la iglesia de S. Nizier en Lyon. Habia pasado en su juventud cuatro ó cinco meses en un monasterio de cartujos, pero hubo de abandonar aquel sagrado asilo á causa del mal estado de su salud. Tomó una parte principal en una discusion sobre la asistencia á la misa parroquial y sobre los privilegios de las congregaciones religiosas, y cuanto concernia en esta materia á la disciplina eclesiástica. Dejó varias obras notables sobre asuntos eclesiásticos, como la traduccion del latin de *El Teófilo parroquial de la Misa de parroquia, por el R. P. B. B. C. P.* (el Rdo. P. Basseau ó de la Bassee, capuchino predicador); Lyon, 1649, en 8.° El P. Albi, erudito jesuita, combatió entónces al canónigo Puig en un libro que intituló: *El anti-Teófilo parroquial;* Lyon, 1649, en 12.°, que consta de 94 páginas. Puys publicó entónces su *Respuesta cristiana al anti-Teófilo;* Lyon, 1649, en 8.°, y la dedicó al clero de Francia. El P. Alvi devolvió el cargo que se le hacia, y dió á luz su *Apología del anti-Teófilo parroquial contra la injuriosa réplica y las aseveraciones injustas de Mr. Benito Puys;* Lyon, 1649, en 12.° Esta obra apareció bajo el pseudónimo de *Pablo de Cabriac, sacerdote secular.* Se conserva tambien de Benito Puys: *La Ciencia de la salud;* Lyon, 1654, en 8.°, dedicada al cardenal Alfonso Luis du Plesis de Richelieu, arzobispo de Lyon y primado de las Galias.—C. de C.

PUZ (Juan Bautista). Este erudito P. jesuita tuvo por patria la ciudad de Neustad, en Austria, el 5 de Abril de 1698, y vistió la sotana de la Compañía á la temprana edad de diez y seis años. Se dedicó á la predicacion en Lintz y en Viena, y despues fué nombrado rector del Colegio de Neustadt, y tambien instructor de los Padres de la tercera prueba en Judendourg. Su muerte tuvo lugar en su misma ciudad natal el dia 31 de Julio de 1765. Como muestras vivas de la erudicion de este ilustre individuo de la célebre Compañía de Jesus, quedan las siguientes publicaciones: 1.ª *Hypotiposis Tyrnaciensis*, Tyrnaciæ, 1715, en 12.°—2.ª *Topographia agri Tyrnaciensis, carmen elegiacum;* Tyrnaciæ, 1715.—3.ª *Panegyricus S. Augustino*

in templo S. Floriani, can. regularium dictus; Lintzii, 1750, en 4.°—4.ª *Die Zunge des Heiligen Blutzengens Christi Joannis von Nepomuck, ein Verckzeng seines todtes und Lebens;* 1731, en 4.°— 5.ª *Dermit dem Licht, und Finsternuss die Welt-Erleuchtende Augustinus ais dessen jahrliche Fest-Begangnus in dem Nochloti;* 1755, en 4.°—C. de C.

PUZYNA (Esteban). Este P. jesuita, hijo de una familia de menestrales, nació en Polonia el 21 de Diciembre de 1667, y fué recibido novicio en la casa de PP. Jesuitas de Varsovia el 15 de Julio de 1685. Su muerte acaeció en la ciudad de Vilna el 5 de Marzo de 1738. Quedan de él: 1.° *Karanie podercas Oktaivy koronacyi cudownego Obraru Nieps karanie poczetey Panny Jokalud.* I Sept. 1724.—2.° *Quatuor orbis partium et præcipuorum regnorum ac provinciarum brevis descriptio;* Lublini, typ. S. J., 1730, en 12.°, en latin y polaco.—3.° *Supplement ekonomike Haueva;* 1750, en fólio.—4.° *O Niepokolamym poczcelu N. P. Margi;* Warszawa, 1737, en 8.°—5.° *Glosy wolne o wolney ad zmazy Maryi Panni przez X;* Varsovia, 1737, en 8.° C. de C.

PUZYNA (Pedro), jesuita y escritor, de nacion polaco, y hermano de Esteban Puzyna, tambien escritor y jesuita. Distinguióse por su celo para la predicacion, y murió en Vilna el dia 1.° de Marzo de 1717, cuando contaba cincuenta y cinco de edad y cuarenta de individuo de la Compañía de Jesus. Ha dejado estas dos obras: 1.ª *O slaczeniu sie Slowa przedwiecznegoz natura ludzkaz Iacinskiego;* 1741.—2.ª *Stodkie pieszcoty Niemowleuciem Jezuseno przy hoke prezez;* 1740, en 12.°—C. de C.

PYGMEOS. Háblase particularmente de pygmeos en el texto latino del profeta Ezequiel (1). Es conocido generalmente cuanto se ha dicho sobre los pigmeos. Eran estos, pues, unos hombres extremadamente pequeños, que esto quiere decir el nombre que los distingue, pues pigmeo significa hombre cuya estatura no pasa de un codo: *Quorum tota cohors cubito non altior uno.* Los pigmeos estaban en continuada guerra con los grües, de los que se defendian á duras penas. Mas hay razones fundadas para creer que estos pueblos no han existido jamás sino en la imaginacion y fantásticos escritos de los poetas. La palabra hebrea *Gamadin*, á la que se refiere *Pygmeo*, casi á la letra signica efectivamente *hombres de un codo de alto;* pero ¿qué hubieran podido hacer tales entes sobre las murallas de Tiro, donde los coloca el profeta Ezequiel como valerosos y fuertes guerreros? Los setenta intérpretes han traducido Gamadim por *guardias*, pues que en el texto original leyeron *Somorim.* Simmaco escribió *los medos*, porque habia leido *Gam-Madai*, ó sea *y los medos.* El caldeo traslada *los capadocios.* Tambien por una variante

(1) Ezequiel, XXVII.

podria leerse *Gomerim* por *Gamadim*, y entónces podria el texto referirse á los *gomerimos*, muy conocidos en el *Génesis*, X, 4, y mencionados entre los hijos de Japhet; y en Ezequiel, XXXVIII, 6, donde se habla de ellos como de un pueblo muy belicoso. Plinio menciona una ciudad fenicia, que tenia por nombre *Gamade*, á ménos que esté viciado el texto suyo, y que se haya escrito *Gamade* en lugar de *Gamale*.—C. de C.

PYRRUS. Este griego, natural de la ciudad de Beroé, en el antiguo reino de Macedonia, y padre de Sópatra ó Sapatar, es mencionado en el Nuevo Testamento, en el libro de los Actos de los Apóstoles como destinado á acompañar á S. Pablo á Asia. Pero no se sabe de él más que estas escasas circunstancias, que se acaban de referir. Es de observar que la palabra *Pyrrus* no se encuentra sino en la *Vulgata*, y tal vez en un corto número de ejemplares del libro de los *Actos de los Apóstoles*, *cap. XX*, *vers.* 4, donde se habla de *Sopater*. En casi todos los ejemplares griegos solo se lee *Sopater de Beroe*.—C. de C.

PYTÁGORAS. Este filósofo, tan celebrado en la antigüedad, han creido algunos escritores fuera discípulo del profeta Ezequiel, pues pretenden es una misma persona Nazaratus Asyrio, preceptor de Pytágoras, y Ezequiel. Es lo cierto que Pytágoras viajó por la Caldea y el Egipto, y se supone que habia aprendido en estas peregrinaciones todo lo que sabia de las leyes de Moisés, y sobre todo su *Petrarchis*, ó sea Cuaternario, que se cree no ser otra cosa que el nombre sagrado de *Jehová*, compuesto de cuatro sílabas. Mas no es posible comprobar que Pytágoras haya podido ver á Ezequiel en Caldea. Este profeta consta que fué llevado cautivo con el rey Jechonías el año 3405 del mundo; y dió principio á sus profecías en el de 3509, y aún profetizaba en 3430, catorce años despues de la toma de Jerusalen. Podria contar á la sazon como unos cincuenta años de edad, suponiendo no tuviese más que veinticinco cuando le llevaron cautivo más allá del Eúfrates. Desde el año 3430 se carece de datos ciertos sobre la vida y la muerte de este profeta. Dionisio de Halicarnaso señala el nacimiento de Pytágoras hácia la olimpiada cuarenta y siete, cuatro generaciones despues de Numa. Userio fija su venida á Egipto en el año del mundo 3457, bajo el reinado de Amasis. Permaneció en aquel país el espacio de veintidos años, segun Jamblico, y fué cautivado y conducido á Babilonia por los soldados de Cambises el año 3479 del mundo. De allí vino á Italia en la época en que Junio Bruto libertó á Roma, su patria, del ominoso yugo de Tarquino *el Soberbio*, por los años 3506. No es, pues, creible que Pytágoras fuese discípulo del profeta Ezequiel. Jamblico, en la Vida de este filósofo, asegura que se retiró por largo tiempo á vivir en el templo del monte Carmelo, en la Fenicia ó en la Palestina, y fija entónces el comercio y relaciones que tuvo con los ju-

dios. La mayor parte de los escritores, que se ocupan acerca de los sucesos de Pytágoras, dicen tuvo por maestro á Zoroasthro en Babilonia, y que allí adquirió grandes conocimientos, que le hicieron en lo sucesivo tan célebre y famoso en Occidente. Lo que parece más cierto es que el preceptor de este filósofo, fué no Zoroasthro, sino *Zabratus* ó *Zaratus*, como expresa Pórfiro, que es el que S. Clemente de Alejandría, designa bajo el nombre de *Nazaratus*. Hé aquí cómo se refiere el hecho. Cuando Cambyses conquistó el país de Egipto, encontró á Pytágoras, que era muy instruido en las ciencias que florecian á la sazon en el país; le detuvo como prisionero, y le envió con los demás cautivos á Babilonia donde Zoroasthro vivia entónces, y se colocó bajo la dependencia de este grande hombre, que le purificó de los vicios en que estaba sumergido, inspirándole los sentimientos que debe alimentar un hombre virtuoso, y enseñándole muchos conocimientos sobre los principios constitutivos del universo, y los secretos de la naturaleza. Esta historia concuerda bastante con nuestra cronología, que consigna que Pytágoras fué á Babilonia y sacó un rico caudal de instruccion de las relaciones y trato que tuvo con los magos. Tambien se expresa que allí aprendió la aritmética, la música, el conocimiento de las cosas divinas, y en particular el dogma, base de toda moral, de la inmortalidad del alma. Todos los antiguos autores griegos convienen en atribuir á Pytágoras el honor de haber sido el primero que enseñó tan importante verdad. Mas no la trasmitió á sus discípulos en toda su pureza, puesto que la corrompió con la grosera fábula de la *Metempsicosis*, que se habia extendido entre los judíos, por cuyo país se asegura viajó mucho tiempo. Hacia pues consistir la inmortalidad en cierto cambio y trasmigracion de las almas de unos cuerpos á otros. Encuéntranse en la doctrina de Pytágoras, en sus máximas y en la vida de sus discípulos muchos rasgos que han hecho presumir habia tomado mucho de los *therapeutas* (1) y de los *essenianos* (2), y que habia sido del número de los antiguos discípulos de los profetas, de que los carmelitas se honran descender ó tener orígen. Los pytagóricos observaban la abstinencia de carnes, ponian todo su caudal en un fondo comun, no comian nada que hubiese tenido vida; rechazaban las unciones de aceite; menospreciaban los placeres; usaban trajes blancos, no de lino sino de lana; se abstenian de jurar; profesaban la mayor veneracion á los viejos; no se atrevian á verter agua durante el sol estaba descubierto; guardaban profundo silencio en sus escuelas, y escuchaban con todo respeto las máximas de sus maestros. Py-

(1) *Therapeutas*, nombre griego que significa *servidores de Dios*, que se daban los individuos de cierta secta que existia entre los hebreos, cuya vida y práctica describe Philon en su libro de la *Vida contemplativa*.

(2) Los *essenianos* era otra secta de filósofos que alcanzó gran fama entre los judíos.

tágoras reconocia una unidad de principio de que procedia la dualidad de una manera infinita. Mas esta dualidad estaba siempre adherida á su autor como la materia á su principio. Creia, pues, que todas las cosas procedian de esta unidad, y deducia tambien que todas eran demostraciones de la unidad de un Dios en tres personas. Condenaba los simulacros ó imágenes de la Divinidad, y queria que su culto fuese muy parco en ceremonias. Dios era, pues, el principal objeto de su culto y de sus estudios. Decia que en Él solo estaba el símbolo de la union, y que entre los hebreos solo estaba en los sacrificios el signo de la alianza con Dios, que habia prohibido ofrecerle ninguna víctima sin hiel. La manera singular, figurada y simbólica con que trasmitia sus instrucciones, era imitacion de los hebreos y otros orientales que ocultaban muchas veces los secretos de las ciencias bajo el velo de alegorías y parábolas más ó ménos ingeniosas. Jesucristo prohibe á sus discípulos (1) donar las cosas santas á los perros y arrojar margaritas ó perlas á los cerdos. Todo lo que se acaba de relatar, reunido ó recapitulado, confirma las conjeturas de aquellos que suponen que Pytágoras haya tenido mucho trato y relacion con los hebreos, ya fuese en Egipto, en la Caldea ó en la Palestina. —C. de C.

PYTONISA DE ENDOR (La). ¿Os habeis detenido alguna vez en un museo delante de un cuadro de una energía terrible, de un color fuerte y sombrío en el cual la figura de un viejo se levanta suave y poderosa á las evocaciones de una maga desenfrenada? El viejo envuelto en su manto acaba de salir de la tierra: en su semblante se descubre una majestad imperturbable que los cuidados de este mundo rara vez dejan asomar en la fisonomía de los vivientes; su mirada extensa y llena de inteligencia parece como empapada de los luminosos secretos de la tumba y del cielo. Contempla la maga, con una sorpresa mezclada de pavor, el súbito efecto de sus principiados encantamientos, pues ella ha concluido su tarea. Está en pié junto á un inflamado trípode y sus miembros se hallan en una contraccion violenta. Con un ramo de verbena en su izquierda agita la llama, y con su derecha la alimenta y la atiza arrojando en ella nuevas sustancias. Un jefe guerrero cae en tierra, y fija en el viejo una vista curiosa y azorada como si presintiese algun anuncio fatal: dos oficiales le aguardan, mostrando una inquietud ménos personal y ménos viva: la misteriosa sombra es para ellos invisible, no ven más que á la maga ocupada en las negras prácticas de su arte, rodeada de lúgubres fantasmas, de espectros informes, de aves de rapiña, de huesos humanos y de vampiros: esta mujer es la Pitonisa de Endor; este anciano augusto es el profeta Samuel, que desde las regiones de la muerte viene á

(1) Math. VII, vers. 6.

hacer á Saul una suprema y triste revelacion. El pintor, escogiendo esta escena ya de sí tan imponente, supo darle mayor realce aún por medio del vigor y aspereza del diseño y por la fuerza y viveza del colorido; se llama Salvador Rosa, y es de carácter selvático, que tanto en el mundo moral como en la naturaleza física, escoge los accidentes prodigiosos, los aspectos desolados y terribles, representándolos con facilidad y delicadeza y al mismo tiempo con enérgica originalidad. Sabido es que la adivinacion ó arte divinatoria, ocupaba un lugar muy considerable en la religion y en la confianza de los paganos. Habian estos poblado el universo de inteligencias para hacerlas presidir al desarrollo y á la marcha armoniosa de los séres, y por un gracioso giro de imaginacion habian animado los diversos fenómenos de la naturaleza y dando despues una realidad sustancial á estas quimeras su razon engañada, se habian hecho dioses de todas las fuerzas ciegas que influyen más ó ménos en la vida humana; y de ahí viene sin duda que los objetos más insignificantes parecian una voz de la Divinidad ó una señal de su presencia. El ruido del trueno, el vuelo y el canto de los pájaros, el murmullo de los bosques agitados por el viento, el estado de las entrañas de una víctima, la aparicion de algun astro inesperado, palabras pronunciadas al acaso y sin designio, pasaban por la expresion de las disposiciones del cielo: y como en ellas se creia ver la aprobacion de lo pasado y los indicios ciertos de lo presente, creíase tambien ser la manifestacion del porvenir. El presentimiento y la ciencia de las cosas futuras llegaban tambien al hombre por otros muchos medios, los sueños no carecian de significado: habia palabras reveladoras en los labios del moribundo: y sujetas las sombras de la muerte á las evocaciones de la mágia, venian á tener con los vivos un extraño coloquio y á dejarlos vislumbrar los rayos de una ciencia, por decirlo así, ultramundana. Entusiasmo y credulidad en un principio, la divinacion no tardó á elevarse á la altura de un arte que se reducia ya á principios. Desde entónces hubo ya intérpretes titulados, á quienes la multitud ávida de prodigios daba la investidura de su confianza y de su veneracion. En su orígen estos adivinos habitaban en lugares retirados, en grutas sombrías ó tenebrosas cavernas: bien fuese que de las excavaciones de la tierra en tales puntos saliesen exhalaciones que sumiesen en la embriaguez ó en el delirio, ó bien que la profundidad y oscuridad de los antros fuesen indispensables para cubrir el fraude y dar á los sonidos de la voz humana algo de sepulcral y de formidable. Pero andando el tiempo, sobre estos mismos selváticos peñascos, en lugar de rústica cabaña la supersticion erigió templos magníficos adonde los reyes y los pueblos acudian con respeto á interrogar al oráculo y á ofrecer los más ricos presentes. Cerca de Delfos, en la falda de una colina y sobre un suelo sulcado y entreabierto, un pastor observó que sus ovejas brincaban de

una manera extraordinaria. El mismo al acercarse allí sentíase agitado de movimientos convulsivos y poseido de vértigo, y salíanle de la boca palabras llenas de entusiasmo. El ruido que metió esta maravilla se divulgó por de pronto entre las comarcas vecinas, y luego despues más allá de las fronteras de la Grecia. Creyóse generalmente que la caverna emanaba vapores proféticos y acudióse de todas partes para buscar allí la noticia del porvenir y trayendo al mismo tiempo grandes tesoros. Desapareció el pastor con su cabaña, formada de ramos de laurel, y levantóse un monumento espléndido, obra de los más distinguidos artistas, y una sacerdotisa venerable por su edad y por sus costumbres quedó investida del ministerio de la divinacion. Es muy de notar que las naciones paganas, que en general habian abajado tanto á la mujer, le confiasen sin embargo muchas funciones distinguidas y sobre todo el cuidado de anunciar el porvenir. Su naturaleza en efecto la hace particularmente propia para estos papeles de aparato, en los que se produce rodeada de prestigios algo maravillosos. Puesta bajo el predominio del sistema nervioso, su vida es toda de expresion, una extremada sensibilidad de órganos determina la movilidad de su imaginacion llena de fuego, los medios extraordinarios le agradan, le conmueven y le transportan: cuanto más susceptible es de entusiasmo, ménos sabe defenderse de sus propias ilusiones, y más propia es para servir á las ilusiones y cálculos de los demás. Las mujeres, que en la antigüedad idólatra tenian la mision de revelar las cosas futuras ó de pronunciar oráculos, como se decia entónces, se llamaban sibilas ó pitias. Pero hay una muy notable diferencia entre estos dos órdenes de profetisas, pues las sibilas median con su vasta y penetrante mirada la série de todos los siglos y el destino de todos los pueblos, miéntras que el ministerio de las pitias ó pitonisas se limitaba á tiempos ó á hechos determinados por Apolo, manera de Dios que les enviaba sus conocimientos de lo porvenir, y les daba uno de sus numerosos títulos. Este númen pasaba por haber muerto á la serpiente Pyton, que desolaba la tierra, la piel de ese monstruo colocada en el templo de Delfos cubria el trípode adonde subian las sacerdotisas para recibir la inspiracion y pronunciar sus oráculos: y á la presencia de este trofeo, recibieron el nombre de pitias ó pitonisas, que se extendió despues á todas las adivinas. En el fondo del templo, sobre una caverna cavada por la naturaleza misma, en las faldas del Parnaso, y de donde se exhalan vapores sulfúricos, veíase el trípode fatídico. Allí se sentaba en determinado dia la pitonisa despues de haberse preparado á sus funciones con diversas ceremonias. De repente parecia animarse bajo el imperio de un genio invisible. Mudado el color, alteradas las facciones, con mirada ardiente y aterradora, erizada la crin, los labios convulsivos, un largo temblor, palpitaciones parecidas á las ondas que

se mecen con un triste y profundo murmullo, todo anunciaba en ella un violento entusiasmo y le daba apariencias sobrehumanas. Entónces hablaba en un lenguaje extraordinario y en frases entrecortadas: diríase que el poder mágico de sus secretos hacia volar en chispas rutilantes las formas ordinarias del lenguaje, al modo que se rompe un vaso en menudos trozos bajo la accion de un licor demasiado impetuoso. Estas respuestas eran acogidas con el mayor cuidado, y dispuestas segun las leyes del ritmo poético: un trabajo secundario les daba un sentido corriente, que no siempre tenian al caer de los labios de la Pitia. Además se evitaban las maneras de decir demasiado explícitas, pues una redaccion vaga y ambigua, garantia discretamente el oráculo contra percances desagradables. Antes de pasar á los bosques de Epiro y á las ciudades de Italia estas imposturas, nacidas de una grosera credulidad, y combinadas despues para servir á particulares ambiciones y á intereses generales, reinaban ya desde mucho tiempo en la Fenicia y en las orillas del Nilo y del Eúfrates. Los israelitas, propensos á la supersticion, y descarriados ya más de una vez por sus recuerdos del Egipto, harto imitaron por desgracia las prácticas locas é impías de sus vecinos. Sin duda que algunas experiencias maravillosas, fenómenos que no se explicaban entónces por leyes naturales, quizás tambien el artificio de potestades invisibles, cuya mirada alcanza mayor trecho y penetra más hondamente que la del hombre, hicieron cobrar crédito á los magos y á los astrólogos. Además el papel de falsos profetas podia captarse alguna reputacion por su aparente semejanza con el ministerio de los profetas verdaderos, y no aparecerá tan difícil de comprender cómo los mismos judíos cayeron en tales errores y extravagancias. Prohibia la ley bajo las penas más severas el consultar todos estos vanos y ridículos charlatanes del porvenir. En los mejores dias de su reinado y cuando seguia los consejos de Samuel, su maestro y amigo, Saul habia expulsado los magos y adivinos como una raza de hombres funestos, cuya ciencia ilusoria esparce el desórden en el seno de los estados. Pero hay almas que se vuelven supersticiosas en su desgracia; debilitadas y heridas de vértigo creen que todo lo maravilloso va á fijar sus irresoluciones, y á conjurar el peligro que amenaza. Abandonadas de los hombres, vendidas por las circunstancias, confiando en sí propias, fórmanse una prudencia nueva, y piden á las fuerzas ocultas de la naturaleza lo que ya no esperan ni del curso ordinario de las cosas ni de los prodigios de su propio valor. Tenia Saul turbado el corazon por la fortuna brillante de David, y le sabia providencialmente destinado al trono. La inocencia y la futura grandeza de este rival se levantaban ante sus ojos como una vision importuna. David desterrado entónces y fugitivo, podia creerse aún muy distante del dia en que triunfára su lanza. Pero de repente se desvanecieron las dificul-

tades por una de aquellas vicisitudes imprevistas de que tantos ejemplos ofrecen las cosas humanas. Los filisteos, sin cesar en guerra con Israel, se pusieron en movimiento; sus tropas reunidas vinieron á tomar posicion en Sunam, cubriendo toda la línea desde Aphec á Jezrael. Saul por su parte se apoderó de las alturas de Gelboe, que eran vecinas, y se extendió por el otro lado frente á frente del enemigo, quedando separados los dos campos por el valle de Jezrael. Al ver el ejército de los filisteos, Saul pareció olvidarse enteramente de haber manejado la espada con alguna gloria, y empezó á temblar con aquel miedo invencible que el cielo envia áun á las almas más robustas, como el presentimiento de una próxima é inevitable catástrofe. Estaban observándose mútuamente tres dias habia. Saul consultó á Dios. ¿Era esto una pusilanimidad? Mas lo que Dios exige de la criatura inteligente es obrar con valor en lo presente, y no arrojar sobre el porvenir una ociosa mirada. ¿Era con el designio de conocer y seguir las órdenes de lo alto? Pero hay á menudo en la vida de los hombres y de los pueblos un momento supremo, en que toda la fortuna se dobla bajo el peso de las faltas pasadas: verdad es que jamás se les quita la libertad; pero ella entónces no halla en qué ejercer su actividad, sino bajo ingratas condiciones; en tales casos el mundo asiste al espectáculo de una asombrosa caida. Porque lo que Dios abandona nadie puede salvarlo, y los destinos que precipita con su potente mano, nadie es bastante á detenerlos. Cerrado estaba el cielo: ninguna voz habia descendido para responder á Saul. En su desaliento, pues, dijo á sus criados: «Buscadme una mujer que tenga el espíritu de Pyton: iré á consultar el espíritu por su medio, y sabré lo que me ha de venir.» A pesar de sus severas órdenes contra los adivinos, habia perdonado la vida á las mujeres, limitándose á prohibirles el ejercicio de su arte. Respondiéronle sus domésticos: «En Endor hay una mujer que tiene espíritu pitónico.» Este lugar no distaba mucho del campamento. Al llegar á la cima del Tabor, y mirando hácia el Mediodía, se descubren á la izquierda de Naim Endor y las alturas de Gelboe, casi en un mismo radio. Saul, llevando consigo dos hombres, se dirigió hácia el pueblo de Endor, despues de haber dejado sus vestiduras reales y tomado el traje de un particular, sin duda á fin de que la maga tuviese ménos reparo de entregarse al ejercicio de prácticas prohibidas por la ley y reprimidas por el monarca. Llegó por fin el disfrazado Rey en casa de la mujer: nada podia descubrirle, pues era de noche, y le dijo á la nigromántica: «Adivíname por el espíritu de Pyton y hazme aparecer el que yo te dijere.» Pero respondió ella: «Sabes bien cuánto ha hecho Saul para extirpar de todo el país los magos y adivinos; ¿por qué vienes, pues, á armarme un lazo para hacerme perder la vida?» Mas su interlocutor le animó, jurándole por el Señor que no le vendria por ello mal alguno. Queria

él á todo empeño salir de su tenebrosa incertidumbre, como si la revelacion prematura de los goces y de los dolores que aguardan al hombre, le permitiese retardar á su sabor ó precipitar el curso de los mismos. Y además el anticipar los sucesos no es conjurarlos ni vencerlos, y el mejor medio para prepararse provechosamente á lo que será, es poner con valor la mano á lo que es, y á los que en lo presente no hacen más que tener deseos, lo porvenir no traerá sino remordimiento. La maga, contando ya la impunidad prometida, preguntó á quién debia ella evocar. Acordóse Saul de Samuel, su consejero y protector de otro tiempo; creyó con razon que la tumba no estaba sin eco, y que de una vida á otra los amigos podian comunicarse y responderse. La inmortalidad es un dogma de todas las religiones, porque es el derecho y la necesidad de todas las almas, y la creencia de los pueblos sobre este punto ha encontrado en la nigromancia misma una sombría, pero enérgica expresion. Pues hay verdades que la ignorancia del espíritu desfigura un momento, pero que el respeto del corazon protege sin cesar, y que á pesar de todo arrojan en el horizonte de la conciencia humana una especie de luz indestructible, como el resplandor del dia, que las nubes atenuan, pero que no pueden sofocar. Dijo el Rey á la Pitonisa: «Evoca á Samuel.» Era una preocupacion comun de los antiguos que al poder de las evocaciones mágicas las almas de los muertos dejaban el lugar de su reposo, pero difícilmente y con dolor, y que era preciso calmarlos y obligarlos juntamente por el poder de los encantamientos. Los paganos, sobre todo, recurrian á prácticas extrañas ó crueles. Palabras prodigiosas, yerbas tristes y fúnebres, horribles bebidas, ritos ó ceremonias inauditas, derramamiento de sangre, huesos de cadáveres; todo esto era necesario algunas veces para despertar las almas dormidas en la muerte y arrancarles una respuesta. Los mismos errores hicieron que penetrasen entre los hebreos, á corta diferencia, las mismas ceremonias. La Pitonisa confiaba sin duda en los secretos de su ciencia, y por otra parte la densa oscuridad de la noche y el espanto de Saul no podian dejar de ser muy favorables á la eficacia de sus prestigios. Arroja de repente un grande grito al ver la figura de Samuel. «¿Por qué me has engañado? Tú eres Saul.—No temas, respondió el príncipe; ¿qué es lo que has visto?—He visto como un dios que se levantaba de la tierra, dijo la mujer, queriendo significar con estas palabras un personaje de aspecto majestuoso y terrible.—¿Y qué figura tiene?» replicó Saul. La Pitonisa respondió: «La de un varon anciano cubierto con un manto.» Saul no dudó de que el ilustre profeta habia por el momento salido de entre los muertos, y se inclinó hasta tocar el rostro con la tierra para honrarle. Entre tanto se lamentaba el espectro de que se le hubiese turbado en su reposo. «¿Por qué me has inquietado, haciéndome levantar de mi sepultura por medio de evocacio-

nes?» Excusóse Saul y respondió: «Me veo en los mayores apuros; los filisteos me han declarado la guera, y Dios se ha airado de mí y no me ha querido responder ni por sueños ni por medio de profetas; á ti, pues, he llamado para que digas lo que debo hacer entónces.» Respondió la voz: «A qué consultar conmigo cuando el Señor te ha desamparado y se ha pasado á tu rival? Porque el Señor te tratará en efecto como te predije yo de su parte: arrancará de tus manos el reino para darlo á David, tu yerno, por cuanto no obedeciste á la voz del Señor, ni quisiste hacer lo que la indignacion de su ira exigia contra la de Amalec. Por esto te envia Dios lo que estás ahora sufriendo. Y hasta abandonará á Israel, como á ti mismo, á la espada de los filisteos. Mañana tú y tus hijos estareis conmigo, ó en la mansion de la muerte, y el campo de Israel quedará tambien entregado al furor de los enemigos.» Nadie podia hacerse ilusion acerca del porvenir de Saul; bien sabia él cuán justas eran las inculpaciones que le hacia su antiguo amigo, y sin duda que al consultar á Samuel esperaba más bien funestas amenazas que prevenir un castigo merecido. Porque un príncipe maldecido de Dios en una república teocrática, aún cuando no se hubiese visto abandonado por la mitad de sus vasallos, y poseido del miedo en el momento de batirse contra un enemigo fuerte y decidido, estaba en vísperas de una ruina inevitable. En efecto, el dominio supremo, la accion inmediata de Dios se dejaba sentir en los destinos sociales del pueblo hebreo, é imprimia una direccion en toda su conducta, y hasta puede decirse que tal era el carácter propio y distintivo de su constitucion política. Desde que el poder insultaba con descaro á las leyes, hombres investidos de una uncion transitoria y alguna vez permanente, venian á levantar contra él el pendon de una oposicion sagrada; y si bien sus consejos no eran siempre seguidos, nunca resultaron vanos sus oráculos. Así cuando Saul desconoció las órdenes precisas de Dios cayeron sobre su cabeza palabras de desaprobacion, y se le dió en la persona de David un rival y un sucesor, y desde aquel momento ya podia asegurarse que desapareceria cuanto ántes en alguna formidable crisis, como un árbol á quien derribará el viento de mañana, porque hoy ha sido herido de un rayo. Sea como fuere, prevista ó no la respuesta del profeta, lo cierto es que produjo en Saul un prodigioso efecto; sobrecogido por la más viva emocion, pálido y despavorido, faltáronle las fuerzas, porque no habia tomado alimento en todo aquel dia: cayó, pues, en tierra casi sin sentido. La Pitonisa acudió donde él estaba y le dijo: «Ya ves que tu esclava te ha obedecido exponiendo su vida y dando crédito á tus palabras, ahora, pues, escucha la voz de tu sierva y permite que te ponga delante su bocado de pan, para que comiendo recobres las fuerzas y puedas volver á tu destino.»

«No, yo no comeré,» contestó Saul en su profundo abatimiento. Sin embargo, á vivas instancias de sus dos servidores y de la mujer, levantóse del suelo, sentándose sobre una cama ó tarima, aguardando el desayuno que se le preparaba. Tenia la maga en su casa un cordero cebado, y fué corriendo y le mató, y tomando harina la amasó y coció unos panes sin levadura, y lo presentó todo delante de Saul y de sus criados. El rey, pues, y sus compañeros tomaron algun alimento ántes de volver al ejército. Partieron, pues, y anduvieron toda aquella noche. ¿Debemos pensar que Saul fué víctima de los artificios de otro y de su propia credulidad, ó bien que Samuel se le apareció realmente? Lo que motiva la duda en esta parte es que los intérpretes de la Escritura andan divididos en opiniones, y que la Iglesia no ha fijado dogmáticamente el espíritu de los fieles sobre el verdadero sentido del relato bíblico. Por una parte, nadie dirá que el escritor sagrado sea muy explícito, ni que su texto crea una dificultad que debe necesariamente tener su desenlace en un prodigio. Así cuando dice de paso que la Pitonisa vió á Samuel, ¿lo hace para conformarse con el lenguaje y opinion comunmente admitidos, ó bien para expresar una realidad y dar él mismo la medida de su propia conviccion? Quizás se propusiera tan solo dar cuenta de las apariencias y no dar un fallo sobre el hecho en sí mismo. En este último caso la imaginacion y la astucia de la adivina, con todos los gastos de la escena, á la cual hubiera dado todo el valor de la simplicidad del rey; y de otra parte no es difícil de comprender cómo Saul en su desgracia hubiera podido ser engañado por una nigromántica. Todo el mundo está en el concepto de que las cosas visibles estan ligadas con las invisibles por un lado oculto y permanente; por más que el hombre halle un placer en nutrir en sí mismo un sentimiento de orgullosa independencia, todo se advierte sin embargo que se halla dirigido y gobernado por una fuerza superior, y ved ahí porqué su alma se halla naturalmente abierta á la idea de lo maravilloso. El infortunio más que todo despierta y desenvuelve este instinto poderoso á manera de un náufrago, que asiéndose de los más frágiles restos del naufragio tiene la esperanza de encontrar allí la salud. Y, cosa admirable, los espíritus fuertes, los siglos cultos y sabios no se hallan tan distantes como se cree de las vanas supersticiones y de las prácticas ridículas y pueriles; porque en general hay más propension á ser crédulo con la mentira cuando más se ha llegado á ser incrédulo con la verdad. No hace aún dos siglos que la astrología tenia en muchas naciones civilizadas de Europa numerosos partidarios, áun entre las clases superiores é ilustradas. Por otra parte nada impide, segun otros escritores, que se tome al pié de la letra el texto de la Escritura. Siguiendo su parecer, los ángeles malos que al caer del cielo perdieron la felicidad sin perder empero sus naturales formas, pre-

sentaron á los ojos de la magia un fantasma puramente ilusorio, vana apariencia destinada á mantener los ánimos en un pernicioso error; ó quizás tambien prescindiendo de toda mágica operacion, Dios, por uno de los consejos de su providencia, hubiera enviado al endurecido Saul el alma de Samuel revestida de una forma sensible para dar al desgraciado príncipe su último aviso, así como de un modo parecido se sirve de los sucesos ordinarios para recordarnos su poder y su justicia. Bien que no por esto debamos admitir que el país de la luz, morada de los justos, se inmute ó altere por los encantamientos de la magia, ó bien obedezca á la curiosidad de espíritus supersticiosos, ni que el globo terrestre cese nunca de ser gobernado por leyes sábias que tienden á prevenir y á reparar el desórden, léjos de autorizar el error y consagrar el mal, doblegándose á los descarríos de la libertad. Sea hombre, sea espíritu maligno lo que escapa de la regla, no por esto la destruye: la sabiduría divina resplandece en rayos de llama por sobre las imperfecciones de la criatura, cuyos depravados esfuerzos no pueden conseguir otra cosa sino manifestar á todas luces que la Providencia ha trazado con mano indestructible el plan de sus designios, cuyas líneas no alcanzan á traspasar las locuras ni los crímenes de sus criaturas. Cuando una tormenta arrastrando sobre la superficie de la tierra, nos priva del resplandor del dia, y derriba y arroja á gran distancia las obras de nuestras manos, en la profundidad de los cielos el sol continúa brillando bajo su manto de luz, y las estrellas siguen pacíficamente sus armoniosas revoluciones. Saul y sus compañeros habian tomado en Endor un alimento precipitado. Volvieron, pues, con presteza á unirse con su ejército, y pudieron llegar aún ántes del dia. Sea resignacion ó desespero, el príncipe volvió á encontrarse en aquel momento supremo un resto de su antigua energía: morir con sus hijos al frente de sus tropas era la única senda de gloria que se abria delante de él desde aquel instante: en ella, pues, entró decididamente despues de preservar así de una postrer infamia el lustre de su nombre. Hay bienes en efecto que valen más que nuestra vida, y por esto Dios ha colocado bajo la guardia inexpugnable de la libertad humana, la cual siempre puede cubrirlos con su propia inviolabilidad y sustraerlos de este modo á los insultos de la fortuna: como aquellas sustancias formidables que se echan en unos receptáculos de cobre para hacerlas servir á los fuegos de la guerra ó á los prodigios de la industria; pero que, no consintiendo trabas hasta una medida dada, rompen y dispersan todo lo que intenta comprimirlos ciegamente. No tardaron en tener su cumplimiento las palabras de la Pytonisa. Sabida es ya la sangrienta catástrofe de que fué víctima casi todo el ejército de Israel, que huyó delante de los filisteos, á los que tantas veces habia vencido. Sabida es la firmeza de Saul en sufrir sobre su persona

todo el peso del combate, y que resistiéndose su escudero á obedecerle para darle la muerte, él mismo se arrojó sobre su propia espada, asaz valiente para morir, pero demasiado débil para sostener hasta el fin la prueba de su infortunio inmenso. Sabida igualmente es la crueldad de los vencedores en colgar del templo de sus falsos dioses los restos ensangrentados de Saul y de sus hijos, y la bravura respetuosa de los hijos de Jabes en arrancarlos con peligro de su vida de las manos de los incircuncisos para tributarles los supremos honores. Sabido es tambien el castigo que dió David al amalecita que vino á noticiarle la muerte del rey y de sus hijos, y que alegaba por mérito el haber dado á Saul el último golpe para ayudarle á morir más pronto. Habia entónces, como hay ahora, adoradores de todos los soles que se levantan; hombres á quienes el más imprevisto suceso halla siempre de rodillas delante del afortunado, y que solo tiemblan de no humillarse aún lo bastante ante su presencia; almas mezquinas y abyectas, dispuestas siempre á hollar al desgraciado para abrirse una senda entre sus ruinas y prestar vasallaje al nuevo ídolo; las revoluciones, en sus vaivenes casi continuos, en sus conmociones inmensas, arrojan de esos hombres en sus orillas como el mar escupe cadáveres: estos son los primeros en todo, en ensalzar y en deprimir, en hacer pedazos hoy el ídolo que ayer adoraban. Llámanse hombres de circunstancias y abundan y aumentan en número á medida que el helado egoismo reemplaza al entusiasmo del honor, y el ciego y versátil espíritu de partido al cordial y sincero amor de la patria. El jóven amalecita aspiraba á sacar un partido de una desgracia, que si bien abria á David el camino del trono, lloraba éste con toda la fuerza de su corazon como la muerte de su rey y una grande calamidad pública. Gloriábase aquel de haber cometido un sacrilegio como de un acto meritorio. Pero halló su merecido cuando David, señalándole la muerte como premio de su accion, le dijo: «Tu boca ha dado testimonio contra ti cuando has dicho: he muerto al ungido del Señor.» Porque entre los judíos los reyes escogidos por Dios y consagrados por los profetas, ó por los sacerdotes, estaban revestidos de un carácter doblemente augusto y respetado. El canto fúnebre con que expresó David su dolor públicamente en la muerte de Saul y de Jonatás, es notable por aquella concision enérgica y sublime con que el alma de un héroe alaba la muerte de otro héroe: dolor majestuoso y profundo, mezcla magnífica de recuerdos y de ternuras, y en el cual se apercibe aquel resplandor sombrío que brilla por entre los vapores del sepulcro en donde duerme el fuerte, semejante al colorido que supo dar el autor del Osiam á los cantos de guerra y de muerte de los héroes tenebrosos del Morven. Todo Israel repitió este himno, expresion del público sentimiento y elogio legítimo de Saul. Este príncipe tuvo en efecto eminentes cualidades; mostróse hasta el fin de

su vida intrépido y liberal. Pero en cambio su muerte quedó en la historia religiosa del mundo como una leccion dada á todos los poderes, que tránsfugas de la justicia y por ella abandonados, reclaman en vano su salud de recursos miserables y estériles. El derecho es inmortal y sagrado, y tarde ó temprano encuentra un vengador; la fuerza es transitoria y ciega, y no es raro que aquel que es su árbitro visible la vuelva súbitamente contra lo que ella estaba encargada de defender. ¿Qué hay en la supersticion, la cual de sí es mentira y debilidad, para prevenir ó detener los golpes descargados por una mano que es verdad y poder? Al contrario, algun castigo reservado coge á veces á los que se empeñaron abiertamente en escapar de las manos de Dios, ó en suprimir su intervencion en el mundo: y entónces su caida toma un carácter imprevisto y proporciones solemnes, que aparecen como una traza profunda del paso de la Providencia en medio de los acontecimientos humanos. Tal es el cuadro de las tétricas escenas de Endor.—*Joaquin Roca* y *Cornet*.

Q.

QUSIA (Fr. Clarísimo). Este varon eminente en virtudes fué religioso franciscano, y floreció en Italia en el siglo XIV. Dios fué servido concederle el inapreciable don de obrar milagros, y la crónica de la religion de S. Francisco refiere el de haber florecido por el contacto de su mano y repentinamente un árbol seco. Fué sepultado su cuerpo en el convento de su Orden en Venecia, como es la costumbre, boca arriba; y habiendo obrado Dios por intercesion suya grandes prodigios, abrieron el sepulcro para colocar su venerando cuerpo con mayor decencia, para contentar las santas exigencias de todo el pueblo, y se le encontró que estaba de rodillas y los ojos en elevacion, pero tan claros y resplandecientes como si estuviese todavía con vida. El resultado natural é instantáneo de esta maravilla fué acrecentarse muy considerablemente la piadosa fe que ya se tenia de su admirable santidad, que hasta hoy se celebra con veneracion, y que puede ya llamarse inmemorial, pues que sube á más de trescientos años.—C. de C.

QUACOS (Fr. Juan de), natural de la villa de este nombre en Plasencia. Fué electo provincial en el convento de Belalcázar, de la órden de S. Francisco, en 2 de Mayo de 1567. Resplandeció por la pureza de su alma. Murió en el expresado convento por los años de 1573.—O. y O.

QUADE (Miguel Federico), célebre filólogo aleman, nació el año 1682 en Zechau, en la Pomerania. Hizo con aprovechamiento sus estudios en Ber-

lin, Witemberg y Greifswalde; recibió el grado de bachiller en teología, y obtuvo en 1716 el rectorado y la cátedra de filosofía en el gimnasio de Vieux-Stettin, donde murió el 11 de Julio de 1757. Quade, dice Mr. Dupin, ha publicado un gran número de escritos, sobre todo de folletos latinos del género que los alemanes llaman *micrología*, es decir, *tratados sobre objetos minuciosos*. Cítanse en esta clase una disertacion *De viris statura parvis, eruditione magnis;* Greifswalde, 1786.—*Leonis Allatii, instructio de bibliotheca Palatina, Romam transportanda;* ibidem, 1708.—*De jurisconsultis ex theologis factis;* 1728.—*De morbis eruditorum ordini familiaribus, et plerumque exitiosis;* 1741. Supónense tambien como escritos suyos: *De Dionisio Areopagita scriptisque eidem suppositis;* Greifswalde, 1708, en 4.°, sacado de un manuscrito de la biblioteca de Mayer, vicecanciller en Greifswalde, el cual le habia nombrado su bibliotecario—*De ritu veterum vota solvendi*; 1730 en fólio.—*De conditoribus Augustanæ confessionis*; ibid.—*De usu et abusu studii mathematici*; 1747, en fólio. Quade cooperó tambien á la primera edicion Pomeraniana de la Biblia publicada en Stettin en 1708, en aleman.—C. de C.

QUADRA (Fr. Alonso de la), provincial del convento de Belalcázar, electo en 4 de Noviembre de 1564. Visitó la provincia y fué muy benemérito y de singular humildad y ánimo. Era natural de Chillon, y murió en el convento de Cazalla el año de 1567.—O. y O.

QUADRA (P. Juan de la), jesuita. Acabando de predicar el domingo de Lázaro por la tarde con su acostumbrado fervor y espíritu el P. Juan de la Quadra, le sobrevino una mortal calentura que le privó de la vida el viernes santo siguiente, en que espiró en la cruz por la redencion del género humano el Salvador del mundo. Empezó su noviciado en el colegio de Alcalá, y le concluyó en el de Simancas. Predicó algun tiempo en Burgos, y por dos meses enteros explicó la doctrina cristiana en las montañas de su contorno. Perfeccionó sus estudios en Valladolid, y habiendo desde esta ciudad dado principio á la enseñanza de la juventud, fué á la fundacion del colegio de Belmonte, donde enseñaba latinidad y fué prefecto de estudios. Asistia con infatigable cuidado al confesonario, y era respetado por su santidad, así de domésticos como de extraños. Fué varon contemplativo, obediente y mortificado. Dábase por penitencia crueles azotes, y llevaba ásperos silicios. Lloraron su muerte todos los vecinos del pueblo, que le amaban como á padre; y fué tanto más sentida, cuanto que le llevó en la flor de su edad que no excedia de veintiocho años. Los frailes de S. Francisco le hicieron el tercer dia de pascua en su convento solemnísimas exequias, en que los imitaron al siguiente dia los prebendados y cabildo de la colegial, aplicándole la voz comun la inestimable sentencia: *Pretiosa in conspectu Domini mors*

Sanctorum ejus. Desde niño fué aficionado á la oracion y trato con Dios, de que confesaba sacar singular provecho para su espíritu. Tambien hizo voto de pobreza voluntaria, inclinándose su buen natural á la más delicada perfeccion. En fin, deseando agradar á Dios con todas sus fuerzas, y habiéndose prendado de la caridad que se observaba en la Compañía de Jesus, la pretendió y consiguió, acaudalando en breves años el tesoro de virtudes con que se propuso alcanzar el reino de los cielos.—O. y O.

QUADRA (P. Mtro. Fr. Nicolás de la). Nació en Madrid el año 1663, y tuvo por padres á Pedro de la Quadra y á Elvira Eugenia de Moncada. Vistió el hábito de San Agustin en el convento de San Felipe el Real de Madrid en 24 de Setiembre de 1679, en manos del prior Fr. Andrés Merino. El año 1682 pasó á la conquista espiritual de las Islas Filipinas, en donde trabajó incesantemente en servicio de Dios y del rey; y llegó á ser prior del Real convento de la ciudad de Zebú, vicario provincial, y últimamente provincial de aquellos dominios. Sus especiales méritos llamaron la atencion del rey Felipe V, que le presentó para el obispado de la santa iglesia de Zebú el año 1717; pero no se lee la causa por que no tuvo efecto esta presentacion, ni ninguna otra noticia sobre la vida y muerte de este religioso ejemplar.—C. de C.

QUADRAGESIMA (Sta.). Luenga y porfiada fué la persecucion de la iglesia de Cerdeña en tiempo del emperador Adriano; pues empezó con su gobierno el año 119 en el 11 de Agosto, segun dice Baronio, y al año siguiente ya su ministro ó presidente habia martirizado á las santas Vitalia y Lucífera, y duró hasta la indiccion décima en que fueron martirizados muchos. Ni se puede oponer á esto que algunos de los que en esta indiccion murieron, fué por mandado de su sucesor Antonino Pio, porque éste no persiguió á la Iglesia en los primeros años de su imperio, ántes bien cobró aliento, y gozó de paz y reposo desde 141 hasta 154 en que martirizó á S. Telesforo papa. Fué, pues, Sta. Quadragésima hija de padres católicos y natural de la ciudad de Caller, en Cerdeña. Su martirio tuvo lugar á los catorce años de edad; y en 14 de Febrero de 1626 refloreció para esta ciudad con brotar y salir á luz su sagrado cuerpo. La pasion de esta tierna virgen la ejecutó el cruelísimo presidente de Caller, sin compasion á su niñez, y sin tenerla la Santa de sí misma, convencida de la gloria é inmarcesible corona que ganaba. Hallóse su cuerpo despues de haber encontrado el de S. Fortunato Tribuno, y cavando al lado de su sepulcro se vió otro de mármol muy ornado de labores mosáicas, que representaban cruces y flores con esta inscripcion:

✠ HIC IACET B. M. QVADRAGESIMA QVE VIXIT ANN
PLS MINS XIIII REQUIEBIT IN PACE SV B. D. IIII.
NON MAII IND DECIMA.

Que quiere decir: Aquí yace la bienaventurada Quadragésima, que vivió catorce años próximamente, y reposó en paz á los 4 de Mayo de la décima indiccion. Acudió, pues, el gobernador de la ciudad, seguido del consejo de la misma, y gran número de eclesiásticos, caballeros y ciudadanos, y abierto el sepulcro, se halló el cuerpo de la jóven mártir con los de Santa Rústica y S. Juvenal, y fueron trasladados á la catedral. De este hallazgo se hicieron varias actas que se conservan. El martirio y triunfo de Sta. Quadragésima los celebra la Iglesia á 4 de Mayo, y la invencion el 14 de Febrero.—C. de C.

QUADRAGESIMA (Sta.). Esta santa matrona, una de las que honraron á Caller, Cerdeña, su patria, tiene en su memoria circunstancias idénticas con su compañera la anterior; pero se distingue por la diferencia notable de la edad. Habíase perdido casi totalmente su recuerdo, cuando el 20 de Mayo de 1626, al encontrarse el sepulcro que contenia los restos de S. Juvenal, Sta. Rústica y Sta. Quadragésima la primera, á la corta distancia de dos varas, se halló otro, muy laboreado aunque no bien conservado, cuyo epitafio decia:

B. M. QUADRAGESIMA QUE VIXIT AN... PLUS
MINUS. L. QIEVIT IN PACE... VIII...

Cuya traduccion es la siguiente: «La bienaventurada mártir Quadragésima, que vivió cincuenta años poco más ó ménos, reposó en paz el 8...» Condújose, pues, el santo cuerpo con el de los otros santos sus compañeros á la catedral, la que celebra su invencion el 20 de Mayo.—C. de C.

QUADRANTINUS (Fabiano), de Stuttgard, ciudad de Prusia, nacido en la religion protestante, le tocó Dios en el corazon, se convirtió al catolicismo, y entró en la Compañía de Jesus el año 1588. Poco despues mereció por sus grandes talentos ser nombrado predicador de la reina de Polonia, y murió en Bramsberg el año de 1605, á la edad de cincuenta y seis, por lo que se deduce debió nacer en 1549.—C. de C.

QUADRATO (S.). Fué martirizado en Nicomedia; y despues de varios tormentos que sufrió, durante la persecucion de Decio, fué por fin condenado al cuchillo. Consta su nombre en el Martirologio Romano, dia 7 de Mayo.—O. y O.

QUADRATO (S.). Fué uno de los apologistas de la religion cristiana y floreció en el siglo II de la Iglesia. Escasas son las noticias que tenemos de él. Segun Eusebio, fué discípulo de los Apóstoles, y se mostró siempre digno heredero de su espíritu. Dotado, como aquellos, del don de profecía, y obrando milagros, contribuyó poderosamente á la propagacion del Evangelio. Corrian los años de 125, cuando Publio, obispo de Atenas, recibió la

corona del martirio y Quadrato fué designado para ocupar su silla. El primer cuidado del nuevo obispo fué, segun S. Gerónimo, reunir á los cristianos que las persecuciones habian dispersado, reanimando en su corazon el fuego de la fe que empezaba á extinguirse. El año 126 el emperador Adriano se hizo iniciar en los misterios de Ceres-Eleusina, y esta ceremonia fué la señal de una nueva persecucion. Entónces fué cuando Quadrato compuso una apología del cristianismo y la presentó al Emperador á fines del invierno que habia pasado en la indicada ciudad. Aquel piadoso y erudito escrito produjo el deseado efecto; pues cesó desde luego la violencia de la persecucion. Los antiguos han tributado grandes elogios á la apología de Quadrato. Eusebio la denomina *admirable monumento de los talentos y de la pureza de la fe del autor*; y S. Gerónimo dice que *es obra utilísima y digna de la doctrina apostólica*. Es de lamentar que de tan notable escrito no nos reste sino un pequeño fragmento que ha conservado Eusebio. Aunque se encuentra en muchos libros, le reproduciremos aquí á causa de su importancia. «Jesucristo ha hecho sus milagros á la faz del mundo, pues que estan muy léjos de toda sospecha. Curó enfermos y resucitó muertos, y algunos sobrevivieron por largo tiempo al autor de su prodigio, y no murieron hasta nuestros dias.» Valois, Dupin, Tillemont y Basnage pretendieron que Quadrato *el apologista*, no era el mismo que el obispo de Atenas; pero esta opinion ha sido victoriosamente refutada por Cave, Crate y Lardnes. — C. de C.

QUADRATUS (Numidius). Llamábasele tambien *Caio-Umidius-Durmius-Quadratus;* fué nombrado gobernador de la Judea el año 51 de la era vulgar. El año siguiente pacificó las turbulencias que afligian al país, haciendo morir á aquellos samaritanos y judíos que habian tomado las armas contra los romanos; enviando á Cumanus y á un tribuno, llamado Celer, á Roma, á dar cuenta de su conducta al emperador Claudio. En compañía de estos iban Jonatás hijo de Anás, Ananías gran pontífice y Anano hijo de Anás, cargados de cadenas, como principales autores de la sedicion. Quadratus tuvo por sucesor en este gobierno á Corbulon, al que Neron envió el año 60 de Jesucristo, á la sazon que Quadratus habia ya muerto.—C. de C.

QUADRES (Fr. Guillen). Perteneció á la órden de la Merced; y su apellido suele escribirse en latin *Quadris*. Fué redentor de cautivos en el reino de Valencia, con Fr. Ramon de la Casa, ántes de la conquista de aquella ciudad. Era de ilustre familia, y muchos de sus antepasados y parientes se distinguieron en la guerra y obtuvieron señaladas mercedes de los reyes de Aragon. — C. de C.

QUADRIO (Francisco Javier). Este literato italiano tuvo por patria á Ponte, en la Valtelina, y nació el 1.° de Diciembre de 1695. Terminados en

breve y con aprovechamiento sus primeros estudios, se disponia á marchar á Pavía para seguir la carrera de jurisprudencia, cuando repentinamente concibió el pensamiento de ingresar en la Compañía de Jesus, sin reflexionar sobre las consecuencias de tan grave resolucion. Antes de cumplir los veinte años, se encargó con brillante éxito de la enseñanza de humanidades en Pádua, y pasados cinco años fué enviado á Bolonia. Allí estudió la teología, y se ocupaba al mismo tiempo en dar lecciones como pasante ó sustituto en el colegio de S. Javier. Dedicóse en seguida á la predicacion, y explicó la Sagrada Escritura en Venecia y en Módena, y volvió á Pádua para ser *prefecto de clases*. Por aquella época fué cuando dió á luz dos libros titulados: *Della poesia italiana*, que se imprimieron en Venecia, en 1734, bajo el pseudónimo de Giusseppe María Andrucci, por los cuidados de Seghezzi y Apóstolo Zeno. Bien pronto concibió Quadrio planes más vastos. Animado por su amigo y compañero Cordara, emprendió una *Historia general de la poesía*, que debia comprender todas las edades, todos los países y todos los géneros. Tal empresa exigia luengas y penosas investigaciones, y le fué preciso visitar las bibliotecas de Venecia, Milan y Bolonia. Por los años de 1734 y 1743 residió en Módena y Borgo S. Domino, donde encontró bastantes contrariedades y disgustos. En el último de los mencionados años se dirigió á Roma, donde el general de los Jesuitas, y especialmente el papa Benedicto XIV, le dispensaron la más benévola acogida. Sensible á las muestras de estimacion que recibia, escribió una extensa memoria, en que exponia con confianza su propia situacion, y el estado de sus negocios y de sus tareas, y la dirigió al Pontífice. Dióse principio á la impresion de su obra en Venecia y Bolonia, y se continuó en Milan. Vino Quadrio á esta ciudad, y no tardó en atraer sobre sí la atencion pública por la melancolía de que estaba poseido. Las deudas que hubo de contraer para hacer frente á los gastos de la impresion de su obra, acrecentaron sus pesares. Imaginóse que era mal visto por las personas en cuya compañía vivia, siendo así que tenian por él todas las consideraciones posibles. Resuelto á desprenderse de los compromisos que le ligaban, solicitó y obtuvo de sus superiores el permiso de pasar algun tiempo en el campo para restablecer su salud visiblemente debilitada. Desde Milan, de donde partió precipitadamente en el mes de Mayo de 1744, se dirigió á Como; y no léjos de esta ciudad se despojó del hábito de jesuita que abandonó en el camino real, y entró en Suiza. Primeramente desde Zurich, y luego de Coira, escribió al Santo Padre para justificarse del partido que acababa de tomar, y recibió del sabio Benedicto XIV respuestas bondadosas. Quadrio rehusó entónces obstinadamente las cátedras que las ciudades protestantes se apresuraron á ofrecerle, y sostuvo en Basilea muchas controversias con los teólogos reformados. El

gusto por las letras le atrajo bien pronto á París y permaneció en Francia hasta fines de Mayo de 1747, y se relacionó con personajes distinguidos; citándose particularmente al cardenal de Fencin y Voltaire, que estimaban su saber y apreciaban su mérito. De vuelta en Italia y despues de algunos meses de permanencia en Ponte, su patria, hizo un nuevo viaje á Roma el año 1748, y obtuvo de Benedicto XIV la autorizacion de llevar hábito de sacerdote secular durante tres años. Este excelente Pontífice le proveyó de medios de subsistencia, y le dió cartas de recomendacion para el cardenal Querini, obispo de Brescia, que era el Mecenas de la época. Todavía hizo más el Papa, pues en Abril de 1751 le confirió dos canonicatos, y le dispensó por toda su vida de usar el traje de los Jesuitas. Para colmo de fortuna, en el mes de Setiembre del mismo año fué Quadrio presentado al conde Pallavicini, gobernador de Milan, que le tomó por bibliotecario. Pallavicini dejó este gobierno en 1753, pero no de ocuparse de la suerte de Quadrio; queria colocarle ventajosamente en Génova ó Bolonia; pero prefirió quedar en Milan, retirándose al convento de los Barnabitas, donde terminó su carrera el 21 de Noviembre de 1756, la que habia sido en sus últimos años dichosa y pacífica. Dejó inédito un tratado de medicina, que era el resultado no tan solo de sus estudios, sino de sus sufrimientos, y consistia en un *Compendio* que escribió bajo la inspiracion de Morgagni, uno de sus amigos más ilustres. Consérvase tambien en Venecia, en la biblioteca de los Jesuitas, una *Botánica universal*, escrita por Quadrio; y se le atribuye una gran parte de una obra de Jacobo Zanicheli (hijo) sobre la misma ciencia. A la edad de treinta y tres años escribió un poema titulado: *El Caballero andante*, en sesenta cantos; pero despues él mismo le arrojó á las llamas. Durante los últimos seis años de su vida publicó en Milan muchas obras, de las que fué la primera una *Carta sobre los títulos honoríficos*, impresa en 1751. En el mismo año insertó en una coleccion titulada: *Borlanda impasticiata*, unos versos rúnicos *(Versi in lingua rúnica di Skogon Knufa)*, encontrados en la biblioteca Magliabecchi. Su *Lettera in torno alla Sferistica* es de la misma fecha. No existia más que una antigua y muy rara edicion (1480) de la traduccion de los siete Salmos penitenciales, hecha en versos italianos por el Dante. Quadrio, añadiendo otros versos místicos de este poeta y observaciones literarias, hizo aparecer una nueva edicion en 1752. Este libro fué reimpreso en Bolonia en 1753. Dos años despues publicó tambien en Milan los dos primeros volúmenes de sus *Disertazione critico-storiche in torno a la Rezia di qua dalle Alpi, oggi detta Valtellina*. El tomo III, que lleva la fecha de 1756, no apareció sino despues de la muerte del autor. *Las investigaciones sobre las antigüedades de la Valtelina* van precedidas de una exposicion de los motivos que habian determinado al P. Qua-

drio á cambiar de estado. La obra está dedicada á Benedicto XIV, que escribió por su mano al autor el 3 de Enero de 1756 las gracias más afectuosas. Hay además en la *Raccolta Milanese* de 1756 un opúsculo de Quadrio, que lleva por título: *Lettera in torno all' origine ed alla propagazione delle lingue.* Ya hemos indicado su *Historia de la poesía italiana;* pero esta era el ensayo de una obra voluminosa que dió á su autor su mayor renombre y se titula: *Della storia e della ragione d' ogni poesia*, y apareció á la luz pública desde 1736 hasta 1759. En la portada de los dos últimos tomos (consta de siete) el autor tomó el título de *abate*, en lugar del de individuo de la Compañía de Jesus. Si esta importante publicacion llegó á su término, se debió á los cuidados del marqués Trivulci y del conde Pallavicini, porque el autor no encontraba ni impresores ni editores. Entre los jesuitas eruditos que ayudaron á Quadrio con sus luces, se cita además de Cordara á Andrés Zuccheri, Belgrado y Noguera. Además tuvo por protectores á Lazzarini, Morgagni, Guerini, y como se ha visto á Benedicto XIV. Passeroni, que le habia conocido en Milan, le dedica estas líneas en su *Cicerone:*

Ve il dotto Quadrio à cui la poesía
Deve cotanto, e di poeti egregi,
Per quel ch' ha scritto e scrive tutta via
E caro al Papa a' Cardinali è Regi.

C. de C.

QUADRIO (José María). Floreció poco tiempo ántes que el precedente, y era arcipreste de Locarno sobre el Lago Mayor. En 1711 publicó en Milan una *Paráfrasis lírica* en versos italianos del *Stabat*, del *Dies iræ* y de algunas otras poesías místicas que se cantan en la Iglesia. —C. de C.

QUADROS (P. Fr. Diego de). Fué natural de Madrid, é hijo primogénito de D. Juan Antonio de Cuadros, caballero de la órden de Santiago, del consejo de S. M., regidor y natural de Madrid, y de Doña Josefa Valpuerta, natural de la villa del Escorial. Siguió sus primeros estudios en el colegio imperial de Madrid, y pasó despues á ser colegial del de los Verdes de la universidad de Alcalá, en donde llegó á ser catedrático de sagrada teología y cánones; pero repentinamente abandonó la cátedra y las conveniencias de su casa á su hermano D. Vicente, y tomó la sotana en la Compañía de Jesus. Desde luego sobresalió en la virtud y las letras: fué filósofo y teólogo en el colegio de Alcalá, profesor y maestro de Sagrada Escritura y de lengua hebrea en el Colegio Imperial, cargo que ejercia en 1728, como tambien el de examinador sinodal del arzobispado de Toledo. Sus obras literarias son: *Palestra Biblica, sive Enchiridion neotericorum;* 4 tomos en fólio. Madrid,

1725. Esta obra tiene por objeto la explicacion de los libros santos, y resolver las dificultades de la Sagrada Escritura, segun el método escolástico; y al principio de cada tomo insertó un *aparato* preliminar. *Palestra escolástica;* tiene por objeto que los escolares puedan comprender mejor la *Palestra biblica.* — *Constituciones y reglas de la congregacion de la Anunciata, sita en en el colegio de Alcalá, para los estudiantes de la universidad; habiendo sido prefecto de la Congregacion, y cuando estudiante, congregante y secretario de ella;* Madrid, 1728, en 16.°, dedicadas á su padre, que murió en el año siguiente. — *Despertador de la fe de los últimos siglos*, traducidos del francés; Madrid, 1732, en 8.°— *Enchiridion, sive Manuale Hebraicum*, para el uso del Real Seminario de Nobles de Madrid, distribuido en dos partes: la primera contiene la *Gramática hebrea* con algunas *disertaciones;* y la segunda un *Diccionario hebreo y latino;* Roma, 1733, en 8.°—C. de C.

QUADROS (Fr. Luis de), nació en Sevilla y tuvo por padres á Leonel de Quadros, uno de los más ilustres caballeros de la ciudad, y á Doña Beatriz Pacheco. Dícese que llamado al estado eclesiástico por la imágen de nuestra Señora de la Estrella, que se venera en la catedral, tomó el hábito de Sto. Domingo y profesó en el convento de Portaceli de Sevilla, despreciando las muchas conveniencias que la fortuna le ofrecia en su casa. Fué ejemplo de austeridad y pobreza evangélica, citándose el hecho que los hábitos que vistió en 1609, año en que profesó, los usó hasta su muerte, que tuvo lugar en 1632. Era exactísimo en guardar silencio, y apacible con todos y áun con los que le injuriaban. La pureza de su alma y de su cuerpo fué el principal objeto á que dedicó los cuidados de toda su vida, que terminó dichosamente, y preciosa á los ojos de Dios, en el mismo convento indicado. — C. de C.

QUADRUPANI (Cárlos), religioso barnabita, italiano, se creó una gran reputacion como predicador. Sus sermones, que pueden compararse á los de Bourdaloue, son muy notables por el lenguaje y por la uncion. Murió el 14 de Junio de 1807. — C. de C.

QUAGLIA. Este cardenal, nombrado por el papa Pio IX, reemplazó al cardenal Andrea como secretario de la venerable congregacion del Concilio. C. de la V.

QUAGLIA (Giam-Genefio), religioso franciscano, que nació en Parma, por lo que se le nombra muchas veces *hermano Juan de Parma*, era contemporáneo de Petrarca. Fué á hacer sus estudios de teología á Inglaterra, de donde volvió en 1391 muy instruido en esta ciencia y rico en conocimientos varios. Fué destinado de profesor de teología á Pisa; y regresando en breve á su patria, murió alli en 1398. Quedan de él: 1.° *Liber de civitate Christi, compilatus á magistro Joanne Jenefio Quaye de Parma, ordinis*

Minorum, etc.; Reggio, 1501, en 4.°; reimpreso en Roma en 1523: el autor la habia compuesto en Pisa.—2.° *Incipit rosarium editum à fratre Joanne Quaya de Parma, ordinis Minorum.* Esta obra se conserva manuscrita en la biblioteca Barberina, en Roma, códice 246, en la biblioteca Real de Parma, en las de S. Juan y S. Pablo de Venecia, en la de los Agustinos de Pádua y en algunas otras. El autor abraza en este libro toda la filosofía moral y cristiana. — 3.° *De incarnatione Christi, seu de secretis philosophiæ*; obra muy erudita, conservada en la biblioteca del Vaticano, y que está señalada con el núm. 5129. Sobre el P. Quaglia puede consultarse al P. Afo, recoleto, en su *Memorie degli scrittori é letterati parmigiani*; volúmen II, pág. 97. El P. Wadingo, historiador de la órden de S. Francisco, nos da su biografía de otra manera. Segun él, Juan Genefio nació en el estado de Bolonia, aunque llevaba el nombre de *Juan de Parma*; nada dice de su viaje á Inglaterra; pero asegura fué profesor en París, y habiéndole hecho Inocencio IV venir de Francia, le eligió ministro general de su Orden el año 1247, que fué enviado á Oriente cerca del emperador de los griegos y de Manuel, patriarca de Constantinopla, que habiendo hecho dimision del generalato, tuvo por sucesor á S. Buenaventura; que se retiró á una cabaña en el valle de Rieti, construida por S. Francisco, donde se entregó á la penitencia; que Juan XXI le dispensaba el más señalado aprecio; que Nicolás IV le envió por segunda vez cerca de los griegos, y que habiendo emprendido este viaje, murió en Camerino en 1289, esto es, cerca de cien años ántes que la época señalada por el P. Afo, y que fué enterrado en el convento de S. Francisco de aquella ciudad. Wadingo le atribuye los siguientes tratados: *In libros Magistri sententiarum.* — *De conversatione religiosorum libri duo.* — *De beneficiis Creatoris.* — *De civitate Christi.* Esta obra es sin duda la misma que con idéntico título hemos citado ántes. — *Sacrum commertium Sancti Francisci cum domina paupertate.* — *Officium passionis Christi*, que comienza con estas palabras: *Regem Christum crucifixum.* Wadingo añade que algunos distinguen á *Juan Genefio de Quaglia* de *Juan de Parma*; pero asegura son una misma persona. *Idem prorsus est Joannes hic cum Joanne Parmensi.* — C. de C.

QUAMO (Gerónimo), religioso de la órden de los Jesuitas, floreció en el siglo XVI. Habia nacido en Pádua, donde gozaba de la reputacion de un sabio teólogo y predicador muy distinguido. Tambien fué durante muchos años profesor de Sagrada Escritura en la universidad de Pádua, é hizo notable su cátedra por la elocuencia de sus discursos. Se conservan de él excelentes comentarios sobre varios libros de la Biblia, y tratados de teología muy estimables. Dejó tambien varias oraciones latinas. Muchos de sus sermones vieron la luz pública en la coleccion titulada: *Le prediche di diversò illus-*

tri theologi ranotte da Tommaso Porcachi; Venecia, 1566, primera parte, en 8.° Los hermanos de Orden del P. Quaino le hicieron erigir en su iglesia una estatua de mármol, con un elogio compuesto en su honor, especie de distincion que suponia en aquel á quien se concedia un mérito poco comun. Quaino murió en 1582.—C. de C.

QUARANTA (Esteban). Este clérigo regular, que nació en Nápoles en los primeros años del siglo XVII, se distinguió especialmente en su congregacion por sus virtudes y su ciencia, y llegó á ser obispo de Amalfi en 1650. Ignórase la época de su muerte. Ha dejado varias obras, entre las que son las más notables: *De concilio provinciale, et auctoritate episcopi in suffraganeos eorumque subditos in tota provincia;* y *Summa bullarii omniumque summorum pontificum constitutionum.* Hay otro escritor del apellido Quaranta (Orazio), que es autor de distintos opúsculos mencionados por Cinelli en el tomo IV, pág. 107, de su *Biblioteca.*—C. de C.

QUARANTOTTI (Juan Bautista). Nació este cardenal de la santa Iglesia romana en la ciudad de Roma el dia 27 de Setiembre de 1733. Fué hijo del marqués Luis y de la marquesa Mariana Leonora de Ancona, cuya familia pertenecia á la nobleza de Norcia, á la cual admitió Clemente XIII entre la nobleza romana, de la que fué vástago Vannucio de Petronio, que floreció en el siglo XIV como ilustre y sabio ciudadano de Norcia, y benemérito legislador de su patria. Sus descendientes se distinguieron en el ejercicio de la magistratura, de la diplomacia y de la jurisprudencia. Sertorio fué llamado *luz y ornamento de la patria*, por haber sido, como magistrado sabio, reformador del estatuto, y fué declarado por el cardenal legado de la Umbria conde palatino; Gianfelice casó en 1541 con Cencenna Quarantotti; Julio Cesare instituyó en 1739 un mayorazgo; el expresado Luis fué nombrado por Benedicto XIV marqués de Cosciolino, marquesado al que Clemente XIII dió muchos privilegios, y del cual otro hijo, llamado Cárlos María, fué general de los Clérigos regulares menores y profesor de la universidad de Roma. Juan Bautista Quarantotti, del que vamos á tratar, fué condecorado desde sus primeros años con las insignias de la ínclita órden de S. Juan de Jerusalen, despues de haber hecho sus estudios en el Colegio Romano, y de haber profundizado los de jurisprudencia. Clemente XIII le hizo prelado doméstico, ponente del buen gobierno y abreviador, y le admitió entre los prelados de la inmunidad y del Concilio. Desempeñó con tal celo é inteligencia todos los cargos que se le encomendaron, que mereció el canonicato Lateranense, que se le dió despues como coadjutor de su tio Julio, que murió en 1803. Clemente XIV le apreció mucho, y le dió voto en el tribunal de la Signatura, en el que estuvo treinta años, mereciendo por sus hechos los elogios de la Curia romana. Se tenia tan buena opinion de su capacidad, que frecuentaron su estudio mu-

chos personajes, entre los que varios de ellos fueron despues purpurados. Pio VII le nombró su capellan de cámara é hizo otras gracias, confiándole cargos importantes, que desempeñó con habilidad y saber, y en 1807 le declaró secretario de la congregacion de la Propaganda. En 8 de Marzo de 1816 le creó cardenal preste, cuya declaracion hizo en 22 de Julio con el título de Santa María *in Ara cœli*, en cuyo año regaló dos candeleros de ámbar al santuario de Loreto. Y por último, Pio VII le eligió prefecto de la Signatura y de la célebre imprenta de la Propaganda. Murió este cardenal en Roma el dia 15 de Setiembre de 1820, á la edad de ochenta y siete años ménos doce dias, y su funeral fué celebrado en su iglesia titular, cantando la misa su amigo el cardenal Gregorio, siendo enterrado en la capilla de S. Bambino, patronato de su familia. Perteneció á varias congregaciones cardenalicias, fué protector de Viterbo y del monasterio de Sta. Rosa de la ciudad de Norcia, de Monte Leone en Sabina, y protector y visitador de la cofradía de San Lorenzo en Lucina. «A su gran pericia en la jurisprudencia, dice *El Diario de Roma*, unió la integridad y rectitud; á una sólida piedad la modestia; y á una alma noble y generosa una profunda humildad. No le deslumbró el esplendor de la púrpura, pues que la misma bondad y afabilidad que le distinguió en sus primeros años conservó hasta el fin de su vida.» —C.

QUARESIMA (Valens), sacerdote siciliano, que se hizo notable por sus conocimientos literarios y por su erudicion en las ciencias sagradas y profanas. Quedan de él: 1.° *Convivium quadragessimale;* Nápoles, 1572.—2.° *Discorsi de' significati delle vesti, atti, gesti et altre cerimonie della Messa;* Nápoles, 1572; ibidem, 1576, y Mántua, 1578.—C. de C.

QUARESMA ó Quaresime (Francisco). Nació en Lodi, en el Milanesado, y tomó el hábito en la religion de Franciscanos, en la que llegó á ser lector de teología. Destinado en seguida á las misiones de Oriente, obtuvo los importantes cargos de guardian del Santo Sepulcro de Jerusalen y comisario de la Tierra Santa, y á su regreso fué provincial de Milan y procurador general de la Orden. Fué su muerte por los años de 1630. Quedan de él, entre otros escritos, los que llevan los siguientes títulos: 1.° *Jerosolymæ afflictæ et humilliatæ deprecatio ad Philippum IV, regem catholicum, ut libertatem ex turcarum tyrannide assequatur;* Milan, 1631.—2.° *Elucidatio Terræ Sanctæ historica, theologica et moralis;* Anvers, 1639. Aquí se encuentran detalles muy interesantes sobre la Palestina.—C. de C.

QUARREY ó Quarré (Juan Hugo). Este escritor ascético nació en 1580 en Poligni, de familia noble, y siguió sus estudios en la universidad de París; y despues de haber alcanzado sus grados en la Sorbona, fué nombrado canónigo teologal en la colegiata de su ciudad natal, pero dimitió su prebenda en 1617 para ingresar en la entónces naciente congregacion

del Oratorio. Su piedad, su dulzura y su talento para la cátedra le dieron bien pronto á conocer de la manera más favorable al arzobispo de Malinas, Jacobo Boonen, que le designó en 1634 para reemplazar al Padre Bourgoing en el gobierno de las casas del Oratorio de Flandes, y le nombró canónigo de su iglesia metropolitana; pero Quarrey abandonó las rentas de su canonicato á la casa del Oratorio de Malinas. Mereció la confianza de la infanta Isabel-Clara-Eugenia, gobernadora de los Países Bajos, que le eligió por confesor y le hizo nombrar predicador del rey de España. Fué en aquella época que la parte de la Congregacion del Oratorio, establecida en las provincias belgas, se separó de la de Francia y se sometió al régimen de un jefe especial, que con el título de preboste debia ser confirmado por el general de la Congregacion. Este piadoso eclesiástico murió en Bruselas el 26 de Mayo de 1656 en olor de santidad. En su testamento legó todos sus bienes á la casa del Oratorio de Poligni, de la que era uno de los fundadores. Dejó muchas obras, que alcanzaron gran éxito en su época; pero su estilo es algun tanto afectado. Las principales son: 1.° *El Tesoro espiritual;* París, 1636.—2.° *Tratado de la penitencia cristiana;* ibidem, 1648.—3.° *La vida de la B. Angela, fundadora de las Ursulinas;* Bruselas, 1648.—4.° *La Rica caritativa;* Bruselas, 1655.—5.° *Direccion espiritual con meditaciones;* ibidem, 1645.—C. de C.

QUAREY ó QARRÉ (Tomás), confesor de los benedictinos ingleses en París en la época de la discusion sobre el autor de *L'Imitation de J. C.* contra las conjeturas ú observaciones apologéticas de Valgrave en favor de J. Gersen: publicó Quarrey pruebas ó reclamaciones en favor de Kempis; París, 1641, en inglés con el texto; en 1644 en francés, y en 1651 en latin con un prólogo de Naude. —C. de C.

QUARTA (Sta.), mártir. Fué condenada á muerte en 177, reinando el emperador Antonio Marco Aurelio, como tambien San Pothin y demás gloriosos compañeros de este santo obispo. Fué decapitada, porque era ciudadana romana, y la Iglesia celebra esta fiesta el dia 2 de Junio. —O. y O.

QUARTERO (D. Blas Matías San Juan y). Nació en Tabuenca, pueblo de Aragon, de una familia noble, á principios del siglo XVIII. Por los años de 1734 terminó sus estudios de artes en la universidad de Zaragoza, y recibió el grado de bachiller, y despues el de maestro en esta facultad el 25 de Noviembre de 1741. El mismo año, á 29 de Agosto, habia recibido tambien el de doctor en teología, y fué nombrado sustituto de una cátedra de filosofía en la referida universidad, en Octubre de 1742, y en el año siguiente obtuvo del rey Felipe V la propiedad de la misma cátedra. Desempeñó tambien la de teología de Santo Tomás, la de Durando, la de Biblia, la de vísperas y la de prima de teología en la que se jubiló. Ejerció despues

el importante cargo de rector, en el que, como en la cátedra y en el púlpito, se hizo notar por su mucha erudicion y virtudes. El 23 de Mayo de 1760 fué electo canónigo penitenciario de la metropolitana de Zaragoza, hallándose á la sazon de vicario de la parroquial de S. Felipe de la misma ciudad, y luego mereció al cabildo los cargos de visitador del arzobispado de Zaragoza y examinador sinodal. Igual honor le confirió en la diócesis de Segorbe su obispo el Sr. Quartero, que era su pariente. Murió D. Blas Quartero en Zaragoza el viernes 3 de Febrero de 1786. Siendo académico de la del buen gusto en ciencias y artes de la misma ciudad, escribió: 1.ª *Disertacion sobre el buen gusto del arte crítica*, que fué leida por el autor en la indicada Academia el 6 de Octubre de 1758.—2.ª *Prontuario de noticias, con las escrituras, documentos, y papeles que las acreditan para la formacion de la historia del venerable é Ilmo. Sr. D. Pedro Cerbuna, obispo de Tarazona, amplificador de la universidad de Zaragoza.* Si la salud le hubiese permitido, el Sr. Quartero terminára la indicada historia, que además de su piadoso objeto tenia el de dar mayor lustre á la universidad. A instancias del rey Felipe II se formaron cuatro procesos relativos á las virtudes y ejemplar vida del citado venerable Cerbuna.—3.ª *Elogio del célebre maestro Diego de Espas, racionero de Mensa, y sabio historiador de la santa Iglesia de Zaragoza.*—4.ª *Apuntamientos muy útiles, y curiosos para la historia de los varones sabios é ilustres de la santa Iglesia metropolitana de Zaragoza, y de la universidad de esta ciudad*; dos tomos en 4.°—C. de C.

QUARTILOSIA (Sta.), martirizada en Africa bajo el poder de Valeriano, presenció el martirio de su marido y de su hijo; y éste se le apareció tres dias despues para asegurarle que Dios veia y aceptaba los sufrimientos de sus confesores: á poco recibió ella misma la corona del martirio. No consta su nombre en el Martirologio.—C. de la V.

QUARTO (S.), martirizado en Roma, en la Via-Latina, lugar llamado las *Cien-Salas*, y tuvo por compañero en su martirio á San Quinto. Fueron sus cuerpos transportados á Cápua, y la Iglesia celebra colectivamente su memoria el 10 de Mayo.—C. de la V.

QUARTO (S.), mártir, designado por S. Cipriano como compañero en el martirio de S. Sixto II. Alban Butler, sin embargo, asegura que la palabra *Quartus* es un error de copia en S. Cipriano, el cual habia querido designar, no á un santo, sino cuatro diáconos ó sub diáconos que Anastasio da por compañeros de S. Sixto en su martirio. El autor inglés se muestra con esta explicacion cuando ménos sumamente indiscreto, puesto que la Iglesia tiene adoptado semejante error de copia admitiendo á S. Quarto como santo, y fijando la celebracion de su festividad en el dia 6 de Agosto. Aunque no

hay detalles circunstanciados de su martirio, creése que fué decapitado.—O. y O.

QUARTO (S.), discípulo de los apóstoles, mencionado por S. Pablo en su epístola á los Romanos. Los griegos celebran su fiesta el 10 de Noviembre, y dicen era del número de los setenta discípulos y obispo de Beyrut. Los latinos, Usuardo, Adon y otros, señalan su conmemoracion el 3 de Noviembre.—C. de C.

QUARTO (S.), mártir. Tuvo la dicha de perder su vida en defensa del cristianismo durante las persecuciones de los emperadores romanos contra la Iglesia. Corrió su sangre por los campos de Africa, tan abonados ya por la sangre cristiana; pero se ignora la época fija de su martirio: únicamente se sabe que padeció martirio en union con los Stos. Víctor, Victorio y Victorino, con treinta más, cuyos nombres no conservaron los Martirologios. La Iglesia celebra la fiesta de estos gloriosos mártires el dia 18 de Diciembre.—O. y O.

QUATREMAIRE (D. Juan Roberto), benedictino de la congregacion de S. Mauro, nació en 1611, en Courzeraux, en la diócesis de Seez. Abrazó el estado monástico á la edad de veinte años, y empleó toda su vida en defender la gloria y los intereses de su Orden. En la famosa querella sobre el autor del libro de *l'Imitation* publicó dos disertaciones para establecer los derechos del pretendido Gersen, abad de Verceil, contra el P. Fronteau, uno de los más ardientes defensores de Kempis. La parte importante que Quatremaire tomó en esta controversia, en la que se interesó toda la Europa, extendió su reputacion, y fué llamado por sus superiores á la abadía de San German de los Prados, cuyos privilegios defendió contra el sabio Launoy, temible adversario de todos los errores y abusos nacidos en los siglos de ignorancia. Otros debates no ménos notables ocuparon todavía á Quatremaire; pero el menoscabo de su salud le obligó á suspender sus trabajos y á retirarse á la abadía de Ferrieres en el Gatinois para restablecerse. Entrando en el rio para bañarse cayó en un pozo, y se ahogó el 7 de Julio de 1671 á la edad de cincuenta y nueve años. Era un hombre de espíritu y gran erudicion, pero ardiente y caústico como la mayor parte de los sabios de su tiempo. Sus principales obras son: 1.ª *Joannes Gersen, Vercellensis ordinis Sancti Benedicti abbas, librorum de Imitatione Christi auctor assertus;* París, 1649.—2.ª *J. Gersen auctor librorum de Imitatione Christi iterum assertus*; ibid., 1650.—3.ª *L' Epitaphie* de Mateo Molé, guardasellos de Francia; se encuentra inserta en la Historia literaria de la Congregacion de San Mauro, 1666.—4.ª *Privilegium Sancti Germani adversus Joannis Launoii inquisitionem propugnatum;* París, 1657. Quatremaire sostiene allí que la abadía de S. German es exenta de la jurisdiccion del arzobispo de París.

Esta cuestion, que no presenta interés alguno, hizo mostrar por una y otra parte muchas obras de que se encuentran los títulos en la Biblioteca histórica de Francia.—5.ª *Privilegium Sancti Medardi Suessoniensis propugnatum*; París, 1659.—6.ª *Concilii Remensis, quod in causa Godofridi, Ambianensis episcopi, celebratum fertur, falsitas demonstrata*; ibid., 1663. Es una defensa de la abadía de S. Valerio.—7.ª *Histoire abrégé du Mont-Saint-Michel*, con los motivos de su peregrinacion; ibid., 1668. Quatremaire ha dejado tambien algunas otras inéditas. Para obtener más detalles sobre su biografía puede acudirse á la *Bibliothèque* de D. Le Cerf., y la *Histoire itteraire* de la Congregacion de S. Mauro.—C. de C.

QUATREMER (Ana Carlota Burjot de), hija, esposa y madre de conocidos negociantes, que se hizo célebre por la importancia y multitud de sus obras de caridad, nació en París en 1732. Su esposo Esteban Nicolás Quatremer, con quien por instigacion de sus parientes se habia casado á la temprana edad de diez y ocho años, era un comerciante de ropas, que recibió de Luis XVI en 1780 cartas de nobleza y el cordon de S. Miguel. Las abundantes limosnas que Esteban distribuia, le hacian suponer con más considerable fortuna que la que tenia en realidad, circunstancia que le condujo ante el tribunal revolucionario, que le condenó á muerte. Su hijo mayor Márcos Esteban habia escrito mucho sobre materias religiosas; pero habiendo sido todos sus papeles quemados en el Hotel de Ville por los jacobinos, el hijo de este último, que habia llegado á ser miembro de la Academia de Inscripciones, no pudo recoger más que algunos fragmentos informes. La vida de Ana Carlota fué una contínua abnegacion en favor de los desgraciados de todas condiciones y de todos cultos. Ni áun el estado de preñez la impedia penetrar en las tristes é insalubres mansiones donde gemia la miseria, visitando de contínuo los hospicios y las prisiones, y dejando en todas partes muestras numerosas de su inagotable beneficencia. En 1767 fué incorporada á la asociacion de damas de caridad de su parroquia, y dos años despues nombrada tesorera de los pobres. Desde entónces todos los desgraciados parecian ser de su familia; corrian de todas partes á su casa, y llenaban de contínuo su salon, su vestíbulo y su escalera. Tan acendrada caridad le aseguró naturalmente gran crédito, que utilizaba con frecuencia, para hacer entrar de nuevo en el camino de la virtud á muchos culpables extraviados. Recogia tambien á las jóvenes que habian vivido en el desórden y la prostitucion, y cuidaba de ellas hasta que alcanzaba su ingreso en el *Buen-Pastor*, ó en las *Hijas arrepentidas del Salvador*. A tanta virtud añadia austeridades tan grandes, que parecian incompatibles con la debilidad de su constitucion. Cuando Ana Carlota murió en París el 16 de Marzo de 1790, la voz pública la proclamó unánimemente por santa. El benedictino Domin-

go Labat ha escrito la vida de esta mujer virtuosa, la que vió la luz pública sin nombre de autor en 1791. —C. de C.

QUATRO CORONAS (Las). Cuatro hermanos martirizados en Roma, los cuales fueron presos, durante la persecucion de Diocleciano, por haberse declarado en contra del culto de los ídolos, y azotados con unas cuerdas cubiertas de plomo hasta que exhalaron el postrer suspiro. Sus nombres no se conocieron sino mucho despues de la época de su martirio, y este es el motivo de venerárseles bajo la denominacion de las *Cuatro Coronas*. Llamábanse Severo, Severiano, Carpóforo y Victorino, y tuvo lugar aquel suplicio en la via *Lavicana*. La Iglesia honra su memoria el 8 de Noviembre.—C. de la V.

QUATTROFRATI (Francisco María), jesuita italiano, nació en Módena en el siglo XVII; cultivó con gran éxito la oratoria y la poesía, y fué miembro de la Academia de los Innominados de Parma. Entre las numerosas obras que publicó son dignas de mencion las siguientes: 1.ª *Relazione delle essequie coll' oratione in morte del P. Francesco de Bordoni*; Parma, 1671 y 1677: Bordoni era de Parma y teólogo muy distinguido de la órden de S. Francisco.—2.ª *Discorso funebre sopra le virtu di monsignor Ettore Molza, Vescovo di Modena*; Módena, 1679.—3.ª *Relazione delle essequie del P. Paolo Rosini, min conventude coll' orazione funebre*; Parma, 1685.—4.ª *Prediche, panegiriche co'sermoni per le otto feste principali de Maria Vergine*; Plasencia, 1698.—5.ª *Le lamentazioni di Geremia, volgarizzate da F. M. Q. academico innominato*; Plasencia, 1701.—6.ª *Prosæ et Carmina*; Módena, 1706. Ha dejado tambien: *Vidas de hombres célebres*, y diversos opúsculos. El P. Quattrofrati murió en Plasencia el 16 de Febrero de 1704, á la edad de cincuenta y ocho años.—C. de C.

QUEIPO DE LLANO (D. Juan), natural de Cangas de Tineo, de la diócesis de Oviedo, entró en el colegio de S. Bartolomé en 6 de Marzo de 1612. Graduóse de licenciado en leyes, y fué catedrático de instituta, digesto y prima; y en 1623 le nombró el Rey para una plaza de oidor de la chancillería de Valladolid. En 1628 pasó á ser auditor de la Rota, y á los seis años fué promovido á la presidencia de la chancillería de Granada, y se le confirió una canongía en la santa Iglesia de Toledo. En 1628 fué presentado para el obispado de Pamplona, en cuyo tiempo presidió las córtes de Navarra, y segun Jimena Jurado, en sus *Anales de Jaen y Baza*, pág. 557, rehusó aceptar el vireinato que le dió Felipe IV. En 1647 fué trasladado al obispado de Jaen, y murió en 3 de Noviembre del mismo año, á los ocho meses de haber tomado posesion de su iglesia, y se enterró en la misma; pero despues pasaron su cuerpo á Cangas, su patria. Alventos dice que fué varon ejemplar, muy recto y austero en sus costumbres, aunque blando en su gobierno, y sin embargo que no le coloca en la clase de escritores, nos consta

que escribió algunas obras: *Decisiones Rotæ*, que quedaron manuscritas segun nos informan Cantalmayo *in selectaneis ad usum decisionum Rotæ*, en el índice, y Próspero Farinacio, en el catálogo de escritores de decisiones, que precede al primer tomo de su Novísima Coleccion. —*Commentarius in singulas U. tit. ff. de liberis et posthumis*, que se conserva manuscrito en la bibioteca del Colegio mayor de Cuenca, en un tomo en 4.°—En el Tesoro de Meerman, publicado con el auxilio del célebre D. Gregorio Mayans, se cita un Comentario *de emptione et venditione;* y yo poseo algunos otros tratados manuscritos de jurisprudencia romana, que compuso en la universidad. Don Nicolás Fernandez de Castro, en sus *Exercitationes juris*, pág. 638, relect. III, habla así de Queipo: *Ingens præceptor meus doct. D. Joannes Queipo de Llano, vir omni laude et invidia major, cujus eximiæ et mirandæ dotes, cum primas ubique tenerent, præmiis tamen ubique majores facilius evincent, ut ingentibus meritis paria rependere, vel ipsa felicitas nequeat, quam ut merita inveniant parem. Romæ sacræ Rotæ senatorem mirantibus Romuli nepotibus (quod de Cicerone Musa Maronensis cecinit) disertissimum omnium, quod sunt, quod fuere aut posthac erunt in annis;* y cita el Comentario manuscrito *ad l. Virum ff. de rebus creditis.*—O. y O.

QUELEN (Jacinto Luis, conde de), arzobispo de París, nació el 8 de Octubre de 1778, de una familia ilustre de Bretaña, enlazada con los Quintin, los Kergolais y los Clissou. Su vida se divide en dos épocas muy distintas. En la primera, que corresponde á los pacíficos dias de la restauracion, se hizo notar por la amenidad de sus costumbres, por la elegancia de sus maneras, por una piedad dulce y afectuosa, por el esplendor que esparcia sobre las ceremonias religiosas, y por un ardiente celo para todos los deberes de su estado. Más grande se ostentó sin embargo, despues de las terribles pruebas á que le sometió la revolucion de 1830; pues que repitió en esta segunda época, en el seno de su honrosa pobreza, las maravillas de una caridad que recordaba la de S. Vicente Paul, y una muerte pura y santa, que desarmó á sus más decididos enemigos, y coronó dignamente los trabajos y las virtudes de su episcopado. Hizo sus primeros estudios en el célebre colegio de Navarra; y desde su infancia una atraccion irresistible le impulsó al estado eclesiástico. Era en los dias que el rayo amenazaba al trono y al altar, cuando el jóven Quelen pidió y obtuvo de sus padres el permiso para tonsurarse: noble y generosa resolucion que hacia bien patentes sus sentimientos de breton y de cristiano! Durante la época del terror, se retiró á Versalles, donde el abate de Sambucy, posteriormente canónigo de París, le animó á continuar sus estudios, que comprendieron las humanidades, la retórica, la filosofía, y la Sagrada Escritura. Bien pronto se mostró más sereno el horizonte, y el abate Emeri reunió algu-

nos jóvenes, cuya ardiente vocacion no hubiese vacilado, con las recientes tampestades, siendo las firmes columnas del santuario. Depositario de las tradiciones y doctrinas de la Iglesia de Francia, ningun otro más á propósito para esta obra de reparacion; y bajo su mano, tan firme como hábil, el seminario de S. Sulpicio recobró su antiguo esplendor. Fué, pues, una dicha para el abate Quelen poder prepararse al sacerdocio bajo la direccion de este venerable eclesiástico, del que Napoleon ha hecho á Mr. Molé este bellísimo elogio. «Hé aquí, le dijo un dia, la primera vez que encuentro un hombre dotado de un verdadero poderío sobre los demás, y al que no pediré ninguna cuenta del uso que de esta facultad haya hecho; léjos de eso, quisiera fuese posible confiarle toda nuestra juventud, y yo moriria más tranquilo y seguro del porvenir.» Napoleon no sentia, pues, por la influencia del clero el mismo terror que los actuales hombres de estado. Entre los eclesiásticos que estaban asociados á los trabajos del abate Emeri, el jóven Quelen eligió por director al abate Duclaux, posteriormente superior del seminario de San Sulpicio, y hácia el cual le atraia una feliz conformidad de gustos y sentimientos. El discípulo admiraba sin cesar la amable simplicidad, é inalterable dulzura del piadoso sulpiciano; y el maestro, por su parte, sentia el más tierno interés por aquel que viniera á ponerse bajo su direccion, y que hacia ya presumir la afortunada mezcla de fuerza y de gracia, que debia emplear más tarde en momentos difíciles ó en tiempos más prósperos. Ordenado de sacerdote el 14 de Marzo de 1807 por el obispo de Saint-Briene (Caffareli) hizo Quelen un viaje á París, donde su director le dijo las siguientes palabras, que quedaron profundamente grabadas en su memoria: «Ya sois sacerdote, creaos una buena reputacion; y como un estilo agradable y el esmero en los discursos contribuyen poderosamente á ello, no los descuideis; así podreis trabajar en el santo ministerio.» Así, cuando el abate Quelen se ocupaba en las modestas funciones de catequista de la parroquia de San Sulpicio, ya adquiriera extremada facilidad para hablar y escribir con tanto gusto como elegancia y uncion. El cardenal Fesch deseaba rodearse de algunos jóvenes eclesiásticos de talento y piedad reconocida, y encargó la eleccion al abate Emeri. Quelen fué el primer nombre escrito en la lista. El Cardenal, encantado del buen aire, dulce fisonomía, y modesto lenguaje del jóven sacerdote de Saint-Briene, le interrogó sobre sus primeros estudios, su país y principios de su carrera. El abate Quelen respondió: «Eminentísimo Señor, he nacido en París, pero soy oriundo de Bretaña; dí principio á mis estudios en el colegio de Navarra, pero mis padres no tardaron en sacarme de allí; pues la revolucion los obligaba á dejar á París, y yo debí acompañarlos en su retiro. Yo continué con mis estudios y mis oraciones.» — «Santa disposicion para el ministerio evangélico, re-

plicó el Cardenal; yo amo mucho á los hombres que estudian y rezan, estos son los que busco, pues Dios vela sobre ellos; espero, pues, vengais á mi casa, y rezaremos y estudiaremos juntos;» y le confió el cuidado de organizar su casa. Tambien el abate Quelen, sin ser revestido de ningun título especial, fué el encargado de una parte de la correspondencia del Cardenal y de la distribucion de sus limosnas. Fué sobre todo una providencia para los pobres y los desgraciados de su país, cuando el cardenal Fesch fué allí para presidir el colegio electoral de Rennes para la eleccion de candidatos para el Senado conservador. Más de una vez le dió utilísimos consejos, principalmente en la época del Concilio de 1811; y cuando Napoleon, irritado de la resistencia de su tio, le hizo marchar á Lyon, el abate Quelen no quiso abandonarle, pues toda su vida se mostró sinceramente reconocido al tierno interés que le habia dispensado el Cardenal. Así se vió en 1825 que en un viaje que hizo á Roma, no obstante las exigencias de una política cobarde, fué á visitar á su antiguo protector, y á expresarle su gratitud por sus beneficios. En 1812 rehusó ser capellan de la madre del Emperador, cargo para el que le habia propuesto el abate Pradt. Retirado en París, al lado de su tia Mma. Hocquart, mujer de eminente piedad y dedicada exclusivamente á la práctica de las virtudes, el abate Quelen pasó los últimos dias del imperio alejado de la sociedad y entregado con ardor á la lectura de los Santos Padres y escritores religiosos más eminentes, interrumpiéndola tan solo para presidir las modestas fiestas de los catequistas de San Sulpicio, ó para llevar sus piadosas instrucciones á las comunidades y casas de educacion. Dotado de especial talento para la direccion de las conciencias, por los acentos sublimes de su alma religiosa y sensible, y por su conocimiento profundo del corazon humano, más de una vez hizo correr las lágrimas de arrepentimiento y descender la serenidad á los corazones heridos ó desolados. Segun refiere Mr. Henrion, autor de su vida, el abate Quelen tuvo una entrevista con Napoleon, con motivo de sus diferencias con el Papa. En el calor de su discurso el fiero conquistador declaró al jóven sacerdote sus osados proyectos de cisma. Era la doble autocracia de San Petersburgo la que intentaba establecer en París, y habló de Carlomagno y de Luis XIV, cuya política pretendia imitar. «Bien, replicó el abate de Quelen con generosa firmeza; si su política es la vuestra, debe apoyarse en la Santa Sede. Carlomagno no hubiera sido tan grande, si no hubiera dado por base de su poder el respeto á la religion. Separaros de su jefe seria aislaros de casi todos los franceses. Vuestros predecesores en el trono se honraban con ser los hijos primogénitos de la Iglesia; para imitarlos y para afirmar vuestro poderío debeis acercaros al Papa.» Este hecho ha sido referido en 1824 por el mismo ar-

zobispo de París á uno de sus amigos, y de la boca de este amigo lo supo el historiador de su vida. Cuando la invasion de 1814 rechazó bajó los muros de París á los ejércitos franceses, tan largo tiempo victoriosos, el abate Quelen, aunque enfermo, corrió á los hospitales ofreciendo los socorros y los consuelos de su ministerio á los heridos y moribundos. Cuando el tifus se declaró causando espantosos estragos, nada pudo decidirle á abandonar su puesto de honor, y segun la bella expresion de Mr. de Molé en su discurso de recepcion en la Academia Francesa, «fué entre las víctimas del tifus donde hizo el aprendizaje de las virtudes, de que la Providencia le reservaba dar los más sublimes ejemplos en los terribles dias del cólera.» Muy en breve los Borbones recuperaron el trono, con aplauso de la Francia, llena de júbilo y de dicha por tan inesperado acontecimiento; y el abate Quelen, participando de la alegría pública, pudo esperar que las plegarias de la Iglesia resonasen bajo el reinado de la legitimidad y de las leyes. En el mes de Junio de 1814 pronunció la oracion fúnebre de Luis XVI en la iglesia de S. Sulpicio. Un año más tarde, el 9 de Febrero de 1815, la repitió en Sta. Isabel, en ocasion de un funeral que la órden de Malta hizo celebrar por el infortunado monarca. Hablaba en presencia de la hija de la real víctima, y esta juzgó el discurso digno de sus dolores. Mr. Frayssinous, que habia querido oir al orador, hubiera deseado más elevacion, algunas pinceladas más fuertes y pronunciadas, y decia sobre todo que fué un bellísimo discurso en el género templado. Al principio de la restauracion, el abate Quelen se relacionó con el gran limosnero de Francia, Talleyrand-Perigord, por medio de Mma. Lezeau, superiora de las casas reales, que dependia del gran limosnero, y por Mr. de Girac, antiguo obispo de Rennes. El cardenal de Perigord habia sido encargado á la sazon por Luis XVIII de la direccion de los negocios eclesiásticos. Uno de los postreros tipos de aquella exquisita política y de la dulce majestad que distinguian al antiguo clero era este prelado, que reunia á su amable carácter las más sólidas virtudes, y que ejercia por lo mismo saludable influencia. Este se mostró bien con el abate Quelen, á quien nombró su vicario general, pues cuando las discusiones del Concordato de 1817 hubo de felicitarse de haber elegido tal cooperador. Designado para predicar el adviento á la corte este mismo año, Mr. de Quelen no pudo llenar esta mision, porque al mismo tiempo fué nombrado obispo auxiliar de París, é *in partibus* de Samosata. Entónces significó para sucesor suyo en la capilla real á Mr. de Frayssinous, que obtuvo todos los sufragios unánimemente. Su consagracion tuvo lugar en la antigua iglesia de los Carmelitas de la calle de Vaugirad el 28 de Octubre de 1817, por Mr. Courtois de Persigni, arzobispo de Besanzon. No se temia entónces pudiera presentarse dificultad alguna á la realizacion del Concordato, puesto que los arzobispos

elegidos habian ya recibido del soberano Pontífice el *pallium;* y en la apertura de las cámaras, el Rey habia anunciado la conclusion del contrato con la Santa Sede, comunicacion que fué favorablemente acogida por el Parlamento. Pero muy en breve aparecieron contra el Concordato multitud de caricaturas; y sátiras y gritos de alarma se hicieron escuchar, segun la expresion de Mr. de Frayssinous, como al aspecto de un enemigo que intentase invadir nuestras provincias, y el ministerio, que con un poco de firmeza hubiera acallado estos clamores, retrocedió ante este simulacro de opinion pública. Durante este intervalo fué cuando el zelo y los talentos del obispo de Samosata encontraron ocasion de ostentarse cumplidamente. A la vez se le veia asistir á las reuniones de los obispos, redactar actas y memorias sobre los negocios eclesiásticos de la época, predicar en las asociaciones de caridad, ocuparse sin descanso en sus deberes de administrador y gobernador general de los *trescientos*, y presidir las ceremonias religiosas á que era invitado en muchas iglesias. Por fin la viudez de la iglesia de París, privada de pastor hacia diez años, cesó en 1819, y el cardenal de Perigord tomó posesion de la silla arzobispal. El 24 de Setiembre Luis XVIII eligió para la coadjutoría de París con futura sucesion al obispo de Samosata, que fué al mismo tiempo instituido por el papa arzobispo de Trajanópolis, y le dijo el Rey riéndose: «Espero, señor coadjutor, no imitareis á vuestro predecesor el cardenal de Retz. —Al ménos, señor, contestó, os prometo no cambiar jamás de breviario.» Esta respuesta complació particularmente al Rey. Mr. de Quelen fué quien empeñó al cardenal de Perigord á llamar á su consejo á los eclesiásticos más distinguidos de París, como MM. Frayssinous, Duclaux, Desjardins y Borderies. Fué tambien el autor del manifiesto de instalacion del Cardenal, en que la religion usaba de un lenguaje tan noble, tan moderado y tan afectuoso. Algunos meses despues hubo de lamentar la muerte deplorable de un príncipe francés. El 12 de Febrero de 1820 el duque de Berri cayó bajo el puñal de un asesino, y el coadjutor fué elegido para pagar un tributo de lágrimas á la real víctima. Creyóse entónces que se pronunciarian muchas oraciones fúnebres, y se designaba al obispo de Troyes, Mr. de Boulogne, para S. Dionisio; al abate Lamennais para el Temple; á Mr. Frayssinous para S. Roque y á Mr. de Quelen para Nuestra Señora, cuando Luis XVIII dispuso, por indicacion de Mr. de Caces, no hubiese más que una oracion fúnebre que debia pronunciar Mr. Quelen en S. Dionisio el 14 de Marzo. Este discurso, que sufrió una censura por parte del ministerio, no correspondió, es preciso decirlo, á las esperanzas del público. Estaba sin embargo escrito con tanta mesura como elegancia, é impregnado de una sensibilidad religiosa é interesante; pero se deseaba que los acentos de una fiera energía resonasen sobre la tumba del príncipe, y que su muerte de

héroe cristiano motivase más elocuentes y más severas lecciones. Poco despues el digno coadjutor de París ostentó un sublime acto de abnegacion que hacia tiempo escondia en su corazon, y que ninguno de los que le conocieron osará poner en duda. Napoleon habia pedido en 1820 al gobierno francés un sacerdote que le ayudase á bien morir. El ministro del Rey confió su embarazo á Mr. de Quelen, y éste le respondió: «Yo mismo iré, yo me ofrezco voluntariamente para ganar esta alma á Jesucristo.» Este ministro admiró tan generosa resolucion; pero no quiso privar á la diócesis de París de un prelado cuyos talentos y servicios eran tan imperiosamente reclamados, atendida la avanzada edad y las enfermedades del cardenal de Perigord. Este ocupó muy corto tiempo su nueva silla, pues murió el 20 de Octubre de 1821, y Mr. de Quelen anunció á sus diocesanos la pérdida que acababan de sufrir por un manifiesto en que ensalzaba con la más tierna afeccion á su predecesor. Todas las clases de la sociedad le vieron con placer ascender á la eminente silla de la capital; y tan solo algunos antiguos realistas lamentaban que su alcurnia no fuese bastante noble, y que hubiese aceptado cargos en la casa del cardenal de Fesch. El primer cuidado del nuevo Arzobispo fué hacer la visita general de su diócesis, que su predecesor habia anunciado por un manifiesto de 9 de Octubre de 1821, aniversario de su toma de posesion. Las instrucciones y las ceremonias religiosas dirigidas por los misioneros de Francia, obraron muy felices resultados; pero al mismo tiempo tuvieron lugar tentativas culpables para impedir el bien, y áun llegaron á verificarse en la iglesia de Petits-Pères escenas escandalosas. El arzobispo de París no flaqueó ante la tempestad, y tambien la autoridad se mostró por esta vez enérgica y fuerte contra las exigencias de una turba exaltada; y tomando severas medidas contra los perturbadores, pudieron continuar los ejercicios religiosos ante una gran reunion pacífica y respetuosa. Mr. de Frayssinous habia recordado con delicadeza en su oracion fúnebre del cardenal Perigord, el deseo que este prelado habia manifestado muchas veces de ver consagrada al culto de Sta. Genoveva la iglesia que Luis XV habia fundado en su honor. Luis XVIII realizó el voto del piadoso cardenal, y Mr. de Quelen celebró la apertura de la iglesia. En esta época publicó una nueva edicion del *Breviario de París*, con las modificaciones y adiciones que habian sido acordadas en tiempo de su predecesor por el consejo del arzobispado y por el capítulo, y dedicándola á su clero, le decia con verdad: «que no era un presente que le ofrecia, sino una herencia que el mejor de los padres le habia encargado trasmitir.» El 31 de Octubre de 1822 un Real decreto le nombró miembro de la Cámara de los Pares. Los intereses de la religion y de la caridad encontraron siempre en él un celoso defensor. Sobre todo en dos ocasiones notables llamó con interés la atencion pública;

la primera cuando habló sobre la ley denominada del *sacrilegio*, de la que se ha querido hacer un severo cargo á la restauracion, y que muestra más que otra cosa el espíritu de pusilanimidad que reinaba en todos sus actos. Debe recordarse que en este proyecto de ley la palabra *sacrilegio* no se encontraba, y que no hablaba sino de los robos cometidos *en los edificios consagrados á la religion del Estado, ó á los otros cultos reconocidos en Francia.* Esta ley, que parecia amenazar al sacrilegio con penas severas, aseguraba casi la impunidad, pues que el art. 11 no declaraba *profanacion, sino el robo hecho voluntariamente de vasos sagrados por rabia ó desprecio de la religion;* siendo fácil á los ladrones sostener que habian robado los vasos sagrados por cariño á los mismos y no por aborrecimiento á la religion. El arzobispo de París protestó contra la exclusion de la palabra *sacrílego*, y pidió á la Cámara permiso para abstenerse de votar en esta cuestion, que si no podia asimilarse á un juicio capital, se aproximaba sin embargo, bajo ciertos aspectos, lo bastante para inspirar á los obispos el deseo de no tomar parte en ella. No ocultaremos aquí que ciertos espíritus ardientes de la época reprocharon al arzobispo de París no haberse resistido vigorosamente á todo lo que esta ley contiene de extraño é impracticable. En la discusion sobre la conversion de las rentas, la opinion de Mr. de Quelen ejerció grande influencia, y sus palabras, tan hábiles como mesuradas, contribuyeron en gran manera á que fuese desechada la famosa ley de Mr. de Villele. Mr. de Chateaubriand dijo en su *Congreso de Verona*: «El arzobispo de París puede pasar justamente por ser el que destruyó la ley cuando se pronunció contra la conversion por un espíritu de conmiseracion cristiana en favor de los colonos y de la ciudad de París, pues les salvó muy cerca de doce millones de renta.» No puede aprobarse lo hecho por Mr. de Quelen bajo el punto de vista político; pero es necesario convenir que el proyecto de ley lastimaba particularmente á colonos y pobres de su diócesis; y el deber de un obispo es defender la causa de los desgraciados. Limitóse, pues, á presentar un manifiesto que indicaba debian exceptuarse de la medida propuesta las rentas que no pasasen de mil francos, y aquellas y las que ya hubiesen sufrido la redencion con la reserva que toda trasmision de estas rentas, ya fuese á extranjeros ó á la línea colateral, serían comprendidas en la ley general. M. de Quelen aseguró siempre que en esta ocasion subió á la tribuna sin preparacion alguna, y sin concertarse con nadie, y únicamente por obedecer á su conciencia, é ignorando más que otro el pensamiento de la mayoría de los pares. El discurso que entónces pronunció respiraba moderacion, justicia y caridad, sin embargo de ciertas frases picantes dirigidas á los ministros, las que el obispo de Hermópolis llamó *malicias bretonas*. Al salir de la cámara, el pueblo acogió á su arzobispo con grandes aplausos, desunció los caballos

de su carruaje, y le condujo en triunfo al mismo palacio que algunos años despues debia demoler con furor salvaje. Luis XVIII no se mostró descontento de la conducta del arzobispo de París en la cámara de los Pares, puesto que algunos dias despues, habiéndose este presentado en palacio, fué acogido con tales muestras de favor, que al mismo prelado sorprendieron. Desde 1821 el Arzobispo habia empeñado con el príncipe de Croy, gran limosnero de Francia, una porfiada lucha. Persuadido de que su consentimiento y sus poderes eran necesarios para validar los actos del gran limosnero, el que no los pedia, pues creia ejercer un cumplido derecho, dirigió una amonestacion canónica al clero y fieles de su diócesis, con fecha de 21 de Diciembre de 1821, en la que prohibia «á todo eclesiástico, cualquiera que fuese la dignidad de que estuviese revestido, y bajo cualquier pretexto que fuese ó cualquier título de que quisiera prevalecerse, tales como protectorado ó patronazgo, en cualquier lugar de su diócesis, lo mismo en las iglesias, capillas y casas reales, ejercer acto alguno que perteneciese á la jurisdiccion.» El príncipe de Croy hubiera querido que la querella fuese sin dilacion examinada y juzgada á fondo de un modo positivo; mas por respeto á los deseos del Rey, se prestó á una transaccion, que no terminó definitivamente la diferencia. El gran limosnero habia dirigido, al empezar la cuaresma de 1823, un manifiesto á los limosneros ó capellanes del ejército, que los de los regimientos de guarnicion en París recibieron en el momento mismo de celebrarse la misa militar, en la que debian leerlo, la prohibicion de hacerlo por el Arzobispo, que les conminaba con la pena de entredicho. El cardenal de Bausset escribió un proyecto de acomodamiento, que su muerte le impidió proponer. Mr. de Villele encargó entónces al cardenal de la Fare examinase las contestaciones cambiadas entre el gran limosnero y el arzobispo de París, y fué redactado por aquel otro proyecto con el título de *Concordancia de las atribuciones del gran limosnero de Francia con la jurisdiccion ordinaria*. No obstante, hasta 1826, que apareció un reglamento del Rey concertado por Mr. de Hermópolis con Mr. de Quelen, sin la participacion del príncipe de Croy, no cesaron estos conflictos. En él se restringian las atribuciones del gran limosnero y se favorecian plenamente las del Arzobispo. Durante estas negociaciones, que duraron largos años, en los que se cambiaron muchas cartas, se redactaron muchas memorias y protestas á los ojos del público, extraño al verdadero estado de una cuestion tan confusa y delicada, el derecho parecia estar de parte del príncipe de Croy, que pretendia no querer más que conservar los reglamentos observados por el mismo Mr. de Quelen cuando era vicario general de la gran limosnería. Entónces, algun tanto acosado por los argumentos de su adversario, le escribió: «Cuando por una concesion transitoria conviniese yo, que hubiese creido en un tiempo

que el gran limosnero pudiera válidamente ejercer una jurisdiccion espiritual tal como la reclamo para mí en calidad de arzobispo, ¿qué valor tendria esto contra los principios que establecen de un modo indudable la jurisdiccion del ordinario? O bien todavía, si yo os concediese que obligado á examinar más de cerca materias que me conciernen, mis nuevos deberes, discusiones más profundas y autoridades más decisivas, me hubiesen convencido al fin que yo estaba engañado, ¿habria perdido por esto el derecho á una jurisdiccion que el más solemne de mis juramentos me prohibe disminuir en lo más mínimo?» Reproduciremos aquí las palabras que Mr. Quelen repetia muchas veces: «He hecho una guerra franca al gran limosnero, porque queria poner los derechos y las prerogativas del arzobispado á cubierto de todas las pretensiones ulteriores. Yo veia un príncipe de sangre real, que tenia una familia numerosa, y la dignidad de gran limosnero podia tentarle para uno de sus hijos. He pensado en el porvenir.» Parece que el porvenir no habia revelado al arzobispo de París que este príncipe soñaria con otros destinos para sus hijos. Con la ocasion de la muerte de Luis XVIII se agitó este conflicto más vivamente en la opinion pública. El clero de París no se habia presentado en los funerales de este príncipe, y se culpaba por ello á la vez al gran limosnero y al Arzobispo; rumores calumniosos circularon entónces hasta sobre los últimos momentos de Luis XVIII. El Arzobispo se contentó con responder para su justificacion: «Yo no he recibido ni una sola palabra de aviso, y se me hubiera acusado sin duda de usurpacion si me hubiese presentado con mi clero para presidir la conduccion del cadáver.» La Academia Francesa le honró llamando á su seno á un prelado dotado de tan especial amabilidad, y cuyos escritos, dictados por los deberes de su estado, respiraban al par que facilidad uncion interesante. Reemplazó, pues, al cardenal Bausset, y fué recibido en la sesion de 25 de Noviembre de 1824. El areópago literario juzgó el discurso como escrito con tanta pureza como gusto y nobleza, y le interrumpió con frecuentes aplausos. El periódico *El Constitucional*, fiel siempre á su sistema de denigrar todo lo que saliere de una pluma eclesiástica, sostuvo que el discurso del nuevo académico tenia todo el aire de una homilía. Su mal humor no se dulcificó, sino por la siguiente brillante epopeya, que desagradó á la corte, pues que encerraba un elogio á Mr. de Chateaubriand, que entónces pertenecia á la oposicion: «Salud, oh genio del cristianismo! Tú que cuentas siempre en el número de tus más bellas conquistas el reino de Clovis, de Carlomagno y de San Luis; y que despues de tantas faltas, despues de tantas dispersiones y discordias, reapareciste en nuestros dias para reconciliar las letras, las ciencias y las artes con la religion, como has reconciliado en seguida á la Francia con la monarquía! Tú eres el que dictas á un noble caballero estas

páginas elocuentes, que prepararon dos restauraciones, monumento durable de una gloria que todos los favores de la fortuna, ó todos sus rigores, no podrán eclipsar ni debilitar. Salud! acaba ahora tu obra, corona hoy nuestros votos y nuestras esperanzas, extiende sobre nosotros tu doble cetro, el de la ciencia y el de la moral.» El nuevo académico habia tomado por tema de su discurso *la alianza de la religion con las letras, las ciencias y las artes*, y como tal objeto no halagaba mucho á la prensa liberal, no tomó esta en cuenta la pureza del estilo y la elevacion de las ideas. Despues de haber asistido á la consagracion de Cárlos X en Reims y recibido á este príncipe en Nuestra Señora, donde se entonó un solemne *Te Deum*, Mr. de Quelen resolvió alejarse de su diócesis y visitar la Italia. Corrieron entónces los más absurdos rumores sobre este viaje: ya era un destierro momentáneo que le imponia la corte, ya era para distraerse de la pena que le causaba haber caido en desgracia de la familia Real, ya la política no era extraña á su excursion, y se le habia confiado una alta mision secreta de la mayor importancia. Entre tantos motivos como se suponian, se olvidaba el más sencillo y el solo verdadero, el interés de la salud del Arzobispo, gravemente amenazada, y el deseo natural de dirigirse á Roma en los momentos en que el júbilo general llamaba á la ciudad santa á los fieles de todas partes. El Papa designó para su alojamiento el palacio de Apolinario; y en una de las audiencias que le concedió le dijo con bondad que no dejase de ver la iluminacion de S. Pedro, y sobre todo los fuegos artificiales del castillo de Sant Angelo. «Acabais de dejar á Reims y habeis visto su famosa catedral; pero queremos la veais de nuevo, pues la decoracion de fuego representará la fachada de la catedral de Reims, pues hemos dado por nuestra mano un grabado que la representa, para que los artistas no olvidasen ningun detalle. El dia de San Pedro quiso el Papa que fuese asistente al trono pontificio; pero el Arzobispo de Paris rehusó este honor, y se situó en la tribuna diplomática, en la que el duque de Laval le habia reservado un lugar. Preguntándole el embajador francés si se proponia visitar al cardenal Fesch, respondió: «Como francés vengo aquí á visitar al representante del Rey; como sacerdote y como obispo, mi primera visita en Roma es para el Sumo Pontífice, y despues de la audiencia de Su Santidad, el reconocimiento me conducirá á casa del Cardenal, á quien debo tantas obligaciones.» Hizo una excursion á Nápoles, y obtuvo en seguida una nueva audiencia de Leon XII, que en testimonio de su benevolencia le envió los bustos de S. Pedro y S. Pablo, semejantes á los que ornaban la iglesia de S. Juan de Letran, los que fueron confiados á la custodia del capítulo en el tesoro de Nuestra Señora de Paris. El duque de Laval quiso acompañar al Arzobispo de Paris en esta última audiencia del Papa, que acogió á uno y otro con sincera cordialidad. Se habló de los malos li-

bros que salian de Francia á guisa de torrente. El Papa, despues de haber deplorado las desgracias de la época, se interrumpió y dijo: «Pero, señores, la inundacion de malos libros, impide acaso que se publiquen los buenos? — No, Santísimo Padre. — Pues bien, demos gracias á Dios, puesto que así el mal se neutraliza. Hay épocas en que los malos libros aparecen solos, sin que puedan reproducirse los buenos.» Mr. de Quelen dejó en Roma el recuerdo de su amabilidad, dulzura y buena sociedad, así como encantó al Sacro Colegio y á los personajes que afluian á esta ciudad por la nobleza de sus maneras y la dignidad de su carácter. Los romanos pretenden que un obispo, por muy célebre que sea, es poco notable en Roma, pues que solo la púrpura tiene allí esplendor. Cierto eminente personaje lo recordaba algunos años despues á un francés que se permitió replicarle: «Monseñor Quelen ha pasado aquí desapercibido.?—Oh! no; él fué el único que ha venido á probarnos que puede hacerse impresion en Roma sin ser cardenal, porque su grandeza y su elegancia eran perfectas. El pueblo se apiñaba á su paso y le señalaba con el dedo gritando: *¡l'Arcivescovo di Parigi!*» Al dejar á Roma para volver á su diócesis, se detuvo el Arzobispo en Florencia, donde llegó el 24 de Julio de 1825; y al dia siguiente Mma. de Feucheres escribia al duque de Borbon: «El Arzobispo, que habia rehusado permanecer en vuestro palacio porque yo estaba en él, ha venido á verme, y se ha mostrado muy amable conmigo. Estará en Paris para la fiesta del 15 de Agosto, y durante las veinticuatro horas que permaneció aquí, nos ha hecho una segunda visita, teniendo en la mano un ramillete que nos ha dejado como recuerdo.» El abogado de Mma. de Feucheres leyó esta carta en 1831, en pleno tribunal, con ocasion del testamento del duque de Borbon, y la invocó como una justificacion victoriosa de la conducta y de la posicion de su cliente. El Arzobispo quiso restablecer los hechos en toda su verdad por una carta que dirigió á Mr. de Debelleyne, presidente del tribunal ante el que tenian lugar los debates. Era á Mma. de Choulot, sobrina de su predecesor el cardenal de Perigord, á quien hizo la visita para devolver otra que aquella le hiciera. En esta casa encontró á Mma. Feucheres, y la historia del ramillete y otras particularidades no eran sino pura invencion. Entre los alegatos de Mma. Feucheres, y la negativa formal de Mr. de Quelen, no podia haber lugar á dudas: la prevencion más ciega podia tan solo admitir una suposicion injuriosa. A su vuelta de Italia perdió el prelado á su tia, Madama la presidenta de Hocquart, á causa de un terrible suceso. En su presencia se volcó el carruaje que la conducia, la arrojó sobre el pavimento y le deshizo la cabeza.—Los obispos que habian asistido á la consagracion y estaban reunidos en Paris, resolvieron suplicar á Cárlos X fundase un establecimiento de estudios sublimes. Al efecto formularon su voto en una memoria pre-

sentada al Rey, y como consecuencia de ella apareció el 20 de Julio de 1825, y refrendada por el obispo de Hermópolis, una ordenanza en que se consignaba la ereccion. La comision nombrada para llevar á cabo esta medida terminó sus trabajos en el mes de Junio del año siguiente. Desde luego surgió la cuestion de jurisdiccion, y el Arzobispo de París declaró que solo á él competia el nombramiento de los empleados. La comision lo contradijo por unanimidad, y despues de largas controversias, el Arzobispo manifestó, que defensor cual debia de los derechos de su silla, no concederia las licencias necesarias á los sacerdotes que fuesen empleados, si eran nombrados por otra autoridad que la suya; y detenida así la comision, hubo de disolverse sin organizar la escuela, y el proyecto mismo quedó del todo olvidado. Era entónces la época en que la prensa liberal evocaba el fantasma del partido clerical para espantar las imaginaciones débiles. Afectando, pues, confundir á todo el clero con algunos discípulos ardientes de Mr. de Lamennais seducidos por su brillante elocuencia, señalaba con espanto máximas ultramontanas, grandes y tenebrosas intrigas, que podian poner en peligro la monarquía y la independencia nacional. A todos estos temores hipócritas, los obispos respondieron con una declaracion titulada: *Exposicion de los sentimientos de los prelados que se encuentran en París, sobre la independencia de los reyes en el órden temporal.* En ella reprobaban *las injuriosas calificaciones por las cuales se trataba de lastimar las máximas y la memoria de sus predecesores en el episcopado*; y añadian, *que permanecerian inviolablemente ligados á la doctrina que les habia sido trasmitida sobre los derechos de los soberanos y sobre su independencia plena y absoluta en el órden temporal de la autoridad, ya directa ó indirecta, de todo poder eclesiástico.* Si la firma de Mr. Quelen no aparece en esta declaracion, es porque no participaba de la opinion de sus colegas sobre la oportunidad de una manifestacion colectiva, y que se creia sobre todo, como arzobispo de París, llamado á presidir las reuniones de obispos que se celebrasen en su diócesis, presidencia que no le habian conferido los autores de la declaracion. Sin embargo, el 6 de Abril de 1826 escribió á Cárlos X la siguiente carta: «Señor, los cardenales, arzobispos y obispos residentes en la actualidad en París, han creido útil y conveniente redactar colectivamente una exposicion de sus sentimientos sobre la independencia del poder temporal en materias puramente civiles. Aunque en este manifiesto no aparece mi firma, no por eso dejo de profesar la misma opinion, y suplico á V. M. me permita depositar en sus manos el testimonio escrito, como tengo el honor de hacer esta declaracion á viva voz. Las consideraciones que someto al Rey, y en las cuales la reflexion me afirma más y más, son las únicas que me impidieron firmar una acta que comprende, tocando los límites de la autoridad espiri-

tual, principios sobre los que he tenido más de una vez ocasion de explicarme en público, y en cuyo asunto no existe discordancia entre los pastores y el clero de mi diócesis.» Cuando se agitó el pensamiento de colocar la primera piedra del monumento expiatorio dedicado á Luis XVI en la plaza de Luis XV, el Arzobispo escribió á Mr. de Villele, que Mma. la Delfina debia presentar á Cárlos X una peticion de amnistía en favor de los regicidas, amnistía que debia firmar el Rey sobre la misma plaza. Como el ministro temiese recrudecer las lágrimas, todavía sangrientas, de la hija de Luis XVI, el prelado insistió fuertemente, y mostró cuánto de bello y sublime habia en este acto heróico, y cuánto afirmaria el trono de donde emanase; pero el ministro no se sintió con valor bastante para inclinar á la Delfina á tanta abnegacion, y el gran pensamiento del Arzobispo no tuvo eco. Lo restante de su correspondencia con Mr. de Villele sobre este negocio debe existir en los legajos del ministerio; y si llegase á publicarse, seria un nuevo testimonio de que Mr. de Quelen se mostró siempre el digno ministro de un Dios que rogaba por sus perseguidores y que murió perdonándolos. Su celo pareció redoblarse durante los ejercicios del jubileo, y dió al clero los consejos y avisos más sabios. Los espíritus estaban tan sobreexcitados y propensos á irritarse, que recomendaba sin cesar se opusiese la dulzura á la violencia, y «poner en práctica esta caridad más fuerte que la muerte, y más invencible que el infierno, y cuyas admirables invenciones convencen muchas veces al impío, le desarman siempre, y contribuyen cuando ménos á calmar los accesos de su cólera.» En el mes de Agosto hizo un viaje á Saboya, y presidió en la ciudad de Annecy la ceremonia de la traslacion de las reliquias de San Francisco de Sales. Al salir de esta ciudad quiso visitar á Ginebra y la nueva iglesia de Ferney, erigida por los cuidados del obispo de Belley. Recorrió, pues, parte de la Suiza, recibiendo á su paso testimonios de honor y respeto. Su salud se fortificó en este viaje; pero una nueva desgracia ocurrida á su familia le afectó profundamente. Al llegar á Francia, supo la repentina muerte de su hermano el conde Augusto de Quelen, al que estaba tiernamente unido. Instruido al mismo tiempo por los periódicos de que Talma estaba peligrosamente enfermo, se presentó en su casa para llamarle á sentimientos cristianos, y hacerle oir la voz de la religion, pero no logró acercarse al paciente que no estaba en disposicion de recibirle. Volvió al dia siguiente, pero no obtuvo mejor resultado; sin embargo, advertido el famoso trágico por Dupuytren de las visitas del prelado, se mostró sensible á estas muestras de interés; y su sobrino Amadeo Talma declaró al célebre cirujano, que si el Arzobispo se presentase de nuevo seria recibido sin duda alguna, y podria cerciorarse de las disposiciones de su tio. Acudió presuroso el Arzobispo, pero sufrió una nueva é inesperada repulsa. Dupuytren manifestó

entónces su asombro, y Amadeo Talma respondió no se le habia comprendido bien; y que al decir que el Arzobispo sería recibido, habia querido significar tan solo, que seria recibido por él. «Me es muy sensible, decia Dupuytren en una carta dirigida al *Monitor*, no poder contestar nada á tal explicacion, y dejo al público el cuidado de apreciarla en su valor.» El Arzobispo fué más afortunado despues con Caulaincour, duque de Vicencio, que en sus últimos momentos manifestó sus deseos de verle, y recibió de él los consuelos de la Iglesia. Tambien fué llamado al lecho de muerte del conde de Seze de Lallytolendal; y el noble par, y el valeroso defensor del Rey mártir, murieron consolados por los acentos de su piedad. Se ha mirado siempre la disolucion de la guardia nacional de París, en 1827, como uno de los mayores desaciertos de la restauracion. El obispo de Hermópolis se habia opuesto en el consejo del Rey á este acto impolítico, y Mr. de Quelen opinaba del mismo modo que era bastante disolver el batallon que habia proferido gritos sediciosos. Algunos dias despues, al entrar en la Cámara Real, el príncipe salió á su encuentro, y estrechándole la mano, le preguntó su opinion sobre la medida que acababa de adoptar. «Señor, le dijo: yo leo en la Escritura que cuando el Señor hiere al pastor, las ovejas serán dispersadas. El Señor ha herido las ovejas, y el pastor está desolado. —No tanto como yo, replicó Cárlos X; no tanto como yo, mi querido Arzobispo. —Es que si yo lo estoy, no es sino por vos; pues que si se supiese, Cárlos X pasaria por un pobre rey.» Otro grave desacierto de la restauracion fué la disolucion de la Cámara de Diputados de 1827; pues que las elecciones fueron hostiles al gobierno, y una oposicion sistemática y más temible que nunca se organizó contra el ministerio. El presentimiento de un grave peligro se manifestó en la pastoral que el Arzobispo publicó en aquella ocasion. «Deseo, decia, alzar mis miradas y mis votos hácia esta Providencia eterna, que tiene en su mano la suerte de los imperios, que prepara y dirige por sí misma todos los acontecimientos, segun sus designios; que sabe emplear, para cumplir sus fines, instrumentos ciegos muchas veces, y que puede hacer servir las pasiones más terribles de los hombres para manifestar sus más grandes beneficios.» Durante el ministerio de Martignac, la prensa no cesaba de envenenar todas las cuestiones religiosas, y desahogar su furor contra los miembros más influyentes del clero. No encontrando, ni en los actos administrativos, ni en las palabras del pastor á su rebaño, nada que pudiese comprometerle, supuso disensiones entre el arzobispo de París y su capítulo; pero una declaracion firmada por los vicarios generales y por todos los canónigos de Nuestra Señora, excepto uno que estaba moribundo, destruyó aquella calumniosa suposicion, y ostentó solemnemente la profunda veneracion y sincero cariño que se tributaba á la

persona del Arzobispo. El nuevo ministerio, al tomar la direccion de los negocios públicos, quiso contentar las exigencias de la opinion pública. Una reseña dirigida al Rey por Mr. Portalis, y en la que se exponia la situacion de la instruccion pública y la necesidad de un exámen profundo de la organizacion de las escuelas secundarias eclesiásticas, dió lugar á la formacion de una comision especial compuesta del Arzobispo de París, MM. Laynè, Segnier, Mounier, Alexis de Noailles, el obispo de Beauvais, La Bourdonnais, Dupin mayor y Courville, encargado de asegurar en todas las escuelas eclesiásticas del Reino la ejecucion de las leyes, y armonizarlas con la legislacion y el derecho público de los franceses. Mr. de Quelen fué elegido presidente de esta comision; y merced á la habilidad con que dirigió las deliberaciones, la mayoria se decidió por una opinion conservadora. Un acuerdo favorable á la existencia de los jesuitas en las diócesis donde estaban establecidos, y á la libertad de enseñanza en los pequeños seminarios, fué adoptado por cinco votos contra cuatro. Por una transaccion llena de acierto, se hicieron algunas concesiones á la universidad, con objeto de obtener otras en beneficio de la religion y del clero; pero el gobierno no aceptó las decisiones de la mayoria, y muy en breve aparecieron las ordenanzas de 16 de Junio de 1828, que expulsaban los jesuitas, limitaban el número de los alumnos de los pequeños seminarios á un máximum de veinte mil, y contenian otras medidas prohibitivas. Cárlos X ántes de firmar las ordenanzas quiso oir el consejo del obispo de Hermópolis, y le encargó formase una junta de eclesiásticos, compuesta de él, los arzobispos de París y Burdeos, y del abad de Desjardins, vicario general de la diócesis. El resultado de la deliberacion fué por unanimidad: 1.°, que la ordenanza parecia tener más inconvenientes que ventajas; 2.°, que ninguno de ellos queria tomar sobre sí la responsabilidad de la refrendacion; 3.°, que el Rey miraba los sucesos desde una altura en que ellos no podian colocarse; que por su calidad de rey era el juez de la posicion política en que se habia situado su gobierno; que si por altas y poderosas razones creia indispensable la medida propuesta, no serian ellos los que se atreviesen á condenarla. El Arzobispo hubiera querido que el obispo de Hermópolis no hubiese dicho nada al Rey del artículo 3.° de la decision acordada; mas no era posible ocultar al Rey precisamente lo que más le importaba saber. Mr. Quelen, creyendo que su pensamiento habia sido mal comprendido, escribió una carta al Rey, quien se apresuró á manifestarla al obispo de Hermópolis; pero éste protestó que habia referido fielmente el acuerdo de la reunion. Las ordenanzas fueron al fin firmadas. Entonces el cardenal de Clermont Tonnerre, á nombre del episcopado francés, del que era decano, presentó al Rey una memoria en la que se encomiaba la actitud firme,

noble y mesurada del arzobispo de París, pero una nota dirigida desde Roma por el cardenal Berneti al arzobispo de Reims, en la cual se decia era preciso confiar en la sabiduría del Rey, modificó algun tanto los sentimientos de los obispos de Francia. A esta nota es á la que hacia alusion el Arzobispo de París, cuando decia en su pastoral de 11 de Noviembre de 1828 estas notables palabras: «Los augustos jefes de la Iglesia y del Estado se han comunicado recíprocamente sus pensamientos y sus deseos: el Señor, inclinando hacia sí estas dos supremas voluntades, las ha reunido en un mismo espíritu de sabiduría y conciliacion; en fin, el episcopado francés, tan unánime esta vez como la primera, á pesar de la oscuridad que envolvia un negocio tan delicado y penoso, se ha creido suficientemente autorizado para someterse á medidas, que la intervencion pacífica y persuasiva del vicario de Jesucristo por una parte, y la noble y piadosa condescendencia del hijo de S. Luis por otra, son aceptables á su conciencia.» Conocia á fondo la gran sabiduría de Leon XII, y ante la palabra que se decia emanada de la Santa Sede, cesaron todas sus vacilaciones. Cuando murió este Pontífice, le pagó un justo tributo de sentimiento y veneracion, en tanto que prevenia á los fieles contra el espíritu de sistema que amenazaba á la Iglesia con una guerra intestina. El abate Lamennais se reconoció aludido en las palabras del manifiesto, y publicó dos cartas al Arzobispo de París, redactadas con amarga ironía, en que le daba consejos en que se mostraba la mayor fiereza y despecho. Mr. de Quelen rehusó comprometer la dignidad de su ministerio, empeñándose en una polémica con el fogoso escritor que olvidaba todos los principios de subordinacion y de conveniencia, y le perdonó. Ocupábase á la sazon en honrar por un acto público y solemne la memoria de S. Vicente Paul, tan querida á la Francia y á la humanidad. No se habrá olvidado cuáles fueron la pompa y magnificencia desplegada en la traslacion de las reliquias del Santo á la nueva iglesia de los Lazaristas de la calle de Sevres; pero en tanto que la religion aplaudia estos esplendorosos honores, tributados á un sacerdote que habia llenado la Francia entera con los monumentos de su caridad, la prensa antireligiosa, hacia escuchar sus clamores, y se permitia indignas rechiflas sobre aquella expresion admirable de la piedad y reconocimiento del pueblo. Desde entónces pudo preverse que un país donde se publicaban calumnias é insultos contra un santo que fué el amigo de todos los desgraciados, estaba amenazado de una gran catástrofe. En los tiempos de Diderot y d'Alembert se hubiera mirado con respeto esta ceremonia no ménos nacional que religiosa; toda vez que la enunciada traslacion tan solemne fué una elocuente protesta contra la indiferencia del siglo, sirvió para hacer renacer la fe en algunos corazones, demostró los sentimientos que animaban al clero fran-

cés por aquel que fué la honra del sacerdocio; y el prelado, cuya generosa piedad contribuyó al esplendor de tan tierna ceremonia, pareció aspirar sobre las cenizas de S. Vicente de Paul aquella sublime caridad que debia desplegar más tarde en los terribles dias del cólera. Dícese que en esta época MM. de Polignac y de la Bourdonnai le ofrecieron la cartera de negocios eclesiásticos; pero preveia muy bien, y sin hacerse ilusion, las dificultades que á cada paso entorpecian la nueva administracion, y que su presencia en el consejo sería un embarazo más, y rehusó. Aunque contrariado por esta repulsa, el ministerio le agració en el mes de Mayo de aquel año con el cordon de la Orden del Espíritu Santo. Es notorio que dos meses ántes Mr. de Quelen habia presentado al Rey el contrato de la adquisicion del dominio de Chambord, «que un felicísimo pensamiento quiso dedicar al hijo de la restauracion, en memoria de su nacimiento,» decia el prelado en nombre de la comision de que era presidente. Despues de la toma de Argel, participó de la alegría de todos los buenos franceses por el glorioso suceso de las armas, y dió expansion á sus sentimientos en una pastoral que publicó en aquella ocasion. Cuando el rey Cárlos X se dirigió á Nuestra Señora el Arzobispo le dirigió el siguiente discurso que hizo proferir en gritos de furor á toda la prensa liberal, y que le hizo acusar como uno de los autores de las ordenanzas de Julio, ó al ménos de estar instruido en los proyectos que tramaba la corona contra la libertad del pueblo. El buen sentido decidirá: «Señor, ¡cuántas gracias en una sola! ¡qué objeto más digno de nuestro reconocimiento y de nuestra admiracion, que el que conduce hoy á V. M. al templo de Dios y al pie del altar de María! La Francia vengada, sabe hoy una vez más que puede confiaros tranquila el cuidado de su gloria y de su felicidad. La Europa libertada de un vergonzoso tributo, bendice vuestra sabiduría y vuestro poderío; purgada de piratas la mar, abatirá bajo vuestras velas las olas pacíficas; el comercio saluda con amor vuestra temida bandera; la humanidad triunfante de la barbarie, la enseña del Crucificado victoriosa en los desiertos del Africa, resonando el himno de la fe; la religion largo tiempo cautiva en una tierra desolada, os proclama su libertador. ¡Hijo de S. Luis, qué motivo más legítimo de consuelo, de alegría para vuestro corazon tan noble y generoso! Y para nosotros, vuestros fieles súbditos, ¡qué justa causa de regocijo y de trasporte! Así ayuda el Todopoderoso al rey Cristianísimo que implora su asistencia. Su mano está con vos, Señor: que vuestra grande alma se fortalezca más y más, y vuestra confianza en los socorros divinos, y en la proteccion de María madre de Dios, no serán en vano. ¡Pueda V. M. recibir bien pronto una nueva recompensa! Pueda ésta venir bien pronto, para que volvais á dar gracias al Señor de obras maravillosas no ménos dulces y no ménos brillantes.» Estas últimas palabras del

Arzobispo sirvieron de pretexto á todos los ultrajes y persecuciones, que le hizo sufrir la efervescencia popular. No se le perdonó haber explicado el deseo de que Cárlos X pudiese venir de nuevo á dar gracias al Señor de otras maravillas no ménos dulces y brillantes. ¿Pero no era por ventura la autoridad misma cada dia escarnecida y vilipendiada por sátiras escritas y caricaturas, por todos los medios en fin que puede imaginar la rabia? ¿No colocaron á la monarquía en el borde de un precipicio, del que no podia libertarse sino por un golpe de estado? Fué poco más ó ménos por esta época, algunos dias ántes de las ordenanzas de Julio, cuando el príncipe de Talleyrand vino á ver á Mr. de Quelen al arzobispado, y le dijo estas graves palabras: «Estad tranquilo, Monseñor, esto (señalando la catedral de Nuestra Señora) es más fuerte que las Tullerías.» El Arzobispo estuvo en efecto tranquilo, y la revolucion de 1830 no hizo más que dar nuevo realce á su grandeza y á sus virtudes episcopales. El lunes 26 de Julio habia venido de Conflans á París para presidir su consejo, y habiendo visto en el *Monitor* las ordenanzas de la víspera, dijo á sus grandes vicarios: «Todo esto es muy bueno sobre el papel; pero tengamos cuidado con nuestras cabezas.» Durante que la insurreccion estallaba sobre todos los extremos de París, y que las turbas lanzándose sobre el arzobispado lo saqueaban y destruian del todo, el prelado estaba en Conflans, más ajeno que ningun otro de que su vida estaba amenazada del mayor peligro. Mr. Caillard, su amigo, médico del Hôtel-Dieu, que habia oido los gritos de muerte que una turba delirante proferia contra su pastor, corrió presuroso á su lado, para conjurarle se salvase huyendo á mayor distancia. El Arzobispo queria volver á París en medio de su rebaño, Mr. Caillard le habia prometido ocultarle en el Hôtel-Dieu; pero á vista de las barricadas y parapetos formados por todas partes, vióse el prelado obligado á salvarse en la Salpêtrière. Mas este asilo comprometia más su seguridad, y se retiró á casa de Mr. Serres, médico de la Piedad, que le trató con todos los respetos debidos á su posicion y á su carácter. Monsieur Lisfranc dividió estos cuidados generosos con su cuñado. Conocido ya el retiro del Arzobispo en la casa de Mr. Serres, se hablaba de arrojar su cabeza al pueblo para impedirle que pidiese otras. Mr. Geoffroy de Saint-Hilaire, le trasladó entónces á su casa, y allí permaneció quince dias rodeado de los cuidados más respetuosos, pasando las noches ocupado en hacer hilas para los heridos, con la familia de Mr. Geoffroy. Despues del 9 de Agosto, fué á dar gracias á la Reina por la solicitud con que habia provcido á su seguridad. La princesa le suplicó no abandonase su diócesis, pues su presencia era más que nunca necesaria á la religion, y que el Rey estaba decidido á protegerle con todo su poder. El Arzobispo respondió que nunca abandonaria su puesto, y que en él moriria si era necesario. Algunos dias

despues tuvo Mr. Quelen una entrevista con el nuevo rey de los franceses, que le expuso sus sentimientos y proyectos para el porvenir. El Papa invitó por aquel tiempo al Arzobispo á que renunciase la dignidad de par, lo que verificó convencido que en el estado de las cosas no podia en ella ser útil á la religion. Cuando en los terribles dias de anarquía por que pasó París en 1831, se mandó prender al prelado, en la sesion del 19 de Febrero su hermano el conde de Quelen provocó explicaciones sobre esta órden, y se le dijo que numerosas calumnias pesaban sobre la cabeza del Arzobispo, pero que aquella órden habia sido retirada. En medio de sus grandes amarguras tuvo Mr. Quelen un gran consuelo, cuando el príncipe de Talleyrand quiso morir reconciliado con la Iglesia. Sus últimas palabras fueron como una accion de gracias á las oraciones de aquel á quien se confesaba deudor de su dicha. Ya habiamos consignado que Mr. de Quelen fué muchas veces llamado al lecho de muerte de personajes célebres: Savari, el antiguo arzobispo de Malinas, y la duquesa de Abrantes recibieron de él los socorros espirituales. En 1839 graves síntomas se manifestaron en la salud de Mr. Quelen, y reconociendo el peligro, pidió desde luego las oraciones de la Iglesia. A pesar de sus sufrimientos, su firmeza de alma era admirable. Bueno y afectuoso para todos aquellos que le rodeaban, hablaba con calma de su cercano fin, y no parecia ocuparse sino en consolar á sus amigos. En fin, el 31 de Diciembre del citado año, dió su alma á Dios, y su oracion fúnebre fué pronunciada en Nuestra Señora por el abate de Rabignan.—C. de C.

QUEMADA (Gabriel de), juez fiscal de la santa Inquisicion en los territorios de Segovia y Avila, publicó: *Quæstiones viginti quinque compendiosæ, quæ frequentiore usu in materia fiscali coram judicibus Fisci Sacræ Inquisitionis controverti solent.*—C. de la V.

QUEMADA (Fr. Juan), sétimo de este nombre entre los obispos de la santa iglesia de Calahorra. Tuvo por patria á la ciudad de Toledo. «No he podido hallar, dice el cronista Gonzalez Dávila, la religion de que fuere, lo que me consta es que en el año de 1445 era visitador general del arzobispado de Toledo, y en 1.° de Febrero de este año pronunció un auto á favor de la iglesia de S. Ginés de la misma ciudad, y en el año 1480, siendo ya obispo de Calahorra, celebró sínodo en la ciudad de Logroño, y mandó que se guardase en él la fiesta de la Visitacion de nuestra Señora.—O. y O.

QUENTAL (Bartolomé). Nació en la isla de S. Miguel, una de las Azores, en 1626, y dió desde su infancia muestra de la más ardiente piedad. Nombrado confesor de la capilla del rey de Portugal, y uno de sus predicadores de número, se valió de su influencia y crédito para fundar en Portugal la congregacion del Oratorio, como lo consiguió en 1668. Renunció el obispado de Lamego para que habia sido elegido, y murió santamente en

1698, cuando contaba setenta y dos años de edad. Nos han quedado de él: *Meditaciones sobre los misterios;* y varios *Sermones* en lengua portuguesa, en los que resplandece la piedad y la erudicion. El papa Clemente XI concedió al P. Quental el título de venerable. — C. de C.

QUERALT (Fr. Berenguer). Consta que en el año 1308 tenia la dignidad de comendador en la órden de la Merced, á que pertenecia, en el obispado de Valencia. *Fr. Berengarius de Queralt, commendator in episcopatus Valentiæ.* Era, pues, comendador mayor al que estaban subordinados los comendadores locales, residentes dentro de los límites de aquella diócesis. Estos comendadores mayores solian tambien usar la denominacion de lugartenientes del maestre general. Por los años de 1313 hubo sérias discusiones entre los caballeros legos, afiliados en la órden de la Merced, y los religiosos de la misma, sobre obtener unos ú otros las supremas dignidades. El rey D. Jaime II de Aragon, para acallarlos, escribió una carta al maestre general y al capítulo de la Merced, reunido á la sazon en el Puch de Valencia, en favor de los frailes legos; pero ni áun así terminaron por entónces, hasta que estando en Lérida hizo venir á su presencia al maestre y al prior, y quedaron concertados, ordenando el Rey, entre otras cosas, que nada se innovase en la Orden hasta el nuevo capítulo que se celebrase; y para que se ejecutase lo acordado y se mantuviese en la encomienda y oficio de definidor á Fr. Berenguer de Queralt, segun se lee en la carta Real librada al efecto. Estas son las únicas noticias que pudieron encontrarse del religioso que nos ocupa. — C. de C.

QUERALT (Fr. Pedro). Este piadoso varon era natural del principado de Cataluña, y procedia de una muy ilustre y conocida familia de aquel país. Tomó el hábito de Sto. Domingo en Lérida, y floreció en virtud y letras. Despues de haber ocupado los principales cargos de su Orden, se entregó totalmente á la contemplacion, y favorecido del cielo y victorioso del infierno como dicen sus biógrafos, murió en Lérida á fines de 1461. Depositóse su cuerpo en lugar eminente, en la entrada del claustro del convento de la referida ciudad. Fué confesor del desgraciado D. Cárlos, príncipe de Viana, y uno de sus albaceas. — C. de C.

QUERALT (Bto. Pedro). Este religioso dominico, oriundo de España, fué discípulo de S. Vicente Ferrer, cuyas virtudes imitó, obteniendo grande fama de santidad. Distinguióse en gran manera por su tierna y constante devocion á María Santísima, de quien recibió en recompensa grandes favores y beneficios. Sufrió continua guerra de los espíritus malignos, saliendo siempre triunfante de las asechanzas que le tendia el enemigo comun de los hombres. Sus virtudes y ciencia le elevaron al notable puesto de vicario general de su Orden en Aragon, con cuyo motivo tuvo que hacer diferentes

viajes. En uno de ellos iba caminando por un lugar muy escabroso y lleno de precipicios, y como por su avanzada vejez no pudiese ir á pié y apénas pudiese sostenerse en la mula en que cabalgaba, cayó de ella, no sin grande peligro y exposicion de su vida. Mas como se le apareciese en aquel momento el Bto. Juan Fort, padre cartujo, que se hallaba celebrando el santo sacrificio de la Misa, le asistió la Vírgen en aquel riesgo sosteniéndole para que no se hiciese daño. En otra ocasion, hallándose enfermo de gravedad, se le presentó el demonio en hábito de teólogo, y le propuso tales dificultades acerca del misterio de la Santísima Trinidad, que el Beato, no pudiendo resolverlas, estuvo á peligro de caer. Pero invocando el auxilio de la divina gracia por la intercesion de la Reina de los cielos, se disiparon las tinieblas de su entendimiento, y comprendió y se dió cuenta de lo que ántes le habia ofuscado. Murió hácia 1472, é inhumado su cadáver muchos años despues, se halló entero é incorrupto, siendo trasladado á otro lugar para veneracion de los fieles.—S. B.

QUERALT (Fr. Pedro). Pertenecia á una nobilísima familia de Cataluña que era tan ilustre como opulenta. Su nacimiento tuvo lugar muy entrado el siglo XII, y su juventud parece haber sido algun tanto borrascosa. Era señor de Santa Coloma y otros varios lugares. Llamado por Dios al estado religioso, abandonó el mundo, recibiendo la blanca cogulla de los Cistercienses, de manos de Hugo, abad del célebre monasterio de Sta. María de Poblet, el año 1166. Poco ántes de su santa resolucion de consagrarse á Dios el 3 de Marzo del citado año, otorgó su testamento en presencia del obispo de Huesca D. Esteban de S. Martin, abad que habia sido de Poblet, y de D. Vidal de Fuenfría, D. Pedro de Valdaura y D. Hugo, que tambien habian sido abades del mismo monasterio, legando á éste unas viñas y un molino que poseia en la Espluga de Francolí. Los numerosos acreedores de Don Pedro Queralt, tan luego como supieron su cambio de estado, molestaron al monasterio con litigios y demandas, reclamando los débitos que aquel contrajera en el siglo; mas el rey D. Alfonso II *el Casto* de Aragon amparó á su querido monasterio en la posesion del legado que mereciera al convertido pecador. Este, despues de una vida consagrada á las virtudes cristianas y á la penitencia, murió santamente en el citado monasterio de Poblet.—C. de C.

QUERALT (D. Narciso de). Era natural de Cataluña, y dedicado á la carrera eclesiástica llegó á ser obispo de Avila. Tradujo un libro de *la buena muerte;* noticia que se debe al P. Aymerich, que pronunció su oracion fúnebre.—C. de C.

QUERALT DE PERALTA (Juan Bautista), natural de Valencia. Fué hombre muy perito en estudios de humanidad, jurisprudencia y sagrada teolo-

gía, de cuya facultad recibió el grado de doctor. Imitaba á Ciceron en la oratoria, y desempeñó en esta ciudad algunas funciones públicas, especialmente en una que predicó de repente, y sin prevencion ninguna, en compañía del orador insigne Vicente Blas García, de quien trataré más adelante. Pasó á Valladolid cuando estaba allí la corte; y habiendo obtenido cátedra de retorica, se mantuvo en ella muchos años con importantes créditos, adquiridos con su provechosa enseñanza, erudicion y fecundísima elocuencia. Estas son sus obras: *Juris civilis, et theologiæ observationes in aureum Libellum de Latinæ linguæ proprietate;* en Valencia, Juan Crisóstomo Garriz, 1612. La dedicó al magistrado de esta ciudad. — *De arte oratoria et accentibus.* — *Oratio in funere Reginæ Joannæ Matris invictissimi Caroli Quinti.* Estas dos obras asegura Rodriguez haberlas hallado notadas en unos manuscritos muy antiguos, con la expresion de haberse dado á la estampa sin decirse en donde. — O. y O.

QUERANO (S.), abad y confesor. Debió nacer este santo varon en el último tercio del siglo VI de nuestra era, en Irlanda, en donde floreció por su virtud y santidad en el siglo siguiente. Sábese de este protegido de Dios, que, hijo de una familia de baja estirpe y gentil, entró casualmente un dia en una iglesia en el momento en que se leia el Evangelio, é hiriendo su corazon la verdad divina, los ojos del alma vieron de tal modo la verdadera luz, que sin aguardar más razon corrió á los ministros del Dios por excelencia y se convirtió á la religion católica lleno de fe y de esperanza. Abierta su inteligencia al conocimiento de lo perecedero de las cosas del mundo y de lo eterno de las del cielo, para no contaminarse con el pestífero miasma de las primeras, huyó á la soledad para procurar ganar en ella las segundas. Aun cuando alejado del mundo el buen Querano, no quiso Dios que su nombre quedase olvidado en el retiro á que se habia condenado deseoso de servirle mejor, y llegando la fama de su penitencia á oidos de los jefes de la religion en el país, le concedieron fundar un monasterio en una isla cercana á Irlanda, del que fué nombrado abad. Despues de haber logrado S. Querano llevar á su monasterio porcion de hombres virtuosos que prefirieron el servicio de Dios al del mundo, les dió una regla de observancia, ley religiosa que llegó á ser muy celebrada, en la que él mismo les dió el ejemplo de obediencia, sujetándose severamente á sus prescripciones. Murió este Santo en Escocia el dia 9 de de Setiembre, en que le celebra la Iglesia, del año 549 de nuestra era en el que el cielo coronó su santidad. — C.

QUERAS (Mathurin). Este doctor de la Sorbona nació en Sens, el año 1614, de una familia oscura. Mr. de Gondrin, arzobispo de París, le confió la direccion de su seminario, y le eligió por uno de sus grandes vi-

carios. Este distinguido eclesiástico fué excluido de la Sorbona, por haberse negado á firmar el formulario, y suscribir la censura lanzada contra el doctor Arnauld, y poco despues murió en Troyes en 1695, en la avanzada edad de ochenta y un años. Se conserva de él una *Ilustracion* á esta cuestion: «¿Ha decidido ó declarado el Concilio de Trento, que la atricion, concebida solamente por temor á las penas del infierno, y sin amor de Dios, sea una disposicion suficiente para recibir la remision de los pecados y la gracia de la justificacion, en el sacramento de la penitencia?» París, 1685, en 8.° Queras defendia la negativa.—C. de C.

QUERBEUF (Ives-Mathurin-María de). Nació en Landernau el 13 de Enero de 1726; y entró muy jóven en la Compañía de Jesus. Distinguióse desde luego por sus particulares talentos, y desempeñó varios cargos importantes hasta la época de la disolucion de la Orden á que pertenecia. Entónces se retiró á Holanda y más tarde volvió á París donde habitó en casa de la duquesa de Nivernais, y luego en la del duque de la Vaugnyon, que le confiára la educacion de su hijo. Querbeuf se atrajo en el momento la estimacion y confianza de muchas personas distinguidas, por sus virtudes y sus luces, y logró dirigirlas por la senda de la virtud. La revolucion vino á arrancarle de sus piadosas y modestas funciones. Por segunda vez hubo de abandonar la Francia, y se refugió en compañía de la condesa de Marsan en Brunswich, donde murió en 1799. Sus producciones son escasas en número y su nombre no ha quedado consignado en obra alguna notable; pues tan solo se conocen de él una *Oda al nacimiento del duque de Berri; la vida de Fenelon*, que figura á la cabeza de la edicion de las obras de éste, y la *Oracion fúnebre del duque de Borgoña*, traducida del latin del Padre Willerment. Lo que sí se debe al P. Querbeuf es la publicacion de muchas obras, como editor, de las que en varias falta sin embargo su nombre. Deben recordarse aquí: 1.° *Mémoires pour servir á l'histoire de Louis, Dauphin de France;* recopiladas por el P. Griffet; París, 1777, dos volúmenes en 12.°—2.° *Lettres edifiantes et curieuses ecrites des missions étrangeres par quelques missionnaires de la Compagnie de Jesus;* París, 1780 y 1783, veintiseis volúmenes, en 12.° Las relaciones de los diferentes países estaban situadas confusamente. El P. de Querbeuf las dividió por comarcas y ordenó las cartas que se referian á la misma mision y al mismo pais. Divídese esta obra en cuatro partes distintas: Levante, América, India y China, con los reinos adyacentes. A la cabeza de cada una se lee un prefacio, y toda la edicion está enriquecida con memorias inéditas, nuevas cartas y notas del erudito P. Brotier.—3.° *OEuvres de Fenelon;* 1787 y 1789, nueve volúmenes en 4.° El clero de Francia que mandó hacer esta edicion, la confió al abate Galard, pero gastaba tanta lentitud que fué necesario pensar en reemplazarle,

y le sustituyó el P. Querbeuf. El abate Galard no habia preparado sino muy escasos materiales, y el P. Querbeuf, cuyas ocupaciones eran multiplicadas, no podia consagrar á este trabajo los cuidados necesarios. Se percibió que no habia reunido los manuscritos y las diferentes ediciones, y que dejaba correr errores que debian desaparecer en la nueva publicacion de las obras del ilustre arzobispo de Cambray.—4.° *Sermons du P. Charles Frey de Neuville;* Paris, 1776, ocho volúmenes en 12.° Fué ayudado en las tareas de esta edicion por el P. Mars, su antiguo compañero.—5.° *Observations sur le Contrat social du J. J. Rousseau.*—6.° *Les Psaumes et Isaie, traduits en français, avec des notes et des reflexions morales, par le P. Berthier.* La última de estas obras fué publicada con bastante descuido, pues las faltas y equivocaciones son numerosas. En una edicion posterior se han corregido los defectos en que incurrió el P. Querbeuf y se le ha dado á la obra el título que le corresponde, que es el de *OEuvres Spirituelles*, del P. Berthier. Lo que hacia más recomendable al P. Querbeuf era su sólida piedad, su modestia y su sencillez. Era tio del abate Legris-Duval.—C. de C.

QUEREBURGO (Fr. Claudio), de la órden de Menores Capuchinos, fué notable por su ardiente caridad, y el esmero con que arriesgando su vida se dedicó á la asistencia de los enfermos. Antes de pronunciar los votos solemnes, dió claras pruebas de lo que acabamos de decir en el convento de esta Orden en Roan, asistiendo á los religiosos que diezmaba una asoladora peste. Cumplido el año de su noviciado y admitido á la profesion, se le señaló en compañía de otro religioso para el mismo cuidado de los enfermos en ocasion de otra peste, y en este piadoso ejercicio perdió generosamente su vida, que siempre dedicó á la salud de sus hermanos.—G. P.

QUEREMON (S.), obispo y mártir. Este bienaventurado, al que algunos llaman tambien Cremonio ó Ceremonio, fué obispo de Nicópolis. Proclamada la ley de exterminio de los cristianos, decretada por el bárbaro emperador Decio, este Obispo huyó con muchos de sus feligreses al desierto á fin de librarse de tan feroz persecucion, y poder seguir en las prácticas religiosas, á que estaban dedicados. Empero, como por mucho y léjos que se huya del peligro, no puede ménos de darse con él cuando Dios no nos liberta, el santo obispo y sus compañeros, destinados á confesar al Señor y morir por su causa, encontraron la corona del martirio en las soledades á que se habian retirado, siendo unos víctimas de las fieras, otros del hambre y de la fatiga, y otros, entre ellos el santo prelado, de los bárbaros gentiles, que los martirizaron. Se ignoran las fechas del nacimiento y muerte de este Santo, al que recuerda la Iglesia el dia 22 de Diciembre.—C.

QUERENGHI (Antonio), poeta italiano y latino, nació en Pádua en 1546.

Tenia un talento precoz: á la edad de catorce años explicaba ya los pasajes más difíciles y oscuros de los autores griegos y latinos, y poseia muchos idiomas modernos. El mismo éxito alcanzó en las ciencias, y ántes de llegar á los veinticinco años sabia la filosofía, la jurisprudencia y la teología, y adquirió gran reputacion como poeta. Su aptitud para los negocios le hizo ser llamado por la corte de Roma, donde tomó las órdenes y fué secretario del Sacro Colegio durante la vida de cinco papas, que le confiaron varias misiones importantes cerca de las córtes de España, Francia, Venecia y otras. Enrique VI quiso atraerle á su lado; pero Querenghi prefirió permanecer unido á la Santa Sede. Clemente VIII le hizo canónigo de Pádua y Paulo V le llamó á Roma, le nombró su camarero secreto, refrendatario de una y otra asignatura y prelado ordinario. Gregorio XV y Urbano VIII le conservaron en los mismos cargos. Querenghi murió en Roma el 1.° de Setiembre de 1633, en la avanzada edad de ochenta y siete años. Dejó unas *Poesías latinas;* Roma, 1629, en 8.°; y otras *italianas;* Roma, 1616, en 8.° La mayor parte de estas son sobre asuntos sagrados, y muy notables por la facilidad y pureza del lenguaje. Estas mismas cualidades distinguen sus poesías latinas, que estan escritas con más expresion y calor que las primeras, como compuestas en una lengua á la que Querenghi estaba más particularmente dedicado. Tambien se encuentran de él muchas y muy felices imitaciones de Horacio.— C. de C.

QUERENGHI (Flavio), canónigo, sobrino del conocido poeta italiano Antonio Querenghi, nació en Pádua en 1580. Comenzó sus estudios en su patria, y los continuó en Roma, Parma y Perusa. Gregorio XV le llamó á su lado y le nombró su camarero de honor. Más tarde fué Querenghi elegido obispo de Veglia; pero prefirió á esta dignidad su modesto canonicato de Pádua. Siendo sobresaliente por sus conocimientos en la filosofía y la moral, mereció que el senado de Venecia le ofreciese una cátedra, que aceptó gustoso en 1624. Dos años despues, y desempeñando todavía este cargo, murió en aquella ciudad. Habia publicado las siguientes obras: 1.ª *Epitome institutionum moralium.*— 2.ª *De genere dicendi philosophorum.*— 3.ª *Introductio in philosophiam moralem Aristotelis.* Esta filosofía era el objeto principal de sus lecciones, y su explicacion el instituto de la cátedra que desempeñaba.— 4.ª *De honore libri quinque.*— 5.ª *De consiliariis principum.*— 6.ª *Alchimia della passione dell' anima.*— 7.ª *Raggionamento à nome delle studio di Padova ad Ottaviano Bona, podesta.*— 8.ª *Discorsi vari, curiosi ed eruditi.* Por su testamento Flavio Querenghi dividió su biblioteca entre los dominicos de Pádua y los religiosos de una cartuja vecina á esta ciudad, en cuyo monasterio habia elegido sepultura. Le ligaba estrecha amistad con Francisco Reemond, jesuita, que le dedicó muchos epígramas, en los que

este Padre, excelente poeta, elogiaba su buen gusto para la poesía y sus profundos conocimientos en jurisprudencia.—C. de C.

QUERI (Fr. Alejandro), sacerdote de la Orden de Menores de S. Francisco y definidor de la provincia de Turín, fué de una austeridad ejemplar, tanto en el vestido como en la comida. Un pobre hábito, único abrigo que usaba, y el indispensable alimento para poder soportar sus rigorosos ayunos, bastaban para cubrir sus necesidades. El ocio era para él la cosa más aborrecible, y nunca se vieron sus manos desocupadas, ya de los instrumentos de labranza, pues se dedicaba mucho al cultivo de la huerta, ya de la aguja, con que remediaba la vejez de su hábito. Tal opinion tenian de su virtud los que le conocian, que escuchaban sus palabras como profecías y consejos del cielo, especialmente siendo guardian del convento de su Orden en Fosau, y por último murió ejemplarmente, como habia vivido, en el convento de Turín.—G. P.

QUERIERES. Era un proponente protestante, que se convirtió al catolicismo por los años de 1614.— C. de C.

QUERIOLET (Pedro de), cuyo verdadero nombre era Desforges, en breton *Govello* ó *Gouvello*, nació el 14 de Julio de 1602 en Auray, en Bretaña (hoy del departamento de Morbiban). Tuvo por padre á un consejero del Parlamento, que le dió una educacion religiosa de que se aprovechó poco. El libertinaje á que se entregó le condujo á otros crímenes. Habia estudiado jurisprudencia y se hallaba de vuelta con su familia, cuando un considerable robo que hizo á su padre le obligó á abandonar su casa. Disipado muy en breve el caudal que habia tomado, recurrió á toda especie de medios para procurarse dinero. Muy diestro en el manejo de la espada, provocaba á cada instante los duelos, haciendo numerosas víctimas. Despues de haber vagado por muchos países, sin otros medios de subsistencia que el ser caballero de industria, llegó á su noticia la muerte de su padre. Quierolet se dirigió entónces á Rennes, y obtuvo el cargo de consejero en el Parlamento de aquella ciudad; mas este empleo honorífico, no tan solo no fué bastante á hacerle más moderado, sino que desde entónces se hizo más impío y corrompido. Sin embargo, parece que Dios queria agotar en su favor todos los recursos de su misericordia, á fin de atraerle á sí. Un rayo abrasó cierto dia parte de la cama en que estaba acostado, y otra vez derribó el caballo que montaba. Su corrupcion iba tan léjos, que entraba en sus más lisonjeros proyectos poder seducir á las religiosas. En fin, cierta especie de vision, que duró cinco ó seis horas, y durante la que se creyó transportado al infierno, produjo en su espíritu profunda impresion. Dió desde luego muestras de convertirse, y se retiró á una cartuja para hacer penitencia; mas duraron poco tan excelentes disposiciones, y volvió á lanzarse al vicio, con-

tinuando su vida de crápula y blasfemando por costumbre. En medio de sus deplorables extravíos habia tan solo conservado un recuerdo de devocion á la Vírgen Santísima, y por una contradiccion inexplicable, en el mismo momento que blasfemaba del nombre de Dios invocaba el de su Madre. Así más tarde, cuando se verificó su verdadera conversion, la atribuyó á la intercesion poderosa de la Vírgen. Tuvo lugar al fin en Loudun, donde se hallaba con el objeto de corromper á una señorita hugonota, siendo uno de los medios que se proponia realizar para alcanzarlo abjurar el catolicismo. Mas ántes de llevar á cabo esta resolucion, quiso ser testigo de una ceremonia que le causó la más terrible impresion, que fué los exorcismos de unas jóvenes poseidas del espíritu maligno. Entónces la luz hirió su espíritu, y se resolvió desde el momento á vivir como cristiano. Despues de haber enajenado su empleo de consejero, hizo un viaje á nuestra Señora del Buen Consejo, en Rennes, y allí se afirmó más y más en su buen propósito. Sometióse gustoso á muchas pruebas, y siguiendo los consejos de su confesor, se decidió á tomar las órdenes sagradas. Queriolet fué, pues, ordenado de presbítero el 28 de Marzo de 1637. Desde aquel momento su vida fué una série continua de mortificaciones. Sería muy largo y enojoso detallar aquí todos los géneros de privaciones que se impuso, su afan en maltratar su cuerpo y los actos de rigorosa penitencia que practicó hasta el dia de su muerte. Consagró toda su fortuna al alivio de los pobres, y visitaba de continuo los hospicios y las prisiones. Tanto como habia escandalizado en sus primeros años, tanto edificó en los postreros. Su muerte, que fué la de un santo, ocurrió en 8 de Octubre de 1660. Muchos hombres alcanzaron mercedes del cielo visitando su sepulcro. Su vida fué escrita con este epígrafe : *Le gran pecheur converti, représenté dans deux etats de la vie de M. de Queriolet, prêtre, conseiller au parlament de Rennes, par le P. Dominique de Sainte Catherine, religieux Carme de la province de Touraine et observance de Rennes;* tercera edicion, revisada, corregida y aumentada; París, 1671, en 12.° Se encuentra tembien en las *Vies, gestes, morts et miracles des Saintes de la Bretagne-Armorique*, por Alberto Legrand.—C. de C.

QUERK (Ignacio). Este jesuita, nacido en Austria, consagró su vida á la instruccion del pueblo, sobre todo al del campo, y fué mirado por grandes y pequeños como el tipo de los varones apostólicos. Anciano y enfermo, se retiró á la casa de Santa Ana, donde estaba el noviciado de los jesuitas de Viena, y exhortaba á los jóvenes que le asistian en su enfermedad, á proveerse de las virtudes de firmeza y resistencia; pues estaba muy cercano el tiempo en que les serían muy necesarias, repitiéndoles muchas veces: *Advenient tempora magnæ tribulationis, quibus absque solida virtute sucumbetis Gandetitis. Si quis vobis micas de mensa suppeditaverit; sanguis à capi-*

tibus vestris defluet; prediccion cumplida en lo tocante á la sociedad y en lo tocante al clero en general. Murió Querk en 1743 cuando contaba ya ochenta y cuatro años de edad.—C. de C.

QUEROL (Fr. Arnaldo de). El apellido de este religioso mercenario suele escribirse *Querolio ó Carol* como se ve en una escritura de 12 de las kalendas de Octubre de 1381. Parece perteneció á muy noble familia; pues los Queroles son citados con honor en las escrituras catalanas, como Berenguera de Querol, á quien el rey Pedro III de Aragon devolvió en 1200 varios castillos, Raimundo de Querol que se distinguió en la conquista de Valencia, y otros muchos.—C. de C.

QUERON (María). Fué uno de los seiscientos protestantes de Caen (Francia), convertidos por los años de 1630 por el abate Veron, que los convenció de sus errores con los testimonios de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres de la Iglesia.—C. de C.

QUERQUEIRA (P. Luis), ilustrísimo obispo del Japon. Fué digno de elogio por sus virtudes, y por lo mucho que protegió á los insignes mártires que ganaron, sacrificando sus virtudes en honor de la fe católica, la gloria eterna.—O. y O.

QUERUBIN DE MEURIANA (Padre Fr.), de la órden de San Francisco; otro de los famosos predicadores de la provincia de Saboya; varon de admirable mansedumbre, de ingenio feliz y adornado de excelentes dotes. Ocupaba su ánimo, dice la crónica, especialmente un celo de la fe católica tan fervoroso, que cuando el rey Enrique IV, no habiendo renunciado sus errores heréticos, aspiraba al reino de Francia, predicó un dia públicamente contra él, y menospreciando con invicta constancia cuantos peligros amenazaban á su libertad, persuadió á la gente que no le admitiese por rey, ni le diese la obediencia que pretendia. «En Ginebra trabajó mucho por la conversion de los herejes, instruyéndoles particularmente durante la cuaresma. Así los redujo á la fe de Cristo, y alcanzando de la Sede Apostólica un jubileo general por espacio de tres meses, continuó su predicacion teniendo muchas pláticas familiares. Fué autor y causa de que se fundára en Tonon la casa de la Virgen Santísima, erigida en instituto para convertir herejes. Despues de innumerables y pios trabajos con que sirvió no solo á la Orden, sino á la religion, defendiendo la fe y propagándola, murió en el convento de Turin, y subió á recibir el premio que merecian sus trabajos.—O. y O.

QUESADA (D. Fernando de). Fué hijo de D. Gomez de Quesada, y descendiente de la casa de Garciez. Sus relevantes prendas y especiales talentos le franquearon los más honoríficos puestos en la carrera de la Iglesia. En Sevilla, su patria, obtuvo una canongía en la catedral, el arcedianato de Niebla, y varias veces el importante cargo de provisor. En aquella iglesia

fundó y dotó algunas fiestas y memorias ilustres. Consagrado obispo de Cádiz, se enajenó el amor de sus diocesanos por su prudencia, piedad y apostólico celo. Ocupó esta sede desde 1657 hasta 1662 en que ocurrió su muerte. —C. de C.

QUESADA (V. Florencio José de Blas y). Este presbítero, teniente de cura del Sagrario en la catedral de Sevilla, y luego cura de Santa María la Blanca, en la misma ciudad, murió repentinamente en la noche del 1.° á 2 de Febrero de 1754 en opinion de varon justo. Predicó en sus exequias, costeadas por la congregacion de San Millan de la Cogulla en el dia 1.° de Mayo del referido año, el Dr. D. Antonio Urbano de Cárdenas, cuyo sermon se imprimió en Sevilla. El tema es: *In mortuum produc lacrymas, fac luctum secundum meritum ejus*, tomado del Eclesiástico, 38, 16; y fundado en él, es su idea hablando á la expresada Congregacion, decirla que debe llorar: «Lo primero, haber perdido un varon cuya vida heróica nos servia de ejemplo. Lo segundo, porque sus beneficios y favores (á la Congregacion) deben encontrar en nuestras lágrimas las gratitudes; pues su virtuosa vida nos mueve á compasivas lágrimas.» En la misma oracion fúnebre se encuentran los datos biográficos del V. Florencio. Nació el 23 de Febrero de 1690, y desde sus primeros años observó la práctica de una vida ajustada y modesta segun el ejemplo de sus virtuosos padres. Estudió la filosofía y la teología, y se señaló por su aplicacion en el colegio de Santo Tomás. Despreciando los consejos de muchos amigos y parientes, abrazó el estado eclesiástico, y fueron los principales objetos de su acendrada devocion el Santísimo Sacramento y la Inmaculada Concepcion de la Virgen. Su caridad era extremada, llevando al extremo su modestia de valerse de manos ajenas para repartir sus limosnas. En 1744 ingresó en la hermandad de San Millan, en la que fundó una obra pia para beneficio de sus hermanos difuntos. El 6 de Junio de 1754 decia el V. dean D. Luis Ignacio Chacon, en un escrito, las siguientes palabras, que resumen la opinion pública sobre el piadoso sacerdote Florencio Quesada: «Por sus excelentes virtudes, juzgamos piadosamente era amado de Dios el que siempre lo fué de todos en esta metrópoli por su dulce trato, ajustada vida, liberalidad misericordiosa, é incansable aplicacion á los ministerios del sacerdocio, principalmente al confesonario.» —C. de C.

QUESADA (Fr. Fulgencio de). En el último tercio del siglo XIII floreció este religioso mercenario. El año 1282 era redentor de la provincia de Castilla, como consta de la *Crónica de la Merced* de Fr. Fernando de Vargas. Tambien le mencionan Fr. Alfonso Ramon, en su *Historia general de la Merced*, y Fr. Pedro de Quesada, el cual nos instruye que fué redentor en Granada, y que habiendo tomado el hábito de caballero lego, se ordenó

despues de sacerdote. Su familia era de calificada nobleza, y muchos de su apellido figuran honoríficamente en las historias particulares de las órdenes de caballería españolas. — C. de C.

QUESADA (D. Juan García de). Este doctor, uno de los más célebres teólogos de España, nació á principios del siglo XVII en la villa de Villaconejos, no léjos de Toledo, de familia ilustre y virtuosa. Dedicado desde sus primeros años á la carrera eclesiástica, á la que le llamaba su sólida piedad, pasó á Alcalá, donde hizo con singular aplicacion sus estudios, llegando á ser sucesivamente en aquella celebrada universidad colegial teólogo, catedrático de artes, y primero en licencias entre gran número de graduandos. Fué nombrado cura párroco de la villa de Tarancon, en el arzobispado de Toledo, donde se hizo amar y respetar de sus feligreses por las esclarecidas virtudes con que el cielo le dotára. El 18 de Octubre de 1626 tuvo entrada en el colegio de S. Bartolomé de Salamanca, llamado *el Viejo*. Obtuvo allí en el año siguiente la cátedra de artes por el Consejo Supremo de Castilla. En 1629 recibió la investidura de licenciado en teología, y en 1633 fué nombrado canónigo de la magistral de S. Justo y Pastor de Alcalá de Henares. En aquella universidad recibió la borla de doctor en teología, y obtuvo la cátedra de vísperas de primera oposicion, y luego por el consejo la de prima de Escoto. Lleno de merecimientos y querido de todos los que le conocian, murió en Alcalá en 1645. — C. de C.

QUESNE (Enrique, Marqués de). Era hijo del célebre marino Abraham Duquesne, que entre otras grandes empresas obligó á Argel y á Génova á implorar la clemencia de Luis XIV, y que tanto se distinguió por su valor y habilidad en la guerra marítima. A la edad de setenta y un años murió en Ginebra en el de 1722. Se le debe un libro notable, que lleva por título: *Reflexions anciennes et nouvelles sur l' Eucharistie*, 1718, en 4.°, del que los protestantes se ocupan mucho, puesto que en él se habla de todos los errores de su secta sobre este augusto misterio de los cristianos. — C. de C.

QUESNE (Nicolás du), protestante, diácono y anciano de la iglesia Walona de Montfort, cerca de la ciudad de Utrech. El dia 26 de Mayo de 1709 hizo su solemne abjuracion, como igualmente su esposa y sus hijos, en manos del piadoso abate de Saint-Aignau. — C. de C.

QUESNEL (Pasquier). Nació en París el 15 de Julio de 1634 de una familia honrada. Hizo con aplicacion y aprovechamiento sus estudios de teología en la Sorbona, y apénas terminados, ingresó en la congregacion del Oratorio en 1657. Consagrado enteramente al estudio de la Escritura y de los Santos Padres, compuso muy en breve libros piadosos, que le conquistaron á la temprana edad de veintiocho años el cargo de primer director de la instruccion en París, y para el uso de los jóvenes educandos que estaban

á su cuidado, sus *Reflexiones morales*, que no eran otra cosa que algunos pensamientos sobre las más bellas máximas del Evangelio. Habiéndole agradado sobre manera este ensayo al marqués de Laigne, le elogió cumplidamente á Félix Vialart, obispo de Chalons-sur-Marne, que resolvió adoptarle en su diócesis; y Quesnel, lisonjeado con este voto, aumentó considerablemente su libro, que vió la luz pública en París, en 1671, con licencia del obispo de Chalons y la aprobacion de los doctores. A la sazon se ocupaba Quesnel de una nueva edicion de las obras de S. Leon, papa, sirviéndose de un antiguo manuscrito traido de Venecia, que habia pertenecido al cardenal de Grimani, y que apareció en París en 1675, en dos volúmenes en 4.°, fué reimpresa en Lion en 1700, en fólio; y en Roma, en tres volúmenes en fólio, con aumentos y correcciones. A pesar de los elogios que la tributa Mr. Dupin, no parece sino que el objeto de Quesnel fué atacar las prerogativas de la Santa Sede, tomándose un trabajo inútil para probar que S. Leon es el autor de la *Carta á Demetriade*, y del libro de la *Vocacion de los gentiles*. El reposo que hasta entónces gozára Quesnel fué turbado poco tiempo despues. El arzobispo de París, M. de Harlay, instruido de su adhesion á los nuevos discípulos de S. Agustin, y de su oposicion á la bula de Alejandro VII, le obligó á abandonar la capital y retirarse á Orleans en 1681; más no permaneció allí largo tiempo. Se habia acordado en el capítulo general del Oratorio, celebrado en París en 1678, observar un *Formulario de doctrina*, que prohibia á todos los indivíduos de la Congregacion enseñar el jansenismo y cualquiera opinion nueva en materias filosóficas de las que entónces se debatian, porque no estaban todavía bien esclarecidas. En la asamblea ó reunion de 1684 era indispensable, ó abandonar la Congregacion ó firmar el *Formulario*. Algunos miembros creyeron deber ausentarse, y Quesnel fué del número de éstos. Retiróse, pues, á los Países Bajos en 1685, y allí se consoló de sus penas con la compañía de Mr. Arnauld, de Bruselas. De entónces data la importancia que Quesnel adquirió. Dotado de singular talento para escribir fácilmente con uncion y elegancia, gozando de una salud robusta que ni el estudio, ni los viajes, ni los trabajos morales alteraron jamás; y hábil en la difícil tarea de dirigir las conciencias, ningun otro era más á propósito para reemplazar á Arnauld, cuyos últimos suspiros habia recogido. Cierto autor pretende: «Que al morir Arnauld le habia designado por jefe de un partido desgraciado. En efecto, los jansenistas, á la muerte de su *Papa*, de su *Padre-Abad*, tomaron por jefe á Quesnel. El ex-oratoriano, menospreciando títulos tan fastuosos, no usó otro que el de P. Prior, y eligió por su retiro á Bruselas, donde el sabio benedictino Gerberon, un sacerdote llamado Brigote, y otras tres ó cuatro personas de confianza formaban su sociedad. Como digno jefe de partido

ponia en movimiento cuantos resortes estaban á su alcance para robustecerle, ya sosteniendo el valor de los elegidos perseguidos, ya conservando los antiguos amigos y protectores, ó buscando otros nuevos; ya neutralizando á los poderosos que no podia atraerse; ya, en fin, sosteniendo ocultamente correspondencias con los claustros, con el clero, con los parlamentos y con muchas cortes europeas. Tuvo la gloria de tratar con Roma por medio de embajador, pues envió allí á Hennebel, como *encargado de los negocios de los jansenistas*. Habia éste formado un fondo de limosnas, que le puso en estado de figurar dignamente algun tiempo, y aparecer de igual á igual con los enviados de las testas coronadas; pero á medida que la caridad disminuia, disminuia su tren y su boato. Hennebel hubo de volver en fin de Roma á los Países Bajos, como un verdadero peregrino mendicante. Esto desesperó á Quesnel; pero reducido él mismo, como estaba, á vivir de limosna, ¿cómo le seria posible proveer al lujo de sus representantes? Hallándose en Bruselas terminó sus *Reflexions morales sur les actes et les Epîtres des apôtres*, que añadió á las *Reflexions sur les quatre Evangiles*, á las que dió más extension, y así completa la obra, apareció en 1693. El cardenal de Noailles, á la sazon obispo de Chalons, sucesor de Violart, invitó por un edicto en 1695 á su pueblo y á su clero á que la leyese, y la propuso á los fieles como el *pan de los fuertes y la leche de los débiles*. Los jesuitas, viendo se multiplicaban las ediciones de este libro, denunciaron en él un veneno oculto, y dieron la señal de guerra en 1696. Noailles, promovido á arzobispo de París, publicó una instruccion pastoral sobre la *Predestinacion*, que dió ocasion al *Problema eclesiástico*. Este folleto se referia casi exclusivamente á las *Reflexiones morales*, y motivó el exámen de este libro. El cardenal Noailles convino en que la crítica era fundada, y mandó hacer correcciones; y la obra así purgada apareció en París en 1696. Descubierto por Felipe V el retiro de Quesnel en Bruselas, dió órden de arrestarle, lo que hizo ejecutar el arzobispo de Malinas, Humberto de Precipiano, encontrándole en el refugio de Foret, oculto tras un tonel. «Como se le reconocia dificilmente, dice el abate Berault, por el traje secular que llevaba, se le preguntó si no era el P. Quesnel, y respondió con sencillez, que se llamaba de Rebecq. De Fresnes, de Rebecq, el P. Prior, eran otros tantos nombres de guerra que él usaba como piadosos recursos para evitar las restricciones mentales y el abominable equívoco.» No se dejó, pues, de prender á Rebecq, y conducirle á las prisiones del arzobispado, de donde fué sacado por un acaso inesperado el 13 de Setiembre de 1703. Su libertad fué obra de un noble español, reducido á la miseria, que lleno de esperanza de encontrar la piedra filosofal, taladró los muros de su prision, y rompió sus cadenas. El preso habia dejado en su casa sus papeles y los que habian

pertenecido á Arnauld; y el jesuita Le Tellier hizo de ellos algunos extractos que Mma. Maintenon solia leer por las noches á Luis XIV durante los últimos años de su vida. El Rey encontraba nuevos motivos para no arrepentirse de los esfuerzos que habia hecho para abatir esta secta naciente. Restituido Quesnel á la libertad, huyó á Holanda, de donde dirigió muchos folletos contra el arzobispo de Malinas, uno de los más sábios y más celosos prelados que tenia entónces la Iglesia católica. Sin embargo, desde el 15 de Octubre de este año, Floresta de Colonia, obispo de Apt, proscribió las *Reflexions morales*, y el año siguiente denunció al autor al público como herético y como sedicioso. Era efectivamente lo uno y lo otro. El P. Quesnel se defendió; pero sus apologías no impidieron que sus *Reflexiones morales* fuesen condenadas por un decreto de Clemente XI en 1708, suprimidas por un acuerdo del Consejo en 1711, proscriptas por el cardenal de Noailles en 1713, y en fin solemnemente anatematizadas por la constitucion *Unigénitus*, publicada en Roma el 8 de Setiembre del mismo año, á instancias de Luis XIV. Esta bula fué aceptada, el 25 de Enero de 1714, por los obispos reunidos en París, registrada en la Sorbona el 5 de Marzo, y recibida desde luego por el episcopado, á excepcion de algunos prelados franceses que apelaron al futuro Concilio. De este número era el cardenal de Noailles, que en adelante abandonó su partido con escándalo. Quesnel sobrevivió poco á estos acontecimientos. Despues de haber empleado su vejez en formar en Amsterdam algunas iglesias jansenistas, murió en esta ciudad en 1719 á los ochenta y cinco años. El modo de explicarse en sus últimos momentos, es muy notable, pues declaró en una profesion de fe: «que queria morir como habia vivido siempre, esto es, en el seno de la Iglesia católica; que creia todas las verdades que ella enseña, y que condenaba todos los errores que ella condenaba; que reconocia al Sumo Pontífice por primer vicario de Jesucristo, y á la silla apostólica por centro de unidad.» Durante el curso de la misma enfermedad, recordó á una persona que estaba cerca de él las acusaciones que le habian suscitado en Lovaina tocante á sus costumbres, y aseguró eran infundadas. Algun tiempo ántes, habiéndole pedido su sobrino Pinson consejo sobre el partido que deberia tomar en las cuestiones que tanto le habian ocupado, le recomendó se atuviese á lo acordado por la Iglesia: «Las maneras ultrajantes de los jesuitas me han empeñado en sostener obstinadamente lo que he sostenido hasta hoy.» Este detalle se halla en una carta de Mr. Pinson, escultor, á Mr. Poucet de la Riviere, obispo de Angers. Han quedado de Quesnel: 1.° *Lettres contre les nudités adressées aux religieuses qui ont soin de l'éducation des filles;* en 12.°, 1686.—2.° *L'idée du sacerdoce et du sacrifice de Jesus-Christ*, cuya segunda parte es del P. Gondran, décimo superior general del Oratorio. Existen muchas ediciones de esta obra, que es en 12.°—

5.° *Les trois consécrations, la consécration baptismale, la consécration sacerdotale, et la consécration religieuse*; en 12.° Suele estar unida á la obra precedente.—4.° *Elévations à Notre-Seigneur Jesus-Christ sur sa passion et sa mort*, en 16.°—5.° *Jesus penitent*, en 18.°—6.° *Du bonheur de la mort chrétienne*, en 12.°—7.° *Prières chrétiennes, avec des pratiques de piété*; dos volúmenes en 12.°—8.° *Office de Jesus, avec des reflexions*; en 12.°—9.° *Prières á Notre-Seigneur Jesus-Christ, au nom des jeunes gens et de ceux qui desirent de lire la parole de Dieu, et sourtout l'Evangile*; folleto en 12.°—10.° *Eloge historique de Mr. Desmahis*, canónigo de Orleans, inserto á la cabeza de *Verité de la Religion catholique*, de este canónigo. Todas estas obras han sido reimpresas muchas veces.—11. *Recueil des Lettres spirituelles sur divers sujets de morale et de piété*; en 12.°, tres volúmenes, Paris, 1721.—12. *Tradition de l'Eglise romaine sur la prédestination des saints et sur la grace efficace*; Colonia, 1687, cuatro volúmenes en 12.°, bajo el nombre del Sr. Germain, doctor en teología. La materia está tratada conforme á las máximas adoptadas por el autor.—13. *La discipline de l'Eglise, tirée du Nouveau Testament et de quelques anciens conciles*; dos volúmenes en 4.°, Lion, 1689. Esta no es más que unas memorias imperfectas, resultado de conferencias sobre la disciplina que sus superiores le habian empeñado hiciese.—14. *Causa Arnaldina*; en 8.°, 1699, en Holanda. Se ve en esta obra todo cuanto el espíritu de partido puede inspirar de ardor para la defensa del jefe. La insertó en parte en (15.) la *Justificacion de Mr. Arnauld*; 1702, tres volúmenes en 12.°—16. *Entretiens sur le decrete de Rome contre le Nouveau Testament de Chalons, accompagnés de reflexions morales, sept Mémoires*; siete volúmenes en 12.°, para servir al exámen de la constitucion *Unigénitus*. Además escribió otras muchas obras sobre las cuestiones en que estaba empeñado, y de las que es inútil presentar el catálogo, despues que la secta de que fué el corifeo hubo profesado abiertamente el deismo y el ateismo, como se vió cuando tuvo lugar la terrible revolucion de 1789.—C. de C.

QUESNEL (Pedro), por sobrenombre *Bernard*; murió en la Haya por los años 1774, cuando contaba setenta y cinco de edad. Es conocido en la república literaria por muchas obras, y especialmente por *l'Histoire de la Compagnie de Jesus*; cuyos cuatro primeros volúmenes fueron impresos en Utrech en 1741. Este escritor, que tres meses ántes de su muerte habia dado cima á esta historia, á la que habia consagrado la mayor parte de su vida, se decidió pocos momentos ántes de dar el último suspiro á entregarla á las llamas, siguiendo la persuasion de ciertas personas que le mostraron esta extraña resolucion como un caso de conciencia. El total de la obra constaba de veinte volúmenes en 12.°—C. de C.

QUETIF (Jacobo). Nació en París el 6 de Agosto de 1618; tomó el hábito

de Sto. Domingo; fué bibliotecario del convento de Dominicos de la calle de S. Honorato, y murió el 2 de Marzo de 1698, á los ochenta años. Dejó publicado: 1.° *Edicion de opúsculos y cartas* de Pedro Morin.—2.° *Nueva edicion del Concilio de Trento*; en 12.°—3.° *Nueva edicion de la Suma de Santo Tomás*; tres volúmenes en fólio.—4.° *Lettres de Savonarola, et sa vie*; por Juan Francisco Pico de la Mirándula. Preparaba además una Biblioteca de autores de su Orden, la que fué terminada por su hermano el P. Echard. Todas sus producciones son pruebas ventajosas de su erudicion. Su virtud corria parejas con su saber, y su saber era muy extenso.—C. de C.

QUEUX (Claudio), capellan de S. Ives en París, murió en 1718. Ha dado á luz las traducciones de muchos tratados de S. Agustin y de S. Próspero, sobre la gracia y sobre el escaso número de los elegidos. Además ha compuesto: 1.° *Les dignes fruits de la penitence;* 1742, en 12.°—2.° *Le Chrétien fidele à sa vocation;* 1748 y 1761, en 12.°—3.° *Le Verbe incarné;* 1759, en 12.°—4.° *Tableau d'un vrai chrétien;* 1748, en 12.°—5.° *Mémoire justificatif de l'Exposition de la doctrine chrétienne;* de Mesengui, 1763, en 12.°—6.° *Mémoire abregé sur la vie et les ouvrages*, del mismo Mesengui, en el año 1763, en 12.°—7.° *Traité du petit nombre des elus*, de Foggini, traducido del latin. Trabajó tambien con el abate Le Roi, ex-oratoriano, en una edicion de la *Historia de las variaciones* de Bossuet, cinco volúmenes en 12.°, 1772, con la *Defensa de las advertencias á los protestantes*, etc.; pero lo que le ha hecho más conocido es el *prospecto* de la nueva edicion de las *Obras* de aquel prelado, que cedió despues á Dom Deforis y otros benedictinos; la que fué proscripta por el clero de Francia, pues habia sido emprendida precisamente para corromper los escritos de aquel hombre eminente, y hacer sospechosa su fe. Con referencia al abate Le Queux se refiere la anécdota siguiente, que ha publicado uno de sus biógrafos. « Mr. Riballiers, síndico de la facultad de París, hablando al abate Le Queux de la pequeña obra que Bossuet habia compuesto sobre el formulario de Alejandro VII, le dijo que *seguramente habia debido encontrarla entre sus manuscritos*. El abate le respondió: *Que efectivamente la habia encontrado, pero que la arrojó al fuego*. Mr. Riballiers, con este motivo, le reconvino ágriamente.—C. de C.

QUEVE (La), ministro protestante, que se convirtió al catolicismo en el año 1617, abjurando en manos del arzobispo de París la religion reformada, en la que ocupaba una alta posicion.—C. de C.

QUEVEDO (D. Fr. Juan), primero de este nombre en el catálogo de los obispos de Panamá, religioso de la órden de S. Francisco. Fué natural de Bejori, lugar de las montañas de Burgos, é hijo de Juan Gonzalez de Quevedo y de Doña Magdalena de Villegas. Pedro Martin, en su segunda década, dice que le consagró el santísimo Leon X. Pasó á su residencia y volvió á

España, y tuvo muchos discípulos como el religioso de Sto. Domingo Fray Bartolomé de las Casas. Al primer indio que bautizó le dió el nombre de Cárlos en memoria del emperador. Murió este prelado en Barcelona.—O. y O.

QUEVEDO (Muy Rdo. P. Fr. Juan de), hijo de la provincia de Castilla, lector jubilado en el convento de Araceli de Roma; adonde fué de este colegio, en el que obtuvo una beca supernumeraria, por procurador y agente de las causas del V. cardenal Cisneros y de la V. madre Sor Juana de la Cruz. Allí le eligió por secretario suyo el muy Rdo. P. Procurador general de la religion; vuelto á esta su provincia, fué archivero general de la Orden en el convento de Madrid y definidor secretario general de la misma, ministro provincial de esta provincia, y murió siendo segunda vez guardian del convento de S. Francisco de Madrid con universal sentimiento.—O. y O.

QUEVEDO (Excmo. Sr. D. Pedro de). La muy antigua iglesia de Orense, en Galicia, célebre en las historias eclesiásticas desde los primeros tiempos, por la conversion de los suevos al catolicismo, por las reliquias y milagros de S. Martin de Tours, y ordenacion en ella de S. Martin Dumiense, lo es no ménos por los insignes prelados que la rigieron, y que se hicieron famosos en virtud y ciencia. Dos habian ya ceñido el rojo capelo de los cardenales: D. Lorenzo, que floreció en el siglo XIII, y fué llamado *la regla del derecho*, y D. Francisco Blanco (*el blanco de los obispos* como se le apellidaba), que en el Concilio de Trento, cuando se temia por la vida de Pio IV, se le designaba como probable sucesor. Mas fué tal el esplendor de santidad con que hizo D. Pedro Quevedo y Quintano brillar la sede auriense, que parece entibió la gloriosa memoria de sus predecesores. La época más fecunda en sucesos notables, que coincidió con su luengo pontificado, contribuyó á darle el alto renombre que dos siglos respetaron, y que á no dudar respetarán los venideros. D. Pedro Quevedo y Quintano era de ilustre estirpe; su padre fué D. José Quevedo y Camero, caballero del hábito de Santiago, militar distinguido y gobernador de Jerez de los Caballeros, y su madre Doña Juana Quintano y Vargas-Machuca, descendiente del célebre Garci-Perez de Vargas, y que se hizo notar de sus contemporáneos por su instruccion poco comun y su inagotable caridad. D. Pedro de Quevedo, que era el tercero de sus hermanos, nació en Villanueva del Fresno, Extremadura, el 12 de Enero de 1736. Por voluntad de su ilustrada madre marchó en edad temprana á Granada, donde dió feliz comienzo á sus estudios en el colegio de S. Bartolomé y Santiago, que estaba al cuidado de los jesuitas. Allí permaneció seis años, durante los que estudió la filosofía peripatética y teología escolástica, por el método que estaba en uso de escribir en el aula lo que dictaba el maestro, y llenando el curso con algunas cuestiones disputadas en pró y en contra con extremada tenacidad. La aplicacion de Quevedo, su buen talento, su índole

dócil y su pureza en las costumbres, hicieron que desde el primer año alcanzase el premio señalado al más sobresaliente que no hubiese sido castigado ni reconvenido, que consistia en no pagar pension en los siguientes años que permaneciese en el establecimiento. A los diez y siete de edad habia alcanzado el grado de bachiller en filosofía y teología; mas necesitando mostrar sus talentos en más extenso teatro, se presentó opositor á las becas del colegio mayor de Cuenca, en la universidad de Salamanca; y atendido su mérito especial, logró ser elegido para una de ellas el 15 de Enero de 1754. En aquel colegio, uno de los cuatro más fecundos semilleros de santidad y letras de que con razon se gloriaba Salamanca, como dice un erudito escritor, ¡qué adelantos tan rápidos no hubo de hacer el jóven D. Pedro de Quevedo! En libertad de consagrarse enteramente al estudio, teniendo á su disposicion una copiosa y selecta biblioteca, y con el estímulo de su propio honor y el de aquella casa, de la que habian salido tantos distinguidos dignatarios de la Iglesia y del Estado, se ostentó desde luego por su ingenio y especial aplicacion como el tipo para los colegiales modernos y la admiracion de los antiguos. Por esto, cuando otros jóvenes de su edad daban principio á los estudios sagrados, Quevedo los terminaba; y graduado de licenciado en teología en la universidad de Avila, con señalado aplauso, se encontró á la temprana edad de diez y nueve años en aptitud de oponerse á la magistral de Badajoz, para la que obtuvo algunos votos. Corrian los años de 1755, cuando el colegio le confió la comision de pasar á Galicia para practicar las pruebas de limpieza de sangre de D. Matías Robles del Rio, que fué en adelante doctoral y arcediano de Toledo. Entónces estuvo Quevedo por primera vez en aquel país donde habian nacido algunos de sus antepasados, y donde habia de brillar en adelante, dejando tan gratos recuerdos. Al año siguiente obtuvo cátedra de regencia en la universidad de Salamanca, y al mismo tiempo que asistia con su celo y eficacia acostumbrados á la enseñanza, se preparaba á la oposicion para la lectoral de Zamora, que en vista de sus brillantes ejercicios le fué conferida. Tomó, pues, posesion de esta prebenda el 14 de Mayo de 1757, y con el recogimiento, fervor y piedad que le caracterizaban se preparó á recibir las órdenes mayores (1), que le fueron conferidas, las de grados y epístola en 23 y 24 de Setiembre del referido año en la parroquia de S. Sebastian de Madrid por el obispo Tricomiense, Sr. Pisador, auxiliar del cardenal de Toledo, y las de Evangelio y misa por el Sr. Cavanilles, arzobispo-obispo de Zamora, el 18 de Febrero de 1758 y 22 de Marzo de 1760, en el palacio episcopal de aquella ciudad. Tres años hacia que desempeñaba el cargo de lectoral de Zamora, cuando volvió á Salamanca lla-

(1) El obispo de Badajoz, Merino Malaguilla, le habia conferido la prima tonsura en 25 de Julio de 1752.

mado por la opinion pública, que le designaba unánimemente para la magistral de aquella catedral, que obtuvo en Noviembre de 1760. Continuando en sus tareas escolásticas, recibió la investidura de licenciado y doctor en teología, y sin descuidar sus deberes de canónigo, desempeñaba tambien los de director, examinador y demás que le confiaba el claustro. Tambien predicaba con frecuencia, conciliando la claridad para hacer comprender la palabra divina á los más rudos, y la uncion para conmover el corazon de los tenaces y endurecidos. Se preparaba cuidadosamente para sus discursos con la meditacion, el estudio y la oracion; pero no los escribia, porque no necesitaba tal auxilio su privilegiada memoria, que temia por otra parte encontrar en ello algun pábulo á la vanagloria. En 1766 y 1768 hubo de hacer un viaje á la corte para hacer valer los derechos que su nacimiento le daba al beneficio de ciertas prebendas fundadas por D. Juan de Vargas Mejia, embajador de Felipe II en el concilio de Trento, que consistian en trescientos ducados por espacio de doce años á los individuos de su familia que hubiesen estudiado con aprovechamiento en Salamanca, y al fin de aquel tiempo otros trescientos para libros. Era tal la reputacion que gozaba en Salamanca y la veneracion que á todos inspiraba D. Pedro de Quevedo por su vida ejemplar y ardiente caridad, que era el árbitro en todas las cuestiones que surgian entre las personas de cualquier clase, que solian someterse gustosos á su fallo. Vióse acreditada esta verdad en la triste ocasion de una terrible carestía, que dió pretexto á que se levantasen tumultuariamente los jornaleros en demanda de trabajo y pan, los que desconociendo la voz de la autoridad y las amenazas de la fuerza armada, tan solo escucharon la del digno sacerdote, que logró acallarlos con promesas que se cumplieron fielmente. La universidad, que le miraba como uno de sus más predilectos hijos, le eligió para vicecancelario y juez de los estudios en una dilatada vacante de la maestreescolía. Muy en breve se acreditó lo acertado de este acuerdo, pues hubo de notarse la regularidad y exactitud en todo, la aplicacion y moderacion en los maestros y escolares, la fiel observancia en los estatutos, y los nuevos planes que mejoraban la enseñanza; la defensa de los fueros de la Iglesia y el fomento de la mútua emulacion entre los jóvenes, estímulo el más poderoso para los adelantamientos en las ciencias. Todo era debido al infatigable celo y discrecion del vicecancelario, que restituyó á la más famosa escuela de España el esplendor de sus mejores dias. Tan relevantes méritos no podian ocultarse á las miradas de un rey como Cárlos III, que estudiaba tan detenidamente las condiciones de los eclesiásticos llamados al episcopado. Hallábase vacante la sede auriense, por muerte de D. Alonso Francos, ocurrida en 15 de Febrero de 1775, y fué presentado en su lugar D. Pedro de Quevedo. Tal eleccion, que fué recibida con aplauso general, pareció solamente des-

acertada al agraciado; pues cuanto mayor era su talento, tanto más descubria lo fútil y engañoso de las pompas y vanidades del mundo, que tanto deslumbra á los ambiciosos; y le amedrentaba el grave peso del ministerio episcopal, pues su profunda humildad le abultaba sus imperfecciones. Persuadido, pues, de que carecia de las dotes indispensables para ser un digno sucesor de los apóstoles, renunció desde luego la alta dignidad para que se le designaba. No fueron bastantes las repetidas instancias del arzobispo de Tebas D. Fr. Joaquin de Eleta, confesor del Rey, para que desistiese de su propósito, y se retiró al convento de San Esteban á consultar con Dios bajo un director tan piadoso y docto como el maestro Recalde. Este, notando en las mismas excusas de su penitente el fuego de la caridad que ardia en su corazon, entendió le decia el Señor lo que al príncipe de los apóstoles: *Pedro, pues que de veras me amas, apacienta mis ovejas.* A la sazon le comisionó la universidad para que en union del Dr. D. Pedro Luis Blanco pasase á Madrid, á gestionar con el gobierno ciertas providencias que se creian necesarias, y con este motivo hubo de tratar con el confesor del Rey, el que persuadido de las especiales circunstancias que le adornaban, y movido además de las informaciones dadas por el obispo de Salamanca, Don Felipe Beltran, en aquella época inquisidor general, le hizo saber era voluntad decidida de S. M. que aceptase la mitra de Orense, lo que hizo al fin de seis meses de resistencia. El 15 de Abril de 1776 fué, por fin, preconizado en Roma, y el 28 de Mayo siguiente escribió al cabildo participándole la llegada de las bulas y pidiéndole oraciones. Su consagracion se verificó en Madrid el 14 de Julio, siendo su madrina la universidad de Salamanca, que con esta ocasion le hizo el presente de un magnífico pectoral, que aún hoy conserva la catedral de Orense con grande estima. El 13 de Agosto llegó á la villa de Allariz, donde está el único convento de monjas que habia en la diócesis, el que visitó á pesar de los cortos instantes que allí se detuvo, y en el misma dia entró en la capital del obispado, cabalgando en una mula y sin otra comitiva de su casa que el paje que le servia en Salamanca; extremada modestia, que le captó más y más el cariño de las autoridades y de la multitud de pueblo que salió á su encuentro. El 17 del mismo mes hizo la entrada publica en la iglesia, la jura solemne de los estatutos de ella, y todos los demás actos que prescribe el ceremonial de obispos. Ocupando su asiento en la sala capitular, dirigió su elocuente voz al cabildo, manifestándole su pensamiento en el modo de cultivar la viña que se le confiára «por el gran padre de familias y sumo pontífice de las almas, Jesucristo;» lo que desconfiaba de sus flacas fuerzas; lo que esperaba de la gracia del Señor, y de la proteccion de los santos tutelares de la Iglesia; y lo que se prometia de la cooperacion de su cabildo. Terminó su

peroracion con estas notables palabras: *Ministro soy de un Dios de paz; es mi mision, pues, mantener en paz su reino. Por las entrañas de misericordia del que dió su vida y rogó por sus enemigos en la Cruz, por lo más sagrado que hay en el cielo y en la tierra os suplico no se turbe jamás la paz entre nosotros. Todo pretexto de cisma ó de division, ahóguese en el momento en la caridad de Cristo.* El corazon de todos los circunstantes se conmovió de tal manera con el tierno acento del prelado, que prorumpieron en sollozos y lágrimas. El dean apénas pudo contestar: *Vos sois, señor, un ángel que el cielo nos envia.* Al dia siguiente dirigió su voz al pueblo con la uncion, amor y suavidad que caracterizó un dia á los Ambrosios y Crisóstomos. Este sagrado deber de su ministerio era el que desempeñaba con más asiduidad, pues teniendo muy á la vista lo que dicen los cánones del Concilio de Trento, que el oficio principal del Obispo es la predicacion, lo practicó todos los dias festivos con la sola excepcion del 13 de Junio de 1808, que si no predicó desde el púlpito, lo hizo en las calles, en el patio y balcon de su palacio, con objeto de apaciguar la conmocion popular que contra los franceses, y en especial contra un canónigo francés (1) se levantó en la ciudad y aldeas cercanas. Con inmenso trabajo y riesgo de su vida pudo el piadoso prelado restablecer la paz, aunque con el dolor de haber visto, á las puertas de su palacio, el asesinato del digno regidor D. Benito Laiseca. Siguiendo en todo fielmente la doctrina del Concilio de Trento, dispuso se despachasen gratis todos los negocios gubernativos, ó de jurisdiccion voluntaria, y camarales, y se cercenasen en todo lo posible los de justicia, señalando modestísimos sueldos á sus dependientes. No era ménos escrupuloso en la observancia de los cánones relativos á la residencia contínua, que no interrumpió sino en rarísimas ocasiones y por los más graves motivos. Apénas transcurrieron tres meses desde su llegada á Orense, cuando vinieron á visitarle sus antiguos compañeros en Salamanca, el Sr. Bocanegra, arzobispo de Santiago, y el Sr. Angulo, obispo de Tuy. Estimó en mucho tal fineza, los colmó de los más delicados obsequios, mas no les volvió la visita, como hizo en ocasiones análogas con los obispos de Lugo y Mondoñedo. Por cumplir su propósito de no separarse nunca de sus amados diocesanos, unas veces rehusó y otras solicitó, que no se le nombrase para el honor de llevar en nombre de S. M. el voto ú ofrenda al apóstol Santiago, patron de España. Llevando al extremo su pundonor y delicadeza, jamás quiso hospedarse en monasterio ó convento alguno de su obispado, citándose por sus biógrafos la ocasion en que, habiendo en 1786 acudido á Celanova con el arzobispo de Santiago y el obispo de Mondoñedo, á la consagracion de Fr. Benito Uria, obispo de Ciudad-

(1) D. Pedro Andrés Pourret, que habia tenido la imprudencia de decirse amigo de algunos jefes de Napoleon. El Obispo lo hizo retirar al monasterio de S. Pedro de Montes.

Rodrigo, abad que fuera del monasterio de Celanova, rehusó el alojamiento que los monjes le tenian dispuesto, y ocupó una modestísima casa en la villa, no aceptando ni áun el lugar en la mesa; en cuya resolucion, al parecer extraña, influyó sin duda lo complicado del ceremonial, en la concurrencia del diocesano del lugar, el metropolitano de la provincia, y el prelado de la casa, arcediano al mismo tiempo de su Iglesia (1). No ignoraba tambien el digno prelado que á alguno de sus antecesores le habian puesto pleito los curas párrocos, por la frecuencia de las visitas, gastos y extorsiones que en tal ocasion se les ocasionaban. Para evitar estas quejas vergonzosas, y dar la más cumplida prueba de su desinterés y amor á la pureza de la disciplina, hizo siempre las visitas de la diócesi sin gravar ni en lo más mínimo á los párrocos ni á las iglesias, no hospedándose nunca en las casas de los curas ni otros eclesiásticos, ni áun de las personas ricas ó de distincion, eligiendo siempre la de algun pobre labrador (2). Las visitas eran por lo regular en invierno, lo que aumentaba las incomodidades y hacia más penosos los viajes; pero preferia esta época del año por la seguridad de encontrar á todos los feligreses en sus casas; pues en las otras estaciones solian estar muchos fuera de la provincia, y los demás ocupados en las faenas del campo. Caminaba el buen Obispo generalmente á pié, con su cayadilla en la mano, con tres ó cuatro familiares; y el equipaje indispensable era conducido en acémilas. El principal objeto de sus visitas era administrar el sacramento de la Confirmacion, informarse del estado de las costumbres del pueblo, reconciliar á los que estaban enemistados, cortar los litigios y pleitos, tan frecuentes en aquel país, requerir á los jueces y alcaldes para que diesen auxilio á los párrocos para poner coto con mano fuerte á los escándalos de los poderosos; corregir los abusos del clero, y predicar en fin el Evangelio, no solo con la palabra, sino con el ejemplo. Uno de los hechos que llamaron su atencion, en los primeros tiempos de su episcopado, fué la carencia de un asilo donde se acogiesen los infelices expósitos. Víctimas estas inocentes criaturas de la impiedad, de la vergüenza, ó acaso de la pobreza, de los que les dieran el ser, perecian cruelmente á poco

(1) Conocedor el Obispo de Orense de la historia de su Iglesia, recordó sin duda el hecho ocurrido en 1198, cuando el abad de Celanova cerró las puertas del monasterio á su predecesor D. Alonso I con motivo de no reconocer su jurisdiccion, y rehusó asistir á un sínodo, ni permitir concurriesen los priores de Rocas y Santa Comba. El obispo suspendió al abad y puso en entredicho el monasterio. El papa Inocencio III comisionó para examinar el suceso al obispo de Lugo, al abad de Melon, y un arcediano de Astorga, los que anularon las censuras, pero declararon el monasterio sujeto á la autoridad del obispo.

(2) En una de estas pobres casas, saliendo apresuradamente una noche sin aguardar á que sacasen luz, cayó de una escalera encima de unos bueyes; y contrajo una quebradura ó hernia, que nunca bien curada, le hizo pasar una vida trabajosa y le atrajo despues la muerte.

de nacidas, sin cuidarse aquellos tampoco de derramar sobre sus cabezas el agua salvadora del bautismo. A tal desamparo acudió el Obispo con la ocasion que la Providencia le presentó y vamos á referir. Era costumbre suya prolongar el paseo de la tarde hasta muy entrada la noche, con objeto de llegar á alguna de las parroquias rurales cercanas, para observar si ardia la lámpara del Sacramento, si habia algun enfermo que careciese de los precisos auxilios, si el párroco se hallaba en la feligresía, etc. Una noche que volvia de estas excursiones, impulsado por un presentimiento, se dirigió al puente grande, que cruza el Miño, y llegó en el instante mismo en que una jóven iba á arrojar al rio un niño que acababa de dar á luz. Detuvo el piadoso prelado la mano de la infanticida, y acudió á su subsistencia y á la de la criatura. Fundó entónces en el hospital de caridad de S. Roque una estancia con su torno y cuna para recibir, lactar y criar á los infelices expósitos, donde eran cuidados con todo el esmero posible hasta los siete años, en que se los destinaba á algun oficio, segun su inclinacion y aptitud. En cuanto á las niñas, con el piadoso objeto de preservarlas de la corrupcion del siglo, debian ingresar en un colegio que al efecto tambien fundó, uniendo su fábrica al que ya existia, denominado de las *Señoras* ó de las *Mercedes*. En este benéfico establecimiento se acogen desde entónces ochenta ó más expósitas, y otras huérfanas pobres, hasta tomar estado; hay en él escuela pública y gratuita de niñas, y una fábrica de hilados y tejidos de lienzo, cuyos productos se invierten en dotes y premios á las más aventajadas en instruccion y virtudes. Uno de sus más especiales cuidados era la eleccion de los sugetos á que debia conferir las órdenes sagradas, pues su exquisita vigilancia desconfiaba de las informaciones rutinarias, y tomaba otras muy reservadas sobre los verdaderos motivos que traian á la Iglesia á los jóvenes aspirantes. Los exámenes eran rigurosos, y los ejercicios espirituales para prepararse á las órdenes eran dirigidos por el mismo Obispo, que con sus exhortaciones, oraciones y lágrimas inoculaba en los aspirantes el espíritu religioso que le animaba. El establecimiento del seminario conciliar le ocupó mucho, pues no tan solo estaba persuadido de su utilidad, sino que, cual era justo, deseaba cumplir con el particular encargo, que sobre tan importante asunto le hicieran el sumo pontífice Pio VI y el gran rey Cárlos III, que al efecto habia cedido el edificio que ántes ocupaban los extinguidos jesuitas. Venciendo, pues, graves obstáculos, uno de los que era que el local estaba ocupado por los sacerdotes franceses emigrados, á los que el obispo Quevedo alimentaba á sus expensas (1), tuvo al fin el consuelo de poner por sí mismo la beca á diez y ocho

(1) Desde 1792 estuvieron allí hospedados hasta que el Concordato de 1801 les abrió las puertas de su patria.

colegiales el 8 de Enero de 1804. Dió al nuevo seminario el título de S. Fernando, como un justo tributo á la memoria de este esclarecido y piadoso rey, y como obsequio al príncipe de Asturias, despues Fernando VII. Con objeto de dar á los nuevos seminaristas una saludable leccion de humildad y una muestra de su cariño paternal, pasó el digno prelado á vivir por diez dias al seminario, siguiendo todos los actos de comunidad, y sirviéndoles el primer dia á la mesa. No tuvo por entónces el consuelo de coger el fruto de sus desvelos y de sus oraciones, pues los memorables acontecimientos de 1808 llamaron á las armas á todos los jóvenes escolares de todas las carreras, y el seminario quedó desierto, y fué destinado á cuartel por los invasores franceses. Terminada la guerra, y superando graves dificultades, logró el prelado restablecerlo el 20 de Enero de 1818. Retrocediendo en nuestra narracion á los primeros años de la prelacia de D. Pedro de Quevedo, diremos que tan piadoso como ilustrado, en un largo y erudito informe al Consejo Real manifestó la conveniencia del establecimieto de cementerios, aunque proponia fuesen cerca de las iglesias por razones de piedad y devocion. Habiendo vacado la mitra arzobispal de Sevilla en 1781, Cárlos III nombró para ocuparla al obispo de Orense; pero aunque ninguna otra dignidad pudiera lisonjearle más, tanto por los gloriosos timbres de aquella insigne Iglesia, como por las pingües rentas con que podia contar para desahogar á manos llenas su ardiente caridad, y hasta por la facilidad de poder ver á sus ancianos padres, la renunció decididamente, mirando como una especie de adulterio dejar á su pobre, pero querida y primera esposa. El 14 de Diciembre de 1788 murió el rey Cárlos III, y el Obispo de Orense, su favorecido y justo apreciador, le lloró sinceramente, consagrándole un elocuente discurso en las solemnes exequias que celebró aquella catedral. Al año siguiente tuvo lugar en el territorio de Ulloa (provincia de Lugo) una sedicion popular, con el pretexto de la *única contribucion*, que intentaba el gobierno establecer en Galicia ántes que en otras provincias, en lugar de la conocida con el nombre de *rentas provinciales*. Recorrieron los insurrectos las principales ciudades y villas de aquel reino, maltratando á los alcabaleros y apoderándose de los caudales públicos, y cometiendo todo género de excesos, sin que nadie osára resistirles, por la total carencia de tropas y el temor que infundia la revolucion, que se creia producida por la muy terrible que entónces devoraba á Francia. El 22 de Noviembre entraron algunos sediciosos en Orense, y esparcieron el terror en el vecindario y autoridades, que se ocultaron abandonando á sus administrados. Con motivo de una nueva incursion que estaba anunciada, el Obispo llamó á su presencia al corregidor y al comandante militar, y les recordó sus deberes de tomar medidas para salvar al pueblo de nuevas

vejaciones. En efecto, merced á la energía del prelado, las autoridades recobraron su vigor, y el pueblo se armó y se dispuso á resistir la nueva invasion. El 27 del mismo mes se acercaron á la ciudad los rebeldes, y el jefe significó iba de paz, y con deseo de hablar al Obispo y sincerarse de las imputaciones que se les hacian de haber robado. El corregidor le dió salvo conducto para entrar en la ciudad, lo que verificó acompañado de diez y siete hombres de su faccion. El Obispo le interrogó entónces sobre sus designios, le hizo todas las reflexiones convincentes, y logró no solo que hiciese marchar á sus secuaces á sus hogares, sino que él mismo se entregase bajo la promesa que le hizo, á nombre del Rey, que no se le impondria la pena capital. El corregidor y otros, pasado ya el peligro, querian cometer la felonía de prender al referido jefe, llamado Fernando Joanes, natural de Asturias, pero el Obispo le amparó y acogió en su palacio, y en el mismo dia solicitó del Rey el perdon, que obtuvo no sin gran trabajo. No fué Joanes el único criminal á quien salvó la vida la solicitud del obispo Quevedo; pues habiendo obtenido el indulto del sargento de infantería de América, Nicolás de la Rosa, que estaba sentenciado á muerte, y habiendo por desgracia llegado tarde, pidió al Rey, que ya que no tuviera efecto aquella gracia, que se aplicase á otro soldado del mismo cuerpo amenazado de tan terrible suerte, ú otro reo que la necesitase; «de modo (decia al Rey) que algun hombre por lo ménos, cuando debia morir, viva por la gracia de V. M.» Mateo Barber, soldado de voluntarios de Aragon, el alférez de fragata D. Antolin Orbaneja, José Vazquez, soldado del regimiento de América y otros muchos desgraciados, debieron su vida, ó el perdon de graves delitos comunes ó políticos, al infatigable celo y caridad del santo prelado, objeto de estas líneas (1). Caballeroso y espléndido por nacimiento, por educacion y por carácter, era su palacio una verdadera hospedería general, donde encontraban la más graciosa acogida las personas de todas clases y categorías; pero nunca tuvo su generosidad ocasion más oportuna de ostentarse cumplidamente, que en los azarosos dias de la revolucion francesa, cuando dió manutencion y hospedaje á más de trescientos sacerdotes de aquella nacion, distribuyéndolos entre sus dos palacios de la ciudad y de Aguas-Santas, y en el antiguo colegio de los jesuitas, que, como ya hemos indicado, habia destinado para seminario conciliar. Varios distinguidos obispos franceses le dieron por escrito, y alguno personalmente, las más tiernas y afectuosas muestras de su reconocimiento por los socorros dispensados á sus hermanos, á nombre de la atribulada Iglesia galicana. Uno

(1) Entre otros pueden citarse: el general Ofarril, el duque de Mahon, el general Villacampa, D. José Canga Argüelles, el coronel Colambo, el brigadier Romay, y otros comprendidos en el levantamiento de Porlier.

de estos favorecidos peregrinos logró á hurtadillas, y sin que el Obispo de Orense se apercibiera, dibujar con perfeccion su retrato, y lo envió al obispo de la Rochela, grande amigo y admirador del primero, que lo hizo grabar por el celebrado Carmona en 1799, con esta inscripcion:

Consolatus est lugentes in Sion
Eleemosynas illius enarrabit omnis ecclesia.

Este delicado obsequio tenia por objeto, decia el prelado rochelense, que sus compatriotas emigrados pudieran contemplar toda la vida el amoroso rostro de un padre, que llevaban tan profundamente grabado en el corazon. El rey Luis XVIII, apénas restaurado en el trono de sus mayores, le hizo tambien dar las gracias en nombre de toda la nacion, y le envió la insignia de la órden de la Flor de lis, para que condecorase con ella al sacerdote francés que mejor le pareciese de los que aún permanecian en su compañía. No contento el obispo Quevedo, ni satisfecho de sus trabajos apostólicos, considerándose en su humildad como siervo inútil, buscaba con ánsia cooperadores que le ayudasen; y así en 1795 rogó al insigne misionero capuchino Fr. Diego de Cádiz pasase á su diócesis. Acogióle cariñosamente en su palacio, y desahogó en su pecho los temores de una conciencia tan pura como delicada. Los coloquios que pasaron entónces entre el santo obispo y el santo misionero, son comparados muy oportunamente por un escritor eclesiástico á los de S. Pablo, primer ermitaño, con S. Antonio Abad. La paz y buena armonía que, merced á su celo y severa disciplina, mantuvo siempre con su cabildo, movieron al Rey en 1804 á encomendarle conciliase las lamentables turbulencias suscitadas en la iglesia de Tuy, entre el obispo D. Juan García Benito y los canónigos, sobre la formacion de nuevos estatutos, las que habian llegado á noticia del Papa. Aceptó el Obispo de Orense sin dificultad tan delicado cometido, y escribió á ambas partes contendientes, manifestándoles el interés que tenia en avenirlas para su mayor lustre respectivo. Tanto el obispo como el cabildo de Tuy se sujetaron gustosos al arbitraje de tan santo hombre; mas algunos incidentes imprevistos retrasaron por entónces la conclusion de tal asunto. En el año de 1806 recibió D. Pedro Quevedo una de las más singulares honras del rey Cárlos IV, que fué una carta reservada, escrita toda de su mano, consultándole, que si, no pudiendo ya sostenerse las colonias de América, por su inmensa extension, convendria formar de ellas cinco vireinatos perpétuos con una soberanía feudal de España, destinados á los infantes D. Cárlos y D. Francisco, sus hijos, al infante D. Antonio, su hermano, al infante D. Pedro, su sobrino y al Príncipe de la Paz, esposo de la condesa de Chinchon, hija del infante D. Luis. El obispo Quevedo, despues de exponer que cues-

tion de tan alta política exigia superiores conocimientos á los suyos, y de llamar la atencion del monarca al más cercano peligro, que amenazaba á España «por el cometa terrestre, que revolverá sobre ella despues de trastornar los otros tronos de Europa,» cree se ahuyentaria todo temor procurando S. M. asegurarse más y más el amor de sus pueblos con un buen gobierno, alivio de contribuciones y las franquicias necesarias para que prosperasen con la religion y la moral la agricultura, las artes y la industria; y que el ejemplo de otras naciones, que no se desprendian de sus colonias, era una razon para que España no emancipase las suyas. Llegó por fin el año 1808, tan fecundo en desastres y glorias para la nacion, y con él nuevas ocasiones para que el obispo Quevedo mostrase sus virtudes y su patriotismo. Cuando el Emperador francés intentó en algun modo encubrir sus inicuas usurpaciones con un fantasma de legitimidad, reuniendo una especie de congreso ó córtes en Bayona, en las que figuraban los más distinguidos españoles, llamó tambien al obispo de Orense. Su respuesta, siguiendo las palabras de un celebrado historiador (1), obra señalada de patriotismo, unió á la solidez de las razones un atrevimiento hasta entónces desconocido á Napoleon y sus secuaces. Al modo de los oradores más egregios de la antigüedad, usó con arte de la poderosa arma de la ironía, sin deslucirla con bajas é impropias expresiones. Desde Orense, y en 29 de Mayo, no levantada todavía Galicia y sin noticia de la declaracion de otras provincias, dirigió su contestacion, sentando las doctrinas más sanas y los argumentos más convincentes de los derechos de la nacion y de la dinastía reinante. El celo, pues, que en aquellos dias memorables mostró por la salvacion del pais, le designó en la opinion pública para presidente de la junta de armamento y defensa de Orense, y luego para vocal de la suprema del reino de Galicia, reunida en la Coruña, donde permaneció un mes, y luego regresó á Orense, donde creia más interesante y necesaria su presencia. Allí facilitó, además de otros donativos muy considerables, una contribucion que impuso al clero para atender á la justa causa. Resultado de la gloriosa victoria de Bailen, fueron la retirada de los franceses de Madrid, la proclamacion de Fernando VII y la instalacion en Aranjuez de la suprema Junta Central. Esta corporacion, por uno de sus primeros actos, confirió al obispo Quevedo el importante cargo de inquisidor general, que lo rehusó de tal manera, que la Junta no pudo insistir en el nombramiento. Las vicisitudes de la guerra llevaron á Galicia las fuertes divisiones de Soult y Ney, y el obispo de Orense, con acuerdo del general Marqués de la Romana y del cabildo de la catedral, resolvió retirarse por el pronto á Portugal, lo que realizó con graves riesgos y penalidades, cami-

(1) El conde de Toreno.

nando muchas veces á pie, por terrenos ásperos y difíciles, en lo más crudo del invierno, y en su edad avanzada de setenta y tres años. Los invasores entraron en Orense el 20 de Enero de 1809, y aunque cometieron, como en todas partes, graves desórdenes y robos, respetaron la catedral, el palacio episcopal y el colegio de los expósitos, objeto de la caridad preferente del Obispo. A éste escribió el mariscal Soult en los términos más corteses y respetuosos, invitándole á regresar á su diócesis y ofreciéndole proteccion tanto para él como para su clero. El Obispo contestó con palabras de agradecimiento, pero evadiéndose de aceptar lo que se le ofrecia, y solo volvió á Galicia cuando la habian evacuado los enemigos. En Enero de 1810 la Junta Central designó al obispo Quintano para ser uno de los cinco regentes, en los que resignaba la suprema autoridad, y presidente de los otros. El Obispo, sin dudar un momento, se embarcó en Vigo, y llegó á Cádiz á fines de Marzo. Cuál fuese su celo por el bien público, cuál su desinterés y pureza en su administracion, lo publican las actas de aquellos dias. Contribuyó con toda eficacia á la reunion de las Córtes generales, que se verificó el 24 de Setiembre en la isla de Leon, pronunciando el obispo Quevedo el discurso de apertura. Aquella misma noche acordaron las Córtes que el Consejo de Regencia conservase algunas de sus antiguas facultades, y prescribieron la fórmula del juramento que sus individuos debian prestar. Allanáronse los cuatro regentes á lo que se les exigia; pero el Obispo presidente, no tan solo rehusó el prescrito juramento, sino que dimitió los cargos de presidente de la Regencia y diputado por Extremadura, y pidió autorizacion para retirarse á su diócesis. Las Córtes aceptaron la renuncia, y el Obispo les dió las gracias el dia 28 de Setiembre. Poco despues dirigió al mismo Congreso una exposicion en que manifestaba, aunque con la debida mesura, no estar de acuerdo con los principios sentados en sus primeras resoluciones, como la de declarar que la soberanía residia exclusivamente en la nacion, y el reconocimiento de Fernando VII como si entónces se le llamase al trono. Mostraba, sin embargo, sus temores de que separándose las Córtes del objeto de su convocacion, segun el pensamiento de la Junta Central, se cayese en los extravíos y horrores de la revolucion de Francia. El resultado de este escrito fué que el 4 de Octubre se le mandó no saliese de Cádiz, y el 18 que prestase el juramento prevenido en 25 de Setiembre en manos del arzobispo de Toledo. El Obispo de Orense contestó á la Regencia los términos y el sentido en que podria prestar el juramento, dispuesto, si así no se le admitia, á sufrirlo todo como el Apóstol cuando decia: *Scio et humiliari et abundare et penuriam pati*. El 5 de Noviembre se le intimó de nuevo permaneciese en Cádiz y se abstuviese de hablar ó escribir sobre su opinion respecto al juramento y reconocimiento ordenado por las

Córtes. Despues de varias representaciones pidiendo volver á su obispado, órdenes para que se le formase causa, y para que diese con sus coregentes cuenta de su administracion y desocupase la casa de la Regencia, hizo al fin el juramento y reconocimiento que se le exigia el 3 de Setiembre de 1811. Poco despues regresó á Orense. Aunque no conforme con muchas de las resoluciones adoptadas á la sazon, reconociendo lo imperioso de las circunstancias que atravesaba la nacion, autorizó la entrega de alhajas de oro y plata de las iglesias, y no contradijo la suspension en el ejercicio del tribunal de la Inquisicion, aunque se adheria á lo que tocante á él escribieron los ocho prelados refugiados en Mallorca; pero creyó de su deber publicar en su edicto de 18 de Junio de 1812, que debian quedar subsistentes las prohibiciones de ciertos libros. Por entónces desplegaba de lleno su caridad con multitud de necesitados de Galicia y Castilla, y entónces cuando más podian halagarle las bendiciones del pueblo, fué cuando Dios quiso probarle con nuevas tribulaciones. El Obispo de Orense habia creido, con otros muchos, que las Córtes debian ocuparse tan solo de arrojar á los franceses de la Península, y dejar la reforma de las leyes fundamentales para dias más tranquilos. No era, pues, partidario de la Constitucion de 1812, y así cuando el 19 de Julio de aquel año juró la observancia de aquel código, leyó ántes un papel, en que declaraba el sentido y las reservas bajo las que iba á jurar, y lo remitió á las Córtes con el testimonio del acta del juramento. Recibióse con señalado desagrado el tal escrito, y leido en la sesion de 15 de Agosto, se calificó á D. Pedro de Quevedo de rebelde á la majestad de la nacion, inobediente y subversor, y finalmente, por ochenta y cuatro votos contra veintinueve, se le declaró indigno del nombre español, privado de sus honores, distinciones y temporalidades, y se mandó se le extrañase del territorio de España. Este acuerdo, poco meditado, fué generalmente mal recibido áun de muchos liberales. El Obispo, sin embargo, lo obedeció sin demora, y marchó al pequeño pueblo de S. Pedro de Touren, que pertenecia á su diócesis, aunque situado en Portugal. Desde allí dirigió á la Regencia una exposicion vindicando su conducta política, y mostrando lo injusto del destierro que sufria, pero no fué atendida. Entónces publicó su conocido *Manifiesto á la Nacion española* (1), en el que con humildad y desconfianza de sus luces, aunque con libertad verdaderamente apostólica, sostenia la verdad y la justicia segun las comprendia, mostrándose siempre el varon justo, firme y tenaz en su propósito, al que duele y aqueja, pero nunca abate ni hace variar de rumbo, la adversidad. Concluye en fin, á pesar de los defectos que creia encontrar en la nueva Constitucion, sentando el saludable principio de respeto y obediencia á la suprema autoridad que regia al país.

(1) Es un cuaderno en 4.°, de 88 págs., impreso en la Coruña.

En tanto el clero de su obispado y varias corporaciones municipales instaban de continuo á las Córtes para que se alzase el destierro del digno prelado; pero estos clamores no fueron oidos, y tan solo en 1814, cuando Fernando VII volvió á ocupar el trono, fué Quevedo restituido á su silla. Mandó el Rey le fuesen devueltas las temporalidades ocupadas, le nombró para el arzobispado de Sevilla, le condecoró con la gran cruz de Cárlos III, y pidió al Papa le nombrase cardenal. Mas al piadoso Obispo no le deslumbraban las grandezas ni le abatian los oprobios. Para eludir la pompa del recibimiento triunfal que le dispusieran en Orense, dilató su salida de Touren y entró inopinadamente en aquella ciudad el 20 de Agosto por la noche; las temporalidades que debian devolvérsele las dejó en beneficio del erario, la mitra de Sevilla la renunció, y la gran cruz de Cárlos III tardó bastante en aceptarla. En cuanto al capelo cardenalicio pidió al Rey permiso para renunciarlo, juzgándose indigno de tanta honra é incapaz en sus trabajados años de prestar ningun servicio á la Iglesia en aquella tan elevada dignidad. Aunque agravados sus achaques con la edad, no tan solo no interrumpia sus piadosas tareas, sino que considerándose más vecino á la muerte, aumentaba su actividad y diligencia. En 1816 y 1817 celebró concurso general de curatos, activó la reparacion del seminario, y respondió á cierta grave consulta que le dirigió la iglesia de Braganza sobre el modo de suplir la jurisdiccion de su obispo, privado de ejercerla y preso en un monasterio, y otras no ménos importantes, que le hacian desde Inglaterra y Alemania. El 8 de Marzo de 1816 fué el Obispo de Orense creado cardenal por el papa Pio VII, y la solemne ceremonia de la investidura tuvo lugar el 19 de Noviembre, suceso que fué celebrado en la ciudad con grandes fiestas y regocijos públicos. Poco tiempo vistió el piadoso Quevedo la sagrada púrpura, pues que en 1818, en la noche del 27 de Marzo, murió casi de repente recitando el *Miserere*. No es posible dar idea exacta del dolor, del llanto general de los orensanos, por la pérdida de tan buen pastor, de tan amoroso padre. Las exequias fueron todo lo más ostentoso y magnífico posible, y el obispo de Lugo vino desde su diócesis á celebrar en ellas. El cortejo fúnebre le formaban no solo el cabildo y toda la clerecía de la ciudad y seminario conciliar, sino puede decirse la poblacion entera, sin distincion de clases, que confundia sus sollozos y lágrimas con los cantos de la Iglesia. Fué sepultado por entónces en el suelo de la capilla mayor de la catedral; pero el cabildo, para honrar más sensiblemente y trasmitir á la posteridad la memoria de tan gran prelado, pidió al Rey se le erigiese un monumento digno de guardar sus venerandos restos; mas este pensamiento no llegó á realizarse hasta 1834, merced á la cooperacion del comisario de Cruzada D. Manuel Fernandez Varela, que encargó su construccion al

renombrado escultor D. Antonio Solá. En él se leen estas significativas inscripciones:

MANUM SUAM APERUIT INOPI:
ET PALMAM SUAM EXTENDIT AD PAUPEREM.
FIRMUS IN VIA DOMINI PRO JUSTITIA
PATRIÆ LEGUM
USQUE AD MORTEM CERTAVIT.

Publicó su vida el magistral de la santa iglesia de Orense, D. Juan Manuel Bedoya, impresa en Madrid en 1826, un tomo en 4.°— C. de C.

QUEXAL (D. Pedro). Fué el sexto de este nombre, y elegido unánimemente abad XLVII de Poblet por los vocales el dia 4 de Junio de 1526. Usó por divisa una oveja tendida en tierra, á quien un lobo mordia en el cuello, y un perro que á su vez mordia al lobo en defensa de la oveja, todo dentro de una tarjeta atravesada por el báculo abacial, y en la orla de ella la siguiente letra: *Attendite vobis et universo gregi vestro.* Debió ser uno de los varones más observantes del convento, cuando informado de sus dotes el abad del Cister D. Guillen, VI de este nombre, le dió en 1527 comision para visitar todos los monasterios cistercienses de la corona de Aragon, nombrándole luego, en 1529, su comisario general, con poder especial de juntar capítulos provinciales, y de establecer las leyes que creyese más convenientes á la mayor observancia de la disciplina regular y buen gobierno de aquellos monasterios. Sabiendo el emperador Cárlos V que el abad D. Pedro tenia comision del general del Cister para visitar los monasterios de estos reinos, envióle desde Burgos otra comision especial, firmada en 5 de Enero de 1528, para visitar el monasterio de Sta. María de Belpuig de las Avellanas, de canónigos premostratenses, único en la corona de Aragon, mandando á sus ministros que asistiesen al abad de Poblet en cuanto le fuese necesario para la ejecucion de aquellos encargos. Por carta de 27 de Marzo de 1528 fué convocado á las Córtes que se comenzaron en la villa de Monzon, y que se continuaron al año siguiente en Barcelona; mas se cree que no asistió á ellas por andar ocupado en las visitas de los monasterios. Vuelto á su residencia de Poblet, puso todo su cuidado en hacer compras y acrecentamientos para el monasterio; así que en 1529 compró á Ponce y Francisco de Peramola el lugar y término de Tarassó, y en 1530 estableció á Antonio Montaner, labrador de Montblanquet, una casa y posesiones, sitas en el lugar y término de Blancafort, é hizo algunos otros diferentes establecimientos. Tambien adelantó las fábricas del convento, dejando en ellas indelebles recuerdos de su animosidad y celo. Sin embargo de estas y otras

acciones dignas de memoria, fué depuesto de la abadía por sentencia de la Orden á los cinco años de su eleccion, y condenado á cárcel perpétua, permaneciendo hasta hoy envuelto en sombras el motivo fundado de tan grave resolucion, si bien por otra parte existen indicios de haber sido convencido de *relajador de la observancia regular y disipador de los bienes del monasterio.* Lo cierto es que aceptó humildemente la sentencia, que ratificó al dia siguiente, y despues prestó la obediencia al nuevo abad.—C. de la V.

QUIARAMONTE (Fr. Fortunato), lego de la órden de Menores de San Francisco en el convento de la provincia de Leon de Francia, de donde era natural. Favorecióle tanto la divina gracia, que no solo era hermosa su alma, sino tambien su cuerpo, sobre todo su rostro, dotado de un atractivo tal, que bastó á convertir á un hereje. Era su oficio portero, y en esta ocupacion dió grandes pruebas de su modestia y de su paciencia, pues no pocas veces consideraron torpeza la devocion que le distraia cuando le hablaban. Tenia gran influencia con los demás, que no acertaban á desentender la santidad de sus palabras, que hacia agradables la misma dulzura de su voz. Su abstinencia llegó á ser tan extremada, que perdiendo poco á poco las fuerzas, su naturaleza no pudo resistir el rigor de sus penitencias, y perdió la vida en el convento de su Orden en Viena.—G. P.

QUICK (Juan), de nacion inglés, fué convertido el año 1830 por M. Le Marcaud, director de los benedictinos de Winchester. Poco despues de haber ingresado en la Iglesia católica se ordenó de sacerdote, y fué presidente ó director del colegio de Sta. María en Oscott.—C. de C.

QUICKENBORNE (P. Cárlos Van), jesuita misionero en Misouri, nació el 21 de Enero de 1788 en Peteghem-les-Denise, en Flandes, y fué por espacio de cuatro años profesor en el pequeño seminario de Roulen. Despues de haber sido ordenado de sacerdote, ejerció su santo ministerio por algun tiempo en una aldea cerca de Courtrai. En 1815 ingresó en la Compañía de Jesus, y fué enviado á la América en 1817. El Misouri fué el teatro de sus trabajos apostólicos. Visitó el país de los Otages, y recorrió tambien todas las comarcas situadas al Norte del Misouri. Consérvanse muchas cartas del P. Quickenborne en los *Anales de la Propagacion de la fe.* Este celoso misionero murió en Portage des Sioux en 1837.—C. de C.

QUIEN (Miguel le), dominico que nació en Bolonia en 1661, y era hijo de un comerciante. Dirigióse á París á terminar sus estudios y llegó á ser muy hábil en las lenguas, la teología y antigüedades eclesiásticas. Fué querido por sus hermanos y consultado por los sabios, que encontraban en él un crítico hábil y un culto literato, siempre dispuesto á comunicar sus luces. Este piadoso y sabio dominico murió en París en 1733 á la edad de setenta y dos años. Sus principales obras son: 1.° *Defense du texte hébreu*

et de la version vulgate, contra el P. Pezron, con una respuesta al mismo Padre, que habia refutado esta defensa; Paris, 1690, en 12.°—2.° *Edition des Œuvres de Saint-Jean Damascene*, en griego y en latin; tres volúmenes en fólio, 1712.— 3.ª *Panoplia contra schisma græcorum;* en 4.°, publicado bajo el nombre de Esteban de Altamura.—4.ª *Nullité des ordinations anglicanes*, contra el P. Le Courager, cuatro volúmenes en 12.°—4.ª *Disertaciones varias*, insertas en las *Memorias de Literatura y de Historia*, recopiladas por el P. Desmolets.—6.ª *Oriens christianus*, *in quatuor patriarchatus digestus, in quo exhibentur Ecclesiæ patriarchæ, cæterique præsules Orientis;* tres volúmenes en fólio, 1740, París, en la imprenta Real; obra que comprende todas las iglesias orientales bajo los cuatro grandes patriarcados de Constantinopla, Alejandría, Antioquía y Jerusalen. El autor da en ella la descripcion geográfica de cada diócesis y de las ciudades episcopales. Refiere el origen y establecimiento de las iglesias, su extension, su jurisdiccion, sus derechos, sus prerogativas, sus pretensiones, la sucesion y série de sus obispos, el gobierno, politica, cambios y vicisitudes que sufrieron, etc. La *Gallia cristiana* de Santa Marta le sirvió de modelo y la imitó perfectamente.—C. de C.

QUILEZ (D. Cristóbal Nuñez). Nació en Daroca, ciudad de Aragon, y habiendo abrazado el estado eclesiástico, obtuvo una prebenda de racionero en la parroquia de S. Miguel del referido pueblo. Dedicóse con aplicacion á la historia, y dió muestras de ameno ingenio para la poesia. A fines del siglo XVII publicó: *Antigüedad de la nobilísima ciudad de Daroca, argumento historial y jurídico en defensa de sus seis insignes iglesias parroquiales de San Pedro Apóstol, S. Andrés, Santiago, Sto. Domingo de Silos, S. Juan de la Cuesta y S. Miguel Arcángel. A la Excma. Sra. Doña Artemisa María de Borja, Centellas y Aragon, princesa de Cariati, duquesa de Castrobiliari*, etc. En Zaragoza, por Diego Dormer, 1691, en 4.° Impugnó varias aserciones de esta obra el Dr. D. Antonio Lasala y Gil, dean que fué de la insigne colegial de la expresada ciudad, y arcediano de la metropolitana de Zaragoza, defendiendo á la misma iglesia colegial en un *docto tratado*, que dejó entre sus escritos.—2.° *Poesías diversas.* En Zaragoza, 1690, por Gabriel Colomer, con el título de *Sagrados elogios al nacimento de Cristo*, en 4.°— C. de C.

QUILIANO (S.). Este santo Obispo, cuya memoria es en extremo venerada en Alemania desde el siglo VII, fué natural de Hibernia (hoy Irlanda), de noble y esclarecido linaje. Su enseñanza y educacion fueron tales, cual cumplia á su ilustre alcurnia y á la piedad de sus padres que le aleccionaron en la virtud y todo género de letras, y sobre todo en el santo temor de Dios, principio de toda sabiduría. Créese, y lo refieren varios escritores sus compatriotas, que fué desde niño ofrecido al Señor en el monasterio

huense, segun se usaba en aquellos siglos. Llegado á la edad competente, vistió en el mismo la negra cogulla de S. Benito, y se mostró desde luego como un tipo de humildad, abstinencia, caridad y demás virtudes cristianas á los monjes más ejemplares. Amaba el silencio y la soledad, pues en público no le era dado sustraerse á las muestras de estimacion y respeto que su presencia inspiraba, y así no salia de su celda sino en raras ocasiones, temiendo en su humildad profunda caer en el pecado de vanidad. Ordenado de presbítero, leia en público las sagradas Escrituras, rodeado de muchos discípulos, testigos y admiradores sinceros de la profunda sabiduría de su santo maestro. Predicaba frecuentemente, y sus discursos se distinguian por su accion viva, por su elegancia y apacible suavidad; de modo que no tan solo en el monasterio, sino en toda la extension de la isla, era su nombre oido con entusiasmo y pronunciado con amoroso respeto. Muerto el abad huense, fué por unanimidad elegido Quiliano, que cual esperaban todos, ocupó dignamente el lugar de su piadoso antecesor. Constante siempre en huir de la estimacion popular, y ardiendo en deseos de predicar la palabra de Dios á los gentiles, ganando sus almas para el cielo, se resolvió, despues de consultarlo con su corazon muy detenidamente, á pasar á las tierras de Alemania, manchadas aún en mucha parte con la más grosera idolatría. Escogió Quiliano tres de sus compañeros, tambien monjes, llamados *San Colomano*, *Tonano* y *Erubaldo*, para que le ayudasen en la santa y arriesgada tarea que iba á emprender. El nombre del último de los expresados fué encontrado por Juan Tritemio en el archivo del monasterio benedictino de Santiago de Herbípoli. Abandonó, pues, Quiliano, el santo asilo que le cobijára desde su niñez; atravesó la Escocia y la Inglaterra, á la sazon cubierta de multitud de monasterios y monjes benedictinos, estando toda aquella tierra laboreada y cultivada, muy adornada de templos, y el servicio de Dios en su punto. Llegados á Alemania los piadosos monjes, se ocuparon por algun tiempo en estudiar el idioma del país, conocimiento indispensable para el sagrado ministerio que iban á ejercer, y despues trataron de dirigirse á Franconia, una de las regiones en aquel tiempo más ciegas en la idolatría, y en especial en el culto de Diana, á la que aquellos hombres medio salvajes profesaban desde remotos tiempos la más decidida devocion. Mas ántes de dar principio á su apostolado, quiso Quiliano, como verdadero y sumiso hijo de la Iglesia, pedir el beneplácito y bendicion del Sumo Pontífice. Dirigióse, pues, á Roma con sus compañeros, y dió cuenta al Papa de su santo propósito y de la necesidad de acudir á evangelizar la Franconia. Examinóle el santo vicario de Cristo, y además de la eminencia de las letras, encontró en el predestinado monje copioso caudal de talentos y virtudes; y así le dió licencia para predicar como apóstol, y ordenó de presbítero á S. Colomano,

y á S. Tonano de diácono. Quiliano fué consagrado obispo, no de ciudad determinada, sino de la region que iba á convertir á la verdadera fe, donde despues tuvo silla episcopal la ciudad de *Herbipoli*. Partieron, pues, de Roma á pies descalzos, y visitando el sagrado *Monte Casino*, aunque á la sazon destruido y despojado de las reliquias del eminente S. Benito, llegaron en breves dias á Alemania, y dieron principio á su predicacion, alcanzando desde luego copiosos frutos. Situóse desde luego Quiliano en Würtzbourg, llamado despues Herbípoli; y Dios premió de tal modo sus tareas, que en breve casi toda aquella comarca vió la luz de la verdad. Era duque de Franconia en aquellos dias Egberto, príncipe poderoso y de relevantes dotes, que iluminado y convencido por la doctrina de Quiliano, y despues de haber depurado con detenidas y eruditas controversias las verdades cristianas, recibió el bautismo el dia que se celebraba la pascua de Resurreccion, con gran solemnidad y á presencia de multitud de sus vasallos, que en su mayor parte siguieron el ejemplo del duque y abrazaron el cristianismo. Derribaron los nuevos cristianos en seguida el templo de Diana, y redujeron á cenizas el simulacro de la diosa, en la que, segun escritores religiosos, daba respuestas el espíritu maligno, no sin porfiada resistencia de los sacerdotes gentiles, que con el cambio de religion se veian privados de los votos y ofrendas con que se sustentaban y vivian ricos y poderosos. Sin embargo, como no todos los obstáculos pueden removerse en breve tiempo, ni los árboles tiernos son capaces de fruto hasta haber afirmado sus raíces, hubo de luchar Quiliano con terribles enemigos, que si llegaron á quitarle la vida corporal, le aseguraron eternamente la del alma. El duque Egberto habia tomado por esposa á Geila, que ántes lo fuera de su hermano, cautivado por su peregrina belleza. Si bien Quiliano, por que no se entibiase en su nueva fe, se detuvo en un principio en reconvenirle por tal hecho; cuando le vió bastante firme, le amonestó á solas, y con la elocuencia y suavidad que le caracterizaban, para que rompiese un matrimonio que la religion prohibia. Oyó el Duque la sentida plática con grave sentimiento, por el tierno amor que profesaba á su hermosa compañera, y prometió al santo Obispo seguir su consejo al regresar de la guerra que iba á emprender. Aceptó Quiliano la palabra, y esperó tranquilo llegase el plazo convenido. Mas informada Geila, se ignora el cómo, de lo sucedido, y deseosa, aunque cristiana, de conservar su esposo y su poderío, concibió el horrible proyecto de quitar la vida á Quiliano y sus monjes, persuadiéndose que el Duque no la repudiaria cuando aquellos santos hombres no pudieran reconvenirle. Con la presteza que las mujeres suelen adoptar en semejantes casos, concertóse Geila con dos asesinos, que mediante cierta considerable recompensa, se obligaron á cumplir sus inicuos deseos. Solia, pues, Quiliano pasar la noche entera en el

templo, acompañado de los tres monjes ya nombrados, ocupándola toda en la oracion, excepto algunos cortos ratos que dedicaban al descanso indispensable. En uno de éstos se apareció á Quiliano un anciano de hermoso y venerable rostro, que le dirigió estas palabras: *Levántate, pues ya llegó el momento de terminar tus trabajos; aún te resta una batalla, mas con mi ayuda serás en ella vencedor.* Desapareció la maravillosa vision, y Quiliano, libertado del sueño, conoció el verdadero sentido de las misteriosas palabras que acababa de escuchar, y que su muerte estaba muy cercana. Alborozado con esta nueva, dió fervorosas gracias al cielo por las mercedes que le dispensaba, dispertó á Colomano, Tornano y Erubaldo, diciéndoles no era ya hora de dormir, pues quien solicitaba su muerte tan de propósito, velaba, y que ya *el Esposo llamaba á la puerta, y sería bien hallase en aquella hora las lámparas encendidas* (1). Pusiéronse en oracion los santos monjes, dando gracias al Señor con lágrimas de gozo, porque les daba ocasion de presentar sus vidas como holocausto de la que habia dado por redimir el mundo. No habian terminado su plegaria, cuando los feroces sicarios de Geila se precipitaron en la iglesia por una ventana, y con innumerables puñaladas dieron muerte á los resignados mártires. Segun las instrucciones de la Duquesa, sus cuerpos, los ornamentos y libros sagrados fueron enterrados en la misma iglesia secretamente y en aquella misma noche. Al dia siguiente, como los monjes no se encontraban, dispuso Geila llamarlos por público pregon, y aparentando el más tierno sentimiento por su desaparicion, persuadió al vulgo que se habrian probablemente fugado para libertarse de los obsequios y respetos que se les tributaban, con lo que pérfida, encarecia la humildad y santa abnegacion de los hombres de Dios. Más adelante logró se derribase aquella iglesia y destinase el solar á caballeriza, para que de este modo quedase olvidada la memoria de los santos mártires. Mas el Señor no lo consintió, y se valió del medio que va á referirse para que se descubriese. Desde el principio de la predicacion de Quiliano le habia seguido una santa mujer, llamada Burgunda, que moraba en una estrecha celda muy cerca de la iglesia, y acudia al servicio de los monjes. Se apercibió de todas las circunstancias del terrible suceso, y apénas salieron del templo los asesinos, entró en busca de alguna reliquia que conservó siempre, asi como la costumbre de orar diariamente sobre los santos cuerpos. Quiso Dios quedase señalada la sepultura de sus siervos, sin que ninguna inmundicia natural de los caballos llegase á tocarla, pues se desviaban á un extremo cuando la naturaleza les obligaba. Egberto creyó fácilmente la relacion que Geila le hizo sobre la desaparicion de los monjes y perseveró en su pecado. Mas la terrible justicia de Dios no se hizo aguar-

(1) Estas palabras están tomadas del *Cantar de los Cantares.*

dar mucho tiempo. Egberto fué asesinado por sus domésticos; Geila poseida por los espíritus malignos, se despedazó con sus propios dientes, y los asesinos de S. Quiliano y sus compañeros se suicidaron; «no queriendo, dice un piadoso escritor, el Señor otros verdugos para el castigo de tanto sacrilegio, que las crueles manos de quien le habia cometido.» Geila en los terribles momentos de su desesperada muerte, gritaba que Quiliano y sus monjes la habian entregado al demonio, y la condenaban á las llamas eternas. La piadosa Burgunda declaró al morir el lugar donde se ocultaban los restos de los mártires, que fueron exhumados y entregados á la veneracion de los fieles. Sin embargo de lo relatado, el ilustre cronista Yepes, y el no ménos erudito obispo Equilino, refiéren así el hallazgo de los cuerpos de los enunciados mártires. La caballeriza donde yacian se transformó con el transcurso de los tiempos en una escuela pública de niños, la que estaba á cargo de un sacerdote llamado Atalogo. Olvidado enteramente el recuerdo de los cuatro monjes, obró Dios el prodigio de que los tiernos escolares, sin haber oido jamás el nombre de Quiliano, le pronunciaron con inspirada porfía, señalando con el dedo la sepultura; hablando el Señor por boca de los niños, y mostrando á los fieles las inestimables reliquias por medio de aquellos inocentes instrumentos. El maestro, que ignoraba el misterio, ni habia oido jamás aquel nombre, castigaba á los niños con azotes y palabras. Fuéronse á sus casas y en la misma noche se halló el sacerdote Atalogo privado de la vista. Admirado de tan inopinado castigo, oyó en vision una voz del cielo, que le decia, si queria cobrar la vista, diese crédito á los niños, y buscase lo que afirmaban con voces y señales. A la mañana siguiente, Atalogo hizo diligencias entre las personas más curiosas y advertidas de la ciudad, y llegó á saber era tradicion antigua estar en aquel lugar la sepultura de los cuatro mártires. Trasladóse allí, y postrado les rogó humildemente le devolviesen el sentido perdido para descubrir sus cuerpos venerables, y colocarlos en sitio más digno. Oyó Dios esta oracion, y cavando allí, se encontraron los cuatro cuerpos frescos, como si fuese el dia mismo del martirio. Informado del suceso S. Bonifacio, erigió en obispado aquella ciudad, que se denomina Herbipoli, y por largo tiempo la iglesia catedral era servida por monjes en vez de canónigos, los que eran capellanes de aquellos santos mártires, que habian vestido la misma cogulla. Despues fué destinada á canónigos seculares por un obispo que, desagradecido á la eleccion que los monjes habian hecho en él, les quitó la iglesia y casa. Celébrase la memoria de S. Quiliano el 8 de Julio, creyéndose que su martirio tuvo lugar en igual dia del año 385. De S. Quiliano, Colomano y Tomano hacen mencion Baronio y el Martirologio Romano. La noticia de su compañero S. Erubaldo se debe, como ya se indicó arriba, al doctísimo Juan Trithemio, abad

del monasterio de Santiago de Herbípoli, edificado para los monjes scotos en honra de S. Quiliano, y los otros santos scotos sus compañeros de martirio.—C. de C.

QUILIANO (Fr. Querubin). En el año de 1612 pasó á recibir la corona de sus méritos y virtudes este ínclito varon, natural de Valena, lugar del término de Saona en Génova. Su familia fué la de los Sacarelos, virtuosa y honesta, y su nombre de pila Antonio. Sus padres eran labradores, de mediana fortuna, mas de virtud y piedad grandes. Fué el segundo de sus seis hijos, y tan prevenido para siervo del Señor desde su tierna edad, que en ella practicó ejercicios de devocion, dando su pan para que sirviera de merienda á los pobres. Enseñóle la gramática un sacerdote, y aprovechó en su escuela notablemente. Entónces quedaron implantados en su corazon los deseos de ser algun dia miembro de la órden de S. Francisco. Así que oyendo cuando tenia diez y ocho años á un predicador capuchino, verdaderamente evangélico y que predicaba la palabra divina con fervor admirable, concibió el propósito de ser religioso. A los pocos dias, renunciando al siglo, tomó el hábito en el convento de S. Bernabé de Génova y el nombre de Fr. Querubin. Distinguióse en la observancia regular y en los cargos difíciles que se le confiaron, siendo un pastor perfecto y ejemplar de virtudes. Gobernó la provincia de Génova con tal afecto de caridad, que no hubo quien se quejase de él, y hasta los mismos reprendidos le veneraban. Oraba con gran fervor, y protegióle visiblemente la divina gracia con sus milagros, que con extension refiere la crónica. Antes de salir á decir misa, solia prepararse con una meditacion larga de la pasion de Cristo nuestro Señor, y de tal manera se encendia, que casi nunca celebraba sin abundante copia de lágrimas. Tuvo el don de profecia, y resplandecieron sobre manera las virtudes de este siervo de Dios. Ocurrió su tránsito el 29 de Agosto de 1612, á los ochenta y cuatro años de edad, y á los sesenta y seis de hábito en su religion, vividos en justicia y en santidad. «Quedó, dice su historiador, su carne tan fresca y blanda, que no habia quien la juzgase de hombre difunto, sino dormido. Divulgada su muerte por la ciudad, fué tanto el concurso de pueblo en el monasterio, ya de Saona, ya de los lugares vecinos, que no se pudieron hacer aquel dia las honras. Porque hallando la gente su cuerpo en la iglesia, cargó sobre él su devocion con tal ímpetu á tocarle y venerarle, que fué necesario no poca fuerza para quitársele de las manos, y encerrarle en la capilla mayor. Despues de su muerte, el Señor obró muchos milagros por la intercesion y por los méritos heróicos de este su venerable siervo.—O. y O.

QUILLOT (Claudio). Este eclesiástico, nacido en Arnai-le-Duc, en Borgoña, á la mitad del siglo XVII, de una familia muy pobre, hizo sus pri-

meros estudios en su pueblo natal, y los continuó en Dijon, donde entró en casa de un consejero del Parlamento de esta ciudad en calidad de preceptor de sus hijos. En extremo piadoso, y poseido del pensamiento de abrazar una vida toda de penitencia, tomó la resolucion de hacerse cartujo. Presentóse con efecto en la casa de estos Padres, que desde luego le admitieron, y quedaron edificados con su celo y eficacia; pero sus fuerzas corporales no correspondian á su buen propósito, y no siéndole posible soportar la vida tan austera de los hijos de Bruno, se vió obligado á volver al mundo. El obispo de Langres le confirió las sagradas órdenes, y le agregó á la parroquia de S. Pedro de Dijon, concediéndole el permiso de confesar. Su vida ejemplar le atrajo muy en breve la confianza de las personas más religiosas de la ciudad. Consultábanle de todas partes y se hizo célebre; mas esta celebridad, que no buscaba, le creó envidiosos. Su piedad le impulsaba á buscar con afan las obras que creia más á propósito para nutrirla más y más. Leyó, pues, los autores místicos, y segun él mismo asegura, los escritos de Molinos, que á la sazon no se habian todavía condenado, y recibió en su casa en 1686 á Mad. Guyon y al P. Lacombe. Esto dió elementos á sus enemigos para hacer estallar su rabia contra él. Denunciáronle, pues, como cómplice de Philibert Robert, á quien entónces se perseguia como acusado de quietismo, y en efecto, Claudio Quillot fué comprendido en la sentencia lanzada en 17 de Julio de 1700 por el tribunal de Dijon contra aquel sacerdote y sus sectarios. Quillot, que no habia comparecido, fué declarado contumaz en la expresada sentencia, y convicto de haber pronunciado discursos llenos de máximas de quietismo, de haber distribuido libros que contenian los expresados errores, etc., y por esta razon fué condenado á tres años de reclusion en un monasterio, á ayunar á pan y agua todos los viernes, á rezar ciertas oraciones y á dar ciertas limosnas, retirándole la facultad de confesar. Sin embargo, Quillot se habia ocultado. El parlamento de Dijon por su parte quiso entender en este negocio en lo que le concernia, pues que muchas personas habian sido complicadas en la sentencia. Quillot hizo preparar diferentes piezas que probaban su inocencia, y por acuerdo de 27 de Agosto de 1700 fué declarado *hors de cour*, es decir, libre. Este primer resultado le hizo esperar otro más completo. Pidió se revisase el proceso que se le habia formado ante el tribunal inferior, y se constituyó en prision. Una nueva sentencia le declaró *pura y plenamente justificado de la acusacion formada contra él.* Salió, pues, de la prision el 21 de Abril de 1701, y recobró el uso de sus funciones eclesiásticas, á excepcion del confesonario, del que sus superiores juzgaron deberia abstenerse. Esta justificacion auténtica no impidió la publicacion de un escrito calumnioso bajo el título de *Histoire du quillotisme, ou de ce qui s'est passé à Dijon au sujet du quietisme*, etc. Zell,

1703, en 4.° El autor es Huberto Maupertuis, procurador del Rey, del bailiaje y silla presidencial de Langres. Todo en esta historia respira la pasion de la venganza. Se pretende en ella hacer creer en una nueva herejía, de la que Quillot era el autor. Mr. de Clermont-Tonnerre, obispo de Langres, habiendo hecho examinar esta obra, la prohibió por una carta pastoral del 21 de Abril del mismo año, y el parlamento de Dijon la condenó en 9 de Julio siguiente á ser lacerada y quemada por el verdugo, como calumniosa y hostil al sacerdocio y al imperio. Se ha hecho muy rara esta publicacion. Ignórase la época de la muerte de Quillot.—C. de C.

QUINCE ó Quincio (S.), mártir. Derramó su sangre en Cápua con los santos Arconcio y Donato. Se ignora la fecha y circunstancias de su martirio, y aunque nada dice sobre él el Martirologio Romano, la Iglesia honra la memoria de este Santo el dia 5 de Setiembre.— C. de la V.

QUINCIANO (S.), mártir. Sábese solo de este Santo que padeció martirio por confesar la fe de Jesucristo, y no querer prestar homenaje á los ídolos del paganismo, en cuya heróica accion le acompañó S. Ireneo, en Armenia, á consecuencia de la persecucion contra los cristianos que decretó el emperador Marco Aurelio. La Iglesia hace mencion de este Santo y de su digno compañero de martirio el dia 1.° de Abril.—C.

QUINCIANO (S.), obispo y confesor. Cuando los bárbaros del Norte, cual un torrente desolador, invadieron la Europa en el siglo V, suceso que cambió, por decirlo así, la faz del mundo civilizado, gobernaba la diócesis de Rodas el obispo Quinciano, varon de especial ciencia y virtud. No queriendo los godos, que se apoderaron de Rodas, atender sus humanitarias exhortaciones, le expulsaron de su iglesia; y acogiéndose el venerable prelado á Auvernia, en ocasion en que aquella grey se hallaba sin pastor, se le dió posesion de su iglesia, que gobernó y dirigió con el mayor celo, edificando á los fieles con su piedad. Calmadas las brutales consecuencias de la invasion de los bárbaros, volvió el Santo á su silla de Rodas, y enternecida su alma al ver lo relajada que habia dejado la disciplina y las costumbres la pasada tormenta social, se empeñó en mejorar una y otras, y en esta honrosa tarea le alcanzó la muerte, y pasó á las regiones celestiales á recibir el premio de su santidad. La Iglesia recuerda su nombre el 14 de Junio.— C.

QUINCIANO (S.), mártir. Menciónase á este santo mártir de la fe de Jesucristo y á sus compañeros de suplicio Atalo, Cornelio, Fabiano, Floro, Esteban, Minervino, Ponciano y Simpliciano, entre los santos mártires de Sicilia, que celebra la Iglesia el 31 de Diciembre.— C.

QUINCIANO (S.), mártir. Si hemos de dar crédito á Baronio, debemos colocar á este Santo entre los obispos. Apoderándose del Africa los vándalos en el siglo IV de nuestra era, se empeñaron en hacer abrazar sus aberraciones

religiosas á los cristianos; y como S. Quinciano, S. Lucio y S. Julian con otros muchos se resistiesen, publicando al propio tiempo las verdades de la religion católica como la única verdadera, aquellos bárbaros, cuyo solo nombre basta para acreditar su maldad y crueles instintos, les dieron una cruel muerte, sacrificándolos á sus monstruosas deidades.—C.

QUINCIANO (S.). Muerto S. Juvenal, arzobispo de Caller, en Cerdeña, en los primeros años del imperio de Constantino Magno, le sucedió un santo anciano llamado Marcos, que ocupó poco tiempo aquella sede; y en su lugar fué elegido en 314 el insigne varon Quinciano, nacido en aquella antigua ciudad. Llamósele al Concilio Arelatense, reunido para condenar las doctrinas de Arrio, lo que consta en el segundo tomo de Concilios, y por lo que Fara escribe: *anno 314 floruit Quintianus seu Quintius episcopus calaritanus, qui in secunda Arelatensi sinodo interfuit.* Vivió este Obispo santamente, y amado de su pueblo acabó en paz.—C. de C.

QUINCOCES (Mtro. Fr. Juan de). Fué natural de Ocaña, de familia calificada y una de las que más ilustran aquella villa. Educado por sus padres en el santo temor de Dios, cultivó con su ayuda la práctica de las virtudes, y pudo cobrar aficion á las letras, si bien dando en sus ocios preferencia á la oracion é inteligencia de los misterios de nuestra santa fe. Salió consumado gramático, y á este tiempo ya le llamó á su santa casa la Trinidad beatísima: no eludió el llamamiento, y decretó pasar á Toledo, en cuyo Real convento queria solicitar el hábito. Todo se lo dispuso Dios tan conforme á sus deseos, que no le cerró el paso ninguna dificultad ni tropiezo; pues hallándole perfecto en gramática, de buenas costumbres, noble en sangre, y rico en las demás dotes exigidas para la recepcion, fuéle muy fácil alcanzar el hábito. Durante el año de su prueba dió claro testimonio de su verdadera vocacion, porque nada se encontró en él de reprensible: su vigilancia y estudio de las obligaciones del nuevo estado no tenian ejemplo; su oracion era frecuente, y grande el deseo que tenia de padecer por Dios, enfrenando con ayunos sus apetitos, y domando sus pasiones con fuertes penitencias y silicios. Ya profeso y bien firme en la virtud, le mandaron los superiores adquirir ciencia, para que utilizando su alma enseñase luego á otros la sabiduría divina. Aprendió pues la filosofía, y ordenóle la obediencia hacer sus estudios teológicos en Salamanca, donde se aplicó con singular esmero, hallando muy pocos que le aventajasen en sus ejercicios escolásticos. Contentos los superiores de su conducta, le mandaron leer artes en el convento de nuestra Señora de las Virtudes. Más quisiera el siervo de Dios permanecer olvidado, y entregarse al cuidado del púlpito y del confesonario; mas teniendo en cuenta que era ciertamente del agrado de Dios, pues que así lo disponia, sacrificó su gusto y partióse á ejecutar lo que se

le mandaba en aquel venerable desierto, consagrado á la Virgen Santísima, donde se propuso servirla en cuanto llegase á comprender que era de su agrado. A ninguna hora faltaba al coro, pues para todo le concedia el Señor tiempo. Hurtaba algunas horas al sueño para hacer oracion ántes del dia, y despues estudiaba lo que habia de enseñar á sus discípulos. Luego iba á la hora de prima, decia misa, y en dando gracias pasaba con sus discípulos al general á cumplir con su obligacion enseñando la sabiduría divina, no reñida ciertamente con la humana. Enseñábales la lógica, física ó metafísica, dándoles tambien ejemplos de virtud, y de aquella suerte utilizó en ambos caminos á sus discípulos. Tambien solia hurtar algunos ratos á los ejercicios de la obediencia, aunque sin detrimento de su oficio, para comunicar el pan de vida en el púlpito ó confesonario á los fieles devotos que acudian á visitar á la Reina del cielo. Con este operario evangélico, colocado por el Señor en aquel desierto, fué cada dia en aumento el concurso de fieles al santuario, y todos en demanda del santo varon que les sabia dar consuelo; y aunque, por consagrarse más de lleno á estos santos ejercicios, deseaba que los superiores le admitiesen la renuncia que diferentes veces presentó del oficio, no pudo lograr su deseo. Llegó por fin el tiempo en que acabó de leer el último curso, y creyó que la obediencia le olvidase, dejándole vivir en aquel desierto, que tanto amaba; pero salióle mal la cuenta y muy contraria seguramente á sus votos. Así que recibió muy luego órden del provincial para trasladarse á Salamanca en prosecucion de sus ejercicios literarios, enseñando allí la teología. Apartóse dulcemente contrariado de aquel sitio, en busca del lugar á do la obediencia le llamaba, y llegó á Salamanca, en cuya ciudad era ya deseada su venida. No tuvo qué hacer diferencia el siervo de Dios en su vida, ántes bien nunca salia del convento, á no ser precisado por las ocupaciones de su ministerio, y en este caso regresaba al punto á su centro. Tuvo empero ocasion de aumentar su celo por la salvacion de las almas, pues la juventud que concurria á las aulas es de temer que fuese materia muy dispuesta al desenfreno por su edad y holgura; lo cual tambien contristó su ánimo por ver que muchos, de prendas aventajadas, erraban ciegos por falsos caminos, consumiendo los caudales que recibian de sus deudos, con grave detrimento muchas veces de sus hermanos. A estos principalmente y á las mujeres perdidas, que les suministraban el veneno, dirigia el siervo de Dios todas sus pláticas y sermones, con las cuales solia atraer muchas almas, que acercaba al pan de vida, llorando despues contritas sus extravíos, y á las cuales prescribia luego reglas para no apartarse del camino, estrecho sí, mas tambien ameno y florido, de la virtud. Tomóle despues la obediencia para ministro del convento de Burgos, y consta de algunos documentos que ya lo era en el año

de 1523, habiendo fundado ántes, en 1510, el convento de Villoruela, cuya direccion y gobierno ejerció por bastante tiempo. En 14 de Mayo de 1525 se celebró capítulo provincial en el convento de Talavera, saliendo en él electo definidor el V. Quincoces, siendo aún ministro de Burgos. De aquí fué trasladado al convento de nuestra Señora de las Virtudes, para regir á sus hermanos, viendo templado su sinsabor por el recuerdo de la dulce soberana de los ángeles, á quien deseaba servir nuevamente. Ocupado en heróicas obras, predicando dentro y fuera de su convento la palabra divina, anunciando á los pueblos y gentes olvidadas de Dios la dicha ó desgracia que habian de esperar, segun sus buenas ó malas obras, enseñando á los grandes y á los pequeños la doctrina cristiana y misterios divinos, de que por experiencia vió que se hallaban muy necesitados, le llamó el Señor á su reino en premio de sus buenas obras. Al punto respondió al llamamiento, purificándose más y más de las que él tenia por culpas. Recibió muchas veces el sacramento de la penitencia, y una el de la eucaristía, pidiendo perdon á sus hermanos y súbditos respecto de los malos ejemplos que decia les habia dado; y como pobre varon evangélico, no tuvo que desapropiarse ningunos bienes terrenos. Libre pues de estos y otros impedimentos, recibió el último sacramento; é invocando en su auxilio el dulce nombre de Jesus, de su amantísima Madre y del Angel Custodio, voló su alma al eterno descanso. El necrologio trinitario pone en el dia 12 de Abril el tránsito de este varon apostólico, el cual acaeció en el año 1527, segun los cómputos más ajustados. Un numeroso concurso acudió á su funeral, dándole los religiosos sepulcro honorífico, glorificado con los prodigios que se le atribuyen. Por algunos es venerado como santo y otros le consideran beato; y tal vez en corroboracion de aquellos podemos añadir que existia una efigie del santo Quincoces en el retablo del altar de nuestra Señora de los Remedios, venerada en la iglesia del convento trinitario de Medina, colocada en el pedestal al lado del Evangelio. Mas tambien en apoyo de los segundos debemos advertir que habia otra efigie en la pieza de capítulo, llamada *de profundis*, en el mismo convento, como de tres palmos de alto, y con el título de beato. Otras muchas se ven tambien en diferentes conventos de su misma Orden y todas con distinto título, por lo cual no es fácil dejar sentado quiénes son los ménos excedidos. Empero no necesitamos apelar á estos comprobantes para creer digna de ser honrada su memoria.—C. de la V.

QUINDULFO, obispo de Salamanca, que confirma una donacion que el rey D. Alonso *el Casto* hizo á la iglesia de San Salvador de Oviedo de ricos dones, como la misma escritura lo refiere. La fecha es el año de 830. Por este tiempo, dice Gonzalez Davila que vivian los obispos de Salamanca y otros muchos en las montañas de Asturias, por estar sus ciudades y estados en

poder de los moros ó casi despobladas, y «eran como obispos de anillo, por no tener á quien regir ni enseñar.»—O. y O.

QUINCT (S.). Recibió la palma del martirio en Africa, junto con San Simplicio y algunos otros cuyos nombres no han llegado hasta nosotros. Padecieron el martirio durante la persecucion de los emperadores Decio y Valeriano, y la Iglesia honra su memoria el dia 18 de Diciembre.—C. de la V.

QUINCTILA (Sta.). Fué martirizada en Sorrento, en union de los santos Quincto, Marco y otros nueve cuyos nombres se ignoran. Su festividad es celebrada por la Iglesia el dia 19 de Marzo.—C. de la V.

QUINIDIO (S.), obispo y confesor. Nació este varon en las Galias, y dedicándose al servicio de Dios, recibió el hábito de religioso en el monasterio de Lerin, en el cual ha querido el Todopoderoso que se hayan educado tantos habitantes del cielo. Su virtud y piedad le valieron, á pesar de su humildad, ser promovido al obispado de Vasas en la misma nacion, y en este alto destino fué considerado por uno de los más gloriosos timbres de la iglesia galicana. Despues de haber llevado una santa vida y de haber edificado á sus fieles ovejas, voló el alma de este santo al trono que Dios le tenia preparado el 15 de Febrero del año 578, dia en que le recuerda la Iglesia como una de sus glorias.—C.

QUINOT ó Quiniot (Hugo Felipe). Nació en Dôle, en el Franco Condado, el dia 13 de Enero de 1666 precisamente dos años despues de la conquista de esta villa por Luis XIV. Su educacion fué sumamente cristiana y esmerada como correspondia á las virtudes que habia de manifestar despues, porque realmente la vida del hombre no es más que el resultado de su educacion. Prueba incontestable de lo que acabamos de decir es la alternativa de los pensamientos y áun de los hechos de Quinot, quien si solo hubiera recibido una educacion cristiana, y no hubiera perdido demasiado jóven á su madre, solo como un virtuoso prelado hubiera figurado en los sucesos de su tiempo, pero reuniéndose estas dos tristes circunstancias, tuvo primero que ser soldado de Luis XIV y despues de Jesucristo, como vamos á decir. Era su madre española, y como todas tan orgullosa de su patria, que no perdonaba medio de alimentar á su hijo en el odio que ella profesaba á los franceses, robustecido en aquella época más y más por las circunstancias que atravesaban. El niño, por otra parte, sentia correr por sus venas la misma sangre española, y fructificando en él los consejos de su madre, hubiera sido un excelente guerrero si á la edad de nueve años le hubieran destinado á la milicia en vez de llevarle á un acreditado colegio de jesuitas, donde todos rivalizaban en celo, esforzándose en sobrepujarse unos á otros en rigurosas mortificaciones. Una vez en su compañía, Hugo Felipe solo se acordó

del Dios á quien su madre le enseñaba á rezar desde la cuna; animado por el ejemplo de sus virtuosos maestros, se entregó á pensar en la eterna bienaventuranza, y entónces hubiera sido excelente sacerdote, si á los seis años de su permanencia en el colegio no hubiera muerto Margarita Brun, su madre. Su padre se retiró á una aldea, traspasado de dolor, y nuestro jóven, que á la sazon contaba diez y seis años, y estaba concluyendo la filosofía, quedó confiado al cuidado de sus dos hermanas, Catalina y María, mayores que él, y tan excesivamente austeras que apénas podia Hugo soportar su rígida virtud. Es cierto que sus hermanas le amaban entrañablemente por ser mucho más jóven y haber estado tanto tiempo separadas de él; pero esto no fué bastante para impedir que se cansára de su compañía, y que tratase de libertarse de su yugo, lo que deseaba cada vez más, porque léjos de sus maestros se debilitaba su celo por instantes, y cuanto más decaia su fervor religioso, más se despertaba en él el mal dormido afan de los combates y de una vida aventurera que le embellecia mucho su poética imaginacion. La amistad, esa segunda educacion del hombre, tan poderosa casi como la primera, era la que entónces debia decidir el ánimo vacilante de Hugo Felipe, obligándole á arrojarse por completo al desenfreno de sus belicosos deseos, ó amortiguar estos de nuevo para volver á resucitar la inclinacion que tanto habia fortalecido en el colegio de jesuitas. Para comprender mejor á qué lado se inclinaria la balanza, diremos dos palabras acerca de su amigo favorito, cuya compañía no dejaba de frecuentar y cuyos sentimientos se asimilaba con entusiasmo, teniendo á gala que fuesen sus pensamientos los mismos. Era este un viejo soldado retirado del ejército, á quien llamaban, no sabemos á punto fijo porqué, *el Renegado*. Despues de sometida la Borgoña, habia ido á unirse con Turena en Turckheinc y no cesó en sus campañas hasta que el tratado de Riswich le obligó á retirarse. Era por consiguiente un viejo alegre, vicioso y lleno de heridas, que hablaba con mucha frecuencia de sus hechos de armas, de sus aventuras militares, y del encanto de la vida de campamento, que pintaba con los más hermosos colores. No era menester más para que Quinot le profesase un cariño sin límites, y seducido por los cuadros que le pintaba con tanto fuego, quisiera seguir la carrera militar, sediento de gloria y de novelescas aventuras. Agréguese á esto el ascendiente grandísimo de Luis XIV y el prestigio inseparable de este gran rey, y se comprenderá perfectamente que olvidando su odio á los franceses, el jóven soldado siguiera al caudillo que más gloria le prometiera y mayor número de aventuras, paseando sus banderas triunfantes por todo el mundo. Vino á la sazon el conquistador á visitar su conquista, rodeado de su familia y de la flor de la nobleza de su reino, que ostentaba una magnificencia tal que deslumbrando á Quinot,

corrió á alistarse en las filas francesas, y partió con el ejército en compañía del mal consejero viejo, que le encarecia cada vez más la gloria que se proponian conquistar juntos. Su inesperada fuga llenó de dolor á sus hermanas, que le lloraron por perdido no solo para ellas, sino tambien para Dios, mezclándose con los heréticos, pues no habia sido revocado aún el edicto de Nantes, despues de hacer traicion á su patria, á su madre y á su propia libertad, que acababa de vender como hemos dicho ya. Hugo Felipe no tardó en sentir las consecuencias de su aturdimiento experimentando el castigo merecido por su poco noble conducta, porque sus conciudadanos pasaban por hombres semi-bárbaros entre los franceses, y estos, burlones por naturaleza, le llenaban de sarcasmos á cada paso, diciéndole un epigrama en cada saludo. Añadíase á esto la natural tristeza de vivir léjos de su patria y de su familia, el haber visto desvanecerse el encanto de sus conquistas, y el natural remordimiento de su conciencia, vendiendo su sangre, que estaba pronto á derramar por un rey que no era el suyo, y por una nacion aborrecida por su madre y poco querida por sus compatriotas entónces. Sin embargo, debemos decir en justicia que una vez que se hubo impuesto este deber, le cumplió tan bien, que si es posible borrar una falta á fuerza de merecimientos, nuestro soldado no dejó el más insignificante indicio de la suya, y fué estimado por sus jefes, que admiraban su arrojo en los combates, en los que siempre realizaba hechos brillantes, llegando á oficial en el sitio de Courtrai, á las órdenes del mariscal d'Humières. Se presume que asistió al de Filisbourg y á la toma de Génova. En Fleurus le mataron el caballo con grave exposicion de perder la vida el ginete al mismo tiempo, y en Nerwinde le hicieron dos heridas de consideracion. No se puede calcular hasta dónde hubiera llegado en su carrera militar, si no la hubiera cortado un suceso que debia esperar, y que si bien tardó en realizarse más de lo que se creia, al cabo se presentó como no podia ménos de suceder. Luis XIV declaró la guerra á Cárlos II de España, y Quinot, á las órdenes del mariscal Noailles, atravesó los Pirineos. A la vista de su patria renacieron en él los recuerdos de su infancia, lloró á su madre cuya memoria habia olvidado tanto, su conciencia volvió á inquietarle con más fuerza que nunca con el recuerdo de sus perdidas virtudes, y la amenaza de Jesucristo *quien á hierro mata, á hierro muere;* pues habia sacado la espada contra la raza de Cárlos V. En una palabra, la duda, el sufrimiento y la memoria de su madre y de su patria, le hicieron perder las fuerzas, y caer enfermo ántes de haber entrado en ningun combate, siendo trasladado en una camilla á Perpiñan. De esta época data su conversion, y á contar desde este dia renunció á todos los placeres mundanos, proponiéndose dejar una bandera que no era la suya, y que no amaba como es consiguiente. Tres años habian pasado desde los

sucesos que acabamos de referir, cuando una noche Catalina y María, las hermanas de Quinot, taciturnas y silenciosas velaban á la luz de una lamparilla delante de una imágen de la Vírgen. Ninguna de las dos se atrevia á romper el silencio, las dos sin embargo sabian en lo que pensaba la otra, que no podia ser otra cosa que en la suerte que le habria cabido á su hermano Hugo. Era una noche de tormenta, y por lo avanzado de la hora no esperaban ser interrumpidas en su trabajo ni en en su meditacion, de manera que se hallaron en extremo sorprendidas al oir llamar á la puerta, y salieron á preguntar quién era, no sin algun sobresalto. La contestacion del que llamaba debió tranquilizarlas, pues no tardaron en abrir dejando paso á un militar de mediana edad, que aparentaba aún mucha más por sus demacradas facciones y crecida barba. Este les habia pedido hospitalidad, y las dos hermanas se la ofrecieron gustosísimas, como quien tenia un hermano expuesto á los mismos peligros. Entregadas al pronto á sus pensamientos no pudieron fijarse bien en el desventurado militar, que lloraba en silencio, próximo á una ventana abierta. Calmóse la noche, salió la luna brillando con dudosa claridad, y conmovidas por los sollozos de su huesped, se atrevieron á preguntarle la causa de su dolor, fijando en él la vista con más detenimiento. «Lloro, las contestó, porque estoy viendo desde aquí la tumba de mi madre cuya memoria altrajé.» A estas palabras las dos hermanas se arrojaron en sus brazos dando un grito de sorpresa y de alegría. Aquel militar pálido y demacrado que sufria tanto, era su hermano Hugo Felipe, que en aquel sitio y en aquel momento volvia á su Dios y á sus hermanas, único resto ya de su familia, porque su padre habia muerto tambien. Una vez arrepentido, no pensó en otra cosa que en tratar de enmendar sus faltas y de borrarlas con una austera penitencia, en cuyo deseo le fortalecian sus hermanas ayudándole con santos consejos, llenas de alegría. Con su beneplácito, pues, volvió á continuar sus estudios en Besanzon, donde edificaba á todos los del seminario con el exceso de su piedad y rigor de su penitencia. El arzobispo José de Grammont le confirió el órden sacerdotal delante de Catalina y de María, que no se cansaban de dar gracias á Dios, pidiéndole le hiciese tan buen sacerdote como habia sido arrojado en los campos de batalla, cuyo don las concedió el Señor, pues sus virtudes imponderables le conquistaron el aprecio y la admiracion de todo el clero del Franco Condado, donde fué dean rural, y director de muchos conventos y hospitales. Réstanos decir que en el estudio fué tan aprovechado, y óbtuvo por él tanta fama como por su virtud, teniéndole por tan hábil que le escribian de todas partes para pedirle consuelos y consejos. Se conservan de él algunas cartas, y un trozo de un libro que se le atribuye, donde se encuentra un breve y filosófico discursito, que aseguran pronunció en la bendicion de un cementerio.

Tuvo el sentimiento de ver morir á sus queridas hermanas, cuya pérdida lloró sin que pudiera encontrar consuelo. Poco despues se le volvió á abrir una de sus heridas, y como no por eso dejase sus trabajos ni el rigor de sus ásperas mortificaciones, fué tanto lo que sus fuerzas se debilitaron, que terminaron con su vida el dia 1.° de Mayo de 1743. Murió sobre un lecho de ceniza, y se le condujo al cementerio paseándole por las calles con el rostro descubierto. No fué sin embargo su conduccion un magnífico y pomposo entierro, era más bien el cortejo fúnebre de un simple sacerdote cuyas reliquias se disputaba el pueblo. No eran muchas las noticias que se tenian de este soldado sacerdote, hasta que Mr. Leon Dusillet leyó en una sesion de la Academia de Besanzon una excelente *memoria* de Hugo Felipe Quinot, memoria que ha sido copiada en la *Biografía universal* de Michaud, de donde tomamos las noticias que acabamos de dar.—G. P.

QUINTABAL (Fr. Bernardo de). No es ménos venerable y aplaudida la memoria del glorioso S. Francisco por su fecundidad que por su virtud, dice uno de los biógrafos del ilustre Santo (Fr. Damian Cornejo, en la *Crónica Seráfica*) llamado con razon el *Patriarca de los pobres*, aludiendo al gran número de sus hijos señalados en virtud, santidad y ciencia, y cita como á su primogénito en el Señor al Bto. Fr. Bernardo de Quintabal. Era este de esclarecido linaje y muy opulento; pero dotado tambien de profundo juicio y prudencia, observó ántes que otro en su ciudad natal de Asís la profunda humildad, el extremado desprecio de las riquezas y vanidades del mundo, la devota aplicacion al culto de los altares, la acendrada caridad con los pobres, todas las raras virtudes, en fin, que tanto distinguian á su compatriota S. Francisco, y sintió desde luego en su corazon un irresistible impulso para seguir sus pasos. Mas deseoso, sin embargo, de conocer y observar á fondo al Sto. Patriarca, le invitó á cenar cierta noche, y mandó le dispusieren cama en tal paraje que pudiese notar desde la suya todas sus acciones. Fingióse, pues, Bernardo dormido, y vió á S. Francisco abandonar el lecho, postrarse y rezar con fervor inexplicable la mayor parte de la noche. Decidióse, por fin, á seguir á su santo huesped, cediendo á la divina inspiracion, y tomando cuantas alhajas y dinero poseia, hizo pública almoneda de aquellas en la plaza de S. Jorge, y distribuyó todo su producto á los pobres, prefiriendo á las viudas y huérfanas. Nada reservó para sí, y pidió de limosna para cubrirse el humilde hábito que eligió para la reforma de su vida, en compañía y á imitacion del que adoptára por guia y maestro. Fuéronse, pues á la parroquial de S. Nicolás, donde oyeron misa, rogando al Señor luz y acierto. Abrió S. Francisco por tres veces el misal para explorar en su sagrado texto la voluntad divina. La primera, aparecieron estas palabras: *Si quieres ser perfecto, vende tus bienes y da su importe á los*

pobres. La segunda: *No lleveis para vuestro camino provision alguna, fiad en la Providencia.* La tercera: *Quien quisiere venir en seguimiento mio, niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame.* Fué, pues, Bernardo de Quintabal el más ilustre imitador de S. Francisco, y solia decir y repitió poco ántes de morir, *que en solo dos cosas, por la gracia de Dios, le parecia haber sido verdadero franciscano, que eran las tentaciones y las injurias; porque de las unas y las otras habia sacado el fruto de la humillacion.* En los primeros tiempos de la formacion de la religion franciscana, fué Fr. Bernardo con otro compañero á fundar á Bolonia, donde fueron recibidos con desprecio y escarnio por su traje tosco y roto, teniéndoles muchos por locos ó por juglares. Por fin, un noble boloñés, más juicioso y caritativo que sus convecinos, se informó de quiénes eran los recien venidos, y habiendo leido la santa regla de la nueva religion que le mostraron, los condujo á su casa, y proporcionó medios de fundar un convento, y los que poco ántes miraban á Fr. Bernardo como un insensato, le veneraron como santo. Mas no permitiéndole su humildad aceptar los homenajes que rendian públicamente á sus virtudes, huyó secretamente de Bolonia y volvió á Asís en compañía de S. Francisco. Por dos veces aportó á España, una con su predestinado maestro (y con el santo objeto de padecer martirio), el que le mandó quedarse en Compostela cuidando de la curacion de un pobre enfermo, que marchó despues con ambos religiosos á Italia. Poco despues cupo á Fr. Bernardo la suerte de venir á predicar y hacer fundaciones á los reinos de Castilla y Leon, con otros dos compañeros. Durante el camino, hallándose cierto dia muy fatigados los tres piadosos viajeros y faltos de sustento, hizo Fr. Bernardo la señal de la cruz sobre una fuente, y sus aguas se convirtieron en vino, que les confortó y les dió fuerzas para continuar su peregrinacion. Pasados dos años, tornó á Italia Fr. Bernardo de Quintabal, con objeto de concurrir al capítulo general, y estando para atravesar un rio, se detuvo temeroso y vió muy cerca de sí un ángel en figura de gallardo mancebo, que cogiéndole de la mano le pasó en el aire á la opuesta orilla y desapareció en seguida. Entre las más heróicas virtudes que señalaban por un verdadero siervo de Dios á Fr. Bernardo, era sin duda la que más le distinguia su amor á la pobreza, por lo que reprendia con tanto celo los regalos con que vivia el P. General de la Orden Fr. Elías, que le desterró de Asís por dos veces. Marchó el obediente Fr. Bernardo á la soledad de Fabriano, y allí se consagraba á Dios con más libertad, que le dispensó entre otras muchas mercedes un don especial para el ministerio de la predicacion. Quince años sobrevivió Fr. Bernardo á su maestro S. Francisco, haciendo más bien vida de ángel que de hombre. Postrado con la última enfermedad, pidió los santos sacramentos, que recibió con intensa devocion y lágrimas, y conversando santa-

mente con sus hermanos, dió, por fin, su alma á Dios el dia 10 de Julio de 1241, en la misma ciudad de Asís en que habia nacido. Quedó su cuerpo flexible en todos sus miembros, blanco y más bello que cuando vivo, como un indicio que permitió el Señor de la vida inmortal que gozaba su alma. Fueron suntuosas sus exequias, á las que concurrieron todo el clero y nobleza de la ciudad, y fué sepultado en el gran convento que contenia el sepulcro de S. Francisco. Poco despues una vision sobrenatural y divina reveló á los piadosos franciscanos Fr. Rufino y Fr. Leon, que se hallaban enfermos en la Porciúncula, la bienaventuranza que en premio de sus esclarecidas virtudes habia alcanzado Fr. Bernardo de Quintabal.—C. de C.

QUINTANA (Fr. Agustin). Era del órden de Predicadores y natural del principado de Cataluña. Pasó á América y allí murió. Ha quedado de él una obra titulada: *Doctrina cristiana y tratado sobre la Confesion sacramental*; Puebla de los Angeles, 1729. Se halla esta obra en la biblioteca de Sta. Catalin. Misc.—C. de C.

QUINTANA (Gerónimo de). La coronada villa y corte de Madrid, silla de los monarcas de dos mundos, llamada la heróica por los hechos de sus naturales, y la madre de los pobres, porque en pocas partes se ejerce desde muy antiguo la caridad con más profusion, cuenta muchos hijos ilustres que la han ennoblecido por su valor, por su piedad, por su ciencia y por sus virtudes. En el templo en que la gratitud nacional conserva la memoria de los ilustres y sabios varones que engrandecen al pueblo de Madrid, ocupa un distinguido lugar su ilustrado y virtuoso historiador el licenciado Don Gerónimo de Quintana, honra de su patria y prez y gloria del estado eclesiástico español. Natural de la coronada villa, en ella recibió su educacion é instruccion en la segunda mitad del siglo XVII. Consagrándose al servicio de Dios en el estado eclesiástico, recibió las sagradas órdenes despues de concluidos sus estudios y de haberse recibido de licenciado; y ya ministro de un Dios de paz, dispensador de todo bien, sujetó su voluntad estrictamente á los preceptos evangélicos. Nombrado notario apostólico del Santo Oficio de la Inquisicion, se distinguió en este empleo por su bondad y sobre todo por el empeño que puso en consolar á los delincuentes con el bálsamo suavísimo y salutífero de la religion, procurando que abjurasen sus errores, más porque se convencieran del camino errado en que se hallaban, que por medio de amenazas y castigos, que por lo comun solo consiguen exasperar los ánimos, confirmarlos en su aberracion, y poquísimas veces apartarlos de ella. Sabia bien que Dios desea pecadores arrepentidos que vengan á él voluntariamente, más que pecadores obligados á confesarle por el temor ó por la fuerza, y firme en este principio, siempre empleó la persuasion para convertir, jamás la fuerza. La austeridad en que vivia, casi siempre ocupado

en santas contemplaciones y en la lectura de buenos libros, en los que procuraba estudiar cuanto pudiese para perfeccionarse y adquirir por este medio la benevolencia de Dios y algun derecho á su misericordia, y el aprecio del mundo en lo que puede este hermanarse con las leyes divinas, y nunca de otro modo, le hicieron bien pronto considerar como á uno de los sacerdotes más ilustrados y virtuosos de Madrid. Unidas estas excelencias á la ardiente caridad que abrasaba su sencillo y piadosísimo corazon, le valieron el ser nombrado rector del santo hospital de la Latina, llamado así en honrosa memoria de su ilustrada fundadora Doña Beatriz Galindo, maestra de latinidad de aquella excelente reina, que logró la unidad española, fortificar la fe de Jesucristo en la patria de S. Hermenegildo y de S. Fernando, sus gloriosos antecesores, y concebir con el sabio y atrevido Colon un nuevo mundo, sobre el que imperó; de Isabel *la Católica*, en fin, dechado de las buenas soberanas y honra del trono de Castilla. En este santo hospital, que aún subsiste declarando en sus elocuentes páginas la gloria de su fundadora, y la piedad y grandeza de su augusta discípula, para que no las olvide el noble y heróico pueblo de Madrid, procuró Quintana que su nombre pasase á la posteridad por su virtud con el de aquellas célebres mujeres; y ciertamente que lo consiguió, pues al mencionarlas no puede ménos de recordarse á tan celoso rector, á tan buen sacerdote. Los pobres enfermos que se curaban en este hospital, salian de él fervorizados y llenos de amor de Dios, de suerte que al paso que habian sanado su cuerpo de las miserias en que le arrastra la vida por diversas causas, habian logrado curar la laceria con que el demonio gangrenaba su alma para precipitarla en el abismo del infierno. Padre cariñoso más que rector severo, los pobres enfermos le consideraban como la providencia de Dios, que se empeñaba en consolar sus aflicciones corporales y espirituales, y jamás se vió quien mejor cuidase de la doliente humanidad, ni quien más se interesase en su obsequio. No se limitaba su caridad á socorrer á los pobres enfermos de su hospital: se extendia á todos aquellos á quienes podia socorrer, y cuando sus fondos se resentian, acudia en demanda de limosnas á la caridad pública, tomando el oficio de pobre para alivio y sosten de los pobres, de los que fué siempre un celoso procurador. Llenábase Quintana de pesar cada vez que veia un sacerdote, que por hallarse sin los recursos necesarios para sostener con decoro su dignidad se dedicaba á cosas ajenas á su sagrado carácter, ó hacia obras que le hiciesen desmerecer. A fin de evitar esto en lo posible, concibió un pensamiento, que llevó á cabo lleno de fe, y desde el principio correspondió cumplidamente á sus deseos. A este fin el dia 25 de Julio del año 1619 reunió en una capilla de su hospital de la Latina una porcion de sacerdotes de Madrid, y les comunicó el pensamiento de formar una congregacion de sacerdotes seculares de Madrid

por naturaleza, cuyo instituto fuese el socorrer á los ministros del Señor de todas las provincias y naciones que viviesen en la corte ó viniesen á ella, y se encontrasen en la pobreza, tanto socorriéndoles en sus necesidades y sacándoles de las cárceles, cuando por desgracia fuesen conducidos á ellas por cualquier causa, cuanto para enterrarlos con decencia cuando muriesen pobres, haciéndoles sufragios en bien de sus almas. Como tan feliz pensamiento fuese acogido con entusiasmo por todos los que escucharon los razonamientos del piadoso Quintana, y le aprobasen unánimemente, los sorprendió manifestándole las constituciones que para esta congregacion tenia ya hechas, con la aprobacion y licencia del Cardenal-Infante de España D. Fernando, que en aquella sazon era el ordinario diocesano. Tal noticia llenó de júbilo á los sacerdotes congregados; y deseosos de no retardar los beneficios que tan piadosa y caritativa asociacion habia de reportar, se inscribieron todos con la mayor decision en el acto, y declarando fundada la Congregacion, nombraron al fundador su capellan mayor, concediendo á este cargo la jefatura de ella; mereció ser reelegido el año 1639, y no dejó de tener cargo importante en el hospital ningun año hasta su muerte. Fundacion tan notable granjeó á Quintana la estimacion y aplauso de los reyes, de los magnates y de todos los principales de la corte, y las bendiciones del clero en general y de todos los españoles. Y ha sido tan apreciada esta institucion desde entónces, que han pertenecido á ella multitud de ejemplares sacerdotes y de grandes capacidades, entre los que podemos contar al fecundísimo poeta dramático D. Pedro Calderon de la Barca, eminentes cardenales, arzobispos, obispos y demás dignidades eclesiásticas, que proporcionaron á este hospital cuantiosas rentas, que con el transcurso de los tiempos y diferentes convulsiones políticas se hallan hoy muy disminuidas, sin que esto obste para que se sigan haciendo en él los beneficios para que fué fundado, y que procura no decaigan su actual celosísimo rector el capellan de honor D. Ildefonso Serafin de la Fuente. A pesar del mucho tiempo que Quintana ocupaba en el púlpito y en el confesonario, en el cumplimiento de sus dobles deberes en los dos hospitales, en sus caritativos ejercicios fuera de ellos, y en dar cima á los muchos cargos piadosos que se le encomendaban, este incansable eclesiástico quiso dejar pruebas inequívocas del amor que profesaba á su patria y de su suficiencia literaria. Recogiendo durante muchos años cuantas noticias pudo sobre la historia de su patria, las ordenó convenientemente y escribió la *Historia de la antigüedad, nobleza y grandeza de la coronada villa de Madrid*, cuya obra, que dedicó al Ayuntamiento, publicó en esta corte en fólio, en 1629. Tan útil trabajo, para que fuesen conocidas las excelencias de la capital de dos mundos y los hechos de sus hijos, acreditó la buena opinion que se tenia de Quintana, y

se granjeó por ella el aprecio y estimacion de sus conciudadanos y de todos los escritores de su época, y entre ellos del ingenio fecundísimo dramático Lope de Vega Carpio, el que en la silva V de su *Laurel de Apolo* le elogia diciendo:

> Y á Gerónimo ilustre de Quintana,
> A cuyas letras y virtud iguales,
> Debe la patria elogios inmortales.

Sumamente devoto Quintana á María Santísima en su santa advocacion de Atocha, que con la de la Almudena se dividen, en cuanto á imágenes, el patrocinio de la coronada villa de Madrid, se propuso averiguar cuanto pudiese acerca de la antigüedad é historia de esta imágen tan venerada del pueblo madrileño desde los tiempos más remotos; y habiendo reunido cuantas noticias pudo, registrando archivos, antiguos manuscritos, rancios cronicones, y libros y papeles relativos á las cosas de esta villa y de sus templos y nobles familias, escribió lleno de piedad, de amor á la gran Madre de Dios, y con la mejor voluntad y deseo de acierto, la *Historia del origen y antigüedad de la venerable y milagrosa imágen de nuestra Señora de Atocha*, cuya interesante obra publicó en 4.° en Madrid el año 1637. Por último, en el archivo de la referida Congregacion se conservan su *Convento espiritual*, y otra porcion de escritos suyos, que acreditan su piedad y su capacidad religiosa y profana. El convento de religiosas de la Concepcion Francisca le debió una predileccion y una asistencia paternal, que recuerdan aún las religiosas con gratitud, pues que habiendo dejado dotada en su testamento la fiesta de la Inmaculada Concepcion de nuestra Señora, todos los años tienen que recordar al virtuoso rector, que tantos bienes hizo en aquella santa y caritativa casa. Alabado de todos sus compatriotas, bendecido de los más y llorado por los muchos pobres, á quienes socorria su caridad, murió este virtuoso y ejemplar sacerdote en Madrid y en su mismo hospital el dia 8 de Noviembre de 1644, habiendo sido sepultado en la iglesia de las expresadas señoras de la Concepcion Francisca al siguiente dia 9, con asistencia de la Congregacion de sacerdotes de que fué fundador, como hemos visto, que le lloró como á su verdadero padre. La Congregacion no quiso dejar de manifestar al pueblo entero el aprecio en que tenia al buen Quintana, y para ello le hizo unas solemnísimas honras fúnebres en la misma iglesia, que cubrió toda de negros crespones, símbolo exterior del dolor que padecia por la muerte de aquel que la dió el ser como pia asociacion, y á las cuales asistió la capilla de música de las señoras Descalzas Reales, oficiando el capellan mayor, y haciendo el panegírico de Quintana el Dr. Don

Felipe de Godinez, uno de los oradores más célebres en el púlpito de aquella época. Historiadores tambien nosotros de Madrid, siguiendo las huellas que dejaron trazadas el ilustre Quintana, y despues de él Gil Gonzalez Dávila y Leon Pinelo, no hemos podido concretarnos solo á lo que sobre este virtuoso sacerdote nos dice el ilustre madrileño D. José Antonio Alvarez y Baena en su interesante obra *Hijos de Madrid*, publicada en 1790; y hubiéramos querido extendernos más en elogio de nuestro compaisano, si no nos lo impidiera el temor de pasar los límites que se nos han impuesto en una obra como esta, en la que es preciso dejar espacio para que aparezcan en ella en lo posible cuantos eclesiásticos santos, sabios y virtuosos ha producido la Iglesia católica, que por fortuna para nuestras creencias es un número bien elevado.—B. S. C.

QUINTANA (P. Fr. Juan de), catedrático de Escoto en la universidad de París, doctor y prior de la Sorbona, fué celebérrimo en filosofía, teología y Escritura, como así lo testifican los empleos que mereció en aquella gran universidad. Fué oriundo de Cataluña y de la antiquísima casa de los Quintanas, apellido muy comun en aquel principado, de donde se fué á París, llevado de su amor á las letras.—C. de la V.

QUINTANA (Fr. Miguel), natural de Cataluña, religioso servita, doctor teólogo de la universidad de Barcelona, y prior del convento de esta ciudad, titulado de Sta. Madrona. Queda de él: *Sermó ó elogio del Rey D. Jaime II, predicat en la catedral de Barcelona á 3 de Novembre de* 1602. Bib. Carm. Desc. Q. 75.—C. de C.

QUINTANA DE VASCONCELOS (Manuel), de nacion portugués, escribió cierto libro que intituló: *A Paciencia*, impreso en Lisboa en 1622.—C.

QUINTANADUEÑAS (Jacinto Arias de), natural de Alcántara, hermano carnal de Antonio Quintanadueñas, jesuita, escribió: *Antigüedades y Santos de la muy noble villa de Alcántara.*—C. de la V.

QUINTANILLA (Fr. Gregorio de), benedictino, maestro de teología, profesor primario en Salamanca de lenguas orientales, y abad en distintas ocasiones del monasterio de S. Facundo y S. Primitivo (vulgo de Sahagun). Escribió: *De Tabernaculo Fœderis.*—C. de la V.

QUINTANILLA (Juan García de). Era natural de Quintanilla de Sobresierra, no léjos de Burgos, donde nació de familia noble aunque no rica, ya entrado el siglo XVI. Desde sus primeros años mostró virtud ejemplar y decidida aplicacion y aptitud para las letras, cualidades que reunidas á los excelentes consejos de sus padres piadosos, le inclinaron á consagrarse á Dios abrazando el estado eclesiástico. Estudiando con aprovechamiento la teología, recibió en esta ciencia el grado de bachiller, se ordenó de presbítero, y fué capellan colegial del colegio de Burgos, fundado en 1570 por el

Dr. D. Pedro de Burgos, y anejo al de S. Bartolomé de Salamanca. El 18 de Mayo del año 1537 fué admitido colegial en el celebrado de S. Bartolomé de Salamanca, llamado *el Viejo*, y ántes habia obtenido tambien una de las primeras becas en el de S. Pedro y S. Pablo, sito en el mismo edificio que aquel, y que se fundára en 1520. Recibió la investidura de licenciado en teología en S. Bartolomé, y se le confirió la cátedra de Sto. Tomás. Poco despues mereció ser nombrado provisor del obispado de Salamanca por el obispo D. Diego Rodrigo de Mendoza, y fué tambien su testamentario. Por su piedad y conocida ilustracion le eligió por su confesor el célebre cardenal arzobispo de Toledo D. Juan Martinez Siliceo, colegial que habia sido tambien de S. Bartolomé, el que le agració con una prebenda de racionero en la catedral primada y otro beneficio. En el año 1552 hizo oposicion á la magistral de la referida iglesia, con otros colegiales sus antiguos condiscípulos, y aunque no la obtuvo por mayoría de votos, se le dió de ella posesion de órden del cardenal. Pasó á Roma á hacer valer sus derechos judicialmente; pero á su regreso á España se terminó por concordia su litigio, y D. Juan García de Quintanilla fué nombrado capellan de la capilla de los Reyes nuevos de Toledo, y tambien rector del colegio de doncellas nobles que su penitente habia fundado. Lleno de virtudes y merecimientos, falleció santamente en Toledo el año 1578. — C. de C.

QUINTANILLA (Rdo. P. Fr. Matías). En la celebrada ciudad de Valladolid, corte en otro tiempo de los reyes de España, nació este esclarecido religioso el año 1604. Fueron sus padres Manuel de Quintanilla y Doña María Cedron. Tomó el hábito en la órden hospitalaria de S. Juan de Dios, en el convento de Sta. Ana de la ciudad de Medina de Rioseco, el año 1624, y profesó en el siguiente. Conocidos desde luego por sus prelados sus talentos y especiales dotes, le nombraron prior del convento de S. Blas de Palencia. Pasados los tres años que correspondian, pasó de prior del convento y hospital de la ciudad de Lisboa; despues fué procurador general de la religion, y terminado este oficio obtuvo el de asistente general. Fué tan diestro en el difícil arte de la cirugía, que mereció por sus maravillosas curas, no solo el aplauso de la corte sino de toda España, pues parecia que el cielo le habia dotado de gracia especial, que decian generalmente llevaba en sus manos la salud. Por disposicion del rey Felipe IV fué en compañía del conde de Peñaranda, embajador á Alemania, y allí hizo tambien el padre Quintanilla célebre su nombre por su acierto en la curacion de los dolientes. Habiendo regresado á Madrid, fué electo general de la Congregacion de S. Juan de Dios de España el año 1656, mereciendo tan acertado nombramiento el aplauso de los Reyes, de los Consejos supremos, de la grandeza y de toda la corte. Alcanzó la confirmacion del breve de Urbano VIII,

en que prohibe á los ordinarios visitar los conventos de S. Juan de Dios, donde hubiere doce religiosos, y en 1660 otro Breve *de alternativa* del pontífice Alejandro VII. Dejó fundadas varias memorias pias en un altar que compró, que es el del *Cristo de las penas*, y en él fabricó una bóveda para sepultar á sus padres; pero él quiso ser enterrado en la bóveda de sus hermanos de hábito, debajo del altar mayor de la iglesia del hospital de Madrid (llamado de Anton Martin), como se verificó en el mismo dia de su muerte, que fué el 11 de Junio de 1663, cuando contaba la edad de cincuenta y nueve años, de los que habia pasado treinta y nueve en la filantrópica Congregacion, de la que fué noveno general. Durante su dilatado y benéfico gobierno fundáronse las casas siguientes: 1.° El hospital y convento de la *Santa Misericordia* en la ciudad del puerto de Santa María el 5 de Enero de 1661; 2.° el hospital y convento de *Corpus Christi* en la villa de Moron de la Frontera en 8 de Agosto de 1661. Tambien tuvo lugar durante el generalato del Rdo. P. Quintanilla, el año 1656, el martirio de veintidos religiosos de S. Juan de Dios en la ciudad de Varsovia, capital de Polonia, á impulsos de varios herejes húngaros y suecos, y de otros varios en Sublino, ciudad del mismo reino. Finalmente, convocó para el convento de Ntra. Sra. del Amor de Dios y venerable Anton Martin, que es el de Madrid, capítulo general de las tres provincias, Andalucía, Castilla y Portugal, donde se dió por sucesor al P. Quintanilla á Fr. Fernando de la Estrella, el año 1662. C. de C.

QUINTIANO (S.). Nació en Africa durante la dominacion de los vándalos, y vino á Francia en tiempo del rey Clodoveo, siendo elegido obispo de Rodez. Concurrió al Concilio de Agda, celebrado en el año 506; y arrojado de su silla por los godos, se retiró á la Auvernia, donde continuó en sus funciones episcopales, y donde murió santamente en 527, despues de haber salvado con sus súplicas la ciudad que le estaba confiada, y que el rey Tierry habia jurado arrasar. Celébrase su fiesta el 31 de Octubre.—C. de C.

QUINTILIANO (S.) mártir. Consiguió la palma del martirio durante la persecucion de Diocleciano, y tuvo por compañeros de su gloria á los santos Máximo y Vadas. Los conmemora la Iglesia el dia 13 de Abril.—C. de la V.

QUINTILIANO (S.). Fué martirizado en Zaragoza, de órden de Daciano, gobernador de aquella ciudad, en el año 304 de Jesucristo, y durante la persecucion de Diocleciano; perdiendo tambien con él su vida otros diez y siete, cuyos nombres son: Optato, Lupercio, Marcial, Successo, Urbano, Julio, Publio, Fronton, Félix, Ceciliano, Evocio, Primitivo, Apodemo y otros cuatro del nombre de Saturnino los cuales son conocidos con la denominacion de *los diez y ocho mártires de Zaragoza*. Cayo y Cremense, aunque combatieron juntos con los anteriores, no murieron en aquel dia,

Los diez y ocho mártires de Zaragoza son muy venerados en España, y se hallan inscritos en el Martirologio Romano con la fecha de 16 de Abril.—C. de la V.

QUINTILIUS (Varus). No se sabe con certeza, si Quintilius Varus era gobernador de Siria el año del nacimiento del Salvador, pero tal es la opinion más general. Gobernó la referida provincia con gran sabiduría y equidad hasta la época del destierro de Archelaus, el año 6 de Jesucristo. Habia sucedido á Saturnino, y tuvo por sucesor á Quirinius ó Cyrenius. Varus presidió la asamblea que juzgó á Antipatro, hijo de Herodes, y favoreció con su apoyo á Archelaus, hijo tambien de Herodes, cerca de Augusto, para hacerle obtener el cetro de Judea. En seguida apaciguó las turbaciones que la avaricia de Sabino habia ocasionado en el país. Finalmente, habiendo sido relevado del gobierno de Siria, pereció en Alemania con todo su ejército el año 9 de Jesucristo. Augusto desgarró sus vestiduras al saber tan infausta nueva, y dejó por dos meses enteros crecer su barba y sus cabellos: tanto le afectó el dolor que le causó esta pérdida.—C. de C.

QUINTILO (S.), obispo y mártir. Dió su sangre por la fe en Nicomedia, ignorándose las circunstancias y época de su martirio. La Iglesia le conmemora el dia 18 de Marzo.—C. de la V.

QUINTIN (S.), obispo y mártir. El Martirologio Romano solo dice de este Santo que fué obispo de Nicomedia y mártir de la fe de Jesucristo.—C.

QUINTIN (Juan). Era hijo de un escribano del tribunal de Autun, y nació en esta ciudad el 20 de Enero de 1500. Despues de haber viajado por los diversos países que estan al oriente del Mediterráneo, fué caballero sirviente en la órden de Malta, y acompañó al gran maestre en esta isla en calidad de caballero. Vuelto á Francia, se ordenó de sacerdote en París; fué profesor de derecho canónico desde 1536, y obtuvo un beneficio de la órden de Malta. Una arenga que en nombre del clero pronunció el año 1560, en la asamblea de los Estados generales del reino, en la que exhortaba al Rey y á la Reina á tomar medidas enérgicas contra los protestantes, excitó las quejas de estos. Quintin murió en París el 9 de Abril de 1561. Las obras que ha dejado son: 1.ª *Melitæ insulæ descriptio;* Lyon, 1536 en 4.°, reimpresa en París en 8.°—2.ª *Exegesis Concilii cujusdam generalis in uno beneficiorum multitudinem vetantis, tert. lib. Decretal. Greg., cap. XXVIII, titul.* 5; París, 1539, en 4.°—3.ª *De juris canonici laudibus: ecclesiasticorum canonum defensio breviter et simpliciter duobus conciunculis auctoritas, theoria simul et praxis ad ecclesiasticæ œconomiæ, ordinisque tabernaculi conservationem;* París, 1544, en 4.°, segunda edicion; ibid., 1501, tercera edicion; Nuremberg, 1671.—4.ª *Speculum sacerdotii apostoli describentis episcoporum, presbyterorum et diaconorum mores;* París, 1559 en 4.°—5.ª *Repetitæ dudum duæ*

duorum capitum prælectiones, cap. De multa providentia, de prœbend. et dignitatib. et cap. Novit ille qui nihil ignorat. De judicis in antiquis; quorum altera beneficiorum ecclesiasticorum ecclesiastica dispensatio designatur; altera christiana civitatis aristocratia delineatur; París, 1552, en fólio; esta obra versa sobre la pluralidad de los beneficios y la aristocracia de la religion cristiana.—6.ª *Orationes duæ adversus gnosticorum sycofantas;* Paris, 1556, en 8.°—7.ª *Joannis Zonaræ commentarii in canones conciliorum tam œcumenicorum quam provincialium;* Paris, 1558, en 4.°—8.ª *Octoginta-quinque regulæ, seu canones apostolorum, cum vetustis Joannis monachi Zonaræ Scholiis latine modo versis;* Paris, 1558, en 4.°—9.ª *Scholia in Tertullianii librum de Præscriptionibus hæreticorum;* Paris, 1560 y 1561 en 4.°—10.ª *Sinodus Gangrensis evangelicæ promulgationis, explicata commentariolis;* Paris, 1560, en 4.°—11. *Hæreticorum catalogus et historia;* Paris, 1560 y 1561 en 4.°—12. *Arenga* pronunciada en los Estados de Orleans, en el mes de Diciembre de 1560.—13. *Syntagma Canonum græcorum*; es una traduccion de la obra griega del monje Mateo Blastares. Papillon, en su *Biblioteca de autores de Borgoña*, presenta algunos detalles sobre Quintin y sus escritos.—C. de C.

QUINTIN (Pedro). Nació en 1559 en la parroquia de Ploujan, de la diócesis de Tregier, en la Bretaña. Era hijo de Alain Quintin, Sr. de Kerosar y de Limbau, y de Purine de Kermerhou, ambos nobles y enlazados con las más principales familias del pais, ambos virtuosos, y celosísimos en el cuidado de la educacion de su hijo. A la edad de seis años fué enviado á la escuela que un digno sacerdote, llamado Hervé Miorssec, tenia en una capilla cerca de Morlaix. El primer deseo del niño respecto á su porvenir fué ser dominicano, y así lo demostraba en sus juegos procurando imitarlos en el modo de vestir cuando no era capaz de comprender sus virtudes. Más tarde tuvo por preceptor al virtuoso Lachiver, quien le condujo á París, donde hubiera terminado sus estudios, si al cabo de algunos años no le hubiera obligado la guerra civil á volverse á Bretaña. El interés que tenia por su madre, viuda ya, y mas aún el mucho amor que profesaba á la religion católica, le movieron á alistarse en las filas de la liga, en cuyo partido hizo grandes progresos, pues tuvo á sus órdenes una compañía de gendarmes, y jamás se vieron soldados tan disciplinados y valientes como los suyos. La guerra duró nueve años, pero no sirvió Quintin durante todo este tiempo; porque si bien, llevado por su celo religioso, llegaba al heroismo su esfuerzo, eran otras sus inclinaciones y otra la senda que habia de seguir en el servicio de Dios. Le repugnaba verter la sangre de sus hermanos, si bien no lo eran en religion, y aunque hacia la vida de campamento con todas sus consecuencias, no olvidaba la virtud que estaba en él como dormida. Lo que le hizo dejar su cargo, el motivo último que le determinó, no se sabe clara-

mente, aunque se dice que estando jugando, una accion generosa, de esas que no se olvidan jamás, le impresionó tanto que se resolvió á cambiar la espada por los libros, se dedicó al estudio de las confesiones de S. Agustin, practicó mortificaciones grandísimas, y frecuentó los sacramentos. No se dice cuál fuera la accion magnánima y generosa que produjera en él este cambio, ni quién la practicó, pero sea como quiera, el hecho es que se separó de la milicia trasladándose á Burdeos, y desde allí á Agen, donde volvió á continuar sus estudios en un colegio de PP. Jesuitas que gozaba de muy grande y merecida reputacion. La asiduidad del estudio, unida á sus buenas cualidades y excelente disposicion, le hizo lograr grandes resultados en las humanidades y la filosofía. Tuvo estrecha amistad con Nobletz, otro noble breton que estudiaba lo mismo que Quintin en Agen, siendo tan venerado por éste, á pesar de ser ocho años más jóven, que le tenia por su maestro respetándole como á tal. Desde esta época, y á ejemplo de su amigo, entró en la congregacion de la santa Virgen, donde siempre desempeñó cargos muy importantes que tenian empeño en confiarle por su virtud reconocida por todos. A sus estudios y prácticas religiosas unia otras ocupaciones no menos dignas, como eran el cuidado de los pobres, y la visita de cárceles y hospitales, á más de ser hermano de la asociacion de S. Gerónimo, llamada de los *Penitentes azules*, que se ejercitaba en austeras penitencias y mortificaciones. Conversaba en medio de las calles y las plazas con los niños y los pobres, exhortando á los primeros á que siguieran el buen camino señalado por Dios á sus hijos, y á los segundos á tener la debida resignacion para hacer santa su pobreza; hacia, en fin, cuanto le era dado por mejorar la suerte de los afligidos, aunque fuesen calvinistas, acompañándose de otros cuando no podia con tanto, sobre todo con Nobletz, de quien no queria separarse, siendo tantas sus obras de caridad que le iban adquiriendo una fama tan excesiva que mortificaba mucho su natural modestia; pero cuanto más cuidado ponia en ocultar su bienhechora mano, tanto más fácilmente la descubria Dios para ejemplo de todos y consuelo general, como se verá por el suceso que vamos á referir como la prueba mayor de su ardiente caridad y la inutilidad de sus esfuerzos para ocultarla. Sobrevino á la poblacion una falta de víveres y una hambre general en aquella parte del país, que eran muchos los que de ella morian dejando á los demás en el mayor desconsuelo. Los pobres estaban aterrados y vagaban por las calles en ese estado de desesperacion, que es el primer síntoma de un motin desastroso, mirando con odio á los que estaban mejor acomodados, y profiriendo amenazas terribles que espantaba solo el escucharlas. Pedro Quintin estaba afligidísimo, porque su casa, llena siempre de pobres, estaba tan vacía de recursos como lleno de caridad su corazon; y en aquellas circunstancias no bas-

taban consuelos para contenerlos ni mucho menos para remediarlos. En tan críticos momentos le asaltó una idea repentina, y desapareció. Quejáronse los pobres, murmuraron muchos acusándole de haberles abandonado cuando más apremiaba la necesidad; pero bien pronto cesaron las murmuraciones, ó mejor dicho, se trocaron en no interrumpidas bendiciones; porque Quintin habia vuelto á Agen lleno de dinero, y repartia entre los más necesitados una inmensa fortuna. Bien hubiera querido ocultar siempre el medio de que se habia valido para adquirirla, y áun los socorros que daba y eran tan agradecidos y publicados á pesar de su modestia; pero sabedora la justicia del hecho, y acaso mal informada por envidiosas delaciones, le estrechó á que dijese dónde se habia hecho con tanto dinero, y cómo se desprendia de ello de aquella manera, viéndose por lo tanto precisado á confesar que aquellos bienes eran la herencia de sus padres, que habia reducido á dinero para aliviar la suerte de los desgraciados. Despues de pasado esto, trató de seguir la vida austera de los jesuitas; pero se resintió tanto su salud, que los superiores, aconsejados por los médicos, le mandaron á respirar el aire de su país natal, si bien prometiéndole recibirle de nuevo y permitiéndole guardar el hábito religioso siempre; pero habiendo sabido que su salud no mejoraba, le obligaron á vivir en el estado secular. Cuando llegó á Morlaix á fin del año 1600, se encontró de edad ya madura y sin tener casi que comer por haber dispuesto de su patrimonio en favor de los pobres, tanto que no dudamos hubiera tenido que implorar á su vez la caridad pública, si una hermana suya no le hubiera amueblado una casa, proveyéndola de todo lo necesario para su subsistencia; pero no era posible que Pedro Quintin viviese con alguna comodidad miéntras hubiese otros más pobres que él, y no disponiendo de otra cosa, desamuebló su casa y vendió cuanto poseia por distribuirselo. Segunda vez le proveyó su hermana de todo, y segunda vez quedó sin nada, hasta que al proporcionarle aquella por la vez tercera todo lo necesario, se lo dió en usufructo no más, temiendo que la arruinase ó la obligára á abandonarle. Parecia, pues, que ya no podia ejercitar su caridad; sin embargo, como todo lo vence el deseo, despues de haberse dedicado á pensar cómo podria ser útil á sus semejantes, imaginó que no habiendo en la Baja Bretaña ningun colegio público á manera de los de los jesuitas, en beneficio de todas las clases de la sociedad, y que por falta de maestros que enseñasen latin, habia hasta sacerdotes que lo ignoraban, estableció en su casa una escuela gratuita, y explicó á un gran número de escolares que su reputacion le traia de las diócesis de Tréguier, Leon y Quimper. Fué secundado en esta piadosa ocupacion por un eclesiástico inglés, llamado Cárlos Louet, quien despues de haber sufrido durante dos años por la religion católica los rigores de la prision, no salió de ella sino á ruego del embajador de Francia,

á condicion de que no entraria en Inglaterra. Este enseñó á Pedro Quintin la teología, y unido á él por los lazos de una estrecha amistad, no solo le ayudó en esta ocupacion, sino en otras muchas á cual más piadosas y meritorias, que no hubieran tenido nunca fin si la divina Providencia no hubiera determinado separarlos llamando á Louet el papa Clemente VIII para conferirle la dignidad de arzobispo de Cantorbery, lo que sintieron ambos. Esta separacion no permitió á Quintin seguir enseñando, pues tenia ya cincuenta años, y tomó el hábito de Sto. Domingo en el convento de Morlaix el 30 de Octubre de 1602. Su deseo era reformar esta santa casa, un tanto desarreglada á la sazon; pero este deseo, que trabajó sin fruto por realizar, le suscitó persecuciones de todo género. A más de practicar la regla con toda puntualidad, unia á rigurosas penitencias contínuas humillaciones, soportando con paciencia toda clase de afrentas y de injurias. Debia, sin embargo, tener una recompensa ántes de la que se le preparaba en el cielo, y ántes de morir tuvo el consuelo de recibir en sus brazos á su antiguo y querido amigo Nobletz, á quien persuadió que le acompañase en sus trabajos, participando de las miserias de su vida, emprendiendo juntos la reforma que tanto deseaba; pero este santo varon recibió tan mal trato en su noviciado, que se vió precisado á separarse, pues en medio de todo no tenia el valor que Quintin, quien en cierta ocasion recibió una órden cruelísima de su superior, y por cumplirla estuvo á riesgo de perder la vida, recibiendo desnudo en el invierno un chorro de agua fria que le caia desde una fuente elevadísima, sin exhalar siquiera un gemido ni pronunciar una queja. Nobletz se dedicó con empeño á la predicacion, y Quintin quiso seguirle en el ejercicio de las misiones, que emprendieron juntos, explicando el primero la doctrina, y el segundo componiendo los sermones, y así fué como tuvieron principio las célebres misiones de la Bretaña, que continuó con tanto éxito el P. Maunoir. Nuestros dos misioneros, unidos como nunca, se granjearon el aprecio universal, obteniendo brillantes resultados, tanto que el P. Quintin sobre todo era tenido en opinion de santo, y recibió en todas partes las mayores muestras de veneracion. Pedro Cornuller decia que á ser él el jefe de la Iglesia, no tendria dificultad en que se le diese culto públicamente, y cuando fué nuestro misionero trasladado al convento de Bonne-Nouvelle en Rennes, el obispo, que lo era Cornuller, se apresuró á emplearle en su diócesis. Continuó aquí la misma vida que habia llevado durante tantos años, sin faltar un punto á la observancia de la regla, levantándose el primero á maitines por cruda que fuese la noche, á pesar de su avanzada edad, y mortificando tanto su cuerpo, como si estuviese en el vigor de su juventud; de suerte que el monasterio adelantó mucho en la virtud con tan edificante ejemplo, siendo el P. Quintin propuesto como tal muchos años

despues de su muerte. Fué despues diputado al capítulo provincial de la congregacion galicana de Ruan, donde mostró el mismo zelo que siempre por la reforma, exagerándole tanto, que fué amenazado con la prision; pero el capítulo se terminó felizmente, y nuestro religioso volvió á tomar el camino de Bretaña, continuando su vida apostólica durante todo el viaje. Habiendo llegado á Vitré, donde habia establecido un convento de su Orden, fué acometido de una enfermedad aguda, que le hizo padecer muchísimo, privándole al fin de la vida el dia 21 de Junio de 1628, á los setenta años de edad poco más ó ménos. Aunque no habia habitado esta casa sino durante un cortísimo espacio de tiempo, fué tal la fama que al momento se esparció de su santidad, que toda la poblacion corrió á tributarle los mayores honores, cortando para reliquias pequeños trozos de sus hábitos, siendo tan grande el número de personas que acudian á verle, que no se le pudo enterrar hasta tres dias despues, y fué necesario poner centinelas que guardasen su cadáver, para que no le destruyesen por sacar reliquias. Fué enterrado en la iglesia de Dominicos delante del púlpito, donde permaneció hasta la revolucion francesa, ignorándose despues el lugar que encierra sus restos mortales por haber sido destruida la iglesia. Se escribió su vida en 1664 por el P. Rechac de Santa María. El P. Guillouzon, dominico tambien, publicó otra más extensa en 1668, que fué la que se incluyó muy abreviada en la obra titulada: *Vidas de los Santos de Bretaña*, por el P. Albert Legrand; y en el *Año dominicano* del P. Sonéges. La *Biografía universal* del P. Michaud la publicó de nuevo, y de aquí hemos tomado estas noticias. — G. P.

QUINTINA (Santa). En tiempo del emperador Domiciano vivian en la ciudad de Caller, en Cerdeña, gran número de cristianos que sufrieron los rigores de la terrible persecucion que por aquel tiempo se hizo á la Iglesia. El cruel Calidonio, presidente de Cerdeña, inmoló, entre otros, á Santa Quintina y los Stos. Ideresio, Isoveo é Ippopeo, de los que solo restaban muy oscuras noticias. Mas el arzobispo D. Francisco Esquivel, despues de muchos ayunos y oraciones, hizo nuevas pesquisas en la iglesia ó cementerio donde se habian encontrado las tumbas de S. Príamo, S. Luciano y otros, y tuvo el consuelo de descubrir una ricamente labrada, si bien muy destruida, en que se leia dificilmente: ....M. KITNA... VLA. SECLE... VINA SVOR... M. IDERESIV... B. M. ISOVEVS... M. IPOPEVS... Esta inscripcion, tan maltratada por los sarracenos, la restaura y traduce así un erudito escritor (Dionisio Bonfaut, *Triunfo de los Santos de Cerdeña*):

Aquí yace la bienaventurada mártir Santa Quintina, que siendo sierva de la santa Iglesia, mereció alcanzar por sus trabajos, divinos y celestes premios. — Aquí yace el bienaventurado mártir Ideresio. — Aquí yace el bienaventurado mártir Isoveo. — Aquí yace el bienaventurado mártir Ippopeo.

Bajo el epitafio habia dos tumbas fabricadas con ladrillos y cubiertas con losas de piedra. La que estaba á mano derecha contenia el cuerpo de Santa Quintina; y la otra los tres expresados, que se suponian sus hijos. Ignórase el dia en que acaeció su martirio y más circunstancias sobre su vida y muerte, por lo que se les celebra fiesta el dia de su invencion; á la madre, el dia 18 de Octubre; y á los hijos el 20 del mismo.—C. de C.

QUINTINO (S.), mártir. Cuando por los que tienen verdadera fe en la religion que nos enseñó el Crucificado en la cátedra de la cruz, se considera filosóficamente acerca del valor de los bienes de la tierra y de los honores creados por la soberbia del hombre, no puede ménos de mirarse con compasion á los que no se acaban de convencer de lo miserable de los unos, y de lo fátuo de los otros; humo que se disipa al más ligero soplo son los bienes de la tierra, por grandes que aparezcan á los ojos carnales, cuando se miran con los del espíritu por un alma devota y contemplativa; y cargas pesadísimas que abruman son las honras que ponen por lo comun en contribucion el cuerpo y el alma del que las obtiene, y que no pocas veces le sirven de obstáculo para alcanzar la perfeccion que necesita para lograr la verdadera honra, que solo reside al lado del trono de Dios. Bien persuadidos debieron estar de esta verdad aquellos bienaventurados, que, como S. Quintin, S. Francisco de Borja y otros muchos, despreciaron las riquezas y los más altos honores, y pasaron con gozo desde los dorados palacios en que nacieron entre el regalo, las grandezas y las delicias, al estrecho recinto de una celda, al pobre hogar de una choza ó al oscuro recinto de una caverna en el desierto, en cuyos sitios todo respira pobreza, abnegacion y humildad. Felices los séres á quienes fortifica Dios de tal modo al abrir los ojos de sus almas á la verdadera luz, que conociendo el verdadero interés que debe ambicionarse, abandonan con decision el mundo por el cielo. Entre estos séres privilegiados cuenta la Iglesia al glorioso S. Quintino. Hijo de una noble y senatorial familia romana, conoció muy luego que no hay soberano que mejor premie las acciones heróicas de sus soldados que Jesucristo, y sin vacilar ni un punto se alistó lleno de fe y de esperanza en sus salvadoras banderas. A fin de militar en ellas con más libertad, y librarse de toda sugestion impertinente, abandonó su país, sus parientes, amigos, riquezas y pompas mundanales, y pobre y peregrino el que ántes nadaba en la opulencia, se entregó del todo á la providencia de Dios, que le llamaba á sí por un camino estrecho y difícil, sí, pero segurísimo. Uniéronse otros fieles á Quintino en su idea de propagar el cristianismo ganando almas al cielo, y salió de Roma con Crispino, Crispiniano, Fusciano, Victorino y otros fieles, deseosos de propagar la fe ó de morir por Jesucristo. Al llegar á París adonde se encaminaron desde luego, adoraron al Dios de las misericordias

y, cual otros apóstoles, se dividieron para ir á predicar en diversos pueblos de la Francia. Llegó Quintino predicando á la ciudad de Amiens, en la provincia llamada de Mosela, y estableciéndose en ella empezó su predicacion con admirable éxito, pues desde luego consiguió muchas conversiones. Gobernaba la ciudad el tirano Ricciovaro, enemigo capital del cristianismo y ardiente defensor de los ídolos; y llegando á sus oidos los muchos prosélitos que el nuevo Apóstol iba haciendo, le mandó prender y encerrar en un lóbrego calabozo, en el que entró gozoso nuestro Santo, concibiendo que allí habia de recibir la corona del martirio, por lo que daba gracias á Dios en armoniosos cánticos de alabanza. Conducido el Santo á la presencia de Ricciovaro al siguiente dia de su prision, le recibió aquel impío gobernador en su tribunal; y preguntándole su nombre y alcurnia, como el Santo le respondiese se llamaba cristiano, porque lo era en desprecio de los falsos dioses de los gentiles, y que era hijo del senador Zenon y por lo tanto ciudadano romano, le dijo que se maravillaba mucho de que quien de tal linaje era, estuviese fanatizado hasta el punto de adorar por Dios al loco crucificado por los judíos. Replicó S. Quintino, lleno de fervor, que la verdadera nobleza consistia en adorar al verdadero Dios, y que para conocerle era preciso ser cristiano; añadiendo á esto alabanzas al Señor de los señores, confesándole por el orígen, principio y fin de todas las cosas. Indignado el juez con semejante confesion, le invitó á adorar á los ídolos, amenazándole con quitarle la vida en los más terribles tormentos si así no lo hacia. Yo te juro, dijo el Santo, que no haré lo que me dices; y puedes empezar tus crueldades, que dispuesto me hallo á padecerlo todo por mi Dios, que si permitirá que tú martirices mi cuerpo, tendrá misericordia de mi alma. Lleno de furor el impío juez le mandó desnudar y azotar con nudosas varas, al compás de cuyos golpes entonaba Quintino himnos de gratitud á Dios, que le consoló con una voz salida del cielo que le dijo: «Constancia, Quintino, que yo te asisto en este combate;» lo que oido por los verdugos, se asustaron hasta el punto de caer á tierra como si les hubiera herido un rayo. Túvole Ricciovaro por mago, y mandando encerrar al Santo en la cárcel con órden de no dejarle ver de nadie, trató de probar nuevos suplicios con que obligarle á obedecer sus mandatos. Encadenado el Santo, descansaba tranquilo de conciencia en su encierro, cuando á la mitad de la noche se le apareció un ángel que le dijo: «Levanta, Quintino, y ven á predicar á la ciudad, al pueblo, para que crea en Jesucristo, y á bautizar á los que se conviertan.» Despertó el Santo, y levantándose siguió al enviado de Dios, que no necesitó se le abriesen las puertas para salir. Predicando en la plaza pública, acudió todo el pueblo á escucharle, y conmoviéndose á la fuerza de sus razones y santidad de su doctrina, más de seiscientas personas pidieron fervorosa-

mente las saludables aguas del bautismo. Sabida la novedad que alarmaba la ciudad por el tirano Ricciovaro, hizo prender de nuevo al apostólico Quintino, y colgándole de unas ruedas á manera de garruchas, le subian y bajaban con violencia hasta que descoyuntaron todos sus huesos. En seguida le mandó azotar con garfios de hierro, le hizo regar las espaldas con aceite, pez y resina ardiendo, y abrasar los costados con hachas encendidas. Vigorizábase más y más el religioso valor del Santo conforme acrecian los tormentos, y así lo expresaba lleno de gozo á los verdugos. Hecho un infernal brebaje de cal viva, mostaza y otros ingredientes, se le echó por la boca; pero el Santo confesó á Dios ser un dulce néctar que le fortificaba y acrecentaba su valor para sufrir por su causa. El infame juez, no sabiendo cómo vengar mejor á sus falsos dioses de las injurias de aquel fuerte enemigo, le hizo atar pesadas cadenas al cuello para conducirle él mismo á Roma, á pesar de que el Santo le profetizó que moriria en aquella provincia, y mandando le llevasen, al llegar á Augusta Veromando, cerca de Amiens, hicieron alto los conductores para esperar á Ricciovaro. Al llegar éste, fingiendo amor, trató de convencer cariñosamente al Santo para que adorase á los ídolos, prometiéndole muchos bienes y grandezas; pero él lo rechazó todo, llamando dioses infernales, hechuras del demonio á los ídolos. Enfurecióse el tirano, y mandó clavar con doce agudos clavos al Santo, de suerte que dos larguísimos le atravesaron desde la cabeza á las plantas de los piés, y los otros los diez dedos de las manos entrando por entre las uñas y las yemas. Viéndole así brotando sangre por doce caños, gozoso de su obra, exhortaba á los cristianos á que escarmentasen á la presencia de aquel espectáculo, pero sus exhortaciones solo lograron excitarles de tal modo que muchos confesando á Jesucristo, le pidieron el martirio. Asustado el malvado Ricciovaro de los muchos que se convertian á la vista del santo mártir, le mandó cortar la cabeza. En tanto que el verdugo preparó el arma, encomendó Quintino su alma á Dios, y exhortando á los convertidos á sufrir con valor como él, inclinó la cabeza que cortó el sayon, en cuyo instante se oyó una voz del cielo que dijo: «Quintino, ven y recibe la corona que te tengo prevenida para premiar tu santidad;» y saliendo una bellísima paloma de su cuello, entró su alma triunfante en las regiones celestiales el dia 31 de Octubre del año 303 de nuestra era, reinando en Roma el emperador Maximiano. Su cuerpo fué sepultado de órden del juez en un cenagal del rio Soma, hasta que despues de cincuenta años le descubrió milagrosamente una virtuosa mujer. Cuenta la historia de este Santo que apareciéndose por tres veces un ángel á Eusebia, noble matrona romana, que estaba ciega desde la edad de nueve años, la dijo: «Que si queria recobrar la vista podia dirigirse á Francia á buscar el cuerpo de S. Quintino, y que se la

guiaria al lugar en que estaba sepultado. Obedeciendo la señora, fué á Amiens guiada por el ángel y acompañada de su familia, y llegando al punto, viendo con los ojos de su alma, pues que los del cuerpo estaban cerrados á la luz, la gracia que Dios la concedia, se puso á orar con el mayor fervor á la orilla del Soma, y terminada que fué su plegaria, se vió venir por un lado sobre las aguas el cuerpo del Santo y por el otro su cabeza á ponerse en manos de Eusebia en un estado tal de conservacion como sí acabase de ser degollado. Gozosa con tan precioso tesoro la dama Eusebia, le hizo conducir á una ciudad cercana para darle decorosa sepultura; y al subir un monte, se hizo tan pesado el cuerpo, que convencida Eusebia de que la voluntad de Dios era se sepultase allí á su siervo, así lo ordenó, recobrando ella la vista al poner en el sepulcro al Santo, lo que la obligó á dar fervientes gracias á Dios por tan admirables prodigios. Si bien se levantó una capilla en el mismo sitio en que fué enterrado el Santo por la piadosa Eusebia, en el transcurso de trescientos veinte años se habia ya perdido la memoria de si estaba ó no sepultado dentro de ella. Obispo de Amiens el bendito S. Eloy, entre los cuerpos de los santos mártires que le dictó buscar su piedad, fué uno el de S. Quintino; ignorándose por todos sus feligreses el sitio de su sepultura, nos dice su historia, prometió á Dios no comer ni beber, ni cuidar de las ovejas que le habia encomendado, hasta descubrir con su divino auxilio el cuerpo de tan gran Santo. Cuando S. Eloy hacia á Dios su ferviente súplica, horadaban los fieles por todos lados, llenos de esperanza en los ruegos de su santo prelado. El dia tercero de los que practicaban los trabajos, se levantó S. Eloy de la oracion, y con voz decidida, que acreditó su fe, mandó cavar en un punto determinado. Hiciéronlo así los operarios; pero como llevasen ya diez varas de cava y nada encontrasen, perdieron la esperanza y lo abandonaron. Visto esto por San Eloy, se lanzó al hoyo con una espuerta, y llenándola de tierra con sus propias manos, tocó con el báculo y sintió una dureza que le llenó de confianza. Repitiendo los golpes luego que se convenció de ser madera el cuerpo con que chocaba el báculo, logró romper la caja, y por la abertura hecha salió instantáneamente un rayo de luz tan clara, que persuadidos los feligreses fuese la del sol, todos se levantaron maravillados. Una fragancia deliciosa embalsamó el ambiente al propio tiempo, y viendo S. Eloy al fin incorrupto el cuerpo de S. Quintino, lleno de gozo y con lágrimas de la mayor ternura, dió gracias al Señor de los señores por el milagro que obraba. Sacado de la tumba el bendito cuerpo de S. Quintino, S. Eloy se entretuvo en irle arrancando los clavos que el malvado Ricciovaro le habia hecho clavar, y besándolos uno á uno como á reliquias sagradas, manifestó á los presentes gotas de sangre viva que aún brotaban de algunas de sus

heridas. Mandó S. Eloy hacer una riquísima caja de oro, plata y piedras preciosas, y le colocó en ella con gran suntuosidad; y á fin de que en lo sucesivo no volviese á perderse su memoria, construyó allí un magnífico templo y un gran monasterio, que aún subsiste, en el que, por mediacion del Santo mártir, ha obrado Dios muchos milagros. El Martirologio romano, Baronio en sus Anales y en sus Anotaciones, Adan, Beda, Surio, S. Gregorio Turonense en su obra *De Gloria Martyrum*, Pedro Natalibus y Usuardo en sus obras, hacen relacion de la vida, martirio y milagros de S. Quintino, cuya santidad celebra la santa Iglesia católica apostólica romana el dia 31 de Octubre de cada año. —B. C.

QUINTINO, arzobispo de Sevilla, segundo de este nombre; persiguiéronle los herejes priscilianistas y le quitaron el gobierno de su santa sede. En ella le sucedió Epifanio.—O. y O.

QUINTO (S.), mártir. En la atroz persecucion que sufrió el cristianismo en el siglo IV de nuestra era, siglo que puede considerarse de los mártires como los dos anteriores, sufrieron el martirio por los bárbaros vándalos invasores del Africa, en esta region, S. Quinto, que tuvo por compañeros de suplicio á los santos Aquilino, Eugenio, Gémino, Marciano, Teodato y Trifon, de todos los cuales hace conmemoracion la Iglesia católica el dia 4 de Enero.—C.

QUINTO ó QUINTA (S.). Murió en una prision por la fe, bajo el reinado del emperador Septimio Severo en Africa, como lo acredita la vision de San Saturio, en las actas de S. Perpetuo. La Iglesia hace su fiesta el dia 9 de Enero.—C. de la V.

QUINTO (S.). Murió en Alejandría, bajo el reinado del emperador Filippo, siendo martirizado en medio de una revuelta popular, que se movió contra los cristianos. S. Dionisio refiere así los furores de aquellas turbas en una carta citada por Eusebio: «En seguida se apoderaron de una mujer cristiana llamada Quinta, y llevándola al templo de uno de sus ídolos, la quisieron obligar á que los adorase; mas ella, léjos de consentir tal impiedad, llenó de insultos é injurió á tan execrable divinidad. Este heroismo no pudo ménos de volver furioso al pueblo, que empezó á llevarla arrastrando de los pies por todas las calles de la ciudad, cuyo pavimento lo formaban guijarros muy puntiagudos; y despues de azotarla cruelmente y de haberla magullado todo su cuerpo con grandes pedazos de rueda de molino, se fueron á rematarla en el mismo arrabal, donde la hicieron espirar bajo un monton de piedras.» La Iglesia celebra su memoria el dia 31 de Enero.—C. de la V.

QUINTO (S.). Fué uno de los cuarenta y ocho mártires condenados á muerte con S. Saturnino, en Africa, siendo procónsul Anulino, en el año del Señor 305, durante la persecucion y reinado de Diocleciano. La Iglesia hace su conmemoracion el dia 11 de Febrero.—C. de la V.

QUINTO (S.), mártir. La historia de las persecuciones de la Iglesia católica, que es la de las gloriosas victorias que los fieles han alcanzado contra el poder del demonio, nos presenta al emperador Decio como tigre idólatra, sediento de la sangre de aquellos que se oponian á sus falsos dioses, y que preferian morir entre los más atroces tormentos, á vivir en los goces mundanales, sirviendo á monstruosas deidades forjadas por el enemigo del bien y felicidad de los hombres para hacerles caer por este medio en sus lóbregas cavernas. El mundo entero se horrorizó á vista de la cruel y obstinada persecucion de los satélites de aquel tirano de la verdadera creencia, que solo logró con su imponderable tiranía hacer más bello el árbol de la salvacion, y que se afiliasen millares de idólatras á la santa bandera que él perseguia. La Italia, teatro sangriento del bárbaro César, experimentó como todos los demás pueblos de aquel vasto imperio, las consecuencias desastrosas del odio del perseguidor; y entre las víctimas que en el año 251 se sacrificaron á su furor en la célebre ciudad de Sorrento, aparece santificado con la corona del martirio S. Quinto, y sus compañeros S. Márcos, Sta. Cuartilla, Santa Quintila y otros nueve bienaventurados, que recuerda con gloria la Iglesia el dia 19 de Marzo.—C.

QUINTO (S.), martirizado en Cartago, en el año 250, bajo el reinado y persecucion del emperador Decio, fué encerrado en un calabozo con multitud de cristianos, dejándolos allí morirse de hambre. La Iglesia hace la fiesta de todos estos Santos el dia 17 de Abril.—C. de la V.

QUINTO (S.), mártir. La Iglesia católica hace conmemoracion el dia 10 de Mayo, entre otros bienaventurados, de S. Quinto y S. Cuarto, á los que algunos autores presentan como obispos de Capua, y otros como mártires sacrificados en Roma en el siglo III de nuestra era, únicas noticias que se han podido adquirir del Santo de que se trata, cuya vida se ignora.—C.

QUINTO (S.), mártir. Los Bolandistas en sus actas de los santos hacen mencion de S. Quinto, diciendo que padeció el martirio en el Puerto Romano, en union de S. Arconcio y S. Donato, habiendo otros autores que los presentan como sacrificados en Capua; pero ni unos ni otros nos dan noticia alguno de su vida, y por lo tanto puede solo añadirse á esto que la Iglesia los recuerda el dia 5 de Setiembre.—C.

QUINTO (S.), mártir. Son tantos los santos de este nombre que murieron por la gloria del verdadero Dios en las tristes épocas de las persecuciones de la Iglesia, y en especial en la de Decio, que si no fuera porque la Iglesia, en su alta sabiduría, ha tenido buen cuidado de recordarlos en dias diferentes, se los tendria por un solo mártir á todos, máxime cuando convienen en algunas cosas semejantes en todos ó en los más de ellos. El año 252 en el que la persecucion de Decio y de Valerio se hallaba en su mayor fuerza

en Africa, fueron sacrificados por confesar amor al verdadero Dios y aborrecimiento al demonio representado en los falsos ídolos, S. Quinto y S. Simplicio con otros compañeros, que recuerda con cariñosa solicitud la Iglesia católica el 18 de Diciembre.—C.

QUINTO (S.), mártir. Hace el Martirologio Romano y el de Galesino mencion de un santo de este nombre, que padeció martirio con los santos Feliciano, Jacinto y Lucio, diciendo que fueron sacrificados por defender la fe de Jesucristo en la Basilicata, provincia de Lucania, únicas noticias que anotan de él los autores.—C.

QUINTO. Llámanle otros *Quincio* y *Quintino*. Fué metropolitano de Toledo, y floreció en el siglo IV, siendo el sexto de los conocidos prelados de la insigne Iglesia primada. Sucedió á Toribio, y fué antecesor de Vicencio ó Vicente. Son muy escasas las noticias que de él se conservan, por la penuria de los tiempos que alcanzó, y solo se sabe (1) que era varon piadoso y de excelentes prendas, que defendió con fortaleza y constancia la fe de Cristo, y que la duracion de su pontificado fué de doce años (2) falleciendo en Toledo, donde fué sepultado.—C. de C.

QUIÑONES (P. Mtro. Fr. Diego de). Fué natural de Madrid, y religioso mercenario calzado; siguió sus estudios en la universidad de Alcalá, en la que continuó su carrera hasta llegar al grado de maestro de sagrada teología. Fué célebre como orador sagrado, y sobresalió por sus grandes virtudes, gastando su dilatada vida en el profundo estudio de las divinas letras, con lo que alcanzó á ser un perfecto religioso, y amado de sus hermanos, que tributaron sentidas lágrimas á su pacífica y dichosa muerte. Ocurrió esta en el convento de la Merced de Madrid, el año 1660, cuando contaba setenta de edad; mas no puede asegurarse si era hijo de esta casa, pues en el libro de profesiones, donde debia figurar su nombre, faltan muchos. Escribió: *Aprecio de Cristo;* impreso en Toledo año 1653, en 8.°, y luego en Madrid en 1640, en 4.°—*Verdadera efigie de Nuestro Señor Jesucristo*, manuscrito; y varios *Sermones*, y otras *materias predicables*, que se hallan en un tomo en fólio, manuscrito que se guardaba en el archivo del convento de Madrid.—C. de C.

QUIÑONES (Fr. Francisco de los Angeles). Con razon dice uno de los biógrafos de este ilustre cardenal que los grandes empeños con dificultad se llenan, que historiar tan grande hombre, que en su santa abnegacion trocó el palacio suntuoso por una estrecha celda, la vida de príncipe por la penitente y austera de un pobre religioso franciscano, que volvió, en fin, las espaldas

(1) Dexter. in Chronic. *Quinctus vel Quintianus, Episcopus Toletanus... præsidit in Sede annis XII.*

(2) *Quinctus, Episcopus Toletanus, excellentis vir, Spiritus exstitit, et defendit fortiter et constanter Fidem Christi: Iacet Toleti.*—Vivar, Julian Perez, Castejon y otros.

al mundo, sin volver jamás la vista atrás, será únicamente mencionar como de paso sus cualidades eminentes, cual cabe en un artículo de diccionario, y no formar una historia completa y cual fuera de desearse. Su familia era de las más ilustres de España, puesto que sus progenitores tenian sangre de los reyes de Castilla. El padre de Fr. Francisco era D. Diego Fernandez de Quiñones, merino mayor de Asturias y primer conde de Luna por merced de Enrique IV, y su madre Doña Juana Enriquez, hija de D. Enrique Enriquez, primer conde de Alva de Liste. Fué el primogénito y heredero de su noble casa, y nació en la ciudad de Leon el año 1475. La antigua nobleza y continuado lustre de su linaje por ambas líneas es notorio en España, como atestiguan todos los escritores históricos y genealogistas. Desde luego fué Francisco ídolo de sus cariñosos padres, y observando desde los primeros dias de la vida su inclinacion á la piedad, procuraron con esmero sobreponer á la nobleza natural del espíritu la nobleza mayor de las virtudes. A este objeto, pues, se dirigian sus consejos, sus ejemplos y sus oraciones, explicándole los misterios de la fe y los preceptos divinos. Dieron, pues, á su tierno heredero un ayo virtuoso y sabio, que le trasmitiese la virtud y la ciencia, semilla que arrojada en tierra fértil dió ópimos frutos. Con la claridad de entendimiento y buena memoria que Francisco de Quiñones poseia, aprendió muy en breve la lengua latina, llave entónces de las ciencias; la filosofía moral, que enseña la práctica de las virtudes, y otros conocimientos propios de la alta clase en que habia nacido. Finalmente, pasó á continuar y terminar sus estudios á la celebrada universidad de Salamanca. Ocupábase mucho en aquel tiempo la nobleza de Castilla del caso del conde de Belalcázar, que acababa de dejar el siglo entrando monje de S. Gerónimo, y que deseoso de más austeridad, habia cambiado el hábito de aquella Orden por el más humilde de franciscano, y fundado el convento y provincia de Santa María de los Angeles en las asperezas de Sierra Morena. Una santa emulacion agitó al ilustre heredero de los condes de Luna, pues padecia al ver que el de Belalcázar habia cumplido sus deberes para con Dios, y que no siendo menores los suyos, era tardo y perezoso en llenarlos. Elevó, pues, fervorosas oraciones al Señor, pidiéndole luces y gracia, y consultó detenidamente con su confesor, que obrando con la prudencia que el caso requeria, ocupó largo tiempo en obras piadosas con su penitente, y le aconsejó, por fin, que siguiese los impulsos de su corazon de imitar la conducta del Sr. de Belalcázar. Vencidas, pues, las graves dificultades que se oponian á la realizacion del santo proyecto del predestinado Francisco, se decidió á vestir el tosco sayal del insigne santo, cuyo nombre llevaba, en el convento que fundára el conde de Belalcázar, que se llamaba á la sazon Fr. Juan de la Puebla. Renunció, pues, su primogenitura y los estados que á ella iban

anejos, se desnudó, en fin, de la vanidad y riquezas, y cual otro Jacob abandonó su patria, su casa y todas sus afecciones, y se dirigió al convento de Sta. María de los Angeles, cuando no alcanzára sino la temprana edad de diez y seis años. Recorrido el camino, que en su piadosa impaciencia le parecia interminable, encontró por fin al V. Fr. Juan de la Puebla, á quien reveló sin rebozo su corazon. El prudente religioso, por más que sintiese la mayor complacencia al escuchar al ilustre niño, le contestó era necesario mirar tan grave resolucion con madurez, que no se ha de creer con facilidad á todo espíritu, y que para conocer si era verdadera su vocacion, debia pasar allí algun tiempo observando la vida que los religiosos practicaban en aquella casa de oracion y de penitencia. Vino en ello el jóven Quiñones, y desde luego dió principio á su santo aprendizaje, asistiendo á la Iglesia dia y noche, ocupándose en los divinos oficios, y fijando su atencion en lo austero de los religiosos, en el traje y alimento, lo largo de la oracion y lo escaso del sueño, las frecuentes disciplinas y ayunos, y lo admirable de las solitarias montañas en que el convento estaba edificado para entregarse completamente á Dios. Todo este aparato de rigores, austeridad y penitencia, que naturalmente debia arredrar y causar horror á otro que no estuviera verdaderamente tocado por la mano de Dios, llenaba el corazon de Francisco de alegría y de conviccion de la verdad de su conversion. Pasados algunos dias de la impuesta prueba, pidió humildemente el hábito á Fr. Juan de la Puebla, que cerciorado ya del llamamiento divino, se lo otorgó con sumo gozo y con las ceremonias de estilo, pero con singulares afectos de devocion y ternura por el prelado y el neófito. Tuvo lugar este suceso el año 1493, que era el tercero de la fundacion del convento de los Angeles. Aquel fué el dia de más júbilo que en su vida contaba el novicio, que dejando el noble apellido de su prosapia tomó el de *los Angeles*, en reverencia y devocion de la nueva casa de Sta. María de los Angeles, donde la divina clemencia le desnudára de la vieja vestidura y le ciñera la estola del hombre nuevo. En los ejercicios de novicio, y en especial en los más humildes, era siempre el primero; mas los desempeñaba con fervor tal, que causaba la admiracion general, y daba esperanzas, que bien pronto se vieron cumplidas, de su capacidad para los más importantes cargos. Tratábase con singular aspereza, andaba siempre totalmente descalzo, vestia un hábito grosero y viejo, y se entregaba de continuo á las más duras mortificaciones y penitencias. Señalábase sobre todo en las virtudes de la oracion y la humildad, y pasado así su año de aprobacion, profesó solemnemente en manos del referido V. P. Fr. Juan de la Puebla. Conociendo éste las altas virtudes y aventajada capacidad de Fr. Francisco de los Angeles, y que seria un dia no lejano una de las lumbreras de aquella piadosa congregacion, quiso

aumentase el caudal de sus conocimientos estudiando las artes y teología, en cuyas materias se hizo docto, cual era de esperar de su aplicacion y claro ingenio. Mereció desde luego ser elegido predicador, y para desempeñar con acierto tan difícil ministerio, se consagró al estudio de las santas Escrituras y de los grandes padres de la Iglesia. Salió, pues, á recorrer varios pueblos que carecian de oradores sagrados, y tuvo la fortuna de llevar á cabo la conversion de muchos y muy grandes pecadores, no contentándose en su piadoso celo con predicar con la palabra sino con el ejemplo, obrando en sí mismo lo que aconsejaba á los demás. A esto añadia la suavidad, la eficacia, y celo infatigable. Aconteció por entónces que el terrible azote de la peste afligió aquella comarca. El terror se apoderó de los naturales, que en su mayor parte huyeron abandonando sus casas y retirándose á lo más fragoso de los montes; tal estrago ofreció á Fr. Francisco de los Angeles ocasion feliz de ejercitar su caridad y abnegacion. Desnudos los piés, segun su costumbre, por entre peñascos y malezas, y despreciando el peligro de la muerte, corrió en busca de aquellos desgraciados, para llevarles consuelos y alivio en sus penas espirituales y corporales, fortaleciendo sus almas con la administracion de los sacramentos, y enterrando, cual otro Tobías, á los muertos con sus propias manos. No por eso disminuia el rigor de sus penitencias, ántes por el contrario, para aplacar la cólera divina, las redoblaba, renunciando hasta el auxilio de la cama en los cortísimos instantes que concedia al sueño, y cambiándola por el suelo totalmente desnudo. Estimando en su verdadera valía las grandes dotes de Fr. Francisco de los Angeles los antiguos Padres de aquel observantísimo convento, y deseando no decayese de la perfeccion, rigor y refinamiento de la vida ascética que en él estableciera el piadoso fundador, le eligieron en el capítulo celebrado en 1501 por custodio ó prelado. Con su humildad acostumbrada pretendió Fr. Francisco excusarse; mas sus superiores, hallándole por la misma razon más digno, le ordenaron aceptase, y hubo de obedecer. Conservó escrupulosamente lo establecido por su piadoso antecesor, dió siempre el ejemplo de ser el primero en acudir á la oracion y actos de humildad y penitencia; gobernó con prudencia y suavidad; y mostró, en fin, como prelado, las grandes virtudes que como simple religioso le conquistáran ya tanta celebridad. Durante el tiempo de su prelacía ocurrió el desastre de haberse quemado el convento de Santa María de los Angeles; pero tuvo Fray Francisco la gloria de llevar á cabo su reedificacion. En el año 1510 fué de nuevo elegido por custodio, y en el siguiente por vicario provincial de la provincia de Castilla y sus custodias ó conventos. En breve celebró un capítulo de su provincia en Almazan, y con su nueva y más extensa jurisdiccion, extendió más la rígida observancia de la regla y vida evangélica; pues

poderoso en la palabra, y poderoso en la obra por el ejemplo y celo fervoroso, comunicaba más su luz. En el referido año de 1511 las religiosas del convento de la Concepcion de Toledo hicieron en sus manos nueva profesion, segun una bula de Julio II, obtenida á este fin, dándoles regla especial que debian observar, y señalándoles hábito blanco y manto azul, segun piadosamente se creyó que se habia aparecido vestida la Virgen nuestra Señora á la fundadora del mismo convento Doña Beatriz de Silva. No se contentó con esto el venerable Fr. Francisco de los Angeles; pues las dotó de nuevas leyes y constituciones admirables, que se guardaron fielmente en los tiempos posteriores. Tambien siendo vicario provincial fundó el convento de religiosas de S. Antonio de Padua en la misma ciudad de Toledo; visitó el convento de Torrijos, donde hizo varias reformas; incorporó en la órden y provincia de Castilla el convento de la Concepcion de Madrid, y alcanzó un breve del cardenal D. Fr. Francisco Jimenez de Cisneros, como reformador de las religiones, para que se pudiesen edificar conventos con solo licencia del ordinario. El año 1517, á 1.° de Junio, se celebró en Roma un capítulo generalísimo de toda la Orden Franciscana, y en él fué Fr. Francisco de los Angeles, que á él concurriera, nombrado *definidor general* de la Orden, y siguiendo los impulsos de su acendrada devocion al misterio de la Concepcion de la Virgen, obtuvo allí un breve para fundar un convento con aquel título en la villa de Herrera. Tambien alcanzó entónces letras apostólicas del papa Leon X, confirmando muchos privilegios y concesiones de sus antecesores, y restituido á su provincia fué electo para su primer provincial. Agitábase á la sazon Castilla con la guerra de las Comunidades, que duró desde 1519 á 1521, y Fr. Francisco trabajó con asiduidad en aquietar los ánimos y restablecer la deseada paz, arrostrando graves trabajos y no pocos peligros, como puede verse detenidamente en la *Crónica* del emperador Cárlos V por Fr. Prudencio de Sandoval, que menciona particularmente á Fr. Francisco de los Angeles. Fuéle entónces confiada una grave mision por el general de la Orden Fr. Francisco Liqueto, al ir á Sajonia y celar por que se llevasen á cabo las reformas acordadas en los conventos franciscanos para la mejor observancia de la regla, todo lo que verificó con su eficacia y prudencia acostumbradas. Deseoso de contentar su ardiente caridad, intentó pasar á las Indias recientemente descubiertas, para plantear en aquellas remotas regiones el frondoso árbol del Evangelio. Alcanzó al efecto bula de Leon X, por la que se le concedian singulares favores y gracias espirituales y muy lata autoridad; mas tan santo propósito no llegó á realizarse, por haber merecido al capítulo general, reunido en el mismo año, que era el de 521, el nombramiento de comisario general ultramontano. Por entónces hizo publicar el libro titulado: *Espejo de los frailes menores*, siempre firme

en su pensamiento de mantener la pureza de la regla. Cumpliendo los deberes que su nuevo cargo le imponia, visitó los conventos de la provincia de Colonia; convocó y presidió el capítulo en Amberes para el 16 de Diciembre, pasó á la Germania inferior á continuar sus reformas, y vuelto á España, fundó el convento de Santa Clara en Alcalá de Henares. En 1523 se celebró, por disposicion del Pontífice, el capítulo general de la numerosa órden de S. Francisco en la ciudad de Burgos. Fué su presidente el P. Fr. Francisco de los Angeles, y convencidos todos los miembros de aquel congreso de su fervoroso celo, su escrupulosa observancia y eminentes virtudes, le eligieron para la más alta dignidad de la Orden, esto es, para ministro general. Terminado el capítulo, pasó á Valladolid á suplicar al emperador Cárlos V, que amparase y honrase á la santa Congregacion que acaudillaba, y dióle el César cartas para el Pontífice, para el príncipe Fernando que gobernaba en Alemania, y otras para varios cardenales y príncipes legos. Por este tiempo recibió el digno general de los Franciscanos carta del ínclito Hernan Cortés, que acababa de conquistar el grande imperio mejicano, en que le pedia religiosos de su Orden para evangelizar á los infelices idólatras, y prometiendo para su sustento y cóngrua los diezmos de todo el país. La contestacion era cual debia esperarse de tan santo y religioso varon, esto es, prometerle los obreros que se le pedian para cultivar la viña santa, y rehusar los diezmos ofrecidos. Pasó despues á Extremadura, celebró allí un capítulo en el convento de Belvis, y envió á las tierras de Yucatan trece frailes de vida ejemplarísima, para que ejerciesen la mision altísima de los apóstoles. Dirigióles despues desde su predilecto convento de Santa María de los Angeles una tierna y elocuente epístola, en la que con amorosa y paternal solicitud les recordaba sus santos deberes. Hé aquí algunos fragmentos de este escrito notable: «Fr. Francisco de los Angeles, ministro general y siervo de toda la órden de los Menores, á los venerables padres, muy amados en Cristo, Fr. Martin de Valencia, y á los otros doce frailes de la misma Orden sujetos á su obediencia y en su compañía, que habemos destinado á las partes de los infieles, tierras de Yucatan, y á los demás que allá fueren recibidos, y en lo futuro enviáremos, salud y paz sempiterna en el Señor. Entre los contínuos cuidados que ocupan mi mente el que más me desvela es cómo podré sujetar al yugo de la divina ley las almas redimidas con la preciosa sangre de Cristo, que yacen en la sombra y tinieblas de la muerte. En otro tiempo intenté ocuparme por mí mismo en el ministerio de su conversion; mas lo que entónces no merecí obtener de los prelados, espero ahora conseguir por medio de vosotros, mis amantísimos hermanos. En esta edad presente, cuando el dia va ya en declinacion, y es la hora undécima, vosotros sois conducidos por obreros en la viña

del Señor, para que como hijos de tan gran Padre (S. Francisco de Asís), siguiendo sus pasos, y hollando la gloria mundana, por el desprecio de vosotros mismos, y con la altitud de la pobreza que profesais, convirtais el mundo con vuestra predicacion. No os turbeis de que en el cultivo de la viña sois los últimos, pues sabeis que suele el Señor de ella igualar los últimos á los primeros, con el premio con que remunera su trabajo. Si hasta aqui ascendisteis á la alteza de la vida contemplativa para ver á Jesus, de hoy en adelante descendais á la vida activa, á la conversion de los prójimos, para que defendais el ejército del Rey Cristo, y triunfeis de los adversarios del linaje humano, aunque sea á costa de vuestra propia sangre, pues Cristo dió la suya por todos. Con doctrina y ejemplo procurad convertir á aquellas gentes, que por no tener conocimiento de Cristo estan sumergidas en la tenebrosa ceguedad de la idolatría, y viven en la miserable servidumbre de Satanás. Ea, pues, amantísimos hijos y hermanos, id á esa jornada con la bendicion de Dios y la mia; y armados con el escudo de la fe, con el peto de la justicia, con la espada del espíritu, con el morrion de la salud, y con la lanza de la perseverancia, pelead con tanto esfuerzo contra la serpiente antigua, Satanás, que triunfando de él, los idólatras se conviertan á la fe, los herejes se reduzcan á la Iglesia, los católicos se mejoren en aumento de virtudes, y en todos resplandezca la luz de la divina gracia.» Los frutos que en aquellas comarcas salvajes alcanzó la mision fueron copiosísimos; pues en el espacio de siete años consta recibieron el bautismo más de un millon de indios. Con el ardor de su santo espíritu y su acostumbrada austeridad, visitó Fr. Francisco siempre á pie y descalzo todas las provincias de España, corrigiendo los abusos, planteando reformas útiles, y dejando en todas partes recuerdos indelebles de su caridad, celo infatigable, y altísimas virtudes cristianas y sociales. Era, como dice uno de sus biógrafos, «altar de fuego que siempre arde para Dios y bien de la religion.» En 1524 reunió á los superiores de las provincias de España en el convento del Abrojo, y les manifestó su precision de pasar á Italia, para continuar en su larga obra de reforma de abusos. Siguiendo su piadosa costumbre emprendió el largo viaje á Roma, descalzo y á pie como imitador de S. Francisco, y llegó á la capital del mundo cristiano el 30 de Julio de 1525. Recibióle el Papa con señaladas muestras de aprecio, é interponiendo su autoridad Fr. Francisco de los Angeles, logró pacificar ciertas porfiadas cuestiones que dividian á algunos dignatarios de la Orden. Antes de abandonar á Roma, pidió y obtuvo del Pontífice que las causas y controversias de los frailes menores no se cometiesen á los auditores de la Rota, sino á algunos varones sabios y piadosos que las resolviesen sin gran publicidad; que las monjas sujetas á la Orden no pagasen diezmos de lo que tomasen

para las necesidades de sus conventos, y que en adelante no se nombrasen comisarios de S. Pedro para recaudar limosnas. Tambien por entónces con su acostumbrado celo redujo á la obediencia y sujecion de la Orden á los Padres Capuchinos, que daban principio á su congregacion y pretendian hacerla independiente de la gran familia Franciscana; pero sí autorizó y protegió la fundacion de cuatro conventos en la provincia romana, donde los religiosos que tuviesen vocacion, pudieran entregarse á vida más estrecha y penitente que la generalidad. En Nápoles celebró capítulo en 1525 en el convento de Sta. María la Nova, donde se acordaron disposiciones para la mejor observancia de la regla, y otro en 18 de Octubre del mismo año en la provincia de la Basilicata. Por aquel tiempo alcanzó del emperador Cárlos V una cédula para que en cada pueblo que no hubiese convento se destinase una casa para hospedería de los religiosos, y del papa Clemente VII un breve, para que las monjas de Sta. Clara, Concepcion y Terceras no pagasen diezmos. Otros varios capítulos celebró en Italia, ordenando lo útil y conveniente para sostener la disciplina y pureza de la regla del Patriarca de Asís, reforma de conventos, buen gobierno de los ya reformados, y para evitar los abusos sobre la materia y forma de los hábitos, rigurosidad en la clausura, etc. etc. El año 1526, á 6 de Mayo, reunió la Congregacion general en el convento de Sta. María de los Angeles de Asís, con objeto de elegir comisario general ultramontano y definidores generales. Reunidos ya los Padres en el lugar destinado á las sesiones, abandonando la silla presidencial, se hincó de rodillas, y con lágrimas en los ojos y profundos sentimientos en su corazon, les dirigió un tiernísimo discurso, para rogarles le libertasen de la pesada carga del generalato, que era muy superior á sus cansadas fuerzas. Lamentábase en su humildad de sus escasas virtudes, de su ignorancia, y les recordaba cuánto aventajaria la religion, confiando su elevado cargo ó otro fraile más digno. Salió en seguida del salon para dejar en libertad de deliberar á los congregados, que por unanimidad acordaron no aceptar la renuncia hecha por el dignísimo General, rogándole terminase su sexenio y no los abandonase. Tenian por entónces lugar las guerras entre el Papa y el emperador Cárlos V, que ocasionaron el saqueo de Roma y la prision del Pontífice en el castillo de Sant Angelo. En aquel conflicto llamó á Roma al P. Fr. Francisco de los Angeles, y le envió por embajador al Emperador para ajustar la paz que tanto necesitaba la cristiandad. Fué recibido por Cárlos V con benignidad, y se redactaron los conciertos, con lo que volvió Fr. Francisco á Roma; mas los sucesos de la guerra impidieron por entónces su realizacion. Sin embargo, le rogó Clemente VII tornase á España, y por más que el General franciscano se excusó alegando el trabajo, cuidado y asistencia de su Orden, y la necesidad de asistir á las ovejas que

Dios le habia encomendado, hubo de obedecer á los mandatos del Pontífice. Disfrazado con el traje de comendador de la órden de S. Juan, emprendió por mar su viaje, y estando á la vista de Barcelona, cayó en poder de unos piratas turcos. Arrojó al mar las letras apostólicas de que era portador y el sello de la Orden, y presentó resignado sus brazos á las cadenas. Sufrió entre los bárbaros todos los rigores de la cautividad con la magnanimidad de noble y de cristiano, y obtuvo su rescate por la cantidad de cuatro mil ducados. Avistóse por fin en Valladolid con el César, le refirió su embajada y su aventura, y obtuvo todas las condiciones que deseaba para la libertad del Pontífice y afianzamiento de la paz, que esta vez alcanzó por fin. Sin embargo, teniendo todavía que dilucidarse graves asuntos entre la Santa Sede y el Emperador, volvió por tercera vez á ser elegido Fr. Francisco de los Angeles para embajador; resistióse tenazmente, y solo hubo de aceptar la mision despues de haberse el Papa conformado con la firme renuncia que hizo del generalato de la órden de S. Francisco. Despidióse de sus hermanos y súbditos en una tierna alocucion en que resplandecia el amor paternal y la más profunda humildad. En este mismo año, que era el de 1527, fué Fr. Francisco creado cardenal con el título de Sta. Cruz de Jerusalen, despues de Sta. Práxedes, y finalmente obispo *Prenestino*. La suspirada paz fué del todo restablecida, merced á las diligencias del nuevo cardenal, que con su prudencia y acierto logró vencer todas las dificultades. En el convento de S. Francisco de Madrid tuvo lugar la solemne ceremonia de recibir el capelo cardenalicio de manos del arzobispo de Sevilla, y en presencia del Emperador y de toda la corte. El 6 de Diciembre de 1528 fué el Cardenal presentado para obispo de Coria, y marchó á Roma á dar cuenta de su terminada mision. Obtuvo entónces del Pontífice, que tan buenos servicios le debia, el nombramiento de protector de la órden de S. Francisco, que lo recibió con inexplicable júbilo; luego fué en su nombre á visitar al emperador á Génova, y á concurrir á la solemne ceremonia de la coronacion en Colonia. Confióle tambien Clemente VII el reconocimiento del breviario romano, para lo que el cardenal quiso rodearse de doctores graves y sabios en ritos eclesiásticos, griegos y latinos, á los que sustentaba en su casa. Dispuso, pues, referentes á esta tarea varias alteraciones en el rezo y canto del coro, siguiendo lo establecido por los antiguos Santos Padres, las que fueron aprobadas por Paulo III. No cesó de pedir y obtener de la Santa Sede gracias y privilegios espirituales en favor de la Orden á que se honraba pertenecer y de la que no llevaba en vano el título de protector y especial defensor. Aunque elevado á la altísima dignidad cardenalicia, ostentaba la más profunda humildad cual si fuese el último de los frailes de su Orden, ayudando á sus domésticos en los más humildes quehaceres y saliendo á

pedir limosna por sí mismo para socorrer á los pobres. Al mismo tiempo no daba tregua á sus mortificaciones y penitencias, usando siempre áspero silicio, durmiendo en el suelo y ayunando rigorosamente. En la caridad, paciencia, castidad y largueza, era sin duda de los más eminentes hijos de S. Francisco, y lumbrera de la Iglesia española del siglo XVI, tan fecundo en santos y grandes varones. El año 1539 el V. abad Ludovico Blosio le dedicó el primer libro de sus obras, titulado *Regla de la vida espiritual*, y sin que pueda traducirse por adulacion, le llama *varon de santidad veneranda*. La muerte del cardenal Fr. Francisco de los Angeles Quiñones fué cual era de esperar de tan santa vida. Recibió los sacramentos de la Iglesia con tierna devocion, y entregó su espíritu al Criador el año de 1540, por el mes de Setiembre, en la ciudad de Verula. Fué trasladado su cuerpo á la basílica de Sta. Cruz de Jerusalen, á un sepulcro que se habia hecho construir en vida, en el que se lee esta inscripcion:

Franciscus Quiñones, Cardinalis Sanctæ Crucis, de morte, et resurrectione cogitans, vivens sibi posuit, expecto, donec veniat, immutato mea.

Un devoto cronista franciscano refiere que á la misma hora que murió el cardenal Quiñones se hallaba en España el siervo de Dios Fr. Bernardino de Alardo, rogando por el alma de su provincial, que habia muerto cinco dias ántes en opinion de santidad. Arrebatado en divino éxtasis, vió morir al Cardenal, vió que su alma subia al cielo, y pasando por el purgatorio, sacaba el alma del provincial por quien oraba. Entónces Fr. Bernardino oyó una voz sobrenatural que pronunciaba estas palabras: *No te admires, Bernardino, porque el Cardenal en los oficios que en la Orden tuvo, á ninguno perdonó el rigor de la disciplina religiosa, ni á sí propio; porque fué muy áspero y penitente; es verdad que ese otro religioso, por quien tú ruegas, lo fué tambien, empero siendo provincial, relajó en algunos el rigor de la disciplina regular, por lo que ha estado cinco dias en el purgatorio.*—C. de C.

QUIÑONES (Fr. Juan de). Nació en Sevilla, de Francisco de Quiñones y Francisca Escobar, que le educaron en la virtud y buenas costumbres; y siendo ya jóven, pasó á Méjico, en cuya universidad estudió con aprovechamiento el derecho civil y canónico. Llamóle Dios al estado religioso, y tomó el hábito de S. Agustin en aquella ciudad. Terminados sus estudios, se inclinó al ministerio apostólico de las misiones de Filipinas. Destinóle su prelado á la laguna de Bay para que se instruyese en el idioma, y luego se encargó de la administracion de aquellos pueblos. Aunque por naturaleza balbuciente, predicaba con facilidad. Llegó á ser tan conocedor de la lengua de aquel país, que escribió un vocabulario de la misma y un catecismo para la instruccion religiosa de los naturales. Destinósele luego al pueblo de Taal,

donde permaneció tres años, volviendo á Laguna de Bay, y despues á París. Defendió con vigor á aquellos sus neófitos de las vejaciones de los encomenderos. Fué definidor y prior del convento de Manila, y su voto era escuchado siempre con respeto en los puntos más árduos y difíciles. Murió ejemplarmente en 1587, y abriendo su sepultura en 1671, se encontró su cadáver incorrupto. — C. de C.

QUIONIA (Sta.), vírgen y mártir. Débil y tímida nace la mujer con respecto al hombre, al que plugo á Dios dotar de mayor fuerza y valor, como que le hacia rey de la creacion entre todos los animales, á los que habia de dominar, más que por la fuerza física, por el irresistible poder de su penetracion, astucia y talento. Empero si no concedió á la mujer fuerza mayor que la de su hermosura y halagos y la de sus gracias é ingenio para dulcificar la fuerza material de su compañero, de cuya costilla la formó, dotóla de una dulzura capaz de cultivarle, de una penetracion más precoz si bien no fija, de un espíritu en cierto modo profético para conocer el bien ó el mal futuro, y sobre todo de un alma piadosa y devota, más contemplativa y allegada al amor de Dios, alma que se engrandece en el sufrimiento y que adquiere mayor valor cuantos más son los obstáculos que se oponen á su amor, á su deseo y á su piedad. Si la mujer no estuviera dotada de esas excelencias, y solo contase con las cualidades naturales de su ser, ciertamente que no contaria el cristianismo muchos mártires entre los bienaventurados; pero es al contrario, pues que reinando en ellas la gratitud en que los constituyó, la emancipacion de la esclavitud de que las libró la ley santa del Evangelio, igualándolas para los goces espirituales al hombre, desde que una Vírgen sin mancilla pisó victoriosamente la cabeza de la feroz serpiente, que seduciendo á Eva esclavizó por su culpa al género humano, y desde que una madre purísima fué coredentora del humano linaje, la mujer se acerca en mayor número al pié de los altares, y áun pudiera decirse con mayor fe y esperanza que el hombre, para perfeccionarse y lograr la vida eterna; y hasta la Iglesia no ha podido ménos de tributar al bello sexo esta justicia, cuando ruega por este sexo diariamente llamándole devoto, al dirigir sus plegarias á Dios por medio de María Santísima, gran madre del Crucificado, y á cuya santidad no ha llegado ni llegará jamás otro mortal alguno. Si con ánimo sereno y fuerte se presentaban los hombres cristianos al martirio durante las terribles persecuciones de la Iglesia, no ganaban ciertamente á las mujeres que profesaban la ley del Evangelio, las cuales en cierto modo adquirian doble mérito, si se atiende á lo débil de su complexion orgánica, á su natural timidez y á su mayor delicadeza física y moral. Doblemente perseguidas que el hombre por la lubricidad de los verdugos y por lo que se temia su propaganda, á causa de la influencia que ejercen por

su dulzura y persuasiva elocuencia en el ánimo del hombre, podian haberse guardado más en declarar su religion, ó haber fingido con éxito ante sus jueces; pero por el contrario, así como la Madre de Dios y las santas mujeres que acompañaron á Jesucristo, no temieron la saña del desenfrenado populacho de Jerusalen, que sacrificó al Salvador, y siguieron á éste con ánimo fuerte y al través de los insultos y malos tratamientos de sus verdugos hasta que, cumplidas las profecías, como no podia ménos de suceder, pronunció desde lo alto del Calvario sobre la cátedra de la cruz aquellas divinas palabras que nos abrieron las puertas del cielo, que nos tenia cerradas la perfidia del demonio, del propio modo, y alentadas con su ejemplo, las mujeres cristianas de los primeros siglos del cristianismo no temieron confesar la fe de Jesucristo ante los horribles tormentos, ántes se presentaban voluntarias víctimas, deseosas de adquirir la gloriosa palma y corona del martirio, en el que daban muestras y pruebas inequívocas de que es una verdad, cuando la fe anima á los mortales, que el alma y el valor no tienen sexo. Entre la multitud de santas mujeres que venera la Iglesia como mártires, es una de ellas la gloriosa Santa Quionia ó Chionia, hermana de Santa Agape y Santa Irene. Vivian estas santas mujeres en Tesalónica, en la ocasion en que el impío emperador Maximiano perseguia á los cristianos con el más feroz encarnizamiento. Deseosas de lograr su salvacion eterna, alabando á Dios y practicando las virtudes cristianas, abandonaron sus riquezas y comodidades; y huyendo del mundo, que solo les ofrecia peligros presentes y futuros, se situaron en la aspereza de un monte en donde trabajaron su agreste morada. Dedicadas á la oracion y á dirigir alabanzas al Señor, al paso que abrasados sus corazones por el ardiente y vivísimo fuego de la caridad le pedian gracia para todo el género humano, puede decirse que si sus cuerpos participaban de las miserias de la vida que ellas aumentaban con su austera penitencia, sus almas, por medio de la santa meditacion, habitaban en el cielo. A pesar del retiro á que se habian reducido y condenado, Dios, que queria probar su fe y su constancia y acercarlas más á su deseo de unírsele en las regiones celestes, permitió que un fanático idólatra que las conocia, llamado Casandro, descubriese el lugar de su voluntario destierro y las prendiese. Llevadas á Tesalónica, Casandro, que las hizo acompañar, escribió á Artenio, escribano de la ciudad, muy enemigo de los cristianos, manifestándole, que aquellas mujeres que le mandaba eran adoradoras de Jesucristo y enemigas de los dioses, con cuya noticia las remitió Artenio al impío Dulceso, presidente de la ciudad. Sentado este severo juez en el tribunal en que juzgaba su capricho más que las leyes en estas causas, fué demandando á cada una de las santas doncellas lo que consta en sus respectivas vidas, y dirigiéndose á santa Quionia, de quien vamos

hablando, la preguntó qué tenia que decir con arreglo á la doctrina sentada por sus hermanas, y la Santa contestó con la mayor dulzura: «Ninguno podrá pervertir nuestro entendimiento hasta el punto de negar al verdadero Dios y reverenciar á tus falsos dioses. — ¿Teneis algun escrito de los impíos cristianos? la preguntó el presidente. — No, respondió Quionia, porque nos los han quitado los crueles emperadores. — ¿Quién os enseñó esta religion que profesais? — El Todopoderoso y nuestro Señor Jesucristo, su unigénito Hijo.» Enfurecido el presidente al ver que ni por halagos, ni por amenazas, logró que las santas vírgenes adorasen á los ídolos como él queria, condenó á Quionia, en union de su hermana Agape, á ser quemadas vivas por profesar, así decia su sentencia, la loca, vana y maldita religion de los cristianos, dejando á Irene y á las demás que las siguieron, para otros suplicios, si no se arrepentian á la vista del escarmiento que hacia en aquellas. Metidas en el horno las dos santas hermanas, el feroz fuego no hizo lesion alguna en sus cuerpos; y enardeciendo sus almas de amor divino, manifestando sus semblantes la satisfaccion y gozo de que se hallaban disfrutando, sus bocas benditas cantaban armoniosamente alabanzas á su Padre celestial pidiéndole, llenas de esperanza, acabase de desprender sus almas de sus terrenales cuerpos y las admitiese en su seno. Afligiéronse algun tanto las siervas del Señor, considerando que pues el fuego no las consumia, no queria Dios llevarlas á su reino; y pidiéndole con el mayor fervor que les concediese la corona del martirio para podérsela entregar con la palma de su virginidad, el piadoso amante Jesus oyó la súplica de sus tiernísimas esposas, y recibiendo su purísimo espíritu, las llevó á su lado por una eternidad, colocándolas en tronos de gloria desde los cuales ruegan incesantemente á Dios por los fieles. La Iglesia celebra el glorioso tránsito de Santa Quionia y de sus hermanas el dia 3 de Abril, áun cuando Santa Irene fué martirizada el 4 del mismo. Celebran este trofeo de la religion del Crucificado, esta victoria contra el demonio, el Martirologio, Baronio, Sanctorio, Nicéforo, Surio, Adon, Lipomano, el célebre Beda y otros escritores eclesiásticos y profanos, que han tratado de las persecuciones de la Iglesia y de los mártires que causaron, y todos hacen mencion de Santa Quionia y de sus hermanas, considerándolas heroínas de la religion del Crucificado. — B. C.

QUINQUERAN DE BEAUJEU (Honorato de). Era de la misma familia que el obispo Pedro de Quinqueran; y nació en Arlés en 1655. Despues de haber brillado, durante el curso de sus estudios, ingresó en la congregacion del Oratorio á la edad de diez y siete años, y poco tiempo despues se le encargó del profesorado de teología de su ciudad natal, y más tarde del de Saumur. Despues de la revocacion del edicto de Nantes, se le envió á las misiones del Poitou y del país de Aunis. Creóse allí tan alta reputacion, que el cé-

lebre Flechier, obispo de Nimes, le confirió un canonicato en su catedral, y le nombró uno de sus vicarios generales. Sus predicaciones en el Langüedoc fueron tan celebradas como las anteriores del Poitou. Habiase acostumbrado desde un principio á improvisar sus discursos, y eran sin embargo tan elocuentes que se hizo admirar en las asambleas del clero celebradas en 1693 y 1700. Informado el rey de Francia, Luis XIV, de las conversiones que el abate de Beaujeu llevaba á cabo en la diócesis de Nimes, le nombró en 1705 obispo de Oleron, y muy poco despues de Chartres. Muerto Luis XIV en 1715, á la sazon que tenia lugar la asamblea general del clero, el obispo de Chartres obtuvo la señalada distincion de ser el elegido para pronunciar en S. Dionisio la oracion fúnebre del referido monarca, la que fué muy celebrada, y se imprimió en Paris en el mismo año. Muchas veces se ha citado la poética comparacion que hizo de su héroe en aquel dia con un árbol plantado en la cima del monte Líbano, y se reproduce á continuacion para que pueda formarse idea del estilo de este eminente orador: «Nada, casi nada emprendió este famoso monarca, que no tuviese un éxito feliz, y sus mismas desgracias contribuyeron á enaltecer su gloria. Semejante á aquel robusto árbol, nutrido con los más excelentes jugos de la naturaleza, que plantado en la cima del Líbano alza con soberbia la cabeza de su trono recto y elevado hasta las nubes, que los pájaros del cielo respetan, que los arbustos no intentan alcanzar, que la impetuosidad de los vientos no osaria conmover, que la inundacion de los rios no lograria arrastrar, que los ardores del sol no podrian dañar, que la inconstancia de las estaciones no podria marchitar, cuya fecundidad no se interrumpiria, y cuyas hojas por la utilidad y frescura que procuran, tanto como por el aroma que esparcen, aventajan á los deliciosos frutos de las demás especies de árboles; tal se ha mostrado siempre este Rey, superior no solo á los demás hombres, sino á los acontecimientos de la buena ó mala fortuna; siendo más dichoso por haber hecho un buen uso de felicidad tan rara que por haberla merecido.» Ha quedado de Quinqueran de Beaujeu un volúmen en 4.° de *Mandements*, de *Lettres*, *et d' Instructions pastorales*, que publicó con motivo del establecimiento de su seminario, sobre las enfermedades contagiosas de la Provenza y del Langüedoc, sobre el incendio de Chartres, sobre el abuso de la mendicidad, sobre la leyenda de Gregorio VII, sobre el famoso concilio de Embrum, al que no era adicto, y sobre muchos puntos de doctrina y de disciplina, en que manifiesta su adhesion á los nuevos discípulos de S. Agustin. Colbert y Soanen tuvieron en Honorato Quinqueran el más celoso de los amigos. Su muerte acaeció en Arlés, donde habia ido con objeto de visitar á su familia, el 26 de Julio de 1736. El nombre de Quinqueran de Beaujeu figura entre aquellos que el abate Migne, erudito

escritor, reunió en su gran coleccion de los *Oradores sagrados*, en sesenta volúmenes en 4.°—C. de C.

QUINQUERAN DE BEAUJEU (Pedro de). Nació en 1526 de una muy antigua y noble casa de Arlés, en Provenza. Despues de haber estudiado con aprovechamiento la retórica y la poesía en París, hizo un viaje á Italia, donde se aplicó á la música. De regreso en París, se dedicó á las matemáticas, la historia natural, la botánica y las bellas artes. Su ilustre nacimiento, sostenido por la reputacion que le conquistáran sus talentos, le hizo merecer el obispado de Senen, en la temprana edad de diez y ocho años; mas gozó de esta dignidad muy poco tiempo, pues falleció en París, cuando contaba tan solo veinticuatro años, en el de 1550. Quinqueran fué el primer obispo nombrado despues del concordato, que celebraron Leon X y Francisco I. Quedan de él: 1.° un elogio de la Provenza en versos latinos, bajo el título *De laudibus Provinciæ*. Publicóse de este una version francesa, en 8.°, por Pedro de Vini de Claret, arcediano de Arlés.—2.° Un *Poema latino* sobre el paso de Aníbal por las Galias. Estas dos obras presentan felices imágenes y gran ingenio; pero se deja ver al mismo tiempo no habia el autor adquirido todavía la madurez necesaria. Una y otra fueron publicadas en París, en 1551, en fólio.—C. de C.

QUINQUIANO (Fr. Pedro), predicador. Fué provincial de la órden de Menores Capuchinos en la provincia de Leon de Francia, cuyo cargo desempeñó con notable acierto y diligencia visitando los conventos de su provincia con la mayor humildad, de la que dió pruebas en varias ocasiones, enseñan lo á los demás con el ejemplo, y captándose su voluntad por el agrado. Se dedicó al estudio de la filosofía, adquiriendo en ella la misma fama que por sus virtudes habia conseguido. Hallóse en Roma en el capítulo general del año de 1613, mereciendo ser honrado en él, y conocido por todos por el *Padre mortificado*. Su abstinencia fué como correspondia á todas sus virtudes, por lo que mereció de Dios señalados favores, si bien no pudo conseguir el martirio, como deseaba, pues murió de un flujo de sangre, dejando llena de desconsuelo la provincia de Leon, ántes de separarse de la del condado de Borgoña. Su confesor depuso con juramento que habia muerto sin cometer pecado mortal.—G. P.

QUIRIACO (S.), mártir. En el siglo IV y en el año 304 de nuestra era, fueron sacrificados por haber confesado ser cristianos al ver martirizar á Sta. Hilaria y su familia, S. Quiriaco y sus compañeros Crescenciano, Largion, Nimia, Juliana y otros veinte en la ciudad de Augsburgo, que tan célebre han hecho los bienaventurados que padecieron el martirio en ella en los primeros siglos del cristianismo.—C.

QUIRIACO (S.). Nómbrase á este santo mártir siempre en union de Santa

Valeria, que se cree su esposa. Fueron ambos naturales de Cerdeña, y en esta isla dieron su vida por la fe y sepultáronlos juntos. Restablecida la paz de la Iglesia, los trasladaron á una capilla de la ciudad de Caller, y les pusieron una leyenda que aparece así truncada. IC B. M. QUIRIACO PATRI. IC DM VALERIÆ.... ANNORUM..... Que debe interpretarse: «Aquí fué edificada la memoria ó sepulcro al Santo mártir P. Quiriaco, y aquí tambien á la Santa mártir Valeria, de tantos años, etc. En 3 de Enero de 1626 fueron encontrados estos santos cuerpos y llevados á la catedral, la que celebra su memoria en el universario de su invencion.—C. de C.

QUIRIACO (S.), mártir. Señálase á este Santo como obispo de Ostia, en donde era asistido de su amigo el presbítero Máximo y del diácono Arquelao, que juntos llevaban una vida estrictamente religiosa y caritativa, pues que se ocupaban principalmente en socorrer á los enfermos y en ganar almas al cielo. Dicen las actas de la santificacion de este santo Obispo que, yendo un dia en compañía de Arquelao á visitar á Censorino, criado del prefecto Ulpiano, que se hallaba preso por confesar ser cristiano, al presentarse á la vista del prisionero, se desprendieron de su cuerpo las cadenas dejándole enteramente libre; á cuyo milagro admirados los carceleros y los soldados que guardaban la cárcel, se convirtieron todos al cristianismo, pidiendo á gritos el bautismo, que les fué otorgado por el santo prelado, tan luego como los instruyó en los sagrados deberes que les imponia la religion que voluntariamente abrazaban. Enfurecido con la noticia el idólatra Prefecto, mandó prender á todos los convertidos y á sus maestros, y los hizo morir entre espantosos tormentos, que léjos de apartarlos de la fe de Jesucristo, no lograron otra cosa más que confirmarles en ella para morir con gloria. El último de estos santos mártires que pasó á las regiones celestes fué el obispo S. Quiriaco, del que dice Baronio que fué martirizado en tiempo del emperador Probo, año de 235, el dia 23 de Agosto en que le venera la Iglesia.—C.

QUIRIACO (S.), anacoreta y confesor. Aquellos que tuvieron la fortuna de ser inspirados para alejarse del mundo y entregarse enteros á Dios en la soledad, puede decirse que vivieron mucha parte de su vida mortal en el cielo; pues que léjos del bullicio y del estruendo que causan las pasiones, arrobados en la oracion y ocupados en santas meditaciones, fueron en tales casos ángeles ante el trono del Omnipotente, que no pudo ménos de asistirlos con su divina gracia, para que en vida de muerte disfrutasen delicias de vida eterna. Entre estos séres privilegiados celebra la Iglesia al glorioso S. Quiriaco el *Anacoreta*. Nació este Santo en Corinto bajo el imperio de Teodosio *el Grande*, emperador, gloria de España, su patria nativa, y honor de la púrpura de los Césares, á la que recuerda con gozo el catolicismo,

porque lleno de fe y de piedad derribó los ídolos del paganismo, y elevó sus últimos restos el santo madero de la cruz, ya glorificado por Constantino *el Grande*, que venció con él al demonio del imperio, y venerado por la virtuosa madre de este emperador la piadosa Santa Elena, que tuvo la dicha de encontrarle. Teodosio *el Grande*, al declarar religion del estado del vastísimo entónces imperio romano la cristiana, dió el golpe de gracia á la idolatría, que acabó para siempre en la culta Europa. Libre ya la religion de sus tiranos opresores, pudieron los fieles ménos ardientes confesarla sin disimulo de ninguna especie, y los valerosos campeones que deseaban morir en su defensa, dedicarse á ganar los méritos que querian presentar en el martirio, con otros sacrificios no ménos gratos á Dios, cual son los que tienden al dominio y castigo de las pasiones, verdugos crueles que atormentan y matan el alma con tormentos más terribles que los de los suplicios preparados por los gentiles. Dedicáronse ya en época tan bonancible libremente los fieles al servicio de Dios en los claustros y en los desiertos, y la religion del Crucificado acabó por reinar en los mismos puntos en que se pretendió en vano humillarla y en los que fué más escarnecida. Abrazó San Quiriaco en aquellos tiempos la carrera eclesiástica, en la que hizo rápidos progresos; pero estando á punto de terminarla, tuvo sin duda un golpe de divina gracia, que hiriendo fuertemente su corazon le haria sentir que Dios le destinaba á otros fines, puesto que no permitió graduarse en ella y le abandonó decididamente. Determinado firmemente á vivir solo por Dios y para Dios en la soledad, quiso primero ir á venerar á Dios en los mismos lugares en que se dignó redimir á la humanidad entera con su propia sangre, lo que llevó á cabo dirigiéndose á Jerusalen á los veintidos años de edad. Un dia que lleno de fe y de entusiasmo religioso oraba en la iglesia del Santo Sepulcro, recibió una revelacion, que le mandaba partir á la laura de S. Eutimio en la Palestina. Obedeciendo la inspiracion divina se dirigió á aquel monasterio, y no tardó mucho en que á pesar de su humilde modestia fuese nombrado abad del mismo. En esta dignidad fué venerado en vida por sus subordinados y por cuantos tuvieron la dicha de conocerle por su austera virtud, ardiente caridad, acendrada piedad, por su sabiduría y por el don de profecía que le concedió el dispensador de todos los bienes y dones del cielo y de la tierra. Despues de haber edificado con su ejemplo y santidad, le llamó Dios á su seno para premiar sus méritos el dia 29 de Setiembre, en que le celebra la Iglesia, del año 556. — C.

QUIRICO (S.). Hijo este mártir de Sta. Julita, tambien mártir, en el artículo que trata de esta confesora de la fe de Jesucristo se trata de su martirio, pero nos parece conveniente manifestar en este lugar lo que más conviene al santo niño. De estirpe real y de solo tres años de edad, fué llevado

por su madre, de Iconio á Seleucia y á Tarso en Cilicia, huyendo de la persecucion que hacia á los cristianos el inhumano emperador idólatra. Cogidos en este último punto por el feroz gobernador Alejandro, fué Julita martirizada desnuda con punzantes espinas; y como el niño Quirico repitiese las alabanzas que su madre daba á Dios en el tormento, ensoberbecido aquel poseido del demonio, le agarró por los pies y le estrelló contra el suelo, arrojándole á un muladar con el cadáver de su madre, de donde los extrajeron unas piadosas mujeres que despues descubrieron á los fieles sus santas reliquias, que con relacion al siglo IV venera la Iglesia en los altares el 16 de Junio.—C.

QUIRICO, obispo de Barcelona. Vamos á trazar á grandes rasgos una de aquellas figuras colosales que fueron en el siglo VII la gloria y ornamento de la Iglesia. Hablando en general, no se ha estudiado lo bastante la historia eclesiástica durante la época goda, historia que venia á reasumir como en su parte más importante toda la historia de aquellos tiempos de fervor y de fe, que puede muy bien decirse deben á la Iglesia la razon de su ser, su organizacion y sus progresos, especialmente en nuestra patria. En tanto que en Italia y en el Mediodía de la Galia, dice Guizot, dominaba todavía el elemento romano, y á principios del siglo VI, un rey visigodo de Tolosa, Alarico, hacia recoger las leyes romanas, y bajo el nombre de *Breviarium Aniani* publicaba un código para sus súbditos romanos; otra fuerza, la fuerza de la Iglesia, probaba reconstruir en España el edificio de la civilizacion. En lugar de las antiguas asambleas germánicas y de las instituciones guerreras, la asamblea que prevaleció más en España es la de los concilios de Toledo, en las cuales, aunque no dejaban de concurrir los láicos principales y de cierta consideracion, con todo los que dominaban eran los obispos. Abrid la ley de los visigodos: no es ciertamente una ley bárbara, y con evidencia se conoce que estaba redactada por los filósofos del tiempo, esto es, por el clero. Abunda en ideas generales y en teorías, pero en teorías enteramente extrañas á las costumbres bárbaras. La legislacion de los bárbaros era una legislacion personal: la de los visigodos estaba fundada sobre el territorio, es decir, comprendia á todas las personas que habitaban en un mismo país. Todos los habitantes de España, visigodos ó romanos, estaban sometidos á una misma ley. Al paso que se adelanta en la lectura de aquellos códigos, se encuentran en ellos rasgos aún más evidentes de la filosofía que los dictó. Entre los bárbaros, los hombres tenian un valor determinado, propio de su situacion y de las circunstancias en que se encontraban: el romano, el hombre libre, el feudatario, no eran estimados al mismo precio: las vidas de todos tenian cierta tarifa. Mas entre los visigodos, el igual valor de los bárbaros estaba consignado en las leyes como un principio. Si

examinais el sistema de procedimientos, en vez de la purgacion canónica ó del combate judiciario, hallareis la prueba por testigos, el exámen razonado del hecho tal como puede verificarse en una sociedad adelantada. En una palabra, el código visigodo tiene un carácter sabio, sistemático, social; se echa de ver que es obra de aquel clero que tanto dominaba en los concilios de Toledo, y que tan poderosamente influia en el gobierno del país. Se ve, pues, que en España hasta la invasion de los árabes, el principio teocrático hizo dar los primeros pasos á la civilizacion, interrumpida de pronto por la irrupcion agarena. Por eso son tan respetables y de tan elevada talla aquellos personajes ilustres, que en la época anterior al mahometismo preparaban á España una era de civilizacion y de gloria, de justicia y de rectitud, bajo la inmutable ley del cristianismo, luchando con la grosería y hasta ferocidad de los invasores septentrionales. Y uno de esos ilustres personajes fué sin disputa Quirico, obispo de Barcelona. De este ilustrísimo Padre, dice en su *España sagrada* el P. Flores, han quedado memorias particulares y honoríficas, así en actas de Concilios como en documentos suyos y de otros Padres. Entre algunas discrepancias de escritura, fija su nombre en el de *Quiricus* como el más análogo á la etimología griega, y el más usado en los códices manuscritos de nuestros concilios, como el del arzobispo de Toledo del mismo nombre que le era contemporáneo. No consta en parte alguna el pueblo donde tuvo su cuna este prelado, ni el año de su nacimiento. La primera noticia que de él se tiene fué de que asistió al Concilio X de Toledo celebrado en el año 656 de Cristo, y octavo del reinado de Recesvinto. Este dato, que solamente sabemos por nuestros códices, nos hace conocer un año fijo de su pontificado, pues las antiguas ediciones de los Concilios omitieron las firmas de los Padres que concurrieron á este Concilio X de Toledo, por lo cual no explican nombres ni sedes de los obispos. En este Concilio, segun expone Masdeu en su *Historia crítica de España*, asistieron veinticinco obispos, y se hicieron siete cánones concernientes á disciplina eclesiástica, en materia de fiestas, clérigos, monjes, viudas y judíos. Acabadas las decisiones canónicas se trataron dos causas, la del obispo Potamio, que en pena de su flaqueza se habia retirado espontáneamente á un monasterio, y la del testamento de Recimiro, obispo de Dumio, que habia dejado más mandas de las que podia. Hablando el mismo Masdeu de este insigne prelado, le califica de aplicado y docto, como se echa de ver por sus cartas, no solo por la correccion y belleza de su estilo, sino tambien por sus asuntos, y hasta por la gran dignidad de las personas á quienes van dirigidas, como veremos luego. En la suscripcion de las actas de este Concilio le vemos el sétimo obispo entre los sufragáneos, precediendo á treinta y nueve, lo cual nos lo hace suponer consagrado muy anticipada-

mente como inmediato sucesor de Oia, pero como no sabemos de este el fin, tampoco podemos determinar el principio de Quirico. Tan solo de este órden de antigüedad podemos colegir que al tiempo del Concilio VIII de Toledo, celebrado en el año V del mismo Recesvinto, 653 de Cristo, presidia ya en Barcelona, al cual asistió S. Ildefonso, pero no como arzobispo, sino como abad, lo mismo que al X. Consta sin embargo que Quirico vió en Toledo al arzobispo S. Ildefonso, y que por la confianza é intimidad que entre ambos existia, el Santo le regaló la obra que acababa de escribir, en la cual vindicó contra los herejes helvidianos el honor virginal de la Madre de Dios. Así se deduce por la carta misma de Quirico á S. Ildefonso, posterior á la separacion de los dos prelados, la cual supone haber estado Quirico en Toledo, pasado ya el citado Concilio X, pues por entónces ni era metropolitano S. Ildefonso, ni habia escrito la referida obra. Aunque no pueda asegurarse el motivo de este segundo ó posterior viaje de nuestro Obispo á Toledo, lo atribuye el P. Florez á las azarosas turbulencias ocasionadas por la rebelion del tirano Froya, por la cual hostilizaron los vascones aquel territorio, llegando á tal punto los estragos de aquellas hostilidades, que segun refiere el obispo de Zaragoza Tajon, en carta á nuestro Obispo, hasta los sacerdotes y los altares de los templos lloraban las muertes y los robos. En tan terribles apuros opina aquel historiador ser muy creible que el obispo de Barcelona, compadecido de tales angustias, y temiéndolas en su redil, pasase á la corte de Toledo para alcanzar remedio al mal ó para prevenirlo, y que á la sazon trató con el santo metropolitano, y le regaló el libro por él escrito. Por la dificultad de las comunicaciones en aquella época y falta absoluta de comodidades para viajar, la traslacion de Toledo á Barcelona dejó en gran manera fatigado al obispo Quirico, dejándole tan débil de fuerzas y postrado, que ni áun las tenia para asistir á los divinos Oficios. En este decaimiento y postracion, y buscando algun alivio á su ánimo decaido, acordóse del libro que S. Ildefonso le habia regalado. Abrióle con ánsia, y lo leyó con aquel gusto incomparable con que el espíritu devora y se sacia de grandes pensamientos. Y confortóse de tal manera su alma con aquel delicioso alimento, y de tal manera le recreó y dilató, que desvanecida la debilidad y sintiéndose como alentado por una fuerza superior, recobró todas sus fuerzas y pudo ir con aliento á la iglesia. Así lo dice en su carta, cuyo pasaje vamos á transcribir como muestra de su correcto lenguaje y de la belleza de su estilo: *quod (tractatum) cum ardua intentione percurrerem, ac mentis acie defixa, universa que in morem pigmentorum redolentia extabant, saperare conarer, ita difugit à me quidquid languidum, quidquid detritum, quidquid erat adversa valetudine anxium, ut in robur plenæ incolumitatis exurgens valenter ad gremium piæ et sanctæ matris Ecclesiæ cucurrerim, atque unigenito Domino et*

Redemptori nostro Jesu-Christo, Dei filio gratias retulerim quod ita vobis inspirationis suæ flatu vivifico in arcano pectoris insuflaverit; Sanctique Spiritus unctione ad universa de se dicenda instruxerit: et quam decenter novi ac veteris instrumenti series Incarnationis, seu Nativitatis Dominicæ mysteria continebat tam evidenter vos earumdem scripturarum vestem expandere fecerit. Esta rara circunstancia del poder que tuvo el libro de S. Ildefonso para restituir con su lectura al Obispo barcelonés las fuerzas perdidas y restituirle enteramente la robustez y la salud, es en concepto del P. Florez un verdadero milagro cuya relacion deberia servir de prólogo á la obra *de Virginitate* del santo Arzobispo de Toledo. No dejó éste sin respuesta la carta del ilustre Obispo, ántes bien le contestó con otra no ménos correcta y elegante, pero que respira la más profunda humildad. Pero nuestro Obispo siguió la correspondencia con el Santo, porque viendo, dice el mismo historiador, en la citada obra tanto manejo de Sagrada Escritura, tanto fondo de espíritu y luces del Espíritu Santo, conoció que allí se ocultaba precisamente un gran tesoro de doctrina, y por esto le instaba la publicase para bien de la Iglesia. No se mostró el Santo desdeñoso al empeño, pero se excusó con el desmayo producido por la calamidad de los tiempos. Y aunque S. Ildefonso no correspondiese exactamente á las exhortaciones de Quirico, debemos empero agradecer á este sus buenos deseos y su celo para la publicacion de una obra que debia servir y servia realmente á la gloria de Dios y á la edificacion del pueblo. No puede negarse, pues, la grande autoridad é influencia que ejercia nuestro Obispo sobre los sabios más eminentes de su tiempo, pues consiguió persuadir á Tajon, obispo entónces de Zaragoza, á que sacase á luz los cinco libros de las sentencias que compuso por las obras de los santos doctores S. Gregorio y S. Agustin, y que habia enviado tambien al mismo Quirico, que hizo la peticion, como expresa él en la misma carta: *Memor vestræ benignissimæ petitionis etc.* Por todo lo cual brillan la suma modestia y el ardiente celo del virtuoso prelado, el cual á pesar de ser muy capaz de ilustrar á la Iglesia con sus escritos, como se deduce de los pocos que de él nos han quedado, no obstante preferia que lo fuese por otros coetáneos suyos y compañeros en el episcopado, á quienes reconocia más capaces de ilustrar al pueblo fiel con sus sabios escritos para cuya publicacion tan vivamente se interesaba. Quirico, pues, fué el primer panegirista de aquel tesoro nacido en Zaragoza, y que ha estado escondido por espacio de más de mil y cien años sin aprovechar al público, cuando, como dice muy bien Florez, hubiera cedido en honor de nuestra Iglesia y utilidad general, por ser el primer método teológico que conocemos en toda la antigüedad. Cuando el de Zaragoza remitió al de Barcelona su obra, le previno que se la devolviese. Quirico, que deseaba ir á verle en persona para darle las gracias y felicitarle,

retardó algun tanto la devolucion, instóle el de Zaragoza, el nuestro se lo entregó, pidiendo perdon por la tardanza. Tenemos, pues, las dos cartas de Quirico á S. Ildefonso y desde este á aquel, en las cuales le trata con la misma veneracion y respeto llamándole: *Sanctissimo ac venerabili Domino meo Quirico Episcopo;* y aunque en ninguna de estas cartas aparece fecha de año, pero no puede dudarse que son del reinado de Recesvinto, que empezó en 1.° de Octubre de 653, y murió en 1.° de Setiembre de 672. No constan de Quirico, que floreció en aquel reinado, otras noticias, ni los años que vivió, infiriéndose tan solo, como indica Florez, por la antigüedad del sucesor, que pudo haber llegado hasta el 666. La última flor que podemos añadir á la corona de este insigne prelado, fué que manejaba el latin con igual facilidad en verso que en prosa, pues debemos al Breviario muzárabe el himno que compuso á la santa vírgen y protomártir Eulalia, patrona de Barcelona, que es al propio tiempo un dato importantísimo acerca de la antigüedad en Barcelona del culto de aquella ínclita mártir, enteramente distinta de la de Mérida, que tiene en aquel Breviario otro oficio propio, celebrándose una y otra en tiempo de los godos, la de Mérida con un himno de Prudencio, y la de Barcelona con el de nuestro Obispo; himno que uniéndose al Breviario general, forma como una flor del ramillete, ó sea Oficio comun, compuesto de las flores más fragrantes de cada iglesia. Otro dato nos ofrece aquel himno, y es que el obispo Quirico introdujo monjes en la iglesia donde estaba sepultada la Santa para mayor lustre y observancia de su culto. El P. Florez impugna la opinion de que este Obispo hubiese fundado la iglesia en donde descansaban los restos de la Santa, limitándose solo á inferir que puso allí la vida monástica, pues como entónces se generalizó en toda España el culto de Sta. Eulalia con oficio propio, quiso el obispo Quirico aumentarle en su iglesia introduciendo en sus ministros la observancia monacal. Y este parece ser el sentir de Nicolás Antonio en la *Censura de historias fabulosas*, y áun despues de la conquista hubo allí, segun Diago, canónigos regulares de S. Agustin. D. Ramon de Pensich, en su *Vida, martirios y grandezas de Santa Eulalia*, trae entero este himno, que tomó del Breviario muzárabe custodiado en la Biblioteca de PP. Carmelitas de S. Hermenegildo de Madrid, fól. 349. Este himno consta de quince estrofas de seis versos cada una, alternando los esdrújulos como en *Pange lingua gloriosi* al estilo de aquella época. He aquí para muestra las dos primeras estrofas:

Fulget hic honor sepulchri
Martyris Eulaliæ:
Quæ sacro signavit idem
Passionum stigmate

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE BURGOS

Huc vocat adesse cunctos
Convenit recurrere.
Germinis hujus propago
Vel caterva confluens
Barchinon augusta semper
Stirpe aucta nobili?
Civium florens corona
Plebs fidelis inclyta!

Por último, hablando el historiador Receveur del Concilio X de Toledo, al cual asistió Quirico en 656, dice que se decretó en él que las viudas consagradas á Dios hiciesen su profesion por escrito ante el obispo ó su delegado, y que llevasen un velo negro ó violado en la cabeza, y las que dejasen de hacerlo serían excomulgadas y encerradas en monasterios. Nicolás Antonio habla tambien en su *Bibliotheca nova* de las cartas de Quirico á S. Ildefonso y de las que éste le contestó.—*Joaquin Roca y Cornet.*

QUIRICO. Este metropolitano de Toledo, trigésimo cuarto de los que se mencionan en el catálogo de los ilustres prelados de la Iglesia primada, floreció en la época goda; y segun el Santo Julian, que le sucedió en la dignidad, fué el que vertió sobre el inclito rey Wamba el óleo santo en la ceremonia de la consagracion en la primitiva catedral de Sta. María, que ocupaba el mismo sitio que la actual. Al mismo Quirico escribió el sumo pontífice Leon II, remitiéndole las actas del sexto Concilio general, para que todos los obispos españoles suscribiesen la condenacion del hereje Apolinar, decretada en el mismo. Mas como á la sazon de llegar á Toledo la carta pontificia, hubiese ya fallecido Quirico, la cumplimentó y contestó San Julian, que ceñia ya la mitra toledana. Congregó y presidió Quirico el undécimo Concilio Toledano, al que concurrieron muchos obispos, el año 675. El pontificado de Quirico duró sobre trece años, desde 677 en que falleció el esclarecido S. Ildefonso, su antecesor, hasta el mes de Enero de 680, en que ocurrió su muerte. Parece fuera de duda que llevó Quirico el dictado de primado de las Españas, como aseguran muchos y graves autores antiguos y modernos. En su tiempo tuvo lugar la rebelion de Paulo, conde de Nimes, su castigo y el de sus cómplices en Toledo, y tambien la division de diócesis de España acordada en el referido undécimo Concilio por las siguientes palabras (1). *Estas son las ochenta sedes episcopales y metropolitanas que se comprenden en las dos Españas, de cuyos prelados recibimos la doctrina católica como los santos la enseñaron y ellos la administran á las almas que ha puesto Dios bajo su amparo y de su espiritual gobierno. Esta division, pues, que con*

(1) Primacia de la santa Iglesia de Toledo por D. Diego de Castejon, obispo de Lugo; tomo I pag. 440 y 441.

autoridad y consentimiento de todos los Santos Padres, hacemos permanezca firme y dure para siempre. Leyóla el siempre glorioso rey Wamba á todos los Padres conciliarmente congregados, que la aprobaron, asistiendo Quirico, Metropolitano Toledano y Primado firme en la dignidad de la fe.—C. de C.

QUINCIANO (S.), soldado del ejército de Maguncia, fué martirizado en Roma el año de Cristo 309, siendo prefecto Aurelio. Despues de diferentes tormentos fué decapitado, y su cadáver sepultado en la via Aureliana. Su fiesta se celebra el dia 11 de Junio.—C. de la V.

QUIRINI ó QUERINI (Gerónimo, y en religion Angel María). Nació en Venecia el 16 de Marzo de 1680, de una familia ilustre, y fué uno de los eruditos más distinguidos del siglo XVIII. Su abuelo materno, su padre y dos de sus hermanos fueron procuradores de S. Marcos. En 1687 le envió su familia, en compañía de su hermano mayor, al Colegio de Jesuitas de Brescia, y allí pasó nueve años estudiando las humanidades y la filosofía. Siendo el estudio su pasion favorita, nunca pudo avenirse á permanecer extraño á cualquier especie de conocimientos, aplicándose en particular á estudiar el idioma francés. En vano los jesuitas se esforzaron por llevar á la Compañía sugeto de tan buenas prendas, pues él prefirió otra religion más en armonía con sus aficiones, cual fué la de benedictinos de la congregacion del Monte Casino. En Noviembre de 1696 entró en un monasterio de esta Orden en Florencia, á pesar de su familia, que intentó disuadirle, y profesó el dia 1.° de Enero de 1698. En una carta escrita en latin, dirigida en 1744 á Freret, secretario de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras, despues de dar cuenta de los estudios que hizo en Florencia cuando jóven, añade que siendo profesor en esta ciudad compuso un discurso intitulado *De Mosaicæ historiæ præstantia*, que hizo imprimir su general Angel Ninci. Además de la teología estudió el jóven Quirini el griego, el hebreo y las matemáticas. Pero no bebia solamente su instruccion en los libros: procuraba con avidez la sociedad de los literatos, de los sabios y de los anticuarios. Sus amigos le relacionaron con todos los extranjeros instruidos que iban á Florencia, y tuvo por este medio ocasion de trabar amistad en el año 1700 con Montfaucon, tambien benedictino, que estuvo dos meses en Florencia y le inspiró el gusto de la erudicion. En 1704 se le vió en Venecia en el seno de su familia; y aunque siempre vivió en Florencia, no dejó de visitar las ciudades de Italia que se distinguian por su sabiduría. Estuvo en Francia por el año 1710, como se ve por una carta dirigida al mismo Freret, en que le refiere detalladamente las observaciones que hizo durante su permanencia en aquel reino, hácia los años 1711, 12 y 13, y por ella sabemos que pasó dos años en la abadía de S. German de los Prados, cabeza de los benedictinos de S. Mauro y una de las más ilustradas academias de Europa, donde hizo conoci-

miento con multitud de sabios distinguidos, cuyos nombres sienta, haciendo tambien una pintura favorable de su carácter, de sus costumbres, de sus obras y de las cartas que le habian escrito. En Marzo de 1713 comenzó á alejarse de París, no para despedirse ó ausentarse de Francia, sino porque despues de haber gozado plenamente de las riquezas literarias que halló en la capital, le parecia bien, ántes de repasar los Alpes, conocer los tesoros que del mismo género pudieran ofrecerle las provincias. Con este intento recorrió primero la de Normandía y la Bretaña, despues el Anjou, la Turena y el Orleanés; de allí pasó á la Champaña, Picardía y ambas Borgoñas. Tambien quiso ir á Ginebra, cuna del calvinismo; y despues de pasar aquí unos dias en casa del enviado de Francia, se trasladó á Aviñon para terminar su ruta en la Provenza y el Langüedoc. En esta carta dió á conocer que nada se escapó á su vista de cuanto se le ofreció como útil y digno de exámen, solicitando con igual avidez el trato con los eruditos de todas clases y condicion, y buscando monumentos de todo género. Esta miscelánea presta una grande y amena variedad á la relacion de su viaje, en la cual se encuentran muchas anécdotas sobre las personas que conoció, y sobre los asuntos de la época. En prosecucion de su sistema, recorrió asímismo la Alemania, los Países Bajos y la Inglaterra. Con solo enunciar los nombres de los sugetos que conoció en Francia y demás países que visitó, tendriamos una idea cabal de los que por entónces florecian en las ciencias y en las letras; mas fuerza será que renunciemos á enumerarlos en obsequio á la brevedad. Ya de vuelta en su patria, mereció la amistad de Lambertini, despues Benedicto XIV, y los favores del papa Clemente VII. Este, sin embargo, no le permitió publicar su *Essai sur l'histoire du célèbre monastère de Farfe*, sito en el ducado de Spoleto, porque en él hallaron los censores ciertas disposiciones que podian comprometer los derechos de la Santa Sede. Entónces dió Quirini á luz en una disertacion un plan para la historia monástica de Italia bajo este título: *De monastica Italiæ historia conscribenda dissertatio;* despues una edicion de los libros del oficio divino para uso de la iglesia griega, que intituló: *Officium quadragessimale græcorum ad fidem codicis Barberini, cum versione latina et diatribis;* mas solo dió á luz el primer volumen, pues nuevas dificultades interrumpieron la publicacion. Despues de otros trabajos dedicados á Inocencio XIII y aprobados por él, recibió de este Pontífice el arzobispado de Corfú. Sus amigos le compadecieron por aquel destino; mas él solo pensó en desempeñarle con acierto. Despues de pasar dos meses en Venecia en el seno de su familia, fué á embarcarse en Otranto, y tomó por último posesion de su silla en Junio de 1724. Los magistrados se apresuraron á tributarle los honores y preeminencias que habian disputado á sus predecesores, y supo igualmente captarse la voluntad de los griegos cismáticos.

Allí empezó su libro intitulado : *Primordia Corcyræ ex antiquissimis monumentis illustrata*, á que unió *Appendix de nominibus Corcyræ*, en contestacion á las observaciones de Mazzochi sobre el origen de los nombres antiguos de Corfú. En 1726 se trasladó á Roma, y ya habia sido nombrado abad del monasterio en que pronunció sus votos y consultor del Santo Oficio. En 1727 despues de dar á luz su *Enchiridion græcorum*, para uso de sus diocesanos, el cual dedicó á Benedicto XII, y publicó en Benevento durante la estancia de este pontífice en aquel punto, fué declarado cardenal por el mismo Papa, que le reservaba para esta dignidad desde 1726, y que entónces le habia nombrado obispo de Brescia. Queriendo despues Clemente XII, sucesor de Benedicto en el pontificado, tener cerca de sí á nuestro Cardenal, le nombró en 1730 bibliotecario del Vaticano; pero Brescia quedó desolada, temiendo perder un pastor tan bondadoso, y hubo este de conciliarlo todo, asegurando á sus diocesanos que no los abandonaria. Así fué ciertamente, pues determinó pasar nueve meses del año entre ellos y los tres restantes en Roma. Al propio tiempo que enriquecia con su propia biblioteca el vasto depósito confiado á sus manos, regalaba otra biblioteca á la ciudad de Brescia, que hizo del dominio público, para cuyo sosten creó algunas rentas. Este fué uno de los muchos nobles usos que hizo de su fortuna, la cual en su mayor parte empleaba en socorrer á los pobres. Deseando honrar á su nueva diócesis con algunas obras en que pudiera tomar parte, hizo trabajar y trabajó por sí mismo en una edicion de los escritos de algunos santos obispos de Brescia, bajo este título : *Veterum Brixiæ episcoporum sancti Philastri et sancti Gaudentii opera; necnon beati Ramperti et venerabilis Aldemanni opuscula, nunc primum in unum collecta, ad veteres manuscriptos collata, notis aliisque additionibus illustrata et aucta : prodeunt jussu eminentissimi ac reverendissimi Angeli-Mariæ cardinalis Quirini, Brixiæ episcopi, et apostolicæ Sedis bibliothecarii.* Tambien publicó : *Specimen variæ litteraturæ quæ in urbe Brixia ejusque ditione paulo post typographiæ incunabulæ florebat*, etc., que es un bello trozo de historia literaria. Cuando estaba para abrirse el cónclave de 1740, mostró á muchos cardenales la coleccion de medallas que le pertenecia; y evaluada por estos en ciento ochenta mil francos, la regaló entera á la biblioteca del Vaticano, diciendo que no le correspondia ni le estaba bien poseer tal tesoro en medio de los pobres. Su reputacion le valió el ser asociado á todos los cuerpos ó academias científicas de Europa; y despues de nombrado individuo de la de Inscripciones y Bellas Letras de Paris, fué cuando escribió la primera carta de que hemos hablado. Voltaire mismo, que se correspondia con él desde 1744, le dirigió la *Dissertation sur la tragédie ancienne et moderne*, que precede á *Semíramis*, representada en 1748 : « Un genio como el vuestro, le decia Voltaire, un hombre colocado al frente de la biblioteca

más antigua é importante de Europa, debia darse por entero á las letras..... Si todos los literatos os son deudores de reconocimiento, yo más que otro alguno debo estaros obligado por vuestra magnífica traduccion en hermosos versos latinos de una parte de la *Henriada* y el *Poema de Fontenoy.*» El sabio Cardenal fué acometido de un ataque de apoplejía en medio de sus funciones episcopales en Brescia el dia 9 de Enero de 1755, á los setenta y cinco años de su edad. Creyéndose cuando jóven atacado del mal de piedra, corrió á Florencia á consultar á Lorenzo Bellini, anatómico celebrado y amigo suyo, el cual halló Quirini espirando de resultas de cierto régimen que se habia impuesto á sí propio para curarse de un mal puramente imaginario, y desde entónces jamás recurrió á la medicina el Cardenal. Pocos habrán hecho más servicios que él á cuantos se consagraron á trabajos literarios, siendo tan cumplido y galante, que siempre se le halló dispuesto á compulsar manuscritos, á recoger notas que fuesen precisas á cualquier género de personas sin excepcion de clases ni de creencias, porque fué muy tolerante á la vez que firme defensor de la santa Iglesia romana. Voltaire manifestó deseos de que se publicase una coleccion completa de las obras de Quirini; mas no se cumplieron aquellos deseos; por otra parte son en número bastante crecido para que podamos enumerarlas aquí, y solo nos contentaremos con trasladar los títulos de las siguientes: 1.ª *Animadversiones in propositionem vicessimam primam, libri VII Euclidis, cum nova demonstratione, et demonstrationum algebricarum specimine.*— 2.ª *Edicion de las obras de S. Ephren*, en siriaco, griego y latin.—3.ª *Diatriba præliminaris ad Francisci Barbari et aliorum ad ipsum epistola. Fr. Barbari gesta et epistolæ.*— 4.ª *Pauli II vita*, en la que defiende á este pontífice de los ataques de Platino.— 5.ª *Decas epistolarum, quas desumptis plerumque earum argumentis ex Vaticanæ bibliothecæ manuscriptis, ad eam lustrandam de more quotannis Brixiam accedens, solivagas ante miserat ejusdem præfectus S. R. E. Cardinalis bibliothecarius.* Algunas otras recopilaciones se publicaron de sus cartas, ya en latin, ya tambien en italiano.— 6.ª *Diatriba qua epistolæ hujus voluminis recensentur, locaque illa præsertim proferuntur, ex quibus enitescat Romanæ Ecclesiæ ea ætate conspectus, indeque constet injustè ab eadem sectarios defecisse.* Es una disertacion que precede al segundo volúmen de las *Cartas del cardenal Polo.*—7.ª *Imago optimi pontificis, expressa in gestis Pauli III, qualiter exhibentur in Reginaldi Poli epistolis.*—8.ª Siguen cartas pastorales, obras sueltas, etc. Escribió su propia vida con este título: *Commentarius de rebus pertinentibus ad Angelum Mariam Quirinum, S. R. E. Cardinalem*, cuyas memorias llegan al año de 1740, hallándose el complemento en las siguientes *Vicennalia Brixiensia Emin. cardinalis Ang. M. Quirini, celebrata in Academia Gottingensi.— Lettera intorno alla morte del card. Quirini.* Lebeau, secretario de la Acade-

mia de Inscripciones y Bellas Letras, leyó el elogio del Cardenal en una asamblea pública que esta Academia celebró después de Pascua en 1756. En su testamento legó el Cardenal el *cuarto* de sus bienes para terminar la construccion de la iglesia católica de Berlin. Refiriéndose Mr. de Bousset, en su Historia de Fenelon, al cardenal Quirini, decia: «Que tuvo más de una semejanza con el cardenal Sadolet, tan conocido en el siglo XVI. Uno y otro fueron queridos y reverenciados de sus contemporáneos por su amor á las letras y á las ciencias, por su adhesion sincera á la Iglesia católica, cuyos primeros y más importantes ornamentos fueron ambos, y por su dulzura, tolerancia y caridad, que mostraron áun con aquellos mismos cuyos errores combatieron sin tregua. Uno y otro supieron hacer distincion entre las personas y sus opiniones, y poseyeron el gran arte de prestar formas suaves á la controversia, sin amenguar por eso la energía del fondo. Si los escritores protestantes colmaron de elogios al cardenal Quirini, los escritores luteranos nunca dejaron de alabar la dulzura, moderacion y urbanidad del cardenal Sadolet. Simple religioso aún, quiso el cardenal Quirini recorrer toda Europa, á fin de tratar por sí mismo á los hombres más eminentes y sabios de su tiempo. Conoció muy profundamente las obras de todos los escritores célebres que por entonces existian, y deseaba por tanto ocasion de hablar con ellos para iniciarse en el secreto de los trabajos á que se dedicaban, ántes que el público los hiciera suyos y pudiese juzgarlos. Abandonó, pues, la Italia, en donde habia conquistado con su vastísima erudicion los tesoros y riquezas que contenia, y visitó la Alemania, la Suiza, la Holanda, la Inglaterra y la Francia. Do quiera que hallaba un hombre célebre con quien conversar ó un manuscrito precioso que ver, allí se detenia, seguro de que tal encuentro habia de recompensarle sus fatigas y cuidados. Fácilmente se adivina que un hombre tan solícito por conocer todo lo que merecia ser conocido, tendria deseos vehementísimos de ver á Fenelon. Ahora bien, como ya dejamos expuesta la gran conformidad de gustos y caractéres que existia entre ambos cardenales, Quirini y Sadolet, cuya memoria fué tan apreciada de cuantos estimaban la virtud y las letras, añadiremos que existió la misma paridad entre Fenelon y Quirini. Este consignó en la relacion de sus viajes los detalles más insignificantes de sus relaciones con aquel, y dice: «Yo miraba á Cambray como el fin único de todos mis viajes por Francia, y áun me atreveria á declarar que solo hácia este punto, ó más bien hácia su arzobispo, me impulsaba y dirigia una prodigiosa fuerza de atraccion. ¡Qué gozo tan inefable, qué ternura experimenta mi ser al recordar la dulce y afectuosa familiaridad con que tan grande hombre se dignó hablar conmigo! y áun deseó mi conversacion, por más que el palacio estuviese lleno de multitud de generales franceses y

demás oficiales generales, á quienes prodigaba todos los cuidados que exige la más atenta y generosa hospitalidad. Aún tengo impresas en la mente las graves é importantes reflexiones que daban motivo á nuestros coloquios; á mi oido no escapó palabra alguna desprendida del labio de Fenelon, y siempre tengo á mi vista sus cartas, que testifican la pureza de sus sentimientos y la prudencia y sabiduría de sus principios; entre mis papeles las conservo como el tesoro más preciado que para mí guarda el mundo. Basta con leer las que me escribió durante mi estancia en París ó en Italia, para reconocer cuán grande fué su amor á la Iglesia, y su celo en contra de las nuevas doctrinas.» Copia despues algunos fragmentos de aquellas cartas, y dice más adelante: «Estando en Versalles, debí á la casualidad el poder leer á un ministro una carta que acababa de recibir de Fenelon. Bien pronto circuló la voz por toda la corte, y todo el mundo se apresuró á pedirme copias de ella: tanta era la veneracion con que á este prelado distinguian los primeros personajes de una corte en que nadie osaba pronunciar su nombre en público, especialmente desde que el *Telémaco*, los *Diálogos de los muertos*, y el asunto del quietismo habian excitado en su contra tan violentas tempestades.» El cardenal Quirini refiere luego con admirable candor el contenido de algunas otras cartas en que el arzobispo de Cambray se mofa con tanta gracia como delicadeza de la pendiente, tal vez ya muy inclinada, que arrastraba á Quirini á los estudios y conocimientos más propios para saciar la vanidad del hombre, que para mantener en un corazon religioso y amante de la virtud las verdades austeras é inmutables de la religion. «Pido al Señor, le decia, que llene vuestro espíritu á la par de sencillez y energía, á fin de que no sigais, ni vuestra natural aficion, ni vuestra curiosidad por las ciencias, ni el placer del espíritu, ni el del trato con los sabios, sino el que ofrece la contemplacion de la cruz...» Quirini añade que cuando leyó esta carta, resolvió interiormente permanecer fiel á las prudentes y sabias inspiraciones que contenia, adoptándolas como una regla invariable para la eleccion de sus estudios. Al mismo tiempo creyó que publicando aquella carta dispensaria algun beneficio á todos los que no tienen la suficiente experiencia y habilidad de precaverse contra una pasion tan seductora, ni disponen de aquella moderacion tan necesaria para dirigir las inclinaciones más dignas de estima. —C. de la V.

QUIRINIUS (Cyrenius). Llamósele tambien *Cyrinus*, y fué gobernador de Siria, enviado por Agusto, despues que Archelaus, rey de Judea, fué desterrado á Viena, segun se cree, por los años 10 del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo. Publius Sulpitius Quirinius (que tal era su verdadero nombre) sucedió á Quintilius Varus en el gobierno de la Siria. S. Lucas dice que el empadronamiento que obligó á la Virgen Santísima y á San

José á dirigirse á Belen, cuando el nacimiento de Jesucristo, es el primero que se hizo durante el gobierno de Quirinius ó Cyrenius: *Hæc descriptio prima facta est à præside Siryæ Cyrino.* Mas como Cyrinus no fué nombrado gobernador de Siria sino cerca de diez años despues del nacimiento del Salvador, creemos (con muchos intérpretes) que es preciso traducir así el texto de S. Lucas: *Este empadronamiento, que obligó á José y á María á ir á Belen, se hizo ántes que otro empadronamiento que tuvo lugar bajo el gobierno de Quirinus.* El primero era general para todo el imperio; el de Quirinius no se referia más que á la Siria y provincias adyacentes. El P. Petau, Grotius y Userius aseguran que Quirinius no era gobernador de Siria el año del nacimiento de Jesucristo; pero pretenden que lo era de Cilicia, y pudo ser encargado extraordinariamente para hacer el empadronamiento en Siria y en Judea, aunque la historia no nos haya consignado esta particularidad, que no es muy importante por sí misma. Pero S. Lucas ha insistido y marcado bien, porque era la consecuencia de su opinion, que es necesario distinguir la segunda inscripcion ó empadronamiento hecho el 6.º ó 10.º año de Jesucristo por el mismo Quirinius. Tertuliano ha creido que el empadronamiento señalado en S. Lucas se hizo por Sentius-Saturninus, gobernador de Siria en el reinado de Augusto. Userius trata de conciliarle con S. Lucas, diciendo que Saturninus era el verdadero gobernador de Siria en este tiempo, y que Quirinius, que gobernaba la Cilicia, provincia vecina, vino tan solo para hacer el empadronamiento en cuestion en la provincia de Saturninus. Mas otros sostienen que Saturnino habia dejado la provincia ántes del último año de Herodes, como insinua Josefo, y por consecuencia ántes del año del nacimiento de Jesucristo. — C. de C.

QUIRINO (S.), mártir. El 25 de Marzo hace conmemoracion la Iglesia católica del bendito mártir Quirino, que fué sacrificado en la ciudad de Roma en el siglo III en la cárcel pública, llamada Castro-trans-Tiberim. Hallábase agonizando el Santo despues del tormento, y ya abandonado por sus verdugos, cuando llegaron á aquel sitio Mario, noble de Persia, con su mujer Marta y sus hijos Abacuc y Audifax, que fieles adoradores del verdadero Dios, habian ido á la ciudad de los Césares á visitar el sepulcro de los Santos Apóstoles, á pesar de las crueldades con que el emperador Claudio castigaba á los que seguian la ley del Crucificado. Viendo aquella piadosa familia á Quirino en tan lastimoso estado, no quisieron desampararle, y rogándole pidiese á Dios por ellos, permanecieron ocho dias á su lado, ocupando el tiempo en dirigir fervientes plegarias al Señor de los señores. Ordenando el bárbaro Claudio fuesen degollados sin excepcion todos los cristianos que estaban presos, se dirigieron Mario y Marta á Trans-Tiberim, y sabiendo por un sacerdote que encontraron preso en el lugar de Quirino, que éste habia

sido degollado el dia anterior y que su santo cuerpo habia sido arrojado al Tiber, llenos de caridad cristiana se dirigieron al rio en busca de tan precioso depósito, y encontrándole detenido en la isla de Licania, le recogieron con el mayor cariño, y conduciéndole al cementerio de Ponciano le dieron honrosa sepultura el 25 de Marzo del año 269, habiendo señalado la Iglesia despues este dia en todos los años para recordar la santidad del mártir y la de aquella piadosa á la par que caritativa familia. — C.

QUIRINO (S.). Dió su vida por Jesucristo durante el reinado de Adriano. Fué pagano y se convirtió despues que Santa Balbina, su hija, fué curada por S. Alejandro. La Iglesia festeja á este Santo el dia 30 de Marzo. — C. de la V.

QUIRINO (S.), obispo y mártir. Reinando en el imperio romano Diocleciano, el más sanguinario verdugo de los cristianos que ha ocupado el trono de los Césares, fué preso de órden de Maximino, prefecto de Austria, el obispo de la ciudad de Scicia, S. Quirino, porque predicaba el Evangelio. El prefecto, cegado por el demonio, intentó conquistar á sus falsos dioses el alma del virtuoso prelado, y no pudiendo conseguirlo, le hizo conducir á Amancio, presidente de la Panonia. Apareciendo la víspera de la salida del prelado una luz celestial sobre la cárcel; Marcelo, alcaide de la misma, recibió en su corazon un dardo de amor divino, que abrió sus ojos á la verdadera luz; presentándose al Santo se arrojó á sus pies, rogándole con el mayor entusiasmo le acogiese bajo su proteccion, pues que confesaba y creia que no habia otro Dios sino el que él creia. Lleno de gozo S. Quirino á vista de esta conversion, instruyó á Marcelo en las verdades del cristianismo y le bautizó. Conducido el Santo ante el presidente Amancio, le hizo presente lo que contra él se deponia; y viéndole confesar á Dios y despreciar los ídolos, le hizo conducir detrás de él á la ciudad de Escarabata, en donde volvió á insistir en su empeño de que el Santo abjurase de su creencia. Viendo el presidente que ni las amenazas, ni la presencia de los suplicios le amedrentaban, decretó su muerte, mandando que atándole al cuello una piedra de molino le arrojasen de lo alto de un puente al rio, lo que ejecutaron inmediatamente los verdugos. Quiso Dios en aquel caso manifestar su poder y la pequeñez de los soberbios magnates de la tierra en el gran prodigio que nos ha trasmitido la historia de este Santo. A pesar del enorme peso de la piedra, al caer el Santo prelado al rio, se mantuvo en pie sobre el agua sin hundirse, maravilla que asombró á los gentiles y que entusiasmó á los fieles que corrieron al rio deseosos de contemplarle. Viendo el Santo á los cristianos en las orillas, les consolaba, diciéndoles entre otras cosas para fortificar su fe y creencia: «No os atemoricen los tormentos, hermanos mios: morir por Dios no es morir, sino por el contrario, es

S^n QUIRINO.

adquirir una dulce, gloriosa y eterna vida.» Por largo tiempo se mantuvo el Santo predicando á los circunstantes sobre las aguas; pero deseando recibir cuanto ántes la corona del martirio, pidió á Dios de todas veras se dignase admitirle en sacrificio, y hundiéndose por voluntad de Dios, terminada que fué su oracion, voló su alma al trono destinado por Dios en premio de su santidad. Sacado el cuerpo del rio por los fieles, le dieron sepultura cerca de la ciudad, desde la que al cabo de mucho tiempo fué conducido á Roma, depositándole en la iglesia de S. Sebastian de la Vía Apia. No quedaron definitivamente en este sitio los restos de S. Quirino, pues deseando el venerable Angilberto, arzobispo de Milan, tenerlos cerca de sí, los condujo á la ciudad y los hizo colocar con el conveniente y debido decoro en el monasterio del diácono S. Vicencio, junto al cuerpo del presbítero y mártir S. Nicomedes. Muchos autores han escrito su vida, que consta en el Martirologio Romano, y entre ellos el famoso Beda. La Iglesia venera la buena memoria de S. Quirino el 4 de Junio, aniversario de su martirio, que tuvo lugar en el año 308 de nuestra era. — C.

QUIRINO (S.), mártir. Luego que el emperador Constantino *el Grande* dió la paz á la Iglesia, declarando religion del estado romano la fe católica, que él mismo abrazó por consejo de su bendita madre Santa Elena, y admirado ante la enseña de redencion que se presentó el cielo como signo de vencimiento contra su enemigo el tirano Magencio, se edificó en Tíboli, cerca de Roma, una magnífica basílica en honor de San Lorenzo, en la cual se hallan depositados los restos de S. Quirino, del que nos dicen los Martirologios, que habiendo nacido en Roma, fué un sacerdote ejemplar de la iglesia de Tíboli, en cuya ciudad padeció el martirio, que glorificándole, le puso en el caso de que la Iglesia católica le recuerde el 4 de Junio, dia que tambien celebra á otro santo de este mismo nombre. — C.

QUIRINO (S.), tribuno y mártir. Hallábase el año de 130 de nuestra era época del reinado del emperador Adriano, de alcaide de la cárcel de Roma, cargo entónces como hoy de gran responsabilidad y confianza de los tribunales y en aquellos tiempos de elevada categoría, el tribuno del pueblo Quirino, hombre de despejado talento, pero ciego adorador de los ídolos. Habiéndose preso al pontífice S. Alejandro, se le puso bajo la custodia del celoso alcaide, bien seguros los jueces de que no habia de guardar muchas consideraciones con su prisionero. Posible es que el Tribuno y el Papa mantuviesen por algunos dias polémicas sobre la santidad de la religion de uno y de otro, y sea de esto lo que quiera, nos dice la historia que convirtiéndose Quirino y confesando á Jesucristo, fué bautizado por el santo Papa. Como los que en aquellos tiempos se convertian, eran los más celosos y valientes confesores del cristianismo, Quirino no pudo ocultar su nueva

creencia, ni tuvo empeño en ello, ántes bien se complacia en que fuese conocida su conversion. Llegando la noticia de este suceso al juez Aureliano, llamó á su presencia al alcaide, no pudiendo creer que hubiese abjurado de sus dioses quien tan celoso idólatra se habia mantenido hasta entónces. Convencido por la serena y firme confesion de Quirino de la verdad, de lo que él creia un absurdo cuento, se irritó el juez de tal modo, que olvidando cuantos servicios prestára Quirino al imperio y su calidad de tribuno y de alcaide, le mandó cortar la lengua, las manos y los pies sucesivamente; y haciéndole despues sufrir terribles tormentos amarrado al potro, cuando ya se cansó su ferocidad, le hizo degollar y arrojar su cadáver ignominiosamente. —C.

QUITINO (S.), mártir. Fué este bienaventurado siervo del Señor presbítero en la iglesia de Ruan, que tal vez fuese su patria. Estaba bajo las órdenes de S. Nicasio, obispo de aquella diócesis, y áun se cree que el santo prelado, Quirino y el diácono S. Escubículo fueron los fundadores de quella santa iglesia, y que convirtieron á la religion cristiana á la gloriosa mártir Santa Piencia, vírgen francesa, muy esclarecida por sus virtudes. Sábese por los martirologios que S. Quirino padeció el martirio con su santo prelado y su compañero el Diácono; pero se duda en cuanto á la época en que tuvo lugar el sacrificio que se señala por unos en el siglo II y por otros en el III del cristianismo en Francia, conviniendo todos en que se verificó en el territorio de Vexico. Habiendo sido sepultados los tres mártires en una gruta, se afirma que encontrando un dia en ella los gentiles á Sta. Piencia haciendo oracion, la degollaron inhumanamente. —C.

QUIROGA (D. Diego de). La patria suya fué un pueblo llamado Canabal, junto á la ciudad de Lugo, en el reino de Galicia. Su padre se llamó Lope Diaz Texeyro, y su madre Doña Isabel Rodriguez Quiroga: ambos conocidamente hijosdalgos, nobles y solariegos. Fué canónigo de la santa iglesia de Lugo, y allí mismo arcediano de Deza. En aquel mismo obispado fué provisor, y despues en el de Avila. Fué inquisidor apostólico de Cuenca y su distrito, ocho años los más floridos de su edad; de cuya heróica virtud y buenas prendas, estando satisfecho y enterado S. M. el rey Felipe III, nuestro señor, le envió cédula y nombramiento para el obispado de Ariano en el reino de Nápoles, de lo cual suplicó á S. M. por la falta de salud que tenia, y así no tuvo efecto. Era singularísimo devoto de nuestro padre S. Francisco y de S. Antonio de Pádua. En las limosnas era largo todo lo que su posibilidad alcanzaba, y finalmente bienhechor de todos. En lo que proponia era puntualísimo y verdaderísimo. Tomó el hábito de la tercera Orden, con una túnica de estameña parda, de la cual de ordinario hacia publicidad en cualquiera ocasion que se le ofrecia, exhortando con su palabra y

ejemplo á aquel instituto y órden. Cumplido el año hizo profesion en la capilla del siervo de Dios Fr. Martin de Carrascosa; hízola con mucha devocion y con muy grande ejemplo de los que presentes se hallaron. La devocion, mortificacion, tono y modestia con que dijo las palabras de su profesion, es imposible referir sino dando nuestro Señor el espíritu que tenia el que las dijo. Cosa muy llana y manifiesta es haber sido consumadamente docto en derechos; y como tal sabia muy bien adónde llegaba la fuerza de esta profesion; nuestro buen hermano Fr. Diego de Quiroga guardaba la regla de la Orden tercera tan puntual y observantemente, como si en no guardarla cometiera grave culpa. En los actos públicos acudia con aquella llaneza y sencillez religiosa, como si fuera un particular; bien sí guardando autoridad y decoro debido á su persona y oficio. Y fuera de esto hacia muchas obras de supererogacion: como era ayunar todas las vigilias de los santos de la Orden, con tanto rigor y abstinencia, que en veinticuatro horas no comia más de una vez. Trajo continuamente silicio de hierro, de tal manera, que aún en enfermedad no se le quitaba, como pareció en la última de que murió. Estando para darle la extremauncion, hizo mil regates y usó mil mañas para quitárselo con recato y secreto para esconderlo detrás de la cama. Este silicio quedó en poder del Sr. Inquisidor, su compañero, el cual estimó por muy grande herencia. De manera que se puede decir que no faltó la voluntad á los ejercicios, sino los ejercicios á la voluntad. Para la gravedad y religion de su persona, y singular modestia y compostura, ayudaba no poco la complexion que tenia por retocar en melancolía. Murió de cincuenta años de edad segun se cree, en 1614, último dia del mes de Diciembre. Mandóse enterrar con el hábito de S. Francisco, y en la capilla de S. Antonio. Trajéronle en hombros religiosos del hábito, desde la Inquisicion, que estaba un cuarto de legua, al convento de S. Francisco, donde reposa, y descansa en el Señor. En la pared inmediata á su sepultura hay un hermoso escudo de sus armas, y encima esta inscripcion:

Aquí yace el licenciado D. Diego de Quiroga, Inquisidor apostólico de esta ciudad y su partido, arcediano de Deza y canónigo de la santa iglesia de Lugo. Murió el último dia del mes de Diciembre del año de M.DC.XIIII. — O. y O.

QUIROGA (Doña Elena de), raro ejemplo de santidad y virtud en su tiempo, fué hija de D. Juan de Quiroga, hermano mayor de D. Gaspar de Quiroga, cardenal y arzobispo de Toledo, y de Doña Teresa de Villarroel. Fué la primogénita entre todos sus hermanos, no solo por el nacimiento sino por sus singulares dotes, y tan virtuosa desde sus primeros años que causaba la admiracion de cuantos la conocian. Criáronla sus padres con el esmero que convenia á una doncella noble y heredera de su casa, cuya

educacion aprovechó Doña Elena con tanta más facilidad, cuanto que su talento era nada comun, y la doncella salió de suyo aficionada al estudio. Antes de nacer, se asegura que D. Diego de Villarroel, hermano de su madre, la prometió casar con su sobrina, si salia tal, á la vuelta de un viaje que iba á emprender á la India. Dijéralo ó no ántes de marchar, lo cierto es que á su vuelta se casó con su sobrina Doña Elena, sin oposicion por parte de ésta, que al paso que obedecia á sus padres se ponia en manos de la divina Providencia, dejándose conducir por ella. Difícil parece que debiera ser á una doncella como la que nos ocupa cumplir con las exigencias del mundo, las necesidades de su casa y el deseo de su corazon; pero dió á todo tan fácil desempeño que la tuvieron por modelo las señoras de su estado. Dióla el Señor para su regalo cinco hijos varones y dos hijas, y como si estuviese satisfecho de su comportamiento en la felicidad, empezó á permitir que la afligiesen agudos dolores. Perdió primero á uno de sus hijos y más tarde á su marido, quedando moza aún, viuda y con seis hijos. Asistió á D. Diego en la hora de su muerte, como pudiera hacerlo el sacerdote más experto, con firmeza y aliento tan animoso que no vertió siquiera una lágrima de las muchísimas que guardaba para su soledad; considerándose monja desde aquel punto, así que sus hijos no necesitasen de su cuidado. Encerrada en lo más apartado de su casa, hacia las penitencias más rigurosas, esmerándose en la humildad de su vestido, en la aspereza de los silicios y en toda clase de ayunos y mortificaciones. Se dice de su humildad que era tanta que servia á sus criadas, pidiéndolas humildemente perdon cuando no creia haber puesto la debida diligencia en su servicio. Una de estas ultimas, de un genio áspero y poco considerada, llegó un dia á ponerla la mano en la mejilla, y Doña Elena se elevó á la categoría de los héroes, presentándola arrodillada la otra. No fué por cierto ménos admirable y digna de elogio por su ardentísima caridad, pues no contenta con visitar los hospitales, curar por sí misma las más hediondas llagas y dejarles á los enfermos toda clase de alivios espirituales y temporales, hizo su casa hospital con peligro de su salud y de su vida, y queriendo aún llevar más allá su caridad y su humildad á un tiempo, la noble viuda de D. Diego Villarroel mendigaba por las calles el sustento de los pobres. No descuidaba sus hijos, á pesar del mucho cuidado que con los extraños tenia, dándoles tan buena educacion, que ninguno desmereció de su madre; casó la mayor de sus hijas, Doña Teresa de Quiroga, conforme á su nacimiento convenia; y habiéndosele muerto otro hijo pequeño poco despues, dijo con sereno semblante: *que ya tenia dos eslabones ménos la cadena que la sujetaba al siglo.* Descubria su hija menor Doña Gerónima mucho gusto por la oracion y el sosiego, aunque era hermosa de rostro y de tan discreta conversacion que llamaba la atencion de

cuantos la conocian, de suerte que alentada por su piadosa madre, tomó el hábito el dia octavo de los Reyes del año 1575 en el convento de religiosas del Cármen de Medina del Campo. Dicho esto, dió Doña Elena estado á sus otros hijos, dejando al siglo no más que el mayor D. Diego de Villarroel, y los otros dos, D. Gaspar y D. Juan, para la iglesia bajo la proteccion de su tio el cardenal. Ya se le iba llegando el tiempo de cumplir su deseo, y por último le vió realizado tomando el hábito de religiosa carmelita en el convento de Medina el 14 de Octubre de 1581 con el nombre de Sor Elena de Jesus. Si ejemplar habia sido su vida en el siglo, más ejemplar lo fué en el claustro, donde no se sabia qué era más de admirar, si su humildad ó su amor al rigor de las penitencias. Pasados cinco años, su tio el cardenal influyó para que fuese trasladada á Toledo con su hija la hermana Gerónima. Conocido el indisputable mérito de Sor Elena, no tardaron las religiosas en elegirla priora, con no poca mortificacion de su humildad, desempeñando este cargo de una manera tal que mereció muchísimos elogios, sobre todo á su provincial Fr. Nicolás de Jesus. Ofrecióse la dificultad de la libertad de confesion de las religiosas, y como fuese de la opinion de la madre Ana de Jesus, los prelados, que seguian la contraria, la destituyeron de su cargo con mucho gusto suyo y no pocas lágrimas de las religiosas, siendo ésta la primera vez que Sor Elena se les manifestó severa. Pasados ocho años en Toledo la restituyeron á su convento de Medina, dejando á su hija Sor Gerónima en Toledo para consuelo de aquellas religiosas; y como el Señor estaba satisfecho de sus virtudes, y la habia probado en los trabajos, no quiso dilatarla el premio merecido y la llamó á sí el 2 de Setiembre del año 1593, dejando á las religiosas una hermana que llorar, y al mundo todo un ejemplo que seguir. — G. P.

QUIROGA (D. Gaspar). Reinaba en España el famoso monarca Felipe II, cuando ocurrió la muerte de Fr. Bartolomé de Miranda, arzobispo y primado de Toledo; y siguiendo el ejemplo de sus piadosos predecesores, fijó atentamente sus cuidados para buscar un prelado digno de ocupar la esclarecida silla de S. Eugenio, S. Ildefonso, D. Rodrigo de Rada, y Jimenez de Cisneros. El Rey, nimio y escrupuloso en el cumplimiento de todos sus deberes de cristiano y de monarca, reconociendo como uno de los mayores que sobre él pesaban la eleccion de obispos, se extremó en cumplirle, y de aquí los eminentes prelados que en su glorioso reinado ilustraron la Iglesia española. Como era notoria la verdadera inclinacion é incontrastable resolucion del renombrado príncipe, de recompensar la virtud y la ciencia, aparecieron por entónces muchos varones insignes, honra de nuestra patria, pues el premio es el más grande estímulo del corazon humano. Mirando, pues, detenidamente todo lo que conducia al mejor acierto, para dar esposo á la

Iglesia primada de España, juzgó el Rey que en D. Gaspar de Quiroga, á la sazon obispo de Cuenca, concurrian todas las prendas que pudieran desearse, y le presentó al Sumo Pontífice para el arzobispado en el año 1577. Antes de referir los sucesos y circunstancias de este prelado eminente, conviene dar aquí cuenta de lo acontecido entónces con el Rey. Instruido Don Gaspar de Quiroga de la merced de que era objeto, replicó á S. M. respetuosamente, que carecia de merecimientos para obtener tan alta dignidad, y especialmente en comparacion de los muy insignes que adornaban á Don Francisco Blanco, arzobispo de Santiago, varon santo y esclarecido prelado; por lo que le suplicaba trasfiriese á él la eleccion para metropolitano de Toledo. D. Gaspar de Quiroga, que con tanta dureza se juzgaba, habia nacido por los años de 1507 en la renombrada villa de Madrigal, de donde eran sus padres D. Alvaro de Quiroga y Doña Elena Vela, ambos de nobilísima estirpe. El linaje de Quiroga es originario de Galicia, y entre otros señoríos que formaban el rico patrimonio de tan noble casa, era uno el del *valle* y *rio de Peités*. Las primeras letras las estudió en la casa paterna, y despues el derecho civil y canónico en la célebre universidad de Salamanca. Ingresó luego en el colegio de Santa Cruz de Valladolid, y de allí salió para ser vicario general del arzobispado de Toledo, en Alcalá. El cardenal D. Juan Pardo Tavera, que gobernaba aquella diócesis, le confirió al poco tiempo la dignidad de maestrescuela en la iglesia magistral de Alcalá, y luego una canongía en la metropolitana. Muerto el cardenal Tavera, mereció Don Gaspar Quiroga los votos de todo el cabildo primado para vicario en la sede vacante. Durante el pontificado del cardenal D. Juan Martinez Siliceo, se estableció en la iglesia toledana el *estatuto*, para que todo prebendado, ántes de tomar posesion, presentare informaciones y pruebas de limpieza de sangre y buenas costumbres. El canónigo Quiroga, celoso en extremo del lustre de su iglesia, fué uno de los que más cooperaron para que se estableciese la tal constitucion. En aquel tiempo dió tambien una señalada muestra de entereza, oponiéndose á la admision de ciertas bulas apostólicas, insistiendo en su propósito con tal teson, que el Papa le llamó á Roma. Llegado allí, hizo el Padre Santo tal estimacion de las grandes dotes que adornaban á Quiroga, que le absolvió desde luego, y aprobó el nombramiento que en su favor habia hecho el emperador Cárlos V de auditor de la Rota. La verdad y la justicia vencen siempre; así el ilustre canónigo toledano, en vez de los castigos que le amagaban, obtuvo distinguidas recompensas. El rey Felipe II, muy conocedor de la entereza y de los talentos de D. Gaspar Quiroga, le encomendó la visita de Nápoles y sus provincias, y alcanzó del papa Paulo IV un breve, en que inhibe á todos los fieles eclesiásticos de España para que no conocieren en las causas que concernian al estatuto (confirmado

por el mismo Pontifice) las que debian fallarse tan solo en la Rota. Ocupóse Quiroga en la referida visita hasta el año 1575, procediendo en ella con su acostumbrado acierto y fortaleza, y haciendo cumplida justicia en las provincias visitadas, y pasó á la corte de Madrid, con el objeto de dar cuenta de su mision. El Rey le concedió una plaza en el supremo Consejo de Castilla; en el mismo año otra en el de la Inquisicion; y finalmente, le comisionó para visitar el Consejo de Cruzada. Habia experimentado cumplidamente Felipe II las cualidades que distinguian á D. Gaspar Quiroga, y por esto le encomendaba tantos y tan heterogéneos cargos. Destinado D. Diego Hurtado de Mendoza, duque de Francavilla y presidente del Consejo de Italia, al gobierno del principado de Cataluña, quedó en su lugar D. Gaspar de Quiroga, muy conocedor de los negocios de Italia, pais en que, como se ha dicho, habia residido. En 1570, habiendo resuelto Felipe II marchar á Granada para sujetar la rebelion de los moriscos, quiso le acompañase en aquella jornada su consejero Quiroga, en quien tenia la mayor confianza, y en el año siguiente le presentó para el obispado de Cuenca. No cesaron aquí las distinciones con que le honraba el monarca; pues en 1572 le nombró inquisidor general de todos los reinos de España; en 1573, consejero de estado y guerra; y por fin, en 1577, que fué el siguiente á la muerte de D. Fr. Bartolomé Carranza de Miranda, le presentó para arzobispo de Toledo y primado de las Españas. Mas ni tan multiplicadas muestras de la benevolencia real, ni las altas dignidades, pudieron turbar al digno obispo de Cuenca, que dirigió al Rey las réplicas que arriba quedan referidas. No las aceptó Felipe II *el Prudente*, y más y más firme en su resolucion, obligó á D. Gaspar de Quiroga á admitir la más alta dignidad de la Iglesia española. Refiérese que en aquella ocasion dijo el Rey: *Hoy he dado esposo á mi esposa, y padre á mis hijos:* tal era la estimacion que hacia de los merecimientos de tan gran prelado. Es justamente elogiado el celo del Rey prudente para la designacion de los que debian ocupar las dignidades eclesiásticas, pues no tan solo excluia á los que las pretendian, sino que conservaba siempre la memoria de estos hombres presuntuosos que se tenian por capaces y dignos de cargos tan altos, que los ángeles juzgaban formidables. Obligado, pues, D. Gaspar Quiroga por el precepto real, aceptó la mitra de la Iglesia primada, conservando al mismo tiempo los referidos cargos de inquisidor general, presidente del Consejo de Italia, y consejero de Estado y Guerra, no arredrándole su edad, á la sazon de setenta años, para el improbo trabajo que le imponian. Fué esta eleccion recibida en la iglesia toledana con singular aplauso, motivado por los singulares merecimientos del prelado, que eran tantos que la envidia hubo de enmudecer. Aunque las exigencias del Rey y sus duplicados cargos le obligaban á residir largo tiempo en la Corte, no por eso desamparaba á su mística esposa

cuando su presencia la era necesaria. Conservó los ministros de su antecesor que creyó dignos por sus prendas y buen nombre, y los que eligió de nuevo eran excelentes y siempre adictos y fieles, pues los recompensaba con largueza. El año 1577, á 6 de Setiembre, dió principio al gobierno de la iglesia de Toledo, y el 10 de Diciembre el papa Gregorio XIII le creó cardenal de la santa Iglesia romana con el título de *Santa Balbina*. Recibió Toledo esta fausta nueva con singular alborozo, y lo celebró con luminarias y otros regocijos públicos, en lo que se distinguió tambien muy particular y ostentosamente la ciudad de Alcalá, que formaba parte del dominio temporal de los arzobispos de Toledo. Su entrada pública en esta imperial ciudad, recien revestido de la sagrada púrpura, fué solemnisima; y varios ingenios la celebraron en versos latinos, felicitando al digno prelado que habia alcanzado la alta dignidad inmediata á la tiara. Uno de los cuidados en que el nuevo Cardenal fijó especialmente su atencion, fué en la eleccion de los curas párrocos, como maestros que son en sus iglesias de toda buena enseñanza, cuyo ejemplo forma las costumbres del pueblo, y cuya prudencia es el fundamento de la paz y armonía que debe siempre reinar en aquel. Esmeróse, pues, el digno Arzobispo en buscar el acierto en materia tan importante, no apartándose en lo más mínimo de las sábias disposiciones del Concilio de Trento; asi resultaba siempre elegido el más digno, y eran recompensados aquellos que sobresalian en el cumplimiento de su santo ministerio, como tambien castigados los negligentes. El referido papa Gregorio XIII le hizo gracia para que los electos no fuesen por bulas á Roma, que fué de gran importancia para el arzobispado los años que no fué cardenal. El año 1581, obedeciendo lo dispuesto en el santo Concilio Tridentino, convocó un Concilio provincial, con la autorizacion del rey Felipe II, que zeloso de la honra de Dios, no solo deseaba sino promovia en sus estados la reunion de los concilios provinciales, como único correctivo de las costumbres de los eclesiásticos así seculares como religiosos. Fué necesario, sin embargo, al cardenal Quiroga repetir sus cartas de convocacion; pues el Concilio, que debia tener lugar en Toledo en 8 de Setiembre de 1581 (dia de la Natividad de la Virgen) hubo necesidad de aplazarlo para la segunda dominica despues de Pascua de Resurreccion, que era el 29 de Abril de 1582. Tales asambleas, compuestas de tan grandes varones, abrumados con el peso de graves deberes, rara vez se verifican en el momento indicado de antemano. Así la ausencia precisa de algunos obispos, y la vacante de dos sedes, motivaron un nuevo retraso. Señalóse, y entónces tuvo efecto, la celebracion del Concilio para el 8 de Setiembre del año últimamente indicado. En el mes de Agosto marchó el Cardenal á Toledo, y aunque en ciencia y experiencia era sin duda el hombre más ilustre que á la sazon habia en España, ostentando su acos-

tumbrada prudencia, quiso consultar detenidamente sobre las materias que deberian dilucidarse en el Concilio con hombres doctos, pues sabia muy bien que muy pocas acciones resultan acertadas si no se comunican. Llegó por fin el dia señalado. Halláronse presentes todos los obispos que no tenian algun impedimento material, los abades de Alcalá la Real y Valladolid, los procuradores de la iglesia de Toledo y de las demás, y en fin todos los eclesiásticos que segun costumbre y derecho debian ser convocados. En nombre del rey Felipe II asistió D. Gomez de Avila, marqués de Velada, ayo que era del príncipe de Asturias que fué Felipe III (y despues mayordomo mayor del mismo), y por las comunidades seglares que habian sido invitadas sus correspondientes procuradores. Reunidos, pues, en la sala de Concilios del palacio arzobispal, se reconocieron los poderes, y se leyó la siguiente carta, en que resplandece la piedad y prudencia del Rey denominado *Católico* y *Prudente*. «Al Muy Rdo. en Cristo P. Cardenal D. Gaspar de Quiroga, nuestro muy caro y muy amado amigo, Arzobispo de Toledo, primado de España, de mi Consejo de Estado, Inquisidor general de mis reinos y señoríos: y á todos los Rdos. en Cristo PP. Obispos del mi Consejo, y á los venerables Abades, Canónigos y otras personas que se hallan juntos y congregados en el Concilio provincial que se celebra en Toledo. D. Felipe por la gracia de Dios, Rey de España, de las dos Sicilias, de Jerusalen, etc.—Muy Rdo. en Cristo P. Cardenal Arzobispo de Toledo, primado de España, nuestro muy caro y muy amado amigo; Rdos. en Cristo, PP. Obispos del mi Consejo; Venerables Abades, Canónigos y otras personas que os hallais juntos en el Concilio provincial que se celebra en Toledo: La utilidad y beneficio que de la institucion y uso de los concilios provinciales se ha seguido para todo lo que toca al concierto y buen gobierno de lo espiritual, ha sido siempre tan grande y de tanta importancia, y señaladamente de los que se han hecho en esa santa Iglesia, que así por esto, como por la razon y obligacion que se tiene de observar, guardar y cumplir inviolablemente lo dispuesto y ordenado por el sacro Concilio de Trento, quisiera yo mucho, que llevando adelante el buen principio que al cumplimiento de esto se dió con el que allí se hizo el año de 66, se hubiera tenido y celebrado mucho ántes el Concilio en que al presente os hallais, pero ya que por los impedimentos que saben no se ha podido hacer más presto, he holgado ahora en gran manera de entender la buena voluntad con que todos habeis venido á juntaros en esa santa Congregacion, porque tengo por sin duda, que mediante el favor divino y el celo y sana intencion de los que en ella os hallais, se ha de sacar y conseguir el fruto que se conoce ser necesario para el buen gobierno de las iglesias de esa provincia, aumento del culto divino, reformacion de las costumbres, correccion y perfeccion del estado eclesiástico; y por consiguien-

te, para mayor gloria y servicio de Dios, nuestro Señor, lo cual yo como humilde y obediente hijo de nuestra madre la Santa Iglesia Católica Romana, correspondiendo con el agradecimiento y reconocimiento que debo al lugar en que por su divina bondad me puso, y á los grandes bienes y mercedes que he recibido y recibo cada dia de su bendita mano, deseo humanamente que se haga y provea cuanto mejor se pudiere: y en demostracion de ello, holgára en gran manera de poderme hallar presente á ese santo Concilio, como se hallaron en otros semejantes algunos de los serenísimos Reyes mis predecesores, de esclarecida memoria; pero no pudiendo ser esto como veis, envio á D. Gomez Dávila, marqués de Velada, mi pariente, por la mucha satisfaccion que tengo de su persona, cristiandad y prudencia para que intervenga y asista por mí en mi nombre á la celebracion de ese dicho Concilio, con órden que haga y provea todo lo que se entendiere convenir y ser necesario para su buena direccion, y para que se proceda en él con la seguridad y libertad que se debe, y que haya la paz, conformidad, quietud y sosiego que se requiere, y la abundancia de mantenimientos y cosas necesarias que para vuestras personas y familias fuere menester, que éste ha de ser su principal cuidado y ministerio, y de os complacer y dar contentamiento en todo lo que ocurriere; y para que por su medio me podais avisar de lo que os pareciere y viéredes convenir, que yo haré lo mismo de lo que se ofreciere. Y pues mi intencion es la que de lo dicho podeis juzgar, yo os ruego y encargo mucho que en todo lo que al presente y adelante os propusiere, rogare, encargáre y pidiere de mi parte el dicho Marqués, le creais como á mí mismo, y hagais por la vuestra lo que os obliga vuestro estado, y la cuenta y estima en que yo tengo vuestras personas, para que con esta buena correspondencia se saque el fruto que de tan santa Congregacion se espera, para el universal y particular beneficio de las iglesias y clero de esa provincia, que tanto importa para que en ella sea más y mejor servido nuestro Señor. El os dé su espíritu y santa gracia para que esto se encamine y acabe como conviene y se desea. De Lisboa á 29 de Agosto de 1582.—Yo el Rey.—*Gabriel de Zayas.*» Terminada la lectura, el marqués de Velada representó al Concilio de palabra la órden Real que tenia para concurrir á él y atender con toda solicitud á cuanto pareciese á propósito para el mayor servicio de Dios, dilatacion de su Iglesia, reformacion de costumbres y del órden religioso. Acto continuo presentó el Cardenal otra carta del Rey para que se diese de ella lectura al Concilio. Referíase á un punto muy controvertido en todas épocas, pero especialmente á principios del cristianismo. Tal era la medida y cómputo del tiempo para fijar la debida igualdad en la sucesion de las lunas, meses y años, en lo que se habian presentado hasta entónces graves dificultades que no se habian resuel-

to, causando no pocos disturbios y controversias en la Iglesia para fijar la época de la celebracion de la Pascua de Resurreccion y otras fiestas movibles: materia sobre la que se habian escrito con escasos resultados gruesos volúmenes. Cabrera, historiador del rey D. Felipe II, hizo un resúmen de cuanto se habia escrito sobre el particular, y recopiló los nombres de todos los autores que del mismo se habian ocupado. El papa Gregorio XIII, deseando remover los grandes inconvenientes y diferencias que resultaban del método que se guardaba en los calendarios antiguos, resolvió su reforma de una manera más exacta y ménos variable. Despues de haber consagrado el Papa sus tareas por más de ocho años á este asunto, los más doctos y más entendidos astrónomos formaron nuevo calendario y tablas, quitando diez dias que por el cómputo antiguo habia variado el equinoccio hyemal, y señalando un método estable á la colocacion de las fiestas movibles y de la Pascua. El nuevo calendario y tablas venian adjuntos á la carta del Rey que decia así: «Al muy Rdo. en Cristo P. Cardenal D. Gaspar de Quiroga, nuestro muy caro y muy amado amigo, Arzobispo de Toledo, primado de España, del mi Consejo de Estado, Inquisidor general en mis reinos y señoríos. Muy Rdo. en Cristo, Cardenal, Arzobispo, nuestro muy caro y amado amigo: Con el celo y vigilancia que nuestro muy Santo Padre tiene de todo lo que conviene al servicio de Dios y buen gobierno de su Iglesia católica, y de perfeccion y aumento del culto divino, ha mandado hacer y publicar un calendario perpétuo, en el cual no solamente se enmienda el año (para que la Pascua de Resurreccion se celebre el dia en que los Santos Padres la celebraban y que ordenó el sagrado Concilio Niceno), mas tambien se da órden, como ni en esto, ni en lo demás que toca al calendario eclesiástico, pueda haber yerro de aquí adelante; y queriendo y deseando yo que todo aquello se guarde y cumpla en estos mis reinos, tan puntualmente como Su Santidad nos lo encarga, y es razon, y por haber venido por acá tan tarde dicho calendario, no ha habido lugar de se poder imprimir los que para tantas partes serán menester, he mandado que se saque copia del Cánon que trata de la correccion del año, que se ha de hacer otro dia despues del de San Francisco próximo que viene, y lo demás que por ahora ha parecido ser menester, en la forma que vereis por el escripto que va con esta, para que (en cumplimiento de lo que contiene) ordeneis se introduzca y observe en esa santa Catedral Iglesia y en todas las otras de vuestra diócesis, dando ó enviando traslado del dicho escripto á los obispos sufragáneos y cabildos de iglesias sede vacante de esa vuestra provincia y metrópoli, con advertirles que hagan lo mismo que vos en las iglesias de su diócesis, de manera que se ejecute y cumpla lo que quiere y manda Su Beatitud tan enteramente como se debe. Pero el dicho escripto no se ha de imprimir en manera al-

guna, sino que se tenga y use de mano como va; y no será menester advertiros de la diligencia que en esto se debe usar, pues el tiempo es tan corto como veis. Muy Rdo. Cardenal Arzobispo, nuestro muy caro y muy amado amigo, sea nuestro Señor en vuestra continua proteccion. De Lisboa á 4 de Setiembre de 1582. —Yo el Rey. — *Gabriel de Zayas.*» El Concilio trató este grave asunto con el detenimiento que requeria, y admitió en fin el calendario, que es el que se usa aún hoy, con cuya adopcion cesaron las antiguas irregularidades y variaciones, lo que bastaria para elogiar la sábia resolucion de Gregorio XIII, aunque no militasen en su favor otras gravísimas razones. Continuó el Concilio ocupándose en las materias que motivaron su reunion, y el sábado 12 de Marzo, dia de S. Gregorio Papa, celebró su última sesion. Remitidos sus decretos al Rey y al Pontífice, éste manifestó, entre otros reparos, su extrañeza de haberse admitido en el Concilio el embajador del Rey católico Felipe II, puesto que segun la décimasétima decision de un Concilio Constantinopolitano, tan solo en los concilios ecuménicos ó universales deben admitirse los príncipes seglares como interesados en las materias de religion que los motivan y se tratan en ellos. Esta decision estaba confirmada por una carta del papa Nicolao I, por las decretales y por muchos concilios y pontífices. El cardenal Buoncompagni remitió al cardenal Quiroga la resolucion pontificia, que fué recibida con la veneracion debida; pero no por eso el ilustre Arzobispo de Toledo dejó de representar las causas que le obligaron, tanto á él como á los demás prelados sus sufragáneos, á admitir sin réplica al marqués de Velada, representante de la Majestad católica. Manifestaba la antiquísima costumbre de estos reinos de concurrir los monarcas á estas sagradas asambleas, como las muchas celebradas en aquella ínclita ciudad de Toledo en tiempo de los godos, en los concilios de Oviedo y Leon y otros, despues de la entrada de los árabes en España, y en los que recientemente habian tenido lugar despues del de Trento. Que era peligroso innovar un derecho tan tradicional y respetado, y del que derivaban grandes frutos en lo espiritual y temporal, y ningun perjuicio, pues los príncipes que asistian no tenian voto en las resoluciones de los concilios, ni habia memoria de haberlo tenido jamás, ni de haberlo pretendido; y finalmente, que de la piedad, justicia y santo celo de la majestad de Felipe II no podia temerse alguna novedad perjudicial, sino grandes bienes para la iglesia española. Prolongáronse las proposiciones y réplicas entre ambos cardenales, Quiroga y Buoncompagni, y por fin Gregorio XIII expidió un breve especial en que aprobaba el Concilio, aunque con leves modificaciones, y daba cumplidas gracias al digno Arzobispo primado por el laudable celo que habia mostrado en la celebracion del Concilio, y el santo ejemplo que daba en sus determinaciones, tanto en lo religioso como

en lo político. Al dar el Pontífice su solemne aprobacion al Concilio Toledano, encarga al Arzobispo el cuidado en la ejecucion de lo acordado, puesto que es el logro de las buenas determinaciones, que sin ella se desvanecen y malogran. Muchas mercedes señalaron el singular afecto y estimacion que profesaba el Pontífice al cardenal Quiroga, y además de las ya referidas debe citarse aquí la concesion de un breve, por el que le autoriza para poder testar de todos sus bienes eclesiásticos sin limitacion. Estimó en lo que debia tal muestra de la afeccion pontificia; pero en su santa abnegacion agradeció más otro breve que el mismo Gregorio XIII le concedió para que las personas que hubiesen presentado en el cabildo las colaciones de sus prebendas y dignidades, canonicatos ó raciones, para que se les dé la posesion despues de haber cumplido con lo que el estatuto previene, no la obtuvieren por no haber cumplido con él, no saquen pension ni otro emolumento alguno. Un suceso notable en la historia de la catedral primada de España tuvo lugar durante la prelacia del cardenal Quiroga, que debe mencionarse aquí. En la última persecucion que sufrió el cristianismo en tiempo del emperador Diocleciano, padeció el martirio en Toledo la santa vírgen Leocadia. Sus convecinos la aclamaron por patrona y la dedicaron tres iglesias; mas cuando la irrupcion de los sarracenos, su santo cuerpo fué llevado con otras muchas reliquias á Asturias, y colocado en una capilla subterránea de la catedral de Oviedo, que hoy conserva su nombre, y que edificó Alfonso *el Casto*, aunque segun otros autores no se verificó la traslacion de las reliquias de santa Leocadia á Asturias hasta el tiempo de Abderramen, califa de Córdoba. Pasado largo tiempo, el rey Alfonso VI, deseando recompensar los buenos servicios del conde Balduino de Flandes, que le acompañaba en la guerra, le donó el santo cuerpo, y aquel le trasladó al monasterio benedictino de San Gislen de Cela, cercano á la ciudad de Mons, cabeza del condado de Henao. Cuando el rey Felipe *el Hermoso*, que entre sus estados poseia los condados de Flandes y de Henao, vino á Toledo, le suplicó el cabildo alguna reliquia de la ilustre Santa, y en efecto se trajo al tesoro de la catedral una canilla. El cardenal Quiroga, especial devoto de Sta. Leocadia, persuadido del derecho que Toledo y su muy santa iglesia tenian á la posesion de todas las reliquias de su hija y patrona, hizo particulares instancias al rey D. Felipe II, para que interponiendo su alta autoridad, realizase su piadoso deseo. Halló el ánimo del Rey muy predispuesto á que aquel sagrado tesoro, que en dias de tribulacion se habia sustraido del lugar en que debia custodiarse, se restituyese al puesto que le pertenecia ocupar, en lo cual, con la paz que se gozaba, no habia temor alguno. Con el beneplácito del tantas veces nombrado pontífice Gregorio XIII, comisionó el Rey al P. Miguel Hernandez, religioso de la Compañia de Jesus, que en el breve término de un dia llevó á

cabo la solicitud que varios príncipes poderosos no habian logrado ver atendida en largos años. El 7 de Febrero de 1583 quedaron removidos todos los obstáculos, y al dia siguiente se le hizo entrega de las santas reliquias. Reconociéronse estas detenidamente, que estaban en la parte antigua del monasterio, envueltas en una piel y en dos velos, uno azul y otro blanco, y con ella el testimonio de ser aquellos los huesos de la santa virgen y mártir Leocadia. Llevados á Amberes con competente guarda por temor de los herejes y de la indiscreta piedad de los naturales, que lamentaban la pérdida de la sagrada joya, hubo de permanecer dos años en aquella ciudad por las turbulencias y guerras que á la sazon agitaban la Francia. Emprendió por fin el P. Hernandez su viaje por Alemania é Italia, y llegó felizmente á Roma. Gobernaba á la sazon la Iglesia católica el papa Sixto V, sucesor de Gregorio XIII, y sometió el exámen de las reliquias y de los muchos instrumentos que probaban su autenticidad al cardenal Lanzarota, que dió su cumplida aprobacion, por lo que expidió el Papa un breve concediendo jubileo para el dia de la solemne entrada de las reliquias en Toledo, y otro para el aniversario del martirio. Partió, pues, el P. Hernandez de Roma el 20 de Mayo de 1586, empleando el esmero y cuidado que ántes, y llegó con el santo cuerpo el 12 de Setiembre á Alcalá, de donde dió cuenta al Rey, quien lo participó al cardenal de Toledo y á su Iglesia. Por más que el digno Arzobispo hizo cuanto fué posible por abreviar todas las disposiciones para que Toledo recibiese cual cumplia á su santa patrona, no salió ésta de Alcalá hasta 21 de Abril de 1587; y aunque se habia ocultado cuidadosamente la traslacion, no pudo evitarse estuviesen los caminos cubiertos de multitud de gentes que salian á venerar á la virgen mártir. En Olias aguardaban varios canónigos y otros sacerdotes nombrados por el cabildo, y depositadas las santas reliquias en riquísima arca de plata, se llevaron á la antigua y famosa basílica de Sta. Leocadia, donde en remotos siglos tuvo su primitivo sepulcro esta mártir. Al dia siguiente, 28 de Abril, en solemnísima procesion en que presidia el cardenal Quiroga, y figuraban el rey Felipe II, el príncipe de Asturias (despues Felipe III), la emperatriz María y su hija Isabel Eugenia, se llevaron al tesoro ó sagrario de la catedral, donde permanecen. Así como el cardenal Quiroga mostró cumplidamente su ánimo devoto en la traslacion de Sta. Leocadia, no dió ménos á conocer su piedad y largueza en todas ocasiones. Socorria generosamente las necesidades que llegaban á su noticia, sin que ninguna fuese olvidada. Fundó un colegio con bastantes recursos para veinticuatro mujeres pobres y honradas que quisieran vivir recogidas, de cualquier estado ó patria que fueren; pero prefiriendo á las del arzobispado, y dejó por patronos á sus sucesores. Este colegio se incorporó despues al monasterio de San Torcuato. Deseando

restituir á su iglesia el cuerpo del gloriosisimo S. Ildefonso, que como natural, patrono y arzobispo debia poseer, y que trasladado como el de Santa Leocadia á varios lugares, cuando la conquista de los sarracenos, se encontraba en Zamora, obtuvo del papa Clemente VIII un breve, el año 1594, para que por el obispo de Zamora, sin dilacion ni réplica alguna, fuese entregado á la santa iglesia de Toledo. En el mismo breve se mandaba á los canónigos y demás eclesiásticos y seglares zamoranos, para que léjos de estorbar la traslacion la coadyuvasen. Mas los deseos piadosos de Quiroga no fueron cumplidos; pues la tenaz oposicion que encontró la resolucion pontificia la inutilizó. Aunque Toledo es sin duda la ciudad de España más rica en establecimientos piadosos, carecia de uno digno para la educacion y enseñanza de los niños en las primeras letras. A esta necesidad acudió el cardenal Quiroga: reconociendo cuánto es santo encaminar la niñez á la virtud, fundó y dotó un colegio para los padres de la Compañia de Jesus, con expresa obligacion de leer y enseñar la gramática y retórica. Con el mismo instituto erigió otro colegio en Talavera. En Alcalá de Henares donó cuatrocientos ducados de renta al venerable hermano Francisco del Niño Jesus, para que fundase un convento de mujeres recogidas despues de haber sido pecadoras. Son innumerables las obras piadosas que se deben á la inagotable caridad del cardenal Quiroga, y por eso su memoria pasó á la posteridad querida y venerada. En 1586 mereció á su decidido protector el rey Don Felipe II, el nombramiento de presidente del Consejo de Italia, pues era tal su prudencia, acierto y ciencia, que se le confiaban todos los cargos eminentes del Estado que eran compatibles con su sagrado ministerio. Sobresalia tambien, segun ya queda indicado, por su firmeza en sostener todas las resoluciones que reconocia justas; pues en ellas jamás le hacia vacilar ni el poder soberano ni otra causa alguna. Entre otros sucesos que de él se refieren, merece mencion el haber venido los licenciados Espinosa, D. Francisco Anaya y Pedro de Tapia, todos tenidos por muy ilustres, desde Salamanca, á pretender una canongía doctoral. Como los tres eran dignos, como habian ocupado ya altos puestos, quiso Quiroga no fuese ninguno descontento, y así agració á los dos que no obtuvieron la doctoral, con un canonicato al uno, y al otro con un beneficio considerable. Era, pues, el palacio del cardenal Quiroga un verdadero seminario de hombres grandes en letras y virtudes. No faltaron sin embargo algunos malévolos, que acusasen al Cardenal de algun tanto avariento y acumulador de tesoros, mas tal invencion queda deshecha ante la consideracion de las numerosas fundaciones que se le deben, y jamás fué sordo á las súplicas del menesteroso, á quien siempre socorria con largueza. El pontífice Clemente VIII, continuando lo emprendido por Gregorio XIII, reformó el rezo ro-

mano; y dispuso la impresion de nuevos breviarios y misales con prohibicion expresa para que no se usase de otros, con objeto de uniformar el rezo en toda la Iglesia. Admitióse, pues, esta reforma en España y en especial en Toledo en tiempo del cardenal Quiroga, al que consultaron sobre el particular desde varias partes, deseosos del mejor acierto en esta grave materia. Entre otras copiosas donaciones que en los últimos tiempos de su vida hizo á varias iglesias, se cuenta la de quinientos ducados de renta á la fábrica de la iglesia colegial de Talavera. Por fin, lleno de dias y de virtudes, falleció el digno Cardenal en Madrid á 20 de Noviembre de 1594, cuando contaba ya ochenta y cinco de su edad. Si durante su vida habia partido su hacienda con los pobres; despues de su muerte aún se le debieron fundaciones pias, como el convento de Santa Isabel en Madrid, erigido en unas casas que fueron del célebre Antonio Perez, con el santo instituto de educar niñas huérfanas y desamparadas. El cadáver del ilustre cardenal Quiroga fué conducido á Madrigal, su patria, segun dejó ordenado, y allí se depositó en la iglesia del convento de Agustinos calzados, que sus albaceas, fieles cumplidores de su última voluntad, erigieron suntuosamente. Allí permanecen hoy las reliquias de este varon insigne, con la veneracion que justamente tributa la posteridad á la ciencia y la virtud. —C. de C.

QUIRÓS (Agustin). Este jesuita, nacido en Andújar, fué elevado á los primeros cargos de su provincia, y enviado en seguida á Méjico, donde fué inspector de las misiones, y donde murió en 13 de Diciembre de 1622, á la edad de cincuenta y seis años. Han quedado de él unos *Comentarios sobre el cántico de Moisés, sobre Isaías, Nahum y Malaquías, sobre la epístola á los Colosenses, sobre la del apóstol Santiago*, etc.; Sevilla, 1622, en fólio; y una *Disertacion* contra los escritores petulantes que afectaban usar expresiones anticuadas y poco usadas. — C. de C.

QUIRÓS (Fr. Antonio de). Nació en Sevilla el año 1550, y profesó en el convento casa grande del Cármen de la misma ciudad en 1564. Fué tan singularmente inclinado al retiro, que en veintiocho años no salió de su celda sino para los actos de comunidad. Con esta separacion del trato de los hombres, se entregó más fácilmente al ejercicio de la contemplacion de las cosas divinas, y á prevenirse para una muerte preciosa, que le alcanzó el año 1592. — C. de C.

QUIRÓS (Antonio Bernaldo de), natural de Torrelaguna, jesuita. Fué profesor primario y prefecto de los estudios en el colegio Ambrosiano de la Compañía de Jesus, de Valladolid, predicador de S. M., y encargado de la censura teológica por el supremo tribunal de la Inquisicion. Publicó diferentes escritos, tomados de sus lecciones escolásticas, y son: *Selectas disputationes de Deo et Angelis in primam partem S. Thomæ. — Disputationes*

selectas in primam secundæ S. Thomæ. — *De Incarnatione in tertiam partem.* Tambien parece ser suyo este otro *Comentario : De Prædestinatione.* — *Item. Opus philosophicum* (Curso completo). — C. de la V.

QUIRÓS (Jacinto Bernaldo de). Este religioso dominico español, que llevaba en la Orden los nombres de Agustin Tomás, enseñó teología y derecho canónico en Roma. Habiendo apostatado de la religion católica, se retiró á Berna, en Suiza, y obtuvo una cátedra de historia eclesiástica en la universidad de Laussana, y murió de apoplejía en esta ciudad el 6 de Noviembre de 1758. Se citan como obras suyas: una *Historia de la Iglesia*, escrita en Aleman; Laussana, 1756, en fólio, y muchas *Disertaciones* académicas en latin. — C. de C.

QUIRÓS (Luis de), de la Compañía de Jesus, con sus siete colegas fueron martirizados en Apaca el dia 4 de Febrero de 1571, conducidos por un natural del país que habia sido bautizado en España. No bien llegaron á aquella comarca, fueron desamparados por Luis, su conductor, el cual bien pronto recayó en los bárbaros usos de su nacion. En vano fué que nuestros misioneros intentasen atraerle de nuevo á sí, y hubieron de permanecer cuatro meses en las angustias del hambre y de los padecimientos. Quirós entónces, acompañado de Gabriel de Solís y de Juan Mendez, se dirigieron al renegado, el cual les prometió volver; mas apénas se hubieron alejado un tanto, cae sobre ellos el aleve con una turba de indígenas, y él mismo traspasó el corazon de Luis de Quirós, sufriendo igual suerte sus compañeros (dia 4 de Febrero de 1571). Algunos dias despues se presentaron los malvados ante los otros misioneros que quedaban, con el pretexto de necesitar unas hachas para cortar árboles. Apénas vieron desarmados á los misioneros, los sacrificaron tambien cruelmente y se apoderaron de los vasos sagrados, cometiendo además todo género de profanaciones. — C. de la V.

QUIRÓS (Teodoro de), religioso dominico y misionero, que llevó en la religion el sobrenombre *de la Madre de Dios*, y nació en el año 1599, en Vivero, villa de Galicia. Embarcóse para Filipinas en 1637, y fué profesor de filosofía en Manila. Trasladóse despues á la isla de Formosa, donde llenó cumplidamente y con celo infatigable las funciones de su santo ministerio durante diez años. Habiéndose los holandeses apoderado de aquella isla, fué hecho prisionero el P. Quirós y conducido á Sumatra, y despues á Macasar. Vuelto á Manila de órden del rey de España, se dedicó de nuevo á sus penosos trabajos, y murió el 4 de Diciembre de 1662, á los sesenta y tres años. Este celoso misionero no solo habia compuesto una *Gramática* y un *Diccionario de la lengua tagala*, sino que tradujo en la misma un *Catecismo* y otras varias obras ascéticas, y sobre todo un *Tratado sobre la devocion al santo Rosario*, que fué impreso muchas veces en Manila y en Méjico. — C. de C.

QUIXADA (D. Pedro Gutierre), tercero de este nombre en la santa iglesia de Burgos; fué cardenal y le dió el capelo Bonifacio VIII en la cuarta creacion que hizo de cardenales en 8 de Diciembre de 1302, dándole el título de *Petrus hispanus*. Tuvo fama siendo obispo sabinense, y se halló en el cónclave en que fué electo pontífice Benedicto X, y en la eleccion de Clemente V. Murió durante este pontificado en la ciudad de Aviñon el año de 1311. Trasladaron su cadáver desde esta ciudad á Roma, y sepultáronle al pie de la sepultura de Benedicto VIII. Fr. Alonso Chacon, en el tomo I de la *Historia de los pontífices y cardenales*, dice que su sepulcro tiene el epitafio siguiente:

Bonæ memoriæ Dominus Petrus Sabinensis episcopus, Avenione mortus est, ad Basilicam istam delatus, sepultus ad pedes Domini sui in hac Basilica. Anno Domini 1311.

La santa iglesia de Burgos, en el *Memorial* de sus grandezas, dice que está sepultado en ella á la entrada de la capilla del Condestable, y más dice: que murió el año de 1313, y que gobernó la sede durante trece años, con que, observa justamente el erudito Gonzalez Dávila, se nota la diferencia que existe entre lo uno y lo otro. El mismo cronista afirma que este prelado con el de Salamanca quitaron el entredicho que estaba puesto en Castilla, porque los súbditos del Rey tomaron las rentas eclesiásticas sin licencia de Su Santidad. — O. y O.

QUIZAZU (Hermano Juan), jesuita. Era natural de Cochinozu, y acompañaba al hermano Gaspar: habiéndole servido desde su niñez, lo mismo que á los demás individuos de la Compañía, les mostró siempre el mayor cariño y diligencia. Las autoridades del Japon, despues de haberle preso, juntamente con otros mártires compañeros del célebre P. Baltasar Torres, le llamaron y exhortaron por dos veces para que dejase la fe. Siempre respondió que no cometeria tal bajeza, ni dejaria perder la dichosa suerte de ser abrasado por amor á Jesucristo. — O. y O.

QUODVULTDEUS (S.), obispo y confesor. Padeció mucho por la fe bajo el reinado del impío Genserico, el cual trató cruelmente á los habitantes de Cartago, luego que se apoderó de esta ciudad, especialmente á la nobleza y al clero; y tan inhumano se mostró, que parecia haber declarado la guerra no solo á la humanidad, sino tambien al mismo Dios. En Cartago se hallaba entónces de obispo nuestro Santo, estimado de Dios y de los hombres, y Genserico le hizo meter en union de multitud de eclesiásticos despojados de toda clase de bienes y en vergonzosa desnudez en unos barcos desvencijados, y en este estado los arrojó de aquel puerto. Pero la misericordia divina

permitió que arribasen felizmente á Nápoles, donde se cree que murió nuestro Obispo, si bien no consta fijamente por qué año. De todos modos debió fallecer ántes del 454, pues que en este fué nombrado obispo de Cartago S. Deogracias, despues de tanto tiempo como aquella iglesia estuvo desamparada. Algunos martirologios colocan á este Santo en el dia 28 de Noviembre, junto con otros santos mártires de aquel tiempo; y el Martirologio Romano le fija en 26 de Octubre. Pero el dia cierto de su muerte es sin duda el 8 de Enero, dia en que le honra su iglesia. Sus reliquias se conservan en Nápoles en la iglesia de S. Gaudioso. —C. de la V.

QUOYRIEL DE SAINT-FERNOL. Pertenecia á una de las más distinguidas familias del Delfinado, y era decidido partidario de la religion protestante, en la que fué educado, mas se convirtió al catolicismo á consecuencia de las predicaciones del piadoso P. Alejo Dubac, del órden de Teatinos. Este religioso, como otros muchos de su época, se habia propuesto luchar con las doctrinas disolventes que asolaban entónces la mayor parte de los reinos de la cristiandad para sacar victoriosa á la fe de los ataques que la dirigian sus eternos enemigos. Enredáronse estos en sus propias redes, pues acusando al catolicismo de adversario de la discusion, como se ha dicho repetidas veces en este volúmen, se encontraron con que precisamente en la discusion es donde estaba su derrota, el triunfo de la verdad que pretendian desfigurar y ocultar bajo los negros colores del error que ellos profesaban. Engañado Quoyriel por sus correligionarios, al escuchar los discursos del Padre Dubac, quiso tener algunas conferencias con él, suponiendo sin duda que, ó el Padre se negaria á ello, ó no podria resolver las dificultades que le propusiese. Millares de ejemplos podrian haberle probado lo contrario, pero extraviado por las falsas doctrinas que habia aprendido, pretendió lo que fué despues el origen de su felicidad. Oyóle el teatino con la noble serenidad de todo el que defiende una justa causa, y despues de haberle escuchado una y otra vez, fué resolviendo todas sus dudas, explicándole al mismo tiempo los principios más santos de nuestra religion é implantando en su alma la semilla para que indudablemente le habia preparado la gracia. Una luz nueva, brillante y desconocida, penetró en el corazon del protestante tan ciego hasta entónces en las tinieblas de sus falsas doctrinas: creyóse un hombre nuevo, y admirado de su propia conversion, no sabiendo cómo dar gracias al buen religioso del cambio que en él habia operado, ó avergonzado tal vez de las dudas que habia tenido de las verdades que predicaba y de las esperanzas que abrigaba en secreto de vencerle en la lucha, se arrojó á sus pies y con lágrimas en los ojos le pidió el santo sacramento, con el que lavado de toda mancha se entra en el seno de la Iglesia católica. No se le negó el P. Dubac, contento no de su triunfo, de que su humildad religiosa

le prohibia vanagloriarse, sino de haber probado una vez más que e
licismo, léjos de negarse á la discusion, la desea, la busca, la apetece
que está seguro de salir triunfante en ella, porque la ha criado á sus p
y desde los primeros concilios hasta las últimas conferencias que tai
cuentes son en nuestro siglo, siempre y en todas partes ha sido l
cusion la que ha dado la victoria al catolicismo. Quoyriel no tardó e
bautizado, haciendo ántes la ceremonia de su solemne abjuracion en
de 1680.—C. de C.

FIN DEL TOMO XIX.

una vez más que e
a busca, la apetece
a ha criado á sus p
nferencias que tar
partes ha sido la
oyriel no tardó e
ne abjuracion en

ESTANTE 18
Tabla 7.ª
N.º 1

1

BIOGRAFIA

ECLESIASTICA

19

13.527

P Q